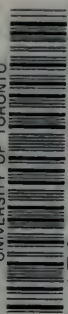


UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 01301155 6

HANDBOUND
AT THE



UNIVERSITY OF
TORONTO PRESS

19

8243

I

BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES.

(TOMO II DE LA COLECCION.)

THE JOURNAL

OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION

(PUBLISHED WEEKLY)

LS.C.
B5823

BIBLIOTECA

DE

177

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

II

OBRAS

DE

D. Nicolas y D. Leandro Fernandez de Moratin.



MADRID,

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

1874.

PQ

6171

A2 B5

t.2

13074

714191

6

ADVERTENCIA.

LA merecida popularidad de que goza el nombre de DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN, como uno de nuestros mas insignes escritores, nos indujo á destinar á sus obras el segundo tomo de esta *Biblioteca*, después de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Si alguno, por su particular predileccion á tal ó cual género de literatura, ó á determinados autores, hubiese preferido otra colocacion, podremos decirle para abreviar razones que, en una coleccion semejante, el orden de la publicacion es materia hasta cierto punto secundaria, mera cuestion de tiempo, que satisfactoriamente para todos quedará resuelta, á medida que vayamos adelantando nuestros trabajos.

Creímos desde luego que añadiríamos un grande interés á este tomo, si á las producciones de tan señalado ingenio hiciésemos preceder las de su padre DON NICOLAS; no precisamente por los vínculos tan estrechos de la sangre, que no siempre abarcan iguales disposiciones y tendencias, sino por la conformidad de miras con que sucesivamente procedieron padre é hijo, animados de una misma idea: la reforma del teatro español con arreglo á los preceptos clásicos; empresa que el primero acometió con ardor, y el segundo remató con singular felicidad. La breve vida de un solo hombre no fué suficiente para realizar el arduo pensamiento; pero hubo un heredero que lo aceptó; y los esfuerzos de los dos forman una sola accion en esta parte de los anales literarios.

Hay además la circunstancia de que las obras de MORATIN el padre no son tan conocidas como merecen. Impresas separadamente en varias épocas, nunca han sido recopiladas; pues recopilacion no puede llamarse (ni tampoco lo pretende) el tomè de poesías póstumas que salió á luz en Barcelona el año de 1821, donde no se comprenden sino muy pocas de las que en sus mocedades publicó en forma periódica bajo el título de *El Poeta*: algunas de ellas se hallan mutiladas y reducidas á lijerísimas muestras, como el poema de la *Caza*, y se omiten las cuatro composiciones dramáticas que se le deben: monumentos preciosos, si no por su mérito absoluto, á lo menos por las bellezas que encierran, y por la influencia que sin duda ejercieron en los progresos del arte y en la revolucion de las ideas.

A esta falta hemos procurado suplir, valiéndonos de cuantos medios se han hallado á nuestro alcance; y para dar alguna muestra de su prosa (si bien en nuestro concepto la prosa castellana no recobró su majestad y energía hasta los tiempos de Jovellanos) hemos reproducido los apuntes del autor sobre las fiestas de toros, que por su curiosidad parecerán sobrado concisos, aun á los menos aficionados.

De las obras del hijo existen varias ediciones mas ó menos completas; pero ninguna tanto como la que presentamos. Hemos comparado los textos, escogiendo los mas legítimos, y tales deben considerarse los de las ediciones revisadas por el mismo autor en los últimos años de su vida; pues á nadie puede disputarse el derecho de pulir sus propios escritos, á guisa de codicilo de la herencia intelectual que lega á la posteridad. Pero como algunos de los retoques fueron conocidamente hechos por motivos ajenos á la literatura, y por respetos transitorios y caducados que no nos hallamos obligados á guardar, donde quiera que hemos adquirido este convencimiento, notamos las variantes que resultan de las copias mas autorizadas y de las ediciones primitivas. Bastante inédito sacamos de la oscuridad, como verá el lector, aunque sospechamos que existe algo mas. No queremos desaprovechar esta ocasion de rendir públicamente las gracias á los amigos que nos han proporcionado tan preciosos hallazgos.

No sin cortedad anunciamos que nos hemos atrevido á poner algunas notas, mas de las que al principio nos habíamos propuesto. Si esto no se juzga como un mérito que recomiende la presente edicion, séanos lícito siquiera alegar algo en nuestra defensa. MORATIN en sus *Orígenes del Teatro español* trazó en grandes líneas la historia de él hasta LOPE DE VEGA; luego en el *Discurso preliminar á sus comedias* nos describe la regeneracion dramática que se verificó en el siglo pasado. Sus repetidas ausencias en el extranjero, al paso que le proporcionaron el exámen de muchos documentos, le privaron de otros que hubiera probablemente descubierto y no han sido conocidos hasta después, ocultándole noticias tradicionales que hemos procurado recoger, y hubiéramos hecho mal en no publicar, ya que tan oportuna ocasion se nos venia á la mano. Aun en esto hemos, para no errar, solicitado auxilios ajenos, pero tan autorizados que bastará leer los nombres suscritos á algunas de las notas para lograr que se disimule y aun se aplauda nuestra osadía.

Finalmente, como MORATIN no se desdenaba, antes bien hacia cierto alarde de ser buen traductor, en las composiciones que tomó de otras lenguas hemos copiado el texto original: prodigalidad, si se quiere, pero insignificante en una edicion tan económica. Cuando esto no produzca otra ventaja que la de enseñar por ejemplos prácticos el arte de traducir, que en tan torpes manos suele andar hace días, habremos logrado acudir á uno de los puntos débiles y poco defendidos por donde de contrabando se introduce tanta corrupcion en el campo de la lengua castellana.

La Vida de MORATIN (D. Nicolas) es la que escribió su hijo para la edicion póstuma de Barcelona: no podíamos escoger otra sin perder en el cambio, y sin defraudar á nuestros lectores de una obra que de todas maneras está comprendida en el objeto de este tomo. La Vida de MORATIN (D. Leandro) ha sido escrita con presencia de las publicadas hasta el dia, y fundada además en testimonios los mas auténticos. Esperamos que el público apreciará nuestra sincera voluntad.

VIDA

DE

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN,

FLUMISBO THERMODONCIACO (1).

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN nació en Madrid, de familia noble de Asturias, en el año de 1737. Era su padre jefe de guardajoyas de la reina doña Isabel Farnesio, la cual, muerto su esposo Felipe V, se retiró acompañada del infante don Luis al sitio de San Ildefonso, en donde permaneció durante el reinado de Fernando VI. Allí recibió Moratin su primera instruccion; y como desde muy niño hubiese manifestado un talento, en gran manera superior al de otros hermanos que tuvo, quiso su padre que siguiera la carrera de las letras, y le envió á cursar filosofía al colegio de jesuitas de Calatayud. Pasó después á Valladolid á estudiar leyes, alternando las lecciones de la escuela con la amenidad de los poetas clásicos griegos y latinos, arrebatado de una inclinacion vehemente, que le hacia preferible aquella distraccion á cuantas ofrecen la juventud y la libertad.

Graduado en leyes volvió á San Ildefonso, en donde se casó muy á gusto de sus padres (2) y de la reina, que inmediatamente le nombró ayuda de su guardajoyas. Muchas veces, procurando aquella señora alguna diversion á sus frecuentes melancolías, le llamaba á su cuarto, le pedia noticias de la vida escolástica, y se reia con las graciosas descripciones que la hacia Moratin del impertinente y ridiculo ceremonial de las borlas, de los trabajos y angustias de las posadas, las músicas, los vitores, las palizas y las incursiones nocturnas que padecian las calderas del malcocinado de Valladolid.

Por la muerte de Fernando VI cesó el retiro en que habia vivido doce años la reina madre, que entró en Madrid con alegrías de triunfo, y en calidad de gobernadora, en tanto que su hijo Carlos III llegase á España. Restituido Moratin á su patria, que no conocia, tuvo ocasion de observarla sin las preocupaciones de la costumbre: vió sus bibliotecas, sus espectáculos, sus fiestas populares, sus tribunales, sus templos; procuró el trato de los que mas sobresalian en el estudio de las ciencias y de las artes; y á pocos meses de haber llegado ya era amigo

(1) Esta Vida fué escrita por don Leandro Fernandez de Moratin, quien cumpliendo la voluntad de su padre, quiso rendirle este homenaje de respeto, cuando en 1821 publicó en Barcelona la coleccion de las obras póstumas del mismo, con arreglo al manuscrito que pocos meses antes de su muerte habia entregado corregido y firmado á su amigo don Ignacio Bernascone. Podria quejarse el público de un grave perjuicio, si hubiésemos sustituido otra relacion, que nunca podria competir con la presente, dictada por el amor filial, escrita con una elegancia digna de tan docta pluma, y enriquecida con noticias preciosas y bien agrupadas sobre los sucesos públicos de aquella época, y el estado y progresos de nuestra literatura durante la mayor parte del reinado de Carlos III.

(2) Llamábase su padre don Diego, natural de Madrid, y su madre doña Inés Gonzalez Cordon, natural de Pastrana, de horrada familia de labradores de la misma villa: su esposa fué doña Isidora Cabo Conde, natural de Aldeaseca, cerca de Arévalo.

de don Luis Mison, insigne músico, del escultor don Felipe de Castro, de don Juan de Iriarte, del erudito maestro Florez, de don Agustín de Montiano, de don Luis Velazquez, y de la incomparable cómica María Ladvenant.

No habia dado en aquel siglo la poesia castellana paso alguno que no fuese encaminado á su decadencia. En vano el benemérito don Ignacio de Luzan quiso estimular á sus conciudadanos con la doctrina y el ejemplo. Su *Poética*, impresa en el año de 1757, no se leía en el de 1760, y sus composiciones líricas, en que celebró los esfuerzos que empezaron á hacer las bellas artes, se oyeron con privado aplauso en la academia de San Fernando; pero no sirvieron de otra cosa que de abultar los cuadernos de sus actas. Don Agustín de Montiano, su compatriota y su amigo, con menos ingenio y no inferior cultura y celo de nuestra opinion literaria, habia publicadó dos tragedias, arregladas y decorosas, que no se han representado nunca (5), y dos discursos críticos, en que resumiendo la historia del arte recomendaba los buenos principios, que nadie intentaba seguir. El teatro, agitado por las parcialidades de chorizos, polacos y panduros, habia llegado á su mayor corrupcion. La poesia lirica toda era paranomásias y equívocos, laberintos, ecos, retruécanos, y cuanto desacierto es imaginable: en el género sublime, hinchazon, oscuridad, conceptos falsos, metáforas absurdas; en el gracioso, bufonadas truhanescas, chocarrerías, chistes obscenos, ninguna imitacion de la naturaleza visible ó patética, ningun precepto del arte que moderase ó dirigiese los ímpetus de la fantasia.

Empezó su reinado Carlos III, seguido de aquellas lisonjeras esperanzas que siempre acompañan á la exaltacion de un nuevo príncipe; y si en lo sucesivo no se vieron cumplidas todas, á lo menos empezaron á darse acertadas providencias en beneficio público. Adquirió la nacion nuevo espíritu, deseosa de adelantar y perfeccionarse en los varios conocimientos que constituyen la ilustracion y la prosperidad de un estado; y por todas partes se veian los efectos de su actividad, y los desvelos de un soberano interesado en estimularla. La prudente libertad que se dió á la imprenta fué un aliciente poderoso para que muchos literatos publicasen obras útiles en todos géneros, y la multitud de periódicos (que siempre escitan á que lean algo los que nada leerian, si no los hubiese) empezó á fomentar el buen gusto, la sana critica y la erudicion.

Escribió Moratin por aquel tiempo la *Petimetra*, comedia sujeta al rigor del arte, la primera original que se habia escrito en España con este requisito, y la *Lucrecia*, tragedia igualmente estimable por su regularidad. Estas dos piezas se publicaron impresas, pero ninguna de ellas se representó (4). El teatro, tiranizado entonces por estúpidos copleros, administrado por cómicos del mas depravado gusto, y sostenido por una plebe insolente y necia, solo se alimentaba de disparates (5).

Gozaba Calderon en aquella época de tal concepto, que parecia atrevimiento sacrilego no-

(3) La *Virginia* y el *Ataulfo*.

(4) La *Petimetra* se imprimió en 1762, con una dedicatoria á la duquesa de Medinasidonia y una disertacion preliminar. A poco salió á luz la *Lucrecia* con otro discurso.

(5) Hablando de la *Petimetra*, decia su autor en los *Desengaños al teatro español*: « No me ha sido posible haberla representar, ni lo ha conseguido un ni apasionado que en viéndola lo ha solicitado en Cádiz; pues en oyendo que está arreglada la desprecian; y advierta usted que no son los académicos de la Academia española, ni los de la de las ciencias de Lóndres ó París, ni de los Arcades de Roma, sino los mismos comediantes, y aun mas los poetastros ó versificantes saineteros y entremeseros, que andan siempre agregados á las compañías: estos son los jueces que en España tiene la poesia. » Sin embargo, tal vez esta prevencion le evitó un amargo desengaño, que, recibido en la juventud, es frecuentemente una herida mortal para el ingenio. Don Leandro, autor de esta Vida, en medio de la gran veneracion que profesaba á las obras de su padre, estampó este severo juicio sobre la *Petimetra*: « Esta obra carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion de estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco á propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez hubiera intentado representarla. »

tar defectos en sus comedias ó en sus celebrados autos sacramentales, que repetidos anualmente en la escena con la pompa y aparato posibles, entretenian al vulgo de todas clases, y perpetuaban los aplausos de su famoso autor. Moratin publicó tres discursos, que intituló *Desengaños al teatro español*, escritos con todo el acierto de un hombre de buen gusto, y con todo el celo de un ciudadano interesado en los progresos y la gloria literaria de su nacion. En el primero de ellos manifestó los defectos de que abundaban las piezas antiguas, igualmente que las modernas con que los poetas chabacanos enriquecian á los cómicos, autorizando de cada vez mas la *irregularidad y la ignorancia*. En los dos siguientes discursos probó que los autos de Calderon, tan admirados de la multitud, no debian sufrirse en una nacion que se preciase de ilustrada y católica, así por el abandono de todas las reglas que en ellos se advierte, como por el desacierto con que están tratados los dogmas de la religion, la *violencia* con que se interpretan y acomodan los textos de la Escritura, y el inconveniente gravísimo de presentar á vista del pueblo, con toda la ilusion que presta el teatro, unas acciones cuya imitacion dramática degrada la majestad de la ley y sus altos misterios, dignos solo de existir para enseñanza nuestra en los libros sagrados, ó de oirse en el templo como asunto peculiar de sus mas elocuentes ministros. No hay para qué decir cuánta oposicion sufrieron estos discursos, cuántos necios escritos se publicaron contra ellos, cuánto abominaron de su autor los cómicos, los protectores de las cómicas y los fanáticos mantenedores de la barbarie; baste solo advertir que, apenas salió á luz el tercer discurso, prohibió el *gobierno la representacion de los autos*. Epoca memorable en los fastos del teatro español, que nunca podrá recordarse sin elogio de aquel escritor juicioso é intrépido á quien se debió tan útil reforma.

Dadas ya estas prendas, y conocidas sus opiniones literarias, bien merecia tener enemigos, al paso que se hacia estimable entre los sujetos mas doctos, así nacionales como extranjeros. La academia de los Arcades de Roma le recibió en el número de sus individuos, dándole el nombre de *Flumisbo Thermodonciaco*. El marqués de Ossun, embajador de Francia en Madrid (en cuyo destino permaneció diez y siete años, mereciendo la confianza de ambas cortes y la amistad de Carlos III), favoreció á Moratin, le trató con la franqueza mas cordial, y le facilitó correspondencia con algunos de los mas distinguidos sabios franceses del tiempo de Luis XV. Napoli Signorelli, Bernascone, Conti, Bordoni y otros eruditos italianos, que residian en Madrid, apetecieron su amistad. Reparó la pérdida de su buen amigo Montiano con la intimidad que mereció á don Eugenio de Llaguno, mas ilustre por la traduccion de la *Atalia*, que por los altos empleos que sirvió después, sujeto de fino gusto en la literatura y en las artes. Don Casimiro Gomez Ortega, erudito botánico y humanista, don José Clavijo y Fajardo, autor de la obra periódica intitulada *el Pensador*, la mas estimable de cuantas se publicaron entonces, y otros distinguidos literatos, proporcionaban á Moratin fácil consuelo en los disgustos que sus enemigos procuraban darle; y conociendo que seria perder el tiempo ocuparse en contestaciones interminables, que irritan y no persuaden á quien no se halla capaz de convencimiento, aplicó su atencion á reunir algunas *poesías sueltas*, que tenia escritas, y las dió á la prensa en forma de periódico, que intituló *el Poeta* (6). Poco después concluyó y publicó la *Diana*, ó *Arte de la caza*, poema didáctico, dirigido al infante don Luis Jaime de Borbon, á quien habia merecido desde su niñez una aficion particular (7).

En esta obra manifestó Moratin cuánto podia esperarse de su pluma, y desde luego se cono-

(6) Esta obra se publicó en 1764 con un prólogo en prosa.

(7) La *Diana* salió precedida de su prólogo, cuyo objeto es prevenir los ataques de la critica, que por aquellos tiempos iba sobrado descarriada, por no haberse fijado todavía en la opinion los principios filosóficos del gusto.

También por entonces publicó una égloga sobre haberse colocado en la academia de San Fernando, de orden de S. M., las elgias de Gonzalez y Velasco, insignes defensores de la plaza de la Habana, cuando de ella se apoderaron los ingleses en 1762.

ció que, floreciendo en edad menos infausta para las letras, seria un digno sucesor de Luzan, y caerian en desprecio y olvido las musas tabernarias del Piscator salmantino, Julian de Castro, el marqués de la Olmeda, Nieto, Rejon, Bazo, Camacho, Montoro, Benegasi, Navarro, Lobera, Bidaurre, Ibañez, Furmento, Nifo, Iparraguirre, Cernadas y otros mil, en cuyas manos parecia la poesía castellana, sin doctrina, sin decoro, sin arte. Así se verificó después; pero las turbaciones políticas ocurridas en el año de 1766 interrumpieron por algun tiempo el progreso de las letras, mudaron la suerte y las costumbres del pueblo, hicieron suspicaz al gobierno, y alteraron en gran manera los planes y las ideas benéficas del soberano.

No es de este lugar referir las causas, las circunstancias y las resultas del tumulto de Madrid: baste decir, que muy de antemano conocieron los mas prudentes cuánto peligro amenazaba á la quietud pública, en vista de la poderosa influencia de los que preparaban una revolucion, dirigida á mudar todo el ministerio, poner otro á su gusto, y evitar por este medio las innovaciones y reformas que se meditaban, tan perjudiciales á los privados intereses de muchos, como favorables al bien general. Sucedió, en fin, el alboroto popular que unos solicitaban y otros temian; anticipóse la ejecucion, y se desvanecieron mil atrevidas esperanzas. La imprevista mudanza de la corte, desde Madrid á Aranjuez, evitó muchos daños, y quedó desmentido el famoso pasquin que apareció el martes santo:

Vicinus, expulimus: facilis jam copia regni.

Nombró el rey al conde de Aranda presidente del Consejo y capitán general de Castilla la Nueva, fió de su prudencia y talento el remedio de tantos males, y es necesario convenir en que no fué desacertada la eleccion.

En el año siguiente salieron espatriados de todos los dominios de España los religiosos de la Compañía de Jesús, y mientras se pedia en Roma con el mayor empeño la estincion de la órden, se imprimian en Madrid una multitud de escritos encaminados á desacreditar los principios y la conducta moral y política de aquella corporacion. Ganábase dinero y favor diciendo mal de los jesuitas; y una turba de escritores famélicos (siempre dispuestos á vender su pluma á quien se la quiera comprar) sació con esta clase de opúsculos la curiosidad comun, si bien el mismo que los estimulaba y protegia se hallaba poco satisfecho de que la causa del gobierno hubiera de encomendarse á tan ruines autores. Hablaba un dia el conde de Aranda con Moratin acerca de esto: hizole algunas insinuaciones, de las cuales no se daba por entendido; pero viéndose apurado en demasía, respondió con aquellos dos versos de la *Jerusalén librada*:

*Nessuna à me col busto esangue e mulo
Riman più guerra: egli morì qual forte.*

El conde, sonriéndose, dijo: *escelente poeta era el Tasso*, y siguió hablando de otra materia con los demás que se hallaban presentes.

No ignoraba aquel gran político cuán grande sea la influencia del teatro en la cultura de una nacion; advertia el estado de abandono en que se hallaba el nuestro, y solicitaba que Moratin, en el ocio que le permitia la muerte de la reina madre, ocurrida en el año anterior, se dedicara á componer algunas obras dramáticas. El, entre tanto, mejoró los teatros de Madrid, arreglando su policia interior y exterior, cortando en su origen la discordia que reinaba en ellos, reprimiendo las parcialidades de los que se llamaban apasionados, y dando al espectáculo mucha parte de la ilusion y el decoro que le faltaban. Hizo traducir las mejores piezas del teatro francés é italiano; y aunque no logró que desapareciesen todas las monstruosidades de que se componia el caudal cómico, mandó representar algunas buenas traducciones, en que vió el público una prueba certisima de que no están vinculados los aplausos á los desaciertos.

Cultivaba por entonces Moratin la amistad del célebre Cadahalob: juntos frecuentaban la

casa de María Ignacia Ibañez, sensible, modesta, hermosa, jóven actriz, á quien el segundo de ellos amaba con la mayor ternura, y, para honor de las que pisan el teatro, era igualmente correspondido. La celebró en sus versos con el nombre de *Filis*, y apenas empezó á llamarse dichoso, lloró su muerte. No quiso *Dalmiro* que su amiga representase la tragedia de *Sancho García*, hasta que Moratin la hiciese recomendable al público en el papel de *Hormesinda*.

Esta tragedia hubo menester toda la proteccion del conde de Aranda para darla al teatro; tal era la oposicion, que tenia la mayor parte de los cómicos, á lo que llamaban estilo francés. No es de omitir una anecdota que manifiesta con evidencia el estado de error en que se hallaban los actores y el público en el año de 1770. Espejo, barba de la compañía de Ponce, sujeto tan inútil para los papeles que piden nobleza y espresion patética, como inimitable en los caracteres de bajo cómico, era muy apasionado de Moratin. Leyóse la tragedia en el vestuario del teatro del Príncipe. María Ignacia no puso otra dificultad que la de creerse poco hábil para el desempeño de su papel. Vicente Merino, á quien llamaron *El abogado*, galán de aquella compañía, y amigo íntimo del poeta, repitió lo que habia dicho la divina *Filis*; los demás dijeron despropósitos, ó callaron entonces para murmurar después. Espejo, que debia representar el papel de *Trasamundo*, esperó la ocasion de hablar al autor separadamente, y le dijo con todo el candor de la amistad y de la ignorancia: *La tragedia es escelente, señor Moratin, y digna de su buen ingenio de usted. Yo por mi parte haré lo que pueda; pero, dígame usted la verdad: ¿ á qué viene ese empeño de componer á la francesa? Yo no digo que se quite de la pieza ni siquiera un verso; pero ¿ qué trabajo podia costarle á usted añadirla un par de graciosos? Moratin le apretó la mano, llorando de risa, y le dijo: Usted es un buen hombre, tío Espejo, estudie usted su papel, bien estudiadito, que lo demás sobre mi conciencia lo tomo.*

En efecto, ni el corrompido gusto del público, ni los anuncios fatales que habian esparcido los poetas tonadilleros, ni las voces de sedicion, con que uno de los mas audaces pedantes de aquel tiempo acaloraba debajo de la cazuela á la siempre temible turba de los chorizos, pudieron impedir que aquella pieza se recibiese con aplauso en el primero y los siguientes dias en que se repitió. Impresa después, mereció á los inteligentes el concepto de ser lo mejor que en aquel género se habia visto, después de dos siglos continuos de ingenioso desatinar (8).

A este esfuerzo de Moratin se debieron las tragedias originales que desde aquel tiempo en adelante empezaron á componerse. El desmintió la opinion absurda de que los españoles no gustaban de tragedias; confundió á los ignorantes que suponian imposible que una obra escrita con regularidad y buen gusto agradase al público de Madrid; introdujo este género en el teatro, á pesar de la resistencia que le opusieron, y hoy vemos con cuánto placer acude la multitud á ver los celos de *Orosmán*, la envidia de *Eteocles* y *Polinices*, y la funesta venganza de *Orestes*, cuando se sostienen en la escena con una regular ejecucion. En el año siguiente de 1771 se representó la tragedia de *Sancho García*, y Moratin celebró en elegantes versos el mérito del autor (9) y el de la interesante actriz que desempeñó, menos tímida con los aplausos de *Hormesinda*, el papel de la condesa de Castilla.

Persuadido el gobierno, por la esperiencia, de que la espulsion de los jesuitas causaba un atraso funesto en la educacion pública, había procurado remediar este mal, acelerando la erección de nuevos colegios, cátedras particulares y escuelas generales en toda la Península; mereciéndole el mayor cuidado la habilitacion de los estudios de Madrid, que antes se conocian con el nombre de colegio Imperial. Publicado el concurso para las cátedras que habian de es-

(8) Elogiaron esta composicion don Juan de Iriarte con un epigrama latino, don Casimiro Gomez Ortega con otros dos en la misma lengua, y don J. B. Conti con un soneto italiano. Don Ignacio Bernascone escribió el prólogo con esquisita erudicion.

(9) El referido coronel don José Cadahalso, quien en aquel año publicó su tragedia bajo el nombre de *don Juan de Valle*, hasta que con el suyo verdadero la reimprimió en 1784.

tablecerse, Moratin fué uno de los opositores, y solo don Ignacio Lopez de Ayala pudo, entre muchos, hacer vacilar los dictámenes de la censura, que consideraba á los dos como los mas sobresalientes. Concluidos los ejercicios, le dijo un dia Moratin : *No dude usted, Ayala, que la cátedra de poética será para usted. En estos casos no basta el mérito, si falta la habilidad de recomendarle. Acabada la oposicion me he metido en mi casa, no he visto á nadie, y por consiguiente, nadie se acordará de mí. Usted, animado del deseo justísimo de lograr lo que solicita, no habrá diligencia que no practique, y hará muy bien. Usted ha sido discípulo, pasante y novicio de los jesuitas : todos los apasionados que ellos tienen lo serán de usted, y yo, el primero de todos, aplaudiré una eleccion que va á recaer en un sujeto de verdadero mérito y amigo mio.* En efecto, Ayala obtuvo la cátedra, y ambos siguieron durante su vida en amistad inalterable.

La censura de un crítico tan imparcial como Moratin y que tanto se interesaba en el lucimiento de sus amigos, era inestimable en el concepto de Ayala, y no quiso leer á nadie su tragedia de *Numancia destruida*, hasta que Moratin la viese y le dijera su parecer. Así lo hizo, y supo aprovecharse de sus instrucciones con aquella docilidad que es peculiar de los que á fuerza de aplicacion y estudio llegan á conocer la dificultad del acierto. Entre los pasajes que le tachó fué el de mayor importancia una escena entera en que el poeta hacia salir al teatro á los jóvenes de Lúcia con los brazos cortados. Díóle á entender Moratin lo repugnante, lo inútil y ridículo de este episodio; y el autor, agradeciendo el aviso, suscribió á su dictámen.

Incapaz Moratin de resolverse á malograr el tiempo en las antesalas, de recomendarse al lacayo confidente, ni de acariciar á los falderitos de la señora, poco á propósito para trinchar en sus mesas y animarlas con chistes y cuentecillos alegres, demasiado austero para sufrir caprichos y aplaudir desórdenes, inútil en las contradanzas, ignorantísimo y torpe en el manejo de los naipes, mal podia hallar los caminos que dirigen con facilidad á la fortuna. Se conocia á sí mismo, y no se quejaba de su suerte, persuadido de que era temeridad desear que los demás mudasen de opiniones y de carácter, cuando él no era poderoso á alterar el suyo. Esta consideracion le retrajo siempre de entablar pretensiones que no habia de saber llevar adelante; y á pesar de la estimacion que debió á los infantes don Luis y don Gabriel, al conde de Aranda, á los duques de Medinasidonia y Arcos, á don Manuel de Roda, á Campomanes, Bayer, Llaguno, á los embajadores de Venecia y Francia, y á otros sujetos de grande autoridad é influjo, nunca se presentó á ellos en calidad de pretendiente: nada les pidió, y nada le dieron. Sin embargo, las atenciones de su casa, el amor á su esposa, la educacion de un hijo (en quien ya descubria prendas no desconformes á la celebridad del apellido que habia de heredarle), todo le inspiró el deseo de solicitar los medios necesarios al desempeño de tan importantes obligaciones. Volvió al estudio de las leyes, y asistió en calidad de pasante en casa de un amigo suyo, todo el tiempo que fué menester para recibirse de abogado en el colegio de Madrid, como lo verificó en el año de 1772.

La práctica de los tribunales le dió á conocer muy presto que no era aquella la carrera que debió seguir. Lamentábase de la multitud, contradiccion y oscuridad de las ya envejecidas leyes; del conflicto de jurisdicciones, de las clases privilegiadas, de lo arbitrario de los juicios, de la facilidad en admitir apelaciones, de la influencia funesta de los escribanos, nacida de la pereza ó la ignorancia de los jueces; de los artificios legales que han hallado la malicia y el interés para que los pleitos se eternicen; del triunfo, casi siempre cierto, en favor del poderoso, casi nunca obtenido de la pobreza desvalida y oscura. No tomaba todas las defensas que se le ofrecian, desengañaba á muchos litigantes, y les daba á conocer que la obligacion de un letrado no es desfigurar lo injusto y lo falso con apariencias de justicia y verdad, no apoyar cualquiera accion que se presente, sino solo aquellas que segun su conciencia le parezcan lícitamente intentadas. Aun en estas hallaba algunas, que por su naturaleza ofrecian á la parte contraria medios fáciles de dilatar la resolucion ó torcer á su favor la sentencia;

anunciábaselo desde luego á sus clientes, y les explicaba cuán diferente cosa es tener razon que obtener justicia. No es difícil de inferir que este sistema, seguido por él constantemente, era el medio menos seguro de enriquecer; pero ni la rectitud de sus principios, ni el deseo que siempre tuvo de conservar la estimacion de los hombres de bien, le permitieron obrar de otra manera.

En tanto que continuaba, como le era posible, practicando la abogacía, no se olvidaba de que la naturaleza le habia formado para poeta, mas que para escribir pedimentos, y empleaba las horas que le dejaba libres aquella árida ocupacion en componer algunas obras líricas, sujetándolas con la mayor docilidad á la censura de sus doctos amigos, lo cual dió principio á una especie de academia privada, en que se reunian los literatos mas estimables de aquella época.

Habia cesado ya en el mando el conde de Aranda. Ni su talento, ni su integridad, ni la importancia de sus servicios, fueron bastantes á sostenerle por mas tiempo en el puesto que tan dignamente ocupó. Pasó de embajador á Paris, y todos los que habian sido favorecidos por él, es decir, los sujetos mas distinguidos por su mérito en todas clases, adoptaron el partido prudente de oscurecerse y no escitar los resentimientos de la envidia, que en las mudanzas políticas se manifiesta siempre de un modo feroz. Reuníanse frecuentemente Moratin, Ayala, Cerdá, Rios, Cadahalso, Pineda, Ortega, Pizzi, Muñoz, Iriarte, Guevara, Signorelli, Conti, Bernascone y otros eruditos, en la antigua fonda de San Sebastian, para lo cual tenían tomado un cuarto con sillas, mesas, escribania, chimenea y cuanto era necesario á la celebracion de aquellas juntas, en las cuales (por único estatuto) solo se permitia hablar de teatro, de toros, de amores y de versos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro francés, las sátiras y la poética de Boileau, las odas de Rousseau, muchos sonetos y canciones de Frugoni, Filicaja, Chiabrera, Petrarca y algunos cantos del Tasso y del Ariosto. Leyó Cadahalso sus *Cartas marruecas*, Iriarte algunas de sus obras, Ayala el primer tomo de las Vidas de españoles ilustres, que se proponia ir publicando con el título de *Plutarco español*, y una tragedia de *Abidis*, que probablemente se habrá perdido también. Leyéronse, conforme iban saliendo, algunos tomos de *El Parnaso español*, y la crítica á que dió lugar su lectura inspiró á Moratin y Ayala la idea de escribir un papel intitulado: *Reflexiones críticas dirigidas al colector de el Parnaso, don Juan Lopez Sedano*. La junta las examinó, y habia resuelto imprimirlas; pero Moratin, considerándolo mejor, la hizo desistir de su propósito. Conoció que tal vez la publicacion de aquella obra desanimaria al colector, en vez de corregirle; que siempre era laudable su celo, aunque el acierto no lo fuese; que en aquella coleccion, aunque tan desigual y poco meditada, habia sin embargo escelentes composiciones, y que el benemérito don Antonio de Sancha, comun amigo de todos ellos, no merecia que se le diera un disgusto, cuando empleaba gran parte de su caudal en imprimir aquella obra con un esmero y un lujo tipográfico desconocidos hasta entonces. Sin embargo, el colector de *el Parnaso* se atrevió algun tiempo después á censurar en el tomo ix de su obra á don Vicente de los Rios y á Iriarte. Ni uno ni otro le perdonaron esta agresion, y el último publicó un difuso opúsculo intitulado: *Donde las dan las toman*, en que se aprovechó de las citadas *Reflexiones* de Moratin y Ayala para la amarga crítica que hizo de la coleccion de Sedano y de sus opiniones literarias. La junta de San Sebastian vió con mucho sentimiento esta discordia; pero no la pudo calmar.

Allí se leyó también la tragedia de *Numancia destruida*, impresa y representada poco antes, deseando su autor hacer una segunda edicion de ella con las correcciones que pareciesen mas esenciales. Examinada de nuevo en aquella docta tertulia, y oidas las juiciosas reflexiones de Signorelli, quedó no obstante aprobada la obra, con algunas cortas alteraciones, en gracia de los escelentes trozos que hay en ella, del espíritu nacional que la anima y de la seguridad del éxito en el teatro.

Conti, que habia publicado ya la traduccion italiana de la primera égloga de Garcilaso, vivia en la misma casa que Moratin, en la calle de la Puebla, núm. 50, junto á Doña Maria de Aragon, y en sus frecuentes conversaciones le persuadia Moratin á que emprendiese la traduccion de algunas obras de poetas españoles, y les procurase nueva celebridad, dándolos á conocer en la culta Italia. Conti se dedicó efectivamente á ello, consultando siempre los dicámenes de su amigo; á cuyo celo deben agradecerse los bellísimos versos italianos en que se halla traducido lo mejor de Garcilaso, Padilla, Herrera, Figueroa, los dos Argensolas y otros insignes autores nuestros. Solo llegaron á publicarse cuatro tomos de esta coleccion; el quinto se perdió manuscrito entre los papeles de don Eugenio de Llaguno, y el sexto, aunque enteramente concluido en el año de 1793, le retuvo en su poder el traductor, viendo el poco aprecio que merecia á la corte una empresa literaria que tanto favorecieron veinte años antes los ministros que ya habian dejado de mandar y de existir.

Ocupábase por entonces Signorelli en escribir la *Historia crítica de los teatros*; y Moratin, que cuando habló á sus compatriotas fué el mas rígido censor de los defectos del nuestro, no queria que Signorelli ignorase los rasgos de ingenio felicisimos, las situaciones patéticas ó cómicas, ni el mérito de lenguaje, facilidad y armonía que se encuentra en los desarreglados dramas de Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Salazar, Solís y otros de su tiempo. El puso en manos de aquel docto escritor cuanto halló de mas apreciable en este género; y efectivamente, ningun crítico extranjero ha hablado con mayor acierto que Signorelli del mérito de los dramáticos españoles, particularmente en la segunda edicion de su obra, hecha en el año de 1787, diez años después de publicada la primera.

Entre tanto, las asambleas literarias de la fonda de San Sebastian continuaban siendo una escuela de erudicion, de buen gusto, de acendrada crítica; y las cuestiones que allí se ofrecian daban motivo á los concurrentes de indagar y establecer los principios mas sólidos, aplicados en particular al estudio y perfeccion de las letras humanas. Alguna vez se trató del mecanismo de las dos lenguas italiana y española, y convenian en que la nuestra, dedicada al género sublime, puede competir con su hermana, y aun escederla en robustez y majestad; que es aptisima para la epopeya, para la tragedia, para la historia, para la narracion elegante y fácil de las novelas, igualmente que para la malicia y viveza del diálogo cómico, en lo cual no la escede ninguna de las mas cultivadas de Europa. En esta ocasion escribió Iriarte unas curiosas observaciones, que leyó á la junta, sobre la varia construccion de las voces castellanas y su aptitud para las combinaciones armónicas: escrito muy apreciable, que reducido á menor estension, le sirvió después para una de las notas con que ilustró su poema de *la Música*.

Una vez habló Signorelli de la dificultad que se hallaria en traducir al español, con iguales estrofas y el mismo número de versos, cualquiera buena composicion italiana, y ofreció por ejemplo aquel célebre soneto de Juan de la Casa, que empieza:

*Oh sonno! oh della cheta, umida, ombrosa
Notte, placido figlio!*

Encargáronse de traducirle en otro soneto castellano Ayala, Iriarte, Moratin y Cadahalso, conviniendo en que la version que hiciese cada uno seria examinada y juzgada por los otros tres. Llevaron una noche las traducciones y las censuras (los italianos protestaron que no hablarian palabra, y serian meros espectadores en aquel tribunal); leyóse todo, y los cuatro opinaron de comun acuerdo que el soneto se habia traducido muy mal, y que no se podia traducir. Moratin, poco satisfecho, recogió todos los papeles, los tiró al fuego de la chimenea, y dijo: *Scribimus, et scriptos absumimus igne libellos*.

Esta reunion, compuesta de individuos tan recomendables, fué amenorándose por la au-

sencia forzosa de algunos de ellos, y á los que permanecieron y la sostenian no les pareció admitir otros. La amistad, la identidad de principios é inclinaciones, la moderacion y la prudencia habian formado y continuado por algunos años aquella junta, y no era fácil hallar estas prendas en los que aspiraban á reemplazar á los ausentes. Contó se fué á Italia, Cadahalso á Salamanca, Iriarte pasaba muchas temporadas en los Sitios, Ayala padecia dolencias habituales, para cuyo alivio tuvo que retirarse á Grazalema su patria, en donde permaneció largo tiempo. Antes de salir de Madrid solicitó que Moratin se encargase de sustituirle en la cátedra, no queriendo dejarla en otras manos, interesado, como todos los demás profesores de aquel establecimiento, en que no decayese el buen concepto que ya habia empezado á adquirir en el público. Nombrado pues Moratin sustituto de la clase de poética con una parte de su dotacion, halló en sí mismo toda la disculpa que deseaba para desistir de un empeño á que solo habia podido inducirle el anhelo de mejorar su escasa fortuna. Dejó á un lado la *Curiatilla philippica*, el *Gomez ad leges tauri*, el *Señor Covarrubias*, el *Villadiego*, el *Salgado de retentione*, el *Rojas de incompatibilitate* y otros doctos libros no menos útiles; y trató de enseñar á los discipulos que quisieran oírle el camino mas florido, aunque el mas estéril, de la inmortalidad.

Los instruia en amistosa conversacion, sin hacerles sospechar que los instruia. Indagaba con ellos la razon del arte, y advertian libremente en las obras mas célebres los descuidos y los aciertos. Repetiales con frecuencia que él no enseñaba á nadie á ser poeta, porque sin un favor especial de la naturaleza ninguno lo es; pero les prometia que con el estudio de la poética adquiririan buen gusto y sólida doctrina, para saber la dificultad que tiene el serlo, y estimar el mérito de los mas distinguidos autores; á la manera que en una escuela de bellas artes, si no se forman grandes artifices, resultan á lo menos aficionados inteligentes. Burlábase de los dómínes de aquel tiempo (pedantes por oficio y verdugos por inclinacion), que apenas veian pasar á los muchachos el temido puente de *quis vel qui*, les hacian perder las horas mas preciosas de la vida en medir dácilos y pirriquios, y componer epicedios y genetliacos en la lengua de Maron, cuando en la suya no eran capaces de escribir una carta. No ejercitaba en sus alumnos la memoria, sino el entendimiento; mas les hacia raciocinar que aprender; ni para captarse la benevolencia de sus padres y tios les proponia un determinado número de preguntas, á que debia corresponder otro igual de respuestas, á manera de letanía: ridícula instruccion, á la cual se reducian todos los exámenes públicos que se hacian entonces. Decia que no hallaba diferencia entre este género de enseñanza y la que se da á los papagayos, de los cuales nunca se exige que entiendan lo que dicen; basta que lo digan; y cuando en los certámenes de otros estudios oia chillar á los discipulos, respondiendo atropelladamente á las preguntas que se les hacian, segun el arancel impreso, decia á los suyos: *Veán ustedes aquí una bundada de cotorras y tordos, que están hablando de lo que no entienden. El que guste de ser pedante y fatuo, literato superficial y hablador intrépido, venga á estas aulas, que el maestro se lo enseñará.* Asistia á la suya un jóven de escelente disposicion para la poesia, sobrino de un caballero muy acomodado, el cual deseando que continuase en aquel estudio, al ver su constante aplicacion y el ingenio que manifestaba, le dijo á Moratin que le indicase, entre los poetas clásicos, de cuál nacion deberia preferirlos, para arreglarle con ellos y algunos otros una selecta libreria. Moratin le respondió: *griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles, ingleses y españoles.* Los que tengan algun conocimiento del arte advertirán cuánto dijo en esta respuesta.

El estudio de nuestra lengua le mereció tan particular atencion, que llegó á ser eminente profesor en ella, y á este conocimiento debió la abundancia que hallaba de frases y giros poéticos, de palabras acomodadas al género y al estilo de sus composiciones, y aquella facilidad que se adquiere tan difícilmente, con la cual parece que las obras de mayor mérito no costa-

ron trabajo particular al que las compuso, y que otro cualquiera sabrá hacer lo mismo. Error comun, que solo con la experiencia se desvaneece. Prueba fué de su maravillosa afluencia una comedia que compuso sobre la defensa de Melilla, en el año de 1775. Este suceso llenó de alegría al rey, á la corte, á toda la nacion, viendo destruido el numeroso ejército de los marroquíes delante de una débil plaza, que solo pudieron hacer inespugnable la prudencia, el valor, la generosa constancia de los jefes, soldados y presidarios que la defendieron. Instado Moratin, no solo de los cómicos, sino de otros muchos sujetos que le pedian lo mismo, tomó sobre sí el empeño de improvisar una comedia en que se pintase aquella accion gloriosa, diciéndole al duque de Medinasidonia, que era uno de los mas interesados en ello : *Haré un disparate; pero le haré pronto, una vez que V. E. se declara jefe de esta conspiracion. Hágame usted, Moratini*, respondió el duque; *disparates de esa clase solo usted puede hacerlos. Desde ahora le digo á usted lo que será su comedia : un monstruo del arte, en que veremos la fantasia, la diction, la sonoridad de Lope, ya que no sea posible hallar en él la regularidad de Racine*. En seis horas, repartidas en tres noches, dictó la comedia á un escribiente, delante de algunos amigos que le quisieron acompañar; y mientras los cómicos se repartian los papeles para estudiarla, el duque halló ocasion de enseñársela á Carlos III, el cual, aplaudiendo los mas sobresalientes pasajes de ella, dijo : *Moratin es gran poeta; mi madre le quiso mucho, y yo aprecio su talento estrordinario; pero no se represente por ahora esta comedia. La guerra con Marruecos no se ha concluido, y no es conveniente fiarnos demasiado de la fortuna; á estos sucesos prósperos pudiera seguirse alguna desgracia. Esperemos á que se haga la paz*. En el mes de julio de aquel mismo año sucedió la infeliz jornada de Arjel.

Talassi, célebre poeta repentista italiano, habia llegado por entonces á Madrid, y de todas partes le solicitaban, deseosos de oírle. Moratin asistió dos ó tres noches en casa del embajador de Venecia, y quedó sorprendido al verle componer de repente sobre cualquier asunto que se le proponia, con buen plan, buenas imágenes, afectos oportunos, pura elocucion, fáciles y armoniosos versos. A ninguno de los que entonces cultivaban en Madrid la poesia le ocurrió el temerario intento de alternar con él; pero el duque de Medinasidonia miraba como una mengua nuestra que Talassi pudiese decir que no habia hallado en España quien se hubiera atrevido á competirle, como ya lo decia de los franceses, entre los cuales habia lucido eselusivamente su habilidad. Signorelli, á quien el duque habló sobre esto, le dijo : que aquella prontitud de poetizar se habia hecho peculiar de Italia, por la abundancia de expresiones que presta el idioma, y lo cultivado y formado que está ya para la composicion, en la cual el poeta repentista aplica fácilmente hemistiquios, y aun versos enteros que pertenecen á otros autores, siendo muy difícil que se verifique con otra lengua, mientras el arte de decir de repente no se promueva, no se cultive, y no sea un medio seguro de adquirir estimacion y recompensas. Díjole también que aquella práctica (aun suponiéndola en hombres de muy fecunda imaginacion, buen gusto y erudicion estensa) producia siempre composiciones mas brillantes que sólidas, capaces de sorprender en el momento en que se oyen; pero no tales que puedan sufrir impresas el detenido exámen de la crítica. Añadió que la mayor pesadumbre que puede darse al mas éminente poeta estemporáneo, es ponerle al lado un amanuense que vaya escribiendo lo que dice, y que si en España y Francia no se hallaban, como en Italia, improvisadores de crédito, también era de considerar que en ninguna de las tres naciones se habian compuesto de repente aquellas obras mas estimables con que se ha ilustrado la moderna literatura. No obstante, el duque hizo empeño particular de que Moratin alternara con Talassi, y al fin lo consiguió una noche en su casa, y á presencia de un concurso el mas capaz de apreciar el mérito de los dos poetas. A Talassi le tocó por suerte la muerte de Adonis, y á Moratin el paso de los israelitas por el mar Rojo. Uno y otro escitaron la admiracion del auditorio; y es necesario suponer que en la preferencia que obtuvo Moratin no dejaria de tener parte el

espíritu nacional; pues por mas imparciales que se quiera suponer á los oyentes, uno de los poetas era español, y le juzgaban españoles. El duque se proponia repetir aquel certámen alguna otra noche; pero Moratin, abrazando á Talassi, le dijo : *señor duque, esto de hacer versos de repente no es para todos, ni para todos los dias. En mí podrá ser una gracia, en Talassi es un ejercicio de muchos años. Si hemos alternado dignamente, bástele á V. E. esta prueba. Ni á mí me agradaria verme atropellado por otro, esponiéndome voluntariamente á ello, ni á él le conviene que nadie le oscurezca ni le compita. Gocemos de su extraordinaria habilidad; cante él solo, y está seguro de los aplausos de cuantos tengan la fortuna de oírle; pero no se me estorbe á mí la dulce satisfaccion de ser su amigo.* Dicho esto, y renovando á su competidor las mas sinceras demostraciones de afecto, escitó una aclamacion general del concurso, que repetia con entusiasmo : *basta, señor duque, basta; y sean amigos Talassi y Moratin.*

Concluyó este por entonces la tragedia de *Guzman el Bueno*, impresa poco después (10), y dedicada á su especial favorecedor el duque de Medinasidonia. De esta pieza habló Signorrelli, con toda la estimacion que merece, en su *Historia crítica de los teatros*, y allí puede verse el juicio que de ella formó. Nunca se ha representado, aunque en su lectura hallan los inteligentes muchas cualidades dignas del mayor elogio. Mas de una vez han solicitado los cómicos que pusiera la mano en ella el autor de *El sí de las niñas*, y siempre se ha negado á hacerlo.

En medio de estas agradables tareas á que Moratin dedicaba su estudio, halló ocasion de manifestar que la fantasia de un gran poeta no impide, como presume el vulgo, la adquisicion de aquellos conocimientos políticos y económicos tan necesarios á la buena administracion pública, y tan ignorados muchas veces de los que tienen á su cargo la prosperidad de los pueblos. Escribió una *Memoria sobre los medios de fomentar la agricultura en España, sin perjuicio de la cria de los ganados*, y en ella y un cuaderno de adiciones, dirigido todo á la sociedad económica de Madrid, dió bien á entender cuánto le interesaba la felicidad de su nacion, cómo conocia el verdadero origen de sus males, y los medios mas eficaces para disminuirlos; cuán particular estudio habia hecho de nuestra viciosa legislacion, del carácter nacional, sus prendas laudables, sus defectos, sus errores, sus preocupaciones funestas. La sociedad le nombró socio de mérito, y estrató en sus actas lo que halló mas digno de estimacion en aquella obra. Individuo ya de un cuerpo compuesto de celosos é ilustrados vocales, que protegia el soberano, y animaba el gran Campomanes (consumado jurisconsulto y economista de aquella edad), creyó Moratin que allí podria ocuparse útilmente, y desahogar el deseo que siempre tuvo de ver menos atrasada á su nacion, mas industriosa, menos ignorante, menos satisfecha de su ignorancia. Asistia sin intermision á las sesiones de su clase y á las juntas públicas, en que alguna vez elogió con sonoros versos la aplicacion y la virtud (11); desempeñaba los informes que se le pedian, los encargos que se fiaban á su actividad y conocimientos; y en cuanto era relativo á la utilidad de su patria, ninguno le escedió en laboriosidad, tason y diligencia.

Esta fué la única corporacion nacional de que quiso ser individuo. Nunca aspiró á ocupar un puesto ni en la Academia española, ni en la de la Historia, á las cuales parece que debió conducirle naturalmente su mérito y su celebridad. No solo se abstuvo de solicitarlo, sino que habiéndoselo propuesto algunas veces, manifestó su repugnancia, y aun pudiera existir entre los papeles de don Eugenio de Llaguno una carta que le escribió Moratin al Escorial, en respuesta á las instancias que aquel le hacia para que solicitase entrar en la Academia española, asegurándole que seria admitido inmediatamente en ella. Decíale Moratin entre otras cosas :

(10) En 1777.

(11) Véanse la Anacreóntica xxviii, pág. 7, y la Elegía 111, pág. 2 de este tomo.

ninguno se mete monje de San Benito, si la regla de San Benito no le gusta. A mí no me agradan los reglamentos de la Academia, y mientras no se hagan otros, no seré yo miembro de aquel cuerpo. El sólido mérito debe hallar abierto el paso á las sillas académicas, señor don Eugenio; no ha de facilitarle el favor ni la súplica. La Academia, si ha de valer algo, necesita de los sabios, y estos para nada necesitan de la Academia. No puede concebirse absurdo mas torpe que el de exigir un memorial de los aspirantes, como si se tratara de pretender un estanquillo. Aun por eso nuestras congregaciones literarias significan tan poco en la Europa culta. Cualquiera que repase la lista de sus individuos (esceptuando unos pocos) creará que está leyendo la de los hermanos del Refugio. Esta escasez de hombres de mérito no se suple con bandas ni toisones, que allí no son del caso; tales dijes parecen muy bien al pié del trono; pero en una corporacion científica son cosa intempestiva, ridicula é incómoda. Tan injusto me parecería ver á Ayala con la gran cruz de Carlos III y la casaca de gentilhombre, por haber escrito la Numancia, como me lo parece ver que á un ignorante le hagan académico, porque se llama Osorio, Manrique ó Tellez Giron. Mientras estas equivocaciones no se remedien (vuelvo á repetirlo), mientras no se hagan nuevos estatutos, nuestras academias servirán solo de aparentar lo que no hay, y de añadir una hoja mas á la Guía de forasteros. Es de suponer que con estas opiniones tendria poca seguridad de obtener el premio ofrecido por la Academia española, en el año de 1777, al que mejor desempeñara en un canto heróico el elogio de Cortés, cuando hizo quemar las naves en Veracruz; pero Moratin no pudo resistir al deseo de celebrar aquella señalada accion, que tiene tan pocos ejemplos en la historia. Escribió efectivamente un canto en octavas, que intituló: *Las naves de Cortés*; le remitió á la Academia, y esta no halló en aquella composicion mérito bastante, ni para el premio, ni para el *accesit*. Premió y publicó únicamente la de don José Vaca de Guzman; y como estas dos obras son ya muy conocidas del público, toda reflexion, que acerca de ellas quisiera hacerse, parecería inútil en este lugar y fuera de sazón.

En vista del poco aprecio que habia merecido su ensayo épico, no quiso Moratin aspirar de nuevo á los premios que la misma Academia propuso después; y pensó en ocupar las horas que le quedaban libres en elegir de sus obras impresas y manuscritas las que mereciesen correccion, limarlas con esmero, formar una coleccion de ellas, y publicarlas. Ha sido no poca fortuna que entre la dispersion y saqueos judiciales, que han padecido en estos años últimos los libros y papeles de aquel literato, se haya logrado conservar la coleccion de sus obras poéticas, como hoy se publica, y en los términos en que él la tenia arreglada y dispuesta ya para la prensa; pero no ha sido lo mismo de muchas de sus obras en prosa, y de su correspondencia literaria, que toda ha desaparecido, juntamente con una gran parte de su escogida librería.

Entre sus cartas (que todas ellas versaban sobre materias de critica y erudicion) eran las mas estimables las que habia escrito en varias ocasiones á Bayer, á Llaguno, á Conti y á Cadahalso. Este le escribia desde Salamanca, y le daba noticia de los jóvenes que allí se distinguian por su aplicacion al estudio de las buenas letras y su talento poético; prefiriendo entre ellos á don Juan Melendez Valdés, que empezaba entonces á componer en el género amatorio algunas poesías llenas de gracia y de dulzura, imitando lo mejor de nuestros antiguos poetas, y absteniéndose de los errores en que tropezaron tantas veces. Moratin veía con mucho placer las composiciones de aquel nuevo alumno de las musas; censuraba los defectos, aplaudia las bellezas, y estimulaba á Cadahalso á que le hiciera continuar por aquel género, sin perder de vista jamás los buenos ejemplares griegos y latinos, y los que ofrece la literatura moderna en las lenguas vivas. Sus advertencias, su docta critica, y sus apreciables elogios, contribuyeron en gran manera á que Melendez se confirmara en los buenos principios que habia empezado á seguir, y que durante su vida le han adquirido tan bien merecidos aplausos.

En los últimos años de la suya ocuparon á Moratin atenciones domésticas, encargos de la

sociedad, la enseñanza de sus discípulos, la correccion de sus obras y la correspondencia literaria con sus amigos ausentes. Retirábase durante el verano á un pueblo de la Alcarria, y allí atendia al cuidado de su salud, que sucesivamente iba debilitándose. Asistia á los afanes rústicos de aquella gente laboriosa, abatida y mísera; alternaba en sus conversaciones, se divertia en sus rudas fiestas, y hallando en su trato los mismos afectos, los mismos vicios que en las sociedades mas corrompidas (donde solo es diferente el objeto que los estimula), huia muchas veces de los hombres, para entregarse á la contemplacion de la siempre hermosa naturaleza. La fecunda vega de Almonacid, las cumbres de Altomira, el castillo de Zorita, famoso en la historia (ya destruido por las guerras y el tiempo), los precipicios de donde se derrumba espumoso el Tajo, y el desierto hórrido de Bolarque (morada que usurpan á las fieras hombres desengañados y penitentes), todo acaloraba su fantasia y ejercitaba su talento. Allí encontraba la independencia, la tranquilidad que anheló siempre su corazon, y en alguno de aquellos pueblos premeditaba establecerse en adelante, y prevenir la vejez y la muerte; pero no le fué posible verificarlo: sus obligaciones le precisaban á residir en Madrid, en donde, agravándose los achaques de que adolecia, falleció el dia 11 de mayo de 1780, á los cuarenta y dos años de su edad.

Vivió en aquella medianía que tanto recomiendan los sabios: ni padeció las angustias de la pobreza, ni los estímulos de la ambicion. Su templanza, su cortesía, su ingenio, su erudicion, su carácter indulgente y sencillo, le adquirieron muchos y escelentes amigos en todas las clases del estado. La envidia le persiguió, como acostumbra, por los medios mas viles, y solo opuso á sus tiros la estimacion de los hombres de bien y su propia conciencia. Acompañado de una esposa inculpable y de un hijo, cuya educacion mereció todo su desvelo, sabia olvidarse de los desabrimientos y los aplausos que le adquiria su celebridad, gozando en los deberes de esposo y padre aquellas delicias que solo saben disfrutar las almas sensibles y virtuosas.

Conoció y practicó la filosofia del arte, aplicado á la composicion poética, examinando la razon y la necesidad de sus preceptos. Se familiarizó desde su primera edad con la lectura de los historiadores, oradores y poetas antiguos, modelos de la mayor perfeccion á que ha sabido llegar el talento humano. Estudió la lengua de su nacion, su historia, sus leyes, sus ya olvidadas costumbres, y á la imitacion de los mas eminentes poetas nuestros añadió la de italianos y franceses, emulando de los primeros la fantasia y el sonido armónico, y de los segundos el método, la exactitud y la doctrina. Halló la poesia castellana en el último grado de corrupcion; y él se atrevió á sostener nuevos principios, y á combatir errores, nacidos del mal gusto que generalmente se estendia á todos los ramos de la literatura. Desterró del teatro aquellas composiciones absurdas, que habiendo tenido su origen en los siglos de barbarie, llevó después á tan alta estimacion el mas ingenioso de nuestros dramáticos. Dió ejemplos en la escena española de una regularidad que se consideraba como impracticable. Adelantó los progresos de la poesia lírica; y habiéndola encontrado grosera y trivial en manos de ignorantísimos autores, se la dejó elegante, florida, patética, docta y armoniosa, á los que le siguieron después.

Gran dificultad ofrecen las artes, si ha de sobresalir en ellas el que las cultiva; pero atreverse á prescindir de la opinion y de la costumbre, luchar intrépido contra la tenacidad de la ignorancia, hallar nuevos caminos para conseguir el acierto, fijar el gusto, y demostrar con obras dignas de aplauso la utilidad de la innovacion, es fatiga reservada solo á aquellos talentos extraordinarios que produce la naturaleza no muchas veces.

VIDA

DE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

LA relacion que precede de la breve vida de DON NICOLAS FERNANDEZ de MORATIN, al paso que nos descubre el bello fondo de un alma singular, nos esplica también hasta cierto punto las miras que se propuso en la educacion de su hijo DON LEANDRO, único que sobrevivió á tres hermanos muertos en la infancia.

Descendiente de una familia noble, no habia conocido mas orgullo que la modesta conciencia de sus propios merecimientos; criado al lado de una reina apartada del bullicio de la corte, aprendió temprano á conocer la vanidad de la humana grandeza y los peligros del trato palaciego; educado para la carrera del foro, halló por esperiencia que para medrar en él era insuficiente el talento, inútiles ciertos estudios, y alguna vez nociva la franqueza, de que no podia desprenderse; halagado por los hombres mas eminentes de su tiempo en saber y en dignidad, prefirió el honor de su íntima confianza á una proteccion aneja á cierta dependencia que le repugnaba: circunstancias todas que debieron influir poderosamente en su ánimo para dar á las inclinaciones de su hijo una direccion mas cierta y menos arriesgada.

Verificábase entonces en las clases elevadas de la sociedad una revolucion lenta, pero constante, y todo tendia á una nivelacion, aunque por caminos enteramente contrarios. Iba desapareciendo aquel aislamiento que cerraba al pueblo la entrada en las altas regiones, salvas las puertas de la lisonja y la servidumbre. Algunos nobles se confundian con las gentes mas despreciables; y entre chisperos, rufianes y mujercillas pasaban aquella vida que tan enérgicamente nos describió poco después Jovellanos en una de sus sátiras. Otros empero, mejor nacidos, abandonándose á la corriente de la época y de las nuevas necesidades, no descendian de su altura, sino que elevaban las demás clases, buscaban en ellas los hombres dignos, los admitian en su familiaridad, fundaban sociedades económicas, se instruian, se comunicaban, fomentaban las artes útiles y ennoblecian el trabajo y el ingenio.

Así es como Moratin el padre, sencillo en sus costumbres, exento de preocupaciones, desengañado de la privanza y nada ambicioso de honores y riquezas, llegó á concebir una idea fija de la doméstica felicidad, y descubriendo su genio poético nuevas bellezas en las humildes manipulaciones que hasta entonces como de servil condicion eran despreciadas, se prendó de la decorosa aplicacion que cundia en los hábitos populares, y por tres veces fué el cantor de ella en presencia del concurso mas escogido que tenia la espléndida corte de Carlos III.

Aun después de tantos años trascurridos, en que la sociedad no se ha desviado de aquella corriente, preocupaciones renacientes, aunque débiles y sin fuerza, nos han conducido á consignar aquí estas consideraciones, para que no se crea efecto de rareza de genio ó ciego antojo la carrera que don Nicolas Fernandez de Moratin señaló á su hijo don Leandro, quien al quedar huérfano de padre contaba veinte años y trabajaba de oficial aventajado en una joye-

ría, donde ganaba diez y ocho reales diarios. No propondremos por modelo absoluto esta conducta paternal; para esto fuera preciso que Moratin hubiese salido un artista tan eminente como Benvenuto Cellini: no se ha inventado todavía el arte de conocer las predisposiciones del individuo para el ejercicio á que le llaman la gloria y la fortuna; y cuando este arte se invente, tendrá todavía que luchar con el orgullo, la necedad y las preocupaciones. Una observacion haremos, por si puede importar. No es este el único ejemplo que nos presenta la historia de grandes autores dramáticos salidos del taller, desde el batihoja Lope de Rueda hasta uno de los mejores ingenios que en nuestros dias honran el Parnaso nacional.

Probablemente si la literatura hubiese proporcionado recursos productivos para una familia de muy medianas conveniencias, bastante modesta para no ambicionar, y sobrado altiva para pretender, Moratin el hijo hubiera abrazado alguna carrera literaria. Nacido en Madrid el 10 de marzo de 1760 (1), habia mostrado desde luego felicísimas disposiciones. Por su viveza, despejo y amable travesura, y también por la estremada gracia de sus facciones, era el idolo de su familia, cuando á los cuatro años de su edad fué atacado por unas viruelas malignas que, después de haberle puesto al borde del sepulcro, le dejaron estremadamente desfigurado. «El estrago que este azote de la infancia lizo en su fisonomía, dice su biógrafo don Manuel Silvela, no fué menor que el que causó en su índole.» En efecto, desde entonces perdió su genio alegre, bullicioso y amable con todos, y volvióse tímido, receloso, taciturno: calidades que, segun veremos, no tuvieron corta influencia en los sucesos del resto de su vida.

Aprendió los primeros rudimentos en la escuela de un tal don Santiago Lopez, que por entonces debió de vivir en la calle de Santa Isabel. Un fragmento de su propia vida, que se halla todavía inédito, contiene curiosos recuerdos sobre aquella época de sensaciones primitivas, cuyo estudio ofrece tanto interés cuando se trata de hombres estraordinarios. «Sali de la escuela, dice él mismo, sin haber adquirido vicio, ni resabio, ni amistad alguna con mis discípulos; ni supe jugar al trompo, ni á la rayuela, ni á las aleluyas. Acabadas las horas de estudio, recogia mi cartera, y desde la escuela, de cuya puerta se veia mi casa, me ponía en ella de un salto.

»Allí veía los amigos de mi padre; oía sus conversaciones literarias, y allí adquirí un desmedido amor al estudio. Leía á *Don Quijote*, *el Lazarillo*, *las Guerras de Granada*, libro deliciosísimo para mí; la historia de Mariana, y todos los poetas españoles, de los cuales habia en la librería de mi padre escogida abundancia. Esta ocupacion y la de ir á ver á mi pobre abuelo, á quien ya reducian los achaques y los largos años á salir muy poco de su casa, me entretenían el tiempo; y así pasé los nueve primeros años de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho.»

Entonces empezó á ensayar su musa en composiciones anacreónticas llenas de infantil ternura, que dedicaba á una niña de su misma edad, hija de don Ignacio Bernascone, íntimo amigo de su padre y vecino de la casa á que este trasladó su domicilio, que era la del número 50 de la calle de la Puebla, hoy del Fomento. Estos fueron sus primeros é inocentes amores, y el origen de sus inspiraciones.

Descubria al mismo tiempo felicísimas disposiciones para las artes de imitacion: aprendió el dibujo con rápido aprovechamiento; inventaba con facilidad, diseñaba con correccion y delicadeza; y el gusto esquisito que reinaba en todas sus obras anunciaba un perfecto adornista. Hubo en la familia un proyecto de enviarle á Roma al lado del famoso Mengs, llamado el Pintor filósofo, que probablemente hubiera tenido un discípulo muy aventajado; pero la oposicion de su madre, que no podia soportar la idea de una separacion, las dificultades de un estudio largo, costoso y de lejanos productos, y el presentimiento que tenia su padre de

(1) Nació en la calle de Santa María, cuarto principal de la casa que forma esquina con la de San Juan, frente á la fuente del mismo nombre.

la prematura muerte que iba á arrebatarle, frustraron esta combinacion, é inclinaron la preferencia de todos á otro arte análogo al gusto que habia manifestado, capaz de proporcionarle desde luego alguna lijera retribucion, y ejercido además por personas muy allegadas, como eran don Victor Galeoti, casado con una tia suya, y su tio don Miguel de Moratin, quien se lo llevó á su taller de joyería, y emprendió su enseñanza con particular empeño de sacarle un distinguido artífice.

Eralo en efecto el mismo don Miguel, y además hombre adornado de escelentes prendas, de buenos conocimientos literarios y mas que mediano poeta (2). Como tal fomentaba esta aficion en su sobrino, á quien profesaba un cariño casi paternal; y á su ejemplo y escitaciones se debe tal vez que este no abandonase tan dulces entretenimientos, que fueron los primeros destellos de su gloria. Acogido á tan benévola proteccion, componia á hurtadillas de su padre, cuya severa censura temia, y mas si hubiese llegado á creer que estos inocentes ejercicios podian distraerle de su principal ocupacion.

En el año de 1779 la Academia española abrió un concurso de poesía proponiendo por asunto un canto épico sobre la *Toma de Granada* por los Reyes Católicos. Llevó el premio don José María Vaca de Guzmán, poeta favorito de aquel cuerpo, que dos años antes habia obtenido otro por las *Naves de Cortés destruidas*, en cómpetencia con Moratin el padre. Se concedió el *accessit* á un don Efrén de Lardnaz y Morante, que presentó un romance endecasílabo (3). Bajo este pseudónimo se ocultó su verdadero autor, el mozo don Leandro, que lleno de sobresalto tuvo que confesar á su padre su feliz atrevimiento. La escena que pasó entre los dos en esta revelacion no puede describirse. Quien no sea padre, dice con razon el citado señor Silvela, renuncie á sentir las delicias de una sorpresa semejante.

Breve tiempo duró á don Nicolas esta paternal satisfaccion que le llenaba de orgullo y esperanzas; pocos meses después tuvo que acompañarle su hijo á la última morada, quedando atenido al corto salario que ganaba, único recurso para su afligida madre, que sobrevivió pocos años á tanto dolor.

No pasaron otros tres años sin que sus solitarias tareas consiguiesen un segundo triunfo, probablemente no esperado. La Academia española, en el concurso de 1782, distinguió con el *accessit* la sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana, que con el título de *Leccion poética* presentó Moratin bajo el nombre de don Meliton Fernandez (4): con esta composicion, mas análoga que la anterior al tono de su musa, confirmó su buena reputacion entre los ingenios de la época; al paso que la memoria de su padre aumentaba el interés de los hombres de gusto en favor del modesto oficial de joyería. El, sin embargo, seguia enteramente retraido de todo trato literario, y hubiera continuado en su oscuridad, si la suerte no le hubiese deparado algunos amigos que por la corta diferencia de sus edades lograron inspirarle confianza, pudiendo convencerle de lo mucho que valia y de lo mas que de su buena disposicion debia esperarse.

Bajó una tarde al Prado en compañía de los padres Estala y Navarrete, de la Escuela pia, ambos jóvenes y ya grandes humanistas: allí se juntaron con el poeta don Leon de Arroyal, que por aquellos dias acababa de publicar sin nombre de autor su fábula del *Asno erudito*, y con don Juan Antonio Melon, que se distinguió después honrosamente en la república literaria. Prendóse este último de Moratin hasta el punto de contraer una amistad que duró sin interrupcion toda la vida, y adquirió sobre él la mas poderosa influencia, que tuvo no poca parte en importantes ocasiones para vencer su habitual timidez é irresolucion.

(2) Hemos tenido á la vista una voluminosa coleccion manuscrita de sus composiciones poéticas, en que manifiesta grande afluencia y facilidad, especialmente en el género crótico.

(3) Es el de la página 575 de este tomo.

(4) Esta composicion, corregida después y reducida á doscientos tres tercetos de doscientos ochenta y cinco que antes tenia, es la inserta en la página 576 de este mismo tomo.

Reuníanse estos amigos en la celda del padre Pedro Estala desde el anochecer hasta la hora de cerrar el convento, y en los dias festivos á todas horas. Allí leía aquel aplicado religioso sus traducciones de varias rapsodias de Homero, y cada uno de los concurrentes llevaba sus borradores, que se examinaban con severa crítica: se disputaba en grande sobre puntos literarios, se hincaba el diente sobre los escritos que salían á luz y sobre sus autores, se improvisaban églogas y coloquios dramáticos sobre asuntos serios y burlescos, y se formaban mil proyectos de publicaciones interesantes, de los cuales ninguno llegó á sazón. Propúsose entre otros el plan de un diccionario de hombres ilustres, espurgando las colecciones francesas, y aprovechando con preferencia las noticias recogidas por don Nicolas Antonio y otros biógrafos españoles: comenzóse la obra; pero don Juan Pablo Forner, que se habia recientemente agregado á la tertulia, se empeñó en que antes convenia publicar las disertaciones biblicas del padre Calmet, empresa sobre cuyo buen éxito fundaban las mas lisonjeras esperanzas, con el fin de emplear su producto en otras ediciones que, aunque menos seguras, se conformaban mas con los estudios comunes y con la índole de sus respectivos ingenios. También se empezó este trabajo; pero tropezaron al momento con tantas dificultades, y hallaron tal discordancia entre su parecer y las interpretaciones del autor, que á pesar de la insistencia de Forner, quedó este proyecto abandonado. Pensóse también en dar á luz, en tomitos pequeños, una enciclopedia de damas, en la cual Moratin debia encargarse de la parte relativa á la historia, teatro y novelas; pero una alta señora se opuso, por mas que Melon con mucha gracia, y no sin ingenio y algun fondo de razon, quiso probar que el mejor modo de hacer aplicados á los jóvenes era procurar que las mujeres comenzasen á pedantear sobre toda clase de conocimientos.

La memoria de Moratin el padre quedaba entre tanto desairada por el poco aprecio que habia hecho la Academia de su canto épico de *Las Naves de Cortés*, que ni le mereció siquiera los honores de la impresion. Don Leandro consideró como un deber filial sacar de la oscuridad esta escelente produccion, apelando al voto público, que no ha confirmado la sentencia de aquel cuerpo esclarecido. Con este objeto, á espensas de su tio don Miguel, publicó en 1785 en la imprenta real dicho poema, con unas reflexiones (5), las cuales deben considerarse como su primer ensayo de crítica literaria, y el simbolo de su fe en materias de gusto con arreglo á los preceptos del mas puro clasicismo, que era entonces el tema de la escuela reformadora contra los abusos del ingenio.

Desde sus primeros años habia sido muy aficionado al teatro, reducido entonces al estado lastimoso que él mismo describió después en el discurso preliminar á sus comedias. Se ha visto ya cuánto se afanó su padre para introducir en el arte dramático las formas antiguas adoptadas por los franceses. El escaso resultado de sus conatos no arredró á Moratin, quien probando sus fuerzas iba conociendo que se hallaba destinado á dar cima á tamaña empresa, que como por herencia le pertenecia. Ya por aquel tiempo habia concebido el plan de *El Viejo y la niña*, y escrito algunas escenas que leyó en el pequeño círculo de sus amigos, los cuales con el mayor entusiasmo le animaron á seguir su buen propósito.

Este repetido estímulo, de cuya sinceridad no podia dudar, la continuacion de unos ejercicios tan seductores para quien sentia ya en su alma la fuerza de la vocacion, y las muestras de aprecio que recibia, así del público como de los inteligentes, debieron inspirarle cierta indiferencia y desvio con respecto á su ocupacion ordinaria, no tan mecánica que dejase de absorberle, á mas del tiempo, una parte de sus facultades, ni tan lucida que pudiese satisfacer el natural deseo de alguna gloria. Con la muerte de su madre habia cesado la obligacion que le encaadenaba al taller; y podia ya entregarse con mas libertad á la incertidumbre de la suerte. El

(5) Así el canto como las reflexiones que le acompañan se hallan en la página 39 y siguientes de este tomo: una nota explica la razon que hemos tenido para atenernos á la edicion de 1785, con preferencia al testo de las obras póstumas de don Nicolas, dadas á luz muchos años después.

ilustre Jovellanos, honra de nuestra nacion, que ya le conocia personalmente, le llamó un dia para proponerle pasar á Paris en calidad de secretario de su amigo el conde de Cabarrús, que encargado por el gobierno de una mision importante, se hallaba próximo á trasladarse á aquella capital. Al principio opuso el tímido jóven mil dificultades : su tio don Miguel se resistió hasta el último estremo; pero su amigo Melon, hombre persuasivo y eficaz, lo allanó todo á gusto de cuantos se interesaban en sus adelantamientos de saber y de fortuna.

Pronto conoció Cabarrús todo el precio de esta adquisicion, y mas que como subalterno trató á Moratin como amigo, haciéndole partícipe y depositario de sus elevadas miras. En enero de 1787 emprendieron su viaje por Aragon y Cataluña, con bastante espacio para poder hacer sobre los paises que recorrian las observaciones que á un genio despejado é indagador sugieren siempre los objetos nuevos en la edad de sensaciones mas vivas y profundas. Vió por primera vez el mar en Barcelona, donde se detuvo ocho dias; visitó las ciudades de Montpellier y Marsella, donde se hallaba á fines de marzo, en Aviñon en 13 de abril, y habia llegado á su destino el 29 del propio mes. El viaje fué aprovechado, y en todo él no cesó de escribir á las personas que en Madrid le habian escitado simpatias ó prodigado obsequios. La mayor parte de esta correspondencia versaba sobre puntos de literatura y bellas artes, y demuestra lo mucho que estimaban su trato los hombres de mas valer de la nacion, como eran Cean-Bermudez, Forner, Jovellanos, Conti, don Eugenio Llaguno y otrós. De esta manera exploraba el voto de los jueces competentes, antes de presentarse al público, cuyo fallo temia tanto mas cuanto menos rápida y eficaz era la accion de las ideas juiciosas contra los resabios del gusto estragado y los destemplados antojos de la muchedumbre.

Llevó á Paris el vivísimo deseo de conocer al célebre Goldoni, principe de la comedia italiana, que desterrado de su patria, Venecia, por motivos que no deshonran, vivia allí de una módica pensión, con el título de lector de la reina Maria-Antonieta. Buscó á un amigo que le presentase á este anciano, y fué recibido con la amable cordialidad propia del ingenio en su decadencia, cuando se encuentra con la lozana juventud destinada á continuar la grande obra en beneficio de la ilustracion del género humano. Se habló por supuesto de teatro, se recitaron algunos pasajes de comedias, de que su propio autor habia perdido la memoria, y al llegar al punto de la conducta de los gobiernos con respecto á los ciudadanos que mas honran á su patria, no pudo Goldoni contener algunas lágrimas, que Moratin recordaria después muchas veces, cuando tuvo que verterlas por semejantes ingratitudes.

En aquella sazón tuvo Moratin el consuelo de abrazar á su amigo Melon, que se detuvo algunos dias en Paris antes de proseguir su viaje por Inglaterra y Holanda. Vivian juntos (6), y sin las sujeciones y miramientos que debian guardar en Madrid, pasaron los dias mas regocijados de su vida charlando hasta deshora de la noche, y contrahaciendo los gestos y muletillas de algunos palaciegos ridiculos de la corte de Carlos III; en cuyos remedos, cuando se hallaba á puerta cerrada, solia Moratin soltar sin dique el torrente inagotable de sus gracias.

De acuerdo con el gobierno español dió Cabarrús al francés algunas ideas y planes para esquivar la revolucion que ya próximamente amenazaba; pero no fué escuchado, y dando por concluida su mision dispuso su regreso á España. Hallábase ya en Tolosa, cuando recibió una invitacion del gobierno francés, que le obligó á retroceder á Paris, dejando á su secretario, hasta que volviendo á reunirse con él continuaron su camino por Vitoria; pero en Pancorvo recibieron contraórden, entraron de nuevo en Francia, y por último á fines del año se restituyeron á la patria, hallándose ya en Madrid el 8 de enero de 1788.

Conservó el conde todavia por algun tiempo su valimiento en la corte; pero á poco suscitóse contra él tan deshecha tempestad, que alcanzó desagradablemente á su persona y á la de

(6) Ocuparon dos cuartos contiguos en la *Rue Vivienne*, *hôtel de la Cour de France*, después *hôtel des Etrangers*.

sus allegados. Encarcelado, privado de sus papeles, que se le ocuparon, abandonado de sus antiguos amigos, perseguido y calumniado por sus émulos, sufrió todas las consecuencias de lo que en los gobiernos absolutos se llama *desgracia*: calamidad extrema y misteriosa, que ni al inocente ni al culpado deja los medios legítimos de defensa, y que tiraniza con vulgaridades la pública opinion, obligándola á creer lo que ella resiste.

La situacion de Moratin no dejaba de ofrecer peligros; pues aunque nadie tenia interés directo en su perdicion, ni motivos de odio ó de envidia, basta en tales casos que haya quien se proponga hacer alarde de su diligencia en perseguir, solo por lisonja á los poderosos. Por esto apeló al único recurso que resta al discreto, cuando cualquier paso que se dé es una imprudencia que empeora la condicion del individuo sin mejorar la causa social; es decir, que se oscureció en medio del bullicio de la corte, refugiándose bajo el techo de su bondadoso tio, y volviendo á ayudarle en su obrador, que lo tenia en la calle de las Veneras.

Ocupó entonces sus ocios en retocar su primera comedia, *El Viejo y la Niña*, que admitida dos años antes por la compañía de Manuel Martinez, no habia llegado á representarse por melindres de una actriz que rehusó cierto papel; en 1788 otra actriz de la compañía de Eusebio Ribera se empeñó en encargarse de otro que á pesar de su mérito no le correspondia; circunstancia que retardó los ensayos, y entre tanto el vicario eclesiástico negó la licencia, dejando así cortada la cuestion.

Habia en aquel tiempo la peste de malos poetas que en todas épocas; pero con la desgracia además de que eran aplaudidos por gran parte del pueblo, que ya admiraba sus rebozados é ininteligibles conceptos, ya se recreaba con sus frialdades é insulseces. Quiso Moratin distraer el mal humor consiguiente á su posicion, ridiculizándolos segun merecian, y en 1789 publicó su folleto titulado *La Derrota de los pedantes* (7), en que algunos se vieron retratados, y no pudieron perdonar al autor, en quien traslucian bajo el velo del anónimo la misma pesada mano que en su *Leccion poética* les habia descargado sin piedad su primer azote.

Seguia entre tanto Moratin sin medios para dedicarse con tranquilidad á las amenas tareas de su aficion, y la idea de ser gravoso á su familia le era insoportable. Solicitó un empleo, último recurso de los desocupados inútiles para otra cosa, y nada logró á pesar de las buenas relaciones de Melon, que todo lo andaba para sacar á su amigo de los apuros cada dia mas apremiantes. Compuso una oda á la exaltacion al trono de Carlos IV, mas ni por ella logró llamar sobre sí la atencion de los que podian valerle. Era entonces ministro el conde de Floridablanca, á quien, segun dicen, divertian en extremo unos versos ramplones que le enviaba un tal Marcolini, músico de la capilla real. Creyó Moratin obtener su proteccion por un medio semejante; y así le escribió un romance (8), explicándole su necesidad y modesta ambicion, reducida á ser abate,

Si el ser abate es ser algo.

Cayóle en gracia al atareado conde esta singular peticion, y encargó á don Sebastian Piñuela, oficial mayor de la secretaría, que era también aficionado á coplas y las hacia, que propusiese al suplicante para un beneficio simple; hizolo de la mejor gana el buen covachuelista, y creyó haber dado una muestrade régia liberalidad confiriéndole una prestamera de trescientos ducados en el obispado de Burgos, con la cual se ordenó Moratin de primera tonsura, y quedó como antes, poco menos que pereciendo.

Empezó luego á granjearse la privanza de los reyes el famoso don Manuel Godoy, después principe de la Paz, quien de la condicion de simple guardia de Corps, no sin murmullos de la pública opinion, fué encaramándose hasta las mas altas dignidades de la monarquía. Su com-

(7) Página 561 del presente tomo.

(8) Es el romance xi, página 600.

pañero en el cuerpo y grande amigo era don Francisco Bernabeu, jóven de prendas, amante de los hombres de mérito, y deseoso de favorecer. Conocia este á Moratin, á Forner y á Melon, y los presentó al nuevo valido, quien se declaró su protector, dándoles desde luego de su buena disposicion mayores prendas que se atrevian á esperar. A Moratin se le confirió por su mediacion un beneficio en la iglesia de Montoro, de valor de tres mil ducados, y una pension de seiscientos sobre la mitra de Oviedo, renta que le aseguraba una subsistencia holgada, exenta de toda obligacion, y propia para dedicarse á aquellos estudios que duran hasta la vejez. Tales eran en aquellos tiempos las anomalias de nuestra legislacion, que llamarán absurda nuestros hijos: el monarca disponia á su antojo de las rentas del Estado, que dividia sin proporcion entre las atenciones públicas y las exigencias de una corte disipadora; no habia presupuestos ni por consiguiente cantidades destinadas al estímulo de los ingenios y al progreso de la literatura nacional; y entre tanto desórden, que hacia mas sensible la creciente insuficiencia de los recursos, no quedaba otro para premiar la aplicacion y el talento, que el de dedicar á este deber social los fondos de naturaleza eclesiástica, que por una larga y constante acumulacion habian llegado á ser superabundantes con respecto á los fines para que fueron constituidos. De aqui la abusiva provision de los beneficios en personas seglares, las pensiones sobre las mitras, y la ridiculez de librar sobre la Iglesia los gastos de la reforma del teatro. Por fin, esta vez algo se hizo en favor de la ilustracion y las costumbres públicas, que no siempre fueron atendidas en la dispensacion de semejantes gracias.

Si Moratin, abandonándose al viento de la fortuna que tan propiciamente le soplabá, hubiese tratado de explotar la benevolencia de su Mecenas, como hicieron otros adulándole con bajeza para injuriarle después, hubiera podido con facilidad y en breve tiempo ser uno de los personajes mas influyentes de la corte de Carlos IV. Agradecido á un ministro en quien encontraba la buena acogida que en vano solicitó de sus antecesores, debia renunciar el derecho de murmurar de él, sin contraer por esto la obligacion de adularle. Elogió sí aquellos actos de su administracion, que ahora forman su defensa y atenúan hasta el punto posible sus errores, y especialmente aquella proteccion que en algunas épocas y como por lucidos intervalos prodigó á los conocimientos útiles en artes y en literatura, mas de lo que podia esperarse de un hombre de pocas letras, disipado y desvanecido por la ambicion. Pero jamás fue partícipe de sus disoluciones, cantor de sus orgías, ni cómplice de sus intrigas palaciegas: le trataba con respeto, le visitaba con poca frecuencia, y abrumado por el peso de tantos halagos le correspondia con una cortedad que rayaba casi en indiferencia, con admiracion de los que codiciaban su valimiento.

A este se debió el que se allanasen los obstáculos que se habian opuesto á la representacion de *El Viejo y la Niña*, que se puso por fin en escena en el teatro del Principe el día 22 de mayo de 1790 (9), y el público la recibió con aplauso. Satisfecho su autor con este primer triunfo en la carrera dramática, y deseoso de apartarse de una corte donde la corrupcion cundia maravillosamente, se retiró á un pueblo de la Alcarria para entregarse libremente al estudio y á la meditacion. Andarin incansable, recorria diariamente largas distancias, componiendo de memoria, que la tenia felicísima, lo que luego trasladaba al papel de vuelta á su casa. Allí iban á visitarle sus amigos de la primera juventud, para disfrutar de su instructiva conversacion y de sus gracias. Hubo un dia de decir que habia escrito un poema titulado *La Huerteida*, en burlesca celebridad de don Vicente García de la Huerta; pero que conociendo se habia sobradamente deslizado en la senda del ridiculo, habia rasgado el borrador, aunque de algo se acordaba. Rogáronle todos que recitase los trozos que tuviese mas presentes, y después de muchas

(9) Véase en la página 333 la advertencia preliminar. Como esta y las que van al frente de las demás comedias contienen la historia de cada una, omitiremos en la presente Vida algunos pormenores, que hallarán los curiosos en su respectivo lugar.

negativas y repetidas instancias, lo dijo desde el principio hasta el fin, imitando con tal propiedad la fraseología, el ahuecamiento de la voz, los visajes, manoteo y prosopopeya de su protagonista, que según el testimonio de Melon, fué cosa de desternillarse de risa (10). Era Huerta, como no ignorará la mayor parte de nuestros lectores, un poeta en aquellos tiempos famoso y de momentos felices, jefe de una pandilla que le escuchaba como un oráculo, gran predicador en el café, intolerante, exclusivo y furioso émulo de Moratin, tanto por el aplauso del público, como por la repentina mudanza de su suerte. Así se vengó á sus solas quien le era tan superior, con la generosidad de condenar al olvido un trabajo que hubiera lisonjeado su amor propio á costa de su impertinente adversario.

Allí arregló Moratin su *Comedia nueva*, llamada comunmente *El café* (11), que se representó en el teatro del Príncipe, en 7 de febrero de 1792, precedida de una violenta conjuración para hacerla naufragar para siempre en la primera noche. Razon tenían de alarmarse los pésimos autores que abastecían de necedades nuestro teatro; pues sátira mas graciosa y terrible contra ellos era difícil imaginarla. El cuadro estaba bastante recargado; pero, como pintado por mano diestrisima, la misma exageración aumentaba la ridícula semejanza. A pesar de la protesta del autor en el prólogo, no era necesaria gran dosis de malicia para pillar al vuelo algunas alusiones personales. En el pedante don Hermógenes se creyó ver al abate don Cristóbal Cladera; en don Serapio muchos asistentes al patio se miraron retratados; y sobre todo, el protagonista don Eleuterio Crispin de Andorra presentaba numerosos puntos de contacto con don Luciano Francisco Comella, natural de Vich, dramaturgo infatigable, que trabajando á destajo apenas podia acudir á las necesidades de su numerosa familia. No habia sido Comella, como don Eleuterio, paje de ningún consejero, pero sí familiar y protegido desde su niñez por un grande que habia militado con su padre, y le acogió en su horfandad, fomentando su aplicación mal dirigida; no se casó de secreto con ninguna marisabidilla doncella de la casa, sino con una dama de su protectora, de la cual se separó con este motivo; no le ayudaba su mujer en componer comedias, pero tenia una hija jorobadilla y muy lista que versificaba de repente, y le servía de amanuense á deshora de la noche, hasta que se caía de sueño y el candil se apagaba, como sucedió muchas veces, mientras el inspirado poeta le estaba dictando desde la cama con los ojos cerrados: por lo demás era, igualmente que el fingido don Eleuterio, hombre servicial con

(10) Melon retuvo en la memoria algunos pasajes que apuntó, y son tal vez los únicos que de este poema se han conservado. Concluía una octava, diciendo:

¿Y Virgilio? Virgilio era un gandumbas.
¿Acaso no sé yo lo que él sabia,
Y basta dónde llegaban sus alcances?
Que cotejen á ver su poesía,
Que la cotejen con mis tres romances.
El jamás de su asunto se desvia,
Y refiere sin gracia muchos lances;
El imitó como cualquier bolonio:
Y yo, ¿de quién imito? del demonio.

Y hablando de Paris, dice Huerta:

Paris, la gran Paris ya me vió un día,
En sus concursos mas acreditados,
La vena confundir y la armonía
De los cisnes del Sena celebrados,
Cuando su Apolo, su Voltaire vivía,
Aquel que en frigidísimos y helados
Versos cantó de su saber por fruto
La Alcira y Jaira, el Mahomet y el Bruto.
Allí vi de Racine alguna cosa,
Cuando la Dumesnil representaba.
¿Y qué? si cuando aquella actriz famosa
Se esforzaba mejor, mas se notaba
La pesadez insulsa y soporosa,
La regularidad que Francia alaba:
Reglas malditas, arte encarecida,

Que he despreciado yo toda mi vida.

.....

Mas de catorce tomos tengo escritos,
Que de puro escribir me he vuelto loco;
Y en corrigiendo algunos defectitos,
Dós ó tres (porque yo corrijo poco),
Se quedarían todos tamañitos,
Como los niños cuando viene el coco.
¿Si se imprimieran!! Pobre Betinelli,
Tiraboschi, Mason y Signorelli.
¿Si se imprimen!... no hay mas, los hago astillas.
¡Pobres pelotas! ¿Si querrán que sea
Tan indulgente yo como Lampillas?
O que mi musa lleve la librea
Del tímido y mezquino Cabanillas?
Contra bichos mi número no se emplea;
Para acabar con tan maldita casta,
Con que yo suelte un estornudo basta.
Basta... ¿y no ha de bastar? ¡haya virotos!
¿No soy entre los árcades activo,
Íncrito paladin? ¿Saben los zotes
Que ya en las lenguas de la fama vivo?
Y que desde los rudos hotentotes
Al rubio inglés, al musulmán altivo,
Escuchan las naciones con espanto
Y religiosa adoración mi canto?

todo el mundo, deseoso de acertar, si hubiesen valido algun dinero los aciertos literarios, mafioso, honrado á toda prueba, crédulo y tan dócil, que da lástima el ver que no hubiese topado con maestros mejores que don Hermógenes ó con favorecedores tan juiciosos como don Pedro de Aguilar.

Poco después pidió Moratin á Godoy, y consiguió de él, permiso para emprender un viaje por Europa, con el objeto de perfeccionar sus conocimientos, ó tal vez con el de huir los compromisos á que se consideraba espuesto por su involuntaria privanza, unida á la ojeriza de los que se mostraban resentidos por sus escritos. Acababa de llegar á París cuando, el día 5 de setiembre de 1792, oye por la calle un grande alboroto, se asoma á la ventana, y ve la cabeza de la princesa de Lamballe que, clavada en una pica, iba paseando en triunfo una furiosa muchedumbre, que consagró aquel dia terrible á toda clase de crueldades y abominaciones. No era propio del ánimo de Moratin el presenciar tales espectáculos, que amenazaban reproducirse con frecuencia. El mismo dia pidió su pasaporte para Inglaterra, y se trasladó apresuradamente á Londres horrorizado de tanto desenfreno, y ansioso de contemplar por primera vez la verdadera libertad arraigada en los hábitos populares, sin las mortales convulsiones de la licencia, sin la yermadora huella de la opresion.

Observó en Inglaterra y recogió en curiosísimos apuntes cuanto pudo causar en su espíritu las vivas impresiones de que era capaz, en punto al carácter, ideas, tradiciones, legislacion y tendencia política y comercial de aquella nacion singular, tan digna de ser estudiada. Era consiguiente que todos estos trabajos, de índole tan diversa, viniesen á parar en el principal objeto de sus indagaciones: en la literatura, y especialmente en aquella parte de ella que juzgada por sensaciones momentáneas, ante un jurado numeroso y compuesto de todas las clases y grados de inteligencia, es la que mejor espresa el condensado conjunto de las ideas predominantes, y el gusto instintivo de la sociedad. Empezó este exámen desde sus primeras fuentes: procuró penetrarse del espíritu de Shakespeare; y preparado ya con el conocimiento de Lope de Vega, pudo medir el alcance de estos dos grandes ingenios contemporáneos, que estamparon un sello profundo en sus respectivas naciones. Quiso dar una muestra del primero con su traduccion del *Hamlet*, que anotó y publicó posteriormente de vuelta á su patria (12).

Después de menos de un año de permanencia salió de Londres, en agosto de 1793, con direccion á Italia, previa licencia de su protector, quien al concedérsela le envió un socorro de treinta mil reales para gastos de viaje. Desembarcó en Ostende, pasó á Flandes y recorrió varios puntos de Alemania, visitando sus ciudades mas famosas. Pasó allí un buen susto, que muchas veces contaba, y fué: que viajando de noche en posta al través de la Selva-Negra, notó que se habia reunido al postillon un hombre desconocido y de mala traza, con evidentes muestras de su concierto para asesinarle á la primera ocasion, escitados sin duda los dos por el cuidado con que miraba sus cajones de papeles, donde supondrian que iban tesoros de otra especie. Pero acertó á alcanzarlos otra silla de posta, y no pudiendo por ordenanza pasar delante de la que precedia, tuvieron que andar juntas, hasta que salvados los puntos favorables al crimen, y llegado el dia, desapareció aquella figura siniestra y cesó la zozobra del receloso viajero, cuyo miedo no era infundado, atendida la multitud de desertores franceses y alemanes que á la sazón merodeaban en aquel pais cometiendo todo género de atrocidades. Continuó su camino acia la Suiza, y visitó en Lucerna á don Pascual Vallejo, secretario de aquella legacion, á quien habia conocido en Madrid, y con quien se embarcó en el lago de los cuatro Cantones, bajando á Italia por el San Gotardo, donde se separaron el uno para Jénova y el otro directamente para Bolonia.

Allí fijó Moratin su residencia habitual, obsequiado por sus amigos los españoles que á la sombra de aquella universidad vivian enseñando y aprendiendo en el colegio de San Clemente, magnífico establecimiento que fundó en el siglo xiv el cardenal Albornoz, y que aun

(12) El *Hamlet* se publicó en Madrid en 1798. Véase la página 475.

entonces conservaba buenos restos de su antigua nombradía. Fué recibido con particular cariño por don Simon Rodrigo Laso, rector del referido colegio; y en compañía de don Juan Tineo, varon eruditísimo y de un mérito singular, fué á recorrer la Italia en diferentes escursiones que ensancharon la esfera de sus conocimientos. Hacia muchos años que deseaba examinar aquel pais clásico y rico de gloriosos monumentos literarios, á los cuales el ejemplo de su padre debia haberle inspirado la mas decidida aficion. Con tan escelente guia estuvo en Milán, en Parma (donde en las prensas del célebre Bodoni hizo una buena edicion de la comedia *El café*), en Florencia, en Pisa, en Roma, en Nápoles, en Ferrara, en Verona, en Vicenza, en Padua, en Venecia y en otras ciudades, que en medio de las turbaciones de aquellos tiempos ostentaban mas que en otros de mayor sosiego la fecundidad de sus ingenios y los quilates de su ilustracion.

No cansado de Italia, pero sí deseoso de volver á la patria, achaque que entre las mayores comodidades y distracciones suele acometer á los españoles, tras de breve tiempo de ausencia, determinó Moratin su regreso; y con este fin pasó á Jénova y luego á Niza á embarcarse, como lo verifcó, el 18 de octubre de 1796, en la fragata española la *Venganza*. Pero fué tan poco afortunada esta navegacion, que después de una furiosa tempestad, en que tuvo tentaciones de arrojarle al agua, y acortar por breves momentos una vida que consideraba ya perdida, para no ver tanta desolacion en sus compañeros; después de huir por dos veces de una escuadra que avistaron y creyeron inglesa; tuvo que fondear el buque en la isla de San Pedro, inmediata á Cerdeña, y después en el puerto de Mahon, abstenerse de entrar en Cartagena, y seguir arrastrado por los vientos, hasta que por fin, el 11 de diciembre, logró entrar en la bahía de Aljeciras.

Entre tanto Melon, solícito siempre en procurar los aumentos de su amigo, le preparaba una agradable sorpresa. Habiendo quedado vacante la secretaría de la interpretacion de lenguas, sin consultar mas que su buen deseo, hizo presentar en nombre de Moratin un memorial pidiendo para él aquel destino, bastante lucrativo y descansado. Godoy, ya entonces duque de la Alcudia, se lo concedió sin vacilar; el agraciado, que recibió la noticia en Andalucía, se detuvo mas de un mes en recorrer sus mas importantes poblaciones, y á principios de febrero se presentó en Aranjuez, donde su protector le prodigó las mas lisonjeras distinciones de aprecio. Era esto suficiente para que todos los cortesanos le rodeasen brindándole con su amistad, que á pocos dias hubo de trocarse en el desvío mas completo. Hallábase en aquel real sitio una jóven de singular belleza y travesura, por cuya mano, segun fama, se repartian los empleos y pensiones de la monarquía. Antojóse al duque de la Alcudia que Moratin habia de celebrarla en unos versos; y por mas que le instó con aquellos ruegos que los mas encumbrados con servil obediencia se apresuraban á satisfacer, no pudo recabar del desdeñoso poeta, que así prostituyese su musa á una deidad que no le inspiraba. Esta conducta, que en aquellas corrompidas antecámaras se pintaba como un rasgo de ridiculez é ingratitud, hizo presagiar una *desgracia* inmediata. En efecto, el duque manifestó descontento y aun amenazó castigo; pero la borrasca se disipó sin tardanza, y este incidente no tuvo ulteriores consecuencias.

Trasladóse Moratin á Madrid para encargarse de su secretaría, arreglarla y despachar los negocios de ella, que le dejaban espacio sobrado para dedicarse á sus preferidas ocupaciones solitarias, y para alternarlas con las reuniones en casa del ya nombrado don Juan Tineo: sociedad entre tertulia y academia, que él llamaba de los *Acalófilos*. Quiso el gobierno atender á la reforma del teatro, el cual alimentado por comedias del antiguo repertorio, mejor ó peor refundidas, por traducciones detestables y por dramas sin plan, sin invencion y sin verisimilitud, continuaba en la mayor postracion. A este efecto se creó una junta, recurso de cajón que antes y después ha sido la panacea de todos los males de España. Era su presidente, por serlo del consejo de Castilla, el general Cuesta: hombre muy entendido en materias de guerra,

pero lego en las de administracion y literatura, y lo que es peor, impetuoso, dominante y persuadido de buena fe de que las funciones de su presidencia, con respecto á sus colegas, eran ni mas ni menos que las de un jefe de batallon al frente de sus soldados. Seguiante algunos gollillas, mas propios para perorar sobre materias desconocidas, que para resolver con acierto cuestiones de organizacion teatral; y entre ellos tenia asiento nuestro Moratin, el único tal vez que se hallaba en disposicion de ilustrar los puntos que iban á controvertirse. Muy á los principios se manifestó la discordancia de opiniones que de tan heterogéneos elementos debia esperarse, hasta que un dia se puso tal de irritado y descompuesto el referido presidente, que viéndole Moratin en disposicion, segun temió, de tirarle el tintero, juzgó prudente retirarse para no dar un escándalo, y presentó su renuncia inmediatamente. Lo que la junta hizo en su ausencia no es cosa de contarse en este lugar; basta para formar alguna idea de sus actos la larguísima lista de comedias, que á guisa de índice espurgatorio mandó publicar á retazos, prohibiendo la representacion de centenares de ellas, algunas de las cuales no hubieran merecido tan severa censura, aun cuando fuera lícito y conveniente aplicar el sistema prohibitivo á materias que penden del gusto y opinion del público. Corregir su estravío y estragamiento se logra solo presentando ejemplos perfectos que puedan luchar con los depravados: esto no podia hacerlo mas que Moratin, quien, á pesar de sus resabios de intolerancia en esta parte (15), no creemos que hubiese autorizado semejante providencia.

Conociendo el gobierno la insuficiencia de la junta para lograr el objeto que se proponia, resolvió crear otra magistratura bajo el título de director de teatros, destino para el cual nombró á Moratin por una real orden. No era para él contraer un empeño, que reclamaba un carácter mas firme que el suyo, para desterrar abusos, luchar con dificultades de mil especies, y sobre todo para resistir y sortear con oportunidad y maña las exigencias de autores, cómicos, músicos y danzantes. Agradeció al gobierno esta distinguida confianza, pero no la admitió. En vista de ello, hizole preguntar el rey si conocia otra persona acomodada al intento: su vida retirada, su larga ausencia de España, la estrechez del círculo de sus relaciones (tal fué su contestacion) le ponian fuera del caso de hacer una propuesta acertada.

Mediante un trato modesto y económico, pudo Moratin juntar por aquellos años algunos ahorros, que hubieran sido mayores á ser él menos desprendido y dadivoso. En Pastrana, donde solia veranear, compró una casa que reedificó, plantando su huerto de acacias; en Madrid compró también una en la calle de Fuencarral, y otra en la calle de San Juan, cuya coraliza convirtió en jardin, y allí pasaba largas horas. Tuvo idea de casarse, lo consultó con Melon, y oidas las reflexiones de este, desistió de su pensamiento.

Ya desde antes de su segundo viaje al extranjero habia compuesto, con el título de *El Barón*, una zarzuela, que así se llamaban las representaciones mistas de declamacion y canto, á manera del *vaudeville* de los franceses. Destinada esta pieza á una diversion particular que no llegó á verificarse, hubiera quedado entre los borradores, á no haber ocurrido las circunstancias que en su propio lugar se refieren (14), y que le obligaron á poner la mano en su olvidada obra. El resentimiento de la compañía que, protegida por personas de poder y valimiento trabajaba en el teatro de los Caños del Peral, la prevencion con que el famoso Isidoro Maiquez miraba entonces al autor por influencia del ya difunto Huerta, y la docilidad de un tal don Andrés Mendoza, oficial de la inspeccion de caballería, que era, segun dicen, un bienaventurado, fueron los elementos de aquella intriga, que se convirtió contra sus mismos promovedores, ridiculamente envanecidos por un triunfo aparente y momentáneo. El plagio que Mendoza intituló *La Lugareña orgullosa* ha caido en olvido sempiterno: la comedia

(15) En apoyo de esta observacion puede verse lo que decimos en la nota 15, puesta al discurso preliminar de las comedias del autor (página 518).

(14) Véase la advertencia que precede á la comedia *El Barón*, en la página 575.

original de *El Baron*, representada en la Cruz, en 28 de enero de 1805, durará mientras haya memoria de la lengua castellana.

El 19 de mayo del año siguiente se estrenó en el mismo teatro otra comedia de Moratin, la *Mojigata* (15), produccion que debió escitar contra él otra clase de contrariedades, á mas de las puramente literarias; pues atacaba de frente la hipocresía; y la hipocresía, especialmente la de la mujer, no sufre la menor alusion, recelosa de que basta levantar una punta del velo para descubrir toda su odiosa fealdad. Ya esta comedia se habia representado en casas particulares en el espacio de los doce años anteriores, en que corrió manuscrita, tal como habia salido de las manos de su autor con algunas variantes. Cuando llegó ya el caso de darla al público, quiso, como solia, corregirla minuciosamente; y como observase que algunas espresiones pudieran parecer demasiado duras, las modificó ó suprimió en obsequio de respetables miramientos. Pero esto no bastó para desarmar á la envidia literaria, que desde este momento se conjuró con el fanatismo religioso para armarle cruda guerra. El público recibió con muestras de satisfaccion este nuevo fruto de su ingenio; pero á mas de las criticas mas ó menos decorosas á que dió lugar la comedia, llovieron tantas intrigas y anónimos, se le asestaron á traicion tiros tan bajos y rateros, que bien se conoció que andaba en ello el vicio que emplea siempre las armas mas ruines: la hipocresía.

Esta persecucion sorda é incansable llegó á su punto cuando, en 24 de enero de 1806, se representó la que consideramos por muchos títulos su obra maestra, la comedia *El Sí de las niñas* (16), cuyo triunfo fué completo en Madrid y en las provincias, en la escena y en la prensa. Ya no quedaba recurso á los enemigos de Moratin para disputarle una popularidad de que no podian disponer á su antojo; apelaron al medio extremo, pero seguro, que entonces existia para inutilizar un ingenio: lo delataron á la Inquisicion. Con esto lograron su principal objeto, que era aburrirle, conociendo bien su carácter tímido y poco amigo de luchar sin esperanzas de buen éxito. Todo el amparo de sus valedores, que se consideraban omnipotentes, no era suficiente para librarle de desagradados; así que, hizo firme propósito de dejar para siempre de escribir para el teatro, abandonando el plan que tenia trazado para cuatro ó cinco comedias que hubieran sido probablemente otros tantos rayos de gloria para la escena nacional. Dando pues de mano á estas tareas, dedicó sus ocios á otras de distinta clase que para mas adelante tenia reservadas, y activó la recoleccion de materiales para los *Origenes del teatro español*, dando tregua á las inspiraciones de su fantasia, y nueva materia de estudio á su talento juicioso é indagador, facultad que poseia también en alto grado.

Embebido en tales ocupaciones, á que admirablemente se conformaba su sistema de vida, ajeno de toda distraccion bulliciosa, le encontraron los acontecimientos del año de 1808, destinados á dislocar tanto la situacion de los negocios generales, como las privadas condiciones y esperanzas de todos los españoles. Jamás se habia mezclado en la politica, sin dejar por eso de tener ideas propias acerca del gobierno que en circunstancias dadas consideraba mas conveniente á su patria, de la cual era amante sincero, sin aquellas exageraciones que sirven muchas veces de máscara, instrumento ó pretexto para otros fines. Sabida es la odiosidad que habia ido granjeándose el principe de la Paz, y la tempestad que descargó sobre su cabeza en el memorable dia 19 de marzo de aquel mismo año. Moratin no pertenecia al número de los ingratos que, después de haber adulado bajamente á aquel hombre poderoso, le insultaban en el infortunio, olvidando los beneficios recibidos; y esto bastaba en aquellos dias para ser tenido por enemigo de la cosa pública: tal era el esceso á que habia llegado el furor popular, y tal el vértigo que se habia apoderado de los ánimos. Retiróse temblando á su casa en aquella noche terrible, y á la mañana siguiente temió ser víctima de algun atentado al oír las desaforadas vocife-

(15) Véase la página 392.

(16) Véase la página 418.

raciones de una cabrera tuerta que tenia su puesto en el portal de enfrente, desde donde animaba á los grupos, provocándoles á que asesinasen al pícaro traidor de su vecino. La precipitada sucesion de los acontecimientos inmediatos, que no daban siquiera lugar á discurrir y resolver, arrastró á Moratin y á otros muchos á una senda, por la cual se vieran con sorpresa arrojados á impulso de una incontrastable fatalidad. El escritor apartado de todo roce con los bandos no literarios, el hombre independiente é inofensivo, dueño de su opinion, el secretario de la interpretacion de lenguas, no abandonó su casa ni su destino; no emigró, no salió á coger un fusil ni á formar parte de las juntas que dirigieron el movimiento insurreccional del pais; cedió cuando cedia la cabeza del Estado, obedeció á sus jefes y permaneció en su puesto resuelto á seguir la buena ó mala fortuna que al cielo pluguiese depararle. A los que siguieron esta conducta llamó entonces el pueblo *afrancesados*: los trances de la comun desgracia hicieron de ellos un partido.

Después de treinta y ocho años de discordias no interrumpidas, después de tantos engaños, escarmientos y vicisitudes en que ningun español, mas tarde ó mas temprano, ha podido librarse de dictados denigrantes y tenaces persecuciones, hora es ya de juzgar sin rencor á una parcialidad que ya no existe desde que faltó el objeto que pudo alimentarla. La deslumbradora gloria de un hombre cuya grandeza ya nadie se atreve á negar, el convencimiento de que era temeridad el luchar contra un poder que habia sojuzgado otras naciones de mayores recursos, la esperanza de ver establecida en España una organizacion mas conforme que la pasada con el espíritu del siglo y con las necesidades de la moderna sociedad, eran consideraciones que debieron influir en el ánimo de muchos hombres mas previsores que arrojados, sin que por esto dejasen de ser patriotas. Otros hubo que se confundieron con ellos por miras menos elevadas: achaque es este de todos los partidos sin escepcion. El noble entusiasmo nacional, á fuerza de constancia y de sacrificios, desconcertó los cálculos mas probables: alegrémonos de este resultado; pero no infamemos á los que no esperaron en él.

Tiempos de tanta turbulencia no eran los mas á propósito para las suaves y tranquilas ocupaciones de la literatura; la irritacion de los ánimos era estremada, toda palabra de prudencia se interpretaba siniestramente y se calificaba de traicion; cada uno se recelaba hasta de sus amigos. Los mas íntimos de Moratin se vieron envueltos en igual causa, porque miraban con los mismos ojos la situacion de la patria. Al anuncio de la batalla de Bailén el ejército francés evacuó la plaza de Madrid, y los que se creyeron comprometidos trataron de salvarse del furor del pueblo. Moratin fué uno de ellos: acompañado de su amigo Conde se retiró á Vitoria en un calesin, al través de grandes peligros y pasando los mayores trabajos. Volvió á Madrid con los franceses, y siguió en su secretaria. En tan aciagas circunstancias hacia el bien que estaba en su mano, y muchos le debieron la existencia. Para esto solo cultivaba sus relaciones, viviendo enteramente aislado. La salvacion de un infeliz encausado por causa politica le movió á recurrir á don Manuel Silvela, jóven dotado de sensibilidad esquisita y de ilustracion poco comun, que con una templanza admirable en el calor de los partidos estaba ejerciendo las severas funciones de alcalde de casa y corte. Esta buena accion fué el origen de la larga amistad que se profesaron hasta sus últimos dias estos dos hombres benéficos que cada cual en su linea han sido el ornamento de la nacion y el amparo de sus conciudadanos.

En 1811 recibió de José Bonaparte el nombramiento de bibliotecario mayor, que, prescindiendo de toda pasion, no pudo á la verdad ser mas acertado. En el corto tiempo que pudo estar al frente de aquel establecimiento trató de dedicarse sin descanso á promover las grandes mejoras de que es susceptible, atendidos los inmensos tesoros literarios que todavía andan esparcidos en nuestra esquilmada España, y pudieran formar un depósito de incalculable precio y de gloria nacional. Hallábanse entonces sus intereses en un estado poco lisonjero. La sobrada confianza en un escribiente de su oficina le habia cargado con un desfaldo de mas de

cien mil reales; por un descuido fatal no habia retirado de las manos de su apoderado de Córdoba una gruesa cantidad que representaba como tres anualidades de su beneficio de Montoro, el mas pingüe de sus recursos, y la junta de defensa de aquella ciudad se echó sobre aquellos fondos como pertenecientes á persona residente en país ocupado por el enemigo; habia cedido la casa de Pastrana en dote á su prima Anita, casada con Conde; y las de Madrid, en cuyas obras habia empleado sumas considerables, casi nada producian en aquella época de miseria y hambre espantosa; su emigracion fué una ruina, y al volver de ella encontró su casa enteramente saqueada bajo la forma de un inicuo secuestro; sus liberalidades (17), su afición á libros, pinturas y objetos curiosos, que desaparecieron en gran parte, habían absorbido todas sus economías, aun en las épocas mas holgadas. Hé aquí por qué, segun consta por recibos que se conservan en la biblioteca, tuvo muchas veces que tomar escasas partidas á cuenta de su haber mensual para subvenir á sus necesidades y remediar las ajenas.

Por marzo de 1812 dió al teatro una traduccion de *la Escuela de los maridos*, de Molière (18), autor á quien profesaba el mas profundo respeto. Maiquez, que le habia conocido, y por consiguiente habia desechado las antiguas prevenciones, se encargó de un papel; y el público, á pesar del mal humor dominante, asistió y aplaudió.

Pero el mismo año las fuerzas francesas, de resultas de su derrota en los Arapiles, tuvieron que abandonar la capital y retirarse acia Valencia. Hallábase MORATIN en los mayores apuros para emprender su segunda emigracion: enfermo, débil, sujeto á continuos vómitos y sin el mas pequeño recurso. Pero tuvo la fortuna de que le acogiese en el coche, donde iba en compañía de don Manuel García de La Prada, la apreciable actriz Maria García, que le cuidó en este viaje con toda la delicadeza y esmero de la amistad. Era La Prada hombre instruido, acaudalado y cumplido caballero. Habia sido corregidor de Madrid durante la invasion, y desde este momento cobró á Moratin un cariño que jamás se desmintió después.

En Valencia encontró de gobernador militar al general Mazzuchelli, quien compadecido de su triste posicion le encargó la redaccion del diario, junto con su amigo don Pedro Estala, que secularizado ya y nombrado canónigo, habia venido á ser su compañero de desgracia. Sus artículos en este periódico se limitaban á la literatura: así vivió con estrechez hasta que á la salida de los franceses de aquella plaza pudo acomodarse en un mal calesin, que volcó en el camino. Iba en él una señora llamada doña Teresa Iturburu, que se quebró una clavícula; y con este motivo se vió en la precision de encerrarse en la fortaleza de Peñíscola, que á poco cercaron nuestras tropas, estrechándola por espacio de once meses. Durante el sitio, una casualidad le salvó la vida; pues convidado á comer por el gobernador, dejó pasar la hora entretenido en vestirse, cuando una esplosion violenta le derribó de la silla. Se habia volado la casa del gobernador, y cuantos estaban en ella quedaban sepultados en las ruinas. La plaza capituló al fin; y uno de los artículos convenidos fué que los españoles refugiados pudiesen salir con las tropas. Cansado Moratin de tan continuas vicisitudes, tomó una resolucion tan superior á su natural apocamiento, que bien da á conocer el estado de desesperacion en que se hallaba. Cogió su bastoncito; y solo, á pié, sin mas recomendacion que su nombre, salió al campo, llegó á la trinchera, y fué detenido por un centinela. Acudió el oficial del puesto, y así que supo quién era, le colmó de atenciones, y le dejó ir libremente á Valencia. El desgraciado fugitivo tuvo con esto ánimo bastante para presentarse al general Elío, que en aquella provincia ejercia el mando superior; pero esta autoridad le hizo tan brutal acogida, que llegó á echar mano á la espada como para pasarle, quiso luego prenderle, y á duras penas le dió permiso para embarcarse en un falucho con direccion á Francia. El buque por el tiempo contrario tuvo que arribar á

(17) De sus apuntes consta que en aquella época habia invertido la suma de cerca de seis mil duros en socorrer á varios parientes necesitados, á quienes hizo completa donacion de sus débitos.

(18) Véase la página 442.

Barcelona, donde encontró jefes mas apreciadores del mérito, y mas considerados con la desgracia: tal fué el baron de Eroles, quien trató de persuadirle á que se quedase en aquella ciudad; y bajo su proteccion recobró algun tanto la calma, y pudo proveer á sus intereses. Pero entre tanto, viendo agotados todos sus recursos, y no sabiendo resolverse á ser molesto á sus amigos, intentó dejarse morir de hambre, para cuyo efecto buscó fuera de la poblacion un cuarto en casa de unos pobres labradores, á quienes se proponia dejar dentro de una carta el precio del alquiler. Un dia antes de ir á consumir tan funesta idea recibió de la corte noticias mas favorables. Llegado á su término el juicio de purificacion que habia promovido, declaró el rey Fernando VII que no le comprendia el artículo 1.º del decreto de 30 de mayo, llamado indulto, pero verdadera proscripcion; y mandó le fuesen devueltos los bienes secuestrados. La casa de la calle de San Juan habia sido ya vendida; recobró la de la calle de Fuencarral, cuya venta dispuso y logró con los sacrificios que eran consiguientes á la urgencia de la realizacion. Con esto, con algunas cobranzas de su beneficio, y con la almoneda de varios efectos, tristes reliquias de su naufragio, pudo socorrerse, y aun depositar unos cuatro mil duros en una casa de comercio que luego quebró, sin que este crédito haya podido hacerse efectivo. El obispo que era entonces de Oviedo, á pesar de las reales disposiciones, se obstinó resueltamente en negarse al pago de la pension que gravaba sobre las rentas de su mitra, cohonestando su codiciosa resistencia con los mayores denuestos contra su caido acreedor.

A fines de 1814 escribió con el título de *El Médico á palos* (19), y con alteraciones importantes y bien meditadas, una traduccion de otra comedia de Molière, que fué representada en el teatro de Barcelona el 4 de diciembre. Así vivia con alguna tranquilidad, pero con intervalos de recelo: tal era la constancia de sus enemigos, no ya literarios (pues la literatura habia casi desaparecido de entre nosotros, y no renació con algun brillo hasta muchos años después), sino de otra clase peor, que nunca satisface sus odios. So pretexto de ir á tomar los baños de Aix en Provenza, solicitó su pasaporte para el extranjero; y el general Castaños, que le apreciaba, y que como hombre de mundo y consumada prudencia conocia lo espuesto de su situacion, aprobando su plan, le indicó cuánto deseaba que no difiriese su cumplimiento. En efecto, tardaban mucho en Cataluña en entibiarse las pasiones que en pos de sí dejó la ocupacion francesa; y á la verdad, ya por la tenaz resistencia del pais, ya por la desacertada eleccion de los jefes, aquella dominacion fué allí incomparablemente mas dura y opresora que en otras provincias. El mariscal Suchet, humano en Valencia, fué cruel hasta el extremo en Tarragona; y desde el mando de Lecchi hasta el de Maurice Mathieu, Barcelona fué teatro de las mayores atrocidades. Esto produjo indispensablemente una terrible y duradera reaccion; y el pueblo escitado se alborotó en varias ocasiones contra los que habian cedido á la fuerza fisica y moral del invasor. Pero no estaba en esto el mayor peligro: la Inquisicion iba cada dia convirtiéndose en instrumento de persecucion política; y Moratin no podia soportar la idea de aquel oscuro centro de delacion y espionaje. Averiguaciones posteriores le dieron á conocer que sus temores no eran infundados.

Pasó en Montpellier la primavera de 1818, se trasladó luego á Paris, permaneciendo allí hasta principios de 1820 con su amigo Melon, á quien no quiso seguir en su vuelta á España, prefiriendo ir á Bolonia, con ánimo de establecerse en compañía de don José Robles Moñino, también grande amigo suyo desde su anterior estancia en aquella ciudad. Ocurrieron al mismo tiempo las notables mudanzas de aquel año. Una de las primeras providencias del gobierno constitucional nuevamente aceptado por el rey fué la de llamar á su patria á los españoles ausentes de ella por opiniones y hechos políticos: conducta que á los ojos de todo hombre generoso de cualquiera opinion recomienda un sistema que así se inaugura, bajo la piadosa creencia de que es posible estudiar con aprovechamiento en la escuela de la desgracia. El

principal motivo de la voluntaria espatriacion habia desaparecido para Moratin. La Inquisicion acababa de sucumbir á las manos del pueblo para no volverse á levantar, como no lleguen á realizarse los sueños de los que, sin hablar de ella, nos van empujando mañosamente acia todos los abusos é instituciones de siglos que nos pintan como modelo de felicidad.

Participe Moratin de aquellas dulces esperanzas que animaban todos los corazones amantes de la reforma, se dirigió á España, y llegó otra vez á Barcelona, á cuyas comodidades, salubridad de clima, cultura intelectual y demás circunstancias, se agregaba otra para Moratin muy poderosa: el brillante estado de su teatro, que era en aquella época el primero de la nacion, así en la declamacion española, como en el canto italiano. Allí encontró reunida buena porcion de sus amigos. Antonio Pinto, hombre honradísimo y cómico jubilado, que por una feliz ocurrencia habia salvado de un aparente desaire su comedia de *El Barón*, acababa de ser arrancado en triunfo de las mazmorras del santo Oficio; Felipe Blanco, en cuyo obsequio habia traducido *el Médico á palos*, continuaba regocijando la escena con sus gracias inagotables: La-Prada habia fijado allí su residencia, y el amable Cabanillas se lo llevó á la casa que habitaba con vistas al puerto. Esta mansion le hubiera sido sumamente grata, si no la acibarara la noticia que recibió de la muerte de su deudo y amigo don José Antonio Conde, á cuya memoria dirigió una oda rica en gusto y en sentimiento (20). Entonees le conoció el que esto escribe, y aun recuerda con veneracion la benévola indulgencia con que fueron recibidos por aquel gran maestro los primeros ensayos de su pobre musa.

Entre tanto las concebidas esperanzas de paz y de buen gobierno menguaban de dia en dia: la insubordinacion iba cundiendo, y las masas se insolentaban, como sucederá siempre, cuando después de reconocida una reforma aparece la vehemente sospecha de que no preside la sinceridad en las altas regiones del poder. Desde principios de 1821 los dudosos procederes de la Francia, la expedicion del Austria sobre Nápoles, y la general disposicion de los gobiernos europeos anunciaban de lejos la invasion de 1823. Una nueva calamidad vino á complicar la situacion: la fiebre amarilla apareció en Barcelona, y sus primeros estragos, preludio de otros mayores, ahuyentaron á todos los que no se veian encadenados al pais por intereses difíciles de trasportar. Don Manuel Garcia de La Prada precipitó su marcha, y ofreció á Moratin su compañía, que fué aceptada; sortearon del mejor modo posible las precauciones sanitarias adoptadas en los pueblos del tránsito y en la frontera, descansaron poco en Perpiñán, y se separaron en Bayona, donde permaneció Moratin esperando el consejo de los acontecimientos, que por cierto no convidaban á entrar de nuevo en España. Desde allí escribió á su amigo Silvela, quien después de muchas vicisitudes residia en Burdeos al frente de un establecimiento de educacion para españoles, consultándole sobre lo que mas le convenia hacer; y en vista de sus juiciosas reflexiones y sinceros ofrecimientos, se fué á vivir con él, con propósito de pasar modestamente los últimos años de su vida en el seno de la amistad, libre de cuidados enojosos, y dedicado esclusivamente á sus mas caras ocupaciones. En todo el curso de la vida de Moratin se observará constantemente que para él era necesidad imprescindible el arrimo de algun amigo con quien desahogar sus sentimientos, y dar algun ensanche á aquel espiritu poco expansivo, que se recataba de las relaciones superficiales ó indiferentes: necesidad que iba creciendo con su edad ya proveyta, y sujeta á las incomodidades que á ella están vinculadas. Todo lo encontró en aquella familia sencilla, afectuosa, bien educada, modelo de todas las virtudes domésticas y sociales: la vida metódica, la amena conversacion, el moderado ejercicio, la diaria asistencia al teatro, que nunca dejó de ser su principal pasion, le mantenian en un estado de contento que jamás habia disfrutado. « He llegado á la vejez, decia muchas veces, sin sentir todavía ninguno de sus achaques; y no cambiaria mi feliz independencian, mi plácida soledad, ni por la mas opulenta fortuna, ni por el esplendor de un trono. »

(20) Se imprimió suelta, y es la de la página 592.

Entonces dió la última mano á sus *Orígenes del teatro español*, obra formada lentamente en el espacio de muchos años, que no se publicó hasta después de su muerte, y por consiguiente no se halla comprendida en la edicion hecha en Paris, el año de 1825, por don Vicente Gonzalez Arnao, quien por cesion del autor adquirió la propiedad de las obras dramáticas y líricas allí recopiladas.

A fines de aquel mismo año tuvo un amago de apoplejía, el cual se resolvió después en una irritacion hemorroidal violentísima, que le mortificó por algun tiempo, y produjo un efecto sensible en su parte moral; pues desde entonces empezó á darse á la vida sedentaria, perdió su alegría y hasta menguó su aficion á los espectáculos teatrales. Solicitaciones de amigos, miras de conveniencia pública y personal y otros motivos honrosos para un padre de familia y para un celoso institutor de la juventud, hicieron que Silvela pensase en trasladar su establecimiento de Burdeos á Paris. No quiso tomar su resolucion definitiva hasta saber si Moratin le seguiría voluntariamente, pues de otra manera estaba decidido á desechar el proyecto, y á no abandonar á un anciano, que consideraba como un depósito precioso confiado por la Providencia á su cuidado. Moratin le animó ofreciéndole reunirse con él. Con esta promesa se adelantó Silvela, partiendo á Paris una mañana sin despedirse. Levantóse Moratin, y afectado por esta breve separacion y por la soledad en que quedaba, escribió aquel mismo día su última voluntad, monumento de ternura y expresion de dulces y dolorosos recuerdos. Ya anteriormente hizo donacion á la Inclusa de Madrid de su casa de Pastrana, que, muerto Conde en pos de su esposa, habia vuelto á ser propiedad de su primer dueño. Con esto no le quedaba ninguna finca, y el dinero que habia juntado de sus ahorros, como que no tenia obligaciones póstumas, lo habia convertido en rentas vitalicias, que le producian unos seis mil francos anuales. Por consiguiente apenas tenia de qué disponer. Legó á varios amigos algunos cuadros y objetos artísticos, á la Academia su retrato pintado por Goya, sus libros y manuscritos á Silvela, instituyendo á una nietecilla de este por única heredera de lo que restaba, reducido á una inscripcion de cuatrocientos francos de renta, y á créditos de alguna importancia nominal, pero de difícil y dudosa realizacion. Se despidió cariñosamente de su patria y de sus amigos, pidió perdón á los que hubiese ofendido ú olvidado, y cumplido este deber postrero, sintió que su alma quedaba aliviada de un peso enorme.

Después de algun tiempo verificó su traslacion á Paris, y á poco vió en la mayor consternacion la familia que consideraba ya como suya. Silvela el padre estuvo á pique de sucumbir á la violencia de una pulmonía en enero de 1828; recayó en febrero, y apenas convalecido lloró dos veces la pérdida del hijo que mas le auxiliaba en sus tareas profesoriales; pero al fin lo vió salvado para consuelo de los suyos y utilidad de su patria. El espectáculo de tanta agitacion y zozobra, de que como el que mas participaba, influyó fatalmente en la salud de Moratin, y precipitó probablemente el acometimiento de su última enfermedad. El 21 de mayo aparecieron los primeros síntomas, que procuró cuidadosamente ocultar, hasta que fué sorprendido arrojando en frecuentes vómitos una materia negruzca y de alarmante apariencia. A costa de mil instancias consintió en que se llamase al médico, que á pesar de sus esfuerzos y el auxilio de los mas hábiles profesores de aquella capital, no pudo lograr mas que pasajeros alivios: no era dado al arte contener los progresos del mal; procedia de lesion orgánica. Por la noche del 20 de junio perdió el conocimiento, y á las dos de la madrugada del siguiente día quedó su cuerpo en perpetua inmovilidad.

El cementerio del padre Lachaise recibió aquellos venerables restos, entre las solitarias calles que corren á la derecha de la capilla, en medio de las tumbas que cubren los cuerpos de Molière y Lafontaine. Ningun español amante de la literatura, al visitar la capital de Francia, deja de pararse á orar frente de un sencillo monumento, en cuyo pedestal, que sostiene una urna cineraria, se lee la inscripcion siguiente:

AQUÍ YACE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,
 INSIGNE POETA CÓMICO Y LÍRICO,
 DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,
 DE INOCENTES COSTUMBRES Y AMENÍSIMO INGENIO:
 MURIÓ EL 21 DE JUNIO DE 1828.

Allí en efecto, en tierra extranjera, yace un gran español, á quien la patria no ofreció bastante seguridad para morir tranquilamente en su seno. Hombre apartado de todo bando político, obediente á la autoridad existente de hecho ó de derecho, abstraído en sus estudios, propagador desde su retiro de una moral purísima y juiciosa, incapaz de dañar á nadie y de escitar, ni aun indirectamente, el desórden, anduvo errante largos años, no proscrito, sino ahuyentado por recelos sobradamente justos. La opinion echaba de menos su presencia; solo el gobierno se mostraba indiferente.

Después de su muerte, las ediciones de sus obras se reprodujeron con rapidez, así en Francia como en España. La Academia de la historia quiso honrar su fama europea, cuidando de darlas á luz aumentadas con los *Orígenes del teatro español*, que adquirió y facilitó el rey Fernando VII: en algunos pasajes alteró el testo por respetos que ya no existen, y en sus elogios le tributó el homenaje que permitia la condicion de los tiempos.

A mas de los escritos sueltos y recopilados, existen otros trabajos suyos, ahora de propiedad particular, que no han visto la luz pública, entre ellos las observaciones hechas en sus primeros viajes, y una voluminosa correspondencia literaria. Salió bajo su nombre, y dudamos que fuese con su anuencia, una traduccion del *Cándido* de Voltaire. Algunas composiciones se le atribuyen con mas ó menos probabilidad: faltando su reconocimiento, serian precisas algunas pruebas para considerarlas auténticas. Ya hemos dicho que después de *El Sí de las niñas* tenia trazado el plan de otras comedias, que abandonó por motivos de disgusto, superiores á su valor y no desvanecidos por los acontecimientos sucesivos. Con mayor tranquilidad de espíritu hubiera sin duda enriquecido con nuevos tesoros nuestra literatura.

Si fué severo con las obras de los demás, no era mas indulgente con las propias. Cuando manifestaba satisfaccion por lo que habia escrito, este natural movimiento no era de vanagloria, sino de fe en sus principios. Así es que corregia y limaba sin cesar con una minuciosidad escrupulosa y descontentadiza, unas veces con acierto y otras con desgracia, como pintor, que suavizando los contornos les quita la rústica pero varonil energía de su primera concepcion.

Moratin llevó á feliz remate la empresa acometida por su padre de variar el gusto y las ideas del público, y de reformar el teatro nacional segun los principios del puro clasicismo que ardientemente profesaba. Se halló solo en esta empresa; pues en aquella época no se presentaron ingenios capaces de ayudarle en tan difícil tarea, y cuando él desapareció, al instante se relajaron las severas reglas que habia prescrito con la discusion y con el ejemplo. En la literatura estaban concentradas todas las fuerzas de su actividad intelectual; solo en este campo era esforzado: hombre, y aun jefe de un partido, lo dirigia, pero no lo acaudillaba. Tuvo innumerables admiradores, pocos secuaces y ningun discípulo. Retirado, frio, casi esquivo, concedia difícilmente su intimidad; pero una vez concedida, la prodigaba sin tasa. Conocia á fondo la sociedad, como que tan al vivo la retrató; pero se mantuvo de ella á respetuosa distancia, para mejor observarla desde todos sus puntos de vista. Variarán las opiniones sobre los medios de agradar y de conmover; pero Moratin, que agradó y conmovió, será siempre venerado como uno de los grandes maestros del arte, como un autor de inmensa influencia sobre su siglo, como el Molière español.

XXXIX

OBRAS

DE

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

ERIAS

DE LA BIBLIOTHEQUE DE MONTMARTRE

OBRAS DE MORATIN (D. NICOLAS).

POESÍAS.

ANACREONTICAS.

I. A mi libro.

Dime : ¿dónde caminas
Tan solo y confiado,
Sin protector alguno,
Librillo desdichado?
¿En qué elegancia fías
Tu aprecio y tu despacho?
¿Qué crítico piadoso
Te aseguró el aplauso?
Cuando en tí contuvieses
Los versos que cantaron
Con sonoras líras
El Pindaro y Horacio,
De Mevios y de Zoilos
No pudieras librarlos,
Pues aun al propio Homero
Se le atrevió Aristarco.
Siendo esto así, no temas
El verte censurado,
Que no es toda censura
Prueba de que eres malo;
Y mas en este tiempo,
Que en la corte de Carlos
Son muchos los que juzgan,
Mas los que aciertan raros.

II. A mi Musa.

Saldrás á ver la corte,
Cinquieta Musa mía;
Mas pues así lo quieres,
Cye mis profecías :
Pararás en las manos
Te aquellos que critican
Sin leer todas las obras,
Y al punto las arriman.
Después irás á aquellos,
Que en un verso querrian
Ver armas, gaitas, muertes,
Chanza y melancolias.
Los necios presumidos,
Leyendo lo que digas,
Dirán muy satisfechos:
Esto yo me lo haria.
Los soberbios letrados,
Que solo horror fulminan,
Dirán : ¿ que haya quien gaste
El tiempo en niñerías!
Serás en las tertulias
Gusto á unos, á otros risa;
Y alguien dirá : ¿ es acaso
Ciencia la poesia?
Mas aunque eres humilde,
De los doctos confía,
Aunque no con aprecio,
Que con piedad te admitan.
También, ¡ oh favor grande!
Entre sus almohadillas
Fá, que albergue amable

Te den las madamitas.
Solo para con estas
Llevas permission mia
De dar satisfacciones,
Si acaso te replican.
Dilas que tú sus gracias
De cantar no te olvidas,
Su hieldad, el cortejo,
La blonda ó la basquina.
Dí que tengan paciencia,
Y en fin, ó Musa, dilas,
Que como ellas te apoyen,
Lograste ya tu dicha.
Esta será tu suerte,
Y así nunca me digas,
Cuando mal te suceda,
Que no fuiste advertida.

III. Motivo de escribir mi obra (el Poeta).

Yo á cantar me aprestaba
Las armas españolas,
De Cortés y Pizarro
Las inclitas victorias.
A nuestro ardor sujetos
Los reinos de la aurora,
Las gentes dominadas,
Las tributarias flotas.
Al Córdoba excelente,
Y al Cevallos, que ahora
Del portugués en Indias
Conquistó las colonias.
Al atrevido Aranda,
Que cuando á Almeida toma,
Con sus triunfantes armas
Puso espanto á Lisboa.
Al gran Carlos Tercero,
Que mandando sus tropas
Del Sebeto la orilla
Manchó con sangre roja.
Pero la musa... tente,
Me dijo imperiosa,
Muchacho temerario,
¿A qué golfo te arrojas?
La avilantez repites
Del que con furia loca,
Con derretidas alas
Dió su nombre á las ondas.
Muy débil es tu aliento
Para atronar con ronca
Voz el orbe al estruendo
De la guerrera trompa.
Solo á cantar alcanzas
Tu pasión amorosa,
Las damas de la corte,
Sus lazos y sus cofias.
Mas si aspirar pretendes
A empresas mas heroicas,
Limpia á Madrid del vicio,
Cual Juvenal á Roma.
Con satirico verso,
Que al suyo contrapongas,

Ridiculiza el vicio,
Y haz la virtud famosa.
Destierra el ocio infame,
Y estravagancias todas,
A que por su capricho
Los hombres se abandonan.
Solo así serás digno
Del cristal de Beocia,
Y así solo en Parnaso
Se adquiere la corona.

IV. Aventura.

Era yo pequenito,
Y aun no contaba un lustro,
Cuando llegué jugando
A un romeral inculto.
Allí la blanca rosa,
Allí el clavel purpúreo,
Y el lirio azul formaban
Paraíso segundo.
La Primavera y Flora
De esquisito dibujo
Tendieron sobre el suelo
Tapetes amatuntos.
Las flores y cantueso,
Tomillo y sépol mustio,
Perfumes evaporan
Hinchendo el aire puro.
Sobre laureles nobles
Alternan por su turno
Las tórtolas quejidos,
Las palomas arrullos.
Aquí yo fatigado
Una siesta de julio
Me recosté á la sombra
De un arrayán fecundo.
Dormí dome hubo apenas,
Cuando del valle oculto
De abejas un enjambre
A mí se viene junto.
Unas se me pusieron
Sobre mi rostro pulcro,
Que entonces no cediera,
Ganimedes, al tuyo.
Otras sobre las manos
Y sobre el pelo rubio,
Y otras colmena hicieron
Mis labios rubicundos.
Allí un panal fabrican,
Y yo entre sueños chupo
Goloso la miel nueva,
Y el paladar endulzo.
Despiértanme las aves
Con su blando susurro;
Y cantar dulcemente
Desde entonces procuro,
No las terribles armas
De Marte furibundo;
Mas si de amor y Venus
El regocijo y gusto.

V. *Los Dos Niños.*

Era yo niño, cuando
 Por un bosque vagando,
 Hallé otro niño hermoso,
 Que alegre y presuroso
 Se acerca, y abrazóme;
 Un dulce beso dióme,
 Y halagüño á mi oído
 Dice: yo soy Cupido,
 Hijo de Marte y Venus.
 Mi ciencia te interpreta
 Que serás gran poeta;
 Pero mayor amante,
 Y así nunca te espante
 Acometer osado
 Al mas alto imposible,
 Pues te será accesible
 Si de tí soy cantado.
 Yo, triste, confiado
 De sus voces traidoras,
 Cuerdas pulsé sonoras.
 Al númen engañoso
 En verso numeroso
 Celebré reverente,
 Y amé á Dorisa luego;
 Pero en vez del sosiego
 Que esperé vanamente,
 Hallé fatiga y penas,
 Prisiones y cadenas.
 En doloroso acento
 A solas me lamento
 Del niño aleve y doble:
 Pues yo obré como noble,
 Y él como fementido:
 Yo cumplí mi palabra,
 Y él no me la ha cumplido.

VI. *El Nido de Amor.*

El hijo de Venus,
 El falso Cupido,
 Entróse en mi pecho
 Cuando era yo niño.
 Los ojos cubría
 De un volante sirio,
 Aljaba en el hombro
 Sonaba con tiros.
 Batió sus alitas
 De luces y visos,
 Y al lado siniestro
 Fabrica su nido.
 Allí se me esconde,
 Y allí es su retiro:
 De Chipre se olvida,
 De Pafos y Gnido.
 Pero en tales fuegos
 Ardíó el pecho mío,
 Que abrasó sus alas:
 Volar no ha podido.
 Yo misero, lloro,
 Lamento y le digo:
 ¿Qué placer encuentras,
 Aleve Cupido?
 O bien afrentado,
 O ya compasivo,
 Lleva tus incendios
 A lugar mas digno.
 Hierre á los que nunca
 Rindió tu dominio;
 Que apenas soy sombra
 De lo que ya he sido.
 Y si tú me pierdes
 (Déjame decirlo),
 ¿Quién habrá que ensalce
 Tus hechos invictos?
 Este acento débil,
 Este canto mío,
 Es la mayor gloria
 Que tienes, Cupido.

Con ellos aplaudo
 Los ojos y rizos,
 La mano tornátil,
 El pié pequeñito,
 La boca fragante
 Y el hablar divino
 De la ninfa mía;
 Y así, hermoso niño,
 Esfuérzate, y vuelas
 A pechos altivos,
 Y rinde los héroes;
 Que yo ya me rindo.

VII. *El Sueño.*

Hay una gruta
 En la olorosa
 Alcarria umbrosa,
 Entre zarzales
 Y peñascales
 De humilde arroyo,
 Que en sus honduras
 Suena aguas puras,
 Y coge el Arlas
 Para llevarlas
 Al rico Tajo,
 Que está allá abajo.
 La gruta enfrian
 Los celirillos,
 Que entre tomillos
 Vagan soplando.
 Muy trasparente,
 Casi á la entrada,
 De agua filtrada
 (La cual resuda
 La peña ruda)
 Poza ha formado
 El destilado
 Humor deshecho,
 Que desde el techo,
 Cayendo grato
 De rato en rato,
 Forma sonido
 Blando al oído,
 Y hace pompillas
 En las orillas.
 A guarecerme
 De ardiente siesta
 Niño y cobarde
 Llegué una tarde,
 De angustia lleno
 Y acalorado.
 Llevé en el seno
 Diversas flores
 Que dan olores;
 Y recostado
 Con pueril ceño,
 Súave sueño
 Me dejó en calma
 La débil alma;
 Las florecitas
 De las manitas
 Se me cayeron.
 Luego vinieron,
 Trayendo corvas
 Largas tiorbas
 Las nueve hermanas,
 Niñas lozanas,
 Muy amorosas.
 Rojos claveles,
 Lirios y rosas,
 Forman caireles
 Al pelo de oro;
 Que con decoro
 Esconde á trechos
 Los albos pechos
 Como la nieve.
 Arrullo leve
 De la que alterna
 Tórtola tierna

Oigo, y suspiro,
 Y en sueños miro
 Que las doncellas
 De flores bellas
 Me dan corona,
 Y de Helicon
 Y Aonia fuente
 Bañan mi frente.
 Erato hermosa,
 Que á Venus canta
 Con gracia tanta,
 Su dulce boca
 Une á la mía,
 Y allí imprimía
 Ardiente beso,
 Con muy travieso
 Abrazo junto.

Desde aquel punto
 Quedé inflamado
 Y enamorado
 Súavemente.
 Iras y horrores
 Del fiero Marte
 Vayan aparte;
 Solo la risa
 De mi Dorisa,
 Y el cerco ondoso
 De oro precioso
 Que orna su frente,
 Y la hermosa
 Celeste y pura,
 Que absorto admira
 El universo,
 Canta mi verso,
 Suena mi lira.

VIII. *La Barquerilla.*

En la olcrosa,
 Aspera Alcarria,
 Antes que el Tajo
 Reciba al Arlas,
 Corriendo lentas
 Sus verdes aguas,
 En un remanso
 Hay una barca.
 No la que ofrece
 Zorita la alta,
 Que al trato sirve
 De puente vaga;
 Sino en la selva
 Mas solitaria,
 Con cañamares,
 Nogueras anchas,
 Sabina, enebro,
 Junco y retamas.
 Llegué aquí el día
 Que en Libra iguala
 Cintío las horas,
 Y él tramontaba.
 Vi una barquilla
 Muy adornada
 Con gallardetes,
 Tendal y varias
 Flores, que penden
 Haciendo sartas.
 Una barquera
 Hallé bizarra,
 De pocos años
 Y muchas gracias.
 Sola y dichosa
 Cantando estaba,
 Libre de penas,
 De envidia y saña.
 La barca piso,
 Que desamarras,
 Y á la maroma
 Va la zagala.
 Cógela pronta
 Con tierna palma,

Y el plé siniestro
 Luego adelanta :
 Gracioso zuño
 La hermosa cara
 Pone, y á fuerza
 La tierra aparta.
 Tanto silencio,
 Modestia tanta,
 Me deja absorto
 Mas que sus gracias;
 Ni á hablar me atrevo,
 Que aunque sin armas
 Temor inspira
 La virtud santa.
 Mas cuando el medio
 Camino falta,
 Veis numerosa
 Sonora banda
 Que de perdices
 Atravesaba.
 No me detengo,
 Pongo á la cara
 Mi arcabuz, tiro,
 Cae una al agua :
 La misma sesga
 Corriente mansa
 La va trayendo,
 Y ella la alcanza.
 Ninfa, la dije,
 De esta comarca :
 Mi don ensalcen
 Las circunstancias;
 Y aunque pequeño
 Mirale grata,
 Que acaso ofrezco
 Tambien el alma.
 Ella modesta
 Y avergonzada,
 Tiñó la nieve
 Con escarlata,
 Y agradecida
 Paró la barca.
 Las puras ondas
 Su curso paran ;
 El rico Tajo,
 A quien la Alcarria
 No le ve anciano
 Cual Lusitania,
 Sino que jóven,
 Sobre pizarras
 Y entre albareñas
 Olivas marcha,
 Envidioso
 La frente alzaba,
 Que balsaminas
 Se la enguinaldan.
 Cuando á mi ruego
 La vi ya humana,
 Dije : si gustas,
 Barquera, canta.
 Cantó..... Fecundo
 Bosque de Palas,
 Junqueras verdes,
 Silvestres cañas,
 Que el eco oísteis
 De mi serrana,
 Su melodía,
 Donaire y gracia :
 Decid si oyeron
 Dulquias barcas
 Tanto á sirenas
 Sicilianas.
 Las soledades
 De aquella estancia,
 La sombra oscura
 Que se adelanta,
 Fresco favonio,
 Mareta blanda,
 Y el manso arrullo
 Que entre espadañas
 Forman las olas
 De aquellas playas ;

Todo suspende,
 Todo arrebató :
 Naturaleza
 Padece calma.
 Cantó las selvas
 Y sus ventajas,
 Con voz sonora
 Y regalada.
 Cantó la pompa
 Fugaz y vana
 De la opulenta,
 Soberbia Mantua.
 Yo, á quien hechiza
 Dulzura tanta,
 Dije : Barquera,
 ¡ Oh ! si duraran
 Navegaciones
 Tan fortunadas,
 Para que juntos
 Fuéramos hasta
 Do no bararon
 Quillas hispanas !
 Cupido mismo
 Sentado en la alta
 Popa, la nave
 Nos gobernara.
 Venus en rica
 Concha de nácar,
 O Galatea
 Sobre las aguas
 Te juzgaria ;
 Mas débil aura
 Ya el leño en esta
 Ribera encalla.
 Salgo á la tierra
 No deseada,
 Cuando la noche
 Del cielo baja.
 Adios, Barquera,
 Dije, gallarda :
 Adios... Y al labio
 La voz le falta.

IX. *Súplica despreciada.*

Erato, dulce musa,
 Que con sonoras voces
 Cantas del ciego niño
 Delicias y rigores :
 Dictame aquellos versos,
 Que al son de lira acorde,
 Modulaba festivo
 El teyo Anacreonte.
 Así dije, y la ninfa
 Con agrado escuchóme ;
 Mas Cupido la mira,
 Y el pérfido rióse.
 De este amante, la dijo,
 Me alegran los dolores ;
 No permitas que cante,
 Yo le mando que lllore.

X. *El Arroyo.*

Vagaba por los montes
 Un arroyuelo humilde,
 Jamás acostumbrado
 A salir de su linde.
 Viniéronle deseos
 De ver el mar horrible,
 Movido de las cosas
 Que de él la fama dice.
 Y con ocultos pasos,
 Entre espadaña y mimbres,
 Hizo que por el valle
 Sus aguas se deslicen.
 Ya que llegó á la orilla
 Que las ondas embisten,

Los peligros le asustan,
 Los golfos y las sirtes.
 Y cuando ver creía
 Palacios de viriles,
 Y en trono de corales
 Neptuno y Anfitrite,
 Halló las bramadoras
 Tempestades terribles,
 Cadáveres y tablas
 De navcs infelices.
 Atrás volver el paso
 Quiso ; pero lo impiden
 Erizados peñascos,
 Montes inaccesibles.
 Sin amparo en la tierra,
 El de los cielos pide :
 ¿ Hubo marinos dioses
 Que él no invocase humilde ?
 Pero á su ruego sordos
 La súplica no admiten ;
 Que haber suele ocasiones
 En que el llanto no sirve.
 Así sucede al hombre,
 Que su quietud despidе,
 Y á los vicios se entrega
 Que halagüenos le brinden.
 Que al verse aprisionado
 Entre pasiones viles,
 Salir intenta cuando
 Salir es imposible.

XI. *Fuga inútil.*

Armaba Amor el arco
 Para con él tirarme ;
 Yo en fuga presurosa
 Evitaba su alcance.
 Y cuando me creía
 Seguro, por los aires
 Vino un dardo, y mi pecho
 Pasó de parte á parte.
 Rióse Amor, y dijo :
 Necio, huir es en balde,
 Que mis flechas alcanzan
 De poniente á levante.

XII. *Canto á Dorisa.*

Busca, busca, Pizarro,
 Quien tu aliento bizarro
 Celebre dignamente
 Al son de la trompeta ;
 Busca, busca poeta,
 Que tus hazañas cuente,
 Y á todo el mundo asombre
 Con tu famoso nombre ;
 Porque yo no me atrevo,
 Ni puedo enfurecerme.
 No me trasporta Febo ;
 Venus y Amor me influyen,
 Tus triunfos se me huyen,
 Y no me arrojo á tanto ;
 Mi voz es tierno llanto ;
 Busca pues quien te cante,
 Que yo á Dorisa canto.

XIII. *A Dorisa.*

Yo por region tranquila
 Libre me paseaba,
 Cuando encontré á Cupido
 Armado con la aljaba.
 Al punto el arco toma,
 Y contra mi dispara
 Con sinrazon alevé,
 Con cólera inhumana.

Yo del rigor huyendo,
Ya en el bosque me entraba,
Ya formaba mi escudo
De peñas y de ramas :
Fugitivo, acosado,
Vine á dar donde estabas,
Dorisa, cuyos ojos
Me hirieron en el alma.
No sé qué nuevo hechizo
Tuvieron tus miradas,
Que el riesgo que iba huyendo
Ya le solicitaba.
No escapé á tus ojuelos,
Aunque escapé á las jaras,
Y así huyendo del fuego,
Vine á dar en las llamas.

XIV. *Amor aldeano.*

Hoy mi Dorisa
Se va á la aldea,
Pues se recrea
Viendo trillar.
Sígola aprisa :
Cuantos placeres,
Mantua, tuvieres,
Voy á olvidar.
Que ya no quiero
Mas dignidades :
Las vanidades
Me quitó Amor.
Ni fama espero,
Ni anhelo á nada ;
Solo me agrada
Ser labrador.
Voy amoroso
Para servirla,
Quiero seguirla
Por donde va.
Verá el hermoso
Trigo amarillo,
Luego en el trillo
Se sentará.
Yo iré con ella,
Y el diestro brazo
En su regazo
Reclinaré.
La ninfa bella
Me dará vida
Agradecida,
Viendo mi fe.
De esotros trillos
Que estén mas lejos
Los zagalejos
Me envidiarán.
Mil cupidillos,
Viendo á la bella,
En torno de ella
Revolarán.
Yo alborozado
Con dulces sonos,
Tiernas canciones
La cantaré.
Ni habrá cuidado,
Ni habrá fatiga,
Que con mi amiga
No aliviaré.

XV. *A los ojos de Dorisa.*

Ojos hermosos
De mi Dorisa :
Yo os vi al reflejo
De luces tibias.....
¡Noche felice,
No te me olvides!
Turbado y mudo
Quedé á su vista,

Susto de muerte
Me atemoriza,
Y solo huyendo
Pude evadirla.
Ojos hermosos :
Yo así vivía,
Cuando Amor fiero
Gimió de envidia.
Quiso que al yugo
La cerviz rinda,
Y os me presenta
Con pompa altiva
Una mañana,
Cuando ilumina
Febo los prados
Que abril matiza.
Vé que con nuevas
Flores se pinta
El suelo fértil,
La cumbre fría :
Los arroyuelos
Libres saltan,
Sonando roncós,
La verde orilla :
Gratos aromas
El viento espira,
Cantan amores
Las avecillas.

Ojos hermosos :
Yo me aturdira,
Cuando me ciega
Luz improvisa,
Con mas incendios
Y mas ruinas
Que si centellas
Júpiter vibra,
Nunca posible
Será que diga
Que pena entonces
Me martiriza.
¡Qué feliz era,
Qué bien hacia
Mientras huyendo
Sus fuegos iba !
¡Ojos hermosos !
Si conocida
A vos os fuese
Vuestra luz misma,
O en el espejo
La reflexiva
Tanto mostrara,
Conoceríais
Qué estrago al orbe
Se le destina,
Bien con enojos,
Bien con delicias.
¡Ay, cómo atraen,
Cómo desvían,
Cómo sujetan,
Cómo acarician !

Piedad, hermosas
Lumbres divinas,
De quien amante
Os solemniza.
Y si á mi verso
La suerte amiga
Da que en el mundo
Durable exista,
Aplauso eterno
Haré que os siga,
Y en otros siglos
Dareis envidia.

XVI. *A Dorisa, exhortándola al estudio de la poesta.*

Dorisa, si pretendes
Aplauso y fama eterna,
A obsequios de las musas
Tus años encomienda.

Estas dulces, afables,
Bellísimas doncellas,
Harán que de la muerte
Siempre vivas exenta.
Ellas dan regocijo,
Y el consuelo franquean :
Ellas dan el descanso,
Y el júbilo dan ellas.
La gracia y el donaire,
La voz y la belleza,
Los años lo arrebatan,
Y á no volverlo llevan.
Pero á los dulces versos,
Y sonoras cadencias,
Del arte producidas,
El tiempo no hace mella.
Del alto Guadarrama
Las rocas y las breñas
Verás faltar primero,
Que estos versos perezcan.
Fué Safo la mas docta
De las muchachas lesbias,
Y si no mas horrible,
No fué la menos fea.
No obstante, por sus versos
Empezó vida nueva,
Después del precipicio
De la léucada peña.
Viviendo la burlaban,
Muriendo la celebran,
Por ser grande en el númen
La que en cuerpo pequeña.
No la fealdad sola,
Mas la misma belleza
Al valor de la musa
Rendida se confiesa.
Hermosa fué Corina
Entre las damas griegas,
Y en nuestra edad ninguno
De su beldad se acuerda.
Pero celebran todos,
Que en métrica contienda
Triunfo por cinco veces
Del Píndaro de Tebas.
Marchitarán los años
Tu juventud risueña;
Pero borrar los versos
Al tiempo se le veda.
Vivirás celebrada
En la edad venidera,
Y no como á los necios
Te ocultará la tierra.
No son á las mujeres
Imposibles las ciencias ;
Nicostrata responda,
Sabá é Ilpsicratéa.
Animo pues, hermosa,
Tú sígueme, y no temas ;
Remóntate conmigo,
Y hasta el Parnaso vuela.

XVII. *El Premio del canto*

Dame la linetilla
Con el Pedro-Jimenez,
Dorisa, si me pides
Que tus años celebre.
De este néctar los dioses
En sus convites beben,
Y en copa de oro á Jove
Le sirve Ganimedes.
Este licor suave
Da favores alegres,
Disipando del alma
Inquietudes crueles.
Este licor el númen
Para cantar enciende ;
Y así, mientras de rosa
Me coronan las sienes,
Y añado cuerdas de oro

A la lira luciente,
Para que el plectro dócil
Son delicado preste;
Dorisa, si me pides
Que tus años celebre,
Dáme la limetilla
Con el Pedro-Jimenez.

XVIII. *Grato recuerdo.*

¡Noche postrera
Del mes de marzo,
Que última fuiste
De mis trabajos!
Todo tu giro
Yo desvelado
Ni envidié el sueño,
Ni su descanso.
¡Noche dichosa!
Tengo jurado
De venerarte
Todos los años,
Para memoria
De bien tan alto,
Y agradecido
Daré holocausto.
Una cordera
Yo te consagro,
Que entre las altas
Yerbas del prado
Crece con brinco
Y retozando:
De dormideras
Y de mastranzos,
Tobas y murtas
Te la enguinaldo.
Vosotros finos
Amartelados,
Que ser felices
Vais esperando;
Cuando tal noche
Llegue, alegraos,
Y aun obligadla
Con el encanto
Para que os traiga
Propicios hados.
Yo á sus tinieblas
Prometo, en tanto
Que el cielo oscuro
Doren los astros,
De celebrarlas
Con himno sacro;
Pues ellas fueron
Las que premiaron
Una esperanza
De muchos años,
Con las delicias
Que gozo y callo.

XX. *Disculpa de un error.*

Niña, mal haya
Mi vida siempre,
Si yo lo dije
Por ofenderte.
Fulmine el cielo
Bayos crúeles,
Y el mar en ondas
Fiero me anegue.
Los elementos
Tu injuria venguen,
Si yo lo dije
Por ofenderte.
Tenme por hombre
Fúlz y aleve,
Nunca me juzgues
Por inocente;
Jamás tus ojos
Mire yo alegres,

La luz que al orbe
Le dan, me nieguen;
En tu desgracia
Eternamente,
De ti apartado,
Muriendo pene;
Nunca sin odio
De mí te acuerdes,
Si yo lo dije
Por ofenderte.

XX. *Amante feliz.*

Venci, venci, Cupido,
Madre Venus, Amores,
La celestial Dorisa
Ya por fin apiadóse.
Ceñidme de guirnaldas,
Coronadme de flores,
Y deshojad los mirtos
Sobre mi frente jóven.
Yo vi los claros ojos
Vibrando resplandores,
Que entre negras pestañas
Amorosos se esconden.
Yo vi la hermosa boca,
Que respiraba ardores
Y fragantes aromas
Y el néctar de los dioses,
Pronunciar entre perlas
Suavísimas razones,
Que el pecho me colmaron
De un consuelo sin nombre.
Dichosas mis fatigas
Y mi ardimiento noble,
Que merecer pudieron
Tan ricos galardones.
No, Aurora, te apresures
A humedecer los montes,
Ni á Febo le permitas
Que con su luz los dore.
Haz que su carro vuelque
Y dilate la noche,
Y eternamente cubra
De tinieblas el orbe.
No desvelés tan presto
A los cansados hombres;
Deja que ellos sosieguen,
Y que un amante goce.

XXI. *El Vino dulce.*

Venus y Baco un día
Quisieron que yo apure,
Ella sus confituras,
El otro sus azumbres.
Cada cual á su bando
Procura que me junte:
Yo dije, que ninguno
Tomase pesadumbre.
Que á entrambos serviria
Con mil solicitudes;
Y porque ni Dione
Ni Bromio se disgusten,
Ser goloso y beodo
Es cosa que me cumple;
Y así, beberé vino,
En siendo vino dulce.

XXII. *La Vida poltrona.*

Ahora que he comido
Aun mas que troglodita,
Y como un sibarita
O un tudesco he bebido,
Y el cielo oscurecido
En el diciembre helado
Tiene el suelo mojado,
Y la tarde es pesada,

Y el teatro me enfada
Por tanto desatino,
Echame otra vez vino,
Y tiéndeme la cama,
Muchacha remolona,
Y sobre mi persona
La manta palenciana
De veinte y cinco libras
(Que es tara de mosquete),
Y desde el pié al copete
Envuélveme, chiquilla.
El llover me molesta,
Y dormiré una siesta
Poltrona á maravilla.
Y si algun majadero
Viene, no hay que llamarme;
Que despertar no quiero
Sino para acostarme.

XXIII. *Todas merecen.*

Agrádanme las feas
Porque son agradables,
Y las que son hermosas
No es mucho que me agraden.
Me gustan las morenas,
Que son algo marciales,
Y las blancas, que tienen
El rostro como un ángel.
Las de los ojos negros
Con imperio me atraen,
Y los ojos azules
Son ojos celestiales.
Me encanta el rubio pelo
Al oro semejante,
Y el negro, que en los hombros
Cándidos se dilate.
Son para mí heroínas
Si son altas y grandes,
Y damas señoritas
Las que no fuesen tales.
La gruesa me parece
Matrona respetable,
Y ninfa delicada
La que es un poco grácil.
Que el ser de buen contento
Es cosa muy loable,
Segun dicen antiguos
Filósofos morales.
Por eso todas ellas
Logran enamorarme;
Y ¿veis cómo soy hombre
Prudente y razonable?

XXIV. *Gocemos hoy.*

Hernando, si la vida
Es círculo tan breve,
Que apenas se comienza
Ya vemos que fenece;
Si el día que se pasa
Jamás al mundo vuelve,
O bien se lllore triste,
O bien se goce alegre;
Si los graves cuidados
Aceleran la muerte,
Y solo sabe huirlos
Quien como tú es prudente;
Merezca tu desvelo
Lo que enmendarse puede;
Y de lo inevitable
Ni aun quiero que te acuerdes.
Brindemos dulces vinos
En plácidos banquetes,
Y con laurel y yedra
Coronemos las sienas.
Después de haber bebido
La citara se temple,
Y cantemos suaves
Amores y desdones.

Recibe á la fortuna
Si á tus umbrales viene;
Mas no para alcanzarla
Te afanes y desveles.
Pues es virtud y fuerza,
Mostrar ánimo alegre
En las adversidades
Que remediar no puedes.

XXV. *Todos son locos.*

Burla y desprecia el jóven
Los juegos de los niños,
Y ya varon se rie
De lo que jóven hizo.
Estos al viejo insultan
Rezador y aburrido,
Que en su dictámen terco
No se allana á sufrirlos.
Ninguno se retracta;
Y yo en discordia digo,
Que todos razon tienen,
Que todo es desatino.

XXVI. *Corto poder de los hombres.*

Dime dónde se oculta
El día que se pasa,
Con qué llave se encierra,
O si es de bronce el arca;
O dime, si tú sabes,
Con qué máquina ó trampa
Se suspenderá el curso
Que nuestra vida acaba;
O si con cien millones,
O con mas, si no bastan,
Retardará su golpe
La muerte sobornada.
Si con dinero ó letras
Se puede hacer, despacha,
Si no, tu hacienda es polvo,
Y tu ciencia ignorancia.

XXVII. *Mi golosina.*

No como Anacreonte
El lirico poeta,
A quien siempre beoda
Dictó la musa teya;
Ni como el otro amante
De Lálage y Glicerá,
Cuya lira latina
Compíte con la griega;
Tengo por Hipocrene
La tinajilla añeja,
Ni es mi Libetra el jarro,
Ni Helicon la botella.
Ni tampoco reparo,
Si mi vino se acuerda
Del viñadero moro
Que le apretó la tuerca.
A mi las nueve hermanas
Su influjo me franquean
Mejor con la dulzura
Que no con borracheras.
Antes que de mosquitos
Cercado iré de abejas;
Mas por los colmenares,
Que no por las bodegas.
Y así, Dorisa, al punto
Saca de la despensa
La almibar lusitana,
Con plato á la chinesca;
O el tarro en que se guarda
La pinciana conserva,
Con acitron de Murcia,
Las orzas de Valencia;
O un terron duro y blanco
De la miel alcarreña,

Que en romerales liban
Mis aves aristeas.
Y en una rebanada,
Como las hostias mesmas,
Estiéndela tú propia
Con esas manos bellas.

Y luego dame un vaso
De cristal de Venecia
Con agua clara y fria,
Que en los dientes la sienta.

Con esto si que el pecho
Se endulza y se consuela,
Y ya la voz süave
Para cantar se apresta.

De laureles y rosas
La guirnalda me tejan
Las ninfas delicadas
Como á jóven poeta.

Que no quiero corona
Como la que nos muestran
Del Baco semelejo,
Con pámpanos y yedra.

Entonces si que alegre
Cantaré de manera,
Que haré que suene ronca
La citara de Tebas.

Despacha; mas si gustas
Que yo del vino beba,
Alcanza de Peralta
La ensogada limeta,
La de Jerez y Rota,
O el canarino néctar,
O aquella que escogida
Remite Valdepeñas.
Gustaré con templanza,
Pero no á la tudesca;
Y si á brindar me obligas,
Con golosina sea.

XXVIII. *Escelencias del ingenio sobre las riquezas.*

Fortuna puede hacerme
Rico, dándome renta,
Y á tí no podrá, necio,
Hacerte un gran poeta.
Que al fin me haga á mí rico
Puede ser que suceda;
Mas que te dé á ti ingenio,
No es posible que sea.

XXIX. *A un rico ignorante.*

Dios y el rey á porfía
Parece compitieron
Con los dos en favores,
Y nos enriquecieron.
El rey, de sus bajeles
Descargó el rico peso
Para llenar tus arcas
Del oro macilento.

El soberano, el grande,
El alto y el inmenso
Dios no me dió riquezas;
Pero me dió el ingenio.

Con él me dió la gracia
De no ser avariento,
Y el rey no puede darte
De tu hacienda desprecio.

Y así eres vil esclavo
De tu propio dinero,
Sin valor de gastarlo,
Con temor de perderlo.

Yo no temeré nunca
Perder lo que no tengo,
Ni el no tenerlo lloro,
Ni á conseguirlo anhelo.

Consumirán tu hacienda
Notarios y herederos,
Y en la mia no tiene

Jurisdiccion el tiempo.
Cuando tú y tus doblones
Este cenizas hechos,
Cuantos amen las musas
Celebrarán mis versos.

XXX. *Mi pobreza.*

Confieso que soy pobre,
Y que lo he sido siempre;
Mas no de ruin estirpe
Ni viles procederes.

Todos me leen y dicen,
El Moratin es este,
Y tengo fama en vida
Mas que muchos en muerte.

Desde el Nilo te sirve
La tórida Siene,
Y en tu rancho trasquilas
Rebaños como nieve.
Yo soy pobre, tú rico;
Pero con cuanto tienes
No es posible que compres
El númen que me enciende.

XXXI. *Hambre é inapetencia.*

Muchos que comer tienen,
Pero no tienen ganas;
Otros estan hambrientos
Y que comer les falta.

El tener uno y otro
No debo á herencia ó trampa,
Solo á Dios se lo debo;
A Dios pues doy las gracias.

XXXII. *El sabio y el rico (*)*.

Soy pobre, pero tengo
Virtud que me consuele;
Y no envidio, Licino,
Tu grandezza y tus bienes.

Admiracion y aplauso
Mis números adquieren,
Y tengo fama en vida
Mas que muchos en muerte.

Los techos de tu casa
Cien columnas mantienen,
Y encierras en tus arcas
Las minas de occidente.

Mas no con todas ellas,
Y aun si dobladas fuesen,
Adquirir lograrías
El númen que me enciende.
¿Y he de envidiarte, cuando
Lo que soy ser no puedes?
Lo que eres tú, cualquiera
De la ignorante plebe.

XXXIII. *La mujer humilde.*

Claudio, en toda la tierra
No hay cosa mas sublime,
Ni de valor mas grande,
Que la mujer humilde.

En tal virtud se cifran
Escelencias insignes:
Ni el oro de la Arabia,
Ni Tarsis la compiten.

Así venció Briseida
La cólera de Aquiles,
Y apiadó Sisigambis
Al macedon terrible.

Una mujer soberbia,
Aunque mirando hechice,

(*) Esta anacréntica parece ser la xxx corregida, en la cual hemos suprimido los versos que se repiten.

Con toda su belleza
Es monstruo aborrecible.

Por eso, ya que el pecho
A una pasión rendiste,
Leonora te la inspira,
Que es hermosa y humilde.

XXXIV. *La fama póstuma.*

Musa, dame coronas,
Dije, que ya he cantado,
Y es consecuencia justa
El premio, del trabajo.

Pero desde la cumbre
Florida del Parnaso
Voló la ninfa, y dice:
¡Oh, joven temerario!
Si algún honor merecen
Tu nûmen y tu canto,
La vida siempre estorba
Para adquirir aplausos.

Porque la torpe envidia
Con atrevida mano,
Arranca de las sienes
Coronas que reparto.

Mas para que no juzgues
Que el odio puede tanto,
Que en olvido oscurezca
Versos que yo he dictado,
Sabe que un monumento
Erigiste mas alto,
Que el de tu rey ilustre
Magnífico palacio.

Y cuando Libitina
En el sepulcro avaro
Te precipite, y callen
Los afectos humanos,
Entonces fama eterna
Hará tu nombre claro,
Y sobre tus cenizas
Se hacinarán los lauros.

XXXV. *A don Agustín de Montiano
y Luyando.*

Soné que al hijo rubio
De Latona dije esto:
Para aprender, Apolo,
Enséñame tus versos.
Enséñamelos, dije,
Y él me respondió: necio,
No los hago, que solo
Influyo para hacerlos;
Pero si ver procuras
Los mejores modelos,
Y tanto, que por míos
Los adopto yo mesmo,
Vete á la imperial corte
Del gran Carlos Tercero,
Y al trágico Leginto
Busca, busca al momento.
Hallaráse en su estudio
Consonancias midiendo,
Cotejando las obras
De latinos y griegos.

Verás allí un estante
A su lado derecho,
Y un legajo precioso
Con diferentes metros.
Los mas son manuscritos,
Y muchos hay impresos,
Que estarlo merecian
En mármoles eternos.

Por señas que allí dice:
Montiano los ha hecho;
Repásalos, y aprende,
Que aquellos son mis versos.

XXXVI. *A los días del coronel
don José Cadahalso.*

Hoy celebro los días
De mi dulce poeta,
Del trágico Dalmiro
Blason de nuestra escena.

Venga la hermosa Filis,
Y mi Dorisa venga,
Dorisa la que canta
Con la voz de Sirena.

Brindaremos alegres
Hasta perder la cuenta
En las tazas penadas
Del oloroso néctar.

O si mas nos agrada
La antigua usanza nuestra;
Muchachos diligentes,
Sacad la pipa añeja.

Y en aquel mar de vino,
Como naves de guerra,
Naden con altas asas
Las anchas tembladeras.

Bien hayan nuestros padres,
Que en sus bárbaras mesas
Bebieron con toneles,
Brindaron en gamellas.

Así hacerlo debemos,
Dalmiro, y vayan fuera
Los cuidados molestos
Que la vida atropellan.

Y si viene la muerte,
En semblante severa,
No podrá ya quitarnos
La celebrada fiesta.

Pues si para evitarla
No sirve la tristeza,
Y es su venida al hombre
Tan pronta como cierta;
Brindemos muchas veces
El tiempo que nos queda;
Dancemos y cantemos,
Y déjala que venga.

XXXVII. *A mis días.*

Las vueltas de los cielos
Hoy trajeron mi día,
Para que le aplaudamos
Con regocijo y grita.

Otros he celebrado
Con placer y alegría;
Pero yo no sé cómo
Se huyeron tan aprisa,

Ni dónde se escondieron,
Que no tengo noticia
De ellos, para volverlos
A gozar todavía.

El presente se pasa
Con la prontitud misma,
Y no sé si el futuro
Me encontrará con vida.

Pues, ¿no es una locura
Que yo anhelando viva
Por lo que, aunque me afane,
No es cierto que consiga?

Si no sé si mañana
Veré la luz vecina,
¿Por qué pierdo un instante
De aliviar mis fatigas?

Pues, huyan los pesares,
Y baile mi Dorisa,
Y venga la botella
Del licor de Montilla.

Y de arrayán y yedra
La guinalda me ciña
La rubia sien, y luego
Venga, venga mi lira.

No cantaré las armas
De Aquiles, ni de Atridas;
Mas sí de Amor y Venus

Las amables delicias.

Y de mis camaradas,
Sentado en compañía
Recostado en la mesa,
No escasa, aunque no rica,

Mantendré hasta la noche
Plática divertida,
Tocando las especies,
Al paso que se brinda.

Y estaré tan contento,
Como si fuesen mias
Las flotas orientales,
Y el oro de las Indias.

Y pues su curso el tiempo
No es posible reprima;
Mientras viene la muerte,
Gocemos de la vida.

XXXVIII. *En elogio de las niñas pre-
miadas por la Sociedad económica
de Madrid.*

No pido, sacro Apolo,
La trompa penetrante,
Que pende en las columnas
De pórfido y de jaspe.

Pues no cantar intento
Fatigas militares,
Las armas y varones,
Banderas y estandartes.
¿Qué coro de doncellas,
Hermosas en semblante,
En manos oficiosas
Y en celo infatigables,
Con premios y preseas
Hoy miro congregarse,
De Mantua en el alcázar,
De Mantua, que es su madre!

Así dije, y la Fama
Volando por el aire,
Con su clarín de plata
Pronuncia voces tales:

Su olimpica palestra
La Grecia ya no ensalce,
Ni carros disparados
Desde la eléa cárcel;
Que España la dichosa,
España la triunfante
Bajo el augusto Carlos,
Al mundo saber hace,
Que no solo la ilustran
Sus fuertes capitanes,
Sino hasta lo mas tierno
Del sexo bello y frágil.

Esa puericia honesta,
Que es la virtud su esmalte,
Y el ocio vil y torpe
Bajo su planta yace,

Huyó las anchas plazas,
Las populosas calles,
Los tratos licenciosos,
Las danzas y donaires;

Fué de su casa al templo
Cuando el lucero sale,
Y antes que el alba asome,
Ya á casa se retrae.

En ella se ejercita
De Palas en las artes,
Y así como la diosa
Vencer pudiera á Aracne.

Artificioso torno,
Sonoro, está delante,
Que pródigo acomoda
Con manos virginales.

No forma tal susurro
De abejas el enjambre,
Ni es mas grata al oído
La citara suave.

Añade á su armonía
Purísimos cantares:
Con ellos se divierte,

La alivian y distraen.
 El pié sin descubrir,
 Llevando los compases,
 Hace volver la rueda
 En giros circulares.
 Escarmenado copo
 Del lino que la place
 Coge en sutiles dedos,
 De rosa y azahares.
 Y en delicadas hebras
 Hace que se dilate,
 En hebras invisibles,
 En hebras no palpables.
 Discipulos de Apeles,
 Alumnos de Timantes,
 La doncella española
 Así ha de retratarse.
 No la pinteis moviendo
 El cuerpo en torpe baile,
 Con lujos peregrinos,
 Vedados á sus madres;
 Sino al trabajo atenta
 Sin perder un instante,
 Llenas de rubor casto
 Sus luces adorables.
 Huyendo, roto el arco
 Y arpones penetrantes,
 Al pérfido Cupido,
 Y á su alevosa madre.
 Con miedo y reverencia,
 Ante ella se retraen
 Los ojos libertinos
 Del atrevido amante.
 Las matronas del pueblo
 Y ancianos venerables,
 Por nua la apetecen,
 Y su virtud aplauden.
 Como aroma de Arabia
 Que el pebetero esparce,
 Así vuela su nombre,
 Cual bálsamo fragante.
 Felicidad se espera
 Que de ella se propague;
 Las prendas de tal bija
 Son gloria de sus padres.
 Toma, doncella, el premio
 Debido á tus afanes,
 Corona merecida
 De tu virtud constante.
 Y cuando las tareas
 Con tonos acompañes,
 Canta al piadoso Carlos
 Y su estirpe adorable.
 Canta cómo desean
 Verter por él su sangre
 Sus claros españoles,
 Guerreros y leales.
 Naciones enemigas
 De España formidable,
 Cubrid la faz adusta
 Con sombras y celajes.
 Que si un tiempo la visteis
 Belicosa y triunfante,
 Hoy se ilustra: esto solo
 La hará temida y grande.
 Y si esforzada y docta
 Cultiva nuevas artes,
 Su gloria, su potencia
 Crecerán admirables.
 Esto dijo la Fama.
 Vos, de la patria padres,
 ¿Es cierto, ó quiere Febo
 Dulcemente engañarme?
 Mas ya el eco resuena
 Por plazas y por calles,
 Y tal vez al anuncio
 Escuden las verdades.
 Y en tanto que de vuestro
 Celo debe esperarse
 Cuanto el arado rompe
 Como la mano labre;
 No os desagrade el rudo

Concento disonante,
 Si aplaudiendo virtudes
 Vuestro mérito aplaude.
 Que al paso que se aumenten
 Primores inmortales,
 Ya sucederán cisnes
 Que mas sonoros canten.

XXXIX. Los lectores.

Hay algunos lectores
 En este ingrato mundo
 De complexion tan rara,
 De genio tan adusto,
 Que no cual las abejas
 Que en romerales mustios
 A las mas bellas flores
 Liban el dulce jugo;
 Sino que como el torpe
 Escarabajo oscuro,
 Que ama el cieno y estiércol
 Del muladar inmundo,
 Así en cualquiera libro
 Los conceptos mas puros
 Sin reflexion los pasan,
 Ni se detienen mucho.
 Mas hallando algun yerro
 (Que es un milagro sumo)
 Parece que esto solo
 Procuraban algunos.
 Y á voces lo exageran
 Celebrando su triunfo,
 Y tildan á mis versos
 Escondiendo los suyos.
 Mas la musa desprecia
 Tan frívolos insultos,
 Y yo, ó bien de malicia,
 O envidia les arguyo.

~~~~~

## ROMANCES.

### I. Amor y honor.

De la hermosa Belerifa  
 Era Benzaide el querido,  
 Moro discreto y galán,  
 Pocos años, mucho brio.  
 El que en las fiestas y zambras  
 Dando de su amor indicios,  
 Bordó la verde marlotá  
 Con cifras de su apellido.  
 Desembarazar la lanza  
 Nunca le vió el enemigo,  
 Sin que sacase del golpe  
 En el adarga portillo.  
 Gozábanse dulcemente  
 De la dama en el retiro,  
 Sin que tanta posesion  
 Originase fastidio.  
 Veinte lunas se pasaron  
 Sin dar alguno motivo  
 De recelo en la amistad,  
 De tibieza en el cariño.  
 Ya no se ven ni se buscan:  
 ¿Qué causa puede haber sido  
 La que llegó á separar  
 Dos corazones tan finos?  
 La ingrata Fortuna sola,  
 Que por costumbre ha tenido  
 A quien favorece Amor  
 Mirar con ceños esquivos.  
 El rey le negó los premios  
 En la guerra merecidos,  
 Retirando á la alcazaba  
 Sus despojos y cautivos.  
 Triste llega á los umbrales  
 De su dama y afligido,  
 Sobre una encintada yegua  
 Con el bozal de oro fino.

Vióla salir al balcón,  
 Y con ademán sumiso,  
 Arrodillando la alfana,  
 Inclínó el penacho altivo.  
 Humilde, con voz turbada,  
 Y suspirando la dijo:  
 Mi linda mora, los cielos  
 Guarden tus años floridos.  
 No ignoras que para amor  
 Ni me sirves, ni te sirvo;  
 Aunque estén los corazones  
 Recíprocamente unidos.  
 Para llamarnos esposos  
 (El honor así lo quiso)  
 Nos debe allanar primero  
 Suerte feliz el camino.  
 Y es tan escasa la mia,  
 Como ya, mi bien, lo has visto:  
 Que nada alcanzan mi celo,  
 Mi valor ni mis servicios.  
 Quédate en paz, y á los cielos  
 Por último don les pido,  
 Que antes de llegar á Loja  
 Logre hallar á don Rodrigo,  
 Maestro de Calatrava,  
 Del rey Fernando caudillo;  
 Pues con su muerte ó la mia  
 Mi desgracia finalizo.  
 Si le venzo, volveré  
 De recompensa mas digno,  
 Y el rey no sabrá negarme  
 Las mercedes que le pido.  
 Y si me vence, la vida  
 Acaba que desestimo,  
 Pues no la quiero sin tí,  
 Desdichado y ofendido.  
 Belerifa le responde:  
 No temas, Benzaide mio,  
 Que mirando al interés  
 Ponga tu amor en olvido.  
 Antes saldré de Granada,  
 Huyendo sola contigo,  
 A que nos den su favor  
 Los cristianos fronterizos.  
 Tomóla el moro la mano,  
 Alzándose en los estribos,  
 Y arremetiendo la lanza,  
 La lanza pedazos hizo.  
 A tu noble amor le toca  
 Despecho tan atrevido,  
 Y toca á mi pundonor  
 Esta accion, el moro dijo.  
 Y viéndola acongojada  
 Con lágrimas y suspiros,  
 Escaramuzando triste  
 Siguió de Loja el camino.

### II. Consuelo de una ausencia.

Ausentábase Alboraya  
 De los muros de Madrid,  
 La mora que mas hermosa  
 Plegó almaizar tuneci.  
 Blanca, rubia y colorada  
 Con los ojos de zafir,  
 En la zambra muy maestra,  
 En el adufe y lili.  
 A despedirla salió  
 El gallardo Abenozmin,  
 Un morillo que á la bella  
 La sacó fuera de sí;  
 En las cañas y sortija  
 El mas diestro y mas gentil,  
 El que de un golpe divide  
 La jaramena cerviz.  
 Servia á la mora el moro,  
 Y rendidos en la lid,  
 Llevaba á sus mazmorras  
 Los cristianos mil á mil.  
 Sobre un alazán calga  
 Hijo de Guadalquivir,

Y le tumba al tocarle  
El acicate sutil.

Lleva adornado el bonete  
Con hebras de oro de Ofir,  
Digo, con rubios cabellos  
Que prendió su dama allí.

Las plumas y martinetes  
Confunden colores mil,  
Y al cielo estrellado imita  
Rica marlota turquí.

El corvo alfanje suspende  
Del bordado tahalí,  
Muchas veces vencedor  
En el alcance y la lid.

Pintó en la adarga de Fez  
Un corazón de carmín,  
Con un mote que decía:  
*Hasta el corazón te di.*

Preciosa cadena de oro,  
Sobre el pecho, en un viril,  
Cuelga el retrato adorado  
Entre el diamante y rubí.

Ten bizarro salió el moro,  
Que las damas de Madrid  
Ni dejan los miradores,  
Ni le cesan de aplaudir.

El, viendo ya de las puertas  
Su linda mora salir,  
Escaramuzando en torno  
La saludaba gentil.

Correspondióle agradable,  
Diciéndole: Abenozmin,  
Alah sabe lo que siento  
Esta jornada infeliz.

Si sabes corresponder  
A lo que verás en mí,  
De ti amor el premio puedes  
A tu voluntad medir.

Para probar los amantes  
(Prueba que nunca temí)  
Es oportuna la ausencia,  
Ausencia que tiene fin.

Si, como dices, me adoras,  
No te debes afligir;  
Pues conociéndome mas,  
Muestras la fe que hay en tí.

Humilde responde el moro:  
Gallarda señora, así  
Permíta el cielo que venza  
En batalla al fiero Cid.

Como yo seré constante,  
Aunque luevan sobre mí  
Mas desdichas, que al cristiano  
Le causó nuestro Tarif.

Alah te guie, pues sabes  
Con ingenio tan sutil,  
Esperando merecer,  
Hacer la ausencia feliz.

### III. *Abdelcadir y Galiana.*

Ya cabalga Abdelcadir  
Cuando Febo se escondía:  
Noche en que acuerda el cristiano  
El natal de su Mesías.

Y sin temor de rebatos  
El fuerte moro se anima,  
Contra las leyes de Marte,  
A darle á Amor pruebas fijas.

Era el gallardo africano  
El campeón de la morisma,  
Alcaide en Guadalajara,  
Y adalid de su milicia.

Galán danzando la zambra,  
Diestro en cañas y sortija,  
Y su esfuerzo era el asombro  
De entrambas á dos Castillas.

Galiana de Toledo,  
Muy hermosa á maravilla,  
La mora mas celebrada  
De toda la morería.

Boca de claveles rojos,  
Alto pecho que palpita,  
Frente ebúrnea, que adornó  
Oro flamante de Tíbar.

Esta, con sus ojos bellos  
Y atractivos de su risa,  
Tiene el corazón del moro  
Y toda el alma cautiva.

Cada vez que á verla va  
Una vereda practica,  
Que desde Guadalajara  
Hasta su jardín le guía.

Nueve noches vive ausente,  
Que las nieves lo impedian;  
Mas ya no puede sufrir  
Celos que su pecho agitan.

Esé famoso Bernardo  
Que del Carpio le apellidan,  
Sobrino del rey Alfonso,  
Jóven de grande valía,

A Leon viniera entonces  
Triunfante de Francia activa;  
El emperador vencido,  
Y arrolladas sus insignias.

Mató á Roldán encantado,  
Cuerpo á cuerpo, en lid reñida,  
Y la espada Balisarda  
Sacó de su sangre tinta.

El rey cristiano su tío  
Con embajada le envía  
Al toledano Abenecir,  
Y á Galiana su hija.

Grandes presentes llevaba  
De joyeles de alta estima,  
Y un rico brocamanton,  
Cosa que par no tenía.

El broquel de Durandarte  
Con Belerma allí esculpida,  
Y la almadana espantosa  
Que á Urjel de la Maza quita.

Con esto, y cien estandartes  
De las naciones vencidas,  
Sale de Leon Bernardo  
Con muy gran caballería.

Abdeleadir arde en celos,  
Que de ello tuvo noticias,  
Y teme que el leonés  
No le interrumpa su dicha.

Mandó sacar de sus anchas  
Y hermosas caballerizas  
Su yegua, la mas veloz  
Que produjo Andalucía.

Es fama que la alazana  
Del raudó céfiro es hija,  
Y le vence en la carrera  
Cuando al padre desafia.

Dos cristianos curan de ella  
Y á recaudo la tenían:  
Nuño Fernandez de Salas,  
Fortun de Lara Garcia.

Las crines y riendas de oro  
Con la izquierda mano asidas,  
Sin poner pié en el estribo,  
Airoso el bárbaro brinca.

Lanza toma de dos hierros  
Que acicalados lucian,  
En sangre de sus contrarios  
No pocas veces teñida.

Dos alas en el escudo  
Pintó, que al sol se encaminan,  
Con una letra que dice:  
*Alas mi amor necesita.*

El bonete á quien adorna  
Tembladora argentería,  
Con plumas gualdas y azules,  
Al lado diestro derriba.

Debajo del alquifa  
Jaco apretó y coracinas,  
Que le diera Jaira, hermana  
De Abenrajel de Zorita.

Desde el hombro pende al lado  
De acerradas cadennillas,

Presa con el almazarr,  
Cimitarra damasquina.

Y en señal de estimación  
Se puso la manga rica  
Que le bordó Galiana,  
De inestimable cuantía,

De perlas y de rubles  
Recamada y de amatistas:  
Que la aprecia el moro en mas  
Que á Zece y Meca y Medina.

Toma el oculto camino  
Por la senda conocida,  
De alhazor y de carrizos,  
De retamares y olivas.

¡Ah, Galiana cruel!  
Iba diciendo con ira,  
Plegue á Alah que á tu lindeza  
Tu inconstancia no compita.

Bella infanta de Toledo,  
¿Por qué á un cristiano te inclinas,  
Pagando á tu amartelado  
Con rigores y falsías?

Mas ya cierra negra noche  
De vendaval y ventisca:  
Larga la apetece el moro,  
Y oscura la necesita.

¡Ah, miseros amadores,  
Que os da el peligro osadía,  
Y la esperanza os convierte  
Los afanes en delicias!

Lijero, mas que el llenares,  
Caminaba por su orilla,  
En la vega deleitosa  
Que sus aguas fertilizan.

Inclina el rostro de lejos  
A Meco, la santa villa,  
Que le acuerda la que tiene  
Del Profeta las cenizas.

Pasa en silencio el lugar  
Donde el secreto peligró,  
Que en sus lomas le repite  
Eco, la parlara uinfa.

Huyó la antigua Alcalá,  
Torciendo un poco la vía  
Por la cuesta de Zulema,  
Entre sus breñas erguidas.

Ya de Titulcia atraviesa  
Los olivares y viñas,  
Donde Jarama á Tajuña  
Aguas y nombre le quita.

Vadeando pasa el río,  
Aunque soberbio venia,  
Y en medio de sus toradas  
Cruza galopando y silba.

Saluda del nuevo sol  
La luz que se descubría,  
Y durante su carrera  
Mas vagaroso camina.

Deja á un lado los majuelos  
Que enriquecerán á Esquivias,  
Y á otro el inculto Aranjuez,  
Hoy jardín de Falerina.

Ya llega á la alta Borjé,  
Aire toledano espira,  
Y á la yegua el fuerte moro  
Mas la acusa y mas la pica.

Las llanuras atraviesa,  
Parte á carrera tendida,  
Suelta al aire el alquiel,  
Da en el codón la mochila.

Jamás olimpico circo  
Vió escapada tan lucida;  
Si es quien le conduce Amor,  
Este sí que es buen auriga.

Siguiendo el dorado Tajo,  
Entre copadas encinas,  
A Moceyo dejó atrás  
Después de la árida villa.

La noche su negro manto  
Estiende callada y fría,  
Y solo el viento se escucha  
Que los árboles agita.



Llega en paz, amante moro,  
Y el vano temor disipa;  
Que los hechos temerarios  
A las mujeres obligan.

Ya está en Toledo, y oculto  
Busca entre la sombra amiga,  
De su princesa adorada  
Los alcázares que habita.

Ella impaciente le aguarda;  
Habla á solas y suspira,  
Y maldice el temporal  
Que así dilata su dicha.

Por los dorados andenes  
Vaga inquieta, y no se enfria:  
Quien sabe lo que es amor,  
Si esto es imposible diga.

Pomposo zaragüel  
De blanco tuan vestia,  
Hasta el morado chapin,  
Con muchos pliegues y listas.

Labrada con gran primor  
Lleva una marlota encima,  
La mitad era turquí,  
La otra mitad amarilla.

Un velo sobre el tocado,  
Que un peine de nácar riza,  
Colgando el sutil cendal  
Con invencion nunca vista.

Verde liston ó diadema  
Su frente hermosa ceñia,  
Con zafiros y balajes,  
Y una media luna encima.

Rojos corales al cuello,  
Fragante y sutil camisa,  
Y un apretador azul  
Con dos lazos que pendian.

Llegando el moro al umbral  
Pequeño pito tañia,  
Otro le responde adentro,  
Y el postigo facilitan.

Y atando la yegua al tronco  
Que un ancho moral cubria,  
Sube por un caracol  
Con la esclava Geloira.

Cuál fué de los dos amantes  
El saludo y bienvenida,  
Júzguelo quien apartado  
De sus amores suspira.

Solo la fama contó,  
Que así que llegó á su vista,  
Quedó el moro satisfecho  
De los celos que traía.

Vanse á abrigado retrete  
De persianas alcatifa,  
Dorado guadamecí,  
Cañamazos y atauja.

Oculto perfumador  
De mármol, ámbar espira,  
Y el alto zaquizami  
Desde el suelo aromatiza.

Hay rico escaño de alerce  
Y un blando almadraca encima:  
Allí reposan, y en dulces  
Miradas su gozo espican.

La esclava se retiró;  
Y entre dos almas tan finas,  
El amor, la soledad,  
Y la noche, ¿qué no harían?

#### IV. Don Sancho en Zamora.

Por la ribera del Duero  
Tres jinetes cabalgaban,  
Caballeros castellanos  
De gran nombradía y fama.

Trotones llevan lijeros  
Y ganosos de batalla,  
De acero luciente armados  
Desde la frente á las ancas.

El aire mauso tremola  
Pendoncillos de sus lanzas,

La de enmedio va en la cuja,  
Los del lado la enristraban.

Martinetes y garzotas  
En las penacheras altas  
Coronan dorados yelmos,  
Que al rayo del sol brillaban.

Sobre los quijotes penden  
De los tiros las espadas,  
Y al mover de los caballos  
Iban sonando las armas.

Con escarces y bravura  
Llegan batiendo la estrada:  
Mirando van á Zamora,  
A Zamora y sus murallas.

En ellas la plebe observa,  
Los ricos hombres y damas,  
Que quedan, aunque contrarios,  
De su apostura prendadas.

De todos son conocidos  
Cuando las viseras alzan,  
Que ese noble rey don Sancho  
Es el que en el medio marcha.

Y los que van á sus lados,  
Puestos á son de batallas,  
Eran la flor de Castilla:  
El de Vivar y el de Lara.

De pechos sobre una almena  
Mira y llora doña Urraca;  
Con un delgado alfareme  
Está cubriendo la cara.

Por la muerte de su padre,  
Que ya en el cielo descansa,  
Leonado color se viste  
Y negro monjil arrastra.

Sus escuderos y dueñas  
Mesurados la acompañan:  
Ellas traen ricas patenas,  
Ellos flojas martingalas.

Y quitando el antifaz,  
La voz un poco levanta,  
Y á su hermano le decía,  
Que se detiene á escucharla:

Rey don Sancho, rey don Sancho,  
El ardid en las batallas,  
Valiente contra una débil  
Mujer, sin culpa, y tu hermana.

¿Así del rey nuestro padre  
La disposicion se guarda?  
¡Oh, mal baya el caballero  
Que al finado no le acata!

Sufren Elvira y Garcia  
Los rigores de tus armas,  
Y allá en Toledo á los moros  
Favor Alfonso demanda.

Cuando debiera Castilla  
Libertar á toda España,  
Con foso cercas mi muro,  
Tu hueste mis campos tala.

Y azarques y sarracinos  
En Segovia juegan cañas,  
Y en Zocodover con cifras  
Resplandecen sus adargas.

Y guarte, no llegue el día  
Que dándoles tú la causa,  
Vengan á beber sus yeguas  
Del buratón y el Arlanza.

Ambicionando lo ajeno  
Que tu padre nos dejara,  
Con los cristianos aceros  
Viertes la sangre cristiana.

¡Oh, cuánto fuera mejor  
Esas iras emplearlas  
Contra quien viera lo que es  
Unido el poder de España!

Eso mismo quiero yo,  
Responde don Sancho, infanta.  
Mi padre erró, juzgue el mundo.  
Soy rey. Esto digo, y basta.

Entonces ella quejosa  
Prosiguió con voces altas:  
¡Ah, soberbio castellano  
El de la amarilla banda,

El de grabado gorjal  
Y rapacejos de plata,  
El de la dorada espuela,  
Que yo le calcé, cuitada!

¿Quién creyera que Tizona  
Contra mí se desnudara,  
Cuando cabezas de reyes  
Pensé me diera por arras?

Esto espere del amor  
La mujer apasionada:  
Bien sé lo que merecí,  
Bien sé cómo se me paga.

Don Rodrigo de Vivar  
Con la color demudada,  
Turbado la respondiera,  
Formando mal las palabras:

Señora, sirvo á mi rey,  
Tu afán me pesa en el alma;  
Lo demás bizolo amor,  
Contra amor ninguno basta.

Entre multitud pleheya  
Bellido Dolfos estaba,  
Hijo de Dolfos Bellido,  
Muy artero de asechanzas:

Y dijo: á pesar del Cid  
No irá á sus tiendas mañana  
El rey don Sancho con vida,  
Si mil vidas me costara.

Oyendo tales razones,  
Con semblante y vista airada,  
Arremetió su caballo  
Don Diego Ordoñez de Lara.

Traidores sois, zamoranos,  
Dice en voz tremenda y alta,  
Y os lo haré bueno en el campo,  
Cuerpo á cuerpo y lanza á lanza.

Arias Gonzalo, al oír  
Que á su ciudad denostaban:  
Caballeros, los del rey,  
Gritó, no digais infamia;

Que hay hidalgos en Zamora  
De nobleza tan preciada,  
Que ni en virtud ni en valor  
Otro alguno los iguala.

Y en cuanto al reto, mis hijos  
Viven, y si honor los llama,  
Caballeros de mi sangre  
Estiman la vida en nada.

Esto dijo Arias Gonzalo;  
Y con astucia villana  
El traidor Bellido Dolfos  
Se apartó de la muralla.

#### V. Empresa de Micer Jaques borgoñon (\*).

En la villa que Pisuergra  
Con diáfanos ondas ciñe,  
Por alcázares reales,  
Entre huertas y jardines,

(\*) Micer JAQUES, ó Jacobo de LAARIN, caballero del Toison de oro, y camarlengo de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fué hijo bastardo de Pedro de Luxemburgo, conde de San Polo, primo de aquel duque, y uno de los primitivos caballeros de dicha orden. La corte de Borgoña era en aquellos tiempos el teatro de las empresas caballerescas, que consistían en una insignia con su mote, que llevaba el mantenedor, regularmente en obsequio de alguna dama, publicando de antemano las condiciones con que la defendía; y la señal de que algun caballero quería lidiar, era tocarla. A Borgoña pues acudían los aventureros de todas las naciones á distinguirse, y no fueron pocos los que de España fueron á adquirir nombradía y recibir los obsequios de aquel soberano. Decía Fernando del Pulgar en sus *Claros Varones*: «Yo por cierto no vi en mis tiempos, ni he visto en los pasados viniesen tantos caballeros de otros reinos y tierras extrañas á estos nuestros reinos de Castilla é de Leon, por hacer armas á todo trance, como vi que fueron caballeros de Casti-

Gran palenque se dispone  
De alta barandilla y firme,  
Para la sangrienta liza  
Que publican los clarines.

Oye, magnifico duque (1),  
A ingenio estéril y humilde  
Las bazanías del linaje  
De que dichoso naciste.

Está la esparcida arena  
Dispuesta á marciales lides;  
El pueblo anhelante corre,  
Anchos andamios oprime.

Alto solio se levanta  
Para el gran rey que preside  
Con manto real, que adorna  
Esmeraldas y amatistes;

Y don Alvaro de Luna,  
Gran condestable, le sigue,  
Algo inferior, escarabados  
le aljófar los borceguies.

Y de rica orfebrería  
Lleva un collar de oro insigne,  
Que el rey de Aragón le diera,  
Estimado en mil florines.

En su magnífico estrado  
De brocados y tapices,  
Isabel de Portugal,  
Reina de Castilla, asiste.

En dos trenzas alheñadas  
La hermosa crencha divide,  
Que en los hombros se recogen  
Con dos lazadas turquies.

» Ha á las buscar por otras partes de la cristian-  
dad. Conscel al conde don Gonzalo de Guzman,  
» é á Juan de Merlo; conosci á Juan de Torres é  
» á Juan de Polanco, Alfarrán de Vivero é á mosen  
» Pero Vazquez de Sayavedra, á Gutierre Quijada  
» é á mosen Diego de Valera; é ol decir de otros  
» castellanos, que con ánimo de caballeros fue-  
» ron por los reinos estrangeros á facer armas con  
» qualquier caballero que quisiere facerlas con  
» ellos, é por ellas ganaron honra para sí é fama  
» de valientes y esforzados caballeros para los fi-  
» josdalgos de Castilla. » Otros nombres pudié-  
» mos añadir á los que cita Pulgar, y aunque no  
» fueron tantos los que vinieron á España con igual  
» propósito, algunos muy famosos acudieron atraí-  
» dos por el espíritu de galantería y magnificencia  
» que se introdujo en la corte del rey don Juan II.  
Entonces, en 1454, se celebró junto á la puente  
del río Orbigo el paso de Suero de Quiñones, que  
duró trece días; é año siguiente hubo en Se-  
govia otras justas mantenidas por Roberto, señor  
de Balse, y en 1448 tuvo lugar la empresa á que  
se refiere este romance. Micer Jaques, apellidado  
el *Buen caballero*, quiso mostrar sus fuerzas y su  
destreza, confirmando lo que decía la fama de  
sus pasadas triunfos, y obtenida la venia del rey  
de Castilla, que le tuvo la plaza, combatió en Va-  
lladolid con Diego de Guzman, hermano de don  
Gonzalo de Guzman, señor de Torija y conde Pa-  
latino, que habia tocado con felicidad otras em-  
presas en varias partes. Diego de Guzman salió  
de este combate herido en la cabeza, segun refie-  
re el bachiller Fernan Gomez de Cildadreal, que  
le curó, en una carta al expresado conde: «A  
» vuestra merced le habrá arribado la loa de su  
» hermano; ca como fijo de padre de raza se ovo  
» en la pelea de micer Jaques borgoñon. Mi epis-  
» tola presente no la mando para dar á vuestra  
» merced el aviso; mas la mando á dos cosas, que  
» ambas darán á vuestra merced contentamiento,  
» ca son: que su hermano va bien de la ferida de  
» la fronte. É guarirá si Dios quiere, é yo lo ali-  
» vio con tanto mi arte me ha mostrado. La se-  
» gunda cosa es para raparos de la mente, que  
» Juan de Merlo á sabiendas le oviese prestado el  
» bacinete con la plasta de fierro soñil puesta á  
» saliendo; que si el rey vedado se lo no oviera,  
» queria facer un rieto al que tal divulgó; ca juró  
» á su señoría por el cuerpo de Cristo, que fuera  
» puesto el fierro un año de primero que vuestro  
» hermano le demandara el bacinete, etc. » Nos  
ha parecido importante poner esta nota para indi-  
car la conformidad del romance con los docu-  
mentos históricos que demuestran el carácter de  
la época que se describe.

(1) El de Medinasidonia, á quien dirigió el au-  
tor el presente romance.

Muy garrida, al lado suyo,  
Color de púrpura viste  
Blanca, infanta de Navarra,  
Mujer del principe Enrique.

Ambas están rodeadas  
De las damas que las sirven,  
De meninas y donceles,  
Y dueñas con sus monjiles.

Salió la condestablesa  
Con preciosos faldellines,  
Y una aljuba á la morisca  
De cuchilladas sutiles.

El principe, en rico escaño,  
Entre Cerdas y Manriques,  
Y don Beltran de la Cueva  
Muy en años juveniles.

Al son de bastardas trompas,  
De un pabellon que se erige  
En un canton de la plaza,  
Con damascos y ormesies,

De todas armas armado  
Salió un guerrero terrible,  
A quien de la frente al pié  
Pavonado acero viste.

Era de bronce el escudo,  
Y en francés la letra dice:  
Que deja el alma cautiva  
En los ojos de Amatilde.

A un corpulento frison  
Los anchos lomos oprime,  
Con paramentos de malla,  
Y aun las riendas que le rigen.

Plumaje azulado oscuro,  
Que sacude si se engrie,  
Y al fuerte batir del casco  
Dirán que la tierra gime.

El mantenedor valiente,  
Después que el palenque mide,  
Alta la visera, al rey  
Con voz atrevida dice:

Rey don Juan, si mis hazañas  
Llegaron á estos confines,  
Sabrás quien soy, y si no,  
Tú y tus vasallos oídme:

Jaques de Lalaing me llamo,  
De antigua prosapia insigne;  
Que soy noble y borgoñon,  
De mi empresa se colige.

Soy general de las armas,  
Y del senado sublime  
De Borgoña, y camarlengo  
De su gran duque Felipe.

En mil justas y torneos  
Logré victoria difícil,  
Y á tu corte generosa  
Por el lauro último vine.

Concédeme pues que en ella  
Rete, emplace y desafie  
A todos tus caballeros  
De los que mas se distinguen.

Esto, en público pregon,  
Con trompeta se repite;  
Sordo rumor se difunde,  
Mucho furor se reprime.

Iba el rey á responder;  
Mas por la calle que sigue  
Desde el Ochavo á San Pablo  
Resonaron ministriles.

Y entre el vulgo que le cerca  
Un caballero distinguen,  
Que ansioso de pelear  
Llega al palenque, y le admiten.

La lanza, así como entró,  
Pasó de la cuja al ristre:  
Banderilla verdegay  
Tremolau los aires libres.

El generoso caballo  
Despuntó los tamarices  
Del Tajo en la verde orilla,  
Entre céspedes y mimbres.

Los ojos son de esmeralda,  
El color de blanco cisne,

La cola joyante seda,  
Y hasta el estribo las crines.

Entró tan galán el jóven,  
Que sin poder reprimirse,  
Los unos le vitorean  
Y los otros le bendicen.

Va un pajecito delante  
Cuyos años no son quince,  
De azul, amarillo y plata,  
Color del dueño á quien sirve.

Lleva embrizado el escudo,  
Y el peso apenas resiste,  
Con siete cercos al canto  
De acero bruñido y firme.

Todos del aventurero  
Alta esperanza conciben,  
Y sospechan que secreta  
Licencia allí le encamine.

El poniéndose delante  
De los reyes, hace humilde  
Arrodillar al caballo,  
Y que la cabeza incline.

Las doncellas de la reina  
Se alzaron en pié á aplaudirle;  
Pero una el rojo clavel  
Trocó en blancos alelies.

Es fama que era la bella  
De los Toledos insignes,  
Condes de la casa de Alba,  
Con mas encantos que Circe.

Amor descubrió un secreto  
Que muchas riendo envidien;  
En tanto que los padrinos  
El sol á entrambos dividen.

Micer Jaques borgoñon:  
Gallardo español, le dice,  
Alegra vuestra presencia  
De tal modo á quien os mire,

Que aun yo, con ser extranjero  
Y enemigo que os compite,  
Me prendo de ese valor;  
Y si gustais de decirme

Quién sois, lo tendré á merced;  
Pues sabiendo con quién lidie,  
O vencido, ó vencedor,  
Será mi suerte felice.

Noble francés, le responde  
El español, tú me rindes  
Antes con tu cortesía,  
Que la dura lanza vibres.

Don Diego soy de Guzman,  
De tan generosa estirpe,  
Que no es mas ilustre aquella  
Que en real dosel nos preside.

Micer, que oyó que es Guzman  
Y los conoce, concibe  
Gran recelo, el trance teme;  
Canto disimula, y dice:

Hermosísimo garzon,  
Cuanto siento, no es creible;  
El que esponiéndote así  
Tan poco tu vida estimes.

Por conservarte á tu rey  
Combatiré y por servirte,  
Hasta la primera sangre;  
Después te dejaré libre.

Sentido Guzman, responde:  
Todo tu esfuerzo apercibe  
Hasta matarme ó morir,  
Que así en Castilla se riñe.

Y revoliendo las bridas,  
Hace al caballo que brinque,  
Y con denuedo y braveza  
Escaramuzando gire.

A media rienda galopa,  
Le sosiega y le reprime;  
Tomó gran parte del campo,  
Y hace á Micer que le imite.

Don Juan de Guzman, de la alta  
Medinasidonia insigne  
Primer duque, y de su casa  
Escuderos y adalides,



Con los de su acostamiento,  
La valla redonda ciñen,  
Llevando dobles corazas  
Bajo ropas carmesies.

Y en caso de rompimiento  
Procuraron prevenirse ;  
Que un extranjero en España  
Halla siempre quien le admire.

Mas ya el condestable avisa,  
Y sonaron añales :  
Los dos fuertes caballeros  
Con impetu fiero embisten.

Temblaron ambos caballos,  
Y ellos en la silla firmes :  
Cerca don Diego á Micer,  
Y á lanzadas le persigue.

Pero viendo el borgoñon  
Que en su caballo consiste  
La desventaja, y Guzman  
Tanto en el suyo confie,

Matársele pretendió :  
Sacó la lanza del ristre,  
Que arrojada, al noble bruto  
Hijo del viento, dirige.

Pero al ver el castellano  
Venir el golpe terrible,  
Revuelve el veloz caballo  
Con prontitud de una tigre.

Y aunque á su salvo pudiera  
Alancearle y herirle ;  
Como hidalgo se portó,  
Como Guzman y Ramirez.

Jagues quitó del arzon  
La partesana que esgrime,  
Y don Diego, á cuchilladas  
Trabándose, le recibe.

El francés de un solo golpe  
Quiso que la accion termine :  
Alza los brazos en alto,  
Guzman que le aguarda finge ;

Pero picando al caballo  
Que dé en vacío consigue :  
Micer al suelo cayó  
Mal asido de las crines.

Va está el español á pié ;  
Entrambos á voces piden  
Hachetas de desarmar,  
Y escuderos se las sirven.

Faltó la esperanza en todos  
Cuando notaron que ríne  
Tierno un castellano Adonis  
Con un borgoñon Alcides.

Al golpe que da parece  
Que Marte la espada vibre,  
Despida Belona el asta,  
Y Jove el rayo fulmine.

Mas Guzman, ejercitando  
Velocidad increíble,  
Entra y sale, y no hay encuentro  
En que el francés no peligre.

El fiero batir confuso  
De los aceros que esgrimen,  
Hace al mas templado peto  
Que se quebrante y se trice.

Así anduvieron gran pieza ;  
Pero ¿ quién sabrá aplaudirte,  
Oh Guzman ! en esta empresa  
Los hechos de armas que hiciste ?

Avergonzado Lalaing  
De que dura y no se rinde  
El jóven, con ambos brazos  
Y cuanta fuerza posible

Le fué, le descarga un golpe,  
Que el eco sordo repite,  
Haciéndole que un instante  
Desatinado vacile ;

Y en la despejada frente  
Pequeña herida le imprime,  
Con que el rostro matizó  
Sangre del Segundo Enrique.

Mas no la pisada sierpe  
Allá en la bárbara sirte,

Ni leon que la saeta  
Sintió en las anchas cervices,  
Lanzando fuego los ojos  
Y precipitado embiste

Por las puntas y los tiros  
De fulminante salitre,  
Como arremete el Guzman,  
Da y hiere ; y tanto resisten

Las armas, que la segur  
En pedazos se divide.  
Tira el borgoñon la suya,  
Nueva esperanza concibe,  
Y entrambos los combatientes  
Desiguales fuerzas miden.

La corpulenta estatura  
Del de Lalaing se distingue,  
Que sobre el campeon de España  
La altiva cabeza engrie ;

Pero si no hay en Castilla  
Luchador que le compite,  
¿ De qué el cuerpo agigantado  
Al mantenedor le sirve ?

Los dos á brazo partido  
Asiéndose con ardides,  
El impulso de sus fuerzas  
Hace que en círculo giren.

Saltan piezas de las armas,  
Rompen las hebillas firmes,  
Nube de polvo los cubre,  
De saugre y sudor se tiñen.

Así como dos montañas  
De agua, que en el golfo triste  
Noto y aguilon impelen,  
Y hacen que se arremolinen,

Que gran tiempo combatiendo  
Estremecien todo el linde ;  
Huyen al centro profundo  
Tiburones y deliines,

Hasta que la menos fuerte  
Llega al fin á sumergirse,  
Y esotra los anchos mares  
Corre, alborotando libre :

Así combaten los dos ;  
Pero el de Castilla insigne  
Siente que el honor de España  
En él entonces se cifre.

Y ardiendo en vergüenza noble  
De heroico ardor se reviste :  
Ase de nuevo al francés,  
Y en sus brazos le constriñe.

Y aferrándole la gola  
Con ambas manos le oprime,  
Haciendo que el fuerte pecho  
Descoyuntado palpíte.

Dentro del yelmo se escuchan  
Roncos suspiros y tristes :  
Cayó á tierra el gran coloso,  
Dudando todos si aun vive.

Guzman, la rodilla al pecho,  
Por si piedad no le pide,  
Saca el brillante puñal,  
Levanta el brazo invencible.

Pero don Juan el Segundo  
El cetro de oro que rige  
Tiró airado, y diligentes  
Los padrinos los dividen.

Buen rey, vuestra señoría  
Perdone, el mancebo dice ;  
Que él es vano y afrentóme,  
Yo soy Guzman, y vencile.

El rey dió á Micer la ropa  
Rozagante que se viste,  
Y el vencedor medicinas,  
Y un espléndido convite.

Sus deudos, al son marcial  
De atabales y clarines,  
Le acompañan y conducen  
Al pié del trono sublime.

Turbado pregunta al rey,  
Si habrá mas en qué servirle,  
Y él le respondió : Guzman,  
Como quien eres cumpliste.

## QUINTILLAS.

### *Fiesta de toros en Madrid.*

Madrid, castillo famoso  
Que al rey moro alivia el miedo,  
Arde en fiestas en su coso  
Por ser el natal dichoso  
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,  
De la hermosa Zaida amante,  
Las ordena celebrar,  
Por si la puede ablandar  
El corazon de diamante.

Pasó, vencida á sus ruegos,  
Desde Aravaca á Madrid ;  
Hubo pandorgas y fuegos,  
Con otros nocturnos juegos  
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,  
En las cifras y libreas,  
Mostraron los amadores,  
Y en pendones y preseas,  
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas  
De toda la cercanía,  
Y de lejos muchas de ellas :  
Las mas apuestas doncellas  
Que España entouces tenia.

Aja de Jetafe vino,  
Y Zahara la de Alcorcon,  
En cuyo obsequio muy fino  
Corrió de un vuelo el camino  
El moraice de Alcabon.

Jarifa de Almonacid,  
Que de la Alcarria en que habita  
Llevó á asombrar á Madrid  
Su amante Audalla, adalid  
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa  
Meco llegaron alli  
Dos, cada cual mas hermosa,  
Y Fátima la preciosa  
Hija de Ali el alcaidi.

El ancho circo se llena  
De multitud clamorosa,  
Que atiende á ver en su arena  
La sangrienta lid dudosa,  
Y todo en torno resueña.

La bella Zaida ocupó  
Sus dorados miradores  
Que el arte afiligranó,  
Y con espejos y flores  
Y damascos adornó.

Añafles y atabales,  
Con militar armonía,  
Hicieron salva y señales  
De mostrar su valentía  
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama  
Pacieron la verde grama  
Nunca animales tan fieros,  
Junto al puente que se llama,  
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió  
Ser lidiados aquel dia ;  
Y en la fiesta que gozó,  
La popular alegría  
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril,  
Y á Tarfe tiró por tierra,  
Y luego á Benalguacil,  
Después con llamete cierra  
El temeron de Conil.

Traía un ancho liston  
Con uno y otro matiz  
Hecho un lazo por airon,  
Sobre la inhiesta cerviz  
Clavado con un arpon.

Todo galán pretendia

Ofreciere vencedor  
A la dama que servia :  
Por eso perdió Almauor  
El potro que mas queria.  
El alcaide muy zambreiro  
De Guadalajara, huyó  
Mal herido al golpe fiero,  
Y desde un caballo overo  
El moro de Horeche cayó.  
Todos miran á Aliatar,  
Que aunque tres toros han muerto,  
No se quiere aventurar ;  
Porque en lance tan incierto  
El caudillo no ha de entrar.  
Mas viendo se culparia,  
Va á ponerse delante :  
La fiera le acometia,  
Y sia que el rejon la plante  
Le mató una yegua pia.  
Otra monta acelerado :  
Le embiste el toro de un vuelo,  
Cogiéndole entablado ;  
Rodó el bonete encarnado  
Con las plumas por el suelo.  
Dió vuelta hiriendo y matando  
A los de á pié que encontrara,  
El circo desocupando,  
Y emplazándose, se para,  
Con la vista amenazando.  
Nadie se atreve á salir :  
La plebe grita indignada,  
Las damas se quieren ir,  
Porque la fiesta empezada  
No puede ya proseguir.  
Ninguno al riesgo se entrega  
Y está en medio el toro fijo ;  
Cuando un portero que llega  
De la puerta de la Vega,  
Hincó la rodilla, y dijo :  
Sobre un caballo alazano,  
Cubierto de galas y oro,  
Derandando licencia urbano  
Para alancear á un toro  
Un caballero cristiano.  
Mucho le pesa á Aliatar ;  
Pero Zaida dió respuesta  
Diciendo que puede entrar ;  
Porque en tan solemne fiesta  
Nada se debe negar.  
Suspenso el concurso entero  
Entre dudas se embaraza,  
Cuando en un potro ligero  
Vieron entrar por la plaza  
Un bizarro caballero,  
Snrrosado, albo color ,  
Bello labio, juveniles  
Alientos, inquieto ardor,  
En el florido verdor  
De sus lozanos abriles.  
Cuelga la rubia guedeja  
Por donde el almete sube ,  
Cual mirarse tal vez deja  
Del sol la ardiente madeja  
Entre cenicienta nube.  
Gorguera de anchos follajes,  
De una cristiana primores,  
En el yelmo los plumajes  
Por los visos y celajes  
Ver el de diversas flores.  
Ea la cuja gruesa lanza,  
Con recamado pendon,  
Y una cifra á ver se alcanza  
Que es de desesperacion,  
O á lo menos de venganza.  
Ei el arzon de la silla  
Aucio escudo reverbera  
Con blasones de Castilla,  
Y el mote dice á la orilla :  
*Nunca mi espada venciera.*  
Ea el caballo galán,  
El bruto mas generoso,  
De mas gallardo ademán :

Cabos negros, y brioso,  
Muy tostado, y alazán.  
Larga cola recogida  
En las piernas descarnadas,  
Cabeza pequeña, erguida,  
Las narices dilatadas,  
Vista feroz y encendida.  
Nunca en el ancho rodeo  
Que da Betis con tal fruto  
Pudo fingir el deseo  
Mas bella estampa de bruto,  
Ni mas hermoso paseo.  
Dió la vuelta al rededor ;  
Los ojos que le veian  
Lleva prendados de amor :  
¡ Aláh te salve ! decian,  
¡ Déte el Profeta favor !  
Causaba lástima y grima  
Su tierna edad floreciente :  
Todos quieren que se exima  
Del riesgo, y él solamente  
Ni recela, ni se estima.  
Las doncellas, al pasar,  
Ilacen de ámbiar y alcañor  
Pebeteros exhalar,  
Vertiendo pomos de olor,  
De jazmines y azahar.  
Mas cuando en medio se para,  
Y de mas cerca le mira  
La cristiana esclava Aldara,  
Con su señora se encara,  
Y así la dice, y suspira :  
Señora, sueños no son ;  
Así los cielos vencidos  
De mi ruego y afliccion,  
Acerquen á mis oidos  
Las campanas de Leon,  
Como ese doncel, que ufano  
Tanto asombro viene á dar  
A todo el pueblo africano,  
Es Rodrigo de Vivar,  
El soberbio castellano.  
Sin descubrirle quién es,  
La Zaida desde una almena  
Le habló una noche cortés :  
Por donde se abrió después  
El cubo de la Almudena.  
Y supo, que fugitivo  
De la corte de Fernando,  
El cristiano, apenas vivo,  
Está á Jimena adorando  
Y en su memoria cautivo.  
Tal vez á Madrid se acerca  
Con frecuentes correrias,  
Y todo en torno la cerca :  
Observa sus saetias,  
Arroyadas y ancha alberca.  
Por eso le ha conocido :  
Que en medio de aclamaciones,  
El caballo ha detenido  
Delante de sus balcones ,  
Y la salud rendido.  
La mora se puso en pié,  
Y sus doncellas detrás :  
El alcaide que lo ve,  
Enfurecido además,  
Muestra cuán celoso esté.  
Suena un rumor placentero  
Entre el vulgo de Madrid :  
No habrá mejor caballero,  
Dicen, en el mundo entero,  
Y algunos le llaman Cid.  
Crecce la algazara, y él  
Torciendo las riendas de oro,  
Marcha al combate cruel :  
Alza el galope, y al toro  
Busca en sonoro tropel.  
El bruto se le ha encarado  
Desde que le vió llegar,  
De tanta gala asombrado,  
Y al rededor le ha observado  
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó  
Despedida de la cuerda,  
De tal suerte le embistió :  
Detrás de la oreja izquierda  
La aguda lanza le hirió.  
Brama la fiera burlada ;  
Segunda vez acomete,  
De espuma y sudor bañada ,  
Y segunda vez la mete  
Sutil la punta acerada.  
Pero ya Rodrigo espera  
Con heroico atrevimiento,  
El pueblo mudo y atento ;  
Se engalla el toro y altera,  
Y finge acometimiento.  
La arena escarba ofendido ,  
Sobre la espalda la arroja  
Con el hueso retorcido ;  
El suelo huele y le moja  
En ardiente resopido.  
La cola inquieto menea,  
La diestra oreja mosquea,  
Vase retirando atrás,  
Para que la fuerza sea  
Mayor, y el impetu mas.  
El que en esta ocasion viera  
De Zaida el rostro alterado,  
Claramente conociera  
Cuanto la cuesta cuidado  
El que tanto riesgo espera.  
Mas ; ay, que le embiste horrendo  
El animal espantoso !  
Jamás peñasco tremendo  
Del Cáucaso cavernoso  
Se desgaja, estrago haciendo,  
Ni llama así fulminante,  
Cruza en negra oscuridad  
Con relámpagos delante,  
Al estrépido tronante  
De sonora tempestad ;  
Como el bruto se abalanza  
En terrible lijereza ;  
Mas rota con gran pujanza  
La alta nuca, la fiereza  
Y el último aliento lanza.  
La confusa vocería  
Que en tal instante se oyó  
Fué tanta, que parecia  
Que honda mina reventó,  
O el monte y valle se hundia.  
A caballo como estaba  
Rodrigo, el lazo alcanzó  
Con que el toro se adornaba :  
En su lanza le clavó,  
Y á los balcones llegaba.  
Y alzándose en los estribos,  
Le alarga á Zaida, diciendo :  
Sultana, aunque bien entiendo  
Ser favores escesivos,  
Mi corto don admitiendo ;  
Si no os dignáredes ser  
Con él benigna, advertid  
Que á mi me basta saber  
Que no le debo ofrecer  
A otra persona en Madrid.  
Ella, el rostro placentero,  
Dijo, y turbada : señor,  
Yo le admito y le venero,  
Por conservar el favor  
De tan gentil caballero.  
Y besando el rico don,  
Para agradar al doncel,  
Le prende con aficion  
Al lado del corazon,  
Por brinquinio y por joyel.  
Pero Aliatar el caudillo  
De envidia ardiendo se ve,  
Y trémulo y amarillo,  
Sobre un tremecén rosillo  
Lozandándose fué.  
Y en ronca voz, castellano,  
Le dice : con mas decoros



Suelo yo dar de mi mano,  
Si no penachos de toros,  
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra  
Qual vienes de fiesta y gala,  
Vieras que en toda la tierra,  
Al valor que dentro encierra  
Madrid, ninguno se iguala.  
Así, dijo el de Vivar,  
Respondo, y la lanza al ristre  
Pone, y espera á Aliatar;  
Mas sin que nadie administre  
Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos  
Su muerte ó prision pedia,  
Cuando se oyó en los distritos  
Del monte de Leganitos  
Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto  
Tercio escogido emboscó,  
Que viendo como tardó,  
Se acerca, oyó el alboroto,  
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir  
Por la puerta á su señor  
Y Zaida á le despedir,  
Iban la fuerza á embestir:  
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando  
Que en Madrid tenga partido,  
Se templó disimulando;  
Y por el parque florido  
Salió con él razonando.

Y es fama, que á la bajada  
Juró por la cruz el Cid  
De su vencedora espada,  
De no quitar la celada  
Hasta que gane á Madrid (\*).

~~~~~

EPIGRAMAS.

I. Filena devota.

De imposibles santa Rita
Es abogada, y Filena
Con devoción muy contrita
Reza á la santa bendita
A fin de que la haga buena.

II. Correccion oportuna.

Anda, que con un indiano
Se casa Marica Perez;
Pero es indiano que va,
Que no es indiano que viene.

(*) En el concepto de los inteligentes esta es la composicion mas acabada del autor: ella sola bastaria para dar celebridad á un poeta, y merece proponerse por modelo en su género, que si ha tenido despues aventajados secuaces, nada ha producido que pueda compararse con este bellissimo y animado cuadro, lleno de imaginacion, de sentimiento y de verdadera poesia.

III. Laudable templanza.

Ayer convidé á Torcuato:
Conió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,
Dos gazapillos y un pato.

Doile vino, y respondió:
Tomadlo por vuestra vida,
Que hasta mitad de comida
No acostumbro á beber yo.

IV. Saber sin estudiar.

Admiróse un portugués
De ver que en sutierna infancia
Todos los niños de Francia
Supiesen hablar francés:
Arte diabólica es,
Dijo, torciendo el mostacho,
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal
Llega á viejo, y lo habla mal;
Y aqui lo parla un muchacho.

V. Reflexion moral.

La calavera de un burro
Miraba el doctor Pandolfo,
Y enternecido esclamaba:
¡Válgame Dios, lo que somos!

VI. La lengua patria.

Pregúntasme, ya lo veo,
Camilo, por qué escribi
Como el preste de Berceo:
Respondo, porque nací
Entre el mar y el Pirineo.

VII. El gran teatro.

El mundo comedia es,
Y los que ciñen laureles
Hacen primeros papeles...
Y á veces el entremés.

VIII. Dorisa enojada.

Enojada estás, Dorisa,
Y no obstante, tu afliccion
Mas que nunca se divisa:
No te dé el cielo ocasion
Por donde moverté á risa.

IX. De un vizcaino.

En Madrid un vizcaino
Admirado se quedó
Cuando pequenito vió
Tanto muchacho doctriño.

Después de veinte años vino,
Y como ellos se parecen
Mas cuidados le merecen;
Y espantado dijo á dos:
Juras demonias de Dios,
Que estas muchachos no crecen.

X. A una dama.

Me pienso ya el mas feliz
De cuantos fueron y han sido,
Pues en suerte me has caído,
Bizarra y bella Beatriz:
Humillase mi cerviz
De muy buena voluntad,
Y te digo de verdad
Que es mi gusto tan estraño,
Que aunque me has caído en año
Has de ser mi eternidad.

DECIMAS.

En la boda de un sarjento mayor (*).

Celio estaba confiado
En sus pasadas victorias;
Pero nadie cantar glorias
Puede hasta haber acabado:
No le venció Marte airado,
Mas sí un niño enredador,
Porque vencerá el amor
A sarjentos superiores,
Si los hubiera mayores
Aun que el sarjento mayor.

Preciábase de invencible,
Y Amor fiero é insolente
Dijo: no ha de haber viviente
A quien yo no sea temible:
Juzgó vencerle imposible;
Y así armó treta gallarda,
No desembrazó albarda,
Ni balazos le tiró:
Por flechas le disparó
Los dos ojos de Bernarda.

Ellos solos por despojos
A Celio pueden tener,
Y él solo pudo ceder
A tan soberanos ojos;
Con recíprocos antojos
Los dos el alma han sentido,
Y así en este lance han sido,
Sin contradiccion alguna,
Iguales en la fortuna
El vencedor y el vencido.

Trueca, hieldad soberana,
Pues Venus te hace hoy mujer,
Por su lícito placer
La austeridad de Diana;
Y tú, esposo, á quien se humana
Deidad que pudo ensalzarte,
Sin temor puedes llegarle,
Verás cuánto son mejor
Las dulces guerras de Amor,
Que los horrores de Marte.

(*) Aunque algunas de las composiciones que insertamos, comparadas con otras de mérito superior, podrán parecer algo flojas, ya por la ejecucion, ya por la calidad de los asuntos que prestan poco, siendo estas en tan corto número, no nos ha parecido conveniente suprimirlas, en menoscabo de una coleccion que deseamos salga tan completa como es posible.

SONETOS.

I. *Resistencia inútil.*

Tírome Amor de su carcaj luciente
Una amorosa jara penetrante :
Resistíla valiente y arrogante,
Paes quien resiste á Amor solo es valiente.
Con mi constancia altivo é insolente
Volvió á cimbrar el arco fulminante
Disparando á mi pecho de diamante
Hasta quedar sin munición ardiente.
Empeñóse á vencer mi inobediencia ;
Tírome el arco y el flechero de oro ;
Mas viendo que aun no basta su violencia ,
Se entró en mi corazón : ya amante lloro.
Cedió, por fin, mi heroica resistencia ;
Piedad, ninfa, piedad, pues que te adoro.

II. *Poder de Amor.*

Aunque en abril y marzo las canales
Padezcan supresión ó mal de orina,
Aunque pronuncien cárcel y paulina,
Vestidos de rigor los tribunales ;
Aunque los tamboriles ó atabales
Roncen publiquen guerra y chamusquina,
Aunque á la flota en tumba cristalina
Sepulte el ponto haciendas y metales ;
Nada es bastante á perturbar la fija
Quietud poltrona en que á vivir me allano,
Ni hay aprensión, ni antojo que dirija
Mi albedrío absoluto, soberano :
Nada tiene este mundo que me aflija ;
Solo el Amor : maldigale Solano.

III. *A Leandro.*

(Imitación de Marcial (1).

Del mas constante amor nave y pirata,
Faluca ardiente, y bergantín amante,
Intrepido, amoroso y arrogante
Boza Leandro en piélagos de plata.
Idas ; ay ! que inquieto el euro se desata :
Gime el ponto con silbo resonante,
Y el viviente batel ya fluctuante
Atropella, sumerge y arrebata.
Viéndose de la muerte amenazado,
A las ondas con voz entristecida
Así clamaba el jóven desdichado :
Perdonadme (les dijo) ahora en la ida ;
Y sofocad mi aliento fatigado
En volviendo de ver á mi querida.

IV. *Libertad perdida.*

Cual gira el soto, de temor exento,
El bruto que le asorda con bramidos,
Si los yugos huyó desconocidos
La alta cerviz, no usada al sufrimiento ;
Así en dichosa libertad contento,
No viendo mis espíritus rendidos,
Cayeron mil arpones rebatidos
Del que en lágrimas hace su alimento.
Mas cuando halló que por violencia ó arte
No es posible que siga su divisa,
Ni leve las cadenas que reparte ;
Mira, dijo el Amor cen falsa risa,
Si me sobra poder para humillarte ;
Y señaló á los ojos de Dorisa.

V. *Jactancia amorosa.*

Díran otros amantes venturosos,
Que en el tiempo feliz que ellos amaron
Un disgusto siquiera no pasaron,
Ni sufrieron desdenes rigurosos ;
Que no sintieron celos venenosos,
Ni en la imaginación se les pasaron ;
Que con fortuna pródiga lograron
Del amor los contenidos deliciosos :
Díran, que entre mil ámbares sabéis,
En blando catre, ó en mullida cama
Saciaron apetitos y deseos ;
Que apagaron con júbilo su llama ;
Que alcanzaron victorias y trofeos ;
Mas no que amaron tan hermosa dama.

VI. *Esquivez de Dorisa.*

¡ Oh Eresma, que por madre retorcida
Caminas presuroso acia el ocaso,
Jugando que te viene el tiempo escaso
Para acabar en Duero tu partida !
Humilde te suplico por tu vida
Que detengas un poco el veloz paso,
Y digas de quién huyes. ¿ Es acaso
Del hermoso desdén de mi querida ?
Si, respondió un triton con espantable,
Ronca, sonora voz y faz terrible ;
Porque aunque á su beldad, sacra, admirable,
Dejarla de adorar es imposible,
Su altivo, riguroso é implacable
Fiero desdén tambien es insufrible.

VII. *Reconvención á Dorisa.*

Si tanto te impacienta que te quiera,
De tu propia beldad, Dorisa avara,
¿ Por qué me consentiste que te hablara ?
¿ Por qué ocasion me diste á que te viera ?
Si una vez que te vi imposible era
Que tus divinas luces no adorara,
¿ Por qué hiciste, crímel, que me abrasara
El amoroso fuego de tu esfera ?
No culpes de mi amor la vigilancia,
Culpa en verme tus muchas impiedades,
Tu vista fué ocasion de mi arrogancia ;
Y así, ó bien te enfurezcas, ó te apiades,
Te condena el teson de mi constancia
A sufrir mi cariño eternidades.

VIII. *Atravimiento amoroso.*

Amor, tú que me diste los osados
Intentos y la mano dirigiste,
Y en el cándido seno la pusiste
De Dorisa, en parajes no tocados ;
Si miras tantos rayos, fulminados
De sus divinos ojos contra un triste,
Dame el alivio, pues el daño hiciste
O acaben ya mi vida y mis cuidados.
Apátense mi bien. Dila que muero
Del intenso dolor que me atormenta ;
Que si es tímido amor, no es verdadero ;
Que no es la audacia en el cariño afrenta,
Ni merece castigo tan severo
Un infeliz, que ser dichoso intenta.

IX. *Amor constante.*

Dos veces ví la hermosa primavera
De rosas y jazmines coronada,
Que la hicieron cantando á la alborada
Mil avecillas salva placentera :
Dos veces ví las nubes en la era,
Y al padre Otoño la cabeza ornada
De pámpanos alegres, y la helada
Bruma dos veces empañó la esfera ,

(1) Martialis, De Spectaculis, XVIII.

(num pateret dulces audeo Leander amores,
Et fessis tumidis jam premeretur aquis ;
Sic miser instantes afflatus dicitur undas :
Parcite, dum propere ; mergite, dum redeo

Después, Dorisa, que tus ojos bellos
Dieron al triste corazón cuidado
Y redes me tejieron tus cabellos,
El tiempo alterna, y vuela, y se ha mudado;
No tus rigores, que amedrenta el vello...
Y yo ni estoy feliz, ni escarmentado.

X. Aplauso á Dorisa.

Bendita sea la hora, el año, el día,
Y la ocasión, y el venturoso instante,
En que rendí mi corazón amante
A aquellos ojos donde Febo ardía.
Bendito el esperar, y la porfía
Y el alto empeño de mi fe constante,
Y las saetas y arco fulminante
Con que abrasó Cupido el alma mía.
Bendita la aflicción que he tolerado
En las cadenas de mi dulce dueño,
Y los suspiros, llantos y esquivices,
Los versos que á su gloria he consagrado
Y han de vencer del duro tiempo el ceño,
Y ella bendita innumerables veces.

XI. Dorisa en traje magnífico.

¡Qué lazos de oro desordena el viento
Entre garzotas altas y volantes!
¡Qué riqueza oriental, y qué cambiantes
De luz, que envidia el sacro firmamento!
¡Qué pecho hermoso, do el amor su asiento
Puso, y de allí fulmina á los amantes
Absortos al mirar sus elegantes
Formas, su delicioso movimiento!
¡Qué vestidura arrastra, de preciado
Múrice tinta y recamada en torno
De perlas que produjo el centro frío!
¡Qué extremo de heldad, al mundo dado
Para que fuese de él gloria y adorno!
¡Qué heroico y noble pensamiento el mío!

XII. Modestia de Dorisa.

Baja los ojos mi Dorisa hermosa
Por no mirarme, con vergüenza, honesta,
Y en muy breves palabras da respuesta
A una larga cuestión artificiosa.
Mas si de enamorada ó envidiosa
Los vuelve á alzar, y halla mi vista puesta
Siempre en la suya, tímida y honesta
Vuelve á bajarlos, ni moverlos osa.
Y al encontrar los suyos con los míos,
De purpúreo color el rostro bello
Con rubor casto y virginal enciende;
Y la añaden tal precio sus desvíos,
Que ni piensa arribar á merecello,
Ni hay voz que diga lo que el alma entiende.

XIII. Dorisa mudable y hermosa.

¡Temes acaso que indignado ahora,
Al ver la ingrata y fiera alevosía,
Procurando venganza el alma mía
Con ira que escitó tu acción traidora,
Acusará mi voz de engañadora,
Que ensalzó tu belleza y gallardía,
Y diré, que en pintarla procedía,
Como todo amador que ciego adora?
¡Ay! no el esceso fué de mi fineza,
Ni mintió el labio con amante anhelo,
Cuando alabó tu perfección, ¡perjura!
Pues, siendo asombro en la naturaleza,
Para mi perdición te formó el cielo
Monstruo de ingratitud y de hermosura.

XIV. Dorisa ingrata.

Un alto y generoso pensamiento,
Inspiración del cielo soberano,
Me puso la aurea cítara en la mano
Para cantar el dulce mal que siento.
Y fué tan grato el sonoro acento,
Que la ancha vega, el apacible llano
Y el cavernoso monte carpentano
Mostraron compasión de mi tormento.
Turbóse el río de cerúleo manto,
Oculto entre los álamos sombríos,
Al ver su cisne lamentarse tanto.
Moviéronse los brutos mas impíos,
Y los ásperos troncos á mi llanto;
Y no la que causó los males míos.

XV. Funesto recuerdo.

Hoy vuelve el cielo á recordarme el día
Fatal y triste, en que miré postrada,
Con duros eslabones amarrada,
La indómita hasta allí libertad mía.
¡Ay, cómo me estremezco todavía,
Solo en pensar de aquella Circe airada
La vista fascinante envenenada,
Que trasformado en bruto me tenía!
Vosotros, que escuchais mi canto ahora,
Imaginad qué tales habrán sido
Mis males, y mi pena angustiadora;
Pues con haber sus lazos ya rompido,
La memoria no mas, vil y traidora
Me conturba aun el alma y el sentido.

XVI. El escarmiento.

Si fuese que después del fatal día
Que oscurezca á mis ojos la luz pura,
De mi larga jornada y mal segura
Quiere alguno emprender la áspera vía,
¡Ay, escarmiente en la desdicha mía!
La huella observe en lóbrega espesura,
Con lágrimas borrada; y la amargura
No probará de su infelice guía.
No le engañen las rosas y azucenas,
El fresco arroyo, el floreciente prado,
Ni el acento de armónicas sirenas,
Ni el triste ejemplo de otro que ha pasado,
Ni el aparente fin de tantas penas...
Mire cuál premio el fiero Amor me ha dado.

XVII. Aviso á quien ama.

¡Son estos los sagrados juramentos
Que acompañaron la palabra dada
Por Dorisa, á mis plantas humillada
Con lágrimas, sollozos y lamentos?
¡La luna, el cielo, el sol, los elementos,
Testigos de una fe tan mal guardada;
Los celos que mintió, cuando irritada
Acusó de mudables mis intentos?
¡Las luces, que yo vi tan amorosas
En mí fijarse llenas de ternura,
Los labios, en ficciones abundantes?
¡Estas, las espresivas, álevosas
Caricias que estudiaba la perjurá,
Son?... Estas son. Escarmentad, amantes.

XVIII. Desengaño de amor.

Verás, me dijo el flechador tirano,
El extremo de gracia y hermosura
Mayor que miró el mundo: criatura
Que en la tierra desmiente el ser humano.
Yo te concedo amarla; porque nñano
Blasonar puedas en tu audaz locura,
Que ninguno adoró deidad tan pura,
Y presumirlo es pensamiento vano.

No por belleza igual Marte suspira ;
 Los dioses de sus orbes no han bajado
 Por ninfa tal, que adoracion inspira.
 Ni tanta perfeccion han celebrado
 La griega, ausonia, ni la etrusca lira...
 Mas nunca esperes merecer su agrado.

XIX. Amor platónico.

No fué la rica, inestimable trenza,
 Que al oro escede en las tartesias minas,
 Ni el matiz de encarnadas clavellinas
 Que el rostro enciende en virginal vergüenza;
 Ni aquella boca, que si á hablar comienza,
 Ambar exhala entre las perlas finas;
 Ni aquellas luces del amor divinas,
 Causa bastante que mi pecho venza;
 Mas solo el yugo fué que me asegura
 Tinta virtud y un alma soberana,
 Que ensalza al grande autor de tal hechura.
 Ni amé cosa mortal, ni la tirana
 Segur del tiempo perfeccion tan pura
 Puede volver en leve sombra y vana.

XX. Alabanzas del matrimonio.

(Traduccion de Goldoni.)

¿Qué gusto que es tener la esposa al lado
 Y escuchar decir *papa* á los hijuelos!
 Del matrimonio muchos son los duelos,
 Mas los gozos son mas y en mayor grado.
 En el alegre ó en el triste estado
 Se truecan los consejos y consuelos,
 Y de los rojos labios sin recelos
 Se goza fiel deleite regalado.
 Y cuando llega ya la edad anciana,
 ¡Oh cuánto alivia y cuán fiel se esmera
 De la consorte la piedad cristiana!
 Santo, público amor! Antes que muera,
 Esta mayor felicidad humana
 Hazme lograr solo una vez siquiera.

XXI. Ejecutoria de la verdadera nobleza.

Si como tengo el padre noble, fuera
 El verdugo de Málaga mi padre,
 Y Flora, Lamia, ó Tais fuera mi madre,
 ¿Qué culpa en ser su hijo yo tuviera?
 Si uno al nacer los padres eligiera,
 Sin tener al oido quien le ladre,
 Que al mismo rey le pese ó que le cuadre,
 No hay duda que por padre le escogiera.
 Pues si pudo nacer un sin ventura
 El hijo del monarca y potentado,
 ¿De qué es su vanidad y su locura?
 Sepa que solo es noble y es honrado
 Aquel que con verdades asegura
 Ser de sus mismas obras engendrado.

XXII. A un presumido.

Si una mujer que tienes altanera
 No sabes gobernar, indigno Fabio,
 Y está, con tu permiso y con tu agravio,
 Notada por chocante y cotarrera,
 ¿Por qué con faz hipócrita y severa
 Fingiéndote estadista esperto y sabio,
 Pretendes gobernar con necio labio
 De España la católica bandera?
 ¿Juzgas que son cazuelas y pucheros
 De Carlos las fortísimas legiones,
 O como tu mujer los granaderos?
 Y pues para mandarla aun no supones,
 ¿Cómo quieres mandar soldados fieros,
 No mandando en tu casa aun tus calzones?

XXIII. Dificultades del escritor.

Si escribo en verso heróico y elocuente,
 No me entienden los simples labradores;
 Si humildes tonos canto de pastores,
 Me mira el docto con rugosa frente;
 Si accion emprendo de Mayorte ardiente,
 Temblarán las doncellas sus horrores;
 Si canto el frenesí de mis amores,
 No espero que á otro sino á mi contente.
 No sé en qué estilo adelantar procure,
 Ni dónde encontraré reglas ni modos
 Para que fama eterna me asegure.
 Solo sé, que hallaré con mil apodos,
 Y que aun quien mas al arte el fondo apure,
 Es imposible el contentar á todos.

XXIV. Al lector.

O tú, cualquiera que del claro día
 Las horas blandas, mudas y lijeras,
 Faltando acaso á lo que hacer debieras,
 Gastas en repasar mi poesia;
 Si cuanto ves alabas á porfia,
 De necesidad son muestras verdaderas;
 Y si todos los versos vituperas,
 De envidioso tambien te argüiria.
 Que hay muchas cosas malas, es sin duda,
 Y que hay algunas buenas, yo lo digo,
 Otras medianamente se disponen.
 Lo bueno, y malo, y lo mediano ayuda;
 Pero te hago saber, lector amigo,
 Que así todos los libros se componen.

XXV. A don Juan Bautista Conti, por su escelente traduccion italiana de la primera égloga de Garcilaso.

Las bellas ninfas del undoso río,
 En que halló cristalino mauseolo
 El hijo audaz del rubicundo Apolo,
 Quisieron escuchar al cisne mio;
 Y dijo Febo: el instrumento fio
 A tu destreza, ¡oh jóven! pues tú solo
 Desde el oro del Tajo al de Pactolo
 Llevarás de este amor el cruel desvío.
 Cantaste, Conti; y á tu voz volvieron
 Atónitas las ondas á escucharte
 Las quejas de Salicio en son toscano.
 Lampezia y sus hermanas no sintieron
 Mientras cantabas con dulzura y arte
 El precipicio del perdido hermano.

XXVI. A la reina madre en los dias del rey.

Hoy que á luz distes al mayor monarca,
 Que reconocen climas y hemisferios;
 A aquel, que en sus vastisimos imperios
 Entrambos orbes poderoso abarca:
 Mi humilde musa, que fiel se marca,
 En vez de sumisiones, cautiverios,
 Sentir hace en los ámbitos hesperios
 El júbilo que alienta su comarca.
 Goza, augusta Isabel, tan grande dia,
 Célebre en nuestra historia sin segundo,
 Pues fué oriente del Sol que á España envia;
 Y aplanda con respeto muy prolongo
 Los años de este César mi Talia,
 De este Alejandro, á quien se humilla el mundo.

~~~~~

## ROMANCES HEROICOS.

### 1. A un amigo en sus dias.

Rompa la voz el tímido silencio,  
 Que hasta aquí mi respeto embarazaba,  
 Y haga público el nimen en cadencias



Lo que en ecos pudiera hacer la fama.  
 El torrente brillante de Aganipe,  
 Las ninfas halagüeñas de Castalia,  
 El Penéo, que en perlas desatado  
 Los Tempes fertiliza de Tesalia,  
 El Pindo bello, el célebre Parnaso,  
 Y toda la península de Acaya,  
 Con su fino piadoso patrocinio  
 Me influyan, me apadrienen y me valgan.  
 Hoy en el cielo angelicales coros,  
 Y en la tierra la Iglesia sacrosanta  
 La exaltación celebran prodigiosa  
 Del sol amanecido en la Cantabria.  
 Hoy aplauden las glorias y virtudes  
 Del que supo tan bien ejecutarlas,  
 De aquel que solo para ser tan santo  
 Informes pudo hacer en la campaña;  
 De aquel valiente militar guerrero,  
 Que dejando del mundo las escuadras,  
 En basta ropa conmutó gustoso  
 La loriga, la cota y la coraza.  
 Hoy mi afecto rendido te desea  
 Tan grande bien, felicidades tantas,  
 Que por su muchedumbre se confiese  
 El guarismo incapaz de numerarlas.  
 Tan próspero y feliz el mundo todo  
 Te reconozca en fin, que juicio haga  
 Ser dispensable para ti el funesto  
 Decreto irremisible de las parcas.  
 Vive gustoso, y sóbrete crecida  
 De placer y de dichas abundancia,  
 Con ese Adonis que te prestó el cielo,  
 Con esa Venus que te dió la España;  
 Con esa rosa que produjo el fértil  
 Verjel de la provincia castellana,  
 Y en hermosos pimpollos por el orbe  
 Multiplique el valor de su fragancia.  
 Y los dos en alegre compañía  
 Ninfas, nereidas, musas y náyadas  
 Os aplaudan, festejen y diviertan  
 Con cítaras, con trompas y con arpas;  
 Y pidiendo perdón rendido el núnen,  
 A tu benevolencia se avasalla,  
 Repitiendo lo dicho muchas veces  
 Con la lengua, la pluma y con el alma.

## II. A un amigo, desde San Ildefonso.

Porque cual en el Ponto  
 El infeliz Ovidio,  
 Sufriendo desterrado  
 Los enojos del César ofendido,  
 Que acaso me imaginas,  
 O Gabriel, imagino  
 En esta de miserias  
 Para mi pecador última Tibur;  
 En este inculto valle,  
 Cuyos gigantes riscos  
 Son Cabeza-melera  
 El Chorro, Peñalara y Siete-picos;  
 En este seno en donde  
 Sus nieves y sus frios  
 Temieran erizadas  
 Las árticas provincias de Calisto;  
 En aquesta nevera,  
 En aqueste real sitio,  
 Mas malo que el de Troya,  
 Y peor que el tchano y numantino.  
 Por si aquí me imaginas  
 De la suerte que digo,  
 Con tu olvido recelo  
 A mi desatención justo castigo.  
 Le temo, y le recelo,  
 Porque le he merecido,  
 Aunque en el mismo tiempo  
 De tu benevolencia me confío.  
 Pero al mirar mi ofensa,  
 Pero al ver mi delito,  
 Dudo si su tijera  
 De nuestra amistad firme cortó el hilo.  
 Dudo; pero ¿qué dudo?

Yo mi maldad repito;  
 Pues nunca dudar pude  
 De tu fe, tu firmeza y tu cariño.  
 Creo; pero no creo  
 El que hayas incurrido  
 En olvidár al triste,  
 Que en el alma te tiene, aunque no ha escrito.  
 Antes que yo tal crea,  
 Creeré que haya tenido  
 Medusa, la gorgona,  
 De serpientes y víboras los rizos;  
 Creeré que hay Quimera,  
 Y creeré que haya habido  
 Bajo de una doncella  
 Cachorros, que amedrente su ladrido;  
 Cuadrúpedos varones  
 Por los pechos unidos,  
 Un hombre de tres cuerpos,  
 Y un trífauce mastín en el abismo;  
 Esfinge, harpías, y sierpes  
 De cuerpo desmedido,  
 Gigante con cien manos,  
 Y el guarda medio buey del laberinto:  
 Esto creeré primero,  
 Que crea aun por rescuicios  
 Que pueda haber faltado  
 La constancia fiel de tu cariño.  
 Entre los dos hay muchos  
 Valles, montes, caminos;  
 Pero al amor de veras  
 Nunca jamás ausencias le han vencido.  
 Tú estás en la Arredilla,  
 Yo estoy en este silo;  
 Tú estás en la Tebaida,  
 Y yo en bosque peor que los de Egipto.  
 Aquí estoy desterrado,  
 Y ya destituido  
 De mirar los alegres  
 Campos pincianos, para mí floridos.  
 Ya no veré en Pisuerga  
 Las ninfas de aquel río,  
 En cuyas dulces aguas  
 Repetí las locuras de Narciso.  
 Y en fin, ya de las leyes  
 El gavián oficio  
 Renuncé; pues no quiero  
 Ciencia que ofende al pobre y salva al rico.  
 A estudios mas sublimes  
 Desde aquí me dedico;  
 Y lo que la fortuna  
 Hacer quiera de mí yo determino.  
 Aquí estaré esperando,  
 Cual si fuera en el limbo,  
 La piedad de los cielos  
 Y el amparo eficaz de mis amigos.  
 Serán en este lance  
 Sus acciones testigos  
 Del que lo fué de veras,  
 Y el que en prosperidad lo fué fingido.  
 Ya del Verbo humanado  
 Se acerca el natalicio,  
 Feliz tiempo en que espera  
 Mi triste corazón tener alivio.  
 Ya á espermentar viene  
 En los hombres inicuos  
 Ingratitud quien solo  
 Por verlos hace fuga del empleo.  
 Ya se sujeta el tierno  
 Omnipotente Niño  
 A sufrir impiedades  
 De aquellos á quien viene á dar auxilio.  
 Ya por fin de Isaías  
 Se cumple el vaticinio,  
 Y ya de las Sibilas  
 Se admiran verdaderos los escritos.  
 Y ahora yo te deseo  
 Todo gusto cumplido,  
 Felicidad te anuncio,  
 Y tu bien solamente solicito.  
 Y ahora mandar puedes  
 Al mas constante amigo,  
 Que servirme desea,

Como por experiencia lo habrás visto.  
 Bajo la helada bruma  
 Este romance escribo,  
 Tiritando las manos,  
 Sonándose los dientes con el frío.

## SILVAS.

### I. Dedicatoria al lector de su periódico titulado el Poeta.

A ti, lector amigo,  
 Dedico yo las métricas tareas,  
 Y á solas yo contigo,  
 Porque piadoso seas,  
 Te quiero hablar un poco.  
 No me juzgues por loco  
 Al verme confesar que soy poeta;  
 Porque á desdicha tanta se sujeta  
 Quien pretende agradarte;  
 Pues todo aquel que escribe,  
 ¡Oh lector! solo anhela á contentarte.  
 Si yo tal consiguiera,  
 ¡Qué dichoso sería!  
 A todos gusto diera,  
 Puesto que á mi lector yo complacia,  
 Y miedo no tendría  
 De rígidos fantásticos censores,  
 Que cuanto ellos no han hecho  
 No juzgan de provecho,  
 Sin piedad despreciando á los autores.  
 Y está cierto, lector, que si supiese,  
 Que no me era posible  
 Que yo gusto te diese,  
 Y mi verso te fuese aborrecible,  
 Tanto que le arrojaras,  
 Y ni aun por él la vista tú pasaras,  
 Que no se cansaría  
 En buscar tu afición la musa mía;  
 Porque puedo jurarte,  
 Que tal no emprendería  
 Si acaso yo supiera  
 Que no hubiese de haber quien me leyera.  
 Pero porque es estilo entre pedantes  
 Cultas dedicatorias retumbantes,  
 Acudir á la historia,  
 Y copiarla en cualquier dedicatoria,  
 Y no sin voluntarias adiciones  
 De ciertos ó fantásticos blasones  
 Del Mecenas loado;  
 Yo que me hallo de tí necesitado,  
 ¿Qué elogios callaré? ¿Cuál alabanza  
 En mi labio hallará paso cerrado?  
 Es tanta tu nobleza,  
 Que al mismo rey de España, ó lector pio,  
 Le iguales en grandeza,  
 Si acaso el rey leyese un verso mío.  
 Tú venciste un horrendo desafío,  
 Tú rendiste una plaza,  
 Como consta en la historia de Alcobaza.  
 Tú edificaste un río con su puente,  
 Y tú eres descendiente  
 De Aquiles, de su padre y de su abuelo;  
 Y hay cierto medallón en Portobelo,  
 Que se encontró con inscripción vascuence,  
 Por el cual se convence  
 Que en tiempo del rey Wamba tus pasados  
 Hasta Italia vinieron derrengados,  
 Con el hijo de Anquises en cuadrilla,  
 Trayendo los penates á costilla.  
 En fin, de mi lector las alabanzas  
 Son tales, que no á tanto, ó pluma, alcanzas.  
 Tú eres el absoluto,  
 A quien los sabios pagan su tributo.  
 Tú ultrajas ó tú premias  
 Cuantas obras trabajan  
 Con sudor las mas doctas academias.  
 Si tu aprobacion falta,  
 La musa se abatió mas grande y alta;

Y tu voluntad solo  
 La fama estiende en uno y otro polo;  
 Porque tú lo has querido  
 El gran Virgilio es grande y aplaudido;  
 Y como tú quisieras,  
 Cantar mis versos vieras  
 Por cuantos aman la española musa.  
 Ni te sirva de excusa  
 Para aceptar mis obras el asunto:  
 Yo te daré un conjunto,  
 Para que con tu gusto en él tropieces;  
 Cantaré algunas veces  
 A la sombra del mirto delicosa  
 Mi pasión amorosa,  
 Y las gracias que ostenta singulares  
 La ninfa angelical del Manzanares.  
 Otras veces de yedra coronado,  
 En los grandes banquetes suntuosos,  
 Diré el vino estimado,  
 La fiesta y los manjares mas preciosos;  
 Y á veces con zampoña  
 Los sencillos amores  
 Que cantan en las selvas los pastores.  
 Ni dejarán mis versos olvidadas  
 Mil verdades certísimas, que inspira  
 A amar el eco de la dulce lira,  
 Aunque tal vez, lector, por agradarte,  
 Violentando mi genio en esta parte,  
 Cantaré la pavana  
 Al gruñir de la gaita zamorana;  
 Y aun viendo que esto abonas,  
 Fandangos, zarambeques y chaconas.  
 Ni tampoco se excusa  
 De el vicio reprender mi estóica musa.  
 Y alabarán mis versos numerosos  
 La patria, y á sus hijos mas famosos.  
 Y acaso, acaso con horrenda trompa,  
 Haciendo que furioso el aire rompa  
 El ímpetu sonante,  
 Tronaré guerra, escándalo y horrores,  
 Cantando en Cozco al español triunfante.  
 Si recibes, lector, con nil amores  
 Lo que con ellos de verdad te ofrezco,  
 Juzgaré que merezco  
 Aplauso universal y alta alabanza,  
 Pues dar gusto al lector mi musa alcanza;  
 Y juzgaré por vano  
 Cualquier juicio que forme  
 Quien mis versos no lea  
 Porque ¿qué ha de juzgar quien no me vea?

### II. A las bodas de la infanta de España doña María Luisa de Borbon con el archiduque de Austria Pedro Leopoldo.

Ven, Himeneo casto,  
 Hijo de Urania bello,  
 Que al tálamo las vírgenes conduces.  
 Ven con ligero paso,  
 Suelto el rubio cabello,  
 Con la antorcha nupcial que arroja luces;  
 Y cuando el aire cruces,  
 Por toda su distancia  
 Esparce la fragancia  
 Del cinamomo indiano: de esto sea  
 La esplendorosa tea.  
 Ven, ¡oh mancebo alado!  
 De rosas coronado  
 Y de violetas, flor de los amantes,  
 Y vengan los cupidos  
 Con cítaras sonantes,  
 En coros divididos,  
 Cantando alegres himnos y canciones,  
 En alabanza justa  
 De la función augusta  
 Que hoy celebrarse vea.  
 Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo.  
 Ven, y trayendo el velo delicado  
 Para la nueva esposa,  
 Con grata melodía  
 Y voces de alegría  
 Todo resuene el artesón dorado.



Jamás á tan hermosa  
 Deidad en dulce ardor has inflamado,  
 Y como linda, honesta,  
 Al tálamo dispuesta  
 De Leopoldo dichoso,  
 Que ni el blason que hereda glorioso  
 De la ilustre Alemania  
 Y belicosa Hungría,  
 Precia en mas que la mano de María.  
 Las ninfas del Sebeto cristalino  
 Con acento divino  
 Cantan, cómo la vieron  
 En cuna de marfil que ellas mecieron,  
 Y cómo la enseñaron  
 Las primeras razones que escucharon  
 Pronunciar dulcemente  
 Con labio balbuciente;  
 Y los juegos pueriles  
 De sus bellos abriles;  
 Hasta que el cielo decretó que vaya  
 A la española playa,  
 Dando paso oportuno  
 Los cerúleos estanques de Neptuno.  
 De náyades un coro,  
 Pulsando con el plectro cuerdas de oro,  
 En las orillas del Danubio amenas  
 Que mueve entre metales sus arenas,  
 Conciertan por las anchas praderías  
 Mil danzas y armonías,  
 Celebrando al esposo;  
 Y él, no sufriendo á su pasión reposo,  
 Con ellas alternando  
 Repite, suspirando  
 En amante deseo:  
 Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo.  
 No así las de mi patrio Manzanares,  
 Que en otro tiempo ufano  
 Salpicó el verde llano  
 De perlas que vertía,  
 Las veces que sus márgenes veía  
 Florecer con la planta  
 De la divina infanta.  
 Hoy, llenas de amargura,  
 Su ruego importunándola, procura  
 Detener la partida,  
 Diciendo con acento doloroso:  
 «Como la flor que en el verjel umbroso  
 Nace en sitio ignorado,  
 De espinas guarnecida,  
 Ni la toca el arado,  
 Ni de planta mortal se ve ofendida;  
 Con blanda lluvia crece  
 Y el sol sus frescos tallos reverdece,  
 Los céfiros la orean,  
 Virgenes y mancebos la desean;  
 Mas cuando ya cortada  
 Pierde el aroma y la color preciosa,  
 Ni las virgenes bellas,  
 Ni los mancebos que la amaron antes  
 La buscan anhelantes;  
 Así mientras intactas permanecen  
 Las jóvenes hermosas,  
 Son de todos queridas;  
 Pero si en las delicias amorosas  
 De nudos conyugales  
 Olvidan los rubores virginales,  
 Ni los aplausos ni el amor merecen  
 De niños ni doncellas.»  
 Esto en vano la dicen, que el destino  
 La llama á las orillas  
 Del Istro deleitosas,  
 Que su semblante han de gozar divino,  
 Y allí se escuchan voces sonoras  
 Que repiten cantando:  
 «Cual vid desamparada,  
 Inculta y sola y sin robusto arrimo,  
 Sus estériles ramos dilatando,  
 Inútil crece y vive despreciada,  
 No enriquecida de su fruto opimo;  
 Mas si á un olmo galán tiende los brazos  
 Y en torno le circunda  
 Con amorosos lazos,

Bella se torna y próspera y fecunda:  
 Así la virgen que los años pierde  
 En soledad esquivada,  
 Así la que gozó de su edad verde,  
 En dulce union, la gloria fugitiva.  
 ¡Oh, ven, alta princesa!  
 Que el cielo se interesa  
 En dar á la virtud premios debidos:  
 Cuando suene agradable á tus oídos  
 La risa bulliciosa  
 De un generoso infante,  
 A sus progenitores semejante,  
 Que arbolando algun día,  
 En fiera lid dudosa,  
 Los temidos pendones,  
 Con águilas augustas y leones,  
 Dará mas timbres á su estirpe clara.  
 Austria y Castilla le serán deudoras  
 De los triunfos que Marte le prepara,  
 Si acaudilla sus huestes vencedoras.»  
 Mas ya el Héspero viene:  
 Corre, estrella veloz, ¿qué te detiene?  
 Bajad los pabellones  
 ¡Oh cupidos! y echad los aldaones  
 A las doradas puertas,  
 Que ya presente veo  
 El instante feliz. Ven, Himeneo.

### III. Al conde de Aranda, capitán general y presidente de Castilla.

Quando mis versos á la edad futura,  
 El tiempo perdonándolos, trasciendan  
 (Que el verso inmortal dura),  
 Y las gentes entiendan  
 Las alabanzas que me inspira Febo  
 De este Escipion, de este Licurgo nuevo,  
 De admiracion pasmadas  
 Quedarán recorriendo  
 Las edades pasadas,  
 Con afán, entre muchas, distinguiendo  
 Las prendas que tu mérito engrandecen,  
 Ilustre Aranda. Y si al saberlas crecen  
 Mas sus admiraciones;  
 Varon sublime, esclamarán, sería  
 Aquel que merecia  
 Tantas aclamaciones,  
 Que hizo feliz la edad que le ha logrado,  
 Que el mundo aun por su fama le respeta,  
 Que fué tan venerado,  
 Que tanto asunto en él halló el poeta.  
 No fué, señor, obsequio reverente,  
 Ni ficción ingeniosa y elocuente  
 La que ha de hacer durables sus blasones;  
 Glorias son verdaderas.  
 No las dudeis, naciones,  
 No, ciertas fueron, gentes venideras.  
 Callaré tus primeras  
 Juventudes, que dieron  
 Claro indicio de ti, cuando supiste  
 En una y otra hazaña  
 Las fieras huestes gobernar de España,  
 Bajando á Italia, que temió su estrago  
 Mas que cuando rompió los Alpes frios  
 El héroe de Cartago;  
 Y ya depuestos militares bríos,  
 A los muros que el Vistula corona  
 Paz y amistad llevaste.  
 El hijo de Filipo,  
 No hallando á tu virtud premio que baste  
 Quiso, cerrado el templo de Belona,  
 El cargo alijer de tanto imperio  
 En que ejercita el mando,  
 De tu sublime rectitud fiando;  
 Y uno y otro hemisferio  
 Te ve de la española monarquía  
 Númen justo, benigno y poderoso,  
 Y ella por ti feliz, patrocinada  
 De los temidos filos de tu espada.  
 La gran Madrid, ornato y alegría  
 Te debe, y paz. Su pueblo numeroso,

Al ver que riges las soberbias gentes,  
De lenguas y costumbres diferentes,  
Con fácil yugo, tus aplausos canta,  
Y á tu nombre levanta  
Monumento inmortal, en donde unidos  
Coronan tu trofeo  
La espada, la balanza, el caduceo.  
En tu escuela instruidos  
Los alumnos de Marte  
Templarán con prudencia la arrogancia  
(Que el valor se desluce en la ignorancia),  
Y siguiendo el católico estandarte,  
Siendo tú su caudillo esclarecido,  
Será el nombre temido  
De la nación hispana  
Por cuanto ilustra el sol y el mar rodea.  
Que ya te vió la gente lusitana  
En pertinaz pelea  
Desordenar falanjes poderosas,  
Y las torres de Almeida en llama ardiendo,  
Atropellar sus quinas generosas,  
Vencer terrible, y perdonar venciendo.  
Otros, al son de cítara suave,  
Los ánimos feroces  
Templen con estudiadas armonías:  
Otros honor procuren, imitando  
Bellezas naturales,  
Dando espíritu al lienzo y piedras frías,  
O velen calculando  
De los astros la máxima distancia,  
O del mundo el origen y la infancia:  
Que reprimir con ánimo prudente  
La malicia insolente,  
Dar justísimas leyes á la tierra,  
En paz segura prevenir la guerra,  
Ocupar en virtud la larga vida  
Que ya le tiene el cielo prometida  
(Temido y grato á la nación que manda),  
Estas las artes son del grande Aranda.  
Dícte celeste Musa  
Moral ficción y número elegante  
A quien aspire á merecer corona  
Por alegrar la multitud confusa  
Con el cómico verso; otros, calzando  
El cecropio coturno,  
Suspendan los sentidos en nocturno  
Espectáculo trágico, que inventa  
Málpomene sangrienta.  
Otro repita con acento blando,  
Entre olorosas flores,  
*El dulce lamentar de dos pastores.*  
Otro ensalce los tinbres que engrandecen  
A Hesperia belicosa;  
Que si tanto merecen,  
Aranda insigne, los esfuerzos míos,  
Y dócil á mi voz se presta Apolo,  
Tú bastas á mi cítara. Tú solo  
Serás por mí cantado  
Con alabanza justa,  
Que ha de triunfar del tiempo arrcbatado,  
Y de la envidia y de la parca adusta.

#### IV. A don Ignacio Bernascone, excelente en la esgrima.

Los que á su dulce acento  
Las aguas en el río  
Suspenden y las aves en el viento,  
Celebren de la olímpica palestra  
Los duros luchadores,  
O la braveza diestra  
De los que en voladores  
Carros, ganaron de laurel corona,  
O la caballería  
Veloz que el siciliano suelo cria.  
Que el hijo de Latona  
Quiso inspirar en mí mayor deseo.  
Cantar será mi empleo,  
Y ¡oh, corresponda al gran sujeto el canto!  
Del diestro Bernascone la alta esgrima  
Y su invencible espada  
Que el vulgo ve con amarillo espanto,

Y aquella gallardía,  
Don que á pocos el cielo igual envía.  
Marte, dios de la guerra,  
En la grama nacido,  
Si desciende á la tierra  
Cubierto con las armas de Vulcano,  
Verá de envidia herido  
Al generoso atleta carpentano  
Presentarse en el llano,  
La diestra armada del terrible acero,  
Que al revolver lijero,  
Estrago anuncia inevitable y muerte.  
En vano intenta el enemigo fuerte  
Por muchas partes acosarle, en vano;  
Que por todas le encuentra defendido:  
La resistencia su valor inflama,  
Y triunfos le asegura  
Su brazo vencedor, nunca vencido.  
El rayo por los aires despedido  
De Jove poderoso,  
En tempestad oscura,  
No fué tan espantable,  
Ni causó aquel asombro pavoroso  
Que infunde disparada  
Su rápida y prontísima estocada.  
Cuál hiere desde lo alto  
El águila atrevida  
Al dragon escamoso, y alza el vuelo,  
Tal con lijero salto,  
Al dar la pronta herida  
Brinca veloz, hallando estrecho el suelo;  
Que todo se estremece  
Debajo de su planta,  
Y el polvo que con impetu levanta  
En torno le oscurece.  
Segura es su victoria,  
Y el aplauso, que en ecos resonantes  
Lleva su nombre al templo de la gloria.  
Musas, pues no mayores fueron antes  
Las istmias y neméas,  
Ni las pitias hazañas,  
En el afán circense,  
Dadme coronas de laurel febéas,  
Con que la frente adorne  
Al jóven matritense,  
Maravilla y honor de dos Españas;  
Y estro divino, y número sonante,  
Para que en verso lírico le cante.

#### V. Al infante don Gabriel de Borbon, durante la guerra de España con Marruecos.

Celestes musas de belleza eterna,  
Que las altas virtudes  
Engrandecéis con métrica armonía,  
Dadme la que solía  
Cítara lesbía resonar Alceo,  
O la lira dulcísima de Orfeo.  
Garzon real, con atrevido canto,  
Lleno ya de su espíritu, levanto  
Sobre el círculo azul de las estrellas.  
El jóven Gabriel, á quien las bellas  
Gracias de nardo y mirto coronaron,  
Cuando á Venus miraron  
Dar suspiro doliente y amoroso;  
Mientras él, de su afán no cuidadoso,  
Los bosques del Parnaso y la espesura  
Amó, y sus lauros y su fuente pura.  
Virtud en él reside generosa,  
Que admira el hemisferio.  
¡Alma real, dignísima de imperio!  
¿Si cantaré primero la hermosa  
Tez sonrosada, los cabellos de oro,  
O el fulgor de sus ojos rutilantes?  
¿O si la gentileza y gallardía,  
Que Libia con temor esta mirando,  
Mal segura en sus huestes arrogantes  
Y su caballería?  
Suenan las trompas y hórridos cañones  
Y al viento tremolando



Verde pendon, que á dura lid escita,  
 Del dueño de dos mundos  
 El pueblo de Ismael la saña incita.  
 Y en tanto que su gente numerosa  
 Llevar intenta á desigual batalla,  
 Si acuerda de Gabriel el ardimiento,  
 Duda coharde en su dorado asiento  
 El fiero Ben Audalla:  
 No mande el padre que sus armas guie,  
 Y el Africa arenosa  
 Reduzca á sujecion y vil tributo,  
 Cuando á vencer le envíe,  
 Y á los muros de Fez y Tarudante  
 Estragos lleve, y escarmiento y luto.  
 Tanto promete en años juveniles  
 El generoso infante,  
 Que las prendas unió de sabio y fuerte,  
 Huyendo el ocio y sus deleites viles.  
 Tanto la patria espera,  
 Y ¡oh cisnes de Helicón!  
 Mirad cuán digna al número y al canto  
 Os da ocasión su mérito sublime;  
 Que ya de las injurias le redime  
 Del tiempo y de la muerte,  
 Y de lauros eternos le corona.

VI. *Al capitán general don Pedro Ceballos, por su gloriosa expedición á la colonia del Sacramento.*

Musa, cantemos al varón glorioso,  
 Cuya fama sonando  
 Viene de las mansiones de occidente:  
 De donde su corriente  
 Vierte el Janeiro, raudal y espumoso.  
 El gran monarca hesperio,  
 Desde el trono que ocupa, gobernando  
 Al universo que le está adorando,  
 Miró en otro hemisferio  
 Menospreciar sus leyes,  
 Y á la santa amistad con saña dura  
 Rasgar la respetable vestidura;  
 La fe pública hollada,  
 Implorar los auxilios de su espada  
 Y bética justicia;  
 Y llamando al blason de su milicia:  
 Ve y vence, dijo, al luso fementido;  
 Y fué al punto el monarca obedecido.  
 Porque arrojando el soberbio castellano  
 Con el ansia marcial de la victoria,  
 Ganoso de alta gloria,  
 Su armada entrega al móvil Oceano.  
 Corre al mar con presteza  
 El valor de la hispánica nobleza.  
 La juventud del Ebro, la que alegre  
 Baña sus cuerpos en el Cinca y Segre,  
 Y ¡oh Duero! de tu orilla  
 La flor de los guerreros de Castilla.  
 El ancho Guadiana  
 Y el que en los montes de Segura mana  
 Guadalquivir famoso,  
 Alistaron su pueblo belicoso.  
 Y al escuchar la trompa resonante,  
 La ribera del Júcar abundante,  
 Y la del Tajo con arenas de oro,  
 Dejan sus hijos (que detiene en vano  
 De anciana madre el lloro),  
 Por el puerto de Alcides gaditano.  
 Levan el ancla, y el cañon horrendo  
 Con pavoroso estruendo  
 Anuncia el buen viaje  
 Que Neptuno concede en feliz día,  
 Y de nereidas grata compañía,  
 Nadando alegres por las crespas olas,  
 Va siguiendo á las naves españolas.  
 Ya surcan las marinas  
 Del ardiente Brasil, rico de minas,  
 Llevando desde Europa  
 La fortuna de Carlos en la popa;  
 Y ya ocupando la enemiga tierra  
 Que al lusitano encierra,  
 Quiere la suerte que su vista asombre

(Valiendo por ejércitos su nombre)  
 Al invasor audaz: pues viendo apenas  
 De sus altas almenas  
 Tremolar los pendones de Pelayo,  
 Que listan cruces de oro,  
 A sus gentes turbó mortal desmayo.  
 Cobarde abandonó la rica presa  
 Y usurpado tesoro  
 La fugitiva hueste portuguesa;  
 Alas la dió el temor, mas la seguía  
 El adalid de España,  
 Que el paso la estorbó de la montaña,  
 Y á su patria y su rey dió en aquel día  
 Nuevo renombre y gloria,  
 Coronado del árbol de victoria.  
 ¡Oh Carlos! si la paz que siempre anhelas  
 No le reduce á deponer la espada,  
 Verás, que ya la América humillada,  
 Tu gran caudillo las hinchadas velas  
 Soltando al viento, el piélago profundo  
 Surca otra vez con resonante proa  
 Hasta el opuesto limite del mundo.  
 Allí tus leyes llevará triunfante,  
 Tus armas y pendones,  
 Sujutando á tus piés fieras naciones  
 Con nuevos timbres que la fama cante.

~~~~~

ELOGIA

A Velasco y Gonzalez, famosos españoles, con motivo de haberse hecho sus efigies en la real academia de San Fernando, por mandado de su Majestad.

LUCINDO, CORIDON.

CORIDON.

¿Cómo, Lucindo, tanto has retardado
 Tu vuelta á la majada,
 Que aguardándote estoy desesperado?
 Sin dueño tus terneros,
 Por las vegas y oteros
 Descarriados braman,
 Y no pude cuidarlos,
 Porque me dejó Perche encomendadas
 Las vacas de la reina,
 Y estos días por mí fueron sacadas
 De los hondos calderos las mantecas,
 Y en las molduras huecas
 Sus lises estampadas,
 Y á la corte enviadas.
 ¿Dónde tanto estuviste divertido,
 Que te has mas de lo justo detenido?

LUCINDO.

¡Ay, Coridon amigo! si tú vieras
 Lo que yo he visto, mas te detuvieras;
 Y acaso, tu redil abandonado,
 Trocaras el cayado
 Por cinceles sonoros,
 Por compases, buriles y pinceles,
 Porque eternizas fieles
 A los que con primor los ejercitan,
 Y de la muerte evitan,
 Como la sabia musa,
 A cuya voz en valle y monte suena
 El verso pastoril con dulce avena.

CORIDON.

Ya sé, que á ti en la margen
 De Eresma arrebatado,
 Te miró el Valsain desmoronado
 Manejar los pinceles,
 Y mármoles herir con los cinceles;
 Que estas fueron allí tus diversiones
 Con la musa alternando,
 Mientras que tus becerras
 Gozaron del verdor de aquellos cerros.

LUCINDO.

Cierto es, que imitar quiso mi rudeza
A la madre comun naturaleza
Con liquidos colores;
Diversión, aunque estraña,
No ajena ni imposible á los pastores.

CORIDON.

Dime: ¿cómo en volver á la cabaña
Tanto te has detenido?
¿Y qué viste en la corte suntuosa?

LUCINDO.

Yo, aunque en Mantua nacido,
Por dilatada ausencia rigurosa
De verla fui privado,
Hasta que quiso el hado
Que la matrona escelsa y soberana,
Semíramis fortísima y robusta,
Grande Isabel augusta,
Famosa en paz y en guerra,
Católica Cibeles parmesana,
Y madre de los dioses de la tierra,
Dos mundos admitió para mandarlos,
Y á las plantas ponerlos del gran Carlos.
Entonces yo, cuidando sus vacadas,
Atravesé los puertos eminentes,
Dejando atrás el monte carpentano;
Y en este verde llano
Senté mi rancho, y los demás vaqueros
Pararon en cañadas diferentes.
Vinieronme á este tiempo los primeros
Impulsos de ir á ver la patria mia:
Yo ignorante creía
Que fuera semejante á nuestra aldea,
Aunque un poco mayor, como solemos
Comparar con los chotos
Los toros bravos, dueños de los sotos.
Pero esta poblacion, con real grandeza,
Levantó la cabeza
Sobre esotras ciudades,
Con mas escesos, mas desigualdades,
Que álamo de Aranjuez, al cielo osado,
Sobre el tomillo humilde y desmedrado.
Es rústico mi acento
Para poder contarte su opulento
Esplendor sin igual: solo te digo
Con sencillez de amigo,
Que no es indigno asiento
(Aunque mil reinos su corona encierra)
Del monarca mayor que hay en la tierra.
Mas lo que arrebató la atencion mia,
Fué el saber que aquel dia
Las artes nobles bellas,
De la naturaleza imitadoras,
Hermanas de la docta poesia,
Con honrosa porfia
Al mismo original aventajaban.
Yo vi cómo anhelaban
Por el premio ofrecido
Los jóvenes ansiosos,
Y vi los primorosos
Frutos de su trabajo esclarecido;
Que nunca ha de ocultarlos el olvido.
La docta arquitectura
No solo con murallas
Nuestro reino asegura;
Tambien aquí se emplea,
Y trazando soberbios frontispicios
La gran corte hermosea
Con tantos edificios,
Que yo para contarlos desaliento.
Ni te podré pintar aquel portento
De la hermosura, admiracion del arte,
Alcazar suntuoso
Del gran Carlos Augusto y poderoso.
Campear allí se admira
La tirantez vistosa embalsastrada
Del gran lienzo que rasga el ventanaje,
Allí donde á las nubes su homenaje
Levanta audaz la fabrica tremenda

Sobrepujando á algunas;
Allí donde descansa en cien columnas
Fortísimas la máquina estupenda.
No competirla entienda
Choza de mayoral ó lavadero
De rico ganadero
De los de mas copiosa y pingüe hacienda,
Porque es mucho mas grande, á lo que creo,
Que el mayor esquileo
Donde van al esquileo los ganados,
Que vuelven repastados
Del suelo fertilísimo estremeño:
Solamente es menor que su gran dueño.
Las otras dos hermanas,
Con no menor esmero,
Lo figurado dan por verdadero,
Y admirado y celoso,
Amigo Coridon, ¿quién lo creyera!
A mi Dorisa he visto en blanda cera
Tan al vivo copiada,
Que dudé si era propia ó figurada;
Y aunque no en la hermosura,
Solo la distingui por la blandura.
Este arte y la pintura engañadora
En los asuntos dados,
Dejaron los sentidos encantados
Con lienzos que el pincel sutil colora.
Pero ¿quién podrá ahora
Contarte los primores que emplearon,
Con que al grande Velasco eternizaron?
Yo lo he visto pintado y esculpido
Tan bien, que afirmaré que vivo ha sido.
Yo ví, yo ví encrespase el mar undoso,
A quien turbaba intrépido el reposo
Con quillas aceradas
Poco el almirante.
Yo ví á Albermarle fiero y arrogante
Avasallar los muros de la Habana,
De pocos españoles defendidos.
Vi avanzar los ingleses atrevidos,
En ser tantos fiados,
Que en vano contra inmensos escuadrones
Tronaban sobre el Morro cien cañones.
Velasco, el gran Velasco,
Conteniendo su ardor está en la brecha,
Revolviendo la espada portentosa,
Con que á ser viene mucho mas estrecha.
Y en el modelo y tabla primorosa
Tan vivo se veía,
Que aun juzgué le escuchaba
Lo que dicen que dijo en aquel dia:
«No me vereis rendir, fieros britanos,
Por mas que esteis ufanos
Con tanta muchedumbre.
No, no hallareis barata la victoria,
Que hoy será á vuestra costa bien comprada;
Vereis rendir primero
Mi vida que mi espada;
Mi rey, mi religion, mi patria amada
Verán que soy cristiano y caballero,
Y todo el mundo entero
No bastará á rendir á mis soldados,
Curtidos á los hielos y á los soles,
Pocos, pero arrestados,
Y todos verdaderos españoles;
A quien vereis con sangre enrojecidos
Hechos pedazos, pero no rendidos.»
Así el campeon decía,
Y Albermarle esto dijo,
Que allí en un lienzo escrito lo tenia:
«Ya no es hazaña alguna
Vencer la poca y fatigada gente,
Que á nuestros piés ofrece hoy la fortuna.
A ellos, nacion heróica, descendiente
Del valeroso Arturo,
Montad la brecha y coronad el muro,
Que solo guarda un niozo temerario.
Cerrad sobre él seguro,
De que ya no hay defensa en el contrario.
Venguenos hoy la afrenta recibida
De Almansa y de Brihuega,
Las que Italia no niega;

La que fué por el orbé tan sabida,
 Cuando con nuestro oprobio
 Vimos teñirse en la fatal empresa
 Los mares de Tolon con sangre inglesa,
 Por quien se llama el vencedor navarro,
 Con mengua vuestra y mia,
 Marqués de la Victoria de aquel día;
 La que sufrió la cólera anglicana
 En la Cartago indiana
 De aquel español fiero,
 Que aun la envidia le alaba
 (Con vergüenza lo digo), el grande Eslaba.
 Tanta sangre vertida
 De estímulo aquí sirva á vuestro enojo,
 Paguen, paguen su arrojo,
 Por mas que ellos se precien
 Vanamente de estar toda su vida
 Acostumbrados á vencer los moros,
 Y á luchar cuerpo á cuerpo con los toros.»
 Así dijo; y los lienzos figuraban
 El horrible estruendo de la guerra:
 Los tiros se escuchaban,
 Haciendo estremecer toda la tierra,
 Que tembló algunas veces.
 Dicen que eran los ásperos ingleses,
 Escogidos los mas determinados,
 Que en sus selvosos montes,
 Para el duro ejercicio de la guerra
 Alimenta Inglaterra;
 Pero poco les vale allí su saña,
 Porque contienden con la flor de España.
 El capitan Velasco generoso
 La espada esgrime intrépido y fogoso,
 Con asombro y terror del enemigo,
 De cuyos cuerpos muertos ciega el foso,
 De su valor testigo.
 Ninguno aguardar osa,
 Deslúbralos la espada luminosa,
 Que los deja con furia castigados:
 Ellos vuelven el rostro amedrentados
 De tal ferocidad en un mancebo,
 De Marte envidia, y mas galán que Febo,
 Honor de la alta España.
 Arde Albermarle en saña,
 Al ver que un hombre solo,
 Con valor que fué asombro en aquel polo,
 Y con temeridad tan importuna,
 Quiera servir de estorbo á su fortuna.
 Y á Pocok luego ordena
 Que con ronca y horrida armonía
 Dispare la espantosa artillería,
 Diabólica invencion, que un monte allana,
 Y al punto de la inglesa Capitana,
 Con espanto y horror de los triones,
 Tronó toda una andana de cañones.
 El humo y polvo que pintado habia
 Distinguir me impedía
 Lo que ver deseaba:
 Solo ví que llegaba
 La muerte rigurosa
 Al pecho triunfador del gran Gonzalez:
 Gonzalez que en la honrosa
 Faccion no dejó el lado
 De su caudillo amado,
 Tremolando de España los pendones,
 Cuyo valor, del nuevo mundo espanto,
 Hizo á Lóndres cubrir de luto y llanto;
 Hasta que el pecho abierto
 En tierra cayó muerto,
 Vertiendo el alma por la herida fiera,
 Sirviéndole de tumba su bandera.
 El defensor del Morro
 La cabeza en dos partes separada,
 Con un lienzo apretada,
 No se quiere rendir á quien le ruega.
 Por tres veces intrépido se llega,
 Y arroja las banderas anglicanas,
 Las pisa, y enarbola
 La bandera española,
 Que Gonzalez tendió á las auras vanas;
 Y envidioso Velasco de su suerte,
 Se abalanza á encontrar la hermosa muerte,

Que halló en la multitud de los britanos.
 ¡Oh diehosos hispanos!
 Si algo pueden mis versos, del olvido
 Será vuestro gran nombre redimido,
 Obedeciendo á Carlos,
 Aunque al son de zampoña,
 Con tan sonora voz, que tenga Homero
 La ventaja no mas de ser primero.
 ¡Oh Carlos! que á mi pecho fatigado
 Das nuevo aliento habiéndote nombrado!
 Tú el mérito premiaste;
 De tu piedad mi musa ha adivinado,
 Que pues el premio al mérito acompaña,
 Vuelve el siglo de Augusto á nuestra España.
 Y si de Alcides coronó la frente
 La antigüedad, porque limpió el inmundo
 Establo de Augia, ¡cuántas mas razones
 Hay para que inmortal tú te coronas,
 Pues has tu patria ya purificado!
 Empeño reservado
 A tu constancia solo,
 En vano pretendido
 De cuantos en tu cetro han precedido.
 Animo, pues: yo cantaré gustoso
 A la sombra tendido
 En tu Aranjuez, poblado de frondosos
 Arboles, que respiran por las hojas
 No de amor las congojas,
 Pero si tu gobierno esclarecido;
 Ni tus virtudes dejaré olvidadas,
 Cuando cante las Indias conquistadas.
 Corre, tiempo veloz. ¡Oh insigne Carlos!
 Tus méritos yo propio he de cantarlos,
 Yo seré tu poeta:
 ¡Oh Carlos, gran monarca augusto y pio,
 Oh Carlos, dulce íman del canto mio!

CORIDON.

Tente, Lucindo, espera: ¿á qué regiones
 Te remontas de Febo trasportado?
 ¿De qué nuevo furor arrebatado
 Tu espíritu se inflama?
 Un pastorcillo, que en menuda grama
 Se recuesta á cantar, no así debía
 Prorumpir con osada fantasía
 En son de guerra, y tanto
 Que entre las armas y el horrible estruendo
 De las trompetas suena ya tu canto.
 Parece, que oyendo tu zampoña,
 Escucho la bocina resonante
 Del ciego esmirno, que cantó inflamado
 La cólera de Aquiles indignado.
 O pienso oír absorto
 A esotro mantuano,
 Que con favor del grande Octaviano,
 Dejadas las camenas sicilianas,
 Cantó con voz y espíritu divino
 Las armas y el varón que á Italia vino.
 O escuchar me parece
 El estruendoso y bélico aparato
 Con que suena la trompa de Torcuato.

LUCINDO.

No, Coridon, te espante,
 Que yo á tu parecer tan alto cante,
 Que un grande asunto heroico
 No es posible cantarse bajamente,
 Aunque un vaquero humilde hacerlo intente;
 Y estoy avergonzado,
 Porque el objeto es mas que lo cantado.

CORIDON.

Pues ya que la academia
 El trabajo tan bien, cual dices, premia,
 Lucindo, á los zagales encargadas
 Dejemos las vacadas,
 Y vamos en su número á alistarnos,
 Para en las nobles artes emplearnos.

LUCINDO.

Dices bien: vamos pues; y tú, famosa
 Academia feliz, por quien se allana

La juventud ardiente castellana
A desterrar el ocio
Con el sutil diseño,
Que luego sirve al militar empeño,
Perdona la osadía
Del que si mas supiera, mas haria
Por solo celebrarte.
Admite pues los rústicos loores,
Rústicamente dados
Del mayor de tus siempre apasionados,
Del menor de los árcades pastores.

~~~~~

## ELEGIAS.

## I. A la muerte de la serenísima señora doña Marta Luisa, archiduquesa de Austria, hija del serenísimo duque de Parma.

¿De cuál generacion será engendrado?  
¿De qué tigre fierisima de Hircania  
Habrá sido en su infancia alimentado?  
¿De cuál dragon, de qué leon de Albania,  
El que no sienta el corazon rompido  
Del gran dolor que afflige hoy á Alemania?  
La tierra un mar de lagrimas ha sido,  
Eco triste en los montes no reposa  
Repitiendo el suceso con gemido.  
Murió Isabel, murió la mas hermosa  
Beldad feliz, que en sus augustos lares  
Produjo á Parma España belicosa:  
La princesa de gracias singulares,  
La hermosura del orbe idolatrada,  
La ninfa celestial del Manzanares.  
¿Quién creyera, que allí la muerte airada  
Se atreviera á dar golpe no debido  
Con su guadaña trémula afilada?  
¿De qué á la tierna infanta le han servido  
Las águilas feroces del imperio,  
Ni de Francia el ejército temido?  
Ni la bastó á librar del cautiverio  
El poder del gran tío, que se estiende  
Desde este hasta el antártico hemisferio.  
¿Oh muerte inexorable! ¿qué te ofende  
Nuestra vida, el gran bien de los humanos,  
Que tu envidia usurpárnosle pretende?  
Arrebataste con injustas manos,  
Y sin tiempo, la flor mas delicada,  
Que prometió los frutos mas lozanos.  
Quedóse Europa atónita y pasmada  
Al ver tu crueldad, y el caro esposo  
Llama en vano á la esposa regalada.  
Sin alivio, esperanza ni reposo,  
Inconsolablemente el lecho frio  
Le es campo de batalla riguroso.  
El alma exhala en uno y otro rio,  
Tiende los dulces brazos enseñados,  
Y solo halla el lugar triste y vacío.  
Los mancebos, dejando otros cuidados,  
Se conduelen, ó jóven, cuando llamas,  
Y atienden á tu lloro lastimados.  
Las rubias trenzas (que de amor son llamas)  
Descompuestas, lloró el caso Viena  
Con los ojos azules de sus damas.  
Las ninfas del Danubio, y las del Sena,  
Y aquellas del Eridano, que vieron  
Del loco Faeton la triste escena,  
Señas de su dolor acerbo dieron  
Con llantos y suspiros encendidos,  
Que á los montes sin alma enternecieron.  
Llorad, Venus, llorad; llorad Cupidos,  
Y cuanto el orbe tenga mas hermoso  
Los juveniles rayos estinguidos.  
El mismo arco de Amor triste y lloroso,  
Roto el arco, la aljaba sin provecho,  
La antorcha sin reflejo luminoso,  
Hiere con tierna mano el blanco pecho,  
Muere de enojo, angustia y desvario,  
Y aun es extremo corto al daño hecho.

Y vosotras, ó ninfas de mi río,  
Que humildes la arrullabais en real cuna,  
Llorando acompañad el canto mio.

Vosotras, que lograsteis la fortuna  
De oír del tierno labio balbuciente  
Su voz angelical como ninguna,  
¿Cuántas veces la dió vuestra corriente  
Conchas, y caracolas, y corales,  
Que fué su diversion tan inocente?

Vuestras anchas praderas desiguales  
Vieron armar sus ojos de atractivo,  
Que aun temieron los dioses celestiales.

Aquí empezó á vibrar el fuego activo  
De sus divinos ojos, que ya ahora  
De envidia á las estrellas son motivo.  
Aquí cual la Diana cazadora  
Del Eurota en la márgen florecida,  
O del Cinto en la cumbre que el sol dora,

Ejercita las danzas divertida,  
Menospreciando amores y querellas  
De mil ninfas y vírgenes seguida.

Así con hermosísimas doncellas  
Estas riberas hizo afortunadas,  
Causando admiracion á las mas bellas;  
Y bordando las telas delicadas  
Con aguja sutil pintó la historia  
De su estirpe y empresas señaladas.

Con las alas abiertas la victoria  
De laurel coronaba á sus abuelos,  
De sus soberbios triunfos en memoria.

Pintaba los infieles por los suelos  
De nuestras armas al rigor llevados,  
Que auxiliaron tal vez los mismos cielos;  
Mas ya contra nosotros enojados,  
Mostraron su rigor severamente,  
Dejándonos de tanto bien privados.

Pero si algun remedio se consiente,  
Solo es pensar que el alto firmamento  
Por astro la conserva eternamente.

Y postrados al regio monumento  
Verbena, apio, ciprés y boj publiquen  
Por última fineza el sentimiento.

Y nuestros votos tímidos supliquen,  
Que el funesto lugar jamás se vea  
Sin lágrimas, que allí se multipliquen,  
Y que la tierra al cuerpo leve sea.

## II. A la muerte de la reina madre doña Isabel Farnesio.

¿Cómo es posible que permita el llanto  
Lugar para la voz? ¿Como la pena  
Podrá calmar un poco en tal quebranto?

De lágrimas la tierra miro llena,  
Con suspiros y afán se enciende el viento,  
Quejido ronco en todo el orbe suena.

La invicta España con funesto acento  
Llorando está angustiada y dolorida,  
Rasgado el preciosísimo ornamento.

Sin su reina está ya muy afligida,  
Y trastornada la diadema augusta  
De tan grandes imperios guarnecida.

Del leon fiero la altivez robusta  
Yace mustia á sus piés aletargada,  
Con espantable faz, triste y adusta.

La Europa melancólica, enlutada,  
Tambien llorando, consolarla intenta;  
Mas no su allicion es para aliviada.

El padre Tajo, en vista macilenta  
De sus ojos con tórbidas corrientes,  
Su muy triste raudal llorando aumenta;

Taray morado y hojas diferentes  
De negros olmos ciñen su cabeza,  
Trastornadas las urnas de sus fuentes.

¡Oh Tajo! ¡Oh Tajo! ¡Oh bárbara aspereza  
De tus riberas lóbregas, adonde  
El oro con la arena se tropieza!

Funesto bubo y cábaro responde  
Con agüero á mi voz: ¿en dónde, dime,  
Mi gran reina augustísima se esconde?

¡Oh muerte horrenda, de rigor sublime!



¡Oh inexorable, injusta, temeraria,  
Bárbara, indigna, que á la vida oprime!

¿Qué has hecho, fiera, á nuestro ser contraria,  
Furia implacable? ¿sabes lo que hiciste?  
De todas tus crueldades la sumaria.

¿A la escelsa Isabela te atreviste,  
A la heroína augusta y escelente,  
Que en campo celestial de luz se viste?

Con esto has dado muestra solamente  
De ser rigurosísima tirana,  
Y de ser tu guadaña omnipotente.

El despotismo, que en la especie humana  
Ejerce tu impiedad, yo no creía  
Que alcanzase á mi reina soberana.

¿Quién pensara que tanta tiranía  
Se pudiera entender con tal persona,  
Y con quien tal rigor no merecía?

A la alta, á la católica Belona,  
Que aun mas que de victorias, con ser tantas,  
Ciñó de sus virtudes la corona.

A aquella heroína, cuyas regias plantas  
Besaron las mas bárbaras naciones  
En honor de las cruces sacrosantas.

Aquella, que de España los pendones  
Hizo mil veces tremolar triunfantes,  
Produciendo en el orbe admiraciones.

Sus hechos con trompetas resonantes  
Publicará la Fama en todo el mundo,  
Y atenderán los siglos mas distantes.

Cantará Apolo en impetu fecundo  
Las heroicas magnánimas acciones  
De su valor y espíritu profundo.

Ya les faltó el asombro á las naciones,  
Faltó su reina á la triunfante España,  
Estringido el mayor de sus blasones.

Tú, muerte alevé, con injusta hazaña,  
Manifestaste el impetu inclemente  
Del bárbaro poder de tu guadaña.

¡Oh muerte inicua! deja que reviente  
Mi dolor en baldones y en ultrajes  
Contra tu infame cólera insolente.

¡Oh inicua, á decir vuelvo! ¿en qué parajes  
Del ámbito terrestre no lloraron  
El funebre rigor de tus carcajes?

Del Tajo las orillas resonaron  
Con eco femenino y tierno lloro,  
Y atónitas las hondas se pararon.

Donde entre el agua al mar vacía un tesoro,  
Y la augusta Lisboa se engrandece,  
Se oyó llanto tristísimo y sonoro.

Y la alta Italia, que inmortal florece,  
¿Cuantos suspiros desperdicia al viento!  
¡Ay, cómo sin consuelo se entristece!

¿Quién bastará á contar el triste acento  
Con que la ninfa real del Arno llora,  
Del Arno que resuena en fiel lamento?

Ni el Sebeto, ni el Pó pueden ahora  
Contener los dos pechos varoniles  
De aumentar su corriente brillante.

Pero la suma de tus hechos viles,  
Mayor que el consentir que á Polixena  
Degüelle Píro al tûmulo de Aquiles,

Fué, pareo horrible, con inmensa pena,  
De la hija amada, y en Saboya amable,  
Amortiguar la luz clara y serena.

Cuando no licieras, muerte detestable,  
Mas que esta sola infamia, ella bastara  
A acreditarte infiel y abominable.

¿Cuál será el gran dolor de la hija cara?  
Dos vidas bellas una nueva impía  
Amenazando está con ira rara.

Huérfana está: ya no como solia  
La escribirá escribiendo tiernamente:  
¡Ay, qué pesar! Querida madre mía.

¡Hallará acaso furor, para que cuente  
De aquel día fatal, triste y horrendo  
El lûgubre catástrofe inclemente?

Cuando la imâgen de su horror tremendo  
Con pavor se presenta á mi memoria,  
Tiemblo de horror tal cosa reliviendo.

¿Cuál impetu se atreve á la alta gloria  
De ser el coronista dignamente

De tan funesta y lamentable historia?

El Aranjuez sagrado y floreciente,  
Que un tiempo á las delicias lisonjero,  
Hizo que Chipre y Ménalo se afrente,

Con eco dolorido y lastimero,  
Al valle averno en quejas semejava,  
Y aun le escedió en martirio mas severo.

Es fama que la ninfa que se lava  
Del turbio mar de Antigola en las fuentes,  
Entre el musco y verdin llorando estaba.

Y á las del real verjel tan escelentes,  
O envié sus aguas negras y sangrientas,  
O retiré del todo sus corrientes.

Las bóvedas fortísimas que asientas  
Sobre tus muros, inclito palacio,  
Sonando están con quejas muy violentas.

Así el de Dido, en muy pequeño espacio,  
Se anegó en lloro, y en clamor confuso,  
Cuando el hijo de Anquises huyó al Lacio.

Y el alcázar de Troya, al ver intruso  
Tanto escándalo, al fin del engañoso  
Cerco que el griego ejército le puso;

Cuando huyendo Polites presuroso  
Del rubio hijo de Aquiles implacable,  
Al padre anciano acude temeroso:

Y él con la espada argólica espantable  
En los brazos paternos le degüella,  
Y esclama ansioso el viejo miserable.

Y oyendo su justísima querella,  
De Hécuba el ruego, el lloro y el regazo,  
Y los sacros altares atropella.

No fué menos crûel aquí tu brazo,  
Pérfida muerte, cuando de tal vida  
Cortó tu filo corvo el firme lazo.

Si el ser omnipotente y atrevida  
Quieres que te concedan los nombres,  
Haz que mas justa accion tal hombre pida.

¿Por qué no echas del mundo á los tiranos,  
Que arman soberbios de traidor acero  
Las robadoras execrables manos?

Este si fuera triunfo verdadero,  
Limpiar de monstruos bárbaros el mundo,  
Restaurando el candor que hubo primero.

Mas ¿privarle con ceño furibundo  
De su mas grande bien! ¿Cómo afrontada  
No te sumerge el bátrato profundo?

¿Qué te hizo mi gran reina? ¿Por qué airada  
Usaste tal rigor? ¿Qué te ha ofendido  
Toda Europa, que está desconsolada?

Al monarca español te has atrevido:  
¿No sabes que este golpe le ha tocado,  
Y lo mas tierno al corazón le ha herido?

Menos, menos le hubieras perturbado,  
Si todo un mundo conmovido hubieras  
Con inmensas naciones conjurado.

¡Oh la mas rigurosa de las fieras!  
¡Ah, cómo te arrepientes temerosa,  
Y te ocultas del Lete en las riberas!

Pero si sorda estás, ¿cómo afrontosa-  
mente te nombro, aun para abominarte?  
Bate las alas, y huye, negra diosa.

Y á ti, reina, me vuelvo: hoy quiero hablarte  
La vez postrera: Tú, tú te has huido,  
Que nadie se atreviera á molestarte.

¿A dónde vas? ¿Tan mal te hemos servido?  
¿Así dejas tus hijos y criados  
En desconsuelo y en eterno olvido?

Ya de madre los nombres regalados  
En la boca de Luis no escucharemos,  
De Luis, el Benjamin de tus cuidados.

¡Ah, qué presentes tengo los extremos  
Con que á tu estancia sin entrar miraba!  
Nosotros consolarle no podemos.

Al rey tristes noticias le anunciaba:  
Enterneciése el héroe poderoso,  
Y un mundo y otro atónito temblaba.

Fué aquí bien menester su portentoso  
Corazón. ¿Callaré? Decidlo, Musas,  
Que no es tanto mi aliento sonoro.

Un mar fué el rio en lágrimas difusas:  
Tus nîtos de pesar se desataron  
En quejas lamentables y confusas.

Los ojos de la infanta, que enseñaron  
A amar honestamente, vi llorosos;  
Diluvios de los nuestros reventaron.

Y aquellos soberanos y amorosos,  
Con que hace en un mirar con señorío  
La deidad del Eridano, dichosos,  
Templaron el espíritu y el brio,  
Y asomándose están lágrimas bellas,  
Como en la concha el oriental rocío.

La hermosa juventud de tus doncellas,  
Como las Drias por Orfeo en llebro,  
Con sus manos ajaron las estrellas.

La niufa celestial, que yo celebro,  
Ya no atiende con párpados enjutos  
De mi canto amoroso al dulce quiebro.

Tus damas, ya arrastrando largos lutos,  
Los arrugan en lágrimas bañados;  
Que estos te son justísimos tributos.

El muy fiel escuadrón de tus criados  
Estábamos allí por los rincones  
Soñolientos, rendidos, trasnochados.

Las largas noches, llenas de aflicciones,  
Llevábamos á bien : ¡ Oh tiempo breve !  
¡ Oh si duraras siglos á millones !

¡ Ay, cómo nos volvimos con pié leve  
Sin ti divisos, del dolor trasuntos,  
Cual grey sin el pastor, que paze nieve !

¿ Cuando nos volveremos á ver juntos ?  
Sin duda no será hasta aquel gran valle  
Donde se juzguen vivos y difuntos.

¿ Para esto tanto afán ? ¿ Y que yo calle  
Sera posible ? Que si el cielo puede,  
No quiere el cielo á mi alma alivio dalle.

¿ Después de tanto afán esto sucede ?

¡ Este es de nuestros males trabajosos  
El premio que la suerte nos concede ?

Cuando miro tus ricos y preciosos  
Ornamentos, y alhajas celebradas,  
Que harán á los monarcas envidiosos,

Las piedras del Mogol tan estimadas,  
Sin poderme templar digo llorando :

¡ Oh dulces prendas por mi mal halladas !

¡ Ah! infiel memoria ! Yo me acuerdo cuando

A tus augustos piés te las servía :

¿ Por qué ahora no lo estoy ejecutando ?

¿ Quién usa de tan grande tiranía !

¿ Así nos dejas, y te vas, Señora ?

Ya escuchar no te agrada la voz mía.

Algun tiempo juzgástele sonora :

Yo fui tu cisne : ¿ quién me lo dijera,

Que hubiese de cantar tu muerte ahora ?

Esta es, sin duda, mi oblacion postrera,

En pago de mil bienes : ¡ Oh ! taladre

Me angustia el corazón, y al punto muera.

Cantaré tu piedad mas que de padre,

Pues tanta fué, que dudo agradecido,

Si canto á mi señora, ó á mi madre.

Después, augusta reina, que te has ido,

No ha visto España el rostro á la alegría,

Tiniebla por el cielo se ha esparcido.

Me citara perdió la melodía,

Vuelta en lúgubre son, ronco mi acento,

Ya no puedo cantar como solía.

¿ Cuánto mandabas desde aquel asiento ?

Sacra historia, dame otra semejante,

Veremos si es verdad lo que yo cuento.

¿ Qué dirá Eresma fiel, cuando levante

La cabeza en sus urnas recostada,

Al verte así quien te miró triunfante ?

¿ Estos dones al Tajo enviar le agrada ?

¿ Cuántas veces la vi (dirá) valiente,

Desgreñando al brido la crin rizada ?

Cual Berecintia con torreada frente,

Por Helesponto va en los frigos carros,

Y en torno tanto dios su descendiente;

Así desenterrando los guijarros,

En la caza la vi ensayar la guerra

Que ejerció con alientos tan bizarros.

Grande amazona, ornato de esta sierra,

Católica Cibeles parmesana,

Y madre de los dioses de la tierra.

Mientras dure la cumbre carpentana,

Mientras yo lave el tûmulo reciente,  
Durará tu memoria en la fe humana.

¡ Ah, cómo triste agüero bien patente  
Ominoso anunció también ruina,  
Si no fuese liviana nuestra mente !

Yo vi serpentear roja culebrina,

Y un cometa : graznó con ronco gajo

La siniestra corneja en hueca encina,

Donde se abrazan en el hondo bajo,

Entre ova y limos (trasponiendo Apolo),

Las ninfas de Jarama y las del Tajo.

Vi, yendo por el bosque triste y solo,

Que las verdes doncellas levantaban

Un cristalino y grande mauseolo.

No entendí para quién le dedicaban;

Solo oí con asombro, que llorando

Las ninfas en el hondo susurraban.

Entonces vi, que una águila chillando

Deja los tristes pollos con nancillas,

Y se remonta al cielo revolando.

Atónito con tantas maravillas

Quedé inmóvil con huella tembladora,

Las lágrimas están en mis mejillas.

Divina Elisa : pues el cielo ahora

Te consiente mirar el ancho suelo,

Desde Cádiz al Ganjes, y la Aurora;

Pues que te es dado interceder que al cielo

Vamos á verte, ruega te veamos,

Que es en tal pena el único consuelo.

Arboles mustios de marchitos ramos,

Fresca ribera, diáfana corriente,

Grata una y otra á los silvestres gamos;

Surtidor ronco de marmúrea fuente,

Bosque opaco, palacio farnesino,

Tibre romano, honor de aquella gente,

Vosotros, que pasáis por el camino,

Al ver la alta pirámide espantosa,

Suspendete, extranjero peregrino.

Gran semideo, alto hijo de la diosa,

Carlos agosto, calma en tantas penas,

No desmayes á España poderosa.

Vosotras, Gracias, dadme á manos llenas,

En canastillos de purpúreas flores,

Mirtos, aromas, lirios y azucenas.

Y tú, enseñado á trágicos amores,

Pobre instrumento, queda eternamente

Por lo cantado, no por tus primores,

De un fúnebre ciprés aquí pendiente.

### III. A las niñas premiadas por la Sociedad económica de Madrid en la distribución de 1779 (\*).

¿ Habiéis ya, padres de la patria, dado

El premio justo, el galardón debido,

Que la virtud y el mérito han ganado ?

¿ Habiéis ya con preseas distinguido,

Y con preciosos dones este coro

De vírgenes hermosas escogido ?

¿ Habiéisle honrado con gritar sonoro,

Venciendo sus elogios las arenas

Del mar que baña desde el indio al moro ?

¿ Están de joyas y de gozo llenas,

Como en Elis los fuertes luchadores

De las pitias y olímpicas faenas ?

¿ Confiesa el mundo ya con mil loores

Cómo el brazo español sabe igualmente

Rendir monarcas, que ejercer primores ?

Pues si nadie verdad tan evidente

Hoy ya disputa, ¡ oh sacra poesía !

Baja del cielo á iluminar mi mente.

Baja, y dame tu voz, que este es mi día,

Y si yo no levanto á las estrellas

A ese hermoso escuadrón, lo extrañaría.

Mi verso aspira á celestial por ellas,

(\*) Bajo este título, no muy conforme con su asunto, leyó el autor en 1779, pocos meses antes de su muerte, esta composición, que merece conservarse siquiera por las muchas noticias eruditas que encierra sobre las antigüedades madrileñas. Púsole algunas notas aclaratorias, que ampliadas después por nuestro amigo don Ramon Mesonero Romanos, reproducimos también como objeto de interesante curiosidad.



Por ellas soy en Maredit (1) nombrado  
El honesto cantor de las doncellas.

Y pues yo falto solo, y escuchado  
Soy, gremio escelso, y el oído inclinas  
Al eco que otra vez has celebrado;

Repitió sus virtudes peregrinas,  
Como cuando á la cítara española  
Puse aquí cuerdas griegas y latinas.

Y porque no lo goces, Madrid, sola,  
Y vuele su virtud por do triunfante  
El pabellon de Carlos se tremola;

La amiga musa en patrio verso cante  
A despecho de espíritus malignos,  
Y de la envidia, que rabiando aguante.

Ya con influjos que vertió benignos  
Sesgó el zodiaco iluminando Febo  
Las doce casas de los doce signos:

Después que á impulsos del bonroso cebo,  
De mano femenil vimos primores,  
Que estimularon á trabajo nuevo;

Cuando la fama en ecos voladores  
A nuevo empeño á la palestra llama  
Al virgíneo escuadrón y sus labores;

Las niñas españolas, que la fama  
A ejemplo de sus padres apetece,  
Arden en fiel pudentosa llama.

De Minerva al estrépito se ofrecen:  
Alzó la frente el patrio Manzanares,  
A quien lirios entre álamos guarnecen;

Y vió, no sin asombros singulares,  
En sus hijas la célica hermosura,  
Con quien no es justo, ó Venus, te compares.

Vió la gala, el donaire y compostura,  
La gracia inimitable que enamora,  
Y al na mas que de humana criatura.

La pompa y garbo, y la invención señora,  
El modo, el atractivo y cuanto encierra  
La estrema perfeccion encantadora.

No creeré que eran ninfas de otra tierra  
Las que hicieron los dioses animales,  
Y á las diosas con celos cruda guerra;

Sino nacidas junto á los umbrales (2)  
Que el rey Leon de Armenia un tiempo habita  
Con pozos de agua dulce y pedernales.

Donde reina el esmero y esquisita  
Discrecion y lindeza cortesana,  
Con fuerza que arrebató y precipita.

No hechizos dieron en la edad anciana  
Las de Tiro y Sidon (3) mas halagüeños,  
Ni hoy belleza de Persia ó georgiana.

Si esto juzgais de la pasión empeños,  
Confesadlo, extranjeros, abrasados  
Al volcán de los ojos madrileños.

Mas tales dotes, aunque no negados,  
No admiran tanto al carpentano río  
Como el verlos tan bien aprovechados.

Pues sin virtud es todo desvarío:  
¿Ni de qué sirve cuanto acopia el cielo  
En los mortales con influjo pio?

La virtud, el trabajo y patrio celo  
Movieron á las niñas inocentes  
A la contienda y laborioso duelo.

Vinieron de los barrios diferentes  
De Mantua, emperatriz de entrambos mundos,  
Reina augusta y señora de las gentes.

Vinieron con semblantes pudibundos  
Las que habitan al austro, donde (4) lava  
Los piés el agua de árboles fecundos.

Ninguna de estas fué del ocio esclava,  
Y antes que suba á la piadosa escuela,  
Diestra en tejer cordones, los acaba.

Ni las que miran de *justar la Tela* (5)

Faltan, ni las que están acia los juegos (6)  
De Rufina y Campillo de Manuela.

Desde allí hasta la cuesta de los Ciegos,  
Y la calle (7) á quien dieron nombradía  
Perdida Rodas, fugitivos griegos.

Las que el cristal del Ave de María  
Beben muy puro en misteriosa (8) fuente,  
Las de la nueva y vieja Moreria.

Tambien vosotras, que el salitre (9) ardiente  
Veis destilar en el reciente hornillo,  
Y los baños (10) de fábrica reciente.

De la Huerta del Bayo (11) y del Cerrillo  
Vienen, y del corral de las Naranjas,  
Y del moro Alanin (12) y hoy Alamillo.

Estas saben tejer flecos y franjas,  
Obra morisca, y saben que el juzgado  
Suyo allí estuvo entre el arroyo y zanjas.

Tú, labrador (13) divino, que has sacado  
De la Almudena el agua á maravilla,  
Como el trigo en su cubo reservado:

Enviaste de tu calle y la Vistilla  
Niñas honestas en virtud iguales,  
Y de los Torrejones (14) de la Villa.

Ni holgaron con el fresco en sus portales  
Las que de San Cebrian la antigua (15) ermita  
Buscan en torno, y no hallan las señales.

Ni del ciego Alcorán ven la mezquita (16)  
Que ya el apóstol príncipe mejora,  
Ni del maese (17) Hazán la obra esquisita.

Tambien llegaron á la primer hora  
Las del Cerrillo (18) de la Cruz, que atruena  
Con ridícula farsa que desdora.

Y de la plazoleta donde suena  
Solo el nombre del Angel (19), que es segura  
Menos que aire la fábrica no buena.

Las de la fuente (20) que condujo el cura  
De Colmenar, se ofrecen placenteras,  
Y de la calle que por teson dura (21),

Y de la de las Conchas (22) ó Veneras  
Con su casa hospital de Peregrinos (23),  
Pues no hay vagas hipócritas romeras.

El profundo arenal (24), que dió caminos  
Al agua, y dió llanura, que no había  
Tragando en sí los cerros convecinos,

Es ya calle que niñas mil envía,  
Y es casa (25) de doncellas laboriosas  
La que lo fué de vil mancebería (26).

Dos calles (27) remitieron presurosas  
De sus pueblas las castas inocencias;  
Y tres (28) Cavas sus hijas oficiosas.

Y el pretil y escarpadas eminencias  
Del Castillo (29) y Estudio, porque el moro

(6) Junto á las monjas Trinitarias.

(7) Calle de Rodas.

(8) Fuente del Ave María, nombre dado por el beato Simon de Rojas á la calle y barrio de donde espulsó á las prostitutas, y por esto se llama de San Simon la calle que está enfrente de la fuente.

(9) Nueva fábrica de salitre, junto al portillo de Valencia.

(10) Baños de Berete.

(11) Del clérigo don Francisco del Bayo, junto al sitio que ocupa ahora el Casino de la reina.

(12) Allí estuvo el Alamin ó tribunal de moros.

(13) San Isidro.

(14) Junto á San Francisco.

(15) Entre San Sebastian y Santa Cruz, frente á la Trinidad.

(16) Hoy parroquia de San Pedro.

(17) Solo se conserva en el hospital de la Latina una escalera y la puerta de este arquitecto moro.

(18) Hubo allí sobre un cerrillo una cruz, que dió nombre al corral hoy teatro.

(19) Hubo allí ermita del Angel de la Guarda.

(20) Fuente del Cura.

(21) Calle de Aunque-os-pese, Enhora-mala-vayas, y Sal-si-puedes, por las disputas que hubo sobre vender el terreno.

(22) Casa de las Conchas, que fué hospital de peregrinos.

(23) De ahí la denominación de la calle, por dirigirse á dicho hospital.

(24) La calle del Arenal se terraplenó con lo que desmontaron de la de Jacometrezo y otras.

(25) En la calle de Toledo.

(26) La mancebilla estaba en la calle de la Duda, frente á las covachuelas de San Felipe ya derribadas.

(27) Calles de la Puebla, nueva y vieja. Las Pueblas fueron hechas por don Joaquin de Peraltá.

(28) Alta, Baja y de San Miguel.

(29) Donde está hoy la plazuela de Ruveque y parroquia de San Nicolas.

(1) Maredit, Majerit, Mantua ó Madrid.

(2) El rey don Juan el I cedió esta villa al rey don Leon de Armenia, año de 4385.

(3) Ciudades de Fenicia, famosas por la púrpura *álaba*, restaurada en España á costa de las investigaciones y desvelo de don Juan Pablo Castañals, barón de la Vall-Roja, según consta de las Memorias que ha publicado, como director general de lites del reino.

(4) Barrio de Lavapiés ó Avapiés.

(5) Fuera de la puerta de Segovia, á la derecha.

Te llamó, ó Maredit, madre de ciencias ;

Presentaron sus niñas con decoro,  
Que se admiran de oír en su barrada  
Cómo retumba el cóncavo sonoro.

Y es que allí la Alcazaba torreada  
Un tiempo fué del moro y el cristiano  
Con minas (30), silos, cuevas y escapada,  
Que duran á pesar del tiempo cano,  
Y cuatro torres (31) en la casa antigua,  
Obra real á estilo castellano.

Moslema (32) tuvo habitacion contigua,  
Sabio astrólogo moro, en Majerito,  
Que los hados futuros averigua.

Entre cercas de fuego en tal distrito  
Al rey (33) hallaron los embajadores  
Sobre un leon con ánimo inaudito.

Y por el aire y situacion mejores  
Luego en la torre (34) de Hércules, robusto  
Palacio deja que el dragon (35) explore.

Y Carlos quinto, emperador augusto,  
La dió su nombre, y el que vive, y viva  
Desde ella manda con imperio justo.

Decidiendo con rayo ó con oliva  
De la suerte del orbe, y los mortales  
Al universo que en su apoyo estriba.

Las que junto á las termas (36) minerales,  
Que tuvo Majerit antiguamente

Con pilas de fogosos pederuales,  
Viven, dejaron el metal luciente,  
O calle (37) rica, que del trasmierano  
Herrera ves la segoviana puente.

Y vinieron tambien del altozano,  
Que fué campo del rey, hoy su armería (38),  
Y del porton de Balnadú (39) africano.

No las detuvo la alta valentía  
Del gran Palacio, ni la nueva (40) puerta  
De Castilla, sus fuentes, y ancha vía.

Ni el justo elogio dejará encubierta  
La virtud de vosotras, que habitando  
Junto al pozacho (41), trabajais alerta ;

Ni la que ve que ya no están manando  
Los Caños del Peral, antiguamente  
De Paraillo, queda en ocio blando.

O las que labran junto la eminente  
Atalaya deshecha, que á su calle  
Nombran de Espejo (42) equivocadamente.

Ni á las que aparta el legamoso valle  
De Leganitos con su alcantarilla (43),  
Ya llana (44), teman que mi verso calle.

¡Oh, monte espeso de la Ursaria villa,  
Quinta del rey don Pedro, donde yace (45)  
La luz del candilejo de Sevilla !

Tu gran barrada, que añadir le place  
Al segundo Filipo en anchurosas  
Calles que forma, y mil cruceros hace,

Envío niñas honestas y hacendosas,  
Que acia el ártico polo están mirando  
Al dragon enroscado entre las osas.

Ni dejarán mis versos de ir loando  
Las que, hechas las hazanas de su casa,  
De Maravillas (46) vienen en fiel bando.

Y del Barquillo, término (47) que pasa  
De Vicálvaro al tuyo, que algun día,  
¡O patria humilde! en tierra fuiste escasa.

Aguardad, que ya va la musa mía  
A celebrar las de la Red (48), en donde  
El ganado en un tiempo se vendía.

Ni en silencio pasarte corresponde  
Gran (49) calle, andén de Olivo jebuséo,  
Que hoy tanta regia máquina le esconde.

Tus hijas llegan con feliz deseo,  
Que ven venir al sol del claro oriente,  
Las damas de los toros y el paseo.

Ningun precepto hara que yo no cuente  
A las que suben de la Redondilla (50),  
De mil niñas verjel antiguamente ;

Porque en el tiempo que ensanchó la villa,  
Y fundó el monasterio (51) edificado  
Del rio al paso en la juncosa orilla,

El Cuarto Enrique en el antiguo Prado  
Hizo ruar las damas muy galanas,  
Y allí su caballero amarcelado :

Ellos en potros, y ellas en lozanas  
Mulass con sus gualdrapas, andariegas,  
Y con sillass jinetas y rudanas.

Mas aunque ¡oh tiempo! todo lo trasiegas,  
No evitarás por mí ser alabadas  
Las de otras calles, cuyo autor no niegas.

De Jácome de Trezo (52), y las barradas  
De Juanelo, del de Alba, del Bastero,  
De las Urosas y las Maldonadas.

Muchas vienen tambien del Mentidero (53),  
De las Damas (54), plazuela de Moriana,  
Eras de San Martín, que fué primero.

Los Fúcares de Jénova (55), y la anciana  
Permision de los Francos, y de oriente  
La abada horrenda (56), ú elefanta indiana,

Dan á sus calles nombre permanente,  
Que hoy le afirman las niñas sus vecinas,  
Con el de los Octoes (57) juntamente.

Y las que llenan alcarrazas finas  
De agua en Puerta-Cerrada, y de Toledo  
En la calle, San Juan y Cuatro Esquinas.

Suplid, señores, que olvidar no puedo  
De Atocha la ancha estrada, y la pequeña  
Calle del Niño, en que vivió Quevedo (58) ;

Ni la oculta plazuela (59), cuya leña  
Allí trajeron mil carreterías,  
Como el nombre en la calle nos lo enseña.

Los comuneros, en turbados días  
Por aquí vieron de la villa el foso  
Contra la rebelion y tropellías.

Después siguiendo el tiempo belicoso  
El gremio la ocupó de broqueleros (60) :  
Ya no usamos adorno tan honroso.

Las madres, que habitando en los cruceros,  
De la Puerta del Sol ven el gentío,

(30) Hay allí profundas minas y escapes.

(31) Distintivo de casa real.

(32) Moslema, natural de Madrid en tiempo de moros. (*Biblioth. Arab. Hisp.*)

(33) Don Juan II, como lo dice Juan de Mena.

(34) La torre de Hércules, que luego se llamó de Carlos V, es la del Parque en el antiguo palacio.

(35) Armas antiguas de Madrid.

(36) Debajo de donde hoy es casa de los Consejos estaban los baños de Madrid, en la calle de Segovia, mas abajo de la parroquia de San Pedro.

(37) Calle de Segovia y casas de Moneda.

(38) Allí estuvo el santuario de Nuestra Señora de la Caridad, que después se unió á la cofradía de la Paz.

(39) Puerta de Balnadú, estaba junto á la calle del Tesoro.

(40) Obras sumptuosas del rey Carlos III, puerta de San Vicente, camino de la Florida.

(41) A la calle de los Tintes.

(42) *Speculum*, hoy del Espejo.

(43) Leganitos ó Leganes, quiere decir *huertas* ó *de las huertas*, de la palabra árabe *alghannet*, *alghannit*.

(44) De orden de don Manuel Ventura Figueroa, gobernador del concelho.

(45) En el convento real de Santo Domingo.

(46) Barrios de Madrid.

(47) Fué de Vicálvaro.

(48) Red de San Luis. Llamábanse *red* los parajes en que se vendía el pan y otros géneros, por estar dentro de rejas de hierro, como en el peso real: así se decía red de las Vulas el despacho de ellas junto al Rastro.

(49) Calle de Alcalá, antiguamente olivares.

(50) Aquí ruaban en tiempo de Enrique IV como ahora en el Prado.

(51) El convento de San Jerónimo, que Fernando el Católico trasladó adonde hoy está.

(52) Callea de estos nombres.

(53) El Mentidero se llamaba en Madrid una plazuela que habia con árboles en la que es ahora la entrada de la calle del Leon, entre esta y la de las Huertas.

(54) De las Damas y Primavera, que estaba junto al campillo de Manue-la, adonde acudían á divertirse, como ahora en Chamberí.

(55) Los Fúcares fueron dos célebres hermanos contratistas en tiempo de Carlos II. Los francos formaban barradas aparte en muchas ciudades de España, como Sevilla, Madrid, Valladolid etc.

(56) La Abada era un animal monstruoso traido del Brasil por unos portugueses, que la enseñaban en la calle á que dió nombre.

(57) San Miguel de los Octoes ó ocho hermanos.

(58) Enfrente de la calle del Niño vivió Lope de Vega, y Cervantes en la esquina de la del Leon. Pudiera haberse dado á esta el nombre de Cervantes, de Lope á la de Francos y de Quevedo á la del Niño, recordando así la memoria de los primeros ingenios españoles que vivieron á distancia de muy pocos pasos.

(59) Plazuela de la Leña y calle de Carretas.

(60) Los fabricantes de broqueles vivían en la calle de las Carretas aun en tiempo de Carlos II.



Estruendo y confusion de forasteros,

No dejaron criar á su albedrio

Sus hijas, que en labores divertidas

lloy de aspirar al premio tienen brio.

No seréis en mis versos omitidas

Las que de Santa Cruz en clara fuente

Lavais manos en lana entretejidas.

Hubo aquí gran laguna antiguamente

De Lujan, del vicario aquí la audiencia,

Hoy la torre soberbia y eminente.

Del alto capitel, y la eminencia

Se ven llegar las niñas, sin castigo,

Se admira sin los años la prudencia.

Desde el piadoso (61) albergue del mendigo

Al altitlo de Losa (62), y hasta donde

Gil Imon (63) de la Mota abrió postigo.

Y en fin, la muchedumbre que se esconde

En esta regia Babilonia hispana

Al superior influjo corresponde.

El blando lino, la preciosa lana,

Que al refino Melendez (64) fué tarea,

Y en Segovia amarró (65) la flota indiana;

La hebra que al espadar mas hermosea

Dada al desgargolar de los viciosos

Cañameres, que huelen a ajedrea;

Fueron los materiales: con ansiosos

Impulsos una y otra lo arrebató,

Pone el copo con actos bulliciosos.

La seña espera á su deseo grata,

Y en sendos tornos, que en la sala habia

El impetu de todas se desata.

Allí se ve el afán y la porfía,

La noble emulacion, y volteando

Los rodetes sonar con armonia.

La mano, el pié, la vista, el dedo blando,

El brazo, el pecho casto y anhelante,

Sin tregna ni descanso trabajando,

Cual enjambre de abejas susurrante

Que en la fuente (66) Locaya á las riberas

Del Arlas (67) liba el toronjil fragante.

No hay doncella laconia á quien pudieras

Comparar su virtud, hilando lana,

Que en púrpura dos veces la tiñeras.

Así serian en la edad anciana

Del buen Garcian (68) Ramirez ambas hijas,

Que amparó la de Atocha soberana.

Ellas insisten al trabajo fijas

Con teson incansable porfiado,

Acusando las horas de prolijas.

Quien al brazo español ha sindicado

De lento, admire y su opinion desmienta,

O á otra causa lo achaque, si ha acertado:

Que ya mi tropa femenil contenta

Dió fin á la carrera comenzada,

Dió trépida, aunque honesta, se presenta.

De amantes curadores escoltada

Viene con su labor por la corona

Tan dignamente en tal edad ganada.

De la ancha plaza el término abandona,

De doña Nucla el Pozo (69) atrás dejando,

Que de Isidro los méritos pregona.

El gremio virginal camuía entrando

Ya por la puerta de Guadalajara

Pordo entró Alfonso (70) á hollar el moro bando.

No fué mayor la grita y algazara,

Cuando á su rey sirviendo generoso,

Entró á alzar el pendon en su almenara.

Y á ser primer alcaide (71) valeroso

Con Babieca y Tizona relumbriante

Rodrigo de Vivar el victorioso.

La hermosura pueril sigue adelante,

La preciosa arte de la platería

La rinde al paso el oro y el diamante.

Llegan al atrio, en que (72) se reunia

El reino en cortes, y se amenazaba

Al bárbaro poder de Andalucía.

\* Torre (73) que vió la majestad esclava

Dejan, ¡ó patria! y suben al asiento

Donde el concurso amplísimo esperaba.

Osténtase el magnífico aposento

En el Alcázar (74) de Madrid la Ursaria,

Que terrones (75) de fuego es su cimiento.

La arquitectura y compostura varia,

Y el real follaje del dosel augusto

Del que es noche y aurora tributaria;

Todo respira amor, respeto justo:

Aquí está el patriotismo entronizado

Sobre el ocio vilísimo y adusto.

Aquí están las virtudes, el sagrado

Templo aquí tienen, y la envidia calle,

De próceres insignes frecuentado.

La Musa el nombre en claro verso entalle

Del (76) que dirige en la primera silla

Con guirnaldas de lirios de su valle:

Del pretor (77) justo de la imperial villa,

Del pontífice (78) ilustre toledano,

Y el gran (79) jurisconsulto de Castilla.

Todos admiran de la tierna mano

Primores increíbles, todos sienten

Que es corto premio aun el tesoro indiano.

Ellas que el ocio é interés desmienten,

Solo de honor el noble pecho lleno,

Ni otra palabra articular consienten.

Aquí la aclamación, roto ya el freno,

Retumbó por las bóvedas zumbando,

Y el ruido estiende á imitación del trueno.

Si es lícito decirlo, como cuando

Al prado baja la divina Luisa (80)

Con las gracias en torno revolando:

Que el pueblo denso con amante prisa

Corre; ni el gran tropel de los ardientes

Caballos rompe la lealtad sumisa.

Alzan alegre voz todas las gentes,

Las subterráneas minas escucharon

Los ecos de clarines diferentes.

Timbales y plateles resonaron

De música albanesa, que en Sicilia

Los valientes (81) de Alcántara ganaron.

Que así aplaude la hispánica familia

A su princesa, que con real belleza

Los ánimos de todos se concilia.

Y ella en carroza de oriental riqueza

Va estimando finezas tan extrañas

Con tanta majestad, y tal grandeza,

Cuanta infunde esperar de sus entrañas

Un magnífico príncipe heredero

De dos mundos, dos Indias, dos Españas.

No es menor el aplauso verdadero

De la sociedad regia, que ha amparado

El que fué entre los Carlos el tercero.

¡Sacro Señor! habiendo pronunciado

Tan portentoso nombre, ¿quién pudiera

No ser de humilde amor arrebatado?

El respeto perdone: la alta esfera

(61) El real Hospicio.

(62) Estaba fuera del portillo ó puerta de la Vega. Esta era en lo antiguo la de Segovia, y la llamada ahora de Segovia era la de la Vega por su salida á ella.

(63) Fiscal del consejo, y después presidente de hacienda.

(64) Paño refino de Melendez, insigne fabricante antiguo de Segovia.

(65) La flota esperaba hasta que Segovia enviaba sus paños.

(66) Fuente Locaya, en la Alcarria, junto á Pasirana.

(67) Arlas, riachuelo que entra en el Tajo.

(68) Caudillo de Madrid en tiempo de moros. Esto alude á una fábula inventada por los forajidos de los falsos cronicones.

(69) Nucla ó Nuña, lo mismo que Onofra. En la calle Mayor, portal de San Isidro, por haber hecho el sauto allí un pozo en los portales que se derribaron en 1841.

(70) Alfonso IV ganó á Madrid por la puerta de Guadalajara, año de 1083.

(71) El Cid fué primer alcaide de Madrid.

(72) En la lonja que habia delante de la iglesia de San Salvador se celebraron cortes.

(73) En la casa de los Lujanes, donde estuvo Francisco I.

(74) Casas de ayuntamiento de la Villa.

(75) Por fundarse sobre pedernal.

(76) El marqués de Valdeirios, director.

(77) Don José Antonio de Armona, corregidor de Madrid.

(78) El Sr. Lorenzana, arzobispo de Toledo.

(79) Campomanes.

(80) La princesa de Asturias doña Maria Luisa, mujer del príncipe, después rey de España, don Carlos IV, la cual por sus bellas maneras y esmerada instruccion recibida en Parma, se granjeó entre los españoles gran popularidad que desgraciadamente perdió después.

(81) El regimiento de caballería de Alcántara, á quien se agregó el de Bravante.

Resuena con aplausos repetidos  
Del pueblo que por nûmen os venera.

El Dios de los ejércitos, crecidos  
Premios dé al cielo y religión constante,  
Dignamente por ella merecidos.

Ecbe su bendición, que al Orco espante  
Sobre vuestras fortísimas legiones,  
Y poderosa armada fulminante.

Y, ó niñas inocentes, oblationes  
Al cielo dirigid, por quien merece  
Ser dueño universal de las naciones.

Agradeceidle el premio que os ofrece,  
Ya veis lo que es virtud, y su alto vuelo  
Hasta dónde arrebatá y engrandece.

Ya veis : por ella elogio á vuestro anhelo :  
Sin ella, ¿cuándo fuerais en tal día  
Con versos levantadas hasta el cielo?

No desmayéis, que ya la musa mía  
Dulces epitalamios os empieza,  
Pues sigue á tal afán casta alegría.

Ya no cantaré mas el aspezeza,  
La rota fe, é ingratitud horrible  
De una inconstante y bárbara belleza :

Sino el valor y aplicacion plausible  
De vuestro pensamiento generoso,  
Y vuestra educacion irreprehensible.

Dichoso el tiempo que aplicáis, dichoso  
Al que le deis la nunca ociosa mano  
Con el nombre amantísimo de esposo.

Mayor felicidad al reino hispano  
Dará vuestra labor, por la que pende  
De la inestabilidad del Océano (82).

Y pues la patria á vuestro premio atiende,  
Trabajad, levantando al alto cielo  
Súplica humilde, que los aires hiende.

Pedid que de esta patria el santo celo  
Se logre pronto, y que con pompa altiva  
La paz alirme por el ancho suelo,

Sus armas triunfen, y que Carlos viva.

~~~~~

SATIRAS.

I.

Sátirica la Musa castellana,
Al tiempo que riéndose la Aurora
El oriente pintó con oro y grana,
Se me ofreció á la mente : á aquella hora
Bajaba á los antipodas huyendo
La noche de pesares cansadora.

Entonces en el lecho revolviendo
El cuerpo, de estar quieto ya cansado,
A sueño mas gustoso me encomiendo;
Porque el sentido apenas embargado
Fué en dulces suspensiones de Morfeo,
La musa imaginé ver á mi lado.

Era la bella ninfa, á lo que creo,
Tan extraño portento de hermosura,
Que aun no la juzgô tanto mi deseo,
De sus cándidos miembros la blancura,
La riqueza pomposa del vestido
Bizarro con airosa compostura,
Me dejaron del todo persuadido,
Que no es tosca la sátira, ni fea,
Si su influjo á buen fin va dirigido.

La mirra de Ceilán, y la orontéa
Sus dorados cabellos exhalaban,
Que presumen vencer la luz febéa;
Por la espalda brillando la ondeaban
Con alarde hermosísimo y prolijo,

Y el cuello ebúrneo de oro perfilaban.

Al fin en mí poniendo el rostro fijo,
Voz sonora, dulcísima y divina,
Por boca de coral sacó, y me dijo :

Pues ¿ cómo tu pereza así imagina
Cenirte del laurel gloriosamente,
Que á tus sienes el cielo le destina ?

No el premio se consigue ociosamente,
Ni Apolo con el árhol ha adornado
De Dafne infiel la no cansada frente.

El furor que en tu pecho ha derramado
Fué para que solícito en su enmienda
Fuese al mundo por tí comunicado.

Y así de otra manera nadie entienda,
Que asiento ha de lograr en el Parnaso,
Por mas que con dineros lo pretenda.

La dádiva del cielo no fué acaso;
Y pues fecundidad te ha concedido
De nûmen, aunque humilde, nada escaso,

Tu aliento vuela ya mas atrevido,
Y á tu patria, del vicio infiel morada,
Amedrenta con cinico ladrillo.

Pues no bastó la cómica jornada,
Ni el calzarte el coturno sofocléo,
Para que la virtud fuese estimada.

Ejecuta los fueros de tu empleo,
Pinta de la maldad, que la sujeta,
Lo infame, lo ridiculo y lo feo.

Que estas son del dignísimo poeta
Justas ocupaciones, y su verso
Reduce la república á perfecta.

Solo para enseñar al universo
Con dulzura, á él el cielo os ha enviado,
Terror del ignorante y el perverso.

Ni temas contra el vicio ser osado;
Porque yo en nombre suyo te aseguro
La noble protección del magistrado.

Vuelve los ojos, vuelve al patrio muro,
Verás en mil errores sumergido,
De los cuales sacarle yo procuro.

¿No adviertes entre el tráfigo y ruido,
Que la hispana metrópoli alborota,
El noble y el plebeyo confundido ?

¿No ves que la verdad está remota,
Porque de tus patricios la enajena
La envidia que veneno infernal brota ?

¿No adviertes cómo audaz se desenfrena
La juventud de España corrompida
De Calderon por la fecunda vena ?

¿No ves á la virtud siempre oprimida
Por su musa en el cómico teatro,
Y la maldad premiada y aplaudida,

Y desde el Tajo aurífero hasta el Batro,
Está vuestra nación desestimada,
Porque así lo quisieron tres ó cuatro ?

¿No ves el arte cómica ignorada,
Y si la accion empieza en Filipinas,
En Lima ó en Jetafe es acabada ?

¿No ves, no ves salir de las cortinas
Cosas que ni en el mundo han sucedido,
Ni pueden, si con juicio lo examinas ?

¿No ves cuál ignorancia ha ya cundido,
Y que con desvergüenza ya penetra
Aun lo mas reservado y escondido ?

¿No ves que el no saber, ni aun una letra,
En las damas es hoy lo que mantiene
El aire y presunción de petimetra,

Y en su conversacion á cuento viene
Solo el corsé, la bata ó la basquiña,
Que la amiga prestada ó propia tiene ?

¿No ves que no hay quien su desórden riña,
Por no desazonar, como ellos dicen,
Los chistosos gracejos de la niña ?

¿Que aguantan que su cuerpo martiricen
La cotilla, el zapato, el sofocante,
Hasta que de apretados se destricen ?

¿No ves que el que se precia de su amante
Por méritos alega monerías,
Para que en sus favores adelante ?

Escuden en suspiros á Macías,
Hacen vil profesion de lisonjeros,
Y así pasan las noches y los días.

(82) Uno de los mayores beneficios que obtuvo España del reformador reinado de Carlos III, fué el establecimiento de las sociedades llamadas patrióticas ó económicas de amigos del país, sobre la base en que el conde de Peñaflorida fundó en Vergara la vascongada en el año de 1763. Moratin fué uno de los primeros sócios de la de Madrid, contribuyendo á los saludables fines de su instituto, no solo con sus elogios poéticos que leía en sus juntas generales, sino tambien con otros trabajos de no leve importancia en el seno de la sociedad. (Véase su vida.)

Y aquellos que se precian de mas fieros
Y valientes, pretenden por vilezas
El título de fuertes y guerreros.

Vilmente encenagados en torpezas
Frecuentan las zahurdas, que oyen solo
Sacrilegios, blasfemias é impurezas.

No solicitan ver el otro polo,
Ni del indio los climas apartados
Debajo de los trópicos de Apolo.

Ni tampoco á los libros dedicados
Buscan la heroicidad que las historias
Publican del valor de sus pasados.

Pues siendo estas verdades tan notorias,
El estenderlas ¿cómo no á tu verso
Dará contra los pérdidas victorias?

Verase avergonzar todo perverso
Al escuchar patentes sus maldades
Por tu númen en todo el universo.

Estas son propiamente heroicidades:
Rendir los indomables corazones,
Como rendir batallas y ciudades.

No te escuses con timidas razones,
Jóven incauto, que si me obedeces
Haré que con laureles te coronas.

Así dijo la Musa: yo mil veces
La quise replicar; pero escondióse
Del sueño en las fingidas lobrequeces.

Y viendo que no es fácil que yo ose
Resistirla, á su mando me someto:
Satírico mi númen inflamóse
Contra el vicio; mas no contra el sujeto.

II.

¿En este siglo, Fabio, imaginabas
Hallar el lustre y esplendor antiguo,
Que en los doctos varones admirabas?

¿Juzgabas que tuviesen ahora abrigo
Las obras de los inclitos autores,
Que celebraste alguna vez conmigo?

De todas ciencias sabios profesores
Lograron suspender el universo,
Desle el pastor idiota á los doctores.

Ahora está, Fabio, todo tan diverso,
Que solo por ser bueno desagrada
Prosa elegante ó sentencioso verso.

Disputa el labrador sobre la armada;
Juzga el soldado, porque fué su vida
Solo en vender cigarros empleada.

Que puede gobernar la esclarecida
Ibera monarquía, que ha dejado
El cielo al grande Carlos sometida.

El mercader, que está desocupado,
Desde su mostrador con magisterio
El consejo gobierna y el estado;

Pone severa ley al ministerio,
Y trata con desdago y sin caricia
A los hombres mas grandes del imperio.

Todo es, Fabio, soberbia é impericia.
Nadie quiere bajarse á aquel que sabe,
Que lo tiene por mengua su malicia.

Reina en el siglo mas maldad, si cabe,
Que lloró Roma en tiempo del lascivo,
Digno de que la fama no le alabe.

A todo la ignorancia da motivo,
Y á aquel que entre unos y otros mas disputa,
Le juzgan digno del laurel y olivo.

Aplauden la comedia disoluta,
Que mas se estiende en aprobar el vicio,
Y hace amable la vida resoluta.

Mas la que enlaza el cómico artificio,
Y aplaude las virtudes, reprendiendo
Los yerros, que nos sirven de perjuicio;

En que castiga al áspero y horrendo
Traidor, ó al alevoso fementido
Con suplicio cruel su error tremendo;

O vitupera al falso y atrevido
Amante engañador, y premia en ella
Al virtuoso, al cuerdo y comedido;

No solo no se admite, se atropella.
Se desprecia, se infama, y aun acaso

Contra el autor se forma una querrela.

¡Oh triste! ¡Oh triste, ó lamentable caso,
Que á la virtud triunfante y gloriosa,
La han de cerrar en toda parte el paso!

¿Qué mas imaginara la ambiciosa
Libertad de Aristipo, que fundaba
En deleites la gloria venturosa?

¿Qué mas se vió en el tiempo que reinaba
La barbaridad fiera, que el pagano
Pueblo gentil feroz representaba?

Daba muerte cruel violenta mano
Al que supone con accion fingida
Ser él el delincuente ó el tirano.

No hay tan fiera maldad, ni aborrecida,
Que les causase horror, y vivamente
Se miró en el teatro repetida.

Teatro fué de vicios claramente,
Y se gloriaban todos, y gozosos
Del peligro se holgaban inminente.

No se ven ya delitos tan odiosos
En las tablas, verídicos, ni horribles,
Espectáculos torpes, sanguinosos.

Pero se ven premiadas insufribles
Maldades, latrocinios y horrosas
Acciones, dignas de un furor terrible.

Pintanse en ellas con las primorosas
Frases que Demostenes ha ignorado,
Falsas á las virtudes mas hermosas.

Con retóricas voces explicado
Disimulan el vicio apetecido,
Y hacen amable aun el mayor pecado:

Lo doran con tan vivo colorido,
Que pervierten sus voces á la honesta
Doncella, y al mancebo inadvertido.

Mas ¿qué admira maldad tan manifiesta,
Si en España no tienen mayor arte,
Que la imaginacion mas descompuesta?

Arrima los preceptos á una parte
Quien pretende escribir una comedia,
Y en tres jornadas ó actos la reparte.

Finge ser el principio en Nicomedía;
Y acabando el suceso en Barcelona,
En Filipinas ó en Tetuan la media.

Una fábula inventa fanfarrona,
En que agradando al público profano,
La moral instruccion y arte abandona.

Hace al galán soberbio é inhumano,
Espadachin, sofístico, embustero,
Jugador, jurador, falso ó liviano.

No le falta un amigo y compañero,
Que agregados los dos, á cuchilladas,
Se burlan del alcalde mas severo;

Persiguen las doncellas y casadas
Con escandalo horrible, profanando
Las casas mas honestas y guardadas.

Pone un tercero y cuarto de otro bando,
Opuestos á los dos antecedentes,
Con quien se andan continuo acuchillando.

El barba es de los viejos mas valientes,
En las leyes del duelo ejercitado,
Ejemplo de los hombres imprudentes.

En lugar de ser cuerdo, es arriscado,
Que enseña á los mozueros con afrenta,
No la virtud, el duelo endemoniado.

Bajo un honesto velo representa
Una dama gallarda y soberana,
Que hasta del amor casto vive exenta;

Y luego se descubre mas profana,
Mas desenvuelta y mas provocadora
Que la lasciva emperatriz romana;

Mas que la incauta reedificadora
De los muros de Tebas, y que aquellas
Rameras torpes Lamia, Tais y Flora.

¿Qué honesto ejemplo para las doncellas,
Que dóciles é incautas asistiendo,
Les dan motivo de seguir sus huellas!

¿Qué consejos les da el estar oyendo
Premiados como gracia esclarecida
Su desenvuelto proceder horrendo!

Ve allí la libertad apetecida
La mas honesta dama y recatada,
Y aplaudirse la infame y libre vida.

La autoridad paterna despreciada,
Y sacar á pesar de sus parientes
La dama de la casa mas guardada.
Los papeles, los ruegos indecentes,
Los criados, amigos, los terceros,
Las viejas alcahuetas imprudentes.
Ocultar en la casa hombres solteros,
Y perdiendo el decoro y el recato,
Hacerles mil cariños lisonjeros.
Allí se aprende el licencioso trato,
La vanidad, soberbia escandalosa,
Y el horrible y fantástico aparato.
Pues ¿qué dirás, si notas la furiosa
Dura imaginación disparatada
Falsa, además de ser tan perniciosa?
No aparente verdad representada
Verás, ni una acción sola en una pieza,
Que en un lugar y tiempo sea acabada.
Acaba en Flandes, si en Madrid empieza:
Pasanse años á cientos ó millares,
Y la una acción con la otra se tropieza.
Las antiguas costumbres populares
Se mezclan con las nuestras mas modernas,
Mas estimadas, cuanto mas vulgares.
Los que al principio son personas tiernas,
En el medio son jóvenes crecidos,
Y al fin (por vejez ya) tiemblan las piernas.
En distintos lugares divididos
Se hablan dos personajes claramente,
Cual si estuvieran en un cuarto unidos.
Un lacayo verás ser muy prudente,
Y si no toma el amo sus consejos,
Arquear las cejas y arrugar la frente.
Verás ser imprudentes á los viejos,
Y aprender los mancebos las maldades
De los que ser debieran sus espejos.
Infinitas verás impropiedades:
Las damas hacer de hombres, y los hombres
De damas, y otras mil deformidades.
A Terencio y á Plauto no los nombres,
Que hay ignorante aquí que los desprecia,
Por ser su estilo llano: no te asombres.
Es la cultura lo que mas se aprecia,
Y las frases que nadie comprende
Se aplauden mas que el vidrio de Venecia.
Ni basta al necio ver que no lo entiende,
Y dice mesurado: otros varones,
A quien la ciencia mas que á mí se estiende,
Perciben del concepto las razones,
Sin conocer que es falta de doctrina
No saber concordar las oraciones.
A lo que el poetastro mas se inclina,
Y toma por preciso y fijo norte
(Porque que somos todos imagina,
Como una labradora de vil porte,
Que se admira de ver con plata y oro
Las galas de las damas de la corte),
Es á llenar de máquinas el foro,
Y en lucido teatro suntuoso,
Mostrar de las tramoyas el decoro.
Es su cuidado hacerle así vistoso,
Y el ignorante juzga primor suyo
Lo que á otro le ha quitado su reposo.
Mas vale, Fabio amigo, un verso tuyo,
Que habla en claro lenguaje castellano,
Que cuanto en estos con razon arguyo.
Y así no olvides, no, no des de mano
Tu nùmen hechicero, que enajena
A quien oye tu plectro soberano,
Haciéndole olvidar la propia pena.

III.

No callo, aunque me estés amenazando;
Ya que he empezado, proseguirlo quiero,
Porque por escribir estoy rabiando.
Es ser uno holgazán ó majadero
No escribir hoy cuando hay tantos autores
Que le falta impresor, venta y librero.
Con carteles pequeños y mayores
En postes, en esquinas y columnas

TOMO II.

Entretienen las horas los lectores.
Por fachadas, ya breves, ya importunas,
Con obras y volúmenes convidan,
Buenas y malas, y medianas unas.
Sin que varios acasos se lo impidan
Alguno piensa, y piensa bien á veces,
Pues logra que sus números se pidan.
A otro rompiendo cinchas y jaces,
Baliya y postillones semanarios,
Desde Lóndres despachan sus jüeces.
Máximas bellas, con arbitrios varios
Le remiten de Europa los correos,
Que le traen desde Estrasjan los diarios.
Prométase ya el rústico trofeo,
Si no aína, no desprecie la estafeta,
Que á lo menos son nobles sus deseos.
Uno metido á huron todo interpreta,
Otro quitar abusos determina,
Y otro, amigo del público, se afecta.
Hay quien observa, y hay quien adivina,
Y otro escribe al cortejo el catecismo
Con sal, con gracia delicada y fina.
Sale el montante por el tiempo mismo,
Misceláneas políticas instables,
Porque luego padecen parasismo.
Máximas religiosas y loables
Nos da la pensadora Gaditana,
Anónima con faldas respetables.
Uno á escribir sin título se allana,
Otro sueña, á Feijóo comenta alguno,
Y va todo á parar á la aduana.
El hablador discreto, no importuno,
Dió cimiento y materia á este edificio
Entre los literatos cual niunguno.
Pues siendo el escribir ya casi oficio,
¿Por qué no podré yo como cualquiera
Dar de mi suficiencia algun indicio?
Porque si un poco alabancioso fuera,
Mis actos positivos mostraria,
Como dicen los hombres de carrera.
Antes de verte, ó sacra poesia,
La férula sufrí, y á Quintiliano,
Demóstenes y Tulio vi algun día.
El rápido Jalon bilbilitano,
Con el Jiloca, de Marcial espejo,
Filósofo me vió, malo ó mediano.
A Aristóteles vi con sobrecejo,
Por ser en lo moderno la gran moda,
Aunque no lo merece el pobre viejo.
Pues ni Descartes, ni la turba toda
De alumnos hacen mas que solamente
Mudar nombres, segun les acomoda.
Pero es lo cierto, amigo, que se miente
Sin limite, y que solo hemos hallado
De alguna cosa luz escasamente.
Añádase, que ya me he electrizado,
Y que vi á un ratoncillo, cuya vida
La máquina neumática ha chupado.
Por tubos de larguísima medida
Los átomos he visto desiguales,
Con que es la aguja del imán traída.
Hasta el instinto vi á los animales;
Y si un dedo es mas largo el telescopio,
Quizás viera las almas racionales.
Vi un cuerpo evaporar del modo propio,
Y algun otro secreto yo escudriño,
Como aquel de las tubas de Falopio.
Vi la Instituta, siendo casi niño,
Y oí leyes de Pincia en el Liceo,
Esplicando en la cátedra Patiño.
Pues aunque es evidente que poseo
Tanta ciencia como hombre acaudalado,
O como cualquier mulo de acarreo;
No obstante, es uno siempre respetado,
Pues le juzgan un Séneca famoso
Con estos perendengues adornado.
Y no juzgues que tanto vanidoso
Con relacion de méritos impresa,
Con grados, y tabaco fastidioso,
Es segundó Crisóstomo por esa
Sola razon; pues no hay que dar fe alguna
A lo que á un escribano le interesa.

Si medito estas cosas una á una,
¿Por qué no he de dar yo mi arremetida
A probar con los otros mi fortuna?

Su casa á nadie le es mas conocida
Que á mi de Cobadonga las montañas,
Donde fué la morisma rebatida.

La historia sé muy bien de las Españas,
Y tambien los apócrifos autores,
Que lo fueron de enredos y patrañas;
Pero no están de suerte los humores,
Que pueda prometerme algun aprecio,
Si me remonto á empresas superiores;
Porque ¿qué hombre de bien, aunque mas necio
Si escribe, no hará sátiras ahora,
Persiguiendo á los vicios con desprecio?

Pues ¿cuándo la cosecha dañadora
De este género fué tan abundante
Como la de esta edad, que el cuerdo llora?
¿Quién sufrirá ver ir tan relumbrante
Lleno del barrigon de Celestino
Su forlon, que á cubrirle aun no es bastante?

Yo bien me acuerdo cuando á Madrid vino
Vestido de sayal, acompañado
Con los mozos que pesan el tocino
Canales en mi casa ha destazado,
Y ya cuando me ve, si es que me mira,
Aun no me corresponde saludado

¿A quién no ha de encender en mortal ira
Tal caterva de criticos, que al templo
De la sapiencia impunemente tira?

Con indignada admiracion contemplo
Tanto herir y enseñar con su censura,
Y no dar una muestra para ejemplo.

Soy la mas desgraciada criatura
Que se halla desde Antártico á Calisto,
Y menos de los criticos segura.

Yo estuviera de todos muy bien quisto,
Si solamente criticado hubiera,
Y mis dramas ninguno hubiese visto.

Lo que hacen estos guapos, yo lo hiciera,
Tirar sobre seguro, sin recelo
De que nadie á mis obras rebatiera.

Muchos me encaramaran hasta el cielo,
Como hacen con otros criticones,
Que traen á Calderon al redopelo;

Pero sin atender á mis razones,
Al instante que ves que yo censuro,
Las gafas, ó caudico, te pones:

Y en lugar de mirar lo que procuro
Decir cuando al teatro desengañó,
Mis escenas convocas á conjuro.

Y en hallando un defecto (no lo estraño,
Que yo nunca negué que soy falible,
Espuesto á la ignorancia y al engaño),

Con algazara y júbilo terrible
Muestras á tus amigos y criados
Los errores del crítico inflexible.

¡Oh muchas veces bienaventurados
Los que disparais tiros á metralla,
Detrás de la trinchera agazapados!

Sin riesgo veis de lejos la batalla,
Enseñais desde el puerto al navegante,
Y los toros herís desde la valla.

Pero, por fin, pasemos adelante,
Veremos otras causas que yo tengo
Para que escriba en sátira picante.

Contra tí, que nos cuentas tu abolengo,
Y de tus ascendientes degeneras,
Ya duro azote rígido prevengo.

Y vosotras, mujeres embusteras,
Frágiles, sin razon, atojadizas,
Presumidas, ingratas y parleras,

Ya vereis mis enojos y ojerizas:
He de hacer á los hombres manifiesta
Vuestra vida y costumbres enfermizas.

No hablo de la prudente ni la honesta:
Si acaso alguna honesta hay y prudente,
Mi musa á honrar su mérito se presta.

Ni sé cómo en el mundo se consiente,
Que un ciudadano tenga cien millones,
Y hambrienta perecer la pobre gente.

Llegaron á su colmo las traiciones,

Mareidit en malfines y bardajes
Abrió franca la entrada á las naciones.

Las modas volanderas de los trajes,
Traer al cuello un patrimonio entero,
Y en el dedo esmeraldas y balajes;

Y que esté sin pagar el cocinero,
Rabiando el mercader, desesperado
Con cuentas atrasadas el platero:

Esto solo es ser noble y ser honrado,
Hacer que de las trampas el importe
Al principal esceda del estado.

¿Qué cosa es ver andar por esa corte
Vago un robusto y áspero manchego,
Vendiendo medias sin destino ú norte,
Gritar su borrenda voz anís y espliego,
A pesar del fusil y su libranza,

Y cantar malas coplas tanto ciego!
¿Cuánto atrasa al estado la tardanza
Mecánica de mil oficialillos,

Que se presumen dignos de alabanza?

Seis años escolar de canastillos
Está aprendiendo á hacerlos Epitacio,
Y otro tanto el que amuela los cuchillos.

Si vilmente no fueran tan despacio,
De artífices la corte abundaria,
Y holgaran las solanas de palacio.

La dama que al galán entrado habia,
Si el marido impensadamente llega,
La alborotada sangre se le enfria;

Y toda de pavor trémula y ciega
Al tierno y perfumado caballero
Va corriendo, y le esconde en la Y griega:

El crítico pedante y palabrero,
Que censure sin jugo ni sustancia,
Preciado de farsante y vocinglero:

De los hombres en fin la estravagancia,
La diversion, los gustos, el halago,
Los vicios, el temor y la ignorancia,

Y á todo cuanto hicieren daré el pago,
Pues todas sus ridiculas acciones
Serán de mis librillos el farrago.

Mas ya advierto, que rígido te pones,
Desconfiando tú de mi talento,
E intentas disuadirme con razones:

Que para la alta hazaña que yo intento,
Dices no bastarán mis fuerzas solas,
Ni aunque me acompañaran otros ciento;

Las satíricas musas españolas
De Rodrigo de Cota y Castillejo,
Y de los dos hermanos Argensolas,

Añades, que con fiero sobrecejo
Los vicios atacaron tan dichosas
Que no merezco entrar en su cotejo,

Y que ocupado en mas útiles cosas,
Mas dignamente el tiempo gastaria,
Cantando nuestras armas victoriosas.

Que al campeón de Vivar cantar podia,
O á nuestro Enéas el feroz Pelayo,
Que fundó la española monarquia.

O al mancebo del Carpio, que fué rayo
En los valles del bronco Pirineo,
Causando á un grande ejército desmayo:

Mas yo correspondiera á tu deseo,
Y horrorizara con guerrera trompa,
Si á nuestra edad no viese cual la veo.

No es bien, que el eco sonoro rompa
Con espanto su estruendo armisonante,
Con regia majestad, con alta pompa.

Porque estando hoy el vicio tan pujante,
No es fácil escribir, sino que sea
Sátira avinagrada y mordicante:

Y siendo contra el vicio la peléa,
Y no contra el sujeto, aunque vicioso,
No tiene que enojarse el que me lea,
Porque no le imagine sospechoso.

IV. *Sobre la fama de los poetas.*

(Traducción de Marcial) (1).

¿Qué será, que á los vivos es negada
La fama, y raras veces los lectores
Juzgaron á su edad aventajada?

Estos son de la envidia los rencores,
Que siempre despreciando á los presentes,
Piensa que los antiguos son mejores.

Búscanse así las sombras delincuentes
De Pompeyo; así buscan los ancianos
De Catulo los templos indecentes.

Enio es leído (Roma, los mantuanos
Versos te salvo), y del divino Homero
En su siglo burlábanse villanos.

Poco aplaudió el teatro al placentero
Menandro, y de Nason Corina sola
Conoció en vida el nûmen hechicero.

Y así, tú, ó Musa lírica española,
Suspendete; porque si solamente
La fama con la muerte se acrisola,
No presumas que ser famoso intente.

~~~~~

## ODAS.

## I. (Traducción de Horacio) (2).

Lib. 1.<sup>o</sup>, Od. 22.

El de la vida, Fusco, religiosa  
Ni dardos usa, ni moriscos arcos,  
Ni de la aljaba llena de saetas  
Envenenadas;

O por las sirtes cálidas camine,  
O por el alto Cáucaso desierto,  
O por la tierra, donde fabuloso  
Corre el Hidaspe.

Mientras inermes la sabina selva  
Cruza cantando á Lálaje, distante  
Ya de mi quinta, de mi vista un lobo  
Fiero se aparta.

Monstruo que nunca Daunia belicosa  
Vió mas terrible en dilatados bosques,  
Ni Mauritania de leones bravos  
Arida madre.

(1) *Martialis*, lib. v, epig. x.

## AD REGULUM DE FAMA POETARUM.

Esse quid hoc dicam, vivis quod fama negatur,  
Et sua quod raras tempore lector amat?  
Illi sunt invidiæ nimirum, Regule, mores  
Pæferat antiquos semper ut illa novis.  
Hic veterum ingrati Pompili querimus umbram;  
Sic laudant Catulli villa templum senes.  
Lælius est lectus, salvo tibi, Roma, Marone;  
Et sua riserunt sæcula Mæonidem;  
Iara coronato plausere theatra Menandro;  
Non at Nasonem sola Corinna suum.  
Nos tamen, ó nostri, ne festinate libelli;  
Si post fata venit gloria, non propero.

(2) *Horatius*, lib. i, ode xxii.

Integer vixit scelerisque purus  
Non eget mauri jaculis, nec arcu,  
Nec venenatis gravida sagittis,

Fusce, phætra:  
Sive per syrtis iter æstuosas,  
Sive facturæ per inhospitalem  
Caucasum, vel quæ loca fabulosus  
Lambit Hydaspes.

Namque me silva lupus in sabina,  
Dum meam canto Lálagen, et ultra  
Terminum curis vagor expeditus,  
Fugit inermem.

Quale portentum, neque militaris  
Daunia in latis alit æsculentis,  
Nec Juba tellus generat leonum  
Arida nutrit.

Pone me, pigris ubi nulla campis  
Arbor æstiva recreatur aura;  
Quod latus mundi nebula, malusque  
Jupiter urget:

Pone sub curru nimum propinquum  
Solis in terra domibus negata:  
Dulce ridentem Lalagen amabo  
Dulce loquentem.

Ponme en los campos frígidos, adonde  
Ninguna planta goza el aura estiva,  
Término al mundo, que la niebla y vientos  
Sufre malignos.

Ponme debajo del vecino carro  
Del sol, en tierra de habitar negada;  
Serás mi amada, ¡oh Lálaje! que dulce  
Cantas y ries.

II. *La poesta inmortaliza á la hermosa.*

Dorisa, el dulce verso armonioso,  
Por Apolo dictado,  
A los que enciende con sagrados fuegos  
Ciego Cupido el corazon amante,  
No solo obliga á amar á los presentes  
La hermosura por ellos ensalzada;  
Pero á los no nacidos.

Del músico del Ponto el abundoso  
Nûmen nos ha mostrado  
Cuán grata fué Corina en dulces juegos.  
Hoy enamora Cintia, y la inconstante  
Lesbia, cantada en versos elocuentes.  
Némesis y Licoris celebrada,  
Cautivan los sentidos.

Quien oye atento el son tierno, amoroso,  
Del cisne laureado,  
Quisiera ver la causa á tales ruegos,  
Y al mirar que su mérito levante  
Con gracias no comunes á las gentes,  
La ninfa de la Sorga es adorada  
Por siglos repetidos.

Esto mismo, con verso numeroso,  
Intento enamorado,  
Y celebrar de mis errores ciegos  
La causa bella: que en la edad distante  
Tus prendas se conozcan escelentes,  
Dama gentil, y vivas admirada  
Con aplausos debidos.

III. *Dorisa ausente.*

En fin, Dorisa, en fin, ¡que te partiste  
De mi presencia, y aun me tiene vivo  
La angustia del terrible sentimiento,  
Cuando el fiero dolor que yo recibo,  
En el cuitado corazon y triste,  
Descanso no me da por un momento!  
¡Oh bárbaro tormento!  
¡Oh rigurosa ausencia!  
Cuya dura violencia,  
Aunque de mil temores prevenida,  
Es mucho mas de lo que fué temida;  
Y aun mi pasión desesperada siente  
Que no acabe mi vida,

La vida odiosa, que aborrezco ausente.  
Con tanto afán y tanto desconsuelo  
Paso las horas y molestos dias,  
Y las noches larguísimas velando;  
El llanto baña las mejillas mias;  
Tiene mi queja importunado al cielo,  
Y enfadanse los hombres escuchando  
Mi triste acento. ¡Cuándo  
Vendrá, señora mia,  
El suspirado dia,  
En que á mis ojos tu belleza pura  
Los colme de placeres y ventura,  
Y yo, admirando tu gentil presencia,  
Te logre ya segura,  
Sin mas peligro de temer ausencia?

Jamás tórtola amante y lastimada,  
En los opacos olmos y fresnedas,  
Llora al consorte que robó la muerte  
Con mas gemidos que estas arboledas  
Oyen de mi voz roica, fatigada,  
Y en invocarte cada vez mas fuerte.  
Y de la misma suerte  
Me deja el sol partiendo,



Y me encuentra volviendo,  
Amortecido del dolor pasado :  
Habiendo, en larga noche derramado  
Lágrimas tristes. Que al tormento mio  
El sueño le es negado,  
Ni á mi se acerca silencioso y pio.

Pero es mayor mi pena, cuando veo  
El oro relumbrar de tus balcones,  
Con la serena luz del nuevo día.  
¡Ay tristes ojos, llenos de aflicciones,  
Cuántas veces os alza mi deseo,  
Pensando que allí está como solía  
Y hallándose vacía  
Mi gloria y mi contento,  
Te sigue el pensamiento  
Por anchas calles, templos suntuosos,  
Soberbios espectáculos vistosos,  
Donde te hablé y seguí continuamente,  
Y afectos engañosos  
Imaginan que estás allí presente.

Mas luego los parajes conocidos  
Me dan tristeza, si esperanzas dieron  
(Propia fortuna de infeliz amante);  
Y como el bien me acuerdan que tuvieron,  
Padecen nueva angustia mis sentidos.  
Y se me representa en el instante  
Tu celestial semblante  
Placentero y modesto,  
Y aquel amor honesto  
Tan difícil de hallar, que tú has hallado :  
Tu vista vencedora y dulce agrado ,  
El labio hermoso de encendida grana,  
Y el hablar delicado,  
Que otra cosa parece mas que humana.  
Si de la humilde tierra al alto asiento  
De Olimpo rutilante  
Las voces de un amante  
Llegan, ¡Dios ciego, el de las flechas de oro!  
Cuenta á la bella que doliente adoro  
(Antes que ausente de sus luces muera )  
Los afanes que lloro ;  
Que ella me amara, si penar me viera.

#### IV. A Don Pedro Napoli Signorelli, autor de la *Historia crítica de los teatros.*

De Febo las hermanas,  
Melpómene y Talía,  
Los bosques dejan y la verde yerba :  
Ya cultas ciudadanas,  
Absorta las oía  
La celebrada Atenas de Minerva,  
Y Apolo las reserva  
En Roma la triunfante,  
Proscenio, en que sonoros  
Alternaron los coros,  
Donde el coturno lidio se levante,  
Y las catorce gradas  
De togados quirites ocupadas.  
Mas ya tremendo suena  
El implacable godo,  
Armado de furor, espanto é ira.  
¡Oh bárbara cadena!  
Cede á su impulso todo :  
Destruye y tala cuanto el orbe admira.  
Ya pálido retira  
El miedo á ambas hermanas :  
El tiempo las oculta  
Y en olvido sepulta,  
Al rigor de las armas inhumanas ;  
Hasta que en aurea copa  
Brindó con santa paz alegre Europa.  
Del Tíbre vió la orilla  
Lucir restablecidos  
Los teatros, con mármoles de Paro,  
Y en la rica Sevilla  
Ingenios escogidos  
Dieron nuevo esplendor al Betis claro.  
El Sena dió su amparo  
A entrambas dulces musas,

El Danubio, hondo río ,  
Y el Tamesis umbrío :  
Mas aun amedrentadas y confusas,  
Procuran monumento  
De las injurias de la edad exento.  
Entonces tú, Pierio,  
Digno alumno de Apolo,  
Ilustre é inmortal le has erigido.  
Un reino y otro hesperio,  
Admiran que tú solo  
Las musas consolar hayas podido ;  
A fin de que el olvido  
No su gloria consuma,  
Y en los siglos futuros  
Los aplausos seguros  
Gocen, que deben á tu docta pluma,  
De la Fama en el templo ,  
Para durable admiración y ejemplo.

#### V. A Pedro Romero, torero insigne.

Citara áurea de Apolo, á quien los dioses  
Hicieron compañera  
De los regios banquetes, y ¡oh sagrada  
Musa! que el bosque de Helicon venera,  
No es tiempo que reposes :  
Alza el divino canto y la acordada  
Voz hasta el cielo osada,  
Con eco que supere resonante  
Al estruendo confuso y vocería,  
Popular alegría  
Y aplauso cortesano y triunfante,  
Que se escucha distante  
En el sangriento coso matritense,  
En cuya arena intrépido se planta  
El vencedor circense,  
Lleno de glorias que la Fama canta.  
Otras quiere adquirir, y así de espanto  
Y de placer se llena  
La villa que domina entrambos mundos.  
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,  
Y se corona en tanto  
De bizarros galanes sin segundos  
Y atletas furibundos  
El ancho anfiteatro. Allí se asoma  
Todo el reino de Amor, y la hermosura  
Que á Venus desfigura,  
Y no hay humano pecho que no doma  
(Baldon de Grecia y Roma),  
Y en opulencia y aparato hesperio,  
Muestra Madrid cuanto tesoro encierra  
Corte de tanto imperio,  
Del mayor soberano de la tierra.  
Pasea la gran plaza el animoso  
Mancebo, que la vista  
Lleva de todos su altivez mostrando,  
Ni hay corazón que esquivo le resista.  
Serenos el rostro hermoso,  
Desprecia el riesgo que le está esperando :  
Le va apenas ornando  
El bozo el labio superior, y el brio  
Muestra y valor en años juveniles  
Del iracundo Aquiles.  
Va ufano al espantoso desafío :  
¡Con cuánto señorío!  
¡Qué además varonil! ¡qué gentileza!  
Pides la veria, hispano atleta, y sales  
En medio con braveza,  
Que llaman ya las trompas y timbales.  
No se miró Jason tan fieramente  
En Colcos embestido  
Por los toros de Marte, ardiendo en llama,  
Como precipitado y encendido  
Sale el bruto valiente  
Que en las márgenes corvas de Jarama  
Rumió la seca grama.  
Tú le esperas, á un núnem semejante,  
Solo con débil, aparente escudo,  
Que dar mas temor pudo :  
El pié siniestro y mano está delante,

Ofrécesle arrogante  
 Tu corazón que hiera, el diestro brazo  
 Tirado atrás con alta gallardía;  
 Deslumbra hasta el recazo  
 La espada, que Mavorte envidiaria.  
 Horror pálido cubre los semblantes,  
 En trasudor bañados,  
 Del atónito vulgo silencioso:  
 Das á las tiernas damas mil cuidados  
 Y envidia á sus amantes:  
 Todo el concurso atiende pavoroso  
 El fin de este dudoso  
 Trance. La fiera que llamó el silbido  
 A ti corre veloz, ardiendo en ira,  
 Y amenazando mira  
 El rojo velo al viento suspendido.  
 Da tremendo bramido,  
 Como el toro de Fálaris ardiente,  
 Hácese atrás, resopla, cabecea,  
 Eriza la ancha frente,  
 La tierra escarba y larga cola ondéa.  
 Tu anciano padre, el gladiador ibero  
 Que á Grecia España opone,  
 Con el silvestre olivo coronado;  
 Por quien la áspera Ronda ya se pone  
 Sobre Elis, y el ligero  
 Asopo el raudo curso ha refrenado,  
 Cediendo al despeñado  
 Guadalupe: tu padre, que el famoso  
 Nombre y valor en ti ve renovarse,  
 No puede serenarse,  
 Hasta que mira al golpe poderoso  
 El bruto impetuoso  
 Muerto á tus pies, sin movimiento y frío,  
 Con temeraria y asombrosa bazaña,  
 Que por nativo brio  
 Solamente no es bárbara en España.  
 ¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso  
 Que tu acción vocifera?  
 Si el precio de tus méritos pregona  
 La envidia, con adorno á la extranjera,  
 Que dice: en el estenso  
 Mundo, ¿cuál rey que ciña la corona,  
 Entre hijos de Belona  
 Podrá mandar á sus vasallos fieros  
 (Como el dueño feliz de las Españas)  
 Hacer tales hazañas?  
 ¿Cuál vencerán á indómitos guerreros  
 En lances verdaderos,  
 Si estos sus juegos son y su alegría?  
 ¡Oh, no conozca España que varones  
 Tan invencibles cria!  
 Rogádselo á los cielos ¡oh naciones!  
 Y tú, por quien Vandalia nombre toma  
 Cual la aquiva Corinto  
 (Ni tal vio el circo máximo de Roma),  
 Si algo ofrece á mi verso el dios de Cinto,  
 Tu gloria llevaré del occidente  
 A la aurora, pulsando el plectro de oro:  
 La patria eternamente  
 Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

#### VI. A Don José..... en sus días.

La hermosa primavera,  
 De flores olorosas coronada,  
 Viene á templar la fiera  
 Rigoridad del cano invierno airada:  
 Y en tu dichosa casa,  
 ¡Oh amigo dulce! influye en este día  
 Felicidad sin tasa,  
 Placer tranquilo, bienes y alegría.  
 Y yo, que tus favores  
 No escasamente algún tiempo he logrado,  
 Pretendo que no ignores  
 Cuánto agradecimiento en mí ha durado.  
 El día venturoso,  
 Que acuerda la virtud sublime y bella  
 Del inocente esposo  
 De la hermosa de Dios Madre y doncella.

Goza alegre y ufano,  
 Y repetirle así por siglos ciento  
 Conceda el soberano  
 Gran Padre, á quien es basa el firmamento.  
 Humilde la fortuna  
 Te jure esclavitud siempre durable  
 Sin repugnancia alguna,  
 Y detenga á tu voz la rueda instable.  
 Vierta piadoso el cielo  
 Copiosa y blanda lluvia en tus sembrados,  
 Y colmen con desvelo  
 Tus paneras los siervos fatigados.  
 Tus hatos y majadas,  
 Que cerros y montañas desaparecen,  
 Fingiéndolas nevadas,  
 Sus vellones, que blanco abrigo ofrecen,  
 Tan aumentadas sean,  
 Que en todo bosque, erial, prado ú repecho  
 Solo tuyas se vean  
 Desde el gallego mar hasta el estrecho.  
 Su cándida cuajada,  
 Tu mesa alegre, con el queso cano,  
 Mas que la coagulada  
 Leche al esmero de holandesa mano.  
 Con larga descendencia  
 De nietos héroes, generoso abuelo,  
 Admire la opulencia  
 De tu prosapia el rico hispano suelo.  
 En tálamo de armiños  
 Logra por mil edades con favores  
 Los honestos cariños  
 De esa madre feliz de los amores:  
 Ni dejes nunca, no, desocupado  
 De Bárbara la bella el tierno lado.

#### VII. Al duque de Medinasidonia.

¡Ay, no á la hercúlea enfermedad rendido  
 Y al acerbo dolor con mil afanes  
 Te postres, oh mi dueño esclarecido,  
 Blason de los Guzmanes!  
 No así te entregues á la pena dura  
 Con quejas, que amansaran mares bravas,  
 Que á mí tu siervo, tu feliz hechura,  
 El corazón me clavas.  
 Porque eres la mitad del alma mía,  
 Y me la tiene tu aflicción confusa:  
 Acorde union, sagrada simpatía  
 De la divina musa.  
 Y si fuese, ¡ay dolor! que á los humanos  
 El cielo te robara, ¿qué pudiera  
 Hacer sin ti? Pusierame en las manos  
 De Libitina fiera:  
 Un mismo día á entrambos igualara:  
 Ni el imperio del orbe y de sus bellas,  
 Opulentas coronas, me estorbara,  
 Para seguir tus huellas.  
 ¿Ni qué hiciera la España generosa,  
 De quien eres el lustre y la grandeza,  
 Huérfana inconsolable, en dolorosa  
 Y funeral tristeza?  
 Sus cisnes sin amparo y de la avara  
 Suerte quejosos, en común lamento,  
 ¿A quién hallar pudieran, que apreciara  
 Su armonioso acento?  
 ¿Quién cantara las ninfas y pastores  
 Y el bosque umbroso lleno de frescura,  
 Donde Venus habita y los amores,  
 Faltando tu dulzura?  
 No el númer, de mi voz importunado,  
 Lo consiente: los años inmortales  
 De la fénix te tienen acordado.  
 Las lumbres celestiales.  
 Y así será, que inspiración divina  
 Me lo anuncia: no engaña mi deseo,  
 Ni error cabe en la mente que ilumina  
 Espíritu febeo.  
 Y aunque el dolor te cause ofensa dura,  
 Tú le amenoras con valor estóico:



No siente, no, como la plebe oscura  
 El corazón heróico.  
 Vive, señor, de tu consorte hermosa,  
 Idolatrada en los honestos lazos,  
 Y temple tus afanes amorosa  
 Con sus dulces abrazos.

#### VIII. *Madrid antigua y moderna.*

Los soberbios palacios  
 Con que ¡oh Madrid altiva! te engrandeces,  
 Ocupan los espacios  
 Anchos que en tus niñeces  
 Los arados rompieron tantas veces.  
 Viñedos y aranzadas  
 Del suelo que ocupaste has apartado,  
 Y hay torres levantadas  
 Donde en tiempo pasado  
 Creció el olivo, á Palas consagrado.  
 Por donde con el trillo  
 Circularon las yuntas de los bueyes  
 Sobre el haz amarillo,  
 Van dando al orbe leyes  
 En carro ebúrneo principes y reyes.  
 Fuiste ignorada aldea,  
 Y eres cabeza ya de entrambos mundos :  
 No aparta la febea  
 Luz sus rayos fecundos  
 De tus tierras y piélagos profundos.  
 Mas no de la grandeza  
 Presente fies : todo es vanidades,  
 Y acaba cuanto empieza,  
 Pues ya en nuestras edades  
 Ni Troya, ni Palmira son ciudades.  
 La Atlántica famosa  
 Se hundió en el mar : voraz el tiempo altera  
 El globo, no reposa,  
 No es hoy lo que antes era ;  
 Ni ya Tule tampoco es la postrera.

#### IX. *Vanidad de las riquezas.*

¿De qué te sirve el oro atormentado  
 Bajo los duros cuños con ruido,  
 Con el rostro de Carlos estampado,  
 En círculos pequeños dividido,  
 A turbar tu quietud acá venido  
 Desde el indio remoto,  
 A merced de Euro y Noto,  
 Fiado á un leño enfermo y fugitivo  
 Por el inquieto mar no compasivo ?  
 ¿De qué el alcázar, ni el dorado techo  
 En mármoles de Paro sostenido,  
 Mas de cuidados, que de piedras hecho,  
 Con famoso pincel enriquecido ?  
 ¿Ni el vino en clima extraño producido  
 De sabor delicado,  
 Ni el manjar sazonado  
 De extranjero gloton, que el gusto adula  
 Perjudicial ministro de la gula ?  
 ¡Inigo, no te envidio tu riqueza,  
 De pesares infiel productora,  
 Que no me es tan molesta mi pobreza,  
 Que me estorbe cantar versos ahora :  
 Aquí donde dulcísima y sonora  
 Entre estos atochares  
 Del patrio Manzanares  
 Se desliza la diáfana corriente  
 Me tiendo yo á cantar alegremente.  
 De un árbol la alta copa al suelo envía  
 Sombra apacible; y yo aquí me reclino :  
 Ni alfombra de Florencia ó de Turquia,  
 Ni menos del damasco granadino  
 Compiten sus matices : del vecino  
 Soto una aura suave  
 Con respiración grave,  
 Como suele soplar blanda marea,  
 Las hojas de los árboles menean.

Su libertad las simples avecillas,  
 Con pico de marfil vuelan cantando,  
 ¡Inigo, no aquí lloran las mancillas,  
 Que en tu jaula de hierro están llorando :  
 Los simples conejuelos van saltando  
 Por la hermosa ribera,  
 Yo miro su carrera  
 Desde el pié de este fresno divertido  
 De la ferviente siesta defendido.  
 Goza, goza tu casa edificada  
 A costa de pesares y cuidados,  
 No te consientan hora descansada  
 Sustos y pretendientes porfiados :  
 Cérrquete el escuadrón de tus criados  
 Necios, y aduladores,  
 Pension de los señores,  
 Que yo sin tantos riesgos divertida  
 Paso mas quieta y mas alegre vida.  
 Asístate, si oyeres que el britano  
 Pirata infiel prendió la flota indiana,  
 O si acaso voraz el Océano  
 La sumergió con ambición tirana :  
 Que mi conformidad mejor se allana,  
 Pues que perder no tengo,  
 Y así á estar siempre vengo  
 Con no turbado rostro prevenido,  
 Y nunca un susto el sueño me ha rompido.

#### X. *Quietud del ánimo.*

Doy que dejes las Indias saqueadas,  
 Y empobrecido á ocaso, y al oriente  
 Desentrañado con avara mano,  
 Y con duro cerrojo inobediente  
 En tu sótano encierres apiladas  
 Las arcas con el oro mejicano :  
 Procurarás hallar descanso en vano ;  
 Descanso, el bien mas grande de esta vida,  
 Que no basta á comprarle el gran tesoro,  
 Que al persa, al turco y moro  
 Rinden el Asia y Africa oprimida :  
 Ni el reluciente mármol granadino,  
 Ni de cedro las vigas olorosas,  
 Que estriban en cornisas estucadas,  
 Ni el jaspé de Liguria en animadas  
 Estátuas, de la vida no dudosas,  
 Ni las ricas molduras de oro fino,  
 Ni el pincel del Protógenes de Urbino,  
 Ni poseído el mundo todo entero  
 Bastan á dar descanso verdadero.  
 Mas solamente la conciencia pura,  
 Ilustre Gamoneda, al varón justo  
 Le da invencibles fuerzas, inocentes :  
 Ni teme al enemigo mas robusto,  
 Ni le amedrenta la fiereza dura  
 De los tigres, leones y serpientes :  
 En vano los carcajes insolentes,  
 Pesados con los dardos africanos,  
 Se aprestan contra él, ni la encendida  
 Pelota despedida  
 De los cañones turcos, ó britanos.  
 Esta es seguridad, y este apacible  
 Descanso verdadero, poco hallado,  
 Esta es vida feliz, y esta es gustosa  
 Fortuna abundantísima y dichosa,  
 Mejor que la de aquel siglo dorado :  
 En nuestra mano está, y es conseqüible  
 Arribar de la dicha á lo posible,  
 No con desvelo hidrópico avariento ;  
 Mas con desinterés y entendimiento.  
 Cancion, si quien te viere se espantare  
 De la estóica doctrina en tí cantada,  
 Impropia de mis años juveniles;  
 Responde, que tierra hay que en los abriles  
 Da también flor, y fruta sazonada,  
 Sin que por no ser tiempo se repare ;  
 Antes merece quien adelantare  
 Los frutos á la flor cuerdo y astuto ;  
 Y en especialidad, si es bueno el fruto.

## CANTO EPICO (\*).

*Las Naves de Cortés destruidas.*

Canto el valor del capitán hispano  
Que echó á fondo la armada y galeones,  
Poniendo en trance, sin auxilio humano,  
De vencer ó morir á sus legiones :  
El que holló el ancho imperio mejicano  
A pesar de tan bárbaras naciones,  
Empresa digna de su aliento solo ;  
Si en verso cabe , y si me inspira Apolo.  
Y tú , sacra Piéride , si alguna  
Hay en Parnaso por feliz destino ,  
Que á engrandecer la hispánica fortuna  
El bado dichosísimo previno :  
Mi pecho enciende en llama cual ninguna ,  
Vierte en mi labio cántico divino,  
Que está esperando la impaciente España  
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.  
Dictame , Musa , cómo ya arrollado  
El mejicano golfo turbulento,  
En mil combates vencedor del bado,  
Coyunda impuso al bárbaro sangriento ;  
Y cómo á Veracruz el nombre ha dado,  
Edificada en sólido cimiento ;  
Freno á las gentes fieras y remotas,  
Escala y puerto á las indianas flotas.  
Aquí ostentaba su milicia un día  
Con pompa y gala , y en vistoso alarde :  
Asombra la feroz caballería,  
Tal es el fuego que en los brutos arde.  
La robusta española infantería  
Aliento infunde al pecho mas cobarde :  
Tocan clarines , y las cajas suenan,  
Mares y playas y montañas truenan.  
Muéstrase altivo el inclito guerrero,  
Sandoval digo , en un caballo armado,  
Monte parece de bruído acero  
Apenas por su dueño sujetado :  
Ancho pavés sin cifra ni letrero,  
Y el peñasco de Amaya relevado,  
Solar de su linaje ; y por decoro

La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galán de fino paño,  
Con gorbion de encarnado y amarillo ,  
En un revuelto pisador castaño  
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo ;  
Y Dávila soberbio en genio estraño  
Fatiga los ijares á un tordillo,  
Llevando en el escudo sin cuarteles  
Por antiguo blason trece roeles.

De pecho firme y ancha de cadera,  
Con lazos jaldes y con borlas blancas,  
Muy briosa de juego y de carrera,  
Sin temor de arrecifes ni barrancas,  
De bordada melania la pechera,  
Y béticas cubiertas de las ancas,  
Rige una yegua Pedro de Alvarado,  
Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atrás la roja sobreveste,  
Descubre el peto y espaldar bruído,  
Vuelan las plumas de color celeste  
Sobre el almete de oro guarnecido :  
E indicando cuán poco le moleste ,  
Roto el arco y las flechas de Cupido  
Era su empresa ; en potros jerezanos  
Le siguen y respetan sus hermanos.

Ordaz , con fuertes armas pavonadas,  
Fiero en palabras , rígido en semblante,  
Monta un peceño , y lleva recamadas  
De azul y negro las haldetas de ante :  
Ni las mudas edades ya pasadas,  
Ni el alto olvido harán que yo no cante,  
¡ Oh insigne Lázir ! tu valor que vuela  
Desde Panuco al cabo de la Vela.

Ni serás en mis versos olvidado,  
Célebre Alfonso , honor de los Mendozas,  
Que un corcel , cabos negros y melado,  
Gobiernas , y corriendo te alborozas :  
El escudo en triángulos cortado  
Muestra las rojas bandas de que gozas,  
Y por orla y riquísimo tesoro,  
El Ave de Gabriel quitada al moro.

Y Juan Velazquez de Leon movía  
Un valiente caballo , y con la espuela  
Le allige , y con el freno le oprimía,  
Sonándole la espada en la escarcela,  
Yelmo con tembladora argentería,  
En cuerpo y en el ristre la arandela :  
En él encuentra la razon abrigo,  
Deudo Velazquez , y Cortés amigo.

Un leon rojo por blason ponía  
En sus cuarteles con dorados marcos,  
Jactándose con él , que descendía  
De los Leones de la casa de Arcos :  
Una soberbia alfana , cuya cria  
Vió el mar nacer en los veleros barcos,  
Sedeno el rico á paso lento lleva,  
Y un negro asido á la nielada greva.

Y tú , Morla , tambien en blanco armado  
Vas escaramuzando largo trecho  
Sobre un fuerte bridon azabachado,  
De moscas blancas salpicado el pecho ;  
Pacheco un bayo arremetiendo alado,  
Muestra , corriendo al general derecho,  
Ancha faja de azules cuñas llena,  
Blason de los señores de Villena.

Ya desfilaba con mover airoso  
Sancedo , tierno jóven rubicundo,  
Que él cual otro no fuera mas hermoso,  
Ni pasó tan gallardo al Nuevo-Mundo :  
El mirar de un Adonis amoroso ;  
Y uniendo á lo galán lo furibundo,  
Va con escarces , vueltas y reveses  
Sobre un potro alazán de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada  
De trasflor y sutiles canquies,  
Mostrando rica tela nacarada  
Con broches y alhamares de rubies :  
Cadena de labor muy estremada,  
Y mangas de almaizares tunecies,  
Verjel de muchas y diversas flores,  
Y el lazo del codon de mil colores.  
En un rucio rodado muy brioso

(\*) En esta edicion hemos seguido la que se hizo en 1785 en la imprenta real con preferencia á la de Barcelona en 1821. Las razones que á ello nos han movido , son las mismas que tuvo presente el señor Quintana en sus Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena , donde estampó la juiciosa nota que copiamos : « Aunque en las obras de este autor publicadas en Barcelona en 1821 se ha reimpresso este poema muy diferente de como aquí se halla , se ha tenido por conveniente repetirle en la forma que se incluyó en la primera edicion de esta coleccion , igual en todo á la que se hizo de dicho canto en la imprenta real en 1785 Estrañarán algunos esta preferencia , fundados en la confianza y autoridad que deben merecer las manos por quienes corrió la impresion de Barcelona , tan interesadas en la gloria del poeta , tan enteradas de los hechos que le pertenecen , y tan hábiles en el arte. Pero las mismas fueron las que cuidaron de la edicion de 1785 : el autor hacia cuatro años que habia muerto , y la obra debió publicarse entonces tal como se hallaba entre sus papeles. Aquella pues es la propia , la genuina » de don Nicolás Moratin , y no la de Barcelona ; donde si las alteraciones que se han hecho han podido mejorar algun tanto la elegancia de estilo » y la estructura de los versos , quizá han perjudicado á las proporciones de la composicion , disminuido á veces su grandezza , su raudal , su robustez , y por consiguiente alterado frecuentemente su carácter. Pero esta es opinion mia particular en que no insisto , y que podrá no ser adoptada por otros. Sea de ella lo que se quiera , lo que no tiene duda es que las correcciones de la edicion de Barcelona no son ni pueden ser trabajo del poeta que escribió el canto , y por consiguiente le hacen menos suyo. » Si así lo juzgó tan autorizado colector , que se propuso presentar los modelos mas correctos y acabados de la poesia castellana , con harta mas razon debemos nosotros seguir su ejemplo , cuando el objeto de nuestra Biblioteca no es tanto el señalar las composiciones mas dignas de imitacion y exentas de todo defecto , cuanto el presentar á los mas nombrados autores españoles , tales cuales fueron , sin estraña enmienda ni alteracion , cual contiene á la veraz historia de las ideas y del lenguaje , cuyos auténticos documentos vamos recopilando. La opinion generalmente admitida es , que Moratin el hijo , entonces de edad de veinte y cinco años , fué el editor del canto épico de *Las Naves de Cortés* , para vindicar la memoria de su padre , que consideraba ofendida por no haber llevado premio ni el *accessit* en el concurso abierto en 1777 por la Academia española , circunstancia sobre la cual se hallarán algunas noticias en una nota á la Vida del autor. Bajo este concepto , á continuacion del canto hemos reproducido las reflexiones criticas que acompañaron la citada edicion primitiva.



Sale Escobar con malla y finos antes :  
Y en un caballo negro poderoso  
Villaruel con ojos centellantes.  
Celebrará mi verso numeroso  
Tus hechos, y las armas radiantes,  
Con que, ¡ oh diestro Dominguez ! tú reluces,  
Domador de caballos andaluces.

Admira tan lucida cabalgada  
Y espectáculo tal doña Marina,  
India noble al caudillo presentada,  
De fortuna y belleza peregrina,  
De la injuria del clima reservada,  
Y del color del alba matutina,  
Muestra que herir bien puede el pecho humano  
Cupido con harpon americano.

Con despejado espíritu y viveza  
Gira la vista en el concurso mudo :  
Rico manto de estrema sutiliza  
Con chapas de oro autorizarla pudo,  
Prendido con bizarra gentileza  
Sobre los pechos en airoso nudo ;  
Reina parece de la indiana zona,  
Varonil y hermosísima amazona.

Ella atónita mira, y asombrada  
De tanta pompa y tanta gallardía ;  
Y ansiosa no queriendo dudar nada,  
Informarse de todo pretendía :  
El paso adelantó determinada  
Acia el casto Aguilar, que allí venia,  
Primero haciendo en muestras de obediencia,  
A Cortés su señor la reverencia.

É inquieta dice : ¡ oh noble compañero !  
A mí por tus desgracias semejante,  
Cuéntame de este ejército guerrero  
Quién son aquellos que se ven delante ;  
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero  
Ignorar ni su nombre ni semblante :  
Dí, acaba ; y Aguilar se sonreía  
De ella, y con la alta permission decia :

Aquel membrudo, de mirar sangriento,  
Que cinco lirios por empresa tiene,  
Argüello es de Leon, que violento  
Vive en quietud, y así á la guerra viene ;  
Mírale cuán robusto y corpulento,  
Cómo cruje la lanza y la sostiene,  
Con la ancha cota de dobleces once,  
Y el escudo con láminas de bronce.

Nájera es aquel rubio riojano,  
Diestro en la esgrima ; aquel otro García ;  
Y el que sigue el intrépido Lezcano,  
Y Juanes por quien Turia se gloria,  
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano  
Tanto arrebató en célica armonía,  
Que estar mas que la tracia mereciera  
Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado madrileño  
Es un noble Ramirez de los Vargas,  
Que mil veces al moro en duro empeño  
Partió con los turbantes las adargas ;  
Mira en la suya el muro malagueño,  
Y el puente roto, y en hileras largas,  
A cañonazos multitud de infieles  
Muertos entre marlotas y alqueceles.

Soto el de Toro, Olea el de Medina,  
Son aquellos que ves ; aquel Portillo ;  
Pizarro, á quien del rumbo descamina  
De sus primos nuestro ínclito caudillo ;  
Juan es aquel de la coraza fina,  
Que el Tormes entre juncas y tomillo  
Le arrulló en la aula de las ciencias sola  
La celebrada Atenas española.

Mira aquel batallón de infantería  
Del aguerrido Heredia gobernado,  
Que el francés en Italia le temía  
Cuando el Gran Capitán le vió á su lado ;  
Farfán es aquel alto que blandía  
La pica, y de su patria amartelado,  
Se va siempre acordando en sombra vana  
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados  
Con pistoletas, llenos de osadía,  
Es Mesa el montañés, que sin cuidados

Él maneja un cañon de artillería ;  
Usagre y Catalán van á sus lados,  
Porque son de la misma compañía,  
Y diestros artilleros los pregona  
La invencible nacion de Barcelona.  
Aquellos de escaupiles acolchados  
Siguen al alcarreño Jaramillo ;  
Mas le siguen tus ojos inflamados,  
Si ¡ oh cacica ! permíteme el decillo :  
Aquel que allí escuadrón los soldados  
Es el fiel Bernal Díaz del Castillo,  
Que sirve en esta célebre jornada  
Cual César, con la pluma y con la espada.

Prosiguiera Aguilar ; pero venia  
Batiendo el acicate de ambos lados,  
Mercado en una remendada pia,  
El mas niño de todos los soldados :  
Por su doncel al general servia,  
Apartaba los indios apiñados,  
Diciendo plaza á infinidad de gente,  
Plaza, que pasa el general al frente.

Hácenle salva, y alta vocería  
Se levanta á los cielos, resonando  
Gentil descarga de arcabucería,  
Que hasta Méjico el eco fué bramando ;  
Atruená la espantosa artillería,  
Por las concavidades retumbando.  
Corral, Volante con Ranjel lijeras  
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ¡ Divina Clío,  
Tu alto influjo mi espíritu levante !  
¡ Quién jamás tuvo objeto como el mio,  
Ni tan glorioso capitán triunfante ?  
¡ Con qué aspecto real y señorio  
Se le muestra á su ejército delante !  
¡ Oh qué valor que ostenta y qué nobleza !  
¡ Oh cuánta heroicidad y gentileza !

Ricas armas de esmero y maestría,  
Listadas de oro puro centellantes,  
Con pernos de preciosa pedrería,  
Hebillas y chatones de diamantes,  
Gorjal grabado, en cuyo canto habia  
De perlas y crisólitos pinjantes,  
Cegando como el sol, á quien parece  
El arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada  
Cual fúlgido cristal resplandeciente,  
Con plumajes y airon empenachada,  
Que el céfiro halagaba mansamente ;  
El brazal y esquinela burilada  
Rayos saca de luz como el oriente ;  
Música forman guarnecidas de oro  
Templadas piezas al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola  
Favonio airoosamente, y con lazadas  
De plata y seda atado en una sola,  
Que vuelve las vislumbres duplicadas :  
Roja banda afollada en la pistola  
Con muchos rapacejos, y enredadas  
Puntas al cinturón, y allí pendiente  
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,  
Con labores en torno rutilante,  
Que mas reverberando que el lucero,  
Parece de un limpisimo diamante ;  
Esculpió en medio por blason guerrero  
Entre las uñas de un león rapante,  
Un mundo encadenado, y quebrantadas  
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza, estriada y rebutida  
De barras de metal lleva en la cuja,  
Y un pendoncillo ó banderilla asida  
Que bordó con primor sutil aguja ;  
Y al encuentro y veloz arremetida  
Hace corriendo que al impulso cruja,  
Cuando con duro y resonante callo  
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazán tostado, corpulento,  
De ardiente vista, y con feroz ultraje  
Bate el suelo, mirándose opulento  
Con tan precioso y bárbaro equipaje :  
De ormesí recamado el paramento,

De seda y oro y borlas el rendaje,  
De bronce entallados la estribera,  
Zafiros y balajes la testera.

El soberbio animal la crin estiende,  
Como quien sabe el dueño que pasea,  
Con agudo relincho el aire enciende  
E indómito y ufano se pompea:  
En cuanto ¡oh Bétis! tu raudal comprende,

Que con verdes olivas se hermosa,  
Tal monstruo no abortó naturaleza,  
Ni unió tanta hermosura en tal fiera.

Cortés recorre así los escuadrones  
Con vivos ojos, plácido semblante,  
Siendo por ademán y por acciones  
A cosa mas que humana semejante:  
Y afable dice: ¡oh fuertes campeones!  
¿Cuál órgano mortal será bastante  
A cantar tanta hazaña celebrada,

Que debo yo al valor de vuestra espada?

Hércules nuevos, de portentos fieros  
Habeis triunfado con asombro mio:

No ignore España, ilustres compañeros,  
Cuánto la ensalza vuestro heroico brío.

¿Quién serán los audaces mensajeros  
Que el mar salado por el norte frío,  
Corteh al sesgo con tajante quilla

A llevar tales nuevas á Castilla;

Y al rey don Carlos, al monarca hispano,

Refieran esta accion tan señalada,

Y cómo tiene ya por vuestra mano

Su España en tierra y nombre duplicada?

Decid primero, cómo el monstruo insano

De la envidia en Velazquez halló entrada,

Y estorbar quiere heroicos pensamientos

A pesar de enemigos elementos;

Y que triunfando de él y de las olas,

Y vencedores del terrible infierno,

Vió Cozumel las naves españolas,

Y el simulacro con escarnio eterno:

Y en el rio tambien de Banderolas,

A Grijalva siguiendo su gobierno,

Tomamos puerto en la obstinada tierra,

Que el paso defendió con cruda guerra.

¿Y quién ha de callar la memorable

Batalla de Tabasco y gran conquista,

El poder de los indios formidable,

Su arrogancia increíble por no vista?

Y cómo el tren de gente innumerable

A los campeones que la cruz alista,

Humilló al fin la indómita cabeza,

Y el bárbaro teson de su braveza?

Contad los arcos y las armas fieras,

Los escudos con fuegos abrasados,

Y que besan naciones tan guerreras

Los pies del rey católico sagrados:

Los cempoales de largas cabelleras,

Los de las sierras con el dardo osados,

De Cimpacingo y Quiabíslan, que ataques

Sufren con los robustos Tonaques.

Decid, en fin, que al fuerte y poderoso

Emperador de ocaso, Motezuma,

A quien su inmensa Méjico en precioso

Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,

Marchamos á vedar el horroroso

Holocausto en que al ídolo perfuma

Con victimas humanas y anhelantes,

Corazones y entrañas palpitantes.

Dijo: y á todos tímido recelo

Mas que la guerra la respuesta ataja;

Pues saben que Velazquez con desvelo

Por vengarse solícito trabaja,

Y al mar cubriendo su cerúleo velo,

Desde Cuba al Darien de naves cuaja,

Cerrando altivo con velera popa,

Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba lijero,

Lleno de carmesi plumajería,

Con flecos en el verde mosquitero,

Montejo estaba audaz con ufania:

Y volviendo al galán Portocarrero,

Que en un rucio rodado le seguía,

De coracina y fuerte lanza armado,

Carpetas y gualdrapas de brocado.

Jóven, le dijo, si dejar la guerra

Pareciere vileza y cobardía,

No ya por las delicias de mi tierra

Esta abandono en tan urgente día:

Tantos peligros que ese golfo encierra,

Y constante desprecia mi osadía,

Serán respuesta al que decir intente

Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,

Rompiendo de Velazquez las armadas,

Bararé con mis buques presurosos

De España en las riberas apartadas:

Mas si tú con alientos generosos

Seguirme quieres, y las alteradas

Hondas surcamos en nadante pino,

La fama nos dará blason divino.

Estremeciéndose el generoso mozo

Con ansia de la gloria concebida,

El rostro enciende, donde el blando bozo

Muestra la tierna juventud florida;

Y dice: la nobleza de que gozo

Sabes bien: ves mi empresa conocida,

Con escaques azules jaquelada,

Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,

¿Cómo presumes que el seguirte deje

En las dificultosas ocasiones?

Contigo muera, y no de tí me aleje.

Dijo, y se derribó de los arzones.

Montejo sin saber qué le aconseje,

Le abraza afable, los caballos dieron

A sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban

En gruesas y altas lanzas apoyados:

Unos en los mosquetes descansaban,

Y otros en los escudos muy pesados.

Del mensaje difícil razonaban,

Cuando ofrecen los dos determinados

Llevarle al rey, volviendo desde España

Con nueva gente á ballarse en la campaña.

Entonces de contento alborozado,

Torres el veterano esclama: ¡oh cielo!

Y ¡oh deidad, que en tu auxilio se ha fiado

Mi patria con solícito desvelo!

No está el brío español tan apagado,

Ni aun en tal clima y tan distante suelo,

Cuando aun se admira entre enemigas gentes

Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Así diciendo el venerable anciano

Con lágrimas ternisimas lloraba;

Muestra el cabello bajo el yelmo cano,

Y sollozando apenas pronunciaba;

Con la antes fuerte y ya trémula mano

Ciñe sus cuellos, y sus rostros lava,

Palpandoles con amorosas muestras

Los fuertes pechos y robustas diestras;

Y ¡oh mancebos fortísimos! decía,

Id á la dulce España, á quien no espero

Ver ya jamás, que al templo de María

Mi última edad sacrificarla quiero:

Y al punto del alto hombro desprendia

El rico tabali, que en trance fiero

El quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza

Al malique Alabéz, ganando á Baza.

Este que en perlas y esmeraldas orna

Le da al mas jóven con luciente espada

Mallorquina; á Montejo luego torna,

Y al morrion quitó fuerte lazada:

Con él la frente en otro tiempo adorna,

Le dice, Boabdeli, rey de Granada,

Que el alcaide prendió de los Donceles,

Terror de los Zegries y Gomeles.

Abrazánlos esotros capitanes,

Y los despiden amorosamente,

Y con el fruto traen de sus afanes

De Motezuma el bárbaro presente:

Cortés con amistosos ademanes

Les fia su justicia, y reverente

Al caro padre y tierna madre envia

Dones, que ya por muerto le tenía.

Ya parten los dos inclitos guerreros



Con ansia de la fama presurosos ;  
 Ya les dan los amados compañeros  
 Mil dones de la América preciosos :  
 Adornados de bandas y plumeros  
 Tremolaban galanes y animosos  
 De oro en bilbilitanes capacetes  
 Garzotas entre blancos martinetes.  
 Todos los acompañan al navío,  
 Desde cuya alta popa ya tomando  
 Está Anton de Alaminos señorío  
 Del mar, que cede á su timon y mando ;  
 Al canal de Bahama y su bajo  
 Está la vista y proa enderezando,  
 Por donde nunca se atrevió ninguno  
 A romper los estanques de Neptuno.  
 Cuando el rabioso espíritu, que enciende  
 La discordia y rencor en los mortales,  
 Oponerse al designio audaz pretende  
 Desde los calabozos infernales,  
 El centro infiel del bátrato se hiende,  
 Pues ya se ven patentes las señales  
 Que larga edad se están allí temiendo,  
 Con el recelo al Orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama había,  
 Que la gente española vencedora  
 Al católico yugo humillaría  
 Las gentes del ocaso y de la aurora.  
 El príncipe infernal, que ya veía  
 Cumplirse los pronósticos ahora,  
 Concilio horrendo de la negra gente  
 Llama, y habló con cólera impaciente :  
 ¿ Con que no solo habeis de ser vencidos  
 Del alto arcángel, que brilló en luz pura,  
 Sino de hombres infames abatidos,  
 Sino ( ¡ que horror ! ) de humana criatura ?  
 ¡ Oh espíritus eternos, que atrevidos  
 Fuisteis al Hacedor ! ¿ temeis su hechura ?  
 ¡ Sufrireis con ultraje y vituperio  
 Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio ?

¡ Mas ay ! que ese manco el mismo día  
 Que nacer vimos al sajón Lutero,  
 Le vió España nacer con ansia mia,  
 Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero.  
 Visteis con cuán escasa compañía,  
 Misero fugitivo y comunero,  
 Le llevó el mar á incógnitas regiones,  
 Que no vieron Colon ni los Pinzones.

Ya allí los sacrificios no consiente,  
 En que yo contra el hombre vengativo  
 Víctima le hago á un tiempo y delincuente,  
 De vida eterna y temporal le privo ;  
 Y ya templo consagra reverente  
 A esa Madre del hijo de Dios vivo,  
 A esa Mujer, que lo es, aunque divina,  
 Y á quien mi frente á mi pesar se inclina.  
 En ella estriba todo el gran desnudo  
 De la española intrépida osadía ;  
 Ella al indio cruel dió espanto y miedo ;  
 Porque sin ella España ¿ qué sería ?  
 Ya miro que la fe de Recaredo  
 Alumbró los antipodas del día,  
 Y el sacerdote ( asombro allí no visto )  
 Baja á sus manos con su voz á Cristo.

Con pacíficos ramos en hilera  
 Los soldados cantaron el *Hossana*,  
 Con tal seguridad cual si allí fuera  
 La basilica insigne toledana ;  
 Y présaga la mente verdadera  
 Ya ve que la soberbia castellana  
 Va por su rey y religion triunfante  
 A hacer portentos, que al infierno espante.

¡ Ay, que ya me parece que mirando  
 Estoy encadenado á Motezuma  
 Por ese hombre feroz, digno del bando  
 Que resistió la omnipotencia suma !  
 Mil naciones humildes tributando  
 Adoracion con oro, aroma y pluma :  
 ¡ Tremendo Dios ! ¡ tanto favor á sola  
 La soberbia fierisima española !

Mas no nos acobarde el grande intento,  
 Espíritus rebeldes, que mayores  
 Fueron los nuestros, cuando al alto asiento

Del mismo Dios clamamos con furores.  
 La grande empresa escite nuestro aliento,  
 De ellos mismos nos valgan los rencores ;  
 Pues para España no hay en la campaña  
 Mayor contrario que la misma España.

Mientras Narvaez á impedirlo llega  
 Hinchendo el leste su volante lona,  
 Con sedicion amotinada y ciega  
 Arda en tumulto el pueblo de Belona.  
 Dijo ; y al punto el bátrato se entrega  
 A horrenda confusion, ginió Gorgona,  
 Silban y braman monstruos diferentes,  
 De quimeras, dragones y serpientes.

No de otra suerte, ó con menor estruendo,  
 Desgajándose el polo centellante,  
 Su clara luz el cielo oscureciendo,  
 Reventando el infierno horror tronante,  
 Los astros de sus círculos cayendo,  
 Naturaleza absorta y vacilante,  
 Temblarán cielo, tierra y mar profundo  
 En la profetizada fin del mundo.

Mas ya Portocarrero las amarras  
 De un tajo rompe, al piélago sonante  
 Los lleva el viento, ondean ya las garras  
 En las banderas del león rapante ;  
 El rumbo anhelan de españolas barras,  
 Y á lo lejos el peto relumbrante  
 Muestra Montejo, é izan presurosos,  
 Dejando largos surcos espumosos.

Con lágrimas los siguen y gemidos,  
 Y el buen viaje gritan desde tierra :  
 Los tósigos de averno enfurecidos  
 En los ánimos flacos hacen guerra.  
 Grado con los Peñates atrevidos,  
 Mal en el pecho su furor encierra ;  
 Junta en corrillo el vulgo bajo y fiero,  
 Lenguaraz á la chusma habló Escudero.  
 ¿ Y hasta cuándo, infelices, les decia,  
 Durará vuestro engaño ? ¿ y hasta cuándo  
 Creereis la temeraria altanería  
 De ese imprudente, á quien le dais el mando ?  
 No es valor la frenética osadía,  
 Ni el ir á un mundo entero contrastando  
 Con tan corto escuadron, que aunque triunfemos,  
 Que crédito le deu no lograremos.

Ya sé que el macedon, sé que el romano  
 Venció batallas é infinitas gentes ;  
 ¿ Mas qué ejército impulso dió á su mano ?  
 ¿ Y qué preparativos diferentes ?  
 No negaré el esfuerzo castellano,  
 Supondré á los contrarios no valientes ;  
 Mas ¿ qué espíritu basta á la defensa  
 De quien resiste á multitud inmensa ?

Finja el caudillo que animados troncos  
 Volcals cual la segur en la montaña,  
 Y que su antara y caracoles roncós  
 Ni á la venganza incita, ni á la hazaña ;  
 Que son cobardes, bárbaros y broncos,  
 Que el fulminante azufre los engaña ;  
 Que cual centauros juzgue su rudeza  
 Hombre y caballo todo de una pieza.

Mas ¿ cómo negará la muchedumbre  
 Temible, que á flechazos descendiendo  
 Sobre nosotros, hizo ya costumbre  
 De las bombardas el terrible estruendo ?  
 ¿ Ni el impulso y tremenda pesadumbre,  
 Que muestra el que evitó su fin horrendo  
 En roto escudo y abollado casco  
 De las fuertes macanas de Tabasco ?

Y cuando el clima y la naturaleza  
 Contra nosotros mismos no se armara,  
 ¿ Cuanta ventaja lleva la fiera  
 Del indio montaraz y astucia rara ?  
 ¿ Quién ignora el ejército y grandeza  
 De Motezuma atroz, que ya prepara  
 A sus deidades en banquete infausto  
 De nuestros cuerpos horrible holocausto ?  
 ¡ Ay, cuánto afán y muerte nos espera !  
 ¿ Y cuán pocos á España volveremos !  
 Ya experimentaréis el alma fiera  
 De Cuauhtemuch, su furia y sus estremos ;  
 De Miscuac, que un caimán trae por cimera,

Tarde el ímpetu audaz conoceremos :  
Y es, si acaso triunfamos, solamente  
Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo vi á Teutile y Pilpatoc severo  
Cómo volvió la espalda, despreciando  
Al mismo Hernán Cortés; sé que guerrero  
Se arma en Tlascala innumerable bando :  
Ni el estender el culto verdadero,  
Ni el gran deseo de humillar al mando  
Del monarca español la tierra opresa,  
Disculparán tan temeraria empresa.

¡ Oh locura ! ¡ Los moros africanos,  
Ricos, vecinos, moros y valientes,  
Infestan nuestras costas; y lejanos  
Venimos á vengarlo en otras gentes !  
Sin trabajo, ¡ oh famosos castellanos !  
Mil reinos les tomáramos potentes ;  
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,  
Que lo que allá costara el conquistarlos.

¡ No es afrenta del pueblo bautizado,  
Que esté en prisiones la sagrada Heliá,  
Habiendo él con sus armas ya llegado  
Hasta el nadir y el túmulo del día ?  
Allá sí que católico soldado  
Con fe valiente desalojaría  
De tu muralla el bárbaro gentío,  
Santa Jerusalén, el brazo mio.

Mas si Cortés tan imposible hazaña  
Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia;  
Pues no es razon de la lealtad de España  
Que así se abuse en tanta contingencia :  
Ciega esperanza al corazón engaña ;  
Pero sepa enmendarlo la prudencia.  
Seguidme, dijo, al mar : grita la gente,  
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en la octava maravilla  
Del grande Escorial tan celebrado  
Se mueve el coro, donde el arte brilla  
Al furioso buracán desenfrenado :  
Tiembala el panteón, la altísima capilla  
Y estupendo cimborio agigantado,  
Por los claustros bramando el aire zumba,  
Y el pórtico magnífico retumba ;

Así la zuiza militar en tierra,  
Y á bordo la marítima zaloma  
Se escucha con motín y civil guerra,  
Y oculta rebelion el rostro asoma.  
Cortés, en cuyo corazón se encierra  
Valor, á quien ningún peligro doma,  
Las filas corre, y lleno de osadía :  
Compañeros heroicos, les decia,

¿ Qué es esto, generosos españoles ?  
¿ Qué es de vuestro valor ? ¿ qué estoy oyendo ?  
¿ Vosotros sois de la milicia soles ?  
¿ A vuestro brazo el orbe está temiendo ?  
Con que vuestras mesanas y penoles  
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo ;  
Con que osasteis lo mas con alma presta,  
O despreciáis lo poco que nos resta ?

Pues no lo despreciéis, que altas hazañas  
Dignas de vuestro ardor habrá algún día.

El riesgo apeteceis de las campañas ?  
¿ Qué propio en la española valentía !  
Ya me dareis albricias por extrañas

Empresas, que hollará vuestra osadía ;  
La fama con escelso y nuevo canto  
Pondrá en el mundo admiración y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brio,  
Ni olvido tanta hazaña celebrada :

¿ Dónde está, dónde, aquel soldado mio,  
Que á Maila dividió su ardiente espada ?

¿ O el que en el espantoso desafío  
Con Tumpoton de maza barreada

De una estocada, que alto impulso encierra,  
Al bárbaro clavó contra la tierra ?

Aquí estais todos, compañeros fieles,  
Yo por vosotros moriré el primero :  
Vamos, dijo, á vencer. Mas los noveles  
Se arremolinan en tumulto fiero ;  
Con las dagas hiriendo en los broqueles  
Insta por Cuba el vulgo vocinglero,  
Crece en las voces el tesón é instancia,

Y en el caudillo invicto la constancia.

Bien como cuando el mar enbravecido  
Se altera, se entumece y alborota,  
Y de uno y de otro viento compelido  
De la alta Gades la muralla azota ;  
A cuyo choque, aunque tan repetido,  
Eternamente permanece inmota,  
Sin que á las olas su constancia amanse,  
Ni de embestirla el piélagos se canse.

Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,  
Arremetió el caballo poderoso,  
Que alza menuda braja con las manos  
Al ímpetu feroz y sonoro ;  
Y dice : auxilios débiles humanos  
No den favor al corazón medroso :  
O venza, ó muera ; su única esperanza,  
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atrás con gallardía,  
En los estribos todo el cuerpo alzando,  
Fulmina el fresno, y rápida crujía  
La banderilla, y silba reguilando ;  
Y á la nao capitana, á quien mecía  
Blanda marea, llega atravesando  
De una á otra banda, y al impulso internas  
Retumbaron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma y los grumetes luego  
Saltar á nado á la cercana orilla,  
Que el ancho boqueron con agua ciego  
A borbotones llena la escotilla,  
La amura de estribor cede al trasiego,  
Cae de costado, y la alta popa humilla  
Su balconaje, y las furiosas olas  
Entran por las abiertas portañolas.

A pique va sin tempestad la armada,  
Porque los españoles animados  
De la alta acción, con prisa acelerada  
Dan barreno á los buques ancorados.  
El fiero Herman Cortés con vista airada  
Terror infunde, y á los alterados  
Que en la conjuración mostraron brio  
Hace dar al través con su navío.

Esto mismo Carrasco, y esto hacia  
Álvarez Chico ; Yañez arrebatada  
Una hacha de armas, la *Cartinga* hería  
Dando al golfo su golpe entrada grata ;  
Giné en el bajel que conducía,  
Cual si fuera enemigo desbarata  
Toda la eslorá, á cuyos roncós sonos  
Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte galeón empavesado,  
Que comandaba Ordaz el arrogante,  
Su mismo capitán le ha despalmado  
Por dar satisfacción de sí bastante ;  
Y Arvenga el levantisco ha disparado  
Al branque de otro un tiro fulminante,  
Y la proa y bauprés desaparecen  
Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van así los corpulentos  
Bajeles ; pero ciegos los soldados,  
Los estragos del agua juzgan lentos,  
Tal los tiene el caudillo ya inflamados.  
Impacientes, furiosos y violentos,  
De alquitrán mil hachones y embreados  
Fuegos arrojan, prenden al instante  
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa,  
Y el betun y fortísimos tablones ;  
De Vulcano la cólera furiosa  
Desune el calafate y trabazones,  
Estiéndose la llama sonora,  
Y á formar condensados nubarrones  
Con vapor negro asciende hasta lo sumo  
En confusas pirámides el humo.

Fenece así el bellísimo navío  
Del hermoso Saucedo bombardeado,  
Al que en Sanlúcar vió zarpar el río  
De flámulas y jarcias adornado :  
También, Godoy, al tuyo fuego imploró  
Quemó, y al de Morón bien artillado,  
Al que condujo á Dávila violento,  
Morla el fuerte, y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecían



De tanta armada trozos solamente  
Medio quemados : popas se veían  
Y proas de oro envuelto en llama ardiente,  
Pedazos de banderas que se hundían,  
Que el agua ó fuego nada allí consiente,  
Y aniquilan los miserios fragmentos  
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, cuando hasta los oscuros  
Senos del mar con ímpetu silbando  
Ciega legión de espíritus impuros  
Se precipita, el ponto rebramando.  
¡Albricias, noble España! que seguros  
Tus vencimientos son, y al cielo alzando  
La alegre vista, mira como el cielo  
Te da el premio, esperanzas y consuelo.

Pues cándida paloma descendiendo  
Sobre los pabellones, el alado  
Giro tendió acia Méjico, luciendo  
Con los visos y albor tornasolado,  
El aire en luz purísima vistiendo :  
Cual descogiendo el arco variado  
La ninfa de Taumante acia poniente  
Trae mil colores con el sol enfrente.

Cortés ambas las manos levantadas  
Dice : ya entiendo, espíritu divino,  
Que no de mi fervor te desagradas ;  
Sigo pronto tu anuncio y mi destino.  
Los suyos por la cruz de las espadas  
Juran no desistir del gran camino,  
Hasta ensalzar, en vez del dios horrendo,  
La cruz que tremolada van siguiendo.

En la hazaña el ejército se empeña ;  
Ya resuena el clarín y cajas luego,  
Crece la aclamación, y hecha la seña,  
Marcha el campo español : ya no hay sosiego ;  
Equilibrase el bronce en la cureña ;  
Y aplicando la mecha al botafuego,  
Con ronco estruendo globos infernales  
Reventaron los cóncavos metales.

Los ídolos de Méjico temblaron  
Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde  
Mudanza triste, absortos recelaron  
Ciegos ministros con terror cobarde.  
Si las musas mi verso eternizaron,  
Mientras fiero el león de España guarde  
Con las terribles zarpas ambos mundos,  
A pesar de enemigos furibundos ;  
Heróico Hernán Cortés, será cantada  
Tu acción por cuantos doblan la rodilla  
Al monarca español, que en fe acendrada  
El orbe que ganaste se le humilla ;  
Tu acción, que dió á la fama voz no usada,  
Al universo espanto y maravilla,  
Júbilo al cielo, llanto al orco ímpio,  
Y alta materia al rudo canto mío.

## REFLEXIONES CRÍTICAS

de la edición de 1783,

### QUE SE ATRIBUYEN Á MORATIN EL HIJO.

En este canto se propuso el autor seguir el rumbo de los mejores épicos antiguos y modernos, sin ceñirse rigurosamente á la historia, ni alterar ó confundir los hechos principales de ella ; pues uno y otro sería culpable. Así es que Ercilla por seguir lo verdadero, se olvidó de la ficción poética ; y queriendo después unir en algunas partes una y otra circunstancia, como la falta consistía en el plan, no consiguió lo que deseaba, haciendo una obra que ni es historia, ni menos epopeya. Valbuena, por imitar en su *Bernardo* la desarreglada abundancia de Ludovico Ariosto, tocó el extremo opuesto. Allí todo es ficción, todo adorno poético, todo episodios : el suceso principal se confunde entre tantos accesorios, que hacinados sin oportunidad ni conexión, fatigan al lector, y no le deleitan ; le llevan de

una á otra parte, sin dirigirle á la contemplación del principal y único objeto, mostrándole infinitas riquezas para no dejarle gozar ninguna.

Evitando pues Moratín tales defectos, ordenó su fábula de esta manera. Después de la proposición é invocación, se describe la reseña del campo español en las cercanías de Vera-Cruz. Cortés, deseando enviar mensajeros á Castilla, pregunta á los suyos, quién será de ellos el que se atreva á hacerlo. Preséntanse Alonso Hernández Portocarrero y Francisco Montejó ; admítelos el general, y se previenen para el viaje. Luzbel en tanto convoca los espíritus infernales, mandándoles que se opongan á las ideas de los españoles. Hácenlo así, y escitan la discordia y motín en el campo, cuando Montejó y Portocarrero se hacen al mar. Cortés procura aplacar los ánimos inquietos : habla á sus gentes ; pero viendo la obstinación de los sediciosos, resuelve dar al través con toda la armada : arroja la lanza á la nave capitana ; y advirtiéndolos sus parciales la determinación, queman y destruyen los navíos. Cortés, viendo manifestas señales de la protección que el cielo le concede, se inflama en nuevos deseos, levanta el campo, y marcha con los suyos la vuelta de Méjico.

Convenía dar noticia de los famosos capitanes que sirvieron en aquella jornada : por esto introduce el autor con oportunidad la reseña del ejército. Los príncipes de la épica, Homero, Virgilio, Tasso, y entre los nuestros Lope de Vega, Valbuena etc., lo hicieron también con el mismo intento. En los demás poemas, además de pintar las armas, caballos etc. en particular describieron allí sus autores varias naciones guerreras, cuyos trajes, países, costumbres y otras particularidades ofrecen ancho campo para lucir la fantasía y erudición del poeta, como Homero lo practicó felizmente en el segundo libro de la *Ilíada*. Pero el autor de este canto se vió reducido á mas estrechos límites. ¿Cómo podría hacerse una tan pomposa descripción de un ejército tan pequeño? ¿cómo hacer allí mención de naciones diversas en patria y costumbres? Aun usando toda la licencia de exageración, que se concede al poeta en tales circunstancias, no pudo este hacerlo sin nota de inverosimilitud. Cifñose únicamente á pintar con los mas vivos colores los ilustres personajes, que tan nombrados fueron por sus hazañas en aquella conquista ; estendiéndose cuanto le pudo permitir el asunto que manejaba ; y no dudo que hallará el lector mucho que admirar en este punto.

No basta que haya variedad en las cosas que refiere un poeta : es necesario que la haya también en el modo de referirlas ; pues suele suceder en una narración poética que siendo todas las partes de que se compone escogidas y diferentes, resulta no obstante el todo desagradable por demasiada uniformidad en el plan de la narración. Por esta causa varió el autor artificiosamente este pasaje, valiéndose de la narración épica y de la dramática, como Lope de Vega en el canto xix de su *Jerusalén*. En las primeras octavas habla por sí solo el poeta ; y después, siguiendo la misma materia que había comenzado, introduce á la india doña Marina, que deseosa de saber quién son aquellos que ve presentes, hace á Jerónimo de Aguilár que la diga sus nombres y circunstancias : así pone el autor en boca de este todo lo restante, y anima el discurso por este medio con agradable variedad. En la epopeya habla el poeta, é introduce personajes, que ocultándose él, alternan en la narración con discursos, que él por sí solo no podía proferir. De aquí resulta que el lector ve presentes aquellos sucesos ; pierde de vista la ficción ; ya no es Homero el que habla ; es Aquiles que se queja de Agamenon por las injurias recibidas ; es Priamo, que pide angustiado el cuerpo de su querido Héctor, ó Andrómaca, que viendo á su esposo difunto, llora inconsolable su propia desventura, la del tierno Astianacte y la total desolación de Troya.



Pero observemos cuánto lució la fantasía del autor en el pasaje que se va examinando. Todo él forma un cuadro vistoso y agradable; y el motivo de serlo es, que un poeta dotado de fecunda imaginación (dávila de la naturaleza), pasa á figurarse presentes las cosas sucedidas ó posibles: ve distintamente todos los objetos que realmente se ofrecerían según las circunstancias, después valiéndose del arte, elige lo que es mas oportuno para su intento; y aquello lo mejora, adorna y ordena poéticamente. No todos tienen igual viveza de fantasía, no todos tienen gusto delicado para saber elegir lo mejor, ó lo mas conveniente; y esta es la causa de que manejando dos poetas un mismo asunto, el uno sorprende y arrebató, cuando el otro disgusta, ó porque le faltó abundante fantasía, que le presentase imágenes, ó porque no supo escogerlas y mejorarlas, ó porque no las supo ordenar.

Al son de la música militar se presentan sucesivamente aquellos héroes á quienes debe la nacion sus mayores glorias. Los escudos con divisas diferentes, ya con blasones de sus familias, ya con empresas particulares; los yelmos coronados de plumas, que mueve el viento; los trajes de diversos colores, las bandas, las armas, los caballos de generosa raza: ¡qué vista presenta todo esto tan agradable! En otra parte Aguilar, que razona con doña Marina vestida á la usanza india, ofrece otro objeto diverso y hermoso. Mercado, soldado de corta edad, paje de Cortés, viene á caballo apartando multitud de indios, que admiran aquel nuevo espectáculo; y avisa al ejército que el general se acerca. Suena confusa vocería por todo el campo, dispara la arcabuceria y artillería, cuyo estruendo llega retumbando hasta la opulenta Méjico. Corral, Volante y Rangel abaten al suelo las banderas. Ya llega Cortés. El poeta agitado extraordinariamente invoca á la divina Clio, para que levante su ingenio á cantar con digno espíritu tan gran caudillo; y pasa después á pintarle con toda la fuerza y expresión de que es capaz la poesía y la lengua nuestra.

Bello es á mi parecer este pasaje; pero sus perfecciones no son de aquellas cuyo conocimiento está reservado á la inteligencia de los profesores del arte: cualquiera que con atención le leyere no puede menos de alabar el acierto con que lo espresó el autor; y el que no halle en él cosa apreciable, no sé si diga que tiene mucha ignorancia, ó mucha envidia, ó todo junto.

En el razonamiento que hace Cortés á sus soldados refiere brevemente los sucesos mas notables de aquella jornada: para que así lo cuenten en España los mensajeros que la de enviar. Por este medio se informa al lector de la oposición de Diego Velazquez á Cortés, del viaje de este, de la destrucción de los ídolos en Cozumel, la entrada por el rio de Grijalva, la resistencia de los indios y su vencimiento; y por último se da noticia de Motezuma, á cuya corte dirige el capitán su marcha para estorbar la crueldad de sus horrendos sacrificios, y establecer en aquel vasto imperio la fe católica.

En la *Odisea*, *Eneida*, *Henriada* y otros poemas tenemos ejemplo de estas narraciones episódicas, en las cuales trata el autor de lo que precedió al principio de la acción de su obra. La relación de Eneas á Dido, en el segundo y tercero libro de la *Eneida*, no era absolutamente necesaria para que la acción fuese completa: esta comienza en la tempestad que arrojó las naves troyanas desde Sicilia á las costas de Africa: así que, dichos dos cantos son una parte episódica del poema; pero sin ellos quedaria la obra imperfecta precisamente, por ignorar el lector sin este auxilio las causas anteriores de que resultaron después aquellos sucesos. El poeta épico elige un solo pedazo de la historia para disponer sobre él la fábula de su poema; pero nunca dejará en silencio los antecedentes que tengan precisa conexión con el asunto que trata; si bien necesita no poco estudio para saber cuáles cosas debe manifestar, y cuáles omitir, en cuál ocasión y de qué modo debe refe-

rir las. En el presente canto se insinúan por boca de Cortés los acaecimientos anteriores al que sirve de asunto, como ya advertí; y aunque pudiera el autor haberse dilatado mas en ellas, ciñó su discurso cuanto fué posible; pues siendo toda la obra de corta duración, debía guardar en todas sus partes la proporcion correspondiente, para que ninguna de ellas fuese monstruosa por su demasiada grandeza. En una epopeya completa podía el escritor ocupar algunos cantos con la narración de tales sucesos, pero en esta obra seria defecto dar á aquel pasaje mayor estension.

Cuando Montejo y Portocarrero se ofrecen á llevar el mensaje á España, Torres, soldado anciano, esclama al cielo lleno de regocijo, viendo el esfuerzo intrépido de aquellos jóvenes; se acerca á ellos, y apenas pronuncia sollozando tiernamente, vierte lágrimas de alegría, los abraza, y con trémula mano los tienta el pecho y las diestras robustas; quitase de los hombros el tahali, que fué un tiempo del Malique Alabez, y el morrion que cubria sus canas venerables; él mismo da estos despojos á aquellos dos guerreros; despídese de ellos amorosamente; ya no espera volver á ver su dulce España, y fatigado de los años y los trabajos, desea acabar su vida en aquellos países, cuidando del templo de la Virgen nuestra señora. ¡Qué afectos tan tiernos escita este pasaje! Aquel fuerte soldado, que venció en Baza á Malique Alabez, hoy cubierto de canas ofrece sus armas, para que las manejen en nuevas empresas los que gozan florida edad, fuerzas y valor: se regocija de ver que aun no se ha estinguido el ardimiento español; que todavía, como cuando él era mancebo, hay varones osados que acometan grandes peligros; se despide por última vez de aquellos jóvenes guerreros, y conoce que ya no verá mas á España. ¡Qué sentimiento, morir entre gentes bárbaras, en regiones tan apartadas de la patria dulcísima! Pero quiere ya descansar de tantos afanes: su edad y su virtud no deben inspirarle sino ideas de religion: él se ofrece á cuidar del templo y aras de la Virgen: él solo se va á quedar entre tantos millares de idolatras, y se queda contento: después de una carrera tan larga, tan llena de glorias, en que espuso su vida al furor enemigo por la fe, por su principe, por la pública felicidad, habitador del santuario, quiere dedicar en él los últimos instantes de su vida al culto de Dios, coronando con esta religiosa acción todas las otras.

A este tiempo Luzbel congrega en los abismos á sus secuaces, para estorbar los designios de los españoles. En esta oposición consiste lo maravilloso de la fábula. En la epopeya luce particularmente lo majestuoso y admirable de la poesía. Inflamado el poeta de un ardor divino, se arrebató á lo mas grande, á lo mas sublime: ve nuevas regiones, produce, digámoslo así, nuevos mundos: lo cierto, lo posible, lo ideal, todo contribuye á facilitar al héroe las empresas mas difíciles. De aquí resultan aquellos sucesos maravillosos, que deciden de la suerte de los imperios, vencidos los mayores obstáculos, y ensalzando á lo sumo á un hombre, que favorecen las mismas deidades. De la union de acciones humanas y divinas, posibles y sobrenaturales, resulta lo que se llama máquina en las obras épicas. Los antiguos introdujeron en sus poemas los dioses que veneraban, y estos favoreciendo ó estorbando con su poder las empresas de los hombres, componian lo maravilloso de la fábula, su progreso, nudo y solución.

Si debe ó no usarse la mitología, después que la verdadera religion ha destruido aquella vana creencia, ha sido siempre materia muy disputada entre los críticos. Pero ¿quién será el que haciendo revivir las fábulas del paganismo, se atreva á usarlas en un asunto sacado de la historia moderna? ¿A cuántos errores y contradicciones tiene que esponerse? Sannázaro, Camoens y otros incurrieron en esta falta. El mas ciego partidario de la ficción antigua, leyendo las *Lusiadas* hallará en ellas una general confusión de ideas, y una mezcla de lo mas sagrado de nuestra



religion con lo mas profano de la gentilia : defecto que oscurece en gran parte el conocido mérito de aquel autor. Y á la verdad, ¿qué cosa puede hallarse mas repugnante que el concilio celebrado por Júpiter para tratar de las cosas del Oriente, y del éxito que deben tener las navegaciones de los portugueses? Baco los aborrece sobremanera, y pretende por todos modos estorbar su llegada á la India. Venus los ampara, porque tiene entendido de las parcas, que aquella gente ha de celebrarla por todos los países que domine. Marte sigue el partido de esta diosa; y de aquí provienen despues todas las felicidades y desgracias que esperimenta el héroe en su larga navegacion. Pero donde á mi parecer hay mas que notar sobre este punto, es en el canto segundo de dicha obra. Vasco de Gama, habiendo partido de Melinde, navega acia la India; Baco baja á los palacios de Neptuno; ruégale que convoque á los dioses marinos: Triton los llama, y estando juntos, Baco implora su favor contra los portugueses sus enemigos: los dioses prometen ayudarle; y lo hacen, excitando una furiosa tempestad, que pone á la armada cristiana en próximo riesgo de perderse: Vasco de Gama, á vista de tal conflicto, esclama diciendo:

Divina guarda, angélica, celeste,  
Que os ceos, o mar, et terra senhoreas,  
Tú que á todo Israel refugio deste  
Por metade das agoas eitreas,  
Tú que libraste Paulo, et defendeste  
Das sirtes arenosas et ondas feas,  
E guardaste eos filhos o segundo  
Povoador do alagado et vacuo mundo, etc.  
No fim de tantos casos trabalhosos,  
Porque somos de tí desamparados  
Se este noso trabalho naon te ofende,  
Mas ántes teu serviço só pretende?

De esta manera pide al cielo le libre del riesgo en que se halla; y parece que á tal súplica debia descender un parainfo enviado del Omnipotente á sosegar con sola su presencia las embravecidas ondas del mar. Pues no es así; él invoca al verdadero Dios, protector del pueblo de Israel, de Noé y del apóstol Pablo; y la diosa Venus viene á socorrerle acompañada de varias ninfas. No es necesario detenerme mas para hacer ver lo desatinado de este pasaje.

Tales inconvenientes resultan del uso de las fábulas antiguas en la epopeya: hoy son despreciables para nosotros aquellas ficciones; como no son creidas, no pueden mover el corazon, ni causar los efectos que desean los que las usan.

Une merveille absurde est pour moi sans appas :  
L'esprit n'est point ému de ce qu'il ne croit pas.

¿Ni cómo podrá espresarse con propiedad el carácter de los héroes, si se mezclan en la fábula las deidades gentílicas? Pelayo, Alfonso VIII, Fernando V no pueden tener otro carácter que el de príncipes religiosos, restauradores de la monarquía española, azote y terror de los infieles: sus acciones y discursos deben manifestar, en cualquier poema que de ellos se forme, estas prendas suyas; pero si un poeta nos presentase á cualquiera de ellos combatiendo ejércitos enemigos con el favor de Juno ó Minerva, destruiria precisamente lo verosímil, hallaria á cada paso ideas opuestas y dificultades que no es posible vencer, formando de su obra una masa informe, despreciable á los ojos de cualquier hombre de mediano talento.

Y si observamos nuestra religion, ¿qué no hallaremos en ella adaptable á la poesia heroica? Un Dios omnipotente, que formó el universo con sola su palabra, que todo lo cria, lo alimenta y lo sostiene; un Dios, á cuya voz terrible tiemblan los cielos y los abismos; los ángeles, ministros suyos ó para el favor ó para el castigo; los bienaventurados, otros tantos héroes fortísimos, que en pre-

mio de su virtud gozan de un eterno é incomparable galardón, protectores de los hombres que los invocan y reverencian. Por otra parte el principe de las tinieblas y secuaces infelices, que ven con dolorosa envidia levantarse el linaje humano á ocupar las moradas celestes, que ellos perdieron por su soberbia. ¿Cuán abundante materia ofrece todo esto á un poeta, que ayudado de ingenio y gusto, quiera unir en la epopeya lo verosímil á lo maravilloso?

Ni solo á esto se reducen sus facultades: las cosas morales y físicas toman nueva forma, las da cuerpo, voz y accion. La envidia, el sueño, la discordia, la guerra, la muerte, el furor etc. suplen muy bien por otras deidades que perdemos abandonando la mitología. Ademas que esta privacion no se estiende á ciertas frases y modos de decir poéticos con que los mejores escritores han espresado ciertas cosas, que sin imitar á los antiguos no podrian decirse tan gallardamente. Llamar Febo al sol, al iris la ninfa de Taumante, á la aurora esposa de Titan, y otras espresiones semejantes á estas, además de no alterar ellas por sí solas la composicion de la fábula, están ya recibidas de suerte que no es posible ni conveniente desecharlas.

El Tasso reformó con mucho acierto este punto, y en su *Jerusalén* abrió nueva senda, que han seguido despues otros muchos con mas ó menos felicidad. El autor de este canto, firmemente persuadido de la solidez de estas ideas, adoptó lo mejor. Resta saber si usó lo maravilloso con oportunidad y acierto.

No debe el poeta, por ostentar lo sobrenatural y prodigioso, mezclar á cada instante las deidades sin aparente necesidad. *Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus inciderit*. Homero, segun algunos críticos, no guardó escrupulosamente este precepto; y parece que Virgilio pudiera haber omitido la intervencion de Iris en la muerte de Dido: para morir no necesitaba aquella reina auxilio celestial; la espada de Eneas bastaba para matarla.

Luzbel se declara enemigo implacable de Cortés; que es decir, va á estorbar las empresas de aquel famoso capitán; aquel á cuya prudencia y valor ha de rendirse el dilatado imperio de Méjico; el que ha de aniquilar la impiedad y ciega idolatría de sus habitantes, esparciendo en ellos la fe de Jesucristo. Apenas se hallará en la historia de muchos siglos otro héroe y otra conquista, que den igual motivo á introducir en una epopeya semejante ficcion. Veamos pues si el autor la usó en lugar oportuno.

Habla Luzbel á sus secuaces cuando se embarcan para España los dos enviados de Cortés, soldados que han sido ya testigos de la suficiencia del general; que han visto ya los primeros ensayos de su constancia, valor y atrevimiento en los peligros del mar, que ha superado dichosamente: en Cozumel, donde á vista de innumerables gentes ha destruido los horrendos ídolos, en que el demonio recibia adoracion é incienso; y en Tabasco, cuyos habitantes, que le recibieron como enemigos, ya vencidos y escarmentados, le reverencian. Ya saben las ideas de su caudillo; tienen noticias ciertas de Méjico, la estension de sus límites, las calidades del clima y demás circunstancias. Esto, acompañado con los magníficos presentes que llevan va á excitar en el ánimo guerrero de los españoles deseos vivísimos de cruzar el Océano, y ser partícipes de las fatigas y la gloria de aquella jornada. Carlos V, príncipe belicoso y grande, se agrada de ver extendido su imperio hasta aquellos remotos países. La ocasion se acerca en que las monarquías de occidente van á rendirse al yugo español. Todo esto mira presente Satanás, y conociendo lo que podrá resultar de tales principios, va á estorbar (si le es posible) el disgusto que le amenaza.

Como se halla agitado de la indignacion y el furor, no es creible que en tal ocasion se valga de largo exordio y preámbulos artificiosos para manifestar á los que le escuchan su deseo. «¿Con que no solo, dice, sereis vencidos



» del arcángel. que resplandeció con pura luz, sino también de los abatidos hombres? ¡Qué horror! Vosotros, ó eternos espíritus, que os atrevisteis contra el Criador, ahora teméis á los que son hechura suya? ¡Sufriréis, con ultraje y afrenta vuestra, que un hombre intente la destrucción de vuestro imperio? Así empieza. Después para escitarlos á la venganza pinta el estado en que se ve la idolatría: ya Cortés prohíbe los sacrificios de víctimas humanas; consagra templos á la Madre de Dios, y en ellos el sacerdote hace con su voz que baje á sus manos Jesucristo, asombro nuevo en aquellos países. Pasa después á decir lo que resultará precisamente, para que no se dilate el remedio, viendo manifiesto el peligro. Ya ve que la soberbia española va por su religion y su príncipe á ejecutar prodigios que darán espanto al mismo infierno; ya le parece que ve aprisionado al gran Motezuma por aquel hombre terrible; ve mil naciones tributarias rendirse obedientes al poder español. Pero conviene no desanimar á los que deben ayudarle á la pintura del riesgo se dirige á prevenir su astucia, no á escitar en ellos el desaliento; por esto acaba su discurso animándoles á la empresa. «Mayor atrevimiento fué el nuestro, les dice, cuando aspiráramos al alto trono de Dios: escíte nuestro brío la misma dificultad: para vencer á los españoles, ellos mismos sean el instrumento; y mientras llega Narvaez á es- torbar sus triunfos, haced vosotros que reine el tumulto y sedición por todo el ejército cristiano.» Así concluye. Todo el infierno se conturba: óyese por todas partes el confuso estruendo que causan los monstruos que se encierran en él. Va el poeta á dar una comparacion de este horror, y dice que no será de otra suerte el trastorno general de la naturaleza, cuando la inmensa máquina del orbe llegue á su fin. Ignoro ciertamente cuál comparacion pudiera hallarse mas propia ó mas poética para denotar la alteracion y trastorno horrendo que causaron en el abismo las palabras del indignado Satanás.

Ya se hacen al mar los dos enviados de Cortés, y á este tiempo espárcen la sedición y alboroto en el ejército los espíritus infernales. Alonso de Grado, los Peñates de Gibraltar y Pedro Escudero renuevan la instancia de volverse á Cuba, no bien hallados con la rigida disciplina que hacia observar el general en todas sus tropas, ó indignados de haber ellos sido escarmiento á los demás con el castigo de sus delitos. Escudero, mas que todos inquieto y atrevido, habla á los soldados: dice primero cuán difícil es la conquista que ha proyectado Cortés; le moteja de temerario; espone los peligros y afanes que van á padecer: para esto pondera la ferocidad y multitud de enemigos que los aguardan, su astucia, su intrepidez, sus armas, la diferencia del clima, la escasa noticia que se tiene de aquellas tierras, el poder de Motezuma, su ejército, sus capitanes cuya fama ha llegado ya á los españoles: todo esto lo acuerda para atraerlos á su voluntad, infundiéndoles temor, y haciéndoles que duden del éxito que podrá tener aquella jornada. Pero conociendo que el celo de la religion y el deseo justísimo de estender en aquel imperio la fe católica, son motivos suficientes para atreverse á las mayores dificultades, previene esta objecion diciendo, que si tal deseo los anima, en el Africa, vecina á España, pueden cumplirle, ó ya esponiendo gloriosamente su vida por liberar del yugo bárbaro la ciudad santa de Jerusalem. Así indignado contra el caudillo, escita en los mas débiles la rebelion, procurando persuadirlos á que negando la obediencia al jefe, le desamparen.

Continúen sus razones á los que le escuchan; cunde el motín y alboroto por todas partes; compara el poeta este ruido al que forman los aires impetuosos en la real fábrica del Escorial. ¡Pero qué ideas ofrece en esta comparacion tan admirables! La robustez y magnitud gigantesca de aquel edificio, el estruendo horrible que se escuchaba por todo él, y el ímpetu furioso del huracán, á

cuyo impulso retiembla el coro, el panteon y la soberbia cúpula.

Cortés, invencible á vista del peligro, corre las lilas, y con alegre semblante dice á los suyos: «¿Qué es esto, españoles, compañeros míos? ¿Vosotros sois honor de la milicia? ¿Vosotros sois el terror del orbe? ¡qué estoy oyendo! Con que supisteis despreciar intrépidos los males alterados: con que os atrevisteis á vencer mayores dificultades?... ¿O despreciáis lo poco que nos resta?...» A la verdad no pudiera Cortés valerse en tal ocasion de mejor exordio: en estas breves razones va á captar su benevolencia, é infundir en ellos estímulos de verdadera gloria: los alaba, les acuerda su patria, para que el honor los anime á no hacer bajezas indignas, porque son españoles; los llama compañeros suyos, partiendo con ellos el mérito de tantas hazañas; ensalza su constancia y valor en los trabajos padecidos, para que arrosten los venideros con ánimo noble; y cuando parece que iba á reprender su debilidad, corrige el pensamiento con aquella espresion: «¿O despreciáis lo poco que nos resta?» Como si dijera: no es posible que esta connoccion sea efecto de inconstancia ó temor: vosotros creéis que á tan altos hechos no pueden seguir otros mayores, y despreciáis lo restante como indigno de todo vuestro aliento. «Pues no lo despreciéis, prosigue, que algun día admirareis nuevas empresas, muy dignas de tales varones. ¿Apeteceis los riesgos de la guerra? propio es de vosotros, que sois españoles, este deseo; pero ya llegará tiempo en que me agradezcais haberos conducido adonde lograreis victorias, que publicará despues la fama, para dar con ellas admiracion al mundo.» De esta manera, olvidando el delito, los acuerda únicamente su obligacion; y con singular artificio, cuando los aconseja, los alaba, proponiéndoles el medio de borrar la cometida culpa. Después hace mencion de aquellas hazañas particulares, en que mostraron su valor otras veces. «¿Dónde está aquel soldado mio que dividió á Maila? ¿Dónde está, añade, el que en el desafío de Tumpoton clavó al bárbaro contra la tierra? Aquí estais todos, ó leales compañeros míos. Yo el primero sabré morir por la patria: vamos á vencer.» Pero obstinados los sediciosos en su intento, ya no escuchan las razones del capitán: él en medio de tal desórden resiste invicto el teson horrible de aquellas gentes: ¡qué heroísmo! ¡qué grandeza de alma! Compárale el poeta en tal situacion al peñasco de Cádiz, que resiste inmóvil el furioso ímpetu de las ondas; y refiere después la última determinacion de aquel caudillo, que forma la solucion de la fábula.

Viéndolo pues el capitán que no era obedecido, pica el caballo, y corriendo acia el mar, habla airado y resuelto: tira su lanza á la nave capitana; acuden de una y de otra parte los que le son fieles; y obedeciendo sus intentos, destruyen á porfia toda la escuadra. Por no dilatarse fuera de lo justo, hablaré de aquello mas notable que se halla en todo este pasaje. El modo con que está dispuesto es verdaderamente poético; y juzgó el autor ser cosa oportuna apartarse algun tanto de la historia en él, para hacerle digno de la trompa épica. El que juzgue ser un defecto no haber seguido con escrupulosa nimiedad á Solís ó Bernal Diaz, seguramente ignora los principios del arte. Su mérito pues consiste ya en lo admirable y singular del suceso, que se debe á la buena disposicion de la fábula, y ya en las imágenes, que voy á citar, con que lo adornó felizmente el autor. Cortés picando al caballo, que esparce con las manos menuda arena, se levanta sobre los estribos, alza atrás la diestra fortísima, arroja su lanza, que va silbando por el aire, y atraviesa de una á otra parte la nave capitana, que mecía en las aguas blanda mareta; al golpe retumban las cavernas lóbregas; la chusma se arroja al mar para ocupar la cercana ribera; el gran bajel se sumerge poco á poco entre las ondas; los soldados destru-



yen prontamente las naves restantes, y huyen al centro los peces tímidos; Arvenga el artillero dispara un cañonazo á uno de los buques, cuyo bauprés y proa desaparecen, formando al hundirse grandes círculos en el agua: otros aplican fuegos, suena la llama, y asciende el humo por los aires en negra nube; ya solo se ven por aquella inmensa llanura popas y doradas proas medio abrasadas y deshechas; una legión de espíritus malignos se precipita á los profundos senos del mar, y descendiendo una paloma sobre los pabellones, dirige después su vuelo acia Méjico: Cortés y los suyos, reconocidos á los beneficios del Altísimo, prometen no apartarse de aquella empresa, hácese la seña, suenan los instrumentos bélicos, desfilan las tropas, y á las descargas de artillería tiemblan en Méjico los simulacros abominables.

Tales son las imágenes poéticas con que adornó Moratin el último pasaje de su obra. Como todas ellas son propias y escogidas, resulta una pintura agradable y viva, en que se presenta á nuestra idea aquella heroica accion de Cortés, digna sin duda de los mayores encarecimientos. Si hubieran de notarse las demás circunstancias dignas de aprecio, que se hallan en esta composicion, se alargaría este exámen demasiado: baste haber dado una idea de su mérito, esponiendo lo que me pareció oportuno en la disposicion de la fábula, sus principales partes, y los afectos, caracteres, comparaciones, pensamientos y adornos de la fantasia, por ser esto lo mas noble y digno de consideracion en cualquier poema. Mis lectores podrán observar lo restante, ya por lo que toca á la moralidad que encierra la obra, ya por las máximas y el ejemplo que ofrece de una virtud no muy comun, y de un heroismo el mas digno de imitacion y aplauso. Podrán asimismo reflexionar sobre la observancia de los principales preceptos, y tambien el mérito singular en la versificacion, colocacion de ideas, imitaciones, lenguaje poético, y otras circunstancias menores (aunque esenciales) que omiti por no dilatar me en demasia.

Pero quisiera advertir á los menos instruidos en este estudio, que si estrañaren algunas frases y modos de decir no ya muy comunes, que usó Moratin en su canto épico, antes de reprobarnos consulten las obras de nuestros mejores poetas; examinen con atencion el lenguaje que hay en ellas, y cotejándole con el de la presente, hallarán entre este y aquel no poca semejanza. Es verdad que en sentir de algunos será culpable esta imitacion; pero no lo juzgan así los pocos que cultivan con acierto la poesía castellana. Hernando de Herrera en sus comentarios á las obras de Garcilaso dice así: «Por nuestra ignorancia habemos estrechado los términos estendidos de nuestra lengua, de suerte que ninguna es mas corta y menesterosa que ella, siendo la mas abundante y rica de todas las que viven ahora; porque la rudeza y poco entendimiento de muchos la han reducido á estrema pobreza; escusando por delicado gusto, siendo muy ajeno del buen conocimiento, las dicciones puras, propias y elegantes... Los italianos, hombres de juicio y erudicion, y amigos de ilustrar su lengua, ningun vocablo dejan de admitir sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidamos los nuestros nacidos en la ciudad, en la corte, en las casas de los hombres sabios, por parecer solamente religiosos en el lenguaje; y padecemos pobreza en tanta riqueza y en tanta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la diction peregrina quando no la tiene propia ó natural, ó quando es de mayor significacion. Y Aristóteles alaba en la poética y en la retórica el uso de las voces estrañas, porque dan mas gracia á la compostura, y la hacen mas deleitosa y mas retirada del hablar ordinario. Pero nosotros, solo por huir el nombre de ignorantes, publicamos la ignorancia de la prudencia, y el poco juicio nuestro, desechando las que son en nuestra lengua puras, hermosas y eficaces, y sirvien-

» donos de las ajenas, impropias y de significacion menos » vehementemente. Si esto es enriquecer la lengua y adornarla » con joyas peregrinas, juzguenlo los que saben y tienen » verdadero conocimiento de estas cosas.»

¿Y qué podrá decirse de muchos de nuestros modernos escritores, que despreciando la diction poética, que tanto ornamento y gala añade á las obras de los antiguos, usan en las suyas un lenguaje comun, débil y ajeno de toda belleza; de tal suerte que quitando las voces consonantes y la medida de los versos, quedan convertidas sus poesias en una prosa despreciable? Dirán que no hay razon para admitir en nuestros dias la locucion poética de los antiguos, porque el uso la desterró. Podría ser cierto quando una dilatada serie de hombres doctos en esta ciencia hubiera ido desechando sucesivamente las voces y frases antiguas, usando en su lugar otras mas propias y elegantes. Pero sabida cosa es que así como todas las demás ciencias y artes, la poesia castellana decayó notablemente en el pasado y presente siglo. A aquellos hombres grandes, cuyas obras merecieron general aplauso, sucedió una turba servil de copleros infelices, conceptistas ridiculos, que careciendo, si no de ingenio, de prudencia y buen gusto, inundaron el Parnaso español con escritos insípidos, dignos solamente de aprecio entre el vulgo de los ignorantes. ¿Serán estas obras las que han de probar que el lenguaje poético no debe usarse tal cual fué en los tiempos de nuestra buena poesia? ¿Diremos que estos autores se valieron de nuevos modos de decir, porque los recibidos hasta entonces eran de menos estimacion, ó porque no supieron otros? Y si de intento adoptaron otra diction, ¿por qué adoptaron tambien otra poesia? ¿por qué á los pensamientos sublimes, á las pinturas admirables, á las felices imitaciones de griegos y latinos, que tan abundantes son en nuestros buenos poetas, substituyeron tantas figuras de palabras, tantos equívocos, tanta falsedad en los pensamientos, tantas puerilidades, que se hallan á cada paso en sus escritos? Confesemos con ingenuidad que así como ignoraron lo que era buena poesia, así tambien carecieron de gusto y eleccion para lo demás. Después de Herrera, Garcilaso, Fr. Luis de Leon, Jáuregui, Lope, Ercilla, los Argensolas, y otros de su tiempo, solo hallamos copleros, no poetas. ¿Pues quién tuvo autoridad para desterrar la antigua locucion poética? ¿Deberemos buscarla en las obras de Montoro, Gerardo Lobo, Benegasi, Cernadas, Leon Marchante, y otros de esta secta; ó en aquellos cuyas producciones tan alabadas son entre los hombres de buen gusto? Lo sabrán sin duda algunos modernos, que á fuerza de querer purificar nuestro idioma, le enervan y destruyen enteramente; de tal modo, que si llega á seguirse este errado método, dentro de pocos años hablará el poeta el mismo lenguaje que el orador, y perderá la divina poesia aquel precio singular que siempre la ha distinguido y realzado sobre la prosa mas elegante.

Por lo que toca á esta composicion no hallo otra cosa mas esencial que poder añadir; si bien imagino que aunque logre entre algunos estimacion, no faltarán tampoco censores que la critiquen; pues como no se trata de hacer otra obra original mejor que ella, cosa harto difícil, el notar defectos y despreciarla es bastante fácil para cualquiera que se dedique á ello.

La corte abunda de eruditos, que no habiendo merecido á la naturaleza un talento sublime, cual se necesita para empezar á ser poeta; no habiéndose molestado tampoco en cultivar el árido estudio de los preceptos, el de la filosofia y demás ciencias que deben acompañarla, y mucho menos la lectura de buenos originales, suplen esta pequeña falta con la vana ostentacion de noticias sueltas, halladas por acaso, retenidas sin conexion ni discernimiento, y producidas con trastorno é ignorancia. Estos censuran libremente lo que no entienden: las obras



mas perfectas son defectuosas á su vista; y como la sabiduría y la ignorancia hacen atrevidos á los hombres, estos por el segundo motivo se erigen en jueces árbitros del mérito de los demás. Otros menos advertidos pretenden adquirir el mismo derecho por tal cual obrilla despreciable que han escrito: un elogio insulso, una traducción, una comedia desatinada, digna por sus monstruosidades de representarse en nuestros teatros, dan suficiente autoridad á cualquier atronado para creerse capaz de notar errores en los Homeros y Virgilio. Si fuesen de esta clase los criticos que han de juzgar el presente canto, serán sus fatigas despreciadas de los hombres inteligentes y de buen gusto. Si por el contrario hubiese alguno, que segun los principios infalibles del arte, señale lo que hay en él digno de alabanza, y lo que necesitaba corregirse, será en tal caso acreedor á los mayores elogios.

El autor de esta obra vió muchas veces levantarse contra sus escritos numeroso tropel de criticos impertinentes; pero siendo iguales en ellos la malignidad y la modestia, nunca osaron dar al público una obra suya original, para demostrar por el modo mas breve cuál era el camino de los aciertos. Fácil es censurar; pero muy difícil producir obras estimables. Para conocer los delicados primores de un Virgilio ó un Torcuato, acaso no basta saber de memoria cuantas poéticas hay escritas: es necesario tener la grande alma de aquellos hombres para saber juzgarlos; el que no sea capaz de añadir un canto á la *Jerusalén librada*, calle y admire, y deje el empeño de la censura á quien sea capaz de competirle.

Muchas veces un preceptista rígido juzga defectos los que son acaso primores inimitables en una obra de poesía: todo quiere reducirlo á ciertas medidas geométricas, á cierta posibilidad física, que en las producciones del ingenio ó no hallan cabida, ó si la tienen, es en tales circunstancias y de tal modo, que no es comprensible á quien carece de un genio superior, que burla y confunde con la práctica las áridas especulaciones de los teóricos.

## POEMA DIDACTICO.

### CANTO PRIMERO.

#### *Antigüedad, origen y escelencias de la caza.*

No, como suelo, del Amor tirano  
Canto injustas hazañas dolorosas,  
Ni tampoco de Marte el inhumano  
Las furibundas armas espantosas,  
Que cubren de cadáveres la tierra;  
Pero la viva imagen de la guerra.

Con cuál arte las fieras y las aves  
Sujete el hombre, ó tú, deidad campestre,  
Casta Diana, que ejercerlo sabes,  
Dicta á mi inculca música silvestre,  
Pues nunca otro español subió al Parnaso  
Por donde yo dirijo el nuevo paso.

¡Luis, oh gran Luis! mi amparo, y ornamento!  
Dame esfuerzo y valor para invocarte,  
Que aquel soy, que con alto pensamiento  
Destinaron los cielos á cantarte,  
Y yo te llamaré con nombre justo,  
Mecenas español, ibero Augusto.

Tú, que benigno y placido escuchaste  
Aun trémula á mi Musa balbuciente,  
¿No la has de oír ahora? Tú llenaste  
El mundo de la fama de clemente:  
Tu virtud, tu piedad faltar no pudo:  
Arimo, ó Musa, arrójome: ¿qué dudo?

A dos hermanos hijos de Latona  
Los dos seguimos, y esto nos ha unido:  
Apolo la infructifera corona

TOMO II.

Del triunfante laurel me ha prometido,  
Y á tí, Dictina, enriquecerle traza  
De abundantes despojos de la caza.

Tú has dado testimonios relevantes  
De que en los premios clásicos se internan  
De la literatura los amantes,  
Siempre que sabios principes gobiernan,  
Y que á pesar del odio mas perverso  
Los versos ama quien merece el verso.

Sin duda tu gran madre soberana,  
A cuya planta augusta yo me postro,  
Para cantarte el arte de Diana  
Me dará tiempo con sereno rostro,  
Que un breve rato es mérito muy fijo  
Dejar la madre por servir al hijo.

Si acaso el *gran Monarca* me escuchare  
Benignamente con oído atento,  
Dile que á mas empresas se prepare;  
Pues prorumpiendo en ímpetu violento,  
Ya vendrá tiempo, y cantaré con saña  
Los grandes triunfos de la horrible España.

Mientras tanto contigo por la umbrosa  
Selva feliz discurriré, siguiendo  
La caza, de tus tiros temerosa:  
Mil ninfas dulces coros disponiendo  
En la espesura, allí con voz amiga  
Aliviarán de entrambos la fatiga.

Dictame pues la musa castellana  
Versos dignos de un príncipe, cual eres:  
Ni asiste á formacion de docta plana  
Mejor que á aquella en que alabado fueres,  
Y reducido á números suaves,  
Cazador diestro, escucha lo que sabes.

Hubo algun tiempo en los remotos años  
Del mundo infancia, en que la dura tierra  
No le causaba al hombre algunos daños,  
Ni con zarzas ni abrojos hizo guerra,  
Y sin cultivo pródiga y esclava  
Los frutos de sus árboles le daba.

Todo era paz: aun no nacido habian  
A turbar la quietud los monstruos fieros  
De ambicion y política; escondian  
Los montes no labrados los aceros,  
Y aquel siglo inocente con decoro,  
Por no le conocer, se llamó de Oro.

Retozó con los tiernos recales  
El lobo carnicero, y humillados  
Amaban los mas fieros animales  
Ser con humanas palmas halagados,  
Y en la ley natural, que allí observaban,  
Los hombres y los brutos descansaban.

Mas corrompiendo la malicia humana  
La sencillez y cándida inocencia,  
Naturaleza se mostró tirana,  
Que así lo quiso eterna Providencia:  
Huyeron de la mano audáz los frutos,  
Bramaron rebelándose los brutos.

Y el hombre miserable condenado  
A ganar con sudores el sustento,  
La primer vez rompió con toseo arado  
De la gran madre el rostro macilento,  
Encerrando en su seno las semillas,  
Que luego son garzotas amarillas.

Pero impaciente el hambre portiada  
De la tardanza, aun antes que él arase  
Le dió principios de la caza osada,  
En que con prontitud se remediase,  
Y fué la primer arte que él procura,  
Antes que la robusta agricultura.

Los ramos de las selvas desgajados  
Fueron primeras armas, los crecidos  
Peñascos de la cumbre derribados,  
Los garrotes volteando despedidos,  
Perniquebraron cabras y corderos,  
Y alguna vez los corzos mas lijeros.

Poco después las hondas baleares,  
Con guijarros, que salen al chasquido,  
Llevaron á los vientos y á los mares  
La muerte al pez y al pájaro del nido,  
Hasta que al fin Lamech en feliz día  
Diestro facilitó la cacería.

El primero dobló las fuertes varas



Para hacer arcos; hizo á los estreinos  
Distantes acercarse con muy raras  
Fuerzas, y ató la cuerda, como hoy vemos;  
Este calzó para volar derechas  
Con las plumas del aguilá las flechas.

Las reses en el monte perseguidas  
Su nuevo ardid con llagas publicaron,  
De este al que ejemplo dió á los homicidas,  
Los primeros arpones traspasaron;  
Pues juzgándolo (oculto en un grímazo)  
Por fiera, lo mató de un saetazo.

Así fueron los hombres cazadores,  
Sin mas arte que el arco y la fatiga,  
Hasta que halló los últimos primores  
Con sabio acuerdo, ó *Luis*, tu grande amiga,  
Tu grande amiga, de mi Apolo hermana,  
La casta y hermosísima Diana.

Esta hieldad, del parto temerosa,  
Abhorreó los tálamos nupciales;  
Por la ciudad trocó la selva umbrosa,  
Y habita en los espesos robledales,  
En los hosques y páramos montunos,  
Huyendo los amores importunos.

Esta primera y linda cazadora,  
De los perros notó primeramente  
Las diferentes castas; fué inventora  
De la alta red, que cerca el continente,  
En la que sin remedio al fin cautivos  
Los animales son muertos ó vivos.

Y como hija de Jove, por quien crecen  
Al cielo sus blasones, bien sabía  
La hermosa infanta cuánto se parecen  
El arte de reinar y montería,  
Y que la astucia tiene tanta parte,  
Como en las duras guerras del dios Marte.

Y como el *gran Monarca* se previene  
Con ejércitos, naves y legiones,  
Con que á ser respetado y señor viene,  
Aun de las mas indómitas naciones,  
Así la real doncella halló la traza  
De todos los pertrechos de la caza.

Sonando va la aljaba de Corinto  
Con las etolias flechas en el hombro,  
Debajo de los pechos brilla el cinto,  
Donde miran las fieras con asombro  
Del jabali de Arcadia la cerdosa  
Testa, y del ciervo epireo la ganchosa.

La rubia trenza, afrenta de su hermano,  
Prende blanco liston, que acaso pierde,  
Dos broches alzan con donaire ufano  
A un lado y otro la basquiña verde.  
Las columnas de Paro descubriendo,  
Que el real coturno calza y va luciendo.

En medio de cien ninfas sobresale  
Como alta palma entre el centeno blando.  
Pues no hay otra gallarda que la igualé:  
¡Oh deidad! ¿cómo estoy de ti cantando?  
¡Oh virgen! ¿con cuál verso en este día  
Te podrá celebrar la musa mia?

¿Por qué, dime, te agrada en la floresta  
Huir los ocios y sufrir robusta  
El estivo calor de la alta siesta,  
Por qué el estrado persa no te gusta,  
Ni las delicias del genial retrete,  
O el espejo en pintado gabinete?

Guarda los ojos, ninfa, pues si vieras  
A *Luis*, jóven galán, que yo celebró,  
El propósito firme tú perdieras,  
Tú le buscaras desde el Ebro al Hebro,  
Si el sonrosado rostro le miraras,  
De nuevo Endimion te enamoraras.

Tú fuiste la inventora del gran arte,  
Que con el conquistar se ha equivocado.  
Tus ardidés aprende el fiero Marte,  
Mucho el cazador tiene de soldado:  
O Diana feliz, beldad extrema,  
Que el tuyo dará nombre á mi poema.

¿Cuántos provechos á la especie humana  
Tu deidad enseñó? Ningun indigno  
Podrá, cazando, la traicion villana  
Tramar con fiero espíritu maligno,  
Pues robas la atencion, y los cuidados

Penosos por ti fueron rechazados.

Tú al hambre mal sufrida socorríste,  
Los ánimos alegras: con tus manos  
Las artes podalirías escedíste,  
Útil gusto, y salud de los humanos:  
Tú mantienes el cuerpo duro y fuerte,  
Que ni teme á la guerra ni á la muerte.

Ni te agrada alistar en tus banderas  
La generacion débil y bastarda,  
Que niega á sus abuelos, y que alteras  
Con el trueno infernal de la bombardas,  
Ni afeminados lindos deliciosos,  
Con dijes y perfumes olorosos.

Y vosotros, que en ocio abandonados  
Torpemente vivís, la fama ocultes  
Vuestros nombres del cielo detestados,  
Y en olvido oscurísimo sepultes:  
Afrente vuestra infamia abominable  
Del *gran Luis* el real pecho infatigable.

De príncipes y dioses aplaudida  
Creció el arte: siguió su afán violento  
Hipólito, que halló dos veces vida,  
Niso, Eurialo, Orion, Céfalo atento,  
Carpóforo, Meleagro, Cipariso,  
Atis, Apolo, Adonis y Narciso.

Ni el grande emperador callar pretendo,  
Que de la caza piscatoria á Opiano  
Los elegantes números oyendo,  
Con franca, liberal y larga mano,  
Dió al poeta dulcísimo y sonoro  
Por cada verso una moneda de oro.

Fué así la caza hasta que halló el averno  
La invencion de la pólvora tremenda:  
Cesó en las selvas el silencio eterno,  
Y viéndose morir con muerte horrenda  
El bruto se espantó de oír el trueno,  
Estando el cielo plácido y sereno.

No fué hecho este durísimo ejercicio  
Para complexion leve y enfermiza,  
O encenagada en el deleite ó vicio;  
Gente quiere fortísima y rolliza,  
De aguante pertinaz, nunca vencido,  
De ágil cuerpo y espíritu atrevido.

Ni importa menos que elegir la gente,  
Saber cuál vario género de fieras  
Cada lugar, cada region sustente,  
En bosques, peñascales ó en praderas,  
Ni será para el arte menos bueno  
Saber las diferencias del terreno.

Así el caudillo esperto reconoce  
Del enemigo fuerza y calidades,  
De cuál cielo y ambiente el clima goce,  
Ni deja sin vencer dificultades,  
Y anticipada y cierta de su gloria,  
Le ofrece sus laureles la victoria.

Los gamos apetece las llanadas,  
Huye el lobo á los rudos peñascales,  
Se acoge á las malezas intrincadas  
El puerco, y los frondosos huecadales,  
Seguidos de sabuesos y ventores,  
Procuran los venados voladores.

El oriental idólatra sujeta  
Al veloz tigre, el bárbaro africano  
Al leon rojo desafia y reta,  
Pronto el alfanje y el venablo en mano,  
Y el lapón blanco caza audaz al oso,  
Terrible, guedejudo y espantoso.

El Perú de sus Andes, asombrado  
Tiembla los formidables culebrones,  
En el desierto lílico abrasado  
Dan silbos las cerastas y dragones,  
Y al caimán sigue el indio americano,  
Vasallo occidental del rey tu hermano.

De la España ausentó naturaleza  
Piadosa tales monstruos: no en el monte  
Al cazador asusta la braveza  
Del indómito audaz rinoceronte,  
Ni temas que al villano le amedrente  
Con sus muy grandes roscas la serpiente.

Mas no dejó sin caza las montañas,  
En que el valor y el gusto se ejercite:  
No hay fieras horrendísimas y estrañas;

Pero porque esta falta se desquite,  
Con prudencia y agrado (no te asombres)  
Lo feroz de los brutos dió á los hombres.

De esta patria feliz, no del Sabéo  
Las fértiles campiñas, los floridos  
Verjeles de Ceilán, ni del Ilibero,  
Ni del Pactolo yermo enriquecidos,  
Ni cuanta amenidad, ó Tempe, alcanzas,  
Pretendan competir las alabanzas.

Los cándidos baños desaparecen  
Las mas altas colinas, y los prados  
Con árboles y trigos reverdecen,  
Eterna primavera dan los hados :  
Neptuno puso estala en esta tierra  
De caballos lieros y de guerra.

Añade tanto tren, tantas ciudades,  
Tantos reinos vencidos, tantas gentes  
Esclavas, tanta pompa y majestades,  
Los soberbios palacios eminentes  
De aquel que rige tierra y mar profundo,  
*Carlos Tercero*, emperador del mundo.

¡Salve, ó patria feliz, region de Marte!  
Inclita engendradora de varones!

Los cielos me inclinaron á cantarte,  
¡Oh Luis! da heroico aliento á mis razones :

¡Salve, ó madre de tanto esclarecido  
Famoso capitán, nunca vencido!

Esta produjo al fuerte Viriato,  
Terror de Roma y Rómulo de España,  
A Trajano y Teodosio : el moro ingrato  
De Bernardo y el Cid lloró la saña :  
A los Laras, Bazanes y Girones,  
Y Ponces, que domaron los leones.

Esta arrulló de acero en los paveses,  
Los Cerdas generosos, y sin miedos  
A Córdoba, Pizarros y Corteses,  
Esta á los duques de Alba, á los Toledos,  
Que envió Felipe á reprimir los grandes  
Aporotos y escándalos de Flandes.

Esta dió cuna á *Carlos* soberano,  
Y á ti, gran *Luis*, mancebo esclarecido,  
Que si hubiera algo mas, que ser su hermano,  
Ya tu virtud lo hubiera conseguido :  
Celebrad á mi patria, ó mis Camenas,  
Por ser patria tambien de mi Mecenas.

Diana, ciegamente enamorada,  
Por las selvas al sol te va buscando,  
Jamás vió juventud que así la agrada,  
Por fama te está solo idolatrando :  
Ella te d'ó presteza, aliento y traza  
Para el duro ejercicio de la caza.

En la flor de tu edad robustamente  
Lutiendo los espíritus, que agitan  
El bien formado cuerpo y eminente,  
Al afán venatorio le habilitan  
Con movimiento grave, mas no tardo,  
Despejo airoso, intrépido y gallardo.

Al céfiro con oro le enriquece  
La vaga inundación del rubio pelo,  
El rizo mal peinado bien parece,  
Ojos azules del color del cielo :  
Plantel de acanto, rosa y maravillas,  
Vertiendo leche y sangre las mejillas.

Al lado izquierdo inclina el galoneado  
Castor fino, y con vista muy gallarda  
Brilla un diamante, y el favonio osado  
Va al desgaire moviendo la cucarda  
Con cambiantes de visos y celajes,  
Haciendo tornasoles los plumajes.

Mas, ¡oh cuán incansable el hombre sufre  
El peso de la fulgida escopeta,  
Que vomita relámpagos de azufre!  
Si no va la punzante bayoneta,  
Del ancho cinturón resplandeciente  
Pende al lado la espada omnipotente.

Pero ¿cuál verso esmirno ó mantuano  
Bastará á celebrar las perfecciones  
Del espíritu heroico, soberano?  
De tanto empeño, ó fama, no blasones ;  
Pues su nonbre, que al mundo se derrama,  
Aun no cabe en las lenguas de la fama.

¡No solo á las fieras lazos pones,

Que, ó jóven, tu piedad ha cautivado,  
Aun los mas intratables corazones ;  
Nadie se fué de tí desconsolado,  
Que este es el gran cuidado que desvela  
Al hijo de *Filipo* y de *Isabela*.

¡Oh, qué amante respeto que difunde  
El semblante real, benigno y pio!  
Solo el mirarle al pérfido confunde :  
¡Oh qué agrado ! y ¡con cuánto señorío !  
¡Qué hermosa juventud que allí florece !  
¡Oh ! cuánta majestad que respandece !

¡Cuanta ninfa real en sus retiros,  
Tu tálamo nupcial procura ansiosa !  
¡Oh cuántos ardentísimos suspiros  
Está por tí exhalando alguna diosa !  
Quejándose envidiosas y severas  
De ver que las desdeñes por las fieras.

Solo así al duro Amor se le quebranta,  
Ni la fuga con él es afrentosa ;  
Pero ¡ay dolor del triste que te canta !  
Pues ni el huir, ni vida tan penosa,  
Ni la fiel musa, ni tu ejemplo apenas  
Me pueden libentar de sus cadenas.

Fatigando los montes todo el día  
Menosprecias los hielos y los soles,  
Y no te da temor la noche fria :  
Adoran tu valor los españoles,  
Y esperan verse dueños de los hados,  
Por tan fuerte adalid acandillados.

Ni temes precipicios ni asperezas,  
Los riesgos, intemperie y batideros :  
Por las fragosidades y malezas  
Revuelves los caballos mas lijeros ;  
Ni de la sed te rinde la fatiga,  
Ni del hambre, doméstica enemiga.

El gran Fernán González vió cazando  
El pronóstico fiel de su victoria,  
El casto Melanion, el bosque amando,  
Su pureza libró con alta gloria,  
Y Ganimedes fué con presto vuelo  
Desde la caza arrebatado al cielo.

En la caza, Alejandro macedonio  
Engendró aquel valor, que al orbe pisa,  
El Hércules jayán amfitrionio,  
Y el arrogante Aquiles de Larisa  
Fueron con ejercicio tan terrible  
El uno vencedor, y otro invencible.

Dire (y no juzgo que el discurso yerra)  
Mirando tanto afán, peligro y traza,  
Que no es la caza imagen de la guerra ;  
Sino la guerra imagen de la caza,  
Y aun esta ha menester mayores bríos,  
Porque vence contrarios mas impíos.

Felices, si sus bienes conocieran,  
Los cazadores, que en el campo ameno  
El premio encontrarán, que cierto esperan :  
Aunque no su ancho pórtico esté lleno  
Del gran tropel de entrantes y salientes,  
Ni le instan importunos pretendientes.

Ni anhelan por el techo artesonado  
En dóricas columnas suspendido,  
Ni con oro el vestido realzado :  
Ni con uso extranjero han corrompido  
Las costumbres patrias, ni á su lana  
Blanquísima manchó tintura indiana.

Mas no les falta con quietud segura  
De varios bienes rica y sana vida,  
Los anchos campos, lagos de agua pura,  
Las cuevas, la floresta divertida,  
Las presas, el balar de los ganados,  
Los apacibles sueños no inquietados.

Mis dulces musas, cuyo amor me ha herido,  
Me enseñen qué fué el caos ó la nada,  
Antes que el universo hubiese habido ;  
Cuál del alma inmortal es la morada ;  
Qué origen tuvo el hombre y negro fiero ;  
Qué dijo al ver sus manos el primero ;

En qué consiste lo que llaman vida ;  
Si es de los astros vida el movimiento ;  
Qué es la luz ; si hay mas mundos á medida  
De los soles que ostenta el firmamento ;  
Cómo el nuestro en el aire está librado ;



Si está inmóvil, ó en torno es volteado ;  
 Cómo al hombre las islas dieron casa ;  
 Si hay esferas, ó gran region vacia ;  
 Qué es muerte ; ¿ mas quién sabe lo que pasa  
 De esotra parte de la muerte fria ?  
 Feliz el que en materias tan dudosas  
 Averiguó las causas de las cosas.

Mas si estas partes de naturaleza  
 Al humano indagar no se consiente,  
 Del Escorial y el Pardo la aspereza  
 Me agrada, y Aranjuez el floreciente,  
 El Parque, el Valsain y Eresma frio,  
 Caudaloso tal vez con llanto mio.

Dichoso el que en obsequio de Diana  
 Busca la opaca sombra en las fresnedas :  
 Estos huyen la pompa cortesana,  
 El fausto y ruido en peligrosas ruedas,  
 Con que suena el confuso laberinto  
 De la villa imperial de *Carlos Quinto*.

No les turba el tambor que incita á guerra,  
 Ni el saber que á la mar están botando  
 Naves los astilleros de Inglaterra,  
 Ni los reinos, que se han de ir acabando,  
 Ni los altos palacios de los reyes,  
 Ni la verdad confusa entre las leyes.

Pero ellos de la caza sustentados,  
 Logran de las meriendas muy sabrosas,  
 Al márgen de una fuente recostados ;  
 En casa aguardan fieles sus esposas,  
 Los hijuelos están junto á la madre,  
 En torno de los besos de su padre.

Con el trabajo el cuerpo está robusto,  
 Y los fornidos miembros se ejercitan ;  
 No cual los viles, que con nombre injusto  
 Del ocio en los ejércitos militan :  
 Desprecian con los hielos y calores  
 La vida sin afan los cazadores.

Tal vida los antiguos castellanos  
 Tuvieron : los Alfonsos, los Bermudos,  
 Ramiros, los Fernandos soberanos,  
 Ordoños, Sanchos Bravos y sañudos,  
 Y tal vez Manzanares vió al famoso  
 Gracian Ramirez alanceando á un oso.

Con tal gente creció la fuerte España,  
 Y así la gran Madrid ha dominado  
 Cuanto el sol dora y cuanto Doris baña :  
 Sus fábricas al cielo ha levantado,  
 Y ofrece en sus bellísimos espacios,  
 Para albergue á su rey siete palacios.

Indivil Argantonio, y los primeros  
 Españoles tal vida ejercitaron,  
 Cuando aun no domeñados los aceros,  
 El yunque y los martillos resonaron :  
 Tanto promete el que con juicio abraza  
 El muy noble ejercicio de la caza.

Esta arte hasta la cumbre has sublimado,  
 Y esta te canto, ó real garzon de España,  
 Mientras me enciendo á celebrarte armado,  
 Cubriendo de enemigos la campaña :  
 O Joven, de Pelayo descendiente,  
 O consuelo y blason de nuestra gente.

## CANTO II.

*Peligros de la caza ; pertrechos necesarios, como instrumentos, animales etc., y su enseñanza.*

Pero en todas las cosas se requiere  
 Cierta medida : luce con templanza  
 Cualquiera accion ; mas si en esceso fuere,  
 Nemesis justa niega la alabanza,  
 Y nada con pasion obrar debemos,  
 Pues siempre son viciosos los extremos.  
 ¿ Quién creyera que este arte que yo alabo,  
 Con su embeleso y atractivo hechizo  
 Reduzca al hombre de la infancia al cabo ?  
 Pues, ó fiel Musa, cuenta lo que él hizo  
 En quien no le ejerció con juicio tanto,  
 Como el real cazador á quien yo canto.  
 No ha de seguirse con aquel anhelo,

Que Nicias, que siguiendo los venados  
 Cayó en un horno, ardiente Mongibelo :  
 Rindió el alma en sus cuernos enramados  
 Basilio emperador, y el Cidno rico  
 Ahogó después de caza á Federico.

De tal manera al hombre arrastra y doma,  
 Que olvidados los triunfos y combates,  
 Y el gran valor con que fatigó á Roma  
 El asombro del Ponto, Mitridates,  
 En siete años al bosque abandonado,  
 Cual Nabuco, jamás entró en poblado.

De Adriano rompió la caza un dia  
 Con dolor una pierna : ¿ quién ignora  
 Los hados de Acteon ? Al jóven Hía,  
 Hijo de Atlante, un leon cruel devora :  
 Por vil precio Esaú después de caza  
 Vendió el ser mayorazgo de tal raza.

El bosque de Urriols á Juan Primero,  
 Que un tiempo tuvo en Aragon la silla,  
 Lloró : salióle al rey un lobo fiero,  
 Y él armado de acero con que brilla,  
 Al ir con arrogancia á alancearlo,  
 Cayó muerto á los pies de su caballo.

Mas la tragedia mas horrenda, y triste  
 Que España lamentó, fué de Favila :  
 ¡ Oh monte Auseba, que el suceso viste !  
 Tú lo refiere, porque ya destila  
 Mi vista fiel de lágrimas un río,  
 Viendo tal ruina en un monarca mio.

Era Favila estirpe de Pelayo,  
 Sucesor de su padre y tierno jóven :  
 Temblando calló el moro con desmayo,  
 Y él, para que los ocios no le roben  
 El ánimo heredado, en las laderas  
 Se ejercitaba en perseguir las fieras.

Una tarde, siguiendo el rey á un oso  
 Membrudo, corpulento, encapotado,  
 Con zarpas y melenas espantoso,  
 De sus perros y gente desviado,  
 Cebado en el alcance, se enmaraña  
 En la fragosidad de la montaña.

Y calando el cerdoso papahigo,  
 El bruto vuelve la espantable cara,  
 Y aunque el garzon se mira sin testigo,  
 Rechinando un venablo le dispara :  
 Erróle el golpe, y como el resyo crece,  
 Desnuda la ancha espada resplandece.

Levántase en dos pies, y abre las manos  
 El tremendo animal, y á brazos viene  
 Con el segundo rey de los hispanos :  
 Y aunque el estoque ya envasado tiene,  
 Se trava entre los dos con fuerza mucha  
 Dura, aunque desigual, dudosa lucha.

Cada cual, segun puede al otro aferra,  
 En torno revolviéndose, y bregando  
 Como Alcides y el hijo de la tierra :  
 Está la fiera al rey sobrepujando  
 Con muy alta cerviz : pues teme y sabe,  
 Que un leve golpe allí su vida acabe.

Pero enojado el rey de la tardanza,  
 Dos veces por el vientre le ha metido  
 El brillante puñal con gran pujanza :  
 Dió el oso un horrendísimo bramido,  
 Y aprieta estremeciéndose de suerte,  
 Que á ambos dieron las ansias de la muerte ;

Cuando veis de monteros la cuadrilla  
 Con dardos y con lanzas, y anhelantes  
 Los perros forcejeando en la trabilla,  
 Y con ropas de caza rozagantes  
 La esposa jóven reina, que aquel dia  
 Del rey quiso alegrar la cacería.

Pámanse todos de suceso tanto,  
 La ronca voz se pega á la garganta :  
 ¿ Habrá acaso furor, lira, ni canto,  
 Que pondere el dolor de la alta infanta ?  
 Si atónitos pintó los circunstantes,  
 Mi ingenio apele al velo de Timantes.

Muerto y despedazado un rey de España  
 Yace, y muerta la fiera su homicida,  
 Y á entrambos la mezclada sangre baña.  
 Pues tanto importa su preciosa vida.  
 ¡ Oh cielos ! por mi ruego importunados,

De mi *Luis* apartad tan fieros hados!

Jamás el general ha de arriesgarse  
De quien la salud pública depende,  
Mas debe que un ejército estimarse:  
Que un fuerte brazo, que atropella y hiende,  
Se halla pronto; mas no con tal presteza  
Una heroica y científica cabeza.

Cual tú cazas, así los cazadores  
Deben cazar desde este al otro polo,  
Tu heroicidad los reyes y señores  
Imiten para serlo; pues no solo  
Al cazador enseña tu desvelo:  
De principes tambien cres modelo.

De un principe han de ser primeramente  
Las soberanas ciencias alto empleo,  
Las ciencias que distinguen noblemente  
Al hombre racional del bruto feo;  
Pues un hombre ignorante, aunque se alabe,  
No es mas que el bruto, y si es, el no lo sabe.

Y si un plebeyo necio así es horrible,  
¿Cuál monstruo fuera un principe ignorante,  
¿Probio de su patria aborrecible?

Con tal azote, ó Júpiter tonante,  
No castigues jamás á las naciones,  
Ni aun á los turcos, persas, ni japones.

Pero si quierdes dar felicidades  
A algun pueblo tu amado, da un famoso  
Principe como *Luis*: ¿Qué habilidades  
O ciencias ignoró? Pues yo no oso,  
Musas, decidlo vos, si podeis tanto,  
Con vuestro celestial divino canto.

Así está con los libros en la mano  
El que hizo su maestro en guerra y corte  
Al héroe de Veletri, al rey tu hermano,  
El Alejandro, el gran César del norte,  
El gran campeon científico y robusto,  
El rey de Prusia Federico Augusto.

En manejar las armas fulminantes  
Se ejercite ya un principe instruido:  
Retratos de la guerra semejantes  
La caza y su fatiga siempre han sido:  
En esta siga á mi Diana bella,  
Mientras el fiero Marte llama á aquella.

Pero ante todas cosas es preciso  
Saber qué prevenciones de instrumentos  
La niña hermosa para el arte quiso:  
Estos son los primeros fundamentos,  
Pues la experiencia halló que siempre yerra  
Quien camina sin armas á la guerra.

Tacos de enjuto esparto, lavadores,  
Yrscas, bolsas de pólvora y de balas  
Deben sienpre llevar los cazadores:  
Redes de malla grandes y no ralas  
Con estacas de hierro, en que ligeras  
Caen las timidas liebres prisioneras.

Para los simples conejuelos, chillos,  
Y lazadas de alambre escurridizas,  
Perchas de blancas cerdas y capillos,  
Frascos y sacatrapos, y tomizas,  
Ganchos de muelle, cuerdas y podones,  
Hachetas, pedernales y azadones.

¡Ni olvides al martillo con boqueta,  
Tubillas y collares respuntados,  
Y para hacer llamada la corneta,  
O para agamitar á los venados:  
Reclamos de las delias codornices,  
Señuelos de palomas y perdices.

El cazador se adorna y se deliende,  
Llevando al cinto el cuchillon de monte,  
Y calada penetra, rasga y hiende,  
Aun contra la pujanza de Tifonte,  
Aquella arma punzante de Belona,  
Que el moderado furor halló en Bayona.

Para el cerco de telas ó de redes,  
De cáñamo torcido prevendría  
Varales, que apuntalen las paredes,  
Con recaton de hierro clavaria  
Los estacones de áspera corteza,  
O por la prontitud ó la firmeza.

Los cuerpos elegidos de manebos  
Con buena paga esten bien mantenidos.  
Alegranse en llevar vestidos nuevos,

Y viéndose robustos y lucidos,  
Se empeñan en saber su ministerio;  
Y aquel que sabe, en todo tiene imperio.

Este es el gran secreto en que consiste  
El cantado valor de las naciones:  
No teme un cuerpo que brocado viste  
El fulminante horror de los cañones,  
Y serán mas valientes los soldados,  
Mas galanes y mas disciplinados.

Así las reales guardias, que lucidas  
Resplandeciendo están con los galones,  
Son la tropa mejor: lo distinguidas  
Invencibles las hace en las funciones:  
Después de ellas, ninguna gente iguales  
A los carabineros siempre reales.

¿No ves cuán arrogantes y cuán fieros  
Con las gorras, terciados los fusiles,  
Marchan los espantables granaderos,  
Trasunto cada cual del bravo Aquiles  
Con bizzarra y triunfante gallardia,  
Honor de la española infanteria?

Pues lo mas á la gala le es debido,  
Que otros vieras no serles inferiores  
Con su hacha, berretina, y su vestido:  
Con la escopeta dió á los cazadores  
Principios de tirar el muy bizzarro,  
Valiente capitán Pedro Navarro.

De Ricla, de Fernandez, ó de Algorta,  
De Bis, ó de Esquivel, ó el Soto diestro  
Se elegirá el cañon: siempre, y ahora  
El que forjó en Madrid algun maestro  
De Europa á todo principe le agrada  
Con llaves de Ripoll ó de Igualada.

Con sus hojas contenta esté Toledo,  
Roma ostente pinturas rafaelas,  
Cristal Venecia, del sirviente miedo,  
Y Londres y Paris sus bagatelas;  
Que mi patria guerrera armó al hispano  
Las máquinas horrendas de Vulcano.

Las cóleras del pueblo reventaran  
Oprimido con cargas insufribles:  
Los cañones y el pueblo se comparan,  
La piedad y politica apacibles  
Contienen á los dos, y la esperiencia  
De ambas cargas dará segura ciencia.

Cubrirás con el punto la cabeza  
Del ave que está enfrente y repinada,  
Descerraja al pausar: tira á la pieza  
Pronto y á tenazon, si va emboscada,  
Si lleva el curso rápido ó ligero  
Dispara el tiro un poco delantero.

Justo es que sepas, porque te señales,  
Cómo á los animales debe hacerse  
La guerra con los mismos animales:  
Mandó así la politica entenderse,  
Y es arbitrio, que el triunfo trae consigo  
La guerra á costa hacer del enemigo.

Así Roma á las gentes no domadas  
Venció con las vencidas: con sus brazos  
Hizo soberbias fabricas precizadas,  
Y así mi rey los toscos embarazos  
Del alto reventon allana y doma  
Con los ciegos secuaces de Mahoma.

De la Africa vinieron los burones  
Contra la muchedumbre innumerable  
De conejos: contra ellos protecciones  
A Augusto por legado respetable  
Pidió algun pueblo, pues si audaz pelea  
Cualquiera ofende, aunque pequeño sea.

Mezcla el queso manchego bien rallado  
Con agua tibia, y los mantiene fuertes:  
Los conejos en vano se han fiado  
De sus cuevas; que allí con duras muertes  
Los atormentan, y con presa fiera,  
Arrastrando los sacan acá fuera.

Así, viendo las fustas africanas  
Con los prontos jabeques de su mando,  
Rompiendo el seno á las espumas canas,  
A vela y remo caza les va dando:  
Ellas á Arjel procuran acostarse  
Debajo del cañon á refugiarse.

Y aunque de sus fortines al abrigo



Al corsario español vencer desean,  
Las rinde, y á remolco trae consigo,  
Por mas que sin cesar le acañonean  
Con retumbante estrépido sonoro.  
El fiero Barceló, terror del moro.

Ni ha de costarte el último cuidado  
La cria de los perros; ante todos  
Elige el blanco, el rojo y el melado,  
Y el negro, y porque eviten de mil modos  
La rabia, liarás que verlos nacer pueda  
El signo aquario y Géminis de Leda.

Y con su inclinacion y la enseñanza  
Los harás diestros: uno-al ciervo sigue,  
Otro á la zorra ó puerco se abalanza,  
Otro á la liebre, al lobo otro persigue,  
Uno los anchos rios atraviesa,  
Otros de sangre son, y otros de presa.

Luego que los cachorros la luz viesen,  
Y empiecen á correr, un gato vean  
Con carne, y cuando todos le siguiesen,  
De aquellos que mas ladran y jadean  
Saca el mayor, y es bien le engolosines  
Con carne de la caza á que le inclines.

Ni te agrade adestrarlos de mañana,  
O al fresco ambiente en la serena tarde;  
Sino cuando cuajó la nieve cana,  
O la alta siesta con bochornos arde:  
Aman limpieza en jalgugada casa,  
Las aguas puras, frescas y sin tasa.

Salvia, retama, ruda y el romero,  
Y el vinagre les cura enfermedades,  
Y el zumaque da alivio al pié lijero  
Del despeado en las fragosidades,  
Y el vitriolo, azufre y vedegambre  
De la sarna molesta quitó el hambre.

Son menester acémilas de machos  
Lozanos, con bordados reposteros,  
Con borlas, cascabeles y penachos:  
Esta recua llevó á los cazadores  
Las redes, arcabuces y estacones,  
Y el convoy de las otras prevenciones.

Y hasta entrar en el bosque el coche tiren  
Las fuerzas de las mulas corpulentas,  
Las pardillas de Almagro en él se miran:  
Aná con diligencias muy violentas  
Halló esta especie cuando instó al jumento  
Al no usado y monstruoso ayuntamiento.

Este humilde animal sirve de cebo  
Del voraz lobo á la ansia carnícera,  
Pues trabajando bien cuando era nuevo,  
Este consuelo en la vejez le espera:  
¡Oh infeliz bruto, ejemplo desdichado  
De aquel que sirve bien y es mal premiado!

Por el monte el caballo muy brioso  
Sigue la caza con veloz carrera,  
De él está el cazador menesteroso:  
Procure que la raza muy lijera  
Se multiplique: Gago fué el primero  
Que entregó los caballos al montero.

A conocer aprende los humores,  
La viveza, arrogancia y calidades  
Por la diversidad de los colores:  
Yo el hayo elegiria: es bien te agrade  
Del negro, el tordo y alazán tostado,  
Que antes le verás muerto que cansado.

Son los potros del Betis generosos,  
Debajo de sus piés los campos truenan:  
Con agudos relinchos sonorosos  
Los establos de Córdoba resuenan:  
Igual es de Aranjuez la casta mesma,  
Los tuyos beben del nevado Eresma.

Inquieto en sus praderas el potrillo  
Esta temblando intrépido, y levanta  
La frente con muy alto cervigullo,  
Corre por el contorno, y no se espanta,  
Sube al cerro, y bajando velozmente,  
Corta al río la rápida corriente.

Si acaso alguna vez oyó clarines,  
O estruendo de armas, salta desgreñando  
Al diestro lado las espesas crines:  
Al viento en el correr desafiando,  
Pide con los relinchos el jinete,

Y ciego por los campos arremete.

En el ojo y las sólidas junturas  
Al buey imite, al áspero muleto  
En el firme sentar las herraduras:  
Al gato en el andar limpio y secreto:  
En la vista y voltear muy velozmente  
A la escamosa y lúbrica serpiente.

Del leon la arrogancia y la fiera,  
De zorra oreja y cola, del jumento  
La núa, el cuello del lobo en fortaleza,  
Y el pecho de mujer: para este intento,  
¿Qué otro modelo mi atencion divisa,  
Sino el angelical de mi Dorisa?

Nota, si lo consiente su desvío,  
¡Con qué arte el pecho dividido ostenta!  
¡Con cuánta gracia mira y señorío!  
¡Con qué marcialidad que se presenta!  
¡Cómo es de cuanto ve reina y señora,  
Todo lo mira, y todo lo enamora!

Tal el Babieca fué, y el que á Castilla  
Quitó el feudo: los tuyos muy valientes  
Tascando están en la montuosa orilla  
Los espumosos frenos, impacientes  
En los altos pesebres empotrados  
De un tirón muchas veces arrancados.

Las yeguas son furiosas, oprimidas  
Del fiero amor, que á nadie es mas dañoso,  
Destilan de las ingles encendidas  
El espeso hipomanes ponzoñoso,  
Que la madrastra en yerbas venenosas  
Con palabras mezcló supersticiosas.

Trepán estimuladas de la ardiente  
Indómita lujuria al encumbrado  
Peñalara, y al soplo de poniente,  
Sin otro algun consorte han engendrado  
Potro veloz, que al viento ha de igualarse:  
¡Cosa por cierto estraña de contarse!

Este bruto galán nunca ha sabido  
La vil adulacion: al mal jinete  
Jamás sobre sus lomos ha sufrido:  
Del loco hijo de Febo se promete  
Los tristes hados el que no se ajuste  
Con gentileza en el bórren y el fuste.

La ignorancia y lisonja envilecida,  
Monstruos de los palacios execrables,  
Jamás ante el gran Luis tendrán cabida:  
Los lisonjeros son mas detestables,  
Que el traidor, que de aceros inhumanos,  
A ejército rebelde armó las manos.

Si asisten á su lado aduladores  
Solo un príncipe está, aunque acompañado,  
En medio de asesinos y traidores:  
Es vicio en ignorantes vinculado;  
Y ofenden, aunque astutos disimulan,  
Pues juzgan incapáz á aquel que adulan.

¡Oh ingratos á la patria y vuestro dueño!  
Afrente un animal tanta vileza:  
Tú, Luis, no temes del caballo el ceño:  
¿Qué Lápita montó con tal destreza?  
Ni Héctor troyan en su caballo Etonte,  
Ni en Pegaso el galán Belerofonte.

Queriendo acaso remotarte al cielo,  
Sin ser bastante el freno á sujetallo,  
Galán jinete, haces temblar el suelo  
Debajo de los piés de tu caballo,  
Que ufano con tu peso y fur.bundo,  
Va amenazando al viento, al mar y al mundo.

Cuando en tu resplandor salir dispones,  
Trocando los guijarros en centellas,  
La gran Madrid asoma á los balcones  
La hermosa juventud de sus doncellas,  
Que te aclama en estruendos amorosos,  
Dejando á mí y á muchos envidiosos.

### CANTO III.

*Cura de los Caballos, Pesquería y Astrología, como  
necesaria á los Cazadores.*

Tambien tiene el caballo enfermedades;  
Mas ¿quién la explicacion de un bruto mudo

Comprende bien? O nobles facultades,  
Ni mi musa os burló, ni hacerlo pudo;  
Que antes bien ama su afición rendida  
La virtud en los libros escondida.

Ni querré yo negar que la experiencia  
Algo enseñó tal vez; mas fuera de esto  
Delira en vano imaginaria ciencia  
Con arbitrario antidoto molesto,  
Y prueba los dudosos ingredientes,  
A costa de los brutos inocentes.

Ni ¿quien persuadirá que al tigre fiero,  
Y á la horrenda serpiente y su braveza,  
Al toro, á la ave y lobo carnícero,  
Les dió instinto la gran naturaleza  
Para curarse y conservar la especie,  
Sin que la humana medicina aprecie;

Y al petro inquieto, mucho antes criado  
Que hubiese albeitar, le ha destituido  
De instinto, y á su error le ha abandonado?  
Y el hombre de otros brutos ha aprendido  
La ciencia de curarse; de manera,  
Que ella sola es la fija y verdadera.

La amable libertad, que el gozque tiene,  
Ciervo, grulla, león é hipopotamo,  
Le dió despacio, con que á buscar viene  
La pilosela, quina y el dictamo,  
La sangría y clister; y Progne lista  
Con celidonia dá al polluelo vista.

Si tú al caballo libertad le diceses,  
Si le hay, halló remedio á su dolencia:  
Pazca sin frenos ásperos las mieses,  
Esparzase en el campo á la inclemencia,  
Hasta que así cobrando nuevos bríos,  
Se atreva á vadear los anchos ríos.

Pero el hombre ignorante y presumido  
De saber mas que tú, Naturaleza,  
Al animal que doma ha sometido  
A la tímida ley de su simpleza:

¡Tanto pudo con él la aprensión fuerte,  
Y sin límite el miedo de la muerte!

Apenas destemplados los humores  
Ve, cuando el infeliz desatentado  
Multiplica remedios dañadores:  
Acude á este y á aquel, acorronado,  
Y sin conformidad en tal abismo,  
Cree que otro sabe de él mas que no él mismo.

Ni bastan treinta lustros que ha vivido,  
Que aun sin ejemplar, quiere mas de vida,  
Y aun ser eterno, loco y atrevido:  
Y esta imprudencia, y algo de adquirida  
Ciencia, que el mundo física la llama,  
A Esculapio y á Apolo dieron fama.

Mas ¡oh del hombre afrenta vil! ¡con cuánta  
Serenidad la muerte el bruto espera!  
Es héroe el jumentillo, y no le espanta:  
Conoce que es forzosa, y persevera,  
Y son los mas humildes animales  
Temístocles y Marios y Anibales.

Añade la grandeza generosa  
Del caballo español: lleva á su dueño,  
A quien hablar el siervo apenas osa,  
Y él no le mira, ó mírale con ceño,  
Pues juzga por la banda ó la venera,  
Que es de otra especie ó superior esfera;

Y el noble bruto, al que al criado lleva,  
Sin vanidad se vuelve cariñoso,  
Ni tiene por baldón, que se le atreva:  
Conoce que es su hermano, y amoroso,  
Al pienso que le ponen con medida,  
En su mismo pesebre le convida.

Ni le engrican las cinchas tachonadas,  
Paramentos, gualdrapas y jireles,  
Ni la plata en helillas martilladas:  
Y pues así los hombres infietes  
No obran como, justo es preguntallo:  
¿Cuál es mas bruto, el dueño ó el caballo?

Mas pues juntas ya están las provenciones,  
A caza salga el cazador famoso:  
Caza es la pesca, si ir alla dispones:  
Muja cortezas de color verdoso  
De nuez, que porque tiznan huyen de ellas  
Las manos de marfil de las doncellas.

De allí nacen lombrices para cecibo:

¡Estraña metamorfosis! ó sea  
Semilla oculta en invisible huevo,  
O que el calor de nuevo la procrea,  
Segun el libertino y el impuro  
Dulce Lucrecio y célebre Epicuro.

Porque uno y otro barbaro ateísta,  
Inventor de maldad la mas horrenda,  
Atomos juzga cuanto ve la vista,  
Y acaso esta gran maquina estúpida,  
Negando independencia y cetro de oro  
Al nimen santo, al gran Dios que yo adoro.

Esta es de la ignorancia la insolencia,  
Negar que hay dueño, aun del supuesto acaso,  
Porque no alcanza á comprender su esencia:  
Jamás confesará su ingenuo escaso,  
Que es conceder, que alguno le adelante,  
Y siempre es presumido el ignorante.

Con sedales y redes prevenido  
(Bajando á desovar el río abajo)  
Serás á Andrés y á Pedro parecido,  
Llenas las redes en el hondo Tajo:  
Quien de la caña amó la impertinencia,  
Simulacro será de la paciencia.

También al pez con yerbas se adormece,  
Y se pesca de mimbre en los cañales,  
Cuando tapando el agua desaparece:  
Despojos te darán no desiguales  
A los del Tajo de Aranjuez, que un día  
Dió mil libras de peces en la ría.

Pero huye siempre el viento de levante  
Para la caza y pesca: ábrego es bueno,  
Y no pesques de Cintia en el menguante,  
Ni con cielo enojado y no sereno,  
Ni en mañanas con vientos destempladas  
Del Eresma las truchas regaladas.

Ni tienes que estrañar que te aconseje  
Para cazar la observación del cielo:  
Jamás tu vista ese cuidado deje,  
Porque de él pende el régimen del suelo,  
Y por su aspecto puedes ir seguro  
En la adivinación de lo futuro.

Mas no imitar pretendas vanidades  
Del fanático astrólogo agorero,  
Que sobre el libre arbitrio y voluntades  
Del hombre juzgar quiere muy severo,  
Pues solo alcanzarán tus predicciones  
Del vario temporal las mutaciones.

Las plantas, las estrellas y animales,  
Y aun las cosas sin vida al hombre enseñan:  
Advirtió estas certísimas señales  
El noble labrador, que hoy le desdeñan,  
Y el ocio que entretiene á los pastores  
En el campo, y también los cazadores.

Esperaras que lluvia inunde el prado,  
Cuando las puntas de la luna nueva  
Se ven oscuras, ó si ya ha llenado,  
Y algun círculo espeso ú negro lleva:  
Si la graja se espulga, ó si á la orilla  
De los estanques se zambulle y chilla.

También los gansos de la diosa Tetis  
La lluvia anuncian con sonoras alas,  
Y los caballos que alimenta Betis  
Refregándose mucho en las estalas:  
La paloma y la abeja, esta cubarle  
Se recoge temprano, aquella tarde.

El grueso buey tendido al diestro lado,  
Importuna la mosca porfiada,  
El lobo en embestir precipitado,  
El gallo que cantó de madrugada,  
La rana sumergida, ó con estruendo  
Las querellas de Lycia repitiendo.

Todo te avisará tiempo lluvioso,  
Y la campana que aumentó el sonido,  
Y de la grulla el vuelo presuroso,  
O el relámpago y trueno ensordecido:  
Si las lámparas altas centellean,  
Y los bufetes de nogal chasquean.

El ábrego de Libia trae las nubes,  
Y cuando en ellas desde el claro oriente  
A ocultar tu semblante, ó Febo, subes,  
O cuando vas cubierto al occidente.



O cuando te oscureces de improviso,  
Jamás ave casera el campo quiso.

Conocieron también las hilanderas  
De Abades, del Otero y San García  
Por el mechon las lluvias venideras:  
Entonces los carneros á porfía  
Se topan, y á la aurora el solitario  
Mas alegre cantó que lo ordinario.

Mudó la hormiga el nido, y la becerra  
Con las romas narices levantadas  
Coge el aire después que olió la tierra:  
Los charcos ven sus aguas calentadas,  
Grazna la infiel corneja, y se pasea,  
Las gotas hacen pompa y menudea.

Pero si el sol esta rojo al ponerse,  
Y una encendida nube arrebolada  
Le cubre, ó si la luna deja verse  
De rubicunda cinta rodeada,  
Si el nubarrón se eleva al alto cielo,  
O con figuras amedrenta al suelo;

Si acaso en las alturas de los montes  
Se oye un sordo ruido, como cuando  
En las fraguas de Lipari los brontes  
Están con anchos fuelles resoplando,  
O si representándose mas bellas,  
Corren á todas partes las estrellas;

Si tronó en el invierno á la mañana,  
O mas que lo que suele en primavera,  
Y el eco se perdió de la campana;  
O de Aracnes la tela muy lijera  
Voló, y los perros á estregarse acuden,  
Las ánades y gansos se sacuden;

O si las nubes blancas y pequeñas  
Amaneciendo raso, en las alturas  
Se divisan: son todas ciertas señas  
De que rotas las fuertes ligaduras,  
Que amarran siempre á los furiosos vientos,  
Trastornarán del mundo los cimientos.

Porque advertido el Padre omnipotente  
Los encerró en cavernas muy profundas;  
A no hacerlo, con cólera inclemente  
Ejerciendo sus rabias furibundas,  
Mantuvieran continua y cruda guerra  
Por todos los confines de la tierra.

Un calabozo horrendo en las montañas  
Del grande Escorial los aprisiona:  
Ellos braman con furias muy extrañas;  
Del monte que está encima la corona  
Tiembra al murmuréo; sus furores crecen,  
Y por forzar la cárcel se enfurecen.

De allí salen fortísimos zumbando  
Por la calma lonja en donde el arte brilla,  
Los carros de gran peso arrebatando:  
Trastórnase la octava maravilla,  
Corren la tierra con silbido horrendo,  
Los mas profundos mares revolviendo.

Y en la carrera de Indias el piloto  
Cántabro, roto el mástil del navío,  
Ronco y falto del arte apela al voto,  
Y á la violencia del nordeste frío:  
Las armadas inglesas y españolas  
Suben hasta los cielos con las olas.

También conocer puedes los serenos  
Y alegres dias con señales ciertas:  
En los bosques fructíferos y amenos  
Música dulce, ó pájaro, conciertas,  
Ni el alcion apartó del mar sus ojos,  
Ni el lechón sucio hocioca en los manojos.

El cuervo grazna, Scila hija de Niso  
Paga la culpa del cabello de oro;  
Y el gavilán la asalta de improviso:  
La garza en vuelo rápido y sonoro  
Corta los aires, sopla el tramontana,  
Y abunda de rocío la mañana.

Fébe después del cuarto nacimiento  
Se muestra alegre, limpia y afilada,  
Y está clara en llegando al complemento:  
El cielo con la leche derramada  
De Juno (instando el Hércules infante)  
Se ostenta mas hermosa y rutilante.

La Aurora el lecho de Títon dejando  
Sale fresca de oriente á las barandas,

Las sierras descubiertas plateando,  
Y por el llano, ó niebla sutil, andas,  
Y al plaustró dando Apolo riendas flojas  
De verde se vistió con bandas rojas.

Pero si se volvieren blanquecinos  
Los nublados oscuros, y el solano  
Te cegare con sucios remolinos;  
Si en lo no de la luna y de su hermano  
Cercó pálido ú rojo se mostrare,  
O el aire por la bruma se engruesare;  
Caerán calladas aguas en vellones  
De blanca nieve, la áspera Fuenfria  
Tendrá en sus ventisqueros cien montones:  
Ningun precepto mande que aquel día  
Suba por el camino alto y cubierto  
Hasta los pinos del dañoso puerto.

En la cuajada nieve el rastro avisa  
A las perras albanas y laconias  
Si el lobo, gamo ó liebre huyó de prisa,  
O de Tracia las grullas estrimónicas:  
Manda entonces, que usando su ejercicio  
Cierna los plomos líquidos Mauricio.

Dicen que este en las fraguas de Vulcano  
Trabajó con los cíclopes un día,  
Forjando rayos á la eterna mano,  
Que con ellos terror al mundo envia,  
Y en derretir metales salió diestro,  
Y en los globos mortíferos maestro.

Mas solamente el aqilon soplando  
Cuando el carbon de arranque arde mas vivo  
Lo ejecuta, cautísimo evitando  
Que se introduzca el tufo muy nocivo  
Del plomo en la cabeza, cuyo peso  
Será mortal, si fuere con escoso.

Así orillas del bárbaro Orinoco  
El maligno Curare, que está hiriendo  
Con pestilente vaho en tiempo poco  
Tres ancianas reduce á fin horrendo,  
Antes que miren con veneno ungidas  
De sus flechas las puntas homicidas.

Ni así te admire el plomo introducido:  
De las verbas las fibras delicadas  
Con limalla sutil se han advertido,  
Y al crisol zamorano examinadas  
Se encuentren muchas veces (no te asombres)  
Con hieirro las entrañas de los hombres.

Si en otoño y estío á la mañana  
Crece el calor, y el torbellino ha alzado  
El suelo, y se espesó la nube cana,  
Y descogiendo el arco variado  
La niufa de Taumante acia poniente  
Trae mil colores con el sol enfrente;

Gran tempestad se apresta. ¡Ay, cuántas veces  
Temerá el pavoroso marinero  
Monstruos marinos y diformes peces!  
Borbollará bramando el surgidero  
Terrible, que á pesar de mil afanes  
Rompió el muy temerario Magallanes.

El padre Jove en noche tan horrible  
Fulmina el propio rayos y centellas;  
Creyeran ser del mundo el fin temible,  
Desplomándose el cielo y las estrellas,  
Las estrellas, que (ó piélagos) oscureces  
Mojadas con tus olas muchas veces.

Mas si al tiempo que el toro á Agenor fiero  
Con los dorados cuernos relucientes  
Abre al año las puertas, y el frontero  
Can le cede y se esconde á nuestras gentes,  
La oveja escupe mucho y tose; en vano  
Templarás los incendios del verano.

Quema los pastos el ardiente sirio,  
Y seco el vendaval corre furioso,  
La sarna es á los brutos cruel martirio,  
Ni la caza evitó el contagio odioso:  
Llueve sin viento, estiéndose la peste,  
Y á rabia incita estotro can celeste.

Azogue y fuego matará la sarna,  
La sarna, que es gusanos engendrados,  
Cuyo diente voraz mordiéndolo encarna:  
Herodes y el gran Sila atormentados,  
Y Seusipo el filósofo así fueron;  
Insectos asquerosos los comieron.

Finalmente en el sol hallarás cierto  
 Pronóstico de todo: ¿quién creyera  
 Que el sol engaña? Si nació cubierto  
 De nieblas, ó con manchas en su esfera  
 Variare el nacimiento, ó si le sube  
 Al lado izquierdo una pequeña nube;  
 O si cerúleo sale, la campaña  
 De aguas se inunda; rojo viento indica;  
 El propio tuvo compasión de España,  
 Cuando la infiel conjuración inicua  
 Al empezar el siglo se movía  
 Contra la íbera escelsa monarquía.  
 Jamás hubo prodigios tan monstruosos,  
 Ni asombraron mas crímines cometas,  
 Cometas que los necios temerosos  
 Juzgan exhalación, siendo planetas,  
 Que Apolonio y Casini observadores  
 Los vieron á los siete superiores.  
 Y como es ancho el ámbito del orbe,  
 No es maravilla suceder azares  
 En tal tiempo: mas ¿quién habrá que estorbe,  
 Que con ciega ignorancia, que en millares  
 Cunde, efecto del astro malicioso  
 No juzgue el vulgo vil supersticioso?  
 Los ríos trastocaron sus corrientes,  
 Y muchos acia el alto nacimiento  
 Volvieron asombrados á sus fuentes:  
 De horrenda voz se oyó nocturno acento,  
 Y el mundo al ver de Apolo oculto el coche  
 Temió del primer caos la eterna noche.  
 Pálida interponiéndose su hermana,  
 Negando el paso de las luces bellas,  
 Vistió de luto oscuro la mañana:  
 Así vió á media tarde las estrellas,  
 Muerto Jesús con general estrago,  
 El filósofo, honor del Areopago.  
 Y el caballo feroz del rey tu padre  
 Tres veces con horror bufó, saltando  
 Por las tinieblas, aunque no le cuadre  
 Al gran campeón que audaz le está enfrenando,  
 Y aquel joven monarca vió en sus tierras  
 Mas que civiles intestinas guerras.  
 Mas de una vez se vió en combate horrendo  
 Las legiones filípicas y austriacas,  
 Con iguales banderas ejerciendo  
 Las cóleras, ó Venus, que hoy aplacas,  
 La muerte procurándose enemigos  
 Los deudos, los hermanos, los amigos.  
 ¿Cuál furor, ó españoles, dió licencia  
 Tan grande al hielero? Ni los cielos santos  
 Vedaron que con bárbara inclemencia  
 Con nuestra sangre y nuestros propios llantos  
 Nuestros campos se inunden: otro acento  
 Cante el dolor que rompe mi instrumento.  
 Tiempo vendrá que el cazador cavando  
 Las hondas madrigueras, él se asombre,  
 Armas y grandes huesos encontrando:  
 Mas si para ensalzarse el regio nombre  
 De Carlos fué preciso, arda la guerra,  
 Y hártese con la sangre el mar y tierra.  
 ¿Deidades, cuyo amparo ha protegido  
 Siempre á España! ¿Oh gran Madre concebida  
 Sin mácula! ¿Oh Millán esclarecido  
 De nuestros enemigos homicida!  
 ¿Oh gran patron Jacobo el cebedeo,  
 Por quien rompida la coyunda veo.  
 Pues sabéis cuánto le promete el hado,  
 Al menos conservadme este real mozo  
 Que yo canto: bastante hemos pagado  
 La culpa de Rodrigo con sollozo:  
 Luis solo baste en penas tan internas  
 A enjugar estas lágrimas tan tiernas.  
 Y pues ya á caza sale apercebido  
 De todos los pertrechos y advertencias,  
 De sus perros y gentes asistido,  
 Fuera el ocio, y perdonen hoy las ciencias,  
 Y ¡oh Musa, compañera fiel! disponte,  
 Ven y sigamoslé los dos al monte.

## CANTO IV.

*La Volatería, ó Caza de las aves.*

Vario se ostenta, hermoso y adornado,  
 Y parte de la gran naturaleza  
 Desde el monte la vista ha registrado:  
 Vese allí de las sierras la aspereza,  
 Los cerros, y los riscos, y las viñas  
 En la cuesta, y las fértiles campiñas.  
 Hondas cañadas y frondosos sotos,  
 Y los recién quemados verdugales,  
 Bosque y los altos páramos remotos;  
 Los caminos y bajos mohedales,  
 Y otra diversidad, donde hace cria  
 La fuerte venatoria y cetrería.  
 Dejemos á los rubios alemanes  
 Del Danubio la usada cacería  
 Con lañero, punic ó azor galanes,  
 Y el alcon de Tartaria ó Berbería,  
 Y á las tímidas aves alborote  
 El águila encrespándose el grupote.  
 Las alas bate y rota la pihueta,  
 De la alcandara el sacre enfurecido  
 A ser pirata de los aires vuela:  
 Al horni y al cernicalo atrevido,  
 Al voltor y esmeril ceben, y salte  
 Sobre la presa audaz el jerifalte.  
 Tampoco trataré la americana  
 Caza volátil y terrestre, en pago  
 De ocultarnos su origen con tirana  
 Ansia de persuadir, que del estrago  
 De aguas comun, que el universo abarca,  
 No halló puerto, salvándose en el arca.  
 Porque si esta es de aquella descendiente,  
 ¿Cómo pasó á la America apartada,  
 Aun suponiendo unido el continente,  
 Por el norte ó la Atlántica soñada?  
 Pues los brutos enseña la experiencia,  
 Que nunca abandonaron su querencia;  
 Pero si la embarcaron, ¿es posible  
 Que llevaron los géneros mejores?  
 ¿Tantas aves de canto apetecible,  
 Ó por la variedad de las colores?  
 Y ¿tan de quicio el género arrancaron,  
 Que un individuo solo aun no dejaron?  
 ¿Qué diré del cuadrúpedo, que habita  
 Allí, por falta de alas mas pesado?  
 Ni el veronés, ni el docto estagirita,  
 Que la naturaleza han indagado  
 De él se acuerda, ni de otros animales  
 Útiles mil y mil perjudiciales.  
 En tanto que averiguan estas cosas,  
 Y el tránsito ú origen de su gente,  
 Si la produjo el mar, pues populosas  
 Son las costas y yermo el centro ardiente:  
 No menor duda, que la aun no acabada  
 Del seco Egipto y de la Escitia helada.  
 En tanto pues, las ninfas de Viñuelas  
 Seguir me agrade, ó verlas en Bohadilla  
 Danzando al son de alegres castañuelas,  
 O en el alto corral de la Lastrilla,  
 Y en la casa del Campo y sus vivares,  
 Que fecunda mi patrio Manzanares.  
 Cuando en la primavera huyen los frios,  
 Las Atlántides hijas de Pleyone,  
 Que abren del mar la puerta á los navíos  
 Te avisarán que entonces se dispone  
 Cazar las codornices muy lascivas,  
 O con trasmallos ó reclamos vivas.  
 Si al cornigon, que siempre entre ellas anda  
 Guiándolas, tus tiros van certeros,  
 Dejaráse tirar toda la banda:  
 Busca su nido en los abreveraderos,  
 Soplando el cierzo: un canto las levante,  
 Y así se adiestra el perro vigilante.  
 Entonces entre fusta y las sembradas,  
 Y en rastrojos por tiempo caluroso  
 La perdiz con las medias encarnadas  
 Buscarás: la perdiz, manjar sabroso,  
 Digno de que en cazarle no reposes,  
 Y digno de las mesas de los dioses.



Fué un jóven cazador antiguamente,  
Pero como á violar incestuoso  
Los maternales tálamos se aliente,  
La figura mudó, no lo vicioso;  
Y enpolla ajenos huevos, entre tanto  
Que á su madre conocen por el canto.

Acuden de la hembra reclamados,  
Que el aire á concebir hace se apreste,  
Y en los aportaderos son tomados:  
O á la pechuga de color celeste  
Tirando, te dará despojos fijos  
La munición con nombre de sus hijos.

A estos el galgo cansa, y cuando Astrea  
Los días con las noches igualare  
Siguen al sembrador: el ala sea  
Señal de que acia el lado á que inclinare  
Cuando al rebozadero llega ansiosa,  
Podrás asegurar la perezosa.

La chocha encontrarás en los chortales  
(Pero huye siempre el cierzo y el solano)  
Y al márgen de los lagos y humedales,  
Cuando al sentar de pico dió en el llano  
Acia allí, gordos mas, si el hiello eriza,  
El rayuelo y pardusca agachadiza.

Y tú, garza, que inquieta pronosticas  
Graznando mucho, un temporal furioso,  
Y, ó trinquetes, que sois aves mas chicas,  
Y os agrada el solano fastidioso,  
Cuando pesqueis al márgen de los rios  
Señalan vuestro fin los versos mios.

Al pollo de agua al sol el diestro tira,  
Y á las ardientes ánades nevando,  
El perro de aguas los estanques gira  
A nado, cuando allí se estan bañando,  
Y desde un chozo vuelque tu escopeta  
La azeña, alabanco y la zarzeta.

Tira en verano en los agostaderos  
En tollos á la Ortega muy hermosa  
Perdigones mortíferos zorreros:  
Y entre el huey y la vaca perezosa  
Al chorlito, si el tordo le abandona,  
Que vuelva mucho menos que apeona.

Al tordo en las rebalsas y chorreras  
Pescando le acompaña el anda-rio,  
Y en otoño destruyen las higueras,  
Y entonces el sazón el plato mio:  
Si en las florestas y los verdes prados  
Asisten, serán de aguas inundados.

Ni tu inocencia, palomilla zura,  
Ni el carecer de hiel te ha aprovechado  
De que del cazador estés segura:  
No un gran hurto la vida te ha costado;  
Sino el rebusco de lo que desgrana  
En campo hirial la inútil alverjana.

Si tú hurtases provincias y regiones  
Fuera héroe y monarca poderoso;  
Mas porque vil semilla á hurtar te pones  
Te engañan con señuelo malicioso,  
Que en este mundo de maldades lleno  
Hurtar es malo y conquistar es bueno.

Y á la cándida tórtola viuda,  
Que en los rastrojos llora á su consorte,  
O en la frondosidad solloza muda,  
Hizo Diana de su tiro el norte,  
Y llevó desde el risco y selva espesa  
Los zorzales inquietos á su mesa.

Al bello abejaruco parecido  
A la hermosa oropéndola en colores  
Caza en un colmenar por atrevido:  
La nube de estorninos voceadores  
Con la red cazarás en campo raso,  
O como los cazaba Garcilaso.

Dicen que ellos se curan á sí mismos,  
Y su idioma admiró Roma y Atenas  
En uno, sin notarle barbarismos:  
Por estas experiencias harto buenas  
Ves que no al hombre solamente ha sido  
El don de la palabra concedido.

También he visto yo tirar al vuelo  
Al sison y alcotán agradecido,  
Cuando por la canícula arde el suelo:  
El de la vista humana ocultó el nido,

Respetar al muerto, al bienhechor da trato  
Bueno, que en esto escéde al hombre ingrato.

A las gangas, que dan vuelos muy largos  
Chillando, y en el suelo son calladas,  
Mas perspicaces que los ojos de Argos,  
Tira en clima templado: si azoradas  
Andan al fin de estío, la corona  
Se ajará de Vertumno y de Pomona.

No el ser reina jurada de las aves  
Con fuerte pico y uña corva armada,  
Ni las piedras que al nido poner sabes,  
Aguila, te libraron coronada;  
Pero mas te remontas y alzas, cuando  
Caes á los piés de Luis revoloteando.

Ni el ave á quien dió nombre tu tardanza  
Callaré, con ojeo ó cabestrillo  
Se matan desde donde el tiro alcanza  
Detrás del manso huey ó fiel novillo:  
De tal suerte... ¡ah memoria, qué constante  
Que eres en dar tormentos á un amante!

De tal suerte me acuerdo, que en la undosa  
Márgen florida entre Pisuerga y Duero  
Salió á verme cazar la ninfa hermosa  
Celestial, por quien vivo ó por quien muero,  
Y al grajo astuto, que en su olfato fia,  
A falta de otra caza yo seguia.

Y oculto entre las yuntas y el villano,  
La pólvora sintió, sin que se quemase,  
La negra banda: tiro, y deja el llano  
Volando con estrépito: enojéme;  
Mas viendo en uno herido menos prisa,  
Reíme y se rió también Dorisa.

¿Ni por qué callaré cómo se coge  
La centicienta grulla desvelada?  
Al tiempo tirarás que se recoge,  
Yendo acia el gorrónal, que el ruido enfada,  
O cuando baja el céfiro penetra,  
Formando de Pytágoras la letra.

Al buitre anacoreta en los desiertos  
De las sierras mas ásperas su vista  
Y olfató le enseñó los cuerpos muertos:  
Flores al gran Filipo su conquista  
Facilitó: del Pardo alcaide él era,  
Y el arco embovedó de la buitrera.

¿Dónde, Ascalafó, llevas ya cansado  
De Luis al humilísimo poeta?  
Ascalafó, que en buho transformado  
Te miras hoy por no tener secreta  
(Justo pago) la inútil golosina  
De la desventurada Proserpina.

Aunque en las apartadas soledades,  
Del sol aborreciendo la luz santa  
Te ocultes, llorarás fatalidades,  
Cuando á la tarde el tirador te espanta,  
Ni amparan á las choas nunca quedas  
De Aranjuez las frondosas alamedas.

No dejarán mis versos olvidados  
Los miembros juveniles muy hermosos  
Del hijo de Tereo transformados:  
O sol, mas en convites tan odiosos  
Deberías esconder rayos celestes,  
Que en la nefanda mesa de Tiestes.

De ti digo, fuisán, que en las orillas  
Del Fasis navegable, undoso rio,  
A Colcos aumentó las maravillas  
Tu canto, navegando el cristal frio,  
Y hecho despojo solo tú competes  
A los regios espléndidos banquetes.

Saso, maestro mio, tus pinceles  
Con su retrato obligan á tal ave  
A que se enrede absorta en los cordeles,  
Pues tanto su hermosura estimar sabe,  
Que la naturaleza en ella quiso  
Repetir las locuras de Narciso.

Al picapuerco agradete al pasillo  
Tirarle y á las mirlas vocingleras  
Buscando en la boñiga el gusanillo,  
O en el zarzamoral y guindaleras:  
Son blancas en Arcadia y con desvelos  
Nunca mudan las plumas ni los celos.

Tampoco á tí te pasará en silencio,  
Hermoso francolin escarolado,

Cuyo amor á la patria reverencio:  
 La vida con mi España tú has dejado;  
 Quiéresla bien, pues no hay en esta vida  
 Pena mas grande que una despedida.  
 Con perro y arcabuz á morir vienes,  
 Influz, en invierno y en verano,  
 Que en todos tiempos la desgracia tienes,  
 Los perdigones del cañon de Cano  
 Vuelcan al paso al rabilargo astuto,  
 Cuando el otoño ofrece el dulce fruto.  
 A los vencejos de cabeza chata  
 Tu gran padre Filipo el Animoso  
 Tuvo en tirarlos diversion muy grata  
 De un balcon del alcázar poderoso  
 De la ciudad, que ser la hace escelente  
 El ignorado origen de su puente.  
 Mas ¡oh mudanza! el gran monarca Augusto,  
 El inclito, el magnánimo, el guerrero,  
 El pio, el padre de la patria, el justo,  
 Carlos, digo, en mansion de Marte fiero  
 Le mudó abriendo su marcial persona  
 Las tremendas escuelas de Belona.  
 Porque advertido el militar caudillo,  
 Sabe que no dan solo la escelencia  
 Las hojas de Toledo, y del Perrillo:  
 Y el soldado, que ballar quiere alta ciencia  
 Mas volver debe, si triunfar le agrada,  
 Las de los libros, que la de la espada.  
 Y satisfecho del valor hispano,  
 Que vió el mismo en Veletri y en Bitonto,  
 Adestrar pretendió la horrenda niano  
 En fulminar el rayo altivo y pronto,  
 Pues vencido será, si es ignorante,  
 El mas soberbio espíritu arrogante.  
 Esto solo faltaba: ya ampliamente  
 Lo remedió el gran rey; ya es veterana  
 La juventud indómita y ardiente;  
 Aprende la nobleza castellana  
 El arte de la guerra furibundo  
 Para ser luego escándalo del mundo.  
 Con infamia arrojado al foso horrible  
 Abocinado en asquerosa estancia  
 Gime oprobios el monstruo aborrecible,  
 Abominable y vil de la ignorancia,  
 Que huye el alcázar donde Alfonso el Sabio  
 Temió que el cielo en él vengue su agravio.  
 Pues enojado el Padre omnipotente  
 De que intentase corregir su hechura,  
 Le arrojó un rayo al talamo luciente,  
 Cuyo fuego aclaró la noche oscura:  
 Tronó y los altos techos se horadaron,  
 Las locas de la reina se abrasaron.  
 Hay dentro un gran salon, que, ó Febo, doras,  
 Y en él está la armigera academia:  
 Aquel están las virtudes triunfadoras,  
 Aquel el militar mérito se premia,  
 Y aquí están las terribles prevenciones  
 Con que arma la Castilla á sus leones.  
 La cureña con fuerte chaperia  
 Crujiendo está debajo del gran peso  
 Del tremendo cañon de artillería:  
 Fulminantes mosquetes con esceso,  
 Balas, carcazas, bombas y fusiles,  
 Morteros, culebrinas y esmeriles.  
 Y porque á ejemplo de héroes valerosos  
 La juventud se aliente, en las paredes  
 Pendiendo están retratos primorosos,  
 Tanto, que porque, ó Rizzi, atrás te quedes  
 Los compitiera apenas el divino  
 Sin segundo pincel de Palomino.  
 Ledo, Aguilar y Santa Cruz, tres soles  
 De la guerra, baldon del de Farsalia,  
 Monte-Mar, que pasó los españoles,  
 Como otro tiempo Anibal contra Italia,  
 A Eslava y á Velasco, y al valiente  
 Cevallos, triunfador del occidente.  
 A todos da lugar la regia sala,  
 Y al jóven de Austria asombro de Lepanto;  
 Terror y admiracion el lienzo exhala,  
 Figurando á otros vivos con espanto:  
 Allí se ve un ejército que manda,  
 Después de gran camino, el grande Aranda.

Su gobierno le entrega ya enseñado  
 A humillar la frontera, que ha corrido  
 De canas y laureles coronado  
 El cauto Sarria, esperto y detenido,  
 Sujeto digno de segunda Eneida,  
 El Fabio hispano, el Josué de Almeida.  
 De los guardias al frente está pintado  
 El Ponce de Leon, y en edad tierna  
 El jóven Huéscar resplandece armado  
 Con los carabineros que gobierna,  
 Y entre otros muchos, que nombrar no oso,  
 Mendoza, y tú, Manrique el estudioso.  
 Tambien del mar la imágen espumosa  
 De mil quillas de acero se ve herida,  
 Sangrienta, y con oleadas espantosa:  
 De lo último del norte viene unida  
 Gran muchedumbre contra la alta España  
 En la escuadra holandesa y de Bretaña.  
 De estotra parte está nuestro armamento,  
 Que comanda Navarro, el gran Navarro:  
 ¡Oh campeón! al mirar tu vencimiento  
 Prendada de tu espíritu bizarro,  
 Ya por la fama autorizadas tienes  
 Con la naval corona entrambas sienes.  
 A un tiempo se embistieron, y alteradas  
 Las ondas resonaron con estruendo:  
 Creyeran que nadasen arrancadas  
 Las Filipinas, ó en combate horrendo  
 Alterando los canos horizontes  
 Chocar los montes con los altos montes.  
 La capitana real, que al golfo manda,  
 A siete naves que la atacan tira  
 Cien cañonazos de una y otra banda:  
 La que no se va á pique se retira,  
 Porque la municion no participe  
 Del tronante cañon del *Real Felipe*.  
 Con el baston y la triunfante espada  
 Está á sus españoles animando  
 Navarro en la alta popa embalaustada:  
 Neptuno, el rostro pálido sacando,  
 Vuelve á esconderle absorto del estruendo,  
 Y al verse dominar del grande Oquendo.  
 De Etna reventan incendios *La Isabela*,  
 ¡Oh nombre augusto! y vence ya el *San Carlos*,  
 Pues quien tiene tal nombre no recela:  
 ¡Oh gran bajel! no dudes sujetarlos,  
 Y á los dos mundos de tu dueño asombre  
 La triunfante potencia de tu nombre.  
 El humo, el agua, el fuego, la algazara,  
 Los truenos y espantosos alaridos,  
 La rabia fulminante, el ansia avara,  
 Los brutales ardientes sumergidos,  
 Todo era asombro y confusion tan fiera,  
 Como si el cielo abajo se viniera.  
 Mas nada impide, ó hispanas naves bellas,  
 Que canteis la victoria y el trofeo:  
 Las hijas de Nereo todas ellas,  
 Y el padre de las hijas de Nereo  
 Danzando os acompaña á la carena  
 Debajo del cañon de Cartagena.  
 De Carlos la alta estatna en mármol duro  
 Preside á esotros reyes castellanos:  
 Dirás que con cincel de acero puro  
 Del Fidias Castro las gallegas manos  
 Lo hicieron, y al ver vivo al gran sujeto  
 Dejaron de acabarle por respeto.  
 Puesta se ve á sus piés en larga fila  
 La multitud inmensa de vasallos  
 Desde su real palacio hasta Manila:  
 ¿Quién podrá distinguirlos, ni contarlos?  
 ¡Cuánta extraña nacion! ¡Cuántas varias gentes  
 De lenguas y costumbres diferentes!  
 Estan sus españoles muy leales  
 Allí, y los descendidos africanos,  
 Y los últimos pueblos orientales:  
 Un mundo en reinos mil aneri años,  
 Y el Marañon, que, ó Nilo, hace te afrentes,  
 Y no sufre los yugos de las puentes.  
 Aquí es la plaza de armas, aquí vieras  
 De Marte al carro unir caballos animales:  
 Con serpentinias vivas cañalleras  
 Silbando estan las furias infernales:



Tiembla el alcázar de su boca inundada,  
 Movándose el peñasco en que se funda.  
 Sobre un gran monton de arrias ahrojado  
 Con las manos atrás con cien cadenas  
 Está allí el furor bélico amarrado :  
 Revientan sangre las hinchadas venas,  
 Y él morder quiere, estando á su despecho,  
 Las piñas y artesón del alto techo.  
 Revuélcase rabiando con estruendo,  
 Vuelve en blanco los ojos espantosos  
 Encarnizados con visaje horrendo :  
 Colérico los dientes espumosos  
 Cruje, hace estremecer la firme roca  
 Bramando horrible con sangrienta boca.  
 Pero el gran rey sus ímpetus oprime,  
 Cerrando á Jano el templo, y á la tierra  
 Con larga paz del miedo la redime,  
 Los brazos descansados de la guerra,  
 Domando á sus preceptos obedientes  
 Con blando freno las soberbias gentes.  
 El hizo á los soldados estudiantes,  
 Y ellos harán de hazañas grande serie,  
 Y vencerán altivos las pujantes  
 Hambre, sed, desabrigo y la intemperie,  
 Que esto, ó rey español, son tus soldados,  
 Esto y aun mas serán bien gobernados.  
 Aquí el rayo se forja, que asustando  
 Está á las mas indómitas naciones :  
 De aquí saldrá la guerra, como cuando  
 Con los carros los béticos bridones  
 Se desbocan, los llanos apetece,  
 Ni al dueño ni á las riendas obedecen.  
 Mas, ¿ dónde, ó Musa, tú me remontaste ?  
 Salgamos del alcázar segoviano,  
 Prision de Riperdá, donde te entraste :  
 Y pues la caza con estilo llano  
 Propusiste cantar, deja la trompa,  
 Y mas fácil tu acento el aire rompa.

## CANTO V.

*La Caza de las fieras, y su naturaleza.*

Desde el aire á la tierra descendiendo  
 No menos caza al tirador se ofrece :  
 Nembrot cuando á las fieras defendiendo  
 La entrada, con bastion se fortalece,  
 Con cuadrillas de gente armado y fiero  
 Enseñó á perseguirlas el primero.  
 Este inventó los dioses, que invenciones  
 Fueron del hombre vano en triste día,  
 Y el vil temor redujo á las naciones  
 A la supersticiosa idolatría  
 Y la ignorancia; y él, que el mundo abarca,  
 Le conocieron por primer monarca.  
 Pero aunque con astucias delincuentes  
 Quitó la libertad á los humanos,  
 El natural derecho de las gentes  
 Reservó el campo de él y otros tiranos,  
 Porque de esta opresion el ansia toda  
 Fué privativa á la barbarie goda.  
 Huyendo de las Ursas temerosas  
 De bañarse en el mar, y del Bootes  
 Vienen cien mil escuadras numerosas,  
 Porque, ó Roma, ya esclava ser denotes,  
 Como cuando faltando Apolo rubio,  
 Anegó el orbe universal diluvio.  
 Rotas las cataratas de los cielos,  
 Reventados los cauces del gran fondo,  
 Las fuentes del abismo hundiendo suelos,  
 Se ovaló el mundo, que antes fué redondo;  
 Y así gimio, dejando los triones  
 Tan inmensos enjambres de naciones.  
 Mas ellos halagando á su fiera,  
 Queriendo ser los únicos atroces,  
 De los montes vedaron la aspereza :  
 O en el lobo ó los ciervos muy veloces  
 Y otros verás con no leves indicios  
 Del hombre las virtudes y los vicios.  
 La ingratitude, la lealtad amiga,  
 La codicia y lascivia no saciadas,

La envidia, de los buenos enemiga,  
 La traicion, la inocencia, y aunque añadás  
 Los vicios y virtudes mas morales,  
 Lo hallarás en los brutos animales.

Porque advertido el gran Dios que yo adoro,  
 Cuando mezcló las masas de las cosas  
 Al principio, que creo, aunque le ignoro,  
 Formó de mil materias muy dudosas  
 Con organizaciones diferentes  
 Las maquinas hidráulicas vivientes.

Este es el gran secreto en que consiste  
 De unas el miedo y de otras la arrogancia,  
 En cada cual su inclinacion insiste,  
 De ella se aparta poco, y solo á instancia  
 De rápidos contrarios movimientos,  
 Accidentales sí, pero violentos.

Porque mas fuego liquido amarillo  
 Tiene el leon marmárico valiente,  
 Que el conejuelo tímido, y sencillo  
 Es mas feroz, aunque cualquiera intente  
 De cólera encender en este el fuego,  
 Como no es natural, se apaga luego.

¿Mas cuál enojo el Padre omnipotente  
 En quien está la autoridad suprema  
 Le infundió á este animal, para que intente  
 Sus hijuelos comer con ansia extrema ?  
 Decidlo, ¿oh sabios! ó admirar plausibles  
 Los juicios del gran Dios incomprensibles.

Al tiempo que los Hedos lloviosos  
 Salen siguiendo á Arturo, y resplandece  
 La cretense corona en los reposos,  
 Que en Naxos á Ariadna Baco ofrece,  
 Los montesinos tímidos y albares  
 Busca entre la romaza y tomillares.

Y agrádetes cazarlos en ojeos,  
 Y en los frescos arroyos en verano,  
 O con perchas de crin y hurones feos :  
 Hermafroditas juzga el vulgo vano  
 Que son el macho y hembra, y que conciben  
 Los dos, y engendran, y fecundos viven.

Mas la naturaleza ha dividido  
 En sexos lo viviente : en las fragosas  
 Lomas el perdiguero le ha cogido :  
 Y las liebres, manjar de las hermosas,  
 De blancas, pardas y tostadas pieles  
 Del color de las uvas moscateles :

Cazar el diestro suele en primavera  
 En los panes crecidos, ó criando  
 En las recién segadas rastrojeras :  
 Debajo de las cepas, ó bien cuando  
 A alcanzarlás en llano, ó galgo, llegas,  
 O con redes tirazas y albanegas.

Ni hallarlas dudes, cuando están cebadas  
 En el poleo, que aplaudió Virgilio,  
 En simiente de enebro, ó las moradas  
 Flores del odorífero serpillio,  
 Del serpillio, del cual agradecida  
 Mi musa hace mencion restablecida.

Tienen partido el labio inquieto, es fama  
 Que no cierran los ojos vigilantes,  
 Corren mas cuando hiela, hacen la cama  
 Contra el viento, y la dejan ellas antes  
 De calentarla, busca de agua lejos  
 Los bárcenos lebratos y bermejios.

Los montes de Toledo y altas sierras  
 Dan el gato montés en cacería,  
 Que muy lijero corre por las tierras  
 Que la reja de Wamba arar solia,  
 Y el Castañar y Cuerva por tu mano  
 Ven muerto de Castilla al tigre hircano.

Ni serás tú en mis versos no aplaudido,  
 O animal muy astuto, que rociando  
 Detienes al basete que ha seguido :  
 Así en las sucias armas confiado,  
 Al leon fiero, horror de su distrito,  
 Desprecia el pequeñuelo mapurito.

Y á los informes osos abortados  
 Por rabias de su madre, que lamiendo  
 Los ven en su fealdad perfeccionados,  
 O iránlos en ojeos remetiando,  
 O alguna cabra atada cebo sea,  
 Cuando oprimida intrépida garrea.

Pero tu bayoneta á su pujanza  
Se oponga, pues si no le acaba el tiro  
Colérico arremete á la venganza :  
Bien la similitud que tiene admiro  
Con el hombre, no en esto solamente ;  
Pero en las obras del amor ardiente.  
De una doncella robador y amante  
Un oso fué, depuesta la fiereza :  
¿ Quién de tal mezcla habrá que no se espante,  
Viendo degenerar naturaleza ?  
El camina en dos piés para que asombre,  
Tosco modelo sin pulir del hombre.

El le enseñó á hacer choza en que viviera,  
Que antiguamente el hombre fué selvaje,  
Y acaso él enseñado no lo fuera :  
Su mano facilita á que trabaje,  
Que en lo animal no esceden los humanos  
Mas que en los cinco dedos de las manos.

Porque para las obras y artificios  
Tal division parece que se ha hecho ;  
O hecha, la aplicó el uso á los oficios :  
Causa el oso trabajo y no provecho,  
Que en esto, insigne *Luis*, se parecia  
Tu real caza á mi dulce poesia.

De Saboya los célebres sahuesos  
Siguen al puerco jabali cerdoso,  
Cuyas navajas de tajantes huesos  
Los parte como alfanje riguroso :  
Despanzurra un caballo de alta fama  
Cual toro de mil libras de Jarama.

En la pezuña y ásperos garrones,  
En la caña y su estampa en los bañiles,  
En el hondo aguzar los remolones,  
Y en su escremento, bozando en los barciles  
El cazador conoce con certeza,  
Si es macho, ó su gordura y su grandeza.

La yerba oye nacer ; ¿ mas cual ha sido  
A quien él se lo dijo ? Su fiereza

Comparacion acaso no ha tenido :  
¿ Qué es mirarle acosado en la maleza,  
Con colmillos y vista amenazando  
Espumajos vertiendo y rebudando ?

Tímidos los monteros y lebreles,  
Y mastines de presa con collares  
De sombrero dudando, aunque fieles :  
El de gredosos barros espaldares,  
Y de peto se armó cota mas fina,  
Que de Arjel celebrada jacerina.

Dicen que un tiempo le infundió el dios Marte  
Tanta ferocidad cuando zeloso  
De en los brazos, ó Venus, encontrarte  
De tu Adonis, galán muchacho hermoso,  
Del jabali vistió brutal figura  
Poblandose la piel de cerda dura.

Y arruando y las cerdas erizadas,  
Pasa el colmillo al jóven descuidado  
Las ingles de marfil sobredoradas :  
Venus lloró, lloró la selva y prado,  
Que con su sangre tiene siempre vivo  
Recuerdo funeral vegetativo.

Y al nocturno tejon, que panza arriba  
Riñe, y para limpiar la tejonera  
Es carro en que la tierra se reciba,  
Y otro le arrastra y vacía, estando fuera,  
En trampas cogerás, ó con destreza  
Dale un pequeño golpe en la cabeza.

Cuelga con ignorancia religiosa  
La madre al niño manos de tejones,  
Supersticion gentilica, afrentosa,  
Indigna de cristianos corazones :  
Tú estorba, cazador, tal impostura  
Del Priapo obscenísimo figura.

Mas si los cuerpos grandes, diligentes  
Del mas galán venado procurares,  
Que apetece las aguas de las fuentes ;  
Aprende en los froudosos gamallares  
A concertarle, y si se oculta luego  
Le oblique á la ballesta el lazo ciego.

Y nunca de él tus tornos conocidos  
Dejes que sean ; cuando está paciendo,  
Camina tú con pasos no sentidos,  
O al mismo instante que él se esté moviendo ;

Y el que lacear un ciervo bien desea,  
Ni le eche el viento, ni su sombra vea.

Suelen tambien cazarse en sacadillas,  
Perros y gente en hutas repartidos ;  
Pero huye del arroyo las orillas :  
Los que á estribo le tiran, escondidos  
Tras de un caballo van con muda planta,  
Que siendo de su pelo no le espanta.

Tú elige los castaños generosos,  
Y anda con tiento y no á carrera ó saltos,  
Mas si él sintió tus pasos silenciosos,  
Y de las cuernas los candiles altos  
Alza, el lado á que mire la esperiencia  
Manda ganarle, que esta es su querencia.

Entonces con denuedo y gallardia  
Suelta el perro goloso, á quien yo acaso  
Con vinagre el olfato afuaria :  
Si llovió, un matapolvo ya es escaso,  
Y el rastro pierde todo en los verdores,  
Que pródigos quemaron los pastores.

Pero el buen cazador lleva á la cama  
Al perro, y coge el rastro nuevamente ;  
Mas el engaño y máquinas que trama  
Para librarse, ¿ quién habrá que cuente,  
Ni la velocidad que por los cerros  
Lleva, seguido de anhelantes perros ?

Así pues en esta última campaña  
Los enemigos tímidos huirán,  
A quien, diciendo á voces : cierra España,  
Los voluntarios de Madrid seguran,  
Resplandeciendo, alzadas las cuchillas,  
Con las casacas verdes y amarillas.

Pero si el ciervo se entra en las vacadas,  
Sobre una res se pone cauteloso,  
Las pezuñas del suelo levantadas :  
O da mil giros por el bosque umbroso,  
O de alguna manada que ha encontrado  
Levanta de refresco otro venado.

Mas el fino lebrei distingue astuto  
Al que de tu cañon dió el pelotazo,  
O en hondas huellas del herido bruto,  
O en que agitados el pulmon y el bazo  
Mas eluvios exhala el sobrealiento,  
Que á la seca nariz le trajo el viento.

Amor que con durísimos arpones  
Las fieras doma y las pintadas aves,  
En el ciervo encendió vivas pasiones :  
Si en tiempo de la brama imitar sabes  
Su voz, agamitarle con reclamos  
Debes, y á tiempo esfuerza los rebramos.

Ciego corre á las hembras, y la muerte  
Suele hallar, que este premio amor ha dado,  
Yo lo sé, ¿ ay cielos ! con infausta suerte :  
Con la yerba sanícula ha curado  
Su herida el ciervo, y en el parque herboso  
Pace el haros y el séselis sabroso.

Su corazon de antidoto ha servido,  
Y es su cola mortífero veneno :  
¿ Quién tal contradiccion en él ha unido ?  
Saca las sierpes del terrestre seno  
Su aliento cual imán, todo le admira,  
Párase al silbo, y asombrado mira.

Así se quedó un tiempo, cuando ansioso  
Por Diana las selvas discurría  
Flor á flor, tronco á tronco sin reposo :  
Mas ¿ qué espanta su anheló y su porfía  
¿ Pues qué oculto rineon no es indagado  
De un hombre cazador y enamorado ?

Hay en la España citerior un monte,  
Canato los antiguos le llamaron,  
Y hoy Peñalara : si el feroz Tifonte  
Cuando el Pelion y el Osa colocaron  
Sobre Olimpo, este risco carpentano  
Pone, tocara el cielo con la mano.

Bajo una peña cóncava pendiente  
Se ve grutesca bóveda escavada  
Contra el rayo estival del sol ardiente :  
De náyades y ninfas es morada,  
Y en larga vena ofrece cristal frio  
Por cauce interno oculto manantio.

Reviértese, formando gran laguna  
De agua dulce, y de allí como en tramoya



A probar de otros rios la fortuna  
Baja precipitándose el Lozoya,  
Y botaete es ya petrificada  
La nieve de mil siglos conjelada.

Aquí Diana en el fogoso estío  
Venir suele á bñarse calurosa,  
Por ser albergue lóbrego y sombrío:  
Y de sus ninfas la cuadrilla hermosa  
Tejerla suele con ebúrneas manos,  
Cenador de cerezos y avellanos.

Mas siempre esta agua se miró con tanta  
Veneracion, que no la han profanado  
De bruto ni varon la inmunda planta:  
Ni ramo de algun árbol desgajado  
Cayó á enturbiarla, ni alterar las ondas,  
Porque no altivo, ó Báratro, respondas.

Pues si tal vez tiraron los pastores  
Con el sonante cañamo algun canto,  
Que dilata los círculos mayores,  
Con gran tormenta y horroroso espanto  
Responden desde adentro, y á montones  
Cubren el cielo oscuros nubarrones.

Y la sonora tempestad creciendo,  
Granizo espeso con furor da al valle;  
La laguna de Gredos respondiendo  
Desde las sierras de Avila, á enconralle  
Despide otro turbion, y con desmayos  
Todo es truenos, relámpagos y rayos.

Aquí pues con sus castas compañeros,  
Dorando al Cancro el sol, llegó Dictina,  
Soberbia con despojos de las fieras,  
Y dijo: con el agua cristalina  
(Los cuerpos de las ropas despojados)  
Refresquemos los miembros fatigados.

Y el arco de oro y el carcaj de plata  
Con las tirfidas flechas deponiendo,  
El cristal ya desnuda la retrata,  
A quien su hermosa tropa va siguiendo;  
Mas veis aquí á Acteon, que entonces era  
Galán mozo, y cazando persevera.

Levantán gran clamor las ninfas bellas,  
Nunca usado en tan mudas soledades,  
Y á Cintia rodearon todas ellas,  
Que el rostro vuelve, y muestra crúeldades,  
Y vergonzosa al jóven traspasara,  
Si á mano las saetas encontrara.

Y así al rostro le arroja con la mano  
Colérica las aguas vengadoras:  
Si puedes, dice, blasonar ufano  
Que desnuda me has visto y á estas horas,  
Cuéntalo; y luego que rociados fueron  
Las orejas y hocico le crecieron.

Muda los muslos en delgadas piernas,  
De áspero vello el cuerpo se ha poblado,  
Y empéznale á crecer las astas tiernas:  
En puñal el piton se ha prolongado,  
Ya escorrea el aspon, que antes fué usero,  
Garzotas echa, y busca escodadero.

Viendo en el agua su bestial figura,  
¿Cuál fué su gran dolor y sentimiento?

Mientras niefios inútiles procura  
(Pues no perdió al instante su talento),  
El primero Melampo el atrevido,  
Y Ycnobates alzaron el ladrido.

Embiste Dromas, Canache y Dorceo,  
Pánfago y Oribaso, arcades todos,  
Harpalo, Too, Esticte y Melaneo:  
Pemenis, Alce, Labros y Agriodos;  
Teron, Ladon, Nebrófonos valiente,  
Leucon blanco y Aelo el diligente.

Con dos hijos Harpia, y la engendrada  
Nape de un lobo y Prérclas lijero,  
Asbolo con Licisca acompañada  
De su hermano Ciprion é Hilactor fiero,  
El muy bravo Lacon y la peluda  
Lacne, á quien Tigre y Lelape la ayuda.

Y ansiosos de la presa le seguían  
Por la ruda montaña inaccesible,  
Y aun sus quejas parece que decían:  
Conoced vuestro dueño, si es posible,  
Acteon soy; no lo oyen: repetidos  
Vuelve el eco aumentados los ladridos.

Melanquetes le dió una dentellada  
Primero por detrás, Teridamante  
Otra cerca, Oresitrofo se enfada,  
Y un hondo mordiscoon hace que aguante;  
Y sus perros así desconocieron

Al amo, á quien poco ha que obedecieron.  
Así en el parque y alto bosquecillo  
Del fresco Balsain queda espantado  
Del cazador que sigue al cervatillo:  
Aun no sus ojos tristes han enjugado,  
Y en su semblante muestra que aun ahora  
Por el antiguo bien perdido llora.

A la cabra montés, corzo y paletó,  
Y al gamo caza de la misma suerte,  
Pues á la propia regla está sujeto:  
Su fuga es pico á viento aguda y fuerte,  
Y en las hembras no tanto: gustan ellas  
Del agriludee humor de las maellas.

Las hembras de esta especie han demostrado  
Que no el materno pecho es muy preciso  
Para que el hombre llegue á firme estado:  
Amor, el fiero amor así lo quisó  
Con el nieto de Gargoris, de estraña  
Fortuna, antiguo príncipe de España.

Dió á luz la infanta en parto clandestino  
Al montaraz Abidis, y una cierva  
Lo crió al pecho, á ser cazador vino,  
Y en correr diestro por la verde yerba:  
El nos dió leyes; dividió con maña  
En conventos juridicos la España.

Pizarro, que aunque mas la repugnasen,  
Llevó su audacia, ó temeraria ó cuerda,  
Los nuestros al Perú, porque admirasen  
El ver sus sombras á la mano izquierda,  
Espuesto á la inclemencia fué encontrado  
Cual Jove por la cabra amamantado.

¿Ni por qué callaré cómo se caza  
El pardo lobo de ojos relucientes,  
Y abierta boca, con que despedaza,  
Que aguja con orégano los dientes?  
Tú con bracos, lebreles y golosos,  
Y de hierro con cepos espinosos,

Tomarle debes; ó con red ungida  
Con su estiércol, los perros atrevidos  
Serán por agasajo y la comida:  
Gustan ser halagados y queridos,  
Cual mayorazgo necio, mal criado,  
Mimoso, consentido y regalado.

En la ribera del Meandro cana  
Está el ciervo veloz amedrentado  
Del latir de los perros de Diana:  
El lobo en Sietepicos se ha albergado,  
Y á vista á veces del pastor atento  
Lleva la res, ganado el sotavento.

Nota siempre en lo inculto del bosque  
Cuando llamase el perro de parada,  
Que allí es fácil que acuda el carnalaje:  
Cauto le notarás la retirada;  
Mas porque no se ofenda el duro callo,  
No siga sus pisadas tu caballo.

Son brutos tan voraces y tan fieros,  
Que ni á su misma especie han perdonado,  
Comiendo al flojo alla en sus ahulladeros,  
Donde naciendo Eresma despenado,  
Hasta el alcázar de Segovia y torre,  
Mas que los corzos de su orilla corre.

Su gran ferocidad el rostro indica,  
Pues del alma es señal no muy dudosa;  
Mas tal vez, aunque rara, ello se implica  
Con maravilla: así la ninfa hermosa  
A quien ni á amarla, ni á aplaudirla bastó,  
Tiene el rostro lascivo, el pecho casto.

Pero el ingrato Amor ha prohibido  
Echar perro á la loba; pues del dueño  
Se olvida y la enamora en lo escondido:  
Yo á no fiar en lealtad te enseño  
Con su ejemplo del hombre mas honrado,  
Si es de alguna pasión muy dominado.

Mas el cazador diestro la lebrela  
Fuerte con prontitud desatrabilla,  
Y en su alcance no corre, sino vuela;  
Ni tiene que causarte maravilla,

Que á ser posible, inquietarán los cielos  
Las hembras instigadas de los celos.

Hombre fué el lobo y rey antiguamente,  
A quien hoy Licaon la Arcadia llama;  
Pero como burlar á Jove intente  
(Si ciertas son las voces de la fama),  
Vuelto en bruto, las yermas soledades  
Habita, no olvidadas las maldades.

¡Cosa extraña! ó los brutos fueron hombres,  
O el hombre ha de mil mezclas resultado  
Generacion mejor, ó con renombres  
Tal vez al ser antiguo se ha tornado,  
O lo que mas con la razon conforma,  
El hombre por sus vicios se trasforma.

Yo en blanco cisne, como aquel de Leda  
Seré así por mis versos transformado,  
Sin que el tiempo ó la envidia herirme pueda;  
Un pañon á mi nombre he levantado  
Mas duradero con mi humilde estilo  
Que el bronce y las piramides del Nilo.

Ni faltará jamás quien me levare  
Mientras que con doradas refulgencias  
La rueda de los siglos se volviere:  
El alma que hacen superior las ciencias  
A vista de tal precio, en nada estima  
Cuanto se acuña en Méjico y en Lima.

A la edad mas distante y venidera  
Seré inmortal llevado, y aunque espire  
No será tuyo, ó tierra, cuando muera:  
En su ignorancia sumergirse mire  
El necio ocioso, que encerrar maquina  
Los intactos tesoros de la China.

Que yo cantando á *Luis* será dichoso,  
Si de él ¡oh gran favor! soy escuchado;  
A *Luis*, a quien vencer el portentoso  
Monstruo de mi fortuna está guardado,  
Y á quien esperan darse prisioneras  
En la batida general las fieras.

#### CANTO VI.

##### *Batida general.*

Ahora, ninfas de mi patrio rio,  
Náyades frescas, verdes hamadrias,  
Que del soto habitais en lo sombrío:  
Napeas de los pastos, bellas drias,  
Pues en mi plectro el tono se levanta  
Inspirad dulces versos al que canta.

Y ¡ó sátiros, ó faunos y silvanos,  
Y tú, padre Sileno, que tendido  
Bajo de tu emparrado en los veranos  
Estás del resistero defendido,  
Todos venid, que en valtes y praderas  
La batalla campal se da á las fieras.

Si la dulzura de Luzán cantara,  
Los montes con su metro humillaria,  
A quien solo Montiano le igualara:  
¡Oh antigua fe! oh piedad! oh muerte fria!  
¡Oh Montiano! oh pesar! oh desvario!  
¡Oh malogrado y dulce amigo mio!

¿Qué dolor me trasporta arrebatado?  
¿Dónde estás, que no me oyes cual solias?

¿Cómo te has de mis ojos ausentado?  
¿Por qué regiones nuevas y sombrías  
Vagas ahora? ¿Acuérdaste, Montiano,  
Cuando hablabas conmigo mano á mano?

¿Dime, ó mi amado, cómo te partiste  
(Si á un difunto la voz es concedida)?

¿Cómo al fin poco á poco enmudeciste?

¿Qué hubiera prolongádote la vida?

¿Cómo cuando cadáver tú yacías

Yo te llamaba, y tú no respondías?

¿Eres tú aquel con quien ¡oh muerte fiera!

Mis obras consultaba, y mutuamente

Las doctas tuyas? ¡Quién me lo dijera!

¿Cuánto te holgaras viendo la presente

Obra rústica, al fin de poca estima,

Como cosa que sale sin tu lima!

¿Cómo se muere? dime: ¡oh si te viera!

¡Oh cuántas cosas yo te preguntara

De la conversacion que entonces era  
Materia nuestra! ¡Oh qué de veces cara  
Te fué mi vista! ¿A quién en este caso  
Dará Apolo el gobierno del Parnaso?

Tú al teatro español restableciste  
El honor, á quien yo seguí inmediato,  
Aunque inferior; mas no vencer pudiste  
De nuestra dura patria al pueblo ingrato,  
Y hoy debo (los malévolos aparte)  
Sin lisonja, ni envidias celebrarte.

Si algo pudiere, ó dulce amigo, en cuanto  
En laminas mis números se escriban,  
Su luz esparza Apolo al azul manto,  
Las musas duren, y mis versos vivan,  
Tú Montiano serás: á manos llenas  
Dadme purpúreas flores y azucenas.

Dadme perfumes, y aunque inútilmente  
Tendré este vano y frívolo consuelo,  
Y suban desde el túmulo reciente  
Mis lágrimas y súplicas al cielo;  
Mas calmen algo aquellas entre tanto,  
Que es fuerza siga el empuzado canto.

Síguele, ó Musa, y dime con cuál arte  
En la alta Cogollada, en las Pamplinas,  
O el hondo Quintanar, ó en otra parte,  
A son de las cornetas y bocinas  
Rinden las fieras la dañosa vida  
En la ruidosa y general batida.

Esta es de los campeones digna hazaña,  
Limpiar de monstruos bárbaros el mundo  
Como Alcides: del hombre la alta saña  
La razon vence con pensar profundo;  
Mas las fieras que en cóleras escuden  
Matan sin mas razon, que porque pueden.

Cada cual conociendo á su enemigo  
Se guarda, y así el mundo es conservado:  
Tú elige en la batida el puesto amigo  
Cara al viento: si el sol ha tramontado  
Entre encarnada niebla húmeda y fría,  
Hará ábrego ó gallego al otro día.

Ni menos convendrá á los cazadores  
De la caza saber la retirada,  
Requeridos villanos y pastores:  
Al que es prudente preguntar le agrada,  
Pues siempre ventajoso irá á la guerra  
El que fuere mas práctico en la tierra.

Ni dejen de informar las atalayas,  
Que al sol verán salir del claro oriente,  
Y atentas estas cosas, es bien vayas  
A ver el puesto con el aire enfrente,  
Del monte al paso de carrascas mochas  
En las encrucijadas de las trochas.

Así el famoso capitán Leonidas  
Los célebres tomó desfiladeros,  
Y degolló en Terнопillas vencidas  
Persianas muchedumbres de guerreros  
Con trescientos de Esparta solamente,  
Pues tanto ayuda el puesto al que es prudente.

Y después que á la cola de un caballo  
El cebo se arrastró, cortado el viento,  
Porque pique la caza es bien dejallo:  
Y prontas á cumplir tu mandamiento  
Estén con prevenciones y cautelas  
Las murallas portátiles de telas.

Ya alerta, *Luis*, estan tus cazadores  
La firme juventud de tus moneros,  
Los mozos de trahilla y ojeadores,  
Fieles guardas y nobles ballesteros,  
Y con fuertes caballos de parada  
Cien mancebos montó la regalada.

Ya la espantosa prevencion horrible  
De cañones de Aguirre y de Metola,  
De Muñoz la recámara terrible,  
De Corral, Leguizamo y española  
Multitud diestra, que Vulcano enseña,  
Con muestras de Palacios y Mirueña

En los grandes arcones conducida  
Espera ser escándalo del monte,  
Y la tropa auxiliar muy atrevida  
De perros, de quien tiembla el horizonte,  
Con mastines que arrastran grandes reses  
Los anhelantes dogos irlandeses.



**Inquieta la Pertucha forcejeando**  
 Casi rompe el collar, fina lebrera,  
 Que está las blancas presas demostrando,  
 Con la piel del color de la canela,  
 Que Pizarro encontró, manchada á trechos  
 De blanco, y las pezuñas y los pechos.

De tal casta, pelaje y escelencia  
 Fué aquel famoso perro su ascendiente,  
 Que sirvió al arcediano de Palencia,  
 Llamado Bruto; y siendo tan valiente,  
 Para dejar sus miembros bien pagados  
 Lontaron por millares los ducados.

Ni tu gran magnitud será callada  
 De mis versos, Siltán, perro atrevido,  
 Por quien la altivez turca es imitada:  
 De hermosa capa blanca te la vestido  
 Naturaleza, y porque te adornaras  
 De grandes manchas bárcenas y claras.

Y las dos perdigueras ambas diestras,  
 La Mona con la Linda van trabadas,  
 Las dos en toda caza muy maestras:  
 Y tú, á quien las molientes celebradas  
 De Caracas dan nombre, que derrania  
 De Guayaquil y Maracaibo fama.

Ya en filas ordenadas las cuadrillas  
 Obedecen á Hilario y á Galero:  
 Ya de aldeas, lugares y de villas  
 Salió de mozos escuadron guerrero  
 A caballo y á pié, batiendo ufanos  
 De callada los montes comarcas.

Como cuando el gran rey publicó guerra,  
 Que con denuedo, esfuerzo y alegría  
 Gimio asustada al impetu la tierra:  
 Todo el reino á las armas acudia  
 Con victorioso y bélico deseo  
 Desde el Calpe al quemado Pirineo.

Ya á trechos en las mangas embulladas  
 En butas ciento están asegurando  
 De caballos y perros las paradas:  
 Ni la caza que está contramangueando  
 Puede hacer punta en los aportaderos,  
 Que lo estorba el afán de los rederos.

Ya á la gente de campo hacer la entrega  
 El sarjento mayor de la Persona  
 Espera, pues se dice que ya llega:  
 Ya mas veloz que Apolo y que Latona  
 Corriendo, automedon de mas destreza,  
 El látigo chasquéo Mala-cabeza.

O á caballo, gran Luis, vienes al puesto  
 Sobre un animal bárbaro, arrogante,  
 Galán, osado, furibundo y presto,  
 Brillando el preciosísimo frontante,  
 Con ricos paramentos recamados  
 De alcahofas de plata en los dos lados.

Acaso al lado vas del grande hermano,  
 A quien con miedo y con temblor profundo  
 La tierra y el undiseno Oceano  
 Le da el imperio universal del mundo,  
 O el principe don Carlos te acompaña,  
 Esperanza feliz de la alta España.

Jóven Augusto, si á mi humilde trompa  
 Le es dado alzarse, con seguir tus huellas,  
 Haré que el aire diáfano se rompa,  
 Levantando tu nombre á las estrellas,  
 A las estrellas que en vistoso alarde  
 Ruega mi afecto que visites tarde.

Ya vendrá tiempo en que mi voz te cante  
 Heroico triunfador de las naciones;  
 Ahora tierno y castamente amante  
 Tecontemplo: Cupido, tus arpones  
 Al primer descollar en sus abríles  
 Traspasaron dos pechos juveniles.

Ojalá pronto, pues del mirto amado  
 Espera coronarte el Himeneo,  
 Logres por Himeneo coronado  
 (De la union felicísima trofeo),  
 En blando catre de mullidas flores  
 La dulce posesion de tus amores.

¡Oh cuánta pronostico en tu semblante  
 Grandeza y heroismo en breve idea,  
 Cuando empuñes el cetro de diamante  
 Aliviando al gran Padre! ¡Oh, nunca sea!

Y entrambos orbes con invicta mano  
 Gobierna anciano con el mas anciano!

Después que á la hermosísima princesa  
 Llegues ansioso con amantes lazos,  
 ¡Oh, cuánto al universo le interesa  
 La resulta feliz de estos abrazos!  
 Y hará que, ó España, en júbilo reboses  
 La progenie adorada de los dioses.

Y tú, delicias de la hispana gente,  
 Hermoso Gabriel idolatrado,  
 No, no te olvido, jóven floreciente,  
 Que al venatorio estrépito llamado,  
 Vienes al bosque lóbrego y sombrío  
 A admirar las hazañas del gran tío.

Y en carroza imperial sobredorada  
 Llega la hermosa infanta archiduquesa,  
 Que á no estar de su hermana acompañada  
 Dirás que la hermosura sola espesa,  
 Y los tiernos Javier y Antonio hermanos,  
 Que aprecian los juguetes de mis manos.

¡Qué diré del concurso y la nobleza  
 Feliz del Tajo aurífero hasta el Batro?  
 De España poderosa la grandeza,  
 Que corona el soberbio anfiteatro,  
 Donde las fieras Luis humillar quiso,  
 Como el hombre en el sacro paraíso.

El perro pico á viento inquieto ha dado  
 Señal que está la res ya levantada,  
 Ya han los fuertes mancebos empujado  
 Blandamente la caza concertada:  
 No cual la seña alegra al coliseo  
 La solfa de Mison, que envidia Orfeo.

La corneta sonó, y indica el gamo,  
 Que por la ronca el bondo picadero  
 Cava, la mano abierta: un verde ramo  
 Da muestras del venado muy ligero,  
 Y la montera, que el jabali embista  
 De blandas pieles y de corta vista.

El lienzo blanco tremolado al viento  
 Muestra que entre badenes y garranchos  
 Se esconde el lobo audaz sanguinolento,  
 De manos fuertes y de pechos anchos,  
 A quien tú esperas, Luis, del triunfo cierto,  
 O en un tolo, ó á pecho descubierto.

El pié siniestro al diestro adelantando,  
 En ambos firme con gentil despejo,  
 Y el cuerpo muy airoso perfilando:  
 Descompuesto con gracia el entrecejo,  
 Aprieta el pecho rebutida plata  
 Del bruñido marfil de la culata.

La mano izquierda corres al nielado  
 Limpísimo cañon resplandeciente,  
 La res con media vista has apuntado:  
 Tocando la derecha diestramente,  
 Porque de golpe, ó pedernal, te estrelles,  
 Muestran su fuerza elástica los muelles.

Peina el rastrillo, y con la chispa breve  
 La salitrosa pólvora encendiendo,  
 No cabe dentro, y rígida se atreve  
 A salir con estrépitos, haciendo  
 Al instrumento que tu mano tiene,  
 Sin licencia de Júpiter, que truene.

La cierva del Menalo cayó al tiro,  
 Cañon de Ortiz alarga el ballestero.  
 En quien como en espejo yo me miro:  
 De Érimanto el horror con su escudero  
 Matase de otro con destreza tanta,  
 Como Meleagro, que ofreció á Atalanta.

Ni las muy grandes liebres catalanas,  
 Ni la astuta raposa se han librado  
 De las postas mortíferas tiranas:  
 De Lopez y Cenarro el azulado  
 Cañon, de bala en plomo muy ligero,  
 Envio la muerte al lobo carnicero.

Cayó: mas no á las fieras espantosas  
 Jóven heroico, vences solamente,  
 Los vicios y maldades mas monstruosas  
 Desvaneciste, estando tú presente,  
 Pues solo hiciste con tronante rayo  
 En los brutos fierisimos ensayo.

Oprimiste el orgullo y la soberbia,  
 Con el mónstruo mayor de la ignorancia,

Abatióse la pérdida protervia,  
La presuncion, lisonja y la arrogancia ;  
Deshiciste la vil pobreza, en donde  
Sus iras la infernal envidia esconde.

Ya vencedor, triunfante de las fieras,  
Erigirás magnífico trofeo :  
Pompeyo así, domadas las iberas  
Gentes, le alzó en el alto Pirinco,  
Y á tu gran padre, que en quietud descansa,  
Su triunfo escribe en gran columna Almansa.

Con la testa ganchosa y colmilluda  
Del jaball, que encama rabo á viento,  
La del lobo traidor y astuta anuda,  
La boca abierta, en ademán hambriento,  
Y estén aves y brutos diferentes  
Con las armas atados y pendientes.

Entonces coronó la montería  
Con los cuernos de caza resonantes,  
Las trompas, la algazara y vocería :  
Carga el despojo ; ni te olvides antes  
De premiar grato al venatorio gremio,  
Que es consecuencia del trabajo el premio.

El engendró los héroes, este mueve,  
Y á él con vileza sigue disfrazado  
Con nombre de interés la humilde plebe :  
Cuándo á los españoles han premiado,  
Ellos mostraron del valor la suma,  
Encadenando al Inca y Motezuma.

Por él Epaminondas fué valiente,  
Y el soberbio Tarif abominado  
De nuestros padres ; ni el decir afrente  
Que á él deben las hazañas que han obrado  
El grande capitán duque de Sésar,  
Cortés, Pizarro, y Alejandro, y César.

Los trabajosos números de Silio  
Fáciles hizo, y remontó á los cielos  
Los versos del altisono Virgilio ;  
Y encontrando en los príncipes consuelos  
Los humildes que siguen las Camenas,  
No faltarán Marones, si hay Mecenas.

Luego á las plantas de tu madre augusta  
Ofrece el gran botín, que está prestando  
La brava res, que con la llaga adusta  
Fosca empezó á gormar desatinando,  
Que está enseñada á semejantes dones,  
Vencidas por su mando las naciones.

Aquí, si de mi lira asunto fuera,

Yo de esta gran Semíramis cantara  
El grado á que ensalzó la gloria iberá ;  
Su luz al sol primero le faltara,  
Nieve al invierno, y el bochorno á estío,  
Que materia sublime al canto mío.

Ya le acabé ; feliz si por su ventura,  
Benigno *Luis*, me hubieses dado oído  
A mí, que con incógnita dulzura,  
Habiendo hallar tu agrado pretendido,  
Te canté las empresas de Diana  
En mi florida juventud lozana.

Madrid, la gran Madrid me alimentaba  
En tiempo tan dichoso, y fué aplaudido  
Sin méritos mi canto ; aquí empezaba  
La ciencia á abrir su alcázar escondido :  
Ví en él los Malebranches, y Bacones,  
Los Lokes, los Leibnitzes, y Neutones.

Feijoó, mi gran Feijoó, las pirineas  
Cumbres pasar los hizo, y ha mostrado  
El rumbo á solidísimas ideas ;  
La física á abuyentar ha comenzado  
El falso pundonor caballeresco  
De la nacion, y el genio quijotesco.

Y yo, que como el cisne mantuano  
Se ensayó en la geórgica, y saliendo  
De las selvas, cantó al varon troyano,  
Canté la caza : con terrible estruendo,  
Triunfantes en las tierras y en las olas,  
Me esperan ya las armas españolas.

Para entonces mis méritos pretenden  
La venia de aquella alma soberana,  
De cuya alta atención dos orbes penden ;  
E inflamada la musa castellana,  
Seré nuevo Virgilio Mantuano,  
A sombra de otro Augusto Octaviano.

Cantando á este campeón tan escelente,  
Debelador de monstruos y vestiglos,  
Su nombre llevaré de gente en gente,  
Hasta el fin de la tierra y de los siglos,  
Y pondrá atento al orbe temeroso  
Armisonante estruendo escandaloso.

*Luis* : entre tanto mis pequeños dones  
Admite, y reglas, que á admirar atente  
Cómo en ejecucion diestro las pones,  
Quedo en el bosque recobrando aliento,  
De mi cantar un poco fatigado,  
A la sombra de una haya recostado.



# LA PETIMETRA, COMEDIA.

## PERSONAS.

DON DAMIAN.  
DON FELIX.

DOÑA JERONIMA.  
DOÑA MARIA.

DON RODRIGO, *su tío.*  
ANA, *criada.*

MARTINA, *criada.*  
ROQUE.

*La escena se representa en Madrid en el cuarto de doña Jerónima.*

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

DON DAMIAN Y DON FELIX.

DAMIAN.  
Que esperemos aquí un poco  
La criada respondió.

FÉLIX.  
Bien digo, don Damian, yo,  
Que vos debeis de estar loco:  
Cuando acabo de llegar  
Hoy desde Valladolid,  
Apenas entro en Madrid,  
¿Y ya me haceis visitar?

DAMIAN.  
Presto, don Félix, vereis,  
Que teneis que agradecerme.

FÉLIX.  
Pues si quereis complacerme,  
Y si obligarme quereis,  
Dadme cuenta, don Damian,  
De lo que quereis de mí,  
Y á qué venimos aquí;  
¿Qué casa es esta? ¿qué afán  
Es el que teneis con vos?

DAMIAN.  
Don Félix, yo os lo diré;  
Pero primero veré  
Si estamos solos los dos.

FÉLIX.  
Solos parece que estamos.

DAMIAN.  
Pues atended....

FÉLIX.  
Ya os escucho.

DAMIAN.  
Bien sabeis que habrá tres años  
Que á Valladolid partisteis,  
Con barto pesar de entrambos,  
A estudiar, y bien sabeis  
Cuán libre yo de los lazos  
Viví, con que amor enreda  
Los jóvenes descuidados.  
Pues no ha, don Félix, tres meses  
Que una mañana en el Prado  
Al pié de un árbol sentada,

Del fresco ambiente gozando,  
Hallé una dama tan bella,  
Que no cabiendo en el labio  
Su perfeccion, no la pinto;  
Pues siendo hermoso milagro,  
La apoco si la exagero,  
La ofendo si la retrato,  
Valido de la ocasion,  
Con el sombrero en la mano..  
Disimulando lo amante  
Con muestras de cortesano..  
La hablé; respondió discreta  
Y afable; mas no es extraño;  
Siendo discreta, que huyese  
Del vulgar grosero trato  
De aquellas, que encubrir quieren  
La necesidad con lo ingrato.  
Acompañéla á su casa,  
É inquiriendo y preguntando,  
Llegué á saber finalmente,  
Por los vecinos del barrio;  
Que es la dama por quien muero  
Y en cuyos ojos me abraso,  
Doña Jerónima Perez,  
En cuya casa hoy estamos.  
Es tanta su bizarria,  
Su perfeccion y su garbo,  
Que es lo menos su hermosura,  
Con tenerla en sumo grado..  
Aquel andar tan airoso,  
Aquel chiste y desenfado..  
Aquel primor con que juega  
De la basquiña y el manto,  
Su discrecion, su gracejo,  
La invencion de su tocado..  
El buen gusto en el vestir,  
Y del vestido lo extraño,  
Admiracion de la corte  
Es, y aun de la España; y tanto,  
Que ya por antonomasia  
(Sin hacer cuenta ni caso  
De tan bellas damas como  
Tiene el recinto mantuano)  
La Petimetra la llaman,  
Título con que se ha alzado,  
Y en Madrid es conocida.  
Discurre tú por un rato  
Cuál será la que hace raya  
En pueblo tan dilatado.  
Y aun te aseguro quisiera  
No fuese su primor tanto,  
Por el peligro que tiene  
Lo culto con lo afectado.  
Es su dote, cuando menos,  
Diez y siete mil ducados,

Segun ella me lo ha dicho.  
Doña Maria Fajardo.  
Es su prima, y ambas juntas  
Viven en un mismo cuarto;  
Pero es de doña Maria  
Tan circunspecto el recato,  
Que ni aun que la hablen permite;  
Y es su genio tan cerrado,  
Cuanto abierto el de su prima;  
Y en mi su modestia ha obrado..  
Ocultamente, de suerte  
Que aunque estoy enamorado  
De Jerónima, si el dote  
Fortuna hubiera trocado,  
Me trocara yo tambien;  
Que la hermosura echó el fallo  
En su rostro, y á gastar  
El adorno y aparato  
De estotra, no fuera menos;  
Pero pues así los hados  
Lo quieren, perdone el mundo,  
Que á Jerónima idolatro..  
A las dos las cela un tío,  
Tan ridículo abogado,  
Que si por algun descuido  
Nos ballara en este cuarto,  
Con ambas primas por fuerza  
Nos casáramos entrambos;  
Y por saber que á estas horas  
Don Rodrigo está estudiando,  
Vengo, porque por de noche  
Ni á la tarde es escusado,  
Segun la gran vigilancia  
Con que las está guardando;  
Pues no hay Mercurio que baste  
Para adormecer tal Argos.

FÉLIX.  
Cierto, don Damian amigo,  
Que admiracion me ha causado.

DAMIAN.  
Pues aun es mas lo callado,  
Don Félix, que lo que digo.

FÉLIX.  
Me hace admirar el saber  
Que es don Rodrigo su tío.

#### ESCENA II.

DICHOS Y MARTINA.

MARTINA.  
Usted y este señor mio

irse pueden, y volver  
Como de aquí á media hora.

DAMIAN.

Pues ¿qué hay de nuevo, Martina?

MARTINA.

Que mi ama está en la cocina,  
Y en la cama mi señora.

DAMIAN.

¿Tu ama, y tu señora? di,  
¿Cuál es tu señora, y tu ama?

MARTINA.

Con la cocina y la cama  
Juzgo que lo distingui;  
Pues ¿quién hay que en buena cuenta  
No saque por conclusion,  
Que todas las amas son  
Cual la puerca cenicienta?  
Y siendo esto último en casa,  
Doña María, á fe, á fe  
Que no hay duda alguna en que  
Del grado de ama no pasa;  
Mas á estotra es disparate  
El no llamarla señora;  
Su prima la llevó ahora  
A la cama el chocolate,  
Y va á empezarse á vestir.

DAMIAN.

Pues adios, Martina.

FÉLIX.

Adios...

MARTINA.

Tengo para entre los dos  
Una cosa que decir.

### ESCENA III.

DON DAMIAN Y MARTINA.

DAMIAN.

¿Y qué es?

MARTINA.

Una friolera,  
Si usted no lo tiene á mal.

DAMIAN.

¿Yo? No por cierto: di, ¿cuál  
Cosa quieres?

MARTINA.

Yo quisiera

Un peso gordo, señor,  
Que tengo de menester.

DAMIAN.

Pues ¿qué te quieres hacer?

MARTINA.

Un delantal de labor,  
Y aun no se ha cumplido el mes,  
Y no le quiero pedir.

DAMIAN.

Pues que tengo que venir,  
Yo te le daré después.

MARTINA.

Pues ¿qué mejor ocasion,  
Si es que teneis voluntad?

DAMIAN.

Estoy de prisa.

MARTINA.

En verdad,  
Que aquesas disculpas son...

DAMIAN.

¿Qué son?

MARTINA.

Ganas de no darle.

DAMIAN.

¿No te he dicho ya que sí?

MARTINA.

El equivoco entendi.

DAMIAN.

No tienes que interpretarle.  
Adios, hasta luego.

### ESCENA IV.

MARTINA.

En humo

Verle quisiera volver.

Y ¡que haya simple mujer,  
Que á galán que no da zumo,  
Por mas que le aprietan, quiera,  
Y por él esté muriendo,  
Siendo un don Juan Pereciendo,  
Sin blanca en la faltriquera!

Y que esta mujer se muera

Por aqueste mentecato,

Paseante y almirantero,

Viga derecha y pelmazo!

Si, señor: mucho galón,

Que ayer lo desechó el amo,

Mucha vuelta con feston,

Buena media y buen zapato,

Sombrero fino, y la capa

Con tanto terciopelazo,

Espadín preso al ojal,

Cual venera ó relicario;

Y todo esto ¿en qué se funda?

En que soy don Damian Pablos,

Escribiente de un señor,

Con racion de nueve cuartos,

Acribillado de trampas,

A puro pedir prestado,

Y andar engañando bobas

Con fingidos mayorazgos.

Pero á fe, que de los dos

No sé cuál mas engañado.

Será, porque la tal dama,

Sin ser juicio temerario,

Entre veinte compañeros

Valdrá cuatro ó cinco ochavos,

Ella, su dote y su ropa.

### ESCENA V.

DOÑA MARIA Y MARTINA.

MARÍA.

¿Qué estás ahí, Martina, hablando?

¿Quién era aquel forastero,

Que con don Damian ha estado?

MARTINA.

Yo no se lo he preguntado.

MARÍA.

Pues yo de su traza infiero,

Que es hombre de calidad.

MARTINA.

¿En qué lo conoce usted?

MARÍA.

En su porte.

MARTINA.

Conoced

Quién es él por su amistad.

MARÍA.

Pues ¿qué amistad es la suya?

MARTINA.

La del que le trajo aquí.

MARÍA.

Yo nunca en mi vida vi

Libertad como la tuya.

MARTINA.

¿Qué es libertad? no, señora,

Bien la pura verdad ves,  
Porque cual la amistad es,  
Tal es el amigo ahora.  
Y él será, aunque es tan galán,  
Siendo de su mismo estambre,  
Un don Rabiando de hambre,  
Como el señor don Damian.

MARÍA.

Calla, no lo oiga mi prima,  
Que sale.

MARTINA.

¡Y con qué alborozo!

MARÍA.

No me parece mal mozo.

MARTINA.

Dale.

### ESCENA VI.

DOÑA JERONIMA Y ANA.

JERÓNIMA.

Tengo en mucha estima,

Anita, ese pitibú.

Anda, y búscame la tía. (Vase Ana.)

MARTINA.

¿No era mejor la cofieta

Con cinta del cigarrito?

JERÓNIMA.

No, que me la puse ayer,

Y hoy ponérmela es delito.

MARTINA.

Pues ¿qué importa?

JERÓNIMA.

Mentecata,

¿Te has criado en las Batuecas?

Dime: ¿dónde has visto tú,

Que una mujer de mis prendas

Use dos veces seguidas

Una cosa mesma? que eso

Se estilará en tu lugar,

Donde todo el año entero

La propia saya y jubon

Trae la mujer del alcalde,

Y si no lo halla de balde,

No se muda ni un cordón.

Mas yo que tal cual me veo,

A Dios gracias, poderosa,

¿Por qué he de usar una cosa

Como tú dices arreo?

MARTINA.

Es que el buen gusto pudiera

Ese defecto suplir.

JERÓNIMA.

No hay gusto en el repetir.

(Vuelve Ana.)

ANA.

Juzqué que con él no diera,

Segun estaba escondido;

Pero en fin ha parecido.

JERÓNIMA.

¿Y el espejo?

ANA.

Ya está aquí.

JERÓNIMA.

Oyes, me parece á mí

Que mas limpio puede estar.

ANA.

Pues ¿cómo le he de limpiar?

JERÓNIMA.

¿Cómo has de limpiarle? así.

(Limpiándole.)

¿No ves esas listas anchas?

¿Qué curiosidad tan pura!

Así á mí se me figura

Que tengo el rostro con manchas.



ANA.

Yo bien le limpie.

JERÓNIMA.

¿Qué alterces? *a*

¿No es cierto para rabiar,  
No poderse bien peinar,  
Por el tesón de estas puercas!  
¿Que tal necesidad reine  
En un siglo tan contrario,  
Que he de pagarla un salario,  
No mas de porque me peine!  
Y está con su habilidad  
Tan vana la tal criada,  
Que hace esto, y no hace mas nada;  
Pues por cierto y por verdad,  
Que veinte reales al mes,  
Dos cuartos que almuerzo llama,  
Y los desechos del ama,  
Moco de pavo no es.  
Y esto de que es menester  
Estar por fuera decente  
Es lo que te hace insolente,  
Y te hace ensoberbecer.  
Ahora digo, y con razon,  
Habiendo en vestir tal norma,  
Que las mujeres de forma  
Tenemos gran sujecion.  
¿Vamos á peinar?

ANA.

Señora...

Si usted sabe que en peinar  
No la pudo contentar  
Otra criada hasta ahora,  
Y que luego que yo entré,  
Sin ser esto vanidad,  
Con mi grande habilidad  
Toda la corte admiré,  
¿Para qué es tanto rigor,  
Por un descuido no mas?

JERÓNIMA.

¿Cuándo tú refrenarás  
El pico tan hablador?

ANA.

¿Pues no me has de permitir,  
Ni hablar con modo debido,  
Habiéndote merecido  
(Déjamelos ahora decir)  
La confianza tan grande,  
Que no á todas se la dan,  
Del amor de don Damian?

JERÓNIMA.

Ya recelo yo que ande  
Bien en tu boca mi honor,  
Mas ¡desdichada de ti!

ANA.

No receles tal, y di,  
Sin lisonja ni favor:  
En acertarse á peinar,  
Y en ponerse el pitibú,  
¿Hay alguna como tú?

JERÓNIMA.

No te lo puedo negar.

ANA.

Ni negarás que tu porte  
Es ya por mi aplicacion  
Envidia y admiracion  
De las damas de la corte.

JERÓNIMA.

Cierito.

ANA.

Y si mas se penetra,  
Segun todo el mundo vió,  
Desde que te peino yo,  
Te llaman la Petimetra.

JERÓNIMA.

Es verdad.

ANA.

Pues si es, ¿por qué  
Al punto te has de enojar  
En oyéndome hablar  
Cualquier cosa?

JERÓNIMA.

Me enojé,  
No tanto por lo que hablaste,  
Como que por tu descuido  
Lleno de polvo y torcido  
El espejo me sacaste;  
Y no es modo de servir  
Este.

ANA.

No me riñas mas,  
Y aplaude otras prendas mías.

JERÓNIMA.

Y tantas habladurías,  
¿A qué asunto las dirás?

ANA.

Dígoles, porque pudiera  
Darme alguna estimacion  
El tener con perfeccion  
Mi habilidad peluquera.  
Y no es eso solamente  
Lo que en mí se encontrará,  
Porque otra ninguna habrá  
Que pueda poner decente  
Con menos costa á su ama,  
Pues de cualquier trapo viejo  
Formado un vestido dejo,  
Digno de la mejor dama;  
Que los vestidos de hoy día  
No son de coste, señora.  
Porque solo se usa ahora  
Hojarasca y policia;  
Y los pocos que tú tienes  
(Ahora que solas estamos)  
Bien sabes que siempre andamos  
Mudándolos.

JERÓNIMA.

Te entretienes  
Mas de lo que es menester.

ANA.

Porque parezcan distintas,  
Ya guarniciones, ya cintas....

JERÓNIMA.

¿Qué habladora estás, mujer!

ANA.

En la bata.

JERÓNIMA.

Dejaló.

ANA.

En la basquina y la falla.

JERÓNIMA.

Vamos á peinarme, y calla.

ANA.

Pero todo lo hago yo.

JERÓNIMA.

Si, mas tráeme el peinador.

ANA.

Ya le tengo aquí, señora.

JERÓNIMA.

Anita, digo que ahora  
Quitarme el vello es mejor,  
Antes que venga mas gente.

ANA.

Pues qué, ¿no se quitó ayer?

JERÓNIMA.

No importa, que da en crecer,  
Y apenas tengo los veinte;  
Trae el vidrio, si te place,  
Si no, con pez ó con cera.

ANA.

Tengo mi madre vellera,  
Y ¿no sabré cómo se hace?

JERÓNIMA.

Mas calla, que Mariquita  
Ya con sus ridiculeces  
Viene aquí.

## ESCENA VII.

DOÑA MARIA Y DICHAS.

MARIA.

¿Jesus mil veces!

¿Es posible, Jeronita,  
Que á estas horas sin vestir  
Estés en el tocador,  
Sin ponerte á hacer labor,  
Ni quererte persuadir  
A que tanto señorío  
Como el tuyo no está bien,  
Ni le corresponde á quien  
A espensas vive de un tio?  
Ya sabes que la fortuna  
Hoy me tiene reservados  
Diez y siete mil ducados,  
Y que á ti mas importuna  
Te miró. No te alborote;  
Pues no es vileza infamada  
El que una doncella honrada  
Lleve en honor todo el dote;  
Y tú no contenta, prima,  
Con andar vociferando  
Que es tuyo, me estás tratando  
Con desprecio y sin estima.  
Ya ves que tú no haces nada,  
Y yo siempre cocinera  
Te sirvo, como si fuera  
La mas indigna criada.  
Pues no, prima, no es razon,  
Que la que ha de ser mujer  
De todo debe saber,  
Del estrado y del fogon.  
Bien sabes que nuestro tio  
Muy agrio contigo está,  
Y por eso te habla ya  
Con despesgo y con desvío.  
Todos se burlan de tí,  
Y tú lo juzgas favor,  
Que el celebrarte el humor  
Es chanza que se usa aquí.

JERÓNIMA.

Bueno es eso; ¿tú quisieras  
Que una puerca fuera yo,  
Y que me arrastren, ó no  
Calandrajos y arpilleras,  
Arpillera y calandrajos  
Fuesen mi adorno y mi tren.  
Y que llevara tambien  
Por defuera los zancajos.  
Quisieras que yo anduviese  
Con tanto moco colgando,  
Y que con los piés andando  
Hiciera una y otra ese.  
Que llevara el delantal  
Arrastrando por un lado,  
Y del otro levantado  
Con las rodillas igual.  
Quisieras que me peinara  
En bolsa, moño, ó rodete,  
O que anduviera el copete  
Ofuscándome la cara.  
Que el manto sin punta fuese,  
Como viuda ó alcahueta,  
Y una cola de bayeta  
Con que las calles barriese.  
Quisieras...

MARIA.

No quiero nada:  
Entendámonos, mujer,  
Que un medio se ha de escoger.

Y está la riña acabada.  
Pues ni tanto ni tan poco  
Es lo que te pido yo:  
Lo sticio no me gusto,  
Ni mirar colgando el moco.

JERÓNIMA.

Una parte la limpieza  
Es de la buena crianza.

MARÍA.

Cierto, y merece alabanza  
De alma y cuerpo la pureza.

JERÓNIMA.

Pues ¿qué tienes que notar?

MARÍA.

El esceso.

JERÓNIMA.

No hay esceso  
En mí, porque para eso  
Dios me quiso destinar  
Buenos padres.

MARÍA.

Pues á mí  
¿Tan malos me los ha dado?

JERÓNIMA.

No, pero tú has declinado  
Al paso que yo subí.

MARÍA.

¿Declinar yo? ¿qué motivo  
Para una razón como esta  
He dado yo? ¿por ventura  
Conservarás tu nobleza  
Con pompa y con vanidad,  
Sin tener de dónde venga?  
¿Afrento yo á mi linaje  
Porque vivo con modestia  
Decente, no escandalosa,  
Bien limpia, y no deshonesta?  
¿Tan grande es mi desaseo,  
Que si el tiempo que tú empleas  
En tocarte, le gastara  
Yo en la misma diligencia,  
No hiciera bien mi papel  
Por cualquier parte que fuera?  
¿No te corres, prima mía,  
De que te traigan en lenguas,  
Llamándote todo el mundo  
A una voz la Petimetra?  
¿Es lo peor que tú juzgas,  
Que es honra para ti inmensa  
Lo que tuvieran por nada  
Las locas maravilleras.  
¿Qué título tan famoso!  
Por cierto, que si tuvieras  
Juicio y discurso, la cara  
De empacho te se cayera;  
Pues si mi aun el ir contigo  
Me da temor y vergüenza,  
Porque todos son fantasmas,  
Postes, visajes y muecas.  
Y yo no sé qué interés  
Tan vano es el que te lleva  
Por ese hombre vagabundo;  
Pues si quien es consideras,  
Verás que lo menos malo  
Que tiene es suma pobreza,  
Poco dinero, mucha hambre,  
Y mas aire en la cabeza.  
El de ti se está burlando,  
Y como te bisejuea,  
Entier des que es discreción.  
Lo que es solapa y cautela.  
Y esta criada, que el diablo  
Trajo, porque tú te pierdas.  
Es la que tiene la culpa  
De las mas de tus simplezas.  
Ella con sus embelecios  
Te embrolla, y.....

ANA.

Señora, buenas  
Noticias, por vida mía;  
Pues no, yo no aguanto de esas.  
Si imagina que en Madrid  
Me faltará conveniencia...  
Pues tasadamente en casa  
De cuatro ó cinco duquesas  
Me están rogando que vaya  
Con mucho empeño, y si fuera  
Allí me celebrarían  
Lo que aquí me vituperan.

## ESCENA VIII.

DICHAS Y MARTINA.

MARTINA.

Señora, don Damian viene.

JERÓNIMA.

Pues lo que mi amor te ruega,  
Mariquita, es que te acuerdes  
Que naciste con prudencia.

MARÍA.

¿Viene aquel otro tambien?

MARTINA.

Si, señora.

MARÍA.

No, no temas,  
Que una cosa es estar solas,  
Y otra haber gente de fuera.

MARTINA.

Aprisa, que está esperando.

MARÍA.

Dile que entre.

JERÓNIMA.

Dí que venga.

MARTINA.

Voy.

JERÓNIMA.

Al instante, al instante,  
Anita, limpia esa mesa,  
Arrima esos taburetes,  
Corre esa cortina aprieta,  
Quita de allí aquella jarra,  
Y eso que emporcó la perra,  
Llévate ese candelero,  
Y las despabiladeras,  
Y venga quien venga ahora.

## ESCENA IX.

DICHOS, MARTINA, DON DAMIAN  
Y DON FELIX.

MARTINA.

¿Y aquello? (De dentro.)

DAMIAN.

No has de ser necia.

MARTINA.

¿Pues no dijo usted que luego?

DAMIAN.

Es verdad.

MARTINA.

Pues vaya.

JERÓNIMA.

¿No entra

El señor don Damian?

DAMIAN.

Solo (Salen.)

Esperaba esa licencia.

JERÓNIMA.

Dichosos, señor, los ojos  
Que os ven.

DAMIAN.

Muy enhorabuena;

Pues siendo los vuestros, pido  
Para ellos dichas eternas.

JERÓNIMA.

Discreto venís.

DAMIAN.

Señora.

Ya todo el mundo confiesa  
Que lo soy, no porque en nada  
Mis estudios lo comprueban;  
Mas por ver cuán acertada  
Es mi eleccion, pues venera  
Vuestras órdenes.

JERÓNIMA.

Mil gracias:

Tomad sillas.

FÉLIX.

La obediencia

Disculpe la confianza.

JERÓNIMA.

Y aunque curiosidad sea  
Propia en nosotras, sepamos,  
Si no hay cosa que lo véda,  
Quién es este caballero.

MARÍA.

Eso mi atencion espera. (Aparte.)

FÉLIX.

Vuestro esclavo.

JERÓNIMA.

Señor mio

DAMIAN.

Es don Félix de Contreras,  
Que de Valladolid vino  
Hoy, y amistad muy estrecha  
Profesamos, y fiado  
Yo en la benignidad vuestra,  
Me tomé el atrevimiento  
De traerle.

JERÓNIMA.

Y desde hoy sepa,  
Que es muy suya aquesta casa.

FÉLIX.

Para acudir siempre á ella  
A ofrecer mis rendimientos,  
Como debo.

MARÍA.

A poseerla.

JERÓNIMA.

Y ¿qué os parece la corte?

FÉLIX.

No es para mí cosa nueva.

JERÓNIMA.

¿Habeis otra vez estado?

FÉLIX.

Señora, si naci en ella.

JERÓNIMA.

Pues no estrañareis tampoco  
De ballarme á una hora como esta  
Tan indecente; y es cierto,  
Que así estar yo no debiera,  
Viniedo á favorecerme  
Vos.

FÉLIX.

De cualquiera manera  
Estais digna del aplauso,  
Del obsequio y reverencia  
Del mundo.

JERÓNIMA.

Es favor que os debo.

FÉLIX.

No es en mi favor, que es deuda.



MARÍA.

¡Válgame Dios, qué razones  
Tan sentadas y discretas! (Aparte.)

JERÓNIMA.

¿Os habeis desayunado?

DAMIAN.

Ya está hecha esa diligencia.

JERÓNIMA.

Trae, Martina, el chocolate.

DAMIAN.

Hablemos de otra materia.

JERÓNIMA.

De la que gustareis vos.

**ESCENA X.**

DICHOS Y ROQUE.

ROQUE.

Buenos dias. La lavandera,  
Señor, pide aquellos cuartos.

DAMIAN.

¡Que ahora con eso te vengas!

ROQUE.

¿Pues no he de venir, si dice  
Que tiene el marido en pena,  
Rabiando de sabañones, *chilindrón*.  
Con dos potras y una hernia, —  
Y no puede trabajar?

DAMIAN.

Anda, ve, y dila que vuelva —  
Otro día, y no me enfades.

MARTINA.

Roque, cuidado si cuentas —  
A alguien, que tu señor viene  
A ver á mi ama.

ROQUE.

Necia, —

Tú serás la que lo diga.

MARTINA.

No por cierto, no lo creas; —  
Sé yo callar de mis amas  
Cosas mayores que no estas. —

ROQUE.

Y yo tambien de mis amos.

MARTINA.

Secreto cres.

ROQUE.

Tú secreta. —

DAMIAN.

Si al instante no te vas,  
Te he de romper la cabeza. —

ROQUE.

Si así dieras los almuerzos,  
Y por las noches las cenas, —  
No ayunara yo al traspaso  
Eternamente.

DAMIAN.

¿Qué rezas?

ROQUE.

El pan nuestro dánosle hoy,  
Y perdona nuestras deudas. —

DAMIAN.

Anda, infame.

ROQUE.

Usted, señor,

Quede con Dios.

**ESCENA XI.**

DICHOS, menos Roque.

JERÓNIMA.

Gasta flema, —

Que no hay diablos que le aguanten.

DAMIAN.

Que me perdoneis es fuerza —  
Su ignorancia.

FÉLIX.

A vos, señora,

Os servimos de molestia. —

JERÓNIMA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Porque no os peinais.

JERÓNIMA.

Fuera eso mucha llaneza. —

FÉLIX.

Pues estotro es despedirnos.

JERÓNIMA.

Pues por no perder tan buena —  
Conversacion, peinarne,  
Puesto que me dais licencia. —  
Anita, vamos.

ANA.

Las flores

De la última moda estas —  
Que traigo son.

JERÓNIMA.

¿Qué os parecen?

DAMIAN.

De buen gusto.

FÉLIX.

Son muy bellas. —

JERÓNIMA.

¿Lo haceis por no disgustarme?

DAMIAN.

No, señora, aunque no fueran —  
Buenas de por sí, es muy cierto,  
Que á ser célebres empiezan, —  
Cuando esperan verse ufanas,  
Siendo airon de tu cabeza. —

JERÓNIMA.

Si en otra acaso estuviesen,  
Bien sé yo que os parecieran —  
Algo mejor.

DAMIAN.

Si en el cielo,  
Trasformadas en estrellas,  
Las viese resplandecer,  
Como la lira y la flecha, —  
No las estimara mas.

JERÓNIMA.

Bien sé que otra cosa os queda. —

DAMIAN.

Queda mucho que decir,  
Que si explicarlo pudiera, —  
Ó hacer mi razon visible,  
Ciertamente que no oyera —  
De tu boca lo que escucho.

JERÓNIMA.

Que me picas.

ANA.

Si es que no entra —  
Ese alfiler, y es por eso.

DAMIAN.

Porque en mi fe verdadera  
No se trasluce mentira  
Ni ficciones.

JERÓNIMA.

Que me aprietas. —

ANA.

Si es que no tienes, oyendo,  
Muy segura la cabeza. —

JERÓNIMA.

Pues ¿cómo la he de tener?

ANA.

Siquiera un instante quieta. —

JERÓNIMA.

¿Qué os parece á vos, don Félix,  
Las disculpas, si son buenas —  
De vuestro amigo?

FÉLIX.

Señora,

Que ni la hay, ni puede haberla, —  
Juzgo, para no estimaros  
Únicamente en la tierra. —

JERÓNIMA.

Pues él no es de esa opinion.

FÉLIX.

Dudo yo que cierto sea. —

JERÓNIMA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Porque no imagino  
Que haya en el mundo tan necia —  
Ingratitud, que logrando,  
No digo correspondencia,  
Que esto es mucho, sino oídos  
De vos, atrevido tenga  
Animo para mirar  
En el mundo otra belleza.  
Yo, á lo menos si lograra  
Tal favor, que no lo espera —  
Ni mi indignidad humilde,  
Ni mi encogida modestia,  
Girasol eterno vuestro  
Arrebatado viviera,  
Y absorto en contemplacion  
De cuanto naturaleza —  
Apuré para formaros.

JERÓNIMA.

Pues aquí está quien desprecia —  
Todo lo que alabais vos.

DAMIAN.

No me apureis la paciencia,  
Que eso es ya desesperarme.  
Con vuestras palabras mismas,  
Y las de don Félix tengo  
De mostrar con evidencia —  
Lo que os amo: vos decís  
(Bien lisonja, ó verdad sea) —  
Que soy discreto.

JERÓNIMA.

Y lo afirmo

DAMIAN.

Don Félix, que sois perfecta —  
Acaba de confesar.

FÉLIX.

Lo confesará y confiesa. —

DAMIAN.

Luego siendo yo discreto,  
Como vos decís, es fuerza  
Que ame lo que confesais  
Vos que es perfecto; pues fuera —  
Necia discrecion la que  
La perfection no quisiera. —

JERÓNIMA.

Que me tiras.

ANA.

Como estás  
Enhebecida y suspensa, —  
No juzgúe que te tiraba.

JERÓNIMA.

Me das tormento de cuerda, —  
 Aloja, por Dios, un poco.

DAMIAN.

¿Es á mi?

JERÓNIMA.

No, sino á esta —  
 Torta, que me mortifica.

DAMIAN.

¿No me volveis la respuesta?

JERÓNIMA.

¡Ah! sí: ya no me acordaba.

DAMIAN.

¡Válgame el cielo, qué pena! —  
 ¿Que haya de haber siempre acasos  
 Que mis fortunas alteran!

JERÓNIMA.

Hay argumentos, señor,  
 Que si solo á lo que sueñan —  
 Se atiende, parecen claros,  
 Pero si se hace reflexión,  
 Se esperimienta que algunos  
 En la práctica falsean; —  
 Y así, señor don Damian,  
 Aunque la discrecion vuestra  
 Con sofisticos engaños  
 Me persuada que me quiera,  
 Mas que de favores, lleno  
 De invenciones y agudezas;  
 Lo que prueba el silogismo  
 Falsifica la esperiencia.

FÉLIX.

Esta mujer habla como  
 Si cursase las escuelas. — (Ap.)

MARÍA.

Nunca vi, por mi desgracia,  
 A mi prima tan discreta. — (Ap.)

JERÓNIMA.

¿No respondeis?

DAMIAN.

Sí, señora:  
 Estareis muy satisfecha —  
 De que me habeis convencido.  
 Pues solo porque se vea —  
 Que no, reparad, señora,  
 La artificiosa elocuencia —  
 Con que me injuriáis; por cierto  
 Es que en cualquiera materia —  
 Donde luce el artificio,  
 Se trasluce la cautela. —  
 Si el corazón vuestro herido,  
 Como tengo yo, tuvieraís, —  
 Si enajenados tuviereis  
 Los sentidos y potencias, —  
 No estuvieran tan expertos  
 Para con tanta presteza —  
 Persuadir lo que no es,  
 Haciéndome á mi que crea —  
 Lo que tu boca me dicta,  
 Aunque el alma me lo niega; —  
 Y así, de esto inferiremos,  
 Con tu permiso y licencia, —  
 Que muy discreta anduvistes,  
 Pero no muy verdadera.

MARÍA.

Grandemente se disculpa.

JERÓNIMA.

Paes yo no estoy satisfecha. —

MARÍA.

Por qué?

JERÓNIMA.

Muchacha, despacio,  
 Que me tiras y repelas. —  
 ¡Ay qué mano tan pesada!  
 ¡Válgame Dios! ¿quién pudiera —

Ser cualquiera de vosotras,  
 Que de mes á mes se peña,  
 Y con todo está decente?  
 Este trabajito lleva  
 La que tiene obligaciones,  
 Como yo.

FÉLIX.

Señora, es fuerza, —  
 Que las mujeres de modo  
 Se rindan á la tarea —  
 Cotidiana de adornarse  
 Como conviene á su esfera. —

JERÓNIMA.

Es verdad.

DAMIAN.

Parece que  
 De nuestra cuestion te alejas: —  
 Sepamos en qué te ofendo,  
 Que hasta tanto que lo sepa —  
 No estaré yo sossegado.

JERÓNIMA.

Pues por ver si te sosiegas, —  
 Ya que eres tan importuno,  
 Anoche ¿qué dependencias  
 Tuvisteis, que no os he visto?

DAMIAN.

Como contingente sea, —  
 Y aun imposible el hablaros,  
 Segun dijisteis vos mesma, —  
 No vine anoche.

JERÓNIMA.

Es verdad;  
 Mas bien sabéis que á las rejas, —  
 O al balcon suelo estar siempre,  
 Y aquel que adora de veras, —  
 Si hablar no puede, con ver  
 Lleva el alma satisfecha. —

DAMIAN.

Es así, pero.....

MARÍA.

Mi tío.

¡Ay Jesus! vamos aprieta, —  
 Y buscar dónde esconderse.

JERÓNIMA.

Meteros en esa pieza, —  
 Y tú, Martina, con ellos,  
 Para que con maña puedas —  
 Impedir, si quiere entrar.

MARTINA.

¡Y que esto á mí me suceda! —  
 ¡Yo encerrada con dos hombres!  
 Por Cristo, que nada sepa —  
 Roquillo.

JERÓNIMA.

Nada sabrá.

MARÍA.

Entrad, y cerrad la puerta. —

## ESCENA XII.

DOÑA MARIA, DOÑA JERONIMA,  
 MARTINA, ANA Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

Este caso, por mi vida,  
 Me ha de perder la cabeza; —  
 No le ha habido semejante  
 En consejos ni en escuelas, —  
 Ni el Vinio me da razon,  
 Ni Cujacio, ni Valencia, —  
 Ni toda la turba-multa  
 De los autores, que llenan;  
 Los estantes de mi estudio;  
 Y quiero ver si en Ortega, —  
 Que me le dejó olvidado,

Hallo algo de esta materia: —  
 ¡Válgame Dios!

MARÍA.

Tío mio,

¿Dónde vais con tan suspensa —  
 Admiracion?

RODRIGO.

Calla, niña,

Porque no son cosas estas —  
 Para vosotras.

MARÍA.

Si estais

Malo, ó la terciaria os entra, —  
 Id por Dios á recogeros,  
 Que yo con la diligencia —  
 Que acostumbro os cuidaré.

RODRIGO.

No es terciaria, ¡ojalá fuera! —  
 Que esto es cosa del honor.

MARÍA.

¡Cielo santo! ya estoy muerta, —  
 Cosa del honor ha dicho. (Ap.)

RODRIGO.

Y así, á entrar voy á esta pieza. —

JERÓNIMA.

¿A qué?

RODRIGO.

A que he de menester  
 Informarme con certeza....

JERÓNIMA.

¿De qué, señor?

RODRIGO.

De una cosa.

JERÓNIMA.

¡Ay! ¿qué cosa será esta? — (Ap.)

MARÍA.

No entreis, señor.

RODRIGO.

Pues ¿por qué?

MARÍA.

Está cerrada la puerta. —

RODRIGO.

Pues abridla, porque es  
 Preciso que un libro vea,  
 Que me le dejó olvidado.

MARÍA.

Esto es ya de otra materia. — (Ap.)

RODRIGO.

Y va mi honor en sacar  
 Con lucimiento y presteza —  
 A un litigante, que fia  
 De mi vida, honra y hacienda. —

JERÓNIMA.

Martina, tu señor tiene  
 Que hacer dentro de esa pieza, —  
 Y quiere entrar.

MARTINA.

¡Ay, señora! (Dentro.)  
 Por san Blas y santa Elena, —  
 Que no le dejeis.

JERÓNIMA.

¿Por qué?

MARTINA.

Porque estoy muy deshonesto. —

RODRIGO.

¿Pues qué haces así, muchacha?

MARTINA.

¡Ay, señor! me da vergüenza —  
 De decirlo.

su confesion  
 bululosa?



RODRIGO.

Aprisa, acaba:  
¿Como estás de esa manera?

MARTINA.

Me estoy mirando las pulgas.

RODRIGO.

Pues que me abras aquí es fuerza,  
Que no quiero verte nada.

MARTINA.

Si estoy en camisa puesta,  
¿Cómo lo he de hacer, sin que  
de empacho me caiga muerta?

RODRIGO.

¿Qué bien que á mí me parece  
El recato en las doncellas!  
Pues mira, dame ese libro  
Por debajo de la puerta,  
Que está ahí.

MARTINA.

¿En dónde, señor?

RODRIGO.

Ahí sobre esa papelera.

MARTINA.

Señor, aquí hay tres ó cuatro.

RODRIGO.

Veremos cuál de ellos sea.  
(*Bájase á mirar por debajo de la  
puerta.*)

MARTINA.

¿Será este?

RODRIGO.

Dácale á ver.  
(*Entreteniéndose con los libros.*)

**ESCENA XIII.**

DICHOS Y ROQUE.

ROQUE.

Deo gracias, la lavandera  
Dice que esperar no puede.

JERÓNIMA.

¡Maldita sea tu lengua!  
Vete al instante.

ROQUE.

No puedo,  
Que sube por la escalera  
El soplon del escribiente.

JERÓNIMA.

Todo lo perdimos de esta,  
Si allí le abren, ve á los dos;  
Si vuelve acá la cabeza,  
Ve á estotro; aprisa, enemigo,  
Métete bajo esta mesa.

ROQUE.

Allá voy. (*Métese.*)

RODRIGO.

¡Válgate Dios!

¡El pleito, y lo que me cuesta!  
Pero el Barbosa ha de estar  
Juzgo en esta cuadra mesma.  
¡Ah Martina! un libro grande  
¿No está ahí?

MARTINA.

Porque no le diera  
El polvo, yo esta mañana  
Al barrer las agujetas  
Le até, y muy curiosamente  
Le metí bajo la mesa  
Del tocador de mi ama.

RODRIGO.

Y ¡que anden de esta manera  
Mis libros!  
(*Va á sacarle.*)

MARÍA.

¿Dónde vais, tío?

RODRIGO.

¿Hay alguna otra doncella —  
También en cueros aquí?

MARÍA.

No, sino que no es decencia,  
Que os arrastreis vos, que yo  
Puedo sacarle.

RODRIGO.

Pues ea,

Despacha.

MARÍA.

¡Virgen del Cármén! (*Búscale.*)

RODRIGO.

¿Qué sucede? ¿No lo encuentras?

MARÍA.

No, señor.

RODRIGO.

Quita, que yo

Le hallaré.

JERÓNIMA.

Eso temo.

RODRIGO.

Necia,

Aparta; le buscaré.

MARÍA.

Nadie hará mas diligencia  
Por daros gusto que yo.  
Ya le encontré.

RODRIGO.

Si me llega

Nadie á mis libros, aunque  
De polvo no se les vea,  
A palos con el baston  
La he de romper la cabeza. (*Vase.*)

**ESCENA XIV.**

DICHAS, menos don Rodrigo.

ANA.

Gracias á Dios, que salimos  
De tal confusion y pena.

MARÍA.

Yo no soy para estos sustos,  
Jeromita, yo estoy muerta;  
Yo no sé qué gusto tienes  
En esto.

JERÓNIMA.

Vaya, eso deja.

¿En qué poca agua te ahogas!

MARÍA.

Voime á esparcir allá fuera. (*Vase.*)

JERÓNIMA.

Ya podeis salir, señores.

**ESCENA XV.**

DICHAS, DON DAMIAN Y DON FELIX.

DAMIAN.

Ya impaciente lo desea  
Mi afecto.

JERÓNIMA.

No hay que temer

De que ya mi tío vuelva,  
Que aquello fué un accidente.  
A ver, ese espejo llega:  
¿Si estará yo bien peinada?

DAMIAN.

Estás, Jerónima bella,  
Trasformada en una Venus.

JERÓNIMA.

Las flores, ¿qué tal me sientan?

FÉLIX.

Mejor que no en su jardín.

JERÓNIMA.

¿Y los polvos?

DAMIAN.

Te hermoSean.

JERÓNIMA.

¿Cómo me dice el lunar?

FÉLIX.

Como al cielo las estrellas.

JERÓNIMA.

Pues tráeme, Anita, abanicos.

ANA.

¿Cuál quereis? ¿el de la fiesta  
De los toros de Aranjuez?

JERÓNIMA.

¡Jesus, qué cosa tan vieja!

ANA.

¿El del Peneque?

JERÓNIMA.

Tampoco.

ANA.

¿Del empedrado?

JERÓNIMA.

El que quieras,  
Como no sea antiguallas.

ANA.

El de la moda postrera  
Es este.

JERÓNIMA.

Muy bien: las cintas,  
Las sortijas, las pulseras,  
El collar, el ramillete,  
Los guantes, caja y frasería,  
El reloj, las arracadas,  
Y lo que sabes que lleva  
Una mujer de mi porte.

ANA.

Todas estas cosas puestas  
Por su órden tengo en la alcoba. (*Vase.*)

JERÓNIMA.

Pues voy, con vuestra licencia,  
A acabarme de vestir.

DAMIAN.

Si os faltase camarera,  
Aquí teneis quien os sirva.

JERÓNIMA.

Lo estimo. (*Vase.*)

MARTINA.

Una trampa buena  
Le armamos al pobre viejo:  
Mi astucia la paga espera.  
Voy á mirar mi comida. (*Vase.*)

**ESCENA XVI.**

DON DAMIAN, DON FELIX Y ROQUE, escondido.

DAMIAN.

Ahora bien, mi atencion sepa  
Qué habeis juzgado, don Félix,  
Del mérito de mi prenda.  
¿Hela exagerado mucho?  
¿Ponderé sus excelencias?  
¿No respondeis? Qué, ¿teneis  
Encogimiento ó vergüenza  
De decir que no os parece  
Tan hermosa y tan discreta  
Como yo os he ponderado?

FÉLIX.

¡Pluguiera á Dios que eso fuera!

DAMIAN.  
Pues ¿qué es ?  
FÉLIX.  
Nada.  
DAMIAN.  
No os entiendo.  
FÉLIX.  
No es mucho que no me entiendas;—  
Pues yo tampoco me entiendo.  
DAMIAN.  
Vamos claros.  
FÉLIX.  
¿Y si os pesa —  
De que os hable claro yo ?  
DAMIAN.  
No ; de ninguna manera —  
Me pesará, os aseguro,  
Que en amistad verdadera —  
Mas vale un sentir patente,  
Que un agrado con cautela. —  
FÉLIX.  
Pues, don Damian, vos dijisteis  
Hoy, que Jerónima bella —  
Hermosa es.  
DAMIAN.  
Sí.  
FÉLIX.  
Y yo tambien.  
Luego, siendo así, es ya fuerza —  
Que ame yo, aunque no discreto,  
Toda cosa que es perfecta. —  
DAMIAN.  
Luego á Jerónima amais.  
FÉLIX.  
Es clara la consecuencia. —  
DAMIAN.  
¿Que esto escuche yo de quien  
Traje advenedizo á verla ! —  
FÉLIX.  
Vos no dijisteis que amabais  
Absolutamente á ella, —  
Sino que entre las dos primas  
Mostrabais indiferencia. —  
DAMIAN.  
Yo no dije cosa, que  
Atrevimiento pudiera —  
Daros de amar á ninguna.  
FÉLIX.  
Mucho apurais la materia : —  
Entre dos, que vos no amais,  
Puedo escoger la que quiera. —  
DAMIAN.  
Si Jerónima no es,  
A doña Maria sea. —  
FÉLIX.  
No me elijais la mujer ;  
Yo haré lo que me parezca, —  
Que no estais vos encargado,  
Don Damian, de mi tutela. —  
DAMIAN.  
Ni tampoco de la mia  
Tú para que así pretendas —  
Quitarme el gusto.  
FÉLIX.  
Yo nada  
Quito á nadie.  
DAMIAN.  
No tan recia —  
Alzais la voz que nos oigan.  
FÉLIX.  
Digo que yo tengo hacienda, —

Y puedo casarme, y vos  
Es imposible, aunque quierais. —  
DAMIAN.  
Así mi afecto se paga :  
¿Es razon ni amistad esta ? —  
FÉLIX.  
Nadie mas que yo el sagrado  
De la amistad fiel venera. —  
DAMIAN.  
Pues sabed que he de vengarme  
De cualquier suerte que pueda. —  
FÉLIX.  
No importa, que una traicion  
No asusta á mi fortaleza. —  
DAMIAN.  
Pues de Jerónima huid.  
FÉLIX.  
Como me lo mande ella. —  
DAMIAN.  
No os ha de querer tampoco.  
FÉLIX.  
Bástame el que yo la quiera. —  
DAMIAN.  
Perderemos la amistad.  
FÉLIX.  
Pues la culpa será vuestra. —  
DAMIAN.  
A Jerónima dejad.  
FÉLIX.  
Ya eso es machaca y cansera. —  
DAMIAN.  
Yo por ella os traje aquí.  
FÉLIX.  
Pues yo os mataré por ella. —  
DAMIAN.  
¿ Vos á mí ?  
FÉLIX.  
Sí, don Damian.  
DAMIAN.  
Pues, don Félix, cuando quieras. —  
FÉLIX.  
Tal arrogancia merece  
Con la espada la respuesta : —  
Ahora es buena ocasion.  
DAMIAN.  
No : salgamos allá fuera. —  
FÉLIX.  
Decís bien, que no es razon  
Armar aquí una pendencia, —  
Que el tocador de una dama  
No es bueno para palestra. — (Vanse.)  
(Sale Roque de debajo de la mesa.)  
ROQUE.  
Andad con dos mil demonios,  
Canallas, malas cabezas, —  
Que he estado allí devanado,  
Rotos brazos, piés y piernas ;  
No hay que temer que se maten ;  
Pues la cobarde prudencia —  
De Damian ya hallará modo  
Como evadir la quimera. —  
Ya lo verá Martinilla,  
Que con los majos se encierra : —  
Mas voy yo á ver lo que pasa,  
Hasta que otro rato vuelva —  
A imitar á san Alejo  
Debajo de la escalera. —

## ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA.

¿ Estoy sola ? Si : parece  
Que no me escucha aquí nadie,  
Porque á un triste solamente  
Le acompañan sus pesares. —  
Pues ya que nadie es testigo  
Del fuego oculto que late  
En mi pecho, que ya pena  
Tierna y castamente amante, —  
Procure aplacar sus llamas,  
Rompiendo mi voz el aire,  
Y con lágrimas y quejas  
Por boca y ojos se exhale :  
¿ Qué nuevo galán Amor  
Trajo á pisar mis umbrales,  
Que á la primer vista ¡ ay cielos !  
Rindió mi pecho constante !  
Pero este es al que gustosa  
Junto al Pisuerga una tarde  
Le respondi, aunque tapada,  
Mas amorosa que afable.  
Mas ¿ qué digo ? ¡ yo prendada  
De hombre ninguno ! ¡ oh pesares !  
¡ O afrenta ! ¡ oh vergüenza suma !  
Confundidme y acabadme.  
Primero, abriéndose en bocas  
La tierra, viva me trague  
En su oscurísimo centro,  
¡ Oh pudor ! que te quebrante.  
Pero ¿ de qué sirven todos  
Mis enojos, si no es fácil  
Dejar de creer que en llamas  
Mi triste corazon arde ?  
¿ Es amar algun delito ?  
No : que hay tantos ejemplares  
Que me disculpen, que aun juzgo  
Que el no amar es yerro grande.  
Amar, es naturaleza,  
Convénenme estas verdades.  
¿ Qué fácilmente que uno  
Lo que quiere se persuade !  
Don Félix, ¡ cielos ! don Félix  
Es la causa de mis males, —  
Es galán, es entendido,  
Es... mas disculpa es bastante.  
Pero ¿ de qué suerte puedo  
Mis intentos declararle ?  
¿ Dirélo ? ¿ Qué sé yo  
Si es de otra hermosura amante,  
Y qué sé yo si á su gusto  
Mi beldad no es agradable ?  
Ni ¿ qué sé yo si al oírme  
Me reputará por fácil ?  
¡ Oh, mal haya el que primero  
Reputó por liviandades  
El que las mujeres sientan,  
Y que lo que sientan hablen !  
Y ¡ oh de los hombres dichosas  
Las eternas libertades,  
Porque dicen lo que quieren,  
Y al fin cuanto quieren hacen !  
Mas ya que de esta manera  
Lo quieren los cielos, ame,  
Note, oblique, solicite,  
Sufra, advierta, espere y calle. —

## ESCENA II.

DOÑA MARIA y MARTINA.

MARTINA.

Parece que se cansaron  
Ya de esperar los galanes.

MARIA.

Sí, Martina ; y mis afanes  
Ahora de nuevo empezaron.



MARTINA.

Pues ¿qué tienes?

MARÍA.

¿Serás fiel? a

MARTINA.

Pues qué, ¿eso dudando estás? b  
Mi fidelidad verás.

MARÍA.

Pues mira, Martina, aquel  
Que hoy desde Valladolid  
Vino, y trajo don Damian,  
Tan discreto y tan galán,  
A hacerme guerra en Madrid,  
Del alma se apoderó,  
Y yo el alma le entregué;  
No sabe nada, porque  
No es razon mostrarlo yo.

MARTINA.

Bien hayas tú, que te pagas,  
Para que á tu prima asombre,  
De un hombre, que en todo es hombre  
Con que tu amor satisfagas.  
Este si que es grande hallazgo,  
Pues de los dos he entendido,  
Cuando estaba allí escondido,  
Que es un rico mayorazgo;  
Este si que es caballero.  
De tu prima el disparate  
Se enamoró de un petate,  
Solo porque es lisonjero.

MARÍA.

Pues bien, Martina, te encargo  
Notar, sin que te diviertas,  
Sus acciones, y me adviertas  
De esto, que queda á tu cargo.  
Mira, que en callar te esmeres,  
Que te está bien el callar,  
Ten cuidado de avisar,  
Y toma para alfileres.

## ESCENA III.

MARTINA.

Yo por aquí ó por allí,  
Siempre tengo de pillar;  
Tal modo de negociar  
De mi amo lo aprendí;  
Pues vienen dos litigantes,  
Y aunque ellos contrarios son,  
A entrambos da la razon;  
Y así del que vino antes,  
Como del que fué el postrero,  
De entrambos logra coger  
Por su injusto parecer  
Muchas gracias y el dinero.  
Doña María no sabe  
Cómo los dos repuntados  
Salieron desafiados  
Por su prima á un duelo grave,  
Y yo todo lo atisbé;  
Mas no lo quiero decir,  
Quiérola así divertir,  
Porque no lo perderé.

## ESCENA IV.

MARTINA Y ROQUE.

ROQUE.

¡Ah Martinilla! ¡ah taimada!  
Que con los majos te escondes;  
¡Así á mi amor correspondes,  
Y así injuriarme te agrada?

MARTINA.

Roque, como te escondistes  
Tú, tambien me fué preciso;  
Y aunque mi amor no lo quiso,  
Tuve que hacer lo que visteis.

ROQUE.

Lo que he visto nada es,  
Lo que no he visto es el cuento:  
De puro zelos reviento  
Convertido en portugués.

MARTINA.

Vaya, Roque, deja eso,  
Y sabe que te soy fiel;  
Y dime en qué paró aquel  
Lance atrevido y travieso  
De los dos enamorados.

ROQUE.

Pues que lo atisbaste tú,  
Allá va con Bercebú:  
Salieron muy mesurados,  
Cabibzajos y mohinos,  
Haciéndose de valientes,  
Y murmurando entre dientes  
Las coplas de Calainos.  
Don Félix iba delante,  
Don Damian, que no ha nacido  
A ser guerrero atrevido,  
Sino á ser chistoso amante,  
Con mil consideraciones  
Lo que pensaba no sé;  
Pero cuando me arrimé  
Le apestaban los calzones.  
Acia el Prado enderezaron.  
Frente á frente se pusieron,  
Y de que solos se vieron  
Las tremendas aprontaron.  
Damian perdió los estribos,  
Y el color se le mudó  
Al punto que á Félix vió  
Con la espada en cueros vivos;

Y con tiple de capon,  
Muypreciado de prudente,  
Le dijo: no es ser valiente  
Esto, Félix, ni es razon  
De que dos amigos tales,  
Como somos vos y yo,  
Se maten por lo que no  
Puede valer cuatro reales;  
Y así á su eleccion dejemos  
El que ella escoja al que quiera;  
Y haciendo de esta manera,  
Los dos nos satisfaremos.  
Dijo don Félix que si;  
Con que juzgo, que á engañarla,  
A rendirla y obligarla  
Vendrán los dos presto aquí.

MARTINA.

Pues, Roquito, entre los dos  
No habrá celos ni desdén;  
Querámonos los dos bien,  
Y venga la paz de Dios.

## ESCENA V.

DICHOS Y DON DAMIAN.

DAMIAN.

¿Y don Félix ha venido?

MARTINA.

No le he visto.

ROQUE.

No, señor.

MARTINA.

Nunca vi ocasion mejor,  
De lo que habeis prometido.

DAMIAN.

¿De qué?

MARTINA.

De lo que pedí.

DAMIAN.

¿Qué pediste?

MARTINA.

Aquellos cuartos.

DAMIAN.

¡Déjame, por Dios, que hartos  
Males me cercan á mi

MARTINA.

Si adentro no me llamaran,  
Yo os pusiera como un trapo. (Vase.)

ROQUE.

Vaya, señor, que eres guapo,  
Cual los diablos no pensarán.

DAMIAN.

Déjame, y calla.

ROQUE.

Señor:

Yo en mi vida fui discreto  
Pero ahora me prometo  
Un discurso superior.  
Está madama fatal,  
Exsabumada con incienso,  
Que la faltan, según pienso,  
Ocho cuartos para un real,  
¿Posible es que te ha ligado  
Con tal fuerza, señor mio,  
Que te tenga el albedrio  
Ciego y embarraganado?  
¿No miras su presuncion,  
Su melindre y su desdén,  
Y aquel andar ten con ten,  
Cual paso de procesion?  
Pensando en el uso nuevo,  
Y en darse en la cara el unto,  
Ni sabe coser un punto,  
Ni sabe echar sal á un huevo.  
Yo por mujer escogiera  
Una fresca mocetona  
Entre marquesa y gorrana,  
Entre madama y frutera.  
Juzgarán tus opiniones,  
Si la vieras por debajo  
Entre tanto calandrajo,  
El solar de los Girones.

DAMIAN.

Calla, atrevido.

ROQUE.

Señor,

Si la vista no me engaña,  
Callando, piedras apaña,  
Félix tu competidor.

DAMIAN.

Pues ve, y espera en la calle.

## ESCENA VI.

DON DAMIAN Y DON FELIX.

FÉLIX.

Ya, don Damian, juzgué yo  
Que del día instante no  
Puede haber que aquí no os halle.

DAMIAN.

Es mi centro.

FÉLIX.

Y tambien mio.

DAMIAN.

Don Félix, sentido estoy  
De que me ofendieseis hoy  
Con tan grande desvario.

FÉLIX.

Yo con nada os ofendi.

DAMIAN.

Faltasteis á la amistad.

FÉLIX.

No probareis que es verdad.

DAMIAN.

¿No lo probaré? pues di:  
¿Es amistad, ni es razon,

Que cuando yo os traje aquí,  
Lo que el cielo me dió á mí  
Por estrella y eleccion,  
Me lo querais usurpar,  
Faltando á la cortesía,  
Y de una cosa que es mia  
Me querais enajenar?

FÉLIX.

Facil la respuesta es:  
Que los cielos son testigos,  
Que no somos tan amigos,  
Como dices, ya lo ves.  
Y aseguro esta verdad  
Evidente, para que  
No me imputeis que violé  
El sagrado á la amistad;  
Pues, aunque nos conocamos  
De algunos tiempos atrás,  
Conocimiento no mas,  
Que no amistad profesamos.  
Pues va mucha diferencia,  
Y hay muy gran desigualdad  
De una intrínseca amistad  
A mera correspondencia.  
No os debo agradecimiento  
De haberme traído aquí,  
Pues no ha sido afecto á mí,  
Sino es desvanecimiento,  
Para que yo me admirara,  
Y os tenga por advertido  
De haber por dama escogido  
Cosa tan hermosa y rara.  
Y si yo os desafié,  
Colérico y enojado,  
Bien sabeis que provocado  
De vuestra arrogancia fué.  
Y al estar yo satisfecho,  
Que no sois para campaña,  
No hiciera tan vil hazaña,  
Que me pesa haberla hecho.  
Que por Jerónima muera,  
No es ofenderos á vos,  
Pues decís que entre las dos  
Dudais cuál vuestro amor quiera.  
Con que en un buen discurrir  
Con razon inferiré,  
Que os enojasteis porque  
Me adelanté en elegir.  
Si por el dote lo haceis,  
Yo, que no le necesito,  
El dote á la dama quito,  
Siendo mia, ahí le teneis.

DAMIAN.

No es separable.

FÉLIX.

Pues ea,  
Solo digo en conclusion,  
Que dejaste á su eleccion  
El que de su gusto sea.

## ESCENA VII.

DICHOS Y DOÑA MARÍA.

MARÍA.

Por juzgar no es cortesía  
Solos á los dos dejaros,  
Yo vengo á mortificaros  
Con la conversacion mia.

FÉLIX.

Feliz mortificacion:  
Yo rindiera ansioso el cuello  
A Arjel, que siendo tan bello,  
Tan dulces sus penas son.

MARÍA.

Que siempre el lisonjear  
Haya de ser tan usado  
En hombres de todo estado!

FÉLIX.

Ved que os podeis engañar;

Y que quien tiene osadía,  
Como veis, de replicaros,  
No querrá lisonjearos,  
Hermosísima María.

MARÍA.

Pues ¿en qué me replicais?

FÉLIX.

Qué, ¿no es réplica bastante  
El que diga yo arrogante,  
Señora, que os engañais?  
Pues yo dijera, por Dios,  
Al querer lisonjear,  
Que no se puede engañar  
Una dama como vos.

MARÍA.

Lisonja entonces no era,  
Porque si yo me engañara,  
Entonces se comprobara  
Que yo tan hermosa fuera.  
Mas ¡ay, que viene mi tío!  
Esconderos al instante.

DAMIAN.

Siempre da un mísero amante  
De un bajío á otro bajío. (*Escúndense.*)

## ESCENA VIII.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

Sobrina, ¿qué haces?

MARÍA.

Señor:

Aunque estoy un poco mala.  
Ibame á entrar á la sala  
A ponerme á hacer labor.

RODRIGO.

De tí, niña, bien lo creo.  
¡Ojalá como tú fuera  
Esotra loca altanera,  
Porque de ella, según veo,  
Nada se puede esperar,  
Solo emplear noches y días  
En hacer mil cortesías,  
Y en cómo se ha de adornar.  
¿Qué está haciendo? ¿está cosiendo?  
¿Hace alguna otra labor  
De provecho?

MARÍA.

No, señor:

Juzgo que se está vistiendo.

RODRIGO.

Pues ¿cómo? ¿aun no está vestida?

MARÍA.

Ya bien presto acabará.

RODRIGO.

Pues ¿por qué no acaba ya,  
Y va á guisar la comida?

MARÍA.

¡Ay qué engañado que estás!  
Tío, fuerza es que lo avise,  
Si tú aguardas que lo guise,  
En tu vida comerás.

RODRIGO.

Pues ¿cómo?

MARÍA.

A mí no me toca

Decir de mi prima nada;  
Llama á una u otra criada,  
Y sábelo de su boca,

RODRIGO.

A ella tengo de llamar,  
Y de ella lo he de saber,  
Y darla bien á entender  
Lo que quiero ejecutar:  
Ve y llámala.

MARÍA.

Ya está aquí.

## ESCENA IX.

DON RODRIGO Y DOÑA JERONIMA.

RODRIGO.

¿Qué haces? ¿en qué te entretienes?  
¿Qué ropa cosida tienes  
De la que está para mí?

JERÓNIMA.

Ya lo haré.

RODRIGO.

Luego no has hecho

Todo el tiempo mas que holgar,  
Ni hemos podido lograr  
De tí cosa de provecho.  
Pues mira: la última vez  
Que yo te doy reprension,  
Sabe que es esta ocasion,  
Por tí, no por mi vejez.  
Dos hermanas me quedaron,  
Una loca, otra prudente,  
Y á su tiempo competente  
Ambas á dos se casaron.  
Tu madre, Dios la dé gloria,  
Neciamente se casó  
Con tal sujeto, que aun no  
Quiero tener de él memoria;  
Pues después de haber jugado  
Cuanto de tu madre era,  
No fué mucho que muriera  
Miserable y desdichado.  
Huérfana entonces quedaste,  
Trájeteme á pisar mis salas;  
Mas de tu padre las malas  
Condiciones heredaste.

La madre de esa tu prima  
Casó con don Luis Fajardo,  
Mozo hacendado y gallardo,  
Y hombre al fin de toda estima.

Este al morir la dejó  
Diez y siete mil ducados,  
Que se los tengo guardados  
En mis escritorios yo.  
Las dos os diferenciasteis:  
Ella modesta ha salido,  
De honesto genio, encogido,  
Y en todo os desigualasteis;  
Porque tú, aunque ser debieras  
Mas humilde por mas pobre,  
Eres muy soberbia, sobre  
Mil locuras altaneras.

Al mundo andas engañando  
(Ves con qué verdad te arguyo)  
Diciendo, que el dote es tuyo,  
Que de estotra estoy guardando.  
Tú la debieras servir,  
Y ella á tí te está sirviendo,  
Las cosas está ella haciendo,  
Y tú haces solo dormir.

La otra noche aquella letra,  
Que sonó con melodía,  
Ya sé muy bien que decia,  
Que eres tú la Petimetra.  
Pues vive Dios, que si quieres  
Echarte mas á perder,  
En otra parte ha de ser  
Donde allí te desesperes.  
Yo vivo muy afrentado  
De ver tantos galanteos,  
Bufonadas y paseos,  
Que ya todos lo han notado;  
Y así, porque tanto yerro  
Se haya una vez de enmendar,  
O al punto te has de casar,  
O meterte en un encierro.



## ESCENA X.

DOÑA JERONIMA Y DOÑA MARIA.

MARIA.

Enojado el tio va,  
¿Qué ha dicho?

JERÓNIMA.

Nada, Maria :

Una vez que no lo oía  
Nadie, nada se me da ;  
Porque todo lo que pasa,  
Que nada importa verás,  
Como no lo sepan mas  
Que los de dentro de casa. (Ap.)  
Voime á acabar de vestir;  
~~No quiero perder la misa,~~  
Que aunque corriendo y de prisa  
No he de dejarla de oír.

## ESCENA XI.

DON DAMIAN Y DON FELIX, Y  
luego DON RODRIGO.

DAMIAN.

Don Félix, ¿qué habeis oido?

FÉLIX.

Don Damian: ¿qué oisteis vos?

DAMIAN.

Nada percibi, por Dios.

FÉLIX.

Por Dios, que nada he entendido.

DAMIAN.

¿Posible es que no entendisteis?

FÉLIX.

¿Posible es que vos tampoco?

DAMIAN.

Yo nada.

FÉLIX.

¿Nada? ¿Ni un poco?

DAMIAN.

¿Yo? lo que vos percibisteis.

FÉLIX.

Pero aqui vuelve su tio.

DAMIAN.

Escondámonos, por Dios,  
Que si nos halla á los dos,  
Mayor pesar es el mio.  
(Escóndense, y sale don Rodrigo.)

RODRIGO.

Un disparate iba á hacer,  
Sin juicio ni reflexion,  
Al ver la disolucion  
De esta imprudente mujer. (Vase.)  
(Salen don Damian y don Félix.)

DAMIAN.

Pues salir hemos podido,  
Voy, Félix, en un instante  
A cierta cosa importante,  
Que es de mi cargo, y no olvido.  
Vuelvo.

## ESCENA XII.

DON FELIX.

Adios, solo quedé;

Y ¡que haya hombre como yo,  
que de lo que le pasó  
Avergonzado no esté!  
¿Posible es que me cegara  
Tan pronto y de tal manera,  
Que á tal mujer yo quisiera,  
Y por ella me prendara?  
Sin juicio estuve por cierto,

Los sentidos tuve en calma,  
O yo tuve absorta el alma,  
O el entendimiento muerto.  
Vivo afrentado y corrido,  
Loco estoy de avergonzado,  
Solo de haberme engañado  
De un presupuesto fingido.

¿Yo á una tan loca mujer,  
Tan sin juicio ni razon,  
Me he de rendir con pasion,  
Y por mia he de querer?  
Recobremos lo perdido,  
Que el todo no se perdió,  
Pues aun tengo tiempo yo  
De enmendarlo arrepentido.  
Hombre soy, no es mucho que  
Tan de pronto me engañara,  
Pero aqui está el juicio para  
Corregir lo que yo erré.

Suele uno incauto mirar  
El engañoso oropel,  
Y enamorado de aquel  
Falso lucir y brillar,  
Oro fino lo imagina;

Pero ya mas advertido  
Conoce que no ha salido  
De tan excelente mina.

Yo así, yo así me engañé:  
Calidad la presuncion,  
Lo atrevido discrecion  
Incautamente juzgué.

Su locura es conocida,  
No solo en Madrid, más fuera,  
Y yo solo juzgué que era  
Por su virtud aplaudida.

Quiso la ignorancia mia  
Mas de Jerónima aquel  
Engañador oropel,  
Que no el oro de Maria.

Aquella modestia, sí,  
Aquel honesto mirar,  
Aquel vergonzoso hablar,

Si que me ha hechizado á mi.  
Sin duda es doña Maria  
Quien me dió conversacion,  
Tapada en el espolon  
De Valladolid un dia.

¡Y que tan ciego esté yo,  
Que no la haya conocido,  
Ni el alma me haya advertido  
Que entonces me enamoró!

Y que yo desafiado  
Saliese por la otra ¡oh cielos!  
De mi propio tengo zelos  
Por haberlo ejecutado,

Y aun es pesar grande el mio,  
Y sin ponderacion siento  
El que en mi arrepentimiento  
Tuviere parte su tio.

Para don Damian es propia,  
Pues yo estoy dudando cuál  
De los dos original  
Es, ó cuál de los dos copia.

Goce el dote y su riqueza,  
Pues mejor la suerte mia  
Es, si logro de Maria  
La honestidad y pobreza.

Porque se debe escoger,  
Por el vicio ó por la fama,  
Desenvuelta para dama,  
Y honesta para mujer.

Habiéndole yo atibado,  
Fortuna me ayuda bien,  
Porque su tio es á quien  
Vengo yo recomendado.

Si me doy á conocer,  
Sé que me agasajará:  
Cuanto tenga me dará,  
Y su huésped me hará ser.

## ESCENA XIII.

DON FELIX Y MARTINA.

MARTINA.

¿Todavia no ha salido  
Mi señora?

FÉLIX.

No, Martina.

MARTINA.

Vaya, á mi me desatina  
Lo que dura este vestido.

FÉLIX.

¿Qué te parece?

MARTINA.

Señor,

Yo respondo, que muy mal.

FÉLIX.

De tus dos amas ¿á cuál

Quieres mas, ó es la mejor?

MARTINA.

¡Jesus! no me digas nada  
De eso, porque esta señora  
Es mala trabajadora,  
Presumida y entoldada,

A todos tiene engañados  
Con fingida presuncion;  
Pues dice que suyos son  
Diez y siete mil ducados,

Que son de doña Maria.  
FÉLIX.

Esto no sabia yo;  
Ahora digo que salió  
Mas feliz la suerte mia.

MARTINA.

Pues qué, ¿la quereis?  
FÉLIX.

Yo si.

MARTINA.

Tambien ella os quiere á vos.  
FÉLIX.

Calla, Martina, por Dios,  
Que no me engañes así.

MARTINA.

No os engaño, en buena fe.  
Proseguid y porfiad,  
Y encontrareis la verdad  
De lo que os aseguré.

FÉLIX.

Pues dila que yo la adoro,  
Que tenga piedad de mí,  
Que á sus ojos me rendí,  
Y que de ella amante lloro;

Y toma esta niñería,  
Para que puedas entrar  
En mi nombre á refrescar  
En una botillería.

## ESCENA XIV.

DON FELIX Y DON DAMIAN.

DAMIAN.

Me he dado prisa bastante,  
Por juzgar que ya tardaba.

FÉLIX.

Que vinieses deseaba,  
Porque me voy al instante  
A ver si han venido cartas,  
Que después que yo saldrian

En las que me avisarian  
De mis dependencias, que hartas  
Tengo, don Damian, que hacer.

DAMIAN.

Id con Dios.

FÉLIX.

Guárdeos el cielo.

## ESCENA XV.

DON DAMIAN.

Solo quedé, solo estoy:

Pues ahora á discurrir voy,  
Con cuidado y con desvelo,  
Qué es lo que mas me conviene;  
¿Cómo está loca mujer  
Con un tan vil proceder  
Tan engañado me tiene?  
Esto del cielo es justicia,  
Que ha ejecutado conmigo;  
Y esto del cielo es castigo  
Para enmendar mi codicia;  
Pues cuando yo imaginaba,  
Que eran suyos los cantados  
Diez y siete mil ducados,  
Y ya rico me pensaba,  
Me desengañó este día,  
Y hallo que la perfeccion,  
La hermosura y dote son  
De la gallarda Maria.  
Don Félix no lo ha entendido,  
Segun él me ha declarado;  
Y pues él se ha enamorado,  
Y aun á refirir ha salido  
Por Jerónima, será  
Fácil que case con ella,  
Porque la hacendada y bella  
Maria á mi cuenta está.  
Yo la tengo de servir,  
Sirva á Jerónima él;  
No dirá que no soy fiel,  
Pues ya me llegué á rendir.  
Yo á Jerónima querer,  
Cuando pobre viene á estar!  
Que traiga ella que cenar,  
Si yo llevo que comer.  
Y pues aun esto no tengo,  
Es para mí mujer buena,  
Si almuerzo, comida y cena  
Trae, y á tal bien me prevengo.  
Rica está doña Maria,  
Pobre Jerónima está,  
Pues llévela Félix ya,  
Porque estotra ha de ser mia.  
Y esto no es mudable ser,  
Ni es afrenta en un sujeto,  
Sino rendirse discreto  
A mas justo parecer.

ESCENA XVI.

DON DAMIAN, DOÑA JERONIMA  
y ANA con mantos.

JERÓNIMA.

Don Damian, ¿hemos tardado?  
Esta la culpa ha tenido;  
El collar me habia perdido,  
Y hasta que le hemos hallado,  
No hemos podido salir.

DAMIAN.

Fuerza aquí es disimular.  
Aunque se tarde en hallar,  
Yo no tengo que decir;  
Pues yo contento estuviera  
Esperando aquí, señora,  
Aunque no os mirara ahora,  
Ni en toda la vida os viera.

JERÓNIMA.

¿Cómo es eso?

DAMIAN.

Digo, que  
Aunque no llegue á lograr,  
Tan solo con esperar  
Muy contento viviré.

JERÓNIMA.

Es que yo juzgué otra cosa.

DAMIAN.

No juzgueis nada, por Dios,  
Mientras que no dejes vos  
De ser perfecta y hermosa.

JERÓNIMA.

¿Qué os parece, don Damian?  
¿Vengo buena? ¿está bien puesto,  
O me sienta bien todo esto?

DAMIAN.

Todas las cosas están  
Como en su centro, señora.

JERÓNIMA.

Pues la bata y el brial  
Dijo que me estaba mal  
Esta criada habladora.

DAMIAN.

No hay tal, que os está de modo,  
Que aunque ahora no se ve,  
Yo aseguraré bien que  
Es de vuestra gala el todo.

JERÓNIMA.

Este pañuelo he estrenado,  
Y tambien estas manillas  
Con muy graciosas hebillas,  
Y este rosario estrellado.

ANA.

Y como yo me esmeré  
En peinarte hoy á la moda,  
¿Qué va, que la corte toda  
Se admira cuando te ve?

JERÓNIMA.

Aunque tú no me peinaras,  
No me has de poder quitar  
Este garbo en el andar,  
Ni otras circunstancias raras,  
Que me dió naturaleza.  
Y aquesto no es alabarme,  
Pues de ello quise adornarme,  
Ya que no me dió belleza.

DAMIAN.

¿Qué pesadez! ambas cosas  
Naturaleza te dió,  
Porque nunca he visto yo  
No ser bellas las garbosas;  
Que aunque la cara no sea,  
El alma, que encierran dentro  
De aquel bien dispuesto centro,  
Se da á entender que no es fea.

JERÓNIMA.

Lo mesmo me dicen todos,  
Todos no me han de engañar;  
A Dios tengo que alabar  
Por muy diferentes modos.

DAMIAN.

Vamos, si á misa hemos de ir,  
Que yo no puedo esperar,  
Y no os podré acompañar,  
Si es que tardais en salir.

JERÓNIMA.

Qué, ¿os enfadais de ir conmigo?

DAMIAN.

No, señora.

JERÓNIMA.

Es que creí,  
Que ibais á decir que sí.

DAMIAN.

Pongo al cielo por testigo.

JERÓNIMA.

Pues vamos acia allá fuera.  
Damian, dadme el brazo vos,  
Y ojalá que quiera Dios  
Que hallemos misa lijera.  
Mas por ver si bien tocada,  
O algo olvidado me dejó,  
Alcanza, Anita, ese espejo  
Para darme otra mirada.

ANA.

Aquí está: ¡Jesus mil veces!

Ya van treinta miraduras,  
Yo suelo mirarme á oscuras,  
Sin aquestas pesadeces.

JERÓNIMA.

¿Quieres igualarte tú  
Conmigo? ¿qué gracia, niña!  
¿Necesitas tu basquina,  
Manto, punta y pitibú?  
Daca el espejo, habladora.

ANA.

Abi está.

JERÓNIMA.

Pienso, señor,  
Que me está mejor la flor,  
Que no endenantes, ahora;  
Y es que como fatigada  
Estoy de haberme vestido,  
Con el afán que he tenido  
Estoy algo sonrosada.

DAMIAN.

Todo está bien: vamos pues.

JERÓNIMA.

Vamos bajando, y en tanto,  
Repara, Anita, ese manto,  
No sea que vaya al revés.  
¡Ay Jesus! yo me iba á misa  
Con los vuelos de dormir,  
Y así no puedo salir;  
Ve, y tráeme esotros aprisa.  
Vaya, vaya, que la gente  
Que en ello repararía  
Sin duda alguna diría  
Que iba en extremo decente;  
Despáchate.

ANA.

Voy, señora.

(Vase.)

JERÓNIMA.

Ni un rato pude lograr  
De poderme sola hallar  
Con vos, don Damian, y ahora,  
Que se ofreció esta ocasion,  
Hablemos de una vez claros,  
Porque mis sucesos raros  
De todas maneras son.  
Por vos anda el honor mio  
En peligro, don Damian,  
Todos ladrándole están  
Contra vos siempre á mi tio.  
Mucho escándalo se ha dado,  
Esto bien lo conoceis;  
Y pues cual decís teneis  
Un mayorazgo colmado;  
Si nos hemos de casar,  
Como me habeis prometido,  
No to echemos en olvido,  
Ni en esto hay que retardar;  
Pues como estoy hacendada,  
Y el dote saben que tengo,  
A estar cada dia vengo  
De muchos importunada;  
Y si acaso os descuidais,  
Aunque yo firme he de ser,  
Mirad que podreis perder  
Lo que tanto deseais.

DAMIAN.

Yo siempre me alegraría,  
Y nunca son mis intentos  
Otros que vuestros aumentos  
Y bien, Jerónima mia;  
Y si os he galanteado,  
Fué por solo imaginar  
Que no hubiera de intentar  
Nadie lo que yo he intentado.  
No porque os juzgué olvidada,  
Ni en oscura esclavitud;  
Sino porque la virtud  
Nunca suele ser buscada.  
Pero pues me decís vos



Que no falta quien os quiera,  
Si esto bien se considera,  
Dar mil gracias debo á Dios;  
Pues ya sabido se está,  
Sin que el decirlo me asombre,  
Que otro cualesquiera hombre  
Mas digno que yo será:  
Y así estoy muy consolado,  
Sin que á mí pena me aumente  
De que en lo que es conveniente,  
Señora, hayais mejorado.

JERÓNIMA.

¿ Con que ya ingrato decís,  
Con lisonja y mala fe,  
Que yo me case? Y bien sé,  
Que en cuanto me habláis mentis.  
¿ Con que ya tantas finezas,  
Tantas vueltas y paseos,  
Favores y galanteos  
A menospreciar empezas?  
Todo el tiempo se ha perdido,  
Que se ocupó en desear  
Lo que no se ha de gozar  
Por tu ingratitud y olvido.  
Pues vive Dios, que has de ver,  
Aunque me cueste la vida,  
Que es vibora enfurecida  
Despreciada una mujer.

DAMIAN.

De lo que gracias debieras  
Rendirme, ¿quejas me das?  
Considerálo, y verás  
Mis palabras verdaderas.  
No digo yo que no quiero  
Casarme contigo, digo,  
Que es mejor case contigo  
Algun rico caballero,  
Que con toda la decencia  
Te trate que tú mereces,  
Donde estés mejor mil veces  
Y con mayor opulencia.  
Mas sentiré yo el dejarte  
Que tú lo puedes sentir;  
Y no me he de despedir,  
Aunque te pierda, de amarte.  
¿ Puedo hacer mayor portento,  
Ni de mayor excelencia,  
Que es buscar tu conveniencia  
A costa de mi tormento?

JERÓNIMA.

Bien con eso te disculpas.

DAMIAN.

Mayor disculpa es, por Dios,  
Que Félix os quiere á vos.

JERÓNIMA.

Pues de eso á mí ¿ qué me culpas?

DAMIAN.

Rendido á vos le miré;  
Por vos no ha mucho que al Prado  
Me sacó desafiado.

JERÓNIMA

Pues yo no se lo mandé.

(Sale Ana.)

ANA.

Aquí están.

JERÓNIMA.

Vamos aprisa.

Que ellos causa hubieran sido,  
Si no hubiesen parecido,  
De que hoy perdiera la misa.  
Id delante; yo ya voy (Vase Damian.)  
Un poco mas consolada,  
Puesto que galanteada  
De dos á lo menos soy;  
Y uno ú otro bien se infiere  
Que caerán, y yo lo espero:  
Ó el uno porque lo quiero,  
Ó el otro porque me quiere.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON FELIX.

Ahora que solo he llegado,  
Y Jerónima y Damian  
Discurro que en misa están,  
Porque yo los he atisbado,  
Puede ser que halle ocasion  
De hablar á doña Maria,  
Y decir la pena mia  
Con respeto y sumision.  
Martinilla puede ser  
Que dijese alguna cosa,  
Que una es parlera, curiosa  
Otra: una y otra mujer.

### ESCENA II.

DON FELIX Y DOÑA MARIA.

MARÍA.

Don Félix, seais bien venido.

FÉLIX.

Seais, señora, bien hallada.

MARÍA.

Sea feliz vuestra llegada.

FÉLIX.

A los cielos eso pido.

MARÍA.

Qué, ¿ no habeis acompañado  
A mi prima?

FÉLIX.

No, señora.

MARÍA.

¿ Por qué?

FÉLIX.

Porque estoy ahora  
Mas altamente empleado.

MARÍA.

¿ Pues no estuvierais mejor  
Con mi prima?

FÉLIX.

No estuviera,  
Que á estarlo, lo dispusiera  
De otra manera el amor.

MARÍA.

¿ Qué amor?

FÉLIX.

El mucho que os tengo.

MARÍA.

Ahora es buena ocasion,  
Que de vuestra adulacion  
A hacer burla me prevengo.

FÉLIX.

¿ De mis afectos haceis  
Burla?

MARÍA.

Sí, don Félix, sí,  
Porque lisonjero os vi,  
Y vos bien lo conoecéis.

FÉLIX.

¿ Es lisonja la verdad?

MARÍA.

¿ Qué verdad?

FÉLIX.

El que yo os quiero.

MARÍA.

Dudo el que sea verdadero.

FÉLIX.

¿ En qué hallais dificultad?

MARÍA.

El corto mérito mio  
Me hace dudar.

FÉLIX.

Pues, señora,

Rompa de una vez los grillos —  
A mi silencio, y aunque  
El atrevimiento indigno  
De proferir que os adoro  
Pague con un ceño esquivo,  
Mas que morir de cobarde,  
Vale morir de atrevido.  
Don Félix soy de Contreras,  
Tengo un mayorazgo rico, —  
Y esperando por instantes  
Estoy, señora, el aviso  
De un pleito que á mi favor  
Se habrá sentenciado y visto; —  
Y por si acaso saliese  
En contrario, yo he venido —  
A hacer estas diligencias;  
Y porque sepaís que os digo  
La verdad, esta mañana,  
Cuando á una posada arribo,  
Hallé á este Damian, que un tiempo  
Solo fué mi conocido, —  
Aunque él, por lo que le importa,  
Dice que somos amigos.  
Trájome al instante aquí,  
Ponderándome el hechizo  
De vuestra prima, á quien ama  
El con afecto excesivo. —  
Yo confieso (ahora vereis  
Que es verdad lo que yo os digo) —  
Que á la primer vista todo  
Me arrebaté suspendido  
De sus aparentes gracias.  
No me avergüenzo al decirlo;  
Pero ya desengañado,  
Y habiendo bien advertido  
Cuán diferentes las dos  
Sois (y agradececd que omito  
Contar vuestras perfecciones),  
Ya de veras me he rendido  
A vos; vuestro esclavo soy: —  
No queráis que amor tan fino  
Se malogre; que yo os juro  
Por los cielos cristalinos, —  
Que no dejaré de amaros,  
Mientras me miraren vivo.  
Yo vengo recomendado  
Por cartas á vuestro tío, —  
Y al instante que me vea,  
Como yo le he conocido  
En Valladolid, me hará  
Cuanto agasajo imagino  
Pueda hacerme; y vos, señora,  
No olvideis lo que os he dicho.  
Ved qué respondeis, que ahora,  
Sin salir de aqueste sitio,  
Espero de vuestra boca  
La libertad ó el suplicio.

MARÍA.

Para responder, don Félix,  
Muchas cosas necesito.

FÉLIX.

Decídmelo.

MARÍA.

Satisfacerme  
Primeramente es preciso —  
De vuestro amor, porque quien  
Sin consideracion quiso —  
A mi prima, y la aborrece  
Casi en el instante mismo, —  
Es claro que no podrá  
Mostrar constancia conmigo.

FÉLIX.

El querer á vuestra prima  
Fué impensado é improviso;  
Mas el quereros á vos

Lance es ya muy prevenido.  
Y si no, ¿no os acordáis  
Del que en Valladolid fino —  
Aquella dichosa tarde  
Os libró de aquel peligro?

MARÍA.

Es verdad: bien os conozco.

FÉLIX.

Ved si mi amor es antiguo. —

MARÍA.

Pues ¿cómo amaste á mi prima?

FÉLIX.

No os habia conocido. —

MARÍA.

Ni ahora conoceis tampoco  
El corto mérito mio. —

FÉLIX.

Pues yo os respondo tambien,  
Y con toda el alma os digo, —  
Que el artífice supremo  
Mostrar su habilidad quiso, —  
Quando os formó tan hermosa;  
Y aunque no queráis oírlo,  
Decid que es por despreciarme,  
Y no busqueis coloridos  
A vuestro rigor; y ahora,  
Que ya el desengaño he visto, —  
Quedaos con Dios.

MARÍA.

Don Félix:

¿Qué, sois tan ejecutivo! —

FÉLIX.

Para decirme sí ó no,  
Que hay bastante tiempo he visto. —

MARÍA.

Pero decid, si á mi prima  
No quereis y habeis querido —  
En un tan pequeño espacio,  
¿Es recelo vano el mio? —

FÉLIX.

Que la quise á vuestra prima  
No dije, que á haberlo dicho, —  
Vive Dios que la quisiera,  
Aunque estorbos infinitos  
Se opusieran á mi intento;  
Y pues á vos os lo digo, —  
Imaginad que es verdad,  
O me doy por ofendido  
De que á un hombre como yo  
Le trateis de fementido; —  
Pues quien engaña á una dama  
Hace tan grande delito. —  
Quedad con Dios.

MARÍA.

Mira, Félix.

FÉLIX.

¿Qué decis?

MARÍA.

Que no me animo

A decir nada. —

FÉLIX.

¿Por qué?

MARÍA.

Porque es grande empacho el mio. —

FÉLIX.

Yo para engañar le tengo;  
Mas cuando la verdad digo, —  
Ella misma me da alientos  
A hablar lo que solicito. —

MARÍA.

Pues démele á mí tambien:  
No estrañes, don Félix mio, —  
Que este recato, en mi propio,

Me tenga el labio encogido. —  
Ni estrañes, que ya que suelto  
La voz, parezca al decirlo. —  
Que yo estoy acostumbrada  
A semejantes estilos; —  
Porque el que una mujer mire  
Al santo fin que yo miro, —  
Ni es de su calidad mengua,  
Ni es de su fama delito.  
Te vi, y bien me pareciste;  
Perdona, si no te digo —  
Que te quiero, que me abraza  
La vergüenza al proferirlo. —  
Diez y siete mil ducados,  
Y aun mas es el dote mio, —  
Yo soy tuya, así los cielos  
Lo han dispuesto y lo han querido: —  
Y sienta no tener cuanto  
Engendra el Potosí rico, —  
Para ofrecerte por muestras,  
Félix, de lo que te estimo. —

FÉLIX.

No al oro y plata, señora,  
A ti solamente aspiro. —

MARÍA.

¿Me faltarás?

FÉLIX.

¿Qué es faltar?

Primero que lo que digo —

Falte, verás desplomarse —

Los círculos de zafiros. —

MARÍA.

¿Y mi prima?

FÉLIX.

Que tal cosa

No me nombres te suplico. —

MARÍA.

Es que temo...

FÉLIX.

Pues ¿qué temes?

MARÍA.

Si serás para cumplirlo. —

FÉLIX.

Mas temo yo tus mudanzas.

MARÍA.

Que no las temas te digo. —

FÉLIX.

Con que ¿no temo?

MARÍA.

No temas.

FÉLIX.

¿Serás mia?

MARÍA.

¿Serás mio? —

FÉLIX.

Sí.

MARÍA.

Sí.

FÉLIX.

Pues adios, señora.

MARÍA.

Adios... pero aquí mi tío —

Viene.

FÉLIX.

No importa, que yo  
Saldré bien de este peligro. —

## ESCENA III.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

¿Con quién estabas hablando?  
Mas ¡cielos! ¿qué es lo que miro? —  
¡Don Félix!

FÉLIX.

A vuestras plantas  
Estoy, señor don Rodrigo. —

RODRIGO.

Enhorabuena á mi casa  
Vos seais muy bien venido; —  
Y ¿cuándo fué la llegada?

FÉLIX.

Poco tiempo ha: de mi tío —  
El catedrático traigo  
Esta carta, que á vos mismo —  
Dijo que se la entregara.

RODRIGO.

Somos muy grandes amigos. —  
Y ¿cómo está?

FÉLIX.

Le déjé

Con salud para servirlos. —

RODRIGO.

¿Y toda la demás gente?

FÉLIX.

Buenos.

RODRIGO.

Todos los antiguos —  
Concurrentes á la mesa  
De naipes de vuestro tío, —  
¿Cómo están?

FÉLIX.

Con salud todos.

RODRIGO.

¿Qué bien que nos divertimos  
Las noches de los inviernos!

FÉLIX.

Y ahora hacen todos lo mismo. —

RODRIGO.

Me alegro; y vos ya sabeis,  
Aunque es ocioso el decirlo, —  
Que tengo casa en Madrid;  
Y aunque deba haber sentido, —  
Que sin atender á aquesto  
A una posada hayais ido, —  
Con todo, aun tiene remedio.

FÉLIX.

Es fineza que yo estimo; —  
Mas no quiero molestaros.

RODRIGO.

Ninguna disculpa admito; —  
En mi casa habeis de estar:  
Dile al escribiente mio, —  
Mariquita, que se llegue  
Por los trastos mas precisos —  
A la posada, que así  
Sé yo honrar á mis amigos.

FÉLIX.

Obligado me confieso.

RODRIGO.

Y en el cuarto junto al mio  
Poned la cama á don Félix.

MARÍA.

Voy, señor.

RODRIGO.

Debo advertiros, —  
Que al cuarto de mis sobrinas  
No entreis con ningun motivo, —  
Porque no parece bien,  
Y tal llaneza no admito, —  
Ni aun de sus mismos parientes:  
Esto acá es cierto capricho, —  
No de viejo, sino de  
Hombre de maduro juicio, —  
Que sabe lo que es el mundo;  
Y cuando á casa rendido —  
Vengais de pasear la corte,



Podeis muy bien divertirios  
En mi estudio con mis cuadros,  
Con mis mapas y mis libros. —  
Ved, que lo dicho, don Félix,  
No lo pongais en olvido. —

FÉLIX.

A todo cuanto mandais  
Obediente me resigno. —

(Sale doña María.)

MARÍA.

Ya todo dispuesto queda.

RODRIGO.

Pues ahora yo me retiro —  
Con vuestra licencia á leer  
La carta.

FÉLIX.

En ella mi tío —  
Os informa por estenso,  
Señor, á lo que he venido. —

RODRIGO.

Ved que lo dicho, don Félix,  
No lo pongais en olvido. —

## ESCENA IV.

DON FÉLIX Y DOÑA MARÍA.

MARÍA.

Dichosa ha sido mi suerte.

FÉLIX.

Mas feliz la mía ha sido,  
Porque así habré conseguido  
A menudo hablarte y verte;  
Y aunque con tanto rigor  
Quiere impedirlo tu tío,  
Es un loco desvario  
Poner riendas al amor.  
Ahora voy á la posada  
A decirle al escribiente,  
Que traiga lo conveniente,  
Porque no se olvide nada.

MARÍA.

Adios.

FÉLIX.

Adios.

MARÍA.

¡Santo cielo!

Hoy vuestro poder me valga,  
Permitidme que bien salga  
Mi cuidado y mi desvelo.  
Mi casto intento premiad,  
Pues que lo sabeis bien claro,  
Y hallé en vosotros amparo  
La encogida honestidad.

## ESCENA V.

DOÑA MARÍA, DOÑA JERÓNIMA  
Y DON DAMIAN.

JERÓNIMA.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué cansada,  
Prima, vengo, y qué molida!  
Una silla, por tu vida,  
Arrima, y ponla una almohada.

MARÍA.

Ya dos sillas aquí están.

JERÓNIMA.

Pues vendreis cansado vos,  
Sentaos un poco, por Dios,  
Que ya os ireis, don Damian.

DAMIAN.

Poco estaré.

JERÓNIMA.

Vaya, vaya,  
Que está la calle Mayor  
Con tanta gala y primor,  
Que casi pasa de raya.

Un aderezo que ví,  
Mejor no se puede hallar,  
Con su peto y su collar,  
Con lazos y escusali.  
Por no buscarle no estreno,  
Porque estará ya olvidado  
Otro que tengo guardado  
Que es, si no mejor, tan bueno.  
No me puedo levantar,  
Cierto que esto es penitencia;  
Pero con vuestra licencia  
Voy á entrar me á desnudar.

## ESCENA VI.

DOÑA MARÍA Y DON DAMIAN.

MARÍA.

Yo tambien me voy.

DAMIAN.

Señora,

¿Solo me quereis dejar?

MARÍA.

Sí.

DAMIAN.

Es que os tengo yo que hablar.

MARÍA.

¿Qué quereis hablarme ahora?

DAMIAN.

Suspended un poco el paso,  
Y escuchadme.

MARÍA.

Ya os escucho.

DAMIAN.

Con amor y miedo lucho.  
Todo me hielo y me abraso. (Ap.)

MARÍA.

Decid, pues.

DAMIAN.

Digo, señora,  
Que antes de todo postrado  
A vuestras plantas os pido  
Perdon de lo temerario —  
Que he de andar en lo que diga;  
Mas yo solo confiado —  
En vuestra piedad, espero  
Que no formareis agravio —  
Yo, señora, conociendo  
Los quilates y los grados —  
De vuestra hermosura, digo  
Que humilde los idolatro,  
Digo que os quiero de veras,  
Y mas que á mi vida os amo;  
Y en fin.....

MARÍA.

No me digais mas.

DAMIAN.

Con que ¿os habéis enojado?

MARÍA.

¿No me he de enojar, si veo  
Claramente un desengaño —  
De vuestra inconstancia ingrata?

DAMIAN.

Pues sabed, que porfiando —  
Se vence un muro, y un monte  
Suele venir desplomado, —  
Se labra un diamante, y todo  
Se le rinde al tiempo cano. —

MARÍA.

Menos mi pecho, que está  
De vos muy desengañado. —

DAMIAN.

Pues por mas que os retireis,  
Yo no he de dejar de amaros; —  
Y en oyendo mi razon  
Os reduciréis acaso —

MARÍA.

Primero que me reduzca,  
Domesticareis un mármol. (Vase.)

DAMIAN.

No hay mujer que á la lisonja  
Resista por grande espacio. —

## ESCENA VII.

DON DAMIAN Y DON FÉLIX.

FÉLIX.

Don Damian.

DAMIAN.

Don Félix.

FÉLIX.

Tengo

Un grande gusto que daros. —

DAMIAN.

Yo á vos una enhorabuena.

FÉLIX.

Las abricias que yo aguardo, —  
Por la noticia que os dé,  
Son muy grandes.

DAMIAN.

He pensado, —

Que aun me las dareis mayores  
Por las nuevas que yo os traigo. —

FÉLIX.

Yo quiero hablar el primero.

DAMIAN.

Antes yo pretendo hablaros. —

FÉLIX.

He de ser yo.

DAMIAN.

No has de ser.

FÉLIX.

Pues hablaremos estrambos —  
De una vez.

DAMIAN.

Es imposible.

FÉLIX.

Mas ¿qué os estais recelando —  
De lo que voy á decir?

DAMIAN.

Mas ¿qué vos habeis pensado? —

FÉLIX.

Nada pensé: oid.

DAMIAN.

No escucho.

FÉLIX.

Pues lo diré al aire vano. —

DAMIAN.

Fuerza es oír; oigo pues.

FÉLIX.

Pues ya veis que ha poco rato,  
Que porque os dije que amaba  
A Jerónima, enojado  
Con razon de que os quitase  
Lo que ha tanto estais amando,  
Con dolor de la amistad  
Salimos desafiados.

DAMIAN.

Es verdad...

FÉLIX.

Pues, porque no haya  
Entre amigos mas agravios, —  
La olvidé...

DAMIAN.

No lo sabrá,

Que yo tambien la he dejado. — (Ap.)

Oid...

FÉLIX.

Aguardad que acabe,  
Y os escucharé despacio.

DAMIAN.

Ahora me toca á mi.

FÉLIX.

Mientras no he finalizado  
Mi razonamiento, ¿es justo  
Que vos queráis estorbarlo?  
Escuchad, ó vive Dios...

DAMIAN.

Mas valiera no escucharlo.

FÉLIX.

Digo pues que porque no haya  
Entre amigos mas agravios,  
A Jerónima déjame,  
Y el corazon me ha robado.  
Su prima doña María.

DAMIAN.

¿Que esto escucho, y no le mato! (Ap.)

FÉLIX.

¿Qué decis?

DAMIAN.

¡Hombre, á quien juzgo

Que trajo á Madrid el diablo;

Solo por mortificarme,

Y para ser mi contrario!

¿Posible es que á cuantas cosas

Dispongo, imagino y trato

Te das de oponer?

FÉLIX.

Pues ahora

Que alegre estaba esperando

De vos agradecimientos

Por la fineza que os hago,

¿Sin cuidar del beneficio

Con ingratitud os hallo?

DAMIAN.

¿Qué beneficio me has hecho,

Hombre, que el infierno trajo

Para estorbar mi quietud?

Sabe que yo imaginando

Que un grande favor te hacia,

Veniéndome todo cuanto

Fué posible, te he cedido

A Jerónima; milagro

Es este de mi amistad;

Y como nunca inclinado

Te ví á su prima, escógila;

Y ya que una me has quitado,

Otra pretendes quitarme,

Para que si yo la alargo,

Ver en quién pongo los ojos,

Y obligarla de contado.

FÉLIX.

¿Con que á la bella María  
Amáis?

DAMIAN.

Esto es, Félix, claro.

FÉLIX.

No sé cómo con la espada  
La respuesta no os he dado.

¿Con que tal atrevimiento

Tenéis al ver que yo honrado,

Por ser gusto antiguo vuestro

Jerónima, os la he dejado!

DAMIAN.

Pues ya de parecer mudo.

FÉLIX.

No sé si podreis lograrlo.

DAMIAN.

Lograrélo con la espada.

FÉLIX.

Pues, aunque viole el sagrado,

TOMO II.

Y aunque el honor aventure  
De ambas primas, porque osado  
Mas no seáis, no habeis de  
Salir vivo de este cuarto;  
Sacad la espada...

DAMIAN.

Aunque cierto

Es que el sacarla es extraño

Contra un amigo, allá voy.

FÉLIX.

Siempre andais muy remirado

Cuando llegais á reñir.

DAMIAN.

Y ahora mas que nunca ando.

Lo primero y principal

Por el paraje en que estamos;

Lo otro, porque si de antes

Que eligiese ella dejamos,

Será bien hecho que ahora

Lo que allí hicimos hagamos.

FÉLIX.

¿Con que á su eleccion quereis

Que este duelo renitamos?

DAMIAN.

Si.

FÉLIX.

Pues aunque sé muy bien,

Que afronta á un enamorado

Consentir competidor

Que se muestre apasionado,

Como sé que contra mí

Sois tan pequeño contrario.

Que aun me enfrentará el vencedor,

Para ver si os desengaña

He de consentir en ello;

Y así obliguémosla entrambos,

Y esté en su eleccion el ser

O dichoso ó desdichado.

DAMIAN.

Pues porque á mí me es preciso

Ir á hacer cierto recado,

Iré y volveré, don Félix,

De aquí á brevisimo rato.

FÉLIX.

Id con Dios.

## ESCENA VIII

DON FELIX Y DOÑA JERONIMA.

JERÓNIMA.

Señor don Félix,

¿Cuánto me alegro de hallaros!

FÉLIX.

Pues ¿qué mandais?

JERÓNIMA.

Seré breve.

FÉLIX.

Decid.

JERÓNIMA.

Vos sois avisado,

Y sabeis muy bien lo que

Una mujer de mi estado

Se corre al decirle á un hombre,

Que de su amor se ha prendado;

Y bien sabeis que cualquiera

Debe estar muy obligado

A semejante favor.

Yo (aunque me afronto al hablarlo)

Os quiero bien, ya lo he dicho,

Ved que respuesta no aguardo,

Porque supongo que á vos

No os conviene el ser ingrato.

Ved que una mujer os ruega

De mi sangre y de mi estado.

## ESCENA VIII.

DON FELIX.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer

En un lance tan extraño?

Si lo que á mí me sucede

Se fingiera en un teatro,

Lance propio de comedia

Lo juzgara el vulgo vano.

Apenas á Madrid llevo,

Y aun mis cosas no he empezado

A disponer, y tan pronto

Tantas confusiones hallo.

Despechada una mujer,

Que me quiere me ha mostrado;

El otro quiere á la otra,

Que es á quien de veras amo.

A esta, cierto, no la quiero;

Mas ¿cómo he de ser ingrato

A una mujer que me ruega?

Mas si á su prima idolatro,

¿Cómo he de poner en otra

Ni mi amor ni mi cuidado?

Y si el otro me ha cedido

Cauteloso ó cortesano

La que él primero adoraba,

Y ahora á mí me está adorando,

Y él quiere la que yo quiero,

Le hago grandísimo agravio

En no ceder, pues cedio,

Y él su gusto ha sujetado.

Pero todas estas cosas

Vinieran muy bien al caso,

Si no hubiera en medio amor;

Pero, pues amor ha entrado,

Ni Jerónima ó Damian,

Ni el mundo que esté en contrario,

Ni uno con solisterias,

Ni la otra con halagos

Me apartarán, ó María,

Del amor que te he mostrado.

## ESCENA IX.

DON FELIX, DON DAMIAN, y luego

ANA.

DAMIAN.

¿He tardado?

FÉLIX.

No par cierto,

Don Damian, no habeis tardado.

DAMIAN.

Pues yo ya habia juzgado

Que el cuarto estuviere abierto,

O que hubiesen ya salido

Las dos á conversacion.

FÉLIX.

Aun no será la ocasion.

DAMIAN.

Pues á buen tiempo he venido.

FÉLIX.

Pues mientras tanto que salen,

Ya que no hemos de reñir,

Mirad si quereis venir

Fuera.

DAMIAN.

Tus palabras valen

Mucho hoy conmigo; gustoso,

Aunque yo que hacer no tengo,

A seguirte me preveugo,

Por no hacerme sospechoso

Con quedarme.

ANA.

Andad con Dios;

Mas presto volver podeis,

Si por ventura quereis

Hablar despacio á las dos.



FÉLIX.

Ya volvemos.

## ESCENA X.

DOÑA JERONIMA y ANA.

JERÓNIMA.

Ya te dije,

Anita, como le hablé;  
 La respuesta no aguardé,  
 Y el aguardarla me atige.  
 No se debiera buscar  
 Bien alguno, ni querer,  
 Tan solo por no tener  
 El trabajo de esperar.  
 Y es tan grande este dolor,  
 Que segun llevo á pensar,  
 Si es malo el desespear,  
 El esperar es peor;  
 Porque el bien, si es que se alcanza,  
 No causa placer cumplido,  
 Como está el pecho rendido  
 Al rigor de la esperanza.  
 Y á no haber sabido cierto,  
 Que por mí desaliado  
 Sacó á don Damian al Prado,  
 Primero nie hubiera muerto,  
 Que decirle mi pasión;  
 Pero como su amor sé,  
 Por eso, Anita, le hablé  
 Con tanta resolucion,  
 Don Damian ya he conocido,  
 Y me lo dijo el criado,  
 Que es un tramposo, preciado  
 De discreto, y presumido.  
 Estoto es rico y galante,  
 Y es sin duda que me quiere;  
 Y como se dispusiere  
 Nuestra boda en un instante,  
 Tú serás mi camarera,  
 Y por de dia y de noche  
 Siempre hemos de andar en coche,  
 Tú al vidrio y yo á la testera.  
 Si una bata entonces saco,  
 Sacaré otra para tí,  
 Un reloj y escusali,  
 Con tu caja de tabaco.  
 Estando así tan bonitas,  
 Tendremos mil galanteos,  
 Por lucir en los paseos  
 Y campar en las visitas.

ANA.

Y las cosas no escusadas,  
 Que en casa sean menester?

JERÓNIMA.

Para lo que haya que hacer  
 Recibiré otras criadas.

ANA.

Bien.

JERÓNIMA.

Compraré manteletas  
 De unas que he visto á la moda.  
 Bata hecha de aguja toda,  
 Paletinas y cofietas.

ANA.

Cualquiera moda que salga,  
 Por Dios, señora, que sean  
 Las primeras que se vean  
 Posotras con ella.

JERÓNIMA.

Y valgan \*

Las cosas lo que valieren,  
 Yo mi nombre he de perder,  
 Si habrá en la corte mujer  
 Que antes con ellas las vieren.

ANA.

No tengo que responder,  
 Ni responderá el mas ducho;

Ahora me afirmo en que es mucho  
 Lo que alcanza una mujer.

JERÓNIMA.

Pues ahora solo me falta  
 Componerme mas y mas.  
 ¿Van bien los pliegues de atrás?  
 ¿La chinelita azul resalta?

ANA.

Todo está bien.

JERÓNIMA.

La verdad,  
 Di: ¿te parezco donosa?

ANA.

No vi mujer mas hermosa  
 Ni con tanta gravedad.

JERÓNIMA.

¿Está este peinado igual?

ANA.

Él está, que ni pintado.

JERÓNIMA.

¿Es porque tú me has peinado?

ANA.

Por Dios que no digas tal.

JERÓNIMA.

Con que ¿puedo parecer?

ANA.

Y tan bien, que el que te viera,  
 Es preciso que te quiera  
 Sin poderse contener.

JERÓNIMA.

¿A Félix le gustaré?

ANA.

Al instante que te vea  
 Se ha de hacer una jalea.

JERÓNIMA.

Pues yo albricias te daré;  
 Pero entrémonos lijeras,  
 Verás con la astucia rara  
 Que me compongo la cara.  
 Entrame aquí las salseras.

ANA.

Que queráis entrar me espanto,  
 Pues ¿no está aquí el tocador?

JERÓNIMA.

Si, pero adentro es mejor,  
 Por si vienen mientras tanto.

## ESCENA XI.

DICHAS y DOÑA MARÍA.

ANA.

Aqui está doña María.

JERÓNIMA.

Adios, que tengo que hacer.

MARÍA.

Pues vuelve presto, mujer.

JERÓNIMA.

Al instante, prima mia.

## ESCENA XII.

DOÑA MARÍA y MARTINA.

MARTINA.

Contenta estás.

MARÍA.

Si lo estoy.  
 Martina; y el caso fuera  
 Que el caso se compusiera,  
 Y quedara acabado hoy.

MARTINA.

Puede ser.

MARÍA.

No es imposible.

MARTINA.

Con que ¿él de veras te quiere?

MARÍA.

Lo cierto es que por mí muere.

MARTINA.

Mas ya sabes lo terrible  
 Que á las dos habló tu tío,  
 Sobre que no entrase aquí.

MARÍA.

Pero ¿qué se me da á mí,  
 Si ha de ser esposo mio?

MARTINA.

Ya presto vendrá á comer.

MARÍA.

Mucho no puede tardar.

MARTINA.

Pisadas oigo sonar.

MARÍA.

Alárgate un poco á ver.

MARTINA.

No es él, que es el pisaverde.

MARÍA.

¿Damian? Voime como un trueno,  
 Que este hombre en malo ni en bueno  
 Quiero que de mí se acuerde.

## ESCENA XIII.

MARTINA, DON DAMIAN y ROQUE.

DAMIAN.

Calla, Roque.

ROQUE.

Si es verdad....

DAMIAN.

Calla, diablo.

ROQUE.

Lo que digo.

MARTINA.

Voime, pues no hablan conmigo,  
 Por no oír su necesidad. (Vase.)

DAMIAN.

Calla, y da gracias á Dios,  
 Que no te he roto allá fuera  
 Esa cabeza alañera.

ROQUE.

Pues ya que estamos los dos  
 Solos, y no me das blanca,  
 Cobrar quiero en modo raro,  
 Porque por hablarte claro  
 El corazon se me arranca.  
 Dime, infeliz mequetrefe,  
 Pobre trompeta, holgazán,  
 Que eres un pobre bausán,  
 Y andas llingiéndote un jefe:  
 ¿Quién demonios te ha soplado.  
 Por arte de Bercebú,  
 O de dónde sacas tú  
 Que he de ser yo tu criado?  
 Bien sabes tú que sirviendo  
 Estamos con cierto usia,  
 Y en su casa todo el dia  
 Te llaman Juan Pereciendo.  
 El tal amo lamerón,  
 Que el soltar cuartos le amarga,  
 Bien ves que la paga alarga,  
 Y que acorta la racion.  
 Tú estos daños resarcidos  
 Tienes en los bienes snyos;  
 Pues diciendo que son tuyos,  
 Vas á lucir sus vestidos.

DAMIAN.

Ya conozco tu malicia,  
Infame, y tu infiel capricho;  
Ya yo bien sé lo que has dicho,  
Mas no ha de faltar justicia.

ROQUE.

Mas que me ahorquen en hablando.

DAMIAN.

Calla.

ROQUE.

No quiero callar.

DAMIAN.

Suño, por no alborotar.

ROQUE.

Y que estés enamorado \*  
De esa infeliz pobretona,  
Que no tiene ni ha tenido  
Nada, y tú tienes creído  
Que es una gran señorona!  
El verla es cosa de risa,  
Pues con agujero tanto  
Parece punta de manto  
El baldon de su camisa.  
Y aunque anda tan á lo majo  
Por encima y pulidito,  
No lo creas, pobrecito,  
Que está la manla debajo.  
Además, voy á otra cosa:  
Si esta ha de ser tu mujer,  
¿Sabes tú qué sabe hacer,  
Si es humilde y hacendosa?  
Ahora bien, yo la pregunto,  
Dígame esta niña: ¿cuál  
Se llama punto pascual?  
¿Cuál es de sábana el punto?  
¿Cómo se pone un guisado?  
¿Cómo se arrima una olla?  
¿Cuántos cachos de cebolla  
Se echan en un estofado?  
Vaya, que no sabe nada  
De esto, ni ella lo ha estudiado!  
Solo en hacer un guisado  
juzgo que será estremada.

DAMIAN.

¿Cuál es?

ROQUE.

El carnero verde.

Solo de esta cosa infiero,  
Que por ser hacer carnero  
La tal muchacha se acuerde.

DAMIAN.

Calla, tonto.

ROQUE.

Yo, ¿por qué?

DAMIAN.

Porque hablas equivocado.

ROQUE.

¿La dejaste, ó te has casado?

DAMIAN.

¿Qué es casar? ya la dejé.

ROQUE.

Me alegro, por vida mía.

¿No tienes dama?

DAMIAN.

Si.

ROQUE.

Bien:

Pero, no sabremos quién?

DAMIAN.

Su prima doña María.

## ESCENA XIV.

DON DAMIAN, DON FELIX Y ROQUE.

FÉLIX.

Aquel de Valladolid,  
Don Damian, me ha detenido;  
El no sabe que he venido  
Esta mañana á Madrid.  
¿Han salido?

DAMIAN.

Todavía;

Mas ahora digo que sí.

Jerónima viene aquí,  
Y tambien doña María.

## ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA JERONIMA, DOÑA  
MARÍA, ANA Y MARTINA.

FÉLIX.

Señoras, á vuestros piés.

DAMIAN.

Mi rendimiento se inclina.

ROQUE.

Y yo á los tuyos, Martina.

MARÍA.

Ya es bien tarde; ¿qué hora es?

JERÓNIMA.

Ved el reloj, don Damian.

ROQUE.

Adios, fueros guapetones;  
Cosidas á los calzones  
Las cadenillas están.

DAMIAN.

¡Infame!

FÉLIX.

No os inquietéis,  
Dejadle por donde estais.  
Señora, la que buskais  
En mi reloj la hallareis.

(Da el reloj á doña María.)

MARÍA.

Tarde es ya.

JERÓNIMA.

Sillas tomad.

LOS DOS.

Con vuestra licencia.

MARÍA.

Aquí

Fijamente la hora vi;  
Tomad el reloj.

FÉLIX.

Dejad.

JERÓNIMA.

Oyes, necia, descuidada,  
Sosa, dime: ¿por qué no  
Me trajiste el dominó?

ANA.

Tiene una punta rasgada.

MARÍA.

Tened.

FÉLIX.

Miradle despacio.

MARÍA.

Ya le he mirado bastante.

FÉLIX.

Ved, qué firme este diamante,  
Y qué hermoso este topacio.

ANA.

Mas ¿quién viene?

JERÓNIMA.

El tío es.

MARTINA.

Ahora aquí será la risa.

MARÍA.

Tomad el reloj aprisa.

FÉLIX.

Yo le tomaré después.

## ESCENA XVI.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

¡Válgame Dios! honra mía,  
Que á tan infeliz estado  
¿Posible es que hayas llegado  
Por la infamia y picardía  
De dos sobrinas malvadas,  
De un huésped que infiel ha sido,  
De un pícaron atrevido  
Y dos perversas criadas?  
Mas no quiero alborotar;  
Con paz averiguar quiero  
Lo que responden primero,  
Y después determinar.  
No cuido de este bribón;  
De Félix quiero saber,  
Que á estotro yo le haré hacer  
Lo que fuere de razon.  
Don Félix, hablemos claros,  
¿Qué os he dicho cara á cara?

FÉLIX.

La verdad: que aquí no entrara  
Por los motivos mas raros  
Que se ofrezcan.

RODRIGO.

Y que á vellas,

Sin á nadie exceptuar,  
Nadie á este cuarto ha de entrar,  
Que no se case con ellas.

FÉLIX.

Cierto.

RODRIGO.

Y no lo habeis cumplido.

FÉLIX.

¿No cumplí? ¿cómo que no?  
Vuestro honor licencia dió  
Que el que fuese su marido  
Entre sin repulsa alguna,  
Y aunque hoy vine, y entré hoy,  
Yo cumplo como quien soy  
En casándome con una.

ROQUE.

Yo con otra.

RODRIGO.

Tú, alcabute,

¿Tambien estabas aquí?

ROQUE.

Yo vengo á tratar por mí,  
Que no por ningún pobrete.

RODRIGO.

Y vos podeis de conta do  
A la otra prima elegir,  
Pues ninguno ha de salir  
Sino que salga casado.

ROQUE.

Esto va bueno, por Dios.

DAMIAN.

Yo lo acepto.

ROQUE.

Yo tambien.

RODRIGO.

Solo resta el ver á quién  
Los dos quereis de las dos.

DAMIAN.

Yo, señor...



FÉLIX.

Tened un poco.

DAMIAN.

A mí me toca escoger.

FÉLIX.

No sé cómo podrá ser,  
Porque yo ya me sofoco.

DAMIAN.

Yo tambien.

RODRIGO.

No haya quimera :  
Mientras lo hablamos los tres,  
Vosotras, niñas, bien es  
Que os retireis allá fuera.

## ESCENA XVII.

DON FELIX, DON DAMIAN Y DON  
RODRIGO.

DAMIAN.

Don Félix está prendado  
De Jerónima la bella.

FÉLIX.

Vos me trajisteis por ella,  
Siendo de ella enamorado.

DAMIAN.

Yo de ella ya no lo estoy.

FÉLIX.

Don Damian, si no lo estais,  
¿Por ventura os acordais,  
Que de ella me hicisteis hoy  
Una arenga tan famosa,  
Que pareció relacion  
De don Pedro Calderon,  
Alabándola de hermosa?  
Pues queriedla vos, que á mi  
Me toca doña María;  
Ella tiene prenda mía.

DAMIAN.

¿Cuál?

FÉLIX.

El reloj que la di.

DAMIAN.

Viste á Jerónima; al verla,  
Sin respetar mi amistad,  
Con ciega temeridad  
Te inclinastes á quererla.

FÉLIX.

Y la dejé, aunque la quise,  
Por solo ver que era vuestra.

DAMIAN.

Yo os la cedi.

FÉLIX.

Yo tambien,  
Y mi afición á las prendas  
Rendi de doña María.

DAMIAN.

Con tal que no sea á ella,  
Servid y amad á la otra.

FÉLIX.

No ha mucho que en esta pieza  
Me dijisteis, persuadiendo  
Que mi afecto la rindiera;Si á Jerónima no es,  
A doña María sea.  
Doña María ha de ser,  
Aunque el mundo se opusiera.

DAMIAN.

Pues os haré mil pedazos  
Antes que caseis con ella.

FÉLIX.

Ya ni atencion, ni cordura,  
Ni respeto, ni prudencia  
Bastan; la espada responde  
A semejante insolencia.

DAMIAN.

Tambien la mia.

RODRIGO.

Teneos :  
Ninguno á violar se atreve  
El decoro de mi casa;  
Dejémoslo á eleccion de ellas.

FÉLIX.

Soy contento.

DAMIAN.

Muerto estoy,  
Mas el conceder es fuerza.

RODRIGO.

Salid.

## ESCENA XVIII.

TODOS.

LAS DOS.

¿Qué mandas, señor?

RODRIGO.

Que cada cual al que quiera  
Elija para marido.

LAS DOS.

Don Félix, mi mano es esta.

RODRIGO.

¿Qué es esto!

DAMIAN.

Perdido soy.

JERÓNIMA.

Que Don Félix me corteja,  
Y es mi amor; hoy por mí al Prado  
Fué á reunir una pendencia.

MARÍA.

Don Félix me ha prometido  
Hoy ser mi esposo, y en esa  
Suposicion hablo así.

RODRIGO.

Nueva confusion es esta.

JERÓNIMA.

Mi esposo es.

MARÍA.

Es mi marido.

RODRIGO.

Apuremos la materia :  
Don Félix, ¿á cuál quereis?

FÉLIX.

Dí palabra, y cumpliréla,  
Señor, á doña María;  
Su prima se engaña ciega,  
Pues juro que no la deboObra, palabra ni oferta,  
Mas que su necia esperanza.

RODRIGO.

Pues sin acomodo queda,  
Dad la mano al punto vos.

DAMIAN.

Yo no me caso con ella.

RODRIGO.

Pues ¿por qué?

DAMIAN.

Por ser quien es.

JERÓNIMA.

Pues no quede yo en afrenta :  
Cáseme, y sea el que fuere,  
Sombra de marido tenga;  
Cumplid, don Damian, lo que  
Me ofreceis por estas letras.  
(Saca un papel.)

RODRIGO.

No hay remedio.

DAMIAN.

Si no le hay,  
Preciso es que me convenga,  
Aunque desde aqueste instante  
Mi infierno ya en vida empieza  
Con tal mujer.

ROQUE.

Chica.

MARTINA.

¿Qué?

ROQUE.

¿Te cansas de ser soltera?

MARTINA.

Yo sí.

ROQUE.

Pues daca esa mano.

MARTINA.

¿Y comer?

ROQUE.

Aqueso deja.

¿Con qué ha de comer tu ama,  
Y se casa? pues pasa ella,  
No hay que temer.

RODRIGO.

A esta infame,  
Porque obró como quien era,  
Los vestidos de su prima  
Quitadla.

MARÍA.

No.

RODRIGO.

Vayan fuera.

(Quitánla la bata, y queda muy ridícula.)

ROQUE.

Si á él quitaran lo prestado,  
Sin duda que pareciera,  
Por la desnudez de entrambos  
Matrimonio de Adán y Eva.

TODOS.

Y todas las que la imiten,  
Si para tías no quedan,  
Pararán en el estado  
Que paró la Petimetra.

# HORMESINDA, TRAGEDIA.

## PERSONAS.

PELAYO.  
HORMESINDA.  
TRASAMUNDO.

GAUDIOSA.  
ELVIRA.  
FERRANDEZ.

MUNUZA.  
ZULEMA.  
TULGA.

GUARDIAS DE MUNUZA.  
GUARDIAS DE PELAYO.

*La escena se representa en una sala del alcazar de Jijón.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

HORMESINDA, ELVIRA.

ELVIRA.

Bella Hormesinda, temple el sentimiento,  
Suspende tu continuo y triste llanto;  
Da lugar al consuelo, amada, y tanto  
No llores y suspiros afligida.  
Mucho tardar no puede ya tu hermano  
En volver á Jijón; su brazo heróico  
Dejará la insolencia castigada  
Del tirano Munuza: tú vengada  
Por su acero serás; no desconfies,  
Y vuelve á serenar el rostro bello,  
Que contemplan los miseros cristianos  
Como única señal de su fortuna.  
La miseria en que gimen importuna  
Consuelan con mirarte como hermana  
De Pelayo, su asilo y su esperanza;  
Y así, porque su aliento no desmaye,  
Suspende el llanto, esfuerza la alegría.

HORMESINDA.

¿Cómo podré alegrarme, Elvira mia,  
Ni cómo fácil es que se consuele  
La infeliz Hormesinda, que infamada  
Se mira por un bárbaro villano?

ELVIRA.

No es cual juzgas tan áspero tirano:  
Su mucho amor cegó su entendimiento,  
Y atropelló con fino atrevimiento  
Por lo que otro galán no atropellara  
Que no fuese tan ciego y tan amante;  
Pero te dió satisfacción bastante  
En el modo que pudo, pues ufano  
Solo aspiró á la dicha de tu mano.

HORMESINDA.

¿Y cómo era posible que pensara  
Un moro vil, infame y atrevido,  
Entre tostados árabes nacido,  
Llegar á conseguir fuera su esposa  
La hermana de Pelayo? El gran Pelayo,  
Que en las funestas márgenes del Lete  
Al africano ejército fué rayo.  
Un moro, que en escuela abominable  
Los dogmas aprendió torpes y rudos,  
Con que enseña falaz su errada seta  
La falsa religión del vil profeta,  
¿Podiera presumir que una cristiana  
Le admitiera por digno de sus brazos  
Sacrilega con no lícitos lazos?

¡Ay Elvira! mi bárbara fortuna  
Dió tanta libertad á su deseo,  
Sin poder los cristianos resistirlo.  
El verme en el ultraje que me veo  
Le prestó alientos. ¿Quién me lo dijera  
A mí, cuando el obsequio desdenaba  
De tanto conde godo; cuando fiera  
Despedi esposos nobles en la Galia,  
Y me negué á los príncipes de Italia?  
¡Ah memoria! ¡Ah memoria! ¡Qué tormento  
Tan bárbaro me das! ¿No soy yo aquella  
Por quien mas de una vez la real Toledo  
De príncipes augustos se poblaba?  
¿No soy la que los ánimos prendaba  
A un tiempo de los godos y españoles?  
¿Pues cómo (¡ay de mí!) pudo un falso moro  
Prender mi libertad con torpe nudo?  
¿Cómo aspirar á ser mi esposo pudo  
Quien no merece ser esclavo mio?  
Yo, de la sangre astura descendiente,  
Con la real casa goda emparentada;  
Yo española y cristiana; yo hija amada  
De Luz y de Favila; yo heredera  
De mil cántabros pueblos y asturianos,  
Que la vida espondrán por su señora,  
Y en cautiverio vil me miro ahora!

ELVIRA.

Consolarte, señora, ya procura.

HORMESINDA.

¿Que así se ha malogrado mi hermosura.  
¿Oh cielo santo! ¡Oh temeroso día!  
¿Qué lóbrego amanece! Qué funesto  
A una alma triste ajena de alegría!  
¡Ay, cómo yo me acuerdo del pasado  
Tiempo feliz, en que hasta el rey Rodrigo  
Se vió por mi desdén martirizado!  
¿Cuántas veces de envidia fué tocada  
Con desesperacion la hermosa y linda,  
Aunque infeliz, bellísima Florinda!  
¿Cuántas veces de mí fué reputada  
Por infeliz! ¡Mas ay! ¡Oh cuántas veces  
Vengo á ser yo mas que ella desdichada!  
¿Es esta la fortuna que envidiaron  
Cuando mis fieros émulos juzgaron  
Que el tálamo real yo le ocupase,  
Despreciadas las prendas de Egilona,  
Y estimé en poco entonces la corona!

ELVIRA.

Consuélete, señora, la desdicha  
Comun que lamentamos; no eres sola:  
Ya ves la nacion inclita española  
En su patria cautiva y sojuzgada  
Por la canalla vil que Africa envía.  
¿Quién ignora el conflicto y agonía  
De aquella borrenda y perthnaz batalla



Que de nuestra prision la causa ha sido?

¡Hay por ventura alguno, á cuyo oído  
Nuestra infelicidad no haya llegado?  
No se escucha en desierto ni en poblado  
Sino quejas y miseros lamentos  
De madres infelices y de esposas,  
Que vagando afligidas y llorosas  
En vano con su voz hiernen los vientos.  
Los hijos de los padres separados,  
En hondas y oscurisimas mazmorras  
Lloran su desventura encadenados;  
Los templos, los altares profanados  
Sirven ya de pesebres y mezquitas.  
No hubo infamias horrendas ni malditas  
Que no ejerciese el bárbaro enemigo;  
Mas su culpa asegura su castigo;  
Pues Dios no sufrirá por mucho tiempo  
Tanta prosperidad en un tirano.  
Acaso no está lejos ya tu hermano,  
En cuyo amparo el cielo se desvela,  
Y él pondrá fin á tu dolor acerbo.

HORMESINDA.

Esa esperanza sola me consuela.  
¿Mas qué dirá ¡ay Elvira! cuando llegue  
A comprender Pelayo mi deshonor?  
¿Qué dirá cuando entienda que engañado  
Con fingidas promesas fué enviado  
A Córdoba á tratar alevos paces?  
¡Ah Munuza, ah Munuza! ¿Qué bien haces  
En alejarle así! ¿Mas qué sangriento  
Catastrofe te espera! ¿Cuán sediento  
De sangre arrancará la espada fuerte!  
El estrago menor será tu muerte.  
Pero ¡con qué vergüenza iré delante  
De Pelayo á contarle mis afrentas!  
En vano, en vano, ó corazon, intentas  
Esforzarme á decirlo; mas si callo  
Muerte é infamia en mis silencios hallo;  
Toda soy confusion, horror soy toda.

ELVIRA.

Munuza y Tulga, de la sangre goda  
Bastardo descendiente, y renegado  
De la cristiana ley, que ha abandonado,  
Acia aquí salen.

## ESCENA II.

MUNUZA, TULGA Y DICHA.

MUNUZA.

Adorada infanta,  
¿Te vas porque yo vengo? ¿Qué te espanta?  
No me presento del acero armado  
Feroz guerrero con semblante airado;  
Sumiso busco tu real clemencia  
Para lograr el fin apetecido,  
Por que tanto anhelaron mis deseos,  
De nuestros empezados himeneos.

HORMESINDA.

Munuza, si con fuerza y rito impío  
Puedes llamarte al fin esposo mio,  
Qué mas quieres de mí? Ya se ha acabado  
Cuanto en mí cabe; y ojalá no fuera  
Jamás nuestro himeneo comenzado.  
Permíteme llorar; si mi hermosura  
Es contigo cual dices poderosa,  
Déjame lamentar mi desventura.  
¿Imaginas que poco has conseguido?

MUNUZA.

Juzgo que nada, ó que muy poco ha sido  
Mientras no logre ver tu rostro bello  
Bañado en alegría. Qué, ¿es posible  
Que aun no obligó á tu amor la afición mia?  
Que no te he de mirar sin confusiones,  
Sin lágrimas, suspiros, ni lamentos?  
Que no han de tener fin tus sentimientos,  
Que acrisolan mi amor y fe? Que nunca  
Con párpados enjutos he de verte?

HORMESINDA.

Verás primero mi violenta muerte,  
Que un agrado; mi ley no lo permite:  
Antes al centro infiel me precipite  
Mi desgracia, que yo dé seña alguna  
De no acusar tu arrojado temerario.

MUNUZA.

Yo, Hormesinda, juzgué muy al contrario  
De mi amor verdadero y tu nobleza.  
Juzgué que mas prudente tu belleza  
No olvidara el blason de agradecida;  
Sé que de mi piedad es don tu vida,  
Y no lo reconoces.

HORMESINDA.

¡Ah inhumanos!  
Que en no matando, imagináis dar vida!  
Esta es la condicion de los tiranos,  
Y esta es, moro, la tuya.

MUNUZA.

Yo amoroso  
No he podido hacer mas que ser tu esposo,  
Y tú me has despreciado; el gran Mahoma  
Me es testigo fiel, que abandonada  
Mi lealtad y fe, de estas regiones  
Te quise hacer jurar reina y señora,  
Poniendo afectuosísimo en tu mano  
El cetro del califa soberano,  
Cuando abati á pesar de tu fortuna  
A tus pies mi soberbia y media luna.  
Estas son las injurias recibidas  
Por mí, y en recompensa tú me premias  
Con no correspondientes galardones.

HORMESINDA.

No malogres, alcaide, tus razones  
Con quien no entender puede su eficacia  
Pues no soy yo absoluta: tengo hermano,  
Y acaso de Jijon ya está cercano.  
El sabrá tus razones y las mias,  
Y pues en tu bondad tanto confías,  
De tus obras espera ciertamente  
Que el premio te dará correspondiente.  
Vamos, Elvira.

ELVIRA.

Sígame, señora.

## ESCENA III.

MUNUZA, TULGA.

TULGA.

¿Querrás, señor, desengañarte ahora?  
¿Estás ya satisfecho? ¿No conoces  
La indómita soberbia de esta gente?  
Despechada, ¿qué dudas que ella intente  
Sino tu perdicion? No, gran Munuza,  
Tengas seguridad de tu enemigo,  
Tu vida la asegura su castigo.

MUNUZA.

Yo le prometo, y tal que asombro sea  
De mujeres ingratas a la dicha  
Que en ellas Alah santo en vano emplea.

TULGA.

Y aun ¡si evitar pretendes tu ruina!  
Fuerza es que muera, y tu rigor se abona,  
Pues mujer ofendida no perdona.  
¿No advertiste cuán fiera y confiada  
Pone las esperanzas en su hermano?  
¿No te he dicho mil veces que es en vano  
Con la santa piedad rogar a gentes  
Que ponen en las armas su fortuna?  
Menguará la triunfante media luna  
Si olvidas el rigor, y si no arrancas  
De raíz la semilla aquí escondida  
En la fragosidad de estas montañas.

MUNUZA.

Nuevo asombro he de ser de las Españas.

TULGA.

La reconciliación jamás esperes  
Con ellos, pues su ley se lo prohíbe.  
Rencor eterno en sus entrañas vive,  
Y yo siempre juzgué por sospechosa  
La condición altiva de Pelayo.

MUNUZA.

Desde que en campos de Jerez fué rayo  
Destrozando las huestes africanas,  
No sé con cuál horror, con cuál asombro  
Contemplo su semblante; me parece  
Que algún terrible fin me vaticina;  
Mas yo pondré por obra su ruina  
Según hemos tratado; ya, cual dije,  
Por la postrera vez la he suplicado.  
Y al ver tanto desdén, el amor mío  
En aborrecimiento se ha trocado.

TULGA.

A estas gentes irrita la clemencia  
En lugar de obligarlas; no presumen  
Que cumplen con su ley, si no aborrecen  
Con mortal odio á cuantos agarenos  
Siguen el Alcorán de tu profeta.  
Jamás entre ellos, sin desprecio y rabia,  
Escándalo y horror, tu nombre suena.  
No presumas que ignore ya Pelayo  
Cuanto ha pasado; acaso la venganza  
Viene soberbio ya premeditando.

MUNUZA.

¿Y qué aprovechará su atrevimiento  
Contra el poder de la Africa, que rijo  
Como gobernador de estas regiones?  
Vive Alah sacrosanto, que al momento  
Que llegue, ha de sufrir violenta muerte  
A los agudos filos de mi alfanje.  
Ni imagine tampoco que no alcance  
A su hermana ingratisima mi furia.  
No blasonará indemne de la injuria  
Que hizo en mí á toda la nación alarbe.  
Tulga, por mas horrible, por mas grave  
Que el lance llegue á ser, ¿tendrás aliento  
De apoyar mis vastisimas ideas?

TULGA.

Espero, gran Munuza, que aun no creas  
Lo que obrar me verás; ¡tan grandes cosas  
De mi altivez y espíritu prometo!  
Pues ya previne las fingidas letras,  
De lo cual soy artífice excelente.

(Mostrando unos papeles.)

MUNUZA.

Pues yo á disponer voy, que con secreto  
Mis órdenes se cumplan.

TULGA.

Me es muy fácil  
Saber el corazón de los cristianos,  
Pues aunque abandoné sus ritos vanos,  
Les ha mi fiel astucia persuadido  
Que solo soy apóstata fingido,  
Por penetrar la mente del califa,  
Y á su intento servir con el secreto.

MUNUZA.

Premiaré con los brazos de Jarifa  
Tu lealtad: yo, yo te lo prometo.

## ESCENA IV.

TULGA, TRASAMUNDO.

TRASAMUNDO.

Sí, como dices, Tulga, son tan sanas  
Tus internas ocultas intenciones,  
Recibe el parabién; ya á estas regiones  
El cielo nos condujo al gran Pelayo.  
Como quien vuelve de un mortal desmayo,  
Los miseros cristianos foragidos  
Recobran los espíritus perdidos  
Solo en ver á su príncipe.

TULGA.

¿Y es cierto  
Que Pelayo de Córdoba ya ha vuelto?

TRASAMUNDO.

¿Pues qué no lo acredita mi alegría?  
¿No te lo dice el corazón que viene  
Quien nos ha de librar de tiranía?  
¿No te alegras que al fin haya venido?

TULGA.

Noticia para mí gustosa ha sido;  
Mas dilatar no puede mi fineza  
El ir á saludarle. Trasamundo,  
Permíteme ir á ver á nuestro infante.

## ESCENA V.

TRASAMUNDO, GAUDIOSA.

GAUDIOSA.

Cosa notable ha sido, que al instante  
Pelayo echó de menos á su hermana.

TRASAMUNDO.

No lo estraño, Gaudiosa, pues la sangre  
Avisa al corazón: ¡qué cortesana,  
Y dulcemente habló! Pero aquí viene.  
Mira, hija mía, al joven valeroso,  
Restaurador insigne de su patria,  
Que el cielo destinó para tu esposo:  
Haz reverencia al príncipe de España.

## ESCENA VI.

PELAYO, FERRANDEZ Y DICHOS.

PELAYO.

Mi admiración, Ferrandez, no es estraña.

FERRANDEZ.

Aun no sabrá Hormesinda que has venido.

TRASAMUNDO.

Nuestro muerto placer ha revivido  
Con tu presencia; ya las esperanzas  
De libertad renacen; ¿qué tardanzas  
Tan largas nos privaron de tu vista?

GAUDIOSA.

Desde antes de la bárbara conquista  
No lograron mis ojos el consuelo  
De mirar tu semblante.

PELAYO.

Sabe el cielo  
Cuán importunamente le he rogado;  
¡Pero ay de mí, princesa! ¡Cuán distintos  
Están los tiempos! ¡Cuanto yo he pasado  
Hasta llegar á conseguir el verte!

GAUDIOSA.

De nuestra adversa desgraciada suerte  
Cuéntame los sucesos lastimosos,  
Pues no te puedo oír otras razones,  
Y te hallaste presente. Di, Pelayo,  
De aquella pertinaz batalla horrenda  
El conflicto, la angustia y el desmayo.  
Refiéreme cuán bárbaras naciones  
Acaudillaba el arrogante Muza.  
¿Quién fué aquel que empezó la escaramuza,  
Y el primero rompió nuestras legiones?  
¿Con qué armas Alcamán resplandecía?  
¿Cómo eran los caballos que traía  
De Arabia y Persia el Humaní sangriento?  
¿Quién fué Olit? ¿Cuán robusto y corpulento  
Era el caudillo? ¿Cómo gobernaba  
Las inmensas falanges que mandaba?  
Relátame, por fin, cuantos estragos,  
Cuántos horrores, cuántos homicidios,  
Haya hecho sin piedad con mano impía,  
Por castigo del cielo acá enviado,  
Tarif, soberbio y bárbaro soldado.

PELAYO.

¿Por qué me mandas que renueve el triste,  
Lamentable dolor de aquella historia,



Que sirve de martirio á la memoria;  
 Pues tú lo sabes y lo sabe el mundo?  
 Ni quién podrá sin lágrimas amargas  
 Referirte, princesa, la agonía  
 Y el lamentable estrago de aquel día?  
 La piedad y el horror confusamente  
 Retiran de mi lengua las palabras;  
 Ni es posible tampoco que yo cuente  
 Tanta calamidad, asombro tanto.  
 Vieras allí mezclarse con espanto  
 Los unos y los otros confundiendo  
 Armas é insignias con atroz desórden,  
 Y en infernales cóleras ardiendo.  
 Allí en sangriento estrago se miraban  
 Mil lástimas, mil géneros de muertes:  
 Allí los nias robustos y mas fuertes  
 En tierra con furor se revolcaban.  
 Siete veces el sol, siete la luna,  
 Sin cesar admiraron el combate  
 De que pendió el aumento ó el remate  
 De la africana y gótica fortuna;  
 Hasta que ¡ay cielos! al octavo día,  
 ¡Oh día triste! oh lúgubre, funesto,  
 Indigno de la luz del sol divina!  
 ¡Quién bastará con lágrimas y voces  
 A ponderar el horroroso estrago  
 De aquel día infeliz y desastrado,  
 Que ojalá nunca entre los otros cuenten,  
 Y perezca en olvido sepultado,  
 Pues en él solo se amancilló toda  
 La altivez, presuncion y pompa goda!  
 Al día octavo: ¡oh cielo! oh suerte impla!  
 Me horrorizo diciéndolo: ¡oh amada  
 Patria infeliz! oh España desgraciada!  
 Oh gloria goda! oh generacion fuerte  
 De temidos varones! oh Rodrigo!  
 ¡Oh amor impuro, origen del castigo!  
 Oh antigua religion! oh culto santo!  
 No puedo referirlo sin que el llanto  
 Confunda mis acentos: el infame  
 Traidor Julian, apóstata, y los hijos  
 Del lascivo Witiza, y el prelado  
 Que entregó al voraz lobo el fiel ganado,  
 Pasáronse al contrario. Desde entonces  
 Fué la ruina total de los cristianos;  
 En montes trasformándose los llanos,  
 De hacinados cadáveres son jira.  
 Murió allí Atanagildo por la ira  
 Del furioso Alboal; murió Ildefonso  
 Al rigor de Muley; mi primo Andeca  
 El ánima exhaló por el impulso  
 De la diestra fatal del vil Audalla.  
 ¡Oh almas nobles! que en esta cruel batalla,  
 No al valor, sino al número cedisteis,  
 Mi desesperacion y arrojo visteis.  
 No vivo de cobarde: sed testigos  
 De que no evité el riesgo mas urgente.  
 No sé si fué crúel ó fué clemente  
 Conmigo el cielo: entonces no le plugo  
 Llevar mi vida; quiso que yo solo  
 Quedase por testigo del sangriento  
 Destrozo lamentable de mi patria.  
 Me abalancé mil veces con intento  
 De morir; ni temblaba aunque mil veces  
 Contra mi pecho viese ya enristrada  
 La lanza del Tarif ensangrentada.  
 Mas tú preguntarás cual haya sido  
 El suceso del rey: en tanto tiempo  
 Como duró el combate, ni podido  
 Verle yo habia; al fin se me presenta  
 Casi al morir la luz del postrer día.  
 Pero ¡ah cielos! ¡qué horrible y diamudado!  
 ¡Ay de mí, cual estaba, y cuán trocado  
 De aquel Rodrigo a quien Toledo angusta  
 Vió en las fiestas de galas adornado!  
 La faz terrible, palida y adusta,  
 Todo sangriento y del sudor y el polvo  
 Y heridas con horror desfigurado.  
 La barba yerta; sucio y erizado  
 Tenia el cabello, que empapado en sangre,  
 Ajena y propia en hilos destilaba.  
 Lloroso, triste, acongojado estaba

Con el manto real todo rasgado,  
 Y la corona ya no la tenia.  
 Del carro de marfil saltado habia,  
 Porque grandes montones de difuntos  
 El curso de las ruedas impedian.  
 Y con largos gemidos y profundos  
 Tristísimos suspiros, sollozando  
 Dice: ¡oh Pelayo! todo lo perdimos;  
 Fuimos un tiempo godos y vencimos;  
 Fué Toledo, fué España, fué Rodrigo;  
 Mas Dios de mi lascivia por castigo  
 Contra mí levantó cuantas naciones  
 La media luna en Africa y en Asia  
 Tremolando en sus bárbaros pendones.  
 A Damasco de Siria y á la Arabia  
 El gótico poder ha trasladado.  
 Huye, hijo de Favila, que encargado  
 Te dejo el reino; tú eres la esperanza  
 De nuestra religion, que yo he perdido;  
 Mas voy por mí castigo merecido,  
 Pues injusto violé las sacras leyes,  
 Y en mi infortunio escarmentad ¡oh reyes!  
 Dijo, y viendo á Tarif cuán orgulloso,  
 Con homicidios mil iba insolente  
 Gritando furibundo, á grandes voces,  
 Dando aliento á sus bárbaros soldados,  
 Para mas no volver ante mis ojos,  
 A matarle ó morir determinado;  
 Por el tropel de las confusas armas  
 Batió el ijar á Orelia su caballo,  
 Y se arroja al contrario, poderoso,  
 Audaz, desesperado y espantoso.  
 Ya á todas partes que me vuelvo veo  
 Mezclarse con mil llantos la ruina  
 Del bando fiel y el bárbaro trofeo.  
 Por el campo tendidos se veian  
 Cuerpos de capitanes, de magnates  
 Despedazados y sangrientos bustos,  
 Cadáveres de jóvenes robustos.  
 Guadalete en sus ondas revolvia,  
 Turbio ya con la sangre, los penachos,  
 Los caballos y escudos de varones.  
 Ya el furor de las árabes legiones,  
 Roto el campo, el monarca fugitivo,  
 Cebada el ansia en su riqueza inmensa,  
 Tenia por el suelo destrozadas  
 Las tiendas de Rodrigo saqueadas.  
 Pero ¿por qué en contarte me detengo  
 El suceso fatal? La gente goda,  
 Que la roca tarpeya humilló un tiempo;  
 La que invencible sojuzgó, poniendo  
 Coyunda á la cerviz del Capitolio,  
 Cayó abatida; fué el honor perdido;  
 La patria á esclavitud se ha reducido,  
 Con mortandad horrible de sus fuertes  
 Hijos amados; la religion santa,  
 Que nuestros padres con fervor y tanta  
 Veneracion siguieron tantos años,  
 Todo violado fué por los estraños.  
 Y así lloran sus hijos profanados  
 Los templos sacrosantos; los altares,  
 Y los vasos divinos ultrajados;  
 Violadas las purezas virginales,  
 Y la nacion cautiva y aherrojada  
 En poder mas sacrilego y tirano  
 (Sin que Dios ofendido se lo estorbe)  
 De la nacion mas bárbara del orbe.  
 Todo al fin se perdió..... Pero ¿qué es esto?  
 ¿Princesa, te enterneces? ¿Y vosotros  
 Sentís tambien el pecho lastimado?

## TRASAMUNDO.

¿De qué generacion será engendrado,  
 De cual osa llerisima nacido,  
 Cualquiera que no se haya enternecido  
 Habiendo nuestra lastima escuchado?

## FERRANDEZ.

Yo estoy absorto y todo conturbado.

## GAUDIOSA.

No puedo mas con mi dolor; ¡oh patria!  
 Oh antigua libertad! oh rito santo!

Dejadme retirar, porque yo sola  
La rienda suelte amargamente al llanto.

### ESCENA VII.

PELAYO, TRASAMUNDO, FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Si aquí finalizara el desconsuelo,  
Fuera el daño mayor; pero ¡ah Pelayo!  
Que aun hay mas grande mal.

PELAYO.

Señor, ¿qué dices?

FERRANDEZ.

Mayor mal, Trasamundo, es imposible.

PELAYO.

¿Que aun tiene fuerzas el rigor del hado!

TRASAMUNDO.

Ese gran corazon acostumbrado  
Prevenle para el golpe mas horrible,  
Que acaso nunca habrás imaginado.

PELAYO.

Si el haberse mi hermana retirado  
De mi presencia á tiempo que yo vengo  
Es indicio fatal; ya me prevengo  
A morir de dolor: mi vida acabe  
Al bárbaro rigor de mal tan grave;  
Dí, Trasamundo, que te oiré constante.

TRASAMUNDO.

Hay cosas que es preciso dilatarlas,  
Y así perdona mi silencio, infante,  
Que el respeto y la afrenta me acobardan.  
La causa de este mal Munuza sabe:  
De él te importa saberlo; mejor puede  
Que ninguno informarte.

PELAYO.

¡Santos cielos!

¿Qué mas quereis de mí? ¿No nie bastaba  
Ver lo visto; llorar lo que he llorado;  
Sino que cuando al puerto ya he llegado  
Juzgando hallar bonanza, fugitivo  
De la mar borrascosa y turbulenta,  
Encuentro aquí mas brava la tormenta?

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

PELAYO, FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

No te entregues, Pelayo, al sentimiento  
Con tal obstinacion: nuestro contento  
Estriba solo en ti, tu rostro miran  
Los miseros cristianos, que suspiran  
En vil esclavitud, y si afligido  
Te imaginan, su celo, su esperanza,  
Y todo su valor está perdido.

PELAYO.

Si con la muerte el mal que me amenaza  
Pudiera remediar, dichosa suerte  
Fuera la mía en conseguir la muerte.

FERRANDEZ.

Munuza de su gente acompañado  
Viene acia este lugar; el retirarte  
Discurro que será mas acertado.  
No sin la pompa y tren correspondientes  
De dádivas, esclavos y presentes  
Llegues a su presencia: mucho abona  
La ostentacion y fausto á la persona.

### ESCENA II.

FERRANDEZ, MUNUZA, TULGA, ZULEMA.

FERRANDEZ.

Pelayo, mi señor, de su embajada

Acaba de llegar, y la licencia  
Aguarda de ponerse en tu presencia.

MUNUZA.

No solo á mi permiso, á mi deseo  
Pelayo es acreedor: dí que impaciente  
El rato viviré que no le veo.

FERRANDEZ.

Vendrá á gozar tal dicha prestamente.

### ESCENA III.

MUNUZA, TULGA, ZULEMA.

MUNUZA.

¡Ah, cómo sus frenéticos intentos  
Le atajaré yo pronto! ¡Ah, cuán ufano  
Le abatiré los altos pensamientos!

ZULEMA.

Todo cuanto emprendieres, gran Munuza,  
Será á tu valor fácil; mi persona  
Tus órdenes aguarda solamente  
Para que al vil cristiano, al insolente  
Necio despreciador de su fortuna  
Dé á entender que á la cruz de su profeta  
Del nuestro humillará la media luna.

MUNUZA.

Su esterminio fatal he decretado.

ZULEMA.

*Pelayo*  
La beldad que Pelayo ha destinado  
Para su esposa ocupará mi lecho,  
De todos los cristianos á despecho,  
Si me ayuda el poder del gran Mahoma.  
Mi corazon terrible solo doma  
Su vista soberana, desde el punto  
Que acaudillando la valiente tropa,  
Que el sagrado Alcorán á fuerza de armas  
Introdujo en los términos de Europa,  
Su palacio abrasé, que en las montañas  
Puestas al septentrion de las Españas  
Era defensa á forajida gente;  
Pero ¡ah cielos, y cuán mas vorazmente  
Mi pecho se abrasó con su hermosura!

MUNUZA.

Zulema, el lograr de ella te asegura  
El suceso feliz que pronto espero.

TULGA.

Si el parecer admities, que te ha dado  
Tu mas fiel y sumiso consejero,  
Presto, Munuza, te verás vengado.

MUNUZA.

Su esterminio fatal he decretado;  
El disimulo importa solamente.

### ESCENA IV.

PELAYO, con varios presentes; MUNUZA,  
ZULEMA, FERRANDEZ, TULGA Y ACOMPA-  
ÑAMIENTO DE MOROS Y CRISTIANOS.

PELAYO.

Gracias, señor, al sumo Omnipotente,  
Que salvo á tu presencia me condujo.

MUNUZA.

Pelayo, Aláh te salve; no rehusas  
Admitir fino los estrechos lazos  
Con que te brindan mis amantes brazos.

PELAYO.

En ellos se confirme la firmeza  
De nuestra amistad fiel, de la alianza  
Y confederacion establecida  
Entre nosotros. Alahor, que el mando  
Está en nombre de Ulit ejercitando,  
Por sustituto suyo en las Españas,  
Salud y paz de Córdoba te envía.

MUNUZA.

A Alahor y á Pelayo la fe mia



Siempre agradecerá lo que es debido.

PELAYO.

Pequeña muestra de su amor ha sido  
La fineza que ves : con ser tan grande  
Es menor que su afecto.

MUNUZA.

La fineza  
Mayor que pudo hacerme, fué enviarme  
Un amigo tan fiel, que tanto estimo.  
Pero ¡ah cielo! ; Por qué no permitiste  
Que recibiera á Pelayo menos triste!

PELAYO.

¿Qué te altera, Munuza? ¿Qué? ¿Imaginas  
Que acaso han blandamente afeminado  
Las delicias de Córdoba mi pecho?  
De nuestra amistad firme el nudo estrecho  
Aflojas, si no rompes, acusando  
Mi falta de valor con tu tristeza.  
La pena mas horrible, la fiereza  
De todos los abismos conjurados  
En vano asaltarán mi pecho heroico  
A poder de trabajos inflexible.

MUNUZA.

Sé tu valor, tu espíritu invencible,  
Y tu sangre real : eso me anima,  
A no escusarte el golpe mas horrible  
Que imaginado habrás ; no lo fiara  
De menor corazon, aunque importara  
Mas, si posible fuera, ni á otro alguno,  
Aunque igual amistad con él tuviera.

PELAYO.

No me tengas suspenso, ni impaciente.

MUNUZA.

Tulga, Zulema, retirad la gente,  
Y todos despejad.

PELAYO.

Ferrandez, pronto

Mándalos apartar.

### ESCENA V.

MUNUZA, PELAYO.

MUNUZA.

¿Estamos solos?

PELAYO.

Segun parece, nadie nos escucha.

MUNUZA.

Verás si de tu mal la causa es mucha :  
Pero es tal, ¡oh Pelayo! que recelo  
Que mi verdad peligre en tus oídos,  
Pues no parecen tal, sino fingidos  
Por maligna traicion de amigo falso  
Los sucesos que oirás, si valor tienes  
De escuchar una infamia tan horrenda.

PELAYO.

¿Una infamia! ; Qué es esto! ; Tan tremenda  
Es mi suerte, que aun juzgas que me falte  
Constancia para oirla! ; Qué, es posible  
Que no me faltó el ánimo, aunque viese  
El último conflicto de mi patria!  
¿Que he visto con aliento no turbado  
Mi sangre derramar! ; Que vi mi estado  
Con fuego arder, mis gentes degolladas,  
Cautivos los cristianos infelices,  
Las basilicas santas profanadas,  
Y nunca me faltó valor heroico!  
Y ¡aun de mi dudas! ¿Cómo tanto tarda,  
Siendo tan grande el daño que me aguarda?

MUNUZA.

Pues, gran Pelayo, no de alevosía  
Quiero que acuses tú la amistad mía,  
Que lo fuera muy grande mi silencio :  
Tu persona y estirpe reverencio,  
Y no es bien que un borron en ti consienta.  
Hormesinda, tu hermana, poco atenta

Al decoro y blason de su prosapia,  
Que á costa de peligros tú mantienes,  
Fragil como mujer, de los desdenes  
No se armó cual debiera : esto fué causa  
De que (tu honor manchando) cometiese  
El mas torpe y mas vil de los deslices.

PELAYO.

¡Tente, Munuza bárbaro! ; ¿Qué dices?

MUNUZA.

¿Conocerás las firmas de tu hermana?  
Pues por ellas sabrás...

PELAYO.

¿Será posible!....  
¡Mi hermana infiel! ; ¿Qué horror! ; ¿Qué dices, moro?

MUNUZA.

Me estremezco al decírtelo ; confieso  
Que es noticia cruel ; pero por eso  
Te la dice un amigo.

PELAYO.

¡Cielo santo!  
Mucho mal esperaba ; mas no tanto.  
¿Para esto de las armas espantosas  
Tu piedad me libró? ¿Para este golpe  
Conservaste mi vida? ; Oh, cuánto fuera  
Mejor morir en la batalla fiera,  
Que no ver mi deshonra! ; Oh Dios eterno,  
Por qué no fué á Pelayo permitido  
Quedar en campos de Jerez tendido,  
Donde tantos varones eminentes  
Murieron por la patria ; donde yace  
En flor el hermosísimo Leandro,  
Teodoro y Ranimiro, y los valientes  
Inigo y Sancho! ; Oh! Jarafin soberbio,  
El mas cruel del ejército africano,  
¿Por qué no exhalé esta ánima mezquina  
Al rigor de tu invicta y diestra mano?  
O ¿por qué no despedazó mi cuerpo  
Cuando con filo agudo y radiante  
Tantos cristianos miseros desgarró  
De Tarif la espantosa cimitarra?  
¿O la tuya, Alboal, capitán bravo  
De los fuertes maliques Alabeces?  
¿Oh, bienaventurados muchas veces  
Los que allí fenecieron trastornados  
De las sangrientas turbulentas ondas  
Del Guadalete, que llevó con saña  
Tanto cuerpo difunto al mar de España!

MUNUZA.

Pelayo, á tus promesas corresponden  
Esos extremos mal : ¿no blasonabas  
De corazon de pórfido invencible?

PELAYO.

¿Quién pensara que pena tan horrible  
Me hubiese de asaltar? La muerte fiera,  
De bárbaros tormentos motivada,  
Es lo que yo no temo ; horror mas grande,  
Si acaso puede haberle, despreciaba ;  
Pero tanto dolor no imaginaba,  
Ni á mi nobleza obliga el sufrimiento.  
Mas, ¿cómo sin vengarme ni un momento  
Puedo vivir? Pero, Munuza, dime :  
¿Es posible que es cierto, que no hay duda,  
Que no te has engañado, que evidente  
Es cuanto de Hormesinda me has contado?

MUNUZA.

Es el suceso tal, que yo no en vano  
De mi verdad juzgué que dudarias ;  
Pero, dime, Pelayo, ¿te confías  
De la fiel amistad que te profeso?

PELAYO.

Sé tu amistad y mi desgracia, y eso  
Me confirma en mi mal : ¿qué pena fuera  
La que á mi corazon no acometiera?  
¿Cual dolor me faltó para acabarme?

MUNUZA.

Aunque para contigo acreditarme

No necesito apoyo, es buen testigo  
De mi verdad Zulema.

PELAYO.

Qué, ¿Zulema  
También lo sabe ya? ¿Que tan estrema  
Es mi infelicidad, que aun el consuelo  
De ser oculta me ha negado el cielo!  
¿Y que infame he de ser públicamente!

MUNUZA.

Conozco tu razon; no me consiente  
Mi amistad verte con serenos ojos.  
Verás las firmas, de mi fe testigos,  
Y Aláhi santo dirija tu venganza.

## ESCENA VI.

PELAYO, FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

Y a tu infiel pecho el hierro de mi lanza. (Ap.)

PELAYO.

¿Qué es lo que me sucede! ¿Acaso el cielo  
Conjuró contra mi todos los males  
Para rendir mi pecho solamente!  
¿Tan grande es mi soberbia! ¿Tan valiente  
Contra el cielo mi espíritu he mostrado,  
Qui tanto en abatirle se ha empeñado!  
¿Qué, no basta un dolor para rendirme!  
¿Qué, tantos han de ser, y los mayores!  
Mas ¿cómo inútilmente mis furores  
Alire desperdicio? ¿Cómo tengo  
Valor para mirarme? ¿Cómo un punto  
Vivo afrentado? Quien me ofende muera.

(Quiere irse.)

FERRANDEZ.

Señor, ¿adónde vas?

PELAYO.

El que no quiera  
Conmigo de leal perder el nombre,  
No me detenga.

FERRANDEZ.

Deja que me asombre  
De tal resolucion, y en premio solo  
De mis servicios, la atencion merezca  
De escucharme un instante.

PELAYO.

Como ignoras  
La causa de mi mal, y es imposible  
Quipa en mi boca, aunque en mi pecho cabe,  
Me intentas detener: si lo supieras,  
De cobarde á mi brazo reprendieras.

FERRANDEZ.

Ningun dolo, ninguna alevosía  
Por Munuza y los suyos fabricada,  
De mi noticia huyó.

PELAYO.

¿Cómo en Munuza  
Caler puede traición, ni en mi consuelo?

FERRANDEZ.

Señor, si escuchas, apiadado el cielo  
Quizá abrirá camino.

PELAYO.

¿Qué camino  
Sin matar ó morir ha de encontrarse?

FERRANDEZ.

Mas ¿cuál obligacion mandó fiarse  
De un infiel tan del todo?

PELAYO.

No equivoques  
Las cosas malicioso: no los ritos,  
No la contraria religion al hombre  
Con el otro hombre á ser infiel obliga,  
Ni impide que la ley cada cual siga  
Que halló en su educacion ó su destino  
(Arcano que venero, y no examinó),

Para que el pecho, á quien razon gobierna,  
Sensible á la amistad, al fin humano  
Corresponda, á pesar del dogma vano.

FERRANDEZ.

Si el pensamiento noble y generoso,  
Que adorna la grande alma de Pelayo,  
Se difundiera en todos igualmente,  
Pensaras sin error.

PELAYO.

¿No has escuchado,  
Que el mismo Trasmundo, que encargado  
De Hormesinda quedó, tembló al decirme  
Su culpa? Aun cuando fuese alevé el moro,  
¿También será el cristiano delincuente?

FERRANDEZ.

¿Cielos, qué confusion!

PELAYO.

No me consiente  
Mi impaciencia esperar.... ¿Pero qué miro?  
¿Qué asombro! ¿Qué furor! ¿Cómo mi hermana  
Se atreve sin honor?... ¿Por qué liviana  
A buscar mi presencia?

FERRANDEZ.

Gran Pelayo,  
Esperanza y blason de nuestra gente:  
Si eres heroico, si cual firme rayo  
De luz, de Cindasvinto y Recaredo  
La ilustre sangre enardeció tu pecho,  
Dame palabra de escuchar templado  
La razon de Hormesinda, ó de tu planta  
No me levantaré.

PELAYO.

Desconfiado

Prometo la atencion; mas no es posible.

## ESCENA VII.

HORMESINDA, ELVIRA y DICHS.

ELVIRA.

Llega, señora.

HORMESINDA.

¡Ay, qué dolor terrible  
Me oprime el corazon! De la congoja  
Desfallezco temblando; soy de hielo.

PELAYO.

Su delito la aumenta el desconsuelo.

FERRANDEZ.

No es delito el rubor.

HORMESINDA.

Señor.... hermano..  
¿Qué digo? ¡Ay infeliz!

PELAYO.

En vano, en vano  
Me apellidas con nombre que aborrezco.

HORMESINDA.

¡Ay cielos! ¿Qué es de mí! ¿Qué, ¿no merezco  
Ni atencion, ni piedad? ¿Qué es esto? ¿Cómo?  
¿Los ojos vuelves con anado rostro?  
¿Hermano! ¡Oh dulce hermano!

PELAYO.

¡Infiel hermana!

HORMESINDA.

¿Qué nueva ansia! ¿Cual bárbaro tormento  
De nuevo me acomete! ¿Cuando aliento  
De mi hermano me dió la confianza,  
Hallo este alivio! ¿Es esta la esperanza  
Que en ti fundé, Pelayo?

PELAYO.

¿Qué mas quieres  
Que ver que con indigna tolerancia,  
Viéndote sin honor, mire primero  
Tus lágrimas fingidas que tu sangre?  
Pero remedie el vengador acero  
Mi tardanza y tu culpa.



ELVIRA.

¡Cielo santo!

HORMESINDA.

¡Ay de mí!

FERRANDEZ.

Ten la cólera y la espada,  
Por mí, por ella y la palabra dada.

PELAYO.

Pues ya que de leal ó de imprudente  
Me intentas detener, recto juez quiero  
Su descargo escuchar; nunca se cuenta  
Que hubo juez sordo; ni la mas violenta  
Pasión obste al que aspira á justiciero.  
¿Mas, qué disculpa (¡oh cielos!) dar intenta?  
¿Cómo es posible hallarla? ¡Oh si la hallara!  
¿Qué feliz fuera yo! pero son vanos,  
Inútiles deseos. Di, infelice,  
Desgraciada mujer; que hermana es nombre  
Que se estremece el labio, si lo dice.  
Di: ¿son estos los frutos de tan grandes  
Trabajos por la patria tolerados?  
¿Son estos los laureles deshojados  
Sobre nuestra prosapia generosa?  
¿Es posible que es esa tu alevosa  
Sangre, sangre del justo Recaredo?  
¿Que en medio de la cólera espantosa  
Que oprime á tu nación, tú inícia puedas  
Mirar su ruina con enojos ojos?  
¿Que no tiembles de horror viendo despojos  
De la muerte á los tuyos, que á Isidoro,  
Tu joven primo en piezas dividieron?  
Murió gritando el bravo Teudiselo  
Del estribo arrastrando, y su caballo  
Le lleva revolcándose en el suelo.  
Qué....

FERRANDEZ.

Escúchala, señor. (*Deteniéndole.*)

ELVIRA.

Piedad, infante.

PELAYO.

¿Cuál puede ser satisfaccion bastante  
De crímen tan horrendo? ¿Así mantienes  
El honor de tu estirpe, que sostengo  
A precio de mi sangre y de mi vida?  
¿Para esto ver de Córdoba yo he vuelto,  
Y Abdalasis mi cuello ha perdonado?  
¿Qué! ¿en poco tiempo que falté á tu lado  
Mas perdiste, que en tantos infortunios  
Con inmensas fatigas yo he ganado?  
¡Oh ley bárbara injusta! ¡Oh imprudente  
Legislador, que promulgó primero  
La ley cruel, que el crédito y la fama,  
Por la virtud mil siglos conservados,  
Pendan de los volubles pareceres  
De la fragilidad de las mujeres!  
Mas no pudo embotar con fieros hados  
La punta á las durísimas espadas.

HORMESINDA.

Hermano... ¡Ay de mí triste! Infante... Hermano...  
Yo... sí... ¿Qué horror! No hay culpa... ¿Quién pensara...  
Esto esperé... este apoyo. Amparo vano...  
Triunfaré mi enemigo... Angustia rara...  
Después de mis desdichas... Esto solo  
Faltaba á mi dolor... Desamparada,  
Y ofendida... ¡Oh rigor! ¿A quién los ojos  
Funestos volveré? Ya, ya el aliento  
Me falta, y yo también... muero.

(*Cae desmayada.*)

FERRANDEZ.

Al momento

Socorred á la infanta.

ELVIRA.

¡Ay Dios! ¡Ay triste!

(*Retíranla.*)

PELAYO.

Sufrirlo puedo apenas; ¿pero viste

Cuál la puso en el último conflicto  
Solamente el horror de su delito?  
¿Son Munuza, Zulema, ni los moros  
Los que lo dicen solos? ¿Trasamundo,  
Y ella misma, que es mas, no lo publica  
Con la propia aflicción de su deshonra?  
¿Qué suplicio mas fiero á un delincuente  
Habrà, que hacerle su maldad presente?  
¿Y habrá ya quien se oponga á su castigo?

FERRANDEZ.

Yo, señor, te suplico....

PELAYO.

¿Qué! ¿enemigo

Aun serás de mi honor y mi reposo?

¿Qué mas indicio quieres?

## ESCENA VIII.

TRASAMUNDO Y DICHOS.

TRASAMUNDO.

Valeroso

Príncipe nuestro: pues la ocasión llega  
No la malogre, ni vengar dilates  
La afrenta de tu hermana. Fué el suceso...

PELAYO.

¡Cielos! ¿Otro dolor? Señor, no trates  
Tan funestos asuntos: la sangrienta  
Venganza que yo tome te asegure  
De que estoy ya informado de mi afrenta;  
No tú me la renueves.

TRASAMUNDO.

¿Informado

Estás, y con verdad?

PELAYO.

Ya nada ignoro.

TRASAMUNDO.

¿De lengua fiel?

PELAYO.

El gran Dios que yo adoro

Dirigirá mi brazo.

TRASAMUNDO.

¿Y te parece

Que hice bien en callártela?

PELAYO.

Merece

Tu lealtad mil premios.

TRASAMUNDO.

¿Se creyera

Delito tan atroz y abominable?

PELAYO.

Tan solo contra mi posible fuera.

TRASAMUNDO.

¿Qué dirá el mundo? ¡Oh crimen execrable!

PELAYO.

Verás hoy mi venganza.

TRASAMUNDO.

Mis consejos,

Mis fuerzas, aunque débiles, mis gentes,  
Estamos á tal príncipe obedientes.  
¿Y hoy ha de ser?

PELAYO.

Los últimos reflejos

No veremos del sol, sin que yo fiero  
La venganza ejecute justiciero.

TRASAMUNDO.

Dispon de nuestros bienes y las vidas,  
Que ya son tuyas; un deseo ardiente  
Reina en nosotros de mirar cumplidas  
Tus venganzas, y verte satisfecho.

FERRANDEZ.

Solo la confusión reina en mi pecho.

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

PELAYO, GAUDIOSA, TRASAMUNDO,  
FERRANDEZ

GAUDIOSA.

¿Es posible, señor, que la fortuna  
Nos mire tan adversa, que vencidos  
Peligros tan inmensos parecía  
Que fuese á amanecer un claro día,  
Y en nuevo horror nos vemos sumergidos?  
Que apenas los altares se ocultaban,  
Quemado el santo incienso, que ofrecía  
Por tu llegada, cuando ya sus iras  
Parece que el abismo ha conjurado  
Contra nosotros!

PELAYO.

Al corazón fuerte,  
Princesa, así los cielos han querido,  
Y así porque le quieren le acrisolan.  
No fuera yo de tu grandeza digno  
Con menos fieros males agitado.  
Aquí te ofrezco un pecho acostumbrado  
A mas terribles penas que la muerte;  
Y ojalá que á tus plantas ofrecerte  
Fudiera, como yo pensé algún día,  
Los reinos de los godos estendidos  
Desde la ardiente Libia hasta Narbona.

GAUDIOSA.

Tan solo á tu virtud, no á la corona,  
Señor, aspiro en ti; de mi amor casto  
No son precio los cetros de los godos,  
Ni el imperio oriental: si dable fuera  
Que yo tus infortunios no sintiera,  
La ocasión celebrara que ya tengo  
De mostrar que es á ti, no al poderío,  
Ni á la púrpura sacra el amor mío.

PELAYO.

Basta, princesa: ¡Oh quién se hallara ahora  
Digno de tales voces! Mi desgracia  
Aun no es de tan gran bien merecedora.

(Vase Gaudiosa.)

TRASAMUNDO.

Los astures y cántabros famosos  
(Pueblo indomable, escándalo de Roma),  
A inclinar la cerviz poco enseñados,  
Con tardía cadena mal atados,  
Buscan tus pies humildes: todos claman  
Por su señor; por todos, sus ancianos  
La religion, la vida, las haciendas  
Y el alma depositan en tus manos.

PELAYO.

Gran principio ha de ser á las hazañas  
De la restauracion de las Españas  
Mi venganza primero; en este día  
Diles que admitiré la grande ofrenda  
Después que venga yo la afrenta mía.

TRASAMUNDO.

Corto espacio imagino al grande intento.

PELAYO.

Sobra á mi pundonor, sobra á mi aliento.

TRASAMUNDO.

No desapruébo el noble ardor; mas dudo  
De la celeridad.

PELAYO.

Señor, no dudes,  
Ni pienses que la vida considero  
Mas que como castigo de mi afrenta.  
Mientras vive el culpado impunemente.  
Ni imagine Gaudiosa que yo intente  
Ofrecerla (¡qué horror!) mi enjuta mano  
No humedecida con alevé sangre.

TRASAMUNDO.

Yo admito ese contrato, sí, y lo juro.  
¡Qué grande alma! ¡Qué heroico! ¡Cielo santo!  
Y vos, inteligencias celestiales,  
En cuya proteccion espera España,  
Vuestra piedad venero: tan del todo  
No aniquilasteis el aliento godo,  
Cuando en medio de tales infortunios  
Conservais, á pesar del moro ardiente,  
Juventud tan heroica y tan valiente.  
Vive dichoso, ¡oh jóven! ¡Quién pudiera  
Seguirte con mas firme y veloz planta  
Como en la edad pasada, cuando al moro,  
Que ya esta á mis heridas enseñado,  
Le hice volver al Africa gimiendo,  
Y el estrecho cegué con sus navios,  
Caliente con su sangre, y al rey Wamba  
Presenté de Bucefa el rico alfanje!  
¡Oh, quién tuviera aquel antiguo brio,  
La juventud gallarda y floreciente  
De aquel tiempo! ¡Oh, qué tiempo tan dichoso!  
Cuando contra Hildérico sedicioso  
El justo Wamba al falso conde Paulo  
Envié á las Galias, y el alevé conde  
Amotinó el ejército: en persona  
Fué el rey á castigarle y yo á su lado;  
Y el piadoso monarca solamente  
Se limitó á quitarle el talabarte  
Que á mí me puso con sus propias manos,  
El mismo que del hombro esta pendiente.  
Veisle aquí, y las insignias y el escudo  
De su pérfido dueño: en días solo  
Como este en que Pelayo á vernos vuelve,  
Le uso, al cuidado de esta mi Gaudiosa.  
Con él la vez postrera (¡oh dolorosa  
Memoria!) fui á ver al rey Rodrigo,  
Que no le he visto mas; ¡qué lozanía  
Mostraba yo con él en algun tiempo!  
A Pelayo en un todo parecia;  
Así marchaba y me planté á ese modo;  
Así sobre las armas descansaba  
Cuando alguno me habló. ¡Mas qué simplezas  
Digo? Perdona, infante, á un triste anciano,  
Que es este nuestro genio.

PELAYO.

No lo sano  
Del discurso me aparta; otros asuntos  
Me retiran, señor, de tu presencia.

## ESCENA II.

FERRANDEZ, TRASAMUNDO.

FERRANDEZ.

Trasamundo, á tu celo y tu prudencia  
Toca evitar gran mal; sin duda alguna  
Mucho engaño padece nuestro infante,  
Yo procuraré advertirle, y no me escucha.  
Tus canas, tu consejo...

TRASAMUNDO.

Ni mi consejo faltan á Pelayo.  
Sé bien tu lealtad, sé bien tus sanas  
Intenciones, por eso te haces digno  
De que yo no te calle una advertencia.  
De los principes siempre reverencia  
Los muy altos designios que emprendieron.  
Menos daño los godos padecieron  
Cuando en los baños de Toledo holgaba  
Rodrigo con la Cava y sus amores.  
Del cielo los decretos superiores  
Le hubieran castigado á él solamente.  
Un vasallo usurpó la accion del cielo,  
Pues castigar al rey toca á Dios solo;  
Y así han llovido indiferentemente  
Desdichas sobre todos, aun mayores  
Que el daño á quien se dió venganza horrenda;  
Y siendo así esto, hoy que venera España  
Tal padre de la patria, rey tan justo,  
De corazón invicto no domado,  
En las duras batallas enseñado,



Esperanza y delicias de los suyos :  
¿Con cuál extremo agradecer debemos  
Un bien tan grande y tan divino al cielo,  
Que le costó cuidado el escogerle?

FERRANDEZ.

Tu dictámen, señor, de mi fiel celo  
Nada dista.

TRASAMUNDO.

Lo sé.

FERRANDEZ.

Pero advertencias  
Con el debido obsequio no repugnan  
A un vasallo leal. Pelayo piensa...

### ESCENA III.

ELVIRA, FERRANDEZ.

ELVIRA.

¿Quién dará á mi señora la defensa  
Que su desgracia necesita?

FERRANDEZ.

El cielo

No ignora mi cuidado y mi desvelo.  
Si otro medio no es dable, en desafío  
Defenderé á Hormesinda y su pureza.  
De una asta penderá la infiel cabeza,  
Y el morado albornoz de cifras lleno,  
Bordadas por su mora, haré se rinda  
Por alfombra al estrado de Hormesinda.

ELVIRA.

La suerte aun ese alivio ha de negarte.

### ESCENA IV.

ELVIRA, TULGA.

TULGA.

Munuza, mi señor, acia esta parte  
Persativo parece se retira;  
Quizá le aqueja algun gran mal, Elvira,  
Será en ti urbanidad el retirarte.

ELVIRA.

No me es desagradable huir su vista.

### ESCENA V.

MUNUZA, TULGA.

TULGA.

No está finalizada la conquista  
De la lberia, señor : de tus piedades,  
¿Quién creyera ser hijas este día  
La infiel obstinacion y rebeldía?

MUNUZA.

No sé con eso qué decirme intentas.

TULGA.

Gran Munuza, las prontas y violentas  
Ejecuciones, en rebelde gente,  
Aseguran el cetro solamente.  
El inconsiderado atrevimiento  
Del vil pueblo, un catástrofe sangriento  
Le reprime tan solo, é insolencia  
La escesiva bondad causa al cobarde,  
Pues juzga la bondad por cobardía.  
De estos viles esclavos ¿quién diría  
Que volviesen á unir los escuadrones,  
Haciendo ufanos de su gente alarde,  
Pues ya armados están? Nuestros parciales  
Nada me ocultan, ni ocultar quisieron,  
Que á Pelayo por rey reconocieron,  
Y tu muerte solícitos intentan,  
El morado penden ya tremolando.

MUNUZA.

¿Qué dices, Tulga? ¿Ese enemigo bando  
De esclavos foragidos, infelices,  
A quien su abatimiento y mi desprecio  
Los libertó de estar encadenados,  
A tanto se atrevieron? ¿Qué! ¿Aun ignoran

Que el poder mahomético triunfante  
Trastornó los imperios de levante?  
¿Y que escediendo á Mario, en la abrasada  
Libia y sus espantosos arenales  
Hicimos, á pesar de sus dragones,  
De Catón la gran marcha celebrada?  
No miran el joyel de mi turbante,  
Y el real calzado, de su rey despojos,  
Y haldon suyo, que de mis enojos  
Huyó aunque herido (el bruto reventado),  
Librándole la noche encapotada.  
Si á España, con ejércitos armada,  
Pusimos yugo en la cerviz altiva,  
¿Cómo podrá oponerse ya cautiva  
Al poder sarraceno? ¡Qué! ¿Aun ignora  
Que una débil mujer causa fué sola  
De la infame cadena que hoy arrastra?  
Pues otra mujer pérdida echó al cuello  
De España los postreros eslabones,  
Y el triunfo me ha de dar su misma muerte.

TULGA.

Cid Munuza, ¿qué dices? ¿De cuál suerte  
Tan difíciles máquinas dispones?

MUNUZA.

Oye, y admirarás mis invenciones.  
Cuando mi brazo y prevenida gente  
Inútil fuera, ó la ponzoña ardiente  
Dispuesta para el fin, se malograra;  
Y cuando la fortuna me estorbara,  
Que al cuchillo ú al tósigo se rinda  
La vida de Pelayo y de Hormesinda;  
Entonces, Tulga, cuando parecía  
Que todo el gran proyecto se perdía,  
Le verás conseguir : su mismo hermano,  
O por sentencia ó por su propia mano,  
La dará muerte fiera. Horror tan grande  
Supe astuto infundirle : no lo dudes.  
Mas si ni esto se logra, está Zulema  
Pronto á matarla á todo riesgo, y luego  
Sabrá esparcir la voz de que Pelayo  
Fué el bárbaro y horrible fratricida.  
Y esta fama en los suyos estendió  
(La piedad infundiendo los rencores),  
¿Qué esperas que produzca, sino horrores,  
Escándalos, tumultos y alborotos  
Contra Pelayo? Y del furor validos  
En medio del motin de su vil plebe  
Equivocada, muerte le daremos,  
De sus mismos parciales ayudados.

TULGA.

Prontos tendrás tus árabes soldados.

MUNUZA.

Así toda la España sometemos  
Al africano yugo, y les cortamos  
La esperanza de nueva monarquía,  
Aun cuando á tal aspire su osadía.

TULGA.

Solo encargo, señor, la diligencia  
(Antes que el ciego vulgo se repare),  
Pues ella en las empresas importantes  
Principalmente el éxito asegura.

### ESCENA VI.

MUNUZA, PELAYO.

PELAYO.

¿Cuán en vano en un pecho generoso  
Los esfuerzos inútiles procuran  
Dar alientos á un noble y ofendido!  
Munuza amigo, si Pelayo ha sido  
Digno de tu amistad, pues tantas veces  
Nuestras desgracias has compadecido,  
Ayúdame á sentir mi pena horrible,  
Y duélete del trance en que me veo.  
¡Oh triste precision! ¿Qué! ¿no es posible  
Hallar medio en mi grande desventura,  
Sino es el ser infame ó fratricida?  
¿Yo á mi hermana quitar la dulce vida?  
¿Yo vivir por sus hechos afrentado?

Terribles dos extremos ! Dime, amado,  
Y amigo muy leal, ¿qué ejecutaras  
Si en tal conflicto como yo te hallaras ?

MUNUZA.

Lo que debes hacer, Pelayo amigo,  
Por tierna compasion no te lo digo ;  
Pero lo que yo hiciera, esto seria :  
En mi imaginacion yo fijaria  
La augusta y nobilissima ascendencia ,  
Venerada de todas las naciones ,  
Llena de lauros, triunfos y blasones ;  
El clamor de la fama voladora,  
El pundonor de un noble delicado ;  
Con qué poco se pierde lo ganado ;  
Con qué facilidad se recupera ;  
Cuán poco á un corazon heroico altera  
Ni el vinculo de sangre, ni otras viles  
Pasiones vergonzosas femeniles ;  
Cuántos nobles ejemplos da la historia,  
Dando al alma valor con la memoria ;  
Qué infame que es un noble ya afrentado ;  
Qué heroico que es un noble ya vengado ;  
Qué poco al ofensor nadie le debe ;  
Qué bazaña es el castigo de un alevé ;  
Cuánto mas le conviene á un godo hispano  
Ser noble heroico, que afrentado hermano ;  
Cuánto el vencerse á sí...

PELAYO.

Basta, Munuza.

¿Qué dices ? ¿Pues tan débil me imaginas,  
Que repare en estragos, ni en ruinas  
Por mi decoro ? Morirá Hormesinda  
Con esta espada.

MUNUZA.

Lo que á ti te toca  
Sabrás sin duda hacer : como tu amigo  
Que soy, no debí yo ser un testigo  
De tu deshonra : el cómplice perverso  
Sacrifiqué en tu honor con cruda muerte.

PELAYO.

Oh fiel amigo ! Oh cielos ! De tal suerte,  
Que todo el mundo ya mi bien procura,  
¿Y solo aumento yo mi desventura  
Con piedad afrentosa ?... Ya está dada  
La sentencia fatal.

MUNUZA.

¿Cuán generoso  
Es tu pecho, Pelayo ! ¿Qué glorioso  
Te verá sin tal mancha ! Amigo digno  
De Munuza, y entonces en tus sienes  
Pondré (nii juramento te lo abona)  
De Asturias y Cantabria la corona.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

PELAYO, HORMESINDA, FERRANDEZ,

ELVIRA.

HORMESINDA.

No teneis que animarme : á los vencidos  
No haber ya que perder infunde aliento.  
No puede ser mas grande mi tormento.  
Ni mi afrenta mayor. ¡Pelayo! muera,  
Muera tu hermana, si ; pero si quiera  
Viva mi fama, y no con mancha indigna  
De mi progenie ilustre, reputada  
Por vil mujer ; cobarde y desmayada  
No me veras ahora ; tu decoro  
Me anima para hablarte ; no la vida  
Te pido, que aborrezco sin la fama.  
Yo misma al opio, al hierro y á la llama  
Me entregaré gustosa ; pero advierte,  
Que á tu inocente hermana das la muerte ,  
Creyendo en asesinos y traidores.  
No son Tula y Munuza mis mayores  
Enemigos : me ofende mas Pelayo.

Pelayo, tú te acuerdas de la escuela  
De nuestra dulce y suspirada madre.  
¡Ay madre mia ! Di, ¿de nuestro padre  
Desgraciado los santos documentos  
Que nos daba, olvidaste ? Qué, ¿has creído  
Que los haya tambien puesto en olvido ?  
¡Juzgas que aquella educacion y ejemplo  
Faltó de mi memoria, haciendo agravio  
A tus padres y míos, á ti propio,  
Y á mí que soy tu hermana, aunque infelice ?  
Lo que él vil, el traidor Munuza dice,  
Sin exámen creiste ; desgraciada  
Nací ; la infame vida estimo en nada.  
Mas no tendrás disculpa : cruel hermano  
Te llamará el alarbe y el cristiano.  
Terribles infortunios te amenazan  
Entre los moros : las reliquias godas,  
Reliquias de Tarif y el fiero Muza ,  
Que esta montaña conservaba, todas  
Serán aniquiladas. Traicion grande,  
Sin duda hay contra ti ; tendré el consuelo  
De que muero sin culpa : no se diga  
Jamás que hubo en la hermana de Pelayo  
Mancha, ni dolo, y digase que muero  
Por tu gusto ; mas ay ! ¿cómo algun día  
Sentirás con dolor la muerte mia,  
Y con remordimientos inmortales  
Juzgarás que las furias infernales  
Albergas en tu pecho, y la memoria  
Te atormentará horrible, cuando sepas  
Que por creer la acusacion impla  
De la canalla infiel mahometana  
(¡Qué horror!) mataste á tu inocente hermana!

PELAYO.

¡Válgame Dios ! ¿Qué dices ? Vive, vive,  
Mi hermana, mi Hormesinda, que no puedo  
Tu llanto resistir.

ELVIRA.

¡Albricias, cielos !

FERRANDEZ.

Finalizaron ya los desconsuelos.

HORMESINDA.

No á mi razon atiendas solamente :  
Mi inocencia sabrás de Trasamundo ;  
Justo y cierto será lo que él dijere.

PELAYO.

¡Válgame Dios ! ¿Qué dices ? Muere, muere,  
Desdichada mujer, baldon y afrenta  
De godos y españoles.

HORMESINDA.

¿Qué ? qué es esto,  
Pelayo ? ¿Aun hay mas penas ?

PELAYO.

Trasamundo

Es tu mayor contrario. ¿Pues creías  
Que apoyase su honor tus demasías ?  
No cabe en tal virtud : él, él intenta  
Que con tu sangre lave yo la afrenta  
De los cristianos, ni me da á Gaudiosa  
Hasta que mueras tú, para mi esposa,  
¡Ni cómo era posible!

HORMESINDA.

¡Ay Dios eterno !

¡Ah nuevo ! Ah horrible ! Ah imprevenido golpe !  
Armóse contra mí todo el infierno.  
¡Tambien esto ! Esto solo me faltaba.  
¿Contra mí Trasamundo ? ¿Quién creyera  
Tan repentino horror ? ¿De quien fiaba  
Oigo tal ? ¿Dónde iré ? Piérdase todo.  
¡Vida vil ! Ya no quiero honor ni vida.  
Por mí volverá el cielo. Ea, matadme,  
Que el mundo infame y pérfido aborrezco ,  
Porque con esto de una vez se acaben  
(Cuando al cuchillo mi cerviz se rinda)  
Las horrendas desgracias de Hormesinda.



## ESCENA II.

HORMESINDA, TRASAMUNDO, ELVIRA.

TRASAMUNDO.

¿Qué alteraciones en vosotras miro?  
 ¿Qué nueva confusion y sobresalto  
 Vuestro semblante anuncia? No perdamos  
 La esperanza, Hormesinda, que aun no todo  
 Se anegó en Guadalete el valor godo.

HORMESINDA.

No es tiempo de callar; ya que yo muera  
 No juzguen culpa en mí la cobardía.  
 Trasamundo, Señor, ¡quién juzgaría  
 De vos tan gran maldad!

TRASAMUNDO.

Precipitada

Hormesinda, ¿qué dices?

HORMESINDA.

¿Qué esperabais  
 De mí sino lamentos dolorosos,  
 Eternas y tristísimas querellas,  
 Por vuestro proceder tan no esperado  
 De vuestro ejemplo, canas y prudencia?  
 ¿Conoceisme? ¿Sabeis mi alta ascendencia?  
 ¿Sabeis mi pundonor? Y aunque lo diga,  
 ¿Mi honestidad, virtud, recogimiento,  
 Y regia educacion?

TRASAMUNDO.

Lo sé, Hormesinda.

HORMESINDA.

Pues ¿en qué os ofendi? ¿Por qué sangriento  
 Mi muerte procurais? ¿Tal se creyera  
 Del justo padre en quien la patria espera?  
 Vos prometisteis del traidor Munuza  
 Defenderme; mas yo quien me defienda  
 De vos ya necesito. ¿Tan infame  
 Soy, que pedís mi muerte? ¿Cuál delito  
 Me originó tal odio? ¿Soy yo acaso  
 La que llamó á los duros agarenos  
 De los altos alcázares de Ceuta  
 Con el rojo pendon de lunas lleno,  
 Y á voces á embarcar los animaba  
 Contra los godos en venganza ardiendo,  
 E incitando las armas espantosas,  
 Que tan grandes desdichas nos trajeron?  
 Yo, misera, infeliz, ¿qué desventuras  
 A los godos causé? ¿Qué formidables  
 Ejércitos armé contra la patria?  
 Yo no traje á Tarif desde Damasco,  
 Ni de Libia llamé al soberbio Muza.  
 ¡Misera! ¿Qué hacer pude que incitase  
 Contra mí tal furor en los cristianos?  
 Yo lloré sus desgracias. ¿No fué el cielo  
 Por mis ruegos tambien importunado?  
 ¿No imploré sus piedades? Ofendida  
 Mas que yo ¿quién habrá? ¿Quién de la suerte  
 Sufrió mayor tormento? El vil Munuza  
 Valido del conflicto, violentada  
 Me desposó con ritos execrables  
 (Tiemblo de horror diciéndolo) ¡Ah cuitada!  
 ¡Moriré sin vengarme! Aborrecida  
 De los míos, iré prófuga y triste  
 A pedir el favor de los infieles,  
 O á morir entre bárbaros crueles,  
 Pues soy abominada; y Trasamundo,  
 Hasta verme morir, niega á mi hermano  
 De su Gaudiosa la ofrecida mano,  
 Queriéndola dotar con mi inocente  
 Sangre, pues juzga que su estirpe afrente.

TRASAMUNDO.

Hormesinda infeliz, ¡mal informada  
 Mujer, ¿qué dices? ¿Yo matarte intento?  
 ¿Yo culpo tu conducta? ¿Yo me afrento  
 De tu sangre? ¿Yo hacer nada en tu ofensa?  
 ¿Yo dejar de morir en tu defensa?  
 ¿Cómo es posible?

HORMESINDA.

Es vano el disimulo:  
 Pelayo, sí, Pelayo, él mismo ahora  
 Acalha de decirme lo, y el nombre  
 De Trasamundo le escitó los odios  
 Que á templar ya empezaba con mi llanto.

TRASAMUNDO.

¿Qué nuevo asombro es este? ¡Cielo santo!  
 Aquí hay gran mal oculto! ¡Satisfecha  
 Aun no está tu justicia, ya deshecha  
 En campos de Jerez con rabia impla  
 La goda triunfadora monarquía?  
 ¿Aun no con tanta sangre hemos pagado  
 Del infeliz Rodrigo el gran pecado?  
 Qué, ¿dura el justo enojo todavía?  
 Engañada Hormesinda...

ELVIRA.

Infanta mía,  
 Trasamundo, callad, que he divisado  
 A Munuza que viene.

TRASAMUNDO.

Del malvado  
 Quiero huir la presencia. Vendré á verte.

## ESCENA III.

MUNUZA, HORMESINDA, ELVIRA.

HORMESINDA.

No quede á mi dolor ninguna suerte  
 De alivio que no busque. Despechada  
 Tendré siquiera el frívolo consuelo  
 De insultar con furor á mi enemigo;  
 De furias implacables agitada:  
 En fin, Munuza, en fin...

MUNUZA.

Si despechada  
 Me pretendes hablar, á solas quiero  
 Satisfacerte; haz que se aparte Elvira.

(Vase Elvira.)

HORMESINDA.

Ya nadie escucha. En rabia y mortal ira  
 Arde mi pecho. ¿Estás, crúel, contento  
 Con mi desgracia ya? ¿Quedó tormento  
 Que no me hayas fierisimo buscado?  
 Engañar á mi hermano tú has logrado,  
 Y hacerme aborrecible. El Dios eterno  
 De los cristianos á quien firme adoro,  
 Y en quien espero, los castigos justos  
 Por infamia te dé tan execrable.

MUNUZA.

Mujer desesperada, aunque mas hable  
 Tu pasion, no se ofende mi grandeza.

HORMESINDA.

¿Tambien ese desprecio? ¿hay tal fiereza!  
 ¿Pues tú quién eres? ¿Cuáles tus acciones  
 Son, sino infamias, robos y traiciones?  
 ¿Cuándo entre árabes fuiste tú estimado?  
 ¿Y entre los nobles godos qué has valido?

MUNUZA.

¿Valdré al menos los godos que he vencido?

HORMESINDA.

Con infidelidad y alevosías.

MUNUZA.

Ya no puedo sufrir mas demasías.  
 Ahora sabrás á quién has ofendido.  
 Con inaudita especie de tormento  
 He de darte el mas bárbaro castigo,  
 Pues no oye ahora mi voz ningún testigo.  
 Conozco tu razon, sé tu inocencia,  
 Que atropellé con ímpetu y violencia.  
 A tu hermano engañé, te lo confieso,  
 Por lograr tus favores, y por eso  
 Con fingidas promesas fué enviado  
 A Córdoba, y allí á ser degollado.  
 ¡No se logró mi intento! Por gozarte,

Pues no hubo otro remedio, desposarte  
Logré conmigo, aunque desesperada ;  
Pero tú, aunque conmigo desposada ,  
Mi lecho abominaste : tal desprecio  
Pagué con tu descrédito, y has sido  
Reputada por frágil ; te ha adquirido  
La infamia tu imprudente resistencia.

HORMESINDA.

Viva mi honestidad en la presencia  
Del cielo; y téngame por delincuente  
El mundo por tu esceso temerario.

MUNUZA.

No fué esceso : ¿por qué el favor no alabas  
De servirse el señor de sus esclavas ?  
¿No te amé, y tanto bien tú le has perdido ?  
¿Qué mayor bien que amor correspondido ?  
Corrido estoy, rabioso y despechado  
De no haber tus favores conseguido,  
Aunque de ello en tu oprobio me he jactado.  
Pues sufre mis enojos ; de mi mano  
Digna te quise hacer, y me ultrajaste.  
¿No advertiste quién fueras, y quién eres ?  
A ser creyente hubieras ya ascendido  
De la alta religion del gran Mahoma ;  
Y por fin, con el tiempo hubieras sido  
Quizá la principal de mis mujeres,  
Y á tu hermano mandarás como esclavo.  
¿Imaginaste que tan necio fuese  
Que hablar primero á tí te permitiese  
Con lágrimas y extremos engañosos,  
Propios de vuestro sexo, acostumbrado  
Con ellos á triunfar, y me espusiese  
A un desaire tal vez ? ¿Eso querías ?  
¿Ah, cómo ignoras las cautelas mas !  
Desde los años de mi tierna infancia  
Aprendí con astucias y traiciones  
El arte de engañar los corazones ;  
Y sé, que al que se juzga poderoso,  
La primera noticia impresion hace,  
Y es difícil borrarla : escelente  
Virtud se necesita, que hay en pocos,  
Pues pocos imaginan que se atreva  
Nadie á engañarlos, ni que serlo puedan.  
Mira á quién ofendiste, desgraciada,  
Y no será ( te juro ) impunemente.  
¿Quién te librará ya de mi venganza ?  
Tú mismo hermano ( tanta confianza  
De mí le persuadí ) poder me ha dado  
De que haga yo justicia á mi albedrío.  
No hay piedad, ni remedio : tu desvío  
Te costará la vida, y al instante  
A una hoguera voraz con mil cadenas  
Serás llevada presa á quemar viva.

HORMESINDA.

¿Cielo ! ¿Esto sufres ? ¿Fiera tan altiva  
Consientes en el mundo ? ¿Para cuándo  
Guardas los rayos ? ¿Cuán abominable  
Maldad ! ¿y qué horrorosa ! Detestable  
Político infernal, feroz, injusto  
Autor de los delitos mas atroces,  
Pérfido, ¿de cuál monstruo de las Sirtes  
Fuiste engendrado ? ¿Oh si pluguiese al cielo  
Que en las ondas se hubiera sumergido  
Con remolinos la maldita nave  
Que pasó á las riberas españolas  
Monstruo tan inhumano y tan borrendo !

MUNUZA.

Para tu pena y tu mayor tormento  
Vuelvo á decirte, que eres inocente ;  
Pero todos te juzgan delincuente,  
Y has de morir infame y despreciada  
De los tuyos, y al fuego condenada.

## ESCENA IV.

HORMESINDA, ELVIRA.

HORMESINDA.

En fin, ¡qué ! ¿no hay remedio á mis desdichas ?  
¿Quién se vió en tal angustia ?

TOMO II.

ELVIRA.

¡Ay de nosotras !

Reducidas de nuevo á ser esclavas  
Entre bárbaros fieros y crueles,  
¿Adónde iremos miserables cuitadas ?  
A que nos den por arras á sus moras,  
A servir en sus baños deliciosos,  
O á labrar sus marlotas y almazares.

HORMESINDA.

¡Oh, acábeme mi angustia y mis pesares !

## ESCENA V.

FERRANDEZ, ELVIRA.

ELVIRA.

Ferrandez, ¿es posible que á Pelayo  
No podáis disuadir ? ¿Que solo pende  
De su yerro la vida de su hermana.  
Y aun la suya y la nuestra, y un tan leve  
Inconveniente causa tal desdicha,  
Tan fácil de enmendarse, y no se enmienda ?  
¿Nueva especie de pena, y mas tremenda  
Que si fuera la pena irremediable !

FERRANDEZ.

¿Qué quieres que en dolor tan lamentable  
Yo te responda, Elvira ? Yo he fijado  
Carteles en que reto y desafío  
Al que acuse á Hormesinda ; mas Pelayo  
Mismo lo estorba : dice que es impío  
Modo de hacer justicia echar la suerte,  
O en el mas venturoso, ó el mas fuerte.

ELVIRA.

Pues yo voy á morir con mi señora.

## ESCENA VI.

TRASAMUNDO, FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Ferrandez, tu lealtad conozco ahora :  
¿Quién lo hubiera pensado ! nos perdemos.  
Ya el gran palenque y grande hoguera vemos  
(Horroroso cadalso de Hormesinda)  
En la llanura próxima que linda  
Con el muro ; allí tiene el cruel Munuza  
Escuadrones de yeguas africanas,  
Sus tostados lanjetes y barrajis,  
Con adargas de Fez resplandecientes,  
Aljubaras y alquifares de escarlata  
Están sobre las arimas ; á los cielos  
Sube la llama ; niños y doncellas  
Timidas, los ancianos y matronas  
Suspiran con silencio, pues los moros  
A los que oyen llorar los alancean.  
Y culpan á Pelayo de sus lloros,  
Pues publica el pregon que así lo manda.

FERRANDEZ.

¿Que esto se sufra ! ¿Una española infanta  
Morir así ! ¿A los principes se debe  
Advertir, cuando acaso se equivocan,  
Lo que es muy cierto que saber quisieran !  
Quien debe y puede, ofende si lo calla.  
No hace el vasallo al rey otros favores,  
Sino avisarle humilde lo que ignora.  
El modo hace rebeldes y traidores,  
Que los consejos no (cuando es preciso) ;  
Los vasallos leales de rodillas  
Advierten á su principe llorando,  
Y él lo agradece ; están los españoles  
Exentos de sospecha, no á sus reyes  
Solo veneran, sino aun al tirano :  
Responda Juba y César el romano.

TRASAMUNDO.

Mas es padre que rey un rey de España.

FERRANDEZ.

Pues de rodillas quiero, que le engaña  
Munuza el vil, con lágrimas decirle,  
Y haga entonces su agrado, que á servirle  
Y á obedecerle nadie irá mas presto.  
Vamos, señor, al punto.



TRASAMUNDO.

Mas ¿qué es esto?  
 ¡Qué confusión! ¡Qué estrépito se escucha!  
 ¡Qué inquieta y dolorosa vocería!  
 Ya oigo el rumor del pueblo, ya vecinas  
 Se oyen las armas, y aun lucir las veo,  
 Ya suenan herraduras de caballos,  
 Y á lo lejos el son de las sordinas.

(Ruido.)

## ACTO QUINTO.

## ESCENA PRIMERA.

TULGA, TRASAMUNDO.

TULGA.

Nada Munuza obró que con Pelayo  
 Antes no consultase: así de justo  
 Logró el renombre, y de Pelayo ha sido  
 Por eso en tal reputación tenido.  
 Y es ir contra Pelayo el que á Munuza  
 Repugne.

MUNUZA (saliendo).

¿Qué es aquesto? Dí á Pelayo,  
 Que hoy verá mi amistad, que hoy se establecen  
 Entre nosotros las propuestas paces  
 Con pactos ventajosos.

TRASAMUNDO.

¿Y Hormesinda

Dónde está?

MUNUZA.

A mí me toca ese cuidado.  
 Haré lo que su hermano me ha rogado.

TRASAMUNDO.

Voy temblando y confuso. (Vase.)

TULGA.

Está dispuesto  
 Cuanto encargaste: el fuego, la ponzoña,  
 Las tropas, los amigos, las veredas,  
 Los pasos, los caminos, las celadas,  
 Los rumores, promesas y cizañas...  
 Todo está, nada falta.

MUNUZA.

Pues al punto  
 Entren á esa infeliz encadenada.

## ESCENA II.

HORMESINDA con prisiones, ELVIRA, ZULEMA, TULGA, MUNUZA, GUARDIAS DE  
 MOROS Y ALGUNOS CRISTIANOS con grande  
 aparato.

HORMESINDA.

¡Ay infeliz mujer! ¡Ay desdichada!

MUNUZA.

Escuchad, moros; atended, cristianos.  
 No juzgéis mis decretos por tiranos,  
 Pues yo mas que vosotros me enternezco  
 De tan triste espectáculo, y tan tierna  
 Juventud malograda y hermosura.  
 Yo la contemplo una inocencia pura;  
 Mas ¿qué he de hacer? su hermano á voces clama  
 Que la entregue á voraz y ardiente llama:  
 Quizá tendrá motivos que le impelen.  
 Yo protestando al nombre sacrosanto  
 De Miramamolín y el gran Mahoma,  
 En su nombre ejecuto la justicia,  
 Las órdenes cumpliendo de Pelayo.

ZULEMA.

Tu compasión y rectitud admira.

ELVIRA.

¡Señora! ¡Ay de nosotras!

HORMESINDA.

Solo es tiempo  
 De convertir ya en mérito la pena.

ELVIRA.

¡Ay qué desdicha! ¡Ay muerte de horror llena!

HORMESINDA.

En fin, ¡que ni mis ruegos, ni mi llanto,  
 Ni mi llanto tristísimo é inútil,  
 Ni mis tiernos suspiros arrancados  
 Con profundo dolor de mis entrañas.  
 Ni el tránsito fatal en que me veo  
 Cercada de congostas y de angustias,  
 Ni mi razón, ni mi inocencia al cielo  
 Pudo apiadarle! ¡Ay qué dolor terrible  
 Me oprime el corazón! ¿A quién los ojos,  
 Los tristes ojos de llorar cansados,  
 Tanto tiempo en los cielos enclavados  
 Sin fruto, volveré? Por todas partes  
 La imagen espantosa de mi muerte  
 Miro en vision horrenda: en vano fuerte  
 Me intento hacer. Soy débil mujer flaca,  
 De innumerables penas combatida:  
 Mil enemigos mi inocente vida  
 Tiene sin culpa. ¡Ay bárbaro tormento!  
 ¡Infeliz Hormesinda! ¡Ay desdichada!  
 ¿Adónde voy? ¿Qué haré? Precipitada  
 En un abismo de ansia y desconuelos  
 ¡Qué pena! estoy: ¡valedme, santos cielos!

ELVIRA.

¡Ay Dios! ¡Ah España! ¡Ay miseros cristianos!

HORMESINDA

¡Ay! El mas infeliz de los hermanos....  
 ¡Que esto quieres! ¡Pelayo! ¡Ay, si me vieras!  
 ¡Ay! ¡Cómo acaso ya te enternecieras  
 En ver á tu inocente hermana triste  
 En tal angustia y trance! ¡Ay! ¡Y nacida  
 De las mismas entrañas que naciste!  
 ¿Dónde estás, que no me oyes? ¡Oh cristianos!  
 Llévadle mis suspiros postrimeros,  
 Decid que su ignorancia le perdono,  
 Que resignada por su gusto muero.  
 Que solo siento el lance temeroso  
 Cuando se desengañe. ¡Ay! ¡Cuántas veces  
 Repetirá mi nombre pavoroso!  
 ¡Qué grande horror le espera! Dios eterno,  
 ¿Voy á morir cargada de cadenas?  
 Dadme en este conflicto fortaleza:  
 Sirva mi muerte de espíal la culpa  
 De España, y pague solo mi cabeza.

UN CRISTIANO.

¡Oh trance horrible! ¡Oh bárbara fiereza!

TULGA á MUNUZA.

Fortuna nuestro intento favorece.

HORMESINDA.

Mas ya que muera, si algo te merece  
 Hormesinda, Munuza, pues mi hermano  
 Te fué leal, pues fui de ti querida,  
 Que me des te suplico, no la vida,  
 Sino la muerte menos rigurosa.

MUNUZA.

Cualquiera muerte es una misma cosa.

HORMESINDA.

Pues muerta yo, publica mi inocencia.

MUNUZA.

Ejecutad al punto la sentencia.

HORMESINDA.

¡Ser una hermana por su mismo hermano  
 Sentenciada á morir! ¡Y sin delito!  
 ¡Y á su enemigo pérfido entregada!  
 ¡Qué atrocidad! ¡Oh cielo! ¡Ay desdichada!

MUNUZA.

Ve, infeliz, á morir, y haz con tu vida  
 Inútil sacrificio á tu Profeta;  
 Y vosotros guardad el gran suplicio, (A las guardias.)  
 Hasta ser en cenizas reducida.

## ESCENA III.

TULGA, PELAYO.

PELAYO.

¡Triste imaginación! ¡Qué combatida  
De funestas ideas! Mas ¡qué estruendo  
Y rumor de la plebe ensordecido  
Turba los muros de la antigua Gigia?  
Tulga, ¿es Munuza fiel? ¿Me he equivocado  
En el juicio que de él tengo formado?

TULGA.

¿Eso dudas, Pelayo? Vendrá ahora  
A firmar los tratados de alianza.

## ESCENA IV.

TRASAMUNDO, PELAYO.

TRASAMUNDO.

Gran Pelayo, fiel y última esperanza  
De la infeliz España que ya espira:  
¿Qué es esto que nos pasa? ¿En qué desgracias  
Vamos precipitándonos?

PELAYO.

El cielo  
Así lo permitió; con menos fuertes  
Remedios no es posible que se cure  
Mi pundonor herido y mancilado,  
Y aun doy gracias al cielo, pues me ha dado  
Tan grande amigo, que á su cargo tome  
Mi deshonor y á su venganza acuda;  
Munuza, el fiel Munuza....

TRASAMUNDO.

¿El fiel Munuza?

PELAYO.

El fiel Munuza, sí, ¿qué te suspende?

TRASAMUNDO.

¿El fiel Munuza? ¡Oh cielos! ¿Con que entiende  
Pelayo que Munuza, el vil Munuza  
Es su amigo?

PELAYO.

Pues ¡qué! De lo que digo  
Nadie se admirará.

TRASAMUNDO.

Séme testigo,  
O Dios que lo ves todo, que Munuza  
Es alevoso, es pérfido enemigo...  
Sé que engañado vives: él soberbio  
Sacrifica á Hormesinda á su fiera.  
El es facineroso; ella inocente.  
La lealtad de España es obediente,  
Y aun con importar tanto, dilataba  
Desengañarte, porque te enojaba.

PELAYO.

Trasamundo, no adules mi deseo  
Con nuevos imposibles: ¡si así fuera!  
Mas ¡ay, que es muy cruel mi suerte fiera!

TRASAMUNDO.

No es cruel, es benigna; el cielo quiere  
Volver por la inocencia de Hormesinda,  
Sin causa perseguida: despedido  
Munuza de haber sido despreciado,  
Conociendo tu honor, te habló primero  
Que otro te hablara, para que severo  
La dieras muerte y odio te adquirieras  
De tus cristianos, y acabar con todos.  
Yo, Gaudiosa, Ferrandez y los godos  
Todos lo saben; solo tú lo ignoras.

PELAYO.

¿Con que fueron sus máximas traidoras?

TRASAMUNDO.

Traidoras, y á tu muerte dirigidas.

PELAYO.

Pues dime: ¿gestas letras?...

TRASAMUNDO.

Son fingidas

Por mano infame del falsario Tulga.  
Lo sé... Y la trama y pérfido artificio...

PELAYO.

Trasamundo, ¿es verdad?

TRASAMUNDO.

¿Pues aun lo dudas?

Dios sacrosanto, que con infinita....

PELAYO.

Suspende el juramento: ¿y mi inocente  
Hermana dónde está?

TRASAMUNDO.

Con sus doncellas  
Juzgo que está llorando recogida,  
Esperando la muerte por instantes,  
Para lo cual se la entregaste al moro.

PELAYO.

¿Yo al moro la entregué? Yo... Qué... ¿Qué dices?  
¿Tanta vileza en la soberbia hispana  
Fuera posible?... ¿Dónde está mi hermana?  
Voy á abrazarla y voy con penetrantes  
Heridas á matar al falso amigo.  
¿Es verdad, ó me engaño?

TRASAMUNDO.

Lo que digo,  
Dios eterno, confírmalo.

PELAYO.

No estorbes  
Mis venganzas, señor, con detenerme:  
¡Oh! qué funesto y qué terrible día  
Es este para mí de mi llegada!  
¡Que tanta infamia estaba preparada!  
Suelta, señor. *(Deteniéndole siempre.)*

TRASAMUNDO.

Pelayo, los furoros,  
La precipitación, ni la violencia  
No lo remedian: solo la prudencia  
Puede valer cuando el contrario es fuerte,  
Y si te precipitas, nos perdemos. *(Deteniéndole.)*

PELAYO.

¡Eterno Dios! ¿Qué dices? Me horrorizo.  
¡Oh Pelayo infeliz! ¡Ay de mi triste,  
Hombre inconsiderado y sin sentido!  
¡Ay, Dios! ¿Qué iba yo á hacer? En un momento  
¿Cuánto comprendo que ignoré hasta ahora?  
¿De qué sueño profundo yo despierto?  
¡Qué horror! ¡Ah vil Munuza! ¡Ay Hormesinda,  
Mi hermana, mi querida y dulce hermana!  
Presago el corazón me lo decía:  
Injusto fui en creerte yo culpada.  
Yo tomaré venganza tan horrenda  
De tu agravio, que al fin le satisfaga.  
Y juro por las almas generosas,  
Que dejaron los cuerpos insepultos  
Ya blancos esqueletos, á la orilla  
Del infausto y sangriento Guadalete,  
Que si una mujer fué la desventura  
De España, otra será quizá la causa  
De ser la mas triunfante monarquía,  
Que á pesar de la tierra y mar profundo  
Se iguale con los términos del mundo.  
¿Dónde mi hermana está?

## ESCENA V.

GAUDIOSA Y DICHOS.

GAUDIOSA.

Traición hay grande.  
Zulema, del amor que me ha tenido  
Bárbaramente ciego, no ha podido  
Un secreto callar. Que no bebiese  
Del vino me encargó, que se ofreciese,  
Cuando jureis las paces.

PELAYO.

¡Ah traidores!  
¿Dónde mi hermana está? *(Queriendo irse.)*



## ESCENA VI.

FERRANDEZ Y DICHOS.

FERRANDEZ.

Creyó que fuese

Fácil, el vil Munuza, hacer odioso  
Su príncipe á los claros españoles;  
No le valdrá su infamia; rodeados  
De tropa estamos ya por todos lados  
Por traición de los moros.

PELAYO.

Al instante

Acudid á las armas.

TRASAMUNDO (*deteniéndole*).

Calla, infante,

No son esos extremos tan precisos,  
Ni anduvieron los tuyos tan omisos,  
Que no estén prevenidos á la muerte  
Por librar á tu hermana y defenderte.  
De Pedro, duque de Cantabria, el hijo  
Está avisado: espera, porque á veces  
No es lícito en la guerra errar dos veces.  
Pues si el golpe se logra, como espero,  
Contra el Africa vil, de la montaña  
Rugiendo bajará el leon de España.

PELAYO.

¿Dónde mi hermana está, que no la veo?  
Voy á buscarla, aunque se oponga el mundo.

TRASAMUNDO.

Disimula un instante, porque creo  
Que aquí va á echar el resto la fortuna.  
(*Vase Pelayo*.)

## ESCENA VII.

ZULEMA, MUNUZA, con grande acompañamiento,

Y DICHOS.

MUNUZA.

Hoy se ve llena la agarena luna  
De Jijon en la torre embanderada,  
Hoy la paz y alianza confirmada  
Se verá entre los moros y cristianos  
Yo haré justicia indiferentemente  
En nombre del califa soberano.  
Entre unos y otros hoy establecemos  
La confederación con firmes pactos.  
Con finezas, con dádivas y extremos  
La amistad se confirme: hoy brindaremos,  
Y en señal de la fe que os he jurado,  
Tan recta es mi justicia, que forzado  
Mi corazón piadoso, é informado  
Por Pelayo, que muerte merecía  
Su triste hermana, en este mismo día,  
Dando de mi virtud insigne muestra,  
Sin distinguir personas, juez severo,  
Abandonando aquello que mas quiero  
La sentencié á quemar. Ya ejecutada  
Estará la justísima sentencia.

TRASAMUNDO.

Cielos, ¿qué escucho?

FERRANDEZ.

¿Cómo tal violencia?

MUNUZA.

Esperad á Pelayo.

GAUDIOSA.

¡Ay desdichada!

Hormesinda infeliz! Ay malograda!  
¡Ay dulce hermana y compañera mía  
En todos mis trabajos! ¿Esto había  
La suerte reservado á tu hermosura?

FERRANDEZ.

Piérdase todo.

TRASAMUNDO.

Nada se aventura.

MUNUZA.

Teneos, ó mis guardias... Mas ¿qué es esto?

## ESCENA VIII.

PELAYO, trayendo á TULGA, TROPA DE CÁNTABROS,

ASTURIANOS, Y DICHOS.

PELAYO.

Esto es, infame, haber ya conocido,  
Por la vil confesión de un fementido,  
Tus traiciones; ahí tienes al malvado  
Digno ministro tuyo; ya ha apurado  
Por fuerza el vaso que me preparabas.  
¿De los terribles godos esperabas  
Otras dádivas que estas, alevoso?

MUNUZA.

Arma, arma, mis alarbes y africanos.

PELAYO.

Arma, cántabros míos y asturianos.

(*Ruido de guerra, y éntranse riñendo*.)MUNUZA (*entrándose*).

Arma.

TULGA.

¡Indigno Munuza! de tal dueño  
Y tal servicio, premio tal se espera:  
Con desesperación ardiendo muero.  
¡El corazón de angustia se me arranca!  
¡Ay qué dolor tan bárbaro me oprime!  
Mil víboras me muerden las entrañas.  
(*Vase cayendo*.)

## ESCENA IX.

ELVIRA, GAUDIOSA.

ELVIRA.

¡Ay infeliz! Gaudiosa, ¡ay desgraciada!  
Los bárbaros verdugos de mi amada  
Señora me arrancaron; ¡qué suspiros!  
¡Qué llantos! qué ternezas! ¡qué afligida!  
¡Qué muerte! ¡Ay qué terrible despedida!  
GAUDIOSA.

¿Qué es esto, Elvira? ¡Ay cielo! ¿A tal extremo  
La desdicha llegó de los cristianos?  
¡Ay esperanzas y deseos vanos  
De nuestra libertad! Mas dime... cómo...  
¿Por qué á Hormesinda tan desamparada  
Dejaste en tal angustia? Di, ¿el malvado  
Precepto habrá ya sido ejecutado?

ELVIRA.

Ya los ojos hermosos la vendaban,  
Y á la bodega voraz ya la acercaban,  
Cuyo estallido y fuego conociendo,  
Tembló, y tiernos suspiros dolorosos  
De nuevo se escucharon. Yo apartada  
Fuí con violencia, y á buscarte vengo,  
Y á ayudarte á llorar.

GAUDIOSA.

Pero ¿qué escucho?  
¿Qué estruendo de armas y rumor confuso?  
¿Qué roncós atabales y bocinas,  
Acercándose vienen? ¿qué lamentos,  
Qué asombrosa algazara y vocería?  
¡Ay triste España! ¡Hoy es tu postrer día,  
Mas fatal que en Jerez! ¡Ay de nosotras,  
Espuesto el cuello al damasquino alfanje!  
Ay, cielo santo, y qué terrible trance!  
Ya hasta aquí llegan. ¡Ay! ¡aparta, Elvira.

MOROS Y CRISTIANOS (*riñendo dentro*).

UN CRISTIANO.

Hoy ya la España, ó bárbaros, respira.

UN MORO.

Desde hoy sereis con yugos mas pesados  
Conducidos á Siria encadenados.

GAUDIOSA.

Elvira, ¡ay de nosotras infelices!  
¿Mas quién, ó cielos, viene aquí?

ELVIRA.

¿Qué dices?

## ESCENA X.

HORMESINDA, *con las cadenas rotas*, GAUDIOSA,  
ELVIRA Y SÉQUITO.

GAUDIOSA.

¿Qué veo? ¿Es ilusión? ¿Cómo? ¡Hormesinda!

HORMESINDA.

Dejad que gracias á los cielos rinda  
Por tal bien; puedo apenas explicarlo:  
La providencia así quiso ordenarlo.  
Ya la hoguera fatal me amenazaba,  
Cuando veis allí á Alfonso, que llegaba  
Con sus jinetes; el gallardo Alfonso,  
Hijo de Pedro, duque de Cantabria.  
¡Qué sangriento combate! ¡qué terrible!  
El rompió mis cadenas: sorprendidos  
Huyeron los infieles...

## ESCENA XI.

TRASAMUNDO *apresurado*, DICHOS Y CRISTIANOS.

TRASAMUNDO.

Ya vencidos

Quedan los moros con horrible estrago,  
Y el bárbaro Munuza, que esforzaba  
La obstinada defensa, de Pelayo  
Vió espantado brillar la ardiente espada.  
Se embisten ferocísimos. ¡Qué asombro!  
Qué espantoso combate! Al fin el moro,  
Blasfemando colérico y tremendo,  
Dió un gran gemido, y con horrenda herida,  
Pálido el rostro de color de muerte,  
Midió la tierra el bárbaro espantoso,  
Mordiéndola rabiando en sangre tinto,  
Revolcándose inquieto, y con visajes,  
Quedando abominable y horroroso,  
Con presencia infernal yerto cadáver.

GAUDIOSA.

Justísimo castigo, y no venganza.

(*Saca un cristiano la cabeza de MUNUZA clavada  
en una lanza.*)

TRASAMUNDO.

Veis la horrible cabeza en esa lanza,  
Manando sangre, y arrastrando el cuerpo;  
Con ignominia lleva el vulgo al fuego

Que antes para Hormesinda fué encendido.

TODOS.

¡Albricias! que ya el cielo se ha apiadado.

## ESCENA XII.

PELAYO, FERRANDEZ, DICHOS Y CRISTIANOS  
*con espadas desnudas.*

PELAYO.

¡Perdonas á un hermano, que engañado  
Con tanto indicio, aunque por tiempo breve,  
Dudó de tu virtud?

HORMESINDA.

Hermano mio.....

(Abrazanse.)

PELAYO.

Digna de ser hermana de Pelayo.  
¡Mi hermana! Mi Hormesinda, hermana amada  
¡Que logro verte viva y verte honrada!

HORMESINDA.

¡En qué peligro estuve!

PELAYO.

Destilando

Viene aun mi espada la caliente sangre  
De tu enemigo. ¡Vesla aun exhalando  
El último vapor?

HORMESINDA.

Dios soberano

Volvió por mi inocencia.

PELAYO.

Pues lo allana

Todo el cielo, marchad á Cobadonga.  
Desde allí la conquista se disponga  
De España, y escarmienten los tiranos,  
Y en su prosperidad no estén ufanos;  
Ni jamás desespere el inocente,  
Pues Dios hace justicia; y si enojado  
Nos castigó en Jerez, ya se ha apiadado.

CORO.

¡Oh si pluguiese al cielo

Que Pelayo lograse,

Como ha logrado esta feliz hazaña,  
La mas gloriosa de librar á España!



# LUCRECIA, TRAGEDIA.

## PERSONAS.

LUCRECIA, *matrona romana, mujer de*  
COLATINO, *sobrino de Tarquino Prisco.*  
TRICIPTINO TARQUINO, *padre de Lucrecia.*  
SEXTO TARQUINO, *hijo de Tarquino el Soberbio.*  
ESPURIO LUCRECIO, *ayo de Tarquino.*

MEVIO, *su adulador.*  
VALERIO PUBLIO, *hijo de Valerio, amante de Claudia.*  
BRUTO LUCIO JUNIO.  
CLAUDIA, *amante de Valerio.*  
FULVIA, *amante de Tarquino.*

*La escena se representa en Roma, en el salon de Lucrecia.*

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

TARQUINO, COLATINO.

TARQUINO.

Ya, Colatino, hemos llegado á Roma,  
Ya, como sabes, hemos discurrido  
Por la ciudad, y ya de la conducta  
De sus matronas vamos informados.  
Ya sé, que tantos nobles capitanes,  
Que por la patria espuestos peleando  
El muro pertinaz de Ardea cercan,  
Infelizmente viven engañados.  
Cada cual celebrando á su consorte,  
A las de los demás la anteponia,  
Pintando su virtud y perfecciones;  
Ya la docta experiencia nos avisa  
Cuán frágil la mujer y cuán mudable  
Es, Colatino, en todas sus acciones.  
Ya vistas como hallamos divertidas  
A algunas en chistosas asambleas,  
Cuando están en campaña sus esposos  
Teniendo compasion del llanto de ellas;  
Pero la tengo yo mayor de esotros  
Cuyas mujeres en nocturnos juegos  
Esponen á una suerte el patrimonio.  
A algunas en los coros indecentes,  
Cual las bacantes de la antigua Tracia,  
Vemos danzar con torpe movimiento  
Provocando al galán que la acompaña;  
Otras vimos prestar benigno oido  
Al deshonesto mozo, que cantando  
Junta con blando son verso lascivo,  
Y muchas, que ya el miedo abandonando,  
El infame adulterio consentian  
Aun antes de mirarse importunadas.  
Porque no haya maldad sin cometerse,  
Aun no quieren dorar con la disculpa  
De la violencia un hecho tan aleve.  
No juzgo, Colatino, que á Lucrecia  
Tan indecentemente entretenida  
Hallemos, que es de esotras diferente;  
Sé que es honesta, y que es tambien prudente;  
Pero es al fin mujer, cuyo marido  
En su entender á Roma no ha venido,  
Y asiste en el ejército; y segura,  
Porque es ocasionada la hermosura,  
Puede ser que, no aleve, cortesana,  
Por aliviar la ausencia á amor tirana,  
Alguna fiel visita haya admitido:  
Que en la civilidad es permitido  
El trato racional, y no es seguro  
Que estés tan confiado en mujer frágil:

Pues no siendo contraria á su decoro  
La urbanidad, al menos sospechoso  
Puedes vivir de que aunque sin afrenta  
Algun cariño lícito consienta.

COLATINO.

O Tarquino, qué bien me persuades  
Con voces halagüenas y suaves  
A que imagine el daño que está lejos,  
Para si acaso llega no temerle;  
Pero estoy altamente satisfecho  
Del amor conyugal de mi Lucrecia,  
Y no me bastan tantos ejemplares  
Como hemos visto, ni otros cien millares,  
Para que de su amor yo desconfíe.

TARQUINO.

No hay fe con un ausente, Colatino.

COLATINO.

Que hay en Lucrecia fe verás, Tarquino.

TARQUINO.

Posible es que te juzgues mas dichoso,  
Que todos los demás; tambien los otros,  
Lo mismo que tú afirmas, afirmaban;  
Ya adviertes como entonces se engañaban.

COLATINO.

Entonces dije, y te repito ahora,  
Que no eran menester palabras vanas,  
Pudiendo remitirse á la experiencia,  
Y pues con mayor prisa que prudencia;  
A Roma, como ves, hemos venido,  
Y nos han ya mis lares recibido  
Con silencio en la estancia mas interna  
De mi casa, verás acreditadas  
Con obras mis palabras refutadas  
Tanto por tí, quedando satisfecho  
Del noble corazon y casto pecho  
De mi Lucrecia fiel y amada esposa;  
Y pues en el ejército forzosa  
Nuestra falta ha de ser, démonos prisa,  
Y antes que venga el alba con su risa  
Volvámonos á nuestros pabellones.

TARQUINO.

Puesto que á la experiencia te dispones,  
Mira qué hemos de hacer, que obedecerte  
En todo determino.

COLATINO.

Ya la suerte

Nos presta la ocasion, porque he sentido  
El quicio de esas puertas con ruido,  
Y nosotros aquí, sin ser notados  
Podemos informarnos retirados.  
Mira á Lucrecia sobre aquel tapete  
Con sus damas velando en su retrete:  
¿ Ves?

TARQUINO.

Ya la veo.

COLATINO.

Escucha lo que dice.

## ESCENA II.

LUCRECIA, CLAUDIA, FULVIA. Y DICHO  
(retirados).

LUCRECIA.

¡Ay de la esposa ausente é infelice,  
 Cuyo consorte en la enemiga tierra  
 Sufre el rigor de la espantosa guerra  
 Al frente de contrarios tan feroces,  
 Solo por ensalzar la patria! ¡Oh dioses!  
 ¡Santos genios domésticos! ¡Oh lares!  
 ¡Oh deidades de Roma tutelares!  
 Avasallad las bárbaras naciones,  
 Que su yugo resisten, no los nobles  
 Lechos desampareis de las romanas,  
 Que en triste viudedad teniendo viven:  
 Sea á la patria el muro ya rendido,  
 Y Colatino á mí restituído.

CLAUDIA.

Templa, hermosa Lucrecia, el sentimiento,  
 No con lágrimas ajes tu hermosura,  
 Que presto vendrá tiempo en que triunfante  
 Llegue á Roma feliz tu esposo amante,  
 Pues ya por largo espacio defendida  
 No puede ser, segun está oprimida  
 La bárbara ciudad ya temerosa,  
 De injustas almas pertinaz albergue.

FULVIA.

De su ignorancia el cielo ya apiadado  
 Permitirá que advierta cuánto ha errado  
 En no admitir por dueño á la gran Roma,  
 Pues no absoluta libertad se iguala  
 Al timbre heroico de vivir rendido  
 A la ciudad que Rómulo ha erigido.

LUCRECIA.

¿Oisteis por ventura algunas nuevas,  
 Pues vosotras soleis oir bastantes,  
 Del ejército nuestro? ¿Habrá empezado  
 A ser del ariete atormentado  
 El muro infiel? ¿Acaso nuestras gentes  
 Con fuegos de alquitrán resplandecientes  
 Abrasarán las fábricas soberbias  
 Contra Roma y el cielo levantadas?  
 ¡Oh nacion dura! ¡Oh pueblo enfurecido,  
 Que obligas á olvidar el dulce nido  
 Con eterno dolor de las romanas  
 A los patricios nobles! ¡Cuánto temo  
 La juvenil intrepidez y el brio  
 Del bizarro y galán esposo mio!  
 El en toda ocasion será el primero,  
 Que el pecho heroico esponga al duro acero  
 Con sobresalto mio y honor suyo.  
 No durarás en pie mucho, rebelde  
 Indómita ciudad, si Colatino  
 Combate audaz tu muro diamantino.

CLAUDIA.

La patria en él se mira como espejo  
 De la fe, del valor y del consejo.

LUCRECIA.

Ahora es menester, doncellas mías,  
 Que os apliqueis con diligente mano  
 A concluir al son de mi suspiro  
 La clámide con púrpura de Tiro,  
 Que ha de vestir mi esposo rozagante  
 El día venturoso que triunfante  
 Volver le mire Roma, coronado  
 Del eterno laurel de Febo amado;  
 Pero dejadme sola y encerrada,  
 En tanto que con lágrimas humildes  
 A los cielos mil súplicas envío,  
 Porque me restituyan el bien mio.

## ESCENA III.

COLATINO, TARQUINO.

COLATINO.

¿Has visto?

TARQUINO.

Sí.

COLATINO.

Qué dices?

TARQUINO.

Quedo absorto.

COLATINO.

No te respondo porque el tiempo es corto;  
 Pero antes de marcharnos determino,  
 Que no quede sin verte Tricipitino,  
 De mi casta Lucrecia padre anciano,  
 Y padre de la patria; su prudencia  
 Refinó con larguísima experiencia,  
 Ensalzando el honor de tus abuelos,  
 Y sentirá no vernos, y ofrecerte  
 Su hacienda y su persona hasta la muerte.

## ESCENA IV.

TARQUINO, ESPURIO, MEVIO.

TARQUINO.

¡Válgame el Cielo! ¿Qué invasion de dudas,  
 Qué furioso tropel de confusiones  
 Mi triste corazon han inquietado?  
 ¡De cuántos pensamientos agitado,  
 Mi espíritu vacila! ¿A qué he venido?  
 ¿Qué he visto? ¿Qué me angustia? ¿Quién me ha herido  
 Con rayo celestial?

ESPURIO.

Señor.

MEVIO.

Mi dueño,

¿Qué tienes?

ESPURIO.

Lo que miro ¿es cierto, ó sueño?

TARQUINO.

No es sueño, amigos, ojalá que fuera,  
 Y yo quieto en el campo me estuviera,  
 Y no hubiese venido adonde creo  
 Que víctima he de ser de mi deseo.

ESPURIO.

Si acaso, pues merezco tu privanza,  
 Y me juzgas capaz de confianza,  
 Puedo en alguna cosa yo aliviarte,  
 Con fe leal te juro aconsejarte.

MEVIO.

Yo aunque indigno, señor, tus escepciones,  
 Tus favores logré no pocas veces:  
 Alto agradecimiento en mí ha durado,  
 Siempre fiel me tuvistes á tu lado,  
 Y si esta vida á tu servicio pronta  
 Hubieses menester, para eso solo,  
 Desde Ardea, como sabes, te he seguido;  
 No dudes de mi amor.

TARQUINO.

Agradecido

Me confieso á los dos, de los dos tengo  
 Satisfaccion igual; ya me prevengo  
 A descubrir mi pecho: A Roma vine....  
 (¿Estamos solos, nos escucha alguno?)

ESPURIO.

Ninguno percibir puede tus voces.

TARQUINO.

A Roma vine, y vi á Lucrecia hermosa,  
 ¡Oh cuánta perfeccion miré en un punto!  
 En ella vi un dechado y un conjunto  
 De toda la beldad que el mundo tiene.  
 Y aun dudo si él produjo tal belleza.  
 Rindiéronme sus ojos; recogida  
 Estaba en sus labores divertida,



Llorando por la ausencia de su esposo;  
 Me robó mi quietud y mi reposo,  
 Aun mas su honestidad que su hermosura;  
 Si tan rico tesoro no poseo,  
 ¿De qué me sirve ser de la alta estirpe  
 De los valerosísimos Tarquinos?  
 De qué el haber domado á los gabinos  
 Con industria y heroico atrevimiento?  
 No hay mas remedio al grave mal que siento :  
 Nada reparo, nada me acobarda,  
 Al tiempo solo acuso porque tarda.  
 La industria, el interés, ó la violencia  
 Me han de ayudar, no basta resistencia  
 Para mi intrepidez y mi denuedo;  
 Ni á Colatino temo, ni á los suyos,  
 Ni aunque todo el ejército conjure,  
 Ni temo el ser escándalo á mi patria,  
 Ni escuso por mi gusto destruirla,  
 Ni con voraces llamas consumirla,  
 Ni el baldon, ni la infamia me horroriza,  
 Ni el mirar zozobrando el Capitolio  
 En ondas puras de inocente sangre,  
 Ni me acobarda el riesgo, aunque evidente  
 Ni la muerte, ni el cielo

ESPURIO.

Señor, tente,  
 ¿Qué dices? ¿Quién te priva del sentido?  
 ¿Qué loco frenesí te ha poseído?  
 ¡Oh, cuántos infortunios considero  
 Que están ya amenazando! ¡Oh patria! ¡oh patria!  
 ¡Oh antigua libertad!

MEVIO.

Lo que ha pedido,  
 Espurio, nuestro príncipe no ha sido  
 Reprensión, que al vasallo no compete;  
 Consejo te pidió, para que logre  
 Con el sigilo y brevedad posible  
 Su intento, que a un monarca es consequible.

ESPURIO.

No hallará en mi Tarquino consejero,  
 Que con semblante falso y lisonjero  
 Medrar procure á costa de su ruina :  
 Mi fe, mi gratitud....

TARQUINO.

Este no es tiempo  
 De cuidar de otra cosa; que mi vida,  
 Si no logro mi amor, está perdida.

ESPURIO.

¿No consideras?

TARQUINO.

Nada considero.

ESPURIO.

¿No quieres escucharme?

TARQUINO.

Nada quiero,

Sino es solo mi amor.

ESPURIO.

Pero ¿es posible,  
 Que con tal prontitud te haya rendido,  
 Cual repentino insulto, ó cual desmayo?

TARQUINO.

Es el amor de condicion de rayo.

ESPURIO

No es eso amor, es bárbaro deseo,  
 Y el príncipe magnánimo no debe  
 Dejar que indigna una pasión le arrastre;  
 El debe dominar á todas ellas.

TARQUINO.

Así lo dispusieron las estrellas.

ESPURIO.

Aunque inclinen, al sabio no compelen.

TARQUINO.

A mi el cielo y el hado me hacen fuerza.

ESPURIO

¿Cuán bien yo la desgracia prevenía  
 Desde el punto fatal que la porfía  
 Malvada se empezó, mojado el seso  
 Con el licor ferviente y espumoso  
 Que en las Carquesias pródigas de Baco  
 Brindó la ociosidad y el desatino!  
 Considera el escándalo, Tarquino,  
 Que á Roma vas á dar: ¿qué dirá Roma  
 Al ver que sus matronas mas honestas,  
 Mientras que sus esposos en campaña  
 Al peligro la amable vida esponen,  
 No se ven libres de sufrir la injuria  
 De la barbaridad de tu lujuria?  
 ¿Qué sentirá su esposo Colatino?  
 ¿Qué dirá el noble anciano Tricipitino?

TARQUINO.

No vivo de sus dichos yo pendiente.

ESPURIO.

¿Qué dirá el grande Bruto, de la patria  
 Y de la libertad de sus patricios  
 Defensor obstinado, si tus vicios  
 Amenoran tal vez su atrevimiento?  
 ¿No ves su militar furor violento,  
 Y cómo estan de Roma las legiones  
 Debajo de su mando y su conducta?

TARQUINO.

Son vanos los peligros que me esponen :  
 ¿Quién se puede atrever al soberano?

ESPURIO.

Responda Amulio, y Numitor su hermano,  
 Y Alba longa, de Ascanio edificada  
 Con la tirana sangre rociada.

TARQUINO.

No fué el amor autor de esa desdicha.

ESPURIO.

Es causa de mayores infortunios :  
 El conmovió las espantosas armas,  
 Y envuelta en odio y en engaño griego  
 Llevó á Troya el amor desatinado  
 La cólera de Aquiles indignado.

TARQUINO.

Menos sabio pretendo y mas sumiso,  
 Espurio, al inferior; de mi presencia  
 Te aparta al punto.

ESPURIO.

Triste te obedezco.  
 Porque es para tu mal.

## ESCENA V.

TARQUINO, MEVIO.

MEVIO.

Ya que merezco  
 Tan noble distinción, manda y ordena :  
 ¿En qué puede servirte tu cliente?  
 ¿Qué presumes hacer?

TARQUINO.

Deja primero  
 Confesar que lo justo y verdadero  
 Espurio me amonesta: ¡Oh cuánta! ¡oh cuánta  
 Razon y fuerza la verdad desnuda  
 Tiene, aunque hallada en boca humilde y ruda!  
 Bien la conozco, y no puedo abrazarla,  
 Mi amor me trajo al mas funesto estado  
 Que arrojar á un amante pudo el hado.

MEVIO.

Mira, señor, por tu preciosa vida,  
 Que mas que no el honor de Colatino,  
 Ni de Lucrecia importa: ¿qué te inquieta?  
 No es gran dificultad la que pretendes.  
 No es combatir á la ciudad de Nino  
 De sus floridos muros coronada :  
 Una fragil mujer desamparada  
 Ha de ser tu enemigo y tu trofeo;

No acometió alta empresa tu deseo.  
Al príncipe, señor, lícito es todo  
Cuanto gustare.

TARQUINO.

Con que de ese modo  
¿No adquiriré de injusto infame nombre?

MEVIO.

Ningun arrojo puede haber que asombre  
Un corazón real.

TARQUINO.

No, no prosigas,  
Mevio, no he menester que mas me digas.

MEVIO.

Solo te advierto el disimulo cauto:  
Con él allanarás los altos montes,  
Y pues acia aquí viene Tricipitino  
Con el tirano que tu bien usurpa,  
Yo me retiro hasta el umbral, Tarquino,  
Y no me alejo mas; en mí confía  
(Pues tu salud solicito pretendo),  
Que vigilante y que leal te atiendo.

### ESCENA VI.

TRICIPITINO, COLATINO, TARQUINO.

TRICIPITINO.

Enhorabuena el jóven valeroso,  
Delicias de su patria, sea venido  
A aumentar los blasones de mi casa  
Con su presencia: anduvo muy escasa  
Conmigo la fortuna hasta este día,  
Mil triunfos concedió á mi bizarria;  
Mas ninguno se iguala al honor grande,  
Que hoy consigue el anciano Tricipitino  
Dando hospedaje al hijo de Tarquino.

TARQUINO.

Justo premio debido á tus hazañas  
Fueran mayores escepciones; pero  
La patria, cuyo amparo y honor eres,  
Con públicas estatuas y altos arcos,  
En honra de tus triunfos erigidos,  
Satisface por mí.

TRICIPITINO.

Se ven cumplidos,  
Colmada la esperanza, mis deseos,  
Pero, ó mancebos inclitos, volveos,  
Yo á la patria priveis de vuestro auxilio.

COLATINO.

Concede, padre, que á Lucrecia vea,  
Y al punto me verás volver á Ardea.

TRICIPITINO.

Ya la casualidad te manifiesta  
Patente el gabinete retirado:  
Mira, Tarquino, la matrona honesta,  
De Tanaquil tu abuela fiel traslado.

### ESCENA VII.

LUCRECIA, CLAUDIA, Y DICHS (*desviados*).

LUCRECIA.

No te parezca el incesante lloro,  
O Claudia, porfiado ni escetivo,  
Que es gran causa un esposo que está ausente.

CLAUDIA.

No me parece; pero algun consuelo  
A tu afligido corazón consiente:  
Tu juventud no es justo que estragada  
Se mire por tu angustia inconsolable.

LUCRECIA.

Ay Claudia! tengo yo por variable,  
Y de la santa fe no guardadora  
A cualquiera mujer, que fiel no llora  
Noches y dias incesantemente,  
Mientras el dulce esposo tiene ausente:  
Yo misera infeliz á llanto eterno  
Con esta ausencia vivo condenada;

Ni me consuela ni divierte nada,  
Mas siempre la memoria me fatiga,  
Representando á mi querido esposo,  
Cuyos amores solicito en vano,  
Y es tan intenso este dolor tirano,  
Que á la tenacidad de su tormento  
Me falta (! ay cielos!) el vital aliento.

COLATINO.

Recóbrate, Lucrecia, esposa mía,  
Ya vengo, aquí me tienes amoroso:  
Consuélate, señora.

LUCRECIA.

¿Velo, ó sueño?

COLATINO.

No sueñas, que yo soy.

LUCRECIA.

Mi bien, mi dueño,  
Colatino, mi amor, mi dulce esposo,  
¿A qué vinistes?

COLATINO.

A volverme al punto.

LUCRECIA.

¿Cuándo el mal con el bien no llegó junto  
A un corazón amante! ¿A qué has venido?

COLATINO.

¿No en el jóven real has reparado  
De quien para honra nuestra vengo al lado?

LUCRECIA.

La vista apacentada solamente  
En ti que eres su objeto, nada ha visto  
Sino es á ti, Tarquino; tú perdona  
La lícita pasión de una matrona,  
Del amor conyugal ejemplo casto.

TARQUINO.

El tiempo solo en admirarte gasto.

COLATINO.

Lucrecia, á lo que solo yo he venido,  
Acompañado de Tarquino, ha sido  
A admirar tu recato y tu modestia.  
De la de su consorte cada uno  
En las tiendas estaba hoy altercando,  
Y con viva pasión exagerando.  
Yo dije: á las palabras solamente  
No creais, remitido á la experiencia;  
Vinímonos aquí con diligencia...

TARQUINO.

Y vimos que mereces mil coronas.

COLATINO.

Ejemplo de castísimas matronas.

LUCRECIA.

Yo me retiro á que los santos dioses  
Miren mi gratitud.

TRICIPITINO.

Y yo contigo,  
Que de tan gran fortuna soy testigo.

### ESCENA VIII.

TARQUINO, COLATINO.

COLATINO.

Nada me digas.

TARQUINO.

Callo, y te obedezco.

COLATINO.

Pues aun hay mas que ver.

TARQUINO.

No, Colatino.  
Hacer mayor pesquisa determino:  
He visto que Lucrecia, al fin romana,  
Es única en la fe y en la hermosura.



COLATINO.

Desengaños mayores te procura,  
Tarquino, mi deseo.

TARQUINO.

Satisfecho

Estoy, y convenido.

COLATINO.

No repugnes,  
Que procuremos ver otras matronas.

TARQUINO.

Por aluycntar recelos de tu pecho  
Te sigo, aunque forzado.

COLATINO.

Vainos, vamos.

TARQUINO.

En vano competir otra belleza  
Con ella intentará: yo estoy rendido,  
Lucrecia, á tu hermosura mas que humana;  
Yo infeliz procuraré ocasion de verte,  
Y esta curiosidad será mi muerte.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

FULVIA, CLAUDIA.

FULVIA.

No juzgué que Valerio te debía  
Tanto cuidado, Claudia, como dices.

CLAUDIA.

Fulvia, con él espera mi deseo  
Unirse al yugo santo de himeneo.

FULVIA.

Nunca de mi amistad te he dado muestras  
Mayores que las que hoy pretendo darte,  
Pues un secreto quiero revelarte,  
Que siempre en mi interior tuve guardado.

CLAUDIA.

Será con gratitud recompensado,  
Y con silencio grande retenido.

FULVIA.

Si á otra menos prudente que tú fuera,  
Tal cosa no dijera, que peligro  
Muy grande me será que se publique.

CLAUDIA.

Si algun consejo es menester que aplique,  
No te le negaré.

FULVIA.

Pues sabe, Claudia,  
Como es Tarquino oculto amante mio,  
Y en sus promesas y en su amor confío  
Que de Roma he de ser jurada reina,  
Cuando llegue á empuñar su augusto cetro:  
Por verme solamente he presumido  
Que del acampamento haya venido,  
Aunque otra cosa con engaño finja.  
Y no te maravilles de que aspire  
A presumir ser reina, pues lo fueron  
Ya mis antepasados; descendiente  
Soy, como sabes, del antiguo Evandro,  
Con cuyo auxilio el fugitivo Enéas  
Dejó á sus nietos de Saturno el Lacio;  
Y no presumo que mi amor desdeñe,  
Pues no me escede, ni en la noble sangre,  
Ni en otros dotes, Claudia, no tamaños.

CLAUDIA.

Pero te escede, ó Fulvia, en los engaños  
Con que á tu sencillez burlar procura.  
¡Ah! ¡que no le conoces cuán aleve,  
Cuán falso engañador y lisonjero  
Tiene el semblante, y cuán ingrato y fiero  
El doble corazon, lleno de astucias!

¿Posible es, Fulvia amiga, que imagines,  
Aunque de abuelos inclitos blasones,  
Que el intrépido ardor de sus pasiones  
Ha de rendir á la razon Tarquino?  
¿Y que por fin á sola una belleza  
Sujetara su irracional antojo?  
No permitan los dioses que despojo  
De su cautela ser te mire Claudia.  
¡Oh, cuánto yerra la doncella incauta  
Creyendo el llanto del fingido amante,  
Que no repara en aumentar promesas!

FULVIA.

Mucho en mi desengaño te interesas:  
Tanto debes de amarne, Claudia amiga,  
Cuanto á él aborrecerle.

CLAUDIA.

Le aborrezco.

FULVIA.

¿Por qué?

CLAUDIA.

Ahora verás si yo merezco  
Que tú cualquier secreto no me celes.  
Pues con saber tu amor no me rehusó  
De ponerme á peligro que reveles  
Lo que voy á decir.

FULVIA.

En mi confia.

CLAUDIA.

Mi padre en posesion quieta regia  
La opulenta ciudad de los gabinos,  
Los gabinos feroces y guerreros  
En ásperas batallas indomables,  
Y en arrojarse al riesgo los primeros.  
Aqui llegó una noche acongojado  
Tarquino aleve, engañador malvado,  
Con no menor astucia y disimulo,  
Que el ingrato Sinon, que á Troya solo  
Fué, lleno el pecho de traicion y dolo.  
Arma tocó la juventud gabina  
Al instante que cerca le miraron,  
Y con presto furor desenvainadas  
Las fulgidas espadas relumbraron.  
Matadme, dijo á voces, ó gabinos,  
A mí el mas infeliz de los Tarquinos.  
Ningunas armas jugaré en defensa  
De esta angustiada y miserable vida,  
Sin razon de los mios perseguida  
Por voluntad de mi soberbio padre,  
Que ansiosamente por mi fin anhela;  
El con azote rigido mi espalda  
Cruelmente, como veis, ha castigado.  
Dijo: y las voluntarias cicatrices  
Les mostró á los gabinos infelices,  
Ajenos de juzgar que sus heridas  
De propósito fuesen recibidas,  
Para engañar mejor su piedad simple.  
Recíbele mi padre, y los maguates  
Admitiéndole amigo le abrazaron,  
Y las manos derechas se apretaron;  
Pero el ingrato al inclito hospedaje,  
A Tarquino el soberbio un nuncio envía,  
Pidiéndole consejo depravado,  
Porque con él al punto determina  
Vender injusto la ciudad gabina.  
Encuentra al duro padre el mensajero  
En un jardin ameno, y con la espada  
Los vástagos mas altos y macollas,  
Sin responder, al suelo derribaba.  
Sábelo el hijo, y dice: ya comprendo  
La mente de mi padre, y furibundo  
Reduce la ciudad á lago inmundo  
De senatoria y de patricia sangre;  
Y en tanto las murallas sin defensa  
Sus prevenidas huestes asaltaron,  
Y de ellas con traicion se apoderaron  
Y no contento de hecho tan infame,  
Solicito pretende que yo le ame,  
Sin advertir, que fiero y alevoso  
Huérfana me dejó con mano impia.

Yo vi, yo misma vi los duros filos  
De su terrible espada ensangrentarse  
Al discurrir con ímpetus crueles,  
En la presencia de mi propia madre,  
Por la garganta de mi anciano padre,  
Que su noble piedad llevó tal premio.  
Considera tú, Fulvia, mis razones,  
Y mira si las hay para que ansiosa  
Yo le aborrezca, y para que tú temas  
Verte engañar de un pecho fementido.

FULVIA.

El mío, Claudia, queda agradecido  
Por advertencia tal; y sospechosa,  
Yo observaré desde hoy en adelante,  
Si es verdadero ó si es fingido amante.

CLAUDIA.

Tampoco juzgues, que por solo verte  
Haya Tarquino á la ciudad venido,  
Alguna otra maldad le habrá traído.

FULVIA.

De cualquier suerte, Claudia, te prometo  
Averiguar mis dudas con secreto.

**ESCENA II.**

VALERIO, CLAUDIA.

VALERIO.

Temiendo la venida de Tarquino,  
Pues no su proceder injusto ignoro,  
Mi ejército dejé; los altos dioses  
Me condujeron, Claudia, á tu presencia:  
Muy receloso estoy de su insolencia,  
Y así vengo á asistírte, y saber quiero  
Si en ti dura el amor tan verdadero,  
Como antes de partirme.

CLAUDIA.

Las doncellas  
Cual yo de ilustre y generosa sangre  
A un dueño solamente su fe entregan,  
Y conservan la fe que han entregado,  
Y aunque Tarquino intrépido y osado  
Forcerla procuró, mi pecho heroico  
Rechazó con desdenes su osadía,  
Que es mas mi pundonor que su porfía.

VALERIO.

Tarquino, poco atento á tu decoro,  
Tan insolente fué? ¿Qué dices, Claudia?  
Pues sabiendo mi amor, ¿cómo este alevé  
Al hijo de Publicola se atreve?  
No sabe que á mi voz y á la de Bruto  
De Roma las legiones manipulares  
Atienden obedientes? ¿Duda acaso,  
Que algun hado contrario le amenaza?  
A Bruto predijeron las estrellas,  
Sobre Tarquino imperio: ya asaltada  
La ciudad de tu padre, y aquietada,  
Sacrificios solemnes se ofrecían,  
Cuando una sierpe con rabiosos ojos  
Escamosa, con boca silbadora,  
Salió desenroscándose de en medio  
De los sacros altares, y apagados  
Los misteriosos fuegos, arrebatada  
Con furia los espuestos intestinos  
Que el ministro solicito espiaba.  
A Febo reverentes y medrosos  
Consultan, y el oráculo responde:  
El que ósculo de paz diese primero  
A su madre, será este el verdadero  
Y único vencedor; la turba frágil,  
Crédula, fácil y engañosamente  
Corrió precipitada, y cada uno  
Dió á su madre de paz ósculo santo.  
Pero de Bruto fueron advertidos  
Los ocultos misterios no entendidos;  
Porque de las cautelas y asechanzas  
Del soberbio Tarquino se librase,  
A tierra se arrojó disimulado,  
Y á la madre comun besó amoroso,  
De lo cual se mostró Febo servido.

Y si Tarquino injusto no ha entendido  
Que aun tiene Roma espíritus romanos  
Queridos de los dioses soberanos,  
La vez primera que agraviarte intente,  
Las iras, los enojos de Valerio  
Será bien que el tirano esperimente.

CLAUDIA.

A Lucrecia, Valerio, he dividido,  
No me será placer que aquí te vea;  
¿Volveremos á vernos?

VALERIO.

Luego, Claudia,  
Primero que al ejército me marche.

CLAUDIA.

Guárdete el cielo.

VALERIO.

El cielo te prospere.

**ESCENA III.**

CLAUDIA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

La suerte haga de mí lo que quisiere;  
Ya no pretendo alivio ni consuelo.

CLAUDIA.

Ahora te oigo quejar sin causa al cielo,  
Pues ya te concedió ver á tu esposo.

LUCRECIA.

Si; ¿mas no ves con cuán poco reposo  
A la ciudad los dioses le han traído?  
Aun si ha sido ilusion estoy dudando,  
Y llego á imaginar que no le he visto.

CLAUDIA.

No volverá al ejército sin verte.

LUCRECIA.

Lo que quisiere haga de mí la suerte.

**ESCENA IV.**

TARQUINO, CLAUDIA.

TARQUINO.

Claudia, si haber venido á verte solo,  
Abandonadas las romanas huestes,  
Merece algun favor, solo deseo  
Que seguir á Lucrecia me permitas;  
A la patria y á mí decirle importa...

CLAUDIA.

Mientras no esté delante Colatino,  
O el padre de Lucrecia Tricipitino,  
En vano solicitas que te escuche.

TARQUINO.

Lucrecia me conoce, y yo bien puedo...

CLAUDIA.

No puedes, porque á nadie es permitido...

TARQUINO.

A mí me es permitido entrar...

CLAUDIA.

Te engañas.

TARQUINO.

Donde Lucrecia esté.

**ESCENA V.**

FULVIA, TARQUINO.

FULVIA.

No se permite,  
Tarquino, que ningun amante mío  
A costa de mi afecto y mi desaire,  
Ver otra dama en mi presencia intente,  
Mientras no se confiese fementido.

TARQUINO.

Fulvia, si para amarla hubiciera sido  
Mi pretension, á tí te agraviaría;



Pero como intereses de la patria  
A tal solicitud me compelian,  
No juzgué que tu cólera escitasen  
De la causa comun las pretensiones.

FULVIA.

¡Ah Tarquino! Si piensas que yo ignoro  
De tu ingrata cautela el doble trato,  
Por mas que disimule con recato  
Indicios que ya llegan á evidencias,  
Comprobados con largas esperiencias,  
Te engañas, porque ya tus procederés  
No pudieron estar mas tiempo ocultos  
A quien de averiguarlos se interesa.

TARQUINO.

O Fulvia, para mí tan nueva es esa  
Espresion, que no sé qué responderte.

FULVIA  
CLAUDIA.

Con tu maldad delante tiembblas verte.

TARQUINO.

¿Qué maldad? Pues ¿en qué yo te he ofendido?

FULVIA.

¿Eso preguntas? Dime: ¿á qué has venido  
Del campo á la ciudad?

TARQUINO.

A verte solo.

FULVIA.

¿A verme solo? Dame algun seguro.

TARQUINO.

Lo juro por los dioses.

FULVIA.

¡Ah, perjuro!

¿Asi para que apoyen tus engaños  
Citas á las rectisimas deidades?

TARQUINO.

Crédito ellas me dan, tú me le niegas;  
Dudo cómo poder satisfacerte.

FULVIA.

Si libre de mis zelos quieres verte,  
Cúmpleme una palabra que has de darme.

TARQUINO.

A todo cuanto quieras obligarme  
Para satisfacerte, no rehusó.

FULVIA.

Pues supuesto que á Roma solamente  
Por verme, como dices, has venido,  
Y ya verme por fin has conseguido,  
Y acá no te condujo mas intento,  
Que vuelvas al ejército al momento  
Es lo que mi recelo y mi amor pide.

TARQUINO.

No sé por qué pretendes apartarme  
De tus divinos ojos, Fulvia mía.

FULVIA.

Por solo acreditar tu alevosía.

TARQUINO.

Elirme lo será.

FULVIA.

No has de engañarme  
Con alevé ficción; nada te escucho,  
Porque si ver no esperas otra dama  
Mas que la que tu afecto dices ama,  
Al campo tornarás, sin darme plazos,  
Para venir mas digno de mis brazos;  
Mas si en Roma te quedas esta noche,  
Tú lograrás el fin á que has venido,  
Persuadirás tu amor, que yo no creo,  
A la infeliz que digas que es tu amada;  
Pero yo quedaré desengañada.

## ESCENA VI.

COLATINO, TARQUINO.

COLATINO.

Tarquino, ¿qué motivo ha ocasionado  
Que desampares tú mi compañía?  
¿Estábase tan mal ir á mi lado?  
¿O te avergüenzas de que la gran Roma  
Al hijo de mi rey conmigo vea?  
Pues no te avergonzaste en la pelea  
(Aunque el decirlo no me es decoroso)  
De asistir á mi lado en el fogoso  
Y aventurado aprieto del combate.  
Allí no te eché menos, y aquí al punto  
Que tuviste ocasion de mí te apartas  
Ignorándolo yo, que te guiaba;  
Y después que por Roma te he buscado  
En vano, de tu vida cuidadoso,  
Debajo de mis techos te he encontrado;  
Para venir á honrarlos no imaginó  
Que de mí cautelarte necesitas,  
Y yo no sé tu accion á qué atribuya.

TARQUINO.

Solo á malicia y vil presuncion tuya,  
Porque yo no discurro que un acaso  
A nadie ocasionar pueda sospechas.

COLATINO.

¿Pues qué acaso infeliz te ha sucedido?

TARQUINO.

Solamente el habérteme perdido,  
Y aunque por la ciudad yo te he buscado,  
No me ha sido posible haberte hallado,  
Y vinete á buscar donde pensaba  
Que era preciso que acudir debieses.

COLATINO.

Tarquino, ello será como quisieses,  
Y pues que satisfechos ya nos vemos,  
Volvemos al ejército podemos.

TARQUINO.

Volvámonos; mas ¿qué ocasion á Bruto  
Tambien le pudo á Roma haber traído?

## ESCENA VII.

BRUTO, TARQUINO, COLATINO.

BRUTO.

El amor de la patria, que perdido  
Miro en vosotros. ¡Oh desgracia nuestra!  
Y ¡oh desgracia de Roma! ¿Que sus hijos,  
A quien ella juzgó por los mas fijos  
Apoyos de su firme consistencia,  
Así la desamparen! ¿Cuál urgencia,  
Tan grande os arrastró del campo á Roma?  
¿Os rendisteis acaso á la fatiga  
Que el áspero ejercicio de la guerra  
Produce en los medrosos corazones?  
¿Así desamparais los escuadrones,  
Que de la patria el nombre soberano  
Dilatan por los términos de Hesperia,  
Indómitas naciones domeñando?  
No es esta Roma, no: Roma es aquella;  
No es tanto Roma el buque suntuoso  
De edificios soberbios adornado,  
Cuyas campiñas fertiliza el Tíbre,  
Como aquel noble ejército famoso  
Formado de sus hijos escogidos,  
Que el nombre augusto y la opinion romana  
Sostienen, á morir apercebidos.  
Allí asistir debéis, allí el honroso  
Laurel se adquiere, y no en el perezoso  
Tálamo conyugal, que aunque no obsceno,  
Con licitos placeres afemina.  
¿No advertís por ventura la ruina  
A que sin capitán están espuestas  
Las huestes que dejais desamparadas?  
¿Por qué alalid juzgais serán mandadas,  
Si el atento enemigo las embiste  
De vuestra sinrazon aprovechado?

No así, no así el gran Rómulo olvidado  
Vivió de su deber; al crudo hielo  
Las noches del invierno riguroso  
Con la sabina lanza sufrió armado.  
De tal modo á la escelsa monarquía,  
Que al mundo rendirá, dió fundamento;  
Mas no dura en vosotros tal intento.  
¿Ignorais por ventura, que los hados  
A Roma señalaron por cabeza  
Del universo, cuando fué una ballada  
Donde hoy erguido se alza el Capitolio?  
Y no á vosotros el romano solio  
Deberá su esplendor, ni sois romanos,  
Ni sois.....

COLATINO.

Romanos somos, no la afrenta  
Sin limite ha de ser. ¡Qué! Bruto, ¿intenta  
Con tanto vilipendio tu osadía  
Deslustrar la nobleza y sangre mía,  
Roto de la amistad el nudo santo?

BRUTO.

Mucho quiero decir; pero no tanto.

TARQUINO.

Bruto, á mí tu oracion no me comprende,  
Pues no de mí pensar el tuyo dista;  
Que no huye del ejército Tarquino,  
Ni escusa las batallas Colatino.

BRUTO.

¿Pues en qué os deteneis?

TARQUINO.

No de Lucrecia  
Me quisiera apartar menos airoso  
Que á lo que da lugar la cortesía.

COLATINO.

En lance tan urgente no querría  
Que fueses tan atento: en despedirme  
No el tiempo he de gastar que á Roma debo:  
A montar á caballo voy al punto. (Vase.)

TARQUINO.

Es inhumanidad.

BRUTO.

¡Oh gran romano!  
Hijo fiel de tu patria! El soberano  
Gran padre de los dioses celestiales,  
Te dé los triunfos al deseo iguales,  
Pues nos has con tu ejemplo ya enseñado,  
Que aunque reine en el pecho enamorado  
Le la hermosa consorte regalada  
El tierno afecto, dulce y verdadero,  
El amor de la patria es lo primero. (Vase.)

TARQUINO.

Fuerza es seguir; mas no, no desconfío,  
Ni temo que se frustren mis intentos,  
Pues su ausencia y mi engaño me asegura  
Conseguir de Lucrecia la hermosura.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

MEVIO, FULVIA.

MEVIO.

No así debe un afecto despreciarse  
Tan noble, Fulvia ingrata, como el mío;  
Ya llega á ser desprecio tu desvío  
Indigno de mi sangre y mi persona.

FULVIA.

Mal con esto tu mérito se abona,  
Pues no debieras ser tan atrevido,  
Que al hijo de tu rey, que te ha ascendido  
A la altura que tanto te envanece,  
Hubieses de aspirar á competirle  
En la eleccion despótica del gusto:  
¿Parécete, que acaso será justo,

que enseñada á escuchar quejas reales,  
Las bajas de un vasallo desiguales  
Benignamente admitan mis oídos?  
Si Tarquino tu esceso no ignorara,  
Tan opuesto á su amor y á su designio,  
Aunque tú en su privanza te conñas,  
Despojo de su cólera serías;  
¿Y aun á decir te arrojas que me quieres?

MEVIO.

¡Oh loca ceguedad de las mujeres!  
Que siempre al verdadero y fino amante,  
Cual yo lo soy, menospreciais ingratas,  
Y estimais al que falso y halagüeño  
Solo alega por mérito el engaño!  
Pues qué, el mal que amenaza tan extraño  
A Roma, ó Fulvia, ¿no llegó á tu oído?  
¿A mi suspiro solo es prohibido  
Que pretenda llegar á tus orejas?

FULVIA.

En grande confusion, Mevio, me dejas;  
¿Qué mal está á la patria amenazando?

MEVIO.

No imagino posible que lo ignores,  
Aunque ha poco que el mal tuvo principio.  
Tarquino ciegamente enamorado,  
La patria, el riesgo y cielo despreciado,  
La beldad de Lucrecia solicita  
Con bárbara intencion y atrevimiento.  
Algun insulto rápido y violento  
Verás en deshonra de su hermosura.  
Entonces quedarás, Fulvia, segura  
De mi verdad y su ficcion aleve.  
Y nunca mi lealtad la publicara,  
Si el injusto arrancarte no intentara  
Del pecho donde sabe que tú vives.  
Por Lucrecia está en Roma: bien conozco  
Que tú de mi verdad estás dudando;  
Mas lograré te desengañes, cuando  
Llore afrentada su rigor Lucrecia,  
Y será tanta infamia abono mío;  
Y de Tarquino en las maldades fio,  
Que abogarán por mí, pues la esperiencia  
Te empeñará á estimarme, cuando injusto  
Logre Tarquino el vil intento fiero,  
Juzgándome ya tú por verdadero.

### ESCENA II.

CLAUDIA, FULVIA.

CLAUDIA.

¿En qué el tiempo diviertes, Fulvia amiga?

FULVIA.

Ay, Claudia, yo no sé lo que te diga,  
Ni sé qué me sucede.

CLAUDIA.

Dí, no temas.

FULVIA.

Ese Tarquino, ese Tarquino aleve,  
Que aun contra el cielo intrépido se atreve,  
Con engañarme, Claudia, no contento,  
A extremo llegó ya su atrevimiento,  
Que ni aun seguro de él está el recato  
Y honor de la hermosísima Lucrecia.  
La infamia aborrecible que pretende,  
Solo pensarla, á mi discurso ofende:  
Tan grande es su malicia detestable!  
Mevio, Mevio su indigno confidente,  
A mí atrevido, al príncipe es ingrato,  
Y obligarme pensó con sus traiciones;  
Mira si algun remedio, Claudia, pones,  
Porque no así la patria escandalice.

CLAUDIA.

Mi oracion fué pronóstico infelice.

FULVIA.

Apenas te apartastes de mi lado,  
Le vi ya por mí mal verificado,  
Porque ver á Lucrecia pretendiendo,



Incumbencias políticas fingia;  
Mas no pudo encubrir la pasión ciega  
De sus viles y bárbaros antojos,  
Y aunque él se afectó ajeno de la culpa,  
Fuego exhalaban los impuros ojos.  
Y luego solicita que yo crea,  
Persuadiendo con labio fementido,  
Que solo del ejército ha venido  
Por verme á Roma:

CLAUDIA.

Con el mismo engaño  
Pensó mirar templada mi repulsa,  
Y no le sucedió como pensaba:  
Su error manifestar determinaba  
Yo á Lucrecia; mas helo suspendido,  
Mirándola anegada en tierno llanto  
Por la ausencia veloz de Colatino;  
Y pues que en Roma no está ya Tarquino  
Por diligencia andaz del noble Bruto,  
No ocultaré estas cosas á Valerio,  
A Valerio, que espero prontamente,  
Primer que al ejército se ausente,  
Y dé cuerdo remedio á tantos males.

## ESCENA III.

MEVIO (*acechando*), Y DICHAS.

MEVIO.

Aun no la casa está con el silencio  
Que necesito yo; mas ya parece  
Que dejan libre el campo.

FULVIA.

Está bien, Claudia,  
Vamos pronto, que á todo me resuelvo.

## ESCENA IV.

MEVIO, y después TARQUINO, ESPURIO.

MEVIO.

Ya bien puedes entrar.

TARQUINO.

Temblando vengo,  
Y no es de miedo, Mevio, te aseguro,  
Pues no temiera el asaltar el muro  
De horribles enemigos coronado;  
Pero esto de atreverme á quien adoro,  
Y no poder vencerla sin injuria,  
Y morir ciertamente, si no venzo,  
Es hazaña temible.

ESPURIO.

Me avergüenzo,  
Me avergüenzo, señor, de callar tanto;  
Ayude á mi razón mi triste llanto,  
Por si puede ablandar tu pertinacia.  
¿Aun no te has convencido? ¿Aun imaginas,  
Que Espurio te engañó con su consejo?  
No desprecies el fiel de un cauto viejo,  
Que desde tus niñeces te ha educado.  
Ea, vuelve por tí. Mira, Tarquino,  
Que siempre asiste al príncipe divino  
Espíritu, que al cielo le levanta:  
Aspira, aspira á distinguirse heroico  
De la plebe comun, baja é infame:  
Ella de sus pasiones arrastrada,  
Sin ser á resistirlas poderosa  
Precipitar se deja en ciego abismo:  
No ha de pasarle al príncipe lo mismo  
Que á un hombre vil del abatido vulgo.  
¿No te horroriza la maldad horrible  
Que intentas cometer tan obstinado?  
Venciéndote á ti propio, te acreditas  
Justamente de invicto y soberano,  
Digna hazaña de un príncipe romano.

TARQUINO.

Espurio, si no quieres ver perdida  
La atención que á tus canas se le debe,  
Desiste de la plática emprendida.

ESPURIO.

Ni yo debo callar, ni tú debieras

No escucharla, Tarquino.

TARQUINO.

Lo que debo  
Hacer, lo sé muy bien: Espurio, vete,  
No obligues á que mas ya no respete  
Tu ancianidad tan llena de imprudencia.

ESPURIO.

Ese será tu mal, que yo te deje  
Entregado á un infame lisonjero,  
Que funda su interés en tu ruina.  
Tu perdición, Tarquino, se avecina,  
Pues no puede venirle mayor daño  
A un príncipe, que ver que se retiren  
Los que la verdad justa le aconsejan,  
Y que en poder de aduladores falsos  
Entregado á sus máximas le dejan.  
Ya te abandono, ya; mas, ó infelice,  
¿Qué males mi recelo te predice!  
No olvidará, no olvidará el castigo  
Debido á tu insolencia el alto cielo:  
El cuidará de sostener indemne  
La libertad y la opinión romana,  
Destruyendo tu cólera tirana.

## ESCENA V.

TARQUINO, MEVIO.

TARQUINO.

No sé cómo ha sufrido mi paciencia  
Tan obstinada y bárbara imprudencia.

MEVIO.

No es digno de escitar tu real enojo  
Un trémulo decrepito, demente,  
Que apoya su razón solo en sus años;  
Y así, dime, señor, ¿por cuán estraños  
Modos dejaste á Bruto y Colatino?

TARQUINO.

Apenas comenzamos el camino,  
Cuando fingida rápida carrera,  
Mostrando desear que mi persona  
Al ejército llegue la primera,  
Me alejé de ellos, y volviendo al punto  
La rienda al velocísimo caballo,  
Aquí llegué por senda desusada.  
Ellos habrán seguido, y en Ardea  
Pensarán encontrarme, y presurosos,  
Viendo que allí no estoy, darán la vuelta  
Acá sin duda alguna sospechosos;  
Mas ¿qué aprovechará su diligencia  
Contra mi pertinaz atrevimiento?  
Pues no espero que Apolo me salude  
Desde el oriente esperanzado amante,  
Sin que mire (dejada la tardanza)  
Vuelta en posesión dulce mi esperanza;  
Y así, Mevio, prevenite á todo riesgo,  
Que mientras a mi lado esté mi espada,  
Y tú fiel no me faltes de mi lado,  
No hay que temer; ya tengo acá ideado  
El éxito feliz, que cierto espero,  
Y en tanto piensa tú los galardones  
Con que pretendes ver recompensada  
Tu lealtad.

MEVIO.

Si Fulvia mi adorada  
Fuese mía, señor, nada mas quiero.

TARQUINO.

Su gusto ó mi poder lo facilita.

MEVIO.

Objeto de tu amor yo la juzgaba.

TARQUINO.

No era á ella, era á Lucrecia á quien buscaba.

MEVIO.

Pues siendo así, no temas descubrirle,  
Manda, señor, que emprenderé alevoso  
La maldad mas horrenda por servirle.

TARQUINO.

Retírate, que ruido allí he sentido.

## ESCENA VI.

VALERIO y CLAUDIA, *cada cual por su puerta, y dichos se retiran.*

CLAUDIA.

Valerio ?

VALERIO.

¿Claudia ?

TARQUINO.

Escucha aquí escondido.

CLAUDIA.

Tení que no vinieses, por lo mismo,  
Valerio, que tu vista deseaba ;  
Sabe que hay grande mal : tú solo puedes,  
Juntando tus parciales, atajarlo,  
Defendiendo el honor de las romanas ;  
Tarquino el insolente...mas ¿qué es esto ?  
(*Suena ruido.*)

VALERIO.

Ola, ¿quién es el loco temerario,  
Que aquí se atrevió á entrar ?

TARQUINO.

Yo soy, Valerio.

VALERIO.

Pues tú en este paraje recatado,  
¿Qué pretendes, Tarquino ? ¿A qué has venido ?

TARQUINO.

No estás de mi tutela tú encargado,  
Para tomarme así la residencia,  
Ni es fácil te consienta esa licencia  
Quien en Roma te encuentra delincuente.  
¿Así tus escuadrones desamparas,  
Y á Roma vienes con nocturna fuga ?

VALERIO.

No importa que prevenga tu malicia  
Lo que escuchar debieras con justicia  
De mi boca en oprobio de tu infamia.  
¿Qué ? ¿Son acaso aquí tus pabellones ?

TARQUINO.

Yo para estar aquí tengo razones.

VALERIO.

Si imaginas que ignoro el vil motivo,  
Te engañas; Claudia es mía, y quien quisiere  
Contradecirlo....

CLAUDIA.

Suspended, romanos,  
Las iras, que hacen falta al enemigo,  
No quiera el cielo hacerme á mí testigo  
De una desgracia ; á Tricipitino al punto  
Voy á llamar : ¡ que no pudiese, cielos,  
A Valerio avisar lo que intentaba !  
Y él la intencion de Sesto ha equivocado.

VALERIO.

Cedo, no á tu valor, sino al sagrado  
Que de mi ciega cólera te indulta ;  
Mas no cuentes desde hoy seguridades,  
Pues mientras de tus viles procederes  
La nobleza romana esté ofendida,  
No faltarán peligros á tu vida.

## ESCENA VII.

TARQUINO, TRICIPTINO.

TRICIPTINO.

Pues, ¿cómo aquí volvistes, ó Tarquino,  
En hora tan del todo intempestiva ?

TARQUINO.

No extrañes mi venida, Tricipitino,  
Pues no me vale menos que la vida,  
Que para bien comun de nuestra patria  
Discurro que los dioses han guardado.

TRICIPTINO.

Pues, ¿cuál el daño fué que has evitado ?

TARQUINO.

Adelantéme á Bruto y Colatino,  
Apartéme por yerro del camino,  
Y en la red engañosa y enemiga  
De contrarias partidas avanzadas  
Cai ; anhelaron por prenderme osadas,  
Y á precio de no pocas de sus vidas  
Admiraron heroica mi defensa.  
Libres siguieron Colatino y Bruto,  
Porque en prenderme todos obstinados,  
No cuidaron de mas ; bati los lados  
Al caballo de Tracia ; á Roma llevo,  
Y á tu amparo doméstico me entrego  
Mientras la oscura noche ofusca al mundo.

TRICIPTINO.

Las gracias rindo al cielo y dioses santos,  
Que para nuestro bien, libre de tantos  
Peligros á mi casa te han traído,  
Y aun á tu riesgo estoy agradecido,  
Pues me hará en los anales memorable,  
Por los muy honoríficos blasones  
Que consiguió el anciano Tricipitino,  
Dando hospedaje al hijo de Tarquino.

## ESCENA VIII.

TARQUINO, TRICIPTINO, LUCRECIA.

TARQUINO.

Mi diestra con la tuya amablemente  
Junto por tal favor. ¡Lucrecia hermosa !

TRICIPTINO.

Hija, Roma le encarga á tu desvelo,  
Le cuides á su príncipe Tarquino,  
Como á tu mismo esposo Colatino. (*Vase.*)

LUCRECIA.

Deudora seré siempre á mi fortuna  
Por tal honor de mí no merecido,  
Y será á mi linaje heroico timbre,  
Que en sus lares Lucrecia la romana  
A Tarquino hospedó con fe sencilla ;  
Ven, señor, á ocupar sin susto ajeno  
La estancia á tu reposo destinada.

TARQUINO.

Venci, venci, mi astucia está lograda.  
Vamos, señora, trémulo te sigo,  
¡ Tanto respeto en mí tu vista causa !  
Y no olvides que dijo el padre anciano,  
Discreta y hermosísima Lucrecia,  
Que atiendas á tu príncipe Tarquino,  
Como á tu mismo esposo Colatino.

## ACTO CUARTO.

## ESCENA PRIMERA.

LUCRECIA, CLAUDIA *con luz.*

LUCRECIA.

Ya está toda la casa recogida,  
Y Tarquino mi huésped albergado  
Segun le corresponde, ya entregado  
Al sueño habrá su fatigado cuerpo,  
Y así ve, Claudia, y goza del reposo  
Con que brinda la noche á los mortales.

CLAUDIA.

A obedecerte voy ; mas mis leales  
Afectos advertirte procuraban.

LUCRECIA.

No da lugar mi pena por ahora  
A nada ; vete, Claudia.

CLAUDIA.

Voy, señora.



## ESCENA II.

LUCRECIA, TARQUINO.

TARQUINO.

Gracias, señora, que tan buena suerte  
El cielo le concede á mi destino.

LUCRECIA.

¿Qué es esto! ¿es ilusion! ¿Cómo, Tarquino,  
Estás á tales horas desvelado?

TARQUINO.

Nunca sosiega un pecho enamorado.

LUCRECIA.

¿Qué me dices? Ignoro tu designio.  
Ya en tu lecho dormido te juzgaba.

TARQUINO.

¡Ah Lucrecia! ¿es posible que te hablaba  
Mi corazón con tan oculta frase,  
Que no me has entendido? ¿qué? aun mis ojos  
No publicaron bien su sentimiento?  
¿Juzgas tan libre el triste pensamiento  
De Tarquino infeliz, que al sueño blando  
Se pudiera rendir? Lucrecia, ¿cuándo  
Viste tal dicha en desgraciado amante?

LUCRECIA.

Permite que me admire ó que me espante  
De tan nueva razón; ¿no te ha traído  
A Roma una desgracia?

TARQUINO.

Fué fingido  
Lo que á tu padre dije, á ti te atajo  
Con que fué una desgracia quien me trajo,  
Desgracia que penando el alma llora.

LUCRECIA.

Pues, ¿qué desgracia ha sido?

TARQUINO.

Amor, señora;  
Mirad si habrá desdicha que le iguale.

LUCRECIA.

Vuélvete á reposar, y en mí confía,  
Señor, que cuanto esté de parte mía  
Intercederé fiel por complacerte.

TARQUINO.

Lucrecia, no es posible obedecerte.  
Qué, ¿aun no me has entendido?

LUCRECIA.

Ya comprendo  
Lo que ello puede ser: alguna dama  
En tu pecho encendió de amor la llama.

TARQUINO.

Tan voraz, que á morir me precipita.

LUCRECIA.

¿Y por ventura en esta casa habita?

TARQUINO.

Habita, y yo por verla solamente  
Estoy de mis ejércitos ausente,  
Y no volveré á ver los escuadrones  
Sin llevar de su amor prenda segura.

LUCRECIA.

Señor, ve á recogerte, que te jura  
Mi fe por el amor de Colatino  
Servirte en lo que pueda. Ya imagino  
La dama que será.

TARQUINO.

¿Quién imaginas  
Que el alma me robó?

LUCRECIA.

Fulvia tu amada

TARQUINO.

¡Ay misero de mí! ¿que así engañada  
Vivas, señora, á costa de mi afecto!  
Yo á Fulvia he de querer? Mas altamente  
Piensa mi regio corazón valiente.

LUCRECIA.

Pues siendo á Claudia hermosa, no desmayes.  
Que no ha de ser ingrata á su fortuna.

TARQUINO.

Tú me burlas fierísima; ninguna  
De ellas compite á la beldad que adoro.

LUCRECIA.

Confusa estoy; qué te responda ignoro,  
Pues no siendo á cualquiera, he discurrido  
Que habrás alguna dama tú escondido  
En mi casa; pues no, no desconfíes,  
Que yo la ampararé.

TARQUINO.

Tantas piedades  
Las necesito yo; ¡santas deidades!  
¿Quién se vió nunca en paso tan horrible?  
Lucrecia discretísima, ¿es posible  
Que mi turbado aliento, mi fiel llanto,  
Mi alterado semblante, mi voz flaca,  
Mi trémulo mover, mi cobardía,  
Mas no te han dicho que lo que podía  
Mi lengua ponderar? ¡Ah! ¿qué ignorantes  
Sois, cuando os tiene cuenta, las mujeres!  
¿No te obligó, señora, mi respeto  
A no hacerme penar? ¿Quieres que acaso  
Desmerezca mi lengua de atrevida  
Lo que el alma merece por rendida?

LUCRECIA.

Tarquino, te aseguro que aun ignoro  
La causa de tu mal; mi propia hermana  
Admitirá á mi instancia tu himeneo  
(Temblando estoy); di, que servir deseo  
Al hijo de mi rey.

TARQUINO.

Si yo te digo  
La dama á quien adoro, ¿tus rigores  
Se templarán conmigo?

LUCRECIA.

¡Santos cielos!  
¿Qué me querrá decir? Dime, y no temas.

TARQUINO.

¿Cumplirás la palabra?

LUCRECIA.

No retardes  
En descubrir el fuego en que te ardes.

TARQUINO.

Formará contra mí tu honor querella?

LUCRECIA.

Dí.

TARQUINO.

Pues, señora, es...

LUCRECIA.

¿Quién?

TARQUINO.

Lucrecia bella.

LUCRECIA.

¡Ay misera de mí! ¿qué horror, Tarquino!  
¿Qué dices? ¡Ay esposo Colatino!

TARQUINO.

Qué, señora, ¿te pesa el que te adore  
Un corazón real?

LUCRECIA.

¿No ha de pesarme  
Delito tan atroz? ¿Cómo es posible  
Que tú puedas amarme, ni yo pueda  
Corresponderte sin infamia horrible?  
Yo loca, yo imprudente te habré dado  
Motivo para tanto atrevimiento.

TARQUINO.

Lucrecia, sabe el cielo cuánto siento  
Ser causa de tu enojo; mas no puedo  
Con mi dolor á tu gracia, tu belleza,  
Rindieron á tus plantas mi fiereza.

Por tí me hice á la patria sospechoso,  
Y abandoné el ejército; no vuelvo  
Sin que mire cumplida mi esperanza.  
¿Por qué dudas amarme? Un soberano  
Que gobierna al sabino y al romano,  
¿Es tan pequeño triunfo de tu planta?

LUCRECIA.

No soy, Tarquino, digna yo de tanta  
Ni tan grande fortuna; tengo esposo,  
Y en él tengo mi amor.

TARQUINO.

Es infinito  
El amor; no á uno solo se limita.

LUCRECIA.

No sofisticos arguyas: quita, quita,  
Mira que soy Lucrecia, y Colatino  
Es mi esposo.

TARQUINO.

Pues yo, que soy Tarquino,  
Mostraré mi poder: ¿no los halagos  
Binden tu ingrato pecho? ¿el rendimiento  
Fino desprecias? Trocaré en violento  
Furor arrebatado el amor mío;  
Costarás bien caro tu desvío,  
Y al ímpetu y rigor de mi violencia  
Inútil has de ver tu resistencia:  
Gozaré á tu despecho tu hermosura,  
Y no he de tardar mucho.

LUCRECIA.

A tal locura  
Respóndate mi fuga y mi desprecio.  
Deja que venga á Roma Colatino,  
Que él dará el pago á tu maldad, Tarquino.

## ESCENA III.

TARQUINO, MEVIO.

TARQUINO.

Primero que él presuma dar el pago,  
Verá su deshonor, ó yo tu estrago.

MEVIO.

No ví constancia igual; allí escondido  
Lo escuché todo.

TARQUINO.

Al orco enfurecido  
Vence mi pecho con desprecios tales;  
Las horribles furias infernales  
Prendieron alquitrán en mis entrañas:  
No te valdrá la fuga.

MEVIO.

Mas estrañas  
Dificultades nota; su retrete  
Cerró Lucrecia, ya sin alboroto  
No es fácil que consigas tus intentos,  
Es imposible con él.

TARQUINO.

Gracias al oro  
Que esta llave me dió; Mevio, no temas,  
Guárdame las espaldas, ten aliento,  
Porque me afrento ya de haber andado  
Con esta infiel mujer tan reportado.

## ESCENA IV.

MEVIO.

No imaginé el empeño tan horrible  
Como ha llegado á ser; temblando espero  
Resultas infelices, consejero  
Malvado ful, sin duda mi ruina.  
El cielo prontamente determina.

## ESCENA V.

LUCRECIA huyendo, TARQUINO con la espada desnuda.

TARQUINO.

Veremos si mi espada, infiel, te doma.

TOMO II.

MEVIO.

Te pierdes, me perdí, perdióse Roma. (Vase.)

TARQUINO.

En vano con la fuga te redimes. (Ásela.)

LUCRECIA.

¡Qué horror! ¡Tarquino bárbaro! ¿qué intentas?  
(Suéltase.)

TARQUINO.

¿Qué? ¿obligarme pretendes con afrentas?  
Ya no hay remedio á mi pasión bastante,  
Ya declaré mi intento, no es posible  
Que pasión tan indómita y horrible  
Se temple: despedido y aburrido,  
Contra mi honor, te supliqué rendido,  
Y tú me has despreciado. A mí, que el tercio  
Y obstinado tesón del enemigo  
Rindo feroz, ¿se ha de oponer la débil  
Fragilidad de una mujer ingrata?

LUCRECIA.

¿Por qué con tal ultraje á mí me trata  
Tu sinrazón, Tarquino? ¿Qué? ¿Es acaso  
Porque á mi sangre y ascendencia heroica  
Correspondo, tu infamia detestando?  
No pienses tal. Un rayo centellante,  
Vibrado de los cóncavos del cielo,  
Me destruya primero. El hondo abismo  
Abra la horrenda boca, y me sepulte  
Viva en su centro, antes que la fe dada  
A mi esposo quebrante.

TARQUINO.

Me provocas  
A perderte el respeto: por bien sea  
Lo que ha de ser por fuerza; vamos, vamos.  
(Acosándola.)

LUCRECIA.

Repárate, detente, no profanes  
El pundonor antiguo y venerado  
De mi ilustre prosapia. ¿Así agradeces  
La fineza del inclito hospedaje,  
Que pretendes pagarla con mi ultraje?  
¿Esta es la confianza?

TARQUINO.

Amor es ciego,  
Es loco, no repara, es temerario.  
Cuanto menos respeto, mas adoro.

LUCRECIA.

¿Tú me adoras, buscándome un desdoro  
Y un baldón á mi estirpe generosa?

TARQUINO.

Mas que tú indignamente cavilosa  
Juzgas que no tiene ámbito mi pecho  
Para guardar secreto: en mí confía.

LUCRECIA.

Tal cosa no creía: mi real sangre,  
Mi obligación, mi punto, mi decoro  
No ignorarán mi infamia: ¿el tierno lloró  
No te mueve á piedad? ¡Ay Colatino!  
¡Mi bien, mi dulce bien! Ea, Tarquino,  
Mira si has de matarme: acaba, acaba;  
Derrama con furor la sangre pura  
De la mas fiel consorte; el alma casta  
Sin mancha volará á los bondadosos senos;  
Y no tendrán disculpa las mujeres  
Contra la mas violenta tiranía;  
Su confusión será la muerte mía.

TARQUINO.

No pretendo matarte, no, Lucrecia,  
En mucho mas mi amor tu vida aprecia:  
De mi reino despótica, el tesoro  
Será tuyo, y aun mías.

LUCRECIA.

¡Ah infame, infame!  
¿Pretendes corromperme con el oro,  
Como á vulgar mujer? ¡Eso faltaba  
A mi dolor! ¡Ah, bárbaro tirano,



Injusto y alevoso! ¡Descreído!  
¡De viles procederés!

TARQUINO.

Oyes, oyes;  
¿Así se trata á un príncipe temido?  
Vive el cielo, traidora, que me canso  
De rogar lo que puede mi albedrío.  
Vil.... (Arremete á ella.)

LUCRECIA, de rodillas.

Tarquino, señor, príncipe mío,  
Muévate á compasión mirar postrada  
Una infeliz mujer, que te suplica;  
Véncete á ti, señor, con real grandeza,  
Seré tu humilde esclava, mi pureza  
Ha de ser solo el precio á que me compres.  
Mira á mi pobre esposo Colatino,  
Que de amistad y sangre el nudo santo  
Contigo le une; muévate mi llanto  
Derramado por él copiosamente;  
No es digno de tal premio quien valiente  
La patria ensalza á riesgo de su vida.  
¿Qué esperas que haga en viéndome ofendida?  
Del dolor morirá mi anciano padre,  
Que no es posible menos. ¡Madre, madre!  
¿Dónde estás que no me oyes? ¡Qué bien hizo  
La muerte en escusarte de que vieras  
En tal afrenta la hija regalada  
Que educastes aquí con tanto esmero!  
¡Ay, Colatino, mi último y primero  
Amor! ¡Ay dulce esposo Colatino!  
¡Piedad, piedad, señor! ¡Piedad Tarquino!

TARQUINO.

Falsa mujer, frenética, sin juicio,  
Engañosa con lágrimas fingidas.  
Mas me enfureces con alevoso llanto.  
De mí no ha de librarte todo cuanto  
Poder la tierra y cielo tiene junto.  
Por fuerza he de gozarte.

LUCRECIA.

Vil Tarquino, (*Levántase.*)

Que tal pronuncias con infame lengua;  
No eres hombre, cruel, ni eres romano,  
Fiera espantosa é insaciable monstruo  
Eres; silbos horrendos de dragones  
Debieron de arrullarte. Los leones  
Sin duda en sus cavernas te criaron.  
¿Cómo esto consentís, cielos injustos?  
¿Para cuándo guardais rayos adustos?  
Ayudadme á rendir á este tirano.  
(*Arrójase á él, y le quita el puñal.*)

TARQUINO.

Procurar tú vencerme será en vano.

LUCRECIA.

No es en vano, ya está mi honor seguro.  
Este agudo puñal de acero puro,  
Que te quité, y en tí emplear no pude,  
Mi vida acabe, y salve mi pureza.

TARQUINO.

Escucha antes de herirte.

LUCRECIA.

Un solo paso

No des, y escucho.

TARQUINO.

Ya sé tu altanero  
Pensamiento cuál es; al venidero  
Tiempo dejar pretendes fama heroica;  
Pues no te ha de valer; serás infame  
Después de muerta; ya que de otro modo  
No puedo, he de vengarme de esta suerte.  
Al esclavo mas vil daré la muerte,  
Y el tuyo y su cadáver en tu lecho  
He de poner, y al punto de adulterio,  
Descubierto por mí y por mi vengado,  
Te he de acusar, y adúltera juzgada  
Para siempre serás en las historias.  
Que guardan de los hechos las memorias;  
Escándalo has de ser.

LUCRECIA

¡Oh cielo! ¡oh cielo!  
¿Aun me niegas este único consuelo?  
¿A quién me acogeré?

TARQUINO.

Ya no hay remedio.

(*Acosándola.*)

Lucrecia, á mi furor, los mismos dioses  
Procurarán en vano tu defensa,  
Y de la infamia ó la violenta muerte  
No bastará ya el cielo á defenderte.

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

BRUTO, COLATINO.

BRUTO.

¡Tarquino así engañarnos! Vive el cielo,  
Que es maldad insufrible; ¡así la patria  
Con tan poco reparo se abandona!  
¡Y aspirará á ceñirse la corona  
Quien es indigno de ella, y solo mirto  
Le conviene mejor, que no laureles?

COLATINO.

Yo no sé, Bruto, qué presagios fieles,  
O ilusivos acaso, aunque lo dudo,  
Me anuncia el corazon; estoy turbado,  
Ni sé qué me sucede.

BRUTO.

Triciptino

Acia aquí sale.

### ESCENA II.

TRICIPTINO Y DICROS.

TRICIPTINO.

Bruto, Colatino,

El cielo os trajo aquí sin duda alguna,  
Cuando era menester; Lucrecia manda  
Que al punto se os avise: no el motivo  
Puede saber, y con recelo vivo  
Pensando qué será; mas ella sale  
Con traje de dolor.

### ESCENA III.

LUCRECIA de luto, y DICROS.

COLATINO.

¡Cielos! ¿qué miro?

TRICIPTINO.

Yo me conturbo todo.

BRUTO.

Yo me admiro.

COLATINO.

Lucrecia, ¿cómo así?

TRICIPTINO.

¡Qué horror! Lucrecia,

¿Qué novedad es esta?

BRUTO.

Dí, señora,

Del luto la ocasion.... ¿Qué es esto?

TRICIPTINO.

¿Llora?

COLATINO.

Mi bien: ¿qué asombros tu silencio dice?

LUCRECIA.

¡Ay desdichada! ¡ay misera infelice!

(*De rodillas.*)

COLATINO.

Levanta, dulce dueño; ¿el rostro casto  
De mí retiras? ¿con vergüenza escondes  
Los ojos soberanos, de hermosa

Llenos un tiempo y de rubor ahora,  
Bajas por no mirarme? ¿Cuándo, cuándo  
Tan odioso te fué tu Colatino?  
¡Ah cielo! ¿hay tanto mal como adivino?

LUCRECIA.

¡Ay infeliz mujer! ¡Ay desdichada!

BRUTO.

Aquí está el noble Bruto; aquí su espada,  
Que te defenderá de quien intente  
Profanar con sacrilega osadía  
Tu celestial belleza; entre los dioses  
No estará libre de la furia mía.

TRICRIPTINO.

Hija del alma, di, no me atormentes  
Con tu silencio, ni mi angustia aumentes.

COLATINO.

Lucrecia, esposa mía, ¿qué te aflige?  
Cuéntame tu dolor, que por los cielos,  
Que mi cólera horrible satisfaga  
Con estrago y terror de tu enemigo;  
¿Están salvas las cosas de mi casa?

LUCRECIA.

¿Cómo (¡ay de mí!) han de estar? ¿Ni cómo puede  
Sin honra una mujer tener aliento  
De hablar? ¡Oh infame! ¡Oh bárbaro! ¡Oh sangriento  
E injusto forzador!

COLATINO.

Lucrecia, acaba;  
Reviente tu dolor y empiece el mío  
A atormentarme con rigor impio.

LUCRECIA.

Murió mi honor, murió el de las romanas.

TRICRIPTINO.

¡Cielos! ¿que así afrontais mis nobles canas?

BRUTO.

Habla, señora; en mi valor confía.

LUCRECIA.

Esto, ¡oh Bruto! Esto, ¡oh padre, oh Colatino!  
Esto le deberemos á Tarquino.  
Mas, ¡ay de mí! ¿qué digo? ¿yo imprudente  
Repito mi baldon? Altas deidades,  
Que sordas á mis voces estuvisteis,  
¿Cómo tan grande infamia consentisteis?  
¿Eñen sabeis mi inocencia; sed testigos,  
Y acrisolad mi honor. ¡Oh cielo! ¿acaso  
No es lícito acusar tu influjo escaso?  
Mi frenesí perdona. ¡Oh cielo, oh cielo!  
No me niegues este único consuelo.  
Permite á mis justísimas querellas  
Esfemar del rigor de tus estrellas.  
¿Mas qué delirio mi razón turbada  
Tiene á rigores de la infame injuria?  
¿Como diré yo propia, aunque lo intente,  
Mi deshonra, mi afrenta y mi desdoro?  
Por mí lo diga mi incesante lloro.  
Vengad, romanos, con heroica diestra  
La infamia, la maldad abominable,  
El insulto bestial y detestable  
Del bárbaro Tarquino fementido,  
Y anégume mi llanto y mi gemido. *(Llora.)*

TRICRIPTINO.

Hija.

COLATINO.

Esposa.

BRUTO.

Lucrecia.

LUCRECIA.

No soy hija

Del ilustre romano Tricriptino,  
No esposa soy del noble Colatino,  
Ni ya Lucrecia soy; serlo solía  
En otro tiempo cuando Dios quería;  
Pero ya solamente soy, ¿qué pena!  
Por la violencia infiel de un fiero huésped,  
Una infame mujer prostituida  
A bárbaro apetito de un tirano. *(Levántase.)*

Mas para que no cuente el tiempo cano,  
Que hubo mujer que quiso infame vida  
Mas que el honor, yo dejaré cumplida  
Mi obligacion; sabrán quien fué Lucrecia,  
Sabrán en cuanto el pundonor aprecia,  
Y hallarán con mi muerte dolorosa  
De virtud casta y de valor heroico  
En las doctas historias verdaderas  
Ejemplo las matronas verdaderas.

BRUTO.

¿Qué pretendes hacer?

LUCRECIA.

Morir rabiando.

COLATINO.

No, Lucrecia. No es digna tu inocencia  
De un desastrado fin. El vil Tarquino  
Al furor morirá de Colatino,  
Y lavaré tu mancha con su sangre.  
El cuerpo te forzó, no el pensamiento,  
Ni el espíritu heroico; por contento  
Me doy y satisfecho con su muerte.

TRICRIPTINO.

Yo te respondo de la misma suerte.

COLATINO.

Los dos perdon te damos; vive, vive.

LUCRECIA.

Adios, Bruto. Adios, padre. Adios, esposo.  
El perdon que me dais, yo no le quiero,  
Mi afrenta venga este brillante acero.

*(Saca el puñal; estórbanla que se hiera, y ella huye adentro, cerrándose la puerta que habrá figurada.)*

COLATINO.

Esposa, tente, ¿qué haces?

TRICRIPTINO.

¡Hija mía!

¡Hija!

BRUTO.

Romped las puertas al momento,  
O arrancaré de cuajo su cimiento.

COLATINO.

Lucrecia, esposa amada.

TRICRIPTINO.

Hija, Lucrecia.

COLATINO.

Abre, Lucrecia fiel, que yo amoroso  
Te concedo perdon.

LUCRECIA *(desde adentro con voz triste).*

Adios, esposo.

TRICRIPTINO.

No dejes, hija, á tu caduco padre  
Anegado en angustia y desconsuelos.

LUCRECIA.

¡Ay de mí! muerta soy. Valedme, cielos.

COLATINO.

¿Qué escucho!

TRICRIPTINO.

¿Qué dolor!

BRUTO.

¡Ah vil Tarquino!

#### ESCENA IV.

CLAUDIA Y DICHO.

CLAUDIA.

¡Ay desdichado pueblo de Quirino!  
¡Ay miseras romanas infelices,  
Espuestas á violencias de tiranos!  
Ya, ya Lucrecia con sus propias manos  
A Roma le quitó la mejor vida,  
Que el cielo dió jamás á fiel matrona.  
Yo vi, yo vi á la intrépida amazona  
Por oculto interior resquicio breve  
Entrarse con furor precipitada,  
Cerrándose la puerta por adentro.  
Un suspiro ardentísimo del centro



De su pecho arrancó, y al cielo clava  
 Los ojos en sus lágrimas bañados,  
 Y aprestando el puñal, con tiernas voces  
 Esta deprecacion hizo á los dioses:  
 Ya, deidades, sabéis que al vil Tarquino  
 Cedió mi honestidad, solo vencida  
 Del miedo de la fama sospechosa.  
 Si entonces un testigo mas piadosa  
 Me hubiese dado vuestra providencia,  
 Hubierame yo muerto en su presencia,  
 Sin dar lugar á que mi honor manchase;  
 Mas pues lo quiso así vuestra justicia,  
 Recibid este don tal como fuere,  
 Y apoyad la inocencia de quien muere  
 Gustosa por su honor. Dijo, y en vano  
 La disuadi con lágrimas y ruegos.  
 Pues desnudando el pecho de alabastro,  
 Clavó en él con furor la aguda punta.  
 Cayó sangrienta, y ya casi difunta,  
 Desperdicia el aliento por la herida,  
 Que la sangre derrama á borbotones.  
 Ella sin resplandor los claros ojos  
 Trémulos mueve ya, y á todos lados  
 Se vuelve con las ansias de la muerte.  
 La joyante madeja destrenzada  
 En la sangre caliente y encharcada  
 Se empapa con horror, y ella muriendo  
 Aun cuidadosa á su decencia atiende;  
 Con débil mano ya la falda estiendo;  
 Pues ni allí faltar quiere á la modestia.  
 Murió en flor de sus años juveniles  
 La matrona de alientos varoniles,  
 Y sin ella á ver voy si yo merezco  
 Abandonar la vida que aborrezco. (Vase.)

### ESCENA V.

BRUTO, COLATINO, TRICRIPTINO.

TRICRIPTINO.

¡Qué horror! La puerta rompe, á ver si aun vive!

BRUTO.

Caerá, aunque tenga el gonze diamantino.

COLATINO.

Ya la puerta saltó.

BRUTO.

¡Qué tarde vino

El infeliz remedio!

TRICRIPTINO.

¡Cielo santo! (Desmáyase.)

Cae la puerta, y aparece muerta Lucrecia.

COLATINO.

¡Qué veo? ¡Ay infeliz Lucrecia mía,  
 Posible es que yo miro tu belleza  
 Muerta con tal rigor! ¡Que la fiereza  
 De Tarquino llegar pudiese á tanto!  
 Mi infeliz vida á eterno y triste llanto  
 Condene desde aquí. Ya no respira,  
 Ya, ya el calor vital se le retira.  
 Ayudadme á llorar; ¡tú traspasado  
 El pecho casto con puñal sangriento!  
 ¡Tú muerta, inocentísima cordera,  
 Y yo estoy vivo? Un rayo de tu esfera,  
 Jove, ¿por qué no vibras, y la vida  
 Me arrancas ya con causa aborrecida?  
 ¡Ah Tarquino! ¡Ah Tarquino! ¡Ah infiel Tarquino,  
 Te daré cien mil muertes..!

BRUTO.

Colatino,

Aquí se ha de mostrar que eres romano,  
 Ten fortaleza, alivia al padre anciano;  
 No aumentemos el daño.

COLATINO.

Padre mio,

Mirad que sois romano.

TRICRIPTINO.

¡Oh cielo impío!

¡Esto permites? Á mi edad cansada  
 Le das este consuelo? ¡Ay hija amada!

¡Son estos los magníficos honores,  
 Que consiguió el anciano Tricriptino  
 Dando hospedaje al hijo de Tarquino?  
 ¡Ay anciano infeliz! Me falta aliento.  
 Tan horrible espectáculo sangriento  
 No permitais que mire. Ya mi muerte  
 Lejos no puede estar. ¡Infeliz suerte!

(Retirante.)

Bruto saca el puñal á Lucrecia, y dice

BRUTO.

Por esta sangre generosa juro,  
 Y por el casto espíritu, que heroico  
 Será mi tutelar en esta empresa,  
 Que al infame Tarquino con ultraje  
 Daré cruel muerte, y todo su linaje  
 He de extinguir. Sucedan las seguras  
 Al cetro; con sus haces los lictores  
 Ostenten el poder del magistrado.  
 Gobiernen providencias consulares  
 Con las jurisdicciones anuales,  
 Y acabemos con monstruos tan tiranos.  
 Ven, Colatino.

### ESCENA VI.

ESPURIO, VALERIO Y DICHOS.

VALERIO.

Suspended, romanos;  
 Ya sé vuestro dolor; al falso Mevio  
 Hícele con furor que reventara  
 Por cien mil estocadas penetrantes  
 A un tiempo las traiciones y la vida.  
 A qui me confesó que está escondida  
 La causa de la angustia que lloramos.  
 Como paraje el menos sospechoso,  
 Tarquino le escogió para su asilo,  
 Hasta ver qué resulta. Aquí se esconde.  
 Busquémosle.

BRUTO.

¿Aquí está?

COLATINO.

Valerio, ¿dónde?

ESPURIO.

Allanemos la casa.

### ESCENA VII.

TARQUINO Y DICHOS.

TARQUINO.

Despechado  
 Me arrojo ya á morir desesperado;  
 Digno soy de la muerte. Ea, matadme.

COLATINO.

¡Ah alevoso!

BRUTO.

¡Ah cruel!

VALERIO.

¡Ah fementido!

ESPURIO.

¡Ah falso vil!

COLATINO.

Muere, tirano.

BRUTO.

Muere.

VALERIO.

Injusto forzador.

ESPURIO.

Traidor infame.

TARQUINO.

¡Ay de mí! Muerto soy.

BRUTO.

Muere, lascivo.

Ve al hondo infierno, y para siempre llora  
 La cólera de Bruto vengadora.

ESPURIO.

Al punto á coronar el Capitolio  
Vamos para domar los conjurados.

VALERIO.

Vamos.

COLATINO.

Vamos, amigos muy amados.

BRUTO.

Vámonos pues, y de la infame raza  
No quede al mundo grande ni pequeño,  
Y antes que las exequias de Lucrecia  
Se celebren con regio fausto y pompa,  
No quede gota de malvada sangre  
Que no se vierta con furor violento,  
Porque sirva á los siglos de escarmiento.



# GUZMAN EL BUENO, TRAGEDIA.

## PERSONAS.

DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN  
EL BUENO.  
DON PEDRO, *su hijo*.  
DOÑA MARIA CORONEL.  
DOÑA BLANCA.

JIMEN JIMENEZ.  
JACOB ABEN JOSEPH.  
REDUAN AMIR.  
ELVIRA.  
ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena se representa en Tarifa.*

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

*Vista de Tarifa algo alta, y á un lado acampamento del moro.*

DON ALONSO DE GUZMAN, JIMEN  
Y SOLDADOS.

JIMEN.

Gran don Alonso de Guzman el Bueno,  
Ya sabes los sucesos de la guerra  
Cuán inconstantes son.

GUZMAN.

Lo sé, Jimeno.

JIMEN.

Pues no te admirarás que la fortuna  
No te sirva, cual suele, vez alguna.  
El cielo sabe mi dolor, y cuánto  
Me pesa ser el triste mensajero  
De funestas noticias; mas no quiero  
Ni las debo callar, no un imprudente  
Se adelante á contártelas primero.

GUZMAN.

Jimén Jimenez, quieta está la gente  
Por los muros y alcázar de Tarifa,  
Cuya tenencia por don Sancho el Bravo,  
Monarca de Leon y de Castilla,  
Concedida me fué; buenos soldados  
Militan á mis órdenes; la plaza  
Abunda en provisión de boca y guerra.  
Y aunque piense inundar toda la tierra  
Jacob Aben Joseph con gente armada,  
Que hizo pasar (la tregua quebrantada)  
De la Africa á las playas españolas,  
El invencible esfuerzo castellano  
Fuerzas divinas le contrastan solas.

JIMEN.

Pues hoy el día amaneció aciago.

GUZMAN.

No me tengas suspenso ni impaciente.

JIMEN.

Ya oíste á la alborada aquel rebato:  
Pues fué que Aben Joseph, fiero, insolente  
Con los nuevos socorros y la gente  
Que de Fez y Marruecos le enviaron,  
En tanta multitud, que contra España  
Jamás tantos millares de agarenos  
A Europa desde el Africa pasaron;  
Y esperando lograr buenos sucesos  
Con los nuevos jinetes de Granada,  
A tiempo que cansados de la vela  
Juzgó á los nuestros, embistió furioso.  
Contra él opuse un escuadron famoso  
De caballos lijeros y peones;  
Mas ¿qué harán contra inmensos batallones  
Salió don Pedro de Guzman tu hijo,  
Señor, contra tus órdenes espesas;  
Salió no obstante sin noticia mia,  
Que como ayo que soy desde su infancia  
Procuro contener su lozanía.  
La muchedumbre alarbe con pujanza  
Cargó sobre los nuestros, que en la fuga  
Solo hallaron remedio...

GUZMAN.

¿Y qué mi hijo  
Volvió la espalda vergonzosamente?

JIMEN.

No, alcaide, antes intrépido y valiente...

GUZMAN.

¿Murió como cristiano caballero?

JIMEN.

No murió; pero queda prisionero.

GUZMAN.

¿Prisionero? ¿qué dices?

JIMEN.

Fueron vanos  
Nuestros esfuerzos, y Beltran Lainez  
Como bueno quedó muerto en el campo.

GUZMAN.

¡Que un jóven temerario é imprudente  
Cause tanto pesar! ¡Que mis consejos  
De tal manera este rapaz desprecie!

JIMEN.

Si acaso puede haber algun consuelo,  
Tene por su valor: desde la torre  
Le vi arrogante atropellando moros *hoy de un*  
Por medio las escuadras y armas fieras  
Entre las partesanas y montantes;  
Y el bárbaro Muley, que su pujanza  
Se atrevió á contrastar, cayó en la arena, *aprovecha*  
Sin que bastasen á evitar su muerte  
Ni la adarga de Fez ni el jaco fuerte.

GUZMAN.

No repruebo el valor; mas él sabia  
Que el arte de vencer no se reduce  
A singular combate: el gran caudillo *leader*  
Que á su mando un ejército conduce,  
Mover y sustentar debe el gran cuerpo,  
Y verá que el valor es una parte  
Mínima de la guerra; mas no el todo,  
Y aun es nocivo si le falta el arte.

JIMEN.

Con semejantes máximas ha sido  
Don Pedro de Guzman por mi instruido  
En el difícil arte de la guerra;  
Pero los suyos le dejaron solo.

GUZMAN.

¡Oh cuánto el miedo del soldado yerra  
Pensando redimirse con la fuga!  
Pues quien va fugitivo no pelea.

JIMEN.

Don Nuño en vano rehacerlos quiso.

GUZMAN.

Si el soldado supiera cuán preciso  
Le es el obedecer, fuera valiente  
En ocasion, y en ocasion remiso; *es - so*  
Y el triunfo del que sabe es evidente,  
Pues nunca va dudoso á la pelea.

JIMEN.

Mas ¿qué mandas, señor, que se provea  
Sobre el rescate de tu hijo?

GUZMAN.

Hablando  
Como soldado, me olvidé ser padre.  
Cuido antes del comun que el propio daño.  
Pero mi hijo está en poder de moros....  
Corre, Jimen, y dí que los tesoros  
Que en España y en Africa he ganado  
Los doy todos por él; todo mi estado,  
Y el puerto de Sanlúcar, y Medina  
Sidonia por don Sancho prometida,  
Todo se venderá para el rescate.

JIMEN.

Será bien que algun tiempo se dilate,  
Pues hoy don Juan Ramirez con socorro  
De Sevilla vendrá, y sus aduare. *proveniente*

GUZMAN.

Recelo las violencias del rey moro,  
Y mi hijo en su poder me da cuidado,  
Pues yo ni los jinetes de la costa,  
Ni de Sevilla ese socorro aguardo.

JIMEN.

Así las cartas últimas lo dicen.

GUZMAN.

Pero, Jimenez, lo que mas me aflige  
No es su prision, es la fatal noticia  
Que yo mismo he de dar ¡terrible trance!  
Precisamente. ¿Qué dirá mi esposa  
Doña María Coronel, su madre?  
Su madre, cuyo amor afectuoso  
De la guerra apartarle pretendia,  
Y á su lado continuo le queria,  
¿Qué dirá cuando sepa la impensada  
Prision del hijo? ¡Ay madre desdichada!

JIMEN.

Esa noticia á tí solo es debida.

GUZMAN.

¿Pues qué dirá tu Blanca, prometida  
Por esposa al rapaz? ¡Triste doncella!  
Tú en fin procura consolar á ella,  
Que yo á su madre animaré si puedo;  
Pero ella viene aqui.

## ESCENA II.

DOÑA MARIA Y DICHO.

DOÑA MARIA.

¡Qué horror! ¡qué miedo!  
¿Es verdad, ó ilusion? ¡Sueño espantoso!  
¿Qué anuncio tan fatal! ¿Y mi hijo Pedro?

GUZMAN.

¿Qué turbacion, qué afán, doña María,  
De tu semblante pálido colijo? *gashede*  
¿De qué es tu pena?

DOÑA MARIA.

¿Dónde está mi hijo?

GUZMAN.

Cobra el perdido aliento, esposa mia,  
Y dinos tu dolor.

DOÑA MARIA.

¿Cómo no veo  
A mi hijo Pedro, de su padre al lado?  
Sin duda es cierto ¡ay Dios! lo que he soñado.

GUZMAN.

¿Por qué vanos pronósticos te guías? *fallores*

DOÑA MARIA.

*concedo*  
Desmienta el cielo las sospechas mías,  
Y ojalá no se cumpla el triste sueño  
De esta noche fatal, sueño espantoso,  
Que me hizo ver en el comun reposo  
A mi hijo ¡ay hijo mio! en ese llano, *plano*  
Y que un leon fierisimo africano  
Con las sangrientas garras y los dientes  
Su cuerpo con furor despedazaba. *han into bits*  
Aun me parece escucho todavía  
Del feroz bruto los rugidos roncros,  
Y miro el fuego que en su vista ardía,  
Y escucho los suspiros lastimosos  
De mi hijo ensangrentado... Mas ¿qué es esto?  
Señor... Guzman... esposo... ¿el rostro vuelves?  
¿Al cielo alzas los ojos lagrimosos?  
¿Reprimiéndote en vano el color pierdes?  
¿Dónde mi hijo está? ¿con que el terrible  
Sueño fué cierto? Acaba, esposo mio.

GUZMAN.

¿Quién da crédito á un ciego desvario?

DOÑA MARIA.

Pero mi hijo ¿dónde está? Jimenez,  
¿Sabes algo? Ve, tráele á mi presencia,  
Que quiero en mi regazo acariciarle, *deep*  
Y que con tiernos besos él consuele  
El corazon de una asustada madre....  
¿Mas tambien tú enmudeces? *de silent*

JIMEN.

Si, señora.

DOÑA MARIA.

¿Luego mi hijo es muerto?

JIMEN.

Aun vive ahora.

DOÑA MARIA.

¿Le ha cautivado el moro?

GUZMAN.

Y si así fuera,

¿Qué importaba el llorar?

DOÑA MARIA.

¿Con que cautivo  
Pedro está entre cadenas? y ¿yo vivo?  
¿Cuándo un sueño infeliz no salió fijo  
Á una madre que teme el mal de un hijo?



GUZMAN.

No tan cierto salió; que Pedro aun vive;  
Y ya pronto el rescate se aperebe.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿en qué os deteneis? ¡ay desdichada!  
¡Que tal angustia estuvo preparada  
Para mi tierno corazón! ¡Oh Pedro,  
Hijo del alma, mi querido Pedro!  
Desvelo de tu madre regalada  
¿Dónde estarás ahora? entre prisiones  
En poder de abembizes y gomeles,  
Sin tu madre, que siente tus dolores.

GUZMAN.

Cesen, doña María, los clamores,  
Y ninguna desgracia tú receles.

DOÑA MARÍA.

Cesen ya los clamores, pues son vanos  
Donde hay esfuerzo... Al arma, castellanos;  
Id, traedme a mi hijo... El que volviere  
Con él, pida a su arbitrio las preseas.

GUZMAN.

Ahora la prudencia se requiere:  
Con fortuna cualquiera es virtuoso,  
La desgracia examina el que es prudente.

DOÑA MARÍA.

No supo qué es ser madre quien tal dijo,  
Ni vió en poder de bárbaros un hijo,  
De bárbaros sin ley, de quien recelo  
Cualquier atrocidad, y aun me parece  
Que el corazón latiendo me la anuncia.  
Mi labio apenas trémulo pronuncia  
El nombre de mi hijo, recelando  
Quizá algun grave mal.

GUZMAN.

Pues qué ¿en tal caso  
No tuviera valor doña María?

DOÑA MARÍA, *asustada*.

¿Para qué preguntais que si tendría  
Valor?

GUZMAN.

Para ver muerto...

DOÑA MARÍA.

A hablar no acierto:

¿A quién?

GUZMAN.

Al hijo...

DOÑA MARÍA.

¿Ay Dios! Pues qué ¿le han muerto?

GUZMAN.

No: mas con todo, ensaya el sufrimiento.  
Que un gran mal debe hallarnos prevenidos.

DOÑA MARÍA.

¡Desventurada madre! en vano aliento.  
No entiendo esos misterios escondidos.

GUZMAN.

No ha muerto Pedro, no, doña María;  
Mas yo tu corazón probar quería...

DOÑA MARÍA.

¡Prueba inhumana! Y qué, ¿asi de una madre  
Burla el afecto y la ternura un padre?  
¿Esto es posible? ¡Oh, cuánto mejor fuera  
Que este tiempo no así se consumiera,  
Sino en dar libertad al hijo mío!  
Lentitud afrentosa! yo no fio  
Su libertad al tiempo, y pues su padre  
No la procura, corro á ver si acaso  
La encuentra ansiosa una afligida madre.

## ESCENA III.

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¡Oh cuántos males nacen de un mal solo!  
Despachada su madre hacer podria

Quizá algun atentado; aquí es preciso  
Que se interponga la prudencia mia.

JIMEN.

A mi hija Blanca por alli diviso;  
Te seguiré en hablándola.

GUZMAN.

Ven luego.

## ESCENA IV.

JIMEN, BLANCA, ELVIRA.

BLANCA.

Yo moriré de este dolor, Elvira,  
Que no es posible menos. Pero, padre,  
¿Don Pedro está cautivo?

JIMEN.

¿Qué delira  
Tu imaginacion, Blanca? Estos acasos  
Son propios de la guerra. Su rescate  
Se va á ajustar ahora, y aguardamos  
De Sevilla el socorro. Si eligiera  
Un hombre sin valor para tu esposo,  
No lloraras por él; mas no tuvieras  
Tan noble dueño que á Castilla ensalza  
Ni esperaras, cual puedes, que otro dia  
Alfombré con pendones africanos  
El sevillano templo de María,  
Ni que á Toledo se conduzca en hombros  
De los moros gazules tu litera,  
Donde verás que sus cautivos jefes  
Del claro Tajo regarán tus huertas,  
Consuélate, y adios.

## ESCENA V.

BLANCA, ELVIRA.

BLANCA.

¿Consuelo vano!

Déjame, Elvira, lamentar contigo  
La desventura de un amante triste,  
De cuya ruina yo la causa he sido.

ELVIRA.

Pues tú, señora, ¿qué motivo diste?

BLANCA.

Sabes que Pedro, mi adorado Pedro  
Para mi esposo estaba destinado;  
Hoy era, Elvira, el dia suspirado  
De nuestra dicha, y ya las prevenciones  
Debidas de su casa á los blasones  
Estaban prontas, pues Guzman el Bueno,  
Para mostrarse de recelo ajeno,  
Al moro despreciando, pretendia  
Hoy celebrar las sacras ceremonias,  
Poniendo colmo á la ventura mia.

ELVIRA.

Castilla aplaude tan solemnes bodas.

BLANCA.

Bodas cubiertas de tiniebla y luto  
Por la temeridad de un ciego amante;  
Pues él ardiendo en generoso esfuerzo  
De su florida juventud lozana,  
Galán con la esperanza de este dia,  
De amor lleno me dijo: «Blanca mia,  
» Viste en qué airoso y bárbaro caballo  
» Con las cubiertas bélicas de grana  
» Fátima escaramuza? pues yo quiero  
» Que sirva de tróton á tu escudero,  
» Y tu esclava ha de ser la altiva mora  
» A pesar de las huestes africanas.  
» Oh cuánto engañan esperanzas vanas!  
Yo lo confieso, Elvira: arrebatóme  
Presuncion mujeril; le armé yo misma,  
Y en los tiros pendió por mi la espada.  
¿Qué bizarro y marcial! ¿qué empenachada  
Cimera! ¿qué alma, y qué purpúreo rostro!  
Mas el número en fin al valor vence.

ELVIRA.

¡Oh, mal haya, señora, el fiero monstruo

De la guerra, haldon de los humanos!  
;Execrable inventor, que á los hermanos  
Enseñaste á matar! ¡accion horrible!  
Qué, ¿así la virtud reina? Qué, ¿es posible  
Que no halló otro alguu medio la malicia  
De inquirir la verdad y la justicia?

BLANCA. *recorre d. a. r. m.*  
;Mas qué añales y atabales roncós (Tocan.)  
Se escuchan? Muerta voy; todo me asombra.

ELVIRA á Jimen, al encontrarse.  
Si no vuelve don Pedro, tu hija muere.

ESCENA VI.

GUZMAN, JIMEN, SOLDADOS.

JIMEN.

El africano hizo llamada, y quiere  
Seguro para hablar; bandera blanca  
Su araldo tremoló, yo los rastillos  
Y puentes levadizas mandé luego  
Facilitar, y Amir pasó y ya llega.

GUZMAN.

A tratar vendrá acaso de la entrega  
De mi hijo; prevéngase el rescate,  
Por magnífico y grande que le pida,  
Nada se niegue, quede confundida  
Su altivez, su codicia bien saciada,  
Que sin duda será desmesurada,  
Viendo la rica presa de que es dueño.  
Pida hasta lo imposible; es deuda todo  
A un hijo mio, honor del nombre godo. *(mulla blood)*

JIMEN.

Ya entró el embajador; plaza, soldados.

ESCENA VII.

AMIR, ARLADO con una bandera blanca,

MOROS, Y DICHOS.

AMIR

No hay Dios sino Dios mismo; él tiene hollados  
Con su planta á los fuertes, fuerte es solo,  
Que con la noche cubre el claro día;  
Este te ensalce, Cid Guzman. *promisc.*

GUZMAN.

Confía,  
Don Reduan Amir, dí tu embajada.

AMIR.

Aláb supremo y misericordioso,  
Que á su pueblo mostró misericordia,  
Vencedor de Satán, Dios poderoso,  
Señor de muchos mundos, sublimado  
Con gran sublimacion, reina en la altura;  
Pero en la baja tierra el mando ha dado,  
Como á divino entre los otros hombres,  
A Aben-Jacob, de Fez y Tarudante  
Monarca, y de Marruecos, y las playas  
Muy estendidas que domina Atlante.

GUZMAN.

Prosigue, embajador.

AMIR.

Este arrogante  
Guerrero es el amado de Mahoma,  
De nuestra ley intérprete divino,  
Que abrió con llave de doctrina santa:  
Las estrellas le adoran por destino,  
Y de su amor se mueren los luceros.  
No hay mas rey que él y Aláh, por esto quiso  
Pasar inmensas huestes contra España *guerr.*  
Por repetir, cual vió en Jerez Rodrigo,  
De Muza y de Tarif la horrenda hazaña.  
Puso cerco á Tarifa, y la fortuna  
Que adora su triunfante media luna,  
Le dió en sus sacras manos á tu hijo.  
Es piadoso mi rey: dile, me dijo,  
Que permito el rescate, agradeciéndolo  
Cuanto sirviendo á mi divino padre  
En Africa lidió siempre venciendo.

GUZMAN.

A Aben-Jacob las gracias y el rescate  
Daré á su voluntad.

AMIR.

¿Tendrás deseo  
De ver en libertad tu hermoso hijo?

GUZMAN.

Por medio del rescate ya le veo.

AMIR.

¿Cuántas lágrimas tiernas y suspiros  
Habrà por él perdido ya su madre!

GUZMAN.

Embajador, propon las condiciones  
Del trato, y lleno irás de ricos dones.

AMIR.

Ya ves que el preso es joya inestimable,  
No solo, Cid Guzman, por ser el hijo  
Primogénito tuyo, aunque es gran timbre, *first born*  
Sino por su gallarda bizarria,  
Su esfuerzo y tierna juventud amable,  
Pues ya es muy gentil hombre y ariscado,  
Y imán del campo moro es su hermosura.  
La intencion de mi dueño, que es mas pura  
Que alba leche de candidas ovejas, *sheep*  
Conoce los afectos paternales,  
Y no pretende á costa de caudales *fortune*  
Inmensos deslucir tu ilustre casa,  
Ni que le des el oro que en sus naves  
Hiran llevaba á Tiro para el templo  
De Salomon desde esta rica Tarsis.  
Un corto precio pide solamente  
Por alhaja tan digna y escelente:  
Fácil medio se halló para que veas  
Presto á tu lado al hijo que deseas.

GUZMAN.

Sin duda Aben-Jacob, agradecido  
De lo bien que en el Africa he servido,  
Quiere mostrar que la virtud se encuentra  
Aun entre religiones diferentes,  
Propia grandeza de inclito monarca. *distinguished*  
El rescate y magníficos presentes  
Le llevarás.

AMIR.

Pues solamente pide...

GUZMAN.

¿Qué pide el fiel magnánimo califa?

AMIR.

Que le entregues la fuerza de Tarifa.

GUZMAN.

¡Tarifa...yo!... entregar!... ¿qué dices, moro?

AMIR.

No te admire, Guzman, nada imposible  
Te pide mi señor; ¿qué menos quieres?

GUZMAN.

Pues qué ¿tan incapaz de razon eres  
Que ignoras que esta insigne fortaleza  
No es mia propia, que es de mi rey solo?  
Soy su lugar-teniente, y defenderla  
Juré solemnemente al cielo mismo,  
Haciéndole homenaje y pleitesía  
En manos del maestre don Rodrigo  
Al espirar: de aquea Andalucía *stat*  
Pidanme mis estados, ó si quiere  
Cien mil doblas, y aun mas le llevarias.

AMIR.

Guzman, los que se precian de prudentes  
Saben que esa fantasma, que honor llaman,  
Es solo imaginaria, y que no existe  
Sino en débiles almas; mi gran dueño,  
A quien hace la luna reverencia,  
Te ofrece inmensa y bárbara opulencia,  
Y llegarás á merecer la dicha  
De tocarle su barba, y en fiel muestra  
De cariño besarla.



GUZMAN.

No pretendo

Por tales medios honra; ni españoles  
Jamás piensan así: Dios es prunero;  
Pero después su honor, que al rey ofrecen.

AMIR.

Pero algunos se encuentran, que merecen  
Mas que los naturales: en Marruecos  
Siempre honrado te ví, ni disgustado  
Fuiste como en España por los fieros  
Bandos sobre el derecho de los Cerdas.

GUZMAN.

En vano agravios frívolos me acuerdas.  
Siempre seguí lo que pensé justicia.

AMIR.

Mas sin que sutilice la malicia,  
La villa de Tarifa, que defiendes,  
No es de tu primo el rey, que es tuya propia;  
Pues tú con tus parciales, acostados  
Y escuderos la tienes á tu costa.

GUZMAN.

Los nobles siempre estamos obligados  
A cumplir la palabra: y así, moro,  
Menos Tarifa, lo que quieras pide.

AMIR.

El cumplimiento de la fe se mide.  
Por distinta medida: nadie pudo  
Prevenir al jurar, que preso fuera  
Por nosotros tu hijo, y pues varia  
Tan impensada circunstancia y cierta,  
En ley niuguna el juramento obliga.

GUZMAN.

Quien toma á cargo alguna fortaleza,  
Todo previene, y aun lo no posible:  
No ese solo, si mil hijos tuviera,  
Los diera por mi patria.

AMIR.

Y di, ¿si acaso  
No le vuelves á ver? ¿si á Fez le llevan?

GUZMAN.

Mientras viva Guzman, mientras mi brazo  
Maneje espada y lanza, su rescate  
No es difícil.

AMIR.

Mas tú ya has prometido  
Dar por él á Tarifa.

GUZMAN.

¿Yo tal dije?  
¿Qué es lo que dices, moro alavecino?

AMIR.

Aun lo imposible ó que prometías.

GUZMAN.

No te diviertas con las ansias mías:  
Vuélvete, embajador.

AMIR.

Pero si llega  
La posible ocasion de que la villa  
A fuerza de armas se entre, y toda España  
Como en tiempos de Ulit, entonces quedas  
Vil esclavo, sin hijo y sin honores.  
¿Cuánto dieras por no haber malogrado  
Entonces la ocasion de ser amigo  
De tan gran rey por solo el corto obsequio  
De un fortín, que va á dar al saco y fuego?  
Repárate, Guzman, y desde luego  
Vuelve en tí, haz lo preciso voluntario,  
Que el sabio se acomoda á la fortuna.

GUZMAN.

Téngale tu rey preso; mas su cuna  
Deberá respetar, que aunque cautivo  
Bien conoce quién es.

AMIR.

Voy á hablar claro:  
Guzman el justador, alcaide invicto,

No te alteres, escucha, pues quisiste  
Que me llamase en Africa tu amigo.  
Sabe, que Aben-Jacob el alto, el grande,  
Que venció en guerra á los almoravides,  
Y el imperio afirmó en los almohades,  
Sobre el alcorán sacro jurar hizo  
Mirando el rostro acia el oriente á todos  
Los arrayaces de Africa y Egipto,  
Que han de volver á hacer que España toda  
Vuelva á adorar á aquel profeta hermoso  
Que ablandó los peñascos con su ruego;  
Que han de ultrajar vuestra nobleza, y luego  
Volver en Cobadonga á acorralarlos,  
Saquear á la incendiada Compostela,  
Robando el cuerpo del patron Santiago.  
Para principio de tan grande estrago  
Quiso como Tarif rendir los muros  
De la antigua Tarteso, á quien dió nombre,  
Ejército juntó que á España asombre  
De numerosas libicas falanges:  
No evitais el cuello á sus alfanjes  
O á su yugo, aunque huestes mil aborte,  
Ni con sus ricos hombres la Castilla,  
Ni Aragon con sus bravos infanzones,  
Que en defender se ocupan á Girona.  
No está aun quieta Castilla, y la corona  
Portuguesa buscó sus intereses.  
Aun no están castellanos y leoneses  
Con la reciente union bien hermanados.  
Ya arma toca el rey moro de Granada  
Con la flor de su tropa y sus linajes.  
El infante don Juan mal enojado  
Con nosotros milita, y en el lecho  
Postrado yace el rey don Sancho el Bravo.  
Aun se acuerdan los godos españoles  
Del trance funeral de Guadalete,  
Del de Alarcos y Uclés: Nuño de Lara,  
Muerto por Almanzor, y el rey Alfonso  
De Aragon, tambien muerto sobre Fraga  
Por los moros; de Jaime al hijo amado  
La mitrada cabeza dividióle  
Fiero 'Atar el de Málaga; horror tanto,  
Junto con el poder de mi gran dueño,  
Derramador de sangre de cristianos,  
Amedrenta á Castilla; y...

GUZMAN.

¿Hasta cuándo,  
Amir, abusarás de mi seguro?  
Di á la morisma que combata el muro,  
Que mas no quiero oír, que otra Numancia  
Verá en Tarifa, á quien rendir pretende,  
Que la flor de Castilla está á mi lado,  
Donde es soldado aun el menor del pueblo,  
Y un fuerte capitán cada soldado.

AMIR.

¿Mas no te aflige el riesgo de tu hijo?

GUZMAN.

O por el oro, ó el acero fijo  
Su rescate será; yo daré modo.  
Jimen, atiende.

Mientras habla Guzman con Jimen, dice á Amir  
el araldo:

ARALDO.

En gran peligro estamos,  
Cidi, volvamónos, y no irritemos  
Mas á tan feroz hombre, que da espanto.

AMIR.

Las rehenes de su hijo te aseguren.

ARALDO.

No hay mucho que fiar; ¿no ves con cuánto  
Desprecio mira el riesgo de su hijo?  
Quién de él no se apiadó, ¿qué piedad quieres  
Que tenga de nosotros, si le irritas?  
No ví tan atroz alma; al campo vamos.

AMIR.

¿Esa respuesta á Aben-Jacob llevamos?

GUZMAN.

Conforme te la di, dala al rey moro,  
Y di que caballeros castellanos  
Jamás riñen la plaza al enemigo,  
Mientras pueda en la mano estar la espada;  
Que es fuego de Castilla muy antiguo, *carro*  
Que el alcaide á la puerta de su alcázar  
Debe morir; primero en mi cadáver  
Con honrosas heridas destrozado *destrozado*  
Ha de poner los pies; y el entrar solo  
Por encima de mí no está vedado. *fo. h. d. d. n.*

AMIR.

Aláh Quivir te salve é ilumine:  
¿Y de tu hijo?

GUZMAN.

El moro determine.

AMIR (*yéndose*).

¿Qué lealtad!

ARALDO.

¿Qué bárbara constancia!

**ESCENA VIII.**

DOÑA MARIA, BLANCA, ELVIRA, GUZMAN,  
JIMEN.

DOÑA MARÍA.

Blanca, tu llanto enjuga, la distancia  
No es mucha, ni de tiempo, ni camino,  
Que hay para ver á tu querido esposo  
Pedro, mi dulce y regalado hijo,  
Pues su padre, al fin padre, habrá ajustado  
Su rescate prudente, y va sin duda  
A traérnosle Amir, suspende el lloro.

GUZMAN (*aparte*).

Otro dolor, otro tormento, cielos!

BLANCA.

Valido de esto el insolente moro  
Pedirá suma inmensa; mas no importa:  
Mi dote, mis alhajas y preseas,  
Piérdase todo si don Pedro vuelve.

DOÑA MARÍA.

Blanca, cosas inútiles desear,  
Pues ¿qué podrá pedir el moro altivo,  
Que no le dé su padre fácilmente?

GUZMAN.

Todo pudiera darle; solamente  
El rescate que pide es imposible.

DOÑA MARÍA.

¿Cielos! ¿señor! ¿esposo!

BLANCA.

Al instante don Pedro? *Qué, ¿no vuelve*

GUZMAN.

¿Trance horrible!

Ya volverá.

DOÑA MARÍA.

¿Pues cómo ya no ha vuelto?  
Cuando pensé que la prudencia tuya,  
Que sabe mi dolor y sentimiento,  
Diera disposición de que al momento  
Volviera yo á vivir viendo á mi hijo,  
¿Hay esta lentitud? ¿Toda soy hielo! *no voy enagen*  
¿Qué es esto? ¿Pues qué ha dicho el enviado?

GUZMAN.

Aun no el contrato está finalizado;  
Gran madurez las grandes cosas quieren.

DOÑA MARÍA.

Pues darles sin tardar cuanto pidieren.

GUZMAN.

Quizá no podré darle lo que pida.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿qué puede pedir tan imposible?

GUZMAN.

Que le entregue las llaves de Tarifa.

DOÑA MARÍA.

¿Eso pide? ¿Qué horror! ¿Ay Blanca amada!  
¿Qué sobresalto, y cuánta desventura  
Me anuncia el corazon! que es muy terrible  
Su padre.

BLANCA.

¡Oh infamia! ¡oh bárbara insolencia!

DOÑA MARÍA.

¿Y qué determinasteis?

GUZMAN.

La paciencia

Todo lo vence.

DOÑA MARÍA.

¿Ah cielos! Y si acaso  
Le embarcan para el Africa, y no puedo  
Quizá volverle á ver en muchos años,  
¿Qué será de su madre, que le adora  
Como prenda infeliz de sus entrañas?

JIMEN.

Con la esperanza os consolad, señora.

DOÑA MARÍA.

Pero, señor, si el moro no se allana,  
¿Consentirás que vaya entre cadenas  
A las mazmorras de Africa tal hijo  
De tal padre, ó que reme en sus galeras,  
O en ministerios viles ocupado  
Desdiga de quien es?

*de generoso*

GUZMAN.

Vivo fiado,  
Que no hará cosa indigna á su persona.

DOÑA MARÍA.

Mas que su estirpe su virtud le abona. *bañ*  
Eso mismo á cualquiera empeñaria,  
Que no fuese su padre, á dar el modo  
Mas pronto de que vuelva; pero veo  
Con dolor tal demora: ¿oh si yo fuera  
A quien el contratar correspondiera!  
¿Oh cómo no gimiera ya en prisiones,  
No digo el hijo de doña Maria  
Coronel, que son pocos mis blasones! *honor, gloria*  
De Alonso Perez de Guzman el Bueno,  
Digo, que esclavo está del sarraceno! *Mor. f. c. a. n.*

GUZMAN.

No aumentes mi tormento, esposa amada,  
¿Qué cosa me dirás que yo no intente  
Por dar la libertad tan deseada  
A nuestro hijo? ¿Oh, qué acertado fuera  
Que en las plazas mujer ninguna hubiera,  
Que hacen daño mayor que el enemigo!

DOÑA MARÍA.

O piensa qué has de hacer, ó yo no sigo  
Lentitud tan severa.

GUZMAN.

Pues ¿qué haria  
Sin faltar á su honor doña Maria?

DOÑA MARÍA.

Le librara una madre á todo riesgo.

GUZMAN.

¿Y á riesgo del honor tambien y fama?

DOÑA MARÍA.

Y qué ¿es posible no hay otro remedio?  
Un caudillo excelente da mil trazas *plan*  
En la guerra: vasallo y padre debes  
Discurrir; mas naturaleza misma  
Dice que eres esposo y eres padre.

*chief*

GUZMAN.

Pero Guzman y alcaide de Tarifa.



## ESCENA IX.

LOS MISMOS, menos *doña María*.

BLANCA.

Señor, doleos de la triste suerte  
De toda vuestra miserable casa :  
Ved qué todas las mías, qué torneos,  
Galas dispuestas, y sortija y cañas. *ninguna*  
Mirad mis infelices casamientos,  
Que bastaban ser míos y de un hijo  
Vuestro, que el alma le conserva fijo *firmado*  
Para ser todo desconsuelo y llanto.

JIMEN.

Mitiga el tuyo, hija querida, y tanto  
No inquiete á don Alonso tu porfia *obstinado*  
Ve, y consueta la gran *doña* María,  
Que el cielo dará luz ; pero parece  
Que el moro se descubre.

GUZMAN.

Pues al punto  
Retirarnos adentro nos conviene ;  
Si algo quisiere, llame, no presumo  
En mi debilidad, porque don Pedro  
Está cautivo en la potestad suya.

JIMEN.

Nuestras postas descubren todo el llano.

## ESCENA X.

*Campamento del moro á un lado, y al otro  
vista de la plaza algo mas alta.*

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, MOROS.

ABEN-JACOB.

Amir, ¿con que ese fiero castellano  
Tan inflexible estuvo?

AMIR.

Fueron vanas  
Mis artes orientales, vano el ruego,  
E inútiles tambien mis amenazas.

ABEN-JACOB.

Pues al remedio apelaremos luego  
Premeditado, porque á fuerza ó arte  
Yo he de entrar en Tarifa, si el sol entra.

AMIR.

Pues ve que *lidas* con el propio Marte.

ABEN-JACOB.

Ya te advertí que mi voluntad regia  
Fué el conquistar á España, y que ya tengo  
Preparativos, máquinas horrendas,  
Ejércitos de tierra y mar inmensos,  
Y mil galeras en el puerto surtas,  
Sin contar dromedarios y elefantes,  
Y en Algeciras berberiscas fustas.  
Un mundo traigo entero, ya lo sabes,  
Para lograr que la dichosa España  
Vuelva á humillarse al yugo de Mahoma,  
Y para que la gloria respaldanza  
De Abu-Nazar como en los claros dias  
De los Abderramanes y Almanzores,  
Consagrados de Zeca en la mezquita,  
Cuando oprimido el lustre y valor godo  
La casa real de Córdoba dió leyes —  
Desde este nuestro mar al de Cantabria  
A los soberbios y vencidos reyes.  
El puerto de Tarif, llave de España,  
Carteya de Argantonio antiguamente,  
Quiero ganar primero, que hace frente  
A Africa el mas cercano, y es su punta  
La mas meridional en el estrecho.  
Aqui empezó Tarif con su fortuna,  
Y a su imitacion yo: Tarifa tiene  
El destino de España, si ella viene  
A mi poder, España vendrá toda,  
Y hollaré como un tiempo en Guadalete  
La altiva presuncion y pompa goda.

AMIR.

Escucho yo al señor de los creyentes  
Con gran humillacion ; pero bien sabes,  
Que desde el dia santo de la hegira  
Hasta el frio mayor del crudo invierno  
Seis lunas hace ya que en libias naves  
Llegamos á poner cerco á Tarifa:  
¿Cuánto hemos padecido, qué rebatos  
Nos dieron, qué constancia y qué salidas !  
Y al fin, señor, es fuerza que advirtamos,  
Que la guarda Guzman, el gran torneante.  
Si en España otra espada semejante  
Hubiera al tiempo del fatal Rodrigo,  
Nunca la entrarán ni Tarif, ni Muza.

ABEN-JACOB.

Soy irreconciliable su enemigo,  
Y el deseo me llama á la venganza  
Desde que me engañó con asechanza, *sentado*  
Y embarcó sus tesoros y su esposa,  
Y desde Africa dió la vuelta á España.

AMIR.

No olvidarás, señor, la peligrosa  
Batalla en que fué puesto por cautelas,  
Y habiendo muerto á diez su heroico aliento,  
Luego le echamos un leon hambriento,  
El mas tremendo que abortó Getulia, *resaca*  
Y el soberbio animal ¡ raro portento !  
Rugió, y humilde se postró á su planta.  
Africa toda la victoria canta  
Que hubo en los valles de la gran serpiente,  
Que hombres y brutos fiera devoraba,  
Ruina y desolacion del continente ;  
Y en su caballo el español valiente  
Combatió con la bestia levantada  
Sobre sus alas, que con roncós silbos  
Los montes atronó feroz hiriendo ;  
Todos huimos del dragon horrendo,  
Y él solo con su espada el escamoso *scaly*  
Cuero rompió, cayó del aire á tierra  
Con grande estruendo el espantable monstruo.

ABEN-JACOB.

A mas de la venganza que devora  
Mi pecho, yo pensé vencer á España,  
Y sé que sujetarla es imposible  
Mientras haya Guzmanes ; siempre han sido  
Sus campeones, su defensa y muro,  
Y hasta Oviedo hallaré paso seguro,  
Si á él mato ó prendo, aunque se nombre ufano  
Domador de leones y serpientes.

AMIR.

Difícil cosa, Aben-Juseph, pretendes.

ABEN-JACOB.

Por su hijo él con Tarifa está en mi mano.

AMIR.

Del hijo no lo dudo, soberano  
Miramamolín ; pero al fiero padre  
Quizá no habrá conflicto que le rinda.  
No vi tal fortaleza ; le observaba  
Después de muchas esta noche misma.  
Por el muro tal vez se pascaba  
Vigilante ; en su gran lanza apoyado  
Tal vez atiende, el peto le relumbra,  
La alta visera y el penacho altivo,  
Y sus ojos al rayo de la luna.  
Con el silencio oi cómo crujían  
Las fuertes armas, que ni día ni noche  
Se quitó en todo el cerco de Tarifa.

ABEN-JACOB.

Pues hágase la seña y la llamada.

ARALDO.

Toca añafil. Castilla : ¡ ah de la plaza !

## ESCENA XI.

JIMEN en lo alto, y luego GUZMAN y SOLDADOS.

JIMEN.

Moros, ¿ á quién llamais ?

ABEN-JACOB.

A Guzman llamo.

GUZMAN.

Aben-Joseph, ya escucho lo que mandas.

ABEN-JACOB.

¿Es posible que llegue tu osadía  
A una temeridad tan obstinada,  
Que no siendo posible defenderte  
Quieras entregar bárbaro á la muerte  
A tí, y á tu linaje, y tus soldados?

GUZMAN.

Rey moro, si en los tiempos ya pasados  
En que tu padre me entregó la costa  
Como jeque de Oran, Tanger y Ceuta,  
La hubiera yo vendido con traidora  
Resolución, ¿por justo lo aprobaras?

ABEN-JACOB.

No vengo á disputar; mas pues reparas  
En entregar la fuerza; Amir, al punto  
Ejecuta mis órdenes.

GUZMAN.

Jimenez,  
¿Qué pensará el rey bárbaro? recelo,  
Que don Pedro, de angustias oprimido,  
Al fin desmaye como niño tierno....  
Però no, que es Guzman, y es hijo mio.

## ESCENA XII.

LOS MISMOS, DON PEDRO Y GUARDIAS.

JIMEN.

¿Vesle, señor? ¿qué lástima!

ABEN-JACOB.

Guzman, á este doncel? ¿Conoces,

GUZMAN.

Que soy su padre.  
Negar no puedo

DON PEDRO (recio).

Y yo, señor, tu hijo.

ABEN-JACOB.

Pues entrega la plaza, ó....

GUZMAN.

No prosigas:  
Ya he respondido, haz lo que quieras, moro.

ABEN-JACOB.

Pues si hasta ahora le guardé el decoro,  
Ya con tu obstinacion me desobligas.  
Don Pedro de Guzman, rendid la espada.

DON PEDRO.

Eso no; caballeros castellanos  
Solo á su rey la ceden, y aunque presos  
Mueren con ella en la atrevida mano.

GUZMAN.

Hijo, entrega la espada; así se sirve  
A la patria y al rey; llegará día  
De recobrarla; sufra el valor algo.

DON PEDRO.

Padre, ¿lo juzgarán por cobardía  
Los que están en sus casas descansando  
En los ricos escaños de Castilla?

GUZMAN.

Yn te abono, don Pedro.

DON PEDRO.

Esa voz sola  
Me obliga; Aben-Jacob, toma la espada, (Dásela.)  
Que lo manda mi padre, y le obedezco;  
Pero ve, que aunque ahora te la ofrezco  
E hidalgo y constante español fuerte  
Ni temo á los trabajos, ni á la muerte.

GUZMAN (recio).

Ese, ese es hijo mio.

ABEN-JACOB.

¿En fin te obstinas  
En no entregar la plaza?

GUZMAN.

Antes la vida.

ABEN-JACOB.

Pues no estrañes si á todo rigor llevo  
Las cosas al extremo mas terrible.

GUZMAN.

Yo soy leal.

ABEN-JACOB.

Tenaz, irreducible  
A la razon. ¿Ah fiero castellano!

GUZMAN.

Si no aviso á mi rey, no está en mi mano...

ABEN-JACOB.

Ni en la mia tampoco la paciencia  
Con tal hueste, y tan poca resistencia  
Como teneis; el último recurso  
Es el que ves; este alzaizar encierra  
En su seno, Guzman, la paz y guerra:  
Ahí te le arrojo, elige lo que quieras; (Le arroja.)  
O amistad buena, ó formidable estrago.

GUZMAN, y luego LOS CRISTIANOS.

¡Guerra! ¡guerra! ¡á las armas, Santiago!

ABEN-JACOB.

¿Qué rabia! ¡qué baldon!

AMIR.

Alma terrible.

Digna de ser creyente.

ABEN-JACOB.

Al mas horrible  
Calabozo llevad al prisionero.

DON PEDRO.

Contento, ó padre, por España muero.

AMIR.

Corriendo viene allí doña María.

ABEN-JACOB.

Pues no le vea.

DON PEDRO.

¡Ay dulce madre mia! (Llévanle.)

## ESCENA XIII.

DOÑA MARIA, GUZMAN, JIMEN Y SOLDADOS.

DOÑA MARIA.

Hijo mio, don Pedro, aguarda, hijo.  
¿Adónde vas?

ABEN-JACOB.

Tu bárbaro consorte,  
Cristiana, te dirá la triste suerte  
A que le condenó, pues yo colijo  
Que no piensa Guzman que ese es su hijo.

## ESCENA XIV.

Amenórase el acampamento, y se ensancha la plaza.

DOÑA MARIA, GUZMAN, JIMEN, CRISTIANOS.

DOÑA MARIA.

¿Qué es esto? ¡ay Dios! ¡qué horror! Yo estoy turbada  
¿Qué es lo que me sucede? Un temblor frio  
La sangre me cuajó. Yo me estremezco  
Desatentada. ¿Qué es aquesto, esposo?

GUZMAN.

Esto es mostrar un pecho valeroso  
Contra la obstinacion de la fortuna.  
Esto es ser infeliz, ó ser dichoso.  
Esto es hacer la mas tremenda prueba  
De lo que puede el corazon de un noble.  
Esto en fin ser leal.

DOÑA MARIA.

¿Eres tú padre



De ese infeliz y aprisionado jóven?

GUZMAN.

Como del rey de España fiel vasallo.

DOÑA MARÍA.

¡Ay hijo mío! ¿Que esto escucho, y callo?  
Pues, cruel, ¿cómo así dejas que lleven  
Al inocente niño desdichado  
Con padre tan omiso?

GUZMAN.

El ansia mía  
No aumente tu clamor, doña María.  
Entrate a las tarimas de tu estrado  
Con tus esclavas, ó con tus doncellas.  
Ruega de España al gran patron Santiago.  
Retíradla.

JIMEN.

Señor...

DOÑA MARÍA.

Ya te abandono,  
Inflexible Guzman, padre inhumano,  
De corazón indómito. A los cielos  
Vuelvo mis ruegos anegada en llanto,  
Pues no hay medio en la tierra. ¡O padre horrible,  
Indigno de honra tal!

### ESCENA XV.

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¡Trance terrible!  
¿Qué es esto? ¡Ay Dios! ¿qué horror! Qué, ¿me aban-  
Todos como á una abominable liera? (donan)  
¿Qué funeral horror en mi semblante  
Llevo por ser leal! ¡Oh patria! oh España!  
Oh rey, cuánto me debes! ¿No es bastante  
El dolor paternal? ¿Y tú, Jimenez,  
Me abandonas también?

JIMEN.

Señor...

GUZMAN.

Amigo,

Déjame lamentar aquí contigo.  
Pues qué, ¿imaginas, dime, que no siento  
En mi pecho el mas bárbaro tormento?  
Pero es fuerza fingir. ¡Honores vanos,  
Que obligan á olvidar el ser humanos!  
Deme el cielo ¡ay dolor! la resistencia  
Que necesito, y necesita España.  
¡Oh Jacobo, patron, apóstol santo!  
Libra á tu pueblo en su fatal quebranto.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, BLANCA.

BLANCA.

¿Qué es esto? ¿es ilusión? Don Pedro amado,  
¿Que te vuelven á ver mis tristes ojos  
Rendidos de llorar? qué, ¿se ha apiadado  
El cielo á mi dolor? Dulce bien mío,  
Habla, dueño y señor, esposo, amante.

DON PEDRO.

¡Oh cielo! ¡oh Blanca! ¡oh pena penetrante!  
Cielos, ¿para qué vine?

BLANCA.

¿A qué viniste?

¿Cómo estás libre? di me, acaba.

DON PEDRO.

¡Ay triste!

BLANCA.

Di, y no permitas que al dolor reviente;  
¿A qué has venido?

DON PEDRO.

A verte solamente,

Blanca adorada mía.

BLANCA.

Yo fui causa

Fatal de tu prision, por mis errores.

DON PEDRO.

¡Infeliz suerte, y trágicos amores!

BLANCA.

No ya tan infelices, pues te veo;  
Ya al fin todo calmó; mas tu severo  
Padre viene.

DON PEDRO.

Retírate, señora.

BLANCA.

Búscame presto, ó tú mi muerte llora.

### ESCENA II.

GUZMAN, DON PEDRO.

GUZMAN.

Hijo...

DON PEDRO.

Padre, á tus pies beso postrado (*De rodillas.*)  
La mano paternal y vencedora.

GUZMAN.

De confusiones mil estoy cercado;  
Sácame pronto de ellas.

DON PEDRO.

Vengo solo  
Por la postrera vez á despedirme  
De mis padres y esposa, pues la muerte  
Temo cerca en poder de aquel tirano.

GUZMAN.

¿La muerte temes, y eres castellano?

DON PEDRO.

No la temo, la espero.

GUZMAN.

Pero ¿cómo  
Volviste? ¿Te has huido, ó te soltaron?

DON PEDRO.

No, señor: óyeme. La infanta mora  
Perdidamente mi desprecio adora,  
Y yo de su pasión ciega valido,  
En secreto permiso la he pedido  
Para venir, aunque por tiempo breve;  
Ella facilitó, pues de todos  
Con sus hechizos el corazón mueve.  
Pero pleito homenaje hice primero  
De volver antes fiel á sus reales  
Que me pueda su padre echar de menos.

GUZMAN.

Pues, don Pedro, los nobles y leales  
No faltan nunca á su palabra, ni aunque  
Importara mil vidas; vuelve, vuelve,  
Y da á Fátima gracias de mi parte.  
Vete antes que tu falta se conozca,  
Y ella sufra las iras de su padre.

DON PEDRO.

Yo sé el tiempo que tengo concedido;  
Permitid que á las plantas de mi madre  
La dé el último abrazo.

GUZMAN.

En varoniles  
Pechos nunca espresiones femeniles  
Tienen digno lugar: estará ahora  
Retirada en su estancia; vete al punto.

DON PEDRO.

Aun puedo esperar mas.

GUZMAN.

Pues que te dejo  
Este rato, oye á un padre que te estima,  
Por si estos son los últimos consejos.

DON PEDRO.

¡Qué tormento fierisimo, qué angustia!

GUZMAN.

Ya ves la ufana juventud robusta  
A cuantos precipicios te despeña;  
Ya ves la audaz desobediencia tuya  
A qué fin te condujo tan amargo.  
Tú no estimaste ni el militar cargo,  
Ni la paterna autoridad, y ciego  
Contra mi voluntad saliste al campo.

DON PEDRO.

Es verdad, señor... Padre, no lo niego.

GUZMAN.

Pues ya te castigó la Providencia  
Veladora por tal desobediencia,  
Y si á mi poder vuelves, en consejo  
De guerra con rigor tu culpa trato.

DON PEDRO.

Me honro en ser hijo de español Torcuato.

GUZMAN.

Mas no eres solo tú quien lo padece;  
Tu madre desdichada, ¿qué merece,  
Para padecer tanto? Jimen, Blanca,  
Todos, España, y yo, que a todos sufro  
Con penas mas acerbas y crueles?

DON PEDRO.

¡Oh cielo! ¿y de esta angustia no te dueles?

GUZMAN.

Y mi suerte infeliz á tal estado  
Me abatió, que aunque padre me es preciso  
Olvidarme de serlo; y así quiso  
Mi desgracia, que tenga que olvidarme  
De Castilla ó de ti; ya no hay remedio,  
Hijo, ¡qué pena y riguroso trance!  
Mas no es justo tampoco que padezca  
Por solo uno la patria. Yo reviento  
Del tremendo dolor; mas ¿qué he de hacerme?  
Que aunque soy padre, soy leal vasallo.  
Yo por la patria cosa mas no hallo  
Que ofrecer que mi hijo; este le ofrezco,  
Y si ofendiera haciendo lo contrario.

DON PEDRO.

Desgraciado naci : ¡valedme, cielos!

GUZMAN.

Mas no puede quedar otro consuelo  
Que es el de la constancia generosa,  
Que al noble levantó sobre la plebe.  
Muriendo, si es preciso, cual se debe,  
Borrasas dignamente tu delito.  
Aprende en el rigor de este conflicto  
A servir á tu rey, si libre fueres;  
Y si no, estos instantes que vivieres  
Sabe cómo has de usarlos. Una hazaña  
Te puede hacer blason y honor de España;  
Tanto la virtud puede : esta grandeza  
De alma levantó á Roma á tanta alteza;  
Es a ensalzó á Castilla, y grandes triunfos  
Antontónó; ni pienses que un romano  
Escede en el valor á un castellano,  
Que á su rey dará acaso nuevos mundos.

DON PEDRO.

Padre y señor, humildemente admito  
Consejos tan hidalgos como justos.  
¡Mas ay! mi madre viene. ¡Madre mia!

### ESCENA III.

DOÑA MARIA Y DICHOS.

DOÑA MARIA.

¡Hijo del alma, ay hijo! ¡ay qué alegría!

GUZMAN.

¡Nueva confusion, cielos! Viene á verte  
Don Pedro, y vuelve al punto al campo moro.

DOÑA MARIA.

Cómo volver? mis joyas y tesoro

Le llevad; pero el hijo de mi vida...  
Primero, he de morir.

GUZMAN.

Esposa, es fuerza,  
Que así está prometido.

DON PEDRO.

Es cierto, madre.

DOÑA MARIA.

Pues yo no le hice al moro tal promesa.  
Entra á reposar, hijo.

GUZMAN.

No desmientas  
A tu antiguo esplendor, doña Maria.

DON PEDRO.

No puede ser. ¡Ay dulce madre mia!

DOÑA MARIA.

¡Prenda de mis entrañas, regalado  
Dulce amor de tu madre! Ola, criados,  
Servidle con la salva y la esclatata,  
Y en su albergue descansen.

DON PEDRO.

¡Madre mia!

DOÑA MARIA.

Hijo, qué, ¿no te acercas á tu madre,  
Que te adora en extremo?

DON PEDRO.

Humilde beso

Tus piés, señora.

DOÑA MARIA.

Alzate, llega, vuelve  
Mil veces á mis brazos. Mas, ó Pedro,  
Júrame no apartarte de mi lado.

DON PEDRO.

Señora, ya sabeis lo que he jurado.

DOÑA MARIA.

Nada me aquieta.

GUZMAN.

Ya sufrir no puede  
Tanto mi pundonor : doña Maria,  
Ya que tu ciega sinrazon no cede  
A lo que es justo y manda la hidalgua,  
Advierte que don Pedro se ha buscado  
Por su mano este mal : él á otros padres  
Obligara á quebrar la fe jurada.  
Pues él se lo adquirió, que sufra honrado  
Cualquier suerte que tenga preparada.  
Bien lo merece todo; ¿por qué ciego  
No obedeció á su padre? ¿al mas prudente?  
¿Al ayo? ¿al general que le mandaba?  
Qué, ¿la obediencia militar es esta?

DOÑA MARIA.

Mis lágrimas te sirvan de respuesta.

GUZMAN.

Pero bien : ¿qué mas tiene ese soldado  
Que otro alguno? Tambien Fortun Fernandez  
Está en el real del moro aprisionado.  
¿Es mas que un hombre el uno y otro? ¿y quieres  
Que por un hombre entregue yo una plaza,  
Que es el antemural, y es la barrera  
Sola que tiene la afligida España?  
Aqui rechaza embates y avenidas  
De la inmensa morisma : si esta presa  
Rompe el impetu suyo y grandes furias.  
Se inundará con sangre, incendio y muertes  
Hasta las rocas ásperas de Asturias.  
¿Y esto he de darle al moro?

DOÑA MARIA.

¿Mas no adviertes,  
Señor, la distincion de los sujetos?  
¿No es hijo tuyo Pedro, y muy amado?

GUZMAN.

Hijo mio es aqui cualquier soldado.



DOÑA MARÍA.

En fin, ¿que ni te dueles, ni eres padre?

GUZMAN.

Sí, me duelo; mas soy también vasallo.

DOÑA MARÍA.

¿Qué es del valor antiguo y celebrado  
Que es heróico blason de los Guzmanes?  
Diré, esposo, que en ti ya se ha acabado?  
Eso sí, para justas y torneos,  
Y fiestas entre damas y galanes  
Con fingidas batallas, eres Bueno;  
Y en la ocasión que mas te convenia,  
No libertas, quizá por cobardía,  
Al hijo único tuyo en riesgo tanto.

GUZMAN.

¿Qué esto sufra! Señora, no me espanto  
De tu delirio: el Africa lo cuente.  
Habrás espada en Castilla tan valiente,  
Que á la mia se oponga? Mas dejemos  
De hablar con tan inútiles extremos,  
Y el corazón sosiega.

DOÑA MARÍA.

¿Quién haría  
Barbaridad tan fiera, aunque criado  
Fuese en Libia en los montes de la luna?

GUZMAN.

Cualquiera que tuviese esta fortuna  
De ofrecer por la patria un hijo solo.

DOÑA MARÍA.

Mejor es con valor que tiemble el *polo support*  
Defender á Tarifa; si los hombres  
No se atreven, yo, yo con mis mujeres  
Cada cual como libica leona  
A defender saldremos á mi hijo,  
Pues su padre no quiere.

GUZMAN.

¿A mi persona  
Se trata así? ya falta el sufrimiento.  
¿Posible es que su madre en mi presencia  
A un hijo mío dé tales consejos?  
Por la vida del rey Don Sancho juro,  
Y por vida del príncipe Fernando,  
Que mas me inquieta la imprudente madre,  
Que del Africa unida el moro bando.

DON PEDRO.

No aflijais mas, señora, á mi gran padre.

DOÑA MARÍA.

¡Ay madre infelicitísima!

GUZMAN.

Dichosa  
Mejor puedes decir, si á costa solo  
De un hijo de tu vientre á lograr llegas  
Que España de cadenas se liberte.  
¿Cuántas dueñas de honor quizá te envidian  
La dicha de ser madre de aquel hijo,  
Que liberte á Castilla amenazada?  
Oh cómo todas sin reparar nada  
Entregarán sus hijos, si supieran  
Que con eso á la patria redimieran!  
¿Y tú no lo agradeces?

DOÑA MARÍA.

¿Y es posible  
Que tendrás corazón tan inflexible  
Para dar otra vez el hijo al moro?

GUZMAN.

No hay remedio, y á mí si me admitiera,  
Y á ti también, esposa, aunque te adoro.

DOÑA MARÍA.

Yo iré á servir de esclava, y en la frente  
Me dejaré marcar, libre á mi hijo,  
El viva, y muera yo entre extraña gente.

GUZMAN.

En fin dices, esposa, que la fuerza

Entregue, y que vendamos hoy á España?  
Que al rey y religion con mil traiciones  
Y perjurijs faltemos? ¿Esto quieres?  
Dí, acaba.

DOÑA MARÍA.

Libra á mi hijo si pudieres.

GUZMAN.

Como padre lo haré, como caudillo *padre*  
También si puedo; mas si no es posible,  
Y no hay remedio ya, no solamente  
He de entregarle yo; pero su madre  
Gustosa ha de decir que lo consiente.

DOÑA MARÍA.

¡Sentencia injusta de terrible padre!  
Ven, hijo, á consolarme el tiempo breve  
Que te queda.

GUZMAN.

Ya irá, doña María;  
Darle algunos avisos yo queria  
Útiles. Despejad; solos quedemos.

DOÑA MARÍA.

Venme á ver presto, mira mis extremos.

## ESCENA IV.

GUZMAN, DON PEDRO.

GUZMAN.

Extremos de flaqueza femeniles *weakness*  
Capaces de infundir la cobardía  
En el pecho mas fuerte. Yo queria,  
Don Pedro, examinar adónde llega  
Tu valor: si los llantos de tu madre  
Te enterrecieron; y si Blanca ruega  
Si débil cederás; que á tal instancia  
Casi recelo ya de tu constancia.

DON PEDRO.

¿Eso dudas, señor?

GUZMAN.

¿Estamos solos?

DON PEDRO.

Nadie escucha.

GUZMAN.

Pues dí: ¿vuelves gustoso  
A la prision del moro?

DON PEDRO.

Mi palabra  
Dí, y cumplo siempre alegre mis promesas.

GUZMAN.

¿Pues no es mejor yantar aquí á mis mesas,  
Que allí irritar del árabe la saña? *anger*

DON PEDRO.

Soy hijo de Guzman; y soy de España.

GUZMAN.

Habla claro, hijo mío: ¿no confías  
Tu secreto á tu padre? Dí, no temas.  
¿Piensas, que estrañaré que los temores  
De la muerte, en el hombre naturales,  
Te estremezcán? Son débiles los hombres;  
Confíeselo á tu padre que te estima;  
No hablas ya con Guzman el riguroso,  
Nada sabrá el alcaide de Tarifa.  
Confíate.

DON PEDRO.

Señor, no me acobarda  
La prision, ni la muerte si es precisa.

GUZMAN.

Y dime, Pedro, ¿el tierno amor de Blanca,  
Y su dulce himeneo hoy preparado  
Te detendrá en la plaza?

DON PEDRO.

Si estuviera  
Con el honor que ayer, si ya que hubiera  
Sido preso, me hubiese rescatado,

U de otro cualquier modo libertado,  
¿Qué mayor bien pudiera el mundo darme?  
Mas cuando esclavo llevo á imaginarme,  
Vergüenza noble y temeroso empacho *inmortal*  
Me aparta con rubor de su presencia.

GUZMAN.

Juzgo que la modestia y reverencia  
Disfrazan tus palabras; de mí fia  
Tu amor; entrambos somos militares,  
Cuéntaselo al alcaide de Tarifa;  
Nada sabrá Guzman tu adusto padre. *stern*

DON PEDRO.

El vano amor tiene becha su manida  
Solo en ociosas almas: no entre guerras  
Vive, ni entre el honor; siempre que reine  
Pasión mas fuerte, y varonil, y heroica,  
El noble de esta el ímpetu contiene.

GUZMAN.

¿Podré creer que salen de tu boca  
Verdades incorruptas?

DON PEDRO.

Ve si acaso  
Corresponden, señor, á los preceptos  
Que en la niñez me has dado.

GUZMAN.

¿Con que puedo  
Fiar de tu valor?

DON PEDRO.

Seguramente.

GUZMAN.

¿Con que eres buen Guzman?

DON PEDRO.

Sí.

GUZMAN.

¿Y hijo mio?

DON PEDRO.

MI ardor lo diga.

GUZMAN.

Con que el desvario *inconstancia*

De tu madre y esposa ¿no es bastante  
A rendir tu valor siempre triunfante?  
¿Y tendrás, si es preciso, atrevimiento  
A sufrir de la muerte el fin violento?

DON PEDRO.

Y aun á tomarla por mi propia mano.

GUZMAN.

Conozco que tu pecho es castellano.  
Llega, llega á mis brazos, hijo digno  
De don Alonso de Guzman. ¿Qué gozo!  
No esperaba yo menos de mi sangre.  
Nada recelo ya.

DON PEDRO.

Pero quisiera,  
Padre y señor, aun antes que me fuera,  
Pues mi muerte cercana ya contemplo,  
Seguir de los mayores el ejemplo:  
Para esta última hora que me diesen  
De Santiago patron de las Españas  
El hábito pretendo: soy cristiano.

GUZMAN.

Haré que no carezcas de sus gracias.  
Voy pronto á prepararlo.

### ESCENA V.

DON PEDRO, DOÑA MARIA, BLANCA.

DOÑA MARIA.

¿Por qué, ó Pedro,

Te escondes de tu madre que te ama?

¿Así pagas mi afecto y mi ternera?

¿Tú poco le merezco á tu fineza?

No vi hijo tan ingrato.

DON PEDRO.

Madre mia,

¿Por qué tanto me ofendes? ¿yo me olvide

TOMO II.

Del entrañable amor y la ternura  
De mi madre adorada? ¿qué locura  
Fuera la mia! ¿Yo no te venero?  
¿Yo mas que á mi persona no te quiero?  
No, señora, quien tal dice se engaña.

DOÑA MARIA.

¿Venciste de tu padre ya la estraña  
Severidad? ¿dió alguna providencia?

DON PEDRO.

Me es preciso volver, no hay resistencia.

DOÑA MARIA.

¿Esto se adelantó con su consejo?

¿Qué dices, Blanca, tú?

BLANCA.

Donde una madre

Y un hijo, y aun su padre, están tratando  
Tan íntimos asuntos, ¿qué hablar puede  
Una ignorante y misera doncella,  
Sino llorar su rigurosa estrella?

DOÑA MARIA.

Mira, Blanca, mi esposo á tí te quiere  
Con amor paternal; quizás podrias  
Rogándole con llanto, su atroz alma,  
Rendir, volviendo sus entrañas pias.

DON PEDRO.

No aflijais á mi padre.

BLANCA.

¿Quién, señora,

Mejor conseguirá lo que pidiere,  
Que tú de un dueño que tan fiel te quiere?

DOÑA MARIA.

¿Ay que es impenetrable! Ruega á Pedro,  
Pues tú podrás con él mas que su madre,  
Que no se vuelva al campo de los moros,  
Que enviaré cien mil marcos de rescate:  
Ruégaselo tú, Blanca, por tu vida;  
La mia está en tu mano, hija querida,  
Pues yo no puedo resistir tal pena.

### ESCENA VI.

DON PEDRO, BLANCA.

DON PEDRO.

Mayor mal que la bárbara cadena.

BLANCA.

En fin, ¿que logro verte, y puedo hablarte  
Sin riesgo?

DON PEDRO.

Háblame pronto, Blanca mia

(Ya no mia), que vuelan los instantes.

BLANCA.

Pues cuando nuestra madre me confia  
El reducirte, ¿así respondes fiero?  
¿Se dirá que una esposa á un caballero  
Le suplicó algo en vano, y no fué oida?

DON PEDRO.

Déjame por la tuya y por mi vida.

BLANCA.

¿Esta, ingrato, es la fe que me juraste  
¿Nada has de hacer por mí? por tí, ¿qué pade  
Hacer que yo no hiciese? Por tí solo,  
Por tí dejé mi patria y mi regalo,  
Y me vine á encerrar entre las armas,  
Entre el estruendo, guerra y sobresalto.  
Ten piedad de mi triste, dueño mio,  
Y de mi desamparo y mi tristeza,  
Duélate tanto misero suspiro;  
No te vayas, señor, que al dolor muero,  
Por estos ojos de llorar cansados,  
Por estas fieles lágrimas que vierto.  
Si me amaste algun tiempo, si aun te dura  
En el pecho la imagen de tu dama,  
Que tan rendida y tan infeliz ama;  
No te espongas al riesgo nuevamente,  
Mira que algun gran daño te amenaza.



¡Ay que yo temo en desgraciada muerte  
Verte morir! que el corazón me anuncia  
No sé qué grande mal : ¡ay dueño mio!  
No aumentes mi tormento y desvarío. *caprice*

DON PEDRO.

Blanca, consuélate : si no estoy digno  
De tu grande hermosura, no merezco  
Lograrla por ahora : yo te ofrezco  
Volver digno de ti.

BLANCA.

¿Con que mi llanto  
Tan poco alcanza con mi amante ? ¡O cuánto  
Misera me engañé ! Terrible día  
Para tormento y desventura mia.

DON PEDRO.

Consuélete mi padre, Blanca amada,  
Y no me des tan bárbaro tormento.

BLANCA.

En fin, ¿que ni mi amor, ni mi lamento  
Pudo vencerte ?

DON PEDRO.

No es posible.

BLANCA.

Aleve,  
Ya tus traiciones pérdidas entiendo.  
Jamás me amaste, ó ingrato; es imposible,  
No lo creo, juraste falsamente.  
Ya penetro el motivo tan urgente  
De tu fidelidad aparentada.  
Fátima es quien te arrastra, la jurada  
Fe sera á ella, y si esto así no fuere,  
No es heroica virtud la que te incita  
A ejecutar accion tan inaudita:  
Es vanidad y altísima arrogancia  
De tu altivo linaje, que pretende  
Levantarse á los cielos con hazañas.  
Siempre hicieron así tus ascendientes :  
Propia soberbia y bárbara osadía  
De la casa Guzman, que entronizada  
Siempre indómita obró por fantasía.

DON PEDRO.

Mi sangre es cierto quien me obliga, Blanca.

BLANCA.

¿No os bastan tantos timbres adquiridos  
De tu abuelo el rey godo Gundemaro ?  
¿Ni haber atropellado tantos reyes, *deshep*  
Tantas falanges bárbaras hollando ?  
¿Ni en Sevilla tu abuelo entrar triunfante  
Al lado invicto de Fernando el Santo ?  
¿Ni haber sido tu padre sabio amigo  
De Alfonso emperador, rey de romanos ?  
¿Tantos triunfos y célebres blasones ?  
¿Ni de Sevilla ser mayor alférez, *enfino*  
Y alcaide de su alcazar y su torre ?  
¿Ni que te llame deudo muy cercano  
El rey de Portugal y el castellano ?  
¿Tanto no basta á la ambicion inmensa  
De honra á que siempre aspiran los Guzmanes ?  
¿Qué mas lauros queréis ? ¿ mayores timbres  
Tuvo otro alguno ? ¿ en pecho humano caben ?

DON PEDRO.

Esos mismos oprobios que me dices  
Quien soy me acuerdan, y lo que hacer debo.

BLANCA.

Ceguedad loca de soldado nuevo :  
¿ Vas á poner por colmo á tus hazañas *Compleccion*  
La indigna accion de que á una esposa engañas,  
Que te creyó inocente ? ¿ A este trofeo  
Por último aspiró tu devaneo ?  
¿ Una humilde doncella fiel y amante  
Es de quien triunfas fiero y arrogante ?  
¿ En esto para ? ¿ osar ya mas no puede  
La gloria de Guzman, que al mundo escede ?

DON PEDRO.

Basta ya : no me insultes, en mi fia,  
Y adios, adios, querida esposa mia.

BLANCA.

En fin ¿te vas, y yo á morir me quedo,  
Y sin vengar tu ingratitud ? Malvado,  
Pérido, no eres tú como te jactas *boast*  
De sangre real y abuelos engendrado.  
Temerario y falaz, bárbaro jóven,  
Feroz como tu padre, ¿ así me dejas ? *little rock*  
Ni eres Guzman : las sirtes abrasadas *danger*  
De Libia entre dragonés te abortaron,  
Y con ponzoña y hiel te alimentaron.  
Vénguese de ti el cielo.

(Vase con despecho.)

## ESCENA VII.

DON PEDRO, JIMEN.

DON PEDRO.

¡Ay desgraciado!

JIMEN.

Don Pedro, ¿adónde vas precipitado ?

DON PEDRO.

A salirme al instante de Tarifa.

JIMEN.

Fuerza es que te detengas retirado,  
Que Amir entró en la plaza, y aquí viene  
Con tu padre.

DON PEDRO.

¿Qué quiere ? ¿suerte impia !  
Si á Fátima dañe con mi tardanza,  
Y ella sufre del padre la venganza ?

## ESCENA VIII.

GUZMAN, JIMEN, AMIR.

GUZMAN.

¿De qué es la turbacion ? Amir, sosiega  
El alterado pecho.

AMIR.

Guzman, mira  
Que me han jurado en nombre de la reina  
Los tuyos el seguro para hablarte.

GUZMAN.

Puedes seguramente confiarle  
Con tal prenda : habla, moro.

AMIR.

Mucho pido :  
Si no me favoreces soy perdido,  
Mi vida está en tu mano.

GUZMAN.

¿Con qué puedo  
Servirte (acaba, dí) por mar y tierra ?  
Que una cosa es la paz, y otra la guerra.

AMIR.

Mucho dudo lograr lo que pretendo.

GUZMAN.

En no siendo el alcázar de Tarifa  
Pide cuanto quisieres.

AMIR.

Tal no pido.

GUZMAN.

Pues concedido está.

AMIR.

Guzman, lo siento :  
Mas lo que busco solo es á tu hijo.

GUZMAN.

Pues ¿qué novedad hay ?

AMIR.

El rey mi dueño  
Como almocaden suyo á mi custodia  
Le fió : soy de Fátima el amante  
Mas ciego que se ha visto ; ella constante  
Ama á don Pedro, y él rogarla pudo  
Que le dé libertad un breve instante.  
Mandómelo imperiosa, obedecida

A mi pesar, que no debiera; pero  
 Tanto arrastra un amor : juro primero  
 Solemnemente de volver al campo  
 Antes que el rey le llame, y en secreto.

GUZMAN.

¿Pues qué dudas, si mi hijo lo ha jurado?

AMIR.

De otro que no fuese él yo dudaría.

GUZMAN.

Tu falta de entereza merecía  
 Mas rigor; mas si aquestos militares  
 Delitos haces, cuida tu cabeza,  
 Que no encontrarás siempre con Guzmanes.  
 Mi hijo volverá al campo.

AMIR.

La presteza

Me interesa la vida.

GUZMAN.

¿Qué mas quieres?

Vaya al instante.

AMIR.

Tu virtud me asombra.

GUZMAN.

Pues si la aprecias, mi amistad te nombra  
 Protector de mi hijo : en ti confío  
 Que le defenderás de algun insulto.

AMIR.

Descuida, alcaide, que es empeño mio,  
 Y no cumplo con menos. Asombrado  
 Tiene tu gran valor al campo moro.  
 Serás tú el mas terrible y esforzado  
 De tu nacion, y espanto y maravilla?

GUZMAN.

Otros tiene mi rey allá en Castilla,  
 Que yo venero, y Africa conoce;  
 Mas puesto que tú quieres que yo goce  
 De tu amistad, la admito, y la disfruto.  
 Si la virtud en todas religiones  
 Tiene lugar, un hijo te encomiendo;  
 No porque en él se note cobardía,  
 Ni en mí para sufrir penas enormes.  
 Inconsolable está doña Maria,  
 Que es á quien solo contener pretendo.  
 Y haz que algun mensajero cada dia  
 La traiga nuevas de él, que bien pagadas  
 Serán; y este trabajo de ampararle  
 No te durará mucho, pues avisos  
 Tengo de que socorros al instante  
 Me vienen de la costa, y de Sevilla  
 Hombres de armas, y mil almogavares,  
 Y sé que con mil lanzas á estas horas  
 En Africa os inquietan los Farfanes.  
 Todo esperanza de la paz muy pronta.  
 Ya acia Castilla un mensajero corre :  
 Tú barás porque cobrar pueda á mi hijo  
 Con mas honrosas capitulaciones.

AMIR.

Nada haré que no deba.

GUZMAN.

Hidalgo moro,

Adios.

AMIR.

Elrab te salve, y en mí fia.  
 Jamás vi tal virtud en pecho humano :  
 Solo le falta el ser mahometano.

### ESCENA IX.

GUZMAN, JIMEN, SOLDADOS.

GUZMAN.

¿Qué alboroto escuché?

JIMEN.

Ya su remedio  
 Puse al instante : inquietos los soldados  
 A Amir darle la muerte pretendieron.

GUZMAN.

¿A Amir? ¿y estando con seguro mio?

JIMEN.

Ya enfrené el imprudente desvario.

GUZMAN.

¿Cómo á tanto desórden se atrevieron?

JIMEN.

Dijeron muchos hoy en nuestras haces,  
 Que el Miramamolín rompió las paces,  
 Y pues no guarda fe, no la merece.

GUZMAN.

Y qué, ¿no es justo que haya diferencia  
 De la fe del cristiano y su creencia  
 A la del moro? El obre como quiera,  
 Nosotros por la ley que es verdadera.  
 ¿Ni quién dió tales fueros al soldado?  
 Saldrá Amir libre, y presto, y escoltado.

### ESCENA X.

JIMEN, y luego BLANCA.

JIMEN.

¡Rectitud admirable, y hidalguía  
 De valor sin igual!

BLANCA.

¿Adónde iría

Don Alonso, señor, vibrando enojos  
 Con la mano en la espada, que azorado  
 Centellas arrojaba por los ojos?

JIMEN.

¿Qué dices? A aplacarle iré á su lado.

### ESCENA XI.

BLANCA, DON PEDRO.

BLANCA.

¡Ay! de cuánto dolor soy combatida!

DON PEDRO.

Blanca, esta es la postrera despedida.

BLANCA.

¡Qué tormento! ¡qué horror! ¡qué escucho, cielos!  
 ¡Morir no basta, sino ausencia y celos!

DON PEDRO.

Consuélate, y adios.

BLANCA.

¿Cómo es posible?

¿A cada instante otro dolor terrible?

¿Desesperacion nueva á cada punto?

DON PEDRO.

Adios, esposa, que me espera el moro.

BLANCA.

Y qué, ¿yo he de callar? y qué ¿el decoro  
 Mujeril ha de ser nuevo tormento  
 Muriendo airada, y con inútil lloro?

DON PEDRO.

Qué, ¿aun no me dices el adios postrero?

BLANCA.

¿Adónde vas?

DON PEDRO.

A ley de caballero

A cumplir mi palabra.

BLANCA.

¿A quién, ingrato?

¿Para qué disimulo? mi recato  
 ¿De qué sirve contigo?

DON PEDRO.

¿Ese consuelo

En medio de mis penas y desgracias  
 Llevo de tus piedades?

BLANCA.

¡Oh el mas fiero  
 De los hombres! Ya supe tus maldades.



Supé que amante de la infanta mora  
La debes el favor de haber venido,  
Y supe que volver la has prometido,  
Y esa es tu obligación. Bien recelaba *pero*  
Yo de tu ingratitud : ¿esto merece  
La que mas que á si propia te adoraba?  
¿Esto hacen los bizarros capitanes?

DON PEDRO.

No aumentes, Blanca, esposa, mis afanes :  
¿Yo á Fátima querer? Otros cuidados  
Tienen mis pensamientos ocupados.

BLANCA.

¿Qué mas prueba? ; mi llanto y mi fineza  
Pudieron ablandar esa dureza  
Impropia de tu edad y de un amante?  
¿Diste alguna señal de ser humano  
A mis lágrimas tiernas y suspiros?  
¿Qué mas hiciera el bárbaro tirano  
Mas inculco, nacido en los retiros  
De Masilia? ; A una amante arrojada  
Hay quien tenga valor de negar nada?  
Y tú me dejas sin piedad alguna  
Entre conflictos, ansias y pesares.

DON PEDRO.

Aman de una manera los vulgares,  
De otra los nobles : yo sé lo que siento,  
Yo sé si disimulo mi tormento,  
Y que no soy creído. Adios, señora.

BLANCA.

*last* No te vayas, aguarda : en esta hora,  
Postrera acaso de mi triste vida,  
No quiero que me juzgues ofendida.  
Yo te perdono, aunque evidente sea  
Que en otra que no en mí tu amor se emplea.  
¿Quién vio fineza tal? Desesperada  
Te ofendi con razones arrogantes,  
Licencia concedida á los amantes.  
Lo confieso : perdona, esposo mio ;  
Error fué de mi ciego desvario. *whew*  
Ya no son celos viles, y si allá vuelves,  
Me mueve de tu vida amenazada;  
No vuelvas, dueño amado, al real del moro,  
Que es bárbaro sin ley, y si allá vuelves,  
Tu muerte lloro con crueldad estraña.

DON PEDRO.

¿Me llorarás si muero por España?

BLANCA.

Que no vuelvas, con lágrimas te pido.

DON PEDRO.

Nuevo Régulo soy ; lo he prometido.

BLANCA.

No así desprecies tu evidente riesgo ;  
Yo iré á morir por tí, quédate, esposo.  
¿Qué injusta paga de un amor inmenso!  
Yo no sé dónde estoy, ni qué me digo.

DON PEDRO.

Déjame, Blanca, que mi estrella siga.

BLANCA.

¿Dura estrella ! A lo menos este dia  
Suspéndelo ; ¿qué importa al rey, ni á España?

DON PEDRO.

España quizás hoy me necesita,  
Y el rey tiene gran tiempo sus soldados  
Para servirse de ellos solo un dia,  
Y este acaso es el mio ; en él yo puedo  
Ganar mas honra que otros muchos héroes  
En muchos siglos con feroz denuedo. *darro*

BLANCA.

¿Quién hollará peligros tan atroces  
Como tu padre y tú? ¿Dónde se ha visto  
Tan grande esfuerzo de ánimos feroces?

DON PEDRO.

No es tan grande la pena que resisto,  
Y menos al valor de los Guzmanes.

BLANCA.

¿Quién tuviera tan bárbara osadía?

DON PEDRO.

Cualquiera que tuviese esta fortuna.

BLANCA.

Será ; mas no se ha visto todavía.

DON PEDRO.

El tiempo corre, Blanca, Amir espera.

BLANCA.

¿Lance terrible ! quién me lo dijera  
Cuando por mí jugaste cañas ! Cuando... *no*  
¿De qué cosas me estoy ahora acordando?

DON PEDRO.

No es ocasion ; el plazo acaba.

BLANCA.

¿Amante

Vas de tu Blanca?

DON PEDRO.

Juro ser constante.

BLANCA.

¿Juras ? Ya es esto de la dicha extremo ;  
Ahora tu muerte mas que nunca temo.  
Dueño, adios para siempre ; mas qué ruido  
(*Suena ruido.*)

Tan espantoso que aumentó mis penas !

DON PEDRO.

Adios, que con los tornos y cadenas  
Movieron ya los puentes levadizos,  
Y los rastrillos, para que yo salga.  
Adios. *And so rock (cadenas)*

BLANCA.

El cielo ¡ay misera ! me valga.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

JIMEN, DOÑA MARIA.

DOÑA MARIA.

Qué, ¿á tanto llegar pudo la fiereza,  
Jimén, del hijo mio, que se fuese  
Sin despedir de su piadosa madre?  
Consejo fué de su terrible padre,  
Que mas le temo que al furor del moro.

JIMEN.

Deja, señora, el importuno lloro,  
No desmaye la gente á tus gemidos.

DOÑA MARIA.

¿Ay con qué error las madres deseamos,  
O Jimén, ver crecer á nuestros hijos,  
Para causar tormentos y cuidados!

JIMEN.

Señora, los que están bien educados  
Por maravilla causarán pesares.

DOÑA MARIA.

Ojalá, como han dicho, los socorros  
Lleguen que ya se esperan por instantes,  
Y á Pedro libren del poder del moro.

JIMEN.

No hay que fiar en esperanzas vanas,  
Que hacen mayor el daño no creído,  
Si como suelen al incauto engañan.  
Ten el gran corazon bien prevenido  
Siempre acia lo peor, que felizmente  
Yerra quien balla el bien, y el mal consiente.  
Señales ni noticia no han venido  
Del socorro, señora, que en Sevilla  
Todos ignoran el funesto lance.

DOÑA MARIA.

¿Quién me dijera esta fatal desdicha,

Ahora que el rey de Portugal su tío  
Llamó á ser su doncel al hijo mío,  
Honrándose con él y con mi sangre?

JIMEN.

De otra manera el cielo lo ha querido.

DOÑA MARÍA.

Voy desde las almenas y homenajes  
A no apartar mis ojos del camino.

JIMEN.

¡Madre infeliz! ¡qué alivio habrá que baste!

**ESCENA II.**

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¿Qué fué, Jimen, lo que imprudente hablaste?

JIMEN.

Solo dije á la gran doña María  
Que en esperanza incierta no fíase.

GUZMAN.

No me la desanimas todavía  
En vez de confortarla; sabes cuánto  
Mi pecho inquieta con su amargo llanto,  
Que apenas puedo resistir, y ¿quieres  
Esponerla tal vez á desafueros?

JIMEN.

Pero si la fortuna adversa fuere,  
Prevenida estará.

GUZMAN.

No tan adversa,  
Jimen, nos mira ya como parece,  
Pues grande confusion de polvareda  
Se advirtió acá el camino de Sevilla  
Por nuestras vigilantes atalayas; *watch towers*  
Cierta señal de que el socorro llega.

JIMEN.

Calmó mi susto, no recelo nada.

**ESCENA III.**

ELVIRA Y DICHOS.

ELVIRA.

¡Nueva desdicha horrible y no pensada!

JIMEN.

Di, Elvira, cualquier pena que te aflija.

ELVIRA.

Al campo moro huyó Blanca tu hija  
A entregarse á la muerte por su amante.

JIMEN.

¡Qué escucho! ¡Ay infeliz!

ELVIRA.

No fué bastante  
Mi fuerza ni mi lloro; despechada *despair*  
Se descolgó por la muralla; nada  
La pudo contener.

JIMEN.

¡Infeliz padre!  
Yo moriré de este dolor.

GUZMAN.

Jimenez,  
¿Qué es del valor y la constancia grande  
Que á todos aconsejas? Fácilmente  
Virtud mostramos en desdicha ajena,  
¡Mas qué flaquezas en la propia pena!

JIMEN.

Cierto es; ¡pero una hija así arrestada!.. *darling*

GUZMAN.

La ciega juventud precipitada  
Nos lleva á tanto error; ¡naturaliza  
Miserable la nuestra! solamente  
Conocemos el mundo, cuando empieza  
Ya á faltarnos la vida, y aprendemos  
A vivir á la muerte, ya sin fruto

A costa de los golpes mas violentos  
De infortunios, desgracias y escarmientos.

JIMEN.

Permite, don Alonso, que yo vea  
Cómo á este mal remedio se provea. *provided*

GUZMAN.

¡No me bastan mis males! que es forzoso *Compuls*  
Que á los demás consuele valerlos,  
Como si yo estuviera consolado.  
Vamos, Jimen; yo tomo ese cuidado.

**ESCENA IV.**

*Acampamento.*

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, ELVIRA.

ABEN-JACOB.

Así he determinado la conquista,...

ELVIRA.

¡Los moros, cielos! huyo de su vista. *(Vase.)*

ABEN-JACOB.

Porque con mis mayores escarmiento *war*  
Si ellos hicieran en Toledo asiento *punishment*  
O pasados los montes de Castilla *in doing so*  
Del Ezla ó de Arlanzon sobre la orilla, *advent*  
Nunca bajara con tan gran braveza  
De la hórrida mansion de la montaña  
El resto de la gótica nobleza  
A restaurar los términos de España.  
Y, Amir, si no enfrenamos sus intentos,  
Podemos recelarnos que algun dia  
Venciendo con valor los elementos  
Esta altiva nacion y monarquía,  
Que tuvo vil principio en una cueva,  
Segun es su soberbia, al fin se atreva  
A buscarnos en Africa, y venciendo,  
Sobre Ceuta y Orán, veloz cual rayo  
Tremole sus pendones de Pelayo. *the hands*

AMIR.

Habla Aláh por la boca del creyente  
Mas fiel y religioso, que venero  
Como á divino oráculo; sí, pero  
No olvides el esfuerzo y la fiereza *haughty*  
Del soberbio español; sé con certeza  
Que gran socorro aguardan prontamente,  
Y así no irrites al Guzman valiente;  
Dale á su hijo, y goza del rescate.

ABEN-JACOB.

¡Socorro esperan, y tan presto? ahora  
Burlaré sus esfuerzos; resistencia  
No permitirá el cielo á mi potencia.  
Traiganme ese garzon encadenado  
Con prisiones y guardia.

AMIR *(aparte)*.

Hemos errado  
Su padre y yo, é incautos le perdimos *unwise*  
Pensando darle vida.

ABEN-JACOB.

Yo ver quiero  
Si el socorro es mas pronto que mis tras.  
Venga ese miserable.

**ESCENA V.**

DON PEDRO en cuerpo con cadenas, y DICHOS.

DON PEDRO.

Aquí me tienes.

ABEN-JACOB.

Si quieres conservar, rapaz, la vida,  
Tú propio has de pedir á tu cruel padre  
Que me entregue á Tarifa; es ella sola  
De tu infelice juventud rescate.

DON PEDRO.

A españoles magnánimos y nobles  
Jamás tales propuestas se les hace;  
Son pródigos del alma, y sin la guerra  
Nunca sufren la vida en paz odiosa;



La muerte no es funesta si es gloriosa.  
 ¿A mi padre tan viles condiciones  
 Como á un desconocido le propones?  
 Rey moro, bien sé yo que es imposible  
 Que las admita; pero á ser factible  
 Que mi padre en el trato consintiera,  
 Por mi fe y por mi rey muerte me dicra.  
 No entrarás en Tarifa, te lo juro.

ABEN-JACOB.

Pues con tu sangre regaré su muro. *Sprunkla*

DON PEDRO.

Me conformo gustoso. ¡Oh madre mia  
 España! ¿quién tal cosa me diria,  
 Que habia yo de ser sacrificado  
 En tu honor? Jamás vi tal alegría,  
 Pues tanto timbre á mi gran casa añado.

ABEN-JACOB.

Temerario rapaz, bien se ónoce  
 Que eres brutal estirpe abominable  
 De ese horrendo Guzman, fiera espantable,  
 A quien ya como á tal tengo cercado,  
 Sin que nadie le valga; irá el Salado  
 Y el Guadalmeji tintos y espumosos  
 Con vuestra hispana sangre aborrecida.

DON PEDRO.

*fuerte* Si la mia apetece, los preciosos  
 Instantes no malogres; libra á España  
 A costa de mi vida, y soy dichoso.

ABEN-JACOB.

Amir, no vi braveza tan estraña,  
 Tal despreciar la muerte, apetercerla,  
 Provocarla, y con gozo padecerla.

AMIR.

¿No te lo dije, gran señor?

ABEN-JACOB.

Al muro

Llamada haced.

ARALDO (recio).

Guzman, Castilla, España,  
 ¡Ah de las alcazabas de Tarifa!

### ESCENA VI.

GUZMAN, JIMEN, CRISTIANOS en el muro.

GUZMAN.

Todos velan, ó moro, en sus castillos.  
 ¿Qué pides, di, con tanta vocería? *Quiero*

ABEN-JACOB.

*Entonces* Guzman, llegó mi cólera al estremo,  
 Me irritaste imprudente, y el supremo  
 Poder mio ultrajaste; ve en qué estado  
 Consientes á tu hijo aprisionado  
 Por tu tenacidad; con paz te ruego  
 Otra, y otra, y mil veces; mas si luego  
 No la admites rindiéndome la fuerza,  
 Tu hijo va á morir.

JIMEN.

¿Qué horror!

GUZMAN.

Jimenez,

¿Quién tal cosa, aun en bárbaro creyera?

ABEN-JACOB.

¿Qué respondes, alcaide?

GUZMAN.

¿En regia sangre,

Aunque mora, cabrá tal villanía?  
 Nunca á tanto creí que llegaría  
 Tu rigor, ni permite tal la guerra.

ABEN-JACOB.

Yo tengo de rendir toda tu tierra,  
 Y todo medio es lícito. *Ja*

GUZMAN.

Aun es vano

Tentar así la fe de un castellano.

¿Amir, ese es tu auxilio y tu seguro?

AMIR.

A ley de moro hidalgo, nazareno,  
 Y por mis ascendientes yo te juro,  
 Que inculpable me miras.

ABEN-JACOB.

No malogres  
 La oportuna ocasion; para que veas  
 Lo que es una amistad que no deseas:  
 Don Pedro libre irá, y en casamiento  
 Feliz le ofrezco á Fátima mi hija,  
 Que alegre le honrará con su real mano.

GUZMAN.

¿Y habia de bajarse un castellano  
 A una princesa mora? Mas urgente  
 Y útil ocupacion hablar me veda  
 Contigo asunto vano: adios te queda.

### ESCENA VII.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, Y DON PEDRO  
*retirado con GUARDIAS.*

AMIR.

Ya respiro, Aláhi santo.

ABEN-JACOB.

¿Qué osadia!

¿Qué barbaridad fiera! ¿quién creeria  
 Aun viéndolo tal hombre? Amir, ¿qué es esto?  
 Tú los conoces bien, la verdad dices:  
 Mira con qué nacion y con qué gentes  
 Ferocisimas tanto peleamos,  
 Que ni estiman sus hijos inocentes,  
 Y el rostro vuelve, y en poder le deja  
 De sus mas rigurosos enemigos,  
 Sin que pueda ablandar su duro pecho  
 En ver al que es su sangre en tal conflicto.  
 ¿Qué ejército lidió con tales fieras?  
 Vengan á combátilas con nosotros,  
 Que en Africa dejamos los leones,  
 Y encontramos aquí mayores monstruos.

AMIR.

Apenas creo lo que estoy mirando;  
 Mas prevenite, califa, á nuevo asombro.

### ESCENA VIII.

BLANCA Y DICHOS.

BLANCA.

He de entrar á pesar del mundo entero.

ABEN-JACOB.

Mujer, ¿quién eres?

BLANCA.

De este prisionero  
 Soy esposa infeliz; ¡dueño adorado!

ABEN-JACOB.

A mi tienda real, ¿cómo has entrado?

AMIR.

*Ja* Atropellando inmensos escuadrones.

ABEN-JACOB.

¿Tanto ultraje á mis regios pabellones?

BLANCA.

¿Cómo así estás, señor y esposo mio?

DON PEDRO.

Blanca, ¿á qué te arrojó tu desvatio?

ABEN-JACOB.

¿Qué quieres, dime, intrépida cristiana?

BLANCA.

Escucha, Aben-Jacob: va á sufrir muerte  
 Don Pedro de Guzman, muerte tirana  
 Por tu rigor injusto; si de humana  
 Sangre sediento buscas la inocente,  
 Tampoco contra ti soy delincuente;  
 Vierta la mia tu furor tremendo:  
 Yo me ofrezco á la muerte por mi esposo;  
 Márame en lugar suyo: no comprendo

*Ch. de. na.*  
Diferencia en los reos; si es odioso  
A ti, yo lo seré, te insulto y reto  
De inhumano monarca; yo tus iras  
Irrito, indigno de glorioso cetro.  
Y no soy menor víctima á tu enojo,  
Pues si de estirpe, y con razón se jacta,  
El de los reyes de Leon y Oviedo,  
Yo de Garcí Jimenez de Navarra.

DON PEDRO.

¿Qué haces, Blanca?

ABEN-JACOB.

De cólera yo tiemblo.

BLANCA.

El viva, y muera yo.

DON PEDRO.

¡Terrible pena

Mayor que las pasadas!

ABEN-JACOB.

¡Qué desprecio

*a. pro*  
Mi soberbia padece! ambos procuran  
Por dicha el blanco ser de mis rigores,  
Sintierlos: por ser mis enemigos  
Los dos se afanan; quien la muerte fiera  
Busca, ¿qué temerá?

DON PEDRO.

Tal no consentas,  
Rey moro, porque solo el que milita  
Debe sufrir las leyes de la guerra.  
Ve cuanta gloria y esplendor te quita  
Matar á una mujer tierna, inocente;  
Vuélvesela á su padre heroicamente.

BLANCA.

Vuelve á mi esposo á su afligida madre,  
Y muera yo, pues que sin él no vivo.

DON PEDRO.

Yo soy ofensor tuyo, y tu cautivo.

BLANCA.

Yo me entrego, y te injurio, y si no muero  
Te quitaré la vida á puñaladas.

ABEN-JACOB.

¡Qué frenesi! Por si es industria, quiero  
Que no les valga: ¿entrambos morir quieren?  
Pues mi bondad otorga su demanda.  
Mueran los dos.

DON PEDRO.

Aben..... Yo desvarío.

BLANCA.

Yo me conformo, si don Pedro muere,  
Con no sobrevivir al dueño mio.

ABEN-JACOB.

Pues si los dos quereis amable vida  
Gozar en dulce union, á vuestro padre  
Decid que abra las puertas de Tarifa.

LOS DOS.

*ab. me*  
¿Dónde el verdugo está que ha de matarme?

ABEN-JACOB.

¿Eso decís? ¿qué rabia! No está lejos  
De vuestro cuello. Amir, ven, ya es preciso  
Aprentar los tormentos mas crueles.

#### ESCENA IX.

DON PEDRO, BLANCA, ARLDO Y GUARDIAS.

DON PEDRO.

¿Qué hiciste, Blanca? Todo lo has perdido.

BLANCA.

Perdiólo todo quien á ti te pierde.

DON PEDRO.

Goza los años que te presta el cielo  
Mas felices que á mí; vendrá la muerte  
Sin que la busques tú: yo no la temo;

Solo me aflige la tristeza y llanto  
De mi madre infeliz, y el gran quebranto  
De mi padre, que sufre los pesares  
De todos con magnánima entereza.  
Vuélvete, Blanca.

BLANCA.

No hay en mí flaqueza,

Señor, para arrostrar los infortunios  
Que á ti te cercan sin acobardarte.  
Tú para España debes conservarte,  
A quien acaso colmarás de triunfos;  
Pero á una mujer débil, que no espera  
Laurel triunfal, permitela que muera:  
Muera por ti.

DON PEDRO.

¡Virtud esclarecida!

¡Oh digna de otro dueño y larga vida!  
Si algo te merecí, si alivio quieres  
Darme en esta afliccion, piensa qué pena  
Será la que atormente á nuestros padres  
Cuando sepan tan hábrara tragedia,  
De cuyo horror yo solo fui la causa.  
Vuélvete, Blanca, vuelve, y de consuelo  
Sirva tu vista á su vejez cansada.  
Esto te pide quien te adoró un tiempo  
De tí correspondido; ve, acompaña  
La amarga soledad que los espera.

BLANCA.

¡Ay, que yo moriré desesperada!

DON PEDRO.

No es valor el despecho; ni negada  
Está del todo la piedad del cielo,  
Que aun puede haber remedio, aun el socorro  
Quizá pronto vendrá.

BLANCA.

De angustia muero.

Adios de cualquier modo para siempre.

DON PEDRO.

No ha mucho, Blanca, que tu afecto tierno  
Dijo lo mismo: ¿ves si se ha apiadado  
De nosotros cuidando al fin el cielo?  
Lo propio será ahora.

BLANCA.

Los abrazos

Ultimos y primeros toma, esposo,  
Por prenda, aunque infeliz, de mi amor casto.

DON PEDRO.

Deja antes que á tus plantas....

ARLDO.

Nazarenos,

El Miramamolín se acerca: paso. (Los aparta.)

BLANCA.

¡Desventurado amor!

DON PEDRO.

¡Desdicha fuerte!

#### ESCENA X.

ABEN-JACOB, AMIR, DICHS Y GUARDIAS.

ABEN-JACOB.

Haced con la cristiana de la suerte  
Que manda mi grandeza; ea, llevadla,  
Y á la plaza llamad.

BLANCA.

Rey....

DON PEDRO.

Señor....

BLANCA.

¡Cielos!

DON PEDRO.

Guardias.... Gran señor...

BLANCA.

Moros....



ABEN-JACOB.

Arrastrando....

BLANCA.

Escuchad....

DON PEDRO.

Un instante.

ABEN-JACOB.

Con violencia

La retirad sin que hable.

AMIR.

La obediencia

Al califa se observe, musulmanes.

BLANCA.

¡ Bárbaro , mónstruo !

DON PEDRO.

¡ Indigno !

BLANCA.

¡ Ay ! entre afanes

Agonices rabiando , y por traidores

Pagues la pena horrenda que mereces.

(Llévanla.)

DON PEDRO.

¡ Valedme , cielo , innumerables veces !

**ESCENA XI.**LOS MISMOS , *menos* BLANCA.

ABEN-JACOB.

Llamad.

AMIR.

Toca , añafil. *(Tocan.)*

ARALDO.

¡ Ah de los muros !

**ESCENA XII.**LOS MISMOS , GUZMAN , JIMEN , Y CRISTIANOS  
*en lo alto.*

GUZMAN.

Moros , ¿ qué resolvéis ?

ABEN-JACOB.

No esteis seguros

Por la fuerza y socorro. Alá y Mahoma

A su amparo su pueblo amado toman,

Y al secuaz de Jesus no le consienten

Sobre la haz de la tierra sino esclavo ;

Visteis vuestras cruzadas en Oriente.

A tu hijo , alcaide , de aherrrojar acabo ; *Chau*

O entrega los alcázares , ó muere.

GUZMAN.

¡ Desgracia y situacion fatal la mia !

JIMEN.

¿ Dónde estarás ? ¡ ay hija Blanca mia !

ABEN-JACOB.

¿ Qué respondes , cristiano ?

GUZMAN.

He respondido.

ABEN-JACOB.

Tu mismo hijo aquí te ruega triste

No le quites la vida que le diste.

GUZMAN.

Para Dios y la patria fué la vida

( No lo ignora don Pedro ) concedida :

Ni en el creo tal súplica , pues sabe

Que la muerte con honra es muerte bella,

Ni es mas que el miedo que se tiene de ella.

JIMEN.

¡ Qué valor , que me afrenta ! ¡ Ay hija amada !

ABEN-JACOB.

Pues ya , Guzman , que no le rinde nada

A tu indomable corazon , advierte ,

¿ Cómo tendrás valor de ver su muerte

Delante de tus ojos al instante ?

GUZMAN.

Tente , bárbaro , aguarda , ¿ á un tierno infante  
Te atreves solo ? Con robustos hombres  
Ejercita el valor : asalta el muro ,  
O en campo raso espera.

ABEN-JACOB.

Español duro ,

Rinde á Tarifa , ó morirá tu hijo.

GUZMAN.

Moros , tiraos atrás , que ya se dijo  
Que aborrezco tal pacto : ó mis flecheros  
Fundibulos , trabucos y ballestas,  
Y máquinas de guerra al foso puestas  
Os harán apartar roto el seguro.

ABEN-JACOB.

Con todo , mis piedades desde el muro  
Permiten á su madre que le vea  
La vez postrera , si es que lo desea.

GUZMAN.

Piedad crüel cual tuya : ya su madre  
No necesita verle , ni aun yo propio.

JIMEN.

¿ Podré con tal ejemplo yo quejarme ?

ABEN-JACOB.

¿ Qué esperamos visto esto ? ¡ Horrible mónstruo !

Rapaz , tu cuello sigue ya mi alfanje. *cuello**Agárrale , y al herirle sale su madre presurosa.***ESCENA XIII.**

DOÑA MARIA Y DICHOS.

DOÑA MARIA.

Detente , Aben-Jacob , aguarda , escucha  
¡ Ay hijo mio ! ¡ ay cielo ! un breve instante.

ABEN-JACOB.

Dí presto , ó va á morir.

GUZMAN.

¡ Lance terrible !

DOÑA MARIA.

Duélete , Aben , de una afligida madre ,  
Así la suya á ver vuelva tu hija.

ABEN-JACOB.

Cristiana , vence á ese insensible padre.

DOÑA MARIA.

Guzman , señor , esposo.

GUZMAN.

¡ Qué agonía !

¿ No me basta el pesar , doña Maria ,  
Que el corazon me oprime , que en tu llanto  
Me das mas fiero y bárbaro quebranto ? *hijo*

DOÑA MARIA.

*Shew* ¿ No ves el espectáculo terrible ,  
Que aun pasma al enemigo ? ¿ ves los hierros ?  
¿ Ves sobre el cuello ya la cimitarra ? *señal*  
Y que el que va á morir ¿ ves que es tu hijo ?

GUZMAN.

Todo lo veo , y miro mi desgracia.

DOÑA MARIA.

¿ Quién basta contra tantos enemigos ?

GUZMAN.

Yo.

DOÑA MARIA.

Por un hijo pide su fiel madre.

GUZMAN.

Señora , antes fui hijo de mi padre ,  
Que padre de mi hijo.

DOÑA MARIA.

De una llorosa madre los suspiros ?  
Padre....

GUZMAN.

Lláname alcaide.

DOÑA MARÍA.

¡Ay, que es tu amado

Hijo don Pedro!

GUZMAN.

No es sino un soldado.

DOÑA MARÍA.

Un soldado hijo tuyo.

GUZMAN.

Lo son todos.

DOÑA MARÍA.

No permitas, señor, que de ansia muera  
Entre ayes y suspiros dolorosos.

GUZMAN.

Para ahora es el valor, doña María.

DOÑA MARÍA.

¡Qué horror funesto este tremendo día  
A nuestra casa trajo!

GUZMAN.

Antes la ensalza. *clabte*

DOÑA MARÍA

Guzman, dueño, señor: ¡ay hijo mio,  
Que en un suplicio á verte morir llevo  
Entre fieros verdugos sin delito! *crucel people*  
¿Para este trance te crié á mis pechos?  
¿Quién creyera que así te mataras, *para un enterrado*  
Y penas tan inmensas me causarás?  
Te acuerdas, dulce esposo, de aquel tiempo  
De su hermosa niñez, ¡ay tiempo, ay hijo!  
En que era tus delicias y consuelo,  
Sus dulces juegos, su inocencia y gracias,  
Los tiernos besos y amorosas muestras,  
Que en él fundaste toda tu esperanza?

GUZMAN.

Déjame, esposa mía.

DOÑA MARÍA.

¿Al fin no escuchas?

GUZMAN.

Siento tus males, los de Pedro y Blanca.

JIMEN.

¡Ay hija mía!

DOÑA MARÍA.

El corazon se altera.

Por fin, ¿qué determinas? di.

GUZMAN.

Que muera.

DOÑA MARÍA.

¿Manda eso un padre? ¡ay cielos!

GUZMAN.

Un alcaide.

DOÑA MARÍA.

Y qué ¿no habrá remedio?

GUZMAN.

No es posible.

DOÑA MARÍA.

¡Desventurada madre! ¡padre horrible!  
¿A quién me volveré? Moros, doleos  
De una madre infeliz, que ya os suplica;  
Si hay en Africa madres que se precian  
De serlo, y si es que un hijo allí se estima,  
Doleos de esta mujer desconsolada,  
De un padre y de un esposo abandonada.  
A vosotros me vuelvo, socorredme,  
No extrañéis que os suplique aunque enemigos;  
Ved cuál es mi dolor, y cuán intenso,  
Pues no encuentro piedad entre los míos.

ABEN-JACOB.

Cristiana, si á piedad de su hijo propio  
El terrible Guzman no se conmueve,  
¿Cómo quieres hallarla en sus contrarios?  
El nos da los ejemplos mas crüeles,  
Su hijo y él morirán, morireis todos,

Y todos los sectarios del ungido  
Nazareno; Guzman quiere que acabe  
Mi rigor con el pueblo incircunciso,  
Pues, lo conseguirá; por este empiezo.

(Levanta el alfanje.)

DOÑA MARÍA.

Aben-Jacob, señor, suspende el filo,  
Yo moriré por él, vierte mi sangre.  
¿En qué pudo ofenderte un tierno niño?  
A mí, á mí, vesme aquí; quiero arrojarme  
Del muro á que me mates por mi hijo.

ABEN-JACOB.

Pide á su padre que á Tarifa entregue.

DOÑA MARÍA.

Si; no le mates, deja que le ruegue.

AMIR.

Señor, no lo apresures, pues si muere  
Don Pedro, es imposible entrar la plaza.

JIMEN, *habiéndose entrado un rato.*

Señor, nuestro consuelo el cielo traza;  
Salieron con furor unos soldados,  
Y embistiendo atrevidos y emboscados  
Cautivaron á Fátima, y lijeros  
Con gran valor por el portillo entraron.

GUZMAN.

¿Lo oyes, moro?

ABEN-JACOB.

Si lo oigo.

GUZMAN.

¿Ves, si el cielo

Me escuchó?

ABEN-JACOB.

¡Qué pesar! ¡Mahoma injusto!

GUZMAN.

Pues un hijo por otro es cambio justo,  
Dame á Pedro y á Fátima te entrego.

ABEN-JACOB.

De rabia horrenda y cólera estoy ciego.

GUZMAN.

¿Qué dices?

ABEN-JACOB.

Que á despecho de los mismos  
Cielos he de vengar mi horrenda saña, *caraga, rage*  
Que no te ha de valer la suerte estraña,  
Aunque tengas á Fátima en prisiones.

GUZMAN.

Pues ya que á mis justísimas razones  
Te niegas, sufre el mal que yo padezco,  
Verás cuál es; no mates á mi hijo,  
O tu hija morirá, que presa tengo. *prisioner*

ABEN-JACOB.

¡Ah bárbaro español! Africa tiene  
Tambien heróicas almas, ni por eso  
Se rinde mi valor; dala la muerte.

GUZMAN.

Traédmela, soldados, y él la vea  
Morir. Si así lo quieres, mata y mato.

ABEN-JACOB.

Ni el impensado lance me acobarda;  
Tu crueldad disculpará la mía. *clabte*

(Alza el alfanje.)

Y pues así lo quieres, mato y mata.

DOÑA MARÍA.

Detente, Aben, que libre está tu hija;  
Yo la amparo.

ABEN-JACOB.

Yo espero agradecido  
Otro instante no nias; Guzman se rinda.

GUZMAN.

¿Qué es rendir?

DOÑA MARÍA.

Mi palabra está empeñada. *determinada*



GUZMAN.

Pues cumplidse la al moro; libertad  
Vaya Fátima al punto.

ABEN-JACOB.

No me obligo  
Por eso al tanto, intrépido enemigo,  
Ni me engaña tu astucia; alguna causa  
O vanidad tendrás, fiero cristiano,  
Para emprender tan espantosa hazaña.

GUZMAN.

Los soberbios leones de Castilla  
Nunca se ceban en corderas mansas;  
El contemplar á Fátima inocente  
Es lo que me entenece solamente,  
No pague ajena culpa.

AMIR.

Ahora digo  
Que es sacra religion la de mi amigo.  
¿Cuál dió tan gran virtud, ni cuál perdona  
Pudiéndose vengar de su enemigo?

ABEN-JACOB.

Si pretendes, soberbio castellano,  
Avergonzarme con alarde ufano  
De fingidas virtudes, te equivocas;  
Mas con eso mi cólera provocas;  
Ya no te ruego, esta es la vez postrera.

DOÑA MARÍA.

Gran Miramamolín, deja siquiera  
Que haga el último esfuerzo.

ABEN-JACOB.

Acaba, acaba.

DOÑA MARÍA.

Ea, señor, cuanto en lo humano estaba  
Hiciste por el rey; no hay fuerza alguna  
Que baste á tal yaiven de la fortuna  
Ya se vió tu constancia; á mas no obliga  
La lealtad á nadie; no se diga  
Que por ser buen vasallo fuiste padre  
Despiadado y cruel, y que no sientes  
Ver con tus ojos derramar tu sangre.

GUZMAN.

¡Oh esposa muy amada! ¡qué tormentos  
Turban mi corazón! mi sentimiento  
Aumentas con tus lágrimas; ahora  
Quisiera yo el valor en tí, señora.  
Si tu hijo Pedro muere, considera  
Que es mártir de la fe, que gloria espera  
Del cielo y de los hombres; mi esperanza  
También se pierde, y todas mis ideas.  
¡Ay hijo mío! Esto es para que veas,  
Que no soy insensible; mi desgracia  
Me puso en la ocasión de que parezca  
Cruel, que no lo soy. Hijo del alma,  
A quien pensaba yo; mas ay qué engaño!  
Dejarle mi loriga y mi caballo,  
Para algun tiempo defender á España;  
El ejemplo te anime; á Abraham su padre  
Le mandó Dios sacrificar el hijo.

DOÑA MARÍA.

A su padre, es verdad; mas no á su madre.

GUZMAN.

Retírate.

DOÑA MARÍA, *de rodillas.*

Con lágrimas te pido

A tus plantas, señor, arrodillada,  
Que en un mar no me dejes anegada  
De congojas y lástimas; del suelo  
No me levanto sin algun consuelo.  
No dejaré tus piés, que anego en llanto,  
Si no me otorgas para un hijo vida.  
Duélete de una madre amortecida  
Del tremendo dolor que apenas sufro;  
Mira á toda tu gente condolida  
Llorando tu entereza ya culpable.  
No solo oigo lamentos femeniles,  
Los mas robustos pechos varoniles

Se enternecen y en lágrimas deshacen;  
Todos conmigo lloran y te piden,  
Que te adolezcas de la pena mía.

GUZMAN, *levantándola.*

¡Válgame el cielo! en fin, doña María,  
¿Qué extremos son aquestos? ¿qué hacer puedo?  
¿Cuál es tu petición?

DOÑA MARÍA.

Si luego ó tarde  
Se ha de rendir la plaza al grande asedio,  
Liberta al menos tan amable vida.

GUZMAN.

¡Que á un alcaide español esto se pida!

DOÑA MARÍA.

¡Que no te vence mi suspiro y llanto!

GUZMAN.

Mucho puede conmigo, mas no tanto.

DOÑA MARÍA.

¿Con que morirá?

GUZMAN.

Sí.

DOÑA MARÍA.

¡Fatal sentencia!

¡Deme el cielo divino resistencia,  
Que no la tengo ya! Padre inhumano,  
Monstruo cruel, ¿consentirás tirano,  
Que no corra tu sangre por las venas  
De humana criatura? Las ajenas  
Vidas estimas poco, si la tuya  
Fuera, quizá ya hubieras entregado...

GUZMAN.

¿Que á mí de tal infamia se me arguya?  
Moros.

ABEN-JACOB.

Di.

GUZMAN.

Nuevo pacto.

ABEN-JACOB.

Ya te escucho.

GUZMAN.

Que á don Pedro entregueis, y que yo en cambio  
Bajaré á morir.

DOÑA MARÍA.

¡Cielos!

ABEN-JACOB.

Ningun pacto

Quiero.

GUZMAN.

¿Tienes valor, hijo don Pedro?

DON PEDRO.

Muero como Guzman, como cristiano.

GUZMAN.

Hijo, el cobarde muere tantas veces  
Cuantas teme el morir; el valeroso  
Que la muerte desprecia, nunca muere.

DOÑA MARÍA.

No lo sufriré yo, viva mi hijo;  
A defenderle, al arma, castellanos,  
Salid á libertarle; las mujeres  
Guardaron solas el Peñon de Martos.

GUZMAN.

¿Qué es esto, castellanos y leoneses?  
Aquí de la lealtad; sobre las armas,  
Alerta; tú modéralos, Jimenez.  
Infelice mujer, refrena el labio,  
O vive Dios castigaré el agravio  
Hecho al monarca, no me tumultúes  
Con llantos sediciosos mis soldados.

DOÑA MARÍA.

¡Nadie se mueve á mi lamento! O moros  
Que estais viendo tal padre; ea, al asalto;

Arrimad pronto al muro las escalas;  
Suban vuestras falanges; yo, yo misma  
Os serviré de escudo, entrad la plaza.  
Mueran todos, matadme á mi primero  
Que yo llegue á mirar el trance fiero.  
Y si premios quereis aventajados,  
Grande riqueza tengo en mis estados,  
Sacia vuestra codicia en esas joyas, (Tiralas.)  
Tonad, enriqueceos; mas rescate  
Daré tambien; me entregaré á mi propia,  
Me arrojaré del muro hasta el adarve. *¡Mat fopos!*  
(Quiere arrojar se. Detiénela.)

GUZMAN.

Desgraciada mujer, detente; amigos,  
Contenedla. ¡Qué horror!

DOÑA MARÍA.

Esfuerzos vanos.

GUZMAN.

Esposa, ¡oh cielo! Alerta, castellanos,  
No nos sorprenda el moro. Escucha, atiende.

DOÑA MARÍA.

Rinde el muro que débil se defiende,  
Y librese á mi hijo por ahora,  
Que podeis luego recobrar la plaza  
Y el honor, con mas número de tropas.

GUZMAN.

Pues si algo se pudiera á fuerza de armas,  
¿Qué no intentara yo? ¿cuáles remedios  
Piensas que no habré, esposa, imaginado?  
Todo lo maquiné, lo pensé todo:  
¿Ha de rendirse un noble hispano godo? *¡noble blood!*

DOÑA MARÍA.

Rinde á Tarifa, porque Pedro viva.

GUZMAN.

¿Qué blasfema tu voz? Viven los cielos,  
Que te abandonaré, doña María,  
Sin que el materno afecto te disculpe,  
Pues eres vulgar madre. ¿Cuál esposa  
A un hombre como yo tal decir osa?  
A Guzman, que me corro; vive el cielo!  
De mirarte á mi lado, ¿quién tal dice?  
¿Esto se escucha entre cristianos? ¿esto  
Las ricas fемbras de Castilla piensan?  
¿La gran consorte de Guzman el Bueno?

DOÑA MARÍA.

Las madres digan si merezco saña. *ans*

GUZMAN.

¡Ab pundonor y lealtad de España,  
Que tal se te aconseje! No es posible;  
Lo escucho, y no lo creo. Heroicas almas  
Del gran Fernán González, de Bernardo,  
Rodrigo el Campeador, Bustos y Vargas,  
Alzad de vuestras tumbas do reposan  
Las cabezas de lauros coronadas,  
Vereis cuánta mancilla en la española  
Nobleza cabe ya; ya se propone,  
Que se entregue la tierra que ganasteis  
Con vuestra sangre, afanes y sudores,  
Por salvar solo á un jóven temerario.  
(Y yo lo escucho? ¿y esta infamia habia  
A mi familia el cielo reservado?  
Si á sus maridos tal traicion dirian  
Las Jimenas, Violantes, y las Sanchas?  
¿Qué pena! Vuelve en ti, doña María  
Hernandez Coronel, mira los triunfos  
De tu heroico linaje; no amancilles  
Tanto timbre y victoria esclarecida.  
La vida sin virtud ¿acaso es vida?  
Lo que es preciso es justo, no hay remedio:  
Acaso están los cielos destinando  
Ensalzar nuestra sangre con tal hecho,  
E ir nuestra descendencia propagando  
Por medio de naufragios y conquistas,  
Ejemplo, admiracion del universo.  
Agora está mi rey en la su villa  
De Alcalá noticioso del gran cerco  
En medio de sus grandes de Castilla,

Y aunque sabe el poder y el tren del moro,  
Dice á los caballeros de su corte:  
Allí tengo á Guzman el valeroso,  
No hay riesgo ni peligro que me importe.  
Toda Castilla, al fin, España toda  
Tiene puestas en mi las esperanzas;  
Toda la cristiandad sabe que ahora  
Defiendo yo del bárbaro esta plaza.  
Todos en mi se fian; por mi piensan  
Que cautivos no irán á las mazmorras,  
Que soy campeón de la religion santa,  
Y que del mismo Dios guardo la honra;  
Que en esta fuerza España está fiada,  
Y que si rompe la morisma airada,  
Todo se pierde; restaurador nuevo  
Me llaman, y creen todos en tal lance  
Deberme tanto á mí como á Pelayo.  
Africa misma mira con desmayo  
El valor español; el universo,  
Que lo sabe, mi accion está mirando;  
Todos lo aguardan, y la fama siento  
Que la lleva á los siglos mas distantes.  
¿Y habrá con esto pechos de diamantes,  
Que la virtud no encienda? ¿y será acaso  
Posible que en los tiempos venideros  
Se deshonne á Guzman, y que se diga  
Que solo un llanto femenil le obliga  
A eterna infamia y á deshonra inmensa?  
¿Que una mujer, que fueron la defensa  
De España sus abuelos, hoy la pierde,  
Cual la Cava Florinda, y que yo facil  
Repito de Julian la accion aleve!  
¿Esto quierdes, señora? ¿y es posible?  
¿La nota de traidor eternamente  
Le impones á tu esposo de perjurio,  
De falso, en quien su rey no está seguro?  
¿De que vende su patria, la fe, el cielo?  
¿Cuánta abominacion! ¿qué asombro! el suelo  
Que piso me sepulte, esposa mía:  
La pasion te cegó, vuelve en ti; que esto  
No cabe en tu valor, doña María.

DOÑA MARÍA.

¡Válgame Dios! ¿de qué profundo sueño  
Me despierta tu voz! Me animo en vano,  
Me aliento noble, y madre desfallezco. *graciosa h. faint*  
En pasion maternal nada es extraño,  
Señor; me la enseñó naturaleza. *señor*  
Mas yo manchar no intento la nobleza;  
Soy Coronel, tu esposa, aunque soy madre.  
Conozco ¡ay Dios! que tan prudente padre  
Lo miró todo, y que aunque calla siente  
La desgracia del hijo, y la imprudente  
Sinrazon de la madre; mi disculpa  
Será el perdon que de mi andacia pido.  
Yo aumenté tu pesar. Con esta angustia  
Probarnos quiere el cielo, lo conozco;  
Humilde adoro la voluntad suya.  
Venciste mi pasion, venciste, esposo;  
Me asombra tu virtud, y aunque perezca  
Al sentimiento horrible que me cerca,  
Si no hay otro remedio, y Dios se agrada,  
Si mi tormento y mi dolor conduce  
A ensalzar la grandeza castellana,  
Muera mi hijo á manos mas crüeles.

GUZMAN.

Digna corona de los Coroneles,  
¡Oh gran doña María, prez y gloria  
De españolas matronas! ¡raro ejemplo  
De valor sin igual! llega á mis brazos,  
Esposa digna de Guzman el Bueno.  
No hay que tardar, las mesas prevenidas  
Saquen á este bastion.

JIMEN.

¡Raro portento!

ABEN-JACOB.

Por las señas que vemos allá arriba  
Guzman se vence de la madre al ruego;  
Rendi á Tarifa, Amir, y gané á España.

AMIR.

Yo me atrevo á rendir al universo,



Pero no de Guzman la feroz alma.

ABEN-JACOB.

Guzman, ya tu piedad sabe tu hijo,  
Que agradece; quitadle las prisiones,  
Y á sus padres les lleve ricos dones.  
Baja, alcaide, las puentes, que allá vamos.

GUZMAN.

Moro, ya mas palabra no escuchamos;  
Guerra, guerra; Tarifa por Castilla.

ABEN-JACOB.

Vano, ¿y podrás sufrir que mi cuchilla  
Degüelle al hijo tuyo?

GUZMAN.

Y si te falta

Espada, ahí tienes, bárbaro, la mia.

*Desenvaina la espada, úrala, y la coge Amir.*

DON PEDRO (esclamando).

Lumbrera celestial, este es el día  
Ultimo que te ven mis tristes ojos.

ABEN-JACOB.

Ahora yo tiemblo al ver tales arrojios.

DON PEDRO.

Padre, yo fui la causa de tan grandes  
Desdichas como sufres este día  
Funesto y memorable para España.

ABEN-JACOB.

Pues no cuente sin lágrimas la hazaña.

DON PEDRO, arrodillado.

Perdon y bendicion en este trance.

GUZMAN.

Hijo, la mia y la de Dios te alcance.

*Vuelve la espalda; llévanse los moros á don Pedro; siéntanse á la mesa Guzman, doña María y Jimen, y viene*

BLANCA.

¡Odiosa libertad!

JIMEN.

¡Qué es esto, cielos!

BLANCA.

No es virtud del alarbe; violentada  
Me trajeron por fuerza hasta la entrada  
Para que los soldados tumultúe  
Con mis llantos y voces, y avanzarse  
Entre la confusion á la muralla.  
Allí vi una gran piedra prepararse,  
Para sacrificar aquel cordero;  
No me fué permitido que muriera  
Por él; mas ya del sumo dolor muero.

DOÑA MARÍA.

¡Ay hijo mio! ¡inaguantable pena!

GUZMAN.

Esposa, ¿qué es de tu valor constante?

JIMEN (reparando).

Si no engaña la vista lo distante,  
El socorro ya llega; ya diviso  
El guion de Castilla, y los pendones  
Bordados de castillos y leones;  
Y con las huestes moras avanzadas  
Ya escaramuzan nuestros batidores.  
Don Juan Ramirez es...

*Gran ruido, y levántanse todos.*

GUZMAN.

¿Mas qué alboroto?

MOROS, dentro.

La Ellah ela Allah.

GUZMAN.

¡Terrible estruendo!

A su puesto, soldados, ¿qué es aquesto?

Voz dentro.

Ya á don Pedro cortaron la cabeza.

GUZMAN.

Cuidé que iban á entrar la fortaleza.

*Desmáysase Blanca, y la retiran; y doña María derribando las mesas.*

DOÑA MARÍA.

¡Ay de mí! ¿dónde estoy? ¡qué horror! ¿qué asombro!  
¡Desdichada mujer, madre infelice!  
¡Ay madre! ya no madre, tristes días  
Y luto esperan á las ansias mias.  
¿Hay dolor semejante? ¡odiosa vida!  
¡Desesperacion fiera! ¡horrible trance!  
Cielo, ¿y esto consientes? ¿la inocencia  
Atropellada así? Rayos tremendos,  
Y muerte, ¿dónde estais? Hijo adorado,  
Qué, ¿ya no te veré? qué, ¿tu cabeza  
Dividida del cuerpo aun boqueando  
Mueve los tristes moribundos ojos  
Cárdenos y sin luz? ¿para esto vivo?  
¿Por qué no abrasa un rayo vengativo  
A tan infeliz madre? Moros fieros,  
Bárbaros, inhumanos y crüeles,  
De implacable fiera, airado el cielo  
Os sepulte en naufragios; fieras pestes  
Consuman vuestra raza. O españoles,  
Jamás la paz querais con tan vil gente;  
Sed enemigos de su odioso nombre.  
Salga algun vengador, ó descendiente  
De la sangre guzman y coronela,  
Que lleve á sus riberas el espanto,  
La desesperacion, la muerte y llanto.  
Ni eternamente cesen los rencores;  
Nuestras playas infesten á las súyas;  
Mandadlo á vuestros nietos, españoles.

GUZMAN.

Así será; ve, esposa: el llanto enjuga.

Retranla.

JIMEN.

Castellano Abrahan, tú has acabado  
Lo que el otro vió solo comenzado.  
Ya no hay remedio, en vano te desvelas.

GUZMAN.

¿Conoces á Guzman, y le consuelas?

JIMEN.

Sí, hay consuelo: corrido y asombrado  
Diviso al moro huir ya destrozado  
Por el socorro, que aunque tarde vino.

GUZMAN.

Mas Tarifa y España se han librado.  
Lo que me dió el Señor, él lo ha llevado;  
Su poder veneremos infinito,  
Y el nombre del Señor sea bendito.

# CARTA HISTORICA

SOBRE

## EL ORIGEN Y PROGRESOS DE LAS FIESTAS DE TOROS EN ESPAÑA (1).

ESCMO. SR. PRÍNCIPE PIGNATELLI :

El asunto sobre que V. E. se ha dignado mandarme escribir, ha sido siempre tan olvidado como otras cosas de nuestra España; por lo que faltándome autores que me den luz, diré las pocas noticias que casualmente he leído, y algunas que de las conversaciones se me han quedado en la memoria.

Las fiestas de toros, conforme las ejecutan los españoles, no traen su origen, como algunos piensan, de los romanos, á no ser que sea un origen muy remoto, desfigurado, y con violencia; porque las fiestas de aquella nación en sus circos y anfiteatros, aun cuando entraban toros en ellas, y estos eran lidiados por los hombres, eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron origen á nuestras fiestas de toros, se podrá también afirmar, que todas las acciones humanas deben su origen precisamente á los antiguos, y no al discurso, á la casualidad, ó á la misma naturaleza.

Buen ejemplo tenemos de esto en los indios del Orinoco, que sin noticia de los espectáculos de Roma, ni aun de las fiestas de España, burlan á los caimanes ferocísimos con no menor destreza que nuestros capeadores á los toros; y el burlar y sujetar á las fieras de sus respectivos países ha sido siempre ejercicio de las naciones que tienen valor naturalmente, aun antes de ser este aumentado con artificio.

La ferocidad de los toros que cria España en sus abundantes dehesas y salitrosos pastos, junto con el valor de los españoles, son dos cosas tan notorias desde la mas remota antigüedad, que el que las quiera negar acreditará su envidia ó su ignorancia, y yo no me cansaré en satisfacerle; solo pasaré á decir que habiendo en este terreno la previa disposicion en hombres y brutos para semejantes contiendas, es muy natural que desde tiempos antiquísimos se haya ejercitado esta destreza, ya para evadir el peligro, ya para ostentar el valor, ó ya para buscar el sustento con la sabrosa carne de tan grandes reses, á las cuales perseguirian en los primeros siglos á pié y á caballo en batidas y cacerías.

Pero pasando de los discursos á la historia, es opinion comun en la nuestra que el famoso Rui, ó Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alancó los toros á caballo. Esto debió de ser por bizarria particular de aquel héroe, pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo XI tuvo unas fiestas públicas, que se reducian á soltar en una plaza dos cerdos, y luego salian dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada cual con un palo en la mano buscaba como podia al cerdo, y si le

daba con el palo era suyo, como ahora al correr el gallo, siendo la diversion de este regocijo el que, como ninguno veia, se solian apalea bien.

No obstante esto, el licenciado Francisco de Cepeda, en su *Resumpta Historial de España*, llegando al año de 1100, dice: *Se halla en memorias antiguas que (este año) se corrieron en fiestas públicas toros, espectáculo solo de España, etc.*

También se halla en nuestras crónicas que el año 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones, hubo también fiesta de toros.

Hubo también dicha funcion, y la enunciada arriba de los cerdos, en la ciudad de Leon, cuando el rey don Alfonso VIII casó á su hija doña Urraca con el rey don Garcia de Navarra; pero debe notarse que estas funciones no se hacian con las circunstancias del día, y mucho menos fuera de España, en donde se corrian también, pero enmaromados y con perros, y aun hoy se observa en Italia; y no pudo ser menos que con este desórden y atropellamiento, la fatalidad que acaeció en Roma el año de 1533, cuando murieron en las astas de los toros muchos plebeyos, diez y nueve caballeros romanos, y otros nueve fueron heridos: desgracia que no se verificara en España siendo el ganado mucho mas bravo (2). Por este suceso se prohibieron en Italia (3); pero en España prosiguieron per-

(2) En este punto parece que cegó á Moratín su hereditaria afición á las funciones de toros. No han ocurrido en nuestros tiempos frecuentes desgracias de este género; pero si hemos de dar crédito á escritores mas antiguos, las hubo muy lamentables por su número y sus circunstancias. El padre Pedro de Guzman, jesuita, que á principios del siglo XVI escribió un libro con el título de *Bienes del honesto trabajo*, decia que no se corrian toros vez en que no muriesen dos ó tres, ó á veces mas hombres. «El mismo día, añade, que se escribe esto murieron en esta corte en unas fiestas destas cuatro hombres, y en algunas han muerto en España mas. En Valladolid, en el año de 1612, en unas fiestas de la Cruz murieron en la plaza, corriéndose en ella unos toros, diez personas; y si se averigua, mueren en toda España un año con otro en estos ejercicios doscientas y aun trescientas personas, cosa digna de sentirse y llorarse mucho.» Bastantes años antes escribia don Luis Zapata su *Miscelanea*, que existe manuscrita en la biblioteca nacional; y en el capítulo de *Toros y toreros* dice: «El peligro estan poco que no se sabe que en nuestros tiempos hayan muerto toros sino á Mateo Vazquez Coronado, alguacil mayor de Valladolid, que le hirió un toro en una pierna, de que murió en pocos días.» Pero el mismo escritor contradice después en otro lugar de esta obra la singularidad de esta desgracia; pues cuando pasa á la manera nuevamente introducida en su tiempo de torear con garrochon, dice: «Mas aquel fué lastimoso caso de don Diego de Toledo, hermano natural del duque de Alba, un caballero mozo, muy gentil-hombre y muy señalado: andandó á los toros en Alba con un garrochon á las alegrías del casamiento del duque su hermano, puso á uno el hierro en la frente que no acertó á desagotarlo; dió un rebufo el toro en alto, revuelve el garrochon, y escurre por su misma mano, y dale con el cuerno eo un ojo, y pásaselo y la cabeza y sesos, y sátele envuelto en ellos por la otra parte; y al caer muerto se le quebraron dos costillas sobre su misma espada.» Sobre este suceso están llenos de lamentaciones los cantos populares de aquel tiempo. Después que esta lucha pasó, de noble afición que era, á oficio estipendiado, la esposicion se hizo menor; porque el repetido uso enseñó los medios de evitarla; por lo cual, sin dejar de reconocer las ventajas de ciertos ejercicios de gimnástica gentileza, propios de las clases elevadas, creemos que se ha dado un gran paso acia la cultura, abandonando este género de valor y habilidad á los que de ello forman particular estudio, y sacan su subsistencia.

(3) También se prohibieron en España mas de dos siglos después, en 1567, por el papa san Pio V, y anteriormente habia sido pedida su supresion por las cortes de Valladolid de 1533; pero la afición de los españoles y

(1) Lo curioso de la materia, lo breve de la estension y lo escaso de los ejemplares de las anteriores ediciones (Madrid 1777, Valencia 1816) nos han li ducido á insertar con algunas notas este opúsculo de don Nicolas Fernáidez de Moratín para dar alguna muestra de su prosa, escrita con ligereza, con lucidez y sin particular estudio, que hubiera sido imperitente en una composicion epistolar.



feccionándose mas cada dia dichas fiestas, como se ve en los anales de Castilla, hasta el reinado de don Juan el II, en que dejando de ser como antes una especie de montería de fieras salvajinas, segun dice Zurita, formaron nueva época; pues entonces llegó á su punto la gallería caballeresca y todos los ejercicios de bizarría. Entonces se cree que se empezaron á componer las plazas y se fabricó la antigua de Madrid, y se hizo granjería de este trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serian judios. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del marqués de Villena y de aquel estudiante de Salamanca, de quien fingen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta de toros, y se la cayó el chapin, etc. Y lo cierto es que cuando este monarca don Juan se casó con doña Maria de Aragon, en 20 de octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas fiestas de toros. En el reinado de Enrique IV aun se aumentó mas el genio caballeresco y el arte de la jineta (como consta de Jorje Manrique); y no hay autor que trate de este ejercicio que no hable del torear á caballo como de una condicion indispensable. El trato frecuente con los moros de Granada, en paz y en guerra, era ya muy antiguo en Castilla; y los moros es sin duda que tuvieron estas funciones hasta el tiempo del rey Chico, y hubo diestrisimos caballeros que ejecutaron gentilezas con los toros (que llevaban de la sierra de Ronda) en la plaza de Vivarrambila; y de estas hazañas están llenos los romanceros y sus historietas, que aunque por otra parte sean apócrifas en muchos sucesos que cuentan, siempre fingen con verosimilitud. Prosiguió esta gallardía en tiempo de los Reyes Católicos, y estaba tan arraigada entonces, que la misma reina doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevia á prohibirla, como lo dice en una carta que escribió desde Aragon á su confesor fray Hernando de Talavera, año de 1493, así: «de los toros sentí lo que vos decís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinacion de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran; y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas.»

En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo emperador Carlos V, aun con haber nacido y criado fuera, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Felipe II. Tambien Carlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un jabali que habia muerto quince sabuesos, herido diez y siete y á un montero, lo cual es una especie de toreo. Tambien Felipe II mató así otro jabali en el bosque de Hleras, donde le hirió el caballo; y otra vez en Valdelatas, donde le rompió el borcegui de una navajada. Por este tiempo se sabe que una señora de la casa de Guzman casó con un caballero de Jerez, llamado por escelencia *el Toreador*. Don Fernando Pizarro, conquistador del Perú, fué un rejoneador valiente. Del rey don Sebastian de Portugal se escribe que ejecutó el rejonear con mucha ciencia; y se celebra tambien al famoso don Diego Ramirez de Haro, quien daba á los toros las lanzadas *cara á cara y á galope, y sin anteojos ni banda el caballo*. Felipe III renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en 1619. Tambien el rey don Felipe IV fué muy inclinado á estas bizarrías, y además de herir á los toros, mató mas de cuatrocientos jabalies, ya con el estoque, ya con la lanza, y ya con la horquilla.

No se contentaron nuestros españoles con atreverse solo con los toros, sino que pasando al Africa, no quisieron ser menos que sus naturales; y así el marqués de

Velada, siendo virey de Orán, salia muchas veces á los leones; y el conde de Linares, gobernando á Tánger, mató un leon con su lanza cuerpo á cuerpo, habiendo mandado hacer alto á la gente de guerra, y *que nadie le socorriese por ningún accidente*. Llegó este ejercicio á estremo de reducirse á arte, y hubo autores que le trataron; y entre ellos se cuenta don Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago y caballerizo de S. M., que imprimió en Madrid unas *Reglas de torear* muy breves. Don Luis de Trejo, del orden de Santiago, tambien imprimió en Madrid unas advertencias con nombre de *Obligaciones y duelo* de este ejercicio. Don Juan de Valencia, del orden de Santiago, imprimió tambien en Madrid *Advertencias para torear*. Y el año de 1645 don Gregorio de Tapia y Saleado, caballero del orden de Santiago, imprimió en Madrid tambien *Ejercicios de la jineta*, donde se encuentran en láminas las habilidades (ya viejas en aquel tiempo) que hacian los españoles en sus fogosos caballos, y que pocos años ha admiró la corte como nuevas, viéndolas hacer á un inglés en sus rocines matalones.

Dicho don Gregorio de Tapia da varias reglas para torear, y trata la materia como muy importante en aquel tiempo; y es lo mas notable que don Lope Valenzuela se queja entonces de que se iba ya olvidando: véase lo que habrá perdido hasta el dia de hoy. Don Diego de Torres escribió unas *Reglas de torear*, que no parecen; yo sospecho que eran para los de á pié; y quien tenga la paciencia y trabajo material de repasar la biblioteca de don Nicolas Antonio, hallará ciertamente mas autores de torear. Así prosiguieron las fiestas por todo el reinado de Carlos II, las cuales cesaron á la venida del señor Felipe V, y la mas solemne que hubo fué el dia 30 de julio del año de 1725, á la que asistieron los reyes, en la plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucía vieron algunas, y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia y con poco gusto, por no ser inclinados á estas corridas; y esto produjo otra nueva habilidad, y forma una cierta y nueva época de la historia de los toros.

Estos espectáculos, con las circunstancias notadas, los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas cortes eran en aquellos siglos las mas cultas de Europa. De los moros lo tomaron los cristianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

Para ver acosar toros valientes,  
Fiesta un tiempo africana y después goda,  
Que hoy les irrita las soberbias frentes, etc.

Pero es de notar que estas eran funciones solamente de caballeros, que alcanceaban ó rejoneaban á los toros siempre á caballo, siendo este empleo de la primera nobleza, y solo se apeaban al empeno de á pié, que era cuando el toro le heria algun chulo ó al caballo, ó el jinete perdia el rejon, la lanza, el estribo, el guante, el sombrero, etc.; y se cuenta de los caballeros moros y cristianos que en tal lance hubo quien cortó á un toro el pesnezo á cercén de una cuchillada, como don Manrique de Lara y don Juan Chacon, etc.

Los moros torearon aun mas que los cristianos, por que estos, además de los juegos de cañas, sortija etc., que tambien tomaron de aquellos, tenian empresas, aventuras, justas y torneos etc., de que fueron famosos teatros Valladolid, Leon, Burgos y el sitio del Pardo; pero estinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun mas en Francia, todo se redujo acá á fiestas de toros, á las cuales se aficionaron mucho los reyes de la casa de Austria, y aun en Madrid vive hoy mi padre, que se acuerda haber visto á Carlos II, á quien sirvió, autorizar las fiestas reales, de las cuales habia tres votivas al año en la plaza Mayor á vista del rey, sin contar las extraordinarias y las de fuera de la corte. Ya se ha dicho que estas

la condescendencia de otros pontífices volvieron á introducirlas. En 1805 las prohibió de nuevo Carlos IV; pero la interrupcion duró pocos años, y su hijo Fernando VII estableció en Sevilla una escuela de tauromaquia para el fomento y perfeccion del arte, que como dice el autor en su oda á Pedro Romero (pág. 38):

Solamente no es bárbara en España.



fiestas eran solamente empleo de los caballeros entre cristianos y moros; entre estos hay memoria de Muza, Malique-Alabez y el animoso Gazul.

Entre los cristianos, además de los dichos, celebra Quedo á Cea, Velada y Villamor; al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárate, Sástago, Riaño etc. También fué insigne el conde de Villamediana; y don Gregorio Gallo, caballero de S. M. y del orden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la plaza, é inventó la espinillera para defensa de la pierna, que por él se llamó la gregoriana. El poeta Tafalla celebra á dos caballeros llamados Pneyo y Suazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de don Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, también diré que mi abuelo materno fué muy diestro y aficionado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondéjar, conde de Tendilla; y el duque de Medinasidonia, bisabuelo de este señor que hay hoy día, era tan diestro y valiente con los toros, que no dudaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decía que las verdaderas cinchas habían de ser las piernas del jinete. Este caballero mató dos toros de dos rejonezados en las bodas de Carlos II con doña Maria de Borbon, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros (4).

Don Nicolas Rodrigo Noveli imprimió el año de 1726 su *Cartilla de toroar*; y en su tiempo eran buenos caballeros don Jerónimo de Olaso y don Luis de la Peña Terrones, del hábito de Calatrava, caballero del duque de Medinasidonia; y también fué muy celebrado don Bernardino Canal, hidalgo de Pinto, que rejoneó delante del rey con mucho aplauso el año de 23; y aquí se puede decir que se acabó la raza de los caballeros (sin quitar el mérito á los vivos); porque como el señor Felipe V no gustó de estas funciones, lo fué olvidando la nobleza; pero no faltando la afición de los españoles, sucedió la plebe á ejercitar su valor, matando los toros á pié, cuerpo á cuerpo con la espada, lo cual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo menos su perfección) es hazaña de este siglo.

Antiguamente eran las fiestas de toros con mucho desorden y amontonada la gente, como hoy en las novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubillo de Aragon, del cual no hablaré por ser barbaridad inimitable, ni de los despeñaderos para los toros de Valladolid y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquiera nación; y así se dice que en unas fiestas del rey Chico de Granada mató un toro cinco ó seis hombres y atropelló mas de cincuenta. Solo se hacia lugar á los caballeros, y después tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pié (que entonces no habia toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una acometían al toro acompañados de perros; y uno le desjarretaban (y la voz lo está recordando), y otros le remataban con chuzos y á pinchazos con el estoque, corriendo y de pasada, sin esperarle y sin habilidad, como aun hacen rústicamente los mozos de los lugares, y yo lo he visto hacer por vil precio al Mocaco de Albóndiga.

Hoy esto es insufrible, y no obstante en la citada fiesta del año de 23, delante de los mismos reyes y en la plaza

de Madrid, se mataron así los toros, desjarretados, y aun vive quien lo vió, y lo pinta así la *Tauromaquia* escrita aquel año; prueba evidente de que no habia mayor destreza. Los que desjarretaban eran esclavos moros; después fueron negros y mulatos, á los que también hacían los señores aprender á esgrimir para su guarda: lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su *Jerusalén de desjarretar*, dice:

.....Que en Castilla los esclavos  
Hacen lo mismo con los toros bravos.

Cuando no habia caballeros se mataba á los toros tirándolos garrochones desde lejos y desde los tablados, como se colige de Jerónimo de Salas Barbadillo, Juan de Yagüe y otros autores de aquellos tiempos; y hasta que tocaban á desjarretar los capeaban también, cuyo ejercicio de á pié es muy antiguo, pues los moros lo hacían con el albornoz y el capellar. Mi anciano padre cuenta que en tiempo de Carlos II dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcon del rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los piés del suelo, por mas que repetidas veces les acometiese el toro, al cual burlaban con solo un quiebro de cuerpo ú otra leve insinuación; lo que agradó mucho á la corte.

El año de 26 se evidencia por Noveli que todavía no se ponían las banderillas á pares, sino cada vez una, que la llamaban harpon. Por este tiempo empezó á sobresalir á pié Francisco Romero, el de Ronda, que fué de los primeros que perfeccionaron este arte usando de la mulilla, esperando al toro cara á cara y á pié firme, y matándole cuerpo á cuerpo; y era una cierta ceremonia que el que esto hacia llevaba calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas. Hoy que los diestros ni aun las imaginan posibles, visten de tafetán, fundando la defensa, no en la resistencia, sino en la destreza y agilidad. Así empezó el estoquear, y en cuantos libros se hallan escritos en prosa y verso sobre el asunto no se halla noticia de ningún estoqueador, habiendo tanta de los caballeros, de los capeadores, de los chulos, de los parches y de la lanzada de á pié, y aun de los criollos, que enmaromaron la primera vez al toro en la plaza de Madrid, en tiempo de Felipe IV.

También debo decir, no obstante, que en la Alcarria aun viven ancianos que se acuerdan haber visto al nombrado abuelo mio tender muerto á un toro de una estocada; pero esto ó fué acaso, ó gentileza extraordinaria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó también Potra, el de Talavera, y Godoy, caballero extremeño. Después vino el fraile de Pinto, y luego el fraile del Rastro, y Lorenzillo, que enseñó al famoso Cándido. Fué insigne el famoso Melchor y el célebre Martincho con su cuadrilla de navarros, de los cuales ha habido grandes banderilleros y capeadores, como lo fué sin igual el diestrisimo licenciado de Falces. Antiguamente hubo tambien en Madrid plaza de toros junto á la casa del duque de Lerma, hoy del de Medinaceli, y tambien acia la plazuela de Anton Martin, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Tinte.

Pero después que se hizo la plaza redonda en el soto Luzon, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada cuadrillas de navarros y andaluces, que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Alamo el malagueño, que aun vive; y entre otros de menor nota se distinguió mucho Juan Romero, que hoy está en Madrid con su hijo Pedro Romero, el cual, con Joaquin Rodriguez, ha puesto en tal perfección esta arte, que la imaginación no percibe que sea ya capaz de adelantamiento. Algunos años ha, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de cuatro á seis estocadas, ni en que estas fuesen altas ó bajas, ni

(4) A estos nombres de insignes lidiadores antiguos pudieran añadirse otros muchos, mereciendo distinguido lugar don Diego Ponce de Leon, hijo del marqués de Zahara, á quien celebran á porfia Gonzalo Argote de Molina, en su discurso de la *Montería*, don Luis Bazueltos en su libro de la *Jinita*, manuscrito, Gonzalo Fernandez de Oviedo en sus *Quincuagena*, y don Luis Zapata en la *Miscelanea* citada en la nota anterior. Mientras este caballero lucia su singular destreza en Sevilla, gozaban de gran nombradía Pedro Aguayo de Ilerredia en Córdoba, don Rodrigo de Paz en Salamanca, don Diego Ramirez (nombrado por el autor) en Madrid, don Francisco Zapata en Granada, y en varios puntos de Castilla don Francisco de Guzman, marqués de Hadales, y don Luis de Guzman, marqués de Albalá, quien, según parece, fué el primero que toreó con garrochon, en competencia con otros, entre ellos don Pedro de Médici, hermano del duque de Florencia.



en que le despaldillase ó le degollase etc., pues aun á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la media luna, cuya memoria ni aun existe. Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza, que parece que se va á hacer una sangría á una dama, y no á matar de una estocada una fiera tan espantosa. Y aunque algunos reclaman contra esta funcion llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversion; y nuestra difunta reina Amalia al verla sentenció: «que no era barbaridad, como la habian informado, sino di-» version donde brilla el valor y la destreza.»

Y ha llegado esto á tal punto, que se ha visto varias veces un hombre sentado en una silla ó sobre una mesa, y con grillos á los piés poner banderillas y matar á un toro. Juanijon los picó en Huelva con vara larga, puesto él á caballo en otro hombre. Los varilargueros, cuando caen, suelen esperarlos á pié, con la garrocha enristrada, y al Mamón le vimos mil veces cogerlos por la cola y montar en ellos. Para suplir la falta de los caballeros entraron los toreros de á caballo, que son una especie de vaqueros que con destreza y mucha fuerza pican á

los toros con varas de detener: entre ellos han sido insignes los Marchantes, Gamero, Daza (que tienen dos tomos del arte inéditos), Fernando de Toro, y hoy Varo, y Gomez, y Nuñez etc. (5)

No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las castas de los toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfeccion á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo mas noticias. Quedo no obstante muy gozoso de haber servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

Madrid 25 de julio de 1776.

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

(5) Despues de la época en que escribió el autor, han sido famosos en el arte los picadores Laureano Ortega, Corchado y Alonso Ortiz; y los espadas Manuel Conde, Costillares, José Romero, José Delgado (Pepe Hillo) autor de un tratado, Perucho, Guillen, Leon, Arjona (Chúchares), Redondo (el Chiclanero), y Francisco Montes, quien ha publicado tambien las reglas que le guían en sus suertes asombrosas.

# **OBRAS**

**DE**

**DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.**





# OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

## ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

### PROLOGO.

HASTA ahora no se ha escrito una historia del teatro español ; la molesta fatiga de buscar los documentos relativos á él desde su origen hasta fines del siglo xvi ha debido retraer á muchos, que por su talento y su buen gusto hubieran sabido desempeñar esta empresa difícil.

La maravillosa abundancia de autores dramáticos en el siglo xvii, y el crecido número de sus obras, añaden á la necesidad de conocerlos la de clasificarlos, compararlos y juzgarlos con la rectitud que pide la buena crítica.

Cultivada en el siglo anterior y en lo que va del presente la poesía teatral, siguiendo unos el ejemplo de los que les habian precedido, y ateniéndose otros á los principios que conoció la antigüedad y ha restablecido el gusto moderno, se hace indispensable un estudio particular para distinguir el mérito respectivo de obras que pertenecen á escuelas tan opuestas entre sí. Ni es conveniente para este exámen aprovecharse de lo que juzgaron los coetáneos acerca de ellas ; porque en el choque de las opiniones que sostenian, muchas veces dirigió su pluma la parcialidad, y muy pocas la inteligencia.

Por otra parte el influjo que han tenido siempre en las producciones literarias el sistema del gobierno, el gusto de la corte, el método de estudios, la política y las costumbres, obligará á quien se proponga escribir la historia de nuestro teatro á buscar el origen verdadero de sus progresos ó su decadencia ; y esta indagacion está sujeta á las restricciones que imponen el respeto debido á la autoridad, y las demás circunstancias del tiempo en que se escribe.

Cuanto escribieron nuestros mejores bibliógrafos acerca de la dramática española no pasa de algunas indicaciones sueltas, traídas por incidencia, diminutas, mal ordenadas, y no capaces de satisfacer la curiosidad de los que desean una historia de nuestro teatro (1). Los segundos copiaron á los primeros, y los últimos nada han añadido de particular, repitiéndose por consiguiente las equivocaciones, la falta de plan y de verdad histórica y crítica que se advierte en tales escritos. Llegó el tiempo de las apologías, y apoyados los defensores de nuestro crédito literario sobre tan débiles fundamentos, compusieron libros enteros llenos de sofismas y errores, hablaron largamente del teatro, clasificaron obras que jamás habian visto, y manifestaron cuánto carecian (por la clase de estudios que habian tenido, por el estado que profesaban, y por el lugar en que escribian) de los auxilios y de la inteligencia que hubieran sido menester para que el desempeño hubiese correspondido á su celo laudable (2).

(1) Cuando Moratin escribió el presente prólogo, no habrian salido probablemente á luz las obras literarias de don Francisco Martinez de la Rosa, quien en su apéndice sobre la comedia dió estensos pormenores y afinados juicios sobre los primeros pasos y posteriores vicisitudes del teatro en España.

(2) De las espresiones del autor se deduce que quiso aludir al padre Javier Lampillas, jesuita, quien trasladado á Italia de resultados de la espulsion de su órden, se dedicó á trabajos literarios que le dieron suma celebridad. Creyendo este celoso español vulntrado el nombre de

su patria por algunos escritores que se propusieron ilustrar la historia de los conocimientos humanos en todos sus ramos, publicó en Jénova el año de 1778, y reimprimió en Roma tres años después, una obra bajo el título de *Saggio stórico apologetico della letteratura spagnuola*, donde á vueltas de una erudicion copiosísima se dejó llevar por un exagerado espíritu de nacionalidad. Acompañáronle en este empeño otros individuos famosos de aquella brillante emigracion, que contribuyeron no poco á disipar algunas prevenciones tambien estrenadas de los estrangeros contra la cultura española.



¿Qué pudieron hacer los extranjeros cuando quisieron decir algo de nuestra poesia escénica, sino repetir las pocas noticias que hallaron esparcidas en algunos libros, ó cortar la dificultad diciendo que la literatura española es una pobre mina, que no paga el trabajo del beneficio? Así han creído algunos de ellos disimular con un desatino el orgullo de su ignorancia (3).

Falta pues á la cultura de nuestra nacion una historia crítica de su teatro, empresa tan superior á mis débiles fuerzas, que nunca tuve el atrevimiento de intentarla. No obstante, habiéndome aplicado desde mi juventud á reunir y ordenar cuantas noticias pude adquirir acerca de esto, así en España como fuera de ella, me persuadí de que podria ya formar con lo que tenia escrito una obra (que hoy presento al público) en que ilustrase los orígenes del teatro español (4).

No intento recomendar mi trabajo, ponderando la constante diligencia que supone la adquisicion de materiales que forman este libro, la lectura que me ha sido necesaria para ilustrarle, la meditacion que ha precedido á mis dictámenes, y el empeño nunca desmentido de hallar la verdad, rectificar las equivocaciones de los que me habian precedido, juzgar por mí propio, y presentar á los inteligentes un resumen crítico en que manifiesto cuál fué el origen de nuestra escena, cuáles sus progresos, y cuáles las causas que influyeron en las alteraciones que padeció, hasta que Lope de Vega las autorizó con su ejemplo. Este es en compendio el plan del discurso histórico que precede á todo lo demás.

En las notas que le acompaño creo haber dado las pruebas de cuanto en él se afirma con autoridades irrecusables, mediante las cuales se aclaran muchos puntos pertenecientes á nuestra antigua literatura mal entendidos hasta ahora, ó del todo ignorados.

Sigue á esto un catálogo histórico y crítico de piezas antiguas, el primero que se ha publicado de este género. En él se da razon de mas de ciento y sesenta composiciones dramáticas, todas anteriores al tiempo en que Lope de Vega comenzó á escribir. Hablo del mérito de las que he tenido á la vista, hago mencion de sus bellezas y sus defectos, cito á la letra los pasajes mas sobresalientes de muchas de ellas, y no me olvido de copiar aquellos que merecen severa censura. Sé muy bien cómo se desacredita una obra excelente, citando solo sus faltas, y cómo se recomienda otra de poquísima estimacion, entresacando de ella los pasajes en que el autor, sin mérito suyo, acertó por casualidad; pero he querido apartarme de uno y otro extremo. No he querido hacer ni una apologia, ni una acriminacion de nuestro teatro, sino una historia crítica de sus orígenes, presentándole tal como fué durante la época á que me he querido ceñir. Acompaña al exámen de las obras la noticia de muchos de sus autores. Los extranjeros mas que nosotros necesitan esto para salvar las equivocaciones que frecuentemente han padecido en sus atropellados diccionarios biográficos. En el orden que he dado á las piezas se observará toda la exactitud de que es susceptible, habiéndole sujetado á la autoridad de escritores los mas inmediatos que hablaron de ellas, á las fechas conocidas de sus primeras

(3) Respondiendo Signorelli á las impugnaciones que le habia dirigido el abate Lampillas sobre su *historia crítica de los teatros*, descargaba su conciencia literaria quejándose de la incuria de los autores españoles en recoger unos documentos que tanto les importaba producir en aquella gran cuestion. «Si los escritores nacionales (decia) se hubiesen anticipado á mí tejiendo una historia del teatro español, menos afán me hubiera costado coordinar mis noticias, y me habria aprovechado de semejante obra con la mayor satisfaccion.»

(4) La academia de la Historia, en la magnífica edicion de las obras de don Leandro Fernandez de Moratin que hizo diez y seis años ha, tratando del *Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español* decia en su prólogo: «No obstante lo apreciable de este trabajo, la academia entiende que Moratin no acabó de agotar enteramente su argumento, y que á pesar de sus doctas investigaciones todavía dejó mucho que hacer á la diligencia y laboriosidad de los que le sucedan en esta empresa.» Pene-

trado de la verdad de esta observacion nuestro infatigable y erudito amigo don Eugenio de Ochoa, en la coleccion de Autores españoles que dió á luz en Paris, conocida bajo el nombre de edicion de Baudry, agregó algunas composiciones dramáticas escogidas entre las correspondientes á la época á que se contrae nuestro autor. Tal vez nosotros hubiéramos seguido su ejemplo, á no proponernos publicar muy en breve un tomo de *Dramáticos anteriores á Lope de Vega*, en el cual con el auxilio de los amigos que nos favorecen procuraremos suplir con las propias noticias y observaciones las que pudieron haberse escapado á la perspicacia de Moratin. De esta manera, dando en el presente tomo el testo legítimo del autor, evitamos un coitejo que no podia menos de sernos desventajoso. Solo nos atreveremos á poner alguna que otra nota en aquellos pasajes que en nuestro concepto exijan alguna mayor explicacion, ó en que no estemos enteramente de acuerdo. — Debemos tambien citar con elogio y gratitud al alemán don J. N. Bohl de Faber, benemérito de nuestra litera-

ediciones, y á las épocas en que pudieron ser escritas y representadas, segun lo que resulta de la vida de sus autores, y las indicaciones que he sacado de la lectura de las mismas piezas. La mayor parte de las fechas que les he puesto es de una absoluta certeza; lo restante, de una probabilidad la mas verosímil. En este catálogo solo se incluyen las piezas dramáticas que se representaron ó pudieron representarse en los teatros de la nacion privados ó públicos; no se habla de las obras que con el título de comedias, tragedias, tragicomedias, fueron tan abundantes en el siglo xvi, que componen crecidos volúmenes, y nunca se hicieron para representarse, ni es posible hacerlo. A escepcion de la *Celestina*, origen primero de esta clase de composiciones, á quien la prosa y diálogo castellano debieron conocidos adelantamientos, se ha omitido hablar de las otras, porque no siendo obras de teatro, piden una clasificacion distinta, y no conviene mezclarlas con las que se hicieron para representarse en él. De estas hablo esclusivamente, de las otras no. He mezclado las obras de los poetas dramáticos que vivian y componian en un mismo tiempo, para evitar el retroceso de los años y la confusion que necesariamente hubiera producido.

A continuacion del catálogo sigue una coleccion de piezas de teatro, elegidas segun me pareció conveniente para presentar lo mas digno de aprecio que nos queda de nuestros antiguos dramáticos así en prosa como en verso, y en todos los géneros que se cultivaron entonces. Las únicas alteraciones que he practicado en ella han sido poner título á algunas piezas que no le tenian, indicar el lugar y las mudanzas de la escena, dividir en actos dos comedias para hacer mas perceptible la regularidad de su fábula, suprimir algunas líneas del diálogo, ó por ser enteramente ocioso lo que en ellas se dice, ó porque la oscuridad del sentido anuncia desde luego que el impresor estropeó por descuido, ó no llegó á entender el original que copiaba. Esto es lo que me ha parecido no solo lícito, sino necesario; pero á esto solo he reducido las alteraciones y las enmiendas. El testo que presento es todo de los autores; no hay ni una sílaba añadida á lo que ellos escribieron. Fácil me hubiera sido hacer una coleccion mas crecida, incluyendo en ella otras piezas de mérito; pero he creído que para desempeñar el fin que me propuse, la que he formado será suficiente (5).

tura, quien, además de su *Floresta de rimas castellanas*, imprimió en Hamburgo, el año de 1832, un *Teatro español anterior á Lope de Vega*. — El ilustre académico don Eugenio de Tapia, en un periódico mensual que con el nombre de *Museo literario* empezó á publicar en 1844, nos dió un catálogo, que reproduciremos en su lugar, de los títulos é interlocutores de noventa y cinco piezas dramáticas contenidas en un precioso códice que adquirió nuevamente la biblioteca nacional, á cuyo frente se halla dicho señor. — Finalmente, nuestro amigo don Fermin Gonzalo Moron, en su *Revista de España y del extranjero*, to-

mos iv, v, vi, vii y viii, insertó, dividido en diez y ocho artículos, un *Ensayo histórico filosófico del antiguo teatro español*, en que á la par de la gran cuestion social que se propone discutir derrama luz abundante sobre la cuestion literaria.

(5) Hubo indudablemente otras muchas, y algunas se conservan todavia, ya impresas, ya inéditas. Nos abstendremos aquí de citar todas las que hasta ahora han llegado á nuestra noticia, esperando poder dar una lista mas completa, cuando llegue su turno al tomo que hemos anunciado en la nota anterior.



# DISCURSO HISTORICO

SOBRE

## LOS ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

---

EL origen de los teatros modernos debe considerarse posterior á la formacion de las lenguas que hoy existen en Europa; si se les quiere atribuir mayor antigüedad, seria confundirlos con el teatro latino. Este acabó cuando las naciones sujetas antes al imperio de Roma y después á los bárbaros, corrompida la lengua latina, formaron dialectos diferentes, variándolos segun la influencia fisica de los climas que habitaban, y segun la que pudieron ejercer en el régimen y propiedad, en la acentuacion y pronunciacion de los vocablos, ó en la introduccion de otros nuevos las gentes advenedizas que se mezclaron y confundieron con ellas.

Los visogodos (1), que por espacio de tres siglos dominaron nuestra Peninsula, no nos dejaron otras reliquias de su lenguaje primitivo que algunas palabras, y en tan corto número, que no componen la milésima parte del nuestro, debiendo añadirse á ellas el uso de los articulos, lo indeclinable de los nombres, y alguna otra alteracion gramatical. Ni en códices, ni en monedas, ni en mármoles se halla ningun vestigio gótico: casi todo se habló y todo se escribió en latin.

Este idioma, conservado en las obras estimables de los sabios que florecieron en aquella edad, fué corrompiéndose con mucha rapidez en boca del pueblo, y no es fácil averiguar cómo le hablaba al empezar el siglo VII. Baste decir que si se representaron piezas dramáticas en España durante la dinastía de los visogodos (2), debieron escribirse en el lenguaje que usaba la multitud: mezcla informe del latin que ya se perdia, y del romance que se iba formando.

Conquistada España por los árabes en el siglo VIII, y empezada en el mismo su recuperacion, el idioma vulgar fué apartándose cada vez mas de su origen primero, y enriqueciéndose con palabras, frases y modismos arábigos. Las conquistas fueron dilatándole por los paises que los cristianos iban ocupando, y la prosa castellana fué adquiriendo sucesivamente correccion, propiedad y copia de palabras hasta que se halló capaz de vulgarizar en ella las leyes y la historia.

La poesia (3), siguiendo los progresos de la lengua, imitó por aproximacion la medida de los versos latinos, supliendo la falta de cantidad con el uso de los consonantes; y acompañada algunas veces de la música y otras sin ella, sirvió para celebrar las alegrías privadas y públicas, ó para recomendar á la posteridad las virtudes cristianas de los santos, ó las acciones heroicas de los principes y capitanes.

Además de estas composiciones sagradas y profanas, habia otras mas cortas, cantadas al son de instrumentos por los *yoglares* y *yoglaresas* (4), gentes que hacian profesion de la música, del baile y la pantomima graciosa ó ridícula, con lo cual ganaban la vida entreteniendo al pueblo. Tambien acudian á las casas particulares y á los palacios, donde ejercian sus habilidades á presencia de los reyes y de su corte. No hay que buscar el principio de esta costumbre, que se pierde en la oscuridad de los siglos. La combinacion de los sonidos agradables, el canto, la risa, la danza, la imitacion de la figura, gesto, voz y acciones características de nuestros semejantes son tan geniales en el hombre, que en todas las edades y en todos los paises habitados se encuentran mas ó menos perfeccionados por el arte.

Han sido inútiles hasta ahora las investigaciones de los eruditos, que se lisonjearon de hallar entre las poesías de los árabes ó de los provenzales el origen de los teatros modernos de Europa, y por consiguiente del nuestro.

Los árabes, así los que se estendian por el Oriente, Africa, Italia y las islas del Mediterraneo, como los que hicieron á Córdoba capital de su imperio en España, cultivaron con éxito feliz las ciencias naturales, la medicina, las matemáticas y la historia. En la poesia nada hicieron, fuera de los géneros narrativo, descriptivo, amoroso, encomiástico y satirico, desemejando sus argumentos en poemas cortos, llenos por lo comun de metáforas, traslaciones y enigmas, de acrósticos, laberintos, antítesis, paronomasias y equívocos. Los diálogos sin ac-

ción que se hallan entre sus composiciones poéticas (a) no pertenecen al género dramático (5).

Los provenzales, con un idioma mucho mas pobre sin comparacion que el de los árabes, no instruidos como ellos en el conocimiento de las ciencias, pero dotados de una imaginacion fecunda (no estraviada fuera de los términos justos, no viciada con ornatos pueriles), y movida igualmente por los poderosos estímulos del heroísmo y del amor, cultivaron un género de poesía que les fué peculiar, y perfeccionándose después con el estudio de la antigüedad y el uso de la buena critica, llegó á ser comun á todas las naciones modernas (6). Las ciudades de Tolosa, Aviñon, Aix, Bessieres, Barcelona y Tortosa fueron célebres por el estudio de la gaya sciencia (7), en que se ocuparon sujetos muy ilustres para celebrar amores y victorias, y amenizar las diversiones cortesanas con los frutos del ingenio, de la sensibilidad y la armonia. Estos poetas, que se llamaron trovadores, llegaron á formar colegios y academias; algunos recitaban y cantaban sus propios versos, otros fiaban este encargo á los músicos; pero nada se halla entre las obras que se conservan de ellos que pueda llamarse teatral (b). Las trovas, ditados, villanescas, tensiones, serventesios y otras piezas que se escribieron entonces, no son

(a) Las costumbres de los árabes difícilmente pudieran conciliarse con los espectáculos escénicos. La servidumbre de la mujer esparce en la vida doméstica de aquellos pueblos una monotonía lánguida, que no puede prestarse al movimiento animado que el drama requiere. El amor es entre ellos una pasión muy diferente de la que entre nosotros da lugar á variados afectos y á lances interesantes; y el amor es el elemento del teatro en todas las naciones que lo poseen. El mas honesto galanteo seria para ellos una liviandad insoportable. Por esto los árabes, aun en España, donde sus hábitos adquirieron cierta libertad, no conocieron la comedia, á no ser que demos este nombre á los diálogos en prosa ó verso en que entran mas de dos interlocutores. En la biblioteca del Escorial se conservan dos obras de este género, escritas ambas por moros andaluces. La una, que está marcada con el número 467, es un diálogo entre un juez y un abogado, que discurren de cosas pertenecientes á su profesion. No se dice quién fuese el autor, aunque por el estilo se infiere que era andaluz. La otra, que tiene el número 497, es un diálogo en que intervienen mas de cincuenta personas de diferentes profesiones, los cuales platican alternativamente acerca de los asuntos que les son peculiares, sin que por eso haya á la vez en escena mas que dos de ellos. El autor, llamado Mohammad-ben-Mohammad-ben-Ali, natural de Velez-Málaga, segun Casiri, floreció en el siglo xiv de nuestra era. La circunstancia de estar la primera de esta dos obras dividida en tres partes hizo creer á aquel distinguido orientalista que era una comedia, y como tal la describe en el tomo I, pág. 156 de su *Bibliotheca Árabe-Hispana Escorialensis*; proposición cuando menos aventurada, supuesto que las dichas partes no tienen relacion alguna entre sí, siendo en todas diferente el asunto y diversos los interlocutores. De todas maneras es un hecho averiguado que entre los árabes son de todo punto desconocidas las representaciones teatrales. (Nota de don Pascual Gayangos.)

(b) Sin embargo de lo que dice aquí el autor, puede muy bien sostenerse sin gran temeridad la opinion contraria, ó por lo menos, alegar razones muy poderosas para dejar en duda si realmente el teatro moderno se introdujo en Castilla por medio de los trovadores provenzales ó lemosines. Estos, segun se dice mas adelante, dieron origen á la poesía vulgar en todas las naciones, inclusa la italiana. La lengua que usaron fué la primogénita del latin, y sus primitivos cantares se extendieron por el levante á Italia, por el norte á Francia, y á España por el occidente. Cultivaron un género de poesía que les fué peculiar, si, mas no por esto dejaron de cultivar otros géneros; y si se prueba que uno de ellos fué el dramático, podrá con suma probabilidad conjeturarse que tambien lo importarian junto con lo demás á los países donde ejercieron su influencia civilizadora.

Arte todo convenimos con el autor en que no deben cla-

sificarse como dramáticas las composiciones poéticas que se reducen á diálogos sin accion; y por consiguiente nos adherimos al parecer del señor Martinez de la Rosa, el cual (*Apéndice sobre la comedia española, época 1.<sup>a</sup>*) no considera como representación dramática la fiesta celebrada en Barcelona con motivo de la coronacion de Alfonso IV en 1328, de que se habla después; y en apoyo de ello, para evitar toda duda, hemos rectificado en su propio lugar (*Nota 19 del autor.*) el texto del historiador que la refiere.

Pero tampoco creemos con aquel distinguido critico (*ibidem, época 2.<sup>a</sup>*) que la primera composicion dramática española fuese la representación alegórica, verificada el año de 1414 en Zaragoza por la coronacion del rey don Fernando de Aragon, llamado el Honesto. Indificaciones de fecha anterior nos obligan á pensar de otra manera. En primer lugar debemos espresar aquí nuestro sentir de que aquella composicion se escribió en lemosin y no en castellano. Gonzalo, ó sea Alvar García de Santa Maria, que es quien nos ha trasmitido el hecho, dice espresamente en su crónica hablando de dicha alegoria, *que torné en palabras castellanas*: luego estaba en otra lengua, y siendo la lemosina ó catalana la dominante en la corte de Aragon, y además la convencional entre los poetas, así como ahora la italiana entre los músicos, es probable que no se escribiría en otra: así opinaron Sismondi y Bouterwek, á quienes sin embargo, contradice el señor Martinez de la Rosa. Blancas en sus *Coronaciones de los reyes de Aragon* copia á Santa Maria en este pasaje; pero da tambien noticia de otras alegorias representadas en iguales solemnidades anteriores, y especialmente en la elevacion al trono del rey don Martin, en abril del año 1599, antes del advenimiento de la casa de Castilla. Esto bastaria para alejar algunos años mas el principio de las representaciones dramáticas en España, en cuya historia literaria deben comprenderse los reinos diversos que vinieron después á componer y redondear esta monarquía.

Entre los trovadores del siglo xiii y siguientes, en cuyo catálogo figuran nombres de la mas alta nobleza, era muy comun la *tensó* ó *tansó*, especie de escena en la cual dos ó mas interlocutores defendian á su vez en coplas de la misma medida y en rimas parecidas, casi siempre iguales, dictámenes contradictorios sobre diversas cuestiones de moral, de amor ó de caballería, que se sometian al fallo de otro trovador nombrado juez. De esta costumbre no hallamos en Castilla documento anterior á la época de Villalandino, el cual disputó con los mas afamados versificadores de su tiempo, como Micer Francisco Imperial, Manuel de Lando, Ferran Perez de Guzman, Fernandez de Gerena, Fernan Sanchez de Calavera, y otros que se hallan en el cancionero de Baena, y reproduciremos en el tomo correspondiente.

Pero largo tiempo antes los poetas catalanes se dedicaban á este ingenioso ejercicio. Las *tensós* eran unas ve-



de la clase de poemas activos que pide la escena. Es pues inútil buscar en la poesía de los árabes ni de los provenzales los orígenes del teatro moderno.

Italia fué la primera nación de Europa que después de la dominación de los bárbaros (cuyas últimas dinastías desaparecieron á vista de las armas vencedoras de Carlomagno) empezó á cultivar las letras y renovar las perdidas artes. Muchas circunstancias políticas contribuyeron á su opulencia y su ilustración durante los siglos xi, xii y xiii. Venecia frecuentaba todos los puertos del Mediterráneo, trayendo por Alejandría los frutos de Asia; y desde Istria, Dalmacia y las islas que ocupó en el Archipiélago, amenazaba con sus ejércitos y sus naves á la capital del imperio de Oriente. Pisa, Florencia, Padua, Cremona, Luca, Siena, Jénova y otras ciudades apellidaron libertad, y la sostuvieron con varia fortuna, haciéndose florecientes por el comercio con el auxilio de la política y las armas. Bolonia empezó á ser docta; Milan renaciendo de sus ruinas, adquiría el nombre de espléndida; Amalfi se enriquecía con el tráfico y la industria; y Roma, después de algunos siglos en que fué comun la ignorancia, gobernada ya por sabios pontífices, añadía á las donaciones de Pepino y de la condesa Matilde los tesos-

ces improvisadas, otras preparadas de antemano por varios trovadores, otras en fin por un mismo autor que hacia defender encontrados temas por personajes distintos; y de todo se halla noticia en las relaciones de fiestas, torneos y cortes de amor. Como nuestra notable por demás, citaremos la cuestión entre el vizconde de Rocaberti y mossen Jaume March sobre lo *Depertiment del estiu é del ivern*, y la sentencia de ella dada por don Pedro el Ceremonioso, que reinó desde el año 1328 al 1356, cual puede verse en el *Diccionario de escritores catalanes* del señor Torres Amat, copiada de un códice del siglo xiv que posee don José Grau. Y en otro códice, magnífico por cierto, del mismo siglo, que se conserva en el archivo de la corona de Aragon con el título de *Lleys de amor*, hay una preciosa *Arte poética*, donde se leen varias reglas para la *tensó*, la cual, dice, es *com tracts ó debat, en lo qual quiscú manté, sosté é rahona son propi sag*, hablándose de esta composicion como de un género de poesia muy conocido. No le llamaremos dramático; pero no podrá negárenos que de tales coloquios al drama no hay mas que un paso.

Los franceses, que no sin graves fundamentos aspiran á una remota antigüedad en la representación de los *Pasos ó Misterios* de que fueron teatro sus iglesias, encuentran en el país lemosín los primeros vestigios de esta composicion dramática. Raynouard, famoso y habilísimo recopilador de las poesías originales de los trovadores, nos copia la parábola dialogada de las *Virgenes prudentes y las virgenes locas*, cuyo manuscrito del siglo xi, segun el testimonio de F. Mandet (*Histoire de la langue romane, chap 7*), se halla en la biblioteca real de Paris, procedente de la abadia de San Marcial de Limoges. En ella habla Jesucristo en latin, y las virgenes locas en provenzal, y de las palabras del final se infiere que este drama, no solo se recitaba, sino que se representaba en la iglesia por distintas personas. Precisamente á principios del siglo xii (1112) Ramon Berenguer III adquirió el condado de Provenza por el derecho de su esposa doña Dulcia, heredera de aquel estado, que siguió bajo la dominación de la casa de Barcelona hasta el año 1245, en que pasó á la de Anjou. Todas las historias reconocen unánimemente el celo empleado por aquellos esclarecidos principes españoles para pulir y hermosear el idioma que era comun con leves variedades en sus estensos dominios al uno y al otro lado del Pirineo, hasta formar el romance mas dulce y primoroso que se había conocido; y sin gran recelo de equivocarnos, pudiéramos afirmar de nuestra propia cuenta y riesgo que por entonces se propagaría el drama sagrado en Cataluña, aun cuando documentos irrecusables no viniesen á poner fuera de toda duda su existencia en tiempos inmediatos. Citaremos algunos.

El concienzudo padre maestro La Canal, continuador de la *España sagrada* (tomo 45, trat. 88, cap. 2); habla de los misterios representados en la catedral de Gerona, de cuya introduccion dice no haber hallado positiva noticia,

al paso que consta su antigüedad por el códice titulado *Consueta*, que se formó en 1560 para el arreglo del culto y sus ceremonias, y se guarda en el archivo de aquella santa iglesia. En este códice se hace mencion, como de costumbre muy antigua, de la representación del martirio de san Esteban en las segundas visperas de Navidad; en las de san Juan Evangelista se celebraba la farsa llamada del *Obispo*; pero era sumamente escandalosa, y contra ella declaraba, pidiendo su abolicion ante el cabildo, Andrés Alfonso en 1475. Había además entre otras la de las *Tres Marias*, señalada para el domingo de pascua de Resurreccion á la hora de maitines, y la ejecutaban los tres canónigos mas jóvenes, interviniendo además otros personajes, como el adúltero y su mujer, el boticario á quien Magdalena compraba su ungüento, su mujer y su hijo.

Entre los códices salvados del famoso archivo de Ripoli, y existentes ahora en el de la corona de Aragon, el del número 155 contiene entre otras cosas curiosas un fragmento de una obra de ingenio que lleva por título *Mascaron*: es de letra de fines del siglo xiii ó principios del xiv. La continuacion y final de este drama se hallan en otro códice del mismo archivo titulado *Miscelanea ascética*, y es de los procedentes del monasterio de san Cugat del Vallés. El argumento se reduce á una demanda entablada con todas las formalidades de derecho por Mascaron, apoderado con poder bastante de los demonios, contra el linaje humano ante el tribunal de Dios. Los personajes que hablan son Dios, madona santa Maria, abogada del género humano y Mascaron, procurador del infierno. El diálogo se halla interrumpido por relaciones y descripciones en boca del poeta, lo cual no sería un obstáculo insuperable para la representación, pues podría recitarlas el coro, ó un cuarto personaje, como se practica ahora en las iglesias cuando se canta la pasión en los oficios de la semana santa.

No eran los templos el único teatro de semejantes espectáculos. El citado padre maestro La Canal refiere que en la procesion del Corpus, fiesta instituida en Gerona por Berenguer de Palaciolo, que murió en 1514, al llegar á la plaza de San Pedro y á la del Vino, los beneficiados de la catedral representaban el sacrificio de Isaac, la venta y sueño del patriarca José y otros asuntos de la Escritura.

En un libro colorado de notas manuscrito ó recopilado, de órden del antiguo magistrado municipal de Barcelona, por Francisco Vilar, secretario de su contaduría, en 1583, que se conserva en el archivo del ayuntamiento, y trata de algunas cosas asenyaladas succedidas en Barcelona, libro 1.º, que comprende casi los dos primeros tercios del siglo xv (hasta 1462), el capítulo 106 describe el modo como se feye en lo temps antich la professó del dijous de Corpus. Allí se refiere que después de los ganfalones, de las hachas de la Seo, de la ciudad, gremios y cofradías, cruces y cierta parte del clero, seguían las representaciones (de esta manera las llama) así del antiguo como del nuevo Testamento. En la de la creacion del mundo había doce ángeles cantando: *Senyor ver Deu*: á esta y otras seguía el



ros que, con ocasion de las novedades introducidas en la disciplina eclesiástica, empezaban á llevarle los negocios de todo el orbe católico. Las cruzadas, llevando al Oriente numerosos ejércitos, contribuían á la prosperidad de la Italia, que suministraba en sus ciudades y sus puertos las armas, las provisiones y los trasportes necesarios á una expedicion malograda y repetida tantas veces. Los mercados y las ferias que se celebraban frecuentemente propagaron la abundancia y el lujo, y con él las fiestas y las diversiones públicas. Solemnizábanse con magnificencia los desposorios de sus príncipes (8), sus paces y coronaciones, en las que se llamaron *Corti bandite*; y todas estas causas, dando estímulos al carácter nacional, produjeron una multitud de juglares, bufones, truhanes, mimos, bailarines, músicos y cantores, que acudían adonde los llamaba la ocasion del interés y del aplauso.

Entonces empezaron á renovarse (si del todo se habían perdido) (9) las ficciones dramáticas, imitando á la naturaleza en farsas groseras con figuras ridículas, disfraces y acciones que remedaban las costumbres de aquella edad. Los eclesiásticos (10), después de haber intentado muchas veces la abolicion de tales espectáculos, cuya desenvoltura era en estremo perjudicial, conocieron la insuficiencia de las leyes contra la fuerza de la opinion; y continuando la costumbre, establecida en las iglesias catedrales algunos siglos antes, de celebrar con músicas alegres, canciones, bailes y máscaras las fiestas mas solemnes de la religion, determinaron añadirles nuevos atractivos, y dar al pueblo con mas honestidad en el santuario los mismos placeres que disfrutaba en los paseos y plazas públicas.

Lejos de mitigar por este medio el escándalo, le hicieron mas grande. Unieron á la pompa católica las libertades del teatro, y los mismos que predicaban en el púlpito y sacrificaban en el altar, divertían después á los fieles con bufonadas y chocarrerías, depuestas las vestiduras sacerdotales, disfrazándose de rufianes, ramera, matachines y botargas. Entre los pasos á que daban lugar estas figuras, se mezclaban otros alusivos á los misterios de la religion, á la santidad de sus dogmas, á la constancia de sus mártires, á las acciones, vida y pasion de nuestro Redentor: union por cierto irreverente y absurda.

Duró este abuso hasta que Inocencio III prohibió severamente, al empezar el siglo xiii, que interviniesen los clérigos como actores en tales farsas; pero si en Italia, y particularmente en Roma, logró moderarse esta costumbre, ni el mal se estinguió enteramente allí, ni dejó de continuar por algunos siglos en las demás naciones de Europa (11), adonde se habia propagado con mucha rapidez.

De los cuatro reinos cristianos en que se dividia la mayor parte de España en el citado siglo, eran los mas poderosos el de Aragon, que gobernaba don Jaime llamado el Conquistador, príncipe de esclarecida memoria, y el de Castilla, en que reinaba Fernando III, que mereció el nombre de Santo. Los moros que quisieron permanecer en las provincias que uno y otro habian conquistado, profesaban las ciencias físicas y matemáticas, las buenas letras, la agricultura y las artes industriales; los judíos que vivieron bajo la dominacion de aquellos soberanos, sobresalian en el estudio de la medicina, y ejercitaban el comercio, que aumenta las riquezas y las comodidades de las naciones. Los vencidos contribuyeron á suavizar las costumbres de los vencedores. La corte de Alfonso X de Castilla apadrinó y aprovechó en favor

mayoral con su maza y veinte y cuatro diablos que batallaban á pié, con veinte ángeles de espada capitaneados por san Miguel; y entre otras representaciones infinitas habia la anunciacion de la Virgen, en la cual cantaban ángeles; el *entremés* de Belén con los reyes magos á caballo; el *entremés* de santa Eulalia con sus compañeras; el *entremés* de la misma santa con Daciano y doctores, y otros varios que seria largo enumerar. Una observacion curiosa viene en apoyo de la antigüedad de semejante costumbre: los gremios que se citan como concurrentes á la funcion son precisamente los que existían durante el siglo xii, sin mencionarse ninguno de los instituidos después de aquel siglo.

Posteriormente al advenimiento de don Fernando el de Antequera al trono de Aragon, sobran los ejemplares de fiestas dramáticas en ocasiones solemnes. Así es que encontramos en el mismo libro los festejos con que fué obsequiado su hijo el rey don Alfonso el Magno á su regreso de Nápoles en 8 de diciembre de 1424; representáronse entonces varios *entremeses* y entre ellos el del Paraíso y el infierno, con la batalla de san Miguel y los ángeles buenos contra Lucifer y sus secuaces; húbolos igualmente en noviembre de 1458 cuando el rey don Juan y su esposa doña Juana juraron en la plaza llamada hoy del Duque de Melinaceli los privilegios y constituciones de Cataluña; en

marzo de 1461, cuando la ciudad celebró la entrada del malogrado don Carlos, príncipe de Viana, recién puesto en libertad, segun refiere tambien Feliu de la Peña en sus anales; en noviembre del mismo año, en la recepcion de don Fernando el Católico entonces príncipe todavia; en 1477, en los desposorios de la hija del rey don Juan con el hijo del rey de Nápoles; en 1481, en la entrada de la reina de Castilla doña Isabel. Entonces, dice el citado códice, á mas de los fuegos artificiales hubo en la puerta de San Antonio una representacion alegórica de santa Eulalia y de ángeles, en la cual habia tres cielos girando el uno contra el otro, con luminaria y diversas imágenes de reyes, profetas y vírgenes, las cuales, supuesto que dichos cielos girasen constantemente, permanecían y mostraban estar en pié: circunstancia notable, pues indica que se tenia ya algun conocimiento del aparato escénico.

Estos hechos, á los cuales pudiéramos todavia añadir otros, prueban que en aquella parte de España, si no encontramos los orígenes de nuestro teatro, hallaremos por lo menos vestigios de mas remota antigüedad, y algun fundamento á la sospecha de que los poetas provenzales debieron influir poderosamente en la introduccion y propagacion del arte dramático en el resto de la Peninsula.

(Nota de don José Sol y Padrís.)



de las ciencias los conocimientos de los sectarios del Talmud y del Alcorán : en ella y en la de su padre el rey san Fernando , y en la de su hijo y sucesor don Sancho , resonaron ya los versos de los trovadores y los cantos de los juglares , y se difundió la inclinacion á los estudios útiles y agradables. No estuvo ya ceñido el saber á los monasterios , adonde lo habia retraído en tiempos feroces el estrépito de las armas : se acercó al trono de los príncipes ; y estos y los ricos hombres , y los caballeros que componian la corte , empezaron á gustar de los adornos del entendimiento y de los placeres de la civilizacion , sin descrédito del valor.

No es posible fijar la época en que pasó de Italia á España el uso de las representaciones sagradas ; pero si se considera que al principio del siglo xiii eran ya intolerables los abusos que se habian introducido en ellas , puede suponerse con mucha probabilidad que ya en el siglo xi se empezarian á conocer en nuestra Península.

Cultivada la lengua patria con felices adelantamientos , hecha ya la poesía estudio de los eclesiásticos , de los caballeros y de los reyes , sonando ya en los templos , en los palacios y en los concursos populares las armonías de la música , y uniéndose á ella muchas veces las habilidades de la pantomima y la saltacion , poco era menester para que llegaran á formarse espectáculos dramáticos , que son el resultado de todos estos primores juntos.

Las fiestas eclesiásticas fueron en efecto las que dieron ocasion á nuestros primeros ensayos en el arte escénica : los individuos de los cabildos fueron nuestros primeros actores , el ejemplo de Roma autorizaba este uso , y el objeto religioso que le motivó disipaba toda sospecha de profanacion escandalosa. En aquellas farsas se representaban varias acciones tomadas del antiguo y nuevo Testamento , y no pocas tambien de los evangelios apócrifos. La festividad establecida por Urbano IV en honor de la sacrosanta Eucaristia se extendió á toda la cristianidad reinando en Castilla Alfonso X , y esto dió motivo á otras composiciones teatrales , en que empezaron á introducirse figuras fantásticas , mezclándose con repugnante union la alegoría y la historia.

La escasez de documentos no permite dar una idea mas individual de aquel teatro ; pero resumiendo cuanto puede colegirse de los datos que existen relativos á este propósito , parece seguro que el arte dramática empezó en España durante el siglo xi ; que se aplicó exclusivamente á solemnizar las festividades de la Iglesia y los misterios de la religion ; que las piezas se escribian en castellano y en verso ; que se representaban en las catedrales , adornadas con la música de sus coros ; y que los actores eran clérigos , como tambien los poetas que las componian.

Alfonso X , conformándose en parte con lo que Inocencio III habia dispuesto , indicó (12) á los eclesiásticos la clase de piezas en que podian representar lícitamente ; y estas , ya históricas , ya alegóricas , morales ó dogmáticas , continuaron por espacio de algunos siglos , hasta que desterradas del santuario pasaron á los teatros públicos. El mismo Alfonso X (13) declaró infames á los que ejecutaban por dinero las habilidades pantomímicas , las de bailar , cantar y tañer ; y esta pudo ser entre otras la causa principal de que tardase tan largo tiempo en pasar el arte escénica á manos de representantes de oficio , puesto que siendo entonces una diversion puramente sagrada y religiosa , no era posible fiar su desempeño á los que se hallaban declarados infames por la ley.

Sancho IV tenia á su servicio (14) esta clase de gentes , juglares , bufones y *facedores de escarnio* , que con cantares y romances , diciendo agudezas , saltando y tocando instrumentos , entretenian privadamente á la familia real.

El breve reinado de aquel monarca , lleno de turbulencias , como el de su hijo Fernando IV , y la menor edad de Alfonso XI , en que se vió Castilla agitada de parcialidades y discordias , fueron épocas no favorables para el progreso de las artes , hijas de la abundancia y la paz , pero no se interrumpieron del todo los estudios filosóficos , la erudicion y las buenas letras.

El ilustre don Juan Manuel (15) , nieto de Fernando III , fué un distinguido profesor en todas ellas , al paso que sus victorias le acreditaron de excelente caudillo. En sus obras doctrinales y poéticas dejó un testimonio de su estensa literatura y su buen gusto , y en las novelas ó cuentos de que se compone *El conde Lucanor* , la primera coleccion de este género que se vió en España , anterior sin duda al *Decameron* del Bocacio , aunque en el mérito no le compita.

Juan Ruiz (16) , arcipreste de Hita , floreció igualmente en el reinado de Alfonso XI , y aunque no escribió ninguna pieza dramática , imitó aquel género en sus composiciones , mezclando en ellas chistes , cuentos , descripciones y diálogos cómicos que le fueron geniales. Este y los demás trovadores de su tiempo usaban ya diferentes combinaciones y medidas de versos (17) con que habia ido enriqueciéndose nuestra poesía , al paso que la música llegó tambien á adquirir el uso de muchos instrumentos (18) tomados de los árabes , de los italianos y franceses.

Entre tanto la corte de los reyes de Aragon disfrutaba con mas segura tranquilidad de las composiciones de sus poetas y de las gracias de sus juglares. En la coronacion de Alfonso IV (19) , año de 1328 , se representaron , cantaron y bailaron por el infante don Pedro (c) , conde de Ri-

(c) De la crónica no consta que en la fiesta de la coronacion cantase los versos que á este propósito habia com- puesto : los recitaron y cantaron los juglares que alli se nombran. (Véase la nota 19 del autor.)



bagorza, hermano del rey, y por los ricos hombres, acompañados de algunos juglares, varias composiciones poéticas escritas por el mismo infante. De esta noticia se deduce que la profesión de los juglares no solo se hallaba ya muy estimada, sino que habia adquirido mayores aumentos, puesto que no solo tañian, cantaban y bailaban, sino que tambien declinaban razonamientos y diálogos.

Por los años de 1560, reinando en Castilla el rey don Pedro, se empezaron á ver (además de los dramas destinados al uso de las iglesias) algunas otras composiciones teatrales; y existe una que se ha creído de aquel tiempo (20), en que su autor supo reunir el baile, la música instrumental, la declamacion y el canto. El argumento de esta pieza inclina á sospechar que fuese precisamente una de las muchas que se ejecutaban en el templo, y en este caso seria la mas antigua que se conserva de aquella clase.

Don Pedro Gonzalez de Mendoza, que apartándose de la obediencia del rey don Pedro siguió el partido de don Enrique, del cual fué después mayordomo mayor, escribió (21) piezas dramáticas imitando las del teatro latino, y adornándolas con estribillos y canciones pastoriles. Atendida la calidad del autor, puede creerse que compondria tales dramas en obsequio del rey para privado entretenimiento del palacio.

Ya por este tiempo, y en los reinados siguientes de Juan el I y Enrique III, además de la constante lectura de los trovadores provenzales, que era comun en España, adquirieron estimacion entre nosotros (22) los célebres italianos Guido Cavalcanti, Dante Alighieri, Cino de Pistoya, y el principe de sus poetas líricos Francisco Petrarca. Hallaron sus obras en Castilla un aprecio particular, y comparándolas con las de los trovadores antiguos, vieron en estas mas elevacion de ingenio, mas oportuna erudicion, mas cultura en la frase poética, y una versificacion mas variada y mas capaz de prestarse á las combinaciones de la armonia. El gusto poético de los árabes y el conocimiento de sus costumbres (que dieron origen á muchas nuestras) mantuvieron y perfeccionaron los romances históricos ó amorosos (23), los cuales, sujetos del principio al fin á un solo consonante, se libertaron después de esta enfadosa monotonía, y produjeron el asonante, cadencia peculiar de los españoles. No puede asegurarse si la poesia teatral, que entonces permanecia esclusivamente en manos de los eclesiásticos, adquirió mayor perfeccion á vista de los adelantamientos que se verificaron en el género lírico, puesto que no nos queda pieza ninguna representable de aquel tiempo para juzgar su mérito, ni compararla con otras anteriores.

Al reinado de Enrique III siguió la menor edad de Juan el II, durante la cual su tio y tutor el infante don Fernando acreditó su consumada prudencia en el gobierno, igualmente que su valor y sus conocimientos militares. Sostuvo el trono de Castilla quebrantando el poder de los moros granadinos, y reprimiendo en el palacio las maquinaciones de la ambicion y de la envidia. Sus prendas le hicieron digno de la corona de Aragon, que en competencia de otros principes le adjudicó el voto unánime de nueve electores (entre ellos el insigne orador cristiano san Vicente Ferrer), y en el año 1414 se coronó en Zaragoza con pompa magnífica. Acudió á esta solemnidad no solo la nobleza de aquellos reinos, sino tambien la mayor parte de los grandes de Castilla. Fueron muy singulares las fiestas que se hicieron en tal ocasion; y el célebre don Enrique de Aragon, marqués de Villena, compuso (24) una comedia alegórica, que se representó delante del rey, de la reina y de aquella corte brillante (d).

Desde entonces la etiqueta del palacio, los usos cortesanos, los trajes, las diversiones, la lengua, la literatura y la poesia castellana acabaron de naturalizarse en la capital de Aragon, y por consiguiente decayeron de su antiguo esplendor el gusto y cultura del idioma lemosino, en que los catalanes y valencianos habian adquirido tan merecida celebridad.

El reinado de Juan el II, que duró cerca de medio siglo, fué muy favorable al progreso de las buenas letras, cultivadas en prosa y verso por autores muy instruidos, dotados de un juicio recto y de una fecunda imaginacion. Entre los muchos de aquel tiempo se distinguió nuestro Enio cordobés Juan de Mena, que no hallando suficiente el idioma patrio para la elevacion de sus conceptos, supo enriquecerle y añadirle sonoridad y robustez, atreviéndose á adoptar nuevos modos y palabras latinas, que han permanecido en nuestra diction poética, y cuyo uso siempre será laudable, si saben evitarse los extremos inmediatos de la oscuridad y la afectacion.

Fueron émulos de su gloria el ya citado marqués de Villena y don Inigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, sin otros muchos que seria ocioso referir. El rey hacia versos, los hacia su gran privado don Alvaro de Luna, condestable de Castilla; los mas ilustres personajes de aquella edad eran trovadores (25). En medio de las turbulencias políticas que agitaron el reinado de aquel monarca, los torneos, los pasos honrosos, las justas, banquetes, danzas, músicas y juguetes cómicos alegraban la corte, distraian de sus miserias al pueblo, que ad-

(d) Asistieron á estas fiestas, á mas del marqués de Villena, los mejores ingenios de Castilla, entre otros el célebre don Inigo Lopez de Mendoza, entonces mozo de 16 años, y después marqués de Santillana, Ferran Manuel de Lando, que presentó al rey la corona enviada por Juan II, y otros.



miraba atónito las galas, la riqueza, el buen gusto, la bizarría y el valor de los que tan mal le gobernaban. Don Alvaro de Luna, buen caballero en el campo y en la tela, temido de sus émulos por su estremo poderío, la constancia de su fortuna y la energía de su carácter, grato á las damas por su gallarda presencia, su donaire natural, su cortesanía y su discrecion, en tanto que reunia en sí toda la autoridad que abandonaba su rey indolente, sabia entretenerle y apartarle de sus obligaciones con espectáculos ingeniosos y magníficos, dignos ya de la cultura de aquellos tiempos.

En el año de 1456 se vieron en Soria el rey don Juan y su hermana la reina de Aragon: hubo grandes fiestas (26), y los juglares y remedadores entretuvieron á la corte con música, bailes y acciones cómicas.

En el de 1440 don Pedro de Velasco, conde de Haro, el marqués de Santillana (27), y don Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, fueron á Logroño á recibir y acompañar á la infanta doña Blanca, esposa del príncipe don Enrique, y á su madre la reina de Navarra. El conde de Haro, entre varias diversiones que dispuso en Briviesca para obsequiar á aquellas señoras, tuvo fiestas de toros, juegos de cañas, danzas y representaciones teatrales (28).

Enrique IV heredó con el reino la incapacidad de gobernarle. Entendia muy bien el latin, gustaba mucho de leer, de tocar el laud y cantar; tenia á su servicio excelentes músicos de instrumento y de voz que asistian á su capilla privada, en donde pasaba mucho tiempo oyendo las horas canónicas. Lo restante de su vida se entretenia en el monte: fué gran cazador, y mientras perseguia las fieras en los bosques del Pardo y de Balsain, los grandes se apoderaban de su autoridad y de sus tesoros, allanaban sus alcázares, se le alzaban con las fortalezas, alborotaban las ciudades y mantenian en todo el reino la anarquía mas espantosa. Si algunas fiestas permitió á la corte el genio melancólico del rey en los primeros años de su administracion, fueron solo algunas danzas en palacio, y algunas justas y ejercicios de caballería, como los que dió en el camino del Pardo don Beltran de la Cueva. Las habilidades mímicas, que en tiempo de don Juan el II habian sido estimadas, en el de su hijo decayeron considerablemente, y hasta el nombre de juglar se fué olvidando en el lenguaje comun.

La conducta libre de la reina, los escándalos del palacio, la impotencia física y moral del rey dieron ocasion al atrevimiento de muchos prelados, grandes y caballeros para declararle desposeido de la corona, eligiendo en su lugar al infante don Alfonso, cuya temprana muerte dejó á su hermana doña Isabel la esperanza y el deseo de reinar. Entre los que solicitaron su mano eligió á don Fernando, príncipe de Aragon, con el cual se casó sin noticia del rey don Enrique, en el año de 1469. Viniendo don Fernando á Castilla ocultamente para celebrar su desposorio le hospedó en su casa el conde de Ureña, haciendo representar en su obsequio una comedia (e), de la cual se ignoran todavía el autor y el título (29).

Los males políticos siguieron aumentándose durante los últimos años de Enrique IV, y una de las consecuencias que produjeron fué la ignorancia que se estendió á todas las clases del estado. Entre el corto número de escritores que florecieron en aquella edad funesta á las letras, se distinguió Rodrigo de Cota, autor de un *Diálogo entre el Amor y un Viejo* (30), pieza representable, escrita con gracia y elegancia; tambien compuso un diálogo pastoril entre *Mingo Revulgo y Gil Arribato*, en que pintó con una alegoría bien sostenida los desórdenes y calamidades de su tiempo.

Los eclesiásticos vivian en la mas crasa ignorancia y en la corrupcion de costumbres mas escandalosa, como se infiere por los decretos del concilio que mandó celebrar en Aranda en el año de 1473 don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Allí se trató de mejorar la disciplina y los estudios del clero español, y entre otras cosas se prohibió (31) á los clérigos de las catedrales y demás iglesias que celebrasen ni permitiesen en las fiestas de Navidad, de San Esteban, San Juan, Santos Inocentes y misas nuevas las diversiones escénicas en que intervenian máscaras, figuras monstruosas, coplas indecentes, bufonadas y otros desórdenes indignos de la majestad del templo, que hasta entonces se habian acostumbrado, permitiendo no obstante que continuasen las representaciones sagradas y honestas que fuesen á propósito para escitar la devocion de los fieles.

El reinado de los Reyes Católicos dió principio á una época mas feliz para la monarquía. La autoridad real, única, vigilante y justa aseguró la paz interior del estado, ya reprimiendo las

(e) Sobre la realidad de esta representacion hay dudas muy poderosas. La noticia no tiene hasta ahora mas autoridad que la de don Blas de Nasarre en su prólogo á las comedias de Cervantes, donde lo aseguró, no sabemos con qué fundamento, y bien pudo ser una equivocacion de las muchas que padeció este escritor así en hechos como en juicios. Desde luego salta á la vista que por lo menos el autor de aquella composicion no pudo ser Juan de la Encina, que naceria probablemente en aquel mismo año, suouesto que cumplió cincuenta en el de 1519, segun se in-

fiere de lo que dice en su *Tribagia*. Los cronistas coetáneos, alguno de los cuales intervino muy activamente en aquella boda cuyas particularidades describe con suma prolijidad, no hacen mencion alguna de una circunstancia que por su novedad debió ser extraordinaria. Y finalmente, es del todo improbable, como observa el citado señor Martinez de la Rosa, el que una ceremonia verdaderamente clandestina, celebrada en ciudad tan populosa como Valladolid, sin el consentimiento y contra la espresa voluntad del rey, fuese acompañada de tan ruidosos regocijos.

violencias de tantos ilustres tiranos que le tenían sacrificado á su ambicion y á sus venganzas, ya reduciendo á moderados limites la libertad del pueblo, que solo es feliz en la obediencia de las leyes. En vano el rey de Portugal quiso apoyar con las armas los dudosos derechos de la infanta doña Juana su sobrina; la suerte de la guerra, que da y quita los imperios, aseguró el cetro á Isabel y Fernando.

El celo de la religion hizo á estos príncipes emprender la conquista del reino de Granada: difícil empeño, que necesitó diez años de fatigas y de combates, hasta que vencida la obstinada resistencia de sus enemigos, acabaron dichosamente en las torres del Alhambra la recuperacion que Pelayo empezó en Cobadonga. Grande y poderosa la nacion bajo su gobierno, dilatados sus dominios, y abierto el paso por el mar á las desconocidas regiones de occidente, empezó á disfrutar los beneficios que traen consigo el estudio de las letras y de las artes, la agricultura, la industria, la navegacion y el comercio.

En este tiempo dándose á conocer Juan de la Encina (52) con sus composiciones dramáticas, mereció la asistencia y el aplauso de la corte, que admiró en aquellas fábulas (aunque demasiadamente sencillas) buen lenguaje, gracia natural y versificacion sonora. Estas privadas diversiones, y otras hechas á su imitacion, pasaron al pueblo, que desde entonces empezó á ver cómicos de oficio dedicados á representar pequeños dramas de tres ó cuatro personajes, desempeñando algunos muchachos los papeles de mujer (f).

Fué contemporáneo de Juan de la Encina el célebre Fernando de Rojas, continuador de la novela dramática intitulada *Celestina* (53), en la cual añadió veinte actos al primero que halló escrito ya por autor no conocido. Juan de la Encina en sus composiciones representables sirvió de ejemplo á los que le siguieron y aventajaron después, cultivando la dramática en verso; y Rojas, aunque no hizo su obra para el teatro, dejó en ella tan escelente diálogo en prosa, que habiéndole imitado muchos, fueron muy pocos los que llegaron á igualarle. Con estos felices ensayos en el género escénico acabó el siglo xv.

La invencion de la imprenta, destinada á fijar y propagar verdades útiles á los hombres, difundia ya por todas partes sus artifices á principios del siglo xvi. Italia, siempre maestra del saber, cultivaba las letras con éxito feliz, buscando los ejemplares de perfeccion en las obras clásicas de la antigüedad, imprimiéndolas, traduciéndolas é imitándolas. La historia, la elocuencia, la poesia, la erudicion y todas las artes del diseño empezaron á florecer en grado eminente. Venecia, Milan, Ferrara, Florencia, Roma y Nápoles eran las capitales mas cultas de Europa en aquella sazón. La plausible ocupacion de los Médicis, y el pontificado de León X, renovaron en Italia la edad de Pericles y de Augusto.

A este tiempo nuestros ejércitos acaudillados por el que mereció el nombre de Gran Capitán aseguraban la posesion de Nápoles, y nuestra influencia sobre todos los estados de aquella nacion. En vano el poder de Francia quiso oponerse á la fortuna de nuestras armas; unas victorias eran presagio de otras mayores: la derrota del Garrellano y la rendicion de Gaeta anunciaban para después la prision de un rey y el saqueo espantoso de Roma.

La comunicacion con los italianos propagó, mejoró y amenizó nuestros estudios; y como el agreste Lacio se habia ilustrado muchos siglos antes con las artes y literatura de la Grecia vencida, así España supo aprovecharse en igual ocasion de las que halló tan florecientes en los paises que sujetaba á su gobierno.

(f) Esta es la época en que, segun los datos mas probables, debe fijarse la introduccion de las verdaderas representaciones dramáticas en Castilla. Dice Rodrigo Mendez de Silva en su *Catálogo real de España*, año de 1492: «Comenzaron en Castilla las compañías á representar públicamente comedias, por Juan de la Encina, poeta de gran donaire, graciosidad y entretenimiento, festejando con ellas á don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y á don Inigo Lopez de Mendoza, segundo duque del Infantado.» De la coincidencia de esta novedad con otros sucesos públicos de importancia habla Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, que si bien escribió mas de un siglo después, es autoridad respetable en la materia.

Y donde mas ha subido  
De quilates la comedia,  
Ha sido donde mas tarde  
Se ha alcanzado el uso de ella,  
Que es en nuestra madre España;  
Porque en la dichosa era  
Que aquellos gloriosos reyes,  
Dignos de memoria eterna,  
Don Fernando é Isabel  
(Que ya con los santos reinan),

De echar de España acababan  
Todos los moriscos, que eran  
De aquel reino de Granada,  
Y entonces se daba en ella  
Principio á la inquisicion,  
Se le dió á nuestra comedia.

Juan de la Encina el primero,  
Aquel insigne poeta  
Que tanto bien empezó,  
De quien tenemos tres églogas  
Que él mismo representó,  
Que estas fueron las primeras;  
Y para mas honra suya  
Y de la comedia nuestra,  
En los dias que Colon  
Descubrió la gran riqueza  
De Indias y Nuevo Mundo,  
Y el Gran Capitán empieza  
A sujetar aquel reino  
De Nápoles y su tierra,  
A descubrirse empezó  
El uso de la comedia,  
Porque todos se animasen  
A emprender cosas tan buenas,  
Heróicas y principales  
Viendo que se representan etc.



Tuvo gran parte en esta revolución el talento creador de Cisneros, ayudado de la instrucción que había adquirido en sus viajes y de la extraordinaria fortaleza de su carácter, prenda necesaria para ilustrar y gobernar á los hombres. A principios del siglo xvi se erigió bajo sus auspicios la célebre universidad complutense, y en ella y en las demás del reino empezaron á distinguirse muchos profesores en todas facultades, que sobre el conocimiento de las lenguas sabias y de una selecta erudicion, enseñaron ciencias no conocidas en España hasta aquella época, ó mejoraron el método y la doctrina de las que antes se enseñaban mal. A los esfuerzos de aquel gran ministro debieron sus adelantamientos las letras sagradas, la jurisprudencia, la medicina, las humanidades, la historia, las lenguas doctas, la gramática, y la crítica, aunque no todos estos estudios pudieron prosperar igualmente, porque no en todos se adquirian iguales recompensas.

Francisco de Villalobos (34), erudito médico y buen prosista, dió á conocer el *Anfitrión* de Plauto con la traduccion que publicó de aquella comedia en el año de 1515.

Bartolomé de Torres Naharro (35), que vivia en Italia por entonces, compuso ocho comedias en que manifestó mucho conocimiento de su lengua, facilidad en la versificación y talento dramático. Apartándose de la manera tímida de componer que Juan de la Encina había seguido, dió á sus comedias mayor interés y estension; las dividió en cinco jornadas, aumentó el número de los personajes, y pintó en ellos caracteres y afectos convenientes á la fábula, adelantó el artificio de la composicion, y sujetó algunas de sus piezas á las unidades de accion, lugar y tiempo. Representadas é impresas en Italia pasaron á España, en donde sucesivamente impresas y prohibidas, y vueltas á imprimir (según el influjo de las circunstancias), sirvieron de estudio á los que entonces se aplicaron á cultivar la poesia cómica.

Vasco Diaz Tanco (36) escribió tres tragedias (las primeras que se hicieron en España) tomando sus argumentos de la historia sagrada, las cuales no han llegado á nosotros.

Las graciosas comedias (37) que Cristóbal de Castillejo empezó á componer poco después fueron recibidas con mucho aplauso. Puede considerarse este poeta como el último y acaso el mejor de la antigua lirica española, y en el género cómico el mas digno sucesor de Torres Naharro. Fecunda imaginacion, conocimiento de costumbres, recto juicio, agudeza satírica, espresion clara, versificación suave, tales prendas hicieron estimables sus fábulas cómicas, al mismo tiempo que las personas honestas las desaprobaban por su falta de moralidad y desventura de sus personajes y situaciones.

En el año de 1527 se celebró en Valladolid con la representacion de algunos autos el bautismo de Felipe II. Estos cortos dramas, representados en las calles y sitios públicos, los desempeñaban los cómicos, que ya en aquel tiempo componian su caudal indistintamente de piezas sagradas y profanas, aplicándolas según la ocasion lo requeria.

Fernán Perez de Oliva (38) tradujo en prosa el *Anfitrión* de Plauto, la *Electra* de Sófocles, y la *Hécuba* de Eurípides. Su talento era mas á propósito para la gravedad de la tragedia que para los chistes y lijereza cómica; y así es que aunque la version que hizo de Plauto es inferior á la de Villalobos, en las dos tragedias elevó la prosa castellana á tanto decoro y robustez, que pudiera haber servido de ejemplar á los que hubiesen querido poner en la escena argumentos heroicos; pero no tuvo imitadores. Estas piezas nunca se representaron, y cuando llegaron á imprimirse, el mal gusto era ya general y dominante en nuestro teatro (g).

Estos fueron los autores mas distinguidos que cultivaron en España la poesia escénica antes del año de 1540 (h); pero no es posible pasar de esta época sin hablar de las causas que empezaron á motivar su corrupcion. Las principales fueron falta de estímulos y recompensa en favor de los que aplicaban su talento á este difícil género; decidida afición á todo lo maravilloso, efecto inmediato de la comun lectura de los libros caballerescos; espíritu de mal entendida devocion, que profanó los sagrados misterios de la fe, haciéndolos asunto de las representaciones histriónicas; abusos de la autoridad censoria.

(g) A los autores que por aquellos tiempos se dedicaron á traducir los dramas del teatro antiguo, debe añadirse un nombre ilustre, el de Juan Boscan, introductor de las formas italianas en nuestra poesia. Consta de él que tradujo al castellano una tragedia de *Eurípides*, con la singularidad de que lo verificó en verso, cuando los demás sus contemporáneos lo hicieron en prosa. Este trabajo se ha perdido, sin embargo de haber estado para imprimirse, según el privilegio que para ello fué concedido á su viuda el año de 1545.

(h) Entre los autores dramáticos que florecieron á fines del siglo xv y principios del siguiente omite Moratín á Gil Vicente, de quien no hace mencion hasta una época bastante posterior, á saber: en el año 1552, según es de ver en su nota 48, y en los números 49 á 56 del ca-

tálogo. Conviene rectificar este punto, para evitar que seamos acusados de injusticia acia nuestros vecinos los portugueses, que se glorian de aquel ingenio. Gil Vicente era en efecto portugués, aunque escribió también en nuestra lengua. Fué contemporáneo de Juan de la Encina, y sobre el año de 1498 era ya conocido en su patria por sus ensayos dramáticos. En 6 de junio de 1502, segunda noche del nacimiento del príncipe don Juan, después rey tercero de su nombre en Portugal, se representó en castellano su auto del Nacimiento, en presencia del rey don Manuel, que murió en 1521, por lo cual no puede negarse la anterioridad de la fecha á este autor, de quien y de sus obras volveremos á hablar en su lugar correspondiente.

Las universidades de España (39), aunque rectificaron y amenizaron sus estudios, no alteraron su organizacion antigua; y en aquellas escuelas generales, en que la juventud debió hallar enseñanza elemental de todas las ciencias, solo se enseñaron la teología, los cánones, la jurisprudencia y la medicina. De estas facultades las tres primeras obtuvieron la preferencia: para ellas se establecieron colegios magníficos, para ellas se guardaron las mas altas dignidades del estado; la última, poco estimada de los que se dedicaban á las otras, existia en razon de la importancia que le ha dado en todos tiempos el miedo de morir; pero el profesor mas eminente en ella no podia aspirar jamás ni al premio ni al honor que obtenian un teólogo, un canonista ó un juriscónsulto. Las demás ciencias se consideraban como auxiliares ó secundarias, y por consiguiente ni el estudio de las lenguas, ni la erudicion histórica, ni la filosofía moral, ni la oratoria, ni la poética, ni la amena literatura obtenian otra recompensa que la de facilitar á sus profesores una cátedra en que poder enseñarlas; y si estas que servian mas inmediatamente á las facultades privilegiadas merecian tan escasos premios, ¿cuál seria el que se destinase á las ciencias naturales y exactas? ¿y cuáles podian ser los progresos del teatro? ¿ni quién habia de aplicarse á un estudio tan difícil, tan apartado de las sendas de la fortuna, si desatendido de las clases mas elevadas y menospreciado de los que se llamaban doctos, era solo el vulgo el que debia premiar y aplaudir sus aciertos?

En otra edad habian merecido las rudas producciones de nuestra dramática mas favorable acogimiento; los mas esclarecidos personajes la protegieron y la cultivaron, siendo igualmente estimada en los palacios y en los templos; pero aquella época habia pasado ya. Fernando el Católico, cuyo desabrido carácter habian hecho mas melancólico la vejez y las dolencias, nunca unió las prendas de literato ni estudioso á las que tuvo de buen caballero, de político y prudente rey. Germana de Fox, extranjera á nuestra lengua y nuestras costumbres, no era la protectora que mas convenia para fomentar el teatro. Felipe I y toda su corte, venidos de Flandes para introducir en el palacio desconocidas etiquetas y ceremonias, hecho esto, no hicieron mas; ni la temprana muerte de aquel soberano permitió otra cosa. Carlos V viajando (40) y guerreando mientras reinó, flamenco, y rodeado de flamencos que se disputaban con escandalosa codicia las dignidades y los tesoros de la nacion, ni contribuyó al esplendor de nuestro teatro, ni supo conocerle: su corte ambulante y guerrera imitaba las inclinaciones del monarca. Los tumultos y discordia civil que alteraron las provincias en los primeros años de su gobierno fueron incidentes poco favorables á los progresos de la escena española.

Los libros de caballerías, que empezaron á conocerse en Europa acia el siglo xi, se entendieron por toda ella, y entretuvieron el ocio de los que gustaban de leer; apasionados de todo lo grande y extraordinario, suplieron con ellos el abandono de la historia. En España imitando lo que se habia escrito fuera de ella, se compuso el libro de *Amadis de Gaula*, acaso acia la mitad del siglo xiv, y después de él otros del mismo género, aunque menos ingeniosos, no por eso menos desatinados. Su crecido volúmen, el coste excesivo de las copias manuscritas (41), y por consiguiente la escasez de sus ejemplares mantuvieron escondida esta perjudicial erudicion en las bibliotecas privadas de los reyes y de los grandes señores, y no pasaron á manos del pueblo, ni pudo hacerse general su lectura hasta que la imprenta, economizando el tiempo y el coste, halló el secreto de multiplicar prodigiosamente los escritos en copias idénticas. La primera obra de esta clase que se imprimió en España (i) fué la citada historia de *Amadis*, como la mas célebre de todas ellas entre nosotros, y antes de acabarse el siglo xv era ya la comun lectura del pueblo.

En el siguiente se dieron muchos á imitar aquel género de ficcion y aquel estilo, y como apartándose de la verdad de la naturaleza, encuentra la fantasia espacios inmensos en que perderse, fué tal la abundancia de libros caballerescos publicados en aquella centuria (42), que ellos solos compondrian hoy una numerosa biblioteca, si la pluma del mas escelente de nuestros novelistas no hubiera acelerado su esterminio, dejándonos solo la memoria de que existieron. Ellos depravaron el gusto de la multitud, presentándole ficciones brillantes y maravillosas, otro orden físico y moral diferente de todo lo que existe, otro universo y otros hombres. Hacinaron prodigios para exaltar la fantasia, enredaron las fábulas con artificiosa complicacion de incidentes para sostener en movimiento la curiosidad, y pintaron afectos heroicos ó tiernos

(i) Para hablar con toda exactitud debe decirse la primera que se imprimió en lengua castellana; y es la que publicó Garci Ordoñez de Montalvo, regidor de Medina del Campo, ignoramos en qué año, pero positivamente muy poco después de la toma de Granada, ocurrida á principios de 1492. Con anterioridad, en 1490, se habia impreso la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*; pero fué en lengua lemosina, y de esta edicion existe el único ejemplar conocido en la biblioteca de la Sapienza

en Roma. Otra edicion se hizo en Barcelona el año de 1497. (Mendez, *Tipografía española*, pag. 72 y 115.) En la misma equivocacion incurrió Cervantes en el capítulo vi de la primera parte del *Don Quijote*; pero la rectificó don Diego Clemencin en sus comentarios al mismo. Del origen del *Amadis* y libros de caballería, trataremos mas extensamente en el tomo que destinamos á esta clase de obras.



para interesar el corazón. Damas hermosísimas, príncipes, reyes y emperadores; ausencias, celos, placeres de amor, torneos, divisas, conquistas, empresas temerarias, fatigas sobrehumanas, torres de bronce, palacios de cristal, lagos hirvientes, desiertos horribos, islas nadantes, carros aéreos, hechiceros, fadas, genios, monstruos, enanos, gigantes, dragones, hipógrifos; todo esto fué materia de aquellos libros que llamaron historias. ¿Cómo el pueblo acostumbrado á ellas sabría contentarse en el teatro con una ficción verosímil, imitada de la vida doméstica, animada con la espresion de los caracteres y afectos comunes, complicada por medios naturales, desenlazada con imprevista y fácil solución, y toda ella ingeniosamente dispuesta para enseñar al auditorio verdades útiles, inspirándole horror al vicio y amor á la virtud? Ni el arte se hallaba tan adelantado que pudieran esperarse muchas obras dramáticas con estos requisitos, ni el concurso que habia de oírlas (acostumbrado en los libros caballerescos á invenciones mas seductoras) era ya capaz de percibir y estimar el mérito de una pieza teatral bien escrita. Así fué que apenas se empezó á cultivar la poesía escénica, los mismos que la adelantaron contribuyeron á corromperla, mezclando en sus composiciones personajes é incidentes exagerados, fantásticos, imposibles; y este error propagado de unos en otros, y alentado por el aplauso que recibia, inutilizó en adelante las prendas del ingenio, y atropelló los buenos principios de la ficción dramática, cuyo objeto es la imitación de lo que existe, de lo que ha existido, de lo que puede existir entre los hombres.

Á las maravillas del género romanesco se añadieron las que son inherentes á la religion; y como sus misterios iban desterrándose de los espectáculos que el pueblo acostumbraba á ver en las iglesias, fácilmente pasaron á los tablados públicos, y abrieron nueva senda á los poetas para escitar la admiración con dramas sagrados, en que la creencia comun hacia verosímiles los prodigios, y el total abandono del arte aseguraba los aplausos. De aquí resultó la multitud de comedias de santos y de autos sacramentales ó natalicios (43), que por tanto tiempo alimentaron la equívoca devoción del vulgo, haciendo cada vez mas difícil la reforma de nuestro teatro.

La poesía lírica, no sujeta á la censura de la plebe, libre en sus argumentos, hija de la fantasía, intérprete de los propios afectos, émula de los mas calificados originales, llegó en la pluma de Garcilaso y de los que le siguieron á un alto punto de belleza, que desde el *Dulce lamentar* de Salicó y Nemoroso hasta las *Santas ceremonias pías* de Lupercio, la profecía del Tajo de Luis de Leon, y la victoria de Lepanto celebrada por Hernando de Herrera, produjo admirables obras; pero tanto distan entre sí los géneros poéticos, que lo que en uno es perfección, es desacierto en otro. El uso de la pompa épica y de los raptos y armonía lírica mal aplicados á las ficciones del teatro contribuyeron á descaminar el gusto. La destemplada imaginación de los que pusieron en la escena argumentos y personajes ni históricos ni posibles mezcló todos los estilos, y adoptó locuciones tan distantes de la verdad, que la tragedia y la comedia, á fuerza de peregrinos adornos, perdieron aquella decorosa sencillez que debe caracterizarlas.

Las nuevas doctrinas que separaron de la comunión católica una gran parte de Europa, y el recelo de que su introducción produjese iguales males y escándalos en España, dieron ocasion á precauciones extraordinarias, que quizá no se hubieran tomado sin esta causa, imponiendo restricciones á los ingenios y á la libertad de imprimir, y conteniendo en estrechos límites las artes de la imaginación, á quienes tal estado no era ciertamente favorable. La autoridad sacrificó lo útil á lo necesario, y contuvo los vuelos de la ilustración en obsequio de la paz y tranquilidad del reino (j). Pero no fué de tal modo que se sofocasen enteramente los esfuerzos y lozanía de los talentos españoles; y hoy en dia admiramos las producciones de los que siguiendo la sublime inspiración de las musas, ilustraron en aquella época nuestras letras, y dejaron modelos que la edad presente procura, y no siempre consigue imitar.

En el año de 1548 se celebró en Valladolid, ausente el emperador Carlos V, el casamiento de la infanta doña María su hija con el archiduque Maximiliano. Para festejar á la corte se representó en palacio una comedia adornada con suntuoso aparato y decoraciones, á imitación de las que se hacian entonces en Roma. Ningun ingenio español mereció emplear su pluma en obsequio de aquellos príncipes; la comedia se representó en italiano (l), como la habia escrito muchos años antes su autor Ludovico Ariosto (44).

(j) Obsérvese en este pasaje la circunspección con que se espresaba Moratín sobre la censura, y recuérdese lo que dijo en el prólogo sobre la influencia de la política y las costumbres en las producciones literarias, y sobre las restricciones que imponen á un autor el respeto á la autoridad y las demás circunstancias del tiempo en que se escribe: No es fácil fijar la época en que se estamparía el presente pasaje en una obra, fruto de largos años; pero no se olvide que salió á luz bajo el reinado del último monarca, cuando se concedia muy poco ensanche al pensamiento. Las trabas puestas por el gobierno y la inquisi-

ción produjeron sin necesidad efectos mas dañosos que los apuntados por el autor. La censura era solo indulgente con las ideas desenvueltas relativamente á la moral y el público decoro; y bajo la aprobacion y elogios de gravísimos examinadores se imprimian libros, á que el hombre mas clínico no daría su nombre en nuestros tiempos. En esta parte, un rubor discreto que ha echado hondas raíces en la opinión, suple con conocida ventaja el único fin útil que pudiera proponerse la antigua censura.

(l) Años después, cuando ya el teatro español poseia un regular repertorio, el pueblo se aficionó grandemente á

La prosa familiar aplicada al teatro no habia tenido hasta aquella época escritores que la cultivasen, y este mérito le reservó la naturaleza precisamente en favor del que parecia menos dispuesto á conseguirle. Un sevillano, hombre del pueblo, sin maestros, sin estudios, aplicado á ganar la vida en un ejercicio mecánico, hizo en la escena española una innovacion plausible, y abrió á los autores dramáticos un nuevo camino que no acertaron á seguir. Tal fué Lope de Rueda (43), que antes de la mitad del siglo xvi apareció en los teatros de su patria como ingenioso autor y gracioso representante.

La *Celestina* y las demás novelas en prosa que se hicieron á su imitacion tenian dos defectos, que en la escena son intolerables: erudicion afectada y pedantesca, y largos discursos de inoportunas doctrinas, preescindiendo de la excesiva duracion de aquellas fábulas, que no se hicieron para ser representadas, sino meramente leídas. Rueda, estudiándolas con prudente discernimiento, conoció sus defectos, imitó sus primores, y acomodándose á la impaciencia del público (que habia de oírle en una plaza, en un corral ó un almacén, de pié, apretado, y sujeto á continua distraccion), escribió pequeños dramas de tres ó cuatro personas, con una accion muy sencilla, caracteres naturales, lenguaje castizo, diálogo chistoso y popular. Compuso además algunas piezas de mayor estension con mas interés y artificio, mezclando en ellas episodios poco necesarios, que representaba separadamente cuando le convenia; pero en estas piezas, queriendo imitar el gusto que reinaba entonces en Italia, se apartó algunas veces de aquella inapreciable sencillez que caracterizaba su talento dramático. Todavía fué mas estimable en los ingeniosos coloquios pastoriles que escribió en verso y se imprimieron después de su muerte; pero esta edicion es absolutamente desconocida, y solo nos ha quedado uno entero y un fragmento de otro. Por estas obras mereció el nombre de padre del teatro español; y en ellas mismas, y en el testimonio unánime de los hombres doctos que se las vieron representar, se hallará la razon que tuvo su patria para colmarle de elogios, y recomendar á la posteridad su memoria.

El valenciano Juan de Timoneda (46), contemporáneo suyo, su amigo y editor de sus obras, le imitó en algunas piezas cómicas que compuso en prosa, no desnudas de mérito, por la facilidad de la diction, la rapidez del diálogo y la regularidad de la fábula. Las que hizo en verso no merecen el mismo elogio, pues además de que la versificacion de Timoneda es trabajosa y desaliñada, queriendo darles novedad, se valió para conseguirlo (aunque no en todas ellas) de incidentes imposibles y personajes maravillosos, que no existiendo en la naturaleza, no son á propósito para el teatro. Hasta en esto quiso imitar á Lope de Rueda; que los descuidos de un hombre célebre producen por lo comun resultados muy infelices.

Alonso de la Vega (47), representante y autor de compañía, escribió algunas comedias en prosa, que en su tiempo tuvieron mucha aceptacion; pero la buena critica halla tantos defectos en las tres que han llegado á nosotros, ya por la composicion de la fabula, ya por los caracteres y el estilo, que no justifican el aplauso que sus contemporáneos le dieron.

A competencia de estos componian otros muchos, de los cuales se conservan algunas obras, ó la noticia de ellas. Las compañías cómicas (48) vagaban por todas las provincias entreteniéndolo al pueblo con sus comedias, tragedias, tragicomedias, églogas, coloquios, diálogos, pasos, representaciones, autos, farsas y entremeses; que todas estas denominaciones tenian las piezas dramáticas que se escribieron entonces.

La propiedad (49) y decencia de los trajes, la decoracion y aparato escénico se hallaban todavia en un atraso miserable; porque como no habia en ninguna villa ni ciudad teatro permanente, y los actores se detenian muy poco en cada una de ellas (no permitiéndoles mayor dilacion el escaso caudal de piezas que llevaban), no era posible conducir por los caminos ni decoraciones, ni máquinas, ni utensilios de escena, ni la pobre ganancia que les resultaba de su ejercicio les permitia mayores dispendios.

Duraban todavia los abusos que el concilio de Aranda habia querido extinguir. Seguia celebrándose en el templo la fiesta ridicula de los Inocentes, y los dramas sagrados cuyo uso habia tolerado aquel concilio distaban mucho de la honesta y religiosa compostura que habia exigido en ellos. Fué pues preciso que el concilio toledano celebrado en los años de 1565 y 1566 tomase otra vez en consideracion este punto, prohibiendo de nuevo el grotesco regocijo de los Inocentes (50), previniendo que no se interrumpiesen los oficios divinos con ningun género de diversion; que las representaciones no se hiciesen dentro de la iglesia, y que los obispos mandasen examinar previamente las piezas de asunto sagrado que se diesen al pueblo, repitiendo la prohibicion á los clérigos de vestirse de máscara, ni representar en los citados espectáculos. En las demás diócesis de España se repitieron sucesivamente iguales providencias, y todo fué menester para desterrar del santuario desórdenes tan escandalosos, y sujetar

las representaciones italianas que trajo á España con su compañía un famoso mimico llamado Alberto Ganasa en 1574, y salió tan bien de su primera escursión, que posteriormente la repitió. Así como ahora el placer de la música suple el conocimiento del idioma, suplia entonces la

viveza de la gesticulacion en que eran estremados aquellos actores. Las entradas que dieron tales funciones, cuyas cuentas todavia se conservan, atestiguan la aceptacion que merecieron. Ganasa volvió á su patriarico, suerte que no se cuenta de ningun representante español de aquellos tiempos.



á sus ministros á no ser histriones, ni envilecer á vista del público la dignidad de su carácter.

Quedaron pues reducidas las antiguas acciones dramáticas de las iglesias á unos breves diálogos mezclados con canciones y danzas honestas, que desempeñaban los sacristanes, mozos de coro, cantores y acólitos en la fiesta de Navidad, precediendo á su ejecucion la censura del vicario eclesiástico. Ya no intervenian patriarcas, profetas, apóstoles, confesores ni mártires, sino ángeles y pastores : figuras mas acomodadas á la edad, al semblante, á la voz y estatura de los niños y jóvenes que habian de hacerlas. De aquí tuvieron origen las piezas cantadas que hoy duran con el nombre de villancicos (51), los cuales mas artificiosos entonces que ahora, se componian de representacion, canto, danza, accion muda, trajes, aparato y música instrumental.

Los dramas sagrados, históricos, alegóricos ó morales, que por tantos años habian sido ejercicio peculiar de los sacerdotes, desaparecieron enteramente. Nada se habia impreso : los cabildos conservaban los manuscritos de estas obras como propiedad suya, y así les fué tan fácil destruirlas todas. El mismo celo religioso que las fomentó, acabó con ellas después ; y aunque efectivamente ganó mucho en esto el decoro del templo y de sus ministros, la historia literaria se resiente de su pérdida (m).

Esta prohibicion dió nuevo impulso á los teatros públicos, en los cuales se vieron desde entonces con mayor frecuencia composiciones sagradas que atraian á la multitud ; el número de los autores dramáticos se fué aumentando, como igualmente el de las compañías cómicas. La emulacion de los actores, su interés y el deseo de ser aplaudidos les hizo adelantar en su arte, y nada omitieron para añadir á sus espectáculos el aparato y brillantez de que tanta necesidad tenian.

Un cómico natural de Toledo, llamado Navarro (52), autor de compañía, inventó los teatros por los años de 1570, que es decir, introdujo en ellos decoraciones pintadas y movibles, segun el argumento lo requeria ; mudó el sitio de la música, aumentó los trajes, hizo varias alteraciones en las figuras de la comedia, puso en movimiento las máquinas, imitó las tempestades, y animó sus fábulas con el aparato estrepitoso de combates y ejércitos.

Ya se infiere de aquí que la dramática española iba apartándose de aquella sencillez que la habia hecho estimable en las mejores composiciones de los autores precedentes. Vanos fueron los esfuerzos del docto anónimo (53) que en el año de 1555 publicó en Amberes una buena traduccion de dos comedias de Plauto. El benemérito humanista Pedro Simon Abril (54) dió á conocer á sus compatriotas en los años de 1570 y 1577 el *Pluto* de Aristófanes, la *Medea* de Eurípides y las comedias de Terencio en lengua vulgar ; nada de esto sirvió de ejemplo á los que escribian para el teatro. Jerónimo Bermudez (55), en el mismo año de 1577, presentó en su tragedia de *Nise lastimosa* una accion interesante, patética, llena de situaciones verosímiles y afectuosas, espresadas con grave y decoroso estilo. Las tragedias en prosa de Fernan Perez de Oliva, publicadas ya por Ambrosio de Morales, se leian con estimacion de los doctos, pero ninguno cuidó de imitarlas.

Otros literatos escribieron en la misma época comedias y tragedias latinas con apreciable regularidad : obras de mera erudicion, que no pudieron influir en los adelantamientos del teatro. Don Luis Zapata tradujo y publicó el *Arte poética* de Horacio ; Juan Perez de Castro la de Aristóteles. Alonso Lopez, llamado el Pinciano, dió á luz poco después una difusa y juiciosa poética, en que reunió con buen gusto y eleccion los preceptos de la dramática ; todo fué inútil, la depravacion de la escena española era ya inevitable.

El sevillano Juan de Malara (56) fué uno de los que mas contribuyeron á ella, escribiendo dramas desarreglados en que aplaudió el público muchas veces la diction fácil y sonora con que supo hermosear los estravíos de su brillante imaginacion.

Juan de la Cueva (57), su compatriota, afluente versificador, que cultivando todos los géneros de la poesía para no ser perfecto en ninguno, siguió las huellas de Malara, empezó desde el año de 1579 á dar al público sus comedias y tragedias, oidas primero con general con-

(m) Tal vez á este género pertenecen algunas, cuando menos, de las contenidas en el código, de la Biblioteca nacional, de que hemos hablado en la nota 5 del Prólogo, y cuya descripcion nos da sucintamente don Eugenio de Tapia al frente de las dos muestras que publicó. — « Los dramas (dice) de esta rarísima coleccion forman un volumen » en folio de 468 fojas numeradas con tinta encarnada ; » está muy bien escrito todo él, y la letra es del siglo xvi. » Todas las composiciones son anónimas, y no hay una sola » nota ó advertencia pordonde pueda rastrearse quién fuese » el compilador y quiénes los autores de tan distintas piezas ; » el código está falto de las ocho primeras hojas, y » acaso en alguna de ellas se daría razon de uno y otro. » Las mas de las composiciones llavan el nombre de autos,

» otras el de farsas, y dos ó tres se titulan coloquios, y » tambien hay un entremés titulado de *las Esteras*. Es de » presumir que todas ó la mayor parte se hubiesen representado, segun las loas ó introducciones que preceden, » y la licencia que para representarse consta al pié de una » de ellas. Muchas parecen, por su estilo y sencillez, del » primer tercio del siglo xvi, otras son indudablemente » posteriores. Todas son de corta estension, y tienen poco » artificio dramático ; distinguense no obstante muchas por » la naturalidad del diálogo, la facilidad de la versificacion, » y á veces por su gracia cómica, aunque todos sus asuntos son tomados del antiguo ó nuevo Testamento, ó de » alguna leyenda mística. » — Este código será objeto de » nuestro estudio particular en su tiempo oportuno.

tento en Sevilla, y repetidas después en todas las ciudades del reino, sirviendo de modelos ó de disculpa á los que con menos talento se propusieron imitarle.

Entonces se vieron ya confundidos los géneros cómico y trágico en los argumentos de la fábula, en los personajes, en las pasiones y en el estilo. Se adoptaron todas las combinaciones líricas, épicas y elegíacas, olvidándose de la unidad y conveniencia imitativa que pide la expresión de los afectos y caracteres en el teatro. Empezó á desatenderse como cosa de poca estima la prosa dramática, que en ambos géneros habia llegado tan cerca de la perfección, merced al estudio de algunos beneméritos autores. Las comedias eran ya novelas en verso, compuestas de patrañas inverosímiles é inconexas; las tragedias un enredo confuso, que se desataba á fuerza de atrocidades repugnantes y feroces, ó una serie de situaciones faltas de unidad y artificio, copiadas de la historia, sin que el autor pusiera otra cosa de su parte que el diálogo y los versos.

Así halló el teatro Miguel de Cervantes (58), el cual, bien lejos de contribuir á mejorarle, como pudiera haberlo hecho, solo atendió á buscar en él los socorros que necesitaba su habitual pobreza, escribiendo como los demás, y olvidando lo que sabia para acomodarse al gusto del vulgo y merecer su aplauso.

Esta escuela, si tal debe llamarse, siguieron después Cetina, Virués (59), Guevara, Lupericio de Argensola (60), Artieda (61), Saldaña, Cozar, Fuentes, Ortíz, Berrio, Loyola, Mejía, Vega, Cisneros (62), Morales, y un número infinito de poetas de menor celebridad, que florecieron en Castilla, Andalucía y Valencia (n).

Hecho ya el teatro necesidad del pueblo, y multiplicándose por todas partes las compañías cómicas, llegaron á establecerse en la corte, ocupando los dos corrales (63) de la Cruz y el Príncipe, construido el primero en el año de 1579, y el segundo en el de 1582.

En ellos empezaron á oírse con admiración los fáciles versos del joven Lope de Vega, aquel hombre extraordinario á quien la naturaleza dotó de imaginación tan fecunda, de tan afluyente vena poética, que en ninguna otra edad le ha producido semejante. Nada estimaba el público en los teatros si no era de Lope; los demás poetas vieron que el único medio de adquirir aplausos era imitarle, y por consiguiente abandonaron el estudio de los buenos dramáticos de la antigüedad, las doctrinas de los mejores críticos, y aquellos preceptos mas obvios que dicta por sí solo el entendimiento sin necesidad del ejemplo ni de la lectura.

Al acabarse el siglo xvi (64), no cumplidos los cuarenta años de su edad, ya habia dado Lope á los teatros mas de cuatrocientas comedias, improvisadas, ya se entiende, como todas las que hizo después, como todas las demás obras que salieron de su pluma en prosa y en verso; pero si es admirable la fecundidad de su fantasía, que nunca supo sujetar á los preceptos del arte, no es menos de maravillar que improvisando siempre, muchas veces acertó. Los que prescindiendo de las infinitas bellezas que se hallan esparcidas en sus composiciones dramáticas, gusten solo de acriminar sus defectos, no les faltará materia abundantísima para la censura; pero si esta liendiendo hasta el punto de culpar á Lope como corruptor de la escena española (65), no hallarán las pruebas que se necesitan para apoyar una acusación tan injusta.

Lope no desterró el buen gusto del teatro, que ya estaba enteramente perdido cuando él empezó á escribir. Si algun cargo puede hacersele, será solo el de no haber intentado corregirle; y en efecto, mucho podia esperarse de un talento como el suyo, de su exquisita sensibilidad, de su ardiente imaginación, de su natural afluencia, su oído armónico, su cultura y propiedad en el idioma, su erudición y lectura inmensa de autores antiguos y modernos, su conocimiento práctico de caracteres y costumbres nacionales. Si con estas prendas no aspiró á la gloria que adquirieron en Francia algunos años después Corneille y Moliere, esta es la sola culpa de que se le puede acusar.

El teatro español que, como ya se ha dicho, empezó en el templo, sujetaba á la ficción escénica los misterios de la religión. En el templo, y después en las plazas y corrales, se oyó la voz de Dios, la de Cristo, la de su divina Madre, la de los apóstoles y mártires; los ángeles, los diablos, los vicios y las virtudes eran figuras comunes en aquellos dramas. Esto no lo inventó Lope, ya lo halló establecido en los teatros de su nación. Si enredó sus fábulas con inverosímil artificio, huyendo el orden natural en que se suceden unos á otros los acaecimientos de la vida, si mezcló en ellas altos y humildes personajes, acciones heroicas y plebeyas, si pasó los términos del lugar y el tiempo, si faltó á la historia y á los usos característicos de las naciones; los poetas que le habian precedido le dieron ejemplo. Si puso en el teatro lo que solo cabe en las descripciones de la epopeya, lo que solo se permite á los movimientos líricos, si aduló la ignorancia vulgar pintando como posibles las apariciones, los pactos, los hechizos y todos los delirios que una vana credulidad autoriza; otros antes que él habian hecho lo mismo. Si se atrevió á mezclar entre sus figuras las deidades gentílicas, cuya existencia es

(n) Si nos propusiéramos citar nombres de ingenios que escribieron para el teatro en la época que medió entre Juan de la Cueva y la aparición de Lope de Vega, resul-

taria una lista muy estensa. Pero limitándonos á los de mayor nombrada, no podemos omitir al canónigo Tarraga, y á Gaspar Aguilar, secretario del duque de Gandía.



tan absurda que destruye toda verosimilitud teatral; nada hizo de nuevo, repitió solamente lo que halló practicado ya, lo que el pueblo habia visto y aplaudido por espacio de muchos años. No corrompió el teatro; se allanó á escribir segun el gusto que dominaba entonces; no trató de enseñar al vulgo, ni de rectificar sus ideas, sino de agradarle para vender con estimacion lo que componia, y aspiró á conciliar por este medio (poco plausible) las lisonjas de su amor propio con los aumentos de su fortuna.

El exámen de sus obras dramáticas y las que escribieron imitándole sus contemporáneos, las innovaciones que introdujo Calderon dando á la fábula mayor artificio, los defectos, las bellezas de nuestro teatro y su influencia en los demás de Europa durante todo el siglo xvii, su decadencia en el siguiente, los esfuerzos que se hicieron para su reforma, el estado en que hoy se halla y los medios de mejorarle, darán materia á quien con mayores luces y menos próximo al sepulcro se proponga continuar ilustrando esta parte de nuestra literatura, que tanto puede influir en los progresos del entendimiento, y en la correccion y decoro de las costumbres privadas y públicas.

# ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

## NOTAS DEL AUTOR.

### (1) *Los visigodos.*

Al cinpezar el siglo v ocuparon los visigodos una parte de España, y en los sucesivos (vencidas otras naciones bárbaras) la dominaron toda. Cuando entraron en ella hablaban con mas ó menos propiedad la lengua latina, puesto que habia ya mas de medio siglo que atravesando el Danubio se habian establecido en varias provincias del imperio, primero en calidad de refugiados, después como aliados, y por último como enemigos y conquistadores. La mayor parte de la nobleza gótica habia recibido su educacion entre los romanos. Así es que cuando llegaron á internarse en España, su lengua y sus costumbres eran las mismas que tenian los pueblos vencidos.

Los autores españoles que florecieron durante la monarquía gótica pertenecen esclusivamente á la baja latinidad. Justiniano, Elpidio, Justo, Nebridio, Agripio, Luciano, Severo, Eutropio, Leandro, Juan Biclarense, Fulgencio, Máximo, Isidoro, Balgasano, Sisebuto, Artuago, Paulo Emeritense, Braulio, los dos Eugenios, Fructuoso, Ildefonso, Orencio, Tajon, Juliano, Valerio: todos escribieron en latin.

Como los doctos y el vulgo tenian un mismo idioma, con la sola diferencia de que los unos le cultivaban en sus escritos con la pureza que les era dable, en tanto que la multitud le iba corrompiendo cada vez mas, no es de admirar que no se conserve ni un solo documento de la lengua gótica. Ha sido estudio particular de algunos eruditos reunir los vocablos que nos quedan de ella, y no hay mas que añadir á sus investigaciones.

Pudieran acumularse citas sin número en apoyo de cuanto se acaba de decir. Don Tomás Sanchez redujo á estas pocas líneas una asercion tan autorizada y tan evidente: «Cuando entraron en España los godos y demás naciones del norte, era vulgar y casi universal en todo nuestro continente la lengua latina introducida por los romanos. Pero como los godos que le dominaron después no aspiraron á introducir la suya, se conformaron con la de los romanos vencidos, introduciendo en la latina muchos vocablos de la gótica, dejando indeclinables los nombres, porque lo eran en su idioma. Este fué el principio de la corrupcion de la lengua latina en España, y el origen del romance que ahora usamos.»

Solo el deseo de opinar al revés de cuanto han dicho los demás pudo determinar al traductor del Blair á decir que «la lengua castellana es de origen godo; admitió con el tiempo vocablos latinos:» Debe leerse precisamente lo contrario. «La lengua castellana es de origen latino; admitió con el tiempo vocablos godos.»

### (2) *Durante la dinastía de los visigodos.*

Las naciones bárbaras del norte que invadieron á Europa disfrutaron en España, como en todas las demás provincias del imperio romano, de los espectáculos del anfiteatro, del circo y de la escena, que hallaron establecidos; y además de los teatros de madera que se construian en ocasiones particulares, existian usuales todavía los que habia de piedra en las principales ciudades de nuestra Península: tales eran los de Sagunto, Acinipo, Carteya, Hínerita Augusta, y otros que yacen hoy desconocidos en sus ruinas.

Desde el siglo iv, en que el concilio iliberitano hizo

mention de los aurigas, pantominos y cómicos, hasta el vii, en que todavía existian, se advierte la continuación de los espectáculos que los godos adoptaron y sostuvieron. San Isidoro en sus *Orígenes*, lib. 18, cap. 41 y 59, exhorta á los cristianos á que se abstengan de las fiestas del circo, del anfiteatro y de la escena: lugares que segun lo espresa aquel santo doctor infectaba todavía la supersticion gentilica, y ofrecian á los ojos pompas y vanidades mundanas, crueldades feroces, imágenes de lascivia y torpezas abominables (1). Por los años de 620 Sisebuto «depuso á Eusebio, obispo de Barcelona, é hizo poner otro en su lugar, como se entiende por las mismas cartas suyas. La causa que se alegaba fué que en el teatro los farsantes representaron algunas cosas tomadas de la vana supersticion de los dioses, que ofendian las orejas cristianas. Esta pareció por entonces culpa bastante por haberlo el obispo permitido.» Así refiere Mariana esta anécdota en su *Historia general de España*, lib. 6.

Resultado de aquí que noventa años antes de la irrupcion de los árabes duraban en España los espectáculos del teatro, y puede inferirse con toda verosimilitud que continuaron hasta que Rodrigo perdió en Jerez la corona y la vida. Esclava la nacion en poder de los agarenos, solo una pequeña parte de ella conservó su libertad al abrigo de montañas inaccesibles: desde allí fué dilatando progresivamente sus conquistas, y durante algunos siglos no conoció mas ocupaciones que la de pelear, ni mas artes que las necesarias á la guerra. Si en alguna de las naciones de Europa cesaron del todo las diversiones de la escena, ninguna tuvo como la nuestra tanto motivo de abandonarlas.

### (3) *La poesía siguiendo los progresos, etc.*

El primer poema castellano de los que hoy se conservan es el del *Cid*, escrito por desconocido autor á mitad del siglo xii, como lo manifiesta su misma rusticidad. En él todo es deforme: el lenguaje, el estilo, la versificacion y la consonancia. La única regularidad que se advierte (y no es plausible en un poema) es la de haber seguido en su narracion el orden de los sucesos segun los refiere la historia.

El clérigo Joan Lorenzo, natural de Astorga, escribió por los años de 1250 un poema de la vida de Alejandro, siguiendo en general la narracion de Quinto Curcio, añadiendo á veces circunstancias y hechos fabulosos que halló en otros autores. El lenguaje de Joan Lorenzo es ya mucho mas culto que el del poema del *Cid*, la versificacion mas sonora, la consonancia mas exacta.

Por el mismo tiempo floreció el presbítero Gonzalo de Berceo, que compuso entre otras obras poéticas, la *Vida de Santo Domingo de Silos*, la *de San Millán*, la *de Santa Oria* y el *Martirio de San Lorenzo*. En ellas ciñéndose con poca invencion al asunto histórico que se habia propuesto desempeñar, manifestó ilustrado talento, sencillez, fácil abundancia, y tan puro y religioso candor (no desnudo de gracia en el estilo ni de armonia en los versos), que puede contarse entre los que ilustraron el primitivo Par-

(1) ¿Se propendria sau Isidoro moralizar el teatro, introduciendo en él un género nuevo, cuando compuso su opúsculo dialogado: *Conflictus vitiorum et virtutum*, que se lee entre sus escritos? Algunos han sospechado por lo menos que esta obra fué destinada á la representacion; nosotros no nos creemos con bastantes conocimientos para ilustrar, cuanto menos para resolver, este problema.



naso castellano como el mas digno cantor de la devocion y la virtud: sus versos anuncian la inocencia de sus costumbres. ¿Quién hay que los lea sin prendarse del poeta que los compuso?

Alfonso X, llamado con sobrada razon el Sabio, entre varios monumentos que nos dejó de su literatura, escribió algunas composiciones poéticas en castellano y en gallego, y las que dedicó á celebrar los milagros de la Virgen se conservan con la música que les puso él mismo. Así se cantaron durante algunos años en la catedral de Sevilla.

Séame lícito con este motivo esponer mi opinion acerca del *Libro de las Querellas* y el de *El Tesoro*. No creo que estas composiciones sean de Alfonso X. Cualquiera que tenga conocimiento de los progresos de la lengua y poesía castellana les dará dos siglos menos de antigüedad. Si las coteja con las demás obras en verso de aquel rey hallará mas fundada esta asercion, y si reflexiona que se hallaron entre los manuscritos del marqués de Villena, sospechará quién pudo ser el verdadero autor, y á cuál época pertenecen (2).

Hecha ya mencion de los primeros autores de nuestra poesia vulgar, no es de mi propósito continuar la serie de todos ellos. Velazquez habló de esto, y después de él don Tomás Sanchez añadió cuantas noticias pudo adquirir su diligencia.

#### (4) *Los yoglares y yoglaresas.*

Juglar, del latin *jocularis*, músico de instrumento y voz, pantomimo y representante. La primera indicacion que he podido hallar, acerca de los juglares en España, se encuentra en la crónica general, en donde hablándose del casamiento de las hijas del Cid con los condes de Carrión (que debió ser acia el año de 1098), se refiere que los juglares intervinieron en las fiestas celebradas en Valencia con aquel motivo.

Lo mismo se verificó después cuando el Cid casó otra vez á sus hijas con don Ramiro, infante de Navarra, y don Sancho, infante de Aragon, segun refiere tambien la citada crónica.

En un privilegio dado en Burgos por Alfonso VII, en el año de 1156, firma entre otros un juglar con estas palabras: *Pallea juglar confmat.*

En los siglos posteriores se hace frecuente mencion de los juglares, y á este fin pueden verse las *Leyes de Partida*, las *Obras de Berceo* y *Joan Lorenzo*, el manuscrito de *cuentas de Sancho IV*, la *Historia de los reyes de Aragon* por Montaner, *El conde Lucanor*, las *Obras del Arcipreste de Hita*, la *Historia del monasterio de Sahagun*, el *Ceremonial del rey don Pedro de Aragon*, y las noticias que el P. Licinianio Saez sacó del archivo de Contos de Navarra.

La cita mas reciente que ha llegado á mi noticia relativa á juglares, es la que copió don Tomás Sanchez del *Cancionero de Baena*, en donde se incluye una cántiga del poeta Villasandino, hecha «por alabanza é loores de la redundante ciudad de Sevilla, é presentóla en cabildo» é fizola cantar con juglares delante de los oficiales, é ellos mandáronle dar en aguinaldo cient doblas de oro «por esta cántiga.» Refiérese esto á los principios del siglo xv, durante el cual, aunque las habilidades de los juglares permanecieron, la denominacion se fué olvidando, y llegó á faltar enteramente en el uso comun del idioma después de haber durado en él por espacio de mas de cuatro siglos.

(2) Esta fundadísima sospecha del autor adquiere muchos mas grados de probabilidad, si á las consideraciones que indica se agrega otra muy importante, relativa al asunto del libro del *Tesoro*, reducido al hallazgo de la piedra filosofal. Sabida es la fama de nigromante y alquimista que se granjeó en su tiempo el marqués de Villena. No es improbable que con aquellos signos no descifrados hasta ahora, tal vez caprichosos y sin significacion, que van interpolados con las estancias castellanas, quisiese divertirse con los crédulos, como creemos que se propuso en su libro del *Aojamiento*, cuya copia tenemos á la vista.

#### (5) *No pertenecen al género dramático.*

Nasarre dijo en el prólogo á las comedias de Cervantes: «Los árabes y moros fueron en las representaciones con hechos, gestos y palabras muy escelentes. ayudados del genio poético y elegante lenguaje de su nacion, como se hará ver cuando se publiquen las reliquias de su literatura, que por felicidad grande se han hallado poco ha en la famosa librería del Escorial, y aun sin ellas se puede probar con nuestras historias.» Lo cierto es que en nuestras historias nada se halla que autorice tal opinion. En el Escorial no existe ninguna composicion de teatro escrita por los árabes. Casiri, que publicó la Biblioteca arábiga escurialense, ni vió ninguna, ni adquirió siquiera la noticia de que entre los árabes se cultivase este género de poesia. *Jam verò arabes europæorum more nec tragædiæ nec comedias agunt; an vero scripsint, altum apud scriptores silentium.* El erudito don José Antonio Conde, á quien merecí la mas cordial amistad y confianza, me aseguró repetidas veces que entre los muchos manuscritos que habia leido y extractado, para la formacion de su *Historia de los árabes en España*, no habia encontrado el menor indicio de que en aquella nacion se hubiese conocido nunca la poesia teatral.

#### (6) *Llegó á ser comun, etc.*

No es dudable que la poesia italiana trae su origen de la provenzal ó lemosina. En cuanto á la nuestra podemos asegurar que tuvo el mismo principio luego que abandonó la imitacion latina. De esta opinion fué el marqués de Santillana, el cual dijo: «Estendiéronse, creo, de aquellas tierras y comarcas de los lemosinos estas artes á los gállicos, é á esta postrimería é occidental parte, que es la nuestra España, donde asaz prudente é fermosamente se han usado... Los catalanes, valencianos y aun algunos del reino de Aragon fueron é son grandes oficiales de esta arte... Ovo entre ellos de señalados hombres, así en las invenciones como en el metrificar.»

Don Luis Velazquez dijo: «Los poetas provenzales de España de que tenemos noticia suben hasta el siglo xi. En él vivia don Pedro I de Aragon, si acaso es á él y no á don Pedro II, á quien deben atribuirse los versos provenzales de que habla Guillermo Castel. En el siglo xii los hizo don Alfonso I de Aragon;» y continúa nombrando algunos célebres poetas catalanes y valencianos que cultivaron la poesia en lenguaje lemosino hasta el siglo xvi. A estas noticias deben añadirse las que recogió don Tomás Sanchez relativas al mismo propósito.

Los trovadores de Castilla escribieron en su propia lengua imitando á los provenzales y adoptando la medida y colocacion de sus versos. Los aragoneses compusieron algo en lemosino, y la mayor parte en castellano, que era su idioma natural. Los portugueses en el suyo siguieron tambien la misma escuela, es decir, que el gusto, la versificacion y el lenguaje provenzal fueron generales en Cataluña y en Valencia; pero los aragoneses, portugueses y castellanos cultivaron esclusivamente la suya, introduciendo en ella las formas poéticas que tomaron de los provenzales.

#### (7) *Fueron célebres por el estudio de la gaya sciencia.*

Desde el siglo xii empezaron á florecer en la parte meridional de Francia muchos trovadores cultivando la poesia que se llamó provenzal. Dueños los condes de Barcelona de grandes estados á la otra parte de los Pirineos, fácilmente pasó á Cataluña el gusto de versificar, siendo una misma la lengua vulgar en una y otra parte, la cual en lo sucesivo se extendió á Valencia conquistada por el rey don Jaime I.

En el libro que escribió el marqués de Villena de la *Gaya sciencia*, hablando de los progresos que hizo en la corona de Aragon, dice: «El rey don Juan de Aragon, primero de este nombre, fijo del rey don Pedro II, fizo solemne embajada al rey de Francia pidiéndole mandase al colegio



» de trovadores que viniese á plantar en su reino el estudio de la gaya sciencia, é obtóvolo, é fundaron estudio della en la cibdad de Barcelona dos mantenedores que vinieron de Tolosa para esto, ordenándolo desta manera: » Que viese en el estudio ó consistorio de esta sciencia en Barcelona cuatro mantenedores: el uno caballero, el otro maestro de teología, el otro de leyes, el otro honrado ciudadano; é cuando alguno destos falleciese, fuese otro de su condicion elegido por el colegio de los trovadores é confirmado por el rey.

» En tiempo del rey don Martín su hermano fueron mas privilegiados é acrescentadas las rentas del consistorio para las despensas facederas, así en la reparacion de los libros del arte é vergas de plata de los vergueros que van delante de los mantenedores ó sellos del consistorio, como en las joyas que se dan cada mes é para celebrar las fiestas generales, é ficiéronse en este tiempo muy señaladas obras, que fueron dignas de corona.

» Después de muerto el rey don Martín por los debates que fueron en el reino de Aragon sobre la sucesion, ovieron de partir algunos de los mantenedores é los principales del consistorio para Tolosa, y cesó lo del colegio de Barcelona.

» Las materias que se proponian en Barcelona estando allí don Enrique (habla de sí mismo), algunas veces loores de sancta Maria, otras de amores é de buenas costumbres. E llegado el día prefigido congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio donde yo estaba, y de allí partíamos ordenadamente con los vergueros delante, é los libros del arte que traian y el registro ante los mantenedores; é llegados al dicho capitol, que ya estaba aparejado é enparamentado de paños de pared al derredor é fecho un asiento de frente con gradas en donde estaba don Enrique en medio, é los mantenedores de cada parte, é á nuestros piés los escribanos del consistorio, é los vergueros mas abajo, é el suelo cubierto de tapiceria é fechos dos círculos de asientos donde estaban los trovadores, é en medio un bastimento cuadrado tan alto como un altar cubierto de paños de oro, é encima puestos los libros del arte é la joya, é á la man derecha estaba la silla alta para el rey, que las mas veces era presente, é otra mucha gente que se ende allegaba: é fecho silencio levantábase el maestro en teología, que era uno de los mantenedores, é facia una presuposicion con su tema y sus alegaciones y loores de la gaya sciencia é de aquella materia de que se habia de tratar en aquel consistorio, é tornábase á sentar. E luego uno de los vergueros decia que los trovadores allí congregados espandiesen y publicasen las obras que tenian hechas de la materia á ellos asinada; é luego levantábase cada uno é leia la obra que tenia fecho, en voz inteligible, é traian las escritas en papeles damasquinos de diversas colores con letras de oro é de plata, é iluminaduras fermosas lo mejor que cada uno podia; é desde todas eran publicadas, cada uno las presentaba al escribano del consistorio.

» Tenianse después dos consistorios, uno secreto y otro público. En el secreto facian todos juramento de juzgar derechamente sin parcialidad alguna, segun las reglas del arte, cuál era mejor de las obras allí esaminadas é leidas puntualmente por el escribano. Cada uno de ellos apuntaba los vicios en ella cometidos, é señalábanse en las márgenes de fuera. E todas así requeridas, á la que era hallada sin vicio, ó á la que tenia menos, era juzgada la joya por los votos del consistorio.

» En el público congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio, é don Enrique partia dende con ellos como está dicho para el capitulo de los frailes predicadores; é colocados é fecho silencio, yo les facia una presuposicion loando las obras que ellos habian fecho, é declarando en especial cuál de ellas merecia la joya, é aquella la traia ya el escribano del consistorio en perga-

» mino bien iluminada é encima puesta la corona de oro, y firmábalo don Enrique al pié, é luego los mantenedores, é sellábala el escribano con el sello pendiente del consistorio, é traia la joya ante don Enrique, é llamado el que fizo aquella obra, entregábase la joya é la obra coronada por memoria, la cual era asentada en el registro del consistorio, dando autoridad é licencia para que se pudiera cantar é en público decir.

» E acabado esto tornábamos de allí á palacio en ordenanza, é iba entre dos mantenedores el que ganó la joya, é llevábale un mozo delante la joya con ministriles y trompetas, é llegados á palacio haciales dar confites y vino; é luego partian dende los mantenedores é trovadores con los ministriles é joya acompañando al que la ganó fasta su posada, é mostrábase aquel aventaje que Dios y natura ficiéron entre los claros ingenios é los oscuros.» (*Origenes de la lengua española*, por Mayans.)

(8) *Los depositarios de sus príncipes.*

El docto Muratori en sus disertaciones sobre las antigüedades de Italia nos da una idea de la pompa espléndida de tales fiestas. En cuanto á los espectáculos teatrales que empezaron á usarse en aquella nacion, merecen consultarse, entre muchas obras que tratan de esto, la *Historia literaria de Italia* de Tiraboschi y la *de los teatros* de Signorelli.

(9) *Si del todo se habian perdido.*

A las comedias y tragedias griegas ó latinas, que se representaban por toda la estension del imperio romano, sucedieron los mimos y pantomimos, que durante los últimos emperadores gentiles llegaron á ocupar casi exclusivamente los teatros de Roma y de las provincias sujetas á su dominacion.

La paz dada á la Iglesia por Constantino en el siglo iv no hizo cesar los acostumbrados espectáculos; apenas pudo contener la sangrienta ferocidad del anfiteatro y reprimir en la escena la torpe disolucion de sus mimos y acciones mudas. Constantino prohibió los gladiadores, obedeciéndose tan mal su decreto que al cabo de muchos años Arcadio y Honorio volvieron de nuevo á prohibirlos. El papa Gelasio I se lamentaba á fines del v siglo de la celebracion de las fiestas lupercales, que su celo y su autoridad no podian extinguir. Tanto tardan las naciones en abandonar sus costumbres y olvidar lo que las deleita.

Duraron pues los teatros con mas ó menos esplendor no solo en el Oriente (hasta que en el siglo xv acabó aquel imperio) sino tambien entre las demás naciones de Europa. En España, como ya se ha dicho, cesaron con la irrupcion de los moros en el siglo viii. Véanse algunas pruebas de la continuacion de las fiestas teatrales, supuesta siempre la diferente forma que dieron ir adquiriendo con el trascurso de los años y la mudanza de las costumbres. — Siglo iv, concilio cartaginense 3, año de 397: *Ut scenici atque histronibus ceterisque hujusmodi personis vel apostaticis conversis vel reversis ad Dominum gratia vel reconciliatio non negetur.*

El poeta Ausonio, que murió á fines del mismo siglo, escribiendo á su amigo Auxio Paulo, le dice en su epístola 10:

Dactylicos elegos choriambum carmen epodos  
Socci et cothurni musicam  
Carpentis impone tuis: nam tota supellex  
Vatum plorum chartae est.

Y en la epístola 14:

Attamen ut citius venias leviusque vehare,  
Ilistoriam, mimos, carmina linque domi.

— Siglo v, concilio africano, año de 417: *Petendum ab imperatore ut prohibeat spectacula theatrorum in diebus dominicis et aliis sanctorum festis.*

— Siglo vi. Teodorico mandó hacer en el teatro de Pompeyo en Roma las reparaciones que fueron necesarias, como se lee en la epístola 51 de Casiodoro, lib. 4, en que escribiendo á Simaco le dice el rey: *Et ideo theatri fabri-*



*cam magna se mole solventem, consilio vestro credimus esse roborandam.* En el mismo lugar hace mención de la existencia de los mimos y pantominos, y de la perfección á que habían llegado en sus días aquellas artes.

Atalarico, su inmediato sucesor, escribiendo al senado romano, dice (lib. 9, epístola 21 de la colección de Casiodoro): *Nam si opes nostras scenicis pro populi oblectatione largimur, et ea studiosissimè consequuntur, qui adeo necessarij non habentur, quanto magis illis sine dilatione præbendæ sunt, per quos et honesti mores proveniunt, et palatio nostro facunda nutriuntur ingenia?*

En el concilio constantinopolitano, año de 536, contra los herejes acéfalos, se dice hablando de Pedro, uno de ellos: *Quantam servavit voluptuosissimam affectionem circa Stephanam scenicam, quam adducendo persuasione et blanditijs monasterio iniquè immittit et omni tempore privatim et continuò ipsi assidet.*

Las anécdotas de la misma Teodora, elevada por Justiniano al tálamo y solio imperial, son tan conocidas en la historia que sería ocioso repetirlas (3).

—Siglo vii, concilio romano, año de 680: *Statuimus etiam atque decernimus ut episcopi, vel quicumque ecclesiastici religiosam vitam professi sunt, armis non utantur, nec citharædos habeant, vel quæcumque symphonia, nec quoscunque jocos vel ludos ante se permittant.*

Concilio constantinopolitano 5, año de 680: *Omniñò prohibet hæc sancta et universalis synodus eos, qui dicuntur mimi, et eorum spectacula, deinde venationum quoque spectationes atque in scena saltationes fieri.... Nec quid liceat eorum qui in sacerdotali ordine enumerantur vel monachorum in eorum curricula subsistere, vel scenicos ludos sustinere.*

—Siglo viii, en los capitulares de Carlomagno (por los años de 790): *Ut episcopi et abbates et abbatissæ cuplas canum non habeant, nec falcones, nec accipitres, nec jolutores.*

Por el mismo tiempo el monje Alcuino exhortaba en una de sus cartas á Angilberto, yerno de Carlomagno, á que se abstuviese de asistir á los espectáculos del teatro. (Mabillon, *Anales benedictinos*, lib. 26, núm. 15.)

—Siglo ix, concilio turonense, año de 815: *Histrionum quoque et obscenorum insolentias jocorum et ipsi animo cæterisque sacerdotibus effugienda prædicare debent.*

Concilio aquisgranense, año de 816: *Quod non oporteat sacerdotes aut clericos quibuscunque spectaculis in scenis aut in nuptiis interesse.*

Concilio parisiense, año de 829: *Hæc quippe à sanctis viris penitus sunt propellenda, quibus magis convenit lugere, quàm ad scurrilitates et stultiloquia et histrionum obscenas jocationes et cæteras vanitates, quæ animum christianum à rigore suæ rectitudinis emollire solent, in cachinnos ora dissolvere.*

—Siglo x. En la oración del rey Edgar de Inglaterra, año de 967, se dice hablando de los vicios del clero: *Dicam quod boni lugent, mali rident, dicam doleant, et si tamen dicti potest quomodo diffuant in comensationibus, in ebrietatibus, in cubilibus et impudicijs, ut jam domus clericorum putentur prostibula meretricum, conciliabulum histrionum.*

En este siglo Roswita, religiosa benedictina de Grandeshelm, compuso en latín bárbaro seis dramas intitulados: *Gallicanus, Dulcitius, Callimachus, Abrahamus heremita, Paphnutius, y Fides, spes et caritas.* Los argumentos de tales piezas y la calidad de la autora hacen creer que las compuso para representarse en el templo, según costumbre de aquella edad, y á vista de un escogido auditorio.

—Siglo xii. Un monje de Canterbury, llamado Guillermo Stephanides ó Fitz Stephen, que escribió durante el reinado de Enrique II una obra intitulada: *Descriptio nobilissimæ civitatis Londoniæ*, dice en ella: «Lóndres, en »vez de las farsas ordinarias propias del teatro, tiene dra- »mas de un asunto mas santo, representaciones de los mi- »lagros que los santos confesores obraron, ó de los sufri- »mientos en que la gloriosa constancia de los mártires se »manifiesta.» (*Biografía dramática*.—Lóndres, 1782.)

A este siglo se refiere, en la opinión de muchos eruditos, un drama latino escrito en Alemania intitulado: *Ludus paschalis de adventu et interitu Antichristi*. Son interlocutores el papa, el emperador, los soberanos de Francia, de la Grecia y de Babilonia, el Anticristo, la Herejía, la Hipocresía, la Sinagoga y el Gentilismo.

—Siglo xiii. Concilio lateranense, año de 1215: *Clericis mimis, jocularibus et histrionibus non intendant.*

Concilio ravenatense, año de 1286: *Ne clerici jolutores vel histriones à laicis transmissos recipiant.*

Pertenecen á este siglo las primeras noticias que se conservan de la existencia de piezas dramáticas en España, orígenes de nuestro moderno teatro. Nadie duda que de esta época en adelante continuaron estos espectáculos en todas las naciones de Europa, y solo Grecia llegó á perderlos á fines del siglo xv, como ya se ha dicho.

#### (10) Los eclesiásticos, etc.

Signorelli, en su *Historia de los teatros*, lib. 3, dice: *Il clero qui importava che i popoli non venissero distratti dalla divozione, alla prima proscrisse siffatti spettacoli, indi cangiando condotta e seguendo lo stile delle precedenti età (quando ad onta di divieti si videro introdotti nelle chiese) ne ripigliò egli stesso l'usanza, esercitando l'arte istrionica, e mascherandosi, e cantando favole profane nel santuario.*

#### (11) En las demás naciones.

Para comprobar esta asercion bastarán algunas ligeras indicaciones. El que aspire á mayor noticia la encontrará en las muchas obras extranjeras histórico-críticas que tratan de esto (4).

En 1225, día de Pascua de Resurrección, se hizo una representación en Padua, en la gran plaza que se llama *Prato della Valle*.

En 1264 se estableció en Roma la compañía llamada del *Goufalone*, con el objeto principal de representar los misterios de la pasión de Jesucristo, como en efecto lo verificó por espacio de muchos años. En el de 1445 representaba en el coliseo. En el de 1584 se imprimieron sus ordenanzas en Roma.

En 1261 se estableció la compañía de *Battuti* en Treviso, y uno de sus reglamentos dice que los canónigos de aquella iglesia debían dar *in anno quolibet dictæ scholæ duos clericos sufficientes pro Maria et Angelo, et bene instructos ad canendum in festo fiendo morc solito in die Annunciationis... Cantores habeant soldos X pro quolibet... in die Annunciationis B. M. V. cum fiet representatio.*

En 1298 el clero de Friuli dió una representación de la pasión de Jesucristo en el día de Pentecostés. En el reino

(4) Los franceses han hecho sobre esta parte de su antigua literatura profundas é importantes investigaciones, que han difundido clarísima luz en esta materia. Citaremos algunos autores, para que puedan consultarlos los curiosos: *Froissard, Félibien, Sauvai, Saint-Foix*, los hermanos *Parfait*, en su *Historia del teatro francés*, t. i, *Maupoint*, en su *Biblioteca de los teatros*, *Beauchamp*, en sus *Investigaciones sobre el teatro*, la *Historia general de los teatros*, t. xi, el *Diario de los sabios*, mayo de 1828 y junio de 1856, el tomo xvi de la *Historia literaria de Francia*, *Villemain*, en su *Cuadro de la literatura de la edad media*, *Emitio Morice*, en su *Ensayo sobre el aparato escénico desde los misterios hasta la tragedia del Cid*, *Carlos Maguin*, en sus *Orígenes del teatro moderno*, y sobre todo por la especialidad del asunto *Onesimo Leroy*, en sus *Estudios sobre los misterios*. Si en toda historia literaria particular deben buscarse los puntos de contacto con la historia general comparada, para conocer algo á fondo las primeras tentativas dramáticas en España, no podemos prescindir de examinar las vicisitudes que tuvo el arte en aquellas naciones con las cuales ha existido siempre un comercio tan activo de ideas, de lenguaje y de costumbres.

(5) Gregorio de Tours (*De Gloria confessorum*, c. 6.) nos refiere que en las exequias de Santa Radegunda, celebradas en 587, cerca de doscientas religiosas cantaron una escena fúnebre dialogada al rededor del léretero, escena de que fué testigo, ó tal vez uno de los actores.



de Nápoles se hicieron representaciones de este género, y la que desde tiempo inmemorial se hacía en Lanciano (provincia del Abruzzo) en la noche del viernes santo, que concluía con una devota procesion, duró hasta el año de 1740, en que fué prohibida por el gobierno.

En 1504 se hacía en Toscana una fiesta teatral en que se imitaba el infierno con los diablos y los condenados, que daban ahullidos espantosos.

En el mismo año el cabildo y clero de Friuli representó la creacion de Adán y Eva, la Anunciacion y el parto de nuestra Señora.

Durante aquel siglo se representaron por toda Italia la conversion de la Magdalena y la de san Pablo.

En el siguiente se representó en Roma el drama sagrado de San Lorenzo y Paulo, y en la semana santa del año de 1432 se representaron los misterios de la pasion en la iglesia de Santa Clara de Nápoles, con magnificas decoraciones y á presencia de Alfonso I.

En Flandes y Alemania se usaron igualmente estas fiestas sagradas. Federico, landgrave de Turingia, asistió en la ciudad de Eisenach en el año de 1322 á una representacion, cuyo argumento era las virgenes del Evangelio.

En la *Biografía dramática*, citada ya, se dice hablando del teatro inglés: «El año de 1578 los estudiantes de la escuela de San Pablo presentaron una peticion á Ricardo II suplicándole que prohibiese al pueblo ignorante representar la historia del antiguo Testamento con gran perjuicio de la citada clerecía, que tenia hechos grandes gastos para representarla en la pascua de Navidad.

» Cerca de doce años después, esto es, en el de 1590, los curas de las parroquias de Londres se dice haber representado farsas en Skinners-Well el 18, 19 y 20 de julio; y en el de 1409, el décimo año de Enrique IV, representaron en Clerkenwell (pozo de los clérigos), que tomó su nombre de la costumbre de representar farsas allí los curas de las parroquias, una farsa que se repitió por ocho dias consecutivos, en la cual se trataba de la creacion del mundo, y acudió á verla la mayor parte de la nobleza y caballeros del reino.

» Consta que en 1578 representaron los coristas de San Pablo piezas dramáticas, y cerca de doce años después de esto se dice haber representado misterios los curas de las parroquias de Londres en Skinners-Well.»

Por los años de 1580 se hacían ya en Francia representaciones de moralidades y misterios.

En 1402 los *Hermanos de la Pasion*, obtenida licencia de Carlos VI, establecieron su teatro en París, y representaron durante aquel siglo farsas de la pasion y misterios del antiguo Testamento. En la que se atribuye al obispo de Angers intervenían el Padre Eterno, Jesucristo, Lucifer, Satanás, la Magdalena y algunos de sus amantes. Lucifer daba una paliza á Satanás por no haber sabido tentar á Cristo como era menester. La hija de la Cananea con los diablos en el cuerpo se desahogaba diciendo mil torpezas y desatinos. El alma de Judas, no pudiendo salir por la boca que habia besado al divino Maestro, se escapaba por otra parte, llevándose de camino las entrañas del mal apóstol. Satanás volaba al pináculo con Jesucristo acuestas. Esto se representaba en la capital de Francia á mediados del siglo xv, y esto duró hasta pasado el xvi.

Pertencen á esta última época, además de las vidas y milagros de los santos reducidas á accion dramática, las moralidades y misterios intitulados: *Encarnacion y Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo*. *Misterio de la Pasion*. *La Resurreccion de Cristo*. *Misterio del caballero que dió su mujer al diablo*. *Las Actas de los Apóstoles*. *La Asuncion de nuestra Señora*. *Combate de la carne y del espíritu*. *Misterio de la Encarnacion de nuestra Señora*. *El diluvio universal*. *Moralidad del Hijo de perdition que ahorcó á su padre*. *Tragedia del nacimiento y creacion del mundo*, etc. etc.

## (12) *Indicó á los eclesiásticos.*

« Los clérigos... non deben jugar dados nin envolverse con tafures, nin atenerse con ellos, nin deben entrar en tabernas á beber, fueras ende si lo ficieren por premia andando camino, nin deben ser facedores de juegos de escarnios porque los vengan á ver gentes cómo se facen. E si otros omes los ficieren, non deben los clérigos hí venir, porque facen hí muchas villanías é desapostas. Nin deben otrosí estas cosas facer en las iglesias: antes decimos que los deben echar de ellas desonradamente á los que lo ficieren: cada iglesia de Dios es echa para orar é non para facer escarnios en ella, ca así lo dijo nuestro señor Jesucristo en el Evangelio: que la su casa era llamada casa de oracion, é non debe ser fecha cueva de ladrones. Pero representacion hay que pueden los clérigos facer, así como de la naciencia de nuestro señor Jesucristo en que muestra cómo el ángel vino á los pastores, é cómo les dijo cómo era Jesucristo nacido. E otrosí de su aparicion cómo los tres reyes magos le vinieron á adorar. E de su resurreccion, que muestra que fué crucificado é resucitó al tercero dia: tales cosas como estas que mueven al ome á facer bien é á haber devocion en la fe, puédenlas facer, é demás, porque los omes hayan remembranza que segun aquellas fueron las otras fechas de verdad. Mas esto deben facer apuestamente é con muy grand devocion é en las cibdades grandes donde oviere arzobispos ó obispos, é con su mandado de ellos ó de los otros que toviere sus veces, é non lo deben facer en las aldeas. » (1.<sup>a</sup> Partida, tit. vi, ley 34.)

## (13) *El mismo Alfonso X, etc.*

« Otrosí los que son juglares é los remedadores é los facedores de los zaharrones que públicamente andan por el pueblo ó cantan ó facen juegos por precio, esto es porque se envilecen ante otros por aquel precio que les dan. Mas los que tañeren estrumentos ó cantasen por facer solaz á si mesmos, ó por facer placer á sus amigos ó dar solaz á los reyes ó á los otros señores, non serían por ende enfamados. » (7.<sup>a</sup> Partida, tit. vi, ley 4.)

« Ilustres personas son llamadas en latin las personas honradas é de gran guisa é los que son puestos en dignidades, así como los reyes é los que descenden dellos, é los condes, é otrosí los que descenden dellos, é los otros omes honrados semejantes destos. E estos atales, como quier que segun las leyes pueden recibir las barraganas, tales mujeres ya que non deben recibir así como la sierva, ó hija de la sierva. Nin otrosí, la que fuese aforrada nin su fija, nin juglaresa nin sus fijas, nin tabernera, nin regatera, nin alcabueta nin sus fijas, nin otra persona de aquellas que son llamadas viles por razon de si mismas, ó por razon de aquellos que descendieren; ca non seria guisada cosa que la sangre de los nobles fuese embargada nin ayuntada á tan viles mujeres. E si alguno de los sobre dichos ficiere contra esto, si oviese de tal mujer fijo segun las leyes, non seria llamado fijo natural, ante seria llamado spurio, que quier tanto decir como fornecido. E demás tal fijo como este non debe partir en los bienes del padre, nin es el padre tenuto de criarle si non quisiere. » (4.<sup>a</sup> Partida, tit. xiv, ley 3.)

## (14) *Tenia á su servicio, etc.*

En los libros de cuentas de este rey pertenecientes al año de 1295 se hace mencion de los vestidos y raciones que se daban en palacio á quince *tamboreros u omes de los atambores*, á cuatro *tromperos*, á dos *saltadores* y á los *juglares* ó músicos del tamboret, del ayabeba, del añafil, de la rota, y al maestro de los órganos. Dábase racion á uno que tocaba el tamboril, llamado Juanot. Los saltadores parece que eran moros; uno de ellos se llamaba Fate. Había mujeres músicas de voz y de instrumentos, y en una de las partidas se apunta lo que costó un asno para las juglaresas. Existe este curioso manuscrito en la real biblioteca de Madrid.



(13) *El ilustre don Juan Manuel, etc.*

Floreció en los reinados de Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI. La historia refiere sus acciones militares y políticas; la literatura conserva noticias de las doctas obras que compuso, si bien hasta ahora solo se ha publicado por medio de la prensa la del *Conde Lucanor*. Escribió además la *Crónica de España*, el *Libro de los Sabios*, *Libro del Caballero y del Escudero*, *Libro del Infante*, *Libro de Caballeros*, *Libro de la Caza*, *Libro de los Engaños*, *Libro de los Cantares*, *Libro de los Ejemplos*, *Libro de los Consejos*. Estas obras existieron en el monasterio de PP. dominicos de San Pablo de la villa de Peñafiel: allí estaban hace dos siglos y medio. ¿Quién sabe en dónde pararán ahora, ó si habrán perecido como otras muchas que la ignorancia y el total abandono de los buenos estudios ha dejado perecer?

El docto alemán Bouterwek se inclinó á creer que ciertos versos que se hallan en el *Cancionero general* fuesen compuestos por el que escribió el *Conde Lucanor*; pero no son de él, sino de alguno de sus descendientes, que según la cultura del lenguaje y la corrección de los versos, debió florecer muy poco antes de la publicación del *Cancionero*. Una sola reflexión bastará para comprobarlo. En el romance que cita Bouterwek se hace mención de los frailes del Paular. El infante don Juan Manuel murió en el año 1347, y el convento del Paular se fundó en el de 1440.

(16) *Juan Ruiz, arcipreste de Hita.*

Son muy escasas las noticias que nos han quedado de este autor. Se cree que fué natural de Alcalá de Henares, y que murió de edad avanzada antes del año de 1331.

«De los poemas misceláneos (dijo don Juan Antonio Peñalver) de que se compone este códice del Arcipreste de Hita, el mas principal es la fábula en que se finge que por consejo de la diosa Venus, y con la tercera de la vieja Trota-conventos, consigue don Melon de la Huerta casarse con una viuda llamada doña Endrina. Pero este poema no es parto original del Arcipreste, sin embargo de su fecundo ingenio. Hallóse inventado por un poeta de la baja latinidad, y de él le adoptó. Hay en efecto un poema jocoso atribuido á Ovidio, intitulado *De Vetula*. Habla de él Fabricio (*Bibl. latina*, tomo 1, pág. 277), y dice que se atribuye á Ovidio sin ningún fundamento, y que acaso es obra de Pánfilo Maurilano, monje que floreció en la media edad. Hace mención de dos ediciones que se hicieron de él, una en el año de 1470 y otra en el de 1471» (no conoció otra de 1511 que he visto en la curiosa librería de mi amigo don Manuel Silvela); «pero omite la única que se ha tenido presente para esta advertencia, publicada en París, año de 1530, con este título: *Pamphilus de Amore cum commento familiari*, en cuartito: consta de treinta y cuatro hojas con texto y comentario. El autor de este es Antonio Proto, que antes que Fabricio y otros conoció que no era obra de Ovidio, porque es fácil de conocer, pues solo es semejante á las de aquel poeta en la materia amoratoria de que trata; ó por mejor decir, antes que todos lo descubrió nuestro Arcipreste, que habló de Ovidio y Pánfilo como dos poetas distintos, si ya no es que entonces no se hubiesen aun confundido. Está escrito en hexámetros y pentámetros, es dramático: introducen en él cuatro personas que son: Venus, Pánfilo, una vieja y una doncella llamada Galatea; divídese en cinco actos.... De este breve esbozo resulta que sobre esta tela tejió el Arcipreste de Hita su poema exótico de las bodas de don Melon de la Huerta con la hija de don Endrino y doña Rana. En él se observan trasladados los pensamientos y comparaciones del poema latino. Pero esta traducción es tan libre y parafrástica, y el intérprete supo con la agudeza de su ingenio y amenidad de su imaginación añadir tantas cosas ya de suyo, ya tomadas de Ovidio, que hizo una como obra nueva, pero en quien siempre se trasluce la trama

ajena etc.» (Véase la colección de poesías castellanas anteriores al siglo xv, por don Tomás Sanchez, tomo iv.)

(17) *Composiciones y medidas de versos, etc.*

Prescindiendo de la irregular versificación del poema del *Cid*, en que se hallan versos de doce, catorce, quince, diez y seis y diez y ocho sílabas, y considerando las composiciones posteriores escritas ya con mayor cultura y exactitud por los trovadores del xiii y xiv siglo, vemos en ellas diferentes medidas de versos colocados con mayor artificio.

*De cuatro sílabas.*

Nadre de Dios gloriosa,  
Virgen santa María,  
Fija é leal esposa  
Del tu fijo Mesía;  
Tú, Señora,  
Dame agora  
La tu gracia toda hora  
Que te sirva todavía.

*De seis sílabas.*

Encima del puerto  
Coldé ser muerto  
De nieve é de frío,  
E dese rostro,  
E de grand elada.  
E á la decida  
Di una corrida:  
Fallé una serrana  
Fermosa, lozana,  
É bien colorada.  
Dije yo á ella:  
Homillome, bella.  
Dis tú que bien corras,  
Aqui non te engorras,  
Anda tu jornada.

*De siete sílabas.*

Si no es lo que yo quiero,  
Quiera yo lo que es.  
Si pesar he primero,  
Placer habré después.  
Tened esto por cierto:  
Ca es verdad probada  
Que bonra y vicio grande  
No han una morada.

*De ocho sílabas.*

Muy fuerte fué la contienda:  
Dios ayuda á los cristianos,  
El arrez volvió la rienda,  
E fué con sus paganos.  
Si por el vicio ó folgura  
La buena fama perdemos,  
La vida muy poco dura;  
Denostados finiremos.

*De nueve y diez sílabas.*

Porque trovar é cousa en que yaz  
Entendimiento por enquen ó faz,  
A ó deber é de rason assaz:  
Porque entenda é sabía decir,  
A que entend é de decir lle praz;  
Ca ben trovar assi s'a de facer.  
En el comienzo debe ome monstrar  
A su mujer como debe pasar.

*De once sílabas.*

Non aventuras mucho tu riqueza  
Por consejo de ome que ha pobreza.  
Por falso dicho de ome mentiroso  
Non pierdas al amigo provechoso.  
Non castigues al mozo maltrayéndole;  
Mas dile como vayas aplaciéndole.  
Quiero seguir á ti, flor de las flores.  
Siempre desir, cantar de tus loores.

*De doce sílabas.*

Magüer que algunos te hayan errado,  
Por eso non dejas facer agüado.  
A esta mi danza trax de presente  
Estas dos doncellas que vedes, fermosas:  
Ellas vinieron de muy mala mente  
A oír mis canciones, que son dolorosas.



*De catorce sílabas.*

Era erta manceba de Dios enamorada;  
 Por otras vanidades non daba ella nada;  
 Ninna era de dias, de seso acabada;  
 Mas querrie ser ciega que versee casada.  
 Con paz é seguridad es buena la pobreza,  
 Al rico temeroso es pobre la riqueza;  
 Siempre tiene recelo, ó con miedo tristieza;  
 La pobredat alegra es segura nobleza.

*(18) Muchos instrumentos, etc.*

En varias obras antiguas, y particularmente en las poesías del Arcipreste de Hita, se hace mención de los instrumentos que se usaban antes de la mitad del siglo xiv, cuyos nombres no será ocioso copiar aquí. Arpa, atambor, ajabeba, albugue, alhagon, adedura, añaíl, albardana, adufe, atabal, bihuella, bihuella de péndola, bihuella de arco, baldosa, caño entero, chirimía, caramillo, citola, dulcema, guitarra, guitarra morisca, guitarra latina, jiga, galipe francés, laul, mandurria, medio caño, ministril, odrecillo francés, orabín, órgano, pandero, panderete, rabé, rabé morisco, rota, salterio, sinfonia, sonajas, tamborete, trompa, zampoña. En las obras manuscritas de Alfonso X existentes en la biblioteca del Escorial se hallan pintados algunos de los instrumentos de que va hecha mención.

*(19) En la coronación, etc.*

«E com lo senyor rey e tuyts hagueren menjat en lo palau real, fô feít un seti molt rich é honrat al senyor rey é al arcabisbes que segueren en aquell seti com avien fet á la taula. El senyor rey ab la corona en la testa, axi com avia segut en la taula, el pom en la ma dreta é la verga en la ma sinistra levás de la taula é vench s' enseure al dit siti al dit palau, é als seus peus en torn d'ell segueren nobles e caballers é nosaltres ciutadans. E com foren tuyts asséguits, en *Romaset* jutglar cantá altes veus un serventesch devant lo senyor rey novell, que'l senyor infant en Pere hach fet á honor del dit senyor rey, é la sentència del dit serventesch era ayal que'l dit senyor infant li dix en aquell com significave la corona é 'l pom é la verga, é segons la significança lo senyor rey com debia fer; é perçó que ho sapiats, vull-vos-ho dir en suma; mes si pus clar ho volets saber, recorets al dit serventesch, é llá trovar-ho-ets pus clar. E la significança de la corona qui es tota rodona, é en rodonesa no ha començament ne fi, axi que la corona significa nostre senyor ver Deu tot poderós qui no ach començament ne aurá fi, é perçó com significa Deu tot poderós la li hum posade al cap, é no en la mitjanía, ne en los peus, mes en lo cap, hont es l'enteniment: é perçó la memoria deu aver á Deu tot poderós, é que li vaje al cor que ab aquesta corona que ha presa pusca guanyar la corona del regne celestial, lo qual regne es perdurable. E la verga significa justicia que deu tenir sobre totes coses, que axi com la verga es llonga é tesa, é la verga bat é castiga, axi la justicia castiga que'ls malvats no gosén fer mal, é'ls bons s'en milloren de llurs condicions. E lo pom significa que axi com ell te lo pom en la sua ma, que los seus regnes té en la ma é en poder seu; é pus Deu los li ha comenats, que'ls defena é 'ls reja é'ls governa ab veritat, ab justicia é ab misericordia é que no consenya que null' hom ne per si ne per altri los fassa tort negú. E axi lo dit serventesch entés be lo dit senyor rey é la sentència que portá; é si á Deu plau ell ho metrá en obra ental manera que tot lo mon ne será pagat: així li'n do Deu gracia. E après com lo dit Romaset hach dit lo dit serventesch, en *Comt* dix una cançó novella que hach feyta lo dit senyor infant en Pere: é perçó com en *Comt* canta mil s que null' hom en Cathalunya, doná-la á ell que la cantás, é com la hach cantada, callá, é llevás en *Novellet* jutglar, é dix en parlant setcent versos rimats que'l dit senyor infant en Pere havia novellament feyts, é la tensó é 'l regiment sove tot lo regiment que 'l dit senyor rey deu fer, é la ordoració de la sua cort, é de tots los seus oficials, axi en la dita cort, com en totes les sues provincies: é tot aço en-

tés be lo dit senyor rey, axi com aquell senyor qui es lo pus sabi que senyor qui al mon sia; é perçó si á Deu plau metra-ho en obra. E com tot açó fô cantat é dit, fô vespre, é axi reglament ab la dita corona al cap é ab lo pom en la ma dreta é la verga en la sinistra, muntas en la cambra, é reposa que be li era ops, é tuyts anam-nos en á les nostres posades» (3).

*(20) Que se ha creído de aquel tiempo, etc.*

Véase el número 1 del catálogo.

*(21) Escribió piezas dramáticas, etc.*

«Pedro Gonzalez de Mendoza mi abuelo... usó una manera de decir cantares así como céuicos, plautinos y terencianos, también en estrambotes como en serranas.» (Marqués de Santillana en su proemio al condestable).

*(22) Los célebres italianos, etc.*

Giúdo Cavalcanti murió en el año de 1300, Dante en el de 1321, Cino de Pistoya en el de 1336 y Petrarca en el de 1374.

*(23) Los romances históricos y amorosos.*

El origen de nuestro romance se pierde en la oscuridad del tiempo: solo sabemos que los castellanos tomaron de los árabes esta composición métrica. Conde en el prólogo de su estimable *Historia de los árabes en España* dijo: «Como la erudición y la poesía eran una parte principal de la educación caballeresca de nuestros árabes, y sirven tanto para notar su ingenio y sus costumbres, no he querido privar á mi historia de este ornato de gusto árabe, pues no hay entre ellos historia alguna de mérito que no esté adornada de versos con mas ó menos profusión. Por eso he insertado los que me han parecido mas característicos, y que por lo regular tienen relacion con los sucesos históricos. Aun en esta parte he querido imitarlos en la traduccion, haciéndola en nuestros versos de romance, que es género mas usado en la métrica árabe de donde procede sin duda. Y los he hecho imprimir como ellos los escriben, porque cada dos versos de nuestros romances equivalen á uno árabe que ellos dividen en dos partes.» Véase por ejemplo uno muy corto de los que Conde incluyó en la citada historia: es composición de uno de los poetas favorecidos de Almanzor, que le enviaba en el invierno un cesto de rosas.

Cuando yo de mi jardín—te envió las rosas bellas,  
 Lo extraña la gente y dice—con admiración de verlas:  
 Feliz se apresura el año—flor temprana el prado lleva;  
 O es que el tiempo de Almanzor—es perpetua primavera.

Fernando III dió repartimientos en Sevilla á dos trovadores que le acompañaron en la conquista de aquella ciudad, llamados el uno *Nicolas de los Romances*, y el otro *Domingo Abad de los Romances*.

Los romances mas antiguos que hoy conocemos pertenecen al reinado de Juan el II: los anteriores todos se han perdido. Tal vez pudieran hallarse algunos entre las poesías manuscritas de don Juan Manuel, si por fortuna llegasen á parecer algun dia.

Este género se fué perfeccionando como las demás combinaciones líricas, y en él se espresaron afectos delicados ó heróicos, segun los varios argumentos á que supieron aplicarle. Góngora y los que le imitaron mejor des-

(3) Esta elia del autor, amén de diminuta, se halla notablemente estropeada en las ediciones anteriores. En vista de estas fallas, parte de las cuales deben atribuirse al copista y parte á los impresores, procuramos restituir el testo á su primitiva pureza é integridad, supuesto que es en extremo curiosa la relacion da aquella poética ceremonia. A este efecto hemos consultado la *Chronica dels Reis de Arago, feta per Ramon Montaner*, autor de vista, que sonch stampada en la insigne ciutat de Barcelona per Jaume Cortey, impressor en l'any milxxix. Hemos además comparado esta edicion con un códice en folio bien conservado, de papel y letra de principios del siglo xv, fol. 307 y 508, que se halla en la biblioteca de San Juan de dicha ciudad. Entre algunas variantes de leve entidad, observamos una de mayor importancia, y es que el manuscrito llama *Jovalet* al jutglar que en el impreso lleva el nombre de *Novellet*. Este fragmento corresponde al capitulo 298, que es el último de dicha Crónica, y se titula: *Com après d'haber rebuda la corona del realm un seti molt rich Josch feli al senyor Rey n'Amphios en que sech ab sos richs-homens é caballers, é hi cantaren en Romaset, é en Comt jutglars.*



empeñaron con mucho acierto esta parte de nuestra poesía nacional.

En el siglo anterior don Vicente García de la Huerta y don Nicolás Fernández de Moratín renovaron la composición de romances históricos; y en los amorosos manifestó Meléndez su delicada sensibilidad y su buen gusto.

(24) *Una comedia alegórica, etc.*

Véase el núm. 2 del catálogo. Cervantes no tuvo razón en decir que él había sido el primero «que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro». Desde que el nuestro empezó á existir incurrieron algunos autores dramáticos en este desacierto. Ya se había visto en él «la muerte, la justicia, la fama, la verdad, la razón, la fortuna, la misericordia, el amor, la paz, el tiempo, el sueño, el consuelo, el remedio, el mundo y la carne», antes que le ocurriese á Cervantes hacer hablar en sus comedias á «la enfermedad, el hambre, la curiosidad, la guerra, la necesidad, la desesperación, el temor, la ocasión y los celos».

(25) *Los mas ilustres personajes.*

En el *Cancionero general*, compilado por Hernando del Castillo, impreso en Valencia en el año de 1511, se halla una lista de ciento treinta y seis autores, cuyas obras se incluyen en el citado Cancionero. Muchos de ellos pertenecen al reinado de don Juan el II, y los últimos al de los Reyes Católicos, y aunque no es de este lugar mencionarlos todos, dará una idea del ardor con que se cultivó la poesía en aquellos tiempos la enumeración de los siguientes poetas, pertenecientes á la mas alta nobleza de España:

Duque de Medinaceli. Duque de Alba. Duque de Alburquerque. Marqués de Santillana. Marqués de Astorga. Marqués de Villena. Marqués de Villafraña. Conde de Oliva. Conde de Benavente. Conde de Haro. Conde de Riva-deo. Conde de Coruña. Conde de Castro. Conde de Feria. Conde de Ureña. Conde de Paredes. Conde de Ribagorza. Vizconde de Altamira. Almirante de Castilla. Adelantado de Murcia. Mariscal Sayavedra. Fernán Pérez de Guzmán. Gómez Manrique. Lope de Estúñiga. Don Enrique Henríquez. Don Diego López de Haro. Don Íñigo de Velasco. Don Luis de Vivero. Don Antonio de Velasco. Don Alonso de Silva. Don Rodrigo Manrique. Don Juan de Meneses. Don Alvaro de Bazán. Don Alonso de Cardona. Don Carlos de Guevara. Don Pedro de Acuña etc. Si hoy se tratase de publicar una colección de poesías de los que han cultivado este arte en los cien años últimos, no sería posible enriquecerla con nombres tan ilustres.

(26) *Hubo grandes fiestas, etc.*

«El rey hizo gran fiesta á la reina en tanto que en Soria estuvo: se hicieron grandes fiestas donde salieron los caballeros ricamente habillados, y después de aquellas se hicieron danzas y momos.» (*Crónica de Don Juan el II.*)

(27) *El marqués de Santillana, etc.*

Entre las muchas obras poéticas de este célebre literato se conserva una titulada *Comedieta de Ponza*. Cualquiera presumirá por este título que fuese una pieza teatral, pero ni es comedia ni diálogo representable: es un poema escrito en coplas de arte mayor, en que el poeta propone, invoca, describe, reflexiona, refiere y lleva al cabo su difusa narración, mezclando en ella varios razonamientos de las dos reinas de Aragón, la de Navarra y la infanta doña Catalina. Bocaccio las consuela, y la Fortuna les promete la próxima libertad de los reyes de Aragón y Navarra, presos por los jeníoveses en la batalla naval de Ponza, el día 25 de agosto de 1435. Si se pregunta por qué llamó comedia á este poema, podrá decirse que tuvo las mismas razones que el Dante para dar igual denominación al suyo.

(28) *Y representaciones teatrales.*

«Y en los tres dias siguientes hubo danzas de los ca-

»balleros y gentiles hombres en palacio y momos y toros »y juegos de cañas.» (*Crónica de D. Juan el II.*)

(29) *Se ignora todavía el autor y el título.*

Véase el número 3 del catálogo.

(30) *Autor de un diálogo, etc.*

Véase el número 4 del catálogo.

(31) *Se prohibió á los clérigos, etc.*

*Ab ecclesia ubi redemptor noster Jesus, in cuius nomine omne genuescitur, jugiter pro nobis immolatur, turpiludo quæque meritò est abolenda. Quia verò quædam tam in metropolitanis quàm in cathedralibus et aliis ecclesiis nostræ provinciæ consuetudo inolevit, et videlicet in festis Nativitatis Domini nostri Jesu Christi, et Sanctorum Stephani, Joannis et Innocentium aliisque certis diebus festivis, etiam in solemnitatibus missarum novarum (dum divina aguntur) ludi theatrales, larvæ, monstra, spectacula, necnon quàm plurima inhonesta et diversa signimenta in ecclesiis introducuntur, tumultuationes quoque et turpia carmina et derisorii sermones dicuntur, adeo quod divinum officium impediunt et populum reddunt indevotum: nos hanc corruptelam suorum approbante concilio revocantes, hujusmodi larvas, ludos, monstra, spectacula, signimenta, tumultuationes fieri, carmina quoque turpia et sermones illicitos dici, tam in metropolitanis quàm cathedralibus cæterisque nostræ provinciæ ecclesiis dum divina celebrantur presentium serie omnino prohibemus: statuantes nihilominus, ut clerici, qui præmissa ludibria, et inhonesta signimenta officiis divinis immiscuerint aut immisceri permiserint, si in præfatis metropolitanis seu cathedralibus beneficiati extiterint, ex ipso per mensem portionibus suis mulctentur; si vero in parochialibus fuerint beneficiati triginta, et si beneficiati non fuerint quindecim, regalium penam incurrant fabricis ecclesiarum et tertio synodali æqualiter applicandam. Per hoc tamen honestas representationes, et devota quæ populum ad devotionem movent, tam in præfatis diebus quàm in aliis, non intendimus prohibere.*

(32) *Juan de la Encina.*

Véase desde el número 5 hasta el 16 y el 19 del catálogo.

(33) *Intitulada Celestina.*

La primera edición de la *Celestina* se hizo en Salamanca en el año de 1500. Algun tiempo antes corría manuscrita entre los curiosos toda la parte que compone el primer acto, que unos atribuyen á Juan de Mena, y otros á Rodrigo de Cota. El bachiller en leyes Fernando de Rojas, natural de la Puebla de Montalbán, añadió veinte actos al que halló escrito, en lo cual ocupó quince dias de vacaciones, que á decir verdad no pudieron ser mejor empleados.

Si él mismo ignoraba quién había compuesto lo que halló inédito, difícil será, si no imposible, averiguarlo ahora; baste decir que ni se reconoce en el primer acto el estilo de Juan de Mena, ni se puede comparar con el de Cota, puesto que solo se conservan de estos autores composiciones en verso. El que examine con el debido estudio el primer acto y los veinte añadidos, no hallará diferencia notable entre ellos, y si nos faltase la noticia que dió acerca de esto Fernando de Rojas, leeríamos aquel libro como producción de una sola pluma. Espongo mi opinión apartándome de la del autor del *Diálogo de las lenguas*, y de los que le han copiado después. Creo en fin que el primer autor no pudo ser muy anterior al segundo, y que el ignorarse quién haya compuesto una obra anónima nunca ha sido razón bastante para suponerla muy antigua.

Como la tragedia griega se compuso de los relieves de Homero, la comedia española debió sus primeras formas á la *Celestina*. Esta novela dramática, escrita en excelente prosa castellana, con una fábula regular, variada por medio de situaciones verosímiles é interesantes, animada con la espresion de caracteres y afectos, la fiel pintura de cos-



tumbres nacionales, y un diálogo abundante de donaires cómicos, fué objeto del estudio de cuantos en el siglo xvi compusieron para el teatro. Tiene defectos que un hombre inteligente haría desaparecer sin añadir por su parte una sílaba al texto; y entonces conservando todas sus bellezas, pudiéramos considerarla como una de las obras mas clásicas que ha producido la literatura española.

Las ediciones de la *Celestina* de que he podido adquirir noticia, y de las cuales la mayor parte he tenido presente, son las que siguen:

Año de 1500, Salamanca. — 1501 por Estanislao Polono, Sevilla. — 1502, Sevilla. — 1514, por Tanotti da Cartrone, Milán. — 1515, Venecia. — 1523, Sevilla. — 1525, Venecia. — 1529, por Juan Viñao, Valencia. — 1534, por Estefano Sabinio, Venecia. — 1535, Venecia. — 1558, por Juan de Ayala, Toledo. — 1559, Sevilla. — 1555, por Gabriel Giolito, Venecia. — 1558, por los herederos de Juan de Junta, Salamanca. — 1571, por Juan de Canova, Cuenca. — 1565, por Francisco de Cornellas, Alcalá. — 1569, por Francisco de Robles, Alcalá. — 1569, por Martín Mares, Salamanca. — 1570, por Matías Gast, Salamanca. — 1591, por Fernando Ramírez, Alcalá. — 1595, oficina plantiniana, Amberes. — 1599, oficina plantiniana, Amberes. — 1601, oficina plantiniana, Amberes. — 1601, por Andrés Sanchez, Madrid. — 1619, por Juan de la Cuesta, Madrid. — 1635, con traducción francesa por Carlos Labayen, Pamplona. — 1634, Ruan. — 1644, con traducción francesa por Carlos Osmont. — 1822, Por don Leon de Amarita, Madrid.

(34) *Francisco de Villalobos, etc.*

Véase el número 20 del catálogo.

(35) *Bartolomé de Torres Naharro, etc.*

Véase desde el número 21 hasta el 29 del catálogo. Tuve entre mis libros la rarísima edición de Roma de 1517 en folio, letra gótica, de la cual ninguno de nuestros bibliógrafos tuvo noticia. Era dádiva de don Gaspar de Jovellanos, que habia ilustrado con notas marginales de su mano algunos pasajes del texto: circunstancias que añadidas á la singularidad del libro, le hacian para mi mucho mas precioso. Las revueltas de los tiempos me privaron de esta rara y apreciable alhaja, sin que después me haya sido posible averiguar su paradero.

(36) *Vasco Díaz Tanco.*

Véanse los números 50, 51 y 52 del catálogo.

(37) *Las graciosas comedias.*

Véase el número 53 del catálogo.

(38) *Fernán Pérez de Oliva.*

Véanse los números 45, 44 y 43 del catálogo.

(39) *Las universidades, etc.*

Don Gaspar de Jovellanos, en un informe dirigido al rey durante su ministerio, le decia: «Hubo un tiempo en que España, saliendo de los siglos oscuros, se dió con ansia á las letras: convencida al principio de que todos los conocimientos humanos estaban depositados en las obras de los antiguos, trató de conocerlas; conocidas, trató de publicarlas é ilustrarlas; y publicadas, se dejó arrastrar con preferencia de aquellas en que mas brillaba el ingenio y lisonjaban mas el gusto y la imaginacion. No su procuró buscar en estas la verdad, sino la elegancia; y mientras descuidaba los conocimientos útiles, se fué con ansia tras de las chispas del ingenio que brillaban en ellas... Vino después otra época en que los riesgos de la religion arrebataron toda su atencion acia su estudio. Vino el tiempo de las herejías y las sectas, tanto mas óminosas á los estudios, cuanto entrándose á discurrir sobre los derechos de los príncipes y los pueblos, parecían atacar la autoridad pública, y presentar la horrible imágen de la anarquía y del desórden. Desde entonces las ciencias eclesiásticas merecieron todo su cuidado, y de cuantos progresos hicieron en ellas pueden ser ejemplo el concilio tridentino y las insignes obras que nos dejaron. En esta época nacieron nuestras universidades

»formadas para el mismo objeto y sobre el mismo gusto. »Ellas fueron desde el principio unos cuerpos eclesiásticos; como tales se fundaron con autoridad pontificia. Tu vieron la preferencia en las asignaciones de sus cátedras »la teología y el derecho canónico. La filosofía se cultivó »solamente como un preliminar para entrar á estas ciencias, y aun la jurisprudencia y la medicina hubieran sido »descuidadas, si el amor del hombre á la vida y á los bienes pudiera olvidar el aprecio de sus defensores. No hablaré aquí de los vicios de esta enseñanza, que de una »parte eran derivados del estudio general de la literatura »de Europa, y de otra inherentes á la constitucion misma »de estos cuerpos. En la renovacion de los estudios el »mundo literario fué peripatético; y el método escolástico, su hijo mal nacido, fijó en todo él la enseñanza. Mas »ó menos tarde fueron las naciones sacudiendo este yugo... La nuestra le siente todavía.»

(40) *Carlos V, viajando y guerreando, etc.*

Sus empresas políticas y militares le tuvieron casi siempre ausente de España, en donde no habia corte ni residencia estable para el soberano ni para los grandes caballeros y caudillos que le acompañaban. Dos veces estuvo en Africa, dos en Inglaterra, cuatro en Francia, siete en Italia, nueve en Alemania y diez en Flandes.

(41) *El coste escesoivo, etc.*

En una de las eruditas notas con que ilustró el padre Liciniano Saez su tratado de las monedas del reinado de Enrique III, se hallan noticias interesantes acerca de la escasez de libros y su escesoivo coste antes de la invencion de la prensa. No será inoportuno resumir aquí parte de ellas.

Alfonso X, en la Partida 2.<sup>a</sup>, ley 11 del tit. xxxi, previno lo siguiente: «Estacionarios ha menester que haya »en todo estudio general para ser cumplido que tenga en »sus estaciones buenos libros é legibles é verdaderos de »texto é de glosa: que los loguen á los escolares para »facer por ellos libros de nuevo, ó para enmendar los que »toviesen escritos, etc. etc.»

El arcediano de Alcor, que vivia en el año de 1401, dice que habia tanta falta de libros en Castilla, que se arrendaban por años, y valian á las fábricas de las iglesias catedrales que los tenian muchos maravedis... Se arrendaba el uso de ellos cada año públicamente á dinero, á quien mas daba á la iglesia.

El abate Pluche, en su obra del *Espectáculo de la naturaleza*, dice: «En un hermoso ejemplar manuscrito de los »cánones de Graciano, que se guarda con mucho cuidado »en la biblioteca de los PP. celestinos de París, nos advierte el copiante (al mismo tiempo que nos dice su nombre y patria) que tardó veintiun meses en acabar la copia. Con que en esta suposicion seria menester para sacar »cuatro mil ejemplares de esta coleccion emplear cuatro »mil copiantes cerca de dos años, ó un copiante continuado por espacio de casi ocho mil años, cosa que puede »hacerse hoy en menos de cuatro meses.»

La librería mas copiosa de que puedo hallar noticia el P. Liciniano, es la que tenian los condes de Benavente en la fortaleza de aquella villa á mediados del siglo xv. Todo el catálogo de ella contiene unos ciento veinte volúmenes, debiendo advertirse que muchos de ellos son duplicados, puesto que solo de Tito Livio habia ocho copias mas ó menos completas.

Mas numerosa debió ser la librería del marqués de Villena, pues con los tomos que sacaron de ella se llenaron dos carros.

Por el dinero que hoy cuestan dos mil volúmenes apenas podrian entonces adquirirse cincuenta. La lectura estaba reservada á los muy ricos; el pueblo no leía.

(42) *La abundancia de libros caballerescos.*

Para dar una idea del entusiasmo con que se recibieron en España las ficciones de la andante caballería,



enánto debieron influir en la opinion y en las costumbres, y qué gusto fantástico debieron escitar en la multitud que se entregó á tan perjudicial lectura, bastará presentar una lista de las que se publicaron desde los últimos años del siglo xv hasta fines del xvi, suponiéndose que en la que he formado no se incluyen todas, niera posible, sino aquellas únicamente de cuya existencia he hallado noticia.

Debe advertirse que muchas de estas obras se reimprimieron, segun la aceptación que habian adquirido.

*Cárcel de amor*, por Diego Hernandez de San Pedro, en Burgos, año de 1496.

*El Baladro del sabio Merlin con sus profecías*, en Burgos, 1498.

*Merlin y demanda del santo Grial*, Sevilla, 1500.

*Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús de Algarve*, Sevilla, 1507.

*El sexto libro de Amadis de Gaula, en que se cuentan los grandes hechos de Florisando, principe de Cantuaria, su sobrino, hijo del rey Florestan*, por Paez de Ribera, Salamanca, 1510.

*Tirante el Blanco de Rocasalada, caballero de la Jarretera*, que por su alta caballería alcanzó á ser principe y César de Grecia, Valladolid, 1511.

*Historia amorosa de Flores y Blancaflor*, 1512.

*Crónica del caballero Cifar*, Sevilla, 1512.

*Libro del esforzado caballero conde Pantinoples, que fué emperador de Constantinopla*, Alcala de Henares, 1515.

*Historia del valeroso caballero Polisman Florisio, que por otro nombre se llamó el caballero del Desierto, el cual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzó á ser rey de Bohemia*, por Fernando Bernal, Valencia, 1517.

*Libro del esforzado caballero Alderique, traducido en lengua española*, Valencia, 1519.

*Libro del muy esforzado caballero Claribalte, nuevamente venido á esta lengua castellana*, por Gonzalo Fernandez de Oviedo, Valencia, 1519.

*Los cuatro libros del caballero Amadis de Gaula*, por García Ordoñez de Montalvo, impresos por Antonio de Salamanca, 1519.

*Crónica del emperador Clarismundo*, por Juan de Barros, Coimbra, 1520.

*Historia de don Olivante de Laura*, por Antonio de Torquemada.

*El séptimo libro de Amadis, en el cual se trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandian y de Perion de Gaula*, Sevilla, 1525.

*Libro del noble y esforzado caballero Reinaldos de Montalban y de las grandes proezas y estraños hechos en armas que él y Roldan y todos los doce pares paladinos hicieron*, Sevilla, 1525.

*Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles y de Pierres, hijo del conde de Provenza*, Toledo, 1526.

*Historia de Gresil y Mirabella, con la disputa de Torrellas y Branzayda*, por Juan de Flores, Toledo, 1526.

*Libro del famoso caballero Palmerin de Oliva, que por el mundo grandes hechos en armas hizo, sin saber cuyo hijo fuese*, Venecia, 1526.

*Historia del caballero don Polindo*, Toledo, 1526.

*Libro de caballería celestial del pié de la rosa fragante*, por Jerónimo de San Pedro.

*Libro primero del esforzado caballero don Clarian de Landanis, hijo del noble rey Lautedon de Suecia*, por Jerónimo Lopez, Sevilla, 1527.

*La cuarta parte de don Clarian, en la cual se tratan los grandes hechos de Lidaman de Ganail, hijo de Rivamon de Ganail y de la princesa Daribea*, Toledo, 1528.

*Libro del esforzado caballero don Tristan de Leonís, y de sus grandes hechos en armas*, Sevilla, 1528.

*Historia de Lanzarote del Lago*.

*Historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia*, por Nicolas de Piamonte, Sevilla, 1528.

*Los tres libros del caballero Primaleon*, Toledo, 1528.

*Libro del caballero Florindo*, 1528.

*Crónica llamada el Triunfo de los nueve preciados de la fama, en la cual se contienen las vidas de cada uno, y los excelentes hechos en armas y grandes proezas que cada uno hizo en su vida, con la vida del muy famoso caballero Beltran de Guesclín, condestable que fué de Francia y duque de Molina, nuevamente traducida de lenguaje francés en nuestro vulgar castellano*, por el honorable varon Antonio Rodriguez Portugal, principal rey de armas del rey nuestro señor, Lisboa, 1530.

*Crónica del muy valiente caballero Platir, hijo del emperador Primaleon*, Valladolid, 1535.

*Historia de Enrique, hijo de doña Oliva, rey de Jerusalem Emperador de Constantinopla*, Sevilla, 1535.

*Historia de los caballeros Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde Donaron*, por Nuño de Garay.

*Libro primero y segundo de Morgante y Roldan y Reinaldos*, Valencia, 1535.

*Crónica del muy valiente Amadis de Grecia, llamado el caballero de la Ardiente Espada*, Sevilla, 1542.

*Crónica del principe don Florando de Inglaterra*, Lisboa, 1543.

*Los cuatro libros del valeroso caballero don Cirongilio de Tracia, hijo del noble rey Elesfron de Macedonia, segun los escribió Novarco en griego y Promusis en latin*, por Bernardo de Vargas, Sevilla, 1545.

*Historia de los altos hechos de Silvis de la Selva, hijo de Amadis de Grecia*.

*Libro de los honestos amores de Peregrino y de Jinebra*, por Hernando Diaz, Salamanca, 1548.

*Los cuatro libros del muy noble y valeroso caballero Félix Magno, hijo del rey Falangrés de la Gran Bretaña y de la reina Clarinea*, Sevilla, 1545.

*Historia de los amores del caballero Paris y de la infanta Viena*.

*Historia del caballero Florimon*.

*Espejo de caballerías, en el cual se trata de los fechos de don Roldan y de Reinaldos*, Sevilla, 1550.

*Segunda parte del esforzado caballero don Clarian de Landanis y de su hijo Floramante de Colonia*, por Jerónimo Lopez, Sevilla, 1550.

*Crónica de Palmerin de Inglaterra, primera y segunda parte*.

*Historia del famoso principe Sferamundi de Grecia*.

*Historia de la reina Sevilla*, Burgos, 1551.

*La primera parte de la cuarta de la Crónica del excelente principe don Florisel de Niquea, que fué escrita en griego por Galersis, y sacada en latin por Filastres Campano*, por Feliciano de Silva, Salamanca, 1551.

*Libro segundo de la cuarta parte del excelente principe don Florisel de Niquea, en que se trata principalmente de los amores del principe don Rogel y de la muy hermosa Archisidea*, por Feliciano de Silva, Salamanca, 1551.

*Caballerías de Clarindo de Grecia*, por Tristan Gomez de Castro.

*Historia de los amores de Clareo y Florisea, con los trabajos de Iseu*, por Alonso Nuñez de Reinoso, Venecia, 1552.

*Historia del principe Félix Marte de Hircania, traducida de lengua toscana por Melchor Ortega*, Valladolid, 1556.

*Libro undécimo de Amadis, en el cual se trata principalmente de los hechos de Rogel de Grecia y de Agesilao de Colcos*.

*Trapisonda, Historia de don Reinaldos de Montalban, emperador de Trapisonda, primera, segunda y tercera parte*, por Luis Dominguez, Toledo, 1558.

*Leandro el Bel, segun le compuso el sabio rey Artidoro en lengua griega*, Toledo, 1565.

*Libro del invencible caballero Lepolemo, hijo del emperador de Alemania, y de los hechos que hizo, llamándose el caballero de la Cruz*, Toledo, 1562.



*Libro segundo del emperador Palmerin de Oliva, en que se cuentan los hechos de Primaleon y Polendos sus hijos, Medina del Campo, 1505.*

*Tercera y cuarta parte de Palmerin de Inglaterra, por Diego Fernandez de Lisboa.*

*Historia del invicto y magnánimo caballero don Cristóbal de España, príncipe de Trapisonda, y del infante Lucescano su hermano, hijos del emperador Lindcle, enmendada por doña Beatriz Bernal, Alcalá de Henares, 1506.*

*La Crónica de los muy valientes caballeros don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes, hijos del excelente príncipe Amadis de Grecia, enmendada del estilo antiguo según la escribió Zirfea, reina de Argines, por el noble caballero Feliciano de Silva, Lisboa, 1506.*

*Historia del valiente caballero Florambel de Lucea, hijo del rey Florineo de Escocia.*

*Historia del príncipe Erasto, hijo del emperador Diocleciano, por Pedro de la Vega, Amberes, 1575.*

*Libro primero del valeroso é invencible príncipe don Belianis de Grecia, sacado de la lengua griega, en la cual le escribió el sabio Frisdon, por un hijo del virtuoso varón Toribio Fernandez, Burgos, 1579.*

*Selva de aventuras, por Jerónimo de Contreras, Leon de Francia, 1580.*

*La bella Clotalda y cerco de Paris, por Bernardo de la Vega.*

*El Espejo de príncipes y caballeros. Parte primera dividida en tres libros, en los cuales se cuentan las inmortales proezas del caballero del Febo y de su hermano Rosicler, hijos del gran Trebacio, emperador de Constantinopla, con las altas caballerías y amores de la hermostísima y valerosa princesa Claridiana, y de otros grandes príncipes y caballeros, por Diego Ordóñez de Calahorra, Pedro de la Sierra, Marcos Martínez y Feliciano de Silva, Zaragoza, 1580.*

*Libro primero de los famosos hechos del príncipe Celidon de Iberia, por Gonzalo Gomez de Luque, Alcalá de Henares, 1584.*

*Las Sergas de Esplandian, quinto libro de Amadis de Gaula, por García Ordóñez de Montalvo, Zaragoza, 1587.*

*Libro de caballerías, por Simon de Silveira.*

*Historia de Luzman y Arbolea, por Jerónimo de Contreras. Florinda de Castilla, lauro de caballeros, por Jerónimo de Huerta, Alcalá de Henares, 1588.*

(45) *Comedias de santos.*

«¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¿Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas? atribuyendo á un santo los milagros de otro, y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin mas respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos le aman, para que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles.» (Cervantes, Don Quixote, parte 1.<sup>a</sup>, cap. 48.)

(44) *Su autor Ludovico Ariosto.*

Sandoval en la *Historia de Carlos V* dice: «Y al cabo de tres ó cuatro días que fueron casados, se representó en palacio una comedia de Ludovico Ariosto en la forma de teatro y cenas (*escenas*) que los romanos solían representar, que fué cosa real y suntuosa.» Calvete refiere lo mismo en su *Viaje del príncipe don Felipe*.

(45) *Tal fué Lope de Rueda, etc.*

Véanse en el catalogo los números 66 hasta 73, desde 73 hasta 78, desde el 80 al 82, y desde 89 al 95.

(46) *El valenciano Juan de Timoneda.*

Véanse los números 95 y 96, y desde el 106 hasta el 118 del catálogo.

(47) *Alonso de la Vega, etc.*

Véanse en el catálogo los números 100, 104 y 105.

(48) *Las compañías cómicas, etc.*

A las reducidas compañías de farsantes que empezaron á conocerse en Castilla á principios del siglo xvi sucedieron otras mas numerosas, en las cuales ya habia músicos y cantores, y mujeres que representasen. En la pragmática de Carlos V y doña Juana su madre, hecha en Toledo en el año de 1554, se dice: «Mandamos que lo que cerca de los trajes está prohibido y mandado por las leyes de este titulo, se entienda asimismo con los comediantes, hombres y mujeres, músicos y las demás personas que asistan en las comedias para cantar y bailar, los cuales incurran en las mismas penas que cerca de esto están impuestas.»

Las diversiones teatrales pasaron de Castilla á Portugal, y el rey don Manuel asistió con su familia y su corte á las representaciones que daba en Lisboa el célebre farsante y poeta portugués Gil Vicente, autor de muchas piezas cómicas portuguesas y castellanas. Ayudábale á componerlas y recitarlas su hija Paula Vicente, insigne actriz, que fué en su tiempo la admiración de Lisboa no menos por su ingenio felicísimo y sus gracias y hermosura, que por su conducta honesta y virtuosa. Continuaron los portugueses en todo aquel siglo cultivando el arte dramática, y entre ellos merecen particular mencion Francisco Saa de Miranda, autor de dos comedias, *Os Estrangeiros*, y *Os Vilhalpandos*; Antonio Ferreira, que escribió la tragedia intitulada *Castro*; y el gran Luis de Camoens, de quien se conservan dos comedias, una *O Rey Seleuco*, y otra *Os Anfitriões*. La enumeración de los demás poetas dramáticos portugueses y el examen de su mérito ni pertenecen á nuestra historia literaria, ni al plan de esta obra.

(49) *La variedad y decencia de los trajes, etc.*

«Todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamaci dorado, y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados poco mas ó menos. Componian el teatro cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmas.... El adorno del teatro era una manta vieja tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacia lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra algun romance antiguo.» (Cervantes en el prólogo de sus comedias.)

Agustin de Rojas, hablando de la misma época, dice en su *Viaje entretenido*:

Tañian una guitarra,  
Y esta nunca salia fuera,  
Sino adentro y en los bancos,  
Muy mal templada y sin cuerdas.  
Bailaba á la postre el bobo;  
Y sacaba tanta lengua  
Todo el vulgacho embobado  
De ver cosa como aquella.

(50) *Prohibiendo de nuevo, etc.*

*Prohibet sancta synodus in posterum turpem illum abusum quod die Innocentium intra ecclesiam theatrales quidam ludi edi publicè consequere magna cum ordinis ecclesiastici ignominia, necnon et divinæ majestatis offensa; quippe qui christianorum oculos, quos oportet ad spiritualia provocari, ab his ad peccandi libidinem avertant.... spectacula verò, ludi quicumque et choreæ quæ atloqui præmisso examine permittente ordinario non aliis in aliquot solemnitatibus ac processionibus agenda sint, nullo modo dum divina officia vel celebrantur, vel dicuntur, intra ecclesiam ipsam agi permittantur... Caveant tamen episcopi et eorum vicarii nedum solemnitatibus divinæ causa ludos aliquot et spectacula edi publicè permittere velint, ea permittant quæ vel in minimo christianam religionem offendere vel spectantium animos in pravos mores quoquomodo inducere valeant.... Decernit etenim sancta synodus non alios ludos, non alia spectacula permittenda ab episcopo*



*fore, quàm quæ ad pietatem spectantium animos movere, et à pravis moribus deterrere possint.*

*Et ne quid fiat quod ordini ecclesiastico sit indecens, prohibet sancta synodus quoscumque in sacris constitutos aut beneficium ecclesiasticum habentes, ne in quocumque loco et tempore larvis personati incedant aut cujusque in quibuscumque spectaculis ac ludis personam agant, etc.*

Pueden verse además el concilio compostelano celebrado en los años de 1563 y 66, el toledano del año de 1582, el valentino de 1590, y el tarraconense de 1591.

(31) *Con el nombre de Villancicos.*

Véase el número 102 del catálogo. El uso de los villancicos era ya comun en el siglo xv. Esta composicion constaba de una ó mas coplas de versos octosilabos con un estribillo que se repetia al fin de cada una de ellas. Algunas veces se aplicaban á asuntos de devocion, y en general á los amorosos. De esta clase son los que se hallan en el *Cancionero*: véanse por ejemplo los siguientes:

¿Qué sentis, corazon mio?  
 ¿No decis  
 Qué mal es el qué sentis?  
 ¿Qué sentistes aquel dia  
 Cuando mi señora vistes,  
 Que perdistes alegría  
 Y descansas despedistes?  
 ¿Cómo á mí nunca volvistes?  
 ¿No decis  
 Dónde estais que no venis?  
 ¿Qué es de vos, que en mí no os hallo?  
 Corazon, ¿quién os ajena?  
 ¿Qué fué de vos, que aunque callo,  
 Vuestro mal tambien me pena?  
 ¿Quién os ató tal cadena?  
 ¿No decis  
 Que mal es el que sentis?  
 Llorad, ojos, noche y dia;  
 No os canséis,  
 Que algun tiempo gozareis.  
 Llorad mi mal y tristura  
 Con tal fe, tal confianza,  
 Que si os vence desventura  
 No se pierda la esperanza.  
 No os canséis,  
 Que algun tiempo gozareis.  
 No os canséis de tal pasion,  
 Pues vosotros merecistes  
 Que sufriese el corazon  
 Lo que vosotros hicistes.  
 Llorad y sufrid muy tristes;  
 No ceséis,  
 Que algun tiempo gozareis.

Juan de la Encina, Naharro, Castillejo, Timoneda y otros acostumbraron á concluir sus fábulas teatrales con un villancico. En las iglesias se cantaron tambien, sirviendo de adorno al diálogo que se recitaba entre ángeles y pastores, celebrando el misterio de la Eucaristía, y mas comunmente el nacimiento de nuestro señor Jesucristo.

Todavía dura este género de composiciones, aunque no siempre exentas de frialdades, bajezas y chocarrerías poco convenientes á la majestad del culto. Tal vez las han cantado los ciegos á las puertas de las tabernas al mismo tiempo que se entonaban con solemnidad en la iglesia. Véanse algunas colecciones impresas de los villancicos y motetes que se han cantado de dos siglos á esta parte en las catedrales de España, y se hallará cuán importante es que la autoridad eclesiástica ejerza su vigilancia para la correccion de semejantes abusos.

(32) *Llamado Navarro, etc.*

Sucedió á Lope de Rueda Navarro, natural de Toledo..... «Este levantó algun tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y baules;» sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza,» é hizo que todos representasen á cureña rasa, si no era» los que habian de representar los viejos ú otras figuras» que pidiesen mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nu-

» bes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas.» (Cervantes en el prólogo de sus comedias.)

En el *Viaje entretenido* dice Agustín de Rojas.

Después como los ingenios  
 Se adelgazaron, empiezan  
 A dejar aqueste uso:  
 Reduciendo los poetas  
 La mal ordenada prosa  
 En pastoriles endechas,  
 Hacian farsas de pastores  
 De seis jornadas compuestas  
 Sin mas bato que un pellico,  
 Un laud, una vihuela,  
 Una barba de zamarro,  
 Sin mas oro ni mas seda.  
 Y en efecto poco á poco  
 Barbas y pellicos dejan,  
 Y empiezan á introducir  
 Amores en las comedias,  
 En las cuales ya habia dama,  
 Y un padre que á aquesta cela,  
 Habia galán desdénado,  
 Y otro que querido era;  
 Un viejo que reprendia,  
 Un bobo que los acecha,  
 Un vecino que los casa  
 Y otro que ordena las fiestas.  
 Ya habia saco de padre,  
 Habia barba y cabellera.  
 Un vestido de mujer,  
 Porque entonces no lo eran  
 Sino niños; después de esto  
 Se usaron otras, sin estas,  
 De moros y de cristianos,  
 Con ropas y tunicelas.  
 Estas empezó Berlio;  
 Luego los demás poetas  
 Metieron figuras graves,  
 Como son reyes y reinas.  
 Fué el autor primero de esto  
 El noble Juan de la Cueva, etc.

(33) *El docto anónimo, etc.*

Véanse los números 86 y 87 del catálogo.

(34) *Pedro Simón de Abril.*

Véanse los números 120, 121, 123 hasta el 128 del catálogo.

(35) *Jerónimo Bermudez.*

Véase el número 129 y 130 del catálogo.

(36) *Juan de Malara.*

Véanse los números 74, 88 y 101 del catálogo.

(37) *Juan de la Cueva.*

Véanse en el catálogo desde el número 132 hasta el 139, desde el 142 hasta el 145, y además los números 147 y 150.

(38) *Miguel de Cervantes.*

Véanse en el catálogo los números 153, 157, 158, 159, 160, 164, 165, 166 y 167.

(39) *Virués.*

Véanse los números 140, 141, 146, 148 y 149 del catálogo.

(40) *Lupercio de Argensola.*

Véanse los números 161, 162 y 163 del catálogo.

(41) *Artieda.*

Véase el número 151 hasta el 154.

(42) *Cisneros.*

Véase el número 122 del catálogo.

(43) *Los dos corrales.*

Las compañías cómicas se detenian en Madrid y en las demás poblaciones considerables, segun el acogimiento que les hacian y el caudal de piezas que llevaban. Arrendaban para esto algunos patios ó corrales, y en ellos armaban sus tablados y disponian los asientos para el concurso. El nombre de patio y corral llegó á ser sinónimo de teatro. Aun dura en los modernos la denominacion que se dió en lo antiguo á las *tablas*, *patio*, *gradas*, *corredorcillo*, *aposentos*, *barandilla*, *degolladero*, *cazuela* y *alojeros*. La que hoy es luneta se llamó al principio *bancos*, y la parte alta que hoy es tertulia y palcos terceros se llamó *desvanes*, porque en efecto lo eran.

Luis Quiñones de Benavente dijo en una de sus loas :

|            |                                                                                                                    |
|------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Lorenzo.   | Piedad, ingeniosos bancos.                                                                                         |
| Cintor.    | Perdon, nobles aposentos.                                                                                          |
| Linares.   | Favor, belicosas gradas.                                                                                           |
| Bernardo.  | Quietud, desvanes tremendos.                                                                                       |
| Pinelo.    | Atencion, mis barandillas.                                                                                         |
| Piñero.    | Carlismos mosqueteros,<br>Granujas del auditorio,<br>Defensa, ayuda, silencio.                                     |
| Lorenzo.   | Damas en quien dignamente<br>Cifró su hermosura el cielo,                                                          |
| Isés.      | Así el abril de los años<br>Sea en vosotras eterno,<br>Y que el tiempo que lenela<br>No se sepa en niungun tiempo. |
| Margarita. | Que piadosas y cortesces<br>Pongais perpetuo silencio                                                              |
| Isés.      | A las llaves y á los plitos,<br>Silba de varios sucesos.                                                           |

En el año de 1568 se representaba en un corral de la Puerta del Sol, en otro de la calle del Príncipe, propio de Isabel Pacheco, y en otro de la misma calle de un N. Barquillos. Después hubo comedias en otro de la calle del Lobo, de quien era dueño Cristóbal de la Puente. Hubo también otro corral llamado de la Valdivieso, en que algunas veces se representó. En el año de 1579 y en el de 1582 establecieron las cofrades de la Pasion y Soledad dos corrales : el primero en la calle de la Cruz, y el segundo en la del Príncipe. Estos mismos son los que trasformados ya en teatros conservan todavía el uso, el sitio y el nombre. Pellicer en su tratado sobre el *Origen de la comedia y del histrionismo en España*, tomo I, recogió varias noticias curiosas acerca de los teatros materiales de Madrid.

(64) *Al acabarse el siglo XVI, etc.*

El crecido número de las composiciones dramáticas de Lope de Vega no es una tradicion oscura : está apoyada en testimonios irrecusables. Véanse aqui reunidos algunos de ellos.

En el año de 1603 corrian ya impresas trescientas treinta y seis comedias suyas, de las cuales puso una lista en su obra intitulada *El Peregrino*, y allí mismo dijo que sin hacer mencion de los autos y de algunas comedias que no se acordaba, llevaba ya compuestas cuatrocientas sesenta y dos. En el *Arte nuevo de hacer comedias*, publicado en 1609, dijo que tenia escritas cuatrocientas ochenta y tres. Francisco Pacheco en el discurso que imprimió en el mismo año de 1609 sobre el retrato de Lope, afirmó que las comedias de aquel poeta llegaban á quinientas. Cervantes en el prólogo de las suyas, dadas á luz en 1613, dijo que Lope llevaba escritas mas de ochocientas. Dedicando el mismo Lope á su hijo la comedia de *El verdadero amante*, en el año de 1620, le dice que habia compuesto ya novecientas. En el prólogo á la vigésima parte de ellas, impreso en 1627, asegura tener ya escritas mil setenta. En la *Egloga á Claudio*, escrita antes del año de 1632, dice Lope hablando de sus comedias que hasta entonces habia hecho mil quinientas.

Juan Bodino en su epístola latina dirigida á Leon Allacci en el año 1638, muerto ya Lope, le atribuye mil quinientas. Fernando Cardoso en la oracion fúnebre de aquel poeta fija el número de sus comedias en mil quinientas. El P. Mtro. Avalos en su elogio de Lope dice que habia escrito mil setecientas. El licenciado Antonio de Leda en su poema intitulado *El Fénix Mantuano*, alabando á Lope, le reconoce por autor de mil ochocientas. El caballero Juan Bautista Marino dijo en el panegírico de Lope que habia compuesto dos mil. Don Juan Antonio de la Peña en la dedicatoria de su égloga elegiaca intitulada *Belardo* dice

que Lope escribió mil seiscientas comedias, y en el prólogo que precede á la misma obra dice que fueron sus comedias mil seiscientas, y los autos sacramentales mas de doscientos, que es decir, le atribuye mil ochocientas obras de teatro. El doctor Juan Perez de Montalban, testigo de toda escepcion, en su libro intitulado *Para todos*, dice de Lope que en el año de 1632 llevaba impresos veinte tomos de comedias, y mil quinientas que se habian representado, sin contar los autos. El mismo en la *Fama póstuma* de Lope dice que las comedias que se habian representado de aquel autor llegaban á mil ochocientas, y que pasaban de cuatrocientos los autos sacramentales, en todo dos mil doscientas piezas dramáticas. Don Nicolas Antonio, en vista de tales aserciones dadas por intimos amigos de Lope, publicadas en el mismo año que murió, no desmentidas por ninguno de los muchos émulos que tuvo, y que el mismo don Nicolas Antonio pudo verificar por los informes de los que alcanzaron los últimos años de Lope de Vega, y mas que todo por las mismas obras que entonces debian existir, no dudó asegurar en su Biblioteca que aquel poeta habia compuesto mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales.

(65) *Como corruptor de la escena.*

El prólogo que puso don Blas Nasarre á las comedias de Cervantes contiene escelentes doctrinas acerca del arte dramática ; pero aquel literato se dejó llevar muchas veces de sus propias imaginaciones, de un espritu de patriotismo mal entendido, y de un empeño no disculpable en desacreditar á Lope y Calderon, suponiéndolos corruptores de nuestro teatro, como si le hubieran hallado menos defectuosos, como si alguno de sus contemporáneos hubiera escrito con mayor acierto. Véanse aqui los errores que me han parecido mas notables en el citado prólogo, relativos á nuestra historia literaria y á otras materias de buen gusto y discernimiento crítico.

« Los árabes y moros fueron escelentes en las representaciones dramáticas. — Los trovadores provenzales fueron los primeros que escribieron comedias. — En las obras poéticas de Alfonso el Sabio, en las de Gonzalo de Berceo y romances antiguos se conservan testimonios auténticos de nuestras composiciones teatrales, con muchos siglos de anterioridad á las piadosas farsas de los italianos y franceses. — Los peregrinos que iban á Santiago cantaban y representaban al vivo los misterios de la religion y las historias sagradas, de cuya costumbre quedaron las relaciones de ciegos y los autos sacramentales. — Cervantes compuso sus comedias con la misma idea que el *Quijote*, haciéndolas de intento desarregladas y llenas de desatinos á fin de purgar del mal gusto y mala moral el teatro. — Cuando Lope empezó á escribir, eran ya las comedias adultas y perfectas, y él las volvió á las mantillas. — Calderon fué el segundo corruptor del teatro. — Moliere puso en la escena algunas de las comedias de este autor, que tuvieron y tienen mucho aplauso y aprobacion entre los franceses. — Guillen de Castro, Rojas y Solís guardaron la moderacion que pide el estilo de las comedias. — Tenemos mayor número de comedias perfectas y segun arte que los franceses, italianos é ingleses juntos. — Tenemos comedias ajustadas sinas á la razon y al arte, que en nada son inferiores á las de Moliere, Wicherley, Maffei y Riccoboni. — Don Esteban Manuel de Villegas es comparable á los mejores poetas griegos. »

Si me preguntasen mi opinion acerca de los artículos precedentes, responderia sin peligro de ser desmentido : todo es falso.



# ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

## CATALOGO HISTORICO Y CRITICO

DE

### PIEZAS DRAMATICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA.

AÑO DE 1356.

1. ANÓNIMO. «Danza general en que entran todos los estados de gentes.» Esta obra existe en la biblioteca del Escorial manuscrita de letra antigua, en un tomo en cuarto. Se creyó que el autor de ella fuese Rabi don Santo, judío que floreció en tiempo del rey don Pedro de Castilla; pero examinado el códice con mayor atención, se ha visto que no es composicion del citado Rabi. El que escribió la *Danza general* es absolutamente desconocido, y solo puede inferirse que vivió á mediados del siglo xiv.

Su obra es una pieza dramática escrita en coplas de arte mayor. No es fácil decidir si los versos se cantaban ó se representaban; pero no cabe duda en que á lo menos alternarian con ellos las mudanzas del baile ejecutadas al son de la música. La Muerte, que es uno de los personajes, dice:

Yo só la Muerte cierta á todas criaturas  
Que son y serán en el mundo durante;  
Demando, é digo: ¡Oh home! ¿por qué curas  
De vida tan breve en punto pasante?  
Pues non hay tan fuerte nin recio gigante  
Que deste mi arco se pueda amparar,  
Conviene que mueras, cuando lo tirar  
Con esta mi frecha crúel traspasante.

Siguense á esta otras octavas, y luego se introduce á un predicador que intima á todos la necesidad de morir, aconsejando la práctica de las buenas obras á fin de disponerse para entrar en una danza que tiene prevenida la Muerte, y dice esta:

A la danza mortal venit los nacidos  
Que en el mundo sois de cualquier estado;  
El que non quisiere, á fuerza é amidos  
Facerle he venir muy toste parado.  
Pues que ya el frayre vos ha predicado  
Que todos ayades á facer penitencia;  
El que non quisiere poner diligencia,  
Non puede ya ser ya mas esperado.

Llama á su danza á dos doncellas, y dice:

A esta mi danza trax de presente  
Estas dos doncellas que vedes, fermosas;  
Ellas vinieron de muy mala mente  
A oír mis canciones, que son dolorosas.  
Mas non les valdrán flores ni rosas  
Nin las composturas que poner solian:  
De mí si pudiesen partirse querrian;  
Mas non puede ser, que son mis esposas.

Véanse el 1.º y 4.º tomo de la coleccion de poesías castellanas anteriores al siglo xv, por don Tomás Sanchez (1).

(1) El haberse creído que esta composicion fuese obra de Rabi don Santo de Carriou, fué por razon de hallarse continuada en el códice donde estan las obras de aquel antiguo poeta. Como quiera que fuere, es documento muy notable, y si realmente fué escrito con el objeto de

1444.

2. DON ENRIQUE DE ARAGON, marqués de Villena. «Comedia alegórica, representada al rey don Fernando de Aragon (2).»

Don Enrique de Aragon, marqués de Villena, nieto de Enrique II, rey de Castilla, y biznieto del infante don Pedro de Aragon, floreció en el reinado de don Juan el II de Castilla. Fué hombre de mucho ingenio, muy estudioso é instruido tanto en letras humanas como en las ciencias físicas y matemáticas, que le adquirieron entre el vulgo la opinion de mágico. Murió en el año de 1434. Dejó sus libros al rey, y con ellos se llenaron dos carretas. Fray Lope de Barrientos, comisionado por el rey para examinarlas, «fizo quemar mas de cien libros (como refiere Fernan Gomez de Cibdareal), que no los vió él» mas que el rey de Marroecos, ni mas los entiende que el dean de Cidarodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos, haciendo á otros insipientes é magos; é peor es que se facen beatos, haciendo á otros nigromantes.»

Escribió el marqués varias poesías, canciones y diálogos que se representaron, un poema de los *Trabajos de Hércules*, una *Traduccion de la Eneida*, otra de la *Divina Comedia de Dante*, y otra del tratado de *Oratore* de Ciceron. Compuso un libro de la *Gaya sciencia*, otro del *Arte cisoria*, y varios opúsculos. Vivió muy estimado así en la corte de Castilla como en la de Aragon, y para esta escribió la comedia alegórica que va mencionada. Hacian papel en ella la *Justicia*, la *Verdad*, la *Paz* y la *Misericordia*. Nasarre en el *Prólogo á las comedias de Cervantes*, y Velazquez en los *Orígenes de la poesia castellana*, hacen memoria de esta comedia, refiriéndose á Gonzalo Garcia de Santa María en la crónica que escribió del citado rey don Fernando I de Aragon.

1469.

5. ANÓNIMO. «Comedia representada en casa del conde de Ureña para obsequiar al infante don Fernando de Aragon con motivo de su desposorio con la infanta doña Isabel, hermana del rey Enrique IV de Castilla.» Se ignora si esta comedia existe. Nasarre da noticia de ella, atribuyéndosele, exigia nada menos que treinta y cinco actores, á saber: la muerte, el predicador, el papa, el emperador, el cardenal, el rey, el patriarca, el duque, el arzobispo, el condestable, el obispo, el caballero, el abad, el escudero, el dean, el mercader, el arcediado, el abogado, el canónigo, el físico, el cura, el labrador, el monje, el usurero, el fraile, el portero, el ermitaño, el contador, el diácono, el recabdador, el subdiácono, el sacristán, el rabi, el alfaquí, el sautero.

(2) Véase la nota (b) de la página 151, donde se hacen algunas observaciones sobre las circunstancias de esta comedia, y sobre la prioridad de otra representada quince años antes con semejante motivo, si damos fe al coronista Blancas.—Aun de época anterior tenemos una curiosa noticia en un folleto titulado: *Teatro de Valencia*, publicado en aquella ciudad por don Luis Lámarcha, año de 1840, donde (pág. 8) se dice: «en abril de 1394 se representó en el palacio del Real una tragedia titulada *L'home enamoral é la fembra satisfeta* escrita por mossen Domingo Maspons, consejero de Juan I, que poseyó en manuscrito del siglo xiv don José Mariano Ortiz.» Será importante averiguar la certeza de este dato.

yéndola á Juan de la Encina; pero en el año de 1469, en que se casaron los Reyes Católicos, Juan de la Encina lloraba en la cuna.

1470.

4. RODRIGO DE COTA. «Diálogo.—Comienza una obra de Rodrigo de Cota á manera de diálogo entre el Amor y un viejo, que escarmentado de él, muy retraído se figura en una huerta seca y destruida, do la casa del Placer derribada se muestra, cerrada la puerta, en una pobrecilla choza metido, al cual súbitamente parece el Amor con sus ministros; y aquel humildemente procediendo, y el viejo en áspera manera replicando, van discurrendo por su fábula, fasta que el viejo del Amor fué vencido; y comenzó á hablar el viejo de la manera siguiente.» Así se anuncia esta obra en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, impreso en Valencia por Cristóbal Hoffman, natural de Basilea, año de 1511.

Este diálogo es una representación dramática con acción, nudo y desenlace; entre dos interlocutores no es posible exigir mayor movimiento teatral. Supone decoración escénica, máquina, trajes y aparato; el estilo es conveniente, fácil y elegante; los versos tienen fluidez y armonía.

Poca noticia nos ha quedado del autor: se sabe solamente que existieron en el siglo xv dos parientes, vecinos de Toledo, con el nombre de Rodrigo de Cota, y que al mas antiguo de ellos llamaron el Tio.

A este se le atribuyen las coplas de *Mingo Revulgo*, y no con bastante seguridad el primer acto de la *Celestina*. Francisco del Canto, que reimprimió en Medina del Campo en el año de 1569 el *Diálogo del Amor y un viejo*, le anunció de este modo: *Diálogo hecho por el famoso autor Rodrigo de Cota, el Tio, natural de Toledo, el cual compuso la égloga de Mingo Revulgo*, etc. Si esta indicación es segura, puede decirse que Rodrigo de Cota, el Tio, floreció durante los reinados de Juan el II y de Enrique IV. Las coplas de Revulgo son una sátira de los desórdenes ocurridos en tiempo de este último rey. Los que han creído que aludía á los de su antecesor, no han leído detenidamente las citadas coplas, en las cuales se pinta muy al vivo el carácter de don Enrique, sus inclinaciones, sus vicios, su retraimiento, su absoluto abandono y su escandalosa pasión á la portuguesa doña Guiomar de Castro, dama de la reina (5).

1492.

5. JUAN DE LA ENCINA.—«Egloga representada en la noche de la Navidad de nuestro Salvador, adonde se introducen dos pastores, uno llamado Juan, é otro Mateo; é aquel que Juan se llamaba, entró primero en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é en nombre de Juan del Encina llegó á presentar cient coplas de aquesta fiesta á la señora duquesa; é el otro pastor llamado Mateo, entró después desto, é en nombre de los detractores é maldicientes comenzó á razonar con él, é Juan estando muy alegre é ufano, porque sus señorías le habian ya recibido por suyo, venció la malicia del otro. Adonde prometió que venido el mayo sacaría la compilacion de todas sus obras, porque se las usurpaban é corrompian, é porque no pensasen que toda su obra era pastoril, segun algunos decian, mas antes conociesen que á mas se extendia su saber.» Diálogo en verso sin artificio dramático (4).

1492.

6. «Egloga representada en la misma noche de Navidad, adonde se introducen los mismos pastores de arriba: é

(5) Esta composicion lindísima se hallará en la coleccion que sigue al presente catálogo.

(4) Esta égloga y la anterior parecen ser dos escenas de un mismo drama, y juntas se hallan en la coleccion de Bohl de Faber.

estando estos en la sala adonde los maitines se decian, entraron otros dos pastores, que Lucas é Marco se llamaban, é todos cuatro en nombre de los cuatro evangelistas de la natividad de Cristo se comenzaron á razonar.» Consiste en un diálogo en verso sin acción, y concluye con un villancico cantado. Se infiere por esta pieza que en alguna sala de casa del duque de Alba se disponia un nacimiento (como todavía es costumbre en España), se rezaban delante de él los maitines con asistencia de los duques y de su familia, y acabado este acto religioso seguan las diversiones de representación y de música.

1494.

7. «Representacion á la muy bendita pasión y muerte de nuestro precioso Redentor, adonde se introducen dos ermitaños, el uno viejo y el otro mozo, razonándose como entre padre é hijo camino del santo Sepulcro, é estando ya delante del monumento, allegóse á razonar con ellos una mujer llamada Verónica, á quien Cristo quando le llevaban á crucificar dejó imprimida la figura de su rostro en un paño que ella le dió para se alimpiar del sudor y sangre. Va eso mesmo introducido un ángel, que vino á contemplar en el monumento, é les trajo consuelo é esperanza de la santa resurreccion.» Diálogo sencillísimo en verso, con buen lenguaje y estilo. Se infiere de su contenido que se representó en casa de los duques delante del monumento que se pondría el jueves santo en el oratorio (5).

1494.

8. «Representacion á la santísima Resurreccion de Cristo, adonde se introducen Josef é la Magdalena é los discípulos que iban al castillo de Emaús; é primero Josef comienza contemplando el sepulcro... é en fin vino un ángel á ellos por les acrescentar el alegría é fe de la resurreccion.» Concluye este diálogo en verso con un villancico. Es creible que se representase tambien en el oratorio de los duques.

1495.

9. «Egloga representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antrucio ó carnestollendas) adonde se introducen cuatro pastores llamados Beneyto, é Bras, Pedruelo, é Llorente. E primero Beneyto entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é comenzó mucho á dolerse é acuitarse porque se sonaba que el duque su señor se habia de partir á la guerra de Francia; é luego tras él entró el que llamaban Bras preguntándole la causa de su dolor, é después llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Llorente que les ayudó á cantar.» Esta égloga, escrita en verso, puede considerarse como un pequeño drama con nudo y solución, en el cual oportunamente introdujo el autor los elogios del duque de Alba. La espresion de caracteres y afectos son convenientes á los personajes de la fábula (6).

1495.

10. «Egloga representada la mesma noche de antrucio ó carnestollendas, adonde se introducen los mismos pastores de arriba llamados Beneyto, é Bras, é Llorente, é Pedruelo. E primero Beneyto entró en la sala, adonde el duque é duquesa estaban, é tendido en el suelo de gran reposo comenzó á cenar, é luego Bras que ya habia cenado, entró diciendo: *carnes fuera*; mas importunado de Beneyto tornó otra vez á cenar con él, é estando cenando é razonándose sobre la venida de cuaresma, entraron Llorente é Pedruelo, é todos cuatro juntamente comiendo y cantando con mucho placer dieron fin á su

(5) Hállase en la misma coleccion citada.

(6) Se halla en la coleccion de Moratin.



festejar.» Diálogo en verso desnudo de acción, que se acaba con un villancico (7).

1495.

11. «Egloga representada en recuesta de unos amores, adonde se introduce una pastorella llamada Pascuala, que yendo cantando con su ganado entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é luego después de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerirla. E estando en su recuesta llegó un escudero que también fué preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro se la sonsacó, é se tornó pastor por ella.» En esta égloga, escrita en verso, se advierte un poco de artificio dramático: el lenguaje y estilo son acomodados á los caracteres que en ella se introducen. El de Mingo le representó Juan de la Encina, como se infiere por el contesto de la pieza siguiente (8).

1496.

12. «Egloga representada por las mismas personas que en la de arriba van introducidas, que son un pastor llamado Gil, é Pascuala é Mingo, é su esposa Menga, que de nuevo agora aquí se introducen. E primero Gil entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é Mingo, que iba con él, quedóse á la puerta espantado que no osó entrar, é después importunado de Gil entró, é en nombre de Juan de la Encina llegó á presentar al duque é duquesa sus señores la compilación de sus obras, é allí prometió no trovar mas, salvo lo que sus señorías le mandasen, é después llamaron á Pascuala é á Menga, é cantaron é bailaron con ellas. E otra vez tornándose á razonar allí, dejó Gil el hábito de pastor que había traído un año, é tornóse del palacio, é con él juntamente la su Pascuala, é en fin Mingo é su esposa Menga, viéndolos mudados del palacio, creciéron envidia, é aunque recibieron pena de dejar los hábitos pastoriles, también ellos quisieron tornarse del palacio, y probar la vida dél. Así que todos cuatro juntos muy ataviados dieron fin á la representación cantando el villancico del cabo.» La composición de este diálogo en verso no tiene mérito particular; pero la expresión de los caracteres, el estilo, la versificación y el siguiente villancico merecen elogio.

Al Amor obedezcamos  
Con muy presta voluntad;  
Pues es de necesidad,  
De fuerza virtud hagamos:  
Al Amor no resistamos,  
Nadie cierre á su llamar,  
Que no le ha de aprovechar.  
Amor amansa al mas fuerte,  
E al mas flaco fortalece;  
Al que menos le obedece  
Mas le aqueja con su muerte;  
A su buena ó mala suerte  
Ninguno debe apuntar,  
Que no le ha de aprovechar.  
Amor muda los estados,  
Las vidas y condiciones,  
Conforma los corazones  
De los bien enamorados:  
Resistir á sus cuidados  
Nadie debe procurar,  
Que no le ha de aprovechar.  
Aquel fuerte del Amor,  
Que se pinta niño y ciego,  
Hace al pastor palaciego,  
Y al palaciego pastor:  
Contra su pena é dolor  
Ninguno debe lidiar,  
Que no le ha de aprovechar.  
El que es Amor verdadero

Despierta al enamorado,  
Hace al medroso esforzado,  
E muy polido al grosero:  
Quien es de Amor prisionero  
No salga de su mandar,  
Que no le ha de aprovechar.

El Amor con su poder  
Tiene tal jurisdicción,  
Que cativa el corazón  
Sin poderse defender:  
Nadie se debe asconder  
Si Amor viniere á llamar,  
Que no le ha de aprovechar (9).

1496.

13. «Aucto del Repelon, en el cual se introducen dos pastores, Piernicuro é Johan Paramas, los cuales estando vendiendo su mercadería en la plaza, llegaron ciertos estudiantes que los repelaron, faciéndoles otras burlas peores. Los aldeanos, partidos el uno del otro por escaparse de ellos, el Johan Paramas fué á casa de un caballero: en entrando en la sala, fallándose fuera del peligro, comenzó á contar lo que le acaesció. Sobreviene Piernicuro en la rezaga, que le dice como todo el hato se ha perdido, é entró un estudiante estando ellos hablando á refacer la chaza, al cual, como le vieron solo, echaron de la sala. Sobrevienen otros dos pastores, é levanta Johan Paramas un villancico.» No se alcanza por qué Juan de la Encina llamó auto á esta pieza, y no égloga ó representación, como hizo con las otras. La presente es un diálogo en verso sin acción, en que hizo hablar á los interlocutores un lenguaje estreñadamente grosero y rústico, como puede verse en los siguientes versos.

ESTUDIANTE.

Pues que ya te lo he jurado,  
Ven acá, dímelo tú.

JOHAN.

¿Quieres saber lo que hū?  
Engañóns, mal pecado,  
Que stábamos nel mercado  
Na aquella priza denantes;  
Un rebaño de estudiantes  
Nos hizón un mal recado.  
Aqueste, yo os dó la fe  
Que bonico lo paroren.

PIERNICURTO.

¿Y á mí ño me repeloren?

JOHAN.

Así, hizón té, ño sé qué.

PIERNICURTO.

No, que yo bien me guardé.

JOHAN.

Bien que el rabo lo pagó.  
¿Cuidas que ño lo sé yo?

PIERNICURTO.

Cocorron que te daré.

1496.

14. «Representación por Juan del Encina ante el muy esclarecido é muy ilustre príncipe don Juan, nuestro soberano señor. Introdúcense dos pastores, Bras é Juanillo, é con ellos un escudero que á las voces de otro pastor, Pelayo llamado, sobrevinieron; el cual de las doradas frechas del Amor mal herido se quejaba, al cual andando por dehesa vedada con sus frechas é arco de su gran poder ufanándose el sobredicho pastor había querido prender.» No carece de mérito en esta pieza el soliloquio del Amor, en que describe la extensión de su poderío. Está escrita en verso.

(7) Se halla en la colección de Bohl de Faber.

(8) Esta égloga está inserta en la colección de Moratín y en la de Bohl de Faber.

(9) La égloga entera se halla en la colección de Bohl de Faber.

1497.

15. «Egloga trovada por Juan del Encina, en la cual se introducen tres pastores, Fileno, Zambardo é Cardonio, donde se recuenta como este Fileno preso de amores de una mujer llamada Zéfira, de cuyos amores viéndose muy desfavorecido, cuenta sus penas á Zambardo y Cardonio, el cual no fallando en ellos remedio, por sus proplis manos se mata.» El autor de *El Didlogo de las lenguas* cita con elogio una comedia intitulada: *Fileno y Zambardo*; pero no es de creer que aludiese á la presente composicion, á la cual su autor llamó égloga, y no comedia. Fileno, después de quejarse largamente de la ingratitud de su pastora, concluye quitándose la vida: sobrevienen dos amigos suyos, cargan con el cuerpo y se le llevar á enterrar; no hay mas fábula que esta. Escribió su obra Juan de la Encina en coplas de arte mayor, á diferencia de todas las otras. La pureza del lenguaje, el estilo y los versos tienen mérito. Véase este pasaje en que declama Fileno contra los vicios de las mujeres:

Desde el conienzo de su creacion  
Torcí la mujer del vero camino;  
Que menospreciando el mando divino,  
A sí y á nosotros causó perdicion;  
De aquella en las otras pasó sucesion,  
Soberbia, codicia é desobediencia,  
Y el vicio do halla mayor resistencia  
Aquel mas seguir su loca opinion.

Discretas son todas á su parescer;  
Si yerran ó no, sus obras lo digan;  
Dime si viste en cosa que sigan  
Mudanzas é antojos jamás fallestecer?  
Si aborresciendo nos muestran querer,  
E si pensando nos muestran folganza,  
Yo é los que en ellas han puesto esperanza  
Te pueden de aquesto bien cierto hacer.

El tiempo no sufre que en esto me estienda,  
El cual faltaria, mas no que decir:  
Sus artes cubiertas, su claro mentir,  
Huirse debia, mas no lleva enmienda;  
Y aunque de todas aqueste se entienda,  
Sola Zéfira á todas escude,  
Cuya crüeza no sé, ni se puede  
Pensar, ni ella misma creo la comprenda.

¿En cuál corazon de muy cruda fiera  
Pudiera caber tan gran crueldad,  
Que siendo señora de mi libertad  
Por otra no suya trocarla quisiera?

Oh condicion mudable lijera!  
Oh triste Fileno! ¿en qué eres venido,  
Que ni aprovecha llamarte venido,  
Ni para vencer remedio se espera?

La sierpe y el tigre, el oso y leon,  
A quien la natura produjo feroces,  
Por uso de tiempo conocen las voces  
De quien los gobierna y humildes le son;  
Mas esta, do nunca moró compasion,  
Aunque la sigo después que soy hombre,  
Y soy hecho roneo llamando su nombre,  
Ni me oye ni muestra sentir compasion.

1488.

16. «Egloga trovada por Juan del Encina, representada la noche de Navidad, en la cual á cuatro pastores, Miguel, Juan, Rodrigacho é Anton llamados, que sobre los infortunios de las grandes lluvias é la muerte de un sacristán se razonaban, un ángel aparece, é el nacimiento del Salvador les anunciando, ellos con diversos dones á su visacion se aparejan.» Es un diálogo en estilo rústico, que se acaba con la inoportuna aparicion de un ángel. Cuéntales á los pastores el nacimiento del hijo de Dios, y ellos se encaminan á Belén para adorarle; pero como los tales pastores no son los del Evangelio, sino unos cabreiros cristianos y españoles que hablan de los aguaceros y

avenidas del año de 1498, resulta demasiado absurdo el anuncio del ángel y el desatinado viaje que emprenden (10).

1515 (11).

17. DON PEDRO MANUEL DE URREA. «Egloga de la tragi-comedia de Calisto y Melibea, de prosa trovada en metro, por don Pedro Manuel Urréa, dedicada á su madre la condesa de Aranda.» Está inserta esta pieza entre las varias poesías de que se compone el *Cancionero* del mismo autor, impreso en Logroño á costa y espensas de Arnao Guillen Brocar, maestro de la imprenta en dicha ciudad: le acabó en nombre de la santísima Trinidad á siete dias del mes de julio de 1513, en folio.

El autor dice en el argumento: «Esta égloga ha de ser hecha en dos veces. Primeramente entra Melibea y después Calisto, y pasan allí las razones que aquí parescen, y al cabo despide Melibea á Calisto con enojo, y sálese el primero, y después luego se va Melibea. Y torna presto Calisto muy desesperado á buscar á Sempronio su criado, y los dos quedan hablando hasta que Sempronio va á buscar á Celestina para dar remedio á su amo Calisto. Está trocado esto hasta que queda solo Calisto, y allí acaba, y por no quedar mal, vanse cantando el villancico que va al cabo.» Por esta advertencia preliminar se ve que Urréa no aspiró al mérito de la invencion: puso en versos cortos la prosa que halló en el primer acto de la *Celestina*, y advirtiéndole que no le resultaba una fábula entera, añadió un villancico por no quedar mal.

1514.

18. JUAN DE LA ENCINA. «Farsa de Plácida é Vitoriano.» Esta obra, de la cual solo queda la noticia, se imprimió en Roma en el año de 1514. El citado autor de *El Didlogo de las lenguas* habla de ella con elogio, prefiriéndola á todas las demás del mismo poeta. La inquisicion la prohibió en el año de 1539.

Juan de la Encina nació en Salamanca (ó en algun pueblo inmediato á ella) en el año de 1468. Estudió en aquella universidad, protegido del maestrescuela don Gutierrez de Toledo, hermano de don Garcia de Toledo, conde

(10) Hállase en la coleccion de Bohl de Faber.

(11) Antes de esta fecha se encuentra el auto pastoril de Nacimiento, el primero que en Portugal se representó, estando presentes el rey don Manuel y la reina doña Beatriz su madre, y la señora duquesa de Braganza su hija, en la segunda noche del nacimiento del príncipe don Juan II en Portugal (6 de junio de 1502), que se incluye entre las obras de Gil Vicente, impresas en Lisboa en 1562, y se reproduce en la coleccion de Bohl de Faber. (Véase la nota (g) al Discurso histórico que precede, y la 45 al presente catálogo.)

No podemos asegurar si se representaría anteriormente á esta época alguna de las piezas contenidas en el código de la biblioteca nacional, que hemos citado, y cuyo índice ponemos á continuacion con las personas ó figuras que en ellos intervienen.

## INDICE.

1. Auto del sacrificio de Abraham. Figuras: Abraham, un villano, Eliazzer, Sara, una moza, cuatro convidados, Dios Padre, Isaac, un ángel.

2. Auto del desierto de Agar. Figuras: Abraham, Sara, un ángel, dos pastores, Agar, Ismael, Voluntad, Deseo, Cuidado, Amor.

3. Auto de cuando Abraham se fué á tierra de Canaán. Figuras: Abraham, Dios Padre, Eliazzer, Sara, Lot, tres pastores, el rey Faraon, un portero, tres del pueblo.

4. Auto de cuando Jacob fué huyendo á las tierras de Aran. Figuras: Laban, Collaco, Jacob, dos pastores, Raquel, Lia.

5. Auto de los desposorios de Isaac. Figuras: Abraham, Eliazzer, Rebecca, Batuel, Labá, el alegría, la moralidad, la leira, Delbora.

Nota. Al fin de este auto hay unas coplas en loor de San Francisco, otras en loor de San Juan, y otras en loor de San Ambrosio.

6. Auto de los desposorios de Isaac. Figuras: Abraham, Eliazzer, un villano, un mozo, Batuel, Rebecca, una criada suya, un batero, un sordo, Laban, Isaac, un criado suyo.

7. Farsa del sacramento del amor divino. Figuras: El amor divino, el contentamiento, un labrador, un segador, un sembrador, un trillador, una panadera, una bornera.

8. Auto del robo de Digna. Figuras: Digna, el príncipe Siguen, un paje, un pastorcico, Jacob, el rey Emor, un villano, Levi, Rubé, Judas, un pregonero.

9. Farsa sacramental de la residencia del hombre. Figuras: Conciencia.



de Alba. Siguió después la corte, y á los veinte y cinco años de su edad se hallaba colocado en la casa y familia de don Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, y de su esposa doña Isabel Pimentel. Publicó la colección de sus obras con el título de *Cancionero*, que dividió en cuatro partes, dedicándola á los Reyes Católicos, al duque y duquesa de Alba, al príncipe don Juan, y á don García de Toledo, primogénito de los duques, el

que murió en la funesta jornada de los Gelves. En la cuarta parte de esta colección incluyó sus obras dramáticas. El duque y duquesa de Alba, don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, don Íñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado, el príncipe don Juan, y los mas ilustres caballeros y damas de aquella corte asistieron á estos privados espectáculos, en que Juan de la Encina se distinguió como poeta y gracioso cómico. Ignórase con qué

cia, Justicia, Hombre, Angel de la guarda, Misericordia, Mundo, Carne, Lucifer.

40. Auto del magna. Figuras: Ruben, Manasés, Rudilia, Lia, un villano, Moises, Aaron, otros del pueblo.

41. Auto de la lucha de Jacob con el ángel. Figuras: Jacob, Cozon, Lia, Rachel, Gil pastor, un ángel, Esau y su gente de guerra.

42. Auto del finamiento de Jacob. Figuras: Jacob, Joseph, Senec, un villano, una moza, dos jitanas, Levi, Rubé, Simeon.

43. Auto de Sanson. Figuras: Los del pueblo de Segul, los filisteos, un carcelero, Sanson, Dalida, un villano.

44. Auto del rey Nabucodonosor, cuando se hizo adorar. Figuras: Ceguedad, Fe, Razon, Nabuc, tres legados, un villano, un pregonero, Sidrac, Misac, Abdenago, Contricion, Penitencia.

45. Auto del sueño de Nabucodonosor. Figuras: Un camarero, un paje, Arioc, el rey Nabuc, tres sabios, un pregonero, Daniel.

46. Auto del rey Asuero, cuando descompuso á Basti. Figuras: El rey Asuero, tres pajes, un mayordomo, un repostero, un villano, cuatro reyes, un truhan, la reina Basti, tres sabios.

47. Auto del rey Asuero cuando ahorcó á Aman. Figuras: La fortuna, cuatro que la acompañan, Aman, Ester, Atac, el rey Asuero, cuatro pajes, un verdugo, cuatro músicos.

48. Auto de la lepra de Naaman. Figuras: Naaman, su mujer, una cautiva, un mayordomo, un criado, un villano, Sirio del Prado, el rey de Israel, Scezi, Elisio.

*Nota. Este auto está sin concluir.*

49. Auto de la unción de David. Figuras: Samuel, Dios Padre, un criado de Samuel, dos del pueblo, Isal, sus ocho hijos, un pastor, David.

50. Auto de los desposorios de Joseph. Figuras: Putifar, Zenobia, un villano, Senec, un correo, Joseph, un ángel, un secretario, el rey Faraon, un atambor.

51. Auto de Tobías. Figuras: Tobías el viejo, Tobías su hijo, Ana, el ángel Rafael, Raquel, su mujer, Sara, Nabal, Bobo.

52. Auto de Abraham cuando venció los cuatro reyes. Figuras: Un villano, dos soldados, Abraham, Melchisedech, sus criados, Loth con su familia, Aner, Escol, Membret, el rey de Sodomá.

*Nota. Al fin hay unas copias en loor del santísimo árbol de la santísima Veracruz.*

53. Auto del emperador Juveniano. Figuras: Juveniano, un paje, tres cazadores, un ángel, un secretario, un portero, la emperatriz, dos verdugos, un pregonero, un ermitaño.

54. Auto del sacrificio de Jeté. Figuras: Jeté, cuatro ladrones, los de Galad, Huencarral, dos embajadores, un atambor, Galatila, dos doncellas. *Nota. Tambien este auto está sin concluir.*

55. Auto de la conversion de san Pablo. Figuras: San Pablo, el príncipe de la ley, Abdaron, Abiatar, Cristo, Ananias, dos judíos.

56. Auto de san Jorje cuando mató la serpiente. Figuras: Los del pueblo, el rey, la infanta, la reina, dos doncellas, un pastor, san Jorje.

57. Auto de san Cristobal. Figuras: San Cristobal, un rey, el demonio, un truhan, un ermitaño, un portugués, un viejo, dos bobos, Jesucristo.

58. Auto de un milagro de san Andrés. Figuras: Un demonio en hábito de paje, otro de doncella, un obispo, un paje suyo, san Andrés.

59. Auto del martirio de San Justo y Pastor. Figuras: Daciano, un maestresala suyo, un pregonero, San Justo, San Pastor, un ángel.

60. Auto de la destruccion de Jerusalem. Figuras: Vespasiano, dos pajes, un senescal, un judío, la mujer Verónica, Pilato, el rey Archelao, un criado, Clemente, dos dueñas, algunos soldados.

61. Auto de la Asuncion de nuestra Señora. Figuras: Un ángel, sant Juan, sant Pedro, Santiago, sant Andrés, todos los demás apóstoles, Cristo.

62. Auto de la Asuncion de nuestra Señora. Figuras: Nuestra Señora, un ángel, sant Juan, sant Andrés, Santiago, sant Pedro, Mose Rabi, otros dos judíos, Dios Padre, Cristo, el Espíritu Santo, santo Tomás, dos coros de ángeles, todos los demás apóstoles.

63. Auto de cuando santa Elena halló la cruz de nuestro Señor. Figuras: Santa Elena, el emperador, dos criados, Judas, Levi, Ruben, Abdaron, un difunto.

64. Entremés de las esteras. Figuras: Melchora, Antona, un bobo, un lacayo, un bachiller, el amo de las mozas.

65. Auto de la degollacion de sant Juan Baptista. Figuras: El rey Herodes, Cornelio, sant Juan, un paje, Herodias, su hija, un alguacil, un verdugo, sant Andrés, Santiago.

66. Auto de la muerte de Adonias. Figuras: Adonias, Joab, Sadoch, Abiatan, el rey Salomon, Adoc, Bersabé y otros criados del rey.

67. Auto del martirio de santa Bárbara. Figuras: Dioscoro, dos canteros, santa Bárbara, dos pastores, un odelantado.

68. Auto del martirio de santa Eulalia. Figuras: Un procurador, Colturnio, un alguacil, santa Eulalia, dos verdugos, dos ángeles.

69. Auto de san Francisco. Figuras: San Francisco, un hermano suyo, su padre, un obispo, un paje, fray Maseo, fray Inocencio, fray Buena-ventura, fray Silvestre.

70. Auto del pecado de Adan. Figuras: Adan, Eva, Lucifer, Gula, Avaricia, Dios Padre, Angel.

41. Auto de Cain y Abel. Figuras: Abel, Cain, Dios Padre, la envidia, la culpa, Lucifer, la muerte y cuatro que la traen.

*Nota. Está firmado este auto por el maestro Ferruz.*

42. Auto de la prevaricacion de nuestro padre Adan. Figuras: Adan, Eva, Lucifer, Dios Padre, un ángel, dos coros de ángeles.

43. La Justicia divina contra el pecado de Adan. Figuras: Justicia, Misericordia, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, Adan, Eva, un ángel, dos coros.

44. Auto de los hijos de Adan. Figuras: Adan, libre albedrio, el deseo, el trabajo, la inocencia, la sabiduría, fe, esperanza, caridad, el error la misericordia.

45. Auto de la culpa y captividad. Figuras: Dos romeros, la culpa, la captividad, un villano, una pastora, dos profetas, un viejo, una vieja, la libertad.

46. Auto de la entrada de Jesucristo en Jerusalem. Figuras: Jesucristo, los doce apóstoles, un ciudadano, un villano, un renovero, un cambiador, un palomero, la turba del pueblo, tres fariseos.

47. Auto de la prision de sant Pedro. Figuras: El rey Herodes, Centurion, sant Pedro, Levi, Samuel, un ángel, Cristo, sant Marcos, su madre, una moza.

48. Auto del hijo pródigo. Figuras: El padre, el hijo, un villano, la madre, un portugués, Seudulo, una mujer enamorada, una moza, un porquero, el hijo mayor.

49. Auto de los desposorios de Moises. Figuras: Moises, un bobo, dos villanos, un viejo y otro mozo, Sefora, Cetrona, Cetron su padre.

50. Auto de la residencia del hombre. Figuras: La justicia, la misericordia, la conciencia, el ángel de la guarda, el hombre, Lucifer, el mundo y la carne.

51. Auto de la circuncision de nuestro Señor. Figuras: Nuestra Señora, Fe, Prudencia, Humildad, Joseph, el sacerdote, Levi y Abiatar.

52. Auto de la huida de Egipto. Figuras: Joseph, nuestra Señora, un ángel, un viejo, un bobo, cuatro jitanas, un jitano.

53. Auto de las donas que envió Adan á nuestra Señora con Sant Lázaro. Figuras: Sant Lázaro, nuestra Señora, la humanidad.

54. Auto del despedimiento de Cristo de su madre. Figuras: Sant Pedro, sant Juan, nuestra Señora, la Magdalena, santa Marta, un ángel, Adan, Sant Lázaro.

55. Auto de la verdad y la mentira. Figuras: Verdad, Mentira, Malicia, Ignorancia, Pecado, Justicia.

56. Auto del hospedamiento que hizo santa Marta á Cristo. Figuras: Cristo, los doce apóstoles, santa Marta, la Magdalena, Marcela.

*Nota. Al fin se leen unas copias en loor de la santa Veracruz.*

57. Auto de acusacion contra el género humano. Figuras: Lucifer, Satan, Caron, Cristo, nuestra Señora, el ángel custodio, el ángel san Gabriel, el género humano, fragilidad.

*Nota. Al fin se leen unas octavas en loor de la sacratísima reina de los ángeles, nuestra Señora.*

58. Auto de los triunfos de Petrarca á lo divino. Figuras: La razon, la sensualidad, el amor, David, Adan, Sanson, Salomon, la castidad, cuatro doncellas, la muerte, Abraham, Absalon, Alejandro, Hércules, la fama evangélica, los cuatro evangelistas, el tiempo, los cuatro tiempos del año, Cristo, dos ángeles.

59. Auto de Naval y de Abigail, y David, cuatro pastores y dos soldados y un pastorcillo, una moza llamada Sabinilla, y un bobo llamado Jordán.

60. Auto de la resurreccion de Cristo. Figuras: Cristina, moza, Yunque, boba, Felloso, Palmero, el tiempo, la paz, la libertad.

*Nota. Obra al fin una licencia de la vicaría general para la representacion de este auto: su fecha en Madrid á 28 de marzo de 1568.*

61. Auto de la resurreccion de Cristo. Figuras: Sant Juan, Sant Lucas, sant Mateo, sant Marcos, la caridad, la inocencia de Adan.

62. Auto de la asuncion de nuestra Señora. Figuras: Nuestra Señora, un ángel, sant Juan, Santiago y sant Pedro y los demás apóstoles.

63. Auto de la conversion de sant Pablo. Figuras: Sant Pablo, el príncipe sacerdotal, Audaron, Abiatar, Cristo, Ananias.

64. Auto de la conversion de la Magdalena. Figuras: La Magdalena, Susana, la vanagloria, Levi, Simeon, Cristo, sant Juan, sant Pedro, los demás apóstoles.

65. Coloquio de Fenisa á lo divino en loor de nuestra Señora. Figuras: santo Lucas, santo Bernardo, santo Illeson, nuestra Señora, la misericordia, la verdad, la justicia.

66. Coloquio de Fide Ipsa. Figuras: Santo Juan, santo Agustín, santo Tomás, la fe, la esperanza, la caridad.

67. Farsa del Sacramento de las cortes de la Iglesia. Figuras: Fe, Iglesia, Esperanza, la hipocresía, el mundo, la novedad, el ciego entendimiento.

68. Farsa del sacramento. Figuras: Jeremías, Isalás, el cuidado, la fe, la esperanza, la caridad.

69. Farsa del sacramento de los sembradores. Figuras: Amor divino, Misericordia, Nazaren, Belen, Voluntad, Calvario, Jerusalem, la caridad.

70. Farsa del sacramento de la fuente de santo Juan. Figuras: Santo Juan, un ángel, un villano, un bachiller, un viejo, una moza, la Iglesia, un sacristán.



motivo ni en qué tiempo pasó á Roma: solo se sabe que permaneció algunos años en aquella capital, cultivando las letras y la música, en la cual llegó á ser eminente profesor. Ordenado de sacerdote, en el año de 1519 hizo un viaje á Jerusalem en compañía de don Fadrique Enriquez de Ribera, marqués de Tarifa; volvió á Roma en el mismo año, y en el de 1521 publicó en aquella ciudad un poema que intituló *Tribagia*, refiriendo en él menudamente su devota peregrinación. Leon X le dió la plaza de maestro de la capilla pontificia, y el mismo (ó alguno de sus inmediatos sucesores) premió sus méritos con el priorato de Leon. Restituido á España murió en Salamanca, cumplidos 65 años de su edad, en el de 1534, y fué sepultado en aquella iglesia mayor.

La colección de sus obras (mas ó menos completa) se imprimió en Salamanca en los años de 1496 y 1509, y en Zaragoza en los de 1512 y 1516 (12).

1514.

19. ANÓNIMO. «Egloga. Personas: Torino.—Guillardo.—Quirul.—Benita.—Illana. En la novela histórica intitula-

71. Farsa del sacramento de Per Alforja. Figuras: El trabajo, Per Alforja, Teresa Jugon, la Iglesia, la sagrada Escritura.

72. Farsa del sacramento, llamada la esposa de los cantares. Figuras: La gracia, el alma, la necesidad, Confesion, Contrición, Penitencia, la hipocresía, el demonio, Cristo, la fortaleza.

NOTA. Esta farsa está sin concluir.

73. Farsa del sacramento del pueblo gentil. Figuras: La Iglesia, el pueblo gentil, santo Tomás, santo Buenaventura.

74. Farsa del sacramento, llamada premática del pan. Figuras: La fe, el mundo, el vicio, la justicia, la razón.

75. Auto de la visitación de santo Antonio á santo Pablo. Figuras: Santo Antonio, un centauro, un sátiro, santo Pablo, tres ángeles, tres discípulos de Santo Antonio, dos leones.

76. Farsa del sacramento del engaño. Figuras: El engaño, la duda, Inocencia, Alma, el conocimiento, la providencia, la gracia, la penitencia.

77. Farsa del sacramento de Moselina. Figuras: Hebreo, Abelino, Moselina, Raticano, la ley de Gracia.

78. Farsa del sacramento de los cinco sentidos. Figuras: Ver, Oír, Oler, Gustar, Palpar, la fe, un pastor.

79. Farsa del sacramento, llamada de los lenguajes. Figuras: El amor divino, un villano, un vizcalino, un portugués, un luterano, un francés, la justicia, la misericordia.

80. Farsa del triunfo del sacramento. Figuras: Envidia, soberbia, pecado, engaño, estado de inocencia, muerte, desobediencia, fragilidad, justicia, esperanza, misericordia, la fe.

81. Farsa del sacramento de las coronas. Figuras: Religión, Teología, Vicio, Vergüenza, una alma, Penitente.

82. Farsa del sacramento de los tres estados. Figuras: Agricultor, Sacerdocio, Milicia, ley de natura, ley de escritura, ley de Gracia, la fe.

83. Farsa sacramental de la moneda. Figuras: Cristo, Baptismo, Sacerdocio, el corderillo, la Iglesia, la ley vieja, la justicia, un luterano.

84. Farsa del sacramento del entendimiento niño. Figuras: Entendimiento, Deleite, Voluntad, Memoria, la sabiduría de Dios.

85. Farsa sacramental de la fuente de la Gracia. Figuras: La gracia de Dios, el lescuide, el vicio, Confesion, Contrición, Penitencia.

86. Farsa del sacramento. Figuras: Un pastor llamado Anton, santo Jerónimo, santo Gregorio, santo Lucas, santo Agustín, santo Ambrosio. Todos de hábito de pastores.

87. Farsa sacramental de la entrada del vino. Figuras: Adán, Moisen, el pueblo gentil, simple, la Iglesia, Fe, Esperanza, Caridad.

88. Farsa del sacramento de los cuatro evangelistas. Figuras: Santo Juan, santo Lucas, santo Mateo, santo Marcos, Anton Exido, Gil Gutarro.

89. Farsa sacramental, llamada desafío del hombre. Figuras: Lucifer, Soberbia, Mentira, Simplicidad, Angel de la guarda, Iglesia, Oracion, Penitencia.

90. Farsa del sacramento de Adán. Figuras: Adán, Apetito sensitivo, Apetito racional, Razon natural, Trabajo, Enfermedad, Pobreza, ley de Gracia, la fe.

91. Farsa sacramental de las bodas de España. Figuras: Europa, España, Tiempo, Guerra, Ignorancia, Hambre, Tristeza, Amor divino, la fe.

92. Auto del descendimiento de la cruz. Figuras: Jeremías, nuestra Señora, santo Juan, la Magdalena, Joseph Abarimalla, Pilato, Centurien, Nicodemus.

93. Auto de la redención del género humano. Figuras: Redención, Lucifer, Satanás, Bercebi, la culpa, Cristo, Adán, Eva y otros santos padres.

94. Auto de la resurrección de nuestro Señor. Figuras: Nuestra Señora, dos ángeles, Cristo, María Salomé, María Jacobé, la Magdalena, santo Pedro, santo Juan, santo Felipe, santo Tomás, la cifer.

95. Auto de la paciencia de Job. Figuras: Dios Padre, Satán, Job, un pastor, un yegüero, un cabrero, una moza, un villano, Arablssa, Baldac, sus dos compañeros.

(12) A mas de estas ediciones cita Bohl de Faber una hecha en Sevilla en 1501, y otra en Burgos en 1505, que le sirvió de texto para las seis piezas que incluye en su colección de Hamburgo.

lada *Cuestion de Amor*, en la cual bajo nombres fingidos introdujo su ingenioso autor á los mas distinguidos caballeros y damas de la ciudad de Nápoles, supone que la presente égloga fué representada delante de aquella reunion ilustre. Como en la citada novela se habla de lo ocurrido en Italia desde el año de 1508 hasta el de 1512, he creído poder fijar la composicion de ella acia el año de 1514, y todo su contesto anuncia haberse escrito y publicado en Nápoles. La edicion que he tenido presente es la que hizo Martin Nucio en Amberes, en el año de 1598.

Sus prendas de lenguaje, estilo y versificación hacen muy estimable la mencionada égloga, que puede considerarse como una de las mejores piezas representables de aquel tiempo (13).

1515.

20. FRANCISCO DE VILLALOBOS. «Comedia de Plauto llamada *Anfitrión*.» En esta traduccion se omite el prólogo del autor latino, se acorta el monólogo de Mercurio en el acto primero, en cuanto es relativo á informar á los espectadores de lo que sucederá en el progreso de la fábula; tambien se suprime el monólogo de Júpiter en el acto tercero. La traduccion está muy bien hecha, á escepcion de uno ó otro pasaje mal entendido por el traductor. Los demás defectos que en ella se advierten deben atribuirse menos á él que á las malas ediciones que pudo tener á la vista. Todas las que se habian publicado hasta el tiempo en que Villalobos hizo esta version, estaban llenas de faltas y errores, ya fuesen sacadas de los originales de la biblioteca de Florencia ó de la Palatina, porque unos y otros (y en especial los primeros) eran en extremo defectuosos. Hasta el siglo XVII no se conoció el testo genuino de Plauto, y por consiguiente merece mucha indulgencia el que se atrevió á traducirle á principios del siglo anterior.

Por los siguientes pasajes puede formarse idea del buen lenguaje y cultura de estilo de esta traduccion; el que guste de cotejarla con el original hallará que en punto á la fidelidad no es menos estimable.

## ALCUMENA, ANFITRION, SOSIA.

ALCUMENA.

Harto poca cosa es el placer que se pasa en esta vida y en todas sus edades para con las tristezas y molestias de ella: así se compra bien lo uno por lo otro en la edad de los hombres. Así ha placido á los dioses, que siempre tras el deleite se siga la compañía del dolor; que si algún bien se alcanza, sea mayor el daño y el mal que de allí redunde. Esto tengo yo agora por experiencia en mi casa, y por

(13) A las piezas dramáticas correspondientes al año de 1514 deben añadirse las compuestas por Lucas Fernandez, que en aquel año dió á las prensas de Lorenzo de Lion Dedei, en Salamanca, un tomo en folio de farsas, que describe el erudito don Bartolomé Gallardo en el núm. 4.º de su *Criticon* (1835). El título de dicho tomo es: *Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano, fechas por Lucas Fernandez Salmantino, nuevamente impresas*. Contiene seis farsas, cuyos encabezamientos son los siguientes:

1. Comedia fecha por L. Fernandez, en lenguaje y estilo pastoril, en la cual se introducen dos pastores, dos pastoras y un viejo; los cuales son llamados Bras-Gil y Berenguela, y Miguel-Turra y Olalla, y el viejo es llamado Juan-Benite

2. Farsa ó cuasi comedia, fecha por L. Fernandez, en la cual se introducen tres personas; conviene á saber: una doncella y un pastor y un caballero.

3. Farsa ó cuasi comedia, fecha por L. Fernandez, en la cual se introducen cuatro personas; conviene á saber: dos pastores (Prabos y Pascual), é un soldado, é una pastora (Antona).

4. Egloga ó farsa del nacimiento de Jesucristo, fecha por L. Fernandez, en la cual se introducen tres pastores y un ermitaño, los cuales son llamados Bonifacio, Gil, Marcelo, y el ermitaño Macario.

5. Auto ó farsa del nacimiento de N. S., fecha por L. Fernandez, en la cual se introducen cuatro pastores llamados Pascual, Lloreinte, y Juan, y Pedro-Picado.

6. Representacion de la Pasion de nuestro redemptor J. C., compuesta por L. Fernandez, en la cual se introducen las personas siguientes: Sant Pedro, é sant Dionisio, é sant Mateo, é Jeremías, é las tres Marías-



mi misma lo sé; que se me dió un rato de deleite cuando pude alcanzar de ver á mi marido por espacio de una noche, y este se me partió luego antes que amaneciese. Paresce que quedo sola sin alguna compañía en apartarse de aquí aquel á quien yo amo sobre todos. Mas pasión me queda de la ida de mi marido, que placer me dió su venida; mas esto me hace bienaventurada, que á lo menos venció por batalla á los enemigos, y en volver él á su casa con mucha honra me da consolación. Sea de mí absente, con tal que alcanzada la gloriosa alabanza se retraya á su casa. Yo sufriré mucho el ausencia suya con fuerte y firme ánimo, pues que tal galardón se me da, que vuelva mi marido vencedor de la batalla: esto habré yo por gran bien, porque la virtud es muy buen premio de los trabajos. La virtud en verdad á todas las cosas precede. La libertad, la salud, la vida, la hacienda, los padres, la patria y los hijos con la virtud se defienden y se guardan; la virtud contiene en sí todas las cosas; todos los bienes están en quien está la virtud.....

ANFITRION.

Anfitrión muy alegre saluda á su deseada mujer, á la cual sola estima por la mejor de todas cuantas hay en Tebas, cuya bondad es famosa entre todos los ciudadanos. ¿Has estado buena, has deseado mi venida?

SOSIA.

Nunca ví cosa mas deseada. Ninguno le saluda mas que á un perro.

ANFITRION.

Y como te veo preñada, y como te veo embarneada, alégrome.

ALCUMENA.

Ruégote por Dios que me digas: ¿por qué me saludas para burlar de mí, y me hablas tan amorosamente como si de poco acá no me hubieses visto, como si ahora fuese la primera vez que llegas á tu casa viniendo de la guerra? Así me hablas, como si de mucho tiempo acá no me vieras.

ANFITRION.

Antes te certifico que yo no te haya visto en alguna parte, si ahora no, después que me partí á la guerra.

ALCUMENA.

¿Por qué lo niegas?

ANFITRION.

Porque deprendí á decir verdades.

ALCUMENA.

No hace cosa justa el que desaprende lo que aprendió. ¿Probáisme quizá por ver lo que tengo en el corazón? Mas dime: ¿por qué os volvísteis tan presto? ¿Hobo algun agüero que te hiciese tardar, ó detenerte alguna tempestad que no te fueses á tus buesotes como poco ha me dijiste?

ANFITRION.

¿Poco ha? ¿Qué? ¿Tan poco?

ALCUMENA.

Tiéntasme; poquito ha, muy poquito, agora.

ANFITRION.

¿Cómo puede ser esto que dices, poquito ha, y agora?

ALCUMENA.

¿Qué piensas que tengo de hacer sino burlar de tí, pues que burlas de mí? Que dices que llegaste agora de nuevo, y aun agora partiste de aquí.

ANFITRION.

Esta mujer desvariando está.

El doctor Francisco de Villalobos, médico de Fernando el Católico y de Carlos V, además de algunos comentarios latinos que escribió sobre la historia natural de Plinio, y otros tratados y epístolas eruditas, compuso en castellano sus problemas, discursos y diálogos familiares sobre puntos de física, medicina, política y moral con puro lenguaje y estilo fácil, gracioso y correcto. La comedia de *Anfitrión*, ilustrada con anotaciones, se imprimió en Zaragoza en el año de 1515, en Zamora en el de 1543, y en Sevilla, juntamente con las demás obras castellanas del mismo autor,

en el de 1574. Murió de edad muy avanzada, reinando ya Felipe II, pero se ignora el año de su muerte.

1517.

21. BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO. «Comedia Serafina.» Preceden á esta comedia (como á todas las demás del mismo autor) el *intróito* y el *argumento*. El *intróito* es generalmente una relacion en verso, escrita en lenguaje y estilo rústico acomodado al personaje grosero que la representa. En ella pide silencio y atencion á los oyentes; refiere sus buenas cualidades, sus amores y sus celos, y algunos lances que ha tenido con las mozas de su pueblo, en todo lo cual hay espresiones y pinturas poco decentes. Acabado el *intróito* sigue el *argumento*, en el cual se da razon de la fábula que va á representarse. La *Comedia Serafina* (como todas las obras de Naharro) está escrita en verso y dividida en cinco jornadas.

Floristan habia vivido mucho tiempo con Serafina bajo palabra de casamiento; disgustado de ella y cediendo á la voluntad de sus padres se casa con Orfea, mujer honesta y virtuosa. Serafina lo sabe, le acusa de inconstante y pérfido, y él reconociendo su primera obligacion resuelve matar á Orfea para quedar libre y poderse casar con Serafina. Consulta esta idea con un fraile ermitaño llamado Teodoro, el cual le responde que haga lo que guste, y que él se lava las manos como Pilatos. Orfea, al saber de boca del mismo Floristan que le va á quitar la vida, llora sus culpas, perdona á su ofensor y pide á Dios misericordia. El fraile sin cuidar de otra cosa trata solo de confesarla para que muera cristianamente, y á este efecto se la lleva á su casa. Consultan de nuevo Floristan y el fraile, y este le sugiere el arbitrio de casar á Orfea con Policiano, hermano de Floristan, que acaba de llegar después de una larga ausencia, para lo cual no hallan inconveniente, asegurando Floristan que no ha consumado el matrimonio con Orfea. Llega pues Policiano, y felizmente se descubre que era amante de Orfea, con lo cual todo se facilita y quedan ajustados á placer ambos casamientos.

El carácter de Serafina está bien sostenido. Orfea interesa en la tercera jornada, cuando se lamenta como una mujer inocente, enamorada é infeliz. El carácter de Floristan es abominable, supersticioso, cruel, disoluto, inconsecuente, y además hablador insolente y empalagoso pedante. Resuelve matar á Orfea, porque dice que ella ó él deben morir precisamente; que si él se mata, como Serafina y Orfea le quieren tanto, se morirán de pesadumbre, y para evitar tres muertes determina asesinar á su inocente esposa. En medio de esta barbarie se encomienda á Dios como pudiera el hombre mas penitente, diciendo:

Mas, Señor, por tu pasión  
Redime mi alma triste,  
Tú, que también redimiste  
*Captivitatem Sion*.  
Que si en juicio perfecto  
Con tu siervo entras de grado,  
No será justificado  
Ningun hombre en tu conspecto.  
Del mi pecado secreto  
Múndame, Rey Nazareno, etc.

El fraile es un ente ridículo, siempre hablando en latin macarrónico, siempre echando sentencias, estropeando la Escritura, y corriendo de una á otra parte muy diligente sin hacer nada. Un leguillo que le acompaña habla tambien en latin, hace gestos á Dorosia, criada de Serafina, y le ofrece regalos.

El latin que gasta todo es parecido á este:

Maneo solus in boscorum,  
Sicut mulus sine albarda,  
Mortis mea non se tarda  
Propter meus peccatorum.

La variedad de idiomas que hay en esta comedia produce la mas estravagante confusion que puede imaginarse. Serafina y Dorosia hablan en valenciano, el fraile y su lego les responden en latin, Orfea y Bruneta su criada se quejan en italiano, y Floristan las consuela en castellano.

1517.

22. «Comedia Trofea. Intróito y argumento.» La Fama celebra las glorias del rey don Manuel de Portugal, y asegura que oscureceria el nombre de Ptolomeo, pues ha ganado mas tierras que el geógrafo describió. Sale Ptolomeo con licencia que dice haberle dado Pluton, y se queja de lo que ha dicho la Fama en mengua suya. Ella le hace una larga relacion de las provincias y ciudades conquistadas en Africa y en Asia por don Manuel, y le convida á que vea cómo se le postran los reyes vencidos. Cascolucio y Juan Tomillo barren el salon donde está la silla del rey; uno de los dos se sienta en ella, é imita al cura de su lugar cuando anuncia las fiestas el domingo; se entretienen después en echarse maldiciones el uno al otro; un paje los pone en paz, y les manda apresurar el barrido; hácenlo así, y entre tanto cantan coplillas y cuentan cuentos. Salen veinte reyes orientales á prestar obediencia á don Manuel, que los recibe sentado en su trono; y aunque ni él ni ellos hablan una palabra, el intérprete suple por todos con un largo razonamiento en que va nombrando á los reyes que están presentes de Gelof, Gaul, Narsinga, Mandinga, Monicongo etc., y dice por último que todos desean bautizarse, y ser gobernados por leyes que esperan recibir del rey de Portugal, su dueño y natural señor. Este se levanta luego que el intérprete ha concluido, y se va sin responder. Vuelve después el rey á ocupar el trono, y recibe á Cascolucio, Gil Bragado, Juan Tomillo y Mingo Oveja, que después de haber echado pajas para saber quién ha de hablarle primero, le presentan una zorra, un gallo, un cordero y un águila, explicándole la alusion politica y moral de aquellos presentes. El rey, como lo tiene de costumbre, no les responde nada, y se va. Apolo entrega á la Fama unos versos que ha compuesto en elogio del rey, y le manda que dilate su nombre por toda la tierra, y alabe á la reina y al príncipe. La Fama esparce varios papeles (sin duda al auditorio). Mingo Oveja le pide uno para él, ella no quiere dárselo y altercan sobre esto. Mingo se ofrece á publicar por el mundo las glorias del rey don Manuel como la Fama le preste las alas para el viaje. Ella se lo concede; y luego que Mingo las tiene puestas, queriendo volar cae por el suelo y se rompe la cabeza; vuelve sus alas á la Fama llamándola *hechicera y puta*; y ella á fin de consolarle le da un villancico, que cantan después entre todos para concluir el drama. Esta comedia es un diálogo insipido, dilatado con episodios impertinentes, inconsecuencias y chocarrerías.

1517.

23. «Comedia Soldadesca. Intróito y argumento.» La escena es en Roma. Guzman se queja de su mala fortuna; hállale un capitán conocido suyo, le dice que tiene encargo de reclutar quinientos peones para el ejército del papa, y le ofrece el grado de sota-capitán. Viene un tambor, queda ajustado tambien; y el capitán le manda publicar la recluta. Mendoza, Pero Pardo y Juan Gonzalez hacen varias preguntas al tambor sobre las condiciones del enganche. El capitán habla á sus nuevos soldados; les acuerda sus obligaciones, y les promete por su parte buena paga y buen trato. Manrique y Mendoza se repuntan de palabras, el capitán los pone en paz. Un fraile apóstata se presenta á sentir plaza de soldado, y queda recibido bajo el nombre de Llaño. Juan Gonzalez, Llaño y Pero Pardo van á alojarse á casa de un labrador llamado Cola; este habla en italiano; los soldados no le entienden, y resultan equivocaciones continuas entre unos y otros. Mándole que les prepare

una buena comida, y entre tanto le requiebran la criada; él se desespera, pide favor á Juan Francisco su paisano y amigo, y tratan de dar una buena paliza á los españoles. Guzman y Mendoza murmuran del capitán: se proponen hurtarle una docena de pagas, comprar dos yeguas, desertar, llevarse dos mujeres para sí, y otras para hacer torpe tráfico de ellas. Cola se queja al capitán de que los soldados que han entrado en su casa se han comido cuanto habia en ella, y le han hecho mil insultos; el capitán los apacigua á todos, y propone á Cola y á Juan Francisco que sienten plaza tambien; admiten el partido, y se concluye la comedia con un villancico, que cantan todos marchando en ordenanza.

Esta pieza, meramente episódica, no tiene particular interés, ni se busque en ella objeto moral, idea de la cual el autor estuvo distante: quiso únicamente hacer una pintura exacta de las costumbres corrompidas de una soldadesca disoluta, y supo desempeñarlo con facilidad y ligereza cómica.

1517.

24. «Comedia Tinelaria. Intróito y argumento.» La escena es en Roma en casa de un cardenal. La accion se reduce á que sus criados con lo que le hurtan comen y gastan y viven en la mayor disolucion y abandono. Al acabar la primera jornada se van á almorzar; la tercera se gasta toda en comer; en la quinta cenan y se emborrachan. Desde el primero al último de los personajes (que llegan á veinte y dos) todos son ladrones, glotonos, horrachos, maldicientes, blasfemos, provocativos y disolutos. El autor acudió al arbitrio infeliz de introducir diferentes idiomas para animar el diálogo: uno habla en latin, otro en francés, otro en italiano, otro en valenciano, otro en portugués, y los demás en castellano. Esta gregueria poliglota, y el número excesivo de personajes que pone á un tiempo en la escena, producen una confusion intolerable. A pesar de tantas nulidades no deja de hallarse uno ú otro pasaje escrito con inteligencia. Véase el siguiente diálogo entre el despensero del cardenal y la lavandera su amiga.

LUCRECIA.

Buenos dias te dé Dios.

BARRABÁS.

¡Oh qué milagro tamaño!  
Y buenas noches á vos  
Porque es la mitad del año.

LUCRECIA.

¿He tardado?

BARRABÁS.

Tanto que me has enojado  
Para hacer maravillas.

LUCRECIA.

Por tu vida que he esperado  
Que tocasen campanillas.

BARRABÁS.

¡Qué placer!  
Dime, ¿quién debe atender,  
Si presumes como sueles,  
Los marteles al comer,  
O el comer á los manteles?

LUCRECIA.

No sé nada:  
Como quier que fui criada  
Donde siempre fui servida  
Sé muy poco de colada,  
Y menos de aquesta vida.

BARRABÁS.

¡Guay de mí!  
Diez años ha que te vi  
Morar en el Burgo viejo,  
Y siempre te conocí  
Lavandera de concejo.



LUCRECIA.

¿Como qué?  
Pues no ha mas que me casé.  
Mira si bien has mentido.  
Pues barto estuve á la fe  
Con el ruin de mi marido.

BARRABÁS.

Si querrás,  
Dime cuantos años has;  
No me niegues la verdad.

LUCRECIA.

Veinte, por Dios, y no mas  
He hecho por Navidad.

BARRABÁS.

Ora pues  
No quiero ser descortés;  
Pero así me ayude Dios,  
Que creo que ha veintitres  
Que dices que has veintidos.

LUCRECIA.

Dí, pues, ea,  
Que aquella que en ti se emplea  
Se puede contar por loca;  
Nunca yo fui vieja y fea,  
Sino en tu maldita boca.  
¡Ay perdida!  
Que de nadie en esta vida  
Nunca fui tan mal tratada,  
Ni de hombre menos querida  
Ni menos acariciada.  
Y aun ayer,  
Por quererte á tí querer  
(Cosa que no me conviene),  
He dejado un mercader  
Que me diera cuanto tiene;  
Y aun hiciera  
Que en llegando me vistiera,  
Y hoy me ruega de hora en hora,  
Y en su casa me tuviera  
Servida como señora.  
¡Desgraciado!  
Dime, ¿dónde has tú ballado  
Otra boba como yo,  
Que hobiera por tí negado  
La madre que me parió?  
Bien me miembra,  
Que quien en ruin tierra siembra  
Diz que coge mal y tarde.  
¡Maldita sea la hembra  
Que se fia de un cobarde!

BARRABÁS.

Calla, esposa;  
Por una tan poca cosa  
No tomes esos enojos,  
Que no hay dama mas hermosa  
Si preguntan á mis ojos.  
¿Qué mas quieres?  
Vieja ó moza, cual tú eres,  
Quiero yo mas tu gervilla  
Que á todas cuantas mujeres  
Han salido de Castilla.

25. «Comedia Himenea. Intróito y argumento. Jornada primera.» Himeneo, amante de Febea, ronda de noche las puertas de su dama acompañado de sus criados Eliso y Boréas, á quienes manda guardar el puesto mientras va á disponer una música; quedándose solos manifiestan uno y otro su cobardía; llega el marqués, hermano de Febea, seguido de Turpedio su paje; los criados de Himeneo huyen; el marqués, receloso de su hermana, porque sabe la frecuencia con que Himeneo le da músicas y alboradas, quiere entrar á verla, pero Turpedio le disuade con buenas razones, y ambos se retiran. *Jornada segunda.* Vuelve Himeneo acompañado de sus criados y algunos músicos, que cantan al son de instrumentos algunos versos amorosos. Febea se asoma á la ventana y habla con Himeneo, á quien promete, obligada de sus instancias, que á la noche siguiente le permitiría la entrada en su cuarto. Himeneo

se va lleno de lisonjeras esperanzas; el marqués y Turpedio ven á lo lejos los que se retiran; el marqués quisiera embestir con ellos, pero el paje le dice que será mejor remitir su venganza á otra ocasion en que vengan mas bien armados. Aprueba el marqués las reflexiones de su criado, y quedan en volver á la noche próxima. *Jornada tercera.* Boréas reprende á Eliso su compañero porque no quiso recibir unos regalos que su amo Himeneo queria hacer á los dos. Sale Doresta, criada de Febea, á la ventana; Boréas la requiebra y le pide que á la noche cuando Himeneo vaya á ver á su señora le permita entrar con él; Doresta se lo concede, y ellos se van. Turpedio el paje del marqués habla á Doresta, y ella le desprecia; ambos se repuntan de palabras, se injurian y amenazan reciprocamente. *Jornada cuarta.* Himeneo encarga á sus criados que guarden la puerta, y se entra en casa de Febea; quedan en la calle Boréas y Eliso temblando de miedo; sobreviene el marqués con su paje, y ellos huyen inmediatamente dejándose Boréas la capa en el suelo; por ella infiere el marqués que Himeneo estará dentro con su hermana; rompe las puertas, y va á buscarle lleno de furor. *Jornada quinta.* Sale Febea huyendo de su hermano, que la persigue con la espada desnuda; ella le suplica que no mate á su amante, confiesa el amor que le ha tenido, y no se juzga culpada sino infeliz en haberle amado. El marqués imagina que solo con matarla satisface la injuria que ha recibido; va á ponerlo en ejecucion, cuando sale Himeneo, que con ruegos corteses va mitigando el enojo del marqués, hasta que persuadido de sus razones y las de su hermana, los perdona y aprueba gustoso su casamiento. Fábula muy sencilla, bien conducida, animada con situaciones y afectos naturales y oportunos. La accion consiste en la solicitud de Himeneo á la mano de Febea; el tiempo no escede de veinte y cuatro horas; el lugar de la escena es invariable. Tiene defectos, pero se compensan sobradamente con el mérito particular que la recomienda y la distingue (14).

1517.

26. «Comedia Jacinta. Intróito y argumento.» La escena es en un camino cerca de Roma. En la primera jornada sale Jacinto quejándose en un soliloquio del mal tratamiento que dan los señores á quien los sirve. En la segunda sale Precioso despedido al ver la falsedad de los que se venden por amigos. En la tercera Fenicio llora la vanidad del mundo, y el engaño de los hombres, que se olvidan del fin para que fueron nacidos, y va resuelto á meterse fraile y hacer penitencia. Pagano, criado de una principal señora llamada Divina, que vive en un castillo ó palacio poco distante del camino, y tiene de costumbre detener á los pasajeros para agasajarlos y saber de ellos novedades, les manda esperar y va á dar cuenta á su ama de la venida de los tres; quedan solos en la cuarta jornada, discutiendo sobre la bondad de aquella señora, y con este motivo alaban en general las buenas prendas de las mujeres. En la jornada quinta viene Divina, les hace preguntas sobre las causas que les han movido á viajar, y por último, preñada de la buena gracia de Jacinto, le escoge por marido, y á los otros dos les ofrece hospedaje y todo buen tratamiento.

La falta de accion, la distribucion simétrica de las escenas, los largos soliloquios, la semejanza de situaciones, el poco interés, lo atropellado é inverosímil del desenlace son los defectos principales de esta comedia. Su mérito consiste en el decoro de los caracteres, la solidez filosófica de las máximas en que abunda, la pureza del lenguaje, la elegancia del estilo, la fluidez de su versificación. Véanse los siguientes trozos, que confirmarán esta aser-

(14) Moratin inserta esta comedia en su coleccion, y tambien Bohl de Faber en la suya, junto con la Jacinta, la Calamita y la Aquilana, que corresponden á los números 26, 27 y 28 de este catálogo.

ción en el dictamen de los inteligentes. Jacinto dice en la primera jornada :

¿Quieres saber mi fortuna?  
Yo te la quiero decir,  
Que por morir ni vivir  
No me da cosa ninguna.

Sabrás que desde la cuna,  
Sin un punto de reposo,  
No me acuerdo vez alguna  
Poderme llamar dichoso;  
De servir muy codicioso,  
No de vivir vagabundo,  
Mas ir al cabo del mundo  
Tras un señor virtuoso.

Sabe Dios cuánto holgara  
De saber algun oficio,  
Porque en tan ruin ejercicio  
Tan buen tiempo no gastara;  
Pero ¿quién jamás pensara,  
Donde son tantos señores,  
Que un señor no se hallara  
Para buenos servidores?

Aquellos son los traidores  
Que decimos las verdades,  
Y los que ensayan maldades  
Suceden en los favores.  
Todos están concertados  
De traer todas sus vidas  
Las bestias muy guarnecidas  
Y los siervos despojados.

Tienen puestos sus cuidados  
En continuo atesorar,  
Sacando algunos ducados  
Que se gastan en cazar;  
Y si quieren algo dar,  
No lo dan á pobrecillos,  
Sino á aquellos que son ricos,  
Que es echar agua en el mar.

Fenicio en la jornada tercera habla así contra la codicia:

Pues, ó ciega criatura,  
Que con este mundo vives,  
Que en cabo de él no recibes  
Sino solo sepultura,  
¿No miras que es gran locura  
Si deja tu pensamiento  
Lo que para siempre dura  
Por lo que dura un momento?  
Que este mundo todo es viento;  
Pues de pobres, ni de ricos,  
Ni de grandes, ni de chicos,  
Ninguno vive contento.  
¡Oh, loco el hombre y mujer  
Con cuanto puede afanarse,  
Que piensa de contentarse  
Por mas haberes haber!  
Que si bien por carecer  
Se duele la pobre gente,  
No veo que por tener  
Algun rico se contente;  
Porque en el siglo presente  
Muy mas grande ser conviene  
El temor que el rico tiene,  
Que el dolor que el pobre siente.

Jacinto en la jornada cuarta dice, hablando de las mujeres :

Pues esto digo en favor  
De las que corren fortuna,  
Pero digamos de alguna  
Que tiene un poco de amor:  
Con cuánta pena y dolor,  
Por poco mal que sintais,  
Anda y torna en derredor  
Demandándoos cómo estais,  
Diciéndoos qué le mandais,  
Consolándoos como suele,  
Preguntándoos dónde os duele,  
Portiándoos que comais.

Hela va muy afligida  
A decir misas por vos,  
Y á rogar continuo á Dios  
Que os mande salud y vida;  
Su comer y su bebida  
Sospiros, lágrimas son;  
Llora, gime, plañe y crida  
De todo su corazón.  
No puede ningún varón  
Pagalle complidamente  
Las lágrimas solamente  
Que deja en cada rincón.  
Pues de esto bien informados,  
Que otro bien no hobiere en ellas,  
A todas y á cualquier dellas  
Somos todos obligados:  
Cuanto mas que sus cuidados,  
Sus grandezas, sus hazañas  
Son servir á sus amados  
Con obras y lindas mañas;  
Y en los tiempos de sus sañas,  
Cuando os partís, ellas lloran;  
Cuando tornais, os adoran  
Con el alma é las entrañas.

.....  
¡Qué gloria de nuestra pena,  
Qué alivio de nuestro afán!  
Sin duda no hay cosa buena  
Donde mujeres no van.  
La gente sin capitán  
Es la casa sin mujer,  
Y sin ella es el placer  
Como la mesa sin pan.

## 1517.

27. «Comedia Aquilana. Intróito y argumento.» En esta comedia hay un don Bermudo, rey de Leon, cuya hija Felicina está enamorada de Aquilano, jóven extranjero y muy querido del rey. Va á verla de noche á su jardín, le dice amores, y ella disimula cuanto puede su pasión con desdenes honestos; suena ruido; él quiere ocultarse entre las ramas de un árbol, pero cae al suelo y queda lastimado del golpe. Este accidente y el desconsuelo de verse despreciado alteran su salud. Bermudo encarga á sus médicos que le asistan, y uno de ellos dispone que salgan varias damas y se presenten á Aquilano, por si esto puede distraerle: salen las damas y con ellas la infanta Felicina; luego que Aquilano la ve, se altera y se turba, lo que da á conocer al médico que sin duda está enamorado de ella; sabido esto por el rey determina matar á Aquilano, y de orden suya le llevan á degollar á un patio de palacio; Felicina desesperada en su desventura sale al jardín con propósito de ahorcarse, pero los criados se lo estorban. Descúbrese entre tanto que Aquilano es hijo del rey de Hungría, y Bermudo le casa con la infanta.

En esta comedia se muda el lugar de la escena con mucha frecuencia: la acción en unos pasajes desfallece (como sucede en la segunda jornada, que toda es inútil), y en otros está atropellada y violenta. Dos jardineros, que pudieran haber omitido el autor, ocupan una gran parte del drama con necedades impertinentes; lo mismo hacen la criada de Felicina y el criado de Aquilano. El reconocimiento de este príncipe de Hungría no está preparado, y hace inverosímil y forzada la solución. El estilo es muy desigual, y por lo comun trivial é indecoroso en los personajes mas elevados. Faltó el autor al respeto que se debe á la historia, suponiendo un príncipe Aquilano de Hungría yerno de un rey don Bermudo de Leon y heredero de su corona. Las libertades poéticas no permiten tanto.

## 1520.

28. «Comedia Calamita. Intróito y argumento.» Floribundo, hijo de Euticio, enamorado de una jóven llamada Calamita (supuesta hija de Trapaneo), se vale de la



mediación de Libina, criada de Calamita, para que su señora corresponda. No sin mucha dificultad se consigue vencer la esquividad de la doncella; pero al fin se logra que reciba la visita de Floribundo, y á presencia de los criados los dos amantes se dan las manos, y se abrazan en señal del futuro consorcio. Floribundo, gozoso de su mucha ventura, alaba en un soliloquio las prendas de su amada, y discutiendo sobre la dificultad de hacer una buena elección en el matrimonio, añade estos bellos versos:

Quien ha de tomar mujer  
Por su vida,  
Tome la mas escondida  
Para su seguridad;  
La que en virtud y bondad  
Fuere criada y nacida.  
La muy en mucho tenida  
Por hermosa,  
Esta diz que es peligrosa,  
La muy sabida mudable,  
La muy rica intolerable,  
Soberbia la generosa;  
La complida en cualquier cosa  
Y acabada  
Menos que todas me agrada;  
Porque, segun mi pensar,  
Mala cosa es de guardar  
La de todos deseada.

Euticio, irritado de que su hijo trate de casarse con Calamita, da órden á un criado para que le acoja, y cuando le vea salir de casa de su querida le mate; pero después de esta resolución hallando á Trapaneo le ruega con instancia que le diga francamente de quién es hija Calamita. Trapaneo le asegura que el padre de aquella jóven fué un señor muy principal de la ciudad de Trápana, y que él recogió aquella niña y la crió como hija suya para evitar la cólera del padre, que había amenazado á su esposa de matar la criatura que pariese si no era varón. Satisfecho Euticio con esto, hace venir á los dos amantes, los perdona y los casa.

La acción es mucho mas animada en esta comedia que en las anteriores del mismo autor, merced á los incidentes episódicos de que abunda. La escena es en una calle delante de la casa de Calamita; la duración puede considerarse como de veinte y cuatro horas; el estilo y la verificación no carecen de mérito; los celos de Torcazo, marido de Libina, el carácter de esta y su excesiva familiaridad con un escolar vestido de mujer dan lugar á situaciones y discursos muy indecentes; la resolución de Euticio de matar á su hijo para estorbar el casamiento es atropellada y brutal; las circunstancias que dan lugar al desenlace y al reconocimiento de Calamita, ni están preparadas ni son verosímiles.

1820.

29. «Diálogo del Nacimiento. Intróito y argumento.» Dos peregrinos, que vienen el uno de Santiago y el otro de Jerusalem, se encuentran en la noche de Navidad cerca de Roma. Hablan largamente del nacimiento de Cristo, y ventilan cuestiones teológicas de las mas intrincadas y sutiles; cansados de hablar tratan de proseguir su viaje esperando alojarse en el hospital de los españoles, y ambos cantan un romance, que empieza:

Triste estaba el padre Adán  
Cinco mil años había,  
Cuando supo que en Betlen  
Era parida María,  
Y en el limbo donde estaba  
De contento no cabía;  
Para los unos andaba,  
Para los otros corría, etc.

Acabado el romance, llegan Hernando y Garrapata, dos pastores zafios que convidan á los peregrinos á la misa del Gallo, y se van todos cantando un villancico. El diálogo de los peregrinos no es mas que fatigoso, pesado y pedantesco; el que sigue de los pastores necio y rudo en demasía, y lleno de desverguenzas y vaciedades.

Bartolomé de Torres Naharro, natural de la Torre, cerca de Badajoz, vivió en Roma después de haber sido rescatado de las prisiones de Arjel; se sabe que era eclesiástico, y pertenecía á la familia de Fabricio Colona, general del papa. La primera edición de sus obras líricas y dramáticas que intituló *Propaladia*, se publicó en Roma en el año de 1517, con privilegio que le dió para ello Leon X, y se las dedicó á don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, yerno de Fabricio Colona. En la citada edición solo hay siete comedias, faltando la *Calamita*, que su autor publicó después. Divulgada la *Propaladia* en Roma, se prohibió inmediatamente á causa de la amarga censura que hizo el poeta en algunas de sus obras de algunos vicios de aquella corte. La persecución suscitada contra él debió de ser tan grande que huyó á Nápoles, y allí permaneció bajo la protección de los citados Colona y Dávalos. Se ignoran otras circunstancias de su vida, como tambien el año en que murió.

Sus comedias han dado ocasion de discordia á los literatos nacionales y extranjeros, en cuyos dictámenes se nota demasiado espíritu de parcialidad, incompatible con la buena critica. Nasarre dijo que las comedias de Naharro se representaron en Roma y en Nápoles con indecible aplauso, que enseñaron á los italianos á escribir comedias, y que se aprovecharon poco de su enseñanza. Lo cierto es que en la época en que Naharro escribió se hacían en Italia tan buenas y mejores, y peores comedias que las suyas. Signorelli no solo niega esta enseñanza, sino que supone que tales obras no se imprimieron ni se representaron jamás en Italia. No es de admirar que aquel docto crítico no hubiese visto la edición de Roma de 1517; pero ¿cómo se olvidó de haber leído en cualquiera de las ediciones posteriores estas espresiones del autor, dirigidas al marqués de Pescara? «Si algun tiempo este mi bajo libro en los altos reinos de la poderosa España perviniese, supiese decir á los grandes de ella cuán buen hermano y procurador tienen acá en V. S.» ¿Cómo no hizo reparo en estas? «Ansimesmo hallarán en parte de la obra algunos vocablos italianos (especialmente en las comedias), de los cuales convino usar habiendo respeto al lugar y á las personas á quienes se recitaron.» Esto y la lectura de las mismas comedias (especialmente la *Soldadesca*, la *Serafina*, la *Tinelaria* y la *Jacinta*) ¿no era bastante á convencerle de que las comedias de Naharro se imprimieron efectivamente en Italia, que se representaron en Italia, y que los espectadores, ó gran parte de ellos, fueron italianos?

Después de la edición de Roma hay noticia de las que se hicieron en Sevilla en los años de 1520, 1533 y 1543, como tambien de la de Madrid en el de 1575, aunque muy estropeada con las omisiones y enmiendas que mandó hacer la inquisición. En esta dice el editor: «La *Propaladia* de Torres Naharro, obra singular y estremada en el donaire y gracia de la lengua, aunque estaba prohibida en estos reinos años había, se leía é imprimía de ordinario en los extranjeros.» Esto supone la existencia de otras ediciones que no he tenido presentes (15). Véase la *Biblioteca* de don Nicolás Antonio; el *Prólogo á las comedias de Cervantes*, por Nasarre; Velazquez, *Orígenes de la poesía castellana*; Signorelli, *Historia critica de los teatros*; y Lampillas en el tomo iv de su *Ensayo apologético*.

(15) Bohl de Faber habla de una edición de Amberes sin fecha, y tanto este autor como don Francisco Martínez de la Rosa suponen hecha en Nápoles, y no en Roma, la de 1517.



1520.

30. VASCO DIAZ TANCO DE FREGENAL. «Tragedia de Absalon.»

1520

31. «Tragedia de Aman.»

1520.

32. «Tragedia de Jonatás.»

Vasco Diaz Tanco, natural de Fregenal en Estremadura, dedicó á Felipe II siendo principe una historia de los turcos, sacada de lo que escribieron sobre esta materia Paulo Jovio y otros autores, y la intituló *Palinodia*. Publicó además otra obra intitulada *Los veinte triunfos*; otra sobre los títulos de dignidades temporales y mayorazgos de España; otra con el título de *Jardín del alma cristiana*, impresa en Valladolid, año de 1552, y en esta dice que siendo jóven escribió las tres tragedias mencionadas de *Absalon*, *Aman* y *Jonatás*. Nadie asegura haberlas visto; se ignora si se imprimieron ó se representaron; pero no pudiendo dudar que el autor las compuso, he creído poder suponer su existencia con alguna probabilidad hacia el año de 1520, aunque no con una absoluta certeza. Puede creerse que Vasco Diaz murió por los años de 1560. Don Nicolas Antonio, Montiano, Velazquez y Signorelli trataron acerca de este autor en sus respectivas obras citadas ya otras veces.

1521.

33. AXÓNIMO. «Comedia llamada Hipólito, nuevamente compuesta en metro.» Argumento: «Hipólito, caballero, mancebo de ilustre y antigua generacion de la Celibertia (que al presente se llama Aragon), se enamoró en demasiada manera de una doncella llamada Florinda, huérfana de padre, natural de la provincia antiguamente nombrada Bética (que al presente llaman Andalucía); y poniendo Hipólito por intercesor á un paje suyo llamado Solento, estorbaba cuanto podía porque Florinda no cumpliese la voluntad de Hipólito; pero ella compélida de la gran fuerza de amor que á la continua le atormentaba, concedió en lo que Hipólito con tanto ahínco la importunaba, y así ovieron cumplido efecto sus enamorados deseos, intercediendo ansimesmo en el proceso Solísico, paje de Florinda, y discreto mas que su tierna edad requeria, y Jacinto, criado de Hipólito, malino de condicion, repunó siempre, y Carpento, criado ansimesmo de Hipólito (hombre atolfanado), por complacer á Hipólito no solamente le parecían bien los amores, pero devotó que el negocio se pusiese á las manos; é así todas las cosas ovieron alegres fines, vistiendo Hipólito á todos sus criados de brocado y sedas, por el placer que tenia en así haber Florinda (doncella nacida de ilustre familia) concedido en su voluntad, seyendo la mas discreta y hermosa, y dotada en todo género de virtud que ninguna doncella de su tiempo.» Después de este estravagante anuncio sigue la comedia, dividida en cinco escenas. La accion es lánguida, y la entorpecen impertinentes discursos, sentencias pedantescas y rasgos de erudicion histórica puestos en boca de los criados de Hipólito y en la de Florinda, que estimulada de inordinable apetito habla de Popilia, Medea, Penélope, Sansón, Electra, David, Clodio, Salomon, Lanec, Masinisa y el rey don Rodrigo, todo para venir á parar en abrir aquella noche la puerta á su amante. Esta indecente farsa está escrita con muy mal lenguaje, y muchos defectos de consonancia y medida en los versos.

1521.

34. «Comedia nuevamente compuesta, llamada Serafina. Argumento. Evandro, caballero, natural del reino antiguo nente Lusitania llamado, y al presente Portugal, se enamoró de una señora Serafina llamada, de estremada ma-

nera hermosa y dotada de todo género de virtud, natural del reino de Castilla, y era casada con un caballero Filipo llamado, el cual era de natura frio, y fué causa principal para se enamorar de Evandro; pero Artemia, madre de Filipo, en gran manera la guardaba, á cuya causa Pinardo, criado y paje de Evandro, fué en hábito de mujer en casa de Serafina y concertó con ella que hablase á Evandro, y así tornó á casa muy próspero. Pero Popilia, sirviente de casa de Evandro, y Davo, criado suyo, mucho y largamente informaron á Evandro de cómo Artemia era dueña de malas costumbres, de lo cual maravillado Evandro fué en casa de Serafina disfrazado, solamente acompañado de Pinardo, donde se efectuó su propósito, y así todo ovo próspero y agradable fin.» Esta comedia escrita en prosa se divide en seis escenas: en la cuarta y la sexta hay situaciones de la mayor obscenidad. Es de presumir que una composicion de tal naturaleza no se haya representado nunca; pero el autor hubo de suponer que podría ponerse en el teatro, pues al concluir dice uno de los personajes: «Quedad y holgaos entre esa gente de »palacio, é regocijaos bien, que yo Pinardo acabo de »representar la comedia Serafina llamada.» El estilo es en general afectado, oscuro, pedantesco y redundante. Popilia, criada de Evandro, Cratino, Davo y Pinardo, criados del mismo, abundan en máximas y sentencias filosóficas que no hay quien los sufra. Sus autores predilectos son Aristóteles, san Jerónimo, san Bernardo, Platon, Salustio, san Gregorio, Ciceron, Salomon, san Agustín, Séneca y Pitágoras.

El autor de estas comedias es desconocido, y rarísima la única edicion que de ellas se hizo en Valencia por Jorje Costilla, año de 1521.

Precede á las dos comedias citadas otra llamada *Tebaida*, dedicada por el autor al duque de Gandia. No se incluye en este catálogo, porque no es un drama representable, sino una novela dramática escrita en prosa, y dividida en quince escenas, ni menos larga que la *Celestina* ni mas honesta, pero muy inferior á aquel excelente original en las prendas de lenguaje y estilo.

1522.

35. CRISTOBAL DE CASTILLEJO. «Farsa de la Constanza.» Precede á la obra un *intróito* y *argumento* escrito en latin y en coplillas de pié quebrado: el dios Himeneo es el actor de este prólogo, cuya composicion es en extremo fastidiosa. La farsa se divide en siete actos; los personajes son: Anton, Marina, Gil, Constanza, un cura y un fraile. Los dos primeros actos contienen dos escenas en extremo lúbricas y groseras entre dos distintos matrimonios, en que maridos y mujeres se echan recíprocamente en cara sus defectos. No menos chocantes son los dos actos siguientes, en que hablan un cura y un fraile, y este á instancia del cura predica un sermón infame, digno de un rufian, con espresiones muy semejantes á las de la madre Celestina en la famosa tragicomedia de su nombre. En los actos restantes los dos maridos tratan de descasarse y trocar sus mujeres, y se da el espectáculo tan de mal ejemplo como inverosímil de que los personajes del segundo y tercer acto aprueben y formalicen el proyecto. Continuando la estravagancia, todo concluye con un *Oremus* en latin bárbaro, y un villancico que se canta entre todos los personajes.

Se advierte en esta farsa poca accion, demasiada senjanza en algunas situaciones, episodios mal unidos á la fábula, pinturas, espresiones y máximas sumamente licenciosas é inmorales. Al mismo tiempo se encuentra mucha gracia cómica, maestria en el uso del idioma, y en la versificación facilidad y dulzura. Lástima es que tan buenas cualidades estén afeadas con tan grandes y reprensibles defectos. El original de esta pieza, que tuve presente, existe manuscrito en la biblioteca del Escorial.



Cristobal de Castillejo nació en Ciudad-Rodrigo por los años de 1494. Antes de cumplir los quince de su edad entró á servir de paje al infante don Fernando. Se halló en los viajes que hizo el rey Católico á Córdoba en el año de 1508, y á Extremadura en el de 1516. Fué secretario del mencionado infante don Fernando, electo rey de romanos en 1551, y permaneció mas de treinta años en su corte; estuvo algun tiempo en Venecia, pero se ignoran la época y el objeto de su viaje. El año de 1541 se hallaba preso en Viena, aunque no se sabe el motivo. Poco medrado y muy lleno de desengaños se retiró de aquella corte, y volvió á España tan harto del mundo, que tomó el hábito cisterciense en el monasterio de San Martin de Valdeiglesias, en donde murió de edad muy avanzada. Escribió con gracia, pureza y facilidad en versos cortos, preferibles en su opinion á los endecasílabos, que se introdujeron en su tiempo; enriqueció con chistes satíricos sus composiciones, en cuyo artificio poético si hay algo que reprender, es la lozanía y escensiva abundancia que las caracteriza. El privilegio dado en el año de 1575 á Juan Lopez de Velasco para imprimir las obras de Castillejo, que, segun dice el editor, «andaban derramadas y perdidas» de mal escritas, y con riesgo de prohibirse por algunos «respetos», prueba que ni hasta entonces se habian publicado, ni el autor (si vivia) cuidaba de hacerlo. En cuanto á sus comedias, que se suponen fruto de su juventud, ni se sabe cuántas compuso, ni si alguna vez se representaron.

1525.

36. PEDRO ALTAMIRA. «Auto de la aparicion que nuestro señor Jesucristo hizo á los dos discipulos que iban á Emaús, en metro de arte mayor, compuesto por Pedro Altamira, el mozo, natural de Hontiveros; impreso con licencia en Burgos, año de 1525.»

Un ángel hace el prólogo diciendo cuanto ha de verse en la representacion: Lucas y Cleofás van camino de Emaús hablando de la muerte de Jesucristo, de su vida admirable, de su doctrina y sus milagros; pero dudan no obstante si será el Mesías prometido. Cristo se les aparece en forma de peregrino, y van en su compañía discurrendo sobre el mismo propósito. Uno y otro admiran la sabiduría y elocuente persuasion del peregrino, y llegando á Emaús le convidan á cenar. En el siguiente pasaje, que sirve de solucion á la fábula, podrá verse una muestra del buen estilo y versificación en que está escrito.

LUCAS.

Hasta en la forma de la bendicion,  
Señor, tú pareces al santo Jesús.

CLEOFÁS.

Algun señalado varon eres tú,  
Que tanto le imitas en conversacion.

LUCAS.

La gran soledad, la pena y passion  
Que por él tenemos, en solo mirarte  
Parece que amansa. Rahi, tú nos parte  
El pan con tus manos de consolacion.

PEREGRINO.

Tomad.

LUCAS.

¿Tú no miras qué bien parecia  
El pan en su corte que está rebanado?

CLEOFÁS.

Verdad es por cierto, é así está quebrado  
Segun que el nuestro maestro partia.

LUCAS.

El es.

CLEOFÁS.

¡Buen Jesus!

LUCAS.

¡Mi bien!

CLEOFÁS.

¡Mi alegría!

LUCAS.

¡Maestro!

CLEOFÁS.

¡Buen padre!

LUCAS.

¡Mi dulce señor!

CLEOFÁS.

¡Mi Dios y mi gloria!

LUCAS.

¡Mi buen redentor!

CLEOFÁS.

¡Mi firme remedio!

LUCAS.

¡Esperanza mia!

CLEOFÁS.

¡Oh dulce consuelo de desconsolados!

LUCAS.

¡Oh gozo gozoso de nos afligidos!

CLEOFÁS.

¡Oh firme remedio de nos ya perdidos!

LUCAS.

¡Amparo süave de desamparados!

CLEOFÁS.

Pedimoste, Padre, por tierra postrados  
La tu bendicion.

(Cristo los bendice, y desaparece.)

LUCAS.

Pues qué ¿ya te vas?

CLEOFÁS.

Señor, ¿ya nos dejas?

LUCAS.

¿Qué es esto, Cleofás?

CLEOFÁS.

¡Qué gozos escelsos!

LUCAS.

¡Y cuán señalados!

CLEOFÁS.

¿Por qué nos has, Padre, tan presto dejado?

LUCAS.

¡Oh gloria! ¿tan presto desapareciste?

CLEOFÁS.

¿Por qué los tus rayos tan presto escondiste,  
Do queda tu cuerpo tan glorificado?

LUCAS.

Agora te digo que verificado  
Está nuestro bien con mucha firmeza.

CLEOFÁS.

¡Oh Padre! perdona la nuestra dureza,  
Que tanto dudamos ser resucitado.

LUCAS.

¡Oh alto misterio!

CLEOFÁS.

¡Oh dulce vision!

LUCAS.

¡Oh ciegos nosotros, de turbios sentidos!  
¡Y no conocelle!

CLEOFÁS.

¡Oh endurecidos,  
Que nunca creimos su resurreccion!

LUCAS.

Debiéramosle sacar por razon:  
¿Qué hombre pudiera tener en el mundo  
Tal voz, tal presencia, tal rostro jocundo,  
Tan altas palabras de contemplacion?

CLEOFÁS.

¡Oh santo maestro Jesús, que te vimos!

LUCAS.

Hermano Cleofás, verdad nos decían  
Las santas mujeres que visto le habían;  
Magüer que nosotros las nunca creímos.

CLEOFÁS.

¡Mas cómo en oírle nos embebecimos  
Por el camino cuando nos hablaba,  
Y las escrituras así declaraba,  
Que todo aquel tiempo no le conocimos?

LUCAS.

Ahora podemos decir que tenemos  
Cierto el remedio, la gloria, y el bien.

CLEOFÁS.

Razon es que vamos á Jerusalem  
Y á nuestros hermanos aquesto contemos.

1537.

57. ANÓNIMO. «Auto del bautismo de san Juan Bautista.» No hay otra noticia de esta composición que la que dió San doval en su *Historia de Carlos V*, libro 16, refiriendo el aparato que se hizo en Valladolid «para el bautismo de Felipe II» celebrado el 5 de junio del año de 1527. Dice allí que «desde la casa de don Juan de Mendoza, donde posaba la emperatriz, hasta el altar mayor de la iglesia de San Pablo, se hizo un pasadizo muy enramado y con muchas flores y rosas, limones y naranjas y otras frutas. Había en los arcos triunfales y en cada uno de ellos muchos retablos. En el primero hicieron su auto, en el segundo, tercero y cuarto otro auto. El quinto estaba á la puerta que está dentro del patio de la iglesia: este era mas alto que alguno de los otros; estaba en él un altar, á manera de un aparador de muchas gradas. En estas estaban ricamente imágenes de bulto de plata doradas, y algunas de oro con otras piezas de gran valor. Estaban puestos en dos cancheros dos cuernos grandes de unicornio: estos y todo lo que había era del emperador. Aquí se representó el bautismo de san Juan Bautista». Se ignora el argumento de los otros autos.

1528.

38. ESTEBAN MARTINEZ. «Auto de cómo san Juan fué concebido, y ansimesmo el nacimiento de san Juan. Entran en él las personas siguientes: Primeramente un pastor, Zacarías, tanta Isabel, un ángel llamado Gabriel, dos vecinos del pueblo, un muchacho, José, nuestra Señora, una parienta de Zacarías, una comadre, una mujer, un bobo, un sacerdote. Agora nuevamente hecho por Esteban Martinez, vecino de Castromocho. Burgos, en casa de Juan de Junta, año de 1528.» No queda otra noticia del autor de esta obra, ni hay en ella mérito particular.

1528.

39. JUAN PASTOR. «Auto nuevo del santo Nacimiento de Cristo nuestro Señor, compuesto por Juan Pastor. Son interlocutores de la obra el emperador Octaviano, un secretario suyo, un pregonero, un viejo llamado Blas Tozuelo, un bobo, su hijo llamado Perico, san José, santa María, pastores, Miguel Recalcado, Anton Moreilla, Juan Relleno, un ángel. Impreso en Sevilla, año de 1528.» Esta composición, escrita con poco ingenio y absoluta ignorancia del arte, nada contiene que merezca elogio.

40. «Farsa de Lucrecia. Tragedia de la castidad de Lucrecia, agora nuevamente compuesta en metro por Juan Pastor, natural de la villa de Morata, en la cual se introducen las personas siguientes: El rey Tarquino, su hijo Sesto Tarquino, un negro suyo; Colatino, duque de Colacia; Lucrecia, su mujer; un bobo, criado suyo; Espurio; Lucrecio, padre de Lucrecia; Junio Bruto y Publio Valerio, parientes de Colatino.» Impresa en 4.º, sin lugar de im-

presion, letra gótica. Está escrita en quintillas con pie quebrado, mala versificación, insufribles impertinencias del negro y del bobo.

41. «Farsa llamada Grimaltina.»

42. «Farsa llamada Clariana.» No hay otra noticia de estas dos piezas que la que da el mismo autor al fin de la farsa de *Lucrecia*.

1529.

43. FERNAN PEREZ DE OLIVA. «Comedia de Anfítrion.» Esta comedia, que intituló así Fernan Perez de Oliva: «Muestra de la lengua castellana en el Nacimiento de Hércules, ó comedia de Anfítrion, tomando el argumento de la latina de Plauto», está escrita en buen lenguaje y estilo. Suprimió Perez de Oliva entre los personajes de la comedia los de Tésala y Bromia, criadas de Alcúmena, y añadió el de Naucrates, amigo de Anfítrion. Como no se propuso hacer una traducción literal, no puede culpársele de haber omitido el prólogo que precede al drama en su original, el soliloquio de Mercurio en el acto primero, y los de Mercurio y Júpiter en el tercero, porque en realidad no son necesarios á la fábula. En las demás alteraciones que hizo fué poco feliz.

Parece que huye voluntariamente de las gracias de Plauto, y en lo que añade manifiesta poco gusto dramático, ningún talento cómico, y mucho deseo de filosofar y disertar fuera de sazón, dilatando ó debilitando las situaciones de mayor interés. ¿Quién ha de aprobarle que convierta la escena sencilla y afectuosa del acto primero entre Júpiter y Alcúmena en una sesión académica, en que se trata del origen de la guerra, los males que produce, la política de los príncipes en formar ejércitos con la gente mas perdida de la república, para que pereciendo en los combates gocen quietud los hombres virtuosos, con otras máximas de igual solidez, y todas inoportunas cuanto es imaginable? ¿Quién le ha de perdonar el cuento intempestivo, insípido y largo que puso en el segundo acto en boca de Sosia, del cual solo resulta haber echado á perder una de las mejores situaciones del original? ¿Quién le disculpará la alteración de todo el acto quinto, la supresión del excelente monólogo de Bromia con que principia, y la aparición de Júpiter, máquina absolutamente necesaria para dar á la fábula el único desenlace que le conviene? Esta la concluyó Plauto con la sumisión religiosa de Anfítrion debida á tanto númer, y en la de Oliva se le hacen decir blasfemias contra todos los dioses, y aun profecías alusivas á la venida de Jesucristo, cosa impertinentísima sobre toda ponderación. Son muchos los ejemplos que pudieran citarse de la culpable libertad con que el imitador español estropeó las bellezas del poeta latino; pero bastará uno solo, tomado del acto iv, en que se pinta la situación desesperada del esposo de Alcúmena.

. . . . . Perii miser!

Quid ego, quem advocati jam atque amici doserunt?

Nunquam edepol me inultus istic ludificabit quisquis est.

Nam ad regem recta me ducam, resque ut facta est eloquar.

Ego pol illum ulciscar hodie Thessalum veneficum,

Qui perversè perturbavit familiæ mentem meæ.

Sed noli ille est? intrò edepotabit credo ad uxorem meam.

Qui me Thebis alter vivit miserlor? quid nunc agam?

Quem omnis mortales ignorant, et ludificant, ut libet.

Certum est introrumpam in ædibus ubi quæque hominem aspexero;

Sive ancillam, sive servum, sive uxorem, sive adulterum,

Seu patrem, sive avum videbo, obruncabo in ædibus.

Neque me Jupiter, neque dii omnes id prohibebunt, si volent.

Quin sic faciam uti constitui: pergam in ædibus nunc jam.

Véase lo que el maestro Oliva sustituyó:

«¿Qué es esto? ¿Heme tornado por ventura loco, que así me siento conturbado? Todas mis partes son alteradas: el alma con espanto, el cuerpo con temblor, y con ira el corazón. En la boca siento hiel, en los dientes rabia, mostaza en las narices, rumor en los oídos, y relámpagos en los ojos. Impetus me vienen de quebrar, de sal-



tar, de herir, de hacer mayores cosas que mis fuerzas pueden. No pienso que podrán mis miembros reposar sino cansados. Ya no podrá mi ira amansarse sino harta. El fuego que en mí arde no se puede apagar sino con sangre, etc.»

Cuando Moliere puso en el teatro francés esta comedia, se apartó muchas veces del testo original, y siempre para mejorarle. Oliva al contrario, cada vez que se separa de lo que Plauto escribió, desatina.

1550.

44. «Tragedia. La Venganza de Agamenon.» Traducción muy libre de la *Electra* de Sófocles. Siguió Perez de Oliva la disposición de la fábula original y el orden de las escenas con poca alteración; pero suprimió mucha parte del diálogo, sin duda para que resultase el progreso de la acción mas rápido, aunque por este medio la desnudó de muchas bellezas. Baste citar por ejemplo la relación de la supuesta muerte de Orestes, diminuta y pobre en la traducción, y tan inferior á la de Sófocles, que no es disculpable la mutilación que hizo en ella el traductor español: conservó los coros, y con ellos la inverosimilitud que constantemente producen, suprimiendo sin embargo todos los excelentes trozos líricos del original, que pueden considerarse como entre actos de la tragedia y la parte mas brillante y armoniosa de su composición; no acertó en sacar á la escena un ataúd con un cadáver embalsamado dentro, en lugar de la urna manejable y ligera en que supone Sófocles que podían contenerse las cenizas de Orestes: esta alteración hecha por Oliva ni es conveniente, ni teatral, ni conforme á la imitación de costumbres; en lo que añadió al testo original peca muchas veces contra el buen gusto, se aparta de aquella grave sencillez que piden la situación y los personajes, y les hace decir expresiones dignas de la fábula. «Principalmente (dice *Electra*) que yo os ruego me digáis ¿qué lluvia pensáis que tengo yo en mi cuerpo donde se consumiesen tantas lágrimas como vierten mis ojos? ¿O qué capacidad es la de mi pecho para detener en él la muchedumbre de mis gemidos, que salidos fuera no caben en los aires? Haced, yo os ruego, de mi compasión: no queráis atapar con vuestros consejos los respiraderos de las hornazas de fuego que dentro me atormentan.» Pregunta *Electra* á Orestes quién es; y su hermano le responde: «Soy un hombre que navega en su sepulcro por las ondas de la fortuna.» Estos y algun otro rasgo de estilo alambicado, metafórico y pedantesco no son de Sófocles; son añadiduras impertinentes de su traductor.

1550.

45. «Tragedia. Hécuba triste.» En la traducción de esta pieza de Eurípides usó el maestro Oliva de igual libertad que en la antecedente. Suprimió el personaje de Taltibio (demasiado episódico en el original), puso en boca de una parte del coro la relación de la muerte de Polixena, é igualmente omitió la escena de Agamenon y Hécuba, para lo cual no pudo hallar una razón plausible. Las mujeres troyanas abren un hoyo en la arena para sepultar á Polidoro, cosa que ni se halla en el testo de Eurípides, ni es conforme á las costumbres griegas; en el original se propone Hécuba quemar en una misma hoguera los cuerpos de Polixena y Polidoro y darles un mismo sepulcro. Al fin de la tragedia suprimió las predicciones de Polimnestor, y echó á perder el desenlace. Aquellos terribles anuncios, y el diálogo á que dan lugar, dan á la catástrofe toda la fuerza, movimiento y perturbación trágica que en tales casos se necesita. Entre las añadiduras que se atrevió á hacer Perez de Oliva, es bien ridícula la siguiente en el diálogo de Polixena y Hécuba:

POLIXENA.

¿Qué es esto, madre, que lloras con tan tristes gemidos? ¿Qué quieren estos hombres armados?

HÉCUBA.

Vienen, hija, por tí. ¡Oh hija triste, á qué tálamo te han de llevar!

POLIXENA.

¿Cómo, dí, madre, entre tantas desventuras me quieren casar?

HÉCUBA.

Sí, hija Polixena, adonde nunca me veas.

POLIXENA.

El esposo ¿quién es? ¿adónde está?

HÉCUBA.

Está con los muertos.

POLIXENA.

¡Ay madre mía! ¿con hombre muerto me quieren casar?

HÉCUBA.

Sí, hija, mía, con muerto muerta te han de casar.

Ni esta es Hécuba como el poeta la pintó, ni esta es Polixena, cuyo carácter (digno de la hermana de Héctor) es de lo mas excelente de la tragedia griega. Hécuba en la traducción entretiene su dolor hablando á su hija en estilo enigmático; y Polixena parece una niña de colegio con mucha gana de casarse, y tan simplecita que se atormenta creyendo que la van á casar con un muerto. Entienda quien pueda las siguientes expresiones de Hécuba: «¡Oh mujeres! agora siento que los dolores de nuestros partos son dolores que parimos, que nos quedan guardados para cuando los graves casos de nuestros hijos sabemos.» Mas adelante dice: «De los leones y dragos, y otras bestias fieras, se cuenta que amparan á aquellos que sienten de ellos quererse favorecer, y este hombre (peor que drago y leon) mató á mi hijo, de quien él por su voluntad se habia encargado.» Esta erudición zoológica no es de Eurípides, ni de la situación, ni de la persona que habla; parece un retazo de sermón gerundio.

A estos defectos podrá añadir algunos otros la crítica imparcial de quien examine estas dos tragedias cotejándolas con sus originales; pero al mismo tiempo resultará de su lectura un concepto muy favorable á Perez de Oliva, el primero que dió á conocer entre nosotros el teatro griego. Su lenguaje es puro, su estilo en general grave, elegante y numeroso: nadie antes de él habia dado á la prosa dramática tanto decoro y majestad; y después ninguno le imitó.

Nació Fernán Perez de Oliva en Córdoba por los años de 1494; estudió en Salamanca y Alcalá de Henares, en París y en Roma, donde permaneció algun tiempo. Volvió á París, enseñó filosofía en aquellas escuelas, y restituido á España en el año de 1524, obtuvo en Salamanca las cátedras de filosofía y teología, y el cargo de rector de aquella célebre universidad. Su estensa erudición en las lenguas sabias, sus profundos conocimientos en las ciencias morales y exactas, su aplicación á las buenas letras, juntamente con las prendas estimables de su carácter, después de haberle merecido el favor de los pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente VII, determinaron á Carlos V á elegirle por maestro del príncipe su hijo, empleo que no llegó á servir, habiendo muerto en el año de 1533, antes de cumplir los cuarenta de su edad. Sus obras castellanas en prosa y verso permanecieron manuscritas, hasta que su sobrino Ambrosio de Morales las dió á la prensa en el año de 1585. Véase la *Biblioteca* de Don Nicolás Antonio, y el tomo vi del *Parnaso español*.

1530.

46. ANÓNIMO. «Farsa sobre el matrimonio para representarse en bodas, en la cual se introducen un pastor y su mujer, y su hija Mencia desposada, un fraile y un maestro de quebraduras. Es obra muy apacible y provechosa. Impresa en Medina del Campo, con licencia, en casa de Juan Godínez de Millis, año de 1530.» Se ignora el mérito de esta obra citada por Pellicer en su *Tratado histórico sobre*



el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España, tomo 1.

1531.

47. JAIME DE HUETE. «Comedia llamada Tesorina, hecha nuevamente por Jaime de Huete.» Se incluyó esta obra en el índice de libros prohibidos por la inquisición en el año de 1539. No hay otra noticia de ella ni de su autor.

1532.

48. AUSIAS IZQUIERDO ZEBRERO. «Lucero de nuestra salvación al despedimiento que hizo nuestro señor Jesucristo de su bendita madre, pasos muy devotos y contemplativos estando en Betania. Por Ausias Izquierdo Zebrero: en Sevilla, por Fernando Maldonado, año de 1532. Figuras del auto: Hijo y madre, ángel con cartas de Adán, David, Moisés, Hieremías, Abraham, Magdalena.» El nombre de este autor hace sospechar que fuese catalán ó valenciano. Jímelo, en su estimable obra de los *Escritores del reino de Valencia*, habla de un Ausias Izquierdo que publicó algunos opúsculos, y entre ellos una *Representación ó auto sacramental de un milagro de la Virgen del Rosario, impresa en Valencia, año de 1589*. Sin embargo de la identidad del nombre y apellido, no es de creer que sea el mismo que dió á luz en 1532 el auto que se incluye en este catálogo, cuyo corto mérito quita el deseo de toda investigación acerca del autor que le compuso.

1532.

49. GIL VICENTE. «Auto hecho por Gil Vicente sobre los muy altos y muy dulces amores de Amadis de Gaula con la princesa Oriana, hija del rey Lisuarte.»

50. «Comedia Rubena.»

51. «El templo de Apolo,» tragicomedia.

52. «Romería de agraviados,» comedia.

53. «La Nao de amores,» comedia.

54. «Al parto de la reina,» tragicomedia.

55. «La Fragua de amor,» tragicomedia.

56. «La Floresta de engaños,» comedia.

La primera de estas piezas se halla prohibida en el índice de la inquisición de 1539: todas las que van citadas están escritas en castellano, á escepcion de otras que compuso el mismo autor en portugués. No he visto la edición que hizo de todas ellas su hijo Luis Vicente en el año de 1537 (16).

1534.

57. ANÓNIMO. «Comedia llamada Orfea, dirigida al muy ilustre y magnífico señor don Pedro de Arellano, conde de Aguilár.» Este caballero fué uno de los que acompañaron á Carlos V en la expedición de Tunez. La comedia se prohibió por el santo oficio, y es una de las obras insertas en el índice que se ha citado ya.

1535.

58. FRANCISCO DE LAS NAVAS. «Comedia llamada Fidea,

(16) Las obras de Gil Vicente se imprimieron también en Lisboa, en 1532. Esta edición contiene treinta y cuatro piezas en portugués y ocho en castellano, que reprodujo Bolh de Faber. Una es el *Auto pastoril del nacimiento*, de que hemos hablado en la nota al catálogo. Las otras son: *Auto de los reyes magos*, entre dos pastores, un ermitaño y un caballero. — *Auto de la sibila Casandra*, entre Casandra, pastora; Salomon, pastor; Erutea, Perescia y Simeria, tías de Casandra; Esalas, Moisés y Abraham, tíos de Casandra. — *Auto de los cuatro tiempos*, entre el Invierno, el Virano, el Estío y el Otoño. — *Comedia de Rubena*. — *Comedia del riudo*. — *Tragicomedia del triunfo del Invierno*. — *Auto de los físicos*. — Moratín no debió de conocer estas obras: pues de ellas citó únicamente la comedia de *Rubena* entre las ocho composiciones de este autor de que nos da noticia. Al trasladar sus títulos M. Puibusque, en su interesante obra titulada *Histoire comparée des littératures espagnole et française*, equivocó sus fechas, tomando los números ordinales de este catálogo por los años de su representación en el siglo XVI.

Gil Vicente, según Barbosa, murió en Évora en 1537, en edad muy avanzada; y está enterrado en el convento de San Francisco, con un epítapho que se dejó compuesto él mismo.

TOMO II.

compuesta por Francisco de las Navas.» No hay mas noticia de esta comedia sino la de haberla incluido la inquisición en el mencionado índice.

1537 (17).

59. ANDRÉS PRADO. «Farsa llamada Cornelia, en la cual se introducen las personas siguientes: un pastor llamado Benito, y otro llamado Anton, y un rulián llamado Pandulfo, y una mujer llamada Cornelia, y un escudero su enamorado, donde hay cosas bien apacibles para oír: hecha por Andrés Prado, estudiante. Medina del Campo, por Juan Godínez de Millis, año de 1537.» Nada se sabe de este autor; la farsa contiene algunas situaciones de bajo cómico, no mal sostenidas con las gracias del diálogo.

1539.

60. ANÓNIMO. «Tragicomedia alegórica del paraíso y del infierno, moral representación del diverso camino que hacen las almas partiendo de esta presente vida, figurada por los dos navios que aquí parecen: el uno del cielo, y el otro del infierno, cuya sutil invención y materia en el argumento de la obra se puede ver. Son interlocutores un ángel, un diablo, un hidalgo, un logrero, un inocente llamado Juan, un fraile, una moza llamada Floriana, un zapatero, una alcahueta, un judío, un corregidor, un abogado, un ahorcado por ladrón, cuatro caballeros que murieron en la guerra contra moros, el barquero Caron. Fué impresa en Burgos en casa de Juan de Junta, á veinte y cinco días del mes de enero, año de 1539.» Estos personajes se van presentando sucesivamente para entrar en la barca del paraíso; pero solo llegan á conseguirlo el bobo Juan y los cuatro caballeros: los demás, aunque altercan y lo resisten, van á parar á manos del diablo, que los embarca para el infierno; las situaciones son idénticas; no hay desenlace ni enredo. Con la introducción de tan diferentes clases de gentes se pintan no sin gracia las costumbres de aquella edad.

Esta obra es una imitación de la que escribió el portugués Gil Vicente por los años de 1519, y se representó delante de los reyes don Manuel y doña Leonor, cuyo título es: *Auto de moralidade composto per Gil Vicente, per contemplaçaon da serenissima é muyto catolica Reynha Donha Lionor nossa senhora, é representada per seu mandado á o poderoso principe é muy alto rey don Manoel primeiro de Portugal deste nome*. Una y otra composición existían pocos años ha en la escogida librería del marqués de Cam-po-Alanje (18).

1540.

61. ANÓNIMO. «Coloquio de Fenisa. Hablan en él Valerio, Marsilio, Silvio, Bobo, Fenisa. Fué impreso en Sevilla, año de 1540. Esta obra, escrita en verso con poca invención y ninguna elegancia, no merece particular exámen.

1540.

62. ANÓNIMO. «Coloquio. En las presentes coplas se trata como una hermosa doncella andando perdida por una montaña encontró un pastor, el cual vista su gentileza se enamoró de ella, y con sus pastoriles razones la requirió de amores, á cuya recuesta ella no quiso consentir, y des-

(17) En este año 1537 se imprimió en Valencia una *Farsa á manera de tragedia* como pasó de hecho en amores de un caballero y una dama. Introdúcense estas personas: Un pastor llamado Torcato, que es el dicho caballero; otro pastor que se dice Roscno, que era un su amigo; una pastora llamada Liria, que es la dama; un pastor llamado Gazardo, que era su esposo; un clérigo llamado Carlino, hermano de Liria; una labradora llamada Frosina, y su marido llamado Toral, tío de Gazardo; y una hija suya llamada Feriola. Entra un pastor con el argumento como quien viene de camino. «Tenemos á la vista una copia puntual de esta composición, que está en prosa.

(18) Tenemos igualmente copia de este raro impreso, que según parece no es una mera imitación de Gil Vicente, sino una traducción hecha por él mismo; pues lleva su nombre, y añade: «Compúsole en lengua portu-



pues viene un salvaje á ellos, y todos tres se conciertan de ir á una ermita que allí cerca estaba á hacer oracion á nuestra Señora. Vistas y examinadas, y con licencia impresas en Valladolid año de 1540.» Ya se ve por lo que antecede que en esta obra no hay composicion dramática: la pintura de los afectos y el estilo en que está escrita no carecen de mérito.

1541.

63. ANÓNIMO. «Farsa llamada Custodia.» Se halla prohibida en el citado índice de la inquisicion. No hay otra noticia de ella ni del autor que la compuso.

«guesa, y luego el mismo autor lo trasladó á la lengua de Castilla, »au-  
»mentándolo.» Es notable la viveza del diálogo y la naturalidad con que  
pinta las costumbres y preocupaciones de aquellos tiempos. Trasadare-  
mos para muestra la disputa entre el diablo y el fraile que no queria em-  
barcarse para el infierno.

*Entra un fraile con una moza por la mano y una espada y un broquel  
y casco y guante; entra danzando una baja, y dice:*

*Fraile.* Fan, fan, fan, fan, fan,

Ta ri ra ri, ri ra ran,

Ta ri ra ri, ri ra ran.

*Diablo.* Ya viene un fraile danzando;

Bueno va.

Padre, allegaos acá.

*Fraile.* Deo gracias; ¿qué quereis?

*Diablo.* Que vuestra danza acabeis,

Pues que tan polida va;

La señora ayudará.

*Fraile.* «Rey don Alonso, rey mi señor.»

(Bailando.)

*Diablo.* Juro á Dios que es cosa bella.

¿Cómo danza la doncella!

*Fraile.* Yo le enseño á mi sabor.

Y aun tiene mayor favor

Esta dona,

Que aunque me veis de corona,

Sé mucho del esgrimir;

A cualquiera hará huir,

Qu'es muy fuerte mi persona.

*Diablo.* Pues la virtud te adona

En ser varon,

Sabrás dar una lición

Con una gentil levada.

*Sigue un paso de esgrima, y luego continúa:*

*Diablo.* Sus, poned faldas en cinta,

A embarcar.

*Fraile.* ¿A dó nos quereis llevar?

*Diablo.* Donde esteis muy gasajado

Vos y vuestra dama al lado,

Do tengais bien que llorar.

*Fraile.* ¿Un hombre tan singular,

Religioso!

Yo he rezado por misterios

Cien mil himnos y salterios,

Por lo cual no está dudoso

De ir á tener reposo

A paraíso.

Ego sum repenidiso

De algun mal, si alguno obré.

*Diablo.* ¿Cómo es eso; qué, qué, qué?

¿Cuándo fuiste tu arrepiso?

Aunque tuviste ese aviso,

Fué tu pensamiento vano,

Pues asíóte como alano

El guardián,

Y tray Pedro el saeristán,

Mas por envidia y cordojo,

Que por quitarte de enojo.

*Fraile.* ¿Luego ellos aquí vernán?

*Diablo.* Para las barbas de Adán,

Sin mentir,

Que yo los boga venir

A tenerte compañía.

*Fraile.* No espero yo tu porfía,

Que á esotra me quiero ir.

Comenzadme de seguir

Mi señora;

Piensa este barquero ahora

De ponerme á mí en afán.

Ta-la-la-lá, la-la-lan.

*Diablo.* Bien lo sigue la traidora.

*Fraile.* ¡Ah patron!

*Angel.* ¿Qué me quieres, fray Anton?

*Fraile.* Que pues me salva mi fama,

A mí y á esta gentil dama

Nos lleves á salvacion.

1542.

64. ANÓNIMO. «Farsa de los enamorados.» Se halla su titulo entre las obras prohibidas por el santo Oficio en el índice mencionado.

1543.

65. ANÓNIMO. «Farsa llamada Josefina.» Prohibida igualmente en el mismo índice de la inquisicion.

1544.

66. LOPE DE RUEDA. «Paso en el cual se introducen tres personas: Luquitas, paje; Alameda, simple; Salcedo, amo.»

*Angel.* ¿Parécete á tí razon?

*Fraile.* Así lo canta  
Nuestra madre Iglesia santa,  
Que quien vive en religion  
Reciba buen galardón.

*Angel.* Nunca esa razon me espanta.  
El que su vida levanta  
De la tierra,

Y á los vicios hace guerra,

Y vence los tres gigantes,

Este irá con los gozantes

De la gloria verdadera.

Mas tú que d'esta manera

Has pasado,

Siempre en paz has sosegado

Con la carne y con el mundo.

Nunca tuviste cuidado

De la muerte,

Ni quisiste recogerte

De tus inicas maldades,

¿Y con estas vanidades

Piensas que he yo de acogerte?

*Fraile.* No seas con mí tan fuerte

Por agora,

Siquiera por la señora

Floriana qu'está conmigo.

Esa es, á fe, tu enemigo.

*Angel.* No me la enojas agora.

*Fraile.* Vete después, en buen hora

*Angel.* Sin contrastes,

Al navio que fletastes.

*Fraile.* Por cierto no lo fleté,

Qu'el de gloria concerté,

Y agora me lo quitastes.

*Angel.* Cuando, padre, vos entrastes

En religion,

Erades pobre garzon,

No teniais que comer;

Entrastes allí, á mi ver,

Por comer de mogollon.

¿No fuera mejor razon

Trabajar,

Que no holgar y tragar?

Del afán de los cuitados

Andais gordos y aviciados,

Lo domás quiero callar.

*Fraile.* Si aquesto me ha de dañar,

Nadie queda

Que no va por esa rueda.

*Angel.* El que así es aquí verá,

Y en mi barco no entrará.

*Fraile.* No ha de haber nadie que pueda

Entrar dentro.

*Angel.* Si, todos los de este cuento:

Los buenos trabajadores,

Sean grandes ó menores,

Sean seglares ó en convento.

*Juan (bobo).* Acábase ese tormento

De hablar,

Dejaldos ir á embarcar,

Que los llama aquel patron.

*Angel.* ¡Andad con la maldición!

*Diablo.* Acabad, padre, de entrar.

*Fraile.* Ya que me quereis llevar,

Todavía,

A esta dama y su valla

Dejalda volver al mundo.

*Diablo.* Mejor irá allá al profundo

A teneros compaña;

Entrad, que se nos va el día,

Entrad, señora.

*Fraile.* ¡Oh espejo en que mi alma adora:

No me la traicis así!

¡Oh sin ventura de mí,

Y qué gente tan traidora!

*Diablo.* Toma este remo, en malhora....

Luquitas y Alameda se han entretenido en comer buñuelos y pasteles; su amo Salcedo, que los ha estado esperando mucho tiempo, les pide cuenta de aquella tardanza; Luquitas se disculpa echando mentiras; pero Alameda contradice con su simplicidad los artificios de su compañero, y sin querer los inutiliza. El amo persuadido de que ellos comen y se divierten con lo que a él le sisan, los castiga á entrambos. En prosa (19).

## 1544.

67. «Comedia Eufemia.» A esta comedia, escrita en prosa y dividida en ocho escenas, precede un corto prólogo. Leonardo, caballero joven, se despide de su hermana Eufemia deseoso de ver mundo y buscar fortuna; halla en Valencia á Valiano, príncipe ilustre y poderoso, que le recibe por secretario y le da toda su confianza. Leonardo le refiere las calidades de su hermana Eufemia, y Valiano enamorándose de oídas, determina hacerla venir á Valencia y casarse con ella; Paulo, criado antiguo de Valiano, envidioso de la privanza que disfruta Leonardo, parte en diligencia adonde Eufemia está; y siéndole imposible el verla por mas que lo procura, logra únicamente que una criada le dé algunos cabellos de un lunar que tiene su señora en un hombro; con esto vuelve á Valencia, y dice á Valiano que ha merecido los favores de la hermana de Leonardo, presentando como prueba de lo que asegura los cabellos del lunar; el príncipe irritado contra Leonardo le da pocos dias para que se justifique, y al cabo de ellos si no lo hace se propone quitarle la vida; avisada Eufemia por su hermano de la acusación que se hace contra ella y del peligro en que él está, va á Valencia, confunde al impostor Paulo, á quien el príncipe manda llevar al suplicio que estaba preparado para Leonardo; hace poner á este en libertad, le restablece en su gracia, y se casa con Eufemia. Esta fabula, mas interesante que verosímil, tiene unidad en la accion, no en el lugar ni en el tiempo. En los caracteres de Eufemia y Leonardo hay oportuna espresion de afectos, y locucion pura y elegante; los le Vallejo, lacayo badron; Polo, su compañero; Grimaldos, paje; Eulalia, negra, y Ana, jitana, abundan en chistes cómicos, y producen incidentes graciosos, aunque no necesarios á la integridad de la composicion (20).

## 1545.

68. «Paso en el cual se introducen dos personas: Alameda, simple; Salcedo, amo.» Alameda halla en el monte una máscara, se la enseña á su amo Salcedo, y este por burlarse le dice que aquella es la cara de Diego Sanchez, un sintero á quien habian muerto y desollado pocos dias antes; mios ladrones; añade que la justicia anda en busca de los delinquentes, que si tropieza con ella es perdido, y que lo mejor será que se vaya á la ermita de San Anton y se haga santero; Alameda le deja la máscara, y se va á la ermita; Salcedo, envuelto en una sábana con la máscara puesta, le llama en voz lamentable, y le hace creer que es el alma de Diego Sanchez; le encarga que á media noche vaya á un arroyo donde está su cuerpo insepulto, y le lleve al cementerio de San Gil. Alameda, lleno de miedo, echa á correr, y el fingido muerto le sigue y le acosa por todas partes. Diálogo en prosa con buen estilo, animado y gracioso (21).

## 1545.

69. «Comedia Armelina.» Pascual Crespo, herrero, tuvo

(19) Este gracioso paso de Lope de Rueda es el primero de los comprendidos en el *Deleitoso*, que publicó su amigo Juan de Timoneda. Véase Bñl de Faber de la inutilidad de sus diligencias para adquirirlo. En el mismo caso se halla otra composicion que cita Moratin en el núm. 72 de este catálogo; pero no la incluye en su coleccion. De una y otra podemos disponer, y nos aprovecharemos en tiempo oportuno.

(20) Esta comedia va inclusa en la coleccion que sigue al presente catálogo.

(21) Está en la coleccion de Moratin con el título de *La Cardula*.

en su juventud un hijo en una amiga suya, la cual se fué con un capitán á Hungría llevándose al niño; este, muerta su madre y tambien el capitán (que le dejó heredero de sus bienes), fué criado por un caballero de aquella tierra llamado Viana, el cual tenia una hija pequeña llamada Florentina, á quien daba muy mal trato su madrastra; por lo cual un pariente suyo se la robó, y hallándose embarcado con ella á vista de Cerdeña le saltaron corsarios: la niña quedó cautiva; después la vendieron en Cartagena á un hermano de Pascual Crespo, y este por último la recibió en su casa dándole el nombre de Armelina. Crespo y su mujer viéndola ya en edad, tratan de casarla (aunque ella lo repugna) con el zapatero Diego de Córdoba. Llega en esto á aquella ciudad Viana acompañado de Justo su hijo adoptivo, y habiéndole asegurado un griego que allí encontraría á su hija Florentina, no omite diligencia para conseguirlo. Consulta con Muley Bucar, moro granadino, grande hechicero, el cual hace un conjuro espantoso, invoca á Medea, y sale en efecto Medea de los infiernos para decirle que la niña que se busca está en aquella ciudad; entre tanto Justo enamorado de Armelina ronda su casa; ella apurada por Crespo y su mujer, que tratan de reducirla á que se case con el zapatero, se va desesperada á las orillas del mar con resolucion de tirarse al agua desde un alto peñasco; al ir á ejecutarlo sale el dios Neptuno y lo estorba; lívala á su casa, y allí delante de todos les hace saber que Justo es hijo del herrero Crespo, y Armelina es la Florentina hija de Viana que con tanto empeño se busca; conciertase la boda de Florentina y Justo; Neptuno en calidad de padrino se entra con ellos á celebrarla. Por este extracto se echará de ver lo complicado, romancesco é inverosímil de esta fábula, en la cual apenas puede alabarse otra cosa que el buen lenguaje y la viveza del diálogo. Puede citarse como la primera pieza de magia que se conoce en nuestro teatro: está escrita en prosa, y se divide en seis escenas (22).

## 1546.

70. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Lucio, doctor médico; Martin de Villalba, simple; Bárbara, su mujer; Jerónimo, estudiante.» Martin de Villalba es objeto de las burlas de su mujer, que tiene en casa con nombre de primo al estudiante de quien está enamorada; se finge enferma, y el pobre Martin va y viene á casa del médico, le regala pollos para tenerle grato, y se bebe todas las purgas que aquel receta á su mujer, porque esta le asegura que le aprovecharán infinito si él se las toma. Por último, la mujer se va de casa acompañada del estudiante, diciendo á Martin que va á cumplir unas novenas, le encarga que ayune á pan y agua en tanto que vuelve, y él promete cumplirlo, aviniéndose á que el médico siga curándole para que ella se restablezca enteramente. Argumento cómico, buena prosa, pernicioso moral (23).

## 1546.

72. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Caminante, licenciado Jáquima, bachiller Brazuelos.» El caminante se halla sin dinero, y no teniendo conocimientos en la ciudad, le ocurre buscar al licenciado Jáquima, para el cual trae una carta; este, que vive en compañía del bachiller Brazuelos, recibe muy bien al caminante y le convida á comer; quedan solos el bachiller y el licenciado, y como este no tiene un cuarto para obsequiar al huésped, pide al otro que le preste lo necesario para salir de aquel empeño, pero Brazuelos, que se halla en el mismo caso, nada puede darle. Sin embargo, para salir del apuro con menos afrenta, discurre que el licenciado se oculte entre la manta de la cama cuando el hués-

(22) Se halla en la coleccion de Bñl de Faber.

(23) Está en la coleccion de Moratin con el título de *Cornudo y contento*.



ped venga, y que él le dirá que de orden del arzobispo ha tenido que salir de la ciudad á toda prisa con el encargo de publicar unas bulas; acordado esto, llama el caminante, el licenciado se esconde, y tapa con la manta, y admirado el huésped de no hallarle en casa, le dice el bachiller que si está, pero que ha sido tanta la vergüenza que ha tenido de hallarse sin dinero para darle de comer, que se ha metido debajo de la manta, y diciendo esto tira de ella y se le descubre; salta el licenciado de la cama lleno de enojo contra el bachiller, resulta una quimera muy acalorada entre los dos, y el caminante, viendo que allí no hay disposicion de comida, se aburre, los deja riñendo y se va. Prosa lijera y facil; la malicia del bachiller produce buen efecto cómico (24).

1547.

72. «Paso en que se introducen las personas siguientes: Honciguera, ladron; Panarizo, ladron; Mendrugo, simple.» Panarizo y Honciguera esperan á Mendrugo, que lleva una cazuela de comida á la cárcel en donde está presa su mujer; le salen al paso, le meten en conversacion, y entre otras cosas le hablan de la tierra de Jauja, abundantísima y feliz sobre todo lo descubierto; Mendrugo quiere saber las maravillas que le anuncian de ella; le hacen sentar en el suelo, y empiezan á referirle los rios de leche, los puentes de mantequillas, los arboles cuyos troncos son de tocino, la miel, los pasteles, las aves y viandas esquisitas que se hallan preparadas y de balde en aquel delicioso pais; Mendrugo los oye abortito, y ellos aprovechándose de su aturdimiento arrebatan la cazuela, y desaparecen. Ficción sencillísima, en prosa.

1547.

73. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Brezano, hidalgo; Cebadon, simple; Samadel, ladron.» Brezano da quince reales á su criado Cebadon para que se los lleve al casero; Samadel se hace encontradizo con el criado, y sabiendo la comision que lleva, finge que es el casero mismo; recibe los quince reales, y le da por carta de pago una carta particular que lleva consigo; vuelve Cebadon á ver á su amo, y por el contenido de la carta y las señas que da el mozo del fingido casero, conocen uno y otro el engaño que les ha hecho; van en busca del ladron, le encuentran en la calle, riñen, y Cebadon y su amo corren tras él. En prosa, buen diálogo (25).

1548.

74. JUAN DE MALARA. «Comedia llamada Loçusta.» Se ignora el argumento de esta comedia.

1548.

75. LOPE DE RUEDA. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Torrubio, simple viejo; Agueda de Toruégano, su mujer; Mencigüela, su hija; Aloja, vecino.» Torrubio viene del campo con una carga de leña; Agueda su mujer le pregunta si ha plantado el renuevo de olivo que él llevó; él dice que si, y ella supone que dentro de seis ó siete años ya llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y cortando de él otros renuevos podrá plantarse un olivar; ella cogerá las aceitunas, el marido las llevará en el asno á la plaza, y Mencigüela las venderá: aqui empieza lo mas agitado de la accion, porque Agueda no quiere que la chica venda el celemin de aceitunas en menos de dos reales, y su marido dice que bastará venderlas á catorce ó quince dineros; Mencigüela recibe órdenes contrarias de su padre y de su madre, y á cada uno de ellos promete hacer lo que le mandan; esta docilidad le perjudica mucho, porque solo sirve de escitar la cólera de entrambos, que la cas-

tigan alternativamente; sale al ruido Aloja su vecino; pregunta la causa de aquella desazon, y viendo que todo ello es sobre fijar el precio á que han de venderse las aceitunas que deben nacer de allí á treinta años, procura ponerlos en paz y concluir aquella ridícula contienda. Motivo cómico muy gracioso sostenido con un buen diálogo en prosa (26).

1549.

76. «Farsa del Sordo.» Esta pieza escrita en verso, atribuida á Lope de Rueda, no tiene mérito particular.

1550.

77. «Comedia Medora. Intróito.» La comedia está escrita en prosa y distribuida en seis escenas; la accion se supone en Valencia. Acario tuvo una hija y un hijo en extremo parecidos el uno al otro; siendo muy chicos los dos, una jitana robó al niño, dejando uno suyo en su lugar, que murió de allí á poco tiempo; crió Acario á su hija llamada Angélica, y llegando á edad juvenil se enamoró de ella Casandro, mancebo acomodado de aquella ciudad; la jitana vuelve á Valencia trayendo consigo á Medoro vestido de mujer; resultan frecuentes equivocaciones nacidas de la semejanza de Medoro y Angélica, hasta que la jitana descubre la verdad, refiere el hurto que hizo del niño, pide perdon, y fácilmente se le conceden, verificándose el casamiento de Casandro con Angélica. Esta fabula, en que Lope repitió lo que ya habia puesto en otra (y no ciertamente para mejorarlo), se entorpece y confunde con episodios inútiles, y carece de verosimilitud. Los amores del viejo Acario con Estela, los disfraces que se pone, los palos que recibe, la salida de Barbarina su mujer, que se va en camisa á media noche al cementerio á buscar tierra de siete muertos, y otras impertinencias de esta clase, son incidentes de farsa grosera y trivial. Las baladronadas de Gargullo y el chasco que le da la jitana no carecen de gracia cómica; el diálogo en general es animado y fácil (27).

1551.

78. «Coloquio de Camila. Intróito.» Sigue el coloquio en prosa, sin division de actos ni de escenas. La accion parece que se supone en las cercanías de Valencia: Socrato perdió un hijo pequeño que tenia, y poco después halló en su puerta una niña de pecho, á quien crió con nombre de Camila, hasta que llegando á edad de diez y siete años, trató de casarla con el barbero maese Alonso, viudo y viejo; Camila, enamorada del pastor Quiral, repugna el matrimonio que se le propone, y viéndose hostigada de las instancias de Socrato, se huye de casa, se va al monte, y en él quiere quitarse la vida; pero la Fortuna se le aparece y le promete su proteccion; sospéchase que Quiral haya sacado de su casa á Camila, y él desesperado de haberla perdido, viendo que le piden cuenta de ella, dice que en efecto la ha robado y después la ha muerto: en consecuencia de esta declaracion tratan de ahorcarle; la Fortuna, encargándose de desenredar esta maraña, lleva consigo á Camila, y hace saber á los interesados en ello que aquella niña criada por Socrato es Galatea, hija del barbero maese Alonso; declara tambien como Socrato es Anastasio, natural de Rosellon, el cual mudando de residencia tuvo por conveniente mudar de nombre, y por último dice tambien que el pastor Quiral es el hijo de Socrato, á quien halló pendiente de las mantillas en un árbol un hostelero del Coll de Balaguer; esto sabido, sale Quiral de la cárcel y le casan con Camila. Tal es el embrollo que sirve de accion de esta pieza. La confusion que resulta de la disorde union de tan opuestos caracteres y personajes es estravagante en demasia: el lenguaje siempre es bueno; el estilo

(24) Está en la coleccion de Moratin con el título de *El Convidado*.

(25) Está en la coleccion de Moratin con el título *Pagar y no pagar*.

(26) Está en la coleccion de Moratin con el título *Las Aceitunas*.

(27) Está en la coleccion de Bohl de Faber.



muy desigual, á veces propio del bajo cómico, y á veces cuando quiere ser culto degenera en pedantesco, cadencioso, lleno de perifrasis y trasposiciones violentas (28).

1551.

79. JUAN DE RODRIGO ALONSO. «Comedia hecha por Juan de Rodrigo Alonso (que por otro nombre es llamado de Pedrosa), vecino de la ciudad de Segovia, en la cual por interlocucion de diversas personas en metro se declara la historia de santa Susana á la letra, cual en la prosecucion claramente parescerá, hecha á loor de Dios nuestro señor, año de 1551. Son interlocutores de la presente obra los de suso contenidos: santa Susana, sus doncellas Orisia y Patricia, su padre Elquias, su madre, Joaquin su marido, dos criados suyos, voz popular, los dos inicos viejos, sus dos ministros, los substitutos Elifaz y Manasés, Daniel, carcelero, pregonero.» Esta comedia, escrita en redondillas (en la cual no hizo mas el autor que poner en dialogo lo que refiere la historia), tiene sin embargo interés dramático, situaciones y afectos, enredo, solucion y moralidad. El ejemplar que tuve presente existe en la biblioteca real de Paris. En la de Madrid hay otro.

1551.

80. LOPE DE RUEDA. «Coloquio.» Se ignora si estaba escrito en prosa ó verso: los interlocutores son dos pastores, dos pastoras y el Amor. Lorenzo Gracian, en su tratado de la *Agudeza ó Arte de ingenio*, recomendó el artificio dramático de este coloquio, diciendo: «Comenzó el prodigioso Lope de Rueda, á quien llamó el jurado de Córdoba Juan Rufo inimitable varon con verdad: tuvo excelentes invenciones; sea bastante prueba aquella en que introduce cuatro amantes encontrados, dos pastores y dos pastoras, apasionados entre sí con tal arte que ninguno correspondia á quien le amaba; pidieron al Amor, en premio de haberle desatado de un árbol, á que le habian amarrado la Virtud y la Sabiduría, que les trueque las voluntades y haga el Amor que ame cada uno á quien le ama; y cuando parece que se desempeña, entonces se enreda mas la traza; porque pregunta Amor qué voluntades quiere que violente y mude, las de los hombres ó las de las pastoras; que se concierten entre sí: aquí entra la mas ingeniosa disputa, dando razones ellos y ellas por parte de cada sexo, que es una muy ingeniosa invencion.»

1552.

81. «Coloquio en verso.» Nada se sabe acerca del argumento y personajes de este coloquio, citado por Cervantes en la comedia de *Los Baños de Arjel*, donde incluyó el fragmento que sigue:

Si el recontento que trayo  
Venido tan de rondon,  
No me lo abraza el zurron,  
¿Cuáles nesgas pondré al sayo,  
Ó qué ensanches aljubon?  
Y si al contarle estremeño,  
Con un donaire risueño  
Ayer me miró Constanza,  
¿Qué turba habrá ya ó mudanza  
Que no la pase por sueño?  
Espacios, las mis corderas,  
Por las dehesas y prados,  
Mordey sabrosos bocados;  
No temais las venideras  
Noches de nubros airados;  
Antes os anday esentas  
Briñcando de recontentas,  
No os aflija el ser mordidas  
De las lobas desbамbridas,  
Tragantonas, mal contentas;

(28) Bohl de Faber insertó en su coleccion algunos pasos de este coloquio.

Y al dar de los vellocinos  
Venid siempre no ronceras  
Rumiando por las laderas  
A jornaleros vecinos  
O al corte de sus tijeras,  
Que el sin medida contento  
Cual no abarca el pensamiento  
Os librará de lesion,  
Si al dar el branco vellon  
Barruntais el bien que siento.  
Mas ¿quién es este cuitado  
Que asoma acá entelerido,  
Cabizbajo, atordecido,  
Barba y cabello erizado,  
Desairado y mal erguido?

82. «Coloquio de Timbria. Intróito.» Este coloquio no tiene division de actos ni de escenas; está escrito en prosa: su fábula es en extremo complicada y absurda, y el empeño de referirla causaria fastidio al lector, no instruccion ni deleite (29).

1553.

83. ANÓNIMO. «Comedia de Peregrino y de Jinebra.» Se halla entre las obras prohibidas del citado índice de inquisicion. Probablemente el autor de esta comedia redujo en ella á accion dramática el argumento de una novela que se habia publicado en el año de 1548 con este título: *Libro de los honestos amores de Peregrino y Jinebra, fecho por Hernando Diaz.*

1553.

84. FRANCISCO DE AVENDAÑO. «Comedia nuevamente compuesta por Francisco de Avendaño, muy sentida y graciosa, en la cual se introducen las personas siguientes: la Fortuna, un caballero quejoso de ella llamado Muerto, otro caballero herido de amor llamado Floriseo, una doncella llamada Blancaflor, dos pastores, el uno llamado Salaver y el otro Pedrucio, un paje llamado Listino: dirigida al muy noble y valentísimo señor don Juan Pacheco, capitán general de la gente del ilustrísimo señor marqués de Villena, año de 1553, sin lugar de impresion.»

En el intróito que le precede se alaba el autor de ser esta la primera pieza de teatro escrita en tres jornadas. Virués, Cervantes y Artieda, que florecieron muchos años después, creyeron ser inventores de esta novedad.

La obra citada está escrita en coplas de pié quebrado.

1554.

85. LUIS DE MIRANDA. «Comedia Pródiga. Dirigida al muy magnífico señor Juan de Villalba, de la cibdad de Placencia, compuesta y moralizada por Luis de Miranda, placentino, en la cual se contiene (demás de su agradable y dulce estilo) muchas sentencias y avisos muy necesarios para mancebos que van por el mundo, mostrando los engaños y burlas que están encubiertos en fingidos amigos, malas mujeres y traidores sirvientes. Impresa en Sevilla en casa de Martin de Montesdoca; acabóse á diez dias de diciembre año 1554.» En unas coplas que se hallan al fin de la obra dice el autor que después de haber servido algunos meses en la milicia, se habia hecho clérigo, y esto es lo único que se sabe acerca de él. La comedia está escrita en redondillas, y se divide en siete actos cortos. *Acto primero.* Publicase á son de tambor una recluta de gente para la guerra; Pródigo, deseoso de salir de la sujecion doméstica, resuelve seguir la milicia en calidad de caballero aventurero, pide á su padre Ladán la legitima que le corresponde; el padre lo repugna mucho, pero al fin cediendo á sus instancias le entrega dos mil ducados en oro y tres mil en una letra de cambio, le da muy buenos consejos, le despide y le deja ir acompañado de Felisero, criado de toda su confianza; jùntanse en el camino con

(29) Tambien de este coloquio trae algunos pasos el referido Bohl de Faber.



Silván y Orisento, soldados viciosos y estafadores; llevan a Pródigo á una venta cerca de Sevilla; él paga por todos, se aficiona de una moza llamada Sirguera, y con ella y los demás prosigue su viaje.—*Acto segundo.* Llegan á un pueblo donde hay feria; gasta Pródigo mil ducados en cadenas y medallas que regala á Silván y Orisento; su criado Felisero quiere irle á la mano, pero él no hace caso, y se va con la moza; Olivenza, rufián baladron y cobarde con quien ella vivía, la anda buscando; Alfenisa y Grimana, mujeres públicas, le dan noticia de que está en poder de Pródigo; conciertan Olivenza, Silván y Orisento lo que ha de hacerse para quitar á Pródigo la gorra guarnecida y el rico joyel de oro que lleva al cuello; luego que viene sale Olivenza con la espada desnuda, pidiendo la moza á los soldados, haciendo grandes amenazas; ellos embisten con él; Pródigo se mete en medio para apaciguarlos, y en la fingida quimera le atropellan, le tiran al suelo, le hieren en la cara, le quitan el joyel y la gorra, y todos desaparecen; la madre de las mozas viéndole tan mal parado le recoge en su casa.—*Acto tercero.* Un alguacil lleva preso á Pródigo como también á Grimana y su madre para que en la cárcel declaren lo que ha sucedido; Felisero va á verse con su amo, habla después con el alguacil y el carcelero, y á fuerza de gratificaciones consigue que suelten á Pródigo y á las dos mujeres; los dos mil ducados en oro se consumieron enteramente, y Pródigo encarga á su criado que vaya á cobrar la letra de cambio; estando en la prision había visto en unas ventanas de enfrente á una hermosa doncella, de la cual quedó enamorado; luego que se ve libre y solo, se pasea delante de la casa; ve salir de ella á una criada llamada Florina, de la cual se informa acerca del nombre y circunstancias de aquella dama; Florina le dice que sería muy conveniente que diese una alborada á su señora, y él promete hacerlo así en la mañana próxima; llega Felisero, y le cuenta que los pajes que había recibido se han escapado, y que los soldados sus amigos se le han llevado los caballos, el sayo y la capa; le da el dinero de la letra, y él lleno de esperanzas amorosas olvida sus pérdidas, y solo piensa en la música que ha de dar á su dama.—*Acto cuarto.* Dada la música, proporciona Florina que Pródigo pueda ver á su señora Alcanda, escondido en la huerta, de lo cual resulta el siguiente diálogo:

PRÓDIGO.

¿ Hora dónde me pornia  
Para ver si ser pudiese  
Lo que hace ó respondiase  
Mi señora aqueste día?  
Aqui me pongo en parada  
Por estar mejor alerta.

ALCANDA.

Florina, cierra esa puerta.

FLORINA.

Señora, ya está cerrada.

PRÓDIGO.

¿ Oh mi remedio y mi amada!  
Tras sus pisadas me voy  
Por ver lo que por mí hoy  
Hace ó dice su criada.

FLORINA.

¿ Qué te pareció, señora,  
Del cantar de esta mañana?

ALCANDA.

Tan bien, que de buena gana  
Le escucharía hasta agora.

FLORINA.

¿ Paréscete que do mora  
Tal virtud que habrá verdad?  
Pues sabe que en la ciudad  
Solo á tí, señora, adora.  
Esto téngolo entendido

( Aunque no pensé decillo )  
En que ayer me dió este anillo,  
Y una saya ha prometido.

ALCANDA.

¿ Aquesto me has escondido?  
Muestra el anillo, veremos.  
Vos ni yo no le tendremos,  
Vuelva allá donde ha venido.  
Y otra vez de esta manera  
Con nuevas no me vengais,  
Si malas pascuas hayais,  
Doña sucia y hechicera.  
¿ Mira si yo soy ramera  
De estraños y forasteros,  
O si me faltan dineros  
Para que precie á un cualquiera!

FLORINA.

No pensé que la enojara;  
Perdóneme tu merced.

ALCANDA.

¿ Gentil pensar! Entended.  
¿ Pensabais que me holgara?

FLORINA.

A lo menos que burlara  
De velle así enamorado.

ALCANDA.

¿ Y por qué, si tú le has dado  
A sus hablas buena cara?  
¿ Mal pecado! Ya le habrás  
Dado cuenta de quien soy,  
De lo que hago y á do voy,  
Y de todo lo demás.

FLORINA.

Por cierto, nunca jamás  
A él ni á nadie tal di.

ALCANDA.

Hora quitate de ahí;  
No hablemos en esto mas.

PRÓDIGO.

Ya yo me maravillaba  
De suerte tan favorable.  
¿ Oh mi ventura mudable!  
¿ Y cuán engañado estaba!

Felisero aconseja á Pródigo que desista de aquella solicitud; pero Florina, á pesar de todo lo ocurrido, anima su esperanza, y le dice que no haría mal en valerse de la mediación de una vieja alcahueta que vive allí cerca. Pródigo, después de regalar á Florina, va á verse con Briana (que así se llama la alcahueta), la cual en fuerza de las dádivas que recibe, se pone en camino para favorecer los amores de Pródigo.—*Acto quinto.* Felisero, vista la perdición inevitable de su amo, y no atreviéndose á volver á casa de Ladán, se va con resolución de hacerse ermitaño; Alcanda hace echar á la Briana de su casa á palos y golpes que le dan sus criados; Lizán y Cerbero, rufianes, amigos de la vieja, la encuentran en la calle y la llevan á su casa, en donde Pródigo la estaba esperando; reliérete el mal éxito de su mensaje, y se lamenta de que los criados de Alcanda le han quitado todo el dinero que tenía; Pródigo para consolarla la socorre con doblada cantidad, y á instancia de la Briana recibe en su servicio á Lizán y Cerbero; va con ellos á rondar la calle de Alcanda, y sigue este diálogo:

PRÓDIGO.

Venid conmigo los dos;  
Lleguemos aquí, veamos;  
A propio tiempo llegamos.  
Labrando está, me parece,  
Dejadme ver qué se ofrece.

LIZÁN.

Al propósito topamos.

ALCANDA.

¿Dó vas, negro? ven acá,  
Ve y llama á aquel caballero  
Que parece forastero;  
Veremos qué nos dirá,  
Que por ventura vendrá  
De Flandes, do está mi padre;  
Que todo el mal de mi madre  
Es por no saber dó está.

NEGRO.

Allégate acá, señor,  
Que te llama mi señora.

PRÓDIGO.

No vengamos en mal hora,  
Mas la muerte me es favor.

NEGRO.

Entra dentro al corredor,  
Que hora se pone á labrar.

ALCANDA.

¿Osado sois de aquí entrar,  
Deci, don perro traidor?  
¿Pareceos bien enviarme  
Una rapaza indiscreta,  
Y una pública alcahueta,  
Que eran para disfamarme?  
¿Había yo de fiarme  
A humo muerto en cualquiera?

PRÓDIGO.

Quien tal ha hecho que muera:  
No quiero mas disculparme.

ALCANDA.

Direis no haber conocido  
Por no ser de la ciudad;  
Mas donde hay sagacidad,  
Todo en un hora es sabido.  
Otro aviso he yo tenido  
Algo mas disimulado,  
Que á la muchacha he mesado  
Y á la vieja he sacudido.  
Sabe Dios cuánto pesar  
Que me quedaba por vos.  
Mirá si debeis á Dios  
Con tal esclava topar.

PRÓDIGO.

Imágen para adorar  
He yo, señora, topado.

ALCANDA.

No, sino sierva, mi amado.  
Dejemos hora el hablar,  
Y esta noche con la escala  
Vuelve, señor, muy secreto;  
Que sin falta te prometo  
De te esperar en la sala,  
Porque la puerta es tan mala  
Que rechina que es espanto.  
Hora ve, descansa en tanto,  
Dios nuestro Señor te vala.

PRÓDIGO.

¿Es posible que soy yo  
Quien tanto bien ha alcanzado?  
¡Oh yo bienaventurado  
Mas qué cuanto Dios crió!  
Quien no se determinó,  
No sabe lo que ha perdido;  
Que mas qué fortuna ha sido  
El que nunca la temió.

Vuelve Pródigo á casa de la Briana, le cuenta todo lo que le acaba de suceder, y ella dice:

Al diablo yo las doy  
Aquestas muy desdeñosas,  
Que estas son las mas mañosas;  
Jesú, fuera de mí estoy.  
Entra agora allá, señor,

Dirás estas maravillas

A aquellas mozas bobillas  
Porque sepan qué es amor,  
Y sepan qué es dar dolor,  
Y después á manos llenas  
Concediendo tras las penas  
El descanso y el favor.  
Hora yo estoy espantada  
De ver la sagacidad,  
La malicia y la maldad  
De esta edad desventurada.  
¡Que una muchacha encerrada  
Tuviese tales rodeos!  
Mira quien vio sus menos,  
Y la vió tan enfadada.  
Maldito el que es menester  
Bienquerencias ni terceras,  
Que ellas tienen sus maneras  
Con que se dan á entender;  
Todas saben no querer,  
Mas no todas defensarse;  
Y todas saben negarse,  
Pero pocas fuertes ser.  
Rapazas que aun alimpiarse  
No saben ni son criadas,  
Las vereis ya requembradas  
A las ventanas pararse,  
De los que pasan burlarse  
Con sus risitas y señas;  
Y no son tan duras penas  
Que no vengán á quebrarse.

La Briana concierta con Lizán y Cerbero que á la noche cuando vaya Pródigo á ver á Alcanda le hagan caer de la escala al subir ó bajar por ella, y aprovechando la accion le roben cuanto tiene para repartirlo entre los tres.—*Acto sexto.* Pródigo, disfrazado con un mal vestido que le ha dado la Briana (para quitarle el suyo), va á la cita acompañado de sus nuevos servidores; ponen la escala, y entra Pródigo por una ventana al cuarto de Alcanda; después de un diálogo en que Cerbero y Lizán tratan de la bellaquería que tienen resuelta, sale Pródigo, y al bajar por la escala le dejan caer al suelo, le quitan el bolsón del dinero disimuladamente, y le conducen á casa de Briana; fingen que van á buscar á un cirujano, y desaparecen para no volver; Pródigo, quejándose de su caída y echando de ver que aquellos pícaros le han quitado el dinero, pide á la Briana que le disponga una cama; pero ella, que ya nada tiene que esperar, le echa de su casa y le deja en la calle, solo á media noche, lloviendo, desfallecido, sin un cuarto, y lleno de dolores en todo su cuerpo; ve á un caballero que va á entrar en su casa; le pide limosna, y el caballero manda que le den un pan; de allí se encamina al hospital, y no le quieren recibir; vuelve á buscar al caballero, ruégale encarecidamente que le admita por criado de su casa, y queda recibido para guardar los puercos.—*Acto séptimo.* Pródigo, reducido á la mayor miseria, se pone en camino para volver á casa de su padre; halla una ermita y en ella á su criado Felisero, que está haciendo vida solitaria, el cual le confirma en su resolución y le acompaña hasta que llegan á casa de Ladán; Pródigo se echa á sus piés, le pide perdón, y el padre amoroso todo lo olvida al verle tan arrepentido; le hace poner ricas vestiduras, y manda que se hagan fiestas y alegrías en celebridad de haber recobrado un hijo por quien había derramado tantas lágrimas.

Está muy bien desempeñado el fin moral de esta fábula, que es sin duda una de las mejores del antiguo teatro español, bien pintados los caracteres, bien escritas algunas de sus escenas; las situaciones se suceden unas á otras, aunque no con particular artificio dramático, siempre con verosimilitud y rapidez. La duración del suceso es indeterminada; el lugar de la escena varía continuamente, y no pudiera sin mucha violencia ponerse ahora en el teatro; pero en el tiempo en que esta pieza se compuso, la ima-



ginacion de los espectadores todo lo suplia. Existe en la biblioteca real de Paris.

1555.

86. ANÓNIMO. «Comedia de Plauto, intitulada *Milite glorioso*,» traducida en lengua castellana. Amberes, 1555.

1555.

87. «Comedia de Plauto, intitulada *Menecmos*,» traducida en lengua castellana. Amberes, 1555. En estas dos traducciones merecen alabanza el lenguaje y el estilo. Véanse los dos siguientes trozos sacados de la primera.

«No estás bien en los negocios; porque en la mala mu-  
jer y en el enemigo todo cuanto se gasta es perdido;  
pero con el huésped y con el amigo ganancia es lo que  
se gasta, y tengo por buena dicha topa con huéspedes  
de mi condicion á quien reciba en mi casa; come y  
huelga y bebe conmigo, y alégrate de mi compañía; li-  
bre te es mi casa y yo tambien soy libre, quiero gozar  
de mi con libertad, porque por la misericordia de los  
dioses y por las riquezas que me concedieron, pude  
muchas veces casarme con alguna de muchas mujeres  
que se me ofrecieron de muy buena casta y con mucho  
dote, pero no quise meter en mi casa una gruñidora con  
quien perdiere mi libertad....

» Como tengo muchos parientes, no me hacen falta los  
hijos; agora vivo á mi voluntad y dichosamente siguiendo  
lo que se me antoja; cuando me muriere, dejaré mis bie-  
nes á mis deudos que los partan entre sí; ellos comen  
conmigo, curan de mi salud, vienen á ver qué hago, si  
mando alguna cosa; antes que amanezca ya están en  
mi cámara; pregúntame si he dormido bien aquella  
noche, téngolos en lugar de hijos; envíanme presentes  
y regalos; si hacen sacrificios, dan de ellos mayor parte  
á mi que á sí; sácanme de mi casa, llévanme á las su-  
yas á comer y cenar; aquel se tiene por mas desdichado  
que me envió menos; ellos debaten entre sí con sus  
presentes; yo callo, y recibolos; desean mis bienes;  
pero entre tanto consérvanlos y acrecientanlos con los  
suyos.»

Si en la traduccion de estas comedias se advierte á las veces error de inteligencia en algunos pasajes, omisiones en otros, espresiones que pertenecen á varias personas en boca de una sola, debe considerarse cuáles serian los ejemplares latinos que pudo tener presentes el traductor. Ya se ha dicho en otra ocasion cuán viciadas fueron las ediciones de Plauto durante el siglo xvi. Ignórase hasta ahora quién fué el traductor de estas dos piezas, y solo se infiere por la dedicatoria que hace de ellas al secretario Gonzalo Perez, que se hallaba en Lila empleado en la real Hacienda.

1556.

88. JUAN DE MALARA. «Tragedia de Absalon.» No hay otra noticia de esta pieza que la que dió su mismo autor en la obra intitulada *Filosofia vulgar*, donde dice que habia compuesto una tragedia de Absalon.

1556.

89. LOPE DE RUEDA. *Paso*. Introdúcense en él Sigüenza, lacayo; Sebastiana, mundana; Estepa, lacayo. Sebastiana cuenta á Sigüenza una riña que ha tenido con otra moza, amiga de Estepa, diciéndole entre otras cosas que habló muy mal de él llamándole ladrón desorejado; Sigüenza se enfada sobremanera, refiere un caso de honra en que se vió precisado á deshacerse de las orejas para defenderse de sus contrarios; amenaza á todo el mundo y promete vengar con estrago espantoso las ofensas que á su amiga y á él les han hecho; sale Estepa, insulta á Sigüenza y á Sebastiana, y exige que Sigüenza se desdiga de cuanto ha dicho; Sigüenza lo hace diciendo que es-

taba borracho, y que mintió como un tacaño; Estepa añade que se ponga de rodillas y se deje dar por mano de Sebastiana tres pasagonzalos en las narices; luego que esto se hace, Estepa le toma la espada y se va con la moza. Gracioso diálogo en prosa, buena imitacion de caracteres y costumbres (30).

1556.

90. «Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Dalagon; Pancorbo, simple; Periquillo, paje; Peiruton, gascon; Guillelmo, paje.» Dalagon echa de menos una caja de turrones de Alicante que tenia sobre el escritorio; llama con separacion á sus criados, y les pregunta quién se los ha comido; ninguno le da razon, y se acusan reciprocamente; el amo se enfada y les va dando de palos uno á uno; después de esto se acuerda Guillelmo el paje de que su amo se los pidió y los guardó en el escritorio; Dalagon reconoce que es cierto lo que el paje dice, y para contentar á sus criados les promete repartir entre ellos todos los turrones; consultan los criados entre sí, y determinan portarse con el amo generosamente no tomando los turrones que les ofrece, y restituyéndole con puntualidad los palos que les dió: así lo hacen, y Dalagon experimenta bien á su despecho el desinterés de sus criados, recibiendo una gran paliza que le dan entre todos. Tiene agudeza la solucion de esta pequeña fábula; está escrita en prosa.

1556.

91. «Comedia de los Engaños.» Está escrita en prosa y dividida en diez escenas. Virginio, ciudadano romano, tuvo un hijo y una hija gemelos; perdió al hijo en la confusion del saqueo de Roma en el año de 1527, y se fué con su hija Lelia á vivir á Módena; allí se enamoró de ella un mancebo llamado Lauro; pero después se aficionó de Clavela, hija de Gerardo: Lelia (á la cual habia dejado su padre en un convento mientras él iba á Roma á recuperar alguna parte de sus bienes) ofendida de la ingratitude de Lauro, se sale del convento, y vestida de hombre entra á servir de paje á su amante con el designio de introducir desconfianza entre él y Clavela; vuelve Virginio de Roma, halla que su hija no parece; llegan á este tiempo á Módena un jóven romano llamado Fabricio con su maestro y un criado; este Fabricio es precisamente el hijo que Virginio perdió y lloraba por muerto, tan semejante á su hermana Lelia, que de esta circunstancia resultan frecuentes engaños, confusion y disturbios, hasta que llega á declararse quién es Fabricio, y quién el fingido paje de Lauro, resultando los casamientos de Lauro con Lelia y de Fabricio con Clavela. Esta comedia, en que se hallan algunas felices imitaciones de Plauto, es muy artificiosa é interesante, aunque en sus incidentes no hay toda aquella verosimilitud que pide el teatro. Siguió Lope en la composicion de esta fábula una de las novelas de Bandello, que se habian impreso en Luca en el año de 1554, alterando los nombres de personajes y ciudades segun le pareció conveniente; en lo demás imitó mucho el original italiano. Está escrita con buen lenguaje, y entre las partes episódicas es muy gracioso el papel de la negra Guimar, criada de Clavela (31).

1556.

92. «Coloquio llamado Prenda de amor. Personas: Menandro, pastor; Simon, pastor; Cilenia, pastora.» Altercan Menandro y Simon sobre cuál de ellos ha sido mas favorecido de Cilenia, la cual ha dado á Simon uno de

(30) Es el paso que con el título de *el Rufán cobarde* inserta Moratin en su coleccion.

(31) Se halla en la coleccion de Moratin. En la edicion de Lope de Rueda de 1567 esta comedia se llama *de los Engañados*, y hay en ella muchas variantes.



sus zarcillos, y á Menandro una sortija; viene Cilenia apacentando su ganado, y ambos le ruegan que declare á cuál de ellos ha entendido favorecer mas; ella rehusa declararse, y se va, dejando en manos de Simon su retrato con esta letra:

Mira y verás  
En mi cuanto tú querrás,

y en las de Menandro un corazon pintado con un mote alrededor que dice:

Ya no tengo mas que dar,  
Pues te doy el corazon.

Cada uno de ellos imagina por la dádiva y la letra que le acompaña ser el mas venturoso, y con esta lisonjera presuncion ambos quedan contentos y amigos. Está escrito en quintillas (52).

1558.

95. «Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Madrigalejo, lacayo ladrón; Molina, lacayo; un alguacil, un paje.» Madrigalejo se entretiene con Molina refiriéndole algunos trabajos que ha pasado con la justicia; viene en su busca un alguacil á instancias de un paje á quien Madrigalejo habia hurtado un libro de devociones; les hace varias preguntas, y descubre un lio de ropa que ocultaba Molina por encargo de Madrigalejo; los hace atar á entrambos, y los lleva á la cárcel prometiéndoles que saldrán muy pronto de allí para las galeras. Diálogo en prosa.

Lope de Rueda, natural de Sevilla, fué batidor de oro; cediendo al impulso que le inclinaba al teatro, se hizo actor y autor; y formando una pequeña compañía corrió las provincias y principales ciudades de España. En Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia, Toledo, Madrid, Segovia y Valladolid representó con extraordinario aplauso del público sus mismas obras. Todas las hizo imprimir después de su muerte su amigo Juan de Timoneda. Se ha perdido la edición de sus *Coloquios en verso*, que en aquel tiempo se estimaron como lo mejor que salió de su pluma, y solo ha quedado el de las *Prendas de amor*. Las cuatro *Comedias*, los dos *Coloquios*, los diez *Pasos* (todo en prosa) y el *Coloquio en verso*, se publicaron en Valencia por el citado Timoneda en los años de 1567 y 1570. Parte de estas obras se imprimieron en Sevilla y en Logroño (53). Florencio Lope de Rueda desde los años de 1544, en que empezó á darse á conocer, hasta el de 1560, en que probablemente murió. En el de 1558 representó en Madrid y en Segovia, y en aquel año le vieron sin duda en la corte Miguel de Cervantes y Antonio Perez, haciendo ambos mencion de haber sido testigos de su habilidad y de sus aplausos. Murió en Córdoba, y el cabildo de aquella catedral le hizo enterrar en la nave principal de ella entre los dos coros: honor concedido á un cómico, y en aquel tiempo, que manifiesta cuánta fué la estimación que hicieron de él sus contemporáneos; pero la posteridad mas injusta ha dejado perecer y olvidar el depósito de sus cenizas, que ocupan ya desconocido y comun sepulcro.

1558.

94. ANÓNIMO. «Farsa llamada Rosiela, nuevamente conquistada, en la que se introducen las personas siguientes: Palomeo, padre de Floriseo; Rosiela, dama; Floriseo, galán; Justina, criada; Cambano, padre de Be-

nito, bobo; Pinamarte, criado de Palomeo; Marigreja y Pablos Gil. Cuenca, 1558.»

Amores, diálogos pastoriles, gracias del bobo, niños robados en la cuna, reconocimientos y otros incidentes romancescos muy usados por los dramáticos de aquel tiempo. La versificación es bastante buena.

1559.

95. JUAN DE TIMONEDA. «Comedia de los Menecmos, puesta en gracioso estilo y elegantes sentencias.» Valencia, 1559. Timoneda tradujo libremente en prosa esta comedia de Plauto; suprimió con inteligencia dos personajes poco necesarios, varió el prólogo, quitó los soliloquios inútiles de Peniculo en el primer acto, y en el tercero el de Menecmos casado en el cuarto, y el de Mesenio en el quinto. Dió muy oportunamente mayor estension á algunas escenas, á otras mas naturalidad, mejoró el desenlace y conservó en toda la pieza la gracia y lijereza cómica del autor latino. Precede á la comedia un prólogo en que hablan el dios Cupido y tres pastores (34).

1559.

96. «Comedia llamada Cornelia: es muy sentida, graciosa y regocijada.» Valencia, 1559. Esta comedia, por el gusto de las que entonces se admiraban en Italia, tiene algunas situaciones imitadas de *El Nigromante* de Ariosto. Está escrita en prosa con muy buen lenguaje; el diálogo es rápido y natural, abunda en chistes cómicos no siempre decentes, pero en las costumbres libres de aquella edad hallaban aplauso. La esposicion de esta pieza es muy defectuosa, y sin el prólogo separado que le precede nada se sabría de los antecedentes que motivan la fábula. Poseia un ejemplar impreso de estas dos comedias don Ramon Cabrera, individuo de la real Academia española.

1560.

97. ANÓNIMO. «Paso. Interlocutores: Monserrate, simple; Coladilla, paje; Valverde, doctor; Jumilla, mujer; alguacil Porqueron.» La escena es en Valencia. Coladilla, sabiendo que va á venir una mujer de Rusafa á consultar á su amo el médico sobre una dolencia que padece su madre, persuade á Monserrate su compañero á que se vista las ropas del doctor que aun está durmiendo, y finja ser él mismo, á fin de recibir dos reales y un bollo que sabe que traerá la mujer; viene esta, y Monserrate sentado, y Coladilla detrás que le va dictando lo que ha de decir, le preguntan sobre la enfermedad de su madre, y Monserrate le prescribe los remedios, equivocando con disparates cuanto Coladilla le dice al oído. La mujer da los dos reales y el bollo, y Monserrate la hace llevar una redoma de bebida blanca que estaba debajo de la cama de la médica, encargándola que se la haga beber á la enferma; se va la mujer, viene el doctor Valverde, y hallando á Monserrate vestido con sus ropas se enfada y riñe; vuelve la mujer acompañada de un alguacil lamentándose de que por haber dado á su madre un poco de lo que contenia la redoma acaba de espirar. La supuesta bebida era una disolucion de solimán con que se lavaba la médica; el alguacil se lleva á la cárcel á los criados del doctor y al doctor con ellos. Diálogo en prosa.

1560.

98. «Paso de los Ladrones, en el cual se introducen las personas siguientes: Cazorla, viejo ladrón; Buitrago, ladrón nuevo; Salinas, ladrón nuevo; Joan de Buenalma, simple.» Está escrito en prosa; parece que se quiere figurar la escena en Valencia; Salinas y Buitrago se recomiendan á Cazorla para que les instruya en el oficio de que son principiantes; Cazorla les da varios consejos so-

(52) Hállase en la coleccion de Moratin.

(53) En Sevilla el año de 1576 se imprimieron las cuatro comedias Eufenia, Armelina, de los Engaños y Medora, los dos coloquios de Camila y Timbria, y un *Diálogo sobre la invencion de las calzas*, que aunque sin accion, se compuso sin duda para ser representado; sin embargo, el autor de los Origenes no habla de él. En Logroño se imprimió por Matias Mares el *Delectoso* bajo este título: «Compendio llamado el Delectoso, en el cual se contienen muchos pasos graciosos del excelente poeta y gracioso representante Lope de Rueda, para poner en principios y entre medias de coloquios y comedias. Recopilados por Juan Timoneda.» Contiene los números 66, 68, 70, 71, 72, 73, 75 y 92 del presente catálogo.

(34) Está inclusa en la coleccion de Moratin.



bre lo que deberán practicar si llegan á caer en manos de la justicia para salir menos mal de los interrogatorios, de los careos y del potro; les refiere varios ardores de que ha usado durante su larga carrera, y les da alguna noticia de la nomenclatura germanesca usada entre los de su ejercicio; sale Joan de Buenalma con una cesta de huevos, traman conversacion con él Buitrago y Salinas; este le desafia á saltar á pié juntillas, y como Joan de Buenalma le desprecia, y dice que en conciencia no puede apostar con él por la conocida ventaja que le lleva; disponen que salte con los piés y los brazos atados; él se aviene á ello, y al ir á dar el salto, ve que Salinas se escapa llevándose el dinero apostado; Buitrago, á quien dió á guardar el capote, se va en seguimiento del otro; Cazorla con la cesta de los huevos echa á correr detrás de los dos, y Joan de Buenalma se queda atado de brazos y piés, sin dinero, sin capote y sin cesta. El juego de teatro suple en esta pieza la falta de accion.

1560.

99. «Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Gutierrez de Santibañez, lacayo mozo; Inesa Lopez, fregona; Rodrigo del Toro, simple; Salmeron, amo.» Está escrito en prosa. Gutierrez, á quien Rodrigo del Toro tiene encargado que le busque una novia, concierta con Inesa hacerle una burla, y viéndole venir con un plato de confitura que lleva á unas monjas, Gutierrez le dice (enseñándole á Inesa) que aquella es la novia que ha encontrado mas á propósito para él; Rodrigo conviene desde luego en casarse con ella, y á falta de colacion para celebrar el contrato, Gutierrez le propone que puede suplir el plato de confitura, dando después á su amo cualquiera disculpa de haberle perdido; y esto dicho, se lleva Gutierrez el plato, Inesa enamora á Rodrigo, y él lleno de empacho, solo acierta á decir simplezas; estando en esto, viene Gutierrez disfrazado de mujer, reconviene á Rodrigo de que la deja por otra olvidando las obligaciones que le debe; Rodrigo se embrolla con las voces y alteraciones de las dos; sale su amo, averigua el caso, y trata de oír á entrambas, para decidir cuál tiene razon; por último, determina que debe casarse con la disfrazada; Rodrigo fastidiado de una y otra no quiere ser marido de ninguna; toma el baston de su amo, embiste con ellas y desenlaza á palos la fábula.

Timoneda publicó los tres pasos precedentes en una coleccion que intituló *Registro de representantes*.

1560.

100. ALONSO DE LA VEGA. «Comedia llamada Tolomea. Argumento. En la ciudad de Alejandría, muy magníficos auditores, habia dos mercaderes, el uno llamado Cosme Alejandrino, y el otro Marco César: el Marco César tenia un hijo, y Cosme Alejandrino un hijo y una hija dicha Argentina; estos dos hijos fueron criados por una ama, la cual adrede los trastrocó, que dió á cada cual padre el que no era su hijo, y fueron llamados los dos por un nombre dichos Tolomeos; semejáronse tanto en estatura y gesto, que cualquiera que los veía tomaba el uno por el otro; allegándose á edad de casarse, el Marco César, pensando que era su hijo el que tenia, trató casamiento para que casase con Argentina, hija de Cosme Alejandrino, y por ser forzado de ir á Florencia diéronse los viejos tan solamente las manos; Tolomeo, hijo de Marco César, que estaba en casa de Cosme Alejandrino, habíase ya juntado con Argentina y la tenia preñada; ella de pensar que de su hermano (no lo siendo) se habia empuñado, y que de otra parte el casamiento estaba efectuado con Tolomeo de Marco César, no sabia qué medio se tomase. Al fin (si están vuestras mercedes atentos) verán cómo pare, y en cuántos infortunios se ve el pobreniño, y de qué arte y suerte se viene á descubrir cuyo hijo es

cada uno, con lo demás que la comedia pretende representar delante tan agradecidos señores. Y queden con Dios.» Esta comedia es por extremo desatinada: son interlocutores en ella un nigromante, un endriago, el dios Febo, el dios Cupido, Orfeo, Medea y un diablo; la escena es en Alejandría y en los montes de Armenia; el tiempo ilimitado, la accion inverosímil, indecente, confundida con episodios inconexos; el lenguaje y estilo nada tienen que disculpe sus faltas. Está escrita en prosa y distribuida en ocho escenas.

1561.

101. JUAN DE MALARA. «Comedia (se ignora el título) en elogio de la villa de Utrera.»

Juan de Malara, maestro de humanidades en Sevilla su patria, escribió entre varias obras que le dieron estimacion, la *Filosofía vulgar*, que contiene mil refranes glossados, un poema en octavas intitulado *Hércules*, otro en verso suelto dividido en doce libros que intituló *Psique*, y otro del martirio de santa Justa y Rufina en versos latinos y castellanos. El mismo da noticia en su obra de la *Filosofía vulgar* de haber compuesto una tragedia de *Abalon*, y una comedia intitulada *Locusta*, que se representó en las escuelas de Salamanca en el año de 1548, de las cuales se ha hecho ya mencion en este catálogo. En cuanto á la presente comedia, no hay otra indicacion de ella que la que dió Rodrigo Caro en las *Antigüedades* de la villa de Utrera, diciendo que en el año de 1561 se representó en Utrera una comedia en verso, del maestro Juan de Malara, que tal vez fué la primera que se escribió en verso en España (en lo cual se equivocó), y que principiaba así:

Villa de Utrera, noble y venturosa.

No se sabe si esta y las demás piezas dramáticas de Malara llegaron á imprimirse. Juan de la Cueva su compatriota le llama *Menandro bético*, y dice que compuso mil tragedias, y mereció mucha alabanza por haber alterado el uso antiguo conformándose con el nuevo; espresiones que reducidas á su justo valor quieren decir que Malara compuso muchas piezas dramáticas poco arregladas á los principios del buen gusto y muy aplaudidas en su tiempo. No hay otra noticia de este autor; la época en que dió sus obras al teatro debió ser desde el año de 1548 hasta el de 1570, con poca diferencia.

1561.

102. PEDRO SUAREZ DE ROBLES. «Danza del santísimo nacimiento de nuestro señor Jesucristo, al modo pastoril, compuesta por Pedro Suarez de Robles, clérigo de evangelio, natural de Ledesma. Son interlocutores un ángel y ocho pastores; el primero se llama Anton, el segundo Rebanado, el tercero Pascual, el cuarto Toral, el quinto Pellejon, el sexto Pelayo, el séptimo Rebollo, el octavo Tereso, san José y nuestra Señora, y el niño Jesus (este no habla) y otros cuatro ángeles que estarán con cuatro ciriales junto al nacimiento, y á su tiempo cantarán un villancico.» Impreso en Madrid año de 1561. Nada se sabe de este autor. La composicion citada es muy curiosa, por cuanto en ella se ve la disposicion de estos dramas sagrados, cuyo uso duró tantos años en las iglesias de España. Al empezar la obra se esplica la situacion y movimientos de los personajes en esta forma: «Ilan de salir los pastores» en dos hileras repartidos; delante de ellos el que tañe «el psalterio ó tamborino; al son irán danzando hasta en medio de la iglesia, y allí harán algunos lazos, y tras de los pastores irán los ángeles con los ciriales, y si hubiere aparejo ocho ángeles que llevan el palio del Santísimo Sacramento, y debajo irá nuestra Señora y san José, y llegarán hasta las gradas del altar mayor, y allí estará una euna á modo de peschre, y allí pondrán al



niño Jesús, y de rodillas nuestra Señora y san José puestas las manos como contemplando; los ángeles repartidos á un lado y á otro, y mirando acia el niño; y estando de esta manera acabarán los pastores de danzar; y luego saldrá un ángel al púlpito, y dirá lo siguiente.... y los pastores oyendo la voz mostrarán espantarse mirando para arriba á una y otra parte. » El orden con que está dispuesto el diálogo, la danza y música es este: anuncia el ángel el nacimiento de Jesucristo á los pastores, y desaparece; los ángeles del nacimiento cantan un villancico en alabanza del hijo de Dios; oyen los pastores aquella música, y determinan ir á adorar al recién nacido, y se van danzando adonde está el pesebre; sigue después un villancico entre los ángeles y los pastores; llegan estos, y san José les da la bienvenida; cada uno de ellos dice un par de coplas, ofrece su presente al niño, y danza; san José agradece sus dones; la Virgen ruega á su hijo que favorezca á aquellos pastores, y ella por su parte les promete ampararlos y ser abogada suya. Concluye la fiesta con otro villancico en que cantan y bailan los ángeles y los pastores, alternando las coplas con este estribillo:

Acá en Belén nace nuestro Dios;  
Nace de María para bien de nos.

## 1562.

105. ANÓNIMO. «Comedia llamada Feliciano.» Juan de Timoneda, en su coleccion de novelas intitulada *Patrañuelo*, impresa en Valencia año de 1566, al fin de la patraña xiii dice: «De este cuento pasado hay hecha comedia, que se llama *Feliciano*.» No se sabe otra cosa de esta pieza ni del autor que la compuso.

## 1562.

104. ALONSO DE LA VEGA. «Tragedia llamada *Serafina*.» Argumento. La pieza se divide en ocho escenas, y está escrita en prosa. Serafina, hija de un cardenal y de una matrona romana, vive en Nápoles en casa de Alberto, á quien su padre la envió siendo niña para que la educase; jóven ya, hermosa y rica, la solicitaron varios, y entre ellos dos principes de Italia, que se hacen por sus amores una guerra cruel; Marco Atanasio, hijo de Alberto, está igualmente enamorado de ella, pero solo recibe desprecios; sueña Serafina que había de ser casada con el hombre mas bello del mundo; consulta sobre esto á un nigromante, y le dice este que el mas bello hombre del mundo es el Amor; esto sabido no aspira á mas la doncella que á conocerle, verla y tratarle, y ofrecerse á su voluntad; solo ama al Amor, todos los hombres son para ella indiferentes; buscando al Amor se le aparece una ninfa, y en su compañía París y Narciso; la ninfa le dice que viene de parte del dios Cupido á presentarle aquellos dos jóvenes, los mas hermosos que ha visto el mundo, para que elija entre los dos el que mas le guste; Serafina insiste en que solo quiere al Amor, y las visiones desaparecen; entre tanto Alberto echa de su casa á su hijo Atanasio, porque se obstinaba en ser amante de su pupila; el hijo valiéndose de un criado roba á su padre el cofre del dinero para atender á sus urgencias; la justicia le coge con el hurto; el padre conviene desde luego en que será menester ahorcarle; pero á ruegos de Serafina todo se compone; esta, agitada siempre de la mania de buscar y conocer al Amor, ve aparecerse repentinamente dos salvajes que le enseñan en un escudo la pintura de Cupido; queda absorta á vista de tanta hermosura, y los salvajes le echan una cadena al cuello y se la llevan presa á la floresta solitaria por el atrevimiento de haberse querido igualar con un dios, de quien solo puede aspirar á ser esclava; Marco Atanasio se va por los montes quejándose de la ingratitud de su señora: él invoca á Cupido para que le favorezca; viene Cu-

pido inmediatamente, y le da su arco y una flecha para que en caso necesario se la dispare á Serafina; muda Atanasio su vestido en otro pastoril, sale al encuentro de su querida, le habla amorosamente, y ella sigue despreciándole; él entonces le dispara la saeta, y cae Serafina sin sentido; viendo Atanasio que no se mueve ni responde, la cree muerta, saca un puñal y se quita la vida; Serafina vuelve en sí, y enamorada ya de Atanasio le halla muerto, sácale el puñal que tiene clavado en el pecho, y con él se mata. Todo lo que sigue á esto en la escena octava es un conjunto de impertinencias añadidas á la monstruosa y estravagante fábula que el autor se atrevió á llamar tragedia.

## 1563.

105. «Comedia de la duquesa de la Rosa.» Preceden á esta comedia el *intróito* y el *argumento*. El *intróito*, escrito en prosa por el gusto de Lope de Rueda, es muy ingenioso, y el estilo florido y elegante. La comedia, igualmente en prosa, no tiene division alguna de actos ni de escenas. Una infanta de Dinamarca se aficionó en su juventud á un infante de España llamado Dulcelirio, que estuvo algun tiempo en la corte del rey su padre; al despedirse Dulcelirio le dió la infanta un anillo para memoria de su inclinacion; casó después la infanta en Francia con el duque de la Rosa; empezó á enfermar de grave dolencia, y le aconsejaron que fuese en peregrinacion á Santiago de Galicia para implorar del santo apóstol el restablecimiento de su salud; hizo en efecto su romería; sus achaques desaparecieron, y á la vuelta pasando por Burgos la hospedó en su palacio (sin darse á conocer) el infante Dulcelirio; pero al despedirse, dándole de beber, le echó en la copa el anillo que había recibido de ella en Dinamarca; la duquesa le reconoce, pero no dándose por entendida sigue su camino y llega felizmente á la presencia de su esposo; un mayordomo del duque enamorado de su ama se atreve á declararle su pasion; ella le reprende ásperamente diciéndole que si no desiste de aquella indecente solicitud dará cuenta de ello á su marido. El mayordomo engañando á un hermano suyo hace que vaya á esconderse detrás de las cortinas de la cama de la duquesa, y entre tanto avisa al duque de que la señora le es infiel, y le hace *maleficio*; van todos allá, sale de entre las cortinas el hermano del mayordomo, y este, antes que el otro pueda hablar palabra, le mata á puñaladas; queda presa la señora y condenada á muerte si en el término de tres meses no se presenta algun caballero que la defienda; ella escribe á Dulcelirio lo que le pasa; llega el mensajero á Burgos en cosa de un minuto; el infante le responde que no puede encargarse de su defensa; pero sin embargo se viste de fraile, va á Francia en otro minuto, halla modo de introducirse con la duquesa, y esta sin reconocerle se confiesa con él; satisfecho por lo que resulta de la confesion de la inocencia de su penitente, se presenta armado en el campo al tiempo que la sentencia va á ejecutarse; pelea con el mayordomo, y le mata; el duque da gracias al cielo por tan señalado favor, pero de allí á pocos instantes le da calentura y se muere y le entierran; Dulcelirio declara á la duquesa que él ha sido el fraile que la ha confesado y el caballero que la ha defendido, y esto dicho se casan los dos. Los que no gustan de fábulas sencillas y prefieren el género romanesco (lleno de situaciones tan inesperadas como imposibles) hallarán en esta comedia lo que apetecen: la Verdad, el Consuelo y el Remedio cantan á coros y dan conversacion á la duquesa cuando está encerrada en la torre esperando la muerte; un portugués muy enamorado, un Tomé Santos, bobo, y un bachiller Valentin (personajes inútiles y pegadizos) son insoportables cada cual en su género.

Alonso de la Vega murió en Valencia antes del año de 1566. Timoneda imprimió las tres piezas de que se ha he-



cho mencion, y dice, hablando con el lector en un soneto que las precede:

Trés farsas ó comedias nos compuso  
En prosa castellana, tan sentidas  
Con que tu pensamiento recrease.  
Y aquí en nuestra Valencia Dios propuso  
Sus dias para él fuesen cumplidos,  
Y para el cielo fué do descansase.

1565.

106. JUAN DE TINONEDA. «Entremés de un ciego, un mozo y un pobre.» Está escrito en coplas de pié quebrado. Un ciego acompañado de su lazarillo va pregando coplas y oraciones; quájase de que nadie le da limosna, ensaya la voz para las coplas que se propone cantar, y sobreviene un pobre, cuyas plegarias le incomodan mucho, conociendo que con ellas atraerá la gente y él se quedará sin que nadie le dé limosna; repúntanse de palabras el ciego y el pobre, se insultan á cuál mas puede, y el diálogo se concluye á palos. Es la pieza mas antigua de teatro que se llama entremés.

1565.

107. «Paso de dos clérigos, cura y beneficiado, y dos mozos suyos simples.» En coplas de pié quebrado. Se reduce á una altercacion muy reñida entre el beneficiado y el cura sobre que cada uno de ellos quiere para sí el pié de altar, las ofrendas y los responsos; se tratan de majaderos, de ignorantes en el latín, y llegan á punto de darse de palos, contando el uno y el otro con que sus mozos les darán auxilio; pero el beneficiado, no fiándose demasiado en el valor del suyo, se acobarda, evita la paliza buyendo, y el cura se queda por dueño del campo.

1565.

108. «Paso de dos ciegos y un mozo muy gracioso para la noche de Navidad.» Escrito en coplas de pié quebrado. Palillos, mozo travieso y apicarado, desearia aplicarse á á algun oficio, para lo cual refiere al auditorio sus buenas cualidades, y entre ellas cuenta haber robado ciertos dineros á un ciego, de quien habia sido lazarillo: Martin Alvarez, ciego, sale por un lado pregando sus oraciones, y por otro Pedro Gomez, ciego tambien, sale anunciando las suyas; saludanse entrambos, y creyendo que están solos hablan con entera confianza; Alvarez cuenta al otro que su lazarillo le robó seis ducados que tenia escondidos, y escapó con ellos; Gomez le aconseja que en adelante lleve el dinero encima de sí, como él lo hace, y en prueba de ello le dice que lleva cosidos alrededor del bonete los ducados que va recogiendo, y así está seguro de que nadie se los quite; esto dicho, Palillos, que todo lo ha estado oyendo, le arrebató el bonete de la cabeza, y echa á correr; Gomez cree que es Martin Alvarez el que le ha hecho aquella burla, y le pide el bonete; el otro, que ignora lo que ha sucedido, no sabe qué decirle, ni halla manera de justificarse; enfadanse los dos, y se sacuden una gran paliza (55).

1565.

109. «Paso de un soldado, y un moro, y un ermitaño.» El soldado engaña al moro diciéndole que es despensero de unos frailes, y con este pretexto le toma dos gallinas que llevaba el moro para vender; llama al ermitaño, le dice en secreto que aquel hombre se quiere confesar, y el ermitaño dice al moro que se aguarde mientras vuelve, ofreciendo despacharle muy pronto; persuadido el moro con esto de que se trata de pagarle de allí á un rato, deja ir al soldado con las gallinas, y se espera á que salga el ermitaño; vuelve este en efecto, y resulta entre los dos

una altercacion muy acalorada. Por último, ni el moro se confiesa, ni el ermitaño le paga, y todo finaliza con una solemne tunda de garrotazos y mojicones. Está escrito en coplas de pié quebrado.

1565.

110. «Paso de la Razon, la Fama y el Tiempo.» No hay nada de accion, todo es mero diálogo alusivo al nacimiento de nuestro señor Jesucristo; está escrito en quintillas; el estilo y la versificacion no carecen de mérito

1564.

111. «Tragicomedia llamada Filomena.» Preceden á la obra un *intróito* y un *argumento*, en que se refiere la fábula de Progne y Filomena, y se pide atencion al auditorio. La tragicomedia está dividida en siete escenas, y escrita en quintillas, con algunos trozos de muy buen estilo y fáciles versos; se muda frecuentemente el lugar, segun la accion lo pide, que unas veces se supone en Atenas y otras en Tracia; se habla en este drama del puerto de Denia y del castillo de Alarcon; hay títulos de alteza y empleo de mayordomo; se elogia el vino de Roda y de San Clemente, y Filomena dice; *Jesús!* Un bobo criado de Tereo, que se mete en todo y todo se lo habla, es tan escesivamente necio y pesado que no se le puede sufrir.

1564.

112. «Farsa llamada Paliano.» Precede á la farsa un *intróito*. Está escrita en coplas de pié quebrado; no tiene division ninguna de actos ni de escenas: Filomena, mujer de Paliano, refiere haber soñado que salia fuego de sus entrañas, y que después venian dos salvajes y le apagaban; este sueño, por la circunstancia de hallarse Filomena en cinta, atemoriza á Paliano, que envía un criado á la Seo para que busque á un nigromante y se le traiga, á fin de preguntarle lo que puede significar el sueño de su esposa; venido el nigromante se informa de todo, y le dice á Paliano que le nacerá un hijo que abrasará como el fuego, y que hasta que se cacen dos salvajes en el monte, aquel fuego no tendrá fin; le aconseja que se vaya de la ciudad, y lleve á su mujer á la majada, y cuando haya parido haga conducir el niño al monte, y dejarle allí, atándole primero un cordon para que sirva de señal. Todo se hace segun el nigromante lo dispuso; hallan dos salvajes al niño en lo mas áspero de la montaña, se proponen darle á criar, y á pocos versos después sale tan destetado, tan crecido y robusto, que ya está enamorado de su madre, á quien ha visto casualmente por aquellos cerros; los salvajes, que desean complacerle en todo, van con él á la casa de campo de Paliano; roban á Filomena y se la llevan á la montaña. Llega Paliano á su casa, y sabido el suceso, va á ver si puede hallar á su esposa ó á los salvajes, ó á Infanticio (que así se llamaba el jóven), y los encuentra á todos juntos; quiere matarlos, ellos se defienden; y la mujer (para desvanecer los justos celos de su marido) le dice con el mayor candor que no hace mas que ocho dias que la robaron. Paliano, en medio de sus furores, se acuerda repentinamente de lo que el nigromante le pronosticó, y halla que aquel manco debe de ser su hijo y aquellos salvajes los que vió en sueños su mujer: así se confirma todo en muy breves palabras; se abrazan, y se concluye la fábula. Ya se ve por este extracto lo que ella será: basta añadir que en cuanto á los caracteres, afectos, situaciones, estilo y versos, nada hay tampoco que merezca alabanza.

1564.

113. «Comedia llamada Aurelia.» En el *intróito* de esta comedia se dice:

Y sabrán, cierto, que fué  
La intencion  
Del autor y su opinion,

En su comedia, señores,  
Esquivar pasos de amores,  
Y tomar nueva invencion.

La invencion que tomó no fué ciertamente de las mas felices. Salucio y Aurelia, hermanos, cuentan como su padre habia sido muy rico, y hallándose sin hijos, trató de guardar su dinero de modo que nadie pudiese hallarle: valiéndose para esto de un nigromante, y por su consejo hizo una torre, metió en ella sus riquezas, cerróla muy bien, y colocada la fuerza del encanto en un anillo (dáviva del mágico) le partió por en medio; quedóse con la mitad de él, y la otra la tiró al mar; hecho esto, la torre quedó invisible; tuvo después los dos hijos mencionados, á los cuales solo pudo dejar en herencia la mitad de aquel fatal anillo, y murió bien arrepentido de su disparate. Salucio se va á correr mundo, dejando el medio anillo á su hermana Aurelia, que le hace colgar sobre la puerta, por si acaso llegase alguno que tenga la otra mitad, puesto que apenas los dos pedazos se juntan el encanto quedará deshecho. No hay para qué seguir la trama irregular y absurda de esta pieza; baste decir que después de muchas situaciones impertinentes, Salucio halla en su viaje á dos peregrinos, de los cuales el uno, entre varias reliquias y dijes curiosos que le enseña, le hace ver un medio anillo, que luego reconoce ser el mismo que le ha de restituir las perdidas riquezas; cuenta al peregrino el extraño caso de la torre encantada; vanse juntos a casa de Salucio, hacen la prueba de unir los dos pedazos del anillo, y soñando un espantoso estrépito se deshace la torre, quedan manifiestos los tesoros de su padre, y Aurelia se casa con el peregrino. Esta comedia se divide en cinco jornadas, y está escrita en coplas de pié quebrado.

1565.

114. «Farsa llamada Trapacera.» Intróito, en el cual se dice hablando del drama que sigue después:

El nombre de ella será  
Trapacera;  
Por ser en l'arte y manera  
Hecha á modo de farsalia,  
Como se usa en Italia  
Y portoda su ribera.

Flavio, mancebo, acompañado de su lacayo Corbalo, va á casa de Rufina, mujer de Rodrigo, carretero; la cual le ha prometido que le tendrá en su casa una linda doncella llamada Licea, hija de Facio, rico labrador, que se la envia diariamente para que la enseñe algunas labores. Racibelos Rufina asomada á la ventana; pregunta á Flavio si trae los dineros en que se habian concertado, y él dice que no; Rufina le despidiéndole que no entrará ni verá á la doncella basta que los traiga; Flavio se desnuda las ropas de gala que lleva puestas, se las da á Corbalo para que las empeñe y le traiga dinero, con lo cual Rufina se ablanda y le deja entrar; esta se va después á casa de Facio, á quien echa en cara su mala correspondencia, pues habiendo enseñado á hacer mil delicadas labores á su hija Licea, piensa pagarla con una estrecha habitacion que le da, y un ducado al mes en dinero por única gratificacion; se apartan muy mal contentos el uno del otro, y el viejo, para dar pesadumbre á Rufina, trata de fingir que vende la casa en que ella vive; insta Rufina á Corbalo pidiéndole el dinero que se le ha prometido, y él se excusa diciendo que aun no le ha podido adquirir. De órden de Facio van á medir y tasar la casa de Rufina; ella y los que están dentro se llenan de consternacion, porque hallándose allí oculto y despojado de sus vestidos el joven Flavio en compañía de Licea, va á suceder un escándalo si dan con ellos; para evitar este peligro meten á Flavio dentro de una cuba; pero hecho esto sobreviene Antolin, dueño de la cuba, acompañado de un alguacil, y resuelto á llevársela, porque habiéndola vendido á Ro-

drigo, marido de Rufina, no se la paga, habiéndose pasado el término que le dió. Rodrigo no quiere entregar la cuba; Antolin se empeña en llevársela, Rufina la reclama, diciendo que todo cuanto hay en la casa es dote suya, y la cuba tambien. Facio para ponerlos en paz dispone que selleve la cuba á su casa, y allí esté depositada hasta que se averigüe á quién pertenece; llévanse en efecto, y á Flavio dentro de ella; Corbalo, valiéndose de Rodrigo y de otros dos camaradas suyos, urde un enredo al viejo Hilario, padre de Flavio, á fin de disculpar la ausencia del hijo, y sacarle algun dinero para contentar á la codiciosa Rufina. El pasaje siguiente dará una idea de las astucias que Corbalo usa con Hilario, como tambien del estilo y diálogo de esta pieza.

HILARIO.

Corbalo, ¿Flavio, dó está  
Di, traidor,  
Mentiroso, trampeador,  
Por qué me traes engañado?  
Dime: ¿dónde está encerrado,  
Falso damnificador?

CORBALO.

Señor, ruegos por mi amor,  
Si mandais  
Que el enojo despidais,  
Que si os mentí no era engaño,  
Sino deshacer el daño  
Y el gran peligro en que estais.

HILARIO.

¿Cómo? di.

CORBALO.

Si me escuchais  
Lo diré.  
Sepa pues vuesa mercé...

RODRIGO.

Salí acá, Flavio, ¿dó estais?  
Si el dinero no me dais  
Aquí la muerte os daré.

HILARIO.

¿Y qué es aquello?

CORBALO.

Oigame.

Que ha tomado  
Con su mujer acostado  
Rodrigo á Flavio, y de vero,  
A promesa de dinero  
Le ha la vida otorgado.

HILARIO.

¿Y Rodrigo?

CORBALO.

Veislo armado  
De un lanzon.

HILARIO.

Y los otros dos ¿quién son?

CORBALO.

Dos primos de su mujer,  
Que le han venido á valer  
Como vieron la cuestion.

HILARIO.

¿Y Flavio?

CORBALO.

De un paredon  
Que saltó,  
Muy lijeramente entró....

HILARIO.

¿Dónde? dilo.

CORBALO.

En el palacio  
De casa del señor Facio.



HILARIO.

En fin, qué, ¿ya se salvó?

CORBALO.

A Rodrigo querria yo  
Que le demos  
Los dineros.

HILARIO.

¿Cómo haremos?

CORBALO.

¿Cómo qué? traer contados  
Los veinticinco ducados,  
Y por ahí concluiremos.

HILARIO.

Muy mejor es que busquemos  
Donde está  
Facio, que él la librará,  
Que es amo de ese bestiasio.

CORBALO.

Qué, no, señor, que es mal caso  
Que tambien se agraviará.

HILARIO.

Pues di tú cómo será,  
Que no sé.

CORBALO.

Yo, señor, se lo diré,  
Que por popar el dinero  
La vida puesta al tablero  
No es justo, señor, que esté

HILARIO.

Muy bien dices; pero ve,  
Y el lanzon  
Quitarás á ese cabron,  
Y prométele de dallos.

CORBALO.

¿Cuándo?

HILARIO.

Luego, que á sacallos  
Voy á casa, de un cajón.

Dicho esto, Corbalo despide á Rodrigo y á sus camaradas. Facio, al registrar la cuba que tiene en depósito, halla dentro al joven Flavio, y á las sospechas que concibe se añade el aviso que le da Dominica, criada de Rufina, refiriéndole que ha visto en casa de su ama á Flavio y Licea, que se estaban abrazando; desesperado Facio con esta noticia, se queja muy sentidamente; Hilario procura mitigar su cólera, pero el ofendido padre no halla consuelo...

Hasta aquí llega el ejemplar incompleto que poseía el erudito don Pedro Caro, marqués de la Romana. Si se atiende al estado de la fábula, poco puede ser lo que falte. Parece verosímil que el desenlace consista en que Licea se case con Flavio, los viejos queden amigos y perdonen las picardías de Corbalo y de Rufina, causa principal de tanto disgusto. Hay en esta pieza una accion cómica bien conducida, sin episodios inútiles que la dilaten ó la compliquen, caracteres bien desempeñados, enredo verosímil, progresivo interés, diálogo animado y gracioso. Puede contrastarse entre las mejores fábulas dramáticas que se compusieron en aquel tiempo. Está escrita en coplas de pie quebrado, sin division de actos ni de escenas.

1365.

115. «Farsa llamada Rosalina, muy apacible y graciosa, con intróito.» Está escrita en coplas de pie quebrado, sin division ninguna de actos ni de escenas. Antonio Pomar y Leandro Pisano, mercaderes, reflexionando sobre la vanidad de las cosas humanas, y desengañados del mundo, determinan retirarse á un convento: Leandro tiene una hija llamada Rosalina, y el considerar que ha de abandonarla si se mete fraile le hace vacilar en su propósito, bien que

después advierte que mientras viva Lucano su suegro, nada puede faltar á su hija; resuelven pues los dos amigos poner en ejecucion su designio sin dar cuenta á nadie, y este diálogo se interrumpe mas de una vez con las simplezas de Joan, criado de Leandro, que entra y sale muy fuera de propósito, y entre él y Lorenzo, otro criado tanto, dicen después mil bobertías que ocupan una larga escena; el viejo Lucano da cuenta á su nieta Rosalina de que Leandro falta de casa, y no se sabe adónde ha ido ni cuándo volverá; los criados salen á cada instante con varios pretextos á interrumpir la conversacion y decir frialdades. No es menos inútil el diálogo de Rosalina con su criada Marisanchez, y el que se sigue de un portugués muy enamorado y muy hidalgo que requiebra á Rosalina; Marisanchez le despide, él no hace caso, y sigue ponderando su pasion amorosa y el fuego que le consume las entrañas, lo cual oido por Marisanchez, coge un barreño lleno de agua y se le echa encima; Antonio y Leandro buscan en un desierto á un ermitaño venerable, á quien piden les dé el hábito de penitencia y les permita vivir en su compañía; el ermitaño aplaude su resolucion, y les dice que cuando oigan sonar la campanilla de la ermita, vayan allá y les tendrá prevenida la cena y los hábitos que piden; apenas quedan solos, cuando se les aparecen el Demonio, el Mundo y la Carne, procurando todos tres disuadirlos de abrazar aquel estado tan lleno de aspereza y afliccion, pero ellos se mantienen firmes, se encomiendan á Dios, hacen la señal de la cruz, desaparecen aquellas visiones, suena la campanilla, y se van en busca de los hábitos y la cena. Lucano refiere á su nieta que ha recibido una carta de Leandro en que le dice que ha ido á servir á Dios; Rosalina oye esta noticia con mucha resignacion, y exhorta á su abuelo á que se consuele; vuelven los criados con sus acostumbradas tontearias, y luego que han dicho bastantes, le ocurre á Lucano la idea de hacerse fraile tambien y meter monja á Rosalina; ella recibe la proposicion de muy buena voluntad, y ambos se van á poner en ejecucion sus santos deseos; quedan solos los criados, y despiden al auditorio.

1365.

116. «Farsa llamada Floriania. Intróito.» Eserita en coplas de pie quebrado. No he podido formar juicio de esta pieza; porque solo se conservaba una hoja de ella en el ejemplar que tuve presente.

1366.

117. «Auto de la Oveja perdida.» Esta pieza de Juan de Timoneda se imprimió en Valencia en el año de 1597 en un libro intitulado *Cuaderno espiritual al Santísimo Sacramento y á la Asuncion. Auto de la Oveja perdida y otras cosas*. Lo considero como reimpression.

1367.

118. «Coloquio pastoril.» No le he visto. Le imprimió en Valencia Pedro Mey, año de 1567.

Juan de Timoneda, natural de Valencia, adquirió mucha celebridad no solo por las obras de honesto entretenimiento que publicó á su costa, sino por las que él mismo compuso, y le acreditaron de hombre de buen ingenio y de no vulgar erudicion: vivió en Valencia junto á la Merced, y allí tenia su tienda de libros. Se ignoran las circunstancias de su vida, como tambien el año de su nacimiento y el de su muerte; la primera obra que publicó, intitulada *Silva de varias canciones* se imprimió en Sevilla en el año de 1511; llegó á edad muy avanzada, como lo comprueba un retrato suyo que conservo, y aun mucho mas otro que ví en la biblioteca real de París, que sirve de adorno á la primera llana de su obra intitulada *Memoria hispánica*. Allí le representó el artifice con barba larga y erecida, y coronada la frente con una guirnalda de hiedra. Cervantes aludió á la vejez de este benemérito



literato, diciendo en la comedia de *Los Baños de Arjel* :

Antes que mas gente acuda  
El coloquio se comienza,  
Que es del gran Lope de Rueda,  
Impreso por Timoneda  
Que en vejez al tiempo vence.

La mayor parte de sus obras dramáticas (de las cuales, á escepcion de dos, no tuvo noticia Jimeno) la publicó el autor en Valencia, impresa por Joan Mey con este título : «*Turiana*, en la cual se contienen diversas comedias y farsas muy elegantes y graciosas, con muchos entremeses y pasos apacibles, agora nuevamente sacados á luz por Joan Diamante (anagrama de Joan Timoneda), dirigida al muy ilustre señor don Joan de Villarrasa, gobernador y teniente de visorey y capitán general del reino de Valencia, mi señor. — Impresa en Valencia en casa de Joan Mey, con licencia del santo Oficio. Con privilegio real por cuatro años.» Debe advertirse que aunque las piezas de que se compone la *Turiana* tienen las diferentes fechas de 1563, 1564 y 1565, todas juntas forman una sola coleccion, como lo indica el título.

1570.

19. GASPAS VÁZQUEZ. «Comedia de la Constanza. Alcalá de Henares, año de 1570.»

El autor de esta pieza fué comediante. Don Tomás Tamayo de Vargas hace mencion de él en su *Biblioteca* manuscrita.

1570.

20. PEDRO SIMON DE ABRIL. «El Pluto de Aristófanes.»

21. «Medea, de Eurípides.»

Hace mencion de estas dos traducciones don Nicolas Antonio en su *Biblioteca*.

1575.

22. ALONSO CISNEROS. «Comedia intitulada : *Callar hasta la ocasion*.»

Alonso Cisneros, autor de esta comedia (que no he tenido presente), fué natural de Toledo, comediante y autor de compañía, después de haber representado cuando jóven en la de Lope de Rueda. En los libros de la contaduría del hospital general de Madrid, hablando de las limosnas que se dieron para edificar el corral de la Cruz en el año de 1579, se halla esta partida : «Miércoles 19 de octubre» «dio Cisneros una comedia de limosna para ayuda á la obra del teatro que las obras pías Pasion y Soledad labran en la calle de la Cruz; é valió el aprovechamiento de la entrada de la puerta, que pertenecia al dicho Cisneros, doscientos treinta y tres reales, y para las cofradías hubo aquel dia de entrambos tablados, corredor y ventanas ciento setenta y cuatro reales.» Luis de Cabrera, en su *Historia de Felipe II, libro VII*, tratando del carácter violento é iracundo del principe don Carlos, dice: «Había mandado que le representase una comedia Cisneros, excelente representante; y por orden del cardenal Espinosa, impedido y desterrado, no osó venir á palacio. Indignóse contra el cardenal (á quien sumamente aborrecia por su imperioso gobierno y gracia que tenia con el rey); y viniendo á palacio le asió del roquete, poniendo mano á un puñal, y le dijo : curulla, ¿vos os atreveis á mí, no dejando venir á servirme Cisneros? Por vida de mi padre, que os tengo de matar. Del cardenal, arrodillado y humilde, fué detenido y satisfecho.»

1577.

23. PEDRO SIMON DE ABRIL. «Comedias de Terencio. *Andria*.»

24. «El Eunuco.»

25. «El Heautontimorúmenos.»

26. «Los Adelfos.»

27. «La Hecira.»

128. «El Formion.»

Pedro Simon de Abril, natural de Alcaraz, fué uno de los literatos mas sobresalientes de su siglo; enseñó lengua griega en la universidad de Zaragoza, y letras humanas en otras escuelas de Aragon; se ignora el año de su muerte, que debió ser después del de 1589. Puede verse el crecido número de sus obras en la *Biblioteca* de don Nicolás Antonio, de las cuales algunas se han perdido manuscritas, y entre ellas la traduccion del *Pluto*, puesto que la de *Medea* asegura Velazquez haberse publicado en Barcelona en el año de 1599. Merece mucho aprecio su traduccion completa de Terencio, que después de impresa en Zaragoza en el año que indica este catálogo, se reimprimió por el autor en Alcalá de Henares en el año de 1583 mas corregida que la primera, y arregtado el testo latino por el que Gabriel Faerno publicó en Florencia, valiéndose tambien de las observaciones que le comunicó su amigo Francisco Sanchez de las Brozas, catedrático de retórica en la universidad de Alcalá. Esta version de Terencio se reimprimió en Barcelona en 1599 y en Valencia en 1762, recomendada como lo merece por el erudito Mayans, circunstancia que fué bastante para inspirar á don Juan de Iriarte un epigrama insípido, en que quiso desacreditar el mérito de la traduccion y desairar de camino al editor, con quien tenia resentimientos particulares. Obras de tal naturaleza no se deslucen con un equívoco chabacano, disuelto en cuatro versos frios, y siempre se estimará la traduccion de Abril como una de las mejores entre las pocas que se han hecho en España de los clásicos latinos. Pondré una muestra (sin particular eleccion) sacada de la *Hecira*, para que por ella se vea la fidelidad del traductor, su lenguaje y su estilo. Es la escena segunda del acto cuarto.

SOSTRATA, PANFILO.

SOSTRATA.

Bien sé yo, hijo mio, que tú tienes de mí sospecha que tu mujer se ha ido de casa por mi terrible y malas costumbres, aunque lo disimulas cuerdate. Pero así los dioses me amen, y así vea de ti aquel gozo que deseo, como nunca (que yo sepa) he merecido que ella me aborreciese con razon. Y aquel grande amor que yo hasta aquí creía que me tenias, agora por la esperiencia lo has mostrado, porque tu padre me ha contado allá dentro cómo me has preferido á tu amor. Y yo agora estoy determinada de darte por ello el galardón para que sepas, Panfilo, que tengo con qué premiarte ese maternal amor. Hijo mio, yo entiendo que esto es lo que á vosotros cumple y á mi honra; yo estoy determinada de irme de aquí con tu padre al alqueria, porque mi presencia no os haga estorbo, ni quede escusa ninguna para que no vuelva á casa tu Filomena.

PANFILO.

¿Qué determinacion es esta, madre mia? ¿Por su necesidad de ella te has de ir á morar de la ciudad al alqueria? No harás tal, ni yo daré lugar que los que mal nos quieren digan que eso lo ha causado mi porfia y no tu comedimiento; demás de esto yo no quiero que tú por mi respeto dejes tus amigos y tus parientas y tus dias de regocijo.

SOSTRATA.

Ninguna cosa de esas me da ya contento ninguno; mientras mis años lo sufrieron, ya yo me he gozado harto de eso; ya agora todos estos ejercicios me cansan; lo que yo agora mas procuro es que mis muchos años no den pena á nadie, ni que nadie desee ver el fin de mis dias. Yo veo que aquí sin razon soy aborrecida; tiempo es ya de dar lugar. De esta manera entiendo que quitaré á todos las ocasiones, y yo me libraré de esta sospecha, y á ellos les daré contento. Dame por tu vida lugar de librarme de esta mala fama que comunmente tienen las mujeres.

PANFILO.

Cuán dichoso soy con todo lo demás, si no fuera por esto, en tener tal madre como esta y tal mujer como aquella.

SOSTRATA.

Hijo mio, -yo te ruego que no se te haga de mal sufrir



este inconveniente, como quiera que él sea. Si en todo lo demás ella es á tu gusto, y como yo creo que lo es, hijo mio, hazme este placer, y hazla volver á casa.

PANFILO.

¡Ay desdichado de mí!

SOSTRATA.

Y tambien de mí. Porque eso no menor pena me da á mí que á tí, hijo mio.

1577.

129. JERÓNIMO BERMUDEZ. «Tragedia de Nise lastimosa.» Está escrita en varios metros, verso suelto de once y siete sílabas, sáficos y adónicos, líras, sestinas y sonetos. *Acto primero.* Después de un monólogo del infante don Pedro (que no tiene menos de ciento treinta y seis versos endecasílabos) sale el secretario, y quiere persuadirle á que se aparte de la linda Inés. El infante indignado de tal propuesta esclama con vehemente pasión:

Hombres de entrañas fieras y dañadas,  
¿Qué me queréis? ¿Qué sinrazon os hago  
En amar de esta suerte á quien me paga  
Con otro tal amor? A quien el mundo,  
A quien todo este reino, á quien vosotros  
Que así me perseguís, debéis servicio,  
Y gracias á los cielos, que quisieron  
De cosa tan divina enriqueceros.  
Hombres que procuráis mi mal y muerte,  
Poned los ojos donde yo los míos,  
Y el alma y corazón, y vereis luego  
La ceguera en que están. ¿Qué monarquía  
De aquel acatamiento glorioso  
Colgada no estará? Y aquella cara  
Que tanto aborreceis, ¿no es mas humana?  
En cuerpo tan hermoso, al alma hermosa,  
Discreta, noble, honesta, casta y pura,  
¿Qué tacha podeis dar?

Sigue el primer coro de coimbresas, y á este el segundo, en el cual se dice hablando del poder de amor:

Tambien el mar sagrado  
Se abrasa en este fuego;  
Tambien allá Neptuno  
Por Menalipe anduvo  
Y por Medusa ardiendo...  
Tambien las voladoras  
Y las músicas aves,  
Y aquella sobre todas  
De Júpiter amiga,  
No pueden con sus alas  
Huir de amor, que tiene  
Las suyas mas ligeras.  
¿Qué cosa hay en el mundo  
Que del amor se libre?  
Antes el mundo todo  
Visible y que no vemos,  
No es otra cosa en suma,  
Si bien se considera,  
Que un espíritu inmenso,  
Una dulce armonía,  
Un fuerte y ciego nudo  
De amor, con que las cosas  
Están trabadas todas...  
Amor puro las cria,  
Amor puro las guarda...  
Seríamos peores  
Los hombres que las fieras,  
Si amor no fuese cebo  
De nuestros corazones.

*Acto segundo.* Pacheco y Coello aconsejan al rey Alfonso que mate á Inés; queda solo el rey, se queja de los afanes del reinar, y pide favor á Dios en la tribulación que padece; el coro primero, habiendo observado las agitaciones del rey, dice:

Triste pobreza nadie la desee,  
Ciega riqueza nadie la procure,  
La bienaventuranza de esta vida  
Es medianía.

Príncipes, reyes y monarcas sumos  
Sobre nosotros vuestros piés teneis;  
Sobre vosotros la cruel Fortuna  
Tiene los suyos.

Sopla en los altos montes mas el viento;  
Los mas crecidos árboles derriba,  
Rompe tambien las mas hinchadas velas  
La tramontana.

Como sosiegan en el mar las ondas,  
Así sosiegan estos pechos llenos;  
Nunca quietos, nunca satisfechos,  
Nunca seguros.

*Acto tercero.* Inés con sus tres hijos (que no hablan) sale asombrada y refiere á su ama un sueño espantoso, en que vió que tres leones la despedazaban á vista de sus hijos; el ama procura consolarla y distraerla; pero el coro le anuncia que vienen á matarla; crecen la perturbacion y el terror, y acaba así este bellissimo acto:

CORO.

Cerca viene  
La muerte que te busca. Ponte en salvo.  
Huye, cuitada, huye, que ya suenan  
Las duras herraduras; gente armada  
Corriendo viene aqui; viene á buscarte  
El rey determinado; oh desdichada!  
A descargar su saña en tí. Tus hijos  
Esconde si hallas donde no les quepa  
De estos tus hados parte.

INÉS.

¿Oh sin ventura!  
¿Oh sola sin abrigo! Señor mio,  
¿Dónde estás, que no vienes? ¿Quién me busca?

CORO.

El rey.

INÉS.

Pues ¿qué me quiere?

CORO.

¿Rey tirano,  
Y tales los que tal le aconsejaron!  
Por tí pregunta, y á tus tiernos pechos  
Con duro hierro traspasar pretende.

AMA.

Cumplíronse tus sueños.

INÉS.

Ama, huye,  
Huye de esta ira grande que nos busca;  
Yo sola quedo, sola aunque inocente.  
No quiero mas socorro; venga luego  
Por mi la muerte, pues sin culpa muero.  
Vosotros, hijos míos, si ella fuese  
Tan cruda que de mi apartaros quiera,  
Por mi gozad acá de áqueste mundo;  
Socórrame hora Dios... y... socorredme,  
Mujeres de Coimbra... ¡oh caballeros,  
Ilustre sucesion del claro Luso,  
Pues veis á esta inocente en tal estrecho,  
Amigos, socorredla!...  
Mis hijos, no lloréis, que tiempo os queda;  
Gozaos de esta madre en cuanto os viva;  
Y vosotras, amigas, rodeadme,  
Cercadme en torno todas, y pudiendo  
Libradme ahora, porque Dios os libre.

*Acto cuarto.* Alvar Gonzalez y Pacheco instan al rey para que apresure la muerte de Inés; esta se le presenta acompañada de sus hijos y de las mujeres de Coimbra en la escena segunda, en la cual se admiran con razon los trozos siguientes:

Venid tambien vosotras, á tal punto  
No me dejeis. Pedid misericordia,  
Pedid misericordia para aquesta  
Tan inocente cuanto desdichada;  
Llorad el desamparo de estos niños  
Tan tiernos y sin madre. Mis amores,  
El padre veis aqui de vuestro padre,  
La mano le besad, á su clemencia  
Os entregad, pedidle que la emplee

En esta vuestra madre, cuya vida

Os vienen á robar....

¿No me oyes, señor mio? ¿Así te dejas

Llevar de la pasión y del engaño?

¿Oh! mis amigos, llámome á vosotros,

Hablad al rey por mí, favorecedme,

Pedidle piedad; si en algun tiempo

Entró en vuestras entrañas, ó si dulce

Amor de hijos pudo enternecerlos,

Que si no me valeis pudiendo ahora,

Vosotros me matais....

¿Pecados contra tí? ¿Tan gran pecado

Es bien querer á quien á mí me quiere?

Si amor con muerte pagas, ¿con qué piensas,

Señor, pagar el odio? Amé á tu hijo,

No le maté, que amor amor merece.

¿Y estos son mis pecados? ¿estos quieres

Con muerte castigar? ¡Crüel castigo!

El rey se enternece y quiere que viva, pero Coello, Gonzalez y Pacheco, quedando solos con él, le culpan de escusivamente débil.

REY.

No veo culpa que merezca pena.

GONZALEZ.

Aun hoy la viste, ¿y no la ves ahora?

REY.

Mas quiero perdonar que ser injusto.

GONZALEZ.

No se consiente al rey pecar en nada.

REY.

Soy hombre.

GONZALEZ.

Pero rey.

REY.

El rey perdona.

Insta de nuevo Alvar Gonzalez; el rey vacila, y diciendo que no quiere intervenir en aquella muerte, los deja en libertad para que si lo creen necesario y justo quiten la vida á Inés. Coro primero, coro segundo, que refiere haberse ejecutado aquella atrocidad lamentable.

Yace en su sangre envuelta la cuitada

A los piés tiernos de sus tristes hijos,

Que á ellos acudió la sin ventura;

Mas ellos no pudieron guarecella,

Porque los tiernecitos no tenían

Fuerzas para quitar los duros hierros

A manos tan crüeles, que á sus ojos

Tan delicadas carnes traspasaban.

¡Oh manos crudas!

*Acto quinto.* Después de un soliloquio del infante viene un mensajero que le refiere la muerte de Inés; el infante prorrumpe en un largo discurso, en que á pesar de algunos estravios hay afectos oportunos y bien espresados, y así concluye la tragedia.

Su defecto principal es la falta de accion y enredo dramático; el acto quinto es inútil; el personaje del infante es de absoluta nulidad; el del rey mal desempeñado, por indeciso y débil. Entrega á Inés en manos de sus asesinos al mismo tiempo que la reconoce inocente; el interés que hace cometer tanta crueldad á Coello, Pacheco y Gonzalez no se manifiesta; la ausencia del infante ni se motiva ni se disculpa; la escena es en Lisboa y en Coimbra; la versificación es floja y desaliñada no pocas veces. El estilo, prescindiendo de uno ú otro descuido, no carece de elevación y afectos trágicos. Los coros, en que hay muy buenos trezos de poesía, son tan inverosímiles como en las tragedias griegas y latinas, y en las que los italianos hacian entones.

1577.

130. «Tragedia de Nise laureada.» Está escrita en varie-

dad de metros como la antecedente. *Acto primero.* Diálogo pesadísimo entre el rey y el obispo; el rey se lamenta de la muerte de Inés, y el obispo en ciento noventa y cuatro versos endecasílabos hace lo que puede por consolarle, contándole la creacion del mundo y el pecado de Adán, y hablándole de Moisés y de Agamenon; el rey se lo agradece y le llama *padre en Cristo*, pero tan triste se queda como se estaba. Sale el alcaide y le entrega las llaves del castillo de Coimbra; preséntanse sus hijos; el rey se enternece al verlos, y dice:

REY.

Hijos de mis entrañas; ¿conocéisme?

Amores, ¿dónde es ida vuestra madre?

¿Por qué se fué? ¿por qué os dejó tan solos?

AMA.

Su madre desde el cielo los bendice.

Si toda la pieza se pareciese á esto, ¡cuánto habria que admirar en ella! Un camarero, que se presenta sin necesidad, empieza á dar consejos al rey, y á decirle sentencias para que se consuele de la pérdida de Inés; el rey con mucha razon esclama:

¡Pesado aviso de filosofia!

Sin la causa quitar de las tristezas

Querellas hacer dulces y süaves.

El coro primero canta un soneto, acabado el cual asegura el rey que castigará cruelmente á los tres matadores de Inés, trocándolos por otros tantos foragidos de Castilla que tiene en su poder. El coro segundo canta una cancion en que hay muy buenos versos. *Acto segundo.* El condestable dice á solas un par de octavas; después canta el coro:

¡Oh corazones

Mas que de tigres!

¡Oh manos crudas

Mas que de fieras!

¿Cómo pudistes

Tan inocente,

Tan apurada

Sangre verter?

¡Ay! que su grito,

¡Oh Lusitania!

Patria mía!

Trae los rayos

Del vivo fuego,

Que purifica

Toda la tierra

Contaminada

De la crüeza

Que cometiste.

Sigue á estos buenos versos una enfadosa escena entre el rey, el embajador de Castilla y el condestable, el cual no lleva á bien que se entreguen los tres fugitivos castellanos en cambio de los tres portugueses, sobre lo cual altercan él y el rey. Los siguientes versos darán alguna idea del pedantismo, la garbulidad y redundancia del condestable. Habla de cuán excelente virtud es la justicia, y dice:

Ella es la fuente mas que pegaseá

De todos los arreos y grandezas

Que en los humanos pechos se atesoran;

Ella es el cuento, el peso y la medida

En que consiste el ser de los vivientes;

Ella es la madre pia del sentido,

El nervio del sentido y del juicio,

De la tranquilidad y del descanso

De todos los ilustres pensamientos.

Ella es aquel ambrosia regalado

Y aquel suave néctar de los dioses,

Aquel sagrado cuerno de Amaltea,

Que está vertiendo siempre los tesoros,

Y enriqueciendo los dorados siglos

De gracias y virtudes inefables.



Así prosigue disparatando hasta que logra enfadar al rey como es natural; queda resuelto que se haga sin dilacion el cambio de los delinquentes; el condestable acompañado del coro dice un soneto; sigue el coro después cantando unas estrofas que no valen mucho. *Acto tercero.* El camarero á solas y después el coro anuncian en muy buenos versos la próxima coronacion de Inés; sigue un diálogo simétrico entre el camarero y el rey; cada uno de ellos dice una sentencia de dos en dos versos, de tres en tres y de cuatro en cuatro. La escena siguiente no es menos ridícula: hablando el rey, y respondiendo el eco las últimas sílabas *Ida..... Es..... Sombra..... Es.* El coro intenta consolar al rey, que prorrumpe en una larga lamentacion, y así que acaba, toma la palabra el obispo y le echa una plática de cosa de ochenta versos sobre las esclencias de la tierra. Viene el condestable, y entre él y el rey sigue otro diálogo simétrico é impertinente; descúbrese el trono, y en él adornado de vestiduras reales el cadáver de Inés; el rey la corona, y el condestable le da las gracias por haber concedido á Portugal tan excelente reina; el coro, primero canta una oda en sáficos y adónicos; sigue el coro segundo y canta otra en versos cortos menos buenos que la anterior. *Acto cuarto.* Aparecen presos en la cárcel Gonzalez, Pacheco y Coello; un guardia les escupe en la cara, el verdugo les da la enhorabuena de que hayan venido gordos y frescos; insultos de una y otra parte; viene el alcaide, alterca con ellos, y por último manda que les den tormentos crueles durante la noche, hasta que al día siguiente se les remate. El verdugo enterado de la orden dice:

Un rato al potro y otro rato al brete.

Los coros primero y segundo cantan dos composiciones de ningun mérito. *Acto quinto.* Monólogo inútil del alcaide; sale el rey acompañado de grandes y caballeros, guardias y pueblo; preséntanse los reos; el rey levanta un látigo que tiene en la mano, y cruza la cara á Coello; empieza la ejecucion; el coro alterna en el diálogo con los personajes del drama; saca el verdugo el corazon por las espaldas á Alvar Gonzalez, y le muestra al rey y á toda la corte, diciendo:

Si alguno está tocado de la rabia,  
Podrá quemalle y deshacelle en polvos,  
Que así bebidos son de grande efecto.

Después hace lo mismo con Pacheco y Coello sacándoselos por el pecho. Manda el alcaide que lleven á quemar los cuerpos, el rey lo aprueba, y concluida esta manzana atroz sigue un largo discurso del rey, tan lleno de amor de Dios, de arrepentimiento de sus culpas, de vehementes deseos de penitencia para merecer por ella el eterno descanso, que no hay mas que pedir; los coros primero y segundo reflexionan sobre la vanidad de las cosas humanas, y la necesidad de que el hombre se convierta á Dios y abomine los vicios.

No hay fábula en esta pieza, ni interés, ni enredo, ni desenlace, ni afectos, ni caracteres, ni situaciones; todo es languidez, desaliño, impertinencia, atrocidad feoza, olvido continuo de los preceptos que dicta el buen juicio en esta clase de composiciones. Si se exceptúan algunos pedazos dignos de estimacion, que ya se han citado en su lugar, todo lo restante es en extremo defectuoso.

Fray Jerónimo Bermudez, natural de Galicia, religioso dominicano, catedrático de teología en Salamanca, nació, segun la opinion del colector de *El Parnaso español*, pasado el año de 1530, y aun vivia en el de 1589. Fué muy erudito en las lenguas sabias y en el estudio de las buenas letras; compuso entre otras obras las dos tragedias mencionadas en este catálogo, y las dió á luz en Madrid, año de 1577, con el nombre supuesto de Antonio de Silva: la primera de ellas no es original, sino traduccion libre de

la que escribió antes del año de 1558 el portugués Antonio Ferreira, intitulada *Castro*. «La accion de la *Nise lastimosa* (dice Signorelli en la *Historia de los teatros*) se representa parte en Lisboa y parte en Coimbra, como la *Castro* del portugués, á la cual sigue servilmente de escena en escena la tragedia castellana. Empieza, prosigue y concluye de la misma manera, copiando las situaciones, los pensamientos y las palabras; en suma Bermudez siguió á Ferreira como la sombra al cuerpo, copiándolo y traduciendo todo, hasta los defectos, los adornos líricos, y los pensamientos demasiado sutiles en boca del príncipe.» Montiano y Lampillas hablaron de las dos tragedias de Bermudez con escésiva parcialidad (36).

1578.

151. ANÓNIMO. «Comedia intitulada *Metamorfosea*,» en tres jornadas, escrita en verso. Belisena, amante despreciada de Medoro, Eleno, amante despreciado de Belisena, Albina, amante despreciada de Eleno, Robina, amante despreciada de Alisio; unos suplican y otros despiden, hasta que llegándose á cansar los desdenados de su mala suerte, resuelven poner su aficion en los que antes los querian; pero como estos se habian cansado tambien de rogar, ya no los quieren, de modo que se renueva la misma dificultad que hubo al principio, aunque en sentido contrario, y la fábula se acaba sin desenlazarse. Todos los personajes hacen y dicen lo mismo; los seis interlocutores pudieran reducirse á dos, y las tres jornadas á tres escenas. El estilo es incorrecto y trivial. Se halla esta pieza en la biblioteca del convento de Santa Catalina de Barcelona (37).

1579.

152. JUAN DE LA CUEVA. «Comedia de la muerte del rey don Sancho y reto de Zamora por don Diego Ordoñez. Esta farsa fué representada la primera vez en Sevilla, año de 1579, siendo asistente de ella don Francisco Zapata de Cisneros. Representóla Alonso Rodriguez, autor de comedias, en la buerta de doña Elvira.» Esta y las demás piezas dramáticas de Juan de la Cueva están divididas en cuatro jornadas, y su diálogo es una mezcla continua de estrofas líricas, endecasílabos sueltos, redondillas, tercetos y octavas. La fábula carece de artificio dramático; los sucesos se representan en accion unos después de otros como la historia los refiere. No se comprende cómo pudo verificarse en ningun teatro la mudanza continua de lugar sin que el diálogo de los personajes se interrumpa. ¿Cómo se han de representar con verosimilitud los paseos del rey y Bellido Dolfos, la fuga precipitada de este, la muerte de su caballo, herido por el Cid, que le sigue corriendo, la batalla de don Diego Ordoñez y los tres hijos de Arias Gonzalo combatiendo todos á caballo, el ejército castellano rodeando la valla, Zamora á la vista, y sus muros coronados de pueblo, y hablando todos desde lugares tan distantes? El autor contó sin duda con que la imaginacion de los espectadores supliria todo lo que faltaba á la imitacion teatral. El estilo de Juan de la Cueva es fácil y abundoso, descuidado muchas veces, otras humilde en demasia, otras magnífico y muy próximo al tono de la epopeya, pero casi nunca afectuoso ni dramático. Cuando el rey admite en su favor á Bellido Dolfos y va con él reconociendo los muros de Zamora, uno de los que están de guardia grita desde las almenas, avisando al rey que no se fie de aquel malvado. El

(36) Las dos tragedias *Nise lastimosa* y *Nise laureada* se hallan en el apéndice que don Eugenio de Ochoa puso á la coleccion de Moratin en la edicion de Paris de 1843.

(37) Probablemente habrá perecido este ejemplar junto con otras muchas preciosidades en la quema de aquel edificio ejecutada en el alboroto de 1855. Inserta esta comedia en su apéndice el citado don Eugenio de Ochoa, atribuyéndola á Joaquin Romero de Cepeda. Está en verso, como otra titulada *Selva*, del mismo autor, y es la que en el número 456 de este catálogo se da como de autor desconocido.



poeta intercaló en este discurso algunos trozos de un antiguo romance, artificio ingenioso, que siempre produce muy buen efecto en la escena si se aplica con oportunidad como él lo hizo. Los versos tomados del romance son :

Rey don Sancho, rey don Sancho,  
No dirás que no te aviso  
Que del cerco de Zamora  
Un traidor había salido.  
Bellidos Dolfos se llama,  
Hijo de Dolfos Bellido,  
Cuatro traiciones ha hecho,  
Y con esta serán cinco.

1579.

133. «Comedia del saco de Roma y muerte de Borbon, y coronación de nuestro invicto emperador Carlos V. Fué representada esta farsa la primera vez en Sevilla por Alonso Rodríguez, famoso representante, en la huerta de doña Elvira, siendo asistente don Francisco Zapata de Cisneros, conde de Barajas.» Juan de la Cueva fué el primero entre nosotros que se atrevió á hacer una comedia del asalto y saqueo de una ciudad; la pintura que presenta en esta de la insaciable codicia, las violencias y el brutal desorden de un ejército vencedor, es muy conforme al original que imita. El lugar de la escena se supone en las cercanías de Roma, en sus muros, en sus plazas y calles, en las inmediaciones de Bolonia, dentro de ella, y en el presbiterio de la iglesia de San Petronio. La acción dura desde el mes de mayo del año de 1527 hasta el de febrero de 1530; las desigualdades de versificación y estilo corresponden á la desatinada estructura de la pieza.

1579.

134. «Tragedia de los Siete infantes de Lara. Esta tragedia representó la primera vez en Sevilla, en la huerta de doña Elvira, Alonso Rodríguez, siendo asistente don Francisco Zapata, etc.» Montiano tuvo razon en decir que esta pieza no debió intitularse *Los Siete infantes de Lara*; y en efecto, antes que empiece la acción ya están muertos los tales infantes. Con cualquiera título que se la ponga, la tragedia quedará siempre mala. La escena es en Córdoba, en Salas y en Barbadillo; dura la acción unos veinte años; toda se compone de situaciones sueltas siguiendo el orden histórico. La infanta Zaida, aficionada á hechicerías, acompañada de su criada Hafa, diestra en estas artes, hace un conjuro para que Gonzalo Bustos no se vaya, invocando á los ministros de Averno á fin de que estorben su viaje; pero los ministros de Averno se están quietos; el conjuro no tiene efecto (cosa muy verosímil) y Bustos se va; queda Mudama en el vientre de su madre al fin de la segunda jornada; y al acabar la tragedia mata á Ruy Velazquez (después de haber recibido el santo bautismo), y hace quemar viva á doña Lambra dentro de su casa. En cuanto al estilo debe advertirse que entre la magnificencia y pompa de algunos diálogos, hay espresiones que distan demasiado de la gravedad del coturno. Por ejemplo, las siguientes cuando Gonzalo Bustos está comiendo con el rey Almanzor :

ALMANZOR.

¿Comeis así por allá?

BUSTOS.

Si, señor, del mismo modo  
Se sirve y se come todo,  
No en el suelo como acá.

ALMANZOR.

Bueno ha estado este guisado.  
¿Háte dado gusto, Bustos?

BUSTOS.

Estal, que á todos los gustos  
Será por fuerza estremado.

ALMANZOR.

¿Ha faltado alguna cosa?

BUSTOS.

Señor, á lo que imagino,  
Tener sabor de tocino.

ALMANZOR.

¿Oh qué comida enfadese!  
No sé por qué los cristianos  
Tan sucia comida usais,  
Sino es porque gustais  
De comer cieno y gusanos.  
No sin causa el dios Mahoma,  
So pena de grande afan,  
Nos veda por su Alcorán  
Que ningun moro lo coma.

1579.

135. «Comedia de la libertad de España por Bernardo del Carpio. Esta farsa fué representada la primera vez en Sevilla por Pedro de Saldaña, famoso autor y escelente representante. Representóse en las Atarazanas, etc.» Esta fábula empieza *ab interitu Meleagri*. En las primeras escenas se pintan los amores del conde de Saldaña y la infanta doña Jimena, y en las últimas la gran victoria de Roncesvalles debida al prodigioso valor de su hijo Bernardo del Carpio; así es que su duración viene á ser unos veinte años; la escena es en Leon, en Saldaña y en los Pirineos. A pesar de tanta materia como eligió el poeta para su obra, todavía hay en ella episodios y personajes inútiles; el número de estos llega á veinte y tres, sin contar los dos ejércitos combatientes. Alfonso el Casto es feroz, pusilánime, caviloso, inconsequente y nulo; Bernardo un baladron temerario que insulta al rey su tío y amenaza á todo el universo. Véanse algunos rasgos de su carácter, y de camino los descuidos de estilo y decoro en que incurrió el autor :

¿Esto me encubrias, cielo?  
¿Oh cielo! ¿tal me encubriste?  
¿Qué fué la causa? ¿Temiste  
Verme destruir el suelo?  
Si haré, y el mundo y mundos;  
Si hay mil mundos, mil espero  
Asolar con brazo fiero,  
Y mil horribles profundos.  
¿Oh rey fiero! ¿Oh rey tirano!  
Rey injusto, rey cruel,  
Rey soberbio, rey infiel,  
Rey sin ley, rey mal cristiano.  
¿En qué fundas tu locura?  
¿En las armas? Sus, al arma,  
Al arma; mas no te arma  
De armas el armadura....  
Id presto con diligencia,  
Y decid que esta es sazon  
De conseguir el blason  
De su ilustre descendencia.  
Que domen el arrogancia  
Del enemigo y su saña,  
Porque vean que es España  
España, y no España Francia.  
Si en el centro del mar por mas seguro,  
Carlos, á ti y tus doce lleva el miedo,  
O al reino horrible del Erebo oscuro,  
Temiendo lo que en todos hacer puedo;  
En su profundidad no os aseguro,  
Que allá os irá buscando mi denuedo;  
Y si al cielo os subís, allá la muerte  
Os irá á dar con este brazo fuerte.

La gran victoria que obtiene Bernardo, en que él solo combate y vence á los doce Pares, haciendo en el ejército una espantosa carnicería, no es menos admirable que las hazañas de Amadis, de Morgante ó de don Cirongilio, ni menos distante de la verosimilitud dramática. El dios de la guerra, maravillado de tanto valor, baja del Olimpo, corona á Bernardo, y le dice al acabar esta descabellada composición:

Yo só el dios Marte, que tan alto hecho  
Quiero remunerar, tu esfuerzo y maña;



Y esta corona de laurel te endono,  
Y por segundo Marte te coronó.

1579.

136. «Comedia del Degollado. Esta comedia representó la primera vez en Sevilla Pedro de Saldaña. Recitóse en la huerta de doña Elvira, etc.» La fábula de esta comedia está dispuesta con tan poca economía, que de cuatro jornadas que tiene pudiera reducirse fácilmente á dos. La escena se finge en las cercanías de Velez de la Gomera, y en una ciudad de Africa que no se nombra; los amores del príncipe moro con su esclava Celia están pintados sin la menor inteligencia del arte, y tanto, que para expresar el poeta cuán escensiva era su pasión, le convierte de repente en un personaje ridículo de entremés, y á la ilustre y castísima Celia á servir al mozo de la cocina, y á ser ayudante del barrendero; le hace bailar y dar saltos, y luego manda que se vaya á acostar. A vueltas de estos desatinos hay sin embargo algunas situaciones no mal desempeñadas, entre las cuales merece estimación la última escena de la jornada cuarta.

1579.

137. «Tragedia de la Muerte de Ajax Telamon sobre las armas de Aquiles. Representó esta tragedia Pedro de Saldaña, haciendo él mismo la figura de Ajax admirablemente. Recitóse la primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira, etc.» La escena es en Troya en el monte Ida, y en el acampamento de los griegos; la acción no empieza hasta lo último de la segunda jornada, resultando inútil todo cuanto precede, y por consiguiente inútiles también los personajes de Eneas, Anquises, Acates, Venus, Elena, Andrómaca y Canopo. Imitó Cueva en las primeras escenas á Virgilio, poniendo en acción mucha parte de lo que se refiere en el segundo libro de la Eneida. Imitó á Ovidio en los discursos de Ajax y Ulises, reduciéndolos mucho como convenia á la forma dramática, pero hubiera debido no apartarse del poeta latino en la conclusion del razonamiento de Ulises.

..... aut el mihi non datis arma,  
Hinc dale: et ostendit signum fatale Minervæ.

A esta situación verdaderamente teatral hace Ovidio seguir la adjudicación de las armas de Aquiles en favor del elocuente Ulises, y á esto la desesperada muerte de Ajax. Cueva, en vez de imitar aquella rapidez, gasta otra jornada en diálogos impertinentes de Agamenon y Menelao, que están discordes en su opinion. Ulises y Ajax vuelven á comparecer para ser juzgados, y se repite inútilmente una misma situación, se entorpece el progreso de la fábula y el interés se debilita; convienen todos los reyes y caudillos en que Nestor decida, y se publica esta ridícula sentencia:

Visto todo lo alegado  
De Telamon el valiente  
Y de Ulises elocuente  
Sobre lo que han demandado,  
Fallamos que á Ulises den  
Las armas porque es razon,  
Y esto firma Agamenon,  
Diomedes, Nestor también.

Ajax se mata al oír esto; se aparece la Fama, y dice que nadie toque el cuerpo de Ajax, porque Júpiter quiere que se convierta en una flor.

Y porque el auditorio circunstante,  
Que oído ha la tragedia dolorosa,  
Se vaya á reposar, pido en descuento  
Que muestre con aplauso el ir contento.

Montiano dijo hablando de esta pieza, que abunda de sentencias, y en toda la fábula es admirable la dición. No á todos parecerá admirable, pero puede decirse que aunque el estilo *serpit humi* en muchas ocasiones, en general es una de las piezas mejor escritas de Juan de la Cueva.

1579.

138. «Comedia del Tutor. Fué representada esta comedia por primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira por Pedro de Saldaña, etc.» La escena es en Sevilla y en Salamanca; los personajes van y vienen de una parte á otra á pesar de tan larga distancia con imposible facilidad; la acción dura unos siete ú ocho meses; Leotacio, que se enamora por un retrato, y solicita ser correspondido de Aurelia, es una figura inútil, que solo sirve de duplicar la acción y confundirla; el episodio de la tercera jornada en que Licio vestido de diablo espanta á Leotacio y Astropo, no solo es inoportuno, sino contrario á los fines que Licio se ha propuesto. Con mas estudio y meditacion hubiera podido el autor simplificar su fábula dándole mayor unidad, interés y verosimilitud, pero nada de esto hizo. Sin embargo, hay en ella un fin moral, algunas situaciones cómicas y facilidad en el diálogo.

1579.

139. «Comedia de la Constançia de Arcelina. Fué representada esta comedia con grandísimo estremo en la huerta de doña Elvira por Pedro de Saldaña, etc.» Nada omitió en esta comedia Juan de la Cueva para hacerla agradable á los ojos del vulgo: amores, celos, venganzas, disfraces, homicidios, reo, alguaciles, verdugo, horca, magia, conjuros, espíritus, pastores, magistrados, caballeros, montes, cabañas, buen lenguaje, sonoros versos. Si hoy se repitiese en el teatro, hoy la desaprobaban los doctos y la aplaudiría la multitud. La escena es en Colibre y en sus cercanías. Menalcio está enamorado á un tiempo de las dos hermanas Arcelina y Crisea; igualmente enamoradas de él, echan suertes para saber cuál de las dos ha de quererle exclusivamente; Arcelina mata á su hermana para quedar sola en el cariño de Menalcio; Fulcino, amante de Arcelina, trata de matar á Menalcio para que Arcelina le quiera, y si no lo consigue, matar á las dos hermanas. Suposiciones todas tan inverosímiles y violentas, que cuanto resulta de ellas es repugnante confusion, no enredo dramático. Son inútiles los personajes de Fulcino, Geleino, Orbante, Tesisfoné, Zoroastres, Aquiles, Egisto, Ifis, Dido, Pastulcio, Olimpo, don Porcelo y don Cristino: quitados todos estos, y cuanto hacen y dicen, todavía puede quedar la fábula en toda su integridad; la jornada segunda es ociosa y absurda á pesar de la excelente versificación en que está escrita. Véase una prueba de talento perdido en las siguientes octavas:

ORBANTE.

¿Del dulce fuego del amor que aspira  
Tu firme pecho eres conmovido,  
Fiel Fulcino, á despreciar la ira  
Del reino horrible del eterno olvido?  
¿Y quieres ser (que su crueldad no admira  
Tu escelso corazón de amor regido)  
Los que habitan el triste río Aqueronte  
Y los del encendido Flegeton?  
¿Y quieres por mi apremio poderoso  
Que parar haga de Ixion la rueda,  
Que tenga Ticio de su mal reposo,  
Que Sisifo en descanso verse pueda,  
Que deje el Can trifuace el espantoso  
Ladrido, y salir fuera les conceda  
A las terribles furias, y á mi mando  
Vengan, el reino de Pluton dejando?

FULCINO.

Quando por mi amistad, amigo Orbante,  
Hicieres que pervierta el movimiento  
El sol, que no se mueva el cielo errante,

Que del infierno pare el cruel tormento ;  
Entenderé de tu amistad constante  
Que es poco, y esto ha dado atrevimiento  
A mi necesidad pedir tu amparo,  
Por entender que no has de serme avaro.

ORBANTE.

Para que se confirme en esta parte  
Lo que entiendes de mí, Fulcino amigo,  
Y cuánto gusto mío es agradarte  
Y verte libre de cruel castigo,  
A aquella parte cumple desviarte,  
En tanto que con mago apremio ligo  
Al rey estigio del sulfúreo infierno,  
Y á los ministros del castigo eterno....

Ahora es tiempo, ¡ oh tú, Pluton potente !  
Que des lugar al fuerte encanto mío,  
Sin que impida ningún inconveniente  
Lo que demando y lo que ver confío :  
Y es que envíes con presa diligente,  
Un alma de tu estigio señorío  
A ver la luz del mundo que aborrece,  
Y á declarar un caso que se ofrece....  
Si así no lo hicieres, dura guerra  
A tu reino daré con nuevos males ;  
Con luz heriré el centro que te encierra  
Mostrando tus cavernas infernales ;  
Tus tres jueces, que á aquel que en vida yerra  
Condenan á las penas eternas,  
Quitaré de su asiento y duro mando,  
Si no me das, Pluton, lo que demando.

TESÍFONE.

Potente Orbante, cuyo fuerte encanto  
El reino de Pluton todo ha movido  
De tal suerte, que puesto en grave espanto,  
El uso del tormento ha suspendido :  
Mira qué pides, no te tardes tanto,  
Que solo á que tu mando sea cumplido  
Me envía el rey de la región oscura  
A ver la luz á los dañados dura.

A estos rasgos épicos desatinadamente inoportunos suceden situaciones y afectos mas verosímiles, mas convenientes á la buena comedia : véase este corto excelente monólogo en que Arcelina fugitiva, oculta en la aspereza de los montes, manifiesta la inquietud y los temores que la agitan :

Injusto y severo amor,  
Que me traes á tal extremo,  
Que ausente la vida temo  
Porque vivo en tal dolor.  
¿ Qué puedo hacer, ¡ ay cuitada !  
Del cielo tan perseguida,  
Y del mundo aborrecida,  
Y de Menalcio apartada ?  
Huyendo la cruda muerte  
Que á mi hermana di, ¡ ay cruel !  
Ausente vivo de aquel  
Que causó mi acerba suerte.  
En estas malezas moro,  
Sola, entre animales brutos,  
Comiendo silvestres frutos,  
Bebiendo el agua que lloro.  
Paso el día suspirando,  
De ansias y recelos llena,  
Revuelta en mi culpa y pena,  
La noche en vela llorando.  
Miro, ¡ ay sin ventura ! al cielo  
A quien enemiga soy,  
Cuéntole el mal en que estoy,  
Y no hallo en él consuelo....  
Es tal el temor que tengo  
Y el amor que en mi alma está,  
Que acometo á ir allá,  
Y queriendo ir me detengo.  
Con sobresaltos resuelvo  
Esconderme en la espesura,  
Donde nada me asegura,  
Y á mi acerbo llanto vuelvo.  
Del silbo del ganadero,

Del canto del ruiseñor,  
Del aire si hace rumor,  
Me sobresalto y me altero.

Menalcio manifiesta una vileza que horroriza, instando á que muera Arcelina que acaba de declararse delincuente para salvarle la vida á él ; hay artificio en el desenlace, y es oportuna la astucia del gobernador, encaminada á que el padre de Arcelina perdona á quien quitó la vida á Crisea.

1579.

140. CRISTÓBAL DE VIRUÉS. *Tragedia*. « La gran Semíramis. » Prólogo en verso suelto, en el cual se dice :

Y solamente porque importa advierto  
Que esta tragedia, con estilo nuevo  
Que ella introduce, viene en tres jornadas  
Que suceden en tiempos diferentes.  
En el sitio de Batra la primera,  
En Ninive famosa la segunda,  
La tercera y final en Babilonia,  
Formando en cada cual una tragedia  
Con que podrá toda la de hoy tenerse  
Por tres tragedias, no sin arte escritas.

*Jornada primera*. Nino tiene sitiada la ciudad de Batra. Semiramis sugiere á su esposo Menon, general de Nino, un medio seguro de ganarla, y en efecto se logra ; el rey agradece á su general la victoria, y él presenta á Semiramis, diciendo como se casó con ella en Ascalon, como se la llevó después á Ninive, etc. ; quedan solos Semiramis y Nino ; este le hace una declaración amorosa, y le propone que se casará con ella, dando á Menon su hija por mujer ; Semiramis resiste, llega Menon, el rey le hace el mismo partido, y le rehusa ; irritado Nino le amenaza, y se lleva por fuerza á Semiramis ; hace Menon gran sentimiento, determina ahorcarse, despidese de su esposa ausente en una larga canción de estilo lírico, florido y redundante, y se ahorca en efecto ; salen dos soldados, le descuelgan y se le llevan á enterrar. *Jornada segunda*. De la primera á la segunda jornada pasan diez y seis años. Manda Nino llamar á los grandes del reino á instancias de Semiramis, y la corona en su presencia, dándole absoluto poder en todos sus estados por término de solo cinco días, en los cuales nada podrá él mandar y nadie deberá obedecerle ; Semiramis da sus órdenes secretas á Zelabo y á Zopiro, del cual está enamorada, como se lo declara después con harta impudencia ; Zelabo, en cumplimiento de lo que se le ha encargado, viene diciendo que ha sorprendido al rey y le deja encerrado en la torre ; Zopiro anuncia después á Semiramis que ya ha llevado á su hijo Ninias al templo de Vesta, en donde queda con el traje de virgen vestal ; á continuación de un soliloquio de Zopiro y un diálogo insipido entre este y Zelabo se junta el consejo ; preséntase á él Semiramis con las vestiduras de Ninias (por quien todos la tienen, atendida la semejanza idéntica de hijo y madre), les da una carta escrita y firmada por ella misma, y al ir á leer dicen entre todos esta ridícula octava :

JANTO.

De la reina es la letra y firma y sello.

CREON.

Suyo es el sello y suya es firma y letra.

TROILO.

Bien conocida es letra y firma y sello.

ORÍSTENES.

No hay que dudar en sello, firma ó letra.

SEMIRAMIS.

Pues conoceis la letra y firma y sello,  
Dejad el sello y firma, oid la letra,  
Leed y oid la letra de esta carta,  
De esta importante cuanto triste carta.

La carta dice en suma que Belo y Juno se aparecieron en un carro tirado de cisnes, entrando en la sala donde estaban Semiramis y Nino, y asiendo á este de las manos y



sentándole en un solio de cristal, le arrebataron consigo, diciendo á Semíramis que era su voluntad que el trono de Asiria pasase á su hijo Ninias, y que ella se hiciese vestal; concluye la carta mandando la reina que coronen á su hijo, y firma en el templo de Vesta, en donde finge que está ya retirada; los del consejo creen de buena fe cuanto la carta dice, y resuelven coronar al rey en el siguiente día; queda sola Semíramis, y hace traer encadenado á su esposo Nino, que no la reconoce, y creyendo que habla con su hijo sospecha que haya muerto á Semíramis; esta le hace beber un vaso de veneno, y se retira: llora el rey la suerte de su esposa, que supone muerta por orden de Ninias, pero contándole los asistentes la verdad del caso, espíra lleno de desesperacion y angustias. *Jornada tercera.* De la segunda á la tercera jornada pasan seis años; Semíramis declara á los grandes como ha estado reinando todo aquel tiempo en hábito varonil; nombra por rey á su hijo, se despoja de toda su autoridad, y quedándose á solas con él le manifiesta, como ya parece que lo habia hecho otras veces, su pasion incestuosa; la resistencia del hijo no la contiene; insiste una y otra vez en su propósito. Véase una muestra de la manera con que espresó el poeta la vehemente pasion de Semíramis:

Mayor dolor que la muerte  
Me causará el alejarte,  
Que mi tormento mas fuerte  
Será no poder mirarte,  
Pues mi mayor gloria es verte.  
Muera, y sea en tu presencia  
(Que muerte será gustosa),  
Y no viva yo en ausencia,  
Que es muerte mas rigorosa  
Y mas áspera sentencia.  
No puedo sin ti pasar,  
No puedo sin ti vivir;  
Por fuerza te he de buscar,  
Por fuerza te he de seguir,  
Por fuerza te he de alcanzar.  
No puedes huir de mí,  
Que he de correr mucho yo,  
Pues quiere que sea así  
El crúel que me hirió,  
Dejándote sano á tí.

Duda Ninias, en un soliloquio, si matará á la reina en venganza de su padre y castigo de su desenfreno y sus vicios; ella vuelve á instar y él á despreciarla; Zelabo, en un monólogo insufrible de doscientos versos, se queja de la corrupcion de las cortes, la ingratitud que reina en ellas, la adulacion, la envidia; mas dijera si no le interrumpiese Diarco, que viene muy afligido de haber visto el trágico fin de Semíramis, muerta á manos de su hijo, y repite en dos canciones las palabras que oyó decir á la reina moribunda. Con este motivo conversan muy despacio los dos refiriendo que era hija de una ramera; la crianza que las aves le dieron, y los principales hechos de su reinado; su lujuria feroz, la muerte de sus amantes (y entre ellos Zo-piro), sus victorias, la sedicion apaciguada en Babilonia, la fábrica de sus muros, los huertos, pensiles y otras particularidades con que dilatan una larga escena, en la cual el poeta se olvidó enteramente del arte; y Ninias cuenta á los grandes, que Semíramis acaba de convertirse repentinamente en paloma, volando al cielo, en donde la recibieron Belo, Nino y Juno; los consejeros y magnates, acostumbrados á creer patrañas, reciben esta con la misma candidez que las anteriores; el rey, quedándose á solas con Zelabo y Diarco, les confiesa de buena fe que todo cuanto acaba de decir ha sido un embrollo, y que él es en efecto el que ha quitado la vida á su madre; esto dicho les ruega que le acompañen para quemar el cuerpo. La tragedia se presenta después al auditorio, y dice una octava que pudiera haberse omitido.

Si la *Semíramis* es una tragedia, tiene tres acciones, sin unidad de lugar ni de tiempo, y sea una ó tres (como el autor lo indicó en el prólogo), la economía y distribucion de la fábula de cada una de ellas es muy defectuosa. En unas partes los incidentes se atropellan y confunden, y en otras se entorpece el movimiento de progresion con dilaciones impertinentes; en la segunda jornada se verán ejemplos del primer defecto, y en la tercera del segundo. La muerte de Menon produce una catástrofe mezclada de horror y ridiculez; la de Nino es mas teatral, la de Semíramis del todo repugnante, ni es necesaria ni está preparada con arte; algunas situaciones afectuosas están desemeñadas con oportuna espresion; el estilo es muy desigual, rara vez dramático, y cuando se eleva mas, degenera en lírico; contribuye no poco á la impropiedad del diálogo el estar escrita esta obra (como las restantes del mismo autor) en sonetos, quintillas, redondillas, estrofas líricas, verso suelto, tercetos y octavas, mezcla monstruosa y estravagante.

1579.

141. «Tragedia. La cruel Casandra. Prólogo.» Esta pieza está dividida en tres partes; hay en ella tres ó cuatro acciones, siendo por consecuencia su plan complicado en extremo é incomprensible; los caracteres inoportunos, inverosímiles; las costumbres depravadas en todos los personajes principales; si se exceptúan uno ó dos (que apenas tienen parte en la fábula), el principe, Fulgencio, Alberto, Fabio, Tancredo, Filadelfo, Casandra, y hasta un pajecillo llamado Matías, todos son malvados, y cuanto hacen y dicen es un conjunto de indecencias, atrevimientos y picardías; la catástrofe es brutal, y como todo lo restante complicada y violenta; los muertos son ocho, y al desenlace aparecen cinco cadáveres en la escena; solo queda vivo el rey y unos criados. Ni en el estilo ni en la versificación hay cosa tolerable: todo es desaliño, puerilidades y bajezas; es verdad que todo sucede en un salon y en una mañana.

1580.

142. JUAN DE LA CUEVA. «Tragedia de la Muerte de Virginia y Apio Claudio. Representóse esta tragedia en la huerta de doña Elvira por el escelente é ingenioso representante Pedro de Saldaña, etc.» La escena es en Roma y en Algidio; la duracion de la fábula indeterminada y de pocos dias; la accion acaba en la tercera jornada, y se dilata inútilmente en la que sigue, con detrimento de la unidad y del interés; la pintura de los afectos es generalmente débil; Marco Claudio, confidente del decemviro, habla á veces con el decoro que corresponde al género trágico, y á veces incurre en bajezas imperdonables. Entre los personajes hay un escribano que ni por el nombre que se da á su oficio, ni por el estilo que usa en sus escritos, pertenece á la tragedia ni á las costumbres romanas. Véase cómo se esplica:

Preguntado Apio Claudio, que presente  
Está en la cárcel en prisiones puesto,  
Si conoce á Virgino, que está ausente,  
Dice que sí; y replicando en esto  
Qué tiempo habrá, responde llamamente  
Que no le fué tal hombre manifiesto,  
Sino desde que Marco su criado  
La esclava ante él por pleito ha demandado.  
Tornado á preguntar si conocia  
A Virginia, declara que en su vida  
La vió, etc.

Sentencian los jueces que Apio Claudio muera en la prision, y después sea arrojado su cuerpo al Tiber, y cometen la ejecucion de la sentencia no menos que á un edil. Esto supone demasiado olvido de la historia y de las costumbres de las naciones. A pesar de estos y otros defectos puede asegurarse que esta tragedia es la menos mala de las cuatro que existen de Juan de la Cueva.



1580.

143. «Comedia de El Príncipe tirano. Representóse esta comedia la primera vez en la huerta de doña Elvira en Sevilla por Pedro de Saldaña, etc.» Fábula llena de atrocidad y absurdos. Las parcas hilan la vida de la princesa en un rincón del jardín, mientras el príncipe hace á Trasildoro que abra una sepultura profunda para enterrar en ella á su hermana luego que la mate. Viene la princesa, el príncipe le da de puñaladas, las parcas cortan el hilo de su vida, pero no se acuerdan de hilar ni cortar el de Trasildoro, que muere también á manos del príncipe y le entierra con su hermana, todo á vista del espectador; la furia Aleto, los tormentos que da el príncipe á su amo y á su ayo para que declaren lo que ignoran, la mina que hace Gracildo en pocas horas para salir por ella de la prision, las sombras de la princesa y Trasildoro, que persiguen al rey y al príncipe, los conjuros de Cratilo (mágico y grande del reino de Colcos), que las hace declarar á qué son venidas, todo es atropellado, inconsecuente, inverosímil, imposible, horrendo, ajeno del teatro: el rey manda que saquen de la prision al príncipe, y puesto en un seron tirado de dos caballos le lleven arrastrando por las calles de la ciudad con el pregonero delante, y llegado al suplicio le corte el verdugo los piés, las manos y la cabeza, que le descuartice, y dejando clavada en un palo la cabeza en medio de la plaza, se coloquen los cuartos en los caminos públicos, de donde nadie pueda quitarlos pena de la vida. Después de arreglado por el rey este ceremonial, se escapa el príncipe de la cárcel; los grandes instan al rey en su favor, y este por no quedar sin sucesion todo lo olvida, le perdona con imprevista clemencia, y le hace jurar como heredero legitimo del trono: *ægri somnia*.

1580.

144. «Tragedia de El Príncipe tirano. Esta tragedia representó Pedro de Saldaña la primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira, etc.» Esta pieza es una segunda parte de la anterior; en ella se abandonó el autor á todo género de estravios; el carácter del príncipe es uno de aquellos que no existiendo en la naturaleza, no son admisibles en el teatro. «Los retratos del vicio (dice Montiano) hablando de este personaje fantástico) han de ser adaptables á lo que se ve, á lo que se oye, ó á lo que puede haberse leído; porque si trascienden de estos límites conocidos y trillados, todo lo que se arrima al esceso ó á la ponderacion hace perder la justa medida que requiere la fábula en sí y en cualquiera de sus partes para ser proporcionada á las respectivas pasiones de lástima y terror, sin cuyos requisitos corre aventurada la tragedia, y es puesta á que se malogre su fin, engendrando en lugar de aquellos afectos incredulidad é indiferencia, que son los contrarios que mas la destruyen.» La aparicion del reino de Colcos es uno de los delirios mas absurdos en que pudo incurrir el autor, usurpando esta ficcion á la poesia lírica y aplicándola al teatro, en donde nada se sufre que sea imposible de suceder. Si en otras piezas de Juan de la Cueva suele hallarse entre muchos defectos alguna cosa digna de elogio, en la presente todo está mal imaginado, mal combinado y mal escrito. Advuértase que en Colcos se usaban *pajes, contadores, maestresalas, secretarios y letrados*: al rey se le daba el título de *majestad*; se celebraban *cortes* cuard con venia, y en palacio habia *besamanos*. ¿Por qué habia de respetar la historia el poeta que atropelló con todo lo demás?

1580.

145. «Comedia de El Viejo enamorado. Esta comedia representó Pedro de Saldaña la primera vez en Sevilla en el corral de don Juan.... Es comedia digna de mucha memoria, considerada la moralidad de ella, etc.» Las primeras escenas de esta comedia anuncian una fábula regular,

pero antes de acabarse la primera jornada ya se echa de ver que el autor perdió el tino, y acudió al acostumbrado registro de sus nigromantes, furias, deidades y fantasmas alegóricas, encantos, velos, trasformaciones, hundi-mientos y cuantos desatinos de este género pudo sugerirle su destemplada fantasía. Las desigualdades y estravios del estilo corresponden perfectamente á la irregularidad de la pieza.

1580.

146. CRISTÓBAL DE VIRUÉS. «Tragedia de Atila furioso.» Se divide en tres jornadas. La reina, mujer de Atila, perdida de amores por Flaminia (dama del rey en traje varonil con nombre de Flaminio); Gerardo, amante de la reina; otra reina prisionera, llamada Celia, de quien Atila se enamora; Flaminia, que trata de perder á la reina mujer de Atila para casarse con él después; diálogos de amor y situaciones cómicas, ronda nocturna, balcon y escondites. Atila, avisado por Flaminia, sorprende á la reina en un mal paso, y á ella y á Gerardo los mata, casándose inmediatamente con Celia su prisionera; Flaminia celosa da un veneno al rey que le vuelve loco, y en sus primeros furores mata á Celia su nueva esposa; sale frenético á la escena, ahoga á Flaminia, y él cae muerto. De estas situaciones y afectos se forma el complicado enredo de esta fábula, que ni es comedia, no obstante las muchas ridiculeces que contiene, ni es tragedia, aunque en el curso de ella perecen unas cincuenta y seis personas, sin contar en este número la tripulacion de una galera quemada, de la cual no se dice cuántos individuos iban en ella. El carácter de Atila es de aquello que no se ve jamás: al capitán y tripulacion de una galera apresada por los suyos los manda meter en otra galera, y que le peguen fuego en medio del rio para que sirva de diversion al pueblo; á un gobernador de Ratisbona, que habia sido *visitador de Nuremberga*, le manda ahorcar de una almena; á tres hermanos que habian hallado medio de sacar á su padre de la cárcel, donde hacia seis años que estaba por no poder pagar *seis mil ducados* que debia á la *real cámara*, los manda descuartizar; á un embajador romano que le habia hablado con poco respeto le manda cortar las orejas y las narices, y á unas cuarenta y cinco mujeres que se habian defendido en un fuerte hasta que el hambre les obligó á rendirse, las manda atar de dos en dos y ponerlas en lo alto de una torre para que se mueran allí de necesidad. Presentándole á Guillermo, rey de Escavonia, vencido y prisionero, Atila, deseoso de que muera como corresponde á su alta dignidad, manda que le echen á los leones; Guillermo le pide misericordia, pero inútilmente, y el alcaide le conduce á la leonera. A estos rasgos de brutalidad y á los ridiculos é indecentes amores de la reina, de Flaminia, de Gerardo y de Atila, sigue la furia de este, que á Montiano pareció que está pintada con viveza y naturalidad, siendo á mi entender lo mas necio de todo. El que entienda el arte podrá decir si los siguientes versos, declamados en el teatro, no son mas á propósito para escitar la risa de los oyentes, que para inspirarles mara-villa y terror.

Formados escuadrones representen  
Al enemigo la batalla, y talen  
El campo todo donde están las naves,  
Y la caballería en tropas trote  
Por el inmenso globo de la luna....  
Mis entrañas son fuego del infierno,  
El vino es el amor de nuestras bodas,  
La dulce copa ya no es copa, es capa,  
Es-capase del alma y del infierno,  
Y del fuego, y de amor, y de la boda....  
Armas son esas para mí ridiculas;  
¿Viboras me arrojaís, culebras y áspides?  
Con el aliento solo yo consumolas.  
Ministros fuertes de mi esfuerzo y ánimo,  
Capitanes, soldados, armas, máquinas,  
Militares, bravísimos ejércitos,  
Antrófagos, lestrigones y ciclopes



Mundos, infernos, manos mías sólidas  
Mas que diamantes, y mas fuertes y ásperas,  
Dadme aquí montes de pesantes pórfidos  
Con que sepulte estos gigantes pérídos.  
Viértase, corra la sangre,  
No quede persona viva,  
Todos mueran, nadie viva,  
Todo el mundo se desangre.

No dude el lector que en trescientos cincuenta versos que recita el furibundo Atila, hallará iguales ó mayores disparates que los que acaban de citarse.

1581.

147. JUAN DE LA CUEVA. «Comedia de La libertad de Roma por Mucio Scévola. Esta farsa representó Alonso de Capilla, ingenioso representante, en las Atarazanas en Sevilla etc.» De cuatro jornadas que tiene esta comedia sobran las tres; por consiguiente la aparición del dios Quirino, las furias, el desafío de Espurio y Bruto, la operación de cortar á Sulpicio, *coram populo*, las orejas, una mano y las narices, su muerte, la quema de su cuerpo (que se hace en el teatro), la conservación de sus cenizas en una urna de oro, los viajes del rey Tarquino y aun su existencia, todo es inútil. Mucio Scévola, protagonista de la fábula, no aparece hasta la cuarta jornada, y en ella se precipita la acción y se concluye. El estilo unas veces toca en gigantesco y ampuloso, y otras en prosaico, desaliñado y ridículo.

1581.

148. CRISTÓBAL DE VIRUÉS. «Tragedia, La infeliz Marcela.» Está dividida en tres partes, que así llamó el autor á las jornadas. *Parté primera.* Una tempestad hace varar en la costa de Galicia el navío en que iba Marcela, prometida esposa del príncipe Landino; saltan en tierra Marcela, el conde Alarico, Tersilo su amigo é Ismeno; este por orden de Alarico, va á Compostela á buscar un coche para llevar á la princesa, la cual se queda dormida en unos peñascos. Entre tanto apartándose á un lado Alarico dice á Tersilo que está enamorado de Marcela, y que espera que en aquella ocasión le ayude; Tersilo le reprende su mal proceder, sacan las espadas y queda Tersilo herido de muerte; al ruido despierta Marcela, huye, y Alarico va detrás de ella. Tersilo en vez de quejarse de sus heridas, se pone á recitar una jácara moral de mas de cien versos, llena de metáforas ingeniosas y reflexiones profundas; llega Ismeno su hermano que trae un carro para llevar á Marcela, halla á Tersilo moribundo, y le conduce al carro, prometiéndole el herido que por el camino le contará todo el suceso; sale Alarico persiguiendo todavía á la princesa, con la cual hubiera logrado su dañada intención, si las voces de los salteadores de aquel monte no se lo estorbaran; suelta á Marcela, y huye; los salteadores corren tras de él; Formio, capitán de todos ellos, llama á Felina (mujer perdida que vive con él), le encarga que cuide de Marcela, y se va con los demás en busca del conde fugitivo; quedan solas Marcela y Felina, y esta al ver las galas de la princesa se alegra infinito, y dice:

FELINA.

Muy á mi gusto ha venido  
La presa esta vez á fe;  
Con ella renovaré  
Este mi viejo vestido;  
Y de joyas y dinero,  
¿Cómo va la bolsa, dama?  
Conforme la gala llama,  
En gran cantidad le espero.

MARCELA.

Solo lo que ves, amiga,  
Es lo que pude sacar  
De una tormenta del mar  
Con harta pena y fatiga.

FELINA.

Esa es muy grande mentira,

Y yo sé que de ella habré  
Mas de dos joyas á fe.

MARCELA.

Toda me busca y me mira.

FELINA.

Ahora bien, en mi presencia  
Se desnude en carnes luego,  
Que esotro buscar es juego.  
Ea, dama, diligencia.  
Quite la ropa y no crea  
Que es donaire el desnudar,  
Que no me he de contentar  
Hasta que en carnes la vea.

Después de este diálogo, poco digno de Melpómene, sale muy á propósito Oronte, señor de un castillo que está en aquellas montañas; Marcela le pide protección, y él llevándosela consigo, amenaza á Felina y á los salteadores que viven con ella; los incidentes de esta primera parte son imitación del episodio de Isabela, que se halla en el canto xiii del *Orlando* de Ariosto. *Parté segunda.* Landino, seguido de unos criados, se lamenta en tercetos elegantes de la tardanza de Marcela; los criados le determinan á que se vuelva á la ciudad, y al retirarse les advierten unos pastores el camino que han de llevar para no encontrarse con los salteadores que andan por aquellas asperezas; después de una escena inútil de los pastores, vienen los ladrones que traen atado al conde Alarico, y dicen:

FORMIO.

Por cierto muy buen galán:  
Dejar la dama y huir.

FRACASO.

Digo que puede servir  
La hija del Preste Juan.

BRANDO.

Si le ha de servir huyendo,  
Nadie en el mundo mejor.

ZAMBO.

Y podrá alcanzar su amor,  
Si le ha de alcanzar corriendo.

RUMBO.

¡Oh hideputa el hidalgo,  
Y qué tijero es de piés!

TRINCO.

Cierto, gran lástima es  
Que el señor no sea galgo.

Acabadas estas necesidades, Formio encarga á los pastores que les lleven la comida por la boca de la cueva que cae al mar; promete á Felina que traerá preso á Oronte, y la deja en compañía de Alarico; este le cuenta que es conde y muy favorecido del príncipe Landino, con el cual hizo un viaje á Inglaterra, en donde el príncipe se casó con Marcela, hija del rey inglés; que Landino hubo de volverse á España á combatir con los moros, y que habiéndolos vencido le envió á él para que trajese á la princesa; que á su vuelta tuvieron una gran tempestad, y en esto llega Formio trayendo presos á Oronte y Marcela. Después de una escena inútil, quedándose á solas con ella (y escuchando Felina escondida) hace Formio á la princesa una declaración amorosa: ella le llama *fiero monstruo* y *fiereza dura*, y él á ella *loca altiva*, *arrogante*, *bárbara*, *indiscreta* é *ingrata*; Felina en un monólogo resuelve envenenar á Formio con una rosquilla ó mazapán para entregarse después á Alarico, de quien está perdidamente enamorada; sale este, ella le pregunta si querrá pagarle el cariño que le tiene, él se lo promete y se dan la mano de amigos. Formio, que lo ha visto todo, se desespera, y en otro monólogo (ni mas ni menos que el anterior de Felina) se propone darle veneno, con la diferencia de que no será en mazapán, sino en un frasco de agua fría; los pastores determinan ir á Compostela á dar aviso al príncipe de que Marcela está en poder de los



salteadores. *Parte tercera.* Diálogos inútiles entre Formio y su gente; queda solo, y dice que ya tiene prevenido el tósigo para Felina; llega esta, le dice amores, saca la rosquilla emponzoñada y le insta á que se le coma; él por su parte le convida á beber del frasco, alterean sobre ello, y por último ni ella bebe ni él come, y lo dejan para mejor ocasion. Sigue un soliloquio del pastor Montano; el príncipe Landino, acompañado de criados y pastores, determina asaltar la cueva en que se recogen los bandidos. Otro soliloquio de Formio, que trae el frasco de agua envenenada, y al irse le deja á un lado; halla á Marcela, y le presenta la fatal rosquilla que le dió Felina, exhortándola á que se la coma, y añade:

Que es cordial medicina  
Para el triste corazon.

Quedando sola Marcela, empieza á comerse la rosquilla; ve el frasco, se echa unos cuantos tragos, y con este motivo trae á la memoria aquel tiempo dichoso, en que

Una dama de este lado  
Y otra de estotro tenia,  
Cuando en mi estrado queria  
Beber, comiendo un bocado.  
Que el menino, que la dueña,  
Que el mayordomo acudia  
A cuanto yo apetecia  
Haciendo sola una seña.  
Que con tanta reverencia  
Le traian á Marcela  
Con el agua de canela  
Las conservas de Valencia.

Hechas estas consideraciones, apurada la rosquilla y bebida la pócima del frasco, le da un sueño profundo del cual no vuelve la desventurada princesa. Suena dentro gran rumor de pelea, y es el caso que el príncipe Landino con los que le acompañaban ha vencido y muerto á cuantos habia en la cueva, esto es, Alarico, Felina, Oronte, Formio, Fracaso, Brando, Trinco, Zambo y Rumbo, y otros ladrones anónimos, añadiéndose á tantas muertes la de Marcela, cuyo cadáver se lleva el príncipe para darle honrada sepultura. Esta composicion no es una tragedia, es una novela en diálogo escrita en versos buenos y malos, heróicos y ridículos; personajes inútiles, episodios inconexos, ripio y distracciones continuas, y el *agua de canela*, y la *rosquilla*, y las *conservas*, la *dueña*, el *menino*, el *mayordomo*, el *Preste Juan*, y el *hidalgo*, y el *galgo*, y el *hideputa*.

1581.

49. «Tragedia de Elisa Dido.» Está dividida en cinco actos. *Acto primero.* Dido, acompañada de senadores y grandes de Cartago, da respuesta en el templo de Júpiter á Abenamida, embajador de Yarbas, prometiéndole que se casará con el rey su amo. Ido el embajador se disputa á presencia de la reina sobre si es acertada ó no su resolución; Fenicio y Falerio la aprueban, Carquedonio y Seleuco la contradicen; estos últimos, enamorados ambos de Dido, quieren estorbar su casamiento con Yarbas; pero Seleuco, mas tímido que el otro, nada resuelve. Delhora, prisionera en Cartago, pregunta á Ismeria los sucesos de Dido, y ella en ciento diez y siete versos le refiere la muerte de Siqueo por Pigmalion, el sueño de Dido en que se le apareció su esposo, le aconsejó que huyese con sus riquezas, etc. Carquedonio interrumpe la narracion, y se queja con Ismeria de lo mal que la reina paga el amor que le tiene; ruega á Ismeria que interceda por él, y ella promete hacerlo; concluye el acto con el coro. *Acto segundo.* Seleuco determina declarar su amor á la reina; Ismeria (que está enamorada de él) le pregunta la causa de sus melancolias, y él después de varios rodeos le dice haber sido fingido el cariño que hasta entonces le habia manifestado, que está prendado de la

reina, y ruega á Ismeria que le mate en castigo de su perdida, pero ella no quiere matarle, y se va desesperada. Delhora declara en un soliloquio que está enamorada de Carquedonio, al cual parece que se lo ha dicho ya algunas veces, pero sin fruto, y trae después á la memoria como la hizo prisionera, le ofreció libertad y ella la rehusó, y como por último vino á Cartago. Después hablando con Ismeria vuelve á sacar la conversacion de Dido, y la otra, sin hacerse mucho de rogar, le cuenta lo que Dido respondió á su esposo cuando le vió en sueños. Carquedonio las interrumpe, y quedándose a solas con Delhora le insta ella á que declare el pesar que su semblante manifiesta, y él la desengaña, diciéndole que no puede corresponderle, porque está enamorado de Dido, y con este motivo le refiere parte de la historia de aquella reina, empezándola precisamente en el punto en que Ismeria la dejó. Delhora le oye hasta que él mismo se cansa de hablar y se despidе; acaba el acto con el coro, que pondera en cultos versos los peligros de amor.

¡Oh miseros mortales,  
Que seguis del amor el bando injusto,  
Por infinitos males  
Pasando, tras un breve y falso gusto!  
¿Dónde vais tras un ciego  
Sino á dar una misera caída?  
¿A qué dulce sosiego  
Quien vuela alado, tristes, os convida?  
¿Qué premio soberano  
Esperais de un desnudo y de un tirano?  
Insufribles tormentos

Los premios son que el fiero amor reparte;  
Mil varios descontentos  
Son los sosiegos de que os hace parte;  
Siguiéndole es muy cierto  
Ir do no hay quien levantarse pueda  
Sin quedar preso ó muerto;  
Y al que menos mal que esto le suceda  
Será virtud divina,  
Que solo contra amor es medicina.

El favor empleando  
De virtud fuerte, fuertemente armada,  
Huid del fiero bando  
De esta furia infernal, que disfrazada  
En blando niño afable,  
Tras sus falsos halagos y dulzuras,  
Con vida miserable,  
Con amargas y tristes desventuras.  
Duramente persigue  
Al desdichado que su bando sigue.  
Virtud divina emplee,  
Pidiendo al cielo su favor de veras,  
Quien arrastrar se ve  
Tras las falsas divisas y banderas  
Del falso amor tirano,  
Si verse libre de su imperio quiere;  
Que no menos que mano  
De tal virtud importa y se requiere,  
Segun es de gigante  
La fuerza del desnudo y tierno infante;  
Solo virtud divina  
Al fiero mal de amor es medicina.

*Acto tercero.* Abenamida vuelve del campo de Yarbas, y presenta en nombre de este á la reina una espada, una corona y un anillo; admite Dido agradecida estas dádivas, y quedando á solas con Ismeria, recuerda las memorias de Siqueo. Ismeria en un monólogo dice que la noche anterior la luna estaba sangrienta, que se apareció un cometa y tembló la tierra; ruega á los dioses que aparten de Cartago la desgracia que aquellos prodigios anuncian; viene Delhora, y sin aguardar Ismeria á que la otra se lo suplique, vuelve á tomar el hilo de la historia comenzada, y le refiere como la reina huyó de Tiro con sus riquezas. Pirro corta la relacion y les dice que Carquedonio y Seleuco, seguidos de varias tropas, han embestido los reales de Yarbas, donde se ha trabado gran pelea,



sin conocida ventaja de una ni otra parte ; el coro da fin al acto. *Acto cuarto.* Escena inútil entre Mangordio y Clenardo. Ismeria, de orden de la reina, manda abrir las puertas de la ciudad para que introduzcan á Yarbás ; y le encaminen al templo ; Delbora é Ismeria alaban la prudencia de Dido, que admite á Yarbás por esposo, á fin de procurar la paz á su pueblo ; Ismeria concluye felizmente la interrumpida narración de los hechos de Dido ; avisa el coro que se retiren, porque viene mucha gente acia aquel sitio. Abenamida cuenta á Clenardo como después de un reñido combate han quedado muertos Seleuco y Carquedonio, recurso plausible del autor para deshacerse de personajes tan inútiles ; coro. *Acto quinto.* Ismeria y Delbora anuncian los preparativos de la reina para recibir á Yarbás ; hacen gran sentimiento por la muerte de Carquedonio y Seleuco ; avisan los coros que Yarbás ha entrado ; ellas se retiran, los coros se quedan para abrir las puertas de la estancia de Dido, y en tanto dan gracias al cielo por la paz que envía á su nación, y anuncian prosperidades á Cartago y á su reina. Viene Yarbás ; se abren las puertas, y aparece Dido muerta con la espada de Yarbás, la corona que le envió arrojada á sus pies, y un papel en la mano. Léese el escrito en que dice haber jurado eterna fidelidad á Siqueo, y que por no faltar á ella se ha dado la muerte. Ismeria y Delbora lloran la desgracia de su señora ; Yarbás las consuela, dispone dar sepultura al cuerpo, deja en libertad á Cartago, propone á sus moradores que adoren por diosa á su difunta reina, y se despide de ella para siempre. Coro final.

Lampillas, arrebatado del furor apologetico, no dudó asegurar que esta era una tragedia perfecta ; Montiano halló en ella muy poco que censurar. En mi opinion es la tragedia menos defectuosa de cuantas se habian escrito hasta entonces en España ; el autor supo sujetarla á las unidades de lugar, de tiempo y de accion, que tanto se han recomendado después. Las dos primeras están observadas sin violencia, pero la última padece muchas escepciones, y tantas, que de cinco actos de que consta la tragedia (sin que la integridad de la fábula se alterase) pudieran reducirse á dos. ¿Qué tienen que ver con ella los amores episódicos, insípidos, idénticos de los dos capitanes Seleuco y Carquedonio? ¿de qué sirve el ataque del campo de Yarbás sino, como ya se ha dicho, de hacer que desaparezan aquellos dos personajes que nunca debieron existir? ¿de qué sirven Ismeria y Delbora sino de helar toda la pieza con sus amores, sus exclamaciones, sus quejas, y sobre todo con la inoportuna, enfadosa y larga relacion de las aventuras de Dido, la cual entre los varios trozos de que se compone llega á cuatrocientos veinte y siete versos? Los demás personajes con sus monólogos y sus sentencias contribuyen á entorpecer el movimiento dramático y prolongar el fastidio : Dido, figura principal, despacha todo su papel en ciento setenta versos, poco mas ó menos, cuando las otras subalternas y enteramente inútiles se lo hablan todo y no saben dejarlo ; Yarbás solo sirve de leer la carta de Dido y de disponer el entierro. En el primer acto, en el tercero y el quinto hay situaciones interesantes, acompañadas de la pompa y aparato escénico que son convenientes á la tragedia ; la catástrofe es de mucho efecto teatral ; el estilo, aunque no siempre llega á la grandeza que necesita este género, es sin duda mucho mas decoroso y correcto que el de las otras piezas del mismo autor ; en los coros hay buen lenguaje, facilidad y armonia.

Cristóbal de Virués nació en la ciudad de Valencia poco antes del año de 1330 ; fué hijo de un docto médico, á quien debió una esmerada educacion literaria ; siguió la carrera militar, se halló en la batalla de Lepanto, obtuvo el grado de capitán, y sirvió después en el estado de Milan con gran reputacion de valor y prudencia. Dice él mismo en el prólogo de sus tragedias (impresas mucho tiempo

después de haberse escrito y representado) que él fué el primero que las redujo á tres actos, de cuatro que antes tenían. Cervantes empezó á hacer lo mismo en sus comedias, y Juan de la Cueva, contemporáneo de los dos, adoptó igualmente esta novedad, aunque no se conserva ninguna de las piezas en que la practicó. Andrés Rey de Artieda solicitó este honor para sí, y mucho antes que todos le obtuvo Francisco de Avendaño, como puede verse en el número 84 de este catálogo. Las tragedias de Virués no se imprimieron hasta el año de 1609, juntamente con varias poesías del autor. Su muerte debió de verificarse poco después.

1581.

150. JUAN DE LA CUEVA. «Comedia de El Infamador. Fué representada esta comedia la primera vez en Sevilla por el escelente y gracioso representante Alonso de Cisneros en la huerta de doña Elvira, etc.» La escena es en Hispalis (que otras veces se llama Sevilla) y en los montes Cimerios de Escitia : las costumbres y los personajes pertenecen á tiempos muy modernos, y tanto que se citan las novelas dramáticas de *Celestina* y *Claudina*, las espadas de Joanes, las obras del arcipreste de Talavera y las de Cristóbal de Castillejo. A pesar de esta suposicion, la pieza es toda mitológica, interviniendo en ella Némesis, el Sueño, Morfeo, el rio Betis, Diana y Venus ; Leucino es una especie de don Juan Tenorio, y Eliodora una santa virgen, á cuyo favor se hacen milagros, perseguida de Venus y protegida de Diana. Véase un trozo de buen estilo cómico en boca de la alcabueta Teodora, refiriendo el mal despacho que recibió de sus tercerías :

Pensando el caso contar  
Se me renuevan mis penas.  
Y la sangre por las venas  
Siento de temor helar.  
Mas siendo de ti mandada,  
Aunque huye la memoria  
Renovar la triste historia,  
De mí te será contada.  
Sabrás, Leucino, qué fué.  
Voime á casa de Eliodora,  
Y siendo oportuna hora  
A hablar con ella entré.  
Halléla en un corredor  
De muchas dueñas cercada,  
Ricamento aderezada,  
Revuelta con su labor.  
Levantáronse en el punto  
Que yo entré, y ella alargando  
Su mano y la mia tomando,  
Me sentó consigo junto.  
Quedando sola con ella  
(Que era lo que deseaba),  
Queriendo hablar no osaba,  
Y osando paraba al vella.  
Al fin sacudí el temor  
Y apresté la lengua muda,  
Viendo que al osado ayuda  
Fortuna con su favor.  
Dijela : bella Eliodora,  
Mí bien y señora mia,  
Perdonalde esta osadia  
A vuestra sierva Teodora.  
Yo vengo á solo decirlos  
Que deis lugar que Leucino  
(Pues cual sabeis es tan dino)  
Ose ocuparse en serviros.  
Notoria es su gentileza.  
Discrecion y cortesía,  
Su donaire y bizarria,  
Su hacienda y su franqueza.  
No teneis en qué dudar,  
Bien podeis corresponder.  
Que tan ilustre mujer  
Tal varon debe gozar.  
Ella que estaba aguardando  
El fin de mi pretension,



En oyendo esta razon  
 Dió un grito, al cielo mirando.  
 Y dijo: dime, traidora,  
 ¿Qué has visto en mí, qué has oído,  
 ¿O qué siente ese perdido  
 Del nombre y ser de Eliodora?  
 Si las cosas que contemplo  
 No impidiesen mi ira fiera,  
 A bocados te comiera,  
 Dando de quien soy ejemplo.  
 En diciendo esto se fué,  
 Y las dueñas acudieron,  
 Y de mí todas asieron,  
 Que sola entre ellas quedé.  
 Las unas me destocaban,  
 Las otras me descubrían,  
 Otras recio me herían  
 Con mil golpes que me daban.  
 Después de estar muy cansadas  
 De tratarme como digo,  
 Dijeron: este castigo  
 No nos deja bien vengadas.  
 Los cabellos me cortaron  
 Con crüeza que da espanto,  
 Y sin tocado ni manto  
 En la calle me arrojaron.

Esta misma vieja alcahueta, acompañada de otra comadre suya, hace un conjuro en favor de Leucino, y en ambas hablan, no como conviene á dos mujercillas miserables del pueblo, sino como pudieran explicarse Medea, Circe ó Armida.

## TEODORA.

Pon la vista al oriente  
 En tanto que aderezo  
 Estos lizos mojados en la onda  
 De Flegeton ardiente,  
 Y pongo el aderezo  
 Para que el triste Averno me responda.  
 Si de la estancia honda  
 Donde tiene su asiento  
 Del Erebo la reina poderosa,  
 Espíritu saliere ú otra cosa,  
 Ten cuenta, y mira al viento  
 Si cuervo ó si paloma pareciere,  
 O siniestra corneja se ofreciere.

## TERENCINA.

Con prósperas señales  
 De fatídico agüero  
 Se nos demuestra el cielo generoso  
 En ocasiones tales;  
 Si en esto es verdadero  
 El disponer del hado venturoso,  
 Hoy será victorioso  
 Leucino desdeñado;  
 Que en este punto con ligero vuelo  
 Dos palomas bajar vide del cielo,  
 Que Vénus ha enviado,  
 Y sobre un verde mirto se pusieron,  
 Y cogiendo dos ramos de él, se fueron.

## TEODORA.

Tiende en torno esos lizos  
 Por donde yo derramo  
 Estas cenizas del trinaerio monte,  
 Y con fuertes hechizos  
 A responderme llamo  
 Los espíritus negros de Aqueronte.  
 Antes que el horizonte  
 Se cubra, ¡oh triste Huerco!  
 A quien con ronca voz fuero y apremio,  
 Dale á mis obras el debido premio,  
 Y ponme en este cerco  
 Una señal que el fin que intento aclare  
 Por donde yo lo que será declare.

## TERENCINA.

Por la virtud que tiene  
 Esta esponjosa piedra,  
 Desde el nevado Cáucaso traída.  
 Que en este vaso viene;

Por esta blanda hiedra,  
 Que en la cumbre del Hemo fue cogida,  
 Que luego sea movida  
 Tu voluntad al ruego,  
 ¡Oh Pluton! ¡ó Prosérpina hermosa!  
 Y sin negarnos al intento cosa,  
 Nos deis aviso luego  
 Si la demanda mia y de Teodora  
 Moverán hoy el pecho de Eliodora.

Si á estos dos trozos bien escritos entrambos, aunque tan diferentes entre sí, y el último tan impropio de la buena comedia, se añadiesen otros enteramente prosáicos, sin correccion ni armonía y afeados con descuidos imperdonables, se llegaría á conocer la precipitacion y el abandono con que el autor compuso sus piezas dramáticas, en las cuales son casualidades los aciertos.

Juan de la Cueva nació en Sevilla de familia ilustre, en el año de 1530 con poca diferencia. Dotado de ingenio y afluente vena compuso varias obras líricas, épicas y dramáticas que le adquirieron general estimacion; muchas hizo imprimir, y algunas quedaron manuscritas, que se conservaban pocos años hace en poder del conde del Aguila. Publicó la primera parte de sus comedias en la misma ciudad en el año de 1588, y sin duda se proponia dar á luz las demás que habia compuesto, pero no parece que llegó á verificarlo. Murió en su patria, pasado el año de 1694. Puede verse en el tomo viii de *El Parnaso español* la noticia que allí se da de este célebre poeta y de sus escritos (38).

1581.

151. ANDRÉS REY DE ARTIEDA. « Los Amantes. » Tragedia.

152. « Amadis de Gaula. » Comedia.

153. « El Principe vicioso. » Comedia.

154. « Los Encantos de Merlin. » Comedia.

Micer Andrés Rey de Artieda, infanzon de Aragon, nació en Valencia en el año de 1549; estudió en aquella universidad y en las de Lérida y Tolosa, y graduado de doctor enseñó astronomía en Barcelona. Dejó la carrera de las letras, y siguió la de las armas, se halló en el socorro de Chipre, recibió tres heridas en la batalla naval de Lepanto, y en otra ocasion pasó á nado el Elba con la espada en la boca á vista del ejército enemigo; obtuvo el grado de capitán de infantería, y murió en su patria en el año de 1615; publicó sus obras sueltas en Zaragoza, año de 1605, con este título: *Discursos, epístolas y epigramas de Arlemidoro*. De las dramáticas (y entre ellas la tragedia de *Los Amantes*, impresa en Valencia año de 1581) solo ha quedado la noticia. Véanse las notas de Cerdá á la *Diana enamorada* de Gil Polo, y los *Escritores del reino de Valencia* por Jimeno.

1582.

155. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. « Comedia. Los Tratos de Arjel. » En cinco jornadas, escrita en octavas, redondillas, quintillas, liras, tercetos, verso suelto y rima encadenada. *Jornada primera*. Zara, mujer del renegado Izuf, está enamorada de Aurelio, cautivo español; pero ni sus ruegos ni los de su amiga Fátima pueden reducir al esclavo, que llora la ausencia de su querida Silvia. Saavedra se lamenta de los trabajos que pasa en la esclavitud; Pedro Alvarez está contento en ella, es amigo de su ama y le va muy bien. Los siguientes versos puestos en boca de Saavedra son de los mejores de esta comedia:

Quando llegué vencido en esta tierra  
 Tan nombrada en el mundo, que en su seno  
 Tanto pirata encubre, acoge y cierra,

(38) De Juan de la Cueva copia dos comedias don Eugenio de Ochoa en su coleccion de Paris; son las tituladas *El saco de Roma* y *El infamador*, que ocupan el número 153 y 150 de este catálogo.



No pude al llanto detener el freno,  
Que á pesar mio, sin saber lo que era,  
Me vi el marchito rostro de agua lleno,  
Ofreciendo á mis ojos la ribera  
Y el monte donde el grande Carlos tuvo  
Levantada en el aire su bandera,  
Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,  
Pues movido de envidia de su gloria,  
Airado entonces mas que nunca estuvo.  
Y estas cosas volviendo en mi memoria,  
Las lágrimas trujeron á los ojos,  
Forzadas de desgracia tan notoria;  
Pero si el alto cielo en darme enojos  
No está con mi ventura conjurado,  
Y aquí no lleva muerte mis despojos,  
Cuando me vea en mas feliz estado,  
O si la suerte ó si el favor me ayuda,  
A verme ante Filipo arrodillado,  
Mi temerosa lengua quasi muda  
Pienso mover en la real presencia,  
De adulacion y de mentir desnuda,  
Diciendo: alto señor, cuya potencia  
Sujetas trae las bárbaras naciones  
Al desabrido yugo de obediencia...  
Todos de allá, cual yo, puestas las manos,  
Las rodillas por tierra, sollozando,  
Cercados de tormentos inhumanos,  
Poderoso señor, te están rogando  
Vuelvas los ojos de misericordia  
A los suyos que están siempre llorando;  
Y pues te deja agora la discordia,  
Que tanto te ha oprimido y fatigado,  
Y á mas andar te sigue la concordia,  
Haz, buen rey, que por ti sea acabado  
Lo que con tanta audacia y valor tanto  
Fué por tu amado padre comenzado.  
Con solo ver que vas pondrás espanto  
A la bárbara gente, que adivino  
Ya desde aquí su pérdida y quebranto.

Sobreviene otro cautivo, y en una relacion de cerca de doscientos versos les cuenta el martirio que acaban de dar los moros á un clérigo valenciano. *Jornada segunda.* Izuf encarga á Aurelio que se vea con una hermosa esclava española llamada Silvia, y que le persuada á que sea menos esquivo con él; Aurelio disimula, y se encarga de hacerlo así. Saca elregonero á la plaza dos muchachos llamados Juan y Francisco, juntamente con su padre y su madre; los pregona, los vendé á dos mercaderes, y despidiéndose de sus padres se va cada uno de ellos con su amo. *Jornada tercera.* Procura Izuf vencer con halagos y promesas el desdén de Silvia presentándosela á su mujer Zara, y esta quedando á solas con ella le refiere como está enamorada de Aurelio, y le ruega que sea mediana en sus amores. *Jornada cuarta.* Pedro Alvarez, que al principio de la fábula estaba regalado y contento con su suerte, ha resuelto escaparse y encaminarse á Orán: con esta determinacion se despidió de su camarada Saavedra. Ignorábase que Fátima fuese hechicera, pero en efecto lo es, y hace un conjuro en favor de su amiga Zara para que Aurelio le corresponda; luego que ha dicho estos versos, que deben de ser muy eficaces para el caso,

Rápida, ronca, run, ras, parisforme,  
Grandura, denciflaz, pantasilonte,

sale una Furia, y le dice que la indiferencia de Aurelio solo la podrán vencer la Necesidad y la Ocasión. Fátima le manda que se las envíe cuanto antes y tratará con ellas lo que debe hacerse. Se ven á solas Aurelio y Silvia, y hallándose ella solicitada de Izuf y él de Zara, acuerdan lisonjear con alguna esperanza al moro y á la mora en tanto que escriben á España para solicitar su rescate. Pedro Alvarez, fatigado, roto y hambriento, va caminando á Orán; échase á dormir á la sombra de unas matas, y cuando despierta se halla con un león á su lado que le está haciendo compañía; levántase lleno de miedo, sigue andando, y el león se va detrás de él como un perrito. *Jor-*

*nada quinta.* Alvarez prosigue su viaje en compañía del león, y se halla felizmente muy cerca de Orán; la Necesidad y la Ocasión, invisibles á Aurelio, le van persuadiendo á que corresponda agradecido al amor de Zara, pero sin saber por qué le dejan solo, y no lo aciertan, porque entonces cobra él todo su esfuerzo, y se propone no ceder jamás á las instancias de la mora. El muchacho Juan sale vestido de turco, muy contento de serlo y de que ya no se llama Juanito sino Soliman; su hermano Francisco se horroriza, y Aurelio lamenta la suerte de los niños cristianos que viven en poder de moros. Silvia y Aurelio se encuentran, se dan un abrazo, y Zara é Izuf los sorprenden; Zara acusa á la esclava, Izuf al esclavo, y ellos se disculpan de mala manera. El rey de Arjel en audiencia pública manda á Izuf que le entregue al cautivo y á la cautiva que tiene en su poder; él lo repugna mucho, y el rey dispone que le lleven de allí y le barten de palos; traen á su presencia á un malagueño que se habia escapado, y el rey dice:

¡Oh tú, rajá Caud, dalde seiscientos  
Palos en las espaldas, muy bien dados,  
Y luego le dareis otros quinientos  
En la barriga y en los piés cansados.

Y responde el malagueño:

¡Tan sin ley ni razon tantos tormentos  
Tienes para el que huye aparejados?

Y añade el rey:

Chito. Chifuz, Breguede, al punto atalde,  
Abridle, desollalde y aun matalde.

Decretadas estas palizas, se presentan Silvia y Aurelio; el rey les indica el rescate que han de enviarle desde España, y les concede libertad bajo su palabra; dan aviso de que ha llegado un navio, y en él fray Juan Gil, religioso trinitario que viene á rescatar; los cautivos recogidos en extremo dan gracias á la Virgen por su infinita misericordia.

Esta comedia es un drama episódico, en el cual si se quiere decir que hay una accion, solo puede hallarse en los amores pareados y simétricos del renegado Izuf y su mujer Zara, que solicitan á Silvia y Aurelio; sirviendo de atropellado desenlace la paliza de Izuf. Lo restante todo es personajes y situaciones sueltas sin enlace ni composicion dramática; los conjuros de Fátima, la Furia, la Ocasión y la Necesidad, y el león que sirve de escudero á Pedro Alvarez, son desatinos imperdonables; el estilo, que á veces tiene algun decoro y correccion, es en general desaliñado y prosáico.

1582.

156. JOAQUIN ROMERO DE CEPEDA. «Comedia Selvaje» (en cuatro jornadas), en la cual por muy delicado estilo y artificio se descubre lo que de las alcabueta á las honestas doncellas se les sigue, en el proceso de lo cual se hallarán muchos avisos y sentencias. «Por Joaquín Romero de Cepeda. Sevilla, 1582.» En la primera y segunda jornada no hizo el autor otra cosa que extraer en versos fáciles (y no desnudos de elegancia) los cuatro primeros actos de la *Celestina*. En la tercera jornada apartándose de aquel escelente original, atropelló los incidentes, añadiendo no pocas estravagancias. Lucrecia, acompañada de la vieja alcabueta Gabrina, abandona la casa de sus padres y se va á la de Anacreo, su amante; los padres de Lucrecia echándola menos van á casa de Gabrina con la justicia, y de allí á la de Anacreo, pero este y Lucrecia han huido descolgándose por una ventana. Presos Gabrina y el criado Rosio, los llevan á la plaza; allí aparece la horca á vista del auditorio, suben al reo y le cuelgan; á Gabrina la empluman, le ponen una corozca, y sentándola en la escalera del suplicio queda abandonada á merced de los



muchachos, que á porfia le tiran brevas, berengenas y tomates, le remesan los pelos y le dan puñadas; hecho esta dice el juez :

Quiten luego á esa mujer,  
Y entierren al ahorcado.

En la cuarta jornada sale por un monte Lucrecia con arco y saetas, y llora la mala ventura de sus amores; y luego que se retira sale por otro lado Anacreo lamentándose igualmente de la desdicha en que se ve. Salen después Albina y Arnaldo, padres de Lucrecia, vestidos de peregrinos, en busca de su hija; descansan un rato de la fatiga del camino, y al querer proseguirle los sorprenden dos ladrones llamados Tarisio y Troco; el viejo Arnaldo quiere defenderse, y muere á sus manos; sobreviene al ruido Anacreo, y mata á Tarisio; su compañero Troco se va huyendo; sigue el reconocimiento de Anacreo y Albina, y cuando tratan de enterrar el cadáver de Arnaldo, vienen dos salvajes entre los cuales se ve á Anacreo en mucho peligro de perder la vida; pero Lucrecia, que se aparece muy oportunamente, dispara una flecha y cae muerto uno de los salvajes. Anacreo en tanto consigue matar al segundo; la madre y el amante sin reconocer á Lucrecia le agradecen el socorro que les ha dado; ella al fin se descubre, y con el regocijo de los tres acaba la fábula. Composición romancesca, mal ordenada y llena de inverosimilitud. Existe un ejemplar en la librería del convento de Santa Catalina de los dominicos de Barcelona (39).

1385.

137. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. « Tragedia de Numancia. » Véase la lista de los interlocutores de esta pieza : Escipion, Yugurta, Cayo Mario, embajador primero, embajador segundo, soldado primero, soldado segundo, Quinto Fabio, España, el río Duero, Teógenes, su mujer, un hijo suyo, Corabino, numantino primero, numantino segundo, numantino tercero, numantino cuarto, Marquino, Morandro, Leoncio, sacerdote primero, sacerdote segundo, uno del pueblo, Milvio, un cuerpo muerto, Lira, mujer primera, mujer segunda, mujer tercera, una madre, un hijo, un hermano, la Guerra, la Enfermedad, el Hambre, Viriato, Servio, Emilio, la Fama. » Está dividida la obra en cuatro jornadas, escrita en tercetos, octavas, redondillas y verso suelto. *Jornada primera.* Escipion reprende á sus soldados la vida regalada, lasciva y gluttona que traen, advirtiendo con sobrada razon y poquísimo decoro trágico,

Que mal se aloja en las marciales tiendas  
Quien gusta de banquetes y meriendas.

A estos vicios atribuye el no haberse ganado á Numancia después de diez y seis años de guerra: manda que se salgan del campo las meretrices, que se reformen las cocinas y se destierre todo regalo y blandura. Dos embajadores numantinos proponen á Escipion paz y amistad, pero él se niega á cuanto no sea entregarse á discrecion; dispone que se cerque á Numancia con grandes fosos, y en la escena siguiente ya está concluida toda la obra. España, viendo rodeados á los numantinos con trincheras y fosos profundos, exceptuando solo la orilla del Duero, habla con el río invocándole en los siguientes versos, que son de los mejores de toda la pieza :

Duero gentil, que con torcidas vueltas  
Humedeces gran parte de mi seno,  
Ansí en tus aguas siempre veas envueltas  
Arenas de oro como el Tajo ameno,  
Y ansí las ninfas fugitivas sueltas,  
De que está el verde prado y bosque lleno,  
Vengan humildes á tus ondas claras,

Y en prestarte favor no sean avaras;  
Que prestes á mis ásperos lamentos  
Atento oído, ó que á escucharlos vengas,  
Y aunque dejes un rato tus contentos,  
Suplícote que en nada te detengas.  
Si tú con tus continuos movimientos  
De estos fieros romanos no me vengas,  
Cerrado veo ya cualquier camino  
A la salud del pueblo numantino.

El Duero (acompañado de tres muchachos que son otros tantos riachuelos que desaguan en él) anuncia á España que la ruina de Numancia es infalible, pero que su gloria será inmortal, y en los siglos futuros Atila, Borbon y el duque de Alba la vengarán de Roma. Añade también que los reyes de España adquirirán el dictado de Católicos y que en tiempo de un rey llamado Felipe II (*sin segundo*), *el jiron lusitano, que se cortó de los vestidos de Castilla, ha de zurcirse de nuevo y unirse á su estado.* *Jornada segunda.* En una asamblea de numantinos se resuelve que Corabino salga á desafiar á cualquier romano que se atreva á combatir con él, pactando primero, que si Corabino vence, los romanos levantarán el sitio, y si él queda vencido se entregará la ciudad; proposición muy imprudente y poco numantina. Resuelven también que se hagan sacrificios á Júpiter, y que el mago Marquino por medio de sus hechizos y conjuros averigüe los hados de Numancia. Leoncio reprende á Morandro viéndole muy enamorado de Lira en tiempo de tanta calamidad, y en efecto Leoncio tiene sobrada razon. Se empieza el solemne sacrificio con tristes agüeros; la llama arde mal, se ven águilas en el aire que persiguen á otras aves, las acosan y las cercan; suena ruido subterráneo; cruza una centella por el templo y al ir á degollar la víctima sale un demonio, se la lleva y trastorna de paso las aras y utensilios. Después de un diálogo inútil entre Leoncio y Morandro, sale Marquino, y hace sus conjuros sobre una sepultura, invocando á los ministros infernales, llamándolos *canalla vil*, y á Pluton *cornudo*; echa de sí la sepultura un cuerpo muerto, al cual hace hablar el nigromante á fuerza de asperisiones y latigazos; el muerto anuncia la ruina que amenaza á la ciudad, y Marquino desesperado al oírle se arroja con él á la sepultura, quedando enterrados los dos. *Jornada tercera.* Corabino desde el muro de Numancia propone el desafío de que ya se ha hecho mencion; pero Escipion no asiente á ello, y le vuelve la espalda. Corabino, irritado de aquel desprecio, se desahoga en injurias contra los romanos llamándolos *cobardes, pérfidos, tiranos, villanos, fementidos, ingratos, feroces, revoltosos, desleales, crueles, mal nacidos, codiciosos, infames, pertinaces, adulteros, canalla y liebres.* Teógenes quiere asaltar los atrinchamientos, pero las mujeres con sus reflexiones y lágrimas se lo estorban; resuélvese quemar en la plaza todo lo mas precioso que cada uno tenga, descuartizar los romanos que están prisioneros, é írselos comiendo. Morandro, siempre lleno de amor, requiebra á Lira, y ella le dice que se está muriendo de hambre y es imposible que viva una hora segun lo desfallecida que se siente; él determina escalar aquella noche las trincheras del enemigo para traerle algo que cenar, y su amigo Leoncio se ofrece á acompañarle. Dos numantinos refieren que en la hoguera de la plaza (cuyas llamas suben *hasta la cuarta esfera*) se están quemando todas las riquezas de la ciudad; dicen también que se ha mandado quitar la vida á las mujeres y á los niños; sale una mujer con dos chiquillos que no casan de pedirle pan, y ella se aflige sin poder hacerles entender que no le tiene ni sabe dónde hallarle. *Jornada cuarta.* Penetran en el acampamento de los romanos Morandro y Leoncio; este último queda muerto en la empresa, el otro vuelve á Numancia con un poco de bizcocho en una cestilla; se le presenta á Lira para que coma, y cae muerto de resultados de las muchas heridas que ha recibido. Un niño, hermano de Lira, sale cayéndose de hambre,

(39) Otra comedia hay con el mismo título de *Selvajía*, de que el autor no tendría noticia; fué compuesta por Alonso de Villegas, cura de San Marco de Toledo.



dice que su padre y su madre acaban de morir, y él no teniendo ya fuerzas para mascar ni tragar el pan, espira á los piés de su hermana. Se presentan el Hambre, la Enfermedad y la Guerra; esta escita á las otras dos á que apresten la total asolacion de Numancia, incidente inútil como los personajes de él. Teógenes lleva á su mujer, dos hijos y una hija al templo de Diana, y allí los mata; vase después á la plaza, y se tira á la hoguera; el humo que sale de Numancia y el silencio que se observa en ella determinan á Escipion á enviar exploradores que vuelven refiriendo la mortandad y ruina espantosa que han visto. De toda la poblacion solo queda un muchacho que aparece en lo alto de una torre; Escipion le promete vida y libertad, pero él desprecia sus ofrecimientos, y se tira de la torre al suelo; viene la Fama por el aire y elogia la heroicidad de Numancia.

La eleccion de argumento en esta pieza es poco feliz: la destruccion de una ciudad con la de todos sus habitantes presta materia á la narracion épica, pero no es para el teatro. En él no se deben presentar como objeto primario las empresas militares, sino las acciones y afectos heroicos; en toda fábula escénica se promueve el interés concentrándole; si se divide se debilita. Cervantes creyó producir mayor efecto trágico poniendo á la vista muchas situaciones de calamidad y afliccion, y no advirtió que resultaria necesariamente una accion episódica, dispersa y menuda. Los personajes fantásticos que introdujo lo acaban de echar á perder.

Si es contraria esta opinion á la que formaron de esta pieza los alemanes Bouterwek y Schlegel, puede considerarse cuál habrá sido mi sentimiento no pudiendo suscribir á los elogios que de ella hicieron aquellos doctos críticos; resulta necesaria de la absoluta imposibilidad de conciliar sus principios con los míos acerca de la composicion dramática.

1584.

158. «Comedia de la batalla naval.» Nada se sabe de esta obra sino el título. Si el argumento que desempeñó el poeta fuese (como parece muy probable) la célebre victoria naval de Lepanto, es de inferir que nuestra literatura no habrá perdido nada en perderla; la escribió en tres jornadas.

1584.

159. «Comedia de la gran Turquesca.» Cervantes la citó; nadie la ha visto hasta ahora, y no es posible conjeturar lo que sería.

1584.

160. «Comedia de la Jerusalem.» Habiendo escrito el mismo autor un drama trágico del sitio y ruina espantosa de Numancia, no sería mucho que hubiese caído en el error de poner en accion teatral la destruccion de Jerusalem por Tito, ó que fuese argumento de esta comedia la conquista de aquella ciudad por los cruzados. A estas conjeturas da lugar la falta de noticias que tenemos acerca de esta composicion dramática.

1585.

161. LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA. «Tragedia de la Isabela.» Se divide en tres jornadas; está escrita en octavas, verso suelto, quintillas, tercetos y estrofas líricas; la Fama hace el prólogo. *Jornada primera.* Alboacen, rey moro de Zaragoza, enamorado de Isabela, doncella cristiana, manda salir desterrados á todos los cristianos, creyendo por este medio humillarla y atraerla á su voluntad. Muley, amante favorecido de la misma doncella (que acaba de recibir el bautismo en el campo enemigo), se propone dilatar la ejecucion del decreto, y facilitar entre tanto los medios convenientes para que el rey don Pedro se apodere de Zaragoza. El viejo Audalata en un monólogo da parte al auditorio de que él también está enamorado de Isabela, y luego que lo ha dicho se va. Sospechoso el rey de la conducta de Muley hace que le prendan. *Jornada*

*segunda.* Lamberto y Engracia, padres de Isabela, Ana su hermana y muchos cristianos vienen á pedirle que interceda por ellos con el rey. Véanse (prescindiendo de la poca delicadeza del padre de Isabela) las prendas del lenguaje, estilo y armonia que embellecen esta situacion:

ISABELA.

¡Oh padres, á quien debo reverencia!  
¡Oh santa perseguida compañía,  
Postrada sin razon en mi presencia,  
Espectáculo triste de este día!  
¿De qué manera puedo dar audiéncia  
(Ni quien seso tuviese la daría)  
Viendo vuestros aspectos venerados  
A mis indignos piés así postrados?  
Las rodillas alzad del duro suelo,  
O revolved los ojos hechos rios  
Al sumo plasmador de tierra y cielo,  
Y dirigid allá los votos pios,  
Y pues que mis entrañas no son hielo,  
Ni los hircanos tigres padres míos,  
Probad á conquistar otra dureza  
Con estos aparatos de tristeza.  
Que yo sin espectáculo presente,  
Cuando fuese mi muerte necesaria,  
Padeceré las penas obediente.  
¡Obediente! ¿qué dije? voluntaria;  
Y por el bien comun de nuestra gente  
Y daño de la pérdida contraria,  
Una muerte, mil muertes, y si puedo  
Muchas mas pasaré sin algun miedo.

LAMBERTO.

Pues oye. Bien sabemos cuán rendido  
En amorosas llamas al rey tienes,  
Y cuán desesperado y ofendido  
Con tus castas repulsas y desdenes;  
Pero si tú con un amor fingido  
Sus locos pensamientos entretienes,  
Y cebas la esperanza lisonjera,  
Al yugo volverá la cerviz fiera.

Así que, con hacer lo que te digo,  
Queda la voluntad del rey por tuya:  
Harás que no prosiga su castigo  
Ni de la dulce patria nos escluya.  
Puedes así vencer al enemigo,  
O darnos ocasion que se atribuya  
A sola tu dureza nuestra pena,  
Y digan: Isabela nos condena.

Al rey por cierto tiempo fingir puedes  
Precisa castidad tener votada,  
Y que cuando del voto libre quedes  
La prenda le darás tan deseada.  
En este medio tiende astutas redes,  
Suspiros, llantos, vistas regaladas,  
Palabras tiernas, cebo de estas cosas,  
Y lágrimas, si puedes, amorosas.

Si ves la perdicion de los cristianos  
No basta, que bastar sola debía,  
Ni la muerte crüel de tus hermanos,  
La de tu vieja madre, ni la mía;  
Por el que puso en cruz las santas manos  
(Hijo del Padre Eterno y de María),  
Te conjuro, te ruego, pido y mando  
Que muestres á mis ruegos pecho blando.

ENGRACIA.

¿Por qué dilatas tanto la respuesta?  
¿Aguardas por ventura que te pida,  
Besándote los piés y descompuesta,  
Merced á voces de mi corta vida?  
¿O gustas de mirar ante tí puesta  
Esta misera gente perseguida?  
Di, qué solemnidad del pueblo quieres,  
Que tanto la respuesta nos difieres.

Mira que si salimos de los muros,  
Por el segundo César fabricados  
(A mas que no saldremos muy seguros  
De ser todos ó muertos ó robados,  
Porque jamás los bárbaros perjuros  
Observan ley ni pactos concertados),  
La sagrada ciudad queda desierta



Y nuestra religion en ella muerta.

El templo de la Virgen quedaria ,

Si no por los cimientos derribado ,

A lo menos con vicios cada dia

De los odiosos moros profanado ,

Y todo su tesoro se daria

En manos del sacrilego malvado ,

Reliquias y devotos simulacros ,

Todos los ornamentos al fin sacros.

Harán de las dalmáticas jaeces

A los fieros caballos andaluces ,

Con las borlas pendientes, que mil veces

Acompañaron clérigos y luces ,

Y para relirmar los piés soeces

El oro servirá de nuestras cruces ,

Haciendo de él labradas estriberas

Quizá con las historias verdaderas.

¿Será posible pues que tú permitas ,

Con daño de los tuyos infelices ,

Que solas permanezcan las mezquitas ,

Y que sus ignominias autorices ?

Tú , tú de la ciudad sagrada quitas

La religion cristiana y sus raices ;

Tu dura pertinacia nos destierra ,

Y no la del tirano de la tierra.

ISABELA.

No mas, no mas, queridos padres, basta ,

Si no quereis sin vida verme luego ,

Que donde la razon así contrasta

Poca necesidad hay de tal ruego.

Yo pues con intencion sincera y casta

(Solo por procurar nuestro sosiego)

Al fiero rey daré de amor señales

Fingidas, si fingirse pueden tales.

LAMBERTO.

La bendicion de Dios omnipotente.

Y la nuestra tambien recibe ahora ;

Tu nombre se dilate y acreciente

En cuanto mira el cielo y el sol dora ;

Y si es ya de creer que alguna gente

Debajo del ignoto polo mora ,

Allá tus alabanzas se dilatan

Y con admiracion todos la traten.

ENGRACIA.

Estos maternos brazos lo primero

Recibe por señal de lo que siento ,

Sirvante de collar, bien que grosero ,

Pero lleno de amor y de contento ;

Que en otro tiempo mas feliz espero ,

Con mayor aparato y ornamento ,

Mejorar estos dones, y tu cuello

Cenirle del metal de tu caballo.

UN VIEJO.

Tus obras cantaremos escelentes ,

Si bien á la desierta Libia vamos ,

O bajo de la zona los ardientes

Y no sufribles rayos padezcamos ;

Y nuestra sucesion y descendientes

Darán las mismas gracias que te damos ;

Los niños con su lengua tenezucla

Repetirán el nombre de Isabela.

Después de esta afluencia épica, Adulce, moro valenciano, sale á contar á los árboles, en muy buenos versos, cómo habiendo venido á Zaragoza á pedir socorros para recuperar el trono que le han usurpado, se enamoró de la infanta Aja, hermana del rey, y que hace ya tres años que él se lamenta, y ella no le escucha.

Tres veces os he visto, verdes plantas,  
De vuestras frescas hojas adornadas;  
Tres veces descompuestas, y otras tantas  
De flores y de frutos coronadas,  
Después que la soberbia sobre cuantas  
Han sido por hermosas celebradas,  
Aja cruel (origen de mi pena)  
A mi dura cerviz puso cadena.

El rey se entristece viéndose precisado á quitar la vida

á Muley, pero su confidente Audalla procura tranquilizarle, y le anima á que apresure la ejecucion. Isabela pide al rey que revoque el decreto de destierro contra los cristianos; el rey se disculpa diciéndole que ha consultado sobre ello á un santo alfaquí, del cual hace esta bella pintura:

Yo ví con apariencia manifiesta  
Que no fué la respuesta por él mismo ,  
Mas por algun espíritu compuesta ,  
Como si alguna furia del abismo  
Al sabio las entrañas le royera ,  
O como qué le toma parasismo.  
Con los mismos efectos y tal era  
La presencia del viejo cuando vino  
A darme la respuesta verdadera.  
Andaba con furioso desatino  
Torciéndose las manos arrugadas,  
Los ojos vueltos de un color sanguino.  
Las barbas, antes largas y peinadas,  
Llevaba vedijosas y revueltas ,  
Como de fieras sierpes enroscadas.  
Las tocas, que con mil nudosas vueltas  
La cabeza prudente le ceñian ,  
Por este y aquel hombro lleva sueltas.  
Las horrendas palabras parecian  
Salir por una trompa resonante,  
Y que los yertos labios no movian.  
Si quieres que tu dios ¡oh rey! levante  
La rigurosa diestra, dijo, mira  
El medio que será solo bastante.

Isabela, oyendo decir al rey que la muerte de Muley está decretada, se ofrece á morir por su amante, lo cual solo sirve de irritar la cólera del rey, que la manda llevar á una prision. La infanta Aja sale á decir en un soliloquio que está enamorada de Muley, á quien el rey su hermano va á quitar la vida. Llegada Adulce, y ella reconociendo cuán ingrata ha sido á su amor, le pide que liberte á Muley del peligro que le amenaza, y Adulce promete complacerla. *Jornada tercera.* El viejo Audalla, despreciado de Isabela, acelera su muerte y la de Muley; la hoguera en que han de ser quemados está ya dispuesta, ella le pide que le permita ver á sus padres y á su hermana; Audalla se lo concede, y se descubren tres cadáveres, que son los de Lamberto, Engracia y Ana, sobre los cuales hace Isabela estremos de dolor. Aja, desde un aposento de las torres del alcázar descubre á lo lejos el lugar del suplicio y el gentío que acude á ver morir á Muley é Isabela; todavía espera que Adulce cumplirá su palabra, pero sobreviene un nuncio y le refiere la muerte de los amantes. Aja desesperada premedita matar al rey. Azan y Zancalla se cuentan el uno al otro la muerte de Audalla por haber sabido el rey que estaba enamorado de Isabela; Azan descubre la cabeza de Audalla destinada á ser pasto de los lebreles; Aja sale por un lado con un puñal y una luz en las manos, y por otra parte Selin, que le refiere cómo su señor Adulce acaba de matarse, no habiéndose atrevido á ser ingrato á los beneficios del rey, ni volver á la presencia de Aja sin haber cumplido lo que le prometió. Dicho esto presenta la cabeza de Adulce para que no dude la infanta de que su relacion es verdadera; ella en cambio le cuenta que acaba de matar á puñaladas á su hermano el rey, y que está resuelta á morir, para lo cual ruega á Selin que se encargue de ejecutarlo; pero al ver que de ninguna manera quiere prestarse á ello, corre precipitada y se tira desde lo alto de una torre á un profundo estanque. Aparece glorioso el espíritu de Isabela; dice que ha renacido como el fénix, y pide aplauso.

Carece esta fábula de unidad, sencillez, distribucion y verosimilitud, y por consecuencia de interés. El rey, Audalla y Muley, enamorados de Isabela; Aja é Isabela enamoradas de Muley; Adulce enamorado de Aja, complican y embrollan la accion; ni el suplicio, ni la hoguera, ni tres cadáveres y dos cabezas sangrientas en el teatro, ni



el furor reciproco de morir y matar que reina en todo el drama, son medios suficientes á producir la compasion trágica; solo pueden escitar el repugnante hastio del horror. Algunas escenas están muy bien escritas, pero en composiciones de esta naturaleza el lenguaje castizo, el estilo elegante, la versificación flúida y numerosa, aunque son partes muy necesarias, no son las únicas.

1583.

162. «Tragedia La Alejandra.» La escribió el autor en verso suelto, quintillas, tercetos, cuartetas y octavas. La tragedia hace el prólogo. Los antecedentes de la accion son estos: Acoreo, capitán de Tolomeo, rey de Egipto, se rebeló contra su señor, le mató y se apoderó del reino; pudo escapar felizmente del estrago el niño Orodante, hijo de Tolomeo, á quien crió Rémulos, y llegado á edad juvenil lo introdujo en palacio, y le hizo copero de Acoreo; este, habiendo hecho morir á su primera esposa, se casó con Alejandra, mujer dotada de singular hermosura, de oscura familia y depravadas costumbres. Lupericio, intimo privado de Acoreo y esclarecido capitán, adquirió gran poder en el reino; Alejandra estaba enamorada de él, pero Lupericio despreciaba su amor por el de la princesa Sila, hija de Acoreo y de su primera esposa. *Jornada primera.* Rémulos y Ostilo se proponen hacer caer á Lupericio de la gracia en que está; Alejandra le solicita, él se resiste, ella le acusa, y solo la fuga puede salvarle de las instancias poco decentes de la reina. Ostilo y Rémulos declaran al jóven Orodante su nacimiento ilustre con todas las circunstancias de la muerte de Tolomeo su padre, cuya camisa ensangrentada le presentan; Orodante jura venganza, y dice:

Por bandera real, por estandarte  
Llevar quiero continuo esta camisa.

*Jornada segunda.* Ostilo y Orodante hablan de concierto á Acoreo; el primero le hace creer que Lupericio junta sus parciales para rebelarse y quitarle la corona; el segundo le dice que Alejandra le ha encargado que cuando sirva la copa le dé un veneno en ella; Rémulos confirma á Acoreo cuantos otros le han dicho. Lupericio va á entrar al cuarto del rey, y le detienen á la puerta, le hacen entregar la espada y le atan las manos con un cordel. Sale Acoreo, le habla sañudo, y manda á los guardias que se le quiten de allí; luego que se recitan diez versos de ocho silabas viene el nuncio refiriendo la muerte de Lupericio con tales circunstancias, que para verificarse hubieran sido menester muchas horas; allí traen la cabeza y los cuartos de Lupericio envueltos en un paño y la sangre en un canjilon. Hace Acoreo que llamen á Alejandra, y luego que viene le dice que ha tenido sueños terribles, y que acaba de sacrificar un toro á los dioses para tenerlos propicios; dicho esto, le hace que se lave las manos en la sangre que contiene el barreño; alzan el paño, y reconoce Alejandra la cabeza de Lupericio juntamente con el cuerpo hecho tajadas. Vase Acoreo, y envía á Orilo su criado con un puñal, un cordel y una ponzoña para que Alejandra escoja lo que mas le convenga; toma el veneno y se lo bebe; Orilo avisa á Acoreo que viene inmediatamente para ver morir á la reina; ella le dice mil injurias, se parte la lengua con los dientes, se la escupe al rostro, y muere. Suena rumor de guerra; Orilo cuenta al rey que Ostilo y Rémulos han amotinado al pueblo; Acoreo se dispone á la defensa; aparécese el alma de Tolomeo y le anuncia próxima muerte. *Jornada tercera.* Sitado Acoreo en el castillo degüella con su espada á vista del auditorio unos niños (no se sabe cuántos) hijos de los principales ciudadanos de Méntis, y tira las cabezas á los sitiadores. Dado el asalto se rinde el castillo; Orilo y Fabio matan á Acoreo y llevan la cabeza á Orodante, el cual los manda morir por traidores. La princesa Sila se asoma á una torre; Orodante le dice desde abajo que está ena-

morado de ella, y le ruega que le admita por esposo; Sila le dice que suba; él va en efecto lleno de dulces esperanzas, y cuando llega á abrazarla, cae muerto á puñaladas por ella; hecho esto y viendo la princesa que los parciales de Orodante van subiendo á la torre, y que no le quedan medios para la fuga, se precipita de la torre abajo. La tragedia vuelve á presentarse; recuerda á los espectadores la moralidad de la fábula, y pide aplauso.

Esta pieza es aun peor que la antecedente, porque á la irregularidad de su plan y á la inverosimilitud de sus atroces caracteres y situaciones, se añade mayor desaliño en el estilo y en los versos: tan mala es que Lampillas no se atrevió á disculparla en su *Ensayo apologético*, no obstante haber aplicado todo su ingenio sofístico á defender los desaciertos de la *Isabela*. Sedano y Signorelli hablaron con imparcialidad de estas dos piezas en el *Parnaso español* y en la *Historia de los teatros* (40).

1583.

163. «Tragedia. La Filis.» No ha visto la luz pública todavía: si llegase á parecer seria de desear hallarla menos imperfecta que las otras dos, y mas digna de los elogios que á todas tres prodigó Cervantes.

Lupericio Leonardo de Argensola nació en Barbastro, de noble familia, en el año de 1565: estudió juntamente con su hermano Bartolomé, y en sus obras líricas manifestó su mucho talento, su erudicion y delicado gusto. Fué secretario de la emperatriz Maria de Austria, gentilhombre de cámara del archiduque Alberto, y coronista de Aragon. Pasó á Nápoles con su familia y su hermano, sirviendo al lado de don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, la secretaría de estado y guerra de aquel vireinato; allí murió en el año de 1615. Sus composiciones poéticas corren impresas con las de Bartolomé, y unas y otras son de lo mejor que han producido las musas españolas. Tenia veinte años cuando en el de 1585 se representaron en Zaragoza y en Madrid las tragedias de que se ha hecho mencion, pero no se imprimieron entonces. Sedano en la citada coleccion de *El Parnaso español*, tomo vi, da mas larga noticia de la vida y circunstancias de este poeta, y á él se debe la publicacion de la *Isabela* y la *Alejandra*, que hasta su tiempo estuvieron desconocidas.

1586.

164. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. «Comedia de la Amaranta ó la de Mayo.» Es una de las veinte ó treinta comedias que compuso el autor antes del año de 1578.

1586.

165. «Comedia de El Bosque amoroso.» Pertenece á la misma época, y solo nos ha quedado la noticia de su título.

1587.

166. «Comedia de la única y bizarra Arsinda.» Nada se sabe tampoco acerca de esta comedia. Cervantes hizo mencion de ella como de las otras.

1587.

167. «Comedia la Confusa.» De esta comedia dijo su autor que podia tener lugar por buena entre las mejores de capa y espada que hasta entonces se habian representado, y en otra parte dijo tambien hablando de sí:

Soy por quien la Confusa, nada fea,  
Pareció en los teatros admirable,  
Si esto á su fama es justo que se crea.

Tales elogios (aunque en boca del mismo autor) hacen muy probable que si no era una composicion excelente, seria á lo menos la mejor de todas las comedias que dió al teatro. Las que imprimió en el año de 1615 no pertenecen al presente catálogo (41).

(40) Don Eugenio de Ochoa reprodujo tambien la *Isabela* en su apéndice á los *Orígenes de Moratin*.

(41) Citaremos sus títulos, siquiera para que no se confundan las de

Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares en el año de 1547, y murió en Madrid en el de 1616. Estudiante en la corte, soldado en Lepanto, cautivo en las prisiones de Arjel, soldado otra vez en Portugal y en las islas Azores; papelista, recaudador, pretendiente desatendido, escritor ingenioso, ameno y elegante, en una palabra, autor del *Quijote*; vivió en habitual pobreza, y lleno de años, de achaques, de obligaciones, de pundonor y de justos resentimientos, dejó muriendo á su patria ingratisima una acusacion de que no han podido sincerarla los esfuerzos tardios con que la posteridad ha querido honrar su memoria. En el siglo anterior se ocuparon en reunir y publicar las noticias de su vida algunos beneméritos literatos, y entre ellos Mayans, Rios y Pellicer. Después de ellos don Martin Fernandez de Navarrete ha dado á luz con el auxilio de nuevos documentos la vida de aquel célebre novelista: obra de mucha erudicion, que ha merecido justamente el aprecio de los aficionados al estudio de nuestra historia literaria, y de cuantos admiran el ingenio y los escritos del inmortal Cervantes.

1587.

168. GABRIEL LASO DE LA VEGA. «Tragedia. La honra de Dido restaurada.» Se infiere por el titulo que el autor, siguiendo el ejemplo de Virués, se atuvo á la historia co-

una y otra época, entre las cuales hay treinta años de distancia. Las impresas en 1614 son el *Gallardo español*, la *Casa de los celos*, los *Baños de Arjel*, el *Rufán dichoso*, la *Gran sultana*, el *Laberinto de amor*, la *Entretenida* y *Pedro de Urdemalas*; y además ocho entremeses, que son: el *Juez de los divorcios*, el *Rufán viudo*, la *Eleccion de los alcaldes de Daganzo*, la *Guarda cuidadora*, el *Vizcaino fingido*, el *Retablo de las maravillas*, la *Cueva de Salamanca* y el *Viejo celoso*. En 1624 se imprimió otro entremés suyo, titulado *Los dos Habladores*.

munmente recibida de aquella reina, apartándose de la fliccion de Virgilio.

1387.

169. «Tragedia de la destruccion de Constantinopla.» No he visto esta pieza ni la anterior. Montiano dió noticias de entrambas; se imprimieron en Alcalá de Henares, año de 1587, en una coleccion intitulada: *Romancero de Gabriel Laso de la Vega*.

Poca noticia se conserva de este autor; solo se sabe por lo que dice don Nicolas Antonio en su Biblioteca, que fué natural de Madrid, que además del libro citado ya, publicó un poema épico, intitulado *Cortés valeroso ó la Mejicana*, y que tambien escribió otras obras elocuentes é históricas, de las cuales la mayor parte quedó manuscrita (42).

«Entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas..... y si algunos (que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito á la mitad de lo que él solo.»—(Cervantes.)

(42) Desde la aparicion de Juan de la Cueva, en 1569, hasta la de Lope de Vega, en 1588, hay, como hemos observado en otra nota al discurso histórico, muchos autores dramáticos de la misma escuela, á mas de los que cita Moratin. Formar una lista de ellos y de sus producciones seria obra larga, y en este momento no podría salir de nuestras manos ni aun medianamente completa, pues exige un estudio particular, tanto mas difícil cuanto incierta es la época de la publicacion ó representacion de muchas de estas piezas, antes ó después del año en que se ha fijado la linea divisoria. Don Eugenio de Ochoa, en su citado apéndice, nos ha dado la *Enemiga favorable*, del canónigo Tárraga; el *Mercader amante*, de Gaspar de Aguilar; los *Mal casados de Valencia*, de Guillen de Castro, y el *Celoso*, de don Alonso Uz (Vaz) de Velasco, admirable imitador de la *Celestina*, en argumento y en lenguaje.



# ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

COLECCION DE PIEZAS DRAMATICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA.

## RODRIGO DE COTA.

### DIALOGO.

(Obra de Rodrigo Cota á manera de diálogo entre el Amor y un Viejo, que escarmentado de él, muy retraído se figura en una huerta seca y destruida, do la casa del placer derribada se muestra, cerrada la puerta en una pobrecilla choza metido, al que súbitamente pareció el Amor con sus ministros, y aquel humildemente procediendo, y el Viejo en áspera manera replicando, van discurrendo por su fabla, hasta que el Viejo del Amor fué vencido.)

VIEJO.

Cerrada estaba mi puerta:  
¿A qué vienes, por dó entraste?  
Di, ladrón, ¿por qué saltaste  
Las paredes de mi huerta?  
La edad y la razón  
Ya de tí me han libertado;  
Deja el pobre corazón  
Retraído en su rincón  
Contemplar cuál le has parado.  
La beldad de este jardín  
Ya no temo que la halles,  
Ni las ordenadas calles,  
Ni los muros de jazmín,  
Ni los arroyos corrientes  
De vivas aguas potables,  
Ni las albercas y fuentes,  
Ni las aves productientes  
Los cantos tan consolables.  
Ya la casa se deshizo  
De sutil labor estraña,  
Y tornóse esta cabaña  
De cañuelas de carrizo.  
De los frutos hice truecos  
Por escaparme de tí,  
Por aquellos troncos secos,  
Carcomidos, todos huecos,  
Que parescen cerca mí.  
Sal del huerto, miserable,  
Ve á buscar dulce floresta,  
Que tú no puedes en esta  
Hacer vida deleitable.  
Ni tú ni tus servidores  
Podeis bien estar conmigo;  
Que aunque estén llenos de flores,  
Yo sé bien cuántos dolores  
Ellos traen siempre consigo.

AMOR.

En tu habla representas  
Que no me has bien conocido.

VIEJO.

Sí, que no tengo en olvido  
Cómo hieres y atormentas.

AMOR.

Escucha, padre, señor,  
Que por nial trocaré bienes,  
Por ultrajes y desdenes  
Quiero darte grande honor:  
A tí, que estás mas dispuesto  
Para me contradecir;  
Así tengo presupuesto  
De sufrir tu duro gesto,  
Porque sufras mi servir.

VIEJO.

Habla ya, di tus razones,  
Di tus enconados quejos,  
Pero dímelos de lejos,  
El aire no me inficiona;  
Que según sé de tus nuevas,  
Si te llegas cerca mí,  
Tú farás tan dulces pruebas,  
Que el ultraje que ahora llevas  
Ese lleve yo de tí.

AMOR.

Comunmente todavía  
Han los viejos un vecino,  
Enconado, muy malino,  
Gobernado en sangre fría;  
Llámanse melancónia,  
Amarga conversacion;  
Quien por tal extremo guía  
Ciertamente se desvía  
Lejos de mi condicion.  
Mas después que te he sentido  
Que me quieres dar audiencia,  
De mi miedo muy vencido,  
Culpado, despavorido,  
Se partió de tu presencia.  
Este moraba contigo  
En el tiempo que me viste,  
Y por esto te encendiste  
En rigor tanto conmigo.  
Donde mora este maldito  
No jamás hay alegría,  
Ni honor, ni cortesía,  
Ni ningún buen apetito.  
Pero donde yo me llevo  
Todo mal y pena quito,  
De los hielos saco fuego,  
Y á los viejos meto en juego,  
Y á los muertos resucito.  
Yo compongo las canciones,  
Yo la música suave,  
Yo demuestro al que no sabe  
Las sutiles invenciones;  
Yo hago volar mis llamas  
Por lo bueno y por lo malo,  
Yo hago servir las damas,  
Yo las perfumadas camas,  
Golosinas y regalo.  
Visito los pobrecillos,  
Huello las casas reales,  
De los senos virginales  
Sé yo bien los rinconcillos;  
Mis pibuelas y mis lonjas  
A los religiosos atan;  
No lo tonen por lisonjas,

Sino ve, mira las monjas,  
Verás cuán dulce me tratan.  
Yo hago las rugas viejas  
Dejar el rostro estirado,  
Y sé como el cuero atado  
Se tiene tras las orejas,  
Y el arte de los ungüentos  
Que para esto aprovecha;  
Sé dar cejas en las frentes,  
Contrahago nuevos dientes  
Do natura los desecha.  
Yo las aguas y lejías  
Para los cabellos rojos,  
Aprieto los miembros flojos,  
Y do carne en las encías;  
A la habla tremulenta,  
Turbada por senectud,  
Yo la hago tan exenta,  
Que su tono representa  
La forma de juventud.  
En el aire mis espuelas  
Fieren á todas las aves,  
Y en los muy hondos concaves  
Las reptillas pequenuelas.  
Toda bestia de la tierra  
Y pescado de la mar  
So mi gran poder se encierra,  
Sin poderse de mi guerra  
Con sus fuerzas amparar.  
Pues que ves que mi poder  
Tan luengamente se estiende,  
Do ninguno se defiende,  
No le pienses defender;  
Y á quien á buena ventura  
Tienen todos de seguir,  
Recihe, pues que procura  
No hacerte desmesura,  
Mas de muerto revivir.

VIEJO.

Maestra lengua de engaños,  
Pregonero de tus bienes,  
Dime agora: ¿por qué tienes  
So silencio tantos daños?  
Que aunque mas doblado seas  
Y mas pintes tu deleite,  
Estas cosas do te arreas  
Son deformes caras feas,  
Encubiertas del afeite.  
Y como te glorificas  
En tus deleitosas obras,  
¿Por qué callas las zozobras  
Do lo vivo mortificas?  
Di, maldito: ¿por qué quieres  
Encobrir tal enemiga?

Sábelo que sé quién eres,  
Y si tú no lo dijeres  
Que está aquí quien te lo diga.  
El libre haces cautivo,  
Al alegre mucho triste,  
Do niugun pesar consiste  
Pones modo pensativo;  
Tú ensuciaste muchas camas  
Con aguda llama fuerte,  
Tú mancillas muchas famas,  
Y tú haces con tus llamas  
Mil veces pedir la muerte.  
Tú hallas las tristes yerbas  
Y tú los tristes potajes,  
Tú mestizas los linajes,  
Tú limpieza no conservas,  
Tú doctrinas de malicia,  
Tú quebrantas lealtad,  
Tú con tu carnal colidicia  
Tú vas contra pudicia  
Sin freno de honestidad.  
Tú nos metes en bollicio,  
Tú nos quitas el sosiego,  
Tú con tu sentido ciego  
Pones alas en el vicio.  
Tú destruyes la salud,  
Tú rematas el saber,  
Tú haces en senectud  
La hacienda y la virtud  
Y el autoridad caer.

AMOR.

No me trates mas, señor,  
En contino vituperio,  
Que si oyeres mi misterio  
Convertirlo has en loor.  
Verdad es que inconveniente  
Alguno suelo causar,  
Porque del amor la gente  
Entre frio y muy ardiente  
No saben medio tomar.  
Bazen es muy conocida  
Que las cosas mas amadas  
Con afan son alcanzadas  
Y trabajo en esta vida.  
La mas deleitosa obra  
Que en este mundo se cree  
Es do mas trabajo sobra,  
Que lo que sin él se cobra  
Sin deleite se posee.  
Siempre uso de esta astucia  
Para ser mas conservado,  
Que con bien y mal mezclado  
Pongo en mi mayor acucia;  
Y revuelto allí un poquito  
Con sabor de algun rigor

El deseo mas incito,  
Que amortigua el apetito  
El dulzor sobre dulzor.  
Por ende si con dulzura  
Me quieres obedescer,  
Yo haré reconocer  
En ti muy nueva frescura;  
Ponerte he en el corazon  
Este mi vivo alborozo,  
Serás en esta ocasion  
De la misma condicion  
Que eras cuando lindo mozo.  
De verdura muy gentil  
Tu huerta renovaré,  
La casa fabricaré  
De obra rica y sutil,  
Sanaré las plantas secas  
Quemadas por los friores;  
En muy gran simpleza pecas,  
Viejo triste, si no truecas  
Tus espinas por mis flores.

VIEJO.

Allégate un poco mas;  
Tienes tan lindas razones,  
Que sofrirte he que me encones  
Por la gloria que me das.  
Los tus dichos alcahuetes,  
Con verdad ó con engaño,  
En el alma me los metes  
Por lo dulce que prometes  
De esperar en todo el año.

AMOR.

Abracémonos entramos  
Desnudos, sin otro medio,  
Sentirás en ti remedio  
Y en tu huerta frescos ramos.

VIEJO.

Vente á mí, mi dulce Amor,  
Vente á mis brazos abiertos;  
Ves aquí tu servidor  
Hecho siervo de señor,  
Sin tener tus dones ciertos.

AMOR.

Hete aquí bien abrazado;  
Dime: ¿qué sientes agora?

VIEJO.

Siento rabia matadora,  
Placer lleno de cuidado,  
Siento fuego muy crecido,  
Siento mal y no lo veo,  
Sin rotura estoy herido;

No te quiero ver partido,  
Ni apartado de deseo.

AMOR.

Agora verás, don Viejo,  
Conservar la fama casta;  
Aquí te veré do basta  
Tu saber y tu consejo.  
Porque con soberbia y riña  
Me diste contradicion,  
Seguirás estrecha liña  
En amores de una niña  
De muy duro corazon.  
Amarás mas que Macias,  
Hallarás esquividad,  
Sentirás las plagas mias  
Fenesciendo viejos dias  
En ciega cautividad,  
Viejo triste entre los viejos,  
Que de amores te atormentas,  
Mira cómo tus artejos  
Parescen sargas de cuentas,  
Y las uñas tan crecidas,  
Y los piés llenos de callos,  
Y tus carnes consumidas,  
Y tus piernas encogidas  
Cuales son para caballos.  
Amargo viejo, denuesto  
De la humana natura,  
¿Tú no miras tu figura  
Y vergüenza de tu gesto?  
¿Y no ves la lijereza  
Que tienes para escalar?  
¿Qué donaire y gentileza!  
¿Y qué fuerza y qué destreza  
La tuya para justar!  
¿Quién te viese entremetido  
En cosas dulces de amores,  
Y venirte los dolores  
Y atravesarse el gemido!  
Depravado y obstinado,  
Deseoso de pecar;  
Mira, malaventurado,  
Que te deja á ti el pecado,  
Tú no le quieres dejar.

VIEJO.

Pues en ti tuve esperanza,  
Tú perdona mi pecar;  
Gran linaje de venganza  
Es las culpas perdonar.  
Si del precio del vencido  
Del que vence es el honor,  
Yo de ti tan combatido  
No seré flaco, caído,  
Ni tú fuerte, vencedor.

*Esta composicion, segun la pone Moratin, se halla indudablemente incompleta. En las ediciones antiguas tiene por lo menos ciento cincuenta versos mas, que en nada desmerecen. Nos reservamos reproducirla íntegra en el tomo correspondiente al teatro español anterior á Lope de Vega.*



## JUAN DE LA ENCINA.

## EGLOGA.

(Representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antruejo, ó carnestollendas), adonde se introducen cuatro pastores llamados Beneito é Bras, Pedruelo é Lloriente; é primero Beneito entró en la sala, donde el duque é duquesa estaban, é comienzó mucho á dolerse é acuitarse, porque se sonaba que el duque su señor se habia de partir á la guerra de Francia, é luego tras él entró el que llamaban Bras, preguntándole la causa de su dolor, é después llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Lloriente, que les ayudó á cantar.)

BENEITO.

¡Oh triste de mí, cuitado,  
Lacerado!  
Noramala acá nascí;  
¿Qué sera, triste de mí,  
Desdichado?  
Ya no hay buzia, mal pecado

BRAS.

¡Ah! Beneito del Collado,  
¿Dónde vas?

BENEITO.

Miefé, miefé, miefé, Bras,  
De muerte voy debrocado.

BRAS.

Debrocado ya y mortal.

BENEITO.

E aun bien tal.

BRAS.

En mal hora é en mal punto;  
Dome a Dios que estas difunto.

BENEITO.

¡Ay! zagal,  
No sabes aun bien mi mal.

BRAS.

Tu gesta bien da señal  
De muy malo.

BENEITO.

Ya mas seco estoy que un palo,  
Que es mi mal mas desigual.

BRAS.

¿E de qué se te achacó?

BENEITO.

No faltó;  
De cuido, grima y cordojo.

BRAS.

Asino que debe ser ojo.

BENEITO.

Miefé, no;  
Dese mal no peco yo.

BRAS.

¿Desde cuándo te tomó  
Tu accidente?

BENEITO.

Desde que primeramente  
Una nueva se sonó.  
E tal nueva descutir  
Es morir.  
Yo siempre llanteo é cramo;  
Que se suena que nuestramo  
Se quiere á las Francias ir.

BRAS.

Eso yo lo oi decir  
Por muy cierto,  
Antes mucho de mes muerto,  
E que el marzo ha de partir.

BENEITO.

Dime, Bras, ¿qué sentiremos  
Si lo vemos,  
Que se parte é que nos deja?  
Cuando un poco que se aleja  
Ya creemos  
Que del todo nos perdemos.

BRAS.

Miefé, Beneito, roguemos  
Por su vida,  
Que forzada es la partida,  
Por mas que nos quillotremos.

BENEITO.

¡Ah! no praga á Dios contigo,  
E aun conmigo,  
Si has de salir verdadero.

BRAS.

¿E tú dudas, compañero?  
Yo me obligo  
Ser verdad lo que te digo.

BENEITO.

¡Ay de mí! tan sin abrigo  
Mi ganado,  
No quiere pacer bocado,  
Aunque lo lance en el trigo.

BRAS.

¡Oh qué casta tan aguda,  
La res muda  
Sentir el mal de su dueño!

BENEITO.

Mi ganado en verme el ceño  
Se demuda  
Como persona sesuda.

BRAS.

Beneito, no pongo duda,  
Que bien siento  
Que sentirás gran tormento  
En quillotranza tan cruda.

BENEITO.

Tan cruda dices, é cuanto  
Yo me espanto  
Como no soy muerto ya.  
En pensar que se nos va  
Ya no canto;  
Mi cantar es todo llanto.

BRAS.

Júrote á sant Pedro santo  
Que lo creo;  
Tan deslumbrado te veó  
Que me pones gran quebranto.

BENEITO.

Quebranto malo nos vino  
¡Ay! mezuino.

BRAS.

¡Oh cuán desalmados sos!  
Roguemos por él a Dios  
De continuo,

Por que lleve buen camino:  
Que donie á Dios que magino,  
Si él va allá,  
Que muy gran vitoria habrá,  
Que es muy diestro é de gran tino.

BENEITO.

Eso yo te lo aseguro,  
E aun te juro  
Donde fuere su pendon,  
Que no falte corazon  
Huerte é duro,  
Cual es fortaleza é muro.

BRAS.

E aun con eso, no me curo  
Que se vaya  
Donde gran vitoria traya  
Por su gran esfuerzo puro.  
E aun ahotas quel conierte  
De tal suerte  
La gente de su rebaño,  
Que en las Francias haga daño;  
Donde acierte  
No es menester otra muerte.  
Digo hey,  
Tiene gran cariño al rey,  
E el rey le quiere muy huerte.  
E por él se nos destierra  
A la guerra;  
Allá volará su fama.

BENEITO.

Acá quedará nuestrama  
En esta tierra,  
Donde todo el bien se encierra.

BRAS.

Asmo que en toda la sierra  
Hasta agora  
Nunca se vió tal señora.

BENEITO.

Quien eso no cree yerra.

BRAS.

Miefé yerra, é aun te digo  
Como amigo,  
Que de lo que mas me pesa,  
De nuestrama la duquesa,  
Que me obligo  
Que sienta gran desabrigo.

BENEITO.

¡Ah! no pese á sant Rodrigo,  
Que con eso  
Ya no tengo solo un bueso  
Que tenga salud conmigo.  
Todo, todo me desnuelo  
Con gran duelo,  
Trasjado de cordojos,  
Hago laguna mis ojos  
Sin consuelo:  
Llanteando me desvelo,  
Allastrado por el suelo  
De pesar,

No me puedo levantar  
A poder hacer un pelo.

BRAS.

Calla, calla, dolorido,  
Pan perdido:  
Huzía en Dios que no se irá.  
Pedruelo nos lo dira,  
Si es venido,  
Que hoy al mercado era ido.

BENEITO.

Por amor de Dios te pido  
Anda, Bras,  
Llámale, corre, verás  
Cuál habrá nuevas oído.

BRAS.

Que me praxe, juro á mi,  
Guarda aquí.  
¡Ah! Pedruelo, ¿estás acá?

PEDRUELO.

Acá estoy; asmo que ha.

BRAS.

¿Qué de tí?  
Fuístete, que no te vi.

PEDRUELO.

Pues bien tarde me partí  
Del ganado.

BRAS.

¿Hoy ha sido buen mercado?

PEDRUELO.

Bueno, miefé, pues vendi.

BRAS.

¿Qué llevabas de vender?  
Ora ver.

PEDRUELO.

Tres gallos é dos gallinas;  
Traje puerros é sardinas  
Por comer  
El domingo á mi prazer.

BRAS.

Tal estaba  
Que no se me percordaba  
La cuaresma que ha de ser.

BENEITO.

Así te vea logrado;

Pues que vienes del mercado,  
Tú me da  
De las nuevas que hay allá.

PEDRUELO.

Miefé, dicen que estará,  
Si á Dios praz,  
Ya Castilla é Francia en paz,  
Que ninguna guerra habrá.

BENEITO.

¿No habrá guerra? dí, mozueto,  
Dí, Pedruelo.

PEDRUELO.

No, que Dios anda en medio,  
E él quiere enviar remedio  
Desde el cielo.  
No tengas ningun rescelo,  
Toma, toma gran consuelo  
Que te prega.

BENEITO.

Yo te mando una borrega  
De las que andan al majuelo;  
Pues me das nueva tan buena,  
Por estrena  
Te la mando, si no mientes.

PEDRUELO.

Dícenlo todas las gentes:  
Ya se suena,  
Toda la villa está llena.

BENEITO.

Hasme dado buena cena;  
Buenos ramos  
Hahremos con nuestros amos,  
Si Dios las paces ordena.

PEDRUELO.

Yo lo doy por ordenado,  
Dios loado.

BENEITO.

Loado sea Jesús,  
Ruega, ruégaselo tú  
Con cuidado,  
Que eres zagal sin pecado,  
Da cramor acelerado  
Con hemencia.

PEDRUELO.

¡Oh señor! por la cremencia  
Danos tiempo paciaguado.

BRAS.

Todos, todos nos juntemos  
Y cramemos  
Al Señor muy reciamente.

BENEITO.

Ves, allí viene Lloriente.

PEDRUELO.

Comencemos.

BRAS.

No comiences, esperemos;  
Ven, Lloriente, cantaremos.

LLORIENTE.

Que me praz.

BENEITO.

Roguemos á Dios por paz.

LLORIENTE.

Miefé, Beneito, roguemos.

VILLANCICO.

Roguemos á Dios por paz,  
Pues que de él solo se espera,  
Qué es la paz verdadera.

El que vino desde el cielo  
A ser la paz en la tierra,  
El quiera ser desta guerra  
Nuestra paz en este suelo  
El nos dé paz é consuelo,  
Pues que dél solo se espera,  
Qué es la paz verdadera.

Mucha paz nos quiera dar  
El que á los cielos da gloria.  
El nos quiera dar vitoria  
Si es forzado guerrear,  
Mas si se puede escusar,  
Dénos paz muy placentera,  
Qué es la paz verdadera.

Si guerras forzadas son,  
El nos dé tanta ganancia,  
Que á la flor de lis de Francia,  
La venza nuestro Leon;  
Mas por justa peticion  
Pidamosle paz entera,  
Qué es la paz verdadera.



## EGLOGA.

(Representada en recuesta de unos amores, adonde se introduce una pastorcita llamada Pascuala, que yendo cantando con su ganado entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é luego después de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerilla, é estando en su recuesta, llegó un escudero que tambien fué preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro, se la sonsacó é se tornó pastor por ella.)

MINGO.

Pascuala, Dios te mantenga.

PASCUALA.

Norabuena vengas, Mingo.  
Hoy que es día de domingo,  
¿No estás con tu esposa Menga?

MINGO.

No hay quien allá me detenga.  
Quel cariño que te tengo  
Me pone un quejo tan luengo.  
Que me acosa que me venga.

PASCUALA.

¡Eh! no praga á Dios contigo,  
E aun con tu esposa Menguilla:  
¿Cómo dejas tu esposilla  
Por venirte aca conmigo?

MINGO.

Soncas, soncas, ¿no te digo  
Que eres zagala tan bella  
Que te quiero mas que á ella?  
Dios lo sabe, ques testigo.

PASCUALA.

Miefé, Mingo, no te creó  
Que de mí estés namorado;  
Pues eres ya desposado,  
Tu querer no lo deseo.

MINGO.

¡Ay Pascuala! que te veo  
Tan lozana y tan garrida,  
Que yo te juro a mi vida  
Que deslumbra si te oleo.  
E porque eres tan hermosa  
Te quiero: mira, verás,  
Quiereme, quiereme mas,  
Pues por ti dejo á mi esposa;  
E toma, toma esta rosa  
Que para ti la cogí,  
Aunque no curas de mí,  
Ni por mí se te da cosa.

PASCUALA.

¡Oh qué chapados olores!  
Mingo, Dios te dé salud,  
E goces la juventud  
Mas que todos los pastores.

MINGO.

E tú dasme mill dolores:  
Dame, dame una manija,  
O siquiera esa sortija  
Que traya por tus amores.

PASCUALA.

Tirte, tirte allá, Minguillo,  
No te quillotes de vero;  
Hete viene un escudero,  
Vea que eres pastorcillo;  
Sacude tu caramillo,  
E tu hondijo é tu cayado;  
Haz que aballas el ganado,  
Silba, hurria, da grutillo.

ESCUADERO.

Pastora, sálvete Dios.

PASCUALA.

Dios os dé, señor, buen día.

ESCUADERO.

Guarda Dios tu galanía.

PASCUALA.

Escudero, así haga á vos.

ESCUADERO.

Tienes mas gala que dos  
De las de mayor beldad.

PASCUALA.

Esos que sois de cibdad  
Perchufais huerte de nos.

ESCUADERO.

Deso no tengas temor.  
Por mi vida, pastorcica,  
Que te hago presto rica  
Si quieres tener mi amor.

PASCUALA.

Esas trónicas, señor,  
Alla para las de villa.

ESCUADERO.

Vente conmigo, carilla,  
Deja, deja ese pastor.  
Déjale, que Dios te vala,  
No te pene su penar,  
Que no te sabe tratar  
Segun requiere tu gala.

MINGO.

Estate queda, Pascuala,  
No te engañe ese traidor  
Palaciego, burlador,  
Que ha burlado otra zagala.

ESCUADERO.

Hideputa, avillanado,  
Grosiero, lanudo, brusco.

MINGO.

¡Ah! no praga Dios con vusco,  
Porque venís muy pendado.

ESCUADERO.

Cura allá de tu ganado,  
Calla si quieres, matiego.

MINGO.

Perque sois muy palaciego  
Presumis de corcovado:  
¿Cuidáis que los aldeanos  
No sabemos quebrajarnos?  
No penseis de sobajarnos  
Esos que sois cibdadanos,  
Que tambien tenemos manos  
E lengua para dar motes,  
Como aquesos hidalgotes  
Que presumis de lozanos.  
Anda aca, Pascuala, vamos,  
No paremos, ques ya tarde.

ESCUADERO.

Por vida de quien... Aguarde,  
Porque mas nos entendamos.

PASCUALA.

Espera, Mingo, veamos.

ESCUADERO.

¡Oh! ¡bendita tal zagala!  
Yo te doy mi fe, Pascuala,  
Que no nos desavengamos.  
Pénasme por solo verte,

E con tu vista me aquejas;  
Si tú te vas é me dejas,  
Muy presto veras mi muerte:  
No me trates de tal suerte,  
Pues que yo te quiero tanto.

MINGO.

Júrote á sant Junco santo  
Que la quiero yo mas huerte.

ESCUADERO.

¿Qué aprovecha tu querer,  
Que no tienes que le dar?  
Que la fe é el bien amar  
En las obras se ha de ver.

MINGO.

Yo te juro á mi poder  
Que le dé yo mill cosicas,  
Que aunque no sean muy ricas,  
Serán de bell parecer.

ESCUADERO.

Díme, pastor, por tu fe,  
¿Qué's lo que tú le darás,  
O con qué la servirás?

MINGO.

Con dos mill cosas que sé.  
Yo, mi fe, la serviré  
Con tañer, cantar, bailar,  
Con saltar, correr, luchar,  
E mill dones le daré.  
Daréle buenos anillos,  
Cercillos, sargas de prata,  
Buen zucco, buena zapata,  
E manguitos amarillos;  
Manto, saya, sobresaya  
E alfardas con sus orillas,  
Almendrillas é manillas,  
Para que por mí las traya.  
E frutas de mill maneras  
Le daré desas montañas,  
Nueces, bellotas, castañas,  
Manzanas, priscos é peras,  
Dos mill yerbas comederas,  
Cornezuolos, botijinas,  
Piés de burro, zapatinas,  
E gavanzas é acederas.  
E aun daréle pajarrillas,  
Codornices é zorzales,  
Jergueritos é pardales,  
Pegas, tordos, tortolillas.  
¿Cómo no te maravillas?

ESCUADERO.

Calla, calla, que es grosiero  
Todo cuanto tú le das:  
Yo le daré mas é mas,  
Porque mas que tú la quiero.

MINGO.

Miefé, señor escudero,  
Ella diga quién le agrada,  
E de aquel sea adanada,  
Aunque yo la amé primero.

ESCUADERO.

Pláceme que sea así,  
Pues que quieres que así sea,  
E luego, luego se vea  
Antes que vamos de aquí;  
E tú mesmo se lo di,  
Porque después no te quejes;

Mas cumple que me la dejes  
Si dice que quiere á mi.

MINGO.

Asi te mantenga Dios,  
Pascuala, que tú nos digas,  
E por la verdad te sigas,  
A cuál quieres mas de nos.

PASCUALA.

Míefe, de vosotros dos,  
Escudero, mi señor,  
Si os quereis tornar pastor,  
Mucho mas os quiero á vos.

ESCUDERO.

Soy contento é muy pagado  
De ser pastor ó vaquero;  
Pues me quieréis é te quiero,  
Quiero cumplir tu mandado.

PASCUALA.

Mi zurron é mi cayado

Tomad luego por estrena.

ESCUDERO.

Venga, venga enhorabuena,  
E vamos luego al ganado.  
E tú, Mingo, no te espantes,  
Descordoja tu cordeojo,  
Aunque tengas gran enojo,  
Ruégote que te levantes;  
No te aquejes ni quebrantes,  
Pues que tan buen zagal eres,  
Seamos, si tú quisieres,  
Amigos mejor que de antes.

MINGO.

Mucho me pena esta llaga  
Cuando bien bien me percato;  
Mas pues ya sois de este ható,  
Buena pro, señor, os haga.  
Ya muy poco espacio vaga:  
Quedad si quereis quedar,  
Que yo voy á repastar.

ESCUDERO.

Vamos todos, Dios te praga.

VILLANCICO.

Repastemos el ganado:

Hurrialá,  
Queda, queda, que se va.  
Ya no es tiempo de majada,  
Ni de estar en zancadillas:  
Salen las siete cabrillas,  
La media noche es pasada  
Viénese la madrugada:  
Hurrialá,  
Queda, queda, que se va.  
Queda, queda acá el vezado,  
Hélo va por aquel cerro;  
Arremete con el perro,  
E arrójale tu cayado,  
Que anda tan desmandado:  
Hurrialá,  
Queda, queda, que se va.  
Del ganado derreniego,  
E aun de quien guarda tal ható,  
Que siquiera solo un rato  
No quiere estar en sosiego,  
Aunque pese ora á sant Pego:  
Hurrialá,  
Queda, queda, que se va.



## ANONIMO.

## EGLOGA.

## PERSONAS.

TORINO.  
GUILLARDO.  
QUIRAL.

BENITA.  
ILLANA.

TORINO.

¡Oh grave dolor! ¡oh mal sin medida!  
¡Oh ansia rabiosa, mortal de sufrirse!  
Ni puede callarse, ni osa decirse  
El daño que acaba del todo mi vida.  
Mi pena no puede tenerse escondida,  
La causa no sufre poder publicarse,  
Ni para decirse, ni para callarse,  
Ni entrada se halla ni tiene salida.  
Conténtate agora, amor engañoso,  
Pues todos tus fuegos con tanto furor  
Encienden y abrasan de un pobre pastor  
Sus tristes entrañas sin darme reposo.  
Bien te podrás llamar vitorioso  
Venciendo un vencido que quiso vencerse,  
De quien imposible le fué defenderse,  
Ni tú si la vieses seras poderoso.  
¡Oh triste ganado que estás sin señor  
A solas paciendo! pues solo te dejo,  
Quejarte has de mí, también yo me quejo  
Del mal que sin culpa me hace el amor.  
No plangas perder tan triste pastor,  
De quien no esperabas ya buena pastura,  
Pues él ya no espera sino desventura;  
Déjale á solas pasar su dolor.  
Agora reposo que solo me veo,  
Agora descanso en medio mis males:  
¡Oh lágrimas mías! ¡oh ansias mortales!  
¡Oh tristes sospiros con quien yo peleó!  
La vida aborrezco, la muerte no veo,  
Que aun esa me niega su triste venir,  
Y trueca el matarme con darme el vivir,  
Por no complacer mi triste deseo.

GUILLARDO, TORINO.

GUILLARDO.

¡Oh! doilas á fuego que juras tamañas,  
Como este pastor descubre que siente;  
Yo nunca vi en otro que estando doliente  
Dijese que se arden en él sus entrañas.  
Yo creo que tiene heridas estrañas:  
Qué, ¿querrán del todo con yerbas matallo?  
Quiero buscar quien venga á curallo,  
Si puedo hallarle por estas cabañas.  
Quizá le ha mordido un perro dañado,  
Ó cualquier animal ó lobo rabioso,  
Pues da tales vuelcos, ni tiene reposo,  
Y está de los ojos tan ciego y turbado.  
No ve do los deja zurrón ni cayado,  
Verdita la yesca, quebrado el rabel.  
¿O es el demonio que anda con él?  
¿O cualquier desastre que tiene el ganado?  
¡Oh! dolo á Dios y cómo no siente:  
Mayor es que sueño aqueste su mal.  
Allí me parece que viene Quiral,  
Que le es gran amigo, y aun cabo pariente.  
Quiero llamalle, zagal es valiente.  
Oyes, Quiral, allégate acá.

QUIRAL, GUILLARDO, TORINO.

QUIRAL.

Miefé, Guillardo, yo ya me iba allá,  
Que bien ha buen rato que lo tengo en miente.

GUILLARDO.

Pues yo te he llamado para hacerte ruego  
Que vengas á ver tu amigo Torino,  
Que aquí le he hallado tan fuera de tino,  
Que dice que se arde en llamas de fuego.

QUIRAL.

Quizá habrá perdido ó choto ó borrego,  
Y está maldiciendo la res que le cria.

GUILLARDO.

No es ese el mal, Quiral, que él decla:  
Mayor es el daño de que él está ciego.  
¡Oh! sálvete Dios.

TORINO.

Vengais norabuena.

QUIRAL.

¿Qué sientes, Torino, que gimes tan huerte?

TORINO.

Siento, pastores, el mal de la muerte,  
Y esta no llega por darme mas pena;  
Pasion me combate, razon me condena,  
Dolor me fatiga, tristeza me aqueja,  
Querria sanar, querer no me deja,  
Los males son míos, la causa es ajena.

QUIRAL.

¿De qué desesperas? ¿Has algo sembrado  
Que piensas perdello, ó quizá no nazca?  
¿O has miedo que falte lugar donde pazca  
En estos ejidos tu poco ganado?

TORINO.

No es ese, pastor, mi grave cuidado;  
Mas verme penado de muerte borrado,  
De mano de quien me tiene aborrido,  
Y así desespero de ser remediado.

GUILLARDO.

Ahotas que pienso que tu mal oteo,  
Y dudo que creo que es mal de amorio;  
Dale al demonio tan gran desvario,  
Que mata la vida su solo deseo.

TORINO.

Mayor es el daño, Quiral, que poseo;  
Que en todos los males que sufro y consiento  
Fallece esperanza y crece tormento,  
Y en todos los medios remedio no veo.  
Guillardo, Guillardo, mi mal es que adoro  
De amor á Benita, porque es mi señora:  
Mi vida la quiere, mi alma la adora,  
Y ella me trata peor que á un moro.

GUILLARDO.

¡Oh! Dome á Dios, ¿y agora lo ignoro?  
Eso que dices querencia se llama  
Cuando algun zagal vos dice que ama;  
Ya yo lo sabia, mia fe, de coro.  
Pues héla aquí viene la que así te mata,  
Con otra zagala que se anda tras ella;  
Levanta, Torino, y vamos á ella  
Por bajo estas matas, pues no se da cata;  
Y pues que te quejas que ansina te trata,

Abúrrela un tiro con este mi dardo.

TORINO.

¡Ay! no plegue á Dios, amigo Guillardó,  
Que yo la merezca tocar su zapata.

BENITA, ILLANA, TORINO, GUILLARDO,  
QUIRAL.

BENITA.

¿Qué estais ahí hablando á solas, pastores,  
Que así embebecidos estais razonando?

TORINO.

Mis males, señora, estamos contando,  
Que vos los haceis ser siempre mayores.

BENITA.

Torino, Torino, tú no te enamores  
En parte do nunca se sientan tus males;  
Que busques y sirvas tus pares iguales,  
Y allí verás tarde alcanzar favores.

TORINO.

Mis ojos que han sido la puerta y escala  
Por do la hermosura hirió con sus tiros,  
Estos me han hecho, señora, serviros.  
Lo que no merezco mi pena lo iguala.  
Si causa no tengo, razen no me vala,  
Pues que yo no quiero que mi mal merezca  
Sino que querais que yo le padezca,  
Que tal intencion por cierto no es mala.  
Y pues que virtud en todo os es guía,  
Valer, merecer y mucha nobleza,  
No useis conmigo de tanta cruexa  
Porque es imposible mudar mi porfia.  
Consejo no quiero, remedio querria  
De vos, mi señora, de quien yo le espero,  
En veros doler de verme que muero,  
Y es vuestra la culpa, la pena es la mia.

BENITA.

A mí no me place tu mal por mi vida,  
Así como dices segun se te antoja;  
Tu pena y servicio en todo me enoja,  
Pues déjate de ello, y tenerme has servida.  
A esto que digo razen me convida,  
Y mi honestidad que da inconvenientes;  
Que nunca yo mire el mal que tú sientes,  
Porque aunque mas sea mi estado lo olvida.

TORINO.

Si tal fantasia me juzgan ser loca,  
Mas loco seria quien tal me juzgase,  
Que si con mis ojos te vieses y mirase  
Veria que es justo mi vida ser poca;  
Que no puede menos, señora, mi boca  
Hacer que no diga del mal la ocasion,  
Y aunque ella quisiese trocar la razon,  
El fuego de dentro la causa provoca.

BENITA.

Pues créeme, pastor, y haz lo que digo,  
Y quédate adios con tu compañía.

TORINO.

Miefé, Benita, imposible seria,  
Que aunque aquí me dejas allá voy contigo,  
Y tú aunque te vas, aquí estás conmigo,  
Que siempre en mis ojos tu figura esta.  
Benita está aquí, Torino está allá;  
Si esto no crees la obra es testigo.

TORINO, QUIRAL, GUILLARDO.

GUILLARDO.

Escucha, Quiral, yo nunca tal ví;  
Benita se es ida, Illana con ella,  
El se está aquí, diz que va con ella,  
La otra está allá, y diz que está aquí.  
Dios me defienda y me libre de tí.  
¿No eres Torino? Aquí te ha dejado.

TORINO.

Mi cuerpo dejó, mi alma ha llevado,  
Que estando con ella no parte de mí.

QUIRAL.

Que no morirás: ¿qué estás ahí diciendo?  
Que amor aunque mate no acaba la vida,  
Y aunque su pena no tiene medida,  
A aquel que mas mata le deja viviendo.

TORINO.

Yo eso que dices bien claro lo entiendo,  
Porque esa razon es muy verdadera;  
Mas es que morir, contino que muera,  
Penando en la vida, mil muertes sufriendo.

QUIRAL.

Mándeme Illana, pues que es tan hermosa,  
Que nunca la vea ni nunca la huya;  
Si quiere matarme, ¿mi vida no es suya?  
Y si ella la mata será venturosa.  
¿Pues no te parece que es bien poderosa  
Benita, que puede mandarte que mueras?  
Pues sirve, Torino, que nunca debieras  
En toda tu vida hacer otra cosa.

VILLANCICO.

Nunca yo pensé que amor  
Con sus amores,  
De amor matase pastores.  
Tras galanes palaciegos  
Yo pensé que siempre andaba,  
Y no pensé que mataba  
Los pastores ni matiegos;  
Mas do van tras sus horregos,  
Veo que con su dolor  
Les da dolores  
Con que los mata de amores.  
Con su nombre falso engaña  
Que parece que no es nada,  
Y de majada en majada,  
Y de cabaña en cabaña  
Va con su engañosa maña  
Prometiéndolo su favor,  
Y sus favores  
Matan después los pastores.



## BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO.

## COMEDIA HIMENEA.

## PERSONAS.

HIMENEO.  
MARQUES.  
FEBEA.  
DORESTA.

BOREAS.  
ELISO.  
TURPEDIO.  
CANTORES.

## JORNADA PRIMERA.

HIMENEO, BOREAS, ELISO.

HIMENEO.

Guarda Dios, señora mía,  
Vuestra graciosa presencia  
Mi sola felicidad;  
Aunque es sobrada osadia  
Sin tomar vuestra licencia  
Daros yo mi libertad.  
Pero en mi primer miraros  
Tan ciego de amor me ví,  
Que cuando miré por mí  
Fué tarde para hablaros,  
Hasta agora  
Que de mí sois ya señora.  
Habeisme muerto de amores,  
Y dejaisme aquí en la plaza  
Donde publique mis yerros;  
Como aquellos cazadores  
Que desque matan la caza  
La dejan para los perros.  
Donde quiera que me halle  
Diré siempre que es mal hecho,  
Pues yo vos guardo en mi pecho,  
Vos me dejéis en la calle.  
Bien me viene  
Que sin culpa muera y pene.

BOREAS.

¿Aun agora comenzamos,  
Y tantos duelos tenemos?

HIMENEO.

¿Qué hablas allá, villano?

BOREAS.

Digo, señor, que nos vamos,  
Que mañana tornaremos,  
Y quizá con mejor mano.

HIMENEO.

Mas vame por la vihuela,  
Quizá diré una canción  
Tan envuelta en mi pasión,  
Que todo el mundo se duela,  
Sino aquella  
Que dolor no cabe en ella.

BOREAS.

No podrás, señor, tañer,  
Porque le falta la prima,  
Y están las voces gastadas.

HIMENEO.

No cures, hazla traer,  
Que el dolor que me lastima  
Las tiene bien concertadas.

BOREAS.

Aunque te sepa enojar  
Haremos bien de nos ir.

HIMENEO.

¿Y es tiempo de ir á dormir?

BOREAS

Y aun hora de levantar.

HIMENEO.

Calla, loco,  
Que en mis males sabes poco.

BOREAS.

Sepas que estás en error,  
Si tan grosero me hallas  
Como tú me certificas;  
Pues de cierto sé, señor,  
Que con la pena que callas  
Es nada cuanto publicas.  
Y si mueres por tal dama  
Tienes muy justa querella,  
Pues otros mueren sin vella  
Que se ahogan en su fama,  
Con decir  
Que es la vida bien morir.

ELISO.

Dile de eso y medraremos.

HIMENEO.

¿Qué hablas allá entre dientes,  
Alinabacen de negligencia?

ELISO.

Que presto lo llevaremos  
Con los otros inocentes  
A la casa de Valencia.

HIMENEO.

No medre quien te vistió.  
¿Y á quién tienes de llevar?  
Tú de mí debes hablar.

ELISO.

Vos lo decís, que no yo.

HIMENEO.

¡Oh borracho,  
Mal criado es sin empacho!

ELISO.

Mas, señor, pues que así es,  
Tu señora provea  
Que ninguno aquí te halle;  
Porque su hermano el marqués  
De la señora Febea  
Visita mucho esta calle;  
Trae muy buenos criados,  
Y tú los tienes mejores.  
Remega de los amores,

No vamos descalabrados.

HIMENEO.

Yo me quedo;  
Vayase quien les ha miedo.

ELISO.

Si quieres, señor, probar  
Cuanto miedo les tenemos,  
Y saber cuánto nos tienen,  
Anda, vete á reposar;  
Nosotros nos quedaremos  
A respondelles si vienen.

HIMENEO.

Pues catad que esteis velando  
Porque vernán mas de dos.

ELISO.

Vengan diez, cuerpo de Dios,  
Que no se irán alabando.

BOREAS.

Ya viniesen,  
Con tal que no nos huyesen.

HIMENEO.

Mientras no os enojaren  
No los corrais por agora,  
Que sería inconveniente;  
Sino que si bravearen,  
Por amor de mi señora  
Los espanteis solamente.

ELISO.

Ve con Dios, deja hacer,  
Que de todo les pornemos.

BOREAS.

Habla paso, y acordemos  
Lo que mas es menester.

HIMENEO.

Digo, Eliso,  
Haz que estés sobre el aviso.

BOREAS, ELISO.

ELISO.

Muy modorro sois, amigo,  
Porque yo me sé guardar  
De los peligros mundanos.

BOREAS.

A la fe que estas conmigo.  
Hagamos por vos salvar  
Como dos buenos hermanos.  
Huigamos de esta congoja,  
Y apartémonos del mal;  
Que á la fe todo lo al  
Es andar de mula coja.

ELISO.

Pues sabrás

Que agora te quiero mas.

BOREAS.

Bien tengo que te decir  
De una cierta amiga mia  
Que se deshace por mi;  
Pero por no te mentir,  
Yo tengo en la fantasia  
Que no estamos bien aqui.

ELISO.

Pues no temamos, par Dios,  
Aunque en tus cosas hablemos,  
Que si nada sentiremos  
Bien corremos todos dos.

BOREAS.

No sé nada,  
Mas si la calle es tomada....

ELISO.

No temas, aunque eso sea,  
Que por las casas caidas  
Nos iremos con la luna,  
Y sin que nadie nos vea  
Salvaremos nuestras vidas,  
Y sin deshonra ninguna.

BOREAS.

Voto á Dios, que has dicho bien,  
Y que alabo tu razon,  
Pero mira aquel canton  
Que parece no sé quien.

ELISO.

Ven seguro,  
Que era la sombra del muro.

BOREAS.

Mira bien á cada parte.

ELISO.

Ya lo tengo bien mirado,  
Y es asi como te digo.

BOREAS.

Pues de mí puedo jurarte  
Que no me habia quedado  
Gota de sangre conmigo.

ELISO.

Pierde agora esos temores  
Si no has perdido el correr,  
Y hazme tanto placer  
Que me cuentes tus amores;  
Mientras vemos,  
Que partir no nos debemos.

BOREAS.

Pues que, hermano, tu deseo  
Mis cosas saber desea,  
La verdad de ellas es esta:  
Quando nuestro amo Himeneo  
Se enamoró de Febea,  
Yo de su sierva Doresta.  
Y es tan hermosa doncella,  
Tanto gentil criatura,  
Que su ama en hermosura  
Puede bien vivir con ella;  
Mas es tal  
Que la juzgan sin igual.

ELISO.

¿Hasta hablado algun día?  
¿Cómo sabes que te quiere?  
Guarda, no pises abrojos.

BOREAS.

Sin hablalla juraria  
Que por verme pena y muere,  
Si no me mienten los ojos.

Yo confio  
Que es su querer cual el mio.

ELISO.

¿Y no has leído aquel testo,  
Que maldito debe ser

Hombre que en hombre se fia?  
Pues si verdades es aquesto,  
Quien se fiase en mujer  
Muy mas maldito seria.  
A la fe para gozallas  
Y no perderse tras ellas,  
Oíllas y no creéllas,  
Sacudíllas y dejállas.  
No lo digo  
Porque las soy enemigo.

BOREAS.

Mucho tienes de grosero;  
Bien parece, Eliso hermano,  
Que aun no te conoce amor;  
Que pensarías primero  
Que no está mas en su mano  
Del verdadero amador.  
Porque aquel que pena y muere,  
Si bien ama, y es así,  
No puede hacer de sí  
Sino lo que amor quisiere,  
Desdeque dió  
Su libertad á quien vió.  
Por ende no hables mas  
En juzgar vidas ajenas,  
Pues das á muchos molestia;  
Que si no quieres querrás,  
Y penarás si no penas,  
Y caerás de tu bestia.  
Pornás en amor tu fe  
Y alabarás sus fatigas,  
Por mucho que agora digas  
De esta agua no beberé;  
Que por damas  
Honramos vidas y famas.

ELISO.

Boreas, hermano mio,  
Recia cosa es la razon  
Contra lenguas desarmadas,  
Y dicen que es desvario  
Dar coces al aguijon  
Y á la carreta peruadas.  
Acuerda si nos iremos,  
Que será bien que nos vamos,  
Y tambien que proveamos  
En buscar qué almorzaremos.

BOREAS.

Nunca he gana  
De almorzar por la mañana.

MARQUES, TURPEDIO.

TURPEDIO.

¿Quién va allá? ¿Jugais de piés?  
Tornad un poco, galanes,  
Y llevareis que contar.

MARQUÉS.

Turpedio.

TURPEDIO.

Señor.

MARQUÉS.

¿Quién es?

TURPEDIO.

No sé cuántos rufianes  
Que andaban á capear.

MARQUÉS.

Mas si los has conocido,  
Guarda no fuese Himeneo.

TURPEDIO.

Par Dios, señor, no lo creo,  
Porque no ovieran huido.

MARQUÉS.

Antes, cierto,  
Huye de ser descubierto.

TURPEDIO.

Puede ser, mas aqui viene  
Cada noche y cada día

Con músicas y alboradas.

MARQUÉS.

Si esa presuncion él tiene,  
Voto á la Virgen Maria,  
Yo le ataje las pisadas.

TURPEDIO.

Déjale, señor, hacer,  
Que es usanza del palacio,  
Y es un modo de solacio  
Festejar y dar placer,  
Y un deporte  
Sin el cual no hay buena corte.

MARQUÉS.

Bien me place el festejar,  
Mas no en mi casa, par Dios,  
La verdad hora hablando,  
Porque tras de este cantar  
Yo sé bien que mas de dos  
Se quedan después llorando.

TURPEDIO.

Bien siento do van tus flechas.  
No temas aunque eso sea;  
Que la señora Febea  
No es de esas que tú sospechas.  
¿Qué doncella,  
Para burlarse con ella!

MARQUÉS.

Tocaremos á la puerta  
Por ver qué hace siquiera;  
No nos vamos sin hablalle.

TURPEDIO.

No estará, señor, despierta;  
Seria cosa grosera  
Dar voces hora en la calle.

MARQUÉS.

¿Pues dónde iremos agora?

TURPEDIO.

Vamos por la silleria,  
Que presto será de día  
Y abrirá aquella señora,  
Y aun haremos  
Que nos dará que almorcemos.

MARQUÉS.

No nos debemos partir,  
Que á esta hora suelen dar  
Las músicas y alboradas;  
Y si aquel ha de venir,  
No puede mucho tardar;  
Oigamos sus badajadas.

TURPEDIO.

Si que no vienen campanas  
En las músicas que ordenan.

MARQUÉS.

Vernán badajos, que suenan  
Maitines por las mañanas.

TURPEDIO.

Sin mentir  
Por nos se puede decir.  
Porque ha diez horas, señor,  
Que andamos por la cibdad  
Sonando como badajos,  
Y cogemos poco honor,  
A decirte la verdad,  
De aquestos vanos trabajos.  
Bien es un poco por ende  
Pasear sobre la cena,  
Y es usanza justa y buena,  
Para mancebos se entiende;  
Lo demas  
Va muy fuera de compás.

MARQUÉS.

Pues yo te diré que sea.  
Vámonos hora a dormir  
Lo que queda hasta el día:



Quédese con Dios Febea,  
Mañana podré venir  
A tentar su fantasía.

## JORNADA SEGUNDA.

HIMENEO, BOREAS, ELISO,  
CANTORES.

BOREAS.

No hay nadie.

HIMENEO.

Habla llamando:

Mira que tengo sospecha  
Que aun estan por ahí.

BOREAS.

Yo los ví, señor, cantando  
Por esta calle derecha,  
Buen rato lejos de aquí.

HIMENEO.

Pues, sus, buen hora es aquesta  
Si no duermen mis amores;  
Haz llegar esos cantores,  
Y demos tras nuestra fiesta.

ELISO.

Aquí vienen.

HIMENEO.

Llámalos. ¿Qué se detienen?

ELISO.

Caminad. ¿Qué estais parados?

HIMENEO.

Callando, cuerpo de Dios,  
¿Qué voces son hora aquestas?

ELISO.

Pues si los tengo llamados  
Una vez y mas de dos,  
¿Helos de traer aquestas?

HIMENEO.

No corrompas mis placeres.  
Por mi fe que nos oigamos;  
Aquí solo no riñamos,  
Y en casa cuanto quisieres.

CANTOR PRIMERO.

¿Qué haremos?

HIMENEO.

Señores, que comencemos.

CANTOR PRIMERO.

Acaba con esos trastes.

CANTOR SEGUNDO.

Calla pues tú, majadero.

CANTOR PRIMERO.

¿Cómo sobras de cortés!  
¿Diremos lo que ordenastes?

HIMENEO.

Sí, bien. La cancion primero,  
Y el villancico después.

Pero yo os ruego por tanto  
Que vaya la cosa tal,

Que se descubra mi mal  
En vuestras voces y canto:  
Por ventura

Se aliviara mi tristura.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Tan ufano está el querer  
Con cuantos males padescer,  
Que el corazon se enloquesce  
De placer  
Con tan justo padescer.

## OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

CANTOR PRIMERO.

La pena con que fatigo  
Esme tan favorecida,  
Que de envidiosa la vida  
Ya no quiere estar conmigo.  
Ella se quiere perder:  
Vuestra merced lo meresce.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Y el corazon se enloquesce  
De placer  
Con tan justo padescer.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Es mas preciosa ventura  
Vuestra pena  
Que cualquiera gloria ajena.

CANTOR SEGUNDO.

La pena que vos causais,  
Los suspiros, el tormento,  
Con vuestro merescimiento  
Todo lo glorificais.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Mas codiciosa dejais  
Vuestra pena  
Que cualquiera gloria ajena.

CANTOR PRIMERO.

Los que nunca os conocieron  
Penarán por conoceros,  
Y los que gozan de veros  
Porque mas antes no os vierón.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Que por mayor bien tuvieron  
Vuestra pena,  
Que cualquiera gloria ajena.

HIMENEO.

No mas, señores, agora,  
Dejemos para otro día;  
Poco y bueno es lo que place.  
Tambien porque esta señora  
Se paró á la gelosia,  
Quiero saber lo que hace.

CANTOR PRIMERO.

Vamos.

CANTOR SEGUNDO.

Vamos.

HIMENEO.

Id con Dios.

HIMENEO, BOREAS, ELISO, FEBEA.

BOREAS.

Ce, señor, buen tiempo tienes.

HIMENEO.

¡Oh mayor bien de los bienes!  
Es mi bien.

FEBEA.

Mas quién sois vos?

HIMENEO.

Quien no fuese,  
Ni mas un hora viviese.

FEBEA.

No os entiendo, caballero.  
Si merced quereis hacerme,  
Mas claro habeis de hablarme.

HIMENEO.

Y aun con eso solo muero,  
Que no quereis entenderme  
Si no entender en matarme.

FEBEA.

Cómo os llamais os demando.

HIMENEO.

Por las llamas que me dais,  
Del fuego que me causais  
Lo podeis ir trasladando.

FEBEA.

Gentilhombre,  
Quiero saber vuestro nombre.

HIMENEO.

Soy el que en veros me veo  
Devoto para adoraros,  
Contrito para quereros.  
Soy aquel triste Himeneo,  
Que si no espero gozaros  
No quisiera conoceros,  
Porque en ser desconocida  
Me matais con pena fuerte,  
Sabiendo que de mi muerte  
No podeis ser bien servida;  
Pero sea,  
Pues por vos tambien se emplea.

FEBEA.

Bien me podeis perdonar  
Que, cierto, no os conocia.

HIMENEO.

Porque estoy en vuestro olvido.

FEBEA.

En otro mejor lugar  
Os tengo yo todavia,  
Aunque pierdo en el partido.

HIMENEO.

Yo gano tanto cuidado  
Que jamás pienso perdello,  
Sino que con merescello  
Me paresce estar pagado;  
Pues padezco  
Menos mal del que merezco.

FEBEA.

Gran compasion y dolor  
He de ver tanto quejaros,  
Aunque me place de oiros,  
Y por mi vida, señor,  
Querria poder sanaros  
Por tener en qué serviros.

HIMENEO.

Ojalá pluguiese á Dios  
Que querais como podeis,  
Porque mis males saneis,  
Que esperan á sola vos.

FEBEA.

Dios quisiese  
Que en mi talgracia cupiese.

HIMENEO.

Esa y todas juntamente  
Caben en vuestra bondad,  
Pues os hizo Dios tan bella;  
Pero de esta solamente  
Tengo yo necesidad,  
Aunque soy indigno de ella.

FEBEA.

Mas merescéis que pedis,  
Aunque lo que es no sé;  
Mas de grado lo haré  
Si puedo como decís,  
Pero he miedo  
Que sin dañarme no puedo.

HIMENEO.

Pláceme, señora mía,  
Que me habeis bien entendido;  
No os quiero mas detener;  
Vuestra misma fantasía  
Vos dirá que lo que pido  
Lo compra bien mi querer.  
Y las mercedes pesadas  
Que con fatiga se hacen  
Son las que alegran y placen,  
Y las que son estimadas;  
De las cuales  
Todas las vuestras son tales.

FEBEA.

Pues si puedo complaceros,  
Aclaradme en qué manera,  
Porque tengais cosa cierta.

HIMENEO.

Que cuando viniere á veros  
En la noche venidera,  
Me mandéis abrir la puerta.

FEBEA.

Dios me guarde.

HIMENEO.

¿Qué, señora?

¿Revocaisme ya el favor?

FEBEA.

Si, porque no me es honor  
Abrir la puerta á tal hora.

HIMENEO.

No son esas  
Vuestras pasadas promesas.

FEBEA.

Pues ¿cómo quereis que os abra?  
Que en aquellos tiempos tales  
Los hombres sois descortes.

HIMENEO.

Señora, no tal palabra;  
Si quereis sanar mis males,  
No busqueis esos reveses.  
Ya sabéis que mis pasiones  
No me mandan enojaros,  
Y no debéis escusaros  
Con escusadas razones,  
De tal suerte  
Que me causais nueva muerte.

FEBEA.

No puedo mas resistir  
A la guerra que me dais,  
Ni quiero que me la deis.  
Si concertais de venir,  
Yo haré lo que mandais  
Siendo vos el que debéis.

HIMENEO.

Debo ser siervo y cautivo  
De vuestro merescimiento,  
Y así, me parto contento  
Con la merced que recibo.

FEBEA.

Id con Dios.

HIMENEO.

Señora, él quede con vos.

HIMENEO, BOREAS, ELISO.

BOREAS.

Señor, pues has conseguido  
La merced que deseaste,  
Tan conforme á tu querer;  
Cumplidos lo prometido,  
Pues sabes que nos mandaste  
Las albricias del placer.

HIMENEO.

Hermanos, de muy buen grado,  
Que es razon en todo caso.  
Toma tú el sayo de raso,  
Y tú el jubon de brocado,  
Que otro día  
Yo os daré mejor valia.

BOREAS.

Dios haya de ti memoria  
Y acreciente tu vivir  
Con honra y fama sin par,  
Y te dé tanta victoria  
Que no tengas que pedir,  
Pues no te falta que dar.

ELISO.

Yo no quiero tus brocados,

Ni consiento, ni es honesto  
Que quedes tú descompuesto  
Por componer tus criados.  
Ten cordura,  
Que tu largueza es locura.

BOREAS.

Bien dices.

HIMENEO.

No quiero yo,  
Sino daros esto y mas.

ELISO.

No queremos un cabello.

HIMENEO.

¿Por qué?

ELISO.

Señor, porque no;  
Sino aquello que nos das  
Te debes honrar con ello.

HIMENEO.

Pues callad, hermanos míos,  
Sed los que sois por entero,  
Que yo os daré, si no muero,  
Mas que ropas y atavíos;  
Que el amor  
Es de hermano y no señor.

ELISO.

Por eso, señor, tomamos  
La voluntad por el hecho  
De tu mucha cortesía;  
Mas si quieréis que nos vamos,  
Sernos ha mayor provecho,  
Porque se hace de día.  
Esta tarde tornaremos  
Yo y Boreas paseando,  
Para ver disimulando  
Con qué esperanza vernemos.

HIMENEO.

Así sea.  
Quede Dios con mi Febea.

MARQUES, TURPEDIO.

TURPEDIO.

Ce, señor, oyes que digo,  
Vestros allá do han pasado,  
Que agora parten de aquí.

MARQUÉS.

Pese al diablo conmigo  
Porque nos hemos tardado,  
Que no se fueran así.

TURPEDIO.

Déjalos, señor, andar,  
Tu señoría no pene,  
Porque la noche que viene  
No nos pueden escapar;  
Que baremos  
De modo que los tomemos.

MARQUÉS.

¿Cómo se podrá hacer  
Que si yo la noche vengo  
Pueda ver toda la fiesta?  
Porque aunque sepa perder  
La persona y cuanto tengo,  
Yo sabré qué cosa es esta.  
Y aun si le tomo con ella,  
Prometo á Dios verdadero,  
Y á fe de buen caballero,  
De matar á él y á ella;  
Que la vida  
Por la fama es bien perdida.

TURPEDIO.

Pues, señor, en conclusion  
A nos nos cumple venir  
Antes de ser prevenidos,  
Y detras de aquel canton  
Estaremos á sentir  
Sin que seamos sentidos;

Y de aquí si estás alerta  
Le podrás bien ver entrar,  
Y así podemos saltar  
Para tomalle la puerta;  
Lo demás  
Se hará como querrás.

MARQUÉS.

Pues luego bueno sería,  
Sin que mas aquí tardemos,  
Que nos vamos á comer  
Y que durmamos el día,  
Pues la noche velaremos  
Como sera menester,  
Y aun venir acompañados  
Nos sera cosa muy sana;  
Quizá vernemos por lana  
No tornemos trasquilados,  
Y por ende  
Vengamos como se entiende.

TURPEDIO.

Antes, señor, te prometo  
Que con ayuda de Dios,  
Tú y yo podemos bastar;  
Y tambien porque el secreto,  
Después que sale de dos,  
Es una cosa vulgar.  
Pues si no rescibes pena,  
Solos nos cumple venir  
Porque no des á sentir  
Si tu hermana es mala ó buena.  
Ten buen seso,  
Que su honra está en tu peso.

MARQUÉS.

Y aun por esto yo procuro  
Que aunque venga acompañado  
Me lo pague todavia.

TURPEDIO.

De aqueso yo te aseguro,  
Que ningun enamorado  
Se pagó de compañía;  
Y cuando bien la trajere  
Traerá sus dos criados,  
Que de sombras de tejados  
Huirán á cual mas pudiere.

MARQUÉS.

Ya se alcanza  
Hasta dó llega su lanza.

TURPEDIO.

Pues, señor, no nos curemos  
Ni de sus armas temamos,  
Pues que no son Anibales.  
Vengamos como debemos,  
Que nosotros dos bastamos  
Para cuatro lanzas tales.

MARQUÉS.

Bien me aconsejas por cierto,  
Yo me confio de ti.  
Pero vámonos de aquí,  
No sientan nuestro concierto;  
Que en consejas  
Las paredes han orejas.

## JORNADA TERCERA.

BOREAS, ELISO.

BOREAS.

Pues, Eliso, hermano mio,  
No te quiero ser muy luengo,  
Ni sé si te enojarás;  
Mas con lo que en ti confio  
Y el gran amor que te tengo,  
Te diré lo que oirás;  
Por eso no te receles,  
Que los buenos servidores  
Han de ser á sus señores  
Muy leales y fieles;



Mas no tanto  
Que se pongan del quebranto.  
Bien te debes acordar  
Desde ayer á lo que ereo;  
Nota bien lo que diré,  
Que no quisiste tomar  
Lo que te daba Himeneo,  
Ni yo por tí lo tomé.  
Ni me hagas entender  
Que aquella fué lealtad;  
Que es la mayor necesidad  
Que nunca te ví hacer,  
Pues perdiste  
Lo que en diez años serviste.

ELISO.

No tengas á maravilla  
Si no quise á dos por tres  
Lo que nuestro amo nos dió,  
Que cierto tengo mancilla  
De velle para quien es  
Mas pobre que tú ni yo.  
Si cuando rico se viere  
No se acordare de nos,  
Allá contará con Dios  
Cuando de estemundo fuere;  
Pues vivamos,  
Que no falta que vistamos.

BOREAS.

No das en todo el terrero,  
Ni por ahí te me escapas,  
Ni tienes razon ninguna;  
Porque es un necio grosero  
Quien puede tener dos capas  
Y se contenta con una.  
Lo que somos obligados  
Es servir cuanto podemos,  
Y tambien que trabajemos  
En que seamos pagados;  
De otra suerte  
Nuestra vida es nuestra muerte.

ELISO.

Hermano, bien te he entendido,  
Por lo cual á tu mandado  
Me ternás continuamente,  
Y aunque tengo por perdido  
Todo el tiempo que he dejado  
De te ser muy obediente;  
Y pues ya tan claras son  
Mi mentira y tu verdad,  
Confieso mi necedad  
Y alabo tu discrecion,  
Y de hoy mas  
Yo haré lo que verás.

BOREAS.

Mucho huelgo, hermano Eliso,  
Pues que repruebas el mal  
Como de buenos se espera;  
Vivamos sobre el aviso,  
Que sin duda el hospital  
A la vejez nos espera;  
Por lo cual te cumple, hermano,  
Que sin vergüenza ni miedo  
Cuando te dieren el dedo  
Que abarques toda la mano.  
Haz si puedes  
Que puedas hacer mercedes.

ELISO.

Hermano, deja hacer,  
Que no quiero mas laceria  
De la que tengo pasada;  
Y aun si rescibes placer  
Dejenos esta materia  
Porque esta bien disputada.  
Buen tiempo se nos ofrece,  
Y es cosa justa y honesta;  
Hablemos á tu Doresta  
Que á la ventana parece.

Ya la veo,  
Y es cumplido mi deseo.

BOREAS.

ELISO.

Pues anda, vela á hablar;  
Yo quedaré de esta parte,  
Y escucharé desde aquí,  
Que me conviene notar  
Cómo sabes requerearte  
Para que aprenda de tí.

BOREAS.

No te burlas aunque callo,  
Ni me tengas por grosero,  
Que en manos está el pandero  
De quien bien sabrá tocallo.

ELISO.

Ve callando,  
Que ya nos está mirando.

BOREAS, ELISO, DORESTA.

BOREAS.

Doresta, señora mía,  
Guarde Dios vuestra beldad  
Y vuestra gentil manera.

DORESTA.

Si no por la compañía,  
Yo os hablara, de verdad,  
De modo que no os pluguiera.

BOREAS.

¿Por qué, señora Doresta?

DORESTA.

Porque no me motejeis,  
Que si otra vez lo haceis  
No os placará la respuesta,  
Que aunque fea  
No tengo envidia á Febea.

BOREAS.

Señora, no os deis fatiga  
Por yo decir una cosa  
Que dirá cualquier que os viere.

DORESTA.

Boreas, ¿quereis que os diga?  
Cual me veis fea ó hermosa,  
Tal no falta que me quiere.

BOREAS.

Pluguiera, señora, á Dios  
En aquel punto que os ví,  
Que quisiera tanto á mi  
Como luego quise á vos.

DORESTA.

¡Bueno es eso!  
A otro can con ese hueso.

BOREAS.

Ensayad vos de mandarme  
Cuanto yo podré hacer,  
Pues os deseo servir,  
Siquiera porque en probarme  
Conozcáis si mi querer  
Concierta con mi decir.

DORESTA.

Si mis ganas fuesen ciertas  
De quereros yo mandar,  
Quizá de vuestro hablar  
Saldrían menos ofertas.

BOREAS.

Si mirais,  
Señora, mal me tratais.

DORESTA.

¿Cómo puedo mal trataros,  
Con palabras tan honestas  
Y por tan corteses mañas?

BOREAS.

Como ya no oso hablaros,

Que tenéis ciertas respuestas  
Que lastiman las entrañas.

DORESTA.

Por mi fe, tengo mancilla  
De veros así mortal.  
¿Morireis de aquesa mal?

BOREAS.

No sería maravilla.

DORESTA.

Pues, galán,  
Ya las toman do las dan.

BOREAS.

Por mi fe, que holgaria,  
Si como otros mis iguales  
Pudiese dar y tomar;  
Mas veo, señora mía,  
Que recibo dos mil males,  
Y ninguno puedo dar.

DORESTA.

¿Qué sabeis vos si los dais,  
Aunque no se da á entender?  
Como vos sois hacer,  
Que sin dolor os quejais.

BOREAS.

Plegue á Dios

Que mi pena pene á vos.

DORESTA.

Vos andais tras que publique  
Lo que está mejor secreto  
Para mi fama y la vuestra;  
Pues sin que mas os suplique  
No querais, pues sois discreto,  
Que haga tan loca muestra.

BOREAS.

No os quiero mas deservir,  
Pues algo pienso entenderos,  
Y tendré que agradeceros  
Si me mandardes venir  
Hora cierta,  
Que no me negueis la puerta.

DORESTA.

Tal cosa no me mandeis,  
Que modo ninguno veo  
De poder hacello así.

BOREAS.

Esta noche, si quereis,  
Cuando abrireis á Himeneo,  
Me podeis abrir á mí.

DORESTA.

Mejor vivan ella y él.  
Por eso perded cuidado,  
Que mi ama ha concertado  
Que ninguno concite con él.

BOREAS.

Pues haced  
Que me cumplais la merced.

ELISO.

Ha de ser para mañana.  
Vámonos, que eres prolijo.

BOREAS.

¿Consentís, señora, vos?

DORESTA.

Señor, si, de buena gana,  
Pues que aquel señor lo dijo.  
Id con la gracia de Dios.

BOREAS.

Y en la vuestra quede yo  
Para mi consolacion.

DORESTA.

Estad de buen corazon,  
Que Dios por todos murió.

BOREAS.

Pues, señora,  
Vos quedad mucho en buen hora.

ELISO.

Boreas, nunca creyera  
Que tanto bien alcanzabas  
En este penado oficio,  
Si por mis ojos no viera,  
Cuando a Doresta hablabas,  
Cuánto queda a tu servicio.

BOREAS.

Vamos, y no nos tardemos,  
Que nuestro amo está esperando.

ELISO.

Bien podemos ir hablando.  
Que harto tiempo tenemos.

TURPEDIO, DORESTA.

TURPEDIO.

Heso las manos, señora  
De mis secretos, por tanto,  
La muy hermosa Doresta.

DORESTA.

Señor, vengaís en buen hora.  
¿Para qué de chico santo  
Quereís hacer tanta fiesta?

TURPEDIO.

Sois así gran santo vos,  
Y en vos tal gracia hallaron,  
Que de cuantos os miraron  
Los mas os tienen por dios,  
Y no digo  
Lo que sois para conmigo.

DORESTA.

¡Oh qué gracioso venís!  
Nuestro Señor os bendiga.  
¿Sabeis mas qué me decir?

TURPEDIO.

Si á mí, señora, decís,  
Sé que me sois enemiga  
Porque os deseo servir.

DORESTA.

¿Mal lo hago todavía?

TURPEDIO.

No podeis peor hacello.

DORESTA.

Pues de hoy mas, si pienso en ello,  
Lo haré sin cortesía.

TURPEDIO.

¿Qué hareis?

DORESTA.

Rogaros que me dejeis.

TURPEDIO.

Algún enamoradillo  
Sé que esperais vos agora.

DORESTA.

Has hombre que vos en todo.

TURPEDIO.

Cierto, no me maravillo,  
Porque sois merecedora  
Del mayor que pisa lodo.

DORESTA.

No seríades mocho.

TURPEDIO.

Y aun hombre os pareceré.

DORESTA.

Dejadme por vuestra fe,  
Que no quiero vuestro empacho.

TURPEDIO.

Ni querais,  
Ni de Dios salud hayais.

DORESTA.

Pues yo vos prometo á Dios  
Que yo lo diga al marqués,  
Y quizá por vuestro daño.

TURPEDIO.

Pues si tal sale de vos,  
Yo os daré tanto mal mes  
Que nunca os falte mal año.

DORESTA.

¡Veis qué rapaz sin mesura,  
Cómo tiene presunción!

TURPEDIO.

Pues voto al fuerte Sanson  
De daros mala ventura;  
Que aquí está  
Quien de vos me pagará.

DORESTA.

Pues no te tomes conmigo,  
Que no me espantan tus motes  
Por mucho que me amenaces:  
Que si á tu amo lo digo  
Te hará dar mil azotes,  
Que es castigo de rapaces.

TURPEDIO.

Pues si alcanzarte pudiera,  
Por eso que agora dices,  
Te cortara las narices,  
Doña puerca, escopetera.

DORESTA.

Para vos.

TURPEDIO.

¡Oh! reniego, y no de Dios.

## JORNADA CUARTA.

HIMENEO, BOREAS, ELISO.

HIMENEO.

Pues agora, mis hermanos,  
Tú, Boreas, y tú, Eliso,  
Lo hablado se os refiere;  
Yo me pongo en vuestras manos,  
Ved que esteis sobre el aviso  
Mientras yo dentro estuviere.

BOREAS.

Señor, así lo haremos;  
Entra tú con mano diestra,  
Que por tu fama y la nuestra,  
Si conviene, moriremos.

HIMENEO.

Yo lo creo.

ELISO.

Tal es, señor, el deseo.

HIMENEO.

¿Será tiempo de llamar?

ELISO.

Es temprano cuanto quiera,  
Dejemos dormir la gente.

BOREAS.

Mas, señor, en tal lugar  
Quien tras tiempo tiempo espera,  
Tiempo vien que se arrepiente.

HIMENEO.

Pues luego dad aca, vamos,  
Llegad conmigo, y veremos.

BOREAS.

¿Quereis, señor, que gastemos  
Lo que los dos concertamos?  
Que Febes

Solo á tí, señor, desea.

HIMENEO.

Pues solo voy.

ELISO.

Ve con Dios.

BOREAS, ELISO.

BOREAS.

Mas vaya con el diablo.

ELISO.

No, que se va santiguando.

BOREAS.

Calla tú, cuerpo de nos;  
Cuanto yo concierto y hablo  
Tanto tú me vas gastando.

ELISO.

No hago por cierto, hermano.

BOREAS.

Pues cuando llamar queria,  
¿Por qué de gran grosería  
Bijiste que era temprano?  
Que es locura  
Esperar mala ventura.  
Porque en aquestos conciertos  
Si fuésemos afrentados  
Demorando aquí con él,  
Esperando somos muertos,  
Y huyendo, deshonrados,  
Y no sé qué fuera dél.  
Mas solos de esta manera,  
Si quisiéramos huir,  
Podemos después decir  
Una mentira cualquiera.  
Mi consejo  
Será guardar el pellejo.

ELISO.

Dejemos esta cuestion,  
Y mira que ya es entrado.

BOREAS.

¿Pues qué tienes en la mente?

ELISO.

Que me hables sin pasión,  
Y dejando lo pasado  
Hablemos en lo presente.

BOREAS.

Tengo tan poco sentido,  
Y estoy tan fuera de mí,  
Que por no me ver aquí  
No quisiera ser nascido.

ELISO.

Calla, hermano,  
Que te quejas muy temprano.

BOREAS.

¡Oh, que haga mal viaje  
Quien en tan fuerte jornada  
Y en tal congoja me mete!  
Pues hombre de mi linaje  
Nunca supo qué era espada,  
Ni broquel, ni coselete.  
Yo tambien soy mas que loco  
Por venir en tal lugar,  
Pues que no quiero matar,  
Ni que me maten tampoco.

ELISO.

Cuerdo eres,  
Hagamos lo que quisieres.

BOREAS.

Que no esperemos batalla,  
Sino que luego nos vamos  
Por no ser muertos aquí.

ELISO.

¿Pues si sale y no nos halla?

BOREAS.

No faltará qué digamos,  
Si dejas hablar a mí.



ELISO.

Pues para todo hay remedio,  
Sin porqué no nos andemos,  
Cuando algo sentiremos  
Meteremos tierra en medio.

BOREAS.

¿Qué placer!  
¿Y quien no puede correr?

ELISO.

¿Cómo no?

BOREAS.

Porque no puedo,  
Que son las armas pesadas,  
Y dejallas no osaré;  
También porque con el miedo  
Tengo las piernas cortadas,  
Que moverme no podré.

ELISO.

Pues deja, hermano Boreas,  
Las armas con que te hallas,  
Porque quizá por salvallas  
Perderás cuero y correas,  
Y verás  
Cuán sin pena correrás.

BOREAS.

Pues si las armas perdiese,  
¿Nuestro amo qué diría  
De cobarde y de judío?  
Que si escusa no tuviese  
Para dar, como cumplía,  
Me echaría en aquel río.

ELISO.

Pues si no puedes con ellas,  
Dámelas para que huyas,  
Que las mías y las tuyas  
Yo daré mal cabo de ellas.

BOREAS.

Y la capa,  
¿Qué dirán si se me escapa?

ELISO.

Para la capa ternás  
Dos mil escusas sobradas  
Para no poder salvalla,  
Que si tú quieres dirás  
Que jugando á cuchilladas  
Te fué forzado dejalla;  
Porque los hombres de guerra,  
Para poderse valer,  
Primero de acometer  
Dejan la capa por tierra.

BOREAS.

Pues espera,  
Tendréla de esta manera.

MARQUES, TURPEDIO.

TURPEDIO.

¿Quién anda ahí?

MARQUÉS.

Mueran, mueran.

¿Por dó van?

TURPEDIO.

Allá han traspuesto;  
Mas la capa irá conmigo.

MARQUÉS.

Pese á tal, si no huyeran,  
Que por ventura de presto  
Llevaran un buen castigo.

TURPEDIO

Mas, señor, ¿sabes que creo  
Que sabrás lo que deseas?  
Que esta capa es de Boreas,  
Un criado de Himeneo.

MARQUÉS.

Dí, ¿qué fué?

TURPEDIO.

Sí, señor, en buena fe.

MARQUÉS.

¿Cuántos eran?

TURPEDIO.

Solos dos;  
Y por la capa, señor,  
Son sus criados de aquel.

MARQUÉS.

Pues voto al cuerpo de Dios,  
Que queda dentro el traidor.

TURPEDIO.

Si tal es, doblen por él

MARQUÉS.

Ven acá, que es de pensar  
De qué manera haremos.

TURPEDIO.

Señor, que luego llamemos,  
Pues que nos conviene entrar.

MARQUÉS.

Ciertamente;  
Se nos irá, si nos siente.

TURPEDIO.

¿Pues quieres cosa mas cierta  
Por quitar este recelo  
Y acertar esta jornada?  
Da tú una coz á la puerta  
Que dés con ella en el suelo.  
Jugaremos de antuviada.  
Ningun temor se reciba  
Si entramos apercebidos,  
Que aun no seremos sentidos  
Cuando seremos arriba.

MARQUÉS.

Sus pues, vamos,  
Que ya sobrado tardamos.  
Dame esa capa tú á mi.

TURPEDIO.

Toma la rodela, aosadas.

MARQUÉS.

Dala acá, que bien te entiendo.

TURPEDIO.

Pues si quereis así.  
Y arrancadas las espadas  
Vamos diciendo y haciendo.

MARQUÉS.

Pues si viniere en tus manos,  
Y le pudieres coger,  
Haz que no haya menester  
Médicos ni cirujanos.

TURPEDIO.

Entra presto,  
Deja á mi hacer el resto.

## JORNADA QUINTA.

MARQUES, FEBEA, DORESTA,

TURPEDIO.

MARQUÉS.

¡Oh! mala mujer, traidora,  
¿Dónde vais?

TURPEDIO.

Paso, señor.

FEBEA.

¡Ay de mí, desventurada!

MARQUÉS.

¿Pues qué os parece, señora?  
¿Para tan gran deshonor  
Habeis sido tan guardada?

Confesaos con este paje,  
Que conviene que murais;  
Pues con la vida escusais  
Un tan antiguo linaje.  
Quiero daros,  
Que os doy la vida en mataros.

FEBEA.

Vos me sois señor y hermano  
(Maldigo mi mala suerte  
Y el día en que fui nascida),  
Yo me pongo en vuestra mano,  
Y antes os pido la muerte  
Que no que me deis la vida.  
Quiero morir, pues que veo  
Que nasci tan sin ventura;  
Gozará la sepultura  
Lo que no pudo Himeneo.

MARQUÉS.

¿Fué herido?

TURPEDIO.

No, que los piés le han valido.

FEBEA.

Señor, después de rogaros  
Que en la muerte que me dais  
No os mostreis todo crüel,  
Quiero también suplicaros  
Que pues á mí me matais,  
Que dejéis vivir á él.  
Porque segun lo atribuyo,  
Si sé que muere de esta arte,  
Dejaré mi mal aparte  
Por mejor llorar el suyo.

MARQUÉS.

Toca á vos  
Poner vuestra alma con Dios.

FEBEA.

No me queráis congojar  
Con pasion sobre pasion  
En mis razones finales;  
Dejadme, señor, llorar,  
Que descansa el corazon  
Cuando revesa sus males.

MARQUÉS.

Pues contadme en qué manera  
Pasa todo vuestro afán.

FEBEA.

Pláceme, porque sabrán  
Como muero, sin que muera,  
Por amores  
De todo merecedores.  
Doresta.

DORESTA.

Ya voy, señora.

FEBEA.

Ven acá, serás testigo  
De mi bien y de mi mal.

TURPEDIO.

Señor, es una traidora.

DORESTA.

Tú de bondad enemigo.

MARQUÉS.

Callad, hablemos en al.

FEBEA.

Hablemos como la suerte  
Me ha traído en este punto,  
Do yo y mi bien todo junto  
Moriremos de una muerte;  
Mas primero  
Quiero contar como muero.  
Yo muero por un amor,  
Que por su mucho querer  
Fué mi querido y amado,  
Gentil y noble señor,  
Tal que por su merescer

Es mi mal bien empleado,  
No me queda otro pesar  
De la triste vida mía,  
Sino que cuando podía  
Nunca fui para gozar,  
Ni gocé  
Lo que tanto deseé.  
Muero con este deseo,  
Y el corazón me revienta  
Con el dolor amoroso;  
Mas si creyera á Himeneo,  
No muriera descontenta  
Ni le dejara quejoso.  
Bien haya quien me maldice,  
Pues lo que él mas me rogaba  
Yo mas que él lo deseaba,  
No sé por qué no lo hice.  
Guay de mí!  
Que muero así como así.  
No me quejo de que muero,  
Pues soy mortal como creo;  
Mas de la muerte traidora,  
Que si viniera primero  
Que conociera á Himeneo,  
Viniera mucho en buen hora;  
Mas viniendo de esta suerte,  
Tan sin razon á mi ver,  
¿Cuál será el hombre ó mujer  
Que no le duela mi muerte,  
Contemplando  
Por qué y dónde, cómo y cuándo?  
Yo nunca hice traicion;  
Si maté, yo no sé á quién,  
Si robé, no lo he sabido;  
Mi querer fué con razon,  
Y si quise, hice bien  
En querer á mi marido,  
Cuanto mas que las doncellas,  
Mientras que tiempo tuvieron,  
Harán mal si no murieren  
Por los que mueren por ellas;  
Pues muriendo  
Dejan sus famas viviendo.

MARQUÉS.

Si temiereis el morir,  
Acordaos que en el nacer  
A todos se nos concede;  
Yo tambien oí decir  
Que es gran locura temer  
Lo que escusar no se puede.  
Y esta vida con dolor  
No sé por qué la quereis,  
Pues muriendo vivíreis  
En otra vida mejor,  
Donde están  
Los que no sienten afán.  
En este mar de miseria  
El viejo y el desbarbado  
Todos afanan á una,  
Los pobres con la laceria,  
Los ricos con el cuidado,  
Los otros con la fortuna.  
No temais esta jornada,  
Dejad este mundo ruin  
Por conseguir aquel fin  
Para que fuisteis criada;  
Mas empero  
Confesaos aquí primero.

HIMENEO, BOREAS, ELISO,  
MARQUES, FEBEA, DORESTA,  
TURPEDIO.

HIMENEO.

Caballero, no os movais.

MARQUÉS.

¿Cómo no? Mozo.

TURPEDIO.

Señor.

MARQUÉS.

Llega presto.

TURPEDIO.

Vesme aquí.

HIMENEO.

No brayeeis, si mandais.  
Callad y hareis mejor,  
Si quereis creer á mí.

MARQUÉS.

Pues ¿quién sois vos, gentilhombre?

HIMENEO.

Soy aquel que mas desea  
La honra y bien de Febea,  
Y es Himeneo mi nombre,  
Y ha de ser,  
Pues que fué y es mi mujer.

MARQUÉS.

Catad, pues sois caballero,  
No querais forzosamente  
Tomaros tal presuncion.

HIMENEO.

No quiera Dios, ni yo quiero,  
Sino muy humanamente  
Lo que me da la razon;  
Y porque con la verdad  
Se conforme mi querella,  
Hagamos luego con ella  
Que diga su voluntad,  
Y con todo  
Hágase de aqueste modo:  
Que si Febea dijere  
Que me quiere por marido,  
Pues lo soy, testigo Dios,  
Que pues la razon lo quiere  
(No perdiendo en el partido)  
Lo tengais por bueno vos.  
Pues sabeis bien que en linaje  
Y en cualquier cosa que sea,  
La condicion de Febea  
Me tiene poco ventaje;  
Y esto digo  
Porque vos sois buen testigo.

MARQUÉS.

Bien veo que sois iguales  
Para poderos casar,  
Y lo saben donde quiera;  
Pero digo que los tales  
Lo debrian negociar  
Por otra mejor manera.

HIMENEO.

Ya sé yo poner tercero  
Donde fuera menester,  
Pero si tomo mujer  
Para mí solo la quiero;  
Pues así  
Quise engañarme por mí.  
Yo, señora, pues ordeno  
Que se quede lo pasado,  
Si bien mataros quisiera,  
El hacia como bueno,  
Y le fuera mal contado  
Si de otro modo hiciera.

MARQUÉS.

No haya mas, pues que es ya fecho,  
Plegue al divino Mestas  
Que le goceis muchos dias  
Y que os haga buen provecho;  
Pues casastes  
Mejor de lo que pensastes.

HIMENEO.

Yo digo, pues que así es,  
Que vos nos tomeis las manos  
Por quitar estas zozobras;  
Y si quisiédes después,  
Seamos buenos hermanos  
Y hagamos nos las obras.

MARQUÉS.

¿Quereis vos?

FEBEA.

Soy muy contenta.

MARQUÉS.

Dad acá.

ELISO.

Gracias á Dios.

BOREAS.

Si, pues que hace por nos  
En sacarnos de esta afrenta.

MARQUÉS.

Pues veamos  
Qué será bien que hagamos.

HIMENEO.

Si vuestra merced mandare,  
Vámanos á mi posada,  
Sentirá mis ganas todas,  
Y segun allí ordenare  
Nombraremos la jornada  
Para el día de las bodas.

ELISO.

Pues antes que aqueso sea,  
Boreas y yo, señores,  
Nos damos por servidores  
A la señora Febea.

FEBEA.

Por hermanos.

BOREAS.

Besamos sus piés y manos.

ELISO.

Tambien al señor marqués  
Ofrecemos el deseo,  
Con perdon de lo pasado.

TURPEDIO.

Yo tambien, pues que así es,  
Me dó al señor Himeneo  
Por servidor y criado.

FEBEA.

Mas porque nuestros afanes  
Nos causen cumplida fiesta,  
Casemos á mi Doresta  
Con uno de estos galanes.

MARQUÉS.

¿Y con quién?

FEBEA.

Con el mas hombre de bien.

HIMENEO.

Cada cual lo piensa ser.

FEBEA.

Por cierto todos lo son.

MARQUÉS.

Pues, señora, ¿qué remedio?

FEBEA.

Que la demos á escoger;  
Porque ella tiene aficion  
A Boreas ó á Turpedio.

TURPEDIO.

Yo, señores, no la quiero.

DORESTA.

Malos años para vos.

TURPEDIO.

Pues voto al cuerpo de Dios...

MARQUÉS.

Calla, rapaz majadero.

FEBEA.

No haya mas;  
Toma tú cual mas querrás.



HIMENEO.

Yo tomo el cargo, señora,  
De casaros á Doresta  
Si se confia de mí;  
Dejémoslo por ahora.  
Vámonos, que es cosa honesta,  
No nos tome el sol aquí.

MARQUÉS.

Pues adios.

HIMENEO.

No quiero nada.

MARQUÉS.

Sí, señor.

HIMENEO.

Par Dios no vais.

MARQUÉS.

¿Per qué no?

HIMENEO.

Porque vengais  
A conocer mi posada,  
Holgaremos  
Que cantando nos iremos.

MARQUÉS.

Pláceme por vuestro amor,  
Si mi hermana vuestra esposa  
Nos hiciese compañía.

FEBEA.

Soy contenta.

HIMENEO.

Pues, señor,  
Cantemos alguna cosa  
Solamente por la vía.

MARQUÉS.

¿Qué diremos?

HIMENEO.

De la gloria  
Que siente mi corazon  
Desque venció su pasión.

MARQUÉS.

Decid victoria, victoria;  
Vencedores,  
Cantad victoria en amores.

Victoria, victoria,  
Los mis vencedores,  
Victoria en amores.

Victoria, mis ojos,  
Cantad si llorastes,  
Pues os escapastes  
De tantos enojos;  
De ricos despojos  
Sereis gozadores.  
Victoria en amores.

## LOPE DE RUEDA.

### LA CARATULA, PASO.

#### PERSONAS.

ALAMEDA, *simple.*SALCEDO, *su amo.*

#### *Campo solitario.*

ALAMEDA.

¿Acá está vuesa merced, señor mosamo?

SALCEDO.

Aquí estoy; ¿tú no lo ves?

ALAMEDA.

Pardiez, señor, á no toparos, que no le pudiera encontrar aunque echara mas vueltas que un podenco cuando se viene á acostar.

SALCEDO.

Por cierto, Alameda, que es negocio ese que no se puede creer fácilmente.

ALAMEDA.

A no creerme dijera que no estábades en vuestro juicio, pues á fe que vengo á tratar con vuesa merced un negocio, que me va mucho en mi conciencia, si acaso me tiene cilicio.

SALCEDO.

Silencio querrás decir.

ALAMEDA.

Sí, silencio será, pienso que...

SALCEDO.

Pues dí lo que quieres, que el lugar harto apartado es, si ha de haber silencio ó cosa de secreto.

ALAMEDA.

¿Hay quien nos pueda oír por aquí? Mírelo bien, porque es cosa de grande secreto, y en topetando que le topete, luego le conocerá vuesa merced como si se lo dijieran al oído.

SALCEDO.

Que te creo sin falta.

ALAMEDA.

¿Pues no m'había de creer siendo nieto de pastelero?

SALCEDO.

¿Qué hay? acabemos.

ALAMEDA.

Hable quedo.

SALCEDO.

¿Qué aguardas?

ALAMEDA.

Mas quedo.

SALCEDO.

Dí lo que has de decir.

ALAMEDA.

¿Hay quien nos escuche?

SALCEDO.

¿No te habemos dicho que no?

ALAMEDA.

Sabed que me he hallado una cosa con que podrá ser hombre, de Dios en ayuso.

SALCEDO.

¿Cosa de hallar, Alameda? Tu compañero quiero ser.

ALAMEDA.

No, no; solo me lo hallé, solo me lo quiero gozar, si la fortuna no me es adversa.

SALCEDO.

Amuestra qué te has hallado, enséñanoslo.

ALAMEDA.

¿Ha visto vuesa merced un cernícalo?

SALCEDO.

Sí, muy bien.

ALAMEDA.

Pues mayor es mi hallazgo con mas de veinte y cinco maravedís.

SALCEDO.

¿Es posible? amuestra, á ver.

ALAMEDA.

Ni sé si la venda, ni sé si lampeñe.

SALCEDO.

Amuestra.

ALAMEDA.

A paso, á paso, mirela tantico.

SALCEDO.

¿Oh desventurado de mí! ¿que todo eso era tu hallazgo?

ALAMEDA.

¿Cómo? ¿no's bueno? Pues sepa vuesa merced que viniendo del monte por leña, me la encontré junto al vallado del corralejo este diablo de bilosomia. ¿Y adónde nacen estas, si sabe vuesa merced?

SALCEDO.

Hermano Alameda, no sé qué te diga, sino que fuera mejor que se te cayeran las pestañas de los ojos antes que te aconteciera una desdicha tan grande.

ALAMEDA.

¿Desdicha es hallarse el hombre una pieza como esta?

SALCEDO.

¿Y cómo si es desdicha? No quisiera estar en tu piel por todo el tesoro de Venecia. ¿Tú conoces este pecador?

ALAMEDA.

¿Pecador es este?

SALCEDO.

Dime, Alameda, ¿no tienes noticia del santero que desollaron los ladrones la cara por roballo, Diego Sanchez?

ALAMEDA.

¿Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí, Diego Sanchez; no me puedes negar que no sea este.

ALAMEDA.

¿Qu'est'es Diego Sanchez? ¿Oh desdichada de la madre



que me parió! ¿Pues cómo no m'encontró Dios con unas arguenas de pan, y no con una cara de un desollado? Ce, Diego Sanchez, Diego Sanchez; no, no pienso que responderá por mas voces que le den. Y diga, señor, ¿qué se hicieron de los ladrones? ¿halláronlos?

SALCEDO.

No los han hallado; pero sábete, hermano Alameda, que anda la justicia muerta por saber quién son los delinquentes.

ALAMEDA.

Y por dicha, señor, ¿soy yo agora el delincuente?

SALCEDO.

Si, hermano.

ALAMEDA.

¿Pues qué me harán si me cogen?

SALCEDO.

El menor mal que te harán (cuando muy misericordiosamente se hayan contigo) será ahorcarte.

ALAMEDA.

Ahorcarme, y después echarme han á galeras, y mas yo que soy algo ahogadizo de la garganta; y así por averiguado tengo, señor, que si me ahorcasen, se me quitaría la gana del comer.

SALCEDO.

Lo que yo te doy por consejo, hermano Alameda, es que luego te vayas á la ermita de Sant Anton, y te hagas santero así como lo era el otro cuitado, y de este arte la justicia no te hará mal ninguno.

ALAMEDA.

Y dígame, señor, ¿cuánto me costará una tablilla y campanilla como aquella de aquel desdichado?

SALCEDO.

No es menester hacella de nuevo, que la del pasado santero anda vendiendo el pregonero de la villa, y se la podrás comprar; mas de una cosa tengo miedo.

ALAMEDA.

Yo de mas de doscientas. ¿Y es la suya de qué?

SALCEDO.

Que estando, solo en la ermita, te podría asombrar alguna noche el espíritu de aquel cuitadillo; pero mas vale que te asombre á tí, que no que asombres tú á otros colgado del pescuezo como podenco en barbacana.

ALAMEDA.

Y mas yo, qu'en apretándome la nuez un poco no puedo resollar.

SALCEDO.

Pues, hermano, anda presto, porque si te tardas, podría ser que topases la justicia.

ALAMEDA.

¿Y qué se ha de hacer de aquesta filomancia, ó qué es?

SALCEDO.

Esta, déjala estar, no te topen con ella.

ALAMEDA.

Pues yo me voy, ruegue á Dios que me haga buen santero; hora, sus, quedad norabuena, señor Diego Sanchez.

SALCEDO.

Agora menester será, pues le he hecho encreyente á este animalazo que está carátula es el rostro de Diego Sanchez, de hacelle una burla sobre ella, y es que yo me quiero ir á apañar con una sábana lo mejor y mas artificiosamente que pueda, y le saldre al encuentro, fingiendo que soy el espíritu de Diego Sanchez, y vereis qué burla tan concertada será esta. Sus, voilo á poner por obra.

(Bosque. Entrase Salcedo, y sale Alameda, simple, vestido como de santero, con una lumbre en la mano y una campanilla.)

ALAMEDA.

Para la lámpara del aceite, señores. Trabajosísima cosa es el hombre santero, que nunca se mantiene sino de mendrugos de pan; que no parezco sino gozque de cone-

jero, que lo matan de hambre porque cace mejor á sabor; y mas que los gozques que solia tener por amigos, como me ven con este traje me han desconocido; y como ven que de puerta en puerta ando pidiendo, y les recojo los mendrugos de pan que ellos solian tener por principal mantenimiento, así se vienen á mí las bocas abiertas, como el cuquillo á las mariposas; y lo peor de todo es que no se menea un mosquito en la ermita, cuando luego pienso que es el álma del santero desollado, y no tengo otro remedio sino, en sintiendo algo, capuzarme la cabeza debajo la ropa, que no parezco sino olla de arroz que la tapen porque no se le salga la sustancia della. Dios me despene por quien él es. Amén.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

¡Ay! llamado me han. ¿Hay quien dé por Dios para la lámpara del aceite?

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Ya son dos Alamedas. Alameda y en mitad del monte, no es por mi bien. Dios sea conmigo.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

El Espíritu Santo consolador sea conmigo y contigo. Amén. Quizás será alguno que me quiera dar limosna.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Así, así, mucho Alameda, Alameda, y después quebrarme han el ojo con una blanca.

SALCEDO.

Alonso de Alameda.

ALAMEDA.

Alonso y todo; ya me saben el nombre de pila, no es por bien esto; quiero preguntar que quién es, con dolor de mi corazon. ¿Quién sois?

SALCEDO.

¿No me conoces en la voz?

ALAMEDA.

¿Yo en la voz? ni aun querria; no os conozco si no os viese la cara.

SALCEDO.

¿Conociste á Diego Sanchez?

ALAMEDA.

El es, él es; mas podrá ser que no sea él, sino otro. Señor, conocí siete ú ocho en esta vida.

SALCEDO.

¿Pues cómo no conoces á mí?

ALAMEDA.

¿Sois vos alguno dellos?

SALCEDO.

Si soy; porque antes que me desollasen la cara...

ALAMEDA.

El desollado es, el desollado es; Dios sea con mi álma.

SALCEDO.

Porque me conozcas me quiero mostrar á tí.

ALAMEDA.

¿A mí? Yo os lo perdono; mas, señor Diego Sanchez, aguarde que pase por el camino otro que le conozca mejor que yo.

SALCEDO.

A tí soy enviado.

ALAMEDA.

¿A mí, señor Diego Sanchez? Por amor de Dios, yo me doy por vencido, y me pesa de buen corazon y de mala voluntad.

SALCEDO.

¿Qué dices?

ALAMEDA.

Estoy turbado, señor.

SALCEDO.

¿Conócesme agora?

ALAMEDA.

Ta, ta, ta; sí, señor; ta, ta, ta; ya le conozco.

SALCEDO.

¿Quién soy yo?

ALAMEDA.

Si no m'engaña, sois el santero que le desollaron la cara por roballe.

SALCEDO.

Sí soy.

ALAMEDA.

Pluguiera á Dios que nunca lo fuéradés. ¿Y no teneis cara?

SALCEDO.

Denantes solia tener cara, aunque agora la tengo pegadiza por mis pecados.

ALAMEDA.

¿Pues qué quiere agora, señor, su merced Diego Sanchez?

SALCEDO.

¿Dónde están las notomías de los muertos?

ALAMEDA.

A las sepulturas me envía. ¿Y comen allá, señor Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí; ¿por qué lo dices?

ALAMEDA.

¿Y qué comen?

SALCEDO.

Lechugas cocidas, y raíces de malvas.

ALAMEDA.

Bellaco manjar es ese por cierto. ¿Qué de purgados debéis de haber allá! ¿Y por qué me quereis llevar con vos?

SALCEDO.

Porque sin mi licencia os posistes mis ropas.

ALAMEDA.

Tómelas, tómelas, y lléveselas, que no las quiero.

SALCEDO.

Vos propio habeis de venir, y si diéredes el descargo que convenga, dejáros han que volvais.

ALAMEDA.

¿Y si no?

SALCEDO.

Quedaros heis con las notomías en las cisternas viejas. Mas resta otra cosa.

ALAMEDA.

¿Qué es, señor?

SALCEDO.

Habeis de saber que aquellos que me desollaron me echaron en un arroyo.

ALAMEDA.

Fresco estaria allí su magnificencia.

SALCEDO.

Y es menester que al punto de la media noche vais al arroyo, y saqueis mi cuerpo y le lleveis al cimiterio de Sant Gil, que está al cabo de la villa, y allí junto digais á grandes voces: Diego Sanchez.

ALAMEDA.

Y diga, señor, ¿tengo d'ir luego?

SALCEDO.

Luego, luego.

ALAMEDA.

Pues, señor Diego Sanchez, ¿no será mejor que vaya á casa por un horrico en que vaya caballero su cuerpo?

SALCEDO.

Sí, aguija presto.

ALAMEDA.

Luego torno.

SALCEDO.

Anda, que aquí os aguardo.

ALAMEDA.

Digame, señor Diego Sanchez, ¿cuánto hay de aquí al día del juicio?

SALCEDO.

Dios lo sabe.

ALAMEDA.

Pues hasta que lo sepais vos podeis aguardar.

SALCEDO.

Venid presto.

ALAMEDA.

No comais hasta que venga.

SALCEDO.

¿Ansi? aguarda, pues.

ALAMEDA.

Válame sancta María. Dios sea conmigo, que me viene siguiendo.



## EL RUFIAN COBARDE, PASO.

## PERSONAS.

SIGÜENZA, *lacayo*.  
SEBASTIANA, *mundana*.

ESTEPA, *lacayo*.

Calle.

SIGÜENZA, SEBASTIANA.

SIGÜENZA.

Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame por estenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nascidos y por nascer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

SEBASTIANA.

Que no, sino cuál hinchiría su cántaro primero á la fuente, venimos á palabras y á las manos, y habiéndome rompido una toca...

SIGÜENZA.

¡Ah, pese á la puta! ¿por qué no me ballé presente?

SEBASTIANA.

Me llamó de bordonera, piquera, y que su gervilla valía mas que todo mi linaje.

SIGÜENZA.

¡Ah putañona! como si yo no supiese que su madre fué una segunda Celestina.

SEBASTIANA.

Y amenazándola yo contigo, me dijo: váyase el ladrón desorejado...

SIGÜENZA.

Qué, ¿tal osó decir? ¡ah Dios! ¿y cómo no se hunde la tierra?

SEBASTIANA.

Que si no se huyera de la cárcel, como se huyó, le hicieran escribano real, y le pusieran en la mano una péndola de veinte y cinco palmos.

SIGÜENZA.

Tomay, si sabe de metáforas la poltronaza.

SEBASTIANA.

Y otras veinte bellaquerías que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Sigüenza.

SIGÜENZA.

Va, ya, no me digas mas. ¡Ladrón desorejado! ¿y de dónde le han nascido alas á esa lendrosilla? Déjame con ella. Pero quien viere un hombre como yo tomarse con una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

SEBASTIANA.

La sucia, como te ve con ese becoquin de orejas, y los lados rasos, átrévase á hablar, diciendo que te las cortaron por ladrón.

SIGÜENZA.

¡Ah pícara! ¿Por ladrón á mí? ¿no sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA.

Yo te creo; pero dime, señor Sigüenza, ¿cómo te liaron de ellas?

SIGÜENZA.

En el año de quinientos y cuarenta y seis, á nueve días andados del mes de abril (la cual historia se hallará hoy en día escrita en una tabla de cedro en la casa del ayuntamiento de la isla de Mallorca), habiendo yo desmentido á un coronel natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron á sacarme al campo, los nombres de los cuales eran (Dios les perdone): Campos, Piñeda, Osorio, Cam-puzano, Trillo el Cojo, Perotete el Zurdo, y Janote el Desgarrado; los cinco maté, y los dos tomé á merced.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios, qué tan gran hazaña! Mas las orejas, dime, señor, ¿cómo las perdiste?

SIGÜENZA.

A eso voy; que viéndome cercado de todos siete, por si acaso viniésemos á las manos no me biciesen presa en ellas, yo mismo (usando de ardid de guerra) me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas á uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno día murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios, qué golpe tan cruel! qué fuera si le die-ras con piedra ó con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste; ¿mas cómo dice aquella pulga que anduviste no sé qué tiempo en las galeras por ladrón?

SIGÜENZA.

¿Ladrón? ¡Ah! putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera su amigo, ó rufián por mejor decir, Estepa. ¡Ah! Estepilla, Estepilla, ¿no vendrían á tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado co-razon?

SEBASTIANA.

¿Ello es así que fuiste en galera?

SIGÜENZA.

Es la verdad que anduve en la galera bastarda contra mi voluntad no sé qué años; mas mirad qué va de ladrón á hombre vividor.

SEBASTIANA.

¿Qué llamais vividor, señor Sigüenza?

SIGÜENZA.

¿No te parece que es harta buena manera de vivir sa-lirse el hombre á la plaza de mañana, y volverse antes de mediodía con la bolsa llena de reales sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA.

Harto bueno es aqueso.

SIGÜENZA.

Catay pues por qué afrentan á un hombre de honra, y le hacen semejantes injusticias, con usar mi oficio tan

limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo pueden usar, y aun por ventura un poco mejor.

SEBASTIANA.

¿Cómo limpiamente?

SIGUENZA.

¿No te parece que es harta limpieza y destreza de manos traer cuatro ó cinco bolsas y faltriqueras á casa sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

SEBASTIANA.

Oye, que Estepa viene.

SIGUENZA.

Por tu vida ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA.

¿Para qué?

SIGUENZA.

Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

ESTEPA.

¡Ah Sigüencilla! ¿parécete bien de blasonar de quien vale mas que tu linaje, ni poner lengua tras de ninguno?

SIGUENZA.

Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?

ESTEPA.

Agradescas que estás sin espada.

SEBASTIANA.

Tómala, Sigüenza.

SIGUENZA.

Quitámela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.

ESTEPA.

Di, bellaco: ¿no te parece que esa tu mujercilla no es bastante para descalfar el chapin de la mia?

SIGUENZA.

Espérese, señor, certificarme he de ello: ¿es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA.

¿Pues no será, si en mi vida la he visto traer chapines?

ESTEPA.

Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento; y vos, don ladrón, tomá vuestra espada.

SIGUENZA.

Que no es mia, señor, que un amigo me la dejó con condicion que no riñese con ella.

ESTEPA.

Pues desdeciros, como á cobarde que sois, de lo que dijisteis delante de vuestra amiga.

SIGUENZA.

¿De qué, señor?

ESTEPA.

De que me habian azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGUENZA.

Desdecirme, no, no; no me parece cosa suficiente: ¿qué es de la espada?

SEBASTIANA.

Hela.

SIGUENZA.

Quitála de ahí no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA.

Acaba, ladrón azotado.

SIGUENZA.

¿Ladrón azotado? Sus, perdóneme, que no me quiero desdecir.

ESTEPA.

¿No? pues aguarda.

SIGUENZA.

Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si á vuestra merced le placiere.

ESTEPA.

¿De qué suerte? Veamos.

SIGUENZA.

Desta: que es muy gran verdad lo que dije como un grandísimo tacaño, y que estaba borracho y fuera de mi seso; no hay mas que tratar.

ESTEPA.

Pues mas habeis de hacer.

SIGUENZA.

Haré cuanto vuesa merced mandare.

ESTEPA.

Que me deis la espada.

SIGUENZA.

¿Cómo daré lo que no es mio, señor?

ESTEPA.

Digo que me la habeis de dar.

SIGUENZA.

Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA.

Espera, que por fin y remate habeis de recibir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzales en esas narices bien pegados.

SIGUENZA.

Señor, por amor de Dios, si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarodrigos.

ESTEPA.

Sus, arrodillaos, porque mas devotamente los recibais.

SIGUENZA.

Ya estoy, señor, arrodillado, haga de mi lo que se le antojare.

ESTEPA.

Ea, dueña, ¿qué aguardais? Dale recio.

SIGUENZA.

¡Oh! pésete á quien me vistió esta mañana.

ESTEPA.

Tené tieso ese pescuezo.

SIGUENZA.

Señora Sebastiana, *miserere mei*: pasito, no tan recio.

ESTEPA.

Bien está, dejadlo para quien es, venios conmigo.

SIGUENZA.

La moza se me lleva. ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! Igual fuera no desdecirte, y reñir de bueno á bueno con este Estepilla, y no quedaras sin honra y despojado de moza, y harto de pasarodrigos. ¡Ay narices mías, que aun me duelen! Sus, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.



## EUFEMIA, COMEDIA.

## PERSONAS.

LEONARDO, *gentil hombre.*  
 EUFEMIA, *su hermana.*  
 VALIANO, *señor de bayonías.*  
 CRISTINA, *criada.*  
 JIMENA DE PEÑALOSA, *vieja.*  
 MELCHOR ORTIZ, *simple.*  
 PAULO, *anciano criado.*

VALLEJO, *lacayo.*  
 POLO, *lacayo.*  
 EULALIA, *negra.*  
 GRIMALDO, *paje.*  
 ANA, *jitana.*  
 ACOMPAÑAMIENTO.

## ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

*Sala en casa de Leonardo.*

LEONARDO, MELCHOR.

LEONARDO.

Larga, y en demasiada manera, me ha parecido la pasada noche; no sé si fué la ocasion el cuidado con que de madrugar me acosté; sin duda debe ser así. Porque buen rato ha que Eufemia, mi querida hermana, con sus criadas siento hablar, que con el mismo pensamiento se fué á dormir, entendiendo de mí que no me pudo apartar de hacer esta jornada. Vereis que no sé si habrá tampoco hecho Melchor lo que anoche le dejé encomendado. Melchor, ¡ah! Melchor.

MELCHOR.

Aprieta, aprieta, que se entran los moros por la villa. Henci en mal punto el ringlon, si quereis que responda.

LEONARDO.

Melchor. Válgale el diablo á este asno; ¿y dónde está que no me oye?

MELCHOR.

Dizque no oigo: pardiez que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oído. Mas que monta, que tambien trato yo de mis intereses como cualquiera hombre de honra. A ese Melchor échele un soporativo, y verá cuán recio só con él.

LEONARDO.

Superlativo quieres decir, badajo.

MELCHOR.

Sí, señor. ¿Pues por qué nos barajamos ellotro día Jimena de Peñalosa é yo?

LEONARDO.

No me acuerdo.

MELCHOR.

¿No se acuerda que nos medio apuñeteamos porque me dijo en mis barbas que era mejor alcurnia la de los Peñalosas que los Ortices?

LEONARDO.

Paresce que me voy acordando ya.

MELCHOR.

¡Ah! gloria á Dios. Pues aqueso Melchor agúatele con alguna cosita al principio porque no vaya á secas, y verá lo que pasa.

LEONARDO.

Ah, señor Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Agora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?

LEONARDO.

¡Oh, mal os haga Dios! qué, ¿tantos términos habemos de tener para que salgais?

MELCHOR.

Que no lo hago en mi álima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced. Que para mi contento con un oyes me sobra tanto como la mar.

LEONARDO.

¿Pues qué se le da á ella de todo aqueso?

MELCHOR.

Que dice ella que es mejor que mi madre, con no haber hombre ni mujer en todo mi pueblo que en abriendo la boca no diga mas bien de ella que las abejas del oso.

LEONARDO.

Aqueso, de bien quista debe ser.

MELCHOR.

¿Pues de qué? En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan sola una macula.

LEONARDO.

Mácula querrás decir.

MELCHOR.

Mujer que todo el mundo la alaba. ¿No es harto, señor?

LEONARDO.

Pues no sé qué se dice por ahí de sus tranas.

MELCHOR.

No hay que decir. ¿Qué pueden decir? que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesto de su cuerpo: lo demás no fuera ella... ¿Cómo llaman aquestas de cuero que hinchén de vino, señor?

LEONARDO.

Bota.

MELCHOR.

¿No le sabe vuesa merced otro nombre?

LEONARDO.

Borracha.

MELCHOR.

Aqueso tenia tambien, que en esotro así podian fiar de ella oro sin cuento, como á una gata parida una vara de longanizas, ó de mi una olla de puchas, que todo lo ponía en cobro.

LEONARDO.

Eso es cuanto á la madre. ¿Y tu padre era oficial?

MELCHOR.

Señor, miembro dizque era de justicia en Constantina de la Sierra.

¿Qué fué?

LEONARDO.

MELCHOR.

Miente vuesa merced los cargos de un pueblo.

LEONARDO.

Corregidor.

MELCHOR.

Mas bajo.

LEONARDO.

Alguacil.

MELCHOR.

No era para alguacil, que era tuerto.

LEONARDO.

Porquero.

MELCHOR.

No valia nada para correr, que le habian cortado un pié por justicia.

LEONARDO.

Escribano.

MELCHOR.

En todo nuestro linaje no hubo hombre que supiese leer.

LEONARDO.

¿Pues qué oficio era el suyo?

MELCHOR.

¿Cómo los llaman á aqueles que de un hombre hacen cuatro?

LEONARDO.

Bochines.

MELCHOR.

Así, así, bochin, bochin, y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

LEONARDO.

Por cierto que sois hijo de honrado padre.

MELCHOR.

Pues ¿cómo dice la señora Peñalosa que puede ella vivir con mi zapato, siendo todos hijos de Adrian y Esteban.

LEONARDO.

Calla un poco, que tu señora sale, y éntrate.

## ESCENA II.

LEONARDO, EUFEMIA.

EUFEMIA.

¿Qué madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

LEONARDO.

Carísima Eufemia, querría, si Dios de ello fuere servido, comenzar hoy mi viaje y encaminarme á aquellas partes que servido fuere.

EUFEMIA.

Qué, ¿todavía estás determinado de caminar sin saber á dó? Cruel cosa es esta. Mi hermano eres, pero no te entiendo. ¡Ay sin ventura! que cuando á pensar me pongo tu determinación y firme propósito, la muerte de nuestros carísimos padres se me representa. ¡Ay hermano! acordarte debías que al tiempo que tu padre é mio murió, cránto á tí dél quedé encomendada, por ser mujer y menor que tú. No hagas tal, hermano Leonardo; ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que á tí con justicias plegarias se encomienda.

LEONARDO.

Caray amada Eufemia, no procures estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos dias ha que tengo determinado, de lo cual sola la muerte sería parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofresce es que hagas aquello que las virtuosas y sabias doncellas, que del amparo paterno han sido desposeídas y apartadas, suelen hacer; no tengo mas que avisarte, sino que do quiera

que me hallare, serás á menudo con mis letras visitada. Y por agora en tanto que yo me llevo á oír misa, harás á ese mozo que entienda en lo que anoche le dejé mandado.

EUFEMIA.

Ve, hermano, en buen hora, y en tus oraciones pide á Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

LEONARDO.

Así lo haré: queda con Dios.

## ESCENA III.

EUFEMIA, MELCHOR.

EUFEMIA.

Ortiz, Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Señora. Tomado lo han á destajo esta mañana.

EUFEMIA.

Sal aquí, que eres de menester.

MELCHOR.

Ya, ya, no me digais mas, que ya voy atinando lo que me quiere.

EUFEMIA.

Pues si lo sabeis, hacedlo y despachá, que vuestro señor es ido á oír misa, y será presto de vuelta.

MELCHOR.

No sé por dónde me lo comience.

EUFEMIA.

Con tal que se haga todo, comenzá por do querreis.

MELCHOR.

Ora, sus, ya voy en el nombre de Dios. ¿Mas sabe vuesa merced qué querría yo?

EUFEMIA.

No, si no lo dices.

MELCHOR.

Saber á lo que vó, ó á qué.

EUFEMIA.

¿Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese á acostar? Oislo, Jimena de Peñalosa.

## ESCENA IV.

EUFEMIA, MELCHOR, JIMENA.

JIMENA.

Mi ánima, entrañas de quien bien os quiere. ¡Ay! si he podido dormir una hora en toda esta noche.

EUFEMIA.

¿Y de qué, ama?

JIMENA.

Mosquitos, que en mi conciencia unas herroñadas pegan, que mal año para abejon.

MELCHOR.

Debe dormir la señora abierta la boca.

JIMENA.

Si duermo ó no, ¿qué le va al gesto de renacuajo?

MELCHOR.

¿Cómo quiere la señora que no se peguen á ella los mosquitos, si de ocho dias que tiene la semana se echa los nueve hecha cuba?

JIMENA.

¡Ay! señora, ¿parésecele á vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharon de comer gachas en mitad de mi cara? ¡Ay! plegue á Dios que en agraz te vayas.

MELCHOR.

¡En agraz! A lo menos no la podrán comprender á la señora esas maldiciones, aunque me perdone.

JIMENA.

¿Por qué, molde de bodoques?



MELCHOR.

¿Cómo se puede la señora chapa de palmito ir en agraz, si á la cantina está hecha uva?

JIMENA.

Aosadas, don mostrenco, si no me lo pagáredes.

MELCHOR.

Pase adelante la cara de mula que tiene torozon.

JIMENA.

¡Ay! señora, déjenle vuesa merced llegar á ese pailon de cocer meloja. ¿Qué le parece cuál me para el aguja de ensartar matalates? ¡Paramento de bodegon! allega, allega, canton de encrucijada, aparejo para cazar abejas-rucos.

EUFEMIA.

Paso, paso, ¿qué es esto? No ha de haber mas crianza siquiera por quien teneis delante?

**ESCENA V.**

CRISTINA Y DICHOS.

CRISTINA.

¡Ay! señora, ¿y no hay un palo para este lechonazo? Por mi salud si no parece que anda acá fuera algun juego de cañas segun el estruendo.

EUFEMIA.

En verdad que parecen continuo, estando juntos, gato y perro.

CRISTINA.

Haria mejor, á buena fe, ese señor Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres dias ha no se le cae la silla de encima.

MELCHOR.

Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices. ¿Cómo demonio se le ha de caer, si está con la gurupera y con entrambas á dos las cinchas engarrotadas?

EUFEMIA.

Librada sea yo del que arriedro vaya. ¿Parécete que es bien estar el cuartago sin quitar la silla tres dias ha? Ved con qué alientos estará para hacer jornada.

JIMENA.

Los recados del señor.

MELCHOR.

¿Qué recados? Si yo no le tuviera tan buena voluntad, ¿dejáralo estar así?

CRISTINA.

¿Y parécete á tí que procede de buen querer dejalle con la silla tres dias?

MELCHOR.

Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga yo no le dejó dormir vestido, sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene. Otro peor mal no tuviese, que esotro bien le pasaria.

EUFEMIA.

¡Ay amarga! ¿y qué?

MELCHOR.

Que desde que señor vino anteyer del alqueria, mal-dito el grano de cebada que ha probado, de todos cuantos pienso le he puesto.

EUFEMIA.

¡Jesus! Dios sea conmigo: ¿pues agora lo dices? Corre, Cristina, mira si es verdad lo que este dice.

MELCHOR.

Verdad, señora, así como yo soy hijo de Gabriel Ortiz é Arias Carraseo, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

JIMENA.

Honrados dictados tenia el señor vuestro padre.

MELCHOR.

Tal me haga á mí Dios, amén.

EUFEMIA.

Harto bien te deseas por cierto.

MELCHOR.

Señora, no se engañe vuesa merced, que en ahorcando mi padre á cualquiera, no hablaba mas el juez en ello que si nunca hubiera tocado en él.

CRISTINA.

¡Ay, señora, qué desventura tan grande! Mire vuesa merced cómo había de comer el rocín con freno y todo en la boca.

EUFEMIA.

¿Con freno?

MELCHOR.

Sí, señora, el freno, el freno.

EUFEMIA.

¿Pues con el freno le has dejado, traidor?

MELCHOR.

¿Pues he de ser yo adivinador, ó vengo yo de casta para ser tan mal criado como aqueso?

EUFEMIA.

¿Pues qué mala crianza era desenfrenar un rocín?

MELCHOR.

Si le enfrenó nostrano, ¿paréscele qu'era limite de buena crianza, y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor había hecho?

JIMENA.

La retórica como la quisiéredes, que respuesta no la de faltar.

MELCHOR.

¿Retórica? ¿Sabe que la mamé en la leche?

EUFEMIA.

¿Tan sabia era su madre del señor?

MELCHOR.

Pardiez, señora, las noches por la mayor parte en levantándose de la mesa, no había pega ni tordo en gavia que tanto chirbase.

CRISTINA.

Ay, señora, éntrese vuesa merced; remediarse ha lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir.

EUFEMIA.

Bien has dicho, entremos.

JIMENA.

Pase delante el de los buenos recados.

MELCHOR.

Vais ella, la de las buenas veces.

**ACTO SEGUNDO.****ESCENA PRIMERA.***Calle.*

POLO, VALLEJO.

POLO.

A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado; pero ¿qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra de este desesperado de Vallejo he madrugado antes de la hora que limitamos? ¡Catá que es cosa hazañosa la deste hombre, que ningun día hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa ó parte dellos en revuelta. ¡Mira hora porqué diablos se envolvió con Grimaldicos el paje del capiscal, siendo uno de los honrados mozos que hay en el pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y á cuánto alcanza su ánimo, pues presume de tan valiente.

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir en el mundo? ¿Cómo puede pasar una cosa como esta, y mas estando á la puerta de la Seo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? ¿Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nació se me quiera venir á las barbas, y que me dirán á mi los lacayos de mi amo que calle por ser el capiscol su señor amigo de quien á mí me da de comer? Así podría yo andar desnudo e ir de aquí á Jerusalem los piés descalzos y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Acá está mi compañero. ¡Ah! mi señor Polo, ¿acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

POLO.

No he visto ninguno.

VALLEJO.

Bien está, señor Polo; la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima, y tengais cuenta en los términos que llevo en mis pendencias, y si viéredes algunos muertos á mis piés (que no podrá ser menos, placiendo á la majestad divina), el ojo á la justicia en tanto que yo me doy escape.

POLO.

¿Cómo? ¿Qué tanto pecó aquel pobre mozo que os habeis querido poner en necesidad á vos y á vuestros amigos?

VALLEJO.

¿Mas quiere vuesa merced, señor Polo? Sino que llevando el rapaz la falda al capiscol su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea. ¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta que no tuviera ya docena y media de hombres puestos á hacer carne momia?

POLO.

¿Por tan poca ocasion? ¡válame Dios!

VALLEJO.

¿Poca ocasion os parece reírseme después en la cara como quien hace escarnio?

POLO.

Pues de verdad que es Grimaldicos honrado mozo, y que me maravillo hacer tal cosa; pero él vendrá y dará su descargo, y vos, señor, le perdonareis.

VALLEJO.

¿Tal decis, señor Polo? Mas me pesa que sois mi amigo, por dejaros decir semejante palabra. Si aqueste negocio yo agora perdonase, decíme vos, ¿cuál quereis que esecute?

POLO.

Hablád paso, que veisle aquí dó viene.

**ESCENA II.**

POLO, VALLEJO, GRIMALDO.

GRIMALDO.

Ea, gentiles hombres, tiempo es agora que se eche este negocio á una banda.

POLO.

Aquí estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio; y halo tomado tan á pechos que no basta razon con él.

GRIMALDO.

Hágase vuesa merced á una parte, y veamos para cuánto es esa gallinilla.

POLO.

Hora, señores, óiganme una razon, y es que yo me quiero poner de por medio; veamos si me harán tan señalada merced los dos que no riñan por agora.

VALLEJO.

Así me podrian poner delante todas las piezas de artillería que están por defensa en todas las fronteras de Asia,

Africa y Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia, y que volviesen agora á resucitar las lombardas de hierro colado con que aquel cristianísimo rey don Fernando ganó á Baza, y finalmente aquel tan nombrado galeon de Portugal con toda la canalla que lo rige, viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

POLO.

Por Dios, señor, que me habeis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuando habiades de mezclar las galeras del gran turco, con todas las demás que van de levante á poniente.

VALLEJO.

Qué, ¿no las he mezclado? pues yo las doy por embulladas; vengan.

GRIMALDO.

Señor Polo, ¿para qué tanto almacén? Hágase á una banda, y déjeme con ese ladron.

VALLEJO.

¿Quién es ladron, babosillo?

GRIMALDO.

Tú lo eres; ¿hablo yo con otro alguno?

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir? ¿que se ponga este desbarbadillo conmigo á tú por tú?

GRIMALDO.

Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú; antes con las tuyas delante del señor Polo pienso limpiar las suelas de estos mis estivales.

VALLEJO.

¡Las suelas, señor Polo! ¿Qué mas podía decir aquel valerosísimo español Diego García de Paredes?

GRIMALDO.

¿Conocistele tú, palabrero?

VALLEJO.

¿Yo, rapagon? El campo de once á once que se hizo en el Piamonte, ¿quién le acabó sino él y yo?

POLO.

¿Vuesa merced? ¿Y es cierto eso del campo?

VALLEJO.

¡Buena es esa pregunta! y aun unos pocos de hombres que allí sobraron por estar cansado, ¿quién les acabó las vidas sino aqueste brazo que veis?

POLO.

Pardiez que me parece aquello una cosa señaladísima.

GRIMALDO.

Que miente, señor Polo. Un hombre como Diego García de Paredes, ¿se habia de acompañar con un ladron como tú?

VALLEJO.

¿Ladron era yo entonces, palominillo?

GRIMALDO.

Si entonces no, agora lo eres.

VALLEJO.

¿Cómo lo sabes tú, ansarino nuevo?

GRIMALDO.

¿Cómo? ¿Qué fué aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra mas llena dello que de simiente mala?

VALLEJO.

Ya, ya sé qué es eso; á vuesa merced que sabe de negocios de honra, señor Polo, quiero contárselo, que á semejantes pulgas no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fui á Benavente á un caso de poca estofa, que no era mas sino matar cinco lacayos del conde, porque quiero que lo sepa. Fué porque habian revelado una mujercilla que estaba por mí en casa del padre en Medina del Campo.

POLO.

Toda aquella tierra sé muy bien.



VALLEJO.

Después que ellos fueron enterrados, y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodiciéme de un manto de un clérigo y unos manteles de casa de un hodegonero donde yo solia comer, y cogíome la justicia, y en justo y en creyente, etc. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora, ¿fáltame á mí de comer en casa de mi amo para que use yo de aquesos tratos?

GRIMALDO.

Suso, que estoy de priesa.

VALLEJO.

Señor Polo, aflójenme vuesa merced un poco aquestas ligagambas.

POLO.

Aguarde un poco, señor Grimaldo.

VALLEJO.

Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

POLO.

¿Está agora bien?

VALLEJO.

Agora méteme una nómina que hallará al lado del corazon.

POLO.

No hallo ninguna.

VALLEJO.

¿Qué? ¿no traigo una nómina?

POLO.

No por cierto.

VALLEJO.

Lo mejor me he olvidado en casa debajo de la cabecera del almohada, y no puedo reñir sin ella. Espérame aquí, ratoncillo.

GRIMALDO.

Vuelve acá, cobarde.

VALLEJO.

Hora, pues sois porfiado, sabed que os dejara un poco mas con vida si por ella fuera. Déjeme, señor Polo, hacer á ese hombreillo las preguntas que soy obligado en descargo de mi conciencia.

POLO.

¿Qué le habeis de preguntar? deci.

VALLEJO.

Déjeme vuesa merced hacer lo que debo. ¿Qué tanto ha, golondrinillo, que no te has confesado?

GRIMALDO.

¿Qué parte eres tú para pedirme eso, cortabolsas?

VALLEJO.

Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aqueso pobrete mozo que le digan algo á su padre, ó qué misas mande que le digan por su alma.

POLO.

Yo, hermano Vallejo, bien conozco á su padre y madre, cuando algo sucediese, y sé su posada.

VALLEJO.

¿Y cómo se llama su padre?

POLO.

¿Qué os va en saber su nombre?

VALLEJO.

Para saber después quién me querrá pedir su muerte.

POLO.

Ea, acabá ya, que es vergüenza; ¿no sabeis que se llama Luis de Grimaldo?

VALLEJO.

¿Luis de Grimaldo?

POLO.

Si, Luis de Grimaldo.

VALLEJO.

¿Qué me cuenta vuesa merced?

POLO.

No mas que aquesto.

VALLEJO.

Pues, señor Polo, tomad aquesta espada, y por el lado de derecho apretá cuanto pudiéredes, que después que sea ejecutada en mí esta sentencia, os diré el por qué.

POLO.

Yo, señor, libreme Dios que tal haga, ni quite la vida á quien nunca me ha ofendido.

VALLEJO.

Pues, señor, si vos por serme amigo rebusais, vayan á llamar á un cierto hombre de Piedrahita, á quien yo he muerto por mis propias manos casi la tercera parte de su generacion, y aqueso como capital enemigo mio vengará en mí propio su saña.

POLO.

¿A qué efecto?

VALLEJO.

¿A qué efecto, me preguntais? ¿No decís que es ese hijo de Luis de Grimaldo, alguacil mayor de Lorca?

POLO.

Y no de otro.

VALLEJO.

¿Desventurado de mí! ¿Quién es el que me ha librado tantas veces de la horca, sino el padre de aqueso caballero? Señor Grimaldo, tomad vuestra daga, y vos mismo abrid aqueste pecho, y sacadme el corazon, y abridle por medio, y hallareis en él escripto el nombre de vuestro padre Luis de Grimaldo.

GRIMALDO.

¿Cómo? que no entiendo eso.

VALLEJO.

No quisiera haberos muerto por los santos de Dios, por toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aquí, que yo quiero gastar lo que de la vida me resta en servicio deste gentil hombre en recompensa de las palabras que sin le conocer he dicho.

GRIMALDO.

Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejo, para todo lo que os cumpliere.

VALLEJO.

Sus, vamos, que por el nuevo conocimiento nos entraremos por casa de Malara el tabernero, que aquí traigo cuatro reales; no quede solo un dinero que todo no se gaste en servicio de mí mas que señor Grimaldo.

GRIMALDO.

Muchas gracias, hermano; vuestros reales guardaldos para lo que os convenga, que el capiccol mi señor querra dar la vuelta á casa, y yo estoy siempre para vuestra honra.

VALLEJO.

Señor, como criado menor me puede mandar. Vaya con Dios. ¿Ha visto vuesa merced, señor Polo, el rapaz cómo es entonado?

POLO.

¿A fe que parece mozo de honra. Pero vamos qu'es tarde. ¿Quién quedó en guarda de la mula?

VALLEJO.

El lacayuelo quedó. ¡Ah Grimaldico, Grimaldico, cómo te has escapado de la muerte por dárteme á conocer! pero guarte no vuelvas á dar el menor tropezoncillo del mundo, que toda la parentela de los Grimaldos no será parte para que á mis manos ese pobrete esprittillo, que aun está con la leche en los labios, no me le rindas.

## ESCENA III.

Plaza pública.

LEONARDO, MELCHOR.

MELCHOR.

¡Oh, gracias á Dios que me le deparó! ¿Parésele que ha sido buena la burla? ¿Esta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemos de nuestra tierra, y lo que mi señora le rogó?

LEONARDO.

¿Qué fué lo que me rogó, que no me acuerdo?

MELCHOR.

¿No le rogó que me hiciese buena compañía?

LEONARDO.

¿Pues qué mala compañía has tú de mí rescebido en esta jornada?

MELCHOR.

Fiase el hombre en él, pensando luego daremos la vuelta, y ha unas siete horas que anda un hombre como perro raserero, y á mal ni á bien no le he podido dar alcance.

LEONARDO.

¿No podíades dar la vuelta á la posada temprano, ya que no me hallabas?

MELCHOR.

Acabe ya. ¿Tenia yo blanca para dar al pregonero?

LEONARDO.

¿Y para qué al pregonero, acemilon?

MELCHOR.

Para que me pregonara como á bestia perdida, y así de lance en lance me adestrara donde á vuesa merced le habían aposentado.

LEONARDO.

Qué, ¿tan poca habilidad es la tuya que á la posada no atinas?

MELCHOR.

Pues si atinara, ¿habia de estar agora por desayunarme?

LEONARDO.

Qué, ¿no has comido? ¿es posible?

MELCHOR.

¡Calle! ¿Tengo el buche templado como halcon cuando le hacen estar en dieta de un día para otro?

LEONARDO.

¿Cómo diablos te perdistes esta mañana?

MELCHOR.

Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fué hombre, sino azar para mí, yo desvíeme un poco, pensando que hablaba de secreto, y no mas cuanto doy la vuelta á ver una tabla de pasteles que llevarán un mocho en la cabeza; atraviesan á mí otros dos (que verdaderamente el uno parecía á vuesa merced en las espaldas), y los dos cuélanse dentro en la Seo á oír misa que decían, que duró hora y media; y yo contino allí detrás pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió á decir el *benedictamus dolime*, que responden los otros *dougráfilas*, lleguéme ad'aquel que le parecía, y dijele: ea, señor, ¿habeis de ir á casa? El, que vuelve la cabeza, y me ve, dijo: ¿conóceme tú, hermano?

LEONARDO.

¡Oh! ¿quién te viera!

MELCHOR.

Yo que veo el preito mal parado, acudo á las puertas para volver á buscar, y mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hállolas todas cerradas.

LEONARDO.

¿Cuál andarias!

MELCHOR.

Yo diré qué tal. ¿Ha visto vuesa merced raton caído en

ratonera, que buscando por do soltarse anda dando topeadas de un cabo á otro para huir?

LEONARDO.

Sí, he visto algunas veces.

MELCHOR.

Pues ni mas ni menos andaba el sin ventura de Melchor Ortiz Carrasco, hasta que fortuna me deparó á una parte una puertecilla por do ví salir algunas gentes que se habían quedado rezagadas á oír aquella misa, qu'era la pos-trera. Pero vamos, señor, si habemos d'ir

LEONARDO.

¿Adónde?

MELCHOR.

¿Dizque adónde? A casa.

LEONARDO.

¿A casa? ¿y á qué á tal hora?

MELCHOR.

Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

LEONARDO.

¿Para qué sal y orégano?

MELCHOR.

Para echar las tripas por la boca.

LEONARDO.

¿Cómo?

MELCHOR.

Señor, ya ellas están vinagre de pura hambre, con el orégano y sal ternán con que sustentarse, si le parece á vuesa merced.

LEONARDO.

Pues agora no puede ser; and'acá conmigo, que Valiano, que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en visperas, y téngole de acompañar, y oirás las mas solemnes voces que oiste en toda tu vida.

MELCHOR.

Vamos, señor, enhorabuena; pero si oir voces se pudiese escusar, rescibiria yo señaladísima merced.

LEONARDO.

¡Ah, don traidor! que agora pagareis lo que al cuartagullo becistes estar ayuno; ¡ah! ¿acordaisos?

MELCHOR.

Pues pecador fui yo á Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde así me puedo caer á una cantonada desas, que no hallaré quien me diga: ¿qué has menester?

LEONARDO.

Ora, suso, toma toda esa calle adelante, y pregunta por el hostel del Lobo; cata aquí la llave, y come tú de lo que hallares en el aposento, y agnárdame en la posada hasta que yo vaya.

MELCHOR.

Agora va razonablemente el partido de Melchor; pero ¿no sabríamos lo que sobró para mí?

LEONARDO.

Camina, que yo aseguro que no quedarás quejoso.

MELCHOR.

Yo voy; quiera Dios que así sea.

## ESCENA IV.

LEONARDO, POLO.

POLO.

Guarde Dios al gentil hombre.

LEONARDO.

Vengais norabuena, mancebo.

POLO.

Dígame, ¿es vuesa merced un extranjero que llegó los



días pasados á este pueblo en compañía del mayordomo de a questa tierra?

LEONARDO.

Yo creo que soy aquese por quien preguntais; ¿mas porqué lo decís?

POLO.

Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y excelente contador; finalmente, que sería mucha parte su buena habilidad para entender y tratar en el oficio de secretario de Valiano mi señor, porque como hasta agora sea mozo y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que á su estado y renta conviene. Holgara yo que vuesa merced quedara en esta tierra y en servicio del señor de ella, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.

LEONARDO.

Holgaré por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo, que no sé quién es, nos topamos una jornada de aqui, y sabiendo la voluntad mia, que era de estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encaminado á esta tierra; asimismo como de mi cosecha no tengo habilidad ninguna, sino es aqueste escrebir y contar que cuando niño mis padres (que en gloria sean) me enseñaron, acordaria aquese gentil hombre de dar aviso á vuestro señor de mi, por ver si para su servicio fuese suficiente y hábil.

POLO.

Por cierto, señor, que se muestra en él bien que debe de ser persona en quien habrá mas que de él se dice, pero yo creo que andan por la villa en busca suya; vuesa merced vaya á palacio adonde le están aguardando, que no será razon dejar pasar tan buena coyuntura, sino hacer hincapié, que todos le seremos prestos para su servicio.

LEONARDO.

Muchas gracias, yo lo agradezco; voime.

POLO.

Vaya con Dios.

LEONARDO.

Beso sus manos.

## ESCENA V.

PAULO, POLO.

PAULO.

¿Qué es lo que haces, Polo?

POLO.

Ya puede ver, señor Paulino.

PAULO.

¿Has habido noticia d'este gentil hombre que voy buscando por la villa?

POLO.

¡Ah! agora se va de aqui derecho á palacio, por habelle dado aviso que van en busca suya.

PAULO.

¿Qué manera de hombre ó edad es á lo que muestra?

POLO.

Gentil maneco y dispuesto es, señor, y muy buena plática que tiene, y su edad será de veinticinco ó treinta años.

PAULO.

¿Va bien tratado?

POLO.

Segun su traje, de ilustre prosapia debe ser su descendencia.

PAULO.

¿De qué naseion?

POLO.

Español me parecece.

PAULO.

Anda, vamos.

POLO.

Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir á dar vuelta por ver si podré alcanzar una visita de mi señora Eulalia, la negra.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Calle. Noche oscura.*

VALIANO, LEONARDO, VALLEJO.

VALIANO.

La causa, Leonardo, por que á tal hora conmigo te mandé que apercebido con tus armas salieses, no fué porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicarte contigo aquel negocio que ayer me comenzaste á apuntar, y por eso te he traído por calles tan escombradas de gentes; solamente á Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espiados, mandándole que haga la guardia.

VALLEJO.

¿Adolos? ¿dónde van? mueran los traidores.

VALIANO.

Paso, paso; ¿á quién has visto? ¿qué te toma?

VALLEJO.

¡Ah pecador de mí! Señor, ¿á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona? Vete, señor, á acostar, y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á cazar gaviluchos á los robres de Mechualon.

VALIANO.

¡Válate el demonio! ¿no aseguras ese corazon? ¿quién me había de enojar en mi tierra, bausán?

VALLEJO.

¡Oh! reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria, ¿y eso dices, señor? ¿no ves que es de noche, pecador soy á Dios, y á lo oscuro todo esturbio? A fe de bueno que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

VALIANO.

¿A mí, traidor?

VALLEJO.

No sino dormí sin perro: es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos esta el determinarme, y en las de aquel que firmó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos volver la de dos filos á su lugar.

VALIANO.

Todo me parecece bien, si no te emborrachases tan á menudo.

VALLEJO.

Eres mi señor, y tengo de sufrirte; mas á decírmelo otro, no fuera mucho que estuviere con los setenta y dos.

VALIANO.

Agora quédate ahí, y ten cuenta con que no nos espíe nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

VALLEJO.

A hombre lo encomiendas, que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esa calle, no bastará á mudarme el pié derecho donde una vez le clavare.

VALIANO.

Así conviene. Volvamos á nuestro propósito, Leonardo, y dime: aquea hermana tuya, después de ser tan hermosa como dices, ¿es honesta y bien criada?

LEONARDO.

Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo; por-

que al fin, como yo sea parte y tan principal, no deberian mis razones ser admitidas como de otro cualquiera. La falta, señor, que yo le fallo es ser mi hermana, que en lo demás podia ser mujer de cualquier señor de titulo, segun su manera.

VALLEJO.

Señor Leonardo.

LEONARDO.

¿Qué hay, hermano Vallejo?

VALIANO.

Mira, Leonardo, qué quiere ese mozo.

VALLEJO.

Señor, parece que entendí que hablaban en negocio de mujeres; y si acaso es así, por los cuatro elementos de la profundísima tierra, no hay hoy día hombre en toda la redondez del mundo que mas corrido esté que yo, ni con mas razon.

VALIANO.

¿Cómo, Vallejo?

VALLEJO.

¿Y habia, señor, á quien se pudiese encargar un negocio semejante como á mí?

VALIANO.

¿De qué manera?

VALLEJO.

¿Hay en toda la vida airada, ni en toda la máquina astrológica, á quien mas sujecion tengan las mozas que á Vallejo tu lacayo?

VALIANO.

Calla, villano.

VALLEJO.

No te engañes, señor, que si conocieses lo que yo conozco en la tierra, aunque seas quien seas, pudieraste llamar de veras bienaventurado, si fueras como yo dichoso en amores.

VALIANO.

Tú, ¿qué puedes conocer?

VALLEJO.

¡Malograda de Catalinilla la vizcaina! la que quité en Cáliz de poder de Barrientos el sotacómitre de la galera del Grifo, que no andaba en toda el armada moza de mejor talle que era ella.

LEONARDO.

Hermano Vallejo, cállate un poco.

VALLEJO.

No lo digo sino porque hablamos de ballestas.

VALIANO.

¿No callarás, di?

VALLEJO.

¡Ah, Dios te perdone, Leonor de Valderas! aquella, digo á vuesa merced, que era mujer para dar de comer á un ejército.

VALIANO.

¿Qué Leonor era aquesta?

VALLEJO.

La que yo saqué de Córciega, y la puse por fuerza en un meson de Almería, y allí estuvo nombrando por mí hasta que yo desjarreté por su respeto á Mingalarios, corregidor de Estepa.

VALIANO.

Valáte el diablo.

VALLEJO.

Y cortó el brazo á Vicente Arenoso, riñendo con él de bueno á bueno en los percheles de Málaga, el agua hasta los pechos.

VALIANO.

Prosigue, Leonardo, que si ello es así como tú lo pintas, podrá ser que se hiciese por tí mas de lo que piensas.

LEONARDO.

Señor, yo siempre rescibí y rescibo de tu mano mercedes sin cuenta, pero en cuanto á esta hermana mía, tú sabrás que es mas de lo que tengo dicho.

VALLEJO.

¡Válame nuestra Señora del Pilar de Zaragoza! ¡Ah, ladrones, ladrones! Leonardo, apunto, apunto.

LEONARDO.

¿Qué es aqueso que has visto?

VALIANO.

¿Quién son?

VALLEJO.

Tente, tente, señor, no eches mano, que ya todos han luido. ¡Ah! rapagones, en gurullada me vais, agradezceldo...

VALIANO.

¿A quién?

VALLEJO.

Yo me lo sé: señor Leonardo, en dejando á nuestro amo en casa, quiero que vamos tú y yo á dar una escurribanda á casa de Bulbeja el tabernero.

LEONARDO.

¿Para qué?

VALLEJO.

Para verme con aquellos forasteros que por aquí han pasado; que, segun soy informado, no ha media hora que llegaron de Marbella, y traen una rapaza como un serafín.

VALIANO.

¿Qué dice ese mozo, Leonardo?

LEONARDO.

No lo entiendo, señor.

VALLEJO.

¡Diz que no lo entiende! sé que no hablo yo en algarría. Veamos de cuándo acá han tenido ellos atrevimiento de meter vaca en la dehesa sin registralla el dueño del arnadijo.

VALIANO.

Hora yo quiero, Leonardo, si te parece, dar parte desto á algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como este me determiné sin dalles parte.

LEONARDO.

Señor, á tu voluntad sea todo.

VALLEJO.

Vamos, señor, que aquí tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

VALIANO.

¿Qué haciendas tienes tú, beodo?

VALLEJO.

Señor, un negocio de hartos quilates de honra.

VALIANO.

Veamos los quilates.

VALLEJO.

Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que son venidos aquí á inofar de la tierra; veamos de quién tomaron licencia, sin registrar primero delante de aqueste estival.

VALIANO.

Sus, baste ya, tira adelante.

VALLEJO.

Nunca Dios lo quiera, que mas guardadas van tus espaldas con mi sombra y seguro, que si estuvieras metido en la Mota de Medina, y cargada sobre ti la fornida puente levadiza con que la fuerza de noche se asegura.

## ESCENA II.

*Sala en casa de Leonardo.*

EUFEMIA, CRISTINA.

EUFEMIA.

Cristina hermana, ¿qué te parece del olvido tan grande



como Leonardo mi querido hermano ha tenido en escribirme, que ya son pasados buenos dias que letra dél no he visto? ¡Oh ánimas del purgatorio bienaventuradas! poned en corazon á aquel hermano que con sus letras ó con su persona me torne alegre y gozosa.

CRISTINA.

Calla, señora mia, no te fatigues, que no habrá podido mas, especialmente que quien sirve á otro pocas veces es de sí señor. Bien sé yo que á él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura mas áridos de aquel señor á quien sirve le estorbarán de hacer lo que él querría. Así, señora mia, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

EUFEMIA.

¡Ay, amiga mia! Dios por su piedad inmensa lo haga de manera que con letras tuyas esta casa nuestra sea contenta y alegre.

**ESCENA III.**

EUFEMIA, CRISTINA, ANA.

ANA.

Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada. Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia; daga, que Dios te hará prosperada, y te dé lo que desees. Buena cara, buena cara.

CRISTINA.

¿No podeis demandar desde allá fuera? ¡Ay, señora mia, y qué importuna gente! que en lugar de apiadarse la persona dellas y de su pobreza, las tiene odio segun sus importunidades y sus ahincos.

ANA.

Calla, calla, garrida, garrida. Dame limosna por Dios, y diréte la buenaventura que tienes de haber tú y tu señora.

EUFEMIA.

¿Yo? ¡ay cuitada! ¿Qué ventura podrá tener que sea próspera la que del vientre de su madre salió sin ella?

ANA.

Calla, calla, señora honrada; pon un dinerico aquí, sabrás maravillas.

EUFEMIA.

¿Qué tiene de saber la que continuo estuvo tan falta de consuelo, cuanto colmada de zozobras, miserias y afanes?

CRISTINA.

¡Ay señora! por vida suya que le dé alguna cosa, y oigamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir.

ANA.

Escucha, escucha, pico de urraca, que mas sabemos cuando queremos que nadie piensa.

EUFEMIA.

Acabemos; toma y dale queso, y vaya con Dios.

CRISTINA.

A buena fe que antes que se vaya nos ha de catar el signo.

EUFEMIA.

Déjala, y váyase con Dios, que no estoy agora de esas gracias.

ANA.

Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga antes de su tiempo, que harta te está aparejada.

EUFEMIA.

Yo lo creo; agora si habeis acertado.

CRISTINA.

No se entristezca, señora, que todo es burla y mentiras cuando estas echan por la boca.

ANA.

Y la esportilla de los afeites que tienes escondida en el almariete de las alcominias ¿es burla?

CRISTINA.

¡Ay señora! que habla por la boca del que arriedro vaya. Así haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

EUFEMIA.

¿Hay tal cosa? Qué, ¿es posible aqueso?

CRISTINA.

Como estamos aquí; deci mas, hermana.

ANA.

No querría que te corrieses por estar tu señora delante.

CRISTINA.

No haré por vida de mi ánima; ¿qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique á mi honra?

ANA.

¿Dasme licencia que lo diga?

CRISTINA.

Digo que sí, acabemos.

ANA.

El par de las tórtolas, que heciste creer á la señora que las habian comido los gatos, ¿dónde se comieron?

CRISTINA.

Mira de qué se acuerda: queso fué antes que mi señor Leonardo se partiese desta tierra.

ANA.

Así es la verdad, pero tú y el mozo de caballos os las comistes en el descanso de la escalera; ¡ah! bien sabeis que digo en todo la verdad.

CRISTINA.

Malograda, me coma la tierra, me coma la tierra, si con los ojos lo viera, dijera mayor verdad.

ANA.

Pues, señora, una persona tienes lejos de aquí que te quiere mucho, y aunque agora está muy favorecido de su señor, no pasará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traicion que le tienen armada; mas calla, que aunque sea todo por tu causa, Dios, que es verdadero juez y no consiente que ninguna falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

EUFEMIA.

¡Ay desventurada hembra! por causa mia dices que se verá esa persona en peligro. ¿Y quién podrá ser, cuitada, si no fuese mi querido hermano?

ANA.

Yo, señora, no sé mas; pero pues en cosa de las que á tu criada se han dicho no ha habido mentira, yo me voy, quedad en buen hora, que si algo mas supiere, yo te vendré á avisar; quedad con Dios.

CRISTINA.

¿Y de mí no me dices nada, si seré casada ó soltera?

ANA.

Mujer serás de nueve maridos, y todos vivos. ¿Qué mas quieres saber? Dios te consuele, señora.

EUFEMIA.

¿No me dices mas de mi negocio, y así me dejas dudosa de mi salud?

ANA.

No sé mas que decirte, solamente que tu trabajo no será tan durable que en el tiempo del mas fuerte peligro no lo revuelva prudencia y fortuna, que todos remanezcais tan contentos y alegres, cuanto la misericordia divina lo sabe obrar.

**ESCENA IV.**

EUFEMIA, CRISTINA.

CRISTINA.

¡Ay amarga de mí! Señora, ¿y no ve que me dijo que dizque sería yo mujer de nueve maridos, y que todos esta-

rían vivos? ¡Ay malaventurada fui yo! ¿y cómo puede ser aque- so?

EUFEMIA.

Calla, déjame; que aunque todo cuanto estas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho, mas triste quedo y mas alligida que la oscura noche. Entré- monos.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

*Cabinete del palacio de Valiano.*

VALIANO, PAULO.

VALIANO.

Dame, Paulo, ¿y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en la casa desta Eufemia, hermana deste ale- voso y malvado de Leonardo, a quien yo en tanta alteza he puesto?

PAULO.

Digo, señor, que sí.

VALIANO.

¿Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho?

PAULO.

Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho. ¿Qué mas quieres?

VALIANO.

Ahora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

PAULO.

Señor, pásome con ella aquello que pasa con las demás. No finé cierto menester dar muchas vueltas; antes ella de verme pasar por su calle y mirar á una ventana, me envió una criadilla que tiene, llamada por mas señas Cristina.

VALIANO.

Y la criada ¿qué te dijo?

PAULO.

Si habia menester algo de aquella casa. Yo, como lo sabia antes de agora, así como yo habia dicho á vuesa merced que no eran menester muchos casamenteros, có- léme alla, especialmente que de otras vueltas la dama me conocia y me habia llevado mis reales; quedéme aquella noche por huésped, y así otras tres adelante; y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometi, vine á darte cuenta de lo que habia pasado.

VALIANO.

¿En fin?

PAULO.

En fin, que ella me dió, para que me pusiese en el som- brero ó en la gorra, un pedazo de un cabello que le nasce del hombro izquierdo, en un lunar grande, y por ser se- ñales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar, acordé de traerlo: veíste aquí, agora yo he cumplido con quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningún traidor se- ria de ti, ni menos que otro se atreva d'aconsejarte, siendo criado tuyo, semejante caso, especialmente donde tan gran quitale pendia de tu honra.

VALIANO.

No pures, Paulo, que bien entendido tenia yo dese trai- dor, que en son de haceme señalado servicio, quería dar deshonra a esta antigua casa; yo te prometo que no me pague esta traicion menos que con la vida, y que asimismo tu seas galardonado con grandes mercedes por tan seña- lados servicios.

PAULO.

Ans conviene, señor, porque el traidor sea por quien es conocido, y el bueno y leal por su fidelidad remun- erado.

TOMO II.

VALIANO.

Vamos, Paulo, que yo te prometo que su castigo sea es- carmiento para los presentes y por venir.

PAULO.

Ve, señor, que así es menester que en los traidores se ejecute la justicia.

### ESCENA II.

*Sala en casa de Leonardo.*

EUFEMIA, CRISTINA.

EUFEMIA.

¡Ay! Cristina hermana, ven acá, aconsejame tú aquello que hacer debo, que de crueles angustias tengo aqueste corazon cercado. ¿Qué te diré, sino que después que aquella jítana con nosotras estuvo, una hora sin mil so- bresaltos no he vivido? porque aunque como en burlas to- mé sus palabras, así veo á los ojos sus desconsolados pro- nósticos.

CRISTINA.

¿Cómo, señora mia? ¡ay! por Dios, no te vea yo triste, ni imagines tal, que si en alguna cosa por yerro aciertan, en dos mil devanean; porque todo cuanto hablan no es á otro fin sino por sacar de aquí y de allí con sus palabras lo mas que pueden, y pues aqueste es su oficio, no inten- tes, señora mia, lo que no cabe en juicio de discretos dalles fe alguna.

EUFEMIA.

¡Ay Cristina! yo bien tengo entendido qu'es así como tú dices; pero ¿qué quieres, si no puedo quitar de mi esta imaginacion?

CRISTINA.

Calla, señora, encomiéndalo todo á Dios, que es el re- mediador de todas las cosas. Mas por el siglo de mi madre, hé aquí á Melchor Ortiz.

### ESCENA III.

EUFEMIA, CRISTINA, MELCHOR.

CRISTINA.

¡Ah! Melchor hermano, tú seas muy bien venido. ¿Qué nuevas traes á mi señora? dí, ¿qué tal queda señor?

MELCHOR.

Señor bueno está, aunque no le han hecho aquello que diz que le han de hacer.

EUFEMIA.

¿Qué le han de hacer? dime presto.

MELCHOR.

¡Válame Dios! y no se acuite vuesa merced, que pri- mero bien sé que le han de confesar, que ya lo ha dicho el uno de aquestos que andan encapuchados.

CRISTINA.

¿Que andan encapuchados? frailes querrás decir.

MELCHOR.

Sí, sí.

CRISTINA.

¿Qué es lo que le han dicho, Melchor?

MELCHOR.

Que ordene su álima, y que no será nada placiendo á Dios, que en despegándole aqueste de aquesto, le sacarán de la carcel.

EUFEMIA.

¡Ay! Cristina, yo me muero.

CRISTINA.

Callad, señora mia, no diga tal, que aqueste sin duda desvaria; ¿no le conoce ya vuesa merced? ¿Dijote algo señor? ¿Dióte carta para mi señora?

MELCHOR.

Dijome que me morase acá, porque no queria que le sirviese ninguno después de finado.



CRISTINA.

¿Cómo linado? ¿qué dices?

MELCHOR.

Digo que no lo ha en voluntad que le finen, sino que se esté como se estaba con su gagnate y todo, pero él su camino ha de hacer.

CRISTINA.

Asno, ¿hate dado alguna carta?

MELCHOR.

¿Dijiste asno á un hombre que puede ya dar consejo, segun las viñas y almendrales que hay por ahí adelante?

CRISTINA.

¿Traes carta de tu señor? acaba, dílo.

MELCHOR.

¿No te dicen ya que sí? ¿qué diablos le toma?

CRISTINA.

¿Pues adola?

MELCHOR.

Mira, Cristina, lávame aquestos piés, y zahúmame esta cabeza, y dame de almorzar y déjate de estar á temas conmigo.

CRISTINA.

¿Que te lave yo? Lávete el mal fuego que te abraze; daca la carta.

MELCHOR.

Mirela, señora, en esa talega.

CRISTINA.

No viene aquí nada.

MELCHOR.

Pues si no viene, ¿qué quiere que le haga yo? ¿tengo-me de acordar dónde está por fuerza?

EUFEMIA.

Dácala, hijo, dime dónde la traes, por un solo Dios.

MELCHOR.

Señora, déjeme volver allá á preguntar á mi señor, si lo hallare por morir, adónde la puso, y acabemos.

EUFEMIA.

¡Ay cuitada! Mira qué es aquello que blanquea en aquella caperuza.

MELCHOR.

Déjalo, dimuño, que es un papel entintado que me dió mi amo, el que solia ser, para señora.

EUFEMIA.

¡Ay! pecadora fui á Dios: ¿pues qu'es lo que te han estado pidiendo dos horas ha?

MELCHOR.

¿Pues aquesto es carta? yo por papel lo tenía; tómela, que por su culpa no se ha caído por el camino, que después que la puso ahí el que si place á Dios han de finir la semana que viene, no me he acordado mas della que de la primera escudilla de gachas que me dió mi madre.

EUFEMIA.

Cristina, hija, lee tú esa carta, que no tendré yo ánimo ni aun para vella.

CRISTINA.

(Lee.) *Sea dada en la mano de la mas cruel y malvada hembra que hasta hoy se ha visto.*

MELCHOR.

Para tí debe de venir, Cristina, segun las señas dicen.

CRISTINA.

Calla un poco.

(Lec.) *Carta de Leonardo para Eufemia.* «Si de las justas querellas que de tu injusta y abominable persona, Eufemia, á Dios dar debo, de su mano divina el justo premio sobre tí se ejecutase, no sé si seria bastante tu deshonestísimo y infernal cuerpo á soportar lo que por tus nefandos é inauditos usos merece. ¿Cuál ha sido la

» causa, maldita hermana, que siendo tú hija de quien eres, y descendiendo de padres tan ilustres, cuya bendición te » obligaba á regir en parte alguna, en tanta disolución y » deshonestidad hayas venido, que no solo te des libre- » mente á los que tu nefando cuerpo codician, mas aun » tanta parte á tus enamorados das de él, que públicamente » y en tela de justicia se muestran contra mí con cabellos » del lunar de tu persona? De mí cierta estarás que moriré » por alabar á quien no conocía, pues ya la sentencia del » señor, á quien contigo quería engañar, revocar no se » puede, que solos veinte dias de tiempo me han dado para » que yo ordene mi ánima y para si algun descargo pudiese » dar. Y porque para quejarme de tí seria derramar razo- » nes al viento, vive á tu voluntad, falsa y deshonesto » mujer, pues yo de ello pagaré con la cabeza lo que tú » con tu disolución offendiste. »

EUFEMIA.

¿Qué es esto? ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay desventurada de mí! ¿qué deshonestidades tan grandes han sido las mías, ó quién es aquel que con verdad habrá podido, si no fuere con grandísima traición y engaño, no solamente dar señas de mi persona, pero ni aun verme, como tú sabes, por mil paredes?

CRISTINA.

¡Ay señora mía! que si fatiga alguna mi señor tiene, yo he sido la causa, que no tú; y si me perdonares, yo bien te diría lo que de aquesto alcanzo.

EUFEMIA.

Dí lo que quisieres; no dudes del perdón, con que me des alguna claridad de lo que en esta atribulada carta oigo.

CRISTINA.

Sabe pues, señora mía, que aunque yo te confiese mi yerro, no tengo tanta culpa, por pecar de ignorancia, como si por malicia lo hiciera.

EUFEMIA.

Di, acaba ya, que no es tiempo de estar gastando tanto en palabras; dí lo que hay, no me tengas suspensa, que muero por entenderte.

CRISTINA.

Sabe, señora mía, que en los dias pasados un hombre como extranjero me pidió por tí, diciéndome si seria posible poderte ver ó hablar; yo, como vieses tu tan grande recogimiento, díjele que lo tuviese por imposible, y él fue tan importuno conmigo, que le dije las señas de toda tu persona, y no contento con esto, hizo conmigo que te quitase una parte del cabello que en el lunar del hombre derecho tienes; yo, pensando que no hacia ofensa á tu hora ni á nadie, tuve por bien, viéndote tan afligido, de hurtártelo estando durmiendo, y así se lo di

EUFEMIA.

No me digas mas, que algun grande mal debe de haber sucedido sobre ello. Vamos de aquí, que yo me determino de ponerme en lo que en toda mi vida pensé, y dentro del término destes veinte dias ir allá lo mas encubierto que pueda. Veamos si podré en algo remediar la vida de este carísimo hermano, que sin saber la verdad tantas afrentas y tantas lástimas me escribe.

CRISTINA.

Si tú aquesto haces, y en el camino te apresuras, yo lo doy todo, con el auxilio divino, por mediado. Vamos.

MELCHOR.

¿Yo tengo de ir allá?

CRISTINA.

Sí, hermano; ¿pues quién nos habia de servir por el camino sino tú?

MELCHOR.

Pardiez, aunque hombre hubiese de aprender para hacer cartas de mareaje, no le hiciesen atravesar mas veces este camino; pero vaya.

## ACTO QUINTO.

## ESCENA PRIMERA.

Calle.

PAULO.

¡Oh cuán bien van los negocios míos, y cuán bien he sabido valirme! ¡Oh qué astucias he tenido para desprivar á este advenedizo de Leonardo! ¡Oh cuán alegre me ha hecho la fortuna, y cuán largo crédito he cobrado con Valiano! Bien está: que pocos son los días que le faltan de cumplir de la dilación que le pusieron para que de sí diese descargo alguno si lo tenía. ¿Qué hombre habrá en toda esta tierra de mas buena ventura que yo, en haciendo justicia de aqueste? Pues quizá tengo mal testigo en Valileo, lacayo, pues por interese de dos doblas que le prometí en el camino cuando conmigo fué, dice que se matará con todos cuantos dijeren al contrario de lo que tengo dicho. Mas voime, que no sé quién viene, no quiero ser oído de nadie, por ser el caso de la suerte que es.

## ESCENA II.

POLO.

¡Oh! bendito sea Dios, que me ha dejado escabullir un rato de aqueste importuno de Valiano mi señor, que no parece sino que todo el día está pensando en otro, sino en cosas que fuera de propósito se encaminan. Agora yo estoy asombrado cómo Leonardo, á los ojos de todos tan honrado y cuerdo mozo, le quisiere así engañar con darle á entender que su hermana fuese tan buena, que para ser mujer suya le faltase nada. Con su pan se lo coma, que gran priesa se dan ya para que pague con la gorja lo que pecó con la lengua. Dios me guarde de ser entremetido, acá me quiero andar siguiendo mi planeta, que si aquesta mi Eulalia se va conmigo, como me tiene prometido, yo soy uno de los bienaventurados hombres de todo mi linaje. Ya estoy á su puerta; aquí sobre la calle en este aposento sé que duerme. ¿Qué señas haré para que salga? ¡Oh! bien va, que aquella que canta es.

## ESCENA III.

POLO, EULALIA.

EULALIA (*canta*).

Gila Gonzalé  
De la vila yama:  
No sé yo madres  
Si me l'abriré.  
Gila Gonzalé  
Yama la torre:  
Abrime la voz,  
Fija Yeonore;  
Porque lo cabayo  
Mojaba falcane:  
No sé yo madres  
Si me l'abriré.

POLO.

¡Ah! señora mía Eulalia. ¡Ah! señora. ¡Qué embebida está en la música!

EULALIA.

¡Jesú! Ofréscome! á Dios turo poderoso, eridador na cielos é na tierras.

POLO.

¡Ah! señora Eulalia, no te alteres, que el que te llama no te desea sino hacerte todo servicio.

EULALIA.

¿Parécete á vos qu'eso da bon jemplos, á la ventana de una dueña honradas, recogidas como yo, facer aqueya cortesía á tal horas?

POLO.

No me debe haber conosció. ¡Ah! señora Eulalia.

EULALIA.

Mal años para vos; y parécete bien á la lija de la hombre honrados facer endolette á la puta ajenas?

POLO.

¡Oh pecador de mí! Asómate, señora Eulalia, á esa ventana, y verásme, y sabrás de cierto quién soy.

EULALIA.

¿Quién está ahí? ¡Jesú! ó la voz me la miente, ó's aqueya que yama mi señor Poyos.

POLO.

¡Oh! bendito aquel que te dejó entender.

EULALIA.

¡Ay! señor míos, ¿á tales horas?

POLO.

Señora mía, por una pieza como vuesa merced aun no es temprano para servilla.

EULALIA.

Pues á bona fe qu'está la persona de malas ganas.

POLO.

Que la guarde Dios; ¿y de qué?

EULALIA.

Señor, preséntame la señora doña Idonza, un prima mía, una botetas de lejías para'nrubirme los cabeyos; y como yo sé tan delicara, despójame na cabeza como nas ponjas, pienso que tenemos la mala ganas.

POLO.

¡Válame Dios! ¿pues no hay remedio para eso?

EULALIA.

Sí, sí, guáreme Dios, ya m'envía á visitar la señora navadesa la monja Sancta Pabla, y me dice que me envíara una malacina para que me le quiten como las manos.

POLO.

¿Pues agora te pones á enrubiar?

EULALIA.

Sí, ¿por qué no? ¿no tengo yo cabeyo como la otro?

POLO.

Sí, cabellos, y aun á mis ojos no hay brocado que se le compare.

EULALIA.

Pues, buenafé, que ha cinco noche que face oración á señor Nicolas de Tramentinos.

POLO.

San Nicolas de Tolentino querrás decir; ¿y para qué haces la oración, señora?

EULALIA.

Quiere casar mi amos, y para que me depares Dios marido á mi contentos.

POLO.

Anda, señora, ¿y cómo agora haces aqueyo? ¿No me has prometido de salirte conmigo?

EULALIA.

Y cómo, señor, ¿no miras mas qu'esos? ¿parécete á vos que daba yo bon ejemplo y cuenta de mi linajes? ¿Qué te dirá cuantas señoras tengo yo por mi migas en esta tierra?

POLO.

¿Y la palabra, señora, que me has dado?

EULALIA.

Señor, ona forza neva nerrechos se pierde, honra y barbechos no caben la sacos.

POLO.

¿Pues qué honra pierdes tú, señora, en casarte conmigo?

EULALIA.

Ya yo lo veo, señor. Mas quiero vos sacarme, y uapues perdida na tierra; ¿Que te conozco!



POLO.

Mi reina, ¿aqueso me dices? No te podría yo dejar que primero no dejase la vida.

EULALIA.

¡Ah! traidoraz, dolor de torsija que rebata tolo rombres; á otro hueso con aqueso perro, que yo ya la tengo rocegados.

POLO.

En verdad, señora, que te engañas; pero dime, señora, ¿conquien te querian casar?

EULALIA.

Yo quiere con un cagañeroz; dice mi amo que no, que mas quiere con unoz potecarioz; yo dice que no, dice mi amo: caya, hija, quien tenga l'oficio tenga maleficio.

POLO.

¿Pues yo no soy oficial?

EULALIA.

¿Quin oficios, señor Poyos?

POLO.

Adobar gorras, sacar manchas, hacer ruelas y husos y echar soletas y brocales á calabazas; otros mil oficios, que aunque agora me ves servir de lacayo, yo te sustentaré á toda honra. No dejes tú de sacar con que salgamos la primera jornada, que después yo te haré señora de un estrado y cama de campo y guadameciles: ¿qué quieres mas, mi señora?

EULALIA.

Agora sí me contenta; ¿mas sabe qué querer yo, señor Poyos?

POLO.

No, hasta que me lo digas.

EULALIA.

Que me comprar una monas, un papagayos.

POLO.

¿Para qué, señora?

EULALIA.

Los papagayos para qu'enseña á fablar en jaula, y lo mona para que la tengas yo á mi puerta como dueña d'estabro.

POLO.

De estrado querrás decir.

EULALIA.

Sí, sí, ya la digo yo. Nafablo, ¿mas sabe que me falta rogar á mi señora doña Beatriz que me presa un ventayos para caminos?

POLO.

¿Para qué es el ventalle, señora?

EULALIA.

Para poneme lantre la cara, porque si me mira alguna conocida no me la conoscas.

POLO.

Señora, yo lo haré; mas voime, que toda la tierra está revuelta por ir á ver á aquel pobre de Leonardo, que hoy mandan que se haga justicia de él.

EULALIA.

¡Ay malogrados! por cierto que me pesas como si no fueras mi fiijo; mas si marinas busca, tome lo que baila.

POLO.

Adios, mi señora, que ya el día se viene á mas andar, y la gente madruga hoy mas que otros días por tomar lugar; porque el pobreto como era tan bien quisto de todos, aunque era extranjero, toda la gente irá para ayudalle con sus oraciones.

EULALIA.

¡Ay! amarga se vea la madre que le parió.

POLO.

Hasta mi amo Valiano le pesa estrañamente con su

muerte; mas aquel Paulo, contrario suyo, que es el que trajo las señas de su hermana, le acusa valientemente, y ese le ha traído al término en que agora está: adios.

EULALIA.

L'Espíritu Santo te guarda mi ánima, y te libra entretutanto.

POLO.

¡Pese á tal con la galga! ¡Yo la pienso vender en el primer lugar, dieiendo que es mi esclava, y ella póneseme en señorios! Espántome cómo no me pidió dosel y todo en que poner las espaldas. No tengo un real, que piensa la persona sacárselo de las costillas, ¿y demándame papagayo y mona?

EULALIA.

Señor Poyos, señor Poyos.

POLO.

¿Qué hay, mi vida?

EULALIA.

Traígame para mañana un poquito de mosaza, un poquito de trementinos de la que yaman de puta.

POLO.

De veta, querrás decir: ¿y para qué quieres todo eso, señora?

EULALIA.

Para hacer una muda para las manos.

POLO.

¿Qué? con esa color me contento yo, señora; no has menester ponerte nada.

EULALIA.

Así la verdad, que aunque tengo la cara morenicas, la cuerpo tienes como un terciopelo dobles.

POLO.

A ser mas blanca no valias nada; adios, que así te quiero yo para hacer reales.

EULALIA.

Guíate la Celetina, que guiaba la toro la enamorados.

#### ESCENA IV.

*Plaza delante del palacio de Valiano.*

EUFEMIA, CRISTINA.

CRISTINA.

Señora, aquí estamos bien, porque en este lugar podrás aguardar que al tiempo que Valiano salga, le digas lo que te parescerá.

EUFEMIA.

Aquel Todopoderoso Señor, que sabe y entiende todas las cosas, declare y saque á luz una tan grande traicion, de suerte que la verdad sea manifiesta, y aquel carísimo hermano libre, pues de tan falsa acusacion así él como yo somos sin culpa.

CRISTINA.

Esfuézate, señora, que á tiempo somos que se descubrirá la verdad, de suerte que cada cual quede por quien es reputado.

EUFEMIA.

Oye, que pasos suenan, gente sale, y aquel de la mano derecha, según su manera, debe de ser Valiano, señor de todas aquestas tierras.

CRISTINA.

¡Ay, señora mía! y el que con él viene es el extranjero al que yo por su importunidad dí las señas de su merced y de su cuerpo.

EUFEMIA.

Calla, que hablando salen.

#### ESCENA V.

VALIANO, PAULO, VALLEJO, ACOMPAÑAMIENTO Y DICHAS.

VALIANO.

Dime, Paulo, ¿está ya todo puesto á punto?

PAULO.

Señor, sí, que yo he puesto en ello la diligencia que conviene, para que el traidor pague y tú quedes sin queja.

VALIANO.

Bien has hecho; mas ¿qué gente es aquesta?

PAULO.

Señor, no las conozco; extranjeras parescen.

VALLEJO.

Voto á tal, que la delantera parésceme moza de chapa: desde aquí la acoto para que coma en el plato que come el hijo de mi padre.

EUFEMIA.

Señor ilustre, extranjera soy, en tu tierra me hallo, justicia te pido.

VALIANO.

De eso huelgo yo infinitísimo que esté en mi mano haceros algun favor, que aunque no fuese mas que por ser extranjera, vuestro arte y buen aseó provoca á cualquiera á haceros todo servicio; así que, demandad lo que quisiéredes, que cuanto á la justicia que pedís nada se os negará.

EUFEMIA.

Justicia, señor, que malamente soy ofendida.

VALIANO.

¿Ofendida, y en mi tierra? Cosa es que no soportaré.

VALLEJO.

Suso, señor, armémonos todos los de casa, y dame á mí la mano; verás cuán presto revuelvo los rincones de esta ciudad, y la hago sin querella.

VALIANO.

Galla, Vallejo. Decíme, señora, ¿quién es el que ha sido parte para enojaros?

EUFEMIA.

Señor, ese traidor que cabe tí tienes.

PAULO.

¿Yo? ¿burlais de mí, señora, ó querreis pasar tiempo con las gentes?

EUFEMIA.

No me burlo, traidor, que de muchas veces que dormiste conmigo en mi cama la postrer noche me hurtaste una joya muy rica, debajo la cabecera de mi cama.

PAULO.

¿Qué es lo que decís, señora? Por otro quizás me habreis tomado, que yo no os conozco, ni sé quién sois. ¿Cómo me levantais cosa que en toda mi vida tal pensé hacer?

EUFEMIA.

¿Ah don traidor! qué, ¿no te bastaba aprovecharte de mi persona como te has aprovechado, sino aun robarme mi hacienda?

VALIANO.

Paulo, responde: ¿es verdad lo que esta dueña dice?

PAULO.

Digo, señor, que es el mayor levantamiento del mundo: ni la conozco, ni la ví en mi vida.

EUFEMIA.

¡Ay! señor, que lo niega aqueso traidor por no pagarme mi joya.

PAULO.

No llameis traidor á nadie, que si traicion hay, vos la traéis, pues afrentais á quien en su vida os ha visto.

EUFEMIA.

¡Ay traidor! qué, ¿tú no has dormido conmigo?

PAULO.

Que digo que no os conozco, ni sé quién sois.

EUFEMIA.

¡Ay, señor! tómenle juramento, que él dirá la verdad.

VALIANO.

Poné la mano en vuestra espada, Paulo.

PAULO.

Que juro, señor, por todo lo que se puede jurar, que ni he dormido con ella, ni sé su casa, ni la conozco, ni sé lo que se habla.

EUFEMIA.

Pues, traidor, oígan tus oídos lo que tu infernal boca ha dicho; pues con tus mismas palabras te has condenado.

PAULO.

¿De qué manera? qué es lo que decís? qué os deho?

EUFEMIA.

Dí, desventurado, si tú no me conoces, ¿cómo me has levantado tan grande falsedad y testimonio?

PAULO.

¿Yo testimonio? Loca está esta mujer.

EUFEMIA.

¿Yo loca? ¿Tú no has dicho que has dormido conmigo?

PAULO.

¿Yo he dicho tal? Señor, si tal hay, por justo juicio sea yo condenado, y muera mala muerte á manos del verdugo delante de vuestra presencia.

EUFEMIA.

Pues si tú, alevoso, no has dormido conmigo, ¿cómo hay tan grande escándalo en esta tierra por el testimonio que sin conocerme me has levantado?

PAULO.

Auda de ahí con tu testimonio ó tus necesidades.

EUFEMIA.

Dime, hombre sin ley, ¿no has tú dicho que has dormido con la hermana de Leonardo?

PAULO.

Sí, lo he dicho, y aun traído las señas de su persona.

EUFEMIA.

Y esas señas, ¿cómo las hubiste? ¿si tú, traidor, me tienes delante, que soy la hermana de Leonardo, cómo no me conoces, pues tantas veces dices que has dormido conmigo?

VALIANO.

Aquí hay gran traicion, según yo voy entendiendo.

CRISTINA.

Hombre sin ley, ¿tú no me rogaste que te diese las señas de mi señora, aunque agora por venir disfrazada no me conocas? ¿Y viendo tu fatiga tan grande, le corté un pedazo de un cabello del lunar que en el hombro derecho tiene, y te lo dí, sin pensar que á nadie hacia ofensa?

VALIANO.

¡Ah! don traidor, que no puedes negar la verdad, pues tú mismo por tu boca lo has confesado.

VALLEJO.

Afuera hay cantos, mosca de Arjona. También me quería el señor coger en el garlito.

VALIANO.

¿De qué manera?

VALLEJO.

Rógome en el camino, cuando fuimos con él, que testificase yo como él había dormido con la hermana de Leonardo, por lo cual me había prometido para unas calzas, y hubiérame pesado si en lugar de calzas me dieran un jubón de cien ojetes.

VALIANO.

Suso, tomen á este alevoso, y pague por la pena del Talian. ¡Qué bien sabia yo lo que en mi fiel Leonardo tenía! Sáqueme de la prision, y sea luego restituido en su honra, y á este traidor córtense luego la cabeza en el lugar que él pará mi Leonardo tenía aparejado.



VALLEJO.

Que se haga, señor mío, luego su mandamiento.

VALIANO.

Y esta señora noble, pues tan bien supo salvar la vida de su hermano, quede en vuestras tierras y por señora dellas y mía, que aun no pienso pagalle con todo aquesto la tribulación que su hermano en la cárcel, y ella por le salvar, habrán padecido.

VALLEJO.

Señor, *in corbona* es: ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo, en poder del alcalde con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.

VALIANO.

Suso, córtense libreas á todos los criados de mi casa; y vos, señora mía, dadme la mano, y entremos á yantar,

que yo quiero que vos y vuestro hermano comais juntamente conmigo por tan sobrado regocijo, y después hacer lo que debo en cumplimiento de lo que á Leonardo había prometido.

EUFEMIA.

Como tú, señor, lo mandares, seré yo la dichosa.

## ESCENA VI.

VALLEJO.

Abrazado va mi amo con la rapaza. Pero yo soy el mejor librado de este negocio, pues me escapé de arrebatarse una centena por testigo falso. Yo voy, que haré falta en casa. Auditores, no hagais sino comer, y dad la vuelta á la plaza, si quereis ver descabezar un traidor y libertar un leal, y galardonar á quien en deshacer tal trama ha sido solícita y avisada y diligente. *Et vale.*

*A los que lean la presente comedia en el Teatro español anterior á Lope de Vega, que el año de 1832 publicó en Hamburgo el señor BOHL DE FABER, debemos advertir que si comparan entre sí ambos textos, encontrarán variantes de alguna consideración. El que siguió el erudito alemán fué una copia de la edicion de Sevilla de 1576, que dice ser la única que se conoce; pero en esto anduvo equivocado. Existe otra hecha en Valencia en 1567, la cual es excelente y rarísima; y esta sirvió probablemente á Moratin, supuesto que de su cotejo resultan levísimas diferencias. De todas maneras el texto de nuestro autor lleva gran ventaja al de Bohl de Faber, quien indudablemente, al dar á la prensa su apreciable coleccion, no habria visto los Orígenes del teatro español, impresos muy poco antes.*

## EL CONVIDADO, PASO.

## PERSONAS.

LICENCIADO JAQUIMA.  
BACHILLER BRAZUELOS.

CAMINANTE.

*Zaguán de casa pobre.*

CAMINANTE.

Uno de los grandísimos trabajos que el hombre puede recibir en esta miserable vida, es el caminar, y el superlativo faltalle los dineros. Dígolo esto, porque se me ha ofrescido un cierto negocio en esta ciudad, y en el camino por las muchas aguas me han faltado los reales; no tengo otro remedio sino este, que soy informado que vive en este pueblo un licenciado de mi tierra; veré si con una carta que le traigo puedo ser favorecido. Esta debe de ser la posada; llamar quiero: ¿quién está acá?

BACHILLER.

¿Quién llama? ¿quién está ahí?

CAMINANTE.

Si está, salga vuesa merced acá fuera.

BACHILLER.

¿Qué es lo que manda?

CAMINANTE.

¿Sabráme dar vuesa merced razon de un señor licenciado?

BACHILLER.

No, señor.

CAMINANTE.

Pues déjeme decir: él es hombre bajo, cargado de espaldas, barbinegro, natural de Burbáguena.

BACHILLER.

No le conozco, diga cómo se llama.

CAMINANTE.

Señor, allá se llamaba el licenciado Cabestro.

BACHILLER.

Señor, en mi posada está uno que se hace nombrar el licenciado Jáquima.

CAMINANTE.

Señor, ese debe de ser, porque de Cabestro á Jáquima tanto parentesco me parece que hay; llámele.

BACHILLER.

Soy contento. ¡Ah! ¿señor licenciado Jáquima?

LICENCIADO.

¿Llama vuesa merced, señor bachiller Brazuelos?

BACHILLER.

Sí, señor, salga vuesa merced acá fuera.

LICENCIADO.

Suplícole, señor, que me tenga por escusado, que ando metido en la fragancia del estudio, y estoy en aquello que dice: *sicut adversus tempore, et quia bonus tempus est, non ponitur illo.*

BACHILLER.

Salga, señor, que está aquí un señor de su tierra.

LICENCIADO.

¿Oh, váleme Dios! señor bachiller, ¿ha visto vuesa merced mi bonete?

BACHILLER.

Ahí quedó *super Plinto*.

LICENCIADO.

Señor bachiller, y mis pantuflos de camelote sin aguas, ¿halos visto?

BACHILLER.

Periquillo los llevó á echar unas suelas y capilladas, porque estaban maltratadillos.

LICENCIADO.

Señor bachiller, mi manteo ¿hále visto?

BACHILLER.

Ahí le teníamos encima de la cama esta noche en lugar de manta.

LICENCIADO.

Ya lo he hallado. ¿Qué es lo que manda vuesa merced?

BACHILLER.

¿Agora sale con todo eso á cabo de dos horas que le estoy llamando? Aqueste señor le busca, que dice que es de su tierra.

LICENCIADO.

¿De mi tierra? Si será, pues él lo dice.

CAMINANTE.

¿No me conoce vuesa merced, señor licenciado?

LICENCIADO.

No le conozco, en verdad, si no es para serville.

CAMINANTE.

¿No conoce vuesa merced á un Juanitico Gomez, hijo de Pero Gomez, que ibamos juntos á la escuela, y heci-mos aquella farsa de los gigantillos?

LICENCIADO.

Así, así, ¿es vuesa merced hijo de un tripero?

CAMINANTE.

Qué, no señor, ¿no se le acuerda á vuesa merced que mi madre y la suya vendían rábanos y coles allá en el arbal de Santiago?

LICENCIADO.

¿Rábanos y coles? Rasos y colchones, quiso decir vuesa merced.

CAMINANTE.

Sea lo que mandare, mas a fe que no me conoce.

LICENCIADO.

Ya, ya caigo en la cuenta: ¿no es vuesa merced el mo-chacho que hizo la moceta, aquel bellaquillo, aquel de las calcillas coloradas?

CAMINANTE.

Sí, señor, yo soy ese.

LICENCIADO.

¡Oh, señor Joan Gomez! Señor bachiller, una silla, Periquillo, rapaz, una silla.

CAMINANTE.

Que no es de menester, señor.

LICENCIADO.

¡Oh, señor Joan Gomez! abrácame. Y dídióle alguna cosa que me trujese mi madre?



SI, señor.  
 CAMINANTE.  
 LICENCIADO.  
 Tórneme á abrazar, señor Joan Gomez. ¿Qué es lo que le dió? ¿Es cosa de importancia?  
 CAMINANTE.  
 ¿Y pues no?  
 LICENCIADO.  
 ¡Oh señor Joan Gomez! él sea muy bien venido; amuestre lo que es.  
 CAMINANTE.  
 Es, señor una carta que me rogó que le trujese.  
 LICENCIADO.  
 ¿Carta, señor?, ¿Y díble algunos dineros la señora mi madre?  
 CAMINANTE.  
 No, señor.  
 LICENCIADO.  
 ¿Pues para qué quería yo carta sin dinero? Agora, señor Joan Gomez, hágame tan señalada merced de venirse á comer con nosotros.  
 CAMINANTE.  
 Señor, beso las manos de vuesa merced; en la posada lo deajo aparejado.  
 LICENCIADO.  
 Hágame este placer.  
 CAMINANTE.  
 Señor, por no ser importuno, yo haré su mandamiento, y de camino me traeré la carta que dejé encomendada al mesonero.  
 LICENCIADO.  
 Pues vaya.  
 CAMINANTE.  
 Beso sus manos.

*Sala de los estudiantes.*

LICENCIADO.  
 ¿Qué le pasesce, señor bachiller Brazuelos, deste nuestro convidado?

BACHILLER.  
 Muy bien, señor.

LICENCIADO.  
 A mí no, señor, sino muy mal.

BACHILLER.  
 ¿Por qué, señor?

LICENCIADO.  
 Porque yo para convidalle, ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa, ofrézcola á Dios, que de comer sea; y por tanto querría suplicar á vuesa merced que vuesa merced me hiciese merced de me hacer merced (pues estas mercedes se juntan con esotras mercedes que vuesa merced suele hacer) me hiciese merced de prestarme dos reales.

BACHILLER.  
 ¿Dos reales, señor licenciado? ¿saca burla del tiempo? Sabe vuesa merced que traigo este andrajo en la cabeza, por estar mi bonete empeñado por seis dineros de vino en la taberna, ¿y pídemelos dos reales?

LICENCIADO.  
 ¿Pues no me haría vuesa merced una merced de pensar una burla, en que se fuese este convidado con todos los diablos?

BACHILLER.  
 ¿Burla dice? Déjeme á mi el cargo, que yo le haré una que vaya diciendo que vuesa merced es muy honrado, y muy cabido con todos.

LICENCIADO.  
 Así, ¿de qué manera lo hará vuesa merced?

BACHILLER.  
 Mire vuesa merced: él ha de venir agora á comer; vuesa merced se meterá debajo de esta manta, y en venir, luego preguntará: ¿qué es del señor licenciado? Yo le diré: el señor arzobispo le ha enviado á publicar ciertas buldas, que fué negocio de presto, que no se pudo hacer otra cosa.

LICENCIADO.  
 ¡Oh, cómo dice bien vuesa merced! Pues mire que pienso que es él que llama.

CAMINANTE.  
 Ha de casa.

BACHILLER.  
 Sí, él es, métase presto.

LICENCIADO.  
 Mire que me cobije bien, que no me vea.

CAMINANTE.  
 Ha de casa.

BACHILLER.  
 ¿Quién está ahí? ¿quién llama?

CAMINANTE.  
 ¿Está en casa el señor licenciado?

BACHILLER.  
 ¿A quién busca?

CAMINANTE.  
 Al señor licenciado Jáquima.

BACHILLER.  
 A comer pienso que verná vuesa merced.

CAMINANTE.  
 No vengo por cierto, señor.

BACHILLER.  
 Picadillo debe de traer el molino.

CAMINANTE.  
 No traigo en verdad.

BACHILLER.  
 No lo niegue vuesa merced. Qué, para decir que viene á comer ¿es de menester tantas retóricas?

CAMINANTE.  
 Verdad es que venia á comer, que el señor licenciado me habia convidado.

BACHILLER.  
 Pues certifique que tiene vuesa merced muy mal recado de esta vez, porque en casa no hay blanca, ni bocado de pan para convidalle.

CAMINANTE.  
 Pues no creo yo que el señor licenciado sacara burla de mí.

BACHILLER.  
 Qué, ¿no me cree vuesa merced? Pues sepa que de puro corrido está puesto debajo de aquella manta.

CAMINANTE.  
 No lo creo si con mis ojos no lo viese.

BACHILLER.  
 ¿Que no? Pues mire vuesa merced cuán contrito está arrodillado.

CAMINANTE.  
 ¡Jesus! ¡Jesus! señor licenciado, ¿para mí era de menester tantos negocios?

LICENCIADO.  
 Juro á Dios que ha sido muy bellaquisimamente hecho.

BACHILLER.  
 No ha estado sino muy bien.

LICENCIADO.  
 No ha estado sino de muy grandísimo bellaco, que si yo me escondi, vos me lo mandasteis.

BACHILLER.  
 No os escondiádes vos.

LICENCIADO.  
 No me lo mandaseis vos; y agradesceldo al señor de mi tierra, don bachillerejo de no nada.

BACHILLER.  
 ¿De no nada? Aguarda.

CAMINANTE.  
 Id con todos los diablos, allá os averiguar vosotros mesmos.

## LAS ACEITUNAS, PASO.

## PERSONAS.

TORUVIO, *simple, viejo.*  
 AGUEDA DE TORUEGANO, *su mujer.*

MENCIGUELA, *su hija.*  
 ALOJA, *vecino.*

*Calle de un lugar.*

TORUVIO.

¡Válame Dios, y qué tempestad ha hecho desd'el resquebrajo del monte acá, que no parecía sino qu'el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues deci agora qué os terná aparejado de comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate. ¿Oíslo, mochacha Mencigüela? Si, todos duermen en Zamora. Agueda de Toruégano, ¿oíslo?

MENCIGUELA.

¡Jesús, padre! y habeisnos de quebrar las puertas.

TORUVIO.

Mira qué pico, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra madre, señora?

MENCIGUELA.

Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á cocer unas madejillas.

TORUVIO.

Malas madejillas vengan por ella y por vos; andad, y llamalda.

AGUEDA.

Ya, ya el de los misterios; ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO.

Si, carguilla de leña le parece á la señora; juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado a cargalla, y no podíamos.

AGUEDA.

Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venís!

TORUVIO.

Vengo hecho una sopa d'agua. Mujer, por vida vuestra que me deis algo que cenar.

AGUEDA.

Yo, ¿qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENCIGUELA.

Jesús, padre, y qué mojada que venia aquella leña!

TORUVIO.

Si, después dirá tu madre qu'es el alba.

AGUEDA.

Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene en padre, y hazle luego la cama; y es seguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

TORUVIO.

¿Pues en qué me he detenido, sino en plantallé como me rogastes?

AGUEDA.

Calla, marido, ¿y adónde lo plantaste?

TORUVIO.

Allí junto á la higuera breval, adonde si se os acuerda os di un peso.

MENCIGUELA.

Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está adrezado todo.

AGUEDA.

Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí á veinte y cinco ó treinta años ternéis un olivar hecho y drccho.

TORUVIO.

Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

AGUEDA.

Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? que yo cogeré el aceituna, y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las dés menos el celemin de á dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? ¿No veis qu'es cargo de consciencia, y nos llevará el almotacen cad'al dia la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemin.

AGUEDA.

Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO.

Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA.

Hora no me quebreis la cabeza; mira, mochacha, que te mando que no las dés menos el celemin de á dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como quisiéredes, padre.

TORUVIO.

A catorce ó quince dineros.

MENCIGUELA.

Así lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como mandáredes, madre.

AGUEDA.

A dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo, á dos reales castellanos? Y'os prometo que si no haceis lo que y'os mando, que os tengo de dar mas de doscientos correazonas. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como decís vos, padre.



TORUVIO.

A catorce ó quince dineros.

MENCIGUELA.

Así lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y'os mando.

TORUVIO.

Dejad la mochacha.

MENCIGUELA.

¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

ALOJA.

¿Qu'es esto, vecinos? ¿Por qué maltratais así la mochacha?

AGUEDA.

¡Ay, señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa; unas aceitunas que son como nueces.

TORUVIO.

Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

AGUEDA.

Sí son.

TORUVIO.

No son.

ALOJA.

Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA.

Averigüe, ó póngase todo del quebranto.

ALOJA.

Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORUVIO.

Qué, no señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa; sino en la heredad.

ALOJA.

Pues traeldas aquí, que y'os las compraré todas al precio qué justo fuere.

MENCIGUELA.

A dos reales quiere mi madre que se vendan el celenin.

ALOJA.

Cara cosa es esa.

TORUVIO.

¿No le paresce á vuesa merced?

MENCIGUELA.

Y mi padre á quince dineros.

ALOJA.

Tenga yo una muestra dellas.

TORUVIO.

Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y qu'ella la cogería, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, y que á fuerza de derecho había de pedir á dos reales por cada celenin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.

ALOJA.

¡Oh, qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto; las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

MENCIGUELA.

¿Qué le paresce, señor?

TORUVIO.

No llores, rapaza; la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOJA.

Hora andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz, con vuestra mujer.

TORUVIO.

Adios, señor.

ALOJA.

Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas, y ya las habemos visto reñidas.

## LOS ENGAÑOS, COMEDIA.

## PERSONAS.

VERGINIO, *padre de Lelia.*  
GERARDO, *padre de Clavela.*  
LELIA, *bajo el nombre de Fabio.*  
CLAVELA, *dama.*  
FABRICIO, *hijo de Verginio.*  
LAURO, *caballero.*  
JULIETA, *criada.*

GUIOMAR, *negra.*  
FRULA, *mesonero.*  
PAJARES, *simple.*  
CRIVELLO, *lacayo.*  
QUINTANA, *ayo de Fabricio.*  
MARCELO, *amo de Clavela.*  
SALAMANCA, *simple.*

## ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

Calle.

VERGINIO, GERARDO.

GERARDO.

¿Parécete, Verginio, ser tiempo de darse conclusion en aquel concierto que ya otras veces tú y yo hemos comenzado á tener?

VERGINIO.

Señor Gerardo, no tengas pensamiento que esté yo con menos congoja que tú podrás tener por no haber dado fin en un negocio que para cada uno de los dos tan deseado tenemos; mas no debes maravillarte, pues sabes que mi ausencia no ha dado lugar á que con mas brevedad se efetiase.

GERARDO.

Mira, señor Verginio, que si como yo muchas veces he imaginado no te hallaras á tiempo ni con dineros para comprar atavíos á tu hija, ó para otras cosas que á este efecto conviene, dimelo, que de los que yo tuviere te prestaré de muy buena voluntad.

VERGINIO.

Yo te lo agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

GERARDO.

Créolo en verdad; pero dime de gracia, ¿sabes si tu hija Lelia está en el monesterio?

VERGINIO.

Guárdenos Dios, señor; ¿pues adónde habia de estar, habiéndola yo dejado por mi propia mano en compañía de otra prima mia, que en el mismo monesterio ha hecho profesion? Mas dime, señor, ¿á qué efecto me lo preguntas?

GERARDO.

No creas, señor, que lo pregunto sin causa.

VERGINIO.

¿Cómo?

GERARDO.

Yo, señor, te lo diré. Has de saber que mediante el tiempo de tu ausencia yo envié disimuladamente á saber de esas señoras monjas si tu hija estaba en el monesterio, lo cual he sabido por cosa muy cierta que no está allá dentro, sino que anda acá fuera.

VERGINIO.

Pues ten entendido, señor Gerardo, que si eso han dicho las monjas, no es sino por hacer á mi hija que profese; porque así las unas como las otras he sabido yo que la han cobrado grandísima afecion.

GERARDO.

Bien lo creo.

## ESCENA II.

PAJARES, MARCELO Y DICHO.

PAJARES.

¿Cuál volver? juro al cielo de Dios, allá no vuelva aun-que me lo manden y sopriquen saludadores á pié y descalzos, y aunque vengan en cueros.

MARCELO.

Aguardad, don asno, que yo os haré decir de no, cuando os mandaren la cosa.

PAJARES.

¿Asno! ¿Parécenos bien cuál habeis parado la caña con que la otra hacia la cama? Agora hará la cama con los dedos.

VERGINIO.

¿Qué es aquesto, Pajares? ¿Cómo sales así? ¿Qué ropas son esas?

PAJARES.

Las basquiñas de la señora Lelia.

VERGINIO.

¿Quién te las vistió?

PAJARES.

Yo me las vestí.

VERGINIO.

¿Para qué?

PAJARES.

Estáse lavando mi sayo.

VERGINIO.

¿Para qué se lava tu sayo?

PAJARES.

Embarréme anoche.

VERGINIO.

¿Adónde?

PAJARES.

En el soterraño.

VERGINIO.

¿Cómo?

PAJARES.

Cal: hay mas son que cal.

MARCELO.

Cayó el asno, cayó.

PAJARES.

Yo cal, yo; que hombre soy para caer cincuenta veces muy mejor que vos.

VERGINIO.

Hora no hay quien te entienda.

PAJARES.

Dizque no hay quien me entienda. Espere vuesa merced,



que yo le cogeré á las palabras. ¿Qué está á la entrada de la escalera, junto al soterrano, al rincón?

VERGINIO.

Ya, ya te entiendo.

PAJARES.

Pues ahí, mal punto, caí; hablando con reverencia, y casi medio de boca.

VERGINIO.

¿Pues cómo decías que te habías embarrado?

PAJARES.

Pues dijelo por afeitar el vocabro, que mejor dijera encerado ó alquitrado, que no embarrado.

VERGINIO.

Mas qué bueno estarias para retratar.

PAJARES.

Yo le diré á vuesa merced qué tal, que me decían que parecía calabaza en conserva, ó milanazo con liga.

VERGINIO.

¿Y agora por qué reñíades? decidme, Marcelo.

PAJARES.

Porque queria el señor amo con todo su seso que le fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigallleta.

GERARDO.

No era razon.

PAJARES.

No en verdad, señor desposado.

VERGINIO.

Pues, amo, ¿dónde queríades ir?

MARCELO.

Señor, queria llegarme á Santa Bárbara por aquella moza, y roguéle á este asno que pues estaba así, se rehozase y tomase un manto, porque me fuese acompañando, y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el monesterio, y porque se lo mandé nos ha querido hundir la casa á voces.

PAJARES.

¿Yo hundir la casa á voces? Enterísima sé que está. No me hubiésedes vos mas aina hundido las costillas á garrotazos.

VERGINIO.

Pues, Pajares, ¿qué mas bien querías que venir acompañando á una dama?

PAJARES.

Ande d'ahí. ¿Tambien hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre?

VERGINIO.

¿Yo, cómo?

PAJARES.

¿Parésecele á vuesa merced que si topa por ahí el hombre con alguno del Almendralejo, que irán buenas nuevas á mi padre?

VERGINIO.

Por cierto, muy malas.

PAJARES.

¿Qué nuevas?

VERGINIO.

¿Qué me sé yo de lo que tú te piensas?

PAJARES.

Yo le diré que piensa el otro qu'es el hombre majano ó sayalero, y decille ha que ando hecho santera ó dama de forja.

GERARDO.

Señor Verginio, yo me entro; y en esotro negocio lo dicho dicho, y en lo que toca al dote, á lo concertado me remito.

VERGINIO.

Señor, á la mano de Dios; ya ve que no se entiende en otra cosa.

GERARDO.

Muy bien, señor.

### ESCENA III.

VERGINIO, MARCELO, PAJARES.

VERGINIO.

Marcelo, ya vistes á Gerardo cómo estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia; por eso abrevia en ir por ella porque se efectúe, y dareis de mi parte á esas señoras mías mis besamanos.

MARCELO.

Pláceme. ¡Oh desdichada de ti, Lelia! Por Dios, señor, mas estimara verla bajo tierra que no casada con ese diablo, que creo que tiene mas años que yo al doble, y agora se quiere casar con una mochacha que la podría tener por biznieta.

VERGINIO.

Ya, ya lo veo; mas ¿y qué quereis que haga, pecador de mí? ya veis en cuánto estremo van hoy día las cosas del mundo, y este negocio viéneme á mí muy á cuenta.

MARCELO.

¿Cómo muy á cuenta?

VERGINIO.

Yo os lo diré. Está concertado que yo le dé á mi hija Lelia por mujer, dotándomela en mil florines de su propia moneda, con tal condicion que si mi hijo parece dentro de cuatro años, le case con su hija Clavela, dotándola en la misma cantidad.

MARCELO.

Bien está, señor; pero yo mas querria un rato de contentamiento que cuantos tesoros hay en el mundo; pero yo me voy, que se hace tarde.

VERGINIO.

Pues, amo, id y mirad que no vengais sin ella.

MARCELO.

Pierda cuidado.

PAJARES.

Pues yo, amo, quedome.

MARCELO.

Quédate con mal año que te dé Dios.

PAJARES.

Para vos ser bueno, amo, mal hablais.

VERGINIO.

Entrate conmigo, tontazo.

### ESCENA IV.

MARCELO, LELIA.

MARCELO.

¿Habeis mirado el devaneo destos viejos podridos? que queria reirme, sino que me falta la gana, que es lo mejor. No en balde dicen que muchas veces los viejos se tornan á la edad primera. ¿Mas qué digo? ¿Qué es lo que veo? En verdad que si Lelia no estuviera en el monesterio, jurara que era aquesta que aquí viene en hábito de hombre, ¿pero qué digo? que no es otra por mi fe.

LELIA.

¡Oh pecadora de mí, que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria! ¿Por qué calle me esconderé, que ya me ha visto el amo de casa de mi padre?

MARCELO.

Lelia.

LELIA.

Amo.

MARCELO.

¿Qu'es aquesto, Lelia? ¿Qué hábito es este? ¿Por ventura es este el monesterio donde así tu padre como todos

pensamos tenerte recogida? Háblame: ¿de qué enmudeces?

LELIA.

Señor amo, á quien con mas razon debria yo llamar padre, no os debeis de maravillar al verme en el hábito que me veis, que sabida por vos la ocasion, bien cierta estoy de que no seré culpada de mi atrevimiento.

MARCELO.

No me digas tal, que temblandome están las carnes, si el viejo alcanzase á saber esto, por estar como estamos en víspera de darte mi marido muy honrado. Por tu vida, ¿no me diras qué locura ha sido aquesta?

LELIA.

Señor, como fortuna, amor y mi mala suerte, todos tres se han conformado contra mí...

MARCELO.

¿Cómo contra tí?

LELIA.

Ben tendreis en la memoria como cuando por nuestros pecados Roma fué saqueada, allí mi padre, juntamente con un hermano mio, la mayor parte de su hacienda dejó perdida, y aunque la pérdida no fué pequeña, la de mi hermanico es la que á mi padre, mas sin placer le hace vivir.

MARCELO.

Por cierto no parece sino que fué ayer, y á buena fe que son pasados buenos diez años, y que les podríamos bien echar once.

LELIA.

Que dejemos estar los años, que corren como viento, y aun con mas presteza.

MARCELO.

Prosigue.

LELIA.

Pues viniéndose mi padre á vivir aquí á Módena, yo por mi mal vi á Lauro, gentilhomme desta ciudad, el cual conversando en la casa de mi padre, de mí se enamoró, y quiso Dios y mi suerte que con la misma moneda le pagase, rescibiendo de mí todos aquellos honestos favores que á mi recogimiento son licitos.

MARCELO.

Muy bien sé todo eso.

LELIA.

Y por depositarme mi padre en el monesterio con intencion de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de su perdida ropa, nunca Lauro de mí tuvo acuerdo, antes he visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella hermosa y rica, escesivamente se ha enamorado.

MARCELO.

Hora mira, Lelia, dejemos de traer á la memoria historias pasadas, sino anda acá á mi posada, y cambiarás esas ropas, que hágote saber que tu padre ya es vuelto de Roma, y me envié por tí, y no salí á otra cosa de casa, sino á llevarte.

LELIA.

Déjame concluir.

MARCELO.

Í pues.

LELIA.

No tuve otro remedio después que mi padre en Santa Bárbara me dejó, sino descubrir á Cándida, la monja tia mía, el grande afán que por la ausencia de Lauro yo pasaba, la cual determinó de enviarme á llamar y trabar pláticas con él, porque á negocios que él tenia con las monjas solia venir.

MARCELO.

Í, que bien te entiendo.

LELIA.

Acaesció pues un día que de habérsele muerto un paje

suyo venia el mas afligido hombre del mundo, y decia que si Dios otro tal le deparase que no se trocaria por otro de mayor estado, y en verdad os digo que sin otra consideracion inferi salirme del monesterio y serville de paje en el hábito que me veis, en el cual he procurado agradalle con cuanto extremo he podido, y le sirvo todavia.

MARCELO.

¿Hay tal cosa en el mundo! Y agora, ¿qué piensas hacer?

LELIA.

Sola una cosa quiero de vos.

MARCELO.

¿Y es?

LELIA.

Que entretengais á mi padre por espacio de algunos días, diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos ciertas devociones.

MARCELO.

Pues ¿qué piensas hacer en ese tiempo?

LELIA.

Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido que yo sea hombre, y le he parecido bien; yo, viéndola tan alicionada, le he dicho que si á Lauro no pretende olvidar y aborrecer, que no espere de mí tan sola una buena palabra.

MARCELO.

¿Y crees tú que eso lo hará?

LELIA.

Todo lo podria rodear fortuna; mas por agora perdóname, que no sé quién viene allá, que á la tarde seré en vuestra posada, y hablaremos mas largamente.

MARCELO.

Pues mira que no dejes d'ir; cata que te quedo aguardando.

LELIA.

Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta; adios.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

Calle.

GERARDO.

¡Oh! váleme Dios, y cuán averiguada cosa es el hombre que negocios de importancia tiene, no poder reposar, especialmente yo, que después que hablé á Verginio sobre tomar por mujer su hija Lelia, parece que no traigo juicio de hombre, y este Verginio es tan espacioso, que segun lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar acia su estancia á dalle otro tiento, como que voy á otra cosa; mas primero es menester advertir á mi hija Clavela que si acaso viniere á demandar de mí, que le digan que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará. Guiomar, ¡ah! Guiomar. ¿No respondes? ¿estás sorda?

### ESCENA II.

GERARDO, GUIOMAR.

GUIOMAR.

Ya vo, señor. ¡Jesú! ¡Jesú! libramela Dios de la diablo.

GERARDO.

Decí, ¿téngome de quebrar la cabeza primero que respondais? ¿Qué haciades allá dentro, dueña?

GUIOMAR.

¿Eso me leí, señor, delante de las honras de mi cara? farta de la haciendas teneino que hacer.

GERARDO.

¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

GUIOMAR.

¡Ay, señor Jesucristo! ¿qué haciendas me lo pides?



Primero por la mañanas ¿no barremo la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la pratos?

GERARDO.

Bien.

GUIOMAR.

Enapué ¿no me manda señora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

GERARDO.

De azucena, diablo, que eso pienso que querrás decir.

GUIOMAR.

Sin, señor, y de jamin y de monqueta para adobar aquele guante que le tiene comandaros.

GERARDO.

¿Pues agora se le ha antojado eso?

GUIOMAR.

Anagoras, señor, y dícame señora Clavela: callán, hija Guiomá, aprender ben á colar las flores, que yo te prometo cuando san francas, que te casamo con un mequero de aqueso que adoba la guante.

GERARDO.

¿Qué es aqueso de casar? ¿Qué, ya no quieres ser monja?

GUIOMAR.

No, señor; que ya tenemo un prima mía contrita na religiona, monja, priora, nabadesa, ayá en mi tierra de Manicongo, muy honradas. Yo, señor, queremos muntipicar á mundos.

GERARDO.

Sus, basta que sepamos tu intencion, que hablarse ha mas despacio sobre ese negocio, y entra allá dentro y llama á mi hija Clavela, que se pare á la ventana, que le quiero hablar.

GUIOMAR.

Que me placer, señor, sin que me la mandas.

GERARDO.

Anda, ve.

### ESCENA III.

GERARDO, GUIOMAR, CLAVELA.

GUIOMAR.

Señora, que lecir señor....

CLAVELA.

Así, ¿qué es lo que dice?

GUIOMAR.

Que vosamerced pare ventana, que queremos hablar con eya.

CLAVELA.

¿Qué me pare á la ventana? Corre, Guiomar, y dile que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de prisa, y que te diga á ti qué es lo que quiere.

GUIOMAR.

Anda, señora, dal'en diablo aquesa monadiya, turo día trabajar, nome la padre, la fiyo, la santo, amén.

CLAVELA.

Aquí á la puerta le hablaré. ¿Para qué me he de encarniar por las ventanas? ¿Qué es lo que mandas, señor?

GERARDO.

No cosa ninguna, que si os envié á llamar no fué mas sino por no decillo á esa lengua de tordo. Por vida vuestra que si viniere Verginio, padre de Lelia, á demandar por mí, le digais que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará; no lo echeis en olvido, que es cosa que importa.

CLAVELA.

Pierda cuidado.

GERARDO.

Si á tu señora se le olvidare, acuérdaselo tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Que me placer, señor. ¿No dice en casa mal años te rar Dios entero?

GERARDO.

Esos sean para ti, perra.

CLAVELA.

Déjela, señor, que yo me acordaré dello; vaya en buena hora.

### ESCENA IV.

CLAVELA, GUIOMAR.

CLAVELA.

En buena fe, pues la calle está sola, y no parece nadie, quiero sentarme aquí á la puerta, pues poco me queda. Hija Guiomar.

GUIOMAR.

Como tú la quieres, señora mi álima la corazon.

CLAVELA.

Entra allá por tu vida, y tráeme mi almohadilla, y entre tanto que estoy acabando no sé qué, saca tu rueca, porque me estés aquí acompañando.

GUIOMAR.

Facémolo como mandar, por ciertos.

CLAVELA.

¡Oh vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en tí que de seguridad pueda tener renombre. ¿Traes, di?

GUIOMAR.

Toma, cáatala ahí tu almohadilla, señora.

CLAVELA.

Muestra acá, y llámame esa rapaza que me saque aquí un asiento.

GUIOMAR.

Chuchuleta, machacha. Señora, no responder, piensa que sa muerta.

### ESCENA V.

CLAVELA, GUIOMAR, JULIETA.

JULIETA.

¡Ay amarga de mí! ¿y qué diablo me quiere allá fuera la cara de carbon de brezo?

CLAVELA.

¡Ah, señora Julieta! ¡ah dueña! ¿No salís?

JULIETA.

Sí, señora, héme aquí: ¿qué manda?

CLAVELA.

¿Qué hacíades allá dentro, picuda?

JULIETA.

Sí, picuda; ¿qué había de hacer?

CLAVELA.

Sácame aquí un asiento, y dejaos de rezongar.

JULIETA.

Sí, por cierto, ¿y todo eso era? ¿qué, no podía traerla la cucaracha de sótanos? Sino muy al lado con su señora.

GUIOMAR.

Anda, ofrézcode an diablo; trae aquí un par de monadiyas en que sentar señora.

JULIETA.

Pues agradeceludo á quien está delante, que en buena le que... quizá.

CLAVELA.

Bien. ¿Qué es lo que quizá? Pues si yo arrebató un varapalo, por ventura os pondré quizá en paz.

JULIETA.

¿Pues por qué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esa cara de espárrago por remojar?

GUIOMAR.

Mírame la salamandera. ¿Ha visto qué fantasía tiene, cara de sin gorgüenza?

JULIETA.

¿Oiste, mi duelo, para quién han de tener vergüenza?  
¿Quién es ella, así la arrastren?

CLAVELA.

¿Callaremos? Ea, tengamos la fiesta en paz si os pesa;  
calla tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Jesú, Jesú. ¿No mira vosamercé que preguntan quién  
sa yo? Mira, mira, hija, ya saber Dios y tora lo mundo  
que sar yo la sabrina na reina Berbasino, cuñados de la  
marques de Cucurucú, por an mar y por an tierras.

JULIETA.

Si, si, no le ronqueis.

CLAVELA.

Calla, rapaza. ¿Y reina era tu tia, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay señora! ¿pensar vosamercé que san yo hija de al-  
guno negra de par ahí? Así haya bono siglo álna de  
doña Bialaga, señora.

CLAVELA.

Gentil nombre tenia para dalle buen siglo.

GUIOMAR.

Si, señora, doña Bialaga yamar señora mi madre, y si-  
ñor mi padre Eliomor; cuenta que quiere lesir don Diegos.

JULIETA.

Mira cómo quereis esos bledos: ¿qué gentiles nombres  
para na podenco!

GUIOMAR.

Por eso primer fijo que me nacer en Portugal le yamar  
Diguító, como señor su saragüelo.

CLAVELA.

Su agüelo dirás.

GUIOMAR.

Si, señora, su sabuelo.

CLAVELA.

¿Hijo tienes, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay, señora! no me la mientes, que me face lágrima  
yorar. Têngolo, señora, la India le san Juan de Punto-  
rico, y agora por un mes lagoso me cribió un carta aquella  
ringlousito tan fresco como un flor de aquese campo. ¡Ay  
entraña la mia, fijo mio!

JULIETA.

Tan desatinada y tan borracha me venga el bien.

GUIOMAR.

¿Quin sa borracha, chuchuleta? ¡Ay mandaria, man-  
daria! Plégata Dios que mala puteria te corra, y no veas  
carrakisolendas.

CLAVELA.

¡Ay amarga! ¡Qué carnestolendas, y qué mal pronun-  
ciadas!

JULIETA.

Mal corrimiento venga por tí, amén.

GUIOMAR.

Anda, putiñas medrosas: no es mi honras tomame  
contigos.

JULIETA.

¡Miren qué fantasia! Pues calla, doña negra, que agora  
ha mandado su alteza que á todos los negros y negras ha-  
gan pelvora.

GUIOMAR.

Cagujon para'l, merda tomó pala vos y á manda-  
mento (1).

CLAVELA.

Y déjala, Guiomar, que es una loca; sino dime: ¿qué  
es lo que tu hijo te envió á decir?

GUIOMAR.

Aquella mochocho, aquella mi fijo métemelo á prinsi-  
pio de carta diciendo: Lustrisima madre mia Guiomar; la  
carta que yo te cribo no é para hesamano, sino que sa  
bono, bendito sea Riós, loado sea Riós, amén. ¡Ay! Dios  
te la presie, fijo de la corazon y de lantrañas

CLAVELA.

No llores, Guiomar, no llores.

GUIOMAR.

No podemo facer otro, porque tenemos latrógamo turo,  
turo yeno de patriqueras.

CLAVELA.

Bien está por tu vida, Guiomar, que nos entremos de  
presto en el aposento; y tú, Julieta, pornás esa almohada  
do sabes, que he visto á Lauro asomar por el cabo de la  
calle.

## ESCENA VI.

LAURO, LELIA.

LAURO.

¿Qué te parece, mi Fabio, cuán desgraciados habemo-  
s sido? ¿Has visto á qué tiempo tan oportuno veníamos  
y cómo mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

LELIA.

¿Qué quieres que te diga, señor, sino que harto ciego  
es el que no ve por tela de cedazo? Averiguadamente ella  
le aborrece por todo extremo.

LAURO.

¡Ay que ya lo veo! pero dime, mi Fabio (y por aquella  
obligacion te conjuro con que á servirme eres obligado):  
aquesas veces que á visitarla de mi parte has ido, ¿qué  
semblante te muestra cuando en mi negocio en hablar os  
ocupais?

LELIA.

¿Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna  
vez de tí le hablo que con alegre rostro me vuelva res-  
puesta? como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores  
injurias y los mayores agravios que á doncella de su  
suerte hacerse pudiesen.

LAURO.

Pues ¿qué remedio?

LELIA.

Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues  
tan mal te paga el amor que muestras tenelle, y el afi-  
cion tan grande con que la sirves.

LAURO.

Cambiar el propósito no puedo.

LELIA.

Si no puedes, estate así.

LAURO.

Así lo pienso hacer.

LELIA.

Poco ánimo tienes; parece que nunca en tu vida qui-  
siste bien, sino que Clavela fué la primera que tu cora-  
zon comenzó á sojuzgar.

LAURO.

No, ni Dios tal quiera; antes creo que de haber yo sido  
ingrato á Lelia, hija de Verginio, romano (la cual á tí te  
parece en extremo), ha permitido Dios que yo sea pa-  
gado con la misma ingratitud.

perpetua idea de nuestra dramática en sus principios, y de manifestar  
los pasos por donde fué subiendo desde su rudeza primitiva hasta el es-  
tado de cultura y gala en que la puso el famoso Lope de Vega.

(Nota de la Acad.)

(1) Estas indecentes expresiones y otras bajas y soeces, que se leen en las piezas de la presente coleccion, no se sufriran hoy en nuestros teatros; pero aqui no pudieron omitirse, habiéndose de dar la verdadera y



LELIA.

Y dime, señor: esa Lelia que dices ¿es muerta? ¿Cómo dejaste de tener su amor?

LAURO.

Muerta no; antes después que su padre la ausentó por hacer cierto camino á Roma, nunca mas della he sabido, de la cual Lelia yo rescibi en todo aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podian rescibir.

LELIA.

De esa manera, señor, mal le pagas; parece que debrias procurar por ella y tornar en una amistad tan lícita.

LAURO.

No, en ninguna manera.

LELIA.

¿Cómo no?

LAURO.

Aquese cómo tampoco lo alcanzo, Fabio, antes tengo creído que de haber inferido Clavela mi señora que yo estoy aficionado á Lelia, me desama, lo cual, si ello es así, que de rabia muera. Y por tanto te niego, mi fiel criado, cuanto puedo (si mi salud deseas), que cuando allá vuelvas le digas que ya no amo á Lelia como solia, antes huigo de acordarme della, ni aun de oirla mentar. ¿Entiendes, mi Fabio? ¡Válame Dios! ¿Qué has habido? ¿qué desmayo ha sido este?

LELIA.

Déjame, señor, que no es nada, sino que yo suelo ser apasionado del corazon, y tómanme á veces estos desmayos, y si me das licencia iréme á la posada, porque ya casi en los piés no me puedo sostener.

LAURO.

Pues, hijo, anda en buen hora, y mira si es menester otro, ó que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

LELIA.

No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

LAURO.

Hijo, vete á la posada, y descansa.

LELIA.

El descanso tarde espero.

LAURO.

¿Qué dices?

LELIA.

Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

LAURO.

Pues, hijo, ve, y aquello haz con que mejor te hallares y menos para tu salud daño sea.

LELIA.

Voy, señor, lleno de desconfianza.

LAURO.

Anda, que presto será contigo después de haber dado algunas vueltas por esta calle, donde mi señora Clavela reside.

### ESCENA VII.

VERGINIO, PAJARES.

PAJARES.

Hora juro al cielo de Dios, nostramo, si yo sé á qué tengo d'ir ni á qué efeto vuesa merced me envía. Sé qu'el otro ni la otra no son ahora tan niños que no sabrán venirse; ¿cuántas mas que ya es hora de comer, y la mesma hambre las ha de acarrear á casa, como á mochiachos fuideros.

VERGINIO.

Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien

esa capa, que gran tardanza es la que hacen, y venirlos has acompañando.

PAJARES.

Qué, ¿no está bien cubrida?

VERGINIO.

No: acaba ya.

PAJARES.

Apártese vuesa merced de mi cobridero, y perdone.

VERGINIO.

¿Parécete que está bien cubierta?

PAJARES.

Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

VERGINIO.

¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa! Mira, cuando te la mandaren cubrir, así la has de poner.

PAJARES.

¿Ansí? Ya, ya está bien cubrida; guarde, ¿qué dice?

VERGINIO.

Agora sí, toma este sombrero.

PAJARES.

¿Quién lo ha de tomar?

VERGINIO.

¡Dizque quien! Tú lo has de tomar.

PAJARES.

¡A porpósito! ¿Búrlase conmigo? Hame liado como á costal de arriero, y toma el sombrero. ¿Con qué mano lo habia de tomar? Sé que no tiene maneras ni sacabuches mi capa como balandrán de arcedianos.

VERGINIO.

Asno, ¿qué por aquí bajo no la sabes sacar?

PAJARES.

¿Por dónde?

VERGINIO.

Por aquí: duelos te dé Dios.

PAJARES.

Dice la verdad; mas pecador de mí y de vuesa merced, y perdone, que los parto por medio, ¿quiere que me ande yo de calle en calle halcneando, dando manotadas como pez que ha caído en el garlito, ó como mulo de anoria que dando vueltas no halla paradero cierto?

VERGINIO.

Ganosa está la bestia de comparaciones.

PAJARES.

Bastian de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandare.

VERGINIO.

Pues lo que te mando no es sino que vayas al monesterio de Sancta Bárbara.

PAJARES.

¿Y para qué á Sancta Bárbara? ¿Quiere que diga la santa que voy disfrazado, escudriñándole los rincones de casa?

VERGINIO.

Para que hagas venir presto á mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.

PAJARES.

Y aun deso mal punto estoy corrido, porque á las horas de comer me lanza de casa, como á los mozos de los carniceros la cuaresma.

VERGINIO.

¿Pues tanto piensas tardar allá?

PAJARES.

¿Pues no tengo de tardar yendo á pié como voy?

VERGINIO.

De esa manera razon tiene vuesa merced; entre en casa, y ensille un poyo de esos en que vaya caballero.

PAJARES.

¿Un poyo?

VERGINIO.

¿Dónde vas?

PAJARES.

A ensillar un poyo como mandó.

VERGINIO.

¿Pues, animal, el poyo se ha de menear?

PAJARES.

Pues eso es lo que me cumple, porque nunca salga de la posada.

VERGINIO.

¿Sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

PAJARES.

¿Quién le demanda una cabalgadura? Cabalgablanda me diese vuesa merced, que cabalgadura ni grado ni gracias.

VERGINIO.

¿Qué es cabalgablanda?

PAJARES.

Un rollo ó rosca de aquellos que han amasado hoy, porque vaya caballero mi estrógeno; y á necesidad, un buen mendrugo de pan en las manos es bueno, por no ir hombre pensando en mal ni murmurar de nadie.

VERGINIO.

¿Cata, cata, que todo eso era la caballería y el retorizar? Al fin no podías parar sino en cosas de comer.

PAJARES.

¿No ve vuesa merced que dice el cura de nuestro pueblo, pedid y daros han, y que todos los buenos con pan son duelos?

VERGINIO.

Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote que yo os haga ir presto.

PAJARES.

No me prometa vuesa merced cosa ninguna, qu'eso de garrote no es cosa que me conviene por agora.

VERGINIO.

Primero vernán los otros que este macho se vaya de aquí. Espera, tomaré lo que digo.

PAJARES.

¿Que os parece? Espérole el reloj de Guadalupe. Aguijad, amo Marcelo, pese á la puta de mi cara, que juro á mi pecador, mas esperado habeis sido vos y esotra, que sereno tras finblado.

### ESCENA VIII.

PAJARES, MARCELO.

MARCELO.

¿Pues qué diablos! ¿Tantos ves que venimos? ¿no ves que vengo solo?

PAJARES.

¿Solo viene? Cuántis que por la otra cantaba el cuquillo: *que por vos siquiera no os trajera Dios acá.*

MARCELO.

Mas que no te hallara.

PAJARES.

Señor amo, nostramo es ido por un garrote.

MARCELO.

¿Para qué?

PAJARES.

Pienso que para engarrotarme.

MARCELO.

¿Por qué?

PAJARES.

Porque no os iba á llamar. Por vida vuestra que si trajere garrote, y viéredes que me engarrotea, que os metais en medio.

TOMO II.

MARCELO.

Que me place.

PAJARES.

Ya lo trae; quiérole decir que ya no es de menester. Señor, hé aquí el amo, deje el garrote.

### ESCENA IX.

VERGINIO, PAJARES, MARCELO.

VERGINIO.

¿Es ya venido? Pues tomó vos, porque vais presto cuando os mandare la cosa.

MARCELO.

Paso, señor, paso.

PAJARES.

Amo, ¿y el concierto?

MARCELO.

Harto le decia, paso, señor.

PAJARES.

Dios le perdone, y á vuesa merced. Estánle diciendo ya no es de menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno. Bendito sea Dios.

VERGINIO.

Pues amo, ¿cómo venis sin aquella moza?

MARCELO.

Señor, entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como me ha acaescido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

VERGINIO.

Vamos.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

Calle.

FABRICIO, FRULA.

FABRICIO.

Señor huésped, ya os tengo dicho que si despertare aquel honrado hombre que en mi compañía viene, y por mí os preguntare, que le digais que soy ido á oír una misa, y á ver otras particularidades deste vuestro pueblo.

FRULA.

¿Y á quién quereis que lo diga, señor? ¿al que parece abad, el que riño anoche con el mozo sobre el asar de los caracoles?

FABRICIO.

A ese mismo.

FRULA.

¿Oh, cómo es renegado, cuerpo non de Dios conmigo! Pues perdonadme, señor, vuestro padre pensó que era.

FABRICIO.

Antes le tengo en lugar de mas que padre.

FRULA.

¿Sois de aquí?

FABRICIO.

Romano soy.

FRULA.

¿Habeis estado aquí en Módena otra vez sin esta?

FABRICIO.

Eu mi vida.

FRULA.

Pues catad, señor huésped, que os aviso que vais advertido de la gente de esta tierra, porque es la mas mala que hay en el mundo, en quien hallareis tantos engaños que os asombrarán; y vos sois mozo, no sería mucho engañaros fácilmente.

FABRICIO.

Yo lo agradezco; mas decime, señor huésped, ¿cómo es vuestra gracia?



FRULA.

Señor, Frula me llamo, á servicio y mandado de todos los buenos.

FABRICIO.

Señor Frula, no me engañarán si yo puedo. Haced lo que os tengo rogado, y quedad con Dios.

FRULA.

Id en buen hora.

**ESCENA II.**

FABRICIO, JULIETA.

FABRICIO.

Por esta calle será bien atravesar. ¡Oh qué bonita moza! A mí parece que viene encaminada.

JULIETA.

¿Qué es esto? ¿Andas de camino, Fabio? ¿Qué hábito es aqueso? ¿Qué es de tu señor?

FABRICIO.

¿Mi señor? ¡Donosa está la pregunta! ¿Si nos vido anoche llegar de camino, y piensa que es mi señor maese Pedro Quintana? No me maravillo que aun el huésped pensó que era mi padre.

JULIETA.

¿No respondes?

FABRICIO.

Durmiendo queda en el meson. ¿Por qué lo dices?

JULIETA.

¡Mesonero es el tiempo! ¿Cómo andas así medrado? Parece que hate dado tu amo esa capa.

FABRICIO.

¿Mi amo? Mi amo es mi buen dinero.

JULIETA.

¿Ya mandais dineros, Fabio?

FABRICIO.

¿Otro Fabio? Errado me ha el nombre. ¿Eres tú por ventura moza de Frula mi huésped? ¿De dónde me conoces tú á mí?

JULIETA.

¡Ganoso vienes de burlas! Anda ya, ya, mala landre me mate después de muerta. ¡Para mí, que como dicen soy de Córdoba y nací en el potro! Mira que te ha menester mi señora, ven presto.

FABRICIO.

Bien me dijo á mí mi huésped, que era diabólica la gente de esta ciudad; esa debe de ser moza de alguna cortisana, y como me ve extranjero querrá procurar de sacarme algunas blanquillas; mas quiero conceder con ella, aunque no traiga dos reales cabales.

JULIETA.

Acabemos. ¿Qué hablas entre dientes, Fabio?

FABRICIO.

Otro Fabio. Fabricio querrás decir.

JULIETA.

Fabricio ó Fabio; así veo que te llama tu amo y mi señora.

FABRICIO.

¿Por qué calle iremos?

JULIETA.

Por la de oro; como si tú no supieses las calles mejor que yo.

FABRICIO.

Si, mas no me acuerdo ya.

JULIETA.

¡Mirado al desatinado! Estuviste anoche, y no atinas; pues ven conmigo, que yo te adestraré.

FABRICIO.

¿Es lejos?

JULIETA.

Es el mal dolor que Dios te dé, amén. ¿Haces del

bobo? Si, sí, tomadlo á cuestras, deciros ha mil gracias. Mira, quedate aquí en este cantón, que voy á ver qué hace mi señora, que luego salgo á llamarte.

**ESCENA III.**

FABRICIO.

Mira si lo dije yo, mira si va la señora á ver si está con alguno su ama; porque si tal hay, no faltará un achaque con que me despedir, y si no, ella volverá por hacerme caer con pié derecho; pues mándole yo que barta mala ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder, que gente viene; no quiero que digan que estoy á puerta semejante aguardando tanda, como quien va al molino á moler.

**ESCENA IV.**

VERGINIO, GERARDO.

VERGINIO.

¿Qué quereis, señor, que os diga? ¿A quién mas que á mí con mas justa razon debe pesar? Pero dejadme topar con ella...

GERARDO.

Y dígame, señor Verginio, ¿teneis por cosa cierta andar vuestra hija en el hábito que decis? ¿Y de quién lo habeis sabido?

VERGINIO.

¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mio, que habiéndole yo enviado al monesterio, dijo que allá no estaba, y tambien que fui yo en persona á sabello.

**ESCENA V.**

VERGINIO, GERARDO, JULIETA.

JULIETA.

¡Jesús! vista soy de mi señor; volveréme. No, que será peor. Sus, que ya la tengo pensada.

VERGINIO.

Vuelve acá, rapaza; ¿pensabas que no te habia visto? Dí, ¿dó dabas la vuelta, hurona?

JULIETA.

Señor, envíame mi señora Clavela á llamar uno de estos cajeros, que le quería comprar no sé qué cuentas.

GERARDO.

¡Jesús, Jesús, qué mentira tan probada! Cajero dizque iba á llamar, señor Verginio: ¿ha visto atravesar por aquí algún cajero?

VERGINIO.

¿Qué, señor? Poco hace al caso, salga á lo que saliere.

JULIETA.

En buen hora, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que no dijeran sino vesme aquí.

GERARDO.

Calla, calla, rapaza. Ven acá, ¿qué hace mi hija Clavela?

JULIETA.

Rezando la dejó.

VERGINIO.

¡Tal sea mi vida! Ciertó terná mejor juicio que no la mía. ¿Pero qué digo? Hela, hela, señor, no hay mas que decir: topado ha Sancho con su rocin. Llégate, llégate, hija Lelia, que conocida eres.

**ESCENA VI.**

FABRICIO Y DICHO.

FABRICIO.

¿Lelia? Abrenuncio; donosa gente es esta.

GERARDO.

Seá bien venida la señora; digo, el galán. Por Dios, que os está bien ese hábito; si yo fuese que vos, nunca me le quitaría.

VERGINIO.

¿Qué es aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? ¿Qué devaneo ha sido aqueste? ¿Qué ropa es esa? ¿Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

FABRICIO.

¿Decís á mi, hombre honrado?

VERGINIO.

¿Donosa es la respuesta! Di, ¿burlaste conmigo?

FABRICIO.

No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

GERARDO.

¿Santo Dios, qué poca vergüenza! ¿Qué, aun fingirá no conocerte? Toma por ahí; tené gana de casaros con semejantes.

VERGINIO.

Ahora, hija Lelia, lo pasado sea pasado, y en lo porvenir haya enmienda.

JULIETA.

Cata que es el diablo el buey rabou. Lelia diz que se llama el otro.

GERARDO.

¿Qué dices tú, Julieta?

JULIETA.

Digo que se engañan en buena fe, señores; mejor conozco yo este mocito que á mis propias manos.

VERGINIO.

Y tú ¿de dónde le conoces?

JULIETA.

De mil veces que le he visto con su amo.

GERARDO.

¿Y como se llama?

JULIETA.

Fabio, y Lauro su señor.

VERGINIO.

¿Lauro? Dejádme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer á mi hija en semejantes tratos.

FABRICIO.

Por Dios, no sé qué me diga; esta tierra debe de ser de bárbaros, el uno me toma por extranjero, el otro por mujer, el otro por paje; no hay quien los entienda.

VERGINIO.

No murmureis, hija, sino andad acá conmigo á la posada, y dad al diablo andar en devaneos ni servir á nadie; basta que sirvais aquí á vuestro marido.

FABRICIO.

Por Dios, si no tuviese respeto á las canas honradas, que yo os enseñase á hablar de otra manera. ¿Qué cosa es marido? ¿Estais en vuestro juicio?

GERARDO.

Paso, paso, cuerpo de mi linaje, señora, que no lo tenéis tan acabado, que si aquí no nos quieren, aculla nos ruegan, como dicen.

VERGINIO.

Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido. ¿Qué le paresta que hagamos de ella?

GERARDO.

Señor, lo que á mí me paresta, que pues mi casa es tan cerca, la arrebatemos y la metamos en mi aposento, y yo haré á mi hija Clavela que se vea con ella; que quizá por ser mujer como ella, la hara venir á lo bueno y le dará cuenta de toda su mudanza.

JULIETA.

¿Mujer es el diablo! No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí á otra cosa de casa sino á llamalle.

GERARDO.

¿Qué rezas, Julieta?

JULIETA.

Digo, señor, que á la mano de Dios, que es muy bien hecho, que también se holgará mi señora por ser mujer como ella.

VERGINIO.

Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

FABRICIO.

Estad quedos, hombres honrados, por Dios.

GERARDO.

¿Qué cosa es por Dios? tené bien, señor, que no se nos vaya.

JULIETA.

Déjate llevar, asno, que no te van á echar con leones, sino con la mas linda dama que en toda Módena se halla.

FABRICIO.

Paso, paso, señores; que no pienso deberos nada.

GERARDO.

Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza ó por grado; ayuda aquí, Julieta.

JULIETA.

Eso es de gracia, que á mas soy obligada por lo que toca siquiera á mi ama. ¿Coceais? Callá, que vos saldreis manso, y el patron quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

Calle.

VERGINIO, GERARDO, JULIETA.

VERGINIO.

El mas contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar á mi hija Lelia en compañía de la suya.

GERARDO.

¿Adónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como este, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré alribaldo tacaño, segun meresce. ¿Qué cumple mas?

VERGINIO.

¿Válame Dios! ¿Qué es aquello?

JULIETA.

¿Ay señor Verginio! por el amor de Dios, que se vaya presto de aquí.

VERGINIO.

¿Cómo, qué ha sucedido?

JULIETA.

Ya lo decía yo, pecadora de mí, que aquel mancebo era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

VERGINIO.

¿Qué dices?

JULIETA.

Digo que mi señor se está armando con determinacion de matar á vuesa merced.

VERGINIO.

No hará, hija.

GERARDO.

¿Así, que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente! ¡Ah don traidor! ¿aquí estais?

JULIETA.

¿Ay! señor, téngase.

GERARDO.

Déjame, rapaza.



**ESCENA II.**

CRIVELLO Y DICHOS.

CRIVELLO.

Paso, paso, señor Gerardo, tené un poco de respeto siquiera por quien está en medio.

VERGINIO.

Mira, buen hombre, si algo presumís que os debo, dejadme llegar á la posada, que presto daré la vuelta, y os responderé como mandáredes.

GERARDO.

Andá, que aquí os aguardo.

CRIVELLO.

Que no es menester nada deso, señor Verginio. ¿No sabríamos qué ha sido esto?

VERGINIO.

Yo no lo entiendo.

GERARDO.

¿Qué, no lo entendeis?

CRIVELLO.

Señor Gerardo, por amor de mí, que me diga lo que hay, ó sobre qué es la quistion, que si es cosa que tiene remedio, aquí está Crivello, que basta á remediarlo todo.

GERARDO.

¿Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo de este señor, me engañase?

CRIVELLO.

¿De qué manera?

GERARDO.

De esta: que á fuerza de brazos me ha hecho poner un mancebo en mi casa, que se llama Fabricio.

JULIETA.

Que no, sino Fabio, señor.

CRIVELLO.

Ya le conozco.

GERARDO.

Haciéndome creer que era su hija Lelia.

VERGINIO.

Sí que lo es.

GERARDO.

¿Aun porfias, mal hombre?

CRIVELLO.

Téngase, señor, y mire quién está delante.

GERARDO.

Yo fiándome dél, creyendo ser ello así, púsele en compañía de mi hija Clavela, y le he hallado abrazado y besándose con ella. ¿Paréceos si ha deshonorado mi casa para cuantos dias viviere?

VERGINIO.

Restituirme mi hija, digo yo, y dejaos de esas francias.

GERARDO.

Restituidme vos mi honra; no penseis vencérme con palabras.

VERGINIO.

Esperadme pues aquí.

**ESCENA III.**

GERARDO, JULIETA, CRIVELLO.

CRIVELLO.

Vuelta, vuelta, señor Verginio, señor Gerardo; él se va sin duda á armar, quitémonos de aquí.

GERARDO.

¿Cuál quitar? juro á mi pecador, de aquí no me quite hasta verme persona con persona con él: veamos á cuánto llega su lauz.

CRIVELLO.

Mejor será que se quite de la calle, y no dé que decir á los vecinos.

JULIETA.

Bien dice Crivello, señor.

GERARDO.

Por ese respeto lo quiero hacer.

CRIVELLO.

Pues, señor, quédese con Dios y éntrese en su casa.

GERARDO.

Y vaya con él.

**ESCENA IV.**

FRULA, SALAMANCA.

SALAMANCA.

¡Pues qué diabros! ¿Tanto madrugoren, que no tuvieron acuerdo de almorzar primero que se buesen, señor huésped?

FRULA.

¿Yo no te dije que no sé mas de cuanto el mozo salió primero por esa puerta, que el otro como abad fué en su busca?

SALAMANCA.

Y dígame, señor mesonero ó bodegonero, ó como es su gracia, por vida d'esa cara, cara honrada, ¿sin almorzar se salieron?

FRULA.

Tu señor el mozo bebió con una tórtola.

SALAMANCA.

¡Pues qué diabros! ¿No habia taza en casa, que bebió con una tórtola?

FRULA.

¡Como! Un pájaro, animal.

SALAMANCA.

Y, qué, ¿animal no es pájaro?

FRULA.

No, pues eres tú.

SALAMANCA.

Mercedes, señor huésped.

FRULA.

Si tú no quieres entenderte. Lo que yo digo es que como ia tórtola, y bebió tras de ella, y el abad, viendo que era ido, demandó sopas de la olla, y así se fué.

SALAMANCA.

¿Qu'en sopado va? ¡Ah! ¿búrlase?

FRULA.

¿Por qué me tengo de burlar?

SALAMANCA.

Yo juro al cielo de Dios, que no fué ese hecho sino de hombres lamineros: eso merese el pobre de Salamanca, por irse á dormir en el pájaro y ahorrar de cama.

FRULA.

¡Catá! Qué, ¿Salamanca te llamas?

SALAMANCA.

Salamanca me llamo, y aun me pesa dello.

FRULA.

¿Por qué?

SALAMANCA.

Porque en cosas de comer siempre quedo manco.

FRULA.

Hora bien, queda enhorabuena.

SALAMANCA.

Vaya con Dios, señor bodegonero. ¡Oh! pobre de tí, Salamanca, ¿dónde irás agora solo y en tierra ajena, y sin almorzar ni quien te convide? por aquí será bien que atraviase y pida la plaza á do se venden cosas de comer.

**ESCENA V.**

LAURO, CRIVELLO.

LAURO.

Cuéntame, Crivello, lo que á contar me empezaste, sin errar solo un punto.

CRIVELLO.

Que yo te lo diré, señor, sin discrepar ni tan solamente una puntada.

LAURO.

Pues dí.

CRIVELLO.

Has de saber, señor, que como tú me enviaste en casa de Clavela á ver á qué efecto ese rapaz se había detenido tanto, hallé riñendo á Verginio y á Gerardo.

LAURO.

¿Y sobre qué?

CRIVELLO.

Sobre que oí decir á Gerardo que había hallado á Fabio abrazado con su hija Clavela.

LAURO.

¡Oh traidor! Qué, ¿tal oíste?

CRIVELLO.

Dije que lo oí con estas propias orejas, y fué bien oído.

LAURO.

¿Que fué bien oído? ¡Tacaño!

CRIVELLO.

No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

LAURO.

Yo te creo.

CRIVELLO.

¿Cuál yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras.

LAURO.

Vamos; si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

CRIVELLO.

¿Qué? yo basto, señor, á cortalle aquellos brazuelos.

LAURO.

Crivello, vonte conmigo, y en velle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

CRIVELLO.

Eso haz cuenta que está hecho. Yo me ponné desta postura, si no, desotra, y capete en tierra. Vamos.

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

*Calle.*

LELIA, QUINTANA, SALAMANCA.

LELIA.

¿Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor espediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivello su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quién puede ser este que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

SALAMANCA.

Señor mase Quintana. ¿Qué digo? Ojo, hé allí á Fabricio.

QUINTANA.

Ya lo veo.

LELIA.

En manos de Marcelo mi amo voy derecho á ponerme.

QUINTANA.

Llárale; y sin manteo viene.

SALAMANCA.

Habráselo jugado; ¡ah! señor. ¡Valame Dios! ¿está sordo?

LELIA.

¿Qué mozo es este que me ha llamado?

QUINTANA.

¿Qué mozo es este? ¡Ah Fabricio! vergüenza, vergüenza, ¿qu'es del manteo?

LELIA.

Hombre honrado, ¿conoceisme vos á mí?

QUINTANA.

Si que te conozco.

SALAMANCA.

Si que os conocemos.

LELIA.

¿Tú sabes con quién hablas?

SALAMANCA.

Bien sé con quién hablo: con Fabricio hablo.

LELIA.

¿Cuál Fabricio?

SALAMANCA.

Mi amo.

LELIA.

¿Yo soy tu amo?

QUINTANA.

Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos á la posada.

SALAMANCA.

Vamos, qu'es hora de comer.

LELIA.

¿Quién te quita la comida?

SALAMANCA.

El me la quita, pues venir no quiere.

LELIA.

Yo no tengo para qué.

SALAMANCA.

Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

LELIA.

Calla, diablo, con tu comida.

SALAMANCA.

Bien teneis vos por qué callar, domine Faldetas, pues antes de salir de la posada así os engullis las sopas como anadon nuevo los livianos ó caracoles.

### ESCENA II.

LAURO, CRIVELLO Y DICHOS.

LAURO.

Cátale, Crivello; dale, muera.

LELIA.

¡Santa María, señora! sed conmigo.

QUINTANA.

Teneos, gentil hombre.

CRIVELLO.

Que no hay que tener.

SALAMANCA.

A esotro, no á mí. ¡Oh pecador de Salamanca!

LAURO.

En casa de Verginio se ha metido.

### ESCENA III.

MARCELO, QUINTANA, LAURO, SALAMANCA, CRIVELLO.

MARCELO.

¿Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas tiradas en casa ajena?

LAURO.

Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

QUINTANA.

¿Fabio? Fabricio se llama, señores.

MARCELO.

Ni es ese ni esotro, que vivís engañados; pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que me oigas un negocio que pocos días ha que aconteseó en mi pueblo, maravilloso de oír.



SALAMANCA.

Señores, ¿parésceles que vaya por sendas sillas al meson?

MARCELO.

¿Para qué? di.

SALAMANCA.

Porque segun han tomado el comienzo, no es mucho que nos tomen aquí las cumpretas.

QUINTANA.

Déjete, señor.

LAURO.

Que me place de lo oír; pero ha de ser con una condición, que entreguéis luego ese rapaz en mi poder.

MARCELO.

Yo te lo pondré en tus manos propias, á fe de quien soy.

SALAMANCA.

¿Qué gentiles alientos para quien querría estar en la posada, y tener los asadores atravesados por las tripas!

LAURO.

Di presto.

MARCELO.

Has de saber, señor, que no ha muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor. Quiso su desdicha que este caballero se enamoró de otra señora, olvidando la primera; la primera, viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito femenino, y en el de hombre muchos días le sirvió; pues andando á la desconocida, viéndose todavía aborrecer de este su señor, vino en tanto extremo que estuvo para desesperar, y está hoy en día que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

LAURO.

Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado. ¿Y por qué no se da á conocer de su señor?

MARCELO.

Porque teme del mal suceso.

LAURO.

¿Cuál mal suceso? A fe de caballero que si por mí tal acaesciera... Mas ¿qué digo? No soy yo tan dichoso ni tan bienaventurado.

MARCELO.

Señor, si por ti tal acaesciera, ¿qué es lo que hicieras tú? ¿No olvidarás otro cualquier amor por mujer tan constante, siendo tan hermosa y noble como la otra?

LAURO.

¿Cuál olvidar? ¿Y con qué se podría pagar un tan conforme amor?

MARCELO.

Pues primero que en nuestra casa entres, vi á Fabio veas, quiero me jures á fe de caballero qué es lo que tú hicieras sobre este negocio.

LAURO.

Por el juramento que me has tomado te juro que no le podría pagar con otra cosa sino con tomalla por mujer.

MARCELO.

¿Hicieraslo así?

LAURO.

Y no de otra manera.

MARCELO.

Pues entra, señor, que por tí propio ha sucedido lo contado.

LAURO.

¿Por mí? ¿cómo?

MARCELO.

Porque Fabio (á quien tú quieres matar pensando que es hombre) es tu querida primera Lelia, hija de Verginio, romano, la cual se salió del monesterio por servirte en hábitos de hombre; mira si le debes algo y le eres en grandisima obligacion.

LAURO.

No me digas mas, señor Marcelo, que yo te creo.

CRIVELLO.

Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se iba á acostar á la cámara de los lacayos, se apartaba acullá lejos en un rincón á desnudar; yo deciale: hermano Fabio, ¿por qué no te vienes á desnudar á la lumbre? y respondíame él diciendo: hermano Crivelo, tengo sarna.

LAURO.

Sus, entremos allá dentro, que yo le quiero pagar con lo que tengo dicho.

SALAMANCA.

Señor mase Quintana, si aquel no es Fabricio, ¿qué esperamos? Vámonos *ad comedendum ad posatam*.

QUINTANA.

¿Qué dices? ¿Qué algarabía es esa?

SALAMANCA.

¿Algarabía es esta? Es gramátula, y aun de la mas fina de Alcalá de Humaes.

QUINTANA.

Escúchate. Dígame, señor, ¿cómo dijo denantes que se llamaba el padre desa Lelia?

MARCELO.

Verginio, romano.

QUINTANA.

¿Verginio, romano?

MARCELO.

Si, señor.

QUINTANA.

¿Tuvo otro hijo sin esta?

MARCELO.

Uno, el cual se perdió en el saco de Roma.

QUINTANA.

Por hallado se puede tener el día de hoy; que llegando á ver aquí á Módena so amparo y guarda mia, se nos ha desaparecido, y pensando ser este que se retrajo en vuestra posada, venimos en su seguimiento.

CRIVELLO.

¿Y es ese el que llamais Fabricio?

QUINTANA.

Si, señor.

CRIVELLO.

Ta, ta, que me maten si ese que vos decís no es el que han tomado por Lelia, y está encerrado en casa de Gerardo.

MARCELO.

Pues por amor de mí, mientras nosotros nos entramos á efectuar el matrimonio del señor Lauro con Lelia, se vaya aquí con Crivelo.

¿Dónde, señor?

QUINTANA.

MARCELO.

A casa de Gerardo, porque Verginio es ido allá armado con Pajares su mozo á que le restituya á Lelia.

QUINTANA.

¡Válame Dios! Iré porque no suceda algun escándalo.

CRIVELLO.

Vamos, y daremos noticia de lo pasado.

#### ESCENA IV.

QUINTANA, SALAMANCA.

SALAMANCA.

¿Y pues? ¿yo, mase Quintana ó cuartana, quedome hecho campaleón? ¿Piensa que me he de mantener del aire?

QUINTANA.

¡Oh! toma, cata ahí cuatro reales, y dalos á Frula el mesonero en señal que se los debemos, y dile que te dé el portillon de la ropa.

¿Y no mas?

SALAMANCA.

QUINTANA.

Y el pan que sobró del almuerzo, y vente aquí á la posada del señor Verginio.

SALAMANCA.

Que me place, y al pan podeis agradecer la vuelta.

### ESCENA V.

VERGINIO, PAJARES.

VERGINIO.

Mira, Pajares.

PAJARES.

Miro, señor.

VERGINIO.

No te cures de mas sino hacer como yo hiciere; veamos si me darán á mi hija por fuerza ó por grado, ó mal que les pese.

PAJARES.

Y dígame, señor, ¿cuántos han de ser los alanceados, si place á la voluntad de Dios?

VERGINIO.

Solo uno es el que me ha ofendido.

PAJARES.

¿Uno no mas? ¿Y cómo se llama?

VERGINIO.

¿De todo te han de dar cuenta? Gerardo se llama. ¿Por qué lo dices?

PAJARES.

Porque querriame llegar á la iglesia.

VERGINIO.

¿Para qué?

PAJARES.

Para hacelle decir una misa de salud.

VERGINIO.

Calla, badajo, que no sé quién viene.

PAJARES.

Crivelo es el uno, y el otro saludador me paresce.

### ESCENA VI.

CRIVelo, QUINTANA Y DICHOS.

CRIVelo.

Guárdele Dios, señor Verginio.

VERGINIO.

Seas bien venido con la compañía.

QUINTANA.

Beso sus manos.

PAJARES.

Señor Crivelo, ¿parésecele en qué andenes y riesgos me han traído mis pecados?

CRIVelo.

¿Cómo, Pajares?

PAJARES.

¿Cómo, me pregunta? ¿No ve qué enlanceado estoy?

CRIVelo.

¿Pues qué hace al caso, di?

PAJARES.

¿Quién me hizo á mi mata-hombres? Que aun por mis pecados los dias pasados mató mi padre un huron, y en mas de quince dias no osaba salir de noche al corral do le habia muerto.

QUINTANA.

¿Por qué?

PAJARES.

Porque no me asombrase su álima.

CRIVelo.

Señor Verginio, bien puede vuesa merced enviar este mozo á casa á desarmarse.

PAJARES.

¡Ah! Dios te dé salud, amén.

VERGINIO.

¿Cuál enviar? Venis vos hecho de concierto con Gerardo? Pues tené por entendido que no lo haré hasta en tanto que me dé mi hija tan sana y tan buena como se la entregué.

CRIVelo.

Señor Verginio, ¿cómo? ¿cómo os puede dar vuestra hija, no teniéndola?

VERGINIO.

¿Dizque no teniéndola? ¿Pues qué cuenta me da de la moza que yo le dejé en su poder?

CRIVelo.

¿Moza? Yo digo que es mozo.

QUINTANA.

Señor, lo que yo tengo entendido de este negocio es que Lelia está en tu casa, con toda la honra del mundo, y desposada con un gentil hombre que se llama Lauro.

CRIVelo.

Dice verdad, señor; con mi amo.

PAJARES.

¿Y sin pedirme perdon, señor?

VERGINIO.

¿De qué te habia de pedir perdon?

PAJARES.

De que me hizo ayunar el lunes sin ser ayuno, ni cantallo el martillojo de mi bravario.

VERGINIO.

¿Qué, mi hija es desposada con Lauro? Dichoso seria yo si tal fuese.

CRIVelo.

Que lo puedes bien creer, señor.

VERGINIO.

Y pues, el que tanto le semeja, que está en casa de Gerardo, ¿quiéu ha de ser?

QUINTANA.

Tu hijo, señor.

VERGINIO.

¿Qué me contais?

QUINTANA.

La verdad sin falta.

VERGINIO.

¡Oh Providencia divina!

CRIVelo.

Señor, en casa de Gerardo me entro, por dalle aviso del regocijo tan sobrado y ganar las albricias.

VERGINIO.

Corre, ve.

PAJARES.

Yo á desalantearme.

### ESCENA VII.

VERGINIO, QUINTANA.

VERGINIO.

¿Señor, cómo es su gracia?

QUINTANA.

Quintana, á su servicio.

VERGINIO.

¿De qué tierra?

QUINTANA.

De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

VERGINIO.

¿Fabricio? ¿Y quién le puso ese nombre?

QUINTANA.

Señor, tú has de saber que el día de la revuelta que fué saqueada Roma, quiso su buena dicha ó ventura que vino en poder tu hijo de un capitán español dicho Fabricio, y



por quererle tanto, me lo dió que le enseñase toda crianza, llamándole de su propio nombre, y al punto que falleció lo dejó heredero de su hacienda.

VERGINIO.

¡ Santo Dios !

QUINTANA.

Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenía padre que se llamaba Verginio, y por informacion de algunos extranjeros que en Módena residían, determiné de encaminarle á esta ciudad y traerle en tu presencia.

VERGINIO.

Digo, señor, que yo estoy por ello á no faltaros en los días de mi vida.

### ESCENA VIII.

GERARDO, FABRICIO, CLAVELA, CRIVELLO Y DICHOS.

CRIVELLO.

Señor, hé aquí do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio, con su esposa Clavela mano por mano.

GERARDO.

¿ Qué le parece, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios cómo siempre vienen á parar en buen suceso ?

VERGINIO.

Así es la verdad, señor Gerardo.

QUINTANA.

Fabricio, abraza á tu padre.

FABRICIO.

Déme sus manos, señor.

VERGINIO.

¡ Jesús ! y cuán semejante es á Lelia ; bendigate Dios, hijo mio, y á tu esposa.

CLAVELA.

Y á él dé largos días de vida.

GERARDO.

Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios que Lelia fuese mi mujer, segun aquí Crivello me ha contado, digo que yo me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno, y d'hoy mas por consuegros y hermanos nos abracemos.

VERGINIO.

Que me place, y vamos derecho á mi aposento, donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

CRIVELLO.

Sus, señores ; si les pareciese alcanzar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguese á la posada del señor Verginio, que, á fe de hombre de bien, segun el preparatorio, no falten quejosos ; y por tanto, perdonen.

## CORNUDO Y CONTENTO, PASO.

## PERSONAS.

LUCIO, *doctor médico.*  
MARTIN DE VILLALBA, *simple.*

BARBARA, *su mujer.*  
JERONIMO, *estudiante.*

*Plaza de un lugar.*

LUCIO.

¡Oh miserabilis doctor! ¿Qué fortuna es esta, que no haya receptado en todo el día de hoy recepta ninguna? ¿Pues mirad quién asoma para mitigar mi pena! Este es un animal que le ha hecho encreyente su mujer que está enferma, y ella hácelo por darse el buen tiempo con un estudiante; y él es tan importuno, que no lo hace con dos ni tres visitas al día. Pero venga, que en tanto que los pollos en el corral le turaren, nunca su mujer estará sin fiebre. Sea bien allegado el bueno de Alonso de....

MARTIN.

No, no, señor licenciado, Martin de Villalba me llamo, para toda su honra.

LUCIO.

*Salus atque vita.* ¿Para qué era nada desto, hermano Martin de Villalba?

MARTIN.

Señor, perdone vuesa merced, que aun están todavía pequeñuelos, pero sane mi mujer, que yo le prometo un ganso que tengo á engordar.

LUCIO.

Déos Dios salud.

MARTIN.

No, no, primero á mi mujer, plegue á Dios, señor.

LUCIO.

Mochacho, toma esos pollos, ciérrame esa jelsia.

MARTIN.

No, no, señor, que no son pollos de jelsia, vuesa merced puede estar descuidado. ¿Sabe cómo los ha de comer?

LUCIO.

No por cierto.

MARTIN.

Mire, primeramente les ha de quitar la vida y plumas; y echar la pluma y los hígados, si los tuviere dañados.

LUCIO.

¿Y después?

MARTIN.

Después ponellos á comer si tuviere gana.

LUCIO.

Bien me parece todo eso. ¿Pues cómo se ha sentido esta noche vuestra mujer?

MARTIN.

Señor, algun tanto ha reposado, que como ha dormido en casa aquel su primo el estudiante, que tiene la mejor mano de ensalmador del mundo todo, no ha dicho en toda esta noche, aquí me duele.

LUCIO.

Yo lo creo.

MARTIN.

Guárdenos Dios del diablo.

LUCIO.

¿Y queda en casa?

MARTIN.

Pues si aqueso no huese, ya sería muerta.

LUCIO.

¿Tomó bien la purga?

MARTIN.

¡A mi madre! Ni aun la quiso oler; pero buen remedio nos dimos, porque le hiciese impresión la melecina.

LUCIO.

¿Cómo así?

MARTIN.

Señor, aquel primo suyo, como es muy letrado, sabe lo que el diablo deja de saber.

LUCIO.

¿De qué manera?

MARTIN.

Díjome: mirad, Martin de Villalba, vuestra mujer está de mala gana, y es imposible que ella beba nada desto; vos decís que queréis bien á vuestra mujer; dije yo, á mi madre, no esteis en eso, que juro á mi que la quiero como las coles al tocino. Dijo él entences: pues tanto monta: bien os acordais que cuando os casaron con ella, dijo el crego ser unidos en una misma carne. Dije yo: así es verdad; dijo él: pues siendo verdad lo qu'el crego dijo, y siendo toda una misma carne, tomando vos esa purga, tanto provecho le hará á vuestra mujer como si ella la tomase.

LUCIO.

¿Qué hicistes?

MARTIN.

Pardiez, apenas hubo acabado la zaguera palabra cuando ya estaba el escudilla mas limpia y enjuta que la podía dejar el gato de Mari Jimenez, que creo que no bay cosa mas desbocada en toda esta tierra.

LUCIO.

Bien le aprovecharia.

MARTIN.

Guárdenos Dios; yo fui el que no pude mas pegar los ojos, que ella á las once del día se despertó, y como á mi me habia quedado aquella madrugada tan enfecto el estrónago con aquello de la escudilla, bizole tanto provecho á ella, que se levantó con una hambre, que se comiera un novillo si se lo pusieran delante.

LUCIO.

¿En fin?

MARTIN.

En fin, señor, que como no me podía menear del dolor que en estos ijares sentia, díjome su primo: andad mal punto, que sois hombre sin corazon; de una negra purguilla estais, que me pareceis un buho serenado; entences el señor diciendo y haciendo, apañó una gallina por aquel pescuezo, que parece que agora lo veo, y en un santiamén fué asada y cocida, y traspillada entre los dos.

LUCIO.

Hiciérame yo al tercio, como quien juega á la primera de Alemaña.

MARTIN.

¡A mi madre! Bien lo quisiera yo, sino que me hicieron encreyente que le haria daño á mi mujer lo que yo comiere.

LUCIO.

Hicistes muy bien, mirad quién ha de vivir seguro de



aquí adelante; según me paresce, á vos basta que curemos.

MARTIN.

Si, señor, pero no me mande mas de aquello de la'scudilla, si no, no será mucho á muchas escudilladas aborraz de tripas, y quedarse el cuerpo como canjilon agujereado.

LUCIO.

Agora pues, yo tengo ciertas visitas, id en buen hora, y acudios por acá mañana, que con un buen regimiento que y'os ordenaré, basta para que se acabe de curar.

MARTIN.

Dios lo haga, señor.

ESTUDIANTE.

Por el cuerpo de todo el mundo, señora Bárbara, veis aquí á vuestro marido que viene de acá casa del doctor Lucio, y creo que nos ha visto. ¿Qué remedio?

BÁRBARA.

No tengais pena, señor Jerónimo, que yo le enalbardaré como suelo, hacerle he encreyente que vamos á cumplir ciertos votos que convienen para mi salud.

ESTUDIANTE.

¿Y creerlo ha?

BÁRBARA.

¿Cómo si lo creerá? Mal lo conocéis; si yo le digo que en lo mas fuerte del invierno se vaya á bañar en la mas helada acequia, diciendo que es cosa que importa mucho á mi salud, aunque sepa ahogarse, se arrojará con vestidos y todo. Háblele.

ESTUDIANTE.

Bien venga el señor Martin de Villalba, marido de la señora mi prima, y el mayor amigo que tengo.

MARTIN.

¡Oh señor primo de mi mujer! Norabuena vea yo aquea cara de pascua de hornazos. ¿Dónde bueno? O ¿quién es la revestida, como borrica de llevar novias?

ESTUDIANTE.

Déjala, no la toques, una moza es que nos lava la ropa allá en el pupilaje.

MARTIN.

¿Mas á fe?

ESTUDIANTE.

Si en mi ánima, ¿habíate de decir yo á ti uno por otro?

MARTIN.

Bien lo creo, no te enojés; ¿y adónde la llevas?

ESTUDIANTE.

A casa de unas beatas, que le han de dar una oracion para el mal de la jaqueca.

MARTIN.

¿Burlasme, di?

ESTUDIANTE.

No, por vida tuya y de cuanto luce delante mis ojos.

MARTIN.

V'en buen hora; ¿has menester algo?

ESTUDIANTE.

Dios te dé salud, no agora.

MARTIN.

Como tú deseas.

BÁRBARA.

¡Oh grande alimaña! que aun no me conoció. Aguija, traspongamos.

MARTIN.

Ola, ola, primo de mi mujer.

ESTUDIANTE.

¿Qué quieres?

MARTIN.

-Aguarda, cuerpo del diablo, que ó yo m'engaño, ó es aquella saya la de mi mujer; si, ella es: ¿dónde me la llevas?

BÁRBARA.

¡Ah don traidor! Mirad qué memoria tiene de mi, que topa su mujer en la calle, y no la conoce.

MARTIN.

Calla, no llores, que me quiebras el corazon, que yo te conoceré, mujer, aunque no quieras, de aquí adelante; pero dime: ¿dónde vas? ¿volverás presto?

BÁRBARA.

Si volveré, que no voy sino á tener unas novenas á una santa con quien yo tengo grandísima devocion.

MARTIN.

¿Novenas? ¿Y qué son novenas, mujer?

BÁRBARA.

¿No lo entendeis? Novenas se entiende que tengo de estar yo allá encerrada nueve dias.

MARTIN.

¿Sin venir á casa, álima mia?

BÁRBARA.

Pues, sin venir á casa.

MARTIN.

Sobresaltado me habias, primo de mi mujer, burlonazo, maldita la sangre que me habias dejado engetada.

BÁRBARA.

Pues concédeme una cosa.

MARTIN.

¿Y qué, mujer de mi corazon?

BÁRBARA.

Que ayuneis vos todos estos dias que yo allá estuviere á pan y agua, porque mas aproveche la devocion.

MARTIN.

Si no es mas que aqueso, soy muy contento; v'en buen hora.

BÁRBARA.

Adios; mirad por esa casa.

MARTIN.

Señora mujer, no te cumple hablar mas como enferma, que el doctor me ha dicho que á mí me ha de curar, que tú, bendito Dios, ya vas mejorando.

ESTUDIANTE.

Quedad en buen hora, hermano Martin de Villalba.

MARTIN.

Ve con Dios; mira, primo de mi mujer, no dejes de aconsejarla que si se halla bien con las novenas, que las haga decenas, aunque yo sepa ayunar un dia mas por su salud.

ESTUDIANTE.

Yo lo trabajaré, queda con Dios.

MARTIN.

Y vaya con él.

## PAGAR Y NO PAGAR, PASO.

## PERSONAS.

BREZANO, *hidalgo*.  
CEVADON, *simple*.

SAMADEL, *ladron*.

*Sala de casa particular.*

BREZANO.

Hora ¿no es cosa estraña que á un hidalgo como yo se le haya hecho semejante afrenta y agravio cual este? y es que un casero de esta mi casa en que vivo, sobre cierto alquiler que le quedé á deber, me ha enviado á emplazar doscientas veces. Yo quiero y tengo determinado de llamar á Cevadon mi criado, y dalle los dineros para que se los lleve. Ola, Cevadon, sal acá.

CEVADON.

Señor, ¿llama vuesa merced?

BREZANO.

Si, señor, yo llamo.

CEVADON.

Luego oí que me llamaba.

BREZANO.

¿En qué oyó que le llamaba?

CEVADON.

¿Diz que en qué? En nombrarme por mi nombre.

BREZANO.

Hora, ven acá, ¿conoces?

CEVADON.

Si, señor, ya conuezco.

BREZANO.

¿Qué conoces?

CEVADON.

Esotro, el aqueste, el que dijo vuesa merced.

BREZANO.

¿Qué dije?

CEVADON.

Ya no se m'acuerda.

BREZANO.

Dajémonos de burlas; dime si conoces á aquel casero desta mi casa en que vivo.

CEVADON.

Si, señor, muy bien lo conuezco.

BREZANO.

¿Dónde vive?

CEVADON.

Aullá en su casa.

BREZANO.

¿Dónde está su casa?

CEVADON.

Mire vuesa merced, eche por esta calle derecha, y torne por esotra á mano izquierda, y junto la casa, empar de la casa al otra casa mas arriba está un poyo á la puerta.

BREZANO.

No me entiendes, asno; no te digo sino si conoces al casero de mi casa.

CEVADON.

Que si, señor, muy bien.

BREZANO.

¿Dónde mora?

CEVADON.

Mire vuesa merced, váyase derecho á la iglesia y éntrese por ella, y salga por la puerta de la iglesia, y dé una vuel-

ta alrededor de la iglesia, y deje la iglesia, y tome una callejuela junto á la callejuela, empar de la callejuela, la otra callejuela mas arriba.

BREZANO.

Bien sé que sabes allá.

CEVADON.

Si, señor, demasiadamente sé.

BREZANO.

Sus, toma estos quince reales, y lléveselos, y dile que digo yo que lo ha hecho ruinmente en enviarme á emplazar tantas veces, y que digo yo que me haga merced de no hacello tan mal conmigo; y mira que al que se los has de dar ha de tener un parche en el ojo, y una pierna arrastrando, y primero que se los des te ha de dar una carta de pago.

CEVADON.

¿Que primero que le dé yo los dineros, le tengo de dar una carta de pago?

BREZANO.

Que no, asno, él á tí.

CEVADON.

Ya, ya, él á mi, yo lo haré muy requisimamente.

*Calle.*

SAMADEL.

Segun soy informado, por aqui ha de venir un mozo con unos dineros que los ha de dar á un mercader; yo le tengo de hacer encreyente que soy el mercadante y cogelle los dineros, que bien creo que serán buenos para alguna quinilla: ta, ta, quiero disimular, que hélo aquí do viene.

BREZANO.

Mira que lo sepas hacer, diablo.

CEVADON.

Que lo sabré hacer, ¡válame Dios!

SAMADEL.

Ola, hermano, ¿es hora que traigas esos dineros?

CEVADON.

¿Es vuestra merced el que los ha de recibir?

SAMADEL.

Y aun el que los habia de tener en la bolsa.

CEVADON.

Pues, señor, díjome mi amo que le diese á vuesa merced, y tomase vuesa merced quince reales.

SAMADEL.

Si, quince han de ser, dad acá.

CEVADON.

Tome: aguarde vuesa merced.

SAMADEL.

¿Qué tengo de aguardar?

CEVADON.

¿Diz qué? las insinias.

SAMADEL.

¿Qué insinias?



CEVADON.  
Dijo mi amo que había de tener vuesa merced un parche en el ojo, y traer una pierna arrastrando.

SAMADEL.  
Así, pues si no es mas deso, cata aquí el parche.

CEVADON.  
Avese d'ay, ¿diz que eso es parche?

SAMADEL.  
Digo que sí es.

CEVADON.  
Digo que no es.

SAMADEL.  
Digo que lo es, aunque os pese.

CEVADON.  
No quiero pesar, señor, séalo al mandado de vuesa merced, parche es, ¡válame Dios! son como traía vuesa merced abajo el sombrerillo, no había visto el parche.

SAMADEL.  
Hora, sus, dad acá los dineros.

CEVADON.  
Tome vuesa merced.

SAMADEL.  
Echa.

CEVADON.  
Aguarde.

SAMADEL.  
¿Qué tengo de aguardar?

CEVADON.  
La pierna arrastrando ¿qu'es della?

SAMADEL.  
¿La pierna? Vesla aquí.

CEVADON.  
Tome vuesa merced los dineros.

SAMADEL.  
Vengan.

CEVADON.  
Aguarde.

SAMADEL.  
¡Oh pecador de mí! ¿qué quieres que aguarder?

CEVADON.  
¿Qué tengo de aguardar? la carta de pago.

SAMADEL.  
Pues vesla aquí; toma, bobo, que en verdad veinte años ha que está escrita, y decidle á vuestro amo que digo yo que es un grandísimo bellaco.

CEVADON.  
¿Que le diga yo á mi amo que vuesa merced es un grandísimo bellaco?

SAMADEL.  
Que no, sino que yo se lo digo á él, y que lo ha hecho ruímente.

CEVADON.  
Ta, ta, eso de ruin le había de decir yo á vuesa merced, que mi amo me dijo que se lo dijese, téngalo por recibido.

SAMADEL.  
Bien está, vete con Dios.

CEVADON.  
Vaya vuesa merced; ofrézcole al diablo el parche que lleva, que miedo tengo que no me haya engañado.

BREZANO.  
Ola Cevadon, ¿traes recado?

CEVADON.  
Sí, señor, traigo todo recado, y la carta de pago, y todo negocio viene.

BREZANO.  
¿Mirástele bien? ¿viste si tenía parche?

CEVADON.  
Sí, señor, un parchazo tenía tan grande como mi bonete.

BREZANO.  
¿Vístelo tú?

CEVADON.  
No, señor, mas él dijo que le traía.

BREZANO.  
¿Pues así habías de fiar de su palabra?

CEVADON.  
Sí, señor; sé que no había de infernar ellotro su alma á truque de un parche ni de quince reales.

BREZANO.  
Ora, sus, que tú traerás algun buen recado; y dime, ¿traía la pierna arrastrando?

CEVADON.  
Sí, señor, luego que le di los dineros arrastró ansina la pierna; mas luego que se fué iba mas derecho que un pino.

BREZANO.  
Baste, veamos la carta.

CEVADON.  
Tome, señor.

BREZANO.  
Señor hermano.

CEVADON.  
¿Dice ahí señor hermano?

BREZANO.  
Sí, que dice señor hermano.

CEVADON.  
Debe de ser hermano del que recibió los dineros.

BREZANO.  
Así debe de ser. *Las libras de azafrán...*

CEVADON.  
¿Ahí dice libras de azafrán?

BREZANO.  
Sí, aquí así dice.

CEVADON.  
¿Las libras de azafrán? ¿Yo no he traído á vuesa merced azafrán?

BREZANO.  
A mí no.

CEVADON.  
¿Pues cómo viene el papel enzafranado?

BREZANO.  
¿Tú no ves que te ha engañado, que por darte carta de pago te ha dado carta mensajera?

CEVADON.  
¿Carta, ó qué?

BREZANO.  
Carta mensajera.

CEVADON.  
Pardiez si eso es verdad, que lo ha hecho muy bellaquísamente.

BREZANO.  
¿Qué remedio, señor?

CEVADON.  
Yo diré á vuesa merced qué remedio. Que tomemos sendos palos, y que vamos callibajo, vuesa merced primero, yo tras dél, y si á dicha l'encontramos, cobraremos nuestros dineros; cuando no, servirme ha de criado estuences.

BREZANO.  
¿Qué es servirte de criado?

CEVADON.  
¿Qué, señor? Que y'os compezaré á bravear con él, como lo hizo de ruin hombre de llevarse los dineros sin parche ni pierna arrastrando; y en esto vuesa merced descargará con la paliza.

BREZANO.  
Pues, sus, vamos.

CEVADON.  
Vamos.

SAMADEL.  
Bien dicen que lo bien ganado se pierde, y lo malo, él y

su amo; esto digolo porque aquellos dineros que tomé al simple mozo, los medios se fueron en un resto, y los otros se quedaron en un bodegon; dicen que van en busca mia, no tengo otro remedio sino diferenciar la lengua.

BREZANO.

Haz que le conozcas bien.

CEVADON.

Piensa euidado vuesa merced, que yo le conoceré re-bien. Véngase poco á poco tras mí.

BREZANO.

Anda.

CEVADON.

Señor, señor.

BREZANO.

¿Qué?

CEVADON.

Caza tenemos, el del sombrero es.

BREZANO.

Cata que sea él.

CEVADON.

Que sí, señor, este me tomó los dineros.

BREZANO.

Sus, háblale.

CEVADON.

Hombre de bien.

SAMADEL.

La gran bagase qui us pari.

CEVADON.

No habla cristianamente, señor.

BREZANO.

Sepamos pues en qué lengua habla.

SAMADEL.

Yuta drame á roquido dotos los durbeles.

BREZANO.

¿Qué dije?

CEVADON.

Que se los comió de pasteres.

SAMADEL.

¿No he fet yo tan grasa llegea?

BREZANO.

¿Qué es lo que dice?

CEVADON.

Qu'él los pagará, aunque se pea.

SAMADEL.

¿Qué he de pagar?

CEVADON.

Los dineros que me quisiste hurtar.

SAMADEL.

Tomá una higa para vos, don villano.

CEVADON.

Pero tomad vos esto, don ladron tacaño.

BREZANO.

Eso sí, dale.

CEVADON.

Aguarda, aguarda.



## PRENDAS DE AMOR, COLOQUIO.

## PERSONAS.

MENANDRO, *pastor.*SIMON, *pastor.*CILENA, *pastora.*

SIMON, MENANDRO.

SIMON.

Menandro, ya hemos llegado  
Do podemos deslindar,  
Y dejar averiguado  
Cual es mas aventajado,  
Y tiene mas que esperar.  
Que si Cilena pastora  
A los dos favor nos dió,  
A mi mas me aventajó,  
Pues aquella clara aurora  
Su zarcillo me entregó.

MENANDRO

Si por combate ó razones  
La gran locura en que estás,  
Simon, defender querrás,  
Propon luego tus quisiones;  
Porque á todo me hallarás:  
Dices que te dió un zarcillo  
De su oreja delicada,  
Y que á mi no me dió nada,  
Porque m'entregó un anillo  
De mano tan alindada.

SIMON.

¿Quién vido señal de amor  
Tan manifiesta y tan clara  
Ni de tan alto valor?  
Pues me dió por mas favor  
Las insinias de su cara;  
Por aquí quiero cazarte.  
Ven acá, Menandro hermano,  
Pues quieres aventajarte,  
¿Cuál es mas preciosa parte:  
Las orejas, ó la mano?

MENANDRO.

Si va por via de honor  
De honra, los afrentados  
Por justicia y castigados  
Viven con gran deshonor  
Si fueren desorejados.  
Y por tanto yo diria  
Que en esta causa ó quistion,  
Simon, las orejas son  
De menor precio y valia,  
Que no nuestras manos son.  
¿Quieres ver cómo la mano  
Es de mayor escelencia?  
Ten cuenta, Simon hermano,  
Y verás la diferencia  
Porque no estás tan ufano.  
Si te vas á desposar,  
En señal de casamiento  
Lo primero que has de dar  
¿Qué ha de ser?

SIMON.

A mi pensar  
Esta mano, á lo que siento.

MENANDRO.

¿Y después el sacerdote  
Cuando os velais en la iglesia,  
El anillo acemilote,  
Ponétele, di, majote,  
En la mano, ó en la oreja?  
No tienes qué responder,  
Que ya queda averiguado,  
Por ser mas aventajado,  
Y esto se puede bien ver

Por el anillo esmaltado.

SIMON.

Sea, dices que es así;  
Tú contento con tu anillo,  
Yo con mi dulce zarcillo.

MENANDRO.

A la fe sábeta aquí  
Que te he vencido, carillo.

SIMON.

La gran soberbia que cobras,  
Menandro, en el proponer,  
Me da muy claro á entender  
Que por la envidia que sobras  
Te tengo aquí de vencer.

MENANDRO.

Mi fe tú estás añagado,  
No te aprovechan razones,  
Y tus debres conclusiones  
Claramente han demostrado  
Ser fracas en dos ringlones.

SIMON.

Tente, que siento pisadas;  
Cilena debe de ser.

MENANDRO.

Suso, ella podrá hacer  
Que cesen nuestras puñadas,  
Y altercanza y contender.

(Entra Cilena, pastora).

CILENA.

Anday, mi branco ganado,  
Por la frondosa ribera,  
No vais tan alborotado,  
Seguid acia la ladera  
Deste tan ameno prado;  
Gozad la fresca mañana  
Llena de cien mil olores,  
Paced las floridas flores  
De las selvas de Diana  
Por los collados y alcores.

MENANDRO.

Oh Cilena! bien llegada:  
Dichosos tales collados  
Que de tí son visitados;  
De tí, pastora agraciada,  
Queremos ser acrarados.  
Bien te acuerdas que en el prado  
A Simon diste un zarcillo,  
Y á mí me diste un anillo  
En señal de aventajado.  
Causa de nuestro omecillo.  
Dice y afirma Simon  
Que todo el favor le diste,  
Y que á mí me aborreciste:  
Aquesta es nuestra quistion,  
Y tú en ella nos posiste.

CILENA.

Quisiera lugar tener,  
Cierto, garridos pastores,  
Para que vuestros errores  
Dejarán de proceder  
Sobre tal causa de amores.  
Mas pues que soy allegada,  
Porque no os quejéis de mí,  
Tomad eso que va ahí,  
Y otra vez en la majada

Sabreis presto el no ó el sí.  
Por agora perdonad,  
Que no puedo detenerme;  
Pastores, en paz quedad,  
Y en lo que os di contemplad  
Porque dejéis de quererme.

SIMON.

Dí, Menandro, ¿qué te ha dado?

MENANDRO.

A mí dióme un corazon  
Con un letrero esmaltado.

SIMON.

Y á mi su rostro pintado  
Al vivo en gran perfeccion:  
Tambien lleva su letrero.

MENANDRO.

¿Qué dice?

SIMON.

*Mira, y verás*  
*En mí cuanto tú querrás.*  
*Dichoso Simon cabrero,*  
*¿Qué es lo que deseas mas?*  
En esto se ha conocido  
Yo ser mas aventajado  
Amado y favorecido,  
Pues mi Cilena me ha dado  
Su rostro al vivo esculpido.

MENANDRO.

Simon, no estás tan ufano,  
No pienses con tu labor  
Llevarte todo el favor.

SIMON.

¿Qué dice tu letra, hermano?  
Que esta llena está de amor.

MENANDRO.

*Yo no tengo mas que dar,*  
*Pues te doy el corazon;*  
*Mas con queso, garzon,*  
*No tienes de gloriar*  
*Ni mostrar mas presuncion.*  
Oh señal nada imperfecto  
De la pastora Cilena!

SIMON.

Oh empresa de mi pena!

MENANDRO.

Oh espejo de mi objeto!

SIMON.

Oh voz que en mi alma suena!  
Oh rostro mas que hermoso!

MENANDRO.

Oh pastor bien fortunado!

SIMON.

Oh retrato delicado!

MENANDRO.

Oh corazon amoroso,  
Qué de contento me has dado!  
Dejemos nuestro altercar,  
Simon, que si vas contento,  
Yo voy mas que recontento.

SIMON.

Yo sin mas que desear,  
De alma y de pensamiento.

## ALONSO DE LA VEGA.

## AMOR VENGADO, PASO.

## PERSONAS.

CUPIDO.  
FALACIO, *pastor*.

BRUNEO, *pastor*.  
DORESTA, *pastora*.

FALACIO.

Mira, Amor, no nos persigas ni apremies, tente afuera, que el que no es acostumbrado á ser captivo, adora la libertad; no pienses con tus blasones y poderes absolutos que publicas, enternescer nuestro silvestre y salvajino natural, que nosotros la soledad amamos, las peñas nos acompañan, los jarales nos recrean, las yerbas nos refrescan, adonde con nuestras brutales fuerzas despedazamos los osos, los tigres y basiliscos amontamos. Reconoce, Amor, que los corazones que contra tales fieras pueden, contra tus fuerzas mas que bastantes serán.

CUPIDO.

¡Oh brutos zagales! ¡Contra mi poder tan atrevidamente hablas? Tornad, tornad en vosotros, y conoced que soy hijo del sapientísimo Vulcano, y á los pechos blancos de la diosa Venus mi madre criado; temido de los fuertes, generalmente de todos obedecido; pues ¿qué haceis, brutos zagales, que ante mí no os humillais? Amando á la pastora Doresta, que por uno de vosotros se deshace, gozad, gozad de la primavera, del verano, y no aguardeis la invernal senectud; catad que como me sirviéredes, así sereis de mí galardonados.

BRUNEO.

¿Cómo? ¿cómo? Tente á una banda, Falacio, no piense con los fieros que publica subjectarnos, ni con yerba de su flecha nos herir. Saca, saca tu cachicuerno cuchillo, aquel con que las verdes hayas y altos robles de estas nuestras montañas destroncar sueles; y si fuerza contra fuerza poner quiere, á las manos lo tomemos, y ellas solas lo determinen.

FALACIO.

Muera.

BRUNEO.

Llega, dale.

FALACIO.

No viva el que nos piensa subjectar hajo sus piés.

DORESTA.

Paz, paz, zagales, que contra el poderoso Amor no hay fuerzas ni mañas que basten... Escogido rey, en tal guerra sin tu ayuda no se puede haber victoria.

CUPIDO.

Amadora y sierva mía, pues amas sin ser amada, y los corazones de estos dos zagales se endurecen contra tí, toma mi arco y mi enherbolada flecha, y al que mas amares atraviésale el corazón.

FALACIO.

Defiéndete, Bruneo.

BRUNEO.

No tres, zagala, que no hay quien te ame.

FALACIO.

Y si tirares no nos yerres, que á nuestras manos morirás.

CUPIDO.

Suelta, zagala.

FALACIO.

¡Ay, que me siento herido!

BRUNEO.

¿Tan presto desmayas? Poco ánimo es el tuyo. ¿De quién?

FALACIO.

De amores de esta zagala.

BRUNEO.

Ten, ten fuerte como yo.

CUPIDO.

Aguarda porque no te alabes.

BRUNEO.

¡Ay, que me siento vencido de aquesta que adora mi vida!

CUPIDO.

¿Sois amantes?

FALACIO Y BRUNEO.

Y tus siervos.

FALACIO.

¡Oh zagala! pues tu amor nos ha vencido, apiádate de nosotros.

DORESTA.

Como si nunca os viera.

FALACIO.

Tú eres mi señora.

DORESTA.

Vosotros mis enemigos.

BRUNEO.

¡Oh gran diosa!

DORESTA.

¡Oh crueles!

FALACIO.

Aguarda, aguarda.

DORESTA.

No me cumple.

BRUNEO.

Por tí morimos.

DORESTA.

Yo vivo en veros morir.

FALACIO.

Yo peno.

DORESTA.

Yo descanso.

BRUNEO.

Yo tu esclavo.

DORESTA.

Yo señora.

FALACIO.

Yo sospiro.



Yo canto.

DORESTA.

Yo te sigo.

BRUNEO.

Yo huyo.

DORESTA.

*(Aquí se arrodillan los pastores delante de Cupido.)*

FALACIO Y BRUNEO.

Amor, Amor, apiádate de nosotros.

CUPIDO.

Levantaos, nuevos amantes; aunque rebeldes habeis sido, es justo que de la que os amó y amais seáis galardonados. ¡Oh hermosa zagala! ámalos, pues que te aman.

¿A cuál de ellos?

DORESTA.

CUPIDO.

Bien preguntas: esa causa no quiero determinarla sin consejo de amadores; mas como rey absoluto mando que entre tanto que se determinare, andes en medio de los dos por selvas y boscajes, adonde con casto amor de ellos servida seas, y con su vista te contentes. Ea, caballeros, gentiles hombres, lindas damas, en vuestro juicio lo dejo, que juzgueis lo que aquí ha pasado; entrambos la aborrescian; entrambos fueron forzados. ¿Cuál se puede llamar amor, el que la zagala birió con su flecha, ó el que yo herí de mi voluntad?

## JUAN DE TIMONEDA.

## LOS CIEGOS Y EL MOZO, PASO.

## PERSONAS.

MARTIN ALVAREZ, *ciego*.  
PERO GOMEZ, *ciego*.

PALILLOS, *mozo*.

## PALILLOS.

May excelentes señores,  
Con humil acatamiento  
Las manos veces sin cuento  
Les beso muy sin temores.  
Acá por intercesores  
Só enviado,  
Y lo que más me ha forzado  
A deciros la verdad  
Es tener necesidad,  
De lo cual Dios sea loado.  
Pero en fin, tengo pensado  
Que al presente  
Donde está tan noble gente  
Un amo no faltará,  
Por ser menester habrá  
A este pobre sirviente;  
Que de oficios mas de veinte  
Sé hacer;  
Y si el traje y parecer  
De nuestra que poco valgo,  
Consuélome que hijodalgo  
Só, aunque pese á Lucifer.  
Por eso quien de comer  
Me dará  
Y por mozo me terná,  
Podrá alabarse y decir  
Que á él le suelen servir  
Hijosdalgo de verdá.  
Así me querer está  
De ponerme  
(Porque no haya de perderme)  
Hoy sea a melcochero,  
O á mozo de cocinero,  
Para poder socorrerme,  
Aunque sé un poco entenderme  
De hablarlo  
Y también de apotecario;  
Y aunque el oficio es muy vicio,  
Del arte de mandilejo  
Os daré todo el sumario.  
Para mozo de un vicario  
Me bornia  
Solo porque cada día  
De las ofrendas comiese,  
Y al beber, cuando me viese,  
De mí no se quejara;  
Pues si á la voluntad mia  
Amo hallase,  
Yo os doy fe que trabajase  
Aunque me hiciese mil sobras,  
De mis servicios y obras  
En balde no se quejase.  
Porque el tiempo no se pase  
En hablar,  
Empezaros he á contar  
Las condiciones que tengo.  
Allá do voy nunca vengo,  
Y es condicion singular;  
La otra es no levantar  
De mañana,  
La cual tengo por muy sana;

TOMO II.

Sé romper lo que está sano,  
Sé al pan dar una mano,  
Si de comer tengo gana.  
Si veo que está liviana  
La redona,  
El pesar que allí me asoma  
Jamás tiene par ni cuento;  
Cuando estoy harto y contento,  
Por jamás harán que coma.  
Pues si alguno dice: toma,  
Con dinero,  
Luego me vuelvo lijero.  
Por abreviar de razones:  
En fin estas condiciones  
Son propias de caballero.  
Si preguntais de ganchero,  
Por mi fe  
Nunca en mi vida lo usé,  
Sino una vez seis ducados,  
Y estos me fueron forzados  
Hurtar de do los hurté.  
Sobre ellos contáros he,  
Con que holguéis,  
Un donaire, y tomareis  
En oíllo pasatiempo.  
Yo estaba, no ha mucho tiempo,  
Con un amo que reíreis,  
Y porque mejor noteis,  
Era ciego;  
Que de su vida reniego,  
Cual el triste lo pasaba,  
Que de pan no me hartaba.  
Yo, como rapaz matiego,  
Acordé tramalle un juego  
Muy gracioso  
Y para mí provechoso,  
Y es que supe que escondia  
Los dineros que tenia,  
Por ser dellos codicioso;  
Yo, como mozo astucioso,  
De hambre muerto,  
Accechéle el lugar cierto  
Do escondia este dinero,  
Y vi que en un agujero  
Lo escondia con concierto.  
Yo en haberlo descubierto  
La vereda,  
Con mi mano mansa y beda  
Apañé todo el caudal;  
Pero en fin todo fué á mal,  
Yo perdido y la moneda.  
Pues del hurtar no me queda  
Ningun bien,  
Quiero huir de tal desdén.  
No sé en qué precio preciase  
Que al presente un amo hallase,  
Ansí plegue á Dios. Amén.

MARTIN ALVAREZ.

Devotos cristianos, ¿quién  
Manda rezar  
Una oracion singular

Nueva de nuestra Señora?

PALILLOS.

Parece que he oído agora  
Ad algun ciego hablar.  
Veíslo por do fué á asomar,  
Ciego es;  
Este es mi amo, pardiez,  
De quien agora os hablé.  
Huiré... ¿mas para qué?  
Esconderme quiero pues.

MARTIN ALVAREZ.

Mandadme rezar, pues que es  
Noche santa,  
La oracion segun se canta  
Del nacimiento de Cristo.  
¡Jesus! nunca tal he visto;  
Cosa es esta que me espanta:  
Seca tengo la garganta  
De pregones  
Que voy dando por cantones,  
Y nada no me aprovecha;  
Es la gente tan estrecha,  
Que no cuida de oraciones.

PERO GOMEZ.

¿Quién manda sus devociones,  
Noble gente,  
Que rece devotamente  
Los salmos de penitencia,  
Por los cuales indulgencia  
Otorgó el papa Clemente?

MARTIN ALVAREZ.

Ciego es este ciertamente  
Como yo,  
El que agora voces dió;  
Mi compadre es si no mienta.

PERO GOMEZ.

La oracion del nacimiento  
De Cristo.

MARTIN ALVAREZ.

Ce.

PERO GOMEZ.

¿Quién llamó?

MARTIN ALVAREZ.

Pero Gomez.

PERO GOMEZ.

¿Quién es?

MARTIN ALVAREZ.

¿No

Me conocéis?

PERO GOMEZ.

Martin Alvarez, ¿qué haceis?  
Buenas noches le dé Dios.

MARTIN ALVAREZ.

Compadre, así haga á vos.  
¿A dó bueno?



PERO GOMEZ.

Ver podeis :  
Vo por ciudad, como veis,  
Pregonando  
Y la oracion roceando  
De Cristo, pues en verdad  
Es hoy su natividad.

MARTIN ALVAREZ.  
En la mesma oracion ando.

PERO GOMEZ.  
¿Sin mozo vais? dende cuándo,  
Me deci.

MARTIN ALVAREZ.  
Dos mil años há que en mí  
Ya no está, que segun fundo,  
En el universo mundo  
Tan gran bellaco no vi.

PALILLOS.  
Llegarme quiero acá allí  
Cerca de ellos  
Y un poquito revolvellos,  
Pues contra mí se desmandan.

PERO GOMEZ.  
Compadre, tábanos andan :  
¿No sentís?

MARTIN ALVAREZ.  
Rabia con ellos,  
¡Oh! hideputa en los cabellos  
He tomado...  
Creo que no... ¡Oh! mal grado  
Que se me fué.

PERO GOMEZ.  
Mas... pardios...  
¡Oh! reniego non de vos.

MARTIN ALVAREZ.  
Juro á diez que va enlodado,  
Pues volviendo á lo pasado  
Que primero  
Hablamos, deciros quiero  
Que mi mozo cuando huyó  
Seis ducados me hurtó.

PERO GOMEZ.  
Mas... ¿burlais?

MARTIN ALVAREZ.  
No, son de vero.  
Déjome tan lastimero  
De verdad,  
Y en tanta necesidad,  
Compadre, podeis creer,  
Cual nunca me pensé ver.

PERO GOMEZ.  
¡Oh qué mozo y qué bondad!  
Si Dios me dé sanidad  
Y alegría,  
Que en verdad tal no sabia.  
¿Mas cuánto ha que yo os hablo  
Que deis los mozos al diablo?  
Vos teneis vuestra porfia  
Que os roban de cada día  
Por razon  
Cuanto pueden sin pasion,  
Y el mozo, por hablar claro,  
Para nosotros es caro  
Tan solo por la racion.  
Así que, en mi opinion,  
Hallo pues  
Que ir á solas mejor es  
Que no mal acompañado :  
Y si no, cuando es mirado,  
Ganancia y caudal perdés.

PALILLOS.  
¡Oh qué gracioso entremés!  
El buen vicio  
¡Qué ejemplos da y aparejo!  
Muy bien predica elegante.

MARTIN ALVAREZ.  
Compadre, de aquí adelante  
Tomaré vuestro consejo,

Pues se ve que sois ajejo  
De saber.  
Mas vos también á mi ver  
Debeis, compadre y vecino,  
El dinero de continuo  
En buen recado poner,  
Y no ansina lo tener  
Aviniente  
Sin temor de inconveniente ;  
Si los poneis á su bozo,  
Ved si los hurtará el mozo,  
No digo seis, pero veinte.

PALILLOS.  
¡Si, tomadlo al inocente,  
Que si hallara  
Los veinte, que los dejara!

MARTIN ALVAREZ.  
¡Pues, pésete á la fortuna!  
Do estaban, persona alguna  
Hallarlos nunca pensara ;  
No pues porque los ganara  
Mal ganados,  
Sino creo que mis pecados  
Me han traído á pagadero.

PERO GOMEZ.  
¿Dó estaban?

MARTIN ALVAREZ.  
En un agujero  
Dentro en mi casa guardados.

PERO GOMEZ.  
¡Oído! cuán bien alzados  
(Cara atrás)  
Los tenia.

MARTIN ALVAREZ.  
No sé qué mas  
Podia hacer en guardallos.

PERO GOMEZ.  
Compadre, con vos llevarlos  
Era muy mejor y en paz.

PALILLOS.  
¡Oh hideputa, y qué hipocrás,  
Si no miento,  
Que sois vos, segun que siento!

PERO GOMEZ.  
Aosadas que yo no he miedo  
Los dineros, si hacer puedo  
Me hurten do los asiento.

MARTIN ALVAREZ.  
Pues ese tal regimiento  
Que usar  
Soleis, me debeis vos dar.

PERO GOMEZ.  
Pláceme, siempre procuro,  
Compadre, por ir seguro,  
Los dineros no apartar  
De mí, sino los llevar  
Yo conmigo,  
Pues son nuestro bien y abrigo ;  
Que allí do el dinero va,  
Mi corazon siempre está  
Con él, por ser fiel amigo,  
Y aun mis dineros me obligo,  
Si quereis,  
Apostar que no sabeis  
En qué parte van de mí  
Persona.

MARTIN ALVAREZ.  
Ea que sí.

PERO GOMEZ.  
Compadre, no acertareis.

MARTIN ALVAREZ.  
Apostay que los traeis,  
Sin mentir,  
En los zapatos.

PERO GOMEZ.

Reir  
Me haceis á boca llena.

PALILLOS.  
¡Oh qué plática tan buena!  
Llegar quiero por oír.

PERO GOMEZ.  
En fin, quiérooslo decir  
Donde están  
Y el lescondrijo do van,  
Mas con todo no quisiere  
Que aquí alguno lo oyese  
Por no me ver en afán.

PALILLOS.  
Callar cumple, juria san,  
Con primor.

MARTIN ALVAREZ.  
Esperá, y será mejor  
Reconocer si habrá alguno  
Por aquí. No hay ninguno,  
Hablar podeis sin temor.

PERO GOMEZ.  
Pues sabed que alrededor  
Del bonete  
Los llevo como á ribete,  
Compadre, y emparejados.

MARTIN ALVAREZ.  
Y serán ¿cuántos ducados?

PERO GOMEZ.  
Hasta cinco ó seis ó siete...  
Dad acá : ¿en gentil sonete  
Os entonais!

MARTIN ALVAREZ.  
¿Qué diablos me demandais?

PERO GOMEZ.  
Mi bonete.

MARTIN ALVAREZ.  
¿Cómo? ¿Cuándo  
Os faltó?

PERO GOMEZ.  
No esteis burlando :  
Echaldo acá.

MARTIN ALVAREZ.  
Mas ¿burlais?

PERO GOMEZ.  
Compadre, ¿de eso os picais?

MARTIN ALVAREZ.  
¡Qué hablar!  
Mirá si os soleis picar  
Vos en hacer cosa tala,  
Que esa palabra es muy mala.

PERO GOMEZ.  
¡Oh qué buen disimular  
Que teneis!

MARTIN ALVAREZ.  
Id á rodar,  
Que no nada.

PERO GOMEZ.  
Compadre, á mí no me agrada  
Que con dineros burlemos ;  
Si no, ved que perderemos  
La nuestra amistad pasada.

MARTIN ALVAREZ.  
Digoos que esa badajada  
Que decis  
Es mal dicha, si sentís.

PERO GOMEZ.  
Ea, dejad aquesos fieros,  
Y volvedme los dineros,  
Que vos' los teneis.

MARTIN ALVAREZ.  
Mentís.

## LOS MENEMNOS, COMEDIA.

## INTROITO.

## PERSONAS.

CUPIDO.  
GINEBRO, *pastor*.

CLIMACO, *pastor*.  
CLAUDINO, *pastor*.

CORO.

Oye, Cupido, señor,  
No te quejes de pastores,  
Que el remedio de amador  
Es decir mal del amor,  
Y á la fin morir de amores.

CUPIDO.

Atrevidos y enamorados pastores, ¿de dónde os vino tanta osadía, que recostados en vuestras cabañas y con gran descuido osáis de ultrajar mi divinidad? Y pues con mi potencia os he traído á este lugar, cada uno dé razón de sus quejas para que se haga justicia.

GINEBRO.

Dios y señor Cupido, á mí ningún perjuicio me tienes hecho, antes vivo con contentamiento.

CLAUDINO.

Yo con gran discontentamiento.

CLIMACO.

Yo con mucho mas.

CUPIDO.

Sepamos la causa.

CLAUDINO.

Yo te la contaré, muy alto Cupido. Ha de saber tu majestad que viéndonos heridos de tu mano Ginebro, Climaco y yo, de amores de la muy hermosa zagala Temisa, acordamos por quitarnos de rencillas y cordojos de presentarnos delante su agraciado conspecto para que dijese ella misma á cuál de nosotros escogía por su requebrado.

CLIMACO.

Y porque, encumbrado Cupido, mejor lo comprendas, has de saber que primero cada cual de nos contó en su presencia las gracias de que era dotado.

CUPIDO.

Sepa yo qué gracias le propusistes.

CLAUDINO.

Yo le dije: amantísima zagala, sábetelo que soy tan esforzado, que por mis fuerzas soy temido en toda Estremadura de los mas valientes zagales, por lo cual pretiendo que me has de escoger por tu servidor.

CLIMACO.

Yo le dije: oye, zagala de bel parescer, tú sabrás que en toda la mesta no se hallará zagal tan franco y liberal como yo, y porque nasce esta virtud de ánimo generoso y grande, creo que me recibirás por tu zagal, dejando á cualquier desotros.

GINEBRO.

Yo le dije: requebrada pastora, sabrá tu hermosura que la cosa de que yo mas me precio es de ser prudente y sabio en tanta manera que primero que hable ni ponga por obra ninguna cosa, tengo gran cuenta con el fin della, y porque á quien esto tiene no le puede ser dañosa la prospera ni adversa fortuna, debes rescibirme por tu requebrado.

CUPIDO.

En fin, ¿á quién escogió?

CLIMACO.

A Ginebro, por mi mala suerte.

GINEBRO.

A mí, porque así convenia.

CLAUDINO.

A tí, que nunca debiera.

CUPIDO.

Antes sabiamente escogió la zagala.

CLIMACO.

¿Por qué?

CUPIDO.

Yo te lo diré. Para que la mujer discreta quiera bien, has de saber que no son bastantes las fuerzas de Hércules, ni las liberalidades del magno Alejandro.

CLAUDINO.

¿Si no, qué, señor Cupido?

CUPIDO.

Saber virtuoso, honesta conversacion, continua crianza, amor luengo, celar la honra: todas estas cosas bien alcanzadas, solo el verdadero saber las alcanza.

CLIMACO.

Ahí te aguardaba, Cupido. Si los amores son luengos, pasa peligro que se descubran; y si son descubiertos, siquense grandes peligros.

CLAUDINO.

Dice la verdad.

CLIMACO.

Di, para ello ¿qué remedio dará el sabio?

CLAUDINO.

Por cierto ninguno, antes el esforzado y liberal terná ganados amigos que le favorezcan en semejantes peligros.

CUPIDO.

Bien parece que sois pastores. Habeis de saber que al verdaderamente sabio ninguna cosa de esas le falta: él es esforzado en refrenar sus ojos, mandándoles que no miren á quien bien aman, si por mirar se ha de seguir escándalo; es mas que liberal en no dar parte de sus secretos, cuando ve que no conviene; y habeis de saber que los amigos adquiridos por esfuerzo y liberalidad suelen faltar muchas veces á sus amigos en las necesidades, porque faltando el interese y esfuerzo con que fueron ganados, faltan ellos tambien.

CLIMACO.

Tienes razon; vencido nos has, oh alto Cupido, y damos por buena la eleccion que hizo la sabia pastora Temisa.

CLAUDINO.

Lo que te suplicamos agora es que nos vuelvas á nuestras acostumbradas cabañas y pracerteros sombríos.

CUPIDO.

Soy contento, mas primero quiero que narreis lo que os encomendó el autor al entrar de la puerta.

GINEBRO.

Que somos contentos.

CLIMACO.

Sapientísimos auditores, nuestro autor os desea paz y salud tan larga como la vida de Matusalen, y os hace saber como quiere, por daros placer y regocijo, representar una comedia de Plauto, llamada de los Menemnos:



pídeos por merced que esteis atentos, que en breves palabras se os dirá el argumento.

CLAUDINO.

Quitate allá; déjamelos comenzar á mí.

CLIMACO.

Comienza ya.

CLAUDINO.

Sabrán vuestras reverencias que en la ciudad de Sevilla hobo un rico mercader llamado Menemno, el cual tenía dos hijos, nascidos de un parto; eran tan semejantes en la forma y gesto, que muchas veces la misma madre que los había parido tomaba al uno por el otro.

GINEBRO.

Vino acaso que siendo estos dos hermanos de edad de quince años, cargó el padre una nave de muchas mercaderías para Levante, y llevando consigo uno de sus hijos llamado Menemno, se partió dejando el otro con su madre Claudia.

CLIMACO.

Siendo embarcado, fué la fortuna tan contraria que tres días y tres noches corrió por la tempestuosa mar sin saber adónde iban, y á la fin vino á dar en una peña de la isla Conejera, adonde todos perecieron, excepto el hijo Menemno, el cual abrazado con una tabla vino á tomar tierra en el cabo de Cullera.

CLAUDINO.

El desdichado mancebo vino á Valencia, adonde asentó por criado de Casandro, mercader de mucho trato y viudo, el cual teniendo no mas de una hija, á cabo de tiempo la casó con él en pago de sus buenos servicios.

GINEBRO.

La desventurada madre, sabiendo en Sevilla las tristes nuevas y creyendo ser todo perescido, puso nombre Menemno al hijo que le quedaba, por el amor que tenía al hijo y marido ya defuntos.

CLIMACO.

De manera, señores, que ambos á dos hermanos (porque mejor lo entendais) se llamaban Menemnós.

GINEBRO.

Muerta la madre, el Menemno sevillano certificado por un adevino que su hermano era vivo y que estaba en España, determinó de ir á buscallo con un esclavo suyo, y á cabo de tiempo aportó en Valencia, adonde por sus medios se vernán á conocer, como aquí claramente verán los que atender quisieren.

CLAUDINO.

Nosotros no podemos atender.

CUPIDO.

Ni quiero que atendaís, sino que nos vamos cantando.

CLIMACO.

Vamos.

CANCION.

Quien falsario y ciego me llama,  
Bien es el pecho que yo le abra.

Quien ama sin ser amado

Meresce ser desamado,

Y ese tal enamorado

Con este que descalabra,

Bien es el pecho que yo le abra.

## LOS MENEMNOS.

### PERSONAS.

CASANDRO, *padre de*  
AUDACIA, *mujer de*  
MENEMNO, *casado.*  
MENEMNO, *mancebo.*  
TRONCHON, *esclavo.*

TALEGA, *simple.*  
DOROTEA, *ramera.*  
AVERROIS, *médico.*  
LAZARILLO, *criado.*

*Calle.*

### ESCENA PRIMERA.

MENEMNO, *casado*; TALEGA.

*Calle.*

MENEMNO, *casado.*

¡Oh qué simple cosa es este diablo de Talega! que le hlee del ojo para que me siguiese, y no sé si me habrá entendido; mas simple soy yo que no él en darle parte de mis negocios; mas hélo aquí donde sale.

TALEGA.

¡Pecador de mí, señor Menemno! y ¿piensas que no te había entrujado? muy bien te entrujé, qu'esas son mis inieles, y comer y tomar solaz á costa ajena.

MENEMNO, *casado.*

¿En qué te detuviste?

TALEGA.

¡Ojo en qué me detuve! En esperar que el viejo de tu suegro se hiciese invisible, qu'estaba rezando en el patín, y quiso Dios que s'encambró.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué algarabía es esa?

TALEGA.

¿No lo entiendes? Digo que se entró en la cámara, y así no me vido.

MENEMNO, *casado.*

Y á mí si me ha visto.

TALEGA.

Que no te vió. Pues dime, señor Menemno, ¿en qué estamos? ¿Llevas hecha presa para dar á tu preñada ó enferma?

MENEMNO, *casado.*

¿Qué enferma ó preñada dices?

TALEGA.

Enferma llamo yo á tu amiga Dorotea, pues continuo dice que pena por tus amores, y preñada de deseos, pues nunca hace sino pedir. Mira, Menemno, que esas presas se han de dar á semejantes mujeres *cum modis et formis*, y á ten con ten.

MENEMNO, *casado.*

Mas sabiamente has hablado de lo que te piensas; pero ¿qué haré, pecador de mí, si sus deseos y mi alicion viven conformes?

TALEGA.

Señor, afición ciega razón; plegue á Dios que á bien te salgan esos arrenangos, á feria vayas que mas ganes.

MENEMNO, *casado*.

Si no quisieres venir, quédate.

TALEGA.

No haré yo tal poquedad, vaya perro tras su dueño. Abreviemos, señor; la presa que llevas es sustanciosa.

MENEMNO, *casado*.

¿Pues no? Una rica saya es de mi mujer, la cual prometí de dar á mi Dorotea.

TALEGA.

Y ella á tí ¿qué te dará?

MENEMNO, *casado*.

Harto me da en querer rescibir lo que yo le doy, cuanto mas que ha prometido de aparejar una espléndida comida para mí y otros amigos, enviándole yo lo necesario.

TALEGA.

Pues que en casa de Dorotea ha de ser el *tu autem* y trazaron, no faltaré allí por la vida, que tambien soy tu amigo.

MENEMNO, *casado*.

¿Por dó iremos mas encubierto?

TALEGA.

Guarte, que las paredes han oídos, y no dé sobre mí tu relampago.

MENEMNO, *casado*.

¿De qué temes, cobardazo?

TALEGA.

¿De qué? ¿No sabes tú que dicen *facientes, et consentientes*, y no sé como mas? Lo que yo te aconsejo es que por no ser descubiertos no te cures de convidados, porque ya sabes que en los convites reina el vino, y á do el vino reina el secreto es descubierto, sino que pues gracias á Dios yo como por cuatro, y á necesidad por cinco, que nosotros á solas con Dorotea le peguemos; porque en fin es gran dolor muchas manos en un tajador.

MENEMNO, *casado*.

Bien dices, no iremos sino los dos.

TALEGA.

Si así lo haces, Dorotea terná mas contento, tú menos sospecha y yo mas provecho, y la saya no será descubierta. Por tu vida que me la tornes á mostrar, que tengo deseo de verla.

MENEMNO, *casado*.

Mírala bien.

TALEGA.

Mírola. ¡Oh qué linda color tiene!

MENEMNO, *casado*.

¿Qué olor! si lo sintieses.

TALEGA.

¿Qué olor! veamos: á tres cosas huele.

MENEMNO, *casado*.

¿Cómo á tres?

TALEGA.

Dejámelas tornar á oler. Veamos.

MENEMNO, *casado*.

¿A qué huele?

TALEGA.

A hurto lo primero, pues la hurtaste á tu mujer.

MENEMNO, *casado*.

¿Lo segundo?

TALEGA.

A puta, pues se la ha de vestir Dorotea.

MENEMNO, *casado*.

¿Lo tercero?

TALEGA.

Lo tercero huele á linda comida, pues por su respeto hemos de comer.

MENEMNO, *casado*.

Chacotero estais, amigo.

TALEGA.

No está por cierto. Pero la comida ¿para cuándo será?

MENEMNO, *casado*.

Para cuando yo quisiere.

TALEGA.

Mire, que se trabaje que sea hoy, porque quien pasa punto pasa mucho.

MENEMNO, *casado*.

Anda, que hoy se hará.

TALEGA.

Mira, señor, que te suplico que en nuestra comida no habite carne cuadrángula.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es carne cuadrángula?

TALEGA.

Segun el cura de mi lugar, cuadrángulo es aquello que tiene cuatro partes, cuatro esquinas, cuatro asientos, cuatro peañas, y por eso llamo yo, señor, carne cuadrángula el carnero, la vaca, *et totius animalibus de quatuor pedos*.

MENEMNO, *casado*.

Ya te entiendo, bachiller; yo te prometo que no falten pollos y palominos *et cætera*.

TALEGA.

¿Y *et cætera* tambien? ¿Qué cosa es, señor?

MENEMNO, *casado*.

Quiero decir, otras cosas muchas.

TALEGA.

Pues mira, señor, que entre esas no falte para los principios carne conforme á mi nombre.

MENEMNO, *casado*.

¿De qué manera conforme á tu nombre?

TALEGA.

¿Cómo me llaman á mí?

MENEMNO, *casado*.

Talega.

TALEGA.

Pues la carne entalegada pido, cuerpo non de Dios, si me ha de entender.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es carne entalegada?

TALEGA.

Longanizas, morcillas, sobreasadas.

MENEMNO, *casado*.

Pues eso no faltará.

TALEGA.

Así, así, hálame de esa manera, que pues yo encubro tus maldades, encúbreme el estómago de buenas viandas.

## ESCENA II.

MENEMNO, *casado*; TALEGA, AUDACIA.

AUDACIA.

¡Ah! señor Menemno. ¡Ah! señor marido.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh pesar de la fortuna! Mi mujer me llama. ¿Qué haremos, Talega?

TALEGA.

¿Qué me sé yo?

MENEMNO, *casado*.

Ven acá, cúbrete esta capa, y toma esta saya, y disimuladamente aguárdame en ese canton.

TALEGA.

Ensimúleme vuestra mercé.

MENEMNO, *casado*.

Vuélvete. Anda, que bien estas.

TALEGA.

Ya estoy vuelto. Señor, señor.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué quieres? maldito seas tú.

TALEGA.

Que se me reshala, que se me cae la saya que has hurtado de tu mujer para dar á Dorotea.



MENEMNO, *casado*.

Calla, endiablado.

AUDACIA.

¡Ah marido!

MENEMNO, *casado*.

¡Ah mujer!

AUDACIA.

Jesus, y qué respuesta tan seca.

MENEMNO, *casado*.

Cual la pregunta.

AUDACIA.

¿No quieres que sea mi pregunta seca y desabrida, pues sin propósito sales tan de mañana de casa?

TALEGA.

En salvo está quien repica.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh, mujer loca y perversa! ¿Y siempre me has de dar enojos con tus celos y locuras? ¿Cómo? ¿y qué entiendes tú de mis negocios para que digas que sin propósito salgo de casa?

AUDACIA.

Malo está de ver de qué pié cojqueas.

MENEMNO, *casado*.

Pues yo te prometo que si de hoy mas haces lo que agora heciste, que nos han de oír los sordos.

AUDACIA.

¿Por qué nos han de oír los sordos?

TALEGA.

Ahí, ahí, que encaja bien un bofetón.

MENEMNO, *casado*.

Cada vez que salgo de casa me ha de detener y llamar dos y tres veces, y demandarme adónde voy y adónde vengo, qué tengo que hacer, ó qué negocios traigo. De manera que mas la tengo de tener por portera alquilada, que por mujer propia.

AUDACIA.

Tales sois vosotros, que no hay de quien fiar.

MENEMNO, *casado*.

Mas tales sois vosotras, que no hay quien os pueda contentar.

AUDACIA.

Por eso haces tú bien, que no procuras de contentar sino á una que yo conozco.

MENEMNO, *casado*.

¿Cómo se llama?

TALEGA.

Dorotea.

AUDACIA.

Basta que tú sepas cómo se llama.

MENEMNO, *casado*.

Ya sé dó van esos tiros.

AUDACIA.

Si lo sabes, algo digo.

MENEMNO, *casado*.

Sí, dices hartas necesidades; y habla paso, porque no demos enojo al viejo de tu padre.

AUDACIA.

No quiero, sino dar voces como loca.

MENEMNO, *casado*.

Pues vocea cuanto quisieres, que por darte mas enojo, iré á cenar y á tomar mis placeres con la que dices que conoces.

TALEGA.

Así, así, anden voces.

AUDACIA.

¡Oh mal siglo haya quien me casó contigo!

MENEMNO, *casado*.

Mas quien te me dió á conocer.

## ESCENA III.

CASANDRO, AUDACIA, MENEMNO, *casado*; TALEGA.

CASANDRO.

¡Ah vergüenza! ¡Enhoramala, vergüenza! y no deis tan desmesuradas voces, ni hagais testigos de vuestras poquedades á los vecinos. ¿Qué es esto que de continuo yo he de ser tercero de vuestros enojos?

AUDACIA.

¡Ay padre! á esta vida digole muerte.

CASANDRO.

¿Cómo? ¿Sobre qué ha sido?

MENEMNO, *casado*.

Déjala, mientras llora sin razon y está con aquel coraje, que yo te lo contaré brevemente. Has de saber, señor, que á su soberbia y menosprecio han sobrevenido celos.

CASANDRO.

¡Celos! ¿y de qué?

MENEMNO, *casado*.

Dice que tengo manceba, y que robo la casa.

TALEGA.

Verum est.

AUDACIA.

Mas cómo si así no fuese....

CASANDRO.

Oyete, serpentina, déjanos hablar.

MENEMNO, *casado*.

Con los cuales celos, y sin razon, me mata cada dia, y porque le oso responder me trata peor que si fuese Talega.

TALEGA.

¡Y mala talegada te dé Dios! ¿y quién te manda nombrarme?

AUDACIA.

Pues qué ¿no robas la casa? Y el diamante quebrado que te di, ¿qué es de él?

TALEGA.

¿Pues qué, si supieses de la saya?

MENEMNO, *casado*.

En casa del platero está para soldalle.

TALEGA.

Mas en casa de la puta para aniquilalle.

AUDACIA.

Plegue á Dios que sea verdad lo que dices.

MENEMNO, *casado*.

Yo digo verdad mejor que tú mereces.

CASANDRO.

¿No has de callar, loca?

AUDACIA.

Callaré, pues son dos contra mí.

TALEGA.

Y tres, aunque os pese.

AUDACIA.

Platicad á vuestro placer, que yo entrarme quiero por no oír palabras locas.

MENEMNO, *casado*.

Tómad que rebite.

CASANDRO.

Calla y sùfrete, hijo Menemno, que de los pacientes es el reino de Dios.

TALEGA.

Así es la verdad, mas no de él, sino de ella.

CASANDRO.

Pues que solos estamos, oye, hijo Menemno, que cuando uno está contento, dice mas loores de aquel contentamiento por la lengua que no tiene en el corazon; y por el contrario, cuando está descontento dice menos de lo que le queda en el pecho encerrado. Digolo esto, yerno mio, porque me han lastimado las lágrimas de mi hija y tus pesadas razones, de tal manera que ni sabré decir lo que siento, ni sentir lo que mereces.

MENEMNO, *casado*.

Dí lo que pudieres decir.

CASANDRO.

Sola una cosa diré, y es que deberías acordarte de quién fuiste por tu desdicha, y de quién eres por mi causa, y cómo de perdido te hice ganado y de siervo libre, casándote con mi única y amada hija, con la cual llevaste linaje, hermosura, virtud y mucho dinero.

MENEMNO, *casado*.

Antes, señor, si lo juzgas, quitada esa pasión de padre, hallarás que me diste mucho hueso y poca carne; quiero decir, que es tanta su altivez, locura y soberbia, que oscurece y desdora todo ese linaje, hermosura y hacienda, de tal manera que me hace vivir el más triste y desconsolado del mundo.

CASANDRO.

Quien mula quiere sin tacha, hijo Menemno, estése sin ella. ¿No sabes tú ya que todas las mujeres quieren hablar y que todos callen; quieren mandar y ninguna ser mandada; quieren libertad y que ninguno sea libre, y quieren regir y ninguna ser regida?

MENEMNO, *casado*.

Pues ¿qué es lo que quieren?

CASANDRO.

Una sola cosa.

MENEMNO, *casado*.

¿Y es?

CASANDRO.

Ser alabadas, y ver y ser vistas.

MENEMNO, *casado*.

Leído he (y por mis pecados lo tengo experimentado), que el más fiero y peligroso enemigo del hombre es la mujer mal acondicionada, y de aquí nasce una verdad, y es que el marido hace todo lo que quiere la tal mujer, y ella no ha de hacer ninguna cosa de las que desea su marido.

CASANDRO.

Sabidamente has hablado, pero mira que no es de hombres cuerdos lastimar á sus mujeres con palabras, luego que han enojo con ellas.

MENEMNO, *casado*.

Concediendo ser verdad lo que dices, te certifico, señor, que si antes alcanzara lo que agora alcanzo, y de lo mucho que siento sintiera entonces un poco, no trocara yo mi pobreza y libertad por tu próspero casamiento.

CASANDRO.

Por haberle yo mandado á mi hija que se casase contigo, se casó, que no porque lo quisiese ella de grado, que de nobles fué demandada, sabiendo que viene de muy buena parte.

TALEGA.

Sí, cuando viene de la iglesia.

MENEMNO, *casado*.

Aquí no tratamos de linajes, que cuanto á eso también sabría defender mi partido, sino que si vieses de la manera que me trata, dirías que me sobra razón.

CASANDRO.

Oye, hijo Menemno, ningún hombre sufre tanto á su mujer que no sea obligado de sufrille más, considerando que al fin el hombre es hombre, y la mujer mujer. Cierzo, muy atrevida es la mujer que se toma con su marido, pero muy más loco es el marido que toma pendencias públicas con su mujer.

MENEMNO, *casado*.

Las injurias que me dice no las puedo, señor, sufrir.

CASANDRO.

Mira, las injurias que hacen las mujeres mejor se castigan con tenerlas en poco, que con vengarlas.

MENEMNO, *casado*.

Ea fin, ¿no hay castigo para ellas?

CASANDRO.

Yo no digo que no le hay, pero sepan todos los hombres del mundo que todas las cosas sufren castigo, sino la mujer, que quiere ruego. El hombre que quiere vivir en paz con su mujer, tres reglas ha de guardar.

MENEMNO, *casado*.

¿Cuáles son?

CASANDRO.

Amonestarla mucho, reprenderla poco, y no poner manos en ella.

TALEGA.

Y los piés sí, á buenas coces.

MENEMNO, *casado*.

¿Y de cuándo acá las puse yo en mi mujer?

CASANDRO.

Ni es menester, porque la causa por que ella te riñe y yo te amonesto, es poquedad tuya, y daño suyo y mío en tener amiga, como dicen que la tienes.

MENEMNO, *casado*.

Ni hay tal, ni quien tal diga.

TALEGA.

Sí hay tal, y quien tal diga, que sólo yo.

CASANDRO.

Bien está: el tiempo es tan buen maestro, que ni por miedo ni por vergüenza no deja de descubrir las verdades.

TALEGA.

Ni yo tampoco.

CASANDRO.

Abaste lo dicho. Y agora ¿qué piensas de hacer?

MENEMNO, *casado*.

Queria ir á casa de Micer Duarte, porque Talega es ido ya delante con el libro.

TALEGA.

Mas con la saya.

MENEMNO, *casado*.

Para que acabemos de rematar aquellas cuentas.

CASANDRO.

Ve con la bendición de Dios, que yo entre tanto me acabaré de vestir.

## ESCENA IV.

MENEMNO, *casado*; TALEGA, DOROTEA.

TALEGA.

Gracias sean dadas á Dios, que el viejo acabó de predicar.

MENEMNO, *casado*.

Ven, Talega.

TALEGA.

Vamos, señor, y desensímulame y toma la saya, porque no me hallen con el hurto en las manos.

MENEMNO, *casado*.

Daca, acabemos ya.

TALEGA.

No me pareces agora propisamente sino al hijo prólogo, que lleva á empeñar ropa por mengua de dineros.

MENEMNO, *casado*.

Déjate de esas gracias, y da en esa puerta y llama á Dorotea, porque salga á recebir este presente.

TALEGA.

¿Quién está en casa? ¡Ola, aho! No responde nadie, señor. Si has perdido quizá por la mano.

MENEMNO, *casado*.

No te entiendo.

TALEGA.

No sé si está dentro algun *dóminus fatotum*, de esos que llevan ropas largas.

MENEMNO, *casado*.

No se ha de presumir tal de mi querida Dorotea.

TALEGA.

Si de amor de ramera te fías, engañado vas, porque no dura tanto como sol de invierno y lluvia de verano, *et est*



*impossible* que la que es acostumbrada de someterse á muchos por fuerza, ame á ninguno de grado.

MENEMNO, *casado*.

Déjate de eso. Torna á llamar.

TALEGA.

¡Ola, aho! ¿No hay nadie acá?

DOROTEA.

¿Quién llama?

MENEMNO, *casado*.

Yo, mi señora.

DOROTEA.

¡Ay mi señor Menemno! ¡ay entrañas mías! ¿y tú eres? Vengas en buen hora.

MENEMNO, *casado*.

Y en esa misma estás tú, deleite mío. En mirándote se me quitan todos los enojos y aborrezco á mi mujer.

DOROTEA.

¿Quién viene contigo, señor Menemno?

MENEMNO, *casado*.

Talega, criado de tu merced.

TALEGA.

Y de su criada, que es bonita.

MENEMNO, *casado*.

Crianza, señor.

TALEGA.

Estoy tan criado, que ha veinte años que no mamé.

DOROTEA.

Gracioso está Talega.

MENEMNO, *casado*.

De desgraciado está gracioso.

DOROTEA.

Señor Menemno, ¿qué es eso que traes?

TALEGA.

Abre el ojo. Olido ha de narices como podenco de muestra.

MENEMNO, *casado*.

Rosa y vida mía, son tus vestidos, y los despojos de la loca de mi mujer.

DOROTEA.

¿Esta es la saya que me prometiste?

MENEMNO, *casado*.

Esta es, tómalas, que si yo puedo, haré de manera que quantas tiene mi mujer sean tuyas, pues yo soy tuyo.

DOROTEA.

Mercedes, amor mío.

TALEGA.

Oreja, perra, y cuán bien que la ase.

MENEMNO, *casado*.

Yo las rescibo de ti en quererlas tú rescibir de mí.

TALEGA.

Así, así con el diablo. Desmanera presto quedarán en blanco los bienes de nostramo.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es eso que dices de blanco y de presto?

TALEGA.

Digo, señor, que se entienda de presto en la comida, y que no falte vino blanco.

MENEMNO, *casado*.

Bien dices. Mira, señora, ya sabes lo que me prometiste si la saya venía en tu poder.

DOROTEA.

Muy bien, señor, yo lo entiendo.

MENEMNO, *casado*.

Pues aparéjanos muy bien de comer para mediodía.

DOROTEA.

A mejor tiempo no podías hablar, porque está la olla bien forrada ya.

TALEGA.

¿Es el alforro de pluma, ó de lana?

DOROTEA.

De todo hay: una gallina y un carnero.

TALEGA.

Poco es eso para mis apetitos.

DOROTEA.

Qué, ¿tú has de comer acá?

MENEMNO, *casado*.

Convidado le he porque veas cuán bien sabe comer.

TALEGA.

Como, señora Dorotea, á dos cajos, que de verme folgarás muchísimo.

DOROTEA.

De veras que tomo placer que sea Talega mi convidado una y muchas veces.

TALEGA.

Un placer y mochisimos que Dios te dé.

DOROTEA.

Por amor de tú, prometo de multiplicar dos pares de pollos mas.

TALEGA.

Multiplicadas que tengas las narices.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué dices, asno?

TALEGA.

No, no, sino los días de su vida. Los pollos me turbaron. Señora, mira que sean asados, por vida de esa cara de rosa.

DOROTEA.

Yo lo haré mejor que tú te piensas.

TALEGA.

De esa manera la talega de Talega quedará rellena de esta vez.

DOROTEA.

¿Qué quiere decir eso?

TALEGA.

Yo soy talega de mi amo, y mi talega es mi vientre; si como bien, mi talega está buena, y la de mi amo ruin, porque no me puedo mover después de hartó.

DOROTEA.

Duenas propiedades tienes.

MENEMNO, *casado*.

Señora, entre tanto que se adereza la comida, voy á casa de Micer Duarte á negociar un pcco.

DOROTEA.

Ven, señor, presto, y no te detengas.

TALEGA.

Bien dice la señora. Hagamos pasos de fraile convidado; que mejor es que nosotros aguardemos la comida, que la comida á nosotros.

MENEMNO, *casado*.

Escucha, Talega, que en esto va mucho. Allégate á la posada, y dirás á mi suegro que somos convidados por Micer Duarte, que no nos aguarden. ¿Sabráslo decir?

TALEGA.

Mirad si sabré.

MENEMNO, *casado*.

Vuelve luego, que en su casa te aguardo.

TALEGA.

Muy bien, señor.

## ESCENA V.

MENEMNO, *mancebo*; TRONCHON.

MENEMNO, *mancebo*.

Hágote saber, Tronchon, que la mayor alegría que sienten los navegantes, es cuando de lejos sobre las marítimas ondas descubren la tierra.

TRONCHON.

Y mayor si la tierra que descubren fuese suya. Mas dime, señor, yo te suplico: ¿á qué respeto ó causa, habiendo rodeado todas las islas del mar, venimos á desembarcar á Valencia?

MENEMNO, *mancebo*.

Necio, ¿no sabes tú que voy buscando á mi hermano?

TRONCHON.

No sé cuándo acabarás de llevarme de aquí para allá, y de Rodas a Poyatos. Seis años hace agora que andamos en busca de él.

MENEMNO, *mancebo*.

¿De qué te fatigas, asno?

TRONCHON.

Fatígame que si anduviéramos á buscar una aguja, en tanto tiempo la hubiéramos hallado. Digolo porque pienso que buscamos á tu hermano entre los muertos.

MENEMNO, *mancebo*.

Pluguiese á Dios que hallase quien de cierto me dijese que esta ya entre los muertos; pero entre tanto que esto no supiere, no dejaré de buscarlo entre los vivos.

TRONCHON.

Sea como tú mandares, esclavo te soy, no puedo sino seguirte; pero no querria que nos detuviésemos mucho en Valencia.

MENEMNO, *mancebo*.

Ven acá, torpe, en una ciudad tan insigne y noble como esta ¿no será bien que nos detengamos mas que no en otra para considerar muy particularmente el regimiento de su república, la suntuosidad de los edificios, la riqueza de los templos, los trajes de los caballeros y damas, y en fin, otras mil cosas?

TRONCHON.

Tal es cual la pintas, y aun mejor, si no la gastasen tres erres como la gastan.

MENEMNO, *mancebo*.

¿De qué modo la gastan tres erres?

TRONCHON.

La primera es rameras, porque hay de ellas *magnam quantitatem*.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Y la segunda?

TRONCHON.

La segunda renegadores, que reniegan y juran de Dios, haciéndolo mil partes.

MENEMNO, *mancebo*.

¿La tercera?

TRONCHON.

La tercera regatones, porque hay tantos que no podeis poner un bocado en la boca que no pase por tres ó cuatro rianos. Y porque veo que la moneda se nos va apocando y la costa creciendo, querria que saliésemos presto de esta ciudad.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué? Dios hará merced.

TRONCHON.

Y entre tanto échate á dormir. ¿No sabes tú que por el dinero baila el perro?

MENEMNO, *mancebo*.

¿De dónde diablos sacas tanta cosa como dices hoy, y otras veces eres tan necio?

TRONCHON.

Son lunadas que me toman.

MENEMNO, *mancebo*.

En verdad que lo creo, y boy mas que nunca.

TRONCHON.

Volviendo á las rameras supradichas, has de saber que todas ellas tienen asalariados sus cabestreros.

MENEMNO, *mancebo*.

No hay quien te entienda hoy.

TRONCHON.

Los cabestreros son aquellos que por otro nonbre son llamados alcahuetes.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Pues qué nasce de ahí?

TRONCHON.

Sabrás que estos cabestreros tienen de costumbre de irse al Grau de Valencia, y si ven alguna nao recién ve-

nida, preguntan cómo se llama el patron y pasajeros de ella, y aun en los mesones los extranjeros de arte.

MENEMNO, *mancebo*.

¿A qué fin todo eso?

TRONCHON.

Para que viéndolos por la ciudad, los llaman por sus propios nombres, porque piensen que los conocen, y así los engañan.

## ESCENA VI.

DOROTEA, MENEMNO, *mancebo*; TRONCHON.

DOROTEA.

¿Ce, señor?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Que es aquello, dí?

TRONCHON.

No sé: detengámonos.

DOROTEA.

¿Ah mi alma! ¿ah mi corazon! ¿cómo no entras en esta casa, que es mas tuya que mia?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Con quién habla esta mujer?

DOROTEA.

Con tí hablo, mi señor.

TRONCHON.

¿Cómo? ¿Quién es él?

DOROTEA.

Menemno: el *omnis homo* de mi casa,

TRONCHON.

No hay aquí ningun olmis olmo de tu casa.

DOROTEA.

Amigo, ¿quién te pone á do no te mandan? Yo con Menemno hablo, á quien conozco, y no contigo, que nunca te ví.

MENEMNO, *mancebo*.

Habla pues lo que quisieres.

DOROTEA.

Lo que quiero es que entres luego á comer, pues la comida que mandaste aparejar está á punto ya.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué comida ó qué bebida es esa?

DOROTEA.

La que tengo aparejada para tí y para mí?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Para mí? Ojalá dijeseis verdad.

DOROTEA.

Sí, para tí. Si no, entra, y verlo has.

MENEMNO, *mancebo*.

Señora, no burles de un hombre tan extranjero y no conocido como yo.

TRONCHON.

Abre el ojo, que cabestrero anda por aqui.

DOROTEA.

Ea, señor Menemno, dejemos de eso, y no sufras que ese burle de mí. Di, ¿qué es de Talega?

TRONCHON.

Mirad si está informada ya de la talega de la ropa que viene en la nave.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Por cuál talega ó saco pides?

DOROTEA.

Por el mozo de Casandro tu suegro, el cual vino contigo cuando me diste la saya que hurtaste á tu mujer.

MENEMNO, *mancebo*.

Ni tengo mujer, ni sé qué te dices, ni jamás estuve en esta ciudad hasta hoy que desembarqué de la nave.

DOROTEA.

¿De qué nave?

TRONCHON.

De una que es de tablas y madera.



DOROTEA.

Señor Menemno, por amor de mí, que dejadas las burlas aparte, entres en casa, entre tanto que voy á mirar los pollos, que se asan demasiado.

MENEMNO, *mancebo*.

Oye, Tronchon, ¿no será pusilanimidad mia dejar de entrar allá?

TRONCHON.

No será sino sabieza dejar de entrar allá.

MENEMNO, *mancebo*.

*Audaces fortuna juvat.* ¿Qué me puede hacer una mujer?

TRONCHON.

Segun tú eres bueno, lo menos que puede es dejarte sin blanca.

MENEMNO, *mancebo*.

Para eso buen remedio: toma la bolsa.

TRONCHON.

Daca. Pero mira que dice el refrán que quien mucho se rasca, llaga se hace; por eso mira mucho el fin.

MENEMNO, *mancebo*.

Anda, que es de cobardes mirar mucho los fines. Entrar quiero, y ve tú al meson, y después vernás por acá.

TRONCHON.

A Dios te encomiendo.

MENEMNO, *mancebo*.

¡Ah señora mia!

DOROTEA.

¡Ah señor!

MENEMNO, *mancebo*.

Conozco haber errado en burlarme de tí; pero si lo hice fué por disimular con el esclavo que estaba conmigo.

DOROTEA.

¿Cómo? ¿De quién es el esclavo?

MENEMNO, *mancebo*.

De mi suegro, que no ha dos dias que lo compró.

DOROTEA.

Avisado parece.

MENEMNO, *mancebo*.

Eslo cierto, y pues él no nos ve ni nos oye, entremos cuando mandares.

DOROTEA.

¿No quieres aguardar á Talega?

MENEMNO, *mancebo*.

Ni lo quiero aguardar, ni quiero que entre acá, porque estoy enojado con él.

DOROTEA.

Sea como tú mandarás; empero, amor mio, quiero que me hagas una merced.

MENEMNO, *mancebo*.

No una, sino ciento haré; por eso pide.

DOROTEA.

Que después de comer llesves aquella saya que me diste á maestre Chillon el sastre, para que la desfigure y haga á mi voluntad.

MENEMNO, *mancebo*.

Avisada eres en todo, porque haciéndolo así ternás saya á tu medida, y no la conocerá aquella maldita de mi mujer.

DOROTEA.

¿Puedes llevarla cuando te fueres?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Por qué no la tengo de llevar?

DOROTEA.

Entra, amor mio, y cierra esa puerta.

### ESCENA VII.

CASANDRO, AUDACIA, TALEGA.

CASANDRO.

¿Dó estás, hija? Sal acá.

AUDACIA.

¿Qué mandas, señor padre?

CASANDRO.

Días ha que deseaba decirte mi parecer, y lo he dilata-

tado hasta que me dices una ocasion para ello, de tantas como me has dado para sentillo.

AUDACIA.

¿No te parece que tengo razon, señor padre, de estar quejosa?

CASANDRO.

No, porque si cuando yo te casé con Menemno no seguí el uso de este maldito tiempo, que primero se habla de la bacienda y á la postre de la persona, fué la causa viendo las virtudes de mi criado y tu marido, que pienso no haberle dado tanto cuanto meresce.

AUDACIA.

Demasiado le diste.

CASANDRO.

Es verdad, si tú fueras de otra suerte.

AUDACIA.

¿De qué suerte? ¿Soy alguna lea?

CASANDRO.

No, sino hermosa, y es lo peor que le di.

AUDACIA.

¿Por qué?

CASANDRO.

Porque se ofresce á grandísimos trabajos el que casa con mujer hermosa.

AUDACIA.

¿A qué trabajos, siendo ella buena?

CASANDRO.

Oye. Lo primero se ofrece á sofrille su altivez y soberbia por ser hermosa como tú. Lo segundo, que por ser buena de supersona (cual tú te precias de serlo) le nasce, por no ser acompañada de humildad, una vanagloria insupportable de sufrir, y sin eso pretendeis todas las hermosas que cometen herejía vuestros maridos, si entienden en otro sino en daros placeres.

AUDACIA.

Tales los tenga quien mal me quiere, cuales mi marido me los da á mí.

CASANDRO.

Eres tú la causa de ello.

AUDACIA.

¿Yo?! Ay desdichada de mí! ¿Que él viva amancebado soy yo la causa?

CASANDRO.

Sí, en serle tan desdenosa como lo eres, segun que yo por mis ojos lo he visto: que si te sigue, le buyes; si te sirve, no lo estimas; si te ama, le aborreces; si te balaga, le maldices; si te olvida le infamas, y si te hace fiestas dices que te engaña.

AUDACIA.

En cuanto á eso no le debo nada.

CASANDRO.

Si le debes, y mucho, porque las costumbres del marido han de ser leyes para la mujer, y tú haces lo contrario.

AUDACIA.

Porque son malas sus costumbres, por eso las contradigo yo.

CASANDRO.

En tu mano está hacer que sean buenas.

AUDACIA.

¿De qué manera?

CASANDRO.

Con cinco yerbas que traigas contigo.

AUDACIA.

¿Dime qué yerbas son esas?

CASANDRO.

La primera que seas callada; la segunda que seas pacífica; la tercera que seas sufrida; la cuarta que seas honesta, y la quinta que seas retraida. Estas cinco yerbas, hija mia, son de tal propiedad, que las malas costumbres del marido convierten en buenas.

AUDACIA.

Así podrían ser cincuenta, que á mi marido no le quitarán que no tenga una puta. Pero no quiero altercar mas contigo, que siendo mi padre abogas contra mí.

CASANDRO.

Ni es menester sino que mudemos de palabras y tú de condicion. Aquel que allí viene parece que sea Talega.

TALEGA.

¡Ah señor!

CASANDRO.

¿Qué hay de nuevo?

TALEGA.

Calzas, zapatos, sayos, camisas, en fin cuanto querrás comprarme.

CASANDRO.

Acabad ya de decir á lo que venís.

TALEGA.

Pues no me turbe su mercé. El señor Duarte manda... No, no, sino que suplica á vuestra merced.

CASANDRO.

¿Qué me suplica, enalbardado?

TALEGA.

Que le ruega que perdona, y que coma á su pracer con la señora, porque yo y...

AUDACIA.

Siempre el ruin delantero.

TALEGA.

Tiene razon. Que el señor Menemno y yo quiere que manduquemos con él.

CASANDRO.

Bien está. Entremos, hija, y tú tambien.

TALEGA.

No, yo. ¡Pésate á mal grado! Que me acusará contumacia la señora Doro... El señor Duarte quise decir, si no voy á comer luego.

CASANDRO.

¿Qué es eso de la señora Doro? Entra, entra, que luego te irás.

## ESCENA VIII.

MENEMNO, *mancebo*; DOROTEA; TALEGA.MENEMNO, *mancebo*,

¡Oh inmortales dioses! Muchas gracias os hago porque habeis permitido que una ramera, que acostumbra de robar á los mancebos, me haya dado de su propia voluntad á comer, y este diamante y saya. Bien sé que me ha tomado por otro, mas con todo eso no me acusa la conciencia para tornárselo por agora, porque dicen que quien hurta al ladron, etc. Buscar quiero á mi esclavo para reir con él de la burla, y gozar con él de estos putánicos despojos.

TALEGA.

Yo doy al diablo las preguntas, y á quien las inventó á las horas del comer. Sabia Casandro que soy convidado, y preguntábame mas cosas de su yerno que dias hay en longanizas, como si le habia yo de otorgar la verdad... Mas ¡oh! belo allí. La saya es vuelta en su poder. Mal va esto: tormenta debe de correr entre él y la pelleja Dorotea. ¿Cuál seria que la comida se embarazase! ¡Ah Menemno!

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué quieres, amigo?

TALEGA.

¿Do va la saya?

MENEMNO, *mancebo*.

No va, que yo la llevo.

TALEGA.

¿A dó va por tu vida?

MENEMNO, *mancebo*.

A casa de maestre Chillon el sastre para que la adobe.

TALEGA.

Después se hará eso, señor: vamos á comer primero.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué diablo ha de ser esto con tantos convidadores como hay en esta ciudad?

TALEGA.

Yo no te convidó, señor, antes tú me has convidado á mí.

MENEMNO, *mancebo*.

¿A dónde?

TALEGA.

En casa de Dorotea.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Cómo te llamas?

TALEGA.

¿A la hora del comer, cómo te llamas? Buena burla es esa.

MENEMNO, *mancebo*.

A fe que no burlo.

TALEGA.

Talega me llamo.

MENEMNO, *mancebo*.

Qué, ¿tú eres Talega?

TALEGA.

Al tiempo de vete allá, vete acá, no me desconoces como agora, si no te burlas.

MENEMNO, *mancebo*.

Que ni me burlo, ni te conozco. Ve con Dios.

TALEGA.

Una vez que en toda mi vida he sido convidado, salirme tan al revés por mal agüero lo tengo. Mas no quiero desconfiar sin primero hablar con Dorotea. ¿Quien está en su casa?

DOROTEA.

¿Quién llama?

TALEGA.

Talega soy, señora. ¿Qué es de mi amo Menemno? ¿Es venido á comer?

DOROTEA.

¿Cómo si es venido? Ya vino y se fué?

TALEGA.

¿Que ya comió? ¿Mezquino de mí!

DOROTEA.

Ya comió. ¿Cómo no veniste?

TALEGA.

No me burle, señora, que me fino de hambre.

DOROTEA.

Que no me burlo.

TALEGA.

Oiga, señora Dorotea.

DOROTEA.

Ve con todo los diablos, que no quiero oírte.

TALEGA.

¿Así que desa manera se trata á Talega? ¡Oh Talega! ¡Talega! ¿quién te vido en el establo almohazando los caballos, harto de torreznos, y agora muerto de hambre por andar entre putas y rufianes? Mas para esta que yo haga de manera, que le haga mal provecho á Dorotea la saya, y á Menemno la comida, que yo lo diré á mi señora.

## ESCENA IX.

MENEMNO, *casado*; DOROTEA; AUDACIA; TALEGA.MENEMNO, *casado*.

No me acuerdo después que nací, estar sin comer á tal hora, especialmente siendo convidado; mas cáusalo tambien este diablo de Micer Duarte con ser tan prolijo en sus cuentas. Pero ¿qué es esto, que Talega no vuelve de donde lo envié? Por ventura estará ya en casa de Dorotea. Quiero llegarme allá. La puerta veo cerrada. ¡Ola, ola! Abrid aquí.

DOROTEA.

¿A quién han de abrir?

MENEMNO, *casado*.

A tu cativo, señora mía.



DOROTEA.

¿Qué es esto, señor Menemno?

MENEMNO, *casado*.

¿Qué ha de ser?

DOROTEA.

¿Tan presto eres de vuelta? ¿Diste ya la saya á Chillon el sastre, y el diamante al platero?

MENEMNO, *casado*.

¿Qué saya, qué diamante me has dado?

DOROTEA.

No te hagas de nuevas ni burles de mí, que la saya y el diamante que me diste, te di.

MENEMNO, *casado*.

¿Para qué?

DOROTEA.

Para que lo hicieses adobar todo.

MENEMNO, *casado*.

¿Adónde me lo diste?

DOROTEA.

Aquí dentro con mis propias manos.

MENEMNO, *casado*.

¿Cuándo?

DOROTEA.

Cuando acabamos de comer tú y yo.

MENEMNO, *casado*.

Engañada vives.

DOROTEA.

Así es la verdad, pues que burlas de mí.

MENEMNO, *casado*.

Digo que después que te di la saya, no he puesto los piés en tu casa.

DOROTEA.

Buen disimular es ese, Menemno.

MENEMNO, *casado*.

No hay aquí ningún disimular.

DOROTEA.

¿Y cómo? ¿de esa manera te piensas alzar con la saya y el diamante? Pues para esta, que ó no seré yo Dorotea, ó tú me lo traíras todo perfumado.

MENEMNO, *casado*.

No me espanto de fieros de puta. ¿Qué, cerraisme las ventanas? Abranse estas puertas.

AUDACIA.

Así, qué rufian te has tornado, marido. ¿Pensabas que no te habia de tomar en el lazo? Nunca mi corazon me fué traidor.

MENEMNO, *casado*.

¿Oh señora mujer! ¿y qué buscas por acá?

AUDACIA.

Agora me dice señora, y me pregunta qué busco.

MENEMNO, *casado*.

¿Pues á quién, á Talega?

TALEGA.

Yo no sé nada de la saya.

MENEMNO, *casado*.

Por mi vida que me digas á qué vienes.

AUDACIA.

Por la saya vengo.

MENEMNO, *casado*.

¿Por qué saya ó sayo?

AUDACIA.

Por la que me has hurtado, sin otras cosas, para dar á tu puta.

TALEGA.

El es de ella, que no ella de él.

MENEMNO, *casado*.

¿No callareis vos, don bellaco?

TALEGA.

Tú haces las bellaquerías; no me cale hacer señas que calle.

MENEMNO, *casado*.

Por el Dios Júpiter te juro, mujer, que tales señas no he hecho; mas si no mirase que viene contigo, yo le castigaría.

AUDACIA.

Déjate de eso; daca la saya.

MENEMNO, *casado*.

¿Ha habido en casa algun desaguisado, que así vienes despavorida?

AUDACIA.

Palabras.

MENEMNO, *casado*.

¿Has habido quistion con tu padre?

TALEGA.

¿Cómo anda huyendo por no otorgar!

MENEMNO, *casado*.

¿No basta que hable ella, sino tú, bellaco?

TALEGA.

Nó, que yo por la comida lo he.

MENEMNO, *casado*.

¿Estás enojada contra mí por ventura?

AUDACIA.

¿Pues contra quién, don traidor?

MENEMNO, *casado*.

¿Dime la causa, que yo haré justicia de mí.

TALEGA.

¿Oh hideputa! *Jocantibus* gorgoreais; bien parece que está la barriga llena.MENEMNO, *casado*.

Calla, perro; si no, por vida de la señora...

TALEGA.

No callaré, pues comiste sin mí.

MENEMNO, *casado*.

Dí adónde, ahorcado.

TALEGA.

Pónte en medio, señora.

AUDACIA.

No me le toques. Dí adónde.

TALEGA.

En casa de la puta Dorotea.

MENEMNO, *casado*.

¿Yo? aun me vea comido vivo, si hoy he comido bocado, ni puesto los piés en su casa.

AUDACIA.

No lo niegues, que la verdad de todo me ha contado Talega.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué le dijiste, puercos?

TALEGA.

No sé. *Dictum vel non dictum*, ya está dicho. Pregúntaselo á ella, que te sabrá bien jabonar.MENEMNO, *casado*.

¿Qué te dijo, señora mía?

AUDACIA.

¿Cómo haces del raposo! Díjome, que me hurtaron de mi casa una saya.

MENEMNO, *casado*.

¿Cómo? ¿A tan buen recaudo la tenías?

AUDACIA.

¿Quién se podrá librar del ladrón de casa?

MENEMNO, *casado*.

¿Quién es el ladrón de casa?

AUDACIA.

Uno que se dice Menemno.

MENEMNO, *casado*.

¿Por ventura hay otro Menemno sino yo?

AUDACIA.

Mira, dame la saya, y no me hagas decir desatinos y tornarme loca.

TALEGA.

Ninguna mujer se puede tornar loca.

MENEMNO, *casado*.

Ya tengo probado, señora mujer, lo mucho que me amas y te debo. Si yo he fingido tener amistad con Dorotea, ha sido para ver si harías aquel sentimiento, que las que mucho aman á sus maridos suelen hacer. La saya se la dé, para solamente sacar la invención de ella, porque dijo que nunca tan gentil dama te ha visto, como cuando vas con aquella saya. Sosiégate por amor de mí, que yo la cobraré.

AUDACIA.

Crejera lo que dices, si no creyese quien tú eres; mas pues te conozco por mis pecados muy conocido, á otro can con ese hueso, y venga la saya y el diamante.

TALEGA.

Pues que Dorotea se contenta con las obras, conténtate tú con las palabras.

MENEMNO, *casado*.

Hasta que yo os muela á palos no callareis, don mazorral. Señora, ve con Dios, que no pararé hasta que seas servida.

AUDACIA.

Vainos, Talega, que razon es que mi padre sea informado de vuestras trapazas.

TALEGA.

Yo no, señora. *Audi aliam partem si vis recte judicare.*

AUDACIA.

¿Qué tengo de oír?

TALEGA.

Que harto le amonesté que no fuese tras putas, pues que le sobraaba tenerte á tí.

AUDACIA.

Calla, mal criado, y anda allá, que tú y él entonces seréis buenos, cuando la rana terná pelo.

TALEGA.

Crea, señor, que *col natura dat nemo negare putas.*

AUDACIA.

Entra, enhoramala con tus latines.

## ESCENA X.

MENEMNO, *mancebo*; CASANDRO; AUDACIA; TALEGA.MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué es esto, que no puedo encontrar con mi esclavo Tronchon? Por cierto que lo hice como mal considerado en darle la bolsa de los dineros, que por ventura se habrá metido á jugar en algun bodegon; mas no será para tanto, segun es avariento. Mas yo ¿en qué tengo de parar con esta saya callejera que parezcoregonero? ¿Pero quién son estos que vienen medio riendo? Quiero escuchar qué pendencias traen consigo.

AUDACIA.

¿Cómo se puede sufrir, señor padre, que esté yo casada con un tan mal hombre como este?

CASANDRO.

Descástate pues.

AUDACIA.

¡Ojalá! y costáseme un dedo de la mano.

TALEGA.

Eso *non potest fieri*, señor, porque *col Deus conjungit homo non sepalat*.

CASANDRO.

Calla, chismero, que no se dice por tanto.

TALEGA.

Si, callad, estando muerto de hambre.

CASANDRO.

¿De qué te quejas de tu marido?

AUDACIA.

Quéjome de que me hurta el oro, sayas y cuanto tengo para dar á ramerás.

CASANDRO.

Si él eso hace, lo hace muy mal; y si no, tú lo haces peor en levantarle falso testimonio.

AUDACIA.

Que no es sino verdadero. ¡He lo do viene. ¡Desvergonzado! ¿No tienes vergüenza de parecerse delante de mí con ese vestido?

MENEMNO, *mancebo*.

Mujer honrada, ¿con quién piensas hablar?

AUDACIA.

Con uno que merescer estar en la horca.

MENEMNO, *mancebo*.

Porque sois hermosa, no seas atrevida.

CASANDRO.

Aparta, hija. Menemno, ven acá. Dime, ¿qué rencillas son estas que tienes con tu mujer?

MENEMNO, *mancebo*.

Padre honrado, ni te conozco, ni tengo mujer, ni jamás fui casado.

AUDACIA.

¿Negarás, bellaco, que eres mi marido?

MENEMNO, *mancebo*.

Porque sé que hablas con pasión, y porque veo que me tomas por otro, responderé con paciencia, diciendo que ni soy tu marido, ni eres mi mujer.

TALEGA.

Cásate, señora, conmigo, y váyase él con todos los diablos el traga pollos.

AUDACIA.

Quitate de ahí, asno. Dime, ¿no es esa la saya que me hurtaste y prometiste devolver?

MENEMNO, *mancebo*.

Habla cortesmente, que nunca fui ladrón, ni jamás me precié de hacer cosa fea.

TALEGA.

Eso sí, Menemno, negar á pié juntillas.

MENEMNO, *mancebo*.

¿De dónde me conoces y sabes mi nombre?

TALEGA.

Mas ¿de dónde desconoces tú á Talega?

MENEMNO, *mancebo*.

De nunca haberlo conocido.

TALEGA.

¿No tomaste tú esta saya á tu mujer, y la diste delante de mí á tu puta?

MENEMNO, *mancebo*.

No seas mal criado, si no, el diablo será.

AUDACIA.

Señor padre, ¿esta no es mi saya, y este no es mi marido Menemno?

CASANDRO.

Ella es tu saya, y él es tu marido.

MENEMNO, *mancebo*.

De todo eso no tengo sino el nombre.

CASANDRO.

Ven acá, Menemno: veamos si negarás esto. ¿Tú no moras en aquella casa frontera?

MENEMNO, *mancebo*.

Plegue á Dios, que si yo en ella jamás entré, que dentro en los infiernos more.

CASANDRO.

Sin duda que se ha tornado loco.

MENEMNO, *mancebo*.

Pues estos dicen que soy loco, mejor será fingir locuras por echarlos de mí.

AUDACIA.

Bien dices, señor padre; ¿no ves qué boca abre? parece que me quiere comer.

MENEMNO, *mancebo*.

El dios Apolo me manda que queme los ojos á esta mujer con lámparas ardiendo.

TALEGA.

La paz de Dios descienda sobre tí y sobre nosotros, amén.

MENEMNO, *mancebo*.

Si, si, Apolo, yo haré lo que mandas, que á esta mujer y á Talega les dé con esta mi espada mil cuchilladas.



TALEGA.

Señora, huigamos de aquí, que tengo miedo que ni tú tengas Talega ni yo señora.

CASANDRO.

Bien dice : id á casa los dos, porque no haga en vosotros algun desatino; pero mira, Talega, que vayas en un salto á llamar al médico Averrois, para ver si dará algun remedio á este loco.

TALEGA.

Si haré, señor.

MENEMNO, *mancebo*.

Ya te entiendo, Apolo, que quieres que desmenuce los huesos de este viejo con su bordon.

CASANDRO.

Caro te costará, si tú á mí te allegas.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué dices? ¿Que tome una azuela con la cual acepille las carnes de este mal viejo?

CASANDRO.

Mal te dé Dios : mejor me será huir de este, porque el loco y el buey se han de mirar de lejos.

MENEMNO, *mancebo*.

Muchas cosas me has mandado, Apolo, ¿y agora de nuevo quieres que vaya con impetu y mate á este viejo?

CASANDRO.

¡Oh cruel enfermedad! No estoy mas aquí. Quiero llamar al médico.

MENEMNO, *mancebo*.

¡Cuán á cuenta me ha venido hacer del loco! Mas ¿cuál fuera que esta señora me rescibiera en su cama creyendo que era su marido; como la otra en la mesa, tomándose por su amigo? Yo lo hiciera cierto, segun ella es hermosa, si no se aventurara mas que aventuré con la otra, porque á la ramera quitéle lo que ella hurtó, y yo le puedo tornar tres doblado; mas á la casada, en este caso quitárale la honra, que quitada no se la pudiera tornar. En fin, quiero huir de pueblo donde tantas cosas en tan poco tiempo me han acontecido; y si viniere el viejo, no le digan por cuál de estas dos calles me fui.

### ESCENA XI.

MENEMNO, *casado*; CASANDRO; AVERROIS;

LAZARILLO.

MENEMNO, *casado*.

Dia triste y de aciago ha sido este para mí, pues todo lo que pensaba hacer muy secreto, me ha echado en público aquel bellaco de Talega; pero á fe que no se reirá de ello. Tambien esotra bellaca al fin hizolo como ramera, que por mas que le rogué que me diese la saya con propósito de darle otra mejor, está en sus trece que ya me la dió. ¡Desdichado de mí! No sé qué me haga. ¿Qué es aquello?

AVERROIS.

Camina, Lazarillo.

LAZARILLO.

Ya camino, *domine*.

AVERROIS.

Eso sí, siempre que podrás hablar algun latin congrio ó no congrio, no lo dejes de hablar, que yo te haré gran persona. Di, ¿*quid est necessitas*?

LAZARILLO.

La necesaria, señor.

AVERROIS.

No solamente respondiste como gramático, mas como escelente filósofo, porque aquella cosa es puramente necesaria, adonde echamos aquello que si no lo echásemos, moriríamos.

LAZARILLO.

*Verum est*.

AVERROIS.

*Bona salus*, señor Casandro.

CASANDRO.

Sea bien venido, señor doctor. Escuchado he la plática

que has pasado con tu criado, y he holgado en oír sus agudezas.

AVERROIS.

Es el mas agudo rapaz del mundo, y es hermano de Lazarillo de Tormes, el que tuvo trecientos y cincuenta años.

CASANDRO.

¿Cuánto ha que está contigo?

AVERROIS.

No ha mas de medio año, y sabe ya todos los nominativos, conjugaciones y cuarto libro de coro, y hablará todo un dia latin tan bien como yo, sin que le entiendan palabra.

CASANDRO.

Bien lo creo; mas ¿cómo te has detenido tanto?

AVERROIS.

He curado una pierna al dios Esculapio, y he concertado un brazo á Baco, que los dos habiendo tastado ciertos vinos en la isla de Candía, dieron consigo por una escalera abajo.

CASANDRO.

De manera que tambien eres médico de los dioses como de los hombres.

LAZARILLO.

*Ita, domine*.

AVERROIS.

¡Oh qué *ita domine* tan regalado! ¿Qué te parece, señor Casandro?

CASANDRO.

Muy bien, pero vengamos al caso. Has de saber que Menemno mi yerno está doliente, y pienso que es de alguna imaginacion diabólica que habrá entrado en su entendimiento.

AVERROIS.

Eso verná de algunos enojos rescibidos con mujeres.

CASANDRO.

A la letra es ese su mal, señor doctor.

AVERROIS.

Has de saber, señor, que Hipócrates, Galeno y Avicena *et omnia schola medicorum* ponen ciento y cincuenta remedios para ese mal. El primero es...

CASANDRO.

Ce, silencio; he allí á Menemno,

AVERROIS.

Juntémonos los dos.

CASANDRO.

Sea así. Menemno, hijo, ¿qué es de la saya?

MENEMNO, *casado*.

¿Qué saya, señor?

CASANDRO.

La que tenias agora.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh dioses inmortales! ¿y qué será esto?

CASANDRO.

¿No oyes lo que dice?

AVERROIS.

Ya veo que invoca los dioses.

CASANDRO.

¿Qué esperas? Haz tu oficio, maestro.

LAZARILLO.

¿Qué quiere decir maestro? *Domine doctor, domine doctor* acostumbran de llamarle.

CASANDRO.

Calla, rapaz, no seas tan reagudo.

AVERROIS.

Menemno, dame esa mano. No pasees tanto, no pasees tanto, pecador de mí, que es malo eso para tu enfermedad.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué enfermedad? Vete enhoramala.

AVERROIS.

¿Veis cómo desvaria? Escucha, y verás que le hago unas

preguntas tan profundísimas, que bastan á tornar un hombre de cuerdo loco, y otras para tornarle de loco cuerdo : *et operibus credite.*

CASANDRO.

Pues acabemos ya.

AVERROIS.

Hijo Menemno, sosiégate. Dime, ¿sientes alguna cosa?

MENEMNO, *casado.*

¿Soy por ventura insensible, que no tengo de sentir?

AVERROIS.

Ya lo decia yo, que no podias estar sin sentir. Dime, ¿qué vino bebes, blanco ó tinto?

MENEMNO, *casado.*

Vete á la horca tú y tus preguntas.

CASANDRO.

Ya comienza á enloquecer.

AVERROIS.

¿Qué te tengo dicho, señor?

MENEMNO, *casado.*

Mas preguntame si como el pan colorado ó verde, ó aves con escama y peces con pluma.

CASANDRO.

Maestro, ¿no ves qué locuras se le sueltan? ¿Por qué no le das remedio?

AVERROIS.

Espera; preguntalle he otras cosas.

CASANDRO.

Pregunta cuantas quisieres.

AVERROIS.

Menemno, dime, ¿suélensete algunas veces endurecer los ojos?

MENEMNO, *casado.*

¿Qué diablos! ¿Soy de género de langosta?

AVERROIS.

Ya sé que blandos los has de tener. Burlábase contigo. Está atento, señor, que agora vienen las preguntas para volverle en todo su seso. Dime, Menemno, ¿sientes algunas veces que te rugen las tripas?

MENEMNO, *casado.*

Cuando estoy harto, no; mas agora sí, que estoy hambriento, y con gana de comer.

AVERROIS.

Dí, ¿duermes los ojos cerrados?

MENEMNO, *casado.*

Como tú, velando, abiertos.

CASANDRO.

Agora cuerdamente respondió.

AVERROIS.

Pues cátaelo ahí sano, señor.

CASANDRO.

No está agora tan loco como cuando amenazaba á su mujer con fuego.

AVERROIS.

¿Habíalo de estar? Duelos me dé Dios.

MENEMNO, *casado.*

¿A quién dices que amenazaba yo?

CASANDRO.

¿No te acuerdas cuando á mí y á tu mujer nos querias matar?

MENEMNO, *casado.*

¿Yo matar á quien tanto deseo la vida?

AVERROIS.

Pecador de mí, señor. ¿Quieres echarme á perder? Téngole medio curado, ¿y estás conteniendo con él? Ven acá, Menemno, hablemos aparte tú y yo. Has de saber que nosotros somos los locos, que tú demasiado seso tienes. Tú, rapaz, no es aun tiempo que sepas estos secretos de medicina. Apártate allá.

LAZARILLO.

Recuérdate, digo yo, de los *quingaginta cruciatos auri.*

AVERROIS.

¡Oh! sí, señor. Téngolos á punto que son mucho menester, porque tengo de hacer con ellos en mi casa un cierto cocimiento con cincuenta maneras de yerbas, para cada cruzado una, traídas de la insula Fortunada, y después de todas hacer un emplastro por ciertos puntos de astrología, y después ponérselo en los pies para fortificar la cabeza.

CASANDRO.

Abreviemos, que ya está á punto todo.

AVERROIS.

*Bene dixisti.* Oye, Menemno: tú has de saber que conozco muy bien que si tu entendimiento está algo alterado, es por algun enojo que has habido.

MENEMNO, *casado.*

Dices la verdad.

AVERROIS.

Hora pues, por hacer placer á mí, y acreditar mi medicina, y no enojar á tu suegro, haz todo lo que yo te dijere.

MENEMNO, *casado.*

Soy contentísimo.

AVERROIS.

Si lo haces, yo te prometo de partir contigo los cincuenta cruzados, porque tú ni has menester medicina, ni yo la entiendo mas que esa pared.

MENEMNO, *casado.*

Pero haz de manera, maestro, que me lleven en todo caso á tu casa.

LAZARILLO.

Bien dices. Porque allí haremos buena gira, y beberemos *au'au'.*

AVERROIS.

Decir yo, señor Casandro, que está Menemno del todo sano, no diría verdad; pero he lo traído á punto de hacer que me sea en todo obedientísimo.

CASANDRO.

Veamos.

AVERROIS.

Menemno.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué mandas, señor doctor?

AVERROIS.

Alza el brazo derecho. ¿No puedes mas?

MENEMNO, *casado.*

No, señor.

AVERROIS.

Agora da una vuelta en derredor. ¿No ves, señor? Por la doctrina del grande Hipócrates te juro que si quiero te lo convertiré en nabo. Echate de esa ventana abajo.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué es de la ventana?

AVERROIS.

Está quedo, loco, no te muevas. Aprende, rapaz, estos medicinales puntos. Agora, Menemno, dame esa espada.

CASANDRO.

Agora vas bien; eso me contenta.

AVERROIS.

Coge así los brazos.

MENEMNO, *casado.*

Ya están cogidos. ¿Qué es lo que haces?

AVERROIS.

Súfrete, que por tu bien se hace, que estés atado un poco con este cordel, porque así dice Avicena que se debe hacer.

LAZARILLO.

*In quarta et sexta ad finem.*

AVERROIS.

¿Oh cómo acotaste bien, rapaz! Es menester, señor Casandro, que de esta manera atado lo lleven á mi casa, porque allí con aquel emplastro aureo te lo daré sano en tres dias.



CASANDRO.

Antes ha de ir así como está á la casa de los locos, porque aquella es su propia morada. Vaya, vaya presto.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh ciudadanos! ¡Oh amigos míos! Socorredme, que me llevan contra mi voluntad acusado falsamente.

## ESCENA XII.

MENEMNO, *casado*; CASANDRO; AVERROIS; LAZARILLO; TRONCHON, y después MENEMNO, *mancebo*.

TRONCHON.

¡Oh dioses inmortales! ¿qué es lo que con mis ojos veo? No sé por qué causa llevan aquellos á mi amo forzosamente.

CASANDRO.

Averrois, ayúdame. ¿En qué piensas?

TRONCHON.

Menemno.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh amigo! No consientas que se me haga tamaña afrenta.

TRONCHON.

¿Por qué llevais así á este gentil hombre?

CASANDRO.

Porque es loco.

TRONCHON.

¿Quién dice tan grande maldad?

CASANDRO.

Este médico.

TRONCHON.

Asosegaos, que no es loco.

CASANDRO.

Si no, ¿qué mal tiene?

TRONCHON.

Esta asombrado y endemoniado.

AVERROIS.

¿Endemoniado? Arriedro vaya Satanás.

CASANDRO.

Dí, doctor, ¿cómo no le conociste el mal?

AVERROIS.

Sé que yo, señor, nunca fui doctor en diablos, pero veamos este lo que sabe.

CASANDRO.

¿Qué remedio darás tú?

TRONCHON.

Muy grande. Quiero hablarle al oído para ver si es de los demonios secretos. Mira, Menemno, si quieres librarte de estos tus enemigos, yo te daré una espada entre manos.

MENEMNO, *casado*.

Ya la querría tener.

TRONCHON.

De los demonios públicos es; á voces quiero hablarte. Yo te mando de parte de Dios que te vayas á los infiernos sin dañar ni atormentar á este hombre.

MENEMNO, *casado*.

No saldré si primero no veo la cruz, ó señal della.

CASANDRO.

¡Oh pobre mancebo! Bendito seas tú, Dios. ¡Oh cruel mancebo!

TRONCHON.

¿No hay por aquí una cruz? Mostradme esa espada, que tanto montará como cruz.

AVERROIS.

Déjasela, Lazarillo.

TRONCHON.

Besa, ladron, y abrázate con ella.

MENEMNO, *casado*.

¿Así que como loco me llevábades? Aguardad un poquito, perros traidores.

AVERROIS.

A huir, señor Casandro, que soldado se ha.

MENEMNO, *casado*.

Id con la maldición, bellacos.

TRONCHON.

¿Qué te parece, señor, con qué astucia te he librado de esta gente?

MENEMNO, *casado*.

Mas te debo, que á cuantos hombres hay en el mundo; por eso mira lo que yo podré hacer por ti.

TRONCHON.

Que me hagas libre te pido.

MENEMNO, *casado*.

¿Por ventura eres tú mi esclavo, para que te haga libre, ó conózcote yo?

TRONCHON.

No quiero entrar en si me conoces ó no, sino que me des por libre.

MENEMNO, *casado*.

Digo que te doy por libre, y que te tengo en cuenta de hermano.

TRONCHON.

Quero ir agora al meson, y traerte he la bolsa de los dineros y las piezas de plata que me encomendaste.

MENEMNO, *casado*.

Anda, que aquí te espero. Cosas maravillosas me han acontecido hoy. Dorotea me dió á entender que había comido con ella, y que me dió la saya y el diamante. Mi suegro y este borracho de médico que estoy loco, y este agora que soy su amo, y que me traerá los dineros y la plata. Esperar quiero, y ver en qué para esto.

MENEMNO, *mancebo*.

Dios te guarde, gentil hombre.

MENEMNO, *casado*.

Así haga á tí.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Habitas en esta tierra?

MENEMNO, *casado*.

Si habito, hartos años ha.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Por ventura sabríasme dar razon de un esclavo extranjero?

MENEMNO, *casado*.

Si no das otras señas, es preguntar por Mahoma en Granada.

TRONCHON.

¡Ah! señor Menemno.

MENEMNO, *casado y mancebo*.

¿Qué quieres?

TRONCHON.

Qué, ¿dos amos tengo yo?

MENEMNO, *casado y mancebo*.

No sino uno.

TRONCHON.

¿Quién es ese uno?

MENEMNO, *casado y mancebo*.

Yo soy.

TRONCHON.

¿Qué quiere decir yo soy? Esperad; ¿quién ha de rescebir esta plata?

MENEMNO, *casado y mancebo*.

Yo.

TRONCHON.

Válame Dios, ¿y qué será esto? ¿A cuál de los dos libré yo cuando lo llevaban atado como loco?

MENEMNO, *casado*.

A mí.

TRONCHON.

Pues tú eres mi amo, y habrás la plata, y él que perdona.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Tornaste loco, Tronchon? ¿Y cómo no te acuerdas que veniste hoy conmigo de la nave?

TRONCHON.

Por cierto que tienes razon. Tú busca mazo, que este es mi amo.

MENEMNO, *casado*.

¿Dó vas, desconocido? ¿Yo no soy quien te ha hecho franco en este lugar?

TRONCHON.

Por cierto, sí, tú eres mi amo y mi señor.

MENEMNO, *mancebo*.

Ven acá, desmemoriado, ¿no te acuerdas que cuando quise entrar en casa de la ramera te encomendé la bolsa con los dineros?

TRONCHON,

Tú sin duda eres mi amo Menemno.

MENEMNO, *casado*.

Tambien yo me llamo Menemno.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Tú Menemno?

MENEMNO, *casado*.

Sí, yo Menemno, y mi padre Menemno.

TRONCHON.

¿Cuál sería, que fuese este quien buscamos tanto ha?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Eres natural de esta tierra?

MENEMNO, *casado*.

No, sino de Sevilla.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Acuérdate algo de allá?

MENEMNO, *casado*.

Acuérdomé que siendo yo de quince años nos embarcamos mi padre y yo en una nave para las partes de levante.

MENEMNO, *mancebo*.

Dime, y no rescibas pesadumbre, ¿cuántos hijos tuvo tu padre?

MENEMNO, *casado*.

No mas de dos.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Cuál era el mayor?

MENEMNO, *casado*.

Ninguno.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Cómo pudo ser eso?

MENEMNO, *casado*.

Porque nacimos de un mismo parto.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Llanásteis entrabos Menemnós?

MENEMNO, *casado*.

No, que el otro se decía Claudio.

MENEMNO, *mancebo*.

Pues yo soy ese Claudio.

MENEMNO, *casado*.

¿Tú? ¿Oh hermano mío! Claudio, seas muy bien venido.

MENEMNO, *mancebo*.

Y tú muy bien hallado, hermano Menemno.

MENEMNO, *casado*.

Dime, hermano, ¿quién te mudó el nombre de Claudio en Menemno?

MENEMNO, *mancebo*.

Has de saber, que como nos vinieron nuevas que mi padre y tú érades muertos, luego nuestra madre (que en gloria sea), por el amor que tenía á nuestro padre y á tí, me mudó el nombre de Claudio en Menemno.

# ESCENA ULTIMA.

MENEMNO, *casado*; MENEMNO, *mancebo*; TRONCHON; AUDACIA; TALEGA.

AUDACIA.

¿Es verdad, eso que me cuentas, Talega?

TALEGA.

¿Toma si es verdad! ¿Vieras huir á Casandro tu padre y al faldudo de maestre Averrois mas lijeros que gamos!

AUDACIA.

¿Y á Menemno á dó lo podría yo hallar agora para meterlo secretamente en casa?

TALEGA.

¿Qué me sé yo? Dios se lo perdone á vuestra merced, y á mí tambien, porque al principio se podía escusar todo esto. Albricias, abricias, señora, albricias.

AUDACIA.

¿Qué has, inocente? ¿De qué te tengo de dar albricias?

TALEGA.

¡Oh señora! que en lugar de un Menemno tienes dos Menemnós, y en lugar de un marido dos maridos. Cátalos allí.

AUDACIA.

La verdad dice. ¿Qué es esto, Dios mío!

MENEMNO, *casado*.

No te aflijas, señora, que yo soy tu marido, y alégrate, que este gentil hombre que ves tan semejante á mí es mi hermano, que ha mucho tiempo que anda en busca mia.

AUDACIA.

¿Tu hermano? Abrazarle quiero por cierto.

TRONCHON.

Sin duda que la ramera te tomó por el señor tu hermano.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es eso de la ramera?

MENEMNO, *mancebo*.

Has de saber que una ramera tomándome por tí me convidó á comer, y después me dió una saya y un diamante.

TALEGA.

En fin, señor, que sobre vos vino el comedentes, y su per nos el gementes et flentes.

MENEMNO, *casado*.

Has de saber, señor hermano, qu'esa comida yo la ordené para mí á Talega, y dí la saya.

AUDACIA.

¿Otorgais, otorgais, don ladron?

MENEMNO, *casado*.

Es la verdad, que yo te la hurté para darla á Dorotea.

MENEMNO, *mancebo*.

No recibas pena, señora, que él lo hará muy mejor de aquí adelante, y la saya y diamante está en mi poder con otras joyas muchas que traigo para servirte con ellas.

AUDACIA.

En verte, señor hermano, se me ha quitado todo el enojo que tenía.

MENEMNO, *casado*.

Señor hermano, yo prometí de hacer libre á Tronchon.

MENEMNO, *mancebo*.

Desde agora le doy por libre para siempre.

AUDACIA.

Sus, señores, entremos dentro, porque alcance mi padre de este placer y alegría.

TALEGA.

¡Oh! ¿qué haremos de comer?

MENEMNO, *casado*.

Entremos cantando.

CANCION.

Enhorabuena vengais vos,  
Hermano mío,  
Pues á pesares hoy entre nos  
Dais desvío.



*[Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in two columns.]*

# COMEDIAS.

## DISCURSO PRELIMINAR (1).

Al empezar el siglo xviii tuvieron principio en España las calamidades de la guerra de sucesión. Apenas hubo descanso para celebrar con espectáculos alegres, en los primeros años del siglo, la coronación de Felipe V, su casamiento con María Gabriela de Saboya, y el nacimiento de un príncipe de Asturias. En tales ocasiones se representaron delante de los reyes en el teatro del Buen Retiro, y después al pueblo, algunas comedias de don Antonio de Zamora, gentil hombre de S. M., que florecia entonces entre pocos y oscuros autores, ninguno capaz de competirle (2). Habíase propuesto por modelo las obras de Calderon, y es fácil inferir hasta dónde llegarían los primores de quien solo aspiraba á imitar los ejemplos poco seguros de aquel dramático.

En sus zarzuelas ó comedias de música repitió Zamora iguales desaciertos á los que Candamo, Calderon y Salazar habian amontonado en las suyas: fábulas de absoluta inverosimilitud, estilo afectado, cespío, enigmático, lleno de conceptos sutiles y falsos, de empalagosa discrecion que no puede sufrirse. En las comedias historiales confundió los géneros de la tragedia, de la comedia y aun de la farsa, sin otro mérito que el de muchos rasgos de indócil fantasía, buen lenguaje y versos sonoros. Lo mismo hizo en las piezas mitológicas y en las de asuntos sagrados.

Cien años antes habia escrito el P. Gabriel Tellez (conocido bajo el nombre de Tirso de Molina) la comedia de *el Burlador de Sevilla*, la mas á propósito para conmovér y deleitar á la plebe ignorante y crédula. Representada con aplauso en los teatros de España, pasó á los demás de Europa: en Francia se hicieron cinco traducciones de ella (mas ó menos libres) por Villars, Dorimond, Dumenil, Tomás Corneille y el gran Molière. Goldoni, en el siglo anterior al nuestro, no se desdénó de repetirla.

Los antagonistas del teatro no perdonaron los defectos de una comedia tan perjudicial á las buenas costumbres, y hubo de sufrir, como era justo, una severa prohibicion. Zamora trató

(1) En las ediciones anteriores este *Discurso* preliminar se llama *Prólogo*, título sobradamente humilde para un trabajo de tal importancia, y mucho mas desde que se completó con las ampliaciones originales que por don Vicente Gonzalez Arnao fueron facilitadas á la Academia de la Historia, y sirvieron para la edicion de Madrid en 1830. El prólogo de las primitivas hechas en París empieza describiendo el estado del teatro español á mediados del siglo último; este emprende la relacion de sus vicisitudes desde los primeros años del mismo, hasta cumplido el primer cuarto del presente. Encierra por consiguiente un período muy dilatado, y período cabal; pues desde entonces el teatro español, entre el influjo de las doctrinas nuevamente acreditadas y las gloriosas reminiscencias de los antiguos ejemplares, ha tomado una direccion enteramente distinta, adquiriendo un repertorio notable por su valor y asombroso por su abundancia. No es ciertamente una historia que pueda llamarse tal; pero es la reseña rápida y hecha con talento de una laboriosa revolucion literaria, que no llegó á consumarse hasta que con su poderoso apoyo intervino en ella el mismo que la describe, consignando al mismo tiempo con claridad y precision sus creencias dramáticas, autorizadas por los propios triunfos. La historia está por hacer; pero aquí está el plan de ella, y además algunos materiales, todos aprovechables. ¿Quién escribirá esta historia? Un grande ingenio nos la tiene prometida: don Juan Eugenio Hartzenbusch, que en sus apuntes insertos en la *Revista de España, de Indias y del extranjero* ha dicho que los presentaba solo

como muestras y trabajos preparatorios de una obra mas circunstanciada y estensa que se propone componer cuando las circunstancias se lo permitan. En ello hará un bien inmenso á la literatura; pues hay una necesidad de conocer una época que ya pasó, y que por consiguiente puede ser juzgada con imparcialidad y en conjunto. El señor Hartzenbusch tiene razon. «Los autores que se han ocupado en este asunto solo han hecho mencion de los poetas mas principales de la época y de los ensayos mas felices que se hicieron: con los nombres de Luzán, Montiano, Jovellanos, Iriarte, Cruz, los Moratines, Huerta, Ayala y Cienfuegos llenan toda la estension del siglo xviii; de los demás autores coetáneos solo dicen lo que basta para que nadie se atreva á leer ni aun los títulos de sus obras.» Es preciso ya conocerlas, sin la prevencion y animosidad de las escuelas militantes, ahora que pueden leerse impunemente sin temor de que sus estravios arrastren la opinion é inficionen el buen gusto. Reconociendo la escasez de nuestros conocimientos en una materia especial sobre la que no hemos tenido lugar de hacer grandes estudios, hemos acudido á nuestro amigo, para que con los datos que á fuerza de laboriosidad tiene recogidos se sirviese ilustrar brevemente aquellos pasajes que á su juicio lo mereciesen. Nunca hemos pedido en vano los auxilios de este generoso literato, animado como nosotros del mas ardiente deseo de difundir y vulgarizar cuanto pueda contribuir á la rectificacion de las ideas y al esclarecimiento de puntos hasta aquí desdeñosamente examinados.

(2) Era entonces nuestro teatro lo mismo que habia sido



de refundirla, y conservando el fondo de la accion, la despojó de incidentes inútiles; dió al carácter principal mayor espresion, y toda la decencia que permitia el argumento, haciéndole mas agradable mediante la feliz pintura de costumbres nacionales con que le supo hermoear; y añadiendo á esto las prendas de locucion y armonia, conservó al teatro una comedia que siempre repugnará la sana crítica, y siempre será celebrada del pueblo.

Deseoso de agradarle, escribió Zamora la primera y segunda parte de *el Espiritu foletto*, en que por la intervencion de un duende festivo y revólto, hacinó prodigios y trasformaciones, autorizando á los que después, con menos gracia, inundaron el teatro de mágicos y diablos, que todavia le ocupan á despecho del sentido comun. En la comedia de *Don Domingo de don Blas* confundió Zamora grandes intereses de reyes y principes con afectos comunes y situaciones de indecorosa ridiculez. La figura cómica de don Domingo, bien imaginada y mal sostenida, hace reir no pocas veces; pero sus gracias mezcladas con intolerables descuidos no dan una idea favorable del buen gusto de aquel poeta. Mayor mérito se reconoce en la comedia de *el Hechizado por fuerza*, aunque no exenta de considerables imperfecciones. La accion está complicada con episodios inútiles, no verosímiles, y dirigidos únicamente á dilatar y entorpecer un mal desenlace. Unas veces habla don Claudio como un hombre de instruccion y talento, y otras como pudiera el mas estúpido; no es fácil entender si toma de veras ó de burlas lo que están haciendo con él, si efectivamente piensa que está hechizado, ó si trata solo de engañar á los que intentan persuadirselo. Las situaciones cómicas, que son muchas, degeneran en triviales algunas veces; el estilo, si no siempre es correcto, siempre es fácil y alegre; la diction escelente, la versificacion sonora, el diálogo rápido, animado y lleno de chistes.

Zamora no hizo otra cosa mejor ni sus contemporáneos escribieron obra ninguna de mayor mérito. Murió acia el año de 1740; compuso hasta unas cuarenta comedias, y en las que existen impresas se echa de ver que siguiendo las huellas de sus predecesores, muchas veces rivalizó con ellos; pero desconociendo los preceptos del arte, cultivó la poesia escénica sin mejorarla, y la sostuvo como la encontró.

Don Pedro Scoti de Agoiz, coronista de los reinos de Castilla, compuso por entonces algunas comedias y zarzuelas, en las cuales, si merece aprecio la facilidad de su versificacion, no es de alabar la confianza con que se abandonó á la imitacion de originales defectuosos, acomodándose al gusto depravado de su tiempo.

Don Diego de Torres y Villarroel, catedrático de matemáticas y astronomia en la universidad de Salamanca, además de algunas zarzuelas de corto mérito, publicó una comedia intitulada *el Hospital en que cura amor de amor la locura*, fábula de dos acciones, personajes y estilo tabernario, ninguna perfeccion que disculpe sus muchos desatinos. Tuvo aquel poeta grande celebridad en su tiempo, y no sin causa, pues aunque no conoció el estilo elevado de nuestra lengua, supo desempeñar en sus obras prosáicas con gracia y facilidad los asuntos familiares y humildes; pero el corto paso que parece que hay de esta clase de escritos, al tono y espresion de la buena comedia, no supo darle. No fué bastante su talento á inventar una fábula regular; con todo el conocimiento que tenia de los vicios y ridiculeces comunes, no supo trazar un solo carácter, ni dar unidad ni interés á su obra; quiso enredarla, y la embrolló; quiso hacerla muy graciosa, y resultó chabacana y sucia. Con menos facilidad todavia ejercitó su pluma don Tomás de Añorbe y Corregel, capellán de las monjas de la Encarnacion de Madrid, en unas diez y ocho ó veinte comedias que dió á luz, en las cuales nada se encuentra que merezca elogio ni perdon. Si hay alguna de sus piezas que pueda citarse como la peor, es sin duda *el Paulino*, que el autor se atrevió á llamar tragedia, y de la cual hablaron Luzán y Montiano con el desprecio que merece. Aun suponiéndole ignorante de la lengua francesa, bien pudo haber visto el *Cinna* de Corneille, que habia traducido con inteligencia y publicó en el año de 1713 don Francisco Pizarro Piccolomini, marqués de San Juan (5). Allí hubiera po-

el último tercio de la larga vida de Calderon: una escuela donde al lado del maestro se habian formado discípulos inferiores á él; pero no faltos de mérito. Tres eran los que a manera de satélites reflejaban tibiamente su luz: Bances Candamo, Zamora y Cañizares; á mayor distancia que ellos se dejaba todavia percibir Melchor Fernandez de Leon; el resto, salva una sola escepcion, no merecia la honra de ser nombrado. Todos estos autores creian á pié juntillas el arte de hacer comedias de Lope de Vega; con arreglo á aquellos estatutos literarios escribian; con arreglo algusto introducido por Lope y cimentado por Calderon los juzgaba el público, y á nadie se le ocurria que hubiese mas que aprender en la materia. En esta fe murió en 1704 don Francisco Bauces; en esta vivian Cañizares, Zamora, Fernandez de Leon, Luis de Oviedo y otros veinte y tantos escritores

que componian á la sazón el deslucido séquito de la Talia española. (Nota de don J. E. Hartzenbusch.)

(3) Es de creer que el marqués de San Juan no destinó su traduccion al teatro, donde hubiera parecido escasa de movimiento: propúsose únicamente trasladar á nuestro idioma la obra de Corneille sin quitarle una tilde, y desmpeñó su fin con bastante acierto, atendidas las dificultades que tuvo que vencer. No bien establecidas todavia por falta de uso las correspondencias mas elegantes entre las palabras de una y otra lengua, el deseo de no desperdiciar un solo concepto del original hizo que la traduccion resultase difusa, como que una tragedia de pocos lauces vino á estenderse á mas de tres mil versos de diferentes medidas. En una misma escena se ven empleados varios metros y aun varios asonantes: libertad á que pocos se habian



dido á lo menos sospechar lo que es una tragedia; pero de nada sirven los ejemplos á quien no los quiere seguir.

Por entonces el ilustre benedictino Feijoo, animado del ardiente anhelo de ilustrar á su naci6n disipando las tinieblas de ignorancia en que se hallaba envuelta, se atrevió á combatir en sus obras preocupaciones y errores absurdos. Es admirable el generoso tes6n con que llevó adelante la empresa de ser el desengañador del pueblo, á pesar de los que aseguran su privado interés en hacerlo estúpido. Con la publicaci6n de sus obras facilitaba el camino de un modo indirecto á los autores dramáticos para esponer en el teatro á la risa pública las prácticas supersticiosas, las opiniones funestas que habian autorizado la falsa filosofía, la equivocada política, la credulidad y la costumbre; pero no habia poetas capaces de seguirle ni de aprovecharse de las luces de su doctrina.

Los autores del estimable periódico intitulado *Diario de los literatos de España* examinaban con juiciosa crítica las obras que entonces se publicaban; sostenian los principios mas sólidos del raciocinio y del buen gusto, y trataban de encaminar acia la perfecci6n, en cuanto les era posible, la literatura nacional. Su fatiga no fué muy larga, y hubieron de abandonar el empeño por falta de lectores y de agradecimiento público.

La Academia española, establecida á imitaci6n de la francesa con una organizaci6n igualmente defectuosa, vencida en gran parte aquella lentitud que es inherente á esta clase de cuerpos literarios, atendia con laudable celo á la formaci6n del Diccionario de nuestra lengua; pero no pudo por entonces dirigir sus tareas á otros objetos, ni contribuir á los progresos de la oratoria y la poesía; su influencia no pasó mas allá del sal6n en que celebraba sus juntas.

En las escuelas se enseñaban á la luz de la antorcha de Aristóteles, teología, cánones, leyes y medicina, sin el auxilio de la filosofía, sin el de la historia, sin el de la política, sin el de las matemáticas, sin el de la física, sin el de la erudici6n, sin el de las lenguas doctas, sin el de las letras humanas. Nada de esto se sabia, porque nadie lo podia enseñar, y nadie solicitaba aprenderlo. *Todas las cátedras de las universidades (dice Torres) estaban vacantes, y se padecía en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se miraba en este tiempo como las brujerías y las tentaciones de san Anton, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervían á borbotones los pactos y los comercios con el demonio... Pedí á la universidad la sustituci6n de la cátedra de matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cincuenta.* Si esto sucedia en el mas célebre de nuestros gimnasios, ¿cual debia ser el estado de las buenas letras, el gusto crítico, la amenidad y correcci6n de nuestra poesía, la cultura de nuestra escena miserable?

Don Ignacio de Luzán, hijo de una ilustre familia de Aragon, educado en Italia, discípulo de los mas acreditados profesores que florecian en ella, adquirió con el estudio, el trato y el ejemplo, conocimientos científicos y literarios que en España no hubiera podido adquirir. Este erudito humanista dió á luz en Zaragoza en el año de 1757 una poética, la mejor que tenemos. Celebrada de los muy pocos que quisieron leerla, y se hallaban capaces de conocer su mérito, no fué estimada del vulgo de los escritores, ni produjo por entonces desengaño ni correcci6n entre los que seguian desatinados la carrera dramática (4).

El ministerio, ocupado esclusivamente en buscar dinero para sostener la sangrienta guerra de Italia, no podia aplicar su atenci6n ni estender sus liberalidades en beneficio del teatro.

creido autorizados, y que pocos se tomaron después. El lenguaje no carece de elevaci6n y brio, salva alguna oscuridad é incorrecci6n. Esta novedad no ejerció grande influencia en el espíritu literario; sin embargo, la traducci6n no dejaria de ser leída, puesto que se reimprimió en 1751. Así principió la revoluci6n que, seguida lenta y constantemente por espacio casi de un siglo, dió por resultado un corto número de obras exentas de los defectos de nuestro teatro antiguo, pero privadas tambien de sus grandes bellezas. (Nota de don J. E. Hartzenbusch.)

(4) Sea cual fuere el aspecto bajo el cual se considere la historia de la literatura de España, al llegar á este período es imposible prescindir de la poderosa influencia de la escuela clásica, que junto con la dinastía, las modas y las costumbres, nos trajeron los franceses desde principios del siglo. No fueron desconocidos á nuestros ingenios los preceptos de la antigüedad. Los que mas se apartaron de ellos; y dieron los primeros ejemplos de desobediencia, Juan de la Cueva y Lope de Vega Carpio, mostraron bien, el uno en su *Ejemplar poético* y el otro en su *Arte nuevo de hacer comedias*, hallarse bien enterados de las reglas dramáticas, que muy á sabiendas violaron, ya sea que las

encontrasen sobrado estrechas para el impetu de su osada fantasía, ya que seducidos por el aura popular creyesen que la diversidad del gusto era condici6n inherente de la sociedad en que vivian. Si observamos los pasos del ingenio español en diversas épocas, hallaremos que hay algo de verdad en ese indócil espíritu de independenciá y odio á toda traba, de que, tomándolo en mala parte, se nos acusa comunmente. Convendremos hasta cierto punto en este hecho, con tal que no se achaque á ignorancia lo que es mas bien esceso de gallardía. Nuestros autores han dado repetidos testimonios de la ventaja que nos han llevado los extranjeros en cuanto á la observancia de las reglas. A este propósito decia ya á mediados del siglo xv nuestro marqués de Santillana: «los itálicos prefiero yo, so enmienda» de quien mas sabrá, á los franceses, solamente ca las sus obras se muestran de mas altos ingenios, é adórnalas é componenlas de fermosas é peregrinas historias; é á los franceses de los itálicos *en guardar el arte* (a). » Siglo y medio después decia Cervantes: «los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia,

(a) Trocémial Condestable de Portugal.



Las flotas no salían de los puertos de América; lo que producían las contribuciones todo se consumía en formar ejércitos y conducirlos á la pelea; la administracion interior se desatendía; los sueldos de los innumerables empleados no se pagaban; los magistrados de las cámaras de Castilla é Indias, después de haber vivido en la escasez y aun en la miseria, se enteraban de limosna en Recoletos. El pueblo era el único protector de los teatros; el premio que obtenían los poetas, los actores y los músicos, se cobraba en cuartos á la puerta; no es mucho que unos y otros procurasen agradar esclusivamente á quien los pagaba, y hablarle en necio para asegurar sus aplausos.

Eran los teatros unos grandes corrales á cielo abierto, con tres corredores al rededor, divididos con tablas en corta distancia que formaban los aposentos: uno muy grande y de mucho fondo enfrente de la escena, en el cual se acomodaban las mujeres; debajo de los corredores habia unas gradas; en el piso del corral hileras de bancos, y detrás de ellos un espacio considerable para los que veían la funcion de pié, que eran los que propiamente se llamaban mosqueteros. Cuando empezaba á llover, corrían á la parte alta un gran toldo; si continuaba la lluvia, los espectadores procuraban acogerse á la parte de las gradas debajo de los corredores; pero si el concurso era grande, mucha parte de él tenia que salirse, ó tal vez se acababa el espectáculo antes de tiempo. La escena se componia de cortinas de indiana ó de damascos antiguos: única decoracion de las comedias de capa y espada. En nuestra niñez hemos oído recordar con entusiasmo á los viejos *aquel romper de cortinas de Nicolas de la Calle*. En las comedias que llamaban de teatro ponían bastidores, bambalinas y telones pintados, segun la pieza lo requeria, y entonces se pagaba mas á la puerta. Como la comedia se empezaba á las tres de la tarde en invierno, y á las cuatro en verano, ni habia iluminacion, ni se necesitaba.

El primer teatro que adquirió una forma regular fué el de los Caños del Peral, en donde muy á principios del siglo se hicieron algunas óperas y después comedias italianas por una compañía que llamaron de los Trufaldines. El marqués don Anibal Scoti, mayordomo mayor de la reina doña Isabel Farnesio, hizo varias obras de consideracion en aquel teatro por los años de 1738, dándole mayor comodidad y ornato, y en él continuaron los italianos por algun tiempo haciendo sus farsas de representacion y de música. Este ejemplo estimuló á la autoridad á construir de nuevo dos teatros en el sitio de los dos corrales, que por espacio de

»nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos (b).» Lo mismo decía de sí mismo Lope de Vega:

... contra el arte  
Me atrevo á dar preceptos, y me dejo  
Llevar de la vulgar corriente, adonde  
Me llamen ignorante Italia y Francia (c).

Francisco Cascales por los mismos años se espresaba de esta manera: «los poetas extranjeros, digo, los que son de algun nombre, estudian el arte poética, y saben por ella los preceptos y observaciones que se guardan en la épica, en la trágica, en la cómica, en la lírica y en otras poesías menores. Y de aquí vienen á no errar ellos, y á conocer fácilmente nuestras faltas (d).» Esto se decía en la edad mas brillante de las letras españolas, cuando todavia no eran conocidas las grandes obras que elevaron el teatro francés á una altura que no tiene ejemplo.

Mientras nuestra literatura dramática, libre de toda imitacion de lo antiguo y de lo extranjero, seguia entre el aplauso popular desde el último tercio del siglo xvi una carrera propia, característica, nacional, se verificaba en Francia un fenómeno, y se resolvía una gran cuestion. Allí autores de gran capacidad, así en lo cómico como en lo trágico, reproducían las formas griegas, amoldando á ellas asuntos de todas clases y de todas épocas, sagrados y profanos, serios y burlescos, públicos y familiares. Los espectadores aplaudían, los criticos juzgaban y eran exigentes en todo lo que tocaba á la severa aplicacion de las reglas, parte fundadas, parte convencionales, que nos habian dejado Aristóteles y Horacio. Luego estas formas no llegaban á encadenar el ingenio hasta el punto de quitarle la accion; luego no eran tan incompatibles con las costumbres como los nuestros habian supuesto. Naturalmente

y sin esfuerzo alguno el resplandor del siglo de Luis XIV debía difundirse por las naciones que se hallaban mas en contacto con su monarquía, y mucho mas por España desde que vino á reinar en ella un príncipe francés con gran séquito de franceses. ¿Cómo pues tardó tanto en acreditarse entre el pueblo y en inocularse entre los escritores esta doctrina, que contaba con tantos elementos? Las turbaciones de aquella época no dan razon suficiente: habia otra causa que es menester decir.

El ingenio español se hallaba estinguido casi totalmente. Largos años de opresion habian destemplado las inteligencias, que perdida su antigua energia, ni reproducían las ideas de tiempos mejores, ni estaban dispuestas á recibir otras nuevas. En vano algunos literatos quisieron difundirlas en escritos que no pasaron de la mediocridad, hasta que Luzán las espuso con gusto y filosofia. El vulgo las juzgaba como novedades peligrosas, y acusaba de afrancesamiento á sus autores. Siempre ha sucedido y sucederá lo mismo: en todas las artes, tanto la reforma como la corrupcion no lograrán prosélitos, si un genio extraordinario no se pone á la cabeza del movimiento. La superioridad de Garcilaso sobre sus contemporáneos determinó la adopcion de las maneras italianas en la poesia castellana, á despique de la brava oposicion de Castillejo á los petrarquistas; el talento de Góngora acreditó el culteranismo, inficionando con él á sus mismos émulo. Nadie era capaz de presentar en el género de los dramáticos franceses modelos dignos de aprecio é imitacion, hasta que al cabo de largo tiempo, al declinar el siglo, en pos de algunos precursores sobrado débiles, apareció este hombre, que fijó el gusto de su época. Tal fué la causa del notable retardo que se observa en la aplicacion á la escena española del sistema entonces universalmente reconocido como el único legítimo y aceptable. Así se dilató por tanto tiempo una lucha, en la cual mas que el arte contra el ingenio combatía el prosaismo contra la ampulosidad.

(b) Don Quijote, parte 4.<sup>a</sup>, cap. 48.

(c) Arte nuevo de hacer comedias.

(d) Tablas poéticas.—3.



siglo y medio habian sido indecente asilo de las musas españolas. El de la Cruz (alterando en algo los planes que dejó hechos don Felipe Jubarra) se concluyó en el año de 1745; y el del Principe, dirigido por don Juan Bautista Sachetti (de quien era entonces delineador don Ventura Rodriguez) quedó acabado en el año de 1745, y se estrenó con la zarzuela intitulada *el Rapto de Ganímedes*.

Esta plausible novedad, que dió á la corte unos teatros regulares y cómodos, nada influyó en todo lo demás relativo á ellos: siguieron las cortinas, y el gorro y la cerilla del apuntador: que vagaba por detrás de una parte á otra; siguió el alcalde de corte presidiendo el espectáculo sentado en el proscenio, con un escribano y dos alguaciles detrás; siguió la miserable orquesta, que se componia de cinco violines y un contrabajo; siguió la salida de un músico viejo tocando la guitarra cuando las partes de por medio debian cantar en la escena algunas coplas, llamadas *princesas* en lenguaje cómico. La propiedad de los trajes correspondia á todo lo demás: baste decir que Semiramis se presentaba al público peinada á la papillota, con arracadas, casaca de glase, vuelos angelicales, paletina de nudos, escusali, tontillo y zapatos de tacon; Julio César con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumaje debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias á la virulé, su espadin de concha y su corbata guarnecida de encajes. Aristóteles (como eclesiástico) sacaba su vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abotonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y baston de muletilla (5).

Con estos avios se representaban las comedias antiguas y las que diariamente se componian de nuevo. El número de poetas crecia en proporción de la facilidad que hallaban para escribir, habiendo reducido á dos axiomas toda su poética: 1.º que las obras de teatro solo piden ingenio; 2.º que las reglas observadas por los estranjeros no eran admisibles en la escena española.

Autorizado con estas libertades, compuso algunas comedias don Eugenio Gerardo Lobo, capitán de guardias españolas, que habiendo servido en las guerras de Portugal é Italia, se hizo estimable por su inteligencia y su valor, y llegó á obtener distinguidos honores en la milicia. Fácil y gracioso versificador en el género burlesco; hinchado, oscuro y retumbante en el sublime, y en uno y otro conceptista sutil, equivoquista y amigo de retruécanos miserables. Solo hay de él dos comedias impresas: la que intituló *El mas justo rey de Grecia*, estriba en un vaticinio de Apolo que puntualmente se verifica. A veces quiere imitar la de *el Esclavo en grillos de oro*; pero tenia menos talento que Candamo, y quedó muy inferior á su original: el gracioso, llamado *Veleta*, es de lo menos gracioso que puede verse. En cuanto á historia y costumbres, mil desaciertos, ningun asomo de regularidad dramática. Algunos pasajes están escritos con bastante facilidad y decoro, otros desaliñados, otros de estilo enigmático y gigantesco. La de *los Mártires de Toledo y tejedor Palomeque* no es mejor. Cuchilladas, devoción, resistencias á la justicia, celos, apartes, escondites, salir y entrar sin saber á qué, requiebros, locuras, chocarrerías, bravatas, naufragio, martirio, bautismo ridiculo. La escena es en Toledo, en Málaga y en Arjel. El estilo desigual, nunca oportuno, á veces enérgico, á veces ratero y chabacano.

Un sastre llamado don Juan Salvo y Vela, eligiendo el camino mas breve de agradar al patio mediante el auxilio de los contrapesos y las garruchas, publicó la comedia de *el Mágico de Salerno* Pedro Vayalarde, y tanto aplauso tuvo, y tanto le solicitaron los cómicos y los apasionados, que dió libre curso á la vena poética; y en otras cuatro comedias que escribió con el mismo título, amontonó cuantos disparates le pidieron y algunos mas. Compuso después un auto y varias comedias de santos, todo por el mismo gusto, adquiriendo general estimacion entre las mujeres, los beatos y los muchachos.

Don Francisco Scoti de Agoiz, caballerizo de campo de S. M., heredó de su padre (de quien se ha hecho mencion anteriormente) la inclinación á la poesia dramática, y compuso algunas comedias que se representaron en los teatros públicos; pero en nada contribuyó á mejorarlos: tales son las que se conservan impresas, que aun son inferiores á las de su padre.

Entre estos autores de inferior mérito sobresalia don José de Cañizares, infatigable escri-

(5) Aquí es necesario advertir que semejantes impropiedades no eran exclusivas de la escena española: lo mismo sucedia en los teatros estranjeros; y para convencerse de ello no hay mas que tener á la vista muchas láminas francesas é inglesas que dan de ello el mas evidente testimonio. Esto duró hasta muy avanzado el siglo: á mediados de él el tontillo, las chinelas de alto tacon, los tocados con polvos eran tambien en Francia los atavíos de las matronas griegas y romanas, y de las niñas, cuando Mlle. Clairon tuvo el heroismo de querer ser buena actriz presentándose al público sin el traje riguroso pres-

crito por las ordenanzas de la moda, mientras Lekain suprimia los sombreros con plumas que cubrian antes la cabeza de Edipo, de Herodes y de Julio César. Pero a pesar de esta reforma, subsistian otros anacronismos, que no acabaron de desterrarse hasta que en 1791 Talma introdujo en las tablas los estudios que David estaba haciendo sobre el lienzo.—Así es que el atraso notado por Moratin era entonces general en los teatros de Europa, aun donde el drama habia hecho progresos en otro sentido.



tor de comedias, que supo imitar en las suyas, si no todos los aciertos, toda la irregularidad de las antiguas. No tuvo talento inventor; pero llegó á suplir esta falta con una particular habilidad que manifestó para saber introducir en sus fábulas cuanto habia leido en las otras: este fué su mayor estudio. Apenas se hallará en sus comedias una situacion de algun interés, sin que fácilmente pueda indicarse el autor de quien la tomó. A esto añadió de su parte un diálogo animado y rápido, un buen lenguaje y un estilo en los asuntos heroicos cresco, metafórico y altisonante, y en los comunes y domésticos festivo, epigramático, chisposo, si así puede decirse. En los versos cortos tuvo mucha facilidad, pero en los endecasílabos era tan desgraciado, que mereció la censura de Jorge Pitillas, cuando los llamó *ramplones y malditos*. En los últimos años de Carlos II ya escribía para el teatro. Fué después fiscal de comedias (que este nombre se daba entonces al encargo de censor), y existen aprobaciones suyas desde el año de 1702 hasta el de 1747. Durante la guerra de sucesion fué capitán de caballería, y retirándose del servicio, el duque de Osuna su protector le colocó en la contaduría de su casa. Aun existe la que habitaba en la calle de las Veneras, y en ella murió de avanzada edad, poco antes del año de 1750.

Corren impresas unas ochenta comedias suyas, y como no todas las que escribió se imprimieron, puede inferirse que el número de ellas fué muy considerable. Compuso zarzuelas, comedias de figuron, de enredo amoroso, historiales, mitológicas, de santos, de valentías, de magia; no hubo argumento que él no aplicase al teatro. Si se consideran únicamente aquellas en que mas se acercó á la buena comedia, no es posible disimular que en las de figuron escedió los limites de lo verosímil, recargó los caracteres, mezcló muchas gracias y situaciones verdaderamente cómicas con infinitas chocarrerías, y á cada paso adoptó los recursos de una farsa grosera. En las que se propuso por objeto una pasion amorosa, valiéndose de anécdotas y personajes históricos (como en las de *el Rey Enrique el Enfermo*; *Si una vez llega á querer, la mas firme es la mujer*; *el Picarillo en España*, y otras de este género), la composicion de la fábula no es intrincada ni fatigosa; y con la mucha práctica y facilidad que tenia el autor para los versos octosílabos, introdujo escenas de estilo florido y conceptuoso, no distante de los originales que imitaba, y siempre agradable á la multitud que oye y no examina.

Cañizares tuvo presentes las mejores piezas francesas é italianas que se habian publicado en su tiempo; pero no conoció su mérito, y precisamente las imitaciones que hizo de ellas son lo peor de cuanto escribió para el teatro. Véase *el Sacrificio de Ifigenia*, y se hallará un embrollo desatinado, compuesto de triquiñuelas de amor, estocadas, soliloquios, batallas campales, diálogos simétricos, baladronadas caballerescas, consejos de guerra, templo y aras, y la diosa Diana que baja cantando en una nubecita para dar fin á tanto delirio. Estilo gigantesco, atestado de metáforas y de imágenes monstruosas é inconexas. Agamenon dice *que el monte dividido en dos puntas da al mar abrazos de arena*, y que la armada surta en el puerto es una *ciudad permanente de peñas sobre cimientos de espuma y cristal*; y entre estas bocanadas heroicas alternan á cada paso con donaire de callejuela *Lola*, criada de Ifigenia, y *Pellejo*, lacayo de Aquiles. Esta comedia la hizo Cañizares (como él mismo advierte) *para mostrar las comedias segun el estilo francés* (6). También se atrevió á competir con Metastasio en la comedia intitulada *No hay con la patria venganza*, y *Temístocles en Persia*. Allí hay majestades y altezas, y se habla del niño de la rollona, de los diablos, de los serafines y de los ciegos que venden jácaras. Allí hay un insufrible gracioso llamado *Tulipán*, y un hijo de Temístocles que canta seguidillas: este y las damas, y el infante Darico, celebran una academia ó ciertamente poético, y cada cual de los concurrentes responde cantando á las cuestiones delicadas que se proponen unos á otros. Allí hay además un concierto vocal é instrumental, con unas coplillas en que la rosa habla con el clavel de parte de la siempreviva, y el clavel responde. En otra escena el rey llama á un vaso de vino con veneno *denodado bruto y púrpura confeccionada*. Todo esto prueba demasiado que el buen Cañizares escribía sin conocimiento de los preceptos poéticos: su abundante vena le adquirió por espacio de medio siglo una celebridad popu-

(6) En esta primera imitacion del teatro francés, que se hizo en España en el siglo pasado, se tomó tan poco del original, que apenas pudo conocerse la diferencia entre la obra imitada y las que se escribian segun el sistema reinante desde Lope. Por la obra de Cañizares no podia adivinarse lo que era una tragedia clásica; la innovacion que hizo estaba reducida á lo siguiente: menos enredo en la fábula, menos versos y mas actos. Esto no bastaba para introducir acá el gusto francés. A pesar de todo, la Ifigenia de Cañizares tiene un mérito relativo. Racine, poeta trágico de primer orden, imitando, traduciendo, copiando á cada paso á Eurípides, porque su público se lo permitia, dió á luz una obra maestra. Cañizares, poeta cómico de

segunda linea, precisado á apartarse de Racine, porque el gusto clásico no era el nuestro, produjo sin embargo una obra en que hay caracteres, interés, y aun grandeza; por lo cual se ha sostenido brillantemente en la escena hasta principios de nuestro siglo; hacer esto no es poco. Lo bueno ó mediano que hay en la comedia es de Cañizares, es nuestro; mucho, muchísimo de lo bueno que tiene la tragedia de Racine pertenece esclusivamente al ingenio de Eurípides. Aunque no se sabe de positivo el año en que Cañizares haria este trabajo, es fijo que antes del año de 1716 estaba ya publicado.

(Nota de don J. E. Hartzzenbusch.)



lar de aquellas que duran en la timielia del error, y que luego se disminuyen ó desaparecen á la luz de mejores doctrinas (7).

Fernando VI, muerto su padre, ocupó el trono en el año de 1746. La accion mas gloriosa de su reinado fué la de apresurarse á firmar la paz, después de tan sangrientas é inútiles guerras. Su complexion flemática, su delicada sensibilidad, su instruccion no vulgar, la dura sujecion en que habia vivido siendo príncipe, todo le estimulaba á procurarse desahogos no conocidos, entregándose á las suaves inclinaciones que por tanto tiempo habia tenido que reprimir. María Bárbara de Portugal, su esposa, congeniaba en gran manera con él: celosa del decoro de la majestad, liberal, magnífica, inteligente en las bellas artes, profesora eminente en la música, apreciaba el mérito de los que dedicaban su estudio á cultivarlas. Se hallaban sin hijos, sin esperanza probable de tenerlos, y por consiguiente bien distantes uno y otro de toda idea de ambicion; solo se prometian en su reinado abundancia y felicidad. Las flotas detenidas en la América debian enriquecer prontamente el erario; podian repararse muchos males con una administracion regular, y era de creer que libre ya la nacion de las calamidades que habia sufrido, la corte adquiriria nuevo esplendor, dando lugar á los placeres que proporcionan la riqueza y el buen gusto en el ocio halagüeño de la paz; y así sucedió.

Cuando la reina madre doña Isabel Farnesio se trasladó desde el palacio de Buen Retiro á una casa particular junto á la plazuela de Afligidos, y después al real sitio de San Ildefonso, deseó que continuara sirviéndola entre los cantores de su cámara Carlos Broschi, llamado Farinello, que algunos años antes habia hecho venir de Lóndres para distraer con su voz suavisima la profunda melancolia de Felipe V; pero la reina Bárbara no quiso permitirlo, y Farinello se quedó en la corte con el título de criado familiar de S. M.

*Farinello (dice Riccoboni en sus Reflexiones históricas) es el último y el mas jóven de los músicos italianos de gran reputacion. Canta por el gusto de Faustina; pero segun la opinion de los inteligentes, no solo es muy superior á ella, sino que ha llegado al último grado de la perfeccion. En el año de 1734 fué llamado á Lóndres, en donde cantó tres inviernos con general aplauso; vino á Paris en el año de 1736, y después de haber lucido su habilidad en las casas mas distinguidas, adonde le llamaron favoreciéndole como merece, tuvo el honor de cantar en el cuarto de la reina, y en aquella ocasion le aplaudió el rey con tales espresiones, que toda la corte quedó maravillada. Cuantos le han oido le admiran, y es general la opinion de que Italia no ha producido nunca (y tal vez no producirá en adelante) músico tan perfecto. Actualmente se halla en España, destinado á cantar en el cuarto del rey y de la reina. Aquel monarca, mediante sus liberalidades y las gruesas pensiones que le ha señalado, ha hecho la fortuna del señor Broschi, el cual por su parte ha sabido merecerla, no menos en atencion á su habilidad sobresaliente, que á la de sus méritos personales.*

Era de presencia sumamente agraciada, como mostraba un retrato suyo pintado por Amiconi, que poseia don José Marquina, corregidor de Madrid: estimable cuadro, que en la noche del 19 de marzo del año 1808 pereció en las llamas al furor popular. Acostumbrado al estudio de las actitudes nobles del teatro, y á la frecuente conversacion de personas bien educadas, daba á sus palabras y movimientos el tono, la elegancia y el decoro que tanto interesan en el trato social. Su modestia era admirable: ni el distinguido favor de los reyes, ni los obsequios de los mas ilustres personajes de la corte, que solian asistir á su antesala y solicitar con empeño las menores señales de su amistad, fueron bastantes á ensoberbecerle. A cada paso les recordaba él mismo su origen humilde, su profesion escénica, y solo convenia en que por uno de los caprichos de la fortuna se habia visto trasladado, sin mérito suyo, de las tablas de un teatro público á los piés de un monarca empeñado en favorecerle. Así con-

(7) Habiéndose representado por primera vez la ópera de Temístocles de Metastasio en la corte de Viena el año de 1736, la imitacion que de ella hizo Cañizares hubo de ser posterior, por lo menos de veinte años, á su primer ensayo sobre la tragedia clásica, y aun pudo ser mas considerable la distancia, supuesto que nuestro autor vivió hasta el año de 1730. Sea como fuere, por lo que dice Moratin se puede ver que poco habian adelantado sus creencias en la nueva escuela. Así es que aumentó el número de los personajes, los presentó con costumbres españolas, no prescindió de la obligada intervencion de los graciosos, amplió el argumento y sus incidencias, y varió las circunstancias del desenlace. Con todas estas alteraciones, la imitacion resultó muy libre, pero no se apartó tanto del modelo que se proponia, como lo habia hecho en su anterior imitacion de la Ifigenia. De la comparacion entre el original y la copia resulta Cañizares muy inferior á Metastasio, aunque no tanto como con respecto á Racine; la

razon es muy sencilla: pues la obra del lirico italiano no es tan bella, tan acabada, tan inmediata á la perfeccion como la del trágico francés. Tiene Cañizares algunas escenas bien desempeñadas, algun carácter bien sostenido, lenguaje á veces enérgico, pero no muy puro, versificación escabrosa. La censura de Moratin sobre la introduccion de coplas cantadas puede muy bien justificarse hasta cierto punto. Metastasio quiso hacer una ópera, Cañizares quiso hacer una zarzuela; si en esto hay defecto, mas debe atribuirse al género que al autor. Tocante á la espresion que se tilda de *denodado bruto y púrpura confeccionada*, estoy en la creencia de que el testo está viciado en la impresion. Creo haberle restituído á su verdadera lectura en mis apuntes para la historia del teatro moderno español, artículo III, inserto en la *Revista de España, de Indias y del extranjero*, diciembre de 1843.

(Nota de don J. E. Hartzenbusch.)



fundia la torpe adulacion de los muchos que le fatigaban solicitando su mediacion y su amistad. Pudo influir eficazmente en los destinos de la monarquía, y jamás quiso tomar parte, ni aun remota, en los asuntos del gobierno. Los ministros, ansiosos de complacerle, anhelaban conocer sus deseos, y no pudieron lograrlo; ni quiso empleos, ni influyó en las resoluciones, ni elevó ni persiguió á nadie; tenia parientes en Italia, y á ninguno de ellos permitió que se presentase en Madrid. La historia no ofrece ejemplo de una privanza acompañada de tanta moderacion.

A este hombre extraordinario se encargó la direccion del teatro del Buen Retiro, para que se hicieran en él óperas italianas, igualmente que todo lo relativo á las serenatas que se cantaban por el verano en Aranjuez, los embarcos nocturnos en la escuadra del Tajo, las iluminaciones, fuegos de artificio y demás festejos durante la jornada; en suma, todas las diversiones del palacio se fiaron á su inteligencia y á su buen gusto. Broschi supo desempeñar todos estos encargos, si no con economía, con admirable acierto.

Trajo á Madrid los mas excelentes profesores de música vocal é instrumental, maquinistas y pintores de escena, y adornó las representaciones con magnificencia suntuosa. Cuando se hacian algunas en el salon llamado *de los Reinos*, cubrian el piso esquisitas alfombras, las paredes colgaduras de tisú de oro, espejos, tallas y pinturas, entre las cuales se colocaban estatuas; la iluminacion correspondia á todo lo demás; los músicos de la orquesta tenian uniformes de grana con galon de plata. En una ópera cantada en el teatro se presentó una decoracion toda de cristal; en otra ocasion se iluminó la sala del concurso con doscientas arañas; en la ópera de *Armida placata* se vió un sitio delicioso con ocho fuentes de agua natural, y una entre ellas con un surtidor que subia á sesenta piés de altura, sonando entre los árboles el canto de una multitud de pájaros, imitado con la mayor inteligencia. La riqueza de los trajes, muebles y utensilios del teatro, las comparsas (que á veces se componian de cincuenta mujeres y doscientos hombres), la vista de los ejércitos con numerosa caballería, elefantes, carros, máquinas de guerra, armas, insignias, música militar, los fuegos artificiales que se veian al acabarse el espectáculo mas allá de la escena (cerrándose la boca del teatro, para que el humo no ofendiese, con dos correderas compuestas de los mayores cristales de la fábrica de San Ildefonso), todo era digno de un gran monarca que disipaba en esta diversion la opulencia de sus tesoros.

Los poetas que escribieron las óperas, serenatas é intermedios desde el año 1747 hasta el de 1758, fueron el abate Pico de la Mirandola, Pedro Metastasio, Migliavacca, José Bonechi y Pablo Rolli. Las piezas que se cantaron en el Retiro y en Aranjuez fueron estas. Operas: *La Clemenza di Tito*, *Angelica e Medoro*, *Il Vellocino d'oro*, *Polifemo e Galatea*, *Artasserse*, *Armida placata*, *Demofoonte*, *Demetrio*, *Didone abbandonata*, *Siroe*, *Niteti*, *il Re pastore*, *Adriano in Siria*. Serenatas: *L'Asilo d'Amore*, *La Festa cinese*, *La Nascita di Giove*, *L'Isola disabitata*, *Le Mode*, *La Ninfa smarrita*. Intermedios: *Il Cavalier Bertoldo*, *La Burla da vero*, *La Statua*, *Il Giuocatore*, *L'Ucellatrice*, *Il Cuoco*, *Don Trastullo*, *Il Conte Tulipano*.

Por esta rápida enumeracion se echará de ver que aquellos brillantes espectáculos, dirigidos por un italiano y desempeñados por italianos, poco ó ningun influjo pudieron tener en el adelantamiento de los teatros españoles. Entre los músicos de la orquesta, solo don Luis Mison y otros dos ó tres instrumentos no eran extranjeros; entre los que cantaron solo hubo una actriz española; los artifices empleados en la pintura de las decoraciones, en la invencion y direccion de las máquinas, vinieron de Italia tambien. Se mandó que todas las piezas se imprimieran traducidas en castellano para distribuir las á los concurrentes en la primera noche de su ejecucion. Se abrió el teatro con la ópera de *la Clemenza di Tito*; encargóse á don Ignacio de Luzán la traduccion de ella, y la hizo, aunque en muy pocas horas, con el acierto que era de esperar; las que se imprimieron después las tradujo un médico italiano llamado don Orlando Boncuore, que ni se avergonzó de suceder á Luzán en aquel encargo, ni tuvo escrúpulo de hacerse escritor en una lengua que no sabia. Sus traducciones pueden considerarse como otros tantos modelos de estravagancia y ridiculez.

En tanto pues que se admiraban reunidos en el Retiro todos los primores de la música, de la poesia, de la perspectiva, del aparato y pompa teatral, la escena española, miserable y abandonada de la corte, se sostenia con entusiasmo del vulgo en manos de ignorantes cómicos y de ineptísimos poetas. De nada sirvió el haberse dado al corregidor de Madrid el título de protector de los teatros, con el encargo de la formacion de compañías y el gobierno de ellas: la depravacion de nuestra dramática pedia de parte de la suprema autoridad providencias mas directas y mas eficaces.

El pueblo que tan estragado gusto manifestaba, se hubiera engañado mucho menos en sus juicios, si no se hubiese dejado sojuzgar por la opinion de ciertos caudillos que por entonces le dirigian, tiranizando las opiniones y distribuyendo como querian los silbidos, las palmadas y los alborotos. Los apasionados de la compañía del Principe se llamaban *Chorizos*, y llevaban en el sombrero una cinta de color de oro; los de la compañía de la Cruz *Polacos*, con cinta en el sombrero de azul celeste; los que frecuentaban el teatro de los Caños tomaron el nom-



bre de *Panduros*. Habia un fraile trinitario descalzo, llamado el P. Polaco (8), jefe de la parcialidad á que dió nombre, atolondrado é infatigable voceador, que adquirió entre los mosqueteros opinion de muy inteligente en materia de comedias y comediantes. Corria de una parte á otra del teatro animando á los suyos para que dada la señal de ataque, interrumpiesen con alaridos, chillidos y estrépito cualquiera pieza que se estrenase en el teatro de los Chorizos, si por desgracia no habian solicitado de antemano su aprobacion, al mismo tiempo que sostenia con exagerados aplausos cuantos dispartes representaba la compañía polaca, de quien era frenético panegirista. Otro fraile francisco llamado el P. Marco Ocaña, ciego apasionado de las dos compañías, hombre de buen ingenio, de pocas letras, y de conducta menos conforme de lo que debiera ser á la austeridad de su profesion, se presentaba disfrazado de seglar en el primer asiento de la barandilla inmediato á las tablas, y desde allí solia llamar la atencion del público con los chistes que dirigia á los actores y á las actrices; les hacia reir, les tiraba grajea, y les remedaba en los pasajes mas patéticos. El concurso, de quien era bien conocido, atendia embelesado á sus gestos y ademanes, y el patio cubierto de sombreros chabergos (que parecian una *testudo* romana) palmoteaba sus escurridades é indecencias.

Entre este desórden y barahunda seguian representándose las comedias que daban á luz los pocos y mal cultivados ingenios; que muerto ya Cañizares, querian ser sus imitadores, y no acertaban á conseguirlo. Tales fueron don Manuel de Iparraguirre, don José de Ibañez y Garcia, don José de Lobera y Mendieta, autor, entre otras, de una comedia intitulada *La Mujer mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la venerable orden tercera de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo*; don Antonio Frumento, Marcos de Castro, Vicente Guerrero, uno y otro cómicos; el P. Juan de la Concepcion, Manuel Guerrero (cómico tambien y además canonista y teólogo), don Manuel Daniel Delgado, don Antonio Camacho y Martinez, y otros de la misma escuela. Don José Julian de Castro, poeta de ciegos, no desprovisto de gracia y facilidad para sus romancillos y jácaras, dió al teatro la comedia intitulada *Mas vale tarde que nunca*, en la cual hay privado perseguido, traque de puñales, batida general, con aquello de *á la cumbre, á la espesura, al monte, al valle, á la selva*; preso que se lamenta de su desgracia glosando coplas; lacayo entremetido, equivoquista y sucio; pasito de cárcel entre el leal y el traidor, y el rey que los escucha desde un rincon. Cuantos desaciertos se hallan esparcidos en las comedias de aquel tiempo, otros tantos se hallarán hacinados en esta.

Don Blas de Nasarre en el año de 1749 (9) habia recomendado, en el prólogo que puso á las

(8) La Academia de la Historia anotó este pasaje, felicitándose por la mejora de costumbres que desde la época á que el autor se refiere habia cundido en las órdenes religiosas, cuyos individuos guardaban ya mas el decoro de sus respectivos institutos. Don Vicente Garcia de la Huerta en el prólogo de su Teatro español, impreso en 1783, espresó que callaba por justas razones el origen que no ignoraba del nombre de *Polacos*; pero contó el lance que habia dado lugar á la denominacion de *Chorizos*. «Francisco Rubert, por otro nombre Fráncho, fué la causa del apellido de *Chorizos* que se dió en el año de 1742 á los individuos de la compañía de que era entonces autor Manuel Palomino, con motivo de ciertos chorizos que comia en un entremés; y habiéndose hallado una tarde sin ellos, hizo tales y tan graciosas exclamaciones contra el encargado de llevar los chorizos, que era el guardarropa de la compañía, y movió tanto la risa de los espectadores, que desde entonces se llamó de los *Chorizos*.»

(9) Las ediciones anteriores dicen en el año de 1743: es errata. En 1749 fué cuando el bibliotecario don Blas de Nasarre, con motivo de publicar las comedias de Cervantes segun la edicion de 1615, las acompañó con un prólogo en que, segun dice el autor, recomendó las mas conocidas reglas del arte dramático; pero á vuelta de sus eruditas reflexiones amontonó tantos errores, que el mismo Moratin tuvo que articularlos en una larga enumeracion en su nota 69 á la presente obra (pág. 176). Hasta entonces no se habian enzarzado en polémica formal los partidarios de una y otra escuela; y es sumamente curioso el ver los papeles que entonces salieron, y escitaron la atencion del público, para ver hasta qué punto se llevaba la exageracion de una y otra parte, tratándose mutuamente nada menos que de malos españoles y aun de herejes. La censura, sobrado severa y por lo tanto injusta, que habia fulminado

Nasarre contra Lope y Calderon, irritó á sus ciegos idólatras, que llevando la defensa al último extremo dijeron mil despropósitos, y lo que es peor, con poco ingenio. Rompió el ataque un folleto anónimo con el título de *La Sincron impugnada, y Beata del Lavapiés*, coloquio entre cuatro personas; y en seguida don Tomás de Erauso y Zavaleta publicó, dedicado á la marquesa de la Torreclilla, un *Discurso crítico sobre el origen, calidad y estado presente de las comedias en España contra el dictámen que las supone corrompidas, y en favor de sus mas famosos escritores, el doctor frey Lope Félix de Vega Carpio y don Pedro Calderon de la Barca*: libro de poca sustancia, en las 550 y mas páginas que contiene; pero libro que merece verse como fiel traslado de las opiniones y tendencias de su tiempo. Quiso el autor comprometer en su causa á los hombres mas graves y autorizados que pudiesen apoyarla; y así dirigió una circular á varios solicitando el exámen de su obra. Contestaron haciéndose lenguas de ella el maestro Fr. Agustin Sanchez, padre de provincia de la orden de la Trinidad, el maestro Eusebio Quintana, ex-provincial de los clérigos menores, el maestro Fr. José de Jesus Maria, prior de Recoletos, el maestro don Alejandro Aguado, definidor de la orden de San Basilio, y el padre Manuel de Castro, prepósito de San Cayetano. El voto de tantos teólogos no podia menos de ser de gran peso en materias de literatura teatral; y el P. Juan de la Concepcion, carmelita descalzo, que por comision del Consejo censuró la obra, al paso que se limita á decir que nada contiene opuesto á la fe, á la moral y á las regalías de S. M., añade que difiere para cuando se le pida el espresar su dictámen en cuanto al arte y método que debe observarse en las representaciones dramáticas; este último á lo menos era del oficio, como autor de comedias. En el cuerpo del discurso se hallan, aunque toscamente deli-



comedias de Cervantes, las mas conocidas reglas del arte dramático. Luzan tradujo y publicó una comedia de M. de La Chaussée, con el título de la *Razon contra la moda*, la cual ni entonces ni después se ha visto en el teatro. En los años de 1750 y 51 dió á luz don Agustin de Montiano y Luyando dos tragedias originales intituladas *Virginia* y *Ataulfo*, nunca representadas, y de las cuales existe una traduccion francesa. En ellas confirmó su laborioso autor aquella sabida verdad, de que pueden hallarse observados en un drama todos los preceptos, sin que por eso deje de ser intolerable á vista del público; y de que para acercarse á la perfeccion en este género, no basta que el autor sea un hombre muy docto, si le falta el requisito de ser un eminente poeta. Don Juan de Trigueros en el año de 1752 dió á la prensa, traducido en escelente prosa castellana, el *Británico* de Racine. Don Eugenio de Llaguno y Amirola publicó en el año de 1754, traducida en muy buenos versos, la *Atalia* del mismo autor. Nada de esto pasó al teatro.

La corrupcion era general. En las aulas y escuelas públicas se enseñaban sutilezas y vaciedades á la juventud, no verdades útiles: lejos de cultivar y perfeccionar el entendimiento de los discípulos, se le pervertia inhabilitándolo para adquirir los conocimientos sólidos de las ciencias. En los púlpitos, segun se lamentaban prelados celosos y respetables, se habia introducido la costumbre de predicar sermones disparatados y truhanescos: tejido informe de paradojas y sofisterías, metáforas, antítesis, cadencias, juguetes inspidos de palabras, erudicion inoportuna, aplicacion reprobable de los textos sagrados á las circunstancias mas triviales, lo mas divino confundido con lo mas indecente, la sublime y celestial doctrina de Jesucristo con las preocupaciones y cuentos del vulgo, y todo salpicado de bufonadas y chistes groseros. En los tribunales no se usaba ni mejor lógica ni mas delicado gusto. El espíritu y la aplicacion de las leyes se embrollaban con las diferentes cavilaciones de los glosistas; suplíase la falta de filosofia, de historia, de erudicion, de verdadera elocuencia con retruécanos, paranomasias, adagios, cuentos y seguidillas. Tal vez ganó el pleito quien mas supo hacer reir á los jueces; y así se defendian los intereses, los derechos, la vida y el honor de los hombres.

Entre los desaciertos del teatro, no era el menor la representacion de los autos sacramentales. El ángel Gabriel anunciaba á la Virgen (papel que desempeñaba la célebre Mariquita Ladvenant) la encarnacion del Verbo, y al responder, traducidas en buenos versos castellanos, las palabras del Evangelio: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* los apóstrofes hediondos del patio y las barandillas, dirigidos á la cómica, interrumpian el espectáculo con irreligiosa y sacrilega algaraza, y hacian conocer á muchas madres cuán mal habian hecho en llevar consigo á sus hijas honestas. Una mujer con la custodia en las manos, acompañada de los coros, cantaba en procesion el *Tantum ergo*. La primavera, el apetito, el alma, el cuerpo, la culpa, la gracia, el cedro, la rosa, el domingo, el lunes y el martes, la gentilidad, el mundo, el olfato y todos los sustantivos del diccionario, eran interlocutores en aquellas fábulas. En una sala S. Pablo con su montante enseñando á esgrimir á la Magdalena; en otra se decia que la Samaritana vive en la calle del Pozo, y que Jesucristo murió en la de las Tres Cruces; en otra se aconsejaba á S. Agustin que se fuese al hospital de San Juan de Dios. Así estaba el teatro cuando vino de Nápoles el señor don Carlos III, quien por un justísimo decreto puso fin á los indicados escándalos, prohibiendo la representacion teatral de asuntos sagrados.

Don Nicolas Fernandez de Moratin, estimado generalmente como uno de nuestros mejores líricos modernos, compuso á instancias de Montiano, su amigo, una comedia intitulada la *Petimetra*. Esta obra, impresa en el año de 1762, carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion en el estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco á propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez se hubiera intentado representarla. La *Lucrecia*, tragedia que publicó el mismo autor en el año siguiente, es obra de mayor mérito, aunque la eleccion del argumento parece poco feliz, el progreso de la fábula entorpecido con episodios inútiles, y el estilo muy distante á veces de la sublimidad que pide este género.

Estos dos beneméritos autores fueron los primeros que se atrevieron á procurar la reforma de nuestro teatro, escribiendo piezas originales, compuestas con regularidad y decoro, y aunque no consiguieron toda la perfeccion á que aspiraban, su estudio y su celo fueron laudables.

Don José Clavijo y Fajardo, en su obra periódica intitulada *El Pensador*, censuró el desarreglo de las comedias que entonces se representaban; y esto dió motivo á que el mencionado Moratin publicase en el año de 1762 algunos discursos criticos en que probó, que los autos de Calderon (tan aplaudidos del vulgo de todas clases) no debian tolerarse en una nacion ilustrada y católica. No pudo desentenderse el gobierno de la eficacia de sus razones, y desde entonces quedó limpia la escena española de composiciones tan absurdas (10).

neadas las libres doctrinas de la moderna escuela romántica. Si hubiera habido mas gusto, mas filosofia y sobre todo menos trabas en la imprenta, hubieran podido entonces discutirse útiles cuestiones; pero siempre faltaba lo principal, lo decisivo: el ejemplo de alguno que poniendo en

práctica uno ú otro de los dos sistemas hubiese tenido el acierto de dar una obra perfecta ó menos defectuosa. Este caso no se verificó todavía.

(10) Los autos sacramentales se prohibieron por real cédula de 11 de junio de 1765; pero ya tres años antes



Pocos años después obtuvo permiso el marqués de Grimaldi, ministro de Estado, para abrir teatros en los sitios, y allí se representaron tragedias y comedias traducidas, en que se vió, juntamente con el mérito de las composiciones, la propiedad de la escena y de los trajes, y una declamacion, si no escelente, libre á lo menos de los vicios extravagantes que eran peculiares de los actores de Madrid y de las provincias (11).

El gran conde de Aranda, presidente de Castilla, empleó al mismo tiempo la acreditada habilidad de los hermanos Velazquez en pintar decoraciones para los teatros del Príncipe y de la Cruz; aumentó y mejoró la orquesta, estableció una policia interior y exterior que mantuviese el órden y decencia en el concurso, y reprimió la turbulenta parcialidad de los apasionados de ambas compañías, entre los cuales un herrero de la calle de Alcalá, llamado *Tusa*, era el alborotador más obstinado y loco. Favoreció tambien con su trato y amistad á los escritores mas distinguidos de aquella época, y les exhortaba á componer piezas dramáticas, cuya representacion eficazmente promovia, á pesar de la repugnancia de los cómicos, poco dispuestos á recibir lo que no fuese irregular y absurdo.

Entonces se repitieron en Madrid las traducciones que se habian hecho para los Sitios, y además se escribieron algunas tragedias originales. Tales fueron la *Hormesinda*, de Moratin, mas laudable por algunas situaciones interesantes, por las buenas imitaciones de Virgilio, por su lenguaje y versificacion, que por el artificio de su fábula (12); *Guzman el Bueno*, del mismo autor, en que hay un carácter bien sostenido, afectos heróicos, pintura de costumbres, violencia repugnante en la unidad de lugar, y no suficiente correccion de estilo; *Don Sancho Garcia*, de don José Cadahalso, arreglada y débil, con rimas pareadas á imitacion de los franceses, cuya cadencia simétrica es en extremo desagradable á nuestros oidos; *Raquel*, de don Vicente García de la Huerta, que siguiendo el mismo plan de la *Judta de Toledo*, de don Juan Bautista Diamante, no acertó á regularizarle, sin añadirle graves defectos; hay en ella un carácter sobresaliente; los demás, ó por falta de conveniencia dramática ó por inconsecuentes, han merecido la desaprobacion de los críticos; en los pensamientos se descubren á veces resabios de mal gusto; el lenguaje es bueno, la versificacion sonora. *Numancia destruida* es de don Ignacio Lopez de Ayala, donde la mala eleccion del argumento, los amores episódicos que la entorpecen y debilitan, la unidad del lugar que produce inverosimilitud continua, se compensan con un estilo animado y robusto, con la pintura enérgica de Roma usurpadora, y el feroz heroismo patriótico de Numancia con el efecto teatral que produce siempre su representacion. *Munuza*, de don Gaspar Melchor de Jovellanos; *Jahel*, de don Juan Lopez Sedano; *Progne y Filomena*, de don Tomás Sebastian y Latre, y otras de inferior mérito que se compusieron entonces, fueron ensayos plausibles de lo que hubiera podido adelantarse en este género, si sus autores hubieran merecido al gobierno mas decidida proteccion.

En la comedia nada se hizo, por mas que el público, y los que habitualmente componian para el teatro, vieron indicado en las piezas traducidas que se representaban cuál era el camino que debía seguirse para obtener el acierto en este difícil género de la dramática.

Don Ramon de la Cruz fué el único de quien puede decirse que se acercó en aquel tiempo á conocer la índole de la buena comedia; porque dedicándose particularmente á la composicion de piezas en un acto, llamadas *sainetes*, supo sustituir en ellas, al desaliño y rudeza villanesca de nuestros antiguos entremeses, la imitacion exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo. Perdió de vista muchas veces el fin moral que debiera haber dado á sus pequeñas fábulas; prestó al vicio (y aun á los delitos) un colorido tan halagüeño, que hizo aparecer como donaires y travesuras aquellas acciones que desaprueban el pudor y la virtud, y castigan con severidad las leyes. Nunca supo inventar una combinacion dramática de justa grandeza, un interés bien sostenido, un nudo, un desenlace natural; sus figuras nunca forman un grupo dispuesto con arte; pero examinadas separadamente, casi todas están imitadas de la

habian empezado contra ellos las hostilidades de parte de la prensa, que empezó á gozar de algun mayor ensanche, y á la verdad se hizo mas decorosa. En 1762 *El Pensador* en su número 9 dió la señal de ataque; contestóle un papel suelto con el título de *Romance liso y llano*, y salió á la defensa del primero don Nicolas Fernandez de Moratin, padre del autor, con tres folletos llamados *Desengaños al teatro español*, que por aquellos tiempos tuvieron gran boga. Repitió *El Pensador* sus arremetidas en distintas ocasiones, interesando la piedad de los que se escandalizaban de la irreverencia resultante de presentar los mas encunbrados misterios de nuestra religion á guisa de espectáculo. No espondremos aquí en general nuestra opinion sobre esta clase de dramas; pero sí diremos que los que se representaban en aquella época eran el oprobio del arte, y el desacato mas directo á los objetos sagrados. El mal

debió cortarse de raiz, y así se hizo. Algunos autos hay entre los de época mas antigua, que podrían ahora representarse sin peligro del decoro religioso, y que si pecan contra las reglas del arte, son un prodigio de riqueza e invencion y en lenguaje.

(11) «Por los años de 1769 hasta 1772, inmediatos al establecimiento de un nuevo teatro español en los Sitios reales, tuvo superior encargo el autor (dice de sí mismo don Tomás de Iriarte) para traducir del francés varias composiciones dramáticas, cuales fueron *el Malgastador*, *la Escocesa*, *el Mal hombre*, *el Aprehensivo* ó *el Enfermo imaginario*, *la Pupila juiciosa*, *el Mercader de Esmirna* etc.»

(12) Véanse en la vida de don Nicolas Fernandez de Moratin las dificultades con que tuvo que luchar para conseguir que se representase esta tragedia en los teatros de Madrid.



naturaleza con admirable fidelidad. Esta prenda, que no es comun, unida á la de un diálogo animado, gracioso y fácil (mas que correcto), dió á sus obrillas cómicas todo el aplauso que efectivamente merecian (15).

Cesó en su presidencia el conde de Aranda, en su ministerio el marqués de Grimaldi, y los teatros de los Sitios se cerraron; los de Madrid siguieron mezclando con su antiguo caudal las traducciones que habian adquirido; y enriqueciéndose cada dia con nuevos disparates, solia suceder que cuando en la Cruz se representaba el *Misántropo* ó la *Atalia*, en el Príncipe palmeaba el vulgo á Ildefonso Coque haciendo el *Negro mas prodigioso*, ó el *Mágico africano*. Nunca se habia visto mas monstruosa confusion de vejees y novedades, de aciertos y locuras. Las musas de Lope, Montalván, Calderon, Moreto, Rojas, Solís, Zamora y Cañizáres; las de Bazo, Regnard, Laviano, Corneille, Moncin, Metastasio, Cuadrado, Moliere, Valladares, Racine, Concha, Goldoni, Nifo y Voltaire, todas alternaban en disorde union; y de estos contrarios elementos se componia el repertorio de ambos teatros (14).

Así han seguido, y así continuarán hasta que entre los medios que pide su reforma, se acuerde la autoridad del primero que debe adoptarse, eligiendo el caudal de las piezas que han de darse al público en los teatros de todo el reino, sin omitir el requisito de hacer que se obedezca irrevocablemente lo que determine (15).

(15) El Teatro de don Ramon de la Cruz comprende diez tomos publicados desde el año de 1786 hasta el 1791. Se incluyen en él sus comedias, que no valen gran cosa, y solo unos treinta sainetes de mas de trescientos que compuso. En este género fué inimitable; un centenar de ellos se imprimió hace tres años con un buen prólogo de don Agustín Duran, quien se espresa en los términos siguientes acerca de su mérito: «Don Ramon de la Cruz se propuso reproducir en la escena todo aquello que en la sociedad observaba, y mas convenia á su clase de talento. Discipulo de la escuela filosófica, hombre de ingenio agudo y observador, poeta fácil aunque incorrecto, buen dialoguista, pero poco fino y delicado, epigramático, oportuno y chistoso en el decir, instruido, mas no profundo en la ciencia ni en el arte, logró retratar con vigor y energía los hábitos, costumbres y caracteres de la plebe de su época, y contrastarlos enérgicamente con los de categorías mas elevadas. Mas como la comedia clásica no se prestaba á sus intentos, adoptó las formas del sainete, combinándolo en un drama corto, pero de bastante estension para desarrollar en él una accion sencilla, y bosquejar un cuadro de costumbres. Así es que este género de composicion en manos de Cruz apareció bajo el imperio de una intencion moral, filosófica y decidida, formando, por decirlo así, el eslabon intermedio entre el entremés antiguo y la comedia verdadera y clásica. Don Ramon de la Cruz fué quizá el primero entre nosotros que se puso en el buen camino de esta, y el que penetrando su espíritu, tanto en la intencion dramática como los medios de apoderarse del ridiculo de las situaciones, y de realzarlas con buenos diálogos llenos de sal, oportunidad y gracejo, enseñó ó inspiró á Moratin hijo las bellas producciones dramáticas que le hicieron justamente célebre, poniéndole al frente de los cómicos clásicos españoles. Hubiéralo sido Cruz, si al feliz ingenio con que le dotó naturaleza reuniese el saber y el buen gusto que produce el estudio severo de las Humanidades, si en vez de hacerse poeta de circunstancia, lo fuese de intencion; si en vez de ser fecundo y redundante, fuese mas parco, mas severo y mas correcto en sus obras. Satisfecho Cruz de las buenas dotes cómicas que tenia, pero desconociendo las que le faltaban, é incitado por el deseo de desmentir á los que le juzgaban incapaz de elevarse á otro género mas noble de drama que aquel que habia ejercitado, quiso desmentirlos; y el mismo que en sus sainetes llenos de gracejo no tuvo igual, produjo algunas comedias harto frias y nada graciosas.»

(14) Entre esta anarquía teatral, el género que menos privaba con el público era el llamado clásico; y en vano se esforzaban los preceptistas en persuadir que fuera de su riguroso formulario no habia verdadera comedia, ni

verdadera tragedia; empeño que á nuestro modo de ver llevaban á la exageracion, cercando con límites sobrado estrechos el campo del ingenio. No solo trazaban las formas, sino que pretendian escluir del teatro una porcion de materias ó asuntos, que sin embargo en su representacion podian agrandar y enseñar, si el poeta tenia acierto en manejarlos. El daño estaba en que no se presentó quien lo hiciese con maestria. Los *Autos Sacramentales*, en que hubieran podido combinarse alegorias ingeniosas y sublimes personificaciones, se reducian á piadosas herejías, profanaciones y despropósitos. Los dramas de *santos* en que pudieran pintarse con verdad y vivismo colorido las actas de heroicidad admirable que ha inspirado el cristianismo, eran un tejido de ridiculeces sin plan ni artificio. Si las costumbres habian variado lo bastante para disminuir el interés de las comedias de *capa y espada*, reflejo de una sociedad que ya no existia, tampoco se explotaban los recursos dramáticos de las ideas y usos contemporáneos. Las comedias de *figuron*, que obtuvieran entonces gran boga, eran caricaturas chabacanas, y no sátiras delicadas de un vicio ó de un carácter existente en la naturaleza. Propagóse entonces un género importado de fuera, y que no por esto era de difícil aclimatacion, mediante un buen cultivo: hablamos del *drama sentimental*, que por el abuso que de él se hacia fué motejado con el nombre de *comedia llorona*, de la cual dice con sobrada razon el señor Martinez de la Rosa: «Si he de decir francamente mi dictámen, creo que el que no entre en la clasificacion de Aristóteles ni de Horacio no es razon suficiente para cerrar la puerta del teatro moderno á este género de composicion, que puede lograr cumplidamente el objeto del drama: dar útiles lecciones al pueblo y divertirle agradablemente.» Pero entonces los censores de la literatura eran intolerantes, y á semejanza de los revolucionarios, para reformar empezaron por destruir.

(15) Aquí nos vemos obligados á separarnos de la opinion del autor, que pretende estender las atribuciones de la censura oficial á un terreno que no le pertenece. Aun en el que es verdaderamente suyo, en el de la moral pública y de la política, se ha escudado el gobierno en muchas ocasiones no permitiendo representar composiciones dramáticas, que ó por su mérito hubieran ilustrado nuestra literatura, ó por su pobreza no se hubieran granjeado la nombradía y el interés que acompañan á toda obra, cuando merece los honores de la prohibicion. En la cuestion de gusto, debe reservarse á las empresas de teatros aquel derecho que sea suficiente á no dejar perjudicados sus intereses; pero fuera de esto, el público espectador es el solo juez competente. Algunas veces es injusto, pero aumentar el número de las jurisdicciones seria aumentar el



*El Delincuente honrado*, tragicomedia escrita por don Gaspar de Jovellanos acia el año de 1770, corrió manuscrita con estimacion; y aunque demasiado distante del carácter de la buena comedia, se admiró en ella la espresion de los afectos, el buen lenguaje y la escelente prosa de su diálogo. Impresa en Barcelona sin auencia del autor, no se vió representada en los teatros públicos hasta mucho tiempo después.

En el dicho año de 1770, al cumplir los diez y ocho de su edad, publicó don Tomás de Iriarte bajo el anagrama de don Tirso Imareta, la comedia intitulada *Hacer que hacemos*, la cual desagradó á los inteligentes por su falta de interés y de caracteres; los cómicos, al leerla, creyeron con mucha razon que no podria sostenerse en el teatro.

La villa de Madrid, que celebró con regocijos públicos el nacimiento de los infantes gemelos y la paz con Inglaterra, hizo representar en el año de 1784 dos piezas dramáticas, que apenas vistas desaparecieron para siempre de nuestra escena. *Los Menestrales*, comedia de don Cándido María Trigueros, erudito, moralista, poligloto, anticuario, economista, botánico, orador, poeta lírico, épico, didáctico, trágico y cómico; obra escrita á pesar de Apolo, mereció las zumbas de Iriarte, y la desaprobacion del público. *Las bodas de Camacho*, comedia pastoral de don Juan Melendez Valdés, llena de escelentes imitaciones de Longo, Anacreonte, Virgilio, Taso y Gesner, escrita en suaves versos, con pura dición castellana, presentó mal unidos en una fábula desanimada y lenta personajes, caracteres y estilos que no se pueden aproximar, sin que la armonia general de la composicion se destruya. Las ideas y afectos eróticos de Basilio y Quiteria, la espresion florida y elegante en que los hizo hablar el autor, se avienen mal con los raptos enfáticos del ingenioso hidalgo: figura exagerada y grotesca, á quien solo la demencia hace verosinil, y que siempre pierde, cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve á repetirla. Las avecillas, las flores, los céfiros, las descripciones bucólicas (que nos acuerdan la imaginaria existencia del siglo de oro) no se ajustan con la locuacidad popular de Sancho, sus refranes, sus malicias, su hambre escuderil, que despierta la vista de los dulces zaques, el olor de las ollas de Camacho y el de los pollos guisados, los cabritos y los cochinitos. Quiso Melendez acomodar en un drama los diálogos de *el Aminta* con los del *Quijote*, y resultó una obra de quinola, insoportable en los teatros públicos, y muy inferior á lo que hicieron en tan opuestos géneros el Taso y Cervantes.

No sin mucha dificultad consiguió el mencionado Iriarte dar á la escena en el año de 1788 la comedia de *el Señorito mimado*, la cual muy bien representada por la compañía de Martínez, obtuvo los aplausos del público, en atencion á su objeto moral, su plan, sus caracteres, y la facilidad y pureza de su versificacion y estilo. Tal vez mereció la censura de los que notaron en ella falta de movimiento dramático, de lijereza y alegría cómica; pero fácilmente se disimularon estos defectos, en gracia de las muchas cualidades que la hicieron estimable en la representacion y en la lectura. Si ha de citarse la primera comedia original que se ha visto en los teatros de España, escrita segun las reglas mas esenciales que han dictado la filosofia y la buena crítica, esta es.

Don Leandro Fernandez de Moratin, que ya tenia compuesta por aquel tiempo la comedia de *El Viejo y la Niña*, luchando con los obstáculos que á cada paso dilataban su publicacion, meditaba la difícil empresa de hacer desaparecer los vicios inveterados que mantenian nuestra poesia teatral en un estado vergonzoso de rudeza y estravagancia. No bastaban para esto la erudicion y la censura; se necesitaban repetidos ejemplos: convenia escribir piezas dra-

de las injusticias. Moratin hubiera debido conocer los inconvenientes de su pretension, en vista del resultado que tuvo, á últimos del siglo pasado ó principios del presente, la junta nombrada por el gobierno para juzgar las piezas dramáticas que podian representarse; pero jefe como era de una escuela nueva y contrariada, hubo de incurrir en la intolerancia y el exclusivismo. Otros antes que él participaron de la misma idea. «Todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo (dice Cervantes en boca del cura), con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias que se representasen, no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y desta manera los comediantes tendrian mucho cuidado de enviar las comedias á la corte y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarían con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende. Y de esta manera se harían buenas comedias, y se conseguiría felicisimamente lo que

» en ellas se pretende, etc.» (*Don Quijote*, parte 1, cap. 48). A este propósito dice el juicioso don Diego Clemencin en sus comentarios: «El cura queria que se estableciese un censor comun para comedias y libros caballerescos; y yo creo que tan inútil hubiera sido lo uno como lo otro: si hubiera existido este magistrado literario, acaso no se hubiera impreso el *Quijote*.» Y nosotros añadimos: Si la autoridad se hubiera arrogado semejante privilegio, y Moratin hubiese escrito algunos años antes, no se hubiera representado *La Comedia nueva* ni *El Sí de las niñas*. Otros medios tiene el gobierno para hacer que el teatro sea uno de los signos de cultura nacional. Fomente los buenos estudios, libre los teatros de trabas y gravámenes insoportables, asegure los derechos de la propiedad literaria, estimule á los ingenios que sobresalgan, no con empleos que los apartan de su vocacion, sino con recompensas, honores y consideracion, y sobre todo, cuando se trate de favorecer el ingenio, la instruccion, la aptitud, prescinda de colores políticos. Lo demás seria hacer que unos pocos monopolizasen este ramo de literatura y los demás no quisiesen esponerse á ejercitar en balde su ingenio.



máticas según el arte : no era ya soportable contemporizar con las libertades de Lope, ni con las marañas de Calderon. Uno y otro habian producido imitadores sin número, que por espacio de dos siglos conservaron la escena española en el último grado de corrupcion. No era lícito que un hombre de buenos estudios se ocupase en añadir nuevas autoridades al error. No debia ya paliarse el mal ; era menester estinguirle.

Consideró Moratin que la comedia debe reunir las dos cualidades de utilidad y deleite, persuadido de que seria culpable el poeta dramático que no se propusiera otro fin en sus composiciones que el de entretener dos horas al pueblo sin enseñarle nada, reduciendo todo el interés de una pieza de teatro al que puede producir una sinfonia, y que teniendo en su mano los medios que ofrece el arte para conmover y persuadir, renunciase á la eficacia de todos ellos, y se negara voluntariamente á cuanto puede y debe esperarse de tales obras en beneficio de la ilustracion y la moral. « Los autores de las comedias, dijo Nasarre, conociendo la » utilidad de ellas, se deben revestir de una autoridad pública para instruir á sus conciudadanos ; persuadiéndose de que la patria les confia tácitamente el oficio de filósofos y de censores de la multitud ignorante, corrompida ó ridícula. Los preceptos de la filosofía puestos en los libros son áridos y casi muertos, y mueven flacamente el ánimo ; pero presentados en los espectáculos animados, le conmueven vivamente. El filósofo austero se desdeña de ganar los corazones ; el tono dominante de sus máximas ofende ó cansa. El cómico escita alternativamente mil pasiones en el alma ; hácelas servir de introductores de la filosofía ; sus lecciones nada tienen que no sea agradable, y están muy apartadas del sobrejeo magistral que hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad de los hombres ».

Sentado el principio de que toda composicion cómica debe proponerse un objeto de enseñanza desempeñado con los atractivos del placer, concibió Moratin que la comedia podia definirse así : « Imitacion en diálogo (escrito en prosa ó verso) de un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas entre personas particulares, por medio del cual, y de la oportuna expresion de afectos y caracteres, resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad, y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud. »

*Imitacion*, no copia, porque el poeta observador de la naturaleza, escoge en ella lo que únicamente conviene á su propósito, lo distribuye, lo embellece, y de muchas partes verdaderas compone un todo que es mera ficcion ; verisimil, pero no cierto ; semejante al original, pero idéntico nunca. Copiadas por un taquígrafo cuantas palabras se digan durante un año, en la familia mas abundante de personajes ridiculos, no resultará de su copia una comedia. En esta, como en las demás artes de imitacion, la naturaleza presenta los originales ; el artífice los elige, los hermosea y los combina.

Hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor;  
et quæ  
Desperat tractata nitescere posse, relinquit.

*En diálogo* ; porque á diferencia de los demás géneros de la poesia, en que el autor siente, imagina, reflexiona, describe ó refiere, en la dramática que produce poemas activos, se oculta del todo, y pone en la escena figuras que obrando en razon de sus pasiones, opiniones é intereses, hacen creíble al espectador (hasta donde la ilusion alcanza) que está sucediendo cuanto allí se le presenta. La perspectiva, los trajes, el aparato escénico, las actitudes, el movimiento, el gesto, la voz de las personas, todo contribuye eficazmente á completar este engaño delicioso, resulta necesaria del esfuerzo de muchas artes.

*En prosa ó verso*. La tragedia pinta á los hombres, no como son en realidad, sino como la imaginacion supone que pudieron ó debieron ser ; por eso busca sus originales en naciones y siglos remotos. Este recurso, que la es indispensable, la facilita el poder dar á sus acciones y personajes todo el interés, toda la sublimidad, toda la belleza ideal que pide aquel género dramático ; y como en ella todo ha de ser grande, heróico y patético en grado eminente, mal podria conseguirlo, si careciese de los encantos del estilo sublime, y de la pompa y armonía de la versificacion.

La comedia pinta á los hombres como son, imita las costumbres nacionales y existentes, los vicios y errores comunes, los incidentes de la vida doméstica ; y de estos acacimientos, de estos individuos y de estos privados intereses forma una fábula verisimil, instructiva y agradable. No huye, como la tragedia, el cotejo de sus imitaciones con los originales que tuvo presentes ; al contrario, le provoca y le exige, puesto que de la semejanza que las da resultan sus mayores aciertos. Imitando pues tan de cerca á la naturaleza, no es de admirar que hablen en prosa los personajes cómicos ; pero no se crea que esto puede añadir facilidades á la composicion. *Difficile est propriè communia dicere*. No es fácil hablar en prosa como hablaron Melibea y Areusa, el Lazarillo, el picaro Guzman, Monipodio, Dorotea, la Trifaldi, Teresa y Sancho. No es fácil embellecer sin exageracion el diálogo familiar, cuando se han de expresar en él ideas y pasiones comunes ; ni variarle, acomodándole á las diferentes personas que se introducen, ni evitar que degeneren en trivial é insípido por acercarle demasiado á la verdad que imita.

Estos mismos obstáculos hay que vencer si la comedia se escribe en verso. Ni las quintillas, ni las décimas, ni las estrofas líricas, ni el soneto, ni los endecasílabos pueden convenirla; solo el romance octosílabo y las redondillas se acercan á la sencillez que debe caracterizarla, y aun mucho mas el primero que las segundas. La facilidad, la energía, la gracia, la pureza del lenguaje, la templada armonia que debe resultar de la eleccion de las palabras, de la dimension variada de los periodos, de la contraposicion de las terminaciones asonantes, todo será necesario para llevar á su perfeccion este género de poesia, que parece que no lo es. Ni espere acertar el que no haya debido á la naturaleza una organizacion feliz, al estudio y al trato social un estenso conocimiento de nuestra bellissima lengua, enriquecido con la continua leccion de nuestros mejores dramáticos antiguos, los cuales, á vueltas de su incorreccion y sus defectos, nos ofrecen los únicos escelentes modelos que deben imitarse, cuando la buena critica sabe elegirlos.

*Un suceso ocurrido en un lugar, y en pocas horas.* Boileau en su escelente Poética redujo á dos versos los tres preceptos de unidad.

Una accion sola, en un lugar y un dia,  
Conserve hasta su fin lleno el teatro.

Esto mismo recomendaba el autor del *Quijote* setenta años antes que el poeta francés; los buenos literatos españoles coetáneos de Cervantes tenian ya conocimiento de estas reglas. Lope las citó, juntamente con otras muchas, manifestando, que si no las seguia, no era ciertamente porque las ignorase; pues no solo habló de ellas el Pinciano en su *Filosofia antigua poética*, impresa en 1596, sino que Bartolomé de Torres Naharro (ciento y veinte años antes que naciera Boileau) las habia practicado en alguna de sus comedias.

El Pinciano dijo, hablando á este propósito, en la citada obra : « Toda la accion se finja ser hecha dentro de tres dias... cuanto menos el plazo fuere, tendrá mas de perfeccion... Y de aquí puede colegirse cuáles son los poemas do nace un niño, y crece, y tiene barbas, y se casa, y tiene hijos y nietos; lo cual en la fábula épica, aunque no tiene término, es ridiculo; ¿ qué será en las activas, que le tienen tan breve?... Aquella fábula será mas artificiosa, que mas deleitare y mas enseñare con mas simplicidad... En vano se aplican muchos modos para una accion... Si una sola basta para enseñar y deleitar en un poema, ¿ para qué se aplicarán muchas? »

Creyó en efecto Moratin que si en la fábula cómica se amontonan muchos episodios, ó no se la reduce á una accion única, la atencion se distrae, el objeto principal desaparece, los incidentes se atropellan, las situaciones no se preparan, los caracteres no se desenvuelven, los afectos no se motivan; todo es fatigosa confusion. Un solo interés, una sola accion, un solo enredo, un solo desenlace : eso pide, si ha de ser buena, toda composicion teatral. Las dos unidades de lugar y tiempo, muy esenciales á la perfeccion dramática, deben acompañar á la de accion, que la es indispensable; y si parece difícil la práctica de estas reglas, no por eso habrá de inferirse que son absurdas ó imposibles. No se cite el ejemplo de grandes poetas que las abandonaron, puesto que si las hubieran seguido, sus aciertos serian mayores. Ni se alegue que si en la representacion de una pieza cómica ó trágica es necesario que exista (para salvar las impropiedades que el arte no puede vencer) una tácita convencion de parte del auditorio, nada importa que esta convencion se dilate y aumente sin conocidos limites. Si tal doctrina llegara á establecerse, presto caerian los que la siguieran en el caos dramático de Shakspeare, y las representaciones del teatro se reducirian á las mantas y los cordeles con que decoraba los suyos Lope de Rueda. Existe en efecto la tácita convencion; pero aplicable solamente á disculpar los defectos que son inherentes al arte, no los que voluntariamente comete el poeta. Ya se ha visto con repetidos ejemplos que la observancia de las unidades de accion, tiempo y lugar es posible y es conveniente : nada hay que decir en contrario, sino que la ejecucion es dificultosa; ¿ y quién ha creído hasta ahora que sea fácil escribir una escelente comedia?

Sujeta la fábula cómica á los preceptos que van indicados, hallará comprobada el espectador en su origen, progreso y desenlace la verdad moral é intelectual que el poeta ha querido recomendarle, si la composicion se dispone con tal inteligencia, que resulte conveniente, verisimil y teatral. Para ser la fábula conveniente deberá existir una inmediata conexion entre la maxima que se establece y el suceso que ha de comprobarla. Para hacerla verisimil no basta que sea posible; ha de componerse de circunstancias tan naturales, tan fáciles de ocurrir, que á todos seduzca la ilusion de la semejanza. Para hacerla teatral deberá ser la esposicion breve, el progreso continuo, el éxito dudoso, la solucion (resulta necesaria de los antecedentes) inopinada y rápida; pero no violenta, ni maravillosa ni trivial.

*Entre personas particulares.* Como el poeta cómico se propone por objeto la instruccion comun, ofreciendo á vista del público pinturas verisímiles de lo que sucede ordinariamente en la vida civil, para apoyar con el ejemplo la doctrina y las máximas que trata de imprimir en el ánimo de los oyentes, debe apartarse de todos los extremos de sublimidad, de horror, de maravilla y de bajeza. Busque en la clase media de la sociedad los argumentos, los perso-



najes, los caracteres, las pasiones y el estilo en que debe espresarlas. No usurpe á la tragedia sus grandes intereses, su perturbacion terrible, sus furores heróicos. No trate de pintar en privados individuos delitos atroces que por fortuna no son comunes, ni aunque lo fuesen pertenecerian á la buena comedia, que censura riendo. No siga el gusto depravado de las novelas, amontonando accidentes prodigiosos para escitar el interés por medio de ficciones absurdas de lo que no ha sucedido jamás ni es posible que nunca suceda. No se deleite en hermosear con matices lisonjeros las costumbres de un populacho soez, sus errores, su miseria, su desatención, su insolente abandono. Las leyes protectoras y represivas verificarán la enmienda que pide tanta corrupcion; el poeta ni debe adularla, ni puede corregirla.

*La oportuna espresion de afectos y caractéres* se hace tan indispensable en la comedia, que sin ellos queda imperfectísima la imitacion, y si en todos los hombres existe una fisonomía y un genio que los particulariza y los distingue, mal acierta á imitarlos el que los iguala en la escena, y á todos los hace sentir, discurrir y obrar de una manera idéntica. Este defecto, que abunda en las comedias de nuestro antiguo teatro, y es muy frecuente en las modernas de otras naciones, no se disimula ni con los rasgos delicados del ingenio, ni con la abundancia de chistes epigramáticos, ni con la pureza del lenguaje, ni con la cultura del estilo, ni con la fluidez sonora de los versos; si no hay oportuna espresion de afectos y caractéres, todo es perdido. El arte de escogerlos y de combinarlos, y el de preparar las situaciones para que naturalmente se desenvuelvan, ofrece no pequeñas dificultades á un poeta cómico.

*Resultan puestos en ridiculo los vicios y errores comunes en la sociedad* mediante la disposicion de la fabula y la espresion de los caracteres. En cuanto á estos, conviene que algunos sean ridiculos, pero todos no, porque sin esta contraposicion no apareceria la deformidad en toda su luz, ni existiria la necesaria degradacion en las figuras, que tocadas con diferente fuerza deben quedar subalternas á la que se presenta como principal. Los defectos meramente físicos, involuntarios y de imposible enmienda, no deben ser objeto primario de la burla, si bien muchas veces se introducen como medios auxiliares para completar la pintura del vicio que se trata de corregir. Ninguna ridiculez corporal debe esponerse en el teatro á la irrision pública, si otra moral no la acompaña. Los vicios y errores que pinta la comedia deben ser comunes, porque no siéndolo, ninguna utilidad produciria su imitacion. Una estravagancia, que rara vez se verifique en algun individuo, no puede servir para enseñanza de la multitud, que podria esclamar indignada contra el poeta: «Erraste el objeto de correccion que te proponias; nadie de nosotros adolece del vicio que pintas, ni conocemos á ninguno que le tenga.»

Debe pues ceñirse la buena comedia á presentar aquellos frecuentes estravíos que nacen de la índole y particular disposicion de los hombres, de la absoluta ignorancia, de los errores adquiridos en la educacion ó en el trato, de la multitud de las leyes contradictorias, feroces, inútiles ó absurdas, del abuso de la autoridad doméstica y de las falsas máximas que la dirigen, de las preocupaciones vulgares ó religiosas ó políticas, del espíritu de corporacion, de clase ó paisanaje, de la costumbre, de la pereza, del orgullo, del ejemplo, del interés personal; de un conjunto de circunstancias, de afectos y de opiniones que producen efectivamente vicios y desórdenes capaces de turbar la armonia, la decencia, el placer social, y causar perjudiciales consecuencias al interés privado y al público.

*Recomendadas por consiguiente la verdad y virtud en la fábula cómica*, mediante la censura de los vicios del entendimiento y del corazon, desempeñará el poeta el objeto de utilidad general que debió proponerse. Enseña la verdad, cuando apoyada su doctrina en los conocimientos de la física, en el exacto raciocinio de la filosofía, que preside á las ciencias, en los sucesos que eterniza la historia, en la critica y buen gusto de la literatura y de las artes, rectifica los errores adquiridos en la enseñanza de malos estudios, ó en el ejemplo de personas preocupadas ó estúpidas; y el pueblo, á quien habitualmente rodea espesa nube de ignorancia, halla en el teatro la única escuela abierta para él, donde se le desengaña sin castigarle, y se le ilustra cuando se le divierte.

En la comedia se recomienda la virtud haciéndola amable, como efectivamente lo es; pintando en otros hombres pasiones generosas ó tiernas, que haciéndolos superiores á todo otro interés menos laudable, los determinan á proceder en las varias combinaciones de la vida segun los principios de la justicia, de la prudencia, de la humanidad y del honor lo piden. Cuantos vicios risibles infestan la sociedad, otros tantos descubre la comedia para inducirnos á conocerlos y evitarlos, al mismo tiempo que nos acuerda las obligaciones que debemos desempeñar en el trato del mundo para evitar los peligros que á cada paso nos presenta, para merecer por una conducta irreprehensible la estimacion y el amor de los buenos, para hallar en el testimonio de nuestra conciencia el mas poderoso consuelo, la mas segura proteccion contra los accidentes de la fortuna ó la injusticia de los hombres.

Tales fueron los principios generales que Moratin creyó convenir al teatro cómico; pero debia pasar mas adelante el que tomaba sobre sí el empeño de reformar el nuestro. Su propia observacion le dió á conocer que si el arte es suficiente para evitar el error, no basta él solo



para producir los aciertos : estos nacen de otro origen ; no los aprende el poeta, los halla en sí ; no los adquiere á fuerza de instruccion, la naturaleza se los da. Espliquen los que hayan llegado á saberlo, cuál sea la causa de que en unos individuos sí, y en otros no, se hallen facultades tan diferentes, que hacen imposible á estos lo que aquellos encuentran fácil y genial ; baste la persuasion de que efectivamente reside en determinados sujetos una peculiar aptitud mental, que les hace percibir lo que para otros muchos, dotados á lo que parece de la misma disposicion orgánica, permanece ignorado y oculto. Este sentido, este particular insinto (si algun nombre ha de dársele) es el que ha producido hasta ahora los eminentes profesores en las artes de imitacion. A él se deben la *Venus* de Médicis y el *Apolo* de Belvedere; Velazquez, guiado por él, supo pintar el aire ; por él Moliere halló el verdadero carácter de la comedia ; por él Rossini en sus inesperadas combinaciones armónicas añade á la música nuevos encantos. Si esta facultad creadora existió en Moratin para dar á sus composiciones dramáticas aquella facilidad difícil, aquella fuerza de espresion, aquel espíritu de vida, aquella constante apariencia de verdad, sin la cual nada es tolerable en la escena, la posteridad justa sabrá decidirlo.

En el éxito que tuvieron sus obras cómicas, representadas y leídas, vió logrado el fin que se propuso al componerlas. Dió en ellas el ejemplo práctico de que la observancia de las reglas asegura el acierto, si el talento las acompaña ; y que el arte dramática, como todas las demás, resulta de principios certisimos é inalterables, sin cuyo conocimiento los mejores ingenios se precipitan y se malogran. Quiso imitar el atrevimiento laudable de Corneille y de Moliere, que haciéndose superiores á las ideas comunes de su siglo, crearon la tragedia y la comedia en Francia. No pactó con los errores vulgares ; no aspiró á una celebridad fácil de adquirir ; quiso dar á su nacion modelos dignos de ser imitados por los que sigan después tan árduo camino, y si no bastó su talento á igualar deseos tan generosos, merece á lo menos la gloria de haberlo intentado. Cuando haya en España buenos estudios ; cuando el teatro merezca la atencion del gobierno ; cuando se propague el amor á las letras en razon del premio y el honor que logren ; cuando cese de ser delito el saber, entonces (y solo entonces) llevarán otros adelante la importante reforma que él empezó.

Quiso tambien desmentir de una manera victoriosa las equivocaciones en que han incurrido no pocos extranjeros que han escrito acerca de nuestro teatro, creyendo hallar en el carácter nacional las causas de su corrupcion, acumulando errores sobre este supuesto, copiándose unos á otros, y obstinándose en decidir magistralmente sobre el mérito científico de una nacion, sin conocer la historia de su literatura, sus costumbres ni su lengua, sin querer preguntar jamás lo que ignoran á los únicos que les pudieran instruir.

Cuando hablan del teatro español exageran su irregularidad, el espíritu caballeresco que le domina, los caracteres fantásticos, el enredo complicado, los incidentes imposibles de que se componen sus fábulas, escritas, á lo que ellos dicen, con estilo oriental, ditirámico, erizado de metáforas, equívocos y sutilezas, redundante, hinchado, tenebroso, *ampullas et sexquipedalia verba*. Tal es la pintura que hacen de él ; y confundiendo las épocas en razon de su mucha ignorancia, han atribuido y atribuyen á los españoles que hoy viven el mismo depravado gusto que reinaba dos siglos ha. Nos echan en cara nuestra decidida inclinacion á los autos sacramentales, y el placer con que vemos imitados en accion dramática los misterios de la religion, olvidándose de que hace ya setenta años que no se representan tales dramas en ninguno de los teatros de España. Nos citan una comedia de *San Amaro*, cuya accion dura doscientos años, y un auto que acaba con el *Ite missa est* ; y no añaden que no hay un solo español ni extranjero que haya visto jamás en nuestra escena la representacion de tal comedia ni de tal auto.

¿ Qué dirian si juzgásemos el teatro francés por sus antiguas moralidades y sus misterios ? ¿ ó si para apreciar el talento cómico de Moliere les citáramos el saco de Scapin, la trasformacion de M. Jourdain en Mamaouchi, los cuernos de Sganarelle, el aguavá de Trufaldin, la materia copiosa y laudable de Lucinda, las deposiciones de Argante y las jeringas de Pourceaugnac ? ¿ Qué dirian, si callando los aciertos de Goldoni, de Albergati, de Metastasio, de Monti, del terrible Alfieri, nos acordásemos únicamente de los voluntarios desatinos con que infestó el conde Gozzi los teatros de su nacion ? ¿ si no halláramos otros ejemplares que citar que el de *Arlequin tragado por la ballena*, *Arlequin que nace de un huevo*, *el príncipe Taer convertido en piedra*, ó la *Dama serpiente*, piezas no ignoradas, como la de *San Amaro*, no sepultadas en el polvo de las bibliotecas, como nuestros autos, sino repetidas frecuentemente en las principales ciudades de Italia, en donde los que hoy viven han podido verlas no pocas veces ?

Pero no solo dan por supuesto que la escena española permanece en un estravagante desarreglo, sino que se adelantan á negarnos hasta la posibilidad de la enmienda. « Como la comedia tiene por objeto las acciones de personas inferiores y humildes, no siendo esto confor-  
» forme con el carácter altivo de los españoles, puede asegurarse con verdad que la comedia  
» nunca tuvo cabida en España. — Ningun español ha podido sujetar su talento á la unidad de



» lugar. No quieren los españoles salir del teatro conmovidos de ningún afecto de desprecio, de odio ó de amor: les parecería vergonzoso perder en una representación su natural indiferencia. — Como la galantería de los españoles ha sido heredada de los moros, les ha quedado á aquellos un cierto sabor de Africa, de que no han participado las demás naciones. » Esto dice el abate Cuadrio en su *Historia poética*. « La mezcla de bufonesco y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popular agrada estremadamente á los españoles. » Esta observación es del P. Caymo, autor de la obra intitulada *El vago italiano*. « La verdadera comedia no ha sido conocida nunca de los españoles, que no saben reír sin gravedad, ni toleran en el teatro personas vulgares sino acompañadas con los héroes. » Este rasgo de crítica es del abate Bettinelli. « En la comedia aprecian siempre los españoles los enredos de Calderon, Rojas, Moreto y otros autores del mismo género, y durará este aprecio mientras sus fábulas tengan una relación general con las costumbres. — Si en España no se aplican á pintar los caracteres y ridiculeces de la sociedad, que tanto nos agrada en Moliere, consiste en que de algunos siglos á esta parte la sociedad no ha dejado de ser en España lo que antes era. » Esto escribía M. La Harpe en el año de 1797.

¿ Para qué citar mas? El público español, aplaudiendo las comedias de Moratin, responde á tan atropelladas censuras. En España se llama comedia nacional la que pinta costumbres españolas; y el gusto dominante en la Península (como en todo lo restante de Europa) es el de ver copiados en el teatro los originales que se encuentran á cada paso en el trato común. El desarreglo no es nacional, no lo ha sido nunca en ninguna parte, á no suponer que exista una nación de estúpidos, en quienes no produce deleite la imitación de la verdad. El desarreglo es meramente accidental y transeunte en todas partes, con mas ó menos duración. Decir que en España se aprecian las comedias antiguas porque las costumbres no se han mudado, es hablar con tanto desacuerdo como si se tratara de un país remoto y casi desconocido. Precisamente por haberse mudado las costumbres, por no parecerse ya los españoles que hoy viven á los que existieron dos siglos ha, las comedias escritas en aquel tiempo han decaído de la estimación que tuvieron, y desaparecerán del todo á proporción del número de piezas modernas que vaya adquiriendo el teatro. El público español, que tiene por muy nacionales las comedias de Moratin, ha visto en ellas la pintura fiel de nuestros usos y costumbres, de nuestros actuales vicios y errores. Ha visto que un español ha sabido sujetar su carácter altivo á tratar acciones domésticas, reducirlas á las temidas reglas de unidad, y aun algo mas que esto. Ha visto que no hay en sus fábulas personas heroicas, ni mezcla de bufonesco y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popular. Ha visto que en su representación se apasionan los espectadores, lloran ó rien, segun el autor quiso que lo hiciesen, y que no les es posible conservar aquella inmovilidad de estatuas con que el bueno del abate Cuadrio nos caracteriza. Ha visto por último en las citadas piezas la observancia mas rigurosa del arte, unida á muchos de los primores que se admiran en nuestro antiguo teatro, y no se dice que nadie haya percibido en ellas hasta ahora ningún sabor ni resquemano africano, oriental ni francés.

Hubo una época en que algunos jóvenes, mal instruidos en sus primeros estudios, sin conocimiento de la antigua literatura, ignorantes de su propio idioma, negándose al estudio de nuestros versificadores y prosistas (que despreciaron sin leerlos), creyeron hallar en las obras extranjeras toda la instrucción que necesitaban para satisfacer su impaciente deseo de ser autores. Hicieronse poetas, y alteraron la sintaxis y propiedad de su lengua, creyéndola pobre, porque ni la conocían ni la quisieron aprender; sustituyeron á la frase y giro poético, que la es peculiar, locuciones peregrinas é inadmisibles; quitaron á las palabras su acepción legítima, ó las dieron la que tienen en otros idiomas; inventaron á su placer, sin necesidad ni acierto, voces estravagantes que nada significan, formando un lenguaje oscuro y bárbaro, compuesto de arcaísmos, de galicismos y de neologismo ridiculo. Esta novedad halló imitadores, y el daño se propagó con funesta celeridad. Por ellos dijo Capmany: « Estos bastardos españoles confunden la esterilidad de su cabeza con la de su lengua, sentenciando que no hay tal ó tal voz, porque no la hallan. ¿ Y cómo la han de hallar, si no la buscan ni la saben buscar? ¿ Y dónde la han de buscar, si no leen nuestros libros? ¿ Y cómo los han de leer, si los desprecian? ¿ Y no teniendo hecho caudal de su inagotable tesoro, ¿ cómo han de tener á mano las voces de que necesitan? »

A la ignorancia de la lengua se añadió la del arte de componer; falta de plan poético, pobreza de ideas, redundancia de palabras, apóstrofes sin número, destemplado uso de metáforas inconexas ó absurdas, desatinada elección de adjetivos, confusión de estilos, y constante error de creer sencillo lo que es trivial, gracioso lo que es pueril, sublime lo gigantesco, enérgico lo tenebroso y enigmático. A esto añadieron una afectación intolerable de ternura, de filantropía y de filosofismo, que deja en claro el artificio pedantesco, y prueba que tales autores carecieron igualmente de sensibilidad que de doctrina.

Si en las obras sueltas de Moratin no se advierten estravios de igual naturaleza, no por eso pudo lisonjearse de haber llegado á la perfección, que siempre huye del anhelo con que los

hombres la solicitan: nada hay perfecto. Nunca aspiró á la gloria de poeta lírico; pero compuso algunas obras en este género para desahogo de su imaginacion y sus afectos, ó para corresponder agradecido á los que estimaban en algo las producciones de su pluma. Siguió en este ramo de la poesia los mejores ejemplos de la antigua y moderna literatura; cultivó su lengua con aplicacion infatigable; evitó los errores que veia difundirse y aumentarse diariamente, aplaudidos por la ignorancia y la falsa critica; y sostenidos por la autoridad, que contribuyó eficazmente á propagarlos; pero ni desconoció la distancia á que se hallaba del acierto, ni fué tan grande su amor propio que le hiciese olvidar cuán difícil es adquirir en el Parnaso dos coronas (16).

(16) Concluye Moratin este discurso preliminar con la exposicion de sus doctrinas sobre el teatro, y la relacion de los esfuerzos que hizo para nacionalizar las leyes que dieron los antiguos preceptistas, y habian despreciado nuestros ingenios españoles como trabas sobrado embarazosas. Pero al paso que en el catálogo que sigue á este discurso comprende las composiciones dramáticas hasta el año de 1823, ningun juicio emite acerca de las que aparecieron después que él empezó á escribir, tarea que probablemente le repugnaria; supuesto que á la delicadeza de toda cuestion sobre autores contemporáneos, se agregaba la circunstancia de ser todos inferiores á él; por lo cual cualquier critica hubiera tenido el doble viso de rivalidad y de magisterio. En vista del buen éxito que habian logrado las producciones de Moratin, parece que muchos hubieran debido animarse á imitarle, para compartir su gloria. Sin embargo, fueron muy pocos. En la tragedia clásica hicieron tentativas dignas de alabanza Cienfuegos, Quintana y algunos otros. En la comedia aun fué mas escaso el fruto de su ejemplo. Disminuida notablemente la aficion á las comedias antiguas, que eran antes el embeleso del pueblo, para que su representacion no chocara tan de frente con las ideas dominantes, se hicieron de ellas numerosas refundiciones, unas acertadas, otras caprichosas y sin conocimiento. Fuera de esto, los teatros eran abastecidos casi esclusivamente por traducciones francesas, muchas de ellas dadas como originales ó como imitaciones, sin mas artificio que la mudanza de nombres en las personas y en los lugares. Era esto ya tan sabido, que todo autor que daba al público alguna composicion propia, tenia buen cuidado de añadir al título: *comedia original*. La aparicion de una de estas

era un verdadero acontecimiento literario; y desde *El Si de las niñas* hasta *La Hija en casa y la madre en la máscara*, de don Francisco Martinez de la Rosa, representada en 1821, poquísimas novedades ocurrieron dignas de atencion. Después de 1823, en que termina el catálogo, entre los últimos destellos de la escuela clásica que hicieron lucir algunos autores de edad ya provecta, buen número de jóvenes de ardiente imaginacion se arrojaron animosos á la poesia dramática, precedidos de don Manuel Breton de los Herreros, que por la facilidad de su diálogo y por la fecundidad de sus composiciones vino á ser el Scribe español, y señaló el tránsito de una á otra escuela; pues sin apartarse de la sencillez terenciana en sus argumentos, restauró las galas de la rima, que se habian considerado como peligrosas por los reformadores del teatro. Al mismo tiempo se verificó la irrupcion romántica, que relajó la antigua disciplina, ensanchando el campo del ingenio, antes comprimido por la severidad de las tres unidades; y desde entonces tenemos ya un teatro nacional que no debe avergonzarse de entrar en comparaciones, rico en bellezas y bastante sobrio en libertades. No describiremos en este lugar la actual abundancia, ni la pasada escasez. Somos alguna vez comentadores, y no continuadores de las obras de Moratin. Lo que después de él fué el teatro español, lo escribirá mas docta pluma. Sentimos que no lo haya hecho el citado señor Martinez de la Rosa, que concluye su relacion en el tiempo en que se representó el *Café*. «Ponemos (dice) la citada comedia por término en la historia de nuestra dramática, como una de esas piedras que suelen colocarse en los caminos, las cuales señalan á un tiempo la distancia que falta por andar, é indican la senda que debe seguirse.»





# CATALOGO

DE

PIEZAS DRAMATICAS PUBLICADAS EN ESPAÑA DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XVII

HASTA LA EPOCA PRESENTE (1823).

En este catálogo se ha procurado observar, cuanto es posible, el orden cronológico. En él se incluyen las piezas dramáticas de representación ó de música que se han visto en los teatros de España, ó se han publicado impresas desde el principio del siglo xviii hasta la época presente (1).

Las que van señaladas con estas letras A. A., ó son efectivamente anónimos, ó se han colocado en esta clase por no haber tenido el colector noticia de sus autores. Las tragedias van distinguidas con una T, las óperas con una O, las zarzuelas con una Z.

*Don Tomás Genis.* Adquirir para reinar; Triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela.

*Don Rodrigo Pedro de Urrutia.* Rey decretado del cielo.—Astucias de Lucifer.—La Violencia por castigo, y la hermosura por premio.

*Don Juan de Veray y Villarreal.* Felipe V en Italia.—Mujer, ángel y milagro.—El Patron de Salamanca.—La Perla de Cataluña y peñas de Monserrate.—San Juan de Sahagún.—Cuanto cabe en hora y media.—La Corona en tres hermanos.—Mas triunfa el amor rendido.

A. A. Al freir de los huevos.—El rey don Pedro en Lisboa.—Sueños hay que son verdades, y Felipe V en Estremadura.—El Sueño del perro.—Hacer la cuenta sin la huésped. Z.—Ópera escénica á la entrada de la señora doña Luisa Isabel de Borbon, princesa de Asturias.—Los Encantos de Amenon. Z.—El Infante don Carlos en Sicilia, y Felipe V en Sevilla.—Arcas y Calisto. Z.—Los amores de la Aurora. Z.

*Don Francisco Pizarro Piccolomini, marqués de San Juan.* Cinna. T.

*Don Juan Bernardino Rojo.* El Amor correspondido sin poder lograr su centro.

*Don Francisco Gomez de Acosta.* Póngala nombre el discreto.

*Don Melchor Fernandez de Leon.* Conquista de las Molucas.—Los dos mejores hermanos.—El Veneno en la guirralda.—Icaro y Dédalo.—El primer templo de amor.—San

Francisco de Borja.—No hay amor como fingir.—Endimion y Diana.—Los tres mayores prodigios.—San Justo y Pastor.—El Sordo y el Montañés.—Venir el amor al mundo.

*Don Diego de Torres y Villarreal.* El Hospital en que cura amor de amor la locura (2).

*Don Jerónimo Guedeja y Quiroga.* Nuestra Señora de los Reyes.—La Mejor luz de Sevilla.—Si toda la vida es sueño, en el sueño está la muerte, y el Asombro de Palerm.

*Don Francisco Salgado.* Nuestra Señora de la Luz.—Araspes y Pantea. Z.

*Don Antonio Tellez de Acevedo.* Glorias de Jesus cautivo, y Prodigios del rescate.—Los Bandos de Luca y Pisa.—La Margarita del Tajo que dió nombre á Santarén.—Santa Colomba, primera y segunda parte.—El Muerto disimulado.—La Mozuela del sastre, ó No hay disfraz en la nobleza.—La Gracia contra la culpa, y Primer mártir de Cristo.—Dicha y desdicha del juego.—El Peregrino en su patria y milagroso enfermero, san Roque.

*Don Marcos Lanuza.* Las Bédiles. Z.—Celos vencidos de amor.

*Don Pedro Scoti de Agoiz.* Apolo y Leucotoe. Z.—Los Juicios del cielo, no examinarlos y obedecerlos.—Filis y Demofonte. Z.—El Primer blason de Israel.

*Don Antonio de Zamora.* Todo lo vence el amor.—El Hechizado por fuerza.—Mazariegos y Monsalves.—El Custodio de la Hungria, san Juan Capistrano.—La Doncella de Orleans.—Aspides hay basiliscos. Z.—Judas Iscariote.—Por oír misa y dar cebada nunca se perdió jornada.—Cada uno es linaje aparte, y los Mazas de Aragon.—Siempre hay que envidiar amando.—Amar es saber vencer, y el Arte contra el poder.—Columna sobre columna.—Amor es quinto elemento.—El Blason de los Guzmanes, y Defensa de Tarifa.—Con bellezas no hay venganzas.—La Destrucción de Tebas.—Con música, y por amor.—Desprecios vengan desprecios.—La Fe se firma con sangre.—La Honda de David.—Don Bruno de Calahorra.—El Indiano perseguido.—El Lucero de Madrid, san Isidro Labrador.—Duendes son los

(1) Dice la advertencia puesta á la edición primitiva de París, que el presente catálogo comprende cuanto se ha publicado en España en este género en todo el siglo anterior y en los años que van pasados del presente, y que si bien es el mas completo que hasta entonces se habia hecho, admite sin duda, como todas las obras de tal naturaleza, correcciones y aumento. A pesar de esto la Academia de la historia en su edición, en lugar de añadir artículos á la lista, suprimió bastantes por respetos que eran muy poderosos en aquel tiempo, pero que han cesado después. La colección del señor Ochoa siguió á la Academia; pero hemos creído mas propio de la nuestra atenernos al texto reconocido por el autor. Ann quando perteneciéramos á algun partido político, nos despojáramos de él, tratando de recoger documentos para la imparcial historia de la literatura española; y si bien el breve trienio constitucional de 1820 á 1823 produjo poco notable en el género dramático de circunstancias, estamos persuadidos de que esto poco no merece ser examinado, ó siquiera conocido por curiosidad. Sin alterar ni interrumpir el orden que se propuso el autor, citamos por medio de notas los títulos de algunas composiciones que no llegaron á su conocimiento, y el nombre de algunos autores que da por anónimos, y hemos podido averiguar. Estamos muy distantes de creer que con esto quede completo el trabajo; pero habremos facilitado algun tanto el de quien emprenda la historia documentada de nuestro teatro, que según dijimos está todavía por escribir.

Debemos observar que una buena parte de las piezas dramáticas de la segunda mitad del siglo anterior y del primer tercio del actual son traducciones, imitaciones ó refundiciones del teatro francés, por cuyo medio hemos recibido de segunda mano algunos auxilios del alemán.

(2) Don Diego de Torres compuso otras piezas dramáticas de corta extensión que ocupan el tomo ix de la colección de sus obras (Madrid 1795), y al parecer se representaron por aficionados en Salamanca y Leon. Tales son: El Juicio de París y Robo de Elena. Z.—La Armonia en lo insensible y Eneas en Italia. Z.—Baile de la Ronda al uso.—Sainete y baile de negros.—Sainete de los Jitanos.—Sainete de la taberna de la puerta de Villamayor.—Sainete del Valentin.—Sainete de la Peregrina.—Sainete del miserable.—Fiesta de gallos y Estafermo en la Aldegüela.—Diálogo entre un sordo médico y un vecino gangoso.—Y otros intermedios, intróitos y fines de fiesta sin título, ó dedicados á alguna solemnidad doméstica de sus amigos.



alcahuetes, y el Espíritu foeto, primera y segunda parte.—Matarse por no morir.—El Templo vivo de Dios.—La Mística monarquía.—Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con su honor, y Defensa de Cremona.—No muere quien vive en Dios.—Ser fino y no parecerlo.—No hay mal que por bien no venga.—Don Domingo de don Blas.—El Primer Inquisidor, san Pedro mártir.—Quitar de España con honra el feudo de las doncellas.—El Triunfo vivo de Dios.—Viento es la dicha de amor. Z.—Victoria por el amor. Z.

*Don N., conde de Clavijo.* Júpiter y Io. Z.—Celos vencidos de amor.

*A. A. La Elisa.* Z.—El Rapto de Ganimedes. Z.—La Traición necesitada, y Fortuna de Tequeli.—Antes difunta que ajena. Z.—No todo indicio es verdad, Pelope y Laodamia. Z.—Triunfo y error de los celos y el amor. Z.

*Don Tomás de Añorbe y Corregel.* La Virtud vence al destino.—La Tutora de la Iglesia y Doctora de la ley, primera, segunda y tercera parte.—Los Amantes de Salerno.—El Caballero del cielo.—El Duende de Zaragoza.—Cómo luce la lealtad á vista de la traición, ó la Hija del Senescal.—El Daniel de la ley de gracia y Nabuco de la Armenia.—La Encantada Melisendra y Piscator de Toledo.—Júpiter y Danae. Z.—Nulidades del amor.—La Oveja contra el pastor, y tirano Boleslao.—El Paulino. T.—Princesa, ramera y mártir, santa Afra.—El poder de la razón.

*Don Felice Rodríguez de Ledesma.* El Monarca mas prudente.—El Cuchillo de sí mismo.

*Don Juan Salvo y Vela.* El Mágico de Salerno Pedro Vagalarde, primera, segunda, tercera, cuarta y quinta parte.—El Laurel de Apolo.—Tambien hay duelo en los santos.—La Manzana de oro. Z.—San Antonio de Padua.

*Don Diego de Aguayo.* Querer sabiendo querer, y gran reina Trinaeria.

*Don Bernardino José de Reinoso y Quiñones.* Quitar el cordel del cuello es la mas justa venganza, ó el Pobre fundador del hospital mas famoso, el venerable Anton Martín, primera y segun da parte.—La Sacra esposa de Cristo y doctora de su Iglesia, santa Catalina.—El Sol de la fe en Marsella y conversion de la Francia, santa Maria Magdalena, primera y segunda parte.

*Don N., conde de Ararés.* Apolo y Driope. Z.

*Don José de Canizares.* La Boba discreta.—Carlos V sobre Túnez.—Abogar por su ofensor, y baron del Pineli.—Acis y Galatea. Z.—El Asombro de la Francia Marta la Remoratinia, primera, segunda, tercera y cuarta parte.—El Valor como ha de ser.—Las Nuevas armas de amor.—El Asturiano en la corte y músico por amor.—La mas ilustre fregona.—A un tiempo rey y vasallo.—La Viva imagen de Cristo.—Montes afirma el desdén. Z.—El Anillo de Giges, primera, segunda y tercera parte.—La Ventura por la voz.—La Muerta viva, santa Cristina.—Las tres Comedias en mia.—A cual mejor, confesada y confesor.—Tambien por la voz hay dicha.—La mas amada de Cristo, santa Gertrudis la Magua, primera y segunda parte.—Las Amazonas de España.—El Angel del Apocalipsi.—Lo que va de cetro á cetro y crueldad de Inglaterra.—Telémaco y Calipso. Z.—Cuando bien no se ofenderá un desdén.—El Santo niño de la Guardia.—Milagro es hallar verdad.—Angélica y Medoro. Z.—Lo que vale ser devoto de san Antonio de Padua.—El Sol de occidente.—La Invencible castellana.—El Sacrificio de Iligenia, T., primera y segunda parte.—Amor es todo invención.—Si una vez llega á querer ia mas firme es la mujer.—Las Cuentas del Gran Capitan.—Castigar favoreciendo.—Yo me entiendo y Dios me entiende.—No hay con la patria venganzas, y Temistoetes en Persia.—El P. carillo en España.—Un Precipicio con otro.—Clicie y el Sol. Z.—Cumplirá un tiempo quien ama con su Dios y con su dama.—El Principe don Carlos.—El Prodigio de la Sagra.—De leve chispa gran fuego.—Por acrisolar su honor competidor hijo y padre.—El Pleito de Hernan Cortés con

Pánfilo de Narvaez.—De comedia no se trate, allá va ese disparate.—Ponerse hábito sin pruebas, y guapo Julian Romero.—Don Juan de Espina en Madrid.—Don Juan de Espina en Milan.—El Rey Enrique el Enfermo.—Cuál enemigo es mayor, el destino ó el amor.—La Hazaña mayor de Alcides.—El Dómine Lucas.—De los encantos de amor la música es el mayor, y el Montañés en la corte.—Hasta lo insensible adora.—Apolo y Climene. Z.—El imposible mayor en amor le vence amor.—El Cantero de Constantinopla.—El Honor da entendimiento y el mas boho sabe mas.—Santa Francisca Romana.—La Heroica Antonia Garcia.—Fieras afemina amor.—El estrago en la fineza.—Sin caridad no hay fortuna.—El Monstruo Napolitano ó el error y el escarnimiento.—Santa Brigida.—Fortuna te dé Dios, hijo.—San Vicente Ferrer, primera y segunda parte.—El Dichoso Bandolero.—Santa Juana de la Cruz.—La Vida del gran tacaño.—La Señora Mariperez.—La Banda de Castilla, y privado perseguido.—Pedro Urdenalias.

*Don Francisco Scoti de Agoiz.* Las Hazañas de Juan de Arévalo.—El Valor nunca vencido.—El Triunfo mayor de Alcides.

*Don N., conde de las Torres.* Decio y Araclea. Z.

*Juan Hidalgo.* El Monstruo de Barcelona.—Muzárabes de Toledo.—El Niño Dios en Egipto, y mas dichoso ladrón.

*Don Luis de Oviedo.* Los sucesos de tres horas.

*Don Juan de Benavides.* Apolo y Dafne. Z.—El Marte español.—Nuestra Señora del Mar.

*Fr. Juan de la Concepcion.* Guerra y paz de las estrellas.

*Don Eugenio Gerardo Lobo.* El mas justo rey de Grecia.—Los Mártires de Toledo y Tejedor Palomeque (3).

*Vicente Guerrero.* El Valiente Negro en Flandes, segunda parte.

*Marcos de Castro.* Disparates concertados dicen bien en todo tiempo.

A. A. Armida aplacada. O.—Angélica y Medoro. O.—El Vellon de oro. O.—Polifemo y Galatea.—Artajerjes. O.—Demofonte. O.—Demetrio. O.—Dido abandonada. O.—Siroe. O.—Niteti. O.—El Rey pastor. O.—Adriano en Siria. O.—Semiramis reconocida. O.—El Héroe de la China. O., etc.

*Don Ignacio de Luzán.* La Razon contra la moda.—La Clemencia de Tito. O. (4).

*Don Juan de Trigueros.* Británico. T. (5).

*Don Agustín de Montiano y Luyando.* Virginia. T.—Ataulfo. T.

*Don Eugenio de Llaguno y Amtola.* Atalia. T.

*Don Antonio Merano y Guzman.* En vano el poder persigue á quien la deidad protege, y mágico Apolonio.

*Don Manuel Daniel Delgado.* Cómo se engañan los celos.

*Don Antonio Camacho y Martínez.* Vida y muerte de Thamas Kaufikan.

*Don José de Lobera y Mendieta.* La Mujer mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la V. O. T. de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo.—Sin el oro pierde amor imperio, lustre y valor.

*Don Nicolas Gonzalez Martinez.* La tragedia anunciada es menor sucedida que esperada.—Dar honor el hijo al padre, y al hijo una ilustre madre.—Santo, esclavo y rey á un tiempo.

(3) Don Eugenio Gerardo Lobo escribió tambien una loa titulada: El Triunfo de las mujeres, que se halla entre sus obras ( Pamplona, 1723).

(4) Don Ignacio de Luzán tradujo en verso el Artajerjes de Metastasio pero no lo imprimió; y una comedia italiana, llamada las Ceremonias de Aurelia. En 1712 compuso, hallándose en Monzon, una comedia, la Virtud coronada, para representarse en la casa de ayuntamiento. (La casa, Biblioteca nueva de escrituras aragonesas, tomo v.).

(5) Esta traduccion con un estenso prólogo se publicó en 1732 con anagrama de don Saturno de Iguen.



*Don Manuel de Iparraquirre.* El Enfermo imaginario.—El Avariato.

*Don Antonio Frumento.* Sastre, rey y reo á un tiempo, ó el Sastre de Astracan.—En vano es querer venganzas cuando amor pasiones vence.—Lances de amor, desdén y celos.

*Don José Fernandez Bustamante.* Al andar fortuna ayuda.—Al poder la ciencia vence.—No siempre el destino vence, si en su imperio amor domina, y Príncipes encubiertos.—El Sol de la fe en su oriente, y conversión de Irlanda.—En la mayor perfeccion se encuentra el mejor estado, santa Catalina de Bolonia.—Azote de la herejía y espejo de la virtud, san Jacome de la Marca.—Celos, aun imaginados, conducen al precipicio, y mágico Diego de Triana.—El asombro de Arjel, y mágico Mahomad.

*Don Antonio Pablo Fernandez.* El Angel lego y pastor, san Pascual Bailon.—Los dos amantes mas finos, Piramo y Tisbe.—La Prudencia en la niñez.

*Don Ramon de Arellano y Cruz.* Antorcha del querer bien, y venturas de Himeneo.

*Don Francisco Sierra.* Convertirse un gran pesar en la mayor alegría.

*Don José Benegasi y Luzán.* Lláménla como la llamen.  
*Don Eusebio Ruiz Ruiz.* No hay artes contra el amor, y antes que todo es mi sangre.

*Don Fernando Jugazis Pilotos.* Combates de amor y ley. T. (6).

*Don Lucas Merino y Solares.* El Muerto resucitado.

*Don Manuel Vela.* Casarse por golosina.

*Don Manuel Lassala.* José descubierto á sus hermanos. T.—Don Sancho Abarca. T.

*Don Antonio Gonzalez de Leon.* El hijo de Ulises.

*Don Nicolas Fernandez de Moratin.* La Petimetra.—Lucrecia. T.—Hormesinda. T.—Guzman el Bueno. T.

*Don José Cadahalso.* Don Sancho García. T.

*Don José Clavijo y Fajardo.* La Feria de Valdemoro. Z.—Andrómaca. T.—El Heredero universal.—El Vanaglorioso.—Beltau en el serrallo.

*Don Pablo Olavide.* Celmira. T.—Hipermenestra. T.—El desertor francés.

*Don Gaspar de Jovellanos.* El Delincuente honrado.—Muniza. T.

*Don Ignacio Lopez de Ayala.* Numancia destruida. T.

*Don Juan Lopez Sedano.* Jahel. T.—El Misántropo.

*Don Antonio Bazo.* La Criada mas leal.—Los tres mayores prodigios en tres distintas edades, y origen carmelitano.—El Hijo de sus obras, y empeños de una banda.—El Pródigo.—Merope y Polifonte.—El Caballero y la Dama.—El Celoso avaro.—La Verdad en el engaño.—Sacrificar el afecto en las aras del honor es el mas heroico amor, Cleonice y Demetrio.—La Piedad de un hijo vence la impiedad de un padre, y real jura de Artajerjes.—Paz de Artajerjes con Grecia.

*Don Tomás Sebastian y Latre.* Británico. T.—El Parecido.—Progne y Filomena. T.

A. A. Filoctetes. T.—Los dos dias finos amantes desgraciados por amor, ó victimas de la infidelidad.—Hallazgo, paz y privanza.—Nobleza de un fiel amigo, y premio de la traicion.—Riesgo, esclavitud, disfraz, ventura, acaso y deidad.—La Majestad en la aldea. Z.—Por socorrer á una madre, venderse un hijo al suplicio.—Entre el honor y el amor, el honor es lo primero.—Amor destrona monarcas, y rey muerto por amor.—Dar ser á su propio ser, ó el Osman.—El Padre de familia. 7).—Gianguir. T.—Mal genio y buen corazon.—No hay mudanza ni ambicion donde hay verdadero amor, ó el Rey pastor.

(6) Parece anagrama de don Juan Francisco del Posligo, que hizo una traduccion de la *Zaira* de Voltaire en el año de 1765. (Véase el prólogo de la *Jaira* de Huerta.)

(7) Del Padre de familia, de Diderot, hizo una traduccion el marqués de los Palacios, otra don Francisco Rodriguez de Ledesma, y ultimamente otra don Juan de Estrada.

*Don Francisco Mariano Nifo.* El Juicio de una mujer hace al marido discreto.—La Casa de moda.—Ipsipile y Jason.—Dios protege la inocencia, Elvira reina de Navarra.—No hay en amor fineza mas constante, que dejar por amor su mismo amante, ó la Nineti.

*Don Joaquín de San Pedro.* El Enfermo imaginario.

D. F. T. R. Siempre triunfa la inocencia.

*Don Vicente García de la Huerta.* Lisi desdeñosa, ó el Bosque del Pardo.—Raquel. T.—Agamenon vengado. T. La Fe triunfante del amor y cetro, ó la Jaira. T.

*José Valles.* Propio es de hombres sin honor pensar mal y hablar peor.—El mas temido andaluz.—La Margarita.—No hay fiera mas irritada que una mujer indignada.

*Don Enrique Ramos.* El Guzman. T.

*Don Narciso Solano y Lobo.* La Amazona de Mongat y Aventuras de Tequeli.—Merecer por sí la suerte quien por sí la desmerece.—El Job de la ley de degradación.—Premios son venganzas de amor.

A. A. El Tambor nocturno.—Clelia triunfante en Roma.—La Buena Nueva.—Zaira. T.—La Criada mas sagaz.—Meroe. T.—La Esposa persiana.—El Jugador.—Agamenon. T.—Siroe. T.—La Escuela de las madres.—La Enferma por amor.—Pamela, primera y segunda parte.—El Mágico Federico.—Witing. T.—Hamlet, rey de Dinamarca. T. (8).—Ester. T.—A un tiempo esclavo y señor, y mágico africano.—Fedra. T.—No hay traidores sin castigo ni lealtad sin lograr premio, Mecencio y Flaminio en Roma. T.

*Don N. Mello.* (9). Entre los riesgos de amor sostenerse con honor, ó la Laureta.

*Don N. Martínez* (10). Gustavo Adolfo, rey de Suecia.  
*Don Antonio Rezano.* Acrisolar el dolor con el mas filial amor.

*Don N. Moron* (11). Buen Amante y buen Amigo.

*Don N. Maldonado* (12). Triunfos de lealtad y amor, ó la Cleonice.

*Don N. Ripoll.* Cegar al rigor del hierro.—Antídoto de la Grecia.—Ingenio y representante, san Ginés y san Claudio.—Beltau aparente.

*Don Bruno Solo y Zaldivar.* Triunfo de amor y lealtad, y traidor en la apariencia.—Por cumplir una palabra deramar su propia sangre.—La Bella Pastora y ciudadana en el monte.—Los Impacientes chasquados y burladora burlada.—El Parecido en el trono, y Traicion por la venganza.—El hombre busca su estrago, anuncia el castigo el cielo, y pierde vida é imperio, Focas y Mauricio.

*Don José Cumplido.* Al amor de madre no hay afecto que le iguale, ó la Andrómaca.

*Don N. Carrillo* (13). Tambien lidia una mujer con otra mujer por celos.

*Don Manuel Fernin de Laviano.* La afrenta del Cid vengada.—El Godo rey Leovigildo, y vencido vencedor.—Morir por la patria es gloria, y Atenas restaurada.—La defensa de Sevilla por el valor de los godos.—Al deshonor heredado vence el honor adquirido.—Los Pardos de Aragon.—El Sol de España en su oriente, y toledano Moisés.—Triunfos de valor y honor en la corte de Rodrigo.—La Suegra y la Nuera.—El Pretendiente y la Mujer virtuosa.—La Inútil Precaucion y Barbero de Sevilla.—El Reo inocente.—Sigerico, primer rey de los godos.—La Española comandante.—La Viuda indiferente, y esquiteo de Castilla.—El Tirano Gunderico.—La Terna de Sepúlveda por el conde Fernan Gonzalez.—La Bella Guayanesa.—La Restauracion de Madrid.—Valor y honor de Otoniel.—La Buena Casada.—El verdadero heroismo está en vencerse á sí mismo.

(8) ¿Será la traduccion del Hamlet de Duels, que hizo don Ramon de la Cruz dándole el nombre de *Hamlet*?

(9) Es probablemente errata por Nadama Abello.

(10) Es don Juan Manuel Martinez.

(11) Es doña Isabel Maria Moron.

(12) Es don Francisco Jares Maldonado.

(13) Es don Bernardo Vicente Lobon y Carrillo.



*Don Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla.* Quien complace á la deidad acierta á sacrificar. — Briseida. Z. — El Prado viejo por la noche. — El Niño y la Niña. — La Pragmática, primera y segunda parte. — La Prueba feliz. — Eugenia. — La Escocesa. — Portentosos efectos de la naturaleza. — El Ensayo con empeño. — El Veneno fingido. — Las Mujeres defendidas. — Los Payos en la corte. — Mas puede el hombre que amor, ó querer á dos y ser firme. — Las Superfluidades. — Las Señorías de moda. — La Tornaboda en ayunas. — El Baile de repente. — El Casero burlado. — La Fiesta de pólvora. — Danzantes sin tamboril. — Los Abates vengados. — La Fuerza de la lealtad. — La Presumida burlada. — En casa de nadie no se meta nadie, ó el Buen marido. Z. — El Alcalde contra amor. — El Espejo de las modas. — El Barbero. — La Civilización. — Las Botellas del olvido. — El Marido discreto. — La Oposición á cortejo. — El Fénix de los hijos. — Los Baños inútiles. — La Casa de los linajes. — Las Máscaras de la aldea. — La Indiana. — La Embarazada ridicula. — El Fandango de candelil. — El Duende. — La Hosteria del buen gusto. — Las Labradoras de Murcia. Z. — La Falsa devota. — Talestris, reina de Egipto. T. — Las Petimetras. — Resultados de los saraes. — Los Convalecientes. — La Mesonerilla. Z. — Doncella, viuda y casada. — Los Propósitos de las mujeres. — La Noche buena en el monte. — El Pretendiente hablador. — El Italiano fingido. — El Chico y la Chica. — El Amigo de todos. — El Baile sin mescolanza. — El Padrino y el Pretendiente. — Los Maridos engañados y desengañados. — El Labrador y el Usia. — La Comedia de Valmojado. — La Giganta en Madrid. — El Divorcio feliz, ó la Marquesita. — Juanito y Juanita. — Los Destinos errados. — El Tordo hablador. — Los Hombres con juicio. — El Licenciado Farfulla. Z. — El Deseo de seguidillas. — Inesilla la de Pinto. — El Heredero loco. — La Señorita displicente. — El Cortejo escarmentado. — El Alcalde boca de verdades. — La Olimpiada. — Ramos de huésped. — Las Zagalas del Genil. Z. — Los Pobres con mujer rica, ó el Picapedrero. — El Porqué de las tertulias. — El Diabolo autor aburrido. — Los Fastidiosos. — La Amistad, ó el Buen Amigo. — El Refunfuñador. — La Tertulia de la estufa. — La Enferma de mal de boda. — Clementina. Z. — La Comedia casera. — El Almacén de novias. — La Feria de la Fortuna. — El Tio y la Tia. Z. — Las Tres Graciosas. — Los Payes y los soldados. — La Devocion engañosa. — La Merienda á escote. — La Isla de amor. Z. — La Centinela. — El Sombrerito. — Las Frieoleras. — La Espigadera, primera y segunda parte. — El Abate Diente agudo. — Los Gigantones. — El Maestro de la niña. Z. — Los Picos de oro. — El Petimetre. — El Severo Dictador y vencedor delincuente, Lucio Papirio y Quinto Fabio. — La Comedia de carpinteros. — El Premio de las doncellas. — Los Segadores festivos. — El tio Tuétano. — Los Payos hechizados. — La Orquesta femenina. — El Marido sofocado. — Los Criados simples. — La Retreta. — Las Segadoras de Vallecas. Z. — El Mercader vendido. — La Maja majada. — La Discreta y la Boba. — El Dia de campo, primera y segunda parte. — Manolo. — Las Majas en el ensayo. — La plaza Mayor de Madrid por Navidad. — Los Abates y las Majas. — El Hospital de los tontos. — Bayaceto. T. — Los Novios espantados. — Las dos Viuditas. — El Casado por fuerza. — El Estranjero. Z. — El Mal de la niña. — Los Cazadores de lindas. — El Hablador. — Fineza de los ausentes. — Garzon fingido. — Músicos y danzantes. — La Fantasma. — El Careo de los majos. — La Escuela. — Las Damas apuradas. — Zara. — Donde las dan las toman, ó los Zapateros y el Renegado. — Los Vaqueros de Aranjuez. — La Comedia de Maravillas. — La Bella Criada. — La Falsa devocion. — La Chupa bordada. — El Espejo de los padres. — Los Volatines pesados. — La Academia del Ocio. — El Caballero don Chisme. — La Isla desierta. — El Enemigo de las mujeres. — El Filósofo aldeano. Z. — El Pollo. — Las Castañeras picadas. — Chiribitas el Yesero. — El No. — Monsieur Corneta, ó el Cochero Simon. — El Meson por Navidad. — Las Mahonesas. — Don So-

plado. — La Sosa. — La Viuda hipócrita. — El Sarao. — El Reverso del Sarao. — La Molinera espantada. — Celinda. T. — Los Cuatro Barrios. — El Cortejo fastidioso. — Las Calce-terras. — El Sueño. — El Retrato hablador. — El Nacimiento á lo vivo. — Los Hombres solos. — Las Tertulias de Madrid. — Los Viejos verdes. — Sesostris, rey de Egipto. T. — El Teatro por dentro. — Ecio triunfante en Roma. T. — Los dos Libritos. — La Critica. — La Visita de duelo. — El Agente de sus negocios. — Los Escríptulos de las damas. — La Academia de música. — El Majo de repente. — El Triunfo del interés. — Las Fiestas útiles. — Los Hijos de la paz. — Los Impulsos del placer. — La Petra y la Juana, ó el Casero prudente. — El Alcalde limosnero. — El Ensayo casero, primera y segunda parte. — La Viuda burlada. — El Café extranjero. — Las Amazonas modernas. — El Gracioso picado. — El Hijo de vecino. — El Abaniquero. — La Bella Madre. — La Funcion completa. — La Botilleria. — El Chasco de las arracadas. — Los Majos vencidos. — Cayo Fabricio. — Tres, y de las tres ninguna. — El Pleito del pastor. — La Música á oscuras. — Las Señoras forasteras. — El Retrato. — Cenobia. — Las Piedras de san Isidro. — Poner la escala para otro. — El Médico y los Cautivos. — Las Máscaras de Madrid. — El Hospital de la moda. — La Capilla de cómicos. — Las Foncarraleras. Z. — El Burlador burlado. — Las Buenas vecinas. — La Despedida. — El Forastero prudente. — El Entierro de la compañía de Ribera. — Las Escofieteras. — Los Cómicos en Arjel. — El Aderezo bien pagado. — El Caballero de Mediuia. — El Buñuelo. — La avaricia castigada, y los Segundones. — La Vispera de San Pedro. — El Rey Pastor. — El Tio Felipe, primera y segunda parte. — El Rastro por la mañana. — El Casamiento desigual, ó los Butibambas y Mucibarrenas. — Los Payos en el ensayo. — El Padre indulgente. — El Maestro de rondar. — Las Presumidas burladas. — Oposicion á sacristán. — Las Pescadoras. Z. — La Pradera de San Isidro. — El Novio rifado. — Las Majas vengativas. — El Peluquero, primera, segunda y tercera parte. — La Noche de San Juan. — La Noche de San Pedro. — La Venganza del Verdillo. — Los Ociosos, etc. (14).

*Don Cándido Maria Triguero.* Buena Esposa y mejor Hija, la Necepsis. T. — Egilona. T. — El Precipitado. — Duendes hay, señor don Gil. — Los Menestrales.

*Don Tomás de Iriarte.* Hacer que hacemos. — El Mercader de Smirna. — El Amante despedido. — El Malgastador. — El Aprensivo. — La Pupila juiciosa. — El Mal Hombre. — La Escocesa. — El Filósofo casado. — El Huérfano inglés, ó el Ebanista. — El Huérfano de la China. T. — Guzman. — La Libreria. — El Señorito mimado. — El Don de gentes. — La Señorita mal criada.

*Don Leandro Fernandez de Moratin.* El Viejo y la Niña. — La Comedia Nueva. — Hamlet. T. — El Baron. — La Mojigata. — El Si de las niñas. — La Escuela de los Maridos. — El Médico á palos.

*Don Juan Melendez Valdés.* Las bodas de Camacho.

*Don Cristóbal Maria Cortés.* La Casa sobre el buen tono. — Athaulpa. T. — Eponina. T.

*Don José Sedano.* La Posadera feliz, ó el Enemigo de mujeres. — La Pasion ciega á los hombres. — Silesia. T.

*Don N. Iunza.* Lidar amor y poder hasta llegar á vencer, y Seleuco, rey de Siria.

*Don Juan Climaco Salazar.* Mardoqueo. T.

*Don N. Tudó (15).* La Mujer hourada.

A. A. La Constancia española y Sitio de Calahorra. — Troya abrasada. T. — Mitridates. T. — La Restauracion de Orán. — Berenice en Tesalónica. — La Viuda gaditana. — Don Rodrigo de Vivar. — Cuál es afecto mayor, ó el Triunfo de Tomiris. — Temistocles. T. — Zaida. T. — Guillermo de Hanau. T. — Jerjes. T. — Jonatás. T. — Beverley ó el Jugador

(14) Don Ramon de la Cruz compuso otros muchos sainetes, unos inéditos y otros recopilados, entre ellos el Calderero y la vecindad, que Moratin coloca entre los anónimos.

(15) Es don Juan Francisco Tudó.



inglés.—Razon, justicia y honor triunfan del mayor valor, ó Alejandro en Scútaro.—Kaulikan, rey de Persia.

*Don Diego Rejon de Silva.* Gabriela de Vergi. T.

*Don Pedro Perez de Guzman, duque de Medinasidonia.* Ifigenia. T.—Hernan Cortés. T.

*Don Vicente Camacho.* Demetrio en Siria.

*Don Lorenzo de Villarroel, marqués de Palacios.* Ana Bolena. T.—El Duque de Alburquerque. T.—El Conde de Garcisánchez. T.—Hernan Cortés. T.—El Conde de Soré. T.—Artabano. T.—Abdolomino. T.—Alejandro el Noble. T.—Ana de Cleves. T.—El Duque de Somerset. T.—Semiramis. T.—Apocouque. T.

*Don Juan Pablo Forner.* El Filósofo enamorado, ó la Escuela de la amistad.

*Don Alvaro María Guerrero.* El Hidalgo tramposo.

*Don Juan Pison y Vargas.* El Rutzvanscadt, ó el Quijote trágico.

*Don Ignacio García Malo.* Doña María Pacheco. T.—El Demofonte.—Coriolano. O.

*Don José Joaquín Mazuelo.* Sofonisba. T.

*Don Lorenzo Daniel y Don Alonso Antonio Cuadrado.* La Toma de San Felipe por las armas españolas.

*Don Alonso Antonio Cuadrado.* El Valor de las Murcias contra lunas africanas.

*Doña N., condesa del Carpio.* La Aya francesa.

*Fermin del Rey.* Defensa de Barcelona por la mas fuerte amazona.—La Enemistad mas cruel por suerte, amor y venganza.—La Fiel Pastorcita y Tirano del castillo.—La Viuda generosa.—Caprichos de Amor y Celos.—El Prisionero de Guerra, ó un curioso accidente.—La Buena criada.—La Faustina.—Polixena.—Anfriso y Belarda, ó el Amor sencillito.—Hernan Cortés en Tabasco.—La Modesta Labradoradora.—Areo, rey de Armenia, ó la Eli-cene.

*Don N. Villaverde* (16). Zoraida, reina de Tunez.—Alfonso VIII en Alarcos.—El Bastardo de Suecia.

A. A. El Criado de dos amos.—Ariadna abandonada en Naxos.—La Mujer variable.—El Comerciante inglés.—Telémaco (17).—El Tirano de Lombardia.—Esmaltes del honor, virtud, lealtad y valor, ó la Esposa fiel.—Cosroas y Heraclio.—El médico supuesto.—Alexis.—Los Juegos olímpicos.—Avelino, ó el Gran Bandido.—Lina. T.—La Virtud en la indigencia.—El Calderero y la vecindad.—La Madre engañada.—Amalia, ó la Ilustre camarerita. O.—El Mágico de Candahar.—Union del reino de Aragon con el condado de Barcelona.—A falta de hechiceros lo quieren ser los gallegos (18).—El Faeton.—Los Desgraciados felices, ó Acmet el Magnánimo.—El Optimista.

*Don Domingo Botti.* El Logrero, etc. (19).

*Luis Moncin.* De dos enemigos hace el amor dos amigos.—El Triunfo de las Roncalesas.—El Viejo impertinente.—La Virtud premiada, ó el verdadero buen hijo.—De un acaso nacen muchos.—Quedar triunfante el rendido y vencido el vencedor, Codro el ateniense.—El Queso de Casilda.—Cómo ha de ser la amistad.—Herir por los mismos hilos.—Amistad, Lealtad y Amor saben vencer el rigor.—El Feliz Encuentro.—La Buena Madrastra.—El Castigo en la traicion y triunfante el perseguido.—La Restauracion de Astorga.—Crueldad y sinrazon vencen astucia y valor, ó Maxencio y Constantino.—El Embustero engañado.—Olimpia y Nicandro.—Lograr el mayor imperio por un feliz desengaño.—Para averiguar verdades el tiempo el mejor testigo, ó el Hijo de cuatro padres.—Sertorio el Magnánimo.—Los Esposos reunidos.—La dicha viene cuando no se aguarda.—Un Montañés sabe bien dónde el zapato le aprieta.—Persecuciones y dichas de Raimundo

y Mariana.—Hallar en su misma sangre el castigo y el baldon y crueldad de Mitridates.—La mas heroica piedad mas noblemente pagada, y el Elector de Sajonia.—El Asturiano en Madrid y Observador instruido.—Hechos heroicos y nobles del valor godo español.—La mujer mas vengativa por unos injustos celos, etc.

*Don N. Ramonell.* La Conquista de Mallorca.

*Don Pedro Estala.* El Pluto.—Edipo Tirano. T.

*Don Mariano Luis de Urquijo.* La Muerte de César. T.

*José Concha.* La Desgraciada hermosura doña Inés de Castro.—El Matrimonio por razon de estado.—Narsetes. T.—Antes que todo es el rey.—El honor mas combatido, y crueldades de Neron.—La Nuera sagaz.—El mas heroico español.—Mustafá. T.—La Pérdida de España.—La Restauracion de España.—Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y natural vizcaino.—A España dieron blason las Asturias y Leon, triunfos de don Pelayo.—Ciro, principe de Persia.—La Inocencia triunfante.—Premia el cielo con amor de Cataluña el valor, y glorias de Barcelona.—Orestes. T.—El Rencor mas inhumano de un pecho alevé y tirano, y Condesa Jenovitz.

*Don José Ortiz y Sanz.* Orestes en Sciro. T.

*Antonio Robles.* Blanca y Guiscardo.—Manlio Capitolino. T.—Gustavo Wasa. T.—Ifigenia en Tauris. T.—Scipion en Cartagena.—El Mudo.

*Don Antonio Valladares y Sotomayor.* A Suegro irritado Nuera prudente.—El Francés generoso.—A diluvios, de desdenes cura tempestad de celos.—El Encanto por amor.—Faltar á padre y amante por obedecer al rey, ó la Etrea.—A gran mal gran resistencia.—El Hombre singular.—La Enriqueta.—La Escuela de las mujeres.—El Desafio feliz.—Este es el mayor placer que el hombre puede tener.—El Amigo verdadero.—La Elmira.—De la mas fiera crueldad sabe triunfar la virtud.—Curar los males de amor es la fisica mayor.—Constantino y Fausta.—Buscar el mayor peligro y hallar la mayor fortuna.—Atis y Erinice.—El Católico Recaredo.—El Conde Wervich.—El Dichoso por la suerte y tambien por la eleccion.—El Comerciante de Burdeos.—Rufino y Auiceta.—El Culpado sin delito.—Amarse sin verse.—Adelaida, reina de Francia.—Beneficios reiterados con ingratitud pagados.—El Capitán y el Alferez ó la Simple discreta.—De la sepultura al trono.—El engaño amoroso.—Castigar con la fineza.—De fieras hace amor hombres.—Samir y Dircea.—El Vasallo Rey.—Los dos famosos Manchegos, y Máscaras de Madrid.—Las cuatro Naciones, ó la Viuda sutil.—La Posada feliz.—El Usurero celoso.—Sidney y Wolsan.—La Maleta.—El Preso por amor, ó el Real Encuentro.—Obsequiar y aborrecer.—Las Vivanderas ilustres.—Nunca el rencor vencer puede adonde milita amor.—El Vinatero de Madrid.—Trápala y Tramoya.—Los Acasos de una noche.—No hay solio como el honor.—Los Maragatos de Astorga.—No hay cosa que no se sepa.—El Trapero de Madrid.—Cuál mas obligacion es, la de padre ó la de juez.—La Noche critica.—El Miliciano.—Lealtad, Traicion é Inocencia, ó Sifiro y Etolia.—Los Tios y los Sobrinos.—El Matrimonio deshecho.—Quien no pretende no alcanza.—El Rey es primero.—Efectos de la virtud y consecuencias del vicio.—La Fundacion de Madrid, por Manto y Ocho Bianor.—El Grito de la naturaleza.—Saber premiar la inocencia y castigar la traicion.—Los Huérfanos.—La sangre sin fuego hierve.—La Amistad mas bien pagada.—El Marido de su hija.—El Tutor celoso.—Despreciar una corona.—La Virtud premiada.—El Baron de Sinflock.—Las Máximas de un buen padre para hacer bueno á un mal hijo.—El Príncipe de Condé.—Hoy don Juan y ayer don Diego.—La Isabela de Plimout.—El Laomedonte.—El Hombre mordaz.—Los Jardineros amantes.—La Magdalena cautiva.—El Fabricante de paños.—Los Hermanos fingidos.—El Mentor.—Los Criados embusteros.—Esceder en heroismo la mujer al héroe mismo, ó la Emilia.—Guzman el Bueno, gober-

(16) Es don José Villaverde Fernandez.

(17) El Telémaco es de don Dionisio Solís.

(18) Esta comedia de magia es de don Nicolás Fernandez Martínez.

(19) Tradujo tambien la comedia el Escultor y el ciego, que se halla entre las anónimas.



nador de Tarifa.—Saber del mayor peligro triunfar sola una mujer, ó la Elvira.—El Emperador Alberto, ó la Adclina, primera y segunda parte.—El Galeote cautivo.—Defensa de la Coruña por la heroica Maria Pita.—El Carbonero de Londres.—A una grande heroicidad pagar con otras mas grande.—La Dicha por un delito.—Eduardo III.—Cautelas contra linezas.—Las Buenas costumbres.—Damon y Roselia.—El Mágico de Astracan.—Eduardo IV.—El sitio de Landau.—El Mágico del Mogol.—Etolia y Menope.—Empeños de un abanico.—Por esposa y trono á un tiempo, y Mágico de Servan.—Eduardo VIII.—La Amistad es lo primero.—El Mágico por amor.—Ejilona, viuda del rey don Rodrigo.—El Enfermo por amor.—Conseguir sin pretender.—El Degradado.—Espártaco en Roma.—Eufrosina.—Otro segundo Faeton tambien roto en Valdemoro.

*Don N. Rodriguez.* El Feliz hallazgo, ó el Abate mas astuto.

*Don Bernardo Maria de Calzada.* La Subordinacion militar.—Caton en Utica. T.—Motezuma. T.—Alcira. T.—El Hijo natural.

*Don Agustin de Silva, conde-duque de Aliaga.* Las Troyanas. T.—El Sofá.

*D. N. Menchero* (20). Brahen Ben-Ali. T.

*Don Francisco Messeguer.* El Chismoso.

*Don Francisco Durán.* La Industriosa Madrileña, y Fabricante de Olot.

A. A. Los Amantes engañados, ó los Falsos Recelos.—El Delirio, ó las Consecuencias de un vicio. O. (24).—Matilde de Orleim.—Los Amantes generosos.—El Sacrificio de Isaac. O.—El fruto de un mal consejo contra el mismo que le da.—La Merienda de horterillas.—Los Titeres, ó lo que es el mundo (22).—Ricardo corazon de Leon. O.—Los peligros de la corte.—Juanito y Rosita.—El Joven Carlos.—Las dos Hermanas.—Los Viajes del emperador Sigismundo, ó el Escultor y el Ciego.—El Reloj de madera. O.—Las Minas de Polonia (25).—Una hora de ausencia.—Los forasteros en Madrid.—El Molino de Kléber.—El hombre de la Selva Negra, ó el Picaro honrado (24).—Las Esposas vengadas.—Idomeneo. O.—El Sordo en la posada (25).—La Andria (26).—Las Ruinas de Babilonia.—Los Palos deseados (27).—Las Carceles de Lamberg.—La Madrastra.—La escuela de los plebeyos.

*Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos.* Las Hermanas generosas.—Idomeneo. T.—Zoraida. T.—La Condesa de Castilla. T.—Pitaco. T.

*Don Luciano Francisco Comella.* Catalina II, emperatriz de Rusia.—Catalina II en Cronstad.—Federico II, rey de Prusia.—Federico II en el campo de Torgau.—Federico II en Glatz.—La Jacoba.—La Cecilia, primera y segunda parte.—El Pueblo feliz.—Luis XIV el Grande.—La Buena Esposa.—El Abuelo y la Nieta.—El Buen Hijo, ó Maria Teresa de Austria.—Ino y Temisto. T.—El Buen Labrador.—Maria Teresa de Austria en Landau.—El Error y el Honor.—La Escoesa de Lambrun.—El Tirano Gesler.—El Casado avergonzado.—El Tirano de Grmuz.—Doña Inés de Castro.—Los Esclavos felices.—La Dama desengañada.—La Cifra. O.—El Hijo reconocido.—Ino y Neifile.—La Isabela. O.—La Moscovita sensible.—La Novia impaciente.—Doña Berenguela.—La Dama sutil.—Los Dos Amigos.—El Hombre agradecido.—El Estatuario griego.—El Dichoso arrepentimiento.—El Engaño desengañado.—El Sitio de Calés.—Los Falsos Hombres de bien.—El Ayo de su hijo.—El Fénix de las mujeres, ó la Al-

ceste.—La Escuela de los celosos. O.—El Hombre de bien.—Natalia y Carolina.—La Familia indigente.—La Judit castellana.—Asdrubal. T.—Los Amantes de Teruel.—El mayor rival de Roma, Viriato. T.—La Razon todo lo vence.—Siquis y Cupido.—El Ardido militar.—Los Hijos de Nadasti.—El Hombre singular, ó Isabel I de Rusia.—Cadna y Sinoris.—Nina, ó la Loca por amor. O.—El Fénix de los criados, ó Maria Teresa de Austria.—Los Amigos del dia.—El Matrimonio secreto. O.—Cristóbal Colon.—Pedro el Grande, czar de Moscovia.—Séneca y Paulina.—Andrómaca.—El Avaro.—Alejandro en Oxidraca.—Los Amores del conde de Cominges.—El Indolente.—Las Lágrimas de una Viuda.—La Enferma fingida por amor. O.—El Negro sensible.—Hércules y Deyanira.—Cristina de Suecia, etc.

*Don Francisco Copons.* Ramona y Roselio. O.

*Don Francisco Rodriguez de Ledesma.* Mahoma. T.—El Petardista adulator.—El Vicioso Celibato.—Lucrecia Pazzi. T.—La Moda.—Virginia romana. T.—Leonido, ó el Amor desgraciado.—La Clemencia de Tito.

*Don Vicente Rodriguez de Arellano.* Jerusalem conquistada por Gofredo de Bullon.—El Celoso don Lesmes.—El Atolondrado.—La Parmenia.—Marco Antonio y Cleopatra.—Soliman II.—El Esplin.—Dido abandonada.—La Atenea.—La noche de Troya.—Armida y Reinaldo, primera y segunda parte.—La Mujer de dos Maridos.—El Pintor fingido.—Augusto y Teodoro, ó los Pajes de Federico.—El Sitio de Toro, y noble Martin Abarca.—El Duque de Pentiebre.—A Padre malo buen Hijo.—La Dama labradora.—El Marinerito. O.—El gran Seleuco.—La Reconciliacion, ó los dos Hermanos.—Clementina y Desormes.—La Opera cómica. O.—La Fulgencia, ó los dos Maniáticos.—Cecilia y Dorsán.

*Don Santos Diez Gonzalez.* Amfitrion.—El Casamiento por fuerza.

*Don Gil Lorena de Arozar* (28). La lealtad, ó la Justa Desobediencia.

*Doña Maria Rosa Galvez.* Saul.—Blanca de Rossi. T.—Safo.—Florinda. T.—Ammon. T.—Zinda. T.—Ali-Beck.—La Delirante.—Catalina, ó la Bella labradora.—Un loco hace ciento (29).

*Juan Gonzalez del Castillo.* Numa, T.—La Madre hipócrita.—El Ventorrillo por la mañana.—El Gato.—El Chaseo del manton.—El Payo de la carta.—El Soldado fanfarron, primera, segunda y tercera parte.—Los Zapatos.—El Maestro Pezuña.—Casa de vecindad de Cádiz, etc. (30).

*Don Manuel José Quintana.* El duque de Viseo. T.—Pelayo. T.

*Don Gaspar de Zavala y Zamora.* La Justina.—El Amor perseguido y la Virtud triunfante.—El Naufragio feliz.—Tener celos de si mismo.—El Triunfo del Amor.—Sitio y toma de Breslau.—El Premio de la humanidad.—Cenobia y Radamisio. T.—El Amante generoso.—El Perfecto amigo.—Semiramis. T.—El Dia de campo.—El Amor constante, ó la Holandesa.—La Tamara, ó el Poder del beneficio.—Alejandro en Sogdania.—Llegar á tiempo.—El Bueno y el Mal amigo.—Aragon restaurado por el va-

(28) Parece anagrama de Rodriguez de Arellano.

(29) De doña Maria Rosa Galvez hay tambien Los figurones literarios.—El Egoista.—Las Esclavas amazonas.—La Delirante.—Bion.

(30) De este autor, que en su género compitió con don Ramon de la Cruz, conocemos además los sainetes siguientes: El día de toros en Cádiz.—La Feria del Puerto.—El Soldado tragabulatas.—La Cura de los deseos y varilla de las virtudes.—El Letrado desengañado.—El Soldado por fuerza.—El Médico poeta.—La inocente Dorotea.—El Café de Cádiz.—El Cortejo sustituto.—El Triunfo de las mujeres.—La Casa nueva.—El Robo de la pupila.—El lugareño en Cádiz.—El Liberal.—La Boda del mundo-nuevo.—La Mujer corregida.—La Mujer resuelta.—Los Caballeros desairados.—Los Jugadores.—Los literatos.—Los Majos envidiosos.—El Maestro de la tuna.—Los Cómicos de la legua.—El Desafío de la Vicenta.—Felipa la chiconera.—El Marido desengañado.—Los Naturales opuestos.—Los Nobles ignorados.—El Aprendiz de torero.—El Fin del pavo.—Los Palos deseados.

(20) Es don José Milanés Mechero.

(21) Es traduccion de don Dionisio Solís.

(22) Es traduccion de don Félix Enciso Castañón.

(23) Es traduccion de doña María Gasca y Medrano.

(24) Es traduccion de don Bernardo Gil.

(25) Es traduccion de don Félix Enciso Castañón.

(26) Comedia de Terencio traducida por don Manuel Dequeisne.

(27) Este sainete es de don Juan del Castillo.



lor de sus hijos.—Palmis y Oronte.—Carlos V sobre Dura. La mas heroica espartana.—El Rey Eduardo III.—El Inyerio de las costumbres.—El Confidente casual.—La Destruccion de Sagunto.—La Tienda de joyeria.—Faustina y Jewwal.—La mayor piedad de Leopoldo el Grande.—Scileo y Belisa.—Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre, y la Toma de Milan.—Los Exteriores engañosos.—Las Victimas del amor, Aua y Sindham.—Euridice y Orfeo, ó el Amor constante.—Una pieza cónica que no es pieza cónica.—La Hidalguia de una inglesa.—El Czar Iwan.—El Calderero de San German.—El Amante honrado.—Las Tramas de Garulla.—Adriano en Siria.—La Real clemencia de Tito. T.—El Amor dichoso.—Carlos XII, rey de Suecia, primera, segunda y tercera parte.—Ser vencido y vencedor, Julio César y Caton.—El Soldado exorcista.—Belerofonte en Licia.

*Juan Lopez Estremera.* Los Espositos, etc.

A. A. El Matrimonio casual (31).—A Picaro pícaro y medio.—Una travesura.—El Negro y la Blanca (32).—Los Valientes en la aldea.—La Prueba caprichosa (33).—El Divorcio por amor (34).—Los Toros de Juan Tuerto.—El Carpintero de Livonia.—Ginebra de Escocia.—La Intriga por las ventanas.—El Anciano y los Jóvenes.—La Esposa culpable (35).—El Sombrero que habla (36).—Blanca de Borbon. T.—Quien porfia mucho, alcanza.—El Contrato anulado.—La Casa en venta (37).—A Perro viejo no hay tus tus. O.—La Novia de Gandul.—Los dos Ays.—El Ermitaño del monte Posilipo.—La Intriga epistolar.—Mi Tia Aurora. O.—Mentira contra mentira.—El Tio Legaña.—La Correccion maternal.—El Capitulo segundo.—La Inés.—La Novia colérica.—El Fin del pavo.—La Griselda. O.—El Bosque de Senart.—Los vecinos.—El Secreto. O.—La Tertulia estravagante.—El Médico turco. O.—La Prueba de la ausencia.—Ademar y Adelaida.—Guerra abierta.—La Familia arabe. T.—El Cuadro.—La Vestal. O.—Rómulo y Ersilia.

*Don Juan Francisco Pastor.* Pablo y Virginia.

*Don N. Rebolledo.* El Amor y la Intriga.

*Don Dionisio Solís.* Romeo y Julieta.—El Hijode Agamenon. T.—Tello de Neira. T.—Misantropia y arrepentimiento.—Juan Calás, ó la Escuela de los jueces (38).

*Don José Vargas Ponce.* Abdalasis. T.

*Don Simon de Viegas.* El Rábula, ó el Abogado hablador.

*Don Andrés Miñano.* El Gusto del dia.

*Don Antonio Sabón.* Alejandro en la India.—Los Hijos de Elipo. T.—La Muerte de Abel. T.—Cleonice.

*Don G. W. y M.* El Conde de Korff en Thionville.

*Don Julian de Velasco.* La Mujer celosa.

*Don Tomás García Suelto.* El Cid. T.—El Solteron y su criada.

*Don Andrés de Mendoza.* La Lugareña orgullosa.

*Don Agustín García de Arrieta.* El Conde de Olshack. —El Celoso confundido.

*Don Juan Francisco del Plano.* La Orgullosa.—Gombela y Suniada. T.

*Don Félix Enciso Castrillon.* El Distruido.—El Español y la Francesa.—Gerarda y Dorotea.—El Teatro sin actores.—Hijo legitimo y natural.—El Reconciliador, ó el Hombre amable.—La Comedia de repente (39).

*Don N. Isusquiza.* El Celoso y la Tonta (40).

*Don José Marchena.* Polixena. T.—El Hipócrita.—La Escuela de las mujeres.

*Don Francisco González Estéfani.* El Padre de familia.

*Don Teodoro de la Calle.* Otelo, ó el Moro de Venecia. T.—Macbeth. T.—Blanca y Moncasin. T.

*Don Francisco Sanchez Barbero.* Coriolano. T. (41).

*Don Manuel Estrada.* El Abate Lepée.

*Don Antonio Marqués.* El Aguador de Paris.—La recompensa del arrepentimiento (42).

*Don Tomás Alvear.* Los Desengaños.

*Don Eugenio Tapia.* Agamenon. T.—Cosroas y Siroe.

—Adolfo y Clara, ó los dos Presos. O.—El Califa de Bagdad. O.—El Preso ó el Parecido. O. (43).

A. A. Las Mocedades de Enrique V.—Oscar. T. (44).—La Criada ama. O.—La Misantropia desvanecida.—La Posadera chasqueada.—Alina, reina de Golconda. O.—Una mañana de Enrique IV.—El Error de un buen Padre.—Los dos Yernos (45).—La Urraca ladrona.—Juan de Paris. O.—El Filinto, ó el Egoista.—El Opressor de su familia.—La Optica moral.—La Estatua.—El Sobrino fingido.—Las cuatro Puertas de calle.—Las Visitandinas. O.—El Rey Fernando en Bayona.—El Sermon sin fruto.—El Desafío y el Bautizo.—La Musa aragonesa, ó los Poetas.

*Don Miguel Sarraide.* Los Rechazos.—Los Gemelos.

*Don José Mor de Fuentes.* El Calavera.—La Mujer varonil (46).

*Don José Rangel.* Los Templarios. T.—Felipe II. T.—Motezuma. T.

*Don Manuel Bravo.* El Certámen poético.—Los Compromisos.—La Llegada oportuna.—Los Parvulitos.

*Don José María Carnerero.* Citas debajo del omó.—Elvira y Perce, ó los Efectos de la violencia. T.—El Viajante desconocido.—La Novicia.—La Huerfanita.—La Campanilla ó el Diablo paje. O.—La Antesala (47).

(39) A mas de las diablidades contenidas en este artículo, y de las citadas en las notas 22, 23 y 34, pertenecen á este autor las siguientes, bastantes de ellas originales, sin hacer mérito de las refundiciones: Aviso á los casados.—La Casualidad contra el cuidado.—Cobrar en vida lo gastado en el entierro.—La Defensa de Valencia.—Los Enredos de un curioso.—El Esopo moderno.—Haber de casarse sin tener con quién.—El Hombre de bien amante, casado y viudo.—Los Inquilinos de sir John, ó la familia de la India, Juanito y Coleta.—La Musicomanta.—El Sueño.—Los tres Maridos.—Las Mujeres.—Cual el padre tal el hijo.—Los Carboneros de Holbach.—El Sepulcro de Adelaida.—El mayor Palmer.—El Seductor enamorado.—Roberto, ó el Bandolero honrado.—Ester. T.—Hércules y la Felicidad.—Las cuatro columnas del trono español.—La Defensa de Vigo.—El Espejo mágico.—Don Sisebuto en la feria del Carmen.—Castillos en el aire.—La noche de un proscrito.—¿Quién repara en una letra?—La una y media, señor conde.—La Musa aragonesa, ó los poetas.—El Niño hitongo.—Una línea de Inglaterra.—La madre Mariana.—La Casa tapiada.—Tipos-Sañ.—El Sermon sin fruto en Logroño.—El vano humillado.—Don Hilarión del Venrejo.—El Gato guisado.—Seguir dos liebres á un tiempo.—El bachelier Bodega.—La Boda del verdadero himeneo.—El Opressor de su familia.—La Urraca ladrona.—Verdadero himeneo.—La Eleccion de esposo. O.—Pamela casada. O.—El Tesoro fingido. O.—La Biblioteca de los zapatos. O.

(40) Don Dámaso de Isusquiza compuso también el *Avaro*.

(41) A este Insigne humanista debemos tambien un drama lirico titulado *Saul*.

(42) Son de don Antonio Marqués y Espejo los dramas siguientes: Miss Clara Harlowe.—La Filantropía, ó la Reparacion de un delito.—Matilde de Orleans.—Amor y virtud á un tiempo.—Los compadres codiciosos.

(43) Don Eugenio de Tapia ha compuesto además: La Acelina.—La Madrastra.—La Soltera suspicaz, ó Amar desconfiando.—El Hijo predilecto.—Idomeneo, drama trágico en un acto.

(44) Es de don Juan Nicasio Gallego.

(45) Esta comedia, y *Filinto ó el Egoista*, que se cita después, son traducciones de don José Marchena.

(46) Deben añadirse: El Egoista, ó el mal Patriota.—La fonda de Paris.

(47) Don José María Carnerero, por los años inmediatos á la formacion de este catálogo, componia: La Noticia feliz.—La Tertulia realista.—El Regreso del monarca.—El regío cumpleaños, y traducia: Luis IX. T.—Hamlet. T.—El Marido ambicioso.—El conde de Fal-

(31) Esta comedia es original de don Francisco Filomeno.

(32) Es de don Vicente Rodriguez de Arellano.

(33) Aparece traducida por don Francisco de Paula Naranjo.

(34) El Divorcio por amor, la Intriga por las ventanas, Mentira contra mentira, Mi Tia Aurora, los dos Ays, y el Médico turco, son traducciones de don Félix Enciso Castrillon.

(35) Es traduccion de don J. F. Pastor.

(36) Es traduccion de don Manuel Andrés Igual, de quien es tambien Sueños hay que lecciones son y efectos del desengaño.

(37) De esta comedia en un acto hay una traduccion de Castrillon y otra de don Eugenio de Tapia.

(38) De don Dionisio Solís se cuentan otras composiciones dramáticas: tales como Polimenes, ó los Misterios de Eleusis.—Fédima.—Mahomet, tragedias traducidas; Camila.—Blanca de Borbon.—Tello de Neira, tragedias originales; La Sevillana.—El Enredador, comedias imitadas; La Pupila.—Las literatas.—La Comparsa de repente, comedias originales, á mas de algunas óperas y muchas refundiciones de nuestros poetas antiguos.



*Don Francisco Altés y Gurena.* El Conde de Narbona. T. El Conde de Cominges.—Gonzalo Bustos. T.—El Espósito, ó el Mozo de café (48).

*José Maqueda.* Sancho Panza en su gobierno. — El Entierro de don Guillermo.

A. A. La Noche de un Proscripto.—El Desquite (49). — El Preguntón y el Cadete.—La Comedianta.—La Cabeza de Bronce, ó el Deserto húngaro.—El Panarizo de Federico II, ó la Peticion estravagante.—No se compra amor con oro. O.—El Adivino por casualidad, ó el Diamante perdido.—Omasis, ó José en Egipto. T. (50).—Los Hermanos á la prueba.—El Turco en Italia. O.—Carlos y Carolina, ó los Esposos perseguidos.—La Condesa de Collado Heriboso. O.—La Fuerza de la ley, ó la Corona de laurel.—El héroe Mina en los campos de Arlaban.—El Alcalde de Sardan, ó la Taberna holandesa.—La Familia á la moda.—Marco Antonio. O.—El Hombre gris.—La Cenicienta. O.—El Perro de Montargis.—Juanita y Felipe. O.—La Treinta y una. O.

*Don Luis de Mendoza.* Padilla. T.

*Don Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano.* Aliatar.—Lanuza. T. (51).

*Don José Joaquín de Mora.* Nino II. T. (52).

*Don Francisco Martínez de la Rosa.* Lo que puede un empleo.—La Viuda de Padilla. T.—La Niña en casa y la Madre en la máscara (53).

kland. — Los dos Sargentos franceses. — El Primo de todo el mundo. — El pobre Pretendiente. — El afán de figurar. — El Peluquero de antaño y el peluquero de ogaño. — El Naufragio, ó los Herederos. — El Casamiento por convicción. — La Cuarentena. — Gustavo Poleska, ó el pan de la Boda. — Lo que es mudar de vestido, y oros son triunfos. — El Fardo ó la ambición de un lacayo. — Los tres compañeros de cuarto. — El Tutor inglés. — Una oficina por dentro. — El Embajador. — La Muda en el bosque. — Miel sobre hojuelas. — El Diplomático. — Los Festejos olímpicos.

(48) Hay de este autor otras dos tragedias: *Mudarra.* — *La Muerte de César.*

(49) Es traduccion de don Manuel Bernardino García Suelto.

(50) Esta tragedia fué traducida por don Juan Francisco Pastor.

(51) Don Angel de Saavedra, actual duque de Rivas, ha dado después al teatro: *El duque de Aquitania.* — *Malek-Adel.* — Tanto vales cuanto tienes. — Don Alvaro, ó la Fuerza del sino. — Solaces de un prisionero. — La Morisca de Alajuar. — El Crisol de la lealtad. — El Desengaño en un sueño. — El Parador de Ballén.

(52) Debe añadirse: *La Aparicion y el marido.*

(53) Ha compuesto igualmente: *La Conjuracion de Venecia.* — *Moraima.* T. — *Edipo.* T. — *Los Celos infundados.* — *Abenhumeya.* — *La Boda y el duelo.* — *El Español en Venecia,* ó *la Cabeza encantada.*

*Don Fernando Cajigal,* *marqués de Casa-Cajigal.* El Matrimonio tratado.—Los Perezosos.—La Sociedad sin máscara.—La Educacion.—El Murmurador.—El Engaño feliz. O.

A. A. El Donado fingido.—La Pierna de palo. O.—La Italiana en Argel. O.—Los Huéspedes, ó el Barco de vapor.—Los ladrones de Calabria.—Seguir dos liebres á un tiempo.—La Equivocacion, ó los dos Mendozas.—El Barón de Felsheim.—El Amigo íntimo.—El Monte de San Bernardo. O.—Leon de Norbel, ó el Preso de Stocolmo.—El Fundador de las casas de niños espósitos Vicente Paul.—El Leñador escocés.—Vasconia salvada. T.—El Interior de la Inquisicion.—Cayo Graco. T.—La palabra Constitucion.—El Remordimiento, ó la Capilla de Glenstor.—La Entrada del héroe Riego en Sevilla.—El día 7 y 8 de marzo de 1820.—Roma libre. T.—El Trapista en los campos de Ayerbe.—Virginia. T.—El Novio austro-ruso, ó los Rusos en Miguel-Turra.—Coletilla en Navarra.—El día 7 de julio de 1822.—Una noche de alarma en Madrid (54).

*Don Manuel Eduardo Gorostiza.* Indulgencia para todos.—El Jugador.—El Amante jorobado.—Tal para cual, ó los Hombres y las Mujeres.—Don Dieguito.—Las Cuatro Guirnaldas.—Las Costumbres de antaño (55).

A. A. Federico y Carlota, ó el Hijo asesino del padre por socorrer á su madre.—Los Frailes en la trampa.—El Desengaño de los ilusos y entrada de las tropas nacionales en la Conca de Tremp.

*José Robreño.* Mosén Anton en las montañas de Monseny, primera y segunda parte.—La Defensa del fuerte de Blanes y presa de mosén Pedro.—La Regencia de la Seo de Urgel.—Milans en la villa de Pineda.—Numancia de Cataluña y libre pueblo de Porrera.—La Toma de Castelfolli.—Entrada de las tropas nacionales en Balaguer.—Huida de la regencia de Urgel y desgracia del padre Liborio.—El general Mina en Artesa de Segre.

(54) De las obras dramáticas comprendidas en esta lista de anónimos, el *Amigo íntimo*, y *una Noche de alarma* en Madrid son de don Manuel Eduardo Gorostiza, á quien se atribuye tambien el *Novio austro-ruso*: *Vasconia salvada* es de don Miguel de Burgos; la *Palabra Constitucion*, de don Gaspar Zavala y Zamora; *Roma libre* fué traducida por don Antonio Savinon; y *Virginia* por don Dionisio Solís.

(55) Don Manuel Eduardo Gorostiza, á mas de las piezas citadas por Moratin y las espresadas en la nota anterior, compuso las comedias: *Contigo pan y cebolla*, *Virtud y patriotismo*, y *el Secretario y el Cocinero*.

# EL VIEJO Y LA NIÑA

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1790.

---

Estas resultas esperan  
Tales casamientos.  
ACTO III, escena XV.

---

## ADVERTENCIA.

En el año de 1786 leyó el autor esta comedia á la compañía de Manuel Martinez, y los galanes fueron de opinion de que tal vez no se sufriria en el teatro, por la sencilla disposicion de su fabula, tan poco semejante á las que entonces aplaudia la multitud; pero se determinaron á estudiarla, á pesar de este recelo, persuadidos de que ya era tiempo de justificarse á los ojos del público, presentándole una obra original escrita con inteligencia del arte.

Costó no pequeña dificultad obtener licencia para representarla, y solo pudo conseguirse haciendo en ella supresiones tan considerables, que resultaron truncadas las escenas, inconsecuente el diálogo, y toda la obra estropeada y sin orden. A esta desgracia se añadió otra no ménos sensible. La segunda dama de la compañía, que frisaba ya en los cuarenta, no quiso reducirse á hacer el papel de doña Beatriz, á fin de conservar siquiera en el teatro las apariencias de su perdida juventud. La comedia volvió á manos del autor, y desistió por entonces de la idea de hacerla representar.

Dos años después, creyendo que las circunstancias eran mas favorables, restableció el manuscrito y se le dió á la compañía de Eusebio Ribera, bien ajeno de prevenir el grave inconveniente que amenazaba. Una actriz, que por espacio de treinta años habia representado con aceptacion del público en algunas ciudades de Andalucía y en los sitios reales, mujer de gran talento, sensibilidad y no vulgar inteligencia en las delicadezas del arte, se hallaba entonces de sobresaliente en aquella compañía. Leyó la comedia, la aplaudió, la quiso para sí, y determinó representarla y hacer en ella el personaje de doña Isabel. Podia muy bien aquella estimable cómica desempeñar los papeles de Semiramis, Athalia, Clitemnestra y Hécuba; pero no era posible que hiciese el de una jóven de diez y nueve años, sin que el auditorio se burlase de su temeridad. El conflicto en que se vió el autor fué muy grande, considerando que debia sacrificar su obra por una tímida contemplacion, ó que habia de tomar sobre sí el odioso empeño de sacar de error á una dama, á quien ni la partida de bautismo ni el espejo habian desengañado todavia. Si la compañía de Martinez no hizo esta comedia porque una actriz se negó á fingir los caracteres de la edad madura, tampoco la compañía de Ribera debia representarla, mientras no moderase otra cómica el infausto deseo de parecer niña.

Entre tanto, la comedia se iba estudiando, y el autor anunciaba en silencio un éxito feliz, que se hubiera verificado, si otro incidente no hubiese venido á disipar sus temores. El vicario eclesiástico no quiso dar la licencia que se le pedia para su representacion, y el autor recogió su obra, agradeciendo la desaprobacion del juez, que le libertaba de la del patio.

Pasaron otros dos años, y todo se halló favorable. Los censores aplaudieron el objeto moral, la regularidad de la fábula, la imitacion de los caracteres, la gracia cómica, el lenguaje, el estilo, la versificacion: todo les pareció digno de alabanza. Así varian las opiniones acerca del mérito de una obra de gusto; y tan opuestos son los principios que se adoptan para examinarla, que á pocos meses de haberla juzgado unos perjudicial y defectuosa, otros admiran su utilidad, y la recomiendan como un modelo de perfeccion.

El público, supremo censor en estas materias, oyó la comedia de *el Viejo y la Niña*, representada por la compañía de Eusebio Ribera en el teatro del Príncipe el día 22 de mayo de 1790. Aplaudió, si no el acierto, la aplicacion y los deseos del autor, que daba principio á su carrera dramática con una fábula en que tanto lucen la regularidad y el decoro.

Juana García desempeñó el papel de doña Isabel, reuniendo á sus pocos años su agradable presencia y voz, la espresion modesta del semblante, y la regular compostura de sus acciones. Manuel Torres, uno de los mejores cómicos que entonces florecian, agradó sobre manera al



público en el papel de don Roque, y Mariano Querol supo fingir el de Muñoz con tal acierto, que pudo quitar al mas atrevido la presuncion de competirle (\*).

Representada esta comedia en los teatros de Italia por la traduccion que hizo de ella Signorelli, fué recibida con aplauso público; pero muchas ilustres damas, acostumbradas tal vez á los desenlaces de la *Misanthropía* de Kotzbué, y la *Madre culpable* de Beaumarchais, hallaron el de la comedia de *el Viejo y la Niña* demasiado austero y melancólico, y poco análogo á aquella flexible y cómoda moralidad, que es ya peculiar de ciertas clases en los pueblos mas civilizados de Europa. Cedió el traductor con excesiva docilidad á la poderosa influencia de aquel sexo, que llorando manda y tiraniza; mudó el desenlace (para lo cual hubiera debido alterar toda la fábula), y por consiguiente, faltando á la verisimilitud, incurrió en una contradiccion de principios tan manifiesta, que no tiene disculpa.

(\*) Esta comedia se imprimió el mismo año de 1790 precedida del siguiente prólogo: «Nunca hubiera pensado el autor de esta comedia en imprimirla, si la circunstancia de haberse de representar en uno de los teatros de la corte no le hubiese en algun modo obligado á ello, ó si una cierta celebridad, que habia ya adquirido, mas por sus desgracias que por su mérito, no hubiera multiplicado las copias en demasia.

»No atreviéndose á prevenir el juicio que formará de ella el público, evitará estenderse sobre los dos puntos principales, á que suele reducirse toda prefacion: alabar la obra, ó disculpar sus defectos: lo primero seria ridiculo, y nunca lo hará; lo segundo, fuera de sazón y acaso inútil.

»Los inteligentes juzgarán del mérito de esta comedia y hallarán que, á ejemplo de los mejores poetas dramáticos, ha seguido el autor de ella la senda que dirige á la perfeccion; quanto contribuye á la bondad de tales obras le ha merecido particular estudio, y aun pudiera haberse lisonjeado del acierto, si por desgracia no fuera su talento tan inferior á su aplicacion.

»Sabe muy bien que los mas excelentes autores cómicos no están libres de defectos. El que sigue á lo lejos sus huellas, y funda toda su gloria en imitarlos, mal podría

esperar que su ingenio, su estudio y sus años hubiesen de producir grandes cosas; cree solamente que evitó muchos errores; que observó hasta el punto que le fué posible las leyes del buen gusto y de la razon; pero no es tan poderoso su amor propio, que baste á lisonjearle con ilusiones halagüeñas.

»Nunca temió la critica, porque á ella sola es concedido perfeccionar los conocimientos humanos; desprecia, si, los esfuerzos de la malignidad, que exasperan y no corrigen, insultan y nunca prueban. La meditacion continua del arte y la lectura de los grandes modelos le han servido á lo menos de darle á conocer lo mucho que ignora; ni se juzga infalible, ni se obstinará en sostener contra la evidencia sus opiniones, por estar persuadido de que la verdadera sabiduria va siempre acompañada de la docilidad y la modestia; que la presuncion ridicula de saberlo todo cierra el paso á los adelantamientos; y que el ignorante que resiste á la correccion, no la merece.

»Así, cuando una critica justa, apoyada en principios sólidos, demuestre al autor de esta obra los muchos defectos que sin duda habrá cometido, la enmienda sera su única respuesta; y como logre acertar, muy poco le importará después deber á la ajena ilustracion sus propios aciertos.»

# EL VIEJO Y LA NIÑA.

## PERSONAS.

DON ROQUE.  
DON JUAN.

DOÑA ISABEL.  
DOÑA BEATRIZ.

MUÑOZ.  
BLASA.

GINES.

*La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de don Roque.*

El teatro representa una sala con adornos de casa particular; mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas: una del despacho de don Roque, y otra que da salida á una callejuela, que se supone detrás de la casa. A los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la derecha se sale á la escalera principal; la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

*La accion empieza por la mañana, y acaba antes del mediodia.* †

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

¡Señor!

*(Responde desde adentro.)*

DON ROQUE.

Ven acá.

MUÑOZ.

Ved que queda abandonada *(Sale.)*  
La puerta y zaguán.

DON ROQUE.

¡No echaste

Al postigo las aldabas  
Y el cerrojillo?

MUÑOZ.

Sí eché.

DON ROQUE.

Pues no hay que recelar nada  
Mientras á la vista estamos;  
Y si Bigotillos ladra,  
Al instante bajarás.

MUÑOZ.

¿Y á qué fin es la llamada?

DON ROQUE.

A fin de comunicarte  
Un asunto de importancia.  
Guarda el rosario y escucha.

MUÑOZ.

Guardo y escucho.

DON ROQUE.

Escusada

Cosa será repetirte,  
Pues no debes olvidarla,  
La estimacion y el aprecio  
Que has merecido en mi casa.  
Diez y seis años y medio,  
Tres meses y dos semanas  
Hace que comes mi pan.  
En ser ridumbre tan larga...

MUÑOZ.

Y bien le he comido, ¿y qué?

TOMO II.

DON ROQUE.

Digo que esto solo basta  
A que tú, reconocido,  
Cuando yo de ti me valga...

MUÑOZ.

Vamos al asunto.

DON ROQUE.

Vamos.

Sabrás, Muñoz, que la causa  
De mi mal, lo que me tiene  
Sin saber por donde parta,  
Es ese don Juan... ¿Qué dices?

MUÑOZ.

¿Yo acaso he dicho palabra?

DON ROQUE.

Jurara...

MUÑOZ.

*(Ap. Lo que no suena  
Oye, y lo que suena nada.)*  
Señor, adelante.

DON ROQUE.

Digo

Que el autor de mi desgracia  
Es este don Juan, que vino  
A Cádiz ayer mañana,  
Y aceptándome la oferta  
Que le hice yo de mi casa...

MUÑOZ.

La culpa la teneis vos.

¿Quién os metió...

DON ROQUE.

No sin causa

Hice el convite, Muñoz,  
Porque él en Madrid estaba  
Con don Alvaro de Silva  
Su tío, con quien trataba  
Yo, por tener á mi cargo  
Aquello de la aduana...  
Ya te acuerdas. Murió el tío;  
Fuerza fué, pues le dejaba  
Por su heredero, tratar  
Con el sobrino, y en varias  
Cartas que escribí, formando  
Unas cuentas, que quedaban  
Sin concluir, por algunas  
Cantidades devengadas,  
Le dije que si quería  
Venir á hospedarse á casa

Cuando pensara en volver  
A Cádiz... Mas ¿quién juzgara  
Que lo hubiese de admitir?  
Un hombre de circunstancias  
Como es él, que en la ciudad  
Conocidos no le faltan  
De su edad y de su humor,  
¿A qué fin...? Ni fué mi instancia  
Nacida de buen afecto;  
Porque mal pudiera usarla  
Con un hombre que en mi vida  
Pienso no le ví la cara.

MUÑOZ.

Pues ya estais desengañado.

DON ROQUE.

Sí lo estoy; pero aun me falta  
Que decir, porque esta noche  
Al pasar yo por la sala,  
Noté que en el gabinete  
El y mi mujer estaban.

MUÑOZ.

¡Bueno!

DON ROQUE.

Acércome; mas no  
Puede entenderles palabra.  
Solo vi que el tal don Juan  
Como que la regañaba,  
Iba á levantarse, y ella  
Con acciones y palabras  
Le detenía. Yo viendo  
Aquello de mala data,  
Dí algunos pasos atrás,  
Hice ruido con las chancas,  
Entro, y la encuentro cosiendo  
Unas cintas á mi bata,  
Y á él entretenido en ver  
Las pinturas y los mapas.

MUÑOZ.

¿Qué prontitud de demonios!

DON ROQUE.

¿Qué he de hacer en tan estraña  
Situacion, Muñoz amigo?  
¿Qué debo hacer? De mi hermana  
No me he querido fiar,  
Porque en secreticos anda  
Con Isabel, y sospecho  
Que las dos...

MUÑOZ.

Son buenas maulas.

En fin, lo que yo anuncié



Al pié de la letra pasa.  
— Viejo el amo y achacoso,  
La mujer mocita y guapa...  
Lo dije. No puede ser.  
Si es preciso...

DON ROQUE.

Tú me matas,  
Muñoz, con eso; pues cuando  
Buscan alivio mis ansias  
En tu consejo, te pones  
A reírme cara á cara,  
Sin decirme...

MUÑOZ.

Como á mi  
No se me dijo palabra  
De la boda, no pensé  
Que saliendo calabaza  
La tal boda, fuese yo  
De provecho para nada.

DON ROQUE.

Aquello ya se pasó.

MUÑOZ.

Un mes ha no se acordaba  
Nadie de Muñoz, y ahora...  
Bien dicen: toda es mudanzas  
Esta vida... ¡Qué consultas  
Tan secretas y tan largas  
Se celebraron aquí!  
¡Qué prodigios, qué alabanzas  
De la novia! Y entre tanto  
Veje te que se juntaba,  
Ninguno hubo que dijese:  
«Don Roque, ved que no es sana  
Determinación casaros.  
Si ya teneis enterradas  
Tres mujeres, no llameis  
A que os entierre la cuarta.  
Ya no es bien visto.»

DON ROQUE.

Muñoz,

Olvida cosas pasadas;  
Dime lo que debo hacer.

MUÑOZ.

¡Parece cosa de chanza!  
Un setenton enfermizo  
Casarse! Y ¿con quién se casa?  
Con una niña que apenas  
En los diez y nueve raya.  
Y después (sin advertir  
El riesgo que le amenaza)  
Recibe en su casa á un hombre  
Que la conoció tamaña,  
Y ella y él desde chiquitos  
Se han tratado, y aun se tratan,  
Con harta satisfacción.

DON ROQUE.

¿Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ.

¡Toma! ¿Con que no sabeis  
Quién es ella?

DON ROQUE.

Sé que estaba

En poder de su tutor  
Don Pedro Antonio de Lara,  
Que la educó.

MUÑOZ.

Bien está.

También sabreis que pasaba  
Muchas veces la tal niña,  
Por vivir tan inmediata,  
A casa de vuestro amigo  
Don Alvaro; allí trataba  
Con el sobrino dichoso.  
El no es mucho que pagara  
Las visitas. ¡Ya se ve!  
Es atento... Se formaba

La tertulia, y entre tanto  
Que los abuelos jugaban,  
Ellos jugaban también,  
Y todo era bulla y zambra.  
En fin, la amistad nació  
En la niñez; si ella es mala,  
Si se debe sospechar  
Que del juguete pasara  
A otra cosa (que en la edad  
Que tienen no será extraña),  
Eso discurrido vos,  
Que yo no entiendo palabra.

DON ROQUE.

¡Ay Muñoz, lo que me cuentas!  
Ya se ve, fueron tan raras  
Las veces que fui allá,  
Que no es mucho lo ignorara.  
Trataba de mis negocios  
Con don Alvaro... ¡Pues vaya,  
Que la afición es de ayer!  
Como quien no dice nada,  
Sus diez años, por lo menos,  
Llevan de amor.

MUÑOZ.

Cosa es clara.

(Hace que se va.)

DON ROQUE.

¿Te vas?

MUÑOZ.

Me voy.

DON ROQUE.

No, Muñoz;

Dime lo que se te alcanza  
En este asunto, y qué puedo  
Hacer.

MUÑOZ.

Dale, ya me cansa

Tanto pedir parecer.  
¿Qué dudais? Que sin tardanza  
El huésped y su criado  
Salten de aquí; que la hermana  
Pegota vaya también  
A mantenerse á su casa.  
Guardad á vuestra mujer,  
Señor don Roque, guardadla;  
Que no sois nada galán,  
Y ella es bonita y muchacha.  
Jamás la consentireis  
Festines ni serenatas,  
Ni amiguillas, ni paseos,  
Ni cosa que la distraiga  
De la aguja y del fogón.  
Y no penseis que esto alcanza.  
Por el pronto...; pero al cabo.  
Siempre... En fin, no digo nada.  
Ello... Haced lo que os parezca.  
Basta de consulta.

(Quiere irse, y don Roque le detiene.)

DON ROQUE.

Aguarda,

Muñoz. ¿Que ha de ser preciso  
Tal cuidado y vigilancia  
Para conservar mi honor!

MUÑOZ.

Y si mientras que se trata  
Aquí su conservación,  
Está el huésped en la sala  
Arrullando á la señora,  
No adelantaremos nada.

DON ROQUE.

No temas, que le dejé  
Encerrado en esa estancia  
De mi despacho. Fingiendo  
Que iba á escaparse la gata,  
Torcí la llave, y no puede  
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ.

¡Raro arbitrio! ¿Con que bareis  
Esa espulsion?

DON ROQUE.

Sin tardanza;  
Y tanto que determino  
Que ninguno duerma en casa  
Esta noche.

MUÑOZ.

¿No es mejor  
Que antes de comer se vayan?

DON ROQUE.

Ello ha de ser; es preciso.

MUÑOZ.

Allí viene vuestra hermana  
La viudita, consejera  
Y compinche de mi ama.  
¡Eh! ya podeis empezar;  
La ocasión la pintan calva.

## ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

Roque, saca chocolate,  
Que las pastillas del arca  
Se acabaron.

DON ROQUE.

¿Se acabaron?

DOÑA BEATRIZ.

Si; ¡como quedaron tantas!

DON ROQUE.

Pues, señor, ¿quién se ha sorbido  
Tanto chocolate? Vaya  
Que esto va malo, Beatriz,  
Jamás he visto en mi casa  
Tal desórden. Ya se ve,  
Si parece una posada.  
Mas he gastado en un mes,  
Que en un año cuando estaba  
Solo con Muñoz. Yo quiero  
Poner remedio. Tú, hermana,  
Es menester que recojas  
Tus trastos, y te vayas;  
Déjame con mi mujer,  
Que no quiero tantas faldas  
Junto á mí. Cuando la boda,  
Viniste con tu criada  
A recibir á la novia,  
Asístirla, agasajarla...  
En fin, á mangonear  
Unicamente: escusada  
Venida. Pero aun supuesto  
Que ella te necesitara  
En los primeros dos días,  
Las cuatro ó cinco semanas  
Que ha que nos casamos, pienso,  
Beatriz, que son muy sobradas,  
Y que ya te puedes ir.  
Tu marido, que Dios haya,  
Te dejó por herodera,  
Y entre créditos, alhajas  
Y hacienda, quedó bastante  
Para que no le lloraras.  
A mí no me necesitas  
Para nada, para nada.  
Si fuera decir...

DOÑA BEATRIZ.

Y dime,

¿Toda esa arenga, en sustancia,  
Es porque me vaya?

DON ROQUE.

Si.

DOÑA BEATRIZ.

¿Si? Pues no me da la gana.

DON ROQUE.

¿Y por qué?

DOÑA BEATRIZ.

Porque conozco

Mejor que tú las marañas  
Que estás urdiendo. Tú quieres  
Echar á todos de casa,  
Lo primero porque sientes  
Cada ochavo que se gasta  
A par del alma, y después  
Para empezar con estrañas  
Ridiculeces á dar  
Que sentir á esa muchacha;  
Y no lo merece, á fe.  
Duélete de su desgracia,  
No la aumentes. Una niña  
Sin padres, abandonada  
A su tutor, á un bribon,  
Que en lugar de procurarla  
Un casamiento feliz,  
Con un cadáver la casa,  
Solo porque viendo en tí  
El cariño que mostrabas  
A Isabel, ni le pediste  
Cuentas, ni él pudiera dirlas.  
Mas estimacion merece;  
Pero tú quieres negarla  
El alivio que halla en mí  
Como en su amiga y su hermana;  
Querrás, en fin, que no sea  
Compañera, sino esclava...  
Roque, ten juicio, por Dios.

DON ROQUE.

Pero ¿quién te ha dicho nada  
De eso, mujer? ¿Quién la oprime,  
Quién la riñe, quién la castiga?  
¿No la mimo, no procuro...?

DOÑA BEATRIZ.

Si, procuras apurarla  
El sufrimiento; y no sé,  
De veras, como te aguanta.

DON ROQUE.

¡Hola! ¿Quieres que las cosas  
Que debe hacer, no las haga?  
¿Quieres que vaya á buscar,  
Teniendo mujer en casa,  
Quien me ponga el peluquín  
Y me limpie la casaca?  
¿Quisieras...

DOÑA BEATRIZ.

No quiero tal.

DON ROQUE.

Que ya cubierto de canas,  
Fuera un petimetre lindo,  
Dijecito de las damas,  
Vivaraquito, monuelo,  
Director de contradanzas,  
Entre diende y arlequín?

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién te dice que tal hagas?

DON ROQUE.

Vosotras; que todas sois  
Lijeras y casquivanas.

DOÑA BEATRIZ.

Anda, que eres fastidioso,  
Si los hay.

DON ROQUE.

Y tú preciada  
De sabidilla y doctora.

DOÑA BEATRIZ.

Si, porque todas tus maúlas  
Te las entienden.

DON ROQUE.

Beatriz...

DOÑA BEATRIZ.

¡Eh! Déjate de eso, y saca  
Chocolate, corre.

DON ROQUE.

Al fin,

Todo es quimeras, y en nada  
Hemos quedado. ¡Ay, señor!  
(Abre con la llave la puerta de su des-  
pacho, y se va por la del lado iz-  
quierdo.)  
(Ap. ¡Si no he de poder echarla!)

## ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, GINÉS.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién buscas?

GINÉS.

A mi amo.

DOÑA BEATRIZ.

Ahí en el despacho estaba.  
Ya sale.

## ESCENA IV.

DON JUAN, GINÉS.

(Sale don Juan del despacho de don  
Roque con una carta en la mano, y  
se la da á Ginés.)

DON JUAN.

Corre, Ginés;

Ve al puerto, lleva esta carta,  
Y allí pregunta á cualquiera  
Por don Diego de Arizabal,  
Que es capitán de navío,  
Alto, moreno, que hablaba  
Conmigo ayer por la noche.

GINÉS.

Ya estoy.

DON JUAN.

Y dile que á causa

De tener que prevenir  
Ciertas cosas que me faltan,  
No puedo pasar á verte.  
Dale este papel, y aguarda  
La respuesta, que es precisa,  
Por escrito ó de palabra,  
Y vuelve al instante.

GINÉS.

Voy.

Pero solo deseara  
Saber si en estos encargos  
De la partida se trata  
Que pensais hacer de Cádiz

DON JUAN.

Ya es cosa determinada.  
Y hoy mismo quiero salir;  
O cuando mucho, mañana.

GINÉS.

¿Y adónde iremos?

DON JUAN.

Adonde

Lejos esté de mi patria.  
Mi primo don Agustín  
Es oidor en Guatemala,  
Deudo y amistad nos une.  
Allí nada me hará falta.

GINÉS.

¿Y aquí, señor?

DON JUAN.

Aquí solo  
Tengo sustos y desgracias.  
Déjame, por Dios, que estoy  
Fuera de mí.

GINÉS.

Muy estraña  
Resolucion me parece.

DON JUAN.

Tú, Ginés, no ignoras nada:  
Bien sabes que desde niños  
Nos quisimos, que la amaba  
Mas que á mi vida... Mi tío,  
Viendo que se retardaban  
Sus asuntos, resolvió  
Ir á Madrid; y yo, que estaba  
Sujeto á su voluntad,  
Fui con él... ¿Y quién juzgara  
Que esta ausencia causaria  
A mi amor fatigas tantas?  
Despedime de ella, y nunca  
La ví mas apasionada:  
Lloró, suspiró, rogó  
Que no la dejase. ¡Ah, falsa,  
Engañadora! Llegamos  
A Madrid, y en tan amarga  
Ausencia solo con ver  
Su letra me consolaba.  
Escribíome mil finezas,  
Yo la repetí otras tantas;  
Y al cabo de pocos meses  
Ya no recibí mas cartas.  
A esta sazón, un amigo  
Me escribió que se casaba  
Isabel; mas sin decirme  
Con quién, ni cómo la ingrata  
Pudo olvidar en un día  
Tantos años de esperanzas.  
Muerto mi tío, dejé  
A don Antonio Miranda  
Mis poderes, para que  
Dirigiese y arreglara  
Mis intereses. Dispongo  
A toda prisa la marcha,  
Resuelto á ocultarme en Cádiz  
Hasta saber si era falsa  
O cierta la ingratitud  
De esa mujer. Dí mil trazas  
Para lograr este fin;  
Y eligiendo la mas mala,  
Resuelvo parar aquí,  
Porque sabiendo la rara  
Condición de este don Roque,  
El cual con nadie se trata,  
Y es su casa una prision  
Eternamente cerrada,  
Juzgué ser fácil estar  
En ella, sin que notara  
Nadie mi venida. Llego  
En fin, y encuentro casada  
A la pérdida Isabel.  
¡Qué lance! cuando acababa  
Ayer de llegar, y dice  
Don Roque que está de gala  
Porque es novio; llama luego,  
Para que yo celebrara  
La elección, á su mujer.  
Viene al fin acompañada  
De doña Beatriz. Si vieras...  
Yo no la dije palabra.  
Ella, la cruel, queria  
Disimular; fueron vanas  
Diligencias. Yo la ví,  
Llorosa y acongojada,  
Mirar á una y otra parte  
Fuera de sí; no acertaba  
A hablar siquiera. ¡Ay de mí!  
El es un necio, y en nada  
Reparó.

GINÉS.

¿Y habeis hablado  
Con ella á solas?

DON JUAN.

Estaba  
Aun en un cuarto de esos.



¡Con qué halago en sus palabras,  
 Qué hermosa, qué fermentida,  
 Quiso moderar mi saña,  
 Quiso de nuevo engañarme!  
 Pero apenas empezaba,  
 Vino su marido. Ahora  
 Ni puedo ni quiero hablarla.  
 ¿Qué ha de decir? ¿Cómo puede  
 Decir que tuvo constancia  
 Ni que amó de veras? ¿Cómo?

GINÉS.

Quizá, señor, obligada  
 Por su tutor... Ella es niña  
 Todavía, y como estaba  
 Tan oprimida.

DON JUAN.

¡Ay Ginés!  
 No hay disculpa, no has de ballarla;  
 Soy infeliz... Pero yo,  
 Con fuga precipitada  
 Mi patria abandono, y ella  
 Libre se queda y ufana  
 De su triunfo; ¿y no podré  
 Culpar su alevé inconstancia?  
 ¿Su trato engañoso? Mira,  
 Ginés, vuélveme esa carta.

GINÉS.

¿Qué pensais hacer?

(Le da la carta á don Juan.)

DON JUAN.

No sé;  
 Porque tengo tan turbada  
 La imaginacion, que dudo,  
 Resuelvo, temo, contrarias  
 Ideas á un tiempo mismo  
 Me martirizan el alma.  
 Ve adentro, recoge todos  
 Mis papeles en la caja;  
 Que ya tengo en el baul  
 Arreglado lo que falta.  
 ¿Me seguirás?

GINÉS.

Yo, señor,  
 Gustoso os acompañara  
 Al cabo del mundo; solo  
 Me aflige vuestra desgracia.

DON JUAN.

Sí, Ginés, no me abandones.

GINÉS.

En mí no hallareis mudanza;  
 Siempre os he querido bien.

DON JUAN.

Pues haz lo que he dicho, y calla.

## ESCENA V.

DON JUAN, DON ROQUE.

DON JUAN.

Señor don Roque, supuesto  
 Que están ya verificadas  
 Nuestras cuentas, entrareis  
 Para firmar la cobranza,  
 Vereis los vales.

DON ROQUE.

En papel? Qué, ¿es todo

DON JUAN.

¡Si no se halla  
 Dinero! Además que, ¿cómo  
 Quereis que yo me arriesgara  
 A venir por un camino  
 Con él?

DON ROQUE.

(Ap. Como tú te vayas,  
 Todo va bueno.) Decía  
 Que os daré sobre la marcha  
 El recibito, y quedais  
 Solventado. ¡Buena paga  
 Era el tío! Le traté  
 Muchos años, y estimaba  
 A sus amigos. Buen hombre,  
 Y alegre; siempre de chanza.  
 ¡Pobre don Alvaro! ¿Y cuánto,  
 Limpio ya de polvo y paja,  
 Os ha venido á quedar?

DON JUAN.

Las haciendas en Chiclana  
 Y el vinculo.

DON ROQUE.

Sí, no es mal  
 Bocado. Amigo, hoy se gasta  
 Mucho, y en no habiendo mucho,  
 Lo poco presto se acaba.  
 Vos habeis quedado bien.  
 Ahora tomareis casa,  
 La pondreis á la moderna,  
 Buenos trastos; y mañana  
 Os casais; y la mujer,  
 Que tampoco irá descalza....  
 Vivireis como un señor.  
 ¿Y cuándo, cuándo se trata,  
 De buscar casa?

DON JUAN.

(Ap. ¡Qué tonto  
 Es el hombre!) No pensaba  
 En eso; porque si acaso  
 No se me proporcionara  
 Lo que intento, en Cádiz nunca  
 Faltan muy buenas posadas  
 Para quien tiene dinero.  
 Allí viene....  
 (Mirando á la puerta del lado iz-  
 quierdo.)

(Ap. No he de hablarla.)

DON ROQUE.

¿Con que, en fin, determinais?...?

DON JUAN.

Si quereis dejar firmadas  
 Aquellas cuentas, entrad.

## ESCENA VI.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

Me dejó con la palabra  
 En la boca. El hombre tiene  
 Cosas bien estrafalarias.  
 ¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

¿Señor!

DON ROQUE.

¿Con que  
 Nos quiere dejar mi hermana?  
 ¿Te lo ha dicho?

DOÑA ISABEL.

No, señor.

DON ROQUE.

Pues sí, parece que trata  
 De irse á su casa. Está ya  
 La pobrecilla cascada;  
 Y aunque es moza, los trabajos  
 Y pesadumbres acaban  
 Bastante. Tú, ¿qué me dices?  
 ¿Sentirás que se nos vaya?

DOÑA ISABEL.

Sí, señor; decidla vos  
 Que se quede.

DON ROQUE.

¿Sí? (Ap. Aquí hay maula.)

Es verdad que como vive  
 Tan cerca, que sus ventanas  
 Dan enfrente de las nuestras,  
 Desde aquí puedes hablarla  
 Todos los dias.

DOÑA ISABEL.

Su genio

Es muy amable; me agrada  
 Tanto, que nunca quisiera  
 Que se fuese.

DON ROQUE.

¿Sí? (Ap. Aquí hay maula.)

## ESCENA VII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el cajero  
 De monsieur Guillermo.

DON ROQUE.

¿Cuántas

Veces ha venido ya?  
 ¿No le he dicho que esperaba  
 Cartas de nuestros amigos  
 De Hamburgo, y cuando las haya  
 Recibido....

MUÑOZ.

Bien, ¿y qué?

Si no es esa la embajada  
 Que ha traído. (Ap. La paciencia  
 De un santo no me bastara.)  
 Dice que á las nueve en punto  
 En su escritorio os aguarda,  
 Y os entregará el dinero  
 Del importe de las granas  
 El inglés Anson.... Manson....  
 ¿Qué sé yo cómo se llama?  
 El inglés....

DON ROQUE.

Sí, ya lo sé.

¿Y precisamente aguarda  
 Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece

Que al primer viento se marcha.

DON ROQUE.

Pues, y es preciso acudir.  
 ¿Que por una patarata  
 Le han de incomodar á un hombre,  
 Y hacerle salir de casa  
 Cuando quieren! Tú, Muñoz,  
 Tampoco sirves de nada  
 Para estas cosas. Se ofrece  
 Escribir en una llana  
 Cuatro renglones, no sabes;  
 Vas á buscar una carta,  
 No entiendes el sobrescrito;  
 Y yo....

MUÑOZ.

Pues, pese á mi alma,  
 ¿No lo sabeis años ha?  
 ¿Cuidado que teneis gana  
 De quimera! Si no sé,  
 ¿Qué le hemos de hacer? ¿No es mala  
 La aprension, salir ahora,  
 Sin haber sobre qué caiga,  
 Con esa pata de gallo!

DON ROQUE.

Muñoz, ¿por eso te enfadas?  
 Lo dije porque si fuera  
 Posible que me aliviaras  
 En ciertas cosas...

MUÑOZ.

¡El diantre  
De la invencion! Vaya, vaya.

DON ROQUE.

Vamos, Muñoz, no te enojos.  
Toma un polvo.

MUÑOZ.

¡La zanguanga  
Del polvito! Tengo aquí.

DON ROQUE.

Arrojalo, que eso es granzas.

MUÑOZ.

Así me gusta.

DON ROQUE.

Este es

De aquello bueno de marras,  
Del padre de la Merced.  
(*Le da la caja; Muñoz la abre, y ha-  
llándola vacía se la vuelve.*)  
¿Te acuerdas?

MUÑOZ.

Aquí no hay nada.

DON ROQUE.

Es verdad; se me olvidó  
Echar tabaco en la caja.  
Ya la denaré después.

MUÑOZ.

¡Mala centella te parta!

## ESCENA VIII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

Este Muñoz es fatal.

DOÑA ISABEL.

Pero lo que mas me pasma  
Es las respuestas que tiene.

DON ROQUE.

Es su genio. (*Ap. No la agrada  
Porque es viejo.*) Dame, dame  
El peluquin. Esta bata  
(*Harán lo que denota el diálogo.*)

Y el gorro ponlos allí;  
Que sepa volviendo á casa  
Dónde lo he de hallar. Ayer  
Cuasi toda la mañana  
Anduve buseando el gorro;  
Porque mi señora hermana  
Me le guardó tan guardado,  
Que ni aun ella se acordaba  
Dónde le puso. Las cosas  
Siempre en su lugar.

DOÑA ISABEL.

La caja

Del peluquin no la encuentro.

DON ROQUE.

¡Válgate Dios! Ahí estaba  
Debajo de ese bufete.  
Con cuidado, no se caiga.  
Toma el gorro. Donde he dicho.  
Así está bien. En el arca  
Verás una chupa verde,  
Que tiene boton de plata,  
Y una casaca blanquizca;  
Tráelo todo...

(*Se va doña Isabel por la izquierda.  
Don Roque, en justillo, se pasea por  
el teatro.*)

Esta muchacha...

¡Ay señor! y lo peor  
Es que mi don Juan no salga,  
Pues, yo me voy y se quedan  
Solos. ¡Buena va la danza!

Únicamente Muñoz...

Y Muñoz está que salta  
Conmigo, no sé por qué.  
¡Isabelilla! ¿despachas?

DOÑA ISABEL.

Estaba todo revuelto.

(*Sale doña Isabel con los vestidos.*)

DON ROQUE.

Como aun no estás enterada  
De las cosas, ni el paraje  
Donde se ponen y guardan  
Mis vestidos. ¡Ah! si vieras...

(*Dirá esto mientras se viste, ayudán-  
dole doña Isabel.*)

Otro gallo me cantaba  
Entonces. Cuando vivía  
Mi difunta Nicolasa.  
¡Qué puntualidad! qué aseo!  
Era una moza muy guapa.  
Y siendo moza, que apenas  
A los cuarenta llegaba  
Cuando murió, nunca, nunca  
La pobrecita pensaba...

DOÑA ISABEL.

¿Vais en cuerpo?

DON ROQUE.

No por cierto,

Que hace un ambiente que pasma.  
¡Ella gustar de cortejos,  
Ni como otras desolladas...  
¡Qué! jamás.

DOÑA ISABEL.

¿Traigo el capote?

DON ROQUE.

¿Cómo?

DOÑA ISABEL.

¿Si quereis que traiga

El capote?

DON ROQUE.

El redingot.

DOÑA ISABEL.

Pues bien; eso preguntaba.

DON ROQUE.

Sí, señor, muy hacendoso;

(*Dirá esto mientras doña Isabel le ace-  
pilla el vestido.*)

Continuamente aplicada  
A la labor, eso sí;  
Y las otras dos, la Pacha  
Y la Manolita, todas  
Fueron á cual mas honradas;  
A su marido y no mas.  
Ya se ve, buenas cristianas.

DOÑA ISABEL.

(*Ap., al irse por la izquierda.*)

¡Dios me dé paciencia! Ay triste!

DON ROQUE.

Si esta mujer no es negada,  
Ha de conocer, preciso,  
Que mis indirectas hablan  
Con ella; y si las entiende,  
Será regular que...

DOÑA ISABEL.

¿Falta

(*Sale con el capote y se le pone á don  
Roque.*)

Alguna cosa?

DON ROQUE.

No mas.

Haz que limpien esta sala;  
Que pongan bien esos trastos.  
Yo no sé cómo mi hermanita...  
Pues ella bien alcanzó

A Manolita. ¡Estremada  
Era en la limpieza! Cuando  
Quieras puedes preguntarla  
Si todo no lo tenía  
Como una taza de plata.  
Era muy mujer ¡oh! aquella.

(*Se entra en el despacho.*)

## ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, BLASA.

DOÑA ISABEL.

¿Qué es esto que por mí pasa?  
¡Pobre Isabel!

BLASA.

¿No sabeis,

Señora, cómo se marcha  
Don Juan?

DOÑA ISABEL.

Yo no sé. ¿Pues cómo?

BLASA.

He visto á Ginés que anda  
Recogiendo sus trebejos,  
Y á toda prisa los guarda.  
El, como es tan martagon,  
Ni siquiera una palabra  
Me ha querido responder;  
Pero se van.

DOÑA ISABEL.

Que se vayan;

¿Qué cuidado te da á tí?

BLASA.

Ninguno; solo extraña  
Que habiendo llegado ayer  
A las diez de la mañana,  
Hoy á las nueve se vuelvan  
A marchar.

DOÑA ISABEL.

Tendrán posada

Mas á su gusto. ¿Quién sabe?  
Beatriz parece que llama.

## ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON ROQUE.

DON ROQUE.

No hay remedio, erre que erre.

(*Al salir del despacho.*)

(*Ap. Aquí hay alguna entuchada.*)  
Pues, burla burlando, ya  
Las nueve no hay que esperarlas.  
Vamos allá. Presto vuelvo;  
Allí pronto se despacha,  
Y el remusguillo que corre,  
Para tener delicada  
La cabeza, no es muy bueno.  
Presto vuelvo. (*Vase.*)

DOÑA ISABEL.

En sus palabras,

En sus acciones, hay siempre  
Misterio; siempre me habla  
Con ambigüedad; me observa...

Ya se fué. Soy desgraciada.  
(*Mirando á la puerta por donde se fué  
don Roque.*)

¿En qué le pude ofender?

## ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DON JUAN.

¿Aun está aquí?

(*Al salir don Juan del despacho ve á  
doña Isabel, y hace ademán de vol-  
verse á entrar; doña Isabel le de-  
tiene.*)

DOÑA ISABEL.

No te vayas,



Solos estamos. ¡Ay Dios!  
¿Tú me vuelves las espaldas?  
¿A tu Isabel?

DON JUAN.

¡Tu Isabel!

¡Qué dulce espresion!

DOÑA ISABEL.

Declara

A quien te quiere tu enojo...  
Don Juan, no ignoro la causa;  
Pero escúchame, sabrás...

DON JUAN.

¿Qué he de saber? Que eres falsa,  
Que me abandonaste, que...  
Ya lo sé.

DOÑA ISABEL.

¡Don Juan!

DON JUAN.

¡Ingrata!

DOÑA ISABEL.

Oyeme. ¿Tan poco puedo  
Contigo?

DON JUAN.

No, no te valgas  
De artificios, que algun día...  
Pero ya es tarde; se acaba  
El sufrimiento tambien  
En los amantes.

DOÑA ISABEL.

¿No bastan

Estas lágrimas?

DON JUAN.

Fingidas.

DOÑA ISABEL.

No lo son.

DON JUAN.

Déjame, aparta,

Isabel.

DOÑA ISABEL.

Cruel! ¿Qué quieres

De una mujer humillada?

*(Doña Isabel le deja y se va des-  
chada á un extremo del teatro. Don  
Juan la sigue.)*

DON JUAN.

¿Qué he de querer, ni qué puedes  
Tú decir que satisfaga  
A mi indignacion? Que fuiste  
Por el tutor violentada  
Hasta al pié de los altares;  
Que allí diste una palabra  
Que repugné el corazon;  
Que niña, desamparada  
Y oprimida, al fin cediste;  
Y que cuando suspirabas  
Por mí, juraste otro amor.  
¿Es eso lo que pensabas  
Decirme? Pues mira: todo,  
Todo es inútil; no alcanza  
A disculparte; no es cierto  
Que me quisiste... ¡Inhumana!  
¿Tú sabes qué golpe es este  
Para mí?

DOÑA ISABEL.

Señor, yo amaba

De veras. ¡Ay! mis finezas  
Ciertas fueron y no falsas,  
Y sé que el poder del mundo  
Que entonces se conjurara  
Contra mí... Pero tú ignoras  
Que habiendo sufrido tantas  
Sinrazones y cautelas,  
En mi daño conjuradas,  
Los celos pudieron solo  
Conseguir que me olvidara

# OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

De tu amor... No me olvidé,  
Sino que desesperada,  
Frenética, consentí  
En lo que mas repugnaba.  
Mi resolucion no fué  
Ingratitud; fué venganza.

DON JUAN.

Isabel, ¡celos! ¿de quién?  
¿Con qué motivo? Me engañas.

DOÑA ISABEL.

No te engaño.

DON JUAN.

¿Pues qué fué,

Isabel? ¿Quién envidiaba  
Mi fortuna? ¿Quién te pudo  
Persuadir? Dímelo.

DOÑA ISABEL.

Estaba

Mi tutor harto instruido  
De todo. Juzgó lograda  
Su victoria cuando vió  
Que á los dos nos separaba  
La suerte; entonces me dijo  
Que era fuerza me casara  
Con don Roque; repugné,  
El instó. ¡Memoria amarga!  
Divulgóse en la ciudad  
Que don Alvaro pensaba  
Casarte en Madrid: con esto  
Vió su cautela lograda...  
Fingió dos cartas...

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Si, don Juan, donde le daban  
Cuenta dos amigos suyos  
De que ya casado estabas,  
Obedeciendo á tu tío.  
El dispuso que llegaran...

DON JUAN.

¡Ah, indigno, que me has quitado  
Lo que yo mas estimaba!

DOÑA ISABEL.

Hizo que las viera yo;  
Logró su astucia villana.  
¡Ay! una mujer amante  
¿Cómo se ciega y se engaña!  
Instó de nuevo, y al fin...

DON JUAN.

Deja, déjame que vaya  
A pasar á ese traidor  
El pecho de una estocada.

DOÑA ISABEL.

Señor, ¡ay de mí! Ya es tarde.  
*(Deteniendo á don Juan.)*

¿Qué piensas hacer? No añadas  
Nuevos males á mi mal.  
Quizá te está preparada  
Mejor ventura que á mí;  
No quieras, no, malograrla  
Por esta infeliz mujer  
Que ya no es tuya. Mis ansias,  
Mis fatigas, yo sabré  
Con paciencia tolerarlas;  
Como tú vivas feliz,  
A Isabel eso la basta.

DON JUAN.

¡Ay Dios! ay Dios! ¿Dónde estoy?  
Con cada razon me matas.  
Por compasion no te muestres  
De mí tan enamorada.  
¡Mas yo me detengo aquí!  
¿Qué hay que esperar? Nada falta  
Que saber; harto comprendo  
Tu pasion y mi desgracia.

DOÑA ISABEL.

No, don Juan; si así te ausentas.  
Del todo me desamparas:  
Aunque te quedes en Cádiz,  
Siempre viviré apartada  
De tus ojos. ¿Qué te obliga  
A que dejes esta casa  
Con tanta celeridad?  
Mi corazon se dilata  
Solo con verte. No niegues  
Este consuelo á tu amada  
Isabel.

DON JUAN.

¿Qué ceguedad!

¿Eso intentas? Calla, calla,  
Infeliz, no solicites  
Lo que á ti y á mí nos daña.  
¿Cómo quieres que se oculte  
El amor que nos inflama?  
¿Cómo quieres que yo pueda  
Tolerar, viendo logradas  
Por otro felicidades  
Que solo á mi destinabas,  
Que solo yo merecí?  
¿No basta, dime, no basta  
Que para siempre te pierda,  
Sin que á mis penas se añadan  
Celos, que han de producir  
Desesperacion, venganzas?  
¡Ay, Dios! Déjame.

DOÑA ISABEL.

¿Te vas?

¿Así te vas? ¿Qué villana  
Accion! ¡Me dejas!

DON JUAN.

No sé.

Fuerza será que me vaya...  
El único medio es este  
De impedir una desgracia  
Próxima, terrible... A entrambos  
Nos está bien evitarla.

*(Don Juan se va por la puerta de la  
derecha, doña Isabel por la izquier-  
da.)*

DOÑA ISABEL.

¡Señor! dadme resistencia,  
Que á tanto dolor ya falta.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

Solos parece que estamos.

*(Don Roque, dejando el capote y som-  
brero sobre el canapé, observa si  
aquello está solo; se acerca después  
á la puerta de la derecha, y llama  
á Muñoz.)*

Entra, Muñoz.

MUÑOZ.

¿Y qué es ello?

DON ROQUE.

Nada mas que preguntarte  
Del encargo que te he hecho...

MUÑOZ.

¿Qué encargo?

DON ROQUE.

¿No te advertí  
Que los dos quedaban dentro?

MUÑOZ.

¿Qué dos?

DON ROQUE.

Don Juan é Isabel;

Y que vieras...

MUÑOZ.

Ya me acuerdo.

Yo no he visto nada.

DON ROQUE.

¿Nó?

¿Con que don Juan se fué presto?

MUÑOZ.

Un buen ratillo tardó.

DON ROQUE.

Ya; pero ¿en ese intermedio

No se hablaron?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

DON ROQUE.

¿Pues no te encargué que luego

Que yo me fuese estuvieras

Escuchando muy atento

Si los dos....

MUÑOZ.

En el portal

Me he estado casi durmiendo.

DON ROQUE.

¿Con que nada has hecho?

MUÑOZ.

Nada.

DON ROQUE.

¡Hombre! ¿nada? pues es cierto

Que se puede descuidar....

¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

Yo me entiendo.

DON ROQUE.

¿Qué entendiduras, Muñoz,

Son esas, ni qué misterio

Puede haber?

MUÑOZ.

Yo lo diré;

Yo lo diré claro y presto:

Que no quiero andar fígando,

Que no quiero llevar cuentos

Entre marido y mujer;

Yo sé muy bien lo que es eso.

Está un marido rabiando,

Hecho un diablo del infierno

Contra su mujer; encarga,

Para apurar sus recelos,

A un criado que la observe

Palabras y pensamientos.

Bien; observa, escucha, cuenta

Lo que vió, y arma un enredo

De mil demonios. Hay riñas,

Lloros, furias, juramentos,

Gritos.... La mujer conoce,

Y es fácil de conocerlo,

Que toda aquella tronada

Vino por el soplonzuelo.

Trama un embuste, de suerte

Que el marido, hecho un veneno,

Se irrita contra el fígón,

Le atesta de vituperios,

Y le echa de casa. Agur;

Perdió de una vez su empleo.

Pues cierto que las mujeres

No tienen modo de hacerlo

Con pámor. Está el marido

Rechinando, ¿y qué tenemos?

Nada... Viene la señora;

El se encrespa; bien, y luego

Anda el mimito, el desmayo.

La lagrimilla, el requiebro,

Y ¿qué sé yo? De manera

Que destruye en un momento

Cuanto el amo y el criado

Proyectaron. Y yo creo

Que cuando un marido tiene

Medio trabucado el seso

Con las caricias malditas,

Irá en mal estado el pleito

Del chismoso del criado;

Porque ellas no pierden tiempo.

Entonces entra el decir

Que es un bribon, embustero

El pobre correydile,

Respondon, pelmazo, puerco

Con un poco de borracho

Y otro poco de ratero.

El maridazo es entonces

Voto de amén, no hay remedio;

Ella logra cuanto quisiere

De este modo, y... Yo me entiendo.

DON ROQUE.

Hombre, por amor de Dios....

MUÑOZ.

Si digo que yo no puedo,

No puedo; no hay que moler,

Ya está dicho. A perro viejo

No hay tús tús.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz,

Coge un cordel....

MUÑOZ.

¿A qué efecto?

DON ROQUE.

Y ahórcame.

MUÑOZ.

No necesita

Ni cordeles ni venenos

Quien se casa á los setenta

Con muchacha de ojos negros.

DON ROQUE.

¡Dale bola con la edad!

MUÑOZ.

¡Dale con pedir consejo!

DON ROQUE.

Tú mismo me aconsejaste,

No ha mucho, sobre el suceso

De ayer noche, y me dijiste....

MUÑOZ.

De lo dicho me arrepiento.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, como soy

Cristiano, que ya no puedo

Aguantarte. ¿Qué maldita

Condición!

MUÑOZ.

Pues yo ¿qué he hecho

De malo? ¿Hice yo la boda?

¿Di yo mi consentimiento

Para que viniera el huésped,

La hermana, ni el tacañuelo

De Ginés, ni la criada

Que me embrolla los almuerzos?

¿Yo he de pagarlo sin ser

Arte, ni parte? ¿Qué es esto?

DON ROQUE.

Hombre, ven acá. ¿Quién dice

Que tengas la culpa de ello?

Solo digo que he sentido

Que hayas andado tan lerdo

En hacer lo que te dije;

Esto es regular, sabiendo

Que se quedaban en casa.

Y juzgando.... ¿Ladró el perro?

MUÑOZ.

No ha ladrado, ni se acuerda

De ladrar.

DON ROQUE.

Pensé que el medio

Mas prudente era observar....

MUÑOZ.

Muy en la memoria tengo

Que no había diez meses deciais:

«Muñoz, ya este es otro tiempo;

Ya enviudé; ¡qué bien estoy

Sin desazones ni enredos!»

Diez meses ha, no hará mas;

No se me olvidan tan presto

Las cosas. Ya estais casado,

Lleno de desasosiegos;

Lo pasado se olvidó;

Y atarugado y suspenso

Con lo presente: «Muñoz,

¿Qué dices? Dame un consejo,

Un arbitrio....» ¿Para qué?

¿Para deshacer lo hecho?

No hay escape. ¿No os casásteis?

El que os ha metido en ello

Que os saque.

DON ROQUE.

Yo no te digo,

Muñoz, que busquemos medios

De descasarme; no tal.

MUÑOZ.

¿Con que no tal? ¿Eh? Me alegro.

¿Con que el arbitrio mejor

De lograr algun sosiego,

Que era separarse de ella....

DON ROQUE.

¡Ay hombre! déjate de eso.

¡Sepárenos! No, señor.

Vaya; por ningún pretexto.

El mal era para mí

Entonces.... Lo que pretendo

Es echar de casa á todos

Esos huéspedes molestos.

Para conseguirlo es fuerza

Que me ayudes: esto quiero;

Pues aunque he dicho á mi hermana

Que se vaya, y siempre observo

Las palabras de don Juan,

Para ver qué pensamiento

Es el suyo, ella me aturde,

Me saca mil argumentos,

Y tengo á bien de callar.

El, afectando misterios,

Nunca responde á derechas,

De suerte....

MUÑOZ.

¡Para mi genio!

DON ROQUE.

De suerte que yo no sé

Cómo salir de este empeño.

Ellos al cabo se irán;

Pero entre tanto no es bueno

Que don Juan con Isabel,

Dándole nosotros tiempo,

Tenga muchas conferencias.

Y hoy, para darme tormento,

Ese diablo de ese inglés

Quiere entregarme el dinero

De las granas; fui allá;

Ya no estaba; con que tengo

Que volver precisamente.

Tres mil duros, nada menos,

Importa; es fuerza volver.

MUÑOZ.

¿Y qué quiere decir eso?

DON ROQUE.

Que es menester que me ayudes,

Muñoz; por Dios te lo ruego.

Una especie (por la calle

Lo he venido discuriendo)

Una especie me ha ocurrido,



Muy bella para el intento.

MUÑOZ.

¿Qué es la especie?

DON ROQUE.

Una bicoca,  
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ.

Y bien, decid la bicoca.

DON ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que lo digais presto.

DON ROQUE.

No es mas sino aparentar  
Que los dos nos vamos luego.  
Tú recogerás la capa,  
Y dentro de tu aposento  
Te has de esconder. Yo me voy;  
Y observando si hay silencio  
En esta pieza, te subes  
Pasito á pasito, y viendo  
Que no hay nadie en ella, entonces  
Te ocultas con mucho tiento,  
Que nadie te llegue á ver.  
Satisfechas allá dentro  
De que tú tambien te has ido,  
Vendrán aquí sin recelo  
A patullar. Isabel  
Descubrirá sus secretos  
Con Beatriz; las dos.... En suma,  
De esta manera sabremos  
Cuanto hay que saber.... ¿Te ries?

MUÑOZ.

¡Y qué mala gana tengo  
De risitas! Pero á veces  
No está en un hombre el ser serio.

DON ROQUE.

Pero, ¿y á qué viene? Dale  
Con la risa.

MUÑOZ.

Viene á cuento,

Si, señor.

DON ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Por qué?

Está muy lindo el proyecto  
Del escondite; una cosa  
Solamente echo de menos.  
Ya se ve, no es esencial.

DON ROQUE.

¿Y qué cosa?

MUÑOZ.

El agujero,

El rincon, la gazapera  
Donde ha de estar encubierto  
El centinela.

DON ROQUE.

Es verdad;

Se me fué del pensamiento.  
Debajo del canapé,  
Que es muy fácil.

MUÑOZ.

Ya lo veo.

(Se va y vuelve después.)

DON ROQUE.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira.  
Muñoz.... Pues estamos buenos.  
Si no me cuesta la vida  
Este embrollo, soy eterno.  
Muñoz, amigo Muñoz,  
Por Dios, mira.

MUÑOZ.

¿Qué hay de nuevo?

¿Otro proyecto mejor?

DON ROQUE.

Que es preciso...

MUÑOZ.

Ya lo entiendo;  
Es preciso, bien está.

DON ROQUE.

Mira.

MUÑOZ.

Si todo el infierno  
Viniera á casa, no juzgo  
Que hubiese mas embelecos.  
¡Caramba! ¿Es cosa de chanza?  
¡Yo agazaparme! Primero....  
Digo, á la vejez viruelas.  
Yo debo de ser un leño,  
Un zarandillo, un...

DON ROQUE.

Muñoz.

Mira, Muñoz; ya no quiero  
Nada de ti; ya conozco  
Lo bien que pagas mi afecto.  
¿Qué ley! ¿qué ley! Yo creí  
Que tu aspereza y tu gesto  
De vinagre era apariencia  
Nada mas... ¡Y yo, camueso  
De mí, sin quererle echar,  
Por mas que me lo dijeron  
Sus amas! Pero, señor,  
Que haya de olvidar tan presto!  
¡Qué ingratitud! Cuantas veces  
Se le ha ofrecido dinero,  
Sabe que se le he prestado;  
Sabe que yo he sido empeño  
Para todos sus parientes;  
Sabe que en mi testamento  
Le dejo cuanto en conciencia  
Puedo darle.

MUÑOZ.

¿Y yo sé eso?

DON ROQUE.

Pues qué, ¿no sabes las mandas  
Que dejo allí?

MUÑOZ.

No por cierto.

DON ROQUE.

¡Toma! un año de salario  
Contado desde el momento,  
En que yo fallezca; mando  
Que si alguna cuenta tengo  
Contra ti, se dé por nula;  
Mando tambien...

MUÑOZ.

Yo no debo

Nada á nadie.

DON ROQUE.

Hombre, pudiera  
Suceder que en aquel tiempo  
Me lo debieras.

MUÑOZ.

Ya estoy.

DON ROQUE.

Te mando un vestido nuevo,  
Como le quieras, y todos  
Los míos; tambien te dejo  
La caja de plata. En suma,  
Ya lo he dicho, cuanto puedo  
Dejarte. ¿Y por una cosa  
Tan fácil como te ruego,  
Te enfureces como un tigre?  
En fin, se acabó, yo espero  
Que te ha de pesar bien pronto.  
Vete, que yo no te fuerzo.  
¿No quieres hacerlo?... Vete.

MUÑOZ.

Yo no he dicho que no quiero.

DON ROQUE.

¿Pues qué has dicho?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

DON ROQUE.

No, no gusto de rodeos;  
(*Suena la campanilla al lado derecho.  
Muñoz quiere irse, y don Roque le  
va deteniendo.*)

Di lo que quieres hacer.

MUÑOZ.

Han llamado. Qué... veremos.

DON ROQUE.

No hay veremos. Habla claro.

MUÑOZ.

Si voy á abrir.

DON ROQUE.

No; primero

Has de resolverte.

MUÑOZ.

Digo

Que si lo haré.

DON ROQUE.

¿Cierto?

MUÑOZ.

Cierto.

## ESCENA II.

DON ROQUE, DON JUAN.

DON ROQUE.

¡Ay, qué Muñoz! ¿Qué carácter  
Tan temoso y tan soberbio!  
En fin, dijo que lo hará.

(Sale don Juan.)

Y bien, don Juan, ¿qué hay de bueno?

DON JUAN.

Nada ocurre.

DON ROQUE.

Cansadillo

Vendreis de correr el pueblo  
Buscando casa. Es un diantre,  
Es un diantre. Esta que tengo  
Ya veis qué estrecha, qué antigua,  
Llena toda de agujeros,  
Sin comodidad ninguna;  
Me cuesta un horror. ¡Siento  
Infinito no hallar otra;  
Porque, pongo por ejemplo,  
Viene un huésped, es preciso  
Todos los trastos ponerlos  
Hacínados, arrastrar  
Colchones... y removiendo  
Las cosas de su lugar,  
Se destruyen sin consuelo.  
Y todo por no tener  
De sobra un par de aposentos  
Donde poner unas camas.  
Es trabajo.

DON JUAN.

Ya lo veo.

DON ROQUE.

¿Qué decíais?

DON JUAN.

Solo digo

Que teneis razon en eso.

DON ROQUE.

¡Ah! ¿pues no la he de tener?  
Como que mi hermana, viendo

La mucha incomodidad  
Que hay en la casa, ha resuelto  
Irse á la suya. Si aquí...  
Vaya es necesario verlo.  
Esmucho, engorro. Yo á vos  
No os trato con cumplimiento,  
Ni puede ser de otra suerte.  
Ya lo veis; para ponerlos  
(Por una noche no mas)  
Esa cama, se ha revuelto  
La casa; y cierto, me pesa  
En el alma no poderos  
Dar posada...

(Ap. al entrarse en el despacho.)

Nada, como  
Si se lo dijera á un muerto.

**ESCENA III.**

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ.

DON JUAN.

¿Qué indirectas! En mi vida  
He sufrido tanto á un necio.

DOÑA BEATRIZ.

Ginés ha guardado ya  
Todos los trastos, y creo,  
Según las señas, que os vais.  
Si en algo á servirte acierto,  
Manda con satisfacción;  
Te he conocido y te quiero  
Desde tu primera edad,  
Y sólo tu bien deseo.  
No me digas el motivo  
De tu partida; sospecho  
La causa, no la pregunto;  
Pero no mudes de intento.  
Vete. Si no tienes casa  
Dónde vivir, yo la tengo;  
Mas si te quieres quedar  
En Cádiz (que no lo apruebo)...  
En fin, si te quedas, trata  
De mudar los pensamientos  
(Don Juan se sienta en una silla.)  
A otra parte. Tus amigos,  
Que tienes muchos y buenos,  
Te divertirán. No des  
Que decir. Es muy mal hecho  
Turbar la paz de una casa,  
Y en vez de amor y sosiego  
Introducir disensiones.  
Si la quisiste, ya es tiempo  
De olvidarla; ya es casada;  
Ya no estuya.

DON JUAN.

Si un perverso  
No usara de astucias viles,  
No a viera yo en ajeno  
Poder, ella fuera mía.  
Si para amarse nacieron  
Nuestras almas, y debían  
Unirse con nudo estrecho,  
¡Ay! ¿quién pudo desatarle?  
¿Quién le rompe? ¿Qué tormento!

DOÑA BEATRIZ.

Está muy reciente el mal,  
No extraño que digas eso;  
Pero al fin...

DON JUAN.

¿Y hay en la tierra  
Justicia, virtud, respeto  
A la religion? ¡Valerse  
De la autoridad que dieron  
Las leyes, y esclavizar  
Un corazón puro y tierno  
Dónde ya reside amor!  
¿Qué atrocidad, qué violento  
Sacrificio! Ella turbada  
Entre el pudor y el respeto,  
Tumida, engañada y sola...

Ya se ve, no pudo menos.  
¡Tantos contra mi querida!  
Isabel! Yo sin saberlo,  
Ausente de ella cien leguas,  
De tristes sospechas lleno,  
Ella celosa de mí  
Sin motivo, resistiendo  
Mil astucias. ¡Desgraciada!  
¿Qué allicción, qué desconsuelo  
El tuyo! ¿Y hay en la tierra  
Piedad, virtud? No lo creo.  
(Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.)

DOÑA BEATRIZ.

¡Válgame Dios! yo estoy muerta.  
¡Juanito! ¿qué descompuesto,  
Qué perdido estás!

DON JUAN.

¡Ginés!

DOÑA BEATRIZ.

Un hombre de entendimiento  
Debe conocer...

DON JUAN.

¡Ginés!

DOÑA BEATRIZ.

¿No me escuchas?

**ESCENA IV.**

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ, GINÉS.

DON JUAN.

Vuelve presto.

Mira...

GINÉS.

Señor.

DON JUAN.

Ve á la plaza,

Y en casa de don Anselmo  
Pregunta, porque él me ha dicho  
Que verá de componerlo  
Con un capitán su amigo,  
En cuyo buque podremos  
Salir hoy mismo.

GINÉS.

No acabo

De entender...

DON JUAN.

Mira, don Diego

De Arizabal no nos puede  
Llevar; pero podrá hacerlo  
Un amigo suyo en otra  
Embarcación. A este efecto  
Quedó en hablarle y llevar  
La razón á don Anselmo;  
Y allí se ha de preguntar.  
Yo voy entre tanto al puerto,  
Y aquí me hallarás.

(Ginés se va. Don Juan, después de una  
breve suspensión, haciendo una cor-  
tesía á doña Beatriz, se va también.)

**ESCENA V.**

DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE.

DON ROQUE.

¡Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ocurre?

DON ROQUE.

Saber deseo

Cuándo me dejas en paz,  
Cuándo mudas de aposento;  
Mas claro: ¿cuándo te vas  
A tu casa.

DOÑA BEATRIZ.

Estoy en ello;

Lo pensaré.

DON ROQUE.

No me empieces  
Con tranquilas ni rodeos.  
Ya te he dicho que te voyas,  
Que te voyas. Pues es cierto  
Que están las cosas baratas;  
Y sobre todo no quiero  
Mas huéspedes. ¿Hay tal tema?  
Yo no digo que pretendo  
Que te voyas y no vuelvas  
En toda la vida á vernos;  
No, señor, una vez ú otra  
Cuando quieras, santo y bueno;  
Pero eso de estarse aquí  
Regalando, ni por pienso.  
Mi mujer no necesita  
A su lado consejeros:  
Con que así, fuera.

DOÑA BEATRIZ.

Está bien;  
No te has de enfadar por eso.

DON ROQUE.

Pero vete.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me irá,  
Déjalo estar.

DON ROQUE.

Es que quiero  
Que te voyas al instante.

DOÑA BEATRIZ.

Pues, al instante. ¡Qué empeño!  
No faltaba mas. Cuidado,  
Hombre, que te vas haciendo  
El ente mas fastidioso,  
Mas ridículo y mas fiero  
Que se puede imaginar.  
Tú quieres que en el momento  
Que mandas te sirvan; quieres  
Que hasta el mismo pensamiento  
Te advinen, porque todo  
Lo sucles pedir á gestos.  
Si encuentras alguna cosa  
Puesta tres ó cuatro dedos  
Mas allá de donde tú  
La dejaste, armas un pleito.  
Si estás alegre, por fuerza  
Han de estar todos contentos;  
Y si te da la morriña  
(Que dura meses enteros),  
Ninguno se ha de reír.  
Si ves hablar en secreto,  
Al instante te malicias,  
Como eres tan majadero,  
Que te burlan ó disponen  
Asaltarte los talegos.  
Si echan en la lamparilla  
Un poco de aceite menos,  
Son ladrones, porque todo  
Lo sisan para venderlo.  
Si echan aceite de mas,  
Que no tienen miramiento  
Ni conciencia, y se conoce  
Bien que no lo pagan ellos.  
Genio como el tuyo, vaya,  
No se ha visto; y lo que siento  
Es que siempre va á peor.  
Por esto, hermano, por esto  
No me voy. Isabelita  
Antes de su casamiento  
Apenas te conocía;  
Yo la digo, yo la advierto  
Mil cosas. Es menester  
Que te vaya comprendiendo,  
Que sepa tus extrañezas,  
En fin, que te trate; y luego  
Verás cómo, sin que nadie  
Me lo avise, dejo el puesto;  
Que por no verte se puede



Dar muchísimo dinero.  
Adios

# ESCENA VI.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Beatriz! A otra puerta.

Pero no perdamos tiempo;  
Esta es la ocasión. ¡Muñoz!

*(Acercándose á la puerta de la derecha.)*

Lo primero es lo primero.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

Vaya.

DON ROQUE.

Mira, ahora

Es ocasión. Mientras veo  
Si alguno viene, te escondes,  
Como tenemos dispuesto.  
Vamos, hombre. ¡Qué pesado  
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas ligero.

DON ROQUE.

*(Se encamina acia el canapé. Muñoz se está quieto.)*

Despacha. Por este lado  
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!

DON ROQUE.

Hombre...

MUÑOZ.

Dale; si es inútil

Todo. ¿Qué pensais que haremos  
Con el escondite? Nada,  
Nada; si lo estoy ya viendo.  
¿A qué es cansarse? Y supongo  
Que hoy se van; lo doy por hecho,  
Que los tres quedamos solos;  
Las inquietudes, los celos  
No se acabarán jamás.

DON ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Pues no dais en ello?

Porque no puede hacer migas  
Una niña con un viejo;  
No, señor. Si ha de vivir  
Siempre metida en encierro,  
Condenada de por vida  
A vestiros y coseros,  
A ver ese gesto, á oír  
El continuo cencerreo  
De la tos, á calentar  
Bayetas en el invierno  
Para el vientre, á cocer yerbas,  
Preparar polvos y ungüentos,  
Parches, cataplasmas; digo:  
¿Como la ha de gustar esto?  
Vaya, si no puede ser.  
Todo será fingimiento...

DON ROQUE.

Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Quiero hablar,  
Que no soy ningún podenco.  
Sí, señor, á cada paso  
¡Habra silbos, acechos,  
Billetes, tercerías.

DON ROQUE.

En parte, Muñoz, comprendo  
Tu razón; su genio es ese.

MUÑOZ.

¡Dale bola! No es el genio;

La edad, la edad: ahí está,

En la edad está el misterio.

Los hombres y las mujeres,

Todos, poco mas ó menos,

Son de una misma calaña.

Los chicos gustan de juegos,

De correr y alborotar,

Y poner mazas á perros;

Las muchachas, trasformando

En mantellina el moquero,

Van á misa y á visita,

Se dicen mil cumplimientos,

Y en cachivaches de plomo

¡Hacen comida y refresco.

Luego que son grandecillas

Olvidan tales enredos;

Ni piensan en otra cosa

Que en uno ú otro mozueto

Que al salir de casa un día

Las hizo al descuido un gesto.

Señora madre las guarda,

Las refiere mil ejemplos,

Y las hace por la noche

Reparar un libro viejo

En que dice no sé qué

De pudor y encogimiento.

El padre piensa que tiene

En la doncella un portento

De virtud, y ella entre tanto

Piensa en su lindo don Diego.

Pues no digo nada, el cuyo,

Que anda que bebe los vientos,

Y pasa noches enteras

Hecho un arrimon eterno,

Aguardando la ocasión

De ver un postigo abierto

Por donde doña Rosita

Le diga: «Ce, caballero.»

Ella y él por señas piden

Matrimonio presto, presto,

Y en eso nada hay de mal;

Mas ¡por qué no lo pidieron

Cuando él uno en la plazuela

Con otros chicos traviesos

Jugaba á la coscojilla,

Y ella en el recibimiento

Con las muchachas de enfrente

Se estaba haciendo muñecos

De trapajos, y les daba

Sopitas de cisco y yeso?

¿Por qué? Porque con los años

Es preciso que mudemos

De inclinaciones, señor;

Y cuando se acerca el tiempo

De que la sangre nos bulle

Y nos pide galanteo,

Los mocitos se aficionan

A las mozas, no hay remedio;

Porque cada cual se arrima

A su cada cual. ¿No es esto?

Y pensar que el genio causa

Esta inclinacion, es cuento;

O es menester confesar

Que todos tienen un genio

Cuando tienen cierta edad.

Yo, señor, en mí lo veo:

Fui muchacho y mozalbete,

Y tuve por aquel tiempo

Las travesurillas propias

De un chiquito y de un mozueto;

Pero después se acabó.

¡Ojala no fuera cierto!

Y no espero, ¿qué esperar?

Ni por asomo lo pienso,

Que ninguna picarilla,

Que la rebose en el cuerpo

La robustez y el calor,

Se aficione de mi gesto.

Vamos, eso es disparate;

Y aunque es doloroso el verlo,

Señor don Roque de Urrutia,

Es preciso conocernos.

DON ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla  
Por Dios y no hablemos de eso,  
Que cada palabra tuya  
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

¡Asi pudiera explicarme  
Del modo que lo comprendo!

DON ROQUE.

Pues ¿qué mas has de decir?  
Mal haya amén...

MUÑOZ.

El camueso

Que...

DON ROQUE.

Calla.

MUÑOZ.

Callo y me escуро.  
*(Hace que se va, y vuelve.)*

DON ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro y vuelvo.

DON ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya  
Que tienes razón, que es cierto  
Cuanto dices y dirás;  
Pero, Muñoz, ¿quid faciendum?  
¿Quieres que me tire á un pozo?  
¿Quieres?...  
MUÑOZ.

Yo, señor, no quiero

Mas que decir mi sentir  
Sin disfraces ni rodeos.

DON ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,  
Y cada vez que te veo  
Predicar sobre el asunto  
Me degüellas. Lo que quiero  
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En dónde?

DON ROQUE.

Aquí. Vamos, entra presto.  
Nadie viene. Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo,  
Que disparate mayor...

DON ROQUE.

Muñoz, lo dicho: acabemos,  
O te escondes, ó te vas.

MUÑOZ.

Sí...

DON ROQUE.

Vete, que no te quiero  
Volver á ver en mi vida.  
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

DON ROQUE.

Por aquí.

MUÑOZ.

Vamos allá.

*(Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.)*

DON ROQUE.

Luego que te metas dentro,  
Te tiendes de largo á largo,  
Y descansas.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

**DON ROQUE.**  
 Qué, ¿no cabes?  
**MUÑOZ.**  
 No lo sé.  
**DON ROQUE.**  
 ¿Cómo?  
**MUÑOZ.**  
 Que allá lo veremos.  
**DON ROQUE.**  
 Parece que viene gente.  
**MUÑOZ.**  
 Esta es otra.  
**DON ROQUE.**  
 Vaya, lerdo.  
**MUÑOZ.**  
 Aquí te quiero, escopeta.  
*(No siéndole posible acabarse de ocultar, trata de salir, y don Roque le ayuda tirándole de las piernas.)*  
**DON ROQUE.**  
 Qué vienen ya.  
**MUÑOZ.**  
 Si no puedo  
 Ir adelante ni atrás,  
 Mas que venga un regimiento.  
**DON ROQUE.**  
 Pues haz por salir, á ver.  
**MUÑOZ.**  
 No hay que tirar tan de recio.  
**DON ROQUE.**  
 Es porque salgas aprisa.  
**MUÑOZ.**  
 Ya salí.  
**DON ROQUE.**  
 ¡Terrible aprieto!  
**MUÑOZ.**  
 Mas aprieto ha sido el mío,  
 Qué por poco no reviento.

**ESCENA VII.****DON ROQUE, DOÑA ISABEL.**

**DON ROQUE.**  
 ¿Si habrá visto... Pero no.  
**DOÑA ISABEL.**  
 ¿Me llamabais?  
**DON ROQUE.**  
 No por cierto.  
*(Ap. Esta es excusa.)* Parece.  
 Que los huéspedes se fueron.  
**DOÑA ISABEL.**  
 Pierso que sí.  
**DON ROQUE.**  
 ¿Qué me dices  
 De ese don Juan? Ves qué atento,  
 Qué entendido, qué buen mozo.  
 Quién le conoció chicuelo,  
 Y ahora le ve... Sin sentir  
 Nos vamos haciendo viejos.  
*(Ap. ¡Cómo calla la bribona!)*  
 Y aún me parece que tengo  
 Espécie de haberte visto  
 Alguna vez, allá en tiempo  
 De don Alvaro, en su casa.  
**DOÑA ISABEL.**  
 Es verdad.  
**DON ROQUE.**  
 Sí, bien me acuerdo.  
 ¿Que traviesos erais todos!  
 ¿Que chillidos y qué estruendo  
 Andaba en la sala oscura  
 Por las noches del invierno,

Cuando íbamos á jugar  
 Al revésino don Pedro,  
 Don Andrés y don Martín  
 De Urquijo! ¡Qué hombres aquellos!  
 Aquellos sí que eran hombres.  
 ¿Lloras?

**DOÑA ISABEL.**

No, señor.

**DON ROQUE.**

Yo veo  
 Que lloras. Dí la verdad.  
 ¿Qué tienes? Algun misterio  
 Hay aquí. Dí, ¿por qué lloras?

**DOÑA ISABEL.**

No lo estrañeis, pues me acuerdo,  
 Con eso que me decís,  
 De aquel venturoso tiempo...

**DON ROQUE.**

De aquel tiempo cuando os ibais  
 A retozar...

**DOÑA ISABEL.**

No por cierto.

**DON ROQUE.**

Tú, don Juan y otras muchachas,  
 Y el hijo de don...

**DOÑA ISABEL.**

No es eso.

**DON ROQUE.**

De don Blas, y en la cocina  
 No dejabais en su puesto  
 Ni vasija ni cacharro.  
 Isabel, aquellos juegos,  
 Aquellos juegos...

**DOÑA ISABEL, aparte.**

¡Ay, triste!

**ESCENA VIII.****DON ROQUE, DOÑA ISABEL, GINÉS.****DON ROQUE.**

¡Hola! *(Ap. Recado tenemos,*  
 Y billetico tambien:  
 Yo he de verle.) ¿Adónde bueno,  
*(Ginés sacará una esquila en la mano;*  
*durante la escena se la da á don Roque,*  
*quien la lee y se la vuelve á Ginés.)*  
 Señor Ginés?

**GINÉS.**

A buscar

A mi amo.

**DON ROQUE.***(Ap. Ya te entiendo.)*

¿Con que al amo?

**GINÉS.**

Sí, señor.

**DON ROQUE.**

¿Y ese papelillo abierto  
 Es para el amo tambien?  
 Dádmelo acá.

**GINÉS.**

Bueno es eso.

Si no es para vos.

**DON ROQUE.**

No importa.

**GINÉS.**

Advertid.

**DON ROQUE.**

Yo nada advierto.

Es empeño el verle ya.

**GINÉS.**

Ahi le teneis, si es empeño.

**DOÑA ISABEL, aparte.**

¡Qué dirá el papel!

**GINÉS, aparte.**

El hombre

Gasta mucho cumplimiento.

**DOÑA ISABEL, aparte.**

Llena de temor estoy.

**DON ROQUE.**

Pues toma; llévale presto,  
 Que importa.

**GINÉS.**

Si no está en casa,  
 Aquí á la puerta le espero.

**DON ROQUE.**

Harás bien.

**GINÉS.**

Agur, señores.

**DON ROQUE.**

Adios, amigo.

**ESCENA IX.****DON ROQUE, DOÑA ISABEL.****DON ROQUE.**

En efecto,

Se va don Juan.

**DOÑA ISABEL.**

¿Cómo? ¿Adónde?

**DON ROQUE.**

*(Ap. ¿Si será el lloro por esto?)*  
 Hoy mismo se ha de embarcar.  
 ¿Qué dices?

**DOÑA ISABEL.**

Yo nada.

**DON ROQUE.**

El viento

Es propio para salir;  
 Y me parece muy bueno  
 Que vaya á América. Allí  
 Si se da por el comercio,  
 Hay muy buena proporción;  
 Pero, en fin, cuando lo ha hecho,  
 El sabrá por qué se va  
 Y á lo que va, que no es lerdo.  
 ¿Qué dices?

**DOÑA ISABEL.**

Nada, señor.

**DON ROQUE.**

Es un mozo muy atento  
 Y de bella inclinacion.  
 Yo he celebrado en estremo  
 Haberle tenido en casa;  
 Y aunque ha estado poco tiempo,  
 He conocido que tiene  
 Prendas de muy caballero.  
 ¿Qué te parece? ¿Es verdad?

**DOÑA ISABEL.**

No hay duda, señor, es cierto.

**DON ROQUE.**

¿Estás triste?

**DOÑA ISABEL.**

No, señor.

**DON ROQUE.**

¿Qué, no te gusta que hablemos  
 De nuestro huésped?

**DOÑA ISABEL.**

A mí

¿Qué se me puede dar de eso?

**DON ROQUE.**

Dices bien. ¡Hola! ya es tarde.

*(Sacando el reloj.)*



DOÑA ISABEL.

¿Salís otra vez?

DON ROQUE.

Sí, tengo

*(Se pone el capote y el sombrero.)*

Que hacer mil cosas. Muñoz

También ha de salir luego.

Cuando se vaya, tened

Cuidado si ladra el perro,

O si alguien llama. Adios, chica.

*(Ap., al tiempo de irse por la derecha.)*

Tú caeras en el anzuelo.

## ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¿Vienes adentro, Isabel,

O te agrada que saquemos

A esta pieza la labor?

DOÑA ISABEL.

¡Ay, Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

Dejemos eso,

Isabelita.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, hermana. ¿Qué es esto?

¿No ha de haber prudencia en ti?

¿Es ese el ofrecimiento

Que me has hecho de olvidarle,

Y siguiendo mi consejo

Despedirle para siempre,

Antes que llegue el estremo

De que lo sepa mi hermano?

DOÑA ISABEL.

Ya lo sabe; ya no es tiempo

De disimular con él.

Mis ojos se lo dijeron,

Mis suspiros.

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues qué ha dicho?

DOÑA ISABEL.

Nada; pero yo, que advierto

En sus palabras y acciones

Mucho artificio y misterio,

He llegado á conocer

Que está resentido, inquieto,

Y celoso de don Juan.

DOÑA BEATRIZ.

No lo extraño; y aun por eso

Conviene que se apresure

Su marcha.

DOÑA ISABEL.

Ya la ha resuelto

El mismo, y ha de embarcarse

Muy pronto, según entiendo.

DOÑA BEATRIZ.

Eso es lo que debe hacer;

Y á ti te importa en estremo

No verte mas. Los combates

De amor se vencen huyendo.

No le admitas, no le escuches.

Si es noble, si es caballero,

Ha de conocer á cuánto

Le obliga el honor, ni creo

Que permita que mi hermano

Viva de ti descontento:

No querra verte infeliz.

Si te quiere bien, si es cuerdo,

Si teme á Dios, con dejarte

Dará á tanto mal remedio.

DOÑA ISABEL.

¿Qué bien dices! Tú me das

Valor, tú me das consuelo.

Yo misma, si, yo sabré,

Dando fin á tanto yerro,

Decirle que me abandone,

Que se vaya, que no quiero

Volver á ver en mi vida

A un hombre que ya aborrezco.

DOÑA BEATRIZ.

¿Le aborreces? ¿Y has de ser

Tú la que le digas eso?

No, Isabel, no te conviene.

Vente conmigo allá adentro,

Y fingiendo que estás mala,

A tu retiro daremos

Disculpa, ven.

DOÑA ISABEL.

Ya te sigo.

## ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

Gente viene; mas ¿qué veo?

El es: me voy. ¿Qué he de hacer?

¿Triste de mí! No, no quiero

Verle.

DON JUAN.

¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

Si venís

O enamorado ó atento

A despediros de mí,

Guarde vuestra vida el cielo,

Y os lleve con bien.

DON JUAN.

Venía...

A solo decirte vengo...

DOÑA ISABEL.

Sí, que te vas. Ya lo sé;

Vete, yo te lo aconsejo.

DON JUAN.

¡Ah! Que no sabes la pena...

DOÑA ISABEL.

Sí, ya sé lo que te debo;

Vete, y déjame morir.

DON JUAN.

¡Ay Isabel! ¡Para esto

Volví á Cádiz! Para ver

Rotos los nudos estrechos,

La unión mas apetecida

Que formó el trato y el tiempo!

¡Ay! ¡qué tiempo aquel! ¿Te acuerdas?

¿Te acuerdas?...

DOÑA ISABEL.

Yo desfallezco.

DON JUAN.

Cuando de nuestra fortuna

Tú contenta y yo contento,

Esperábamos de amor

Galarones lisonjeros.

El trato, la inclinación,

La edad, los alegres juegos,

Los mal fingidos desvíos...

DOÑA ISABEL.

Don Juan, ¡ay de mí! ¿yo muero.

DON JUAN.

Un suspiro, una palabra

De tu boca, un halagüño

Mirar, toda mi ambición

Era, todos mis deseos.

Ya se acabó. Si te quiere,

Si en nuestros años primeros

Eramos los dos felices,

Pasó como sombra y sueño;

Ya solo la muerte aguardo.

DOÑA ISABEL.

¡Oh! ¡no lo permita el cielo!

Yo sí moriré de angustia,

Que no hay valor en el pecho

Para tanto padecer.

DON JUAN.

Adios; ya no nos veremos

Otra vez. De ti apartado

Buscaré climas diversos.

Isabel, querida mía,

No te olvides del afecto

Que nos tuvimos los dos.

Ya nada de ti pretendo,

Sino que mi fe, mi amor

Viva en tu memoria eterno.

Quiéreme bien, piensa en mí

Tal vez hallará consuelo

Mi dolor, cuando imagine

Que de la hermosa que pierdo

Alguna lágrima, algún

Tierno suspiro merezco.

Mas ¡qué digo! No, Isabel,

Olvida el cariño nuestro,

Ama á tu esposo y no mas:

Amale, yo te lo ruego,

Y déjame ya partir.

DOÑA ISABEL.

¡Señor!

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Ni puedo

Hablar, ni sé qué decirte.

¡Ah! si vieras cómo tengo

El corazón!

DON JUAN.

¡Ah! si vieras...

Pero, adios, y este postrero

Abrazo confirme...

*(Quiere abrazarla, y doña Isabel se retira.)*

DOÑA ISABEL.

Aparta.

DON JUAN.

¿Huyes?

DOÑA ISABEL.

Sí, de ti me alejo;

Que me ofresces mil peligros

En cada vez que te veo.

DON JUAN.

¡Cruel!

DOÑA ISABEL.

¡Ah, don Juan! ¿qué quieres?

¿Qué quieres de mí? si el cielo

Lo ordena así: ya lo ves.

Nuestro honor lo está pidiendo...

Mas no te vayas de Cádiz,

Ni me des mayor tormento:

No porque te pierda ausente

Quieras que te lllore muerto;

Que á un infeliz mas le sirve

De aflicción que de consuelo

Buscar provincias remotas

Con tantos mares en medio.

Esta ciudad, patria tuya,

Ofrece muchos objetos;

Y tus penas cederán

A la reflexion y al tiempo.

Baste á infundirte valor

Ver que yo te doy ejemplo,

Que me separo de ti

Entregada al mas acerbo

Dolor. Si, que si no fuese

Este amor tan verdadero,

No fuera virtud en mí

Dejarte como te dejo.

Pero es preciso, don Juan:

## EL VIEJO Y LA NIÑA.

Muera yo de sentimiento,  
Ansiente, desamparada  
De mi bien: que alegre muero,  
Si á costa de tanta pena  
Pura mi opinión conservo.

DON JUAN.

¡Ay, querida de mis ojos!  
¿Quién te ha dado tal esfuerzo?

DOÑA ISABEL.

¡Oh virtud! ¡oh dolorosa  
Virtud!

*(Se va por la izquierda, don Juan por  
la derecha. Queda sola la escena por  
un breve espacio.)*

## ESCENA XII.

MUÑOZ.

Es preciso hacerlo:  
Llegó el caso. No hay que darle  
*(Elevándose al canapé. Cuando está  
medio escondido, suena la campana  
de la derecha, y acaba de es-  
conderse.)*

Vueltas, no tiene remedio.  
¡Ay, qué boda! ¡Ay, qué don Juan!  
Muñoz, ánimo, y á ello.  
No, pues ya no he de salir,  
Aunque echen la puerta al suelo.

## ESCENA XIII.

BLASA, GINÉS.

BLASA.

Ya van, ya van. ¡Hay tal prisa!  
*(Atravesando el teatro, y vuelve á salir  
con Ginés.)*

GINÉS.

Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA.

No, sino que se ha marchado  
Sin decir nada allá dentro.  
Vaya que es muy fastidioso  
El tal Muñoz.

GINÉS.

Yo no entiendo  
Como don Roque le aguanta.

BLASA.

¿Cómo? Bien fácil es eso.  
Porque hace doscientos años  
Que está en la casa sirviendo;  
Porque es viejo, que los dos  
No se llevan mes y medio;  
Porque es ruin como su amo;  
Porque le ha cogido miedo;  
Porque para cualquier cosa  
Se vale de su consejo;  
Y si Muñoz no lo dice  
No puede haber nada bueno;  
Porque le sirve de espía;  
Le va con todos los cuentos,  
Y cuando sale su amo  
Se está en el portal fingiendo  
Que duerme ó reza, y no hay cosa  
Que él no sepa; viene luego  
Don Roque, y el estantigua  
Maldito de su escudero  
Le por b e todo lo sopla.

GINÉS.

¡Haya picaro de viejo!

BLASA.

Hogando estoy á mi ama  
Que me saque de este encierro,  
Que volvámos otra vez  
A nuestra casa, y dejemos  
A esos hombres, que parecen  
Dos espantajos de un muerto.  
¡Vaya, que los dos...

GINÉS.

Pues yo,  
Blasilla, pronto los dejo.

BLASA.

¿Sí? ¿cómo?

GINÉS.

Como nos vamos  
Allá... ¿qué sé yo? muy lejos.

BLASA.

¿Y cuándo?

GINÉS.

Hoy mismo, si el aire  
No nos pone impedimento.

BLASA.

Dichoso tú, que de hoy mas  
No verás á ese estafermo  
De Muñoz, ni á mi don Roque  
Tan regañon y tan terco.

## ESCENA XIV.

BLASA, GINÉS, DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

¡Blasa!

BLASA.

Señora.

DOÑA ISABEL.

Prepara

Me bastidor.

BLASA.

Voy corriendo. *(Vase.)*

DOÑA ISABEL.

¿En dónde estará tu amo?

GINÉS.

En la playa, mientras vuelvo  
Con la caja que quedó  
Sobre la mesa allá dentro.

DOÑA ISABEL.

Ve por ella. ¡Ay desdichada!  
*(Vase Ginés por la izquierda.)*

No hay que hacer, se va en efecto.  
Qué precision puede haber  
De cruzar un golfo inmenso,  
Que nos ha de separar,  
No solo para no vernos,  
Sino para no saber  
Si mi bien es vivo ó muerto?  
*(Sale Ginés con una caja cubierta de  
encerado.)*

Esto importa. Ginés, dile  
A tu señor que le espero,  
Sin falta, al instante, ahora:  
Pues no ha nada que salieron  
Don Roque y Muñoz. En fin,  
Dirásle que á todo riesgo  
Venga, que le quiero hablar.

GINÉS.

Voy, señora; pero temo...

DOÑA ISABEL.

¿Qué?

GINÉS.

Que es ya mala ocasion;  
Porque está todo dispuesto,  
Y al primer tiro de leva  
Saldrán las naves del puerto.

DOÑA ISABEL.

¡Misera! Corre... ¡Ay de mí!

## ESCENA XV.

MUÑOZ.

Gracias á Dios que se fueron.  
*(Saca la cabeza, y sale después sacu-  
diéndose.)*

¡Canallas! si tardo un poco  
En salir, pierdo el pellejo.  
¡La Blasita! ¡Pues el otro  
Bribon! ¡Y cómo me he puesto  
De basura!... ¡Si será  
Verdad lo del testamento?  
¡Qué buena gente hay en casa!  
Los demonios del infierno  
No son de raza peor.  
Don Roque, malo va esto.

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, parece que Dios  
Todas las cosas ordena  
A favor nuestro. Don Juan,  
Conociendo lo que arriesga  
En quedarse, va á partir;  
La escuadra se bara á la vela  
En esta mañana misma.  
Ya, Isabel, estoy contenta.  
Y no presumas, hermana,  
Que tu marido sospecha  
De tí: nada ha visto, nada  
Puede pensar en tu ofensa.  
Con todo su mal humor  
El te quiere; y si te esmeras  
En complacerle, verás  
Disminuidas tus penas.

DOÑA ISABEL.

Sí, Beatriz, así lo haré;  
Tú mi timidez ahuyentas;  
Conozco mi error, conozco  
Los peligros que me cercan  
Mientras dure una pasión  
Que ya reprimir es fuerza.  
¡Oh! ¡qué mal hice en llamarle!

DOÑA BEATRIZ.

Todo con el tiempo cesa;  
Si bien no es mucho que ahora  
Turbada y débil te sientas.  
Eres niña, y este golpe  
Mucho sentimiento cuesta.

DOÑA ISABEL.

Dígalo quien como yo  
Hubiese amado de veras.  
*(Aparte en ademán de irse.)*  
Alguien viene; ¡él es sin duda!  
¿Adónde iré?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te inquieta?  
¿Por qué te vas, si es mi hermano?

## ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DON ROQUE.

*(Ap. ¿Qué enredadas serán estas  
De volver y de tornar?)*  
¿Dónde está la bata vieja?  
¿Cuánto va que no se han puesto  
Los pedazos de bayeta  
En la espalda?

DOÑA BEATRIZ.

Si dijiste  
Ayer que te los pusieran;  
No ha habido tiempo de hacerlo.

DON ROQUE.

Idos de aquí.

DOÑA BEATRIZ.

*(Ip. Ya nos echa.)*  
¿Te quedas sin desnudar?



DON ROQUE.  
¿Qué don Juan ?  
DOÑA BEATRIZ.  
¿Que si te quedas  
Con ese vestido, ó quieres  
La bata ?  
DON ROQUE.  
Cuando la quiera  
Yo sabré llamar.  
DOÑA BEATRIZ.  
¿Te ha vuelto  
El flato? ¿Quieres que cuezan  
Manzanilla ?  
DON ROQUE.  
No, señora.  
DOÑA BEATRIZ.  
Pues, hombre, ¿qué te molesta ?  
DON ROQUE.  
Nada. ¿Qué la importará  
Que yo tenga lo que tenga?  
¿No he dicho que me dejes?  
(Se quita el sombrero y el capote, los  
deja sobre el canapé, y acercándose  
á la puerta de la derecha, llama á  
Muñoz.)  
DOÑA BEATRIZ.  
Ven, Isabel.

### ESCENA III.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.  
Muñoz, entra.  
¿Con que el recado no es mas?...  
MUÑOZ.  
¿Ahora salimos con esa?  
Sí, señor, no es nada mas  
Que lo que dije ahí afuera.  
DON ROQUE.  
¿Que vaya y diga á su amo  
Que venga al punto?  
MUÑOZ.  
Que venga.  
DON ROQUE.  
¿Que los dos hemos salido?  
MUÑOZ.  
Eso mismo.  
DON ROQUE.  
¿Que le espera  
Sin falta, sin falta?  
MUÑOZ.  
Cierto.  
DON ROQUE.  
¿Y dices que estaba inquieta,  
Y lloraba?

MUÑOZ.  
No que no.  
DON ROQUE.  
¿Y qué otra cosa era aquella  
que me empezaste á decir?  
MUÑOZ.  
Eran alabanzas vuestras.  
DON ROQUE.  
Con que, en efecto, ¿estantigua  
Me llamaron?  
MUÑOZ.  
Y postema.  
DON ROQUE.  
¿Y cenacho?

MUÑOZ.  
Y viejarrón.  
DON ROQUE.  
¿Habrá mayor insolencia!  
¿Con que todas esas flores  
Dijo de mí?  
MUÑOZ.  
Y otras treinta.  
DON ROQUE.  
¿Y luego le dió el recado?  
MUÑOZ.  
La del recado no es esa.  
DON ROQUE.  
Pues Isabel...  
MUÑOZ.  
Isabel  
No trató de la materia.  
Blasilla fué la que dijo  
Que don Roque es un babieca,  
Que parece un espantajo,  
Que es sordo como una piedra,  
Que le corrompe el aliento,  
Que tiene hinchadas las piernas,  
Que no puede ser casado,  
Que...  
DON ROQUE.  
Calla, por Dios, no quieras  
Que vaya allá y de un porrazo  
La mate. ¿Haya picaruela,  
Habladora, embusterona!

MUÑOZ.  
Yo no sé si es embustera;  
Pero que lo dijo es cierto.  
DON ROQUE.  
De suerte, que ya no queda  
En esta casa ninguno  
Que mi tormento no sea,  
Mi repudricion... ¡Infame!..  
Si estoy por ir y cogerla  
(Paseándose inquieto por la escena.)  
De los cabellos, y darla  
A la pícara tal felpa...  
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?  
Señor, si este mozo intenta  
Salir hoy mismo de Cádiz,  
Si al fin se marcha, y nos deja;  
Si yo le he visto en la playa  
Aguardando á que viniera  
El bote; si se despierte  
De mí; si el tiempo se acerca  
De salir, que de un instante  
A otro la señal esperan;  
¡San Antonio! ¿para qué  
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ.  
Con el hijo de mi madre  
Pudieran venirse á fiestas.  
DON ROQUE.  
Pues en tal caso ¿qué harías?  
MUÑOZ.  
Yo sé muy bien lo que hiciera.  
DON ROQUE.  
Hombre, por San Juan bendito,  
Te suplico...  
MUÑOZ.  
Ya comienza  
Otra vez el pordioseó.  
DON ROQUE.  
Que me digas lo que hicieras  
Si fueras don Roque ahora.  
MUÑOZ.  
Si fuera don Roque en esta  
Ocasión, no dejaría

Vivir á Muñoz; le diera  
Mil quejas á cada instante  
(Don Roque se distrae sin atender á lo  
que Muñoz le dice.)  
Porque no huele y acecha;  
Le pidiera parecer  
Una, cuatro, veinte, treinta  
Veces, y... Qué, ¿no me oís?  
DON ROQUE.  
Mira, Muñoz, la cabeza  
La tengo como un tambor:  
Vaya, no hay que darle vueltas;  
Lo que te he dicho has de hacer.

MUÑOZ.  
¿Qué he de hacer?  
DON ROQUE.  
¿Ya no te acuerdas?  
MUÑOZ.  
¿De qué, señor?  
DON ROQUE.  
Es verdad.  
Si estoy loco.  
MUÑOZ.  
¿Quién lo niega?  
DON ROQUE.

Ya se ve, si no lo he dicho.  
Es el caso que si espera  
A don Juan, quizá él no viene  
Porque sabe ó se recela  
Que estoy en casa. Ginés  
(Vaya, como si lo viera)  
Me habrá atisbado al entrar;  
Pero en nuestra diligencia  
Consiste. Mira: ya sabes  
Dónde las llaves se cuelgan.  
¿Conoces la del porton?

MUÑOZ.  
¿Cuál, señor?  
DON ROQUE.  
Aquella vieja.  
MUÑOZ.

Sí, ya estoy; la del postigo  
Que cae á la callejuela.

DON ROQUE.  
Esa misma.  
MUÑOZ.  
Si ha mil años  
Que por allí nadie entra  
Ni sale.

DON ROQUE.  
No importa nada:  
Tráeme la llave.

MUÑOZ.  
¿Y qué nueva  
Invencion?  
DON ROQUE.  
Ya la sabrás.  
Ten cuidado no te sientan.

### ESCENA IV.

DON ROQUE.

¡Ay, señor! esto va malo,  
(Durante la escena se pasea, se sienta,  
se levanta, manifestando en sus ac-  
ciones su agitacion.)  
Malo, malo. ¡Picaruela!..  
¿Si parecerá la llave?  
Muñoz dice bien: no es ella  
Quien tiene la culpa; yo,  
Yo la he tenido... Si fuera  
Decir... pero si, enmendarse:  
Cuando cumpla los ochenta.  
Bien dice Muñoz; mal año

Si dice bien. El me inquieta  
Con sus cosas; pero encaja  
Unas verdades tan secas...  
Si yo hubiese consultado  
Con él, no me sucediera  
Este chasco: no por cierto,  
¡Pobre don Roque! qué buena  
La hiciste! ¡Pobre don Roque!  
Pero quizá, si nos deja  
Esté don Juan, puede ser  
Que lograra... Dios lo quiera.

### ESCENA V.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

¿Pareció?

MUÑOZ.

Pareció.

DON ROQUE.

¿Y qué?

¿Ninguno te vió cogerla?

MUÑOZ.

Nadie ha visto nada.

DON ROQUE.

¿No?

Pues anda, y dila que venga.

MUÑOZ.

¿A quién?

DON ROQUE.

A Blasa.

MUÑOZ.

¿A la niña

Desenguada y bachillera  
Que os trató de podrigorio?  
Pues; ¿qué pretendéis con ella?

DON ROQUE.

Entablar este proyecto,  
(*Poniéndose el capote.*)

Con el cual, si no se yerra,  
A los dos he de pillar:  
Pondré en claro mis sospechas,  
Y entonces me han de pagar,  
Juro á tal, la desvergüenza.  
¡Llana á Blasilla.

MUÑOZ.

Ahí parece

Que viene.

DON ROQUE.

Pues salte afuera.

MUÑOZ.

Con tanto preparativo,  
Tanto vaya, torne y vuelva,  
Se pasa el tiempo; y ¿qué hará?  
Lo que hizo Cascaciucla.

### ESCENA VI.

DON ROQUE, BLASA.

DON ROQUE.

Oyes, Blasita.

BLASA.

¿Señor!

DON ROQUE.

(*Ap. Vamos á hacer la deshecha.*)

Mira, yo voy á salir:

Si á eso de las doce y media  
No he vuelto á casa, es señal  
Que me quedo á comer fuera.

BLASA.

¿Fuera, señor?

DON ROQUE.

Sí, porque

Un conocido me espera  
Para un asunto, y tal vez  
No querrá que á casa vuelva,  
Y habré de comer con él.

BLASA.

Vaya, señor, que no os dejan  
Parar un punto.

DON ROQUE.

Es preciso

Hacer yo mis diligencias.

BLASA.

Y nosotras encerradas  
En esta cárcel estrecha;  
Si no es á misa, jamás  
Damos por ahí una vuelta.

DON ROQUE.

Las mujeres recogidas  
Que tienen juicio y vergüenza,  
Se están en casa, y no son  
Busconas ni callejeras.  
En casa, en casa. (*Ap. Me voy,  
Que ya el enojo me ciega.*)  
(*Se va, olvidándose del sombrero.*)

BLASA.

Digo, señor, ¿y el sombrero?  
¿Señor! Sí... ¿Qué paso lleva!  
¿Señor! ¿Cuánto va que pierde  
Este viejo la chabeta?  
Ya vuelve. Gracias á Dios.  
(*Vuelve don Roque, Blasa le da el sombrero y él se va.*)  
Tomad el sombrero.

DON ROQUE.

Venga.

### ESCENA VII.

BLASA, MUÑOZ.

BLASA.

¿Qué singular es el hombre!  
¿Y que haya mujer que quiera,  
(*Blasa se pasea por el teatro. Cuando  
sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.*)

En lo mejor de su edad,  
Con una cara de perla,  
Dos ojos como luceros,  
Y un chiste que á todos prenda,  
Enlodazarse en un viejo  
Tan carcamal y tan bestia?  
¡Guarda, Pablo! Mejor es  
Morir de puro doncella,  
Que sufrir á un mamarracho  
De un maridazo, alma en pena,  
Con mas tachas y alifafes  
Que el caballo de Gónela.  
¿Qué es eso, señor Muñoz?  
¿Os meten miedo las hembras?  
Si os estorbo...

MUÑOZ.

Sí, me estorbas.

BLASA.

¿Con que os estorbo? ¿De veras?

MUÑOZ.

No tengo gana de hablar.

BLASA.

¿Con que me iré?

MUÑOZ.

Cuando quieras.

BLASA.

¿Qué ceño! Desde que estoy  
En esta casa perversa,  
Nunca os he visto reir;  
Siempre con mal gesto.

MUÑOZ.

Y ella,  
Siempre hablar que te hablarás.

BLASA.

Hago bien, que tengo lengua.

MUÑOZ.

Hace mal.

BLASA.

No, sino bien.

MUÑOZ.

Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.

Quiero hablar.

MUÑOZ, *amenazándola.*

Calla,

BLASA.

Sí, quiero

Hablar. ¿Dale! ¿Hay tal cansera!  
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.

Mira...

BLASA.

Carra de laceria.

MUÑOZ.

Si...

BLASA.

Rodrigon, pitarroso,  
Judas: rabia, rabia.

MUÑOZ.

Espera.

### ESCENA VIII.

MUÑOZ, DON ROQUE.

MUÑOZ.

¡Picarona! Bien se ve  
Que no hay en casa quien tenga  
Calzones. ¡Picarónaza!  
¡Atrevida, desenvuelta!  
¡A mí! Vaya, yo no entiendo  
Cómo he tenido paciencia.  
El diablo sabe por qué.

DON ROQUE.

Muñoz, ya estamos de vuelta.

(*Sale don Roque por la puerta del  
foro que da salida á la callejuela  
indicada. Deja el capote y sombrero  
en el canapé.*)

Buena prevencion ha sido  
Que pasaras á esta pieza  
Para espantarlas de aquí.  
Cuando cerrabas la puerta  
Ví al canalla de Ginés,  
Que estaba de centinela  
En esa casa de al lado;  
Yo torcí la callejuela,  
Fingiendo no haberle visto;  
Y él, que me observaba, apenas  
Me aparté un poco, marchó,  
Sin duda á llevar las nuevas  
A don Juan ó don Demonio.

MUÑOZ.

Pero bien, ¿qué se granjea  
Con ese embrollo maldito  
De vueltas y de revueltas?  
Cuidado, que mas parecen  
Cosas de chicos que juegan,  
Que no de señor mayor.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, esta treta  
Es para que si don Juan,  
Como le han dicho que venga,  
Por temor de hallarme aquí  
Se ha detenido, y espera  
Para asegurar el lance  
Billete, recado ó seña,  
Saliendo yo, desde luego  
Su duda se desvanezca,  
Y entonces...

MUÑOZ.

¿Y entonces, qué?

DON ROQUE.

La cosa está ya dispuesta...



Pero no nos detengamos  
En balde, que el tiempo aprieta.  
Vete, por Dios, á tu cuarto.

MUÑOZ, *aparte*.

Mucha diversion me espera.

DON ROQUE.

En tanto que yo la traigo  
Acia acá... Pero ¿no es ella?

MUÑOZ.

La misma.

### ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

(*Al salir doña Isabel se sorprende de ver allí á don Roque.*)

DON ROQUE.

¿De qué te asustas?

DOÑA ISABEL.

Presumí que estabais fuera,  
Porque Blasa...

DON ROQUE.

Sí, he salido

A dar por ahí una vuelta,  
Y... ¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada.

DON ROQUE.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Nada, señor.

DON ROQUE.

No se pierda

El tiempo.

(*Cierra con llave la puerta de la izquierda.*)

DOÑA ISABEL.

Señor, ¿qué haceis?

¿Ay de mí! la llave...

DON ROQUE.

Deja

La llave; nada te importa  
La llave.

DOÑA ISABEL.

Pero ¿á qué es esta  
Prevención?

DON ROQUE.

Mira, Isabel,

Yo sé que á don Juan esperas;  
El va á venir.

DOÑA ISABEL.

¿Señor!

DON ROQUE.

Calla;

No me grites, que lo echas

A perder. El va á venir:

Yo me escondo en esa pieza;

Tú, sentada en esta silla,

De modo que yo te vea,

Le has de recibir. Dirásle

Que ni un panto se detenga

En mi casa; que á qué vienen

Todas esas morisquetas

De hacer que se va, y quedarse;

Que en su vida á verte vuelva;

Y que aunque yo no sé nada,

Es muy fácil que lo sepa...

Pero á la puerta han llamado.

(*Suena la campanilla acia el lado derecho. Don Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. Don Roque, asisténdola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.*)

Siéntate; la silla vuelta  
Acia este lado.

DOÑA ISABEL.

Advertid...

DON ROQUE.

Escusadas advertencias.

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor, lo que haceis.

DON ROQUE.

Isabelita, ten cuenta

Con lo que te he dicho. Mira

Que si noto alguna seña

Ó palabra, no podré

Reportarme, aunque mas quiera,

Y tendremos que sentir.

DOÑA ISABEL.

¡Ay infeliz! ¿Qué funesta

Situación! Pero, es posible...

DON ROQUE.

Presto; vamos, que ya llega.

DOÑA ISABEL.

Escuchadme.

DON ROQUE.

Lo que he dicho

Harás. Cuidado con ella.

(*Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero. y se va á su despacho, dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.*)

### ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! desgraciada de mí!

¡Ay, qué angustia! ¿Quién pudiera

Avisarle! No hay remedio.

DON JUAN.

¿En fin, Isabel, ordenas

Que volviendo á verte ahora

Nuevo tormento padezca?

¿A qué fin, Isabel mía,

Me detienes, si no espera

Alivio nuestro dolor?

Pero ¿qué pesar te aqueja?

¿Qué tienes? Enjuga, hermosa,

Esas lágrimas; en ellas

Harto me dices; no ignoro

De tus ojos la elocuencia.

Ya sé, mi bien, ya sé cuánto

Esta partida te cuesta;

Pero...

DOÑA ISABEL.

Don Juan, ¿qué decís?

¿Qué decís? Idos, no sea

Que mi esposo...

DON JUAN.

No reeces,

Que no está en casa. No temas.

Y Ginés quedó advertido

De avisarme cuando venga.

DOÑA ISABEL.

En cualquiera ocasión debo

Serle fiel. Ved que si llega

A saber vuestra porfía...

DON JUAN.

¿Cielos! ¿qué mudanza es esta?

¿Qué lenguaje, que no entiendo?

Isabel, haz que yo sepa

Estos enigmas, que el alma

Tengo de tu voz suspensa.

Tú me llamaste, y ahora...

DOÑA ISABEL.

¿Yo os llamé?

DON JUAN.

Qué, ¿me lo niegas?

¿Me lo niegas? ¡Ah cruel!

Pues...

DOÑA ISABEL.

Callad.

DON JUAN.

Tú harás que pierda

El sentido, ingrata. ¿Cómo

Cupo en tí tanta fiera?

DOÑA ISABEL.

Ignoro lo que decís.

DON JUAN.

¿Lo ignoras? Pero no quieras

Apurar mi sufrimiento,

Isabel, de esa manera.

DOÑA ISABEL.

Ya he dicho que os vais. Hacedlo;

No por vos, señor, padezca

Mi decoro.

DON JUAN.

¡Ah, fementida

Mujer! ¿Que así mi firmeza

Pagas! ¿Para esto quisiste

Que viniese? ¿Para esa

Nueva traición, que tenías

Contra mi vida dispuesta?

Si ya me aparté de tí,

Si ya mi fuga resuelta

Pensaba no verte mas,

¿A qué me dices que vuelva?

Pérdida!

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor,

Lo que decís; pues si llega

Vuestra ceguedad á tanto

Que algo de casa os sienta...

Mi esposo...

DON JUAN.

Sí, ya lo sé.

¿Le has dicho ya que no tema;

Que el amor que me juraste

Fué mentirosa apariencia?

Pero, slevé, ¿qué disculpa

Me das? ¿Ninguna te queda?

Callas, infiel, porque sabes

Que callando me atormentas.

¿Y yo me detengo? Adios.

Voy á morir; nada anhela

Tu amante, sino acabar

La vida que ya detesta;

Ni será tan infeliz

Que cuando aspiro á perderla,

No lo consiga al impulso

De tempestades deshechas.

Así pudiera olvidar

Mi error pasado y mi pena,

Tus alevosos cariños...

¡Ah! ¿qué digo? No. Perezcan,

Perezcan... Yo las creí

Alivio de mis tristezas...

(*Saca unas cartas y las rasga. Doña Isabel se levanta queriendo en vano contenerle.*)

Tuyas son. ¿Traidoras cartas!

Míralas; tuya es la letra...

No quede memoria alguna...

DOÑA ISABEL.

¿Qué haceis? ¡Ay de mí!

DON JUAN.

No, deja,

Déjame.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos! Señor!...

DON JUAN.

No las quiero, no. Me acuerdan

Tus engaños.

DOÑA ISABEL.

¡Infeliz!

¿Qué nueva desdicha es esta?  
Idos, señor.

DON JUAN.

Sí, cruel.

DOÑA ISABEL.

¡Pobre de mí! Yo voy muerta.  
(*Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo, y se va.*)

## ESCENA XI.

DON ROQUE.

Mejor será. Sí, es mejor.

(*Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.*)

Hasta que embarcar le vea...

Vamos allá, no se escurra,

Y tengamos otra fiesta.

¿La Isabelita y su alma!

Está es echadiza.

## ESCENA XII.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Espera.

DON ROQUE.

Voy de prisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ha ocurrido,

Hermano? que en esa pieza

He visto á Isabel llorosa,

Angustiada, descompuesta...

La pregunto, y no responde;

Solo suspirando alienta...

¿Qué ha habido aquí?

DON ROQUE.

Lo mejor

Es preguntárselo á ella,

Que yo no estoy para echar

Relaciones de comedia.

(*Vase al tiempo que Doña Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la acción y movimiento de los personajes.*)

DOÑA ISABEL.

¡Beatriz, hermana! ¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Isabel, que llena

De dudas me tienes?

DOÑA ISABEL.

Esto

Es sufrir penas acerbas;

Esto es nacer desdichada.

¿Qué haremos? Llama. No; deja,

Es mejor que... Yo no sé.

No estoy en mí.

DOÑA BEATRIZ.

Escucha, espera.

¿Adónde vas?

DOÑA ISABEL.

A evitar

Que le mate.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién? Sosiega

El temor.

DOÑA ISABEL.

¿Pues no ha salido

Detrás de él? No me detengas;

Déjame que vaya...

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué?

DOÑA ISABEL.

A morir, pues ya no queda  
Otro remedio, Beatriz;  
Ni hay mujer á quien suceda  
Igual desgracia. Don Juan  
Vino...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí. En esa

Pieza se ocultó tu hermano.

Todo lo ha visto. El se aleja

Culpando mi ingratitud.

¡Ay, Beatriz! ni se me acuerda

Lo que le dije, ni supe,

Ni era fácil que advirtiera...

¡Misera! ¿qué pude hacer?

DOÑA BEATRIZ.

¿En fin, Isabel, te deja?

Pues si en él se va el peligro,

No así desmayes, ni cedas

Tan pronto á la desventura,

Que acaso tú propia aumentas

Con tu temor.

DOÑA ISABEL.

Es verdad.

Pero ¡ay de mí! cuando vuelva

¿Qué le diré? ¿Quién podrá

Reducirle á que me crea?

Si está airado contra mí

Y confirmé su sospecha

Este acaso, no es posible

Que á mis razones atienda.

¿Infeliz! ¡Y vivo, y vivo?

¿Cómo hay en mí resistencia?

DOÑA BEATRIZ.

No á la desesperación

Te entregues de esa manera;

Y piérdase todo, como

La esperanza no se pierda.

Ven adentro; que no es bien

Esponerse á que te vea

Mi hermano al volver.

DOÑA ISABEL.

Bien dices;

Vamos..... ¡El tiro de leva!

(*Al encaminarse las dos hacia el lado izquierdo se oye á lo lejos un cañonazo. Doña Isabel cae desmayada en una silla.*)

¡Ya se va, Beatriz! ¡Dios mío!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te da, hermana? No alienta.

Isabel!.... ¡Válgame Dios!

No vuelve. Si llamo, es fuerza

Que esto se publique.... ¡Blasa!

Estas resultas esperan

Tales casamientos. ¡Blasa!

Será preciso que venga.

Pero ya vuelve. ¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué sientes? Prueba

Si te puedes sostener;

Iré por agua.

DOÑA ISABEL.

No, espera,

No te vayas.

DOÑA BEATRIZ.

No me irá.

Apóyate en mí.

DOÑA ISABEL.

¿Qué pena!

DOÑA BEATRIZ.

Llora, suspira; que ahora

Nadie nos ve.

DOÑA ISABEL.

¿Qué funesta

Venida!

DOÑA BEATRIZ.

Isabel, por Dios.....

¿Otra vez de eso te acuerdas?

DOÑA ISABEL.

Ya se fué, ya se acabó

El afán.

DOÑA BEATRIZ.

¡Que así te quieras

Atormentar!

DOÑA ISABEL.

Ya se fué.

¡Triste de la que se queda!

No volveremos á vernos

Jamás. ¿Quién me lo dijera?

Mucho le quise, Beatriz,

Mucho le quise.

DOÑA BEATRIZ.

Si empiezas

De nuevo con esas cosas,

Te abandono.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! ¿tú me dejas?

DOÑA BEATRIZ.

No; descansa.

DOÑA ISABEL.

En fin se va,

Creuyendo que le desprecia

Su amada, que le aborrece....

¡Mí! no es verdad, no lo creas.

Te quiero, mi bien, te adoro;

No dudes de mi firmeza;

Primer y último amor

Es el que en mi pecho alberga.

Soy infeliz, no mudable.

Digna fué de tus lineas

Isabel; ¡ay! que la vida

La ha de costar esta ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana, ven. Me parece

(*Mirando á la puerta de la derecha. Doña Isabel se levanta llena de agitación.*)

Que ha entrado. No te detengas.

DOÑA ISABEL.

¡Desgraciada! ¿Adónde, adónde

Iremos que no me vea?

¿Cómo evitaré su enojo?

Helado temor me cerca.

¡Si viene, misera yo!

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si fuera

Posible.... Pero ¿qué digo?

Esta es ya mucha baja;

Mucho abatimiento es este;

Aqui le espero resuelta.

A quien todo lo ha perdido,

¿Qué peligro le amenaza?

Quita; ya no voy contigo;

Aqui le aguardo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué intentas?

## ESCENA XIII.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ, DON

ROQUE, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Pero yo ¿qué le he de hacer?



DON ROQUE.

Es que quiero que las veas,  
A ver por dónde la toman.

MUÑOZ.

Si la cosa está ya hecha,  
¿Qué diablos han de decir?  
¿Ni qué importa.....

DON ROQUE.

¡Buena pieza!

Ya se fué don Juan; cumplió  
Por último su promesa.  
Vaya bendito de Dios.  
Ello es regular que tengas,  
Ayudada de mi hermana,  
Tu amiga y tu consejera,  
Buena porción de mentiras  
Y de embolismos dispuesta  
Para el caso; pero ya  
Conozco todas sus tretas.  
Y las tuyas. Si por cierto,  
Me ha enseñado la experiencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres decir con eso?

DON ROQUE.

¡Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.  
Pero hablemos de ma vez.  
Ya has visto que no te queda  
Disculpa alguna; ya has visto  
Que lo sé todo, y que es fuerza,  
No siendo yo ningún tonto,  
Que esto me enfade y me duela.  
Es regular.

DOÑA ISABEL.

Sí, señor.

Fien decís. Vuestra sospecha  
Es justa, no he de negarlo;  
Pero sabed...

DON ROQUE.

¡Bueno fuera

Que lo negaras!

MUÑOZ.

Pues digo,  
Que se morderá la lengua.

DOÑA ISABEL.

Sabed que yo, desgraciada,  
Oprimida, con violencia  
Os di la mano de esposa.  
No hay remedio, ya soy vuestra.  
Pero don Juan... Sí, señor,  
Le quise, fué verdadera  
Nuestra pasión.

DOÑA BEATRIZ.

¡Isabel!

¿Qué es lo que dices?

DOÑA ISABEL.

No fuera

Justo engañaros; le amé.  
Así lo quiso mi estrecha:  
El igualmente... Dejad,  
Dejadme, señor, que vierta  
Estas lágrimas; que todo  
Lo que callo dicen ellas.  
En fin, engañado vos,  
Yo sin tener quien volviera  
Por mí, fui víctima triste  
De la avaricia perversa  
De mi tutor.

DON ROQUE.

Digo, ¿y cómo  
Entonces, que conviniera  
Hablarnos a todos claro,  
Callaste como una muerta?

DOÑA ISABEL.

¡Ah, señor! Con tantos años  
¿Aun no teneis experiencia

De lo que es una muchacha?

¿No sabeis que nos enseñan  
A obedecer ciegamente,  
Y á que el semblante desmienta  
Lo que sufre el corazón?  
Cuidadosamente observan  
Nuestros pasos, y llamando  
Al disimulo modestia,  
Padece el alma, y... No importa,  
Con tal que calle, padezca.  
El respeto, la amenaza,  
La edad inocente y tierna,  
La timidez natural,  
Las siempre falsas ó inciertas  
Noticias del mundo... ¡Ay triste!  
No soy yo sola; no es esta  
La primera vez que supo  
La autoridad indiscreta  
Oprimir la voluntad.

DON ROQUE.

Muy bien. Y toda esa arenga  
¿Qué quiere decir?

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan necio

Serás, que no lo comprendas?  
Quiere decir, que si acaso  
Estas airado con ella  
Por lo que viste, ya han hecho  
Cuanto apetecer pudieras  
Separándose los dos.  
¿Qué mas disculpas deseas?  
Ya no hay motivos de enojo.

DON ROQUE.

Cierto; es una friolera;  
No ha habido nada; no importa  
Nada; no vale la pena.  
¿Es verdad? Lo que yo he visto  
No ha sido nada, ¡eh! ¡Parlera  
De Satanás!

DOÑA ISABEL.

Ya os he dicho

Que le he querido, y que fuera  
Mentir me osarlo; pero  
El cielo ve mi inocencia.  
El sabe que en tal peligro  
Logré con débiles fuerzas,  
Si no vencer mi pasión,  
Evitar efectos de ella.  
Le llamé para decirle  
Que en su patria se estuviera,  
Donde parientes y amigos  
Aliviaran sus tristezas;  
Recelando que si ahora  
Desesperado se ausenta,  
Su mismo pesar le mate.

¿Cuantos peligros le cercan!

Pero no, no se malogren  
Los instantes. Ya deshecha  
Esta amistad, acabada

La causa de vuestra queja,  
Vos satislecho quedais;  
Yo triste, asombrada, llena  
De dolor. ¡Ah! Ya se fué;  
Ya se logró vuestra idea,  
Se logró... Pero ¡qué golpe  
Tan terrible! ¡Qué violenta  
Separación! Mucho vale  
La virtud, pues tanto cuesta.  
En fin, señor, por vos solo,  
Por una pasión tan necia  
Y una aborrecida unión,  
De vuestra edad tan ajena,  
Yo perdí mi libertad,

Y él a la muerte se acerca.  
Pero este esfuerzo cruel  
Algun galardón espera;  
Si, que tanto sacrificio  
Bien merece recompensa.  
Ya está resuelto. Apartada  
De vos, en la mas estrecha

Clausura vivir intento,  
Si es vida lo que me resta.  
Allí...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué has dicho, Isabel?

DON ROQUE.

Mujer, ¿qué clausura es esa?  
Qué? No, señor, en mi casa  
La tendrás. ¡Pues era buena  
La invención!

DOÑA BEATRIZ.

¡Hermana!

DOÑA ISABEL.

No.

Ya lo he pensado, y no queda  
Otro arbitrio. ¿Cómo quieres  
Que mi trato no le ofenda?  
Lleno de desconfianzas  
Vivirá; por mas que quiera  
Tranquilizarle, jamás  
Faltarán celos y quejas.  
Cada acción será un delito,  
Cada palabra una prueba  
Contra mí; su edad, su genio...  
No es posible que conengan,  
Para vivir en quietud,  
Circunstancias tan opuestas.  
Es preciso separarnos.  
En tu casa, mientras llega  
A efecto, estaré contigo.  
Vos, señor, haced que sea,  
Si fuere posible, hoy mismo.  
Yo os lo suplico, si queda  
Alguna reliquia en vos  
De aquella afición funesta  
Que me habeis tenido.

DON ROQUE.

Vamos,

No hablemos de esa materia.  
Yo me olvidaré de todo,  
Y...

DOÑA ISABEL.

No, no, señor, es fuerza  
Que esta merced me otorgueis.

DON ROQUE.

Tú, Beatriz, tendrás con ella  
Mas autoridad; por Dios  
Persuadela.

DOÑA BEATRIZ.

Ya no es esta  
Ocasión, ni hallarse pueden  
Razones que la contengan.  
Basta que no te ofendió,  
Basta que elegir pretenda  
El medio de no ofenderte  
Jamás; y pues limpio queda  
Tu honor, déjala vivir  
En donde no te aborrezca.

DON ROQUE.

¿Con que yo me he de quedar  
Sin mujer por una tema?  
¿Con que yo tengo la culpa?  
¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

Estoy resuelta.

Hacedlo. A vuestra opinión  
Importa que no se estienda  
El caso por la ciudad;  
El sigilo y la presteza  
Conviene.

DON ROQUE.

Teneis razon;  
Matadme, ya nada resta  
Sino morir de rabia.

DOÑA ISABEL.

No, vivid, señor; y sea

Con mucha felicidad,  
Que yo habitaré contenta  
En la soledad que abrazo,  
Porque asegurada en ella  
Tengamos quietud los dos.  
Vamos, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No difieras  
Un instante lo que pide.

DON ROQUE.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

Otra moledera.

DON ROQUE.

Pero bien, Muñoz, ¿qué dices?  
Hombre, por Dios.

MUÑOZ.

Si entendiera

Que pudiese haber quietud  
Sin encierro, torno y verjas,  
No os aconsejara tal;  
Pero si es tan manifiesta  
La dificultad, que nadie  
Habrá que no la comprenda;  
Si es preciso, aunque ella fuese  
Una santa Dorotea.  
Vamos, eso es tan palpable,  
Que no merece la pena  
De gastar tiempo. ¿Se va?  
Muy bien pensado. ¿Se encierra?  
Lindamente. A vos os quita  
Quebraderos de cabeza,  
Y ella en no viendo jamás

Esa cara, está contenta;  
Con que, abreviarlo y agur.

DON ROQUE.

¿Con que ello ha de ser por fuerza?  
¡Isabel!

*(Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolución.)*

DOÑA ISABEL.

No, no os escucho.

DON ROQUE.

Pero ¿es posible que quieras?...

DOÑA ISABEL.

No me sigais; apartad,  
Que en vos se me representa  
Un tirano aborrecido.  
Lejos de vuestra presencia—  
Podré vivir; pero ved  
Que si un error os empeña  
En obligarme á ceder,  
No bastará la prudencia,  
Y es temible una mujer  
Desesperada y resuelta. *(Vase.)*

DOÑA BEATRIZ.

Ya lo has visto: no la apures.

DON ROQUE.

Haré todo lo que quiera.  
Dejadme vivir en paz,  
Dejadme... y Dios la haga buena.

DOÑA BEATRIZ.

Pero....

DON ROQUE.

Si, mañana mismo  
Haremos la diligencia,  
Mañana... Y que me perdona,  
Que yo la perdono á ella.

ESCENA XIV.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Válgame Dios, qué muchacha!  
*(Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.)*

¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera...

DON ROQUE.

Calla, que en cuanto me digas  
Tendrás razon; pero deja  
Que reniegue de mí mismo;  
Pues yo, por mi lijería,  
He sido causa de todo.  
Ya lo pago, y aunque sea  
Tarde, reconozco ahora  
Que no son edades estas  
Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

Si muchos lo conocieran...  
Pero si... Cuanto mas viejos.  
Mas niños y mas troneras.

*da la culpa a si mismo*



# LA COMEDIA NUEVA,

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1792.

Non ego ventosæ plebis suffragia venor.  
Horat., epist. 19, lib. 1.

## ADVERTENCIA.

« Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro (dice el prólogo de su primera edicion); pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia, para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, así en la formacion de la fábula como en la eleccion de los caracteres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo(\*)».

En el prólogo que precede á la edicion de Parma se dice: « De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un don Eleuterio; de muchas mujeres sabidillas y fastidiosas, una doña Agustina; de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un don Hermógenes; de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó el *Gran Cerco de Viena*; pero ni aquellos personajes ni esta pieza existen.»

Don Eleuterio es en efecto el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribían en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las estravagancias que se representaban entonces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe ó Zamora, inútil ocupacion hubiera sido censurar á quien ya no podia enmendarse, ni defenderse. Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan en esta pieza, deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido ó alterádose los originales que imitó; pero el trascurso mismo del tiempo la hará mas estimable á los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico solo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes); pero será

(\*) Prosigue el prólogo de la edicion de 1792: « Además de ser este el medio de imitacion que practican todas las artes, es el mas inocente, cuando han de espresar objetos de formas; pues reuniendo en un solo sujeto circunstancias que solo se hallan esparcidas en muchos, resulta la pintura con toda la expresion característica que es conveniente, y al mismo tiempo carece de aquella semejanza individual (odiosa sin duda), y que es propia solo de quien retrata, y no de quien inventa.

» El fin moral de esta comedia es harto manifiesto; y en cuanto al artificio de ella, las situaciones, episodios, estilo y otros requisitos, nada hay que decir, puesto que el público debe juzgarla, y no es conveniente anticipar en tales casos ni las disculpas ni los elogios. Baste solo advertir, que esta obra se publica en circunstancias las mas favorables para esperar de ella todo el efecto que es capaz de producir.

» Muchas veces las resoluciones mas justas, dirigidas á corregir los abusos que autorizó la costumbre ó la ignorancia, suelen hallar una resistencia invencible en la opinion pública; y si esta no se rectifica, aquellas se inutilizan y se desprecian.

» Una parte muy numerosa de la nacion ve con dolor el abandono de nuestro teatro; desea que una mano poderosa remueva los obstáculos que impiden su adelantamiento; y no en vano se lisonjea de que, abierto el paso

á las luces, los buenos ingenios se dedicarán á seguir una carrera tan nueva y tan gloriosa, para honor de la patria y utilidad comun.

» Si hay, no obstante, una clase de gentes, á quienes la falta de principios, la indolencia, el interés y otras pequeñas pasiones hacen obstinadas en el error, contra ellas se dirige la censura. ¿Y qué otro medio se hallaría mas conveniente que el de presentar en el teatro, castigados y espuestos al desprecio general, los vicios del teatro mismo? ¿Qué otra respuesta puede darse á los que atribuyen al mal gusto de toda una nacion la decadencia de nuestra poesia dramática, que ridiculizarlos y confundirlos á los ojos de la misma nacion ofendida por ellos? ¿Y qué mayor servicio podrá hacer un escritor que el de esplorar la opinion pública, rectificarla con sólidas doctrinas, y facilitar al gobierno por este medio la mas pronta ejecucion de sus ideas?

» Tales reflexiones animaron al autor de esta obra; y si considera que la correccion del teatro está en manos de quien, uniendo al poder la ilustracion y el celo, prepara á las letras nuevo esplendor y prosperidad, ¿cómo no despreciará los clamores vanos de la ignorancia? ¿Y cómo no se complacerá con el público español de haber contribuido, en el modo que le fué posible, á que se verifique esta revolucion feliz, que ya no puede mirar como distante?»

un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimacion de los doctos.

Luego que el autor se la leyó á la compañía de Ribera, que la debia representar, empezaron á conmoverse los apasionados de la compañía de Martinez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa comun; creyendo que de la representacion de ella resultaria su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al gobierno para que no permitiera su publicacion. Intervino en su exámen la autoridad del presidente del consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico; sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Los cómicos la estudiaron con esmero particular, y se acercaba el dia de hacerla. Los que habian dicho antes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como á ellos, trataron de juntarse en gran número, y acabar con ella en su primera representacion, la cual se verificó en el teatro del Principe el dia 7 de febrero de 1792.

El concurso la oia con atencion, solo interrumpida por sus mismos aplausos; los que habian de silbarla no hallaban la ocasion de empezar, y su desesperacion llegó al estremo, quando creyeron ver su retrato en la pintura que hace don Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecia ó desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedia su proteccion á quien mas se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patio recibió la leccion áspera que se le daba con toda la indignacion que era de temer en quien iba tan mal dispuesto á recibirla; lo restante del auditorio logró imponer silencio á aquella irritada muchedumbre, y los cómicos siguieron mas animados desde entonces, y con mas seguridad del éxito. Al esclamar don Eleuterio en la escena vii del acto segundo: *¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?* supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con espresion tan oportunamente equivoca, que la mayor parte del concurso (aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo) interrumpió con aplausos la representacion. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo en aquel dia esta comedia no pudo ser mas conforme á los deseos del autor.

Manuel Torres sobresalió en el papel de don Pedro, dándole toda la nobleza y espresion que pide; Juana García, en el de doña Mariquita, mereció general estimacion, nada dejó que desear, y dió á las tareas de los artifices asunto digno; Polonia Rochel representó con acierto la presuncion necia de doña Agustina; el escelente actor Mariano Querol pintó en don Hermógenes un completo pedante, escogido entre los muchos que pudo imitar; Manuel García Parra escitó el entusiasmo del público en su papel de don Eleuterio: la voz, el gesto, los ademanes, el traje, todo fué tan acomodado al carácter que representó, que parecia en él naturaleza lo que era estudio.



# LA COMEDIA NUEVA.

## PERSONAS.

DON ELEUTERIO.  
DOÑA AGUSTINA.

DOÑA MARIQUITA.  
DON HERMOGENES.

DON PEDRO.  
DON ANTONIO.

DON SERAPIO.  
PIPI.

*La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.*

El teatro representá una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitación principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

*La accion empieza á las cuatro de la tarde y acaba á las seis.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPÍ.

*(Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.)*

DON ANTONIO.

Parece que se hunde el techo. Pipí.

PIPI.

Señor.

DON ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPI.

No, señor; poetas.

DON ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPI.

Si, señor; así lo fuera yo! ¿No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino; ¡uh!

DON ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPI.

Yo no sé; pero supongo que será en celebrad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPI.

Pues qué, ¿no lo sabía usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

PIPI.

Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

DON ANTONIO.

En efecto, aquí está *(Leyendo en el Diario que está sobre la mesa.)*: COMEDIA NUEVA INTITULADA EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí! ¡cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridiculo!

PIPI.

Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa...

DON ANTONIO.

¿Cómo?

PIPI.

Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

DON ANTONIO.

¡Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPI.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

DON ANTONIO.

¡Oiga! ¿tambien las señoras decian coplillas?

PIPI.

¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componia de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

DON ANTONIO.

¿Don Hermógenes esta arriba? ¡Gran pedanton!

PIPI.

Pues con ese se estaba jugando; y cuando la decian: «Mariquita, una copla, vaya una copla,» se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompía, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decia que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

DON ANTONIO.

✓ Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPI.

¡Oh! ese es don Serapio.

DON ANTONIO.

Pero ¿qué es? ¿qué ocupacion tiene?

PIPI.

El es... mire usted; á él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO.

✓ ¡Ah! sí. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

PIPI.

Ese mismo. ¡Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí

se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas dis-  
putas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se  
va allá abajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro ami-  
gos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los  
portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta  
que da la una; se despiden, y él se va á comer con el  
apuntador.

DON ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPI.

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casa-  
miento de ña Mariquita, la hermana del poeta, con don  
Hermógenes.

DON ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPI.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se  
ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el  
poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le  
den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion,  
les podrá la casa y pagará las deudas de don Hermóge-  
nes, que parece que son bastantes.

DON ANTONIO.

Si serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia  
apasta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende,  
¿qué harán entonces?

PIPI.

Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice  
don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

DON ANTONIO.

¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es  
dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio  
y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el za-  
pato, y cuál comedia es buena, y cuál deja de serlo.

PIPI.

Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay pacien-  
cia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron  
allí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar  
de comedias; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que  
decían. Para ellos no había nada bueno: ni autores,  
ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo  
cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el  
arte, la moral, y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré?  
Las... ¡Valgate Dios! ¿Cómo decían? Las... las reglas...  
¿Qué son las reglas?

DON ANTONIO.

Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas  
que usan allá los extranjeros, particularmente los fran-  
ceses.

PIPI.

Pues, ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

DON ANTONIO.

Si ta: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito  
comedias con reglas; bien que no llegarán á media do-  
cena (por mucho que se estire la cuenta), las que se han  
compuesto.

PIPI.

Pues ya se ve: mire usted, ¡reglas! No faltaba mas. ¿A  
que no tiene reglas la comedia de hoy?

DON ANTONIO.

¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento con-  
tra uno á que no las tiene.

PIPI.

Y las demás que van saliendo cada día tampoco las ten-  
drán: ¡no es verdad usted?

DON ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa, sino que  
para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

PIPI.

Bien; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y  
luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleute-  
rio. Porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con  
los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se ve! mire usted si  
con un buen situado podía él...

DON ANTONIO.

Cierto. (Ap. ¡Qué simplicidad!)

PIPI.

Entonces escribiría. ¡Qué! todos los meses sacaría dos  
ó tres comedias. Como es tan hábil...

DON ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPI.

¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él  
consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco co-  
medias que tiene escritas; pero no han querido los otros;  
y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo: no nos ha  
gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego, como ellos  
saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos... ¿No  
es verdad?

DON ANTONIO.

Pues ya.

PIPI.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le re-  
presentan, me parece á mí que ha de dar golpe.

DON ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPI.

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Ha-  
brá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí, en  
esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero  
como después se hizo paje, y el amo se le murió á lo me-  
jor, y él se había casado de secreto con la doncella, y ten-  
ían ya dos criaturas, y después le han nacido otras dos ó  
tres; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente  
ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

DON ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPI.

¡Pues ya se ve! lo que él dice: si me sopla la musa,  
puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos an-  
gelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir  
camino.

## ESCENA II. *Presentación*

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI. *Don Pedro*

DON PEDRO.

Café.

(Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don  
Antonio: Pipi le servirá el café.)

PIPI.

Al instante.

DON ANTONIO.

No me ha visto.

PIPI.

¿Con leche?

DON PEDRO.

No... Basta.

PIPI.

¿Quién es este?

(Al retirarse después de haber servido el café á don Pedro.)

DON ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, gene-  
roso, honrado, de mucho talento; pero de un caracter tan  
ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á  
cuantos no son sus amigos.

PIPI.

Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla,  
siempre está de mal humor.



## ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos así!  
(*Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.*)

DON ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

DON SERAPIO.

✓ ¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no estan hechas ni letra ni música?

DON ELEUTERIO.

✓ Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Después unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos etc.; y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorella y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

DON SERAPIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

DON ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase usted.

(*Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro; saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.*)

DON SERAPIO.

Voy allá; pero...

DON ELEUTERIO.

Si, si, váyase usted; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

DON SERAPIO.

Si, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipí.

PIPÍ.

¡Señor!

DON SERAPIO.

Palabra.

(*Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro; Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.*)

DON ANTONIO.

¿Cómo va, amigo don Pedro?

(*Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.*)

DON PEDRO.

¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

DON ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aquí? Se me hace extraño.

DON PEDRO.

✓ En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

DON ANTONIO.

Pues; con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la corte.

DON PEDRO.

No por cierto. Yo soy ~~soy~~ el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las

conurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, ¿qué le he hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO.

Si; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO.

Callo.

DON ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO.

Me voy.

DON ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

DON PEDRO.

Entonces digo la verdad.

DON ANTONIO.

Aquí mismo he oido hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad, pero no dejan de estrañar la aspereza de su carácter. ✓

DON PEDRO.

✓ ¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café; porque no vierto por la noche lo que lel por la mañana; porque no disputo, ni ostento erudicion ridicula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el día, y á escitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y estravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué debe hacer?

DON PEDRO. ✓

Tomar café.

DON ANTONIO.

¿Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

DON PEDRO.

A la comedia.

DON ANTONIO.

¿Supongo que irá usted á ver la pieza nueva?

DON PEDRO.

Qué ¿han mudado? Ya no voy.

DON ANTONIO.

Pero, ¿por qué? Vea usted sus rarezas.  
(*Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.*)

DON PEDRO.

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

DON ELEUTERIO.

¡Hola! Parece que hablan de mi funcion.  
(*Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.*)

DON ANTONIO.

De suerte, que ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

DON PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero; se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.*) Yo no sé; usted tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene

en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero, amigo...

DON ANTONIO.

¡Sí, señor, que me divierte. Y por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles...

DON ELEUTERIO.

No, pues.. Con permiso de ustedes. La función de esta tarde es muy bonita, seguramente; bien puede usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

DON ANTONIO.

¿Es este el autor?

(Don Antonio se levanta, y después de la pregunta que hace á Pipi, vuelve á hablar con don Eleuterio.)

PIPI.

El mismo.

DON ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

DON ELEUTERIO.

Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene protección.

DON PEDRO. *¡Honra elogia al gobierno!*

Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse; si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan á una nación los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

DON ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta), y muchas gracias.

DON ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

DON ELEUTERIO.

No, señor; ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces...

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve acia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, pándose á seguirle; lo cual formará juego de teatro.)

DON ELEUTERIO. *Situación real?*

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas.. Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¿Qué sé yo cuánta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cónicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

DON ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la corte.

DON ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles.

DON ANTONIO.

Cierto.

DON ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

DON ANTONIO.

En efecto.

DON ELEUTERIO.

El cuarto.

DON ANTONIO.

¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

DON ELEUTERIO.

Y si hay familia...

DON ANTONIO.

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

DON ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

DON ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ah! no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que....

DON ELEUTERIO.

¿La ha leído usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

DON PEDRO.

¿La han impreso?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor. ¿Pues no se había de imprimir?

DON PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy espuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

DON ANTONIO.

¿Qué! No, señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

DON ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la....

DON PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relación?

DON ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba.

DON PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¿Si no hay paciencia!

DON ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPI.

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

DON ELEUTERIO.

Véala usted aquí.

(Saca una comedia impresa, y se la da á don Antonio.)

DON ANTONIO.

¡Oiga! es esta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta; con eso la posteridad no se andará dando de calabazas por averiguar la gracia del autor. (Lee don Antonio.) POR DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... «Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de búsaes á caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el emperador:

Ya sabeis, vasallos míos,  
Que habrá dos meses y medio  
Que el turco puso á Viena



Con sus tropas el asedio,  
Y que para resistirle  
Unimos nuestros denuados,  
Dando nuestros nobles bríos,  
En repetidos encuentros,  
Las pruebas mas relevantes  
De nuestros invictos pechos.»

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el picaro!

«Bien conozco que la falta  
Del necesario alimento  
Ha sido tal, que rendidos  
De la hambre á los esfuerzos,  
Hemos comido ratones,  
Sapos y sucios insectos.»

DON ELEUTERIO.

¡Qué tal? ¡No le parece á usted bien?

(Hablando á don Pedro.)

DON PEDRO.

¡Eh! á mí, qué...

DON ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á usted. Pero no; donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

DON ANTONIO.

¡Muerta?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, muerta.

DON ANTONIO.

¡Qué situacion tan cómica! Y estas exclamaciones que hace aquí, ¿contra quién son?

DON ELEUTERIO.

Contra el visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

DON ANTONIO.

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir sería un bruto.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Hombre arrebatado, ¿eh?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?

DON ELEUTERIO.

Cierto.

DON ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

DON ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muere la lengua. ¡No es cosa cómo le pone! Oiga usted, don Pedro.

DON PEDRO.

No, por Dios; no lo lea usted.

DON ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

DON PEDRO.

Con todo eso.

DON ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

DON PEDRO.

Ya.

DON ELEUTERIO.

Buena versificacion.

DON PEDRO.

No importa.

DON ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro, si la dama lo esfuerza

DON PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que...

DON ANTONIO.

Pero á lo menos, el final del acto segundo es menester oírle.

(Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.)

Emperador. Y en tanto que mis recelos...

Visir. Y mientras mis esperanzas...

Senescal. Y hasta que mis enemigos...

Emperador. Averiguo.

Visir. Logre.

Senescal. Caigan.

Emperador. Rencores, dadme favor.

Visir. No me dejes, tolerancia.

Senescal. Denuado, asiste á mi brazo.

Todos. Para que admire la patria

El mas generoso ardid

Y la mas tremenda hazaña.

DON PEDRO.

Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(Se levanta impaciente, en ademán de irse.) ✓

DON ELEUTERIO.

¿Disparates los llama usted?

DON PEDRO.

¿Pues no?

(Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.)

DON ELEUTERIO.

¡Vaya, que es tambien demasiado! ¿Disparates! ¿Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia! Ciertamente me ha chocado. ¿Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

DON PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion culta?

DON ELEUTERIO.

¡Cuenta, que me ha dejado contento la expresion! ¿Disparates!

DON PEDRO.

✓ ¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

DON ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¿Disparates! ¡Cuidado que!...

PIPI.

No haga usted caso.

DON ELEUTERIO.

(Hablando con Pipi hasta el fin de la escena.)

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangum, que es el traidor...

PIPI.

✓ ¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

DON ELEUTERIO.

Pues, como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.)

Y en tanto que mis recelos...  
Y mientras mis esperanzas...  
Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! ¡a que buena ocasión llega usted!

(Sale don Hermógenes por la puerta del foro.)

#### ESCENA IV.

DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO, DON PEDRO,  
DON ANTONIO, PIPÍ.

DON HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

DON PEDRO.

A la orden de usted.

DON ANTONIO.

Felicitasimas, amigo don Hermógenes.

DON ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el Diario; lee para sí, y á veces presta atención á lo que hablan los demás*) para decidir la cuestión que se trata: todo el mundo sabe su instrucción y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la esmeratitud y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

DON HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el mas ameno de nuestros días, su profunda erudición, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

DON ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

DON HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderación...

DON ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

DON HERMÓGENES.

Estas prendas si que merecen admiración y encomio.

DON ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

DON HERMÓGENES.

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorumpido en un aserto tan...

DON ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada mas.

DON HERMÓGENES.

Si diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fabula. *Sunt autem fabulae, aliae simplices, aliae implexae.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

DON ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

DON ANTONIO.

(*Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*)

Yo reviento.

DON HERMÓGENES.

*Cai gar atpraxeis on mimeisai oi...*

DON ELEUTERIO.

Pero...

DON HERMÓGENES.

*Mythoi eisin i archousin.*

DON ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

DON HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestión. Bien que, para la mejor inteligencia, convendría explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escaligero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

DON ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero...

DON PEDRO.

Este hombre es loco.

DON HERMÓGENES.

Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

DON ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

DON HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxipo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philipides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

DON ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que...

DON HERMÓGENES.

Y los mas celeberrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

DON PEDRO.

Adios, señores.

(*Se encamina acia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*)

DON ANTONIO.

¿Se vá usted, don Pedro?

DON PEDRO.

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oír eso?

DON ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

DON HERMÓGENES.

Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á proprolar tal asercion.

DON PEDRO.

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo, que por lo que el señor ha leído de ella, y por ser usted el que la ahona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. Adios, señores. (*Hace que se va, y vuelve.*)

DON ELEUTERIO.

(*Señalando á don Antonio.*)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

DON PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas mas que por el ingenio por la necesidad ó la presunción. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvarios; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que pu-



blica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chañflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nación, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente haste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

DON HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho, que...

DON PEDRO.

Séneca dice en todas sus epístolas, que usted es un pedanton ridículo, á quien yo no puedo aguantar. Adios, señores.

### ESCENA V.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, PIPÍ.

DON HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (*Encarándose acia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) ¡Yo, que he compuesto siete proluisiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

DON ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias, cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

DON HERMÓGENES.

El será el pedanton.

DON ELEUTERIO.

¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince días! Y si empieza á llover...

DON HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser domine de Pioz.

DON ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

DON ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

DON ANTONIO.

Si, señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

DON ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

DON ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos.

### ESCENA VI.

DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO.

DON ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya, que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!

DON HERMÓGENES.

*Aquila non capit muscas*, don Eleuterio. Quiero decir, que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo....

DON ELEUTERIO.

¡Oh!

DON HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que....

DON ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos; tan completo como usted, ninguno.

DON HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿Eh?

DON ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos alumbra.

DON HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol, delante de cuarenta ó cincuenta personas.

DON ELEUTERIO.

¡Picardia! Y usted ¿qué hizo?

DON HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filosofo: callé, tomé un polvo, y me fui á oír una misa a la Soledad.

DON ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

DON HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que.... Pero, dígame usted: ¿ni siquiera una onza de oro le han querido alelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

DON ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

DON HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion mas critica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando....

DON ELEUTERIO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

DON HERMÓGENES.

✓ Ese bruto de mi casero.... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza....

DON ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó estroto es regular que me den el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene usted algun picho en la hosteria, tambien se....

DON HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

DON ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

DON HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(*Vase Pipí por la puerta del foro.*)

DON ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros; se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer; ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada; ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le estima á usted: ¿no es verdad?

DON HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada día.

DON ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán....

DON HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

DON ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

DON HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celebrísimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernæ regumque turres.*

DON ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

DON HERMÓGENES.

Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

DON ELEUTERIO.

¿Pues no le digo á usted! Vamos, eso está conseguido.

DON HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus*. Y entonces, ¡oh! entonces.... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apeteer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesión.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

DON SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

DON ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

DOÑA AGUSTINA.

¿Y la oración que hace el visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasión mas....

DON HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro....

DOÑA AGUSTINA.

Pero ¿usted hace caso de ella? ¿Qué tontería! Si no sabe lo que se dice.... Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

DON SERAPIO.

Serán.... Deje usted. Podrán ser ahora....

DON HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (*Saca su reloj.*) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

¡Oh! pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(*Siéntanse todos menos don Eleuterio.*)

DON SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier día.... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

DON SERAPIO.

✓ Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

DON ELEUTERIO.

Ya se ve, comedia nueva, autor nuevo, y...

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leído muchísimo, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

DON SERAPIO.

Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

DON ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

DON SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenia en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiar! y que...

DON ELEUTERIO.

Soy con ustedes; voy aquí á la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

DON ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

DON ELEUTERIO.

Al instante. (*Vase.*)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué inquietud! ¿Qué ir y venir! No para este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, ¿por qué la lhan de silbar, ignorante? ¿Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues; siempre me está usted diciendo eso. (*Sale Pipi por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

DON HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¿Suspirado, sí, suspirado! ¿Quién le creyera á usted!

DON HERMÓGENES.

Pues ¿quién amatan de veras como yo? ¿cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mio?

DOÑA AGUSTINA.

¿Discreta hipóbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de



quien está hablando? Mire usted, para decirle: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted cómo todo se dispone; porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué se yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Si, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruir la y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregirselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfección, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que....

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

DON HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Después aprenderá los logaritmos y algo de la estática; después...

DOÑA MARIQUITA.

Después me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor, si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, se aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mía, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer copias! ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no, si el lance á oscuras ha de ser antes de la batalla ó después del veneno, y manoseando continuamente *Gaceas* y *Mercurios* para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

DON SERAPIO.

¡Yo, señora! ¿Cómo quiere usted que...

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del día anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion; siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, u ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

DON HERMÓGENES.

Si, Mariquita, si: en eso tiene razon mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que lei á la academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex, index é infamis*, que es decir: que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina.

DON HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustiam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante sera otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

DON HERMÓGENES.

No, señora, la aplaudirán.

DON SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No, pues no decian eso ayer los que encontramos en la botillería ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordía la lengua.

DON SERAPIO.

¿Alto? uno alto, ¿eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Ficaron! ¡vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Brihon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fue el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monsruo mas espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

DON SERAPIO.

Si, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

DON SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

DON SERAFIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera..... ¡eh!... Pero el otro día ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*vuelve a sentarse*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; después les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagro, ó así; y luego se van á palmoear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver.....

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Si, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. El se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel pochéro. Y él, ya se vé, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin, el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas alabas se ha agarrado él para que le silben.

DON HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría á imponer taciturnidad y admiración á la turba mas gárrula, mas desenfundada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se vé. Figúrese usted una comedia heroica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado: figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

DON SERAFIO.

¡Toma si gustará!

DON HERMÓGENES.

Aturdirá.

DON SERAFIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de los toros.

## ESCENA II.

DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAFIO, DON HERMOGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

DON ELEUTERIO.

Hasta ahora...

DOÑA AGUSTINA.

Deja; me parece que voy á acertar: habrá vendido .... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

DON ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

DON SERAFIO.

✓ ¡Ah! y cuide usted (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, por que si no...

DON ELEUTERIO.

Si, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya: ¿es verdad?

DON HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

DON SERAFIO.

¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acertado?

DON SERAFIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

DON ELEUTERIO.

No, señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

DON SERAFIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mía, que es bien poco.

DON HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad terciá con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo, que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

DON SERAFIO.

¿Qué! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!...

DOÑA MARIQUITA.

✓ Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

DON ELEUTERIO.

Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si ni boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

DON HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.



DOÑA MARIQUITA.

✓ ¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendría ni hermano necesidad de escribir disparates.

## ESCENA III.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

DON ANTONIO.

A la orden de ustedes, señores.

DON ELEUTERIO.

Pues ¿cómo tan presto? ¿No dijo usted que iría á ver la comedia?

DON ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

DON ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

DON ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipi por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulias, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

DON ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

DON ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, puede usted venir con toda satisfacción, caballero.

DON ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su atención; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla; con que...

DON SERAPIO.

¿La tonadilla?

(*Se levantan todos.*)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

DON ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues cómo han empezado tan presto?

DON ANTONIO.

No, señora; han empezado á la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser; si ahora serán...

DON HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj*): las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡Hombre! ¿qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oído, y se le vuelve.*) Si está parado.

DON HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral.

DOÑA MARIQUITA.

✓ Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

DON ELEUTERIO.

¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de...

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

DON SERAPIO.

Aquí está.

DON ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes...

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

DON ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

DON SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

DON ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

## ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

PIPÍ.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

¿Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

DON ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

## ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO.

¿Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues, y la comedia ¿en qué estado queda?

DON PEDRO.

Hombre, no me hable usted de comedia (*Se sienta*), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué ha sido ello? (*Sentándose junto á don Pedro.*)

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? que he tenido que sufrir (gracias á la recomendación de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar, y la aproveché.

DON ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

DON PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que,

*elogio de los grandes.*

por vida mía, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando declaman, que estotros cuando quieren hablar en razon. ✓

DON ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer-á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo ¿sufre con paciencia ese espantable comedi-  
✓

DON PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

DON ANTONIO.

¿Qué dice usted?

DON PEDRO.

Es increíble. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisímiles, episodios inconexos, caracteres mal espresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres, no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los días.

DON ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las estravagancias.

DON PEDRO.

Pero ¡no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavia en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

DON ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? Reir ó rabi-  
✓

DON PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

DON ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es esta?

## ESCENA VI.

DON SERAPIO, DON HERMOGENES, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.

Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

DON ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan don Antonio y don Pedro.)

DON SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPI.

Voy, voy allá.

TOMO II.

Despáchate.

DON SERAPIO.

PIPI.

¡Por vida del hombre! (Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.)  
✓

DON HERMÓGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exá-  
nime?

DON ANTONIO.

Yo no, no traigo.

DON PEDRO.

Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

## ESCENA VII.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ELEUTERIO.

Si; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio. (Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

DON SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPI.

¿Qué! si está en un camaranchon, que...

DON ELEUTERIO.

No importa.

PIPI.

¡La cama! La cama es un jergon de arpillera y...

DON SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

DON ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPI.

Yo bien, si ustedes...

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

¿Se siente usted mejor, hermana?

DON ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

DON SERAPIO.

¡Ya se ve! El lance no era para menos.

DON ANTONIO.

Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

DON ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada, que... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Pícarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

DON PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y después un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta



tremolina salía la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decía: Madre, deme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estorandos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no había comido en seis días, y apenas el chico empezó á pedirle pan, y ella á decirle que no le tenía, cuando para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecía sino que toda la casa se venía al suelo. Corrieron el telón; abrieron las puertas; salió reneando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazón, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oído ni visto: en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decía yo que era imposible que... (*Siéntase junto á doña Agustina.*)

DON ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores... Tome usted. (*Saca la comedia, y se la da á don Hermógenes.*) Léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis días tiene razón de morir, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

DON HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre una mesa. Pípt la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atención y complacencia.*) Estoy de prisa. Nos veremos otro día, y...

DON ELEUTERIO.

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted así?

DON HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me movería de aquí; pero...

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

DON HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo. Tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni connexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

DON ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

DON HERMÓGENES.

Algúnos que tiene.

DON PEDRO.

Pues no decía usted eso poco tiempo ha.

DON HERMÓGENES.

Fué para animarle.

DON PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocía que era mala, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba

usted el ingenio del autor, y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

DON HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con que es mala?

DON HERMÓGENES.

Malísima.

DON ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

✓ Usted se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

DON PEDRO.

No, señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

DON PEDRO.

Si usted es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que...

DON ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estas... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted.

DON HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas...

DON ELEUTERIO.

✓ Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazón para esponerme á los silbidos, al palmoteo y á la zumba de esta tarde?

DON HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasia... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chiflidos son arulllos y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

DON HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé cómo (*Se levanta muy enojada, encaminándose acia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él... Váyase usted.

DON HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

DON ELEUTERIO.

¡Picaron!

DON HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

## ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPI.

DON ELEUTERIO.

¡Ingrato, embustero! ¡Después (*Se sienta con alemanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él!

DOÑA MARIQUITA

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazón... Mire usted qué hombre; después de haberme traído en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien, y no sabe latín ni se mete en citar autores, como ese bribón... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar; por el maldito empeño de ustedes de que me había de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone); quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

DON ANTONIO.

No se desconsuele usted, señorita; que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que la que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

DON ELEUTERIO.

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, ¿que no has de reflexionar?...

DON ELEUTERIO.

Calla, mujer; calla, por Dios, que tú también...

DON SERAPIO.

No, señor; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojonones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted á mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido, y....

DON ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me...

DON PEDRO.

¿Todavía está usted en esa equivocación?

DON ANTONIO.

(*Ap. á don Pedro. Déjele usted.*)

DON PEDRO.

✓ No quiero dejarle; me da compasión... Y sobre todo, es demasiada necesidad, después de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos le ha propuesto usted para la imitación? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicación constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? Pues por dónde usted, que carece de tales requisi-

tos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? Qué, ¿no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demás que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observación continua, sensibilidad, juicio esquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfección.

DON ELEUTERIO.

Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no vale un cuarto, que he gastado en la impresión lo que no tenía...

DON ANTONIO.

No, la impresión con el tiempo se venderá.

DON PEDRO.

No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

DON ELEUTERIO.

Pues, vea usted: no se venderá; y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenía para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

DON PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligación de irlos pagando poco á poco, según el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economía.

DOÑA AGUSTINA.

¿Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

DON PEDRO.

¿Ninguna?

DON ELEUTERIO.

No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; después me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y...

DOÑA MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

DON ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

DON ANTONIO.

¿Cuántas tiene usted?

DON ELEUTERIO.

Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

DON PEDRO.

¡Hijos tiene! (*Ap. con ternura* ¡Qué lástima!)

DON ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso...

DON PEDRO.

(*Ap. ¡Infeliz!*) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo también he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazón de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿escribe usted bien?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... porque yo, señor, he sido paje... allí, como digo, no había mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté



como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y... ¡vaya! Ninguno ha tenido que...

DON PEDRO.

Lo creo muy bien.

DON ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo... Vea usted... (*Saca un papel y se le da á don Pedro.*) Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se había de cantar mañana... ¡Ay, Dios mío!

DON PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, tiene su introduccioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estríbilo, y concluye con las...

DON PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

DON ELEUTERIO.

Ya.

DON PEDRO.

Es menester que se deje usted de esas tonterías. (*Volviéndole el papel.*)

DON ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

DON PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvarios necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y pronto. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

DON ELEUTERIO.

Señor, ¿qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

¿De veras?

DON PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar á un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. Usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luego puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una mujer de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la corte, y... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazón muy com-

asivo.

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué bondad!  
(*Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse á los pies de don Pedro; él lo estorba y los abraza cariñosamente.*)

DON ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

DON PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza, evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

DON ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

DON PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

DON ELEUTERIO.

✓ Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

DON PEDRO.

No hablemos de eso.

DON ANTONIO.

¡Ah, don Pedro! qué leccion me ha dado usted esta tarde!

DON PEDRO.

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

DON ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

DON PEDRO.

¡Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

DON SERAPIO.

Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

DON PEDRO.

Mas lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pipi.*); no se quede por ahí pendida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

DON ELEUTERIO.

✓ ¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de manos de Pipi, y la hace pedazos.*) amén, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajueta.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

DON PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse!

# EL BARON,

COMEDIA EN DOS ACTOS EN VERSO,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1803.

---

Noli affectare quod tibi non est datum;  
Delusa ne spes ad querelam recidat.

Phædri, fab., lib. 3.

---

## ADVERTENCIA.

En el año 1787 escribió el autor una zarzuela intitulada *el Baron*, que se debía representar en casa de la condesa viuda de Benavente, lo cual no llegó á verificarse; pero la obra corrió manuscrita con mas aprecio del que efectivamente merecia.

Una dilatada ausencia del autor dió facilidad á algunos para que, apoderándose de ella, la trataran como á cosa sin dueño. Alteraron á su voluntad situaciones y versos, añadieron personajes, aumentaron ó suprimieron donde les pareció varios trozos cantables, y la desfiguraron de un modo lastimoso. Con estas enmiendas, supresiones y apostillas, la tomó á su cargo don José Lidon, organista de la capilla real, y compuso la música segun pudo y supo. Entre tanto cayó en poder de los que se llaman apasionados: juventud ociosa y alegre, y poco difícil en materias de gusto. Parecióles muy buena (como era de temer), la estudiaron á porfía, la representaron sin música en varias casas particulares, y por último, en el teatro público de Cádiz apareció mutilada y deforme.

Restituido el autor á su patria, vió la mala suerte que habia tenido su obra, y una de las mayores dificultades que tuvo que vencer fué la de persuadir á su amigo don José Lidon á que diera por perdido el tiempo que habia gastado en componer la música, y á que desistiera del empeño que tenia en que los cómicos se la cantaran. Logrado esto, conoció la necesidad de corregirla, para lo cual suprimió todo lo añadido por mano ajena, y todo lo cantable; dió á la fábula mayor verosimilitud é interés, á los caracteres mas energia, y alterando el primer acto, y haciendo de nuevo el segundo, de una zarzuela defectuosa compuso una comedia regular.

Entre tanto que la estudiaban los mismos actores que con tanto celo y acierto habian desempeñado las dos primeras piezas del autor, la compañía de los Caños del Peral se dió por ofendida de aquella preferencia. Sus protectores (gente poderosa y de grande influjo en la corte) meditaron una venganza poco delicada para desahogo de su mal fundado resentimiento. Hallaron un buen hombre que se prestó á sus miras, dilatando en tres actos la zarzuela de *el Baron*, suprimida la música, añadidos de propio caudal varios trozos, y lo restante copiado á la letra del original que estropeaba. Sin haberlo sospechado jamás, se halló de repente poeta; puso por título á sus mal zurcidos retales el de *la Lugareña orgullosa*; la llamó comedia original; insultó en el prólogo al autor de *el Baron*, y la pieza contrahecha se estudió, se imprimió y se representó en el teatro de los Caños, antes que en el de la Cruz estuviera corriente la de Moratin. Tanta fué la actividad con que se aceleró la ejecucion de aquella rateria. El público no quedó, sin embargo, muy satisfecho del mérito de la obra; y siendo ya tan conocida la zarzuela de *el Baron*, la rapiña del autor intruso, su mala fe, sus cortos alcances y su ridícula presuncion le desacreditaron completamente.

La comedia de Moratin se representó en el teatro de la Cruz el dia 28 de enero del año de 1805. Sabíase de antemano que iba á ser silbada; el jefe que mandaba la expedicion era conocido y temible, la turba que tenia á sus órdenes numerosa é intrépida. Durante la representacion intentaron los voceadores el ataque mas de una vez, pero el público logró contenerlos: faltaban pocos versos para concluirla, y creyeron que era ya urgente hacer el último esfuerzo y cumplir el empeño que habian contraido. Voces, gritos, golpes, silbidos, barahunda espantosa, todo se puso en práctica, y aquella parte de auditorio á quien habia parecido bien la comedia, contribuyó con aplausos á que creciese el estrépito y la confusion. Unos pedian que se anunciase otra funcion para el dia siguiente, y otros gritaban que siguiese la misma.

En medio de este tumulto, que se dilataba con teson de una y otra parte, Antonio Pinto,



amigo del autor, logró con dificultad que le oyeran; y dijo: « Los cómicos han creído que la comedia que se acaba de representar, es una de aquellas pocas composiciones que mas ilustran el teatro español. Una parte del público abunda en esta opinion, y lo manifiesta de un modo indubitable; otra parece que la desaprueba y quiere que se anuncie para mañana pieza distinta. Deseando los cómicos acertar, quisieran saber si la comedia de *el Baron* ha de repetirse mañana, ó no. Lo que decida el público eso harán ellos; su obligacion es complacerle. » Esta alocucion, lejos de calmar el desórden y conciliar los ánimos, sirvió solo de aumentarle y dividirlos, y hubiera durado mucho tiempo aquella discordia, si los conjurados, dando ya por seguro su triunfo, no hubieran salido atropelladamente á dar el anuncio á los que esperaban afuera. Corrió la voz por las esquinas y callejuelas, tabernas, cafés y tertulias, de que la comedia de Moratin habia sido silbada: noticia que llenó de regocijo á los que lamentándose continuamente de que nada se hace bueno en España, cuando alguna vez se hace, desestiman lo que echaban menos y atropellan el mérito con quien son incapaces de competir (\*).

Algunos sabios y sabias se acostaron tarde aquella noche, ocupados en escribir coplillas mordaces é insípidas en celebridad de la gran victoria que habian logrado, contra el talento y la aplicacion virtuosa, la parcialidad y la ignorancia. Corrieron estos opúsculos al otro dia de mano en mano, y á pocas horas de existencia perecieron en desprecio y olvido. En la segunda representacion no hubo mas ruido que el de los aplausos; los conspiradores no asistieron, el vino los habia reunido, y el vino está caro en Madrid. El público desapasionado vengó con su aprobacion los insultos anteriores, retuvo como frases proverbiales muchas espresiones de la comedia, y desde entónces oye siempre con aprecio esta fábula sencilla, verisimil, cómica, instructiva, y en la cual se observan, como en todas las otras del autor, los preceptos del arte y del buen gusto.

Antonio Ponce desempeñó con mucha inteligencia el difícil personaje del Baron; Antonio Pinto, para quien era muy acomodado el carácter de don Pedro, satisfizo las esperanzas del autor y del público. Mariano Querol, en el de Pascual, acertó como siempre lo hacia cuando copiaba la rústica y lerda sencillez de nuestros lugareños. El papel de la tia Mónica en boea de Maria Ribera se admiró como lo mas perfecto que puede presentar la ficcion dramática.

(\*) *El Baron* se imprimió antes de ser representado, con una dedicatoria al príncipe de la Paz, y un prólogo en que se traslucen ya los recelos del autor sobre su buena acogida. En él se dice: « Desnuda de los adornos que no eran suyos, habrá de sufrir esta comedia la censura de la multitud en el teatro. Aquel es el tribunal en que estas obras se aplauden ó se condenan: el público (no el vulgo) reunido allí es el juez imparcial é incorruptible que debe examinarlas; lo que él decide no admite apelacion. El autor, aspirando siempre á merecer su aprecio, lo ha procurado en esta obra, sujetándose á los preceptos que

enseña el arte; sin el cual otros ingenios, en gran manera superiores al suyo, solo han producido desaciertos.

« Si por dicha lograrse en el teatro una mediana ejecucion, resultará otra prueba mas de que una fábula simple y verisimil, unos caracteres imitados directamente de la naturaleza, costumbres nacionales, viveza en el diálogo, sencillez urbana en el estilo, algun chiste cómico, buena moral, y sobre todo practicable, es lo que basta para adquirir á un poeta dramático la general estimacion. Sigau otros enhorabuena carrera distinta; pero es difícil anunciarles un éxito igualmente feliz. »

# EL BARON.

## PERSONAS.

DON PEDRO.  
LA TIA MONICA.

ISABEL.  
LEONARDO.

EL BARON.  
FERMINA.

PASCUAL.

*La escena es en Illescas, en una sala de la casa de la tia Mónica.*

El teatro representa una sala adornada á estilo de lugar. Puerta á la derecha, que da salida al portal; otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro con escalera por donde se sube al segundo piso.

*La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las diez de la noche.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

LEONARDO, FERMINA.

LEONARDO.

Si, Fermina; yo no sé  
Qué estraña mudanza eesta,  
Ni apenas puedo creer  
Que en tres semanas de ausencia  
Se haya trocado mi suerte  
De favorable en adversa.  
¿Qué misterios hay aquí?  
¿Por qué su vista me niega  
Isabel? ¿Por qué su madre,  
Que me ha dado tales pruebas  
De estimacion, me despide,  
Me injuria?... ¡Oh! ¡cuanto recela  
Un infeliz!... Pero, dime:  
Ese Baron que se hospeda  
En esta casa...

FERMINA.

¿El Baron?

LEONARDO.

Si; ¿qué pretendes? ¿qué ideas  
Son las tuyas?

FERMINA.

No es posible  
Que un instante me detenga.  
*(Mirando adentro con inquietud.)*

LEONARDO.

Pero dime...

FERMINA.

Es que si viene  
Mi señora, y os encuentra,  
Habrá desazon.

LEONARDO.

Después

Que yo de tu boca sepa  
Mi desventura, me irá.  
Di...

FERMINA.

Pues bien, la historia es esta:  
Ya sabéis que hace dos meses  
Con muy corta diferencia  
Que el Baron de Montepino

Se nos presentó en Illescas.  
Tomó un cuarto en la posada  
De enfrente. Estando tan cerca,  
Desde su ventana hablaba  
Con nosotras... bagatelas  
Y chismes de vecindad;  
Vino hasta media docena  
De veces á casa, y luego  
Fué la amistad mas estrecha.  
Hablabá de sus vasallos,  
De su apellido y sus rentas,  
De sus pleitos con el rey,  
De sus mulas, et cetéra.  
Mi señora le escuchaba  
Embebecida y suspensa,  
Y todo cuanto él decia  
Era un chiste para ella.  
Hizo el diantre que á este tiempo  
Se os pusiese en la cabeza  
Ir á ver á vuestro primo;  
Que, á la verdad, no pudierais  
Haber ido en ocasion  
Mas mala.

LEONARDO.

Estando tan cerca  
De Toledo, estando enfermo  
De tanto peligro, ¿hubiera  
Sido razon?...

FERMINA.

Yo no sé...

Voy á acabar, no nos sientan.  
Nuestro Baron prosiguió  
Sus visitas con frecuencia;  
Siempre al lado de mis amas,  
Siempre haciéndolas la rueda,  
Muy rendido con la moza,  
Muy atento con la vieja,  
De suerte que la embromó.  
La ha llenado la cabeza  
De viento; está la mujer  
Que no vive ni sosiega  
Sin su Baron; y él, valido  
De la estimacion que encuentra,  
Quejándose muchas veces  
De que la posada es puerca,  
De que no le asisten bien,  
Que los gallos no le dejan  
Dormir, que no hay en su cuarto  
Ni una silla ni una mesa;  
Tanto ha sabido fingir,  
Y ha sido tan majadera  
Mi señora, que ha enviado

Por la trágica maleta  
Del Baron, y ha dado en casa  
Eficaces providencias  
Para que su señoría  
Coma, cene, almuerce y duerma.  
En efecto, ya es el amo;  
Se le han cedido las piezas  
De arriba; viene á comer,  
Se sube á dormir la siesta,  
Vuelve á jugar un tresillo,  
O sale á dar una vuelta  
Con las señoras; después  
Vienen á casa, refresca,  
Cena sin temor de Dios,  
Vuelve á subir, y se acuesta.  
Tal es su vida. El motivo  
De haber venido á esta tierra  
Ha sido, segun él dice...  
¿Para el tonto que lo crea!  
No sé qué lance de honor  
De aquellos de las novelas:  
Persecuciones, envidias  
De la corte, competencias  
Con no sé quién, que le obligan  
A andarse de ceca en meca...  
En fin, mentiras, mentiras  
Mal zurcidas todas ellas.  
Esto es lo que pasa. Ahora  
Inferir lo que os parezca.  
Isabel os quiere bien;  
Pero Patillas lo enreda  
A veces, y...

LEONARDO.

Si, su madre

Es tal que podrá vencerla;  
Y hará que me olvide, hará  
Que á su pesar la obedezca...  
¡A su pesar!... Pero ¿quién  
Me asegura su firmeza?  
¿Quién sabe si ya olvidada  
Del que la quiso de veras.  
A un hombre desconocido  
Dará su mano contenta?...  
Adios... *(Hace que se va, y vuelve.)*  
Pero tú, que sabes  
Cuanto mi amor interesa,  
Haz que yo la pueda hablar:  
Dila el afán que me cuesta...  
Dila en fin, que no hay amante,  
Por mas infeliz que sea,  
Que si no merece afectos.  
Desengaños no merezca. *(Vase.)*



FERMINA.

Pobrecillo! Mucho temo  
Que el tal Baron te la juega.  
Y al cabo de tantos años  
De ilusiones lisonjeras,  
Tantos suspiros perdidos,  
Tanto rondar á la puerta,  
Tus proyectos amorosos  
En esperanzas se quedan.  
¿Y esto es amar? Esto es  
Vivir remando en galeras.

## ESCENA II.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

Fermina, ¿diste el recado  
De que mi hermano viniera  
Al instante?

FERMINA.

Sí, señora.

TIA MÓNICA.

Mucho tarda.

FERMINA.

Si es un pelma.

TIA MÓNICA.

Y es para una cosa urgente.

FERMINA.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

¿Cierto que es buena

La curiosidad!

FERMINA.

¿Señora!

¿Pues á qué santo es la fiesta?  
¿No es cosa! ¡la paletina,  
La saya rica, las vueltas  
De corales!

TIA MÓNICA.

Calla, loca.

FERMINA.

¿Válgame Dios! ¡si lo viera  
El difunto!

TIA MÓNICA.

¿Qué difunto?

FERMINA.

El que está comiendo tierra.

TIA MÓNICA.

¿Quién?

FERMINA.

Mi señor, que en su vida  
Pudo lograr que ós pusierais  
Una cinta, y ós llamaba  
Desastrada, floja y puerca,  
Andrajosa, y...

TIA MÓNICA.

Si no callas,

He de romperte las piernas,  
Habladora.

FERMINA.

Yo...

TIA MÓNICA.

Bribona.

FERMINA.

Sí...

TIA MÓNICA.

¿Qué palabras son esas?...

FERMINA.

Señera, si él lo decia,  
Y los vecinos se acuerdan...  
¿Válgame Dios! que yo no  
Lo saco de mi cabeza.  
Por cierto que muchas veces  
Daba unas voces tremendas

Que alborotaba la casa  
Y os llamaba majadera...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Y...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Bien está.

## ESCENA III.

DON PEDRO, LA TIA MONICA,  
FERMINA.

DON PEDRO.

¿Hola! ¿Quién riñe?

TIA MÓNICA.

Es con esta

Picudilla.

FERMINA.

Mi señora

Me pone de vuelta y media  
Porque digo la verdad,  
Y porque...

TIA MÓNICA.

Vete allá fuera.

FERMINA.

Porque digo que mi amo...

TIA MÓNICA.

Vete.

FERMINA.

Ya me voy.

TIA MÓNICA.

No vuelvas

Sin que te llame; y cuidado  
No te plantes á la reja.

## ESCENA IV.

DON PEDRO, LA TIA MONICA.

DON PEDRO.

Con que, mi señora hermana,  
Asunto de consecuencia  
Debe de ser el que ocurre.  
Yo, como sé tus vivezas,  
No me he dado mucha prisa (*Se sienta.*)  
A venir; pero se enmienda  
Todo con haber venido.  
Vaya pues.

TIA MÓNICA.

Solo quisiera

(*Sentándose junto á don Pedro.*)

Que me dieras unos cuartos.

DON PEDRO.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

Para una urgencia.

DON PEDRO.

¿Urgencias tú?... Bien está.  
¿Como cuánto?

TIA MÓNICA.

Si tuvieras

Cien doblones...

DON PEDRO.

Sí, los tengo;

Pero ajusta bien la cuenta,  
Que se acabará el dinero  
A pocas libranzas de esas.  
Doce mil reales me diste.  
Si la mitad se cercena,  
Quedan seis mil nada mas.

TIA MÓNICA.

Ya lo sé.

DON PEDRO.

Pues bien, receta;

Ello es tuyo, si lo quieres  
Todo, allá te las avengas.

TIA MÓNICA.

No, todo no, cien doblones  
Me darás.

DON PEDRO.

¿Con que hay urgencias?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, lo necesito,  
Y no quiero darte cuentas  
De cómo, y cuándo, y por qué.

DON PEDRO.

Pues yo tengo mis sospechas  
De que tú quieres decirlo.

TIA MÓNICA.

¿Decirlo yo? No lo creas.

DON PEDRO.

¿No? Pues bien, no hablemos ya  
Del asunto.

TIA MÓNICA.

¡Bueno fuera

Que, siendo el dinero mio,  
Cada vez que se me ofrezca  
Gastar algo, te pudiese  
El dinero y la licencia!

DON PEDRO.

No dices mal.

TIA MÓNICA.

Pues, tú quieres

Tenernos como en tutela.  
¡Buena aprension!

DON PEDRO.

Sí por cierto;

Y á fe que es mala incumbencia  
Querer mandar á una viuda  
Tan verde y tan petiseta,  
Con paletina y brial.

TIA MÓNICA.

¿No podré, cuando yo quiera,  
Ponerme mi ropa?

DON PEDRO.

Sí;

Pero me admiro de verla  
Salir á lucirlo, al cabo  
De medio siglo que lleva  
De cofre.

TIA MÓNICA.

Ya que lo tengo,

Quiero gastarlo.

DON PEDRO.

Es muy cuerda

Resolucion; tanto mas,  
Que convienen la decencia  
Y el adorno á una señora  
En cuya casa se hospeda  
Todo un Baron.

TIA MÓNICA.

Es verdad.

Ya entiendo tus indirectas.  
Sí, señor, le tengo en casa,  
Ni un solo ochavo le cuesta  
Comer y dormir aquí;  
Le regalo, y le quisiera  
Regalar con tal primor,  
Que en vez de sufrir molestias,  
No echara menos su casa,  
Su fausto y sus opulencias.

DON PEDRO.

¿Sus opulencias!... ¡El pobre  
Baron!... ¿Y qué mala estrella  
Redujo á su señoría

EL BARON.

A ser vecino de Illescas?  
¿De qué enfermedad murieron  
Sus lacayos? ¿En qué cuesta  
Se rompió el coche, y cayeron  
La Chispa y la Vandolera?  
¿Qué jitanos le murcieron  
El bagaje? ¿Qué miserias  
Son las suyas, que se vino  
Sin sombrero y sin calcetas?...  
¿No podrás satisfacerme  
A estas dudas?

TIA MÓNICA.

No tuviera  
La menor dificultad.

DON PEDRO.

Pero, en efecto, ¿me dejas  
En la misma confusión?

TIA MÓNICA.

Sí; piensa de él lo que quieras,  
Nada importa.

DON PEDRO.

Y en efecto,  
Hermiana, hablando de veras,  
¿Es un caballero ilustre?

TIA MÓNICA.

De la primera nobleza  
De España, muy estimado  
En las cortes extranjeras,  
Primo de todos los duques.

DON PEDRO.

¡Oiga!

TIA MÓNICA.

Y es por línea recta  
Nieto de no sé qué rey.

DON PEDRO.

¡No es cosa la parentela!

TIA MÓNICA.

Si le trataras, verías  
Qué conversacion tan bella  
Tiene, qué cortés, qué afable,  
Qué espresivo con cualquiera,  
Y qué desinteresado.

DON PEDRO.

Eso la sangre lo lleva.

TIA MÓNICA.

Pero, el pobre caballero,  
¡Válgame Dios! cuando cuenta  
Sus desgracias...

DON PEDRO.

¿Qué desgracias?

TIA MÓNICA.

Hará llorar á las piedras.  
Ha sido gobernador,  
Yo no sé si de Ginebra...  
Ello es en Indias, y un conde,  
Hermano de una duquesa,  
Cuitada de un primo suyo,  
El picaron, mala lengua,  
Le ha puesto en mal con el rey.

DON PEDRO.

¡Haya bribon!

TIA MÓNICA.

Y por esta  
Calumnia se ve obligado  
A disfrazar su grandeza  
Y andar de aquí para allí;  
Pero Dios querrá que venga  
A saberse la verdad,  
Y entonces... ¡Pero si vieras  
Cuanto favor le merezco  
Al buen señor! El me enseña  
Todas sus cartas; y algunas  
Que vienen en otras lenguas,  
De Francia y de mas allá

De Francia, para que sepa  
Lo que dicen, las explica  
En español todas ellas.  
Pero ¡Qué cosas le escriben!

DON PEDRO.

¿Qué cosas?

TIA MÓNICA.

Cosas muy buenas.

DON PEDRO.

Ya.

TIA MÓNICA.

Le dicen que se vaya  
A Londres, ó á Inglaterra,  
Que el rey de allí le dará  
Mucho dinero y haciendas...  
Pero él no quiere salir  
De España.

DON PEDRO.

Pues no lo acierta.  
¿Por qué no se va al instante  
A tomar esas monedas?  
¿Qué puede esperar? ¿Que un día,  
Abi en una callejuela,  
Le conozcan, se le lleven,  
Y le corten la cabeza  
Por una equivocacion?

TIA MÓNICA.

No, que segun las postreras  
Noticias, van sus asuntos  
De mejor semblante, y piensa  
Dentro de poco poner  
Tan en claro su inocencia,  
Que al que levantó el embuste  
Quizás le echarán á Ceuta.

DON PEDRO.

Eso es natural... Y dime,  
Hablando de otra materia  
Que nos interesa mas  
Y conviene tratar de ella,  
¿Qué tenemos de tu hija?

TIA MÓNICA.

Nada.

DON PEDRO.

¿Nada? ¿Estás dispuesta  
A casarla con Leonardo?  
Lo supongo.

TIA MÓNICA.

No, no es esa  
Mi intencion.

DON PEDRO.

¡Calle! ¿Y por qué  
Se ha mudado la veleta?

TIA MÓNICA.

Porque sí.

DON PEDRO.

Ya; ¿con que quieres  
Hacerla morir doncella?

TIA MÓNICA.

¿Qué prisa corre el casarla?

DON PEDRO.

¡Oiga! No es mala la idea!  
¿Qué prisa corre? ¡Ah! es nada!  
Tú, hermana, ya no te acuerdas  
De cuando tuviste quince.  
¿Qué prisa corre! ¡Es muy buena  
La especie, por vida mía!

TIA MÓNICA.

Digo bien.

DON PEDRO.

Vamos, ya empiezas  
A delirar, y estas cosas  
Piden discurso y prudencia.  
Es menester que se case.

TIA MÓNICA.

Pues yo no quiero que sea

Con un pelgar infeliz.

DON PEDRO.

Muy bien; pero considera  
Que casándose á mi gusto  
Es suyo cuanto yo tenga;  
Que Leonardo es un muchacho  
De talento y buenas prendas;  
Que en Madrid le dió su tío  
Una educacion perfecta;  
Y cuando llegó á faltarle  
(Renunciando á las ideas  
De ambicion, considerando  
Que el producto de su hacienda  
Bien cuidada, y sobre todo  
Su moderacion, pudieran  
Hacerle vivir feliz),  
Vino, reclamó la oferta  
Que le biciste de casarle  
Con Isabel... Lo desean  
Entrambos; todo el lugar  
Su esperada union celebra;  
Tú lo has prometido, y...

TIA MÓNICA.

Si;  
Pero las cosas se piensan  
Mejor, y... Vamos... Yo sé  
Lo que he de hacer; no me vengas  
A predicar.

DON PEDRO.

Eso no.

Tú harás lo que te parezca;  
Pero mira que es tu hija.  
No la oprimas, no la tuerzas  
La voluntad, ni presumas  
Que con gritos y violencia  
Has de extinguir en un día  
Una inclinacion honesta  
Que el trato y el tiempo hicieron  
Inalterable.

TIA MÓNICA.

No temas  
Nada... Yo me entiendo.

DON PEDRO.

Adios.  
(Se levantan los dos.)

TIA MÓNICA.

Anda con Dios.

DON PEDRO.

(Ap. ¡Qué cabeza!)  
Voy á contar los seis mil,  
Y haré que el muchacho venga  
Connigo para traerlos.  
A mas ver.

TIA MÓNICA.

¿Qué mosca lleva!

ESCENA V.

LA TIA MONICA, EL BARON.

BARON.

Señora, muy buenas tardes.

TIA MÓNICA.

Estoy á vuestra obediencia,  
Señor Baron.

BARON.

Hoy ha sido  
Mucho mas larga la siesta.

TIA MÓNICA.

¿Qué! no, señor... A las tres  
Ya estaba haciendo calceta.  
Mi alcoba es un chicharrero...  
Y la calor la desvela  
A una, de modo que...

BARON.

Cierto.  
Aqui faltan unas piezas



De verano... Ya se ve;  
¡Estas casas tan mal hechas!  
¿Estuvisteis mucho tiempo  
En Madrid?

TIA MÓNICA.

Muy poco: apenas  
Estuve un mes.

BARON, *paseándose.*

De ese modo  
Es casualidad que vierais  
Mi casa.

TIA MÓNICA.

¿En qué calle está?

BARON.

Es un caseron de piedra  
Disforme.

TIA MÓNICA.

¿En qué calle?

BARON.

Y tengo  
Pensado, luego que vuelva,  
Echarle al suelo.

TIA MÓNICA.

¿Por qué?

BARON.

Para hacerle á la moderna.

TIA MÓNICA.

Será lástima.

BARON.

No tal:

Además, que se aprovechan  
Todos los jaspes, y al cabo  
Por mucho, mucho que pueda  
Gastarse, vendrá á costar  
Tres millones... y aun no llega.

TIA MÓNICA.

¿Y acia dónde está?

BARON.

He pensado

Reducirle cuanto sea  
Posible; y según los planes  
Que me vinieron de Anterapia,  
Queda mas chico y mejor.  
Una columnata abierta,  
Circular, y en el ingreso  
Esfinges, grupos y verjas.  
Gran fachada, escalinata  
Magnífica, cinco puertas,  
Peristilo egipcio... Y dentro  
Su jardín con arboledas,  
Invernáculos, estanques,  
Cascada, gruta de fieras,  
Saltadores, laberinto,  
Araes, cenotafios, bellas  
Estatuas, templos, ruinas...  
En fin, cuatro frioleras  
De gusto... Y sobre la altura  
Del monte que señorea  
El jardín, un belveder  
De mármoles de Florencia,  
Con bóvedas de cristal,  
En medio de una plazuela  
De naranjos del Perú.

TIA MÓNICA.

¡Valgame Dios, qué grandeza!

BARON.

Todo es vuestro: allí estareis  
Servida como una reina.  
Mi palacio, mis sorbetes,  
Mis papagayos, mi mesa,  
Mis carrozas de marfil  
Con muelles á la chinesca,  
Todo es para vos.

TIA MÓNICA.

Señor,

Tanto favor me avergüenza.

BARON.

Mas mereceis, mas os debo;  
Que habeis sido en mi deshecha  
Fortuna el iris de paz,  
Y es justo que á tanta deuda  
Corresponda... Mas decidme  
(Que entre los dos la reserva  
Y el misterio no están bien),  
Un jóven que nos pasea  
La calle, y atentamente  
Nuestras ventanas observa,  
¿Quién puede ser? El es nuevo  
En el lugar.

TIA MÓNICA.

De manera,

Señor Baron, que...

BARON.

Esta noche...

No sé si estabais despierta...  
Elo era tarde, sonó  
Una citara, y con ella  
Un romance de Gazul,  
Cierta moro que se queja  
De que su mora por otro  
Nuevo galán le desdenea.  
¿No me direis?...

TIA MÓNICA.

Sí, señor...

(Ap. ¡Valgame Dios, yo estoy muerta!)  
Por mas que procuro...

BARON.

En fin,

¿Podré yo saber quién sea?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, sí... Ya se ve,

Como él es de aquí...

BARON.

¿De Illescas?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, y ha vuelto ahora  
De Toledo... Pero ella...  
No, señor... nunca...

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

El es un tonto, y se empeña  
En que... ¡Vaya! Lo primero  
Que la dije: cuando vuelva,  
Cuidado, no ha de ponerme  
Los pies en casa.

BARON.

¡Discreta

Prevencion! Si Isabelita  
No le quiere, que no venga.

TIA MÓNICA.

¿Qué ha de querer! No, señor,  
Nada de eso. ¡Pues no fuera  
Un disparate?... No digo  
Que la muchacha merezca  
Un marqués...

BARON.

¡Merece tanto,

Doña Mónica!... Es muy bella.  
Muy amable... Ved que es mucho,  
Mucho lo que me interesa  
Su felicidad... Adios.  
(Asiéndola de la mano, y apretándola  
con espresion de cariño.)  
Que aun no es tiempo de que os deba  
Decir mas. Llegará el día  
De mi fortuna y la vuestra.

## ESCENA VI.

LA TIA MÓNICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

No hay que dudar; él está  
(Se pasea con inquietud; se para; interrumpe ó acelera el discurso, según lo indican los versos.)

Perdido de amor por ella;  
Es claro, es claro... ¡Y el otro  
Picaruelo!... Como vuelva,  
Ni de noche ni de día,  
A hacernos la centinela,  
Yo le aseguro... ¡Qué dicha!  
Pero ¿quién me lo dijera  
Dos meses ha? ¿quién? Y ahora  
Las señoras de Illescas,  
Las hidalgotas, que son  
Mas vanas y... Ya me llega  
Mi tiempo á mí... ¡Presumidas!  
Rabiarán cuando lo sepan.  
¡Fermina!

FERMINA.

¡Señora!

(Responde desde adentro, y sale después.)

TIA MÓNICA.

¿En dónde

Está Isabel?

FERMINA.

En la pieza

De comer.

TIA MÓNICA.

¿Sola?

FERMINA.

Solita.

TIA MÓNICA.

¿Y qué hace allí?

FERMINA.

Se pasea

De un lado al otro, suspira,  
Llora un poquito, se sienta,  
Se queda suspensa un rato,  
Se pone á coser, lo deja,  
Vuelve á llorar...

TIA MÓNICA.

¿Y á qué es eso?

FERMINA.

A que no está muy contenta.

TIA MÓNICA.

¿Por qué?

FERMINA.

Porque... yo no sé;

Porque... Locuras, rarezas,  
Juventudes.

TIA MÓNICA.

¿Con que tú

No sabes de qué procedan  
Esa inquietud y esos lloros?

FERMINA.

Yo sí.

TIA MÓNICA.

Pues dilo; ¿qué esperas?

FERMINA.

Que me prometáis oirme  
Con mucho amor.

TIA MÓNICA.

No me tengas

Impaciente.

FERMINA.

Que si digo

Alguna cosa que escueza,  
No me pongáis como un trapo...

TIA MÓNICA.  
Vamos.  
FERMINA.  
Que no haya quimeras

Y...  
TIA MÓNICA.  
Despacha.

FERMINA.  
Y venga yo  
A pagar culpas ajenas.

TIA MÓNICA.  
¿Has acabado?

FERMINA.  
Ya empiezo,  
Puesto que me dais licencia.  
El cual que tiene es amor;  
Y ya que explicarme deba  
Claramente, vos tenéis  
La culpa de su dolencia.

TIA MÓNICA.  
¿Y?

FERMINA.  
Sí, señora: Leonardo...

TIA MÓNICA.  
No me lo nombres; no quieras  
Que me irrite.

FERMINA.  
Bien está;  
Si os enfada, no se vuelva  
A mentar. Aquel mocito,  
Hijo de doña Manuela,  
Que en otro tiempo os debió  
Mil cariños y finezas;  
Aquel, como, ya se ve,  
Tiene bonita presencia,  
Es balagüño y cortés,  
Y sabe explicar sus penas,  
Prendó á la niña... Esto es cosa  
Muy regular y muy puesta  
En razón, y el que lo estrañe  
Poco entiende la materia.  
¡Ah! es nada! juventud,  
Discreción, obsequio, prendas  
Estimables, juramentos  
De amor y constancia eterna.  
¿Y esto no ha de enamorar?  
Pues, digo, ¿somos de piedra?  
Después...

TIA MÓNICA.  
No me digas mas.

FERMINA.  
Callaré como una muerta;  
Y si los demás callaran  
Tambien... pero sí, ya es buena  
La gente de este lugar.

TIA MÓNICA.  
¿Pues qué?

FERMINA.  
Nada.  
TIA MÓNICA.  
No me vengas  
Con misterios.

FERMINA.  
Como hay tantos  
Bribones, malas cabezas,  
Dicen que... Pero chiton:  
No quiero ser picotera.

TIA MÓNICA.  
¿Qué dicen?

FERMINA.  
Esta mañana,  
Abí al lado de la iglesia,  
Cierto conocido vuestro...  
El nombre nada interesa

Para el caso... me llamó,  
Y me dijo: picarueta,  
Que no nos has dicho nada...

## ESCENA VII.

PASCUAL, LA TIA MONICA,  
FERMINA.

TIA MÓNICA.  
¿A qué vienes tú?; No es buena  
(Pascual sacará en la mano un pequeño  
envoltorio de papel. A las primeras  
palabras de la tia Mónica hace ademán  
de volverse por la puerta que  
entró.)

La gracia! Sin que te llamen  
Ya te he dicho que no vengas.  
¿Lo entiendes?

PASCUAL.  
Muy bien está.

TIA MÓNICA.  
Para eso tienes la pieza  
De los perros.

PASCUAL.  
Bien está.

TIA MÓNICA.  
Y que nunca te suceda  
Subir cuando yo esté hablando  
Con alguien; cuenta con ella.

PASCUAL.  
Bien está.

TIA MÓNICA.  
¿No es mala maña!

PASCUAL.  
Bien, yo, como...  
TIA MÓNICA.  
Oyes, ¿qué llevas?

PASCUAL.  
Un rebujo.

TIA MÓNICA.  
¿Qué?

PASCUAL.  
Un papel.

TIA MÓNICA.  
Pero ¿quién... Llámale, lerdá.

(Fermina va acia la puerta para dete-  
ner á Pascual.)

¿Qué es eso?  
PASCUAL.  
Es un cucurucho

De papel.  
TIA MÓNICA.  
¿Mira qué flema!

A ver.  
PASCUAL.  
Me voy con los perros.

TIA MÓNICA.  
Yo he de perder la paciencia.  
¿No te le ha dado mi hermano?

PASCUAL.  
Sí, señora.

TIA MÓNICA.  
Pues, ¿qué esperas?

Dámele acá, y vete.  
(Quitándole el papel de la mano.)

PASCUAL, aparte al tiempo de irse.

Siempre  
Se enfada, cuando...

TIA MÓNICA.  
¿Qué rezas?

PASCUAL.

Quando... Si por mas que uno  
Quiere... nada, nunca acierta.

## ESCENA VIII.

LA TIA MONICA, FERMINA.  
TIA MÓNICA.

Prosigue.  
FERMINA.

Pues me decía:  
¿Con que la boda está hecha  
Del Barón é Isabelita?  
Yo, señor, de esa materia  
No sé nada, dije yo.  
¿Que no sabes! á tu abuela.  
Tú callas porque conoces  
El disparate que piensa  
Tu señora; pero ya  
Por todo el lugar se suena.  
Todos dicen que á su hija  
La esclaviza, la violenta  
Llevada del interés.  
¿De dónde la vino á ella,  
La locona, emparentar  
Con marqueses ni princesas?  
¿De dónde?; No han sido siempre  
En toda su parentela,  
Alta y baja, labradores?  
¿Pues qué mas quiere?; ¿Qué intenta?  
¿Por qué no casa á Isabel  
Con un hombre de su esfera,  
Que la pueda mantener  
Con estimación, que sea  
Hombre de bien, que el honor  
Vale por muchas grandezas;  
Y no entregarla á un bribón,  
Que nadie sabe en Illescas  
Quién es ni de dónde vino,  
Ni adónde va, ni qué espera?  
¡Galopin!; ¿Qué ha de ser él  
Barón! como yo abadesa.  
¡Desarrapado! que vino  
Sin calzones y sin medias,  
Y heredero de tu amo,  
Con poquísima vergüenza,  
De galas que no son suyas  
Adornado se presenta  
Por el pueblo. ¡Badulaque!  
¡Ay, si alzara la cabeza  
El que pudre, y en su casa  
Tantos desórdenes viera!  
¡Pobrecito! No murió  
De gota, murió de aquella  
Maldita mujer, que fué  
Su purgatorio en la tierra,  
Ridícula, fastidiosa,  
Atronada, tonta y vieja...

TIA MÓNICA.  
Vamos, calla, bueno está,  
Y que digan lo que quieran;  
(Paseándose con inquietud.)  
Eso es envidia, y no mas.

FERMINA.  
(Ap. No has llevado mala felpa.)  
Ya se ve, todo es envidia.

TIA MÓNICA.  
Yo haré lo que me parezca.

FERMINA.  
Ya se ve.

TIA MÓNICA.  
No necesito  
Que ninguno de ellos venga  
A gobernarme.

FERMINA.  
Seguro.  
TIA MÓNICA.  
Si están que se desesperan



Los picarones... En fin,  
Querrá Dios que yo los vea  
Confundidos, que me aparte  
De ellos, y que nunca vuelva  
A este maldito lugar.

FERMINA.

¿Sí? ¡Válgame Dios, qué buena  
Determinación, señora!  
¿Y adónde iremos?

TIA MÓNICA.

Eres! A Madrid.

FERMINA.

¿Qué gusto!  
A Madrid... ¿Con que de veras,  
A Madrid? ¿Con el Barón?

TIA MÓNICA.

Pues ya se ve.

FERMINA.

¿Qué contenta  
Se pondrá la señorita!  
¿Qué felicidad la nuestra!  
¡A Madrid! (Ap. ¡Pobre Isabel!  
Ya está dada tu sentencia.)  
El Barón, señora.

TIA MÓNICA.

Vete...

¡Ah! mira; sacude aquella  
Ropa, y avisad al sastre.

### ESCENA IX.

LA TIA MONICA, EL BARON.

(El Barón saldrá muy pensativo con  
unos papeles en la mano.)

TIA MÓNICA.

Vaya, me alegro. ¿Qué nuevas  
Tenemos? ¿No respondeis?  
¡Ay, señor!

BARON.

¿Cómo se mezclan  
Entre las mayores dichas  
Los cuidados y las penas!  
Aquel sujeto de quien  
Os dije veces diversas  
Que va á Madrid disfrazado,  
Y allí examina y observa,  
Ve á mis gentes, y conduce  
Toda la correspondencia,  
Ya llegó.

TIA MÓNICA.

¿Sí? ¿Y ha traído  
Alguna noticia buena?

BARON.

Esa es carta de mi hermana:  
Si quereis, podeis leerla.  
(Le da uno de los papeles, y lee la tia  
Mónica.)

TIA MÓNICA.

«Mi querido hermano: he recibi-  
do la última tuya, y la sortija de di-  
amantes que me envias de parte de esa  
señora, á quien darás en mi nombre  
las mas atentas gracias, asegurándola  
de los vivos deseos que tengo de cono-  
cerla, y diciéndola tambien que no la  
envio por ahora cosa ninguna, para que  
no juzgue que aspiro á pagar sus  
expresiones y la merced que te hace, con  
dávadas que, por muy esquisitas que  
fueran, siempre serian inferiores al cor-  
dial afecto que la profeso. Nuestro primo  
el arzobispo de Andinópolis ha es-  
crito desde Caeabelos, y parece que  
dentro de pocos dias llegará á su dió-  
cesis. Mil expresiones del condestable y  
del marqués de Fauagosta su cuñado.

Ya puedes considerar cuál habrá sido  
nuestra alegría al ver aclarada tu ino-  
cencia, y castigados tus enemigos. El  
rey desea verte; lo mismo tus amigos  
y deudos, y mas que todos tu querida  
hermana

*La vizcondesa de Mostagán.*

¡Válgame Dios, qué fortuna!  
(Le vuelve la carta.)  
Os doy mil enhorabuenas.  
Gracias á Dios.

BARON.

¡Ay, señora!

TIA MÓNICA.

¿Qué pesadumbre os aqueja  
En tanta felicidad?

BARON.

La mayor, la mas funesta  
Para mí... Ved esa carta,  
Y hallareis mi muerte en ella.  
(Da otro papel á la tia Mónica, que lee  
tambien.)

TIA MÓNICA.

«En efecto, amado sobrino, tus co-  
sas se han compuesto como deseába-  
mos. Ayer se publicó la resolucion del  
rey; declara injustos cuantos cargos se  
te han hecho; y el conde de la Penín-  
sula, tu acusador, está sentenciado á  
prision perpetua en el castillo de las  
Siete Torres. Quedo disponiendo á  
toda prisa los coches y criados que de-  
ben conducirte; y entre tanto no puedo  
menos de recordarte que tu boda con  
doña Violante de Quinceos, hija del  
marqués de Utrique, capitán general  
de las islas Filipinas y costa Patagóni-  
ca, concluido este asunto que la re-  
tardó, no tiene al presente ninguna  
dificultad. El caballero Wolfango de  
Remestein, jefe de escuadra del em-  
perador (que se hallaba en Madrid de  
vuelta de los baños de Trillo), será el  
padrino; y esperamos con ansia ver  
efectuado este consorcio, en que tanto  
interesan las dos familias. Recibe por  
todo mis enhorabuenas, y manda á tu  
tío que te estima,

*El principe de Siracusa.*

¿Con que, según esto...

BARON.

(Toma el papel, y se le guarda con los  
demás.)

Cómo se tratan y acuerdan  
Entre los grandes señores  
Cosas de tal consecuencia?  
Porque lleva en dote cinco  
Villas y catorce aldeas;  
Porque es única, y porque  
Nuestro sucesor pudiera  
Añadir, á mis castillos  
De plata y mis bandas negras,  
Dos águilas, siete grifos  
Verdes, y nueve culebras,  
¡Por eso yo he de perder  
Mi libertad!... Si pudiera  
Resolver... ¿Y por qué no?  
Pienso lo que le parezca  
El de Siracusa, y diga  
El senescal lo que quiera.  
Mi elección es libre... Pero,  
¿Qué he de hacer en tan estrecha  
Situación? En un lugar  
Miserable... Ni hay quien tenga  
Comercio, ni hay corredores.  
Ni se pueden girar letras,  
Ni... ¡Vaya! es cosa perdida...

Si a lo menos conocieran  
Mi firma, yo libraria  
Sobre Esmirna ó Filadelfia  
Diez mil rixdalers, y entonces...

TIA MÓNICA

¿Y entonces?

BARON.

Yo resolviera.  
Yo evitaria que me hallasen  
Aquí; dejara dispuestas  
Las cosas; me marcharia  
Con la mayor diligencia  
A Montepino, que dista  
Unas diez y siete leguas.  
Ibais allá, y un domingo  
En mi capilla secreta  
Nos desposábamos.

TIA MÓNICA.

¿Quién?

BARON.

¿Pues no adivinais quién sea  
El objeto de mi amor?  
Isabel.

TIA MÓNICA.

¿Señor!...

BARON.

Por ella  
Todo lo despreciaré.  
TIA MÓNICA.  
Permitid...  
(Quiere arrojarle, y el Barón lo es-  
torba.)

BARON.

¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Quisiera

Hablar, y no puedo hablar,  
Porque es tanta la sorpresa  
Y el gozo... ¡Bendito Dios!

BARON.

No os admire la violencia  
De mi pasión: tanto pueden  
La hermosura y la modestia.  
Pero ¡ha llegado á entender  
Isabel cuánto la aprecia  
Su huésped? ¿Ha conocido  
Cuánto su favor desea?  
¿Sabe acaso...

TIA MÓNICA.

Ella, señor,  
No tiene pizca de lerdia,  
Y aunque nunca la haya dicho  
Sino así, por indirectas...  
Ya se ve, no era posible  
Menos, sino que advirtiera  
Grande inclinación en vos.

BARON.

Y vuestro hermano, ¿qué piensa  
de mí? ¿qué dice? ¿ha sabido  
Algo?

TIA MÓNICA.

A lo menos sospecha  
Mucho, porque es malicioso...  
¡Vaya!... Pero no hay quien pueda  
Contar con él para nada;  
Siempre estamos de contienda,  
Y, ya lo veis, es muy rara  
La vez que pisa mis puertas.  
Hombre extravagante, y...

BARON.

Pero

Es vuestro hermano, y no fuera  
Justo pasar adelante  
En ello sin darle cuenta.  
Además, que yo conservo

Una especie... y no debierais  
Olvidarla vos. Me acuerdo  
Que una vez, hablando en estas  
Cosas, dijisteis que quiere  
Mucho a Isabelita, y piensa  
Darla en dote... ¿cuanto?

TIA MÓNICA.

Puede  
Darla mucho si él quisiera.  
¡Oh! si...

BARON.

Pues qué, ¿no querrá?

TIA MÓNICA.

Si es muy bruto.

BARON.

Eso me llena  
De admiración. ¿No querrá?  
Pues cuando Isabel no muestra  
Repugnancia, cuando vos  
Entráis en ello contenta,  
¿Cuando quiero yo!...

TIA MÓNICA.

Señor,  
No os altereis, son rarezas:  
Cosas suyas.

BARON.

Pues no importa;  
Es menester que lo sepa.

TIA MÓNICA.

Inútil será.

BARON.

¿Por qué?  
Conviene que yo le vea;  
Yo le hablaré.

TIA MÓNICA.

Bien está;  
Pero no esperéis que ceda,  
Es muy cabezudo.

BARON.

Y cuando  
Ese temor nos detenga,  
¿Qué os parece que podemos  
Hacer? Suponed que llega  
Mi tren; que se llena el pueblo  
De litigos y libreas;  
Que mi primo el archiduque,  
No labra remedio, me lleva  
A la corte... ¿Y Isabel?  
¿Y mi amor?... Cuando se encuentra  
Un gran señor sin dinero,  
¿Qué chiquito que se queda!  
¡Maldito dinero! amén.

TIA MÓNICA.

Si para la fuga vuestra  
Bastaran... Ello es tan poco  
Que casi me da vergüenza  
Ofrecéroslo. Aquí tengo  
Cier doblones; si os sirvieran...

*Saca el papel que la dió Pascual, le  
toma el Baron, y le guarda.)*

BARON.

A verlos... ¿y en oro? Bien...  
Muy bien... Iré como pueda.  
En una mula... Al instante  
Doy allá mis providencias  
Para que mi mayordomo  
Traiga un coche, que se queda  
En la ermita, y llegará  
Cuando todo el mundo duerma.  
Viene, os avisa; estareis  
Pretenidas, de manera  
Que salís de aquí á las dos  
De la noche, con la fresca,  
Y reventando seis tiros,  
Estáis á las ocho y media  
En Montepino. Nos dice

Una misa muy lijera  
Mi capellán; nos desposa,  
Y si es menester nos vela,  
Y á las diez ya sois mi madre.

TIA MÓNICA.

Pero, señor...

BARON.

¿Qué os inquieta?

TIA MÓNICA.

Nada... ¿Es un sueño?

BARON.

Conviene  
Que dispongais cuanto sea  
Necesario. Por mi parte  
No omitiré diligencia...  
Y... adios.

TIA MÓNICA.

Bien está...

*(Ap. al tiempo de irse. No sé  
Lo que me pasa. Estoy fuera  
De mí... Loca, loca... y tiemblo  
Toda de piés á cabeza.) (Vase.)*

BARON.

*monólogo*  
Cansado estoy de mentir. *(Paseándose.)*  
Por mas que diga esta vieja...  
Sí, yo he de verle... Si al cabo  
Ha de darla el dote, venga,  
Que estoy de prisa... Se toman  
Los cuartos, y adios, illescas;  
Adios tontos, que me voy  
Adonde jamás os vea.  
Sí... ¡caramba!... Y este nuevo  
Amante que nos acecha  
No me gusta, no.

## ESCENA X.

EL BARON, FERMINA.

*(Saca Fermina varios vestidos de mu-  
jer, que pondrá sobre una silla; se  
acercá á la puerta de la derecha, y  
llama.)*

FERMINA.

¿Pascual!

BARON.

¡Oiga! ¿Qué galas son esas?

FERMINA.

Son vestidos de mi ama,  
Que con suma lijereza  
Se han de achicar, alargar,  
Aforrar, tapar troneras,  
Guarnecer, desfigurar,  
De tal modo que parezcan  
Nuevecitos... y empeñada  
Su merced en que lo hiciera  
Yo... ¡Buena droga! Pues qué,  
¿No hay sastres? ¿Cómo receta!

BARON.

¡Pobre Fermina!

FERMINA.

¿Pascual! *(Llama.)*

¡Eh! se estará en la bodega  
Estudiando á Carlomagno.  
¡Pascual! *(Llama.)*

BARON.

Le diré que venga.

FERMINA.

No, señor, yo iré.

BARON.

Si voy

A salir, nada me cuesta  
Decírselo.

FERMINA.

Muchas gracias.

## ESCENA XI.

EL BARON, FERMINA, PASCUAL.

BARON.

*(Al irse el Baron sale Pascual por la  
misma puerta.)*

Díme, Pascual, ¿será esta  
Buena ocasión para ver  
A don Pedro?

PASCUAL.

De manera

Que como suele acostarse  
Después de cenar, y cena  
Unas veces tarde, y otras  
Presto, y otras... Ello, buena  
Hora es de verle.

BARON.

¿Sí?

PASCUAL.

Digo,

Como él esté ya de vuelta  
En su casa, entonces... Pero  
Si no ha vuelto, de por fuerza  
El...

BARON.

Ya estoy.

PASCUAL.

De juro...

BARON.

Adios.

¡Famosas esplicaderas! *(Vase.)*

PASCUAL.

¿Me llamabas?

FERMINA.

Sí; al instante,

Aprisa, de una carrera  
Has de ir á casa del sastre.

PASCUAL.

Allá voy. *(Hace que se va, y vuelve.)*

FERMINA.

Oyes, badea,  
Si no te he dicho el recado  
Que le has de dar, ¿á qué es esa  
Locura?

PASCUAL.

A que no me digan  
Que soy sosenazo y pelma.

FERMINA.

Díle que venga al instante,  
Al instante, que está rezando  
El ama. ¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Sí.

FERMINA.

Pues anda, y mueve esas piernas.

## ESCENA XII.

ISABEL, FERMINA.

ISABEL.

Fermina, Leonardo viene;  
Le he visto desde la reja,  
Y va á subir. Quiero hablarle,  
Quizá por la vez postrera.  
Mi madre, que está rezando  
En su cuarto, nos franquea  
La ocasión. Tú... sí, Fermina,  
Débate yo la fineza,  
Si me quieres bien... En ese  
Pasillo estarás, y observa  
Si sale mi madre ó llama,  
O alguno viene de afuera,  
Y avisame; no nos hallen  
Juntos, y todo se pierda.  
¿Lo harás por mí?... Pero él viene...  
Amiga, no te detengas;  
Adios.



FERMINA.

Voy allá.

## ESCENA XIII.

LEONARDO, ISABEL.

LEONARDO.

¡ Isabel!

ISABEL.

¡ Leonardo! ¿quién lo dijera!....  
¡ Leonardo!

LEONARDO.

¿ Y quién, al dejarte  
Tan cariñosa y tan tierna,  
Debió tener que hallarla  
Tantos males a su vuelta?  
¡ Este breve tiempo ha sido  
Bastante!....

ISABEL.

¡ Fatal ausencia

La tuya!

LEONARDO.

En fin, sepa yo  
De una vez cuál es mi pena,  
Cuál es mi suerte.... Disipa  
Las dudas que me atormentan.  
¿ Dime si puede ser cierto  
Lo que ya todos recelan?...  
Si esas lágrimas me anuncian  
Amor, si debo creerlas?

ISABEL.

Leonardo, no es ocasión  
De que los instantes pierdas,  
Burlándote de mi fe  
Con dudas que son ofensas.  
No es ocasión. Si lo fuese,  
Mucho decirte pudiera;  
Pero donde el tiempo falta  
Están por demás las quejas.  
Yo te he querido, y te quiero....  
Sabe Dios cuánta violencia  
Padezco al decirlo, y cuánto  
Sufre una mujer honesta  
Si lo que debe al silencio  
Tiene que decir la lengua.  
Te quiero.... y voy á perderte.

LEONARDO.

¿ Eso dices?... ¿ Nada esperas  
De mí?

ISABEL.

Si lo que hasta ahora  
Fué temor, ya es evidencia;  
Si mi madre al escuchar  
Tu nombre, toda se altera;  
Si no quiere que atraveses  
Los umbrales de mis puertas;  
Si manda que sus criados  
Ni aun te saluden siquiera,  
Y.... Pero ¿ qué mas? si ahora  
Acaba de darme cuenta  
De ese enlace aborrecido....  
¡ Misera yo!

LEONARDO.

Nada temas.

ISABEL.

Y ha de ser pronto, según  
Pude alcanzar.... Está ciega,  
Fuera de sí.... ¿ Qué podemos  
Hacer? ¿ Qué esperanza resta?

LEONARDO.

Pero, Isabel, dueño mío,  
¿ Qué extraño dolor te aqueja!  
¿ Tú infeliz, viviendo yo?...  
No así de temores llena  
Me quites todo el valor;

Que mal tenerle pudiera  
Viéndote desconsolada  
Y en triste llanto deshecha.  
Veré á tu madre, y si tienen  
Las pasiones elocuencia,  
Yo la sabré reducir;  
O cuando burladas viera  
Mis esperanzas, amor  
Muchos ardidés inventa,  
Y nada me detendrá  
Como tú, Isabel, me quieras.

ISABEL.

¿ Resuelves hablarla?

LEONARDO.

Sí.

ISABEL.

¿ Qué has de decir que sea  
Bastante al fin que procuras?

LEONARDO.

¿ Qué la diré? Que si piensa  
Hacerte infeliz, venderte  
A una soñada opulencia,  
Dar tu mano á un impostor,  
Faltar á tantas promesas,  
Perderme, burlarme á mí....  
Cosa difícil intenta.  
La diré que tú eres mía;  
Que al barbaro que pretenda  
Privarme de ti, rompiendo  
Los nudos que amor estrecha,  
Sangre ha de costarle y muerte.  
Si á tanto aspira, prevenga  
El pecho á mi espada, y juzgue  
Que para usurpar la prenda  
De mi cariño, no basta  
Que engañe, seduzca y mienta;  
Debe lidiar y vencer.  
Tú serás la recompensa  
Del valor, ya que tu llanto  
Y tu elección se desprecian;  
Y el mas infeliz, al golpe  
De su enemigo perezca.

ISABEL.

¿ Eso has de hacer?

LEONARDO.

O dejar

Que en solo un punto se pierdan  
Tantos años de esperanzas,  
Tan bien pagadas finezas,  
Tan puro amor.... Pero no,  
No los instantes que vuelan  
Se malogren.... Voy á hablarla.  
Adios.... La desgracia nuestra  
Resolución, osadía  
Pide, no cobardes quejas.

ISABEL.

Todo es en vano. La vas  
A irritar, no á convencerla.

LEONARDO.

Sí, cederá.

ISABEL.

Mal conoces  
Su obstinación.

LEONARDO.

Cuando sea  
Tanta, y este medio falte,  
Otros eficaces quedan.

ISABEL.

¡ Duros, sangrientos!

LEONARDO.

Quien ama  
Como yo, todo lo intenta.  
Es mucho lo que me importa,  
Para que vacile y tema:

Vale mucho mi Isabel  
Para esponerme á perderla  
(*Cogiéndola con ternura de la mano,  
y besándosela.*)

ISABEL.

Leonardo, mi bien.... No sé  
Qué decir.... Haz lo que quieras.  
En tal peligro, tú solo  
Sabes lo que mas convenga;  
Yo, ¡ infeliz! ¿ qué he de saber?  
Llorar.... Adios; él te vuelva  
Mas venturoso á mi vista,  
Y este afán alivio tenga.

LEONARDO.

Siempre fué de los osados  
La fortuna compañera;  
El cobarde que la teme  
Siempre la ha tenido adversa.

## ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

EL BARON.

¡ Válgate Dios por el hombre!  
(*Se sienta junto á una mesa, en que  
habrá dos luces.*)

Cuando no nos hace falta,  
A las cuatro de la tarde  
Está metido en la cama;  
Y hoy, que me interesa el verle,  
No parece por su casa.  
¡ Oh! si á cuenta de la dote  
Quisiera dar unas cuantas  
Onzas!... ¡ Gran golpe!... Es verdad  
Que el tal abuelito es caña;  
Muy socarrón....

## ESCENA II.

EL BARON, LEONARDO.

LEONARDO.

(*Sale hablando entre sí; al ver al Baron  
esclama complacido de hallarle.*)

¿ Qué mujer,  
Qué carácter, qué ignorancia....  
Qué insensible!... ¡ Ah!...

BARON, *aparte, con timidez.*

¡ Malo! ahora

LEONARDO.

¡ Señor Baron!

BARON, *levantándose.*

¡ Oiga! ¿ Qué  
Se ofrece?

LEONARDO.

Cuatro palabras.

BARON.

Decid catorce, y sentaos;  
Que no es bien que....

LEONARDO.

Nada, nada;

Estoy bien así.... ¿ Sabeis  
Quién soy?

BARON.

Yo no; pero basta  
Veros para conocer  
Que sois hombre de importancia.  
Tomad asiento. (*Vuelve á sentarse.*)

LEONARDO.

Ya he dicho

Que no.

BARON.

Bien.

*en un momento de  
hermano con  
el Baron*

LEONARDO.

A mí me llaman

Leonardo; soy un vecino  
De este pueblo. Esa muchacha  
Me quiere....

BARON.

¿Quién?

LEONARDO.

Isabel.

BARON.

Ya.

LEONARDO.

Yo la quiero; se trata  
De violentar su albedrío;  
Y á mí, de veras, me enfada  
Este proyecto. La niña  
Os aborrece de ganas;  
Y pensar, ni por asomo,  
Que porque su madre es fatua,  
Y vos un señor, ó un pillo  
(Que de esto no sé palabra),  
Por eso ella y yo debemos  
Tolerar ofensa tanta,  
Es locura. De los dos  
Uno solo ha de lograrla;  
Con que, si sois... ¿quién lo duda?...  
Caballero, y os agravia  
El que intenta disputaros  
El cariño de una dama,  
Esta noche á media noche  
Os espero en esas tapias  
Cerca del camino. Allí  
Veremos quien...

BARON.

¿Qué bobada!

¡Eh! no, señor, yo no quiero  
Mataros, no.

LEONARDO.

Muchas gracias;

Pero ha de ser.

BARON.

¿Ha de ser?

¿Y á media noche?

LEONARDO.

Sin falta.

BARON.

¿Allí en las tapias de...

LEONARDO.

Si;

Cosa de un tiro de bala  
De aquí... Pero, si quereis,  
Yo os esperaré en la plaza;  
Iremos juntos.

BARON.

No tal;

Yo iré solo... Ello me causa,  
Cierto, me da compasion,  
Así, por una niña...  
¿Qué ciantres!... quitar la vida  
A un hombre de circunstancias  
Como vos.

LEONARDO.

No os dé cuidado.

BARON.

¿Que mad teneis?

LEONARDO.

La que basta  
Para no temer la muerte.

BARON.

¿Teneis madre?

LEONARDO.

Si, y hermanas...  
Y vos, ¿qué teneis, cordura

## EL BARON.

O miedo, ó como se llama?

BARON.

¿Miedo yo?

LEONARDO.

Digo, pudiera

Sucedir.

BARON, *levantándose con viveza.*

¿Qué petulancia!

¿Qué insulto!

LEONARDO.

¿No le teneis?

Pues bien, espero que vaya  
El señor Baron.

BARON.

Sin duda.

LEONARDO.

¿A las doce?

BARON.

Hora menguada

Para vos... Iré á las doce.

LEONARDO.

Adios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

BARON.

Agur.

LEONARDO.

Aun me falta

Que decir, porque no quiero  
Dejaros en ignorancia.  
Ved que si no vais, la burla  
Os ha de salir muy cara,  
Y donde quiera que os vea,  
Solo ú con gente, con armas  
O sin ellas, en la calle,  
En cualquiera parte... En casa,  
En la iglesia, os atravieso  
El pecho de una estocada.

## ESCENA III.

BARON.

¡Estamos bien!... ¡Yo salir!  
Y el tal hombre tiene trazas

(*Paseándose.*)

De hacer lo que dice... ¡Yo  
Salir!... Saldré; pero falta  
Saber por dónde... Si, el aire  
Seco de lilescas me daña...  
Cosa de miedo no tengo...  
El me conoció en la cara  
Que no soy espadachin...  
Esto de que yo me vaya  
Sin dar un susto al zurraco  
Del viejecito, es chanada.  
Eso no... ¿Pues qué, en lilescas  
Se sabe mas que en Triana?

(*Saca el reloj.*)

Las ocho... Pero si espera  
En efecto, si se enfada  
Porque no voy, si me encuentra  
Luego, y me... ¡Cosa mas rara!  
¡Calle! ya está el otro aquí.

## ESCENA IV.

DON PEDRO, EL BARON.

BARON.

Si os ha dicho la criada  
Que os fui á buscar, sería  
Mejor que á mí me avisaran,  
Y hubiera pasado allá.

DON PEDRO.

A mí no me ha dicho nada,  
Ni vengo por vos. Quería  
Hablar un rato á mi hermana

De un chisme que me han contado;  
Una especiota de tantas  
Que corren por el lugar...  
Es la gente muy bellaca,  
Y sobre una friolera  
Miente, desatina, y hablan  
Cosas que... ¡vaya!

BARON.

Y en fin,

¿Qué ha sido?

DON PEDRO.

Nada en sustancia;

Pero que tal vez pudiera  
Tener resultas muy malas.  
Mi hermana no considera  
Estas cosas; tiene en casa  
Una muchacha, y la pobre  
Chica, honesta, bien criada,  
Que nunca ha dado ocasion  
A decir una palabra  
Contra su conducta, pierde  
Por su madre lo que gana  
Por sí.

BARON.

Doña Isabelita

Es un conjunto de gracias  
Y perfecciones; y el verla  
Oscurecida, eclipsada  
En un lugarote, espuesta  
A que la entreguen mañana  
A un rústico labrador  
Sin modales, ni crianza,  
Ni estudios, da compasion.  
Bien que no falta, no falta  
Quien tal vez sabrá estraerla  
De esta atmósfera, elevarla  
A mayor sublimidad,  
Y hacer que en ella recaigan,  
Y en su familia, los dones  
Que la fortuna contraria  
Les negó.

DON PEDRO.

¿Qué tontería!

No, señor, no es desdichada  
Tanto como vos decís,  
Ni tan oscura y opaca  
La atmósfera, ni hay eclipses,  
Ni es menester levantarla  
Tan alto... ¿Qué! No, señor.  
En este lugar se casan  
Muy bien las niñas. Es cierto  
Que no hay aquí (y es desgracia)  
Una juventud de alcorza,  
Corrompida y perfumada,  
Cigarrera, petulante,  
Ociosa, habladora y fatua,  
Como la que he visto yo  
Ir bailando contradanzas  
Allá en la Puerta del Sol.  
De eso no tenemos nada...  
Pero hay jóvenes honrados,  
Ricos, de buena crianza,  
Atentos, que nunca insultan  
Al decoro de las canas;  
Que á las mujeres, ni las  
Adoran ni las ultrajan,  
Las estiman; que si ignoran  
Las locas estravagancias  
Que inventa el lujo, se visten  
Como la modestia manda...  
La instruccion no es mucha; pero  
Tienen aquella que basta  
Para ser hombres de bien,  
Para gobernar su casa,  
Dar buen ejemplo á sus hijos,  
Y hacerles amable y grata  
La virtud, que ellos practican.  
Isabel no está enseñada  
A otra cosa, ni la inquietan  
Ambiciosas esperanzas.



Tiene un novio que la quiere,  
Ella le estima en el alma;  
Yo soy contento, y espero  
Que no pasen dos semanas  
Sin que haya boda... Tendremos  
Gran comida, trisca y danza,  
Y á la tarde chocolate,  
Agua de limon y horchata.

BARON.

Mucho me admira ese modo  
De pensar.

DON PEDRO.

Y á mi me pasma

(Imitando el tono grave y ponderativo  
del Baron.)

El vuestro. ¿Quereis que sea  
Vizcondesa ó almiranta?

BARON.

Quisiera verla feliz.

DON PEDRO.

Pues si lo quereis, dejadla.

BARON.

Pero si la suerte hiciese  
Que se la proporcionara  
Otro destino mejor...

DON PEDRO.

¿Mejor que verse casada  
A su gusto en su lugar?  
No puede ser.

BARON.

Yo pensaba

Que su madre, en este caso,  
Debiera ser consultada  
Y obedecida.

DON PEDRO.

Su madre

Es una pobre aldeana,  
Y no sabe mas de mundo  
Que los chiquillos que maman;  
Pero no importa. El encargo  
De convertirla y sacarla  
De error no es cosa difícil,  
Y á pesar de su ignorancia  
Dentro de muy pocas horas  
Conocerá quién la engaña.

BARON.

¿Pues quién se atreve?...  
Hay bribones

DON PEDRO.

Que viven de enredo y trampa.

BARON.

¿Qué me decís?

DON PEDRO.

Sí, señor;

Pero á bien que están tomadas  
Las callejuelas, y espero...

BARON.

Pero ¿qué ha sido? ¿qué pasa?

DON PEDRO.

No es cosa; un cierto sujeto  
Que ignora, segun la traza,  
Con quién las ha, miente, pilla  
Dinero, adula á mi hermana,  
Introduce enemistad  
En nuestra familia, y causa  
Mil disgustos... Pero el tal  
Picaron que así nos trata,  
O se arrepiente esta noche,  
O le enterramos mañana.

BARON.

Oiga!... Pues... (Con turbacion.)

Señor don Pedro,

Si me permitis que vaya...

Tengo que escribir... Estuve  
A buscaros... solo para  
Tener el gusto de veros,  
Y... pues...

DON PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Aunque basta

Para mayores empresas  
La prudencia consumada  
Que os adorna, si quereis  
Valeros de mí, me holgara  
Infinito concurrir  
En cuanto yo pueda y valga  
A vuestros fines.

DON PEDRO.

Lo estimo.

BARON.

Os tengo aficion, y cuantas  
Veces os miro, me acuerdo  
De Pero Nuñez de Vargas,  
Mi bisabuelo. El retrato  
Que tenemos en mi casa  
Tanto se os parece, que...

DON PEDRO.

¡Calle!

BARON.

Si, la misma gracia  
De mirar, la ceja corva,  
Y esa nariz prolongada,  
Robusta y...

DON PEDRO.

¡Ciertamente es buena

Fatalidad! ¿Quién pensara  
Que...

BARON.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Digo que es fuerte

Desdicha. Un señor de tanta  
Suposicion parecerse  
A un pobre demonio, es gaita.

BARON.

Pues no lo dudeis.

DON PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Diez mil escudos me daba  
En onzas de oro mi primo  
El duque de... por la tabla  
No mas.

DON PEDRO.

¿Sin el marco?

BARON.

Pues,

Sin el marco.

DON PEDRO.

¡Pieza rara

Será el tal cuadro!

BARON.

Allí tengo

Todo lo mejor de Italia...

DON PEDRO.

Buenas noches.

BARON.

A mas ver.

Repito lo dicho, y...

DON PEDRO.

Gracias,

Señor baron.

BARON, aparte, tomando una de las lu-  
ces, y yéndose por la puerta del foro.

Este viejo

Es un talego de maulas.

## ESCENA V.

DON PEDRO, ISABEL.

DON PEDRO.

Mucho miedo lleva el nieto  
De Pero Nuñez... ¡Qué charla  
Tiene! y...

ISABEL.

¡Señor!

DON PEDRO.

¡Isabel!

¿Qué es eso? ¡Qué acongojada  
Estás, qué triste!

ISABEL.

¿Quereis

Que no lo esté? Ni esperanza  
De consuelo tengo ya,  
Viendo que el ruego no basta,  
Ni la sumision, ni el llanto,  
Ni razones, ni amenazas.  
En vano Leonardo quiso  
Persuadirla y moderarla;  
Mas la irritó.

DON PEDRO.

Ya lo sé;

Ya me lo ha dicho... Y estaba  
Enfadadillo además.

En la juventud nos falta  
Moderacion... Ni es posible  
Usar de aquella templanza  
Que dan los años. Leonardo  
Se ve ofendido; mi hermana  
Es terca; no será mucho  
Que de una en otra palabra,  
La disputa haya venido  
A parar en lo que paran  
Todas, cuando las pasiones  
Nos acaloran y arrastran.

ISABEL.

Es verdad; bien lo temí...

Se lo dije; pero estaba

Empeñado en verla.

DON PEDRO.

Y bien,

¿Cómo ha de ser? Es desgracia  
Inevitable.

ISABEL.

Tal vez

Otras mayores me aguardan.  
¿Sabeis que intenta reñir  
Con el Baron?... Si esto pasa...  
Si muere... ó vuelve culpado  
De un homicidio, ¡qué infausta  
Victoria! ¡Qué objeto horrible  
Para mí!

DON PEDRO.

No temas nada,

Isabelita; valor.

¿Presumes tú que llegara  
A tener efecto, haciendo  
Yo papel en esta farsa?  
No por cierto. El tal Baron  
No gusta de cuchilladas;  
Leonardo al salir le dijo  
Que á las doce le esperaba  
Ahi afuera. Esta sería  
Resolucion temeraria  
Y necia en otra ocasion,  
Pero como aqui se trata  
De acosarle, de aburrirle,  
De obligarle á que se vaya,  
O que desista, y nos diga

Claro y en pocas palabras  
Que es un tunante, conviene  
Llenarle de miedo al mandria,  
Y ya lo está. No hay peligro;  
El uno teme y se guarda,  
Y al otro le guardo yo;  
Ten segura confianza  
En mí.

ISABEL.

Solo en vos pudiera  
Tenerla.

DON PEDRO.

Verás burlada  
La malicia de tu huésped;  
Verás que tu madre acaba  
De conocer hasta dónde  
Las apariencias engañan.  
Sí, consuélate. Ya sabes  
Que siempre he sido en tu casa  
Tu amigo y tu protector;  
Que no hay cosa, por extraña  
Que fuese, que me detenga  
Cuando de tu bien se trata.  
¿No te acuerdas de que siendo  
Chiquitita me llamabas  
El otro papa? que has sido  
Alivio de mis desgracias?  
Que en esta ocasion soy yo  
Quien ha de suplir la falta  
De tu buen padre, y hará  
Que vivas afortunada  
Y muy contenta?... ¿Lo sabes?

ISABEL.

Sí, señor, lo sé.

DON PEDRO.

Pues calma  
Esa agitacion.

ISABEL.

Mi llanto,  
Mi turbacion, no la causa  
El temor... Ya es alegría,  
(Besando la mano á don Pedro y acariciándole.)

Ternura, dulce esperanza  
Y agradecimiento.

DON PEDRO.

Vamos,  
Un rrimito, ¿eso faltaba!

ISABEL.

¿Querido padre!

DON PEDRO.

¿Hija mia!

ISABEL.

¿Me quereis?

DON PEDRO.

Pregunta es vana.

¿No te he de querer? ¿No ves  
Que á mí tambien se me arrasan  
Los ojos?... Pero tu madre  
Viene.

ISABEL.

Ya no me acobarda  
Su vista; pues tengo en vos  
Un amigo que me ampara.

## ESCENA VI.

DON PEDRO, LA TIA MONICA,

ISABEL.

TIA MÓNICA.

¡Oiga!... Los dos en consulta.  
¿Qué negocios de importancia  
Ten irán que tratar? ¿No he dicho  
(A Isabel.)  
Mil veces que no me salgas  
Acá afuera?

TOMO II.

ISABEL.

Yo salí...

TIA MÓNICA.

Ya sabes que no me agrada  
Tanto palique.

ISABEL.

Señora,

Sí...

TIA MÓNICA.

Vete. Tú la levantas  
De cascos; tú me la pierdes.  
(Isabel hace una cortesía y se va.)

DON PEDRO.

¿Yo, mujer?

TIA MÓNICA.

Sí, tú... ¿Qué estabas  
Diciéndola?

DON PEDRO.

Que te sufra.

TIA MÓNICA.

Habrás venido á inquietaria,  
A llenarla de ilusiones  
La cabeza, y que no haga  
Cosa que la mande yo.

DON PEDRO.

No tal; he venido á causa  
De que ya por el lugar  
Dicen todos que la casas  
Con el Baron; me preguntan  
A mí que no sé palabra,  
Y hago un papel infeliz...  
¿Es fuerte cosa! no hablan  
De otra materia en las tiendas,  
En la botica, en la plaza,  
En casa del alojero;  
Y á mí no me dices nada  
De este bodorrio!

TIA MÓNICA.

A su tiempo  
Lo sabrás; y esos que pasan  
La vida en chismotear,  
Verán después si se engañan  
O aciertan.

DON PEDRO.

Pero si vieras  
Qué risa les da, y qué ganas  
Me dan á mí de rabiar.  
¿Quién ha de tener cachaza  
Para sufrir que se digan  
Tales cosas de una hermana?  
Yo te digo la verdad:  
Si quieres ver acalladas  
Esas voces, desmentir  
Los enredos que levantan  
Contra ti, cácala presto.

TIA MÓNICA.

Presto será.

DON PEDRO.

Y que se vaya  
Ese Baron, ó ese inlierno,  
Que nos tiene alborotadas  
Las cabezas.

TIA MÓNICA.

Cuando quiera  
Hallará la puerta franca.

DON PEDRO.

¿Y si no quiere?

TIA MÓNICA.

Sí no

Quiere, no tengo yo cara  
Ni desvergüenza bastante  
Para echarle de mi casa.  
A un señor de su carácter,  
A quien he debido tantas  
Atenciones, ¿te parece  
Que es regular se le hagan

Esos desaires? Tu allá  
Con tu gramática parda  
Sabras mucho; pero en punto  
De urbanidad y erianza,  
Sabes muy poco.

DON PEDRO.

En efecto,  
La tal noticia no es falsa. (Se sienta.)

TIA MÓNICA.

¿Qué noticia?

DON PEDRO.

La de estar

Persuadida y confiada  
En que el Baron ha de ser  
Tu yerno... ¡Ilusion mas rara  
No se dará!... ¡Vanidad  
Maldita, que así nos saca  
De juicio y nos pierde!... Un hombre  
De tan ilustre prosapia,  
Primo de condes y duques,  
Biznieto de doña Urraca,  
Y chozno del rey don Silo,  
Venir á hacernos la gracia  
De casarse con tu hija...  
¿Qué desatino!

TIA MÓNICA.

¿A qué llamas

Desatino? ¿Por ventura  
Te parece cosa mala,  
Cuando vemos favorable  
La ocasion, aprovecharla?  
¿Será la primera vez  
Que un caballero se casa  
Con una mujer humilde?  
¿Quién ignora lo que arrastra  
Una pasion?

DON PEDRO.

¿Qué pasion,

Mujer, ni qué calabaza!  
¿Cuidado que... ¿Dónde has visto  
Pasiones de esa calaña?  
En las comedias, que vienen  
Principes de Dinamarca  
Vestidos de jardineros,  
Y estan de amores que rabian  
Por alguna pastorecita,  
Con su zurrón y sus cabras.  
Se dicen flores, hay celos,  
Desdenes, lloros, mudanzas...  
Se casan al fin, y luego  
Salen con la patochada  
De que la tal moza es hija  
Del duque de Transilvania,  
Y otros delirios así;  
Pero en el mundo no pasa  
Nada de eso.

TIA MÓNICA.

¿No?

DON PEDRO.

Jamás.

Y cuando en amores trata  
Algun señor con una  
Jovencilla bien carada,  
Huérfana, plebeya y pobre,  
Ojo avizor, que allí hay trampa.  
No, señor; los matrimonios  
De esa gente no se entablan  
Por trato y cariño. Cogen  
La pluma, y en una llana  
De papel suman partidas.  
Cuatro y dos seis, llevo nada;  
Ocho y siete quince, llevo  
Una, y cuatro cinco; sacan  
El total al pié, y segun  
Lo que en el ajuste ganan,  
Hay boda ó no hay boda... Y sea  
La novia jibosa y chata  
Y tuerta, y el novio manco,  
Viejo, gotoso y con sarua;



Conózcanse mucho, ó nunca  
Se hayan hablado palabra;  
Con amor ó sin amor...  
¡ Bendígalos Dios! se casan.

TIA MÓNICA.

Eso sí, como te dejen  
Hablar, piquito no falta,  
Ni murmuración... En fin,  
Si te incomoda y te enfada  
Cuanto digo y pienso, vete:  
Déjame en paz, no me traigas  
Cuentos, ni alborotes mas  
Con esas extravagancias  
A tu sobrina. Yo soy  
La que debe gobernarla,  
Sé lo que mas la conviene;  
Nadie como yo se afana  
Tanto por ella. Es mi hija,  
Y a este amor ninguno iguala.

DON PEDRO.

¿Y por ese amor la quieres  
Precipitar, entregarla  
A un hombre desconocido  
Trapalón, tuno de playa?...  
¿Y tú tan boba!... ¿No ves  
Que es un pícaro y te engaña?  
¿No lo ves?

TIA MÓNICA.

No, porque tengo  
Antecedentes que bastan  
A persuadirme; tú no  
Los tienes, por eso ensartas  
Tanto disparate.

DON PEDRO.

Pero  
Yo te concedo de gracia  
Que es un señor; que él y el rey  
Meriendan juntos: ¿qué sacas  
De aquí? ¿Le darás tu hija?

TIA MÓNICA.

¿Tuvieras tú repugnancia  
En dársela?

DON PEDRO.

Sí.

TIA MÓNICA.

Se ve  
Que no eres su madre, y hablas  
Como un viejo sin cabeza.

DON PEDRO.

Hablemos claros, hermana.  
Ese cariño de madre  
Que me ponieras con tanta  
Frecuencia, no es el motivo  
Que te dirige; y si tratas  
De engañarme á mí, no pierdas  
El tiempo. Mira, tú rabias  
Por hacer gran papelón;  
Siempre has sido tiesa y vana,  
Muy amiga de mandar,  
Enemiga declarada  
De quien tiene mas dinero,  
Mejor jubón, mejor saya  
Que tú. Te comes de envidia  
Cuando ves que á las hidalgas  
Las llaman doñas; te lleva  
Dios cuando las ves sentadas  
En la iglesia junto al banco  
De la justicia; y por darias  
Que merecer, por vengarte  
De la humillación pasada,  
Eres tú capaz, no solo  
De entregar esa muchacha  
A un hombre indigno, sino  
De ponerle á la garganta  
Un dogal.

TIA MÓNICA.

¿Yo?

DON PEDRO.

Tú... ¿Que ideas  
Tienes tan descabelladas  
De grandeza! ¿No es verdad  
Que ya á tus solas aguardas  
El feliz momento en que  
Oigas que todos te llaman  
Escalaencia, que ñoria  
Es cosa bien ordinaria?  
¿No es cierto que alla en tu mente  
El plan de vida repasas  
Que has de tener? Coches, modas,  
Brillantes, sedas y holandas,  
Mesa para los hambrientos  
Que por lo que adulan tragan...  
Baile, academias, teatros,  
Solemne robo de banca,  
Prodigalidad, miseria,  
Orgullo, bajeza y trampas.  
Llamar cultura á la infame  
Depravación cortesana,  
Bestia á todo hombre de bien,  
Y á todo acreedor, canalla...  
¿No es ese tu plan? ¿No es esta  
(Levantándose.)

La gran fortuna que guardas  
A mi sobrina infeliz?...  
Y esa ambición insensata,  
Esa vanidad, ¿te atreves  
A desmentirla y llamarla  
Amor de madre?

TIA MÓNICA.

¿Me quieres  
Dejar en paz? Vete, calla.

DON PEDRO.

¿Sabes el mal que apetece?  
¿Sabes tú que donde falta  
Moderación, no hay placer?  
¿Sabes que donde no haya  
Virtud, no hay felicidad?

TIA MÓNICA.

Hombre, por Dios no me hagas  
Desesperar.

## ESCENA VII.

EL BARON, LA TIA MONICA, DON PEDRO.

BARON.

(Sale por la puerta del foro con una luz  
en la mano, que dejará sobre la  
mesa.)

¿Permitis

Que un solo instante os distraiga  
De vuestra conversacion?

TIA MÓNICA.

No era cosa de importancia;  
Y aunque lo fuese...

BARON.

Me alegro

De hallaros juntos... Yo estaba  
Indeciso... Pero es fuerza  
Salir una vez de tantas  
Inquietudes, explicar me  
Con claridad, no dar causa  
A disgustos, ni sufrir  
En mi decoro la mancha  
Mas pequeña. Yo, señor  
Don Pedro, por la desgracia  
Que acaso sabeis, me vi  
En la situación amarga  
De abandonar mis amigos,  
Mis conveniencias, mi patria...  
Disfrazado, fugitivo,  
Hubo de fingir en varias  
Partes nombre y calidad;  
Y cuando después de tantas  
Desventuras vi lucir

Algun rayo de esperanza,  
Vine a este pueblo, creyendo  
Que estar a poca distancia  
De la corte me seria  
Favorable. Vuestra hermana  
Me vió, la conté mi historia,  
Condolióse al escucharla;  
Me hospedó aquí, donde a fuerza  
De atenciones no esperadas,  
Y tal vez no merecidas,  
Alivio hallaron mis ansias.  
Isabel... ¿Cómo pensais  
Que fuese fácil tratarla  
Sin quererla bien?... Yo os ruego  
Que no os altereis; me falta  
Poco que añadir, y espero  
Que tendreis la tolerancia  
De no interrumpir á quien  
Por última vez os habla.  
Digo que la quise bien,  
Y aunque su madre os lo calla,  
Trató de hacerla mi esposa,  
En la segura esperanza  
De conseguirla, y creyendo  
Que vos no perderais nada.  
Pero he visto que en el pueblo  
Se murmura, se propagan  
Mil calumnias contra mí.  
Hay alguno que nos guarda  
La puerta, y tan atrevido  
Que me insulta y me amenaza;  
Hay alguno que desprecia  
Mi carácter, que me trata  
De seductor, y...

DON PEDRO.

¿Por quién

Lo deels?

BARON.

Por nadie. Tantos

Injurias no las toleran  
Los Benavides de Vargas...  
Con dos renglones pudiera  
Confundir á quien me agravia,  
Y... no lo haré... Tengo ya  
Noticia de que me aguardan  
En la corte; mi contrario  
Está preso, el rey me llama,  
Quiere verme, y es preciso  
Que con diligencia parta.  
Pero en tanto, no os daré  
Disgusto. El tiempo que haya  
De estar en Illescas (puesto  
Que hasta pasado mañana  
No vendrán mis coches) pienso  
Alojar en la posada  
Que cuando vine ocupé,  
Y os juro que de esta casa  
Saldré luego que amanezca;  
Y aunque en el pueblo quedara  
Muchos meses, nunca en ella  
Pondré los pies. Ya que tanta  
Ofensa ha sido aspirar  
A esta union abominada,  
Ahí os queda la infeliz  
Isabel, sacrificadla...  
Yo la quise hacer dichosa,  
Vos no quereis, y esto basta.

TIA MÓNICA.

¿Válgame Dios! pero...

BARON.

No,

No os conseis.

TIA MÓNICA.

¡Fuerte desgracia  
Es esta!... Porque otros digan...  
Mientras yo no he dado causa;  
Mientras la niña está pronta  
A lo que su madre manda...

¡Ánimas benditas, pues  
Cierto!... ¿Y tú qué dices?

DON PEDRO.

Nada.

Que el baron habla muy bien,  
Que le tomo la palabra,  
Que si la cumple debemos  
Darle todos muchas gracias...  
Y que me voy a acostar.

TIA MÓNICA.

¡Qué necesidad, qué ignorancia!  
¡Si es muy tonto!... Pero yo,  
Señor, por que...

DON PEDRO.

Consoladla,

Señor Baron.

BARON.

No hay remedio.

TIA MÓNICA.

¡Qué mujer tan desdichada!

BARON.

Es preciso hacerlo así,  
Lo exigen las circunstancias,  
Mi estimacion es primero  
Que mi amor.

DON PEDRO.

(Ap. ¡Qué zalagarda  
Me ha querido arnar!...) Adios,  
Mónica, duerme y descansa.  
Señor Baron, buenas noches.  
¿Quedamos en que mañana,  
Luego que amanezca?...

BARON.

SI.

DON PEDRO.

¿Os ireis á la posada?

BARON.

Ya lo he dicho.

DON PEDRO.

¿Y no volveis

Aquí?

BARON.

No.

DON PEDRO.

¿Y así que os traigan

El equipaje, los tiros  
Y las carrozas de nacar,  
Os vais?

BARON.

Me irá.

DON PEDRO.

Lindamente.

(Ap. Pues con todo, no me engañas.)

### ESCENA VIII.

EL BARON, LA TIA MONICA.

TIA MÓNICA.

¿Qué es lo que pasa por mí?  
Señor Baron de mi alma,  
¿Qué es esto?

BARON.

Ver si por medio

De un artificio se calma  
La envidia, el odio, el furor  
De esa gente temeraria.

TIA MÓNICA.

¿Qué decis?

BARON.

Ficcion ha sido ;  
Jamás han salido vanas  
Mis promesas, no temais.

TIA MÓNICA.

Yo al escucharos estaba

Muerta, muerta... Si quisieran  
Sangrarme, no me sacarian  
Gota de sangre.

BARON.

Lo creo,  
Pero todo ha sido traza  
Para deslumbrarle.

TIA MÓNICA.

Bien,

Bien hecho.

BARON.

Fué necesaria

Precaucion... Pero escuchad  
Lo que se ha de hacer sin falta.

Mañana pasaré el día

En el meson; cuando caiga

La noche saldré de llescas,

Dejo en Toledo encargada

Al arcadiano la mula,

Tomo su coche y me plantan

Las colleras de un tiron,

Antes que anochezca, en Parma,

Un lugarcito pequeño,

El primero que se halla

De mis estados, cruzando

El lago de Nicaragua.

Hoy es lunes, bien; estoy

El miércoles en mi casa;

Jueves, viernes... sale justa

La cuenta. Estad preparadas,

Tenedlo todo dispuesto,

Y el sabado, sin tardanza

Ninguna, recibireis

A media noche una carta,

Que os dará mi mayordomo;

Y al instante, acompañadas

De él y de un negro, salis

Adonde el coche os aguarda,

Y... ya lo he dicho, el domingo

Se logran mis esperanzas.

¿Con que estais? A media noche...

TIA MÓNICA.

Si, si, ya estoy enterada;

El sabado. Bien esta.

BARON.

Ved que en esa confianza

Me voy, y os espero.

TIA MÓNICA.

Pues,

Señor, ¿temeis que no vaya?

Aunque fuera menester

Ir solas, a pié y descalzas,

Fuéramos; vivid seguro.

BARON.

Podeis llevar la criada

Tambien para que os asista.

Y advertid que se levanta

Ya un fresquecillo al salir

El sol, que molesta y daña ;

Cuidado, abrigarse bien,

Porque aunque tiene persianas

El coche, pieles y estufa,

Estais algo delicada,

Y es bueno cuidarse.

TIA MÓNICA.

Así

Lo haré.

BARON.

Si esto se llegara

A saber, tal vez seria

Cosa muy aventurada.

Ya veis que en Madrid me ofrecen

Una rica mayorazga,

Hermosa, ilustre. Su padre

Es caudatario del papa;

Su primo duque de Ultonia;

Nobleza mas acendrada

Que la suya, mas antigua,  
Es imposible encontrarla,  
Aunque espriman la de todos  
Los principes de Alemania.  
No es fácil pues renunciar  
A este enlace sin que haya  
Desazones, y á este fin  
Pienso escribir unas cartas  
Para evitar desde luego  
Que vengan por mí, con varias  
Escusas que fingiré.  
De esta manera se gana  
Tiempo... Pero á nadie, á nadie  
Habeis de decir palabra.

TIA MÓNICA.

Bien está, señor.

BARON.

A nadie.

Y cuando digan mañana  
O esotro que me marché,  
Fingid que no sabeis nada.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Disimulad

El corto tiempo que falta;  
Idme a buscar; logre yo  
La posesion suspirada  
De Isabel, y hasta ese punto  
Nadie entienda lo que pasa.

TIA MÓNICA.

Ya, ya estoy.

BARON.

Después vereis

Que en esta dicha os alcanza  
Aun mas de lo que esperais.

TIA MÓNICA.

Pues, señor, ¿qué mas?...

BARON.

Pensaba

En no deciroslo; pero  
Hablemos en confianza.  
Vos, ¿qué edad podeis tener?  
Estais fresca, bien tratada,  
Robusta y ágil... Es cierto  
Que no deja de hacer falta  
La dentadura.

TIA MÓNICA.

¡Ay, señor,

Que no es la vejez la causa!  
Jaquecas y corrimientos,  
Y pesadumbres...

BARON.

Mi hermana

La vizcondesita cumple  
Veinte y dos años por pascua,  
Y está lo mismo que vos,—  
Y porque no se la caiga  
Un diente que la ha quedado,  
Solo come cosas blandas :  
Sémola, huevos mejidos,  
Puches, y así... La obstinada  
Tos que padeceis, los flatos,  
La debilidad y náuseas  
Del estómago, se curan  
Mudando de temple y aguas  
Y alimentos. Con un poco  
De ejercicio y unas cuantas  
Friegas que os den, se disipa  
La hinchazoncilla que carga  
A las piernas, y en dos dias  
Os hallareis fuerte y apta  
Para las segundas nupcias.—

TIA MÓNICA.

¿Quién, yo?... Pero, señor... ¡Vaya!  
¡Jesus, qué calor!



BARON.

Amiga,  
La viudez desconsolada  
Es un estado terrible,  
Y en él las jóvenes pasan  
Muchos trabajos... A ver  
Un polvo.

TIA MÓNICA.

Y en la de plata.  
(Saca una caja, y se la da al Baron, el  
cual, después de tomar un polvo, se  
la guarda como distraído.)

BARON.

Mi tío, de quien algunas  
Voces os hablé, se halla  
Viudo y sin hijos; si muere,  
Todos sus estados pasan  
A un extranjero, cuñado  
Del hospodar de Valaquia;  
Y esto es doloroso.

TIA MÓNICA.

Cierto,

Siendo un nacion...

BARON.

Yo tomara  
Que fuese nacion no mas;  
Pero lo que nos enfada  
Es que, además de extranjero,  
Es hereje.

TIA MÓNICA.

¡Virgen santa!

¡Hereje!

BARON.

Pues ved qué gusto  
Nos dará, que si mañana  
Llegase á faltar el tío,  
Todos sus bienes los haya  
De gozar aquel mastin,  
Que no entiende una palabra  
De español, ni sabe el credo,  
Ni va á misa.

TIA MÓNICA.

¡Qué canalla!

BARON.

Ni ayuna, ni...

TIA MÓNICA.

¡Picaron!

BARON.

Pues por eso se pensaba  
Hacerle una burla; el tío  
Esta en lo mismo, y se allana  
A todo. El fin es casarle;  
Y si la novia se encarga  
De darle en dos ó tres años  
Dos ó tres chiquillos, hasta;  
No la piden mas, y el otro  
Se queda tocando tablas.  
Con que ved si...

TIA MÓNICA.

Yo, señor,

Aunque á la verdad estaba  
Bien ajena de pensar  
En eso... pero se trata  
De serviros, y podeis  
Mandarme como á una esclava.  
Y en todo aquello que yo  
Pueda y...

BARON.

Bien.

TIA MÓNICA.

Si estoy turbada,

Señor, y no sé...

BARON.

Al instante

Quiero escribir lo que pasa  
Al príncipe vuestro esposo,

Que está esperando con ansia  
La resolucion.

TIA MÓNICA.

Decidle

Mil cosas.

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Y gracias

Infinitas.

BARON.

Bien. Ahora

Voy á poner esas cartas.  
Cuidad que no suba nadie  
Por allá arriba, ni hagan  
Ruido.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Porque

Al instante que las haya  
Cerrado, me irá á dormir.

TIA MÓNICA.

¿Sin cenar?

BARON.

No tengo gana;

He comido bien.

TIA MÓNICA.

Siquiera

Unas sopas.

BARON.

Nada, nada.

TIA MÓNICA.

O un huevecito escallado.

BARON.

No, no es menester. Mañana  
Llevará un posta los pliegos  
A Madrid, y así que él parta,  
Me voy al meson... Adios.  
Un abrazo. *(Abrazándose.)*

TIA MÓNICA.

Y mil.

BARON.

Honrada

Dueña.

TIA MÓNICA.

Servidora vuestra.

BARON.

Adios... La ausencia no es larga.

TIA MÓNICA.

Con todo, señor, si ahora  
No llorase, reventara.

*(Enterrecida y enjugándose las lágrimas. Toma una de las luces para ir  
alumbrando al Baron, el cual se la  
quita; la coge de la mano, se la besa  
respetuosamente, y se va con la luz  
por la puerta del foro.)*

BARON.

Hasta el domingo... ¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Alumbraros.

BARON.

No faltaba

Mas.

TIA MÓNICA.

Pero si yo...

BARON.

Vos sois

Mi madre, no mi criada.

## ESCENA IX.

TIA MONICA.

¡Bendito, bendito, anén!  
¡Con qué respeto me trata  
El pobrecito! ¡Qué humilde!  
Si á boca llena me llama  
Su madre... Pero no dice  
Bien; no, señor... Si me faltan  
Algunos dientes, tambien  
Tengo las muelas muy sanas,  
Gracias á Dios... ni me luele  
La boca, ni... Pues me agrada  
La especie de... ¡Bueno fuera  
Que nos viniese de estranja  
El otro bribon ahullando  
En su lengua chapurrada!...  
¡Maldito!... Pues aunque él viva  
Mas años que Mariblanca,  
Yo le juro que no lleve  
Ni un alfiler, ni una hilacha.  
No, señor, todo á los niños...  
¡Ay, hijos de mis entrañas!  
¡Angelitos!... ¡Si, pues poco  
Los querrá su padre! ¡Vaya!

## ESCENA X.

PASCUAL, LA TIA MONICA.

PASCUAL.

Pues, señor, ya fui allá,  
Y dije que le esperaban  
Al instante.

TIA MÓNICA.

¿A quién?

PASCUAL.

Al sastre.

TIA MÓNICA.

¡Después de dos horas largas,  
Te vienes con eso?

PASCUAL.

Pues

Fui y dije, digo: el ama  
Está esperando al señor  
Juan, y dice que le aguarda,  
Que no deje de ir corriendo,  
Corriendo, porque hace falta  
Que vaya, y...

TIA MÓNICA.

Bien: ¿y qué dijo?

PASCUAL.

¿Quién, él? El no ha dicho nada.

TIA MÓNICA.

Pues qué, ¿no le has visto?

PASCUAL.

Yo,

No por cierto.

TIA MÓNICA.

Qué, ¿no estaba?

PASCUAL.

Sí, señora.

TIA MÓNICA.

Y no le dieron

El recado?

PASCUAL.

La Colasa

Se le dió.

TIA MÓNICA.

¿Con que vendrá?

PASCUAL.

¡Qué ha de venir!

TIA MÓNICA.

Pues acaba,

¿Por qué no viene?

PASCUAL.

Porque  
Parece que esta mañana...  
Pues, señor, el pobre sastre  
Subió á poner unas tablas  
Al palomar, y una red  
Para tapar la ventana,  
Y estando allí se le fué  
La cabeza, como andaba  
Clavando clavos, y el pelo  
Se le enredó en una escarpia...  
Y desde allí se cayó  
Sobre el palo donde enganchan  
La garrucha, cuando tienen  
Que subir sacos de paja;  
Y desde allí se cayó  
Al tejado de la Marta;  
Y desde allí cayó al suelo,  
Y desde allí por la trampa  
De la cueva, zas, cayó  
A la cueva, porque estaba  
Sin cerrar, y desde allí  
Se cayó en una tinaja  
De aguardiente... Y desde allí  
Le llevaron á la cama,  
Y mientras esté acostado  
No quiere salir de casa...  
Con que no puede venir.

TIA MÓNICA.

Soy en todo afortunada;  
Por qué tanto, cuando yo  
Le llamo, se descalabrá.  
Toma esa ropa... Cuidado,  
(*Harán lo que denotan los versos.*)  
Y llévala adentro... Aguarda,  
¿No ves que lo arrugas todo?

PASCUAL.

Es porque no se me caiga.

TIA MÓNICA.

¡Mira qué aliño!

PASCUAL.

Si...

TIA MÓNICA.

Suelta;  
Fernina vendrá á doblarla;  
Déjalo.

PASCUAL.

Bien.

TIA MÓNICA.

Oyes, di,  
¿Por qué dejaste que entrara  
Leonardo esta tarde?

PASCUAL.

¿Yo?

Porque... Luego se me pasa  
Todo... Ya no sé por qué.

TIA MÓNICA.

Cuidado con que le abras  
La puerta otra vez... ¿Estás?

PASCUAL.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Mientras no le llaman,  
No hay para qué venga. Dile,  
Si vuelve otra vez, que el ama  
Te ha dicho que no le dejes  
Subir, que está fastidiada  
Déjle que no quiere ni oírle  
Ni verle mas, que se vaya.  
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Pues ya se ve  
Que lo entiendo. Si yo estaba  
En lo propio, y cuando vino  
Dijo, digo, no esta en casa  
El ama, y él dice: tonto,

Si la he visto á la ventana...  
Con que entró, y aquí se estuvo.  
Salió después... Yo pensaba  
Que no volviera, y á poco  
Catale otra vez. Se para  
A la puerta, y dice... No:  
Entonces no dijo nada;  
Cogió y se entró derechito  
Sin hablar una palabra.  
Con que yo, como le vi  
Así, que no preguntaba  
Cosa ninguna...

TIA MÓNICA.

¿Dos veces

Estuvo?

PASCUAL.

Dos... Pues si anda  
Siempre... ¡Toma!... y hace señas...  
Y anoche á las once dadas  
Estuvo cantando, y...

TIA MÓNICA.

Bien,

Ya lo sé.

PASCUAL.

No era guitarra,  
Era otra especie de...

TIA MÓNICA.

Si,

Ya estoy.

PASCUAL.

De instrumento.

TIA MÓNICA.

Calla.

¡Picarones!... todos, todos  
Son contra mí, todos tratan  
De burlarme; pero yo  
Les prometo...  
(*Se va con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.*)

## ESCENA XI.

PASCUAL.

Pues cantaba

Unas coplas... Eso sí,  
Las coplas eran muy guapas,  
Y... ¡Calle! ya se marchó.  
Si esta medio espiritada  
Esta mujer... ¡Ay, qué rico  
(*Se acerca adonde está la ropa, desdobra una bata, y la examina por todas partes con admiración.*)  
Zagal!... No, señor, que es bata,  
Y con su cola y sus vuelos  
Largos, y sus cintas... ¡Anda,  
Majo!... ¡Y cómo cruje!... Apuesto  
Que á mí me viene pintada.  
¡Vaya, vaya, estas mujeres  
Qué cosas tan buenas gastan!  
Y es bien anchota... Probemos  
(*Se pone la bata, mirase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes femeniles.*)  
A ver... ¡Qué! si está cortada  
Para mí... ¡Pobre Pascual,  
Siempre vestido de lana  
Churra!... ¡Ay, qué guapo! Así va  
La médica por la plaza;  
Lo mismo, lo mismo, así.

## ESCENA XII.

PASCUAL, FERMINA, LA TIA MÓNICA.

FERMINA.

¿Qué estás haciendo? ¡No es mala  
La diversion!

PASCUAL.

¡Ay! ¡Qué susto

Me has dado!

FERMINA.

Vamos, despacha.

(*Harán lo que indica el diálogo.*)  
Ropa fuera... ¡Se habrá visto  
Mayor zangandungo!

PASCUAL.

Vaya,

No te enfades... tira...

FERMINA.

Poco

A poco, que me lo rasgas.  
¡Por vida de!...

PASCUAL.

No te enfades,

Mujer.

TIA MÓNICA, llamando desde adentro.

¡Fermina!

FERMINA.

¡Ay! que llama.

PASCUAL.

¿Qué te parece, si viene  
Y nos pilla?

FERMINA.

Me alegrara.

PASCUAL.

Como está sobre la chupa,  
Se arruga todo y se atasca.

TIA MÓNICA, vuelve á llamar desde adentro.

¡Fermina!

PASCUAL.

¡Válgate Dios!

Tira, mujer.

FERMINA.

Si no alargas

Un poco el brazo... ¡Ay! que viene.

PASCUAL.

Ya se ve que viene.

FERMINA.

Marcha,

Corre.

PASCUAL.

¿Adónde?

FERMINA.

¿Qué sé yo?

Al desván.

PASCUAL.

Arriba patas,

Al desván... Oyes, por Dios,  
Que no digas...

(Hace que se va, y vuelve.)

FERMINA.

Corre y calla.

(*Vase Pascual por la puerta del foro, con la bata á medio quitar y arras-trando.*)

## ESCENA XIII.

FERMINA, LA TIA MÓNICA.

TIA MÓNICA.

¿Dónde estás, sorda, que grito (*Sale.*)  
Como una desesperada,  
Y no respondes?

FERMINA.

Aquí,

Doblando esta ropa.



TIA MÓNICA.  
Acaba  
Presto, y danos de cenar.  
FERMINA.  
¿Son las nueve?

TIA MÓNICA.  
Poco falta.  
FERMINA.  
¿Pero no he de hacer la sopa  
De almuendra?

TIA MÓNICA.  
No, que no haja  
El señor Baron. Está  
Escribiendo, y cuando haya  
Cerrado sus pliegos, quiere  
Recogerse:

FERMINA.  
¿Cosa estraña!  
Sin cenar... no lo acostumbra.

TIA MÓNICA.  
Oyes, mira que mañana  
A eso de las cinco debe  
Salir. Tenle preparada  
La manteca, el chocolate,  
Bollos, agua de naranja,  
En fin, lo que toma siempre:  
¿Estas?

FERMINA.  
Bien.

TIA MÓNICA.  
Deja entornada  
La ventana, que si no  
Cuando estás entre las mantas  
Y á oscuras, eres un tronco.

FERMINA.  
¿Con que en efecto se marcha  
El Baron? ¿Y qué, no lleva  
Una tortilla con magras  
O un poco de...?

TIA MÓNICA.  
Si no sale  
Del lugar.

FERMINA.  
¿Ay desdichada!  
¿Con que vuelve?

TIA MÓNICA.  
No por cierto;  
Nos deja, se va de casa,  
Y no vuelve mas.

FERMINA.  
Agur.  
¿Pero cómo?...?

TIA MÓNICA.  
Ya me enfada  
Tanto preguntar. Recoge  
(*Ladra un perro á lo lejos.*)  
Esos vestidos, y saca  
La cena, y déjame en paz.  
Pero... ¿qué es eso?

FERMINA.  
Que ladra  
El Turco.

TIA MÓNICA.  
Si aquel zopenco  
De Pascual... No hay quien les haga  
Entender... Le tengo dicho  
Que me le deje en la cuadra  
Encerrado... El se alborota  
Con un mosquito que pasa.  
(*Vuelve á ladrar.*)

FERMINA.  
Ladra mucho... No haya gente  
En el corral.

TIA MÓNICA.  
Pues si estaba  
Durmiendo el señor Baron,  
Cierto que... Mira quién anda  
En la escalera.

FERMINA.  
¿Quién es?

#### ESCENA XIV.

PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

PASCUAL.  
¿Quién ha de ser? La fantasma.

TIA MÓNICA.  
¿Pues de dónde vienes?

PASCUAL.  
Yo  
Lo diré... Porque la gata,  
Como maya tanto... digo:  
Si se queda allí encerrada  
Y empieza á rabiarse... Con que  
Fui...; pero qué, si se escapa  
Y... vete á cogerla... ya!  
Michita, michita, nada;  
Miz, miz, miz... un arañazo  
Me tiró que... (*Ladra el perro.*)

TIA MÓNICA.  
¿Cómo ladra  
Tanto ese perro?

PASCUAL.  
Si... ¡Calle!  
Lo mejor se me olvidaba:  
¿Pues no ha de ladrar el pobre  
Chucho? Yo también ladrara;  
¿Toma!... Y cuenta que es verdad  
Que desde aquella ventana  
De arriba... no la grandota  
Donde están las alcarrazas,  
Sino la de mas allá...

TIA MÓNICA.  
Y bien, ¿qué?

PASCUAL.  
Se descolgaba  
El Baron, poquito a poco.

TIA MÓNICA.  
Calla, bruto.

PASCUAL.  
¿No, que es chanza!

Si le he visto yo.  
FERMINA.  
¿De veras?  
TIA MÓNICA.  
Anda, ve, mete en la cuadra  
El perro, y duerme, que estás  
Perdido de vino.

PASCUAL.  
Vaya  
Con Dios... pero yo le vi.

TIA MÓNICA.  
¿Qué has de ver, tonto?

PASCUAL.  
Si estaba  
Yo en el destrán y le vi.  
Dale!... Y con la sogá larga  
Del tendadero, á la cuenta,  
¿Qué sé yo?... debió de atarla...  
Elo yo le vi, y el pobre  
Turco se desgajaba:  
Huauh, huauh, huauh...

#### ESCENA XV.

ISABEL, LA TIA MONICA, FERMINA,  
PASCUAL.

ISABEL.  
Madre, ¿no habeis  
Sentido el rumor que anda  
En la calle? Gritos, golpes...  
Yo estoy atemorizada.  
Parece que alguno de ellos  
Iba huyendo, y le acosaban  
Otros...

TIA MÓNICA.  
Y bien, ¿qué tenemos?  
Serán los mozos, que pasan  
De ronda.

FERMINA.  
¿Válgame Dios!  
(*Suena á lo lejos un pistoletazo.*)  
¿No ha sonado un tiro?

ISABEL.  
Calla.

FERMINA.  
¿Qué será?  
PASCUAL.  
¿Qué miedo!

ISABEL.  
Vamos  
A la reja de la sala.

TIA MÓNICA.  
Alguna quimera, que  
Al cabo no será nada...  
Vamos.  
(*Suenan golpes á la puerta.*)

PASCUAL.  
¡Ay!

ISABEL.  
¿Qué golpes!  
TIA MÓNICA.

Lleva  
Esa luz, mira quién llama.

PASCUAL.  
¿Y he de abrir?

TIA MÓNICA.  
Si no conoces  
Quién es, no... Fermina, baja  
Con él.

PASCUAL.  
Mucho miedo llevo.  
Fermina, no te me vayas,  
(*Fermina tomando una de las luces se va con Pascual, y continúan los golpes á la puerta.*)  
Los dos juntitos.

FERMINA.  
¿Qué prisa  
Tienen! Ya van.

TIA MÓNICA.  
¿Es desgracia  
Por cierto! Precisamente  
Esta noche, que me encarga  
Que nadie suba, que nadie  
Le incomode ni distraiga,  
Porque tiene que escribir,  
Y ha de recogerse para  
Madrugar... Ladrados, voces,  
Carreras, tiros, patadas,  
Alboroto... Si anduviese  
Por el lugar una sarta  
De diablitos, no hubieran hecho  
Mayor estrepito.

## EL BARON.

## ESCENA XVI.

LA TIA MONICA, ISABEL, DON PEDRO, FERMINA, PASCUAL.

*(Don Pedro saldrá muy alborozado. Pascual trae debajo del brazo un envoltorio, y le pondrá sobre la mesa. Fermina delante de ellos con la luz.)*

DON PEDRO.

Hermana,  
Isabel, albricias: nuestro  
Huésped cumplió su palabra.

TIA MÓNICA.

¿Cómo?

ISABEL.

¿Qué decís?

DON PEDRO.

Que ya

No teneis Baron en casa.  
Tal prisa lleva, que habiendo  
Puerta, eligió la ventana  
Para salir; y pudiendo  
Irse en carrozas doradas,  
Con tiros napolitanos,  
Lacayos, pajes y guardias,  
Por el camino de Esquivias  
Va, que el diablo no le alcanza.  
Pacorrillo el sacristán,  
Y el chico de la Tomasa  
Nuestra vecina, que son  
Dos galgos si se desatan,  
Le siguen; pero yo temo  
Que su diligencia es vana.  
El al principio se quiso  
Hacer el guapo; dispara  
Una pistola; erró el tiro;  
Y á consecuencia descargan  
Dos ó tres palos en él,  
Tan fuertes, que si le plantan  
Otro igual... Bien que no quiso  
Su fortuna que acertaran.  
Entonces, tirando al suelo  
Ese hatillo que llevaba,  
Dió á correr; y segun va,  
Sus piés no son piés, son alas.

TIA MÓNICA.

Fermina, ven que me quieren  
Ver loca, ven.

*(Coge una de las luces, se va apresuradamente por la puerta del foro, y Fermina detrás.)*

## ESCENA XVII.

DON PEDRO, ISABEL, PASCUAL, LEONARDO.

DON PEDRO.

Desata

Ese rebujo, y veamos  
El equipaje y las galas  
*(Pascual desata el envoltorio, poniendo en la mesa lo que saca de él.)*

De aquel caballero... ¿Y tú,  
Niña, no me dices nada?

ISABEL.

Confusa estoy... de alegría  
No acierto á decir palabra.  
Pero... ¿y Leonardo?

DON PEDRO.

Leonardo

No se ha muerto, ni le matan,  
Ni corre peligro... Mira,  
*(Saldrá Leonardo fatigado y lleno de polvo, y se sienta.)*

Ya está aquí, ¿le ves? Ensancha  
Ese corazon... ¿Qué nuevas  
Nos das?

LEONARDO.

Que el Baron se escape;  
Tal lijereza de piernas  
Jamás la vi.

DON PEDRO.

Que se vaya

Enhorabuena... ¡Quién sabe!

Tal vez el susto que acaba  
De llevar será su enmienda.

Así el infeliz se salva  
De un presidio, en donde lejos  
De reprimirse las malas  
Inclinaciones, se aumentan;  
Donde los delitos hallan  
Castigo, no correccion.

## ESCENA XVIII.

LA TIA MONICA, FERMINA, DON PEDRO, ISABEL, LEONARDO.

FERMINA.

*(La tia Mónica, confusa y llena de abatimiento, se sienta.)*

¡Marchóse por la ventana  
El pícaro! Allí no hay mas  
Que una chupa desgarrada,  
Un sombrero viejo, un par  
De calcetas... nuestra bata  
De boda en una gatera,  
Cubierta de telarañas,  
La cuerda que le ha servido  
De escalera, y unas chancas.

DON PEDRO.

Aquí debe parecer  
Lo demás. Mira, una caja;  
*(Irá mostrando lo que dicen los versos.)*  
Y esta es la tuya: un pedazo  
De galon; una cuchara  
De plata...

FERMINA.

¡Qué pícaro! ¡fía!

La que le di esta mañana  
Con el vaso de conserva.

DON PEDRO.

Un estuche, dos barajas,  
Un anillo... tambien tuyo...  
Y aquí hay dinero... El estufa,  
Pero restituye.

FERMINA.

Es hombre  
De conciencia delicada.

TIA MÓNICA.

Bien está; dejadme sola,  
Idos, que ya es tarde... Baja,  
Pascual, y cierra las puertas.  
Idos.

DON PEDRO.

¿Qué paston te afana?

TIA MÓNICA.

¡Picaron!... ¡maldito!... ¡Y yo  
Tan sencilla, tan bonaza!...  
¡Y burlarme así!

ISABEL.

¡Querida

Madre!

LEONARDO.

No es tiempo de tanta  
Afliccion.

DON PEDRO.

Un error breve,

Que no ha producido infaustas  
Resultas, puede ser útil,  
Porque instruye y desengaña.  
Quisiste salir de aquella  
Humilde esfera en que estabas,  
Y te espuso esta ilusion  
A un abismo de desgracias.  
Horror me da contemplar  
Cuántos males preparaba  
Tu ceguedad.

TIA MÓNICA.

Ya lo veo,

Y eso me angustia y me mata.

DON PEDRO.

Mira tu consuelo aquí.  
Sobrina, llega y abraza  
A tu madre.

TIA MÓNICA.

¡Ay Dios!

*(Isabel abraza con ternura á su madre. Don Pedro, asiendo de la mano á Leonardo, le obliga á que se acerque. Isabel y Leonardo se arrojan á los piés de la tia Mónica.)*

DON PEDRO.

Tus hijos

Son estos, y solo aguardan  
Tu bendicion para ser  
Felices... No temas nada,  
Leonardo; llega, que ya  
Mudaron las circunstancias.

TIA MÓNICA.

Es verdad... ¡Ay, hija mía!...

*(Abrazando con ternura á Isabel y Leonardo.)*

Y tú... perdóname tantas  
Locuras, Leonardo... tuya  
Es Isabel.

LEONARDO.

¡Madre!

*(Los dos besan las manos á la tia Mónica, se levantan y abrazan á don Pedro.)*

ISABEL.

¡Amada

Madre!

TIA MÓNICA.

Perdonadme.

*(Se levanta y se acerca á don Pedro, que asiéndola de ambas manos la recibe y habla carinosamente.)*

DON PEDRO.

¿Ves

Como á este placer no iguala  
Otro ninguno? Esta es  
La felicidad mas alta;  
Esta... y los sueños que escita  
La ambicion, promesas falsas.  
Vive contenta en el seno  
De tu familia, estimada,  
Querida y en dulce paz;  
Que el fausto, la pompa vana  
De las riquezas no pueden  
Hacer que disfrute el alma  
Estas dichas... ¡Infeliz  
El que no sabe apreciarlas!



# LA MOJIGATA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1804.

---

Malus, bonum ubi se simulat tunc est pessimus.

Publio Syro.

---

## ADVERTENCIA.

ESCRITA y no corregida todavía á satisfaccion del autor la comedia de *la Mojigata*, empezaron á verse copias de ella desde el año de 1791. Durante los viajes de Moratin fuera de España, corrió esta pieza igual fortuna que la de *el Baron*, con poca diferencia. La representaron en muchas casas particulares de la capital, y se celebró el acierto con que la desempeñaron varios aficionados en casa del abogado Perez de Castro, y en la de la marquesa de Santiago. Los cómicos de las provincias la incluyeron en su caudal, y la representaban frecuentemente; solo mereció el autor a la estimacion que le profesaban los actores de Madrid, que se abstuviesen de darla al público, sabiendo que se proponia hacer en ella alteraciones muy esenciales, y que no podia serle agradable saber que la representaban sin su aprobacion por manuscritos tan viciados y tan llenos de errores suyos y ajenos.

A su vuelta hizo en ella las correcciones que le parecieron convenientes; y estudiada y ensayada por los cómicos de la compañía de la Cruz, se representó en aquel teatro el dia 19 de mayo de 1804. No hubo parcialidades, ni venganzas, ni conspiracion, ni alboroto: la experiencia habia dado a conocer la inutilidad de estos medios, y el nombre del autor aseguraba ya los aplausos. El público la recibió con aprecio particular; no así los falsos devotos ni los criticos. Los primeros abominaron de ella, y no les faltaba razon; los segundos publicaron delicadas observaciones, en que manifestaron por una parte su laudable anhelo de ver el arte en toda su perfeccion, y por otra su corta inteligencia para indicar á los que le practican los medios de lograrlo. Las censuras produjeron elogios y defensas; y es de notar que unos y otras se escribieron con urbanidad y moderacion: prendas no muy comunes en este género de eseritos, y que hoy dia totalmente se desconocen.

El autor, impasible en medio de estas disputas, y únicamente deseoso de que nadie le defendiese aunque muchos le criticasen, si algo encontró en aquellos opúsculos digno de atencion, supo aprovecharlo; y prescindiendo de todo lo que no le pudo convencer, remitió á sus propias observaciones en los efectos del teatro las enmiendas que hizo sucesivamente en esta y en las demás composiciones suyas.

Ponce desempeñó con perfeccion el papel de don Claudio. Pinto manifestó su acreditada inteligencia en el de don Luis, como Francisco Vaca en el de don Martin. Josefa Virg, estimable actriz, cuya flexibilidad se ha prestado siempre á los caracteres mas dificiles y mas opuestos entre si, representó con acierto el descaro, el impaciente deseo de libertad, la astucia, la falsa devocion de doña Clara. Maria García sobresalió en el personaje de doña Inés. Para inferir que el de Perico mereció la aceptacion pública, baste decir que le hizo Querol. Francisco Lopez causó el sentimiento de que su papel del demandadero no fuese mas largo; porque en el pintó con escelencia un viejecillo tan pusilanime, inepto, encogido, frio, memo y ñoño como el autor le imaginó (\*).

(\*) Esta comedia salió impresa el año de 1804 con una dedicatoria en verso al principe de la Paz, cuya proteccion no seria inútil para vencer las dificultades que debieron ofrecerse á su representacion, de parte de aquellos que consideran peligroso presentar en el teatro las mañas de la hipocresia. Este es cabalmente el vicio que en nuestra opinion mas merece salir á la vergüenza; pues los de mas se descubren por si mismos con toda su fealdad y repugnancia; y este se oculta bajo una máscara seductora que conviene arrancar. Segun se dice en la advertencia, *la Mojigata* antes de salir al público se representó en casas particulares con arreglo á copias viciadas, que luego

enmendó el autor. Estas copias sin embargo son todavía buscadas por los curiosos; pues no todas las correcciones fueron hechas con el objeto de mejorar el lenguaje, sino con el de evitar en lo posible escrúpulos y susceptibilidades, que ya no deben existir. La academia de la historia en su edicion modificó algun pasaje. Nosotros, siguiendo diferente camino, damos fielmente el testo de Moratin á tenor de la edicion de París; pero donde juzgamos que el autor hizo alteraciones por motivos ajenos á la literatura, ponemos por nota las variantes sacadas de las mas legitimas copias manuscritas.

# LA MOJIGATA.

## PERSONAS.

DON LUIS.  
DON MARTIN.

DOÑA CLARA.  
DOÑA INÉS.

DON CLAUDIO.  
LUCÍA.

PERICO.  
EL TIO JUAN.

*La escena es en Toledo, en una sala de casa de don Luis.*

El teatro representa una sala de paso con algunos adornos, mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se va á la calle; otra á la izquierda para las habitaciones interiores; otra en el foro, que es la del cuarto de don Claudio, y á un lado y otro de ella dos ventanas usuales.

*La accion empieza á las diez de la mañana, y se acaba á las cinco de la tarde.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DON MARTIN.

DON MARTIN.

Mira, hermano, si no quieres  
Que riñamos muy de veras,  
No hablemos mas del asunto;  
Dejémoslo.

DON LUIS.

Tú te inquietas  
Por nada. Cuando las cosas  
No van segun tus ideas,  
Regañas, gritas....

DON MARTIN.

¿Y cómo  
He de llevar en paciencia  
Lo que esta pasando? ¿Y cómo  
He de aprobarlo? ¿No es ella  
Mi sobrina? ¿No eres tú  
Mi hermano?

DON LUIS.

Nadie lo niega;  
Pero, pues yo soy su padre,  
Y esta á mi cargo y tutela, —  
Déjame la gobernar.

DON MARTIN.

Es verdad....; Y la gobiernas  
Perfectamente!.... ¿A qué vienen  
Dilaciones y reservas?  
Llegó don Claudio á Toledo;  
Se han visto ya; pues ¿qué esperas?  
Cásalos.

DON LUIS.

Yo te diré.  
Me escribió yeces diversas  
Don Pedro sobre el asunto;  
Me levantó á las estrellas  
Los méritos de su hijo;  
Yo, que me acordaba apenas  
De haberle visto pequeño,  
Esperaba á que vinieran  
Ciertos informes de Ocaña  
Para darle una respuesta  
Decisiva; pero el padre,  
Que gasta poca paciencia,  
Sin avisarme le hizo  
Venir aquí. Siendo fuerza  
Admitirle, no juzgué  
Conveniente que supiera  
Inés nuestras intenciones.

Al principio observé en ella  
Un agrado indiferente,  
Que presumí que pudiera  
Con el trato ser amor;  
Pero después, tan diversa  
Se le ha mostrado, que siempre  
Le recibe con tibieza  
O seriedad. Yo, entre tanto,  
Me confirmo en la sospecha  
De que don Claudio es un poco  
Simple, de mala cabeza....  
Esta noche no ha dormido  
En casa.... Yo sé que juega....  
En fin, ello es necesario  
Indagar qué vida lleva,  
Y sobre todo saber  
Si Inés admite contenta  
Esta boda, ó la repugna.

DON MARTIN.

Es una cosa muy puesta  
En razon.... Segun la niña  
Lo determine y resuelva;  
Y la autoridad del padre....

DON LUIS.

Esa autoridad se templará  
En estos casos; pues todo  
Lo demás fuera violencia  
E injusticia.

DON MARTIN.

Sí, blandura,  
Mimo, cariñitos.... Deja,  
Deja, que ya verás pronto  
Los efectos.

DON LUIS.

Quien te oyera  
Hablar así, pensaría,  
Segun lo que tú lo esfuerzas,  
Que la muchacha camina  
Á su perdición derecha,  
Y que su padre la ofrece  
Medios para que se pierda.

DON MARTIN.

Si observase la conducta  
De su prima, allí aprendiera  
A servir á Dios, á ser  
Humilde, juiciosa y quieta.

DON LUIS.

Eso sí.

DON MARTIN.

Pues ya se ve  
Que sí.

DON LUIS.

¿Pues quién te lo niega?

DON MARTIN.

Es que yo sé bien por qué  
Lo digo.... Hay gran diferencia  
De prima á prima.

DON LUIS.

¿Y quién dice

Que no?

DON MARTIN.

Por mas que lo quieras  
Negar.

DON LUIS.

¡Cierto que la tuya  
Es una niña muy bella!  
Siempre está metida en casa;  
Ayuna cuando la observa  
Su padre; cuando se va,  
Se abalanza á la despensa  
Y se desquita....

DON MARTIN.

No hay tal.

DON LUIS.

Si hay tal. Hace sus novenas,  
Reza la corona, tiene  
Oracion mental, se encierra  
En su cuarto, abre el balcón,  
Y á oscuras, porque no pueda  
Verla su padre, se pasa  
La niña las noches frescas  
De verano patullando  
Con el cabo de bandera  
De ahí al lado.

DON MARTIN.

No hay tal cosa.

DON LUIS.

Si hay tal cosa. Como emplea  
En el servicio de Dios  
Las horas de esta manera,  
No cose jamás, no aplancha,  
No hace un punto de calceta,  
No mueve un trasto, ni quiere  
Ocuparse en las faenas  
Propias de toda mujer,  
Y deja el encargo de ellas  
Á su prima; pues la vida  
Contemplativa y austera  
No la permite atender  
A las cosas de la tierra.  
Cuando su padre la ve,  
Libros devotos hojea;  
Cuando queda sola, entonces  
Es la lectura diversa:  
Coplas alegres, historias  
De amor, obrillas lijeras,



Novelas entretenidas,  
Filosóficas, amenas,  
Donde, predicando siempre  
Virtud, corrupcion se enseña.  
Estas obras de moral  
Don Benito se las presta;  
Ese estudiante andaluz,  
Opositor a prebendas,  
Que vive en el guardillon.

DON MARTIN.

Pues yo te doy por respuesta,  
Que no he visto tales libros,  
Ni pienso que ella los lea,  
Ni sé de tal don Benito,  
Ni he sospechado que tenga  
Con nadie conversacion.

DON LUIS.

Pues todo es verdad.

DON MARTIN.

;Perversa

Envidia!

DON LUIS.

No hay tal envidia.

DON MARTIN.

Bien está; dí lo que quieras;  
No me podrás persuadir  
Que la muchacha no es buena.  
Y sobre todo, pensar  
Que su disimulo llega  
A tanto, que siendo alegre  
Y revoltosa y traviesa,  
Solo por disimular  
En un convento se encierra  
Para siempre, es un delirio  
Que solo tú le dijeras.

DON LUIS.

No la he visto profesar.

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

Bien pudiera

Ser, pero.....

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

No seré yo quien lo crea.

DON MARTIN.

Profesará, sí, señor,  
Profesará.

DON LUIS.

Si te empeñas

En que ha de ser.....

DON MARTIN.

Y será;

Porque yo quiero que sea,  
Y será.

DON LUIS.

Bien, no te enfades.

Pero si la trama hiciera  
Que renunciase las tocas,  
¿Qué chasco para quien piensa  
Heredarla en vida!

DON MARTIN.

No;

Por ese lado no temas.  
No es niña de las de ahora,  
No es cabeçilla, ni anhela  
A mas que á dejar el mundo  
Por la estrechez de una celda.

DON LUIS.

Ello así parece; pero  
Haces muy mal en creerla.

DON MARTIN.

¿Por qué?

DON LUIS.

Porque apenas dice  
Palabra que verdad sea.  
Si yo la conozco, si  
La observo, si sé sus tretas  
Mejor que tú, si no puede  
Engañarme con aquella  
Fingida virtud que a ti  
Te enamora y embelesa.

DON MARTIN.

¿Fingida virtud?

DON LUIS.

Fingida,  
Y la causa es manifiesta.  
Cuando era niña mostraba  
Candor, escelentes prendas;  
Pero tú, queriendo ver  
Mayor perfeccion en ella,  
Duro, inflexible, emprendiste  
Corregir las mas ligeras  
Faltas; gritabas; no hacia  
Cosa en tu opinion bien hecha....  
Tu rigor produjo solo  
Disimulacion, cautelas;  
La opresion, mayor deseo  
De libertad; la frecuencia  
Del castigo, vil temor;  
Y careciendo de aquellas  
Virtudes que no supiste  
Darla, aparentó tenerlas.  
La hiciste hipócrita y falsa;  
Y así que adquirió destreza  
Para engañar a su padre,  
Le engañó de tal manera,  
Que solo cuando mas vicios  
Tuvo, la creyó perfecta.

DON MARTIN.

¡Bien! muy bien!... Voy admirado  
De razones tan discretas.

DON LUIS.

¿Te vas?

DON MARTIN.

Se acabó el sermon,  
Y van á cerrar la iglesia.  
Mira, tu don Claudio sube  
Cantando por la escalera.  
¿Si habra dormido esta noche  
Al fresco?... ¿Qué tres cabezas,  
El padre, la señorita  
Y el yerno!... ¿Qué tres!  
(Se va don Martin por la puerta del  
lado derecho, y por la misma sale  
don Claudio.)

## ESCENA II.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

DON LUIS.

Ya era  
Tiempo de volver á casa.  
Te aguardamos con la cena  
Hasta las once, y al cabo  
No te vimos..... Nunca vuelvas  
A trasnochar de ese modo.

DON CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,  
En casa de un conocido,  
Que tiene una tos muy recia,  
Y calentura, y....

DON LUIS.

Pues mira  
Que cuando otra vez suceda  
No te causes tu venir,  
Porque haré cerrar las puertas,  
Y que te lleven los trastos  
Al meson..... Pero ¿que tengas  
Tan poco juicio, que ayer  
(Y eso que fué la primera

Vez) en casa de don Juan  
Tales locuras hicieras!  
Fumar donde nadie fuma,  
Silbar, rascarse las piernas,  
Y rebañar con el dedo  
Las jicaras y lamerlas;  
Interrumpir cuando hablaban  
Los demás, no dar respuesta  
Con tino ni reflexion...  
¿Qué gracias eran aquellas  
Tan pesadas que dijiste?  
¿Quién te pudo dar licencia  
Para correr por la casa,  
Y derretir la manteca  
En la cocina, escaldar  
Al gato, y....

DON CLAUDIO.

De esa manera.

Quando vaya á alguna parte  
Me habré de estar hecho un bestia  
Si no permiten un poco  
De libertad...

DON LUIS.

Pero es fuerza  
Que esa libertad moderen  
El respeto y la prudencia.

DON CLAUDIO.

Yo no sé cómo entenderlo.  
Si uno calla, luego empiezan  
A decir que es un huron;  
Si no calla...

DON LUIS.

Si no encuentras  
Medio, no es mucho que enambos  
Estremos necio parezcas.  
Si ves que al ir á decir  
Una gracia se te suelta  
Un disparate, y el ceño  
De los demás te demuestra  
Que fuiste poco gracioso,  
¿Por qué repites la escena?  
¿Por qué quieres que á ti solo  
Te escuchan? ¿Por qué no piensas  
Antes lo que has de decir?  
¿Que haya catechismos y escuelas  
De saber hablar, y el arte  
De callar nadie le enseña!

(Hace que se va, y vuelve.)

DON CLAUDIO, aparte.

Si me apura mas, tan fijo  
Que le digo cuatro frescos.

DON LUIS.

Mira que voy á escribir  
A mi cuarto. Si te quedas  
En casa, por Dios te pido  
Que no vayas á esa pieza  
Jalbegada del rincón  
A repetir la tarea  
De tu canticio infernal;  
Que después de ser tan bella  
La voz que tienes, no sabes  
Bejarlo, á todos molestas,  
Y das tales alaridos  
Que en la vecindad se quejan.  
(Vase por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA III.

DON CLAUDIO, PERICO.

(Saldrá Perico por la puerta del lado  
derecho.)

PERICO.

¿Señor!

DON CLAUDIO.

¿Periquillo! ¿Cómo?...  
PERICO.

Como que estoy ya de vuelta.

Un abrazo y otro, y mil.  
Vine anoche, estabais fuera...

DON CLAUDIO.

Si, tuve que hacer.

PERICO.

Al fin

No es la prision muy estrecha,  
Cuando hay asuetos nocturnos.

DON CLAUDIO.

Ya llevé mi reprimenda.  
¿Y qué dices? ¿Qué hay de bueno  
Por Osaña? ¿Cómo dejas  
A mi padre?

PERICO.

Tan contento

De la dicha que os espera.  
Me dió una carta... Y por cierto  
Que al mudarme la chaqueta  
Me la dejé en el meson.

DON CLAUDIO.

¿Y no te ha dado siquiera  
Algunos cuartos?

PERICO.

¿A mí?

Ni el valor de una peseta.  
Dice que yo no le sirvo,  
Que os presente á vos la cuenta,  
Y que me pagueis sin falta,  
Pronto, y en buena moneda.

DON CLAUDIO.

Bien dicho; pero no tengo  
Un maravedí.

PERICO.

¡Pues fuera

Cosa de ver!... ¿Por ventura,  
En tres semanas y media  
Que falto de aquí...

DON CLAUDIO.

Si, amigo.

¿Qué quieres? ¿a uno le tienta  
El diablo, y...

PERICO.

¿Qué mayor diablo

Qué tener mala cabeza?

DON CLAUDIO.

Es verdad que yo he gastado  
En comprar mil frioleras  
Tambien; pero lo de anoche...

PERICO.

¿Y qué ha sido?

DON CLAUDIO.

Una merienda

Ahí en casa del Zurdillo.

PERICO.

¡Bueno!

DON CLAUDIO.

¿Qué quieres que hiciera?

Estuvo la Catujilla,  
Y aquella moza trigueña...

PERICO.

¿La Virtudes?

DON CLAUDIO.

Esa misma;

Yo, y el hijo de la Crespa.

PERICO.

Adelante.

DON CLAUDIO.

¡La Catuja,

Hombre, qué chica tan bella!

PERICO.

Al caso.

DON CLAUDIO.

Pues merendamos;

Y para alegrar la fiesta,  
Un sarjento de milicias  
Que le falta media oreja.  
Viene, y... ¿Sabes de quién es  
Primo? De la Molinera.

PERICO.

Ya.

DON CLAUDIO.

Pues, amigo; sacó  
La barajilla; se empena  
El juego, y... ¡vaya!... Diez duros  
Que importó la francachela,  
Por una parte, y por otra  
El... ¡Maldito de Dios sea!  
Si en el sacanete siempre  
Tengo una suerte perversa...  
Eso si, yo le gané  
Las cuatro manos primeras;  
Pero después se volvió  
El naipe, y en hora y media  
Que duró aquello, perdí  
Cuanto puse y mas que hubiera.  
El echó cuatro por vidas,  
Se levantó de la mesa  
Diciendo que era ya tarde,  
Fuése, y á todos nos deja  
Sin blanca.

PERICO.

¿Y á las muchachas

Tambien?

DON CLAUDIO.

Puse yo por ellas,  
Porque no era regular...

PERICO.

¿Con que, en fin, de la remesa  
Que vino ya no hay un cuarto?

DON CLAUDIO.

Nada, y... Yo no sé qué hiciera.  
Y ese prendero maldito  
Me va cogiendo las vueltas  
Por un poco que le debo.

PERICO.

¿Tambien esa?

DON CLAUDIO.

Tambien esa.

Y dice que ha de venir,  
A ver si don Luis encuentra  
Modo de que yo le pague.

PERICO.

Y bien, dejarle que venga.

DON CLAUDIO.

Toma; pues si el viejo sabe  
Eso, la hiciéramos buena.

PERICO.

¿Qué, ya empieza á regañar  
El suegro en flor?

DON CLAUDIO.

Me revienta.

PERICO.

¿Y doña Inés?

DON CLAUDIO.

Doña Inés.

Ya viste que andaba seria  
Conmigo cuando te fuiste;  
Pues de la propia manera  
Ha seguido.... De las dos  
Primas la que mas me peta  
Es la Clarilla. Esa si.  
Y no he dejado de hacerla  
Algunos cocos. A mi  
Me gusta.

PERICO.

¿Qué desvergüenza!

Si quiere cantar maitines,

¿A qué vendrá distraerla?  
Pero.....

DON CLAUDIO.

¿Qué es eso?

PERICO.

Dejadme.

DON CLAUDIO.

¿Qué te suspende?

PERICO.

*(Hace ademanes de discurrir y vacilar  
en la resolucíon.)*

Quisiera

Ver si..... No..... Bien puede ser;  
Pero..... ¡Divina ocurrencia!  
Y se ha de hacer, no hay remedio.

DON CLAUDIO.

¿Pero qué?...

PERICO.

Vereis qué idea.

Supongo que ya sabéis  
El gran fortunon que espera  
Don Martin.

DON CLAUDIO.

¿Lo de Sevilla?

Algo sé.

PERICO.

Después de cena  
Me contó ayer la criada  
El caso letra por letra.  
Ello es que los viejos tienen  
En Sevilla (ó por mas señas  
Ya no lo tienen) un primo  
Beneficiado, que deja  
Por su heredera absoluta  
A doña Clara. La herencia  
Es un horror... ¿Qué sé yo?  
Casas, molinos, haciendas,  
Jolivas.... En fin, el lance  
Es que como da en la tema  
De ser monjita, su padre  
(Sin que nadie se lo pueda  
Disputar) todo lo pillá.  
El por instantes espera  
La copia del testamento,  
Teniendo noticias ciertas  
De que ya el beneficiado  
Goza de la vida eterna.  
Pues aquí de mí invencion.  
Esta Clara, ¿se mosquea  
Cuando la dicen que es linda?  
¿Chilla, cuando la requiebran?  
Si uno se arrima, ¿le vuelve  
Un torniscon, ó se alegra?

DON CLAUDIO.

Siempre que he llegado á hablarla,  
Se ha mostrado muy risueña;  
Pero como yo no hacia  
Intencion.....

PERICO.

¿Qué, de quererla?

Pues ya es preciso. La otra  
No os gusta, ni vos á ella;  
Y al contrario, si podeis  
Alzaros con la prebenda  
De la novicia, y.....

DON CLAUDIO.

¿Qué pillo

Eres para cosas de estas!

PERICO.

Si en la gran Compluto fui  
El coco de las escuelas.

DON CLAUDIO.

Pues mira, tú la has de hablar,  
Periquillo, y cuando veas....

PERICO.

¿Yo? ¿Pues me he de casar yo?



DON CLAUDIO.

Hombre, si me da vergüenza....  
Vergüenza no, sino así  
Como.....

PERICO.

¡Pues cierto que es buena

Ocasión de timideces,  
Y melindres é indirectas!  
Vaya que no he visto tal.

DON CLAUDIO.

Pues, ¿y si luego nos echa  
Noramala?

PERICO.

Probaremos.

Háganse las diligencias,  
Y si da en que ha de ser santa,  
Por muchos años lo sea.

DON CLAUDIO.

Gente viene.

PERICO.

Y es, no menos.

El señor Juan de Corella,  
Demandadero mayor,  
Por gracia de la abadesa,  
Del consabido convento.  
Segun dijo Lucigüela  
Anoche.... Ya sé á qué viene.  
Esperad en esa pieza  
Mientras se va.

(Vase don Claudio por la puerta del foro.)

## ESCENA IV.

PERICO, EL TIO JUAN.

PERICO.

¡Señor Juan!

¡Oh, señor Juan!

TIO JUAN.

Esta esquela

Traigo para don Martin.

¿Se puede entrar?

PERICO.

Está fuera.

TIO JUAN.

¿Sois de la casa?

PERICO.

¿Pues no?

Y es mucho que no se acuerda  
El señor Juan. A recados  
Al convento me despean.

TIO JUAN.

Como yo no paro allí  
Un instante.....

PERICO.

¿Y la parienta?

Siempre tan robusta, ¡eh! vaya.

TIO JUAN.

Si se murió por cuaresma.

PERICO.

¡Hombre!

TIO JUAN.

¡Toma!... Yo no sé

Si aquí os la deje ó si vuelva.

Estoy tan harto de andar....

Es sobre aquello de Illescas.

PERICO.

Sí, de Illescas.... Por aquel  
Censillo de las bodegas.

(Quitándole al tio Juan el papel de la mano.)

Bien, pues vo se la daré

A don Martin cuando venga.

TIO JUAN.

Mejor es.

PERICO.

Sí, y él irá

Por allá con la respuesta.

TIO JUAN.

No se olvide.

PERICO.

Quedo en ello.

## ESCENA V.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

(Después de haber leído el papel hace  
estrenos de alegría.)

¡Lindo!

DON CLAUDIO.

¿Qué locura es esa?

Hombre, qué...

PERICO.

¡Santo papel,

Que así nuestro mal remedias!

(Lee el papel, y luego le dobla y se le guarda.)

«J. M. y J.—Mi señor don Martin: á consecuencia del aviso que recibimos el otro día de que usted nos habia hecho la caridad (Dios se la pague) de cobramos en Illescas, cuando volvió de Madrid, los tres mil y cuatrocientos reales de aquel censillo, habia dado orden á don Lorenzo el mayordomo para que pasase á ver á usted y se hiciera cargo de ellos; pero desde ayer está el pobrecito con un cólico terrible: el Señor quiera mejorarle, que barto se lo rogamos todas. El dador de esta es persona muy segura, y podrá entregarle dicha cantidad. Usted perdone estos enfados, dando memorias á todos los de su casa, y á nuestra Clara en particular, que deseamos verla, y pedimos á Dios la dé su gracia para que le sirva.—B. L. M. de usted su mayor servidora.—Juana María de la Resurrección del Señor, abadesa indigna.»

DON CLAUDIO.

¿Y qué sacamos con eso?

PERICO.

¡Ahí es una friolera!

¿Este don Martin me ha visto?

DON CLAUDIO.

¿Yo qué sé?

PERICO.

Vamos con flemma.

Cuando llegamos de Ocaña

Un mes ha, ¿no estaba él fuera?

DON CLAUDIO.

En Madrid, que luego vino.

PERICO.

Muy bien; y antes de su vuelta

¿No me fui yo?

DON CLAUDIO.

Sí.

PERICO.

¿Y anoche

No me estuve en esas piezas

De ahí adentro, que ninguno

Me vió sino la doncella?

DON CLAUDIO.

Tú lo sabrás.

PERICO.

Yo lo sé...

Y don Martin por mas señas  
¿No es medio cegato?

DON CLAUDIO.

Y mucho.

PERICO.

¿Sí? Pues la trampa está hecha.

Si no pagais al prendero,  
Se enfada, viene, lo cuenta,  
Y nos pierde... Sin dinero  
Ninguno paga sus deudas.  
Yo conozco al señor Juan,  
Y él no sabe quien yo sea...  
Por otra parte, las madres  
No han de ser tan avarientas,  
Que hoy mismo quieran los cuartos.  
Mañana tomo soleta,  
Y voy á Madrid.

DON CLAUDIO.

¿A qué?

PERICO.

A encargos y diligencias  
Sobre el pleito.

DON CLAUDIO.

Ya.

PERICO.

Pues bien,

Me voy; y aunque el hombre vuelva,

¿A quién dirá el desdichado

Que entregó la triste esquela?

Sospechan en nil, no importa.

Me escriben, respondo; vuelta

A escribir y á responder;

Los canso, se desesperan...

Y si el asunto va mal,

Que me escriban á Ginebra.

Además, como se logre

Que doña Clarita os quiera,

Entonces... Pero ella viene.

DON CLAUDIO.

Háblala, mira, no pierdas

Este lance.

PERICO.

¿Pero vos

Teneis trabada la lengua?

DON CLAUDIO.

Ya viene. Adios.

(Vase por la puerta de la derecha.)

PERICO.

¿No hay remedio?

Pues buen ánimo, y á ella.

(Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale dona Clara, y hablará como si creyese estar solo. Dona Clara escucha y le observa.)

## ESCENA VI.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

¡Válgate el diantre, la niña,  
Qué presto ha dado por tierra  
Con mi buen señor!

DOÑA CLARA.

¡Perico!

PERICO.

Y ahí es decir que nos queda

Esperanza... ¡pobrecito!...

De que se seque y se muera.

¿Que ha de esperar? Que la encierren,

La pelen, y no la vea

Jamás.

DOÑA CLARA.

¿Si será por mí?

PERICO.

¡Ay amor! ¿Y no valiera  
Mas decirselo? ¿Ha de ser  
Tan cruda, tan indigesta,  
Que viendo a aquel infeliz...  
No puede ser, aunque fuera  
Un serpiente.

DOÑA CLARA.

¡Periquillo!

PERICO.

¿Quién ha de haber que consienta  
Que un muchacho, tan muchacho,  
Y de casa solariega,  
Se nos muera tontamente,  
Sin motivo de mas fuerza  
Que porque la tal Clarita  
Es graciosa y pispireta,  
Y porque tiene la boca  
Coloradilla y pequeña,  
Y porque tiene los ojos  
Negritos, y... Pues por esa  
Razón, ella ha de curarle,  
Ya que el mal nos vino de ella.  
¡Señora!

*(Se levanta fingiendo sorpresa de haber visto á doña Clara.)*

DOÑA CLARA.

¿Qué, ya has venido

De Ocaña?

PERICO.

Y aun mejor fuera

No haber venido.

DOÑA CLARA.

¿Por qué?

PERICO.

Por nada... ¡Si lo supiera!...

DOÑA CLARA.

¿Estás malo?

PERICO.

No, señora.

*(Se va retirando, y finge hablar entre sí algunas espresiones, segun lo indica el diálogo.)*

Me voy...

DOÑA CLARA.

¿Adónde?

PERICO.

A la iglesia

A rezar.

DOÑA CLARA.

¿Porque yo vengo

Te vas?

PERICO.

Pero ¿qué se arriesga?

DOÑA CLARA.

¿Qué dices?

PERICO.

Si el desdichado

Pierde su salud por estas  
Timideces, para mí  
Será un cargo de conciencia.  
Señor, si me quereis  
Escuchar...

DOÑA CLARA.

Dí lo que quieras.

PERICO.

¿Estamos solos?

DOÑA CLARA.

Parece

Que sí.

PERICO.

Yo tiemblo...

DOÑA CLARA.

No temas.

PERICO.

Si me prometeis callar...

DOÑA CLARA.

Estraño que me lo adviertas.

PERICO.

Pues, señora, perdonad

Mi atrevimiento, y...

DOÑA CLARA.

¿Qué intentas?

¿A qué quieres atreverte?

PERICO.

No os altereis. Quien espera

Hallar compasion en vos

No vendrá á haceros ofensa.

DOÑA CLARA.

En fin, ¿qué quieres?

PERICO.

Contaros

Un chasco, una morisqueta

De amor. Don Claudio se quiere

Volver á Ocaña; no encuentra

Quiétude en Toledo, y juzga

Que es el remedio la ausencia.

El no quiere á doña Inés,

La aborrece.

DOÑA CLARA.

¿Qué me cuentas?

PERICO.

Y al mismo tiempo por otra

Está que se desespera.

DOÑA CLARA.

¿Qué dices? ¿Cosas del mundo!

¿Con que es de Ocaña?... Por fuerza,

De allí será.

PERICO.

No, señora,

No es de allí.

DOÑA CLARA.

¿Pues qué! ¿Pudiera

Tener ya en Toledo amores?

Dimelo todo... y no temas

Que se lo cuente á mi prima,

No.

PERICO.

¿Con que ha de ser? Pues ea.

Señora, él os quiere, y...

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

PERICO.

Y os quiere de tal manera

Que es frenesí.

DOÑA CLARA.

¿Qué osadía!

Pues... vete, vete, y no vuelvas

A verme nunca.

PERICO.

De vos

No esperaba otra respuesta.

Por falta de reprension

Y de consejos no queda,

Que bien claro se lo he dicho;

Pero la pasion le ciega...

Quedad con Dios. *(Hace que se va.)*

DOÑA CLARA.

Oyes, mira.

PERICO.

¿Qué he de ver? Harto se muestra

Que no teneis caridad.

¿Qué podeis decir que sea

Nuevo para mí? ¿Que vais

A ser monja? Enhorabuena.

¿Que es un loco? Los amores

Pierden la mejor cabeza.

*(Hace que se va.)*

DOÑA CLARA.

Mira.

PERICO.

Dejadme, por Dios.

DOÑA CLARA.

¿Con que esa pasion es cierta?

PERICO.

¡Ay, señora! ¿Lo dudais?

DOÑA CLARA.

¿Pues quién me asegura de ella?

PERICO.

Vuestros ojos.

DOÑA CLARA, *riéndose.*

¡Ah, bribon!...

PERICO.

Pero si se considera,  
Yo no sé qué inconveniente  
Puede haber...

DOÑA CLARA.

Calla, que empiezas

A irritarme.

PERICO.

Otras habria

Que admitiesen la fineza

De un amante tan leal;

Pero vos... ¡Ah, ¡si yo os viera

Casada con él... casada.

Entre los mimos y fiestas

De hermosas criaturitas,

Vivarachitas, traviesas

Como su madre!

DOÑA CLARA.

Perico,

Vete... ¡Ay, Dios! toda me inquietas.

PERICO.

Aunque mireis con horror

El matrimonio, pudiera...

DOÑA CLARA.

No, yo no le tengo horror.

PERICO.

Pues ¿qué detencion es esa?

El es de buena familia,

De buena edad, buenas prendas...

DOÑA CLARA.

Eso sí; no es mal muchacho.

PERICO.

La verdad: ¿no le quisierais

Para marido? ¿No os gusta?

¿No tiene linda presencia?

DOÑA CLARA.

Sí, déjame.

PERICO.

¡Pobrecillo!

¿Qué desesperadas nuevas

Le voy á dar!... Es inútil

Hablar mas de la materia.

*(En ademán de irse.)*

DOÑA CLARA.

¿Te vas?

PERICO.

¿Qué he de hacer?

DOÑA CLARA.

Atiende.

Dile...

PERICO.

Sí, que nunca os vea.

DOÑA CLARA.

No es eso.



PERICO.

Que si se quiere  
Morir de amor, que se muera.

DOÑA CLARA.

No, sino... Tú no me entiendes.

PERICO.

¿Cómo quereis que os entienda?

DOÑA CLARA.

Dile... Que es un atrevido...

¡Ay. Periquillo! ¡Me cuesta  
Tanto rubor!

PERICO.

¿Qué locura!

¡Vaya! Sobre que se juega  
Limpio.

DOÑA CLARA.

Dile que vendré

A hablar con él esta siesta  
Aquí mismo, que me espere...

Pero decirlo pudieras  
Como que sale de tí.

PERICO.

¡Oh! bien. A mi cargo queda.  
Pero, ¿no le digo mas?

DOÑA CLARA.

Harto es eso.

PERICO.

Mas quisiera.

DOÑA CLARA.

Vete, vete.

PERICO.

Pero no

Me le riñais cuando venga.

¿No?

DOÑA CLARA.

Bien, no le reñiré.

PERICO.

Que el quereros no es ofensa.  
(Vase por la derecha.)

DOÑA CLARA.

Adios, picarillo, adios.

## ESCENA VII.

DOÑA CLARA, LUCIA.

DOÑA CLARA.

Muchacha, estoy muy contenta.  
Ya no hay tocas, ya no hay torno.

LUCIA.

Pues ¿qué novedad es esa?

Ya sé que no le ha de haber.

DOÑA CLARA.

Sí; pero no es lo que piensas.  
Don Claudio está enamorado  
De mí.

LUCIA.

¡Calle!

DOÑA CLARA.

Sí; y no creas

Que es un pasatiempo, no;  
Es cariño muy de veras.  
A la siesta nos veremos  
Para tratar lo que deba  
Disponerse, y...

LUCIA.

Ya que hablais

De eso, sabed que os espera  
En la esquina, deseando  
Un ratillo de parleta,  
El hijo de la escribana.

DOÑA CLARA.

Anda, ve y dile que vuelva  
Después, ó no venga mas.

LUCIA.

Es ingratitud muy fea.

DOÑA CLARA.

¿Qué importa? Le quise ayer,  
Porque imaginé que fuera  
Preciso valirme de él;  
Pero ya tiene licencia  
De mudarse.

LUCIA.

Yo no alcanzo

Por qué con tal lijereza  
De ese don Claudio os fiais.

DOÑA CLARA.

¿Qué sabes tú, majadera?  
Si desde el punto que vino  
Observé la indiferencia  
Que gastaba con mi prima;  
En el estrado y la mesa  
Se sentaba junto a mí,  
Y yo, que no soy muy lerdá..  
Ayer mismo me cogió,  
Sin que nadie lo advirtiera,  
Esta mano, y la apretó  
Tanto, y dijo: ¡Ay, Clara bella,  
Monilla, guapilla!

LUCIA.

Y vos,

¿Qué dijisteis?

DOÑA CLARA.

¿Qué pudiera

Decirle estando allí todos?  
Me puse... así... muy contenta.  
Le miré, y no mas.

LUCIA.

El gusto

Será, si las cosas llegan  
A efecto, ver á los viejos.

DOÑA CLARA.

¿Qué han de hacer cuando lo sepan?  
Y sobre todo, primero  
Soy yo.

LUCIA.

¿No teméis la fiera

Condición de don Martiú?

DOÑA CLARA.

¿Y por qué debo temerla?

LUCIA.

Porque si os casais, no habrá  
Quien su cólera detenga.  
Y como le habeis sabido  
Embobar con apariencias  
De santica...

DOÑA CLARA.

Hija, en el mundo

El que no engaña no medra;  
Y hoy mas que nunca conviene  
Usar de astucia y reserva.  
Fingir, fingir... Si mi padre  
Trata de heredarme, y piensa,  
Después de haberme tenido  
Tan abatida y sujeta,  
Que he de sepultarme en vida,  
Valiente chasco se lleva.  
Harto he sufrido. Ya es tiempo  
De romper estas cadenas,  
De vengarme, y de vivir.

LUCIA, mirando adentro.

Vuestra prima.

DOÑA CLARA.

Salte afuera,

Que la he dicho que tenía  
Que hablar á solas con ella..  
Y al arrimón le dirás..  
Que me duele la cabeza.

## ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, DOÑA INES.

DOÑA INÉS.

Y bien, Clarita, ¿qué ocurre?

DOÑA CLARA.

Que me saques de una estrema  
Inquietud.

DOÑA INÉS.

¿Cuál es la causa?

DOÑA CLARA.

Como tu bien me interesa  
Tanto... Dime, este don Claudio,  
Que segun todos sospechan  
Ha venido á ser tu novio,  
¿Es de tu gusto? De veras,  
¿Le quieies?

DOÑA INÉS.

¿Yo? No por cierto.

¿Imaginas que pudiera  
Prendarme de él?

DOÑA CLARA.

¡Lindamente

Disimulas!

DOÑA INÉS.

¿Qué simpleza!

DOÑA CLARA.

¿Con que no le quieres?

DOÑA INÉS.

No.

Porque no hay cosa que vea  
En él que no me disguste.

DOÑA CLARA.

¿Y si tu padre se empeña  
En ello?

DOÑA INÉS.

No, no es capaz

De empeñarse en que yo sea  
Infeliz... Me quiere mucho,  
Y tiene mucha prudencia.

DOÑA CLARA.

No te puedo ponderar,  
Inés, cuanto me consuela  
Que pienses así. Yo estaba  
En extremo descontenta,  
Temiendo que ibas á hacer  
Una locura.

DOÑA INÉS.

No temas.

DOÑA CLARA.

El, en efecto, parece  
Un hidalgo de aldea,  
Vanidoso, tonto y pobre,  
Aturdido, mala lengua...  
¿Y qué figura tan rara!

DOÑA INÉS.

En eso, prima, no aciertas;  
Que es buen mozo.

DOÑA CLARA.

Si te gusta,

Inés, en buen hora sea.

DOÑA INÉS.

Pero ¿qué tiene que ver  
Que le quiera ó no le quiera  
Para decir la verdad?

El me fastidia, me apesta,  
No puedo sufrirle; pero  
Es buen mozo.

DOÑA CLARA.

No hay belleza

Sino en Dios; las criaturas  
Todas somos imperfectas.

DOÑA INÉS.

¿Ya empiezas con eso?

DOÑA CLARA.

En fin,

Si este partido desprecias,  
¿Quién sabe que no te inclines  
A la religion, y seas  
Monja tambien?

DOÑA INÉS.

Prima, yo

Soy muy profana, muy lega,  
Y algo apegadilla al mundo.

DOÑA CLARA.

¿Pero no ves que nos cercan  
En el siglo mil peligros?

DOÑA INÉS.

Si, ya lo sé; ¿pero piensas  
Que en la soledad de un claustro  
Mil peligros no se encuentran (1)?

DOÑA CLARA.

Practicando la virtud...

DOÑA INÉS.

Practicándola, en cualquiera  
Estado seras feliz...

DOÑA CLARA.

Pero no dudes que aquella  
Vida peitente, humilde,  
Es mas pura y mas perfecta.

DOÑA INÉS.

Si, pero lleva consigo  
Obligaciones tan serias,

## (1) Las copias primitivas dicen:

¿Quién ignora que puede una  
Estar vestida de jerga,  
Encerrada en un rincon,  
Y que en su rincon padezca  
Las mismas debilidades  
Que a los demás nos molestan?

DOÑA CLARA.

¿Practicando la virtud?

DOÑA INÉS.

Si, la virtud; pero esta  
Virtud es todas las clases  
La hallarás, lo cual es prueba  
De que el hombre santifica  
El estado, no que sea  
El estado quien le dé  
Las perfecciones que tenga.

DOÑA CLARA.

¿Dudas que en las religiones...

DOÑA INÉS.

¿Cómo es fácil que pudiera  
Dudar de esto? Yo conozco  
Religiosas muy perfectas;  
Muchas, no todas, que tienen  
Una virtud verdadera,  
Que son, digámoslo así,  
Ángeles acá en la tierra:  
Si, pero tambien he visto  
En casadas y doncellas  
Mucha religion, honor,  
Rescogimiento, prudencia,  
Rescogucion y alegría  
En los males que nos cercan;  
En una palabra, he visto,  
Para mas confusion vuestra,  
Que todos sirven á Dios  
Cuando servirlo desean.

DOÑA CLARA.

Pero no me negarás  
Es vida menos espuesta  
La que yo elijo.

DOÑA INÉS.

Seria

Por lo menos imprudencia  
Querértelo persuadir:  
Si tu inclinacion es cierta,  
Si, fuera; pero no juzgues  
Que quien no te imita yerra.  
No hay estado que se oponga  
A la moral mas austera;  
Y solo es mejor aquel  
Que se admitió sin violencia.  
Casada yo con un hombre  
A quien el amor me uniera,  
Cumpliendo de esposa y madre  
Obligaciones estrechas,  
Puedo ser tan virtuosa  
Como tú con la correa,  
Tu escapulario, tus tocas,  
Y te falda de estameña.

Que el empeño de cumplirlas  
Hará temblar á eua quiera.  
Mucho de Dios necesita  
La que á tanto se resuelva;  
Porque si las cumple bien,  
Prodigioso esfuerzo cuesta;  
Y si no, después de amarga  
Vida, ¿qué suerte la espera!

DOÑA CLARA.

Eso sí, tú siempre... Vamos,  
Se conoce que no apruebas  
Mi eleccion.

DOÑA INÉS.

¿No he de aprobarla?

Si, prima; y no te parezca  
Que yo la repugne en ti,  
Porque á mí no me convenga.  
Yo, que me conozco, y veo  
Mi débil naturaleza,  
Llena de temor, elijo  
La menos difícil senda.  
Tú vas por otra, y vas bien,  
Si tienes constancia y fuerzas,  
Y mucha virtud, que al fin  
La perfeccion esta en ella.

DOÑA CLARA.

Eso apetezco, esa es  
La felicidad que anhela  
Mi corazon.

DOÑA INÉS, con ironía.

¿Qué bien haces!

DOÑA CLARA.

Allí viviré contenta.

DOÑA INÉS.

Y aun aquí no vives triste.

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

DOÑA INÉS.

Digo, que no dejas  
De procurar distracciones...

DOÑA CLARA.

¿Qué quieres decir?

DOÑA INÉS.

Honestas,

Se supone.

DOÑA CLARA.

Pero...

DOÑA INÉS.

Anoche,

Con aquel tiple y aquellas  
Coplas... ¡Tal cual! Ello sí,  
Cantaron mil desvergüenzas,  
Pero la sierva de Dios  
Allí se estuvo muy quieta...  
Y hubo tosecilla y...

DOÑA CLARA.

Calla,

No me apures la paciencia,

Mira, que...

DOÑA INÉS.

¿La santa!

DOÑA CLARA.

Calla,

Que te arrancaré la lengua.

## ESCENA IX.

DON MARTIN, PERICO, DOÑA CLARA, DOÑA INÉS.

(Perico sale vestido ridículamente con  
casaca, manguito y baston, un par-  
che en un ojo, y cojeando.)

DON MARTIN.

Entrad, caballero. Niñas...

(Vanse doña Clara y doña Inés.)

PERICO.

Pues aquí teneis la esquila.  
(Le da la esquila á don Martin.)

DON MARTIN.

Si me permitís...

PERICO.

Leed.

(Lee don Martin. Perico se pasea, y se  
limpia el sudor con un pañuelo.)

DON MARTIN.

¿Válgame Dios!

PERICO.

¿Qué os inquieta?

DON MARTIN.

¿Con que el pobre don Lorenzo?...

PERICO.

Si, amigo, ¿quién lo dijera!  
Después de diez años largos  
Que no le he visto, se acuerda  
De morirse... ¡Es mucho trago!  
Y ahí es decir que me queda  
Otro hermano.

DON MARTIN.

¿Luego vos

Sois su hermano?

PERICO.

Un mes me lleva.

Yo me llamo don Sempronio  
De Hinestroza; mi parienta  
Se llama doña Maria  
Godinez Rivadeneira;  
De mis hijas, la mas gorda  
Se llama doña Teresa;  
La menor, doña Guiomar;  
Y entrambas por consecuencia  
Son sobrinas del difunto.

DON MARTIN.

¿Murió?

PERICO.

No; pero sospechan  
Que morirá... Si quereis  
Entregarme lo que reza  
El papelito.

DON MARTIN.

Al instante:

Voy allá... (Hace que se va, y vuelve.)  
Pero ello es fuerza  
Que hiciese algun disparate  
Al comer.

PERICO.

Si no que sea  
Que ayer tarde merendó  
Un cochinillo con setas...

DON MARTIN.

Eso basta.

PERICO.

Ya se ve

Que basta y sobra; y pudiera  
Ser suficiente á matar  
Al convidado de piedra.

DON MARTIN.

Cierto que ha sido un...

PERICO.

Anoche

A eso de las once y media  
Le entró tal calenturon,  
Que pensamos que se fuera  
Por la posta... Convulsiones,  
Hipo, delirio... ¡Tremenda  
Noche! Todos aturridos,  
Toda la casa revuelta...  
Juntáronse tres doctores,  
De los de mas reverendas,  
Que tienen atarugadas



De difuntos las iglesias... (2)  
 Todo se volvió visajes,  
 Y polvos, y citas griegas;  
 Pero viendo que el paciente  
 No mejoraba con ellas,  
 Le recetaron la unión,  
 Que para el alma es muy buena.

DON MARTIN.

¡Qué desgracia!

PERICO.

La mayor  
 Que sucedernos pudiera...  
 Si me quereis despachar...

DON MARTIN.

(*Hace que se va, y vuelve.*)  
 La pobre doña Vicenta  
 ¿Cómo está?

PERICO.

¿Cómo ha de estar?  
 Traspasada... Si quisierais  
 Despacharme...

DON MARTIN.

Si, al momento  
 Iré, si me dais licencia,  
 A buscar ese diuero.

PERICO.

Id con Dios.

### ESCENA X.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

Tenemos hechas  
 Mil diligencias. La niña  
 Mas blanda está que una breva.

DON CLAUDIO, *desconociéndole.*

¡Periquillo!

PERICO.

El mismo soy.

DON CLAUDIO.

He vuelto á saber que nuevas...

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO.

Pero ¡qué traje,

Hombre!...

PERICO.

Vamos, no se pierdan  
 Los instantes. La monjita  
 Por vos se deshace y quema.  
 A la siesta no salgais,

### (2) Dicen las copias citadas:

Comenzaron á tratar  
 De la dignidad escelsa  
 Del arte, su antigüedad,  
 Sus notorias preeminencias  
 Y blasones, despreciando  
 Bisturi, vendaje y tiento;  
 Todo se volvió dicterios,  
 Bramidos y citas griegas;  
 Pero cuando se acordaron  
 Del enfermo, allí fué ella;  
 Allí fué sacar relazos,  
 Vengan al caso ó no vengan,  
 De Hipócrates el divino,  
 Villacorta, Albini, Heredia,  
 Antonini, Celso, Harbeo  
 Y una infinita calerva  
 De homicidas, que tralaron  
 De cólicas verdinegras:  
 Dale con el mesenterio,  
 El piloro, las veríbrás,  
 El tejido celular  
 Y la hemorroidal interna;  
 Y dale con que si el clister  
 Fué invención de la cigüeña.  
 En fin, viendo que el paciente  
 No mejoraba con esas,  
 Le recetaron la unión,  
 Que es para el alma muy buena.

DON MARTIN.

¿Pero no rompió?

PERICO.

¿Romper?

Si; romper: en esto piensa.

¡Ay, señor! ya no hay remedio.

## OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

Que ha de venir á esta pieza  
 A hablar con vos del asunto  
 Matrimonial.

DON CLAUDIO.

¿Si? ¿de veras?

PERICO.

De veras... Pero id al cuarto,  
 Que si don Martin nos viera  
 Hablar, éramos perdidos.  
 Al cuarto.

DON CLAUDIO.

Pero ¿qué intentas?

PERICO.

Al cuarto.

### ESCENA XI.

PERICO, DON MARTIN.

DON MARTIN.

Pues aquí está  
 (*Le da un papel con dinero.*)  
 Todo, y en buena moneda.  
 Contadlo.

PERICO.

No, ¿para qué?

DON MARTIN.

Si, contadlo, que pudiera  
 Haber equivocación.

PERICO.

¿Y las niñas están buenas?  
 (*Se pone á contar el dinero sobre la mesa.*)

DON MARTIN.

Sin novedad.

PERICO.

¿Cuántas veces  
 Me escribió mi hermano de ellas!

DON MARTIN.

Pues apenas las conoce.

PERICO.

No importa para que sepa  
 Sus prendas y las estime.  
 Uno, dos, tres... ¿Y no piensa  
 Doña Clarita en casarse?

DON MARTIN.

¡Ay! no, señor; esa lleva  
 Otro destino mejor.

PERICO.

¿Con que al fin está resuelta  
 A dejar el siglo? ¡Bueno,  
 Bueno, bueno!... Y dos son treinta;  
 Treinta y uno, treinta y dos,  
 Treinta y tres... Y mas valiera  
 Que la imitase su prima

DON MARTIN.

No es para malas cabezas  
 Esa vocación.

PERICO.

Ya sé  
 Que es un poquillo sardesca;  
 Pero su padre...

DON MARTIN.

¡Su padre!  
 Siempre estamos en quimera  
 Por eso.

PERICO.

Cuarenta y ocho,  
 Cuarenta y nueve, cincuenta.  
 (*Envuelve el dinero en el papel, y le guarda.*)

Cabal está... Sí, don Luis  
 No tiene aquella prudencia,  
 Aquel tino... Con que, amigo...

DON MARTIN.

Dad á la madre abadesa

Memorias, y vos, mandad.

PERICO.

Solo serviros desea  
 Don Sempronio de Hinestrosa.

DON MARTIN.

Me holgara de que pudiera  
 El pobre enfermo escapar.

PERICO.

Es muy duro de cabeza,  
 Y si da en que no ha de ser,  
 Se habra de morir por tema.

DON MARTIN.

¡Pobre mozo!

PERICO.

Si por cierto.

DON MARTIN.

Permitid...  
 (*Don Martin quiere irle acompañando,  
 y él lo rehusa.*)

PERICO.

No, que es molestia.

DON MARTIN.

Hasta la puerta no mas.

PERICO.

Vos hareis que no me nueva  
 De aquí.

DON MARTIN.

Pues mandad, y adios.  
 (*Vase por la puerta del lado izquierdo,  
 y después Perico por la derecha.*)

PERICO.

Esto si que me contenta.  
 La muchacha ya nos quiere,  
 El viejo dió las pesetas,  
 Don Claudio revive, y yo  
 Tengo mi cobranza cierta.  
 Fortunilla, no te mudes  
 De madre ni mona en suegra.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, LUCÍA, DON CLAUDIO.  
 (*Estarán cerradas las ventanas, y el teatro oscuro. Dona Clara y Lucia se encaminan acia la puerta del cuarto de don Claudio.*)

DOÑA CLARA.

Pisa quedito, no sea  
 Que la gente alborotemos.

LUCÍA.

Mucho temo que nos pillen.

DOÑA CLARA.

Chito.

LUCÍA.

Si apenas resuello.

DOÑA CLARA.

Mira si aguarda don Claudio.

LUCÍA.

Allá voy.  
 (*Lucia se adelanta, llama, y sale don Claudio.*)

Si sale el viejo,

Y en estos malos fregados  
 Coge á la niña, ¡qué bueno!  
 ¡Don Claudio!...

DON CLAUDIO.

¿Quién es?

LUCÍA.

Salid.

DON CLAUDIO.

Ya te sigo ; pero llevo  
Un miedo , que es un horror.

LUCÍA.

No temais , que á mayor riesgo  
Nos esponemos nosotros.  
Vos sois hombre de provecho ,  
Y os importarán muy poco  
Treinta palos mas ó menos.  
Aquí está.

DOÑA CLARA.

Señor don Claudio.

DON CLAUDIO.

Doña Clara , mucho os debo ,  
Mucho , mucho...

DOÑA CLARA.

Ten cuidado

No nos oigan y lo echemos  
Todo á perder. *(Lucia se retira.)*

Periquillo

Me habló del cariño vuestro ;  
Yo vengo á saber de vos  
Si lo que asegura es cierto ;  
Porque me admira infinito  
Que un hombre... que un caballero  
De prendas así varie  
De inclinaciones tan presto.  
Mi prima , ¿ en qué desmerece  
Para que os deba un desprecio ?  
¿ Es menos linda que yo ?

DON CLAUDIO.

Es que no consiste en eso ,  
Sino...

DOÑA CLARA.

Pues ¿ en qué consiste ?

DON CLAUDIO.

Yo , acá , bien me lo comprendo ;  
Pero no me sé explicar.  
Tiene doña Inés un cierto  
No sé qué , que no me gusta ;  
La verdad... Yo no me meto  
En si es bonita ó es fea ,  
En si tiene ó no buen genio ;  
Pero...

DOÑA CLARA.

Ved que vuestro padre  
Aprueba este casamiento ,  
Y á este fin os envió.

DON CLAUDIO.

Pero bien , si no la quiero.

DOÑA CLARA.

Yo no alcanzo la razon.

DON CLAUDIO.

Ni yo tampoco lo entiendo.  
Ella es muy buena muchacha ,  
Muy honrada , no lo niego ;  
En fin , yo...

DOÑA CLARA.

Mucho arriesgais ,  
Don Claudio ; pues al saberlo  
Mi padre , el vuestro , y mi tío ,  
Se harán de enfadar por ello ,  
Y con razon.

DON CLAUDIO.

¿ Y qué importa ?

DOÑA CLARA.

Y dare s un sentimiento  
A mi prima.

DON CLAUDIO.

¿ Eh ! doña Inés ,  
Segun lo que en ella veo ,  
No podrá sentirlo mucho.

DOÑA CLARA.

¿ Por qué no ?

TOMO II.

DON CLAUDIO.

Porque sospecho  
Que no me quiere gran cosa.

DOÑA CLARA.

Si á vuestros merecimientos  
Igualara su pasion ,  
Mucho debiera quereros...  
Pero es menester tambien  
Para amar entendimiento.

DON CLAUDIO.

¿ Oh , si fuera como vos !

DOÑA CLARA.

Yo , don Claudio , no pretendo  
Canonizar mi conducta  
A costa de su desprecio.  
Solo sé que de las dos  
Es tan diferente el genio ,  
Tan opuestas las costumbres ,  
Que en nada nos parecemos.  
Esto habrá dado ocasion  
Para que algunos sujetos  
De prendas muy estimables  
( Tal vez sin yo merecerlo )  
Pongan los ojos en mi ;  
Pero , don Claudio , os protesto  
Que , ingrata á su amor , hallaron  
Solo indiferencia y tedio.  
Siempre retirada en casa ,  
Sin dar que decir al pueblo ,  
Mis galas son este traje  
Humilde , mis pasatiempos  
La devocion , la lectura  
De libros santos y buenos ;  
Y aun así... ¿ Somos tan malos !...  
Mas no todos hacen esto.  
Mi prima... Es al fin mi sangre ,  
Y sobre todo , no quiero  
Que nadie piense de mi  
Que sus acciones reprendo ;  
¿ Jesus ! eso no.

DON CLAUDIO.

Es verdad ,

Pero acá bien conocemos  
Lo que va de prima á prima.  
Ese garbito , ese aseó ,  
Ese modo de mirar ,  
Doña Clara , ¡ es mucho bueno !

DOÑA CLARA.

Y sobre todo , don Claudio ,  
La virtud , recogimiento  
Y santo temor de Dios  
Es lo principal. Yo veo  
Muchas de mi edad ( y acaso  
Tengo bien cerca el ejemplo )  
Que interpretando á su modo  
Procederesh deshonestos ,  
Llaman cultura y donaire  
Lo público del esceso ,  
Lo escandaloso del vicio...  
¿ Ay , mi don Claudio , qué tiempos  
Alcanzamos !... Ya se ve ,  
¿ El mundo , el mundo !

DON CLAUDIO.

Ello es cierto

Que se ven cosas que pasman...  
( Ap. Si dura el sermon reviento. )

DOÑA CLARA.

Por eso no haciendo cuenta  
Ni de los bienes que heredo  
En Sevilla , ni pagada  
De amorosos rendimientos ,  
Blandas caricias que tanto  
Pueden en mi débil sexo ,  
Un claustro fué mi eleccion.

DON CLAUDIO.

Con que al fin...

DOÑA CLARA.

Antes de veros.

DON CLAUDIO.

¿ Y después ?

DOÑA CLARA.

Mucho os estimo ,  
Don Claudio.

DON CLAUDIO.

Pero pensemos...

DOÑA CLARA.

Si es verdad que me quereis...

DON CLAUDIO.

¿ Si es verdad ? ¿ Pues no ha de serlo ?  
¿ Toma ! ¿ Quereis que lo jure ?

DOÑA CLARA.

¿ Jurar ! ¡ ay Dios ! No por cierto ;  
¿ Vaya ! ¡ jurar !

DON CLAUDIO.

Pues , amiga ,  
Una vez que resolvemos  
Casarnos , y está el asunto  
De tal manera...

DOÑA CLARA.

Hablad quedo.

DON CLAUDIO.

Que importa la diligencia  
Y... ¿ Vaya ! Como están ellos  
En que os habeis de...  
*( Sale Lucia apresurada ; al quererse  
entrar sale doña Inés. Lucia se aparta  
á un lado , la deja pasar y se va. )*

LUCÍA.

Señora ,  
Que viene gente. Escapemos  
Aprisa.

## ESCENA II.

DOÑA CLARA , DON CLAUDIO , DOÑA INES , DON MARTIN.

DOÑA INES.

¿ Quién anda aquí ?  
¿ Es Clara ?

DOÑA CLARA.

Callad.

DON CLAUDIO.

Me alegro.

*( Don Claudio tropieza en una silla y  
cae con ella , se aturde , y no acierta  
á su cuarto. )*

DOÑA INES.

¿ Quién es ?

DON CLAUDIO.

Ya he perdido el tino ;  
Me pillaron , esto es hecho.

DOÑA CLARA.

Callad.

DON MARTIN.

¿ Que no han de dejarme  
*( Al oirse adentro las voces de don Mar-  
tin , suena ruido de abrir ventanas. )*

Nunca dormir con sosiego !

DOÑA CLARA.

Mi padre... Somos perdidos ,  
Ya no hay escape... Este viejo  
De... ¿ Por vida !...

## ESCENA III.

DOÑA CLARA , DON CLAUDIO , DOÑA INES , DON MARTIN.

*( Al salir don Martin abre una de las  
ventanas , y se ilumina el teatro. )*

DON MARTIN.

¿ Qué bolina



Anda por aquí? ¿qué estruendo?  
¡Hola, don Claudio! ¿Qué haceis  
Aquí?

DON CLAUDIO.

¿Yo qué culpa tengo?...  
(*Vase, y entra en su cuarto.*)

DON MARTIN.

¡Qué respuesta!... ¿Y la Inesita?

DOÑA INÉS.

Si acabo de entrar.

DON MARTIN.

Lo creo.

¿Y tú?

DOÑA CLARA.

Lo mismo... Yo acabo  
De entrar... Estaba leyendo  
En Kempis, y al escuchar  
Este ruido, vine luego  
A ver quién era.

DON MARTIN.

¿Ello, al cabo,  
Inesita, no sabremos  
La verdad?... Pues ¿quién estaba  
Aquí? ¿quién? Dílo.

DOÑA INÉS.

Yo entiendo,  
Que sin duda era don Claudio  
Con mi prima.

DOÑA CLARA.

¡Bueno es eso!

¿Inés, yo?...!

#### ESCENA IV.

LUCIA, DOÑA CLARA, DOÑA INÉS,  
DON MARTIN.

LUCIA.

¿Qué ha sido?

DON MARTIN.

Nada;

Cosa de poco momento.  
Que estaban hablando á oscuras  
Mi sobrina y el monuelo  
Botarate de don Claudio.  
¡Qué libertades! ¡qué escesos!  
Y echa la culpa á su prima.

DOÑA CLARA.

¿Piensas de mí?...!

DOÑA INÉS.

Yo no pienso  
Mal de nadie; pero digo  
Las cosas como las veo.

DON MARTIN.

¿Con que habrá sido esta niña?

DOÑA INÉS.

Puede ser.

DON MARTIN.

¡Qué atrevimiento!  
(*Se encamina cólerico acia doña Inés,  
y doña Clara le detiene.*)  
Mira...

DOÑA CLARA.

Dejadla... Bien haces,  
Inés, yo te lo agradezco.  
Bien haces, que soy muy mala;  
Prima, muy mala... No tengo  
Disculpa, acúsame mas,  
Culpame, que mas merezco  
Por mis pecados.

DON MARTIN.

¿Y tienes  
Corazon para estar viendo  
Sin confundirte?...!

DOÑA INÉS.

Si yo...

DOÑA CLARA.

No os enfadeis; dad asenso  
A cuanto diga, señor.  
Si yo misma lo confieso  
Que soy muy gran pecadora.  
Dios ha elegido este medio  
Para probarme... Creed  
Cuanto dice... ó á lo menos  
Perdonadla, perdonadla,  
(*Se arroja, y llora.*)  
Querido papá.

DOÑA INÉS.

¿Qué extremo  
De iniquidad!... ¿Es posible.  
Clara?

DON MARTIN.

Vete, que no quiero  
Verte, picarona... Vete.

DOÑA INÉS.

Advertid...

DON MARTIN.

Huye al momento  
De mi presencia... ¡Embustera!  
¡Basilisco!... Alza del suelo,  
(*Levanta á doña Clara, y la abraza  
carinosamente.*)  
Hija de mi corazon.  
No llores, que me enternezco,  
Y sé tu virtud... ¡Qué envidia  
La teneis todos!

DOÑA INÉS.

No puedo  
Sufrir mas. (*Vase.*)

DON MARTIN.

Anda, que yo  
Contaré todo el suceso  
A tu padre... Lo sabrá,  
Si, lo sabrá sin remedio,  
(*Abre Lucía la otra ventana.*)  
Lo sabrá.

DOÑA CLARA.

No, padre mio,  
Por Dios...

DON MARTIN.

Vamos allá adentro,  
Niña, vamos...  
(*Cogiendo de la mano á doña Clara.*)  
Lo sabrá:

Yo se lo diré bien presto,  
Yo se lo diré.

DOÑA CLARA.

Señor...

DON MARTIN.

Yo se lo diré.

#### ESCENA V.

LUCIA, DON CLAUDIO.

LUCIA.

¿Qué enredo  
De los diantres inventó!  
DON CLAUDIO, *asomándose á la puerta  
de su cuarto.*  
¿Se han ido ya?

LUCIA.

Ya se fueron,  
¿No lo veis?

DON CLAUDIO.

¿Y en qué quedamos?  
LUCIA.

En que supo revolverlo  
Doña Clara de tal modo,  
Que va el padre hecho un veneno,

Creyendo que doña Inés  
Fué la culpada.

DON CLAUDIO.

¿Qué ingenio  
Tiene! Vaya, si es muy guapa...  
Con que di, ¿cómo podremos  
Hablarnos y ventilar  
Este asunto?... Que me temo  
Que no ha de llegar á colmo.

LUCIA.

Yo, señor, si en algo acierto  
A servirlos...

DON CLAUDIO.

La dirás  
Que estoy á todo dispuesto;  
Que haga de su capa un sayo...  
Y que era preciso vernos  
Otra vez, y hablar, y...

LUCIA.

Bien.

DON CLAUDIO.

Pues bien.

LUCIA.

¿Veis este pañuelo  
Qué roto y qué malo está?

DON CLAUDIO.

A fe que no es nada nuevo.

LUCIA.

¿Estais en que os serviré  
Con solicitud y esmero?

DON CLAUDIO.

Si, ya estoy.

LUCIA.

¿Que mediaré  
Siempre con igual empeño  
En vuestro favor?

DON CLAUDIO.

Se entiende.

LUCIA.

¿Y que guardaré el secreto?

DON CLAUDIO.

Preciso.

LUCIA.

Pues si tuvierais  
Ahl á mano algun dinero...  
Poco... como medio duro...

DON CLAUDIO.

Precisamente no tengo.

LUCIA.

Vaya que sí.

DON CLAUDIO.

No, de veras.

LUCIA.

Vaya que sí.

DON CLAUDIO.

¿Quieres verlo?  
Si llegan á doce cuartos  
(*Saca el bolsillo, y cuenta unos cuartos.*)  
Será mucho... Quince y medio.  
Tómalos.

LUCIA.

¿Qué tiñeria!

DON CLAUDIO.

¿No los quieres?

LUCIA.

Si los quiero,  
(*Toma los cuartos y se los guarda.*)  
Vengan... ¿Pero me dareis  
Después...

DON CLAUDIO.

Si, yo te lo ofrezco.

LUCÍA.

¿El medio duro?

DON CLAUDIO.

Un doblon

Te tengo de dar lo menos,  
Cuando mi padre me envíe  
Algun socorro.

LUCÍA.

Ya entiendo.

Pues cuidado. Agur.

DON CLAUDIO.

Adios.

**ESCENA VI.**

DON CLAUDIO, PERICO.

DON CLAUDIO.

¿Hombre, qué falta me has hecho!

PERICO.

He tenido ocupaciones  
Muy graves... Ahí os entrego  
La citada carta. *(Le da una carta.)*

DON CLAUDIO.

Venga.

PERICO.

Item, mas: vuestro prendero  
¿Gran picaron! me ha leído  
Una lista de tres pliegos,  
En que consta lo vendido,  
Prestado, empeñado y resto.

DON CLAUDIO.

¿Hay hombre mas fastidioso?

PERICO.

Como pide su dinero,  
No es extraño que fastidie.  
Y pues ha salido á cuento,  
Yo tambien quiero pedirlos  
*(Aunque os fastidie por ello)*  
Alguna ayuda de costa.

DON CLAUDIO.

Vamos, calla, no gastemos  
El tiempo.

PERICO.

Es que me debeis  
Catorce duros lo menos.

DON CLAUDIO.

Ya me enfadas.

PERICO.

Es que salgo  
Mañana de aquí, y no puedo  
Esperar.

DON CLAUDIO.

O calla, ó vete.

PERICO.

Es que desde el mes de enero  
Del año pasado, estoy  
Como un esclavo sirviendo  
Al señor don Claudio Perez,  
Y me ha dado en este tiempo,  
A cuenta de mis salarios,  
Percances y emolumentos,  
La cantidad de cuarenta  
Y dos reales; añadiendo  
A esta suma unos calzones  
Verdes, que segun sintieron  
Los peritos...

DON CLAUDIO.

Si no callas,

Una zurra te prometo  
Sole nne.

PERICO.

¿Zurra? Acabóse;  
Yo me vengaré en silencio.

Y puesto que Periquillo,  
Indigno lacayo vuestro,  
Tiene en su poder la suma  
De tres mil y cuatrocientos  
Reales de vellon...

DON CLAUDIO.

¿Qué dices?

PERICO.

Por legitimo derecho  
Habidos...

DON CLAUDIO.

¿Calle! ¿Con que...

PERICO.

Y no me pagais, y en premio  
De mis servicios recibo  
Amenazas y denuestos,  
Y...

DON CLAUDIO.

¿Periquito!

PERICO.

Ya caigo.

¿Periquito! y á buen tiempo.

DON CLAUDIO.

Si...

PERICO.

No, señor, se acabó:  
*(Quiere irse, y don Claudio le va de-  
teniéndolo.)*

Soy un bergante.

DON CLAUDIO.

Dejemos

Eso, y dime...

PERICO.

¿Picardia!

¿A un hombre de mi talento  
Y mi probidad, tratarle  
Como no se trata á un negro!

DON CLAUDIO.

Aunque no me lo des todo...

PERICO.

¿Todo? Si, ya estoy en eso.

DON CLAUDIO.

Pero siquiera...

PERICO.

Este mozo

Necesita mucho arreglo.  
Casa atrasada, que pide  
Juez interventor.

DON CLAUDIO.

Entremos

A mi cuarto, y me dirás  
Por dónde ha venido el cuervo,  
Y... Vamos, allí se hará  
La distribucion.

PERICO.

Veremos.

DON CLAUDIO.

Pues qué, ¿no has de darme?

PERICO.

Poco.

DON CLAUDIO.

Anda, que...

PERICO.

El mucho dinero  
Es causa de muchos vicios;  
Nos hace ingratos, soberbios,  
Insufribles, tontos...

DON CLAUDIO.

Alguien

Viene... Mira que te espero.

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO.

Por Dios no dejes

De...

PERICO.

Quedo enterado... Adentro.

**ESCENA VII.**

PERICO, DON LUIS.

DON LUIS.

¿Oiga! ¿Y estás por acá,  
Inocente? ¿Qué hay de bueno  
En Ocaña? ¿Cómo dejas  
A tu señor?

PERICO.

Gordo y fresco.

DON LUIS.

¿Te dió carta para mí?

PERICO.

Dice que por el correo  
Os escribí, y no le ocurre  
Nada que decir de nuevo.  
Para el señorito traigo  
Cuatro letras.  
*(Entrase Perico en el cuarto de don  
Claudio.)*

DON LUIS.

Bien.

**ESCENA VIII.**

DON LUIS, LUCÍA.

DON LUIS, *sentándose junto á una mesa.*

No puedo

Tranquilizarme. Asegura  
Tanto mi hermano el suceso...  
Sí, mejor es... La criada  
Podrá servir á mi intento.  
La sorprenderé... No es cosa  
Antes de saber si es cierto...  
Pero si lo fuese, y tantos  
Años y tantos desvelos  
Se malograsen... ¿Lucía! *(Llama.)*  
¿Cuál será mi sentimiento!  
¿Oh juventud! ¿Oh temible  
Juventud!... Disimulemos. *(Sale Lucía.)*

LUCÍA.

¿Qué mandais, señor?

DON LUIS.

Te hago

Salir aquí porque tengo  
En la cabeza una idea,  
Y decírtela pretendo...  
Sé tu honradez, y presumo  
Que contigo nada arriesgo.

LUCÍA.

Sí, señor, bien os podeis  
Fiar de mí.

DON LUIS.

Así lo creo.

Ya has visto como don Claudio  
Pasó de Ocaña á Toledo,  
Y habrás conocido bien,  
Como todos, el objeto  
De esta venida; aunque á nadie  
Se lo dije, previniendo  
Lo que nos sucede ya.  
Inés no le quiere, y veo  
Que el carácter de uno y otro  
Son de tal modo diversos,  
Que fuera temeridad  
Seguir adelante en ello.  
Esto me da pesadumbre;  
Porque si á Ocaña le vuelvo,  
Su padre lo sentirá.  
Es mi amigo, sé su genio,  
Y tal vez podrá creer



Que esta boda se ha deshecho  
Por mí, sin mirar las causas  
Que me han obligado á hacerlo.  
Yo... ¿Qué quieres que te diga?  
Por todas partes encuentro  
Dificultades. Mi hermano  
Tan obstinado, tan necio...  
¡Sacrificar á su hija  
De ese modo!... Te confieso  
Que á no saber con certeza  
Que Clara le tiene afecto,  
Y él la corresponde, nunca  
Hubiera pensado en ello;  
Pero pudiendo casarla  
Con la ocasion que tenemos  
En la mano...

LUCÍA.

Ya se ve,

En siendo un partido bueno...

DON LUIS.

Pues estamos... ¿Y cuál puede  
Hallarse mejor?

LUCÍA.

Es cierto.

DON LUIS.

Ella conoce muy bien  
Los procederes violentos  
De su padre; disimula...  
¿Y qué ha de hacer?

LUCÍA.

¡Tal empeño

De señor! ¡Querer por fuerza  
Que se pudra en un encierro!  
Pero sí, lo que ella dice:  
Un año falta lo menos  
Para profesar, y un año  
Da lugar á mil proyectos.

DON LUIS.

Si por esa friolera  
Que hubo esta tarde, se ha puesto  
Furioso, desesperado...  
Yo me levanté el primero,  
Escuché desde esa pieza,  
Y al cabo todo el misterio  
No era nada... Si se quieren,  
¿No han de procurar los medios  
De hablarse? ¿No es natural  
Que se aprovechen del tiempo  
Mas oportuno?

LUCÍA.

Así es.

DON LUIS.

Yo por mi parte la absuelvo.  
Pero fué temeridad  
Esponerse á tanto riesgo;  
Porque si mi hermano llega  
Mas pronto y con mas silencio,  
Y descubre que es su hija,  
De un golpe la hubiera muerto.

LUCÍA.

¡Ay, señor, que todavía  
No se me ha quitado el miedo!

DON LUIS.

Ya se ve, como no tienen  
Ocasión... Cuando queremos  
Una cosa, se atropella  
Por todo... Los devaneos  
De los mozos no me admiran,  
Y aunque ya pasó, me acuerdo  
Que en mi juventud no fui  
Ningun padre del desierto.

LUCÍA.

Ella está que se desvive  
Por él.

DON LUIS.

Yo no desapruebo

Del todo esa inclinacion;

Bien que el asunto es muy serio,  
Y se debe proceder  
Con madurez... Pero temo  
No lo echen todo á perder...  
¿Y cuál es su pensamiento?

LUCÍA.

Como salió don Martin  
A lo mejor, no hubo tiempo  
De nada; pero el criado  
De don Claudio es muy travieso,  
Y él se encargará de todo;  
Porque predicar convento  
Es necesidad.

DON LUIS.

Ya lo sé.

LUCÍA.

Jamás ha pensado en ello  
Doña Clara; pero quiere  
Esperar la suya, y luego...

DON LUIS.

Ya se ve... pero el criado  
¿Qué ha de saber? ¿Qué talento  
Tiene, ni qué... No, señor,  
Así no va bien... Yo espero  
Hallar un medio mejor...  
Yo lo pensaré... Y quedemos  
En que á nadie has de decir  
Cosa ninguna.

LUCÍA.

Os prometo

Que no chistaré.

DON LUIS.

Cuidado

Con hablar... Y tambien quiero  
Que si determinan algo,  
Me avises; porque recelo  
Que si no se les dirige,  
La yerren de medio á medio.  
Son muchachos, no reparan  
En nada... Pero silencio:  
Ya lo he dicho.

LUCÍA.

Bien está.

DON LUIS.

Pues vete, no te echen menos  
Tus amas.

(Vase Lucía.)

Cayó en el lazo.

Así podré contenerlos.  
No se determinarán  
A un atentado, creyendo  
Que estoy de su parte, y pueden  
Valerse de mi consejo  
Y mi autoridad... En tanto  
No faltará algun pretesto  
Para apartarle de aquí.  
Ella es muy astuta, y temo  
Que... ¡Y yo solo!... Harto difícil  
Ha de ser... Pero; qué enredos

(Levántase.)

De niña! ¡Qué educacion!  
¿Qué frutos vamos cogiendo!  
¿Y Inés! ¡Y mi pobre Inés!  
¡Válgame Dios!

## ESCENA IX.

DON LUIS, PERICO.

DON LUIS.

¿Está adentro

Don Claudio?

PERICO.

En su cuarto queda,

Si, señor; está leyendo  
Un libro...

DON LUIS.

¿Qué libro?

PERICO.

Aquel

De Marcolfa y Cacaseno.  
Se divierte... ¿Mandais algo?

DON LUIS.

Nada; que te vayas presto.

PERICO.

Con vuestra licencia...

(Haciendo cortestas.)

DON LUIS.

Vete

No gusto de cumplimientos.

Vete.

(Vase Perico por la puerta de la derecha.)

## ESCENA X.

DON LUIS, DON MARTIN.

DON MARTIN.

¿Has salido de casa?

DON LUIS.

Si quieres algo, voy luego  
A salir.

DON MARTIN.

Solo que veas

Si alguna razon tenemos  
De Sevilla. Y no te canses  
En buscar en el correo  
Las cartas, que allí no hay nada;  
Ya está visto... Si á don Diego  
El chantre no le han escrito  
Algo, ó... mira, ahora me acuerdo,  
Tal vez don Juan, como tiene  
Amistad y parentesco  
Con los dos testamentarios,  
Sabrá decir qué hay en esto.  
Yo no salgo, porque estoy  
Ocupado en ese enredo  
De las cuentas del monjio... (3)  
Es buena cosa por cierto,  
Que hasta el hacer penitencia  
Nos ha de costar dinero.  
Adios. (Hace que se va, y vuelve.)

Pero ¿qué salida

Ha dado tu agudo ingenio  
Sobre el lance de esta tarde?

Ya se ve: los documentos  
Morales, la permitida  
Libertad, el trato honesto,  
La contemplacion, el mimo  
De su padre... no hay remedio.  
¿Qué ha de resultar? Preciso:  
Infamias y desenfreno,  
Y escándalos...

DON LUIS.

Mejor es

Callar.

DON MARTIN.

Y procedimientos

(Don Martin se pasea, don Luis quiere responderle y se contiene.)

De libertinaje... Y yo  
Soy tonto, y soy majadero,  
Y no sé mi obligacion...

(3) Añaden las copias:

Y suben... ¡Qué! sin consuelo.  
No, las monjitas ya saben  
Vender la toca á buen precio.

DON LUIS.

Eso sí.

DON MARTIN.

Pero los otros....  
Nos avisan de que ha muerto  
El primo, y sin enviar  
La copia del testamento,  
O siquiera una razon  
De lo que deja dispuesto,  
Se están con tanta paciencia.

Ya se ve, como no leo  
Libros, y no sé de mundo,  
Ni tengo instruccion, ni entiendo  
Nada de cosa ninguna...  
Y con este humor tan negro  
Que Dios me dió, no es extraño  
Que incurra en mil desaciertos,  
Y haya educado tan mal  
A tu sobrina. Yo siento  
Mucho que la tonta quiera  
Vivir en un monasterio,  
Porque al lado de tu hija  
Pudiera en muy poco tiempo  
Adelantar. Estos hombres  
Sabios, doctos, estupendos,  
Que nada ignoran, y nadie  
Sabe lo que saben ellos,  
¡Qué lastima no aplicarlos  
A rectores de colegios!

DON LUIS.

Vamos, Martín, no me apures  
La paciencia... ¿No podremos  
Venir jamás sin que haya  
Quineras y sentinientos?

DON MARTIN.

Yo lo digo, como eres  
Tan letrado y tan...

DON LUIS.

Dejemos

Eso por Dios.

DON MARTIN.

Y tan hábil.

Y... Vaya, si te molesto  
Callaré.

DON LUIS.

Sí, me molestas.

DON MARTIN.

Pues, de hoy mas, alto silencio.  
Una cosa te queria  
Decir, pero ya la dejo;  
A bien que á mi no me importa.

DON LUIS.

¿Y qué cosa?

DON MARTIN.

Un chisme, un cuento.

DON LUIS.

¿Secá algun otro delito  
De Inés?

DON MARTIN.

No, del caballero  
De Ocaña, don Claudio.

DON LUIS.

¿Y qué?

DON MARTIN.

Ayer encontré á un sujeto  
Que sabe todas sus maulas.  
Dice que no hay en Toledo  
Mayor calavera; dice  
Que entre los bailes, el juego,  
Las meriendas en el río,  
Las tremolinas y escesos  
Cotidianos, ha gastado  
Todo lo suyo y lo ajeno;  
Que le han heredado en vida  
Chalanes, bodegoneros,  
Rufianes y pelanduscas.  
¿Qué te parece?

DON LUIS.

Lo creo.

El muchacho es abonado  
Para todo.

DON MARTIN.

Yo celebro  
Mucho tu serenidad.

DON LUIS.

¿Qué quieres, que alborotemos  
La casa?

DON MARTIN.

No; pero...

DON LUIS.

A mí

Nada me coge de nuevo.  
Si es un bien, le sé gozar;  
Si es un mal, busco el remedio;  
Y si no le tiene, sé  
Sufrir, y sufro en silencio.

DON MARTIN.

Sentencias y mas sentencias,  
Muy erudito y muy lerdo.  
Ahí tienes á tu querida  
Inesita, al embeleso  
De su padre. Adios. *(Hace que se va.)*

## ESCENA XI.

DOÑA INES, DON LUIS, DON MARTIN.

DOÑA INÉS.

Señor...

Mucho me alegro de veros  
Juntos.

DON MARTIN.

¿Sí? Pues nos verás  
Separados al momento.  
*(Don Martín quiere irse, y le detiene  
doña Inés.)*

DOÑA INÉS.

No, señor, no os vais: delante  
De vos aclarar pretendo  
Un engaño que me ofende.

DON MARTIN.

Pues, sobrinita, ahí te dejo  
A tu padre. Cuanto quieras  
Le puedes mentir sin miedo;  
Anchas tragaderas tiene,  
Y tú un piquito muy bello.  
No haré yo falta.

DOÑA INÉS.

Esperad.

DON MARTIN.

Lo dicho dicho. Hasta luego.

## ESCENA XII.

DON LUIS, DOÑA INES.

DON LUIS.

¿Lloras, Inés?

DOÑA INÉS.

¿Pues, señor,  
No he de llorar? ¿Cómo puedo  
Sufrir una acusacion,  
Que apoya con tal empeño  
Mi tío?... ¿Seré insensible?...  
DON LUIS.

Eres muy niña, y el tiempo  
Te enseñará á conocer,  
Con dolorosos ejemplos,  
Que la inocente virtud  
Es muchas veces objeto  
De la envidia, la venganza,  
Y el encono mas perverso...  
Pero, Inés, para vencer  
Todo su furor, tenemos  
Una conciencia segura,  
Y hay un Dios que la está viendo.

DOÑA INÉS.

¡Padre!

DON LUIS.

¡Mi querida Inés!  
*(Abrazando á doña Inés.)*

DOÑA INÉS.

Pero ¿sabeis el suceso?

DON LUIS.

Lo sé, nada ignoro ya.  
Todo cuanto me dijeron  
Contra ti, calumnia ha sido.  
Tu padre está satisfecho:  
¿Quieres mas?

DOÑA INÉS.

Eso me basta.

DON LUIS.

Era imposible un esceso  
Tan culpable en tu prudencia,  
En tu decoro, en tu honesto  
Proceder... Con que ya ves  
Que el llorar no viene á cuento;  
A no ser que... Pero no.

DOÑA INÉS.

¿Qué decís?

DON LUIS.

Que fueran celos.

DOÑA INÉS.

¡Celos! ¿Y de quién? ¿De un hombre  
Tan aturcido, tan lleno  
De extravagancias?

DON LUIS.

Seria

Mucha locura, en efecto.

DOÑA INÉS.

Bien sabeis lo que os he dicho  
Acerca de él, lo que pienso  
De su conducta, y que solo  
Pudiera vuestro precepto  
Obligarme...

DON LUIS.

No, hija mía.

¿Obligarte? No lo intento.  
Tu padre es tu amigo, y quiere  
Que vivas feliz... ni debo  
Corresponder de otro modo  
A tu amor y tu respeto.  
No te casarás con él,  
No será tu esposo un necio  
Sin virtud y sin honor.  
El sale.

DOÑA INÉS.

Me voy adentro,  
Si lo permitís.

DON LUIS.

¿Ni verle

Quieres?

DOÑA INÉS.

Señor, no lo puedo  
Remediar, es insufrible.

## ESCENA XIII.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

DON CLAUDIO, *aparte.*

¿Aun no se ha marchado el viejo?  
¿Que posma!

DON LUIS.

¿Y qué es lo que escribe

Tu padre?

DON CLAUDIO.

Que se ha resuelto  
A venir, y que mañana  
Por la noche nos veremos,  
O esotro día á comer.

DON LUIS.

Gran placer me da con eso.

DON CLAUDIO.

Y á mí.



DON LUIS.

Somos muy amigos...  
Y habrá diez años, lo menos,  
Que no le he visto... si habrá.

DON CLAUDIO, *aparte*.

¿Por que no se estará quieto  
En su lugar?

DON LUIS.

¿Qué decías?

DON CLAUDIO.

Nada, que estoy muy contento.

DON LUIS.

Pues es menester que tú,  
Mañana en amaneciendo,  
Montes á caballo y vayas  
A recibirle. Este obsequio,  
Como que sale de tí,  
Le agradará.

DON CLAUDIO.

Ya lo veo,  
Pero yo... Si puede ser  
Que se detenga en Ciruelos.

DON LUIS.

Y bien, allí le hallarás.

DON CLAUDIO.

Es que el cura es algo nuestro :  
Como primo de mi madre  
Viene á ser... Sí, dicho y hecho,  
Primo... no hay mas que son primos.

DON LUIS.

¿Y qué importa el parentesco  
Para que salgas mañana

DON CLAUDIO.

Es que si... Pero no puedo  
Ciertamente, porque...

DON LUIS.

¿Tienes

Que visitar al enfermo  
De anoche? Perico irá  
Contigo... Ve disponiendo  
Lo que hubieres menester.  
Si quieres mis dos podencos,  
Te los daré.

DON CLAUDIO.

¿Para qué

Tengo de llevar los perros?

DON LUIS.

Para cazar.

DON CLAUDIO.

Yo no gusto

De cazar.

DON LUIS.

Pues no por eso  
Te detengas, no los llesves.

DON CLAUDIO.

¿No es mejor estarnos quedos,  
Si él al cabo ha de venir?

DON LUIS.

Pues porque ha de venir, quiero  
Que salgas á recibirle ;  
Si no viniera, ¿á qué efecto  
Era el salir?

DON CLAUDIO.

(Ap. ¿Qué manía !)

Si estoy sin botas.

DON LUIS.

Yo tengo

Botas, y te las daré ;  
Y espuelas, y silla, y freno,  
Y látigo... No hará falta  
Nada, nada.

DON CLAUDIO,

Lo agradezco.

¿Y dónde he de hallarle?

DON LUIS.

Tú

Sigue el camino derecho,  
Y al cabo darás con él.  
Ello es menester hacerlo ;  
Con que á las cuatro podrás  
Salir, y gozas el fresco  
De la mañana.

DON CLAUDIO.

Si está

Nublado.

DON LUIS.

No tengas miedo.

DON CLAUDIO.

¿Y si en medio de esos trigos  
Nos descarga un aguacero?

DON LUIS.

Llevar las capas.

DON CLAUDIO.

Estoy

Tan malo...

DON LUIS.

¿De qué?

DON CLAUDIO.

Del pecho.

DON LUIS.

¡Aprension! Luego que salgas  
Al campo, te pones bueno.  
(Vase por la puerta del lado derecho.)

## ESCENA XIV.

DON CLAUDIO, DOÑA CLARA.

DON CLAUDIO.

Se fué... ¡Cuidado que es chasco !  
¡Se habrá visto tal empeño !

DOÑA CLARA.

Aguardando que se fuera  
He estado para poderos  
Hablar.

DON CLAUDIO.

Pero ¿y don Martin?

DOÑA CLARA.

Está en su cuarto escribiendo ;  
No hay que temer.

DON CLAUDIO.

No volvamos

A la de marras.

DOÑA CLARA.

Ya dejo

Centinela.

DON CLAUDIO.

Pues, amiga,  
Este don Luis es un terco.  
Pues no le ocurre al maldito...

DOÑA CLARA.

Ya lo sé ; si he estado oyendo  
La disputa.

DON CLAUDIO.

Y bien, ahora

¿Qué se ha de pensar, qué haremos?  
Mi padre viene... Por fuerza  
Viene... ¡Toma! Ya le siento  
Llegar.

DOÑA CLARA.

Por eso conviene  
Aprovechar los momentos.

DON CLAUDIO.

Pero si quiere que salga  
Mañana.

DOÑA CLARA.

Yo ya le entiendo.

El nos quiere separar ;  
Es malicioso en extremo...  
Y el fuego de amor, don Claudio,  
Mal puede estar encubierto.  
Pero en fin, á vos os toca,  
No á mí, procurar los medios  
Mas conducentes. Obrad  
Con actividad, y espero  
En Dios que ha de coronar  
Nuestros designios honestos.

DON CLAUDIO.

Ya se ve, que aquí no vamos  
A hacer ningún gatuperio,  
Sino á casarnos no mas ;  
Solo que yo me recelo...

DOÑA CLARA.

¿Qué recelais?

DON CLAUDIO.

¿Qué sé yo?

Pero, amiga, si me meto  
En este embrollo y después  
Lo huelen... Como tenemos  
Tantos avizoradores  
Encima, y como...

DOÑA CLARA.

¿Qué necios

Temores en un amante!

DON CLAUDIO.

Y como después me quedo  
Solo, porque Periquillo  
Se va sin falta.

DOÑA CLARA.

¿A qué efecto

Se va, ó adónde?

DON CLAUDIO.

A Madrid,

Sobre encargos que le ha hecho  
Mi padre, y para que lleve  
Al abogado unos pliegos  
Que importa que no se pierdan.  
Porque como tiene el pleito  
Con el alcalde mayor  
Dos años ha sobre aquello  
De la villa del Juncar...  
Y el agente es un mostrenco,  
Que está la mitad del año  
Fuera, y la mitad enfermo,  
Quiere que Perico vaya  
A ver...

DOÑA CLARA.

¿Y lo dejaremos

Así, don Claudio? Y si el otro  
Se va, ¿no tendreis aliento  
Para nada?

DON CLAUDIO.

Sí, señora;

Pero es menester primero  
Ir allá á casa de un quidam, *don Juan*  
Para que le consultemos...

DOÑA CLARA.

Pues, don Claudio, en tales casos  
La prontitud, el secreto  
Y la prudencia...

DON CLAUDIO.

¡Prudencia!

Bastante prudencia tengo,  
Lo que sobra... Pero el diablo  
Lo enreda, y...

DOÑA CLARA.

Mirad que el tiempo

Es precioso, que mañana  
Os vais, que viene á Toledo  
Vuestro padre; á mí me quieren

Sepultar en un convento...  
No nos veremos jamás,  
Y re perdereis y os pierdo.

DON CLAUDIO.

Pues bien, al instante voy  
A salir, á ver si encuentro  
A ese muchacho.

DOÑA CLARA.

Avisadme

De lo que hubiereis dispuesto.

DON CLAUDIO.

De preciso.

DOÑA CLARA.

No perdais

La fortuna que os ofrezco;  
Hagamos las diligencias,  
Y obre Dios.

DON CLAUDIO.

¡Es gran proyecto!

Pero no se ha de lograr.

DOÑA CLARA.

Y si nosotros queremos,  
¿Quién lo ha de impedir? Mi padre  
Se pondrá furioso, y luego  
Habrá de ceder... Si acaso  
Temeis que os azote el vuestro...

DON CLAUDIO.

¿Qué me ha de azotar?... Sí, ¡toma!  
Mi padre es un pobre viejo,  
Con mas vanidad y mas  
Trampas, y anegado en pleitos  
Que le desnellan... Don Luis  
No sabe palabra de esto.  
Pero, amiga, si no fuera  
Porque es del ayuntamiento,  
Y á cuantos encuentra al paso  
Los lleva á la cárcel presos,  
Y luego sudan... ¡por fuerza!  
Para salir, no hay remedio...  
Si el año que por desgracia  
No multamos, no comemos.

DOÑA CLARA.

Pues bien, ¿qué os detiene?

DON CLAUDIO.

A mi

Me detiene... Yo me entiendo,  
Porque al cabo es un embrollo  
Del demonio, y tengo un miedo  
De que...

DOÑA CLARA.

Bien está, don Claudio.

Si vuestro amor fuera cierto,  
El diera resolucion  
Para mayores empeños.  
Ya os conozco; bien está.  
(*En ademán de irse. Don Claudio la detiene.*)

DON CLAUDIO.

Clarita, vaya.

DOÑA CLARA.

¡Perverso!

DON CLAUDIO.

¡Dorenilla!

DOÑA CLARA.

¡Seducor!

DON CLAUDIO.

Cye.

DOÑA CLARA.

No, no quiero veros.

DON CLAUDIO.

Calla, pobrecita mia.

DOÑA CLARA.

¡Ejadme. Adios.

DON CLAUDIO.

Acabemos

De una vez esas angustias,  
Y haya paz.

DOÑA CLARA.

¡Ay! ¡Cómo puedo

Hallar paz, si el corazón

Se rompe dentro del pecho!

¡Qué lejos estaba yo

De saber amar, qué lejos!

Sola, ignorante, apartada

De los lazos lisonjeros

Que ofrece el mundo, ¿quién pudo

Hacer que cayera en ellos?

Por vos mi quietud perdí;

Por vos, ingrato, me veo

Apartada de la senda

De perfeccion, y este ciego

Amor me arrastra, y no deja

Lugar al entendimiento.

¡Qué desengaño!... ¡Y qué tarde

Viene!... Pero ¿á quién me quejo?

Yo soy la culpada... Quise

A un hombre, y este es el premio...

Son fementidos, y vos

Falso, mas que todos ellos, (*Llora.*)

Cobarde, inflexible al llanto

De una infeliz.

DON CLAUDIO.

Por san Pedro,

Que no sé lo que me pasa,

Ni á qué son esos estremos;

Si digo que voy allá,

Que entre los dos... En efecto.

Ello hoy mismo se ha de hacer;

Yaunque después eche ternos

Vuestro padre, y rabie el mío,

Y don Luis se caiga muerto;

Si nos casamos, de todo

Lo demás se me da un bledo.

Y no haya mas, ni lloreis

Así, que ya me enternezco...

¡Cáscaras! Si estoy que no

Me llega la ropa al cuerpo

Hasta ver en qué quedamos...

Voy á la consulta, y vuelvo.

(*Se va don Claudio por la puerta de la*

*derecha. Doña Clara sonriéndose se*

*enjuaga las lágrimas, y se va por el*

*lado opuesto.*)

DOÑA CLARA.

Anda con Dios... Ya parece

Que se le ha quitado el miedo.

Valen mucho unos suspiros

Bien ponderados y á tiempo.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

Rendido estoy. ¡Qué malditas  
(*Siéntase.*)

Callejuelas! Empinadas,

Tuertas, angostas... ¡Por cierto

Que los trabajos que pasa

El que sirve á un loco!... Pero,

Como dicen en Ocaña,

A buen bocado, buen grito.

¡Oh señorita!

(*Sale doña Clara. Perico se levanta.*)

DOÑA CLARA.

¿Aquí estabas?

PERICO.

Vengo en busca de don Claudio,

Que me dijo...

DOÑA CLARA.

No está en casa.

PERICO.

Si me dijo que viniese  
Volando, que me esperaba...

DOÑA CLARA.

Pues no ha venido.

PERICO.

A buscarle.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

DOÑA CLARA.

Pero ¿en qué estado se hallan  
Esas cosas? ¿Qué ha resuelto?

PERICO.

¡Ay, señora de mi alma!  
Que don Luis nos descompone  
Nuestro plan.

DOÑA CLARA.

No temas nada.

PERICO.

¡Ay, señora! que mi amo  
En cada paso se atasca,  
Se atolondra... Hemos corrido  
La ciudad y su comarca  
Buscando á un cierto don Lucas,  
Muy amigo y camarada,  
Hombre de bien, si los hay,  
Que para estas zalagardas  
De bodorrios clandestinos  
No tiene igual en España.  
Le hablamos, nos dió un consejo,  
Y en verdad que no se halla  
Otro mejor.

DOÑA CLARA.

Pues á mí

Me ocurre... Si... Y eso basta.  
Una obligacion...

PERICO.

Seguro.

DOÑA CLARA.

De matrimonio, firmada  
Por los dos...

PERICO.

Pues, si es la idea

De don Lucas.

DOÑA CLARA.

Si llegara

El caso de que mi tío  
Maliciase lo que pasa,  
Hecho y firmado el papel...

PERICO.

Hatillo, y salto de mata.

DOÑA CLARA.

Bien que... Mira, de ningún  
Modo ha de salir mañana.

PERICO.

Se entiende.

DOÑA CLARA.

Y si nos apuran,

Fuga, depósito...

PERICO.

¡Oh Clara

Prudentísima y sutil!

Eso ha de ser.

DOÑA CLARA.

Si le falta

Dinero...

PERICO.

¿No ha de faltarle?

Pues bolsa mas apurada  
Que la suya ¿quién la vió?



DOÑA CLARA.

Yo tengo algunas alhajas  
Que empeñar, cuyo valor  
Para cuanto ocurra alcanza;  
Y una vez fuera de aquí,  
Y libre de esta canalla  
Que me cerca...

*(Al ver doña Clara á don Martin, que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la acción.)*

Solo siento,  
¡Sábalo Dios!... que no hayan  
Seguido mi parecer.  
Yo he querido ser descalza,  
Porque á mas austeridad,  
Mayor corona se aguarda;  
Pero en mí no hay albedrío,  
Y debo hacer lo que manda  
Mi papá.

PERICO.

¿Y á qué demonios  
Viene?... ¡Hay hembra mas bellaca!  
*(Ve á don Martin, y finge igualmente no haberle visto.)*

Y dice bien que es locura.  
Una niña delicada  
Como vos... ¡Eh! no, señor:  
Las penitencias relajan  
La salud, siendo escesivas (4).  
Ya probareis lo que anda  
Por allá, y en siendo monja  
Negra, cenicienta ó blanca,  
Calzada y todo, vereis  
Qué trabajosillos se pasan.  
¡Es cosa de chirinola  
Vivir siempre emparedada?  
Sin una pizca de coche,  
Sin un palmo de ventana?  
¡Comer en cifra y cenar  
Acelgas y remolachas?  
¡Ahí es un grano de anís!

DOÑA CLARA.

Con ese lenguaje engaña  
El enemigo á los hombres.  
Difícil nos pinta y ardua  
La senda del bien, y así  
Del sumo bien nos aparta.

## ESCENA II.

DON MARTIN, DOÑA CLARA, PERICO.

DON MARTIN.

Vamos, niña, ya te he dicho  
Que estos extremos me cansan.  
Pues no, bien claro te habló  
El padre fray Gil... ¡No es nada!  
¡Capuchinita se quiso  
Meter! Es cosa muy santa,  
¿Quién lo duda? Pero debes  
Considerar que no alcanzan  
Todas una resistencia

(4) En las copias se encuentra la siguiente variante.

Y no es mala circunstancia  
Para ser bueno, estar bueno;  
No pienso que Dios se enfada  
Porque gastemos zapatos,  
O chinelas, ó alpargatas.  
Además que en siendo monja  
Negra, cenicienta ó parda,  
Calzada y todo, vereis  
Qué trabajosillos se pasan.  
¡Es cosa de chirinola  
Vivir siempre emparedada?  
La castidad, la obediencia  
La pobreza voluntaria,  
Y estar maullando el latín  
De la noche á la mañana?  
¡Ahí es una bostaja!  
Y si echais la sobrecarga  
De mas ayunos, mas rezos,  
Cilicios y zurribandas,  
No hay monja para dos dias.

## OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

Tan grande y tan continuada  
Como allí se necesita.  
¿Qué la sucedió á sor Blasa  
De la Trasverberacion?  
Bien te acuerdas qué muchacha  
Tan robustona, tan fuerte...  
Perdió el color y las ganas  
De comer... Vómitos, flatos,  
Ya la purgan, ya la sangran,  
Ya va mejor, ya peor;  
Al año y medio que estaba  
En el convento, murió.

PERICO.

Don Martin, aconsejadla;  
Desimpresionadla bien.

DON MARTIN.

¿Quién eres tú?

PERICO.

Soy de casa,  
Periquillo.

*(Hace una cortesia, y se va por la puerta de la derecha.)*

DON MARTIN.

¡Ah! sí, el criado  
De don... Adios. Buena traza  
Tiene ese muchacho... No,  
Y en lo que te dijo hablaba  
Como un libro. Con que vamos,  
Ya te he dicho que no hagas  
Calendarios, ¡eh! que estás  
Tristona y desmejorada  
De pensar en eso: ¿entiendes?

DOÑA CLARA.

Sí, señor.

DON MARTIN.

Después que vayas  
Conociendo aquellas cosas,  
Le darás á Dios mil gracias  
De estar allí. Y no te empieces  
Luego con extraordinarias  
Penitencias á afligir,  
No, señor... Ser moderada,  
Obediente, calladita,  
Acudir á lo que mandan  
Las superiores, tratar  
A las otras como hermanas...

DOÑA CLARA.

Si lo son en el Señor.

DON MARTIN.

Pues por eso digo. Amarlas  
Mucho... y no meterse en chismes  
Ni rencillas, nada, nada  
De eso. Ser muy puntual  
En todo aquello que encarga  
La regla; que solo en esto  
Estriba ser buena y santa.  
Porque si no, el enemigo...

DOÑA CLARA, *fingiendo escensiva timidez* (5).

¡Ay! el enemigo...

## (5) Dicen las copias.

DOÑA CLARA.

¡Ay padre! eso no... ¡Qué horror!  
Si estoy atemorizada  
De un ejemplo que he leído  
Muy espantoso.

DON MARTIN.

Dí, vaya:  
Dí el ejemplo, si te acuerdas.  
DOÑA CLARA.  
Pues dice que allá en Italia,  
En un convento de monjas  
(Yo no sé si eran bernardas).  
En un pasillo tenían  
Una cruz de Caravaca;  
Y una monja muy devota  
Luego que se levantaba  
Iba á hacer tres reverencias  
A la cruz cada mañana;

DON MARTIN.

Aguarda

La ocasion, y...

DOÑA CLARA.

¡Dios nos libre!

DON MARTIN.

Lazos y redes nos arma.

DOÑA CLARA.

Como el traidor solo busca  
La perdicion de las almas,  
La carne es frágil, y el siglo  
Todo engañifa y trampas...  
¡Ay, papá!

*(Asiendo de las manos á don Martin.)*

DON MARTIN.

Calla, hija mía.

No te atemorices, calla;  
Ten resolución, que el diablo  
Se vuelve á puertas cerradas,  
Como dijo el otro.

DOÑA CLARA

¡SOMOS

Tan débiles!

DON MARTIN.

Vaya, vaya,  
No mas... ¡Qué diantre! No puede  
Uno decir la palabra  
Sin que... *(Ap. Pobrecita!...)* ¡Eh! voy  
A ver si tenemos cartas  
De Sevilla. Se lo dije  
A mi hermano, y como gasta  
Aquella sorna, me hará  
Rabiar antes que las traiga.

Una vez dejó de hacerlas,  
Porque atravesó una gata  
Con un pedazo de congriso  
En la boca; ella irritada,  
Ya se ve, no se acordó  
De que allí la cruz estaba;  
Cogió un látigo, y marché.  
Las faldas arremangadas,  
Tras de la gata golosa;  
Y aquella misma semana  
Una leguita que había,  
De vida muy arreglada,  
Oyó de noche una voz  
Que dijo, como se hallaba  
En duda la salvacion  
De la madre sor fulana.  
Refirióse á la otra,  
La cual, viendo la amenaza  
Del cielo, se arrepintió  
De su culpa, y murió santa.

DON MARTIN.

¡Pues no te lo dije yo?  
Es menester mucha maña,  
Porque si no, el enemigo...

DOÑA CLARA.

¡Ay! el enemigo...

DON MARTIN.

Aguarda

La ocasion, y...

DOÑA CLARA.

Dios nos libre.

DON MARTIN.

En hallando descuidada  
A la pobre religiosa,  
Como él está siempre en arma,  
La destruye, y cuántas veces,  
Viendo que su astucia es vana,  
No pudiendo mas, las pilla  
Del hábito, las arrastra  
Por la celda, las azota,  
Las muerde, y luego las baja  
A la huerta, y las zambulle  
De cabeza en una charca!  
Pues mil veces lo he leído  
En los libros: no, no es chanza.

DOÑA CLARA.

¡Ay, papá!

DON MARTIN.

Pero estas cosas  
A quien de veras se aparta  
Del mundo, no deben darle  
Susto ni desconfianza:  
Al contrario, ten valor,  
Que hallándote preparada,  
El diablo poco podrá  
Ofenderte.

DOÑA CLARA.

Dios lo haga.

DOÑA CLARA.

La mano, papá.

(Se arrodilla, y le besa la mano.)

DON MARTIN.

Adios, niña.

DOÑA CLARA.

El nos conserve en su gracia.  
Voiame á la oracion mental,  
Que hoy viernes será muy larga.

ESCENA III.

DON MARTIN, DON CLAUDIO.

DON MARTIN.

Esto se llama virtud,  
Lo demás es patarata.  
Ya se ve, todo consiste  
En una buena enseñanza.  
(Al irse don Martin por la puerta de la derecha, tropieza con don Claudio, que sale apresuradamente.)  
¡Hombre, qué!... Pero ¿por qué  
No intras?..

DON CLAUDIO.

No reparaba.

DON MARTIN.

Reparar.

DON CLAUDIO.

Vengo de prisa.

DON MARTIN.

¡Calavera!

DON CLAUDIO.

Como entraba

De prisa.

DON MARTIN.

¿Y á qué vendrán  
Esas prisas?

DON CLAUDIO.

¿Quién pensara  
Que estuvierais tan al paso?

DON MARTIN.

¡Badulaque! (Vase.)

DON CLAUDIO.

Nada falta

Sino que Perico venga,  
Y acabemos la maraña.  
Periquillo, ¿estás ahí?  
(Se entra en su cuarto, y cierra por dentro.)

ESCENA IV.

DOÑA CLARA, DON LUIS.

DOÑA CLARA.

Don Claudio... digo... Yo entrara,  
(Se encamina al cuarto de don Claudio, halla cerrada la puerta, duda y observa por un lado y otro si alguien la ve.)

Pero... cerró... No, no puede  
Ser... Si me espero á que salga...  
Todo es peligros... ¡Que vida  
Esta tan desesperada!  
Preso, oprimida, estudiando  
Tantum templi y laudo laudas,  
Y quis vel qui... Pero no,  
No perdamos la esperanza:  
Por hoy paciencia, que ya  
Será otra cosa mañana.  
Pues, ¿no lo dije?

(Mirando á la puerta del lado derecho,  
por donde sale después don Luis.)

DON LUIS.

¿Qué buscas?

DOÑA CLARA.

¡Válgame Dios!

(Hace que busca por el suelo alguna cosa, después quiere irse, y don Luis la detiene.)

DON LUIS.

¿Qué?

DOÑA CLARA.

Buscaba

Una estampa muy devota  
Que me dio el padre Berlanga,  
Y ni sé dónde la... ni...  
¡Cuánto siento no encontrarla!

DON LUIS.

¿Te vas? Ven aquí.

DOÑA CLARA.

Señor.

DON LUIS.

Ven acá. ¿Por qué te estrañas  
Así? Cuando nos juntamos  
En la mesa no me hablas,  
Y después, ó estás metida  
En tu cuarto, ó si me hallas,  
Huyes de verme... ¿Qué es esto?  
¿Connigo tan enfadada?

DOÑA CLARA.

¿Enfadada? No, señor.

DON LUIS.

Al tiempo que te separas  
De tu familia, y nos dejas  
Para siempre, ¿así me tratas?

DOÑA CLARA.

Perdon, mi querido tío,  
Perdon.

(Quiere arrodillarse, y don Luis lo estorba.)

DON LUIS.

¡Ay niña! levanta,  
Que no gusto de eso. Dime...  
Pero quisiera que hablaras  
Con ingenuidad. ¿Estás  
Contenta?

DOÑA CLARA.

Siento en el alma

Un gozo, que no es posible  
Explicarle con palabras.

DON LUIS.

Yo presumí que el temor  
A tu padre fuese causa  
De callar y darle gusto,  
Aunque hubiese repugnancia  
En ti.

DOÑA CLARA.

¡Cómo! No, señor.

DON LUIS.

Las hijas bien educadas  
Hacen tales sacrificios  
Muchas veces.

DOÑA CLARA.

En mi falta

Ese mérito.

DON LUIS.

¿Por qué?

DOÑA CLARA.

Porque no me venzo en nada.  
Doy gusto á mi padre, y yo  
Mi vocación.

DON LUIS.

¡Cosa estraña!

DOÑA CLARA.

¿Pues esto os puede admirar?  
No lo entiendo.

DON LUIS.

Una muchacha

Bonita, de genio alegre,  
Que por instantes aguarda  
Heredar un patrimonio  
En que mire asegurada  
Su fortuna, ¿se desprende  
De todo, renuncia tantas  
Felicidades, se encierra  
En una celda, se aparta  
Del mundo? No hay medio, ó es  
Muy embustera ó muy santa.  
Pero dime, si no es esa  
Tu inclinacion, ¿por qué engañas  
A quien te puede servir,  
A quien te quiere en el alma  
A pesar de tus defectos?  
¿Aun no te dan estas canas  
Bastante seguridad? (6)

DOÑA CLARA.

Pero ¿quién os dice...

DON LUIS.

¡Ingrata!

DOÑA CLARA.

¿Por cuántos medios procura  
El enemigo que caiga  
En el pecado!... Pues no,  
No ha de rendir mi constancia;  
Que Dios...

DON LUIS.

Oyes, niña, mira

(6) En las copias prosigue así:

DON LUIS.

Si tu padre por su rara  
Condicion te da temor,  
¿Por qué á mi no me declaras  
Tus intenciones? ¿Soy yo  
Tu enemigo? ¡Qué! ¿no bastan  
El parentesco, la edad,  
El amor, las circunstancias  
Que ocurren para que dejes  
Connigo de ser ingrata?  
¿No me dirás la verdad?

DOÑA CLARA.

Yo, señor, no oculto nada.

DON LUIS.

Pero si la suerte hiciese  
Que se te proporcionara  
Alguna colocacion,  
Pudiera...

DOÑA CLARA.

¿Yo ser casada?

No, señor.

DON LUIS.

¿Tanto aborreces  
Ese estado?

DOÑA CLARA.

Soy muy mala;  
Soy muy mala, sí, señor:  
Dejadme, que Dios me llame  
Por esta senda; dejadme;  
Allí el mérito se labra  
Con la mortificacion;  
Allí viviré apartada  
Del siglo, donde es peligro  
Todo é ilusiones vanas.

DON LUIS.

Sí, donde todo es peligro  
É ilusioi, y donde tantas  
Virtudes verás tambien,  
Virtudes las mas sagradas  
Que inspira naturaleza;  
Virtudes que al contemplarlas  
Con atencion, se ve en ellas  
La felicidad cifrada  
De los estados; virtudes  
No estériles, no encerradas  
En un sepulcro. ¿Qué orgullo  
Es el nuestro? ¡Oh! ¡Qué ignorancia!  
Unos solo ven error  
En el claustro; desgraciadas  
Victimas, celo imprudente,  
Seducción, vana observancia.  
Ambicion, desobediencia  
Al principio; otros se apartan  
Del mundo para lograr  
El derecho que buscaban  
De abominar á los hombres;  
Nada es bueno si no alcanzan  
Su aprobacion: solo en ellas  
La virtud se ve extractada.  
¡Ah! quien de veras la busque,  
Confesará que se halla



Que yo no gusto de maulas.  
¿A mí te vienes con frases  
De mision?... ¡Eh! no me hagas  
Enfadar. Si yo te falto,  
¿Quién con mayor eficacia,  
Con mas cariño, sabrá  
Defenderte de la estraña  
Tenacidad de tu padre,  
Vencer su cólera, y cuantas  
Ocasiones se presenten  
Oportunas emplearlas  
En tu favor?... Este empeño,  
Nacido de su ignorancia,  
Y el plan que has seguido, haciendo  
La gazmoña y la beata,  
Te han reducido á tal punto,  
Que no sé yo cómo salgas;  
Pero al fin es tiempo ya  
De que se acabe esta farsa;  
Es tiempo de que conozca  
Tu padre que no te agrada  
La vida contemplativa;  
Que tu inclinacion te llama  
A otro estado en que podrás  
Vivir contenta y honrada,  
Y servir á Dios sin tocas,  
Sin hábitos ni alpagatas,  
Como buena madre y buena,  
Esposa, y buena cristiana.

DOÑA CLARA.

¡Yo! ¿Qué decis?... *del*

En una y en otra parte,  
A pesar de cuanto claman  
La impiedad y el fanatismo;  
Verá cuán pura y cuán santa,  
Cuán humilde es la virtud;  
Y si en él acaso falta,  
Verá á lo menos que debe  
Conocerla y adorarla.

DOÑA CLARA.

Ya sé que en cualquiera estado  
Que se examine se hallan  
Muchos siervos del Señor;  
Este elegí, porque adapta  
Mas á mi genio.

DON LUIS.

Tu genio  
No es para este estado, Clara.

DOÑA CLARA.

Pero, señor.

DON LUIS.

Bien; si estás determinada  
A fingir, á seducirme,  
Sobrina, en vano te cansas.

DOÑA CLARA.

Pues ¿qué motivos he dado?

DON LUIS.

Vuelvo á decirte que nada  
Conseguirás; te conozco:  
Con una apariencia falsa  
De virtud quieres burlarme;  
Porque estás acostumbrada  
A hacerlo con los demás;  
Quien escuche tus palabras  
Te abonará: quien atiende  
A tus obras, no se engaña.

DOÑA CLARA.

¿Tantas inis maldades son,  
Que puedan?... *del*

DON LUIS.

Eres tan mala,  
Porque finges ser tan buena;  
Porque eres disimulada  
E hipócrita; porque en tí  
La impostura se disfrazo,  
La soberbia, el interés,  
El descaro, la venganza,  
Con el nombre de humildad,  
De fe, de piedad cristiana.  
Hija... y tal vez los malvados  
Logran seducir la incauta  
Gratuidad; pero en breve  
Tiempo la ilusión se acaba;  
Porque nunca el que carece  
De bondad sabe imitarla.

DOÑA CLARA.

Harlo persuadida estoy  
De que no á todos agrada  
Mi modo de proceder;  
Ya sé que algunos me infaman,  
Pero nunca presumí  
Que en vos, señor, encontrara  
Crédito su acusacion;  
En fin, sufro resignada:  
Hasta aquí... para alejarme  
De su vista poco falta.

DON LUIS.

Si no quiere

Entenderlo, si desbarra  
Como suele, en mí tendrás  
Todo el apoyo que basta,  
Y... Vamos, es menester  
No hacerse la mojigata,  
No mentir, no aparentar  
Perfecciones que te faltan...  
Tenerlas, ó no fingirlas.

DOÑA CLARA.

Pero, señor...

DON LUIS.

Si llegaras

A ocultar (que no es posible)  
Toda la flaqueza humana  
Con diabólico artificio,  
Que el vulgo ignorante aplauda;  
Aunque seduzcas al mundo,  
¡Infeliz! á Dios no engañas.

DOÑA CLARA.

Pero ¿no sabré de dónde  
Nace este error? ¿Qué malvada  
Lengua os informa de mí?  
¿Quién me calumnia y me infama?  
Pero no... Yo la perdono;  
Es mi prima, y eso basta,  
Y antes perderé la vida  
Que ofenderla.

DON LUIS.

¿Qué artimaña

Es esa? ¿A qué viene ahora  
Mezclar á tu prima en nada?

DOÑA CLARA.

Es muy diverso su modo  
De pensar; es muy contraria  
A su conducta la mía.

Cada accion, cada palabra  
Que advierta en mí, pensará  
Que es una censura amarga  
De sus deslices... ¡Qué mal  
Me conoce! ¡Qué mal paga  
Mi cariño!... Pues si somos

Frágil barro, ¿quién estraña  
Que ceda á la tentacion  
El mas prevenido, y caiga?  
Y cuando para sufrirla  
Los vinculos no bastaran  
De la sangre, ¿olvidaría  
Yo la caridad cristiana?...  
¿No sabré (si Dios me asiste)  
Padecer y perdonarla?

DON LUIS.

Acabemos, lengüecita  
De vibora, que me falta  
Ya el sufrimiento... Si quieres  
Hacer el papel de santa  
Bendita, con ese amor  
Y esa caridad que gastas,  
Vete, que en vez de engañarme,  
Cólera y tedio me causas.

(Doña Clara hace una reverencia en ademán de irse. Don Luis la coge de la mano, se reprime, y la habla con expresion cariñosa.)

Mi amistad, mi proteccion  
Te ofrezco, y todo se acaba  
Si quieres ser con tu tío  
Humilde, sencilla y franca.  
Yo disiparé el peligro  
Urgente que te amenaza;  
Yo haré que ni la opinion  
Pública te culpe en nada,  
Ni tu padre se disguste  
A vista de tal mudanza.  
Jóvenes hay en Toledo  
De buena sangre, de honradas

Prendas, y alguno hallaremos  
Para tí.

DOÑA CLARA.

¿Qué temeraria

Proposicion!

DON LUIS.

¿Cómo?

DOÑA CLARA.

¿Yo,

Señor?...

DON LUIS.

¿Pues qué?

DOÑA CLARA.

¿Yo casada?

DON LUIS.

¿Con que no?

DOÑA CLARA.

Conozco y huyo

Las vanidades mundanas...

Tengo ya mejor esposo.

DON LUIS.

Bien está.

(Inquieto y reprimiendo el enojo.)

DOÑA CLARA.

Que no se cansa

De amar.

DON LUIS.

Muy bien.

DOÑA CLARA.

Y con premios

Eternos corona y paga  
Los afanes de esta vida  
Transitoria.

DON LUIS.

¿Si? Pues anda...

Vete de aquí... Y nunca, nunca  
Me vuelvas á hablar palabra...

DOÑA CLARA.

Bien, señor.

(Hace una cortesía, y se va.)

DON LUIS.

Nunca, porque

No sé si tendré templanza  
Para sufrirte... ¡Embustera!  
¡Oh virtud, cómo te ultrajan! (7)

## ESCENA V.

DON LUIS, PERICO.

PERICO.

Ahí he encontrado en la puerta  
A un mozo con esta carta  
(Le da una carta.)

De parte de... ¿Cómo dijo?

De...

DON LUIS.

¿De don Juan de Miranda?

PERICO.

Cierto... que ha venido incluso

(7) En las copias concluye así esta  
escena:

DON LUIS.

¿Qué pérdida obstinacion!  
Este silencio que guarda  
Ya es un sistema: don Claudio  
Debe salir sin tardanza;  
Si se detiene, hay peligro.  
Fuera un absurdo casarla  
Con él; Oh, si yo pudiese  
Hacer dilatar su entrada  
En el convento! Esta herencia  
Podría proporcionarme  
Un partido ventajoso;  
Pero su padre...

PERICO.

Deo gratias.  
Señor don Luis, ahí me han dado  
En la estafeta esta carta  
Para vos.

En otra que le enviaba  
El mismo sujeto.

DON LUIS.

Si.

PERICO.

Que perdones la tardanza,  
Porque hoy ha comido fuera,  
Y no ha vuelto por su casa  
Hasta las tres.

DON LUIS.

¿No te ha dicho

Don Claudio...

PERICO.

¿Lo de la marcha?

Si, señor, si ya está todo  
Prevenido.

DON LUIS.

La criada

Se levantará temprano...

Oyes, y quiero que vayas

Con él. ¿Entiendes?

(Vase don Luis por la puerta del lado  
izquierdo.)

PERICO.

Ya estoy.

### ESCENA VI.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

¡Calle! que tiene cerrada  
La puerta.

(Se acerca á la puerta de don Claudio,  
y hallándola cerrada llama.)

¡Señor!... Perico.

DON CLAUDIO.

Vamos, que ya te esperaba  
Con impaciencia.

PERICO.

¿Y qué ha habido?

DON CLAUDIO.

Que está la paz ajustada  
Con el prendero. El se lleva  
Las cosas algo baratas,  
Pero al cabo yo no había  
De poder desempeñarlas,  
Con que... Y sobre todo, habiendo  
Apuros, nadie repara.  
¿Y la vieja?

PERICO.

Mi señora

Doña Brígida Menchaca,  
Viuda reverenda, dice,  
Que hará lo que se la manda,  
Por caridad, por serviros,  
Porque no quiere que haya  
Escándalos...

DON CLAUDIO.

Muy bien.

PERICO.

Pero,

Digo que allí no se trata  
Mas de que por una noche  
Tenga la niña posada  
Segura, y al otro día  
Testigos, clérigo, y arda  
Bayona.

DON CLAUDIO.

Pues ya.

PERICO.

Y supongo  
Que tenemos despachada  
La escritura del papel.

DON CLAUDIO.

Aquí está. (Da un papel á Perico.)

PERICO.

¡Viveza estraña!

DON CLAUDIO.

Ahí he puesto los regalos  
Que la hago yo. Doña Clara  
Pondrá lo que á mi me dé,  
Firma luego, y santas pascuas.

PERICO.

(Lee el papel y le guarda.)

«Yo, don Claudio Meliton Perez y  
Perez, caballero hijodalgo, natural de  
Ocaña; y yo, doña Clara Francisca Bus-  
tillo, doncella toledana. Estando en  
perfecta salud y con nuestro cabal en-  
tendimiento, hacemos de mancomun la  
presente obligacion de contraer hime-  
neo marital y consorcio de primeras  
nupcias, al instante, ó cuanto mas  
presto fuere posible; que tal es nues-  
tra última voluntad. Y queremos ser  
obligados por justicia, si alguno de nos-  
otros se llamase antana, lo que Dios  
no quiera ni permita, amén. Y amén de  
esto nos hemos dado mano y palabra,  
y nos hemos dado otras frioleras, las  
cuales van puestas al fin de esta es-  
critura, por modo de inventario. Fecha  
en Toledo, etc.—Yo don Claudio Me-  
liton Perez y Perez, caballero hijodal-  
go, natural de Ocaña.»

Lindamente, y está todo  
Dicho con suma elegancia.

¿Son estas las frioleras?  
(Don Claudio saca un envoltorio de pa-  
pel, y Perico le guarda.)

DON CLAUDIO.

Esas son.

PERICO, en ademán de irse.

Pues á buscarla.

### ESCENA VII.

LUCIA, DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO.

¿Qué tenemos, chica?

LUCIA.

Solo

Deciros que doña Clara  
Está que se desespera.

PERICO.

Pues ya voy á consolarla.

LUCIA.

Dice que si habeis resuelto  
Algo...

PERICO.

Y mucho, y que no falta  
Ya sino... (Hace que se va, y vuelve.)

Di, ¿la Inésita

Y su padre están de guardia,  
De modo que yo no pueda  
Entrar sin llevar sotana?

LUCIA.

No temas.

PERICO.

Es que al señor  
Don Luis, con aquella pausa  
Le tengo un miedo cerval.

LUCIA.

Cuando he venido quedaba  
En su cuarto; doña Inés  
Está cosiendo en la sala  
Del jardín.

PERICO.

¿Si? Pues logremos  
La ocasion, no se nos vaya.

### ESCENA VIII.

DON CLAUDIO, LUCIA.

LUCIA.

¿Y qué habeis dispuesto?

DON CLAUDIO.

Yo,

Mujer, no dispongo nada...  
Ello, ó me caso, ó el diablo  
Viene y tira de la manta.

LUCIA.

Es que don Luis... Pero cuenta,  
Que os lo digo en confianza...  
Cuidado.

DON CLAUDIO.

Bien.

LUCIA.

Ya lo sabe

Todo, y como...

DON CLAUDIO.

¡Qué desgracia!

LUCIA.

Lo sabe; pero...

DON CLAUDIO.

¿Lo sabe?

Vamos, ya me...

LUCIA.

Es que mi ama...

DON CLAUDIO.

No hay que hacer... Somos perdidos.  
Preciso... Salto de mata...  
¿Qué tengo ya que esperar?

LUCIA.

Pero escuchad lo que pasa,  
Y después...

DON CLAUDIO.

Cierto; y después

Vendrá el viejo, se lo planta  
Al otro viejo, y me meten  
Entre puertas, y...

LUCIA.

No hay nada

De eso. Al contrario. Don Luis  
Está en serviros, y trata  
De que os caseis.

DON CLAUDIO.

Pues ya estoy;

Por eso es toda la rabia.  
Porque él me quiere casar  
Con aquella remilgada  
De Inés, y yo no la quiero.

LUCIA.

Si no es eso.

DON CLAUDIO.

¿Y lo callabas,

Mujer?... ¿Y no me lo has dicho  
Dos horas ha?... Corre, llama  
A Perico.

LUCIA.

Si no es eso.

DON CLAUDIO.

Voy á ver si en la posada  
Encuentro mulas... Si, vamos,  
Si yo lo premeditaba,  
Si lo dije, si Perico  
Me ha metido en esta danza.

LUCIA.

Si no me quereis oír.  
Si es locura declarada



La que teneis. Si don Luis  
Está de enojo que salta  
Contra su hermano, porque  
Mete monja á doña Clara.  
Si el mismo don Luis me ha dicho  
Que era mejor os casarais  
Con ella. Si me mandó  
Que no os dijera palabra,  
Porque él sabrá disponerlo  
Con su hermano, sin que haya  
Peloterías, y os caseis  
De bien á bien. Si él se encarga  
De todo, ¿á qué viene ahora  
Esa furia?

DON CLAUDIO.

A que pensaba  
Que... Pero ¿es cierto, Lucía?  
No puede ser, tú me engañas.

LUCÍA.

No, señor.

DON CLAUDIO.

¿Con qué es verdad?

LUCÍA.

Yo se lo he dicho á mi ama...

DON CLAUDIO.

¿Y qué dice?

LUCÍA.

Como está  
Con don Luis tan enfadada,  
No lo ha querido creer.

DON CLAUDIO.

Pues ya se ve que eso es maua.

LUCÍA.

No, señor.

DON CLAUDIO.

Pues yo te digo

Que sí.

LUCÍA.

Pues yo me fiara  
De él, y fuera lo mejor.

DON CLAUDIO.

Lo mejor fuera afufarlas...  
No hay que hacer, si todas son  
Astucias y zalagardas  
De este don Luis ó este infierno.

### ESCENA IX.

PERICO, LUCÍA, DON CLAUDIO.

PERICO.

Ya tenemos despachada  
Esta comision. Lucía,  
La religiosa te llama  
Para no sé qué envoltorio;  
Corre.

LUCÍA.

Allá voy.

DON CLAUDIO.

Mira, aguarda.

*(Don Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darle. Al fin de la escena, don Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.)*

LUCÍA.

¿Qué mandais?

DON CLAUDIO.

Yo te diré.

LUCÍA, aparte.

Ya llegó la suspirada  
Flota. Ya tengo pañuelo.

DON CLAUDIO.

Me parece á mí...

LUCÍA.

¿Qué guapa

Estaré con él!

DON CLAUDIO.

Quisiera...

Es verdad que doña Clara...

LUCÍA.

¿Y qué tiene que ver ella  
Con eso?

DON CLAUDIO.

Ya, pero...

LUCÍA.

Vaya,

Señor, si ha de ser.

DON CLAUDIO.

Al cabo

Ello...

LUCÍA.

Me le haré de gasa.

DON CLAUDIO.

Pero no, no nos metamos  
En camisa de once varas.  
Vete, vete.

LUCÍA.

¡Haya pelon!

### ESCENA X.

DON CLAUDIO, PERICO.

DON CLAUDIO.

¿Y el papel?

PERICO.

Ella le guarda.

DON CLAUDIO.

¿Y qué te dió?

PERICO.

Veislo aquí.

*(Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.)*

¡Cosas tuyas! Tres medallas,  
Un par de ligas manchegas,  
Una cruz de Caravaca,  
Estas dos santas Teresas  
De barro, y una navaja.

DON CLAUDIO.

Bien... Pero ¿qué te parece?  
¿Hemos de salir mañana?

PERICO.

No por cierto.

DON CLAUDIO.

¿Y si don Luis

Aprieta?

PERICO.

Buenas palabras:

Que está bien, que es grande idea,  
Que sin que él os lo mandara  
Lo hubierais hecho, que apenas  
Haya luz saldreis de casa.

DON CLAUDIO.

¿Y luego?

PERICO.

Y luego cenais,  
Buenas noches y á la cama.  
Y después, cuando esté toda  
La familia sosegada,  
Inquietud, sudor, bostezos,  
Horripilacion y bascas.  
Me levanto, enciendo un cabo,  
Hago estrépito, se alarman  
Todos... ¿Qué será? Si es flato,  
Si es cólico, si es terciana...

Y cuando amanezca Dios  
(Esto es, á las once dadas)  
Os sentis algo mejor,  
Comeis poquito y sin ganas,  
Hablaís con voz enfermiza,  
Dormis una siesta larga,  
Y os quedais como si todo  
Hubiera sido una chanza.

DON CLAUDIO.

¡Oh! como tú no me faltes,  
Ningun peligro me atasca.

PERICO.

Sí, pero no os ataqueis  
Tampoco aunque yo me vaya,  
Porque no hay duda, he de irme.

DON CLAUDIO.

¿Tan presto?

PERICO.

De madrugada,  
No hay remedio. Ese maldito  
Demandadero me ataja  
Las callejuelas... Si vuelve  
Segunda vez y me halla,  
Nos destruye... Ahí en la esquina  
Le vi que se encaminaba  
Acia aquí: pude lograr  
Diciéndole no sé cuántas  
Mentiras, que se volviese.  
Pero si cojo la rauta,  
Entonces, ancha es Castilla...  
¡Ah! sí, ya no me acordaba  
De que hay que buscar los trastes.  
Voy allá.

DON CLAUDIO.

¿Para qué?

PERICO.

Para

Que don Luis se tranquilice.  
Viendo que ya se preparan  
Los chismes de cabalgar.  
El que vive de la trampa,  
Mi don Claudio, es menester  
Que no se descuide en nada.  
*(Vase al cuarto de don Claudio.)*

### ESCENA XI.

DON CLAUDIO, DON LUIS, DON  
MARTIN.

DON LUIS.

*(Saca un papel en la mano.)*

Mucho sentirá mi hermano  
Esta novedad... ¿Tú estabas  
Aquí?

DON CLAUDIO.

Sí, señor... ¿Qué diantre  
De papel será el que saca?  
¿Cuánto va...

DON LUIS.

Déjame solo.

DON CLAUDIO.

¿Cuánto va que la muchacha  
Se le ha dejado pillar?

*(Don Claudio se entra en su cuarto.)*

DON LUIS.

No sé qué medios me valgan  
Para templarle. Un carácter  
Como el suyo, que no guarda  
Moderacion, ni previene  
Ni tolera las desgracias.  
El viene aquí.

DON MARTIN.

Ya me han dicho  
Que has recibido una carta  
De Sevilla... Yo no entiendo...

A mí no me escriben nada,  
Ni una letra.

DON LUIS.

Si, porque  
Ha ocurrido una mudanza  
Bien imprevista... ¿Dijiste  
Al primo que se casaba  
Inesilla?

DON MARTIN.

No por cierto.  
Solo le escribí que Clara,  
Manifestando deseos  
De ser religiosa, estaba  
Resuelta á empezar muy pronto  
Su noviciado, y que...

DON LUIS.

Y basta

Eso para conocer  
Que tuvo razon sobrada  
De revocar su primera  
Disposicion.

DON MARTIN.

Con que... ¡Vaya!

Pues... A ver...

DON LUIS.

Toma.

*(Le da el papel á don Martin.)*

DON MARTIN.

En efecto,

Es una botarata  
De aquel hombre... Siempre fué  
Medio loco...

*(Después de haber leído, tira el papel  
sobre la mesa.)*

¿Quién pensara

Esta salida, después  
De tanto esperar y tantas  
Promesas?... Si me escribió  
Habrá dos ó tres semanas,  
Dicándome que sus males  
No le daban esperanzas  
De vida, que ya tenía  
Todas sus deudas pagadas,  
Y arreglado el testamento;  
Que á Clarita la dejaba  
Por heredera, y que... Yo  
Respondí dándole gracias,  
Como era razon...

DON LUIS.

Y en vista

Del aviso que le dabas,  
Debí de reflexionar  
Que estando determinada  
Clara á ser monja, sería  
Inútil favor nombrarla  
En el testamento; y quise  
Que su prima Inés gozara  
De esta merced, pues está  
Sin colocar... No es estraña  
Resolucion.

DON MARTIN.

Dices bien.

No hay cosa mas acertada...  
Y la niña lo merece,  
Lo merece. ¡Bribonaza!  
Desenvuelta!... Así va el mundo.  
¡La prenda de mis entrañas,  
La pobrecita, quedar  
De esta manera burlada!...  
¡Y el otro bruto salirnos  
Al cabo con la zanguanga  
De que no lo necesita!  
Y qué, ¿á mí no me hace falta? (8)

(8) Esta escena en las copias continúa del modo siguiente:

DON LUIS.

No por cierto.

## ESCENA XII.

EL TIO JUAN, DON LUIS, DON MARTIN.

TIO JUAN.

Muy buenas tardes, señores.

DON MARTIN.

¿Qué tenemos?

TIO JUAN.

Que me manda

Venir la madre San Pedro  
A decir á doña Clara,  
Que mañana por la tarde  
La Aragonesa ensaya  
Al órgano el villancico  
Que han de cantar en la octava...  
Es aquel de: *Pastorcillo,  
Pastorcillo, come y calla,  
Come y calla...* Con que dijo  
Que viniera y avisara,  
Para que...

DON MARTIN.

Bien.

TIO JUAN.

Pero ¿qué

Diré?

DON MARTIN.

Que bien, que mañana

Irà por allá.

TIO JUAN.

*(Hace que se va, y vuelve.)*

¿Os han dado

Una esquelita firmada  
De la abadesa?

DON MARTIN.

Tambien.

TIO JUAN.

No lo digo porque haga  
Falta, sino...

DON MARTIN.

Ya llevó

El dinero.

TIO JUAN.

Es que me encarga

La abadesa...

DON MARTIN.

¿Qué encargó?

TIO JUAN.

Que os dijera que no es tanta

DON MARTIN.

¿Con que no?

DON LUIS.

No, señor.

DON MARTIN.

Déjame, calla;

Déjame.

DON LUIS.

Pero ¿no puedes  
Gozar una descansada  
Vejez sin adquirir mas?  
Luego que profese Clara  
Quedas solo. Y lo que tienes  
¿Para ti solo no basta?  
Si bay disculpa á la avaricia  
Del hombre en la edad anciana,  
Es solo el amor paterno;  
Pero si ya asegurada  
La fortuna de los hijos,  
Aun quiero mas, aun se afana;  
Y á la orilla del sepulcro,  
Cuando ya le desamparan  
Todas las pasiones, solo  
El vil interés le abrasa,  
Muera aborrecido, muere  
Sobre su riqueza intacta.

DON MARTIN.

Dices bien, para morirte  
De sentimiento y de rabia  
No necesito dinero.

DON LUIS.

¿Respuesta mas adecuada!  
Por tu vida.

La urgencia, que haya de ser  
Hoy mismo.

DON MARTIN.

¡Desatinada

Prevencion!... Si ya le he dado  
El dinero.

TIO JUAN.

¿A quién?

DON MARTIN.

¡Machaca!

A don Sempronio.

TIO JUAN.

¿Y quién es

Don Sempronio?

DON MARTIN.

¿Qué pesada

Taravilla de preguntas!  
¡Vaya que el hombre me cansa  
De veras!

TIO JUAN.

Pero...

DON MARTIN.

Al hermano

De don Lorenzo... Aun no acaba  
De entenderlo.

TIO JUAN.

Es que no tiene

Tal hermano.

DON MARTIN.

Es que me enfada

De veras el señor Juan.

Váyase de aquí, ¿qué aguarda?

TIO JUAN.

Señores, lléveme Dios

Si yo entiendo una palabra...

Sobre que no hay tal hermano.

DON MARTIN.

Sobre que viene con ganas

De impacientarme... Si digo

Que estubo conmigo, vaya,

¿Qué replica?... Es un cojo,

Tuerto, cargado de espaldas,

Gangoso, muy hablador.

TIO JUAN.

¡Gangoso!... Si en esta sala

Di yo el papel á un mocito...

La verdad, yo estoy en brasas...

Quise volver, y le hallé

Ahi cerca. Dijo que estabais

Fuera; dije, que vendria

Después; dijo que escusara

El venir, porque estas noches

No soleis cenar en casa,

Y no os venis á acostar

Hasta las doce muy largas.

Con que yo...

DON MARTIN.

Pero ¿no ves

Cuánto disparate ensarta

Este menguado?

TIO JUAN.

Si el otro

Fué quien me dijo....

DON LUIS.

Apostara

Que te han hecho alguna burla.

DON MARTIN.

¿Qué burla? Si es que desbarra

Ése infeliz, y no sabe

Lo que está diciendo.

DON LUIS.

Calla,

Que hemos de ver si... ¡Perico



PERICO, desde adentro.  
¡Señor!

DON LUIS.

¡Perico!

### ESCENA XIII.

PERICO, DON LUIS, DON MARTIN,  
EL TIO JUAN.

PERICO.

¿Quién llama?

*(Al ver al tio Juan se sorprende, y hace ademán de buscar algo debajo de la mesa y entre las sillas.)*

TIO JUAN.

El es sin duda... No hay mas,  
Que es él.

PERICO.

No sé dónde paran  
Estas espuelas...

DON LUIS.

Escucha

Un recado.

PERICO.

Están atadas

Con un cordel.

*(Quiere volverse á entrar en el cuarto de don Claudio, pero don Luis le trae asiéndole del cuello.)*

DON LUIS.

Oye aquí

Primero.

PERICO.

Voy á buscarlas.

DON LUIS.

¿Quién es aquel don Sempronio  
Que dijo que le enviaba  
La abadesa?

PERICO.

Yo, señor,

¿Qué he de saber? No sé nada.

DON LUIS.

¿Con que no?

PERICO.

Cierto que no.

DON LUIS.

Si no lo dices, canalla,  
Te he de hacer ahorcar.

PERICO.

¿No mas?

DON LUIS.

Dilo al instante.

DON MARTIN.

Despacha.

PERICO.

¡Ah! demandadero indigno,  
¿Qué banderilla me plantas!  
No te lo demande Dios.

DON LUIS.

Vamos, cuando esta mañana  
Vino el señor, ¿á quién dió  
La esquila?

PERICO.

Bien escusada

Pregunta. ¿Pues no lo ha dicho?  
A mí.

DON MARTIN.

¿Y el otro fantasma  
Que vino por el dinero?

PERICO.

Yo fui.

DON MARTIN.

¿Con aquella pata?

PERICO.

Si, señor, y con aquel  
Parche y aquella casaca.

DON LUIS.

¿Picaron!... Cosa mas...

DON MARTIN.

Di,

¿Y el dinero en dónde para?

DON LUIS.

¿Qué hiciste de él?

PERICO.

¿Qué sé yo?

TIO JUAN

¡Vamos que el mocito es caña!

DON MARTIN.

¿Qué has hecho de él?

PERICO.

No le tengo

Aquí; dejadme que vaya

A casa de un conocido,

Y os le traigo sin tardanza.

DON MARTIN.

Pues corre.

*(Don Martín le da un envion para que se vaya. Don Luis le vuelve á asir, y queda entre los dos.)*

DON LUIS.

No hay que soltarle.

PERICO.

Pero iré bajo palabra

De honor.

DON LUIS.

O entrega el dinero,

O vas á pagar tus maulas

A un calabozo.

PERICO.

¿Qué empeño!...

DON LUIS.

Y en tanto que el señor llama

A la justicia...

TIO JUAN.

Allá voy.

*(Hace que se va, y vuelve.)*

PERICO.

Aquí está el dinero.

*(Saca un bolsillo, don Martín le toma, cuenta el dinero, y se lo guarda.)*

DON MARTIN.

Daca,

Ratero.

PERICO.

¡Ratero á mí!

DON MARTIN.

¿Y está todo?

PERICO.

Lo que falta

Don Claudio os lo pagará,

Que yo no me pringo en nada.

DON MARTIN.

Vamos á ver.

DON LUIS.

Pues, amigo,

Ya habeis visto lo que pasa;

Y así direis á las madres

Que cuando mi hermano salga  
Irá por allá.

TIO JUAN.

Está bien.

PERICO.

La del humo.

### ESCENA XIV.

DON LUIS, DON MARTIN, PERICO,  
DON CLAUDIO.

DON LUIS.

¡Buena alhaja

De mozo nos ha venido!

¿Y en estos enredos anda

Tu señor?

DON MARTIN.

¿Pues qué creías?

DON LUIS.

Nunca pensé que llegara  
A tal.

DON MARTIN.

Si, que el jovencito  
Es sujeto de esperanzas.

DON LUIS.

Pero es menester saber

Qué ha habido en esto, y qué... Llama  
A ese muchacho.

PERICO.

¡Don Claudio!

¡Señor don Claudio!

DON LUIS.

Esto pasa

De travesura, y es cosa

Muy seria para dejarla

Así.

PERICO.

Si pudiera yo

Entre tanto...

*(En ademán de quererle ir por la puerta del lado derecho.)*

DON LUIS.

No te vayas...

Quieto.

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO, saliendo de su cuarto.

¿Qué ocurre?

DON LUIS (9).

¿Para esto has venido á casa,

Claudio? Nunca te creí

Inclinado á tan villanas

Acciones. El hospedaje,

La amistad, la confianza,

¿Se pagan así?

DON MARTIN.

¡Bribon!

DON CLAUDIO.

Toma, ¿pues qué...

DON MARTIN.

¡Le matara

De un golpe!

DON CLAUDIO.

Maldito sea

El papel y... Yo pensaba

(9) Las copias dicen así:

DON LUIS.

¿Para esto has venido á casa,  
Claudio? ¿Así nos correspondes?  
¿Qué acciones son tan villanas  
Las tuyas, tan afrentosas  
En un hombre que se jacta  
De noble con tal empeño?  
¿Oh! la nobleza se gana  
Por obra, no por chubutas.  
¿Qué satisfacción preparas  
A mi hermano? ¿Así te burlas  
De todos?

Que no os pudiera ofender  
Tanto, tanto.....

DON LUIS.

¡Es buena gracia  
Por mi vida! ¿Te parece  
Que es para menos la chanza?

DON CLAUDIO.

Ya; pero en cumpliendo como  
Hombre de bien.

DON LUIS.

¿Y á qué llamas  
Cumplir como hombre de bien,  
Después de hacer una infamia?  
¿Qué dirá tu padre cuando  
Lo sepa? ¿No ves que basta  
Para quitarle la vida  
Esta pesadumbre?

DON CLAUDIO.

¡Vaya,  
Que lo ponderan!... ¡Mi padre!  
¿Cuánto va que no se enfada?

DON LUIS.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

DON CLAUDIO.

Pues digo bien; ya me cansa  
Tanto exagerar las cosas.  
¡Mi padre!... Pues apostara  
La cabeza á que mi padre  
Lo aprueba, y me da las gracias.  
Y sobre todo... ¡Cuidado,  
Que parece que me tratan  
Como á un chiquillo!... ¡Oh! Pues yo  
Por bien soy como una malva;  
Pero por mal... ¡Si querrán  
Que me acoquine, y les vaya  
A pedir perdon?... Parece  
Que es alguna cosa extraña,  
Segun se ponen.... La quiero;  
Ya se ve, me da la gana  
De quererla; ella me quiere  
Tambien á mí; con que pata.  
¡Toma!... El papel ya está hecho;  
Su padre quiso encerrarla;  
Ella no quiere ser monja  
Francisca, ni mercenaria,  
Ni dominica, ni alforja;  
Ha querido ser casada,  
Y se ha casado conmigo.

DON MARTIN.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué ha sido?

DON LUIS.

Calla,

Déjale hablar.

PERICO.

Si mi amo  
Está diciendo patrañas,  
Si sueña.

DON LUIS.

Calla, ó te mando

(Con impetu colérico. Perico se va  
atemorizado por la puerta de la iz-  
quierda.)

Tirar por una ventana....  
Vete de aquí.

DON CLAUDIO.

Digo bien.

Si no hay cosa que yo haga  
Que no se tilde y se riña.  
Pues yo bien quieto me estaba.  
El a quiso... ¿Yo qué había  
De hacer? ¿Dormirme en las pajas?  
Y el cabo que...

DON MARTIN.

Pero ¿cómo...

El cómo es cosa muy larga  
De contar... Que sois mi suegro,  
Cabalito, en dos palabras....  
Y lo que ha de ser por fuerza,  
Tomarlo de buena gana.

DON MARTIN.

Si....  
(Lleno de turbacion y de inquietud,  
llama acercándose á la puerta del  
lado izquierdo.)

¡Válgame Dios! No sé  
Lo que me sucede... ¡Clara!

ESCENA XV.

DOÑA CLARA, DON LUIS, DON MAR-  
TIN, DON CLAUDIO.

DOÑA CLARA.

Señor... Padrecito mio,  
¿Me llamais á mí?

DON CLAUDIO.

Te llama,  
Porque ya lo sabe todo.  
Entre los dos me majaban  
A sermones.... El papel  
Nos le han pillado: eso pasa.

DON MARTIN.

Ya lo comprendo.... ¡Dios mio!  
Déjame, que he de matarla.  
(Huye doña Clara, y se pone al lado  
de don Claudio. Don Luis detiene á  
su hermano, que hace ademanes de  
cólera.)

DON LUIS.

¿Qué vas á hacer?

DOÑA CLARA.

Claudio, presto,

Sácame de aquí.

DON MARTIN.

¡Malvada!...  
¡Hija inobediente!... ¡Así  
Lo que te quise me pagas?  
La he de matar.

DOÑA CLARA.

Al instante  
Llévame de aquí, ¿qué aguardas?  
El papel le tengo yo;  
Tu mujer soy, no tu dama;  
En cualquier parte hallaremos  
Proteccion.... Nada nos falta,  
Mientras yo viva á ninguno  
Necesitas.

DON MARTIN.

¡Desgraciada!  
(Don Martin, sintiéndose desfallecido,  
se apoya en la mesa. Don Luis le  
sostiene y le encamina á la puerta  
de la izquierda.)  
No puedo estar....

DON LUIS.

Mira, vete  
Allá adentro.... No adelantas  
Nada con verla.

DON MARTIN.

Es verdad....  
Pero has de hacer que se vayan  
Sin dilacion.

DON LUIS.

Bien.

DON MARTIN.

Que no  
Me pongan los pies en casa  
Nunca, nunca.

ESCENA XVI.

DON LUIS, DOÑA CLARA, DON  
CLAUDIO (10).

DON CLAUDIO.

Vamos.

(Don Claudio y doña Clara hacen  
ademán de irse por la puerta del  
lado derecho. Don Luis los detiene.)

DON LUIS.

¿Y adónde ireis?  
¿Cómo?

DOÑA CLARA.

El lo manda.  
No faltará quien nos quiera  
Recibir.

DON CLAUDIO.

Si aquí nos halla,  
Puede hacer un desatino.  
Vamos.

DON LUIS.

¿Quiéres que se añada  
El escándalo al absurdo  
Que habeis hecho?

DOÑA CLARA.

Estoy muy harta  
De sufrirlo.... ¿No habeis visto  
Cuánto le irrita que haya  
Pensado en casarme, como  
Cualquiera mujer se casa?  
¿No ha de tener esto fin?  
¿He de vivir siempre esclava?...  
Chico, vámonos... Y no,

(10) Toda esta escena y la siguiente  
se hallan muy diversas en las copias.  
Cuando doña Clara ve que la herencia  
ha recaído en su prima, esclama:

DOÑA CLARA.

¡Inés!  
Votová... Muero de rabia.

DON LUIS.

Si, que tal vez son visibles  
En la tierra las venganzas  
De un Dios oprimido, al:  
¿Qué te admira? Hija malvada,  
Hipócrita, si engañaste  
A tu padre, ¿qué esperabas  
Sino vivir infeliz?

DOÑA CLARA.

Es justo que le engañara.  
Ya habeis visto qué oprimida  
Me ha tenido, qué crianza  
Me dió: nunca perdonó  
A la edad, ni al sexo nada;  
Fué mi tirano; yo vi  
Que en fingir aseguraba  
Mi tranquilidad.

DON LUIS.

No sigas  
Adelante; calla, calla,  
Pérfida; para abonarte  
Ninguna disculpa basta.  
Tu padre no te ha sabido  
Dirigir, pero juzgaba  
Hacer lo mejor; tu padre  
Te educó con ignorancia,  
Pero le quise, le quise  
Tanto, que su amor llegaba  
A fanatismo: si fué  
En el principio estremada  
Su rigidez, en el modo,  
No en la intencion, se engañaba,  
.....  
Este yerro ha sido causa  
De tanto mal; pero tú  
Le vendiste! ¡Ah! tú le matas!  
Si, tú le matas, porque  
No opusiste la constancia  
A su vigor; la humildad  
Verdadera, no afectada,  
No sacrilega; la honesta  
Sencillez, prenda que falta  
A vuestro sexo engañoso:  
Esas son todas las armas  
Con que deshace una hija  
La furia mas obstinada  
De un padre; ya ves el premio  
De tu iniquidad; repara  
Que esposo te has elegido;  
Mira qué vida te aguarda:  
La miseria, el abandono,  
Los delitos acompañan  
Tu consorcio.



No temais que esto dé causa  
A escándalos. Hay papeles.  
Prendas, testigos que bastan  
A probar que es mi marido  
Y yo su mujer. Mañana  
A las ocho, con un sí  
Y una hendidon se acaba  
Todo, y entonces...

DON CLAUDIO.

¿Entonces?  
No han de pasar dos semanas  
Sin que me venga á pedir  
Limosna, y...

DON LUIS, con mucho enojo.

¡Picaro!

DON CLAUDIO.

Vaya,

Que... Pues digo bien; la herencia  
Viene... y en habiendo plata...

DON LUIS, tomando la carta que está sobre la mesa, se la da á doña Clara.

*Esta la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.*

Mira, infeliz, en qué estriban  
Tu orgullo y tus esperanzas.

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?... ¡Ay de mí! ¿Es posible?  
Moriré desesperada.  
¡Inés la heredera!

DON LUIS.

Sí,

El cielo quiere premiarla,  
Y á ti te castiga.

DON CLAUDIO.

¡Calle!

Pues cierto que...

DOÑA CLARA.

¡Desdichada!

DON LUIS.

¿Qué te admira? Si engañaste  
A tu padre, ¿qué esperabas  
Sino vivir infeliz?

DOÑA CLARA.

¡Qué miseria nos aguarda!

¡Que afrontas! Inés, llegó

El tiempo de tu venganza.

¡Ay! mi padre vuelve... ¿En dónde

Me ocultaré?

(Don Claudio y doña Clara se retiran  
al fondo del teatro.)

### ESCENA XVII.

DON MARTIN, DOÑA INES, DON LUIS,  
DOÑA CLARA, DON CLAUDIO.

DON MARTIN.

No, te cansas

En balde... No quiero verla.

DOÑA INÉS.

Pero, señor...

DON MARTIN.

Que se vaya,

Que se vaya, que me deje  
Morir.

DOÑA INÉS.

Pobre, abandonada  
De su padre, ¿adónde irá?

DON MARTIN.

Que no me mire á la cara  
Jamás.

DOÑA INÉS.

Prima, ven aquí,  
(Doña Clara se acerca tímida y confusa,  
y vuelve á retirarse al ver el enojo  
de don Martin.)

Llega, humíllate á sus plantas,  
Bésale la mano.

DON MARTIN.

Quita.

DOÑA INES.

Por mí, señor.

DON MARTIN.

Vete, aparta,

¡Hija indigna!

DON LUIS.

Pero, hermano,

Es menester perdonarla...

¿Qué quieres hacer?

DON MARTIN.

Que vea

Cuántas desdichas arrastra  
Su delito.

DOÑA INES.

Yo no puedo

Ver sin que me llegue al alma

La desgracia de mi prima...

¡He de tolerar que salga

De aquí con la maldición

De su padre, rodeada

De aflicción y de miserias?

Hambre, desnudez la aguardan,

Remordimientos crueles

Que al mal obrar acompañan...

No, si la virtud consiste

En acciones, no en palabras;

Hagamos bien... Padre mío,

No me neguéis esta gracia.

Permitid que con mi prima

Toda mi fortuna parta;

Que no, no quiero riquezas

Si no he de saber usarlas

En amparar infelices...

¡Oh, maldito el que las haga

Estériles, y perece

Sobre el tesoro que guarda!

DON MARTIN.

¡Inés, sobrina!  
(Don Martin y don Luis expresan su sorpresa y su ternura.)

DON LUIS.

¡Querida

Inés!

DON MARTIN.

¡Tú si que eres santa!

DOÑA INÉS.

No, señor, soy compasiva  
Nada mas... Pero se pasa  
(Va adonde está doña Clara, y la trae  
de la mano.)

El tiempo, y es menester

Que hoy mismo quede firmada

Mi cesion.

DOÑA CLARA, besando las manos á doña Inés.

Inés, yo he sido

Para contigo muy mala;

Perdóname.

DOÑA INES.

¡Qué locura!

Yo no me acuerdo de nada,

De nada.

DON MARTIN.

Yo sí me acuerdo,

Ni puedo olvidarlo... ¡Falsa,

Hipócrita, aborrecible

Mujer! (11)

(11) En las copias dice

DON LUIS.

No estás en tí  
Si quieres desampararla

DON LUIS.

¿Cómo te arrebató

El furor!... Pero conviene

Ceder á las circunstancias.

Hágase lo que propone

Inés; con ella reparta

Sus bienes, yo lo consiento;

Pero ha de ser sin que haya

Ni firmas, ni obligacion...

Se lo ha prometido, y basta.

Así podrá contenerlos

De esta manera, ¡qué afrentas,  
Qué abominacion preparas  
A esta familia inocente!

Ella quede castigada;

Nosotros no, ni al delito

Suyo tu deshonra añadas.

El vulgo, siempre inclinado

Al que padece, no guarda

Término, mira el suceso

Y no examina la causa;

Juzga apresuradamente

De todo, y aunque se engaña

Muchas veces, de su voz

Pende el honor y la fama.

¡Que dirán de mí si dejo

Perecer sin esperanza

De consuelo á esa infeliz!

¡Que dirán? Que le arrebatan

Su fortuna, que su prima

Es tan vil, tan inhumana,

Que hallándose poseyendo

Riquezas que no esperaba,

Insensible á la piedad,

Su afrenta su muerte causa.

No, hermano; no ha de quedar

Así; lo que Inés acaba

De proponer debe hacerse;

Pero sin la circunstancia

De firma ni de obligacion.

Ella quedará encargada

De asistirlos, de aliviar

Compasiva su desgracia.

Esto ha de ser, su soberbia

Muerto quedará humillada

Entonces; Inés no ignora

Que la justicia es la base

De las acciones honestas,

Y aquí sabrá dispensarla,

Según ella lo merezca.

Su proteccion, pues no basta

Ser compasiva; conviene

Saber en qué circunstancia,

Cómo y con quién ha de ser.

Pienso que no resta nada

Que añadir. Este es el medio

Que á mí parecer ataja

Mil inconvenientes; ceda

Tu rigor; no las añadas

Mayores penas; que al fin

Lo habrás de sentir mañana

DON MARTIN.

Hazlo que quieras, que yo

No sé qué decir; se tania

Ni angustia, ni confusion...

¡Ay Inés! ¡Qué mal pensaba

De tí!

DON LUIS.

Tales son los juicios

De los hombres: se disfrazan

Los vicios con apariencias

Enganosas, se levantan

Hasta el cielo, los adoran,

Y la virtud siente y calla.

DON CLAUDIO.

Doña Inés, yo de contento

No acierto á decir palabra.

DON MARTIN.

Picaron, mira...

DON LUIS.

No turbes

Con reprensiones amargas

Nuestro placer; se acabó

Todo, todo; sólo falta

Que hoy mismo sin detencion,

Para no volver, se vayan

Esos criados. Ya vea,

Sobrina, qué dolor causa

A tu padre, á mí, y á cuantos

Con tu proceder agravia.

Tu prima, la que ofendiste,

La que ha sido calumniada

Y aborrecida, olvidando

Sus ofensas, se levanta

De un precipicio. ¡Ah! ¿conoces

Cuán digna es de ser amada,

Y que solo serás buena

Cuando llegues á imitarla?

Y tú de hoy mas corrigiendo

Las travesuras pasadas,

Claudio, concilia el afecto

De esta familia que ultrajas

Con un atentado; sabe

Guardar respeto á las canas

De mi hermano, y haste digno

En su deber, y obligada  
Clara de la inevitable  
Necesidad de agradarla,  
Sabrá arreglar su conducta,  
Reprimir la extravagancia  
De su marido, y en fin,  
Si en ella estímulos faltan  
De honor, hará el interés  
Lo que la virtud no alcanza.

De todo el favor que alcanzas.  
Si son tus hijos, y esperan  
A tus pies hallar tu gracia  
Y tu bendición.

*(Don Luis coge de la mano a don Claudio y doña Clara, los pone a los pies de su hermano; este los levanta enternecido, y después de una breve suspensión los deja, y se abraza con Inés.)*

DON MARTIN.  
Alzad,

Alzad. ¡Inés!

DON LUIS.

Encargada  
Queda de ser protectora  
De su prima; la palabra  
Te doy de que cumplirá  
Una obligación tan grata  
Con un ánimo generoso, etc.

Y tú, porque yo lo pido,  
Por no dejar desairada  
A la pobre Inés, que está  
Pendiente de tus palabras,  
Perdónalos.

*(Don Claudio se acerca; él y doña Clara se arrodillan delante de don Martin, que haciéndolos levantar, se encamina á doña Inés y la abraza.)*

DON MARTIN.

Bien... Alzad,

Hijos... Y no me habéis nada,  
No... Que es mucha la inquietud  
Que siento... ¡Qué mal pensaba  
De tí!... ¡Bendita!... ¡Hija mía!  
¡Querida Inés!

DON LUIS.

Encargada

Queda de ser protectora  
De su prima y de esta casa,  
Y amparo de tu vejez...  
¡Oh! quiera el cielo colmarlas  
De dichas, y en amistad  
Vivan verdadera y larga!

DOÑA INÉS.

Sí, señor, sí, viviremos  
Siempre amigas, siempre hermanas.

*(Doña Inés y doña Clara se abrazan.)*

DON LUIS.

Lo espero así...

*(Asiendo de las manos á doña Inés, con espresion de ternura.)*

Pero tú

No sabes cómo se halla  
Mi corazón. Al placer  
Que siento por tí, no igualan  
Todas las felicidades  
De la tierra... Ni trocará  
La dicha de ser tu padre  
Por el trono de un monarca.  
¡Ojalá fuese el ejemplo  
Público!.. Si esto miraran  
Aquellos á quienes tanto  
Las apariencias arrastran,  
Distinguiéran la virtud  
Verdadera de la falsa.



# EL SI DE LAS NIÑAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1806.

## ADVERTENCIA.

*El Si de las Niñas* se representó en el teatro de la Cruz el día 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la mas estimable, no cabe duda en que esta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veinte y seis dias consecutivos, hasta que llegada la cuaresma se cerraron los teatros, como era costumbre. Mientras el público de Madrid acudia á verla, ya se representaba por los cómicos de las provincias, y una culta reunion de personas ilustres é inteligentes se anticipaba en Zaragoza á ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobacion de cuantos fueron admitidos á oirla. Entre tanto se repetian las ediciones de esta obra : cuatro se hicieron en Madrid durante el año de 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la comun curiosidad de leerla, escitada por las representaciones del teatro.

¡ Cuánta debió ser entonces la indignacion de los que no gustan de la ajena celebridad, de los que ganan la vida buscando defectos en todo lo que otros hacen, de los que escriben comedias sin conocer el arte de escribirlas, y de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos á la sociedad como favorables á sus privados intereses! La aprobacion pública reprimió los ímpetus de los criticos folicularios : nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, notas, advertencias y observaciones á que dió ocasion, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedó manuscrito. Por consiguiente no podian bastar estos imperfectos desahogos á satisfacer la animosidad de los émulos del autor, ni el encono de los que resisten á toda ilustracion, y se obstinan en perpetuar las tinieblas de la ignorancia. Estos acudieron al medio mas cómodo, mas pronto y mas eficaz, y si no lograron el resultado que esperaban, no hay que atribuirlo á su poca diligencia. Fueron muchas las delaciones que se hicieron de esta comedia al tribunal de la inquisicion. Los calificadores tuvieron no poco que hacer en examinarlas, y fijar su opinion acerca de los pasajes citados como reprecensibles, y en efecto, no era pequeña dificultad hallarlos tales, en una obra en que no existe ni una sola proposicion opuesta al dogma ni á la moral cristiana.

Un ministro, cuya principal obligacion era la de favorecer los buenos estudios, hablaba el lenguaje de los fanáticos mas feroces, y anunciaba la ruina del autor de *el Si de las Niñas* como la de un delincuente, merecedor de grave castigo. Tales son los obstáculos que han impedido frecuentemente en España el progreso rápido de las luces, y esta oposicion poderosa han debido temer los que han dedicado en ella su aplicacion y su talento á la indagacion de verdades útiles, y al fomento y esplendor de la literatura y de las artes. Sin embargo, la tempestad que amenazaba se disipó á la presencia del principe de la Paz : su respeto contuvo el furor de los ignorantes y malvados hipócritas, que no atreviéndose por entonces á moverse, remitieron su venganza para ocasion mas favorable.

En cuanto á la ejecucion de esta pieza, basta decir que los actores se esmeraron á porfía en acreditarla, y que solo escedieron al merito de los demás los papeles de doña Irene, doña Francisca y don Diego. En el primero se distinguió María Ribera por la inimitable naturalidad y gracia cómica con que supo hacerle. Josefa Virg rivalizó con ella en el suyo; y Andrés Prieto, nuevo entonces en los teatros de Madrid, adquirió el concepto de actor inteligente, que hoy (1) sostiene todavia con general aceptacion.

(1) Esto se escribia en 1823 : Andrés Prieto murió unos diez años después

# EL SI DE LAS NIÑAS.

## PERSONAS.

DON DIEGO.  
DON CARLOS.

DOÑA IRENE.  
DOÑA FRANCISCA.

RITA.  
SIMON.

CALAMOCILA.

*La escena es en una posada de Alcalá de Henares.*

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escaleros que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas etc.

*La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

*(Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.)*

DON DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No, señor.

DON DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

DON DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ella tambien ha sido estraña determinacion la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DON DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado usted á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

DON DIEGO.

Sí. hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

DON DIEGO.

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho.... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

DON DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla, he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

DON DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí, señor, mucho talento.... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

DON DIEGO.

¿No? ¿Por qué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Excelente.

DON DIEGO.

¿Con que al instante has conocido...

SIMON.

¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

DON DIEGO.

Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.



PERO QUIERO absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

DON DIEGO.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

DON DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase, y dijese que era una locura, y me...

SIMON.

¿Locura? ¡Buena locura!.... ¿Con una chica como esa, eh?

DON DIEGO.

Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO.

Dices bien.... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histórico, viejas, feas como demonios.... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos. Y deja que hablen y murmuren y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

DON DIEGO.

¿Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON.

Y bien, ¿qué?

DON DIEGO.

Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

DON DIEGO.

¿Pues de qué hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó usted no acaba de esplicarse, ó yo le entiendo al revés.... En suma, esta doña Paquita, con quién se casa?

DON DIEGO.

¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

¿Con usted?

DON DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

¡Medrados quedamos!

DON DIEGO.

¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

SIMON.

¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO.

¿Pues qué creias? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus

circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

DON DIEGO.

Pues no, señor.

SIMON.

Pues bien está.

DON DIEGO.

¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

DON DIEGO.

Que se haga hombre de valor y....

SIMON.

¡Valor! ¿Todavía pide usted mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino; y yo le vi á usted mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

DON DIEGO.

Sí, señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre....

DON DIEGO.

¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; esta de Alcala, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa, y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMON.

Yo nada, señor.

DON DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se esplice conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena....

SIMON.

En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

DON DIEGO.

Si, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¿Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

¿Pues qué ha hecho?

DON DIEGO.

Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

Sí, señor.

SIMON.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

DON DIEGO.

Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

SIMON.

¿Qué dice usted?

DON DIEGO.

Sí, señor. El día 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no había llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

DON DIEGO.

Nada de eso. Amores del señor oficial, y devaneos que le traen loco..... Por ahí en esas ciudades puede que..... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

¡Oh! no hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DON DIEGO.

Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

DON DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.

(Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

## ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

Ay, qué escalera!

DON DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE.

Con que usted, á lo que parece, no ha salido?

(Se sientan doña Irene y don Diego.)

DON DIEGO.

No, señora. Luego mas tarde daré una vueltecilla por ahí..... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted (Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pillilla de cristal... mire usted qué bonita, y dos corazones de talco... ¿Qué sé yo cuánto viene aquí... ¡Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos!... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

¡Como me quieren todas! ¡y mi tía, mi pobre tía lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decía, ¿por qué no ha venido aquel señor?

DOÑA IRENE.

El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma, (Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.) guárdamelo todo allí, en la escusabara. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

RITA.

No importa; y yo me la comeré.

## ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

DON DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE.

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! (7) Está hecho un cielo... (Siéntase doña Francisca junto á doña Irene.) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabía qué hacerse con su sobriña la buena señora. Está muy contenta de nuestra elección.

DON DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta; y en cuanto á Circuncisión, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo espresiva que estuvo, y...

DON DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

DON DIEGO.

Todo eso es cierto, pero...

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

DON DIEGO.

Sí, ya estoy; ¿pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?...

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá? (Se levanta y vuelve á sentarse.)

DOÑA IRENE.

No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato

(7) En las ediciones del año 1805 é inmediatos, aquí doña Francisca interrumpe á su madre, diciendo: «Pues con todo, aquella monja gorda á que se llama la madre Angustias, bien sudaba.... ¡Ay, cómo sudaba la pobre mujer!»



es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviárselo a su tío carnal el padre fray Serapion de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DON DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte, particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Válgate Dios, qué moscas tan...

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

DON DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí, señor; pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien qué por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y ¿quién sabe que el día de mañana no se imprima con el favor de Dios?

DON DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y a la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DON DIEGO.

¿Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

DON DIEGO.

¿Y de qué edad murió el venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

DOÑA IRENE.

Anda, vete. ¿Válgate Dios, qué prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiere usted (*Se levanta, y después de hacer una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á dona Irene, y se va al cuarto de esta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

DON DIEGO.

Sí, hija mía. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

DON DIEGO.

¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

#### ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy jitana y muy niña, mucho.

DON DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebata

DOÑA IRENE.

¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no

es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DON DIEGO.

Quisiera solo que se esplicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

DOÑA IRENE.

Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

DON DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es licito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero a usted.

DON DIEGO.

Bien, si fuese un hombre á quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haría muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos días, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de esplicarse...

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche después que usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

DON DIEGO.

¿Y qué? ¿Hablabas de mí?

DOÑA IRENE.

Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

DON DIEGO.

¡Calle! ¿Eso decía?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decía yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lastima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña sin juicio ni experiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿quién ha de mandar á los criados? ¿quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

DON DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decididor. Paes, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

DON DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mi podía convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascós á la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le anagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda y en cinta de una criatura que nació después, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

DON DIEGO.

¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

DOÑA IRENE.

Si, señor, ¿pues por qué no?

DON DIEGO.

Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño, ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DON DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y...

DOÑA IRENE.

¡Ay, señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, nuchó.

DON DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Si, señor.

DON DIEGO.

Ya se ve que será una delicia, y...

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de ser?

DON DIEGO.

Un embeleso, el verlos jugar y reír, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

## ESCENA V.

SIMON, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

SIMON. *(Sale por la puerta del foro.)*

Señor, el mayoral esta esperando.

DON DIEGO.

¡Ule que voy allá... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el bastón, que quisiera dar una vuelta por el campo. *(Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un bastón, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.)* ¿Con que, supongo que mañana tempranito saldremos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

DON DIEGO.

A eso de las seis. ¿Eh?

DOÑA IRENE.

Huy bien.

DON DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

DOÑA IRENE.

Si, que hay mil chismes que acomodar.

## ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

DOÑA IRENE.

¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

RITA.

Señora.

*(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)*

DOÑA IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Si, señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esótras antes que anochezca, porque si no, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica ¿qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

DOÑA IRENE.

¿Qué pereza tengo de escribir! *(Se levanta y se entra en su cuarto.)* Pero es preciso, que estara con mucho cuidado la pobre Circuncision.

RITA.

¿Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¿Qué poco me gustan á mí las mujeres gazmoñas y zalamerías! *(Entrase en el cuarto de dona Francisca.)*

## ESCENA VII.

CALAMOCHA.

*(Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.)*

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia.... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay! ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas si que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro.... En fin, como los animales amanezcan vivos, no sera poco.... Reventados estan... *(Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.)* ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! qué desvenejado estoy!

## ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa, y... *(Forcejeando para echar la llave.)* Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

¡Calle!... ¡Rita!

RITA.

¡Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Qué hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De veras?

CALAMOCHA.

No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fué, ni con quién habló, ni como lo



dispuso : solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalupe, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medió moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar..... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

¿Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

¿Amor?... ¡Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto; en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir..... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella; recogimos á toda prisa nuestros meriñagues, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto, (*Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca*) este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mío?

RITA

No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer metidas las tres en ese de enfrente, ni cabiamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... Adios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.*)

RITA.

¿Y adónde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¡Poca cosa!..... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

¡Bribona!

RITA.

¡Botarate! Adios.

CALAMOCHA.

Adios, aborrecida.

(*Entra con los trastos al cuarto de don Carlos.*)

## ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA.

¿Qué malo es!..... Pero.... ¡Vágame Dios, don Félix aquí!... Si, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Carlos, y se va por la puerta del foro.*) ¡Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?... ¿Querlos: no tiene remedio, querlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no seria una lástima que... Ella es.

DOÑA FRANCISCA, *saliendo.*

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre.... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picacona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picacona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oído... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón.

(*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda usted ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero, ¿qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir, que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino....

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

DOÑA FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió, y le ví, por mi desgracia, muchas veces..... mal aconsejada de tí.

RITA.

¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita.... Mire usted que todo cuanto hemos leído á hurtadillas en las novelas no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche? ¿de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresión?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Rita! Si, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

¡Qué boheria! Desengañese usted, señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía.... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creíble que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... *(Señalando el pecho).* ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

RITA.

No, señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... *(Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.)*

DOÑA FRANCISCA.

¿Adónde vas?

RITA.

Quiero ver si...

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochechar... Señorita, lo que la he dicho á usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto.... Calamocha acaba de hablar conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Sí, señora... Y le ha ido á buscar para...

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que me quiere?... ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero ¿ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme..... porque yo se lo mando!.... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Santas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien... Pero no; él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente.... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus conuñados, y del obispo que murió en el mar.... Además, que si está allí don Diego..

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda; y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure, lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te acuerdas, cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ah!.... Pues mira cómo me dijo la verdad.

*(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.)*



## ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro, y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor... Si, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

## ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla nie he venido aquí, que está mucho mas fresco.

DOÑA IRENE.

Pero aquella muchacha, ¿qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

DOÑA FRANCISCA.

Bien; sí, señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mía; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando.... Médicos botica.... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida.... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo, nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Valgame Dios, señor!... En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

## ESCENA III.

RITA. (*Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*) DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venías.

RITA.

Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas; ¡Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño!...

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; ¡si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me mene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien. (*Toma una luz, y hace que se va.*)

DOÑA FRANCISCA, *aparte, á Rita.*

¿No ha venido?

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron merendar...

DOÑA IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

RITA.

¿Y nada mas?

DOÑA IRENE.

No, nada mas.... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

¡Rita!

RITA.

Otra. ¿Qué manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante.. Pero no, señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede.... Has de decir á Simon que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo; ¿lo entiendes?

RITA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¡Ah! mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el gloria patri y la oracion del santo sudario... Ello por otra parte edificaba, cierto... pero cuando se trata de dormir...

## ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí, y eso le detenga. Ciertó que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué roja blanca! ¡qué batería de cocina, y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Allí estarás, hija mía, como el pez en el agua: pajari-tas del aire que apetecieras las tendrías, porque como él

te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

DOÑA FRANCISCA.

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

¡No es buen empeño de... ¿Y te parece á ti que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóname Dios!

DOÑA FRANCISCA.

Pero... Pues ¿qué sabe usted?

DOÑA IRENE.

¿Me quieres engañar á mi, eh? ¡Ay, hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetración para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA, *aparte*.

¡Perdida soy!

DOÑA IRENE.

Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera sido con esta ocasión, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña este! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja también... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frascueta; pero el complacer á su madre, asistirle, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligación de una hija obediente... Y sépalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

DOÑA IRENE.

Sí, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

No, señora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un tolo como corresponde... Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA, *aparte*.

¡Pobre de mí!

### ESCENA V.

DON DIEGO (*sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y bastón*), DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues ¿cómo tan tarde?

DON DIEGO.

Apenas sali tropecé con el rector de Málaga, y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bullos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿cómo va?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

¿Y doña Paquita?

DOÑA IRENE.

Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisieto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

DON DIEGO.

¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...

DOÑA IRENE.

¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

DON DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razón se halla todavía imperfecta y débil, los impetus del corazón son mucho mas violentos... (*Asiéndole de una mano á doña Francisca, la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volvería usted al convento de buena gana?... La verdad.

DOÑA IRENE.

Pero si ella no...

DON DIEGO.

Déjela usted, señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirle... No permita Dios que yo la dé que sentir.

DON DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan aligida y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, señor. ¿No ve usted que...

DON DIEGO.

Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mía, que estábamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DON DIEGO.

¡Mandar, hija mía!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Iusúñan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... ¿Cuántas veces una desdichada mujer halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tío se empeñaron en regalar á Dios lo que Dios no quería? ¡Eh! No, señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á querermme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad.... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cual sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo? ¡Y en Madrid! figúrese usted en un Madrid!... Lleno de estas ideas me pareció que tal vez habría en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, señor don Diego, que...

DON DIEGO.

Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devoción y la virtud; pero si á pesar de todo esto la imaginación acalorada, las circunstancias imprevistas la



hubiesen hecho elegir sujeto mas digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

DON DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete.

DOÑA IRENE.

Cuando yo se lo mande.

DON DIEGO.

Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos días ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

DON DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Si, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venia en latín, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

DON DIEGO.

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted le deba disgustar.

DOÑA IRENE.

Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!.. Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!.. la mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Diselo para que se tranquilice, y...

DON DIEGO.

Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.

DON DIEGO.

No, hija mía: esto es dar alguna expresion á lo que se dice, pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Si, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

DON DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco.... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Si, señor, que lo estoy.

DON DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No, señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

DON DIEGO.

En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse después. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

DON DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mamá!

*(Levántase doña Francisca, abraza á su madre, y se acarician mutuamente.)*

DOÑA IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Si, señora.

DOÑA IRENE.

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pio sino el de verte colocada antes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Si, señora.

DOÑA IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

Pues qué, ¿no la quiero yo á usted?

DON DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. *(Levántase don Diego, y después doña Irene.)* No venga alguno, y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Si, dice usted bien.

*(Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.)*

## ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... ¡Eh! chit... señorita...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Dios!... ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire usted que en el paraje en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí... El es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolución. *(Se va al cuarto de Doña Irene.)*

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Pero no lo merece.

**ESCENA VII.**

DON CARLOS *sale por la puerta del foro*, DOÑA FRANCISCA.

DON CARLOS.

¡Paquita!... vida mia!... Ya estoy aquí. ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

DON CARLOS.

¿Como tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Después de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

DON CARLOS.

¿En dónde?

DOÑA FRANCISCA.

Allí, en ese cuarto.

*(Señalando al cuarto de doña Irene.)*

DON CARLOS.

¡Sola!

DOÑA FRANCISCA.

No, señor.

DON CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo. *(Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.)* Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie mas, solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

DON CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... El tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted ni... vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

DON CARLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

DON CARLOS.

¿Cuál?... No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos están de acuerdo, y dicen...

DON CARLOS.

Bien... Dirán... Pero no puede ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia. de amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

DON CARLOS.

Y usted ¿qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ingrato!... ¿Pues no sabe usted que... ¡Ingrato!

DON CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

DON CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien?

*(Asiéndola de las manos.)*

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues de quién ha de ser?

DON CARLOS.

¡Hermosa! ¿Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la delienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algo atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades á nuestra union.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

DON CARLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

DON CARLOS.

Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¿Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

DON CARLOS.

Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancollas me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

*(Se enternece y llora.)*

DON CARLOS.

¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo básto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible?

DON CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividir las.



## ESCENA VIII.

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede tambien disponer de su persona.

DON CARLOS.

Si, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

DON CARLOS.

Hasta mañana. Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin. *(Se va por la puerta del foro.)*

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

DON CARLOS.

Adios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuéstese usted, y descanse.

DON CARLOS.

¿Descansar con celos?

DOÑA FRANCISCA.

¿De quién?

DON CARLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

DON CARLOS.

Adios, vida mia.

DOÑA FRANCISCA.

Adios. *(Entrase al cuarto de doña Irene.)*

## ESCENA IX.

DON CARLOS, paseándose con inquietud; CALAMOCHA,

RITA.

DON CARLOS.

¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en veriliricar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!.. Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA, *saliendo por la puerta del foro.*

Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... á lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia estraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la tertia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

DON CARLOS.

Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA, *saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

¿Quién quiere sopas?

DON CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, evante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

*(Entrase en el cuarto de doña Irene.)*

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

DON CARLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

¡Ay! ay! ay!.. *(Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve; se acerca á don Carlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.)* ¡Eh! chit, digo...

DON CARLOS.

¿Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve usted lo que viene por allí?

DON CARLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero ¿quién diablos le...

DON CARLOS.

¿Y qué haremos?

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir, y... ¿Me da usted licencia para que...

DON CARLOS.

Si, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

## ESCENA X.

SIMON *(sale por la puerta del foro)*, DON CARLOS, CALAMOCHA.

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

Adios, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

¿Cuánto me alegro de...

DON CARLOS.

¿Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es esta?

SIMON.

¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto á sanes!

DON CARLOS.

¿Y mi tio?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

¿Quién me habia de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... ¿Con que usted irá á ver al tio, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

DON CARLOS.

Puede ser. Como tiene ni tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

DON CARLOS.

Pues... Figúrate tú.

¿O va usted allá?  
 SIMON.  
 DON CARLOS.  
 ¿Adónde?  
 SIMON.  
 A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?  
 CALAMOCHA.  
 Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?  
 SIMON.  
 ¿Qué sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.  
 CALAMOCHA, *aparte separándose de Simon.*  
 ¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!  
 DON CARLOS.  
 Pero aun no me has dicho si mi tío está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...  
 SIMON.  
 Bien, á eso voy... Sí, señor, voy á decir á usted... Con qué... Pues el amo me dijo...

### ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMOCHA.

DON DIEGO, *desde adentro.*

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.  
*(Don Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.)*

DON CARLOS.

¡Mi tío!...

DON DIEGO.

¡Simon!  
*(Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Carlos, y se acerca á él. Simon le alumbrá, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.)*

SIMON.

Aquí estoy, señor.

DON CARLOS.

¡Todo se ha perdido!

DON DIEGO.

Vamos... Pero... ¿quién es?

SIMON.

Un amigo de usted, señor.

DON CARLOS.

Yo estoy muerto.

DON DIEGO.

¿Cómo un amigo?... ¿Qué? Acerca esa luz.

DON CARLOS.

¡Tío!

*(En ademán de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.)*

DON DIEGO.

¡Quítate de ahí.

DON CARLOS.

¡Señor!

DON DIEGO.

Quítate. No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

DON CARLOS.

Si usted se altera y...

DON DIEGO.

¿Qué haces aquí?

DON CARLOS.

¡Mi desgracia me ha traído.

DON DIEGO.

Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... *(Acercándose á don Carlos.)* ¿Qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

DON DIEGO.

¿A tí no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zara-

goza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: si, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

DON CARLOS.

No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

DON DIEGO.

Pues, ¿á qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus jefes? Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mío, sácame de este afán.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que...

DON DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. *(Asiendo de una mano á don Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.)* Dime qué ha sido.

DON CARLOS.

Una lijereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

DON DIEGO.

¿Y qué otra cosa hay?

DON CARLOS.

Nada mas, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿qué desgracia era aquella de que me hablaste?

DON CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á usted en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverse contento de haberle visto.

DON DIEGO.

¿No hay mas?

DON CARLOS.

No, señor.

DON DIEGO.

Míralo bien.

DON CARLOS.

No, señor... A eso venia. No hay nada mas.

DON DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitiesen mucho, adios, disciplina militar... Vamos... eso no puede ser.

DON CARLOS.

Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DON DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplo de subordinacion, de valor, de virtud.

DON CARLOS.

Bien está; pero ya he dicho los motivos...

DON DIEGO.

Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio, y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero *(Alza la voz, y se pasea inquieto.)* yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

DON CARLOS.

Señor, si...



DON DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOTCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

DON DIEGO.

Pues con ellos (*A Calamotcha.*) y con las maletas al meson de afuera. Usted (*A don Carlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamotcha.*) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.*

DON DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamotcha.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú (*A Simon.*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

*(Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.)*

## ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

DON DIEGO.

Tome usted... (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

DON CARLOS.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Pues bien : ahora obedece lo que te mando.

DON CARLOS.

Lo haré sin falta.

DON DIEGO.

Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

DON CARLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Mira, que lo has de hacer.

DON CARLOS.

Sí, señor, haré lo que usted manda.

DON DIEGO.

Muy bien... Adios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré también cuándo llegas á Zaragoza : no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

DON CARLOS.

¿Pues qué hice yo?

DON DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

DON CARLOS.

Quede usted con Dios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

DON DIEGO.

Sin besar la mano á su tío, eh?

DON CARLOS.

No me atrevi. (*Besa la mano á don Diego, y se abrazan.*)

DON DIEGO.

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver.

DON CARLOS.

¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

DON DIEGO.

¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

DON CARLOS.

No, señor, ahora no.

DON DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de orden mia. Y mira cómo lo gastas... ¿Juegas?

DON CARLOS.

No, señor, en mi vida.

DON DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viaje. Y no te acalores : jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

DON CARLOS.

No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

DON DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... Adios...

DON CARLOS.

¿Queda usted enojado conmigo?

DON DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me des que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

DON CARLOS.

No lo dude usted.

DON DIEGO.

Como oficial de honor.

DON CARLOS.

Así lo prometo.

DON DIEGO.

Adios, Carlos. (*Abrazándose.*)

DON CARLOS, *aparte, al irse por la puerta del foro.*  
¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

## ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribirsele, que... Después de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!... Como una malva es.  
(*Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su cuarto.*  
*El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.*)

## ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Un camino tan largo!

RITA.

¡A lo que obliga el amor, señorita!

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo : amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

RITA.

Y deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella. ¡El po-

bre don Diego ¡qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mujeres.

RITA.

¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(*Encamínndose al cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿A qué vás?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de alli.

DOÑA FRANCISCA.

Si, tráele, no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Si, mire usted el estrépito de caballerías que anda por alla abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina que...

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé dónde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

#### ESCENA XV.

SIMON (*sale por la puerta del foro*), DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho.... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Los arrieros?

SIMON.

No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiénes dice usted que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Si, señora, ahí en ese cuarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

#### ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... ¡Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa; abre la puerta del cuarto de don Carlos, y vuelve.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podía engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Si, señora. Los dos.

DOÑA FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

RITA.

¡Señorita!

DOÑA FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprendible... Si no alcanzo á descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano... Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien, y...

DOÑA FRANCISCA.

Si, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Si, señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)



## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.)

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... (Simon despierta, y al oír á don Diego se incorpora, y se levanta.) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

¿Qué ¿estaba usted ahí, señor?

DON DIEGO.

Si, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

DON DIEGO.

¡Mala comparacion!... Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

DON DIEGO.

Poco ha que sonó el relój de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DON DIEGO.

Si, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé! qué triste!

DON DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

DON DIEGO.

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdona esta lijereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

DON DIEGO.

¡No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazon. (Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco después se oye que puntan un instrumento.) ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

DON DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

DON DIEGO.

Si, como lo nagan bien.

SIMON.

¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntar

á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

DON DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos... (Tocan una sonata desde adentro.) (1) Pues dígoles á usted que toca muy lindamente el picaro del barberillo.

DON DIEGO.

No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...

DON DIEGO.

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

(Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado, y observan.)

SIMON.

¡Señor!... ¡Eh!... Presto, aquí á un ladito.

DON DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

DON DIEGO.

¿Si?... Retirémonos.

## ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Con tiento, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Siguiendo la pared ¿no voy bien?

(Vuelven á probar el instrumento.)

RITA.

Si, señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

RITA.

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla... (Repiten desde adentro la sonata anterior.) Si, él es... ¡Dios mío!... (Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.) Ve, responde... Albricias, corazon. El es.

SIMON.

¿Ha oído usted?

DON DIEGO.

Si.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

DON DIEGO.

Calla.

(1) Aquel en las primeras ediciones cantaba don Carlos en voz baja desde adentro las siguientes coplas:

Si duerme y reposa  
La bella que adoro,  
Su paz deliciosa  
No turbe mi lloro,  
Y en sueño coronela  
De dichas amor.  
Pero si su mente  
Vagando delira,  
Si me llama ausente,  
Si celosa espira;  
Diréla mi bárbaro,  
Mi fiero dolor.

DON DIEGO.

Buen estilo; pero canta demasiado quedo.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco á ver este ruiñeñor?

DOÑA FRANCISCA.

(Se asoma á la ventana. Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.)

Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta?... Rita, (*Apartándose de la ventana, y vuelve después.*) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tirela usted... Pero yo no acabo de entender.... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á usted tan tímido... (*Tiran desde dentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.*) No, no la he cogido; pero aquí está sin duda... ¿Y no le he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Si, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... Y ¿cómo le parece á usted que estará el mío?... No me cabe en el pecho... diga usted. (*Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*)

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.*) ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¡Muerta voy!

**ESCENA III.**

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

¿Qué grito fué ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

DON DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMON, *tentando por el suelo cerca de la ventana.*

No encuentro nada, señor.

DON DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

DON DIEGO.

S... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

SIMON.

Aquí está. (*Halla la carta, y se la da á don Diego.*)

DON DIEGO.

Vete abajo, y enciende una luz... En la caballeriza ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(*Vase Simon por la puerta del foro.*)

**ESCENA IV.**

DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tías, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¿Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¿Qué felicidades me prometía!... ¡Celos!... ¿Yo?... ¡En qué edad tengo celos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento; esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué pro-

vienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que.... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*) Si.

**ESCENA V.**

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asómase después á la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos sino pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

¡Ya tenemos luz...

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

RITA.

¡Perdida soy!

DON DIEGO, *acercándose.*

¡Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA.

Sí, señor, porque...

DON DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oímos un ruido tan grande...

SIMON.

¿Sí, eh?

RITA.

Cierto.... Un ruido y.... mire usted, (*alza la jaula que está en el suelo*), era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...

RITA.

Se le hubiera comido.

(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

SIMON.

Y sin pebre... ni plumas hubiera dejado

DON DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

¡Ah! Deje usted, encenderemos esta, (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*) que ya lo que no se ha dormido...

DON DIEGO.

¿Y doña Paquita duerme?

RITA.

Sí, señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo.

DON DIEGO.

Vamos.

(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

**ESCENA VI.**

DOÑA FRANCISCA, RITA.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?



No, señora.

RITA.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

*(Rita coge la luz, y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.)*

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

DOÑA FRANCISCA.

¡Yo estoy loca! *(Siéntase.)*

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitación mostraba? Me dijo que en aquella carta vería yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la había escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre alevé que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diría: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacermé ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mío, perdón... perdón de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay señorita! *(Mirando acia el cuarto de don Diego.)* que parece que salen ya.

DOÑA FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la ve á usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

### ESCENA VII.

DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester mas.

DON DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

*(Después de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.)*

SIMON.

Voy allá.

DON DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

¿Ha llamado ya doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

*(Rita se va al cuarto de doña Irene.)*

### ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

DON DIEGO.

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor. ¿Y usted?

DON DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO.

¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

DON DIEGO.

¿Qué siente usted? *(Siéntase junto á doña Francisca.)*

DOÑA FRANCISCA.

No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

DON DIEGO.

Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿por qué no hace usted mas confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

DOÑA FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

DON DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO.

Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá... *(Acércase mas.)* Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á usted entera libertad para la elección, no se casaría conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

DON DIEGO.

¿Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor; no, señor.

DON DIEGO.

Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿No le digo á usted que no?

DON DIEGO.

¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco; no, señor... Nunca he pensado así.

DON DIEGO.

No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

*(Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del día.)*

DOÑA FRANCISCA.

Y ¿qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

DON DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO.

¿Y después, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Después... y mientras me dure la vida seré mujer de bien.

DON DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: ¿estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

DON DIEGO.

Pero ¿qué obstinado, que imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aliecion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

DON DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Hé aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérdida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el

temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotros, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aliecion es mucho mas grande.

DON DIEGO.

Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mío!

DON DIEGO.

Si, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire usted qué desórden este! ¡qué agitacion! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

DON DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura! en la situacion dolorosa en que la veo? *(Asiéndola de las manos.)*

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

DON DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco.

*(Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)*

DON DIEGO.

¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé... ¿Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

DON DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido... ¿qué sé yo?... una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto.

*(Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despidе de don Diego besándola las manos.)*

DON DIEGO.

Sí, presto iré.

## ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON.

Ahí están, señor.



¿Qué dices?

DON DIEGO.

SIMON.

Cando yo salia de la puerta, los vi á lo lejos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.

DON DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mi me ha dado compasion el verle así, tan...

DON DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

DON DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!.. Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

DON DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

*(Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)*

DON DIEGO.

Dile que suba.

### ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Venga usted acá, señorito, venga usted.... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

DON CARLOS.

En el meson de afuera.

DON DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

DON CARLOS.

Sí, señor, entré en la ciudad y...

DON DIEGO.

¿A qué?... Siéntese usted.

DON CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sujeto... *(Siéntase.)*

DON DIEGO.

¡Precision!

DON CARLOS.

Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

DON DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

*(Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.)*

DON CARLOS.

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

DON DIEGO.

Quiere saber su tío de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

DON CARLOS.

¿Para qué saber mas?

DON DIEGO.

Porque yo lo quiero, y lo mando. ¡Oiga!

DON CARLOS.

Bien está.

DON DIEGO.

Siéntate ahí... *(Siéntase don Carlos.)* ¿En dónde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

DON CARLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel día del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de usted.... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole...

DON DIEGO.

Prosigue.

DON CARLOS.

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mías; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

DON DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

DON CARLOS.

Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mías; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

ses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fui ciego de amor adonde mi obligación me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos días ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perdería la vida que dar su mano á otro que á mi; me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado al camino, llegué á Guadalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demás bien lo sabe usted, no hay para qué decirlo.

DON DIEGO.

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

DON CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendición para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DON DIEGO.

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

DON CARLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á ti te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

DON CARLOS.

Pero no el corazón. (*Levántase.*)

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DON CARLOS.

No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán flechas dirigidas á un amigo ausente.

DON DIEGO.

¿Qué temeridad es esta?

(*Se levanta con mucho enojo, encaminándose acia don Carlos, el cual se va retirando.*)

DON CARLOS.

Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

DON DIEGO.

Con que en efecto te vas?

DON CARLOS.

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

DON DIEGO.

¿Qué quieres decir?

(*Asiendo de un brazo á don Carlos, le hace venir mas adelante.*)

DON CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DON DIEGO.

¿Carlos!... ¿Qué horror!... ¿Y tienes corazón para decirme lo?

DON CARLOS.

Alguien viene... (*Mirando con inquietud acia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere impedirle.*) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

DON DIEGO.

¿Adónde vas?... No, señor, no has de irte.

DON CARLOS.

Espere... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

DON DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

DON CARLOS.

Pero si...

DON DIEGO.

Haz lo que te mando.

(*Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.*)

## ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos?... Buenos días... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿Reza usted?

DON DIEGO, paseándose con inquietud.

Sí, para rezar estoy ahora.

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

DON DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué... Dígalo usted por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

DON DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa más importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

DON DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está; y bastaba que yo lo dijese para que...

DON DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos, hable usted.

DON DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

¿Qué dice usted?



DON DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero ¿quién le ha contado á usted esos disparates?

DON DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado; y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

DOÑA IRENE, *llorando*

¡Pobre de mí!

DON DIEGO.

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO.

Señora doña Irene...

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cecienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

DON DIEGO.

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Carmen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirle?

DOÑA IRENE.

¡Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor.... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

DON DIEGO.

Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oírme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

DOÑA IRENE.

No, señor, ya no lloro.

*(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)*

DON DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

DOÑA IRENE.

Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DON DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascarrón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... Pues bonita es ella para haber disminuído á su sobrina el menor desliz.

DON DIEGO.

Aquí no se trata de ningún desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse.... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... ¡Lemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razón.

*(Saca el papel de don Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.)*

DOÑA IRENE.

¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

DON DIEGO.

Pero ¿á qué es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

DON DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fía de la prudencia de una mujer.

## ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA.

¡Señora!

DOÑA FRANCISCA.

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes.... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

*(Presentando el papel abierto á doña Francisca.)*RITA, *aparte á doña Francisca.*

Su letra es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DON DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... *(Asiéndole de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.)* No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme usted ese papel... *(Quitándola el papel de las manos á doña Irene.)* Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. *(Lee.)* «Bien mio; si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á

sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo.—*Carlos de Urbina.*»

¿Con que hay eso?

DOÑA IRENE.

DOÑA FRANCISCA.

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE.

¿Con que es verdad lo que decía el señor, grandísima picacona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina á doña Francisca, muy colérica y en ademán de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Madre!... Perdon.

DOÑA IRENE.

No, señor, que la he de matar.

DON DIEGO.

¿Qué locura es esta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

### ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

DON CARLOS.

Eso no... (*Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva á la fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

¡Carlos!

DON CARLOS, *acercándose á don Diego.*

Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mío?... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son estas?... ¿Qué escándalo!

DON DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu mujer.

(*Don Carlos va á donde está doña Francisca, se abraza, y ambos se arrojan á los pies de don Diego.*)

DOÑA IRENE.

¿Con que su sobrino de usted?

DON DIEGO.

Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con expresiones de ternura.*)

DOÑA IRENE.

¿Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio?... .

DON DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer! Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS, *besándole las manos.*

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

¿Con que el bueno de don Carlos! Vaya que...

DON DIEGO.

El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece; estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (*Abrazanse don Carlos y doña Irene, doña Francisca se arroja y le besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Ciertamente es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero ves que alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre serás mi amiga.

DON DIEGO.

Paquita hermosa, (*Abraza á doña Francisca.*) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Carlos.*) sereis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.



# LA ESCUELA DE LOS MARIDOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1812.

## ADVERTENCIA.

En la primera edicion de esta comedia halló Moratin la oportunidad que deseaba de manifestar el alto aprecio que siempre habia hecho del mérito de Moliere. El prólogo que puso en ella es un panegírico del poeta francés, y su traduccion un tributo de agradecimiento que dedicó á tan digno maestro el mas apasionado de sus imitadores.

« Ha traducido á Moliere (dice el citado prólogo) con la libertad que ha creido conveniente para traducirle en efecto, y no estropearle; y de antemano se complace al considerar la sorpresa que debe causar á los criticadores la poca exactitud con que ha puesto en castellano las espresiones del original, cuando hallen páginas enteras en que apenas hay una palabra que pueda llamarse rigurosamente traducida. ¿Quién le perdonará la osadía de omitir en su version pasajes enteros, abreviarlos ó dilatarlos, alterar algunas escenas, conservar en otras el resultado, prescindir del diálogo en que las puso el autor, y sustituir en su lugar otro diferente? Esto no se llama traducir, esclamarán llenos de celo y de erudita indignacion (\*). »

Creia Moratin que siempre se habian traducido mal en español las comedias de Moliere, por haber llegado á persuadirse que lo que es gracioso y espresivo en francés, conservará su gracia y su energia traduciéndolo literalmente; por haberse impuesto la ley de no añadir ni alterar nada de lo que dijo el autor, quedando por consiguiente sin compensacion las muchas bellezas que se pierden en el paso de una lengua á otra; por no haberse atrevido á modificar ó suprimir del todo lo que el buen gusto y la decencia repugnan ya, lo que exigen otros tiempos y otras costumbres, tan diferentes de las que el autor conoció. Traducciones desempeñadas con tan escrupulosa fidelidad, en vez de recomendar la obra que copian, la deterioran y la desacreditan. Suprimió pues el traductor de esta comedia las digresiones que halló en el original, relativas á los trajes que se usaban en Francia en el año de 1661, entonces y ahora impertinentes en la fábula. Motivó las salidas y entradas de los interlocutores, donde vió que Moliere habia descuidado este requisito. Añadió á las ficciones de la astuta Isabel (llamada en la traduccion doña Rosa) todo el cúmulo de circunstancias indispensables para hacer el engaño verisímil, y de consiguiente disminuyó por este medio la estúpida credulidad de Sganarelle (don Gregorio), que en la pieza francesa es notoriamente escesiva. Omitió en el diálogo muchas espresiones, que si fueron aplaudidas cuando se escribieron, ya no las sufre la decencia del teatro. Hizo desaparecer en el carácter de Isabel la indecorosa desenvoltura con que abandonando su casa, va derecha á la de su amante (á quien no conoce sino de vista) para entregarse en sus manos, y autorizarle á que disponga de ella á su voluntad.

Allons sans crainte aucune  
A la foi d'un amant commettre ma fortune.

Nada de esto hay en la traduccion. Nada hay tampoco de los incidentes violentos que preparan el desenlace, cuando escondida la pupila (sin dejarse ver de ninguno), el galán desde la ventana, los dos hermanos, el comisario y el escribano desde la calle ajustan el casamiento, sin que se averigüe primero quién es la que se casa, y á la luz de un farol atropellan y firman un contrato de tal entidad; en lo cual no parece sino que todos ellos han perdido el juicio, segun son absurdas las inconsecuencias de que abunda aquella situacion. El traductor desechó todo esto, y simplificando el desenredo, conservó la sorpresa, sin perjuicio de la verisimilitud; y en él, como en toda la comedia, añadió nuevos donaires cómicos, y nuevos rasgos característicos, para suplir con ellos lo que podia perderse en los pasajes que le fué necesario variar ó suprimir. *La comedia española* (decia frecuentemente Moratin) *ha de llevar*

(\*) Por estas razones se ha suprimido la insercion del original de la comedia de Moliere, que al principio nos habíamos propuesto insertar. Son tan comunes en España los ejemplares de las obras del gran cómico francés, que á cualquier curioso le será facilísima la confrontacion.

*basquina y mantilla*; y si en las piezas originales que compuso se advierte religiosamente observada esta máxima, puede asegurarse que en *la Escuela de los Maridos* no aparece el menor indicio de su procedencia; tal es la imitacion fiel de las costumbres nacionales que en ella se advierte; y tal es el diálogo castellano con que supo animarla y hacerla española.

Ya estaba concluida esta obra, cuando una pérfida invasion alteró la quietud de España en el año de 1808. El rumor espantoso de la guerra hizo enmudecer á las musas, desanimó á las artes, y ocupada la capital, como toda la Peninsula, por los ejércitos enemigos, el mayor empeño que tenian los que mandaban entonces, era el de mantener y multiplicar las diversiones públicas, dar novedad y esplendor á los espectáculos, y hacer que un pueblo oprimido cantase al son de las cadenas. Fueron muy poderosas las instancias que se le hicieron á Moratin para que diese al teatro nuevas producciones; pero no existian ya los motivos que le habian estimulado á ocuparse en esto. Nada quiso hacer de nuevo, y solo se pudo conseguir que diese á los cómicos y á la prensa la traduccion de *la Escuela de los maridos*, advirtiéndole el mismo en el prólogo que con ella se despedia para siempre del teatro (\*).

Representada en el del Príncipe el dia 17 de marzo de 1812, fué recibida con el aprecio que era de esperar, en atencion al deseo que generalmente se manifestaba de ver alguna otra composicion suya, después del largo silencio que habia guardado. Es poco elogio de Isidoro Maiquez decir que hizo con perfeccion el papel de don Enrique, acostumbrado á sobresalir en otros de mas difícil desempeño. Josefa Virg, que con tanto primor habia sostenido su parte en *la Mojigata* y *el Si de las Niñas*, correspondió en el carácter de doña Rosa al concepto de excelente actriz que tenia asegurado ya en el público. Eugenio Cristiani acertó á representar el de don Gregorio con toda la espresion y movimiento cómico que requiere aquel ridiculo personaje. María García y Gertrudis Torre, en lo poco que tuvieron que hacer, contribuyeron eficazmente al mayor lucimiento de esta obra.

(\*) Del mismo año de 1812 aparecen dos ediciones, de las cuales la una es probablemente contrafaccion de la otra, segun lo indica el mismo empeño de buscar la semejanza de los tipos, cuya diferencia salta á la vista sin grande esfuerzo de observacion.



# LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

## PERSONAS.

DON GREGORIO.  
DON MANUEL.  
DOÑA ROSA.

DOÑA LEONOR.  
JULIANA.  
DON ENRIQUE.

COSME.  
UN COMISARIO.  
UN ESCRIBANO.

UN LACAYO. { No hablan.  
UN CRIADO. }

*La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.*

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de don Gregorio, y la de enfrente la de don Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de don Enrique, y al otro lado la del Comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

*La accion empieza á las cinco de la tarde y acaba á las ocho de la noche.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, DON GREGORIO.

DON GREGORIO.

Y por último, señor don Manuel, aunque usted es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de usted ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

DON MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y...

DON GREGORIO.

¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

DON MANUEL.

Mil gracias por la atencion, señor don Gregorio.

DON GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

DON MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa estravagancia que te hace tan ridiculo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

DON GREGORIO.

En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria; porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

DON MANUEL.

¡Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los míos fuesen muchos mas, ¿seria esta una razon para que me culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... Pues qué, ¿la vejez nos condena por ventura á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O debéremos añadir á la

deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean, y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un origen de disgustos y de reciproco aborrecimiento, que...

DON GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor, destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas; y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecía esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mía como me ha dado la gana, ¿estamos?

DON MANUEL.

Sí; pero me parece á mí...

DON GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que usted no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrada. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta; séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oír las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mía viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color sino los días en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que ayude á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mio; yo veo los

trabajos que pasan otros, y puesto que ha de ser mi mujer, quiero asegurarme de su conducta, y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

## ESCENA II.

DOÑA LEONOR, DOÑA ROSA, JULIANA, (*Las tres salen con mantilla y basquina de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.*) DON GREGORIO, DON MANUEL.

DOÑA LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

DOÑA LEONOR.

Mucha lástima tengo de tí.

DOÑA ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaria yo mas alto que...

DON GREGORIO.

¡Oiga! ¿Y adónde van ustedes, niñas?

DOÑA LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se espaza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

DON MANUEL.

Sí por cierto: vamos allá.

DOÑA LEONOR.

Y mire usted: yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirle; con que, si usted quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardín, y al anocheecer estamos de vuelta.

DON GREGORIO.

Usted (*A doña Leonor, á Juliana, á don Manuel y á doña Rosa, según lo indica el diálogo.*) puede irse adonde guste, usted puede ir con ella... Tal para cual. Usted puede acompañarlas si lo tiene á bien; y usted á casa.

DON MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan, y que...

DON GREGORIO.

A mas ver.

(*Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademán de entrar-se con ella en su casa.*)

DON MANUEL.

La juventud necesita...

DON GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

DON MANUEL.

Pero ¿hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

DON GREGORIO.

No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

DON MANUEL.

Considera que...

DON GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la mande... y considero que me interesa mucho su conducta.

DON MANUEL.

Pero ¿piensas tú que me será indiferente á mí la de su berrinata?

JULIANA, *aparte.*

¡Terceto maldito!

DOÑA ROSA.

No creo que tiene usted motivo ninguno para...

DON GREGORIO.

Usted calle, señorita, que ya la explicaré yo á usted si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

DOÑA LEONOR.

Pero ¿qué quiere usted decir con eso?

DON GREGORIO.

Señora doña Leonor, con usted no va nada. Usted es una doncella muy prudente. No hablo con usted.

DOÑA LEONOR.

Pero ¿piensa usted que mi hermana estará mal en mi compañía?

DON GREGORIO.

¡Oh, qué apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca adonde están los demás.*) No estará muy bien, no, señora; y hablando en plata, las visitas que usted la hace me agradan poco, y el mayor favor que usted puede hacerme, es el de no volver por acá.

DOÑA LEONOR.

Mire usted, señor don Gregorio, usando con usted de la misma franqueza, le digo que yo no sé cómo ella tomará semejantes procedimientos; pero bien adivino el efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaría de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que usted la tiene.

JULIANA.

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mujeres! Pues qué, ¿estamos entre turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya, que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afán se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa usted que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea usted; y al hombre mas ladino le volvemos tarumba cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se espone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan caviloso como usted y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las había de pagar.

DON GREGORIO.

Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ¿ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

DON MANUEL.

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reír; y bien considerado no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor excesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable seria una mujer, si solo fuese honesta por necesidad y no por elección. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que, á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme, si por otra parte la sobran los deseos.

DON GREGORIO.

Todo eso que dices no vale nada.

(*Juliana se acerca á doña Rosa, que estará algo apartada. Don Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.*)

DON MANUEL.

Será lo que tú quieras... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, repre-



der sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad; y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros; porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que mas contribuya á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye mejor que los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi mujer; pero estoy bien lejos de tiranizarla: para ninguna cosa la dará mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los míos. Mas quiero verla ajena, que poscerla á costa de la menor repugnancia suya.

DON GREGORIO.

¡Qué blandura, qué suavidad! Todo es miel y almibar... Pero permítame usted que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla después, y que se verá usted sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su mujer, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

DON MANUEL.

Y ¿por qué ha de hacerse esa mudanza?

DON GREGORIO.

¿Por qué?

DON MANUEL.

Sí.

DON GREGORIO.

No sé. Si usted no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

DON MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

DON GREGORIO.

¡Calle! ¿Con que si usted se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

DON MANUEL.

¿Y por qué no?

DON GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de antejo y...

DON MANUEL.

Sin duda.

DON GREGORIO.

¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoníaco y merienda en el río, y...

DON MANUEL.

Cuando ella quiera.

DON GREGORIO.

¿Y tendrá usted conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

DON MANUEL.

Preciso.

DON GREGORIO.

¿Y la señorita oír á las impertinencias de tanto galán amartelado?

DON MANUEL.

Si no es sorda.

DON GREGORIO.

¿Y usted callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

DON MANUEL.

Pues ya se supone.

DON GREGORIO.

Quitate de ahí, que eres un loco... Vaya usted adentro, niña; usted no debe asistir á pláticas tan indecentes.

(Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta, y se pasea colérico por el teatro.)

### ESCENA III.

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR, JULIANA.

DON MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

DON GREGORIO.

¡Oh! qué gusto he de tener cuando la tal esposa le....

DON MANUEL.

¿Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

DON GREGORIO.

¡Qué gusto ha de ser para mí!

DON MANUEL.

Yo ignoro cual será mi suerte; pero creo que si no te sucede á ti el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

DON GREGORIO.

Sí, ríe, búrlate. Ya llegará la mía, y veremos entonces cuál de los dos tiene mas gana de reír.

DOÑA LEONOR.

Yo le aseguro del peligro con que usted le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que usted se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si usted hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atrevería á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como usted, pan bendito.

DON GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

DON MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

DOÑA LEONOR.

Pero ¿no irá usted por mí?

DON MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. Adios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mujeres es mucho desatino. Soy criado de usted.

(Don Manuel y las dos mujeres se van por una de las calles.)

DON GREGORIO.

Yo no soy criado de usted. Vaya usted con Dios.

### ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y mujer de mundo; unos criados sin vergüenza ni... No, la prudencia misma no bastaría á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla.... Pondremos remedio... Muy buena es la plazuela de Aflijidos, pero en Grifón estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

## ESCENA V.

DON ENRIQUE, COSME, *(Salen los dos de la casa de don Enrique y observan á don Gregorio, que estará distante.)*  
DON GREGORIO.

¿Es él?

COSME.

DON ENRIQUE.

Si, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adora.

DON GREGORIO.

Pero ¿no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres!...

DON ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él, y ver si logro de alguna manera introducirme.

DON GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua, *(Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesia.)* no vemos en nuestra juventud sino escesos de inobediencia, libertinaje y...

DON ENRIQUE.

Pero ¿este hombre no ve?

COSME.

¡Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

*(Hace que don Enrique pase por detrás de don Gregorio al lado opuesto.)*

DON GREGORIO.

No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera menos de... *(Estornuda y se suena.)*

DON ENRIQUE.

No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

DON GREGORIO.

¿Eh? *(Se vuelve acia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.)* Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese usted.

DON GREGORIO.

¿Quién va? *(Vuelve por el lado derecho; se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera, repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y don Enrique se le va acercando.)* Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

COSME.

Ánimo.

DON GREGORIO.

Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¿Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

DON ENRIQUE.

Mucho sentiria, caballero, haberle distraído á usted de sus meditaciones.

DON GREGORIO.

En efecto.

DON ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á usted, que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle...

DON GREGORIO.

Bien.

DON ENRIQUE.

Y de manifestarle á usted con la mayor sinceridad cuánto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

DON GREGORIO.

Lo estimo.

DON ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de usted, en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona...

Muy bien.

DON GREGORIO.

DON ENRIQUE.

¿Y sabe usted las noticias que hoy tenemos? En la corte aseguran como cosa muy positiva...

DON GREGORIO.

¿Qué me importa?

DON ENRIQUE.

Ya; pero á veces tiene una curiosidad de saber novedades, y...

DON GREGORIO.

¡Eh!

DON ENRIQUE.

Realmente *(Después de una larga pausa prosigue don Enrique. Se para, deseando que don Gregorio le conteste; y viendo que no lo hace, sigue hablando.)* Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!... Y usted ¿en qué pasó el tiempo?

DON GREGORIO.

En mis negocios.

DON ENRIQUE.

Si; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace usted?

DON GREGORIO.

Lo que me da la gana.

DON ENRIQUE.

Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de usted en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Ciertamente... Yo, si usted no estuviese muy ocupado, pasaria, así, algunas noches á su casa de usted, y...

DON GREGORIO.

Agur.

*(Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.)*

## ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

DON ENRIQUE.

¿Qué te parece, Cosme? ¿Ves qué hombre este?

COSME.

Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

DON ENRIQUE.

¡Ah!; Yo me desespero!

COSME.

¿Y por qué?

DON ENRIQUE.

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante, que la guarda y la oprime.

COSME.

Auto en favor. Eso que á usted le apesadumbra debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa usted, señor don Enrique; para que se tranquilice y se consuele, que una mujer, á quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada; y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galán. Yo no soy enamorado, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisbadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su mujer, la martirizan y la desesperan. Y ¿qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tímido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrajes que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo



agradece, y... en fin, se adelanta camino. Créame usted : la aspereza del consabido tutor le facilitará á usted los medios de enamorar á la pupila.

DON ENRIQUE.

¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la corte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasiones de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME.

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que usted pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

DON ENRIQUE.

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME.

¿De suerte, que ella todavía no sabe que usted la quiere?

DON ENRIQUE.

No sé qué decirte. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Marcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella acia la Florida, al cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazón; pero ¿quién sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor, ó le desestima?

COSME.

A la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

DON ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME.

Sí, discurremos.

DON ENRIQUE.

A ver si se puede...

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué importa que...

COSME.

No ve usted que si el amigo estuviese ahí detrás de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra... No, no, á casa... Y despacito, como que...

DON ENRIQUE.

Sí, dices bien.

(*Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de don Enrique.*)

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

*Sale don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, después de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.*

DON MANUEL.

Abre.

### ESCENA II.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Salen los dos de casa de don Gregorio.*)

DON GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las señas que

me das también caigo en quien es el sujeto.

(*Se aparta un poco de doña Rosa, y vuelve después.*)

DOÑA ROSA.

¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardores que me inspira un inocente amor!

DON GREGORIO.

¿No dices que has oído, que se llama don Enrique?

DOÑA ROSA.

Sí, don Enrique.

DON GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso. (*Vuelve á apartarse y se queda pensativo. Entre tanto doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama á la de don Enrique.*)

DOÑA ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es este..... Pero ¿qué persona de juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

DON GREGORIO.

No perdamos tiempo... ¡Ah de casa!... Gente de paz... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le...

### ESCENA III.

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQUE.

DON GREGORIO.

¿Qué bruto de... (*Al salir Cosme da un gran tropezon con don Gregorio.*) ¡No ve usted qué modo de salir!... ¡Por poco no me hace desnucar el bárbaro!

(*Mientras don Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caído por el suelo, sale don Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á don Gregorio.*)

DON ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que...

DON GREGORIO.

¡Ah! precisamente es usted el que busco.

DON ENRIQUE.

¿A mí, señor?

DON GREGORIO.

Sí por cierto... ¿No se llama usted don Enrique?

DON ENRIQUE.

Para servir á usted.

DON GREGORIO.

Para servir á Dios... Pues, señor, si usted lo permite, yo tengo que hablarle.

DON ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á usted en algo?

DON GREGORIO.

No; al contrario, yo soy el que trato de hacerle á usted un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.

DON ENRIQUE.

¿Y usted venía á mi casa con ese intento?

DON GREGORIO.

Sí, señor... ¿Y qué hay en eso de particular?

DON ENRIQUE.

¿Pues no quiere usted que me admire, y que envanecido con el honor de que...

DON GREGORIO.

Dejémosnos ahora de honores y de envanecimientos. Vamos al caso.

DON ENRIQUE.

Pero tómese usted la molestia de pasar adelante.

DON GREGORIO.

No hay para qué.

DON ENRIQUE.

Sí, sí, usted me hará este favor.

DON GREGORIO.

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

DON ENRIQUE.

¡Oh! No es cortesía permitir que usted...

DON GREGORIO.

Pues yo le digo á usted que no quiero moverme.

DON ENRIQUE.

Será lo que usted guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino.

*(Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete; después se detiene dudando lo que ha de hacer.)*

DON GREGORIO.

Pero si de pié le puedo decir á usted lo que...

DON ENRIQUE.

¿De pié? ¡Oh! no se trate de eso.

DON GREGORIO.

¡Vaya que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

DON GREGORIO.

No le traiga usted.

DON ENRIQUE.

Pero sería una desatención indisculpable...

DON GREGORIO.

Horabre, mas desatención es no querer oír á quien tiene que hablar con usted.

DON ENRIQUE.

Ya oigo.

*(Don Enrique hace ademán de ponerse el sombrero; pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierta, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta, y al fin se le ponen los dos.)*

DON GREGORIO.

Así me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere usted oírme?

DON ENRIQUE.

Sí por cierto, con muchísimo gusto.

DON GREGORIO.

Dígame usted... ¿sabe usted que yo soy tutor de una joven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

DON ENRIQUE.

Sí, señor.

DON GREGORIO.

Pues bien; si usted lo sabe, no hay para qué decirselo... Y ¿sabe usted que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupilaje, por estar destinada al honor de ser mi mujer?

DON ENRIQUE, con sorpresa y sentimiento.

No sabía eso.

DON GREGORIO.

Pues yo se lo digo á usted. Y además le digo, que si usted gusta, no trate de galanteármela y la deje en paz.

DON ENRIQUE.

¿Quién?... ¿Yo, señor?

DON GREGORIO.

Sí, usted. No andemos ahora con disimulos.

DON ENRIQUE.

Pero ¿quién le ha dicho á usted que yo esté enamorado de esta señorita?

DON GREGORIO.

Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

DON ENRIQUE.

Pero repito que...

DON GREGORIO.

¡Dale!... Ella misma.

DON ENRIQUE.

¿Ella?

*(Se admira y manifiesta particular interés en saber lo restante.)*

DON GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á usted que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relación de todo lo que pasa. Y me encarga además que le advierta á usted, que ha entendido muy bien lo que usted quiere decirle con sus miradas, desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de usted; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que usted se obstine en manifestarla una pasión tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

DON ENRIQUE.

¿Y dice usted que es ella misma la que le ha encargado?...

DON GREGORIO.

Sí, señor, ella misma, la que me hace venir á darle á usted este consejo saludable, y á decirle, que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de usted, le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comisión; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa usted que basta ya de guiñaduras, que su corazón todo es mío, y que si tiene usted un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miradas acia otra parte. Adios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á usted.

*(Se aparta de ellos adelantándose acia el proscenio.)*

DON ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á usted pesadumbre, que alguna mañana hay oculta, y sobre todo, que no desprecia su obsequio de usted la que le envía ese recado.

DON GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

DON ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos.

*(Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, después de haberlos observado, se pasea por el teatro.)*

## ESCENA IV.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA

DON GREGORIO.

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educación que ha tenido... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida.

*(Mientras don Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto; él por último se encamina á su casa y le sorprende hallar á doña Rosa.)*

DOÑA ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intención... ¡Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

DON GREGORIO.

Vamos á verla y á contarla... ¡Calle! Qué ¿estabas aquí?... Ya despaché mi comisión.

DOÑA ROSA.

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

DON GREGORIO.

Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

DOÑA ROSA.

¿Eso dice usted? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.



DON GREGORIO.

Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mía?

DOÑA ROSA.

Apenas había usted salido, me fui á la pieza del jardín á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenía en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reía y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro, temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire, que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, ácercome á cogerle, y... ¿qué le parece á usted que era?

DON GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú así...

DOÑA ROSA.

No, señor. Era este envoltorio de papel. *(Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenrolla y va enseñándole á don Gregorio la caja y la carta.)*

DON GREGORIO.

¡Calle!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

DON GREGORIO.

¡Oiga!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como usted la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

DON GREGORIO.

¡Picardía como ella!... ¿Y el muchacho?

DOÑA ROSA.

El muchacho desapareció al instante... Mire usted, el corazón le tengo tan oprimido, que...

DON GREGORIO.

Bien te lo creo.

DOÑA ROSA.

Pero es obligación mía devolver inmediatamente la caja y la carta á ese diablo de ese hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que usted mismo...

DON GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

DOÑA ROSA.

Pues tome usted.

*(Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademán de ir á abrir la carta; doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.)*

DON GREGORIO.

A mi señora doña Rosa Jimenez.—Enrique de Cárdenas. ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe, y...

DOÑA ROSA.

¡Ay! No por cierto: no la abra usted.

DON GREGORIO.

¿Y qué importa?

DOÑA ROSA.

¿Quiere usted que él se persuada á que yo he tenido la lijereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre la envía; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No, señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion ninguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

DON GREGORIO.

Tiene muchísima razon. *(Se aparta acia un lado, y vuelve después á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.)* Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente, sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

DOÑA ROSA.

Pero si usted tiene gusto de leerla...

DON GREGORIO.

No, nada de eso.

DOÑA ROSA.

Léala usted si quiere, como no la oiga yo.

DON GREGORIO.

No, no, señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré después aquí á la botica á encargar aquel ungüentillo para los callos... Volveré á hacerte compañía, y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo*... ¿Eh? Adios.

DOÑA ROSA.

Venga usted pronto. *(Se entra doña Rosa en su casa.)*

### ESCENA V.

DON GREGORIO, COSME.

DON GREGORIO.

El corazón me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta indole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. ¡Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano seria capaz de proceder así. No, señor, las mujeres son lo que se quiere que sean. *(Va á casa de don Enrique, y llama. Al salir Cosme, desenrolla el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.)* Deo gracias.

COSME.

¿Quién es? ¡Oh! señor don...

DON GREGORIO.

Tome usted, dígame usted á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni á enviarla cajitas de oro, porque está muy enfadada con él... Mire usted, cerrada viene. Dígame usted que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

### ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

DON ENRIQUE.

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME.

Esta caja con esta carta, que dice que usted ha enviado á doña Rosita...

*(Don Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.)*

DON ENRIQUE.

¿Yo?

COSME.

La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve á usted sin haberla querido abrir... Lea usted pronto, y veremos si mi sospecha se verifica.

DON ENRIQUE.

«Esta carta le sorprenderá á usted sin duda. El designio de escribirsela, y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis dias he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo el partido de implorar de usted el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz;

nace de mi propio albedrío. Las prendas estimables que veo en usted, las noticias que he procurado adquirir de su estado, de su conducta y de su calidad, aceleran y disciplinan esta determinación... En usted consiste que yo pueda cuanto antes llamarme suya; pues solo espero que me indique los designios de su amor, para que yo le haga saber lo que tengo resuelto. Adios, y considere usted que el tiempo vuela, y que dos corazones enamorados con media palabra deben entenderse.»

COSME.

¿No le parece á usted, que la astucia es de lo mas sutil que puede imaginarse? ¿Seria creible en una muchacha tan ingeniosa travesura de amor?

DON ENRIQUE.

¡Esta mujer es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion acrecen la que yo la tengo; (*Don Gregorio sale por una de las calles, y se detiene. Después se acerca.*) y unido todo á la juventud, á las gracias y á la hermosura...

COSME.

Que viene el tuerto. Discurra usted lo que le ha de decir.

**ESCENA VII.**

DON GREGORIO, DON ENRIQUE, COSME.

DON GREGORIO.

Allí se están amo y criado como dos peleles... Con que dígame usted, caballero, ¿volverá usted á enviar billetes amorosos á quien no se los quiere leer? Usted pensaba encontrar una niña alegre, amiga de cuchicheos y citas y quebraderos de cabeza. Pues ya ve usted el chasco que le ha sucedido... Créame, señor vecino, déjese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio, á usted no le puede ver ni pintado; con que lo mejor es una buena retirada, y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

DON ENRIQUE.

Es verdad, su mérito de usted es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole á usted por competidor.

DON GREGORIO.

Ya se ve, que era una locura.

DON ENRIQUE.

¡Oh! yo le aseguro á usted que si hubiese llegado á presumir que usted era ya dueño de aquel corazon, nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

DON GREGORIO.

Yo lo creo.

DON ENRIQUE.

Acabó mi esperanza, y renunció á una felicidad que, estando usted de por medio, no es para mí.

DON GREGORIO.

En lo cual hace usted muy bien.

DON ENRIQUE.

Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja; porque al considerar las prendas que le adornan á usted, ¿cómo he de atreverme á culpar la elección de doña Rosa, que las conoce y las estima?

DON GREGORIO.

Usted dice bien.

DON ENRIQUE.

No haya mas. Esta ventura no era para mí: desisto de un empeño tan imposible... Pero si algo merece con usted un amante infeliz, (*Don Enrique dará particular expresion á estas razones y á las que dice mas adelante, deseoso de que don Gregorio las perciba bien, y acierte á repetirlas.*) de cuya afliccion es usted la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre á doña Rosita, que el amor que de tres meses á esta parte la estoy manifestando es el mas puro, el mas honesto, y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

DON GREGORIO.

¡Sí, bien está: se lo diré.

DON ENRIQUE.

Que como era tan voluntaria esta eleccion en mí, no tenia otro intento que el de ser su esposo, ni hubiera abandonado esta solicitud, si el cariño que á usted le tiene no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

DON GREGORIO.

Bien, se lo diré lo mismo que usted me lo dice.

DON ENRIQUE.

¡Sí, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamás de su hermosura. Mi destino es amarla mientras me dure la vida, y si no fuese el justo respeto que me inspira su mérito de usted, no habria en el mundo ninguna otra consideracion que fuese bastante á detenerme.

DON GREGORIO.

Usted habla y procede en eso como hombre de buena razon... Voy al instante á decirla cuanto usted me encarga... (*Hace que se va, y vuelve.*) Però créame usted, don Enrique: es menester distraerse, alegrarse y procurar que esa pasion se apague y se olvide. ¿Qué diantre! usted es mozo y sujeto de circunstancias: con que es menester que... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?... Con que... ¡Eh! Adios.

(*Se aparta de ellos encaminándose á su casa. Don Enrique y Cosme se van, y entran en la suya.*)

DON ENRIQUE.

¡Qué necio es!

**ESCENA VIII.**

DON GREGORIO llama á su puerta, y sale DOÑA ROSA.

DON GREGORIO.

Es increíble la turbacion que ha manifestado el hombre, al ver su billete devuelto y cerrado como él le envió... Asunto concluido. Pierde toda esperanza, y solo me ha rogado con el mayor encarecimiento que le diga, que su amor es honestísimo, que no pensó que te ofendieras de verte amada, que su eleccion es libre, que aspiraba á poseerte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, seria un temerario en seguir adelante... ¿Qué sé yo cuánto me dijo?... Que nunca te olvidará; que su destino le obliga á morir amándote... Vamos, hipóboles de un hombre apasionado... pero que reconoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio, eso sí... Compasion me daba el oírle.... Con que, y tú ¿qué dices á esto?

DOÑA ROSA.

Que no puedo sufrir que usted hable de esa manera de un hombre á quien aborrezco de todo corazon, y que si usted me quisiera tanto como dice, participaria del enojo que me causan sus procederese atrevidos.

DON GREGORIO.

Pero él, Rosita, no sabia que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le...

DOÑA ROSA.

¿Y le parece á usted honesta intencion la de querer robar á las doncellas? ¿Es hombre de honor el que concibe tal proyecto, y aspira á casarse conmigo por fuerza, sacándome de su casa de usted, como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

DON GREGORIO.

¡Oiga! Con que...

DOÑA ROSA.

¡Sí, señor, ese pícaro trata de obtenerme por medio de un rapto.... Yo no sé quién le da noticia de los secretos de esta casa, ni quién le ha dicho que usted pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar; lo cierto es que él quiere anticiparse, aprovechar una



ocasion en que sepa que me he quedado sola, y robar-me... ¡Tiemblo de horror!

DON GREGORIO.

Vamos, que todo eso no es mas que hablar y...

DOÑA ROSA.

Si ¡como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion!... ¡Válgame Dios! ¿Y usted le disculpa?

DON GREGORIO.

No por cierto; si él ha dicho eso, realmente procede mal, y el chasco seria muy pesado... Pero ¿quién te ha venido á contar á ti esas...

DOÑA ROSA.

Ahora mismo acabo de saberlo.

DON GREGORIO.

¿Ahora?

DOÑA ROSA.

Sí, señor, después que usted le volvió la carta.

DON GREGORIO.

Pero, chica, si no hice mas que llegarme ahí á casa de don Froilan el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y...

DOÑA ROSA.

Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré me puse á dar unas sopas á los gatitos, oigo llamar, y creyendo que fuese usted, bajé tan alegre... Mi fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quién es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo: Señorita, mi amo sabe que vive usted cautiva en poder de ese bruto, que se quiere casar con usted en esta semana próxima. No tiene usted que desconsolarse; don Enrique la adora á usted, y es imposible que usted desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva usted prevenida, que de un instante á otro cuando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á usted en una casa de satisfaccion, y... Yo no quise oír mas, me subí muy quedito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algun accidente.

DON GREGORIO.

Ese era el bribon del lacayo.

DOÑA ROSA.

A la cuenta.

DON GREGORIO.

Pero se ve que este hombre es loco.

DOÑA ROSA.

No tanto como á usted le parece. Mire usted si sabe disimular el traidor, y fingir delante de usted para engañarle con buenas palabras, mientras en su interior está meditando picardias.... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme espuesta á las tropelías de un hombre capaz de atreverse á las acciones mas in-fames.

DON GREGORIO.

Vaya, vamos, no temas nada, que...

DOÑA ROSA.

No; esto pide una buena resolucion. Es menester que usted le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él, ni de obligarle á que desista de una persecucion tan obstinada.

DON GREGORIO.

Bien; pero no te desconsueles así, mujercita mia; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

DOÑA ROSA.

Dígale usted, si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado á usted esta noticia; que son vanos sus propósitos; que por mas que lo intente no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de usted le hago saber mi determinacion, y que si no quiere ser causa de alguna

desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

DON GREGORIO.

¡Oh! si... Yo le diré cuanto sea necesario.

DOÑA ROSA.

Pero de manera que comprenda bien que soy yo la que se lo dice.

DON GREGORIO.

No, no le quedará duda; yo te lo aseguro.

DOÑA ROSA.

Pues bien. Mire usted que le aguardo con impaciencia; despáchese usted á venir. Cuando no le veo á usted, aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

DON GREGORIO.

Si, éntrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros... ¡Ay! ¡qué ojos!... ¡Eh! Adios... *(Doña Rosa se entra en su casa y cierra.)* En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo; no puede haberle... *(Da una vuelta por la escena lleno de inquietud y alegría; después llama á la puerta de don Enrique.)* Digo, señor, caballero galanteador, ¿podrá usted oírme dos palabras?

### ESCENA IX.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

DON ENRIQUE.

¡Oh! señor vecino, ¿qué novedad le trae á usted á mis puertas?

DON GREGORIO.

Sus extravagancias de usted.

DON ENRIQUE.

¿Cómo así?

DON GREGORIO.

Bien sabe usted lo que quiero decirle; no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre... Yo pensé que usted fuese persona de mas formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto usted, con la mayor atencion y blandura; pero, hombre, ¿cómo ha de sufrir uno lo que usted hace sin saltar de cólera? ¿No tiene usted vergüenza, siendo un sujeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una mujer honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas sus dichas? ¡Eh! que eso es indigno.

DON ENRIQUE.

¿Y quién le ha dado á usted noticias tan ajenas de verdad, señor don Gregorio?

DON GREGORIO.

Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envía por última vez á decirle á usted, que su eleccion es irrevocable, que sus planes de usted la ofenden, la horrorizan, que si no quiere usted dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su desatino, y salgamos de tanto embrollo.

*(Empieza á oscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda á media luz.)*

DON ENRIQUE.

Cierto que si ella misma hubiese dicho esas espresiones, no seria cordura insistir en un obsequio tan mal pagado; pero...

DON GREGORIO.

¿Con que usted duda que sea verdad?

DON ENRIQUE.

¿Qué quiere usted, señor don Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que...

DON GREGORIO.

Venga usted conmigo.

*(Hasta el fin de la escena va y viene don Gregorio, unas veces acia su puerta, y otras adonde está don Enrique, para que le siga.)*

DON ENRIQUE.

Porque al fin, como usted tiene tanto interés en que yo me desespere y...

DON GREGORIO.

Venga usted, venga usted.... ¡Rosa!

DON ENRIQUE.

No es decir esto que usted...

DON GREGORIO.

Nada. No hay que disputar. Si quiero que usted se desengañe... ¡Rosita! ¡Niña!

DON ENRIQUE.

Pensar que una dama ha de responder con tal aspe-  
reza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!...

DON GREGORIO.

Usted lo verá. Ya sale.

**ESCENA X.**

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, DON GREGORIO, COSME.

DOÑA ROSA.

¿Qué es esto?... *(Sorprendida al ver á don Enrique.)*  
¿Viene usted á interceder por él, á recomendármele para  
que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á  
su insolente amor?

DON GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales re-  
comendaciones; pero este santo varon toma á juguete  
cuanto yo le digo, y piensa que le engaño, cuando le ase-  
guro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres, que  
me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le  
traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan  
presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

DOÑA ROSA.

Fues ¿no le he manifestado á usted ya cuál es mi de-  
seo, que todavía se atreve á dudar? ¿De qué manera  
debo decirselo?

DON ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto  
el vecino me ha dicho de parte de usted, y no puedo ne-  
gar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan  
inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí  
de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el  
deseo que tengo de que usted le pronuncie delante de mí.

DOÑA ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á usted ha sido por instan-  
cias mías, y no ha hecho en esto otra cosa que manifes-  
tarle á usted los íntimos afectos de mi corazón.

DON GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo  
motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos  
personas que miro presentes, la una es el objeto de todo  
mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no  
puedo vencer. Pero...

DON GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes  
que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio  
con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el  
que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar  
lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio  
mas insupportable que la misma muerte.

DON GREGORIO.

¿Lo ve usted?... Sí, monita, sí; yo cuidaré de cumplir  
tus deseos.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

*(Manifesta en la espresion de sus palabras que las dirige  
á don Enrique, y en sus acciones que habla con don  
Gregorio.)*

DON GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

DOÑA ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar  
con tanta libertad....

DON GREGORIO.

No hay mal en eso.

DOÑA ROSA.

Pero en mi situacion bien puede disimularse, que use  
de alguna franqueza con el que ya considero como es-  
poso mio.

DON GREGORIO.

Sí, pobrecita mia.... Sí, morenilla de mi alma.

DOÑA ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un  
amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra  
union.

DON GREGORIO.

Ven aquí, perlita; *(Abraza á doña Rosa; ella estiende  
la mano izquierda, y don Enrique, que está detrás de don  
Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al ins-  
tante.)* consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no  
dilatarte tu dicha.... Vamos, no te me angusties; calla,  
que... Amigo, *(Volviéndose muy satisfecho á hablar á don  
Enrique.)* ya lo ve usted. Me quiere, ¿qué le hemos de  
hacer?

DON ENRIQUE.

Bien está, señora; usted se ha explicado bastante, y  
yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá li-  
bre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agra-  
darla.

DOÑA ROSA.

No puede usted hacerme favor mas grande, porque su  
vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que  
me causa, que...

DON GREGORIO.

Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

DOÑA ROSA.

¿Le ofendo á usted en decir esto?

DON GREGORIO.

No por cierto... ¡Vágame Dios! No es eso, sino que  
tambien da lástima verle sopetear de esa manera... Una  
aversion tan escesiva...

DOÑA ROSA.

Por mucha que le manifieste, mayor se la tengo.

DON ENRIQUE.

Usted quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de  
dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos  
de usted una persona que tanto la ofende.

DOÑA ROSA.

Vaya usted con Dios, y cumpla su palabra.

DON GREGORIO.

Señor vecino, yo lo siento de veras, y no quisiera ha-  
berle dado á usted este mal rato; pero...

DON ENRIQUE.

No, no crea usted que yo lleve el menor resentimiento;  
al contrario, conozco que la señorita procede con mucha  
prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me  
toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo  
que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito  
á la disposicion de usted.

DON GREGORIO.

Vaya usted con Dios.

DON ENRIQUE.

Vamos pronto de aquí, Cosme, que revento de risa.  
*(Retirándose acia su casa, entran en ella los dos, y se  
cierra la puerta.)*

**ESCENA XI.**

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

DON GREGORIO.

De veras te digo, que este hombre me da compasion.

DOÑA ROSA.

Ande usted, que no merece tanta como usted piensa.



DON GREGORIO.

Por lo demás, hija mía, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece. Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados, y...

DOÑA ROSA, turbada.

¿Mañana?

DON GREGORIO.

Sin falta ninguna... Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

DOÑA ROSA

Pero...

DON GREGORIO.

Si, amiguita, mañana serás mi mujer. Ahora mismo voy antes que oscurezca aquí á casa de don Simplicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilacion. Adios, hechicera.

(Don Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa, y cierra.)

DOÑA ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evitar este golpe?

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

(La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.)

DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio... Si me detengo un instante, vuelvo, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana... No... primero morir. Declarádoselo todo á mi hermana y á don Manuel, pidiéndoles amparo, consejo... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante, y él dispondrá cuanto fuere menester, sin que mi decoro padezca... (Don Gregorio sale por una calle á tiempo que doña Rosa se encamina á casa de su hermana; se detiene, y al conocerle duda lo que ha de hacer.) Vamos, pero... Gente viene... Y es él... ¡Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

DON GREGORIO.

¿Quién está ahí, eh? ¡Calle! ¡Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es está?

DOÑA ROSA.

¿Qué le diré?

DON GREGORIO.

¿Qué haces aquí, niña?

DOÑA ROSA.

Usted lo estrañará.

(Indica en la espresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.)

DON GREGORIO.

¿Pues no he de estrañararlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

DOÑA ROSA.

Estoy tan confusa y...

DON GREGORIO.

Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

DOÑA ROSA.

¿Se enfadará usted si le digo...

DON GREGORIO.

No me enfadaré. Dilo presto. Vamos.

DOÑA ROSA.

Si, precisamente se va usted á enojar, pero... Pues tenemos una huésped.

DON GREGORIO.

¿Quién?

DOÑA ROSA.

Mi hermana.

DON GREGORIO.

¿Cómo?

DOÑA ROSA.

Si, señor, en mi cuarto la dejo encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor, á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa, porque al cabo, estando ella conmigo... como es una mujer de tanto juicio, y...

DON GREGORIO.

Pero ¿qué enredo es este, señor, que hasta ahora, lléveme el diablo, si yo he podido entender cosa ninguna?... ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Ha venido... Mire usted, le voy á revelar un secreto que le va á dejar aturdido... Pero no se ha de enfadar usted, ¿no?

DON GREGORIO.

¡Dale!... ¿Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Yo se lo diré á usted... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

DON GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

DOÑA ROSA.

Si, señor. Hace mas de un año que se quieren, y cuasi el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Alfigidos, prestando Leonor que queria vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente don Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle, aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de don Manuel.

DON GREGORIO.

Pero este don Enrique ó don demonio, ¿á cuántas quiere? ¡Si yo estoy lelo!

DOÑA ROSA.

Yo le diré á usted. Continuaron estos amores hasta que don Enrique, celoso de un don Antonio de Escobar oficial de la secretaría de Guerra, con quien la vió unatarde en el jardin botánico, la envió un papel de despedida lleno de espresiones amargas; y desde entonces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente además pagar con celos que él la diese, los que le habia causado el tal don Antonio; y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don Enrique; pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trasto), resolví decirle á usted lo que á mi me pasaba, omitiendo todo lo demás, para que la estimacion de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera usted hecho en este apuro? ¿No hubiera usted hecho lo mismo?

DON GREGORIO.

Conque... Adelante.

DOÑA ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso don Enrique, por medio de usted, cuánto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo le aseguré que no desistiría de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo; usted no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á usted aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe usted; pero falta decirle que así que usted me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle á usted la aflic-

ción que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperación que me hizo temblar, que la chica había ido á su casa á decir que esta noche no iría, porque doña Beatriz se había puesto mala, y la había rogado que se quedase con ella. Y que también iba encargada de avisar á don Enrique, en nombre mío, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto, que da al jardín. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirle.

DON GREGORIO.

¡Picarona! enredadora! desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué le has dicho?

DOÑA ROSA.

Amenazarla de que usted y don Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

DON GREGORIO.

Y ella?

DOÑA ROSA.

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos, que no se irá. Que en hablando con don Enrique, y desvaneciéndose sus quejas, ni á usted, ni á don Manuel, ni á todo el mundo teme.

DON GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No, señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos.

*(Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.)*

DOÑA ROSA.

No, señor, por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola, y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa ó á lo menos á la de doña Beatriz, si teme que don Manuel estrañe ahora su vuelta.

*(Hace que se va acia su casa, y vuelve.)*

DON GREGORIO.

Muy bien; aquí espero á que salga.

DOÑA ROSA.

Pero no se descubra usted, no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese á usted, seria tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacuerdo, aun hay remedio; y mucho mas si ese hombre se va, como ha prometido.... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero, por Dios, retirese usted, y no trate de molestarla.

DON GREGORIO.

¡Marta la piadosa!... ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

DOÑA ROSA.

Es mi hermana.

DON GREGORIO.

Y qué poco se parece á tí la dichosa hermana!... Vamos, entra, y veremos si logras lo que te propones.

DOÑA ROSA.

Yo creo que sí.

DON GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

DOÑA ROSA.

No será menester. Voy allá... *(Hace que se va, y vuelve.)* Pero repito que no se descubra usted, ni la hostigue, ni....

DON GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

DOÑA ROSA se encamina acia su casa, y vuelve

¡Ah! Mire usted. Así que ella salga, éntrese usted, y

cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

DON GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

DOÑA ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

DON GREGORIO.

Adios, Rosita... Pero mira que si no sale...

DOÑA ROSA.

Yo le aseguro á usted que saldrá.

*(Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia acia su casa, impaciente del éxito.)*

DON GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion... ¡La niña y su alma!... Bien que ¿cómo había de resultar otra cosa de la independendencia y la holgura en que siempre ha vivido?... ¡Mujeres! qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os cela y os guarda!... Pero no, señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorica se nos venga cada lunes y cada martes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que... ¡Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

*(Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose acia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.)*

DOÑA ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

DON GREGORIO.

En efecto la echa de casa... *(Sale doña Rosa de su cuarto con basquina y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.)* ¿Y adónde irá la doncellita menesterosa?... Ganas me dan de... Pero no, cerremos primero.

## ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

*(Los dos primeros salen de su casa.)*

DON ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Sí, señor.

DON ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche.

*(Cierra Cosme la puerta con llave.)*

COSME.

¡Noche toledana!

DON ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo sere-mos felices.

*(Doña Rosa, después de haberse alejado un poco acia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel; don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.)*

DOÑA ROSA.

El se acerca á la puerta de don Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible... *(Se retira llena de confusion acia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.)* ¡Infeliz de mí!



¿Quién es?  
Yo.  
¿Doña Rosita?  
Yo soy.  
A mi casa.  
Pero ¿qué seguridad tendré en ella?  
La que debe usted esperar de un hombre de honor.  
Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...  
Está usted conmigo... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, mujer anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez; y á él, á don Manuel, á su tutor de usted, y á todo el mundo, les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga usted.  
*(Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.)*  
Allí está.  
Bien, que esté donde quiera. Poco importa.  
Allí, allí.  
Sí, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está... ¡Y qué bien hace en estarse quieto!... Adentro.  
*(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.)*  
Pues, señor, se marchó á casa del galán. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!... Vamos á darle la infausta noticia...  
*(Se encamina á casa de don Manuel; después se detiene.)*  
No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mio... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el comisario...  
*(Va á casa del comisario, y llama.)*

### ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.  
*(Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.)*

¿Quién anda ahí?  
¡Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?  
Servidor de usted.  
Pues, señor... Oiga usted aparte... *(Se aparta con el comisario á poca distancia de los demás.)* Su presencia de usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce usted á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?  
Si, de vista la conozco, y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.  
Hermano mio.  
¡Oiga! ¿Es usted su hermano?

Para servir á usted.  
Para hacerme favor.  
Pues el caso es que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...  
¡Calle! Don Enrique de Cárdenas; le conozco mucho.  
Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya usted conoce lo que puede resultar de aquí.  
Si... En efecto.  
Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimonio; pero no ignora usted de lo que sirven esos papeles cuando cesa el motivo que los dictó... ¡Eh! ¿me explico?  
Perfectamente... ¿Y ella está adentro?  
Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero... Ya ve usted.  
Si, si, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil... *(Alza un poco la voz volviéndose acia el escribano que está detrás, el cual se acerca á ellos muy oficioso.)* Es escribano...  
Escribano real.  
Y.  
Y antiguo.  
Mejor.  
Mucha práctica de tribunales.  
Bueno.  
Conocido en testamentarias, subastas, inventarios, despojos, secuestros y...  
No, ahí no hallará usted cosa en que poder...  
Y muy hombre de bien.  
Por supuesto.  
Es que...  
Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligencia.  
Yo aquí espero.  
Muy bien.  
*(Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre, y entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.)*

### ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contaremos la amarga historia... *(Llama en casa de don Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio se pasea esperando á su hermano.)* ¿Está? Que baje inmediatamente, que le espero aquí para un asunto de mucha im-

portancia... ¡Bendito Dios! ¡En lo que han parado tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Qué lástima de tutor! Vaya si... majadero mas completo y mas pagado de su dictámen... ¡Oh, señor hermano!

*(Don Manuel sale de la puerta de su casa, y se detiene inmediato á ella.)*

DON MANUEL.

Pero ¿qué extravagancia es esta? ¿Por qué no subes?

DON GREGORIO.

Porque tengo que hablarte, y no me puedo separar de aquí.

DON MANUEL, adelantándose acia donde está don Gregorio.

Enhorabuena... ¿Y qué se te ofrece?

DON GREGORIO.

Vengo á darte muy buenas noticias.

DON MANUEL.

¿De qué?

DON GREGORIO.

Sí, te vas á regocijar mucho con ellas... Dime: mi señora doña Leonor ¿en dónde está?

DON MANUEL.

¿Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde, yo me vine porque tenía una porción de cartas que escribir, y supongo que ya no puede tardar. De un instante á otro... Pero ¿á qué viene esa pregunta?

DON GREGORIO.

¡Eh! Así, por hablar algo...

DON MANUEL.

Pero ¿qué quieres decirme?

DON GREGORIO.

Nada... Que tú la has educado filosóficamente, persuadido (y con mucha razón) de que las mujeres necesitan un poco de libertad, que no es conveniente reprenderlas ni oprimirlas, que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud, sino la indulgencia, la blandura y... en fin, prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡Ya se ve! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su maestro.

DON MANUEL.

Te aseguro que no comprendo á qué propósito puede venir nada de cuanto dices.

DON GREGORIO.

Anda, necio, que bien merecido está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presunción... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes; y la otra, como una mujer perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

DON MANUEL.

Si no me declaras el misterio, dígame que...

DON GREGORIO.

El misterio es que tu pupila no está donde piensas, sino en casa de un caballerito, del cual se ha enamorado reumatadamente; y sola y de noche, y burlándose de tí, ha ido á buscar mejor compañía... ¿Lo entiendes ahora?

DON MANUEL.

¿Dices que Leonor...

DON GREGORIO.

Sí, señor, la misma...

DON MANUEL.

Vaya, déjate de chanzas, y no me...

DON GREGORIO.

¡Sí, que el niño es chancero!... ¡Se dará tal estupidez! Dígame á usted, señor hermano, y vuelvo á repetírselo, que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galán, y está con él, y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hacen mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio, á pesar de todas tus filosofías. ¿Lo entiendes?

DON MANUEL.

Pero es una cosa tan ajena de verisimilitud...

DON GREGORIO.

¡Dale!... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo harán creer... ¿Cómo me repudie la sangre!... Amigo, dígame que los años sirven de muy poco cuando no hay esto, esto. *(Señalándose con el dedo en la frente.)*

DON MANUEL.

Ello es que tú te persuades á que...

DON GREGORIO.

Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gastemos prosa... ven y lo verás, y en viéndolo, espero y confío que te persuadirás tambien. Vamos.

*(Se encamina á casa de don Enrique, y después vuelve.)*

DON MANUEL.

¡Haber cometido tal exceso, cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

DON GREGORIO.

Ya temia yo que no habia de ser creído, y que perderíamos el tiempo en alteraciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa mujer, siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allá, y vea de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

DON MANUEL.

¿Eso hay?

DON GREGORIO.

¡Toma! Ya están allá el comisario y un escribano que venia con él... Digo, á no ser que usted halle en sus libros algun testo oportuno para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz, y casarse con ella... ¿Eh?

DON MANUEL.

¿Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño. Pero á pesar de cuanto dices, todavía no me puedo reducir á...

DON GREGORIO.

¡Qué terco es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa impertinente.

*(Se encamina con su hermano acia casa de don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena tercera.)*

## ESCENA V.

EL COMISARIO, UN CRIADO, DON GREGORIO, DON MANUEL.

COMISARIO.

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia. Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

DON GREGORIO.

¿Qué te parece?

DON MANUEL, reprimiéndose.

¿Qué me ha de parecer?... Que se casen.

DON GREGORIO.

Pues, señor, que se casen.

COMISARIO.

Diré á usted, señor don Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi mujer y de mis hijas, estaria, si no con las comodidades que merece, á lo menos con la que pueden proporejonarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si usted permite que vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á usted para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.



DON MANUEL.

Ninguna.... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO.

Volveré con ella muy pronto.

(*Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.*)

DON GREGORIO.

No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cuál es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa después de lo que ha hecho, que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela después tal y tan buena?... ¡Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya.... No puede ser.

DON MANUEL.

No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien... Yo la recibo por la misma razon; para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder comparado al suyo... Pero.... ¡Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

DON GREGORIO.

Calla, que... (*Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.*) Sí... ¡Ab! la tienes. ¡Dídela perdón.

DON MANUEL.

¡Yo! ¡Qué mal me conoces!

### ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

DON MANUEL.

Leonor, no temas ningún exceso de cólera en mí, bien sabes cuánto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fiuo, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de tí tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme; y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo el esposo que has querido elegir.

DOÑA LEONOR.

Yo no entiendo, señor don Manuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Qué accion indecorosa? ¿qué agravio? ¿qué esposo es ese de quien usted me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de usted, mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una mujer honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

DON MANUEL, volviéndose á don Gregorio.

¡Oyes lo que dice?

DON GREGORIO, acercándose á doña Leonor.

Ya se ve que lo oigo.... Con que Leonorcita... Ahorremos palabras.... ¿De dónde vienes, hija?

DOÑA LEONOR

De casa de doña Beatriz.

DON GREGORIO.

¿Ahora vienes de allí, cordera?

DOÑA LEONOR.

Ahora mismo... ¿No ve usted á Pepe, que nos ha venido á acompañar?

DON GREGORIO.

¿Y no sales de casa de don Enrique?

DOÑA LEONOR.

¿De quién? ¿De ese que vive aquí en... ¡Eh! no por cierto.

DON GREGORIO.

¿Y no habeis concertado vuestro casamiento á presencia del comisario?

DOÑA LEONOR.

Me hace reir... ¿Ves qué desatino, Juliana?

DON GREGORIO.

¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

DOÑA LEONOR.

Muchísimo tiempo... ¿Y qué mas?

DON GREGORIO.

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿y no te hicieron salir de allí? ¿y no te fuiste derechita á la de tu galán? ¿y no te ví yo?

DOÑA LEONOR.

Esto pasa de chanza. Usted no sabe lo que se dice... (*Asiéndolo del brazo á don Manuel se dirige acia su casa.*) Vamos á casa, don Manuel, que ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenía; vamos.

### ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL ESCRIBANO, COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

(*El criado saldrá con la linterna. La luz del teatro se duplica.*)

DOÑA ROSA.

¡Leonor!... Hermana!...

(*Corriendo acia doña Leonor la coge de las manos, y se las besa.*)

DON GREGORIO.

¡Huf!...

(*Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de confusion.*)

DOÑA ROSA.

Yo espero de tu buen corazon que has de perdonarme el atrevimiento con que me vall de tu nombre para conseguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

DOÑA LEONOR.

Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que has hecho no me parece desacertada; repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

DOÑA ROSA.

Cuanto digas es cierto, pero.... (*Volviéndose á don Gregorio, que permanece abortido y sin movimiento.*) usted ha sido la causa de tanto error, usted.... No me atreveria á presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo.... La aversion que usted logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices.... Tal vez usted me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera usted sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

DON ENRIQUE.

Dice bien, y usted debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

DON MANUEL, acercándose á don Gregorio.

Esto pide resignacion, hermano.... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

DOÑA LEONOR.

Y hará muy mal en no conformarse ; porque ni hay otro remedio á lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA.

Y conocerá que á las mujeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ; Hombre mas tonto !

COSME, hablando con Juliana.

Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

DON GREGORIO.

(No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energia de su expresion.)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento ; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita mujer... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y... ¡Ah! desdichado del que á vista de lo que á mi me sucede se fie de ninguna ! La mejor es un abismo de malicias y picardias. Sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio, si quiere llevársele.

(Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso acia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.)

DON MANUEL.

No dice bien... Las mujeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

DOÑA ROSA.

¿ La mía no mas ?

DON MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha, con tanta dificultad creida, no seria don Enrique el solo dichoso ; yo tambien pudiera serlo.

DOÑA LEONOR.

Hoy es dia de perdonar.

DOÑA ROSA.

Si, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

DOÑA LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

DON MANUEL.

¡ Querida Leonor !

(Se abrazan don Manuel y doña Leonor.)

JULIANA.

¡ Esceleste leccion para los maridos, si quieren estudiarla !



# EL MEDICO A PALOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE BARCELONA, AÑO DE 1814.

## ADVERTENCIA.

ESCRIBIÓ Moratin la traduccion libre de la comedia de Moliere, intitulada *le Médecin malgré lui*, para que la representase en un dia destinado á su beneficio el gracioso de la compañía cómica de Barcelona Felipe Blanco, á quien debia particulares atenciones de amistad. Siguió en la version de esta pieza los mismos principios que le habian dirigido en la precedente. Simplificó la accion, despojándola de cuanto le pareció inútil en ella. Suprimió tres personajes, MM. Robert, Thibaut y Perrin, y por consiguiente dejó perder la graciosa escena segunda del primer acto, y la segunda del tercero, para no interrumpir la fábula con distracciones meramente episódicas, sujetándola á la estrecha economía que pide el arte, sin la cual, á fuerza de ornatos viciosos, se entorpece la progresion dramática y se debilita el interés. Redujo á tres las cinco palizas que halló en la pieza original. Pasó en silencio la existencia inútil de un amante que no aparece en la escena, y esta omision le facilitó el medio de dar á la resistencia obstinada de don Jerónimo un motivo mas cómico, y mas naturalidad al desenlace.

Omitió igualmente las lozanías y espresiones demasiado alegres del supuesto médico, que no se hubieran tolerado en ningun teatro de España, y se hallan en la escena primera del primer acto, en las cuarta, quinta y séptima del segundo, y en la tercera del tercero de la obra francesa; y persuadido de que las imágenes asquerosas ni son donaires cómicos, ni deben presentarse jamás á un auditorio decente, omitió lo que hay de este género en la escena sesta, acto segundo, y en la quinta, acto tercero, del original. Si Moliere viviese, haria en esta y otras piezas suyas las mismas correcciones, con mas severidad y mayor acierto.

En las ediciones francesas se advierte que la escena es en el campo; pero si por esto se entendiese unidad de lugar, seria equivocarse mucho. El primer acto de la comedia de *el Médico á palos* debe representarse en un monte; los dos siguientes en una sala de la casa de don Jerónimo. Si Moliere (que no es creíble) imaginó que la escena fuese constantemente la misma, no dispuso su fábula en términos de que pudiera verificarse; y si en el teatro se hiciese la prueba de no mudar la decoracion segun se ha indicado, resultarían impropiedades demasiado absurdas. Esta comedia no admite unidad de lugar.

Nada resta que decir acerca de la traduccion, sino que Moratin supo darla todo el aire de originalidad que necesitaba para hacerla mas agradable al público español que habia de oirla; y en efecto, representada en el teatro de Barcelona el dia 5 de diciembre de 1814, el concurso, reconociendo la fuerza cómica de que abunda en la accion y el diálogo, unió á los elogios del poeta francés los que le pareció que merecian las frecuentes infidelidades de su traductor.

Felipe Blanco dió mucha gracia y naturalidad al papel de Bartolo. Vicente Alfonso obtuvo general aceptacion en el de don Jerónimo; y Bárbara Fort, para quien era muy genial el de Martina, le desempeñó con inteligencia.

# EL MEDICO A PALOS.

## PERSONAS.

DON JERONIMO.  
DOÑA PAULA.

LEANDRO.  
ANDREA.

BARTOLO.  
MARTINA.

GINES.  
LUCAS.

La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro y otras dos en los lados.

La accion empieza á las once de la mañana, y se acaba á las cuatro de la tarde.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

BARTOLO, MARTINA.

BARTOLO.

¡Válgate Dios, y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte... *(Corta leña de un árbol inmediato al foro: deja después el hacha arrimada al tronco, se adelanta acia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y eslabon, enciende un cigarro y se pone á fumar.)* ¡Mucho trabajo es este!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo, y no puedo mas... Dejémoslo, y será lo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo, que esta triste vida otro la ha de heredar... Allí viene mi mujer. ¿Qué traerá de bueno?

MARTINA sale por el lado derecho del teatro.

Holgazán, ¿qué haces ahí sentado, fumando sin trabajar? ¿Sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar, y ya es cerca de mediodía?

BARTOLO.

Anda, que si no es hoy, será mañana.

MARTINA.

Mira qué respuesta.

BARTOLO.

Perdóname, mujer. Estoy cansado, y me senté un rato á fumar un cigarro.

MARTINA.

¡Y que yo aguante á un marido tan poltron y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO.

Poco á poco, mujer; si acabo de sentarme.

MARTINA.

Levántate.

BARTOLO.

Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA.

¡Hombre sin vergüenza, sin atender á sus obligaciones! ¡Desdichada de mí!

BARTOLO.

¡Ay, qué trabajo es tener mujer! Bien dice Séneca: que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA.

Miren qué hombre tan hábil, para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO.

¡Si soy hábil? A ver, á ver, búscame un leñador que sepa

lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.

Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

Haragán, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligacion.

BARTOLO.

Mira, mujer, que me vas enfadando.

*(Se levanta despezándose, encaminase acia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.)*

MARTINA.

¿Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.

Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.

¿A mí? Bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO, dando de palos á Martina.

¿Sí? Pues toma.

MARTINA.

¡Ay! ay! ay! ay!

BARTOLO.

Este es el único medio de que calles... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Después de haberme puesto así?

BARTOLO.

¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.



BARTOLO.

Mal hayan mis manos, que han sido causa de enfadar á mi esposa... Vaya, ven, dame un abrazo

(*Tira el palo á un lado, y la abraza.*)

MARTINA.

¡Si reventaras!

BARTOLO.

Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mía. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó menos no valen nada... Voy acia el barranquero, que ya tengo allí una porción de raíces, haré una carguilla, y mañana con la burra la llevaremos á Miraflores. (*Hace que se va, y vuelve.*) Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago: si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedras azules.

(*Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado hablando entre sí.*)

MARTINA.

Anda, que tú me las pagarás... Verdad es que una mujer siempre tiene en su mano el modo de vengarse de su marido; pero es un castigo muy delicado para este bribon, y yo quisiera otro que él sintiera mas, aunque á mí no me agradase tanto.

## ESCENA II.

MARTINA, GINES, LUCAS.

(*Salen por la izquierda.*)

LUCAS.

Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision... Y no sé yo todavía qué regalo tendremos por este trabajo.

GINES.

¿Qué quieres, amigo Lucas? Es fuerza obedecer á nuestro amo; además, que la salud de su hija á todos nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... Vaya, todo se lo merece.

LUCAS.

Pero, hombre, fuerte cosa es que los médicos que han venido á visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINES.

Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es el que necesitamos.

MARTINA, *aparte*.

¡Que no pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme!

LUCAS.

Veremos si este médico de Miraflores acierta con ello... Como no háyamos equivocado la senda...

MARTINA.

(*Aparte, hasta que repara en los dos y les hace corte-sia.* Pues ello es preciso, que los golpes que acaba de darme los tengo en el corazón. No puedo olvidarlos...) Pero, señores, perdonen ustedes, que no los habia visto, porque estaba distraida.

LUCAS.

¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

MARTINA.

Si, señor. (*Señalando adentro por el lado derecho.*) ¿Ve usted aquellas tapias caidas junto aquel nogueron? Pues todo derecho.

GINES.

¿No hay allí un famoso médico, que ha sido médico de una vizcondesa, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA.

¡Ay! sí, señor. Curaba en griego; pero hace dos dias que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINES.

¿Qué dice usted?

MARTINA.

Lo que usted oye. ¿Y para quién le iban ustedes á buscar?

LUCAS.

Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

MARTINA.

¡Ah! sí. La hija de don Jerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LUCAS.

¿Qué sé yo? Un mal que nadie le entiende, del cual ha venido á perder el habla.

MARTINA.

¿Qué lástima! Pues... (*Aparte, con expresion de complicitad.* ¡Ay, qué idea me ocurre!) Pues mire usted, aquí tenemos el hombre mas sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

GINES.

¿De veras?

MARTINA.

Sí, señor.

LUCAS.

¿Y en dónde le podemos encontrar?

MARTINA.

Cortando leña en ese monte.

GINES.

Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARTINA.

No, señor. Es un hombre estravagante y lunático, va vestido como un pobre patán, hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINES.

Cierto que es cosa admirable, que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algun ramo de locura mezclada con su ciencia.

MARTINA.

La manía de este hombre es la mas particular que se ha visto. No confesará su capacidad á menos que no le muelan el cuerpo á palos; y así les aviso á ustedes que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que el confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINES.

¿Qué estraña locura!

LUCAS.

¿Habrás visto hombre mas original?

GINES.

¿Y cómo se llama?

MARTINA.

Don Bartolo. Fácilmente le conocerán ustedes. El es un hombre de corta estatura, morenillo, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrerillo redondo.

LUCAS.

No se me despintará, no.

GINES.

¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA.

¿Curas dice usted? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre mujer, ya iban á enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó á la difunta, sacó una redonita del bolsillo, la echó en la boca una gota de yodo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre cantando el *frondoso*.

GINES.

¿Es posible?

MARTINA.

Como que yo lo vi. Mire usted, aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues, señor, llamaron á don Bartolo; él no queria ir allá, pero mediante una buena paliza lograron que fuese. Sacó un cierto ungüento que llevaba en un pucherete, y con una pluma le fué untando, untando al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pié, y se fué corriendo á jugar á la rayuela con los otros chicos.

LUCAS.

Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos á buscarle.

MARTINA.

Pero sobre todo, acuérdense ustedes de la advertencia de los garrotazos.

GINES.

Ya, ya estamos en eso.

MARTINA.

Allí debajo de aquel árbol hallarán ustedes cuantas estacas necesiten.

LUCAS.

¿S? Voy por un par de ellas.

*(Coge el palo que dejó en el suelo Bartolo, va acia el foro y coge otro, vuelve, y se le da á Gines.)*

GINES.

¡Fuerte cosa es que haya de ser preciso valerse de este medio!

MARTINA.

Y si no, todo será inútil. *(Hace que se va, y vuelve.)* ¡Ah! otra cosa. Cuiden ustedes de que no se les escape, porque corre como un gamo; y si les coge á ustedes la delantera, no le vuelven á ver en su vida. *(Mirando acia dentro á la parte del foro.)* Pero me parece que viene. Si, aquel es. Yo me voy, hablemle ustedes, y si no quiere hacer bondad, menudito en él. Adios, señores.

## ESCENA III.

GINES, LUCAS.

LUCAS.

Fortuna ha sido haber hallado á esta mujer. Pero ¿no ves qué traza de médico aquella?

*(Los dos miran acia el foro.)*

GINES.

Ya lo veo... Mira, retirémonos uno á un lado y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?

LUCAS.

SI.

GINES.

Y solo en el caso de que absolutamente sea preciso...

LUCAS.

Bien... Entonces me haces una seña, y le ponemos como nuevo.

GINES.

Pues apartémonos, que ya llega.

*(Ocúltanse á los dos lados del teatro.)*

## ESCENA IV.

GINES, LUCAS; BARTOLO sale del monte con el hacha y las alforjas al hombro, cantando; siéntase en el suelo en medio del teatro, y saca de las alforjas una bota.

BARTOLO.

En el alcázar de Venus,  
Junto al Dios de los planetas,  
En la gran Constantinopla,  
Allá en la casa de Meca,  
Donde el gran sultán baja,  
Imperio de tantas fuerzas,

Aquel Alcorán que todos  
Le pagan tributo en perlas;  
Rey de setenta y tres reyes,  
De siete imperios... *(Bebe.)*  
De siete imperios cabeza;  
Este tal tiene una hija,  
Que es del imperio heredera.

*(Vuelve á beber, va á poner la bota al lado por donde sale Lucas, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota, va á ponerla al otro lado á tiempo que sale Gines haciendo lo mismo que Lucas. Bartolo pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.)*

Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos; porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINES.

¿Es usted un caballero que se llama el señor don Bartolo?

BARTOLO.

¿Y qué?

GINES.

¿Que si se llama usted don Bartolo?

BARTOLO.

No, y si, conforme lo que ustedes quieran.

GINES.

Queremos hacerle á usted cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO.

Si así es, yo me llamo don Bartolo.

*(Quitase el sombrero y le deja á un lado.)*

LUCAS.

Pues con toda cortesía...

GINES.

Y con la mayor reverencia...

LUCAS.

Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINES.

Y con todo respeto, y con la veneracion mas humilde...

BARTOLO, aparte.

Parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINES.

Pues, señor, venimos á implorar su auxilio de usted para una cosa muy importante.

BARTOLO.

¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINES.

Favor que usted nos hace... Pero cúbrase usted, que el sol le incomodará.

LUCAS.

Vaya, señor, cúbrase usted.

BARTOLO.

Vaya, señores, ya estoy cubierto... *(Pónese el sombrero, y los otros tambien.)* ¿Y ahora?

GINES.

No estrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de usted, y de su...

BARTOLO.

Es verdad, como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS.

Señor...

BARTOLO.

Si ha de ser de encina, no la daré menos de á dos reales la carga.

GINES.

Ahora no tratamos de eso.



BARTOLO.

La de pino la daré mas barata. La de raices, mire usted...

GINES.

¡Oh! señor, eso es burlarse.

LUCAS.

Suplico á usted que hable de otro modo.

BARTOLO.

Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me esplico.

GINES.

¡Un sujeto como usted ha de ocuparse en ejercicios tan groseros! Un hombre tan sabio, tan insigne medico, ¿no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO.

¿Quién, yo?

GINES.

Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO.

Usted será el médico y toda su generacion, que yo en mi vida lo he sido. (Ap. Borrachos están.)

LUCAS.

¿Para qué es escusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO.

Pero, en suma, ¿quién soy yo?

GINES.

¿Quién? Un gran médico.

BARTOLO.

¡Qué disparate! (Ap. ¿No digo que están bebidos?)

GINES.

Con que vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO.

Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.

LUCAS.

Al cabo me parece que será necesario... (Mirando á Gines.) ¿Eh?

GINES.

Yo creo que sí.

LUCAS.

En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINES.

Mire usted que se lo decimos por su bien.

LUCAS.

Confiese usted con mil demonios que es médico, y acabemos.

BARTOLO, impaciente.

¡Yo rabio!

GINES.

¿Para qué es fingir si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO.

Pues digo á ustedes que no soy médico.

(Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban, y se le acercan, disponiéndose para apalearle.)

GINES.

¿No?

BARTOLO.

No, señor.

LUCAS.

¿Con que no?

BARTOLO.

El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINES.

Pues, amigo, con su buena licencia de usted, tendremos que valernos del remedio consabido... Lucas.

LUCAS.

Ya, ya.

BARTOLO.

¿Y qué remedio dice usted?

LUCAS.

Este.

(Danle de palos, cogiéndole siempre las vueltas para que no se escape.)

BARTOLO.

¡Ay! ay! ay!... (Quitándose el sombrero.) Basta, que yo soy médico, y todo lo que ustedes quieran.

GINES.

Pues bien, ¿para qué nos obliga usted á esta violencia?

LUCAS.

¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BARTOLO.

El trabajo es para mí, que los llevo... Pero, señores, vamos claros: ¿Qué es esto? ¿es una humorada: ó están ustedes locos?

LUCAS.

¿Aun no confiesa usted que es doctor en medicina?

BARTOLO.

No, señor; no lo soy, ya está dicho.

GINES.

¿Con que no es usted médico?... Lucas.

LUCAS.

¿Con que no? (Vuelven á darle de palos.) ¿Eh?

BARTOLO.

¡Ay! ay! ¡pobre de mí! (Pónese de rodillas juntando las manos, en ademán de súplica.) Si que soy médico. Si, señor.

LUCAS.

¿De veras?

BARTOLO.

Sí, señor, y cirujano de estuche, y saludador, y alhéirar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINES.

Me alegro de verle á usted tan razonable.

(Levántanse cariñosamente entre los dos.)

LUCAS.

Ahora sí que parece usted hombre de juicio.

BARTOLO.

(Ap. ¡Maldita sea vuestra alma!...) ¿Si seré yo médico y no habré reparado en ello?

GINES.

No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

BARTOLO.

Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINES.

Certisimo.

BARTOLO.

¿Seguro?

GINES.

Sin duda ninguna.

BARTOLO.

Pues lléveme el diablo si yo sabia tal cosa.

GINES.

¿Pues cómo, siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce?

BARTOLO, riéndose.

¡Ah! ah! ah!

GINES.

Un médico que ha curado no sé cuántas enfermedades mortales.

BARTOLO, con ironía.

¡Válgame Dios!

LUCAS.

Una mujer que estaba ya enterrada...

GINES.

Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla...

BARTOLO.

¿Tambien le curé?

Tambien.

LUCAS.

GINES.

Con que buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. Usted estará allí comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO.

¿Me traerán en palmitas?

LUCAS.

Sí, señor, y acabada la curacion le darán á usted qué sé yo cuánto dinero.

BARTOLO.

Pues, señor, vamos allá. ¿En palmitas y qué sé yo cuánto dinero?... Vamos allá.

GINES.

Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO.

No, poco á poco. *(Lucas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.)* La bota conmigo.

GINES.

Pero, señor, ¿un doctor en medicina con bota!

BARTOLO.

No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... *(Apartándose á un lado, medita y habla entre sí. Después con ellos.)* La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico, me volverán á sacudir el bulto; y si lo soy, me le sacudirán tambien... Pero díganme ustedes: ¿les parece que este traje rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINES.

No hay qué afligirse. Antes de presentarle á usted, le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO, aparte.

Si á lo menos pudiese acordarme de aquellos testos, de aquellas palabrotas que les decía mi amo á los enfermos... saldria del apuro.

GINES.

Mira que se quiere escapar.

LUCAS.

Señor don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO, aparte.

Aquel libro de vocabulorum, que llevaba el chico al aula. ¡Aquel sí que era bueno!

GINES.

Vaya, basta de meditacion.

LUCAS.

¿Será cosa de que otra vez...

*(En ademán de volverle á dar.)*

BARTOLO.

¿Qué! no, señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos.

*(Los dos le cogen en medio, y se van con él por la izquierda del teatro.)*

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DON JERONIMO, LUCAS, GINES, ANDREA.

DON JERÓNIMO.

¿Con que decís que es tan hábil?

LUCAS.

Ctantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINES.

Hace curas maravillosas.

LUCAS.

Resucita muertos.

TOMO II.

GINES.

Solo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

DON JERÓNIMO.

Me dejais aturrido con esa relacion. Ya tengo impaciencia de verle. Ve por él, Ginés.

LUCAS.

Vistiéndose quedaba. Toma la llave, y no te apartes de él.

*(Le da una llave á Ginés, el cual se va por la puerta del lado derecho.)*

DON JERÓNIMO.

Que venga, que venga presto.

### ESCENA II.

DON JERONIMO, ANDREA, LUCAS.

ANDREA.

¡Ay, señor amo! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no haremos nada.

DON JERÓNIMO.

¿Por qué?

ANDREA.

Porque doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido: eso la conviene, lo demás es andarse por las ramas. ¿Le parece á usted que ha de curarse con ruidardo, y jalapa, y tinturas, y cocimientos, y potingues, y porquerias, que no sé cómo no ha perdido ya el estómago? No, señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS.

Vamos, calla, no hables tonterías.

DON JERÓNIMO.

La chica no piensa en eso. Es todavia muy niña.

ANDREA.

¡Niña! Sí, cáselas usted, y verá si es niña.

DON JERÓNIMO.

Mas adelante no digo que...

ANDREA.

Boda, boda, y aflojar el dote, y...

DON JERÓNIMO.

¿Quieres callar, habladora?

ANDREA.

*(Ap. Allí le duele...)* Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brebajes por la ventana, y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

DON JERÓNIMO.

¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En dónde está ese novio?

ANDREA.

¿Qué presto se le olvidan á usted las cosas! Pues qué, ¿no sabe usted que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? ¿No lo sabe usted?

DON JERÓNIMO.

La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenía ocho ó diez años no le he vuelto á ver... Y ya sé que anda poraqui acechando y rondándome la casa; pero como yo le llegue á pillar... Bien que lo mejor será escribir á su tío para que le recoja y se le lleve á Buitrago, y allí se le tenga. ¡Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! ¡Con un mancebito que acaba de salir de la universidad, muy atestada de Vinios la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo!

ANDREA.

Su tío, que es muy rico, que es muy amigo de usted, que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con el dote que usted dará á su hija, y con lo que...

DON JERÓNIMO.

Vete al instante de aquí, lengua de demonio.



ANDREA, *aparte*.

Allí le duele.

DON JERÓNIMO.

Vete.

ANDREA.

Ya me irá, señor.

DON JERÓNIMO.

Vete, que no te puedo sufrir.

LUCAS.

¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla, y no desazones al amo, mujer; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados ajenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor; no tiene remedio.

DON JERÓNIMO.

Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS.

El médico viene.

**ESCENA III.**

BARTOLO, GINES, DON JERÓNIMO, LUCAS, ANDREA.  
(*Salen por la derecha Ginés y Bartolo, este vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y bastón.*)

GINES.

Aquí tiene usted, señor don Jerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

DON JERÓNIMO.

Me alegro mucho de ver á usted, y de conocerle, señor doctor.

(*Se hacen cortesía uno á otro, con el sombrero en la mano.*)

BARTOLO.

Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

DON JERÓNIMO.

¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO.

Sí, señor.

DON JERÓNIMO.

¿Y en qué capítulo?

BARTOLO.

En el capítulo de los sombreros.

DON JERÓNIMO.

Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.  
(*Los dos se ponen el sombrero.*)

BARTOLO.

Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

DON JERÓNIMO.

¿Con quién habla usted?

BARTOLO.

Con usted.

DON JERÓNIMO.

¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.

¿No?

DON JERÓNIMO.

No, señor.

BARTOLO.

¿No? Pues ahora verás lo que te pasa.

(*Arremete acia él con el bastón levantado en ademán de darle de palos. Huye don Jerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.*)

DON JERÓNIMO.

¿Qué hace usted, hombre?

BARTOLO.

Yo te haré que seas médico á palos, que así se gradúan en esta tierra.

DON JERÓNIMO.

Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habeis traído aquí?

GINES.

¿No le dije á usted que era muy chancero?

DON JERÓNIMO.

Sí; pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS.

No le dé á usted cuidado. Si lo hace por reír.

GINES.

Mire usted, señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que usted ha de curar.

BARTOLO.

¿El señor es su padre? ¡Oh! perdone usted, señor padre, esta libertad que...

DON JERÓNIMO.

Soy de usted.

BARTOLO.

Yo siento...

DON JERÓNIMO.

No, no ha sido nada... (*Ap. ¡Maldita sea tu casta!...*)  
Pues, señor, vamos al asunto. (*Saca la caja, se la presenta á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.*) Yo tengo una hija muy mala...

BARTOLO.

Muchos padres se quejan de lo mismo.

DON JERÓNIMO.

Quiero decir que está enferma.

BARTOLO.

Ya, enferma.

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

Me alegro mucho.

DON JERÓNIMO.

¿Cómo?

BARTOLO.

Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.

DON JERÓNIMO.

Viva usted mil años, que yo le estimo su buen deseo.

BARTOLO.

Hablo ingenuamente.

DON JERÓNIMO.

Ya lo conozco.

BARTOLO.

¿Y cómo se llama su niña de usted?

DON JERÓNIMO.

Paulita.

BARTOLO.

¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... Y esta doncella ¿quién es?

DON JERÓNIMO.

Esta doncella es mujer de aquel. (*Señalando á Lucas.*)

BARTOLO.

¡Oiga!

DON JERÓNIMO.

Sí, señor... Voy á hacer que salga aquí la chica para que usted la vea.

ANDREA.

Durmiendo quedaba.

DON JERÓNIMO.

No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

GINES.

Allá voy.

(*Vanse los dos por la izquierda.*)**ESCENA IV.**

BARTOLO, ANDREA, LUCAS.

BARTOLO, acercándose á Andrea con ademanes y gestos espresivos.

¿Con que usted es mujer de ese mocito?

ANDREA.

Para servir á usted.

BARTOLO.

¿Y qué frescota es! ¿Y qué... Regocijo da el verla... ¡Her-

mosa boca tienen!... ¡Ay, qué dientes tan blancos, tan iguales, y qué risa tan graciosa!... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos mas habladores ni mas traviesos.

LUCAS.

(Ap. ¡Habrà demonio de hombre! ¡Pues no la está requetando el maldito!...) Vaya, señor doctor, mude usted de conversacion, porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone usted à decir arrumacos à mi mujer? Yo no sé cómo no cojo un garrote, y le...

(Mirando por el teatro si hay algun palo. Bartolo le detiene.)

BARTOLO.

Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

Pues cuenta con ella.

LUCAS.

ANDREA.

Yo reviento de risa.

(Encaminándose à recibir à doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con don Jerónimo y Ginés.)

### ESCENA V.

DON JERONIMO, DOÑA PAULA, GINES, LUCAS, BARTOLO, ANDREA.

DON JERÓNIMO.

¡Anímate, hija mía, que yo confío en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas. (Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona entre Bartolo y su padre. Los criados detrás, en pie.)

BARTOLO.

¿Con que esta es su hija de usted?

DON JERÓNIMO.

No tengo otra, y si se me llegara à morir me volvería loco.

BARTOLO.

Ya se guardará muy bien. Pues qué, ¿no hay mas que morirse sin licencia del médico? No, señor; no se morirá... Vean ustedes aquí una enferma, que tiene un semblante capaz de hacer perder la chabeta al hombre mas tético del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro à usted... ¡Bonita cara tiene!

DOÑA PAULA.

¡Ah! ¡ah! ¡ah!

DON JERÓNIMO.

Vaya, gracias à Dios que se rie la pobrecita.

BARTOLO.

¡Buena! ¡Gran señal! gran señal! Cuando el médico hace reír à las enfermas es linda cosa... Y bien, ¿qué le duele à usted?

DOÑA PAULA.

Ba, ba, ba, ba.

BARTOLO.

¿Eh? ¿Qué dice usted?

DOÑA PAULA.

Ba, ba, ba.

BARTOLO.

Ba, ba, ba, ba. ¿Qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

DON JERÓNIMO.

Pues ese es su mal. Ha venido à quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted qué desconsuelo para mí.

BARTOLO.

¿Qué boberia! Al contrario, una mujer que no habla es un tesoro. La mía no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaría muy bien de curarla.

DON JERÓNIMO.

A pesar de eso, yo le suplico à usted que aplique todo su esmero à fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO.

Se la aliviará, se la quitará: pierda usted cuidado. Pero es curacion que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

DON JERÓNIMO.

Si, señor, con bastante apetito.

BARTOLO.

¡Malo!... ¿Duermes?

ANDREA.

Si, señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO.

¡Malo!... ¿Y la cabeza le duele?

DON JERÓNIMO.

Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BARTOLO.

¿No? ¡Malo!... Venga el pulso... Pues, amigo, este pulso indica... ¡Claro! está claro.

DON JERÓNIMO.

¿Qué indica?

BARTOLO.

Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

DON JERÓNIMO.

¿Secuestrada?

BARTOLO.

Si por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

DON JERÓNIMO.

Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.

Este accidente ha podido proceder y procede (según la mas recibida opinión de los autores) de habérsela interrumpido à mi señora doña Paulita el uso espedito de la lengua.

DON JERÓNIMO.

¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS.

¿No se lo dijimos à usted?

ANDREA.

Pues à mí me parece un macho.

LUCAS.

Calla.

DON JERÓNIMO.

Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

BARTOLO.

Se puede y se debe hacer... El pulso... (Tomando el pulso à doña Paula.) Aristóteles en sus protocolos habló de este caso con mucho acierto.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué dijo?

BARTOLO.

Cosas divinas... La otra... (La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.) A ver la lengüecita... ¡Ay, qué monería!... Dijo... ¿Entiende usted el latín?

DON JERÓNIMO.

No, señor, ni una palabra.

BARTOLO.

No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus; amaryllida sylvas*. Que quiere decir, que esta falta de coagulacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores... acres, proclives, espontáneos y corrumptentes. Porque como los vapores que se elevan de la region... ¿Están ustedes?

ANDREA.

Sí, señor, aquí estamos todos.

BARTOLO.

De la region lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazón, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo: de aquí es, según la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores... ¿Me explico?



DON JERÓNIMO.

Sí, señor, perfectamente.

BARTOLO.

Pues, como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el timpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Docco doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua.....* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

DON JERÓNIMO.

Cuanto hay que decir.

GINÉS.

Es mucho hombre este.

DON JERÓNIMO.

Solo he notado una equivocación en lo que...

BARTOLO.

¿Equivocación? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

DON JERÓNIMO.

Creo que dijo usted que el corazón está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.

¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¡Ahora me sale usted con esas vejeces? Sí, señor, antiguamente así sucedía, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

DON JERÓNIMO.

Perdone usted, si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.

Ya está usted perdonado. Usted no sabe latín, y por consiguiente está dispensado de tener sentido común.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué le parece á usted que deberemos hacer con la enferma?

BARTOLO.

Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas... bien que eso yo mismo lo baré... y después tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

ANDREA.

¡Qué disparate!

DON JERÓNIMO.

¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO.

¡Ay, amigo, y qué falta le hace á usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática, que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

DON JERÓNIMO.

Pues no lo sabía.

BARTOLO.

Si usted no sabe nada.

DON JERÓNIMO.

Es verdad que no he estudiado, ni...

BARTOLO.

¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted cómo á los loros los atracan de pan mojado en vino?

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos también á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papayos.

DON JERÓNIMO.

Algún ángel le ha traído á usted á mi casa, señor doctor... Vamos, hijita, que ya querrás descansar... Al instante vuelvo, señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

BARTOLO.

Don Bartolo.

DON JERÓNIMO.

Pues así que la deje acostada seré con usted, señor don Bartolo... (*Se levantan los tres.*) Ayuda aquí, Andrea.... Despacito.

BARTOLO.

Táparla bien, no se resfríe. Adios, señorita.

DOÑA PAULA.

Ba, ba, ba, ba.

DON JERÓNIMO *hace que se va acompañando á doña Paula, y vuelve á hablar aparte con Lucas.*

Lucas, ve al instante y adereza el cuarto del señor, bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofaina, la toalla, en fin, que no falte cosa ninguna... ¿Estás?

LUCAS, *marchando por la puerta de la derecha.*

Sí, señor.

DON JERÓNIMO.

Vamos, hija mía.  
(*Vanse don Jerónimo, doña Paula, Andrea y Ginés por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Yo sudo... En mi vida me he visto mas apurado... ¡Si es imposible que esto pare en bien, imposible! Veré si ahora que todos andan por allá dentro puedo... Y si no, mal estamos... En las espaldas siento una desazon que no me deja... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir.

(Vase por la parte del lado derecho.)

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

BARTOLO *sale sin sombrero ni baston por la derecha,*  
DON JERÓNIMO.

BARTOLO.

Pues, señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡Ay, pobre Bartolo!... (*Paseándose inquieto por el teatro.*) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

DON JERÓNIMO *sale por la izquierda.*

No ha habido forma de poderla reducir á que se acueste. Ya la están preparando la sopa en vino que usted mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo.  
DON JERÓNIMO, *sacando la bolsa y tomando de ella algunos escuditos.*

Usted, amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe, y entre tanto quiero que tenga usted la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO.

No se hable de eso.

DON JERÓNIMO.

Hágame usted este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

DON JERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

DON JERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré.

(Los toma y se los guarda.)

DON JERÓNIMO.

Ahora bien, quede usted con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

## ESCENA II.

LEANDRO sale por la puerta de la derecha recatándose, BARTOLO.

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de usted, y espero que...

BARTOLO.

Veamos el pulso... (Tomando el pulso, con gestos de displicencia.) Pues no me gusta nada... ¿Y qué siente usted?

LEANDRO.

Fero si yo no vengo á que usted me cure; si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO, con despego.

Pues ¿á qué diablos viene usted?

LEANDRO.

A decirle á usted en dos palabras que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me da á mi de que usted se llame Leandro ó Juan de las viñas?

(Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.)

LEANDRO.

Diré á usted. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á usted que me proporcione una ocasion, un pretexto para hablarla y...

BARTOLO.

Que es decir en castellano, que yo haga de alcahuete. (Irritado y alzando mas la voz.) ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!... Quitese usted de ahí.

LEANDRO.

¡Señor!

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballero!

LEANDRO.

Calle usted, señor; no grite usted.

BARTOLO.

Quiero gritar... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO.

¡Por Dios, señor doctor!

BARTOLO.

¿Yo alcahuete? Agradezca usted que...

(Se pasea inquieto.)

LEANDRO.

¡Válgame Dios, qué hombre!... Probemos á ver si...

(Sacó un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano; él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.)

BARTOLO.

¡Esvergüenza como ella!

LEANDRO.

Teme usted... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO.

¿Qué errar? ¡Un sujeto como usted! ¡Qué disparate! Vaya, con que...

LEANDRO.

Pues, señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han

venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Sí, señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á usted?

LEANDRO.

No, señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á usted? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

¡Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Giné no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa; Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con doña Paulita.

LEANDRO.

¿De veras?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo...

LEANDRO.

¿Seria posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á usted que sí? Le casaré á usted con ella, con su padre y con toda su parentela... Yo diré que es usted... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á usted cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿Con que no es usted médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y espero que usted...

(Vase por la puerta de la derecha.)

BARTOLO.

Vaya usted con Dios.

## ESCENA III.

ANDREA sale por la izquierda, BARTOLO, LUCAS.

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á usted desairado, porque...

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demás importa seis maravedis, y como yo te cure á tí, mas que se muera todo el género humano.

(Sale por la derecha Lucas; va acercándose detrás de Bartolo, y escucha.)

ANDREA.

Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO.

Pues mira, lo mejor será curar á tu marido... ¡Qué bruto es, y qué zeloso tan impertinente!



ANDREA.

¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO.

¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gahnápiro este cuerpecito gracioso?

(Se encamina á ella con los brazos abiertos, en ademán de abrazarla. Andrea se va retirando, Lucas agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de Bartolo, vuélvese de cara acia él, y quedan abrazados los dos. Andrea se va riendo por la puerta del lado izquierdo.)

LUCAS.

No le he dicho á usted, señor doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho á usted?

BARTOLO.

Pero, hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS.

Vete tú de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á usted la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO.

Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado conmigo... (Le da un envión al tiempo de desasirse de él.) ¡Se habrá visto niñco más enredador!

#### ESCENA IV.

DON JERONIMO sale por la izquierda, BARTOLO, LUCAS, LEANDRO.

DON JERÓNIMO.

¡Ay, amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo... (Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.) Digo, ¡don Casimiro! don Casimiro!

LEANDRO, desde adentro.

¡Señor!

BARTOLO.

¡Don Casimiro!

LEANDRO, saliendo.

¿Qué manda usted?

DON JERÓNIMO.

¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.

Un excelente didascálico... boticario que llaman ustedes... eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

DON JERÓNIMO.

Mire usted qué decaída está.

BARTOLO.

No importa, vá á sanar muy pronto

#### ESCENA V.

DOÑA PAULA, ANDREA, GINES, DON JERONIMO, BARTOLO, LEANDRO, LUCAS.

(Salen los tres primeros por la puerta de la izquierda.)

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien, y luego hablaremos.

DON JERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad? Eh?

(Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea terea en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y don Jerónimo, y á otro Gines y Lucas.)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolis de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece á usted que le he hecho venir?

DON JERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO.

¿Qué ha de ser rana? No, señor, si es un hombre que se pierde de vista.

DOÑA PAULA.

Siempre, siempre será tuya, Leandro.

DON JERÓNIMO.

¿Qué? (Volviéndose acia donde está su hija.) ¿Si será ilusión mía?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Sí, señor, tres ó cuatro palabras ha dicho.

DON JERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mía! (Abraza á doña Paula, y vuelve lleno de alegría acia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.) ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacia.

DON JERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es verdad? (Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.) Vaya, di alguna cosa.

GINES, aparte á Lucas.

Aquí me parece que hay gato encerrado... ¿Eh?

LUCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

DOÑA PAULA.

Sí, padre mío, he recordado el habla para decirle á usted que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

DON JERÓNIMO.

Pero si...

DOÑA PAULA.

Nada puede cambiar mi resolución.

DON JERÓNIMO.

Es que...

DOÑA PAULA.

De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso sin excusas ni dilaciones.

DON JERÓNIMO.

Pero, hija mía, el tal Leandro es un pobreton...

DOÑA PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

DON JERÓNIMO.

Pero ¡qué borboton de palabras la ha venido de repente á la boca!... Pues, hija mía, no hay que causarse. No será.

DOÑA PAULA.

Pues cuente usted con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.

DON JERÓNIMO.

¿Qué es lo que me pasa! (Movándose de un lado á otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira acia el foro, y habla con Leandro y Andrea.) Señor doctor, hágame usted el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré, solamente por servirle á usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

DON JERÓNIMO.

Lo estimo infinito... Pero ¿piensas tú, hija inobediente, que...

(Encaminándose acia doña Paula. Bartolo le contiene.)

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya á coger un rato el aire por el jardín, y verá usted cómo poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya usted á acompañarla, don Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como usted mande, señor doctor. Vamos, señorita.

DOÑA PAULA.

Vamos enhorabuena.

DON JERÓNIMO.

Id vosotros también.

(A Lucas y Ginés, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.)

## ESCENA VI.

DON JERONIMO, BARTOLO.

DON JERÓNIMO.

¡Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenía cuando emudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porción de palabras, y hasta que todas las vacie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice ni hable con juicio.

DON JERÓNIMO.

¿Qué dice usted? Pues me convence esa reflexión.

(Saca la caja don Jerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.)

BARTOLO.

¡Oh! y si usted supiera un poco de numismática, lo entendería un poco mejor... Venga un polvo.

DON JERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado...

BARTOLO.

No lo dude usted... Es una evacuación que nosotros llamamos *tricolos tetrastrófos*.

## ESCENA VII.

LUCAS, ANDREA, GINES (van saliendo todos tres por la puerta del foro), DON JERONIMO, BARTOLO.

GINES.

¡Señor amo!

LUCAS.

¡Señor don Jerónimo!... ¡Ay qué desdicha!

ANDREA.

¡Ay, amo mío de mi alma! que se la llevan.

DON JERÓNIMO.

Pero ¿qué se llevan?

LUCAS.

El boticario no es boticario.

GINES.

Ni se llama don Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

DON JERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! Y vosotros, brutos, ¿habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

DON JERÓNIMO.

Y este pícaro de médico?...

BARTOLO, aparte lleno de miedo.

Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

DON JERÓNIMO.

¡Este bribon, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí habla una larga de tender ropa.

LUCAS.

Si, si, ya sé dónde está. Voy por ella.

(Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.)

DON JERÓNIMO.

Me las ha de pagar.... Pero ¿acia dónde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardín que sale al campo.

LUCAS.

Aquí está la soga.

DON JERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de piés y manos al doctor aquí en esta silla... (Bartolo quiere huir, y Lucas y Ginés le detienen.) Pero me lo habeis de ensogar bien fuerte.

GINES.

Pierda usted cuidado... Vamos, señor don Bartolo.

(Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.)

DON JERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdais de vista á ese perro.

(Se va don Jerónimo por la derecha, y Andrea por la izquierda. Lucas y Ginés siguen atando á Bartolo.)

## ESCENA VIII.

BARTOLO, LUCAS, GINES, MARTINA.

GINES.

Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS.

¿Y no sabes que el amiguito este había dado en la gracia de decir chicoleos á mi mujer?

GINES.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien así?

GINES.

Perfectamente.

MARTINA, saliendo por la puerta de la derecha.

Dios guarde á ustedes, señores.

LUCAS.

¡Calle, que está usted por acá! Pues ¿qué buen aire la trae á usted por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA, abrazándose con Bartolo.

¡Ay, hijo de mi alma!

LUCAS.

¡Oiga! ¿Con que esta es la médica?

GINES.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está usted ahí diciendo?

BARTOLO.

Si, hija mía, mañana me ahorcan sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?



BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

Pero ¿por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curación asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

## ESCENA IX.

DON JERONIMO, ANDREA, BARTOLO, LUCAS, GINES, MARTINA.

(Sale don Jerónimo por la puerta de la derecha, y Andrea por la izquierda.)

DON JERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia, y cargará con este bribon... Y tú ¿qué has hecho? los has visto?

ANDREA.

No, señor, no los he descubierto por ninguna parte.

DON JERÓNIMO.

Ni yo tampoco... He preguntado, y nadie me sabe dar razón... Yo he de volverme loco... (Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.) ¿Adónde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo?

## ESCENA X.

DOÑA PAULA, LEANDRO (salen por la puerta del lado derecho), DON JERONIMO, BARTOLO.

LEANDRO.

¡Señor don Jerónimo!

DOÑA PAULA.

¡Querido padre!

DON JERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!

LEANDRO se arrodilla con doña Paula á los pies de don Jerónimo.

Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tío no desapueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de usted, que esto no sería decoroso ni á su honor ni al mío. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta á hacer lo que usted la mande; pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

DON JERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado, y no puedo...

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de usted.

DON JERÓNIMO, alterándose.

¡Su dinero de usted! ¡su dinero de usted! ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á usted que no le pediremos nada.

DON JERÓNIMO.

Ni un maravedí.

DOÑA PAULA.

Ni medio.

DON JERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, baldulaques?

LEANDRO.

Mi tío. ¿Pues no ha oído usted que aprueba este casamiento? ¿Qué más he de decirle?

DON JERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposición?

LEANDRO.

Sí, señor; yo soy su heredero.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

¡Ay! no, señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un día á otro...

DON JERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con que.... (Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.

Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA.

Usted nos hace completamente felices.

BARTOLO.

Y á mí ¿quién me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

DON JERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

Pues ¿quién le ha puesto á usted así, médico insigne? (Desatan los criados á Bartolo.)

BARTOLO.

Sus pecados de usted, que los míos no merecen tanto.

DOÑA PAULA.

Vamos, que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle á usted el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¡Marido mío! (Se abrazan Bartolo y Martina.) Sea enhorabuena, que ya no te ahorcan. Mira, tratame bien, que á mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO.

¿A tí? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

GINES.

Y yo porque ella lo dijo lo creí.

LUCAS.

Y yo lo creí porque lo dijo ella.

DON JERÓNIMO.

Y yo porque estos lo dijeron, lo creí también, y admiraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demás.

---

# HAMLET.

---

## ADVERTENCIA.

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y oscurecen sus perfecciones, forman un todo extraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y su mérito, que difícilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmocion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer después y mudar repentinamente de carácter, haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sófocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros, capaces solo de escitar la risa del vulgo. Llega el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverisimiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo (\*).

Tal es en compendio la tragedia de *Hamlet*, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra, los inteligentes deberán

(\*) Este juicio de MORATIN acerca del *Hamlet* no es mas severo que el de otros criticos de la escuela clásica, que han hecho profundos estudios sobre Shakespeare. Trasladaremos aqui el voto del hombre acaso mas competente entre los mismos ingleses. Samuel Johnson, que puso á las obras de su gran compatriota el prólogo mas admirable, y acompañó cada una de ellas con observaciones tan breves como justas, al llegar al *Hamlet* se explica así: «Si debiésemos caracterizar los dramas de Shakespeare con las circunstancias que en cada uno mas preponderan y le distinguen de los demás, tendríamos que concederle al presente la palma de la variedad. Son tan numerosos sus incidentes, que su argumento daría materia á una larga novela. En sus escenas alterna constantemente lo divertido con lo patético: lo divertido, lleno de observaciones juiciosas é instructivas; lo patético, exento sin embargo de toda violencia superior á la natural altura de los humanos sentimientos. Van apareciendo sucesivamente caracteres diversos, que presentan variadas formas de costumbres y de lenguaje. La pretendida locura del protagonista ofrece pasos sumamente amenos, los tristes desvanecimientos de Ofelia enternecen el corazón; y cada personaje produce el efecto calculado por el autor, desde el espectro que en el primer acto nos hiela la sangre de horror, hasta el ente ridículo que en el último nos inspira justo desprecio.

»El plan sin embargo no está libre de censura: la ac-

»cion camina, á la verdad, en progresion continua; pero se »interponen escenas, que ni la detienen ni la empujan. »No hay razon que justifique la fingida locura de Hamlet, »quien nada hace que no pudiera igualmente hacer si se »le creyera en su cabal juicio. Su desvario llega á un »punto exagerado, cuando trata á Ofelia con tal aspereza, »que solo puede considerarse como crueldad inútil y caprichosa.

»En todo el curso de la tragedia Hamlet es mas bien un »instrumento ciego que un agente con intencion. Después de haber convencido al rey por medio de una estratagemas, nada hace para castigarle; y su muerte es al cabo obra de la casualidad, sin que Hamlet intervenga en lo mas mínimo.

»La catástrofe no es feliz; el cambio de los puñales es un recurso mas bien de la necesidad que del arte. Lo mismo hubiera sido deshacerse de Hamlet con el hierro, y de Laertes con la copa.

»Acúsase al poeta de haberse separado de la justicia poética, y con igual razon pudiera reconvénrsele por haber prescindido de la verosimilitud. El espectro deja la mansion de la tumba con frívolo pretexto: la venganza que reclama no llega á verificarse sino con la muerte del que ha de tomarla; y la recompensa, que debiera obtenerse por el castigo de un usurpador y un asesino, queda destruida por la prematura muerte de Ofelia: la joven, la bella, la pia, la inocente.»



juzgarlo. Baste decir que para traducirla bien no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos, sin identificarse con la indole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caidas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y espresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castizo español á un extranjero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras oscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma; á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñados en ilustrar y esplicar sus obras; lo cual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavia como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento, le animó por otra parte el deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés, viendo que entre nosotros no se tiene todavia la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nacion ni del mérito de sus autores. Otros quizás le seguirán en esta empresa, y fácilmente podrán oscurecer sus primeros ensayos; pero entre tanto no desconfia de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos en quienes se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones que los extranjeros han hecho de esta tragedia el auxilio que debió esperar. M. Laplace imprimió en francés una traduccion de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos no dejó de merecer aceptacion, hasta que M. Letourneur publicó la suya, que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseia perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta, pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la multitud. Voltaire, apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escuela; se esforzó cuanto pudo por imitarle en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustre ejemplo arrastró á muchos poetas, que se llamaron racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito, que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasía á los movimientos del corazon, y el ingenio al arte; admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores, é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne poeta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papeles que diariamente se esparcian por el público ridiculizando la secta racinista, y apurando para ello cuantas sutilezas sugiere el ingenio y cuantos medios buscan la desesperacion y la envidia, si por un momento escitaban la risa de los lectores, caian después en oscuridad y desprecio cuando aparecia en la escena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entonces se publicó la traduccion de Letourneur, impresa por suscripcion, dedicada al rey de Francia, y sostenida por el partido numeroso de aquellos á quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratose pues de exaltar el mérito de Shakespeare, y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion y capaz de disputar la corona á los Eurípides y Sófocles. Asi pensaron abatir el orgullo del moderno trágico francés, y vencerle con armas auxiliares y extranjeras, sin detenerse mucho á considerar cuán poca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será difícil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakespeare. Reunió en un discurso preliminar, y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, cuanto creyó ser favorable á su causa, repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota, negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte, y estableciendo una nueva poética, por la cual no solo quedan disculpados los estravios de su idolatrado autor, sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasajes en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, espresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza, ó reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofia, allí es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder después, y acalorado por una especie de frenesi no hay desacierto en que no tropiece y caiga, entonces el traductor francés le abandona, y nada omite para disimular su deformidad, suponiendo, alterando, sustituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aqui una traduccion pérdida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y ajenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos pues de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia; y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretexto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo, coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son, como podrá conocerlo fácilmente cualquiera que se tome la molestia de cotejarlos.

Esto es solo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia son obra suya, y á escepcion de una ú otra especie que ha tomado de los comentaristas ingleses (segun lo advierte en su lugar), todo lo demás, como cosa propia, lo abandona al exámen de los criticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á ésta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesia, y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.



# HAMLET<sup>(1)</sup>.

## PERSONAS.

CLAUDIO, *rey de Dinamarca.*  
GERTRUDIS, *reina de Dinamarca.*  
HAMLET, *príncipe.*  
FORTIMBRAS, *príncipe de Noruega.*  
LA SOMBRA DEL REY HAMLET.  
POLONIO, *sumiller de corps.*  
LAERTES, *hijo de Polonio.*  
OFELIA, *hija de Polonio.*  
HORACIO, *amigo de Hamlet.*

VOLTIMAN,  
CORNELIO,  
RICARDO,  
GUILLERMO,  
ENRIQUE,  
MARCELO,  
BERNARDO,  
FRANCISCO,  
REINALDO, *criado de Polonio.*

*cortesanos.*  
*soldados.*

DOS EMBAJADORES DE INGLATERRA.  
UN CURA.  
UN CABALLERO.  
UN CAPITÁN.  
UN GUARDIA.  
UN CRIADO.  
DOS MARINEROS.  
DOS SEPULTUREROS.  
CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de grandez, caballeros, damas, soldados, curas, cómicos, criados etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingor, en sus cercanías y en las fronteras de Dinamarca.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Esplanada delante del palacio real de Elsingor. Noche oscura.*

FRANCISCO, BERNARDO.

*(Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando acia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.)*

¿Quién está ahí?

BERNARDO.

FRANCISCO.

No : respóndame él á mi. Deténgase, y diga quién es...

BERNARDO.

Viva el rey.

FRANCISCO.

¿Es Bernardo?

BERNARDO.

El mismo.

FRANCISCO.

Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.

Las doce han dado ya ; bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.

¿Has hecho tu guardia tranquilamente ?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido (2).

BERNARDO.

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.

FRANCISCO.

Me parece que los oigo... Alto ahí. ¿Eh ! ¿Quién va ?

### ESCENA II.

HORACIO, MARCELO Y DICHOS.

HORACIO.

Amigos de este pais.

MARCELO.

Y fieles vasallos del rey de Dinamarca.

## ACT I.

### SCENE I.

*Elsinore. A Platform before the Castle. FRANCISCO on his post. Enter to him BERNARDO.*

Who's there?

BERNARDO.

FRANCISCO.

Nay, answer me : stand, and unfold yourself.

BERNARDO.

Long live the king !

FRANCISCO.

Bernardo ?

BERNARDO.

He.

FRANCISCO.

You come most carefully upon your hour.

BERNARDO.

'Tis now struck twelve ; get thee to bed, Francisco.

FRANCISCO.

For this relief, much thanks : 'tis bitter cold, And I am sick at heart.

BERNARDO.

Have you had quiet guard ?

FRANCISCO.

Not a mouse stirring.

BERNARDO.

Well, good night.

If you do meet Horatio and Marcellus, The rivals of my watch, bid them make haste.

*Enter Horatio and Marcellus.*

FRANCISCO.

I think, I hear them.—Stand, ho ! Who is there ?

HORATIO.

Friends to this ground.

MARCELLUS.

And liegemen to the Dane.

Buenas noches.

FRANCISCO.

MARCELO.

¡Oh honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?

FRANCISCO.

Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(Vase Francisco : Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela.)

MARCELO.

¡Hola, Bernardo!

BERNARDO.

¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?

HORACIO.

Un pedazo de él.

BERNARDO.

Bien venido, Horacio; Marcelo, bien venido.

MARCELO.

Y qué, ¿se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.

Yo nada he visto.

MARCELO.

Horacio dice que es aprension nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.

HORACIO.

¿Qué! No, no vendrá.

BERNARDO.

Sentémonos un rato, y deja que asaltenos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto repugnan oír, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.

Muy bien : sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos cuente.

(Siéntanse los tres.)

BERNARDO.

La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo había hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una...

MARCELO.

Chit. Calla ; mirale (3) por donde viene otra vez.

(Se aparece á un extremo del teatro la sombra del rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.)

BERNARDO.

Con la misma figura que tenía el difunto rey.

MARCELO.

Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.

¿No se parece todo al rey? Mirale, Horacio.

HORACIO.

Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.

Querrá que le hablen.

MARCELO.

Háblale, Horacio.

HORACIO se encamina acia donde está la sombra.

¿Quién eres tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un día la majestad del soberano dinamarqués que yace en el sepulcro? Habla : por el cielo te lo pido.

(Vase la sombra á paso lento.)

MARCELO.

¡Parece que está irritado.

BERNARDO.

¿Ves? Se va como despreciándonos.

Give you good night.

FRANCISCO.

MARCELLUS.

O, farewell, honest soldier : Who hath reliev'd you?

FRANCISCO.

Give you good night. Bernardo hath my place. (Exit Francisco.)

MARCELLUS.

Holla ! Bernardo !

BERNARDO.

Say,

What, is Horatio there ?

MARCELLUS.

A piece of him.

BERNARDO.

Welcome, Horatio ; welcome, good Marcellus.

MARCELLUS.

What, has this thing appear'd again to-night ?

BERNARDO.

I have seen nothing.

MARCELLUS.

Horatio says, 'tis but our fantasy ; And will not let belief take hold of him, Touching this dreaded sight, twice seen of us : Therefore I have entreated him, along With us to watch the minutes of this night ; That, if again this apparition come, He may approve our eyes, and speak to it.

HORATIO.

Tush! tush! 'twill not appear.

BERNARDO.

Sit down awhile ;

And let us once again assail your ears, That are so fortified against our story, What we two nights have seen.

HORATIO.

Well, sit we down,

And let us hear Bernardo speak of this.

BERNARDO.

Last night of all, When yon same star, that's westward from the pole, Had made his course to illumine that part of heaven Where now it burns, Marcellus, and myself, The bell then beating one,—

MARCELLUS.

Peace, break thee off ; look, where it comes again !

Enter Ghost.

BERNARDO.

In the same figure, like the king that's dead.

MARCELLUS.

Thou art a scholar, speak to it, Horatio.

BERNARDO.

Looks it not like the king ? mark it, Horatio.

HORATIO.

Most like : —it harrows me with fear, and wonder.

BERNARDO.

It would be spoke to.

MARCELLUS.

Speak to it, Horatio.

HORATIO.

What art thou, that usurp'st this time of night, Together with that fair and warlike form In which the majesty of buried Denmark Did sometimes march ? by heaven, I charge thee, speak.

MARCELLUS.

It is offended.

BERNARDO.

See ! it stalks away.



HORACIO.

Detente, habla. Yo te lo mando, habla.

MARCELO.

Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO.

¿Qué tal, Horacio? Tú tiembles, y has perdido el color. ¿No es esto algo mas que aprension? ¿Qué te parece?

HORACIO.

Por Dios, que nunca lo hubiera creído sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

¿No es enteramente parecido al rey?

HORACIO.

Cómo tú á ti mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso rey de Noruega; y así le ví arrugar ceñido la frente cuando en una altercacion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe... ¡Estraña aparicion es esta!

MARCELO.

Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademán guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos; (*Sientanse.*) y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundicion de cañones de bronce, y este acopio extranjero de máquinas de guerra? ¿A qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afán molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los días? ¿Quién de vosotros podrá declírmelo?

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro (4) último rey (cuya imágen acaba de aparecerse) fué provocado á combate, como ya sabéis, por Fortimbrás (5) de Noruega, estimulado este de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafio, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedía al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el jóven Fortimbrás, de un carácter fogoso, falto de experiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados países que perdió su padre. Este es, en mi dictámen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser... Y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del rey que fué y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendi-

HORATIO.

Stay; speak: speak, I charge thee, speak.

(Exit Ghost)

MARCELLUS.

'Tis gone, and will not answer.

BERNARDO.

How now, Horatio? you tremble, and look pale: Is not this something more than fantasy? What think you of it?

HORATIO.

Before my God, I might not this believe, Without the sensible and true avouch Of mine own eyes.

MARCELLUS.

Is it not like the king?

HORATIO.

As thou art to thyself: Such was the very armour he had on, When he the ambitious Norway combated; So frown'd he once, when, in an angry parle, He smote the sledded Polack on the ice. 'Tis strange.

MARCELLUS.

Thus twice before, and jump at this dead hour, With martial stalk hath he gone by our watch.

HORATIO.

In what particular thought to work, I know not; But, in the gross and scope of mine opinion, This bodes some strange eruption to our state.

MARCELLUS.

Good now, sit down, and tell me, he that knows, Why this same strict and most observant watch So nightly toils the subjects of the land? And why such daily cast of brazen cannon, And foreign mart for implements of war; Why such impress of shipwrights, whose sore task Does not divide the Sunday from the week: What might be toward, that this sweaty haste Doth make the night joint-labourer with the day; Who is't, that can inform me?

HORATIO.

That can I;

At least, the whisper goes so. Our last king, Whose image even but now appear'd to us, Was, as you know, by Fortinbras of Norway, Therto prick'd on by a most emulate pride, Dar'd to the combat; in which our valiant Hamlet (For so this side of our known world esteem'd him,) Did slay this Fortinbras; who, by a seal'd compact, Well ratified by law and heraldry, Did forfeit, with his life, all those his lands, Which he stood seiz'd of, to the conqueror: Against the which, a moiety competent Was gaged by our king; which had return'd To the inheritance of Fortinbras, Had he been vanquisher; as, by the same compact, And carriage of the article design'd, His fell to Hamlet: Now, sir, young Fortinbras, Of unimproved mettle hot and full, Hath in the skirts of Norway, here and there, Shark'd up a list of landless resolute, For food and diet, to some enterprise That hath a stomach in't: which is no other (As it doth well appear unto our state,) But to recover of us, by strong hand, And terms compulsory, those foresaid lands, So by his father lost: And this, I take it, Is the main motive of our preparations; The source of this our watch, and the chief head Of this posthaste and romage in the land.

BERNARDO.

I think, it be no other, but even so: Well may it sort, that this portentous figure Comes armed through our watch; so like the king That was, and is, the question of these wars.

HORATIO.

A mote it is, to trouble the mind's eye.

mlento. En la época (6) mas gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso César cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursoros que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente... Pero... silencio... ¿Veis?... Allí... Otra vez vuelve... (*Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres, y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina á la sombra, y los otros dos siguen detrás.*) Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro... Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdón, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu pais, los cuales felizmente previstos pueden evitarse, ¡ay! habla... O si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, después de la muerte vagáis inquietos, decláralo... detente y habla... Marcelo, detente...

(*Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra; los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita, y desaparece con prontitud.*)

MARCELO.

¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Sí, hiérole, si no quiere detenerse.

BERNARDO.

Aquí está.

HORACIO.

Aquí.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó (7).

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente aprendido con terrible precepto. Yo he oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinion.

(*Empieza á iluminarse lentamente el teatro.*)

MARCELO.

En efecto, desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de su morada; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos días!

HORACIO.

Yo tambien lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved cómo ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinion que digamos al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche; porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro celo y tan propia de nuestra obligacion?

In the most high and palmy state of Rome,  
A little ere the mightiest Julius fell,  
The graves stood tenantless, and the sheeted dead  
Did squeak and gibber in the Roman streets. . . .

As, stars with trains of fire and dews of blood,  
Disasters in the sun; and the moist star,  
Upon whose influence Neptune's empire stands,  
Was sick almost to dooms-day with eclipse.  
And even the like precursor of fierce events,—  
As harbingers preceding still the fates,  
And prologue to the omen coming on,—  
Have heaven and earth together demonstrated  
Unto our climatures and countrymen.—

*Re-enter Ghost.*

But, soft; behold! lo, where it comes again!  
I'll cross it, though it blast me.—Stay, illusion.  
If thou hast any sound, or use of voice,  
Speak to me:  
If there be any good thing to be done,  
That may to thee do ease and grace to me,  
Speak to me:  
If thou art privy to thy country's fate,  
Which, happily, foreknowing may avoid,  
O, speak!  
Or, if thou hast uphoarded in thy life,  
Extorted treasure in the womb of earth,  
For which, they say, you spirits oft walk in death,

(*Cock crows.*)

Speak of it:—stay, and speak.—Stop it, Marcellus.

MARCELLUS.

Shall I strike at it with my partizan?

HORATIO.

Do, if it will not stand.

BERNARDO.

'Tis here!

HORATIO.

'Tis here!

MARCELLUS.

'Tis gone!

(*Exit Ghost.*)

We do it wrong, being so majestic,  
To offer it the shew of violence;  
For it is, as the air, invulnerable,  
And our vain blows malicious mockery.

BERNARDO.

It was about to speak, when the cock crew.

HORATIO.

And then it started, like a guilty thing  
Upon a fearful summons. I have heard,  
The cock, that is the trumpet to the morn,  
Doth with his lofty and shrill-sounding throat  
Awake the god of day, and, at his warning,  
Whether in sea or fire, no spirit dares stir abroad;  
The extravagant and erring spirit hies  
To his confine: and of the truth herein  
This present object made probation.

MARCELLUS.

It faded on the crowing of the cock.  
Some say, that even against that season comes,  
Wherein our Saviour's birth is celebrated,  
This bird of dawning singeth all night long:  
And then, they say, no spirit dares stir abroad;  
The nights are wholesome; then no planets strike,  
No fairy takes, nor witch hath power to charm,  
So hallow'd and so gracious is the time.

HORATIO.

So have I heard, and do in part believe it.  
But, look, the morn, in russet mantle clad,  
Walks o'er the dew of yon high eastern hill:  
Break we our watch up; and, by my advice,  
Let us impart what we have seen to-night  
Unto young Hamlet: for, upon my life,  
This spirit, dumb to us, will speak to him:  
Do you consent we shall acquaint him with it,  
As needful in our loves, fitting our duty?



MARCELO.

Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con mas seguridad.

**ESCENA III.***Salon de palacio.*

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, CABALLEROS, DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones, y á que en todo el reino solo se observe la imagen del dolor, con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros que el jóven Fortimbrás (8), estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunion, fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre, y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reúne, véisle aquí: Escribo al rey de Noruega, tío del jóven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante; pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú, Voltiman, vosotros saludareis en mi nombre al anciano rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que escenda los limites espresados en estos artículos. (*Les da unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestareis en vuestra diligencia el celo de servirme.

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El cielo os guarde.

**ESCENA IV.**

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, DAMAS, CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretension; ¿no me dirás cuál sea? En cualquiera cosa justa que pidas al rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme, que no sea mas ofrecimiento mio que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazón, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

LAERTES.

Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel país, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

MARCELLUS.

Let's do't, I pray; and I, this morning, know  
Where we shall find him most convenient.

(Exeunt.)

**SCENE II.***The same. A Room of State in the same.*

Enter the King, Queen, HAMLET, POLONIUS, LAERTES, VOLTIMAND, CORNELIUS, Lords, and Attendants.

KING.

Though yet of Hamlet our dear brother's death  
The memory be green; and that it us befitted  
To bear our hearts in grief, and our whole kingdom  
To be contracted in one brow of woe;  
Yet so far hath discretion fought with nature  
That we with wisest sorrow think on him,  
Together with remembrance of ourselves.  
Therefore our sometime sister, now our queen,  
The imperial jointress of this warlike state,  
Have we, as 'twere, with a defeated joy,—  
With one auspicious, and one dropping eye;  
With mirth in funeral, and with dirge in marriage,  
In equal scale weighing delight and dole,—  
Taken to wife: nor have we herein barr'd  
Your better wisdoms, which have freely gone  
With this affair along:—For all, our thanks.

Now follows that you know, young Fortinbras,—  
Holding a weak supposal of our worth;  
Or thinking, by our late dear brother's death,  
Our state to be disjoint and out of frame,  
Collegued with this dream of his advantage,  
He hath not fail'd to pester us with message,  
Importing the surrender of those lands,  
Lost by his father, with all bands of law,  
To our most valiant brother.—So much for him.  
Now for ourself, and for this time of meeting.  
Thus much the business is: We have here writ  
To Norway, uncle of young Fortinbras,—  
Who, impotent and bed-rid, scarcely hears  
Of this his nephew's purpose,—to suppress  
His further gait herein; in that the levies,  
The lists, and full proportions, are all made  
Out of his subject:—and we here despatch  
You, good Cornelius, and you, Voltimand,  
For bearers of this greeting to old Norway;  
Giving to you no further personal power  
To business with the king, more than the scope  
Of these dilated articles allow.

Farewell; and let your haste commend your duty.

CORNELIUS AND VOLTIMAND.

In that, and all things, will we shew our duty.

KING.

We doubt it nothing; heartily farewell.

(Exeunt Voltimand and Cornelius.)

And now, Laertes, what's the news with you?  
You told us of some suit. What is't, Laertes?  
You cannot speak of reason to the Dane,  
And lose your voice: What would'st thou beg, Laertes,  
That shall not be my offer, not thy asking?  
The head is not more native to the heart,  
The hand more instrumental to the mouth,  
Than is the throne of Denmark to thy father.  
What would'st thou have, Laertes?

LAERTES.

My dread lord,  
Your leave and favour to return to France;  
From whence, though willingly I came to Denmark,  
To shew my duty in your coronation;  
Yet now, I must confess, that duty done,  
My thoughts and wishes bend again toward France,  
And bow them to your gracious leave and pardon.

CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices, Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mío, y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. ¡Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo (9).

CLAUDIO.

¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor: estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste aflicción; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos; el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Sí, señora, á todos es comun.

GERTRUDIS.

Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

¿Aparentar? No, señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida espresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las esterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí, (*Tochándose el pecho.*) aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable (10) es que tu corazón pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo: tu padre perdió un padre tambien, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinacion impla. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazón débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazón padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon, que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: «mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza; considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga; qué-

TOMO II.

KING.

Have you your father's leave? What says Polonius?

POLONIUS.

He hath, my lord, wrung from me my slow leave, By laboursome petition; and, at last, Upon his will I seal'd my hard consent: I do beseech you, give him leave to go.

KING.

Take thy fair hour, Laertes; time be thine, And thy best graces: spend it at thy will.— But now, my cousin Hamlet, and my son,—

HAMLET.

A little more than kin, and less than kind. (*Aside.*)

KING.

How is it, that the clouds still hang on you?

HAMLET.

Not so, my lord, I am too much i'the sun.

QUEEN.

Good Hamlet, cast thy nighted colour off, And let thine eye look like a friend on Denmark. Do not, for ever, with thy veiled lids Seek for thy noble father in the dust: Thou know'st, 'tis common; all that live, must die, Passing through nature to eternity.

HAMLET.

Ay, madam, it is common.

QUEEN.

If it be, Why seems it so particular with thee?

HAMLET.

Seems, madam! nay, it is; I know not seems. 'Tis not alone my inky cloak, good mother, Nor customary suits of solemn black, Nor windy suspiration of forc'd breath, No, nor the fruitful river in the eye, Nor the dejected 'haviour of the visage, Together with all forms, modes, shows of grief, That can denote me truly: These, indeed, seem, For they are actions that a man might play: But I have that within, which passeth show; These, but the trappings and the suits of woe.

KING.

'Tis sweet and commendable in your nature, Hamlet, To give these mourning duties to your father: But, you must know, your father lost a father; That father lost, lost his; and the survivor bound In filial obligation, for some term To do obsequious sorrow: But to perséver In obstinate dole, is a course Of impious stubbornness; 'tis unmanly grief: It shews a will most incorrect to heaven, A heart unfortified, or mind impatient; An understanding simple and unschool'd: For what, we know, must be, and is as common As any the most vulgar thing to sense, Why should we, in our peevish opposition, Take it to heart? Fye! 'tis a fault to heaven, A fault against the dead, a fault to nature, To reason most absurd; whose common theme Is death of fathers, and who still hath cried, From the first corse, till he that died to-day, *This must be so.* We pray you, throw to earth This unprevailing woe; and think of us As of a father: for let the world take note, You are the most immediate to our throne; And, with no less nobility of love, Than that which dearest father bears his son, Do I impart toward you. For your intent In going back to school at Wittenberg. It is most retrograde to our desire: And, we beseech you, bend you to remain Here, in the cheer and comfort of our eye, Our chiefest courtier, cousin, and our son.

QUEEN.

Let not thy mother lose her prayers, Hamlet



date con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumba muchas veces á las aclamaciones del rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

### ESCENA V.

HAMLET.

¡Oh, si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas, ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mío! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!... No, ni tanto; aun no ha dos meses. Aquel escelente rey que fué, comparado con este, como con un sátiro, Hiperion; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitía llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¡para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes... ¡ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad, tú tienes (11) nombre de mujer! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos (12) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... sí, ella, ella misma... ¡Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable. Se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él, que yo lo soy á Hércules. En un mes... enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah delincuente precipitacion, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazón mío, que mi lengua debe reprimirse.

### ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO, BERNARDO, MARCELO.

HORACIO.

Buenos días, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno... ¿Es Horacio, ó me he olvidado de mí propio?

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga?... ¡Ah, Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, á qué has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor... deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oír de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oídos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero dime ¿qué asuntos tienes (15) en Elsingor? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

I pray thee, stay with us, go not to Wittenberg.

HAMLET.

I shall, in all my best, obey you, madam.

KING.

Why, 'tis a loving and a fair reply; Be as ourself in Denmark.—Madam, come; This gentle and unforc'd accord of Hamlet Sits smiling to my heart: in grace whereof, No jocund health, that Denmark drinks to-day, But the great cannon to the clouds shall tell, And the king's rouse the heavens shall bruit again, Re-speaking earthly thunder. Come away. (*Exeunt King, Queen, Lords, etc., Polonius, and Laertes.*)

HAMLET.

O, that this too too solid flesh would melt Thaw, and resolve itself into a dew! Or that the Everlasting had not fix'd His canon 'gainst self-slaughter! O God! O God! How weary, stale, flat, and unprofitable, Seem to me all the uses of this world! Fie on't! O fie! 'tis an unweeded garden, That grows to seed; things rank, and gross in nature, Possess it merely. That it should come to this! But two months dead!—nay, not so much, not two: So excellent a king; that was, to this, Hyperion to a satyr: so loving to my mother, That he might not becom the winds of heaven Visit her face too roughly. Heaven and earth! Must I remember? why, she would hang on him As if increase of appetite had grown By what it fed on: And yet, within a month,— Let me not think on't;—Frailty, thy name is woman!— A little month; or ere those shoes were old, With which she follow'd my poor father's body Like Niobe, all tears;—why she, even she,— O heaven! a beast, that wants discourse of reason, Would have mourn'd longer,—married with my uncle, My father's brother; but no more like my father, Than I to Hercules: within a month; Ere yet the salt of most unrighteous tears Had left the flushing in her galled eyes, She married:—O most wicked speed, to post With such dexterity to incestuous sheets! It is not, nor it cannot come to, good; But break, my heart; for I must hold my tongue.

*Enter Horatio, Bernardo, and Marcellus.*

HORATIO.

Hail to your lordship!

HAMLET.

I am glad to see you well:

Horatio,—or I do forget myself.

HORATIO.

The same, my lord, and your poor servant ever.

HAMLET.

Sir, my good friend; I'll change that name with you. And what make you from Wittenberg, Horatio?—Marcellus?

MARCELLUS.

My good lord, —

HAMLET.

I am very glad to see you; good even, sir. — But what, in faith, make you from Wittenberg?

HORATIO.

A truant disposition, good my lord.

HAMLET.

I would not hear your enemy say so; Nor shall you do mine ear that violence, To make it truster of your own report Against yourself: I know, you are no truant. But what is your affair in Elsinore? We'll teach you to drink deep, ere you depart.

HORATIO.

My lord, I came to see your father's funeral.

HAMLET.

I pray thee, do not mock me, fellow-student; I think, it was to see my mother's wedding.

HORATIO.

Indeed, my lord, it follow'd hard upon.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad: ¡como se han celebrado inmediatamente!

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Aun no se habían enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!... me parecía que veo á mi padre.

HORACIO.

¿En donde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le ví. Era un buen rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hablar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le ví anoche (14).

HAMLET.

¿Le viste? ¿A quién?

HORACIO.

Al rey vuestro padre.

HAMLET.

¿Al rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiración, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habían visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada según él solía de pies á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tarde y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimía el vapor, acercándose hasta donde ellos podían alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible; voime á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habían dicho, así en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparición. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son entre sí estas dos manos mías.

HAMLET.

¿Y en dónde (15) fué eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablasteis?

HORACIO.

Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

¿Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creído que era obligación nuestra avisaros de ello, mi venerado príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbación. ¿Estais de centinela esta noche?

HAMLET.

Thrift, thrift, Horatio! the funeral bak'd meats  
Did coldly furnish forth the marriage tables.  
'Would I had met my dearest foe in heaven,  
Or ever I had seen that day, Horatio! —  
My father, — Methinks, I see my father.

HORATIO.

Where,

My lord?

HAMLET.

In my mind's-eye Horatio.

HORATIO.

I saw him once, he was a goodly king.

HAMLET.

He was a man, take him for all in all,  
I shall not look upon his like again.

HORATIO.

My lord, I think I saw him yesternight.

HAMLET.

Saw! who?

HORATIO.

My lord, the king your father.

HAMLET.

The king my father!

HORATIO.

Season your admiration for a while  
With an attent ear; till I may deliver,  
Upon the witness of these gentlemen,  
This marvel to you.

HAMLET.

For God's love, let me hear.

HORATIO.

Two nights together had these gentlemen,  
Marcellus and Bernardo, on their watch,  
In the dead waist and middle of the night,  
Been thus encounter'd. A figure like your father,  
Armed at point, exactly, cap-à-pié,  
Appears before them, and, with solemn march,  
Goes slow, and stately by them: thrice he walk'd,  
By their oppress'd and fear-surprised eyes,  
Within his truncheon's length; whilst they, distill'd  
Almost to jelly with the act of fear,  
Stand dumb, and speak not to him. This to me  
In dreadful secrecy impart they did;  
And I with them, the third night kept the watch:  
Where, as they had deliver'd, both in time,  
Form of the thing, each word made true and good,  
The apparition comes: I knew your father;  
These hands are not more like.

HAMLET.

But where was this?

MARCELLUS.

My lord, upon the platform, where we watch'd.

HAMLET.

Did you not speak to it?

HORATIO.

My lord, I did;

But answer made it none: yet once, methought,  
It lifted up its head, and did address  
Itself to motion, like as it would speak:  
But, even then, the morning cock crew loud;  
And at the sound it shrunk in haste away,  
And vanish'd from our sight.

HAMLET.

'Tis very strange.

HORATIO.

As I do live, my honour'd lord, 'tis true;  
And we did think it writ down in our duty,  
To let you know of it.

HAMLET.

Indeed, indeed, sirs, but this troubles me.  
Hold you the watch to-night?



TODOS.  
 Si, señor.  
 HAMLET.  
 ¿Decís que iba armado?  
 TODOS.  
 Si, señor, armado.  
 HAMLET.  
 ¿De la frente al pié?  
 TODOS.  
 Si, señor, de piés á cabeza.  
 HAMLET.  
 Luego no le visteis el rostro.  
 HORACIO.  
 Le vimos, porque traía la visera alzada.  
 HAMLET.  
 Y qué, ¿parecía que estaba irritado?  
 HORACIO.  
 Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.  
 HAMLET.  
 ¿Pálido, ó encendido?  
 HORACIO.  
 No, muy pálido.  
 HAMLET.  
 ¿Y fijaba la vista en vosotros?  
 HORACIO.  
 Constantemente.  
 HAMLET.  
 Yo hubiera querido hallarme allí.  
 HORACIO.  
 Mucho pavor os hubiera causado.  
 HAMLET.  
 Si, es verdad, si... ¿Y permaneció mucho tiempo?  
 HORACIO.  
 El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.  
 MARCELO.  
 Mas, mas estuvo.  
 HORACIO.  
 Cuando yo le ví, no.  
 HAMLET.  
 La barba blanca, ¿eh?  
 HORACIO.  
 Si, señor, como yo se la habia visto, cuando vivia, de un color ceniciento.  
 HAMLET.  
 Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.  
 HORACIO.  
 ¡Oh! si volverá, yo os lo aseguro.  
 HAMLET.  
 Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos, que así como hasta ahora habeis callado á los demás lo que visteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros a la muralla.  
 TODOS.  
 Nuestra obligacion es servirlos.  
 HAMLET.  
 Si, conservadme vuestro amor, y estad seguros del mio. Adios. (*Vanse los tres.*) El espíritu de mi padre... con armas... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh, si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

### ESCENA VII.

*Sala de la casa de Polonio.*

LAERTES, OFELIA.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipaje á bordo. Adios, hermana,

ALL.  
 We do, my lord.  
 HAMLET.  
 Arm'd, say you?  
 ALL.  
 Arm'd, my lord.  
 HAMLET.  
 From top to toe?  
 ALL.  
 My lord, from head to foot.  
 HAMLET.  
 Then saw you not  
 His face?  
 HORATIO.  
 O yes, my lord; he wore his beaver up.  
 HAMLET.  
 What, look'd he frowningly?  
 HORATIO.  
 A countenance more  
 In sorrow than in anger.  
 HAMLET.  
 Pale, or red?  
 HORATIO.  
 Nay, very pale.  
 HAMLET.  
 And fix'd his eyes upon you?  
 HORATIO.  
 Most constantly.  
 HAMLET.  
 I would, I had been there.  
 HORATIO.  
 It would have much amaz'd you.  
 HAMLET.  
 Very like,  
 Very like: Stay'd it long?  
 HORATIO.  
 While one with moderate haste might tell a hundred.  
 MARCELLUS AND BERNARDO.  
 Longer, longer.  
 HORATIO.  
 Not when I saw it.  
 HAMLET.  
 His beard was grizzl'd? no?  
 HORATIO.  
 It was, as I have seen it in his life,  
 A sable silver'd.  
 HAMLET.  
 I will watch to-night;  
 Perchance, 'twill walk again.  
 HORATIO.  
 I warrant, it will.  
 HAMLET.  
 If it assume my noble father's person,  
 I'll speak to it, though hell itself should gape,  
 And bid me hold my peace. I pray you all,  
 If you have hitherto conceal'd this sight,  
 Let it be tenable in your silence still;  
 And whatsoever else shall hap to-night,  
 Give it an understanding, but no tongue;  
 I will requite your loves: So, fare you well:  
 Upon the platform, 'twixt eleven and twelve,  
 I'll visit you.  
 ALL.  
 Our duty to your honour.  
 HAMLET.  
 Your loves, as mine to you: Farewell.  
 (*Exeunt Horatio, Marcellus, and Bernardo.*)  
 My father's spirit in arms! all is not well;  
 I doubt some foul play: would, the night were come!  
 Till then sit still, my soul: Foul deeds will rise,  
 Though all the earth o'erwhelm them, to men's eyes. (*Exit.*)

### SCENE III.

*A Room in Polonius's House.*

Enter LAERTES and OFELIA.

LAERTES.

My necessities are embark'd; farewell:

y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de tí.

OFELIA.

¿Puedes dudarlo?

LAERTES.

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesana, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir, y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento, y nada mas.

OFELIA.

¿Nada mas (16)?

LAERTES.

Pienso que no; porque no solo (17) en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza de su intencion; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia, y que vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede, como (18) una persona vulgar, elegir por sí mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino; y ve aquí por qué esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Asi pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en tí no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa, nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas principal de Dinamarca. Considera cuál pérdida padecería tu honor, si con demasiada credulidad dieras oídos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana; no sigas inconsiderada tu inclinacion; huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta es libre en exceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud espacia su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. Conviene pues no omitir precaucion alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud (19), aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazon tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos pastores (20) hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impios y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.

¡Oh! no lo receles. Yo me detengo demasiado; pero allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendicion repetida será un nuevo consuelo para mí.

### ESCENA VIII.

POLONIO, LAERTES, OFELIA.

POLONIO.

¿Aun estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! A bordo, á bordo; el viento impele ya por la popa tus velas, y á tí solo aguardan. Recibe mi bendicion, y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques (21) con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Úne á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste después de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir

And, sister, as the winds give benefit,  
And convoy is assistant, do not sleep,  
But let me hear from you.

OPHELIA.

Do you doubt that?

LAERTES.

For Hamlet, and the trifling of his favour,  
Hold it a fashion, and a toy in blood;  
A violet in the youth of primy nature,  
Forward, not permanent; sweet, not lasting;  
The perfume and suppliance of a minute;  
No more.

OPHELIA.

No more but so?

LAERTES.

Think it no more:

For nature, crescent, does not grow alone  
In thews, and bulk; but, as this temple waxes,  
The inward service of the mind and soul  
Grows wide withal. Perhaps, he loves you now;  
And now no soil, nor cautel, doth besmirch  
The virtue of his will: but, you must fear,  
His greatness weigh'd, his will is not his own;  
For he himself is subject to his birth:  
He may not, as unvalued persons do,  
Carve for himself; for on his choice depends  
The safety and the health of the whole state;  
And therefore must his choice be circumscrib'd  
Unto the voice and yielding of that body,  
Whereof he is head: Then, if he says he loves you,  
It fits your wisdom so far to believe it,  
As he in his particular act and place  
May give his saying deed; which is no further,  
Than the main voice of Denmark goes withal.  
Then weigh what loss your honour may sustain,  
If with too credent ear you list his songs;  
Or lose your heart; or your chaste treasure open  
To his unmaster'd importunity.  
Fear it, Ophelia, fear it, my dear sister;  
And keep you in the rear of your affection,  
Out of the shot and danger of desire.  
The chariest maid is prodigal enough,  
If she unmask her beauty to the moon:  
Virtue itself scapes not calumnious strokes:  
The canker galls the infants of the spring,  
Too oft before their buttons be disclos'd.  
And in the morn and liquid dew of youth,  
Contagious blastments are most imminent.  
Be wary then: best safety lies in fear;  
Youth to itself rebels, though none else near.

OPHELIA.

I shall the effect of this good lesson keep,  
As watchman to my heart: But, good my brother,  
Do not, as some ungracious pastors do,  
Show me the steep and torny way to heaven;  
Whilst, like a puff'd and reckless libertine,  
Himself the primrose path of dalliance treads,  
And recks not his own read.

LAERTES.

O fear me not.

I stay too long; — But here my father comes.

Enter POLONIUS.

A double blessing is a double grace;  
Occasion smiles upon a second leave.

POLONIUS.

Yet here, Laertes! aboard, aboard, for shame;  
The wind sits in the shoulder of your sail,  
And you are staid for: there, — my blessing with you:  
(Laying his hand on Laertes' head.)  
And these few precepts in thy memory  
Look thou character. Give thy thoughts no tongue,



del cascarrón y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarse en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de tí. Presta el oído á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demás; pero reserva tu propia opinión. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no estravagante; porque el traje dice por lo comun quién es el sujeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu de economía y buen orden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demás: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al día. Adios, y él permita que mi bendición haga fructificar en tí estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

(*Se arroja y besa la mano á Polonio.*)

POLONIO.

Si, el tiempo te está convidando, y tus criados esperan; vete.

LAERTES.

Adios, Ofelia, (*Abrázandose Ofelia y Laertes.*) y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.

Adios.

### ESCENA IX.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mía y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

¡Amor! ¡ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿Y tú das crédito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien, que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estimete en más á ti propia; pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (22) comenzada alusión), harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

El me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta, que...

POLONIO.

Si por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

OFELIA.

Y autorizó cuanto me decía con los mas sagrados juramentos

Nor any unproportion'd thought his act.  
Be thou familiar, but by no means vulgar.  
The friends thou hast, and their adoption tried,  
Grapple them to thy soul with hooks of steel;  
But do not dull thy palm with entertainment  
Of each new-hatch'd, unfledg'd comrade. Beware  
Of entrance to a quarrel; but, being in,  
Bear it, that the opposer may beware of thee.  
Give every man thine ear, but few thy voice:  
Take each man's censure, but reserve thy judgment.  
Costly thy habit as thy purse can buy,  
But not express'd in fancy; rich, not gaudy:  
For the apparel oft proclaims the man;  
And they in France, of the best rank and station,  
Are most select and generous, chief in that.  
Neither a borrower, nor a lender be;  
For loan oft loses both itself and friend;  
And borrowing dulls the edge of husbandry.  
This above all, — To thine ownself be true;  
And it must follow, as the night the day,  
Thou canst not then be false to any man.  
Farewell; my blessing season this in thee!

LAERTES.

Most humbly do I take my leave, my lord.

POLONIUS.

The time invites you; go, your servants tend.

LAERTES.

Farewell, Ophelia; and remember well  
What I have said to you.

OPHELIA.

'Tis in my memory lock'd,  
And you yourself shall keep the key of it.

LAERTES.

Farewell.

(*Exit. Laertes*)

POLONIUS.

What is't, Ophelia, he hath said to you?

OPHELIA.

So please you, something touching the lord Hamlet.

POLONIUS.

Marry, well bethought:

'Tis told to me, he hath very oft of late  
Given private time to you; and you yourself  
Have of your audience been most free and bounteous:  
If it be so, (as so 'tis put on me,  
And that in way of caution,) I must tell you,  
You do not understand yourself so clearly,  
As it behoves my daughter, and your honour:  
What is between you? give me up the truth.

OPHELIA.

He hath, my lord, of late, made many tenders  
Of his affection to me.

POLONIUS.

Affection? puh! you speak like a green girl,  
Unsifted in such perilous circumstance.  
Do you believe his tenders, as you call them!

OPHELIA.

I do not know, my lord, what I should think.

POLONIUS.

Marry, I'll teach you: think yourself a baby:  
That you have ta'en these tenders for true pay,  
Which are not sterling. Tender yourself more dearly.  
Or, (not to crack the wind of the poor phrase,  
Wrangling it thus,) you'll tender me a fool.

OPHELIA.

My lord, he hath importun'd me with love.  
In honourable fashion.

POLONIUS.

Ay, fashion you may call it, go to, go to.

OPHELIA.

And hath given countenance to his speech, my lord.  
With almost all the holy vows of heaven

## POLONIO.

Si, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (23) relámpagos, hija mía, que dan mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto, y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal; pon tu conversacion á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al principe, debes creer de él solamente que es un jóven, y que si una vez afloja las riendas, pasará mas allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras, que son fermentidas, ni es verdadero el color que aparentan; son intercesoras de profanos deseos; y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente, que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar ni mantener conversacion al principe. Cuidado con hacerlo así; yo te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Así lo haré, señor.

## ESCENA X.

*Esplanada delante del palacio. Noche oscura.*

HAMLET, HORACIO, MARCELO.

HAMLET.

El aire es frio y sutil en demasia.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.

¿Qué hora es ya?

HORACIO.

Me parece que aun no son las doce.

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero ¿qué significa este ruido, señor?

*(Suenan á lo lejos música de clarines y timbales.)*

HAMLET.

Esta noche se huelga el rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspieses de embriaguez; y á cada copa del Rin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.

¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Si se acostumbra; pero aunque he nacido en este país y estoy hecho á sus estilos, me parece que seria mas decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un escorial, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde oriente á occidente. Nos llaman ebrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Así acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su origen), sea cualquiera desórden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razon, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celestial, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único ~~solo~~ que las acompaña: un solo

## POLONIUS.

Ay, springes to catch woodcocks. I do know, When the blood burns, how prodigal the soul Lands the tongue vows: these blazes, daughter, Giving more light than heat, — extinct in both, Even in their promise, as it is a making, — You must not take for fire. From this time, Be somewhat scunter of your maiden presence; Set your entreatments at a higher rate, Than a command to parley. For lord Hamlet, Believe so much in him, that he is young; And with a larger tether may he walk, Than may be given you: In few, Ophelia, Do not believe his vows: for they are brokers, Not of that die which their investments show, But mere implorators of unholy suits, Breathing like sanctified and pious bonds, The better to beguile. This is for all, — I would not, in plain terms, from this time forth, Have you so slander any moment's leisure, As to give words or talk with the lord Hamlet, Look to't, I charge you; come your ways.

OPHELIA.

I shall obey, my lord.

*(Exeunt.)*

## SCENE IV.

*The Platform.**Enter HAMLET, HORATIO, and MARCELLUS.*

HAMLET.

The air bites shrewdly; it is very cold.

HORATIO.

It is a nipping and an eager air.

HAMLET.

What hour now?

HORATIO.

I think, it lacks of twelve.

MARCELLUS.

No, it is struck.

HORATIO.

Indeed? I heard it not; it then dawns near the season, Wherein the spirit held is wont to walk.

*(A flourish of trumpets, and ordnance shot off, within.)*

What does this mean, my lord?

HAMLET.

The king doth wake to-night, and takes his rouse, Keeps wassel, and the swaggering up-spring reels; And, as he drains his draughts of Rhenish down, The kettle-drum and trumpet thus bray out The triumph of his pledge.

HORATIO.

Is it a custom?

HAMLET.

Ay marry, is't:

But to my mind, — though I am native here, More to the manner born, — it is a custom More honour'd in the breach than the observance. This heavy-headed revel, east and west, Makes us traduc'd, and tax'd of other nations: They clepe us, drunkards, and with swinish phrase Soil our addition; and, indeed, it takes From our achievements, though perform'd at height, The pith and marrow of our attribute. So, oft it chances in particular men, That, for some vicious mole of nature in them, As, in their birth (wherein they are not guilty, Since nature cannot choose his origin), By the o'er-growth of some complexion, Oft breaking down the pales and forts of reason; Or by some habit, that too much o'er-leavens The form of plausive manners; — that these men, — Carrying, I say, the stamp of one defect; Being nature's livery, or fortune's star, — Their virtues else (be they as pure as grace, As infinite as man may undergo), Shall in the general censure take corruption From that particular fault. The dram of base



adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal, y le envilece.

HORACIO.

¿Veis, señor? ya viene.

*(Aparece la sombra del rey Hamlet acia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y después se encamina acia ella.)*

HAMLET.

¡Ángeles (24) y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Si, te he de hablar... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime, ¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro, donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror? ¿y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que esceden á los alcances de nuestra razon? DÍ, ¿por qué es esto? ¿por qué? ó ¿qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseara comunicarnos algo á solas.

MARCELO.

Ved con qué espresivo ademán os indica que le acompañeis á lugar mas remoto; pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tal, señor.

HAMLET.

¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voile á seguir.

HORACIO.

Pero, señor, si os arrebató al mar (25) ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impedirnos el uso de razon, y enajenarla con frenesi... ¡Ay! ved lo que haceis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.

Todavía me llama... Camina. Ya te sigo.

*(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia, y la sigue.)*

MARCELO.

No, señor, no ireis.

HAMLET.

Dejadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto á las mias el que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

#### ESCENA XI.

HORACIO, MARCELO.

HORACIO.

Su exaltada imaginacion le arrebató.

Doth all the noble substance often dout,  
To his own scandal.

*Enter Ghost.*

HORATIO.

Look, my lord, it comes!

HAMLET.

Angels and ministers of grace defend us!—  
Be thou a spirit of health, or goblin damn'd,  
Bring with the airs from heaven, or blasts from hell,  
Be thy intents wicked, or charitable,  
Thou com'st in such a questionable shape,  
That I will speak to thee; I'll call thee, Hamlet,  
King, father, royal Dane: O, answer me!  
Let me not burst in ignorance! but tell,  
Why thy canoniz'd bones, hearsed in death,  
Have burst their cerements! why the sepulchre,  
Wherein we saw thee quietly in-urn'd,  
Hath op'd his ponderous and marble jaws,  
To cast thee up again! What may this mean,  
That thou, dead corse, again in complete steel,  
Revisit'st thus the glimpses of the moon,  
Making night hideous; and we fools of nature,  
So horribly to shake our disposition,  
With thoughts beyond the reaches of our souls?  
Say, why is this? wherefore? what should we do?

HORATIO.

It beckons you to go away with it,  
As if it some impartment did desire  
To you alone.

MARCELLUS.

Look, with what courteous action  
It waves you to a more removed ground:  
But do not go with it.

HORATIO.

No, by no means.

HAMLET.

It will not speak; then I will follow it.

HORATIO.

Do not, my lord.

HAMLET.

Why, what should be the fear?  
I do not set my life at a pin's fee;  
And, for my soul, what can it do to that,  
Being a thing immortal as itself?  
It waves me forth again;—I'll follow it.

HORATIO.

What, if it tempt you toward the flood, my lord,  
Or to the dreadful summit of the cliff,  
That beetles o'er his base into the sea?  
And there assume some other horrible form,  
Which might deprive your sovereignty of reason,  
And draw you into madness? think of it:  
The very place puts toys of desperation,  
Without more motive, into every brain,  
That looks so many fathoms to the sea,  
And hears it roar beneath.

HAMLET.

It waves me still:—  
Go on, I'll follow thee.

MARCELLUS.

You shall not go, my lord.

HAMLET.

Hold off your hands.

HORATIO.

Be rul'd, you shall not go.

HAMLET.

My fate cries out,  
And makes each petty artery in this body  
As hardy as the Némean lion's nerve.—  
(*Ghost beckons.*)

Still an I call'd;—unhand me, gentlemen;—  
(*Breaking from them.*)  
By heaven, I'll make a ghost of him that lets me:—  
I say, away:—Go on, I'll follow thee.  
(*Eceunt Ghost and Hamlet.*)

HORACIO.

He waxes desperate with imagination.

MARCELO.

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Si, vamos detrás de él.... ¿Cuál será el fin de este suceso?

MARCELO.

Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

## ESCENA XII.

*Parte remota cercana al mar, vista á lo lejos del palacio de Elsingor.*

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mírame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Cuasi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

¡Oh, alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadezcas: presta solo atentos oídos á lo que voy á revelarte.

HAMLET.

Habla, yo te prometo atencion.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

¿Por qué?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el día, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometi en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaría á despedazar tu corazón; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las púas del cólico espin. Pero estos eternos misterios no son para los oídos humanos. Atiende, atiende, ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte; venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

¿Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el mas cruel y el mas injusto y el mas alevé.

HAMLET.

Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaría de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardín dormido me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invencion; pero tú debes saber, nancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre hoy cinea su corona.

HAMLET.

¡Oh! Présago me lo decía el corazón. ¡Mi tío!.....

MARCELLUS.

Let's follow; 'tis not fit thus to obey him.

HORATIO.

Have after:—To what issue will this come?

MARCELLUS.

Something is rotten in the state of Denmark.

HORATIO.

Heaven will direct it.

MARCELLUS.

Nay, let's follow him.

*(Exeunt.)*

## SCENE V.

*A more remote Part of the Platform.**Re-enter Ghost and HAMLET.*

HAMLET.

Whither wilt thou lead me? speak, I'll go no further.

GHOST.

Mark me.

HAMLET.

I will.

GHOST.

My hour is almost come,  
 When I to sulphurous and tormenting flames  
 Must render up myself.

HAMLET.

Alas, poor ghost!

GHOST.

Pity me not, but lend thy serious hearing  
 To what I shall unfold.

HAMLET.

Speak, I am bound to hear.

GHOST.

So art thou to revenge, when thou shalt hear.

HAMLET.

What?

GHOST.

I am thy father's spirit;  
 Doom'd for a certain term to walk the night,  
 And, for the day, confin'd to fast in fires,  
 Till the foul crimes, done in my days of nature,  
 Are burnt and purg'd away. But that I am forbid  
 To tell the secrets of my prison-house,  
 I could a tale unfold, whose lightest word  
 Would harrow up thy soul; freeze thy young blood;  
 Make thy two eyes, like stars, start from their spheres;  
 Thy knotted and combined locks to part,  
 And each particular hair to stand on end,  
 Like quills upon the fretful porcupine:  
 But this eternal blazon must not be  
 To ears of flesh and blood:—List, list, O list!—  
 If thou didst ever thy dear father love,—

HAMLET.

O heaven!

GHOST.

Revenge his foul and most unnatural murder.

HAMLET.

Murder?

GHOST.

Murder most foul, as in the best it is;  
 But this most foul, strange, and unnatural.

HAMLET.

Haste me to know it; that I, with wings as swift  
 As meditation, or the thoughts of love,  
 May sweep to my revenge.

GHOST.

I find thee apt;

And duller should'st thou be than the fat weed  
 That rots itself in ease on Lethe's wharf,  
 Would'st thou not stir in this. Now, Hamlet, hear.  
 'Tis given out, that, sleeping in mine orchard,  
 A serpent stung me; so the whole ear of Denmark  
 Is by a forged process of my death  
 Rankly abus'd: but know, thou noble youth,  
 The serpent, that did sting thy father's life,  
 Now wears his crown.

HAMLET.

O, my prophetic soul! my uncle!



## LA SOMBRA.

Si; aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... ¡Oh, talento y dádivas malditas, que tal poder teneis para seducir! supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la reina mi esposa, que yo creia tan llena de virtud. ¡Oh, Hamlet, cuán grande fué su caída! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fui aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mías. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure escitarla bajo divina forma, así la incontinenecia, aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormia yo una tarde en mi jardín, según lo acostumbraba siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilacion, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fué, que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh, maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominable incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo; deja que aquellas agudas puntas, que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Adios. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del día. Adios, adios. Acuérdate de mí.

## ESCENA XIII.

HAMLET, y después HORACIO y MARCELO.

HAMLET.

¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿y quién mas? ¡invocaré al infierno tambien?... ¡Eh! no... Detente, corazón mio, detente; y vos, mis nervios, no así os debilitéis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de ti! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de ti! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasia todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observacion estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh, mujer la mas delincuente! ¡Oh, malvado, malvado! ¡halagüeño y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro... (*Saca un libro de memorias, y escribe en él.*) Sí... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tío... Sí, tú eres... ¡Ah! pero la expresion que debo conservar es esta: «Adios, adios, acuérdate de mí.» Yo he jurado acordarme.

HORACIO, gritando desde adentro.

¡Señor! ¡señor!

MARCELO, gritando desde adentro.

¡Hamlet!

## GHOST.

Ay, that incestuous, that adulterate beast,  
With witchcraft of his wit, with traitorous gifts,  
O wicked wit, and gifts, that have the power  
So to seduce!) won to his shameful lust  
The will of my most seeming-virtuous queen:  
O, Hamlet, what a falling-off was there!  
From me, whose love was of that dignity,  
That it went hand in hand even with the vow  
I made to her in marriage; and to decline  
Upon a wretch, whose natural gifts were poor  
To those of mine!  
But virtue, as it never will be mov'd,  
Though lewdness court it in a shape of heaven;  
So lust, though to a radiant angel link'd,  
Will sate itself in a celestial bed,  
And prey on garbage.  
But, soft! methinks I scent the morning air;  
Brief let me be:—Sleeping within mine orchard,  
My custom always of the afternoon,  
Upon my secure hour thy uncle stole,  
With juice of cursed hebenon in a vial,  
And in the porches of mine ears did pour  
The leperous distilment: whose effect  
Holds such an enmity with blood of man,  
That, swift as quicksilver, it courses through  
The natural gates and alleys of the body;  
And, with a sudden vigour, it doth posset  
And curd, like eager droppings into milk,  
The thin and wholesome blood: so did it mine;  
And a most instant tetter bark'd about,  
Most Lazar-like, with vile and loathsome crust,  
All my smooth body.  
Thus was I, sleeping, by a brother's hand,  
Of life, of crown, of queen, at once despatch'd:  
Cut off even in the blossoms of my sin,  
Unhousel'd, disappointed, unanell'd;  
No reckoning made, but sent to my account  
With all my imperfections on my head:  
O, horrible! O, horrible! most horrible!  
If thou hast nature in thee, bear it not;  
Let not the royal bed of Denmark be  
A couch for luxury and damned incest.  
But, howsoever thou pursu'st this act,  
Taint not thy mind, nor let thy soul contrive  
Against thy mother aught; leave her to heaven,  
And to those thorns that in her bosom lodge,  
To prick and sting her. Fare thee well at once!  
The glow-worm shows the matin to be near,  
And 'gins to pale his uneffectual fire:  
Adieu, adieu, adieu! remember me.

(Exit.

HAMLET.

O all you host of heaven! O earth! What else?  
Alud shall I couple hell?—O fie!—Hold, hold, my heart;  
And you, my sinews, grow not instant old,  
But bear me stiffly up!—Remember thee?  
Ay, thou poor ghost, while memory holds a seat  
In this distracted globe. Remember thee?  
Yea, from the table of my memory  
I'll wipe away all trivial fond records,  
All saws of books, all forms, all pressures past,  
That youth and observation copied there;  
And thy commandment all alone shall live  
Within the book and volume of my brain,  
Unmix'd with baser matter: yes, by heaven.  
O most pernicious woman!  
O villain, villain, smiling, damned villain!  
My tables,—meet it is, I set it down,  
That one may smile, and smile, and be a villain,  
At least, I am sure, it may be so in Denmark:

(Writing.)

So, uncle, there you are. Now, to my word;  
It is, Adieu, adieu! remember me.  
I have sworn't.

HORATIO.

(Within.) My lord, my lord,—

MARCELLO.

(Within.) Lord Hamlet,—

HORACIO.

Los cielos le asistan.

HAMLET.

¡Oh! háganlo así.

MARCELO.

¡Hola! ¡eh! señor.

HAMLET.

¡Hola! amigos, ¡eh! venid, venid acá.  
(*Salen Horacio y Marcelo.*)

MARCELO.

¿Qué ha sucedido?

HORACIO.

¿Qué noticias nos dáis?

HAMLET.

¡Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelareis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

¿Creéis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano... Pero ¿guardareis secreto?

LOS DOS.

Sí, señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No existe en toda Dinamarca (28) un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, tenéis razón; y por eso mismo, sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos; vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinación os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabéis, á mi triste ejercicio, á rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y orden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas; si por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por san Patricio (29) que si la hay, y muy grande, Horacio... En cuanto á la aparición... es un difunto venerable... sí, yo os lo aseguro... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo: ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedáis una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor: decid cuál sea.

HAMLET.

Que nunca revelareis á nadie lo que habeis visto esta noche

LOS DOS.

A nadie lo diremos.

HAMLET.

Pero es menester que lo jureis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ved que ya lo hemos prometido.

HORATIO.

(Within.)

Heaven secure him;

HAMLET.

So be it!

MARCELLUS.

(Within.) Illo, ho, ho, my lord!

HAMLET.

Hillo, ho, ho, boy! come, bird, come.

*Enter HORATIO and MARCELLUS.*

MARCELLUS.

How is't, my noble lord?

HORATIO.

What news, my lord?

HAMLET.

O, wonderful!

HORATIO.

Good my lord, tell it.

HAMLET.

No;

You will reveal it.

HORATIO.

Not I, my lord, by heaven.

MARCELLUS.

Nor I, my lord.

HAMLET.

How say you then; would heart of man once think it?—  
But you'll be secret,—

HORATIO AND MARCELLUS.

Ay, by heaven, my lord.

HAMLET.

There's ne'er a villain, dwelling in all Denmark,  
But he's an arrant knave.

HORATIO.

There needs no ghost, my lord, come from the grave,  
To tell us this.

HAMLET.

Why, right; you are in the right;

And so, without more circumstance at all,  
I hold it fit, that we shake hands, and part:  
You, as your business, and desire, shall point you;  
For every man hath business and desire,  
Such as it is,—and, for my own poor part,  
Look you, I will go pray.

HORATIO.

These are but wild and whirling words, my lord.

HAMLET.

I am sorry they offend you, heartily; yes,  
'Faith, heartily.

HORATIO.

There's no offence, my lord.

HAMLET.

Yes, by St. Patrick, but there is, Horatio,  
And much offence too. Touching this vision here,—  
It is an honest ghost, that let me tell you;  
For your desire to know what is between us,  
O'er master it as you may. And now, good friends,  
As you are friends, scholars, and soldiers,  
Give me one poor request.

HORATIO.

What is't, my lord?

We will.

HAMLET.

Never make known what you have seen to-night.

HORATIO AND MARCELLUS.

My lord, we will not.

HAMLET.

Nay, but swear't.

HORATIO.

In faith,

My lord, not I.

MARCELLUS.

Nor I, my lord, in faith.

HAMLET.

Upon my sword.

MARCELLUS.

We have sworn, my lord, already.



HAMLET.

Sí, sí, sobre mi espada (30).

LA SOMBRA.

Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demás, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¡Ah! ¿eso (31) dices?... ¿Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le ois hablar en lo profundo. ¿Quereis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula.

HAMLET.

Que nunca direis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

¿Hic et ubique? Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca direis nada de esto que habeis oído y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

¡Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡qué extraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un (32) extraño debeis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá, y, como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por mas (33) singular y extraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo estravagante), nunca vosotros al verme así dareis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equivocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que... ó en fin, cualquiera otra espresion ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desórden... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh! ¡nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA (4).

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REINALDO.

POLONIO.

Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas. (Le da un bolsillo y unas cartas.)

REINALDO.

Así lo haré, señor.

HAMLET.

Indeed, upon my sword, indeed.

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

Ha, ha, boy! say'st thou so? art thou there, true-penny? Come on,—you hear this fellow in the cellarage.—Consent to swear.

HORATIO.

Propose the oath, my lord.

HAMLET.

Never to speak of this that you have seen, Swear by my sword.

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

*Hic et ubique?* then we will shift our ground:—Come hither, gentlemen, And lay your hands again upon my sword: Swear by my sword, Never to speak of this that you have heard.

GHOST.

(Beneath.) Swear by his sword.

HAMLET.

Well said, old mole! can'st work i'the earth so fast? A worthy pioneer!—Once more remove, good friends.

HORATIO.

O day and night, but this is wondrous strange!

HAMLET.

And therefore as a stranger give it welcome. There are more things in heaven and earth, Horatio, Than are dreamt of in your philosophy. But come;—Here, as before, never, so help you mercy! How strange or odd soe'er I bear myself, As I, perchance, hereafter shall think meet To put an antic disposition on;—That you, at such times seeing me, never shall, With arms encumber'd thus, or this head-shake, Or by pronouncing of some doubtful phrase, As *Well, well, we know*;—or, *We could, an if we would*;—or, *If we list to speak*;—or, *There be, an if they might*;—Or such ambiguous giving out, to note That you know aught of me:—This do you swear, So grace and mercy at your most need help you!

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

Rest, rest, perturbed spirit! So, gentlemen, With all my love I do commend me to you; And what so poor a man as Hamlet is May do, to express his love and friending to you, God willing, shall not lack. Let us go in together; And still your fingers on your lips, I pray. The time is out of joint;—O cursed spite! That ever I was born to set it right! Nay, come, let's go together.

(Exeunt.)

## ACT II.

### SCENE I.

A Room in Polonius's House.

Enter POLONIUS and REYNALDO.

POLONIUS.

Give him this money, and these notes, Reynaldo.

REYNALDO.

I will, my lord.

POLONIO.

Seria un admirable golpe (2) de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REINALDO.

En eso mismo estaba yo.

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en qué términos, con quién y en dónde están, á quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces ve en derecha á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco... ¿Lo has entendido?

REINALDO.

Sí, señor, muy bien.

POLONIO.

Sí, le conozco un poco; pero... (has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe que es bien calavera; inclinado á tal ó tal vicio... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso: Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REINALDO.

Como el jugar, ¿eh?

POLONIO.

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, putear... Hasta esto bien puedes alargarte.

REINALDO.

Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.

No por cierto; además, que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un jóven abandonado enteramente á la disolucion; no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujecion y no otra cosa, extravíos de una imaginacion ardiente, impetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REINALDO.

Pero, señor...

POLONIO.

¡Ah! tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

REINALDO.

Gustaria de saberlo.

POLONIO.

Pues, señor, mi fin es este, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa), ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo: señor mio, ó amigo, ó caballero... en fin, segun el título ó dictado de la persona ó del país...

REINALDO.

Sí, ya estoy.

POLONIO.

Pues entonces él dice... (3) dice... ¿Qué iba yo á decir ahora?... Algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REINALDO.

En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero...

POLONIO.

Sí, concluirá diciendo... es verdad... así te dirá precisamente: Es verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le vi, ó cualquier otro día, ó en tal y tal ocasion, con este ó con aquel sujeto; y allí, como habeis dicho, le vi que jugaba, al á le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota, y... (puede ser que añada) le he

POLONIUS.

You shall do marvellous wisely, good Reynaldo, Before you visit him, to make inquiry Of his behaviour.

REYNALDO.

My lord, I did intend it.

POLONIUS.

Marry, well said: very well said. Look you, sir, Inquire me first what Danskers are in Paris; And how, and who, what means, and where they keep. What company, at what expense; and finding, By this encompassment and drift of question, That they do know my son, come you more nearer Than your particular demands will touch it: Take you, as'twere, some distant knowledge of him, As thus,—*I know his father, and his friends, And, in part, him*;—Do you mark this, Reynaldo?

REYNALDO.

Ay, very well, my lord.

POLONIUS.

*And, in part, him,—but*, you may say, *notwell: But, if't be he I mean, he's very wild; Addicted so and so*;—and there put on him What forgeries you please; marry, none so rank As may dishonour him; take heed of that; But, sir, such wanton, wild, and usual slips, As are companions noted and most known To youth and liberty.

REYNALDO.

As gaming, my lord.

POLONIUS.

Ay, or drinking, fencing, swearing, quarrelling, Drabbing:—You may go so far.

REYNALDO.

My lord, that would dishonour him.

POLONIUS.

'Faith, no; as you may season it in the charge. You must not put another scandal on him, That he is open to incontinency; That's not my meaning: but breathe his faults so quaintly, That they may seem the taints of liberty: The flash and out-break of a fiery mind; A savageness in unreclaimed blood, Of general assault.

REYNALDO.

But my good lord,—

POLONIUS.

Wherefore should you do this?

REYNALDO.

Ay, my lord,

I would know that.

POLONIUS.

Marry, sir, here's my drift;

And I believe, it is a fetch of warrant: You laying these slight sullies on my son. As 'twere a thing a little soil'd i'the working Mark you, Your party in converse, him you would sound, Having ever seen in the prenominate crimes, The youth you breathe of, guilty, be assur'd, He closes with you in this consequence; *Good sir, or so; or friend, or gentleman,—* According to the phrase, or the addition, Of man, and country.

REYNALDO.

Very good, my lord.

POLONIUS.

And then, sir, does he this,—he does— What was I about to say? By the mass, I was about To say something:—Were did I leave?

REYNALDO.

At, closes in the consequence.

POLONIUS.

At, closes in the consequence,—Ay, marry; He closes with you thus:—*I know the gentleman; I saw him yesterday, or t'other day. Or then, or then, with such, or such; and, as you say, There was he gaming; there o'ertook in his rouse: There falling out at tennis; or, perchance,*



visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescaras la verdad, que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artilugios y disimulación. Así lo harás con mi hijo, según la instrucción y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REYNALDO.

Sí, señor, quedo enterado.

POLONIO.

Pues adios, buen viaje.

REYNALDO.

Señor...

POLONIO.

Examina por tí mismo sus inclinaciones.

REYNALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente?

REYNALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

Adios.

## ESCENA II.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.

¡Ay, señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse después á la distancia de su brazo, y poniendo así la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atención, como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome lijaramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacerse en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

POLONIO.

Ven conmigo; quiero ver al rey. Ese es un verdadero éstasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasión de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos días?

OFELIA.

No, señor: solo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasión. Yo temí que

*I saw him enter such a house of sale, (Videlicet, a brothel,) or so forth.—*

See you now;

Your bait of falsehood takes this carp of truth; And thus do we of wisdom and of reach, With windlances, and with assays of bias, By indirections find directions out: So, by my former lecture and advice, Shall you my son: You have me, have you not?

REYNALDO.

My lord, I have.

POLONIUS.

God be wi'you; fare you well.

REYNALDO.

Good my lord,—

POLONIUS.

Observe his inclination in yourself.

REYNALDO.

I shall, my lord.

POLONIUS.

And let him ply his music.

REYNALDO.

Well, my lord. (*Exit.*)

*Enter Ophelia.*

POLONIUS.

Farewell!—How now, Ophelia? what's the matter?

OFELIA.

O, my lord, my lord, I have been so affrighted!

POLONIUS.

With what, in the name of heaven?

OFELIA.

My lord, as I was sewing in my closet, Lord Hamlet—with his doublet all unbrac'd; No hat upon his head; his stockings foul'd, Ungarter'd, and down-gyved to his ankle; Pale as his shirt; his knees knocking each other; And with a look so piteous in purport, As if he had been loosed out of hell, To speak of horrors,—he comes before me.

POLONIUS.

Mad for thy love?

OFELIA.

My lord, I do not know;

But, truly, I do fear it.

POLONIUS.

What said he?

OFELIA.

He took me by the wrist, and held me hard; Then goes he to the length of all his arm; And, with his other hand thus o'er his brow, He falls to such perusal of my face, As he would draw it. Long staid he so; At last, a little shaking of mine arm, And thrice his head thus waving up and down,— He rais'd a sigh so piteous and profound, At it did seem to shatter all his bulk, And end his being: That done, he lets me go: And, with his head over his shoulder turn'd, He seem'd to find his way without his eyes; For out o' doors he went without their helps, And, to the last bended their light on me.

POLONIUS.

Come, go with me; I will go seek the king. This is the very ecstasy of love; Whose violent property foredoes itself, And leads the will to desperate undertakings, As oft as any passion under heaven, That does afflict our natures. I am sorry,— What, have you given him any hard words of late?

OFELIA.

No, my good lord; but, as you did command, I did repel his letters, and denied His access to me.

POLONIUS.

That hath made him mad.

I am sorry, that with better heed and judgment, I had not quoted him: I fear'd, he did but trifles,

era solo un artificio suyo para perderme... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! Tan (5) propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiera causarle teniendo oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

### ESCENA III.

*Salon de palacio.*

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venido (6), Guillermo; y tú tambien, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la trasformacion de Hamlet. Asi puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llego á imaginar qué otra causa haya podido privarle asi de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y el genio, que tengais á bien deteneros en mi corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gustéis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO.

VV. MM. tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies, con el mas puro afecto, el celo de servirlos que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi doliente hijo. (*A los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS.

Si. Amén.

### ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO.

Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya en extremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

¡Oh! sí. ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi rey; y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso

And meant to wreck thee; but, beshrew my jealousy! It seems, it is as proper to our age To cast beyond ourselves in our opinions, As it is common for the younger sort To lack discretion. Come, go we to the king: This must be known; which, being kept close, might move More grief to hide, than hate to utter love. Come.

(*Exeunt.*)

### SCENE II.

*A Room in the Castle.*

*Enter King, Queen, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN, and Attendants.*

KING.

Welcome, dear Rosencrantz, and Guildenstern! Moreover that we much did long to see you, The need, we have to use you, did provoke Our hasty sending. Something have you heard Of Hamlet's transformation; so I call it, Since not the exterior nor the inward man Resembles that it was: What it should be, More than his father's death, that thus hath put him So much from the understanding of himself, I cannot dream of: I entreat you both, That,—being of so young days brought up with him; And, since, so neighbour'd to his youth and humour,— That you vouchsafe your rest here in our court Some little time: so by your companies To draw him on to pleasures; and to gather, So much as from occasion you may glean, Whether aught, to us unknown, afflicts him thus, That, open'd, lies within our remedy.

QUEEN.

Good gentlemen he hath much talk'd of you; And, sure I am, two men there are not living, To whom he more adheres. If it will please you To shew us so much gentry, and good will, As to expend your time with us a while, For the supply and profit of our hope, Your visitation shall receive such thanks As fits a king's remembrance.

ROSENCRANTZ.

Both your majesties Might, by the sovereign power you have of us, Put your dread pleasures more into command Than to entreaty.

GUILDENSTERN.

But we both obey; And here give up ourselves, in the full bent, To lay our service freely at your feet, To be commanded.

KING.

Thanks, Rosencrantz, and gentle Guildenstern.

QUEEN.

Thanks, Guildenstern, and gentle Rosencrantz: And I beseech you instantly to visit My too much changed son.—Go, some of you, Ann bring these gentlemen where Hamlet is.

GUILDENSTERN.

Heavens make our presence, and our practices, Pleasant and helpful to him.

QUEEN.

Ay, amen!

(*Exeunt Rosencrantz, Guildenstern, and some Attendants Enter Polonius.*)

POLONIUS.

The ambassadors from Norway, my good lord, Are joyfully return'd.

KING.

Thou still hast been the father of good news.

POLONIUS.

Have I, my lord? assure you, my good liege, I hold my duty, as I hold my soul, Both to my God, and to my gracious king: And I do think, (or else this brain of mine Hunts not the trail of policy so sure



haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del principe.

CLAUDIO.

Pues dinosla, que estoy impaciente de saberla.

OLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. (*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GERTRUDIS.

¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

#### ESCENA V.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado después, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbrás, que sometién dose prontamente á las reprensiones del tío, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra V. M. Satisfecho de este procedimiento el anciano rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. A este fin os ruega concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de reciproca seguridad, espresadas aqui.

(*Saca unos papeles, y se los da á Claudio.*)

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entre tanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche sereis con mi amigo en el festin. Tendré gusto de veros.

#### ESCENA VI.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OLONIO.

OLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*) Mi soberano (8), y vos, señora: explicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porque el día es día, noche la noche, y tiempo el tiempo, sería gastar inútilmente el día, la noche y el tiempo. Así pues, como (9) quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perifrasis... será muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte...

GERTRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

OLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno; ¡es cierto que él está loco! es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antitesis, que no quiero usar de artificios. Convergamos pues en que está loco, y ahora falta

As it hath us'd to do,) that I have found  
The very cause of Hamlet's lunacy.

KING.

O, speak of that; that do I long to hear.

OLONIO.

Give first admittance to the ambassadors;  
My news shall be the fruit to that great feast.

KING.

Thyself do grace to them, and bring them in.

(*Exit Polonius.*)

He tells me, my dear Gertrude, he hath found  
The head and source of all your sons's distemper.

QUEEN.

I doubt, it is no other but the main;  
His father's death, and our o'erhasty marriage.

*Re-enter Polonius, with Voltimand and Cornelius.*

KING.

Well, we shall sift him.—Welcome, my good friends!  
Say Voltimand, what from our brother Norway?

VOLTIMAND.

Most fair return of greetings, and desires.  
Upon our first, he sent out to suppress  
His nephew's levies; which to him appear'd  
To be a preparation 'gainst the Polack;  
But, better look'd into, he truly found  
It was against your highness: Whereat griev'd,—  
That so his sickness, age, and impotence,  
Was falsely borne in hand,—sends out arrests  
On Fortinbras; which he, in brief, obeys;  
Receives rebuke from Norway; and, in fine,  
Makes vow before his uncle, never more  
To give the assay of arms against your majesty.  
Whereon old Norway, overcome with joy,  
Gives him three thousand crowns in annual fee;  
And his commission, to employ those soldiers,  
So levied as before, against the Polack;  
With an entreaty, herein further shown,  
(*Gives a paper.*)

That it might please you to give quiet pass  
Through your dominions for this enterprise;  
On such regards of safety, and allowance,  
As therein are set down.

KING.

It likes us well;  
And, at our more consider'd time, we'll read,  
Answer, and think upon this business.  
Meantime, we thank you for your well-took labour:  
Go to your rest; at night we'll feast together:  
Most welcome home!

(*Exeunt Voltimand and Cornelius.*)

OLONIO.

This business is well ended.  
My liege, and madam, to expostulate  
What majesty should be, what duty is,  
Why day is day, night night, and time is time,  
Were nothing but to waste night, day, and time.  
Therefore,—since brevity is the soul of wit,  
And tediousness the limbs and outward flourishes,—  
I will be brief: Your noble son is mad:  
Mad, call I it: for to define true madness,  
What is't, but to be nothing else but mad?  
But let that go.

QUEEN.

More matter, with less art.

OLONIO.

Madam, I swear, I use no art at all.  
That he is mad, 'tis true: 'tis true, 'tis pity;  
And pity 'tis, 'tis true: a foolish figure;  
But farewell it, for I will use no art.  
Mad let us grant him then: and now remains

descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mía: que en prueba de su respeto y sumisión... notad lo que os digo... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*) Ahora resumid los hechos y sacareis la consecuencia. Al *ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia*... Esta es una alta frase... una falta de frase sin par... Es una falta de frase, pero oid lo demás. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

GERTRUDIS.

¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.

¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

*Duda que son de fuego las estrellas,  
Duda si al sol el movimiento falta,  
Duda lo cierto, admite lo dudoso;  
Pero no dudes de mi amor las ansias.*

*Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero cree que te amo en extremo, con el mayor extremo posible. Adios. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista.—Hamlet.*

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del príncipe, segun han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

Y ella ¿cómo ha recibido su amor?

POLONIO.

¿En qué opinion me teneis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veraz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué hubierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido.... ¿qué hubiera pensado de mí V. M. y la reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si haciéndome violencia á mi propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubierais pensado de mí? No, señor, yo he ido en derechura al asunto, y la dije á la niña ni mas ni menos: hija, el señor Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y después la mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdénado, comenzó á padecer melancolias, después inapetencia, después vigiliias, después debilidad, después aturdimiento, y después (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

¿Creeis, señora, que esto haya pasado así?

GERTRUDIS.

Me parece bastante probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez... (tendría gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No me me acuerda.

POLONIO.

Pues separadme esta de este, (*Señalando la cabeza y el cuello.*) si otra cosa hubiere en el asunto... ¡Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la ver-

TOMO II.

That we find out the cause of this effect;  
Or, rather say, the cause of this defect;  
For this effect, defective, comes by cause:  
Thus it remains, and the remainder thus.  
Perpend.  
I have a daughter; have, while she is mine;  
Who, in her duty and obedience, mark,  
Hath given me this: Now gather, and surmise.  
—To the celestial, and my soul's idol, the most beautiful  
Ophelia,—  
That's an ill phrase, a vile phrase; *beautified is a vile*  
phrase; but you shall hear.—Thus:  
*In her excellent white bosom, these, etc.*

QUEEN.

Came this from Hamlet to her?

POLONIUS.

Good madam, stay awhile; I will be faithful.—

*Doubt thou, the stars are fire; (Reads.)*

*Doubt, that the sun doth move:*

*Doubt truth to be a liar;*

*But never doubt, I love.*

*O dear Ophelia, I am ill at these numbers; I have not art to reckon my groans: but that I love thee best, O most best, believe it. Adieu.*

*Thine evermore, most dear lady, whilst this machine is to him, HAMLET.*

This, in obedience, hath my daughter shown me:  
And more above, hath his solicitings,  
As they fell out by time, by means, and place,  
All given to mine ear.

KING.

But how hath she

Receiv'd his love?

POLONIUS.

What do you think of me?

KING.

As of a man faithful and honourable.

POLONIUS.

I would fain prove so. But what might you think,  
When I had seen this hot love on the wing,  
(As I perceiv'd it, I must tell you that,  
Before my daughter told me,) what might you,  
Or my dear majesty your queen here, think,  
If I had play'd the desk, or table-book;  
Or given my heart a working, mute and dumb;  
Or look'd upon this love with idle sight;  
What might you think? no, I went round to work  
And my young mistress thus did I bespeak;  
*Lord Hamlet is a prince out of thy sphere;  
This must not be: and then I precepts gave her,  
That she should lock herself from his resort,  
Admit no messengers, receive no tokens.  
Which done, she took the fruits of my advice;  
And he, repulsed, (a short tale to make,)  
Fell into a sadness; then into a fast;  
Thence to a watch; thence into a weakness;  
Thence to a lightness; and, by this declension,  
Into the madness wherein now he raves,  
And all we mourn for.*

KING.

Do you think, 'tis this?

QUEEN.

It may be, very likely.

POLONIUS.

Hath there been such a time, (I'd fain know that,) that I have positively said, 'Tis so, When it prov'd otherwise?

KING.

Not that I know.

POLONIUS.

Take this from this, if it be otherwise:

(*Pointing to his head and shoulder.*)

If circumstances lead me, I will find



dad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

CLAUDIO.

¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.

Bien sabéis que el príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.

Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO.

Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GERTRUDIS.

Pero, ¿veis? (10) ¡Qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.

Retiraos, yo os lo suplico : retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

### ESCENA VII.

POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

¿Cómo os va, mi buen señor?

(*Hamlet sale leyendo un libro.*)

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

¿Me conocéis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO.

¿Yo? No, señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

POLONIO.

¿Honrado decís?

HAMLET.

Sí, señor, que lo digo. El ser honrado, segun va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra (11) gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

POLONIO.

Sí, señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.

Pero ¿qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¡Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo tambien, siendo mozo, me ví muy trastornado por el amor... casi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO.

¿Y de qué se trata?

HAMLET.

¿Entre quién?

POLONIO.

Digo que de qué trata el libro que leéis.

Where truth is hid, though it were hid indeed  
Within the centre.

KING.

How may we try it further?

POLONIUS.

You know sometimes he walks four hours together,  
Here in the lobby.

QUEEN.

So he does, indeed.

POLONIUS.

At such a time I'll loose my daughter to him,  
Be you and I behind an arras then;  
Mark the encounter: if he love her not,  
And be not from his reason fallen thereon  
Let me be no assistant for a state,  
But keep a farm, and carters.

KING.

We will try it.

*Enter Hamlet, reading.*

QUEEN.

But look, where sadly the poor wretch comes, reading.

POLONIUS.

Away, I do beseech you, both away;  
I'll board him presently: —O, give me leave.—

(*Exeunt King, Queen, and Attendants.*)

How does my good lord Hamlet?

HAMLET.

Well, god-'a-mercy.

POLONIUS.

Do you know me, my lord?

HAMLET.

Excellent well; you are a fishmonger.

POLONIUS.

Not I, my lord.

HAMLET.

Then I would you were so honest a man.

POLONIUS.

Honest, my lord?

HAMLET.

Ay, sir; to be honest, as this world goes, is to be one  
man picked out of ten thousand.

POLONIUS.

That's very true, my lord.

HAMLET.

For if the sun breed maggots in a dead dog, being a  
god, kissing carrion,—Have you a daughter?

POLONIUS.

I have, my lord.

HAMLET.

Let her not walk i' the sun : conception is a blessing;  
but as your daughter may conceive,—friend, look, to't.

POLONIUS.

How say you by that? (*Aside.*) Still harping on my  
daughter:—yet he knew me not at first; he said, I was a  
fishmonger: He is far gone, far gone: and, truly, in my youth  
I suffered much extremity for love; very near this. I'll speak  
to him again.—What do you read, my lord?

HAMLET.

Words, words, words!

POLONIUS.

What is the matter, my lord?

HAMLET.

Between who?

POLONIUS.

I mean, the matter that you read, my lord.

HAMLET.

De calumnias. Aquí dice (12) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbra abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mío, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso, no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seríais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar acia atrás como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Quereis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.

¿Adónde? ¿A la sepultura?

POLONIO.

Cierto que allí no da el aire. ¿Con qué agudeza respondes siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razón y salud tal vez no se logran. Voile á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

HAMLET.

No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda, exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

POLONIO.

Adios, señor.

HAMLET.

¡Fastidiosos y estravagantes viejos!

POLONIO, *á Guillermo y Ricardo, que salen por donde él se va.*

Si buscáis al príncipe, vedle ahí.

### ESCENA VIII.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

RICARDO.

Buenos días, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á V. A.

RICARDO.

Mi venerado príncipe.

HAMLET.

¡Oh, buenos amigos! ¿Cómo va? ¿Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET.

¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

En tal caso (13) estareis colocados acia su cintura: allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.

Cierto, como privados suyos.

HAMLET.

Pues allí en lo mas oculto... ¡Ah! dices bien, ella es una prostituta... ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el día del juicio ya á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte mas particularmente: ¿por qué delitos os ha traído aquí vuestra mala suerte á vivir en prision?

GUILLERMO.

¿En prision decís?

HAMLET.

Slanders, sir: for the satirical rogue says here, that old men have grey beards; that their faces are wrinkled; their eyes purging thick amber, and plum-tree gum; and that they have a plentiful lack of wit, together with most weak hams: all of which, sir, though I most powerfully and potentially believe, yet I hold it not honesty to have it thus set down; for yourself, sir, shall be as old as I am, if, like a crab, you could go backward.

POLONIUS.

Though this be madness, yet there's method in it. (*Aside.*) Will you walk out of the air, my lord?

HAMLET.

Into my grave?

POLONIUS.

Indeed, that is out o'the air.—How pregnant sometimes his replies are! a happiness that often madness hits on, which reason and sanity could not so prosperously be delivered of. I will leave him, and suddenly contrive the means of meeting between him and my daughter.—My honourable lord, I will most humbly take my leave of you.

HAMLET.

You cannot, sir, take from me any thing that I will more willingly part withal; except my life, except my life, except my life.

POLONIUS.

Fare you well, my lord.

HAMLET.

These tedious old fools!

*Enter Rosencrantz and Guildenstern.*

POLONIUS.

You go to seek the lord Hamlet; there he is.

ROSENCRANTZ.

God save you, sir!

(*To Polonius.*)  
(*Exit Polonius.*)

GUILDENSTERN.

My honour'd lord!—

ROSENCRANTZ.

My most dear lord!

HAMLET.

My excellent good friends! How dost thou, Guildenstern? Ah, Rosencrantz! Good lads, how do ye both?

ROSENCRANTZ.

As the indifferent children of the earth.

GUILDENSTERN.

Happy, in that we are not over-happy; On fortune's cap we are not the very button.

HAMLET.

Nor the soles of her shoe?

ROSENCRANTZ.

Neither, my lord.

HAMLET.

Then you live about her waist, or in the middle of her favours?

GUILDENSTERN.

'Faith, her privates we.

HAMLET.

In the secret parts of fortune? O, most true; she is a strumpet. What news?

ROSENCRANTZ.

None, my lord; but that the world's grown honest.

HAMLET.

Then is dooms-day near: But your news is not true. Let me question more in particular. What have you, my good friends, deserved at the hands of fortune, that she sends you to prison hither?

GUILDENSTERN.

Prison, my lord?



HAMLET.

Sí: Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.

También el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no éramos de esa opinión.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.

Será vuestra ambición la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

¡Oh, Dios mío! Yo pudiera estar encerrado en la cámara de una nuez, y crearme soberano de un estado inmenso... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambición, y todo cuanto al ambicioso le agita no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET.

El sueño en sí no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente, y yo considero la ambición por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos... Iremos un rato á la corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os iremos sirviendo.

HAMLET.

¡Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que, á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero decidme por nuestra amistad antigua: ¿qué haceis en Elsinor?

RICARDO.

Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quién os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la haceis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decidmelo.

GUILLERMO.

¿Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envían sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesión, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del rey y también la reina os han mandado que vengais.

RICARDO.

Pero ¿á qué fin?

HAMLET.

Eso es lo que debéis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO, mirando á Guillermo.

¿Qué dices tú?

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

HAMLET.

Denmark's a prison.

ROSENCRANTZ.

Then is the world one.

HAMLET.

A goodly one; in which there are many confines, wards, and dungeons; Denmark being one of the worst.

ROSENCRANTZ.

We think not so, my lord.

HAMLET.

Why, then 'tis none to you; for there is nothing either good or bad, but hinking makes it so: to me it is a prison.

ROSENCRANTZ.

Why, then your ambition makes it one; 'tis too narrow for your mind.

HAMLET.

O God! I could be bounded in a nut-shell, and count myself a king of infinite space; were it not that I have had dreams.

GUILDENSTERN.

Which dreams, indeed, are ambition; for the very substance of the ambitious is merely the shadow of a dream.

HAMLET.

A dream itself is but a shadow.

ROSENCRANTZ.

Truly, and I hold ambition of so airy and light a quality, that it is but a shadow's shadow.

HAMLET.

Then are our beggars, bodies; and our monarchs, and outstretch'd heroes, the beggars' shadows: Shall we to the court? for, by my fay, I cannot reason.

ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN.

We'll wait upon you.

HAMLET.

No such matter: I will not sort you with the rest of my servants; for, to speak to you like an honest man, I am most dreadfully attended. But, in the beaten way of friendship, what make you at Elsinore?

ROSENCRANTZ.

To visit you, my lord; no other occasion.

HAMLET.

Beggard that I am, I am even poor in thanks; but I thank you: and sure, dear friends, my thanks are too dear, a halfpenny. Were you not sent for? Is it your own inclining? Is it a free visitation? Come, come; deal justly with me: come, come; nay, speak.

GUILDENSTERN.

What should we say, my lord?

HAMLET.

Any thing—but to the purpose. You were sent for; and there is a kind of confession in your looks, which your modesties have not craft enough to colour: I know, the good king and queen have sent for you.

ROSENCRANTZ.

To what end, my lord?

HAMLET.

That you must teach me. But let me conjure you, by the rights of our fellowship, by the consonancy of our youth, by the obligation of our ever-preserved love, and by what more dear a better proposer could charge you withal, be even and direct with me, whether you were sent for, or no?

ROSENCRANTZ.

What say you?

HAMLET.

Nay, then, I have an eye of you; (*Aside.*)—if you love me, hold not off.(*To Guildenstern.*)

GUILLERMO.

Pues, señor, es cierto : nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo : así me anticiparé á vuestra propia confesion, sin que la fidelidad que debeis al rey y la reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones ; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud , que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril ; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fábrica es la del hombre ! ¡Qué noble su razon ! ¡Qué infinitas sus facultades ! ¡Qué espresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos ! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones ! Y en su espíritu ¡qué semejante á Dios ! El es sin duda lo mas hermoso de la tierra , el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo ? El hombre no me deleita... ni menos la mujer... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad , señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

Pues ¿porqué te relas cuando dije que no me deleita el hombre ?

RICARDO.

Me ref al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma dareis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de rey sea muy bien venido ; S. M. recibirá mis obsequios como es de razon ; el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel , el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama espresará libremente su pasion, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son ?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.

¿Y por qué andan vagando así ? ¿No les seria mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte ?

RICARDO.

Creo que los (14) últimos reglamentos se lo prohiben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad ? ¿Acude siempre el mismo concurso ?

RICARDO.

No, señor, no por cierto.

HAMLET.

¿Y en qué consiste ? ¿Se han echado á perder ?

RICARDO.

No, señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método ; pero hay aquí una cria de (15) chiquillos , vencejos chillones, que gritando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el esceso. Esta es la diversion del dia ; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta , atormentados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pié en los otros.

HAMLET.

¡Oiga ! ¿Con que son muchachos ? ¿Y quién los sostiene ? ¿Qué sueldo les dan ? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar ? Y cuando tengan que hacerse

GUILDENSTERN.

My lord, we were sent for.

HAMLET.

I will tell you why ; so shall my anticipation prevent your discovery, and your secrecy to the king and queen moults no feather. I have of late, (but, wherefore, I know not,) lost all my mirth, forgone all custom of exercises : and, indeed, it goes so heavily with my disposition, that this goodly frame, the earth, seems to me a steril promontory : this most excellent canopy, the air, look you, this brave o'er-hanging firmament, this majestical roof fretted with golden fire, why, it appears no other thing to me, than a foul and pestilent congregation of vapours. What a piece of work is a man ! How noble in reason ! how infinite in faculties ! in form, and moving, how express and admirable ! in action, how like an angel ! in apprehension, how like a god ! the beauty of the world ! the paragon of animals ! And yet, to me, what is this quintessence of dust ? man delights not me, nor woman neither ; though, by your smiling, you seem to say so.

ROSENCRANTZ.

My lord, there is no such stuff in my thoughts

HAMLET.

Why did you laugh then, when I said, *Man delights not me* ?

ROSENCRANTZ.

To think, my lord, if you delight not in man, what lenten entertainment the players shall receive from you : we coted them on the way ; and hither are they coming, to offer you service.

HAMLET.

He that plays the king, shall be welcome ; his majesty shall have tribute of me : the adventurous knight shall use his foil, and target : the lover shall not sigh gratis ; the humorous man shall end his part in peace : the clown shall make those laugh, whose lungs are tickled o' the sere ; and the lady shall say her mind freely, or the blank verse shall halt for't.—What players are they ?

ROSENCRANTZ.

Even those you were wont to take such delight in, the tragedians of the city.

HAMLET.

How chances it, they travel ? their residence, both in reputation and profit, was better both ways.

ROSENCRANTZ.

I think, their inhibition comes by the means of the late innovation.

HAMLET.

Do they hold the same estimation they did when I was in the city ? Are they so followed ?

ROSENCRANTZ.

No, indeed, they are not.

HAMLET.

How comes it ? Do they grow rusty ?

ROSENCRANTZ.

Nay, their endeavour keeps in the wonted pace : But there is, sir, an aiery of children, little eyases, that cry out on the top of question, and are most tyrannically clapped for't : these are now the fashion ; and so berattle the common stages, (so they call them,) that many, wearing rapiers, are afraid of goose-quills, and dare scarce come thither.

HAMLET.

What, are they children ? who maintains them ? how are they escoted ? Will they pursue the quality no longer than they can sing ? will they not say afterwards, if they should



cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar después?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba hasta que el poeta y el cómico reñían y se hartaban de bofetones.

HAMLET.

¿Es posible?

GUILLERMO.

¡Oh si lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET.

No es extraño. Ya veis mi tío, rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.

Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingor; acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tío padre, y mi madre tía, á fe á fe, que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

¿En qué, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

### ESCENA IX.

POLONIO Y DICHOS.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.

HAMLET.

Oye aquí, Guillermo, y tú tambien..... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejstorio que acaba de entrar? Pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO.

O acaso habrá vuelto á ellas, porque segun se dice, la vez es segunda infancia.

HAMLET.

Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado.... Pues, señor, tú tienes razon; eso fué el lunes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.

Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.

Señor, tengo que daros una noticia. (*Imitando la voz de Polonio.*) Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.

Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.

¡Tuh! tuh! tuh!

POLONIO.

Como soy hombre de bien que sí.

grow themselves to common players, (as it is most like, if their means are no better,) their writers do them wrong to make them exclaim against their own succession?

ROSENCRANTZ.

'Faith, there has been much to do on both sides; and the nation holds it no sin, to tarre them on to controversy: there was, for a while, no money bid for argument, unless the poet and the player went to cuffs in the question.

HAMLET.

Is it possible?

GUILDENSTERN.

O, there has been much throwing about of brains.

HAMLET.

Do the boys carry it away?

ROSENCRANTZ.

Ay, that they do, my lord; Hercules and his load too.

HAMLET.

It is not very strange: for my uncle is king of Denmark; and those, that would make mouths at him while my father lived, give twenty, forty, fifty, an hundred ducats a-piece, for his picture in little. 'Sblood, there is something in this more than natural, if philosophy could find it out.

(*Flourish of trumpets within.*)

GUILDENSTERN.

There are the players.

HAMLET.

Gentlemen, you are welcome to Elsinore.—Your hands.—Come then: the appurtenance of welcome is fashion and ceremony: let me comply with you in this garb; lest my extent to the players, which, I tell you, must shew fairly outward, should more appear like entertainment than yours. You are welcome; but my uncle-father, and aunt-mother, are deceived.

GUILDENSTERN.

In what, my dear lord?

HAMLET.

I am but mad north-north-west: when the Wind is southerly, I know a hawk from a hand-saw.

*Enter Polonius.*

POLONIUS.

Well be with you, gentlemen!

HAMLET.

Hark you, Guildenstern?—and you, too;—at each ear a hearer: that great baby, you see there, is not yet out of his swaddling-clouts.

ROSENCRANTZ.

Happily, he's the second time come to them; for, they say, an old man, is twice a child.

HAMLET.

I will prophesy, he comes to tell me of the players; mark it.—You say right, sir: o'Monday morning; 'twas then, indeed.

POLONIUS.

My lord, I have news to tell you.

HAMLET.

My lord, I have news to tell you. When Roscius was an actor in Rome.—

POLONIUS.

The actors are come hither, my lord.

HAMLET.

Buz, buz!

POLONIUS.

Upon my honour,—

HAMLET.

Cada actor viene caballero en burro.

*(Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco después.)*

POLONIO.

Estos son los mas excelentes actores del mundo, así en la tragedia (16) como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, trágico-cómico-histórico-pastoral, escena (17) indivisible, poema ilimitado.... ¡Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composicion y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET.

¡ Oh Jepté, juez de Israel!...

¡ Qué tesoro poseíste!

POLONIO.

¿ Y qué tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.

¿ Qué tesoro?

No mas que una hermosa hija  
A quien amaba en extremo.

POLONIO.

Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.

¿ No tengo razon, anciano Jepté?

POLONIO.

Señor, si me llamais Jepté, cierto es que tengo una  
hija á quien amo en extremo.

HAMLET.

¡ Oh! no es eso lo que se sigue.

POLONIO.

Pues ¿ qué sigue, señor?

HAMLET.

Esto :

No hay mas suerte que Dios, ni mas destino.

Y luego, ya sabes :

Que cuanto nos sucede él lo previno.

Lee la primera (18) línea de aquella devota cancion, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿ veis? Ahí vienen otros á hablar por mí.

## ESCENA X.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO Y CUATRO CÓMICOS.

HAMLET.

Bien venidos, señores; me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos.... ¡ Oh! ¡ oh camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te vi. ¿ Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí tambien? ¡ Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita; por la Virgen, que ya está vuesarced una cuarta mas cerca del cielo desde que no la he visto. Dios (19) quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relacion. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

CÓMICO PRIMERO.

¿ Y cuál quereis, señor?

HAMLET.

Me acuerdo de haberte oído en otro tiempo una relacion que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando mas... Sí, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud; no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo dictamen vale mas que el mío, una excelente pieza, bien

HAMLET.

*Then came each actor on his ass,—*

POLONIUS.

The best actors in the world, either for tragedy, comedy, history, pastoral, pastoral-comical, historical-pastoral, tragical-historical, tragical-comical-historical-pastoral, scene indivisible, or poem unlimited : Seneca cannot be too heavy, nor Plautus too light. For the law of writ and the liberty, these are the only men.

HAMLET.

*O Jephthah, judge of Israel,—what a treasure hadst thou!*

POLONIUS.

What a treasure had he, my lord?

HAMLET.

*Why — One fair daughter, and no more,  
The which he loved passing well.*

POLONIUS.

Still on my daughter. *(Aside.)*

HAMLET.

Am I not i'the right, old Jephthah?

POLONIUS.

If you call me Jephthah, my lord, I have a daughter that I love passing well.

HAMLET.

Nay, that follows not.

POLONIUS.

What follows then, my lord?

HAMLET.

*Why, As by lot, God wot, and then; you know, It came to pass, as most like it was,—The first row of the pious chanson will shew you more; for look, my abridgment comes.*

*Enter four or five Players.*

You are welcome, masters; welcome, all :—I am glad to see thee well :—welcome, good friends.—O, old friend? Why, thy face is valanced since I saw thee last; Com'st thou to beard me in Denmark?—What! my young lady and mistress! By'r lady, your ladyship is nearer to heaven, than when I saw you last, by the altitude of a chopine. Pray God, your voice, like a piece of uncurrent gold, be not cracked within the ring.—Masters, you are all welcome. We'll e'en to it like French falconers, fly at any thing we see : We'll have a speech straight : Come, give us a taste of your quality; come, a passionate speech.

1 PLAYER.

What speech, my lord?

HAMLET.

I heard thee speak me a speech once,—but it was never acted; or, if it was, not above once : for the play, I remember, pleased not the million; 'twas caviare to the general : but it was (as I received it, and others, whose judgments, in such matters, cried in the top of mine,) an excellent play; well digested in the scenes, set down with as much modesty as cunning. I remember, one said, there were no sallows in the lines, to make the matter savoury;



dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó sin embargo quien dijo que no había en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relación que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Priamo. Si la tienes en la memoria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la hircana tigre.....

(Todos los versos de esta escena los dicen con declamación trágica.)

No es este; pero empieza con Pirro... ¡ah !...

Pirro (20) feroz, con pavonadas armas,  
Negras como su intento, reclinado  
Dentro en los senos del caballo enorme,  
A la lóbrega noche parecía.  
Ya su terrible, ennegrecido aspecto  
Mayor espanto da. Todo le tiñe  
De la cabeza al pié caliente sangre  
De ancianos y matronas, de robustos  
Mancebos y de vírgenes, que abraza  
El fuego de inflamados edificios  
En confuso monton; á cuya horrenda  
Luz que despiden, el caudillo insano  
Muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,  
Cubierto de cuajada sangre, vuelve  
Los ojos, al carbunclo semejantes,  
Y busca, instado de infernal venganza,  
Al viejo abuelo Priamo.....

Prosigue tú.

POLONIO.

¡Muy bien declamado, á fe mía ! con buen acento y bella espresion.

CÓMICO PRIMERO.

Al momento

Le ve lidiando, ¡ resistencia breve!  
Contra los griegos; su temida espada  
Rebelde al brazo ya, le pesa inútil.  
Pirro, de furias lleno, le provoca  
A liza desigual; herirle intenta,  
Y el aire solo del funesto acero  
Postra al débil anciano. Y cual si fuese  
A tanto golpe el Ilión sensible,  
Al suelo desplomó sus techos altos,  
Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.  
Pirro.... ¿ Le veis? la espada que venia  
A herir del teucro la nevada frente  
Se detiene en los aires, y él inmóvil,  
Absorto y mudo y sin acción su enojo,  
La imagen de un tirano representa  
Que figuró el pincel. Mas como suele  
Tal vez el cielo en tempestad oscura  
Parar su movimiento, de los aires  
El impetu cesar, y en silenciosa  
Quietud de muerte reposar el orbe,  
Hasta que el trueno, con horror zumbando,  
Rompe la alta region; así un instante  
Suspensa fué la cólera de Pirro,  
Y así, dispuesto á la venganza, el duro  
Combate renovó. No mas tremendo  
Golpe en las armas de Mavorte eternas  
Dieron jamás los cyclopes tostados,  
Que sobre el triste anciano la cuchilla  
Sangrienta dió del sucesor de Aquiles.  
¡ Oh fortuna falaz !.... Vos, poderosos  
Dioses, quitadla su dominio injusto;  
Romped los rayos de su rueda y calces,  
Y el eje circular desde el Olimpo  
Caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.

Es demasiado largo.

HAMLET.

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este solo gusta de ver bailar ó de oír cuentos de alcahuetas, ó si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

nor no matter in the phrase, that might indite the author of affection : but called it, an honest method, as wholesome as sweet, and by very much more handsome than fine. One speech in it I chiefly lov'd : 'twas Eneas' tale to Dido; and thereabout of it especially, where he speaks of Priam's slaughter. If it live in your memory, begin at this line; let me see, let me see;

*The rugged Pyrrhus, like the Hyrcanian beast,—*  
'tis not so; it begins with Pyrrhus.

*The rugged Pyrrhus,—he, whose sable arms,  
Black as his purpose, did the night resemble,  
When he lay couched in the ominous horse,  
Hath now this dread and black complexion smear'd  
With heraldry more dismal; head to foot  
Now is he total gules; horribly trick'd  
With blood of fathers, mothers, daughters, sons;  
Bak'd and impasted with the parching streets,  
That lend a tyrannous and a damned light  
To their lord's murder. Roasted in wrath, and fire,  
And thus o'er-sized with coagulate gore,  
With eyes like carbuncles, the hellish Pyrrhus  
Old grandsire Priam seeks;—So, proceed you.*

POLONIUS.

'Fore God, my lord, well spoken; with good accent, and good discretion.

I PLAYER.

Anon he finds him

*Striking too short at Greeks; his antique sword,  
Rebellious to his arm, lies where it falls,  
Repugnant to command. Unequal match'd,  
Pyrrhus ad Priam drives; in rage, strikes wide;  
But with the whiff and wind of his fell sword  
The unnerved father falls. Then senseless Ilium,  
Seeming to feel this blow, with flaming top  
Stoops to his base; and with a hideous crash  
Takes prisoner Pyrrhus' ear : for, lo ! his sword  
Which was declining on the milky head  
Of reverend Priam, seem'd in the air to stick :  
So, as a painted tyrant, Pyrrhus stood;  
And, like a neutral to his will and matter,  
Did nothing.*

*But, as we often see, against some storm,  
A silence in the heavens, the rack stands still,  
The bold winds speechless, and the orb below  
As hush as death : anon the dreadful thunder  
Doth rend the region : So, after Pyrrhus' pause,  
A roused vengeance sets him new a work;  
And never did the Cyclops' hammers fall  
On Mars's armour, forg'd for proof eterne,  
With less remorse than Pyrrhus' bleeding sword  
Now falls on Priam.—  
Out, out, thou strumpet, Fortune ! All you gods,  
In general synod, take away her power,  
Break all the spokes and fellies from her wheel,  
And bowl the round nave down the hill of heaven,  
As low as to the fiends !*

POLONIUS.

This is too long.

HAMLET.

It shall to the barber's, with your beard. — Pr'ythee, say on : — He's for a jig, or a tale of bawdry, or he sleeps : say on : come to Hecuba.

## CÓMICO PRIMERO.

Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!  
La mal ceñida reina....

HAMLET.

¡La mal ceñida Reina!

POLONIO.

Eso es bueno, mal ceñida reina, ¡bueno!

## CÓMICO PRIMERO.

Pero quien viese, ¡oh vista dolorosa!

La mal ceñida reina, el pié desnudo,

Girar de un lado al otro, amenazando

Estinguir con sus lágrimas el fuego....

En vez de vestidura rozagante

Cubierto el seno, harto fecundo un día,

Con las ropas del lecho arrebatadas

(Ni á mas la dió lugar el susto horrible),

Rasgado un velo en su cabeza, donde

Antes resplandeció corona augusta....

¡Ay! quien la viese, á los supremos hados

Con lengua venenosa execraria.

Los dioses mismos, si á piedad les mueve

El linaje mortal, dolor sintieran

De verla, cuando al implacable Pirro

Halló esparciendo en trozos con su espada

Del muerto esposo los helados miembros.

Lo ve, y esclama con gemido triste,

Bastante á conturbar allá en su altura

Las deidades de olimpo, y los brillantes

Ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.

Ved cómo muda de color, y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigais.

HAMLET.

Basta ya, presto me dirás lo que falta. Señor mío, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epitome histórico de los siglos, y mas te valdrá tener después de muerto un mal epitafio, que una mala reputacion entre ellos mientras vivas.

POLONIO.

Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.

¿Qué cabeza esta! No, señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, ¿quién escaparía de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor; cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.

Venid, señores.

HAMLET.

Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú, amigo, dime, ¿no pudierais representar *la Muerte de Gonzago*?

CÓMICO PRIMERO.

Si, señor.

HAMLET.

Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿Y no podrías, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

CÓMICO PRIMERO.

Si, señor.

HAMLET.

Muy bien; pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagais burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.

Señor.

HAMLET.

Id con Dios.

## ESCENA XI.

HAMLET.

Ya estoy solo. ¡Qué abatido, qué insensible soy! ¿No es admirar le que este actor, en una fábula, en una ficcion, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y des-

1 PLAYER.

*But who, ah woe! had seen the mobled queen—*

HAMLET.

The mobled queen?

POLONIO.

That's good; mobled queen, is good.

1 PLAYER.

*Run barefoot up and down, threat'ning the flames  
With bisson rheum; a clout upon that head,  
Where late the diadem stood; and, for a robe,  
About her lank and all o'er-teeming loins,  
A blanket, in the alarm of fear caught up;  
Who this had seen, with tongue in venom steep'd,  
'Gaintst fortune's state would treason have pronounc'd:  
But if the gods themselves did see her then,  
When she saw Pyrrhus make malicious sport,  
In mincing with his sword her husband's limbs;  
The instant burst of clamour that she made,  
(Unless things mortal move them not at all,)  
Woul have made milch the burning eye of heaven,  
And passion in the gods.*

POLONIO.

Look, whether he has not turned his colour, and has tears in's eyes. — Pr'ythee, no more.

HAMLET.

'Tis well; I'll have thee speak out the rest of this soon. — Good my lord, will you see the players well bestowed? Do you hear, let them be well used; for they are the abstract, and brief chronicles, of the time: After your death you were better have a bad epitaph, than their ill report while you live.

POLONIO.

My lord, I will use them according to their desert.

HAMLET.

Odd's bodikin, man, much better: Use every man after his desert, and who shall 'scape whipping? Use them after your own honour and dignity: The less they deserve, the more merit is in your bounty. Take them in.

POLONIO.

Come, sirs.

*(Exit Polonius, with some of the Players.)*

HAMLET.

Follow him, friends: we'll hear a play tomorrow. — Dost thou hear me, old friend; can you play the murder of Gonzago?

1 PLAYER.

Ay, my lord.

HAMLET.

We'll have it to-morrow night. You could, for a need, study a speech of some dozen or sixteen lines, which I would set down, and insert in't? could you not?

1 PLAYER.

Ay, my lord.

HAMLET.

Very well. — Follow that lord; and look you mock him not. *[Exit Player.]* My good friends, *(To Ros. and Guil.)* I'll leave you till night: you are welcome to Elsinore.

ROSENCRANTZ.

Good my lord!

*(Exeunt Ros. and Guild.)*

HAMLET.

Ay, so, God be wi' you: — Now I am alone.  
O, what a rogue and peasant slave am I!  
Is it not monstrous, that this player here,  
But in a fiction, in a dream of passion,



figure el rostro en la declamacion, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere espresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? Pues; qué no haría si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaría el teatro con llanto, su terrible acento conturbaría á cuantos le oyesen, llenaría de desesperacion al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusion, y sorprendería con asombro la facultad de los ojos y los oídos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permañezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! Qué, ¿nada merece un rey con quien se cometió el mas atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se (21) atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplarme la al rostro, asirme de la nariz, ó hacermme tragar lejía que me llegue al pulmon? ¿Quién se atreve á tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma, que carece de liél, incapaz de acciones crueles; á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mio, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazon, prorumpa en execraciones vanas como una prostituta (22) vil ó un pillo de cocina? ¡Ah! no, ni aun solo imaginarlo. ¡Eh!... Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo mas vivo del corazon, observaré sus miradas; si muda (23) de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparicion que vi pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la mas agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginacion perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolia, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas, y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del rey.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Galera de palacio.*

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¿Y no os fué posible indagar en la conversacion que con él tuvisteis, de qué nace aquel desórden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.

El mismo reconoce los extravíos de su razon, pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

GUILLERMO.

Ni le hallamos en disposicion de ser examinado, porque siempre huye de la cuestion con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GERTRUDIS.

¿Fuisteis bien recibidos de él?

RICARDO.

Con mucha cortesía.

Could force his soul to his own conceit,  
That from her working, all his visage wau'd;  
Tears in his eyes, distraction in's aspect,  
A broken voice, and his whole function suiting  
With forms to his conceit? And all for nothing?  
For Hecuba!

What's Hecuba to him 'or he to Hecuba,  
That he should weep for her? What would he do,  
Had he the motive, and the cue for passion,  
That I have? He would drown the stage with tears,  
And cleave the general ear with horrid speech;  
Make mad the guilty, and appal the free,  
Confound the ignorant, and amaze, indeed,  
The very faculties of eyes and ears.  
Yet I,

A dull and muddy-mettled rascal, peak,  
Like John a-dreams, unpregnant of my cause,  
And can say nothing; no, not for a king,  
Upon whose property, and most dear life,  
A damn'd defeat was made. Am I a coward?  
Who calls me villain? breaks my pate across;  
Plucks off my beard, and blows it in my face?  
Tweaks me by the nose? gives me the lie i'th' throat,  
As deep as to the lungs? Who does me this?  
Ha!

Why, I should take it: for it cannot be,  
But I am pigeon-liver'd, and lack gall  
To make oppression bitter: or, ere this,  
I should have fatted all the region kites  
With this slave's offal: Bloody, bawdy villain!  
Remorseless, treacherous, lecherous, kindless villain!  
Why, what an ass am I? This is most brave;  
That I, the son of a dear father murder'd,  
Prompted to my revenge by heaven and hell,  
Must, like a whore, unpack my heart with words  
And fall a cursing, like a very drab,  
A scullion!

Fie upon't! foh! About my brains! Humph! I have heard,  
That guilty creatures, sitting at a play,  
Have by the very cunning of the scene  
Been struck so to the soul, that presently  
They have proclaim'd their malefactions;  
For murder, though it have no tongue, will speak  
With most miraculous organ. I'll have these players  
Play something like the murder of my father,  
Before mine uncle: I'll observe his looks;  
I'll tent him to the quick; if he do blench,  
I know my course. The spirit, that I have seen,  
May be a devil; and the devil hath power  
To assume a pleasing shape; yea, and, perhaps,  
Out of my weakness, and my melancholy,  
(As he is very potent with such spirits,)  
Abuses me to damn me: I'll have grounds  
More relative than this: the play's the thing,  
Wherein I'll catch the conscience of the king. (Exit.

## ACT III.

### SCENE I.

*A Room in the Castle.*

Enter King, Queen, POLONIUS, OPHELIA, ROSENCRANTZ, and GUILDENSTERN.

KING.

And can you, by no drift of conference,  
Get from him, why he puts on this confusion;  
Grating so harshly all his days of quiet  
With turbulent and dangerous lunacy?

ROSENCRANTZ.

He does confess, he feels himself distracted;  
But from what cause he will by no means speak.

GUILDENSTERN.

Nor do we find him forward to be sounded;  
But, with a crafty madness, keeps aloof,  
When we would bring him on to some confession  
Of his true state.

QUEEN.

Did he receive you well?

ROSENCRANTZ.

Most like a gentleman.

GUILLERMO.

Pero se le conocía una cierta sujeción.

RICARDO.

Preguntó poco, pero respondía á todo con prontitud.

GERTRUDIS.

¿Le habeis convidado para alguna diversion ?

RICARDO.

Si, señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de cómicos en el camino : se lo dijimos, y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la corte, y creo que tienen orden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.

Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar á VV. MM. que asistan á verla y oírla.

CLAUDIO.

Con mucho gusto : me complace en extremo saber que tiene tal inclinacion. Vosotros, señores, escitadle á ella, y aplaudid su propension á este género de placeres.

RICARDO.

Así lo haremos.

**ESCENA II.**

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

Tú, mi amada Gertrudis, deberás tambien retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre (1) y yo, testigos los mas aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos : así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del príncipe conoceremos si es pasion de amor el mal de que adolece.

GERTRUDIS.

Voy á obedecerlos ; y por mi parte, Ofelia, ¡oh, cuánto desearía que tu rara hermosura fuese el dichoso origen de la demencia de Hamlet ! Entonces yo debería esperar que tus prendas amables pudieran para vuestra mutua felicidad restituirle su salud perdida.

OFELIA.

Yo, señora, tambien quisiera que fuese así.

**ESCENA III.**

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Paséate por aquí, Ofelia. Si V. M. gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro (*dándola un libro*) : esta ocupacion disculpará la soledad del sitio... ; Materia es por cierto en que tenemos mucho de que acusarnos ! ; Cuántas veces con el semblante de la devocion y la apariencia de acciones piadosas engañamos al diablo mismo !

CLAUDIO.

Demasiado cierto es.... (*Ap.* ; Qué cruelmente ha herido esa reflexion mi conciencia ! El rostro de la muertriz, hermoscada con el arte, no es mas feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡ Oh, qué pesada carga me oprime !)

POLONIO.

Ya le siento llegar, señor ; conviene retirarnos.

**ESCENA IV.**

HAMLET, OFELIA.

(*Hamlet dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro lee.*)

HAMLET.

Existir (2) ó no existir, esta es la cuestion. ¿Cuál es mas digna accion del ánimo : sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia ? Morir es dormir. ¿ No mas ? ¿ Y por un sueño, diremos, las aficciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza ?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir.... y tal

GUILDENSTERN.

But with much forcing of his disposition.

ROSENCRANTZ.

Niggard of question ; but, of our demands, Most free in his reply.

QUEEN.

Did you assay him

To any pastime ?

ROSENCRANTZ.

Madam, it so fell out, that certain players We o'er-raught on the way : of these we told him ; And there did seem in him a kind of joy To hear of it : they are about the court ; And, as I think, they have already order This night to play before him.

POLONIUS.

'Tis most true :

And he beseech'd me to entreat your majesties, To hear and see the matter.

KING.

With all my heart ; and it doth much content me, To hear him so inclin'd. Good gentlemen, give him a further edge, And drive his purpose on to these delights.

ROSENCRANTZ.

We shall, my lord.

(*Exeunt Ros. and Guild.*)

KING.

Sweet Gertrude, leave us too :

For we have closely sent for Hamlet hither ; That he, as 'twere by accident, may here Affront Ophelia :

Her father, and myself (lawful espials,) Will so bestow ourselves, that, seeing, unseen, We may of their encounter frankly judge ; And gather by him, as he is behav'd, If't be the affliction of his love, or no, That thus he suffers for.

QUEEN.

I shall obey you :

And, for your part, Ophelia, I do wish, That your good beauties be the happy cause Of Hamlet's wildness : so shall I hope, your virtues Will bring him to his wonted way again, To both your honours.

OPHELIA.

Madam, I wish it may.

(*Exit Queen.*)

POLONIUS.

Ophelia, walk you here :—Gracious, so please you, We will bestow ourselves :—Read on this book ;

(*To Ophelia.*)

That show of such an exercise may colour Your loneliness.—We are oft to blame in this,— 'Tis too much proved,—that, with devotion's visage, And pious action, we do sugar o'er The devil himself.

KING.

O, 'tis too true ! how smart

A lash that speech doth give my conscience ! The harlot's cheek, beautied with plast'ring art, Is not more ugly to the thing that helps it, Than is my deed to my most painted word : O heavy burden !

(*Aside.*)

POLONIUS.

I hear him coming ; let's withdraw, my lord.

(*Exeunt King and Polonius.*)

Enter HAMLET.

HAMLET.

To be, or not to be, that is the question :— Whether 'tis nobler in the mind, to suffer The slings and arrows of outrageous fortune ; Or to take arms against a sea of troubles, And, by opposing, end them ?—To die,—to sleep,—



vez soñar. Si, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando háyamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres mas indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa mas allá de la muerte (aquel pais desconocido, de cuyos límites ningun caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta prevision nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.

¿Cómo os habeis sentido, señor, en todos estos dias?

HAMLET.

Muchas gracias. Bien.

OFELIA.

Conservo en mi poder algunas espresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET.

No, yo (3) nunca te di nada.

OFELIA.

Bien sabeis, señor, que os digo verdad..... Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidas, que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí.

(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.)

HAMLET.

¡Oh! ¡oh! ¿Eres honesta?

OFELIA.

Señor.....

HAMLET.

¿Eres hermosa?

OFELIA.

¿Qué pretendéis decir con eso?

HAMLET.

Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.

¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te quería antes, Ofelia.

OFELIA.

Así me lo dabais á entender.

HAMLET.

Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud injerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original.... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.

Muy engañada estuve.

No more;—and, by a sleep, to say we end  
The heart ache, and the thousand natural shocks  
That flesh is heir to,—'tis a consumation  
Devoutly to be wish'd. To die?—to sleep?—  
To sleep! perchance to dream;—ay, there's the rub;  
For in that sleep of death what dreams may come,  
When we have shuffled off this mortal coil,  
Must give us pause: there's the respect,  
That makes calamity of so long life:  
For who would bear the whips and scorns of time,  
The oppressor's wrong, the proud man's contumely,  
The pangs of despis'd love, the law's delay,  
The insolence of office, and the spurns  
That patient merit of the unworthy takes,  
When he himself might his quietus make  
With a bare bodkin? who would fardels bear,  
To grunt and sweat under a weary life;  
But that the dread of something after death,—  
The undiscover'd country, from whose bourn  
No traveller returns,—puzzles the will;  
And makes us rather bear those ills we have,  
Than fly to others that we know not of?  
Thus conscience does make cowards of us all:  
And thus the native hue of resolution  
Is sicklied o'er with the pale cast of thought;  
And enterprises of great pith and moment,  
With this regard, their currents turn awry,  
And lose the name of action.—Soft you, now!  
The fair Ophelia:—Nymph, in thy orisons  
Be all my sins remember'd.

OFELIA.

Good my lord,

How does your honour for this many a day?

HAMLET.

I humbly thank you; well.

OFELIA.

My lord, I have remembrances of yours,  
That I have longed long to re-deliver;  
I pray you, now receive them.

HAMLET.

No, uot I,

I never gave you aught.

OFELIA.

My honour'd lord, you know right well you did;  
And, with them, words of so sweet breath compos'd  
As made the things more rich: their perfume lost,  
Take these again; for to the noble mind,  
Rich gifts wax poor, when givers prove unkind.  
There, my lord.

HAMLET.

Ha, ha! are you honest?

OFELIA.

My lord?

HAMLET.

Are you fair?

OFELIA.

What means your lordship?

HAMLET.

That if you be honest, and fair, you should admit no  
discourse to your beauty.

OFELIA.

Could beauty, my lord, have better commerce than  
with honesty?

HAMLET.

Ay, truly; for the power of beauty will sooner transform honesty from what it is to a bawd, than the force of honesty can translate beauty into his likeness; this was some time a paradox, but now the time gives it proof. I did love you once.

OFELIA.

Indeed, my lord, you made me believe so.

HAMLET.

You should not have believed me; for virtue cannot so inoculate our old stock, but we shall relish of it: I lov'd you not.

OFELIA.

I was the more deceived.

HAMLET.

Mira, vete á un convento : ¿para qué te has de esponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con mas pecados sobre mi cabeza que pensamientos para esplicarlos, fantasia para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecucion. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos sonios insignes malvados : no creas á ninguno de nosotros ; vete, vete á un convento... ¿En dónde está tu padre?

OPHELIA.

En casa está, señor.

HAMLET.

Si : pues que cierran bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras las haga dentro de su casa. Adios.

*(Hace que se va, y vuelve.)*

OPHELIA.

¡Oh mi buen Dios, favorecedle!

HAMLET.

Si te casas, quiero darte esta maldicion en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. Adios. Pero... escucha : si tienes necesidad de casarte, cástate con un tonto; porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento, y pronto. Adios.

*(Hace que se va, y vuelve.)*

OPHELIA.

¡El cielo con su poder le alivie!

HAMLET.

He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dió una cara, y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos briquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasáis por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos mas de esta materia, que me ha hecho perder la razon... Digo solo que de hoy en adelante no habra mas casamientos; los que ya están casados (esceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

## ESCENA V.

OPHELIA.

¡Oh, qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetración del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los mas advertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la mas desconsolada é infeliz de las mujeres, que gusté algun día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel nolle y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende, aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesi. ¡Oh, cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visio lo que vi, para ver ahora lo que veo!

## ESCENA VI.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

¡Amor! Qué! No van por ese camino sus afectos; ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de orden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los países diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasión que le ocupa, sea la que fuere, sobre la cual su imaginación sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

HAMLET.

Get thee to a nunnery; why would'st thou be a breeder of sinners? I am myself indifferent honest; but yet I could accuse me of such things, that it were better my mother had not borne me. I am very proud, revengeful, ambitious; with more offences at my beck, than I have thoughts to put them in, imagination to give them shape, or time to act them in. What should such fellows as I do crawling between earth and heaven! We are arrant knaves, all; believe none of us: Go thy ways to a nunnery. Where's your father?

OPHELIA.

At home, my lord.

HAMLET.

Let the doors be shut upon him; that he may play the fool no where but in's own house. Farewell.

OPHELIA.

O, help him, you sweet heavens!

HAMLET.

If thou dost marry, I'll give thee this plague for thy dowry; Be thou as chaste as ice, as pure as snow, thou shalt not escape calumny. Get thee to a nunnery; farewell. Or, if thou wilt needs marry, marry a fool; for wise men know well enough, what monsters you make of them. Go a nunnery, go; and quickly too. Farewell.

OPHELIA.

Heavenly powers, restore him!

HAMLET.

I have heard of your paintings too, well enough; God hath given you one face, and you make yourselves another: you jig, you amble, and you lisp, and nick-name God's creatures, and make your wantonness your ignorance: Go to; I'll no more oft; it hath made me mad. I say, we will have no more marriages: those that are married already, all but one, shall live; the rest shall kepp as they are. To a nunnery, go. *(Exit.)*

OPHELIA.

O, what a noble mind is here o'erthrown!  
The courtier's, soldier's, scholar's eye, tongue, sword;  
The expectancy and rose of the fair state,  
The glass of fashion, and the mould of form,  
The observ'd of all observers! quite, quite down!  
And I, of ladies most deject and wretched,  
That suck'd the honey of his music vows,  
Now see that noble and most sovereign reason,  
Like sweet bells jangled, out of tune and harsh;  
That unmatch'd form and feature of blown youth,  
Blasted with ecstasy: O, woe is me!  
To have seen what I have seen, see what I see!

*Re-enter King and Polonius.*

KING.

Love! his affections do not that way tend;  
Nor what he spake, though it lack'd form a little,  
Was not like madness. There's something in his soul,  
O'er which his melancholy sits on brood;  
And, I do doubt, the hatch, and the disclose,  
Will be some danger. Which, for to prevent,  
I have, in quick determination,  
Thus set it down: He shall with speed to England,  
For the demand of our neglected tribute:  
Haply, the seas, and countries different,  
With variable objects, shall expel  
This something-settled matter in his heart;  
Whereon his brains still beating, puts him thus  
From fashion of himself. What think you on't?



POLONIO.

Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su aflicción provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el príncipe, que todo lo hemos oído.

## ESCENA VII.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, sería bien que la reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitis, me pondré en paraje de donde pueda oír toda la conversacion. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle adonde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.

Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atención.

## ESCENA VIII.

Salon de palacio.

(El salon estará iluminado; habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.)

HAMLET Y DOS CÓMICOS.

HAMLET.

Dirás (4) este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; mas valdria entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire; moderacion en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la espresion. A mí me desazona en extremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere esprimir, y rompe y desgarrar los oídos del vulgo rudo, que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaria azotar á un energúmeno de tal especie; Herodes de farsa, mas furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO PRIMERO.

Así os lo prometo.

HAMLET.

Ni seas tampoco demasiado frio; tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y esta á la accion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su imágen, cada nacion y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, escitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon, cuya censura debe ser para vosotros de mas peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudian con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no tenian acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres; que al verlos hincharse y bramar no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun mal aprendiz. Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO PRIMERO.

Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.

Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que ha-

POLONIUS.

It shall do well: but yet I do believe,  
The origin and commencement of his grief  
Sprung from neglected love.—How now, Ophelia?  
You need not tell us what lord Hamlet said;  
We heard it all.—My lord, do as you please;  
But, if you hold it fit, after the play,  
Let his queen mother all alone entreat him;  
To shew his grief; let her be round with him;  
And I'll be plac'd, so please you, in the ear  
Of all their conference. If she find him not,  
To England send him: or confine him, where  
Your wisdom best shall think.

KING.

It shall be so:  
Madness in great ones must not unwatch'd go. (Exeunt.)

## SCENE II.

A Hall in the same.

Enter HAMLET, and certain Players.

HAMLET.

Speak the speech, I pray you, as I pronounced it to you, trippingly on the tongue: but if you mouth it, as many of our players do, I had as lief the town-crier spoke my lines. Nor do not saw the air too much with your hand, thus; but use all gently: for in the very torrent, tempest, and (as I may say) whirlwind of your passion, you must acquire and beget a temperance, that may give it smoothness. O, it offends me to the soul, to hear a robustious periwig-pated-fellow tear a passion to tatters, to very rags, to split the ears of the groundlings; who, for the most part, are capable of nothing but inexplicable dumb shows, and noise: I would have such a fellow whipped for o'er-doing Termagant; it out-herods Herod: Pray you, avoid it.

1 PLAYER.

I warrant your honour.

HAMLET.

Be not too tame neither, but let your own discretion be your tutor: suit the action to the word, the word to the action; with this special observance, that you o'er-step not the modesty of nature: for any thing so overdone is from the purpose of playing, whose end, both at the first, and now, was, and is, to hold, as'twere, the mirror up to nature; to show virtue her own feature, scorn her own image, and the very age and body of the time, his form and pressure. Now this, overdone, or come tardy off, though it make the unskilful laugh, cannot but make the judicious grieve; the censure of which one must, in your allowance, o'er-weigh a whole theatre of others. O, there be players, that I have seen play,—and heard others praise, and that highly,—not to speak it profanely, that, neither having the accent of christians, nor the gait of christian, pagan, nor man, have so strutted, and bellowed, that I have thought some of nature's journeymen had made men, and not made them well, they imitated humanity so abominably.

1 PLAYER.

I hope, we have reformed that indifferently with us.

HAMLET.

O, reform it altogether. And let those, that play your

cen (3) de payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer reir á los oyentes mas adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atencion. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican el ridiculo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

### ESCENA IX.

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Y bien, Polonio, ¿gustará el rey de oír esta pieza?

POLONIO.

Si, señor, al instante, y la reina tambien.

HAMLET.

Ve á decir á los cómicos que se despachen. ¿Queréis ir vosotros á darles prisa?

RICARDO.

Con mucho gusto.

### ESCENA X.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

¿Quién es?... ¡Ah! Horacio.

HORACIO.

Veisne aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.

Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

HORACIO.

¡Oh! Señor...

HAMLET.

No creas que pretendo adularle; ¿ni qué utilidades puedo yo esperar de ti, que esceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte? ¿Habrà quien adule al pobre? No... Los que tienen almirada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardón. ¿Me has entendido? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos, tú fuiste el escogido y marcado para ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reverses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón: si, en el corazón de mi corazón, como lo hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del rey; una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente observes á mi tio con la mas viva atencion del alma; si al ver uno de aquellos lances su oculo delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas mas negras que los yunques de Vulcano. Examínale cuidadosamente; yo tambien fijaré mi vista en su rostro, y después uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

HORACIO.

Está bien, señor; y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagacion el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET.

Ya vienen á la funcion; vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

### ESCENA XI.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO Y ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CARALLEROS, PAJES Y GUARDIAS.

(Suena marcha dánica.)

CLAUDIO.

¿Cómo estás, mi querido Hamlet?

clowns, speak no more than is set down for them: for there be of them, that will themselves laugh, to set on some quantity of barren spectators to laugh too; though, in the mean time, some necessary question of the play be then to be considered: that's villanous; and shows a most pitiful ambition in the fool that uses it. Go, make you ready.

(*Exeunt players.*)

*Enter Polonius, Rosencrantz, and Guildenstern.*

How now, my lord? will the king hear this piece of work?

POLONIUS.

And the queen too, and that presently.

HAMLET.

Bid the players make haste.—  
Will you two help to hasten them?

(*Exit Polonius.*)

BOTH.

Ay, my lord.

(*Exeunt Ros. and Guild.*)

HAMLET

What, ho; Horatio!

*Enter Horatio.*

HORATIO.

Here, sweet lord, at your service.

HAMLET

Horatio, thou art e'en as just a man  
As e'er my conversation cop'd withal.

HORATIO.

O, my dear lord.—

HAMLET.

Nay, do not think I flatter:

For what advancement may I hope from thee,  
That no revenue hast, but thy good spirits,  
To feed, and clothe thee? Why should the poor be flatter'd?  
No, let the candied tongue lick absurd pomp;  
And crook the pregnant hinges of the knee,  
Where thrift may follow fawning. Dost thou hear?  
Since my dear soul was mistress of her choice,  
And could of men distinguish her election,  
She hath seal'd thee for herself: for thou hast been  
As one, in suffering all, that suffers nothing;  
A man, that fortune's buffets and rewards  
Hast taken with equal thanks: and bless'd are those,  
Whose blood and judgment are so well co-mingled,  
That they are not a pipe for fortune's finger  
To sound what stop she please: Give me that man,  
That is not passion's slave, and I will wear him  
In my heart's core; ay, in my heart of heart,  
As I do thee.—Something too much of this.—  
There is a play to-night before the king;  
One scene of it comes near the circumstance,  
Which I have told thee of my father's death.  
I pr'ythee, when thou seest that act afoot,  
Even with the very comment of thy soul  
Observe my uncle: if his occulted guilt  
Do not itself unkennel in one speech,  
It is a damned ghost that we have seen;  
And my imaginations are as foul  
As Vulcan's stithy. Give him heedful note:  
For I mine eyes will rivet to his face;  
And, after, we will both our judgments join  
In censure of his seeming.

HORATIO.

Well, my lord:

If he steal aught, the whilst this play is playing,  
And scape detecting, I will pay the theft.

HAMLET.

They are coming to the play; I must be idle:  
Get you a place.

*Danish march. A Flourish. Enter King, Queen, Polonius, Ophelia, Rosencrantz, Guildenstern, and others.*

KING.

How fares our cousin Hamlet?



HAMLET.

Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleón, engordo con esperanzas. No podreis vos cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO.

No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

HAMLET.

Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? eh?

POLONIO.

Sí, señor, así es; y fui reputado por muy buen actor.

HAMLET.

¿Y qué hiciste?

POLONIO.

El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.

Muy bruto (6) fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

RICARDO.

Sí, señor, y esperan solo vuestras órdenes.

GERTRUDIS.

Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

*(Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su orden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los pies de Ofelia.)*

HAMLET.

No, señora; aquí hay un imán de mas atracción para mí.

POLONIO.

¡Ah! ah! ¿habeis notado eso?

HAMLET.

¿Permitireis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.

No, señor.

HAMLET.

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.

Sí, señor.

HAMLET.

¿Pensais que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.

No, no pienso nada de eso.

HAMLET.

¡Qué dulce cosa es... (7)

OFELIA.

¿Qué decís, señor?

HAMLET.

Nada.

OFELIA.

Se conoce que estais de fiesta.

HAMLET.

¿Quién, yo?

OFELIA.

Sí, señor.

HAMLET.

Lo hago solo por divertirlos. Y bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está, y mi padre murió ayer.

OFELIA.

¡Eh! no, señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.

¿Tanto ha? ¡Oh! pues quiero vestirme todo de armínios, y llévase el diablo el luto. ¡Dios mío! ¿dos meses ha que murió, y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizás medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Virgen santa no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,  
Y ya le olvidaron así que murió.

*(Suenan (8) trompetas, y se da principio á la escena muda.)*

HAMLET.

Excellent, i'faith; of the camellion's dish: I eat the air, promise-crammed: You cannot feed capons so.

KING.

I have nothing with this answer, Hamlet; these words are not mine.

HAMLET.

No, nor mine now. My lord,—you played once in the university, you say? *(To Polonius.)*

POLONIUS.

That did I, my lord; and was accounted a good actor.

HAMLET.

And what did you enact?

POLONIUS.

I did enact Julius Cæsar: I was killed i'the Capitol; Brutus killed me.

HAMLET.

It was á brute part of him, to kill so capital a calf there.—Be the players ready?

ROSENCRANTZ.

Ay, my lord; they stay upon your patience.

QUEEN.

Come hither, my dear Hamlet, sit by me.

HAMLET.

No, good mother, here's metal more attractive.

POLONIUS.

O ho! do you mark that? *(To the King.)*

HAMLET.

Lady, shall I lie in your lap?

*(Lying down at Ophelia's feet.)*

OPHELIA.

No, my lord.

HAMLET.

I mean, my head upon your lap?

OPHELIA.

Ay, my lord.

HAMLET.

Do you think, I meant country matters?

OPHELIA.

I think nothing, my lord.

HAMLET.

That's a fair thought to lie between maids legs.

OPHELIA.

What is, my lord?

HAMLET.

Nothing.

OPHELIA.

You are merry, my lord.

HAMLET.

Who, I?

OPHELIA.

Ay, my lord.

HAMLET.

O! your only jig-maker. What should a man do, but be merry? for, look you, how cheerfully my mother looks, and my father died within these two hours.

OPHELIA.

Nay, 'tis twice two months, my lord.

HAMLET.

So long? Nay, then let the devil wear black, for I'll have a suit of sables. O heavens! die two months ago, and not forgotten yet? Then there's hope, a great man's memory may outlive his life half a year: But, by'r-lady, he must build churches then: or else shall he suffer not thinking on, with the hobby-horse; whose epitaph is, *For, O, for, O, the hobby-horse is forgot.*

*Trumpets sound. The dumb show follows.*

Salen el duque y la duquesa (que lo harán los cómicos primero y segundo); al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente; ella se arrodilla mostrando el mayor respeto; él la levanta y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el cómico tercero (que hace el papel de Luciano, sobrino del duque), se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oído una porción de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor; manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas; ella resiste un poco y le desdena, pero al fin admite su amor. Vaise.)

OFELIA.

¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.

Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes males.

OFELIA.

Segun parece, la escena muda contiene el argumento del drama.

### ESCENA XII.

CÓMICO CUARTO Y DICHOS.

HAMLET.

Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor; los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.

¿Nos dirá este lo que significa la escena que hemos visto?

HAMLET.

Si por cierto, y cualquiera otra escena que le hagais ver. Como no os avergonceis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA.

¿Qué malo, qué malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

CÓMICO CUARTO.

Humildemente os pedimos  
Que escucheis esta tragedia,  
Disimulando las faltas  
Que haya en nosotros y en ella.

HAMLET.

¿Es esto prólogo, ú mote de sortija?

OFELIA.

¿Qué corto ha sido!

HAMLET.

Como cariño de mujer.

### ESCENA XIII.

CÓMICO PRIMERO, CÓMICO SEGUNDO Y DICHOS.

CÓMICO PRIMERO.

Ya treinta (9) vueltas dió de Febo el carro  
A las ondas saladas de Nereo  
Y al globo de la tierra, y treinta veces  
Con luz prestada han alumbrado el suelo  
Doce lunas, en giros repetidos,  
Después que el dios de amor y el himeneo  
Nos enlazaron, para dicha nuestra,  
En nudo santo el corazón y el cuello.

CÓMICO SEGUNDO.

Y ¡oh! quiera el cielo que otros tantos giros  
A la luna y al sol, señor, contemos  
Antes que el fuego de este amor se apague.  
Pero es mi pena inconsolable al veros  
Eoliente, triste y tan diverso ahora  
De aquel que fuisteis... Timida recelo...  
Mas toda mi aflicción nada os conturbe;  
Que en pecho femenino llega al esceso  
El temor y el amor. Allí residen  
En igual proporcion ambos afectos,

TOMO II.

*Enter a King and a Queen, very lovingly; the Queen embracing him, and he her. She kneels, and makes show of protestation unto him. He takes her up, and declines his head upon her neck: lays him down upon a bank of flowers; she, seeing him asleep, leaves him. Anon comes in a fellow, takes off his crown, kisses it, and pours poison in the King's ear, and exit. The Queen returns; finds the King dead, and makes passionate action. The poisoner, with some two or three Mutes, comes in again, seeming to lament with her. The dead body is carried away. The poisoner wooes the Queen with gifts; she seems loath and unwilling awhile, but, in the end, accepts his love.* (Exeunt.)

OFELIA.

What means this, my lord?

HAMLET.

Marry, this is mitching mallecho; it means mischief.

OFELIA.

Belike, this show imports the argument of the play.

Enter Prologue.

HAMLET.

We shall know by this fellow: the players cannot keep counsel; they'll tell all.

OFELIA.

Will he tell us what this show meant?

HAMLET.

Ay, or any show that you'll show him: be not you ashamed to show, he'll not shame to tell you what it means.

OFELIA.

You are naught, you are naught; I'll mark the play.

PROLOGUE.

*For us, and for our tragedy,  
Here stooping to your clemency,  
We beg your hearing patiently.*

HAMLET.

Is this a prologue, or the posy of a ring?

OFELIA.

'Tis brief, my lord.

HAMLET.

As woman's love.

Enter a King and a Queen.

P. KING.

Full thirty times hath Phœbus' cart gone round  
Neptune's salt wash, and Tellus' orb'd ground;  
And thirty dozen moons, with borrow'd sheen,  
About the world have times twelve thirties been;  
Since love our hearts, and Hymen did our hands,  
Unite commutual in most sacred bands.

P. QUEEN.

So many journies may the sun and moon  
Make us again count o'er, ere love be done!  
But, woe is me, you are so sick of late,  
So far from cheer, and from your former state,  
That I distrust you. Yet, though I distrust,  
Discomfort you, my lord, it nothing must:  
For women fear too much, even as they love;  
And women's fear and love hold quantity;



O no existe ninguno, ó se combinan  
Este y aquel con el mayor estremo.  
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,  
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;  
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,  
Sin motivo tal vez vive temiendo,  
La que al veros así toda es temerosa,  
Muy puro amor abrigará en el pecho.

CÓMICO PRIMERO.

Si, yo debo dejarte, amada mía;  
Inevitable es ya; cederán presto  
A la muerte mis fuerzas fatigadas;  
Tú vivirás, gozando del obsequio  
Y el amor de la tierra. Acaso entonces  
Un digno esposo...

CÓMICO SEGUNDO.

No, dad al silencio  
Esos anuncios. ¿Yo? ¿Pues no serían  
Traicion culpable en mí tales afectos?  
¿Yo un nuevo esposo? No; la que se entrega  
Al segundo señor, mató al primero.

HAMLET.

Esto es zumo de ajenos.

CÓMICO SEGUNDO.

Motivos de interés tal vez inducen  
A renovar los nudos de himeneo,  
No motivos de amor; yo causaría  
Segunda muerte á mi difunto dueño,  
Cuando del nuevo esposo recibiera  
En tálamo nupcial amantes besos.

CÓMICO PRIMERO.

No dudaré que el corazón te dicta  
Lo que aseguras hoy; fácil creemos  
Cumplir lo prometido, y fácilmente  
Se quebranta y se olvida. Los deseos  
Del hombre á la memoria están sumisos,  
Que nace activa y desfallece presto.  
Así pende (10) del ramo acerbo el fruto,  
Y así maduro, sin impulso ajeno,  
Se desprende después. Difícilmente  
Nos acordamos de llevar á efecto  
Promesas hechas á nosotros mismos,  
Que al cesar la pasión cesa el empeño.  
Cuando de la aflicción y la alegría  
Se moderan los ímpetus violentos,  
Con ellos se disipan las ideas  
A que dieron lugar, y el mas ligero  
Acaso los placeres en afanes  
Muda tal vez, y en risa los lamentos.  
Amor, como la suerte, es inconstante:  
Que en este mundo al fin nada hay eterno,  
Y aun se ignora si él manda á la fortuna,  
O si esta del amor cede al imperio.  
Si el poderoso del lugar sublime  
Se precipita, le abandonan luego  
Cuantos gozaron su favor; si el pobre  
Sube á prosperidad, los que le fueron  
Mas enemigos su amistad procuran,  
(Y el amor sigue á la fortuna en esto)  
Que nunca al venturoso amigos faltan,  
Ni al pobre desengaños y desprecios.  
Por diferente senda se encaminan  
Los destinos del hombre y sus afectos,  
Y solo en él la voluntad es libre,  
Mas no la ejecución; y así el suceso  
Nuestros designios todos desvanece.  
Tú me prometes no rendir á nuevo  
Yugo tu libertad... Esas ideas  
¡Ay! morirán cuando me vieres muerto.

CÓMICO SEGUNDO.

Luces me niegue el sol, frutos la tierra,  
Sin descanso y placer viva muriendo,  
Desesperada y en prision oscura,  
Su mesa envidie al eremita austero;  
Cuántas penas el ánimo enristrecen,  
Todas turben el fin de mis deseos  
Y los destruyan, ni quietud encuentre  
En parte alguna con afán eterno;  
Si ya difunto mi primer esposo,  
Segundas bodas pérfida celebros.

In neither aught, or in extremity.  
Now, what my love is, proof hath made you know;  
And as my love is siz'd, my fear is so.  
Where love is great, the littlest doubts are fear:  
Where little fears grows great, great love grows there.

P. KING.

'Faith, I must leave thee, love, and shortly too;  
My operant powers their functions leave to do:  
And thou shalt live in this fair world behind,  
Honour'd, belov'd; and, haply, one as kind  
For husband shalt thou—

P. QUEEN.

O, confound the rest!  
Such love must needs be treason in my breast:  
In second husband let me be accurs'd!  
None wed the second, but who kill'd the first.

HAMLET.

That's wormwood. (*Aside.*)

P. QUEEN.

The instances, that second marriage move,  
Are base respects of thrift, but none of love:  
A second time I kill my husband dead,  
When second husband kisses me in bed.

P. KING.

I do believe, you think what now you speak;  
But, what we do determine, oft we break.  
Purpose is but the slave to memory:  
Of violent birth, but poor validity:  
Which now, like fruit unripe, sticks on the tree;  
But fall, unshaken, when they mellow be.  
Most necessary 'tis, that we forget  
To pay ourselves what to ourselves is debt:  
What to ourselves in passion we propose,  
The passion ending, doth the purpose lose.  
The violence of either grief or joy  
Their own enactures with themselves destroy:  
Where joy most revels, grief doth most lament;  
Grief joys, joy grieves, on slender accident.  
This world is not for aye; nor 'tis not strange,  
That even our loves should with our fortunes change:  
For, 'tis a question left us yet to prove,  
Whether love lead fortune, or else fortune love.  
The great man down, you mark, his favourite flies;  
The poor advanc'd makes friends of enemies.  
And hitherto doth love on fortune tend:  
For who not needs, shall never lack a friend;  
And who in want a hollow friend doth try,  
Directly seasons him his enemy.  
But, orderly to end where I begun,  
Our wills, and fates, do so contrary run,  
That our devices still are overthrown;  
Our thoughts are ours, their ends none of our own:  
So think thou wilt no second husband wed;  
But die thy thoughts, when thy first lord is dead.

P. QUEEN.

Nor earth to me give food, nor heaven light!  
Sport and repose lock from me, day and night!  
To desperation turn my trust and hope!  
An anchor's cheer in prison be my scope!  
Each opposite, that blanks the face of joy,  
Meet what I would have well, and it destroy!  
Both here, and hence, pursue me lasting strife,  
If, once a widow, ever I be wife!

HAMLET.

Si ella no cumpliere lo que promete...

CÓMICO PRIMERO.

Mucho juraste... Aquí gozar quisiera  
Solitaria quietud; rendido siento  
Al cansancio mi espíritu. Permite  
Que alguna parte le conceda al sueño  
De las molestas horas.

*(Se acuesta en un lecho de flores.)*

CÓMICO SEGUNDO.

El te halague

Con tranquilo descanso, y nunca el cielo  
En union tan feliz pesares mezele. *(Vase.)*

HAMLET.

Y bien, señora, ¿qué tal os va pareciendo la pieza?

GERTRUDIS.

Me parece que esa mujer promete demasiado.

HAMLET.

Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO.

¿Te has (11) enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET.

No, señor, no. Si todo ello es mera ficción; un veneno... fingido; pero mal ejemplo, ¡qué! no, señor.

CLAUDIO.

¿Cómo se intitula este drama?

HAMLET.

*La Ratonera.* Cierta que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el duque se llama Gonzago, y su mujer Baptista... Ya, ya veáis presto... ¡Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y qué importa? A V. M. y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar; al rocin (12) que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero á bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

## ESCENA XIV.

CÓMICO TERCERO Y DICHOS.

HAMLET.

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

OFELIA.

Vos suplís perfectamente la falta del coro.

HAMLET.

Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese puestos en acción entrambos títeres.

OFELIA.

¡Vaya, que teneis una lengua que corta!

HAMLET.

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA.

Eso es; siempre de mal en peor.

HAMLET.

Así haceis vosotras en la elección de maridos: de mal en peor... Empieza, asesino.... Déjate de poner ese gesto de condenado, y empieza. Vamos.... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

CÓMICO TERCERO.

Negros designios, brazo ya dispuesto

A ejecutarlos, tósigó oportuno,

Sitio remoto, favorable el tiempo,

Y nadie que lo observe. Tú, estraido

De la profunda noche en el silencio,

Atroz veneno, de mortales yerbas

*(Invocada Prosérpina)* compuesto;

Infectadas tres veces, y otras tantas

Esprimidas después, sirve á mi intento;

Ptes á tu actividad mágica, horrible,

La robustez vital cede tan presto.

*(Acércase adonde está durmiendo el cómico primero; destapa un frasquillo, y le echa una porción de licor en el oído.)*

HAMLET.

If she should break it now,—

*(To Ophelia.)*

P. KING.

'Tis deeply sworn. Sweet, leave me here a while;  
My spirits grow dull, and fain I would beguile  
The tedious day with sleep. *(Sleeps.)*

P. QUEEN.

Sleep rock thy brain;  
And never come mischance between us twain! *(Exit.)*

HAMLET.

Madam, how like you this play?

QUEEN.

The lady doth protest too much, methinks.

HAMLET.

O, but she'll keep her word.

KING.

Have you heard the argument? Is there no offence in't?

HAMLET.

No, no, they do but jest, poison in jest; no offence i'th world.

KING.

What do you call the play?

HAMLET.

The mouse-trap. Marry, how? Tropically. This play is the image of a murder done in Vienna: Gonzago is the duke's name; his wife, Baptista: you shall see anon; 'tis a knavish piece of work: But what of that? your majesty, and we that have free souls, it touches us not: Let the galled jade wince, our withers have unwrung.—

*Enter Lucianus.*

This is one Lucianus, nephew to the king.

OPHELIA.

You are as good as a chorus, my lord.

HAMLET.

I could interpret between you and your love, if I could see the puppets dallying.

OPHELIA.

You are keen, my lord, you are keen.

HAMLET.

It would cost you a groaning, to take off my edge.

OPHELIA.

Still better, and worse.

HAMLET.

So you mistake your husbands.—Begin, murderer;—  
leave thy damnable faces, and begin. Come;—

—The croaking raven

Doth bellow for revenge.

LUCIANUS.

Thoughts black, hands apt, drugs fit, and time agreeing;  
Confederate season, else no creature seeing;  
Thou mixture rank, of midnight weeds collected,  
With Hecat's ban thrice blasted, thrice infected,  
Thy natural magic and dire property,  
On wholesome life usurp immediately.

*(Pours the poison into the Sleeper's ears.)*



HAMLET.

¿Veis? Ahora le envenena en el jardín para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago..... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto vereis cómo la mujer de Gonzago se enamora del matador.

(*Levántase Claudio lleno de indignación. Gertrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo.*)

OFELIA.

El rey se levanta.

HAMLET.

Qué, ¿le atemoriza un fuego aparente?

GERTRUDIS.

¿Qué teneis, señor?

POLONIO.

No paseis adelante, dejadlo.

CLAUDIO.

Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS.

Luces, luces.

### ESCENA XV.

HAMLET, HORACIO, CÓMICO PRIMERO, CÓMICO TERCERO.

HAMLET.

(*Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen después. Los cómicos primero y tercero estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes.*)

El ciervo herido llora,  
Y el corzo no tocado  
De flecha voladora,  
Se huelga por el prado;  
Duerme aquel, y á deshora  
Veis este desvelado;  
Que tanto el mundo va desordenado (13).

Y dígame, señor mio: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podría hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

¿Mediano? excelente.

Tú sabes, Damon querido,  
Que esta nación ha perdido  
Al mismo Jove, y violento  
Tirano le ha sucedido  
En el trono mal habido,  
Un... ¿quién diré yo? un... un sapo.

HORACIO.

Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET.

¡Oh! mi buen Horacio; cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.

Sí, señor, bien lo he visto.

HAMLET.

¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

¡Ah! quisiera algo de música (*Á los cómicos*): traedme unas flautas..... Si el rey no gusta de la comedia, será sin duda porque..... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

### ESCENA XVI.

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO.

GUILLERMO.

Señor, ¿permitireis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

HAMLET.

He poisoned him i'the garden for his estate. His name's Gonzago; the story is extant, and written in very choice Italian: You shall see anon, how the murderer gets the love of Gonzago's wife.

OPHELIA.

The king rises.

HAMLET.

What! frightened with false fire!

QUEEN.

How fares my lord?

POLONIUS.

Give o'er the play.

KING.

Give me some light:—away!

POLONIUS.

Lights, lights, lights!

(*Exeunt all but Hamlet and Horatio.*)

HAMLET.

Why, let the stricken deer go weep;  
The hart ungalled play:  
For some must watch, while some must sleep;  
Thus runs the world away.—

Would not this, sir, and a forest of feathers, (if the rest of my fortunes turn Turk with me,) with two Provencial roses on my razed shoes, get me a fellowship in a cry of players, sir?

HORATIO.

Half a share.

HAMLET.

A whole one I.

For thou dost know, O Damon dear,  
This realm dismantled was  
Of Jove himself; and now reigns here  
A very, very—peacock.

HORATIO.

You might have rhymed.

HAMLET.

O good Horatio, I'll take the ghost's word for a thousand pound. Didst perceive?

HORATIO.

Very well, my lord.

HAMLET.

Upon the talk of the poisoning,—

HORATIO.

I did very well note him.

HAMLET.

Ah, ah!—Come, some music; come, the recorders.—  
For if the king like not the comedy,  
Why then, belike,—he likes it not, perdy.

*Enter Rosencrantz and Guildenstern.*

Come, some music.

GUILDENSTERN.

Good my lord, vouchsafe me a word with you.

HAMLET.

Sir, a whole history.

El rey...

GUILLERMO.

HAMLET.

Muy bien : ¿qué le sucede ?

GUILLERMO.

Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET.

¿De vino, eh ?

GUILLERMO.

No, señor, de cólera.

HAMLET.

Pero ¿no sería mas acertado irselo á contar al médico ?  
¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente ?

GUILLERMO.

¡Oh! señor, dad algún sentido á lo que hablais, sin desentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.

Estamos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.

La reina vuestra madre, llena de la mayor afliccion, me envia á buscaros.

HAMLET.

Seais muy bien venido.

GUILLERMO.

Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si quereis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la reina ; si no, con pediros perdon y retirarme se acabó todo.

HAMLET.

Pues, señor, no puedo.

GUILLERMO.

¿Cómo ?

HAMLET.

Me pides una respuesta sensata, y mi razon está un poco achacosa : no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

RICARDO.

Señor, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiracion.

HAMLET.

¡Oh maravilloso hijo, que así ha podido aturdir á su madre! Pero dime, ¿esa admiracion no ha traído otra consecuencia? ¿No hay algo mas?

RICARDO.

Solo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais á recoger.

HAMLET.

La obedeceré, si diez veces (14) fuera mi madre. ¿Tienes algun otro negocio que tratar conmigo ?

RICARDO.

Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estabais mucho.

HAMLET.

Y ahora tambien. Te lo juro por estas manos rateras.

RICARDO.

Pero ¿cuál puede ser el motivo de vuestra indisposicion? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

HAMLET.

Estoy muy atrasado.

RICARDO.

¿Cómo es posible, cuando teneis el voto del rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

Sí, pero mientras nace la yerba... Ya es un poco antiguo el tal refrán. ¡Ah! ya están aquí las flautas.

GUILDENSTERN.

The king, sir, —

HAMLET.

Ay, sir, what of him ?

GUILDENSTERN.

Is, in his retirement, marvellous distempered

HAMLET.

With drink, sir ?

GUILDENSTERN.

No, my lord, with choler.

HAMLET.

Your wisdom would show itself more richer, to signify this to the doctor ; for, for me to put him to his purgation, would, perhaps, plunge him into more choler.

GUILDENSTERN.

Good my lord, put your discourse into some frame, and start not so wildly from my affair.

HAMLET.

I am tame, sir : — pronounce.

GUILDENSTERN.

The queen, your mother, in most great affliction of spirit, hath sent me to you.

HAMLET.

You are welcome.

GUILDENSTERN.

Nay, good my lord, this courtesy is not of the right breed. If it shall please you to make me a wholesome answer, I will do your mother's commandment : if not, your pardon, and my return, shall be the end of my business.

HAMLET.

Sir, I cannot.

GUILDENSTERN.

What, my lord ?

HAMLET.

Make you a wholesome answer ; my wit's diseased : But, sir, such answer as I can make, you shall command : or, rather as you say, my mother : therefore no more, but to the matter : my mother, you say, —

ROSENCRANTZ.

Then, thus she says : Your behaviour hath struck her into amazement and admiration.

HAMLET.

O wonderful son, that can so astonish a mother ! — But is there no sequel at the heels of this mother's admiration ? impart.

ROSENCRANTZ.

She desires to speak with you in her closet, ere you go to bed.

HAMLET.

We shall obey, were she ten times our mother. Have you any further trade with us ?

ROSENCRANTZ.

My lord, you once did love me.

HAMLET.

And do still, by these pickers and stealers.

ROSENCRANTZ.

Good my lord, what is your cause of distemper ? you do, surely, but bar the door upon your own liberty, if you deny your grief to your friend.

HAMLET.

Sir, I lack advancement.

ROSENCRANTZ.

How can that be, when you have the voice of the king himself for your succession in Denmark ?

HAMLET.

Ay, sir, but, *While the grass grows*, — the proverb is something musty.



## ESCENA XVII.

CÓMICO TERCERO Y DICHOS.

HAMLET.

Dejadme ver una... ¿A qué tengo de ir ahí? (*Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademán obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*) Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligación me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero también é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERMO.

Pero si no sé palabra de eso.

HAMLET.

Mas fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca, y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.

GUILLERMO.

Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

HAMLET.

Pues mira tú en qué opinión tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo mas íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el mas grave al mas agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con mas facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por mas que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

## ESCENA XVIII.

POLONIO Y DICHOS.

HAMLET.

¡Oh! Dios te bendiga.

POLONIO.

Señor, la reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.

¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.

No hay duda, tiene figura de comadreja.

HAMLET.

O como una ballena.

POLONIO.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán estos, que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.

Así se lo diré.

HAMLET.

Fácilmente se dice: al instante viene... Dejadme solo, amigos.

*Enter the Players, with recorders.*

O, the recorders: — let me see one. — To withdraw with you. — Why do you go about to recover the wind of me, as it you would drive me into a toil?

GUILDENSTERN.

O, my lord, if my duty be too bold, my love is too unmannerly.

HAMLET.

I do not well understand that. Will you play upon this pipe?

GUILDENSTERN.

My lord, I cannot.

HAMLET.

I pray you.

GUILDENSTERN.

Believe me, I cannot.

HAMLET.

I do beseech you.

GUILDENSTERN.

I know no touch of it, my lord.

HAMLET.

'Tis as easy as lying: govern these ventages with your fingers and thumb, give it breath with your mouth, and it will discourse most eloquent music. Look you, these are the stops.

GUILDENSTERN.

But these cannot I command to any utterance of harmony; I have not the skill.

HAMLET.

Why, look you now, how unworthy a thing you make of me. You would play upon me; you would seem to know my stops; you would pluck out the heart of my mystery; you would sound me from my lowest note to the top of my compass: and there is much music, excellent voice, in this little organ; yet cannot you make it speak. 'Sblood, do you think, I am easier to be played on than a pipe? Call me what instrument you will, though you can fret me, you cannot play upon me.

*Enter Polonius.*

God bless you, sir!

POLONIUS.

My lord, the queen would speak with you, and presently.

HAMLET.

Do you see yonder cloud, that's almost in shape of a camel?

POLONIUS.

By the mass, and 'tis like a camel, indeed.

HAMLET.

Methinks, it is like a weasel.

POLONIUS.

It is backed like a weasel.

HAMLET.

Or, like a whale?

POLONIUS.

Very like a whale.

HAMLET.

Then will I come to my mother by and by. — They fool me to the top of my bent. — I will come by and by.

POLONIUS.

I will say so.

*(Exit Polonius.)*

HAMLET.

By and by is easily said. — Leave me, friends.

*(Exeunt Ros. Guil. Hor. etc.)*

## ESCENA XIX.

HAMLET.

Este es el espacio (15) de la noche apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podría yo beber caliente sangre; ahora podría ejecutar tales acciones, que el día se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi madre. ¡O corazón! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiera de Neron. Déjame ser (16) cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla esté en mis palabras, no en mi mano; disimulen el corazón y la lengua; sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

## ESCENA XX.

Gabinete.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

No, no le quiero aquí, ni conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Prevenios pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya esponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

GUILLERMO.

Al momento dispondremos nuestra marcha. El mas santo y religioso temor es aquel que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de V. M.

RICARDO.

Si es obligacion en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto mas lo será conservar aquella en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca, no muere él solo, sino que á manera de un torrente precipitado arrebatado consigo cuanto le rodea; como una gran rueda colocada en la cima del mas alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores, que si llega á caer, no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin escitar en su nacion general lamento.

CLAUDIO.

Yo os ruego que os prevengais sin dilacion para el viaje. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

LOS DOS.

Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

## ESCENA XXI.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre. Voy á ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente; y como vos mismo habeis observado muy bien, conviene que asista á oír la conversacion alguien mas que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedaos adios; yo volveré á veros antes que os recojais, para deciros lo que haya pasado.

CLAUDIO.

Gracias, querido Polonio.

## ESCENA XXII.

CLAUDIO.

¡Oh, mi (17) culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldicion mas terrible; la muerte de un hermino. No puedo recogerme á orar, por mas que eficazmente lo procuro; que es mas fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos

Tis now the very witching time of night;  
When churchyards yawn, and hell itself breathes out  
Contagion to this world: Now could I drink hot blood,  
And do such business as the bitter day  
Would quake to look on. Soft; now to my mother. —  
O, heart, lose not thy nature; let not ever  
The soul of Nero enter this firm bosom:  
Let me be cruel, not unnatural:  
I will speak daggers to her, but use none;  
My tongue and soul in this be hypocrites:  
How in my words soever she be shent,  
To give them seals never, my soul, consent!

(Exit.)

## SCENE III.

A Room in the same.

Enter King, ROSENCRANTZ, and GUILDENSTERN.

KING.

I like him not: nor stands it safe with us;  
To let his madness range. Therefore, prepare you;  
I your commission will forthwith despatch,  
And he to England shall along with you:  
The terms of our estate may not endure  
Hasard so near us, as doth hourly grow  
Out of his luns.

GUILDENSTERN.

We will ourselves provide:  
Most holy and religious fear it is,  
To keep those many bodies safe,  
That live, and feed, upon your majesty.

ROSENCRANTZ.

The single and peculiar life is bound,  
With all the strength and armour of the mind,  
To keep itself from 'noyance; but much more  
That spirit, upon whose weal depend and rest  
The lives of many. The cease of majesty  
Dies not alone; but, like a gulf, doth draw  
What's near it, with it: it is a massy wheel,  
Fix'd on the summit of the highest mount,  
To whose huge spokes ten thousand lesser things  
Are mortis'd and adjoin'd; which, when it falls,  
Each small annexment, petty consequence,  
Attends the boist'rous ruin. Never alone  
Did the king sigh, but with a general groan.

KING.

Arm you, I pray you, to this speedy voyage;  
For we will fetters put upon this fear,  
Which now goes too free-footed.

ROSENCRANTZ. GUILDENSTERN.

We will haste us.  
(*Exeunt Rosencrantz and Guildenstern.*)

Enter Polonius.

POLONIUS.

My lord, he's going to his mother's closet:  
Behind the arras I'll convey myself,  
To hear the process; I'll warrant, she'll tax him home:  
And, as you said, and wisely was it said,  
'Tis meet, that some more audience, than a mother,  
Since nature makes them partial, should o'er-hear  
The speech of vantage. Fare you well, my liege:  
I'll call upon you ere you go to bed,  
And tell you what I know.

KING.

Thanks, dear my lord.

(Exit Polonius.)

O, my offence is rank, it smells to heaven;  
It hath the primal eldest curse upon't,  
A brother's murder! — Pray can I not,  
Though inclination be as sharp as will;  
My stronger guilt defeats my strong intent;  
And, like a man to double business bound,



obligaciones llaman, me detengo á considerar por cuál empezaré primero, y no cumplo ninguna.... Pero si este brazo execrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿de qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oracion sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirírnos el perdón habiendo caído?... Si, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa.... Pero ¿qué género de oracion habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad; y ambicion, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdón cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas sin excusa, sin rebozo alguno.... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿y qué no podrá?... Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh situacion infeliz! ¡Oh conciencia, emnegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mia aprisionada! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡Ángeles, asistidme! Probad en mi vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazón mio de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse. *(Se arroja y apoya los brazos y la cabeza en un sillón.)*

### ESCENA XXIII.

CLAUDIO, HAMLET.

HAMLET.

Esta es la ocasion propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... *(Saca la espada; da algunos pasos en ademán de ir á herirle; se detiene, y se retira otra vez acia la puerta.)* Y así se irá al cielo.... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria; ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? El sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores.... ¿Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? Pero, segun nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedará vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar, y espera ocasion de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando esté (18) ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ó cometa acciones contrarias á su salvacion, hiérelle entonces; caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. *(Envaina la espada.)* Mi madre me espera. Malvado, esta medicina, que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

### ESCENA XXIV.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. *(Se levanta con agitacion.)* Palabras sin afectos nunca llegan á los oidos de Dios.

### ESCENA XXV.

Cuarto de la reina.

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

Va á venir al momento. Mostradle entereza; decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables; que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y

I stand in pause where I shall first begin,  
And both neglect. What if this cursed hand  
Were thicker than itself with brother's blood?  
Is there not rain enough in the sweet heavens,  
To wash it white as snow? Whereto serves mercy,  
But to confront the visage of offence?  
And what's in prayer, but this two-fold force,—  
To be forestalled, ere we come to fall,  
Or pardon'd, being down? Then I'll look up;  
My fault is past. But O, what form of prayer  
Can serve my turn? Forgive me my foul murder! —  
That cannot be; since I am still possess'd  
Of those effects for which I did the murder?  
My crown, mine own ambition, and my queen.  
May one be pardon'd, and retain the offence?  
In the corrupted currents of this world,  
Offence's gilded hand may shove by justice;  
And oft 'tis seen, the wicked prize itself  
Buys out the law. But 'tis not so above:  
There is no shuffling, there the action lies  
In his true nature; and we ourselves compell'd,  
Even to the teeth and forehead of our faults,  
To give in evidence. What then? what rests?  
Try what repentance can: What can it not?  
Yet what can it, when one can not repent?  
O wretched state! O bosom, black as death!  
O limed soul, that, struggling to be free,  
Art more engag'd! Help, angels, make assay!  
Bow, stubborn knees! and, heart, with strings of steel,  
Be soft as sinews of the new-born babe! —  
All may be well! *(Retires, and kneels.)*

Enter Hamlet.

HAMLET.

Now might I do it, pat, now he is praying;  
And now I'll do't; — and so he goes to heaven:  
And so am I reveng'd? That would be scann'd:  
A villain kills my father; and, for that,  
I, his sole son, do this same villain send  
To heaven.  
Why, this is hire and salary, no revenge.  
He took my father grossly, full of bread;  
With all his crimes broad blown, as flush as May;  
And, how his audit stands, who knows, save heaven?  
But, in our circumstance and course of thought,  
'Tis heavy with him: And am I then reveng'd,  
To take him in the purging of his soul,  
When he is fit and season'd for his passage?  
No.  
Up, sword; and know thou a more horrid hent:  
When he is drunk, asleep, or in his rage;  
Or in the incestuous pleasures of his bed;  
At gaming, swearing; or about some act  
That has no relish of salvation in't:  
Then trip him, that his heels may kick at heaven:  
And that his soul may be as damn'd, and black,  
As hell, whereto it goes. My mother stays:  
This physie but prolongs thy sickly days. *(Exit.)*

The King rises, and advances.

KING.

My words fly up, my thoughts remain below:  
Words, without thought, never to heaven go. *(Exit.)*

### SCENE IV.

Another Room in the same.

Enter Queen and POLONIUS.

POLONIUS.

He will come straight. Look you, lay home to him;  
Tell him, his pranks have been too broad to bear with,  
And that your grace hath screen'd and stood between

la justa indignacion que escitó. Yo entre tanto (19) retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET, *gritando desde adentro.*

¡Madre! ¡madre!

GERTRUDIS.

Así te lo prometo; nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(*Polonio se oculta detrás de unos tapices.*)

### ESCENA XXVI

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO.

HAMLET.

¿Qué me (20) mandais, señora?

GERTRUDIS.

Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.

Madre, muy ofendido teneis al mío.

GERTRUDIS.

Ven, ven aquí; tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.

Voy, voy allá... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GERTRUDIS.

¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.

¿Y qué es eso, madre?

GERTRUDIS.

¿Te olvidas de quien soy?

HAMLET.

No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo, y... ¡ojalá no fuera así!... ¡Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.

Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con mas acuerdo.

HAMLET.

Venid (*Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la hace sentar*), sentaos, y no saldreis de aquí, no os movereis, sin que os ponga un espejo delante, en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS.

¿Qué intentas hácer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me socorre?... ¡Cielos!

(*Al ver Gertrudis la extraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita desfavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y después se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detrás de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y prosigue hablando con su madre.*)

POLONIO.

Socorro pide... ¡oh!...

HAMLET.

¿Qué es esto?... Un raton... Murió... (21) Un ducado á que ya está muerto.

POLONIO.

¡Ay de mí!

GERTRUDIS.

¿Qué has hecho?

HAMLET.

Nada... ¿Qué sé yo?... ¿Si sería el rey?

GERTRUDIS.

¿Qué accion tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.

Es verdad, madre mía, accion sangrienta, y cuasi tan horrible como la de matar á un rey, y casarse después con su hermano.

GERTRUDIS.

¿Matar á un rey?

Much heat and him. I'll silence me e'en here. Pray you, be round with him.

QUEEN.

I'll warrant you; Fear me not; — withdraw, I hear him coming.

(*Polonius hides himself.*)

Enter Hamlet.

HAMLET.

Now, mother; what's the matter?

QUEEN.

Hamlet, thou hast thy father much offended.

HAMLET.

Mother, you have my father much offended.

QUEEN.

Come, come, you answer with an idle tongue.

HAMLET.

Go, go, you question with a wicked tongue.

QUEEN.

Why, how now, Hamlet?

HAMLET.

What's the matter now?

QUEEN.

Have you forgot me?

HAMLET.

No, by the rood, not so: You are the queen, your husband's brother's wife; And,—would it were not so!—you are my mother.

QUEEN.

Nay, then I'll set those to you that can speak.

HAMLET.

Come, come, and sit you down; you shall not budge; You go not, till I set you up a glass, Where you may see the inmost part of you.

QUEEN.

What wilt thou do? thou wilt not murder me?

Help, help, ho!

POLONIUS. (*Behind.*)

What, ho! help!

HAMLET.

How now! a rat? (*Draws.*)

Dead, for a ducat, dead.

(*Hamlet makes a pass through the arras.*)

POLONIUS. (*Behind.*)

O, I am slain. (*Falls and dies.*)

QUEEN.

O me, what hast thou done?

HAMLET.

Nay, I know not:

Is it the king?

(*Lifts up the arras, and draws forth Polonius.*)

QUEEN.

O, what a rash and bloody deed is this!

HAMLET.

A bloody deed;—almost as bad good mother, As kill a king, and marry whit his brother.

QUEEN.

As kill a king!



HAMLET.

¡Sí, señora, eso he dicho. (*Alza el tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.*) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco... Adios. Yo te tomé por otra persona de mas consideración. Mira el premio que has adquirido; ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... (*Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.*) No, no os torzáis las manos... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazón. Así he de hacerlo, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.

¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebatada las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella; que hace mas pérfidos los votos conyugales que las promesas del tahir; una accion que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras; una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desórden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRUDIS.

¡Ay de mí! ¿Y qué accion es esa, que así exclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aquí presentes en esta y esta pintura (*Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio.*) los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuanta gracia residia en aquel semblante! Los cabellos (22) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante á la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinacion de formas, donde cada uno de los dioses imprimió su carácter, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo? ¿Ah! ¿lo veis bien?... Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia; ¿y qué prudencia descenderia desde aquel á este? Sentidos teneis, que á no ser así, no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible..... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido hubiera bastado á impedir tal estupidez..... ¡Oh modestia! ¿y no te sonrojas? ¡rebelde infierno! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permíte, permíte que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera, y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hiello mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazón.

GERTRUDIS.

¡Oh Hamlet! no digas mas... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.

¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un le-

HAMLET.

Ay, lady, 't was my word.—  
Thou wretched, rash, intruding fool, farewell!  
(*To Polonius.*)

I took thee for thy better; take thy fortune :  
Thou find'st, to be too busy, is some danger.—  
Leave wringing of your hands : Peace; sit you down,  
And let me wring your heart : for so I shall,  
If it be made of penetrable stuff;  
If damned custom hath not braz'd it so,  
That it be proof and bulwark against sense.

QUEEN.

What have I done, that thou dar'st wag thy tongue  
In noise so rude against me?

HAMLET.

Such an act,  
That blurs the grace and blush of modesty;  
Calls virtue, hypocrite; takes off the rose  
From the fair forehead of an innocent love,  
And sets a blister there; makes marriage-vows  
As false as dicers' oaths : O, such a deed  
As from the body of contraction plucks  
The very soul; and sweet religion makes  
A rhapsody of words : Heaven's face doth glow;  
Yea, this solidity and compound mass,  
With tristful visage, as against the doom,  
Is thought-sick at the act.

QUEEN.

Ah me, what act,  
That roars so loud, and thunders in the index?

HAMLET.

Look here, upon this picture, and on this;  
The counterfeit presentment of two brothers.  
See, what a grace was seated on this brow :  
Hyperion's curls; the front of Jove himself :  
An eye like Mars, to threaten and command;  
A station like the herald Mercury,  
New-lighted on a heaven-kissing hill;  
A combination, and a form, indeed,  
Where every god did seem to set his seal,  
To give the world assurance of a man;  
This was your husband.—Look you now what follows  
Here is your husband; like a mildew'd ear,  
Blasting his wholesome brother. Have you eyes?  
Could you on this fair mountain leave to feed,  
And batten on this moor? Ha! have you eyes?  
You cannot call it, love : for at your age,  
The hey-day in the blood is tame, it's humble,  
And waits upon the judgment; and what judgment  
Would step from this to this? Sense, sure, you have,  
Else could you not have motion: But, sure, that sense  
Is apoplex'd; for madness would not err;  
Nor sense to ecstasy was ne'er so thrall'd,  
But it reserv'd some quantity of choice,  
To serve in such a difference. What devil was't  
That thus hath cozen'd you at hoodman-blind?  
Eyes without feeling, feeling without sight,  
Ears without hands or eyes, smelling sans all,  
Or but a sickly part of one true sense  
Could not so mope.  
O shame! where is thy blush? Rebellious hell,  
If thou canst mutine in a matron's bones,  
To flaming youth let virtue be as wax,  
And melt in her own fire; proclaim no shame,  
When the compulsive ardour gives the charge;  
Since frost itself as actively doth burn  
And reason panders will.

QUEEN.

O Hamlet, speak no more :  
Thou turn'st mine eyes into my very soul;  
And there I see such black and grained spots,  
As will not leave their tinct.

HAMLET.

Nay, but to live

cho incestuoso, envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!

GERTRUDIS.

No mas, no mas, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oídos... No mas, querido Hamlet.

HAMLET.

Un asesino... un malvado... vil... inferior mil veces á vuestro difunto esposo... escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GERTRUDIS.

No mas...

### ESCENA XXVII.

GERTRUDIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

Un rey de botarga... ¡Oh espíritus (25) celestes! defende-me, cubridme con vuestras alas... ¡Qué quieres, venenada sombra?

GERTRUDIS.

¡Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.

¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasion y la tardanza, olvida la importante ejecucion de tu precepto terrible?... Habla.

LA SOMBRA.

No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor cuasi extinguido. Pero ¿ves? Mira cómo has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginacion obra con mayor violencia en los cuerpos mas débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.

En qué pensais, señora?

GERTRUDIS.

¡Ay triste! ¿y en qué piensas tú, que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo?... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos, que pendian, adquiriendo vida y movimiento se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion la paciencia fria... ¿A quién estás mirando?

HAMLET.

A él, á él... ¿Le veis qué pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras... ¡Ay! no me mires así; no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lagrimas.

GERTRUDIS.

¿A quién dices eso?

HAMLET.

No veis nada allí?

GERTRUDIS.

Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.

¡Ni oisteis nada tampoco?

GERTRUDIS.

Nada mas que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.

Mirad allí... ¿Le veis?... Ahora se va... Mi padre... con el traje mismo que se vestia... ¿Veis por dónde va?... Ahora llega al pórtico.

### ESCENA XXVIII.

GERTRUDIS, HAMLET.

GERTRUDIS.

Todo es efecto de la fantasia. El desórden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

¿Desórden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo, y anuncia igual salud en sus compases....

In the rank sweat of an enseamed bed;  
Stew'd in corruption; honeying, and making love  
Over the hasty sty;—

QUEEN.

O, speak to me no more;

These words, like daggers, enter in mine ears;  
No more, sweet Hamlet.

HAMLET.

A murderer, and a villain:

A slave, that is not twentieth part the tythe  
Of your precedent lord:—a vice of kings:  
A cutpurse of the empire and the rule;  
That from a shelf the precious diadem stole,  
And put it in his pocket!

QUEEN.

No more.

Enter Ghost.

HAMLET.

A king

Of shreds and patches:—  
Save me and hover o'er me with your wings  
You heavenly guards!—What would your gracious figure?

QUEEN.

Alas! he's mad.

HAMLET.

Do you not come your tardy son to chide,  
That, laps'd in time and passion, let's go by  
The important acting of your dread command?  
O, say!

GHOST.

Do not forget: This visitation  
Is but to whet thy almost blunted purpose.  
But look! amazement on thy mother sits:  
O, step between her and her fighting soul;  
Conciet in weakest bodies strongest works;  
Speak to her, Hamlet.

HAMLET.

How is it with you, lady?

QUEEN.

Alas, how is't with you?  
That you do bend your eye on vacancy,  
And with the incorporal air do old discourse?  
Forth at your eyes your spirits wildly peep;  
And, as the sleeping soldiers in the alarm,  
Your bedded hair, like life in excrements,  
Starts up, and stands on end. O gentle son,  
Upon the heat and flame of thy distemper  
Sprinkle cool patience. Whereon do you look?

HAMLET.

On him! on him!—Look you, how pale he glares!  
His form and cause conjoin'd, preaching to stones,  
Would make them capable.—Do not look upon me;  
Lest with this piteous action, you convert  
My stern effects: then what I have to do  
Will want true colour; tears, perchance, for blood.

QUEEN.

To whom do you speak this?

HAMLET.

Do you see nothing there?

QUEEN.

Nothing at all; yet all, that is, I see.

HAMLET.

Nor did you nothing hear?

QUEEN.

No, nothing, but ourselves.

HAMLET.

Why, look you there! look, how it steals away!  
My father, in his habit as he liv'd;  
Look, where he goes, even now, out at the portal!  
(Exit Ghost.)

QUEEN.

This is the very coinage of your brain:  
This bodiless creation ecstasy  
Is very cunning in.

HAMLET.

Ecstasy!  
My pulse, as yours, doth temperately keep time,  
And makes as healthful music. It is not madness,



Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y vereis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah, madre mía! en merced os pido que no apliqueis al alma esa unción halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis solo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no estendaís el beneficio sobre las malas yerbas para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdon al vicio, y aun para hacerle bien le halaga y le ruega.

GERTRUDIS.

¡Ay, Hamlet! tú despedazas mi corazón.

HAMLET.

¿Si? Pues apartad de vos aquella porción mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. Buenas noches... Pero no volváis al lecho de mi tío. Si careceis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre (24), aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demás es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche; este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima, y la que siga después la hallareis mas fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresión misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspireis de veras á la bendición del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendición... La desgracia de este hombre (*Hace ademán de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez vuelve á hablar á Gertrudis.*) me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así: á él le ha castigado por mi mano, y á mí también precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le di. Basta. Buenas noches. Porque (25) soy piadoso, debo ser cruel; ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que después ha de ejecutarse... ¡Ah! escuchad otra cosa.

GERTRUDIS.

¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el rey hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho, y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiende el pecho con sus malditas manos, y os bese con negra boca. Agradecida, entonces, declaradle cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio... Sí, decidsele; porque ¿cómo es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (26) gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Cómo sería posible callárselo? Id, y á pesar de la razón y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias), meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GERTRUDIS.

No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mi para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

¿Sabeis que debo ir á Inglaterra?

GERTRUDIS.

¡Ah! ya lo habia olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET.

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscipulos (de quienes yo me fiaré como de una víbora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facili-

That I have utter'd: bring me to the test,  
And I the matter will re-word; which madness  
Would gambol from. Mother, for love of grace,  
Lay not that flattering unction to your soul,  
That not your trespass, but my madness, speaks.  
It will but skin and film the ulcerous place;  
Whiles rank corruption, mining all within,  
Infects unseen. Confess yourself to heaven;  
Repent what's past; avoid what is to come;  
And do not spread the compost on the weeds,  
To make them ranker. Forgive me this my virtue:  
For in the fatness of these pursy times,  
Virtue itself of vice must pardon beg;  
Yea, curb and woo, for leave to do him good.

QUEEN.

O Hamlet! thou hast cleft my heart in twain.

HAMLET.

O, throw away the worse part of it,  
And live the purer with the other half.  
Good night: but go not to my uncle's bed;  
Assume a virtue, if you have it not.  
That monster, custom, who all sense doth eat  
Of habit's devil, is angel yet in this;  
That to the use of actions fair and good  
He likewise gives a frock, a livery,  
That aptly is put on: Refrain to-night:  
And that shall lend a kind of easiness  
To the next abstinence: the next more easy:  
For use almost can change the stamp of nature,  
And either curb the devil, or throw him out  
With wondrous potency. Once more, good night;  
And when you are desirous to be bless'd,  
I'll blessing beg of you.—For this same lord,  
(*Pointing to Polonius.*)

I do repent. But heaven hath pleas'd it so,—  
To punish me with this, and this with me,  
That I must be their scourge and minister.  
I will bestow him, and will answer well  
The death I gave him. So, again, good night!—  
I must be cruel, only to be kind:  
Thus bad begins, and worse remains behind.—  
But one word more, good lady.

QUEEN.

What shall I do?

HAMLET.

Not this, by no means, that I bid you do.  
Let the bloat king tempt you again to bed:  
Pinch wanton on your cheek; call you, his mouse;  
And let him, for a pair of reechy kisses,  
Or paddling in your neck with his damnd fingers,  
Make you to ravel all this matter out,  
That I essentially am not in madness,  
But mad in craft. 'Twere good, you let him know:  
For who, that's but a queen, fair, sober, wise,  
Would from a paddock, from a bat, a gib,  
Such dear concernings hide? who would do so?  
No, in despite of sense and secrecy,  
Unpeg the basket on the house's top,  
Let the birds fly; and, like the famous ape,  
To try conclusions, in the basket creep,  
And break your own neck down.

QUEEN.

Be thou assur'd, if words be made of breath,  
And breath of life, I have no life to breathe  
What thou hast said to me.

HAMLET.

I must to England; you know that?

QUEEN.

Alack,

I had forgot; 'tis so concluded on.

HAMLET.

There's letters seal'd; and my two school-fellows,—  
Whom I will trust, as I will adders fang'd,—  
They bear the mandate; they must sweep my way,

tarme la marcha y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer; que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas ó yo escavaré una vara no mas debajo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gusto cuando un pícaro tropieza con quien se las entiende!... Este hombre me hace ahora su ganapan... (*Quiere llevar á cuestras el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pie, y se le lleva arrastrando.*) le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor consejero (que fué en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

*Salon de palacio.*

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen; dime cuál es, conviene que la sepa yo.... ¿En dónde está tu hijo?

GERTRUDIS.

Dejadnos solos un instante. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) ¡Ah, señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO.

¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

GERTRUDIS.

Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es mas fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algun ruido detrás del tapiz; saca la espada, grita: un raton, un raton; y en su ilusion frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.

¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos: á mí, á ti misma, á todos en fin. ¡Oh!... ¿y cómo disculparemos una accion tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros, porque nuestra autoridad deberia haber reprimido á ese jóven loco, poniéndole en paraje donde á nadie pudiera ofender. Pero el escesivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que mas convenia; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devore la sustancia vital. ¿Y adónde ha ido?

GERTRUDIS.

A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura llora el error que ha cometido. Así el oro (1) manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

CLAUDIO.

Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya; en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

### ESCENA II.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¡Oh Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude.... Hamlet, ciego de frenesi, ha muerto á Polonio, y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle; habladle con dulzura; y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Vamos, que pienso llamar á nuestros mas prudentes amigos para darles cuenta de esta imprevista desgracia, y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la estension del orbe,

And marshal me to knavery; Let it work;  
For 'tis the sport, to have the engineer  
Hoist with his own petar: and it shall go hard,  
But I will delve one yard below their mines,  
And blow them at the moon: O, 'tis most sweet,  
When in one line two crafts directly meet.—  
This man shall set me packing.  
I'll lug the guts into the neighbour room:  
Mother, good night.—Indeed, this counsellor  
Is now most still, most secret, and most grave,  
Who was in life a foolish prating knave.  
Come, sir, to draw toward an end with you:  
Good night, mother.

(*Exeunt severally; Hamlet dragging in Polonius.*)

## ACT IV.

### SCENE I.

*The same.*

*Enter King, Queen, ROSENCRANTZ and GUILDENSTERN.*

KING.

There's matter in these sighs; these profound heaves  
You must translate; 'tis fit we understand them.  
Where is your son?

QUEEN.

Bestow this place on us a little while.—

(*To Rosencrantz and Guildenstern, who go out.*)

Ah, my good lord, what have I seen to-night!

KING.

What, Gertrude? How does Hamlet?

QUEEN.

Mad as the sea, and wind, when both contend  
Which is the mightier: In his lawless fit,  
Behind the arras hearing something stir,  
Whips out his rapier, cries, *A rat! a rat!*  
And, in this brainish apprehension, kills  
The unseen good old man.

KING.

O heavy deed!

It had been so with us, had we been there:  
His liberty is full of threats to all;  
To you yourself, to us, to every one.  
Alas! how shall this bloody deed be answer'd?  
It will be laid to us, whose providence  
Should have kept short, restrain'd, and out of haunt,  
This mad young man: but, so much was our love,  
We would not understand what was most fit:  
But, like the owner of a foul disease,  
To keep it from divulging, let it feed,  
Even on the path of life. Were it he gone?

QUEEN.

To draw apart the body he hath kill'd:  
O'er whom his very madness, like some ore,  
Among a mineral of metals base,  
Shows itself pure; he weeps for what is done.

KING.

O, Gertrude, come away!  
The sun no sooner shall the mountains touch,  
But we will ship him hence: and this vile deed  
We must, with all our majesty and skill,  
Both countenance and excuse.—Ho! Guildenstern!

*Enter Rosencrantz and Guildenstern.*

Friends both, go join you with some further aid:  
Hamlet in madness hath Polonius slain,  
And from his mother's closet hath he dragg'd him:  
Go, seek him out; speak fair, and bring the body  
Into the chapel. I pray you, haste in this.

(*Exeunt Ros. and Guil.*)

Come, Gertrude, we'll call up our wisest friends;  
And let them know, both what we mean to do,  
And what's untimely done: so, haply, slander—  
Whose whisper o'er the world's diameter,



y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañón á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. ¡Oh!... Vamos de aquí... mi alma está llena de agitacion y de terror.

### ESCENA III.

*Cuarto de Hamlet.*

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro... Pero...

RICARDO, *desde adentro.*

¡Hamlet! ; señor!

HAMLET.

¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?..... ¡Oh! ya están aquí.

(*Salen Ricardo y Guillermo.*)

RICARDO.

Señor, ¿qué habeis hecho del cadáver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.

Decidnos en dónde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

¡Ah!... no lo creáis, no.

RICARDO.

¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio... Y además, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

¿Entremetido me llamais?

HAMLET.

Sí, señor, entremetido; que como una esponja chupa del favor del rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes á lo último de su carrera es cuando sirven mejor al príncipe; porque este, semejante al mono, se los mete en un rincón de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te esprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.

No comprendo lo que decís.

HAMLET.

Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos digais en dónde está el cuerpo, y os vengais con nosotros á ver al rey.

HAMLET.

El cuerpo (2) está con el rey; pero el rey no está con el cuerpo. El rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.

¿Qué cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa que no vale nada... pero guarda, Pablo... Vamos á verle.

### ESCENA IV.

*Salon de Palacio.*

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¿Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razon, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

As level as the cannon to is blank,  
Transports his poison'd shot,—may miss our name,  
And hit the woundless air.—O come away!  
My soul is full of discord, and dismay. (Exeunt.

### SCENE II.

*Another Room in the House.*

Enter HAMLET.

HAMLET.

Safely stow'd,—(*Ros. etc. within.* Hamlet! lord Hamlet!) But soft,—what noise? who calls on Hamlet? O, here they come.

*Enter Rosencrantz and Guildenstern.*

ROSENCRANTZ.

What have, you done, my lord, with the dead body?

HAMLET.

Compounded it with dust, whereto'tis kin.

ROSENCRANTZ.

Tell us where 'tis; that we may take it thence, And bear it to the chapel.

HAMLET.

Do not believe it.

ROSENCRANTZ.

Believe what?

HAMLET.

That I can keep your counsel, and not mine own. Besides, to be demanded of a sponge!—what replication should be made by the son of a king?

ROSENCRANTZ.

Take you me for a sponge, my lord?

HAMLET.

Ay, sir; that soaks up the king's countenance, his rewards, his authorities. But such officers do the king best service in the end: He keeps them, like an ape, in the corner of his jaw; first mouthed, to be last swallowed: When he needs what you have gleaned, it is but squeezing you, and, sponge, you shall be dry again.

ROSENCRANTZ.

I understand you not my lord.

HAMLET.

I am glad of it: A knavish speech sleeps in a foolish ear.

ROSENCRANTZ.

My lord, you must tell us where the body is, and go with us to the king.

HAMLET.

The body is with the king, but the king is not with the body. The king is a thing—

GUILDENSTERN.

A thing, my lord?

HAMLET.

Of nothing: bring me to him. Hide fox, and all after.

(Exeunt.

### SCENE III.

*Another Room in the same.*

*Enter King, attended.*

KING.

I have sent to seek him, and to find the body. How dangerous is it, that this man goes loose? Yet must not we put the strong law on him: He's lov'd of the distracted multitude, Who like not in their judgement, but their eyes; And, where'tis so, the offender's scourge is weigh'd, But never the offence. To bear all smooth and even, This sudden sending him away must seem Deliberate pause. Diseases, desperate grown, By desperate appliance are reliev'd.

## ESCENA V.

CLAUDIO, RICARDO.

CLAUDIO.

¿Qué hay, qué ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga adónde ha llevado el cadáver.

CLAUDIO.

Pero ¿en dónde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO.

Traedle á mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el príncipe.

## ESCENA VI.

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, CRIADOS.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAMLET.

Habiendo á cenar.

CLAUDIO.

¿A cenar? ¿Adónde?

HAMLET.

No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregación de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (5) engordamos á los demás animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come después. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto para todo.

CLAUDIO.

¡Ah!

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un rey, y comerse después el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada mas que manifestar cómo un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿En dónde está Polonio?

HAMLET.

En el cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podeis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que, si no le hallais en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.

Id allá á buscarle. (*Vanse los criados.*)

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la acción que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje á Inglaterra.

HAMLET.

¿A Inglaterra?

CLAUDIO.

Sí, Hamlet.

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

*Enter Rosencrantz.*

Or not at all.—How now? what hath befallen?

ROSENCRANTZ.

Where the dead body is bestow'd, my lord,  
We cannot get from him.

KING.

But where is he?

ROSENCRANTZ.

Without, my lord; guarded, to know your pleasure.

KING.

Bring him before us.

ROSENCRANTZ.

Ho, Guildenstern! bring in my lord.

*Enter Hamlet and Guildenstern.*

KING.

Now, Hamlet, where's Polonius?

HAMLET.

At supper.

KING.

At supper? where?

HAMLET.

Not where he eats, but where he is eaten: a certain convocation of politic worms are e'en at him. Your worm is your only emperor for diet: we eat all creatures else, to fat us; and we eat ourselves for maggots: Your fat king, and your lean beggar, is but variable service; two dishes, but to one table; that's the end.

KING.

Alas! alas!

HAMLET.

A man may fish with the worm that hath eat of a king;  
and eat of the fish that hath fed of that worm.

KING.

What dost thou mean by this?

HAMLET.

Nothing, but to show you how a king may go a progress through the guts of a beggar.

KING.

Where is Polonius?

HAMLET.

In heaven; send thither to see: if your messenger find him not there, seek him i'the other place yourself. But, indeed, if you find him not within this month, you shall nose him as you go up the stairs into the lobby.

KING.

Go seek him there.

(*To some attendants.*)

HAMLET.

He will stay till you come.

(*Exeunt attendants.*)

KING.

Hamlet, this deed, for thine especial safety,—  
Which we do tender, as we dearly grieve  
For that which thou hast done,—must send thee hence  
With fiery quickness: Therefore, prepare thyself;  
The bark is ready, and the wind at help,  
The associates tend, and every thing is bent  
For England.

HAMLET.

For England?

KING.

Ay, Hamlet.

HAMLET.

Good.

KING.

So is it, if thou knew'st our purposes.



HAMLET.

Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra.  
¡Adios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre... Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una carne misma, con que... mi madre... ¡Eh! Vamos á Inglaterra.

## ESCENA VII.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente; instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision, está sellado y pronto. Id, no os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués, y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad ni la alegría.

## ESCENA VIII.

*Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.*

FORTIMBRÁS, UN CAPITÁN, SOLDADOS.

FORTIMBRÁS.

Id, capitán (4), saludad en mi nombre al monarca danés; decidle, que en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabeis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere S. M. comunicarme, hacelle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITÁN.

Así lo haré, señor.

FORTIMBRÁS.

Y vosotros caminad con paso vagaroso.

## ESCENA IX.

UN CAPITÁN, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, SOLDADOS.

HAMLET.

Caballero (3), ¿de dónde son estas tropas?

CAPITÁN.

De Noruega, señor.

HAMLET.

Y decidme, ¿adónde se encaminan?

CAPITÁN.

Contra una parte de Polonia.

HAMLET.

¿Quién las acaudilla?

CAPITÁN.

Fortimbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia, ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITÁN.

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tierra, de la cual (esceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.

¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

HAMLET.

I see a cherub, that sees them. — But, come; for England! — Farewell, dear mother.

KING.

Thy loving father, Hamlet.

HAMLET.

My mother : Father and mother is man and wife ; man and wife is one flesh ; and so, my mother. Come, for England. (*Exit.*)

KING.

Follow him at foot; tempt him with speed aboard; Delay it not, I'll have him hence to-night: Away; for every thing is seal'd and done That else leans on the affair : Pray you, make haste. (*Exeunt Ros. and Guil.*)

And, England, if my love thou hold'st at aught, (As my great power thereof may give thee sense; Since yet thy cicatrice looks raw and red After the Danish sword, and thy free awe Pays homage to us,) thou may'st not coldly set Our sovereign process; which imports at full, By letters conjuring to that effect, The present death of Hamlet. Do it, England; For like the hectic in my blood he rages, And thou must cure me: 'till I know, 'tis done, Howe'er my haps, my joys will ne'er begin. (*Exit.*)

## SCENE IV.

*A Plain in Denmark.*

*Enter FORTINBRAS, and Forces, marching.*

FORTINBRAS.

Go, captain, from me greet the Danish king; Tell him, that, by his licence, Fortinbras Craves the conveyance of a promis'd march Over his kingdom. You know the rendezvous. If that his majesty would aught with us, We shall express our duty in his eye, And let him know so.

CAPTAIN.

I will do't, my lord.

FORTINBRAS.

Go softly on.

(*Exeunt Fortinbras and Forces.*)

*Enter Hamlet, Rosencrantz, Guildenstern, etc.*

HAMLET.

Good sir, whose powers are these?

CAPTAIN.

They are of Norway, sir.

HAMLET.

How purpos'd, sir,

I pray you?

CAPTAIN.

Against some part of Poland.

HAMLET.

Who

Commands them, sir?

CAPTAIN.

The nephew to old Norway, Fortinbras.

HAMLET.

Goes it against the main of Poland, sir, Or for some frontier?

CAPTAIN.

Truly to speak, sir, and with no addition, We go to gain a little patch of ground, That hath in it no profit but the name. To pay five ducats, five, I would not farm it; Nor will it yield to Norway, or the Pole, A ranker rate, should it be sold in fee.

HAMLET.

Why, then the Polack never will defend it

CAPITÁN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados no decidirá la posesion de un objeto tan frívol. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que esteriormente se vea la razon por que el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITÁN.

Dios os guarde.

(*Vanse el capitán y los soldados.*)

RICARDO.

¿Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

## ESCENA X.

HAMLET.

Cuantos (6) accidentes ocurren, todos me acusan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No: aquel que nos formó dotados de tan estenso conocimiento, que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviere en nosotros sin uso y torpe. Sea pues brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer, puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército conducido por un príncipe jóven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y espone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo pues permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de excitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres... ¡Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasma idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

## ESCENA XI.

*Galería de palacio.*

GERTRUDIS, HORACIO.

GERTRUDIS

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Esta loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasion.

GERTRUDIS.

Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.

Haba mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo esta lleno de maldad; solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equivocadas en que apenas se halla sentido; pero la misma estravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin

TOMO II.

CAPTAIN.

Yes, 'tis already garrison'd.

HAMLET.

Two thousand souls, and twenty thousand ducats,  
Will not debate the question of this straw:  
This is the imposthume of much wealth and peace;  
That inward breaks, and shows no cause without  
Why the man dies.—I humbly thank you, sir.

CAPTAIN.

God be wi' you, sir.

(Exit.)

ROSENCRANTZ.

Will't please you go, my lord?

HAMLET.

I will be with you straight. Go a little before.

(Exit Ros. and Guil.)

How all occasions do inform against me,  
And spur my dull revenge! What is a man,  
If his chief good, and market of his time,  
Be but to sleep, and feed? a beast, no more.  
Sure, he, that made us with such large discourse,  
Looking before, and after, gave us not  
That capability and godlike reason  
To fust in us unus'd. Now, whether it be  
Bestial oblivion, or some craven scruple  
Of thinking too precisely on the event,—  
A thought, which, quarter'd, bath but one part wisdom,  
And ever, three parts coward,—I do not know  
Why yet I live to say, *This thing's to do*;  
Sith I have cause, and will, and strength, and means,  
To do't. Examples, gross as earth, exhort me:  
Witness, this army of such mass, and charge,  
Led by a delicate and tender prince;  
Whose spirit, with divine ambition puff'd,  
Makes mouths at the invisible event;  
Exposing what is mortal, and unsure,  
To all that fortune, death, and danger dare,  
Even for an egg-shell. Rightly to be great,  
Is, not to stir without great argument;  
But greatly to find quarrel in a straw,  
When honour's at the stake. How stand I then,  
That have a father kill'd, a mother stain'd  
Excitements of my reason, and my blood,  
And let all sleep? while, to my shame, I see  
The imminent death of twenty thousand men,  
That, for a fantasy, and trick of fame,  
Go to their graves like beds; fight for a plot  
Whereon the numbers cannot try the cause,  
Which is not tomb enough, and continent,  
To hide the slain?—O, from this time forth,  
My thoughts be bloody, or be nothing worth!

(Exit.)

## SCENE V.

*Elsinore. A Room in the Castle.*

*Enter Queen and HORATIO.*

QUEEN.

I will not speak with her.

HORATIO.

She is importunate; indeed, distract;  
Her mood will needs be pitied.

QUEEN.

What would she have?

HORATIO.

She speaks much of her father; says, she hears  
There's tricks i' the world; and hems, and beats her heart;  
Spurns enviously at straws; speaks things in doubt,  
That carry but half sense: her speech is nothing,  
Yet the unshaped use of it doth move  
The hearers to collection; they aim at it,



con que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRUDIS.

Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. (*Vase Horacio.*) El mas frivolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

## ESCENA XII.

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

OFELIA.

¿En donde está la hermosa reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.

¿Como va, Ofelia?

OFELIA.

¡Estos versos, y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.)

¿Cómo al amante  
Que fiel te sirva,  
De otro cualquiera  
Distinguiria?  
Por las veneras  
De su esclavina,  
Bordon, sombrero  
Con plumas rizas,  
Y su calzado  
Que adornan cintas.

GERTRUDIS.

¡Oh querida mia! ¿y á qué propósito viene esa cancion?

OFELIA.

¿Eso decis?... Atended á esta:

Muerto es ya, señora,  
Muerto, y no está aquí.  
Una tosca piedra  
A sus plantas vi,  
Y al césped del prado  
Su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! (*Dando risotadas.*)

GERTRUDIS.

Sí; pero, Ofelia...

OFELIA.

Oid, oid.

Blancos paños le vestian...

## ESCENA XIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

GERTRUDIS.

¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestian  
Como la nieve del monte,  
Y al sepulcro le conducen  
Cubierto de bellas flores,  
Que en tierno llanto de amor  
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena: Dios os lo pague... Dicen que la lechuza fué antes una doncella, hija de un panadero... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser... Dios vendrá á visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto; y si os preguntan lo que significa, decid:

And boteh the words up fit to their own thoughts;  
Which, as her winks, and nods, and gestures yield them,  
Indeed would make one think, there might be thought,  
Though nothing sure, yet much unhappily.

QUEEN.

'Twere good she were spoken with; for she may strew  
Dangerous conjectures in ill-breeding minds;  
Let her come in. (*Exit Horatio.*)  
To my sick soul, as sin's true nature is,  
Each toy seems prologue to some great amiss:  
So full of artless jealousy is guilt,  
It spills itself in fearing to be spilt.

*Re-enter Horatio with Ophelia.*

OPHELIA.

Where is the beaoutous majesty of Denmark?

QUEEN.

How now, Ophelia?

OPHELIA.

*How should I your true-love know (Sings.)  
From another one?  
By his cockle hat and staff,  
And his sandal shoon?*

QUEEN.

Alas, sweet lady, what imports this song?

OPHELIA.

Say you? nay, pray you, mark.

*He is dead and gone, lady,  
He is dead and gone;  
At his head a grass-green turf,  
At his heels a stone.*

O, ho!

QUEEN.

Nay, but Ophelia,—

OPHELIA.

Pray you, mark.

*White his shroud as the mountain snow, (Sings.)*

*Enter King.*

QUEEN.

Alas, look here, my lord.

OPHELIA.

*Larded all with sweet flowers;  
Which bewept to the grave did go,  
With true-love showers.*

KING.

How do you, pretty lady?

OPHELIA.

Well, God'ield you! They say, the owl was a baker's daughter. Lord, we know what we are, but know not what we may be. God be at your table!

KING.

Conceit upon her father.

OPHELIA.

Pray, let us have no words of this; but when they ask you, what it means, say you this:

De san Valentino (7)  
La fiesta es mañana:  
Yo, niña amorosa,  
Al toque del alba  
Iré á que me veas  
Desde tu ventana,  
Para que la suerte  
Dichosa me caiga.  
Despierta el mancebo,  
Se viste de gala.

Y él responde entonces:

Por el sol te juro  
Que no lo olvidara,  
Si tú no te hubieras  
Venido á mi cama.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Si, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay, misera! ¡Cielos!  
¡Torpeza villana!  
¿Qué galán desprecia  
Ventura tan alta?  
Pues todos son falsos,  
Le dice indignada:  
Antes que en tus brazos  
Me mirase incauta,  
De hacerme tu esposa  
Me diste palabra.  
Y abriendo las puertas  
Entró la muchacha,  
Que viniendo virgen  
Volvió desflorada.

CLAUDIO.

¿Cuanto ha que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... (*Se entristece y llora.*) Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fría... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... (*Con mucha viveza y alegría.*) Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO, á Horacio.

Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

#### ESCENA XIV.

CLAUDIO, GERTRUDIS.

CLAUDIO.

¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espasmos, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razón, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos, y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan estraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(*Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.*)

GERTRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Qué estruendo es este?

Good morrow, 'tis Saint Valentine's day,  
All in the morning betime,  
And I a maid at your window,  
To be your Valentine:  
Then uphe rose, and don'd his clothes,  
And dupp'd the chamber door:  
Let in the maid, that out a maid  
Never departed more.

KING.

Pretty Ophelia!

OPHELIA.

Indeed, without an oath, I'll make an end on't:

By Gis, and by saint Charity,  
Alack, and fy for shame!  
Young men will do't, if they come to't,  
By cock, they are to blame.  
Quoth she, before you tumbled me,  
You promis'd me to wed:

(He answers.)

So would I ha'done, by yonder sun,  
An thou hadst not come to my bed.

KING.

How long hath she been thus?

OPHELIA.

I hope, all will be well. We must be patient: but I cannot choose but weep, to think, they should lay him i' the cold ground: my brother shall know of it, and so I thank you for your good counsel. Come, my coach! Good night, ladies; good night, sweet ladies; good night, good night.

(Exit.)

KING.

Follow her close; give her good watch, I pray you.

(Exit Horatio.)

O! this is the poison of deep grief; it springs  
All from her father's death: And now behold,  
O Gertrude, Gertrude,  
When sorrows come, they come not single spies,  
But in battalions! First, her father slain;  
Next, your son gone; and he most violent author  
Of his own just remove: the people muddied,  
Thick and unwholesome in their thoughts and whispers,  
For good Polonius' death; and we have done but greenly,  
In hugging-mugger to inter him. Poor Ophelia  
Divided from herself, and her fair judgment:  
Without the which we are pictures, or mere beasts.  
Last, and as much containing as all these,  
Her brother is in secret come from France:  
Feeds on his wonder, keeps himself in clouds,  
And wants not buzzers to infect his ear  
With pestilent speeches of his father's death;  
Wherein necessity, of matter beggar'd,  
Will nothing stick our person to arraign  
In ear and ear. O my dear Gertrude, thus,  
Like to a murdering piece, in many places  
Gives me superfluous death. (A noise within.)

QUEEN.

Alack! what noise is this?



## ESCENA XV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En dónde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

CABALLERO.

Huid (9), señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con impetu mas espantoso, que el que manifiesta el jóven Laertes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro rey, ¡viva Laertes!

GERTRUDIS.

¿Con qué alegría sigue, ladrando, esa trailla páfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

## ESCENA XVI.

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, SOLDADOS Y PUEBLO.

LAERTES.

¿En dónde está el rey? (*Volviéndose acia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.*) Vosotros quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dejéis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno príncipe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararía por hijo espurio, infamaria de cornudo á mi padre, é imprimiría sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelion?... Déjale, Gertrudis, no le contengas..... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes; la traicion no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecucion todos sus designios..... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado?....

Déjale, Gertrudis... Habla tú.

LAERTES.

¿En dónde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GERTRUDIS.

Pero no le ha muerto el rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y cómo ha sido su muerte?... ¡Eh!... No, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévase el mas atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo... La condenacion eterna no me horroriza; suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada... Solo aspiro, y este es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

Enter a Gentleman.

KING.

Attend:  
Where are my Switzers? Let them guard the door  
What is the matter?

GENTLEMAN.

Save yourself, my lord;

The ocean, overpeering of his list,  
Eats not the flats with more impetuous haste,  
Than young Laertes, in a riotous head,  
O'erbears your officers! The rabble call him, lord;  
And, as the world were now but to begin,  
Antiquity forgot, custom not known,  
The ratifiers and props of every word,  
They cry, *Choose we; Laertes shall be king!*  
Caps, hands, and tongues, applaud it to the clouds,  
*Laertes shall be king, Laertes king!*

QUEEN.

How cheerfully on the false trail they cry!  
O, this is counter, you false Danish dogs.

KING.

The doors are broke.

(*Noise within.*)

*Enter Laertes, armed; Danes following.*

LAERTES.

Where is the king? — Sirs, stand you all without.

DANES.

No, let's come in.

LAERTES.

I pray you, give me leave.

DANES.

We will, we will.

(*They retire without the door.*)

LAERTES.

I thank you: — keep the door. — O thou vile king,  
Give me my father.

QUEEN.

Calmly, good Laertes.

LAERTES.

That drop of blood, that's calm, proclaims me bastard;  
Cries, cuckold, to my father; brands the harlot  
Even ere, between the chaste unsmirched brow  
Of my true mother.

KING.

What is the cause, Laertes,  
That thy rebellion looks so giant-like? —  
Let him go, Gertrude: do not fear our person;  
There's such divinity doth hedge a king  
That treason can but peep to what it would,  
Acts little of his will. — Tell me, Laertes,  
Why thou art thus incens'd? — Let him go, Gertrude: —  
Speak, man.

LAERTES.

Wery his my father?

KING.

Dead.

QUEEN.

But not by him.

KING.

Let him demand his fill.

LAERTES.

How came he dead? I'll not be juggled with:  
To hell, allegiance! vows, to the blackest devil!  
Conscience, and grace so the profoundest pit!  
I dare damnation: To this point I stand, —  
That both the worlds I give to negligence,  
Let come what comes; only I'll be reveng'd  
Most thoroughly for my father.

CLAUDIO.

¿Y quién te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin distincion amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

¿Querrás sin duda conocerlos?

LAERTES.

¡Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelicano amoroso, los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon, como á tus ojos la luz del dia.

VOCES.

Dejadla entrar.

*(Ruido y voces dentro.)*

LAERTES.

¿Qué novedad... qué ruido es este?

## ESCENA XVII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA,

ACOMPAÑAMIENTO.

*(Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.)*

LAERTES.

¡Oh, calor activo, abraza mi cerebro! ¡Lágrimas en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal esceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza... ¡Oh, rosa de mayo! amable niña! mi querida Ofelia! mi dulce hermana!..... ¡Oh cielos! ¿y es posible que el entendimiento de una tierna jóven sea tan frágil como la vida del hombre decrepito?... Pero la naturaleza (10) es muy fina en amor, y cuando este llega al esceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Llévaronle en su ataúd

Con el rostro descubierto.

Ay no ni, ay ay ay no ni.

Y sobre su sepultura

Muchas lágrimas llovieron.

Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adios, querido mío. Adios.

LAERTES.

Si gozando de tu razon me incitaras á la venganza, no pudieras conmovirme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de:

Abajito está (11):

Llémele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!... El picaro del mayor como fué el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

KING.

Who shall stay you?

LAERTES.

My will, not all the world's :  
And, for my means, I'll husband them so well  
They shall go far with little.

KING.

Good Laertes.

If you desire to know the certainty  
Of your dear father's death, it's writ in your revenge,  
That, sweepstake, you will draw both friend and foe,  
Winner and loser?

LAERTES.

None but his enemies.

KING.

Will you know them then?

LAERTES.

To his good friends thus wide I'll ope my arms;  
And, like the kind life-rend'ring pelican,  
Repast them with my blood.

KING.

Why, now you speak

Like á good child, and á true gentleman.  
That I am guiltless of your father's death,  
And am most sensible in grief for it,  
It shall as level to your judgment'pear,  
As day does to your eye.

DANES. *(Within.)*

Let her come in.

LAERTES.

How now! what noise is that?

*Enter Ophelia, fantastically dressed with straws and flowers.*

O heat, dry up my brains! tears, seven times salt,  
Burn out the sense and virtue of mine eye! —  
By heaven, thy madness shall be paid with weight  
Till our scale turn the beam. O rose of May!  
Dear maid, kind sister, sweet Ophelia! —  
O heavens! is't possible, a young maid's wits  
Should be as mortal as an old man's life?  
Nature is fine in love: and, where 'tis fine,  
It sends some precious instance of itself  
After the thing it loves.

OPHELIA.

*They bore him barefac'd on the bier,  
Hey no nonny, nonny hey nonny:  
And in his grave rain'd many a tear; —*

Fare you well, my dove!

LAERTES.

Hads thou thy wits, and didst persuade revenge,  
It could not move thus.

OPHELIA.

You must sing, *Down a-down, an you call him a-down-a.*  
O, how the wheel becomes it! It is the false steward,  
that stole his master's daughter.

LAERTES.

This nothing's more than matter.



OFELIA.

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. (A *Laertes*.) Tomad, amigo, para que os acordeis..... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan y á sus memorias tristes.

OFELIA, á *Gertrudis*.

Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda..... (12) para vos tambien, y esto poquito es para mí... Nosotros podemos llamarla yerba santa del domingo... vos la usareis con la distincion que os parezca... (A *Claudio*.) Esta es una margarita... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (13)  
De plumas vario  
Me da placer.

LAERTES.

Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA.

Nos deja, se va,  
Y no ha de volver.  
No, que ya murió,  
No vendrá otra vez...  
Su barba era nieve,  
Su pelo también,  
Se fué; dolorosa  
Partida! se fué.  
En vano exhalamos  
Suspiros por él.  
Los cielos piadosos  
Descanso le den.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... ¡Eh! señores, adios.

## ESCENA XVIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES.

LAERTES.

¡Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laertes: no me niegues este derecho. Óyeme aparte. Elige entre los mas prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Óiganos á entrambos, y juzguen. Si por mí propio ó por mano ajena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfaccerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su oscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo á la tierra por un exámen el mas riguroso.

CLAUDIO.

Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

## ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO, UN CRIADO.

HORACIO.

¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros que, segun dicen, os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. (Vase el criado.) Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

OPHELIA.

There's rosemary, that's for remembrance; pray you, love, remember: and there is pansies, that's for thoughts.

LAERTES.

A document in madness; thoughts and remembrance fitted.

OPHELIA.

There's fennel for you, and columbines: — there's rue for you; and here's some for me: — we may call it, herb of grace o'Sundays: — you may wear your rue with a difference. — There's a daisy: — I would give you some violets; but they withered all, when my father died: they say, he made a good end. —

*For bonny sweet Robin is all my joy, (Sings.)*

LAERTES.

Thought and affliction, passion, hell itself,  
She turns to favour, and to prettiness.

OPHELIA.

*And will he not come again? (Sings.)  
And will he not come again?  
No, no, he is dead,  
Go to thy death-bed,  
He never will come again.  
His beard was as white as snow,  
All flaxen was his poll:  
He is gone, he is gone,  
And we cast away moan;  
God'a mercy on his soul!*

And of all christian souls! I pray God. God be wi' you!  
(Exit Ophelia.)

LAERTES.

Do you see this, O God!

KING.

Laertes, I must commune with your grief,  
Or you deny me right. Go but apart,  
Make choice of whom your wisest friends you will;  
And they shall hear and judge 'twixt you and me:  
If by direct or by collateral hand  
They find us touch'd, we will our kingdom give,  
Our crown, our life, and all that we call ours,  
To you in satisfaction: but, if not,  
Be you content to lend your patience to us,  
And we shall jointly labour with your soul,  
To give it due content.

LAERTES.

Let this be so;  
His means of death, his obscure funeral, —  
No trophy, sword, nor hatchment, o'er his bones,  
No noble rite, nor formal ostentation, —  
Cry to be heard, as 'twere from heaven to earth,  
That I must call't in question.

KING.

So you shall;  
And, where the offence is, let the great axe fall.  
I pray you, go with me. (Exeunt.)

## SCENE VI.

Another Room in the same.

Enter HORATIO, and a SERVANT.

HORATIO.

What are they, that would speak with me?

SERVANT.

Sailors, sir,  
They say, they have letters for you.

HORATIO.

Let them come in.  
(Exit Servant.)

I do not know from what part of the world  
I should be greeted, if not from lord Hamlet.

## ESCENA XX.

HORACIO, DOS MARINEROS.  
MARINERO PRIMERO.

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros también.

MARINERO PRIMERO.

Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio como nos han dicho.

HORACIO lee la carta.

«Horacio, luego que hayas leído esta, dirigirás esos nombres al rey, para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos días de navegacion, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navio era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcacion enemiga, que al mismo tiempo logró desafiarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabian lo que se hacian, y se lo he pagado muy bien. Haz que el rey reciba las cartas que le envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como si buyeras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oído, que te dejarán atónito, bien que todas ellas no serán suficientes á espresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Adios. Tuyo siempre.—HAMLET.»

Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me lleveis después adonde queda el que os las entregó.

## ESCENA XXI.

Gabinete del rey.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me dará lugar en el corazon como á tu amigo, después que has oído con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta... Pero decidme: ¿por qué no procedéis contra excesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberían escitaros tan particularmente á reprimirlos.

CLAUDIO.

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es (13) que la reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon, por que no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del principe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracán tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion.... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas.... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

Enter Sailors.

I SAILORS.

God bless you, sir.

HORATIO.

Let him bless thee too.

I SAILOR.

He shall, sir, an't please him. There's a letter for you, sir; it comes from the ambassador that was bound for England; if your name be Horatio, as I am let to know it is.

HORATIO.

(Reads.) Horatio, when thou shalt have overlooked this, give these fellows some means to the king; they have letters for him. Ere we were two days old at sea, a pirate of very warlike appointment gave us chase: finding ourselves too slow of sail, we put on a compelled valour; and in the grapple I boarded them: on the instant, they got clear of our ship; so I alone became their prisoner. They have dealt with me, like thieves of mercy; but they knew what they did; I am to do a good turn for them. Let the king have the letters I have sent; and repair thou to me with as much haste as thou would'st fly death. I have words to speak in thine ear, will make thee dumb; yet are they much too light for the bore of the matter. These good fellows will bring thee where I am. Rosen-crantz and Guildenstern hold their course for England; of them I have much to tell thee. Farewell.

He that thou knowest thine, Hamlet.

Come, I will give you way for these your letters; And don't the speedier, that you may direct me To him, from whom you brought them. (Exeunt.

## SCENE VII.

Another Room in the same.

Enter KING and LAERTES.

KING.

Now must your conscience my acquittance seal,  
And you must put me in your heart for friend;  
Sith you have heard, and with a knowing ear,  
That he, which hath your noble father slain,  
Pursu'd my life.

LAERTES.

It well appears: — But tell me,  
Why you proceeded not against these feats,  
So crimeful and so capital in nature,  
As by your safety, greatness, wisdom, all things else,  
You mainly were stirr'd up.

KING.

O, for two special reasons;  
Which may to you, perhaps, seem much unsinew'd,  
But yet to me they are strong. The queen, his mother.  
Lies almost by his looks; and for myself,  
(Mi virtue, or my plague, be it either which,) She is so conjunctive to my life and soul,  
That, as the star moves not but in his sphere,  
I could not but by her. The other motive,  
Why to a public count I might not go,  
Is, the great love the general gender bear him:  
Who, dipping all his faults in their affection,  
Work like the spring that turneth wood to stone,  
Convert his gyves to graces; so that my arrows,  
Too slightly timber'd for so loud a wind,  
Would have reverted to my bow again,  
And not where I had aim'd them.

LAERTES.

And so have I a noble father lost;  
A sister driven into desperate terms;  
Whose worth, if praises may go back again,  
Stood challenger on mount of all the age  
For her perfections. But my revenge will come.



CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta.... Presto te informaré de lo demás. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos también, y que espero darte á conocer la... Pero... ¿Qué noticias traes?

## ESCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del príncipe: esta para V. M., y esta para la reina. *(Da unas cartas á Claudio.)*

CLAUDIO.

¿De Hamlet! ¿Quién las ha traído?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oírás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

## ESCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO *lee una carta.*

«Alto y poderoso señor: os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia real; y entonces, mediante vuestro perdón, os diré la causa de mi estraña y repentina vuelta.—HAMLET.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros también, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso?

LAERTES.

¿Conoceis la letra?

CLAUDIO, *examinando con atencion la carta.*

Sí, es de Hamlet... *Desnudo...* y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo...* ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo.... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazón... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fué de esta manera.

CLAUDIO.

Sí el caso es cierto... ¡Eh! ¿Cómo es posible!... ¿Y qué otra cosa puede ser?... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Sí, señor, como no procureis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no escitará el aura mas leve de acusacion; su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponéis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de tí delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresaes. Las demás que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que le es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos lijeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo

KING.

Break not your sleeps for that: you must not think, That we are made of stuff so flat and dull, That we can let our beard be shook with danger, And think it pastime. You shortly shall hear more: I loved your father, and we love ourself; And that, I hope, will teach you to imagine; — How now? what news?

*Enter a Messenger.*

MESSENGER.

Letters, my lord! from Hamlet: This to your majesty; this to the queen.

KING.

From Hamlet! Who brought them?

MESSENGER.

Sailors, my lord, they say: I saw them not; They were given me by Claudio; he receiv'd them Of him that brought them.

KING.

Laertes, you shall hear them: *(Exit Messenger.)*

Leave us.

*(Reads.) High and mighty, you shall know, I am set naked on your kingdom. To-morrow shall I beg leave to see your kingly eyes: when I shall, first asking your pardon thereunto, recount the occasion of my sudden and more strange return.—HAMLET.*

What should this mean? Are all the rest come back? Or is it some abuse, and no such thing?

LAERTES.

Know you the hand?

KING.

'Tis Hamlet's character. *Naked, —* And, in a postscript here, he says, *alone:* Can you advise me?

LAERTES.

I am lost in it, my lord. But let him come; It warms the very sickness in my heart, That I shall live and tell him to his teeth, *Thus diddest thou.*

KING.

If it be so, Laertes.

As how should it be so? how otherwise? — Will you be rul'd by me?

LAERTES.

Ay, my lord; So you will not o'er-rule me to a peace.

KING.

To thine own peace. If he be now return'd, — As checking at his voyage, and that he means No more to undertake it, — I will work him To an exploit, now ripe in my device, Under the which he shall not choose but fall: And for his death no wind of blame shall breathe; But even his mother shall uncharge the practice, And call it, accident.

LAERTES.

My lord, I will be rul'd; The rather, if you could devise it so, That I might be the organ.

KING.

It falls right, You have been talk'd of since your travel much, Ant that in Hamlet's hearing, for a quality Wherein, they say, you shine: your sum of parts Did not together pluck such envy from him, As did that one; and that, in my regard, Of the unworthiest siege.

LAERTES.

What part is that, my lord?

KING.

A very ribband in the cap of youth, Yet needful too; for youth no less becomes The light and careless livery that it wears, Than settled age his sables, and his weeds, Importing health and graveness. — Two months since,

y decencia... Dos meses ha que estubo aquí un caballero de Normandia... Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos jinetes; pero el galán de quien hablo era un prodigio en esto. Parecía haber nacido sobre la silla, y hacia ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto aninaran un cuerpo solo; y tanto escedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

LAERTES.

¿Decís que era normando?

CLAUDIO.

Sí, normando.

LAERTES.

Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

El mismo.

LAERTES.

Le conozco bien, y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO.

Pues este, hablando de tí públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque; tanto, que dijo alguna vez que sería un espectáculo admirable el verte lidiar con otro de igual mérito, si pudiera hallarse; puesto que, segun aseguraba él mismo, los mas diestros de su nacion carecian de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimias con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de esto...

LAERTES.

¿Y qué hay además de eso, señor?

CLAUDIO.

Laertes, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando las falta un corazon?

LAERTES.

¿Por qué lo preguntais?

CLAUDIO.

No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor (15) está sujeto al tiempo, y que el tiempo estingue su ardor y sus centellas, segun me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pábilo que la destruye al fin; nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en plétora perece por su propio exceso. Quanto nos proponemos hacer debería ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece, segun las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces aquel estéril deseo es semejante á un suspiro que exhalando pródigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve... ¿Qué accion emprenderias tú para manifestar mas con las obras que con las palabras que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.

Cierto que no debería un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer limites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré: Permanece oculto en tu cuarto; quando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido; yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre á los elogios que hizo de tí francés. Por último (16), llegareis á veros; se harán apuestas en favor de uno y otro.... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floreates; de suerte, que te será muy facil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin boton, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfaccion de la muerte de tu padre.

Here was a gentleman of Normandy, —  
I have seen myself, and serv'd against, the French,  
And they can well on horseback: but this gallant  
Had witchcraft in't; he grew unto his seat;  
And to such wondrous doing brought his horse,  
As he had been incorp'd and demi-natur'd  
With the brave beast: so far he topp'd my thought,  
That I, in forgery of shapes and tricks,  
Come short of what he did.

LAERTES.

A Norman, was't?

KING.

A Norman.

LAERTES.

Upon my life, Lamord.

KING.

The very same.

LAERTES.

I know him well: he is the brooch, indeed,  
And gem of all the nation.

KING.

He made confession of you;  
And gave you such a masterly report,  
For art and exercise in your defence,  
And for your rapier most especial,  
That he cried out 'twould be a sight indeed,  
If one could match you: the scrimers of their nation,  
He swore, hat neither motion, guard, nor eye,  
If you oppos'd them: Sir this report of his  
Did Hamlet so envenom with his envy,  
That he could nothing do, but wish and beg  
Your sudden coming o'er, to play with you.  
Now, out of this, —

LAERTES.

What out of this, my lord?

KING.

Laertes, was your father dear to you?  
Or are you like the painting of a sorrow,  
A face without a heart?

LAERTES.

Why ask you this?

KING.

Not that I think, you did not love your father;  
But that I know, love is begun by time;  
And that I see, in passages of proof,  
Time qualifies the spark and fire of it.  
There lives within the very flame of love  
A kind of wick, or snuff, that will abate it;  
And nothing is at a like goodness still:  
For goodness, growing to a pleurisy,  
Dies in his own too-much: that we would do,  
We should do when we would; for this would changes,  
And hath abatements and delays as many,  
As there are tongues, are hands, are accidents;  
And then this should be like a spendthrift sigh,  
That hurts by easing. But, to the quick o'the ulcer:  
Hamlet comes back; what would you undertake,  
To show yourself indeed your fathers' son  
More than in words?

LAERTES.

To cut his throat i'the church.

KING.

No place, indeed, should murder sanctuarize;  
Revenge should have no bounds. But, good Laertes,  
Will you do this, keep close within your chamber:  
Hamlet, return'd, shall know you are come home:  
We'll put on those shall praise your excellence,  
And set a double varnish on the fame  
The Frenchman gave you; bring you, in time, together,  
And wager o'er your heads: he, being remiss,  
Most generous, and free from all contriving,  
Will not peruse the foils; so that, with ease,  
Or with a little shuffling, you may choose  
A sword unbated, and, in a pass of practice,  
Requite him for your father.



## LAERTES

Así lo hare, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatán, de cualidad tan mortífera, que mojado un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque muera.

CLAUDIO.

Reflexionemos mas sobre esto.... Examinemos qué ocasion, qué medios serán mas oportunos á nuestro engaño; porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecucion se descubren los fines, valiera mas no haberlo emprendido. Conviene pues que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera.... Déjame ver si... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida espresamente una copa, que al gustarla solo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero.... calla.... ¿Qué ruido se escucha?

(Suena ruido dentro.)

## ESCENA XXIV.

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

¿Qué ocurre de nuevo, amada reina?

GERTRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

¿Ahogada!... ¿En dónde?... ¡Cielos!

GERTRUDIS.

Donde (17) hallareis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, hortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y estendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.

Qué, ¿en fin se ahogó? ¡Misero!

GERTRUDIS.

Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demasiada (18) agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre, por mas que el valor se avergüence.... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde... Adios, señores... Mis palabras de fuego arderían en llamas, si no las apagasen estas lágrimas imprudentes. (Vase Laertes.)

CLAUDIO.

Sigámosle, Gertrudis, que después de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

## LAERTES.

I will do't :

And, for the purpose, I'll anoint my sword.  
I bought an unction of a mountebank,  
So mortal, that, but dip a knife in it,  
Where it draws blood, no cataplasm so rare,  
Collected from all simples that have virtue  
Under the moon, can save the thing from death,  
That is but scratch'd withal : I'll touch' my point  
With this contagion; that, if I gall him slightly,  
It may be death.

KING.

Let's further think of this ;

Weigh, what convenience, both of time and means,  
May fit us to our shape : if this should fail,  
And that our drift look through our bad performance,  
'Twere better not assay'd; therefore this project  
Should have a back, of second, that might hold,  
If this should blast in proof. Soft; — let me see : —  
We'll make a solemn wager on your cunning, —  
I ha't :  
When in your motion you are hot and dry,  
(As make your bouts more violent to that end,)  
And that he calls for drink, I'll have prefer'd him  
A chalice for the nonce; whereon but sipping,  
If he by chance escape your venom'd stuck;  
Our purpose may hold there. But stay, what noise?

Enter Queen.

How now, sweet queen?

QUEEN.

One woe doth tread upon another's heel,  
So fast they follow: — Your sister's drown'd, Laertes.

LAERTES.

Drown'd! O, where?

QUEEN.

There is a willow grows ascaunt the brook,  
That shows his hoar leaves in the glassy stream;  
Therewith fantastic garlands did she make  
Of crow-flowers, nettles, daisies, and long purples,  
That liberal shepherds give a grosser name,  
But our cold maids do dead men's fingers call them :  
There on the pendent boughs her coronet weeds  
Clambering to hang, an envious sliver broke;  
When down her weedy trophies, and herself,  
Fell in the weeping brook. Her clothes spread wide,  
And, mermaid-like, a while they bore her up;  
Which time, she chanted snatches of old tunes;  
As one incapable of her own distress,  
Or like a creature native and indur'd  
Unto that element : but long it could not be,  
Till that her garments, heavy with their drink,  
Pull'd the poor wretch from her melodious lay  
To muddy death.

LAERTES.

Alas then, she is drown'd?

QUEEN.

Drown'd, drown'd.

LAERTES.

Too much of water hast thou, poor Ophelia,  
And therefore I forbid my tears : but yet  
It is our trick ; nature her custom holds,  
Let shame say what it will : when these are gone,  
The woman will be out. — Adieu, my lord !  
I have a speech of fire, that fain would blaze,  
But that this folly drowns it. (Exit.)

KING.

Let's follow, Gertrude ;

How much I had to do to calm his rage!  
Now fear I, this will give it start again;  
Therefore, let's follow.

(Exeunt.)

## ACTO V.

## ESCENA PRIMERA.

*Cementerio contiguo á una iglesia.*

SEPULTUREROS PRIMERO Y SEGUNDO.

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvación?

SEPULTURERO SEGUNDO.

Digote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entierren en sagrado.

SEPULTURERO PRIMERO.

Yo no entiendo cómo va eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Así han juzgado que fué.

SEPULTURERO PRIMERO.

No, no, eso fué *se offendendo*; ni puede haber sido de otra manera, porque... ve aquí el punto de la dificultad: Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una acción, y toda acción consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar, de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Qué!... Pero óigame ahora el tío Socaba.

SEPULTURERO PRIMERO.

No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien... Pues, señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; porque por fas ó por nefas, ello es que él va.... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene acia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte no se acorta la vida.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Y qué, ¿hay leyes para eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

Ya se ve que las hay, y por ellas se guía el juez que examina estos casos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarían en sagrado.

SEPULTURERO PRIMERO.

En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demás cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadón... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuelas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesión de Adán.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues qué, ¿Adán fué caballero? (2)

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! como que fué el primero que llevó armas... Pero voy á hacerte una pregunta, y si no me respondes á cuento, has de confesar que eres un...

SEPULTURERO SEGUNDO.

Adelante.

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Cuál es el que construye edificios mas fuertes que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navios?

SEPULTURERO SEGUNDO.

El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO PRIMERO.

Agudo eres, por vida mía. Buen edificio es la horca;

## ACT V.

## SCENE I.

*A Church-yard.**Enter two Clowns, with spades, etc.*

1 CLOWN.

Is she to be buried in christian burial, that wilfully seeks her own salvation?

2 CLOWN.

I tell thee, she is; therefore make her grave straight: the crowner hath set on her, and finds it christian burial.

1 CLOWN.

How can that be, unless she drowned herself in her own defence?

2 CLOWN.

Why, 'tis found so.

1 CLOWN.

It must be *se offendendo*; it cannot be else. For here lies the point: If I drown myself wittingly, it argues an act: and an act hath three branches; it is, to act, to do and to perform: argal, she drowned herself wittingly.

2 CLOWN.

Nay, but hear you, Goodman Delver.

1 CLOWN.

Give me leave. Here lies the water; good: here stands the man; good: if the man go to the water, and drown himself, it is, will he, nill he, he goes; mark you that: but if the water come to him, and drown him, he drowns not himself: argal, he, that is not guilty of his own death, shortens not his own life.

2 CLOWN.

But is this law?

1 CLOWN.

Ay, marry is't; crowner's-quest law.

2 CLOWN.

Will you ha'the truth on't? If this had not been gentleman, she should have been buried out of christian burial.

1 CLOWN.

Why, there thou say'st: and the more pity, that great folks shall have countenance in this world to drown or hang themselves, more than their even christian. Come, my spade. There is no ancient gentlemen but gardeners, ditchers, and gravemakers; they hold up Adam's profession.

2 CLOWN.

Was he a gentleman?

1 CLOWN.

He was the first that ever bore arms.

2 CLOWN.

Why, he had none.

1 CLOWN.

What, art a heathen? How dost thou understand the scripture? The scripture says, Adam digged: could he dig without arms? I'll put another question to thee: if thou answerest me not to the purpose, confess thyself—

2 CLOWN.

Go to.

1 CLOWN.

What is he, that build's stronger than either the mason, the shipwright, or the carpenter?

2 CLOWN.

The gallows-maker; for that frame outlives a thousand tenants.

1 CLOWN.

I like thy wit well, in good faith; the gallows does wel:



pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia; con que la horca podría ser buena para tí... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Cuál es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navios?

SEPULTURERO PRIMERO.

Sí, dímelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO PRIMERO.

Pues vamos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO PRIMERO.

Vaya, no terompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el día del juicio?... Anda, ve ahí a casa de Juanillo, y tráeme una copa de aguardiente.

## ESCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO PRIMERO.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando*.

Yo amé en mis primeros años,  
Dulce cosa lo juzgué;  
Pero casarme, eso no,  
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

¡Qué poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando*.

La edad callada en la huesa  
Me hundió con mano cruel,  
Y toda se destruyó  
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podría tambien cantar... ¡Cómo la tira al suelo el picaro! Como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podría ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano que diria : felicísimos días, señor escelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor? Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedirsele prestado después. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

¡Oh! sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas.... Pero ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?... ¡Eh! Los míos se estreñecen al considerarlo.

but how does it vell? it does well to those that do ill: now than dost ill, to say, the gallows is built stronger than the churck; argal, the gallows may do well to thee. To't again; come.

2 CLOWN.

Who builds stronger than a mason, a shipwright, or a carpenter?

1 CLOWN.

Ay, tell me that, and unyoke.

2 CLOWN.

Marry, now I can tell.

1 CLOWN.

To't.

2 CLOWN.

Mass, I cannot tell.

*Enter Hamlet and Horatio, at a distance.*

1 CLOWN.

Cudgel thy brains no more about it; for your dull ass will not mend his pace with heating: and, when you are asked this question next, say, a gravemaker; the houses that he makes, last till doomsday. Go, get thee to Yaughan, and fetch me a stoup of liquor. *(Exit 2 Clown.)*

1 Clown *digs, and sings.*

*In youth, when I did love, did love,  
Methought, it was very sweet,  
To contract, O, the time, for, ah, my behove,  
O, methought, there was nothing meet.*

HAMLET.

Has this fellow no feeling of his business? he sings at grave-making.

HORATIO.

Custom hath made it in him a property of easiness

HAMLET.

'Tis e'en so: the hand of little employment hath the daintier sense.

1 CLOWN.

*But age, with his stealing s'teps.  
Hath claw'd me in his clutch,  
And hath shipped me into the land,  
As if I had never been such.* *(Sings.)*

*(Throws up a scull.)*

HAMLET.

That scull had a tongue in it, and could sing once: How the knave jowls it to the ground, as if it were Cain's jaw-bone, that did the first murder! This might be the pate of a politician, which this ass now o'er-reaches; one that would circumvent God, might it not?

HORATIO.

It might, my lord.

HAMLET.

Or of a courtier; which could say, *Good morrow, sweet lord! How dost thou, good lord?* This might be my lord such-a-one's hat praised my lord such-a-one's horse, when he meant to beg it; might it not?

HORATIO.

Ay, my lord.

HAMLET.

Why, e'en so: and now my lady Worm's; chapless, and knocked about the mazzard with a sexton's spade: here's fine revolution, and we had the trick to see't. Did these bones cost no more the breeding, but to play at loggats with them? mine ache to think on't.

SEPULTURERO PRIMERO, cantando.

Una piqueta  
Con una azada,  
Un lienzo donde  
Revuelto vaya,  
Y un hoyo en tierra  
Que le preparen:  
Para tal huésped  
Eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra, ¿por qué no podría ser la calavera de un letrado?... ¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribon grosero le golpee contra la pared con el azadon lleno de barro?... ¿Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!.. Este sería quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos.... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas: todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrían difícilmente en su ataúd, y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño capaz de cubrirse con un par de sus escrituras.... ¡Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedarán mas.

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Sí, señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

Pues dígame, que son mas irracionales que las terneras y carteros los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos..... Voy á tramitar conversacion con este hombre. (*Al sepulturero.*) ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO PRIMERO.

Mia, señor (*S.*) (*Cantando.*)

Y un hoyo en tierra  
Que le preparen:  
Para tal huésped  
Eso le basta.

HAMLET.

Sí; yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella. Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO PRIMERO.

Ve ahí un mentis demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.

¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO PRIMERO.

No es hombre, señor.

HAMLET.

Pues bien, ¿para qué mujer?

SEPULTURERO PRIMERO.

Tampoco es eso.

HAMLET.

¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO PRIMERO.

Un cadáver que fué mujer; pero ya murió... Dios la perdona.

HAMLET.

¿Qué taimado es! Háblémosle clara y sencillamente, porque si no, es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuánto se va sutizando la edad en que vivimos.... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talon... ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

1 CLOWN.

*A pickaxe, and a spade, a spade,* (*Sings.*)  
*For—and a shrouding sheet:*  
*O, a pit of clay for to be made*  
*For such a guest is meet.*

(*Throws up a skull.*)

HAMLET.

There's another: why may not that be the scull of alawyer? Where be his quiddits now, his quillets, his cases, his tenures, and his tricks? why does he suffer this rude knave now to knock him about the sconce with a dirty shovel, and will not tell him of his action of battery? Humph! This fellow might be in's time a great buyer of land, with his statutes, his recognizances, his fines, his double vouchers, his recoveries: is this the fine of his fines, and the recovery of his recoveries, to have his fine pate full of fine dirt? will his vouchers vouch him no more of his purchases, and double ones too, than the length and breadth of a pair of indentures? The very conveyances of his lands will hardly lie in this box; and must the inheritor himself have no more? ha?

HORATIO.

Not a jot more, my lord.

HAMLET.

Is not parchment made of sheep-skins?

HORATIO.

Ay, my lord, and calves-skins too.

HAMLET.

They are sheep, and calves, which seek out assurance in that. I will speak to this fellow:—Whose grave's this, sarrah?

1 CLOWN.

Mine, sir.—

*O, a pit of clay for to be made* (*Sings.*)  
*For such a guest is meet.*

HAMLET.

I think it be thine, indeed; for thou liest in't.

1 CLOWN.

You lie out on't, sir, and therefore it is not yours: for my part, I do not lie in't, yet it is mine.

HAMLET.

Thou dost lie in't, to be in't, and say it is thine: 'tis for the dead, and not for the quick: therefore thou liest.

1 CLOWN.

'This a quick lie, sir; 'twill away again, from me to you.

HAMLET.

What man dost thou dig it for?

1 CLOWN.

For no man, sir.

HAMLET.

What woman, then?

1 CLOWN.

For none, neither.

HAMLET.

Who is to be buried in't?

1 CLOWN.

One that was a woman, sir; but, rest her soul, she's dead.

HAMLET.

How absolute the knave is! we must speak by the card, or equivocation will undo us. By the lord, Horatio, these three years I have taken note of it: the age is grown so picked, that the toe of the peasant comes so near the heel of the courtier, he galls his kibe.—How long hast thou been a gravemaker?



SEPULTURERO PRIMERO.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el día que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbrás.

HAMLET.

¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! ¿No lo sabéis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo día en que nació el jóven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

HAMLET.

¿Por qué?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porqué allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO PRIMERO.

De un modo muy extraño, según dicen.

HAMLET.

¿De qué modo?

SEPULTURERO PRIMERO.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, ¿qué motivo dió lugar á á eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO PRIMERO.

De suerte que si él no corrompia ya en vida (como nos sucede todos los días con muchos cuerpos galicados, que no hay por dónde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO PRIMERO.

Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quién es?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Mayor hideputa, loco!.... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.

Yo ¿cómo he de saberlo?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rin por los cabezones....Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del rey.

(El sepulturero le da una calavera á Hamlet.)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO PRIMERO.

La misma.

HAMLET.

¡Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número... ¿Qué se

1 CLOWN.

Of all the days i'the year, I came to't that day that our last king Hamlet overcame Fortinbras.

HAMLET.

How long's that since?

1 CLOWN.

Cannot yout tell that? every fool can tell that: It was that very day that young Hamlet was born: he that is mad, and sent into England.

HAMLET.

Ay, marry, why was he sent into England?

1 CLOWN.

Why, because he was mad: he shall recover his wits there; or, if he do not, 'tis no great matter there.

HAMLET.

Why?

1 CLOWN.

'Twill not be seen in him there; there the men are as mad as he.

HAMLET.

How came he mad?

1 CLOWN.

Very strangely, they say.

HAMLET.

How strangely?

1 CLOWN.

'Faith, e'en with losing his wits.

HAMLET.

Upon what ground?

1 CLOWN.

Why, here in Denmark; I have been sexton here, man and boy, thirty years.

HAMLET.

How long will a man lie i'the earth ere he rot?

1 CLOWN.

'Faith, if he be not rotten before he die, (as we have many pocky corses now-a-days, that will scarce hold the laying in,) he will last you some eight year, or nine year: a tanner will last you nine year.

HAMLET.

Why he more than another?

1 CLOWN.

Why, sir, his hide is so tanned with his trade, that he will keep out water a great while; and your water is a sore decayer of your whoreson dead body. Here's a scull now hath lain you i'the earth three-and-twenty years.

HAMLET.

Whose was it?

1 CLOWN.

A whoreson mad fellow's it was. Whose do you think it was?

HAMLET.

Nay, I know not.

1 CLOWN.

A pestilence on him for a mad rogue! he poured a flagon of Rhenish on my bead once. This same scull, sir was Yorick's scull, the king's jester.

HAMLET.

This?

1 CLOWN.

E'en that.

HAMLET.

Alas, poor Yorick!—I knew him, Horatio; a fellow of infinite jest, of most excellent fancy: he hath borne me on his back a thousand times! and now, how abhorred in my imagination it is! my gorge rises at it. Here hung those lips, that I have kissed I know not how oft. Where be

(Takes the scull)

hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, faltar ya enteramente de músculos, ni aun puedes reírte de tu propia deformidad... Ve al tocador de alguna de nuestras damas, y dila para escuchar su risa, que por más que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de experimentar esta misma transformación... *(Tira la calavera al monton de tierra inmediato á la sepultura.)* Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cuál es, señor?

HAMLET.

¿Crees tú que Alejandro metido debajo de tierra tendría esa forma horrible?

HORACIO.

Cierto que sí.

HAMLET.

¿Y exhalaría este mismo hedor?... ¡Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

*(El sepulturero primero, acabada la escavacion, sale de la sepultura y se pasea acia el fondo del teatro. Viene después el sepulturero segundo, que trae el aguadiente; beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.)*

HAMLET.

¿En qué abatimiento hemos de parar, Horacio!... Y ¿por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algún barril?

HORACIO.

A fe, que sería escusiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... Y ¿por qué con este barro, en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos á un lado, que... Sí... aquí viene el rey, la reina, los grandes... ¿A quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es este!... Todo ello me anuncia, que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad... Ocultémonos un poco, y observa.

## ESCENA III.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS, ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

*(Conlucen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detrás sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.)*

LAERTES.

¿Qué otra ceremonia falta (6)?

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, joven muy ilustre.

LAERTES.

¿Qué ceremonia falta?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las

your gibes now? your gambols? your songs? your flashes of merriment, that were wont to set the table on a roar? Not one now, to mock your own grinning? quite chap-fallen? Now get you to my lady's chamber, and tell her, let her paint an inch thick, to this favour she must come; make her laugh at that.—Prythee, Horatio, tell me one thing.

HORATIO.

What's that, my lord?

HAMLET.

Dost thou think Alexander looked o'this fashion i'the earth?

HORATIO.

E'en so.

HAMLET.

And smelt so? pah!

*(Throws down the scull.)*

HORATIO.

E'en so, my lord.

HAMLET.

To what base uses we may return, Horatio? Why may not imagination trace the noble dust of Alexander, till he find it stopping a bung hole?

HORATIO.

'Twere to consider too curiously, to consider so.

HAMLET.

No, faith not a jot; but to follow him thither with modesty enough, and likelihood to lead it. As thus. Alexander died, Alexander was buried, Alexander returneth to dust; the dust is earth; of earth we make loam: and why of that loam, whereto he was converted, might they not stop a beer-barrel?

Imperious Caesar, dead, and turn'd to-clay,  
Might stop a hole to keep the wind away:  
O, that the earth, which kept the world in awe,  
Should patch a wall to expel the winter's flaw!

But soft! but soft! aside!—Here comes the king.

*Enter Priests, etc. in procession; the corpse of Ophelia, Laertes, and Mourners, following; King, Queen, their trains, etc.*

The queen, the courtiers. Who is this they follow?  
And with such maimed rites! This doth betoken,  
The corse, they follow, did with desperate hand  
Foredo its own life. 'Twas of some estate:  
Couch we a while, and mark.

*(Retiring with Horatio.)*

LAERTES.

What ceremony else?

HAMLET.

That is Laertes,

A very noble youth:—Mark.

LAERTES.

What ceremony else?

I PRIEST.

Her obsequies have been as far enlarg'd  
As we have warranty: Her death was doubtful;  
And, but that great command o'ersways the order,



leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas?

EL CURA.

No, mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra, pues. (*Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¿Qué!... ¿La hermosa Ofelia!

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparse flores sobre el cadáver.*) Adios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento!... No... esperad un instante; no echeis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano bagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul estremidad del olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oírle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va acia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides..... Quitá esos (7) dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle..... Quitá de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

¿Hamlet! ¿Hamlet!

TODOS.

¿Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Qué causa puede haber, hijo mio?

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor esceder al mio... ¿Qué quieres hacer por ella. Di.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

She should in ground unsanctified have lodg'd  
Till the last trumpet; for charitable prayers,  
Shards, flints, and pebbles, should be thrown on her:  
Yet here she is allowed her virgin crants,  
Her maiden strewments, and the bringing home  
Of bell and burial.

LAERTES.

Must there no more be done?

¡PRIEST.

No more be done!

We should profane the service of the dead,  
To sing a *requiem*, and such rest to her  
As to peace-parted souls.

LAERTES.

Lay her i'the earth;—  
And from her fair and unpolluted flesh,  
May violets spring!—I tell thee, churlish priest,  
A minist'ring angel shall my sister be,  
When thou liest howling.

HAMLET.

What, the fair Ophelia!

QUEEN.

Sweets to the sweet. Farewell!

(*Scattering flowers.*)

I hop'd thou should'st have been my Hamlet's wife;  
I thought, thy bride-bed to have deck'd, sweet maid,  
And not have strew'd thy grave.

LAERTES.

O, treble woe  
Fall ten times treble on that cursed head,  
Whose wicked deed thy most ingenious sense  
Depriv'd thee of!—Hold off the earth a while,  
Till I have caught her once more in mine arms:

(*Leaps into the grave.*)

Now pile your dust upon the quick and dead;  
Till of this flat a mountain you have made,  
Ta o'er-top old Pelion, or the skyish head  
Of blue Olympus.

HAMLET.

(*Advancing.*) What is he, whose grief,  
Bears such an emphasis? whose phrase of sorrow  
Conjures the wand'ring stars, and makes them stand  
Like wonder-wounded hearers? this is I,  
Hamlet the Dane.

(*Leaps into the grave.*)

LAERTES.

The devil take thy soul!

(*Grappling with him.*)

HAMLET.

Thou pray'st not well.

I pry'thee, take thy fingers from my throat;  
For, though I am not splenetic and rash,  
Yet have I in me something dangerous,  
Which let thy wisdom fear. Hold off thy hand.

KING.

Pluck them asunder.

QUEEN.

Hamlet, Hamlet!

ALL.

Gentlemen,—

HORATIO.

Good my lord, be quiet.

(*The attendants part them, and they come out of the grave.*)

HAMLET.

Why, I will fight with him upon this theme,  
Until my eyelids will no longer wag.

QUEEN.

O, my son! what theme?

HAMLET.

I lov'd Ophelia; forty thousand brothers  
Could not, with all their quantity of love,  
Make up my sum.—What wilt thou do for her

KING.

O, he is mad, Laertes.

QUEEN.

For love of God, forbear him.

HAMLET.

Dime lo que intentas hacer. (*Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (8), devorar un caimán? Yo lo haré también.... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparacion un terron pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero después, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crías, le vereis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Óyeme: ¿cuál es la razon de obrar así conmigo?... Siempre te he querido bien... Pero..... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará y el perro quedará vencedor.

(*Vase Hamlet, y Horacio le sigue.*)

CLAUDIO.

Horacio, ve, no le abandones.... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortalecerá tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozaremos brevemente horas mas tranquilas; pero entre tanto conviene sufrir.

## ESCENA IV.

*Salon del palacio, el mismo que sirvió para la representación, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.*

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demás; pero, ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No lie de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9), amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo... Si, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran; prueba certisima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Así es la verdad.

HAMLET.

Salge pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la oscuridad, llevo hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del rey. Una órden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y... ¡oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo... En fin, decia que luego que fuese leida, sin dilacion ni aun para afinar á la segur el filo, me cortase la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

TOMO II.

HAMLET.

'Zounds, show me what thou'lt do:  
Woul't weep? woul't fight? woul't fast? woul't tear thyself?  
Woul't drink up Esil? eat a crocodile?  
I'll do't.—Dost thou come here to whine?  
To outface me with leaping in her grave?  
Be buried quick with her, and so will I:  
And, if thou prate of mountains, let them throw  
Millions of acres on us; till our ground,  
Singeing his pate against the burning zone,  
Make Ossa like a wart! Nay, an thou'lt mouth,  
I'll rant as well as thou.

QUEEN.

This is mere madness.

And thus á while the fit will work on him;  
Anon, as patient as the female dove,  
When that her golden couplets are disclos'd,  
His silence will sit dropping.

HAMLET.

Hear you, sir  
What is the reason that you use me thus?  
I lov'd you ever: but it is no matter;  
Let Hercules himself do what he may,  
The cat will mew, and dog will have his day. (*Exit.*)

KING.

I pray the, good Horatio, wait upon him.

Strengthen your patience in our hast night's speech;  
(*Exit Horatio*  
(*To Laertes.*)

We'll put the matter to the present push.—  
Good Gertrude, set some watch over your son.—  
This grave shall have a living monument:  
An hour of quiet shortly shall we see;  
Till then, in patience our proceeding be. (*Exeunt.*)

## SCENE II.

*A Hall in the Castle.*

*Enter HAMLET and HORATIO.*

HAMLET.

So much for this, sir; now shall you see the other;—  
You do remember all the circumstance?

HORATIO.

Remember it, my lord!

HAMLET.

Sir, in my heart there was a kind of fighting,  
That would not let me sleep: methought, I lay  
Worse than the mutines in the bilboes. Rashly,  
And prais'd be rashness for it.—Let us know,  
Our indiscretion sometimes serves us well,  
When our deep plots do pall; and that should teach us,  
There's a divinity that shapes our ends,  
Rough-hew then how we will.

HORATIO.

That is most certain.

HAMLET.

Up from my cabin,  
My sea-gown scarf'd about me, in the dark  
Grop'd I to find out them: had my desire;  
Finger'd their packet; and, in fine, withdrew  
To mine own room again: making so bold,  
My fears forgetting manners, to unseal  
Their grand commission: where I found, Horatio,  
A royal knavery; an exact command,—  
Larded with many several sorts of reasons.  
Importing Denmark's health, and England's too,  
With, ho! such bugs and goblins in my life.—  
That, on the supervise, no leisure bated,  
No, not to stay the grinding of the axe,  
My head should be struck off.

HORATIO.

Is't possible?



HAMLET.

Mira la órden aquí; (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardársele.*) podrás leerla en mejor ocasion. Pero, ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habian empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una órden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenia?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad floreceria como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras espresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último que vista que fuese aquella carta, sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y cómo la pudisteis sellar?

HAMLET.

Aun eso tambien parece que lo dispuso el cielo; porque felizmente traia conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonorado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan alevés... ¿no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No sera culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer, como hasta aquí, maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entre tanto el tiempo es mio, y para quitar á un hombre la vida un instante basta... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi sentimiento la imágen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas irritó en esceso mi cólera.

HORACIO.

Callad... ¿Quién viene aquí?

HAMLET.

Here's the commission: read it at more leisure. But wilt thou hear now how I did proceed?

HORATIO.

Ay, 'beseech you.

HAMLET.

Being thus benetted round with villanies, Or I could make a prologue to my brains, They had begun the play:—I sat me down; Devis'd a new commission; wrote it fair: I once did holt it, as our statists do, A baseness to write fair, and labour'd much How to forget that learning: but, sir, now It did me yeoman's service. Wilt thou know The effect of what I wrote?

HORATIO.

Ay, good my lord.

HAMLET.

An earnest conjuration from the king,— As England was his faithful tributary; As love between them, like the palm, might flourish, As peace should still her wheaten garland wear, And stand a comma 'tween their amities; And many such like as's of great charge.— That, on the view and knowing of these contents, Without debate further, more, or less, He shoul the bearers put to sudden death, Not shriving-time allow'd.

HORATIO.

How was this seal'd?

HAMLET.

Why, even in that was heaven ordinant; I had my father's signet in my purse, Which was the model of that Danish seal: Folded the writ up in form of the other; Subscrib'd it; gave't the impression; plac'd it safely, The changeling never known. Now, the next day Was our sea-fight: and what to this was sequent Thou know'st already.

HORATIO.

So Guildenstern and Rosencrantz go to't.

HAMLET.

Why, man, they did make love to this employment; They are not near my conscience; their defeat Does by their own insinuation grow: 'Tis dangerous, when to baser nature comes Between the passe and fell incensed points Of mighty opposites.

HORATIO.

Why, what a king is this!

HAMLET.

Does it not, think thee, stand me now upon? He, that hath kill'd my king, and whor'd my mother; Popp'd in between the election and my hopes; Thrown out his angle for my proper life, And with such cozenage; is't not perfect conscience, To quit him with this arm? and is't not to be damn'd, To let this canker of our nature come In further evil?

HORATIO.

It must be shortly known to him from England, What is the issue of the business there.

HAMLET.

It will be short: the interim is mine; And a man's life's no more than to say, one. But I am very sorry, good Horatio, That to Laertes I forgot myself; For by the image of my cause, I see The portraiture of his: I'll count his favours: But, sure, the bravery of his grief did put me Into a towering passion.

HORATIO.

Peace; who comes here?

## ESCENA V.

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE.

ENRIQUE.

En hora (10) feliz haya regresado V. A. á Dinamarca.

HAMLET.

Muchas gracias, caballero... ¿Conoces á este moscon?

HORACIO.

No, señor.

HAMLET.

Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por mas que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del rey... Es la corneja mas charlera que en mi vida he visto; pero, como te he dicho ya, posee una gran porcion de polvo.

ENRIQUE.

Amable principe, si vuestra grandeza no tiene ocupacion que se lo estorbe, yo le comunicaria una cosa de parte del rey.

HAMLET.

Estoy dispuesto á oirla con la mayor atencion... Pero emplead el sombrero en el uso á que fué destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

ENRIQUE.

Muchas gracias, señor... ¡Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.

No, al contrario, muy frio. El viento es norte.

ENRIQUE.

Cierto, que hace bastante frio.

HAMLET.

Antes yo creo... á lo menos para mi complexion hace un calor que abraza.

ENRIQUE.

¡Oh! en estremo... sumamente fuerte, como... yo no sé cómo diga.. Pues, señor, el rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.

Tened presente que el sombrero se...

ENRIQUE.

¡Oh! señor... lo hago por comodidad... cierto... Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la corte... ¡Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Escelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cier-to, hablando sin pasion, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

La pintura que de él haceis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes se confundirian la aritmética y la memoria, y ambas serian insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallara su semejanza sino en su mismo espejo; pues el que presume buscarla en otra parte solo encontrará bosquejos informes.

ENRIQUE.

V. A. acaba de hacer justicia imparcial en cuánto ha dicho de él.

HAMLET.

Sí; pero sépase á qué propósito nos enronquecemos ahora, entremetiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galán.

ENRIQUE.

¿Cómo decís, señor?

HORACIO.

¿No fuera mejor que le hablarais con mas claridad? Yo creo, señor, que no os seria dificil.

*Enter Osric.*

OSRIC.

Your lordship is right welcome back to Denmark.

HAMLET.

I humbly tank you, sir.—Dost know this water-fly?

HORATIO.

No, my good lord.

HAMLET.

Thy state is the more gracious; for'tis a vice to know him: he hath much land, and fertile; let a beast be lord of beasts, and his crib shall stand at the king's mess. 'Tis a chough; but, as I say, spacious in the possession of dirt.

OSRIC.

Sweet lord, if your lordship were of leisure, I should impart a thing to you from his majesty.

HAMLET.

I will receive it, sir, with all diligence of spirit. Your bonnet to his right use; 'tis for the head.

OSRIC.

I thank your lordship, 'tis very hot.

HAMLET.

No, believe me, 'tis very cold; the wind is northerly.

OSRIC.

It is indifferent cold, my lord, indeed.

HAMLET.

But yet, methinks, it is very sultry and hot; or my complexion—

OSRIC.

Exceedingly, my lord; it is very sultry,—as 'twere,—I cannot tell how.—My lord, his majesty bade me signify to you, that he has laid a great wager on your head.—Sir, this is the matter—

HAMLET.

I beseech you remember —

*(Hamlet moves him to put on his hat.)*

OSRIC.

Nay, good my lord; for my ease, in good faith.—Sir, here is newly come to court, Laertes: believe me, an absolute gentleman, full of most excellent differences, of very soft society, and great showing: indeed, to speak feelingly of him, he is the card or calendar of gentry, for you shall find in him the continent of what part a gentleman would see.

HAMLET.

Sir, his definement suffers no perdition in you;—though, I know, to divide him inventorially, would dizzy the arithmetic of memory; and yet but raw neither, in respect of his quick sail. But, in the verity of extolment, I take him to be a soul of great article; and his infusion of such dearth and rareness, as, to make true diction of him, his semblable is his mirror; and, who else would trace him, his umbrage, nothing more.

OSRIC.

Your lordship speaks most infallibly of him.

HAMLET.

Tho concernancy, sir? why do we wrap the gentleman in our more rawer breath?

OSRIC.

Sir?

HORATIO.

Is't not possible to understand in another tongue? You will do't, sir, really.



HAMLET.

Digo que ¿a qué viene ahora hablar de ese caballero?

ENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡Eh! ya vació cuánto tenía, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Sí, señor, de ese mismo.

ENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinión no me añadiría un gran concepto... Y bien, ¿qué más?

ENRIQUE.

Decía, que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien a otro es menester conocerse bien á sí mismo.

ENRIQUE.

Yo lo decía por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y qué arma es la suya?

ENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya, adelante.

ENRIQUE.

Pues, señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¿Cureñas como ellas!.. ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

Y ¿a qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

ENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET.

La espresion seria mucho mas propia, si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el diuamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

ENRIQUE.

El rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y él dice, que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

ENRIQUE.

Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

HAMLET.

Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala; porque si S. M. no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Traiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

HAMLET.

What imports the nomination of this gentleman?

OSRIC.

Of Laertes?

HORATIO.

His purse is empty already; all his golden words are spent.

HAMLET.

Of him, sir.

OSRIC.

I know, you are not ignorant—

HAMLET.

I would you did, sir; yet, in faith, if you did, it would not much approve me:—well, sir.

OSRIC.

You are not ignorant of what excellence Laertes is—

HAMLET.

I dare not confess that, lest I should compare with him in excellence; but, to know a man well, were to know himself.

OSRIC.

I mean, sir, for his weapon; but in the imputation laid on him by them, in his meed he's unfellowed.

HAMLET.

What's his weapon?

OSRIC.

Rapier and dagger.

HAMLET.

That's two of his weapons: but, well.

OSRIC.

The king, sir, hath wagered with him six Barbary horses: against the which he has impawned, as I take it, six French rapiers and poniards, with their assigns, as girdle hangers, and so: three of the carriages, in faith, are very dear to fancy, very responsive to the hilts, most delicate carriages, and of very liberal conceit.

HAMLET.

What call you the carriages?

HORATIO.

I knew, you must be edified by the margent, ere you had done.

OSRIC.

The carriages, sir, are the hangers.

HAMLET.

The phrase would be more german to the matter, if we could carry a cannon by our sides; I would, it might be hangers till then. But, on: six Barbary horses against six French sword, their assigns, and three liberal conceited carriages; that's the French bet against the Danish: why is this impawned, as you call it?

OSRIC.

The king, sir, hath laid, that in a dozen passes between yourself and him, he shall not exceed you three hits: he hath laid, on twelve for nine; and it would come to immediate trial, if your lordship would vouchsafe the answer

HAMLET.

How, if I answer, no?

OSRIC.

I mean, my lord, the opposition of your person in trial.

HAMLET.

Sir, I will walk here in the hall: if it please his majesty it is the breathing time of day with me: let the foils be brought, the gentleman willing, and the king hold his purpose, I will win for him, if I can; if not, I will gain nothing but my shame, and the odd hits.

ENRIQUE.

Con que ¿lo diré en esos términos?

HAMLET.

Esta es la sustancia; después lo podeis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

ENRIQUE.

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.

Siempre vuestro, siempre.

**ESCENA VI.**

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

El hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

Sí, y aun antes de mamar hacia ya cumplimientos á la teta... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del día con esa exterioridad halagüena y obsequiosa... y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma, que por mas que hierva y abulte, al dar un soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

**ESCENA VII.**

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO.

CABALLERO.

Señor, parece que S. M. os envió un recado con el joven Enrique, y este ha vuelto diciendo que esperabais en esta sala. El rey me envia á saber si gustais de batallar con Laertes inmediatamente, ó si quereis que se dilate.

HAMLET.

Yo soy constante en mi resolucion, y la sujeto á la voluntad del rey. Si esta hora fuese cómoda para él, tambien lo es para mí: con que hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposicion que ahora.

CABALLERO.

El rey y la reina bajan con toda la corte.

HAMLET.

Muy bien.

CABALLERO.

La reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablarais á Laertes con dulzura y espresiones de amistad.

HAMLET.

Es advertencia muy prudente.

**ESCENA VIII.**

HAMLET, HORACIO.

HORACIO.

Temo que habeis de perder, señor.

HAMLET.

No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que le llevaré ventaja... Pero... no podrás imaginarte qué angustia siento aquí en el corazon... ¿Y sobre qué?... No hay motivo.

HORACIO.

Con todo eso, señor...

HAMLET.

¡Ilusiones vanas!... Especies de presentimientos capaces solo de turbar un alma femenil.

HORACIO.

Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para qué eripeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estais indispueto.

OSRIC.

Shall I deliver you so?

HAMLET.

To this effect, sir; after what flourish your nature will.

OSRIC.

I commend my duty to your lordship.

*(Exit.)*

HAMLET.

Yours, yours.—He does well, to commend it himself; there are no tongues else for's turn.

HORATIO.

This lapwing runs away with the shell on his head.

HAMLET.

He did comply with his dug, before he sucked it. Thus has he (and many more of the same breed, that, I know, the drossy age dotes on,) only got the tune of the time, and outward habit of encounter: a kind of yesty collection, which carries them through and through the most fond and winnowed opinions; and do but blow them to their trial, the bubbles are out.

*Enter a Lord.*

LORD.

My lord, his majesty commended him to you by young Osric, who brings back to him, that you attend him in the hall: he sends to know, if your pleasure hold to play with Laertes, or that you will take longer time.

HAMLET.

I am constant to my purposes, they follow the king's pleasure: if his fitness speaks, mine is ready; now, or whensoever, provided I be so able as now.

LORD.

The king, and queen, and all are coming down.

HAMLET.

In happy time.

LORD.

The queen desires you, to use some gentle entertainment to Laertes, before you fall to play.

HAMLET.

She well instructs me.

*(Exit Lord.)*

HORATIO.

You will lose this wager, my lord.

HAMLET.

I do not think so; since he went into France, I have been in continual practice; I shall win at the odds. But thou would'st not think, how ill all's here about my heart: but it is no matter.

HORATIO.

Nay, good my lord,—

HAMLET.

It is but foolery; but it is such a kind of gain-giving, as would, perhaps, trouble a woman.

HORATIO.

If your mind dislike any thing, obey it: I will forestall their repair hither, and say, you are not fit.



HAMLET.

No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre al terminar su vida ignora siempre lo que podría ocurrir después, ¿qué importa que la pérdida tarde ó presto? Sepa morir (11).

## ESCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, CABALLEROS, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento.  
(*Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.*)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oido, el desórden que mi razon padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera accion, en fin, capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. Pues ¿quién puede ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio; y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante, ni admitir reconciliacion alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto reciproco el que me anunciáis, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Si, vamos... uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, jóven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.

Si, señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(*Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demás, segun su clase, ocupan los asientos restantes. Quedan en pié los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes, que se disponen para batallar. y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.*)

HAMLET.

Not a whit, we defy augury; there is a special providence in the fall of a sparrow. If it be now, 'tis not to come; if it be not to come, it will be now; if it be not now, yet it will come: the readiness is all: since no man, of aught he leaves, knows, what is't to leave betimes? Let be.

*Enter King, Queen, Laertes, Lords, Osric, and Attendants, with foils, etc.*

KING.

Come, Hamlet, come, and take this hand from me.  
(*The King puts the hand of Laertes into that of Hamlet.*)

HAMLET.

Give me your pardon, sir: I have done you wrong; But pardon it, as you are a gentleman. This presence knows, and you must needs have heard, How I am punish'd with a sore distraction. What I have done, That might your nature, honour, and exception, Roughly awake, I here proclaim was madness. Was't Hamlet wrong'd Laertes? Never, Hamlet: If Hamlet from himself be ta'en away, And, when he's not himself, does wrong Laertes, Then Hamlet does it not, Hamlet denies it. Who does it then? His madness: if't be so, Hamlet is of the faction that is wrong'd; His madness is poor Hamlet's enemy. Sir, in this audience, Let my disclaiming from a purpus'd evil Free me so far in your most generous thoughts, That I have shot my arrow o'er the house, And hurt my brother.

LAERTES.

I am satisfied in nature, Whose motive, in this case, should stir me most To my revenge: but, in my terms of honour, I stand aloof; and will no reconciliation, Till by some elder masters, of known honour, I have a voice and precedent of peace, To keep my name ungor'd: but till that time, I do receive your offer'd love like love, And will not wrong it.

HAMLET.

I embrace it freely; And will this brother's wager frankly play.— Give us the foils; come on.

LAERTES.

Come, one for me.

HAMLET.

I'll be your foil, Laertes; in mine ignorance Your skill shall, like a star in the darkest night, Stick fiery off indeed.

LAERTES.

You mock me, sir.

HAMLET.

No, by this hand.

KING.

Give them the foils, young Osric.—Cousin Hamlet, You know the wager?

HAMLET.

Very well, my lord, Your grace hath laid the odds o'the weaker side.

CLAUDIO.

No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, y aunque él haya adelantado después, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

Este es muy pesado. Dejádme ver otro.

(*Enrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.*)

HAMLET.

Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE.

Sí, señor.

CLAUDIO.

Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El rey beberá á la salud de Hamlet, echando en la copa una perla mas preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses..... Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de Hamlet.... Comenzad, y vosotros, que habeis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.

Vamos (13).

LAERTES.

Vamos, señor. (*Batallan Hamlet y Laertes.*)

HAMLET.

Una.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Que juzguen.

ENRIQUE.

Una estocada, no hay duda.

LAERTES.

Bien, á otra.

CLAUDIO.

Esperad..... Dadme de beber. (*Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga después la copa á Hamlet, y él rehúsa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos.*) Hamlet, esta perla es para tí, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.

Esperad un poco. (*Vuelven á batallar.*) Quiero dar este bote primero. Vamos..... Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES.

Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.

Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo y límpiate el rostro... La reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet. (*Toma la copa y bebe; Claudio lo quiere estorbar; y Gertrudis bebe segunda vez.*)

HAMLET.

Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.

No, no bebais.

GERTRUDIS.

¡Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.

¡La copa envenenada!..... Pero... no hay remedio.

HAMLET.

No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.

Vea, hijo mío, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

Ahora vereis si le acierto.

(*Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Gertrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.*)

KING.

I do not fear it: I have seen you both:—  
But since he's better'd, we have therefore odds.

LAERTES.

This is too heavy, let me see another.

HAMLET.

This likes me well. These foils have all a length?  
(*They prepare to play.*)

OSRIC.

Ay, my good lord.

KING.

Set me the stoups of wine upon that table:—  
If Hamlet give the first or third hit,  
Or quit in answer of the third exchange,  
Let all the battlements their ordnance fire;  
The king shall drink to Hamlet's better breath;  
And in the cup an union shall be throw,  
Richer than that which four successive kings  
In Denmark's crown have worn. Give me the cups;  
And let the kettle to the trumpet speak,  
The trumpet to the cannoneer without,  
The cannons to the heavens, the heaven to earth,  
*Now the king drinks to Hamlet.*—Come, begin;—  
And you, the judges, bear a wary eye.

HAMLET.

Come on, sir,

LAERTES.

Come, my lord, (*They play.*)

HAMLET.

One.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Judgment.

OSRIC.

A hit, a very palpable hit.

LAERTES.

Well,—again.

KING.

Stay, give me drink. Hamlet, this pearl is thine;  
Here's to thy health.—Give him the cup.

(*Trumpets sound; and cannon shot off within.*)

HAMLET.

I'll play this bout first, set it by awhile.  
Come—Another hit; What say you? (*They play.*)

LAERTES.

A touch, a touch, I do confess.

KING.

Our son shall win.

QUEEN.

He's fat, and scant of breath.—  
Here, Hamlet, take my napkin, rub thy brows;  
The queen carouses to thy fortune, Hamlet.

HAMLET.

Good madam,—

KING.

Gertrude, do not drink.

QUEEN.

I will, my lord;—I pray you, pardon me.

KING.

It is the poison'd cup; it is too late. (*Aside.*)

HAMLET.

I dare not drink yet, madam; by and by.

QUEEN.

Come, let me wipe thy face.

LAERTES.

My lord, I'll hit him now.



CLAUDIO.  
Yo pienso que no.  
LAERTES.  
No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.  
HAMLET.  
Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomáis á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burleis de mí.  
LAERTES.  
¿Eso decis, señor? Vamos.  
(Batallan.)  
ENRIQUE.  
Nada: ni uno ni otro.  
LAERTES.  
Ahora... esta...  
(*Vuelven á batallar; se enfurecen, truécense las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad; Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.*)  
CLAUDIO.  
Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.  
HAMLET.  
No, no, vamos otra vez.  
ENRIQUE.  
Ved qué tiene la reina... ¡Cielos!  
HORACIO.  
¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?  
ENRIQUE.  
¿Cómo ha sido, Laertes?  
LAERTES.  
Esto es haber caído en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traicion.  
HAMLET.  
¿Qué tiene la reina?  
CLAUDIO.  
Se ha desmayado al veros heridos.  
GERTRUDIS.  
No, no... ¡La bebidal... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebidal... Me han envenenado! (*Queda muerta en la silla.*)  
HAMLET.  
¡Oh, qué alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas... Traicion... Buscad por todas partes...(14).  
LAERTES.  
No, el traidor está aquí. (*Dirá esto sostenido por Enrique.*) Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas... En tu mano está el instrumento alevé, bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tósigo... No puedo proseguir... El rey, el rey es el delincuente.  
(*Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atravesia la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oír las últimas palabras de Laertes.*)  
HAMLET.  
¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.  
TODOS.  
Traicion, traicion.  
CLAUDIO.  
Amigos, estoy herido... Defendedme.  
HAMLET.  
¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña... ¿Está la perla aquí? Sí, toma (15), acompaña á mi madre.  
LAERTES.  
¡Justo castigo!... El mismo preparó la pocion mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre ti la muerte de mi padre y la mía, ni sobre mi tuya! (*Cae muerto.*)

KING.  
I do not think it.  
LAERTES.  
And yet it is almost against my conscience. (*Aside.*)  
HAMLET.  
Come, for the third, Laertes. You do but dally; I pray you, pass with your best violence I am afeard, you make a wanton of me.  
LAERTES.  
Say you so? come on. (*They play.*)  
OSRIC.  
Nothing, neither way.  
LAERTES.  
Have at you now.  
(*Laertes wounds Hamlet; then, in scuffling, they change rapiers, and Hamlet wounds Laertes.*)  
KING.  
Part them, they are incens'd.  
HAMLET.  
Nay, come again. (*The queen falls.*)  
OSRIC.  
Look to the queen there, ho!  
HORATIO.  
They bleed on both sides. —How is it, my lord?  
OSRIC.  
How is't, Laertes?  
LAERTES.  
Why, as a woodcock to my own springe, Osric; I am justly kill'd with mine own treachery.  
HAMLET.  
How does the queen?  
KING.  
She swoons to see them bleed.  
QUEEN.  
No, no, the drink, the drink,—O my dear Hamlet!—The drink, the drink;—I am poison'd! (*dies.*)  
HAMLET.  
O villany!—Ho! let the door be lock'd  
Treachery! seek it out. (*Laertes falls.*)  
LAERTES.  
It is here, Hamlet: Hamlet, thou art slain; No medicine in the world can do thee good, In thee there is not half an hour's life; The treacherous instrument is in thy hand, Unbated, and envenom'd: the foul practice Hath turn'd itself on me; lo, here I lie, Never to rise again. Thy mother's poison'd; I can no more, the king, the king's to blame.  
HAMLET.  
The point  
Envenom'd too!—Then, venom to thy work. (*Stabs the King.*)  
OSRIC AND LORDS.  
Treason, treason!  
KING.  
O, yet defend me, friends, I am but hurt.  
HAMLET.  
Here, thou incestuous, murtherous, damned Dane, Drink off this potion:—Is the union here? Follow my mother. (*King dies.*)  
LAERTES.  
He is justly serv'd;  
It is a poison temper'd by himself.—  
Exchange forgiveness with me, noble Hamlet.  
Mine and my father's death come not upon thee;  
Nor thine on me. (*Dies.*)

HAMLET.

El cielo te perdone... Ya voy á seguirte... Yo muero, Horacio... Adios, reina infeliz... (*Abrazando el cadáver de Gertrudis.*) Vosotros, que asistís pálidos y mudos con el temor á este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo... (*Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio hace estremos de dolor.*) La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecucion... Yo pudiera deciros... pero no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta á quien los ignora.

HORACIO.

¿Vivir? No lo creais. Yo tengo alma romana, y aun ha quedado aqui parte del tósigo.

(*Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él en una copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet, y la tira al suelo.*)

HAMLET.

Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, querido Horacio! si esto permanece oculto, ¡qué manchada reputacion dejaré después de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad que apetece, alarga por algun tiempo la fatigosa vida en este mundo lleno de miserias, y divulga por él mi historia... ¿Qué estrépito militar es este?

(*Suena música militar, que se va aproximando lentamente.*)

## ESCENA X.

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO Y ACOMPAÑAMIENTO.

CABALLERO.

El jóven Fortimbrás, que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís á los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.

Yo espiro, Horacio; la activa ponzoña sufoca mi aliento... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo (16) á anunciar que Fortimbrás será elegido por aquella nacion. Yo moribundo le doy mi voto... Diselo tú, é infórmales de cuánto acaba de ocurrir... ¡Oh! Para mí solo queda ya... silencio eterno. (*Muere.*)

HORACIO.

En fin, se rompe ese gran corazon!... Adios, adios, amado príncipe. (*Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.*) ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!... Pero, ¿cómo se acerca hasta aqui ese estruendo de atambres?

## ESCENA XI.

FORTIMBRÁS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

FORTIMBRÁS.

¿En dónde está ese espectáculo? (17)

HORACIO.

¿Qué buscáis aqui? Si no quereis ver desgracias espantosas, no paiseis adelante.

FORTIMBRÁS.

Oh! Este destrozo pide sangrienta venganza... Soberbia muerte, ¿qué festín dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR PRIMERO.

Horroriza el verlo!... Tarde hemos llegado con los mensajes de Inglaterra. Los oídos á quienes debíamos dirigirlos son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, ¿quién nos dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

No las recibirlas de su boca aunque viviese todavía, que él nunca dió orden para tales muertes. Pero puesto que

HAMLET.

Heaven make thee free of it! I follow thee. I am dead, Horatio:—wretched queen, adieu!—You that look pale and tremble at this chance, That are but nutes or audience to this act, Had I but time, (as this fell sergeant, death, Is strict in his arrest,) O, I could tell you,—But let it be:—Horatio, I am dead; Thou liv'st; report me and my cause aright To the unsatisfied.

HORATIO.

Never believe it; I am more an antique Roman than a Dane. Here's yet some liquor left.

HAMLET.

As thou'rt a man,— Give me the cup; let go; by heaven I'll have it.— O God!—Horatio, what a wounded name, Things standing thus unknown, shall live behind me? If thou didst ever hold me in thy heart, Absent thee from felicity awhile, And in this harsh world draw thy breath in pain, To tell my story.—

(*March afar off, and shot within.*)

What warlike noise is this?

OSRIC.

Young Fortinbras, with conquest come from Poland, To the ambassadors of England gives This warlike volley.

HAMLET.

O, I die, Horatio; The potent poison quite o'er-crows my spirit; I cannot live to hear the news from England: But I do prophecy, the election lights On Fortinbras; he has my dying voice; So tell him, with the concurrents, more or less, Which have solicited.—The rest is silence. (*Dies.*)

HORATIO.

Now cracks a noble heart;—Good night, sweet prince And flights of angels sing thee to thy rest! Why does the drum come hither? (*March within.*)

*Enter Fortinbras, the English Ambassadors, and others.*

FORTINBRAS.

Where is this sight?

HORATIO.

What is it, you would see? If aught of woe, or wonder, cease your search.

FORTINBRAS.

This quarry cries on havoc?—O proud death! What feast is toward in thine eternal cell, That thou so many princes, at a shot, So bloodily hast struck?

1 AMBASSADOR.

The sight is dismal; And our affairs from England come too late: The ears are senseless, that should give us hearing. To tell him, his commandment is fulfill'd, That Rosencrantz and Guildenstern are dead: Where should we have our thanks?

HORATIO.

Not from his mouth, Had it the ability of life to thank you; He never gave commandment for their death.



vos, viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se espongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo, que lo ignora, el motivo de estas desgracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y alevé astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTIMBRÁS.

Deseo con impaciencia oíros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nación. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRÁS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túbulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

But since, so jump upon this bloody question,  
You from the Polack wars, and you from England,  
Are here arriv'd; give order, that these bodies  
High on a stage be placed to the view;  
And let me speak, to the yet unknowing world,  
How these things come about: so shall you hear  
Of carnal, bloody, and unnatural acts;  
Of accidental judgments, casual slaughters;  
Of deaths put on by cunning, and forc'd cause;  
And, in this upshot, purposes mistook  
Fall'n on the inventors' heads: all this can I  
Truly deliver.

FORTINBRAS.

Let us haste to hear it,  
And call the noblest to the audience.  
For me, with sorrow I embrace my fortune;  
I have some rights of memory in this kingdom,  
Which now to claim my vantage doth invite me.

HORATIO.

Of that I shall have also cause to speak,  
And from his mouth whose voice will draw on more.  
But let this same be presently perform'd,  
Even while men's minds are wild; lest more mischance,  
On plots, and errors, happen.

FORTINBRAS.

Let four captains  
Bear Hamlet, like a soldier, to the stage;  
For he was likely, had he been put on,  
To have prov'd most royally: and, for his passage,  
The soldier's music, and the rites of war,  
Speak loudly for him.—  
Take up the bodies.—Such a sight as this  
Becomes the field, but here shows much amiss.  
Go, bid the soldiers shoot. (A dead march.)  
(*Exeunt, bearing off the dead bodies; after  
which, a peal of ordnance his shot off.*)

# NOTAS.

## ACTO PRIMERO.

(1) *Hamlet* Shakespeare el argumento de esta tragedia en la antigua historia de Dinamarca, llena de acacimientos increíbles y fabulosos, como lo están igualmente todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice que Horico reinó en Dinamarca desde los años de 3370 hasta el de 3390. Le sucedió Horvendilo su yerno, príncipe de gran valor, que se había hecho famoso por la victoria que obtuvo de Collet, rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambición, le quitó la vida alevosamente, casándose después con su cuñada Gerutha, hija de Horico, valiéndose para rendirla á su voluntad de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Gerutha, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo ocultarlos en tal manera que su tío no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficción. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa jóven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del día, y hablase con él, esperando que al verla depondría toda disimulación, y daría lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debían ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia solo se lo sugiriese, Hamlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el rey en otra que le salió mucho peor. Asentóse de la corte por algunos días, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la reina, para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente. Vino en efecto el príncipe, y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama; hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió después á verse con su madre, y asegurado ya de que no había espías que le oyesen, la reprendió á speramente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fúncia locura y la firme resolución en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último que á nadie revelaría aquel importante secreto.

Viendo el rey á su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató solo de acabar con el príncipe por cualquiera medio que fuese. Envió á Inglaterra acompañado de dos consejeros suyos, á quienes dió cartas para aquel rey, en que le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Este, durante el viaje, mientras sus compañeros dormían, logró apoderarse de los despachos que llevaban; y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo que quiso, y escribió encima espresiones tan diferentes de las suprimidas, que así que leyó las cartas el rey de Inglaterra hizo ahorcar á los dos mensajeros, acogió al príncipe con extraordinarias muestras de amor, y de allí á poco tiempo le casó con su hija.

Un año después de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca, y balló que habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el rey á los señores de la corte: Hamlet, en el desorden y alegría de la mesa, logró emborrachar á todos los grandes; cuando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al palacio, fué al cuarto del rey que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados después los nobles del reino, justificó ante ellos su conducta, le aclamaron rey, y ocupó el trono, hasta que habiéndose rebelado Vicleto, gobernador de Selandia, murió á sus manos en una batalla, año de 3450 del mundo, 530 años antes de Jesucristo, según el cómputo vulgar.

(2) *Ni un ratón se ha movido.* Espresion muy natural en un soldado, y muy ajena de la sublimidad trágica. M. Home, en su *Ensayo sobre la crítica*, se atreve á preferirla á la de Racine en el primer acto de *Ifigenia*:

*Mais tout dort, et l'armée, et les vents, et Neptune.*

Es menester mucha ignorancia ó mucha pasión para dar tal fallo.

(3) *Mirale por dónde viene.* La aparición del muerto es ociosa é interpusiva en esta escena. Cuando la introducción de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiría á lo menos que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si empieza la tragedia con la aparición de un espectro, ¿cómo ha de acabar? ¿Qué objeto mas terrible podrá presentarnos el poeta en lo restante del drama? ¿Por qué no se aparece desde luego al príncipe Hamlet? ¿Sale del purgatorio á este fin, y malgasta las horas en pasearse á oscuras y espantar centinelas? Si desea que en su hijo le venga, ¿no es imprudencia dejarse ver de otro que no sea él mismo? Es increíble que un alma venida del otro mundo la yerre tan de lleno.

(4) *Nuestro último rey.* En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados le pierden solamente con su conversacion. El desafío del rey de Dinamarca con el de Noruega, la invasion que premedita Fortimbrás, los preparativos que se hacen para resistirle, y todo cuanto Horacio dice

á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la tragedia: de esto y no de otra cosa debía tratarse. Dirán que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las ovedades del día: no hay duda, y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

(5) *Fortimbrás de Noruega.* No se halla ningun rey de este nombre en la serie de los reyes de Noruega. Véase la nota 1.

(6) *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aqui un estilo digno de la tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quién fué César, puesto que no había nacido todavla. En cuanto á lo del *húmedo pluneta, cuya influencia gobierna el imperio de Nepluno*, puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto no padece esta escepcion.

(7) *El iba ya á hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debía creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Londres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública: su obligacion es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(8) *El jóven Fortimbrás estimandome en poco.* Ya se ha dicho que este Fortimbrás y esta guerra nada tienen que ver con la accion del drama. Fortimbrás, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los embajadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reinaldo, Enrique, el capitán, el cura del entierro, los marineros, los soldados del primer acto, los sepultureros y el ejército de Noruega, todo es inútil. Este cuadro está cargado de figuras que ofuscan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los personajes que han ido saliendo á la escena, no se ha dicho cosa que importe: todo es apurar la paciencia de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

(9) *Algo mas que deudo y menos que amigo.* En el original dice: *A little more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind*. Hammer, en su edición de las obras de Shakespeare publicada en 1744, dice que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del autor.

(10) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de verdades importantes, dichas con noble simplicidad, sin metafóras, ni ambages, ni ornatos viciosos.

(11) *¡Fragilidad! tú tienes nombre de mujer.* Literalmente dice: *¡Fragilidad! tu nombre es mujer.* Letourneur traduce: *¡Oh fragilidad! la mujer y tú teneis un mismo nombre.* De cualquier modo que se diga será una locucion impropia para espresar que las mujeres son frágiles. ¿A qué fin usar de circunloquios falsos y pueriles para espresar una idea tan sencilla?

(12) *Aun antes de romper los zapatos.* Después de esta imágen ridícula y humilde, véase estotra: *En un mes... enrojados aun sus ojos con el pérdida llanto, se casó.* ¿Por qué no omitió la primera, si en la segunda se incluye el mismo pensamiento con mas energía y mas decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte, y no sabía borrar. No puede ser otra la razon.

(13) *¿Qué asuntos llenes en Elsingór?* Hasta ahora no se sabía cuál fuese el lugar de la escena.

(14) *Señor, yo creo que le vi anoche.* Conservando diez ó doce versos de las escenas anteriores, podría suprimirse todo lo restante, y empezar la tragedia por aquí.

(15) *¿Y en dónde fué eso?* En todo este diálogo animado y rápido se espresa perfectamente la curiosidad, la inquietud, el terror del príncipe.

(16) *¿Nada mas?* ¿Quién duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet? (Con qué amable sencillez manifiesta en dos palabras el estado de su corazón! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(17) *Porque no solo en nuestra juventud.* Este pasaje está oscuro en el original como en la traduccion. Es una repetición de lo que se ha dicho antes, esto es, que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son mas que ímpetus fogosos de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo con la lozanía de la juventud.

(18) *El no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Misceláneas literarias* traduce mal este pasaje, diciendo: *Un príncipe, un heredero del reino no debe trincar la vianda por sí mismo; es menester que le escojan los pedazos de ella.* Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(19) *La juventud, aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran tan sólida é importante doctrina, que se hace inútil recomendarlas á la consideracion del lector.

(20) *Algunos rígidos pastores.* Sarcasmo del autor contra los eclesiásticos de su tiempo, de quienes los poetas y cómicos se hallaban ofendidos.

(21) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos, pero no son del caso. Ni el viaje de Laertes, ni el modo con que debe



conducirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relacion con la fábula: son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(22) *Por seguir la comenzada alusión.* ¿Y qué necesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, cuando se trata de dar consejos á una niña, oscurecerlos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personaje ridículo; ¿y no es error introducir en una tragedia figuras ridiculas?

(23) *Son relámpagos, hija mía.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta á vivir y no permanece, es perfume de un momento, es como los relámpagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si nacen sagrados votos, es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de palabras es imágenes resulta un solo pensamiento: que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(24) *Ángeles y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situación que sigue después.

(25) *Si os arrebató al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideracion le detiene, va á seguirla. ¡Qué pavorosa agitacion se apodera del auditorio! ¡Con qué muda inquietud se espera el éxito! Ya se olvidan cuantos desastros han precedido: aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(26) *Reféremelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no debería distraerse en lo que no es del caso. Esta situación, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez, no adornos que son impropios del personaje que habla; no reflexiones, que el auditorio las hará.

(27) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despojado, á media noche, á oscuras, tirando de frío y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado? ¡Qué paraje y qué ocasion para ocuparse en escribir apuntes insulsos!

(28) *No existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tío; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(29) *Por san Patricio.* Hamlet no podia jurar por san Patricio: este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años después. En esta obra se habla de los ángeles y los diablos, de Adán, Jesucristo, la Virgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la santa Cruz, la cuarema, domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas espresiones propias del cristianismo, y que suponen personajes mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas, de donde resulta un embrollo incoherente y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Roscio, Herodes y Neron son posteriores á Hamlet, en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duque, majestad, ni alteza, ni reyes de campana, ni estudios de Witenbergo, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

(30) *Si, si, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnición. Se dice que el juramento comun de los escitas era por la espada y el fuego. Los Irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hammer, en sus *Notas á Shakespeare*.)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, espresando en la fórmula: *por esta espada, por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió don Nicolas Fernandez de Moratin en una de sus obras, donde dice:

Y es fama que á la bajada  
Juró por la cruz el Cid  
De su vencedora espada,  
De no quitar la celada  
Hasta que gane á Madrid.

(31) *¡Ah! ¿Eso dices?* Letourneur, empeñado en hermosear su idolo, tuvo gran cuidado de omitir las espresiones familiares del original en todo este pasaje, como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce *por sombra real*; lo de *hic et ubique*, lo pone en francés, conociendo cuán ridículo es en latín; y el *topo viejo* lo transforma en *fantasma invisible*. Esto no se llama traducción.

(32) *Por eso como d' un extraño debéis hospedarle.* Alusión á las leyes de la hospitalidad, (Warburton, *Notas á Shakespeare*.) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra *estrño* la significacion de *estrñero*.

(33) *Por mas singular y extraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica después.

## ACTO SEGUNDO.

(1) *Escena primera.* Esta escena se omite en la representacion, es del todo inútil, pertenece al género cómico, y abunda en espresiones poco decentes.

(2) *Será un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (lord chambelan del rey de Dinamarca, que equivale á sumiller de corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakespeare dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon; dicen tambien que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos vichos ridiculos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta espresion que corres-

pone á tales pasiones, la unidad de interés que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchin. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí: desecha lo inútil é inoportuno, elige lo que es conveniente á sus fines, y en esta eleccion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural que cuando Antonio presentó en el foro romano á vista del pueblo la tónica ensangrentada de César, hubiese alguna vieja mugrienta y astrosa que en un rincón vendiese bigos ó asara castañas; pero si un pintor se atreviese á introducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se burlarian de él los inteligentes, y en vano gritaria para disculparse, que era natural. Si, es natural (le dirian), pero destruye el efecto que la pintura debia producir; es natural, pero inoportuno y ridículo; y tú eres un artífice ignorante, puesto que debiendo imitar la naturaleza, te ceñiste solo á copiarla.

(3) *Pues entonces él dice.... dice.* Este olvido de Polonio es un rasgo cómico, digno de Molière. La debilidad de su cabeza no le permite seguir sin interrupcion la serie de ideas que convienen á su propósito; su locuacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes, habla sin tino, y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla tan distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se ve que el príncipe ha empezado ya la ficcion de su locura. El lector espera sin duda grandes cosas de este artificio; pero en el progreso del drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede en todo con suma imprudencia. Johnson dice que no se ve que esta fingida locura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella que no pudiese hacer igualmente estando en juicio.

(5) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adquiriendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay hecho ni circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les hace pasar mas allá de los limites de la prudencia, y yerran muchas veces por exceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario: carecen de experiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será después; la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos diferentes de lo que son en sí; proceden con temeridad, y solo aprenden á fuerza de escarmentos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo pasado les hace en extremo tímidos y cavilosos; el vigor de los mancebos y la poca práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y este atrevimiento son sin duda el origen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido, Guillermo.* Ve aquí dos nuevos personajes, de quienes no se tenia noticia, condenados entrambos á sufrir pullas de Hamlet y morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *Guildenclern* y *Rosencrans*.

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores salieron en el primer acto de Elsingór, han ido á Noruega, han dado su mensaje, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Me soberano y vos, señora.* Ya se ve que todo cuanto dice Polonio en esta escena va dirigido á escitar la risa del público, y así se verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajeza y sublimidad, al carácter de la nacion y no á ignorancia de los escritores, se equivocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertamente mas rícuos que los franceses; pero entre estos últimos se ha cultivado con mas acierto la poesia dramática, han aplicado á cada uno de sus géneros los personajes, los afectos y el lenguaje que les es propio; y aquella nacion, lijera y alegre mas que otra ninguna de Europa, ríe con *Turcaret* y llora con *Phedra*.

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exórdios y rodeos de Polonio, las protestas de que será cosa breve (que en él es imposible), las onteñas y equívocos que vierte á cada paso para afectar cultura y elegancia, las distracciones que padece, las interrupciones con que rompe el discurso continuamente, su vanidad ridícula de vasallo fiel, sagaz político, prudente padre, y el prurito de meterso en todo y hacerse hombre de importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad y con otros principios.

(10) *¿Pero veis? ¿Qué lástima!* Hasta ahora todos los personajes de la tragedia original han hablado cuasi siempre en verso, pero de aquí en adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de verso y prosa, en lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas.

(11) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante se hallarán muchas espresiones en boca de Hamlet que carecen de sentido; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aquí dice el malvado satirico.* Algunos quieren que este pasaje aluda á unos versos de Juvenal, Sat. 40.

(13) *En tal caso, esturéis colocados.* Este pasaje se omite en la representacion, y debe advertirse que Shakespeare goza el concepto de haber sido el autor mas honesto y decente de cuantos en su tiempo escribian para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1597 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los cómicos (Hammer). Véase tambien la nota 22 del acto primero.

(15) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasaje duerme profundamente el padre del teatro inglés. Aquí se trata de las compañías de cómicos que representaban en Londres á fines del siglo xvi, entre las cuales tenian mucho aplauso la de los músicos de la capilla real, y otra que llamaron *Children of the revels* (Niños de la diversion), las cuales por el concurso que atraian escitaron la envidia de los demás cómicos, como se ve en esta escena claramente. Cuán grande sea el desacierto de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para qué ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fe que en este pasaje Shakespeare se aparta un poco de su asunto. En efecto, se aparta un poco.

(16) *Así en la tragedia como en la comedia.* A esta especie de catálogo que hace Polonio de los varios géneros de piezas dramáticas que se



representaban en tiempo del autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la *Biografía dramática* de Erskine Baker. Nuestros poetas, aunque no han pecado menos que los ingleses en confundir los géneros y estilos, han sido mas moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridiculas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas: *Auto*, *Comedia*, *Tragicomedia*, *Tragedia*, *Sainete* (que no es mas que comedia en un acto), *Entremés* (que equivale á farsa), y *Zarzuela* (que es lo mismo que ópera cómica); y ningún autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos. No obstante, el abate Bettinelli en su obra de *Il Risorgimento d'Italia*, cap. 3, dice hablando del teatro español: *Nuevos nombres inventaron para tan nuevas representaciones. Una se llamaba comedia de capa y espada, otra de dos partes ó jornadas, otra de tres ingenios, autos sacramentales, alegóricos, históricos, y otras extravagancias semejantes á estas.* Es lástima por cierto hallar en un literato de tan conocido mérito equivocaciones que desacreditarían á un pedante folclórico y superficial. Ningun autor español ha dado el nombre de *capa y espada* á sus comedias, aunque vulgarmente se llamen así aquellas en que no entran personajes heroicos, para distinguirlas de las demás. Los *autos*, sean de composicion alegórica ó historial, nunca han tenido otro nombre que el de *autos*; y el ser una pieza de dos ó tres jornadas, de uno ó mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa tragedia ó comedia; ni el formar dos ó tres ó mas fábulas de un solo personaje, quiere decir que los géneros se alteren y confundan. *Ifigenia en Tauris* no es mas que una segunda parte de *Ifigenia en Aulide*, y una y otra son tragedias. *Ircana en Julia* ó *Ircana en Hupahan* son la segunda y tercera parte de la *Esposa persiana*, y todas tres comedias arregladas de las mejores del teatro italiano. En este debería haber buscado el docto Bettinelli ejemplos de extravagancia, que no hallará tan abundantes ni en el español ni en el ingles, ni en otro alguno de Europa; y es claramente demasiada generosidad atribuirlos la invencion de tales ridiculeces, cuando Italia puede reclamar este elogio que se la debe de justicia. Véanse aquí unos cuantos nombres de los que sus autores han dado á las piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparcial á quien pertenece por excelencia el título de inventor: *Archicomedia caprichosa-moral*. *Anatopismo místico*. *Archidrama musical*. *Accion regí-cómica moral*. *Comedia infernal*. *Comedia tropológica*. *Comedia tragi-comedia en comedia*. *Comi-drama*. *Capricho satíri-cómico*. *Dramu-kerotí-cómico-histórico*. *Drama civil y rústico*. *Drama meli-trágico*. *Dramática grotesca*. *Elopeya trágica*. *Fábula cleróclita*. *Fábula trágico-regia-pastoral*. *Inventiva pastoral escénica-representable*. *Opera heroí-tragi-satíri-cómica*. *Opera anagramati-cómica*. *Parábola sacro-dramática*. *Representacion eremitica espiritual*. *Tragicomedia ideal*. *Tragicomedia pastoral piscitoria*. *Trágico-satíri*. *Tragi-comedia pastrocómica-tiemena*. Si no bastan los títulos citados, véase la *Dramaturgia* de Leo Alacci, y se hallarán algunas decenas mas; pero estos solos prueban suficientemente que el erudito italiano procedió con suma ligereza y absoluta ignorancia de la literatura extranjera, que falló á la imparcialidad de buen crítico, y que fingiendo lo que no existe, se olvidó de que en su tierra se habían escrito *archidramas*, *anatopismos*, y *elopeyas*, y *fábulas cleróclitas* y *anagramati-cómicas*, *infernales*, *eremiticas* y *tiemenas*.

(17) *Escena indivisible*. Hay quien ha creído que por *escena indivisible* deba entenderse *escena fija*, sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakespeare habia ya quien escribiese dramas con unidad de lugar; pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinion, ni se dice quién fué el poeta que tales obras compuso, ni quién las imprimió, ni quién las vió, no será temeridad presumir que jamás habrán existido. Estas piezas y las seis comedias de Lope escritas con arte, y las mil tragedias atribuidas á Mataro, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una, pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

(18) *La primera linea de aquella devota cancion*. En este pasaje y el anterior en que habla de Joplé, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles en tiempo del autor.

(19) *¡Ois quiera que tu voz*. Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de mujer.

(20) *Pirro crozo con pavonadas armas*. Algunos eruditos han creído que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó ajenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante; otros, que no los han hallado efectivos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto que Shakespeare no potia hacer ni aprobar cosa que no fuese perfecta. Los que no le juzgan impecable hallarán estos versos muy dignos de su pluma: fantasía robusta, imágenes atrevidas, espresion gigantesca, pompa de estilo, mucha descripción, adornos inoportunos, viciosa abundancia: tales son las prendas que caracterizan este y el siguiente pasaje; y ellas delatan el verdadero autor. Las armas negras como la intención de Pirro; la sangre cuajada, que le cubre de la frente al pié; el aire de su espada, que postra al lébil Piramo; el Ilion, que como si fuera sensible á tanto golpe, desploma sus techos; la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos; Hebea, que intenta extinguir con su llanto el incendio de Troya; Pirro, que deshace en trozos menudos el cadáver de Piramo; las estrellas, ojos del cielo, humedecidos en lágrimas, son espresiones ó ideas tan propias del autor de *Hamlet*, que equivalen á cualquier demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas impide á sus apasionados reconoceras por suyos, sirvan de compensacion á estos defectos los dos excelentes comparaciones de la calma que precede al rayo, y el golpe de los ciclopes sobre las armas de Marte.

(21) *¡Quien se atreve á llamarme villano?* El pensamiento es: ¿será posible que yo (no acostumbrado jamás á que nadie me insulte) tolere ahora un graves ofensas? Si, que ha faltado en mí sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexion de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ridiculas con que la amplifica y adorna lo echan todo á perder.

(22) *Prostituta vil*. Letourneur omitió en la version de este monólogo

lo de arrancar las barbas y soplarlas, el aspir las narices, la lejía, la paloma sin hiel, la prostituta y el pilla de cocina, no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo que su traduccion será *exacta y fiel*, formando una copia parecida, donde se verán la composicion, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original.

(23) *Si muda de color, si se estremece*. ¿Y está seguro Hamlet de que e rey se estremece y mudará de color? No es de creer que un malvado cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa, y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del príncipe? Cuando vea, por la escena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, ¿tardará un momento en quitarle la vida, ó podrá omitir un nuevo delito que le es necesario, estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet, que ha fingido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de veras, pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

### ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo testigos los mas aptos*. Véase la nota 1 del primer acto.

(2) *Existir ó no existir*. Johnson explica la situacion de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma: «Hamlet que se ve ofendido del modo mas atroz, no hallando camino de vengarse sin esponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera: Antes que yo pueda formar plan ninguno, conviene decidir si después de esta vida hemos de existir ó no. Ve aquí la cuestion, cuya resolucion determinará si es mas conveniente al decoro y á la razon sufrir en paciencia los ultrajes de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que dormir, este seria un término apetecible; pero si morir es soñar, esto es, conservar todavia la sensibilidad, en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar qué especie de sueños pueden ocurrir después de la muerte. Esta consideracion, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad; esto da fuerzas á la conciencia y entorpece la resolucion. Hamlet iba á contraer á sí mismo, y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones.»

No obstante la opinion que se acaba de esponer, podría notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situacion en que se halla. Porque ¿cuáles pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? No es ocasion; y su padre le pide venganza, el cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿Teme perecer en la empresa? Este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella accion, sabrá darle los medios de ejecutarla, y disparará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso ¿se bien que tema la muerte, ni le asuste la consideracion de la eternidad? ¿Ha creído acaso que es fícción del demonio la aparicion que vió? Pues si todo es falso, nada hay que emprender; su tío no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el cual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto antes de la escena en que los soldados hablan al príncipe, y entonces será oportuno cuanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasajes mas aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo.

(3) *No, yo nunca le di nada*. No se halla la razon que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Podría muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abutilarla.

(4) *Díras este pasaje*. Ve aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. ¡Qué tranquilidad de ánimo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) *Los que hacen de payos*. En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos, y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro, para dar novedad á los dramas y lucir la prontitud de su ingenio; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare.

(6) *Muy bruto fué el que cometió*. Estas puerilidades y equívocos necios no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupcion, que los mas graves predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usara en el teatro lo que se aplandia en el púlpito. Véase la *Vida de Shakespeare*, escrita por Hamer.

(7) El pasaje que se ha dejado en blanco es uno de aquellos cuya traduccion podría ofender la modestia de los lectores. El original dice:

*That's a fair thought to lie between matings' legs!*

(8) *Suenan trompelas*. En esta escena muda se representa la muerte del rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo sin darse por entendido. ¿Pues por qué no hace lo mismo en adelante? No se adivina la razon. Ó debió interrumpir esta escena luego que vió el argumento de ella, ó debía sufrir con igual serenidad la declamacion que sigue después, en la cual nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus maldades. Así es que este personaje se contradice en su modo de proceder: cuando ve la representacion muda, tolera mucho; y cuando oye los versos, demasiado poco. Eu cuanto á la temeridad del príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 23 del acto segundo.

(9) *Ya treinta vueltas dió*. No deja de estar un poco embrollada esta cuenta: no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

(10) *Así pende del ramo*. Esto no es mas que una ociosa amplificación de lo que ha dicho ya.



(11) *¿Te has enterado bien del asunto?* ¡A buen tiempo lo pregunta el rey! ¿Pues no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la reina, y la usurpación del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(12) *Al rocin que esté lleno de mataduras.* ¡Sublimes imágenes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendía: el rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el grande secreto. Ciertos es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso; ciertos es que la Providencia quiere su muerte; la vision terrible que habló al príncipe no es ficción diabólica como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡Qué ideas, qué afectos no debe excitar en el joven Hamlet este momento en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! ¡Horror, piedad filial, ira, venganzas: esto ha de sentir, de esto ha de hablar...! ¡Quién hubiera creído que se pondría á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tío?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Segun las antiguas supersticiones vulgares, la noche era execrable y profana, y el día puro y santo. (Warburton, *Notas á Shakespeare.*)

(16) *Déjame ser cruel, pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor para hacer interesante este personaje. Hamlet va á ver á la reina, la hablará á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprenderá á esperamente, llenará su corazón de angustias; pero á pesar de la justa indignación que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas que la naturaleza inspira, no hay entonces alma sensible que pueda resistirse á la conmiseración y al llanto.

Hammer en la *Vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sófocles, dice así: «En ambas tragedias se ve precisado un joven príncipe á vengar la muerte de su padre; sus madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el asesinato de sus esposos, y se han casado después con los agresores de aquel delito. Orestes baña sus manos en la sangre de su misma madre; y aunque no se ve esta bárbara acción en el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra, pidiendo favor á Egisto é implorando perdón de su hijo que la mata, mientras *Electra* decide la escena le anima al parricidio. Hamlet, movido como Orestes del amor á su padre y de la misma resolución de vengar su muerte, no detesta menos el delito de su madre (que se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto); pero el poeta inglés con admirable prudencia y artificio le hace abstenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir acertadamente el horror y el terror: la última de estas pasiones es propia de la tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el mayor conato.»

Si Hammer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, sería mayor todavía la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella tragedia griega, los caracteres de *Electra* y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos, todo está manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroz, que en ningún teatro moderno podría tolerarse.

(17) *¡Oh! mi culpa es atroz.* Ya se ha dicho que el carácter del rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viaje de Hamlet á Inglaterra para que le maten allí así que llegue; y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inexacto y mal preparado de esta situación, se hallarán en ella excelentes pensamientos de filosofía cristiana. ¿Qué mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios, sobre la necesidad de la oración y sus saludables efectos, ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasión) no degeneran en declamación moral ó discurso académico, sino que tocadas ligeramente y unidas á los afectos del personaje que las dice, ilustran la razón é indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando esté ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al rey, pero le detiene la consideración de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdón á Dios de sus pecados, podrá salvarse; y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenación. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entre tanto retirado aquí.* Véase la nota I del primer acto.

(20) *¿Qué me mandáis, señora?* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo con el grande interés de la situación, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitación de los afectos.

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico, semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personaje ha sido poco necesario á la fábula: no ha escitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la acción de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos

florescencias impertinentes: la situación en que se halla pide vehemencia de afectos y sobriedad de estilo.

(23) *Esprítus celestes, defendedme.* Esta aparición del muerto es inútil. Dice que viene á inflamar el ardor casi extinguido de Hamlet, y á fe que no tiene razon: nunca el príncipe se ha manifestado mas ardiente que en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenía en dar lecciones de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel monstruo.* Estas reflexiones son justas, propias de la situación, y dichas con la brevedad conveniente dan espresion y movimiento al diálogo, no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy pladoso debo ser cruel.* Quiere decir, que el amor que tuvo á su padre le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* A Letourneur se le olvidó traducir todo este pasaje.

## ACTO CUARTO.

(1) *Así el oro.* Como el rey acaba su discurso con una comparación, la reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. En nuestro teatro hay mucho de esto tambien. Si don Félix se compara con el filotropeo que sigue al sol, doña Isabel le asegura que ella es como el imán enamorado del norte; si dice don Carlos que su amor es único y solo como el fénix de Arabia, doña Leonor le replica que su constancia es el escollo combatido en vano de las tempestades y las ondas. Este prurito de discretar, volviéndose los interlocutores décima por décima, concepto por concepto, no está ya en uso. La buena critica ha desterrado del teatro estos ornatos inoportunos y ajenos de toda verisimilitud.

(2) *El cuerpo está con el rey.* Steevens lo interpreta así: *El cuerpo está en la casa del actual rey; pero el verdadero* (esto es, el precedente rey) *no está con su cuerpo.* A M. Eschenberg le parece mas natural de esta manera: *El ataud está cerca del rey; pero el rey no está todavía en el ataud;* que es decir: no está muerto aun como debía estarlo. Letourneur cree que se pudiera explicar en estos términos: *El rey no está con el cuerpo, esto es: Claudio no es mas que un cuerpo sin alma, no tenemos rey, no hay un verdadero rey dentro de su cuerpo.* Si todos los comentadores de Góngora viniesen á interpretar este pasaje, no podrian disipar la oscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir con Hamlet que engordamos á los demás animales para alimentarnos con ellos, y que los gusanos engordan después comiéndonos á nosotros; tampoco es de admirar que un hombre se coma un pez que tragó á un gusano que se había alimentado del cadáver de un rey. Todo esto es verdadero y posible; el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y ridiculo, y en que un príncipe de Dinamarca se explica en este pasaje como un arriero de Sacedon.

(4) *¡Id, capitán.* Este es el príncipe de Noruega, tan prometido en los dos primeros actos: no hay que esperar que este nuevo personaje tome parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya dicho media docena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá sin falta antes que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de dónde son estas tropas?* El lector notará que Hamlet, habiéndose embarcado en Elsinor para ir á Inglaterra, se encuentra en el camino con un ejército de Noruega que marcha á Polonia. Conviene confesar que la geografia de Shakespeare no es de las mas exactas.

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que ha dicho otras veces: culpa su inacción y hace nuevos propósitos de venganza. Las reflexiones de su discurso ó son inoportunas, ó encierran mallísima doctrina. Fortimbras, que emprende la conquista de un país que no vale cinco ducados, y va á sacrificar veinte mil hombres por un capricho, es un frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de ningún príncipe justo, ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los héroes desprecian igualmente la vida; la diferencia está en que aquellos la esponen por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo lo que vale) hacen de ella voluntario sacrificio cuando la necesidad de las circunstancias, su obligación, la privada ó la comun utilidad lo exigen.

(7) *De San Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre popular muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras tenían gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer día de mayo al rayar el alba; y el joven que las veía primero, aquel creían que fuese el que la fortuna las destinaba para marido ó galán.

En una comedia de Cervantes, intitulada *Pedro de Urdemalas*, se hace mención de otra práctica vulgar en España, muy semejante á la que se acaba de referir. Las mozas casaderas se ponían á la ventana en la noche de San Juan, con el cabello suelto y un pie desnudo dentro de un barreño lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que dijese en la calle, suponiendo que así debía llamarse el que había de ser su marido. A esto aluden los siguientes versos de *Bernita* en la citada comedia:

Yo por conseguir mi intento  
Los cabellos doy al viento,  
Y el pié izquierdo á una bacía  
Llena de agua clara y fria,  
Y el oído al aire atento.  
Eres, noche, tan sagrada,  
Que hasta la voz que en ti suena,  
Dicen que viene preñada  
De alguna ventura buena  
A quien la escucha guardada.  
Haz que mis oídos loque  
Alguna que me provoque  
A esperar suerte dichosa, etc.

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada sirve á la acción principal, es un episodio que produce en la representación admirable efecto. No se caracteriza, como la del príncipe, con bufonadas ni bocanarras, ni indirectas amargas; la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel llama



su alma sensible de aflicción, turba su entendimiento, y en su cuanto flores y dice lo manifiesta. Se va al campo, y teje guirnaldas y festones de flores y yerbas que amontona sin elección; con ellos se corona y adorna; vaga inquieta de una parte en otra, sin hallar en nada placer; solloza y ríe, se enfada tal vez, pero á nadie ofende; pisa y trastorna cuanto halla al paso; enmudece melancólico, y prorrumpe después cantando versos que aprendió en tiempo mas feliz, unos alusivos al estado de su corazón, y otros en que no se ve conexión ni objeto; á todos saluda cariñosa, con todos reparte los rústicos dones que lleva en la falda; á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle, y cuando lo ve no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegría, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel que dió á esta figura toda la expresión imaginable.

(9) *Huid, señor.* Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes utropellados é inverisimiles. Laertes, que partió para Francia al emprezarse la tragedia, está ya de vuelta en Elsingór, furioso por vengar la muerte de su padre sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del vulgo amotinado que le aclama rey, combate y dispersa las guardias del palacio, y entra en el seguio de sus parciales, sin que hasta ahora se haya tenido noticia alguna de que la nación esté disgustada con el soberano, sin que se alcance por qué el pueblo pone los ojos en un caballero particular como Laertes, que pasa su vida en hacer viajes, olvidándose del peluque, legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente, que hasta sus defectos los aplaude como virtudes. Estas inconsecuencias manifiestan que el autor se cansó poco en estudiar el plan de su tragedia; pero en aquel tiempo (esquepuiendo en Italia, donde ya se conocía el arte) todos los poetas dramáticos hacían lo mismo. Lope de Vega, Hardy y Shakespeare siempre escribieron de prisa.

(10) *La naturaleza.* Este concepto atambicado, que se rompe de puro aull, pudiera tener lugar en una oda amorosa de Solís, ó en un soneto de Villamediana; en boca de Laertes son muy inverisimiles tales expresiones.

*El ce n'est point ainsi que parle la nature.*

(11) *Abajito está.* Por no dejar este pasaje en blanco ha sido necesario sustituir una traducción cuasi arbitraria. El original dice: *Down a-down an ycu call him a-down-a.* Estas palabras, en que no hay sentido alguno, como tambien las anteriores de *Ay no ni, ay ay no ni*, son estribillos usados en tiempo del autor. En nuestras comedias se hallan á cada paso intercalares semejantes: por ejemplo, en la de *Guardarse á si mismo*, cantan:

Luneta  
Atala allá de la sonsoneta.  
En la de El Garrote mas bien dad:  
Yo soy tritrititaina,  
Flor de la jacarandaina  
Yo soy tritrititaina,  
Flor de la jacarandaina.

Esto y los estribillos modernos de la tirana, la jota, el caballo, cucú, hohohohé, chandé, trompiliptirómpili, cerenque, cachirulo y otros de esta especie, ni pueden traducirse á otra lengua, ni en la nuestra significan nada.

(12) *Y ruda para vos tambien.* La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del domingo, porque los curas católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que daban á los enérgenos cuando los exorcizaban, y esto se practicaba en los domingos. (Warburton en sus *Notas á Shakespeare*.)

(13) *Un solitario.* El pájaro solitario, segun la opinión vulgar de Inglaterra, recordaba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor cariño; y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creían que anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia. (Lefebvre, *Notas á Shakespeare*.)

(14) *Una es que la reina su madre.* Los astros que no se mueven sino dentro de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del príncipe, la fuente que muda los troncos en piedras, las flechas que no pueden resistir á huracán y se vuelven al arco, son flores calderonianas que producen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Londres que en el de Madrid.

(15) *El amor está sujeto al tiempo.* En este pasaje se repiten las mismas ideas que puso el autor en boca del cómico en el acto tercero.

(16) *Por ultimo llegareis á veros.* El medio que discurre Claudio para quitar la vida al príncipe, es el mas arriesgado que pudo escoger: quiere hacer é morir en su palacio á vista de su madre, de sus amigos, de toda la corte, ó herido por un florete sin dolor, ó emponzoñado con el ungüento del charlatan ó con la bebida que ha de prepararle. Pues ¿cómo no teme que la muerte de Hamlet, producida por tales medios, descubrirá la traición á los ojos de todos, y que no habrá nadie que no le juzgue autor y cómplice? ¿Cómo no teme que resulten alborotos en el pueblo, si ofendó de la aleveza muerte de su príncipe, ó haciéndose de la parte del matador, á quien poco antes ha proclamado rey? ¿No es de creer que en esta general conmoción Claudio será la víctima sacrificada á la venganza pública? Hay circunstancia en este proyecto que no te manifieste peligroso y absurdo? ¿Es posible que un rey matado no halle medios mas seguros de consumir un delito de esta especie sin dilación, sin publicidad, sin esponerse á perder en la empresa el ceiro y la vida? A ustedes del príncipe le facilitó la ejecución; ¿por qué no estorba su venida á Elsingór? ¿por qué no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea ni lo sepa, y salva entonces todas las dificultades, su maldad queda oculta, y se libra de un enemigo que aborrece? Hasta ahora se ignoraba cuál fuese el carácter de Laertes; pero al ver que adopta el plan propuesto por el rey, nadie dudará que es un mal caballero, sin ideas de honor ni de virtud.

(17) *Donde hallareis un sauce.* La narración de la muerte de Ofelia es bastante breve, y aunque se omitiera el segundo período, en que se hace enumeración de las flores que la adornaban, nada se perdería. En situaciones semejantes á esta no se toleran largos discursos; porque si el su-

ceso debe excitar violentos afectos en el personaje que escucha, no es natural que los reprima por dar lugar á que el nuncio lo luzca con una vana verboria.

(18) *Demastada agua tienes ya.* El agua que llora Laertes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse; por mucho que llora, no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno. Tampoco tiene razon en creer que sus palabras puedan encenderse, porque las palabras no se encienden jamás; y la precaución de apagarlas con lágrimas parece inútil. Todo cuanto dice Laertes en este pasaje es afectado, falso, pueril, de pésimo gusto.

## ACTO QUINTO.

(1) *Y es la que ha de sepultarse.* Las ridiculeces y chocarrerías, de que esta obra está llena, las han dicho hasta ahora las personas mas principales: Hamlet, el sumiller de corps del rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras escenas del acto quinto se presentan nuevos personajes, y tales, que por lo que dicen y lo que son, apenas podrían tolerarse en la farsa mas grosera y soez. Se ve una iglesia, un cementerio, dos sepultureros cavando una sepultura, esparciendo por el teatro la tierra, las calavoras y huesos destrozados, diciéndose el uno al otro bufonadas y equívocos tríos, para excitar la risa del vulgo en medio de tanto horror. El célebre Garrick tentó una vez representar esta tragedia suprimiendo lo mas repugnante y absurdo; quitó por consiguiente los sepultureros y los huesos; pero aunque tuvo en su favor la aprobación de los hombres de juicio, el concurso abandonaba su teatro, y acudía á deleitarse con *Hamlet*, tal cual salió de las manos de Shakespeare, que se representaba al mismo tiempo en el de Covent-Garden. El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, discursos filosóficos, lenguaje altisono, batallas y entierros, brujas, aparecidos, cachetes, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon ni un Newton.

(2) *Pues qué, ¿Adán fué caballero?* Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traducción. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos. Dice el tío Socaba que Adán fué el primero que tuvo brazos; el tío Rasura lo entiende mal, y replica que Adán no tuvo armas. Socaba, citándole la Escritura, insiste en que Adán no podía cavar si no hubiese tenido brazos. Los apasionados de Shakespeare hallarán poco que admirar en este pasaje, el cual traducido á la letra es como sigue:

SEPULTURERO PRIMERO.

*Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adán.*

SEPULTURERO SEGUNDO.

*Pues qué, ¿Adán fué caballero?*

SEPULTURERO PRIMERO.

*¡Toma! como que fué el primero que llevó armas (brazos).*

SEPULTURERO SEGUNDO.

*¡Qué! si nunca las tuvo.*

SEPULTURERO PRIMERO.

*Vaya, tú debes de ser algun gentil... Pues ¿cómo entiendes aquello de la Escritura? La Escritura dice: Adán cavó; ¿y cómo podía cavar sin brazos (armas)? No hay remedio. Pero voy á hacerte una pregunta, etc.*

(3) *Qué poco siente ese hombre.* Si parece extraño que los sepultureros hagan papel en una tragedia, mas lo parecerá que un príncipe trame conversacion con ellos, sufra sus necesidades, y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡Y qué imágenes amontona el autor! Horrendas, asquerosas, repugnantes, ridiculas. ¡Y qué estilo tan ajeno del decoro trágico! La calavera del que pide prestado el caballo, de la cual el señor gusano se apoderó; la del letrado que se enriqueció á fuerza de equívocos y embrollos, y no se querella aunque se ve estropeada con el azadon y llena de barro; la altercacion con el sepulturero sobre si es la sepultura suya ó no; la explicacion de lo que puede durar sin corromperse una hideputa de un curtidor; las profundas reflexiones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con los huesos de muerto; sobre que los compradores de tierras son mas brutos que las terneras y carneros; sobre si sería posible tapar un tabique hendido ó un barril de cerveza con las cenizas de César y Alejandro... ¿puede darse cosa mas impertinente, mas necia y soez? ¿Qué desengaño para los que piensan que un poeta solo necesita ingenio!

(4) *Para que esa gente se divierta.* En el original se hace mención de un juego antiguo que llamaban *toggas*: las piezas con que la gente ordinaria le jugaba solian hacerse de huesos de muertos.

(5) *Mia, señor.* La oscuridad que se nota en este pasaje nace de la varia significacion del verbo *to lie*, que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aqui resulta en el original un equívoco ridiculo que no se ha podido conservar en la traducción.

HAMLET.

*Si, yo creo que es tuya, porque estás (mientes) ahora dentro de ella.*

SEPULTURERO.

*Vos estais (mientis) fuera de ella, y por eso no es vuestra; por lo que hace á mí, yo no estoy (no miento) dentro de ella; pero no obstante es mia.*

HAMLET.

*Tú estás (mientes) en ella, y estando en ella, dices que es tuya; pero la sepultura es para los muertos, etc.*

(6) *¿Qué otra ceremonia falta?* A una escena de cementerio y sepultura no podia seguir otra cosa que un entierro, y veisle que viene á paso grave y tardo, con sus bayetas, su ataud, sus clérigos y su acompañamiento detrás: en tanto que suena la campana fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llena los teatros de Covent-Garden y Hay-Market enmudece atónito. Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay y quienes adulen su ignorancia y le aturdan sin enseñarle.



(7) *Quita esos dedos de mi cuello.* Ve aquí un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la estravagancia de la presente situación se junta la desigualdad del diálogo: humilde y grosero en boca de Laertes cuando insulta al clérigo zafio, y en la de Hamlet cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo cuando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espuelas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la reina, y todo es diferente. ¡En qué hermosa actitud se presenta esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡Qué triste reflexión la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Qué bellísima comparación la de la paloma cubriendo inmóvil sus nuevas crías!

(8) *Está. Lago inmediato á Elsingór.*

(9) *Pues sabrás, amigo.* Horacio acompañada de los marineros fué á buscar Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viaje al príncipe, y por qué extraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oír de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relación no estuviese llena de circunstancias inverosímiles. ¿Tan poco recelosos estaban del príncipe los dos mensajeros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenían los despachos del rey, que así se los dejan quitar? ¿Es verosímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creíble que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al bajel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni cómo halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta escena se confirma, que los dos mensajeros siguieron su viaje á Inglaterra. ¿Para qué? ¿No saben ya que el rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañía? ¿Pues á qué prosiguen el viaje, que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al rey, y hacerle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniere? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahogados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado, que no hay en él la menor apariencia de verdad.

*Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus ó di.*

Véase la nota I del primer acto.

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personaje es un cortesano zalamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento; así que vierte los dos ó tres períodos que llevaba estudiados, se ataca y no sabe qué decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Enrique (en el original se llama Osrick), las réplicas y correcciones de Hamlet, la alteración sobre sí el tiempo es caloroso ó frío, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla de que él hace imitando su estilo ponderativo y respo, son chistes cómicos que solo tienen el defecto de no ser oportunos.

Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Polonio, Ricardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeñado este papel sin necesidad de aumentar personajes, cuyo número si es excesivo, aun cuando sea necesario, embaraza mucho la fábula. En esta hay treinta y dos interlocutores: no es fácil hacer nada bueno con tanta gente.

(11) *Sepa morir.* La voz común de que el corazón no es traidor carece de fundamento: después de ocurrido un mal, se dice que lo anunciaba el corazón; pero antes de suceder no lo adivina. Los presentimientos que anuncian desgracia ó felicidad son casi siempre vanos, y si tal vez aclaran, es casualidad no mas. La prudencia es la única luz que en tal oscuridad nos guía, y esta nos abandona á lo mejor, y nos engaña. Nuestro destino es ignorar lo que sucederá después, y cuando nos obstinamos en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Dispóngase el ánimo á cualquier fortuna, hágase fuerte para sufrir los golpes de la adversidad, aparte de si al temor que anuncia desdichas que no vendrán, ó si vienen, nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la mano de una Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor el número de los males. Tal es la opinión de Hamlet.

(12) *Si estáis ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hace el autor mas amable al protagonista Hamlet, reconociendo el exceso que cometió, pide perdón á Laertes de haberle ofendido. Su candor y su generoso proceder hacen resaltar mas la pérdida de sus enemigos que le preparan una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura y los mojicones, no parecerá tan estravagante como lo es en efecto el haber introducido un desafío de espada para desenlazar una tragedia. La reina muere por una equivocación, tomando la copa del veneno que estaba prevenido para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaución de Claudio, y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la reina, á quien ciertamente no quería matar. Laertes muere tambien por otra casualidad; ni se alcanza cómo pudo verificarse naturalmente el trueque de las espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un recurso de la necesidad, que un rasgo del arte.

(14) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta la conclusion de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin vicioso ornato de metáforas, comparaciones lúbricas, ni frases huecas y gigantescas: digno de la situación y los personajes.

(15) *Toma, acompaña a mi madre.* Ve aquí lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama, la cual no se verifica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el cielo encargó la ejecución. Todos los principales personajes de esta tragedia mueren, culpados ó inocentes, sin que esta matanza general sirva de aumentar el efecto trágico; pues al contrario le disminuye, dividiendo el interés que debería concentrarse en uno solo. Los cuatro cadáveres que ensangrientan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Parece que el autor hizo la crítica de su obra cuando dijo por boca de Fortimbrás que tal espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasaje está un poco oscuro. Parece que el autor quiere decir que Inglaterra, como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la elección de los soberanos daneses. Hamlet insinúa su deseo de que Fortimbrás le suceda en el trono, y espera que Inglaterra aprobará y confirmará tal elección.

(17) *¿En dónde está este espectáculo?* Como el personaje de Fortimbrás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida suya sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia, y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero no es menos singular que en dos ó tres dias hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en Elsingór con la noticia del mal despacho que hallaron en Londres aquellos inteligentes.

# LA DERROTA DE LOS PEDANTES.

*Esta obra no necesita prólogo; por eso no le tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponerlas.*

ESTÁBASE Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma; un mosquitero verde le defendía de pelusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; el palacio en profundo silencio, y el dios bien comido, mejor bebido y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente majestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio, que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bulidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio, dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pié, esto es, sin tálares, porque madama Terpsicore, la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco antes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado por hacerle rabiar. Afilióse sobremanera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano, si no depone todos los trastos, quedándose á la lijera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. «¿Qué es esto», dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo, qué es esto?—¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuets, ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las musas cuál mas e cuál menos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos mas.—¿Pero no sabremos...—No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro.—¿Cáspita, dijo Mercurio, y en qué lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite, por mas que mi hermano me molia á recados todos los domingos: ni padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe; y no, si yo no fuera tonto, no me sucedería esto. ¡Majadero de mí, que podria estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi fortuna!

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba herborizando en un tejado húmedo,

y otros corrian desatinados, de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ajeno de lo que pasaba roncaba todavia como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia dispartarle; de manera, que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbréo. Desenvolvióse de las colchas medio aturrido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia, que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitrán y ruedas de molino ataje, si puede, nuestra desgracia. ¡Ay! y dirásle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer jigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

—Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. —Ay, hijo mio, ¿descalabrado estás? dijo Erato; pues qué, ¿te has hallado ya en la refregla? ¿Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales?—No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion?—No son esos, replicó Polimnia; ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versucillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ajeno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas; otros que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demás. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadur-



nan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español; estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nación que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo?... Misera!... Corre, y verás por tí mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanas se perdieron para siempre.»

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talaras. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecía por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque según su número no parecían otra cosa) se combatían furiosamente al pié de la escalera principal: el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendían. El ejército amigo se componía de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistían con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatían en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que había unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podría tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le presió un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacían prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temían verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos: tanto que al escucharlas comenzó á temblar de pié y de mano, como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos. «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

—¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? — Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; pónelos

aprisa, que para escaparte son que ni pintados.—¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cucullas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines alijeros: ¿yo escapar? no en mis días; ahora sí, escapar; dejadme á mí, y vereis quién es Calleja.»

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete, y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes: «¡Al de abajo! decía, ¿qué tremolina es esta? ¿Qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquél espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbación que su presencia les había causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo quiere que dejéis las armas por una y otra parte; y á vosotros, quien quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuviereis, me la digais al instante sin andaros en ambages ni tranquilas; que como ella sea justa, desde luego quedareis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.»

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barabunda; pero como no había entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañitaba diciéndoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado pues de ver que nada podía lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á la mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que no es posible haya unión en vosotros para que un conisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero entre tanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasareis tampoco de la línea de estos arcos; nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella; porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buidos, y todos ellos sin estrenar.» Esto decía el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque, según se supo después, no había en toda la casa mas instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate; las tropas se retiraron á los parajes señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillán que había pescado, asiendo fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso antes todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que había servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgóse la del dedo meñique, y en un santiamén buscó á su hermano, que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponien-



do un plan de fortificación y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Hoplóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio; tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier esceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso; asomóse de camino á un agujero que caía al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre; escuchó un pocopoc por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovilejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte, y llorando su prision como pudiera el mismo Macías.

«Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pié quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida, que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.»

En esto le abrió la puerta del cochitil, diciéndole muy halagüeño: «Salga acá afuera, señor galán, salga acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad; salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

«¡Oh favor! exclamó el de los ovilejos, ¡oh favor!» y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los piés una y muchas veces. El dios se resistia, pero no lo pudo evitar; levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin cursarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y ade antándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podia contener la risa.

«Que es posible, decia arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! Pero, ¿es cierto, soberano Alipede, es verdad ó ilusion dulce de mi deseo? ¿Es realidad física ó estravio de la imaginacion fervida? ¿Es soporoso nocturno raptó, que en la atezada calizine...—No es caligine, ni raptó atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le jueguéis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

«¿Qué decís, ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible.—Si es posible ó no, añadió Mercurio, vereislo después; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardias de estilo, lo habeis de pasar muy mal, señor repentista.—*Sileo libenter*,» dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una

pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio, y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quién poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetía tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

«¿Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir, que por esto se consigne alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dirá que un hombre como yo, de tan esquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y oscurecido entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Ánimas benditas! ¿qué he conseguido? Diganlo tantos preciosos opúsculos que existen arrattonados en mi guardilla, que jamás verán la luz pública; ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo; esto es: *pauperiem* la pobreza, *pati* sea para tí, que yo no la quiero. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada. ¿Y qué obras son estas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad: de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur*? Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didascálico y misto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevención, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la oscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchneos que me cubrían? Pero, ¡qué sonetos! ¡qué madrigales! ¡qué romances! ¡qué estrambotes! ¡qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y esta Nise, bendigala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demás la naturaleza... ¡Ay, mi dulce Nise! ¡ay, idolatrada señora mia! Esta pues Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi númen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea citara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que, como llevo dicho, vulneró mi corazón en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde



lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si quereis la prueba: unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro soberano; dicen así ni mas ni menos: *favete linguis*:

El día diez y siete del corriente,  
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto  
De la mañana, se juntaron todos  
Los señores que estaban convidados.

Y como era preciso, cada uno  
Llevó á la fiesta su mejor caballo;  
De manera que cosa mas lucida  
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.

Todos iban de gala, como digo,  
Con vestidos muy ricos, bien cortados,  
Los mas con bordadura, y los restantes  
A cada cual mejor (si no me engaño).

Pues como llevo dicho, se dispuso  
La cabalgata, y luego muy despacio  
Cogieron y se fueron á la villa,  
Segun estaba ya determinado.

Y al llegar á la puerta...

—Basta, basta, dijo Mercurio; no me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demás no serán mejores; callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

—Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, ¡*proh dolor!* ni sé cuándo me verá con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo, sin haber almorzado todavía! ¡yo, debiendo cincuenta reales al padre procurador del Cármen por los alquileres de mi desván! ¡yo, que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez de Matrimonio*! ¡yo, que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! ¡yo, que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muerdo de necesidad! ¿Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¿quién ha hecho callar á tanto hombrón erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfitrión armónico? Si, señor, debajo de mi cana tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué sería ¡oh Cilenio raudo! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo...—El mismo infierno con todas sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio; ¿qué es esto? ¿no os he dicho ya que calleis? ¿os estareis hablando hasta mañana, parlanchin ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuello vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

—*Parce domine*,» respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alipede alzó el puño en ademán de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso; el pavimento y las paredes eran de exquisitos mármoles, la decoración corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veían los orígenes de las artes y los progresos del talento humano: muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veía á los hombres fabricar

chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió después á materias mas durables, variando, segun la mayor ó menor consistencia de ellas, la proporcion de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometria, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos limites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose después lentamente con la invención casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los árabes y caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demás astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y bronces tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Mínos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veían florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el poeta Homero, á quien rodeaban con admiracion los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Piudaro al son de la lira celebraba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Léucate al mar, y repetía muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudía la juventud de Grecia á escuchar en las academias, el liceo y el pórtico las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió después para oscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte, Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la fisica del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá, Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovia al pueblo ateniense; le persuadía por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; escitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimon y el justo Aristides; y oponiéndose, por una parte, á todo el poder de Filipo, y por otra, á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio; y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, así ocupaban por su órden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demás al ver



su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tifofo, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad, que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrian el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambles por las orillas á modo de randas ó cucharero; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

«Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba; él te dirá lo que deseas saber;» y acercándose á él, le dijo al oído: «mirad, señor, que aquí no os sufrirán disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos; porque si así no lo hicieréis, téme mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde;» y habiendo dicho esto, se fué volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesias, y quedó aguardando el permiso de hablar. Díjole Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

«Reverberante Númen, que del Istro  
Al Maraño sublimas con tu zurda,  
Al que en ritmo dulcisono te urda  
Elogio al son del címbalo y del sistro:  
Si la aligera prote de Caistro  
Blandos ministra acentos á mi burda  
Armónica pasión, ¡ay! no te aturda  
Ver rompo de tu tímpano el teristro.  
La nubigena Dea en alto plaustro,  
Ungiendo el nervio de oloroso electro,  
Me lleva en alas del Oest y el Austro,  
Y burtando á las Memnósides el plectro,  
Hoy me intromito en el fulgente claustro,  
Obstupefacto, á venerar tu espectro.»

Reventaba Apolo entre la indignacion y la risa; las musas se tendian por los suelos dando exorbitantes carcajadas; los poetas se miraban los unos á los otros sin saber lo que les sucedia; y el badulaque, muy satisfecho, se disponia á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Roja, que estaba inmediato, le dijo: «Ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declameis versos tenebrosos; lo que únicamente quiere es... ¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes; pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro  
Proteges, honras al que versos urda,  
Rauca mi lira atiende tosea y burda,  
Simil no mucho á resonante sistro.  
Que si tal vez alado el de Caistro  
Pájaro dulce en la ribera zurda,  
Hace canoro que fugaz aturda  
Su voz rompiendo el diáfano teristro,  
No ya disimil yo, si el indio electro  
Prestarme gustas, que veloz al Austro  
Sones encarga de curvado plectro,  
Métricos mucho al eminente claustro  
Llevaré ritmos; oh divino espectro!  
Que el cenit giras en ebúrneo plaustro.

—«¡Hola, ministros! dijo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle y enviádselo á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los genios tartáreos, y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevalde, digo; no quiero verle.»

Esto decía el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las musas, com-

padecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograrse el fin á que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin se moderó algun tanto habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él, mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las vicjecitas que azuzan y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar á Tesifone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las Furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y don Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

«Haré cuanto me decís, respondió después de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equivoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio délico, deidad esmíntea, el suceso es este:

»Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguán, somos alumnos vuestros; la divina Poesia fué nuestra delicia desde los años infantiles; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion; basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

»¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composicion? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Compravando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

»Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que, altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas, ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

»Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cuál debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? coser zapatos? alquilar camas? vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios, aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo; así pues, siendo poetas, debemos poetizar, y no otra cosa, debemos ilustrar á la nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

»Pero esta nacion ingrata ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros, procurando su felicidad y su gloria, la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido, segun la hemos visto decadente y mal parada,

»Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego), cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable, ya protervo envió á la patria prosperidades ó desdichas.



» Se ajustó la paz, coplas á la paz ; nacen los gemelos, coplas á los gemelos ; nace nuestro príncipe Fernando, coplas á don Fernando ; se hace el bombardeo de Arjel, coplas á las bombas : en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra citara.

» Pero ¿ con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar ! ¿ Qué felices invenciones las nuestras ! ¿ oh qué felices ! ¿ Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor ! ¿ Oh Jacob y Esaú ! ¿ Oh Rómulo y Remo ! ¿ con qué oportunidad la providencia os hizo nacer de una vengreda ! ¿ Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra princesa había dado á luz un Esaú brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos) una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

» ¿ Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas ? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¿ Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil ! Arbitrio, con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido : ¿ se trata, por ejemplo, de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo ? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trago, una ninfa, ó cualquiera otro personaje alegórico con gran concurso de geniezuelos al rededor ; y este tal personaje reprende al vate su modorra y su pigracia, le manda que se levante inmediatamente, y que escriba esto y aquello, y lo de mas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso ; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinias, con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro ; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

» ¿ Y el estilo ? ¿ y la versificacion ? ¿ y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones ? ¿ no es particular ? ¿ no es admirable ? Desde el ovilejo mas diminuto y vil á las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿ no se descubren bellezas incomparables, que darán fama inmortal á las recalcantes seseras que las produjeron ? ¿ No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroborro perenne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordeles á los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba ? ¿ No es cierto ?

» Así nos lo persuadíamos ; con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por nuedios honrados en esta vida transitoria : *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

» Pero ¿ qué sucedió ? ¿ Oh iniquidad ! ¿ oh livor ! ¿ oh influjo adverso ! ¿ Qué sucedió ? Que así como el murciélago torpe (*vespertilio*) le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calépino, Faccioliati y otros), que así como el murciélago torpe, que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril, asiéndole una de sus aurículas, le es-

trajo con violencia de su sobreguez apeteuida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan el orbe, forceja y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido ; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponia la opacidad de su insipienicia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

» Este fué el galardón, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios : después de habernos recocado los sesos en amontonar erudicion gentilica, histórica y dogmática ; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocupacion ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo, que nos hallaba en vela todas las noches : *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

» Pero, como por especial favor de la Providencia así somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurrimos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, á quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y correccion, que algunos invidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan económicos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á estractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el arido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la uacion gran cantidad de epigramas, dichos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos ; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¿ Oh, cómo regurgitamos ciencia por todas partes ! ¿ Oh, qué traducciones hicimos tan agradadas ! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¿ Y qué comedias á la antigua ! esto es, á nuestro modo ; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud ; ¡ y qué apologías del teatro ! digo, de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho ; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente : bien es verdad, que segun él está arreglado, parece que se hizo exprofeso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables ; así lo hacemos todavia, allí retumbamos, y ¡ oh ! nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesion !

» ¿ Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros ; sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinchies... ¿ Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste ! ¿ Por qué, así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados ? ¿ Por qué, siendo tan desafiadamente instruidos, nos llaman pedantes ? ¿ Pedantes ! Anatomía cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

» Ya en algun modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuán pocos elogios hemos



merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir, el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho días: el público se desengaña, ó nosotros, por un quitame alla esas pajas, nos estropeamos á garrotazos en un portal; y la discordia, que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilión, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

» Pero en el *hic et nunc*, en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia; cuando circuidos de horrores y faltos de consejo hollábamos caliginoso pavor, y palpábamos atezadas lobrequeces, *ecce Corinna venit, ecce*, benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un príncipe, la nación le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurrección.

» Queremos cantar, sí, señor; queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del príncipe don Fernando con la misma gracia con que desmejoramos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volveremos á estasiarnos y á dormirnos, y cruzarán por esos aires á media noche al son de los chirriones de la limpieza, tantas niñas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision, desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heroicos y romanzones, que será una confusión.

« ¿Y los toros? ¡Oh, mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias esquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se caigan, para los que corran y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurridas para las lunadas fieras, y qué lindas comparaciones, en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Fálaris, el toro de san Marcos, el toro de Europa, y el *tiro pater*!

Queremos pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas; no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto á bajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá diario, ni gaceta, ni biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras. Pero ¡ay cirreo númen! ¡ay reverendo citarista fúlgido! ¡Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

» ¿Qué haremos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos, que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ¡oh deidad crinada y arcitenente! Aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

» Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en su pequenez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada según estilo, en la cual se espresé que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Direis además, que nosotros los que

tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas hueros, trasgos ridículos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcisonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobación hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Direis que para que la nación acabe de iluminarse, es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la corte, en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Direis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudición, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiéndole que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo ratiocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupción *poly-metri-encomiástica* que tenemos prevenida á la jura del nuevo príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

» Tal es, señor, nuestra pretension: que con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos ínicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos mas peligrosos, cuando hallamos nuevas dificultades. En una floresta sombría que el abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el céfiro las alas sutiles unguidas en aromas indicos... pero en vuestro ceño, radiante númen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo pues adelante.

» En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada tácticos y tranquilos; comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicimoslo así; nos preguntaron ¿quienes éramos y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecía jefe de los demás un volúmen membranáceo, leyó en él no sé qué índices ó apuntes, y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio pónico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos; que nuestras obras se habían examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero; que Apolo nos había maldecido solemnemente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces; y que sería ofenderle el dar un solo paso adelante.

« Esto nos dijo Luzan, que así parece que se llamaba: si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del día, consideradlo mientras lo restante patentizo.

» Replicámosle, como era razon; sacamos para su desengaño nuestros manuscritos; no quiso verlos; y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representamos humildes; negóse discolo; y encendido en cólera fulminó dieterios y amenazas. Ya era justísima la vindicta; arremetimos intrépidos; dimos con él en tierra; acudieron gentes en su ayuda; trabóse hélica porfia, y fluctuamos en incierto Marte, hasta que el cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe*, quedando en el campo casi difunto el jefe, y los mas de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados ó mítilos



»Seguimos adelante; y, si bien advertimos que nuestra victoria había alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

»Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turnas; pero fué vana su pretension; llegámos á los umbrales venerandos, que saludámos humildes, y al pisar los atrios magníficos vimos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía; pero interrumpiendo gárrulos el apologetico discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápidas, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

»Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letifera Tesifone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos milites, daban al bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmda, dolorosa y confusamente repercutía. El núnen beligeró, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los ejes férvidos, y agitando flagelifero cuadriga indómita. No de otra manera fulgurando el éter, se precipita rápido...

—Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo; calla, y no abuses mas de mi paciencia; vete, y di á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamás los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nacion y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

»¿Qué enjambre es este de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿Qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde están aquellos pocos que deberían oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interés abatido y sordido? ¿En dónde están?

»Ciertó es que en todos los países, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si, á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre: el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demás, y uno, uno solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produce.

»Pero ¿qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debían escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? Qué, ¿tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declarar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los ejercicios útiles, se abandona, instigada de la necesidad, á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

»¿Vacilareis siempre entre las contradicciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte, que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extranjeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridiculo en las otras lenguas

que no traduzcais á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atreveis á tocar, porque habeis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

»Y ¡qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastante ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el esceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con alifios que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

»¿Llegará el día en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepais conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron después en su país, haciendo gloriosa entre las demás por su sabiduría á aquella misma nacion que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

»Entonces no se instruian los españoles en compendios y poliantías; no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, menos frívola; los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo; las obras de mérito que tiene la nacion, entonces se escribieron; estudiadas.

»Su lectura os dará á conocer cuáles fueron los principios de la renovacion de las letras en España, cuáles las causas de su esplendor y las de su decadencia: vereis tambien lo que debeis tomar necesariamente de los extranjeros, y lo que teneis en vuestro suelo digno de imitarse con incansable afán.

»Sí, de imitarse; porque seria indecoroso además, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha producido; seria indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificación é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

»Entonces se extinguirá quizás aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres; aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nacion, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce; y á otros, por el extremo opuesto los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas; porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime, segun al autor le conviene para sus ideas; se callan ó cíegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos mas discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como excelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

»Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nacion; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un escritor ingenuo tales artificios; la verdad, por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguaje de un buen ciudadano; y el que no la lleva en la boca, como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.



« Por estos principios conoceréis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuánto os habeis apartado de la verdad cuando mas habeis querido demostrarla; vereis tambien que no son doctos, ni jamás han merecido el nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no solo dañosas á quien las lea, por que en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque escitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenes libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

» Cesará entonces esta guerra continua que manteneis unos con otros sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la *razon* sola os enseñará, que no es dado á la mas fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas no la señalan los debidos límites; y que igualmente erran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

» Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con mas justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que, como vosotros sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices, que ni instruyen, ni deleitan, ni pueden escitar en cualquiera lector juicioso mas que el desprecio, la compasion ó el asco.

» Y ¿son estos, son estos los que esperan mi aprobacion para cantar con aullido disonante las felicidades de la nacion española en la jura de su querido principe? Tan grande asunto, digno de mi citara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infelz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la monarquía. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del ilustre tronco de Borbon, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al cielo, que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos ejemplos que de él reciba, que ni la majestad ni el cetro son comparables á la virtud, que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los reyes imágenes de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados mas poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo, que al tiempo mismo que el jóven principe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz le halague con ósculo dulce, y en torno le sigan las ciencias y las artes todas, que moderan la natural ferocidad del corazon humano, para que á su vista conozca cuánto es mas dichosa una nacion por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias: mal necesario tal vez, y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! ilustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goce lo que de él espera, cuando después de largos y felices dias, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno principe aun mas allá de los límites de su grande imperio.

Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos; y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías; y no os pide en tal ocision elogios insulsos ni versos ridiculos y despreciables; para ser por buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á

los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavia en un pais en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á oscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

» Pero ¡vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y dí á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle.»

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal, de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y estos, viéndole venir, se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fué á un tiempo. Era de ver cómo iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pelliczo, darle un capon ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y lijereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo, mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa; habia llegado á entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podia concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo á garrotazos se podria concluir tan entresado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros, que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse después del órden que se debía guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que, dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia al rededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha; la izquierda don Diego de Mendoza; el centro don Alonso de Ercilla, y el cuerpo de reserva, que debía acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virués y otros sujetos de acreditado valor y experiencia militar.

Después de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir acia la escalera cuanto hallaron que podia ser útil para un caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habian servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque



no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera, cuando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho pues todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fuése volando á decir á su hermano cuanto habia dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debian ni podian oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaria respeto y moderacion, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendia; pero hubo de ceder, mal de su grado, á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

A este tiempo empezó á notarse un rumor y connoccion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oracion de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Dijoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces, levantado en hombros de los mas robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacifico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volbiesen á sus casas á cuidar de sus mujeres é hijos, si los tenian. Que no creyesen que la nacion perderia nada perdiéndoles á ellos; pues no solo la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamás ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Dijoles tambien, que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demás con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacendeda y trivial como se habian imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso, siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparacion, á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridiculo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta; y que sobre todo abjurasen de buena fe el error de haberse creído poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos; gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Mas iba á decirles; pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguán, los gritos y amenazas, que Apolo, temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entre tanto la griteria y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corria de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios: ellos, que no

necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á qué extremo llegó entonces su frenesí. «No es ese, decian, no es ese Apolo: á ese no le conocemos, y estos son ardores de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tararira; que venga el hijo de Latona, que venga; él nos conocerá y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos.

—Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invencion? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia que no se han de reir de mí: no, sino hacedos de miel y paparos han moscas; para ellos no sirven razones; lo que no les duele no les persuade; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos.»

Dicho esto, se metió entre los suyos; repitió las órdenes; previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habian prevenido.

Llovian libretos sobre los literatos intrusos, unos viejos, sucios y despilfarrados, y otros nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos, y notas y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sujetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturdidos.

Con esta pérdida se notó algun desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los jefes procuraban contenerlos; conociendo cuán cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fué la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Macaabeo de Silbeira*, que arrojado de robusta mano parecia una bala de cañon segun el impetu que traia; hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Gargilaso, que sin ser poderoso á resistirle, cayó aturdido sobre las gradas, y tuvieron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola que se hallaba cerca, lleno de indignacion y dolor por la desgracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete tomos que vió á sus piés, y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron allá los *Comentarios de Góngora*, que esta era la gracia de los tales volúmenes, cuando se conoció el horrible estrago que habian hecho en el cuerno izquierdo de los contrarios; lo que advertido por los de Apolo, se adelantaron algunos á querer seguir acia aquella parte la derrota; pero así que se alejaron de los demás, se vieron rodeados de enemigos y cortado el paso á la escalera: dieron y recibieron golpes crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse á incorporar en sus líneas, sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virués que pasase á gobernar el ala derecha, y remediando con prontitud el desorden, prosiguió el combate. Mercurio, sostenido en sus hoces, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos ejércitos; y vió que del contrario se retiraban muchos acia el patio asaz dolientes y mal heridos; otros se ocupaban en conducir á algunos á quienes ya se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes ejercitaban su caridad é inteligencia médica en dar alivio á los lastimados. Limpiábanles las heridas, les apretaban los chichones con cuar-



tos segovianos, colocaban por su orden los dientes y muelas que habian perdido su primer asiento, y usaban varios remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se reducian á gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, saliva, orines y buenas razones.

Observado esto, partió acia la escalera para dar aviso y ordenar lo que convenia; preguntó por su hermano, y le dijeron que habia desaparecido con las Musas y todas las demás mujeres. Esta fuga dió que sospechar á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfecho de la inocentísima conducta de Apolo; porque uno de los poetas que habia ido á rebusca de libros vino diciendo que en la cocina se estaba guisando una gran porcion de mistos, y que el dios imberbe tenia recogidas tantas y tales armas, que si llegaba el caso de poder encarrilar al patio á los pedantes, era indubitable su destruccion.

«Que me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el último esfuerzo para conseguirlo: Mendoza, que manda el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebolledo, avanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos, á fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará en buen orden siempre acia el patio, describiendo un cuarto de círculo, para que en llegándolos á sacar del portal, se les vuelva á presentar por frente toda la linea. Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se mantendrán sobre la defensiva, y avanzarán ó se detendrán segun vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.»

Así se empezó á ejecutar, cargando don Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpe que le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso Lozano; Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de tolondrones, y un arañazo en el rostro que le hacia derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna izquierda un poetilla ridiculo, autor de siete comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasion, hizo una señal, que al observarla don Alonso de Ercilla gritó en alta voz: «*Hijos, ya es tiempo; descargu, y al patio.*»

Corrió la orden, y al repetir la linea «descarga, y al patio,» comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

Y ¿cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalon la batería incesante de libros, parecia que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de medicina bañados en sangre; allí las historias sacro-profanas de imágenes aparecidas; allí tomos gigantescos de filosofia, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompian en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridiculas, en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de todas las doctrinas, y unos y otros caian después con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban; allí, entre los pesados é indigestos genealogistas, cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos

de oscuridad y confusion babilónica; y allí, por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las copias del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Frumme, Gerardo Lobo, la madre Ceo, Boscan y Garcilaso á lo divino, Jacinto Polo, Cáncer, Benegasi, Villamediana, Bocángel, Tafalla, Zavaleta, Montoro, y Salas Barbadillo, con el *Arte de Gracián*, y las comedias, silvas y romances de Henriquez Gomez; allí el *Don Quijote* de Avellaneda hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban también con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguiéron á estas las de don Tomás de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibañez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoída*, las traducciones de Ariosto, el *Poema de San Rafael*, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetos, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagrán, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo mundo*, la *Hernandia*, los *Amantes de Teruel* del insipidisimo Juan de Yagüe, y el mas que todos ellos fastidioso poema de los *Inventores de las cosas*; siguiendo á este turbion la espesa metralla de misceláneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al patio, no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolver sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

«Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gagnetos y mojicones, que hace dos horas largas de talte que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¿Y entre literatos! ¿entre humanistas! ¿entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesa merced enviar un diputado á mi hermano, para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

»Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pelamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza; he hablado á Apolo, y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corres



ponde, no es ningún vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así que, señores míos, lo que debeis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningún chisgarabís, sino un erudito de representación, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimación del público. Este se encargará de vuestra pretensión; y perdería yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto queráis pedirle. Y esto se hace con paz y quietud, como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la elección, que se pasa el tiempo.»

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado; porque empezando á disputar entre ellos, quién debía ser el elegido, todos querían para sí aquel honor; repetían las palabras de Mercurio en que pedía un literato de representación, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. Y ¿quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presunción nació su ruina. Empelásgáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfacción y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicerios sin número; salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente, pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron las mas desesperada refriega que jamás se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinación con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinión de docto y único en su línea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello, como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intención, y advirtiéndole que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguían los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destrucción de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrían desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos,

arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era fácil resistir á tan horrible fuerza: dieron á huir acia la puerta, pues la necesidad no permitía otra cosa; el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre, y asegurado el palacio, se les pudiese cargar después en la retirada; y así que los vieron fuera, salieron detrás el conde de Rebolledo y don Diego de Mendoza con una partida lijera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos y sendas del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la oscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decían que se rindiesen, como algunos de ellos lo habían hecho (incluso el embajador tuerto, que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguían, perecerían todos sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estado de verse á buenas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atrabancar malezas, y no dar oídos á cuanto les decían: esto fué lo que hicieron, hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando aullidos se precipitaron en una gran laguna, que está al pié de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales libraron mejor, porque cayeron en manos de los de Apolo: recibieron todo agasajo y buena asistencia; se les cataron las heridas, y fueron tratados con mas amor que su ignorancia y soberbia merecieron. *13/*

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa no se hartaban de dar gracias al cielo por tan feliz victoria; despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo día; y en ocho que duraron las fiestas quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate ascendió á mas de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Después de pasado el turbión de visitas y enborabuenas, se trató de lo que convendría hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luzán se encargaron de examinarlos separadamente, para ver á cuántas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, después de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su ración de pan, queso y pasas; y á los mas contritos, por vía de ayuda de costa, repartieron las caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre. Y tan sabios como su madre los parió.

# POESIAS SUELTAS.

## LA TOMA DE GRANADA

POR LOS REYES CATÓLICOS

### Don Fernando y Doña Isabel.

Cesse tulo o que a Musa antiga canta,  
Que outro valor mais alto se levanta.  
*Camocens, Lusitadas, canto 1.º*

#### ROMANCE ENDECASILABO.

ERA la noche, y el comun sosiego  
Por las opacas sombras se estendia,  
Y en medroso silencio los mortales  
Con el sueño olvidaban las fatigas.

En la hermosa ciudad que Jenil baña,  
Y el Darro con sus aguas fertiliza,  
Matizando sus cármenes de flores,  
De frescas flores que el abril envía,

Yace soberbio alcázar, cuya cumbre  
Del aire ocupa la region vacía;  
Palacio un tiempo del monarca moro,  
Que el regio trono granadino pisa.

Este, olvidando con descanso dulce  
Cuidados que al espíritu fatigan,  
Tranquilo ocupa de su alcázar regio  
Oculta estancia en que el primor lucia

Alta cornisa del nictal precioso  
Que el claro Tajo en sus arenas cria,  
Robustas cimbras y estucados techos,  
Follajes varios y labores ricas.

Por el salón á trechos se miraban  
Mudas historias que el pincel dió vida  
Sucesos grandes, célebres victorias,  
Claros héroes, bañanas inauditas.

En pedestales del mosaico estilo,  
Que adornó singular mazonería,  
Formó diestro cincel del bando moro  
Los reyes, capitanes y califas.

De Osmán y Ali, terror del oriente,  
El mármol muestra la presencia misma  
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,  
Y el gran conquistador de Palestina.

Sobre los otros elevado estaba  
Con regio ornato y majestad debida  
El mentido profeta, á quien Arabia  
Ciega venera, y en su fe confia.

Este miraba el rey, cuando cubierto  
De asombro y miedo, vió que descendia  
Del alto asiento, y á su lecho llega  
De Mahomet la estatua muda y fria.

Tiembla, y al verla con airados ojos,  
Ni á hablar acierta, ni callar podia;  
Tres veces quiso huir de su presencia,  
Tres veces lo estorbó fuerza divina.

«¿Dónde vas, dijo: ¿dónde, desgraciado  
Monarca, evitarás la saña mia,  
Huyendo del que nunca desampara  
A los creyentes que en su amor se fían?

Detente, y en el lecho, á quien adornan  
Ricas alhombros, turcas alcáfitas,  
Reposa, y con el ocio entorpecido  
Las alicciones de tu reino olvida.

¿Qué importa que al furor del nazareno  
Destrozadas se miren tus provincias,  
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,  
Y la ciudad en bandos dividida?

Mientras Fernando tus castillos toma,  
Las vegas tala, arrasa las campiñas,  
Gustosos juegan Mazas y Gomeles  
En Bibarrambra cañas y sortija.

¿No bastan tantos golpes desgraciados,  
Tantas ciudades presas y vencidas,  
Tantos fuertes ejércitos deshechos  
Al furor de las huestes enemigas?

El que tuvo valor para oponerse  
En Lucena á sus gentes atrevidas,  
Haciendo ver cuanto á Castilla cuesta  
Humillar la potencia granadina,

¿Hoy fuerzas no tendrá, viéndose libre  
De la cadena que arrastró algun día,  
Para vengar su afrenta, derramando  
Del cristiano la sangre aborrecida?

Si la fuerza y las armas no sostienen  
La patria que á su estrago se avecina,  
¿De qué ha servido quebrantar los tratos,  
Negar los pactos y la fe rompida?

Borra, borra el baldon de haber firmado  
Las paces que detesto, envilecidas;  
Niegue el valor, y el pundonor anule  
Lo que otorgó la voluntad cautiva.

De tu resolucion el universo  
Está pendiente, y en tu ardor confia;  
Por él su libertad espera el mundo,  
Y si no le defiendes, se arruina.

Pues el fiero español, si de este imperio  
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)  
Cual rápido torrente que del monte  
Con impetu veloz se precipita,

Así, rompiendo de Tarif la puerta,  
Llegará audaz hasta la ardiente Libia;  
El gran sepulcro librará de Cristo,  
Cautivando quizá la tumba mia.

Méjico la opulenta, recelando  
Su estrago, al cielo súplicas envía;  
Y el Cuzco teme que, cruzando el golfo,  
Pase tal vez á encadenar sus Incas.

¿Y tú darás lugar para que logre  
Los triunfos que soberbio premedita,  
Viendo las barras de Aragon triunfantes  
En los blancos pendones de Castilla?

Cuando medroso en tu ciudad te encierras,  
Temiendo el golpe de su diestra invicta,  
Él atrevido, á vista de tus muros,  
Otra ciudad levanta. ¿Qué ignominia!

Ya los Abencerrajes, que otro tiempo  
En bandos á la corte dividían,  
No existen, ni tu padre te da enojos,  
Ni arma Muley traiciones á tu vida.

Persigue al que sacrilego persigue  
La verdadera ley, santa y divina;  
Nada receles, la victoria es tuya,  
Que el profeta de Dios te alumbró y guía.

Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones  
La espalda vuelva en la marcial porfia,  
Y amontonando triunfos y despojos,  
Su vano orgullo aniquilar consigas;

Y pasando del Tajo la corriente,  
En la corte imperial fijas tu silla,  
Después de haber deshecho en las Asturias  
La turba de sus gentes fugitiva.

Un nuevo Abderramán y un nuevo Muza  
Vendrá, que fiero su altivez oprima,  
Y otro Almanzor del templo de Santiago  
Renovará el incendio y la ruina.

La mezquita famosa toledana  
Mi indignacion reducirá en cenizas,  
Y en la noble imperial Cesaraugusta  
La imagen venerada de Maria.

El Corán se verá reverenciado  
Y la ley sacrosanta que predica,  
Desde Jijón á la distante Goa,  
Y de la Zeca á la feliz Medina.

Esto será; que así te lo prometo



El que pisa del sol la lumbre viva,  
A quien los querubines acompañan  
Y las dominaciones se le humillan;  
Que ocupando ante Dios glorioso asiento,  
Los claros astros á su planta mira,  
Y adornando la luna su turbante,  
Los luceros se apagan á su vista.»

Dijo; y al ir el rey á responderle,  
Veloz de entre sus brazos se retira,  
Y á ocupar vuelve la animada estatua  
El pedestal robusto que oprimía.  
Mientras en Santa Fe mira Fernando,  
Vistoso alarde haciendo su milicia,  
Al son de los clarines y atambores,  
Los caballos marchar é infantería,

Cuando del claro sol lucientes rayos  
A los objetos su color volvian,  
Dorando en los soberbios pabellones  
Las banderas que el céfiro movía,  
Bajo un rico dosel con perlas y oro,  
Que del oriente empobreció las minas,  
Fernando é Isabel el trono ocupan,  
Alto campeón, castísima heroína.

En tanto que en el templo de la Fama,  
Venciendo á las edades fugitivas,  
Vuestros nombres en mármoles escritos  
Causen al orbe admiracion y envidia,  
Yo haré, á pesar del tiempo y del olvido,  
Que su trompa sonante los repita,  
Y vuestras merecidas alabanzas

Las hijas de Memnósine divinas.  
Muéstranse alrededor del alto asiento  
Los principes y grandes de Castilla,  
Los Ponces de Leon y los Mendozas,  
Portocarreros, Laras y Mejías;

El que de Albama el defendido muro  
Guardó á pesar de la morisma ímpia,  
Y con débil defensa reparado,  
Burló su muchedumbre descreída.

Pacheco y el Guzman van á sus lados,  
Que dos robustos potros oprimian,  
Mostrando el noble varonil semblante  
Alzada la luciente sobrevesta.

Del jóven de Alba la tristeza muestran  
Las pavonadas armas que vestía:  
Negro el plumaje sobre el alto almete,  
Peto y escudo, cinturón y hebillas.

El que escalando de Guadix el muro  
Horror y asombro fué de la morisma,  
Y el que llegando hasta Granada, puso  
El Ave de Gabriel en su mezquita.

Cárdenas y Alburquerque, y el famoso  
Córdoba, lustre de la patria mia,  
Terror del moro, de la Italia espanto,  
Estrago de las gentes enemigas;

Luján se ofrece á la dudosa empresa  
Con doscientos jinetes que acaudilla,  
Que el Manzanares entre musgo y alga  
Miró nacer en la feliz orilla.

¡Oh patrio suelo! si al acento mio  
Prestar Apolo quiere melodía,  
Y se digna tal vez al rudo canto  
Dar nuevo ardor, dulcisona armonía,

Yo sabré levantar el nombre tuyo  
A la esfera que Venus ilumina,  
Ensalzando mi voz no disonante  
Tus blasones y glorias inauditas;

Pues para trono del mayor monarca  
La suma Omnipotencia te destina,  
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio  
A Eton fogoso y á Flegon fatiga.

El valiente doncel, que en tiernos años  
Venció del moro la arrogancia ímpia,  
Colocando en su escudo por trofeo  
El nombre, que ultrajaba, de MARIA,

Del gallardo Aguilar ocupa el lado:  
Aguilar, cuya espada vengativa  
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,  
Librando la inocencia perseguida.

Hacen-Benel Farax Abencerraje  
Lucida escuadra de su gente guía  
En tordas yeguas que produce el Bétis:

Y á su veloz corriente desafían.

Blancos bonetes con azules plumas,  
En las adargas la comun divisa,  
Corvos alfanjes, largos alquiceles,  
Robusto aspecto, y la color cetrina.

El fuerte capitán, que de Lucena  
Defendió la muralla combatida,  
Derramando al impulso de su diestra  
La sangre del infiel ismaélita,

Muestra en su escudo entre cadenas preso  
Al monarca que audaz le resistía,  
Y los nueve estandartes matizados  
Con caracteres árabes y cifras.

¡Cuántos esclarecidos capitanes,  
Que ganaron victorias inauditas,  
Delante de Fernando se presentan!  
Cántalos tú, Parnáside divina:

Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo,  
Por quien se vieron rotas y vencidas  
Las escuadras de Agar, que el dogma siguen  
Del fementido esposo de Cadiga.

Fernando al verlos: «claros campeones,  
Dice, blason de la corona mia,  
Por cuya diestra las cristianas cruces  
Sobre el Alhambra se verán tendidas,

Ya llegó el tiempo en que mireis cercana  
De esa ciudad rebelde la ruina,  
Y en premio de fatigas tan dichosas  
Laurel eterno vuestra frente ciña.

Desde que en Zahara combatiendo el muro  
Rompió Muley-Hacen la union amiga,  
Hasta que Boabdél preso y rendido  
Firmó la paz, que hoy niega su osadía,

¡Cuántas veces, dudosa la victoria,  
Espusisteis por ella hacienda y vida,  
Ya combatiendo en Baza las almenas,  
O en el alto peñon de la Ajarquia!

Málaga os vió con ánimo invencible  
Contrastar al feroz Abenconixa;  
Y Dordux, recelando el golpe duro,  
Os entregó su fuerza destruida.

Muley Abohardil, tirano injusto,  
Desamparó á Guadix con Almería,  
Y de Huescar á Ronda vuestra espada  
Estrago fué y horror de la morisma.

Aun hay mas que vencer: á vuestro brío  
Es corto triunfo esa ciudad vecina;  
Mas es fuerza juzgar su rendimiento  
Como principio de mayores dichas.

Desde que Febo, visitando el Toro,  
Volvió á los campos la estacion florida,  
Hasta que en Capricornio retirado  
Iluminó desconocido clima,

Sufre Granada el dilatado cerco,  
De fuerzas y poder destituida;  
Mas, ¡oh cuán presto la hollará mi planta  
Si ayuda vuestro ardor la intencion mia!

De hoy mas vuelva á sufrir nuevos afanes,  
Nuestros jinetes talen sus campañas,  
Y la sangre de Sarra se derrame  
En las escaramuzas repetidas;

Que el cielo, que hasta aquí miró propicio  
El éxito feliz de su conquista,  
Verá gustoso fenecer el nombre  
Del que tanto ofendió su ley divina.

Dios, sí, Dios mismo de rigor armado  
A nuestros brazos servirá de guía,  
Porque ganando su sepulcro santo,  
Sé mira el Asia á nuestro pié cautiva.»

Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,  
Que el nombre de Fernando repetía:  
Todos al duro asedio se aperceben,  
Acusando las horas de prolijas.

Suena confuso estrépito; el soldado  
Se viste el espaldar y la loriga,  
Y al apretar las cinchas el jinete,  
El caballo beligeró relincha.

Ya corren por la vega dilatada,  
Que el Jenil baña con corriente fria:  
Los campos queman, roban el ganado,  
Huye el pastor á la contraria orilla.

Tristes gemidos é incesante lloro

En la infeliz ciudad el aire bendian;  
 El vulgo corre temeroso y ciego,  
 Deja el muro y ocupa la mezquita.  
 Así venciendo Vespasiano y Tito  
 Los fuertes muros de la sacra Elia,  
 Esta lloró su misera desgracia  
 Con hambre y fuego y muerte destruida.  
 Boabdeli, de valor y fuerzas falto,  
 Al Albaicín medroso se retira:  
 Dudoso al escuchar consejos varios,  
 Entre opuestos dictámenes vacila.  
 Quién le aconseja que la gente anime,  
 Tienda al aire las árabes insignias,  
 Salga á campaña, y en batalla dura  
 Al enemigo intrépido resista.  
 Quién pretende, primero que rendirse,  
 Que en llamas arda la ciudad querida,  
 Dando la vida al tósigo y al hierro,  
 Cual los de Astapa ó la Sagunto antigua.  
 Cuando Zelím-Hamet, gallardo moro,  
 Que el sexto lustro de su edad cumplia,  
 Árabe en patria, Aldoradin en sangre,  
 Hijo de Abenhucen y Geloir,  
 Negra la barba y el color tostado,  
 Sangrientos ojos de espantable vista,  
 Robustos miembros, corto de razones,  
 Diestro en el arco, cimitarra y pica:  
 «Locura es, dijo, en pareceres varios  
 Perder el tiempo, que veloz camina,  
 No habiendo fuerzas, ni ocasion, ni gente  
 Para librar la patria que pelagra.  
 ¿Espondremos acaso á una batalla  
 La feliz libertad que tanto estima,  
 Cuando de España la potencia junta  
 Procura con teson nuestra ruina?  
 No, no es justo, ni en este medio solo  
 La pública salud se encierra y cifra:  
 Una astucia rompió de Troya el muro,  
 No Agamenon, ni Aquiles de Larisa.  
 Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo  
 Huya las sombras de la noche fria,  
 Hacer que el campo del contrario fiero  
 Con incendio voraz vuele en cenizas.  
 La confusion, el sobresalto y miedo,  
 El sueño, que los miembros debilita,  
 Las llamas y la noche harán felice  
 La heróica accion, si Boabdeli la anima.  
 —Sí, yo la apruebo,» dijo, y de los hombres  
 En muestra de su amor al punto quita  
 El precioso alquicel, que el moro admite,  
 Doblando reverente la rodilla.  
 Vistese al punto las lucientes armas,  
 Que el oro y el cincel enriquecian,  
 En quien mostró su perfeccion el arte,  
 Que á Gradivo tal vez dieran envidia.  
 En el turbante el acerado casco  
 Al herirle la luz rayos envía,  
 Luna pequeña y afolladas tocas,  
 Con un penacho verdegay encima.  
 El dilatado borcegui guarnecen  
 Dorados lazos y labores ricas,  
 Y el alquicel en el siniestro lado  
 Con plata y borlas resplandece y brilla.  
 Del ancho tahali se ve pendiente  
 La cimitarra fuerte y damasquina,  
 Que ciñó al lado Abenhozmin su abuelo,  
 Cuando á servir á Solimán partía.  
 La istriada lanza acomodó en la cuja,  
 Que cual un nimbres el bárbaro blaudia,  
 A cuyo golpe en desigual pelea  
 Felipe de Aragón perdió la vida.  
 Pintó en la adarga de Azamor el moro  
 Herido un corazon que en fuego ardia,  
 Y en campo azul alrededor escrito:  
*Si mas pudiera dar, mas te daría.*  
 La rica manga adorna el diestro lado,  
 Que de aljófar bordó y argenteria  
 Con cifras de su nombre Zelidora,  
 Que ausente dél en Tremecén vivia.  
 De un tostado alazán oprime el lomo,  
 De largas crines y cabeza erguida,  
 Pecho espacioso y espumante boca

Y dócil á la rienda que le guía.  
 Parte su dueño en la callada noche  
 De la famosa Illheris antigua;  
 Sus muros deja atrás y capiteles,  
 Y al enemigo campo se avecina.  
 Horridas sombras, ocupando el suelo,  
 Al intento mejor favorecian:  
 Muda quietud al sueño convidaba,  
 Y el Darro suspendió la clara linfa.  
 Cuando al atravesar raudal pequeño,  
 Que del vecino monte descendia,  
 Sintió pisadas, y de rato en rato  
 Templadas arnas que al mover crujian.  
 Refrena el paso el arrogante moro,  
 El freno y el aliento detenia,  
 Al ver ya cerca un caballero armado,  
 Que en lijero tropel tras él venia.  
 Sale á encontrarle, y previniendo el asta:  
 «¿Quién eres? dijo, ¿dónde te encaminas?  
 Dí, si eres granadino ó castellano,  
 Y cuál es el intento que te guía.  
 —Soy granadino, respondió, y si acaso  
 De tu amor y tu sangre no te olvidas,  
 Tu primo Zulemán es quien te sigue,  
 Y la justa venganza quien le anima.  
 Tú sabes bien que en la pasada luna  
 Mató á mi hermano en esta vega misma  
 La dura lanza del Guzmán valiente,  
 Impio verdugo de agarenas vidas.  
 Sabes que era mi hermano malogrado  
 La esperanza y blason de la morisma,  
 Señor de Alhora, de Cartama alcaide,  
 Caudillo y alhagib de su milicia.  
 Sabes cuánto lloré la injusta muerte,  
 Sabes cuánto perdió la patria mia,  
 Y que del homicida la cabeza  
 Prometí presentar á Belerifa.  
 Tres veces ciento alárabes jinetes  
 El bosque oculta, que á la seña misma  
 Intrépidos cercando los reales,  
 La accion acabarán que determinas.  
 Contigo vengo á que morir me veas  
 A manos del que causa mi desdicha,  
 O á que, logrando la venganza, vuelva  
 A consolar la pena que origina.»  
 Abrazale Zelím estrechamente,  
 Y defendidos de la sombra amiga,  
 Este se acerca al campo y pabellones,  
 Y aquel la retirada prevenia.  
 Introducido por oculta senda,  
 Calada cuerda al pabellon aplica  
 Do reposa Isabel, y al verle ardiendo  
 Con voraz llama, el moro se retira.  
 No de otra suerte los suberbios muros  
 Quemó de Troya la maldad argiva,  
 Ni menos confusion causó el estrago  
 Que en el campo cristiano se estendia.  
 Bajan ardiendo de la escelsa cumbre  
 Ardientes leños, máquinas erguidas,  
 Cual en las altas escarpadas breñas,  
 A quien el Tajo aurífero salpica.  
 Al fiero impulso de huracán horrendo  
 De uno en otro peñon se precipitan  
 Rudos peñascos, y al terrible golpe  
 Huyen al centro temerosas ninfas.  
 Salta del lecho intrépido Fernando;  
 Su presencia á los débiles anima;  
 Manda al de Cádiz, que al encuentro salga,  
 Por si alguna traicion se prevenia.  
 Suelta la crencha dilatada de oro,  
 Que un matizado trancelin prenda,  
 Cruza Isabel armados escuadrones,  
 Cuya industria apagó la llama activa.  
 Zulemán, que advirtió salir armada  
 La gente que el de Cádiz acaudilla,  
 Vuelve la rienda, y acia el bosque parte  
 A prevenirlo al comenzar el dia.  
 El Ponce de Leon, que desde lejos  
 Las armas vió reverberar bruñidas,  
 Y el ancho escudo del gallardo moro,  
 Parte á alcanzarle, y al caballo pica.  
 Mas viendo la distancia, alta la diestra



Con impulso feliz la lanza tira,  
Que por el viento rechinando cruza,  
Cual flecha de la cuerda despedida.

Vuelve el moro veloz mirando cerca  
El duro hierro que acia sí venia;  
Mas, ¿quién pudo borrar de las estrellas  
El influjo fatal que le domina?

Quiso evitar el golpe; mas rompiendo  
El fresno herrado la coraza fina,  
De roja sangre matizó las flores,  
Cayó en la yerba la color perdida.

No de otra suerte á su galán Adonis  
Miró difunto Venus Ericina,  
Cuando en Chipre su muerte lamentaron  
De sus bosques las bellas hamadrias.

Cual blanco azar, ó débil azucena,  
Que del tronco apartó mano lasciva,  
Que poco á poco la hermosura pierde,  
El cuello tuerce, y el frescor marchita;

Así, exhalando el último suspiro,  
Los ojos cierra en tristes agonias:  
Revuélcase muriendo, y se estremece,  
Y el alma baja á la tartárea orilla.

Hamet, que viendo el caso lastimoso,  
Batió la espuela y alojó las bridas,  
En venganza y furor y saña ardiendo,  
Con ronca voz: «Cristiano, le decía,

Si juzgas que la sangre de mi primo  
En tiernos años sin piedad vertida,  
Con la tuya, á pesar del universo,  
No la podré vengar, mal imaginas.»

Y arremetiendo cual ardiente rayo,  
La peligrosa lid acabaría  
Si en menos fuerte escudo diera el golpe  
Que atronó las cavernas convecinas.

Rota la lanza, con la espada embiste:  
Ciego de enojo el moro combatía,  
El alquicel arrastra por la arena,  
Que el potro al revolver desgarró y pisa.

Cual en el ancho circo matritense  
Con medrosa atención la plebe admira  
Robusta fiera que bebió el Jarama,  
Que el jóven andaluz acosa y lidia;

Así, burlando al moro granadino,  
El cristiano sus golpes detenía;  
Aquel le sigue, y este levantando  
La poderosa espada vengativa,

Tal golpe descargó con brazo fuerte  
Sobre las plumas y cinera altiva,  
Que juntas se estamparon en la arena  
Penacho verdegay, bonete y cintas.

No vuelve mas veloz manchada tigre  
Al flechazo que el árabe le tira,  
Que el moro al golpe, del pavé cubierto,  
Alta la diestra, en roja sangre tinta.

Quiso al contrario dividir de un golpe:  
Llega, da, hiere; y en la lid reñida  
Ninguno de los dos fuertes soldados  
A su enemigo superior se mira.

Mas viendo el Ponce á un lado ya cercana  
La mora gente y bárbaras insignias,  
Y al otro en las banderas sus leones,  
Señales de su tercio conocidas,

De punta á puño le metió la espada,  
Que al querer su enemigo resistirla,  
Cayó difunto del arzon al suelo,  
Abierto el pecho en penetrante herida.

No de otra suerte Encélado arrogante  
Del rayo herido de la luz divina,  
Precipitándose de monte en monte,  
Cayó oprimiendo el suelo que cubría.

Ya de añafles y atabales roncós  
Confuso estruendo militar se oía,  
Y en lid sangrienta entrambos escuadrones  
Por su ley y su patria combatían.

Rodrigo parte, y en la turba mora  
Tal estrago ocasiona su cuchilla,  
Cual entre simples tímidas palomas  
Garra y pico voraz de águila altiva.

Los fuertes capitanes granadinos,  
Que en la vega mostraron algún día  
Su esfuerso, hoy dejan con la muerte suya

Su patria opresa y su nación cautiva.

Unos con otros en atroz desórden  
El tremendo combate sostenían,  
Causando á un tiempo en una y otra parte  
Con igual confusión muertes distintas;  
Mas embistiendo por el diestro lado  
Nuevo socorro que Fernando envía,  
El Darro en sangre coloró sus aguas,  
Marlotas y almayzares revolvia.

Ya la escuadra de Agar la espalda vuelve  
Precipitada con veloz huida,  
Dejando el campo de despojos lleno,  
Que bárbaros cadáveres cubrían.

Boabdell, que advirtió destrozo tanto,  
Sus huestes ahuyentadas y vencidas,  
El enemigo cerca de los muros,  
Y sin defensa la ciudad querida,  
Maldice airado del profeta suyo  
Las promesas, que ya fallidas mira,  
Viendo á Fernando que triunfante llega,  
Y el difícil asalto premedita.

La cristiana Amazona que le sigue,  
Su intento aprueba, y á su gente anima;  
Corona el muro desarmada gente,  
Y al cielo sube inmensa vocería.

Suena el clarín beligeró, y apenas  
Las tropas á embestir se prevenían,  
Blanca bandera el Albaicín tremola,  
Las puertas abre la ciudad vencida.

Entre las armas el monarca moro  
Busca á Fernando, y á sus piés se humilla.  
«Cidi, venciste, reverente dice:  
Tuyo es mi reino ya; tuya es mi vida.

— Alza, le dijo, en mi bondad piadosa  
Perdon hallar podrá tu rebeldía:  
Vivirás como rey y amigo mío,  
Pues supiste aplacar todas mis iras.»

Marcha á Granada el campo: el bando moro,  
Lágrimas derramando de alegría,  
El nombre de Isabel y de Fernando  
Levanta al cielo en repetidos vivas.

En pebeteros del oriente humea  
Fragante incienso que la Arabia cria;  
Cubren las calles y edificios altos  
Tapetes persas con alhombros chinas.

El sucesor invicto de Pelayo  
Y la escelsa Matrona de Castilla  
Triunfantes entran, la cerviz pisando  
Del bárbaro poder y la herejía.

La Fe y la Religión iban delante,  
Que dirigieron la feliz conquista,  
Arrollando moriscos estandartes,  
Y eclipsando las lunas enemigas...

Cante otro lo demás, si á objeto tanto  
Menos puede bastar que voz divina;  
Pues fatigada del asunto heroico,  
Eumudece esta vez la trompa mía.

~~~~~

LECCION POETICA.

Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana (1).

APENAS, Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu carta cada día,
Mas me confunde cuanto mas la leo.

¿Piensas que esto que llaman poesía,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería?

¿O que puede adquirirse el númer santo
Del dios de Delo á modo de escalada,
O por combinacion ó por encanto?

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómíne pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada,

¿Por qué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo
Para quien eres tú fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:

Las verdades te amargan, ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencileo.
Pues hablemos en paz; que es desierto
Desengañar al que el error desea:
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.
Dígame, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las Musas,
Y trepar á la fuente pegaséa.
Pues si el accite y la labor no excusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En ti tus gracias lloverán infusas.
Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.
¿Qué romances harás, y qué canciones!
¿Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!
¿Qué gracioso ha de estar, y qué discreto,
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto!
Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarasla Filis ó Marfisa.
Díla que es nieve cuando mas te irrite:
Nieve que todo el corazon te abraza,
Y el fuego de tu amor no la derrite.
Y si tal vez en el afecto escasa,
Pronuncia con desdén sonoro hielo (*);
Breve disgusto que incomoda y pasa.
Dirás que el encendido Monjibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.
Si tu pasión amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.
Pues si el cabello á celebrar te pones,
Mas que los rayos de Titán hermoso,
¿Qué mérito hallarás, que perfecciones!
Díla que el alma, ajena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En cresta tempestad del oro undoso (**).
Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó súaves
Arcos, que flecha te clavaron dura.
Cuando las luces de su Olimpo alabas,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.
Dí, que su cielo, del cenit trasunto,
Dos soles ostentó por darte en ojos,
Que si se ponen, quedarás difunto.
Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se lava el corazon; y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos (***).
Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.
Dí, que es pensil su vulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.
La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesíes (****),
Alto asunto al poeta que la cante,
Hará que en su alabanza desvaríes,
Llamándola de amor ponzoña breve,
O madreperla hermosa de rubíes.
Al pecho, inquieta desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el alveo.
Y di, que venga un literato al uso,
Con su Luzán y el viejo Estagirita,
Llamándote ridículo y confuso:
Que yo sabré con férula erudita
Hacerle que enmudezca arrependido,
Por sectario de escuela tan maldita.
Así tambien hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana:
Tigre, de rosa y alheli vestido.
Mas quiero suponer, que la inhumana

(*) Quevedo.

(**) Idem.

(*** Gerardo Lobo

(****) Quevedo.

Rasgó tus ovilejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana:
No importa, así va bien. Luego compones
Diez ó doce lloronas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.
No te puedo prestar ningunas mias;
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte y frias.
Dirás, que tanto la pasión te aprieta,
Que mueres infeliz y desdenado:
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!
El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.
Y en lugar de escribir: «Aquí reposa
Fabio, que se murió de mal de amores,
Culpa de una muchacha melindrosa,»
Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razón prolija lean
De todas tus angustias y dolores.
Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sujeto su labor emplean.
Olvida, amigo, esa pasión doliente:
Hartas quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícaro fuente.
No siempre el alma ha de gemir esclava:
Déjate ya de celos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.
Que ya te ofrecen mil aparadores,
Trasformadas las salas en bodega,
Espiritus, aceites y licores.
Suenan algazara; cada cual despega
Un frasco y otro; la embriagada gente
Empieza á improvisar.... ¿Y quién se niega?
¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?
Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lico,
Se espera de tu musa la elegancia.
Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa descenida,
Lleno de vino y de furor pímpleo,
Cómo anima el festín, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.
La quintilla acabó; los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso;
Vuelve á beber, y á desatar la vena.
«Bomba, bomba,» repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pié forzado el bacanal furioso.
Y qué, ¿tú callarás? ¿Nada te escita
A mostrar de tu número la aflicción,
Cuando la turba improvisante grita?
¿Temas? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y escurre con frecuencia.
Ya te miro suspensivo, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.
¿A qué fin? Con medir en un instante
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.
¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
O mas duros tal vez, ó mas perversos?
No porque alguno Pindaro le llama,
Oyendo su incesante taravilla,
Pienses que número superior le inflama.
Los muchachos le siguen en cuadrilla.
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.
Si arrebatarle quieres la corona,
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.
Chocarrero y bufon quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga:
Verás que aplauso en Avapiés granjeas.
Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,

Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas

En tus versillos, bufonadas frías,

Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilación de boberías

Al público darás, de tomo en tomo,

Que ansioso comprará lo que le envías.

Porque el ingenio mas agreste y romo

Con obras de esta especie se recrea,

Como tú con las gracias de Jeromo.

Mas si tu orgullo oscurecer desea

Al lirico famoso venusino,

Con quien tu preceptista me marea,

Aparta de sus huellas el camino,

Iluye su estilo atado de pedante,

Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante

De las deidades chismes celebrados,

Sin perdonar la barba del Tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,

La niña de Agenor y sus doncellas

Los nitidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al abril sus huellas,

La orilla que de liquido circunda

Argento Doris, van pisando bellas;

Al motor de la maquina rotunda

Que enamorado padece entre el armento

La yerba, de que opaca selva abunda.

La niña al verle, ajena de espavento,

Orna los cuernos y la espalda preme,

Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar; la virgen treme,

Y al juvenco los alguidos, undosos

Pielagos hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,

Reciprocando aspectos cintilantes (*),

Prorrumpe en ululatos dolorosos;

Cuyas quejas en torno redundantes,

De débiles ancilas repetidas (**),

Los antros duplicaron circunstancias.

Mas Creta ofrece playas estendidas,

Próruba al dulce amplexo apetecido,

Pudiciencias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor, y agradecido

Jove fecunda sóbole promete,

Que imperio ha de regir muy estendido.

Apolo, antojadizo mozalbete,

Asunto digno de tu canto sea,

Cuando tras Dafne intrepido arremete.

La locura también faetonteia

Celebrarás, y el piélagos combusto

Que en flagrantés incendios centellea.

Y muera de livor el Zoilo adusto,

Al notar de estas obras los primores,

La dición bella, el delicado gusto;

Al ver llamar estrellas á las flores,

Líquido plectro a la risueña fuente,

Y a los jilgueros prados voladores;

Vegetal esmeralda floreciente

Al fresco valle, y al undoso río

Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mio,

Despreciando de Laso la cultura,

Con ceño magistral y agrio desvío,

Habla erizada jerigonza oscura,

Y en gállica syntaxis mezcla voces

De añeja y desusada catadura,

Copiando de las obras que conoces

Aquella molestísima reata

De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata

La hispana lengua, rica y elegante,

Y a Benengeli el mero cencil mialtrata.

Cualquiera escritorcillo petulante

Licencia tiene, sin saber el nuestro,

De inventar un idioma á su talante,

Que él solo entiende; y ensartando diestro

Silabas, ya es autor y gran poeta,

Y de alumnos estúpidos maestro.

(*) Silveira.

(**) Villamediana.

Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heroicos hechos,
Tanta nacion á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vinulos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el númen lleno de furor sagrado :

«Canto, dirás, el héroe furibundo,

A dominar imperios enseñado,

Que, dando ley al báratro profundo

Su fuerte brazo, sujetó invencible

La dilatada redondez del mundo.»

Principio tan altisono y horrible,

Proposición tan hueca y espantosa,

Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo: *Canta, Diosa,*

La cólera de Aquiles de Peleo,

A infinitos aquívos dolorosa;

Porque el estilo inflado y giganteo,

Dejando á los lectores atronados,

Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados

Ya por algunos admirablemente:

Escoge, que los dos son estrenados.

Sigue la historia religiosamente,

Y conociendo á la verdad por guía,

Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardía:

Reliere sin doblez lo que ha pasado,

Con nimiedad escrupulosa y pia.

Y en todo cuanto escribas, ten cuidado

De no olvidar las fechas y las datas;

Que así lo debe hacer un hombre honrado.

Si el canto frigidísimo rematas,

Despediraste del lector prudente

Que te sufrió, con espresiones gratas,

Para que de tu libro se contente,

Y aguarde el fin del languido suceso,

De canto en canto, el misero paciente.

Mas, no imagines, Fabio, que por eso

Te aplaudirán tus versos desdichados:

Crítica sufrirán, zurra y proceso.

Díran, que los asuntos adornados

Con episodios y ficción divina,

Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y nequizina,

Sin interés, sin fábula, sin arte;

Que el menos entendido la abonina.

Pero yo sé un ardid para salvarte,

Dejándolos á todos aturdidos:

Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Después que entre centellas y estampidos

Feroz descargues tempestad sonora,

Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,

Exagera el volcan que te devora,

Que centirse del alma no constante (*),

E invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente

Cuanto pueda hacinar tu fantasía,

En concebir delirios empuente.

Botánica, blason, cosmogonía,

Náutica, bellas artes, oratoria,

Y toda la gentil mitología;

Sacra, profana, universal historia,

Y en esto, amigo, no andarás escaso,

Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso

Entre despechadísimo guerreros

Que jamás de la vida hicieron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,

Tripas colgando, sesos palpitantes,

Y muchos derrengados caballeros;

Desaforadas mazas de gigantes,

Deshechas puentes, armas encantadas,

Amazonas bellísimas errantes.

A espuelas verterás, a carretadas

Descripciones de todo lo criado,

Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh cómo espero que mi alumno amado

Ha de lucir el singular talento,

(*) Candamo.

Febo, que á tu pesar ha cultivado!
 ¡Cuánta aventura, y cuánto encantamiento!
 ¡Cuántos enamorados campeones!
 ¡Cuanto jardín y alcázar opulento!
 Pondrás los episodios á millones;
 Y el héroe miserable no parece,
 Que no le encontrarán ni con hurones.
 Pero ¿cómo ha de ser, si le acontece
 Que un mago en una nube le arrebató,
 Y con él por los aires desaparece?
 En un valle oscurísimo remata
 El viejo endemoniado su carrera,
 Y al huésped á cumplidos le maltrata.
 Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado (*),
 Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.
 ¡Cuanta vasija y unto preparado
 Tiene! ¡Cuánto ingrediente venenoso,
 Que al triste que lo ve deja admiradol
 Allí le enseña en un artificioso
 Cristal la descendencia dilatada
 Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso.
 Y mira una ficción muy adecuada;
 Pues aunque algun censor la culpárá
 De impertinente, absurda y dislocada,
 Siempre logra con esta fechoría
 El linaje ensalzar de tu Mecenas,
 Que no te faltará, por vida mía.
 Y si tales patrañas son ajenas
 De su alcurnia, ¿qué importa? Si conviene,
 Con Héctor el troyano la encadenas;
 Porque un poeta facultades tiene
 Sin límite ni cotos, escribiendo
 Todo cuanto á la pluma se le viene.
 Pero ya me parece que estoy viendo
 Sobre un carro de fuego remontados
 Los dos amigos que la van corriendo.
 ¡Valame Dios, y qué regocijados,
 Gentes, ciudades, reinos populosos
 Examinan, y elmas ignorados!
 De Libia los desiertos arenosos,
 El hondo mar que hinchado se alborota,
 Montes nevados, prados olorosos.
 De la septentrional playa remota,
 Al cabo que dobló Vasco de Gama,
 El sabio Tragasmón registra y nota.
 Vuelve después donde la ardiente llama
 Del sol se oculta, al espirar el día,
 Dándole Tétis hospedaje y cama.
 Y en su precipitada correría
 Al huésped volador hace patente
 Cuanto de Europa el ancho mar desvía.
 Muda el auriga acia el rosado oriente
 El rumbo, y á los reinos de la aurora
 Los lleva el carro de piroso ardiente...
 Pero de un crítico me acuerdo ahora,
 Grave, tenaz, ridículo, pedante,
 Que vierte hiel su lengua detractora.
 ¡Cómo salta de cólera al instante
 Con estas invenciones! ¡Cuál blasfema!
 Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.
 No quiere que haya encantos ¡linda tema!
 Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
 Y el libro en que lo halló, desgarró y quema.
 Si al héroe por acaso le enamoras
 De una beldad que yace encastillada,
 Guardándola un dragón á todas horas,
 Y el caballero de una cuchillada
 Al escamoso culebrón degüella,
 Mi crítico infernal luego se enfada.
 Ni hay que decirle que la tal doncella
 Es hermana del sabio Malambruno,
 El cual su doncellez así atropella;
 Que á dura cárcel, soledad y ayuno
 Por un chisme no más la ha reducido,
 Sin que sepa sus lástimas ninguno.
 No, señor, nada basta: enfurecido,
 Contra el misero autor se despepita,
 Y en nada el inocente le ha ofendido.
 «¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!

(*) Quedado.

Dice en horrenda voz, que impetuosa
 Como turbio raudal se precipita.

El gusto y la razón, en verso, en prosa,
 La invención rectifiquen; que sin esto
 Jamás se acertará ninguna cosa.

Mi patria llora el ejemplar funesto:
 Su teatro en errores sepultado,
 A la verdad y á la belleza opuesto,
 Muestra lo que produce el estragado
 Talento que sin luz se descamina,
 De la docta elección abandonado.

Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
 La hispana musa, y desdeñó arrogante
 La humilde sencillez griega y latina.
 Dió á la comedia estilo retumbante,
 Figurado, sutil ó tenebroso,
 De la debida propiedad distante.

Halló en la escena el vulgo clamoroso
 Pintadas y aplaudidas las acciones
 A que le inclina su vivir vicioso.

Y en vez de dar un freno á sus pasiones
 En la enseñanza de verdades puras,
 Mezcladas entre honestas invenciones,

Oye solo mentiras y locuras,
 Celebra y paga enormes desaciertos,
 Y de juicio y moral se queda á oscuras.
 ¡Qué es ver saltar entre lacinados muertos,
 Hecha la escena campo de batalla,
 A un paladin, enderezando tuertos!

¡Qué es ver, cubierta de loriga y malla,
 Blandir el asta á una mujer guerrera,
 Y hacer estragos en la infiel canalla!

A cada instante hay duelos y quimeras,
 Sueños terribles que se ven cumplidos,
 Fatídico puñal, fantasma fiera,

Desfloradas princesas, aturcidos
 Enamorados, ronda, galanteo,
 Jardín, escala y celos repetidos;

Esclava fiel, astuta en el empleo
 De enredar una trama delincuente,
 Y conducir amantes al careo.

Allí se ven salir confusamente
 Damas, emperadores, cardenales,
 Y algun bufón pesado é insolente.

Y aunque son á su estado desiguales,
 Con todos trata, le celebran todos,
 Y se mezcla en asuntos principales.

Allí se ven nuestros abuelos godos,
 Sus costumbres, su heroica bizarria,
 Desfiguradas de diversos modos.

Todo arrogancia y falsa valentía:
 Todos jaques, ninguno caballero,
 Como mi patria los miró algun día.

No es mas que un mentecato pendenciero
 El gran Cortés, y el hijo de Jimena
 Un baladron de charpas y jifero.

Cinco siglos y mas, y una docena
 De acciones junta el nimen ignorante
 Que á tanto delirar se desenfrena.

Ya veis los muros de Florencia ó Gante;
 Ya el son del pito los trasforma al punto
 En los desiertos que corona Atlante.

Luego aparece amontonado y junto
 (Así lo quiere mágico embolismo)
 Dublín y Atenas, Menfis y Sagunto.

Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
 Se ven patentes las eternas penas,
 Y el ignorado centro del abismo,
 Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
 Repitiéndose misero lamento
 Por las estancias de dolores llenas?

«¡Oh qué abominación!» Dice el sangriento
 Censor injusto; y dando manotadas,
 Se levanta furioso del asiento.

Estas críticas, Fabio, son dictadas
 Por envidia y no mas, si bien lo miras,
 Y no deben de tíser escuchadas.

Las que repasas sin cesar y admiras
 Insignes obras, á pesar de ingratos,
 Te llevarán al término á que aspiras.

Mas te prometo: los alegres ratos
 Que te visite el apollíneo coro,

No los has de vender nada baratos.

Pues, aunque el tema popular no ignoro,
De que Cintio corona á los poetas
De verde lauro, y no de perlas y oro,
Las mas descabelladas é indiscretas
Farsas te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.

Si, Fabio, las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso;
Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena redundante hasta el esceso,
Qué no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino:
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y casos prodigiosos;
Que así el humano corazón se mueve.
Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte; salga Citeréa
Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea
Con su galán, su dama, y un criado
Que en dislates insípidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado,
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si á agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas
El te celebre cuando tú deliras,

Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamientos,
Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuela por los vientos,
Allí un vejete se trasforme en rana:
Todo asombro ha de ser, todo portentoso.

De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Héctor, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Anibal, con su jefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.

Verás qué diversion, verás qué gusto,
Cuando floren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcamán robusto.

Que ciegos de amoroso desvario,
La llaman en octavas y en tercetos
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.

Tus galanes serán todos discretos;
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.

¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque*! Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni busques lo moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudas;
Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura, no lo dudes:
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decía,
De que el pudor se ofende y el recato...
Pero ¡qué! si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, alevé, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores,
Preejado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardín vecino,
Y encuentra allí peligros no menores.

El padre, oyendo cuchilladas, vino;
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.

Pero un primo frenético y celoso
Lo vuelve á trabucar de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera:
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondón con un cualquiera.

¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los orates,
Con Baquis, Menedemo y Antifila;

Que por él y otros pocos botarates,
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.

Tú, dichoso mortal, prepara en tanto,
Para ser celeberrimo poeta,
El númer y las sílabas al canto.

La citara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y ebanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Illicona,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ganas,
Y agradéclo á mí, que te he instruido.

~~~~~

## EPISTOLAS.

### I. A don Simon Rodrigo Laso, rector del colegio de San Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,  
¿Es poco breve, di, que el hombre deba  
Su fin apresurar? O los que al mundo  
Naturaleza dió males crueles  
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen  
Con que aspiramos á acrecer la suma?

¿Ves afanarse en modos mil, buscando  
Riquezas, fama, autoridad y honores,  
La humana multitud ciega y perdida?  
Oye el lamento universal. Ninguno  
Verás que á la Deidad con atrevidos  
Votos no canse, y otra suerte envidie.  
Todos, desde la choza mal cubierta  
De rudos troncos, al robusto alcázar  
De los tiranos donde suena el bronce,  
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso

Todos lo son: que de un afecto en otro,  
De una esperanza y otra y mil creídos,  
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.  
Así buscando el navegante asturo  
La playa austral que en vano solicita,  
Si ve, muriendo el sol, nube distante,  
Allá dirige las hinchadas lonas.  
Su error conoce al fin; pero distingue  
Monte de hielo entre la niebla oscura,  
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;  
Hasta que horrible tempestad le cerca,  
Braman las ondas, y aquilon sañudo  
El frágil leño en remolinos hunde,  
O verto escollo de coral le rompe.

La paz del corazón, única y sola  
Delicia del mortal, no la consigue,  
Sin que el furor de su ambición reprima,  
Sin que del vicio la coyunda logre  
Intrepido romper. Ni hallarle espere  
En la estrechez de sordida pobreza,  
Que las pálidas fiebres acompañan,  
La desesperacion y los delitos,  
Ni los metales que á mi rey tributa  
Lima opulenta poseyendo. El vulgo  
Vano, sin luz, de la fortuna adora  
El ídolo engañoso: la prudente  
Moderacion es la virtud del sabio.

Feliz aquel que en áurea medianía,  
Ambos extremos evitando, abraza  
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno  
Su paz turbó, ni de insolente orgullo  
Las iras teme, ni el favor procura:  
Suenan en su labio la verdad, detesta  
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe,  
Y envilecida multitud le adore.

Libre, inocente, oscuro, alegre vive,  
A nadie superior, de nadie esclavo.

Pero ¿cuál frenesi la mente ocupa  
Del hombre, y llena su existencia breve  
De angustias y dolor? Tú, si en las horas  
De largo estudio el corazón humano  
Supiste conocer, ó en los famosos  
Palacios donde la opulencia habita,  
La astucia y corrupción, ¿hallaste alguno  
De los que el aura del favor sustenta,  
Y martiriza áspera sed de imperio,  
Que un placer guste, que una vez descanse?  
¿Y cómo burla su esperanza, y postra  
La suerte su ambición! Los sube en alto,  
Para que al suelo con mayor ruina  
Se precipiten. Como en noche oscura  
Centella artificial los aires rompe,  
La plebe admira el esplendor mentido  
De su rápida luz; retumba y muere.

¿Ves, adornado con diamantes y oro,  
De vestiduras séricas cubierto,  
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,  
Al poderoso audaz? ¿La numerosa  
Turba no ves, que le saluda humilde,  
Ocupando los pórticos sonoros  
De la fábrica inmensa, que olvidado  
De morir, ya decrepito levanta?  
¡Ay! no le envidies, que en su pecho anidan  
Tristes afanes. La brillante pompa,  
Esclavitud magnífica, los humos  
De adulación servil, las militares  
Puntas que en torno á defenderle asisten,  
Ni los tesoros que avariento oculta,  
Ni cien provincias á su ley sujetas,  
Alivio le darán. Y en vano al sueño  
Invoca en pavorosa y luenga noche;  
Busca reposo en vano, y por las altas  
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.  
¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde  
Orilla, rica de la mies de Céres,  
De pámpanos y olivos! ¿Verdeprado,  
Que pasta mudo el ganadillo errante.  
Aspero monte, opaca selva y fría!  
¿Cuándo será que habitador dichoso  
De cómodo, rural, pequeño albergue,  
Templo de la Amistad y de las Musas,  
Al cielo grato y á los hombres, vea  
En deliciosa paz los años míos  
Volar fugaces? Parca mesa, ameno  
Jardín, de frutos abundante y flores  
Que yo cultivaré, sonoras aguas  
Que de la altura al valle se deslicen,  
Y lentas formen transparente lago.  
A los cisnes de Venus, escondida  
Gruta de musgo y de laurel cubierta,  
Aves canoras, revolando alegres  
Y libres como yo, rumor suave  
Que en torno zumbe del panal hibleo,  
Y leves auras espirando olores:  
Esto á mi corazón le basta... Y cuando  
Llegue el silencio de la noche eterna,  
Descansaré, sombra feliz, si algunas  
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

## II. A don Gaspar de Jovellanos (2).

Si: la pura amistad, que en dulce nudo  
Nuestras almas unió, durable existe,  
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,  
Ni la distancia, ni interpuestos montes  
Y proceloso mar que suena ronco,  
De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso  
El son de Marte, que suspende ahora  
La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,  
Deliciosa quietud, contento vives,  
Siempre animado de incansable celo  
Por el público bien, de las virtudes  
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,  
No castigados de tu docta lima,  
Fáciles versos, la verdad te anuncien  
De mi constante fe; y el cielo en tanto  
Vuélvame presto la ocasión de verte  
Y renovar en familiar discurso  
Cuanto á mi vista presentó del orbe  
La varia escena. De mi patria orilla  
A las que el Sena turbulento baña,  
Teñido en sangre, del audaz britano  
Dueño del mar al aterido belga,  
Del Rin profundo á las nevadas cumbres  
Del Apenino, y la que en humo ardiente  
Cubre y ceniza á Nápoles canora,  
Pueblos, naciones visité distintas;  
Util ciencia adquirí, que nunca enseña  
Docta lección en retirada estancia,  
Que allí no ves la diferencia suma  
Que el clima, el culto, la opinión, las artes,  
Las leyes causan. Hallarás la solo,  
Si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas  
Del Tíbre, en sus orillas me detiene,  
De Roma habitador. ¿Fuésemos dado  
Vagar por ella, y de su gloria antigua  
Contigo examinar los admirables  
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada  
Resiste, quiso perdonar! Alumno  
Tú de las Musas y las artes bellas,  
Oráculo veraz de la alma historia,  
¿Cuánta doctrina al afluyente labio  
Dieras, y cuántas, inflamado el núnem,  
Imágenes sublimes hallarías  
En los destrozos del mayor imperio!  
Cayó la gran ciudad que las naciones  
Mas belicosas dominó, y con ella  
Acabó el nombre y el valor latino;  
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,  
Sus águilas llevó, prole de Marte,  
Adornado de bárbaros trofeos  
El Capitolio, conduciendo atados  
El carro de marfil reyes adustos,  
Entre el sonido de torcidas trompas  
Y el ronco aplauso de los anchos foros,  
La que dió leyes á la tierra, horrible  
Noche la cubre, pereció. Ni esperes  
Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,  
Informes masas que el arado rompe,  
Circos un tiempo, alcázares, teatros,  
Termas, soberbios arcos y sepulcros,  
Donde (fama es común) tal vez se escucha  
En el silencio de la sombra triste  
Lamento funeral, la gloria acuerdan  
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo  
Esto conserva á las futuras gentes  
La señora del mundo, inclita Roma.  
¿Esto, y no mas, de su poder temido,  
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron  
Ni su virtud, ni su saber, ni unida  
Tanta opulencia mitigar del hado  
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?  
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden  
Como la débil flor los fuertes muros,  
Si los bronceos y púrpuras quebranta,  
Y los destruye, y los sepulta en polvo,  
¿Para quién guarda su tesoro intacto  
El avaro infeliz? ¿A quién promete  
Nombre inmortal la adulación traidora,  
Que la violencia ensalza y los delitos?  
¿Por qué á la tumba presurosa corre  
La humana estirpe, vengativa, airada,  
Envidiosa... ¿De qué, si cuanto existe  
Y cuanto el hombre ve todo es ruinas?  
Todo: que á no volver huyen las horas



Precipitadas, y á su fin conducen  
De los altos imperios de la tierra  
El caduco esplendor. Solo el oculto  
Númen que anima el universo, eterno  
Vive, y él solo es poderoso y grande.

### III. A la marquesa de Villafranca, con motivo del nacimiento de su hijo primogénito el conde de Niebla.

Faltó mi anuncio, y generoso el cielo,  
Mas que yo pude prevenir, destina  
Felicidades á tu casa ilustre,  
Cuando de tu cariño el digno fruto,  
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras  
Tu sexo y gracias repetirse, y toda  
Tu hermosura gentil en la querida  
Prenda que dulce ya te mira y rie.  
¡Oh vana predicción! Mayor cuidado  
Merece al Númen que sustenta el orbe  
De los Toledos la prosapia escelsa;  
Premios mas altos la virtud merece,  
El tierno y casto amor, la no manchada  
Pureza conyugal. Mira cumplidos  
Los votos ya de tu feliz esposo,  
Y los tuyos también, y los de tantos  
Pueblos que ven en tí señora y madre.  
Ese que aduermes en ebúrnea cuna,  
Pequeño infante, es un Guzman; de aquella  
Estirpe clara sucesor, que un día  
Fué de la patria impenetrable escudo,  
Y en su defensa derramó inflexible  
La propia sangre. De Tarifa el alto  
Muro, sitiado de agarenas huestes,  
Supo guardar su generoso abuelo.  
Vió de cadenas sin piedad ceñido  
El jóven infeliz, oyó sus voces,  
Y el ruego y llanto de doliente esposa,  
Y supo ser leal. Le ofrece el moro  
Pactos indignos, y amenaza al cuello  
Del inocente, si Guzman resiste;  
El se desciñe la temida espada,  
La tira al campo, y «Si no quieres, dijo,  
La tuya ensangrentar, esa es la mía.»  
¡Oh constancia! oh valor! Vive, precioso  
Niño, y el claro ejemplo que los tuyos  
Te dan, imita. Vive, si de tanta  
Ilustre acción te ha de inflamar la gloria,  
Que ya del vicio y corrupcion infame  
Harto el estrago se difunde y crece.  
La disciplina militar, el celo  
Por el público bien, costumbres puras  
Faltaron... Vive; que la patria nuestra  
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

### IV. Al príncipe de la Paz, dedicándole la comedia de la Mojigata.

Esta que me inspiró fácil Talla  
Moral ficción, y aguarda numeroso  
Pueblo que ocupe la española escena,  
Voz adquiriendo, movimiento y formas,  
Hoy te presento con afecto puro  
De gratitud y amor; que en vano aspiro  
Por otra senda á la difícil cumbre  
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces  
Lloré burlado el atrevido intento.  
¡Cuántas, pulsando las añejas cuerdas,  
Quise prender con números suaves  
La esquivo hermosa que en silencio adoro,  
Y la voz imitar y la armonía  
Que un tiempo el eco en la floresta verde  
Repetió del Zurguén! Quise, animado  
De mas sublime ardor, sonando Clio  
La trompa que marcial ira difunde,  
De España celebrar los altos triunfos,  
Del cuello altivo sacudiendo rota  
La bárbara coyunda; en las arenas  
De Libia ardiente el vencedor vencido;

Numancia satisfecha en el estrago  
De la soberbia Roma, abandonada  
Al espantoso militar desórden;  
Dueño Cortés del estandarte de oro  
En los valles de Otumba, y á sus plantas  
El cetro occidental. Pero ofendida  
Culpó mi error la musa de Menandro,  
Y la cítara y flautas pastoriles  
Quitóme airada, y el clarín de Marte.  
Sigue, me dijo, por el rumbo solo  
Que te indica mi voz, si honor procuras  
Que á pesar del silencio de la muerte  
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa  
Una y mil veces en tu labio infante  
Dulce beso imprimí, y al repetido  
Celeste arrullo que entoné dormías.  
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,  
Y en ti los que vertió propicios dones  
Naturaleza, cultivar me plugo.  
Ya con festiva aclamación sonando  
La patria escena, en su alabanza justa  
Tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre  
Del sagrado Helicon, que Cintio baña  
Con su luz inmortal, las Musas bellas  
De hiedra y lauros te darán corona.  
No te ofenda, señor, si tan humilde  
Tributo te consagro: ¿Y cuál sería  
De la grandeza de tu nombre digno?  
Limitado es el don, rico el deseo;  
Y no bastando á mas la vena estéril,  
Cuanto puedo te doy. Así postrado  
Ante las aras que levanta rudas,  
Suele el cultor acumular los frutos  
Sencillos de su campo; y los ofrece  
Al alto númen tutelar que adora,  
Y aromas vierte agradecido, y flores.

### V. Al mismo.

Buscando alivio á mi salud endeble,  
Me vine á guarecer en la aspereza  
De estos peñascos, del ardor estivo  
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,  
Paz en el alma, soledad quería,  
Frescura y sombras. Eucerré con llave  
Los doctos libros, que el talento ilustran,  
Y el vigor al estómago destruyen.  
Holgar quise y vivir; y apenas llego  
A las orillas que fecunda el Arlas,  
Coronada la sien de humildes juncos,  
Inesperada pesadumbre altera  
Mis honrados propósitos. ¿Adónde  
Sabré ocultarme, si habitando ahora  
Rústico albergue, defendido en torno  
De precipicios y fragosas cumbres,  
Aquí me induce á traducir mi estrella?  
Pero en vano será. Como sucede  
Una vez y otras muchas al cuidado  
Que no tiene comercio, hacienda, casa,  
Ni oficio, ni pensión, ni renta, y vive  
Tranquilo; en tanto que la numerosa  
Turba á quien debe el aire que respira  
Se afana en perseguirle. El escribano  
Le cita, el alguacil le acecha y busca,  
Manda Marquina que sus deudas pague,  
Y no las paga; al soberano acuden,  
Manda que pague, y su pobreza estrema  
Privilegio le da seguro y cierto  
De no pagar jamás. Yo así, fiado  
De la ignorancia que padezco y lloro,  
Venerando el precepto que me impone  
Mi generoso protector, me eximo  
De obedecerle. Si entender pudiese  
Lengua que no aprendí, traduciría  
En culta frase de León y Herrera,  
Los garabatos que del norte frío  
Vienen al Tajo mendigando ahora  
Glosa y comentador. O si aspirase  
A conseguir, sin merecerle, el nombre  
De poligloto y helenista insigne.

Amigos tengo, y con ajenas plumas  
Me presentara intrépido y soberbio,  
Y la alquilada erudicion pudiera  
Valerme aplauso entre la plebe osada  
De los pedantes, cuya ciencia es solo  
Mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte  
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,  
Mucha constancia y direccion prudente,  
El acercarse de Minerva al templo.  
La vida es breve; el limite se ignora  
Que debió a su Hacedor la siempre varia  
Robusta en producir naturaleza.  
Las artes que la imitan, aspirando  
A conseguir la perfeccion, desisten  
A su vista confusas y cobardes  
Del atrevido intento. Un primor solo,  
Una sola verdad a sus alumnos  
Cuesta prolijo afán, y aquel que logra  
Adelantarse en la difícil via  
A los que siguen con incierta planta  
El mismo generoso intento, adquiere  
Ilustre honor que en las edades vive.  
Sabio le llama el mundo, porque en una  
Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos.  
No porque en ella al término llegase,  
Que inaccesible de los hombres huye.  
Solo el pedante vocinglero, hinchado  
De vanidad y punzoñosa envidia,  
Todo lo sabe. En el café gobierna  
Los imperios del orbe, y mientras bebe  
Diez copas de licor, y sorprende, asalta,  
Gana de Gibraltar el puerto y muro.  
Consultadle, señor, vereis qué pronto  
Cubriendo el mar de naves españolas,  
Sin fatiga, sin gasto, a Irlanda ocupa,  
Y los tesoros de Jamaica os pone  
En la calle Mayor. ¿Quereis oírle  
Por tres horas no mas? Latin, tedesco,  
Arabe, griego, mejicano y chino,  
Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera  
Haber, los sabe. Erudicion, historia,  
Náutica, esgrima, metalurgia y leyes:  
En todo es superior, único y solo.  
Poco estima a Mozart; nota con ceño  
Que Cimarosa en tal ó tal motivo  
No estuvo muy feliz. Habla y decide  
En materia de escorzos y contrastes,  
Tonos de luz, degradacion de tintas,  
Pliegues y grupos. Convulsion padece  
Con el silabizar de Garcilaso,  
Tan delicado timpano es el suyo!  
Las faltas ve de propiedad y estilo  
En que se deslizo la mal tajada  
Peñola de Cervantes... Vive, insigne  
Honor y gloria de la edad presente,  
Para instruccion comun; esplendorosa  
Lámpara, no te apagues. Yo, que admiro  
La vasta enciclopédica doctrina  
Que ostentas en nanquetes clamorosos,  
No te la sé envidiar, y si consigo  
Que alguna vez mi rudo verso escuche  
Aquel que alivia el grave peso á Carlos  
En la dominacion de tanto imperio,  
A mas no aspira mi talento humilde.

#### VI. Al mismo, en lenguaje y verso antiguo (3).

A vos, el apuesto complido garzon,  
Asmandovos grato la peñola mia,  
Vos faz omildosa la su cortesía  
Con metros polidos vulgares en son;  
Ca non era suyo latino sermon  
Trovar, é con ese decirvos loores:  
Calonges é prestes, que son sabidores,  
La parla vos fab en de Tulio y Maron.  
Por ende, si tanto la suerte me da,  
Magüer que vos diga roman paladino,  
Fiducia me viene que lueñe é vecino  
La gen acuciosa mi carta verá:

E vuestas faciencias que luego dirá  
Gravedosa estoria por modo sotil,  
Seran de Castilla mil eras é mil  
Membranza placiente que non finirá.

E tanto merece falagos é amor  
Aquel que alegroso nos dió bienandanza,  
E al comun conorte la mucha amistanza,  
Ovo de don Carlos, el nueso señor.  
«Sepades, le dijo, buen alcanzador,  
Que en todo el mi regno vos fago imperante;  
A tal que del sceptro dorado, pesante,  
La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mí  
De ser aducidos en sancta equidad;  
A non acuitallos las mientes parád;  
En algos abonden é pan otrosi;  
E cuando mis tierras (que tal non creí)  
Mesnadas de allende osareu correr,  
Faced á los mios punar é vencer,  
Ca siempre ganosos de liza los vi.

E ved non fallezcan á tal ocasion  
Lorigas, paveses é todo lo al,  
E mucho trotero ardido é leal  
De los mas preciados que en Córdoba son,  
E fustas con luengo ferrado espolon,  
Guarnidas de tiros que lancen pelotas;  
Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas  
Al nueso lindero la escura Albion.

E guay, non aduzga mintrosa la paz  
Al valor nativo dañinos placeres,  
Nin seyan sofridos los vanos saberes  
Que al mundo manceillas le dieron asaz.  
Alli do pregonan olganza é solaz,  
Alli rudo vulgo é sandio declina,  
Divaga sañoso, virtud abomina;  
Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuido;  
La sciencia le amuestre su puro claror,  
Non cure atristado ventura mayor,  
En buen regimiento guardado é punido:  
Ansi el caballero ruando lucido,  
Acucia ó detiene la alfana que monta,  
E parte, al agudo estímulo pronta,  
O párase dócil el freno sentido.»

A tal platicaba la su señoría,  
E cedo el magnate repuso á don Rey:  
«Non fuera nascido de alcuña de ley  
Si al vueso talante non obedescia.  
Solene homenaje fago é pleitesia,  
(E dijol tomando la cruz del espada)  
Que línque la vuesa merced acatada,  
E España recalde su prez é valia.»

De entonce colmalla de bienes cuidó:  
La paz se posara a su lado yocuida,  
La cuita fenescce, de frutos abunda  
El suelo que en sangre la guerra alagó,  
La su dulcedumbre temores quitó  
Del home entorpidado que yaz en tristura,  
E quisto de buenos la su derechura  
Le fiz, é al inico sañoso aterró.

E vimosle á guisa de diestro adalid,  
Faciendo reseña la hueste real,  
Mandar sus hileras, é á son de atabal  
Poner a los ojos la marcha é la lid:  
Ansi de los muros miró de Madrid  
La plebe agarena ven r á cercalla,  
Desnuda tizona, en tren de batalla,  
Al bravo cabdillo que d jeron Cid.

! Oh fuérale dalo seguir el pordon  
Que bordan castillos, crnees é leones,  
Romper azanoso por los escuadrones  
Bárbaros, de sangre teñido el troton!  
Timidos fueran jinete é peon,  
En llama aburando sus tiendas caidas;  
E á la funerea matanza é feridas,  
Cuidaran que fuese Jacobo el patron.  
Devédalo empero la pro comunal,  
E del alto alcazar do tiene su silla,  
Segundo en potencia le acata Castilla;  
Sotil palaciano, sirviente leal:  
Largi sa, por ende, la m mo real  
Quisiera abastalle de dones subidos,



Cual nunca de alguno non fueron habidos,  
 Siquier home bueno, siquier principal.  
 E ved de cuál arte ser quito pensó  
 El rey, que sesudo catara sus fechos:  
 Ayúntale dende con nudos estrechos  
 Al mesmo avolorio de donde nació;  
 E luego é de sí voceros mandó  
 Que cedo á la rica Toledo se vayan,  
 É aquesa manceba garrida le trayan,  
 Fija del infante que Dios perdonó.  
 La flor de lindeza, donaire é mesura  
 En ella se adunan, la bien pareciente:  
 De rojos corales su boca riente,  
 Sobrando á la nieve su tez en albur,  
 La luz de sus ojos espléndida é pura,  
 La voz falagosa, gentil su ademán:  
 Florinda, la causa del nueso desmán,  
 Non ovo tal gesto, nin tal apostura.  
 ¡Oh! vivan entramos en placida union,  
 No nunca empecscida de fado siniestro,  
 Seyendo en el siglo criminoso nuestro  
 De virtud ecelsa dechado y blason:  
 La fama, do quiera, con alto pregon,  
 Su prole ventura perinclita cante,  
 E aquisten ilustre memoria durante  
 Su nome, sus fechos, su clara nacion.

#### VII. *A un ministro, sobre la utilidad de la historia.*

Ya el invierno, de nubes coronado,  
 Detuvo en hielos su corriente al rio:  
 Brama el Bóreas. Felices  
 Campos, adios; y tú, valle sombrío,  
 A los placeres del amor sagrado  
 Venus hoy te abandona y los amores,  
 Y el sol, cercano al capricornio frio,  
 De la noche los términos dilata.  
 No toleremos, no, que voladora  
 Así pase la edad, si los mejores  
 Instantes que arrebatara  
 Negamos del estudio á las tareas.  
 Por él, mi dulce amigo,  
 La razon conducida  
 Recibe del saber altas ideas.  
 En la carrera incierta de la vida  
 Dirigir puede al hombre, y enemigo  
 Del ocio torpe y la ignorancia oscura,  
 O le presta consuelo  
 En la adversa ocasion, ó le asegura  
 El favor de la suerte:  
 Justa obediencia, y justo imperio enseña.  
 Si á ti benigno el cielo  
 Miró al nacer y hoy colma de favores,  
 Pues no á las letras proteger desdeña  
 Tu mano generosa,  
 Ellas su auxilio deben ofrecerte.  
 Que no siempre de flores  
 La senda peligrosa  
 De la fortuna encontrarás cubierta;  
 Ni el timon abandona el marinero,  
 Por mas que el viento igual, propicio espire.  
 Docta la historia ejemplo verdadero  
 A tu razon presente,  
 De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.  
 Mira en ella los pueblos mas famosos  
 Que redimen sus fastos del olvido,  
 Si políticos ya, si belicosos  
 A tanta gloria, á tal poder llegaron;  
 Si en ellos se admiraron  
 Justicia, humanidad, costumbres puras;  
 Si fué de la virtud asilo el trono;  
 Si la ignorancia, las venganzas duras,  
 El ocio corruptor, el abandono,  
 Dieron causa á su estrago.  
 Ya no existis, naciones poderosas;  
 Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,  
 Persépolis, y tú, fiera Cartago,  
 Enemiga del pueblo de Quirino,  
 Ya no existis. Dudoso el caminante  
 En hórrido desierto

Os busca, y el bramido  
 De las fieras le aparta. La corriente  
 Sigue al Eufrates que tronando suena,  
 Y el lugar desconoce  
 Donde la asiria Babilonia estuvo,  
 Que al héroe macedon miró triunfante,  
 Hoy cenagosos lagos, corrompido  
 Vapor, caliente arena,  
 Aspera selva, inculta, engendradora  
 De monstruos ponzoñosos,  
 Encuentra solo; y la ciudad que pudo  
 Del vencedor romano  
 El yugo sacudir, Palmira ilustre,  
 Yace desierta ahora;  
 Sus arcos y obeliscos suntuosos  
 Montes son ya de trastornadas piedras,  
 Sus muros son ruinas.  
 Hundió del tiempo la invisible mano  
 Entre arbustos estériles y hiedras  
 Los pórticos del foro  
 En columnas de Paro sostenidos,  
 Basas robustas y techumbres de oro,  
 Donde el arte espresó formas divinas...  
 ¡Memorias de dolor! Allí apacienta  
 Su ganado el zagal, y absorto admira  
 Cómo repite el eco sus acentos,  
 Por las concavidades retumbando.  
 De tal desolacion la causa mira,  
 No tanto en los opuestos elementos  
 Embravecidos, cuando  
 Al austro oscuro el aquilon compite,  
 Y Jove en alto carro conducido  
 Fulmina á los alcázares centellas;  
 O cuando en las cavernas oprimido  
 Del centro de la tierra el fuego brama  
 Con rumor espantoso,  
 Y en su reventazon muda los montes,  
 Ciudades arruina,  
 Hierve el mar proceloso,  
 Y arde en sus ondas la violenta llama.  
 Que el hombre, el hombre mismo,  
 Si á la maldad declina,  
 Desconociendo términos, escede  
 A las iras del cielo y del abismo.  
 Triunfo insolente la impiedad, faltaron  
 Las leyes, el pudor, y los robustos  
 Imperios de la tierra  
 Debilitó cobarde tiranía.  
 Las delicias funestas enervaron  
 El amor de la patria, el ardimiento,  
 La disciplina militar, y el dia  
 Llegó terrible de discordia y guerra,  
 Que al orgullo mortal previno el hado  
 Para ejemplo á los siglos espantoso.  
 Y como desatado  
 Suele el torrente de la yerta cumbre  
 Bajar al valle, y resonando lleva,  
 Roto el margen con impetu violento,  
 Arboles, chozas y peñascos duros,  
 Rápido quebrantando y espumoso  
 De los puentes la grave pesadumbre,  
 Y la riqueza de los campos quita,  
 Y soberbio en el mar se precipita;  
 Así bárbaras gentes, descendiendo  
 Del norte helado en multitud inmensa  
 Contra la invicta Roma, estrago horrendo,  
 Muerte y esclavitud la destinaron,  
 Y al orbe que oprimió dieron venganza.  
 Así en edad distinta,  
 Osado el trace, sin hallar defensa,  
 Escediendo el suceso á la esperanza,  
 Trastornó los imperios del Oriente,  
 El trono de los Césares, la augusta  
 Ciudad de Constantino.  
 Grecia humilló su frente;  
 El Araxes y el Tigris proceloso,  
 Con el Jordan divino  
 Que al mar niega el tributo,  
 Las Arabias y Egipto fabuloso,  
 En servidumbre dura  
 Cayeron y opresion. Gimió vencida  
 La tierra que llenó de espanto y luto

De sus vagos ejércitos ímpios  
La furia poderosa.

Mas, como suele en los despojos frios  
Que al sepulcro voraz lleva la muerte,  
Buscar alivios á la frágil vida  
La física estudiosa,  
Tú así, en la edad pasada examinando  
De tantos pueblos la voluble suerte,  
Las causas de su gloria y su ruina,  
Propio escarmiento harás la culpa ajena,  
Experiencia el aviso,  
Y natural talento la doctrina.  
Verás entonces que el que sabe impera,  
Y en medio de las dichas preparando  
El ánimo robusto  
Contra la adversidad, ó la modera  
O la resiste intrépido. Que el mando  
Es delicioso, si templado y justo  
La union social mantiene,  
Los intereses públicos procura,  
La ley se cumple, y ceden las pasiones.  
Que el poder, no en violencia se asegura,  
Ni el horror del suplicio le sostiene,  
Ni armados escuadrones;  
Pues donde amor faltó, la fuerza es vana.

Tú lo sabes, señor, y en tus acciones  
Ejemplo das. Tú la virtud oscura,  
Tú la inocencia amparas. Si olvidado  
El mérito se vió, tú le coronas;  
Las letras á tu sombra florecieron,  
El celo aplaudes, el error perdonas,  
Y el premio á tus aciertos recibiste  
En placer interior que el alma siente.  
¡Oh! pues tan altos dones mereciste  
Al nûmen bienhechor, que generoso  
Igualó con tus prendas tu fortuna,  
Roba instantes al tiempo presuroso,  
Ilustrando la mente  
Con nuevas luces, si te falta alguna.

#### VIII. A Andrés (4).

¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones  
A mí dictâmen acceder? sumiso?

¿Tan dócil es tu amor? ¿O tan dudoso  
El mérito será de tu futura

Doña Gregoria, que el quererla mucho,  
O no quererla, de mí voz depende?

En fin, si mi opinion saber deseas,

Te la diré; pero el asunto es grave

Y toca en la moral filosofia:

No se diga de mí que en delicadas

Materias uso de pedestre estilo

Y frase popular. Tú, que las noches

Pasas leyendo la moderna solfa

De nuestros cisnes, y por ella olvidas

De Lope y Laso la diccion, escucha,

Que en la misiva que á copiarte empiezo,

Mi dictâmen te doy, no te conjuro.

« Si tus abries, bonancibles años,

Que meció cuna en menear dormido,

Del bostezante sueñecito umbrátil

Huyen, y buyendo, amigo Andrés, no tornan,

¿Qué nube de esperanzas y deseos

Te halaga en derredor? ¡Ay! teme, teme

Letargoso placer, velar cargoso

Y rugosa inquietud que á par te cercan.

Entra, amigo, en tí mismo, ó si te place

Huye dentro de tí: consulta un rato

La sensatez en lóbrego silencio,

Y hondamente exclamante ella te aleje

De la deshermandad desamistada,

Que los cuidados cárdenos profusa.

Presto será que el pestilente soplo

Del ejemplo mortal de un mundo infecto,

Aridiciendo el alma infructuosa,

Sin esperanza la semilla ahogue

Que natura plantó; ni el freno triste,

Ni el helado compás de la prudencia,

Su vividor hervir harán que cese.

» Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,

La dócil caña en gratitud riendo

Dulce, como de leve niebla umbría

El insensato orgullo. Infortunado

Clima aridece ya con sus heladas,

Crujientes pesadumbres y fraguras

El nûmen invernal; llegan las horas

De hielo y luto, y se empavesa el cielo.

Salud, lûgubres dias, horrorosos

Aquilones, salud; que ya se cubre

Selvosa soledad de nieve fria,

Y el alto sol mirándola se embebe.

Abrego silbador, cierzo bramante,

Ya la tormenta escitan borrascosa;

Soplan el soplo de venganza, y nubes

Oscuras en los vientos cabalgando

Bañan y abisman los tranquilos surcos.

» Empero ley primaveral que vuelve

Dócil se presta al orênte soplo

Del aura matinal; cuanto es so el cielo

Todo anuncia placer; la etérea playa,

Velada en esplendor, colma la selva

De profusion fragante, los sopillos

Del favonio y el *beé* de las simplillas

Corderas, que yerbilla pastan verde.

¡Oh coronilla! á tí tambien te veo

Y la sien de la espiga, aunque levante

El abrojo su frente ignominiosa.

Las fuentes, los arroyos saltadores,

Sierpes de nâcar, con albores giran;

Forman torcidas calles, y jugando

Con las flores se van. Canta el pardillo

Y ledo mira al sol, vuela y se posa,

O al vislumbrar de la modesta luna,

Le responde la Eco solitaria.

» La estacion estival en pos se sigue,

Y el agosto abrasado ahoga las flores

Con ardor descollante. Palidece

El musgoso verdor, oigo quejarse

En seco son el vértigo del polvo,

Y lo que por do quier bañado en vida

El céfiro halagaba, estinto yace.

El sol en su hosquedad desjuga el suelo,

Y mientras amiga la espigosa Ceres

Con la pecha del trigo desuraña

Al cultor fatigado, los umbrosos

Frescores el postrer aliento rien.

Luego con sus guirnaldas pampanosas

Octubre empampanado, en calma frente,

La alegría otoñal nos da que vuelva;

A la esperanza la corona el goce,

Y la balanza justa al sol voluble

Ya le aprisiona en sus palacios frescos.

Cefirillo, tal vez enamorado

De alguna poma, bate el ala, y llega,

Y la besa, y la deja, y torna, y mece

Las hojitas, y bulle, y gira, y para,

Y huye, y torna á mecer... Dejad que cña

La temulenta sien, ¡oh ninfas blondas!

Mil veces Evohé... Cien copas pido,

Y en pos, y á par, y cabe mi colmadras,

Y otras ciento me dad... Así natura,

Las leyes no exorables acatando,

Próvida el perenal destino sigue,

Engranando los seres con los seres;

Que unos de otros en pos, en rauda marcha,

Crecen, y llegan, y los tragan y huyen.

» ¡Ay, amigo hermanal! Cautó desoye

Luengos trasportes y cobarde miedo,

Que á la infantina juventud apena.

Se alejan ya los intornables dias,

Tremolando el terror. Ocía, si es dado;

No quieras zozobrar en el arroyo,

Con los reveses reluchando indócil.

¡Ves la rueda insociable de fortuna

Resaltar vacilante en rechinido

Y agudo retinir? ¿y cómo torva

La insaciabilidad del oro insomne

La avaricia clavó dentro del pecho?

¡Ves la envidia voraz? ¡Ves la perfidia,

Riendo muertes, profusar protervias,

Y el puñal del desprecio, la ponzoña



De la doblez, los hielos del olvido,  
Que la alma fuente del sentir cegaron?  
Héme en fin junto á ti, que ya te tiendo  
Un brazo de salud. ¡Ay! no disocias  
A la fiel confianza de tu frente.  
Con el destino escuda la dureza,  
Y flecha tu interior con las memorias.  
No el discolo interés, soplando estéril,  
Impida de tu pecho al golfo umbrío  
Que en claridad lumbrosa se desnuble.

» El hombre es solo quien guarnece al hombre,  
Mi buen Andrés. No marques en oprobio  
Tu vivir breve; al sexual cariño  
El brutal apetito rinda el cetro,  
Y cubre con tu mano tu deshonra,  
Que en cuanto vieres navegar los astros,  
Verás, ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! que es llanto el gozo;  
Que las pasiones para siempre yacen,  
Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva  
El frío del no ser; entre horfandades  
Pasea en espectáculo profundo  
La muerte el carro, y propiciar no puede  
Mas al mortal que suspirar deseos.»  
¿Me has entendido, Andrés? Si reconoces  
Que de tan inhumana jerigonza  
Nada se entiende, y te quedaste á oscuras,  
Quema tus libros y renuncia al pacto,  
Y hasta que aprecies el hablar castizo  
De tus abuelos, solteron te queda;  
Y que doña Gregoria determine  
Lo que la esté mejor. Si mi discurso  
Enfático-dogmático-trífauce  
Te ha parecido bien, y en él admiras  
Repetido el primor de tus modelos,  
No te detengas: cástate esta noche,  
Y larga sucesión te den las Furias.

### IX. A Claudio.

El filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,  
Locuaz declamador, á verme vino  
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,  
Sabrás que no tan solo es importuno,  
Presumido, embrollon, sino que á tantas  
Gracias añade la de ser goloso,  
Mas que el perro de Filis. No te puedo  
Decir con cuantas indirectas frases,  
Y tropos elegantes y floridos,  
Me pidió de almorzar. Cedi al encanto  
De su elocuencia, y vieras conducida,  
Del rústico gallego que me sirve,  
Ancha bandeja con tazon chineco  
Rebosando de hirviente chocolate  
(A tres pajes hambrientos y golosos  
Racion cumplida), y en cristal luciente  
Agua que serenó barro de Andújar;  
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia  
De leves tortas y bizcochos duros,  
Que toda absorben la pocion suave  
De Soconusco, y su dureza pierden.  
No con tanto placer el lobo hambriento  
Mira la enferma res que en solitario  
Bosque perdió el pastor, como el ayuno  
Huésped el don que le presento opimio.

Antes de comenzar el gran destrozo,  
Altos elogios hizo del fragante  
Aroma que la taza despedía,  
Del esponjoso pan, de los dorados  
Bollos, del plato, del mantel, del agua;  
Y empieza á devorar. Mas no presumas  
Que por eso calló: diserta y come,  
Engulle y grita, fatigando á un tiempo  
Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!  
¿Cuanta doctrina acumuló, citando,  
Vengan al caso ó no, golos y etruscos!  
Al fin en ronca voz: « ¡Oh edad nefanda!  
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!  
¡Oh corrupción! » esclama; y de camino  
Dos tortas se tragó. « ¡Que á tanto llegue

Nuestra depravacion, y un placer solo  
Tantos afanes y dolor produzca  
A la oprimida humanidad! Por este  
Sorbo llenamos de miseria y luto  
La América infeliz; por él Europa,  
La culta Europa en el Oriente usurpa  
Vastas regiones, porque puso en ellas  
Naturaleza el cinamomo ardiente;  
Y para que mas grato el gusto adule  
Este licor, en duros eslabones  
Hace gemir al atezado pueblo,  
Que en Africa compró, simple y desnudo.  
¡Oh, qué abominacion! » Dijo; y llorando  
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe  
Cuanto en el hondo canjilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa  
Llanto causa también, de mármol eres;  
Que es mucha erudicion, celo muy puro,  
Mucho prurito de censura estoica  
El de mi huésped; y este celo, y esta  
Comezon docta, es general locura  
Del filosofador siglo presente.  
Mas difíciles somos y atrevidos  
Que nuestros padres, mas innovadores,  
Pero mejores no. Mucha doctrina,  
Poca virtud. No hay picaron tramposo,  
Venal, entremetido, disoluto,  
Infame delator, amigo falso,  
Que ya no ejerza autoridad censoria  
En la Puerta del Sol, y allí gobierne  
Los estados del mundo, las costumbres,  
Los ritos y las leyes mude y quite.  
Próculo, que se viste y calza y come  
De calumniar y de mentir, publica  
Centones de moral. Nevio, que puso  
Pleito á su madre y la encerró por loca,  
Dice que ya la autoridad paterna  
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace  
La corrupción de aquí. Zenon, que trata  
De no pagar á su pupila el dote,  
Habiéndola comido el patrimonio  
Que en su mano rapaz la ley le entrega,  
Dice que no hay justicia, y se condeule  
De que la probidad es nombre vano.  
Rufino, que vendió por precio infame  
Las gracias de su esposa, solicita  
Una insignia de honor. Camilo apunta  
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,  
En ilustres garitos disipando  
La sangre de sus pueblos infelices;  
Y habla de patriotismo... Claudio, todos  
Predican ya virtud como el hambriento  
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...  
Dichoso aquel que la practica y calla.

~~~~~

ODAS.

I. A la Virgen nuestra Señora, con motivo de la fiesta secular celebrada en Lendinara (estado veneciano), el año de 1793 (3).

Ya los felices campos que corona
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
De la tierna Doncella, á cuya planta
Yace el dragon temido.

Mármoles y oro que su templo visten
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.

Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen: dulce melodía
Hiere los aires, y en acordes himnos
Alto Nümen adoran.

Madre piadosa, que el lamento humano

Calma, y el brazo vengador suspende,
 Cuando el castigo se levanta y tiembla
 De su amago el Olimpo;
 Ella su pueblo cariñosa guarda:
 Ella disipa los acerbos males
 Que al mundo cercan, y á su imperio prontos

Los elementos ceden.
 Basta su voz á conturbar los senos
 Donde cercado de tiniebla eterna
 Reina el tirano aborrecido, origen
 De la primera culpa.

Basta su voz á serenar del hondo
 Mar, que los vientos rápidos agitan,
 Las crespas olas, y romper las nubes
 Donde retumba el trueno.

O ya la tierra con rumor confuso
 Suene, y el fuego que su centro oculta
 Haga los montes vacilar, cayendo
 Los alcázares altos;

O ya, sus alas sacudiendo negras,
 El austro aliento venenoso esparza,
 Y á las naciones populosas lleve
 Desolacion horrible;

Ella invocada, de el sublime asiento
 Desde donde á sus piés ve las estrellas,
 Quietud impone al mundo, y los estragos
 Cesan, y huye la muerte.

¡Oh! celebradla; y el dichoso día,
 Que nos detuvo perezoso el tiempo,
 De fe, de gratitud, ejemplo sea
 A los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne
 En ritmo ausonio y sus elogios cante,
 Ella comprende, aunque de voz carezca,
 El idioma del alma.

Si: tú me inspiras, y en amor divino
 Arda por tí mi corazón, y anhele
 Solo adorarte, como los eternos
 Espíritus te adoran:

Que nada estorba para serte grato,
 Virgen hermosa, que en hispano verso
 Rudo, sin arte, humilde te celebre
 Si religión le dicta.

En él te invoca de esperanza llena
 Mi madre España, que á tu culto santo,
 Hasta el vencido antípoda remoto
 Aras dedica y templos.

II. A la muerte de Carlos III, y advenimiento de Carlos IV al trono.

Robó con dura mano
 La parca el alto honor del patrio suelo,
 Y su espacio llenó de asombro y pena;
 Y al golpe absorta, procurando en vano
 A su aflicción consuelo,
 La madre España con la faz llorosa,
 Palida y triste, la region serena
 Y el mar turbó con lúgubre gemido,
 De el Africa arenosa

Al cántabro feroz nunca vencido.
 Parténope su llanto
 Acompañó con ecos funerales,
 Que oyó doliente la ciudad de Flora.

Atrás volvió sus ondas con espanto
 El Tajo, y los reales
 Alcázares huyó de la opulenta
 Corte de Luso, y turbulento ahora
 Ve por los anchos términos que baña
 Cuánto, ¡oh muerte violenta!

Cuánto quitaste á la infeliz España.

Pero el cielo concede
 Límite á su dolor, que nunca pudo
 Al linaje mortal durar eterno
 El lloro ni el placer. Así sucede
 Al diciembre desnudo
 La estación bella que el abril repite;
 Y el valle que cubrió rígido invierno
 De nieve y hielos, produciendo flores,
 Nuevo placer permite
 A la madre de amor y á los amores.

Huyó con rauda vuelo
 De Carlos el espíritu dichoso
 Adonde se cino mejor corona.
 Nūmen es tutelar que desde el cielo
 Asiste poderoso
 A la nación. Ni pudo con su vida
 Su favor acabar: no la abandona,
 Vive á la tierra, y de su imperio justo
 La gloria repetida
 Verá, reinando el heredero augusto.
 Si: que alumno constante
 Del arte de reinar, oyó á su lado
 Dictar al mundo las sagradas leyes
 Que adora y cumple, y vió por él triunfante
 La patria, y humillado
 El vicio y el error. Que así se alcanza
 Honor digno y sublime entre los reyes.
 No hay gloria sin virtud. El abandono,
 La impiedad, la venganza,
 Tal vez convierten en afrenta el trono.

Tal vez la incorruptible
 Posteridad con brazo prepotente
 Los ídolos trastorna que adoraba
 Sacrilego el temor, y aborrecible
 Vuela de gente en gente
 La memoria de un príncipe tirano.
 Irrita al cielo, y su poder se acaba,
 No la abominación de sus acciones,
 Que vive el inhumano
 Para ejemplo y horror de las naciones.

No así tú, que has sabido
 Imitar las virtudes gloriosas
 De un padre ilustre. ¡Oh Carlos! ¡Cuánto espera
 De ti la patria! ¡Oh! ¡cuánto ha concedido
 Con manos generosas
 El cielo á tu nación! Ya se engrandece
 Por tí, tu nombre aplaude y le venera,
 Y alzando los pendones de Castilla,
 Hoy el cetro te ofrece
 De un mundo y otro, que á tu pié se humilla.

El cetro que heredaste
 Le mereces también. La paz festiva
 Entre las ciencias y las artes bellas,
 Que desde tu niñez remuneraste,
 Cíñe de verde oliva
 Tu diadema real. Edad dichosa
 Darás al mundo, si prosperan elias:
 Que la ignorancia torpe en vituperio
 Y ruina lastimosa
 Muda la pompa del mayor imperio.

No, no acerqueis la planta
 Al solio de mi rey, abominados
 Monstruos que el vicio de las cortes cria:
 Calumnia atroz que la inocencia santa
 Pisas, y á los malvados,
 Indignos de vivir, de honores llenas;
 Fanatismo cruel, licencia impia;
 Y tú, nacida para oprobio eterno
 Del orbe que envenenas,
 Pérfida adulación, huye al averno.

Huye, que la justicia,
 La prudencia, el valor apoyo ofrecen
 Y larga duración al cetro hispano.
 Ya del nuevo esplendor fueron primicias
 Acciones que merecen
 Alabanza inmortal; y... ¡oh! nunca osada
 La discordia vertiendo de su mano
 Escándalos, horror, luto á la tierra,
 De víboras crinada,
 Las puertas rompa al templo de la guerra.

Que el estruendo espantoso
 De Mavorte, y las trágicas victorias
 En los excesos del furor violentos
 Gratos no son á un ánimo piadoso.
 A mas ilustres glorias
 Aspira, ¡oh Carlos! Mas si acaso intentan,
 Violando los sagrados juramentos,
 Enemigas potencias ofenderte,
 Fulmina el rayo, y sientan
 Juntos amago y golpe, y ruina y muerte.
 Que así verás temido
 Tu nombre escelso. La malicia humana

Tal escarmiento á sus violencias pide.
Y depuesto el rigor, y engrandecido
De la corona hispana
El honor y el poder, si al mundo hicieres
Que el hijo de la guerra te apellide,
Haz que después benéfico te vea
Cuando á tu reino dieres
El áureo siglo de Saturno y Rea.
; Oh, cuánto el dios de Cinto
Me inspira! ;Oh, cuánto su furor me inflama!
Ya de los años el girar futuro
A mi vista pasó. Miro distinto
Del templo de la Fama
El alto techo y arquitrabes de oro,
Que en cien columnas de diamante duro
Cargan, y escucho el gran rumor, suspenseo
Que el cóncavo sonoro
Vuelve, temblando el edificio inmenso.

Allí tu nombre suena,
Allí abultada en mármoles se ofrece
La serie de los inclitos varones,
Cuya fama inmortal dos mundos llena.
Sacro laurel guarnece
Las lises de Borbon, las quinas santas,
El águila imperial y tus leones;
Y viendo allí entre todas eminente
Tu imágen, á sus plantas
Me prostro humilde en pismo reverente.
Y aquella te acompaña
Alta deidad, que en su feliz ribera
Vió nacer el Eridano sonante
A ser delicias de tu dulce España,
Que en ella considera
El don mayor que ha merecido al cielo.
;Oh! ;cómo la bondad en su semblante
Muestra y el claro ingenio peregrino,
Blason de nuestro suelo,
Y esfuerzo acaso del poder divino!

Festiva la rodea
Su prole hermosa, y suenan los acentos
Del pequeñuelo Carlos y Fernando:
Fernando, en cuya vida el cielo emplea
Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros dias
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos... ; Oh Dios omnipotente!
Que tantas alegrías
Permites hoy á la española gente!
;Oh, señor! si á tu oído
El ruego humano es grato, si piadoso
Miras á la nacion que fiel te adora,
Carlos viva feliz, y su estendido
Imperio haga dichoso
Emulo de tal padre y tal maestro.
Viva de tanto bien merecedora
La Augusta, y aplaudir su nombre vea,
Mientras el orbe nuestro
En torno gire de la luz febea.

Mas ya el rumor se estiende,
Y el jubilo comun por todas partes
El suspirado instante nos avisa;
El son de Marte las esferas hiende:
A Carlos y Luisa
Madrid aclama, tremolando al viento
Por su nuevo señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarín canoro
Con presto movimiento
La Fama dilató las plumas de oro.
Vos, ciñendo de flores
La docta frente y de laurel divino,
Pulsad la acorde citara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores.
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ; oh tiempo raudo! en tu furor respetas,
Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,
Nunca mas venturoso
Objeto tuvo el verso ni la historia.
; Oh, si mi voz pudiera
Al asunto bastar! ; Oh, si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo!
Yo al son del plectro conmovier hiciera

Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaria,
Y el sármata aterido
Y el numida feroz me escucharia.
Mas no, mi dulce musa,
No te enajene el atrevido intento;
Que no es dado á la ronca humilde lira,
Entre el aplauso popular confusa,
Alzar al firmamento
Con digno estilo y elocuente pompa
Los semidioses que la tierra admira.
Otro los cante, y de la heroica Clio
Suenen á su voz la trompa,
Que no es tan grande atrevimiento el mio.

III. A la memoria de don Nicolas Fernandez de Moratin (6).

Flumisbo, el celebrado
Cantor de Termodonte,
Por quien grato á las musas
Fué de Dorisa el nombre,
Ya las sombras habita
De los elisios bosques:
Llora, Venus hermosa,
Llorad, dulces amores.
Suelta la crencha de oro
Que el viento descompone,
La rica vestidura
Desceñida sin orden,
Erato, que suave
Le colmó de favores,
Sobre la tumba fria
Hoy se reclina inmóvil.
Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.
Deshecho el arco inútil,
La venda airado rompe:
Ardió la corva aljaba
Y duros pasadores.

Es fama que en la selva,
Por donde lento corre
El Arlas, coronado
De olivo, hiedra y flores,
Sonó lamento ronco
De mal formadas voces,
Que en ecos repitieron
Las grutas de los montes.

Ninfas, la queja es vana.
Si dió la parca el golpe:
Ni vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.

Alzad un monumento
Con mirtos de Dione,
Ornado de laureles,
Guirrnaldas y festones,
Entrelazando en ellos
La trompa de Mavorte
Y la citara dulce
Del teyo Anacreonte,
Las coronas de Clio,
De Amor venda y arpones,
Y las aves de Venus
El obelisco adornen.

Que si al asunto digno
Mi verso corresponde,
Si da lugar el llanto
A números acordes,
De la region que tiene
Por su cenit al norte,
A la que esterilizan
Rayos abrasadores,
Flumisbo en la memoria
Durará de los hombres,
Sin que fugaz el tiempo
Su duracion estorbe.

IV. A don Gaspar de Jovellanos (7).

Id en las alas del raudó céfiro,
 Humildes versos, de las floridas
 Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
 Adonde lento mi patrio río
 Ve los alcázares de Mantua escelsa.
 Id, y al ilustre Jovino, tanto
 De vos amigo, caro á las musas.
 Para mí siempre númen benévolo,
 Id, rudos versos, y venerable,
 Que nunca, ó rápidas las horas vuelen,
 O en larga ausencia viva remoto,
 Olvida méritos suyos lúarco.
 No, que mil veces su nombre presta
 Voz á mi cítara, materia al verso,
 Y al númen tímido llama celeste.
 Yo le celebro, y al son armónico
 Toda enmudece la selva umbría,
 Por donde el Tajo plácidas ondas
 Vierte, del árbol sacro á Minerva.
 La sien ceñida, flores y pámpanos.
 Tal vez sus ninfas, girando en torno,
 Sonora espuma cándida rompen,
 Del cuello apartan las hebras húmidas,
 Y el pecho alzando de formas bellas,
 Conmigo al inclito varón aplauden,
 Dando á los aires coros alegres,
 Que el eco en grutas repite cóncavas.

V. A los colegiales de San Clemente de Bolonia.

¿Por qué con falsa risa
 Me preguntais, amigos,
 El número de lustros que cumplí?
 ¿Y en la duda indecisa,
 Cítai para testigos
 Los que huyeron aprisa
 Crespos cabellos que en mi frente ví?
 Pues no los años fueron
 Los que con mano dura
 Me los llevaron, ni doliente ardor;
 Parte al afán cedieron
 Que el estudio procura,
 Parte despojos dieron
 A tus victorias, ceguezuelo amor.
 ¿Veis que en mi rostro imprima
 El tiempo sus pisadas,
 La lengua turbe, ó debilite el pié?
 ¿Veis que mi espalda oprima?
 ¿O de brillar cansadas,
 La actividad reprima
 De entrambas luces con que siempre hablé?
 Pues si el ardiente brio,
 Que la edad deteriora
 Con su fuga veloz existe en mí,
 ¿No es vano desvarío
 Vuestra demanda ahora?
 Si alegre canto y río,
 Soy jóven fuerte, como jóven fui.
 Lo soy, y vigoroso
 Siento que late y vive
 Propenso á la virtud mi corazón;
 Y en placer delicioso
 Afectos mil recibe:
 Movimiento dichoso
 Del alma, si lo templa la razon.
 Tal vez Febo me envía
 Entusiasmo divino,
 Que á la helada vejez repugna dar;
 Y la nueva armonía
 De idioma peregrino,
 Las náyades, que cria
 El Reno humilde, salen á escuchar.
 Seguidme, y al umbroso
 Bosque mansion de Flora,
 Que el templo cerca del Amor, venid.
 Dadme, dadme oloroso
 Incienso y la sonora
 Cítara, y de frondoso
 Mirto mis sienes candidas ceñid.

Mancebos y doncellas
 Cantan el himno sacro;
 Y la pompa solemne comenzó:
 ¿Veis que llegaron ellas,
 Y en torno al simulacro
 Esparcen flores bellas,
 Y el coro de los jóvenes siguió?
 Yo con estos unido
 Presentaré mis dones,
 Cuando postradas ante el ara estén.
 Del certero Cupido
 Sintieron los arpones.....
 ¡Ay! que en vano he querido
 Burlar sus tiros, y me hirió también.

VI. A Nísida.

¿Ves cuán acelerados,
 Nísida, corren á su fin los días?
 ¿Y los tiempos pasados,
 Cuando jóven reias,
 Ves que no vuelven, y en amar porfías?
 Huyó la delicada
 Tez, y el color purísimo de rosa,
 La voz y la preciada
 Melena de oro ondoso:
 Todo la edad se lo llevó envidiosa.
 ¡Ay, Nísida! ¿y procuras
 Ver á tus piés un amador constante?
 ¿Y de otras hermosuras
 El divino semblante
 Censuras ó desprecias arrogante?
 En vano es el adorno
 Articioso, y la oriental riqueza
 Que repartida en torno
 Corona tu cabeza,
 Si falta juventud, gracia y belleza.
 Ni digas indignada
 Que es indomable corazón el mío
 Do amor no hizo morada,
 Si á tus halagos frío
 Del ruego que me cansa me desvío.
 Que Cupidillo ciego,
 Hijo de Venus, fiero me encadena:
 Isaura, con el fuego
 De su vista serena,
 Todo me abrasa en agradable pena.
 Ni permite que cante
 Los lauros que Gradivo en sangre baña,
 América triunfante
 Con una y otra hazaña,
 Y el muro de Magon abierto á España.
 Amor las cuerdas de oro
 Me dió y el plectro, porque cante en ellas
 A la que firme adoro
 Dulcísimas querellas,
 Su espíritu gentil, sus formas bellas.
 ¡Qué amable, si el oído
 Presta suspensa á mi pasión doliente!
 ¡O el beso apeteído
 Evita brevemente
 El labio muy hermoso y elocuente!
 ¡Ay! si benigno un día
 (Tú lo puedes hacer, madre de amores)
 Cede la ninfa mia
 Los últimos favores,
 Tus aras cubriré de mirto y flores.

VII. A Rosinda, histrionisa (8).

Cupido no permite
 Que mi canto celebre
 Los héroes, que la fama
 Coronó de laureles.
 El me inspira dulzuras
 Y amores inocentes,
 Olvidando de Marte
 Los horrores crueles.
 Tú, hermosa, si á mi verso
 Agradecida vuelves

Esos ojos, incendio
De los dioses celestes,
Premio darás que baste
A que mi voz se aliente,
Y á que solo en tu aplauso
Mi cítara se temple.
No por tal hermosura,
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolacion y muertes.
¿Qué mucho que á tu vista
Rendido se conliese
El corazon, que en vano
Su libertad defiende?
Si cuando te presentas
En años florecientes
Ante el llamado vulgo,
Que de tu labio pende,
Con mágico embeleso
El ánimo mas fuerte,
O en tu placer se goza,
O en tu dolor padece.
Ya la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres:
¡Qué honesta, si declaras
La pasión que te vence,
O imaginados celos
Tu risa desvanece!
¡Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes!
La multitud escucha,
Y absorba duda y temie:
Que son, aunque fingidos,
Temidos tus desdenes.
Mas en el drama triste
Que dictó Melpoméne
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.
¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?
¿Quién con serenos ojos
Pudo escucharte y verte?
Si alguno dudar quiso
Cuánta ilusión adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,
Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,
Y á tus pies humillado
Te dirá lo que pueden.
Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,
Dais á la sien corona
De hiedras y laureles,
Si dirigis el paso
A la cunibre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;
Si el númen vuestro aplausos
Y eternidad pretende,
Los hechos admirables
De la patria celebre.
Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.
Que si la ninfa bella,
Por quien el hondo Betis
En Hispalis soberbio
Baña su campo fértil,
Presta su voz, y anima
Los mudos caracteres,
Y lo que el arte inspira
En viva acción lo vuelve,
Vereis como por ella
El orbe os engrandece,
Y la fama poetas
Os aclama celestes.

Feliz la suerte mía,
Si merecer pudiese
Que en sus labios de rosa
Mis números resuenen.
Yo viera mis fatigas
Premiadas dignamente:
Ni galardón mas alto
¿Quién pudo merecerle?
Pero el vendado niño
Que tirano me vence,
Me permite que solo
La adore reverente.
¡Oh amor! libra mi pecho
Del afán que padece;
Ni contra mi tus viras
Voladoras aprestes.
Basta que en ella admire
Las dotes excelentes
Con que á la patria escena
Sublima y enriquece,
Sin que la suma larga
De sus triunfos aumente,
Sin que á sus ojos muera,
Sin que muriendo pene.
Que si de sus hechizos
Libertarme pudieses,
Y el tiro que destinás
Al flechero le vuelves,
Por mi sus alabanzas
Serán cantadas siempre,
Eu acentos suaves
De cítara doliente.
Y cisnes mas sonoros
Ensalcen y celebren
Los héroes que la fama
Coronó de laureles.

VIII. Los días.

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis días,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!
Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.
Pero ¡qué!... No la cierras;
Si es menester abrirla;
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.
El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de don Venancio,
¡Famoso petardista!
¡Oh! ya está aquí don Lucas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro el abate,
Opositor á mitras,
Don Genaro, don Zoilo,
Y doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.
¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oírlos.
Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
A engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.
Llénanse de mujeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.
Ellas haciendo dengues
Allí y aquí pellizcan;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.
Ellos, los bombonazos,
Piden á toda prisa

Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montilla.
Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chillan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se espica,
Dejando mi despena
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreída,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
Debajo de las sillas;
El otro se echa á cuestras
Un canjilon de almiar;

Y al otro, que jugaba
Detrás de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen;
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

¡Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinente eremita;

Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala;
Salgan todos aprisa;
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venían,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la Villa.

IX. *Al nuevo plantío que mandó hacer en la alameda
de Valencia el mariscal Suchet, año de 1812 (9).*

Ya la feliz ribera
Del edetano río
A gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impío
De Gradivo sangriento,
Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.
¡Oh! ¡prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz febea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo den suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisonjero de las aves.
Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aquí tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,

En la que va á crecer floresta umbría,
Los verdes ojos de sus niñas bellas.
¿Quién de sus flechas pudo
El pecho defender? Aquí el gemido
Del amador escuchará la hermosa,
El corazón herido,
Y el labio honesto á la respuesta mudo.
Aquí de su celosa
Pasión las iras breves

(Que breves han de ser de amor las iras)
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto el son de las acordes liras,
Llevado de los célicos veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo
Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebatada

El curso de las horas fugitivo.
Y tú, que viste de tu fértil suelo
Alzarse inútil muro,
Abatir la segur antiguos troncos,
De tu corva ribera honor sagrado,
Alcázares arder y humildes techos,
Tronar los bronces de Mavorte roncós,
Envuelta en humo oscuro

Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
Ejércitos, y en sangre amancillado
Tu raudal cristalino,
¡Oh padre Turia! si difunde el ciclo
Sobre tus campos su favor divino,
De guiraldas ornándote la frente,
Corre soberbio al mar. En raudo vuelo
Dilatará la fama

El nombre, que veneras reverente,
Del que hoy añade á tu region decoro
Y de apolínea rama

Ciñe el baston y la balanza de oro,
Digno adalid del dueño de la tierra,
De el de Vivar trasunto,
Que en paz te guarda, amenazando guerra,
Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

X. *A la marquesa de Villafranca, con motivo de la muerte
de su hijo el conde de Niebla.*

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,
Ni siempre altera el piélago sonante
Boreas, ni mueve los robustos pines
Sobre los montes de Pirene helados.
A los acerbos días
Otros siguen de paz: la luz de Apolo
Cede á las sombras frías,
Al mal sucede el bien; y en esto solo
Los aciertos divinos
El hombre ve de aquella mano eterna
Que en órden admirable
Todo lo muda y todo lo gobierna.
Y tú, rendida á la aflicción y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa?
¿Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Victima, por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes?
¿Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya?
No, que la esconde en el sepulcro frío.
Esa vida fugaz no toda es tuya;
Es de un esposo, que el afán que sientes
Sufre, y el caso impío
Que de su bien le priva y su esperanza;
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con oficioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.
Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,
Y en la callada noche se acrecienta.
La indócil fantasía

Te muestra al hijo tierno,
 Como á tu lado le admiraste un día,
 Sensible á la amistad y al heredado
 Honor; modesto en su moral austera;
 Al ruego de los miseros piadoso;
 De obediencia filial, de amor fraterno,
 De virtud verdadera
 Ejemplo no comun. Negó al reposo
 Las fugitivas horas,
 Y al estudio las dió; sufrió constante
 Las iras de la suerte,
 Cuando no usada á tolerar cadena,
 La patria alzó sus cruces vencedoras.
 ¡Oh! si en edad mas fuerte
 Se hubiese visto, y del arnés armado
 En la sangrienta arena;
 ¡Oh! cómo hubiera dado
 Castigo á la soberbia confianza
 Del invasor injusto,
 A su nacion laureles,
 Gloria á su estirpe, y á su rey venganza.
 Tanto anunciaba el ánimo robusto,
 Con que en el lecho de dolor postrado
 Le viste padecer ansias crueles;
 Cuando inútil el arte
 Cedió y confuso, y le cubrió funesta
 Sonibra de muerte en torno. El arco duro
 Arrojó la inexorable, al tiro presta,
 Y por el viento resonando parte
 La nunca incierta vira.
 El, de valor, de alta esperanza lleno,
 Preciando en nada el mundo que abandona,
 Reclinado en el seno
 De la inefable religion, espira.
 Ya no es mortal; entre los suyos vive:
 Espléndida corona
 Le circunda la frente.
 El premio de sus méritos recibe
 Ante el solio del Padre omnipotente,
 De espíritus angélicos cercado,
 Que difunden fragancias y armonía
 Por el inmenso Olimpo luminoso.
 Debajo de sus piés parece oscuro
 El gran planeta que preside al día.
 Ve el giro dilatado
 Que dan los orbes por el éter puro,
 En rápidos ó tardos movimientos;
 Verá los siglos sucederse lentos;
 Y él, en quietud segura,
 Gozará venturoso
 Del sumo bien que para siempre dura.

XI. *En nombre de unas niñas, á los días de la duquesa
 de Wervick y Alba.*

Admite benigna,
 Duquesa escelente,
 Ofrenda que ausente
 Tus siervas te dan.
 Hoy alzan humildes
 Sus ojos al cielo;
 Su amor y su celo
 No vanos serán.
 La voz inocente
 Al Númen agrada,
 Que vuela inspirada
 De puro candor.
 ¡Oh! llegue á su oído
 La súplica nuestra;
 Prodigue su diestra
 En tí su favor.
 Dilate tu vida
 En prósperos años;
 Ni sienta los daños
 Del tiempo crúel.
 Cual árbol robusto
 Que dura creciendo,
 El aura moviendo
 Las flores en él.
 Amante y esposo,

Ocupe tu lado
 Aquel fortunado
 Mancebo gentil.
 Coronen su frente
 Laureles de gloria;
 Fatigue á la historia
 Mil años y mil.
 Cercada te mires
 De prole fecunda;
 En ella se funda
 La dicha de amor.
 En ella hermanarse
 Verás fortaleza,
 Cordura, belleza,
 Virtud y valor.
 Que al nombre heredado
 De ilustres abuelos
 Conceden los cielos
 Honor inmortal.
 Conceden que al mundo
 Viviendo famosos,
 Tus hijos dichosos
 Le adquieran igual.
 Por ellos un día
 Intrépida España
 Sabrá en la campaña
 Lidiar y vencer.
 Y alzando, ofendida,
 Cruzados pendones,
 De osadas naciones
 Domar el poder.

XII. *A la muerte de don José Antonio Conde, docto
 anticuario, historiador y humanista (40).*

¡Te vas, mi dulce amigo,
 La luz huyendo al día!
 ¡Te vas, y no conmigo!
 ¡Y de la tumba fría
 En el estrecho límite,
 Mudo tu cuerpo está!
 Y á mí, que débil siento
 El peso de los años,
 Y al cielo me lamento
 De ingratitud y engaños,
 Para llorarte ¡misero!
 Largo vivir me da.
 O fuéramos unidos
 Al seno delicioso,
 Que en sus bosques floridos
 Guarda eterno reposo
 A aquellas almas inclitas,
 Del mundo admiracion;
 O á mi solo llevara
 La muerte presurosa,
 Y tu virtud gozara
 Modesta, ruborosa,
 Y tan ilustres méritos
 Ufana tu nacion.
 Al estudio ofreciste
 Los años fugitivos,
 Y jóven conociste
 Cuánto le son nocivos
 Al generoso espíritu
 El ocio y el placer.
 Veloz en la carrera,
 Al templo te adelantas
 Donde Témis severa
 Dicta sus leyes santas,
 Y en ellas digno intérprete
 Llegaste á florecer.
 Ciféronte corona
 De lauros inmortales
 Las nueve de Helicon;
 Sus diafanos cristales
 Te dieron, y benévolas
 Su lira de marfil.
 Con ella, renovando
 La voz de Anacreonte,
 Eco amoroso y blando

Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bética armonta
El pueblo fugitivo
Al Nûmen dirigia,
Cuando al feroz ejército
Haudió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel.

A ti fué concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á ti de dos naciones
Ilustres enemigas
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oír.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes áurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardón,

No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérdidas
Envidia y ambición.

TRADUCCIONES DE HORACIO ⁽¹⁴⁾.

I. A Venus (*).

Deja tu Chipre amada,
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.
Trae al muchacho ardiente
Y las gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin tí no apeteida.

II. A Leucónoe (**).

No pretendas saber (que es imposible)
Cuál fin el cielo á tí y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. O ya el Tonante
Muchos inviernos á tu vida otorgue,
O ya postrero fuese el que hoy quebranta
En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú, si prudente fueres, no rehuyas
Los brindis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra
Mientras hablamos envidiosa corre.
¡Ay! goza del presente, y nunca fíes,
Credula, del futuro incierto día.

III. A Iccio (**).

Qué, ¿al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y á los reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cuál servite puede
Bárbara cautiva,
Que lllore á tus manos
Su esposo difunto?
¿Cuál en regio alcázar

(*) HORAT., lib. 4, ode xxx.

O Venus, regina Gnidi Paphique
Sperne dilectam Cyprum, et vocantis
Ture te multo Glycææ decoram
Transfer in ædém.

Fervidis tecum Puer, et solutis
Gratias zonis, propereñque Nymphæ
Et parum comis sine te Juventas
Mercuriusque.

(**) HORAT., lib. 4, ode xi.

Tu ne quesieris (scire nefas) quem mihi, quem tibi
Finem Di dederint, Leuconoe; nec Babylonios
Tentaris numeros: ut melius, quidquid erit pati!
Sed plures hyemes, seu tribuit Jupiter ultimam
Quæ nunc oppositis debilitat pumicibus mare
Tyrrhenum sapias, vina liques, et spatio brevi
Spem longam recesses. Dum loquimur, fugerit invida
Ætas. Carpe diem, quam minimum credula postero.

(***) HORAT., lib. 4, ode xxix.

Ecce, beatis nunc Arabum invades
Gazis, et acrem militiam paras
Non ante devictis sabbæ
Regibus, horribilisque Medo
Nectis catenas! Que tibi virginum
Sponsio necato barbara serviet?
Puer quis ex aula capillis
Ad cyathum statuatur unctis,
Doctus sagittas tendere Sericas
Arcu paterno? Quis neget arduis
Pronos relabi posse rivos
Montibus et Tiberim reverti.
Quam tu coemtos undique nobiles
Libros Panætii, Socraticam et domum
Mutare loriceis Iberis
Pollicitus, meliora tendis?

Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado solo
A tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaría
Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tíbre
Volver á su fuente,
Si tú de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela
(No á costa de leve
Añan adquiridas)
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

IV. A Licino (*).

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad oscura.
El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvia,
Como del envidiado
Alcázar de oro y púrpuras labrado.
Muchas veces el viento
Arboles altos rompe; levantadas
Torres con mas violento
Golpe caen arruinadas;
Hiere el rayo las cumbres elevadas.
No en la dicha confía
El varon fuerte; en la afliccion espera
Mas favorable día;
Jove la estacion fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.
Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no escusa
Con citara sonora
Febo animar la musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.
En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazon valiente;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

(*) HORAT., lib. 2, ode x.

Rectius vives, Licini, neque altum
Semper urgendo, neque, dum procellas
Cautus horrescis, nimium premendo
Litus iniquum.
Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleto
Sordibus lecti, caret invidia
Sobrius aula.
Sæpius ventis agitur ingens
Pinus, et celsæ graviore casu
Decidunt turres; feriuntque summos
Fulmina montes.
Sperat infestis, metuit secundis
Alteram sortem bene præparatum
Pectus. Informes hyemes reducit
Jupiter, idem
Submovet. Non si male nunc, et olim
Sic erit: quondam cithara tacentem
Suscitat Musam, neque semper arcum
Tendit Apollo.
Rebus angustis animosus atque
Fortis adpare: sapienter idem
Contrahet vento nimium secundo
Turgida vela.

V. Que la virtud nada teme (*).

El que inocente
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas;
O á las regiones
Que Hidaspe baña,
O por las Sirtes
Muy abrasadas,
O por el yermo
Cáucaso vaya.
Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afán el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Daunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.
Pomme en los yertos
Campos, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,
Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
O en la que al rayo
Del sol cercana,
De habitaciones
Carece y aguas;
Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si ríe,
Dulce si canta.

VI. A Póstumo (**).

A PÓSTUMO.

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!

(*) Es la oda XXII del libro 4 de Horacio, que tradujo también Moratin el padre, y se halla copiada en la pág. 35.

(**) HORAT., lib. 2, ode XIV.

Eheu! fugaces, Postume, Postume,
Labuntur anni: nec Pietas moram
Rugis, et instanti Senectæ
Adferet, indomitæque Morti.
Non, si trecentis, quotquot eunt dies,
Amice, places inlacrymabilem
Plutona tauris, qui ter amplum
Geryonem, Tityonque tristi
Compescit unda, scilicet omnibus
Quicumque terræ munere vescimur,
Enaviganda, sive reges,
Sive inopes erigit coloni.
Frustra cruento Marte carbinus,
Fractisque rauci fluctibus Hadriæ;
Frustra per anctum nos nocentem
Corporibus metuemus Austrum.
Vivendus alter dumine languido
Cocytus errans; et Dauai genus
Infame, damnatumque longi
Sisyphus, Zolides laboris.
Lingenda tellus, et domus, et placens
Uxor: neque harum, quas colis, arborum
Te, præter invisas cupressus
Ulla brevem dominum sequetur.
Absumet hæres cæcuba dignior
Servata centum clavibus: et mero
Tinget pavimentum superbum
Pontilicum potiora cœnis.

Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo des tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
El al triforme Gerión y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro;
Que al fin las torpes aguas del oscuro
Cocito hemos de ver, y las infames
Bélides, y de Sisifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitación, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos
Arboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Solo te ha de seguir. Otro mas digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados céceo oloroso;
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron
En áureas tazas de opulenta cena.

VII. A Augusto (*).

¿De cuál varón ó semidios el canto
Previene, alma Clio,
En corva lira ó flauta resonante?
¿De cuál deidad, á cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío

(*) HORAT., lib. 4, ode XII.

Quem virum, aut herosa lyra vel acri
Tybla sumes celebrare, Clio?
Quem Deum, cuius recinet iocosa
Nomen imago.
Aut in umbris Heliconis oris,
Aut super Pindo, gelidove in Hæmo,
Unde vocalem temere insecutæ
Orpheæ sylvæ,
Arte materua rapidos morantem
Fluminum lapsus celeresque ventos,
Blandum et aurilias fidibus canoris
Ducere querens?
Quid prius dicam solitis Parentis
Laudibus? Qui res hominum ac Deorum
Qui mare ac terras, varisque mundum
Temperat horis.
Unde nil majus generatur ipso,
Nec viget quidquam simile aut secundum:
Proximos illi tamen occupavit
Pallas honores.
Prellis andax, neque te silico
Liber; et sævis inimica Virgo
Belluis; nec te metuende certa
Phœbe sagitta.
Dicam et Alciden, puerosque Ledæ
Hunc equis illum superare pugnis
Nobilem: quorum simul alba nautis
Stella refulsit.
Desuit saxis agitata humor,
Concidunt venti, fugiuntque nubes;
Et minax, nam sic voluere, Ponto
Unda recumbit.
Romulum post hos prius, an quietum
Pompili regnum memorem, an superbos
Tarquini fasces, dubito, an Catonis
Nobile letum.
Regulum et scauros, animæque magnæ
Prodigum Paulum, superante Pæno,
Gratus insigni referam Camena,
Fabriciumque.
Hunc et incommotis Curium capillis,
Utlem bello tulit, et Camillum,
Sceva paupertas, et avitus apto
Cum lare fundus.
Crescit, occulto velut arbor ævo,
Fama Marcelli: micat inter omnes
Julium sidus velut inter ignes
Luna minores.
Gentis humanæ pater atque custos,
Orte Saturno, tibi cura magni
Cæsaris facta data, tu secundo
Cæsare regnea.
Ille, sen Parthos Latio imminentes
Egerit iusto domitus triumpho,
Sive subjectos Orientis oræ
Seras et Indos.
Te minor latum reget æquus orbem
Tu gravi curru quaties Olympum;
Tu parum castis Iamnica mittes
Fulmina iuclis.

Helicon, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante
Selva seguir del trácio la dulzura,
Que el curso detenía
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas los árboles movía,
Y el impetu veloz paró del viento?
¿A quién primero ensalzaré cantando,
Sino al gran Padre, que la estirpe humana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar continuo
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
El es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana;
Si bien segunda en el amor divino
Inmediato lugar Palas obtiene.
Ni á ti, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni á la virgen cazadora;
Ni á Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.
También los triunfos cantaré de Alcides,
Y á los hijos de Leda, celebrado
Jinete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado
La espuma resonante,
El rauda viento pára,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar en breve instante
Calma el furor terrible.
Dudo si aplauda al fundador Quirino
Después de aquellos, del prudente Numa
El gobierno apacible,
Las haces justicieras de Tarquino,
O de Catón la muerte generosa,
Los Escauros, y Régulo constante,
O si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,
La palma por Aníbal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid, á quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto;
Así la fama crece de Marcelo;
Y vemos ya en el cielo
Brillar de Julio la divina estrella,
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.
Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el destino
La protección de Augusto,
Tú reina, y él á ti segundo sea;
O ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo;
O en las últimas playas del Oriente
Indos y Seres humillados vea:
El, inferior á ti, dé soberano
Leyes al mundo; tú, de Olimpo ardiente
En grave carro oprime las alturas,
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

VIII. Profecta de Nereo (*).

Llevando por el mar el sementido
Pastor á Helena en sus idálias naves,

(*) HORAT., lib. 4, ode xv.

Pastor cum traheret per freta navibus
Idæis Helenen peridas hospitam,
Ingrato celeres obruit otio
Ventos, ut cæneret fera
Nereus fata. Mala ducta avi domum,
Quam multo repetet Græcia milite
Conjurata tuas rumpere nuptias,
Et regnum Priami vetus.

Nereo de los aires la violenta
 Furia contuvo apenas, y anunciando
 Hados terribles: «En mal hora, esclama,
 Llevas á tu ciudad á la que un día
 Ha de buscar con numerosas huestes
 Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,
 Y de tus padres el antiguo imperio.
 ¡Cuánto al caballo y caballero espera
 Sudor y afán. ¡Oh, cuánto á la dardania
 Gente vas á causar estrago y luto!
 Ya, ya previene Palas iracunda -
 El almete y el égida sonante,
 Y el carro volador; y aunque soberbio
 Con el favor de Venus la olorosa
 Melena trences, y en acorde lira,
 Grato á las damas, cantes amoroso
 Verso, nunca será que las agudas
 Flechas de Creta y las herradas lanzas,
 Funestas á tu amor, huyendo evites;
 Ni el militar estrépito, ni al duro
 Ajax, lijero en el alcance. Tarde
 Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
 Tu cabello gentil todo se cubra.
 ¡Ay! ¿No miras al hijo de Laertes
 Y Nestor el de Pilos, á los tuyos
 Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
 Ya te persiguen, Teucro en Salamina
 Príncipe, y el que vence las batallas
 Y diestro auriga á su placer gobierna
 Los caballos, lidiando, Esteneleo?
 Tiempo será que á Merion conozcas
 Y á Diomedes, mas fuerte que á su padre.
 ¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
 Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele
 Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
 El pasto abandonar, así cobarde
 Y sin aliento evitarás su golpe;
 Y no, no fueron tales las promesas
 Que á tu señora hiciste. La indignada
 Gente que lleva Aquiles, el funesto
 Hado de Troya y sus matronas puede
 Un tiempo dilatar; pero cumplidos
 Breves inviernos, las soberbias torres
 Arderá de llion la llama argiva.»

IX. *Contra el lujo y avaricia de su tiempo* (*).

No de mi casa en altos artesones
 Brilla el marfil ni el oro,
 Ni columnas, que corta en sus regiones
 Apartadas el moro,
 Sostienen trabes áticas. Ni intruso
 Sucesor, el alcázar opulento
 De Pérgamo ocupé. Nunca labraron

Eheu, quantus equis, quantus adest viris
 Sudor! quanta moves funera Dardanæ
 Gent! Jam galeam Pallas et segida
 Currusque et rabiem parat.
 Nequidquam, Veneris prasidio ferox,
 Pectus cæsariem, grataque feminis
 Imbelli cithara carmina divides:
 Nequidquam thalamo graves
 Hastas, et calami apicula Ænoasii
 Vitablis, strepitumque, et celerem sequi
 Ajacem; tamen, heu! i serus adulteros
 Crines pulvere collines.
 Non Laertiaden, exitum tuæ
 Genlis; non Pylum Nestora respicias?
 Urgent impavidi te Salaminus
 Teucer; te Sihenelus sciens
 Pugna, sive opus est imperitare equis
 Non auriga piger, Merionen quoque
 Nosces. Ecce furtit te reperire atrox
 Tydides melior patre:
 Quem tu, cervus uti vallis in altera
 Visum parte lupum graminis immemor
 Sublimi fugies mollis anbellitu;
 Non hoc pollicitus tuæ.
 Iracunda diem profertur illo
 Matronisque Phrygum classia Achillei:
 Post certas hyemes uret Achaicus
 Ignea Pergameas domos.

(*) HORAT., lib. 41, ode xviii.

Non ebur, neque aureum
 Mea reuidet in domo lacunar;
 Non trabes Ilymetiæ
 Premunt columnas ultima recisas

Púrpuras de Laconia para el uso
 De su señor mis siervas;
 Pero vivo contento
 De que jamás faltaron
 En mi virtud y número afiiente.
 Soy pobre, pero el rico á mí se inclina.
 Ni pido mas á la bondad divina,
 Ni para que mis fondos acreciente
 Importuno al amigo generoso;
 Harto soy venturoso
 Con mis campos sabinos.
 Una y otra después arrebatadas
 Huyen las lunas, y de igual manera
 Las nuevas horas á morir caminan.
 Tú, cercano á la muerte,
 De mármol edificas levantadas
 Fábricas, olvidado de la tumba;
 Y estrecho en la ribera
 De Bayas, donde el piélago retumba,
 Buscas en el cimiento.
 ¡Qué mucho si los términos vecinos
 Alteras avariento,
 Usurpando á tus súbditos la tierra!
 Por ásperos caminos
 Timidos huyen la mujer y esposo,
 Ambos al seno puestos
 Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
 Pues no, no tiene el hombre poderoso
 Palacio mas seguro
 Que la mansion del Aqueronte avara:
 Ella le espera habitador futuro.
 ¿Para qué anhelas mas? ¿si al que mendiga,
 Hambriento y desvalido,
 Y al sucesor del trono, igual prepara
 La tierra sepultura;
 Ni el audaz Prometeo el aura pura
 Volvió á gozar, con dádivas vencido
 El que guarda las puertas del Averno?
 El aprisiona á Tántalo, y la estirpe
 De Tántalo famosa;
 El, de quien sufre angustia dolorosa
 (Invocado tal vez, ó aborrecido),
 El llanto acalla en el horror eterno.

~~~~~

#### SONETOS.

##### I. *A la capilla del Pilar de Zaragoza.*

Estos que levantó de mármol duro  
 Sacros altares la ciudad famosa,  
 A quien del Ebro la corriente undosa  
 Baña los campos y el soberbio muro,

Africa; neque Attali  
 Ignotus heres regiam occupavi;  
 Nec Laconicas mihi  
 Trahunt honestæ purpuras clientæ.  
 At fides et ingeni  
 Benigna vena est; pauperemque dives  
 Me petit. Nihil supra  
 Deos laceaso; nec potentem amicum  
 Largiora flagito.  
 Salis beatus unicus Sabinis.  
 Traditur dies die,  
 Novæque pergunt interire Luna.  
 Tu secunda marmora  
 Locas sub ipsum funus, et sepulcri  
 Immemor, strulus domos  
 Mariæque Balis obstrepentis urges  
 Submovere litora,  
 Parum locuples continente ripa.  
 Quid? quod usque proximos  
 Revellis agri terminos, et ultra  
 Limites clientium  
 Salis avarus; pellitur paternus  
 In sinu ferens Deos  
 Et uxor, et vir, sordidosque natos.  
 Nulla certior tamen  
 Rapacis Orci finem  
 Aula divitem manet  
 Herum. Quid ultra tendis? Æqua tellus  
 Pauperi recluditur  
 Regumque pueris: nec satellites Orco  
 Callidum Prometheo  
 Revexit auro raptus. Illic superbum  
 Tantalum, atque Tantali  
 Genus coercit; hic levare functum  
 Pauperem laboribus  
 Vocatus atque non vocatus audit.

Serán asombro en el girar futuro  
De los siglos ; basilica dichosa ,  
Donde el Señor en majestad reposa ,  
Y el culto admite reverente y puro.  
Don que la fe dictó , y erige eterno  
Religiosa nación á la divina  
Madre que adora en simulacro santo.  
Por él , vencido el odio del Averno ,  
Gloria inmortal el cielo la destina ,  
Que tan alta piedad merece tanto.

## II. A don Juan Bautista Contì (12).

Febo desde la tierna infancia mia  
Quiso que el plectro de marfil pulsara ,  
Y en las alturas de Helicon gozara  
Sus verdes bosques y su fuente fria.  
Mas dudosa la niente desconfía ,  
Conti , aspirar al premio que prepara  
A solo el que mostró , con union rara ,  
Talento y arte en docta poesia.  
Pero si tú , mi amigo generoso ,  
La cumbre me señalas eminente ,  
Y el paso incierto dirigir no escusas ,  
Imitando tu verso numeroso ,  
Veré de lauros coronar mi frente  
Suspension al canto el coro de las Musas.

## III. A Flérida, poetisa (13).

Basta , Cupido , ya , que á la divina  
Ninfa del Turia reverente adoro ;  
Ni espero libertad , ni alivio imploro ,  
Y cedo alegre al astro que me inclina.  
¿ Qué nuevas armas tu rigor destina  
Contra mi vida , si defensa ignoro ?  
Sí , ya la admiro entre el castallo coro  
La cítara pulsar griega y latina ;  
Ya , coronada del laurel febeo ,  
En altos versos llenos de dulzura ,  
Oigo su voz , su número elegante.  
Para tanto poder débil trofeo  
Adquieres tú , si sola su hermosura  
Bastó á rendir mi corazón amante.

## IV. Las Musas.

Sabia Polimnia en razonar sonoro  
Verdades dicta , disipando errores ;  
Mide Urania los cercos superiores  
De los planetas y el luciente coro ;  
Une en la historia al interés decoro  
Clio , y Euterpe canta los pastores ;  
Mudanzas de la suerte y sus rigores  
Melpómene feroz , bañada en lloro ;  
Caliope victorias ; danzas guía  
Terpsícore gentil ; Erato en rosas  
Cubre las flechas del amor y el arco ;  
Pinta vicios ridículos Talía  
En fábulas que anima deleitosas ;  
Y esta le inspira al español Inarco.

## V. Junio Bruto.

Suena confuso y mísero lamento  
Por la ciudad ; corre la plebe al foro ,  
Y entre las fascas que le dan decoro  
Ve al gran senado en el sublime asiento.  
Los cónsules allí. Ya el instrumento  
De Marte llama la atención sonoro ;  
Arde el incienso en los altares de oro ,  
Y leve el humo se difunde al viento.  
Valerio alza la diestra ; en ese instante  
Al uno y otro jóven infelice

Hiere el lictor , y sus cabezas toma.  
Mudo terror al vulgo circunstante  
Ocupa. Bruto se levanta , y dice :  
« Gracias , Jove inmortal : ya es libre Roma. »

## VI. Rodrigo.

Cesa en la octava noche el ronco estruendo  
De la sangrienta militar porfía ;  
El campo godo destrozado ardía  
Con llama que descubre estrago horrendo.  
Rodrigo en tanto , su peligro viendo ,  
Por ignorada senda se desvía ,  
Y muerto Orelío , entre la sombra fría ,  
Herido y débil se acelera huyendo.  
En vano el Lete con raudal undoso  
El paso estorba al príncipe , á quien ciega  
De cadena ó suplicio el justo espanto.  
Surca las aguas , cede al poderoso  
Impetu , espira el infeliz , y entrega  
El cuerpo al fondo , á la corriente el manto.

## VII. Cuentas de Eliodora, saltatriz.

Siete duros al mes de peluquero ;  
Para calzarme nueve ; las criadas  
Que necesito dos , no están pagadas  
Si no les doy cien reales en dinero.  
Diez duros al bribon de mi casero ;  
Telas , plumas , caireles , arracadas  
Blondas , medias , hechuras y puntadas  
De madama Buret y del platero ,  
Noventa duros , poco mas. — Noventa ,  
Diez , siete , nueve , cinco..... ¿ Y la comida ?  
— Yo la quiero pagar , y somos cuatro.  
— ¿ Y esto en un mes ? — Si á usted no le contenta !  
— Sí , calla. Bien. ; Hermosa de mi vida !.....  
¡ Ay del que tiene amor en el teatro !

## VIII. La noche de Montiel.

¿ Adónde , adónde está , dice el infante ,  
Ese feroz tirano de Castilla ?  
Pedro , al verle , desnuda la cuchilla ,  
Y se presenta á su rival delante ,  
Cierra con él , y en lucha vacilante  
Le postra y pone al pecho la rodilla :  
Beltrán ( aunque sus glorias amancilla )  
Truena á los hados el temido instante.  
Herido el rey por la fraterna mano ,  
Jóven espira con horrenda muerte ,  
Y el trono y los reñcores abandona.  
No aguarde premios en el mundo vano  
La inocente virtud , si da la muerte  
Por un delito atroz una corona.

## IX. A Clori , histrionisa , en coche simon.

Esa que veis llegar , máquina lenta ,  
De fatigados brutos arrastrada ,  
Que en vano , de rigor la diestra armada ,  
Vinoso auriga acelerar intenta ,  
No menos va dichosa y opulenta ,  
Que la de cisnes cándidos tirada  
Concha de Venus , cuando en la morada  
Celeste al padre ufana se presenta.  
Clori es esta , mirad las poderosas  
Luces , el seno de alabastro , el breve  
Labio que aromas del Oriente espira.  
Flores al viento esparcen las hermosas  
Gracias , y el virgen coro de las nueve ,  
Y en torno de ella Amor vuela y suspira.



X. A *Clorí*, declamando en fábula trágica.

¿Qué acento de dolor el alma vino  
A herir? ¿Qué funeral adorno es este?  
¿Qué hay en el orbe que á tus luces cueste  
El llanto que las turba cristalino?  
¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino  
Así ofender su espíritu celeste?...  
¿O es todo engaño? ¿y quiere amor que preste  
A su labio y su acción poder divino?  
Quiere que exenta del pesar que inspira,  
Silencio imponga al vulgo clamoroso,  
Y dócil á su voz se angustie y lllore;  
Que el tierno amante que la atiende y mira,  
Entre el aplauso y el temor dudoso,  
Tan alta perfección absorto adore.

## XI. Para el retrato de Felipe Blanco, primer gracioso del teatro de Barcelona.

¿No veis qué serio estoy? Pues no os espante  
La adusta gravedad de mi persona,  
Que adentro tengo el alma juguetona:  
Diverso de mi genio es mi semblante.  
Prosa ó verso me dicten elegante  
Los que suben al cerro de Heliconia,  
Mis gracias aseguran su corona  
Cuando ánimo la sátira picante.  
Los que quieren gemir y dar suspiros,  
Y sus lágrimas compran con dinero,  
Lloren, oyendo heroicidades tristes;  
Mas si queréis vosotros divertiros,  
Venid á mí, que el amargor severo  
De la verdad os disimulo en chistes.

## XII. A la memoria de don Juan Meléndez Valdés.

Ninfas, la lira es esta que algún día  
Pulsó Bátilo en la ribera umbrosa  
Del Tormes, cuya voz armoniosa  
El curso de las ondas detenía.  
Quede pendiente en esta selva fría  
Del lauro mismo que la cipria diosa  
Mil veces desnudo, cuando amorosa  
La docta frente á su cantor ceñía.  
Intacta y muda entre la pompa vende  
(Solo en sus fibras resonando el viento)  
El claro nombre de su dueño acuerdo;  
Ya que la patria, en el común lamento,  
Feroz ignora la opinión que pierde,  
Negando á sus cenizas monumento (\*).

## XIII. La despedida.

Nací de honesta madre; díome el cielo  
Fácil ingenio en gracias afiñente,  
Dirigir supo el ánimo inocente  
A la virtud el paternal desvelo.  
Con sabio estudio, infatigable anhelo,  
Pude adquirir coronas á mi frente:  
La corva escena resonó en frecuente  
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.  
Dócil, veraz, de muchos ofendido,  
De ninguno ofensor, las Musas bellas  
Mi pasión fueron, el honor mi guía.  
Pero si así las leyes atropellas,  
Si para ti los méritos han sido  
Culpas; adios, ingrata patria mía.

## XIV. A la exposición de los productos de industria y artes, hecha en el palacio del Louvre el año de 1819 (14).

Hoy que cerrado el templo de Belona,  
Abre el suyo benéfica Minerva,  
Y á sublimes artifices reserva  
De esplendor inmortal áurea corona;  
Méritos mas ilustres ambiciona  
Galia en el ocio de la paz que observa,  
Que cuando, para hacer á Europa sierva,  
Al impetu de Marte se abandona.  
Con tales artes opulenta, fuerte  
Y docta, su poder verá temido  
En este y el antártico hemisferio;  
Mientras su claro principio convierte  
Las leyes santas, pues su don han sido,  
A la estabilidad de tanto imperio.

## XV. A la muerte del excelente actor Isidoro Maiquez (15).

Tú solo el arte adivinar supiste  
Que los afectos acalora y calma,  
Tú la virtud robustecer del alma,  
Que al oro, al hierro, á la opresión resiste.  
Inimitable actor, que mereciste  
Entre los tuyos la primera palma,  
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,  
La admiración del mundo dividiste;  
¿A quién dejaste sucesor muriendo?  
¿De quién ha de esperar igual decoro  
La escena, que te pierde y abandonas?  
Así dijo Melpómene, y vertiendo  
Lágrimas en la tumba de Isidoro  
Cetro depone y púrpura y corona.

## XVI. Copia de un célebre cuadro de M. Guérin, que se conserva en París, en la galería del Luxemburgo.

Insta Dido otra vez, Ana presente,  
Al huésped frío que en silencio adora,  
A que la fuga de Sinon traidora,  
Y el incendio de Pérgamo la cuente.  
El otra vez de la enemiga gente  
El falso voto y los ardidés llora,  
La cólera de Aquiles vengadora,  
Héctor sin vida, y Hécula doliente.  
Pinta el horror de aquella última y triste  
Noche, y en la sidonia alta princesa,  
Admiración, temor, piedad escita.  
Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,  
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,  
El anillo nupcial sagaz la quita.

XVII. A don Luis de Silva, Mociño de Albuquerque, autor de las *Geórgicas* portuguesas.

Cantó el de Mantua con sonoro acento  
La cultura del campo y los pastores;  
Después empresas celebró mayores,  
Y á Roma alzó durable monumento.  
Tú así, que en el bucólico instrumento  
Ensayaste del arte los primores,  
Desdeñando las selvas y las flores,  
Epica trompa harás sonar al viento.  
Si, que en los fuertes lusitanos dura  
El mismo aliento que les dió victoria  
En los opuestos límites del mundo.  
Y si al valor y á la virtud procura,  
Silva, tu verso inestinguible gloria,  
De tu patria serás Maron segundo.

(\*) La Academia de la Historia en su edición de Moratin defiende á la nación española de la ingratitud que el autor le achaca. En efecto, los restos de don Juan Meléndez Valdés yacen en Montpellier bajo un monumento erigido por el actual señor duque de Frias, quien, á pesar de haber defendido con las armas una causa contraria á la del ilustre poeta, quiso rendirle este homenaje de veneración en frentura de sus concludadanos.

XVIII. *A doña Luisa Gomez Carabaño, premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en la botánica.*

Esa guirnalda que enlazó á tu frente,  
Premio de docto afán, la linda Flora,  
De aplauso no mortal merecedora  
Te anuncia á la futura hispana gente.  
Lauros le den al adalid valiente,  
Que al golpe de su espada vengadora  
Triunfa, y su esfuerzo y sus hazañas llora  
La humanidad, si el lloro se consiente,  
En tanto que á merced de la fortuna,  
Cercados de amenazas y temores,  
Los reyes ciñen sus coronas de oro.  
No la que obtienes hoy cede á ninguna:  
Préciala en mucho, y tus humildes flores  
Al suelo patrio añadirán decoro.

XIX. *A la señora M. D., bailarina del teatro de Burdeos, haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado Amor en la Aldea.*

No es el Amor esa deidad hermosa  
Que veis, como los céfiros, alada,  
Con puntas de oro y dócil arco armada,  
Y cénida la sien de mirto y rosa.  
O en breve sueño su inquietud reposa,  
O el aire hiende, la prision burlada;  
Dulces afectos inspirar la agrada:  
Triunfa, y castiga ó premia generosa.  
Esa es la ninfa, por quien hoy ufano  
Garona ilustra su feliz ribera,  
De pámpanos ornándose el cabello.  
No es aquel ciego flechador tirano,  
Que el mundo turba y la celeste esfera:  
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

XX. *La Muerte (\*)*.

(Inédito.)

En tanto que al imperio de la muerte  
Llega á ceder nuestra existencia vana,  
Votos ofrece la piedad cristiana  
Hoy que sus triunfos con horror advierte.  
Doliente aspira á mejorar la suerte  
De los que un tiempo la flaqueza humana  
Manchó de culpa, y purifica y sana  
La pena en cárcel pavorosa y fuerte.  
Los que hoy existen breve sepultura  
Ocuparán después, pero perdido  
No será, no, su celo fervoroso;  
Que entonces hallarán las que han vertido  
Lágrimas tiernas, y en region mas pura  
Adquirirán también vida y reposo.

XXI. *La resurreccion de la carne.*

(Inédito.)

Cuando al sonido del clarín llamado  
El hombre salga de su tumba fria,  
Supremo Juez en el tremendo dia  
Descenderá de incendios rodeado.  
Premio al justo dará, pena al malvado  
Que de su ley eterna se desvia.  
Pero ¿cuál es; oh Dios! el que podría  
Aparecer sin mancha de pecado?  
No hay mérito sin ti; mas si la ofensa  
Perdonas, y el error se desvanece  
Al lloro del mortal arrepentido;  
Hoy sacrificios en tu templo ofrece,  
Y se atreve á esperar piedad inmensa;  
Porque eres tú, Señor, el ofendido.

XXII. *Abnegacion estúpida.*

(Inédito.)

El pobre Polidemo dijo un dia:  
Basilio, tú gobernarás mi hacienda;  
Y aunque todo se gaste, empeñe y venda,  
Siendo tu voluntad, será la mia.  
Pagaré numerosa compañía  
Que á mí me insulte y á tu gusto atienda:  
Entrégate al placer, cena, merienda;  
No estorben mis pesares tu alegría.  
Aunque soy ignorante, será bueno  
Hacerme mas estúpido y mas tonto,  
Que los estudios para mí son malos.  
Y si es que alguna vez me desenfreno,  
Trátame con rigor, áteme pronto;  
Y si tengo razon, dame de palos.

ROMANCES.

I. *A un ministro.*

AYER salí de mi casa  
Muy afeitado y muy puesto  
Encaminado á la vuestra,  
Como de costumbre tengo,  
Para anunciaros felices  
Pascuas, salud y contento,  
Buen remate de diciembre,  
Y buen principio de enero.  
Pues, señor, hizo Patillas  
Que me saliera al encuentro  
Un hablador de los muchos  
Que hay por desgracia en el pueblo;  
De esos que lo saben todo,  
Que de todo hacen misterio,  
Que almuerzan chismes, y viven  
De mentiras y embelecos;  
Infatigable escritor  
De arbitrios y de proyectos,  
Entremetido estadista  
Y, Dios nos libre, coplero.  
El al verme comenzó  
A dar voces desde lejos,  
Y á correr y á chichear,  
Y en suma, no hubo remedio,  
Me abrazó, me refregó  
Las manos, me dió mil besos,  
Y entre los dos empezamos  
Este diálogo molesto:  
«Moratin, hombre, ¡qué caro  
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?  
Vaya, mejor que el verano  
Le trata á usted el invierno.  
¿Con que va bien?... — Lindamente.  
— Sí, se conoce; me alegro.  
Pero ¿cómo tan temprano?  
— Tengo que hacer.— Ya lo entiendo:  
Vaya, el barrio es achacosó,  
Usted un poco travieso...  
Digo, será la andaluza  
De ahí abajo.— No por cierto.  
— ¿Con que no?... — ¡Qué boberia!  
Ni la conozco, ni quiero;  
Ni estoy de humor, ni esta cara  
Es cara de galanteos.  
— Pues, amigo, linda moza.  
¡Cáspita! Mucho salero,  
Alta, colorada, fresca,  
Boca pequeña, ojos negros,  
Petimetrona... La traje  
De Cádiz don Hemeterio,  
Y en un año le ha roído  
Cinco barcos de abadejo.  
¿Y qué sucede? Que acaba  
De plantarle.— Buen provecho:  
Pero á mas ver, porque ahora

(\*) Este soneto y el siguiente fueron colocados en un cenotafio con motivo de las honras celebradas en 1815 por la compañía dramática de Barcelona en sufragio de sus hermanos difuntos.



Voy de prisa, y hace fresco.  
— Hombre, para ir á palacio  
Es temprano. — Estoy en eso,  
Pero no voy. — ¿No? Pues qué,  
¿Nunca va usted? — Yo me entiendo.  
— ¡Ah! ya caigo; con que siempre...  
Es muy justo... ya lo veo.  
Bien, muy bien. El señor conde  
Le estima á usted. — A lo menos  
Me tolera, disimula,  
Como quien es, mis defectos,  
Y suple con su bondad  
Mi escaso merecimiento.  
— Sí, yo sé de buena tinta  
Que á usted le estima. Un sujeto  
Que va allí mucho... ¿y qué tal?  
¿Con que ya no quiere versos?  
¿Es verdad, eh? — No es verdad,  
No, señor: si no son buenos  
No los quiere, y hace bien:  
Si son fáciles, lijeros,  
Alegres, claros, suaves,  
Y castizos madrileños,  
Le gustan mucho. Los míos  
Suelen tener algo de esto,  
Y por eso los prefiere  
Tal vez entre muchos de ellos,  
Que serán casi divinos,  
Pero que le agradan menos.  
— Ya, ya; pero usted debía  
Mudar de tono... — En efecto.  
Escribir disertaciones  
Sobre puntos de gobierno,  
Enseñar lo que no sé,  
Ni he de practicar, ni quiero;  
Decirle lo que se ha dicho  
A todos, darle consejos  
Que no me pide, y á fuerza  
De alambicados conceptos,  
En versos flojos y oscuros,  
Y en lenguaje verdinegro,  
Entre gótico y francés,  
Hacerle dormir despierto;  
No, señor, yo nunca paso  
Los límites del respeto,  
Y entre muchas faltas, solo  
La de ser audaz no tengo.  
— Bien está; pero ¿qué diantres  
Se le ha de decir de nuevo,  
Que le pueda contentar?  
¿Siempre borrando y temiendo?  
¿Siempre una cosa?... — Una cosa  
Dicha por modos diversos  
Puede agradar, y tal vez  
Anuncia mayor ingenio.  
Siempre le diré que admiro  
Su bondad y su talento;  
Que no estimo yo las bandas,  
Los bordados, los empleos:  
Dones que dá la fortuna,  
Brillan, pero todo es viento;  
Sus buenas prendas me inclinan,  
Las aplaudo y las venero,  
Y con ellas nada pueden  
La suerte ciega ni el tiempo.  
Y adios, que es tarde. — Oiga usted.  
— Que voy de prisa. — Un momento.  
Míre usted... yo... la verdad...  
También... ya se ve... Yo tengo  
Algo de vena; y en fin...  
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.  
¿De qué? — Digo que á las veces  
A mis solas me divierto,  
Y escribo algunas copillitas  
Tales cuales. Yo no quiero  
Darlas á luz, porque... — Bien.  
¡Admirable pensamiento!  
— Aquí traigo unas endechas,  
Un romance, dos sonetos,  
Y quiero que usted me diga  
En amistad, sin rodeos,  
Qué tales son. Venga usted

A aquel portal. — Nos veremos.  
— Pero un instante. — Otro día.  
— Y una canción que he compuesto  
Filosófica. — Al diario.  
— Y una tragedia que pienso  
Acabar hoy. — A los Caños.  
— Y un arbitrio. — A los infiernos. »  
Esto dicho, le dejó,  
Apresuro el paso y llevo,  
Y llegué tarde, según  
El informe del portero.  
Renegué del trapalón,  
De su prosa y de sus versos,  
Y de mi estrella, que siempre  
Me depara majaderos.  
¡Ay, señor! entre las dichas  
Que para vos pido al cielo,  
La de no conocer nunca  
A este verdugo os deseo;  
Que si una vez os alcanza,  
Segun es osado y terco,  
Por no verle la segunda,  
Os vais á habitar al yermo.

## II. Al conde de Floridablanca (\*).

(No recopilado.)

Musa, mañana sin falta  
Has de llevar un recado:  
Oye la lección, y cuenta  
Con alterar un vocablo.  
Primeramente pondráste  
La mantellina de trapo,  
La basquiña de pedir,  
Y el gesto de *No hay un cuarto*;  
Que cuando me ha reducido  
Mi desgracia, ó mi pecado,  
A un potaje de lentejas,  
Que siempre es mi extraordinario,  
No es bueno que vayas tú  
Muy levantada de cascós,  
Crujiendo sedas, y llena  
La cabeza de penachos.  
Moderación, Musa mía;  
La moderación te encargo;  
No valga mas que el señor  
El vestido del criado,  
Y diga el ilustre conde  
Al verte de punta en blanco,  
Que eres musa prostituta,  
Y yo tolerante y manso.  
Irás... pero no; que están  
Los porteros conjurados,  
Y... yo me entiendo. No vayas,  
Que es gastar el tiempo en vano.  
Vete derecho á San Gil,  
Y ponte en medio del paso  
Y no te apartes por mas  
Que el cielo llueva venablos.  
Espérate allí; y en viendo  
Que la misa se ha acabado,  
Ojo avizor... que ya sale:  
Llegó la ocasión, al caso.  
Pero si, como otras veces,  
Va de prisa, y no ha mirado,  
O se atraviesa una viuda,  
O algun soldado de antaño,  
O de un cóscorron te envían  
Al cancel mas inmediato,  
O un abad gordo se sube  
Encima de ti gritando;  
Y en tanto se cierra el coche,  
Y ya mas veloz que un rayo  
Corre, tú le alcanzarás,  
Que el ayuno hace milagros.

(\*) Este romance fué escrito por el autor, siendo aun muy jóven, y dirigido al conde de Floridablanca, á quien cayó tan en gracia, que concedió al suplicante lo que pedía, y aun le otorgó y dispuso otros muchos beneficios.

Corre; y á pie nme espera  
A la puerta de palacio,  
Que allí ha de parar, y allí  
Te ha de ver si no ha cegado.  
Y entonces torciendo el cuello,  
Como novicio descalzo,  
Dile... (Así nunca tus versos  
Se imprimen en el diario);  
Dile... « Señor, Moratin  
Está que le lleva el diablo:  
Ni sabe qué hacer, ni sabe  
Cómo poder obligaros.  
» No viene en propia persona  
A repetir el asalto,  
Por no seros importuno,  
Puesto que lo ha sido tanto.  
» Y así, presénteme á vos  
Con poderes que me ha dado:  
Escuchadme la enibajada,  
Que en dos puntos la despacho.  
» Primero; que os da los dias,  
No como se dan hogaño,  
Por cumplimiento y por uso  
De papelitos pintados;  
» Sino por estimación  
Y afecto sencillo y llano,  
Sin hipérboles de moda  
Ni palabrones binchados,  
» Rogando al cielo os conceda  
Mas vida que á un mentecato,  
Mas robustez que á un flamenco,  
Mas fortuna que á un bellaco,  
» Para que la envidia os vea  
Vivir feliz muchos años,  
Querido de la nación,  
Y amigo siempre de Carlos.  
» Esto ruega al cielo; y esto  
Que os dijese me ha mandado;  
Y voy al segundo punto:  
La compasión os encargo.  
» Dice que pues hoy es día  
De gracias y de agasajos,  
El agasajo le hagais  
De sacarle de trabajos;  
» Que el pobrecito está ya  
De esperar desesperado;  
Y solo vuestra palabra  
La vida le va alargando.  
» El médico le visita;  
Le manda jarabe y baños,  
Caldos de pollo y sustancias,  
Y medicinas y emplastos.  
» Pero si vos no mandais  
Hacerle beneficiado,  
O una pension clerical  
Le recetais para el caso,  
» Ni pediluvios, ni ungüentos,  
Ni píldoras, ni electuarios,  
Ni aunque se acueste con él  
Todo el protomedicato,  
» Bastará para que el triste  
Con la intemperie de marzo  
No se muera de inacción  
Como mueren los fidalgos.  
» ¡Oh, señor!... (Aquí es preciso,  
Musa, que esfuerces el llanto  
Con aquello de *¡Ay de mí!*  
Y sollozos y desmayos.)  
» ¡Oh, señor! no permitais  
Que se muera tan temprano,  
Si no queréis que se vista  
De luto todo el Parnaso.  
» Sois poderoso, y es fuerza  
Que al impulso de esa mano  
La mas adversa fortuna  
Mire su rigor postrado.  
» Que si los que adora el mundo  
Tienen de divinos algo,  
Es solo poder hacer  
Felices los desdichados.  
» Y pues la Europa os admira  
Al pié del dosel hispano

Regir en paz y justicia  
 Tanto imperio dilatado,  
 No diga de vos, que habiendo  
 Podido en la tierra tanto,  
 Solo á Moratin no pudo  
 Hacer feliz vuestra mano.  
 Desmentid, señor, la errada  
 Opinion del vulgo vano,  
 Que juzga que en el hospicio  
 Tiene Apolo su palacio.  
 Desmentidla, pues á vos  
 Dejó el cielo reservado  
 Hacer florecer las letras  
 Dando favor á los sabios.  
 Yo no imagino que pueda  
 Su pretension admiraros  
 Pues cosa mas despreciable  
 ¿Cuándo os ha pedido? ¿cuándo?  
 El no pide que le deis  
 Una cola de arcadiano,  
 Ni quiere ser intendente,  
 Ni duque, ni veinticuatro;  
 Solo quiere ser abate:  
 ¿Qué pedir tan moderado  
 El suyo, si por ventura  
 El ser abate es ser algo!  
 Esta fué su vocacion  
 Desde sus primeros años;  
 No se lo estorbeis, que al fin  
 Sois católico cristiano,  
 Y en conciencia no podeis  
 Impedir á este muchacho  
 Que llegue á verificar  
 Un pronóstico tan santo.  
 No, señor. Considerad  
 Que es el punto delicado;  
 Vedle bien, y si quereis  
 Verle mejor, consultadlo.  
 Cualquiera abate os dirá  
 De la capita milagros;  
 Que también tiene indulgencias  
 Como los escapularios.  
 Si, señor: también las tiene;  
 Y cierto autor italiano  
 Cuenta que ha habido en Europa  
 Hasta cinco abates santos.  
 ¿Y quién sabe si los cielos  
 A Moratin han guardado  
 Para la media docena  
 De estos bienaventurados?  
 ¿Y quién sabe si algun día  
 En la coleccion de un claustro,  
 En un lienzo, colorido  
 Por los futuros Ticianos,  
 Se verá á mi santo niño  
 Humildito y cabizbajo,  
 Las rodillas en el suelo  
 Y juntas entrambas manos,  
 En chupilla y motilon,  
 Todo judibundizado,  
 Recibiendo la sagrada  
 Capita de vuestra mano? »  
 Esto le dirás; y espero  
 Las resultas del encargo,  
 Como espera un mal poeta  
 Las decisiones del patio.  
 Porque si la suerte hiciese  
 (Mas no es posible esperarlo  
 De la bondad de mi dueño  
 A quien reverencio y amo)  
 Que mi súplica no hallase  
 Indulgencia ni despacho,  
 Entonces, Musa, ya puedes  
 Buscar aposento y plato.  
 Busca algun talento chirle,  
 Puesto que en Madrid hay tantos  
 De estos que viven surtiendo  
 Versucillos á destajo.  
 Con él puedes ajustarte  
 Por meses ó medios años;  
 O que cada inspiracion  
 Te la pague de contado.

Con esta al público grazna,  
 Y engruda los esquinzos,  
 Y Dios te ayude y te dé  
 Lectores desocupados;  
 Que si yo me llevo á ver  
 De una vez desesperado,  
 O me meto á traductor,  
 O me degüello, ó me caso.

### III. Al príncipe de la Paz en via de sus venidas á la corte desde el sitio de Aranjuez en 1780.

(No recopilado.)

Aunque de lejos he visto,  
 Si no hay en la vista engaño,  
 Que venis bueno y alegre  
 De las orillas del Tajo,  
 Recibid el parabién  
 En versos cojos y manceos;  
 Y si no os parecen buenos,  
 A mi me pasa otro tanto.  
 Es muy difícil hacerlos  
 Bruñidos y limados;  
 Pide tiempo, y no lo tienen  
 De sobra los secretarios.  
 Sabreis que mi señoría  
 Trabaja mas que un forzado,  
 Traduciendo, corrigiendo,  
 Reconstruyendo y firmando.  
 Sabreis que de Babilonia  
 El famoso campanario,  
 Si á mi portal se compara,  
 Fué un juguete de muchachos.  
 Vieraís allí un tunecino  
 Que viene desaforado,  
 A que le traduzca yo  
 Unas coplas de su hermano;  
 Un irlandés que no entiende  
 La factura de dos barcos,  
 Y no sabe si llevaban  
 Naranjas ó atun salado;  
 Mucho clérigo de prima  
 Y abatillos currutacos,  
 Emigrantes, bailarines  
 Y caldereros gabachos;  
 Viudas que quieren casarse,  
 Y como murió don Braulio  
 En Norlingen, me presentan  
 Un bosque de garabatos.  
 Yo los he de interpretar,  
 Y van y vienen recados:  
 Que por Dios que las despache,  
 Que es conciencia dilatarlo.  
 ¿Pues, cuando vienen de Roma  
 Los diplomas sacrosantos  
 Que aquella ciudad bendita  
 Regala al orbe cristiano?  
 Allí es ver cómo las Musas  
 Se escapan por los tejados  
 Huyendo la incomprensible  
 Coleccion de garabatos.  
 Las bulas y pergaminos  
 Con tanto sello colgando  
 Para leche, para huevos,  
 Para no comer pescado;  
 Dispensas y absoluciones  
 Para primos y cuñados,  
 Que en vez de quererse bien  
 Se quisieron demasiado;  
 Para que don Agapito  
 Diga una misa volando,  
 Y supla por veinte mil  
 Que en dinero le pagaron.  
 Para que sor Dorotea  
 Se vaya á tomar los baños,  
 Y fray Serapion no rece  
 Mientras le duren los flatos;  
 Para que vuelvan al siglo  
 Los que al siglo renunciaron...  
 Entonces una irrupcion

Viene de godos y alanos,  
 Espesa nube de frailes,  
 Sobre mi casa tronando,  
 Blancos, cenicientos, muzgos,  
 Negros, azules y pardos;  
 Mallorquines, andaluces  
 Estremeños y canarios;  
 Habaneros á docenas,  
 Y á cientos los peruanos,  
 Impacientes de soltar  
 Capuchas y escapularios;  
 Me llenan de maldiciones  
 Cada momento que tardo:  
 Todos con su papelon,  
 Unos en otros brincando,  
 Que sin mi firma no puede  
 Cargar con ellos el diablo.  
 Todos en su tierna edad  
 Por un padre endemoniado  
 Y á fuerza de mojicones  
 Y palizas, profesaron;  
 Todos han sufrido injurias  
 Atroces de sus hermanos,  
 Y el convento los persigue  
 Porque son buenos y santos;  
 Todos tienen una hermana  
 Viuda y pobre y sin amparo,  
 Y dos sobrinas doncellas  
 Recatadas por el cabo,  
 Cuya doncellez está  
 Por instantes peligrando,  
 Y si no las guarda el fraile,  
 Van á suceder estragos.  
 Esta es mi vida, estas son  
 Las amarguras que paso,  
 Los combates que me dan,  
 Las escaladas que agunto.  
 No os admire pues que sean  
 Mis versos pocos y malos;  
 Hágalos mejores quien  
 Esté menos ocupado;  
 Que para alegrarme yo  
 De veros contento y sano  
 Y que el cielo en largas dichas  
 Os guarde felices años,  
 No necesito de Apolo,  
 De las Musas y el Parnaso,  
 Y en prosa humilde diré  
 Que os venero siempre y amo  
 Y os digo verdad, así  
 Vos me queráis otro tanto:  
 Es mucho; con la mitad  
 Me doy por afortunado.

### IV. A una dama que le pidió versos.

(No recopilado.)

¿Versos le pedís á un hombre  
 Tan cerrado de mollera?  
 ¿Sabeis qué malos los hago,  
 Y el trabajo que me cuestan?  
 ¿Sabeis que para hacer uno  
 Suelo emporcar una resma,  
 Y en escribirle y borrarle  
 Gasto semanas enteras?  
 Si fuera un vecino mio  
 Que hace coplas á docenas,  
 Y con ellas se estasia,  
 Se enloquece y se embelesa,  
 Y baja al portal, y á cuantos  
 Pasan, por ruego ó por fuerza,  
 Sin respirar les recita  
 Dos cuadernillos de endechas,  
 Diez sonetos, veinte y cuatro  
 Redondillas, tres comedias,  
 Cien epigramas, y nueve  
 Planes de nueve poemas;  
 Ese sí pudiera daros  
 Cuantos versos le pidierais,  
 Ya que la suerte enemiga  
 Le condenó á ser poeta.



Yo no lo soy, ni lo quiero  
 Ser, ni nadie lo sospecha,  
 Ni Dios permita que nunca  
 A tal tentación consienta.  
 Eso no, que esto que llaman  
 Inspiración, influencia,  
 Nùmen, furor, los que envían  
 A Salanova cuartetas,  
 No es otra cosa que el diablo  
 Que los urge y que los ciega :  
 El los inspira, y así  
 Son tan diabólicas ellas.  
 Y como hay uno encargado  
 De los cuñados y suegras,  
 Alborotador de casas,  
 Y amigo de peloteras ;  
 Otro diablo comilon  
 Que corre de mesa en mesa ;  
 Otro vanidoso y tonto  
 Con bordados y veneras ;  
 Y otro en fin, que es el que temo,  
 Jugueton, mala cabeza,  
 Que se esconde muchas veces  
 Entre dos pestañas negras,  
 Y hace con una mirada,  
 Con una risa halagüeña,  
 Con dos lágrimas traidoras,  
 Que todo un hombre se pierda,  
 Así también, además  
 De estos diablos que nos cercan,  
 Hay otro mas enfadoso,  
 Mas insolente y perrera.  
 Este es el que inspira tantos  
 Versillos de cadetena,  
 Y el que regala al teatro  
 Monstruos en vez de comedias.  
 Este, el que aforra los postes  
 Con cartelones de á terciá,  
 Embadurna los diarios,  
 Y hace cola en las gacetas.  
 Este el que enseña á hacer libros  
 En donde todo se enseña,  
 Padre adoptivo de tantos  
 Sócrates á la violeta.  
 El apuntó á Valladares  
 Sus misiones de cuaresma,  
 Y al miserable Moncin  
 Sus nefandas Roncalesas,  
 A don Bruno sus tramoyas,  
 A Luciano sus endechas,  
 Y á nuestro Plauto moderno  
 Sus farsas tripicalleras.  
 Por él en ambos corrales  
 La ruda plebe merienda  
 Del gótico don Fermin  
 Las mal cocidas menestras.  
 Por él Zavala, execrable  
 Autor, fatiga las prensas,  
 Y el rechinante Trigueros  
 Aborta sus epopeyas.  
 Nifo, ¡ oh pestilente Nifo !  
 Gran predicador de tiendas,  
 Que desde el año de seis  
 Disparatando voces ;  
 Solo este diablo te pudo  
 Turbar así la cabeza,  
 Y por divertirse hacerte  
 Escritor de callejuela.  
 El solo dicta sus coplas,  
 Maldecidas de Minerva,  
 A don Alvaro Guerrero,  
 A don Lucas, á Cacea,  
 Y á tanto varon famoso  
 Con quien Guarinos espera  
 Rebutir el suplemento  
 De su infausta biblioteca.  
 Y tú, que desde tu silla  
 Presides á sus tareas,  
 Y en pérdidas impresiones  
 Su celebridad aumentas,  
 Gran Salanova, que en todo  
 Te metes, y en todo yerras,

¿ Qué cura te sacaré  
 El diablo que te atormenta ?  
 Si nuestra piadosa madre  
 Algun conjuro tuviera,  
 Como para las langostas,  
 Para los malos poetas,  
 Yo te aseguro, infeliz  
 Mitólogo de la legua,  
 Que á chorros de agua bendita  
 Y antifonas y coletas,  
 Bien presto libertaria  
 De la pícara caterva  
 De dioses y semidioses,  
 Y espectros y ninfas necias  
 Esa pobre criatura,  
 Que sin cesar aporrea  
 El enemigo, y á eterno  
 Disparatar la condena.  
 Pero es en vano : los cielos,  
 Quizá ofendidos, ordenan  
 En pago de nuestras culpas  
 Tanto castigo á la tierra.  
 Y como suele tal vez  
 Ocipar una floresta  
 Importuna multitud  
 De cigarras vocingleras,  
 Que aquí y allá chirriando  
 El ronco estrépito alternan,  
 Cantan que rabian, y nunca  
 Hasta reventar lo dejan,  
 En tanto que al son tremendo  
 Huyen con alas ligeras  
 Las avecillas canoras,  
 Dulce hechizo de la selva,  
 Vuela de una rama en otra  
 Asustada Filomena,  
 Ni el aire su voz despide,  
 Ni al caro nido se acerca ;  
 De esta suerte el numeroso  
 Enjambre que nos apesta,  
 De copleros chabacanos  
 Ridícula turba y necia,  
 Fastidiosamente aulla,  
 Y al run run de sus cercenras  
 Las musas desaparecen,  
 Febo y las gracias con ellas.  
 Todo es ignorancia, y todo  
 Frivolidad é insolencia,  
 Y el Parnaso castellano  
 Yace morada desierta.  
 Ni ¿ quién osará acallar  
 La desapacible orquesta,  
 Ni alternar en el solfeo  
 Que Salanova gobierna ?  
 ¿ Y vos, señora, pedis  
 (Supongo que fué por fiesta )  
 Versos á quien de los suyos,  
 Si algunos hace, reniega ?  
 Yo, que no soy embrollon,  
 Ni pongo mi ingenio en venta,  
 Ni predico en el café  
 Donde retumbaba Huerta,  
 Yo, cuando en tal ignominia  
 Está de Apolo la ciencia,  
 ¿ He de escribir, mientras Nifo  
 Escribe que se las pela ;  
 Mientras Concha, haciendo ajustes  
 Con Martínez y Ribera,  
 Ofrece dar el surtido  
 Necesario de comedias ;  
 Y Moncin, para quitarle  
 El aplauso y las pesetas,  
 Hace rebajas, y el pobre  
 Don Bruno rabia y patca ?  
 Mientras el doctor Guarinos  
 Tanto mamarracho incienza,  
 Y á Trigueros le despacha  
 El título de poeta,  
 ¿ Yo he de escribir ? No. Primero  
 Que tal precepto obedezca,  
 Guerrero y Casal me alaben,  
 Y á malos sonetos muera.

Tiempo vendrá, si en los hados  
 No existe cólera eterna,  
 Que el rayo puro del sol  
 Disipe oscuras tinieblas,  
 Y del olvido en que yacen,  
 Resucitadas las letras,  
 De su perdido esplendor  
 La edad venturosa vuelva.  
 Yo entonces, si amor permite  
 Mi voz á mayor empresa,  
 O han muerto ya de su incendio  
 Las no apagadas centellas,  
 Tal vez de la corva lira  
 Pulsaré doradas cuerdas,  
 Entre los doctos alumnos  
 Que Apolo inspira y alienta ;  
 Y cuando mi patria logre  
 La felicidad que espera,  
 Su nuevo Augusto hallará  
 Marones que le celebran.

#### V. Aguinaldo poético.

Ya, señor, el tiempo llega  
 De presentes y regalos :  
 Para el que ha de recibir,  
 El mas alegre del año ;  
 Para el que da, tiempo triste,  
 Mes azaroso é infausto,  
 Tanto, que muchos quisieran  
 Echarle del calendario.  
 Yo, en este mes, como soy  
 Tan cumplido y tan exacto,  
 He dispuesto remitir  
 Las pascuas y el aguinaldo.  
 Ello es verdad que parece  
 Muy estravagante y raro  
 Que el pobre regale al rico,  
 Y al provincial el donado ;  
 Pero al fin, si yo nací  
 De humor generoso y franco,  
 ¿ Quien me ha de quitar que tenga  
 El alma de un Alejandro ?  
 Y no hay remedio, os prometo  
 Que me he portar con garbo ;  
 Que cuando dan los poetas,  
 Dios nos tenga de su mano.  
 Tal vez para su traer  
 No suelen tener un cuarto ;  
 Pero para regalar  
 El mundo les viene escaso.  
 Y no esperéis que os envíe  
 Rico café veneciano,  
 Salchichones boloñeses,  
 Ni vino de Chipre en frascos,  
 Miel de Calabria esquisita,  
 De Génova dulces varios,  
 Lenguas de Lodi excelentes,  
 Bien que no las he probado,  
 Enormes quesos do Parma,  
 Que dicen que son muy caros,  
 Macarrones, tallarines,  
 Pasteles napolitanos ;  
 No, señor, porque esto al fin  
 En las tiendas lo encontramos,  
 Y si tuviese dinero,  
 Fácil me fuera comprarlo.  
 La gracia está en invocar  
 A Apolo, mi primo hermano,  
 Y hacerle venir de un brinco  
 Desde el Olimpo á mi cuarto ;  
 Y en vez de tanta morcilla,  
 Y de tanta grasa y tantos  
 Dulces, que solo producen  
 Indigestiones y hartagos ;  
 Si quereis cosas gustosas  
 Que no os pueden hacer daño,  
 Y en su vida las han visto  
 Los arrieros maragatos ;  
 Ahí está el fénix de Arabia,

Que es un manjar delicado,  
Y los pavones soberbios  
Que tiran de Juno el carro;  
Las palomitas de Venus,  
Pisces, Capricornio y Tauro,  
Que paca estrellas, según  
Dice un autor castellano:  
Las sirenas las pondremos  
En escabeche con caldo,  
Que en quitandolas las colas  
Son estupendo regalo;  
Los tritones, las harpias,  
Hipogrifos y centauros,  
Unos en jigote, y otros  
Fritos, y otros empanados;  
Y en cuanto á vinos... El vino  
Primeramente es muy malo,  
De cólera y convulsiones,  
Y hace en la cabeza estragos:  
El agua es mejor; y el agua  
Que se baja despenando  
De la fuente Cabalina  
Por las faldas del Parnaso,  
Vale mas que los licores  
De Marsella celebrados,  
Rescoldo liquido ardiente,  
Veneno sabroso y caro.  
Pero si á fin de comida  
Gustais de beber un trago,  
Yo os daré el néctar que sirve  
A Jove el garzon troyano.  
Este presente, capaz  
De templar el ceño airado  
De un vista, de un relator,  
De un virey americano,  
Solo para vos le tengo  
Prevenido y arreglado:  
Buen apetito, y picar  
De todo, y muérase el diablo.  
Si ha de ir por tierra, Pluton,  
Cibeles, Ceres y Baco  
Me prestarán á porfia,  
Cuando los quiera, sus carros.  
Si ha de ir por el mar, Neptuno,  
Tétis, Anfítrite y Glauco  
De Génova á Barcelona  
Llegan en dos latigazos.  
Y si quereis que se lleve  
Por el aire, y evitamos  
Registro de los ingleses,  
Que en todo meten el gancho,  
Júpiter, Apolo y Venus  
Os le llevarán volando;  
Y á fe que en las aduanas  
No visitarán el cargo.  
Este, en lugar de cubrírle  
De pañuelos valencianos,  
O de conclusiones llenas  
De ineptias y mamarrachos,  
Le cubriremos de versos,  
Puesto que siendo el regalo  
Fruta del Pindo, ¿quién pone  
El envoltorio prosaico?  
Versos irán, que las musas,  
Siendo para vos el canto,  
Con su inspiracion divina  
Agitan mi númen tardo.  
Y veis aquí como quedo  
Lucido y desempeñado,  
Y el mucho favor que os debo  
A costa de Ovidio os pago.

#### VI. Mas vale callar (16).

¿Qué será que habiendo sido  
La musa que tanto honrais,  
En obedeceros pronta  
Con sumisa voluntad,  
Hay tan perezosa esté,  
Que no me quiere inspirar

Los versos que me pedís,  
Si cuando pedís, mandáis?  
¿Acaso pudo el deseo  
De complaceros faltar,  
O acabaron los calores,  
Con su vena perenal?  
¿O fatigada tal vez  
De traducir y firmar,  
Tiempo la falta y humor  
Para ser original?  
Y en tanto, á mí se me acusa  
De indolente y holgazán,  
Ella se abanica y rie,  
Yo me apuro, y vos instais,  
¿Qué la cuesta en libres versos  
Maldecir y murmurar,  
Sátiras dictando alegres,  
Llenas de pimienta y sal?  
¿Acaso la edad presente  
Tan corta materia da?  
¿Tan leves son nuestros vicios?  
¿Tan pocas locuras hay?  
Si la mandaran fingir,  
Y con astucia falaz  
Aplaudir los desaciertos,  
Los delitos adorar;  
Yo el primero disculpara  
Su silencio pertinaz:  
Que es mejor, cuando el asunto  
Obliga á mentir, callar.  
Pero si quereis que solo  
Dikte sátira mordaz,  
¿No es decirla claramente,  
Musa, dinos la verdad?  
Pues ¿por qué de la ocasion  
No se debe aprovechar,  
Y dar una felpa á tanto  
Literato charlatán;  
Tantos eruditos huecos,  
Cuyo talento venal  
Nos da en menudos las ciencias,  
Que no supieron jamás;  
Tanto insipido hablador,  
Tanto traductor audaz,  
Novelistas indecentes,  
Políticos de desván,  
Desertadores eternos  
De virtud y de moral,  
Que por no tenerla en casa  
La venden á los demás?  
¿Y por qué tantos copleros,  
Que en su disorde cantar  
Ranas parecen, que habitan  
Cenagoso charquetal,  
Ha de tolerar mi Musa  
Que metrifiquen en paz,  
Y se metan á escribir  
Por no querer estudiar?  
¿Ella no fué la que un día  
Dió lección tan magistral  
(Haciendo el ancho teatro  
Pulpito de la verdad),  
Que á todo autorecillo astroso  
Llenó de terrible afán  
Creyendo cercano el punto  
De su esterminio final?  
¿Oh estúpidos! escribid,  
Imprimid, representad;  
Que el siglo de la ignorancia  
Largos años durará.  
Y mientras al rudo vulgo  
Embobeis y corrompais  
Con farsas, que Apolo al verlas  
Padece gota coral,  
Ni faltará quien os dé  
Para vestir y mascar,  
Ni habrá un cristiano que os diga:  
Vencejos, no chilleis mas.  
Seguid, y lluevan abates,  
Moros, pillos de arrabal,  
Arrieros, trongas y diablos  
Con su raballo detrás.

Y si el público se hasta  
De ver tanta necedad,  
Váyase á dormir tres horas  
A los Caños del Peral.  
Pero, señor; si la Musa  
Se llega á determinar,  
Se anima y os obedece,  
Y tras todos ellos da,  
Y en justa sátira y docta  
Los tonos quiere imitar  
Del siempre festivo Horacio  
O el caustico Juvenal,  
¿No será de tanto monstruo  
Las cóleras provocar,  
Y esponer á mil estragos  
Su decoro virginal?  
¿No veis que yace el Parnaso  
En triste cautividad,  
Y en él bárbaras catervas  
Atrincheraadas están?  
No, señor; pues siempre ha sido  
Para vos fina y leal  
Mi pobre Musa, y os debe  
Lo que no os puede pagar,  
No la mandeis que de tanto  
Necio se burle jamás,  
Ni les riña en castellano,  
Porque no la entenderán.  
Sátiras no, que producen  
Odio y encono mortal;  
Y entre los tontos padece  
Martirio la ingenuidad.

#### VII. A Geroncio (17).

Cosas pretenden de mí,  
Bien opuestas en verdad,  
Mi médico, mis amigos,  
Y los que me quieren mal.  
Dice el doctor: «Señor mío,  
Si usted ha de pelear,  
Conviene mudar de vida,  
Que la que lleva es fatal:  
Débiles los nervios, débil  
Estómago y vientre está:  
Pues ¿qué piensa que resulte  
De tanta debilidad?  
Si come, no hay digestion;  
Si ayuna, crece su mal;  
A la obstruccion sigue el flato,  
Y al tiriton el sudar.  
Vida nueva, que si en esta  
Dura dos meses no mas,  
Las tres facultades juntas  
No le han de saber curar.  
No traduzca, no interprete,  
No escriba versos jamás.  
Miedos y musas le tienen  
Hecho un trasto de hospital;  
Y esos papeles y libros,  
Que tan mal humor le dan,  
Tírelos al pozo, y vayan  
Plauto y Moreto detrás.  
Salga de Madrid, no esté  
Metido en su mechinal,  
Ni espere á que le derrita  
El ardor canicular.  
La distraccion, la alegría  
Rústica le curarán:  
Mucho burro, muchos baños  
Y mucho no trabajar.»  
En tanto que esta sentencia  
Fulmina la facultad,  
Mis amigos me las mullen  
En junta particular,  
Dicen: «¡Oh, si Moratin  
No fuese tan haragán!  
Si de su modorra eterna  
Quisiera resucitar!  
El ha sabido adquirir  
La estimacion general;



Aplauso y envidia escita  
Cuan to llega á publicar :  
Le murmuran, pero nadie  
Camina por donde él va ;  
Nadie acierta con aquella  
Difícil facilidad ;  
Y si él quisiera escribir  
res cuadernillos no mas ,  
¿La caterva de pedantes  
Adónde fuera á parar?  
¿Qué se hiciera tanto insulso  
Compilador ganapán ,  
Que de francés en gabachio  
Traducen el pliego á real ?  
¿Tanto hablador, que á su arbitrio  
Méritos rebaja y da ,  
Tiranzando las tiendas  
De Perez y Mayoral ?  
No, señor, quien ha tenido  
La culpa de este desmán,  
Si escuchara un buen consejo,  
Lo pudiera remediar.  
Tomasen la providencia  
De meterle en un zaguán,  
Con su candil, su tintero,  
Pluma y papel, y cerrar ;  
Y allí, con racion escasa  
De queso, agua fresca y pan,  
Escribiese cada día  
Lo que fuera regular.  
¿Emporcaste un pliego ? Lindo ;  
Almuerza y vuelve al telar ;  
Come, si llenaste cuatro ;  
Cena, si acabaste ya.  
¿Quieres tocino ? Veamos  
Si está corregido el plan.  
¿Quieres pesetas ? Pues daca  
El *Drama sentimental*.  
Por cada escena, dos duros  
Y un panecillo te dan,  
Por cada *Pequeña pieza*  
Un *Vale dinero*, y mas.  
Y de este modo, en un año  
Pudieramos aumentar  
De los cómicos hambrientos  
El esprimido caudal.»  
Esto dicen mis amigos  
(Reniego de su amistad) ;  
Mi suegro, si le tuviera,  
No dijera cosa igual.  
Esto dicen, y en un corro  
Siete varas mas allá,  
Don Mauricio, don Senén,  
Don Cristóbal, don Beltrán  
Y otros quince literatos  
Que infestan la capital,  
Presumidos, ya se entiende,  
Doctos á no poder mas,  
Dicen : « Moratin cayó,  
Bien le pueden olear ;  
No chista ni se rebulle,  
Ya nos ha dejado en paz.  
Su *Baron* no vale nada ;  
No hay enredo allí ni sal,  
Ni caracteres, ni versos,  
Ni lenguaje, ni...—Es verdad,  
Dice don Tiburcio ; ayer  
Me aseguró don Cleofás,  
En casa de la condesa  
Viuda de Madagascar,  
Que es traduccion muy mal hecha  
De un drama antiguo alemán...  
—Si, traduccion, traduccion,  
Chillan todos á la par,  
Traduccion... Pues él ¿por dónde  
Ha de saber inventar ?  
No, señor, es traduccion ;  
Si él no tiene habilidad,  
Si él no sabe, si él no ha sido  
De nuestro corro jamás,  
Si nunca nos ha traído  
Sus piezas á examinar ;

¿Qué ha de saber?—¡Pobre diablo !  
¡Escama don Bonifaz :  
Si yo quisiera decir  
Lo que... pero bueno está.  
— ¡Oiga ! ¿pues qué ha sido ? Vaya.  
Díganos usted.—No tal,  
No. Yo le estimo, y no quiero  
Que por mí le falte el pan.  
Yo soy muy sensible ; soy  
Filósofo, y tengo ya  
Escritos catorce tomos  
Que tratan de humanidad,  
Beneficencia, suaves  
Vinculos de afecto y paz ;  
Todo alimbares, y todo  
Deliquios de amor social ;  
Pero es cierto que... Si ustedes  
Me prometieran callar,  
Yo les contara...—Si, diga  
Usted, nadie lo sabrá :  
Diga usted.—Pues bien : el caso  
Es que ese cisne inmortal,  
Ese dramático insigne  
Ni es autor, ni lo será.  
No sabe escribir, no sabe  
Si quisiera deletrear :  
Imprime lo que no es suyo,  
Todo es hurtado, y... ¿Qué mas ?  
Sus comedias celebradas,  
Que tanta guerra nos dan,  
Son obra de un religioso  
De aquí de la Soledad.  
Díoselas para leerlas  
(Nunca el fraile hiciera tal) ,  
No se las quiso volver,  
Murióse el fraile, y andar...  
Digo, ¿me esplico?—En efecto,  
Grita la turba mordaz,  
Son del fraile. Rateria,  
Hurto, robo, claro está.»  
Geroncio, mira si puede  
Haber confusion igual :  
Ni sé qué hacer, ni confío  
En lo que quiere acertar.  
Si he de seguir los consejos  
Que mi curador me da ;  
Si he de vivir, no conviene  
Que pida á mis nervios mas.  
Confundir á tanto necio  
Vocinglero pertinaz,  
Que en la cartilla del gusto  
No pasó del *crístus*, a ;  
Componer obras, que piden  
Estudio, tranquilidad,  
Robustez, y el corazon  
Libre de todo pesar,  
No es empresa para mí ;  
Tú, Geroncio, tú me da  
Consejo. ¿Cómo supiste  
Imponer, aturrullar,  
Y adquirir fama de docto  
Sin hacer nada jamás ?  
Tú, maldito de las Musas,  
Que lleno de gravedad,  
De todo lo que no entiendes  
Te pones á disertar ,  
¿Cómo sin abrir un libro,  
Por esas calles te vas,  
Haciéndote el corifeo  
De los grajos del lugar,  
Y con ellos tragas, brindas  
Y engordas como un baja,  
Y duermes tranquilo, y nadie  
Sospecha tu necedad ?  
Dime si podré adquirir  
Ese don particular ;  
Dáme una leccion siquiera  
De impostor y charlatán,  
Y verás como al instante  
Hago con todos la paz,  
Y olvido lo que aprendí,  
Para lucir y medrar.

# VIII. Juicio del año de 1815. (Inédito.)

Ya llegó el año de trece  
Por su paso natural ;  
Y el de doce, Dios lo guie,  
Acia la historia se va.  
Costumbre ha sido poner  
Por cabeza de almanak  
Lo que muchos llaman juicio  
Y yo llamo necesidad,  
Prólogo de lo futuro,  
Juego de pronosticar,  
Anticipada gaceta  
De lo que sucederá.  
Y ¿qué sucede ? lo mismo,  
Poco menos, poco mas,  
Que ya se ha visto en el mundo  
Desde los años de Adán.  
Dócil la naturaleza  
En su movimiento igual  
Cumple del Nümen eterno  
La constante voluntad.  
Nada es nuevo á quien medita  
Lo que va quedando atrás ;  
Lo que ha pasado es imagen  
De lo que debe pasar.  
Pero es tan desatinada  
La humana curiosidad,  
Que olvidando lo que fué,  
Pregunta lo que será.  
Y ¿en qué libro encontraremos  
El método singular  
De conocer los sucesos  
Que tan callados están ?  
El sumario de Cortés  
Poquísima luz nos da,  
En Salamanca se ignora,  
En Lóndres no saben mas.  
¿Oh tiempo feliz aquel  
De inepta credulidad,  
Tan fecundo en maravillas  
Que no conocemos ya !  
Uno buscaba entre chispas  
La piedra filosofal,  
Suplemento de las minas  
De Golconda y del Catay.  
Otro, rebotando azumbres,  
Daba salud á un lugar ;  
Y á repiques apagaba  
Centellas un sacristán.  
Las viejas entre tinieblas  
Con untura general  
Embrujaban el ambiente  
De Rusafa y Campanar.  
Este, atisvaba tesoros  
La víspera de San Juan ;  
Y aquel, á puro exorcismo,  
No dejaba diablo en paz.  
Los difuntos empleaban  
Las noches en pasear  
Con llamas y cadenas  
Y estribillo de ¡ay ! ay ! ay !  
Los magos quemando azufre  
Llamaban á Satanás,  
Y él obediente acudia  
Como un donado á un guardián.  
Los duendes en la cocina,  
En la alcoba, en el portal,  
En el terrado, en la cueva,  
En lo oscuro del desván,  
No dejaban escribir,  
Barrer, coser ni guisar,  
Ni quedaba trasto á vida  
En toda la vecindad.  
Pasó aquel tiempo, y con él  
La ciencia de adivinar ;  
Los profetas se acabaron  
Para no volver jamás,  
Pérdida que solamente  
La pudiera reparar  
Nuestro juicio, porque el año  
Sin juicio se quedará.

Dejemos los otros mundos  
En el espacio en que están;  
Giren como Dios lo quiso,  
Brillen si deben brillar.  
Y en esta pequeña bola  
Llena de ignorancia y mal,  
Posada incómoda y triste  
Que debemos habitar,  
Tratemos de ser felices,  
Pues la prudencia nos da  
El secreto de sufrir  
Y los medios de gozar.

#### IX. *El coche en venta.*

Quiero contarte  
Que don Miguel,  
Aquel pesado  
Que viste ayer,  
Me está moliendo  
Mas ha de un mes,  
Sin ser posible  
Zafarme de él,  
Para que compre  
(Mal haya, amén)  
Sus dos candongas  
Y su cupé.  
Esta mañana  
Sali á las diez  
A ver á Clori  
(No lo acerté):  
Horas menguadas  
Debe de haber.  
Ibame aprisa  
Acia la Red,  
Y en una esquina  
Me le encontré.  
Fueron sin duda  
Cosa de ver  
Las artimañas,  
La pesadez,  
Los argumentos  
Que toleré,  
El martilleo  
De somatén,  
Y las mentiras  
De tres en tres.  
«Y no hay remedio,  
Ello ha de ser;  
Porque, amiguito,  
Mirado bien,  
Sale de balde,  
Parece inglés;  
La caja es cosa  
Digna de un rey.  
¡Qué bien colgada!  
¡Qué solidez!  
Otra mas cuca  
No la vereis.  
Pues ¡y las mulas?  
Yo las compré  
Muy bien pagadas  
En Aranjuez,  
Y á los dos meses  
Llegó á ofrecer  
El marquesito  
De Mirabel  
(Sobre la suma  
Que yo solté)  
Catorce duros  
Para beber  
A un chalán cojo  
Aragonés,  
Que vive al lado  
De la Merced.  
Son dos albas;  
No hay que temer,  
Fuertes, seguras,  
De buena ley.  
Con que Domingo

Puede á las seis  
Ir á mi casa;  
Yo os dejaré  
Las señas... Pero...  
¿Teneis papel?  
—No tengo nada,  
Ni es menester;  
Dejadme vivo,  
Sayon cruel.  
Si ya os he dicho  
Que no gasteis  
Saliva y tiempo;  
Si no ha de ser;  
Si por no hallaros  
Segunda vez,  
Solo, sin capa,  
Me fuera á pié  
Hasta la turca  
Jerusalén.»  
¿Y te parece  
Que le ahuyenté?  
Nunca un pelmazo  
Llega á entender  
Lo que no cuadra  
Con su interés.  
Quise cansarle,  
Me equivoqué;  
Sigo mi trote,  
Sigue también,  
Suelto de lengua,  
Ágil de piés,  
Siempre á la oreja  
Como un lebre.  
Lloviendo estaba  
Y á buen llover;  
Calles y plazas  
Atravesé,  
Charcos, arroyos...  
Voy á torcer  
Por la bajada  
De San Ginés,  
Hallo un entierro  
De mucho tren;  
Muerto y parientes  
Atropellé.  
El, por seguirme,  
Dió tal vaivén  
A un monaguillo,  
Que sin poder  
Valerse, al suelo  
Cayó con él.  
Tal del pobrete  
La rabia fué,  
Tal cachetina  
Siguió después,  
Que malferido,  
Zurrado bien,  
Allí entre el lodo  
Me le dejé.

~~~~~

EPIGRAMAS.

I. *Para una estatua de la Farmacia.*

A la ciencia de Hipócrates unida,
Dilata los instantes de la vida.

II. *Para el sepulcro de Almanzor (18).*

No existe ya, pero dejó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás admirado conocerte,
Cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fué, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

III. *Para la cortina de un teatro.*

Vicios corrige la vivaz Talía
Con risa y canto y máscara engañosa,
Y el nacional adorno que se viste.
Melpómene, la faz majestuosa
Bañada en lloro, al corazón envía
Piedad, terror cuando declama triste.

IV. *Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas (19).*

En esta veneranda tumba, humilde,
Yace Salicio : el ánima celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardón. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambición remoto,
A el trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.
Su corazón, como su lengua, puro
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

V. *Para un retrato del autor remitiéndosele á una señora valenciana.*

A la Ninfa del Turia ilustre y bella
Mi imagen doy, y el corazón con ella.

VI. *A un niño llorando en los brazos de su madre.*

(Traducción del inglés.)

Tú, que gimes doliente,
Bañando en lloro de tu madre el seno,
Mientras que todo en torno es alegrías;
¡Oh! vive á la virtud, niño inocente;
Porque al venir la noche eterna, lleno
Lo dejes todo de dolor vehemente,
Y tú contento rías.

VII. *A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar.*

En un cartelón leí,
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende.....
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

VIII. *Irrevocable destino de un autor silbado.*

«Cayó á silbidos mi Filomena.
—Solemne tunda llevaste ayer.
—Cuando se imprima, verán que es buena.
—¿Y qué cristiano la ha de leer?»

IX. *A Lesbía, modista.*

Lesbía, tú que á las bonitas
Añadir adornos puedes,
Como á todas las escedes,
De ninguno necesitas.

X. *A la misma, de otro modo.*

En la gala y compostura
Que á nuestras jóvenes das,
Lesbía, tu invención se apura;
Si las dieras tu hermosura,
Nunca te pidieran mas.

XI. *A la misma, de otro modo.*

Cuando á nuestras damas bellas
Adorna tu docto afán,
Venus y el Amor te dan
Mas que te debieron ellas.

XII. *A un comerciante que puso en su casa una estatua de Mercurio.*

Si al decorar tus salones,
Fania, á Mercurio prefieres,
Tienes á fe mil razones;
Que es dios de los mercaderes,
Y también de los ladrones.

XIII. *A Geroncio.*

Pobre Geroncio, á mi ver
Tu locura es singular;
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

XIV. *A Pedancio, autor de una obra en que le ayudaban varios amigos.*

Pedancio, á los botarates
Que te ayudan en tus obras
No los mimes ni los trates;
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

XV. *Al mismo.*

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera;
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustaran á ti.

XVI. *A un mal bicho.*

¿Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado,
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

XVII. *A una señorita francesa.*

La bella que prendó con gracioso reir
Mi tierno corazón, alterando su paz,
Enemiga de amor, inconstante, fugaz,
Me inspira una pasión que no quiere sentir.

~~~~~

## COMPOSICIONES DIVERSAS.

*Los padres del limbo (20).*

CORO.

¡Oh, cuánto padece de afanes cercada,  
Merced al engaño de fiero enemigo,

En largo castigo la prole de Adán !  
¡Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,  
Y dé sus promesas el cielo cumplidas,  
Que ya repetidas en sombras están.

## VOZ PRIMERA.

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto  
Cesará de Israel, llegando el día  
En que aparezca el vencedor, el santo,  
El que rompa la bárbara cadena  
Que en servidumbre impía  
Lleva tu pueblo? El hombre inobediente  
Perdió de Edén la habitación serena;  
Espada refulgente  
Vibró en sus puertas serafín airado,  
Y á la inocencia sucedió el pecado.  
Mas no de tus piedades  
Pudo la culpa humana  
El raudal extinguir, que es infinito,  
Y tú, Señor, el núnem poderoso  
Que goza en perdonar. Tu soberana  
Diestra sepulta montes y ciudades  
En abismo profundo  
De universal diluvio proceloso,  
Que de los hombres castigó el delito;  
Pero diste á la tierra Adán segundo.  
Grato admitiste su obediente celo  
Y sus ofrendas puras,  
Y el iris de la paz brilló en el cielo.  
Si en el Egipto ardiente  
Padece servidumbre  
La estirpe de Jacob, tú la aseguras  
En la fuga que intenta portentosa,  
Tú disipas la fiera muchedumbre.  
Que la persigue en vano.  
Abre su centro el mar, y en espumosa  
Tumba sepulta al pertinaz tirano,  
Sus carros y caballos precipita;  
Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,  
Y al estruendo del tímpano sonante  
Himnos te canta de alabanza y gloria.

## VOZ SEGUNDA.

Mucho, Señor, hiciste,  
Y prometiste mas. Debe la tierra  
Ver un caudillo en venturoso día,  
Que los furores de discordia y guerra  
Calme, y en alegría  
De amor y dulce paz domine eterno.  
Las puertas del Averno  
Cederán á su voz omnipotente;  
Quebrantarán las bóvedas oscuras,  
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas,  
Abrazada la frente  
Con rayo vengador. El poderoso,  
El grande, el Hijo de David, las puras  
Auras rompiendo, llevará sus huellas  
Adonde el astro de la luz preside,  
Y mas allá del sol, acompañado  
De la turba de justos numerosa,  
Que los caminos de virtud siguieron,  
Y del primer pecado  
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

## CORO.

Huyan los años en rápido vuelo;  
Goce la tierra durable consuelo;  
Mire á los hombres piadoso el Señor.

## VOZ TERCERA.

Ven, prometido  
Jefe temido,  
Ven, y triunfante  
Lleva delante  
Paz y victoria;  
Llene tu gloria  
De dicha el mundo.  
Llega, segundo  
Legislador.

## CORO.

Huyan los años con rápido vuelo;  
Goce la tierra durable consuelo;  
Mire á los hombres piadoso el Señor.

## La Anunciacion.

## VOZ PRIMERA.

¿Qué nuncio divino  
Desciende veloz,  
Moviendo las plumas  
De vario color?

## VOZ SEGUNDA.

El bello semblante  
En risa baño,  
Que inspira alegría,  
Disipa temor.

## VOZ PRIMERA.

El rubio cabello  
Al hombro esparció;  
Diadema le ciñe  
De estremo valor.

## VOZ SEGUNDA.

Ropajes sutiles  
Adorno le son,  
Y en ellos duplica  
Sus luces el sol.

## VOZ PRIMERA.

¡Feliz habitante  
De la alta region!

## VOZ SEGUNDA.

¡Alado ministro  
Del sumo Hacedor!

## VOZ PRIMERA.

En hora bendita  
La tierra te vió.

## VOZ SEGUNDA.

Su dicha pendiente  
Está de tu voz.

## VOZ PRIMERA Y SEGUNDA.

Que tú solo anuncias  
Favores de Dios.

## VOZ TERCERA.

Lleva á la santa Nazaret su vuelo  
El ángel del Señor, y resplandece  
La estancia de María;  
De fragrantas aromas se enriquece  
El aire en torno, y suena melodía  
Igual á la del cielo.  
La honesta Virgen, ruborosa y muda,  
Se postra absorta al parainfo hermoso;  
Ve tanto bien, y merecerle duda.  
El, con acento grave y amoroso,  
«No temas, no, la dice,  
De las hijas de Adán la mas felice.  
Llena de gracia estás; está contigo  
El Dios que adoras inefable, eterno;  
Y el fruto santo que de tí se espera  
Se ha de llamar Jesus.» Dijo, y la esfera  
Que en luces arde y arreboles de oro  
Vuelve á romper con ímpetu sonoro,  
Y se estremece el enemigo infierno.

## VOZ CUARTA.

¡Oh instante dichoso  
De amor y consuelo,  
Que la tierra al cielo  
Para siempre unió!  
¡Y al Dios poderoso,  
Que truena indignado,  
Piadoso, humanado,  
Sumiso le vió!

## CORO.

Virgen, madre, casta esposa,  
Sola tú la venturosa,  
La escogida sola fuiste,  
Que en tu seno recibiste  
El tesoro celestial.  
Sola tú con tierna planta  
Oprimiste la garganta  
De la serpe aborrecida,  
Que en la humana frágil vida  
Esparció dolor mortal.



*Cántico á nombre de unas niñas españolas de familia refugiada en Francia, con motivo de una peligrosa enfermedad de la marquesa de Ariza.*

CORO.

Suban al cerco de Olimpo luciente  
Eco doliente, lamentos y voces;  
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ PRIMERA.

Oye, Señor, el ruego fervoroso  
Que humildes dirigimos  
En afliccion y llanto.  
Con alma pura y manos inocentes  
Ante tus aras á implorar venimos  
Favor, piedad, ¡oh Nümen poderoso!  
Si súplica mortal merece tanto.  
Por ti los orbes giran refulgentes,  
Por ti naturaleza  
Existe, y á tu voz la muerte dura  
Contiene su fiera.  
¡Ay! no perezca la estimable vida  
De la que fué nuestro comun consuelo  
En la no merecida  
Constante desventura  
Que á nuestros padres á morir condena  
En peregrino suelo,  
Y á nosotras con ellos, desdichadas.  
Ella fué nuestro amparo; ella serena  
Benigna, generosa,  
Lágrimas tantas veces derramadas;  
En su favor nuestra niñez reposa.  
Si la virtud nos guía,  
Si las tinieblas del error desvía  
Y aclara nuestra mente  
La lumbre del saber, dádiva es suya...  
Viva ¡oh gran Dios! Tu diestra omnipotente  
Al mundo, á nuestro amor la restituya.

CORO.

Si la que fiel se ajusta  
A tu ley soberana,  
En leve sombra y vana  
Se debe disipar;  
Antes la parca adusta,  
Que la amenaza fiera,  
De crímenes pudiera  
La tierra libertar.

*Alocucion con que anunció su beneficio Francisco Chiner, primer galán de la compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.*

Público ilustre, que benigno siempre  
Sabes suplir la insuficiencia mia,  
Perdonas el error por el deseo,  
Y al mas cobarde generoso animas;  
Si el don que te presento no es bastante  
A igualar los afectos que le dictan,  
Sé que mereces mas; pero no alcanzo  
La perfeccion á que mi celo aspira.

Tiempo será, que en esta escena admires  
A quien mas docto y mas feliz te sirva;  
Que la suerte reparte desiguales  
Las gracias, los talentos y la dicha.

A mí me dió humildad; con esta solo  
Esperar debo tu atencion benigna.  
Damas hermosas, de vosotras ño  
Que mi esperanza se verá cumplida:

Hechiceras de amor, en cuyos ojos  
La libertad del corazon peligrá;  
Pues el don celestial de hacer felices  
Es vuestra principal prerogativa;  
¿Qué harán los hombres si aplaudis piadosas?  
Las leyes que dictais, ellos confirman,  
Y el orbe entero en voluntarios nudos  
Adora vuestra dulce tiranía.

*Traduccion de Grécourt.*

El niño ceguezuelo  
Adormeciósse un dia

En el recinto oscuro  
De los bosques del Ida.  
Venus temor concibe  
Al ver que no volvía  
De tan largo reposo  
Que al de la muerte imita.  
Y en lágrimas hermosas  
Bañando las mejillas,  
Al padre omnipotente  
Su dolor comunica.

Jove, que tanta pena  
Mitigar determina,  
A los dioses consulta  
Que en el Olimpo habitan.  
Y viendo que en opuestas  
Opiniones vacilan,  
Al medio menos tardo  
Su decision inclina.

Manda que al bosque umbroso  
Donde el Amor dormía  
Vayan los celos tristes,  
Y en torno de él asistan.  
Parten ellos veloces,  
Y al rumor que traían,  
De su letargo vuelve  
El niño de Ericina.

¡Mas ay! que desde entonces  
Perdió su paz tranquila,  
Y nunca el dulce sueño  
Sus párpados visita.

*Traduccion de Pablo Rolli (\*).*

*Diálogo.*

«¿Quieres decirme, zagal garrido,  
Si en este valle, naciendo el sol,  
Viste á la hermosa Dórida mia,  
Que fatigado buscando voy?  
—Si, que la he visto pasar el puente,  
Y á los alcores se encaminó:  
Un corderito la precedía,  
Atado al cuello verde listón.  
—¿Solo el cordero la acompañaba?  
—También con ella iba un pastor.  
—¿Lícidas?—Ese; Lícidas era:  
Mas ¿qué te asusta? ¿Qué mal te dió?  
—¡Ay, vaquerillo! ¿Qué feliz eres!  
Pues aun ignoras lo que es amor.»

*Idilio á la ausencia.*

Este es Guadiela, cuyas ondas puras  
Van á crecer del Tajo la corriente;  
Esta es la selva deliciosa, donde  
Gozan las horas del ardor estivo  
Las bellas Hamadriades, formando  
Lijeras danzas y festivos coros.  
Inarco, ¡ay infeliz! así la cumbre  
Vuelves á ver de aquel nuboso monte?  
¿Así á pisar esta ribera vuelves?

Prófugo, triste, en mi destino incierto,  
Dejé mi choza y mis alegres campos  
Y los muros de Mantua generosa,  
Y al bienhadado Coridon y Aminta,  
Y al constante en amor Alfeisbeo;

(\*) *Sonetto pastorale in dialogo, di Paolo Antonio Rolli.*

Sai tu dirmi, o fanciullino,  
In qual pasco gita sia  
La vezzosa Egeria mia  
Ch'io pur cerco dal mattino?—  
Il suo gregge è qui vicino,  
Ma pur dianzi á quella via  
Gir l'ho vista, e la seguia  
Quel suo candido agnelino.—  
Nè v'er'altri che l'agnello?—  
Sopraggiunse un pastore.—  
Ah! fu Silvio!— Appunto quello:  
Ma tu cangi di colore?—  
Te felice pastorello,  
Che non sai che cosa è Amore.

Todo lo abandoné. Por ignorada  
Senda me aparto con errante huella,  
Y atrás volviendo alguna vez los ojos  
«Adios, mi patria, sollozando dije;  
Adios, praderas verdes, donde oculto  
Entre juncos y débiles cañerías  
Manzanares humilde se adornece  
Sobre las urnas de oro. Adios, y acaso  
Para nunca volver.» A la espesura  
De incultos bosques y profundo valle  
La planta nuevo apresuradamente;  
Bien como el ciervo, al conocerse herido  
De enherbolado arpon, las cumbres altas  
Sube, descendiende de la sierra al llano,  
Y los anchos arroyos atraviesa:  
En vano ¡ay triste! en vano, que el agudo  
Hierro, teñido en la caliente sangre,  
Cerca del corazón lleva pendiente.  
Yo, así en el pecho abrasadora llama  
Siento: ni la distancia ni los días  
Alivian mi dolor; que en la memoria  
Mi bella ausente y sus hechizos duran.  
El donaire gentil, la risa, el canto,  
El pie que mueve en ágil danza, honesta,  
Los dorados undivagos cabellos,  
El claro resplandor de entrambas luces,  
Y el alto pecho que suavemente  
Se agita al suspirar: delicioso,  
Cándido seno, donde Amor se anida,  
Disculpa de mi ciego desvario.  
Si alguna vez á mi dolor se presta  
Benigno el sueño con amigas alas,  
Ejijo de la callada húmida noche,  
Al fatigado espíritu aparece  
De mi partida el infeliz instante.  
Miro los ojos de esplendor divino  
Que en lágrimas se inundan amorosas,  
La trenza ondosa deslazada al viento,  
Suelta la veste cándida, y escucho  
La conocida voz, las dulces quejas,  
Que serenar el impetu espantoso  
Pueden del mar en tempestad oscura.  
Tiemblo, y en vano la funesta imágen  
Quiero de mí apartar. Ya me parece  
Que con halagos de pasión nacidos  
La linda Isaura mi partida estorba;  
Ya, que indignada á su amador acusa  
De ingrato desleal; ya, que rendida  
A su aficción, la voz y el llanto cesan...  
Yo, ¡misero! ciñiendo el cuello hermoso,  
Y á su labio tal vez uniendo el mío,  
Juro á los cielos, que primero falte  
Mialiento débil, que en ajenos brazos  
Llegue á mirarla, que la pierda y viva,  
Antes que olvide mi pasión primera.  
Mas ya se acerca el trance aborrecido:  
Late oprimido el corazón... Entonces  
Al violento pesar de mí se aparta  
Leve la imágen de la muerte triste,  
Mas que la muerte inexorable y dura.  
Venus, hija del mar, diosa de Gnido,  
Y tú, ciego rapaz, que revolante  
Sigues el carro de tu madre hermosa,  
Tal aljaba de marfil pendiente al lado:  
Si hay piedad en el cielo; si el humilde  
Ruego de un infeliz no vos ofende,  
¡Ch! basten ya las padecidas penas.  
Vuelva yo á ver aquel agrado honesto,  
Aquel dulce reir, y la suave  
Voz de sirena escuche, y sus favores  
Gozando, tornen las alegres horas.  
Pero si acaso mi destino fuere  
Tan enemigo á la ventura mía,  
Que en larga ausencia padecer me manda;  
Alma Citeres, flechador Cupido,  
Tal rigor estorbad. Falte á mis ojos  
La luz pura del sol en noche eterna,  
Y del cuerpo mi espíritu desnudo,  
Fugaz descienda, en vana sombra y fría,  
A la morada de Pluton terrible.  
Inarco así, de la que adora ausente,  
A las deidades del Olimpo sordas

Demandaba piedad. Damon en tanto,  
Jóven pastor, que al valle reducía  
Pobre rebaño de manchadas cabras,  
Al pié de un olmo halló sobre la yerba  
Al amante zagal, apenas vivo.  
Le alzó del suelo con amiga mano,  
Razones, no escuchadas, repitiendo,  
Por si con ellas aliviar lograrse  
Su grave afán: piadoso le conduce  
A su rústico albergue, y vagaroso  
El fiel Melampo á su señor seguía.

### La sombra de Nelson.

..... lie  
Ferte citi flammæ, dale vela, impellit remos.  
VING., ARNEID. IV.

Cuando al estrago de naval pelea  
Cayó sin vida el adalid britano,  
Fiero terror del mar, la yerta cumbre,  
Del opulento Gerión sepulcro,  
Toda en las sombras de profunda noche  
Arder se vió con pálidas centellas;  
Y á la dudosa lumbre, pavoroso  
Espectro apareció, de sangre y humo  
Y de mortal amarillez cubierto,  
La frente herida, y á sus plantas rota  
Naval corona y militares lauros.  
Y en voz terrible, que el estruendo pudo  
Y el impetu calmar del espumoso  
Piélago hinchado en la tarteria orilla,  
«Llego, dice, ¡ay de mí! llegó el temido  
Instante que los cielos señalaron  
En su furor contra mi patria. ¡Oh! nunca  
Tanto la suerte amiga sublimara  
Tu gloria y tu poder, para que fueras  
Ejemplo al mundo en la fatal ruina,  
Que ya cercana inevitable miro,  
¡Ambiciosa Albion! Vive, y el trono  
Ocupa que afirmó de Clodoveo  
El gran caudillo, cuyo nombre adoran  
El Sena y el Tesin precipitado,  
Y dos coronas á su frente ciñe.  
Vive, y sus armas vencen, y al sonido  
De sus trompetas vuelan fugitivas  
Las águilas augustas. Inflamada  
En belicoso ardor la fuerte Hesperia  
Une á las rojas cruces de Pelayo  
El blason imperial, que en sus pendones  
Tiende el francés al aire. ¡Poderosa  
Union, que tanto aborreciste y temes!  
«Tronó el cañon, y huyendo de las playas  
Corvas, al mar se entregan animosas:  
Entre enemigos vientos, niebla oscura,  
Hórrida tempestad... Yo vi el sangriento  
Choque, el incendio y la comun ruina;  
Yo de tus armas el honor temido  
Sostuve, en tanto que á la suerte plugo;  
Supe en los tuyos escitar crúeles  
Alientos; supe acometer terrible,  
Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas  
Cóncavas suena del peñasco enorme,  
Gloria de Alcides, funeral lamento,  
Debido á tanto horror. Las crepas ondas  
Sacan bramando á la desierta orilla  
Los que el furor de sus voraces monstruos  
No deformó, cadáveres desnudos;  
Las que no oculta su profundo centro,  
Naves soberbias, que á merced llevadas  
Del huracán, contra su muro embisten.  
¡Oh Calpe! tú, que de esperanzas llena  
Hoy meditabas aclamar festiva  
El triunfo, y dar coronas á mi frente,  
Cubre la tuya de ciprés funesto,  
Y mi cuerpo insepulto, destrozado,  
Vuelve á la patria, y para siempre lllore,  
Que es justo su dolor... No en esta sola  
Victima, no, los hados enemigos  
A nuestra gente su rigor limitan:



Mayor desolacion y estragos piden;  
Que al pié del solio del ibero Augusto  
Próvido asiste de la guerra el nimen :  
La espada y el tridente húmido empuña,  
Y la tierra y el mar de numerosas  
Huestes se cubre, y de nadantes pinos  
Al eco de su voz... Cede á la eterna  
Ley, Anglia altiva, que en diamante duro  
Grabó el destino. Los imperios mueren,  
Su esplendor se oscurece, la fortuna  
Que los engrandeció los abandona,  
Y aun la memoria de su nombre acaba.  
Si es dado al tuyo que su fin dilate,  
No el ceño irrites del leon, que ruge  
En su caverna, y de temor desnudo  
Lame las garras con tu sangre tintas.  
«Divide, y vencerás. Enciende el fuego  
De la discordia, y sientan las naciones  
Del oro corruptor, que los delitos  
Compra, el poder irresistible. Cerque  
Los tronos altos sedición traidora,  
Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.  
Rencores, tu amistad; tu paz, oculta  
Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta  
El favor que los débiles te pidan.  
Ni guardes fe, ni los jurados pactos  
Cumplas; invade, usurpa...» Dijo; y triste  
Voz sonando en el puerto de Mnesteo,  
A los cielos clamó: ¡Guerra y venganza!  
—¡Venganza! repitió desde sus muros  
De bronce armados Cádiz Eritrea,  
Y el Espartario golfo, y la fragosa  
Cumbre que cierra el seno brigantino  
Clamó: ¡Venganza!... Al gran rumor confusa  
El ánima feroz, gimiendo rompe  
La vestidura fúnebre, y abierto  
En ancha boca el monte hasta el profundo  
Abismo, en él se precipita airada.

Carlos, la tierra que a tu pié se humilla  
Pide venganza. Cumple los deseos  
De los que imploran tu favor, y esperan  
En nuevas lides, combatiendo audaces,  
Castigar al soberbio que tu nombre  
No reverencie y tu poder insulte...  
Arma su diestra, y te daran victorias.

#### *Al nacimiento de la actual condesa de Chinchon.*

¡Qué voz, hiriendo la region vacía,  
Turba el silencio de las selvas, donde  
Vivo feliz las fugitivas horas  
Que al culto de las Musas, al reposo  
Dedico y al placer? La fama es esta :  
Sí, la conozco. Rápida girando  
Dilata al aire las doradas plumas,  
Suelto el cabello que su frente adorna,  
Desceñida la túnica celeste.  
Ya el son escucho de la trompa de oro,  
Y absorbo al gran rumor calla la tierra.  
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa  
Prole real, que del Olimpo al mundo,  
Signo de paz el Hacedor envía.  
¡Dos lustros de furor, en llama ardiendo  
Populosas ciudades, devastada  
La verde pompa de Pomona y Ceres,  
Teñido en sangre el mar, rotas diademas,  
Trastornados imperios!... Ya la estirpe  
Humana advierte, de lidiar rendida,  
Que es tiempo cese el funeral estrago.  
Ya el dulce nombre de la paz invoca :  
La espera, y naces tú. Si alguna inflama  
Pura centella del saber divino  
A la mente mortal; si en el futuro  
Girar del tiempo investigar es dado,  
¡Cuántas debe gozar la patria un día  
Mercedes altas de la mano eterna,  
Si, ya depuesto el que vibró indignada  
Rayo fulminador, de su inefable  
Suma bondad el don primero es este!  
¡Oh Musas! adornad de nuevas flores

La móvil cuna, y al rumor süave  
Que al aire esparcen las heridas cuerdas,  
Descanse en oro y púrpura la dulce  
Prenda de vuestro nimen generoso.  
Grato sueño inspirado al blando arrullo  
De acorde voz, sombra la cerque oscura,  
Reine muda quietud, ni el viento mueva  
Fugaz sus alas, ni retumbe el río.

Viva; y en torno de ella los amores,  
Las gracias puras, la inocente risa,  
La virtud y el placer unidos duren.  
Y al estrecharla en cariñosos nudos  
La ilustre madre, repetida admire  
Su imagen celestial. Vos, entre tanto,  
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo  
Dado es cantar los dioses de la tierra,  
Para el instante en que vigor robusto  
Creciendo en ella su razon se forme,  
La voz, la lira prevenid y el verso.

Sepa entonces la estirpe generosa  
Que el origen la dió. Vera enpuñando  
En larga edad el cetro de Castilla,  
A los que ya de estrellas se coronan  
Abuelos suyos; sostenido el trono  
Por la justicia y el valor; vengada  
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,  
Y el Salado y Genil correr sangrientos;  
Africa absorta, esclava; osadas proas  
Al ignorado imperio de occidente  
Culto y leyes llevar. Verá el terrible  
Poder del Asia, que en Lepanto espira,  
Y la victoria oscurecer de Augusto;  
Del hondo Betis á los campos fríos  
Que al mar usurpa el belga, del nevoso  
Apenino á las barbaras riberas  
Que inunda el Maraion, la gente hispana  
Tremolar sus pendones vencedora.

Tales memorias á imitar la esciten  
Altos ejemplos de virtud, y en torno  
Mire admirada en mármoles y bronce  
La gloria de Borbon, á quien el cielo  
Quiso el dominio conceder del mundo :  
Filipo, que las cumbres de Pirene  
Pasó animoso, á merecer lidiando  
El reino que heredó, y uniendo apenas  
Al blason español los lirios de oro,  
Depone de su frente la corona;  
Muerte infeliz le estorba que en süave  
Quietud repose, y otra vez ocupa  
El solio, y otra vez reina venciendo :  
Fernando, á quien las artes reverentes  
Ciñen guirnaldas de amoroso niudo  
Y de olivas pacíficas; y el claro  
Sucesor suyo de una y otra Hesperia  
Dueño temido, soberano y padre.

Ya el cielo habita, y ya con él permite  
Carlos que en urna breve los despojos  
También descansen de su digno hermano,  
Dando piadoso á su memoria ilustre  
Tardo honor funeral; que tanta pudo  
Imperiosa opinion, y así condena  
Los errores de amor, si amar es culpa.

Y vos, príncipe escelso, á quien corona  
De gloria no mortal la amiga mano  
De Carlos mi señor; si el peso un día  
Del aureo cetro moderar supisteis,  
Y humillado á sus piés regir su imperio;  
Ved ya del celo y el afan constante  
La adquirida merced, y cuánta anuncian  
Próspera suerte, en su natal felice,  
A vuestra sucesion esclarecida  
De España el nimen tutelar, y aquella  
Que divide con él talamo y trono  
Suprema Augusta. Así la edad remota  
Verá, con nuevos timbres sublimado,  
El nombre vuestro penetrar la oscura  
Sombra de olvido, y á pesar del curso  
De los años veloz, durar eterno.

*Silva á don Francisco Goya, insigne pintor.*

Quise aspirar á la segunda vida,  
Que agradecido el mundo  
Al eminente mérito reserva,  
De pocos adquirida  
Entre los que siguieron  
La inspiracion de Apolo y de Minerva.  
Vanos mis votos fueron,  
Vano el estudio, y siempre deseada  
La perfeccion, siempre la vi distante.  
Mas la amistad sagrada  
Quiso dar premio á mi teson constante;  
Y a ti, sublime artífice, destina  
A ilustrar mi memoria,  
Dándola duracion en tus pinceles,  
Émulos de la fama y de la historia.  
A tanto la divina  
Arte que sabes poderosa alcanza,  
A la muerte quitándola trofeos.  
Si en dudosa esperanza  
Culpé de temerarios mis deseos,  
Tú me los cumples, y en la edad futura,  
Al mirar de tu mano los primores  
Y en ellos mi semblante,  
Voz sonará que al cielo te levante  
Con debidos honores,  
Venciendo de los años el desvío,  
Y asociando á tu gloria el nombre mío.

*Elegia á las Musas.*

Esta corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro,  
Y máscaras alegres, que algun dia  
Me disteis, sacras Musas, de mis manos  
Trémulas recibid, y el canto acabe,  
Que fuera osado intento repetirle.  
He visto ya cómo la edad lijera,  
Apresurando á no volver las horas,  
Robó con ellas su vigor al núnen.  
Sé que negais nuestro favor divino  
A la cansada senectud, y en vano  
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas  
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,  
No me negueis que os agradezca humilde  
Los bienes que os debí. Si pude un dia,  
No indigno sucesor de nombre ilustre,  
Dilatarle famoso, á vos fué dado  
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo

Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
A prestarme constancia en los afanes  
Que turbaron mi paz, cuando insolente,  
Vano saber, enconos y venganzas,  
Codicia y ambicion, la patria mia  
Abandonaron á civil discordia.  
Yo vi del polvo levantarse audaces  
A dominar y perecer, tiranos;  
Atropellarse efímeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.  
Vi las fraternas armas nuestros muros  
Bañar en sangre nuestra, combatirse,  
Vencido y vencedor, hijos de España,  
Y el trono desplomándose al vendido  
Impetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gades,  
A las que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio,  
Iras, desórden esparciendo y luto,  
Comunicarse el funeral estrago.  
Así cuando en Sicilia el Etna ronco  
Revierta incendios, su bifronte cima  
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,  
Turba el Averno sus calladas ondas;  
Y allá del Tíbre en la ribera etrusca  
Se estremece la cúpula soberbia,  
Que al vicario de Cristo da sepulcro.  
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?  
¿Quién dar al verso acordes armonías,  
Oyendo resonar grito de muerte?  
Tronó la tempestad; bramó iracundo  
El huracán, y arrebató á los campos  
Sus frutos, su matiz; la rica pompa  
Destrozó de los árboles sombríos;  
Todas huyeron tímidas las aves  
Del blando nido, en el espanto mudas;  
No mas trinos de amor. Así agitaron  
Los tardos años mi existencia, y pudo  
Solo en region estraña el oprimido  
Animo hallar dulce descanso y vida.  
Breve será, que ya la tumba aguarda,  
Y sus mármoles abre á recibirme;  
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan  
A mi patria infeliz mayor ventura,  
Dénsela presto, y mi postrer suspiro  
Será por ella... Prevenid en tanto  
Flébilis tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral, Musas celestes;  
Y donde á las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de lauros y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores mis cenizas.





## NOTAS A LAS POESIAS SUELTAS.

(1) *Apenas, Fabio, lo que dices creo.* Esta sátira, que publicó la Academia española en el año de 1782, y reimprimió después en la colección de obras premiadas, ha sido posteriormente corregida por el autor para darla de nuevo á la prensa.

Divídese en ella la poesía en sus tres géneros principales: lírico, épico y dramático, prescindiendo de los demás en que estos pueden subdividirse. Así logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su obra: reduciéndola á lo que el poeta canta en la exaltación de su fantasía y de sus afectos; á lo que refiere, celebrando los héroes y los grandes sucesos que le dicta la historia, y á lo que enseña, poniendo en el teatro una imagen de la vida, coplando los vicios ridículos ó terribles, para inspirar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

En la lírica, después de hablar de los argumentos triviales y de ningún interés, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exageración, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los equívocos y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de repente, y la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes groseros, que desacreditan á su autor y á quien los celebra. Desapruueba en los poetas antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que resulta un estilo afectado y pedantesco: aludiendo particularmente á las obras de Góngora, Villamediana y Silveira; y en los modernos la mezcla absurda de los arcaísmos con palabras, acepciones y locuciones francesas, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por consiguiente su pureza y su peculiar elegancia.

En la épica se hace cargo de dos defectos muy considerables: falta y exceso de ficción. Del primero resultan epopeyas lánguidas, ó mas bien historias en verso, sin artificio alguno poético, y por consecuencia sin interés ni deleite. Por el segundo, la fábula épica se confunde en una multitud de incidentes episódicos, que alteran la unidad, turban el progreso del poema, y cuando en ellos se abusa de lo maravilloso, hacen su narración increíble. Por las indicaciones que da el autor en esta materia se infiere que consideró como faltos de invención los poemas de la *Araucana* de Ercilla, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Nueva Méjico* de Villagrán, y la *Austriada* de Juan Rufo; y de imperfectos, por el extremo contrario, el *Bernardo de Valbuena*, y las *Lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto. Estando su crítica á las menudencias pueriles que degradan la sublimidad de la epopeya; á las imágenes repugnantes en las descripciones de las batallas, á los estravíos de la fantasía, y á la inoportuna erudición. Repueba los gigantes, vestigios, dragones, estatuas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo), carros aéreos, globos y espejos encantados, y otras invenciones derivadas de los libros caballerescos, que ya no sufre la ficción de nuestra edad, y escuden los límites de toda licencia poética.

En la dramática acusa el autor á nuestros antiguos poetas de haber confundido los dos géneros trágico y cómico, de la inobservancia de las unidades, de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al teatro los argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto moral ó de instrucción, adulando los vicios groseros del vulgo, ó recomendando los de otra clase mas elevada como acciones positivamente laudables. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los llamados *graciosos*, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fallidos, aporriciones de espectros, princesas desfloradas, rondas, escondites, cuchilladas, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la espada, de la flor, del retrato, que dan ocasión á tan alambicados conceptos; y el voluntario y trivial desentace con que finalizan aquellas enmarañadas fábulas. Las comedias de magia, de santos y diablos, y las de asuntos y personajes mitológicos (último exceso del error), merecieron también la desaprobación del poeta.

Al leer la presente composición debe considerarse, que la Academia solo pidió á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema didáctico. Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redundancia, desaliño, y no segura crítica) una compilación de preceptos relativos al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su lengua la excelente poética de Boileau; nos falta en España un poema semejante, y mientras no aparece, solo la *Lección poética* puede suplirle.

(2) *Si: la pura amistad que en dulce nudo.* Don Gaspar Melchor de Jovellanos, uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los reinados de Carlos III y Carlos IV, literato, anticuario, economista, jurisconsulto, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas prendas la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A este hombre célebre debió Moratín una cordial estimación, que ni la ausencia, ni el tiempo, ni las violencias y alteraciones políticas, pudieron extinguir ni debilitar. No se omite en el recuerdo de un varón tan ilustre el mayor elogio que puede dársele: sus ideas y su conducta no eran acomodadas á la edad de corrupción en que vivía, ni al palacio, que nunca hubiera debido conocer. No es mucho pues que el autor de *el Delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningún tribunal le diese noticia de su delito.

Agitada después la nación en el conflicto de una invasión extranjera, su rey ausente, preclamsada á formar un gobierno para su conservación, y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que le pertenecía; y á poco tiempo la envidia, la ambición, los privados interesados, el furor de los malvados, le arrojaron de él: que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de la *Ley agraria* un asilo remoto en que poder respirar. Afádate este bordon á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

(3) *A vos el apuesto, cumplido garzon.* Los inteligentes dirán cuál sea el mérito de esta composición. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguaje que hablaron en Castilla nuestros abuelos, cuatro siglos hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la versificación y las ideas, han de suponer la antigüedad que el autor quiso darla, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única, de las que escribió para el príncipe, que ocupe un lugar en esta colección.

Mientras aquel personaje mereció la predilección del soberano, y dispuso á su voluntad de los destinos de la monarquía, los literatos y los artífices solicitaron su favor, como los prelados, los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Arbitro de la fortuna, y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus antecámaras, su gabinete y su caballeriza. Distinguió á Moratín entre los humanistas que florecían entonces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo valen las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la preferencia que daba á sus composiciones, entre las muchas que á porfía le presentaban los demás. Error sin duda, pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fué su amigo Moratín, ni su consejero, ni su criado; pero fué su hechura; y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando según las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratín estimaba en mucho su opinión para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entonces y ahora le deseó felicidad y se la deseó. Todo el esfuerzo de las pasiones poco generosas, que llegaron después á trastornar el orden público, habrá sido bastante para despojar á este literato español de cuanto recibió del príncipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor, mientras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados es un peso insufrible que sacuden á la primera ocasión que se les presenta, en los hombres de bien es una obligación de que nunca saben olvidarse.

(4) *¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones...* Para manifestar los defectos de lenguaje y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor, que el medio mas breve era componer un centon de muchas de sus frases y versos, y presentárselo al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razón le dicte. Pudo recoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero le pareció que, reduciéndose á cuatro de ellos no mas, facilitaría el cotejo de los pasajes del centon con sus mismos originales. Esta precaución, y la de no haber añadido nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intentó desacreditar en esta composición el mérito de algunos coetáneos, cuyos aciertos reconoce y admira; quiso únicamente rectificar una equivocación, de las muchas que padeció don José Luis Munarriz en sus adiciones á las lecciones de Hugo Blair. Allí se dice que *no se ha de aprender en Garcilaso, Jáuregui, Rioja, Arguillo, Lope de Vega, Quevedo, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de Melendez; porque no castigaron sus poetas*, en las cuales comunmente se observa incorrección y desaliño. Por consecuencia, recomendó como exentas de estos defectos las obras de Melendez, y las de otros escritores que á ejemplo suyo pulan, corrijan y perfeccionen sus poetas.

En tanto pues que llega el caso de que nuestra juventud, desamiliada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los antiguos poetas españoles, creyendo hallar solo en los modernos las perfecciones que debe imitar, se echa de ver que Munarriz se equivocó lastimosamente en lo que dijo, y que si deben leerse con precaución los poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrectos y desaliñados, algo hay en estos todavía que se pudiera limar, rastigar y perfeccionar.

(5) *Ya los felices campos que corona.* Esta oda se escribió á nombre de doña Sabina Conill, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista



Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías Italianas y latina, compuestas al mismo asunto, en el año de 1735.

En el año de 1799, un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de dónde le había venido la inspiración poética; aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona  
Marcial cordon, y la piedad ocupa,  
Olgo sonar con voces de alegría,  
Que repiten los ecos.  
Llena de pueblo Barcelona humilde,  
Hoy los altares religiosa adorna  
Al Rey triunfador, á cuya planta  
Yace el hereje impio, etc.

Así prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitación ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trazado una figura estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto, para saber si estudia, este es el mas breve.

(6) *Flumiso, el celebrado*. Don Nicolas Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesia. En sus romances hay pinturas felicísimas, que anuncian la fecunda imaginación del poeta, y el estudio que había hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca; en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificación son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitación dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfección que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los estravios del mal gusto, sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron después. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudó céfiro*. Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adaptando en parte la versificación de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximación (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oído acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número, y nos parecen pocos: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitación aquellos en que no hay este inconveniente, se lograria dar á la versificación castellana mucha riqueza y variedad.

Jerónimo Bermúdez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas, en su traducción de Anacreonte, y en sus exámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite*. Bajo el nombre de Rosinda, celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria; pasó después á la compañía de los Sitios, y de allí, en el año de 1781, á la que dirigia en Madrid Manuel Martinez. Fué primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público, por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicación al estudio, y el celo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones), supo á lo menos sustituir en su lugar un estilo fantástico, expresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposición, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos audaces, su buen gusto y magnificencia, trajes y adornos, la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió, retirada ya del teatro, en el año de 1803, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribera*. Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios exteriores mas inmediatos á sus murallas. La orden se cumplió con funesta prontitud; y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaldia, una parte del arrabal de Murviedro, el palacio del Real y los parapetos del rio; se cortaron sus fuentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses después, el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo establecer el planito de la alameda, y formar junto á él una copiosa atmósfera: la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecución. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es acción que merece elogio; y si como fué un francés el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrara.

Si era una especie de historia, impresa pocos años ha, se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde Palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo

de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés, porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace panegirista de los manolos, porque los arrancaron. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *Te vas, mi dulce amigo*. Es sensible que á la *Historia de la dominación de los árabes en España*, escrita por don José Antonio Conde, no acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado después de su muerte de concluir la edición de dicha historia; pero tal vez se lo debe agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignación al considerarle fugitivo, espatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado, y vuelto á robar por auto de juez, y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra en no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecernos, su suerte nos avergüenza. Bueno es callar las aficciones que tuvo que sufrir; bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo xix, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina y los honores del sepulcro.

(11) *Deja tu Chipre amada*. El autor estudiaba á Horacio traduciéndole. No hay medio mas seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta colección se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Fedo, desde la tierna infancia mía*. Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su esquisito gusto en la poesia le facilitaron el trato y amistad de los sujetos mas instruidos de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante, y con él los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras, y la elección de imitación de los mejores modelos; de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á notar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil pudo ser su trato á un joven, que empezaba entonces la carrera poética, sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti, que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndolo al siguiente soneto:

Fra i cari suol, vanta la gloria un figlio,  
Che vivi pri la nel senato lbero  
Sparse d'alta dottrina e di consiglio;  
Pol dove han trono i successor di Piero.  
El, fra lire di Marte, e nel periglio  
Resse lo stato, e freno l'anglo altero:  
Tolse la patria all'africano artiglio,  
E dell'Egeo le vie schiusse al nocchiero.  
Per lui Pallade ha tempo: e la, di quante  
Natura erbe creó chiostra verdeggia:  
Per lui piano è il cammin su gli ardui scogli.  
Vom, non di fregli e d'or ch'offre la reggia;  
Ma de suol re, ma di sua patria amante...  
Deh! si gran dono, ó ciel, tardi vi toglia.

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la divina*. El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Boileau siguió esta opinión, asegurando que apenas entre mil sonetos franceses se hallarian dos ó tres dignos de estimación. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por excelentes, entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfección de un soneto, cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta; y que por consiguiente es un género que sería bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor, y si no han de cultivarse en la poesia otros géneros que los muy fáciles, poca estimación merecerán los que se dediquen á ella. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Lope, Jáuregui, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus estimadas obras; y si las dificultades que presenta su composición les hubiesen retraído de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos conocidamente malos, también lo es que no tendríamos una porción de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se estrave á la juventud con falsos ratiocinios; no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobresalir en tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, esterilizando la fantasía de los demás con la propagación de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir sonetos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesia. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilación indigesta de preceptos impertinentes, aplicados á la teoría de las artes que no háyanos practicado jamás.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona*. La esposición de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuantos la vieron. No era de esperar que aquella nación, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todas las demás de Europa, ya defendiéndose, ya urupando, ya vencedora, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos exclusivos de la paz. Los extranjeros admiraron el progreso de todas ellas; desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el barro



endurecido al fuego para usos domésticos, ó para la construcción de edificios, hasta las porcelanas y los cristales; cortidos, encajes, llenos, paños, bordaduras, tapices, muebles, grabados, pinturas, estatuas, joyas, flores, plumas, productos químicos, ediciones, encuadernaciones, péndulos, globos, armas, instrumentos musicales: cuanto es necesario á la vida social, cuanto puede apeteer el gusto mas delicado del hombre opulento, otro tanto se vio reunido en el palacio del Louvre, nunca mas suntuoso que en aquella ocasión.

(15) *Tu solo el arte adivinar supiste.* Isidoro Maizquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido cuasi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlás, y resueltos por último á abandonar su oficio por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfección, sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, coniferos, albañiles: esto han sido en sus primeros años los que con mas ó menos habilidad han ocupado la escena española, desde Lope de Rueda hasta nuestros días. Lo que ciertamente debe asombrar es, que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los mas celebrados de los teatros extranjeros. ¿Qué fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educación, de la instrucción, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario que cada uno buscase y hallara los principios de un arte que nadie enseñaba entre nosotros! Pero, como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el carácter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitación de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante espresion de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quién debería exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia en su declamación robusta, heroica, patética y vehementemente?

Maizquez, después de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor estremadamente frío, que entendía y no espresaba sus papeles), pasó á Francia en el año 1799; vió en París el teatro francés, y no necesitó mas. Estudió á Talma con una atención reflexiva, de que él solo era capaz. La acción, el gesto, la entonación, las transiciones, los estremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia: cuantos afectos componen la imitación trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Ann hizo mas. Conoció que no debía copiar, sino imitar los excelentes modelos que veía en el género trágico y cómico; penetrada la razon del arte, varió, modificó su declamación, y estableció la línea que debe separar la espresión francesa, de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

Cuando volvió á Madrid se dijo, al ver sus primeras representaciones, que copiaba á Talma en las mismas plegas que él repetía, traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió desempeñar otras, que se habían escrito después que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. También se dijo (¿qué desearíamos no dice la evidencia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que solo hacia tragedias, y que persuadido él mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendría de representarlás. Herido su orgullo (que era igual á su mérito), conoció la necesidad de sobresalir en todos los géneros, para confundir á la ignorancia, y lo consiguió, representando personajes y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfección; y él supo hallarla. *Fenelon, García del Castañar, el Vano humillado, Otel, Orestes, el Pastelero de Madrid, la Casa en venta, el mejor Alcalde, el Rey, la Zaira, el Rico Hombre de Alcalá, el Distaído, Pelajo, el Convidado de piedra, Numancia destruida.* En suma: las tragedias extranjeras, las españolas, las piezas ligeras del teatro francés, las antiguas y modernas del nuestro, hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

Ensayaba á sus compañeros en los papeles que hablan de hacer con él; pero nunca trató de dárles una instrucción metódica del arte, ni les comunicó las máximas que él habia adoptado, como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fue un secreto; ni tuvo rivales, ni quiso disculpas; con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representación, y con él acabó.

Su vida fue una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituído después por el mismo á la patria. Cuando esta logró sacudir el yugo extranjero, Maizquez, digno intérprete de las ideas de la libertad, excitó el entusiasmo general con la imitación de afectos y acciones heroicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos; hasta que por último, llegó á verse otra vez odioso á la corte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resistió como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola menos infeliz. Murió en Granada en el año de 1820.

(16) *¿Qué será, que habiendo sido.* Hombres hay de tan adusto humor, que no solo no se rien, sino que se enfadan de que se rian los demás. Si por ellos fuese no existirían en la república de las letras, ni el asno de Sancho, ni la fruncida Zapaguita. Suponen que toda composición festiva, alegre es cosa de menos valer: como si fuera fácil encubrir la instrucción con el deleite, pintar la deformidad del vicio entre chistes y donaires, y excitar sin torpeza la risa de los hombres de ilustrado talento, la de las matronas y honestas vírgenes. Tal es nuestro orgullo, que no sufrimos la censura, sino disimulada en formas halagüeñas: solo así perdemos su repugnante austeridad los preceptos filosóficos, y nunca se reñen mejor que cuando el poeta sabe hermosearlos con las pinturas agradables, los conceptos agudos y las gracias de la ironía.

Los errores y defectos humanos excitaron la risa de Horacio y la cólera de Juvenal: uno y otro, proponiéndose un objeto mismo, acertaron á desempeñarle por camino diverso. Cada uno de ellos siguió su natural inclinación: ¡sigala también el que aspire á sobresalir en cualquiera de las artes imitadoras. No se obtiene en ser gracioso el que no debió á la naturaleza las cualidades que se necesitan para serio; pero el que las tenga no dude que en la poesia graciosa y ligera cultiva un género de muy difícil ejecución.

Esta (considerándola en toda la extensión que admite) exige un plan poético: una conveniente distribución de sus partes, proporcion y oportunidad en sus ornatos y episodios, un objeto de utilidad, al cual vayan encaminados todos los medios, imitación constante de lo verdadero y de lo bello, elección y sobriedad en las descripciones, variedad y graduación en los caracteres, espresion en los afectos, solidez en el raciocinio, agudeza y decoro en las burlas, inteligencia en el uso del idioma, pureza en el estilo, facilidad y armonía en la versificación. Cuando en una composición burlesca lleguen á reunirse estos requisitos indispensables, el que la desprecie merece lástima.

(17) *Cosas pretenden de mí.* En esta obra no hizo el poeta otra cosa que trasladar los diálogos que diariamente se repetían acerca de su persona y sus escritos. Su médico y amigo don Rafael Costa le aconsejaba lo que mas convenia al estado de su salud, poco robusta. Algunos de los muchos amigos y apasionados que tenia deseaban que cada mes compusiera una comedia. Llenándole de elogios exagerados (que la amistad es á veces tan ciega como el amor), y á vueltas de esto, abundaban en la máxima de que convendría sujetarle á una contribucion poética, burlándose de que, precisado á escribir para medrar, enriqueciera la escena española con mas acierto que los Zavala, Monclús y Valladares; cuya fecundidad infeliz abominaban todos los hombres de sana razon. Entre tanto sus enemigos (que no eran pocos) declan las mismas ó mayores necesidades que el autor les hace decir en este romance. Todo su mérito consiste en la fidelidad de la copia: nada hay de invención. Hasta el personaje de Gerónimo se trasladó puntual de uno de los pedantes de aquel tiempo, á quienes inmodaba como ofensa propia la celebridad de Moratín.

(18) *No existe ya, pero dejó en el orbe.* El célebre Muhamet, Ben Abi Amer, llamado Almanzor, floreció en los últimos años del siglo x. Cultivó su talento con buenos estudios de filosofía y literatura, se instruyó en el difícil arte de gobernar á los hombres, y le practicó haciéndose amar y obedecer: pero en aquella edad era poco seguro el mando, si no acompañaban á las prietas políticas el valor, la astucia, la actividad, la constancia, la robustez que pide el ejercicio de la guerra; y todas estas «lindes» se reunieron en aquel hombre extraordinario. Nombrado alijib, dignidad que le hacia segundo jefe del imperio, juró (y lo cumplió) perpetuo aborrecimiento á los cristianos, como Anibal lo hizo en daño de Roma. Su existencia fue una continua calamidad para sus enemigos, á quienes venció en mas de cincuenta batallas. Barcelona, Atienza, Osma, Simancas, Astorga, Leon, Santiago y otras ciudades y fortalezas, sitiadas, saqueadas y arruinadas por él, le abrieron el paso á toda la tierra adonde quiso llevar sus pendones. Todos los años volvia á Córdoba lleno de despojos, y precedido de millares de cautivos; y mientras se prevenia para nuevas empresas, fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecia la industria, la agricultura y las artes; asistia á las academias, oia los discursos de aquellos sabios, se complacía con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente. Solo una vez le fué contraria la fortuna, y no supo aquella alma terrible sobrevivir á su desgracia. La batalla de Calatañazor fué tan sangrienta, y quedó su ejército tan disminuido de soldados y tan escaso de capitanes, que solo trató de aprovechar la oscuridad de la noche para retirarse en buena ordenanza. No quiso entrar en Córdoba con la nota de vencido; negóse á la curación de sus heridas; y llevado por los suyos en andas, su desprecio le quitó la vida cerca de Medinaçeli, á los sesenta y cinco años de edad; su hijo Abdelmelik le dió sepultura, cubriendo el cadáver con el polvo de sus batallas.

No acentúa la historia de muchos siglos otro alguno que pueda compararsele; la gloria de nuestra Cid, que floreció pocos años después, se oscurece al nombre de Almanzor.

(19) *En esta veneranda tumba, humilde.* Don Francisco Gregorio de Salas, capellán de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte, estimado de cuantos le conocieron, por la amabilidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso se hallan algunos muy graciosos: el *Observatorio rustico*, la *pintura de la calle de San Anton*, y alguna otra de sus obras burlescas, merecen leerse. Su persona valia mas que sus escritos.

El principe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de las mejores prebendas de España. Salas se lo agradecia, y le suplicaba que no le sacase de su cuarto de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenia un hermano exento de guardias, y una tarde, subiendo Carlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de Salas, que iba al estribo del rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco.* Mandó el rey parar el coche, y que llamasen al capellán; el cual se acercó sin admiracion, sin timidez, ni orgullo. Le habló el rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenia de leerlos á la reina; le encargó que no dejase de enviarle por medio de su hermano cualquier cosa que en adelante escribiese. Salas, agradeciendo el favor de S. M., prometió cumplir el encargo; despidiéndose, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote ya la suponía maestra-sala de Sevilla, arcediano de Alcala ó abad de Santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta donde llegaba su moderacion filosófica. Las máximas de honesta pobreza, que con otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion) rebatían fastidiosamente sus opuscu-



los étlicos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectación ni soberbia. Los niños corrían á buscarle, cuando le veían de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto, la merecía. Honor á la sencilla virtud; que de esto hay poco.

(30) *Oh, cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desaprueban sin distinción toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religión no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicón. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, no indignos de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creación, el paraíso, el diluvio, los amores de Jacob, la interesante historia de Josef, la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla, y hundiéndose en sus abismos al ejército de Faraón; Josué, dilatando el día para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel despedazada, la soberbia Atala, la humilde Ester, el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composición; pero en los que son históricos no sucede lo mismo. La Anunciación, el Nacimiento de Jesucristo, la Descensión al Limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden excitar la imaginación del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interés, que elevan á un alto grado de heroísmo la constancia maravillosa de muchos mártires. El Infierno, y el sarafín rebelde, que amenaza en su desesperación la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan

objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afán, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del insustentable Númer; los ángeles, ministros suyos, que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una mujer, la mas perfecta de las criaturas, la mas inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que, prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demás tan defectuosas, tan pueriles, tan chabacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fué su intención el origen de tanto yerro; fué su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarlo. O él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas ineptísimos, de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es, que esta clase de obras, no solo ha entretenido la ociosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanación. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance cómo ha podido sufrir el clero (tan rigido censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

# AUTO DE FE

## CELEBRADO EN LA CIUDAD DE LOGROÑO,

EN LOS DIAS 6 Y 7 DE NOVIEMBRE DE 1610.

*Relacion de las personas que salieron al Auto de la Fe que los señores don Alonso Becerra Holguin, del hábito de Alcántara, licenciado Juan Valle Alvarado, y licenciado Alonso de Salazar y Frias, inquisidores apostólicos del reino de Navarra y su distrito, celebraron en la ciudad de Logroño en 7 y 8 dias del mes de noviembre de 1610 años, y de las cosas y delitos por que fueron castigadas.*

### APROBACION.

Por comision del señor doctor Vergara de Porres, chantre y catedrático de la colegial de la ciudad de Logroño, vicario por el señor obispo de Calahorra: yo fray Gaspar de Palencia, guardián del convento de San Francisco de la dicha ciudad de Logroño, y consultor del santo Oficio, vi y examiné una relacion de los procesos y sentencias que se relataron en el Auto que celebraron los señores inquisidores en la dicha ciudad en 7 y 8 dias del mes de noviembre de 1610 años, y hallo ser toda muy conforme á lo que se relató en dicho Auto, y ninguna cosa de la dicha sumaria relacion es contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres cristianas; antes muy verdadera, y necesario que venga á noticia de todos los fieles para desengaño de los engaños de Satanás. Fecha en San Francisco de Logroño en 6 de enero de 1611. — Fray Gaspar de Palencia.

### LICENCIA.

Nos el doctor Vergara de Porres, chantre y canónigo de la colegial de Nuestra Señora de la Redonda de esta ciudad de Logroño, y vicario en todo este arciprestazgo de la dicha ciudad por don Pedro Manso, obispo de Calahorra y la Calzada, del consejo del rey nuestro señor etc. Por las presentes y su tenor damos licencia (1) á Juan de Mongastón, impresor, vecino de esta dicha ciudad, para que pueda imprimir esta sumaria relacion del Auto de Fe que se ha celebrado en esta dicha ciudad en 7 y 8 dias del mes de noviembre del año de 1610, sin incurrir en pena ni censura alguna; atento á no haber en ella cosa contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres.

Dada en Logroño, á 7 de enero de 1611 años. — El doctor Vergara de Porres. — Por su mandado, Cristóbal de Enciso, notario.

### JUAN DE MONGASTÓN (2), IMPRESOR, AL LECTOR.

Esta relacion ha llegado á mis manos, y por ser tan sustancial, y que en breves razones comprende con gran verdad y puntualidad los puntos y cosas mas esenciales que se refirieron en las sentencias de los reconciliados y condenados por la demoníaca seta de los brujos, he querido imprimirla, para que todos en general y en particular puedan tener noticia de las grandes maldades que se cometen en ella, y les sirva de advertencia para el cuidado con que todo cristiano ha de velar sobre su casa y familia.

(1) Fray Gaspar de Palencia, guardián del convento de San Francisco de Logroño, tuvo el honor de llevar la Cruz verde y asistir al auto como calificador del santo Oficio, y asegura que esta relacion es toda muy conforme á los procesos y sentencias que se relataron en el dicho auto, y muy verdadera. El doctor Vergara de Porres, chantre y canónigo de la colegial, y vicario del arciprestazgo, que asistió también á la funcion, y concluida que fué llevó la apresada Cruz verde á la iglesia de donde la habian sacado, es el mismo que da la licencia para que se imprima esta obra. Con tales seguridades no podrá dudar el lector mas escrupuloso y nimio que cuanto se dice en ella es cumplido fiel de lo que se leyó en los pulpitos por los secretarios de aquel ilustrado, santo y compasivo tribunal.

(2) Este Juan de Mongastón imprimió en el año de 1618 la *Erótica* de don Estéban Manuel de Villegas, y el poeta en el escuso de su agradecimiento le llamó *prez de los in presores*, pero me parece que anduvo muy hiperbólico.

Impresa con licencia en la muy noble y muy leal ciudad de Logroño, en este año de 1611 años.

### AUTO.

ESTE Auto de la Fe es de las cosas mas notables que se han visto en muchos años, porque á él concurrió gran multitud de gente (3) de todas partes de España y de otros reinos; y sábado 6 dias del mes de noviembre se comenzó el Auto con una muy lucida y devotísima procesion, en que iban, lo primero, siguiendo un rico pendon de la cofradia del santo Oficio, hasta mil familiares, comisarios y notarios de él, muy lucidos y bien puestos, todos con sus pendientes de oro y cruces en los pechos. Después iba gran multitud de religiosos de las órdenes de Santo Domingo, San Francisco, la Merced, la Santísima Trinidad y la Compañia de Jesus, de los cuales hay conventos en la dicha ciudad; y para ver el dicho Auto, de todos los monasterios de la comarca habia acudido tanta multitud de religiosos (4), que vino á ser tan célebre y devota esta procesion como jamás se ha visto. Al cabo de ella iba la Santa Cruz verde, insignia de la Inquisicion, que la llevaba en hombros el guardián de San Francisco, que es calificador del santo Oficio, y delante iba la música de cantores y ministriles, y cerraban la procesion dos dignidades de la iglesia colegial y el alguacil (5) del santo Oficio con su vara, y otros comisarios y personas graves, ministros del santo Oficio, que todos en muy buen orden llevaron á plantar la Santa Cruz en lo mas alto de un gran cadalso de ochenta y cuatro piés en largo y otros tantos en ancho, que estaba prevenido para el Auto, y con vistosos faroles y familiares de guarda estuvieron toda la noche, hasta que el día siguiente, luego que amaneció, salieron de la Inquisicion. Lo primero, cincuenta y tres personas que fueron sacadas al Auto en esta forma: Veinte y un hombres y mujeres que iban en forma y con insignias de penitentes, descubiertas las cabezas, sin cintos y con una vela de cera en las manos, y los seis de ellos con sogas á la garganta, con lo cual se significa que habian de ser azotados. Luego se seguian otras veinte y una personas con sus sambenitos y grandes corozas con aspas de reconciliados, que también llevaban sus velas en las manos, y algunos sogas á la garganta. Luego iban cinco estatuas de personas difuntas con sambenitos de relajados, y otros cinco ataúdes con los huesos de las personas que se significaban por aquellas estatuas. Y las últimas iban seis personas con sambenito y corozas de relajados, y cada una de las dichas cincuenta y tres personas entre dos alguaciles de la Inquisicion, con tan buen orden y lucidos trajes los de los penitentes, que era cosa muy de ver. Tras ellos iba, entre cuatro secretarios de la Inquisicion en muy lucidos cabaños, una acémila, que en un cofre guarnecido de terciopelo llevaba las sentencias; y en lo último iban á caballo los señores inquisidores doctor Alonso Becerra Holguin, licenciado Juan de Valle Alvarado, y licenciado Alonso Salazar y Frias, llevando en medio al mas antiguo, acompañados del estado eclesiástico al lado derecho, y de la justicia y regimiento al lado izquierdo, y un poco delante iba en medio de la procesion el doctor Isidoro de San Vicente con el estandarte de la Fe, puestos en muy buen orden, que representaba todo grande autoridad y gravedad.

Llegados al cadalso los penitentes, fueron puestos en unas gradas muy altas que estaban en él, por bajo de la Santa Cruz: las once personas que habian de ser relajadas, que eran cinco hombres y seis mujeres, en la mas alta grada, y luego los reconciliados, y en lo mas bajo los que habian de ser penitenciados. Y de la otra parte del tablado, enfrente, se subia

(5) Y por otros motivos también.

(4) Asueto y mula, y holgura de tres semanas; y engullir sin término, y beber sin medida. ¡Y en Logroño!

(3) Ya hemos visto en Madrid á los nietos de los infantes de la Cerda honrarse con esta dignidad, y ocuparse, acompañados de otros esbirros y de sus robustos lacayos, en saltar de noche guardillas y zahurdas, y arrastrar á los calabozos de la Inquisicion tunos, libertinos, frailes y viejas. ¡Estraordinaria degradacion de la nobleza mas ilustre de Europa! ¡Vergonzoso empleo, que apetezcan como blason hereditario de su casa los descendientes de Alfonso el Sabio!



por once gradas al sitio donde se pusieron los señores inquisidores, teniendo el estado eclesiástico á la mano diestra, y la ciudad y caballeros á la siniestra; y en lo mas alto de la grada primera se sentó el fiscal del santo Oficio con el estandarte. Y los consultores y calificadores, y los religiosos y eclesiásticos, se acomodaron en dichas gradas, que cabrían hasta mil personas. Todo lo restante del tablado estaba lleno de caballeros y personas principales, y en medio se levantaba un púlpito cuadrado en que se ponían los penitentes cuando se les leían las sentencias por los secretarios del santo Oficio, que para leerlas se subían en otros dos púlpitos que estaban en partes cómodas del tablado.

Comenzóse el Auto por un sermón que predicó el prior del monasterio de los Dominicos, que es calificador del santo Oficio, y aquel primero día se leyeron las sentencias de las once personas que fueron relajadas á la justicia seglar, que por ser tan largas y de cosas tan extraordinarias ocuparon todo el día hasta que quería anochecer, que la dicha justicia seglar se entregó de ellas, y las llevó á quemar, seis en persona y las cinco estatuas con sus huesos, por haber sido negativas, convencidas de que eran brujas y habían cometido grandes maldades. Excepto una que se llamaba Maria de Zozaya, que fué confiteñte, y su sentencia de las mas notables y espantosas de cuantas allí se leyeron. Y por haber sido maestra y haber hecho brujos á gran multitud de personas, y hombres y mujeres, niños y niñas, aunque fué confiteñte, se mandó quemar por haber sido tan famosa maestra y dogmatizadora.

El lunes siguiente, cuando amaneció, estaban ya puestos en el cadalso todos los demás penitentes, y debajo de su dosel los señores inquisidores con el estado eclesiástico y ciudad, y todo lo demás dispuesto en la forma que estuvo el día atrasado, y se volvió á proseguir el Auto por un sermón que predicó el provincial (6) de la orden de San Francisco, que es también calificador del santo Oficio. Y luego comenzaron á leer las sentencias de dos famosos embusteros, que fingiendo ser ministros del santo Oficio, habían cometido (7) grandes maldades. Uno de ellos fué desterrado de todo el distrito de la Inquisición, y el otro que pagase y restituyese gran cantidad de dinero que había estafado con embustes y maldades que cometió socolor del santo Oficio; destórense doscientos azotes, y fué desterrado perpetuamente de todo el distrito de la Inquisición, y los cinco años á las galeras, á remo y sin sueldo. Otros seis fueron castigados por blasfemios con diversas penas. Otros ocho, por diversas proposiciones heréticas, fueron castigados con abjuración de *levi*, destierro y otros castigos, conforme á la gravedad de sus delitos. Otros seis, cristianos nuevos de judíos, los cuatro de ellos porque guardaban los sábados, y en ellos se ponían camisas y cuellos hincios y mejores vestidos, y hacían otras ceremonias de la ley de Moisés, abjuraron de *levi* con destierro y otras penitencias; y otro porque había cantado diversas veces este cantar:

Si es venido, no es venido,  
El Mesías prometido,  
Que no es venido.

y por otras proposiciones erróneas que había dicho, fué castigado con la misma pena. El otro, por haber sido judío judaizante por tiempo de veinte y cinco años, y haber pedido misericordia con lágrimas y demostración de arrepentimiento, fué admitido á reconciliación con sambenito y cárcel, en la casa de la penitencia del santo Oficio. Un moro, que confesó haberlo sido con apostasía, fué reconciliado con sambenito y cárcel perpetua. Otro, por haber sido luterano, creyendo y teniendo proposiciones de la secta de Lutero, fué también reconciliado con sambenito y cárcel perpetua, y se le dieron cien azotes. Las diez y ocho personas restantes fueron reconciliadas por haber sido toda su vida de la seta de los brujos, buenas confiteñtes, y que con lágrimas habían pedido misericordia, y que querían volverse á la fe de los cristianos. Leyéronse en sus sentencias cosas tan horribles y espantosas, cuales nunca se han visto; y fué tanto lo que hubo que relatar, que ocupó todo el día donde que amaneció hasta que llegó la noche, que los señores inquisidores fueron mandando cercenar muchas de las relaciones, porque se pudiesen acabar en aquel día. Con todas las dichas personas se usó de mucha misericordia (8), llevando consideración mucho mas al arrepentimiento de sus culpas, que á la gravedad de sus delitos y al tiempo en que comenzaron á confesar: agrávanndoles el castigo á los que confesaban mas tarde, segun la rebeldia que cada cual había tenido en sus confesiones.

Acabado el Auto al punto que anochecía, las veinte y una personas que

(6) ¡Qué dos piezas de elocuencia se ha perdido la posteridad: el sermón del padre provincial y el del padre prior! Tan bueno sería el uno como el otro. ¡Y cómo resplandecería en los dos el espíritu de tolerancia, de mansedumbre, de caridad evangélica!

(7) Procurarian imitar bien lo que fingieron.

(8) Yo lo creo. ¡Qué tribunal ha habido jamás tan piadoso? Él no hacía otra cosa que aprisionar, atormentar, desterrar, confiscar, afrentar, escomulgar, azotar, ahorcar y quemar á los miserables que cogía debajo. Si se le morían en los calabozos, los condenaba en estatua y les quemaba los huesos; y los nombres, apellido y patria de estos y de aquellos los ponía en letras bien gordas á la entrada de las iglesias, para que todo el que supiera leer lo leyese, y durasen por siglos en las familias que dejaban los efectos de su clemencia clerical. Ni estos debieron llamarse tribunales, sino congregaciones filantrópicas.

habían de ser reconciliadas fueron llevadas á las gradas de la parte donde estaba el dosel y tribunal del santo Oficio, y puestos de rodillas en la grada mas alta, se hizo un solemnisimo y devotísimo acto, con que fueron recibidas á reconciliación, y absueltas de la comunión en que estaban por el señor doctor Alonso Becerra y Holguin, inquisidor mas antiguo; y esto se hizo con tan grande gravedad y autoridad, que toda la multitud de gente estaba admirada y suspensa con la grande devoción. Y luego que se acabó el dicho solemne acto, el dicho señor inquisidor mas antiguo quitó el sambenito á una de las brujas, que se llamaba Maria de Yurreteguia, diciendo que se le quitaba porque fuese ejemplo á todos la misericordia que con ella se usaba por el dolor con que había sido buena confiteñte, y el ánimo con que había perseverado en se defender de las grandes molestias que los brujos la habían hecho para la volver á reducir á su seta y bandera: lo que causó tan gran devoción y piedad en todos, que no cesaban de dar mil bendiciones (9) y alabanzas á Dios y al santo Oficio, con que se acabó aquel solemne acto. Y el chanfre de la iglesia colegial llevó sobre sus hombros la Santa Cruz á la iglesia con mucho acompañamiento y música, que iban cantando el *Te Deum laudamus* tras todos los penitentes, que acompañados de familiares fueron vueltos á la Inquisición, y el estado eclesiástico y la ciudad volvieron también acompañando á los señores inquisidores; y se acabó todo buen rato después de haber anochecido.

Y porque se tenga noticia de las grandes maldades que se cometen en la seta de los brujos, pondré también una breve relación de algunas de las cosas mas notables que apuntamos algunos curiosos, que con cuidado las íbamos escribiendo en el tablado, y son las siguientes.

El demonio, para propagar esta abominable y maldita seta, se aprovecha de los brujos mas antiguos y mas ancianos, que con mucho cuidado se ocupan en ser maestros y enseñadores de ella. Y á los que persuaden que sean brujos no los pueden llevar al aquelarre (que con este nombre llaman á sus ayuntamientos y conventículos, y en el vasconuense suena tanto como decir *prado del Cabron*; porque el demonio, que tienen por dios y señor en cada uno de los aquelares muy ordinario se les aparece en ellos en figura de cabron), sin que primero consientan en que serán brujos, y siendo de edad de discreción prometan que harán el reniego. Y habiendo consentido y prometido así, en una de las noches que hay aquelarre, va la persona maestra que le ha enseñado y convencido á que sea brujo, á su cama ó parte donde está durmiendo despierto, como dos ó tres horas antes de media noche, y habiéndole primero despertado si duerme, le unta con una agua verdinegra y hedionda las manos, sienes, pechos, partes vergonzosas y plantas de los pies, y luego le lleva consigo por el aire, sacándolos por las puertas ó ventanas que les abre el demonio, ó por otro cualquier agujero ó resquicio de la puerta, y con grande velocidad y presteza llegan al aquelarre y campo diputado para sus juntas, donde lo primero presenta al brujo novicio al demonio, que está sentado en una silla, que unas veces parece de oro, y otras de madera negra, con gran trono, majestad y gravedad, y con un rostro muy triste, feo (10) y alrado (que por entonces se representa en figura de

(9) Es axioma corriente que á Dios se le deben dar gracias por todo; y en efecto, bien podemos nosotros dárselas por habernos hecho nacer un poco mas tarde, y no ser contemporáneos del doctor Vergara de Porres, ni del doctor Alonso Becerra y Holguin.

(10) No anda discreto el demonio en esto de presentarse tan feo y de mal humor en los aquelares, porque puede echarlo todo á perder. Brujo habria, particularmente entre los novicios, que al verle de tan espantable gesto le hiciese una higa, y no volviera jamás á la tertulia.

Casi todos los que nos dan noticias del demonio (que no sé por cierto de dónde las adquieren) nos le pintan reniadamamente necio; pero yo tengo para mí, allegandome á la opinion de un autor católico y muy acreditado,

*Que el diablo es bellaco, mas no ignorante.*

Y en cuanto á si es feo ó no lo es, yo llevo la afirmativa, y digan lo que quieran sus apasionados. Pero ¿qué especie de fealdad es la suya? *Hoc opus, hic labor est.* ¿Será como se presenta á las madres brujas, ó como el Tasso le describe, que no parece sino que le vió? Ahí va la pintura del gran poeta italiano, y el lector podrá escoger entre los dos el demonio que mas le guste.

Siede Pluton nel mezzo, e con la destra  
Sostien lo scettro ruvido e pesante.  
Ne tanto scoglio in mar, ne rupe alpestra,  
Ne pur Calpe s'innalza o'l magnò Atlante,  
Ch'anzí lui non paresse un picciol culla:  
Sì la gran fronte, e le gran corna estolle.  
Orrida maestà nel fero aspetto  
Terroro accresce e più superbo il rende.  
Ruseggian gli occhi, e di veneno infetto,  
Come infauto cometa il guardo splende:  
Gli involge il mento e su l'irsuto petto  
Isolda e folta la gran barba scende,  
E in guisa di voragine profonda  
S'apre la bocca, d'atro sangue immonda.



hombre negro con una corona de cuernos pequeños y tres de ellos son muy grandes, y como si fuesen de cabron, los dos llenos en el colodrillo y el otro en la frente, con da luz y alumbra á todos los que están en el aquelarre, y la claridad es mayor que la que da la luna, y mucho menos que la que da el sol, y la que basta para que todas las cosas se vean y conozcan; los ojos llenos redondos, grandes, muy abiertos, encendidos y espantosos; la barba como de cabra, el cuerpo y tallo como entre hombre y cabron, las manos y plés con dedos como de persona; mas de que son todos iguales, aguzados acá las puntas con uñas rapantes, y las manos torvas como ave de rapaña, y los plés como si fuesen de ganso. Y tiene la voz espantosa, desentonada, y cuando habla, suena como un mulo cuando rozna; mas de que la voz es baja y las palabras que habla son mal pronunciadas, que no se dejan entender claramente, y siempre habla con una voz triste, ronca, aunque con muy grande novedad y arrogancia, y su semblante es muy melancólico, y parece que siempre está enojado. Y cuando la bruja maestra le presenta el novicio le dice: Señor, este es mi hijo y presente; y el demonio se le muestra agradecido, y dice que le tratará bien, para que con aquel vengan muchos mas. Y luego le mandan hincar de rodillas en presencia del demonio, y que reniegue en la forma y de las cosas que la bruja su maestra le lleva indultado, y diciéndole el demonio las palabras con que ha de renegar, las va repitiendo, y reniega lo primero de Dios, de la Virgen Santa Maria, su madre, de todos los santos y santas, del bautismo y confirmacion y de ambas las crismas, y de sus padrinos y padres, de la fe y de todos los cristianos, y recibe por su dios y señor al demonio; el cual le dice que de allí adelante no ha de tener por su dios y señor al de los cristianos sino á él que es el verdadero dios y señor que le ha de salvar y llevar al paraiso. Y luego le recibe por su dios y señor, y le adora besándole la mano izquierda, en la boca y en los pechos, encima del corazon y en las partes vergonzosas, y luego se revuelve sobre el lado izquierdo, y levanta la cola (que es como la que tienen los asnos), y descubre aquellas partes, que son muy feas y las tiene siempre sucias y muy hediondas; el cual le besa también en ellas debajo de la cola. Y luego el demonio tiende la mano izquierda, y bajándose por la cabeza acá el hombre izquierdo ó en otras diferentes partes del cuerpo (segun que á él le parece), le hace una marca, dándole una de sus uñas, con que le hace una herida, y saca sangre, que recoge en algun paño ó en alguna vasija, y el novicio siente de la herida muy gran dolor, que le dura por mas de un mes, y la marca y señal por toda la vida; y después en la niñeta de los ojos con una cosa caliente, como si fuese de oro, le marca (sin dolor) un sapillo, que sirve de señal (11) con que se conocen los brujos unos á otros. Y luego el demonio le dá la maestra ciertas monedas de plata en precio y compra de aquel esclavo y un sapo vestido, que es un demonio en aquella figura, para que sirva como ángel de guarda (12) al brujo novicio que ha renegado. Y es cosa notable que por la mayor parte las monedas se desaparecen, que la bruja maestra no tiene provecho en ellas, mayormente si no las gastan dentro de veinte y cuatro horas después que las reciben. Y el sapo siempre persevera en poder de los brujos,teniéndole y sustentándole la maestra mucho tiempo, hasta que el demonio se lo manda entregar al brujo novicio. También es cosa notable que la marca que el demonio les hace, es de tal condition, que con ella los amortigua la parte por donde entra la uña del demonio; de manera que aunque por ella les metan (13) una aguja ó alfiler, no sienten dolor ninguno. Y en la

sentencia de Joanes de Echalar, herrero, se refirió que habiendo declarado que la marca se la habia puesto el demonio en la boca del estómago, los señores le mandaron mirar, y hallando la señal, hicieron que por ella le metiesen un alfiler, y apretaron tanto, hasta que el alfiler se quedó hincado y derecho, diciendo siempre que no sentia cosa ninguna; y poniéndose sobre otra cualquier parte de su cuerpo, luego se quejaba y sentia mucho dolor.

Acabado de hacer el reniego, el demonio y demás brujos ancianos que están presentes advierten al novicio que no ha de nombrar el nombre de Jesus ni de la Virgen Santa Maria, ni se ha de persignar ni santiguar; y luego le mandan que se vaya á hollar y bailar con los demás brujos alrededor de unos fuegos fingidos que allí el demonio les presenta, y les dice que aquellos son los fuegos del infierno, y que entren y salgan por ellos, y verán como no queman ni dan pena ninguna; y que así pues no hay mas pena que aquella en el infierno, que se huelguen y hayan placer, y no teman de hacer cuanto mal pudieren; pues los fuegos del infierno no queman ni hacen mal ninguno: con que se animan á cometer todo género de maldades, y se huelgan y entretienen bailando y danzando al son de tamborino y flauta, que en el aquelarre de Zugarramurdi (14) (del cual eran casi todos los dichos brujos) le tañia uno que se llamaba Joanes de Goyburu, y á son de atambor, que le tañia otro que se llama Juan de Sansin (15), ambos primos, que fueron sacados al Auto, y reconciliados por haber sido buenos confitentes; y duran en las dichas danzas y bailes, haciendo fiesta al demonio (que les está mirando), hasta que es hora de cantar el gallo, después de media noche, que se vuelven todos á sus casas acompañados de sus sapos vestidos, y se deshace la junta porque no pueden estar mas en ella, y en muy breve tiempo llegan á sus casas. Y el dicho Juan de Goyburu, algunas noches que venia al aquelarre desde otro lugar que estaba dos leguas del de Zugarramurdi, confiesa que cuando se volvía á él, si llegaba la hora de cantar el gallo (16), su sapo vestido se le desaparecia y dejaba en el camino, y le proseguía á pié hasta su casa, porque no podía ir mas por el aire.

sible. Viendo pues los jueces que aun no estaba plenamente probado que fuese hechicera, la aplicaron á cuestion de tormento, secreto infalible para obtener cuantas pruebas se necesitan. Cedió la infeliz á la violencia de la tortura; confesó cuanto exigieron de ella; pero como quiera que los médicos no estaban satisfechos todavía con la operacion judicial, repitieron las suyas en busca del sello del diablo. Tanto hicieron, que llegaron á descubrir un pequeño lunar en un muslo de la muchacha; metieron de nuevo la aguja, y como las mortificaciones del potro habian sido tan terribles, apenas sintió aquella víctima desdichada las pruebas que estaban haciendo. Esto fué bastante para que la medicina y la jurisprudencia diesen por averiguado el delito; bien que como ya empezaban á suavizarse mucho las costumbres, aunque es cierto que la quemaron, usaron de la cortesía de ahorcarla primero.

En todos los tribunales de la Europa cristiana se fulminaban iguales sentencias, y esta bárbara estupidez ha durado tanto, que en los tiempos modernos, en el año de 1750, han quemado con toda solemnidad en Wurtzburgo, ciudad de Franconia, á una mujer acusada de ser hechicera, señora de mucha distincion, abadesa de un convento. ¡Y en nuestra edad y siendo emperatriz Maria Teresa de Austria! (*Voltaire, Diccionario filosófico.*)

(14) Lugar pequeño del reino de Navarra en el valle de Bastán, á doce leguas de Pamplona. En el año de 1802 ascendia á poco mas de cuatrocientas personas todo su vecindario.

(15) Se ve que el demonio se acomoda al uso de la tierra. *Adonde fueres, haz como vieres.* En Valencia gustan mucho las brujas de atabalillos y dulzainas, y cantan la jota; en la Mancha tocan panderos y tiples; en Andalucía sonajas y panderetas; en Galicia gaitas, en Portugal guitarras, y en Zugarramurdi se huelgan con la flauta de Goyburu y el tamborino de Juan Sansin.

(16) El gallo es un pájaro muy de bien, y no consiente picardias. Así que él empieza á cantar, van que el diablo se los lleva brujas, y silfos, y espectros, y lemures, y trasgos, y duendes, y toda la descreída canalla de visiones horribles, que durante la noche hacen tantas travesuras por los barrancos, encrucijadas y cementerios. Si todos supiesen la habilidad de este cantor, en mas estimacion le tuvieran, y la gente regalona no se daría tanta prisa á comer pollos.

En los teatros de Inglaterra se recomienda mucho esta virtud del gallo, y en una de sus mas aplaudidas trage-

(11) Intiérese de aquí que las seis desventuradas brujas, achicharradas por el doctor Holguin con autoridad apostólica, tendrían cada una de ellas su sapito en el ojo. Cosa averiguada y constante, y de lo cual no debe dudar el lector benévolo.

(12) Una especie de asistente, ó paje, ó pedagogo, ó escudero de á pié, ó hermano lego.

(13) En el año de 1632 quemaron en Jinebra á una muchacha llamada Micaela Chaudron, á quien llegaron á persuadir que era hechicera. El extracto del proceso es este: Habiéndose Micaela Chaudron encontrado con el diablo á las puertas de la ciudad, el diablo la dió un beso, la recibió por suya, la imprimió en el labio superior y en la teta derecha la señal que acostumbra á poner á aquellas personas á quienes mas particularmente favorece. Este sello del diablo es una marca que deja insensible la parte en que está, como lo afirman todos los jurisconsultos demonógrafos. Mandó el diablo á la pobre Micaela que fuera y hechizase á dos muchachas que la indicó, lo cual ella hizo con la mayor diligencia y puntualidad. Los parientes de las maledicadas acusaron á la Chaudron, y esta y las otras fueron interrogadas y presentadas al careo. Confesaron que sentían cierto prurito ó comezon en algunas partes de su cuerpo, y que, por consecuencia precisa, estaban endemoniadas. Llamáronse médicos, ó á lo menos doctores en medicina; visitaron á las tres muchachas; escucharon en la Micaela el sello infernal, y para hallarle le metieron por distintas partes una aguja muy larga; salió mucha sangre, y la paciente manifestó con sus alaridos que los signos diabólicos no la habian dejado insen-



Los que se hacen brujos antes que lleguen á edad de discrecion no reniegan, sino tan solamente los presentan al demonio, untándolos y llevándolos al aquelarre, porque no quiere que renieguen hasta que lleguen á edad de discrecion, en que puedan discernir y entender cómo mediante el reniego se apartan de Dios y de la fe de los cristianos, y reciben por su dios y señor al demonio. Y es caso notable y de gran maravilla el suceso que dió principio á descubrirse estas maldades y seta de brujos en el lugar de Zugarramurdi, segun que se refirió en la sentencia de Maria de Yurreteguia, y es que una bruja (cuyo nombre no se declaró, mas de que era de nacion francesa y se habia criado en Zugarramurdi), habiendo vuelto á Francia con su padre, una mujer francesa (17) la persuadió á que fuese con ella á un campo donde se holgaría mucho, industriándola en lo demás que habia de hacer, y dándole noticia de cómo habia de renegar, y habiéndola convencido la llevó al aquelarre, y puesta de rodillas en presencia del demonio y de otros muchos brujos que la tenian rodeada, renegó de Dios, y no se pudo acabar con ella que renegase de la Virgen Santa Maria (18) su Madre, aunque renegó de las demás cosas, y recibió por su dios y señor al demonio, por lo cual todos los brujos la tomaron sobre ojos, y la perseguian temiéndose de que los habia de descubrir por no haberse querido allanar á renegar de nuestra Señora. De lo cual resultó que en año y medio que fué bruja (aunque hizo todas las cosas que hacian todos los demás brujos) siempre andaba con recelo de parecerle que no podia ser dios aquel demonio á quien adoraban, y le daba algun deseo de dejar aquella vida, y llegado el tiempo de la cuaresma, en que se habia de confesar, se determinó de no confesar aquellos pecados que cometa como bruja, por la vergüenza que de ello tenia, y porque todos los brujos la maltrataban y traian amenazada, diciendo que la habian de matar si los descubria; y habiéndose confesado, al tiempo que fué á recibir el santísimo Sacramento, como no vió la forma consagrada que el sacerdote le dió, comenzó á estar muy confusa y pensar que por haberse hecho bruja y haberse apartado de la santa fe, no la merecia ver, y considerando también cómo, por las muchas diligencias que hacia cuando oia misa, no podia ver la hostia que el sacerdote alababa (como la via antes que fuese bruja, sino que en su lugar via una como nube negra que llevaba el sacerdote entre las manos), comenzó á estar mucho mas confusa. Porque es cosa

dias dice muy serio un personaje: «Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro.» Y otro interlocutor le responde, no menos grave y ponderativo: «Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de sus moradas; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos.»

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que luego que amanece no hay brujo, ni ánima en pena, ni fastasma, ni demonio que se atreva á presentar en público. Nadie ha visto hasta ahora en la Puerta del Sol de Madrid, en Zocodover de Toledo, en la Rambla de Barcelona, en la plaza de San Antonio de Cádiz, en el Zacatin de Granada, ni en el Espolon de Burgos, que á las once y media de la mañana se haya aparecido vision, ni endriago, ni monstruo infernal, ni pastelero difunto rodeado de gatos y perros, con cadénita y olor de azufre, y ¡ay de mí! pidiendo pesetas á los circustantes para que le digan misas. Y todo esto, ¿á quién se debe? Al gallo. ¡Bendito él sea, que de tantas incomodidades y socaínas y malos partes nos ahorra!

(17) *Iliacos intra muros peccatur, et extra.*

(18) Renegar de Dios malo es; pero de la Virgen Santísima, ¡adónde vamos á parar! Esta es doctrina frailesca, lector cándido, y perdona que te llame de tú; porque al fin, si no lo has por enojo, también yo he sido fraile, y no he perdido la costumbre del tuteo. ¡No te acuerdas de haber visto pasar en las procesiones de Semana Santa las imágenes de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y merecer apenas una inclinacion de cabeza? ¿seguir después la de su Madre, y no hallar el vulgo, particularmente el devoto, femineo, ignorante sexo, genuflexiones ni actos de reverencia que fuesen bastantes para manifestar su adoracion á tanto númer? Pues mira, lector amabilísimo, esta era teología de frailes (no de todos, pero de la mayor parte de ellos), y si no la mas acomodada al espíritu de la religion, la mas conforme á la estabilidad de sus refectorios.

asentada y confesada por todos los brujos, que desde el punto que lo comenzaban á ser, dejan luego de ver el santísimo Sacramento del altar. Fué siempre por ello recibiendo mucho dolor y pena, y siempre con mas congoja, pensaba en el mal que habia hecho en se apartar de la fe de los cristianos, y tanto le apretó este pensamiento y congoja, que cayó enferma y lo estuvo siete semanas, hasta llegar á punto de muerte, y propuso de se confesar luego que pudiese ir á otro lugar que estaba de allí media legua, donde estaba un sacerdote, hombre docto. Y habiéndolo cumplido, el sacerdote le dió muchos y buenos consejos y la consoló y animó, mandándole que fuese de ordinario nombrase el nombre de Jesus, y dilató el darle la absolucion hasta que tuvo órden para ello del obispo de Bayona; y se confirmó mucho en su santo propósito porque luego que se confesó y propuso salir de aquella mala seta, comenzó á ver la hostia consagrada como la via antes que se hiciera bruja.

Libre ya la dicha moza de aquella maldita seta, nunca mas los brujos la persiguieron; y sucedió que volviendo al lugar de Zugarramurdi, donde se habia criado, dijo como allí habia aquelarre y junta de brujos, y que ella habia ido á él dos ó tres veces, y visto cómo eran brujos ciertas personas, y entre ellas la dicha Maria de Yurreteguia; y habiendo venido esto á noticia de Estéban de Navaleora, su marido, é l y sus deudos le pidieron sobre ello recuesta, y ella con grandes voces y enojo afirmaba que no era bruja, y que era gran maldad y falso testimonio que le levantaba la dicha francesa, y con grandes clamores pedía al marido venganza contra ella, por lo cual se determinaron en volver á hablar á la dicha francesa y asegurarse mas de lo que ella decia, la cual respondió que la pusiesen en presencia de ella y la convencería y haria confesar la verdad y como era bruja, y habiéndola llevado á su casa, puesta en su presencia, la dió muchas razones y cosas que habian pasado en el aquelarre, y la dicha Maria de Yurreteguia se defendia jurando y afirmando lo contrario, y tanto le supo decir la francesa, que todos se persuadieron á creer que era verdad, y atajaban á la dicha Maria de Yurreteguia á que confesase, y viéndose atajada y convencida, le sobrevino un sudor y grande congoja, y cayó sentada con un desmayo, y daba á entender que en la garganta tenia un grande impedimento que la estorbaba para que no pudiese decir la verdad. Y habiendo vuelto en sí con un gran suspiro que dió, echó por la boca un aliento de muy mal olor, y luego confesó cómo era verdad todo lo que la francesa decia, y que ella habia sido bruja desde muy niña por enseñanza de Maria Chipia, su tia y hermana de su madre (que también fué sacada al Auto y reconciliada), y dió y confesó muchas cosas que habia hecho siendo bruja, por lo cual la llevaron al vicario de Zugarramurdi para que la confesase. Y habiéndola confesado le dió por consejo que pidiese perdón á sus vecinos de los males que les habia hecho, y publicamente confesó como era bruja, y les pidió perdón. Y confiesa que luego comenzó á ver la hostia consagrada en las misas que oia, y que nunca hasta entonces la habia visto, porque comenzó á ser bruja desde muy pequeña.

Sintiendo el demonio los grandes daños que de esta confesion le habian de resultar, consultó con sus brujos el grande sentimiento que tenia porque aquella se habia salido de su bandera, y luego comenzaron á la perseguir y á ir de noche á su casa para la sacar y la llevar al aquelarre, poniéndola miedos y amenazas si no iba. Y en una noche de aquelarre, estando el demonio y todos sus brujos con él, le dió el grande sentimiento que tenia, y que era menester que fuesen todos á sacar de su casa á la dicha Maria de Yurreteguia para la llevar al aquelarre. Y poniéndolos á todos en distintas figuras de perros, gatos, puercos y cabras, y á Graciana de Barrenechea (que era reina del aquelarre) en figura de yegua, se fueron á la casa de Maria de Yurreteguia, que era de su suegro, y habiendo entrado en la huerta de ella (dejando todos los brujos mozos en la dicha huerta), el demonio se apartó con los brujos mas ancianos, y volviendo á consultar el modo que habia de tener para sacarla de su casa y llevar al aquelarre, entraron en la casa por las puertas y por las ventanitas, abriéndoselas el demonio; y hallaron que la dicha Maria de Yurreteguia estaba en la cocina de la casa rodeada de mucha gente que aquella noche habia convocado para que la acompañasen y guardasen, por el miedo que tenian todos los de la casa de lo que los males que las noches antes la habian hecho, y porque ella les dijo que aquella era noche de aquelarre é irían á la maltratar. Y el demonio y Miguel de Goyburu, rey del aquelarre, y otros brujos, se pusieron detrás de un escaño, y por cima del sacaban las cabezas (19) para mirar dónde estaba y qué hacia la dicha Maria de Yurreteguia, y para la llamar haciéndole señas que fuese con ellos. Y Maria Chipia, su maestra y tia, y otra hermana suya, se pusieron en lo alto del humero, y desde allí la llamaban con la mano, haciéndola señas para que se quisiese ir con ellos, y la amenazaban poniendo el dedo en la frente, jurándole que se habia de pagar si no se iba con ellos; y ella se defendia dando voces y señalando dónde estaban los brujos; mas los que estaban allí no los podian ver, porque el demonio los habia encantado y echádoles unas sombras para que no los pudiesen ver sino la dicha Maria de Yurreteguia, la cual á voces decia: «¡dejadme, traidores, no me persigais mas, que harto he ya seguido al diablo.» Y viendo lo mucho que la apretaban para que se fuese con ellos, quitándose un rosario que tenia al cuello, levantó la cruz del en alto diciendo: «¡dejadme, dejadme, que no quiero servir mas al demonio; á esta quiero y esta me la da de defender;» y santiguándose y nombrando el nombre de Jesus (20)

(19) De suerte que el pobre demonio, si no sacaba la cabeza por encima del escaño, no veia gota.

(20) Y es cosa probada. Véase la relacion de Ludovico Enio en la comedia de *El purgatorio de san Patricio*.

Yo no sé por qué no habiamos de ver alguna vez esta comedia en los teatros de la corte, en donde á cada paso



y de la Virgen Santa María, se desaparecieron y fueron todos haciendo un gran ruido en lo alto de la casa y en el tejado. Y habiéndose vuelto con mucha tristeza adonde estaban los demás brujos, el demonio con gran desprecio se daba unos grandes golpes con la mano izquierda en los pechos, para mostrar la grande pena y dolor que tenía por no haber podido reducir á su bandera á la dicha María. Y por vengarse de ella le arrancaron las berzas de la huerta, y le rompieron y destrozaron muchos ples de manzanos (21), y luego se fueron á un molino que tenía atreadado el suegro de la dicha María de Yurreteguia, y para mas se vengar de ella, le desbarataron rompiendo y quebrando el rodezno, y desencasaron el husillo y le echaron en el agua, y la piedra de molar la desencasaron y echaron á una parte del molino, y después el demonio, y otros muchos número de demonios (que allí se aparecieron, y todos los brujos) levantaron en alto todo el molino, que estaba puesto sobre cuatro pilares, y lo llevaron á lo alto de un cerro que estaba allí junto, donde lo tuvieron un rato con mucho regocijo y risa por ver que habían llevado entera toda aquella máquina, y porque las brujas mas viejas (como trabajaban tanto para lo llevar) iban diciendo: «aquí morzas y en casa viejas;» y después volvieron todo el molino entero como lo llevaron, y los demonios lo pusieron y concertaron como estaba, dejando roto el rodezno y el husillo en el agua, y la piedra molar á un lado. Como la habían puesto, se fueron con mucho sentimiento y desprecio por no haber podido volver á su bandera á la dicha María de Yurreteguia, y el día siguiente se hallaron hechos todos los dichos daños, y llevaron oficiales que aderezaron y repararon el molino.

Porque esta María de Yurreteguia dió principio en la dicha forma á que se descubriese esta seta y complicidad, y perseveró siempre en sus confesiones, resistiendo con mucho ánimo al demonio y á los demás brujos que pretendían reducirla á su gremio, se usó con ella de tan grande misericordia, que se le quitó el sambenito (estando en el tablado) después que fué reconciliada, y se le dió licencia para que pudiese volver á su tierra, para que fuese ejemplo á todos los demás brujos de la misericordia que con ella se usaba por ser buena confiteute (22).

Cuando los maestros pretenden hacer brujos á los que han ya llegado á edad de discreción, primero se lo dicen, y si resisten y no quieren consentir en que serán brujos, no los pueden llevar al aquelarre; mas si consienten, los llevan en la forma dicha. Y para hacer brujos los que han llegado á edad de discreción (si tienen de cinco ó seis años arriba), les ganan primero el consentimiento dándoles algunas manzanas, nueces ó golosinas, y diciéndoles que si quieren ir á una parte donde se bolarán mucho con otros niños; y á los que resisten no los llevan contra su voluntad, y á los que son pequeños que no pueden prestar consentimiento, sin darles ni decirles cosa ninguna, los pueden sacar de sus camas y llevarlos, al sus padres ó las personas que los acostaron no los persiguieron ó santiguaron, ó les echaron agua bendita, ó pusieron algunas reliquias, que á los tales (aunque les pueden hacer algunos males) no pueden sacarlos de su casa y llevarlos al aquelarre. Y los brujos que no han llegado á edad de discreción para renegar, y los brujos novicios que han ya renegado, siempre están debajo del amparo y tutela de sus maestros que los hicieron brujos; y no fían de ellos sus secretos y mayores maldades porque no los descubran. Y en los aquelarres los ocupan en guardar una gran manada de sapos (23), que los brujos (en compañía del demonio) recogen por los campos para hacer dellos ve-

se representan *La peregrina Doctora, El Diabolo predicador, Marta la Remorantina, El Diluvio universal, El Nazareno Sanson, El Anillo de Giges, El Convidado de piedra, El Lucero de Madrid y Pedro Vayalarde*, con sus dos hijos endemoniados, y el Cristo que habla y dice con voz acigarrada y aguardentosa: «ya estas perdonado, Pedro.»

(21) Esto es muy comun en los lugares; pero ya no son las brujas ni el demonio los autores de tales fechorías; son otra clase de gentes. El tio Canene arranca las lechugas al tio Ilerodes, y le rompe la tinaja del aceite; el hijo del Chato quema las colmenas de Anton Chiribitas; y Panchirrin y Canicuca hacen astillas en una noche la parra de don Cleofás el Hidalgo; le quitan las camisas de la azolea, y le echan rescoldo en el peluquín; pero esto no se remedia con agua bendita ni exorcismos. Pide justicia y cadena, y garrote no pocas veces.

(22) Quiere decir esto, que el que no se confesaba reo de un supuesto delito no tenía que esperar misericordia de aquel misericordiosísimo tribunal. No pudo inventarse medio mas sutil de hallar culpa donde no la hubiese. El juez siempre quedaba acreditado ó de compasivo ó de justo, aliviando el castigo al que confesaba, y quemando al que no quería confesar. Al malvado y al débil se les ofrecían medios fáciles para evitar el rigor de la ley; pero el inocente, el virtuoso, el que estimaba en mas que la vida el testimonio de su conciencia, perecía en las llamas.

(23) ¡Escelente asunto para una égloga! Si yo fuera poeta introduciría un par de zagalejos, brujos novicios,

nenos y ponzoñas; dándoles para que los guarden unas varillas, y advirtiéndoles que los traten con mucho respeto y veneración, y á los que así no lo hacen los castigan cruelmente. Y porque María de Yurreteguia á un sapo que se apartó de la manada le volvió á ella careándole con el pie, y no con la varilla que para ello la habían dado, se lo acriminaron por un gran delito, y la castigaron dándole muchos azotes y pellizcos, de que le duraron los cardenales algunos dias. Y todos estos brujos menores no pueden ir al aquelarre sino es en compañía de sus maestras, que todas las noches de aquelarre van por ellos á sus casas, y los untan y llevan, y tienen cuidado de volverlos á sus camas. Y los que son renegados tienen en su poder los sapos vestidos, y los sustentan y alimentan hasta tanto que están ya muy aprovechados en maldades, y entonces los admite á la dignidad de poder hacer ponzoñas, echándoles para ello su bendición, que siempre el demonio comienza todas las cosas que hace de consideración con ella. Y el dicho Miguel de Goyburu y otros muchos de los dichos brujos refieren que la echa en esta manera: Levanta la mano izquierda hasta la frente, los dedos acia arriba, y entrecerrada la mano, y luego con gran presteza revuelve los dedos abajo, y juntamente el brazo y mano hasta la llegar por bajo de la cintura, y luego la va revolviendo acia arriba, haciendo con ella unos círculos alrededor, como cuando se devana al revés. Y á los que son admitidos á esta dignidad, Inego el demonio les entrega los sapos vestidos que dió á sus maestras cuando renegaron, y de allí adelante salen de la sujeción de sus maestras; sustentan y alimentan sus sapos, y se untan, y van por sí al aquelarre sin que tengan necesidad de padrinos, y son admitidos á mayores secretos y maldades, que no se comunican á los brujos menores.

Estos sapos vestidos son demonios (24) en figura de sapo, que acompañan y asisten á los brujos para los inducir y ayudar á que cometan siempre mayores maldades; están vestidos de paño ó de terciopelo (25) de diferentes colores, ajustado al cuerpo con sola una abertura, que se cierra por lo bajo de la barriga, con un capirote como á manera de capullo, y nunca se les rompe, y siempre permanece en un mismo ser; y los sapos tienen la cabeza levantada, y la cara del demonio, del mismo tallo y figura que la tiene el que es señor del aquelarre y al cuello traen cascabeles (26) y otros dijes. Hanlos de sustentar, y les dan de comer y beber, pan, vino y de las demás cosas que tienen para su sustento; y lo comen llevándolo con sus manos á la boca, y si no se lo dan, se lo piden diciendo: «nuestro amo, poco me regalais, dadme de comer (27).» Y muchas y diversas veces hablan y comunican con ellos sus cosas, y el demonio les toma estrecha cuenta del cuidado que lle-

los dos en cueros vivos, los dos chorreando ungüento verde y fétido, y pastoreando sapos por los campos de Barahona en una noche lluviosa de diciembre, cantando uno y otro al son del tamborino sus celos, sus esperanzas, sus dulces amores con las brujas de Angon, de Trijueque, de Jirueque y de la Rebollosa. Mezclaría oportunamente en sus amebeos, discretos encomios del gran cabron que los preside; les baria cenar ternillas de ahorcado, lagartijas y pedos de lobo; y como ya es costumbre inveterada que todas las églogas se concluyan al anóchecer, la mía (por no parecerse á ninguna) se acabaría al cantar del gallo, y el *quiquiriqui* me serviría de desenlace.

(24) Ya me lo daba á mí el corazón.

(25) La triste bruja que hubiese de vestir á tanto sapito de paño y terciopelo, y traerlos á todos ellos decentes y aseados, como es regular, se vería muy apurada; pero el prudente demonio removió este obstáculo, disponiendo que los vestidos (por un continuado milagro) ni se les empuerquen, ni se les rompan. Con su camisolita de percal, su chaqueta, su pantaloncito, sus medias botas y su gorro á cada uno, los tiene ya equipados para toda la vida. Es gasto, pero al fin se hace de una vez; y en verdad que no nos sucede lo mismo á nosotros, los que no somos sapos, que á cada paso tenemos que llevar dinero á la tienda de Castillo para sustituir calzones y renovar levitas.

(26) Que el vestido del criado  
Dice quién es el señor.

(27) Esto no me gusta. ¡Tanto apetito y tanto regodeo, y que se les ha de dar una comida tan espléndida, y que á cada paso se han de estar quejando de que no los tratan bien! ¡Vaya, que son melindrosos y de mal contentar los tales sapitos, que no he visto tal en mi vida! Pues pese á su alma, ¿no ven que el gran pontifice del aquelarre, que vale mas que ellos y toda su generacion, se contenta con una pepitoria de sesos y tabas de muerto, y ellos (ridículo vulgo de diablos) han de exigir de la pestilente bruja que los cuida manjares mas delicados y esquisitos? Es imposible que la pobre mujer no se vea negra para



nen en regalarlos, y los castiga y reprende gravemente cuando se han descuidado en regalarlos y dárles de comer. Y Beltrana Fargue refiere que daba el pecho á su sapo, y que algunas veces dende el suelo se alargaba y estendia hasta buscar y tomarla el pecho, y otras veces en figura de muchacho se la ponía en los brazos para que ella se le diese. Y los sapos tienen cuidado de despertar á sus amos, y avisarles cuando es tiempo de ir al aquelarre; y el demonio se los da como por ángeles de guarda, para que los sirvan y acompañen, animen y soliciten á cometer todo género de maldades, y saquen dellos el agua con que se untan para ir al aquelarre, y á destruir los campos y frutos, y á matar y á hacer mal á las personas y ganados, y para hacer los polvos y pozosñas con que hacen los dichos daños.

Esta agua la sacan en esta manera: después que han dado de comer al sapo, con unas varillas le azotan, y él se va encanando ó hinchando, y el demonio, que se halla presente, les va diciendo: «dadle mas», y les dice que cesen cuando le han dado cuanto es menester, y luego le aprietan con el pie contra el suelo, ó con las manos, y después el sapo se va acomodando, levántase sobre las manos ó sobre los pies, y vomita por la boca ó por las partes traseras una agua verdinegra muy hedionda en una barrena que para ello le ponen, la cual recoge y guardan en una olla. Y siempre que han de ir á los aquellarres (que son tres dias de todas las semanas, lunes, miércoles y viernes, después de las nueve de la noche) se untan con la dicha agua la cara, manos, pechos, partes vergonzosas y plantas de los pies, diciendo: «señor, en tu nombre me unto; de aquí adelante yo he de ser una misma cosa contigo, yo he de ser demonio, y yo no quiero tener nada con Dios». Y María de Zozaya añade que decía ciertas palabras en vasculence, que quiere decir *agut y alit*. Y su sapo vestido (que está presente cuando se untan, y tiene cuidado de los avisar cuando es hora para que vayan) los va guiando y saca de las casas por las puertas ó ventanas, ó resquicios de las puertas, ó por otros agujeros muy pequeños que el demonio les abre para que puedan salir, aunque los brujos piensan y les parece que se hacen muy pequeños. Y así María de Yurreteguila se quejaba y decía á María Chlipia, su tía, que para que la achicaba y ponía tan chiquita, y le respondía que qué se le daba á ella por eso, pues después la alargaba y volvía á poner en su estatura. Y lo mas ordinario, se van por el aire (28),

mantenerlos, porque precisamente la brujería es el camino derecho de la infelicidad y la mendiguez.

¡Trabajo es que las artes que parecen mas lucrativas hayan de ser las que mas pronto dejen en cueros á los cuidados que las profesan! Ello es que no ha habido jamás nigromante, ni brujo, ni adivino, ni hechicero, por mas intimidad que haya tenido con el demonio, que no haya muerto miserable. Yo conocí á un italiano que se llamaba Giuglio Cesare Merendoni, el cual sabia hacer oro purísimo con estaño y ocre, y régulo de antimonio, y bismuto, y nitrato, y sulfureto, aceite y cenizas gravelladas, en fin, él allá se entendia, y sacaba oro tal y tan bueno como el mas estimado del Brasil, y en su vida tuvo calzones. La mitad del año le mantenía el rey en la cárcel, á petición de su casero, y cuando salía de ella comía bodrio en la portería de los Capuchinos, y dormía de balde, *sub Jove frigido*, entre los cajones de la Plaza. En un desván, ó sea carbonera, pared en medio de mi guardilla, vive actualmente D. Bernardino de Quiroga Pazuencos Lopez de Almazán, hombre de sesenta años, bitalgo, viudo, enjuto, pobrísimo, que no cena jamás, y habla por los codos, con una chiquilla de doce años, raquitica y jorobada, que habla mas que él. Tiene la gracia este buen hombre de hacer gábulas y combinaciones y laberintos de números, y adivina puntualmente los que han de salir en la lotería. Pues no hay mañana que no me embista pidiéndome cuartos, á fin de que la corcobadilla no se le muera de hambre, y á él le suceda lo mismo antes de verificarse la próxima estracción: término perentorio para el cual cita y emplaza constantemente á sus acreedores innumerables.

(28) ¡Y cómo que se van por el aire! Ahí está vivo y sano el tío Mentirola, vecino de los Hueros, hombre honradísimo y al cual no se le conoce otra falta sino la de cargar la mano en el vino mas de lo que á varon prudente corresponde, que me ha referido muchas veces, *tacto peccatore*, como yendo en una ocasión desde Pezuela de las Torres al Nuevo Bastan le anocheció por aquellos páramos, y soñoliento y sudando, porque habia comido muy bien en la posada de Loranca y bebídose un zaque, determinó esperarse á que saliera el sol, y esperarle durmiendo. Hizo almohada de las alforjas, en que llevaba unas cuantas libras de azafrán; durmió, roncó, y á des-

llevando á su lado izquierdo sus sapos vestidos, aunque otras veces se van por su pie, y los sapos van delante saltando, y muy en breve llegan al aquelarre, donde está el demonio con horrenda y muy espantosa figura. Y Graciána de Barrenechea, reina del aquelarre (29), dice que es de un gravísimo y mallismo olor. Y puestas de rodillas en su presencia, le adoran en la dicha forma y besan en las dichas partes; y luego se mezclan en sus bailes, danzas y corros; y á los que dejan de acudir á los aquellarres (aunque sea por precisa ocupación ó por grave enfermedad) los azotan y castigan grave y cruelmente la primera vez que después vuelven al aquelarre, ó lo hacen yendo á sus casas para ello en las propias noches que dejaron de ir. Y á Joana de Telechea confiesan (y ella declara) que la azotaron y maltrataron grandemente la noche de San Juan del año próximo pasado, sin mas ocasión de que habiendo sido elegido su marido por rey de los moros (á usanza de aquella tierra) para ser holgar y festejar la fiesta de San Juan en competencia de otro rey, que también eligien, de los cristianos, como era reina, tuvo ocupación legitima para no ir aquella noche al aquelarre, y por esto la azotaron tan cruelmente, de manera que tuvo que fingir y dar á entender estaba con mal de corazon, para que su marido no viniese á imaginar y saber los malos tratamientos que le habian hecho (estando con ella acostado en la cama), todo lo cual hicieron aquella misma noche, sin que el dicho su marido lo pudiese sentir, porque primero le echaron sueño para que no pudiese despertar (30); y en todo el día estuvo tan mala, que fué necesario publicar (para encubrir la causa de los azotes) estaba con grave enfermedad de corazon. Y refieren otros grandes castigos que se han hecho á muchas (31) personas brujas por no acudir con mucha puntualidad á los aquellarres y juntas.

Después que los brujos salen de sus juntas ó aquellarres, no osan hablar ni poner en plática las cosas que pasan en ellos, aunque estén juntos en sus casas ó en partes muy secretas, por el gran miedo y respeto que tienen al demonio, que después por ello los manda azotar muy cruelmente. Y Joanes de Echalar, brujo reconciliado, confiesa (concordando con otros muchos que lo declaran) que era verduo en el aquelarre, y que estaba por su cargo azotar á los muchachos que parlaban las cosas que pasaban en él, y descubrían que eran brujos, y á todos los demás que el demonio le mandaba, y los azotaba con unos manojos de mimbres retorcidos, ó con unos espinos muy ásperos, que se los metían por la carne y salía sangre, y que lo mas ordinario el demonio sacaba luego (de su oficina y botica que tiene de ungüentos, aguas y polvos) (32) un hotecito de barro colorado, en que tenía un ungüento con que luego que untaba á los azotados se les mitigaba el dolor, y se les quitaban los cardenales; aunque otras veces se iban con ellos, y llevaban en sus carnes metidas las puntas de los espinos, y que diversas veces vió á los azotados que al sol con unos alfileres se las estaban sacando. Y María Juanto refiere, que habiendo muchos niños declarado en la villa de Vera, donde vivian, como tres noches cada semana los llevaban el aquelarre las maestras que los habian hecho brujos, por ello en el aquelarre los castigaron y azotaron cruelmente. Y viendo los padres sus malos tratamientos, y que los niños se consumían y temblaban con los dolores, acudieron al vicario de la Iglesia para que les diese remedio, y se determinaron á se los llevar á dormir á su casa, y en una sala grande de ella pusieron sus camas á mas de cuarenta niños, donde también dormía el dicho vicario. Y antes de se acostar, por el manual de la Iglesia los bendecía y conjuraba echándoles agua bendita, por lo cual no los podian sacrar de casa. Y que aquella noche por orden del demonio hacian sus juntas muy cerca de la casa del dicho vi-

hora de la noche le despertó un estruendo repentino de voces é instrumentos músicos que sonaba en el aire. Estregóse los ojos, se incorporó como pudo, y alzando la vista distinguió una multitud de sombras, á manera de cuerpos humanos, que arracimados y en cuadrilla iban cruzando por la media region. Oyó voces de hombres, y risotadas y chillidos de mujeres, y sonar guitarrillos y panderetas; y entre aquella confusion diabólica llegó á percibir este cantar, que trasladó fielmente de su boca á mi pluma:

Cuatro somos de Arganda,  
Tres de Pozuelo,  
Y la Capitánita  
Del Lugar nuevo.

Si el tal Mentirola hubiese florecido en tiempo del doctor Holguin, su declaracion (que ahora no sirve de maldita de Dios la cosa) hubiera producido media docena de quemaditos mas.

(29) Proserpina del Orco de Zugarramurdi.

(30) Esto de tener modorra es achaque demasiado ranclo y habitual en muchos maridos; adolecen de ello, y no hay medicina que los cure.

(31) No acabo yo de entender esto de los castigos; porque si en pronunciando el nombre de Jesus toda aquella infernal caterva huye á puto el postre, ¿cómo es que haya tontos que se dejen aporrear y azotar sabiendo que está en su boca su remedio?

(32) Se ve que el demonio es aficionadísimo á la farmacia. ¡Gran boticario!



carlos: iban todas las noches á ver si los podrian sacar entrando por las puertas de la calle, aunque estaban cerradas, y por la ventana, haciendo ruido para poner miedo á los que estaban en casa, y que habian tenido grandes carcajadas de risa y entretenimiento por ver el cuidado y diligencia grande con que el vicario andaba con una sobrepelliz y estola, y un libro en la una mano y en la otra un hisopo echando agua bendita y conjurando á todos los muchachos (33); y que mas de treinta de los brujos se subieron á lo alto del tejado, y allí hicieron mucho ruido y quehiraron muchas tejas, porque por la dicha razon no pudieron sacar los dichos niños. Y que dos noches que el vicario se descuidó en los conjurar, entendiendo que estaban ya seguros, le echaron sueño que no pudo despertar, y le sacaron los niños y llevaron al aquelarre, y los azotaron cruelmente porque habian parlato; y que el día siguiente estuvieron todos muy malos de los malos tratamientos. Y estando un día en la escuela pasaron por junto á ella dos de las brujas que los llevaron al dicho aquelarre, y salieron todos los muchachos (con grandes voces y á pedradas tras ellas) diciendo que aquellas eran las que los habian azotado, y que decian la verdad. Y las hubieran muerto si no se hubieran encerrado en su casa. Y todo estaba verificado y comprobado segun que ella lo confesó.

Después de los bailes, se huelgan cuando están en el aquelarre saliendo á esputar y hacer mal á los pasajeros en figuras diferentes para que no puedan ser conocidos; que el demonio (al parecer) los transforma en aquellas figuras y apariencias, y en las de puercos, cabras y ovejas, yeguas; otros animales, segun que es mas á propósito para sus intentos. Y en la dicha forma confesaron todos que salieron á espantar á Martin de Amayur, molinero, una noche que iba desde Zugarramudi á su molino, y él se defendió con un palo que llevaba, y alcanzó un golpe á María Presoná, que se llegó muy cerca, y cuando le recibió dió un gran grito, y estuvo muy mala por algunos días; y el dicho (34) molinero, del grande espanto que tuvo, en llegando al molino cayó desmayado, y refiere todo el suceso. Y todas las brujas confitentes declaran que consolando á la dicha María Presoná por el mal que habia recibido del golpe del palo, le decian que ella se tenia la culpa por se haber llegado tan cerca. Y que en la mesma forma salieron al camino á tres hombres que nombran, vecinos de Zugarramudi, que se volvian á sus casas después de haber dejado su ganado en el campo; y haciendo mucho ruido entre unos castaños en las hojas secas de ellos que estaban ya en el suelo, los espantaron; y revolviendo con sus espadas desenvainadas en las manos sobre los dichos brujos, que estaban en figuras de gatos y perros y otras formas de animales, se fueron retirando hasta meterse en una laguna; y así dichas personas no osaron pasar adelante, y se volvieron retirando, y con grande furia corrieron hasta llegar á sus casas; y el espanto que tomaron les duró por muchos días, de que llegaron á estar muy malos. Y refieren otros muchos males y burlas que hicieron en la dicha forma; y como el demonio en el aquelarre les decia las personas que no acostumbraban á echar la bendición á la mesa cuando comian y cenaban, ni daban las gracias á Dios después de comer, para que fuesen á sus casas á les hacer males y daños; y que el demonio les iba alumbrando y les abría las puertas, y echando sueño á las personas que estaban en la casa, danzaban y bailaban en ella, quebraban platos, y hacian otros daños y males semejantes.

Mientras que están en el aquelarre no pueden nombrar el santo nom-

(33) Buena es la sobrepelliz, y muy á propósito el bonete; la estola, el libro y el hisopo me parecen esencialísimos; pero quisiera yo que aquel santo clérigo hubiese armado á las criaturas con defensivos mas eficaces, que un autor profano llamó *chuchertas*. Por ejemplo: un colmillo de jabalí, una santa Teresa de barro, la cruz de Caravaca, la regla de San Benito, un cuerno, una mano de tejon, la piedra del rayo, la piedra del águila, una pipa de san Ignacio, la firma de santa Teresa, una biga de azabache con su media luna detrás, un *Agnus Dei*, una medalla de santa Elena, un niño en cruces y una castaña de Indias; y á buen seguro, que pertrechados los chiquillos con esta espetera, aunque al vicario se le hubiese olvidado conjurarlos, y durmiese mas que los *siete durmientes* de Moreto, ni brujo, ni bruja, ni diablo, ni sapo, ni cosa mala les hubieran tocado al pelo de la ropa, y les hubiera ahorrado á aquellos angelitos la cruel zarribanda que tuvieron que padecer. Y todo ¿por qué? Por el descuido del señor vicario de Zugarramudi, por no saber su oficio. Si yo fuese vicario, de otro modo me portaria.

(34) Hay una pantomima intitulada *El tonto molinero*: ¿quién sabe que este Martin de Amayur no diese motivo á componerla? He repasado hoja por hoja la Dramaturgia de Leon Alacai; pero allí no hay nada que tenga relacion con esto. Lo propongo á los curiosos por si gustan de hacer nuevas indagaciones. Bien que no quiero omitir una reflexion que me ocurre, y es: que el tal molinero, á pesar de su tontería, acertó con el único expediente que sugiere la mas consumada prudencia para cuando uno se ve acosado de brujas. No hay sino encomendarse á Dios, y garrotazo en ellas.

bre de Jesus, ni de la Virgen santa Maria, su madre, sino es para renegar, ni pueden persignarse ni santiguarse; y de ello los advierten luego que son admitidos á la seta de los brujos; y á algunas veces se descuidan y los nombran, les suceden muy grandes daños, y al punto se deshacen los aquelarres, y castigan gravemente á las personas que los nombran. Y María de Iriarte y Joanes de Goyburu refieren que estando una noche bailando en el aquelarre de Zugarramudi vino á él una moza francesa (del aquelarre de Trapaza, reino de Francia), que era grande bailadora, y en el baile daba unos saltos tan altos como son altos los tejados, y unas castañetas que sonaban mucho á maravilla, y con la mucha admiracion que de ello recitó la dicha María de Iriarte, dijo: *¡Jesus, qué es esto!* y al punto todo se desapareció, quedándose ella sola y á oscuras, por lo cual fué después gravemente castigada. Y que habiendo salido una noche á espantar á dos hombres que venian de dejar su ganado en el campo, los fueron acosando y persiguiendo gran rato, hasta que con el grande espanto que recibieron, á voces, llamaban el nombre de Jesus, con que no pudieron mas seguirlos, aunque del espanto cayeron y estuvieron enfermos mucho tiempo. Y el dicho Miguel de Goyburu refiere que habiendo ido el demonio y los brujos de Zugarramudi á visitar al demonio y brujos de otro aquelarre, Estebania de Telechea, bruja reconciliada, viendo la grande multitud de brujos que habia en él (que eran mas de quinientos), maravillada de ver tanta gente, nombró el nombre de Jesus, y con grande ruido en un instante se hundió y desapareció todo, y se volvieron á sus casas, que no pudieron estar mas en el aquelarre. Y que habiendo tenido mucho deseo de ser brujo un marinero de Ezeayn, dijo á María de Ezeayn, vecina de dicho lugar, que era bruja, que le enseñase á ser brujo, y le daría un sayuelo el mas galán que se hubiese puesto en su vida. Y habiéndole ella prometido que le haría brujo, le llevó al aquelarre que hay en el dicho lugar (untándole primero con el agua que se untan), y cuando le presentó ante el señor, y él vió que era tan feo, y que le besaban debajo de la cola, admirándose de ver aquello, dijo á la dicha María: *¿este es nuestro señor?* y santiguándose, dijo: *Jesus*; y que luego al punto todo se hundió y desapareció con mayor furia y presteza que vuelan los pájaros y las palomas, y el marinero se quedó á oscuras en el sitio donde estaban, sin que supiese de sí; y fué menester que la dicha María volviese después por él para le llevar por su pié á casa. Y muchos de los brujos confitentes refieren que una noche el demonio les dijo como venian seis navíos por la mar, y que era menester que fuesen á causar tempestad y destruirlos. Y habiendo ido ácia San Juan de Luz, entraron como dos leguas por la mar adentro, y luego toparon con los navíos. El demonio con gran lijereza dió un salto ácia atrás; y revolviéndose sobre la mano izquierda, la levantó en alto, y echó su bendicion diciendo con una voz gorda y ronca: *aire, aire, aire*; y luego al punto se levantó una temerosa tempestad y unos furiosos aires, contrarios los unos de los otros, que llevaban los navíos á que se encontrasen para se hacer pedazos; con que luego levantaron grandes clamores los que venian en ellos, arremetiendo unos á las velas y otros al leme, y no pudiendo resistir á la tempestad, levantaron un gran clamor invocando el nombre de Jesus, y uno levantó una cruz en alto de un navío, con que no pudieron mas detenerse, y con grande impetu y estruendo huyeron, y se volvieron á sus casas. Y el dicho Joanes de Echalar refiere que la primera noche que del aquelarre le llevaron por el aire á destruir los frutos y panes, los brujos levantaron un gran ruido, mayor que si cuarenta de á caballo corrieran juntos, y mas espantoso que cuando truena, y admirado de aquello nombró el nombre de Jesus, y al punto se desapareció todo, y él cayó en tierra, y quedándose á oscuras en el campo, como atónito, pasado un rato oyó que daba el reloj, con que entendié que estaba cerca del lugar, y á gatas como pudo se fué allá donde oyó que sonaba la campana; y habiendo llegado á casa, cayó desmayado, y estuvo malo del espanto muchos días, y después le azotaron y castigaron gravemente. Y María de Echalea refiere que habiéndola llevado la reina Graciana de Barrenechea por el aire un día después de comer á un campo donde estaba una cueva, dejándola sola se fué ácia la cueva, y pasado un rato vió que la dicha Graciana y Estebania de Telechea salieron de la cueva llevando en medio y abrazado al demonio en muy espantosa figura, y que todos tres iban ácia donde ella estaba, de que con el espanto que tuvo nombró el nombre de Jesus, y luego al punto se desaparecieron. Y quedando ella sola reconoció como estaba en el prado Berrocoberro, donde acostumbraban á hacer sus juntas, y por su pié se volvió al lugar, que estaba cerca. Y refieren otras muchas cosas y sucesos notables que han visto por haberse nombrado el santo nombre de Jesus; y que es tan espantoso para el demonio y todos los brujos, que tiemblan siempre que le oyen nombrar, y pierden la fuerza, de manera que no pueden ejecutar los males que pretenden hacer, ni detenerse en la parte que le nubran.

En las vísperas de ciertas fiestas principales del año, que son las tres Pascuas, las noches de los Reyes, de la Ascension, Corpus Christi, Todos Santos, la Purificacion, Asuncion y Natividad de nuestra Señora, y la noche de San Juan Bautista, se juntan (35) en el aquelarre á hacer solemn-

(35) Al llegar con mis anotaciones á este pasaje de la misa y la zambra diabólica de que se habla mas adelante, te aseguro, lector carísimo, que estuve por hacer añicos el testo y la glosa, y desistir de la publicacion de esta obra. Porque es, en efecto, tan groseramente necio y bestial cuanto aqui se refiere, y supone tan torpe y hedionda estupidez de parte de sus autores, que no parece posible, sin esfuerzo particular, llevar adelante su lectura. En esta incertidumbre quise oír el dictámen de tres amigos que vinieron á verme una mañana á mi desaliñado guardillón. Les leí de un cabo al otro el Auto de Fe y la relacion de la



adoracion al demonio, y todos se confiesan con él, y se acusan por pecados de las veces que han entrado en la Iglesia, misas que han oído, y de todo lo demás que han hecho como cristianos, y de los males que pudiendo han dejado de hacer. Y el demonio los reprende gravemente por ello, y les dice que no han de hacer cosa ninguna de cristianos. Y entre tanto los criados del demonio (que son otros demonios del mismo tallo

vida y costumbres de los brujos, y las notas que llevaba escritas; les propuse mis dificultades acerca del pasaje presente, y resultó, con diferencia de pocas palabras mas ó menos, el diálogo que voy á copiar.

DON TOMAS.

Eso es abominable. No lo imprima usted.

DON JUAN.

Imprimalo usted, que precisamente es lo mejor de toda la obra.

EDITOR.

Con que, ¿lo he de imprimir, ó lo he de quemar? Convergámonos.

DON PABLO.

Imprímase enhorabuena el testo antiguo, y las notas con él; pero al llegar á eso de la misa, y lo que se dice mas allá, salto, y puntos suspensivos; y ate usted el hilo en donde mejor le parezca.

EDITOR.

Los consultores son tres, y otras tantas son las opiniones; no cabe mayor discordia en tan corto número de vocales. ¿Con que usted, señor don Pablo, quiere que se omita algo del testo original y...

J.

DON JUAN.

No, señor, eso no.

DON TOMAS.

De ninguna manera. O imprimirlo como está, ó dejarlo.

DON PABLO.

Pero ¿qué inconveniente puede haber en suprimir lo que mas choque y escandalice?

DON JUAN.

Muy grande; y si no, dígame usted: ¿se propone el señor, por ventura, hacer un panegirico de la inquisicion, ó dar una idea de lo que fué, de lo que hizo, de los absurdos que creyó, que promovió, que divulgó; de lo perjudicial que fué su existencia á la ilustracion y á la moral pública? En una palabra, ¿la defiende, ó la acrimina?

EDITOR.

Ni uno ni otro. Quiero únicamente retratarla, ó por mejor decir, presentar el original mismo, para que no se diga que el artífice la favoreció ni la ofendió en la copia. Por esto he creído que valia mas que muchas disertaciones la reimpression de una obra que ella misma dictó, y por eso me inclino á conservarla entera, si mas poderosas razones no me convencen.

DON JUAN.

Figúrense ustedes que alguna de las juntillas, que andan por esos montes acabando de aniquilar á la infeliz España, consultase á un inquisidor acerca de lo que se debía hacer con el tal aquelarre. Si el inquisidor tenia un adarme de juicio, diria que este papel debe ocultarse por el honor del tribunal, y hacer pedazos y reducir á cenizas cuantos ejemplares se hallen de él. Y si la juntilla insistiera todavia en que le queria publicar, el inquisidor haria lo posible para que se omitieran los pasajes mas repugnantes y absurdos; entre los cuales no serian los últimos el de la misa y la gresca obscena que hemos acabado de leer. Pues estos dos partidos que el inquisidor propondria son los mismos que ustedes han sugerido al señor, el cual ha dicho que no trata de acriminar á la inquisicion, pero ha dicho también que no pretende defenderla. Y ¿qué otro medio puede elegir, para evitar ambos extremos, sino el de publicar el aquelarre como está, como ella le hizo?

DON TOMAS.

Todo eso va muy bien discurrido; y yo no pretendo yo que haga el señor lo que el inquisidor haria, porque el caso es muy diferente. Voy por asentado que para evitar toda acusacion de parcialidad y de encono, el medio mejor es el de conservar el testo en toda su integridad. Pero, vamos claros: ¿qué lector cristiano y religioso no ha de estre-

y figura que el del aquelarre, aunque mas (36) pequeños, y de ordinario son seis ó siete, y cuando son menester se aparecen allí muchos en gran cantidad) ponen un altar con un paño negro, viejo, feo y deslucido, por dosel, y en él unas imágenes de figuras del demonio, cáliz, hostia, misal y vinajeras, y unas vestiduras como las que usan en la iglesia para decir misa; mas de que son negras, feas y sucias, y el demonio se viste, ayudándole sus criados, y le ofician su misa cantando con unas voces bajas, roncadas y desentonadas, y él la canta por un libro como misal, que parece de piedra, y les predica un sermón, en que les dice que no sean vanagloriosos en pretender otro dios sino á él, que los ha de salvar y llevar al paraíso; y aunque en esta vida pasarán trabajos y necesidad, él les dará mucho descanso en la otra; que hagan á los cristianos todo cuanto mal pudieren. Y luego prosigue su misa, y le hacen ofertorio, sentándose para ello en una silla negra que allí ponen; y la bruja mas antigua y preeminente (reina del aquelarre) se pone á su lado con un portapaz en la mano, en que está pintada la figura del demonio, y en la otra mano una vacinilla como las que usan en las iglesias que que piden para alumbrar los santos, con una cadena como de oro al cuello, que en cada uno de los dichos eslabones tiene esmaltada la figura del demonio, y todos los brujos, comenzando por sus antigüedades y preeminencias, van á ofrecer cada uno por sí, haciendo tres reverencias al demonio con el pié izquierdo hasta llegar á hincar las rodillas en el suelo, y luego besan la figura del demonio en el portapaz, y echan en la (37) vacinilla el dinero que llevan para ofrecer, y unos ofrecen un sos, que es media tarja, y otros tarja entera, y los mas ricos y poderosos ofrecen un franco, que son tres reales, y cuando los echan en la vacinilla dicen: *esto por el honor del mundo y honra de la fiesta*; y las mujeres también ofrecen tortas de pan, huevos y otras cosas, que lo reciben los criados (38) del demonio, y luego se

mecerse al ver la escandalosa profanacion que resulta de la misa grotesca que dice el diablo?

DON JUAN.

A la inquisicion de Logroño con esa pregunta. Ella lo creyó, lo castigó, lo leyó en la plaza de una ciudad principal de España, delante de muchos millares de personas, lo imprimió para que lo leyesen los que no lo oyeron. Ella debe responder, el señor no. Su oficio es copiar.

DON PABLO.

Y tanta obscenidad como sigue después ¿qué oídos honestos han de sufrirla? El señor sabe muy bien que no es licito desnudar á Venus, ni aun para azotarla.

EDITOR.

Si, cuando es Venus la que van á desnudar; pero cuando se presenta el vicio con accidentes tan poco halagüeños, ¿á quién le parece á usted que puede ser dañoso? ¿Quién ha de hallar complacencia ni peligro en semejante lectura, sino alguna de aquellas almas groseras y enteramente corrompidas, á cuya depravacion nada hay que añadir? Lo mismo digo acerca de la ridícula misa del diablo. ¿Qué perjuicio ha de resultar de la description disparatada que se hace de ella? Ni ¿qué hombre piadoso y católico, cuando deteste la feroz ignorancia de nuestros abuelos, no seguirá venerando, como es justo, el misterio mas sublime de la religion, el mas digno sacrificio que han ofrecido los mortales á la Divinidad? Si le ofende la ineptísima imitacion que se hace de él en el aquelarre de Zugarramurdi, lea la que hizo el Tasso en el último poema épico que ha visto Europa... Pero, y á todo esto, ¿en qué quedamos?

DON TOMAS.

En que... en que lo imprima usted como está.

DON JUAN.

Se supone; sin mudar una sílaba.

EDITOR.

Y usted ¿qué dice?

DON PABLO.

¿Qué he de decir, si me dejan solo? Que haga usted lo que quiera.

EDITOR.

Pues, amigos, asunto concluido. Haré lo que me parezca: ¿es verdad?

DON JUAN.

Si por cierto, y será lo mejor.

(36) Son diablos sacristanes y monaguillos, que en creyendo se ordenarán á la diablesca, serán predicadores sabatinos, confesarán á las brujas, cenarán y triscarán con ellas, y lo pasarán muy ricamente.

(37) ¡Por qué tanto el demonio misacantano no habia de ser también aficionado á la limosina!

¡Maldito dinero, amén!

(38) Y se lo comerán regularmente, y harán tortillas; que el abad de lo que canta yanta.



hincan de rodillas junto á él, y le besan la mano izquierda y los pechos encima del corazón, y dos brujos que hacen el oficio de caudatarios le alzan las faldas para que le besen en las partes vergonzosas, y revolviéndose el demonio sobre la mano izquierda, le alzan la cola y descueren aquellas partes que son muy sucias y hediondas, y al tiempo que le besan debajo de ella tiene prevenida (que les da) una ventosidad de muy (39) horrible olor, lo cual por la mayor parte hace siempre que le besen en aquellas partes. Y hecha la ofrenda prosigue su misa y alza una rosa redonda como si fuera de suela de zapato, en que está pintada la figura del demonio, diciendo: *este es mi cuerpo*; y todos los brujos puestos de rodillas le adoran dándose golpes en los pechos, diciendo *Aquer vagoyñ, Aquerrabeyñ*, que quiere decir: *Cabron arriba, Cabron abajo*. Y lo mismo hacen cuando alza el cáliz, que es como de madera, negro y feo, y tome la hostia y bebe lo que hay en el cáliz, y después se ponen todos los brujos alrededor, y los va comulgando dándole á cada uno un bocanado negro (en que está pintada la figura del demonio), que es muy aspero y malo de tragar, y luego les da un trago de una bebida que es muy amarga, y en tragándola les enfria mucho el corazón.

Luego que el demonio acaba su misa, los conoce á todos, hombres y mujeres, carnal (40) y sométicamente, y la dicha Graciana de Barrenechea, reina, iba señalando las brujas que habian de ir (41) donde estaba el demonio un poquito apartado por el dicho efecto. Y Estebanía de Iriarte, su hija, era la que mas continuaba ir á los dichos actos (42), y luego que la dicha su madre le hacia señal para que fuese, Joanes de Goyburu, su marido (tañendo con el tamborino, y Joanes de Sansin con el atambor), iban á la parte donde estaban las brujas, y la sacaban de entre ellas, y la llevaban á la parte donde estaba el demonio; que luego... la conocia sométicamente, estándole haciendo el son el dicho su marido Joanes de Sansin (43). ....Y luego que el demonio acaba de cometer las dichas maldades, y otras muy abominables que se dejan de referir, los brujos se mezclan unos con otros, hablando con mujeres, los hombres con hombres, sin consideración á grados ni á parentescos; y el demonio los aparea y señala con cuáles se han de juntar en forma de casamiento, diciéndoles: *este es bueno para ti, y tú eres buena para este*; y en aquellos torpísimos actos se juntan en el aquelarre, y fuera de él, con torpísimas y nefandas maldades, y en sus propias casas, y en los campos, y en otras partes; y de día y de noche se les aparece el demonio en espantosa figura..... y á las mujeres.... muy de ordinario (44) se les va á las camas. Y María de Zozaya refiere, que casi todas las noches le tenía en su cama; y le abrazaba, trataba, hablaba y comunicaba en la misma forma que si fuera su marido, sin haber mas diferencia que si fuera hombre, mas de que siempre, de invierno y de verano, tenía las carnes frias, que aunque mas hacia no se las podia calentar. Y estas mismas maldades hacen y ejercitan en todas las noches siempre que van al aquelarre, y después muchas veces de día, después de haber comido; fingiendo que estan hilando, lavando los platos, ó en otros actos semejantes, ó saliéndose á pasear acia el campo, el demonio los arrebatá, y llevándolos encubiertos con sus malas artes (de manera que aunque ellos ven á la gente, no pueden ser vistos), van á cierta parte que tienen señalada para se juntar y mezclar en actos torpes y deshonestos los unos con los otros, y con el demonio (45).

(39) ¡ Buen provecho !

(40) ¡ Estraño modo de desayunarse !

(41) Que es decir, bruja y diablo con sus puntas y colares de alcahueta.

(42) Yo lo creo. Para estos menesteres las hijas son mas á propósito que las madres.

(43) ¡ Pobre Juan !

(44) El cabron ha sido personaje muy respetable en la antigüedad, y muy estimado de las mujeres por sus bellas prendas. En el pueblo de Dios fué necesario prohibir espresamente que las damas tratasen con demasiada familiaridad á esta y otras bestias; de las cuales ya no hacen caso las que hoy tenemos por mas antojadizas y pecadoras. « Cum omni pecore non coibis, nec maculaberis cum » eo. Mulier non succumbet jumento, nec miscibitur ei, » quia scelus est. Qui cum jumento et pecore coierit, morte » moratur : pecus quoque occidit. Mulier quæ succubuerit » rit tui libet jumento, simul interficietur cum eo : sanguis » eorum sit super eos. »

El padre Martin del Rio, jesuita doctísimo, nos refiere que las brujas llaman al cabron *Martinico*; que las favorece con particulares muestras de amor, y que, agradecido á la docilidad que encuentra en ellas, las sirve muchas veces de cabalgadura. Dice también que todos los herejes son mágicos, y aconseja en caridad que se les dé tormento. Cita gravísimas autoridades en apoyo de la opinion de que su tocayo Lutero fué hijo de un cabron y de una mujer, y asegura que otra parió en el año de 1598 una criatura, cuyo padre habia sido el demonio disfrazado de cabron. Si yo tuviera dinero (que no le tengo) reimprimiria las obras del padre Martin del Rio y otras de su clase, para confusion de los incrédulos y regocijo universal.

(45) Ahora, que viene á cuento, permítase que diga fran-

Y en sus casas de día ni de noche no se ectan menos aunque duermen en una mesma cama, porque de noche el demonio echa sueño á los maridos ó á las mujeres que no son brujos, de manera que no puedan (46) despertar; y en el lugar que desocupa el brujo, cuando van al aquelarre, se pone un demonio de su mismo tallo y figura, que está allí representando su persona hasta que vuelven, y cuando vienen les dice las cosas que han sucedido mientras han estado ausentes. Y la dicha María de Zozaya refiere que habiéndose ido una noche al aquelarre, una vecina llamó á su puerta para pedir un pan prestado, y el demonio respondió por ella que no le tenían, y cuando volvió del aquelarre se lo dijo Y Marliuan refiere que otra noche fuéron á buscar á su casa para comprar unos huevos, y también el demonio respondió por ella por la ventana, diciendo que no los tenía. Y contándoselo cuando volvió del aquelarre, le respondió que bien se los pudiera dar, que allí estaban en la cantarrera. Y que siempre que habia de ir al aquelarre de día, cerraba muy bien sus puertas por de dentro, y el demonio la sacaba por la ventana, quedando otro demonio en casa, que respondia por ella. Y aunque travesaba por cima de todo el lugar, y veia y conocia á todos los que toparon ella por las malas artes del demonio, iba bien segura de que no la viesan; y cuando volvia, el demonio le daba cuenta de todas las personas que la habian buscado.

En la noche de San Juan, después de acabada su misa y las ceremonias y dichas maldades, va el demonio con todos los brujos á la Iglesia, y abriéndoles las puertas se queda él fuera, y los brujos hacen muchas ofensas y ultrajes á la santa Cruz y á las imágenes (47) de los santos.

camente mi sentir acerca de este personaje, del cual todavia no tenemos noticias bien seguras, después de tanto como se ha dicho en las leyendas áureas de los santos, y en los autos sacramentales de Calderon.

Confieso de buena fe que el maldito no lleva traza de morirse jamás, y que podemos contar con él hasta la consumacion de los siglos, *et ultra*; pero nadie me quitará de la cabeza que á este demonio le sucede, ni mas ni menos, lo que á Títon, esposo de la Aurora, que aunque era inmortal, no se podia tener de viejo. Pues, como digo, yo tengo para mí que padece vejez, y está sifilítico y lleno de lacras; porque solo hallándose derrengado y fuera de concierto pudiera olvidarse el picaron de las mañas antiguas. ¡Qué intrépido, qué lozano, qué de buen apetito en los otros y barrancas de Zugarramurdi! y tan modestico ahora y tan para poco, que nadie refiere de él empresas amorosas, ni se sabe que haya dado ningun nuevo chiquillo á criar, ni se dice que se huelgue con él mujer alguna, ni bruja, ni hechicera, ni judia, ni mora, ni buena cristiana. En los pasados siglos era el coco de los maridos y los padres; pudiéndosele aplicar lo que dijo de Witiza un moderno escritor, mas feliz en prosa que en verso :

Todo lo mancha, todo lo atropella,  
No perdona casada ni doncella.

¿Quién seria capaz de contar la historia de sus galanteos, si la lista de don Juan Tenorio es una abreviatura miserable de las que él guarda todavia en sus papeleras? ¿Ni quién sabria reducir á número los hijos que ha tenido en altas princesas, matronas honestísimas, afligidas viudas, pudibundas vírgenes, religiosas encerradas y penitentes? Yo soy un pobre hombre, que logré como de limosna el grado de bachiller; murióse mi tío, que era capellán de Reyes Nuevos; dejé los estudios, tomé el hábito, y nunca pude pasar de fraile de misa de once; y con todo y con eso, y supuesta mi escasa lectura, he compuesto una obra que si se imprimiera, no bajaria de tres tomos en folio, y se intitula : *Plutarco infernal. Vidas y hechos de algunos famosos hijos del diablo, desde que empezó á ser padre hasta que lo ha dejado de ser*.

Y en efecto : de tal manera lo ha dejado (y no por virtud, que en él no cabe), que apenas le queda el amargo consuelo de contar á sus nietecillos su pasados verdes; y entre tanto abrigarse bien, acostarse temprano, y cuidarse mucho; repitiendo lo que dijo al mismo propósito un autor italiano, cuyo nombre no se me acuerda :

Vixi puellis nuper idoneus,  
Et militavi non sine gloria.

(46) De manera que todo el que no profese de brujo está condenado á ser marimota.

(47) Y eso que María de Yurreteguia consiguió ahuyentar de la cocina y del humero al demonio, y á los brujos y



Y Miguel de Goyburu refiere que algunas veces en el año, él y las brujas mas ancianas hacian al demonio una ofrenda que le era muy agradable, y para ello iban de noche á las iglesias, y llevaban consigo cada uno una cestilla que tenia asa, y desenterraban los cuerpos de los difuntos que ya estaban gastados, y de ellos sacaban los huesos de los menud llos de los piés, las ternillas de las narices (48), y todos aquellos huesucillos que hay alrededor, y los sesos hediondos (que aunque se van consumiéndose con la tierra, tardan mucho en se acabar de gastar), y estas partes de los cuerpos de los difuntos (que son para el demonio bocados muy sabrosos) las recogian en las cestillas, y volvian á cubrir las sepulturas con la tierra, llevando consigo luz para ver á hacerlo, que declaran es muy oscura, sin decir de qué sea. Y Joanes de Echalar refiere que cuando los brujos van solos sin el demonio á hacer las dichas cosas, la luz que llevan es una hacha hecha del brazo de un niño que haya muerto sin ser bautizado, todo entero, y le encienden por la parte que están los dedos, y da luz como si fuera de una hacha. Y que es de tal condicion que los brujos ven con ella, y los que no lo son no pueden ver los brujos; y habiendo recogido los dichos huesos en sus cestillas, las meten colgándolas por el asa del brazo izquierdo, se van al aquelarre, y puestos en presencia del demonio formando una higa con la mano del brazo izquierdo, donde llevan pendiente la cesta, y llevándole tendido, hacen una reverencia hasta binear en el suelo la rodilla izquierda; y habiéndose levantado andan un poco y hacen otra semejante reverencia, y acercándose mas hacen otra tercera, y quedándose de rodillas tendido el brazo con la higa formada, dicen: *tome, señor, esto que le ofrezco*. Y el demonio muestra con ello mucho contento, y tiende la mano, y toma la cesta y la vacia en un esporton grande como de esparto, que está junto á él, y que aquella higa llevan formada para mayor infamia, y hacer mayor burla y mofa de los cristianos, cuyos son aquellos huesos; y que el demonio los come con unos dientes que tiene muy grandes y tan blancos como los suelen tener los negros, y los come feamente, chascando como puerco. Y preguntado para qué come el demonio aquellos huesos, dijo: que entendia que para los incitar y obligar á que también ellos los comiesen. Y que les daba de ellos, y aunque estaban muy duros, los comian muy bien, porque el demonio les daba gracia y fuerza para los poder masticar y comer; y que cuando el demonio comia aquellos sesos hediondos, daba á entender que le sabian mas bien, y con esto los obligaba á que también los comiesen, y á que le rogasen les diese de ellos; y aunque eran tan asquerosos, los comian por darle contento al demonio, que mostraba recibirlo.

Muchas veces en el año, siempre que los frutos y panes comienzan á florecer, hacen polvos y ponzoñas, y para esto el demonio aparta á los que ha dado poder y dignidad (49) de hacer ponzoñas, y les dice el día en que las han de hacer, y les reparte los campos para que en cuadrillas vayan á buscar las sabandijas y cosas de que se han de hacer las dichas ponzoñas; y el día siguiente salen por la mañana (llevando consigo azadas y costales), y luego el demonio y sus criados se les aparecen, y los van acompañando á los campos y partes mas lóbregas y cavernosas, y buscan y sacan gran cantidad de sapos, culebras, lagartos y lagartijas, limazos, caracoles y pedos de lobo (que son unas bolillas redondas que nacen por los campos á manera de turmas de tierra, que apretándolas echan de sí un humo de mucha cantidad de polvos pardos); y habiéndolos juntado en sus costales, los traen á sus casas (50); y unas veces en el aquelarre y otras veces en ellas (en compañía del demonio) forjan y hacen sus ponzoñas, echando primero sobre todo su bendicion el demonio, y comienzan á desollar los sapos, mordiéndolos con sus bocas por las cabezas y apretando con los dientes cortan el pellejo, del cual van tirando hasta que lo arrancan al redopelo, y le entregan al demonio, estando los sapos sacudiéndose con el dolor y dándoles golpes por los ho-

brujas que la solicitaban, solo con enseñarles la cruz del rosario. Confieso de mi que no acabo de entender á esta gente.

(48) ¿Quién era todo mi bien y descanso sino tu madre? ¡Oh, qué graciosa! ¡Oh, qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cementerio en cementerio buscando aparejos para nuestro oficio, como de día; ni dejaba cristianos, ni moros, ni judios cuyos enterramientos no visitaba; de día los acechaba, de noche los desenterraba... ¡Pues mañana no tenia, con todas las otras gracias! Una cosa te diré para que veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. (*Celestina, acto vii.*)

(49) Me confirmo de nuevo en que el demonio es boticario, y de muchísima habilidad; que nadie le iguala en el conocimiento de plantas y yerbas, «á cedro quæ est in Libano, usque ad hyssopum quæ egreditur de pariete,» y que no hay farmacoepa que él no tenga en la uña, hasta la Edimburgense, con las adiciones novísimas.

(50) Pues dígame, lector suave, que la brujería no es vida descansada. ¿No ves cómo el maldito de Dios les hace trabajar, y qué malas noches les da, y qué reclinante música, y cómo los asolea, y qué asquerosas cenas les guisa, y qué torpemente los engaña? Yo creí que esto de ser

cicos; y después los descuartizan, y todas las demás sabandijas, mezclándolas en una olla con huesos y sesos de difuntos que sacan de las iglesias, y con el agua verde y hedionda que tienen junta de la que han sacado de los sapos vestidos, y todo lo cuecen hasta lo condicionar en polvos; reservando cierta parte con que mezclan mayor cantidad de la dicha agua y hacen ungientos ponzoñosos, que todos se los reparte el demonio, llevando cada uno á su casa la parte que le cabe.

De estos polvos y ponzoñas usan para destruir los frutos, matar ó hacer mal á las personas ó á sus ganados. Y los que mas se aventajan en hacer mayores maldades son los mas privados y estimados del demonio, con que amorosamente las acometen.

Estando los panes ó frutos en flor, juntos todos los brujos en aquelarre, van en compañía del demonio mudados en figuras de gatos, perros, puercos y otros diferentes animales, hasta las heredades y partes donde pretenden destruir los frutos (llevando el dicho Miguel de Goyburu la caldera del demonio, que es de cuero, donde se ha recogido gran parte de los dichos polvos para el dicho efecto), y comenzando primero el demonio con la mano izquierda ya derramando polvos acia atrás, revolviendo siempre sobre la mano izquierda, y diciendo con una voz ronca y gorda: *polvos, polvos, piérdase todo; ó piérdase la mitad*, segun que quiere que se haga el daño. Y todos los brujos y brujas ancianas van derramándolos y diciendo: *piérdase todo; ó piérdase la mitad, y salvo sea lo mío*; mas no por eso son sus heredades de mejor condicion que las demás. Y que por la mayor parte derraman los dichos polvos cuando corre un aire que en vasquene llaman *egoya*, que los intérpretes declaran quiere decir *bochorno*. Y que con los dichos polvos es muy notable el daño que sé sigue (51) en los frutos, porque cuando los derraman sobre los castaños, los erizos se paran móstios y enferman, y no tienen castañas sino escáscaras, ó una sola castaña, habiendo de tener tres cada uno. Y cuando los derraman sobre los manzanos, la flor se marchita, enferma y seca, que no llega á formarse el fruto. Y cuando los echan sobre los trigos (que es al tiempo que están espiguados, antes que comiencen á granar) las espigas se quedan vanas sin que lleguen á granar sino muy poco, y los granos imperfectos; y el poco pan que echan es mal sazonado y enfermizo; y las habas se llenan de pulgon. Y aunque pierden sus frutos huelgan mucho de hacer estos daños por el contento que dan al demonio, y por el que los brujos reciben con los males que hacen á sus prójimos.

A las personas hacen mal (52), matándolas ó haciéndolas enfermar con graves enfermedades por induccion del demonio, ó por vengarse sus enemistades. Y cuando han recibido algun enojo ó agravio de alguna persona, llevan al aquelarre de los dichos polvos ó ungüentos, y alguno

brujo era otra cosa. ¡Y hay quien quiera serlo! Tú haz lo que te parezca; pero yo te aseguro, á fe de hombre de bien, que primero me pondria á escritor periódico, que obligarme á buscar por esos campos limazos, caracoles, lagartijas, sapos y culebras, y después tener que sufrir el mal humor del amo y sus lozanías.... ¡Yo, que soy de tierra de Toledo!... Y darle dinero encima y besarle en el envés y... Vaya, no es para mi esto.

(51) Y aun ahora sucede lo mismo con el tal bochorno, y eso que la receta de los polvos ya no parece, ni se desuellan sapos, ni se descuartizan, ni se rehogan, ni se hacen ungüentos en la oficina de Zugarramundi.

(52) Ya se ve que las hacen mal. ¿Quién ignora lo que le sucedió á nuestro rey y señor (que está en el cielo), el señor Carlos II, de feliz memoria? Yo espero que ninguno de mis lectores se estará en ayunas de aquella historia lamentable; pero por si acaso hay uno solo que la ignore, á este uno solo se le voy á contar.

Sabrás pues, ¡oh lector inerudito y torpe! que acia los años de 1696, ó poco mas acá, se empezó á difundir la voz de que el rey estaba hechizado, y tanto se dijo y se repitió, que el mismo crédulo monarca llegó á creerlo. Habia por entonces en un convento de dominicas de la villa de Cangas tres monjas endemoniadas, y el padre vicario, como era de su obligacion, las conjuraba muy á menudo para sacarlas los demonios. El padre Froilán Diaz, confesor de S. M., instó al dicho vicario á fin de que apretase á los diablos de aquellas madres á que declarasen, bajo juramento, cuanto se deseaba saber acerca de los hechizos del soberano. El vicario, poniendo las manos de una de las energúmenas sobre una ara, y exorcizándola y mojudola de piés á cabeza con agua bendita, logró que el demonio le respondiese que efectivamente el rey estaba hechizado; que se le dió el maleficio en bebida líquida á los catorce años de su edad, «et hoc, ad des-» truyendo materiam generationis in rege, et ad eum in-» capacem ponendum ad regnum administrandum.»

Era el padre vicario infatigable preguntador, y vol-



de los pellejos de los sapos, y dan sus quejas al demonio contándole las causas de su enojo, y venganza que pretenden hacer, y pidiéndole (para las tales personas ó para sus hijos) mal de muerte, ó la enfermedad que pretenden que tengan, segun el apettito de su venganza, y el demonio se la concede. Y luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo al-

viendo á la carga de allí á pocos dias, tuvo con el demonio el diálogo siguiente :

VICARIO.

¿En qué se le dió el hechizo al rey?

DEMONIO.

En chocolate.

VICARIO.

¿De qué se habia confectionado?

DEMONIO.

De los miembros de un honibre muerto.

VICARIO.

¿Cómo?

DEMONIO.

De los sesos de la cabeza para quitarle la salud, y de los riñones para corromperle el semen é impedirle la generacion.

VICARIO.

¿Hay original fuera, ó señal exterior que se pueda quemar?

DEMONIO.

No, por el Dios que te crió á ti y á mi.

VICARIO.

¿Qué persona fué, macho ó hembra?

DEMONIO.

Está ya juzgada.

VICARIO.

¿Y á qué fin?

DEMONIO.

A fin de reinar.

VICARIO.

¿En qué tienpo fué?

DEMONIO.

En tienpo de don Juan de Austria, á quien sacaron de esta vida con los mismos hechizos, pero mas fuertes.

Vuelto á preguntar el diablo en otra ocasion (porque ya he dicho que el padre vicario no le dejaba sosegar), respondió : que al rey le habian dado hechizos en dos veces, por mandado de su madre Mariana de Austria. Que la que se los dió primero «se llamaba Casilda, fué casada y tuvo » tres hijos. Cuando se los mandaron hacer (no los hijos, » sino los hechizos) ya era viuda. La misma hechicera fué » quien los hizo, sin otro algun cómplice mas que Lucifer. » E' la propia buscó el cadaver de un justiciado en la misericordia. » La segunda toma de demonios que le dieron al rey la dispuso «una hechicera famosa, que vivia en » la calle Mayor, era casada, tenia hijos y se llamaba Mariana. » Diéronse á buscar por Madrid Marias y Casildas; pero por mas que hicieron no hallaron la que deseaban; y entre tanto el bueno del rey, que no era lerdo, eligió por su especial abogado y protector á san Simon, patriarca de Jerusalén, gran santo y pariente suyo, á quien particularmente encargó que le sacara con bien de tan enrevesado negocio.

El señor Rocaberti, inquisidor general, y el padre confesor, aconsejados del vicario de Cangas, se iban todos los dias á palacio luego que amanecía, y apenas despertaba S. M., le hacian desayunar con un gran cuenco de aceite bendito ; poníanle en cueros, como su madre le parió, y estregándole primero muy bien la cabeza con el mismo aceite, le ungian después lo restante del cuerpo como á un atleta, sin dejar parte ni resquicio que no bendijeran y pringaran, y a mayor abundamiento le propinaban de cuando en cuando una buena purga, en que además de los diluentes y laxantes que son de estilo, habia incienso bendito, pedacillos de *Agnus Dei*, huesos de mártires pulverizados y tierra del Santo Sepulcro. Bebiase el rey esta pócima con una devocion ejemplar; y lo que

gunas brujas de las mas anclanas en la seta, y las va alumbrando con el cuerno que tiene en la frente, que aunque trae dos en el colodrillo, solo aquel es el que da luz, y les abre las puertas y guía hasta las camas, donde están durmiendo, y les echa su bendicion y sueño que no pueden despertar, y luego la bruja que pidió venganza abre la boca á la persona

es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun no se habia muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario seguia preguntando de cada vez mas, llegó á decirle, que no se cansara en repetir conjuros, porque no responderia á derechas á nada que le preguntasen, si no se lo demandaban en la capilla de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, y esto «á fin de que se restituyese la devocion á aquella santa imágen, que estaba muy resfriada en los fieles». Acerca de lo cual tengo que hacer dos advertencias. Es la primera : que aquel demonio era un demonio de bien y muy devoto, y con algunos amagos y vislumbres de cristiano viejo; y es la segunda : que las tres monjitas endiabladitas, y el padre vicario y el padre confesor de S. M., y el señor inquisidor general, todos eran dominicos. *Vous êtes orfèvre, Mr. Josse.*

Cansado pues el señor Rocaberti de las reticencias y dilatorias del diablo, determinó morirse, y lo hizo como lo pensó : el vicario de Cangas se fastidió de preguntar, y el padre Froilán, viendo que ni el canjilon de aceite bendito, ni los conjuros, ni el parentesco de san Simon, ni las unciones, ni la purga servian de nada, llegó casi á desesperar de la empresa. Cuando veis que un dia se presenta muy oficioso en la camara del rey el escelentísimo señor embajador de Alemania con unos pliegos en que venia una informacion, hecha por el obispo de Viena, de lo que habian declarado los demonios por boca de unos energúmenos en la iglesia de Santa Sofia de aquella ciudad, y todo lo remitia el emperador Leopoldo I á Carlos II para su consuelo é instruccion. La declaracion de los tudescos decia : que al rey le habia maleficiado una mujer llamada Isabel, que vivia en la calle de Silva, y que los instrumentos del maleficio estaban en cierta pieza de palacio, y debajo del umbral de la puerta de la casa en que vivia la picarona de la tal Isabel. El rey envió estos papeles á la inquisicion, y á pocas diligencias se hallaron debajo de tierra en los sitios indicados algunos trastos de endiablamiento, y envoltorios y muñecos que inspeccionados por los peritos, les parecieron cosa mala, y lo quemaron todo. Vino de Alemania á toda prisa, llamado, y rogado, y pagado á peso de oro, un fraile capuchino, el mas furibundo exorcista de cuantos florecian entonces. Maravillas se contaban de él : no habia demonios que resistieran á la eficacia de sus conjuros, y tan poderosamente los atacaba y alligia, que al fin soltaban la criatura, y se marchaban zumbando á los infiernos por no sufrirle. Pues este bendito fraile, que se llamaba fray Mauro Tenda, emprendió la cura del rey; y para proceder con el acierto necesario en tan delicadas materias le pareció esencialísimo interrogar á unas endemoniadas, que andaban en aquella sazón por Madrid haciendo visajes. Pillólas un dia entre puertas, y compeliendo á la mas habladora, hizo que el diablo le respondiese á cuanto le quiso preguntar; y la conversacion que pasó entre los dos fué la siguiente, sin mudar letra.

FRAY MAURO.

¿Quién malefició al rey?

DIABLO.

Una mujer bella.

FRAY MAURO.

¿Es la reina?

DIABLO.

Si.

FRAY MAURO.

¿Quién le hizo el maleficio á la reina?

DIABLO.

Don Juan Palia.



de quien se pretende vengar, y le mele en ella unos pocos de aquellos polvos envueltos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les unta por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor le dé mal de muerte,*

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Sí, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada María de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vive?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonio Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berberia.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que nuevamente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y behetria, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que él acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó había de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron á enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto asperges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le acicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantisimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo día en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros

ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego las tales personas comienzan á estar enfermas (33) y á padecer muy grandes dolores y trabajos, muriendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir; y padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas contra quien pidieron venganza de enfermedad.

de la suprema; los depuso, los desterró y metió en encierros y castillos; la suprema y toda la cleriguicia, amotinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á Segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de aceite y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por de fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar la posada, se fué á la gloria, y le llevaron en ceremonia al Escorial. Siguió, no obstante, la discordia clerical y frailesca; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, pasaba su triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba revuelta con monseñor nuncio, que deseando eucharatear en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechizos, para que el pontífice, en su infalible sabiduria, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un herejarca, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado á su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella órden envió dos emisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que lo supieron, se apoderaron de ellos así que se apearon de la calesa; á los dos los pusieron á morir, que faltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron tuerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido tan graves asuntos, todavia duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Cangas.

(33) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo XVIII haya habido vampiros, después de haber florecido Locke, Shaftesbury, Colín y Tranchard? ¿Y que viendo á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se haya creido que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustin Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hidulfo, abad de Senone, abadia de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos abadías de igual valor), haya impreso y reimpresso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marcilli?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándose la ó por el cuello ó por el vientre; y concluida esta operacion se volvian á sus sepulturas. Los vivos chupados enflaquecian, se ponian cloróticos y consuntos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquirian muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia (segun el citado reverendísimo) en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy día en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndose la cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, si por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al brasero es necesario sacarles el corazon y quemársele separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa, desde el año de 1730 al de 33, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, á la manera de los antiguos mártires, cuantos mas chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por mandado del emperador Carlos VI fueron dos comisionados, en compania del alcalde de cierto lugar de Hungría y de uu



Y entre otras muchas muertes, males y venganzas, mas de veinte que confiesa haber cometido en la dicha forma Graciana de Barrenechea, reina del aquelarre de Zugarramurdi, dice: que al tiempo que ella comenzó á tener amores con el demonio y ser privada suya, cobró de ello grande envidia y celos Marijuan de Odia, bruja que también tenía amores con él, y era la mas favorecida de todas; y por esta competencia (54) comenzaron á tener entre sí emulación y pesadumbres, sintiendo mucho que á la dicha bruja le pesase de que ella fuese favorecida también del demonio; por lo cual determinó de tomar contra ella venganza; y una noche en el aquelarre dió cuenta al demonio de sus celos y competencias, y de cómo quería vengarse de ella matándola; y que el demonio le respondió: *pues vos lo queréis, hágase así*. Y que estando en su cama otra noche que no era de aquelarre, el demonio con otras brujas ancianas la fué á despertar, y le dijo se levantase luego, porque habian de ir á ejecutar la venganza que le habia pedido; y que esto el demonio lo hizo en noche que no era de aquelarre por coger á la dicha Marijuan de Odia desdichada y dormida; porque siendo como era bruja, no pudiera ejecutar la venganza tan cómodamente en noche que fuera de aquelarre, pues ella habia de estar despierta y en él; y habiendo ido en compañía del demonio, entraron en su casa y ejecutaron su venganza dándole un pedazo de pellejo de sapo en que iban envueltos unos pocos de los dichos polvos, y luego estuvo mala, que dentro de tercero (55) día

verdugo, en busca de un vampiro que habia muerto seis semanas antes, y se divertía en chupar á diestra y siniestra cuantas criaturas encontraba por aquellos contornos. Halláronle al picaron tendido en el ataud, gordo, fresco, recoloradote, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero el alcalde, que no entendía de fiestas, fulminó inmediatamente la sentencia contra el muerto tragon, apoderóse de él el verdugo, le sacó las entrañas, se las quemó; y por de contado, el tal vampiro perdió el apetito para siempre.

(54) Y cómo se holgaría el bellaco de ver celosas á la Marijuan y á la Barrenechea! porque esto de ser querido, no digo á nosotros, infelices mortales, pero aun al mismo demonio le lisonjea y le envanece.

(55) Un sobrinito mio, que para esto del verso es una águila, acaba de escribir una tragedia de magia y música, intitulada: *La venganza mas horrenda y muerte de Marijuan*, la cual se representará, sin remedio, en alguno de los teatros de la corte para esta pascua próxima. Es una obra de taracea, compuesta, como otras de su género, de retazos de los mas acreditados dramáticos antiguos y modernos, pegados unos á otros con admirable oportunidad y sutileza. No quiero decir lo que es el plan, porque sería quitarle al público anticipadamente la mitad de la diversion; pero, sin que me lleve el amor á mi sangre, como soy cristiano que es una de las mas acabadas piezas que jamás se han visto. Lo menos va á durar cuarenta días, háganla bien ó háganla mal, llueva ó no llueva. Tendrán grida las señoras mujeres; habrá á la puerta mantillas desgarradas, zapatos perdidos, abanicos rotos, capotes hechos trizas, y asfixias y navajazos para adquirir billetes. Los cómicos quedarán ricos, y por consiguiente querrá Dios que no vuelvan á representar en su vida. Pondré á lista de los personajes para divertir la curiosidad de los apasionados, en tanto que Baus dispone las máquinas y adoba las garruchas.

*El Gran Cabron*. Sultán y capellán mayor del aquelarre de Zugarramurdi.

*Graciana de Barrenechea*. Bruja, reina y papisa del aquelarre.

*Marijuan de Odia*. Bruja, concubina del Gran Cabron, jubilada y sin sueldo.

*Estebanita de Iriarte*. Bruja, concubina del mismo, con ejercicio y gajes.

*Juan Sansin*. Su esposo, brujo y maestro de capilla del aquelarre.

*Miguel de Goyburu*. Barba brujo, tamborilero y acólito del Gran Cabron.

*Martin de Vizcar*. Barba brujo, alcalde del aquelarre.

*Juan de Echalar*. Brujo, verdugo del aquelarre, y bufon de la reina.

*Maria de Echaleco*. Bruja, graciosa.

*Martin de Amayur*. Buen cristiano, hombre de bien y molinero tonto.

murió. Y todas confiesan grande número de muertes y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y á los niños que son pequeños los chupan por el sieso y por la natura (56); apretando recio con las manos, y chupando fuertemente los sa-

*Marta Chipia*. Bruja vieja y tullida, maestra de novicios.

*Socarradillo*.....

*Centella*.....

*Rabilargo*.....

*Garrillas*.....

} Diablos monacillos.

*Don Fermín de Iparraguirre*. Natural de Yurre de Arratia, vicario de Zugarramurdi.

*Don Ignacio Javier Marla de Errelarchecojuunarena*. Sacristán de Zugarramurdi.

Cuatro docenas de niños chupados.

Acompañamiento de puercos, gatos, cabritos, zorros y garduños. Pajes del Cabron.

Acompañamiento de murciélagas, grajas, cercinácals, mochuelas y lechuzas. Camaristas de la reina.

Coro de perros.

Coro de sapos.

(56) Y los angelitos se quedan tan flacuchos, tan descoloridos, tan débiles, tan tristes, que sus pobres madres, tías y abuelas ni saben qué hacer con ellos, ni adivinan cuál sea su enfermedad. Regularmente suponen que serán lombrices, y los atracan de etiope mineral, calomelanos de Riberio, santolina, aloes, escordio y yerba cuquera; pero si la bribona de la bruja se los chupa de noche, ¿quién hallará medicina tan eficaz que baste á curarlos? Yo te lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya llegamos tarde. Los padres de San Bernardo habian discurrido una oracion ambidestra, que tan buena era para el chupamiento de brujas, como para las lombrices. Llenábase la portería de chiquillos entecos, y madres devotas, y hermanas opiladitas y ojinegras; bajaba un religioso de robusta estructura, ceja populosa, nariz adunca, cerviz taurina, además hercúleo, y le acompañaba un hermano motilon con el agua bendita y el libro. Saludaba el padre á aquellas afligidas mujeres, no quitaba ojo á las hermanas, y repartiendo la oracion, las bendiciones, la estola y el aspersorio de canijo en canijo, lo dejaba como nuevos, y se volvía sudando á su celda. Yo bien te diría cuál era la oracion; pero si no hay padres que la administren, lo mismo sirve la oracion que las coplas de Calainos... No obstante, así como así, mañana vendrán los nuestros, y por consiguiente volverán á chupar las brujas y á conjurar los frailes. La oracion es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Sathana, nunquam suade mihi vana.

» Sicut mala quæ libas, ipse venena bibas.

» Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi dux.»

» Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo

» te defendat. Maledicti et excommunicati demones: in

» virtute istorum sanctorum Dei nominum, Messias, Emma-

» nuel, Sother, Sabaoth, Agios, Ischyros, Athanatos, Je-

» hovah, Adonai et Tetragrammaton vos constringimus et

» separamus à creatura ista Pascual de Jaramillo, et ab

» omni loco et domo ubi fuerint hæc nomina et signa Dei:

» et præcipimus vobis, atque ligamus vos, ut non habe-

» tis potestatem per pestem, nec per aliquod quodcumque

» maleficium, nocere ei neque in anima, neque in corpore.

» Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, sivi ad loca vo-

» bis à Deo assignata. Imperat vobis Deus Pater, imperat

» vobis Deus Filius, imperat vobis Deus Spiritus Sanctus,

» imperat vobis Sanctissima Trinitas unus Deus. Amen.

» Oremus. Accipiat, quæsumus, Domine Deus noster be-

» nedictionem tuam creatura ista, qua corpore salvetur et

» mente, congruamque tibi exhibeat servitutem, atque tuæ

» propitiationis beneficia semper inveniat. Amen. Potestas

» Dei Patris, Sapientia Dei Filii, et virtus Spiritus Sancti

» liberet et sanet te, creatura Dei, ab infirmitate lumbri-

» corum. Amen. In nomine Jesu Christi Nazareni conjuro



can y chupan la sangre; y con alfileres y agujas les pican las sienes y en lo alto de la cabeza, y por el espinazo y otras partes y miembros de sus cuerpos; y por allí les van chupando la sangre, diciéndoles el demonio: *chupa y tragá eso, que es bueno para vosotros*; de la cual mueren los niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan luego, apretándolos con las manos y mordiéndolos por la garganta hasta que los ahogan. Y á los mayores los azotan cruelmente con unos espinos ó mimbres reforcidos, sin que ellos se puedan quejar ni despertar los que están en casa, porque el demonio los tiene encantados; y refieren gran número de personas que han muerto y hecho que tuviesen gravísimas enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chupado y ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y el tiempo en que cometieron estas maldades.

Y el dicho Miguel de Goyburu, entre muchas personas, hombres, mujeres y criaturas que confiesa haber muerto en la dicha forma, declara que chupó por el sieso y por la natura, hasta que le mató, un sobrino suyo, hijo de su hermana; y la dicha María de Iriarte, que por las dichas

partes chupó y ahogó, apretándolos con las manos y con la boca por la garganta, nueve criaturas, y con los dichos polvos y ponzoñas mató tres hombres y una mujer, declarando los nombres de todos ellos y los males que padecieron hasta morir dentro de pocos días, y otro gran número de niños, hombres y mujeres á quien causó diferentes males y enfermedades, refiriendo las causas de su venganza. Y Estebanía de Iriarte, su hermana, y Graciana de Barrenechea, su madre, refieren cosas muy notables y muertes que han hecho, que por ser tantas no se declaran en particular en sus sentencias. Y Estebanía de Telechea confiesa haber muerto una nieta suya echándole unos pocos de los dichos polvos en las migas que le dieron á comer, solo porque habiéndola tomado en brazos, se le ensució en un avental nuevo que tenía puesto; y que á un muchacho grande porque le dijo: *¡ah, puta vieja! el pescuezo te se tuersa*, le aguardó en cierta parte por donde había de pasar, y llevándolo la mano untada con los ungüentos ponzoñosos, trayéndosela por la cabeza y el pescuezo, como que le halagaba, le causó una grave enfermedad con que dentro de pocos días murió. Y refiere otras muchas muertes y males que de día hizo con los dichos polvos y ponzoñas, llegando como en burla á tocar con ellos á las personas que pretendía hacer los dichos males. Y María Presoná y María Joanto, hermanas, refieren que el demonio en el aqellarle les dijo que ya había mucho tiempo que no hacían males (como acusándoles el descuido que en esto tenían), por lo cual ambas se concertaron de matar un hijo de la una y una hija de la otra, que ambos eran de edad de ocho á nueve años; y para ello les echaron unos pocos de los dichos polvos en unas escudillas de caldo que les dieron á comer, con que dentro de ocho días murieron ambos; y que esto lo hicieron solo por dar contento al demonio, que después se les mostró agradecido porque los mataron. Y el dicho Miguel de Goyburu y María de Zozaya, y otros brujos de los mas ancianos, refieren que también emponzoñaban manzanas, peras, nueces y otras frutas, poniéndoles unos pocos de los polvos en las partes donde les quitaban los pezones ó en algun agujero sutil y disimulado que les hacían, y las daban á las personas que querían hacer males, con que enfermaban si las comían, y padecían grandes trabajos.

Siempre que mueren algunos brujos, ó los brujos han muerto algunas personas ó criaturas (después de enterrados), en las primeras noches que han de ir al aqellarre, se juntan los brujos con el demonio y sus criados, y llevando consigo azadas van á las sepulturas y desentierren los tales muertos, y quitándoles las mortajas (57) los parientes mas cercanos (con machetes que para ello llevan) los abren y sacan las tripas, y los descuartizan encima de la sepultura para que lo que cayere del cuerpo todo quede en ella; y luego lo cubren con la tierra, concertándola y poniéndola el demonio de la manera que estaba, que no se echa de ver que han andado en ella. Y luego toman acuestas al difunto los parientes mas cercanos, y llevando los padres á sus hijos y los hijos á sus padres y hermanos, las mujeres á sus maridos y los maridos á sus mujeres, se van con mucho regocijo y contento al aqellarre y los despedazan en puestas, y los dividen en tres partes: una cuecen, otra asan, y la otra

» vos, ascarides, ut conversæ in aquam recedatis á corpore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti, et Bernardi, atque Antonii de Padua, qui orent pro nobis. Amen. Per signum sanctæ Crucis, quo signo te efficiar sanus ab omni infirmitate, et vermes isti procul sint, moriantur, et exeant á corpore tuo: ut in Domino gaudentes dicamus; dum appropriant super te nocentes, ipsi infirmati sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la latinidad de estas preces ni es tan antigua como Salustio y Livio, ni en conciencia se le puede atribuir á Melchor Cano; pero de cualquier modo basta y sobra para los diablos, que no la gastan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota 52 en la página 626, y la elegancia con que respondieron en latin al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, mujeres ignorantisimas y gente lega, acostumbran ellas á hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan. Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al canto, ahí va la horrenda invocación de Celestina, que puede servir como de contrapeso al *Oremus* de las lombriças, que con tanta gracia declamaban aquellos benditos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la pícara vieja:

«Conjuro te, triste Pluton, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hirvientes étnicos montes manan, gobernador y vedor de los tormentos y atormentadores de las pecadoras ánimas, regidor de las tres furias Tesifone, Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras del reino de Stige y Dite, con todas sus lagunas y sombras infernales y litigioso caos, mantenedor de las vorlantes harpías, con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida clientula, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas hermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen, por la aspera ponzoña de las víboras de que este aceite fué hecho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza á obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas con ello estés, sin un momento te partir, hasta que Melibea, con aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo nire, mas su corazón se ablande á conceder mi petición. Y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Calisto, tanto, que despedida toda honestidad, se descubra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto hecho, pide y demandade de mí á tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternásme por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y otra vez te conjuro.» (Acto III.)

(57) Es cosa bien sabida que mientras no se le quite á un difunto el saco bendito que tiene encima no hay manera de llevarsele al infierno, ni tocarle, ni hacerle daño alguno. Por eso los cereros venden hábitos de San Francisco á precio discreto, con lo cual aseguran la quietud de los finados, y á ellos también les resulta alguna conveniencia. ¿Cuántas veces se ha visto (ó se ha oído á lo menos) en las noches mas tenebrosas, vagar desesperados á los difuntos por entre los encinares y en las arroyadas y malezas profundas gritando en voz lúgubre que les hagan el favor de quitarles el hábito, á fin de que estando en pelota puedan los diablos cargar con ellos y llevar el cuerpo á las calderas de alrebite en que se está rehogando el alma? Y si he de hablar claro (que es tiempo ya no alcanzo por qué tienen tanta prisa los tales difuntos en acelerar su tormento. Que la tuvieran los demonios, ya se entiende; pero ¿no es una solemne majadería que los otros se incomoden con lo que les alivia, y que pudiendo pasarlo menos mal, hagan tales esfuerzos para estar peor? Lo cierto es que ha sucedido muchas veces, y que no hay patán, por ignorante y rústico que sea, y aunque no se afeite sino de pascua á pascua, que no tenga noticia de tres ó cuatro casos espantosos sucedidos en su lugar con muertos condenados, que siempre suelen ser los que han tenido mas dinero.

Es tan horrible lo que pasó en Valladolid con el alcalde Ronquillo, que ya estuve resuelto á contarlo, porque lo sé con tales circunstancias y menudencias, que á no haberlo presenciado yo mismo, es imposible tener mas puntual conocimiento de ello; pero me acuerdo todavía de la nota 52, página 626, y de lo larga y tendida que salió del tintero. No quiera Dios que yo abuse jamas de la tolerancia de mis lectores, ni me empeñe en decirles todo lo que sé. Agradézcanme lo que callo.

dejan cruda. Y sobre una mesa que tienden en el campo con unos manteles sucios y negros, los parientes mas cercanos lo van repartiendo todo entre todos los demás brujos, y se lo comen asado, crudo y cocido, corriendo el demonio el corazon, y sus criados la parte que les cabe; y á los sapos vestidos les dan también su parte, que la comen riendo y gruñendo entre todos. Y afirman que aunque mas podridas y hediondas estén las carnes, les saben mejor que carnero, capones y gallinas, y mucho mas que todo la carne de los brujos; y que la de los hombres es mejor y mas sabrosa que la de las mujeres. Y que en la misma forma desenterran y comen otras muchas personas que no son brujos, y mueren de sus enfermedades; y los huesos los recogen y guardan para otra noche. Y la dicha Graciana de Barrenechea declara que por ser ella la mas preeminente de todos los brujos y reina del aquelarre, le pertenecía toda la carne, pan y vino que sobraba en los dichos banquetes; y los recogia y llevaba á su casa, y en ella lo guardaba en un arcaz grande que tenia, porque su marido y una de sus hijas y el yerno (que no eran brujos) no lo viesan; y cuando no estaban en casa sacaban la dicha carne, y la usaban y comian ella y dos de sus hijas (que eran brujas), y los dichos Miguel y Joanes de Goyburu y otras de los dichos brujos, que eran sus parientes. Y aunque la carne estaba muy hedionda, con todo eso les sabia muy bien y la comian con mucho gusto. Y refiereu mucho número de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, que comieron en la dicha forma, y las personas que los llevaron al aquelarre, y los descuartizaron y repartieron; declarando los padres que han comido á sus hijos (58), y los hijos á sus padres. Y el dicho Joanes de Goyburu refiere que también las noches que no eran de aquelarre se solian juntar ciertas personas de los dichos brujos (que declaró) en su propia casa, y de ella iban á desenterrar algunos muchachos que se habian muerto, y llevándolos á su casa hacian banquetes, comiéndolos asados. Y entre otros refiere que desenterraron y comieron su propio hijo, poniendo en los dichos banquetes el pan y vino de su casa, que después el gasto repartian entre todos, y lo pagaban á escote.

La primera vez que después vuelven al aquelarre echan á cocer los huesos del difunto que comieron antes, y con ellos las hojas, ramás y raíces de una yerba que en vascence llaman *belarrona*, que tiene virtud de ablandar los huesos y los pone como si fueran nabos cocidos; y una parte de ellos comen, y otra el demonio y brujos mas ancianos la machan en unos morteros, y los esprimen con unos paños delgados, y sacan de los dichos huesos una agua clara y amarilla que el demonio recoge en una redoma; y el cisco que queda de los huesos y los sesos de los difuntos los recogen los criados del demonio, y los guardan para hacer polvos y ponzoñas. Y de la dicha agua amarilla da el demonio una poquita á cada uno de los brujos mas privados, que tiene reservados para que cometan mayores maldades. Y es tan grande la ponzoña y fuerza de aquella mala agua, que tocando con ella cualquiera persona en cual-

quier parte de su cuerpo, con mucha brevedad, muere sin que haya remedio humano para ello. Y la dicha Maria de Iriarte refiere que con ella mató cuatro personas; y que habiendo una vez hecho la dicha agua ponzoñosa, el demonio la persuadió á que bebiese un trago; pero que ella no la quiso beber, porque si la bebiere sabia que se habia de morir luego; y el demonio le dijo que bebiese como él bebla. Y que ella vió que aunque el demonio bebió de la dicha agua no por ello se murió; pero con todo eso no quiso ella beber, aunque mas el demonio se lo rogaba. Y la dicha Maria de Zozaya declara que para se vengar de un hombre, habiendo puesto á asar un huevo, le tocaron con una gota de la dicha agua al tiempo que se estaba asando, y de haberle comido padeció grandes trabajos y tormentos hasta que murió.

Y por dar fin á tantas y tan grandes y espantosas maldades con la burla de la caza, entre otras cosas que refiere la dicha Maria de Zozaya, declara que habiendo en la villa de Rentería un clérigo cazador, muchas veces cuando iba á caza, le decia: *señor compadre, mate muchas liebres para que nos dé lebrada á todos*. Y luego se iba á casa, y habiéndose untado con el agua hedionda que se untaba para ir al aquelarre, caminaba acia la parte donde iba el dicho clérigo, y el demonio la ponía en figura de liebre; y arremeciendo contra ella los galgos, corria por los campos haciéndoles muchas burlas y revueltas acia todas partes, con que el clérigo (59) y las demás personas que con él iban andaban desatinados corriendo tras los perros, porque siempre revolvía acia donde andaban los cazadores, con que con mayores voces y furia la perseguian, y no cesaba de hacerles burlas hasta que los galgos y cazadores de cansados la dejaban; con que burlados (60) y sin caza ninguna se volvian á sus casas. Y tras haber oido tantas y tan grandes maldades en dos dias enteros que duró el Auto, después de gran rato de la noche nos fuimos todos santiguándonos á las nuestras.

(59) Buena idea es atribuir á las brujas la lijereza de las liebres, lo pasicorto de los galgos y la poca maña del clérigo montaraz de Rentería.

(60) Pues por estas burlas y las que se han referido, condenó la santa inquisicion de Logroño á cincuenta y tres personas, á cinco estatuas y á cinco esqueletos. Y por estas burlas hubo prision, tormento, sambenito, co-rozas, soga, velas verdes, burro, azotes, multas, confiscacion de bienes, destierro, cárcel perpetua, afrenta pública, pena capital, garrote y braserio; y eso que perdonó ó alivió el castigo á diez y ocho, porque fueron buenos confitentes. Todo acompañado y embellecido con las procesiones, las cruces, los vestidos nuevos de los familiares, los sermones, el estrépito de los cantores y ministriles, y la satisfaccion y el contoneo del licenciado Frias, del licenciado Valle de Alvarado y del doctor Becerra y Holguin.

(58) Aquí vienen como de perlas cuatro versos del buen Camoens:

Bem poderas, ¡oh sol! da vista destes  
Teus rayos apartar aquella dia:  
Como da seva mesa da Thyestes,  
Quando os filhos, por mau de Atrreu, comia.





# INDICE.

|                                                   |          |
|---------------------------------------------------|----------|
| ADVERTENCIA. . . . .                              | Páginas. |
| VIDA DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN. . . . . | V        |
| VIDA DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN. . . . . | XX       |

## OBRAS DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

### POESÍAS SUELTAS.

#### ANACREÓNTICAS.

|                                                                               |   |
|-------------------------------------------------------------------------------|---|
| A mi libro. . . . .                                                           | 1 |
| A mi Musa. . . . .                                                            | 1 |
| Motivo de escribir mi obra. . . . .                                           | 1 |
| Aventura. . . . .                                                             | 1 |
| Los dos Niños. . . . .                                                        | 2 |
| El Nido de Amor. . . . .                                                      | 2 |
| El Sueño. . . . .                                                             | 2 |
| La Barquerilla. . . . .                                                       | 2 |
| Súplica despreciada. . . . .                                                  | 3 |
| El Arroyo. . . . .                                                            | 3 |
| Fuga inútil. . . . .                                                          | 3 |
| Canto á Dorisa. . . . .                                                       | 3 |
| A Dorisa. . . . .                                                             | 5 |
| Amor aldeano. . . . .                                                         | 4 |
| A los ojos de Dorisa. . . . .                                                 | 4 |
| A Dorisa exhortándola al estudio de la poesia. . . . .                        | 4 |
| El Premio del canto. . . . .                                                  | 4 |
| Grato recuerdo. . . . .                                                       | 5 |
| Disculpa de un error. . . . .                                                 | 5 |
| Amante feliz. . . . .                                                         | 5 |
| El Vino dulce. . . . .                                                        | 5 |
| La Yida poltrona. . . . .                                                     | 5 |
| Todas merecen. . . . .                                                        | 5 |
| Gocemos hoy. . . . .                                                          | 5 |
| Todos son locos. . . . .                                                      | 6 |
| Corto poder de los hombres. . . . .                                           | 6 |
| Mi golosina. . . . .                                                          | 6 |
| Escolencias del ingenio sobre las riquezas. . . . .                           | 6 |
| A un rico ignorante. . . . .                                                  | 6 |
| Mi pobreza. . . . .                                                           | 6 |
| Hambre é Inapetencia. . . . .                                                 | 6 |
| El Sablo y el Rico. . . . .                                                   | 6 |
| La Mujer humilde. . . . .                                                     | 6 |
| La Fama póstuma. . . . .                                                      | 7 |
| A don Agustín de Montiano y Luyando. . . . .                                  | 7 |
| A los dias del coronel don José Cadahalso. . . . .                            | 7 |
| A mis dias. . . . .                                                           | 7 |
| En elogio de las niñas premiadas por la sociedad económica de Madrid. . . . . | 7 |
| Los Lectores. . . . .                                                         | 8 |

#### ROMANCES.

|                                              |    |
|----------------------------------------------|----|
| I. Amor y honor. . . . .                     | 8  |
| II. Consuelo de una ausencia. . . . .        | 8  |
| III. Abdelcadir y Galiana. . . . .           | 9  |
| IV. Don Sancho en Zamora. . . . .            | 10 |
| V. Empresa de Micer Jaques Borgoñon. . . . . | 10 |

#### QUINTILLAS.

|                                    |    |
|------------------------------------|----|
| Fiesta de toros en Madrid. . . . . | 12 |
|------------------------------------|----|

#### EPIGRAMAS.

|                                              |    |
|----------------------------------------------|----|
| I. Filena devota. . . . .                    | 13 |
| II. Correccion oportuna. . . . .             | 14 |
| III. Laudable templanza. . . . .             | 14 |
| IV. Saber sin estudiar. . . . .              | 14 |
| V. Reflexion moral. . . . .                  | 14 |
| VI. La Lengua patria. . . . .                | 14 |
| VII. El Gran teatro. . . . .                 | 14 |
| VIII. Dorisa enojada. . . . .                | 14 |
| IX. De un vizcaíno. . . . .                  | 14 |
| X. A una dama. . . . .                       | 14 |
| XI. En la boda de un sarjento mayor. . . . . | 14 |

#### SONETOS.

|                                                  |    |
|--------------------------------------------------|----|
| I. Realistancia inútil. . . . .                  | 15 |
| II. Poder del Amor. . . . .                      | 15 |
| III. A Leandro (Imitacion de Marcial). . . . .   | 15 |
| IV. Libertad perdida. . . . .                    | 15 |
| V. Jactancia amorosa. . . . .                    | 15 |
| VI. Esquivez de Dorisa. . . . .                  | 15 |
| VII. Reconvencon á Dorisa. . . . .               | 15 |
| VIII. Atrevimiento amoroso. . . . .              | 15 |
| IX. Amor constante. . . . .                      | 15 |
| X. Aplauso á Dorisa. . . . .                     | 15 |
| XI. Dorisa en traje magnífico. . . . .           | 15 |
| XII. Modestia de Dorisa. . . . .                 | 15 |
| XIII. Dorisa mudable y hermosa. . . . .          | 15 |
| XIV. Dorisa ingrata. . . . .                     | 15 |
| XV. Funesto recuerdo. . . . .                    | 15 |
| XVI. El escarmiento. . . . .                     | 15 |
| XVII. Aviso á quien ama. . . . .                 | 15 |
| XVIII. Desengaño del amor. . . . .               | 17 |
| XIX. Amor platónico. . . . .                     | 17 |
| XX. Alabanzas del matrimonio. . . . .            | 17 |
| XXI. Ejecutoria de la verdadera nobleza. . . . . | 17 |
| XXII. A un presumido. . . . .                    | 17 |
| XXIII. Dificultades del escritor. . . . .        | 17 |
| XXIV. Al lector. . . . .                         | 17 |
| XXV. A don Juan Bautista Conti. . . . .          | 17 |
| XXVI. A la reina madre. . . . .                  | 17 |

#### ROMANCES HERÓICOS.

|                                             |    |
|---------------------------------------------|----|
| I. A un amigo en sus dias. . . . .          | 17 |
| II. A un amigo desde San Ildefonso. . . . . | 18 |

#### SILVAS.

|                                                                                                                         |    |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| I. Dedicatoria al lector de su periódico titulado <i>el Poeta</i> . . . . .                                             | 19 |
| II. A las bodas de la Infanta de España doña Maria Luisa de Borbon con el archiduque de Austria Pedro Leopoldo. . . . . | 19 |
| III. Al conde de Aranda, capitán general y presidente de Castilla. . . . .                                              | 20 |
| IV. A don Ignacio Bernascone, excelente en la esgrima. . . . .                                                          | 21 |
| V. Al infante don Gabriel de Borbon, durante la guerra de España con Marruecos. . . . .                                 | 21 |
| VI. Al capitán general don Pedro Ceballos. . . . .                                                                      | 22 |

#### ÉLOGA.

|                               |    |
|-------------------------------|----|
| A Velasco y Gonzalez. . . . . | 22 |
|-------------------------------|----|

#### ELEGÍAS.

|                                                                                                                               |    |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| I. A la muerte de la serenísima señora doña Maria Luisa, archiduquesa de Austria, hija del serenísimo duque de Parma. . . . . | 25 |
| II. A la muerte de la reina madre doña Isabel Farnesio. . . . .                                                               | 25 |
| III. A las niñas premiadas por la sociedad económica en 1779. . . . .                                                         | 27 |

#### SÁTIRAS.

|                                     |    |
|-------------------------------------|----|
| I. . . . .                          | 31 |
| II. . . . .                         | 32 |
| III. . . . .                        | 33 |
| IV. (Imitacion de Marcial). . . . . | 33 |

#### ODAS.

|                                                   |    |
|---------------------------------------------------|----|
| I. Traduccion de Horacio. . . . .                 | 35 |
| II. La poesia inmortaliza á la hermosura. . . . . | 35 |
| III. Dorisa ausente. . . . .                      | 35 |
| IV. A don Pedro Napoli Signorelli. . . . .        | 35 |
| V. A Pedro Romero. . . . .                        | 36 |
| VI. A don José, en sus dias. . . . .              | 37 |
| VII. Al duque de Medinasidonia. . . . .           | 37 |
| VIII. Madrid antigua y moderna. . . . .           | 38 |
| IX. Vanidad de las riquezas. . . . .              | 38 |
| X. Quietud del ánimo. . . . .                     | 38 |

#### CANTO ÉPICO.

|                                                       |    |
|-------------------------------------------------------|----|
| Las Naves de Cortés. . . . .                          | 37 |
| Reflexiones criticas sobre el canto anterior. . . . . | 44 |

#### POEMA DIDÁCTICO.

|                  |    |
|------------------|----|
| La Caza. . . . . | 49 |
|------------------|----|

#### COMEDIA.

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| La Petimetra. . . . . | 100 |
|-----------------------|-----|



## TRAGEDIAS.

|                                                                                         |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Mormesinda . . . . .                                                                    | 85  |
| Lucrecia . . . . .                                                                      | 102 |
| Guzman el Bueno . . . . .                                                               | 118 |
| CARTA HISTÓRICA sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España . . . . . | 141 |

## OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

## ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

|                                                                                                                                                               |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo del autor . . . . .                                                                                                                                   | 147 |
| Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español . . . . .                                                                                            | 150 |
| Notas . . . . .                                                                                                                                               | 165 |
| Catálogo histórico y crítico de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega . . . . .                                                                         | 178 |
| Año de 1556.                                                                                                                                                  |     |
| 1. Anónimo. Danza general en que entran todos los estados de gentes . . . . .                                                                                 | 178 |
| 1414.                                                                                                                                                         |     |
| 2. Don Enrique de Aragon, marqués de Villena. Comedia alegórica . . . . .                                                                                     | 178 |
| 1469.                                                                                                                                                         |     |
| 3. Anónimo. Comedia representada en casa del conde de Ureña . . . . .                                                                                         | 178 |
| 1470.                                                                                                                                                         |     |
| 4. Rodrigo de Cota. Diálogo entre el Amor y un viejo . . . . .                                                                                                | 179 |
| 1492.                                                                                                                                                         |     |
| 5. Juan de la Encina. Egloga representada en la noche de Navidad . . . . .                                                                                    | 179 |
| 6. Egloga representada en la misma noche de Navidad . . . . .                                                                                                 | 179 |
| 1494.                                                                                                                                                         |     |
| 7. Representación á la muy bendita pasión y muerte de nuestro precioso Redentor . . . . .                                                                     | 179 |
| 8. Representación á la santísima Resurrección de Cristo . . . . .                                                                                             | 179 |
| 1495.                                                                                                                                                         |     |
| 9. Egloga representada en la noche postrera de carnal . . . . .                                                                                               | 179 |
| 10. Egloga representada la misma noche de antrujo . . . . .                                                                                                   | 179 |
| 11. Egloga representada en recuesta de unos amores . . . . .                                                                                                  | 180 |
| 1496.                                                                                                                                                         |     |
| 12. Egloga representada por las mismas personas . . . . .                                                                                                     | 180 |
| 13. Auto del Repelon . . . . .                                                                                                                                | 180 |
| 14. Representación ante el muy esclarecido é muy ilustre príncipe don Juan . . . . .                                                                          | 180 |
| 1497.                                                                                                                                                         |     |
| 15. Egloga en la cual se introducen tres pastores . . . . .                                                                                                   | 181 |
| 1498.                                                                                                                                                         |     |
| 16. Egloga representada la noche de Navidad . . . . .                                                                                                         | 181 |
| 1515.                                                                                                                                                         |     |
| 17. Don Pedro Manuel de Urrea. Egloga de la tragicomedia de Calisto y Melibeia . . . . .                                                                      | 181 |
| 1514.                                                                                                                                                         |     |
| 18. Juan de la Encina. Farsa de Plácida é Vitoriano . . . . .                                                                                                 | 181 |
| 19. Anónimo. Egloga . . . . .                                                                                                                                 | 185 |
| 1515.                                                                                                                                                         |     |
| 20. Francisco de Villatobos. Comedia de Plauto, llamada Anfitrión . . . . .                                                                                   | 183 |
| 1517.                                                                                                                                                         |     |
| 21. Bartolomé de Torres Naharro. Comedia Serafina . . . . .                                                                                                   | 184 |
| 22. Comedia Trofeas . . . . .                                                                                                                                 | 184 |
| 23. Comedia Soldadesca . . . . .                                                                                                                              | 185 |
| 24. Comedia Tinelería . . . . .                                                                                                                               | 185 |
| 25. Comedia Himenea . . . . .                                                                                                                                 | 186 |
| 26. Comedia Jacinta . . . . .                                                                                                                                 | 186 |
| 27. Comedia Aquilana . . . . .                                                                                                                                | 187 |
| 1520.                                                                                                                                                         |     |
| 28. Comedia Calamita . . . . .                                                                                                                                | 187 |
| 29. Diálogo del Nacimiento . . . . .                                                                                                                          | 188 |
| 30. Vasco Diaz Tanco de Fregenal. Tragedia de Absalon . . . . .                                                                                               | 189 |
| 31. Tragedia de Amán . . . . .                                                                                                                                | 189 |
| 32. Tragedia de Jonatás . . . . .                                                                                                                             | 189 |
| 1521.                                                                                                                                                         |     |
| 33. Anónimo. Comedia llamada Hipólita . . . . .                                                                                                               | 189 |
| 34. Comedia nuevamente compuesta, llamada Serapna . . . . .                                                                                                   | 189 |
| 1522.                                                                                                                                                         |     |
| 35. Cristóbal de Castillejo. Farsa de la Constanza . . . . .                                                                                                  | 189 |
| 1523.                                                                                                                                                         |     |
| 36. Pedro Altamira. Auto de la aparición que nuestro Señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emaús . . . . .                                    | 190 |
| 1527.                                                                                                                                                         |     |
| 37. Anónimo. Auto del bautismo de San Juan Bautista . . . . .                                                                                                 | 191 |
| 1528.                                                                                                                                                         |     |
| 38. Esteban Martínez. Auto de como san Juan fué concebido, y así mismo el nacimiento de san Juan . . . . .                                                    | 191 |
| 39. Juan Pastor. Auto nuevo del santo nacimiento de Cristo nuestro Señor . . . . .                                                                            | 191 |
| 40. Farsa de Lucrecia . . . . .                                                                                                                               | 191 |
| 41. Farsa llamada Grimaltina . . . . .                                                                                                                        | 191 |
| 42. Farsa llamada Clariana . . . . .                                                                                                                          | 191 |
| 1529.                                                                                                                                                         |     |
| 43. Fernan Perez de Oliva. Comedia de Anfitrión . . . . .                                                                                                     | 191 |
| 1530.                                                                                                                                                         |     |
| 44. Tragedia. La Venganza de Agamenon . . . . .                                                                                                               | 192 |
| 45. Tragedia. Hécuba triste . . . . .                                                                                                                         | 192 |
| 46. Anónimo. Farsa sobre el matrimonio . . . . .                                                                                                              | 192 |
| 1531.                                                                                                                                                         |     |
| 47. Jaime de Huete. Comedia llamada Tesorina . . . . .                                                                                                        | 193 |
| 1532.                                                                                                                                                         |     |
| 48. Ausias Izquierdo Zoberro. Lucero de nuestra salvación al despedimiento que hizo nuestro Señor Jesucristo de su bendita Madre; pasos muy devotos . . . . . | 193 |
| 49. Gil Vicente. Auto de Amadis de Gaula . . . . .                                                                                                            | 193 |
| 50. Comedia Rubena . . . . .                                                                                                                                  | 193 |
| 51. El Templo de Apolo, tragicomedia . . . . .                                                                                                                | 193 |
| 52. Romería de Agravios, comedia . . . . .                                                                                                                    | 193 |
| 53. La Nao de amores, comedia . . . . .                                                                                                                       | 193 |
| 54. Al parto de la reina, tragicomedia . . . . .                                                                                                              | 193 |
| 55. La Fragua de amor, tragicomedia . . . . .                                                                                                                 | 193 |
| 56. La Floresta de engaños, comedia . . . . .                                                                                                                 | 193 |
| 1534.                                                                                                                                                         |     |
| 57. Anónimo. Comedia llamada Orfea . . . . .                                                                                                                  | 193 |
| 1535.                                                                                                                                                         |     |
| 58. Francisco de las Navas. Comedia llamada Fidea . . . . .                                                                                                   | 193 |
| 1537.                                                                                                                                                         |     |
| 59. Andrés Prado. Farsa llamada Cornelia . . . . .                                                                                                            | 193 |
| 1539.                                                                                                                                                         |     |
| 60. Anónimo. Tragicomedia alegórica del paraíso y del infierno . . . . .                                                                                      | 193 |
| 1540.                                                                                                                                                         |     |
| 61. Anónimo. Coloquio de Fenisa . . . . .                                                                                                                     | 193 |
| 62. Anónimo. Coloquio . . . . .                                                                                                                               | 193 |
| 1541.                                                                                                                                                         |     |
| 63. Anónimo. Farsa llamada Custodia . . . . .                                                                                                                 | 194 |
| 1542.                                                                                                                                                         |     |
| 64. Anónimo. Farsa de los enamorados . . . . .                                                                                                                | 194 |
| 1543.                                                                                                                                                         |     |
| 65. Anónimo. Farsa llamada Josefina . . . . .                                                                                                                 | 194 |
| 1544.                                                                                                                                                         |     |
| 66. Lope de Rueda. Paso en el cual se introducen trece personas: Laquitas, Alameda y Salcedo . . . . .                                                        | 194 |
| 67. Comedia Eufemia . . . . .                                                                                                                                 | 195 |
| 1545.                                                                                                                                                         |     |
| 68. Paso en el cual se introducen dos personas: Alameda y Salcedo . . . . .                                                                                   | 195 |
| 69. Comedia Armelina . . . . .                                                                                                                                | 195 |
| 1546.                                                                                                                                                         |     |
| 70. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Lucio, Martín de Villalba, Bárbara y Jerónimo . . . . .                                            | 195 |
| 71. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Caminante, Jáquima y Brazuelos . . . . .                                                           | 195 |
| 1547.                                                                                                                                                         |     |
| 72. Paso en que se introducen las personas siguientes: Honciguera, Panarizo y Mendrugo . . . . .                                                              | 196 |
| 73. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Brezano, Cebadon y Samadell . . . . .                                                              | 196 |
| 1548.                                                                                                                                                         |     |
| 74. Juan de Matara. Comedia llamada Locusta . . . . .                                                                                                         | 196 |
| 75. Lope de Rueda. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Forrubio, Agueda, Mencigüela y Aloja . . . . .                                      | 196 |
| 1549.                                                                                                                                                         |     |
| 76. Farsa del Sordo . . . . .                                                                                                                                 | 196 |
| 1550.                                                                                                                                                         |     |
| 77. Comedia Medora . . . . .                                                                                                                                  | 196 |
| 1551.                                                                                                                                                         |     |
| 78. Coloquio de Camila . . . . .                                                                                                                              | 196 |
| 79. Juan de Rodrigo Alonso. Comedia en la cual se declara la historia de santa Susana . . . . .                                                               | 197 |
| 80. Lope de Rueda. Coloquio . . . . .                                                                                                                         | 197 |
| 1552.                                                                                                                                                         |     |
| 81. Coloquio en verso . . . . .                                                                                                                               | 197 |
| 82. Coloquio de Timbria . . . . .                                                                                                                             | 197 |
| 1553.                                                                                                                                                         |     |
| 83. Anónimo. Comedia de Peregrino y de Ginebra . . . . .                                                                                                      | 197 |
| 84. Francisco de Avendaño. Comedia . . . . .                                                                                                                  | 197 |
| 1554.                                                                                                                                                         |     |
| 85. Luis de Miranda. Comedia Pródiga . . . . .                                                                                                                | 197 |
| 1555.                                                                                                                                                         |     |
| 86. Anónimo. Comedia de Plauto, intitulada Milite glorioso . . . . .                                                                                          | 200 |
| 87. Comedia de Plauto, intitulada Menecmos . . . . .                                                                                                          | 200 |
| 1556.                                                                                                                                                         |     |
| 88. Juan de Matara. Tragedia de Absalon . . . . .                                                                                                             | 200 |
| 89. Lope de Rueda. Paso. Introdúcense en él Sigüenza, Sebastiana y Estepa . . . . .                                                                           | 200 |
| 90. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Balagon, Pancorbo, Periquillo, Peiruton y Guillemitillo . . . . .                                       | 200 |
| 91. Comedia de los Engaños . . . . .                                                                                                                          | 200 |
| 92. Coloquio llamado Prenda de amor . . . . .                                                                                                                 | 200 |
| 1558.                                                                                                                                                         |     |
| 93. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Madrigalejo, Molina, un alguacil y un paje . . . . .                                                    | 201 |
| 94. Anónimo. Farsa llamada Rosieta . . . . .                                                                                                                  | 201 |
| 1559.                                                                                                                                                         |     |
| 95. Juan de Timoneda. Comedia de los Menecmos . . . . .                                                                                                       | 201 |
| 96. Comedia llamada Cornelia . . . . .                                                                                                                        | 204 |
| 1560.                                                                                                                                                         |     |
| 97. Anónimo. Paso. Interlocutores: Monserrate, Coladilla, Valverde, Jumilla y Porqueron . . . . .                                                             | 201 |
| 98. Paso de los Ladrones . . . . .                                                                                                                            | 201 |
| 99. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Gutierrez de Santibañez, Inesa Lopez, Rodrigo del Toro y Salmicón . . . . .                             | 202 |
| 100. Alonso de la Vega. Comedia llamada Tolomea . . . . .                                                                                                     | 202 |

|                                                                                                                    |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 101. <i>Juan de Mulara</i> . Comedia en elogio de la villa de Utrera.                                              | 202 |
| 102. <i>Pedro Suarez de Robles</i> . Danza del santísimo Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, al modo pastoril. | 202 |
| 103. <i>Anónimo</i> . Comedia llamada Feliciano.                                                                   | 205 |
| 104. <i>Alonso de la Vega</i> . Tragedia llamada Serafina.                                                         | 205 |
| 105. Comedia de la duquesa de la Rosa.                                                                             | 205 |
| 106. <i>Juan de Timoneda</i> . Entremés de un ciego, un mozo y un pobre.                                           | 204 |
| 107. Paso de dos clérigos y dos mozos auyos.                                                                       | 204 |
| 108. Paso de dos ciegos y un mozo.                                                                                 | 204 |
| 109. Paso de un soldado, y un moro, y un ermitaño.                                                                 | 204 |
| 110. Paso de la Razon, la Fama, y el Tiempo.                                                                       | 204 |
| 111. Tragicomedia llamada Filomena.                                                                                | 204 |
| 112. Farsa llamada Paliana.                                                                                        | 204 |
| 113. Comedia llamada Aurella.                                                                                      | 204 |
| 114. Farsa llamada Trapacera.                                                                                      | 205 |
| 115. Farsa llamada Rosalina.                                                                                       | 206 |
| 116. Farsa llamada Floriania.                                                                                      | 206 |
| 117. Auto de la Oveja perdida.                                                                                     | 206 |
| 118. Coloquio pastoril.                                                                                            | 206 |
| 119. <i>Gaspar Vazquez</i> . Comedia de la Constanza.                                                              | 207 |
| 120. <i>Pedro Simon de Abril</i> . El Pluto de Aristófanes.                                                        | 207 |
| 121. Medea de Eurípides.                                                                                           | 207 |
| 122. <i>Alonso Cisneros</i> . Comedia intitulada Callar hasta la ocacion.                                          | 207 |
| 123. <i>Pedro Simon de Abril</i> . Comedias de Terencio.—Andria.                                                   | 207 |
| 124. El Eunuco.                                                                                                    | 207 |
| 125. El Heautontimorumenos.                                                                                        | 207 |
| 126. Los Adelfos.                                                                                                  | 207 |
| 127. La Hecira.                                                                                                    | 207 |
| 128. El Formion.                                                                                                   | 207 |
| 129. <i>Jerónimo Bermudez</i> . Tragedia de Nise lastimosa.                                                        | 208 |
| 130. Tragedia de Nise laureada.                                                                                    | 209 |
| 131. <i>Anónimo</i> . Comedia intitulada Metamorfosea.                                                             | 210 |
| 132. <i>Juan de la Cueva</i> . Comedia de la muerte del rey don Sancho, y reto de Zamora por don Diego Ordoñez.    | 210 |
| 133. Comedia del Saco de Roma y muerte de Borbon, y coronacion de nuestro Invicto emperador Carlos V.              | 211 |
| 134. Tragedia de los Siete Infantes de Lara.                                                                       | 211 |
| 135. Comedia de la libertad de España, por Bernardo del Carpio.                                                    | 211 |
| 136. Comedia del Degollado.                                                                                        | 212 |
| 137. Tragedia de la Muerte de Ajax Telamon, sobre las armas de Aquiles.                                            | 212 |
| 138. Comedia del Tutor.                                                                                            | 212 |
| 139. Comedia de la Constanza de Arcellua.                                                                          | 212 |
| 140. <i>Cristóbal de Virués</i> . Tragedia. La Gran Semiramis.                                                     | 215 |
| 141. Tragedia. La Cruel Casandra.                                                                                  | 214 |
| 142. <i>Juan de la Cueva</i> . Tragedia de la Muerte de Virginia y Apolo Claudio.                                  | 214 |
| 143. Comedia de El Principe tirano.                                                                                | 215 |
| 144. Tragedia de El Principe tirano.                                                                               | 215 |
| 145. Comedia de El Viejo enamorado.                                                                                | 215 |
| 146. <i>Cristóbal de Virués</i> . Tragedia de Atila furioso.                                                       | 215 |
| 147. <i>Juan de la Cueva</i> . Comedia de la libertad de Roma, por Mucio Scévola.                                  | 216 |
| 148. <i>Cristóbal de Virués</i> . Tragedia. La infeliz Marcela.                                                    | 216 |
| 149. Tragedia de Elisa Dido.                                                                                       | 217 |
| 150. <i>Juan de la Cueva</i> . Comedia de El Infamador.                                                            | 218 |
| 151. <i>Andrés Rey de Arrieda</i> . Los Amantes, tragedia.                                                         | 219 |
| 152. Amadis de Gaula, comedia.                                                                                     | 219 |
| 153. El Principe vicioso, comedia.                                                                                 | 219 |
| 154. Los Encantos de Merlin, comedia.                                                                              | 219 |
| 155. <i>Miguel de Cervantes Saavedra</i> . Comedia. Los Tratos de Arjel.                                           | 219 |
| 156. <i>Joaquín Romero de Cepeda</i> . Comedia selvaje.                                                            | 220 |
| 157. <i>Miguel de Cervantes Saavedra</i> . Tragedia de Numancia.                                                   | 221 |
| 158. Comedia de la batalla naval.                                                                                  | 222 |
| 159. Comedia de la gran Turquesca.                                                                                 | 222 |
| 160. Comedia de la Jerusalén.                                                                                      | 222 |
| 161. <i>Lupercio Leonardo de Argensola</i> . Tragedia de la Isabela.                                               | 222 |
| 162. Tragedia. La Alejandra.                                                                                       | 224 |
| 163. Tragedia. La Filis.                                                                                           | 224 |
| 164. <i>Miguel de Cervantes Saavedra</i> . Comedia de la Amaranta ó la de Mayo.                                    | 224 |
| 165. Comedia del Bosque amoroso.                                                                                   | 224 |

1587.

|                                                                              |     |
|------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 166. Comedia de la única y bizarra Arsinda.                                  | 221 |
| 167. Comedia. La Confusa.                                                    | 221 |
| 168. <i>Gabriel Laso de la Vega</i> . Tragedia. La honra de Dido restaurada. | 225 |
| 169. Tragedia de la destruccion de Constantinopla.                           | 225 |

## COLECCION DE PIEZAS DRAMÁTICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA.

|                                                       |     |
|-------------------------------------------------------|-----|
| <i>Rodrigo de Cota</i> . Diálogo.                     | 226 |
| <i>Juan de la Encina</i> . Egloga.                    | 228 |
| Egloga.                                               | 230 |
| <i>Anónimo</i> . Egloga.                              | 232 |
| <i>Bartolomé de Torres Naharro</i> . Comedia Himenea. | 234 |
| <i>Lope de Rueda</i> . La Carátula. Paso.             | 245 |
| El Rufán cobarde. Paso.                               | 246 |
| Eufemia. Comedia.                                     | 248 |
| El Convidado. Paso.                                   | 263 |
| Las Aceitunas. Paso.                                  | 265 |
| Los Engaños. Comedia.                                 | 267 |
| Corrado y contento. Paso.                             | 281 |
| Pagar y no pagar. Paso.                               | 283 |
| Prendas de Amor. Coloquio.                            | 286 |
| <i>Alonso de la Vega</i> . Amor vengado. Paso.        | 287 |
| <i>Juan de Timoneda</i> . Los Ciegos y el Mozo. Paso. | 290 |
| Intróito á la pieza siguiente.                        | 291 |
| Los Menemos. Comedia.                                 | 293 |

## COMEDIAS.

|                                                                                                                           |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Discurso preliminar.                                                                                                      | 507 |
| Catálogo de las piezas dramáticas publicadas en España desde el principio del siglo XVIII hasta la época presente (1825). | 527 |
| El Viejo y la niña.                                                                                                       | 553 |
| La Comedia nueva.                                                                                                         | 556 |
| El Baron.                                                                                                                 | 573 |
| La Mojigata.                                                                                                              | 592 |
| El Si de las niñas.                                                                                                       | 418 |
| La Escuela de los maridos.                                                                                                | 442 |
| El Médico á palos.                                                                                                        | 460 |
| HAMLET, tragedia de Shakespeare.                                                                                          | 473 |
| Notas.                                                                                                                    | 555 |
| LA DERROTA DE LOS PEDANTES.                                                                                               | 561 |

## POESÍAS SUELTAS.

|                                                                                 |     |
|---------------------------------------------------------------------------------|-----|
| La toma de Granada, romance endecasílabo.                                       | 573 |
| Leccion poetica, sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana. | 578 |

## EPISTOLAS.

|                                                       |     |
|-------------------------------------------------------|-----|
| I. A don Simon Rodrigo Laso.                          | 580 |
| II. A don Gaspar de Jovellanos.                       | 581 |
| III. A la marquesa de Villafranca.                    | 582 |
| IV. Al príncipe de la Paz.                            | 582 |
| V. Al mismo.                                          | 582 |
| VI. Al mismo, en lenguaje y verso antiguo.            | 583 |
| VII. A un ministro, sobre la utilidad de la historia. | 584 |
| VIII. A Andrés.                                       | 585 |
| IX. A Claudio.—El filosofastro.                       | 586 |

## ODAS.

|                                                                      |     |
|----------------------------------------------------------------------|-----|
| I. A la Virgen nuestra Señora.                                       | 586 |
| II. A la muerte de Carlos III, y advenimiento de Carlos IV al trono. | 587 |
| III. A la memoria de don Nicolás Fernandez de Moratin.               | 588 |
| IV. A don Gaspar de Jovellanos.                                      | 589 |
| V. A los colegiales de San Clemente de Bolonia.                      | 589 |
| VI. A Nisida.                                                        | 589 |
| VII. A Rosinda, histrionisa.                                         | 589 |
| VIII. Los dias.                                                      | 590 |
| IX. Al nuevo plantío en la alameda de Valencia.                      | 591 |
| X. A la marquesa de Villafranca.                                     | 591 |
| XI. A la duquesa de Wervick y Alba, en nombre de unas niñas.         | 592 |
| XII. A la muerte de don José Antonio Conde.                          | 592 |

## TRADUCCIONES DE HORACIO.

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| I. A Venus.                                 | 595 |
| II. A Leucónoe.                             | 595 |
| III. A Iccio.                               | 595 |
| IV. A Licino.                               | 594 |
| V. Que la virtud nada teme.                 | 594 |
| VI. A Póstumo.                              | 594 |
| VII. A Augusto.                             | 595 |
| VIII. Profecía de Nereo.                    | 595 |
| IX. Contra el lujo y avaricia de su tiempo. | 596 |

## SONETOS.

|                                                                     |     |
|---------------------------------------------------------------------|-----|
| I. A la capilla del Pilar de Zaragoza.                              | 596 |
| II. A don Juan Bautista Conil.                                      | 597 |
| III. A Flórida, poetisa.                                            | 597 |
| IV. Las musas.                                                      | 597 |
| V. Junio Bruto.                                                     | 597 |
| VI. Rodrigo.                                                        | 597 |
| VII. Cuentas de Ellodora, saltatriz.                                | 597 |
| VIII. La noche de Montiel.                                          | 597 |
| IX. A Clori, histrionisa, en coque Simon.                           | 597 |
| X. A Clori, declamando en fábula trágica.                           | 598 |
| XI. Para el retrato de Felipe Blanco.                               | 598 |
| XII. A la memoria de don Juan Melendez Valdés.                      | 598 |
| XIII. La despedida.                                                 | 598 |
| XIV. A la exposicion de la industria y artes en el Louvre, en 1819. | 599 |



|                                                                                              |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| XV. A la muerte de Isidoro Malquez. . . . .                                                  | 598 |
| XVI. Copia de un cuadro de Guerin. . . . .                                                   | 598 |
| XVII. A don Luis de Silva Nocino de Albuquerque, autor de las Geórgicas portuguesas. . . . . | 598 |
| XVIII. A doña Luisa Gomez de Carabaño, premiada por sus adelantos en la botánica. . . . .    | 599 |
| XIX. A la señora M. D., bailarina del teatro de Burdeos. . . . .                             | 599 |
| XX. La Muerte. . . . .                                                                       | 599 |
| XXI. La Resurreccion de la carne. . . . .                                                    | 599 |
| XXII. Abnegacion estúpida. . . . .                                                           | 599 |

## ROMANCES.

|                                                             |     |
|-------------------------------------------------------------|-----|
| I. A un ministro. . . . .                                   | 599 |
| II. Al conde de Floridablanca (no recopilado). . . . .      | 600 |
| III. Al príncipe de la Paz (no recopilado). . . . .         | 601 |
| IV. A una dama que le pidió versos (no recopilado). . . . . | 601 |
| V. Aguinaldo poético. . . . .                               | 605 |
| VI. Mas vale callar. . . . .                                | 603 |
| VII. A Gerencio. . . . .                                    | 601 |
| VIII. Juicio del año de 1813 (Inédito). . . . .             | 603 |
| IX. El coche en venta. . . . .                              | 603 |

## EPÍGRAMAS.

|                                                                    |     |
|--------------------------------------------------------------------|-----|
| I. Para una estatua de la Farmacia. . . . .                        | 605 |
| II. Para el sepulcro de Almanzor. . . . .                          | 605 |
| III. Para la cortina de un teatro. . . . .                         | 605 |
| IV. Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas. . . . .   | 606 |
| V. Para un retrato del autor, remitiéndosele á una señora. . . . . | 606 |
| VI. A un niño llorando en los brazos de su madre. . . . .          | 606 |
| VII. A un escritor desconocido, cuyo libro nadie quiso com-        |     |

|                                                                            |     |
|----------------------------------------------------------------------------|-----|
| prar. . . . .                                                              | 606 |
| VIII. Irrevocable destino de un autor silbado. . . . .                     | 609 |
| IX. A Lesbia, modista. . . . .                                             | 606 |
| X. A la misma, de otro modo. . . . .                                       | 606 |
| XI. A la misma, de otro modo. . . . .                                      | 606 |
| XII. A un comerciante que puso en su casa una estatua de Mercurio. . . . . | 606 |
| XIII. A Gerencio. . . . .                                                  | 606 |
| XIV. A Pedancio. . . . .                                                   | 606 |
| XV. Al mismo. . . . .                                                      | 606 |
| XVI. A un mal bicho. . . . .                                               | 606 |
| XVII. A una señorita francesa. . . . .                                     | 606 |

## COMPOSICIONES DIVERSAS.

|                                                                                                        |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Los Padres del limbo. . . . .                                                                          | 606 |
| La Anunciacion. . . . .                                                                                | 607 |
| Cántico de unas niñas á la enfermedad de la marquesa de Ariza. . . . .                                 | 608 |
| Alocucion para el beneficio del actor Francisco Chiner. . . . .                                        | 608 |
| Traduccion de Grécourt. . . . .                                                                        | 608 |
| Traduccion de Pablo Rolli. . . . .                                                                     | 608 |
| Idilio á la ausencia. . . . .                                                                          | 608 |
| La Sombra de Nelson. . . . .                                                                           | 609 |
| Al nacimiento de la condesa de Chinchon. . . . .                                                       | 610 |
| Silva á don Francisco Goya, insigne pintor. . . . .                                                    | 614 |
| Elegia á las Musas. . . . .                                                                            | 614 |
| Notas á las poesías sueltas. . . . .                                                                   | 612 |
| Auto de FE, celebrado en la ciudad de Logroño en los dias 6 y de noviembre de 1610, con NOTAS. . . . . | 617 |

FIN DEL INDICE













PQ  
6171  
A2B5  
t.2

Biblioteca de autores  
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

CIRCULATE AS MONOGRAPH



